UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES.

LS.C
B5823

BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES,

42

DESDE LA FORMACION DEL LENGUAJE HASTA NUESTROS DIAS.

POETAS LÍRICOS DE LOS SIGLOS XVI Y XVII,

COLECCION ORDENADA

POR DON ADOLFO DE CASTRO.

TOMO SEGUNDO.

II

MADRID.
M. RIVADENEYRA — IMPRESOR — EDITOR.
CALLE DE LA MADERA, 8.

1857.

PQ
6171
A2B5
t.42

20477
6

VARIAS OBSERVACIONES

SOBRE

ALGUNAS PARTICULARIDADES DE LA POESIA ESPAÑOLA.

I. — *Del culteranismo.*

El orígen del *culteranismo*, cuyo apóstol, si apóstol puede llamarse, fué don Luis de Góngora, ha servido de asunto á muchísimos de nuestros eruditos para entregarse á suposiciones mas ó menos destituidas de fundamento, pero casi todas lejanas de la verdad.

Mayans, por ejemplo, engañado por las alabanzas que á sí mismo se da el autor del *Panegírico funeral de doña Margarita de Austria*, cree que el primer inventor del estilo *culto* fué fray Hortensio Félix Paravicino, cuando este no hizo otra cosa que trasladar al púlpito lo que Góngora habia introducido en la poesía.

Don Ignacio Luzan atribuye unas veces á Góngora la invencion, y otras al italiano Virgilio Malvezzi, sin notar que este escribió posteriormente. Otros afirman ser el inventor don Diego de Saavedra Fajardo, que se halla en el mismo caso; don José de Vargas Ponce cree que lo fué don Juan de Jáuregui, con su traduccion de la *Farsalia*, cuando consta que este la comenzó despues de ser conocidas las obras de Góngora; y por último, don Francisco Martinez Marina señala á Mariana y Cervántes como los verdaderos introductores del *culteranismo*, el uno con su afectado estilo, artificiosas arengas, estudiados períodos, y el otro latinizando en *La Galatea*, y con giros y estilos inversos y oscuros en el *Pérsiles* y *Segismunda*.

No entraré á combatir esta postrera opinion, pues las particularides del estilo de cada uno de estos dos sublimes autores nada tienen que ver con el de los cultos. Haria un agravio al buen sentido de mis lectores si insistiera mas en esto.

Tampoco pretendo analizar las probabilidades que puede tener la opinion de que Góngora se propuso ser el *Séneca* ó el *Juan de Mena* de su siglo, imitando la afectacion del estilo de entrambos ingenios, sus paisanos.

La línea de los escritores latinizantes, como Juan de Mena, el marqués de Villena y fray Juan de Padilla, el cartujano, habia sido cortada por Garcilaso y sus discípulos. La manera de trovar de aquellos era en desuso; por eso los modelos de Góngora se deben buscar desde Garcilaso hasta su tiempo, no desde Garcilaso al de don Juan el Segundo. Bien seguro es que en las poesías de Góngora no se encontrarán rastros que demuestren llevar por objeto en el estilo la imitacion de Juan de Mena.

Otra opinion moderna hay sobre el culteranismo. Ya no se trata de autores muy conocidos, sino de uno celebrado en su siglo, pero no célebre en el nuestro. Hablo de don Luis Carrillo y Sotomayor, natural de Córdoba, caballero del hábito de Santiago, comendador de la Fuente del Maestre, y cuatralvo de las galeras de España, que tuvo por padre á don Fernando Carrillo, presidente del consejo de Indias, y murió á la edad de veinte y siete años, en 1610.

Escribió muchas poesías, que, juntas con algunos trabajos en prosa, se publicaron en Madrid el año de 1613.

El estilo de don Luis Carrillo es afectado. Por esta circunstancia, y la de haber corrido con aplauso

sus poesías antes que Góngora escribiese *Las Soledades*, algunos distinguidos eruditos modernos, no solo han creido, sino hasta han asegurado que el primero fué el inventor del culteranismo, y el segundo su imitador exágerado.

Todo cuanto se ha dicho sobre el particular está destituido de fundamento. Yo mismo, en los apuntes biográficos de Góngora (tomo primero de esta *Coleccion*, XXXII de la BIBLIOTECA), incurrí en el error que se proclama como verdad innegable por literatos cuya autoridad en estas materias es muy digna de respeto. Pero graves razones hay para combatir victoriosamente esta opinion. Góngora publicó el año de 1605, en *Las flores de poetas ilustres de España*, treinta y seis composiciones. El original del libro estaba entregado en 1603, fecha de su aprobacion, por Tomás Gracian Dantisco. Las poesías serian escritas con fecha anterior.

Pues bien; cuando Carrillo tenia diez y seis ó diez y ocho años, ya Góngora habia escrito muchas poesías, donde empezaba á usar en algunos pasajes la afectacion *culterana*. Véanse los siguientes:

Donde no sin decoro,
Por brújula, aunque breve,
Muestra la blanca nieve
Entre los lazos del coturno de oro. (Cancion II.)

El noble pensamiento
Por verte viste plumas, pisa el viento. (Id. III.)

Entre templada nieve
Evaporar contempla un fuego helado. (Id.)

Fué aquel tronco vestido
De algun dulce gemido. (Id. V.)

Mas luego que ciñó sus sienes bellas
De los varios despojos de la falda,
Término puesto al oro y á la nieve,
Juraré que lució mas su guirnalda,
Con ser de flores, la otra ser de estrellas,
Que la que ilustra el cielo en luces nueve.
(Soneto.)

El sueño, autor de representaciones
En su teatro, sobre el viento armado,
Sombras suele vestir de bulto bello. (Soneto.)

Estos y otros pasajes cultísimos tenia escritos Góngora, cuando Carrillo era todavía niño. Impresas las treinta y seis composiciones en endecasílabos ya citadas, corrieron con gran aplauso, y en ellas aprendió Carrillo la afectacion de lenguaje que se nota en sus obras. De modo que, en vez de imitar Góngora á aquel poeta, fué imitado por el mismo. Cualquiera que coteje los sonetos de Carrillo con los del autor de *Las Soledades* y *El Polifemo*, no podrá menos de convencerse de esta verdad.

Por otra parte, Góngora en sus últimos años no hizo mas que exagerar la afectacion del estilo que ya descubrió en las poesías publicadas en 1605. En esto se asemeja el vate cordobés á las mujeres que se pintan, que empiezan por poco; pero como cada dia se les va acostumbrando la vista al matiz que luce en sus mejillas, cada dia tambien, sin advertirlo, dan mas color, hasta que, pasado algun tiempo, lo que al principio fué belleza, se convierte en fealdad ridícula ó repugnante.

Se asegura igualmente que Góngora intentó imitar al caballero Marini; pero creo que no hay que buscar en otras literaturas el orígen del culteranismo.

Góngora se propuso perfeccionar el estilo de Garcilaso, del mismo modo que lo habia pretendido Herrera.

Tomó del primero el introducir frases extranjeras para enriquecer el lenguaje poético, así como las violentas trasposiciones; pero exagerando lo hecho por Garcilaso, empezando por poco en las poesías de *Las flores ilustres* de Espinosa, y acabando en *Las Soledades* y en la *Fábula de Píramo y Tisbe*. Garcilaso usó de trasposiciones como estas:

—Y con voz lamentándose quejosa.
—Ya de rigor de espinas intratable.
—Los accidentes de mi mal primeros.
—Guarda del verde bosque verdadera.
—Aquella tan amada mi enemiga.
—Entre la humana puede y mortal gente.
—Como en luciente de cristal coluna.

El mismo introdujo, ó autorizó con su ejemplo, las voces latinas *mortífero*, *consiente*, *meta*, *recíproco*, *mercenario*, *rígida nieve*, *fraterna*, *luciente*, *progreso futuro*, *lamento*, *umbrosa*, *undoso*, *árdua via*, *argento*, *ofusca*, *corusca*, *inerte*, *testa* y *licenciosa*.

No solo imitó Góngora, exagerándolos, los aciertos y los yerros de Garcilaso en el sentido de

afectar el estilo, sino que tambien siguió en este particular las huellas de Fernando de Herrera, quien, en muchísimos de sus sonetos y en algunas de sus canciones y elegías, todo es afectacion, todo arte.

Góngora copia muchas de las frases de Herrera. Véanse algunos ejemplos:

El sacro rey de rios,
Que nuestros campos baña. (Herrera.)
Rey de los otros rios. (Góngora.)
Las espumas
Del rey corona de los otros rios. (El mismo.)
—El nuevo sol, présago de *mal tanto*.
—*Tanto heróico* valor en solo un dia. (Herrera.)

Italianismo que Góngora imita en las *Soledades*, y que hoy ya está admitido en el uso.

A mucha fresca rosa
Tanto garzon robusto,
Tanto ofrecen los árboles, zagala.
Las gracias amorosas
Con las ninfas *un coro*,
Tejieron en el claro hondoso seno. (Herrera.)
Coros tejiendo estés. (Góngora.)

Tambien copió Góngora otros modos de decir de Herrera. *Crespas ondas*, *purpúreas rosas*, *tiempo cano*, *oro ardiente*, *planta voladora*, y otras frases se leen en las poesías de ambos.

Evidentemente este fué el orígen del culteranismo en Góngora: perfeccionar el lenguaje poético de Garcilaso, de cuyas poesías constantemente se muestra el cisne cordobés apasionadísimo.

Siempre he profesado la opinion de que Góngora sin Herrera jamás llegara á ser el Góngora del *Polifemo* y de *Las Soledades*.

Por otra parte, nada hay mas culto, nada mas *gongorino* (si se permite la frase), que muchas de las poesías amorosas del divino Herrera.

Como muestras, sírvan los dos cuartetos siguientes:

Luz, en cuyo esplendor el alto coro
Con vibrante furor está apurado
De dulces rayos bello ardor sagrado,
Do enriqueció Eufrosina su tesoro.

Ondoso cerco que purpura el oro,
De esmeraldas y perlas esmaltado,
Y en sortijas lucientes encrespado,
Al que me inclino humilde, alegre adoro.

Quien escribió así, y quien dió frases que imitar á Góngora, en él, y no en otro, aprendió este el culteranismo.

Nuestros literatos hoy atribuyen esto á don Luis Carrillo; pero, despues de haber probado que Góngora era afectado ya cuando aquel contaba pocos años, ¿cabe en lo posible que un genio como el de nuestro poeta tuviese celos de los ensayos poéticos de un niño, y que lo imitase, cuando no podia aun ser conocido?

Como una prueba concluyente de esta verdad, baste decir que Espinel, en su poema *La Casa de la Memoria*, publicado con sus *Rimas* en 1591, no solo elogia á Góngora por su imitacion de los latinos, sino que tambien lo excita á no limitar su ingenio á lo hecho; esto despues de haber elogiado dignamente sus versos festivos.

Ya que la propiedad antígua imitas,
Tierno pimpollo, en verso regalado,
Y en la materna lengua *resucitas*
Del latino el concepto mas cendrado,

Extiende el claro ingenio, que limitas
De tu pesquera á descubrir el vado;
Que hallarás en tu apacible puerto
Un caudaloso Nilo descubierto.

Con efecto, Góngora, en la afectacion que comenzó á ostentar en sus poesías graves, halló imitadores. La escuela poética granadina, con mas vivacidad de ingenio que la sevillana, produjo poetas notabilísimos, como se prueba de *Las flores ilustres de España*. Pues bien; muchísimos de ellos son secuaces de Góngora; no del Góngora de *Las Soledades* y *El Polifemo*, sino del de las canciones y de los sonetos, no escritos todavía en el estilo tenebroso de ambos poemas.

Cualquiera que lea la cancion que *A la armada invencible* compuso el doctor Agustin de Tejada Paez, poeta vehementísimo, descubrirá rastros del gusto de Góngora.

—Y *argente* con espuma el freno duro.
—Que la *salobre plata* le arreboles.
—Contra el *gélido inglés* muestra su extremo.
—Ántes que enciende su *corusca llama.*

En la cancion *A los Santos de Granada*, se hallan estos versos enteramente gongorinos:

—El gran rector del piélago espumante.
—El claro dios del húmedo tridente.

Mas aun: la denominacion de *culto* á este género de estilo poético se halla usada por el doctor Tejada catorce ó quince años por lo menos antes que Góngora llamase *culta* en *El Polifemo*, á su *Bucólica Talía.*

Oídos preste el mundo al verso culto.

Leyendo estas poesías en *Las flores de poetas ilustres de España*, casi se puede decir que parece que Góngora imitó la manera poética del doctor Tejada, ó que el doctor Tejada imitó la de Góngora.

Hay mas todavía: cualquiera que examine *Las flores de poetas ilustres de España*, en ellas encuentra ya planteado el culteranismo, no solo por Góngora, sino por muchísimos de los autores que forman esta pequeña coleccion; *culteranismo* no exagerado, empero *culteranismo* al fin.

Espinosa, por ejemplo, llama *flébiles* á las exequias; Tejada usa en dos distintas ocasiones la voz *ecúleos;* Pedro Rodriguez la de *lavacros;* Espinosa habla de *llamas reverberantes*, de *cerúleas alcobas;* y otros, por último, de rayos *rutilantes*, introduciendo así palabras latinas, de las cuales algunas han quedado en uso.

Pero ¿qué mas? La frase usada por Góngora en *El Polifemo*, frase que tanto ha dado que discurrir á sus comentadores; aquella, en fin, comprendida en estos versos:

Donde espumoso el mar siciliano
El pié *argenta de plata* al Lilibeo,

se encuentra usada por Luis Martin en una de las poesías inclusas en *Las flores:*

Y aquestos montes *con tu plata argentas* (1).

Para terminar, si alguna duda cupiera sobre el orígen del *culteranismo* como anterior á don Luis Carrillo, basta notar lo siguiente.

Nada hay mas sabido que el fin de aquel soneto de Lope en burla de este estilo poético:

¿Entiendes, Fabio, lo que voy diciendo?
—Y ¿cómo si lo entiendo? Mientes, Fabio,
Que yo soy quien lo digo y no lo entiendo.

Pues bien; en *Las Flores de poetas ilustres* se halla otro soneto de Pedro Espinosa contra el estilo hinchado y la oscuridad de los pensamientos; soneto que evidentemente sirvió de modelo á Lope. Véase cómo termina:

Tú, miron, que esto miras, no te espantes
Si no lo entiendes; que aunque yo lo hice,
Así me ayude Dios que no lo entiendo.

En resúmen, Góngora quiso perfeccionar la reforma del lenguaje poético, comenzada por Garcilaso y continuada por Herrera, si bien este con infeliz suceso en muchas de las obras amorosas. Tomó de Garcilaso lo que en Garcilaso halló mas en consonancia con su gusto, como tomó de Herrera lo que mas se avenia á la fogosidad de su ingenio. Estimulado por la imitacion que de su primitivo estilo hicieran los ingenios de la escuela de Granada en *Las flores de poetas ilustres*, se

(1) Pellicer creia que este era un modo de decir andaluz.

consideró llamado á regenerar el lenguaje poético, llevando á la exageracion lo que sin exagerar obtuvo el aplauso de los doctos.

Sea como quiera, baste decir que, como poeta puro Góngora halló imitadores, halló imitadores tambien como poeta con cierta afectacion en el decir; los halló, por último, cuando la llevó al postrer extremo á que pudo su ingenio esclarecido.

Casi un siglo despues comenzaron á corromper el buen gusto Pedro Carlet de Marivaux en Francia y Colley Cibber en Inglaterra.

II.—*Cervántes ¿fué ó no poeta?*

«Yo, que siempre me afano y me desvelo
Por parecer que tengo de poeta
La gracia que no quiso darme el cielo...»

Esto decia de sí Cervántes en el capítulo primero de su *Viaje del Parnaso.*

Tal opinion fué engendrada en su ánimo por los escritores de su tiempo, los cuales miraron con mucho desden las obras poéticas debidas á su ingenio y á su pluma. Pero la posteridad, veneradora siempre del mérito, no pudo menos de echar por tierra lo injusto de este parecer, reconociendo que quien supo inventar y escribir el *Quijote*, precisamente debió estar asistido y ayudado de las musas.

Pero aquellos que creen que sin versificacion no existe la poesía, responderán á mis palabras con decir: «Si Cervántes fué poeta, ¿cómo sus obras en prosa han alcanzado fama eterna, en tanto que de sus comedias nadie hace memoria sino para calificarlas de muy malas? (1)»

Otros, por el contrario, replicarán: «Cervántes, como se prueba de sus novelas, no solo era buen poeta, sino excelentísimo. Las faltas que tienen sus comedias nacen de no saber su autor el arte de bien versificar.»

Así como creo que Cervántes fué un gran poeta, jamás podré convenir en que ignoraba el modo de hacer buenos versos.

No solo buenos, sino sumamente elegantes, hay en casi todas sus comedias, y de ellos se puede presentar á los ojos de los incrédulos ó de los que sustenten la opinion contraria, multitud de ejemplos, bastantes á probar la exactitud de mis palabras.

No son arcanos literarios los que ofrezco á la curiosidad de los lectores, sino fragmentos sacados de sus *comedias*, muy conocidas de los eruditos.

¿Quiere verse en Cervántes la facilidad en versificar de nuestros antiguos romanceros? En la jornada primera de *El gallardo Español* se halla este pasaje:

Escuchadme los de Oran,
Caballeros y soldados,
Que firmais con nuestra sangre
Vuestros hechos señalados,
Alimucel soy, un moro
De aquellos que son llamados
Galanes de Meliona,
Tan valientes como hidalgos.
No me trae aquí Mahoma
A averiguar en el campo
Si su secta es buena ó mala;
Que él tiene de eso cuidado.
Tráeme otro dios mas brioso,
Que es tan soberbio y tan manso,
Que ya parece cordero
Y ya leon irritado;
Y este dios que así me impele
Es de una mora vasallo,
Que es reina de la hermosura,
De quien soy humilde esclavo.
No quiero decir que hiendo,
Que destrozo, parto y rajo;
Que animoso, y no arrogante,
Es el buen enamorado.
Amo, en fin, y he dicho mucho
En solo decir que amo,
Para daros á entender
Que puedo estimarme en algo.
Pero sea yo quien fuere,
Basta que me muestro armado
Ante estos soberbios muros,
De tantos buenos guardados;
Que, si no es señal de loco,
Será indicio de que he dado
Palabra, que he de cumplilla
O quedar muerto en el campo;
Y así, á tí te desafio,
Don Bernardo el fuerte, el bravo,
Tan infamia de los moros,
Cuanto prez de los cristianos; etc.

Quien quisiere encontrar en Cervántes la encantadora sencillez de nuestros antiguos cancioneros estudie en los siguientes ejemplos.

(1) No debo tomar en consideracion el extravagante juicio de don Blas Nasarre acerca de las comedias de nuestro autor.

En las jornadas segunda y tercera de *La casa de los celos*:

I.

Derramastes el agua la niña,
Y no dijistes agua va;
La justicia os prenderá.
Derramástesla á deshora,
Y fué con tan poca cuenta,
Que mojastes con afrenta
Al que os sirve y os adora;
Pero llegada la hora,
Donde el daño se sabrá
La justicia os prenderá.

II.

Cautivástesme el alma, niña,
Y teneisla siempre allá;
El amor me vengará.
Vuestros ojos salteadores,
Sin ser de nadie impedidos,
Se entraron por mis sentidos
Y se hicieron salteadores.
Lleváronme los mejores,
Y teneislos siempre allá;
El amor me vengará.

III.

Venga norabuena
Cupido á nuestras selvas,
Norabuena venga.
Sea bien venido
Médico tan grave,
Que así curar sabe
De desden y olvido.
Hémosle entendido,
Y lo que él ordena
Sea norabuena.
Quedan estas peñas
Ricas de ventura,
Pues tanta hermosura
Hoy en ella enseñas;
Brotarán sus breñas
Néctar donde quiera;
Sea norabuena.

IV.

¡Bien haya quien hizo
Cadenitas, cadenas;
Bien haya quien hizo
Cadenas de amor!
¡Bien haya el acero
De que se formaron
Y los que inventaron
Amor verdadero!
¡Bien haya el dinero
De metal mayor,
Bien haya quien hizo
Cadenas de amor!
¡Bien haya el amante
Que á tantos vaivenes,
Iras y desdenes
Firme está y constante!
Este se adelante
Al rico mayor.
¡Bien haya quien hizo
Cadenas de amor!

V.

¡Corrido va el abad
Por el cañaveral;
Corrido va el abad!
Corrido va y muy mohíno
Porque, por su desatino,
Cierto desastre le vino,
Que le hizo caminar
Por el cañaveral.
Confiado en que es muy rico,
No ha caido en que es borrico;
Y por aquesto me aplico
A decirle este cantar,
Por el cañaveral.

Jornada primera de *Pedro de Urdemalas*:

VI.

A la puerta puestos
De mis amores,
Espinas y zarzas
Se vuelven flores.
El fresno escabroso,
La robusta encina,
Puestos á la puerta
Do vive mi vida,
Verán que se vuelven,
Si acaso los mira,
En matas sabeas
De sacros olores,
Y espinas y zarzas
Se vuelven flores.
Do pone la vista
O la tierna planta
La yerba marchita,
Verde se levanta;
Los campos alegra,
Regocija el alma,
Enamora á siervos,
Rinde á señores,
Y espinas y zarzas
Se vuelven flores.

Si aquella facilidad que enamora en las letrillas y en los romances cortos de Góngora se desea ver en Cervántes, la comedia *La Entretenida* presenta uno, que parece escrito por aquel insigne ingenio cordobés:

¡Tristes de las mozas
A quien trujo el cielo
Por casas ajenas
A servir á dueños!
Que entre mil no salen
Cuatro apenas buenos;
Que los mas son torpes
Y de antojos feos.
Pues ¿qué, si la triste
Acierta á dar celos
Al ama, que piensa
Que le hace tuerto?
Ajenas ofensas
Pagan sus cabellos,
Oyen sus oídos
Siempre vituperios,
Parece la casa
Un confuso infierno;
Que los celos siempre
Fueron vocingleros.
La tierna fregona
Con silencio y miedo
Pasa sus desdichas,
Malogra requiebros;
Porque jamás llega
A felice puerto
Su cargada nave
De malos empleos.
Pero ya que falte
Este detrimento,
Sobran los del alma,
Que no tienen cuento.
«Vén acá, suciona,
¿Dónde está el pañuelo?
La escoba te hurtaron,
Y un plato pequeño.
Buen salario ganas,
De él pagarme pienso,
Porque despaviles
Los ojos y el seso.
Vas y nunca vuelves,
Y tienes bureo
Con Sancho, en la calle,
Con Mingo y con Pedro,
Eres en fin pu.....
El *ta* diré quedo,
Porque de cristiana
Sabes que me precio.

Otra vez repito
Con cansado aliento
Con lágrimas tristes
Y suspiros tiernos:
¡ Triste de la moza
A quien trujo el cielo
Por casas ajenas
A servir á dueños!

¿Quieren examinarse pasajes poéticos de Cervántes que compitan en facilidad, sencillez, dulzura y elegancia con los de Lope de Vega, tan sobresaliente en estas cualidades?

La comedia *La Entretenida* nos ofrece estos ejemplos:

A UNA FREGONA AMIGA DE CONQUISTAR VOLUNTADES.

Eres muy solicitada
Y muy vista, y no está el toque
En que la flor no se toque,
Si á serlo está aparejada.
Las flores del campo están
Sujetas á cualquier mano,
A las del bajo villano
Y á las del alto galan,
Al arado y al pié duro
Del labrador que lo guia;
Pero la flor que se cria
Tras el levantado muro
Del recato no la ofende
El cierzo murmurador,
Ni la marchita el ardor
Del que tocarla pretende.

UN NÁUFRAGO DIRIGIÉNDOSE Á UNA DAMA HERMOSÍSIMA.

No fué huracan el que pudo
Desbaratar nuestra flota,
Ni torció nuestra derrota
El mar insolente y crudo.
No fué del tope á la quilla
Mi pobre navío abierto,
Pues he llegado á tal puerto
Y pongo el pié en tal orilla.
No mis riquezas sorbieron
Las aguas que las tragaron;
Pues mas rico me dejaron
Con el bien que en vos me dieron.
Hoy se aumenta mi riqueza,
Pues con nueva vida y ser
Peregrino llego á ver
La imágen de tu belleza.

La riqueza en galas poéticas, que tanto se encuentra en algunos pasajes de las comedias de Mirademescua, no aventaja seguramente á la que resplandece en estos versos de Cervántes, tomados de la jornada tercera de *La casa de los celos:*

¿Has visto, pastor, acaso
Por entre aquella espesura
Un milagro de hermosura,
Por quien yo mil muertes paso?
¿Has visto unos ojos bellos,
Que dos estrellas semejan,
Y unos cabellos que dejan,
Por ser oro, ser cabellos?
¿Has visto, á dicha, una frente
Como espaciosa ribera,
Y una hilera y otra hilera
De ricas perlas de Oriente?
Dime si has visto una boca
Que respira olor sabeo,
Y unos labios por quien creo
Que el fino coral se apoca.
Di si has visto una garganta
Que es columna de este cielo,
Y un blanco pecho de hielo,
Do su fuego amor quebranta;
Y unas manos que son hechas
A torno de marfil blanco,
Y un compuesto que es el blanco
Do amor despunta sus flechas.

Bien quisiera que cuantos, siguiendo una vulgar opinion, destituida de verdadero fundamento, han afirmado y afirman que Miguel de Cervántes Saavedra no sabia hacer versos elegantes, presentasen, á vista de los ya copiados, los grandes defectos que en ellos se encierran. Además, que diesen las pruebas suficientes para convencernos de que estos no pueden ponerse al lado de los mejores de otros ingenios famosos por sus excelentes obras, así líricas como dramáticas.

Pero si ejemplos tales no bastan para que la luz de la verdad penetre en los entendimientos de aquellas personas que son de opuesto parecer, aun hay otros, dignos tambien de memoria, en las comedias de Cervántes, y por tanto muy á propósito para el caso presente. Véase cómo en *La casa de los celos* responde el Amor á su madre Vénus:

Has de saber, madre mia,
Que en la corte donde he estado
No hay *amor* sin granjería,
Y el *interés* ha usurpado
Mi cetro y mi monarquía.
Yo, viendo que mi poder
Poco me podia valer,
Usé de astucia y vestíme,
Y con él entremetíme,
Y todo fué menester.
Quité á mis alas el pelo,
Y en su lugar me dispuse
A volar con terciopelo,
Y al instante que lo puse
Sentí aligerar mi vuelo.
Del carcaj hice *bolson*,
Y del dorado arpon
De cada flecha, un *escudo*;
Y con esto, y no ir desnudo,
Alcancé mi pretension.
Hallé, entradas en los pechos,
Que á la vista parecian
De acero ó de mármol hechos,
Pero luego se rendian
Al golpe de mis provechos.
No valen en nuestros dias
Las antiguas bizarrías
De los Heros y Leandros,
Y valen dos Alejandros
Mas que doscientos Macías.

Cervántes en todas sus comedias nos ofrece modelos de excelente versificacion, así en lo bien construido de los metros, como en lo correcto del lenguaje y en lo poético del estilo.

Y si tan buenos trozos se leen en sus obras cómicas, no inferiores pueden trasladarse aquí como muestras del talento poético de Cervántes en el género trágico. En la *Numancia* hay muchos, y sobre todo algunos ya famosos, á causa de estar encarecido su mérito por varios críticos españoles de gran fama. Véanse las quejas de las matronas numantinas contra la opresion que padecia su ciudad por las legiones de la soberbia Roma, terror del mundo:

¿Qué pensais, varones claros?
¿Resolveis aun todavía
En la triste fantasía
De dejarnos y ausentaros?
¿Quereis dejar por ventura
A la romana arrogancia
Las vírgenes de Numancia,
Por colmo de desventura?
Y á los libres hijos nuestros
¿Quereis esclavos dejallos?
¿No será mejor ahogallos
Con los propios brazos vuestros?
¿Quereis hartar el deseo
De la romana codicia,
Y que triunfe su injusticia
De nuestro justo trofeo?
¿Serán por ajenas manos
Nuestras casas derribadas?
Y las bodas esperadas
¿Hanlas de gozar romanos?
En salir haréis error,
Que acarrea otros mil yerros,
Pues dejaréis sin los perros
El ganado, y sin señor.
Si al foso quereis salir,
Llevadnos en tal salida,
Porque tendrémos por vida
A vuestros lados morir.
Hijos destas tristes madres,
¿Qué es esto? ¿Cómo no hablais,
Y con lágrimas rogais
Que no os dejen vuestros padres?
¿No basta que el hambre insana
Os acabe con dolor,
Sin esperar el rigor
De la aspereza romana?
Decidles que os engendraron
Libres, y libres nacistes,
Y que vuestras madres tristes
Libres tambien os criaron.
Dacidles que, pues la suerte
Nuestra va tan de caida,
Que, como os dieron la vida,
Asimismo os dén la muerte.
¡Oh muros de esta ciudad!
Si podeis hablar, decid,
Y mil veces repetid:
«¡Numantinos, libertad!»

Estos son pasajes verdaderamente trágicos, y dudo que del teatro de nacion alguna se puedan sacar otros del mismo género que los aventajen en hermosura poética.

Por todo lo citado se infiere que Cervántes era un gran versificador y un gran poeta. Tanto número de versos excelentes no están dictados por el acaso. Cuando no hay aptitud para cierto linaje de escritos, por mas que trabaje el entendimiento, nada bueno ni aun razonable podrá conseguir. Pero á esto se dirá: ¿Cómo Cervántes compuso comedias tan desmayadas en la invencion, y llenas de pasajes tan malamente versificados?

La respuesta es por extremo fácil. Las primeras obras dramáticas de Cervántes se compusieron cuando el teatro español estaba en la infancia; cuando no hacia mas que seguir desde muy léjos las huellas de los griegos y latinos; cuando no habia aparecido el *mónstruo de naturaleza*, el gran Lope de Vega, para romper las cadenas que aprisionaban á la poesía, y para dar nuevo ser y vida á las comedias.

Las que se representaban antes de Lope en los teatros españoles eran tan sencillas y de tan poco artificio como las griegas y latinas. A similitud de estas compuso varias Cervántes. Parecieron bien entonces; mas luego que Lope desterró del teatro la sencillez antigua, ya todas las que se habian escrito de este modo parecian diseños ó sombras de las suyas. Un excelente crítico español del siglo XVII, ponderando el mérito de Lope por el importante servicio literario que habia prestado, disculpaba á aquel gran poeta contra los que dentro y fuera de España lo censuraban, y para ello decia: «¿No echan de ver que si los mismos á quienes tan atados imitan hubieran sido cobardes y hubieran guardado las huellas de los primeros, quedaran cortos como ellos? Crece el arte con el tiempo. Él lo alienta, él lo cria, él sobre sus hombros lo pone en la cumbre de la perfeccion.»

Convencido Cervántes, cuando ya era viejo, de que sus primeras obras dramáticas, por su sencillez griega y latina, con otras de este género, habian sido desterradas del teatro, intentó seguir las corrientes del gusto de su siglo, é imitar las comedias del gran Lope. Pero su vejez, aunque no lo habia privado de la invencion, le quitó á lo menos el gusto delicado que se necesita para la composicion de tales obras. Por otra parte, su ingenio, acostumbrado á escribirlas con menos artificio y en otra forma, no pudo acomodarse fácilmente á entregar á las aguas del olvido lo que aprendió en los floridos dias de su juventud. Un escritor podrá variar de gusto literario en el discurso de su vida, pero jamás enteramente del estilo que supo formarse cuando comenzó á dar sus obras á la imprenta.

Por lo demás, es indudable que en las comedias y otros trabajos poéticos de Cervántes hay multitud de versos malamente construidos y de todo punto desapacibles. Pero entre ellos se encuen-

tran largos pasajes llenos de otros de buena construccion, mejor estilo, y sumamente gratos al oído de los lectores.

Esto no consiste mas que en la suma facilidad de Cervántes en componer, y de su mucha pereza para castigar los defectos de sus escritos.

En la prosa no suele ser la incorreccion ó el desaliño muchas veces tan reparable como en los versos. El desaliño ó la incorreccion bastan á matar los mejores pensamientos poéticos.

Por eso Cervántes el de las comedias es muy inferior al de los siete entremeses que de él se conservan escritos en prosa. Estas obrillas dramáticas son un modelo en su género, y descubren en su autor un talento cómico de primer órden.

Quede pues sentado que Miguel de Cervántes Saavedra, aunque incorrecto casi siempre, ni fué mal poeta ni peor versista, como aseguran algunos; pues para destruir tan falsa opinion, sobradas pruebas existen en sus obras dramáticas y líricas.

III.—*De la poesía morisca.*

Los moriscos, que por espacio de siglo y medio vivieron entre los cristianos, aparentando profesar la religion de estos, porque así lo mandaba la violencia, tuvieron una literatura particular, cultivada por pocos, y esos en su mayor parte los que, huyendo de la opresion que padecian en la Península, pasaban á Africa. Solo allí, en tierra de libertad para la propagacion de sus doctrinas mahometanas, hacian correr de mano en mano sus escritos.

Casi todas las poesías que de los moriscos se conservan están compuestas en lengua castellana, si bien en algunos códices con caractéres árabes. El gusto literario de ellos de ningun modo se asemeja al de sus compatricios los cristianos. Odiados por estos y odiadores á su vez, no podia el estudio de la literatura española ocupar la atencion de los moriscos, que ni aun en el reposo del hogar doméstico lograban tranquilidad de ánimo, sin que una especie de fiscalizacion turbase hasta sus costumbres.

No se hallan por eso entre los escritos de moriscos poesías que se asemejen en manera alguna á las de nuestros cancioneros ó á las de Boscan y Garcilaso. Las que se conservan son, por lo comun, ó romances sobre asuntos de la historia de su nacion, ó redondillas y romances en alabanza de la ley del profeta ó en vituperio de la religion cristiana y de los españoles.

Solo en un códice, intitulado *De la creencia y de lo que debe saber el mahometano* (1), se encuentran algunas poesías de autores cristianos entremezcladas en la narracion, sin duda para darle mas encanto.

En mi opinion, muchos de los romances contenidos en la *Primera parte de las guerras civiles de Granada*, por Ginés Perez de Hita, son en realidad escritos por poetas moriscos. Este autor, segun él confiesa, no hizo otra cosa que publicar el libro que sobre estas guerras habia compuesto en lengua arábiga un moro granadino, llamado Aben-Hamin, que despues de la conquista de su patria se refugió en Africa, habitando en Tlemecen.

No encuentro inverosímil el hecho, así como que Ginés Perez de Hita se tomó la licencia de retocar en muchas partes el libro, para tributar elogios á los caudillos cristianos.

Esta primera parte del libro de Aben-Hamin, si con efecto Aben-Hamin es el autor, y no Ginés Perez de Hita, ha servido tambien de base para trazar otro libro. Marie Hortensie Desjardins de Villedieu, tan célebre por su vida galante como por sus poesías, novelas y la tragedia *Manlio Torcuato*, escribió las *Aventures et galanteries grenadines, divisées en cinq parties*, traduciendo á trozos, y á trozos imitando la *Primera parte de las guerras civiles de Granada* (2).

Muchos de los romances que se leen en Perez de Hita tienen un gran sabor morisco, debiéndose entender que no me circunscribo al asunto, pues en ese pudiera tenerlo, aunque fuera cristia-

(1) Biblioteca de mi erudito amigo el célebre orientalista Gayangos.

(2) Tengo presente la edicion de Lyon, 1711. Véase cómo traduce aquella famosa redondilla:

Lágrimas que no pudieron
Tanta dureza ablandar,
Yo las volveré á la mar,
Pues que de la mar salieron.

Pleurs qui ne pouvez m'affranchir
D'une rigoureuse souffrance,
Retournez à la mer, lieu de votre naissance.

Madama de Villedieu suprimió en su obra los romances moriscos, no sé si por deseo de abreviarla, ó por parecerle dificultosa su traduccion.

no el autor, como se encuentra en muchos que están en este caso. Hablo solo del lenguaje y estilo.

Mister Ticknor, en su *History of spanish literature*, cita este fragmento de un romance, morisco por el asunto y por el autor:

Al tiempo que el alba bella
Enseña su rostro alegre,
Y rompiendo las tinieblas,
Su clara luz resplandece,
Dando las nuevas que el dia
En su seguimiento viene,
Y el rojo Apolo tras ella,
Dejando los campos verdes;
Cuando las aves nocturnas
Se recogen en su albergue,
Y las que la luz gobiernan
El delgado viento hienden;
Cuando los hombres despiertan,
Y el pesado sueño vencen,
Para dar á su Hacedor
El débito que le deben; etc.

Para comprender el carácter de la poesía morisca, dejando aparte la cuestion de los romances históricos y amorosos, creo oportuno reproducir aquí la version de un cantar lastimero que Gonzalo Argote de Molina oyó á los moriscos de Granada:

Alhambra amorosa, lloran sus castillos,
¡Oh Muley Vuabdeli! que se ven perdidos.
Dadme mi caballo y mi blanca adarga
Para pelear, y ganar la Alhambra;
Dadme mi caballo y mi adarga azul
Para pelear, y librar mis hijos.
Guadix tiene mis hijos, Gibraltar mi mujer,
Señora Malfata, hecísteme perder;
En Guadix mis hijos, y yo en Gibraltar,
Señora Malfata, hecísteme errar.

Las lamentaciones por la pérdida de su libertad y de su religion fueron los primeros acentos de las poesías moriscas. Mas tarde ya no eran quejas, sino la expresion del ódio mas profundo contra los españoles y contra el cristianismo.

Ibrahim de Bolfad, andaluz, huyó á Argel, donde se avecindó para acabar tranquilamente sus dias. En la Biblioteca Nacional (códice CC, 169) hay un comentario sobre sus poesías. «La intencion ha sido (dice el autor) el hacer comentacion sobre un tratado que compuso Ibrahim de Bolfad, ciego de la vista corporal, y alumbrado de la del corazon y entendimiento.»

Véanse algunas muestras del modo de versificar de Ibrahim de Bolfad, así como de su númen poético:

Con *biz milah* (1) comenzamos;
Su santo nombre invocamos;
No hay otro dios sino él,
Todos necesitan dél,
Y á él solamente adoramos.
. . . . . .
No es gobierno el dividido;
Tierra y cielo rige un Dios,
Un reino no sufre á dos,
Ni dos pájaros un nido (2).

Otro poeta morisco floreció á fines del siglo XVI. Hablo de Muhamad Rabadan, natural de Rueda, en la orilla del Xalon, el cual escribió un poema sobre el profeta Mahoma. De este Rabadan es el fragmento del romance que cita mister Ticknor (3).

Véanse otras muestras de su versificacion:

Ya el azada se olvidaba
Ni se hacia caudal de ello;
Y si se hacia, era poco,
Denunciado y sin respeto.

Pero el poeta mas popular entre los moriscos fué un Juan Alfonso. De este se habla en el comento de Ibrahim Bolfad lo siguiente:

(1) *Biz milah* ó *biz milahi* es «en el nombre de Dios».

(2) Mi erudito amigo, mister Thomas Parker, en su version inglesa de mi *Exámen filosófico de las causas de la decadencia de España*, Cádiz, 1852 (*History of religious intolerance in Spain*, London, 1853), traduce de este modo la redondilla de Ibrahim de Bolfad:

Government is not division;
One God rules both earth and heaven;
Two heads can not in one crown rest,
Nor two strange birds within one nest.

(3) El códice de este autor está en la biblioteca Real de Lóndres. Véanse los *Ocios de los españoles emigrados*, tomo II.

«Mucho habia que decir en este particular, contradiciendo..... la Trinidad, como así lo hizo en un libro particular que compuso el maestro Juan Alonso, maestro en teulugía, trayendo textos de todas sus escripturas, y con ellas mesmas contradice la falsa seta que siguen y lo ciegos que están en ella, como él tambien lo confiesa, *siendo hijo de padres cristianos;* pero, guiado de una buena consideracion, referida en la dedicatoria que hizo á la soberana alteza, que, no atendiendo á si sus padres fueron moros, judíos ni cristianos, buscaba desengañarse y saber la verdad de lo que le convenia, considerando y mirando los tres caminos de las tres leyes, cuál de ellos era el que guiaba á la salvacion para caminar por él, y hallándola, como la halló, se vino á Tetuan á siguirla, y dejando rentas excesivas, se contentó con el trabajo de su persona, ocupado en ganar su sustento miserablemente (1).»

De este poeta hay un códice en la Biblioteca Nacional (CC, 174), el cual se intitula así: *Diversas historias y apología contra la religion cristiana, y el romance de Juan Alonso Aragonés* (2).

En el principio hay esta copla, en que el autor pinta el estado de los moriscos para con los españoles:

Razon duerme,
Traicion vela,
Justicia falta,
Malicia reina (3).

Los celebrados romances de Juan Alfonso son sumamente prosáicos. El escarnio que hacen de la religion cristiana, presentado en versos sin artificio poético, y al alcance de los mas groseros entendimientos, sin duda granjeó á su autor la gran popularidad que se ve por los demás códices moriscos que han llegado hasta nosotros.

Cuervo maldito español,
Pestífero Cancerbero,
Que estás con tus tres cabezas
A la puerta del infierno.

Así empieza uno de sus romances. Otro de los mas celebrados tiene este principio:

Dejad cuidados aparte,
Y oid, padres reverendos;
Que quiero de vuestra fe
Decir algunos acentos.

Mas adelante hace el siguiente elogio del Koran:

Pues el mismo Cristo dijo,
Hablando por su maestro,
Tras él vendria un Paráclito,
Que seria santo y bueno;
Este sabed que es Muhámad,
De Dios santo mensajero,
El que trujo el Alcoran,
Libro sagrado y perfeto.

Pero sabed que mil años
Y treinta y uno por cierto,
Que el libro vivió, y ninguno
Osó añadirle un preceto;
Y no hay alarbe ni turco,
Ansí sábio como necio,
Que ose añadir sobre él
Una sílaba ni un verso.

(1) Esto sin duda hizo poner á don Miguel Casiri esta nota en un códice (CC, 171) de la Biblioteca Nacional:

«Yo creo que los autores de estos libros castellanos mahometanos fueron unos cristianos apóstatas, pero doctos y eruditos, que habiendo aprendido la lengua arábiga, para obsequiar á los mahometanos, tradujeron los libros de la ley mahometana en castellano, con el fin de pervertir á los cristianos que se hallan esclavos en África, como tambien compusieron otros libros impugnando los artículos de nuestra religion cristiana.»

(2) En este códice hay la siguiente nota: «El maestro Juan Alonso, maestro en teulugía, siendo hijo de padres cristianos, se vino á Tetuan; dejando rentas excesivas, se contentó con el trabajo de su persona, ocupado en ganar su sustento miserablemente. Escribió mas de cuarenta cuadernos, y el autor solo pudo alcanzar dos.» *Hallé esta noticia en un libro morisco que he trasladado de sus letras moriscas á las nuestras.*—José Antonio Conde.

(3) Mister Parker, al traducir mi libro sobre la *Decadencia de España*, puso tambien en lengua inglesa esta copla:

Reason sleeps,
Treason flies,
Justice fails,
Malice reigns.

El romance, despues de vituperar la religion cristiana, termina en estos versos:

Dejad esos disparates,
Tomad de mí este consejo;
Que si esa fe no dejais,
Cierto que os vais al infierno.

En uno de estos códices se da noticia de la representacion de una comedia sobre los *Milagros de Mahoma*. Véanse las palabras del autor morisco:

«Este es uno de los milagros que consta por muchas escripturas, así arábigas como castellanas, de adonde sacó el poeta español, antes de nuestra expulsion, la comedia de los *Milagros de nuestro santo profeta*, la cual se representó un dia en la corte, mostrando en ella la verdad, y figurándolo con su vestidura verde, sembrada de estrellas, y cómo se partió la luna, y entró por ella, y salió cada media por su manga. Y visto el tribunal de la Inquisicion, donde preside el demonio, y tiene por consejeros el engaño y ceguedad, este declarar á los tristes inocentes la verdad, estándola representando otro dia con grande atencion y gusto de los oyentes, inviaron por los comediantes y poeta; á los unos les vedaron el hacella, y al otro quisieron castigar; y dando su descargo, y que aquello constaba por sus escripturas auténticas, lo recibieron por tal, y le mandaron callase y no lo dijese á naide, temerosos del vulgo (1).»

Ignoro quién fué el autor de esta comedia.

IV. — *De la poesía ascética.*

Hay un cierto género de poesía especial, formado en las soledades del cláustro, que en nada se asemeja á las demás composiciones de asuntos religiosos, en que tan rica es la literatura española; género de poesía filosófico, melancólicamente grave, como que tiene siempre por asunto la brevedad de la vida y el temor de la eternidad.

Sus consideraciones siempre se dirigen á pintar la fragilidad de nuestro ser, lo instantáneo de la muerte, y la necesidad de estar fortalecido el hombre con los auxilios de la religion para un suceso tan inevitable.

La religion y la filosofía, hermanadas en estas obras poéticas, escritas con una sencillez de lenguaje que parece es usada de intento para engrandecer mas la sublimidad del asunto, debieran producir grande efecto en ánimos de hombres educados en siglos de ascetismo. Los autores de estas poesías eran monjes y frailes.

La presencia de un Cristo y una calavera dictó sin duda los terribles avisos á la humanidad, que se descubren en estos trabajos, poéticos en cuanto á la forma; pero encaminados esencialmente á difundir de la religion solo la parte filosófica.

No aspiraban estos poetas ascéticos á levantar el espíritu de sus lectores á la contemplacion de los misterios religiosos por medio del entusiasmo que lograran trasmitirles con las galas de la diccion; no á conmover sus corazones por medio de la ternura, presentándoles las imágenes de dolor de Cristo, de María y de los mártires. El recuerdo de lo débil de nuestra naturaleza, con la profundidad que siempre acompaña á la idea de la muerte, servia de asunto á los poetas para encender los ánimos en la fe religiosa por medio de las verdades filosóficas que les inspiraba la brevedad de nuestra vida, y por el temor que sabian difundir al traer á la memoria la nada de nuestra existencia (2).

(1) Códice CC, 169 de la Biblioteca Nacional.

(2) Impresas en hojas sueltas se conservan las *Saetas espirituales que los padres predicadores apostólicos de la religion seráfica de nuestro padre san Francisco van cantando por las calles en las misiones que hacen por toda España con órden de su Santidad.*

Aunque no son como las poesías que se insertarán en el texto, sin embargo tienen una parte de la filosofía religiosa que vamos tratando.

Confiésate, pecador,
Que cuando mas descuidado,
Puedes morir en pecado.
Doblada condenacion
Merecerá tu pecado
En la confesion callado.
En vano te confesaste
Si algun pecado callaste.
Despierta, hombre, despierta;
No aguardes á que la muerte
Condenado te despierte.
Si la muerte te cogiere
En esa vida en que estás,
Condenado morirás.
Puesto Dios en una cruz,
Tus maldades le clavaron,
Y las piedras le lloraron.
Si deseas componerte,
Haz espejo de la muerte.
Hombre, que estás en pecado
Y que vives insolente,
Teme morir de repente.
Una mortaja, y no mas,
Deste mundo llevarás.
No tienes hora segura;
Procura, pues, disponerte
Para el trance de la muerte.

La pureza de la frase da mas majestad á estas poesías. Escritas para todos, de todos pueden ser entendidas. Las personas de alta inteligencia deben admirar la sublimidad de aquella filosofía, y las de menos conocimiento, venerarla. ¡Merito grande es sin duda el de estos autores, que en un siglo en que el gusto estaba corrompido, se hicieron indiferentes á la afectacion del lenguaje que tanto estimaban los doctos, para que sus obras mereciesen el aplauso general.

Bien comprendieron que no es la pompa del estilo lo que da grandeza á los escritos, si la grandeza no está en los pensamientos.

Véanse las siguientas muestras, dignas de ser mas conocidas de lo que son.

DÉCIMAS EN DONDE ESTÁN RESUMIDOS LOS SERMONES QUE PREDICAN EN SUS MISIONES POR TODA ESPAÑA, CON ÓRDEN DE SU SANTIDAD, LOS PADRES PREDICADORES APOSTÓLICOS, DE LA ÓRDEN DE NUESTRO PADRE SAN FRANCISCO (1).

Piensa que te has de morir,
Piensa que hay gloria é infierno,
Bien y mal, y todo eterno,
Y que á juicio has de venir;
Ponte luego á discurrir
Tu vida y modo de obrar,
Y que ahora sin pensar,
Si te diese un accidente,
Que murieses de repente,
¿Dónde irias á parar?
Piensa bien lo que te digo,
Trata de enmendarte fiel,
Mira que aun este papel
Será contra tí testigo;
A que no olvides te obligo
Muerte, juicio, infierno y gloria;
Deja toda vanagloria,
Y con cristiano talento,
No hagas loco pensamiento
De una tan cuerda memoria.
Si tener has presumido
En la postrera ocasion
Un acto de contricion,
Muy pocos le han conseguido;
Y aunque algunos le han tenido,
¿Quién, di, tan loco será,
Que en tal riesgo se pondrá,
Y cosa tan importante
Dejará para un instante,
Que no hay otro si se va?
Si de una gran cantidad
Con cuenta errada te hallaras,
Para ajustarla ¿aguardaras
A estar con enfermedad?
Pues ¿cómo tu voluntad
Mal entendida se advierte,
Y de un negocio tan fuerte,
Que te importa eterna vida,
Quieres la mayor partida
Dejarla para la muerte?
Tú no debes de saber
La ocupacion del morir;
Harto harás en resistir,
Sin que tengas mas que hacer.
En un momento has de ver
Un libro todo verdad,
Escrita tu corta edad
Entre una y otra congoja,
Donde al volver de la hoja
Verás una eternidad.
El tacto, el gusto, el oído,
Olfato, vista y conciencia,
Anda (en habiendo dolencia)
Su ejercicio confundido;
Inobediente el sentido,
Torpe le hallarás y vano,
Pues ¿cómo quieres, cristiano,
Estando en la enfermedad,
Mover á tu voluntad,
Si no puedes, una mano?
¿Qué importará que te dén
El Sacramento y la uncion,
Y que hagas tu confesion,
Si no te confiesas bien?
¿Cuántos serán los que estén
Con tus mismos pensamientos
En los eternos tormentos?
Cuántos, cuántos habrán sido
Los que al infierno se han ido
Con todos los sacramentos?
Aprisa no se han de hacer
Cosas que importantes son,
Y una buena confesion,
Tiempo, tiempo ha menester;
Sobrado tendrás que hacer,
Cuando enfermo hayas caido,
En cuidar de tu sentido,
Sin que mas vivo tu amor
Ande buscando un dolor,
Que en su vida le ha tenido.
Tus culpas se han de saber,
No las quieras encubrir;
O tú las has de decir,
O en público se han de leer;
Y si se leen, ha de ser
En universal gobierno
Para tu castigo eterno;
Pues ¿no es mejor con victoria
Decirlas para la gloria
Que oirlas para el infierno?
Ninguno me negará
Que de cierto ha de morir,
Y no me puede decir
Que sabe cuándo será;
El cómo le cogerá,
Aun tambien está ignorando;
Pues ¿no es para estar temblando
De muerte que se previene,
Ha de venir, y que viene
Sin saber cómo ni cuándo?
¿Es fácil allí un dolor
Propósito, y confesarse,
Y luego al punto pasarse
Desde un olvido á un amor?
No es fácil; que, aunque el favor
De la gracia es tan valiente,
Aun está de tí pendiente;
Mira que es necia ignorancia
Negocio de tal sustancia
Fiarle de un accidente.
Una sentencia, una muerte,
Habrá sola, el juez es Dios;
Que desto no ha de haber dos,
Donde se enmiende tu suerte;
¡Jesus, qué lance tan fuerte!
Mira que es para temblar;
Que remedio no has de hallar
En el cielo ni en la tierra,
Si sola una vez se yerra,
Y que esta se puede errar.
Mira que has perdido el juicio,
Pues de tí propio homicida,
Te vas quitando la vida

(1) En la hoja suelta donde están impresas estas décimas se lee la nota siguiente:

«Lo que aquí se advierte es, que cualquiera persona que haya callado pecados mortales por malicia ó vergüenza, confesándose, se condenará sin remedio si no los confiesa, aunque haga mas penitencia que nuestro padre san Francisco; y asi, sepa que aunque haya cometido millares de pecados mortales, por grandísimos y feos que sean, hallará en cualquiera confesor de toda España la absolucion y el remedio sin ir á Roma, y se salvará confesándolos, y si no los confiesa, se condenará sin falta alguna, etc. Y vuelvo á decir que no es menester ir á Roma, porque en España hallará la absolucion de cualquier pecado, por gravísimo y feo que sea.»

Con uno y con otro vicio;
Porque del loco artificio
Temporalmente te ves
Lleno de humano interés,
Ahora estás muy ufano;
Pero repara, cristiano,
Que esto es ahora, y ¿despues?
Este *despues* considera;
Que este *ahora* ha de faltar,
Y el *despues* ha de durar
Eternamente á cualquiera;
Este *despues* que se espera,
Es el que cuidado da;
Que este *ahora*, claro está
Que es ligero movimiento,
Nacido de un corto aliento,
Que cuando viene se va.
Dispon tu cuenta ajustada,
Que aun así, cuando enfermares,
Del tiempo que allí encontrares,
Aun no ha de sobrarte nada:
Mira que desta jornada
No se ha de volver jamás;
Mira el paraje en que estás;
Que es cosa para aturdir
El saber que has de partir,
Sin saber adónde vas.

No son menos notables por su majestad filosófica las siguientes

DÉCIMAS Á LA BREVEDAD DE LA VIDA, CON ALUSION Á LAS HORAS QUE DA UN RELOJ.
(Fueron compuestas por un fraile capuchino.)

A la una.

Ello es infalible y cierto,
Sin que me pueda evadir,
Que en una hora he de morir,
Y el cuándo ó cómo es incierto.
Peligro en todas advierto;
Mas sé que sin duda alguna,
No viviendo mal ninguna,
Es preciso que la acierte,
Y lograré con la muerte
Mi eterna dicha *en la una.*

A las dos.

Un recuerdo muy del caso;
La campana fiel me advierte
Ya la hora de la muerte
Que tan en olvido paso;
¡Oh qué terrible fracaso!
¡Morir y dar cuenta á Dios!
Pues, alma, acordáos vos
Que la vida es aire leve,
Y que disiparse puede
Antes de contar *las dos.*

A las tres.

Considera bien y advierte,
Alma que en mi cuerpo moras,
Que tenemos ya dos horas
Andadas hácia la muerte.
Mira, advierte, el trance fuerte
Del morir; despierta, pues;
Gloria ó pena, el sitio es
Adonde irás á parar,
Y puede ser el marchar
Antes de contar *las tres.*

A las cuatro.

Oigo que la lengua dura
Del reloj me está diciendo
Que, de hora en hora muriendo,
Me voy á la sepultura.
Y ¡que malogre, oh locura,
La ocasion que de barato
Me da Dios en este rato
De vida, sin merecerla,
Y que puede ser perderla
Antes de contar *las cuatro!*

A las cinco.

¡Ay de mí! que á grande prisa,
Sin detenerse un instante,
El reloj, con su volante,
Que viene la muerte avisa.
Tras de mi vida remisa
Corre ella con tal ahinco,
Que puede ser que de un brinco,
Por lograr su fatal lance,
Sin advertirlo me alcance
Antes de contar *las cinco,*

A las seis.

¡Oh, qué necio y loco soy,
Pues que las horas contando,
Sin saber cómo ni cuando,
Malgastándolas estoy!
Muy dormidos hasta hoy,
Alma, los ojos teneis;
Ya es tiempo que disperteis
Para empezar á llorar,
Pues que se os puede acabar
Antes de contar *las seis.*

A las siete.

Con asunto mal distinto
En cada golpe diciendo
Está el reloj que rompiendo
Va el hilo á mi ser sucinto,
Y que en el corto recinto
De un sepulcro, vil retrete,
Sea capilla ó sea bonete,
Rico ó pobre he de caber,
Y esto puede suceder
Antes de contar *las siete.*

A las ocho.

Solo, alma, el bien vivir
A la vida, larga ó corta,
Será lo que mas le importa,
Pues es forzoso el morir,
Y tu cuerpo ha de servir
A gusanos y á serpientes
De pasto hediondo á sus dientes,
Y de esta fatal tragedia
Puede empezar la comedia
Antes que *las ocho* cuentes.

A las nueve.

Corriendo mi vida va
Desde el uno al otro toque,
Pues cada hora es un choque
Que el tiempo á mi cuerpo da.
Presto me derribará;
Casa soy de barro leve,
Que dia y noche la llueve
El tiempo con su gotera,
Y puede ser la postrera
Antes de contar *las nueve.*

A las diez.

Deja, loca fantasía,
Tantos vanos pensamientos,
Pues ves que ya por momentos,
Se nos va llegando el dia;
Muriendo van á porfía
Mi juventud y vejez,
Y aunque estoy sin palidez,
Tengo avisos muy bastantes
De que puedo morir antes
De poder contar *las diez.*

A las once.

Ya parece que al oído
Me dice al tocar la hora:
¡Oh mortal! despierta y llora
Lo que en pecado has vivido.
Confieso, mi Dios, que he sido
A tu ley inobediente,
Terco, tenaz é insolente,
Pues no muero al acordarme
De que podeis condenarme
Antes que *las once* cuente.

A las doce.

¡Oh qué voces tan fatales
A todas horas escucho,
Que dicen me acerco mucho
Del sepulcro á los umbrales!
Todas son señas fatales,
Y aunque salud las reboce,
Mi ser caduco conoce
Que á su principio camina,
Y que puede ser mi ruina
Antes de contar *las doce.*

Este género de poesía ascético, inventado en el siglo XVII, tuvo tambien imitadores en el siguiente. El célebre padre maestro Feijóo, el *Voltaire español*, pero Voltaire como podia serlo un religioso benedictino, y religioso benedictino creyente, compuso tambien algunas poesías filosófico-cristianas sobre la brevedad de la vida. Véase la siguiente:

Á LA CONCIENCIA, EN METÁFORA DEL RELOJ.— DÉCIMAS.

Conciencia, reloj viviente,
Que en el espíritu humano
Fabricó con sábia mano
Artífice omnipotente.
Pulso suena indeficiente,
Pues que sirve, bien oida,
Esa máquina regida
En su mas tranquila calma,
De despertador del alma
Y de *muestra* de la vida.

Tu artificio es singular,
Pues del tiempo dilatado,
Mas que el presente, el pasado
Aciertas á señalar.
Para mí en particular
Fué tu estructura precisa;
Pues cuando, como va aprisa,
En su curso no advertí,
De las horas que perdí
La *repeticion* me avisa.

Cuando del tiempo ligero
Lo que ya viví repasas,
Aunque veo que te *atrasas*,
No hay reloj mas verdadero.
Ríñesme entonces severo
Errores del albedrío,
Mas fuera nuevo error mio
Sobre tanto desacierto
Achacarte el desconcierto,
Siendo mio el desvario.

Noche y dia sin parar,
Tu agitacion misteriosa
Un momento no reposa,
Ni me deja reposar.
¿Cómo no he de reparar
Tu continua *pulsacion*,
O cómo á la distraccion
Lugar alguno le queda,
Si los *dientes* de tu *rueda*
Me muerden el corazon?

Fuerza es que siempre constante
Nunca el curso un reloj pierda,
Donde es la reflexion *cuerda*
Y el pensamiento *volante*.
Mas que tal vez se adelante
Tu vuelo quiero deberte;
Pues será feliz mi suerte
Si, á mi atencion prevenida,
En el dia de la vida
Das la hora de la muerte.

Tu aviso con igualdad
Observaré diligente,
Sabiendo que está pendiente
Del tiempo la eternidad;
Y pues con tal brevedad
Vuela el dia, que me alienta,
Bien es que adviertas atenta
Cuánto te importa, alma mia,
Tener cuenta con el dia
Para el dia de la cuenta.

Estas composiciones ascéticas se publicaban siempre en hojas sueltas y en una sola plana. Algunas de ellas se colocaban en cuadros en los cláustros de algunos conventos y monasterios, para inspirar mas el recogimiento y la devocion en los ánimos, así de los religiosos que los habitaban, como de los seglares que entraban en ellos. Unas décimas *de lo que va de ayer á hoy*, puestas en el cláustro bajo de los capuchinos de Cádiz, y frente á la entrada del panteon, causaban un efecto terriblemente melancólico en los que visitaban aquel sitio.

El metro usado para esta clase de composiciones era siempre las *décimas*. Tal vez el poeta ascético se apartaba de esta costumbre, pero no con frecuencia; y aun así, el verso octosílabo era el preferido, y combinado de modo, que nunca perdian el carácter primitivo estas poesías. Una de las muchas que con el epígrafe de *El ¡ay de mí!* se han escrito, empieza de este modo:

¡Considera, alma perdida,
De la muerte el trance fuerte,
Y cuán amarga es la muerte
A quien fué dulce la vida!

Júzgate ya muy postrado,
En una cama tendido,
De pena y dolor molido,
Y del todo desahuciado;
Cogióte tan descuidado,
Que ves tu salud perdida.
¡Ay cuán amarga es la muerte
A quien fué dulce la vida!

Aquel estar suspirando
Con respiracion turbada,
Aquel «¡ay vida estimada!
¡Cómo te vas acabando!»
Aquel ver se va acercando
La sepultura temida...
¡Ay cuán amarga es la muerte
A quien fué dulce la vida!

Aquel ¡ay! tan repetido
¡Ay juventud desastrada!
Ay salud, ya estás postrada!
Ay vivir, ya estás rendido!
Ay tiempo mal consumido!
Ay costumbre envejecida!
Ay cuán amarga es la muerte
A quien fué dulce la vida! (1).

Esta larguísima composicion es muy inferior á las que anteriormente se han copiado íntegras.

Las poesías ascéticas españolas están escritas sin artificio, como he dicho, sin pompa de palabras; pero tal vez sus autores incurren en cierto desaliño, en alguna incorreccion gramatical, en alguna dureza en los versos. Esto demuestra que, siendo, como son en su mayor parte, composiciones excelentes, en los autores se ve la espontaneidad con que escribian, poseidos de un entusiasmo, hijo del espíritu filosófico-cristiano que en el retiro de sus celdas animaba á estos religiosos para trasmitir á los fieles sus desengaños de la vida.

(1) *Desengaños de la vida*, hoja suelta, impresa en Córdoba, sin año de impresion. Don Juan Nicolás Bolh de Faber la reimprimió en su *Floresta de rimas antiguas castellanas*, tomo II.

Eran poetas, no para lucir sus ingenios y encender la fe en los ánimos con la parte poética del cristianismo; sino para cautivarlos en medio de la armonía de los versos, conducirlos al fin que se proponian, y grabar en sus memorias las sentencias, los avisos y los consejos que las meditaciones engendradas en la soledad de los cláustros les habian dictado (1). Entre la oda de fray Luis de Leon *A la Ascension* y las poesías ascéticas de que trato, media la distancia que hay entre la encantadora sublimidad religiosa de los cuadros de Murillo que representan el milagro de las aguas de Moisés, y el del pan y los peces de Cristo, y la espantosa verdad del cuadro que en competencia de estos pintó don Juan de Valdés Leal, para la Caridad de Sevilla, representando dos cadáveres.

V.—*De la poesía judáica.*

Los judíos descendientes de los que fueron expulsos de España cultivaron, al par de nuestra lengua, el estudio de nuestra literatura. En poesía siguieron el mismo gusto que dominaba en la Península, como se puede ver en las obras de Miguel Silveira, Miguel de Barrios y Antonio Enriquez Gomez. Este, sin embargo, se distingue de los dos anteriores y demás poetas por la profundidad filosófica de sus escritos, como tendrémos ocasion de observar en sus apuntes biográficos.

La poesía de los escritores judaizantes, á excepcion de los pocos que han tratado de amores, es, mas que nada, bíblica. Traducciones é imitaciones de los libros de Job, de los *Cantares* y *Proverbios* de Salomon, de los *Trenos* de Jeremías, y, sobre todo, de los salmos, forman el repertorio de esta literatura judáica, como puede verse en la *Biblioteca Rabínica*, de don José Rodriguez de Castro, y en los *Estudios históricos sobre los judíos en España*, del señor don José Amador de los Rios.

Apartándome, pues, de los juicios críticos de estos distinguidos eruditos, y entrando en otras consideraciones, la misma literatura bíblico-poética, cultivada por los judaizantes españoles ó por judíos de orígen español, era tambien cultivada, y con no menos éxito, por nuestros buenos autores.

(1) Compárese este género de poesía con el usado en el mismo siglo en nuestros templos, en muchas de las festividades. Villancicos escritos en estilo chavacano, sin mas aspiracion que la de un entretenimiento pueril, se cantaban durante las mas graves ceremonias. ¿Qué fin se proponian sus autores y los que mandaban escribir tales obras? ¿Se encuentra en estas poesías algo que hable á nuestra razon?

Un solo ejemplo bastará para dar una idea de lo que eran estas poesías, escritas con un fin religioso, pero de ningun efecto para la religion.

En la relacion de las fiestas celebradas por la Inquisicion de Granada, en la canonizacion de san Pedro Arbués (Granada, por Baltasar Bolívar, 1664), relacion escrita por el maestro Agustin Martinez de Bustos, beneficiado y comisario del Santo Oficio, se lee lo siguiente:

«Entre tanto que se cantaba el villancico, el señor Inquisidor, que celebraba, con el diácono, subdiácono y asistentes llegó al altar, y haciendo genuflexion, incensó tres veces la imágen del Santo, y volviéndose á su lugar, y tomando una casulla que era de tela carmesí de oro con aguas, se comenzó la misa con grande solemnidad, en la cual, despues de la epístola, se cantó el siguiente villancico.

ESTRIBILLO.—TROVA.

»Manden rezar la oracion
Del santo á quien una noche
Mató la hebrea nacion,
Y manden á troche y moche,
Que yo rezaré á trompon.
Tome un cuarto, devoto, y rece
De Pedro sagrado la vida y la muerte
Oigan pues, que las coplas empiezo,
Que yo me las canto y yo me las rezo.

COPLAS.

»Para mas resplandecer,
Logró este ejemplar espejo
El ser noble antes que el ser,
Porque Pedro, aun sin nacer,
Era ya cristiano viejo.
»Nació de Epila en la villa,
Haciendo con maravilla
De virtud tal provision,
Que hoy es santo de Castilla,
De Leon y de Aragon.
»Creció el niño, y llegó á estar,
Desde sus tiernos albores,
Tan perdido por lograr
Las ciencias, que solo hallar
Se pudo entre los doctores.
»De paciencia al dar señales
Bolonia dijo: «Yo apruebo
Que entre con mis colegiales,»
Donde le hicieron los tales
Tener paciencia de nuevo.
»Mas fué en Zaragoza presto
De la Seo prebendado,
Bien que, por ser tan modesto,
Aun antes de acomodado,
Era Pedro hombre compuesto.
»Fué inquisidor primitivo
De Aragon, y tan activo,
Que con ardientes deseos,
Para castigar hebreos
Era el santo un fuego vivo.
»De aquestos pues reducia
A la fe gran muchedumbre,
Pero el que no, luego ardi;
Que al que lumbre no queria
De la fe, le daba lumbre.
»No solo dél se ausentaban,
Buscando parte segura,
Mas viendo que los asaban
Porque el sábado guardaban,
Huian de la asadura.
»Mas un dia que le vieron
En el continuo ejercicio
Del rezo, contra él se fueron,
Y como escribas quisieron
Despacharle en el oficio.
. . . . . .
. . . . . .
»El primero que lo hirió,
La espada, rayo sin luz,
Hasta la cruz le metió;
Que en los judíos llegó
La crueldad hasta la cruz.»

En el ofertorio se cantó otro villancico del mismo género, y otro al alzar. Parece imposible que tales burlas ó donaires se consintiesen en los templos, y que tales burlas ó donaires se hiciesen por los mismos que se llamaban *celadores de la fe*.

Benito Arias Montano, fray José de Sigüenza, Diego Alfonso Velazquez de Velasco, fray Luis de Leon, Cristóbal de Mesa, fray Pedro Malon de Chaide, fray Alonso de Mendoza, fray Jerónimo Canton, fray Juan de Soto, y otros escritores, hasta treinta, poco mas ó menos, tradujeron en elegantes versos castellanos todos ó una gran parte de los salmos, de que corren impresas algunas colecciones. Tomaron por modelos en estas versiones seguramente las que del hebreo á los versos latinos hicieron Mateo Toscano, Marco Antonio Flaminio Bucanano, Antonio Botta, y otros autores no menos célebres.

Del conde de Rebolledo tenemos una excelente traduccion del *Libro de Job* y de los *Trenos* de Jeremías.

A excepcion de las obras de Moseh Pinto Delgado, únicas que pueden competir con las versiones bíblicas de los autores citados, las demás de los autores judíos y judaizantes carecen de vigor en la frase y de estro, no obstante que en tal ó cual pasaje de la traduccion de los salmos de David, Abenatar Melo y algun otro autor resplandecen cierta gala y facilidad, dignas de aprecio.

Dos versiones voy á presentar para que se compare mejor la poesía bíblica cristiana con la de los judaizantes y de los judíos oriundos de España.

La version del salmo *Miserere*, hecha por Benito Arias Montano segun un códice antiguo, ó por fray José de Sigüenza segun quiere un erudito amigo mio, servirá de muestra de aquella; la primera lamentacion de Jeremías, con una introduccion del poeta Juan Pinto Delgado, servirá tambien de muestra de la segunda poesía.

Las dos son las mejores que nos pueden ofrecer ambas literaturas.

Véase la de Benito Arias Montano (1):

Dios, que en la eterna cristalina cumbre,
Respetado de arcángeles, habitas,
Pues la misericordia es la costumbre
En que mas de ordinario te ejercitas,
Segun la grande inmensa muchedumbre
De tus misericordias infinitas,
Borra de mis delitos el proceso,
En tu divina eternidad impreso.

Este frágil caduco pecho mio,
Que en el cieno del mundo se revuelve,
Vuelve á lavarle en el profundo rio
Que nasce de tu mar, y á tu mar vuelve;
Que limpio de aquel loco desvarío,
Que, como el humo, en nada se resuelve,
Podrá quedar, mirando á su pobreza,
Humilde imitador de tu pureza.

Mi miseria conozco. No te asombre
Que lo diga, Señor, desta manera;
Que cuando quieres tú bajar al hombre,
Sirve el conocimiento de escalera.
Mi pecado cruel, que tiene nombre
Y aun hechos bravos de espantable fiera,
Por hijo es menester que le declare,
Pues, cual víbora, mata á quien le pare.

Contra tí solo cometí la ofensa,
Que en ofrecer mis trazas no me fundo;
Porque estoy cierto que mi culpa inmensa,
Despues de tí, es mayor que todo el mundo;
Yo cometí este mal sin recompensa
Delante tu valor, que es sin segundo,
Aunque tambien, Señor, fuera lo mismo
Cuando lo cometiera en el abismo.

Cuando tu espada, que un cabello corta,
Romper quiera mi pecho *mas rigido*,
Por lo que tiene de palabra, importa
Cumplir lo que á tu gente has prometido;
El golpe y la crueldad templa y reporta
De tal suerte, mi Dios, que seas vencido
Cuando entrares de amor en las peleas,
Y vencedor cuando juzgado seas.

Para saber cuán miserable vengo
A ofrecerte del alma los despojos,
Mira el pecado original que tengo,
Aunque es objeto indigno de tus ojos;
Y si en sus vanidades me entretengo,
Disculpa en cierto modo mis antojos;
Que no es mucho ser padre de pecado
Quien dél fué concebido y engendrado.

Mira que la verdad es una dama
Que en un espejo de cristal se mira;
En tu pecho encendió la ardiente llama,
Que por los ojos el amor respira;
Y aunque la he conoscido por la fama,
Ya he visto su beldad que al mundo admira,

(1) En la selecta librería de mi amigo el doctísimo anticuario gaditano don Joaquin Rubio existe un ejemplar impreso de la obra intitulada *Davidis Regis ac prophetae aliorumque sacrorum vatum psalmi, ex hebraica veritate in latinum carmen à Benedicto Aria Montano observatissime conversi. Antuerpiae; ex officina Christophori Plantini*, MDLXXIII. Al fin hay varias hojas manuscritas, donde se contienen algunos salmos, puestos en verso castellano por Benito Arias; y en una nota escrita por mano moderna se lee lo siguiente: «El MS. que está en este libro, y sigue hasta la página anterior, desde el índice impreso, de los salmos de David, segun mi inteligencia y tal cual conocimiento, es de la letra y puño del célebre Benito Arias Montano, grande doctor teólogo y humanista consumado; en el cual canta en verso castellano, sencillo y puro, muchos salmos de David, explica divinamente el salmo L en prosa y luego en octavas rimas. Es un MS. muy apreciable y de mérito singular.»

Y el bien de habella visto me resulta
De tu sabiduría cierta oculta.
Rocíame, Señor, con tu hisopo,
Que en la verdad que digo he descubierto
Que, aunque dificultad en ello topo,
Sé que ha de ser, pues lo dijiste, cierto;
Y quedaré tan blanco como el copo
De la nieve mas cándida del puerto,
Cuando entre sus diáfanas blancuras
Se revuelven del sol las luces puras.
Alégrese mi oído temeroso
Con la voz que se forma en tu garganta,
Cuyo divino acento milagroso
Al cielo alegra y al infierno espanta;
Que pues criaste al cielo poderoso
Con sola una palabra tenga santo,
Con ella quedarán regocijados
Estos huesos humildes quebrantados.
De los pecados miserables mios
Aparta esa divina faz serena,
Que está, por ver mis locos desvaríos,
De furia, saña y de venganza llena;
Y ya que de leon tienes los brios,
Procura, pues tus piés en el arena
Escriben mis pecados cuando corren,
Que con la cola de tu amor se borren.
Cria en mi pecho un corazon tan puro,
Que viva en él la humana carne muerta;
Porque este que aborrezco está tan duro,
Que ser nada conviene que se advierta;
Aunque, pues es creacion la que procuro,
Que habrá de ser de nada es cosa cierta;
Cria, Señor, con admirables mañas
Un espíritu recto en mis entrañas.
No me apartes, Señor, de tu presencia,
Porque será del todo deshacerme;
Que, si estás donde quieres or esencia,
Para apartarme, en nada he de volverme;
Tu espíritu, que en mí tiene asistencia,
Despues que tanto quiso engrandecerme,
No deje libre el corazon *cautivo* (1);
Que quedar libre dél es ser *cautivo*.
. . . . . .
. . . . . .
Como al bien que pretendo me remontes,
A cuantos aborrecen tu memoria
De léjos mostraré los altos montes
Por donde va el camino de tu gloria;
Y el que hace temblar los horizontes
Con la gran voz de su crueldad notoria,
Viendo que no tomaste en mí venganza,
Ya que no tendrá fe, tendrá esperanza.
Líbrame, Dios mio, de la muerte,
Que me ofrece mi cuerpo, mi enemigo;
Que dos veces te llamo desta suerte
Por mostrar el fervor con que lo pido;
Mi lengua, en todo rigorosa y fuerte,
Quiere de tu clemencia ser testigo,
Y alabarla tambien con voz propicia,
Revuelta y disfrazada en tu justicia.
Abre, Señor, estos rebeldes labios,
Que cerrados están con los cerrojos
De la gran multitud de los agravios
Que cometí en presencia de tus ojos;
Y esta boca mortal, que á tantos sábios
Suele causar de confusion enojos,
Ocupará de hoy mas la lengua suya
En la grandeza milagrosa tuya.
Si sacrificios solos te obligaran
A perdonar estos pecados graves,
La tierra, el agua y viento me prestaran
Gran multitud de fieras, peces y aves;
Pero estas cosas juntas no reparan
Un pecado mortal; pues, segun sabes,
Para tener de sacrificio nombre,
Ha menester el corazon del hombre.
El sacrificio para tí mas bueno
Es la pena y tormento que padesce
Un espíritu humano que está lleno
De las tribulaciones que aborrece;
Del corazon que, de sí mismo ajeno,
Con la humildad profunda resplandece,
Es menester, Dios mio, que *le* (2) *agrades*,
Pues eres tan amigo de humildades.
Con tu benignidad, que causa espanto,
El monte Sion es bien que adviertas
En este pecho, que deshace en llanto
De su ferocidad las cumbres yertas;
Traza, pues, Señor mio, el lugar santo,
Los altos muros, las famosas puertas,
Las fuertes torres y las casas ricas
Desta Jerusalen que en mí fabricas.
Que entonces, á pesar del mundo vano,
Darte podrán mis sacrificios gusto,
Cuando al altar divino y soberano
Los lleve un corazon sincero y justo;
Y entonces con mi propria é indigna mano,
Del animal mas fiero y mas robusto
Arrojaré, de amor y temor ciego,
La palpitante víctima en el fuego.
Glorifíquese el Padre, á quien adora
La máquina del círculo estrellado,
Y el Hijo eterno que en su pecho mora,
Y el Espíritu, dellos emanado;
Como era en el principio y es agora,
Y ha de ser en el tiempo, que esperado
Es para eternizar y hacer benditos
Los siglos de los siglos infinitos.

Véase la de Juan Pinto Delgado:

PRIMERA LAMENTACION DE JEREMÍAS, CON UNA INTRODUCCION DEL POETA.

Señor, mi voz imperfeta,
Nacida del corazon,
Que á vano error se sujeta,
Hoy siga, con tu profeta,
El llanto de tu Sion.
Si del polvo á las estrellas,

(1) Parece que debe decir *esquivo*.

(2) Parece que debe leerse *te*, y no *le*.

Del mundo en lo mas remoto,
Mostró sus vivas centellas,
El menos y el mas devoto
Llore conmigo y con ellas.
Concede de alto tesoro
Tu luz á mi ciega vista;
Tu sciencia en lo que ignoro,
Porque en ajeno mi lloro
A propias culpas resista.
Si veo en el llanto mio
La parte de humor que encierra
Tu fuente inmensa, confio
Que será como el rocío,
Que fertiliza la tierra.
Y aunque sin alas me atrevo
A tanto vuelo, y me espante
El ver que mis labios muevo,
Inspira en mí canto nuevo,
Porque en mis lágrimas cante.

——

¿Cuál desventura, oh ciudad,
Ha vuelto en tan triste estado
Tu grandeza y majestad,
Y aquel palacio sagrado
En estrago y soledad?
¿Quién á mirarte se inclina,
Y á tus muros, derrocados
Por la justicia divina,
Que no vea en tus pecados
La causa de tu ruina?
¿Quién te podrá contemplar,
Viendo tu gloria perdida,
Que no desee que un mar
De llanto sea su vida
Para poderte llorar?
¿Cuál pecado pudo tanto,
Que no te conozco agora?
Mas, no advirtiendo, me espanto
Que tú fuiste pecadora,
Y quien te ha juzgado, santo.
En ofenderle te empleas
Ya por antigua costumbre,
Y en errores te recreas;
Y así, no es mucho que veas
Tus libres en servidumbre.
Tus palacios y tus puertas
Fueron materia á la llama
En esas calles desiertas,
Por émulos de tu fama
En tus miserias abiertas.
Por tus plazas y rincones
Miro, por ver si pasea
Alguno de tus varones,
Porque crea á sus razones,
Cuando á mis ojos no crea.
Mas vano es este deseo;
Que animales sin razon,
Sin dueño, balando veo,
Que no articulando el son,
Certifican lo que creo.
Aunque se encienda mi pecho
Llamando, siempre callaron
Sus hijos en su despecho,
Como sus dioses le han hecho,
Que por engaño llamaron.
La causa por que bajaste,
Y porque humilde caiste
De la gloria en que te viste,
Fué la verdad que dejaste,
La vanidad que seguiste.
Ya no eres la princesa
De todas otras naciones;
Ya tu altivez es bajeza,
Tu diadema y tu grandeza
Se han vuelto en tristes prisiones.
Ya tu palacio real
Humilde cubre la tierra
En exéquia funeral;
La paz antigua es la guerra,
Y el bien antiguo es el mal.
Si fuiste al Señor contraria,
De los pecados el fruto
Son tu cosecha ordinaria,
Ha sido el mismo tributo
Por quien te ves tributaria.
No solo viste perder
La honra que te adornó,
Mas tus hijos perecer,
Que el Señor los entregó
Al mas tirano poder.
¿Cómo se puede alentar
Tu pueblo entre su gemido,
Llegando á considerar
Lo que seguir ha querido,
Lo que ha querido dejar?
Llorando dice: «¡Ay de mí!
¿Dónde estoy? Dónde me veo?
O ¿quién me ha traido aquí?
¡Tan cerca lo que poseo!
Tan léjos lo que perdí!»
Lloren al fin entre tanto
Que no descansa su mal,
Y obliguen al cielo santo;
Que no puede ser el llanto
A sus delitos igual.

Ambas poesías manifiestan la aptitud de nuestra lengua para expresar con grandiosidad los mejores pensamientos de la literatura hebráica.

Ni el estilo de Benito Arias Montano es inferior al original, ni menos el de Pinto Delgado.

La literatura de los españoles cristianos ofrece mas repetidos ejemplos de aquella verdad que la de los judíos; pero tambien es innegable que muchos de los escritos de estos en el mismo género se acercan en grandeza á sus originales, y aunque no aventajen, pueden igualar alguna vez á las poesías bíblicas de los mas ilustres ingenios que han cultivado la literatura patria.

VI.—*De la poesía satírico-política.*

El ingenio español tambien se ha dedicado al género de poesía satírico-político, y no con infeliz suceso. El estado de otros países, en que se han repetido revoluciones de mas ó menos duracion, permitia que las sátiras políticas de sus poetas corriesen con mas facilidad, impresas bien en la misma patria de sus autores, ó en los lugares de los acontecimientos, bien en Venecia, durante los siglos XVI y XVII, ó en Holanda en este último y en el XVIII.

Las sátiras políticas de los ingenios españoles, casi todas anduvieron manuscritas en la época de los sucesos, y despues quedaron como curiosidades, en tomos de papeles varios de las bibliotecas, así públicas como de particulares.

Si se exceptúan los *Ejemplos contra la mala gobernacion del reino*, por Gomez Manrique, en donde su autor pinta así el estado de España en tiempos de don Juan II:

Los mejores valen menos;
¡Mirad qué gobernacion,
Ser gobernados los buenos
Por los que tales no son!

Si se exceptúan (repito) las famosas coplas de *Mingo Revulgo* y alguna que otra rarísima composicion, ¿qué sátira política, escrita en los antiguos tiempos, pudo ser impresa en España? La forma de gobierno que regia en esta nacion no daba lugar á que se permitiese la publicacion de estos rasgos de ingenio, como documentos históricos de otros tiempos; rasgos de ingenio bastantes á hacer caer en menosprecio á los que gobernaban, viéndose retratados en los ejemplos que ofrecian aquellas sátiras.

En un país donde la suspicacia de los gobernantes llegó á impedir, mientras vivió Felipe II, que don Baltasar Álamos de Barrientos publicase su version de Tácito, creyendo que llevaba la mira de presentar el ejemplo de este rey en el emperador Tiberio, y el de Antonio Perez en el de Seyano, ¿quién podia dar á luz las sátiras de otros reinados para recreo de los curiosos?

Sin embargo, esta poesía se cultivó mucho, especialmente en los tiempos de los Reyes Católicos y en todo el siglo XVII.

Las célebres coplas del *Provincial*, atribuidas por unos á Fernando del Pulgar, y por don Luis de Salazar y Castro á Alonso de Palencia, son un libelo infamatorio contra los personajes de la corte. Así empieza:

El *Provincial* es llegado
A aquesta corte real,
De nuevos motes cargado,
Ganoso de decir mal.

Las coplas de la *Panadera*, que se atribuyen á Juan de Mena, tienen por objeto ridiculizar á los que pelearon contra su rey en la batalla de Olmedo:

Panadera, soldadera,
Que vendes pan de barato,
Cuéntanos de aquel rebato
Que te conteció en la vera;
Di, *Panadera*.

Las coplas del *Provincial* fueron prohibidas por la Inquisicion. En un comento á ellas que se halla en la Biblioteca Nacional (códice H, 40) se lee lo que sigue:

«Estuvieron un tiempo tan acreditadas estas coplas del *Provincial*, que no solo hicieron embarazo á grandes familias en los consejos de la Inquisicion y de las Ordenes, sino que muchas casas se recataron de mezclarse con aquellas que se hallaban ofendidas de tan livianos fundamentos. Entró despues el escrúpulo y cuidado de mas piadosas noticias, y fueron perdiendo la cruda estimacion en que estaban, haciendo particular y cristiano esfuerzo personas modestas y religiosas para enderezar la rigurosa y torcida aprension de los honores; y últimamente, fueron interesados tantos en que estas sátiras quedasen desmentidas, que fácilmente se conformaron en que perdiesen aquella violenta y lastimosa voz que se oyó en paz en tantos años. Aunque, pudiendo mas la noticia de los que se imaginaban sanos desta dolencia que la venganza de los heridos de este achaque, en vez de que estos versos quedasen escondidos, se fueron aumentando en el crédito y el número, *hasta que, por último remedio, los inquisidores generales prohibieron, no solo la publicidad de estos papeles, sino el tenellos y platicallos, excluyendo los informes y testimonios que se armasen de noticias tan flacas.*»

Otras coplas, con el nombre del *Provincial segundo*, se escribieron en tiempos de Cárlos V. En el mismo códice, ya citado, se dan sobre ellas las noticias siguientes:

«Y no mereciendo el autor (de las primeras) mas honra que la queja de tantos, quisieron que lo sea don Fernando del Pulgar, coronista de los Reyes Católicos, tan señalado en aquellos tiempos en toda erudicion y doctrina... dudo que se embarazase en tan liviana y peligrosa ocupacion. Siguióla despues en el reinado del emperador Cárlos V, con el nombre de *Provincial segundo*, don

Diego de Acuña, caballero mozo y vano; pero hablando con tanta desmesura y liviandad de las mujeres nobles de aquella edad, que hizo mas injuria á las costumbres que el primero á la sangre y á todo.»

En tiempo de los Reyes Católicos se escribieron, con el título de *Quejas de Castilla*, unas coplas sobre las calamidades ocasionadas por la guerra de Portugal y conquista de Granada. Fueron escritas en Jerez de la Frontera. De estas coplas se han publicado algunas por el excelentísimo señor don Pedro José Pidal, en su erudito prólogo del *Cancionero de Baena*.

En una de ellas se alude al cardenal don fray Francisco Jimenez de Cisneros (segun se dice en el códice M, 145 de la Biblioteca Nacional):

Traes un lobo rapaz
En hábito de cordero,
Que en son de poner en paz,
Nos muerde mas de ligero;
En la cueva, do yacia,
Raíces crudas comia;
Y despues se entró lamiendo,
Y en tu hato está mordiendo
Los mastines cada dia.
Tus mastines los famosos,
De verse tan mordiscados,
Todos andan asombrados,
Corridos de los raposos;
Y si algun mastin cuitado
Por el monte ha trabajado
De tomar algun conejo,
Tómasele el lobo viejo
Que trae siempre á su lado.
. . . . . .
O tú vienes engañado,
O piensas que somos bobos,
Trayendo por perros lobos
Que nos matan el ganado;
Y andan por tus aradas
Mil ovejas barrancadas,
Y comidos mil corderos;
Y por causa de los cueros
Las das por bien empleadas.
. . . . . .
Consiénteles sus placeres
Y que vivan entre nos,
Porque hacen lo que quieres,
Y no lo que quiere Dios;
Andas siempre desvelado,
Destruyendo tu ganado,
Lo menudo con los padres,
Sin dolerte de las madres,
Como eres obligado.
Si dices que fué tu impresa
Por servicio de tu grey,
Y por ensalzar tu ley
Y crecer mas tu dehesa,
Y que lo que has trasquilado
Ha sido bien empleado,
Pues allanaste las sierras,
¿Para qué quieres las tierras,
Pues que matas el ganado? (1).

Estas son muestras de la antigua poesía satírico-política. Hasta los reinados de Felipe III y Felipe IV no comenzó á tener una forma mas artística, debida con especialidad al eminente talento que para esta clase de obras tenia el desventurado conde de Villamediana. Don Francisco Gomez de Quevedo y Villegas siguió la imitacion de este, igualándole en sus sátiras políticas, orígen de muchas de sus adversidades. Además de estos autores, otros de no menos importancia, segun se prueba por sus mismas poesías, escribieron muchas contra el rey Felipe IV y el conde-duque de Olivares, la mayor parte atribuidas falsamente á Quevedo.

¿Qué culpa al Conde le dan,
Sea verdad ó sea patraña,
En la perdicion de España?
La que al conde don Julian;
Muchos afirmado han,
En varios juicios severos,
Que á España dos condes fieros
Han causado eternos lloros:
Uno metiendo á los moros,
Y otro sacando dineros.
La guerra de Portugal,
Que se juzgaba por breve,
Con tanto espacio se mueve,
Que va aspirando á inmortal;
Tanto estrépito marcial,
Tanta gente levantada,
A pié y á caballo armada,
Tanto aparato ¿qué ha sido?
Mucha costa y gran ruido,
Y ¿tanta jornada? Nada.
Cuando asistir le conviene
Monterey, la empresa deja,
Y de Portugal se aleja,
Misterio sin duda tiene.
Leganés dicen que viene
En lugar de Monterey,
Y con buena ó mala ley,
Que se quedan me parece,
El catalan en sus trece,
Y Juan de Berganza rey (2).

Por lo comun estas sátiras políticas del tiempo de Felipe IV eran sumamente agresivas y personales. Una muestra de esta verdad se halla en el romance *Al hijo declarado por el Conde-Duque.* Llamóse antes de ser reconocido *don Julian*; despues tomó el nombre de *don Enrique de Guzman.* Estaba casado con doña Leonor de Unzueta. Por el vicario de Madrid fué declarado nulo el matrimonio. Casaron á la Unzueta con don Gaspar de Castro, caballero de Santiago, á quien dió el conde-duque una plaza de oidor en Indias y veinte mil pesos para el viaje. Don Enrique se casó luego con doña Juana de Velasco, hija del condestable de Castilla. Sobre este asunto se escribió el siguiente romance:

(1) A excepcion de la primera copla, impresa en el *Cancionero de Baena* y en mi *Exámen filosófico de las principales causas de la decadencia de España*, las otras salen hoy á luz por vez primera.

(2) *Décimas satíricas al estado de la monarquía en el año de* 1642 (MS.):

Toda España está en un tris,
Y á pique de dar un tras.

Habrá muy poquitos dias
Que dentro la armada real,
Cantando jácaras nuevas
Se andaba *don Julian*,
Y cargado de servicios,
Con bien poquito caudal
Se casó con la *Unzueta*,
Mujer que sabe ganar.
Está contento con ella,
Y ella con él mucho mas,
Porque nunca la hizo estorbo,
Sino á comer y á cenar.
Sucedió en esta ocasion
Que *el Conde*, gran Tamerlan,
Andando á caza de hijos,
Con él se vino á topar.
Trasplantado en el Retiro,
Escribió á toda ciudad;
Que de los yerros pasados
Le quedó aquesta señal.
Descasaron á la *Unzueta*,
Y volviéronla á casar
Con un *oidor* que la saque
Extramuros de la mar.
Y para que sucesion
Tenga aqueste ganapan,
Con hija del Condestable
Lo quieren amancebar.
Comedia con sus tramoyas
Es la que pasando está,
Pues hay divorcio y hay bodas,
É infante perdido hay.
Hay condestable ofendido,
Hay vasallo desleal,
Hay rey que lo mira y calla,
Y que nada se le da.
Con la pérdida de España
La comedia acabará,
Haciendo el Conde á la Cava,
Y su hijo á don Julian.

Y no solo las sátiras políticas se escribian en tiempos de Felipe IV contra este rey y su valido el Conde-Duque. Tambien fueron muchas dirigidas contra personajes franceses de los que mas parte activa tomaban en los asuntos de su nacion. Contra la célebre *Fronde* se compuso por un anónimo este romance:

César ó nada queria
Ser el duque de Baviera;
Y fué mas de lo que quiso,
Porque es nada y porque es César.
La Francia con cinco reyes
Acometen á una reina;
Si la vencen, ¡qué ruindad!
Si los vence, ¡qué vergüenza!
Un gallo á siete gallinas
No da abasto, ó le da apenas,
Y una polla á siete gallos,
O los capa ó los capea (1).

La época de la minoría del rey Cárlos II fué muy fecunda en este género de sátiras. Las discordias del infante don Juan de Austria y el confesor de la Reina viuda, el padre Everardo Nithard, dieron ocasion á muchos ingenios de uno y otro partido para ensañarse contra ambos jefes. La rápida prosperidad de don Fernando de Valenzuela fué igualmente el asunto de los poetas cortesanos, dedicados é este género de obras, escritas solo contra ambiciones personales, por ambiciones personales igualmente; pues entonces á esto se reducia la vida política de los pueblos. Con la ambicion personal no iba el deseo del triunfo de una idea, como sucede el dia de hoy.

Así como á Felipe IV se dedicó por Quevedo una glosa del *Padre Nuestro* contra el mal gobierno, Cárlos II recibió otra escrita por un parcial de don Juan de Ausria, la cual empieza así:

Cárlos, el primero dia
Que empezaste á gobernar,
Intentaste remediar
El mal de tu monarquía.
¿Cómo de tanta alegría
Tan apriesa lo has privado?
Mira, rey mal informado,
Que aunque eres hijo, eres rey,
Y que debes, segun ley,
Mostrar que eres, como diestro,
Padre nuestro.

Obtenido por don Juan de Austria el valimiento en medio del entusiasmo de sus parciales, pronto perdió en el poder el aura popular, que lo habia acompañado en sus luchas contra la Reina madre y el padre Everardo. No pudo satisfacer tanta ambicion personal como habia despertado, ni con sus hechos de ministro mostrarse digno del aplauso que habia conseguido, mientras se dedicó á oponerse á la privanza de aquel jesuita aleman.

Sátiras de todo genero, unas en prosa y otras en verso, inundaron la corte. En eso no hicieron otra cosa sus enemigos que herirle por los mismos filos con que él habia herido al padre Everardo y á don Fernando de Valenzuela. «Don Juan (se dice en un papel de aquel tiempo) se aprovechó cuanto pudo de pasquines, libelos y sátiras, y ahora castiga con las mas leves sospechas, como quien quita la escalera por donde subió y quiebra la puente por donde pasó, para que nadie pueda andar el mismo camino (2).»

Contra don Juan de Austria se esgrimieron armas de malísima ley. Los poetas satíricos, no solo se complacian en recordarle su nacimiento en una comedianta, sino que tambien exageraban los devaneos de la *Calderona*, enumerando sus diversos amantes, todos favorecidos, y hasta daban á entender que no era hijo del rey Felipe IV, pareciéndose tanto como aseguraban que se parecia, al

(1) Alusion á los jefes de la Fronda, el príncipe de Condé, el de Conti, el duque de Elbeuf, monsieur de Bovillon, el duque de Beaufort, etc.

(2) *Academia política del año de 1679 sobre el gobierno del señor don Juan de Austria.* Se imprimió en el *Semanario erudito* de Valladares.

duque de Medina de las Torres. Con respecto á su aptitud como general y como ministro, la saña de sus contrarios lo retrataba con los colores mas denigrativos. No creo que don Juan de Austria valia poco; pero casi todos sus enemigos valian mucho menos que él, exceptuando á don Fernando de Valenzuela. No era este achaque del hombre, sino achaque de su siglo, generoso en generales para Francia, Italia y Alemania, y avaro para los españoles. Una de las sátiras mas famosas contra don Juan de Austria es la siguiente:

Un fraile y una corona,
Un duque y un cartelista,
Anduvieron en la lista
De la bella *Calderona* (1);
Bailó, y alguno blasona
Que de cuantos han entrado
En la danza, ha averiguado
Quien llevó la prez del baile;
Pero yo aténgome al fraile,
Y quiero perder doblado.
De tan santa cofradía
Procedió un hijo fatal,
Y tocó al mas principal
La pension de la obra pia;
Claro está que le daria
Lo que quisiese su madre;
Pero no habrá á quien no cuadre
Una razon que se ofrece:
Mírese á quién se parece,
Porque aquel será su padre.
Solo tiene una señal
De nuestro rey soberano,
Que en nada pone la mano
Que no le suceda mal.
Acá perdió á Portugal;
En las Dunas su arrogancia
Dió tantos triunfos á Francia,
Que es cosa de admiracion
Quedar tanta perdicion
En un hijo de ganancia.
Mande pues Cárlos Segundo
Vèr si le hubo sin recelo
El rey que vive en el cielo,
En una mujer de mundo.
En misterio tan profundo
Solo puedo decir yo
Que por suyo le juzgó;
Mas si, con todo, es extraño,
No será el primer engaño
Que Felipe padeció.
En sus designios penetro
Por una y por otra accion;
Que no tiene otra intencion
Don Juan que empuñar el cetro;
¡Abrenuncio! ¡vade retro!
¡Hi de puta para él!
Reinó *Enrique*, y aunque fiel,
Noble y valiente le admira,
Hasta el dia de hoy suspira
La lealtad por el *cruel;*
¡Oh Cárlos, gran rey de España!
No te espante, no te admire
Que el mundo todo suspire
Por opinion tan extraña.
No es porque al pueblo le engaña
El pretexto del rumor,
Sino que es tanto el amor
De la plebe lastimosa,
Que exhala una voz quejosa,
Aunque la oprime el dolor (2).

Esta sátira fué atribuida al insigne erudito don Gaspar Ibañez de Segovia, marqués de Mondéjar, por lo cual tuvo que salir desterrado de la corte. Dicen las memorias de aquel tiempo que don Juan de Austria halló en sus bolsillos una copia de estos versos, y otra el Rey en su mesa.

La opinion mas comun hoy es, que fueron escritos por don Gaspar Enrique de Cabrera, almirante de Castilla.

La guerra de sucesion en los primeros años del siglo XVIII igualmente dió lugar á muchas sátiras, escritas por poetas de uno y otro bando. Recuerdo haber leido una letrilla, obra de uno de los parciales del Archiduque, en que se lamenta del desconcierto con que se llevaba la guerra, y de la mala eleccion de generales y gobernadores.

En las cosas de la guerra
Dicen que todo va bueno;
Bien puede ser que así sea,
Mas yo, ciego, no lo veo.
. . . . . .
Cual los califas de Oriente,
Armados de alfanje y celo,
El yugo de la barbárie
Iban echando á los griegos;
Así á la patria de Séneca
Rige el fanático acero
De un militar de trabuco,
Que hace de enviado del cielo;
Dicen que es útil reuna
El férreo y místico imperio;
Bien puede ser que así sea,
Mas yo, ciego, no lo veo.
Para aterrar á los moros
Bastó al castellano viejo
Encaramar sobre un bruto
Del gran Cid el esqueleto;
Y de antiguallas pagados,
Destinan en nuestro tiempo
Al teatro de la guerra,
Un cadáver de sí mesmo.
Dicen que el mas moribundo
Es el mas bravo guerrero;
Bien puede ser que así sea,
Mas yo, ciego, no lo veo.
. . . . . .
En toros, misas, disputas,
Gastamos unos momentos
Mas calvos que la ocasion
Y mas veloces que el viento;
¡Guay de nosotros si Holanda
Con Luis hace un convenio!
Guay si Vandoma nos coge
Sumergidos en el sueño!
Y en las cosas de la guerra
Dicen que todo va bueno;
Bien puede ser que así sea,
Mas yo, ciego, no lo veo.

Entre las poesías satíricas que se dirigieron al rey Felipe V sobre el estado político de este país, merece especialísima mencion el *Romance en que se declara el exceso de conventos y religiosos que hay en España.* Fué obra del sábio cuanto desventurado político don Rafael Melchor de Macanaz

(1) Véanse los apuntes biográficos del rey Felipe IV.
(2) *Memoires de la coûr d'Espagne*, por madame Daulnoy, Lyon, 1693.

en oposicion de dos papeles de documentos morales dirigidos al Rey, uno por el marqués de Salmeron, y el otro por el doctor Santa Cruz.

Véanse algunas muestras del romance de Macanaz:

El soberano Monarca,
Rey de los reyes supremo,
Que el orbe formó de un soplo,
Lo mantendrá con el mesmo.
En Francia hay frailes muy pocos,
En España hay un mar de ellos,
Y allá son los triunfos mas,
Habiendo quien rece menos.
. . . . . .
Cuando se perdió á Larache,
Y otras plazas se perdieron,
Fué por los pocos soldados
Y hubo frailes con exceso;
Con que hallarás, gran Señor,
Claro es aqueste argumento,
Que ó los soldados faltaron,
O los frailes se durmieron.
. . . . . .
Los que entran en religion,
Que te hacen gran falta es cierto:
Si buenos, para las armas;
Si malos, para los buenos;
Pues á tus reinos importa
Mas, cuando Ceuta está ardiendo,
Quien cuarenta moros mate
Que quien rece un Padre nuestro.
. . . . . .
¿Hay otros mas encerrados
Que los cartujos? No, cierto;
Y con voto de pobreza
Nos prestan dinero á censo;
Pues ¿qué mas claro has de ver
Que aun los que están mas austeros,
Vendiendo la libertad,
Compran nuestro cautiverio?
Pobres y ricos es daño
El haber muchos conventos,
Si ricos, viven mandando;
Si pobres, mueren pidiendo;
Y si de un labrador pobre
Quieres tomar el consejo,
Para minorar lo malo
Haz que los frailes sean buenos.
Tenga la Iglesia los brazos
Iguales, que es lo perfecto;
Pero si los dedos malos
La hicieren manca, ¿qué harémos?
. . . . . .
De sagrada fe vestido,
Serás un Moisés perfecto,
Con las armas en la mano
Y los ojos en el cielo,
Procurando mantener,
Para defender tus reinos,
Mas penachos que capillas,
Mas que escapularios, petos.

Quien haya estudiado con alguna profundidad la literatura española, no podrá menos de saber que las ideas de Macanaz sobre el excesivo número de conventos que existian en España no eran solo peculiares suyas; lo fueron de muchos de nuestros antiguos escritores económico-políticos, como fray Angel Manrique, Pedro Fernandez de Navarrete y don Gaspar de Criales y Arve.

En aquel mismo tiempo corrieron por la corte las sátiras del *Duende crítico* contra el Rey, contra su ministro don José Patiño y contra las hechuras de este Uztariz, Reyes, Cuadra y otros muchos.

Llamóse el *Duende crítico* su autor, por empezar de este modo la primera de sus sátiras:

Yo soy en la corte
Un *crítico duende*,
Que todos me miran
Y nadie me entiende.
Cuando meto ruido
En el gabinete,
Asusto á Patiño
Y enfado á los reyes.
Como no me miran,
Aunque me ven siempre,
Ni saben quién soy,
Ni saberlo pueden.

Algunas de las poesías del *Duende crítico* están escritas con facilidad y gracejo. Fué su autor un fraile carmelita portugués, llamado en el siglo don Manuel Freire de Silva, y en la religion fray Manuel de San José. Por mucho tiempo corrieron sus sátiras, sin que se sospechase cosa alguna acerca de la persona que las componia, haciéndolas divulgar manuscritas por la corte, con gran aplauso de los mas, enemigos siempre del que manda. Cuando se descubrió el nombre del duende por los ministros, fué recluso fray Manuel de San José en su convento de Madrid; pero al cabo pudo burlar la vigilancia del Gobierno y huir á Portugal, donde el Rey le dispensó gran proteccion.

La coleccion de las sátiras del *Duende crítico de Madrid* se publicó el año de 1844 en la corte con varios grabados en madera, y la vida de fray Manuel de San José, tomada de un manuscrito de la época en que aquel floreció.

Como una muestra de lo mordaz de las sátiras del *Duende* hasta contra las personas reales, véase el juicio que hace de Felipe V en la que intituló *Procesion del Juéves Santo, que forma el Duende, y sale de palacio á las cuatro de la tarde* (29 de marzo de 1736):

Aquí considera España
A todo un monarca lelo,
Sin ser capaz de un yo soy,
Que hiciera cayesen muertos.
. . . . . .
Síguese el Rey, acusado
Ante el Supremo Consejo,
Que imita otra majestad,
No en lo justo, en el silencio.
Le acusan de que no puede
Sustentar corona y cetro,
Por mas que un vicario pio
Le mejore el quinto en tercio.

A semejanza del *Duende crítico de Madrid*, hubo otro *Duende crítico de Sevilla*, en el siglo XVIII, el cual se dedicó únicamente á reprender las costumbres de aquella ciudad, y á censurar algunos trabajos literarios.

Hasta aquí he tratado de poetas de los siglos XVI y XVII, que se dedicaron á componer sátiras políticas, pues aunque algunos de los últimamente citados las escribieron en el XVIII, habian nacido en el anterior.

Por ampliacion á las noticias que quedan apuntadas, pudiera ofrecer al estudio de los curiosos algunas de las sátiras políticas de los reinados de Fernando VI y de Cárlos III; unas contra el famoso marqués de la Ensenada y el *soprano* Farinelli; otras contra el conde de O-Reylli y algunos de los ministros del último de aquellos monarcas.

Solo como una muestra, pondré aquí la décima que por algun parcial de los jesuitas se remitió bajo un sobre á muchos de los principales señores de la corte; décima en que furiosamente se ataca al Pontífice y al rey Cárlos III por el proceso de canonizacion del venerable prelado Palafox:

¿Que es el Papa? Un fiero hereje;
¿Y el rey Cárlos? Francmason;
Pues aquesta es la razon
Que á Palafox lo protege.
Quéjese pues quien se queje;
Que se le ha de hacer lugar
A gusto del paladar;
Porque así van los gobiernos:
Palafox en los infiernos,
Y adorado en un altar.

Un poeta sevillano respondió á esta décima con la siguiente y en los propios consonantes:

Solo quien fuere un hereje,
Ingerto en el francmason,
Blasfemará la razon
Que á un venerable protege.
El Papa y el Rey se queje,
Y arranquen de su lugar
Dientes, lengua y paladar
De quien muerde ambos gobiernos,
Diciendo está en los infiernos
El que es digno de un altar.

Cierto poeta, con el seudónimo de *Un verdadero cristiano*, respondió tambien en las dos siguientes décimas:

Por no ser el Papa hereje,
Ni el rey Cárlos francmason,
Ejecutan en razon
Lo que á Palafox protege.
Quéjese pues quien se queje;
Que á su rabia y su pesar,
Sin poderlo remediar,
Por mas que hagan sus desvelos,
Palafox está en los cielos,
Y lo estará en el altar.
Goza en la opinion mas pia
De Dios el consorcio eterno,
No el infierno, que el infierno
Es de diablos compañía.
Roma y Lisboa algun dia
Pondrán fin á esta algazara,
Y nos dirán á la clara
Quién es santo ó quién es falso,
Malagrida en un cadahalso,
Y Palafox en el ara.

Como habrán tenido los lectores ocasion de observar, estas sátiras distan mucho de la majestuosa gravedad, de la indignacion sublime, de la elegancia y de la acritud de Persio, Juvenal y Petronio. Escritas para correr manuscritas furtivamente, tienen un carácter de familiaridad, que pudo hacerlas agradables á las personas que vivian bajo aquellos gobiernos que se reprenden; pero que á los ojos de la crítica de nuestros dias, les quita todo valor literario. Mas parecen obras de *copleros*, salvo alguna que otra honrosa excepcion, que de ingenios agudos y doctos.

Conozco que serian compuestas sin mas pretension que halagar las pasiones, ya excitadas, contra los malos gobernantes; conozco tambien que la insolencia con que están escritas les daria gran popularidad en el vulgo, como para el vulgo de todos los países son populares las sátiras llenas de sarcasmos contra los que mandan, haya ó no haya en sus cláusulas agudeza, cultura y demás prendas literarias, que tanto resplandecen en los modelos de este género de poesía, que nos ha legado la civilizacion romana.

Pero, pasados los sucesos, y en otro siglo, donde se deben juzgar las obras literarias por su mérito real, y no por la malignidad de las pasiones del momento, las sátiras políticas de los ingenios españoles, en su mayor parte, solo pueden apreciarse como curiosidades histórico-poéticas, pero nunca como obras que forman época en la literatura de un pueblo.

Alguna que otra de las poesías satírico-políticas de Forner se aproximan mas á aquellos grandes modelos de la antigüedad latina. El que mas se asemeja á ellos fué un ingenio felicísimo, mas conocido por sus obras festivas que por las graves. Don Juan Ignacio Gonzalez del Castillo, inge-

nio gaditano, émulo de don Ramon de la Cruz en la composicion de sainetes, habia estudiado mucho la literatura latina. Así se advierte en la mayor parte de aquellas obritas dramáticas un sabor á Plauto y á Terencio, poco comun en los autores del siglo en que escribia. Compuso además la tragedia *El Numa*, escrita en vigorosísimos versos. Maestro del famoso aleman don Juan Nicolás Bolh de Faber en el estudio de la lengua castellana, supo inspirarle amor vehemente á nuestros clásicos. Pues bien; este ingenio, digno de ser mas conocido, compuso una *Elegía á la injusta como dolorosísima muerte de la constante heroína María Antonia de Lorena, reina de Francia, víctima inmolada en las aras de la impiedad, del fanatismo, de la anarquía.*

El lenguaje de esta obra en nada se asemeja al que corresponde á su título. No son elegíacos los versos de esta poesía de don Juan Ignacio Gonzalez del Castillo. El tono es el propio de la sátira sublime, como podrá verse á continuacion:

¿Tiene, en fin, el osado, el negro crímen
Diques ya que soltar? ¿Hay mas barreras
Que rompa la maldad? Ya no se eximen
De sus insultos y asechanzas fieras
Los sacros templos ni los justos reyes,
Ni respeta ¡oh natura! ya tus leyes.
Parece que los senos del abismo
En ese ingrato reino han erutado
El orgulloso y bárbaro egoismo,
El homicidio, el pérfido atentado,
El erróneo ateismo, la infidencia,
Y su ciega ministra la demencia.
Sí; porque de otro modo, ¿cómo hubieran
Puesto esos mónstruos las nefarias manos
En su reina infeliz? Cómo pudieran
Marchitar ¡oh gran Dios! esos tiranos
Aquella rosa, honor del galo suelo,
Aquella estrella de su antiguo cielo?
Mas ¿qué furor, qué númen arrebata
Mi mente enardecida? En este instante
Parece que mi espíritu desata
Sus lazos, y volando cual errante
Exhalacion, desciende hasta la arena,
Do se ejecuta la terrible escena.
¡Qué pueblo, Santo Dios! ¿A quién no asusta
Ese grupo de fieras que rodea
El suplicio fatal? La faz adusta
De cada impío dice que se emplea
Alguna furia de la Estigia umbría
En animar su atroz fisonomía.
Mas ¡ah triste! ¡Ve aquí la real matrona
En el alto cadalso! Almas crueles,
¿Es esa á quien ceñisteis la corona?
¿A esos piés ofrecisteis los laureles?
Pues ¿cómo el humillado rendimiento
Se ha trocado en aleve atrevimiento?
¿Quién hizo á una gavilla de asesinos
Arbitros de la ley, jueces del trono?
¿Quién formó un tribunal de libertinos,
Do vota la impiedad, dicta el encono?
Esta no es obra, no, del Ser eterno,
Proyecto es solo del horrible infierno.
Pero ¿me ciega el llanto, ó no es aquella
La adorable heroína? ¿Qué se han hecho
Sus brillantes pupilas? Qué la bella
Tez de su frente? Qué del albo pecho
La dulce morbidez? ¿Adónde, adónde
De su rostro la púrpura se esconde?
La palidez ha impreso en su semblante
Los rasgos de la muerte; cada hueco
Su trabazon descubre; aquí tirante
Corre el nervio desnudo; nada ileso
En sus miembros conserva, ¡oh Dios! ¿Quién puede
Ver su figura y al dolor no cede?
Solo vuestros malvados corazones,
Que exceden al diamante en la dureza,
No se apiadan. Sin duda, que embriones
De alguna ruda roca, en la aspereza
De los montes las tigres os criaron,
Y con su fiera leche os sustentaron.
Vosotros, sí, vosotros... ¡Ah! ¿Qué es esto?
La cuchilla cayó... ¡Qué horror! Ya miro
La sangre vaciar dentro del cesto
Al exánime casco... Sí, yo espiro;
¡Ah bárbaros! ¿Qué hicisteis? Cielo santo,
¿Cómo vuestro poder tolera tanto?
¡Oh gran Reina! La cándida inocencia
Te lleva en su regazo. Aladas almas,
Que en torno revolais de su presencia,
Enarbolando las triunfantes palmas,
Apartad esos velos de vapores,
Porque temple su vista mis dolores.
Ya por el gran vacío revolando,
Verá girar los astros y planetas
Debajo de sus piés, y penetrando
El alto firmamento hasta las metas
De toda la creacion, al Rey, su esposo,
Se unirá en la morada del reposo.
¡Oh bárbaros! Temblad. Ya la venganza,
Sacudiéndose intrépida en el seno
Del insondable Tártaro, se lanza
Sobre vuestras cabezas como un trueno;
Oid su ronca voz, clamando guerra
Por todas las regiones de la tierra.
Ya el leon español, hiriendo el suelo,
En nuestras selvas iracundo ruge,
Y el águila imperial, alzando el vuelo,
Con formidable son las alas cruje;
La Europa el peso de las armas gime,
La muerte aquí y allí su espada esgrime.
Nunca llegó mi ruego á tus umbrales,
Sangrienta guerra; solo, solo ahora
Invoco tus estragos y tus males;
Pon en Paris la planta vencedora,
Arrasa furibunda sus cimientos,
Y envuelve al morador entre fragmentos.

No cese tu furor hasta que hacine
Tanto deshecho cráneo, que en las nubes
La funesta pirámide termine,
Y en cuya punta, si orgullosa subes,
Descubra el orbe tu sañuda frente,
Tu voz oiga el ocaso y el oriente.

Y en esta tierra, ¡ay triste! salpicada,
Con la sangre real, el arte erija
Columna funeral; porque grabada
La venganza y el crímen, se corrija
En la edad venidera la osadía
Y la ciega y frenética anarquía.

Salvo tal ó cual pálabra, indigna de la elevacion del asunto, no hay duda en que Gonzalez del Castillo se muestra émulo de Juvenal en esta soberbia invectiva, llena de un enérgico y generoso encono. *Facit indignatio versum.* No encuentro, examinando las obras de nuestros poetas de los siglos anteriores, una obra política de este género, en donde su autor se haya expresado con tanta vehemencia y tanto furor poético.

VII.—*De la poesía española en Flándes.*

En el siglo XVII la poesía española fué muy cultivada en Flándes por muchos de los ingenios de nuestra nacion que acudieron á aquellos estados.

En Brusélas, corte del archiduque Alberto y de su esposa, la infanta de España doña Isabel, dominaba en todo y por todo el gusto español. Una gran parte de nuestras costumbres de aquel siglo se habia generalizado por aquellos países, y especialmente por su capital. Esto no puede parecer extraño á los que conozcan por la historia cuán facilmente se acomodaban los antiguos pueblos á costumbres extrañas, cuando en ello podian lisonjear las pasiones ó los gustos del príncipe extranjero que los dominaba. Así se vió en tiempos del papa Alejandro VI, en la plaza de San Pedro en Roma, una fiesta de toros á uso de España para solemnizar la reconciliacion de don Alfonso de Aragon con su esposa doña Lucrecia Borgia.

Entre las fiestas celebradas en Brusélas, á imitacion de las españolas, se cuenta *un estupendo torneo de los vasallos de Baco y cofradía Brindónica, hecho en un gran salon delante de sus altezas serenísimas.*

Véanse algunos pasajes de la relacion de este suceso:

«Ayer, domingo, que se contaban 19 de noviembre, hallándose su alteza del Archiduque algo mejor, el conde de Añover entró á pedir licencia y convidarle para ver la ejecucion de un torneo que criados de caballeros deseaban hacer á honor de las buenas nuevas que habian venido de Francia, de la mejoría de la Reina. Mandó su alteza que fuese á hacerlo saber á la de la Infanta, que luego concedió licencia, quedando espantada de tan súbita novedad y tan presta resolucion de efeto; porque esto era á las cuatro de la tarde, y convidaban para las cinco. Habíase ordenado esta fiesta con tanto recato y silencio, que no habia persona que no fuese della que supiese la mas mínima cosa desto. No eran dadas las cinco, cuando estaba todo presto, aguardando á su altezas, y llegado que hubieron, se dió principio, mostrándose primero el dios Baco, vestido de un lienzo muy justo, y pintado de tan buen arte, que parecia estar desnudo. Venia caballero en un tonel con muchas guirnaldas de parras, repartidas por cuello, brazos y piernas. Por arracadas traia dos grandísimos racimos de uvas. Dió una vuelta por la plaza, llevando al rededor de sí ocho mancebos, que le venian haciendo fiesta... Llegado que hubieron delante de sus altezas, danzaron un ingenioso y concertado bailete; y acabado, los instrumentos callaron, dando lugar á que se oyese una loa, que echó el mismo Baco en alabanza suya, publicando su gran poder y señorío, y prometiendo gran bien á los que le venerasen; cuyo acento sonó tan bien en el oído de algunos, que luego salieron á merecer seis caballeros, armados de hojas de parras, y en las manos una lanza de pajas, por espada un pote y por daga una copa. Venian á pié, y una letra sobre el zapato, que decia:

»Los caballos beben agua,
Y es contraria á nuestra tema;
En los piés no ha de haber flema
Cuando buen vino se traga.

»Traia esta cuadrilla cuatro padrinos, cuyos nombres eran don Trebiño *Ociosidad*, don Geriltos

Inclinacion, don Ariste *Compañía* y don Sulerpo *Gusto*, que, habiendo hecho el debido acatamiento á Baco (que representaba el juez), le entregaron una letra del tenor siguiente:

»Nuestra cuadrilla, gran Dios,
Merecido tiene el premio,
Por ser de tu casa y gremio.

»Otra letra dieron de parte de la cuadrilla, que decia:

»Con tu licencia divina
Venimos á sustentar
Vales mas que el dios del mar.

»Pidió el juez los nombres de los caballeros, y los padrinos se los dieron con la letra de cada uno. *El nombre del primero* era *don Guillope de Aceituna*, y su letra:

»Beber se puede tras mí,
Sin estar de comer ahíto,
Pues doy único apetito.

DON PALTOR LUQUETE.

»Naranja mi madre fué:
Della heredé tal valor,
Que hoy me llevaré la flor.

DON FALTIRON ANCHOVAS.

»Aunque del agua salí,
Ya del agua he renegado,
Sin pensar haber errado.»

Tal es una parte de la relacion de este torneo poético, hecho por españoles y flamencos. En ella se contienen los nombres y las letras de otros de los justadores en otra cuadrilla. La conclusion es como sigue:

«Mientras se leian estas letras, se acogieron á su puesto los caballeros *brindónicos*. Los padrinos fueron á acetar el desafío que les presentaban los padrinos de la otra cuadrilla, y se dió principio al torneo. No se daba mas de un golpe de espada, y era pote con pote. El que quedaba mas sano ganaba precio. Los precios eran un cuartelete de vino, otro de cerveza, un barrilejo de aceitunas, otro de anchovas, otro de arenques y una empanada. Vino á ganar tanto una parte como otra, y de picados, se desafiaron á la folla, donde Baco, por verlos tan furiosos y encolerizados, temeroso de algun mal suceso, les hizo quitar las espadas, por excusar alguna gran desgracia que pudiera suceder. Diéronse con las lanzas, tanto de punta como de bote, un gran rato de porrazos, y luego se juzgó por avisada órden la del dios Baco en haberlos hecho desarmar de espadas; pues, con tener hechas las lanzas astillas, no eran poderosos las padrinos de apartarlos de la barrera... Levantaban del suelo las desmenuzadas astillas, y sirviendo de polvo, se lo tiraban á las caras unos á otros para que cegando, se retirasen los contrarios y quedasen con la victoria. Todo esto estaba mirando Baco, y considerando que, cansados los brazos de golpearse, habian de saltar la barrera, y á coces y mordiscones estropearse, dijo en voz muy grave y sonora:—Alto, caballeros, alto.—Obedecieron todos; mandó á los padrinos que acudiesen por los precios, y se llegaron juntos á oir lo que su juez juzgaba, el cual pidió silencio, y prosiguió:—En general digo, caballeros, he conocido vuestro gran valor y incomparable ánimo, y el celo y devocion que me teneis. Ambas cuadrillas defendíades un mismo sugeto, y por ser la razon de entrambas partes, el todo no ha querido favorecer mas la una que la otra. Lo que yo juzgo es que, borrachos de vino ó de cerveza, al fin es todo borrachera, y os hago saber que me es acepta tanto la una como la otra; y con esto, en paz y buena comodidad podeis gozar de los precios, y el sacrificio que me habíades de ofrecer dellos, os mando le hagais en el altar de vuestros estómagos, con que me servis cumplidamente y á satisfaccion mia, y quedais asentados en el libro de mi gracia *por saecula saeculorum*.—Aquí calló, y haciendo muy mesurado una seña á los que le acompañaban, comenzaron los instrumentos á dejar oir su melódico son, y ellos su gentil aire y gracia, en un bailete tan extravagante como bueno. Con esto se retiraron los de la fiesta, y sus altezas hicieron lo mismo, preciando la intencion del sugeto. Lo que ayudó mucho á parecer tan bien, fué no haberse hablado desta fiesta hasta que se ejecutó. Algunos que-

josos hubo del secreto; pues estando en este sitio, no habian podido llegar á ver el principio, que lo que es cierto es, que tan presto se comenzó como se publicó.»

Así parodiaban los españoles en Flándes los juegos de cañas, que con tanta aficion se hacian en su patria. Así recordaban los motes poéticos que usaban los justadores, imitando los que se leen en los libros de caballerías.

Este juego báquico, celebrado en Brusélas, es el famoso cuadro de los borrachos de Velazquez, puesto en accion.

Las sátiras políticas tambien corrian manuscritas contra los cortesanos españoles que tenian mas valimiento cerca del Archiduque y la Infanta. El mismo carácter de personalidad que se nota en las obras de este género escritas en España, se ve en las que se componian en Flándes. Véase cierto pasaje de una de ellas:

EL DOCTOR RANDAJO Á ALGUNOS DE LOS CORTESANOS DE BRUSÉLAS *salutem plurimam dat.*

Un muy experto doctor
En todas suertes de drogas
De Berbería á Brusélas
Ha llegado por la posta.
Dice que trae medicinas,
Que solo su olor conforta,
Y yo hallo por mi cuenta
Que es verdad cuanto pregona.
Movido de caridad
El buen doctor á su costa,
Ha dado remedios mil
A diferentes personas,
De cuyos nombres algunos
Quise tomar por memoria,
Por ver si cobran salud
De enfermedades tan tontas.
El primero que vi escripto
En la primer plana y hoja,
Es *Ruymonte*, ó monte ruin,
Que es todo una misma cosa.
Quísole poner primero
Por el mas ruin de la tropa;
Suplico á quien le encontrare
Que no le haga la mamola.
Tras ese seguia despues
Otro de insigne memoria,
Cuyo nombre es *don Francisco*
De Bobal y de Cardona.
Tras ese el magno *Verdugo*,
Cuya necedad no es poca;
Y así, por su gran barreno,
Cuantos le miran le cocan.
Ese dicen que de vidrios
Ha gastado una gran copia
En remendar sus antojos,
Y no sé qué se le antoja.

La poesía lírica habia tomado, como era natural, algo del gongorismo, admitido en España. Sin embargo, noto en muchas de las obras cierto carácter extravagante, que solo se puede explicar por anhelo de seguir los autores en parte el gusto literario del país en que escribian. ¿En qué se parece, por ejemplo, á nuestras famosas letrillas esta del capitan don Miguel de Barrios?

¿Hasta cuándo, Inés,
Por ese mirar
Ha de andar
Con antojos
De ojos
Cualquiera que ves?
Del amor el fuego,
Despues que postrado
A tu agrado,
Los ojos te ha dado,
Ha quedado ciego;
Y pues sin sosiego
Tu girasol es,
¿Hasta cuándo, Inés, etc.
El sol te da en cara,
Por ver que mas claro
Con reparo,
Sin costarle caro,
Te sale á la cara,
Ya que así declara
Su dulce interés,
¿Hasta cuándo, Inés, etc.
Ves del sol que alistas
El albor rosado
Mejorado,
Porque le han sacado
Tus ojos á vistas;
Y pues sus conquistas
Están á tus piés,
¿Hasta cuándo, Inés, etc. (1).

Esta misma extravagancia que se nota en este cantar fué la que hizo á don Jacinto de Herrera escribir una comedia intitulada *La reina de las flores* (Brusélas, 1643), que se representó en el palacio de la misma ciudad por doña Beatriz, doña Mencía y doña María de Melo, hijas de don Francisco de Melo, marqués de Torrelaguna, acompañadas de otras damas y varios caballeros. Los personajes de la comedia son: *la reina Rosa, la infanta Violeta, el príncipe Jazmin, Azucena, dama y prima de la Reina; el príncipe Clavel, don Junquillo, caballero de donaire,* etc.

Como una muestra de lo estrambótico de esta comedia, véase un pasaje del coloquio que el *Jazmin* tiene con la *Rosa:*

Soy el príncipe Jazmin,
Planta ilustre, lisonjera,
Flor á alguna primavera,
Gloria á mas de algun jardin.
Vi tu hermosura, y mi muerte
En tu fama, á quien se dió
Que á flores tales se oyó
Licencia de pretenderte.
. . . . . .
Halléte cazando aquí;
Y por no mirar sujeto
A embarazos del respeto,

(1) *Coro de las Musas;* Brusélas, 1672.

De esos ramos me cubrí.
. . . . . .
Con tu gusto me acomodo,
De suerte que ya te pido
Perdon de que me has herido
Y de que me has muerto y todo.

Y culpado, ó no sabré,
Sin memoria, sin ternura,
Sin pretension, sin ventura,
Sin esperanza, sin fe,
Sin gusto, sin albedrío,
Sin alma, sin corazon,
Sin voz, sin estimacion,
Sin ser tuyo, sin ser mio,
Ser quien cuide desde hoy
Solo de ser mi enemigo;
Que no he de estar bien conmigo,
Si mal en tu gracia estoy.

El gusto literario de los españoles en Flándes en nada se asemeja al mas admitido entonces en su patria. Es cierto que en muchas poesías publicadas en aquellos países se ven rasgos del amor á España que animaba á los ingenios; pero siempre revelan que su inspiracion es hija de la presencia de otras costumbres, de otros estudios, de otro trato, y hasta de otro cielo.

VIII.—*Loubaissin de la Marque.*

Francisco Loubaissin de la Marque fué un caballero gascon de gran ingenio y muy aficionado á la literatura española. Floreció á principios del siglo XVII.

Escribió en castellano las dos obras que siguen:

I. *Engaños deste siglo y historia sucedida en nuestros tiempos, dividida en seis partes, dirigida á don Enrique de Lomenyo, secretario de los mandamientos de S. M. cristianísima. Compuesta por Francisco Loubassin de Lamarca, gentil hombre gascon. En Paris, en casa de Juan Orry, librero, en la calle de Santiago*, DICIOCXV.

II. *Historia tragicómica de don Henrique de Castro. En cuyos extraños sucesos se veen los varios y prodigiosos efectos del amor y de la guerra. Dirigida al illustríssimo y excellentíssimo Príncipe don Luys de Lorena, cardenal de Guisa, compuesta por don Francisco Loubayssin de la Marca, gentil hombre ordinario de la casa de dicho Señor. En Paris. Véndense en la Galeria de los prisoneros* (sic) *del palacio, en la tienda de la viuda de Matías Gillemot*, MDCXVII.

En francés compuso otra obra intitulada:

Les Aventures heroiques et amoreuses du Comte Raymond de Toulouse et de D. Roderic de Vivar. Paris, 1617.

La primera de estas novelas está escrita con la misma libertad que el *Asno de oro* de Apuleyo, ó que muchas de las novelas de Bocaccio. En cuanto al lenguaje, de ningun modo parece de un extranjero. Loubaissin de la Marque habia estudiado mucho nuestros mas excelentes autores, y con especialidad á Miguel de Cervántes.

En los *Engaños deste siglo* hay un párrafo que nos recuerda otro del *Quijote*. «Él, que era mozo valiente y de la hampa, como aquel que habia seguido, cuando era soltero, los *Percheles de Málaga, playa de Sanlúcar, arenales de Jerez, almadrabas de Velez, oliveras de Valencia, Consolacion de Utrera, ventillas de Toledo, potro de Córdoba y azoguejo de Segovia*, abrió fácilmente las orejas á lo que su tio habia dicho; etc.»

A continuacion cita á Cervántes en estos términos, recordando la ingeniosa novela *El celoso Extremeño*: «Los celos de Juno, ni todo cuanto pudo hacer la industria de un viejo Carrizales, mas astuto, á lo que dice Cervántes, que un Ulíses, pudo guardar que un Loaisa no triunfara de su honra.»

La *Historia tragicómica de don Enrique de Castro* es una novela cuya accion pasa en el Perú. En ella se habla mucho de las guerras de españoles con araucanos. La obra está llena de multitud de episodios larguísimos.

En esta novela hay algunas composiciones poéticas de don Francisco Loubaissin. La mejor de todas es este *madrigal*, que su autor intituló *cancion*:

Amado Redentor y dulce Esposo,
Mansísimo Cordero,
Señor y compañero
De mí, que aun no merezco ser criado,
Pues en servicio vuestro no me esmero;
Decidme, Niño hermoso,
¿A qué tan presuroso
En esta pobre choza habeis entrado?

Sin duda ha derribado
Esa divina Alteza
Amor de mi bajeza,
Pues della habeis cortado hoy el pellico,
Y á fuer de pastorcico,
Quereis disimular vuestra grandeza,
Porque mi alma pobre no se espante
Si viere que la busca un tierno infante.

IX. — *De la poesía hispano-latina.*

España, en los siglos XVI y XVII, tuvo tambien poetas que escribiesen en el idioma de los sábios. No estaba reservado á las naciones extrañas honrarse con un Petrarca, con un Jerónimo Vida, un Alciato, un Scalígero, un Juan de la Casa, un Juan Segundo, un Giraldi y un Daniel Heinsio, sin que contase nuestra literatura con ingenios que recordasen en sus acentos latinos la lira de Virgilio, de Horacio y de Marcial.

Y no podia ser por menos. Ya desde el siglo XV habian comenzado algunos autores á doctrinar á la juventud con el estudio de los buenos modelos de la antigua Romá: El célebre Antonio de Lebrija hizo mas que ninguno de ellos, pues juntó á la doctrina el ejemplo.

En el siglo en que Luis Vives, con su clara filosofía, era venerado en Lóndres y en los estados de Flándes; cuando Andrés Laguna oraba en la universidad de Colonia por la paz; cuando Juan Ginés de Sepúlveda emulaba la sencillez sublime de las epístolas de Ciceron en su correspondencia con un Alberto Pio, con un Erasmo, con un Juan de Valdés; cuando Francisco Valles, con su *Sacra filosofía* y sus obras médicas, daba un testimonio de la profundidad del talento de los españoles; cuando don Diego de Simancas recogia las doctrinas mas sublimes de los sábios de la antigüedad sobre la gobernacion de la república, y cuando otros muchísimos varones no menos insignes que estos escribian sus obras en el idioma de los Cicerones, Salustios y Tácitos, ¿cómo las musas españolas podian desdeñarse de cantar en el sublime idioma del Lacio; idioma que era el de sus filósofos, de sus teólogos y de sus historiadores?

No intento hacer un análisis detenido de las obras de los insignes poetas hispano-latinos, sino dar una ligera idea de ellos, y aun de ellos, enumerando solamente los que mas fama han alcanzado.

El primero de todos es *Alvaro Gomez de Ciudad-Real*, comunmente conocido por el *señor de Pioz*. Nació en Guadalajara el año de 1488, y falleció en 1538. Como casi todos los literatos seglares de su época, se señaló en las armas, siendo en las campañas de Italia donde ejercitó su valor. En la famosa batalla de Pavía peleó denodadamente, recibiendo muchas heridas.

Escribió un poema acerca del Toison de Oro, con este título: *De militia principis burgundi, quam Velleris Aurei vocant, ad Carolum Caesarem ejusdem militiae Principem.* Por el mérito de esta obra, así en la parte de inventiva como en el estro y la diccion, obtuvo Alvaro Gomez el dictado de *Virgilio español.*

Alvaro Gomez opinaba que la juventud debia educarse con los libros de autores cristianos, y de ningun modo con los de los gentiles. Por esta causa puso en versos latinos algunos de los libros sagrados. En 1529 (Alcalá de Henares) publicó su *Musa Paulina, hoc est, epistolae Pauli Apostoli cantatae per Alvarum Gomez, atque elegis versibus interpretatae*, y en 1538 (Toledo), *Septem elegiae in septem poenitentiae Psalmos.*

La célebre y discreta toledana *Luisa Sigea*, cantada por Daniel Heinsio (*Ó coelo, salve, nova lux quae surgis Ibero*), y cuya fama fué manchada torpemente por Juan Meursio con la publicacion del ingenioso libro *De arcanis Amoris et Veneris*, compuso, como tan docta en diferentes lenguas, muchos versos y poemas en el idioma latino.

El ilustre canónigo *Juan de Vergara*, amigo íntimo de Erasmo, y altamente reputado, por su sabiduría, dentro y fuera de España; el que con valeroso ánimo se opuso al *estatuto de limpieza* del cardenal Siliceo, promoviendo protestas de una parte de los cabildos eclesiástico y secular de Toledo, tambien escribió muchas poesías latinas, á mas de otras castellanas de no escaso valor y muy poco conocidas. Sabido es que Juan de Vergara usaba el símbolo de Epicteto *Sustine et abstine*, y que lo comentó en este dístico:

Sustine in adversis et te compesce secundis,
Et temnes caecae numina vana deae.

El famoso *Benito Arias Montano* tambien dedicó su númen á la poesía sacro-latina con aquella felicidad que resplandece en todas sus obras, hijas de un talento clarísimo, acompañado de una erudicion universal. *Davidis Regis ac Prophetae aliorumque sacrorum vatum psalmi ex hebraica veritate in latinum carmen à Benedicto Arias Montano observantissime conversi* (Anvers, por Plantino, 1573). *Hymnos et saecula sive poemata sacra* (Anvers, oficina Plantiniana, 1593).

Por aquel tiempo escribian tambien poesías latinas, *Francisco Sanchez el Brocense*, mas como obras de arte que del ingenio; el insigne prelado *Antonio Agustin* (*ad Latinum Latinium*), el sábio teólogo *Juan de Verzoza*, doctrinado en las universidades de Paris y de Lovayna; *Santiago Gallardo*, *Antonio Abraham*, *Francisco Fernandez de Orihuela*, *Benedicto Bustamante de Paz*, *Antich Roca de Gerona*, fino elogiador de Ausías March; y en fin, otros autores menos conocidos.

El abad *Luis de la Cadena* floreció tambien en el siglo XVI para honra de la universidad de Alcalá. Sus epigramas latinos le dieron gran renombre. Alfonso García de Matamoros, en su libro *De asserenda hispanorum eruditione, sive de viris Hispaniae doctis narratio apologetica* (Alcalá, 1553), le llama *clarissimum oratorem, numerosum et jocundum poetam, praestantem philosophum, optimum theologum.*

El sábio médico y gran anatómico Pedro Jimeno cultivó igualmente la poesía latina. Educado en las escuelas de Paris, Lovayna y Pavía, adquirió en ellas un delicado gusto literario. En su famoso libro *Dialogus de re medica* (Valencia, 1549), pone unos versos en que describe con mano maestra la condicion del médico sábio con respecto al vulgo ignorante (*In várias ajunt mutari Protea formas*). Con un rasgo satírico, digno de Juvenal, dice que el médico tiene cuatro caras; llamándosele *Dios* cuando llega á curar al afligido de grave dolencia; *ángel*, cuando la enfermedad comienza á ceder; *hombre* cuando no ejercita su facultad, y *demonio* cuando encuentra á aquel á quien curó, el cual aun no le ha pagado.

Francisco Pacheco, el tio, canónigo de Sevilla, era un humanista distinguido, segun se prueba de muchas de sus poesías latinas. Este fué el fundador de la escuela poética sevillana, juntamente con Juan de Mal-Lara, el licenciado Francisco Tamariz, el maestro Medina, y otros ilustres predecesores de los Herreras, Arguijos y Riojas.

Jaime ó Jacobo Juan Falcó, á quien se da el nombre de *Horacio español*, nació en Valencia el año de 1522. Escribió multitud de poesías latinas; *Operum poeticorum Libri Quinque* (Valencia, 1600; Barcelona, 1624; Valencia, 1647). Muchas de ellas fueron traducidas en lengua castellana por el jesuita catalan José Morell (*Poesías selectas de varios autores latinos;* Tarragona, 1684). Tambien empezó á poner la filosofía moral aristotélica en hexámetros, á imitacion de las *Geórgicas*, y á escribir un poema épico sobre los hechos de los españoles; pero estas obras quedaron sin terminar, las cuales seguramente hubieran contribuido á acrecentar la fama de Falcó, pues en su siglo, y aun en el posterior, la alcanzó grande. Era enemigo de muchos que osaban escribir versos en lengua latina no teniendo absolutamente imaginacion poética. Contra uno de estos versistas mecánicos escribió una donosa sátira. Este mal poeta latino no era un hombre vulgar, sino el estudioso humanista Lorenzo Palmireno:

Valete, Musae, si potestis amplius
Amare Palmirenium.

Del siglo XVI pueden contarse mas poetas latinos; entre ellos el ingenioso toledano Juan Petreyo, elogiado por el famoso abad de San Justo y Pastor, Luis de la Cadena; el músico Francisco de Salinas, Pedro Simon Abril, Juan de Mal-Lara, y otros humanistas y aun poetas castellanos, como Garcilaso, fray Luis de Leon y Vicente Espinel. El famoso etiope Juan Latino, casado con la hija de un veinticuatro de Granada, escribió tambien su *Austriados* en elogio del vencedor de Lepanto.

En el siglo XVII apareció un Tostado poético, un ingenio valenciano, amigo estrechísimo de los Lopes de Vega y de los Quevedos. Hablo de *Vicente Mariner de Alagon*, el hombre de mas facilidad para escribir versos latinos que ha producido nuestra literatura (*Vincencii Mariner, Valentini, opera omnia poetica et oratoria in* IX *libros divisa; Tornay*, 1633). En este libro está el *Genethliacon in faustissimum et panolbium hispaniarum principis natalem auspicium;* poema que alcanzó cierta celebridad á principios del siglo último, á causa del pronóstico que hizo su autor acerca de la sucesion de un príncipe *galo-hispano*, descendiente de la hija del leon de España y llamado Felipe. Por esta causa se reimprimieron varios fragmentos de este poema en Sevilla el año de 1707 por algun parcial de Felipe V.

Muchísimos ingenios del siglo XVIII, con mas ó menos fortuna, se dedicaron tambien al cultivo de la poesía latina. Tales fueron don Juan de Caramuel, Luis Tribaldos de Toledo, fray Miguel Cejudo, los maestros Juan de Aguilar y Blas Lopez, el colegial trilingüe en Alcalá don Martin Miguel Navarro, el poeta cómico don Antonio Martinez, el padre Antonio del Valle, y otros muchos que seria prolijo enumerar, entre ellos algunos autores de los mas celebrados, sobresaliendo entre todos el licenciado Francisco Cascales por sus epigramas, llenos de agudeza, en los que se propuso imitar á Marcial, segun él mismo declara en una epístola al maestro Bartolomé Jimenez Paton.

Cierra el catálogo de los poetas hispano-latinos del siglo XVII el doctor don Diego Tenorio de Leon, médico gaditano, que publicó en su patria (1699) una coleccion de sus poemitas.

Esta breve idea de los autores mencionados es de algun interés para los que se dedican al estudio de nuestra historia literaria.

X. — *De los poetas líricos portugueses que han escrito en lengua castellana.*

La literatura portuguesa, hermana, como su nacion, de la española, ha seguido siempre el mismo gusto literario dominante en esta. Sus cancioneros y romanceros nada han tenido que envidiar á los nuestros, sus poetas han sido puros como Garcilaso, cuando los acentos de su lira se oian con entusiasmo como el mas tierno y encantador de los ingenios; han sido cultos, cuando Góngora fué aclamado por todos los ámbitos de la Península como el mas sublime. La nacion que produjo un Juan de Barros, modelo de historiadores, un biógrafo de levantado y elegante estilo como don Jacinto Freire de Andrade, un poeta épico como Luis de Camoes, y un satírico como el padre Antonio Vieyra, no se contentó con que sus ingenios hablasen solo en el idioma con que se cantaban los hechos de sus héroes en el Oriente. A pesar de las preocupaciones del vulgo en ódio á los españoles, muchos poetas lusitanos acompañaron con sus acentos la voz de Garcilaso, de Cetina y de Castillejo, de Herrera, de Rioja y de Góngora.

El mas excelente de los ingenios de Portugal, el tierno cantor de la desdichada muerte de Inés de Castro, que inútilmente intentó Bocage llorar con mas dulce entonacion en el pasado siglo; el sublime animador del cabo de Buena-Esperanza, el ilustre Camoes, en fin, apasionado admirador de nuestros cancioneros, se dedicó á imitarlos en preciosos juguetes, que corren impresos con sus demás obras.

Véanse algunas muestras, no del talento poético del príncipe de los ingenios lusitanos, sino de su desempeño en una lengua en que escribia por aficion.

La mas encantadora de estas sencillas composiciones es sin duda alguna el cantarcillo de la pastora, que, enamorada de un marinero, se proponia dejar el prado por la inconstancia de las olas del mar, para vivir en compañía del objeto de sus amores.

Es como sigue:

Irme quiero, madre,
A aquella galera,
Con el marinero,
A ser marinera.
Madre, si me fuere,
Do quiera que vó
No lo quiero yo;
Que el amor lo quiere.
Aquel niño fiero
Hace que me muera
Por un marinero,
A ser marinera.

El que todo puede,
Madre, no podrá,
Pues el alma va,
Que el cuerpo se quede.
Con él, porque muere,
Voy porque no muera;
Que si es marinero,
Seré marinera.
Es tirana ley
Del niño señor
Que por un amor
Se deseche un rey.

Quiero irme, quiero,
Por un marinero
A ser marinera.
Decid, ondas, ¿cuándo
Vistes vos doncella,
Siendo tierna y bella,
Andar navegando?
Mas ¿qué no se espera
De aquel niño fiero?
Vea yo quien quiero
Y sea marinera.

La gracia y facilidad con que está escrita esta cancioncilla hacen recordar las galas que se atesoran en nuestros cancioneros, del mismo modo que las siguientes:

I.

De dentro tengo mi mal;
Que de fuera no hay señal.
Mi nueva y dulce querella
Es invisible á la gente;
El alma solo la siente;
Que el cuerpo no es dino della.
Como la viva centella
Se encubre en el pedernal,
De dentro tengo mi mal.

II.

Amor loco, amor loco,
Yo por vos, y vos por otro.
Dióme amor tormentos dos
Para que pene doblado,
Uno es verme desamado,
Otro es mancilla de vos;
Ved que ordena amor en nos,
Porque vos haceisme loco,
Que seais loca por otro.
Tratais amor de manera,
Que, porque así me tratais,
Quiere que, pues no me amais,
Que ameis otro que no os quiera;
Mas, con todo, si no os viera
De todo loca por otro,
Con mas razon fuera loco.
Y tan contrario viviendo,
Al fin, al fin conformamos,
Pues ambos á dos buscamos
Lo que mas nos va huyendo.
Voy tras vos, siempre huyendo,
Y vos, huyendo por otro,
Andais loca y me haceis loco.

III.

Todo es poco lo posible.

Posible es á mi cuidado
Poderme hacer satisfecho,
Si fuera posible al hado
Hacer no hecho lo hecho,
Y futuro lo pasado.
Si olvido pudiera haber,
Fuera remedio sufrible;
Mas ya que no puede ser,
Para contento me hacer
Todo es poco lo posible.

El siglo XVI, fecundo en ingenios para nuestra patria, produjo otros muchos en Portugal, ganosos de emular sus glorias, no solo en el ingenio, sino hasta en el idioma, que no era el de su nacion. Entre los muchos que pudieran citarse, solo quiero enumerar los mas principales. Francisco Saa de Miranda nació en Coimbra por los años de 1495; estudió leyes en la universidad de su patria hasta recibir el grado de doctor; viajó por España é Italia; vencido del amor, casó en Coimbra con una dama muy principal, llamada doña Brianda de Acevedo, en la cual tuvo varios hijos; y por último, muerta ella en 1555, cayó en una profunda tristeza, que paso á paso lo llevó á la tumba en 1558, á los sesenta y tres años de su edad. Fué gran helenista y no menor latino. Escribió muchas obras en verso, parte en lengua castellana y parte en portuguesa. Todas se imprimieron despues de su muerte, con presencia de borradores muy maltratados (1). Pero enmendáronse luego, con vista de manuscritos mas correctos (2).

Saa de Miranda compuso dos comedias en prosa y lengua portuguesa, con bastante libertad en el decir. Sus títulos son *Os Villalandos* y *Os extranjericos*. Ambas se representaron por caballeros notables de la corte ante el cardenal rey don Enrique.

El gusto de Saa de Miranda, en sus poesías castellanas, participa de la manera de trovar de nuestros antiguos y de la de Boscan, aun mas que de la de Garcilaso, pues se encuentran en sus versos el desaliño y la falta de vigor que la buena crítica ha notado en los escritos de aquel poeta catalan.

En la égloga *Alejo*, Saa de Miranda recuerda á nuestro famoso Juan de la Encina. La versificacion y el estilo son un remedo del vate salmantino. Sin embargo, casi al fin de la égloga se hallan algunos cantares en octava rima, llenos de pensamientos que los portugueses de entonces llamaban *herejías de amor* por dirigirse contra Cupido.

¿No veis que va desnudo y que no lleva
Sino con que haga mal, y bien ninguno?
Saetas, arco y fuego, con que os prueba
Con todos los tormentos uno á uno.
Vos uno á uno os vi dando la nueva,
Que es falso, que es sin fe, que es importuno;
¿Qué es esto, me decid, hombres perdidos?
Ya que ojos no teneis, tened oídos.
Y tú, ¿qué fingimiento es este tuyo,
Niño desnudo, desarmado y ciego?
Huyes si voy á tí, vuelves si huyo;
Ahora vencedor, vencido luego;
¡Ah! que no tiene amor cosa de suyo;
Nos las armas le damos, nos el fuego;
¿Quereis su *divinidad* ver tan loada?
Abrid los ojos bien, no veréis nada.

La *Fábula del Mondego* está tan en el estilo de Boscan, que fácilmente pudiera tenerse por obra de este autor. Hay la misma incorreccion y flojedad, y hasta algunos consonantes agudos, que tan mal sientan en el verso endecasílabo, á menos que no se usen al tratar asuntos festivos, ó que un don Pedro Calderon de la Barca los engrandezca con su vigorosa entonacion.

A pesar de todo esto, hállanse en la *Fábula del Mondego* algunos pasajes que demuestran evidentemente el gran númen de Saa de Miranda. Véase la descripcion de un pino abrasado por el rayo:

(1) *As obras de doutor Francisco Saa de Miranda;* Lisboa, 1595.

(2) Lisboa, 1605, por Miguel de Lira.—Lisboa, 1614, por Vicente Alvarez.

El pino, en la montaña combatido
Del impetuoso viento y la tormenta,
A cuantos que lo ven pone en recelo;
Los truenos amenazan, acrecienta
El agua por las nubes; ¡exlo erguido!
Exlo ya corvo é inclinado al suelo,
Hasta tanto que el cielo
Se abre en llama ardiendo;
Y entre viendo y no viendo,
El bravo rayo en vueltas mil desciende,
Y las sus galas en el suelo tiende.

Otro poeta portugués cultivó aun mas que Camoes y Saa de Miranda la literatura española. Gregorio Silvestre, natural de Lisboa (1520), pasó de siete años á la ciudad de Granada, donde permaneció el resto de su vida. Allí recibió educacion, allí trató cariñosamente á poetas tan ilustres como don Diego Hurtado de Mendoza, don Fernando de Acuña, Juan Latino, Luis Barahona de Soto y Luis Galvez de Montalvo; allí se puede decir que con su buen gusto echó las raíces á la docta, ingeniosa y rica escuela de los Espinosa, Paez, Martin, Espinel, Mirademescua y tantos otros, que, aunque mas aficionados al verso endecasílabo que su maestro, no por eso dejaron de aprender en sus escritos.

Gregorio Silvestre solia decir de sí que no era *poeta*, *sino glosador*, si bien Pedro de Cáceres advierte que este juicio no debe extrañarse, como hijo solo de la *humildad* del autor.

Murió en su patria adoptiva, y fué sepultado en la iglesia del Cármen, con este epitafio:

Yace en esta iglesia chica,
Y entre sus piedras, aquel
De quien la fama infiel
Mas entiende que publica;
Mas, pues ella no lo explica,
Pregúntenselo al *laurel*,
Al *moral*, *lirio* y *clavel*,
Y á mil glosas que por él
Hacen nuestra España rica.

Por el *laurel* quiso significar el autor del epitafio la fábula de Dafne y Apolo; por el *moral* la de Piramo y Tisbe, y por el *lirio* y *clavel* la de Narciso. Véanse dos muestras del talento poético de Silvestre: una, imitacion de nuestros cancioneros, y otra, un soneto:

Señora, ¿creeis que vos
Sois el fin de mi deseo?
Decid, Señora: «Sí creo.»
Despues que supe miraros,
¿Creeis que no sé de mí,
Sino amar lo que en vos vi,
Quereros y desearos,
Y que solo en alabaros
Y engrandeceros me empleo?
Decid, Señora: «Sí creo.»
¿Todo el bien del alma mia
Creeis que os ha hecho Dios,
Que no me luce sin vos
El sol ni me alumbra el dia?
¿Creeis que sois la alegría
De mis ojos cuando os veo?
Decid, Señora: «Sí creo.»
¿Vos creeis que está adornado
El cielo de un sol lumbroso,
Claro, lustrante y hermoso,
Luciente y clarificado,
Y que, con vos comparado,
Viene á ser oscuro y feo?
Decid, Señora: «Sí creo.»
¿Creeis, Señora, que os hizo
Dios en la tierra un vergel
Para que hallemos en él
Gran lindeza y gran aviso,
Y que en este paraíso
Me deleito y me recreo?
Decid, Señora: «Sí creo.»

¡Qué léjos está un necio de entenderse!
Qué cerca un majadero de enojarse!
Qué pesado es un torpe en atajarse!
Y ¡qué liviano un simple de correrse!
El uno, es imposible conocerse;
El otro, no hay querer desengañarse;
Y así, no puede el necio adelgazarse,
Que todo es para mas entorpecerse.
Al fin se han de tratar con presupuesto;
Que son en defender su desatino
Mas záfios y mas tiesos que un villano.
Mas si el mas sábio dellos es un cesto,
Y no hay poder meterlos en camino,
Dejarlos por quien son es lo mas sano.

Jorge de Montemayor, tan conocido por su novela *La Diana*, que tan imitada ha sido, nació en Montemor, villa de la jurisdiccion de Coimbra. No fué hombre de estudios en universidad; pero su grande ingenio se perfeccionó con la lectura de obras escritas en algunas de las lenguas vulgares mas comunes entonces en Europa. En sus mocedades siguió la milicia, cultivando entre los trabajos de Marte las dulzuras de la música y poesía. Vino luego á España, y logró ser admitido

como músico en la capilla real que llevó Felipe II, siendo príncipe, en su famoso viaje á Italia, Países-Bajos y Alemania. Fenecido este, tornó á España y fué á habitar en Leon, donde parece que amó entrañablemente á una dama, y como quisiese celebrar su mucha hermosura y cantar sus amores, imaginó sacarlos á la luz del mundo por medio de una novela pastoril, intitulada *La Diana*.

Escribió tambien multitud de poesías, parte originales, parte traducidas del Marino y otros autores italianos.

Tambien estuvo en la ciudad de Valencia algun tiempo, donde comunicó con los principales ingenios que allí moraban; y del trato de ellos nació seguramente en él la aficion á los antiguos poetas lemosines, y con especialidad á Ausías March, cuyas obras publicó.

Fué llamado por *su gran princesa*, como él afirma, la reina doña Catalina, hermana de Cárlos V, la cual, siendo regente de Portugal, y teniendo suma aficion al ingenio de Montemayor, le concedió, por premio de sus tareas literarias, un muy honroso cargo en la casa real, en cuyo desempeño es fama que murió antes del año de 1562. Pellicer asegura que su muerte acaeció en el Piamonte, y otros autores que en un desafío, lo cual parece mas probable, atendido su carácter belicoso, tan opuesto á la dulzura en las pasiones, cuya descripcion forma el asunto de su ingeniosa novela *La Diana*. Recuerdo que viéndose reprendido por cierto eclesiástico, le dijo que el rezar era propio de los religiosos, pero que el pelear y tratar de amores solo de los caballeros como él.

Lo indudable en todo esto es, que perdió la vida en lo mejor de sus años, y que tal desdicha le aconteció en su patria, segun parece de una elegía de su amigo Francisco Márcos Donantes, en la cual dice que sus dolorosos acentos salgan de España:

Y con ligero vuelo y veloz salto,
Primero á Lusitania se encaminen
Hácia Montemayor sublime y alto.

La Diana, segun opinion de respetables críticos, fué impresa en 1545, 1560, 1580 y 1595, repitiéndose en otras muchas ediciones dentro y fuera de España.

Parece imposible la gran popularidad que adquirió este autor con su novela. Díganlo, si no, las varias continuaciones que de ella se han escrito y los libros pastoriles hechos á su semejanza.

En la poesía lírica no ejerció gran influjo su *Cancionero sagrado;* no es en verdad un libro de primero ni aun de segundo órden.

Las poesías que en su *Diana* introdujo Montemayor fueron muy estimadas. Sabido es de los eruditos que Eduardo Young publicó en Lóndres, año de 1598, la version inglesa de *La Diana,* así como que Pavillon dió á luz la suya francesa en Paris el año de 1603. En la coleccion de poesías intitulada *England's Helicon* hay veinte y siete composiciones de Bartolomé Young, tomadas las mas, si no todas, de *La Diana.*

Segun la opinion de Cervántes, los versos cortos de Montemayor valen muchísimo mas que los endecasílabos.

Entre los otros poetas lusitanos dignos de memoria en los fastos de la literatura española, están Francisco Rodriguez Lobo, con su *Primavera;* Francisco Botello, con su *Panegírico historial genealógico de la familia de Souza;* y por último, Manuel de Faria y Souza, con su *Fuente de Aganipe.*

Este último, como comentador que fué de Camoes y epitomador de las historias portuguesas, aspiró al renombre de crítico. Efectivamente, no carecia de ciencia, gusto y penetracion, si bien solia apasionarse mas de lo que es permitido á quien anhela la veneracion que consigo lleva el magisterio. Para él, como buen portugués, el verso endecasílabo fué usado en la poesía portuguesa antes que en ninguna otra de las modernas de Europa, y hasta el gongorismo no nació en Góngora, sino en ingenios antiguos lusitanos.

Su juicio con respecto á los poetas mas afamados de Italia pecaba de severo. Véase el que formó del caballero Marini:

«El Marino, aunque en las pinturas es vivo poeta, en lo científico y cuerdo y modesto estaba mal instruido, y finalmente, fueron mas sus hurtos que sus propiedades. Y el *Adónis*, por mas que le celebran, en el órden puede cansar á la misma paciencia, y en lo mas acepto es mas abominable.»

Con respecto á Torcuato Tasso, no pudo mirarlo con mas prevencion. Era natural entonces. La moda habia ejercido su pernicioso influjo en la naciente crítica, y Faria y Souza no pudo menos

de convertirse en eco de las apasionadas invectivas que en la Italia misma se lanzaban contra el cantor de Godofredo.

Véase esta muestra :

«De todo esto se ve clarísimo cuánto se engañaron los que dijeron que estaba en el Tasso la majestad heróica por haber hablado con mucho exámen de voces; pues ella no está en eso, mas en saber ordenar un poema, y fingir mucho, y no hablar sin erudicion. Erudicion, ninguna hay en el Tasso; la ficcion es poco mas de nada, la órden es pedestre. Quien hubiere de asegurar que su *Jerusalen* es perfecto poema, ha de vencer primero que lo es la *Farsalia* de Lucano, de quien todos los doctos afirman que no lo es, sino una historia continuada desde el principio al fin con lances poéticos, y el Tasso es puntualmente Lucano; estilo ruidoso, sin órden de poema. Alegoría que es lo singular de un poema famoso, no hay en el Tasso, que, conociéndolo, quiso persuadir la habia, y dijo una friolera tan notable como esta : de que los demonios allí introducidos se representan á sí propios, oponiéndose á las virtuosas acciones, y que los ángeles significan los divinos socorros; y que por el escudo de diamante en Raimondo se entiende la divina guarda, y otras cosas de este género, tan pueriles y superficiales, que es lástima. En él, finalmente, no hay de poeta mas de algunas imágenes, afectos, faltando todo lo principal, y que no se puede suplir con lo purgado del estilo; y si este es poesía, serán poetas Tito Livio, Cornelio Tácito, Lucio Floro, Veleyo Patérculo, Salustio, Justino, Tucídides, Antonio de Fuenmayor, don Diego de Mendoza, y otros que escribieron historia con elegante estilo. Síguese con mucha claridad que el Tasso es poeta en lo menos esencial, y que en lo mas es un elegantísimo versificador. Pero el ser versificador elegantísimo no es ser poeta alto, profundo y misterioso.»

No cumple á mi intento, de trazar solo unos ligerísimos apuntes de los poetas portugueses mas notables que han escrito en castellano, tratar de los autores dramáticos. Algunos pudiera enumerar, desde el famoso Gil Vicente, émulo de Lope de Rueda, hasta don Juan de Matos Fragoso, así como entre los que han pretendido dar á su patria una epopeya, á Miguel Botello de Moraes, autor del *Alfonso*.

Las tiernísimas poetisas lusitanas Violante do Ceo y doña Bernarda Ferreira de la Cerda tambien han engalanado con sus acentos las auras del Parnaso español.

Este afecto literario que por parte de los ingenios portugueses se mostraba en los instantes en que el rencor político era vivísimo, primero por la ocupacion española de aquel reino, y luego por la guerra que hubieron de sostener los lusitanos en pro de su independencia, demostraba que por parte del talento en Portugal no habia oposicion hácia los españoles. Si la política los dividia, por la situacion en la misma península, el talento queria hacer hermanos á entrambos pueblos, divididos por las turbaciones de los tiempos y por las rivalidades que la ignorancia levanta entre países vecinos.

Una nacion como el Portugal, con una historia tan parecida á la nuestra, compañera en nuestras luchas con cartagineses y romanos, invadida al par por los bárbaros del Norte, y al par tambien por las huestes de la media luna, llevando las gloriosas quinas á las remotas islas orientales, en tanto que sobre los castillos y leones trasladábamos á las desconocidas tierras del Occidente la cruz de Cristo, no podia menos de amar, por medio de sus hijos mas ingeniosos, la lengua y la literatura de otro país hermano del suyo.

APUNTES BIOGRAFICOS

DE

ALGUNOS DE LOS AUTORES CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

FELIPE IV.

De Felipe IV hay la constante tradicion de que escribia obras dramáticas, las cuales se publicaban *como de un ingenio de esta corte*. El gran número de comedias que se hallan en este caso, y la diferencia en la inventiva, en los estilos y en los gustos hacen inverosímil que todas sean de Felipe IV. Particularmente se le atribuyen dos: una, *Dar la vida por su dama el conde Essex*, y la otra *El rey Enrique el Enfermo*.

La primera está, sin embargo, impresa tambien como de don Antonio Coello, compañero de don Francisco de Rojas en la composicion de algunos dramas trágicos; y con efecto, en su estilo no hay diferencia.

Se atribuyen al mismo Felipe IV una traduccion manuscrita de la *Historia de Italia* de Guicciardini, y otra de la *Descripcion de los Países-Bajos*, por Luis, sobrino de este, inédita igualmente.

El monarca en cuyo siglo florecieron dramáticos tan eminentes como Lope y Calderon, y pintores tan famosos como Velazquez, Murillo, Ribera, Zurbaran y Alonso Cano, no fué insensible á los encantos de la poesía y de las artes. Las fiestas teatrales en el Buen Retiro, y la proteccion que dispensó á Velazquez y otros autores, demuestran su aficion decidida á las obras del ingenio. El mismo escribió varias poesías, de las cuales apenas quedan noticias. Mas aun: sabido es que muchas veces, en compañía de otros poetas, contribuia á la improvisacion de comedias burlescas en su gabinete, siguiendo la moda de su tiempo (1).

(1) Don José Marchena, en sus *Lecciones de filosofía moral*, escribe sobre el mismo asunto lo siguiente:

«La ignorancia de Felipe IV, menos supina que la de su devoto y estúpido padre, se maridaba en aquel con una disolucion de costumbres, que mal podia con el fervor de la religion avenirse. En las escenas de las monjas de San Plácido, por las cuales el autor de la nueva *Historia de la Inquisicion*, el señor Llorente, pasa como por cima de ascuas, sin duda porque lo escandaloso que para ser puntual habia de ser su cuento, desdice de su profesion de sacerdote, representó el Monarca uno de los principales papeles. Las anécdotas del siglo XVII han conservado la memoria de las comedias de repente que en el cuarto del Rey se representaban, sacadas casi siempre de historias de la Escritura, tratadas á lo burlesco, en las cuales hacian igual papel los mas ilustres ingenios de aquella época y el mismo Rey, y en que llegaba la befa de los mas sagrados misterios á tanto, que ordenado Calderon de sacerdote, se abstuvo por escrúpulos de seguir participando de ellas. La respuesta que en una de estas farsas dió el que hacia de eterno Padre al que figuraba el primer hombre, y que habia dicho una prolija relacion, bastará para que se formen nuestros lectores idea del desacato con que era la religion tratada en estas concurrencias:

»Por Cristo crucificado,
Que, como soy pecador,
Que me pesa haber criado
Un Adan tan hablador.

»Felipe IV, mas puede calificarse de *rey majo* y libertino que de monarca popular; y si bien es verdad que reunia á literatos, poetas y pintores en su palacio, los pasatiempos en que se entretenian, las piezas de repente que componian, mas propias eran de juglares y truhanes que de doctos, que se aprecian en lo que valen y no condescienden en desairadas bajezas.»

En tanto, la gobernacion del reino estaba entregada exclusivamente á su valido el conde-duque de Olivares. Felipe IV en eso imitaba á su padre. La pintura que del estado de la monarquía se hace en los papeles satíricos de aquel tiempo no puede ser mas lastimosa.

En el primer período de su reinado, solo usó de su poder Felipe IV para aquello que tenia relacion directa con sus pasiones. Por eso la historia de su vida galante es tan copiosa en sucesos. Sus amores con la célebre comedianta María, llamada *la Calderona*, ó, segun Gregorio Leti, Inés Isabel, han sido mas públicos que otros algunos, por varias circunstancias. La Calderona era amada vehementísimamente por el duque de Medina de las Torres, y el duque de Medina de las Torres era correspondido por la Calderona con igual vehemencia. Cuando mas encendida estaba esta mútua pasion, la vió Felipe IV, y no pudo menos de amarla. Desde entonces se apartó de continuar sus aventuras galantes con una principal señora, dama de la Reina, y en la cual habia tenido un hijo. No pudiendo sobrellevar con resignacion el olvido del Rey, á quien de buena fe amaba, esta señora se encerró en el convento de las *Descalzas Reales*, no sé si á llorar sus faltas, ó los desvíos de Felipe IV. En tanto la Calderona no se atrevia á escuchar al Monarca sin saber si el Duque lo consentia. Cuéntase que ella le habló, ofreciéndole retirarse á un lugar determinado, donde secretamente podian verse; pero el Duque, temeroso de caer en desgracia del Monarca, decidió *ceder á su majestad un bien que no se hallaba en estado de disputarle.* La Calderona lo llamó *traidor á su cariño é ingrato para con su amante*, diciéndole, por último, que si estaba satisfecho por disponer de su corazon como queria, ella no se encontraba en iguales circunstancias, y por tanto, que se decidiese á continuar visitándola, ó que se preparase á verla morir de desesperacion. No pudo el Duque permanecer insensible á tan señaladas pruebas de cariño; y así, fingió emprender un viaje á Andalucía, regresando encubierto á la corte, y ocultándose en un gabinete de la casa de la Calderona, segun habian convenido entrambos.

En este tiempo el Rey era correspondido por ella, y se consideraba el mas dichoso de los mortales, y en este tiempo tambien ella dió á luz un niño, á quien llamaron Juan de Austria, en memoria del hijo que fuera de matrimonio habia tenido el emperador Cárlos V.

Al cabo de algun tiempo Felipe IV sorprendió en casa de la Calderona al Duque. Dominado de la pasion de los celos, echó mano á un puñal para herir á su contrario; pero ella se interpuso, y él, vencido del cariño que la profesaba, se contentó solo con desterrar al Duque. Pero, noticioso de que en ausencia seguian correspondiéndose ambos amantes, determinó buscar un nuevo afecto para poner en olvido á la Calderona. Cuando se encontró ya con fuerzas suficientes para dominar su antigua pasion, le intimó la órden de encerrarse en un monasterio. Con efecto, á poco la Calderona recibió de manos del Nuncio (que luego fué papa con el nombre de Inocencio X) el velo de religiosa.

Siempre tuvo Felipe IV una gran predileccion por el fruto de estos amores. Así es que, de sus muchos hijos adulterinos, incluso uno que fué obispo de Málaga, solo reconoció públicamente á don Juan de Austria, dándole cargos importantes, como todos los honores que á su dignidad de infante de España correspondian.

En los sucesos políticos del reinado de Cárlos II, sabido es cuánta parte tomó don Juan de Austria, granjeándose numerosos partidarios, así como enemigos crueles y muy importantes.

Así es que su nacimiento servia de constante objeto á la conversacion de los unos y de los otros. Mientras estos decian que se parecia mucho al duque de Medina de las Torres, y que este, y no Felipe IV, parecia ser su padre, los otros contaban como verdad innegable el hecho, inverosímil, de que estando preñadas de un mismo tiempo la Reina y la Calderona, cuando llegó la hora de los respectivos partos, se trocaron de órden del Rey los niños, siendo, por tanto, el hijo de la Calderona el príncipe don Baltasar Cárlos, y el hijo de Isabel de Borbon don Juan de Austria (1).

La pasion por la Calderona y por su hijo don Juan de Austria fué grande en Felipe IV. Él, pa-

(1) Estas noticias son tomadas del *Viaje por España*, que escribió madama d'Aunoy. Con respecto al príncipe don Baltasar Cárlos, sabido es que murió á la edad de catorce años por excesos cometidos, superiores á su edad.

Se cuenta que don Pedro de Aragon, primer gentilhombre de su cámara, lo condujo prematuramente al libertinaje.

En 1644 se entretenia el Príncipe en capar gatos, segun aquellas décimas que dicen:

Príncipe, mil mentecatos
Murmuran, sin Dios ni ley,
De vos, que habeis de ser rey,
Y os andais capando gatos;
Y es que, con sus malos tratos,
Se temen que os enseñeis,
Y cuando á reinar llegueis
En este reino gatuno,
No quede gato ninguno
Que luego no le capeis.
El caballero en España
A quien su sangre le incita,

ra celebrar el nacimiento de este, hizo retratarlo infante en el regazo materno y en medio del *Jardin de los amores*, cuadro imaginado por el fogoso ingenio de Rubens, y que se reprodujo con notables variaciones para lisonjear su amor propio como amante y como padre (1). Mas se hizo aun: con el fin de declarar el pensamiento de la obra se aplicaron sacrílegamente aquellas palabras: *Joannes vocabitur nomen ejus, et in nativitate ejus multi gaudebunt*, al asunto amoroso, colocándose en un lado del cuadro esta inscripcion.

Las sátiras escritas contra el mal gobierno de FELIPE IV son innumerables. Un romance, que se atribuye falsamente á Quevedo, censura los grandes tributos que pesaban sobre el pueblo español para que FELIPE IV pudiese malgastar sus productos en sus divertimientos, en la construccion del palacio y formacion de los jardines del Buen Retiro, en fuentes y otras cosas.

Cuando aquestas ocasiones
Sucedan sin esperarse,
Es mucha razon, Señor,
Que los vasallos leales
Por la defensa del reino
Pongan la vida y la sangre;
Pero no es buena razon
Que, cuando hay tantos desastres,
H gas buscar fuentes de agua
Cuando corren rios de sangre.
No es razon que cuando el cielo,
Desenvainado el alfanje,
Se mira contra nosotros
Por nuestros pecados graves,
Andes haciendo *retiros*,
Y no haciendo *soledades* (2).

Sobre las ocupaciones del Rey y su ministro el Conde-Duque hay un soneto satírico de bastante mérito. En él se retratan perfectamente las caractéres de ambos.

PREGUNTAS Y RESPUESTAS ENTRE UN MONARCA Y UN CONSEJERO DE ESTADO.

¿Qué es lo que haceis?—En nada discurrimos.
¿Pensais en algun medio? — No sabemos.
¿Buscaisle en la justicia? — No podemos.
¿Esforzais la milicia? — No la vimos.
¿Dónde está el bien comun? — No lo sentimos.
Su honra ¿dónde está? — No la tenemos.
Habladme sin rebozo. — No queremos.
Advertidme siquiera. — No advertimos.
¿Qué consultais? — Los cuándos y los cómos.
¿Y los motivos? — Eso no alcanzamos.
De guerra ¿qué sentis? — Perdidos somos.
¿Socorreis al imperio? — No atinamos.
¿Hay alguna esperanza? — Ni aun asomos.
¿Y el caso de la copa? — En eso estamos (3).

En este soneto se alude á la merced que concedió el rey FELIPE IV al conde-duque de Olivares por el oportuno socorro de Fuenterrabía. Consistia en una copa de oro, que anualmente habia de regalarle el Monarca en memoria del triunfo conseguido.

Cuando Cataluña se sublevó, el Rey salió á campaña con el Conde-Duque y gran parte de la nobleza, pero sin pasar de Zaragoza, desde donde se disponian las cosas de la guerra. Al cabo de algun tiempo regresó FELIPE IV á Madrid con su privado, á lo cual se escribió por un felicísimo in-

Cuando niño, se ejercita
En un caballo de caña,
Y ya diestro, en la campaña
Domeña al bruto mas fiero;
Y ansí, yo de vos espero
Que tan diestro quedaréis,
Que, siendo grande, capeis
Al gato mas marrullero.
Sin duda alguna os inspira
Tan alto ejercicio el cielo,
Pues ya no vale en el suelo
Sino el robo y la mentira;
Y si vuestra alteza mira
De España antiguos blasones,
Verá que sus infanzones,
Como vasallos ingratos,
Ya se han convertido en gatos
Y dejan de ser leones.
No sin muy alto misterio
Es, Señor, vuestro ejercicio,
Pues nadie os hace servicio
Que no sea un gatuperio;
Y pues con tan grande imperio
De tan ilustres vasallos,
Gatos son los que eran gallos,
Cuando dejeis de ser chico,
Si quereis ser rey y rico,
No hay cosa como capallos.

Imprimiéronse por vez primera estas décimas en *El Trovador español*. Se han corregido por la copia que hay en un códice de la biblioteca provincial de Cádiz.

(1) Mi amigo y compañero el señor don Manuel Saenz de Tejada, académico de la de Bellas Artes de Cádiz, tiene este cuadro en su magnífica y escogida galería de pinturas, donde hay admirables obras de Durero, de Rafael, de Murillo, de Alonso Cano, Zurbaran, Gerardo Dow, Rembrant, Pablo Bril, y otros no menos célebres autores.

No teniendo á la vista estampas del cuadro del *Jardin de los amores* que hay en los museos de Madrid y Dresde, no puedo puntualizar las variaciones que hay en el cuadro de la galería del inteligente aficionado señor Saenz de Tejada.

(2) Este romance empieza así:

Ya, Felipe Cuarto, rey,
Que el cielo mil años guarde,
Que se mira España llena
De mil infelicidades.

(3) El original existe en la biblioteca provincial de Cádiz.

genio este romance satírico, que falsamente se atribuye en algunos códices á don Francisco de Quevedo. No se puede hacer de un soberano pintura mas lastimosa, y al propio tiempo mas exacta:

Leon que invencible ruge,
Prevenga aparato y pompa
A vuestra vuelta Castilla
Mas que á sus césares Roma.
Venga vuestra majestad
Muchas veces en buen hora,
Y apréstense arcos triunfales,
Como han sido las victorias.
De conquistadas banderas
Colgad la iglesia de Atocha,
Y al labrador san Isidro
Remitiréis las que sobran.
Este sí que es rey valiente,
Que deja su tierra propia,
No como otros reyes diablos,
Que en la extraña se coronan.
Estén Lutero y Calvino
Muy despacio en Barcelona,
Y si ha de dar Dios remedio,
Por acá no se disponga.
Y que Rosas no se gane
Chico pleito y poca ropa;
Que se hará la primavera
Lo mismo, Señor, que ahora.
Si Perpiñan se perdió,
Poco, gran Señor, importa;
Que hácia atrás la socorrieron
Leganés y la Hinojosa.
Todos vuestros grandes ciñen
Infinidad de coronas,
Y á ese conde, á ese Morales,
De preclaros loores honra.
Materia ha dado la fama;
Que en las yeguas mas briosas
Contra Lérida tomaron
Caballos de Zaragoza.
Gran soldado es Leganés,
Testigo Italia en sus obras,
Que el Casal de Monferrato
Ya le pilló por la cola.
Hablemos claro, mi rey,
Toda España va de rota,
El portugués mas se engrie,
El catalan mas se entona.
Lo militar no se ejerce,
Lo político lo estorba,
Los que pierden nos gobiernan,
Los que ganan se arrinconan.
¿Quién mete á José Gonzalez
En cosas que no le tocan?
Que no siempre se convienen
Las garnachas con las cotas.
Hoy no se acierta en España
Accion humilde ni heróica,
Desdicha es errar algunas,
Malicia es errarlas todas.
Vaya Oropesa á Navarra
Para perder á Pamplona,
Será vuestro hijo Pelayo
El de las Astúrias solas;
Porque ya os vió en la jornada
El que mas se os apasiona,
Con piés de plomo á la ida,
Y á la vuelta por la posta.
Si cariños del Retiro,
Señor, tan apriesa os tornan,
Rey que á retirarse llega,
Mucho sus armas desdora.
No se castiguen soldados
Aunque se vuelvan á tropas;
Que buen ejemplo les da
El mismo Rey en persona.
Justamente se queria
El de Medina-Sidonia
Alzar con algunas tierras,
Pues han de perderse todas.
Mirad que es Guzman el Bueno,
Soltalde, á ver si las torna,
Y os podrá volver aquellas
Despues que perdais estotras.
Y advertid que el Conde-Duque,
Pues por alcaide le toca,
Conserve á Fuenterrabía;
Si no, que os vuelva la copa.
Julianillo el jacarero
Es fuerza que la socorra,
El casado por ventura,
Descasado por tramoya.
Por casarse Enrique Octavo,
Viva su mujer, con otra,
Se introdujo la herejía
Que hoy la Gran Bretaña llora.
De Enrique le han confirmado,
Harta desdicha os informan;
Nombre de Enrique y Julian,
Cuenta, Rey, con las historias.
España gime oprimida,
La Iglesia está peligrosa,
Y pienso que en los mas grandes
La fe y la lealtad zozobran.
Llora la ciudad de Dios
Por llena de pueblo y sola,
Y en mí, sin ser Jeremías,
No son las lágrimas pocas.
Pero yo ¿de qué me aflijo?
Solo á Cristo el alma adora;
Por él moriré, aunque el turco
Me lleve á Constantinopla.
Están en tan triste estado
¡Oh majestad poderosa!
Vuestros vasallos, que tienen
Aun la muerte por lisonja.
Volved pues, tenga el Retiro
Fiestas, banquetes, pandorgas;
Que para perderse aprisa,
Así se han de hacer las cosas.

Las sublevaciones de Cataluña y Portugal despertaron el ánimo del Rey. Isabel de Borbon, en medio de los apuros en que se hallaba la monarquía, fué personalmente á empeñar sus joyas para remitir á su esposo ochocientos mil escudos, que el joyero le dió solo sobre su palabra y absorto de la novedad del hecho. Creciendo luego los apuros del erario, la Reina remitió al Rey las joyas para su venta.

Felipe IV conoció el amor de su esposa y los peligros de la privanza que habia dado al Conde-Duque. Este no pudo por mas tiempo mantenerse en ella, y se retiró de la corte. Felipe IV se encontró á mas de la mitad de su vida, con el peso del gobierno en circunstancias sumamente críticas, é ignorando el modo de ser rey. De monarca solo habia tenido la dignidad y los medios para conseguir como hombre cuanto deseaba.

¿Se desea conocer á Felipe IV como rey, como hombre y como literato? En las cartas á la madre Agreda se presenta él mismo tal como era.

Cuando en 1643 tomó el camino de Zaragoza para desde allí dirigir las operaciones militares contra Cataluña, pasó por Agreda, donde vió á la madre sor María de Jesus, abadesa del convento de la Concepcion en aquella villa. Esta monja tenia gran reputacion de santidad, y fué autora

de una Vida extensísima de la Vírgen, escrita y publicada con el título de *Mística ciudad de Dios*. Notorio es que, por asegurarse en este libro que la misma Vírgen lo habia inspirado, se formó proceso contra ella; pero que, á instancias de la corte de España, se sobreseyó en él, contra la costumbre que en casos análogos se estilaba en la Inquisicion de Roma. Sin embargo de esto, fueron censurados estos libros por la Sorbona, y dieron lugar á vivas controversias. El Rey quedó muy aficionado á la madre Agreda de resultas de la conferencia que con ella tuvo. Desde entonces se correspondieron por cartas, adquiriendo la monja sobre el ánimo de FELIPE IV gran influjo.

La correspondencia entre ambos es sumamente curiosa (1).

En 16 de julio de 1643 la madre Agreda le escribia, diciéndole: «Todos los criados de vuestra »majestad entiendan cuánto le sirven, y darán gusto en guardar el recato que conviene en Zaragoza, »porque no es razon desmerecer los favores del cielo, al mismo tiempo que se los pedimos del buen »suceso de la flota y todo lo demás que vuestra majestad me dejó mandado... Puesta á los piés del »Altísimo se lo pediré, y de nuevo me lo ha renovado, en nombre de vuestra majestad, don Luis de »Haro, dándome la limosna de vuestra majestad. Presentaréla al Señor para que la remunere. A la »Reina nuestra señora escribí á otro dia que vuestra majestad partió deste lugar, y continuaré esta »obediencia con toda felicidad y cuidado.»

A esta carta acompañaba la madre Agreda un regalo, que seria de inmenso valor para FELIPE, y que cautivaria mas y mas su ánimo. «Esta prenda (decia la monja), que estimaba mucho, *de »la soga de Cristo*, envio á vuestra majestad. Perdone vuestra majestad la pobreza, y reciba mi vo»luntad.»

Despues de dos cartas mas (16 de agosto, 14 de setiembre), el Rey se determinó á escribir á la madre Agreda, no pudiendo menos de darle esta prueba de afecto á quien continuamente estaba rogando á Dios por el triunfo de sus armas. En 4 de octubre, desde Zaragoza, le decia:

«Sor María de Jesus: Escríbóos á media márgen, porque la respuesta venga en este mismo pa»pel, y os encargo y mando que esto no pase de vos á nadie.»

Sin embargo de esta órden, ella, por disposicion de su confesor, se quedó con copias de las cartas del Rey y de las suyas (2).

A continuacion de aquellas palabras, dice FELIPE IV:

«Desde el dia que estuve con vos, quedé muy alentado por lo que me ofrecisteis rogariais á »Dios por mí y por los buenos sucesos de esta monarquía; pues el afecto con que os reconocí en»tonces á lo que me tocaba, me dió gran confianza y aliento. Yo, como os dije, *salí de Madrid sin »medios humanos, fiando solo en los divinos*... Sin duda los aprietos son muchos y grandes, y »tras esto, os confieso que no es ello lo que mas me aflige, sino tener por cierto que esto no nace »sino de tener enojado á nuestro Señor; y como él sabe que deseo desenojarle y cumplir con mi obli»gacion en todo, *quisiera que, si por algun camino llegais á entender qué es su santa voluntad que »yo haga para aplacarle, me lo escribais aquí; porque yo ando con deseo de acertar, y no sé en qué »yerro.*»

En 13 de octubre la madre le dió varios consejos, y entre ellos, algunos acerca de los privados; carta á que respondió FELIPE IV, en 16 del mismo mes, diciendo: «En lo que toca á apartarme del »camino y modo del gobierno pasado, estoy resuelto; y aunque no faltan personas que quieran os»tentar algun valimiento (pues esto es cosa muy natural en los hombres), viven engañados; que yo »procuro de valerme de todos, cada uno en lo que toca, y fio de la misericordia de Dios que me man»tendré sin dar nota en razon de este punto; y espero que presto llegarán á vuestra noticia y de to»dos, nuevas que acrediten mi verdad y *aseguren al mundo que lo pasado se acabó*; porque, aun»que en realidad de verdad esto es cierto, hay quien lo dude; y así, he resuelto que los efectos »les muestren mi verdad. En todo deseo hacer la voluntad del Señor; y si faltare á algo, será como »hombre frágil, y no de malicia. *Yo os pido que, si vos entendeis con mas individualidad cuál es la »voluntad de Dios que yo ejecute, me lo advirtais; porque solo deseo ejecutarla en todo.*»

En 10 de noviembre escribia á la misma madre, dándole cuenta del sitio del castillo de Monzon, y terminaba diciendo: «Yendo tanto en este lance, me ha parecido encargaros con todo cui»dado le encomendeis muy de veras á nuestro Señor, apretando estos dias mas las oraciones y

(1) Rara es la biblioteca pública que no conserve algun traslado de estas cartas.

(2) Jimenez Samaniego, en el *Epítome de la Vida de la madre Agreda*, dice que en el secreto de un escritorio guardaba el Rey las cartas. A la muerte de ambos se divulgaron, por lo cual añade aquel autor: «De las que pudiéremos recoger, formarémos otra obra, que no dudo será un clarísimo ejemplo de príncipes católicos.»

»ejercicios que acostumbrais, pues yo no hallo otro camino mejor que acudir á su misericordia en »lances tan apretados.»

Despues de la toma del castillo de Monzon, FELIPE IV regresó á Madrid para visitar á su familia. Las palabras de su carta de 29 de diciembre revelan el cariño tan grande que tenia á su esposa é hijos. Ya FELIPE IV no era el FELIPE amante de la Calderona y galanteador de las damas de su esposa (1).

«No quiero dejar de decir (exclama) el gozo que tuve cuando llegué á este lugar y vi á la Rei»na y á mis hijos, porque ya la ausencia se me hacia muy larga. Están muy buenos, sea Dios ben»dito; y aunque sentiré vivamente dejar tal compañía, trato ya de volver á salir, pues primero es »cuidar de mis reinos que el gusto de asistir con tales prendas. Permita nuestro Señor que llegue »el tiempo en que pueda gozarlas con mas quietud.»

En 9 de marzo de 1644, á mas de encomendar á la madre que *apretase* con mas instancia sus oraciones por el estado de los negocios públicos, que tanto le *apuraban*, le decia:

«Tambien os encargo mucho encomendeis muy particularmente á nuestro Señor á la Reina, »que le dé mucha vida y salud, y acierto en lo que ayuda en esta ausencia, y á mis hijos los enca»mine y crie para su mayor servicio. Aunque mis ocupaciones son muchas, no dejo de hurtar al»gun ratillo para leer la historia que me enviasteis. He leido ya un gran pedazo de ella, y me he »holgado mucho de haberla visto, porque es cosa grande y muy á propósito su leccion para este »santo tiempo de Cuaresma.»

El amor á la Reina se habia acrecentado extraordinariamente en su esposo. Cuando ya se manifestó en toda su vehemencia fué en su muerte. Las décimas que escribió, al parecer, á este desdichado suceso, respiran una gran ternura. La carta que sobre el mismo escribió en 15 de noviembre de 1644 no puede ser mas lastimera.

«Yo me veo (dice) en el estado mas apretado de dolor que puede ser, pues perdí en solo un »sugeto cuanto se puede perder en esta vida; y si no fuera por saber, segun la ley que profeso, que »es lo mas justo y acertado lo que nuestro Señor dispone, no sé qué fuera de mí. Esto me hace pa»sar mi dolor con resignacion entera á la voluntad de quien lo dispone, y os confieso que he ha»bido menester mucha ayuda divina para conformarme con este golpe... Habiendo nuestro Señor »dado á mis armas tan feliz campaña este año en Cataluña, y habiéndose visto manifiestamente que »solo su mano poderosa ha sido la que ha obrado, pues los medios humanos, ni el trabajo de mi per»sona que he puesto, con el deseo del descanso de mis vasallos, no hubiera sido suficiente á alcan»zar una mínima parte de lo que se ha alcanzado; y cuando parecia que llegaba la ocasion de gozar »estos frutos en compañía de la Reina, á quien tanto amaba, y de mis hijos, fué esto tan al con»trario, que hallo dolor y pena, congoja y ternura, ocasionada de la mayor pérdida que podia ser. »Ello son justos juicios; y así, no debemos hacer mas que conformarnos con su divina voluntad y »bajar la cabeza.»

Pero ninguna de las cartas descubre mejor el natural bondadoso de FELIPE IV, que la escrita en 20 de julio de 1645 sobre la guerra y sus estragos:

«Si el fruto de los trabajos es como me decis, puedo tenerme por muy dichoso padeciéndolos; »y quisiera saberlos ofrecer á nuestro Señor, como se debe, si bien mi flaqueza temo me lo impi»da. Los que yo padezco, los llevo bien y con aliento, pues todos son mas benignos castigos de »lo que merezco; pero el ver padecer tantos pobres y tantos inocentes en estas inquietudes y guer»ras... me atraviesa el corazon, y si con mi sangre lo pudiera remediar, la empleara de bo»nísima gana en ello. Fio de la misericordia de nuestro Señor que se ha de doler de todos, y mi»tigar sus justos castigos... Las guerras de antes, que se movieron en Italia sobre Casal de Mon»ferrato, he oido hablar en qué se pudieran haber excusado; y aunque siempre he seguido la opi»nion de mis ministros en materias tan graves, y si he dado causa para menos agrado de nuestro

(1) En el códice 31, 216, de la biblioteca provincial de Cádiz hay una relacion de la venida del Infante cardenal don Fernando.

Dice así:

«Se apeó (el Infante Cardenal) algo apresurado, quitado el sombrero; llegó adonde estaba su majestad y se echó á sus piés, y le pidió la mano, y su majestad nunca se la consintió tomar, antes abrazándole para levantarle del suelo, se bajó tanto, que llegó dos veces al suelo la rodilla derecha, mirándose los dos tan tiernamente, que se les saltaron las lágrimas, y públicamente se las limpiaron con los lienzos.»

Por estas palabras se ve cuán trocado estaba FELIPE IV. Un tiempo miró hasta con desvío y prevencion á sus hermanos; luego no pudo ver al Infante Cardenal sin derramar lágrimas de ternura.

»Señor, ha sido en esto. Ahora tengo en Munster mis ministros con órden sobre el ajustamiento de »la paz, y deséola tanto, que aunque sea perdiendo algo, vendré en ella, por evitar los daños y ofen»sas de Dios nuestro Señor que la guerra trae consigo; y si mi vida fuera necesaria para conseguir »la quietud de la cristiandad, la sacrificara de muy buena gana por ella.»

De esta correspondencia no creo oportuno trasladar mas pasajes, cuando los que van copiados retratan mejor que pudiera el mas profundo historiador el carácter de Felipe IV, considerándolo bajo los tres puntos de vista, de rey, de hombre y de literato.

Todavía hay otro escrito suyo, donde consigna sus errores políticos de un modo que revela el mayor desengaño y arrepentimiento por la privanza absoluta con que favoreció por espacio de tanto tiempo al conde-duque de Olivares, con grave perjuicio de sus estados. En su testamento, escrito en Madrid á 26 de junio de 1673, recomienda encarecidísimamente á sus sucesores que en manera alguna se entreguen á validos, y hasta llama *necia* á la confianza que él puso en el Conde-Duque. Véase esta importante declaracion:

«Por cuanto, por desgracia mia, tengo sobrada experiencia de lo pernicioso que es el entregar un príncipe todas las riendas del Gobierno, y aun su propia voluntad, á la de un privado, pues de esto resultan los mayores detrimentos de los vasallos y la ninguna autoridad del Príncipe, pues solo lo es en el nombre, por serlo verdaderamente el privado en el ejercicio; y que estos males, daños y perjuicios que nacen de esta sujecion, yo los conocí tarde, por mas que algunos vasallos timoratos y leales me lo hicieron saber varias veces en sus escritos, á que yo no dí crédito, por la necia confianza que en mi privado tenia, encargo mucho á mis sucesores no tengan semejante especie de validos; y si alguno tuvieren, sea de tal modo, que nada pueda obrar sin noticia suya (1).»

En los primeros tiempos de su vida se ve á Felipe IV entregado al mas completo libertinaje, conservando solo de la autoridad real el nombre y el respeto que por él se daba á su persona. El Rey era verdaderamente el conde-duque de Olivares, el cual, con toda sagacidad, supo adular las pasiones del Príncipe y apartar de los negocios de estado su ánimo, ocupándolo tan solo en fiestas y placeres. Mas hizo aun: apagó en Felipe IV todo sentimiento hácia las personas de su familia, con objeto de que no pudiesen estas dominarlo. La segunda época de Felipe IV es la del desengaño. Fatigados en guerras exteriores sus ejércitos con poca fortuna, en sublevacion los catalanes y los portugueses, tomó Felipe IV las riendas del Estado sin saber el arte de gobernar. Los sentimientos religiosos se despertaron con extraordinaria fuerza en su ánimo, poniendo en Dios la confianza, que él no podia tener en sí mismo. Con los sentimientos de religion se despertaron igualmente los de esposo y padre. Humano, mas bien que por religion ó filosofía, por la misma debilidad de su carácter, miraba con horror y pena la sangre de tantos de sus inocentes vasallos vertida en las guerras.

Era hombre de buen ingenio; pero, ejercitado desde jóven solo en devaneos, no pudo dar de sí las muestras brillantes que hubiera dado á haber nacido particular. Por lo comun los sucesos de la vida son los que hacen á los hombres. Felipe IV tenia grandeza de alma para haber sido un excelente príncipe; rasgos de ella se descubren en las cartas á la madre Agreda; pero cuando á los cuarenta años quiso ser rey, no se acostumbraba á serlo. De aquí nacia que los apuros en que se encontraba le parecian mayores de lo que eran en sí. El que siempre se vió dominado por sus pasiones, jamás contrariadas, ¿cómo podia dominar lo difícil del estado de los negocios públicos en una nacion cuya grandeza excesiva se iba cayendo por su propio peso?

España necesitaba en aquel siglo, en el sólio ó en la privanza, un genio superior á los sucesos. Felipe IV, amante de todo lo grande, supo admirar, pero no ejecutar ni elegir. Tuvo, sí, de *gran-*

(1) En el códice 59, 217 de la biblioteca provincial de Cádiz existe una copia antigua de este testamento. En la cláusula 68 se habla de las cartas de la madre Agreda. Hé aquí las palabras de Felipe IV:

«Por cuanto yo mantuve una larga correspondencia con la madre sor María de Agreda, hallando en sus venerables cartas inmensos consuelos, y tal vez conociendo por ellas algunas cosas ajenas de la inteligencia humana, pues, como santa, profetizaba lo venidero y decia de lo pasado lo que sin ella yo nunca pudiera saber; y que todas las dichas cartas, con mis respuestas, de mi letra, están encuadernadas y forman un libro, que tengo en mi librería secreta, encargo cuanto puedo á mi sucesor ponga todo cuidado en que el dicho libro se conserve y guarde donde se halla, pues está lleno de doctrina sagrada de amor, de sabiduría, y de avisos y documentos celestiales.»

En la misma biblioteca, códice 16, 103, está la informacion que dió fray Andrés de Fuenmayor en la causa de la canonizacion de la madre Agreda, empezada, y no proseguida, en tiempo de Clemente X.

de el título que le dió la adulacion; pero ni lo fué en el trono ni en la religion ni en la literatura (1).

EL INFANTE DON CARLOS DE AUSTRIA.

Don Cárlos de Austria, hijo del rey Felipe III, nació en Madrid el dia 15 de setiembre de 1607. Fué su padrino su hermano el príncipe don Felipe.

Era de grande ingenio y amaba mucho la poesía. Escribió bastantes versos, de los cuales se conservan poquísimos. Don José de Pellicer y Tovar logró juntarlos en coleccion, que guardaba en su biblioteca.

Segun Gil Gonzalez Dávila, era *muy dadivoso y callado*. Bocángel Unzueta lo celebra por la gravedad de su juicio, diciendo:

Nunca le mereció los dos oídos
Primer informe, ni uno el lisonjero.

Su vida fué cortísima, pues murió en Madrid el 29 de julio de 1632, á poco de volver de Barcelona la corte.

Sobre su muerte se ha escrito mucho, especialmente en papeles satíricos.

Desde luego se da á entender en algunos que Felipe IV prefería al conde-duque de Olivares sobre sus hermanos, los infantes don Cárlos y don Fernando, por lo cual estos le aborrecian.

Prosigue, y no te espantes,
Viendo que te aborrecen los *infantes;*
Pero con gran cordura
Traza su muerte, y tu quietud procura,
Procediendo de espacio,
Y por tí solo quedará el palacio (2).

El infante don Cárlos era muy amado por sus altas prendas. No hay memoria de un príncipe de la

(1) Tristísima idea dan de los gobernantes de aquel siglo las disposiciones siguientes, que se hallan, en un volúmen de papeles varios, en la Real Academia de la Historia (J-7 jesuitas):

«Sepádes que se nos ha dado noticia por personas celosas del servicio de Dios y nuestro que algunos enemigos del género humano tratan de sembrar *los polvos que con tanto rigor han causado la peste en el estado de Milan* y en otros estados aliados y amigos... y que para este efecto vienen varias personas á estos reinos, cuyos retratos y señas están en nuestro poder y del gobernador del nuestro consejo. Y porque tan inorme y atroz delito solo lo habrán podido inventar y procuran ejecutar los que, habiendo apostatado de la religion católica, pretenden destruir toda la naturaleza humana... y es justo que tengan el condigno castigo, si lo puede haber en las penas temporales, de tan horrible y nefando crímen...

»Y si la persona que hiciere la dicha delacion fuere cómplice, viniendo voluntariamente á delatar y declarar los demás, se le promete y dará el mismo premio de veinte mil ducados, y demás dello, desde luego le damos y concedemos inmunidad y perdon de los dichos delitos y otros cualesquiera, por graves y atroces que sean, que haya cometido, y le damos por libres dellos á él y á sus bienes, para que no se pueda proceder contra él ni ellos por ningunas justicias destos nuestros reinos... Y porque desde 1.º de agosto deste año tenemos noticias han entrado muchos extranjeros en estos nuestros reinos, y de su entrada y asistencia puede haber mucho riesgo y ocasionar falta de pan y mantenimientos, queremos y mandamos que dentro de tercero dia de la publicacion desta nuestra carta salgan de esa dicha ciudad (Sevilla) y lugares de ese partido, y destos nuestros reinos dentro de quince dias, so pena de la vida, si no fuere teniendo licencia nuestra ó de los del nuestro consejo para estar en ellos, que se la darán, examinada la causa y necesidad. Madrid, 4 de octubre de mil seiscientos y treinta años.»

Monarca que creia en los polvos de la peste de Milan, y en que, por haber entrado en España muchos extranjeros, podia haber falta de pan, y ministros que hacian creer, y creian igualmente, tales sandeces al Monarca, ¿qué extraño es que contribuyesen á la pérdida del poderío de esta nacion, que no sabian gobernar?

Leyendo estas y otras cosas del reinado de Felipe IV y del de Cárlos II, no puedo menos de maravillarme cómo España siguió siendo nacion. Creo que entonces, mas que por el poder, se sostenia por el nombre.

(2) *La cueva de Meliso* (MS.), sátira en verso contra el Conde-Duque, atribuida falsamente, por unos á Quevedo, y por otros á Francisco de Rioja.

casa de Austria que fuese tan popular (1); tantas y tan grandes esperanzas se tenian de su claro talento y de sus virtudes (2). Un tiempo se pensó en que pasara á gobernar á Portugal; pero se temió que lo alzaran rey los portugueses, y se desistió de ello (3).

En todas las sátiras de aquel tiempo se dirige contra el conde-duque de Olivares una grave acusacion: la de haber apresurado la muerte del infante DON CÁRLOS por medio de una sangría, hecha contra lo que aconsejaba la conveniencia ó con una lanceta envenenada.

Cárlos, tu hermano, murió,
Y con él nuestra esperanza;
Que una lanceta fué lanza
De Longínos, que le hirió (4).

En otra sátira se dice, aludiendo al temor, que tuvo el Conde-Duque, de que CÁRLOS pudiera reinar muerto su hermano:

Aunque príncipe modesto,
Y en el hablar tan sucinto,
A Cárlos le hicieron quinto
Porque no llegase á sexto (5).

DON CÁRLOS no quiso que corriesen sus versos con el nombre del autor. Así es que de su órden negó don Jose de Pellicer que fuera suyo un soneto al Rey, su hermano.

Nada se ha celebrado mas que su soneto á Anarda.

El gran Lope de Vega escribió una *Egloga panegírica al epigrama del serenísimo señor infante* DON CÁRLOS (6). Véase este pasaje:

TIRSI.
Pues ¿cómo por allá te detenias?
SILVIO.
Por escuchar de algunos cortesanos,
No ya fragmentos de ignorancias mias,
Sino divinos versos, aunque humanos,
Tan dulces para mi gustoso cebo,
Que estático medí los aires vanos;
Epigrama de un ínclito mancebo,
Que pudiera vencer en desafío,
A Adónis la belleza, el arco á Febo.
¡Oh, rompa ya el silencio el dolor mio!
Con dulce exclamacion de Anarda amante,
Buscaba entre sus gracias su albedrío;
Yo, hurtando el eco al aire circunstante,
Las razones bebí por el oído,
Y á los aplausos atendí constante;
Daba el lector al verso igual sonido;
. . . . . .
. . . . . .

Era la conclusion:

Ya desespero,
Pues si me quejo, tu rigor me mata;
Y si callo mi mal, dos veces muero.
TIRSI.
Que le habia de abrir llave de plata
Y cerrarle despues con llave de oro,
Dijo Damon, que de epigramas trata.
SILVIO.
Las voces colocaba igual decoro,
Y tales locuciones le vestian,
Que le admitieron del Parnaso al coro.

(1) «Fué príncipe muy amado del pueblo y de su nobleza; y hasta los niños hicieron en la corte extraordinarias demostraciones, haciendo procesiones con los piés descalzos.» (Gil Gonzalez Dávila, *Vida y hechos de Felipe III.*)

(2) «Lo que dejó á la posteridad, fué la memoria de su nombre y la esperanza de lo mucho que fuera si el cielo le diera mas larga vida.» (El mismo autor.)

(3) La condesa de Escalante, *Tratado y advertencias hechas por una mujer celosa del servicio del Rey*, 1663, MS., biblioteca provincial de Cádiz:

«Siendo niña, y cuando se dijo que el señor infante DON CÁRLOS iba á gobernar á Portugal, le he oido decir á don Francisco de Mora, portugués, gobernador de la Bahía, que harto se holgaran los portugueses, para levantarle por rey; y respondiendo yo que no lo admitiria, me respondió: *Le matarán ó le prenderán si no lo admite, ó levantarán á otro.*»

(4) Quevedo, *Padre Nuestro glosado.* (Véase mi libro *El conde-duque de Olivares y el rey Felipe IV.*)

(5) Redondillas inéditas, que empiezan:

Abre los ojos, Filipo,
Y cuida de tu ganado.

(6) Léese en la *Vega del Parnaso*, Madrid, 1637.

En la dedicatoria al duque de Medina de las Torres dice:

Aplica pues atento
El grave entendimiento
Al bajo son del instrumento mio;
Cantarán dos pastores,
A desdenes de amor, versos de amores.

Don Pedro Calderon de la Barca compuso á la muerte del infante DON CÁRLOS una larga elegía, que empieza con el primer verso de aquel celebrado soneto:

¡Oh, rompa ya el silencio el dolor mio!

Don José de Pellicer y Tovar escribió igualmente una *Glosa al epigrama del señor infante* DON CÁRLOS, que comienza:

¡Oh, rompa ya el silencio el dolor mio!

Tiene mas de mil quinientos versos. Fué publicada en Madrid el año 1631.

El doctor Juan Perez de Montalvan, en su *Para todos*, puso tambien este soneto con el epígrafe de *Apolo á la crueldad de Anarda, segunda Dafne*, y con este elogio: «El asunto es melancólico; y así, sus sentencias graves, sus voces misteriosas y bien colocadas, y sus versos gallardos, profundos y elegantes.»

Don Luis de Ulloa lo insertó tambien entre sus obras con un soneto en su elogio; lo mismo hizo Gracian en su *Agudeza y arte de ingenio*.

El mismo Pellicer escribió, con el título de *Pira augusta*, una oracion fúnebre en la muerte del infante DON CÁRLOS (Madrid, 1632).

Don Antonio de Solís y Rivadeneyra tambien dedicó un soneto á su muerte, *considerando este infortunio á vista de la quietud misteriosa de su vida*.

Empieza así:

Tanto reposo en jóvenes alientos,
Y tanta madurez en verdor tanto,
Denotaban su muerte y nuestro llanto.

Y termina:

O vivo yace, ó, si murió, parece
Que, sin turbar la paz de sus sentidos,
Continuó la muerte su sosiego.

EL CONDE DE VILLAMEDIANA.

DON JUAN DE TÁSSIS, CONDE DE VILLAMEDIANA, gentil-hombre y correo mayor de España, estuvo casado con la hija segunda de don Enrique de Mendoza y Aragon, Mecénas del famoso poeta Luis Galvez de Montalvo.

En 1604 fué á Inglaterra á dar, en nombre de Felipe III, el parabien á Jacobo I por haber subido al trono. De la visita resultó desearse la paz: para capitularla, envió Felipe III al condestable de Castilla y otros señores. Asistió tambien con el Condestable el CONDE DE VILLAMEDIANA. Celebró Jacobo el juramento de las paces con una gran comida, á la cual asistió DON JUAN. El título de conde le fué dado por Felipe III.

En los últimos años del reinado de este escribió una porcion de versos satíricos contra el duque de Lerma, el de Uceda, fray Luis de Aliaga, el duque de Osuna, don Rodrigo Calderon y demás validos del Monarca. Esto le costó ser desterrado de la corte.

Un caballero residente en Madrid escribia á otro de Sevilla, en 20 de noviembre de 1618: «Al CONDE DE VILLAMEDIANA fué á ver don Luis de Paredes. Prendióle de parte de su majestad, y le metió consigo en un coche, y tres leguas de aquí le notificó, pena de la vida, que no entrase veinte leguas al rededor de Madrid y otras tantas donde hubiese audiencia del Rey, Salamanca ni Córdoba, y escogiese el lugar que quisiese para vivir en él (1).»

(1) *Poesías y relaciones varias*. Biblioteca Colombina, AA, 14, núm. 3.° En carta de 7 de noviembre del mismo año decia el mismo autor de la que se cita en el texto sobre las sátiras de VILLAMEDIANA: «Acá, fuera de lo que es no cantarlas los muchachos por las calles, todo lo demás no hay quien no las diga, aunque todos con recato. ¡Pobre de VILLAMEDIANA! Se ha castigado con unas camaras de miedo, tales, que entendieron se iba. Hasta agora no se ha hecho demostracion con él. Temo le aseguren que andan arriba. Ellas son desvergonzadas y tienen poco que alabar aun en su género.»

Muerto Felipe III, regresó á la corte. Siguió escribiendo sátiras contra los validos del monarca anterior, y aun llegó á escribir algunas contra el conde-duque de Olivares.

En este tiempo se enamoró de la reina Isabel de Borbon. Acompañándola como gentil-hombre á la iglesia, vió que sobre el altar habia mucho dinero que ella habia dado para las almas del purgatorio. Aprovechándose de la ocasion, dijo á la Reina: «Mi amor será eterno; eternas serán tambien mis penas. Las de las almas del purgatorio acabarán; pero ¡ay! las mias no tendrán fin. Esta esperanza las consuela; yo no tengo consuelo ni esperanza. Así, estas limosnas que se les destinan, mas bien deben dárseme que á ellas.»

Segun madama d'Aunoy, el Conde era jóven, bello, bien formado, bravo, magnífico, galante é ingenioso, y la Reina necesitó de toda la austeridad de su virtud para no ceder al mérito del Conde.

Estando el Conde en la iglesia de Atocha, un monje le pidió limosna para las almas del purgatorio. Dióle el Conde una moneda, y el monje dijo: «Acabais de sacar del purgatorio un alma.» Echó otra moneda en el cepillo, y luego otra y otra, y siempre él monje decia lo mismo. Cansado el Conde, le preguntó: «¿Estáis cierto que todas han salido del purgatorio?» El monje respondió: «No cabe duda; todas han entrado en el cielo.» El Conde entonces dijo: «Pues devolvedme mi dinero, puesto que ya es innecesario; porque las almas que han entrado en el cielo ya no pueden volver al purgatorio.

El Conde, en unas fiestas de cañas, se presentó con el vestido bordado de reales de plata, todos nuevos, llevando una divisa que decia: *Mis amores son reales.* El conde-duque de Olivares, enemigo secreto de la Reina y del Conde, hizo notar al Rey la temeridad de este caballero, que osaba en su presencia declarar sus sentimientos amorosos; y desde este instante lo persuadió á vengarse.

Madama d'Aunoy, en su *Relation du voyage d'Espagne*, cuenta que en la representacion de una comedia compuesta por el Conde para celebrar el nacimiento del Rey, Isabel tenia que aparecer en una nube. El Conde sobornó á un hombre para que prendiese fuego á las cortinas. Hecho esto á una señal suya, tomó en sus brazos á la Reina y la condujo á un lugar seguro, donde él consiguió algunos favores. Un pajecillo que lo vió fué al punto á advertirlo al Conde-Duque. De resultas de este suceso, se decidió el dia de su muerte. Ignoro de dónde hubo madama d'Aunoy la relacion de este hecho (1).

Sea ó no cierto todo esto, el Conde fué herido mortalmente el 21 de agosto de 1622, yendo en su coche con don Luis de Haro.

El Conde siguió la escuela de Góngora en muchos de sus versos, especialmente en las fábulas de *Faetonte*, *El fénix* y otras. En los versos satíricos y en los cortos se preservó del culteranismo, siendo unos y otros muy ingeniosos y elegantes.

En algunos de los sonetos se nota una gran profundidad en los pensamientos y una grave entonacion poco comun.

En setiembre de 1854 se publicó en el *Semanario Pintoresco* el siguiente testimonio: «Yo, Manuel de Persia, escribano del Rey nuestro señor, de los que residen en su corte, certifico y doy fe que hoy dia de la fecha desta, á la hora de las nueve de la noche, poco mas ó menos, fuí en casa de don Juan de Tássis, conde de Villamediana, correo mayor destos reinos, al cual doy fe que conozco, y le vi tendido en una cama, muerto naturalmente, que dijeron haberle muerto de una estocada en la calle Mayor, cerca de la callejuela de San Ginés. Y para que dello conste, de pedimiento de la parte del conde de Oñate, dí este en Madrid, á 21 de agosto de 1622.»

En la opinion del vulgo, Villamediana era profeta. Efectivamente, muchos de sus pronósticos salieron ciertos.

El mismo decia de sí:

Villamediana, pues ya
Sois estrellero eminente,
Y en vuestra patria la gente
Nombre de profeta os da,
Proseguid, y acertará
La pluma que os eterniza;
Mirad que el vulgo os atiza,
Diciendo, por si hay mas gatos,
Como Cristo ante Pilatos:
Profetiza, profetiza.

(1) Tambien se cuenta que el Rey una vez fué de puntillas detrás de ella, y que de repente le cubrió los ojos con las manos, y que Isabel, creyendo que era Villamediana, le dijo: «Estáos quieto, Conde.»

VILLAMEDIANA mismo, en unos versos amorosos á una dama que iba cazando, y que verosímilmente seria la Reina, pronostica su muerte prematura á causa de su pasion. Véase esta octava:

No faltará quien diga que es locura
Poner en tal lugar el pensamiento,
Que no puede llevarle la ventura
A mas que á muerte por conocimiento;
Yo sigo como bien mi desventura,
Y sin sentido voy tras lo que siento,
Teniendo por disculpa de atreverme,
Ser tanto lo que gano con perderme.

El CONDE DE VILLAMEDIANA era muy aficionado á armas antiguas, á pinturas y á caballos. Protegió mucho á Góngora. Tenia fama de *liberal* y *pródigo*, segun Cervántes.

En el códice X, 87 de la Biblioteca Nacional se refiere este dicho suyo:

«Diciendo unas damas al CONDE DE VILLAMEDIANA á cómo valia el abadejo, él respondió, alzando las colas á los caballos:—Entren en la botica, y se lo diré.»

En el códice M, 8 de la misma Biblioteca hay este soneto, atribuido á Lope:

Á VILLAMEDIANA.

Al que sobró de buen entendimiento
Vino á faltar tan presto su sentido,
Y el que en ajenas vidas se ha metido,
La propia le sacó su atrevimiento;
Principio fué, no fin de su tormento,
El caso lastimoso que ha tenido,
O por su lengua y mano merecido,
Con que aplauso ganó por sentimiento.
Con un tiro fatal mas esforzado
Una VILLAMEDIANA destruida
Se mira, ¡oh tiempo duro! Oh dura suerte!
Su fin, sus hechos le han pronosticado;
Su vida fué amenaza de su muerte,
Y su muerte fué paga de su vida.

De las poesías de VILLAMEDIANA (menos las sátiras contra determinadas personas) se han hecho varias ediciones. Zaragoza, 1629; Madrid, 1634; Id., 1635; Id., 1643 (1).

DON FRANCISCO DE TRILLO Y FIGUEROA.

Fué natural de la Coruña DON FRANCISCO DE TRILLO Y FIGUEROA. A la edad de once años pasó á Granada, donde estudió las buenas letras. Sirvió á su patria en la carrera de las armas, para lo cual se trasladó á Italia. Regresó á Granada al cabo de algunos años, donde se dedicó enteramente á la poesía y á la historia.

Publicó las siguientes obras:

Epitalamio en las felicísimas bodas de los señores don Francisco Ruiz de Vergara y Álava, del consejo de su majestad, y doña Guiomar Venegas, hija de los condes de Luque. Granada, por Francisco Sanchez y Baltasar Bolívar, año de 1649.

Epitalamio al himeneo de don Juan Ruiz de Vergara y Dávila, señor de Villoria, y doña Luisa de Córdoba y Ayala, hija de los señores marqueses de Valenzuela. En Granada, por los mismos, año de 1650.

Panegírico natalicio al excelentísimo señor marqués de Montalvan y Villalba, primogénito del excelentísimo señor marqués de Priego, duque de Feria, etc. En Granada, por Francisco Sanchez y Baltasar Bolívar, 1650.

Notas al panegírico de el señor marqués de Montalvan, respondiendo á un curioso en otras facul-

(1) En las actas del ayuntamiento de Cádiz, que he tenido ocasion de examinar en varias ocasiones, se hallan las siguientes noticias del CONDE DE VILLAMEDIANA:

«En octubre 11 de 1599, vista del privilegio del correo mayor DON JUAN DE TÁSSIS, y del nombramiento de su teniente en esta, Lope Ruiz de Castrejon.

»En abril 16 de 1605 se supo la noticia, comunicada por el correo mayor DON JUAN DE TÁSSIS desde Valladolid, con fecha 8, de haber parido la Reina un niño, y se acordaron varias demostraciones públicas, y de librar cien reales (¿de plata?) á dicho correo en albricias.

»En diciembre 11 compróse por el ayuntamiento de Cádiz al CONDE DE VILLAMEDIANA el oficio de correo mayor de esta ciudad.»

tades, que pidió se le declarase la idea y argumento de este poema. Granada, por Francisco Sanchez y Baltasar Bolívar, 1651.

Neapolisea, poema heróico y panegírico al gran capitan Gonzalo Fernandez de Córdoba, dirigida al excelentísimo señor don Luis Fernandez de Córdoba y Figueroa, marqués de Priego. En Granada, por Baltasar de Bolívar y Francisco Sanchez, año de 1651.

Poesías varias, heróicas, satíricas y amorosas. Granada, en casa de Juan Bolívar, año de 1652.

Dejó inéditas las siguientes obras:

Historia política del Rey Católico.

Epítome de la historia del rey Enrique IV de Francia.

Historia y antigüedades del reino de Galicia y su nobleza.

Antigüedades de la ciudad de Granada.

Notas y adversarios á los autores de la historia antigua de España.

Discursos políticos y militares.

Cartas.

Discursos cronológicos.

Blasones y armas de la nobleza de España.

Era DON FRANCISCO DE TRILLO Y FIGUEROA hombre de gran erudicion y no inferior criterio. Como una muestra de la rectitud de sus juicios y de la profundidad de su doctrina, traslado á continuacion algunos pasajes del prólogo de la *Neapolisea*, en que Trillo discurre sobre los poemas épicos:

«Si mi opinion valiera, mayor que el poema heróico, sin alguna comparacion, es el poema trágico (segun cuantos habemos visto en todos idiomas), siendo aquel una comedia de gente de bien, donde representa el villano, el tambor, el soldado, el piloto y aun el porquerizo, como en Homero, *Odisea* (libro XIV), y toda la demás caterva de sugetos que á los ministerios viles concedemos en el orbe; causa de que dijese Ovidio, y por él Polidoro Virgilio (libro I, capítulo 10 de los *Inventores de las cosas*), y otros autores, que

Omne genus scripti, gravitate tragoedia vincit.

»Los defectos de los poemas que conocemos, aunque venian á consecuencia, no son todos de aqueste lugar; algunos lo pueden ser para que estimes mas el panegírico, así por carecer dellos, como por la gravedad del estilo, semejante al de la tragedia, sin humillarse jamás á comunes vulgaridades, de que comunmente están llenos estotros poemas, andando las mas veces á milagros por salir de un episodio.

»Así, habrás observado en el *Godofredo* del grande Torcuato Tasso, que todo se le va en traer ángeles volantines, que ya el escudo, ya el yelmo, ya la lanza conduzcan á Godofredo, sacándole del riesgo, no con valor, con milagros, á que no hay oposicion (1), y tambien con el Ariosto, haciendo hadado á su héroe: *Ch'era inviolabile e affatato,* dice en el canto XLI y otras partes, y que solo podian herirle por el pié, con que no deja lugar al valor, pues no habia en qué peligrase.

»Demás, que en estos poemas, el *Boyardo*, el *Dolce*, el *Anguilara* y los demás, todo es vestirse de farsa, usando las acciones mas comunes y aun algunas indecentísimas, en términos relativos, que las mas veces huyen la ponderacion conceptuosa por la demonstrativa, que no ignora nadie, sin que sea suficiente decir que cada cosa en su género será muy perfecta, porque si el género es malo, ¿quién dudará que fué mala la eleccion del poeta?... Y dejando aparte la inmensidad de desvarios que tienen aquellos poemas italianos, ¿adónde habrá sufrimiento para leer todo un Ariosto, tanta inmensidad de octavas ociosas, sin cultura, erudicion ni propósito, que parece vestia, comia, dormia, hablaba y andaba aquel autor en octavas; y vulgaridades bien indignas de tanto nombre como le dan los suyos, queriendo asombrarnos con sus obras, como si igual no tuvieran?

»Asómbrame verdaderamente desatencion tan grande, y mas cuando considero (entre otras muchas cosas de que pudiera hacer demostracion) aquella tan indecente, indecorosa, lasciva y ajena, no solo de la alteza y gravedad de un poema heróico, sino tambien de la civilidad de una co-

(1) Recuerdo á este propósito lo que en la comedia *El rayo de Andalucía* dice un rey moro á un general vencido milagrosamente por los cristianos:

La fama, á quien me consagro,
Dirá que mejor ha sido
Ser por milagro vencido
Que vencedor por milagro.

media, aquella deshonestidad de octavas (canto VII) con que se deja llevar de su natural italiano hasta donde

»Del gran piacer, ch'avean lordi certo tocca,
Che speso avean più d'una lingua in boca.

»No es mas limpio (aunque por otro camino) aquello del Dante, canto XXVIII:

»Tra le gambe pendeban le minugia;
Lacorata pareba, e'l tristo saco;
Che merdafa di quel, che si trangugia.

»Luego sufriera nuestro idioma aquella deshonestidad y aquesta bajeza y ascosidad de palabras. Vean pues los que tanto ponderan los idiomas extranjeros cuán poco los conocen, y cuán mal el nuestro.

. . . . . .

»No pretendo yo por esto decir que es posible obrar sin yerros, pues en el grande Homero habrás leido cinco dilatados libros de su *Iliada* antes de encontrar el héroe que decanta, y en este divino poema, y en la *Odisea*, hallarás luego las indecencias é impropiedades de ir una princesa por agua á la fuente, ponerse á lavar sus paños, como si fuese Marica, é ir á sacar el dulce vino para los amantes huéspedes; y lo que es mas, que en el libro XIV de la *Odisea* finge tan hambriento á Ulíses, que en los mismos asadores le ponen en la mesa dos lechones muy apriesa para que cene, como si fuera Milon, que en un dia se comia un grande toro.

»Y en el libro XV es tan casero Menelao, que manda á su camarero Etheoneo que vaya á encender la lumbre y asar el almuerzo para Telémaco, con otras civilidades é inconsecuencias indignas de tanto autor; causa de que dijese Horacio por él, en su *Arte poética:*

Quandoque bonus dormitat Homerus.

»Pero aunque le disculpa por ser sus obras tan largas y prolijas, como ni los hombres, ni los dioses, ni los teatros concedieron á los poetas medianía, sino que han de ser consumadamente grandes para merecer este nombre, como él mismo dijo:

Sed tamen in pretio est mediocribus esse poetis
Non homines, non Dii concesere colunne;

mal merece la disculpa quien comete tales yerros, los cuales no son menos comunes, como se pudiera dar á entender, en Virgilio y otros grandes poetas, con que nos amedrentan á cada paso, como si aquellos autores hubiesen sondado el mar de la poesía y agotado el grande golfo de la erudicion.»

Esto en cuanto al criterio y erudicion de TRILLO Y FIGUEROA, con respecto á su conocimiento en la lengua castellana; sirva de muestra este pasaje de sus *Notas al Panegírico natalicio:*

«Y en tanto grado es cierto ser la ficcion la mas alta poesía, y la fábula la alma del poema, que no es poesía otra cosa. Nuestro grande Alfonso de Palencia, primero ornato de buenas letras en España, en el *Diccionario* que escribió mucho antes que se le trasladase por suyo (como otras obras ajenas) el maestro Antonio de Nebrija, y que imprimió en Sevilla el año de 1490 en dos tomos, dice á nuestro propósito, con atencion á comprender con una voz lo que otros no pudieran con muchas, *que el poeta es fingidor de versos*, y *que el oficio del poeta es escrebir las cosas acaecidas, mudándolas en otra manera en figura y con fermoso ornato.*

»Aunque algunos entienden por atletas lo mismo que *metatores*, porque Nonio Marcelo, en sus notas dice *Metari, parare unde et metatores*, y otros, reciben engaño, porque *metatores* eran *qui praecedentes locum eligunt castris*, como advierte Tomás Densptero sobre Juan Rosino, libro X, capítulos 12 y 19, y con él todos los críticos; y mucho antes que ellos lo habia advertido nuestro Alfonso de Palencia en su *Diccionario*, diciendo: *Metator dictus, qui et castra designat, vel qui locum praeparat hiis qui adventuri sunt in civitatem, idem est mensor;* con que se explica mejor en lo que antes habia dicho; esto es, que metatores ó mensores eran lo mismo que hoy los mariscales. *Mensores* (dice) *se dicen los mariscales que en el campo miden los logares donde los guerreros finquen las tiendas y pabellones.* Con que se conocerá qué oficio es el de mariscal en España, y cuánto se engañaron Lúcas de Pena, Cujacio y otros en su derivacion siniestra, como tambien Salazar de Mendoza (*Dignidades seglares*, libro III, capítulo 22), en querer hacer dos géneros de mariscales,

unos como habemos dicho, y otros descendientes de otro Adan, como lo demás que escribe. Mejor lo acertaron Covarrubias en su *Tesoro de la lengua castellana*, y el padre Mariana, libro XVIII, capítulo 5.°; pero erraron en entender que era lo mismo que hoy maestre de campo; pues hay uno y otro oficio hoy en España con diferente ejercicio.»

Ahora bien, TRILLO Y FIGUEROA, con tanta erudicion y con un juicio tan claro, se olvidó enteramente del buen gusto que parecia tener, y nos dió una pobre muestra de su númen poético en la *Neapolisea*, en sus *Panegíricos* y en sus *Epitalamios*. He dicho de su númen poético, y he dicho mal. TRILLO Y FIGUEROA, cuando escribió esos poemas, para nada se entregó á su imaginacion. El poeta no era quien hacia los versos, sino el erudito, y erudito que tomaba á Góngora por modelo.

Así es que los ocho libros de su *Neapolisea*, escritos en octava rima, no pueden hallar lectores, ni menos sus poemas cortos. La excesiva erudicion malogró el ingenio de muchos poetas en aquel siglo, en que mas se estudiaba el modo con que se habian de presentar los pensamientos que lo que se habia de pensar.

Felizmente TRILLO Y FIGUEROA, imitador de Góngora en lo malo, quiso serlo tambien en lo bueno. En el tomo de sus poesías varias hay letrillas escritas con toda la soltura y gracia de la lengua castellana, con toda la sal ática y la fina malicia que realza las obras de los primeros poetas satíricos. Quizá note alguno que ciertas letrillas de TRILLO Y FIGUEROA están escritas con demasiada libertad. A esto nada hay que oponer seguramente. Es cierto, ciertísimo; pero no podrán menos de convenir conmigo las personas juiciosas que la libertad de los escritos de TRILLO Y FIGUEROA solo está patente para aquellos que se hallan en estado de comprenderla. No son torpezas del género de las de Juvenal, de las de Luisa Sigea, ó mas bien Juan Meursio, y de las del célebre Juan Segundo.

Muchas de las poesías de TRILLO se hallan en algunos códices como de Góngora, tanto de las ya impresas como de las no publicadas. Sin embargo, alguna diferencia se encuentra en el estilo, y esa diferencia se descubre á primera vista por la fina malicia con que las de TRILLO están escritas.

Reimprimense ahora por vez primera. No sé por qué causa nuestros colectores han estimado en tan poco unas poesías en que tanto resplandece el ingenio español, y en que la lengua castellana se halla manejada con tanta destreza y donaire.

Por octubre de 1660 vivia aun TRILLO Y FIGUEROA, segun se prueba de un romance y unas octavas que escribió para la justa poética celebrada en Jaen en aquella fecha, con motivo de la traslacion del Sacramento á la nueva iglesia catedral.

Entre muchos ingenios granadinos mantuvo viva por mucho tiempo la aficion á los sencillos é ingeniosos romances de Góngora. Uno de sus discípulos, cuyo nombre ignoro, le dirigió este lindísimo romance, modelo de sencillez, facilidad y buen gusto:

De aquellas pasadas fiebres
De que me quise morir,
Poéticos los ardores,
Me duran con frenesí.
Mas sangrías á mi vena
Le he dado que al Potosí
Ha dado, por desangrarlo,
El tirano del Brasil.
Esto digo porque á Biedma
En un romance le dí
Cuenta de mi mal, y espero
Que me diga su sentir.
El vuestro ha llegado ahora,
Y aunque se tardó, advertid
Que tambien á los romances
Les llega su San Martin.
En pago va del que en marzo
Me escribisteis, que esculpir
Se pudo en bronce (aquí viene
Como de molde el buril).
Musa, aprieta; mas no abortes
Alguna mole matriz,
Ya que soy de tus conceptos
La comadre de parir.
A vos, que imiteis la peña
De Mártos en el vivir,
Ya que en la ciencia imitais
A la peña Clemesí.
A vos, dueña plañidera,
Que, como en tiempo del Cid,
Os sirven las luengas canas
De tocas de caniqui.
A vos, que, no siendo pobre
Poeta, sabeis lucir,
Buscando los consonantes
Como á moco de candil.
Pues en concurso de versos,
Puedo, sin pasion, decir
Que sois mi gallo y que sois
Mi dulce quiquiriquí.
Sabiendo que estáis en Maro
Despacio ahora muy en mí,
Señora doña Melchora,
De las damas la Beatriz,
Esta epístola os escribo
En romance, no en latin,
Pues ya sabeis que no sabe
Mi musa aun el *quis vel qui*.
Agua mucha hace cascado
Ese navío, mas sin
Darle á la bomba podrá
Ya en mejor puerto surgir.
En la célebre Almuñécar
Quedamos para os servir
Los amigos, yo y los dos,
Oleas y el de Cambil.
Mas pasos nos ha costado
Este viaje feliz
Que si fuera este viaje
A la costa de Pekin.
A uno su matada mula,
Y á otro su flaco rocin,
Plantó en esta tierra, adonde

Echaré quizá raíz.
Los caballeros andantes
(Como el gran don Belianís)
Imitamos, con licencia
Del doctísimo Turpin.
No culpeis nuestra venida,
Que en un tris solo el venir
Estuvo; y así, culpar
Podeis solamente al tris.
Todos aquí nos regalan
Muy ricamente, y aquí,
Como hay tanta miel, es pan
De pobre el pan de maíz.
Todo nos sobra, y los viérnes
Enviamos á pedir
Sus lentejas y sus ajos
Á Jete y á Lentejí.
Si acaso alguna criada
De Biedma quiere, civil,
Freirnos algun pescado,
La enviamos á freir.
Para ir á veros, á Biedma
Por faraute y adalid
Tenemos, que ya sabeis
Que es bravo chisgaravís.
Mendocino, yo el viaje
Le consulté á un zahorí,
Y dijo que contra vos
Habia un bellaco arfil.
Muy lindo chasco será
Que cuando á Maro os venis,
Sin despediros os salga
Á la frente el perejil.
No para ser Faraon
Me creais Josef á mí,
Porque hacer verdad los sueños
Es disparate gentil.
Solo de ese vuestro ingenio
Deseamos conseguir
Los versos tan dulces como
Las mañanitas de abril.
Con una olla de macho
Cumpliréis, y del pernil
De un puerco una lonja, aunque
Sea de algun puerco espin.
Puerco ahí no ha de faltar,
Pues no ha de faltar ahí
Algun rústico que sea
Como un grande jabalí.
Y si no, á perdiz por barba
(En lugar de macho vil)
Nos podeis dar, y tendrémos
Por macho cualquier perdiz.
No sea en vos de guardar
Tal fiesta, ni traiga, en fin,
Vigilia, pues que no sois
Periquillo el de Madrid.
Tres camas para los cinco
Bastan sin colcha ó terliz,
Y aun las harémos nosotros,
Que os las sabemos mullir.
Pero, si alguno de noche
No me dejare dormir,
Un follon me vengará
Del pícaro malandrin.
Para daros alegría
Llevamos mas de un cahíz
De carcajadas, y mucha
Cantidad de ajonjolí.
Los sucesos del viaje
Tomó á su cargo escribir
El Olea, y de camino
Manifestó lo sutil.
Yo solo, por devocion
(A Dios gracias, no monjil),
Escribo estas coplas que
Me dió gana de escribir.
Mirando el mar me suspendo,
Poniéndome á discurrir
En cada concha un milagro,
Como si fuera Agustin.
Bueno es adquirir noticias,
Y mejor fuera adquirir
El tesoro que hoy posee
Un Fulano de Tintin.
Él es *condictur tesaurum*,
Que halló un Antonio Ruiz,
Hombre docto, que dejó
Muchas obras de albañil.
Pero yo, por no tener,
Amigo, con quién partir
Un maravedí por medio,
No tengo un maravedí.
Un arúspice me ha dicho
He de ser muy infeliz
Hasta que por un San Juan
Me florezca un alcaucil.
Y aunque soy limpio, despues
Que moro en el Albaicin,
Tengo un cuarto de morisco,
Muy honrado para mí.
Todo el mundo está perdido,
Pues en Granada hay cien mil
Ladrones, y mas los sastres
No me dejarán mentir.
En un altar de san Márcos
Un hermano, hombre ruin,
Ayudó á misa, y diz que
Se quedó con el atril.
La vega está helada, y como
No necesita de atril,
Parece que no hay mas Flándes
Que ver su hermoso país.
Solapado con sus hielos
Mudo camina el Genil,
Pues le estorba el murmurar
Quien le suspende el reir.
Los hombres del campo dicen
Que este año será astil,
Y que cabrá la cosecha
En un medio celemin.
Pero ya quiere llover,
Y bien lo puedo argüir
De los callos, que me hacen
Astrólogo cagachin.
El consonantillo agudo
No quiere dar mas de sí;
Que la mejor aceituna
Da por postre el alpechin.
Gracias os doy por aquella
Bergamota de Guadix,
De que vos aficionado
Sois grandísimo algarin.
Esto os he dicho por esto;
No tengo mas que decir,
Y si algo quedare mas,
Diga lo demás Motril.
En Granada os esperamos
El mes de octubre; y así,
Os rogamos que vengais
Por San Francisco de Asís (1).

Siguiendo la costumbre galante de su siglo, escribió TRILLO Y FIGUEROA algunas composiciones á asuntos sumamente triviales. En liras escribió una *Deprecacion que invoca la atencion y benevolencia de los poetas que justan para disculpa de los yerros de su asunto, que es la accion de una dama que rizándose el cabello, se quemó en la frente con el hierro, escrita en diez redondillas.*

La deprecacion empieza así:

(1) Biblioteca provincial de Cádiz, códice 31, 216.
En el mismo se lee otro romance que empieza:

Este romance os envio
Porque atento lo enmendeis,
Y mas, que no os acordeis,
Al enmendarlo, que es mio.
A vos, DON FRANCISCO, á vos,
Generoso DON FRANCISCO,
Como quien no dice nada,
Este romance os escribo.
Vos, que sois en Almuñécar
Grave poeta melífluo,
Cuyo ingenio ocioso yace
Quizá por falta de avío.
Vos, dulcísimo poeta,
A quien admira prodigio,
Granada por Garcilaso
Y Almuñécar por Marino.
Vos, dulce, claro, sonoro
Músico, cisne del Pindo;
Que hicisteis al Dauro dulce,
Claro, sonoro Caístro, etc.

Calíope divina,
Pulsa mi rudo plectro,
Dictando á mi discurso
Sonora voz, armoniosos ecos.

Las redondillas son como se verá á continuacion:

A la nube de tu frente,
Clori, ¿quién se atreverá,
Si aun el mismo fuego está
En ella por accidente?
Etna pues mi atrevimiento,
Tribute fuego al cuidado,
Y en cenizas desatado,
Corra al mar mi sentimiento.
Podrá ser que undosa pira
Febo aliento me inspire,
Porque en sus cenizas mire
El ardimiento á que aspira.
Mariposa de tu hielo,
Dulce abeja de tu llama,
Si amor se rindió á tu fama,
No al desden sujeto el vuelo.
No las flechas de su aljaba
Rindió contra sí animoso;
Baste que en lo receloso
Confiese que te ignoraba.
¿Qué mucho pues, si ofendido
Se juzga de tu rigor,
Que, negándose al valor,
Fulmine el hierro atrevido?
¿Qué mucho, si ardiente ruego
A tus oídos llegó,
Y con el desprecio halló,
En vez de nieve, otro fuego?
Sean pues rojas espumas
Los rizos de tus cabellos;
Porque amor sediento en ellos
Bañe las ardientes plumas.
Mas ¡oh amor! ¿cómo no advierte
Tu rigor que aquella herida,
Ambiciosa de tu vida,
Salió á festejar tu muerte?
Mas ya la razon prefiere
Tu fin al mas glorioso,
Juzgando es harto dichoso
Quien dichosamente muere (1).

Don Francisco de Trillo y Figueroa tuvo un hermano, llamado don Juan, natural tambien de la Coruña. Habiéndose avecindado este en Granada con su hermano, fué veinticuatro de aquella ciudad.

Tambien tenia igual aficion á las letras que don Francisco, y especialmente en cosas de erudicion genealógica. En ese género escribió:

Origen de la casa de Tobar y arbol genealógico de don Francisco Cañaveral (Granada, 1662).

Noticia de la sucesion de doña María Nuñez Cabeza de Vaca (Granada, 1664).

En el certámen de las fiestas de la catedral de Jaen se escribió este vejámen de don Francisco de Trillo y Figueroa:

«Diósele el primer lugar y premio al padre fray Juan Alegre y á don Francisco de Trillo, á quien se le aumentó premio. Este caballero escribe oscuro, y el padre claro, con que llenan este lugar un triste y un alegre. Tan filósofo es uno como otro; y así, parecen Heráclito y Demócrito. En oyendo sus poesías, yo sé que todos le hurtarán sus afectos, porque el uno es para llorado y el otro es para reido. La cabeza del tal don Francisco es calva, mas sus versos no tienen entrada. El padre es cerrado de mollera, mas sus versos no vienen á pelo.»

SALVADOR JACINTO POLO DE MEDINA.

Nació en la ciudad de Murcia por los años de 1607 (2), donde hizo sus primeros estudios. Desde luego demostró gran aficion á la poesía, y especialmente á la satírica. De edad de veinte años ya habia escrito muchos romances y epigramas, conociéndose desde luego en los primeros que habia leido mucho los festivos de Góngora.

Hallóse con otros poetas en unas academias literarias celebradas en la villa de Espinardo, cerca de Murcia, en las cuales hizo ostentacion de su ingenio y agudeza en el decir.

Era muy aficionado á representar, y segun él mismo dice de sí, lo hacia con acierto, mereciendo muchos aplausos. El papel de don Cárlos Osorio en *No hay vida como la honra*, comedia del doctor Juan Perez de Montalvan, fué uno de los que representó con mas destreza (3).

(1) Biblioteca provincial de Cádiz, códice citado.

(2) En un romance, en que se retrata, decia, en 1630, que tenia veinte y tres años.

(3) «Y despues de haber acabado, se previnieron para la representacion de la comedia, que, porque el tiempo no les dió lugar á que ellos la escribiesen, eligieron (por

Jacinto Polo habia escrito muchas poesías con ciertos resábios del culteranismo; resábios que él mismo no conocia, como aconteció á muchos de los mejores ingenios de aquel siglo. Sin embargo, en las academias mencionadas se burla sangrientamente de los poetas cultos, y con especialidad en unas cédulas que presentó á sus amigos.

Véanse algunas de ellas:

«Por estas cédulas pregunta un curioso á los señores poetas que le digan con verdad lo que hace la aurora cuando nace, porque unos dicen que llora y otros que rie.»

«Esta cédula dice que ha llegado á este lugar un maestro graduado en torre de Babilonia; enseña todas las lenguas, y principalmente la culta, por moderado precio, y á los poetas de balde; posa en casa de un amigo.»

«Esta cédula dice que han llegado á este lugar dos poetas religiosos, que van convirtiendo á nuestra lengua católica poetas herejes y cultos. Vuestras mercedes les ayuden con su limosna, y cumplirán con lo que mandan los cuadros de las ánimas del purgatorio: *Sácame de aquí; que mañana será por tí.*»

«Cierto poeta, que se ha convertido á su Dios, y dejado la mala secta culta en que vivia, pide por esta cédula que rueguen á Dios por él, porque le conserve en su claridad, y á vuestras mercedes no los deje caer en la tentacion.»

«Esta cédula dice que ha venido del Parnaso un pesquisidor contra los poetas del sol, á dejar á buenas noches las coplas, que despues que usan tanto el sol, son las mas coplas solecismos.»

Jacinto Polo era muy aficionado además á Cervántes y á Quevedo, como escritores satíricos en prosa. A la edad de veinte y tres años escribió un juguete, donde en el título imita á Quevedo, y en lo demás á Cervántes en el fin de la *Adjunta al Parnaso.*

Véase este donoso capricho (1):

SECUNDA SECUNDAE DEL CABALLERO DE LA TENAZA, QUINTA LUNA, COMO QUINTA ESENCIA, MATERIAS DE ESTADO PARA LA BOLSA; PREMÁTICAS Y LEYES QUE DEBE GUARDAR TODO POETA HABIDO Y POR HABER.

«Nos Apolo y las nueve de nuestro consejo, contra la herética culticidad y apostasía castellana; viendo la baja de moneda que ha venido por nuestros poetas (pues hasta la plata les quieren quitar de los versos), para mayor ahorro de sus miserables gastos, habiendo sutilizado con verdadera hambre, como padres que somos de su pobreduría, mandamos que guarden y observen estos ahorramientos y ordenanzas.

»Primeramente mandamos que ningun poeta tenga en su casa pintadas frutas ni otra cualquier cosa de comer; *porque ojos que no ven, corazon que no llora.*

»Item, mandamos que el poeta que comprare manjar blanco, no lo compre en papelillos, por lo que se pega; que es mejor lamer los dedos, y no el papel.

»Item, que porque mucha hambre gasta mucha comida, mandamos que ningun poeta llegue á tener mucha hambre, sino que al principio de comenzar á enhambrecer lo remedie; porque al enhornar se hacen los panes tuertos, y porque los estómagos y las hambres son como las medias, que por un punto se van deshaciendo todas.

»Item, advirtiendo que del pan duro se come menos, mandamos que todos le tengan al aire y colgado, donde todos le estén mirando siempre; *porque privatio est causa appetitus.*

»Item mas, que ninguno coma cosa provocativa y que haga caer en tentacion de mas comer, como son aceitunas y queso, que son gentes que gastan mucho pan.

»Item, sutilizamos y mandamos que todos los que comieren uvas muerdan del grano, y no le arranquen con los dedos, porque acontece quedarse alguna parte pegada al palillo.

»Item, prohibimos, por ser cosa contra la buena ahorrativa, las castañas cocidas, que tienen mucho desperdicio y menguan la cuarta parte con el cocimiento; y queremos que coman y guarden inviolablemente (ó á daño de sus bocas) el comer castañas de otra cualquier manera; porque es tropelía para las tripas y comida comun de dos; pues es fruta, y se hace pan de ella.

ser la que mas privaba con su gusto) la de *No hay vida como la honra*, escrita por el doctor Juan Perez de Montalvan; representáronla con la mayor gala y destreza que se puede creer de tan buenos ingenios; pero aventajóse á todos Jacinto, que representó el primer papel con mucha valentía, á quien dieron todos alabanzas, y Silvio, por no ser menos que todos, retirándose por breve tiempo, le hizo este madrigal á lo bien que habia sentido y dicho aquellas ternezas y afectos amorosos, en que venció otros dias que con mucho primor habia representado con sus amigos.» (*Academias del jardin.*)

(1) Léese en las *Academias del jardin.*

»Item, por ser materia de estado importantísima á los estómagos, mandamos que si algunos los convidaren á comer (quizá por hacer prueba si comen los poetas), que aunque les dén libertad de estómago, como de conciencia, no coman mas de lo ordinario; porque es hacer los estómagos á malas costumbres, y luego pedirán gullerías.

»Item, que en materia de dar ninguno se atreva á dar de una pesadumbre arriba; y aunque sea tirador, queremos que cuando tire, no tire á dar, ni dé jamás, aunque sea en blanco; solo les concedemos que, si quisieren dar y regalar á sus damas con gallinas turcas, con turbantes de nácar, y con perdices á la jineta (calzadas tafilete de rubí), sean pintadas en un soneto ó en el plato de san Nicolás, que guardando estas tretas para la hambre, y otras que aquí la miseria nos irá advirtiendo, podrán hacerle sisas á los gustos y trampas al comer. Fecha en nuestro Parnaso, á dos de noviembre, en menguante de cuartos de luna y de bolsa, año de mil y seiscientos y treinta. — *Yo Apolo y las musas.* — Por mandado de don Apolo, mi señor. — El secretario *Bóreas.*»

Jacinto Polo pasó, por el año de 1630, á la corte á continuar sus estudios. En ella trabó estrechísima amistad con el célebre don Antonio de Solís y Rivadeneyra, hasta tal punto, que este fué su imitador como poeta lírico.

El año de 1630 publicó en Madrid *Las Academias del jardin*, y tambien el *Buen humor de las musas*, que es una coleccion de poesías festivas, segun lo da á entender el título. En ella dió á conocer á Solís como poeta lírico, con la publicacion de aquel romance que empieza:

Hoy en un piélago entro,
Pero no me anegaré;
Que en *piélagos* de *piés* largos
No es difícil hallar *pié*.

Es romance dirigido al pié grande de una dama.

La fábula burlesca de *Apolo y Dafne* en silva, y la de *Pan y Siringa* en romance, fueron muy celebradas, y mas aun la primera.

A los ocho años de haber pasado á Madrid ya era sacerdote. En el libro *Lágrimas panegíricas á la muerte de Montalvan* (Madrid, 1638) se halla una de sus poesías con este epígrafe: *Al doctor Juan Perez de Montalvan, verdadero competidor de los dos Aristófanes, griego y mantuano, por el licenciado Salvador Jacinto Polo de Medina, natural de Murcia y secretario del señor obispo de Lugo* (1).

Escribió además *El hospital de incurables, viaje de este mundo al otro*, obra en prosa á imitacion de los *Sueños de Quevedo*, á quien elogia. Hace en este punto lo mismo que el célebre satírico francés Cyrano de Bergerac en su ingeniosa epístola xx sobre un sueño, en la cual finge que, pensando en las visiones de aquel autor, se quedó dormido y soñó que bajando al infierno gentílico, vió lo que refiere (2).

La última de sus obras fué una filosofía intitulada *Gobierno moral á Lelio, dedicada á don Alonso Sandoval Usodemar y Fajardo.* Fué impresa en Murcia en 1657, y con tal aceptacion, que en el mismo año se hicieron dos ediciones. El estilo es muy cortado, á semejanza del de su paisano don Diego de Saavedra Fajardo.

Véase una muestra:

«Mas penoso es mandar que obedecer. Entrar en los cuidados por obligacion es desdicha; por gusto, locura. No desees ¡oh Lelio! ser poderoso. De muchos es la carga con que oprime. Tu vanidad ha de ser tu paciencia. Cargos y oficios; hiedra en el muro que engalana y destruye. Los hombres por el lucir sufren el arder.»

(1) El autor del *Diccionario crítico burlesco* se engañó llamando á Jacinto Polo *médico cordovés.* Notado por mí, escribió un folleto tratando de probar que no habia incompatibilidad en que Polo hubiera sido médico y clérigo, y que el llamarlo *médico cordobés* no era decir que nació en Córdoba, sino que fué *médico* en Córdoba. Pero no dió prueba alguna de que Jacinto Polo hubiera ejercido en aquella ciudad la medicina. Desde muy jóven abrazó la carrera eclesiástica, como se demuestra en estos apuntes biográficos. (A los treinta y un años ya aparece, no solo clérigo, sino secretario de un obispo.) En ninguno de sus escritos da noticias de que hubiera seguido la carrera de medicina ni de su residencia en Córdoba, ni hay frase suya la mas insignificante que revele conocimientos médicos. Al contrario, contra los doctores en la ciencia del curar tiene sangrientos epigramas.

(2) *Les oeuvres diverses de monsieur de Cyrano Bergerac.* (A Rouen, 1663). «Cette vision de Quevedo, que nous leusmes hier ensemble, laissa de si fortes impressions en ma pensée du plaisant tableau qu'il depeint, que cette nuit je me suis trouvé en songe aux enfers.»

»Es el mandar oficio de hacer descontentos. No bastan los aciertos para acallar las calumnias; por mas que justifiques los premios, tendrás contra tí al que queda sin la pretension; el indigno levanta mas el grito para la censura. En los dos hay que recelar. En el premiado está dudoso el agradecimiento, en el otro segura la queja. Tiene mas memoria el enfado de lo que no se consigue que el conocimiento de lo que se alcanza.»

Salvador Jacinto Polo, en este tratadito de filosofía moral, vertió sentencias tan exactas, escritas con toda la elegancia de la lengua castellana. Cualquiera que sepa lo que es mandar, y haya experimentado las calumnias que se levantan contra las mejores intenciones y contra lo que se practica como lo mas conveniente, no podrá menos de conocer las verdades que encierran los párrafos que quedan trasladados.

Tuvo Polo, como filósofo moral, la gloria de haber fundado hasta cierto punto una escuela de sus doctrinas y de su manera de expresarlas.

El licenciado don José Prudencio Rubio y Bazan escribió el *Lelio instruido de Jacinto Polo á Fabio*; *Gobierno moral.* Su estilo es elegantísimo, aventajando algunas veces al de su modelo mismo (1).

Decia Jacinto Polo en el prólogo de su tratado:

«Las acciones de la juventud siempre son mas vistosas que sustanciales. El árbol en las flores estudia el fruto. Esto digo por mis primeros años, que se divirtieron en escribir algunos donaires. Decente empleo fueron de entonces; que tengo por especie de locura el demasiado seso en la mocedad.»

Pues bien, Rubio y Bazan se expresó del modo siguiente al tratar de su maestro. No puede ser su estilo mas florido ni su modestia mayor, ni su respeto á Polo mas dignamente manifestado.

«De la juventud las acciones (dice el discretísimo Jacinto Polo) siempre son mas vistosas que sustanciales. Esto me desanima ¡oh lector! al ofrecerte estas mias, porque quisiera fueran mas sustanciales que vistosas. El aplauso del que lee es el premio del que escribe. No digo esto porque me premies con tu aplauso; que seria indiscrecion buscar premio á mi trabajo, cuando mis errores deben solicitar tu piedad. Dígolo porque, escribiendo á Fabio, doy á entender que me ha tenido gustosamente ocupado el erudito Jacinto Polo en su *Gobierno moral.* No ha podido mi insuficiencia copiar sus divinas perfecciones; que, aunque lo procuró mi ansia, me hizo falta su talento y su primor... El leer solo parecióme corto agradecimiento á tan grande beneficio; por eso quise escribir... Confieso que mi edad no es la de escribir; pero, habiendo de escribir como Lelio, no puedo escribir en otra edad. Arbol nuevo siempre da mas hojas que fruto; pero está hábil á dar mas fruto que hojas. Las de este volúmen pocas son, aunque de árbol nuevo. Aquel hace galante al mayo con su frondosidad; yo aun no he querido coronar con hojas mi primavera. El fruto será el que tú sacares; tu habilidad lo hará mas copioso. Si eres discreto, compadécete de mis faltas; si necio, no hablo contigo.»

Otro autor siguió tambien la imitacion de la filosofía moral de Jacinto Polo. El padre maestro fray Juan Bautista de Aguilar publicó en 1698 su libro intitulado *Fabio instruido de Lelio á Lauro; Gobierno moral.*

Su estilo es muy inferior al de Jacinto Polo y al de Rubio y Bazan. En el prólogo da una muestra de ello al tratar de entrambos autores. Véanse sus palabras:

«Ingenioso lector: Siempre leí con gusto el *Gobierno moral*, que en doce morales discursos escribió á Lelio el facundo sutil ingenio de don Jacinto Polo de Medina. A este quise seguir, disponiendo el que Lelio instruyese á Fabio con otros doce documentos morales; y lo que yo intentaba con imitacion, ejecutó con felicidad don José Prudencio Rubio y Bazan. Haberse adelantado en el intento no ha de estorbar el proseguir yo en la empresa; que el ir adelante en la carrera emprendida

(1) Sor Juana Inés de la Cruz tambien quiso imitar el estilo usado por Jacinto Polo en la famosa *fábula de Apolo y Dafne.* La poetisa americana se propuso describir una belleza. Véanse algunos pasajes:

Las cejas son... ¿agora diré arcos?
No; que es su consonante luego *zarcos*,
Y si yo pinto *zarca* su hermosura,
Dará Lisarda al diablo la pintura,
Y me dirá que solo algun demonio
Levantara tan falso testimonio.

. . . . . .

¡Válgame Dios, lo que se sigue agora!
Haciéndome está cocos el aurora
Por ver si la comparo con su bôca;
Y el Oriente con perlas me provoca;
Pero no hay que mirarme,
Que ni una sed de oriente ha de costarme.
Es en efecto de color tan fina,
Que parece bocado de cecina,
Y no he dicho muy mal, pues de salada,
Dicen que se le ha puesto colorada,

no es estorbo á que corran muchos. Asegurarse, sí, es el premio que cedo muy gozoso, porque lo que en mi curso son tardos pasos, en las plumas de DON JACINTO y don José son velocísimos vuelos.»

Estos tres tratados se reimprimieron, juntos con los de otros autores, en la coleccion intitulada: *Varios elocuentes libros, recogidos en uno* (1755).

No sobrevivió mucho tiempo JACINTO POLO á la publicacion de su *Gobierno moral*. Con este libro parece como que se quiso despedir de la vida, dejando una memoria de su talento filosófico, como ya habia ostentado la lozanía de su ingenio en las sátiras en prosa y verso.

Sus obras han sido impresas en diferentes ocasiones.

De la *Fábula de Apolo y Dafne* con la de *Pan y Siringa* hay una edicion de Zaragoza. La circunstancia de haberse impreso con ellas *La universidad de amor y escuelas del interés* ha hecho que por algunos se atribuya á JACINTO POLO esta obrita. Es cierto que en los versos, y en algunas de sus ideas acerca del pedir de las mujeres, parece obra de JACINTO POLO; pero, aunque se publicó la primera parte como del maestro Antolinez de Piedrabuena, y la segunda como del bachiller Gaston Daliso de Orozco, Nicolás Antonio la atribuye toda al dominicano fray Benito Ruiz. Por las mismas causas se creyó infundadamente que era de JACINTO POLO la *Fábula de las tres diosas*, cuando consta que la escribió el licenciado don Gabriel del Corral.

POLO DE MEDINA, segun cuanto llevo manifestado, era un poeta de vivísimo ingenio, incansable y feliz sobremanera en apodos y calificaciones. Tuvo por modelo en los romances satíricos á Góngora; sus epigramas son tan buenos como los de Baltasar del Alcázar, distinguiéndose por mas picantes en la sátira. En el estilo festivo en prosa imitó primero á Cervántes y luego á Quevedo, en el grave á don Diego de Saavedra. Sus obras fueron muy estimadas en su siglo y aun despues, como se prueba de las muchas ediciones que de ellas se hicieron. La *Fábula de Apolo y Dafne* es, en mi concepto, la mejor de sus obras poéticas (1).

DON AGUSTIN DE SALAZAR Y TORRES.

Nació DON AGUSTIN DE SALAZAR Y TORRES en Soria el año de 1642, á 28 de agosto. Sus padres fueron don Juan de Salazar y Bolea y doña Petronila de Torres y Montalvo.

De edad de cinco años pasó á Nueva-España con su tio, don Márcos de Torres, obispo de Campeche, que llegó á ser luego virey de Méjico.

Al lado de este señor pasó su niñez y adolescencia. De tal modo se dedicó al estudio de las buenas letras, que en el colegio de la Compañía de Jesus, teniendo doce años, recitó de memoria *Las Soledades* y *El Polifemo*, de Góngora, y comentó los lugares mas oscuros de ambos poemas.

(1) Ediciones mas conocidas de las obras de JACINTO POLO:

Academias del jardin, Madrid, 1630; *Buen humor de las musas*, y las *fábulas de Apolo y Dafne* y *de Pan* y *Siringa*, Madrid, 1630.

Hospital de incurables, viaje de este mundo al otro, Madrid, 1636.

Gobierno moral á Lelio, Murcia, 1657. Se hicieron dos ediciones en el mismo año y en la misma casa, una de 213 páginas y otra de 218.

Bureo de las musas y honesto entretenimiento para el ócio, coleccion de algunas de las poesías de POLO, por José Alfay, impresa con una novela de Montalvan; Zaragoza, 1659.

Obras en prosa y verso, Zaragoza, 1664.

Las mismas, Zaragoza, 1670.

Las mismas, Madrid, 1715.

Las mismas, Madrid, 1726.

La *Fábula de Apolo y Dafne* está impresa, juntamente con la de *Pan y Siringa* y la *Universidad de amor*, en Zaragoza, año de 1664.

Niño, en el número 51 del tomo VII del *Cajon de sastre*, reimprimió la *Fábula de Apolo y Dafne*, y en el número 20 dos de sus poesías, una sobre un moño quemado, y otra á un licenciado muy flaco.

Sedano, en el tomo III del *Parnaso español*, tambien reprodujo la misma fábula con varios epigramas.

Nicolás Antonio cita de POLO *Los ócios de la soledad* y dos obras, que no logró ver. *El descanso de las veras* y la novela de *Irene y Cárlos*.

JACINTO POLO DE MEDINA hace en una de sus poesías su propio retrato. Segun él, era en 1630 de mediana estatura, delgado, de cabellos castaño-oscuros, de nariz larga y delgada, de poca barba, de grandes piés, cargado de espaldas y estevado. Llevaba la cabeza siempre baja, mirando al suelo.

Estudió artes, cánones y leyes, aventajándose en la teología. Muerto su tio, regresó á España bajo la proteccion del duque de Alburquerque, virey y capitan general que habia sido en Méjico.

En la corte contrajo estrecha amistad con varios ingenios, y especialmente con don Pedro Calderon de la Barca, de quien logró ser discípulo aventajadísimo en la poesía.

Algunas comedias de DON AGUSTIN se representaron entonces con singular aplauso. Por este tiempo tomó estado, casando con doña María Fernandez de los Cobos, ilustre dama cordobesa.

Al poco tiempo pasó á Alemania con la Emperatriz, á quien dedicó su *Real jornada*, su *Epitalamio* y varias poesías festivas. A su vuelta, el duque de Alburquerque, virey de Sicilia, le dió el cargo de sargento mayor de la provincia de Agrigento, haciéndole despues su capitan de armas.

Regresó luego á la corte, donde falleció el 29 de noviembre de 1675, á los treinta y cuatro años de edad.

Su amigo fiel don Juan de Vera Tássis publicó en Madrid, con el título de *Cítara de Apolo*, muchas de sus poesías y algunas de sus comedias (1694).

Las obras que Tássis logró recoger, y que no publicó, fueron:

La *Jornada de la señora emperatriz de Alemania*, con el epitalamio *A sus reales bodas*.

Dos autos sacramentales, y una comedia burlesca.

Aun mas de una jornada de la comedia de *Mínos y Britomártis*.

Un tratado que intitula *Espejo de la hermosura*.

Dos fábulas joco-sérias, una en octavas y otra en un romance.

Los *Metamorfóseos mejicanos*, á imitacion de los de Ovidio.

La loa de la comedia de *Tétis y Peleo*.

Tres bailes, sin algunas traducciones de poetas griegos y latinos, con otras poesías diferentes, sacras, heróicas, líricas, amorosas y burlescas.

Tássis, al publicar esta lista, añade:

«De todos estos papeles tengo seguro informe; pues por hallarse en poder de algunos (que con mal segura conciencia se hacen mercaderes de los estudios y desvelos ajenos, sin atender á que este trabajo es afanado caudal de aquel riquísimo talento), no salen hasta que se conformen conmigo, con sus conciencias y con los teólogos: conmigo, en los intereses que piden; con sus conciencias, en restituir lo que usurpan; con los teólogos, en seguir su segura opinion, pues no habrá ninguno que les excuse de pecado, y mas concurriendo las circunstancias de piedad y caridad que todos saben.

»Tanto ha sido en unos el desahogo, que los han llegado á imprimir por suyos, á quienes el autor pudo decir, con Virgilio:

Hos ego versiculos feci, tulit alter honores.

»En otros tanta la osadía, que los leen como si fueren partos de su ingenio, y tambien les podia decir, con Marcial:

Quem recitas meus est, ò Fidentine, libellus,
Sed malè cum recitas, incipit esse tuus.

»Muchos tengo de ellos en borradores, que no los doy ahora á la estampa, por no sacar en su rostro colores á la vergüenza, y en su ingenio defectos al público teatro. Algunos tambien se hallarán en el libro mal colocados, por haberse entregado fuera de tiempo; y muchos llegaron á mis manos diminutos y defectuosos (que esta es infeliz propension á que se sujetan todos los tratados).»

Sin embargo de todo esto, Vera Tássis publicó como obras de SALAZAR algunas de otros autores. Sin duda las halló manuscritas entre los papeles de su amigo, conservadas por este para su estudio, y no con deseos de apropiárselas. En este caso se encuentra el poema *El Orfeo*, de don Juan de Jáuregui, que se lee en la *Cítara de Apolo* como escrito por SALAZAR, con la variante de esta octava al principio del poema:

Del tracio Orfeo canto el lacrimoso,
Trágico fin, que obró el amor impío,
De Calíope y Apolo hijo es glorioso;
Y así, en su sacro númen hoy confio
Que con métrico impulso sonoroso
Herirá el destemplado plectro mio,
Pues pudo su dulcísimo instrumento
Imponer yugo al mar, coyunda al viento.

Tambien en muchos versos se encuentran notabilísimas variaciones. El título del poema es en Jáuregui *El Orfeo*, y en la *Cítara de Apolo*, *Eurídice y Orfeo*.

Las comedias mas conocidas de SALAZAR son:

El amor mas desgraciado.
Céfalo y Prócris.
Tambien se ama en el abismo.
Elegir al enemigo.
El encanto es la hermosura y *El hechizo sin hechizo.*

Esta última, con el título de *Celestina*, se ha impreso alguna vez como de Calderon.

En ella se leen estos sabidos versos, que mi paisano Cadahalso atribuyó á Quevedo:

Es esto de las estrellas
El mas seguro mentir,
Pues ninguno puede ir
A preguntárselo á ellas.

Las poesías de SALAZAR, especialmente las festivas, están escritas con gran ingenio y suma gracia. Su lenguaje es puro y correcto.

El poema *Las estaciones del dia*, olvidado por los colectores de poesías, es una obrita muy donosa y flúidamente versificada. Muchos de sus sonetos festivos están escritos con tanta sencillez y con tanto donaire, que, mas que de SALAZAR, parecen obras de Lope de las que publicó con el nombre del loco Tomé Burguillos. Puede servir de modelo.

Lo que mas á SALAZAR distingue es la buena entonacion de sus versos, perfectamente construidos, hablando en general. Sus canciones y estribillos prueban hasta la evidencia que el idioma castellano se presta á la música tanto como el de Petrarca y Tasso.

Seguramente nada tienen que envidiar en armonía los siguientes versos de SALAZAR á los mejores y mas musicales de Metastasio:

Celebrad, zagalejas,
Vuestra libertad;
Venid, destrozad
Del amor tirano
Flechas y carcaj. —
Seguidle, corred;
Que vuela el amor,
Y le sigue el desden. —
¿Cómo le sigue?
Cómo le alcanza? —
Desarmado el desprecio,
Y amor con armas. —
Dejadle correr,
Dejadle volar.
Celebrad, zagalejas,
Vuestra libertad.

¿Quién son aquellos
Que es delito el pedirlos,
Mas no el temerlos? —
¿Quieres saberlo?
Aspides son azules,
Que no son celos.

Tente, Psíques, espera,
No le despiertes,
Pues que descansa el mundo,
Porque amor duerme.
Teme, tirana, teme
Que si tú le despiertas,
Él te desvele.

¿Quién es amor? Quién es amor?
Es un leal traidor,
Un firme inconstante,
Un niño gigante,
Un bien sin sosiego,
Con ojos un ciego,
Y un suave dolor;
Si tus señas ignoras,
Casandra, estas son.

Coplas.

¡Ay, cómo lloro de amor!
Escuchen, atiendan
Aquellos que saben
Cómo es su dolor.

¡Ay, cómo lloro un cuidado
De tan dudoso dolor,
Que es menos que desengaño
Y mas que imaginacion!
¡Ay, cómo lloro, etc.

¡Ay, cómo siento el agravio
De aquella ardiente pasion,
Que no he de llamarla celos,
Porque no infame la voz!
¡Ay, cómo lloro, etc.

¡Ay, cómo lloro un engaño,
Que cuando buscando voy
La razon para culparlo,
Culpo el hallar la razon!
¡Ay, cómo lloro, etc.

Á LA NATIVIDAD DE CRISTO, SEÑOR NUESTRO.

Estribillo.

Al Sol que el aurora
Infante nos da,
Venid y adorad.

I.

Astros brillantes, que al cielo
Esmaltais el azul velo,
Y su esplendor aumentais,
Venid y adorad.

II.

Flores fragrantes, que bellas
Imitais de las estrellas
El resplandor y beldad,
Venid y adorad.

III.

Aves canoras, que graves
Del Sol, con voces suaves,
Al nacimiento cantais,
Venid y adorad.

IV.

Fuentes sonoras, risueñas,
Que del sol que nace, señas
Dais en lenguas de cristal,
Venid y adorad.

V.

Plantas amenas, que al suelo
De su esperanza el consuelo

Con verdores le anunciais,
Venid y adorad.

VI.

Luces serenas, que ensayos
Sois de sus divinos rayos,
Pues mas que ardeis alumbrais,
Venid y adorad.

TODOS.

Y todos unidos
En lazo inmortal,
Astros brillantes,
Flores fragrantes,
Aves canoras,
Fuentes sonoras,
Plantas amenas,
Luces serenas,
Venid y adorad.
Al Sol, que la aurora
Infante nos da,
Venid y adorad.
Astros y flores,
Aves y fuentes,
Plantas y luces,
Brillantes, fragrantes,
Canoras, sonoras,
Amenas, serenas,
Venid y adorad.
Al Sol, que la aurora
Infante nos da,
Venid y adorad.

AL MISMO ASUNTO.

Estribillo.

Venid, pastores,
Siguiéndome á mí;
Venid, venid,
Veréis en la tierra
El eterno Zafir.
Venid, y veréis
Al Sol, que amanece
Con rayos de oro,
Y el rico tesoro
Que al hombre se ofrece;
Clavel que florece
Mejor que en abril.—
Venid, pastores,
Siguiéndome á mí;
Que ya yo le vi,
Cordero sagrado,
Cupido abrasado
De amor peregrino,
Rocío divino
Que vierte por mí;
Venid, venid,
Que ya yo le vi;
Venid, pastores,
Siguiéndome á mí.

Calderon, es cierto que en muchos de sus autos sacramentales nos ofrece algunas canciones de este género; pero en realidad no tienen toda la armonía para la música como estas de SALAZAR Y TORRES que quedan copiadas. No es extraño que este, durante su residencia en Italia, estudiase con ahinco la construccion de las coplas y canciones escritas en el idioma de aquel país, y que la imitase en las que luego compuso en su lengua patria. Sea como fuere, no cabe género alguno de duda en que SALAZAR Y TORRES ha sabido mejor que ningun otro poeta de su siglo escribir versos musicales, sin que en este punto tengamos nada que envidiar á Italia.

Don Francisco Bances Candamo, poeta lírico y dramático, fué muy imitador de SALAZAR en varias de sus canciones, teniendo algunas un especial encanto por su sencillez y armonía, como es esta:

Á LA FORTUNA.

Si me quejo, fortuna,
De tus reveses,
Tiempo vendrá, pues tiempo
Tras tiempo viene,
Que tú de mi constancia
Tambien te quejes.
¡Ay, que me rio, fortuna, de verte
A tí tan airada, y á mí tan alegre!
El hacerme infelice
De tí depende,
Empleando en mi vida
Iras aleves;
Pero tú hacerme triste
Sin mí no puedes.
¡Ay, que me rio, fortuna, de verte
A tí tan airada, y á mí tan alegre!

Como poeta dramático, nada escribió SALAZAR que pueda compararse con su comedia *El encanto es la hermosura*. No pudo terminarla, prevenido de la muerte; pero Felipe, IV encargó á su fiel amigo, don Juan de Vera, que le diese fin, lo cual cumplió exactamente, como se comprueba de los versos que se leen al fin de la misma comedia:

Y don Juan de Vera os pide
Perdon del atrevimiento
De acabar una comedia
De tan superior ingenio;
Pues lo hizo motivado
De un *soberano decreto*,
Y por confirmar que es solo
El mejor amigo el muerto.

MIGUEL MORENO.

Fué natural de Villacastin, notario en la curia régia y secretario de su majestad Católica (1).

Cuando pasaron á Roma don fray Domingo Pimentel, obispo de Córdoba, y don Juan Chumacero y Carrillo, del consejo de Felipe IV, con comision de este monarca para presentar en su nombre el famoso memorial de los excesos que en Roma se cometian contra los naturales de España, Miguel Moreno fué enviado en compañía de aquellos por órden del mismo Rey, conocedor del profundo talento y erudicion en las sagradas letras de este ingenioso autor.

Verosímilmente escribiria Miguel Moreno la réplica á la respuesta que de órden del Papa dió el secretario de breves. Hombre de pluma, y como tal enviado por el mismo Rey cerca de sus comisionados en Roma, lo mas natural es que estos le mandasen ordenar la dicha réplica, que manuscrita se conserva en muchas bibliotecas, así como en ediciones furtivas.

Segun Nicolás Antonio, escribió Miguel Moreno lo siguiente:

Aviso para los oficios de provincia, y consecuencias generales para otros.

Memorial á su majestad en favor de la suficiencia de los servicios.

Diálogo en defensa de damas.

Dos novelas, *La desdicha en la constancia* y *El curioso amante.*

No conozco de las obras de Miguel Moreno mas que la coleccion de epigramas, impresos en Roma, el año de 1735, con el título de *Flores de España.*

La dificultad de escribir doscientos epigramas buenos debia haber arredrado á nuestro autor. No todos son Marciales para presentar con agudeza y brevedad un pensamiento. Algunos de los de Moreno son excelentes, pero poquísimos en número. Los mas carecen de la viveza necesaria en esta clase de composiciones; quizá consista esta falta en que Miguel Moreno no sabia versificar con facilidad.

La rareza de las obras de este autor me ha obligado á insertar íntegras en la presente coleccion las *Flores de España* (2).

El prólogo que puso Miguel Moreno á sus epigramas es como sigue:

«Llega á ser, no solo lícito, sino conveniente, en los mas graves manejos de materias, así espirituales como profanas, divertir el ánimo con algun paréntesis de recreacion; quedando á cuenta del que necesita de este alivio, elegir el mas honesto. Hallándome en Roma en servicio de su majestad, con ocupacion y cuidados no pequeños, hube menester alguna vez este socorro. Queriendo usar de la eleccion, consideré que cuanto menos vulgar y público fuese, tanto mas agregaria de buena conveniencia á lo escrupuloso y ejemplar de mi obligacion. Por esto, de la manera que los que se dan al retiro de sus comunes habitaciones procuran en ellas una parte de sitio reservado, poblado de plantas y yerbas, para que en la variedad de estas y espacio de aquel (y en su muda conversacion) respire y se esfuerce el espíritu, así yo quise fabricar y erigir un plantel de flores de mi corto ingenio, que á solas me entretuviese con decencia; y dado de mi mano, pudiese ser cortés y familiar festejo á mis aficionados. Poniéndolo en ejecucion, junté los materiales antiguos con que me hallaba (producidos de la especulacion, la observancia y ocasiones cortesanas), y añadí otros de nuevo. Redújelos á esta composicion y título (bien que pudiera aprovecharlos en argumentos de diferente calidad), porque siendo el intento de diversion apacible, se consiguiese con facilidad, haciendo tránsito breve y suave los ojos y el discurso de una flor á otra, sin difusion molesta.

»Aunque es obra tan sin presuncion y perjuicio (y dictámen de mi propio gusto, en que no aspiro á interesar aplauso), no faltará quien la embista con su censura mordaz por todos lados; que para esto, por el mas intrínseco recato, y contra el asunto y erudicion mas elevados, hay siempre entrada y se afecta materia. Podrá ser que culpen el tiempo empleado en ella; el título, juzgando que para convenirle habian de ser las flores nobles y hermosas; y la sustancia, teniendo por indignos de loor los escritos de que no pueda resultar algun fruto. En este cuidado, no he de creer que la

(1) Montalvan, en el *Para todos*, dice que Moreno era natural de Madrid.

(2) El ejemplar que ha servido de original me fué facilitado por el ingenioso poeta sevillano don Juan José Bueno.

ausencia es fatal ruina de la amistad, puesto que en rigor no la sobra crédito de lo contrario. En confianza he de mantenerme de que conservo amigos (á quien he merecido duracion) que responderán por mí; pero porque no es justo obligarlos á toda suerte de finezas, los quiero librar de que riñan esta pendencia, y responder desde Roma. Claro es que pudiera exonerarme de tan desperdiciado empeño, siendo casi inútil el que se dirige á templar lenguas, y mas en acciones que se exponen al comun teatro del mundo. No obstante, ya que la censura no ha de morir de hidropesía, quise aventurarme, no prometiéndome benevolencia, sino solo por volver en alguna manera por las dádivas que, como esta, se comunican de gracia y sin necia vanidad. Señor censor (reservo á los á quien se debe reverencia, y hablo con los incurables), no digo que nos admire con sus obras para que respetemos y toleremos sus objeciones; que ya veo el despejo y prontitud con que se emprenden estas, y la dificultad que hay para aquello.

»Digo que si llegare á este humilde jardin, y se dignare de entrar en él, podrá y será de balde, por no haberle dispuesto para granjería, ni habrá quien le tire de la ropa para que se detenga. Ni tiene derecho aprobado por práctica de buen juicio (ni mas que por la libertad que livianamente se toma) para tachar lo que no le venden, cuesta dinero ni reputacion. En mi sitio, y á mis expensas, no puede privarme de que diseñe y saboree á mi beneplácito, ahijándole nombre por mi contemplacion. Pues sufrimos que se llame á un caballo *Mendocilla*, licencia tengo para nombrar *Flores de España* á mis conceptos. No le duela el tiempo que gasté en reducirlos á método, que puedo asegurar no hizo encuentro al que ha requerido mi principal ocupacion. En llamarlas *Flores* no hay grave impropiedad ni bastardía, antes le cuadrará legítimamente á ser un ingenio de los que poseen el epiteto de *floridos*. La desemejanza (si la hubiera) será queja, que agregará la naturaleza á las demás que puede formar, de que, por no habernos puesto precepto irritante, extendemos su primitiva institucion á varias ideas. Puesto que no sean muy nobles y hermosas, es nombre genérico el de *flores*, que incluye *rústicas* y *plebeyas*. Si parecieren estériles, por lo menos no dejarán de ser *flores*, cuyo oficio es mas deleitar que fructificar. Vendrá á parar la diferencia en ser mas ó menos pomposas y fragantes, lo cual tal vez suele ser defecto del contacto, mas que de no ser ellas odoríferas. No todas serán tan silvestres y desgraciadas, que carezcan de sentencia, concepto, artificio y elegancia. Con lo cual, y una mano que las reciba y un olfato que las favorezca, tendrá mi ambicion suficiente objeto, y exceso de premio y estima mi trabajo. En los jardines se afloja la cuerda al arco. No se predica (por instituto) circunspeccion y austeridad. Allí se pasean, rien y desenfadan, desde el monarca hasta el mas mesurado y recogido religioso y ministro, agradándose de la aptitud y no indispensablemente de la opulencia. No hay cosa mas vecina á fastidiar que el querer que todos sean elevados preceptores en sus escritos, ni otra mas cierta que ser casi mas lo que se deja de leer que lo que se lee. Los príncipes soberanos se reglan por sí. Hemos de presumir que rectamente y en todo acontecimiento no podemos negarles que son legisladores. Para los demás estados sobran libros y discursos políticos selectos, que abundan de doctrina numerosa, y quizá están arrinconados. De que resulta convenir que tal vez se escriba en modo que, excluyendo lo obsceno, sean auxiliadas las fatigas públicas y singulares, se dejen gustar, adornados de dulzura, los documentos, y vayan entre un concepto sonoro los que no pasaren de conceptos bien pensados. Y pues ni el señor censor tiene á su cargo la reformacion del mundo ni al parecer puedo yo perder mas crédito en esta resolucion del que su condicion y estilo ociosamente intentare quitarme, mortifíquese y haga bultos con los que se mostraren devotos ó indiferentes; que, demás de ser esto lo mas prudente en las acciones libres y meramente voluntarias (y no mala razon de estado hacer buen paso á lo que no se le puede impedir), se hallará muy respondido en los mismos conceptos (pues hay áspid entre las flores), caso que no se dé por debido á tan hidalga y discreta cortesía.»

DON JERONIMO DE CANCER Y VELASCO.

«Uno pues de los que merecen amor, aplauso, veneracion y premio, es DON JERÓNIMO DE CÁNCER, ingenio á quien Dios hizo gracia de toda la poesía, cosa que en muy pocos se ha visto; ¡con qué grandeza, con qué gravedad ha escrito las veras! Con qué ligereza, con qué donaire las burlas! Con qué propriedad las comedias! Lo comun, ¡con qué novedad! Lo nuevo, ¡qué sin extrañeza! La sátira, ¡qué sin aguijon! La chanza, ¡qué sin hiel! Los amores, ¡con qué sal! Y no sal cualquiera, sino cogida en el mar en quien nació Vénus; las jornadas de comedias que le han tocado, ¡qué revueltas, qué cortesanas, qué decorosas! Nadie entendió mejor los versos teatrales; pues viendo que el pueblo quiere mas flores que fruto, le labró flores, pero medicinales; pues en ellas iba oculto lo desengañado de la sentencia; y el oyente, que solo se imaginó entretenido, se halló en su casa enseñado. Muchos han escrito burlas, pero unos saladas y otras salobres. Mucho menor es el número de los primeros, entre los cuales á ninguno es segundo DON JERÓNIMO, cuyo estilo es tan exquisito, que de la manera que él no imitó á nadie, puede ser de nadie imitado. Quien en este volúmen echare menos la suma gracia, tiene traza de no hallar la dulzura en la miel.» Así decia don Juan de Zabaleta en el prólogo de las poesías de DON JERÓNIMO de CÁNCER y VELASCO, publicadas por vez primera en Madrid el año de 1651. En 1654 y 1761 se hicieron otras en la misma villa.

Calderon las aprobó en estos términos:

«Por mandado de vuestra alteza he visto este libro, que su autor DON JERÓNIMO CÁNCER intitula *Poesías varias;* y aunque el ingenio de su autor (tan celebrado en España) es su mas segura aprobacion, con todo eso le he leido con cuidado, y no hallo en él inconveniente que reparar; antes bien mucho que agradecer al estilo, en quien se hallan usados con agudeza y donaire los primores de la lengua castellana. Este es mi parecer, salvo, etc. Madrid y noviembre 20 de 1650.»

Muy poco se sabe de la vida de CÁNCER. Consta por sus escritos que estuvo casado y siempre en suma pobreza; que los condes de Luna y de Niebla le dispensaron alguna proteccion, y que alguna vez representó con los criados del rey Felipe IV en las comedias que se hacian en palacio.

A uno de sus tibios protectores decia en cierta ocasion:

Esto supuesto, sabed
Que estoy como diez adanes,
Y os lo daré, gran señor,
Firmado de cuatro sastres.

Las llagas de mis calzones
Son, Señor, tan incurables,
Que pasan las entretelas,
Y van descubriendo el cáncer.

Al mismo rey Felipe IV representó de este modo sus cuitas:

Pero vamos al negocio:
Yo soy comediante vuestro,
Y ahora en este papel
Lástimas os represento.

Mi familia los mas dias
Se suele pasar con versos,
Y mi mujer dice á todos
Que come platos compuestos.

CÁNCER fué muy amigo de don Juan de Zabaleta, de don Juan de Matos Fragoso, de don Agustin Moreto, de don Sebastian Villaviciosa, de don Pedro Rosete Niño, de los dos hermanos Figueroa, de don Antonio de Huerta y otros poetas dramáticos.

La necesidad de estos, y la aficion del público á novedades, obligaron á muchos autores á formar entre sí una sociedad para componer en brevísimo tiempo las comedias. Por lo comun juntábanse tres ingenios, trazaban el argumento, y cada uno se encargaba de escribir una jornada. Así se comprenderá cómo ha sido tan grande el número de obras dramáticas que se conservan del siglo XVII. Por lo general, como obras de diversos ingenios, y escritas con toda precipitacion, con el fin solo y exclusivo de ganar dinero, no tienen gran mérito estas comedias. Rarísima es la que ha logrado adquirir fama.

CÁNCER se burlaba de estas obras de varios ingenios en esta redondilla:

Escribimos tres amigos
Una comedia á un autor;
Fué de un santo labrador,
Y echamos por esos trigos.

A pesar de esto, CÁNCER ha sido uno de los mas incansables poetas de la sociedad de escribir comedias. Poquísimas son las que compuso él solo, y de esas no he alcanzado á ver mas que *La muerte de Baldovinos* y *Las mocedades del Cid*, ambas burlescas.

La fuerza del natural es obra suya y de Moreto; *Caer para levantar*, de Matos, CÁNCER y Moreto; *El bruto de Babilonia*, de Matos, Moreto y CÁNCER; *Hacer remedio el dolor*, de CÁNCER, Matos y Moreto; *Chico Baturi*, de Huerta, CÁNCER y Rosete; *El mejor representante san Ginés*, de CÁNCER, Rosete y Martinez; *El arca de Noé*, de los mismos; *La adúltera penitente*, de CÁNCER, Moreto y Matos.

No cito mas obras de este autor escritas en compañía de otros, por ser trabajo, á mas de prolijo, sumamente difícil. ¡Tan grande es el número de ellas!

CÁNCER murió en setiembre de 1654, y verosímilmente de un ataque de perlesia, enfermedad de que ya estaba tocado, segun dice él mismo en una de sus composiciones.

¿Es CÁNCER alguno de los muchos poetas adocenados del siglo XVII, y un sectario mas del mal gusto? Nada de eso. CÁNCER tenia un vivísimo ingenio. Su fábula del *Minoutauro* encierra bellezas de primer órden; no obstante que en tal cual verso se notan rastros del mal gusto dominante en aquella edad.

Pero lo que mas fama dió á CÁNCER fué la facilidad en el uso de los equívocos. En ellos, segun Nicolás Antonio, sobrepujó á todos nuestros poetas.

Fray Andrés Ferrer de Valdecebro, en *El templo de la fama*, califica á CÁNCER de *único en los equívocos y el primero que les dió alma; que el cuerpo lo dió Horozco.*

De este Horozco, que fué muy estimado en su tiempo, hoy se conservan poquísimas noticias.

Llamábase Juan, y es autor de aquel epigrama, puesto en boca de una menina de palacio, que, sin citar el nombre del que lo escribió, copia con elogio Gracian en su *Agudeza y Arte de Ingenio:*

El galan que me quisiere
Siempre me regalará,
Porque de él se me dará
Lo mismo que se me diere.

De don Juan de Horozco es tambien esta ingeniosa *Pintura de una dama:*

Oye, Amarílis discreta,
De tu beldad extremada
La pintura;
Aunque siendo tan perfeta,
Nadie puede ver pintada
Tu hermosura.
Mas préstame, te suplico,
Tu abanico por un rato;
Que al desaire
Te pintaré en tu abanico,
Para que te dé el retrato
Algun aire.
Naciste prodigio bello,
Y al registrar tu belleza
Milagrosa,
En mirando tu cabello
Se te puso en la cabeza
Ser hermosa;
Que tan crecido y precioso
Mata á mata se dilata
Por tu cuello,
Que á ser yo ladron dichoso,
Hiciera un salto de mata
De cabello.
El que huye de tu frente,
Se libra cuando se enoja
De una y buena;
Porque nació tan valiente,
Que es tentada de la hoja
De azucena.
El amor dice que iguales
A tus cejas se previenen
Mil despojos;
Porque son tus cejas tales
Y tan buenas, que se vienen
A los ojos.
Tus ojos, cuando no faltan
Rayos con que atenta pules
Sutil velo,
La color con que se esmaltan
Dudo; pero son azules,
Como hay cielo.
Esos claveles que brillas
Persuado á mis antojos
A que han sido
Dos brasas que en tus mejillas
. . . . . (1)
Se han caido.
De tu nariz bella copia
Miro, con tan buen semblante,
Los matices,
Que parece que tú propia,
Sin dar caida, te has hecho
Las narices.
Lo que en aquesta pintura
Por muy grande no he tenido
Es tu boca;
Que con ser tu hermosura
Tan grande, tu boca ha sido
Cosa poca.
Cuando me pongo á mirar
La proporcion y blancura
De tu cuello,
Me es forzoso confesar
Que en la mayor hermosura
Echó el sello.
Tu talle, con ser airoso,
A haberse herido muriera
De un rasguño;
Porque es talle tan medroso,
Que le meterá cualquiera
En un puño.
El que tus manos admira,
Su belleza sin enredos
Le da en ojos,
Porque ninguno las mira,
Que no le metan los dedos
Por los ojos.
Un pié tan pequeño animas,
Que tal vez que sin desdenes
Tu pié toco,

(1) Falta un verso.

Presumo que no te estimas,
Porque veo que te tienes
En tan poco.
Lo demás por que yo peno
A ninguno se concede
Registrar;
Pero sé que es tan bueno,
Que es todo lo que se puede
Desear.

De Horozco hay tambien un epigrama de uno que se tiraba mucho de los bigotes, siendo estos muy cortos:

Toda la paciencia junta
En este bigote miro;
Porque yo siempre le *tiro*,
Y él solamente me *apunta*.

Tal fué el modelo que Cáncer tuvo para jugar del equívoco en muchas de sus poesías satíricas. Que aventajó á don Juan de Horozco es indudable, si bien no puede negarse á este mucha facilidad en la versificacion y no menor sencillez y elegancia en el estilo.

Cáncer tambien fué uno de los poetas que escribieron versos tratando burlescamente asuntos divinos. Esta manera de celebrar los misterios de la religion cristiana y las vidas de los santos, rara vez mereció la desaprobacion de los inquisidores. Solo recuerdo ahora la prohibicion que hicieron de *Los juegos de Noche-Buena* (Barcelona, 1611), obra de Alonso de Ledesma. Uno de ellos es trovar burlescamente, dedicándolo á Cristo, este mote:

Adivina quién te dió,
Que la mano te asentó.

Si se hubieran escrito tales versos el dia de hoy, cualquiera persona tacharia de impío á su autor. Pero entonces, segun las costumbres y la religiosidad de aquellos poetas, se consideraba como gala de ingenio llevar á los ánimos la devocion por medio de los donaires. Y esta costumbre fué tal, que aun á la mitad del último siglo se publicó el poema burlesco de *San Benito de Palermo*, en seguidillas, con aplauso general y aprobacion de muy reverendos padres, sin que su autor fuera tachado de herético (1).

Naturalmente debió llegar á este extremo la poesía religiosa. Villancicos se han cantado en nuestros templos, composiciones de poetas á lo divino, que eran todo festivas agudezas; nuevo modo de excitar la devocion por medio de las burlas.

Decia Cáncer, tratando de la vida de santo Domingo de Guzman:

Diéronle con gran cuidado
El bautismo consagrado,
Donde la gracia se fragua;
Y al irle á pasar por agua,
Vieron que estaba estrellado.
. . . . . .
Perseguir siempre dispuso
De los herejes el yerro;
Y tanto sintió su abuso,
Que antes de nacer se puso
Contra ellos hecho un perro.
Siempre en oracion estaba
Y en continua penitencia,
Y cuando se maltrataba
Un *domingo* quebrantaba
Muy sin cargo de conciencia.
Fué notable su virtud
En los milagros que obraba,
Y un dia con prontitud
Dió vida á un muerto que andaba
Muy quebrado de salud.

Los poetas de aquel siglo, si trataban así las cosas de la religion, ¿cómo habian de tratarse unos

(1) El autor fué don José Benegasi y Lujan. Véase este pasaje:

Erase un gato romo,
Tan corpulento,
Que tendria su vara;
Gato del tiempo.
En mi dictámen,
El que vara no tiene
No es gato grande.
Este notó en Palermo
Que, por ser corte,
Excedian los gatos
A los ratones.
¡Chasco notable,
Que cazadores sobren
Y caza falte!
Retiróse al convento.
¡Discreto gato,
Pues en tí no se pierden
Los desengaños!
Cierto que en parte,
Racionales he visto
Mas animales.
. . . . . .
El cocinero simple
De él se fiaba;
¡Oh lego, mas que lego,
Cómo te clavas!
¡Qué! ¿No recelas?
Pues ¿ha mudado el gato
Naturaleza?
De ruines y animales
Recelad siempre,
Que si el miércoles cumplen
Faltan el juéves;
Y es, aunque cumplan,
Violento, y lo violento
Muy poco dura.
Presto el buen cocinero
Tiene la prueba,
Segun lo declarado
Por cierta presa;
Presa y bastante,
Que en la boca del gato
Tuvo su cárcel.
Una racion elige,
La mano alarga;
Y él con sus propias uñas
Se la señala,
Tan sin melindre,
Que él así se la lleva
Y él se la sirve.
Corriendo el cocinero,
Le dice *Suelta;*
Mas ¿qué importa que corra,
Si el gato vuela?
Que en apreturas,
Para volar los gatos
Tienen sus plumas.
Miz, una y muchas veces
Le vá diciendo;
El animal diria:
¡Zape en el lego!
Con gatos linces
Son *zapes* en sus fugas
Todos los *mices*.
Encontrólos Benito
Dando carreras,
Y á su voz todo un gato
Se vuelve oveja;
Pues al instante
En sus manos humilde
Puso la carne.
Ni el dar piés á tullidos
Ni vista á ciegos
Son portentos que igualan
A este portento;
Dejen me aturda
Que restituya un gato,
Que restituya.

á otros? Malísimamente. Dejo aparte las rencillas, movidas por envidia ó una mal entendida emulacion, como las de Góngora y Lope, Quevedo y Montalvan. Un ingenio, y grande, al finalizar su *Entremés del poeta*, definia el de su tiempo en esta copla:

Díganme: el ser poeta
¿En qué consiste?
En hablar mal de todos
Cuantos escriben.

Paso solamente á tratar de los vejámenes en que se ridiculizaba á los ingenios. En las justas poéticas por canonizaciones de santos y restauraciones de templos, y aun en memorias de academias, se hallan estas burlas, donde á veces mas se procuraba sacar los defectos personales del poeta que los de las poesías. Don Juan Ruiz de Alarcon y don Juan de Zabaleta fueron los mas heridos, el uno por sus corcobas y el otro por su fealdad.

Hasta en su trato particular se trataban duramente. De Luis Velez de Guevara se cuenta que encontrando de noche á don Juan Ruiz de Alarcon, al verlo con las dos corcobas, le dijo: *Hombre, ¿vas ó vienes?* Alarcon, que, segun parece, no se lamentaba de sus defectos personales ni se agraviaba por las burlas de sus compañeros, le respondió, siguiendo la burla: *Voy y vengo* (1).

Cánger, siguiendo la costumbre de su tiempo, escribió un chistosísimo y célebre vejámen, siendo secretario de una academia. En él hace donosísima burla de don Agustin Moreto, don Francisco de Rojas, don Juan de Matos Fragoso, don Juan Velez, don Pedro Rosete, don Juan de Zabaleta, y otros ingenios.

Tambien con la facilidad que tenia para los donaires, escribió dos de sus comedias burlescas: *La muerte de Baldovinos* (prohibida en 1790 por la Inquisicion) y *Las mocedades del Cid*. Ambas pueden competir con las de don Francisco Antonio de Monteser, autor del *Caballero de Olmedo*, ingenio dichosísimo en estas obras de cuerdos disparates.

Así pinta el Cid la acometida que dió á un moro:

Descubro un moro en un overo prieto,
De buen color y guarnicion al canto;
Díle un golpe, blandiendo el fuerte abeto;
Cayósele el bonete, que, de espanto,
Se quedó boca arriba, y con respeto
Tan alto de la silla le levanto,
Que en tierra de cabeza dió el jinete,
Y se metió otra vez en su bonete.

LAÍN.

Victoria fué con exceso.

CID.

Cuatro mil moros maté.

REY.

¿Cuatro mil?

CID.

Sí, en buena fe.

REY.

Este mozo es muy travieso.

CID.

Y ahora, señor y dueño,
En paga de accion tan buena,
Os pido solo á Jimena.

REY.

¿A Jimena? ¡Grave empeño!
Ved que es mujer, y se siembra
Gran daño si con vos casa.

CID.

Señor, todos en mi casa
Hemos casado con hembra.

REY.

No debo mas que avisaros;
Despues no os quejeis de mí.—
Jimena, salid aquí.

JIMENA.

Aquí están mis ojos claros.

CID.

Bella está como mil rosas.

REY.

Atended á lo que os digo:
Decid, ¿quereis con Rodrigo
Casaros, entre otras cosas?

JIMENA.

Digo que el cura de Astorga
Venga á casarnos aquí;
Digo que sí y que resí.

REY.

Bien está; quien calla otorga.

. . . . . .

(1) Hállase esta noticia en el códice X, 87, de la Biblioteca Nacional. En el mismo se halla esta otra:

«Habiendo silbado una comedia á Luis Velez, dijo don Antonio de Mendoza:

»*Entre los sueltos caballos*
De la mosquetera gente,
Que por el patio silbaron
Entre lo Roque lo *Velez*.

»Este respondió á aquel poeta cortesano:

»*Escollo armado* de hiedra,
Yo te conocí servicio;
Ejemplo de lo que vale
La m... de los validos.»

DON ANTONIO MIRADEMESCUA.

Don Antonio Mirademescua ó de Amescua fué natural y arcediano de Guadix.

En 1610 estuvo con el conde de Lémos en Nápoles, y murió en Madrid siendo capellan de honor de Felipe IV.

Escribió varias comedias, algunos autos sacramentales y algunas poesías.

Las comedias mas conocidas son: *La fénix de Salamanca*, *Galan valiente y discreto*, *El ermitaño galan y mesonera del cielo*, *La rueda de la fortuna*, *Obligar contra su sangre*, *Lo que puede el oir misa*, *El conde Alarcos*, *El negro del mejor amo* (1), *La tercera de sí misma*, *El pleito del diablo con el cura de Madridejos* (escrita con Rojas y Velez de Guevara), *El rico avariento*, *No hay burlas con las mujeres*, *El palacio confuso* (imitada por Corneille en *Don Sancho de Aragon*), y por último, la comedia burlesca *El rey don Alfonso el de la mano horadada*.

Tambien se atribuye á Mirademescua un poemita intitulado *Acteon y Diana*, en donde se lee esta admirable pintura de unos perros fatigados despues de una cacería:

El pecho en tierra están, y ensangrentadas
Las bocas, y las manos extendidas,
Los canes, y latiendo las ijadas,
Estriban en las piernas encogidas;
Las lenguas con anhélitos sacadas
Y las orejas flojas y caidas,
Ni al sueño ni al manjar ni al agua atentos;
Solo con respirar están contentos.

Todas las comedias de Mirademescua están llenas de versos líricos, de un mérito extraordinario. Nadie ha imitado la sencillez y ternura de Lope con mas acierto que este feliz ingenio.

Véanse algunos pasajes de la *Rueda de la fortuna*:

Yo confieso que en el yermo,
Aunque mas el perro ladra,
Mejor que en la rica cuadra
Entre mis ovejas duermo.
Como las gobierno y domo,
Cuando mis silbos las llaman,
Sus tiernas ubres derraman
La blanca leche que como.

En las cortes de los reyes
No hay mancebo mas bizarro;
El movimiento de un carro
Detiene con cuatro bueyes.
Tan ligero corre y salta,
Que alguna vez ha alcanzado
Al corzuelo remendado,
En la montaña mas alta.

Venirme mas bien no pudo,
Porque allí las piernas quiebre
Al jabalí colmilludo,
Corra la tímida liebre,
Saque del agua al pez mudo.
Seguiré la veloz gama
En otoño, cuando brama,
Hasta que caiga herida
En la yerba guarnecida
Con la sangre que derrama.

Mirademescua no se dejó llevar de la corriente del mal gusto de su siglo, á excepcion de los casos en que escribia para certámenes. Entonces el deseo de conseguir el premio, le llevaba á imitar hasta cierto punto el lenguaje de los poetas cultos, tan del agrado de los jueces que habian de dar el fallo.

No deja de ser tambien notable Mirademescua en los versos satíricos, como lo demuestran algunos de los sonetos que se copian.

(1) El asunto de la comedia *El negro del mejor amo* es la vida de san Benito de Palermo. Benegasi, en su poema en seguidillas sobre la vida del mismo, censura así á Mirademescua:

Con que se verifica
Que san Benito
Fué esclavo solamente
De Jesucristo;
Pero, aunque libre,
No libre de comedias
Que le esclavicen.
De un tal Portocarrero
Le hacen esclavo;
Pero es una comedia
Todo aquel paso;
Que en los ingenios
Suelen ser las mentiras
Mas que los versos.
Espadachin le fingen,
Guapo y tremendo;
Que á mucho mas obligan
Los mosqueteros;
¡Oh vulgo, vulgo!
¡Qué de ficciones causa
Tu necio gusto!

Uno de los aprobantes de la obra escribe sobre lo mismo: «Una comedia hay escrita del Santo, que tiene mas mentiras que escenas; allí se hallan bandos fingidos, milagros falsos, travesuras indignas, rodamontadas quiméricas, y en fin, se halla en aquella pieza del teatro cuanto no hubo en toda la vida del sugeto.»

En *Lo que puede el oir misa* se lee lo siguiente:

Déme tu alteza los piés
Para hartarme de besar;
Pero si tienes que andar,
Gran Señor, no me los dés.

Escribió tambien en verso una obrita intitulada *Avisos para la muerte*, que se imprimió en Madrid el año de 1653, y es bastante rara. Cervántes da á entender, en el *Viaje del Parnaso*, que MIRADEMESCUA era hombre *de conciencia limitada y justa, y de santa vida.*

En un códice (M, 180) de la Biblioteca Nacional hay una comedia inédita de MIRADEMESCUA, con el título de *Examinarse de rey.*

DON ANTONIO DE SOLIS Y RIVADENEYRA.

DON ANTONIO DE SOLÍS Y RIVADENEYRA nació en Madrid, á 18 de julio de 1610.

Estudió humanidades y dialéctica en su patria, y jurisprudencia en la ciudad de Salamanca.

De diez y siete años compuso la comedia *Amor y obligacion.*

El conde de Oropesa, virey que fué de Navarra y Valencia, y presidente de Castilla, lo hizo su secretario, y mas tarde por su influjo obtuvo de Felipe IV igual cargo cerca del Monarca para su protegido, á mas de la gracia de oficial de la primera secretaría de Estado, que SOLÍS renunció en favor de un pariente. La Reina Madre nombróle en 1661 oficial de la misma secretaría, dándole además el cargo de cronista mayor de Indias, por muerte de Antonio de Leon Pinelo.

Siendo de bastante edad, se ordenó de sacerdote, renunciando á la poesía. Dejó sin dar fin ni aun á la primera jornada, su comedia *Amor es arte de amar.*

Sus comedias fueron pocas: *La Gitanilla de Madrid*, *Eurídice y Orfeo*, *Las amazonas de Scitia*, *Un bobo hace ciento*, *El alcázar del secreto*, *El doctor Carlino*, *Amparar al enemigo*, *Triunfos de amor y fortuna*, á mas de la ya citada de *Amor y obligacion*, que fué la primera de todas. Sus entremeses mas conocidos son: *El niño caballero* y *El salta en banco*, representados, con *Triunfos de amor y fortuna*, en el Buen Retiro el año de 1658.

Además de varias loas, compuso dos representaciones graciosas: una *El baile perdido*, otra *El retrato de Juan Rana.*

La comedia *El amor al uso*, la mejor que escribió, fué imitada por Tomás Corneille en *L'amour à la mode.*

Muerto Calderon, no quiso, por mas instancias que le hicieron, componer autos sacramentales, por no entregarse de nuevo á la poesía ni aun para asuntos místicos.

Escribió luego *La historia de la conquista de Nueva-España*, cuya primera parte vió la luz pública, dejando la segunda incompleta y sin correccion; y así quedó inédita. El estilo de SOLÍS como historiador es á veces acertado; pero por lo comun es mas poético de lo que el asunto requiere. Así es que su obra tiene pasajes que mas parecen de un poema en prosa que de una historia.

La de Bernal Diaz del Castillo, soldado que se halló en la conquista, no puede en manera alguna competir con la de SOLÍS. Como obra de arte es desaliñada, y aunque la frase se tache de poco culta, *huele á rancho.* Por otra parte, hay que advertir que estaba escrita por quien peleaba rudamente, y rudamente escribia; la de SOLÍS es toda afiligranada, como obra de un cortesano que escribia á larga distancia del suceso y de los lugares, lo cual siempre engrandece é idealiza los sugetos. Nada hay mas ideal que los caractéres de Xicotencal y de Motezuma, tales como SOLÍS los retrata en los discursos que pone en sus labios.

Diaz del Castillo los pinta mas semejantes á la verdad, como hombre que los vió de cerca, de mo-

do que la imaginacion no tuvo parte en sus relaciones. Para Solís, Cortés fué impecable; por eso su obra se acerca mucho al panegírico. Diaz censura á Cortés en todo cuanto cree que erró.

El escrito de Solís es hijo del entusiasmo. Bernal Diaz del Castillo solo tiene un arranque de verdadera elocuencia: la descripcion de la batalla de Otumba. Eso prueba que la grandeza de los asuntos puede hacer tambien grandes á los escritores. Sin embargo, exageracion hay en el número de los mejicanos, puesto que en el valle de Otumba no pudo caber el ejército que nos pintan.

Escribió Solís igualmente varias epístolas muy notables por su sencillez y elegancia.

Como poeta dramático, lo juzga Marchena, diciendo: «Exceptuando en *Los triunfos de amor y fortuna*, que mas bien es ópera ó zarzuela que comedia, el juicioso Solís se ha preservado de los desatinos tan comunes en Calderon.»

Como poeta lírico, fué muy aficionado al discreteo y á los retruécanos. Amigo estrecho de Jacinto Polo desde los primeros años de su juventud, participó mucho del gusto literario de este, y aun lo tomó en bastantes ocasiones por modelo, como se deduce de varias poesías, y especialmente de la fábula de *Hermafrodito y Salmácis*, donde Solís quiso imitar la de *Apolo y Dafne* de aquel poeta; pero siempre quedó Solís muy inferior á su amigo, teniendo, como tenia, ingenio para haber escrito muy bien en estilo propio.

Murió este á la edad de setenta y ocho años, el 17 de abril de 1686.

En sus poesías acertó muchas veces con lo que es verdaderamente ingenioso y culto, tanto en lo grave como en lo festivo.

Sirvan de ejemplo estos pasajes:

Ataja, que tan violento
Corre el corzo hácia la fuente,
Que va la flecha en su frente
Mas veloz que iba en el viento.

Cuidado,
Suelta el perro antes del robo;
¿No ves la sombra del lobo
En la inquietud del ganado?

La mujer mas recatada
Cuernos pone á su amador;
Que Diana era doncella,
Y se los puso á Acteon.

¡Rara estantigua! Los hombres
Cuando á ser muy viejos llegan,
Ya no aciertan á ser viejos,
Y se van volviendo viejas.

Responded, niña, un renglon;
Y si no hay pluma con qué,
Avisadme, y pelaré
Un ala del corazon.

Púsose el sol, mas miento, no se puso;
¡Qué presto he tropezado en el abuso!
Dime, inventor de frase tan maldita,
¿Cómo se pone el sol cuando se quita?

En el *Deleite de la discrecion* se cuenta lo siguiente: «Ordenóse de sacerdote el discretísimo don Antonio de Solís, y á poco tiempo del nuevo estado, estando una tarde con el duque de Medinaceli y conde de Oropesa, altercando los dos con dictámen opuesto, dijo el de Medina: *Y sobre esto ¿qué dice el* señor don Antonio? A que respondió don Antonio: *Yo, Señor, digo misa.*»

ANDRÉS LAGUNA.

Andrés Laguna nació en Segovia el año de 1499. Estudió latin en Segovia, dialéctica en Salamanca, griego y medicina en Paris; siendo estudiante tradujo del griego al latin la *Fisonomía de Aristóteles* (1535). En el mismo año publicó tambien su *Methodus anatomica*, y despues la traduccion latina de dos libros de Galeno (*Galeni, de Urinis*).

En 1536 regresó á España con gran reputacion, por lo cual obtuvo una cátedra en la universidad

de Alcalá, donde tradujo del griego al latin y publicó dos diálogos de Luciano y el libro *De Mundo*, de Aristóteles.

Cárlos V lo llamó á Toledo en 1539, para que asistiese á la Emperatriz en su parto. Graduóse de doctor en Toledo Andrés Laguna el mismo año, y siguió la corte del Emperador á Gante, donde se dedicó á traducir en lengua latina la filosofía de Galeno.

En 1540 pasó á Metz, donde con su elocuencia procuró con feliz éxito apaciguar los ánimos, alterados por las discordias religiosas, y en 1542, con un valor heróico, fué el ángel de consuelo para aquellos naturales, en medio de la desoladora peste que los diezmaba.

Teniendo que pasar á Colonia, los habitantes de Metz, agradecidos, querian impedir su partida; pero al fin cedieron, mediante el juramento que Laguna les hizo de volver á visitarlos dentro de tres meses, lo cual cumplió.

En Colonia tradujo del italiano al latin una obra sobre varios sucesos acaecidos recientemente en Constantinopla, así como la de las plantas, de Aristóteles.

La universidad de Colonia le rogó orase en público para consuelo de la república en medio de las guerras de todo género que asolaban á Europa.

A las siete de la noche del 22 de enero de 1545 pronunció una magnífica oracion latina en la universidad, colgada de negros paños, y con un túmulo cercado de hachas en la sala principal.

Trasladóse á Metz, donde enfermó á consecuencia de sus graves y continuos estudios.

Pasó mas tarde á Roma, donde el papa Paulo III le nombró *soldado de san Pedro*, *caballero de la espuela de oro* y *conde palatino*, y donde se dedicó á la enseñanza pública. Julio III lo nombró su médico de cámara.

En Roma concluyó su traduccion castellana y comento del *Dioscórides*, que lo ha hecho famoso.

Pasó á Ambéres en 1555, en tiempo de peste, donde trabajó cuanto pudo en bien de la humanidad. En ese mismo año, y en Ambéres tambien (en casa de Juan Latio), imprimió el *Dioscórides*, edicion sumamente rara. Las mas conocidas son las de Salamanca de 1566 y 1586, así como la de Valencia de 1636.

Tambien tradujo en castellano *Las cuatro catilinarias*, Ambéres, 1557.

Murió Laguna en Segovia el año de 1560.

De sus poesías solo se conserva impresa la *Invectiva á la parra*, obrita ingeniosa y de una suavidad de estilo encantadora.

DON GABRIEL DEL CORRAL.

Don Gabriel del Corral fué natural de Valladolid y sacerdote. Estuvo en Roma por los años de 1633 en servicio del conde de Monterey, segun Montalvan, el cual afirma que escribió algunas comedias, pero no son conocidas.

Corral fué canónigo en Zaragoza, y residió mucho tiempo en la ciudad de Toro, como abad de su iglesia colegial.

El año de 1629 publicó en Madrid, en la imprenta del Reino, un librito intitulado *La Cintia de Aranjuez*, prosas y versos, por el licenciado don Gabriel del Corral. En el prólogo escribe:

«Juan Bautista Annulo confiesa que le dió motivo para escribir un libro que intituló de *Picta Poesi*, hallar unas láminas ociosas en la oficina de un impresor, á que aplicó unos emblemas de pequeño gusto y erudicion. Así yo, imitando esta ingenuidad, confesaré que todos los versos que estaban escritos antes del intento, y para hacerlos tolerables los engarcé en estas prosas y acompañé con estos discursos, no atreviéndome á publicar rimas desnudas, donde tienen conocido peligro los ingenios mas sazonados.»

Escribió el prólogo en Zaragoza, á 15 de agosto de 1628.

Don Juan de Jáuregui fué uno de los aprobantes de la obra.

Las poesías de Corral que aquí se publican, sacadas de la *Cintia* unas, y tomadas de otras partes las demás, son sencillas y elegantes. Escritas con gran facilidad y gracejo, merecen la estimacion de los aficionados á la poesía satírica.

Nicolás Antonio afirma que Corral era doctor en ambos derechos.

Tradujo de latin en verso castellano las obras poéticas del papa Urbano VIII.

Tambien vertió á nuestra lengua la ingeniosa novela de *Argenis y Poliarco* (Madrid, 1626).

Dejó inédito un *Discurso sobre la suspension de la jurisdiccion de la nunciatura en España.*

Don José de Pellicer elogia á Corral en estos términos: «Nuestro docto amigo y competidor valiente en su *Argenis*, don Gabriel del Corral.»

VICENTE ESPINEL.

Vicente Espinel nació en Ronda, donde residió muy poco tiempo, viajó fuera de España, habiendo salido muy pequeño de su patria. Él dice de sí:

Y si amansó mi canto al mar Tirreno
Y al bélgico furor ardiendo en rabia,
Y en el Lacio planté la hesperia musa.
. . . . . .
Llorando en las mantillas me enviaste,
Tierno, desnudo y pobre,
Y el pecho levantado.

Siendo hombre, volvió á Ronda, con cuyo motivo escribió un soneto y una cancion. No se halló bien en su patria, pues no era tratado como él esperaba, por lo cual pasó á la corte. Fué maestro de Lope de Vega, segun este confiesa:

A mi maestro Espinel
Haced, musas, reverencia,
Que os ha enseñado á cantar,
Y á mí á escribir en dos lenguas.

Espinel hizo su propio retrato en estos versos á don Francisco Pacheco, obispo de Málaga:

Que como yo, Señor, por mis pecados,
Tengo una ronca voz que me acobarda,
Los pulmones y el pecho tan cerrados,
Bronca pronunciacion, la lengua tarda,
Colérico el hablar ó vizcaino,
Peor al disparar que una lombarda.

En la epístola al marqués de Peñafiel dice:

Con la gordura tengo un ser de monstro,
Grande la cara, el cuello corto y ancho,
Los pechos gruesos, casi con calostros,
Los brazos cortos, muy horondo el pancho,
. . . . . .
Cada mano parece una centolla,
Las piernas torpes, el andar de pato,
Y la carne al tobillo se me arrolla;
. . . . . .
Cualquiera cosa para andar me estorba.

En Madrid, el año de 1591, por Luis Sanchez, se imprimieron las *Diversas rimas de* Vicente Espinel, *beneficiado de las iglesias de Ronda.*

Don Alonso de Ercilla las aprobó, diciendo: «En este libro, que los señores del Consejo me man-

daron que viese, no hallo cosa mal sonante; tiene buenos y agudos conceptos, declarados por gentil término y lenguaje; *y los versos líricos son de los mejores que yo he visto.*

La academia de Madrid, y su protector don Félix Arias Giron, laurearon con grande aplauso de señores é ingenios á Vicente Espinel (Lope, dedicatoria del *Laurel de Apolo*).

Inventó la composicion que en su tiempo se llamó *espinela*, y ahora se conoce por *décima*. La invencion consistió solo en la colocacion de los consonantes y en la pausa en el cuarto verso. Las coplas de diez versos son entre nosotros mas antiguas que Juan de Mena. Sin embargo, Espinel usó de esta composicion una sola vez en sus obras impresas, llamándola *redondilla*. La primera es esta:

No hay bien que del mal me guarde;
Temeroso y encogido,
De sin razon ofendido,
Y de ofendido cobarde;
Y aunque mi queja ya es tarde,
Y razon me la defiende,
Mas en mi daño se enciende;
Que voy contra quien me agravia,
Como el perro que con rabia
A su mismo dueño ofende.

Jacinto de Espinel y Adorno, en *El premio de la constancia y pastores de Sierra Bermeja*, dice: «*Décimas* se llaman porque tienen diez versos, y espinelas porque su inventor primero fué aquel insigne ingenio de Vicente Espinel, que no dudo que si fuese en tiempo de los romanos le levantasen estatuas de oro.»

Añadió Espinel la quinta cuerda á la vihuela.

Compuso tambien el libro de *El escudero Márcos de Obregon*, del cual aprovechó Lesage muchos pasajes para la novela *El Gil Blas de Santillana*, como notó Voltaire el primero de todos. Véanse mis *Anotaciones al Gil Blas*, impresas con el texto por don Angel Fernandez de los Rios, Madrid, 1851, en donde pruebo, contra la absurda opinion del padre Isla y de Llorente, ser Lesage el verdadero autor del libro, habiendo copiado é imitado pasajes y argumentos de comedias y novelas españolas, que se citan, juntamente con el papel intitulado *Caida del conde-duque de Olivares*.

Murió Espinel en Madrid, en la mayor pobreza, el año de 1634, á los noventa de su edad.

Don Gregorio Mayans niega á Espinel la invencion de la décima, diciendo que su verdadero inventor fué Juan Angel, bachiller en artes, en su *Tragitriunfo de don Rodrigo de Mendoza, marqués de Cenete* (año de 1523), y que Espinel solo hizo una variacion en los sitios de la consonancia (*Specimen Bibliothecae Hispano-majansïanae*).

ANDRÉS REY DE ARTIEDA.

Micer Andrés Rey de Artieda nació en Valencia por los años de 1549. Estudió artes y leyes en la universidad de su patria, graduándose en las primeras á la edad de catorce años, y en las segundas á la de veinte. Dedicóse despues á la carrera de las armas, llegando á obtener el grado de capitan de infantería, sirviendo en las campañas de Flándes y en las guerras contra turcos y franceses. Se halló en la batalla naval de Lepanto.

Ignoro si antes ó despues obtuvo una cátedra de astronomía en Barcelona.

El año de 1581 publicó en Valencia su tragedia de *Los amantes de Teruel*. Tres comedias compuso además, que no son conocidas.

Fué uno de los académicos de Valencia conocidos por los *nocturnos*. Murió en su patria el año de 1613.

En el de 1605 habia publicado en Zaragoza, por Angelo Tavanno, *Discursos, epístolas y epigramas de Artemidoro*, por Micer Andrés Rey de Artieda. El nombre de Artemidoro, segun se comprenderá, era poético.

Al fin se lee : *El caballero determinado espiritual, á imitacion del que hizo en lenguaje francés Oliver de la Marcha.*

No solo imitó al autor francés, sino tambien al traductor castellano Hernando de Acuña. Véase el principio :

Despues que las armas tuve
Que á Cristo dió el Precursor,
Cuando apareció en la nube
La paloma y resplandor
Que con ella baja ó sube.

La *Epístola sobre la comedia española* ha granjeado á Artieda una gran reputacion, por la facilidad de sus versos, por la excelencia del estilo y por su gran criterio.

Cervántes (*Viaje del Parnaso*) llama á nuestro poeta *mas rico de valor que de moneda.*

Véanse las teorías poéticas y gramaticales de Artieda en la dedicatoria á don Martin de Bolea, que es como sigue :

« ¿Quién duda, Señor, que si á un niño le pusiesen delante una joya de valor, y junto con ella un espejo trasparente, ternia por mejor lo postrero? Lo cual nace de falta de conocimiento; porque á tenerle, reconociendo el valor de la prenda, la estimaria harto mas que el espejo. De aquí nace que ninguna criatura puede estimar á Dios ni quererle tanto como Dios á sí mismo, que se conoce perfectamente, del cual conocimiento procede el amor inmenso que se tiene. Ríome muchas veces viendo obras, en su género perfectas, dedicadas á personas (aunque illustres) idiotas; porque es imposible, no conociendo el valor dellas, tenerles amor ni estimarlas en lo que se debe. Infiera de aquí vuestra merced cuán dichoso es el libro de Artemidoro, pues se dedica á persona que tanto entiende, no digo en artes liberales, pero en ciencias profundas, ejercicio militar y larga experiencia de sucesos. Y como los que he procurado imitar, inclinado al arte de poesía los ratos que me ha vagado, hayan sido Virgilio y Ariosto, cada uno, aunque por diferente estilo, único y singular, y estos tengan tanta cabida y crédito con vuestra merced, no puedo creer que no sea muy bien recebido Artemidoro, pues en el epitalamio y la mayor parte de los discursos representa á Virgilio, y en las *Justas de Páris*, fábulas, sátiras y epigramas al divino Ariosto; al cual he procurado imitar con tanto cuidado, que así como él procuró evitar en una octava que los consonantes della fuesen todos verbos ó todos nombres, así, á imitacion suya, no se hallará en mis escritos octava que, si precede verbo, el consonante siguiente no sea nombre, y ya que lo sean ambos, no sea el uno sustantivo, y adjetivo el otro. Acordándome muchas veces de la justa causa que tuvo Paulo IV de levantarse por no oir á un orador que comenzó diciendo : *In tempore illorum anticorum romanorum;* porque es imposible que no le causen fastidio tantos consonantes juntos.

» Imitéle tambien en aprovecharme de verbos que llevan apegado el artículo consigo del nombre precedente, como son *conocíle*, *diréło*, porque debajo del verbo *decir* y *conocer*, aquel *le* ó *lo* que se añade, descubre el nombre ó la oracion precedente, que tiene fuerza de nombre, como por ejemplo, Ariosto en el canto XXXVIII del *Furioso:*

» Cade in la sabia die il ultimo crollo
Del regnator di Libia il grave tronco,
Corse il spiritu al aqua, onde tirollo
Charon nell legno suo col graffio adonco.

»Este mismo género de consonantes imitó Garcilaso de la Vega en la égloga última, donde dice:

»El álamo de Alcides escogido
Fué siempre, y el laurel del rojo Apolo,
Y de la hermosa Vénus fué tenido
En precio y en estima el mirto solo,
El verde sauz de Flérida es querido,
Y por suyo entre todos escogiólo.

»Donde *tirólo* es tanto como decir tiró el espíritu de Agramante, y *escogiólo* fué lo mismo que decir *escogió* el *salce*, que tanto agradó á Fílis; en la cual imitacion mostró descuidarse Garcilaso, porque adonde dice *escogiólo* habia de decir *escogióle*, hablando cóngruamente español; porque, como este nombre *salce* sea masculino, el artículo lo habia de ser tambien. Para inteligencia de lo

cual digo que en la lengua española no hay ninguna palabra neutra (1); solo son masculinas ó femeninas, las cuales se señalan con el artículo *el* ó con el artículo *la*; pero, con todo, hay oraciones que tienen fuerza de nombre, y estas tales son neutras y se señalan con el artículo *lo*, conforme la doctrina de Antonio:

Dictio non nomen pro nomine sit tibi neutra.

»Conforme á esto decimos: *Yo dije esto, y entendiólo Pedro. Lo que yo digo es verdad.* Donde *lo* es el artículo neutro, y toda aquella oracion, *que yo digo*, sirve de nombre. Entenderse ha claro en estos tres versos:

Iba Laura delante, conocíla;
Iba detrás don Félix y llaméle;
Lo demás del suceso callarélo.

»Donde Laura (como femenina) tiene el artículo *la*, don Félix (como masculino) el artículo *le*. Lo demás del suceso, que es neutro, el artículo *lo*.

»Si no es que disculpemos á Garcilaso con decir que trocar los artículos está ya puesto en uso, verdadero legislador de lo que se habla, segun Horacio en la *Arte poética*:

Si volet usus,
Quem penes arbitrum est vis et norma loquendi.

»Y de ahí viene que, siendo el artículo masculino, le propone á palabras femeninas, como son *el alma, el agua*, segun se ve en la égloga segunda:

» En medio del invierno está templada
El agua dulce desta clara fuente,
Y en el verano mas que nieve helada.

»Lo que sin duda debió hacer por evitar el yahto ó quiebra que hay siempre y cuando la palabra femenina comienza con vocal, porque entonces, precediendo el artículo *el*, suena muy mejor al oido.

»Hase de advertir que estas oraciones que tienen fuerza de nombres neutros vienen tan encubiertas algunas veces, que parecen puros nombres, como cuando decimos *lo malo*, *lo perjudicial*, *lo deshonesto*. Donde tácitamente se entiende lo que es malo, lo que es perjudicial, lo que es deshonesto; porque si solamente fuese adjetivo, diriamos el hombre malo, el perjudicial, el deshonesto suele escandalizar la república, etc.

»Procuro tambien imitar á Ariosto, hablando siempre que pude con verbos de presente, porque los de pretérito son tantos, que por aprofanados y vulgares despintan la gloria que el poeta pretende alcanzar, con decir cosas dificultosas y agradables por la dificultad facilitada del consonante. Y dejando esto aparte, que, por ser lenguaje tan gramático, no se compadece con lo que al principio iba diciendo (donde faltó poco que tratando del conocimiento y amor que dél procede, tratase misterios de la Trinidad), concluyo con decir que le imité en algunos versos graves, poniendo el acento principal en la octava sílaba de las once que tiene el endecasílabo, siéndole tan proprio y casi necesario tenelle en la sexta. Visto y considerado que Ariosto la primer octava del primer canto del *Furioso* (que fué de ostentacion) la cerró con el siguiente verso:

Sopra il re Carlo, imperator romano;

donde en la última sílaba de la palabra *imperator*, que es la octava del verso referido, puso el acento que falta en la sexta. Y concluyendo, digo que le imité, poniendo todas las veces que pude en medio los versos palabras *esdrúcholas* (es á saber, las que tienen el acento en la sílaba antepenúltima), como son *término*, *ánimo*, *límite*, porque hacen correr y rodar con gran suavidad y lisura el verso. Esto escribo, no por ignorancia, que vuestra merced lo sabe mejor que yo, sino por la complacencia que tengo dello, y que, como sábio, reconocerá á Artemidoro, y como descendiente de los ínclitos reyes don Sancho Abarca y don Jaime el Conquistador, lo terná debajo de su proteccion y amparo, siendo hechura del mayor servidor que tiene vuestra merced, á quien Dios nuestro Señor guarde muchos años.—*Micer Andrés Rey de Artieda.*»

(1) Si hay: *testigo*, *dueño*, etc.

EL CONDE DE REBOLLEDO.

Don Bernardino de Rebolledo, señor de Irian, fué natural de la ciudad de Leon. Siguió la carrera de las armas, cultivando al propio tiempo la poesía y la ciencia política.

Por su claro talento y eminentes servicios logró que Felipe IV lo nombrase su embajador cerca del rey de Dinamarca. Tambien consiguió ser conde del sacro romano imperio.

Los monarcas del Norte tuvieron al conde de Rebolledo en gran estima, especialmente Fernando IV de Hungría y Bohemia, y Cristina de Suecia.

Publicó una coleccion de poesías con el título de *Ócios*, en Anvers, el año de 1650; *La selva militar y política*, en Colonia, Agripina (1652); *La constancia victoriosa*, égloga sacra, y *Los Trenos de Jeremías*, en Colonia igualmente, el año de 1655.

Todas estas obras, así como *La selva dánica*, se reimprimieron en un volúmen, en Anvers (1660).

A los ochenta años de su edad murió Rebolledo en Madrid, el de 1676.

Este autor procuró conservarse, en cuanto le fué posible, inmune de los vicios que en la elocucion habian hecho tan comunes en los poetas los sectarios de Góngora; pero no supo librarse de caer en el extremo contrario: en el prosaísmo.

Cierto que algunas de sus obras, como *La selva militar y política*, son didácticas, en las cuales no se permite un estilo tan elevado; mas hay que convenir que el conde de Rebolledo no acertó á mantenerse en el estilo medio propio de estos asuntos, que tanto enaltece la epístola de Horacio á los Pisones, y la parte del tratado *De re rustica*, que escribió en verso Columela.

Véase como una muestra el principio de *La selva militar y política*, donde el autor discurre al propio tiempo sobre los sucesos de su vida:

Si haber peregrinado
Desde la edad primera
En remotas provincias
De estilos y costumbres diferentes,
De tan ásperos climas y naciones,
Combatido de varios accidentes,
De contrarios sucesos agitado,
Haciendo peligrosas experiencias
De una y otra fortuna, conferidas
A los canos ejemplos de la historia,
Y dudosas noticias de las ciencias
Arrebatadamente percibidas
Entre el confuso estrépito de Marte,
Se debiera juzgar bastante parte
Para hacerme decente
De aconsejar al que absolutamente
Dispone del gobierno de un estado,
Ni fuera tan culpado
Lo que de mí llegais á prometeros,
Ni recelara tanto obedeceros.
. . . . . .
Víctima desterrada
Por ajenos delitos,
De espíritu y de cuerpo fatigada,
De males infinitos,
Con rigor arrojada
De la suerte enemiga
A las vastas regiones,
Imperio de los rígidos triones,
En que de lo supremo de su cielo
Y de Alcídes vestida la loriga,
El sol apenas contrastar procura
El invencible hielo
De que siempre las armas cinosura,
Los prevenidos riesgos acometo,
Venciendo mi temor vuestro respeto.

En el *Idilio sacro*, que es la vida de Cristo sacada de los evangelios, se encuentra tal cual pasaje escrito con vigor poético. *La selva sagrada*, version de todos los salmos, no carece de mérito; pero las mejores obras del conde de Rebolledo son sus epigramas y la version del *Libro de Job*, con el título de *La constancia victoriosa*, égloga, y la de los *Los trenos de Jeremías*, con el de *Elegías sacras*.

Estas dos pueden servir de modelos en su género, tanto por la grandiosidad del estilo con que su autor ha trasladado al castellano las bellezas de aquellos libros, como por la robusta versificacion en que ha sabido encerrar los pensamientos.

Al leer las *Elegías sacras* (1) no pueden menos de recordarse las odas que con el título de *Lamentations de Jeremie* posee la literatura francesa, debidas á D'Arnaud (Dresde, 1752).

(1) El mismo título de *Elegías sacras* tiene una version francesa del año 1754.

Esta obra, tan celebrada por su estro poético, no es seguramente superior á la del CONDE DE REBOLLEDO. D'Arnaud, á pesar de su fogosa imaginacion y del gran modelo que imitaba, descubre en algunos pasajes que era hijo de un siglo de *poesía prosáica*. El mismo conocia el estado de esta en su país cuando exclamaba : *Je dis peut-être un blaspheme, sommes-nous la nation la moins poetique.*

Las *Lamentaciones de Jeremías*, del autor francés, como paráfrasi de aquel profeta, están escritas con todo el entusiasmo del dolor y con una riqueza de imágenes encantadora.

¿No reunen estas cualidades *Las elegías sacras* del CONDE DE REBOLLEDO? En mi opinion, compiten estas con las odas de M. D'Arnaud; mas aun: por su grandilocuencia, y por acercarse al original hebreo mucho mas que las del poeta francés, en mi opinion deben preferirse, sin que la pasion por la literatura de mi patria me engañe. A lo menos, tal es mi creencia.

Cotéjense, si no, estas estrofas de la oda I con la version de REBOLLEDO que se halla en el texto.

Quel spectre en ces déserts! Est-ce toi ma patrie,
Du pain de la douleur, d'amertumes nourrie,
Sous le sac et la cendre aux pòrtes du tombeau?
Oh! Sion est-ce toi qui meurs dans la poussière?
Tes champs ne m'offrent plus qu'un vaste cimetière,
Où fume de la mort le lugubre flambeau.
Veuve des nations, oh mère misérable,
Tu vois s'évanouir une race innombrable;
Seule, de tes malheurs tu supportes le poids,
Ciel! Qui forgea les fers frémit dans les entraves!
La reine de la terre est au rang des esclaves,
Soumise au dur tribut qu'elle imposoit aux rois!
Oh nuit, tu la revois les sanglots à la bouche
De longs ruisseaux de pleurs tremper sa froide couche!
Ils dessèchent sa joüe, ils y sont imprimés;
Aucun de ses amis n'adoucit ses allarmes!
Que dis-je? Les ingrats insultent à ses larmes?
Tous sont des loups cruels de sa chair affamés.
La fille de Juda dans sa fuite incertaine,
En traînant après soi son malheur et sa chaîne,
En vain s'est transporté en d'étrangers climats;
Elle n'y trouve point ce repos qu'elle implore,
Tous ces loups dévorants l'y poursuivent encore,
L'esclavage et la mort ont volé sur ses pas.

El CONDE DE REBOLLEDO, no obstante la superioridad del estilo y mas exactitud en la paráfrasis, no ha obtenido una celebridad tan grande como M. D'Arnaud. Le ha faltado un Benedicto XIII, que desde Roma califique de *excelentes* sus *Elegías sacras*, y un cristiano Wolff, el Newton de Alemania, que contribuya á difundirlas por el Norte con el aplauso de todos los doctos, como se difundieron en tres ediciones consecutivas. Se han necesitado cerca de dos siglos para que un filósofo español haya preconizado en todo su valor el indudable mérito de la version del CONDE DE REBOLLEDO. Hablo del célebre abate don José Marchena.

Antes de concluir este breve artículo, no dejaré de notar que las mejores traducciones de Jeremías que tienen las literaturas española y francesa han sido hechas en los países del Norte.

El CONDE DE REBOLLEDO era embajador en Dinamarca; M. D'Arnaud consejero de la legacion del rey de Polonia cerca del elector de Sajonia.

Ambos publicaron sus obras en Alemania; el uno en Colonia, el otro en Dresde, mediando un siglo.

Ambos tambien dedicaron sus traducciones á dos princesas. REBOLLEDO á la reina Cristina de Suecia; D'Arnaud á la reina de Polonia.

ALONSO DE BARROS.

Fué natural de Segovia. Escribió una coleccion de sentencias filosófico-morales en verso octosílabo, con el título de *Filosofía cortesana moralizada* (Madrid, 1567, por la viuda de Alonso Gomez).

En 1598 se hizo otra edicion por Luis Sanchez, con el título de *Perla*, acompañada de un prólogo de Mateo Aleman y de poesías laudatorias de Hernando de Soto y de Lope de Vega. Dormer en Zaragoza reprodujo esta el año de 1664.

El famoso maestro Bartolomé Jimenez Paton publicó en 1615 (Baeza, por Pedro de la Cuesta) estos mismos proverbios, concordándolos con sentencias de los grandes filósofos y poetas griegos y latinos. Púsole el título de *Heráclito de Alonso de Barros*. El texto que se ha seguido para la reimpresion de estos proverbios ha sido el de la edicion de Paton, por lo cual se le ha conservado el nombre, no obstante no incluirse en esta las concordancias latinas.

«El ánimo (dice hablando de Alonso de Barros) así mio como suyo, ha sido dar recopiladas en breve epílogo las riquezas de los antiguos, cubiertas de las lágrimas de Heráclito; que bien conocidas, serán perlas para el adorno de las costumbres de nuestra vida, si ya por nuestro descuido no diésemos ocasion á Demócrito que salga con su risa á hacer burla de nuestra locura, por no saber conocer el tiempo y aprovecharnos dél.»

El mismo Bartolomé Jimenez Paton cuenta lo siguiente al tratar del mérito de esta obra de Alonso de Barros:

«De nuestro español puedo decir que, con haber sido tan enemigo de poesía el rey nuestro señor don Felipe II (que Dios tenga), se cuenta de su majestad que recibió particular contento y gusto con la destos proverbios, y aun mostró que lo ternia en que los otros sus criados los tomasen de memoria. Y tambien que ningun autor tan moderno se ha visto tan presto citado, y de escritores los mas graves de su tiempo, como lo es el presente. Y de todo esto goza por la gravedad de sus sentencias.»

Con efecto, el librito de Alonso de Barros, como obra poética de filosofía moral, es digno de conservarse. Encierra pureza en la diccion, dignidad en la frase, versificacion sencilla y clara, y una doctrina excelente, como fruto de la incesante leccion de los escritos de los varones mas eminentes de la antigüedad. No es tan pueril en muchos de sus proverbios morales como madama Delaïsse en los que dedicó á la duquesa de Borbon (1777).

CRISTOBAL PEREZ DE HERRERA.

A imitacion de los proverbios de Alonso de Barros, compuso otros Cristóbal Perez de Herrera.

Este ilustre médico nació en Salamanca el año de 1558. Sirvió en las galeras de España, y hallóse en muchos encuentros con bajeles de piratas de la Rochela, de Holanda y de Turquía, demostrando un valor á toda prueba, y una sagacidad para vencer con gloria cualquier género de peligros.

En Madrid, depuestas las armas, se dedicó únicamente á su profesion médica y al socorro de la indigencia. Seis años empleó en idear y escribir un libro intitulado *Amparo de los legítimos pobres y reduccion de vagabundos*, logrando que se estableciese en Madrid una *casa albergue*, y ser nombrado por Felipe III *protector y procurador general de los albergues del reino.*

Falleció en Madrid, teniendo muchos años. A mas de algunas obras de medicina y de algunos opúsculos filantrópicos, compuso *Proverbios morales y consejos cristianos muy provechosos para concierto y espejo de la vida, adornados de lugares y textos de las divinas y humanas letras* (Ma-

drid, 1612 y 1618, por Luis Sanchez; 1733, por los herederos de Francisco del Hierro, y 1846 en el IV tomo de la *Historia de la medicina española*, por Morejon.

No es esta obra despreciable, como supone el erudito anglo-americano autor de la *Historia de la literatura española*. Los proverbios de PEREZ DE HERRERA son sentencias recogidas de los mas sábios autores, y de ningun modo pueden compararse con los proverbios vulgares de nuestra lengua, pues son cosas enteramente distintas. En la versificacion es inferior á Barros.

FRANCISCO DE ALDANA.

FRANCISCO DE ALDANA fué natural de Valencia, y hermano de Cosme, de quien hablé ya en el tomo de *Curiosidades bibliográficas*, al reimprimir su *Invectiva contra el mundo*.

Se dedicó á la poesía, al propio tiempo que á las armas. Sus contemporáneos le dieron el renombre de *Divino* como poeta, y el Rey el grado de capitan por su esfuerzo.

FRANCISCO DE ALDANA fué alcaide de la fortaleza de San Sebastian. Despues Felipe II, cuando se comenzó á tratar en Portugal la guerra con los moros de Africa, mandó á ALDANA que fuese á reconocer las costas y los lugares á ellas inmediatos, y lo envió al rey don Sebastian, el cual lo recibió cariñosamente. ALDANA le informó con suma detencion, y aun le describió la empresa de la conquista, como cosa mas difícil de lo que el Monarca pensaba. Despues don Sebastian quiso saber de ALDANA, como de hombre tan experto en la milicia, algunas noticias sobre el modo de mandar ejércitos. De estas pláticas resultó que don Sebastian deseó poner por obra cuanto habia oido, no sabiendo cuánta diferencia hay de entender una cosa á ponerla en ejecucion.

Dió licencia á ALDANA para volver á España, y un collar de oro, de valor de mil ducados, en prenda de afecto, haciéndole prometer que al tiempo de la expedicion pasaria á servir en su ejército.

Con efecto, ALDANA pasó al campo del Rey, segun la promesa que le habia dado. Sin mas objeto que desempeñar su palabra, solicitó y obtuvo licencia de Felipe II para ello.

Llevó ALDANA al Rey un presente y una carta del duque de Alba. El primero consistia en una celada del emperador Cárlos V y una sobreveste blanca, con la cual este monarca entró victorioso en Túnez. En la segunda le decia que no le aconsejaba emprender la conquista por tierra; pero que puesto que, segun una carta suya, solo trataba de tomar á Larache, sentia en ello una satisfaccion, y no podia menos de alabar su propósito.

ALDANA, como tan experto en la guerra, se dedicó á organizar el ejército, que estaba en el mayor desórden posible, sirviendo casi todos los oficios principales; pero, como no era conocido de los soldados, no tenia entre los portugueses la autoridad suficiente, por lo cual no podia conseguir cuanto deseaba

En la batalla donde pereció el rey don Sebastian (8 de agosto de 1578), ALDANA, el duque de Aveiro y algunos otros señores principales, á la cabeza de algunos caballos, acudian ya á una parte, ya á otra, donde el peligro era mayor, para esforzar los ánimos.

ALDANA murió herido de un arcabuzazo.

Todas estas noticias, poco conocidas, son tomadas del libro intitulado *Dell unione del regno di Portogallo alla corona di Castiglia, del Sig. Jerónimo de Franchi, gentil-huomo genoves* (Génova, 1585).

Cosme de Aldana lamentó la muerte de su hermano en varios sonetos y algunas octavas que se publicaron en Milan el año de 1587.

Recogió despues en un volúmen las poesías que pudo hallar de su hermano, y con el epígrafe de *Primera parte* las dió á luz en Milan el año de 1589. La *segunda parte* en Madrid, por Pedro Madrigal, año de 1591. Todas las obras en Madrid, por Luis Sanchez, año de 1593.

Cosme de Aldana dice que su hermano tradujo en verso suelto las *Epístolas de Ovidio*, y que com-

puso una obra, escrita en innumerables octavas, con el título de *Angélica y Medoro*. Ni una ni otra se han hallado.

Generalmente las poesías de ALDANA, no obstante los elogios de Cervántes, Gil Polo y otros muchos de sus contemporáneos, son en realidad muy inferiores á su fama. De todas ellas, lo mejor se encuentra recogido en el texto. Por lo comun no podia ALDANA dar buena entonacion á sus versos.

No sé si por efecto de haberse hecho la edicion por manuscritos defectuosos, las poesías de ALDANA aparecen incorrectísimas.

Sea de esto lo que fuere, ALDANA, como poeta lírico, tenia gran ingenio; pero carecia de fuerza para expresar sus pensamientos en el tono que convenia al asunto.

Las descripciones que se copian en el texto son, sin embargo, excelentes, así como el soneto á su hermano.

EL DOCTOR GARAY.

«Concurrieron en aquel tiempo en aquel género de letras algunos insignes hombres, que quien tuviese noticia de sus escritos, sabrá que merecieron este nombre: Pedro Laínez, el excelentísimo señor marqués de Tarifa, Hernando de Herrera, Galvez Montalvo, Pedro de Mendoza, Marco Antonio de la Vega, DOCTOR GARAY, Vicente Espinel...»

Tal decia Lope en respuesta á una carta de un *señor de estos reinos*.

¿Quién fué este DOCTOR GARAY? Un Blasco de Garay, racionero en la iglesia de Toledo, floreció á mediados del siglo XVI, y fué autor de unas cartas en refranes (Venecia, 1555), género de escritos que cerca de dos siglos despues imitó el autor del librillo *Le facecieux drolofique et comique* (Vandemont, 1715), incluyendo dos epístolas en proverbios con el título de *Le secretaire hipocondriaque*.

Creo que el DOCTOR GARAY no fué el racionero de la catedral de Toledo. Si hubiera tenido este el grado de doctor, no lo hubiera callado. A mas que por el estilo me parece el primero, autor que floreció de mediados á fines del siglo XVI.

Sus poesías se conservan en un manuscrito de mi amigo el señor don José María de Alava, catedrático en la universidad de Sevilla, y de ellas se insertan en el texto las que he tenido por mejores.

El DOCTOR GARAY tomó el nombre poético de *Fabio*; así como Galvez de Montalvo el de *Siralvo*, Ercilla el de *Arciolo*, Cervántes el de *Tirsi* y Francisco de Figueroa el de *Damon*.

La dama celebrada por el DOCTOR GARAY lo fué con el de *Fabia*, á semejanza de los demás ingenios de aquellos y posteriores tiempos, que cantaban al objeto de sus pensamientos con nombre fingido.

El DOCTOR GARAY fué mal correspondido de su amada, puesto que se casó con otro, segun una epístola de aquel poeta, en que así lo dice á un amigo, y tambien en otra dirigida á la misma Fabia despues de casada.

A pesar del desaliño con que están escritos, no carecen de mérito estos pasajes de la epístola á Fabia. El poeta, llamado por su amada, antepone á su felicidad el deseo de que la paz del matrimonio no se turbe; los consejos que le da no pueden ser mas morales, expresados al propio tiempo con todo el entusiasmo de un amor tiernísimo.

Cual suele el capitan que triunfo ordena
A los que muchos años há venciendo,
Presos dejó y tendidos en la arena,
Por su carta mandar que luego en viendo
Su voluntad, pues es señora suya,
Vengan ante él, que los está atendiendo;
De esta misma manera, por la tuya,
Que vaya á verte mandas, y si fuera,
Sino lo que me ampara, me destruya,
Si mas, señora Fabia, no temiera
El daño que de aquí venirte pueda,
Que ninguno que á mí venir pudiera;

Pues no hay ninguno que al que tengo exceda;
Que, segun tu descuido me ha parado,
Ni qué esperar ni qué temer me queda.
Y así, Señora, estoy determinado
Que cortemos el hilo á nuestra historia
Antes que quiebre por lo mas delgado.
No sea que la fortuna busque gloria
En mi pena, cual suele, perturbando
La tuya por llevar mayor victoria.
Leyendo aquesta, me estarás notando
De falso y de traidor y de cobarde,
Y de otros mil delitos me acusando;
Pero, Señora, entiende, aunque es ya tarde,
Para me conocer segun me dejas,
Que no es medroso quien de amores arde;
Y que esto no es vengarme de las quejas
Que tengo; que de estas no hay venganza,
Ni la toman del lobo las ovejas.
Por mí no temo del rigor la lanza,
Que ya me atravesó de parte á parte
Cuando vi tu firmeza y tu mudanza.
No quiero con mis quejas lastimarte,
Pues no tienen remedio, sino ahora
De lo que es justo que hagas avisarte.
Ya sabes, mi bien, mi Fabia, mi señora,
Cómo á tu voluntad y á mi disgusto,
En el lugar de Fabio, Ardonio mora;
Y que aunque el caso para mí fué injusto,
Al fin él es tu esposo, y tú su esposa,
Ordenacion de Dios, que todo es justo.
Y que no hay en el mundo caso ó cosa
Que sea bastante á deshacer lo hecho,
Si no es de Dios la mano poderosa.
Pues considera ahora allá en tu pecho,
Siendo, cual es, forzoso el matrimonio,
Cuán mal lo pasarás á tu despecho;
La vida que tendrás si siente Ardonio
Que por otro suspiras, y tus ojos
No dan y tu semblante testimonio.
Sus pasatiempos te serán enojos,
Penosa soledad su compañía,
Y su cama mas dura que de abrojos.
Ya ves, Fabia, que en ser por causa mia
Te habia yo de incitar á que lo hicieses,
Mas es nueva en amarte mi porfía.
Y el cielo no me dé sino reveses
En cuanto ponga mano, como suele,
Si he mirado jamás mis intereses,
Ni si cosa en el mundo mas me duele,
Ni me puede doler, aunque tu casa
De la que tienes ora al cielo vuele,
Como que Ardonio goce tan sin tasa
Lo que sin tasa solo Fabio quiere,
Aunque fortuna de ello me fué escasa.
Cada vez que este golpe el alma hiere,
Siento venir la muerte poco á poco,
Mas nunca llega á quien viv endo muere.
Discreta Fabia, tu saber es poco,
En consejo te dar que al tuyo amengua,
Ver que á una cuerda dé consejo un loco.
Mas tuyo es el consejo; que mi lengua
Tú la mueves, Señora, y cosa tuya
A tí sola no puede echar en mengua.
Y no es bien que tal bien en mal concluya,
De celos incitado tu marido,
Con nuestra muerte en la venganza suya.
Y acuérdate que mientras te he querido,
No estuvo á Dafne tan sujeto Apolo
Como á tu voluntad yo siempre he sido.
Y que en mi pecho ni hubo ni habrá dolo,
Ni cosa que de firme amor no sea;
Que con tanta lealtad yo he de ser solo.
Y en cuanto ciñe el mar y el sol rodea
Clara mudanza se verá primero
Que en el amor de Fabio tal se vea.
Ya sabes que el fiador de aquesto es Duero,
Que atrás no vuelve; y pues partí, yo he sido
Mártir de amor, milagros hacer quiero.
Quiero dejar el bien que he pretendido
Porque no se haga mas que es ir á verte,
Pues que de la razon me he defendido;
Que razon solo me obligó á quererte,
Y la razon me obliga á no gozarte,
Y esta razon me obliga hasta la muerte.
Y si en tu voluntad yo tengo parte,
Te pido, por el paso en que me veo,
Que sepas con la fuerza concertarte.
Con prudencia enfrenando tu deseo,
Que importa mucho, porque en tí, mi Fabia,
Parecerá lo razonable feo.
Tambien, aunque de aquesto el alma rabia,
Porque se agravan mis pasados males,
Mas es razon, y la razon no agravia,
Te pido, mi señora, que regales,
En cuanto tú pudieres, á tu dueño,
Para que de otro amor no dé señales.
Y no le muestres ya copete ó ceño,
Ni esa divina cara contrahecha,
Ya que este sé que no es dolor pequeño.
Esto te pido, por lo que aprovecha,
Para que pases mas alegre vida,
Y no te ver en lágrimas deshecha.
Y á solas, en tu alma recogida,
Acuérdate de Fabio, y ni miralle
Los ojos vuelve, do el amor se anida.
A mí me has de querer, y á él regalalle,
Y pues que no pretendo hacerle agravio,
Ya que es fuerza que el cuerpo hayas de dalle,
Partamos: dale el cuerpo, el alma á Fabio.

El DOCTOR GARAY escribió en 1583 una cancion al casamiento de la infanta doña Catalina.

Por el contexto de dos epístolas, una á don Bernardo de Sandoval y Rojas, y otra á Velazquez, obispo de Osma, se infiere que en los últimos años de su vida hubo de seguir la carrera eclesiástica.

Este poeta es muy parecido en la manera de versificar á Gutierre de Cetina.

PEDRO DE ESPINOSA.

Fué natural de Antequera. A fines del siglo XVI ya tenia alguna importancia literaria, puesto que se puso en relacion con los principales ingenios para formar la coleccion que lleva por título: *Flores de poetas ilustres*, obra que se imprimió en Valladolid, el año de 1605, por Luis Sanchez.

Escribió, á mas de las poesías que se incluyen en esta coleccion:

Elogio al retrato del duque de Medina-Sidonia.

Espejo de cristal fino, y antorcha que aviva el alma; Málaga, 1625.

Psalmo de penitencia, importantísimo para alcanzar perdon de los pecados; Sanlúcar de Barrameda, 1625.

Panegírico á la ciudad de Antequera; idem, 1626.

Panegírico al excelentísimo señor don Manuel Alonso Perez de Guzman el Bueno, duque de Medina-Sidonia; Sevilla, 1629.

Tesoro escondido; Sanlúcar, 1644.

Arte de bien morir; Madrid, 1651.

Muy poco se sabe de la vida de este autor.

De un Pedro de Espinosa, que sirvió en las guerras de Italia, hay un manifiesto del duque de Sesa, que dice así:

«Gonzalo Fernandez de Córdoba, duque de Sesa, etc., gobernador del estado de Milan y capitan general por su majestad en Italia. Teniendo en consideracion á que agora ni en ningun tiempo ninguna persona pueda, en ofensa de la verdad ni contra la honra de Pedro de Spinosa, tratar ni decir ni pensar lo que no fué ni pudo ser, como paresce por el mesmo caso y por las providencias que con todo rigor de justicia en él se hicieron, ordinaria y extraordinariamente visto y mirado por todos los jueces á quien pertenecia el conocimiento de la causa, y decidido y declarado por el senado de Milan, el que desapasionadamente, siguiendo toda equidad, verdad y ligereza, dió por libre y sin ningun género de culpa al dicho Pedro de Spinosa en el caso que aquí se dirá, y al que, queriendo un mal hombre, sin mirar á Dios ni á su conciencia, provocar al dicho Pedro de Spinosa á cierta suciedad que no conviene nombrarse, por la atrocidad y graveza de su fealdad, como tampoco el dicho Pedro de Spinosa pudo sufrir en el momento que lo entendió de darle el castigo de su mano con darle seis ó siete puñaladas, y que si no se le huyera á él y á amigos y criados suyos que estaban en una sala junto al mismo aposento donde sucedió, lo acabara de matar; el cual, para encubrir su maldad y por poder recibir alguna venganza de su muerte, creyendo que era cierta, volvió la verdad en mentira, diciendo del dicho Pedro de Spinosa lo que habia de decir de sí mesmo; y entendido por el dicho Pedro de Spinosa, nos dió parte del caso y se presentó á la justicia á tiempo que no tenia ninguna seguridad de la vida de Artemon Tudesco, que así se llama el delincuente, y luego mandamos que le siguiese toda la órden que se debe con fe ú derecho, y así se declaró lo que arriba está dicho; y porque sea notoria á todos la limpieza del dicho Pedro de Spinosa, tuvimos por bien de darle esta declaracion, firmada de nuestra mano y sellada con nuestro sello y refrendada del secretario.—Fecha en Milan, á 30 de octubre 1563.—*El Duque y Conde.*—Lugar del sello.

Para asegurar que este Pedro de Espinosa fuera el mismo que el editor de las *Flores de poetas ilustres* se necesitaria ignorar que el año de la muerte de este último fué el de 1650 (en Sanlúcar, á 21 de octubre). Pudo ser, sin embargo, el mismo, feneciendo de edad de mas de cien años.

En el tiempo en que se refiere aquel suceso servia en Italia, siendo muy favorecido del duque de Sesa, un Juan de Espinosa, autor del *Diálogo en laude de las mujeres* (Milan, 1580), capitan valeroso y discreto, el cual tuvo cerca de doce años la cifra del emperador Cárlos V y de Felipe II en la embajada de Venecia. En esta obra hace la apología del regicidio, elogiando á Marcia por la muerte del emperador Commodo. Apoya su teoría con la autoridad de Ciceron.

Evidentemente no pudo ser aquel Pedro de Espinosa el Juan autor de este libro. No era fácil que el duque de Sesa repitiese en su manifiesto una equivocacion del nombre, caso que la hubiese.

Desde luego puede asegurarse que Pedro de Espinosa deberia tener una edad mediana cuando ordenó (en 1605) las *Flores de poetas ilustres.*

En 1623 era capellan del duque de Medina-Sidonia, que le nombró *rector del colegio de San Ildefonso*, fundado á sus expensas en Sanlúcar de Barrameda.

Desde luego es creible que con su ciencia cultivase el entendimiento de doña Luisa Francisca de Guzman, hija de aquella casa ilustre, la cual, como esposa del duque de Braganza, mas tarde fué el alma de la revolucion de Portugal y de la guerra que por su independencia sostuvo esta nacion contra España.

El doctor Cristóbal Suarez de Figueroa parece como que quiso censurar á Espinosa por no haber tenido mucho acierto en la eleccion de poesías que forman las *Flores*. En el prólogo del *Pasajero* pregunta qué título seria mas conveniente: «¿Acaso seria bueno *Flores de la edad?* Mas no, que muchas *flores* no dan *fruto*.»

Sin embargo, hay que convenir en que el licenciado Pedro de Espinosa prestó un servicio literario dando á conocer á poetas eminentes, algunos de los cuales mas tarde publicaron en colecciones diversas sus obras con aplauso de propios y extraños. Muchos poetas de aquel tiempo, dignísimos de memoria, ¿qué reputacion hubieran alcanzado á no ser por Pedro de Espinosa, editor de sus poesías? El mas absoluto olvido hubiera pesado sobre sus nombres.

Pedro de Espinosa es un ingenio de gran inspiracion y de estilo sumamente poético y correcto. Patriarca venerable de la escuela granadina, intentó difundir con su ejemplo y con el de sus amigos el amor al arte, y enseñar lo que pueden reunidos el entusiasmo, la cultura del lenguaje y la buena armonía de la versificacion.

Las tres escuelas poéticas andaluzas tienen gran semejanza con las tres escuelas artísticas: la sevillana, la cordobesa y la granadina. Las floridas silvas de Rioja son las dulces creaciones de Murillo; las canciones de Góngora, ya amorosas, ya guerreras, los estudiados y severos cuadros de Céspedes y de Castillo, las purísimas unas veces, otras afiligranadas poesías de un Pedro de Espinosa, de Doña Cristobalina Fernandez de Alarcon y otros ingenios de Granada, ¿á qué se asemejan? Aquellas á las dulces y poéticas concepciones del primer tiempo de Alonso Cano; estas á su segunda época, donde parece que con su rica inspiracion nos da á entender el inspirado fuego que animaba la fantasía.

PEDRO SOTO DE ROJAS.

Fué canónigo de la iglesia colegial de Granada y abogado del Santo Oficio. Floreció en el siglo XVII.

Publicó en Madrid, año de 1623, su *Desengaño del amor en rimas*; en Barcelona (1639) *Los rayos del Faeton*, y en Granada (1652) *Paraíso cerrado para muchos, jardines abiertos para pocos*, con los fragmentos *de Adónis*.

Este último libro es una completa aberracion. El buen gusto, que tanto enaltece los escritos de Pedro Soto de Rojas, parecia en él que lo habia abandonado del todo. Quiso el autor describir una casa de placer que tenia en el Albaicin, y para ello se olvidó de la escuela á que pertenecia, entregándose enteramente á los mas absurdos delirios de los partidarios de Góngora.

Precede á la obra un discurso de su amigo don Francisco de Trillo y Figueroa.

Soto de Rojas fué muy favorecido del conde-duque de Olivares. Desde antes de 1629 habia obtenido los cargos que dejo referidos, puesto que así se titula al frente de un soneto que en elogio de don Miguel Colodrero de Villalobos aparece en el libro de las rimas de este (Córdoba, 1629).

Bizarro jóven, cuya ardiente lira,
Dulce ejercicio de canoros labios,
Mecénas Cresos, y Pisones Fabios
Suspende numerosa, culta admira.

Así comienza este soneto, que termina así:

Que cuanto no es virtud, es sombra, es sueño.

Pedro Soto de Rojas se asemeja mucho en el gusto literario á Pedro de Espinosa. La égloga que

se incluye en el texto es de lo mejor que hay en lengua castellana. Encierra aquella poesía, no solo en los pensamientos, sino en las palabras, que es el orígen de la simpatía literaria que hay entre los españoles y alemanes. Frases como las siguientes, que se encuentran en los poetas mas célebres de España y Alemania, descubren cierta identidad de gustos en los principales genios: *el azul de los cielos*, *las rosas de la aurora*, *la plata de las aguas*, *el oro de las mieses*, *la púrpura del sol*, *las perlas del rocío*, y otras muchas semejantes á estas, que se hallan en Gesner, en Kleist, Klopstock, Cramer, Rost, Cronegk y demás poetas alemanes, confirman mas y mas mi opinion en el asunto, si se comparan con las frases del mismo género en que tanto abundan nuestros ingenios, y en especial los de la escuela granadina, como Pedro de Espinosa y Pedro Soto de Rojas.

ANTONIO ENRIQUEZ GOMEZ.

Segun Nicolás Antonio, fué portugués. El autor del libro de *La judería de Sevilla* dice que su nombre era Enrique Enriquez Paz. Su padre se llamaba Diego Enriquez Villanueva.

Segun parece, vivió en Segovia, y tambien residió algun tiempo en Sevilla, de donde huyó perseguido, como judaizante, por el santo oficio de esta ciudad.

Estando en Amsterdam hubo quien le dijera: *¡Oh, señor Enriquez, yo vi quemar vuestra estatua en Sevilla!* A lo cual respondió prestamente y con gran risa: *Allá me las dén todas.*

En Francia fué muy protegido. Obtuvo el grado de capitan, el hábito de caballero de san Miguel y la dignidad de consejero del Rey.

Tuvo un hijo, llamado Diego Enriquez Basurto, el cual publicó en Rohan, el año de 1649, un poema, escrito á los veinte y cinco de su edad, con el título de *El triunfo de la virtud y paciencia de Job.*

En ciertas palabras de Antonio Enriquez Gomez, puestas en el prólogo de una de sus obras, se alude embozadamente á los causantes de sus persecuciones (1):

«Extrañarás, con razon, haber dado á la imprenta este libro en extranjera patria; respóndate la elegía que escribí sobre mi peregrinacion, si no voluntaria, forzosa; y si no forzosa, ocasionada por algunos que, inficionando la república recíprocamente falsos, venden por antídoto el veneno á los que militan debajo del sólio. No pretendo justificarme desluciendo la seguridad de mi espíritu, pretendo asegurarme de que vivo en la justificacion de mi verdad; que si la sangre de Séneca inmortalizó su virtud, yo te aseguro que la mia en esta parte, sin pedir venganza, se inmortalice á pesar de muchos Nerones.»

Escribió y publicó fuera de su patria las obras siguientes:

La culpa del primer peregrino, Rohan, 1644; Madrid, 1735; obra en verso.

Luis dado de Dios á Luis y Anna, y Samuel dado de Dios á Elcana y Anna; Paris, 1645, en prosa.

Política angélica; Rohan, 1647, id.

La torre de Babilonia, id., 1649; Madrid, 1670, id.

El siglo pitagórico y vida de don Gregorio Guadaña, Rohan, 1644; id., 1682; en prosa y verso.

Academias morales de las musas, Madrid, 1660; Barcelona, 1704; obra en verso.

El Sanson nazareno; Rohan, 1656.

Compuso además varias comedias, tales como *La prudente Abigail*, *El cardenal de Albornoz* (primera y segunda parte), *Engañar para reinar*, y otras, hasta el número de veinte y dos, las cuales cita en el prólogo de su cultísimo poema heróico *El Sanson nazareno.*

Tambien corren otras suyas con el nombre de don Fernando de Zárate, noticia que dí en mis notas al *Gil Blas de Santillana.*

(1) *Academias morales.*

En los índices expurgatorios del siglo XVII se prohibe una comedia, diciéndose obra *de don Fernando de Zárate*, *que es* ANTONIO ENRIQUEZ GOMEZ.

Desde luego no cabe duda en que el Santo Oficio, al afirmar esto de la manera que se afirma, sabia muy bien que el Zárate y el ENRIQUEZ GOMEZ eran una misma persona.

Ahora conviene averiguar el verdadero nombre y apellido de este autor. ¿Seria por ventura don Fernando de Zárate? Viéndose perseguido, ¿lo mudaria en el de ANTONIO ENRIQUEZ GOMEZ? Parece fuera de duda que su padre se llamaba Diego Enriquez Villanueva, segun resulta de unas décimas escritas á su muerte, por su hijo; sin embargo, pudieron ambos usar sus segundos nombres y apellidos durante la persecucion.

Tambien pudo atribuirse esta variacion á deseo de ocultar su nombre en las obras que enviaba para su impresion desde el lugar de su destierro, ó ser solo ardid de los impresores para que corrieran fácilmente y sin recelos por parte de la Inquisicion las obras de este judaizante.

Sea lo que quiera en este particular, pues con las noticias que hoy constan, nada cierto se puede afirmar por la buena crítica; las mejores obras dramáticas de ANTONIO ENRIQUEZ GOMEZ son las que corren con el nombre de Fernando de Zárate, tales como *La presumida y la hermosa*, *El valiente Campuzano*, *El maestro de Alejandro*, *Los filósofos de Grecia Heráclito y Demócrito*, *Antes que todo es mi amigo*, *El médico pintor san Lúcas*, etc.

El estilo que se ve en las obras impresas con uno y otro nombre no puede ser mas parecido. La comedia de Zárate *Los filósofos de Grecia* tiene por asunto el llanto de Heráclito y la risa de Demócrito. En las *Academias morales* de ANTONIO ENRIQUEZ GOMEZ hay elegías con el título de cada uno de estos filósofos.

«Si te causare risa (dice el autor) lo ridículo deste mal gobernado siglo, llora en mi elegía con Heráclito; y si te afligieres de ver al pobre desvalido con virtud, y al rico en el trono de su riqueza sin ella, rie en mi elegía con Demócrito.»

Esto demuestra la predileccion que daba á este asunto; á mas, hay algunos pasajes de esta comedia que parecen escritos por la misma pluma que *El siglo pitagórico*:

Demócrito, mi pena, mi tormento,
Y aquello que mas siento,
Es ver que cuando estoy mas afligido,
De Lisipo y del reino perseguido,
Huyendo por los montes y collados,
Sin sustento, buscando los poblados,
Cuando lloro tus penas y las mias,
Gimiendo noches, suspirando dias,
En vez de hacer el llanto sacrificio,
De risa, claro está, pierdes tu juicio;
Si nos falta el sustento,
Dices: «La risa sirve de alimento;»
Si la muerte esperamos,
Respondes: «De la muerte nos riyamos;»
Si falta la limosna que pedimos,
Dices: «Si no la dan, ya nos reimos;»
Y con esta del juicio travesura,
Que tú llamas cordura,
Yo pierdo la paciencia;
Tú llamas á la ciencia,
Yo lloro y no la hallo en tu locura;
Y entre si fué cordura
O fué intervalo mio,
O delirio mortal de mi albedrío,
Veo que vives cuando estás riyendo,
Y que yo con mi llanto estoy muriendo.

El siglo pitagórico es un poemita burlesco, que dedicó ENRIQUEZ GOMEZ al famoso mariscal Bassompierre; su asunto, referir las diferentes trasmigraciones de un alma, segun la doctrina de Pitágoras.

Nuestro poeta no comprendió, ó no quiso aparentar que comprendia, el verdadero orígen de esta opinion filosófica. Despues que el profundo talento del célebre profesor de la universidad de Pisa, Antonio Cocchi de Mugello, autor de la *Disertacion sobre el régimen pitagórico, compuesto únicamente de vegetales para conservar la salud y contribuir á la curacion de muchas enfermedades* (Florencia, 1742), ha demostrado que la doctrina de la trasmigracion de las almas fué solamente un pretexto para autorizar la prohibicion de los alimentos de carne, y evitar la gula, que tanto daña á la salud del cuerpo y á la vivacidad del espíritu, no puede en buena crítica afirmarse que aquel filósofo creia esta parte de sus doctrinas, que difundia, no para los hombres de ingenio, sino para el vulgo grosero é ignorante.

El siglo pitagórico, de ANTONIO ENRIQUEZ GOMEZ, está escrito con suma fluidez y gracia, pintando las diversas trasmigraciones de un alma en los cuerpos de un ambicioso, de un malsin, de una dama, de un valido, de un hipócrita, de un miserable, de un doctor, de un soberbio, de un ladron, de un arbitrista, de un hidalgo, y otros, hasta parar en el de un virtuoso.

Tambien introdujo en estas trasmigraciones la novela galante de *Don Gregorio Guadaña*.

Como una muestra del *Siglo pitagórico*, trasladaré algunos pasajes de la *pintura de un valido*.

Creo que Enriquez Gomez se propuso retratar al conde-duque de Olivares, tanto por el recuerdo del nombre de *Neron*, que la nobleza le daba por su nacimiento en Roma, en el edificio que modernamente ocupaba el sitio de aquel en donde respiró el aura primera de la vida aquel emperador, como por la manera con que se refiere el fin de su privanza:

Fué entrando en el gobierno
Rezando en estas horas del infierno,
Y cuánto mas sus reglas observaba,
Tanto mas de virtud se desnudaba.
Empezó á recibir los ateistas,
Quiero decir, los malos arbitristas,
Gente tan desalmada,
Que antes de serlo, vino condenada.
Fué cargando los pueblos de tributos,
Con solo el parecer destos cañutos;
Y ellos de mano en mano
Le fueron dando nombre de tirano.
El pobre no dormia,
Pero menos la triste monarquía;
El la desgobernaba,
Y si ella se quejaba,
Oliendo á Faraon, siendo el segundo,
La despachaba para el otro mundo.
Fué turbando la paz, siendo la tierra
Teatro de la guerra,
Y con violento estilo, he de decillo,
Pasaba los vasallos á cuchillo.
Rodeado de vanos consejeros,
Hacia y deshacia caballeros;
. . . . . .
Unos decian: «Muera este maldito
Estadista infinito;»
Otros: «Lindo gobierno
Para los propios del diablo infierno.»
El pueblo, mal previsto,
Le llamaba Antecristo,
La nobleza Neron, los niños coco,
Los viejos venerables necio y loco,
Santo los arbitristas,
Gran hombre para mal los ateistas,
Las damas ambicioso,
Los tontos poderoso,
Y todos (aun aquí tiemblo de oillo)
Le deseaban ver en Peralvillo.
. . . . . .
Una noche, que estaba mi valido
De cierto mal suceso consumido,
Cierto ministro vario,
Emulo secretario,
Con un decreto decretó su ida,
Que fué lo mismo que acabar su vida.
Cayó de la privanza;
Que esta fortuna alcanza
Quien pretendió de un vuelo
De Babel en Babel subir al cielo.

Las poesías de este autor que se insertan en el presente tomo casi todas son filosófico-morales. Antonio Enriquez Gomez no se propuso en ellas seguir la imitacion de Horacio. Generalmente todos sus asuntos están tratados con cierta originalidad en los pensamientos y en las formas. Sin que lograse este poeta la perfeccion á que todo el que escribe suele aspirar, estas poesías no carecen de mérito. Tienen tambien alguna importancia para la historia de nuestra literatura. Son de las pocas de filosofía moral que se han escrito en castellano.

Dos defectos se encuentran, sin embargo, en ellas: uno comun á casi todos los poetas sus contemporáneos, resábios del estilo culto; el otro, cierto prosaismo. El primero halla su disculpa en el gusto de su época; el segundo es muy frecuente en los poetas filosófico-morales.

¿Acaso la mayor parte de las poesías de Haller y Wieland no adolecen de este último defecto? Los autores que escriben este género de obras se cuidan mas de la profundidad del pensamiento que de la alteza de la diccion. El Horacio francés, Juan Bautista Rousseau, Pope, Gray y Young ¿no suelen ofrecernos algunos ejemplos de esto mismo?

Antonio Enriquez Gomez merece ser mas conocido, y ocupar en el Parnaso español el lugar que le señala su talento.

DON JUAN DE JAUREGUI.

Poeta sevillano, discípulo de Herrera, y caballero del hábito de Calatrava, nació por los años de 1570. Llevado sin duda de su amor á las artes, estuvo en Roma, donde se ejercitó en la pintura, copiando las mejores obras de Rafael, Miguel Angel, Guido Reni y otros autores no menos insignes.

Tambien allí siguió cultivando la poesía. Tradujo *El Aminta*, poema pastoral de Torcuato Tasso, que se imprimió en la misma Roma, el año de 1607, por Estéban Paulino.

Esta version se considera como la mejor que del italiano posee nuestra literatura. Por regla general, el gran Lope de Vera aborrecia las traducciones del idioma toscano.

«Si no es violencia en mí, decia, plegue á Dios que yo llegue á tanta desdicha, por necesidad, que traduzca libros de italiano en castellano, que *para mi consideracion es mas delito que pasar caballos á Francia* (1).»

Dedicó Jáuregui su traslacion á don Fernando Enriquez de Ribera, duque de Alcalá, manifestándole su manera de entender el modo de traducir, y á mas las razones que le asistian para preferir el verso suelto.

Son dignas de conservarse.

«Yo quisiera en mi traslacion (dice Jáuregui) no haberla tratado mal, por no ofender á su autor, de quien soy por extremo aficionado; mas no sé si me lo consiente la gran dificultad del interpretar; trabajo de que salen casi todos desgraciadamente; y en estos pocos versos, fuera de las comunes prolijidades, he tenido otra mayor: que, como es el coloquio pastoril, consiente muchas frases vulgares y modos de decir humildes, y estos en italiano suelen ser tan diferentes de los nuestros, que parece casi imposible transferirlos á nuestro idioma ó propia locucion. Tiene tambien el toscano algunas particulas que entremete á la oracion, las cuales dan cierto aire al decir, y en castellano no hay manera que les corresponda; sin esto, nuestra poesía huye de muchos vocablos por humildes, que en la italiana se usan por elegantes; propongo varias dificultades, para certificar tras ellas á vuestra excelencia que ha sido trabajada esta pequeña obra no con poca diligencia, procurando ablandar sus asperezas, de manera que no muestre la version haber sacado de sus quicios el lenguaje castellano; y aunque muchas veces se declaren los concetos por diferentes palabras y modo, que no por eso pierdan de su gracia ó gravedad ni del verdadero sentido. Bien creo que algunos se agradarán poco de los versos libres y desiguales, y sé que hay orejas que, si no sienten á ciertas distancias el porrazo del consonante, pierden la paciencia, y queda el lector con desabrido paladar, como si en aquello consistiese la sustancia de la poesía; mas á estos gustos satisfará algo el coro que habla en versos ligados; y de los libres es menester saber que no van tan acaso como parece, porque al usarlos largos ó cortos, se guarda tambien su cierta disposicion y decoro. Suplico á vuestra excelencia admita por suyo este breve escrito; él es de muy poco valor para ofrecerle á vuestra excelencia, etc. Roma y julio 15 de 1607.»

No quedó Jáuregui muy satisfecho de esta version; así es que la enmendó al incluirla en la coleccion de sus rimas (Sevilla, por Francisco Lira, 1618), omitiendo algunos pasajes de la primera, á semejanza de lo que hizo con las suyas el divino Herrera.

Las rimas de Jáuregui fueron muy celebradas por varios ingenios notabilísimos; Francisco Pacheco, el pintor, le dedicó el siguiente soneto:

La muda poesía y la elocuente
Pintura, á quien tal vez naturaleza
Cede en la copia, admira en la belleza,
Por vos, don Juan, florecen altamente.
Aquí la docta lira, allí el valiente
Pincel, de vuestro ingenio la grandeza
Muestran, que con ufana ligereza
La fama extiende en una y otra gente.
Alce la ornada frente el Bétis sacro,
Su tesoro llevando al mar profundo,
Y de Jáuregui el nombre y la memoria;
En tanto que su ilustre simulácro
Venera España, reconoce el mundo
Como de nuestra edad insigne gloria.

(1) Carta á un señor de estos reinos.

Don Juan de Arguijo escribió en su alabanza estas décimas:

Dén otros á tus pinceles
Lo que sin lisonja pueden,
Mostrando, DON JUAN, que exceden
A los de Céuxis y Apéles;
Prevengan sacros laureles
Para tu inmortal corona,
Y en las cumbres de Helicona
Honren tu canto divino
Sobre el griego y el latino,
Que la antigüedad pregona.

Yo, que con fuerzas menores
No presumo tu alabanza,
Ni mi corta voz alcanza
Lo menos de tus primores,
En vez de elogios mayores,
A que el deseo me inflama
Y á tan alta empresa llama,
Dejaré que en breve suma
Lo que no puede mi pluma
Tome á su cargo la fama.

Siguiendo el plan que me he propuesto, traslado aquí el prólogo de JÁUREGUI, como una muestra de su manera de considerar la poesía:

«Estas rimas, que me pareció entresacar de algunos borradores, ofrezco á los ingenios que favorecen las buenas letras, mientras de la misma oficina pueden salir á luz mayores obras. Contiene este volúmen al principio el *Aminta*, que ya se imprimió en Italia; síguense luego diversas composiciones humanas, y entre ellas una pequeña muestra de la traduccion de Lucano, y á lo último las obras sacras.

»Bien querria (aunque no me será posible) notar con brevedad algunos requisitos de la fina poesía; no porque yo presuma haberlos conseguido, sino porque deseo que todos los conozcan, y remiren con advertencia lo que leen, para apreciar con justa estimacion el mérito de cualesquiera versos.

»Dejando pues aparte preceptos particulares, imaginemos de comun que toda obra poética, por pequeña que sea, se compone de tres partes: alma, cuerpo y adorno. Y considérese primeramente que el alma es el asunto y bien dispuesto argumento de la obra, y quien errare en esta parte no le queda esperanza de algun merecimiento. Luego se adviertan las sentencias proporcionadas y conceptos explicadores del asunto; que estos dan cuerpo, dan miembros y nervios al alma de la composicion. Ultimamente, se note el adorno de las palabras, que visten ese cuerpo con aire y bizarría. En todas tres partes luce con imperio el gallardo natural, esto es, el ingenio propiamente poético, sin cuyo principio no hay para qué intentar los versos; mas no se entiende que aprovecha á solas, porque es incomparable y forzoso el resplandor que le añaden las buenas letras y capaz conocimiento de las cosas, por cuyo defecto de ordinario sucede que andan á ciegas y dan de ojos infinitos ingenios poco enseñados. Y adviértase que no solo el conocimiento del arte es necesario en la poesía, sino el aparato de estudios suficientes para poner en ejecucion los documentos del arte (digo esto por algunos que, en llegando á sus manos una poética vulgar de las muchas de Italia, ya les parece que lo alcanzan todo); no nos basta sin duda el entender preceptos, ni solo de la ignorancia proceden los comunes errores. Vemos unas poesías desalmadas, que no tienen fundamento ni traza de asunto esencial y digno, sino solo un cuerpo disforme de pensamientos y sentencias vanas, sin propósito fijo ni trabazon y dependencia de partes. Vemos otras que solo contienen un adorno ó vestidura de palabras, un paramento ó fantasma sin alma ni cuerpo. Esto resulta de que los escritores mal instruidos en la noticia de su facultad, y sin caudal de estudios, embisten con la materia por donde primero pueden, y hacen de ella á veces por los retazos del vestido, donde meramente emplean todo su furor poético. Y aun muchos de los que presumen, verémos de ordinario que se abalanzan en sus composiciones con lo primero que se les viene á la boca; y sin ver el camino que siguen ni el fin que los aguarda, van á parar donde casualmente los lleva el ímpetu de la lengua. Otros mas considerados, que ya alcanzaron algo en el argumento y conceptos, saltan en el primor y gala de las palabras; acertaron con la buena sentencia, mas no se acomodan á explicarla en términos elocuentes ni distribuirla cabal y justa en los versos; antes la desaliñan y abaten con voces humildes, ó ya la tuercen y desvian con frases violentas, duramente amarradas al metro y consonancias. Y no se ha de dudar que el artificio de la locucion y verso es el mas propio y especial ornamento de la poesía, y el que mas la distingue y señala entre las demás composiciones, porque la singulariza y la reduce á su perfecta forma con esmerado y último pulimento. Mas tambien se supone como forzosa deuda que esa locucion trabaje empleada siempre en cosa de sustancia y peso; no es sufrible que la dejemos devanear ociosamente en lo supérfluo y baldío, contento solo con las redundancias de las dicciones y número; antes vamos siem-

pre cebando así el oído como el entendimiento de quien oye, y no le dejemos salir de una larga ó breve lectura, ayuno en la sustancia de las cosas, y sobradamente alto de palabras. Ni se puede llevar el corto juicio de muchas cuando encarece algunos versos solo por hallarlos nueva ó pulidamente razonados; y si les advertimos que la sentencia de ellos es impropia ó frívola, responden con mucha satisfaccion que por lo menos está bien dicha. Sépase que en la escuela de Apolo no hay accion tan fácil como el decir bien en cuanto á las palabras, si se nos consiente usarlas en cualquier impertinencia; y por ser tanta su facilidad, es su plaga tan comun, y se extiende no solo á las faltas de doctrina, sino tambien á muchos estudiosos, que se hallan desnudos de agudeza y gracia, cuanto revestidos de lectura y arte. Así que, no pretendan estimacion alguna los escritores afeitados con resplandor de palabras, si en el sentido juntamente nó descubren mucha alma y espíritu, mucha corpulencia y nervio. Por tan estrecha senda caminaron los autores célebres que con dulzura, afecto y eficacia rara hoy mueven y deleitan á quien los lee. Y esto es ya lo difícil y terrible, ajustarse al buen asunto y señalado tema, reforzándole siempre con pensamientos y sentencias vivas, y sobre ese fundamento sólido ir galanteando el adorno de argentadas frases, sin que la obligacion de darse á entender y decir precisamente buenas cosas nos violente y quebrante la continua dignidad del lenguaje, ni ellas y él se embaracen y dificulten con la estrecheza del verso y sujecion de sílabas y cadencias. Entonces sí merece venerable aprecio la elocucion sublime, su pureza y flor, su lustrosa y abierta claridad, que no fácilmente se aviene con lo magnífico y excelso; la armonía suave y pompa resonante de los versos, parte eficacísima al oído, cuyo regalo tanto procuran los mas cultos. Mayor hazaña efectúa el que en pocos pliegos observa estas cualidades que cuantos sin ellas despenden innumerables resmas. Débese tambien procurar que en toda virtud poética haya perpetuada continuacion; porque el amontonar no menos paja que grano es dado á muchos, y levantar con buen garbo una docena de versos, atropellando otros tantos, no lo consiguen pocos, y son mas que infinitos los que compran cualquier ilustre locucion á costa de un par de ellas soeces. Raro será el escritor que do quiera que le asalten sus versos le hallen siempre, en cuanto al sentido de las cosas, despierto y aprovechador, y en el tenor de las palabras apacible, galante y engrandecido, segun la calidad de la materia; y si el asunto es humilde ó mediano, la misma perseverancia se reconozca en el estilo y método que le perteneciere.

»A semejantes extremos de dificultad puedo decir que han aspirado siempre mis trabajos, y es sin duda que habrán quedado cortos; mas si en algo se ajustaren á lo que pretendieron, en solo esto merecerian ser correspondidos con alguna estimacion.»

Es mas importante de lo que á primera vista parece tener en cuenta estos juicios de los autores sobre la poesía en general, para poder formar mejor los nuestros acerca de los poetas que analizamos.

En esta coleccion de poesías se muestra Jáuregui discípulo de la escuela sevillana. Entre ellas hay una en que se burla del estilo de la cancion de Góngora, *A la toma de Larache*. Fué, pues, nuestro poeta imitador de Herrera, mas imitador de lo que debió ser para no incurrir en frialdad. Por eso, separando la elegía *A la muerte de la reina Margarita*, la paráfrasis del salmo *Super flumina Babylonis*, *El acaecimiento amoroso*, uno que otro soneto, y alguna rarísima composicion mas, ¿qué hay entre las obras de Jáuregui que revele el talento fogoso de un gran poeta, como con efecto lo era?

La elegía citada es excelente. En ella hay la imágen de la caida de un árbol, que ha merecido grandes alabanzas á esclarecidos críticos:

¿Quién vió tal vez en áspera campaña
Árbol hermoso, cuya rama y hoja
Cubre la tierra de verdor sombrío,
Donde el ganado cándido recoja
Alejado el pastor de su cabaña,
Y allí resista al caluroso estío?
La planta con ilustre señorío
Ofrece de su tronco y de sus flores
Sustento y sombra á ovejas y pastores.

Hasta que la segur de avara mano
Sus fértiles raíces desenvuelve,
Atormentando en torno su terreno
Por dar materia al edificio ajeno;
Siente la noche el ganadillo, y vuelve
Al caro albergue, procurado en vano;
Y viendo de su abrigo yermo el llano,
Forma balido ronco, y su lamento
Esparce (¡ay triste!) y su dolor al viento.

Don Ignacio Luzan la califica de *hermosa como grande y noble comparacion, tejida de muchas imágenes por su variedad y propiedad extremadas.*

Evidentemente Jáuregui recordó á Herrera cuando canta *la caida del excelso Líbano* en la elegía por la pérdida del rey don Sebastian.

La paráfrasis del salmo *Super flumina* merece contarse entre las mejores que hay, no solo en España, sino en todas las lenguas europeas. Reune cuatro cualidades esencialísimas para esta clase de escritos: inteligencia del sagrado texto, elocucion vehementísima, sublimidad en la frase, claridad en el estilo.

Por lo comun los que con mas alteza han tratado estos asuntos bíblicos han incurrido en oscuridad, como Cramer, por ejemplo, en Alemania. Se familiarizan estos ingenios con las valientes locuciones de los profetas, y remontándose á las regiones intelectuales, se olvidan que son hombres que escriben para los otros hombres.

Escribió Jáuregui además:

Discurso poético contra el hablar culto y oscuro.

La comedia del retraido.

Memorial al Rey nuestro señor. Ilustra la singular honra de España, aprueba la modestia en los escritos contra Francia, nota una carta enviada á aquel rey, etc.

Por el arte de la pintura, discurso que se halla en los diálogos de Vicencio Carducho, 1633.

A mas de estas obras, Jáuregui escribió otras, abandonando enteramente el gusto de la escuela sevillana. Góngora, que con su talento avasalló á su siglo, contó al cabo entre sus imitadores al que mas lo habia combatido.

Jáuregui compuso el poema *El Orfeo* (Madrid, 1624, por Juan Gonzalez), y hasta escribió una defensa de un sermon gongorino (1). Su estancia en la corte como caballerizo de la reina doña Isabel de Borbon, primera esposa de Felipe IV, fué lo que corrompió su gusto literario. Se le cree uno de los autores del *Tribunal de la justa venganza*, escrito por los parciales de Montalvan contra Quevedo.

En el *Orfeo* hay algunos pasajes excelentes. Véase la pintura de una ninfa convertida en árbol:

Cuanto forceja mas, siente la planta
Darse al terreno con mayor firmeza,
Y el pecho en que albergó dureza tanta,
Ya de roble ostentar nueva dureza;
Levanta el brazo y ramo le levanta,
La fresca tez ya es árida corteza,
Seguido al tronco se prolonga el cuello,
Ya es leño el rostro y hojas el cabello.

El conjunto del poema es malo, así como malo el que sobre el mismo asunto escribió el doctor Juan Perez de Montalvan.

Despues se dedicó Jáuregui á traducir la *Farsalia* de Lucano; pensamiento que en su juventud habia ya tenido, como se prueba del fragmento que publicó en su coleccion de rimas. Esta version no salió á luz sino despues de su muerte, acaecida por los años de 1640.

Al tratar de este poema, y nombrar á Lucano, séame permitido reproducir, en vindicacion del ingenio de este ilustre español el paralelo con Virgilio que á otro propósito formé en cierto tiempo, y ha visto ya la luz pública en mi *Exámen filosófico de las principales causas de la decadencia de España:*

«Al escribir Lucano su *Farsalia* no trajo á la memoria los antiguos poetas mas que para saber en lo que habia de apartarse de ellos. No quiso imitar, sino ser imitado. Su entendimiento no reconocia superior: por eso queria que los hijos de su entendimiento fuesen exclusivamente suyos, sin deber á los pasados cosa alguna.

»Disputó á Virgilio el laurel de príncipe de los poetas épicos de Roma, y salió vencedor en la lucha, para gloria de España.

»Lucano fué gran filósofo, gran orador y gran poeta; Virgilio gran poeta tan solo.

»Recorrió á paso lento Virgilio las faldas del Parnaso para coger las mas suaves rosas, y, quitadas las espinas, formar la guirnalda que destinaba en ofrenda á las aras de la poesía y al dios de los amores.

»Sonó su voz en Roma; pero Roma no oyó la voz de la libertad, sino la de la adulacion, hija de la infame servidumbre.

»Cantaba las glorias imaginadas de Enéas, para fingir que la casa de los Césares descendia de

(1) *Apología por la verdad, ó respuesta á una censura que se hizo del sermon que fray Hortensio Félix Paravicino predicó en las honras del rey Felipe III*, Madrid, 1625.

aquel varon, escapado de la ruina lamentable de Troya por el favor de los dioses y para bien del pueblo romano.

»El ingenio cordobés no subió á la cumbre del Parnaso para conducir á ella las flores de su falda, sino para incitar á las musas á que lo ayudasen en la empresa de cantar en Roma la pérdida desdichada de la libertad, cuando, para desdicha de Roma y del mundo, Neron ocupaba el trono de Tiberio y de Calígula.

»Virgilio lloraba sobre los muros de Troya, como la tórtola solitaria, que canta las memorias de su esposo, posada en las frondosas ramas de los árboles, en presencia de las adelfas y de los jazmines, y al blando murmurar de las fuentes.

»Lucano lamentaba con voz de leona herida la infelicidad de Roma por la destruccion de las huestes de Pompeyo, cuando el sucesor de Julio César incendiaba á su patria, y mojaba su manto de púrpura en la sangre de su familia y de los mas ilustres patricios.

»Virgilio era la lisonja, que fingia héroes y hazañas para crear una nueva ascendencia al emperador Augusto; Lucano, el grito de lamento que lanzaba la humanidad ultrajada por los que vencieron en Farsalia y Munda.

»Virgilio representaba el valor romano rendido á la fortuna de los Césares, y cantando las virtudes que no tenian estos al son de los grillos de oro con que Augusto oprimia las cervices del pueblo y la nobleza.

»Lucano parecia el amor patrio, que echaba en rostro sus iniquidades á los Césares, despues de haber huido de la haz de la tierra la libertad. Sus acentos se asemejaban á los rayos del sol, que lucen en los mas altivos collados luego que el astro rey del dia desaparece de los horizontes.»

Tal es el paralelo que formé entre ambos eminentes autores.

La version de Jáuregui salió á luz en 1684, juntamente con el *Orfeo*, llena de errores tipográficos.

Como traduccion es esta obra demasiado libre, y en honor de la verdad, muy inferior á la de la *Tebaida* de Estacio hecha por el licenciado Arjona, que hemos impreso por vez primera en el tomo de *Curiosidades bibliográficas*.

Sin embargo, Jáuregui, cuando olvida á Góngora, tiene pasajes verdaderamente sublimes y dignos del cantor de aquella guerra. De cualquier modo, vale cien mil veces mas la version ó mutacion de Jáuregui que la que tienen los franceses hecha en prosa por Marmontel.

Véase cómo define á César:

Dió corte, en fin, á la indecisa lucha
César, aun vencedor, con quien le escucha.

De este modo pinta el acto de remar:

Entonces carga el pecho el bogabante,
Los brazos tiende, y á su remo estriba;
Luego, esforzando el pulso y la pujante
Espalda, sobre el banco se derriba;

Las proras al encuentro resonante
Resurgen sesgas por el agua arriba,
Y allí la flecha y lanza revolando,
Y el dardo avientan uno y otro bando.

Algunas sentencias hay dignas de memoria, entre otras muy pueriles:

No es libertad, ni sombra ó semejanza,
Si con sujeta adoracion se alcanza.

Puede el noble asistir á ser vencido;
No os pido que venzais, que os venzan pido.

¡Oh tú quien fueres, aunque imperios mandes,
No hay grande nombre sin hazañas grandes!

Jáuregui fué muy amigo de Miguel de Cervántes, cuyo retrato hizo: tambien lo hizo Francisco Pacheco; aquel se tiene por perdido, y de este ignoro si tambien lo está.

Creo que no tendriamos retrato de Cervántes, á no haberlo trazado él mismo en el prólogo de sus novelas.

LOS DOS ARGENSOLAS.

« Ingenios verdaderamente felicísimos y nacidos para las buenas letras, en que siempre se ejercitaron, » los llama fray Diego Murillo. « En poesía igualaron á muchos de los antiguos mas famosos, » exclama el mismo ingenio aragonés (1).

Las obras poéticas de los dos Argensolas siempre han corrido juntas. Siempre se citan sus nombres juntamente tambien; juntas del mismo modo irán aquí estas breves noticias de sus vidas y escritos.

Lupercio y Bartolomé Leonardo de Argensola nacieron en la ciudad de Barbastro, aquel en 1563 y este en 1564. Sus padres fueron Juan Leonardo y doña Aldonza de Argensola, que igualmente hubieron en su matrimonio dos hijos mas, Pedro, que murió fraile agustino, y Ana María.

Ambos hermanos, Lupercio y Bartolomé, hallándose su padre en Alemania al servicio del emperador Maximiliano II, entraron á estudiar en la universidad de Huesca, bajo el magisterio de Andrés Schoto, elocuencia, historia antigua y lengua griega, y á mas filosofía y leyes. Ambos demostraron desde muy corta edad su aficion á la poesía, como consta de las composiciones que se publicaron (1579) en alabanza del libro de la *Divina y varia poesía*, del padre fray Jaime de Torres.

Lupercio en 1585 entró al servicio de don Fernando de Aragon, duque de Villahermosa, en calidad de secretario, y con este motivo, al lado de aquel personaje unas veces residia en Zaragoza y otras en Madrid.

Por aquel tiempo se fundó una academia, llamada *Imitatoria*, en Madrid, á semejanza de la de Italia. Cada académico adoptaba un nombre al entrar en ella. Así como Pedro Soto de Rojas tomó el de *Ardiente*, Lupercio se hacia llamar *Bárbaro*. La principal causa de este extravagante nombre consistia en ser doña Mariana *Bárbara* de Albion la dama á quien servia. Con ella casó en 1585, teniendo 24 años de edad.

Compuso en tan cortos años tres tragedias: *La Filis*, *La Isabela* y *La Alejandra*, muy aplaudidas en los teatros de Madrid y Zaragoza, muy celebradas por Cervántes, y á pesar de todo, muy desmayadas en la invencion y en el estilo (2).

Lupercio llegó á ser presidente de la Academia Imitatoria. Algunos de sus discursos he visto manuscritos en la Biblioteca Nacional.

Cuando las alteraciones de Zaragoza por la huida de Antonio Perez á Aragon, Lupercio tomó una parte activa en aquellos acontecimientos, procurando que ni fuesen en ofensa de Felipe II ni en detrimento de las leyes del reino. El mismo lo declara cuando dice: « Yo me hallé presente á las cosas mas graves en Aragon y en la corte del Rey, y traté con los ministros reales mucha parte dellas. Finalmente, como dijo aquel troyano, yo puse las manos y fuí parte en ello (3). »

Terminados aquellos sucesos, la emperatriz María de Austria, que residia en el convento de las Descalzas de Madrid, juntamente con su hija la infanta doña Margarita, eligió á Lupercio, por recomendacion de los duques de Villahermosa, para el cargo de su secretario. El archiduque Alberto lo nombró al propio tiempo gentil-hombre de su cámara.

En la corte se dedicó Lupercio á traducir los *Anales de Tácito*, ignorándose si dió fin á su tarea. Tambien se cree que en 1597 escribió un memorial al Rey para convencerle que debian suspenderse las representaciones teatrales á causa de la muerte de la infanta doña Catalina, hija de Felipe II y reina del Piamonte (4).

Felipe III creó la plaza de *coronista mayor de la corona de Aragon*. La que habian dado hasta entonces los diputados de Zaragoza era solo la de coronista del reino. Lupercio Leonardo fué elegido para el nuevo cargo.

(1) *Fundacion de la capilla de la Vírgen del Pilar, y excelencias de la imperial ciudad de Zaragoza;* Barcelona, 1616.

(2) El cronista Andrés de Uztoarroz solo le atribuye las dos últimas.

(3) *Informacion de los sucesos del reino de Aragon en los anos de* 1590 y 1591; Madrid, 1808.

(4) La imprimió fray José de Jesus María en su libro *Excelencias de la castidad.*

En febrero 22 de 1602 murió la emperatriz doña María, por lo cual LUPERCIO abandonó la corte.

Los diputados de Zaragoza, estando convaleciente de una gravísima enfermedad, le encargaron escribiese una informacion de las alteraciones de aquella ciudad cuando lo de Antonio Perez. Esta obra no llegó á imprimirse en su siglo por las razones que da el mismo LUPERCIO: «Los diputados de Aragon, á cuya instancia se escribió este discurso, queriéndole imprimir, se presentaron al doctor Juan Francisco Torralba, regente de la cancillería, para que diese licencia, el cual de su propia mano añadió muchas cosas en diversos lugares, las cuales yo no quise que saliesen á mi nombre; y así, cobré este original, donde están escritas, como digo, de mano del regente las adiciones, para que hagan perpétuo testimonio de su autor. Estaba este libro en poder del doctor Pedro Jerónimo Mendieta, lugarteniente del Justicia, al cual le entregaron los diputados para que declarase una consulta en que pedian facultad para el gasto de la impresion, y hacerme á mí cierto reconocimiento por el trabajo; mas yo, por razon de las dichas adiciones, y porque con mas acuerdo consideré que me ponia á peligro de irritar voluntariamente á muchos, no siendo yo cronista del reino, sino del Rey, saquéle de las manos del lugarteniente, y aunque los diputados del año siguiente me le han enviado á pedir con Lorenzo Lopez de Ores, su condiputado, no pienso darle.»

Este libro, escrito en vindicacion de los aragoneses contra los escritores castellanos y extranjeros que habian hablado contra su fidelidad por causa de los tumultos en defensa de Antonio Perez, tiene muy buen estilo, claridad en la narracion, y hasta cierto punto exactitud en los hechos, si bien los juicios suelen flaquear por aquel deseo que toman los autores de Aragon, dando á entender que solamente unos pocos imprudentes, guiados por un espíritu de rebelion, y no por la razon y la justicia, fueron los que turbaron la paz del reino, perjudicando á la nota de fidelidad que siempre habia tenido.

Tambien escribió LUPERCIO una vindicacion de Jerónimo de Zurita, y recibió el nombramiento de cronista del reino de Aragon.

Con licencia de los diputados pasó á Nápoles con el docto é ingenioso conde de Lémos, el cual en su vireinato quiso estar rodeado de hombres notabilísimos. LUPERCIO fué en 1610 nombrado superintendente de la secretaría del vireinato de Nápoles.

De acuerdo con el conde de Lémos fundó en la capital una academia con el título *de los Ociosos*. En su cargo no dejaba de prestar servicios al reino de Aragon, á las autoridades y hasta á muchos particulares. Para conocer su manera de juzgar en los asuntos de su siglo, véase lo que escribia en carta al Justicia desde Nápoles, á 8 de setiembre de 1611.

«No crea vuestra señoría que la causa del expolio del señor Arzobispo ha tenido en Roma mal nombre, sino entre los interesados; que aquel papel impreso que llegó á mis manos abrió los ojos á muchos. Y cierto personaje gravísimo y muy docto, y aun mas que esto, habiéndole leido, dijo de los aragoneses: *Estos son hombres*. Es cierto que en Roma tienen las cosas de España menos buen lugar de lo que nos quieren dar á entender; y es cierto que si España quisiese, le podria tener mejor, porque es sin duda que no hay Roma sin España, y hay España sin Roma (hablo en lo temporal (1).»

Cervántes estaba quejoso en este tiempo por el olvido que hácia él tenian los ARGENSOLAS. Tal vez le ofreciesen interponer su influjo cerca del conde de Lémos para que le emplease en Nápoles, y luego nada hicieron.

LUPERCIO en tanto, estimando en muy poco sus escritos, como acontece frecuentemente á las personas de mas talento y mas erudicion, á medida que el uno y la otra se acrecientan con los años y la experiencia, quemó en Nápoles todos sus manuscritos poéticos. Su hijo don Gabriel Leonardo de Albion trabajó cuanto pudo por restaurar esta pérdida, recogiendo con suma diligencia los que se conservaban esparcidos entre sus amigos, y publicándolos en 1634 con las rimas de BARTOLOMÉ.

Pasados tres años de residir en Nápoles, pidió á los diputados del reino próroga en su licencia, la cual le otorgaron en atencion á sus graves estudios en medio de los negocios públicos, que tanto le afanaban. Poco tiempo gozó de esta licencia. En 1613 murió en brazos de su protector, el conde de Lémos.

Su hermano BARTOLOMÉ ya en 1588 habia obtenido el curato y rectoría de Villahermosa, por la presentacion que en él habia hecho don Fernando de Aragon.

(1) Biblioteca del cronista don Luis de Salazar y Castro, agregada hoy á la de la Real Academia de la Historia, H, 25.

Cuando las alteraciones de Zaragoza ayudó á su hermano LUPERCIO en la empresa de defender la fidelidad del reino. Algunas cartas de los diputados á Felipe II fueron tambien escritas por BARTOLOMÉ.

Siguiendo en todo la suerte de su hermano mayor, fué capellan de la emperatriz doña María de Austria. Cuando murió esta señora, pasó á la corte, que estaba en Valladolid.

A instancias del conde de Lémos escribió la *Historia de la conquista de las islas Malucas* (Madrid, 1609), obra de amenísimo estilo, mas propio de la novela que de la historia en muchísimos pasajes, por mas que su hermano LUPERCIO se esforzase en probar lo contrario.

El mismo Conde lo llevó al vireinato de Nápoles con el importantísimo cargo de secretario de Estado y Guerra. Viajó en 1615 á Roma en solicitud de un canonicato en la metropolitana de Zaragoza.

El embajador en Roma, don Francisco de Castro, hermano del virey de Nápoles, fingió que BARTOLOMÉ habia muerto para escribirle por donaire este epitafio:

Siste el grado, caminante.
Porque derrienga esta losa
Al rector de Villahermosa,
Ancho de tripa y semblante.
De Zaragoza un instante
Fué canónigo, y mas fuera
Si caminara en litera;
Mas del agua se fió,
Y el Tibre le zabulló
Por dar nombre á su ribera.

Cuando leyó esta décima BARTOLOMÉ, y supo que no se le conferia el canonicato hasta que muriese el que lo ocupaba, respondió con la siguiente:

No te pares, caminante,
En lo que dice esta losa;
Que el rector de Villahermosa
Navega el Tibre adelante.
Dale tú que la vacante
Le salga tan verdadera
Como él andará en litera;
Mas pienso que no vacó,
Que no muere nadie, no,
Cuando conviene que muera.

BARTOLOMÉ DE ARGENSOLA al fin obtuvo la canongía, y mereció que el Papa mismo le dijese cuán acreedor lo consideraba á mayores premios.

En 1615 fué nombrado cronista del reino de Aragon, y al año siguiente regresó á Zaragoza, terminado ya el tiempo del vireinato del conde de Lémos.

En cumplimiento de su cargo de cronista, escribió *Primera parte de los anales de Aragon, que prosigue los del secretario Jerónimo Zurita desde el año* 1516 (Zaragoza, 1630). Este volúmen solamente encierra la historia de los cuatro primeros años del reinado de Cárlos V.

A mas de otros muchos opúsculos que cita Pellicer en el *Ensayo de una biblioteca de traductores españoles*, compuso una *Relacion de las alteraciones populares en Zaragoza, año de* 1591 (primera parte). Los diputados del reino de Aragon le mandaron que no continuase esta obra, con todo de ser una vindicacion contra los que habian escrito contra la fidelidad de Zaragoza, especialmente Antonio de Herrera.

Como buen aragonés, debió componer este libro muy en favor de aquel reino por los sucesos de Antonio Perez, muerte del Justicia y demás violencias cometidas por Felipe II.

Cuál era el modo de ver de BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA aquellos lamentables hechos tan en detrimento de las libertades públicas, se halla en el siguiente pasaje de una carta suya, fecha en Nápoles á 25 de enero de 1615 (Biblioteca de Salazar, MS. H, 25):

« *Papafueros* llamaron en Flándes á los soldados del tercio viejo que pasaron allá en aquellos *desdichados tiempos* de la entrada de don Alonso de Vargas; y *desde entonces, á opinion casi comun, no han quedado en Aragon fe ni leyes favorables.* »

Murió BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA en Zaragoza el dia 26 de febrero de 1631.

Fué, segun Pellicer, de estatura mediana, de rostro lleno y abultado, de tez blanca, de ojos pequeños, de frente espaciosa y de nariz proporcionada. Ambos hermanos tuvieron estrechísima amistad y se correspondieron por medio de cartas con hombres de lo mas eminente que habia en su siglo, tales como Mariana, Justo Lipsío y Lope de Vega.

Como poetas han alcanzado entre los españoles gran fama por lo correcto de su estilo y por la buena entonacion de sus versos.

Uno y otro quisieron imitar la gravedad de Horacio, aventajando BARTOLOMÉ en profundidad á su hermano LUPERCIO. Escribieron varias odas, que carecen de entusiasmo, y muchos sonetos, de

los cuales, algunos se cuentan entre los mejores que hay en lengua castellana, por tener perfectamente encerrados muy buenos pensamientos de filosofía moral.

Los dos hermanos se dedicaron á componer sátiras, que han sido juzgadas bajo un concepto equivocado. Son, en verdad, prosáicas; pero ¿cual sátira no lo es? Las de Horacio ¿tienen por ventura sublimidad poética? La tienen las de los clásicos italianos Ludovico Ariosto, Francisco Sansovino, Hércules Bentivoglio, Ludovico Alamanni y Ludovico Dolce? Encuentro en ellos un estilo tan bajo, que á veces se confunde con la prosa.

Estos autores italianos tienen una ventaja á veces sobre los dos ingenios de que tratamos, y es la profundidad del asunto que elegian. Tal juzgo el de aquella sátira de Bentivoglio en alabanza de la paz, donde descubre la crueldad de las guerras, y llora la infelicidad de Italia, presa de las ambiciones de los príncipes extraños, que contendian en su suelo mismo por señorearla; tal el de aquella de Alamanni en que se duele de que la tiranía prevalezca sobre la libertad, y que el fausto y la avaricia sean la esperanza de los privados y aun la de muchos príncipes; tal el de la del veneciano Antonio Vinciguerra en que reprende á la plebe porque, no sabiendo discernir lo falso de lo verdadero, hace juicios de lo que no entiende.

A excepcion de la sátira contra las malas mujeres por el secretario Lupercio, y alguna que otra de Bartolomé Leonardo á otro objeto, casi todas son invectivas contra los cortesanos, asunto de excelentísimas sátiras de Ludovico Ariosto y otros ingenios elegantes de la fecunda Italia. Al leer los versos de Argensola se recuerdan los acentos de Antonio Abbondanti en su *Gazeta Menipea*, y de Andrea de Bérgamo, y especialmente los de Antonio Abbati en su *Frascherie*, cuando dice:

Troppo chiari in peccar fansi i profilti
Copre l'infamie altrui veste honoranda,
E son mode del'alma hoggi i delitti.

Los Argensolas no carecen de energía para la sátira; pero tienen dos grandes defectos, que los hacen muy inferiores á aquellos maestros italianos: uno es la falta de vivacidad. Amplifican demasiado los pensamientos, é incurren en la perisologia; el otro es cierta dureza en el estilo, que contrasta mucho con la soltura que en este género de asuntos han empleado los poetas de Italia.

Así y todo, los Argensolas merecen ser estudiados por su buen lenguaje. Sus defectos pueden tambien en algun modo disculparse. Contra los vicios del gongorismo, que el uno vió solo nacer, y el otro nacer y extenderse con general aplauso, quisieron oponerse con la correccion del lenguaje. Bartolomé Leonardo tuvo discípulos en un don Estéban Manuel de Villegas, un Cristóbal de Mesa y un príncipe de Esquilache.

Desgraciadamente en aquel siglo, tan fecundo en ingenios de primer órden, pusieron nuestros poetas todo su conato mas en la forma que en los pensamientos, los unos para recargarla de exornaciones, los otros para presentarla con una sencillez desnuda de todo entusiasmo.

La excelencia del lenguaje de estos últimos ingenios mas es como gramatical que como oratoria ó poética. Así como los otros sacrificaban todos los pensamientos á la pompa de las palabras y al uso de falsas figuras, estos, no solo los pensamientos mismos, sino hasta la elocucion noble y figurada, como lo exige la oratoria y la poesía, á la pureza y á la rotundidad de la frase.

DON FERNANDO DE VALENZUELA.

Nació en la ciudad de Ronda, hidalgo de una pobre cuanto antigua casa. Muy jóven pasó á Madrid, donde logró entrar al servicio del duque del Infantado cuando este señor se preparaba á pasar á Roma con el cargo de embajador.

Era don Fernando de muy gentil persona, de simpática fisonomía (1), de gran fidelidad, de claro

(1) Cuando algunos autores del siglo XVII dicen por ponderacion que las ninfas al correr parecian *Valenzue-*

talento y muy dado al estudio. El duque del Infantado tuvo en tan alto aprecio á su paje, que, al volver de Italia, le alcanzó el hábito de Santiago. Poco tiempo pudo este príncipe proteger á VALENZUELA, pues la muerte cortó las relaciones entre ambos.

Quedó DON FERNANDO, con la falta de su protector, en la mas grande miseria, desempeñando «el triste papel de *paseante en corte*, con sus *puntas de caballero de fortuna* ó del milagro, como se designaba entonces á los infinitos pretendientes que pululaban en las calles y en los paseos de Madrid (1)».

Su talento le indicó el camino de salir de aquel estado lamentable á que se hallaba reducido. Se ignoran los medios que empleó; pero fueron tales, que consiguió la amistad del orgulloso favorito, confesor de la reina Mariana de Austria, el padre jesuita Everardo Nithard, y la amistad de tal modo, que al cabo de algun tiempo VALENZUELA poseia todos sus secretos. Entonces el astuto jesuita, para tenerlo mas cerca de su persona, hizo que DON FERNANDO entrase en la servidumbre real. El antiguo paje del duque del Infantado, temeroso de que su nuevo protector sucumbiese en las luchas políticas que sustentaba contra muchos grandes de la corte, capitaneados por el infante don Juan de Austria, quiso buscar seguramente otro apoyo, menos arriesgado á caer, por lo mismo que su privanza con la Reina no estaba combatida por émulos de ningun género.

Una señora alemana, llamada doña Eugenia, gozaba todo el favor de Mariana de Austria. La hermosura, el talento y el artificio de VALENZUELA ganaron de tal suerte el corazon de doña Eugenia, que esta lo aceptó por esposo, consiguiendo para DON FERNANDO una plaza de caballerizo de campo.

Cayó al fin de la privanza el padre Nithard, no sin lágrimas de despecho y de dolor por parte de la Reina, obligada á apartarse de su confesor por la violencia de los sucesos. Nithard, que en los últimos dias de su caida encontró, como sucede siempre en los que se hallan en iguales ó semejantes casos, poquísima lealtad y menos gratitud de parte de aquellos á quienes habia dispensado una proteccion generosa, tuvo ocasion de admirar en VALENZUELA una lealtad sin límites. Por eso lo recomendó encarecidísimamente á la Reina, como una persona de quien podia fiarse, con especialidad en aquellos momentos en que don Juan de Austria habia triunfado.

Mariana en su retiro nada ignoraba de lo mas secreto que en la corte se discurria por sus enemigos. VALENZUELA, introducido en las habitaciones de la Reina á las altas horas de la noche y en presencia de su esposa, le daba cuenta del estado de los negocios públicos y de la crónica secreta de Madrid.

Los palaciegos, que no conocian el medio con que Mariana habia conseguido poseer la clave de todas las intrigas de sus contrarios, dieron en decir que tenia un *duende*. A poco tiempo se hizo público que *el duende de la Reina era* VALENZUELA, el cual con el nombre de *Duende* se conoció desde esa época.

VALENZUELA empezó á gozar públicamente del favor real. Con oposicion del caballerizo mayor, marqués de Castel-Rodrigo, fué nombrado primer caballerizo, merced que fué acompañada de la concesion de título de Castilla, bajo la denominacion de *marqués de San Bartolomé de los Pinares*.

Por muerte del marqués de Castel-Rodrigo obtuvo la dignidad de *caballerizo mayor*, juntamente con la grandeza y con la llave de gentil-hombre de cámara.

Desde entonces nadie dudó de su omnímodo valimiento. Como privado, era el dueño absoluto de las mercedes régias. Ganó con ellas muchos amigos, y tambien muchos contrarios, así de los favorecidos como de los que nada habian podido lograr. Don Juan de Austria, desde Zaragoza, veia con dolor que en la expulsion Nithard nada habia conseguido para sí y para sus parciales. Solo habia sido un cambio de favorito: pasar de la austeridad de un jesuita á la bizarría de un jóven hermoso, galante y poeta.

Los escritores satíricos se desencadenaron contra VALENZUELA, concitados por la envidia, por la ambicion y por otros objetos á cual mas innobles. Retrataron una vez en un pasquin á la Reina y al privado. Este tenia á sus piés todas las insignias de las dignidades y de los honores, como las mitras, el Toison, las bandas, las coronas de los títulos, las llaves de los gentiles-hombres, las espadas de los condestables, y las áncoras de los almirantes. Encima de todas ellas se leia: *Esto se vende*. La Reina, apoyando sobre su corazon su mano, decia estas palabras: *Este se da*.

las, no se crea que aluden al célebre valido de la reina Mariana, tan celebrado como buen jinete, sino á los caballos de una célebre casta, llamada de *Valenzuela*, en la provincia de Córdoba.

(1) Véase la *Historia anecdótica de la minoria de Cárlos II*, que publicó en el *Semanario pintoresco* (1852) el ingeniosísimo y elegante crítico don Ramon Mesonero Romanos.

Mariana de Austria despreciaba semejantes calumnias, y continuaba dispensando con mas ahinco aun su proteccion á VALENZUELA, y este por su parte atendia al bien público, proporcionando al pueblo de Madrid abundancia y baratura en los víveres, y trabajo en multitud de obras de utilidad y ornato.

Refiérese que era arrogante y orgulloso hasta no mas, y refieren el siguiente suceso como una prueba de aquellos calificativos, que sus émulos difundian entre grandes y pequeños.

En unas fiestas de toros y cañas se presentó ricamente vestido de negro y plata, aludiendo á la viudez de la Reina, y ostentando sobre su pecho una banda de seda negra bordada de oro, con este lema en la divisa, que era un águila mirando perpendicularmente al sol, ó con un rayo en las garras: *A mí sólo es permitido, ó yo solo tengo licencia.*

El rey Cárlos II, niño aun, habia cobrado un extraño aborrecimiento á VALENZUELA. Presagio de la ruina de este fué lo que aconteció en una cacería. Cárlos, disparando contra un ciervo, hirió ligeramente á DON FERNANDO; suceso que afectó tanto, segun cuentan, á doña Mariana, que cayó en un desmayo.

Acercándose la mayor edad del Monarca, lograron muchos grandes, parciales de don Juan de Austria, apoderarse del ánimo de Cárlos. En la noche del 14 de enero de 1677 este huyó de palacio con sus consejeros, atravesó de incógnito la capital, y se acogió al Buen-Retiro, expidiendo una órden para que la Reina, su madre, permaneciese detenida en sus habitaciones. La nobleza y el pueblo hicieron locas muestras de alegría al ver aquel acto enérgico, que anunciaba una fuerza de voluntad irresistible en el jóven monarca. El fuego que parecia animar á Cárlos II lució por pocos momentos, presentándose instantáneamente, é instantáneamente quedando reducido á cenizas. El Príncipe se convirtió en caudillo del ódio de sus cortesanos, como el jóven rey Luis XIII lo habia sido en Francia contra su madre y el mariscal de Ancré.

Don Juan de Austria, llamado por su hermano, ocupó el cargo de ministro. La Reina fué desterrada á Toledo, y DON FERNANDO DE VALENZUELA arrancado de la celda del prior del Escorial, donde enfermo, se creia al abrigo de toda violencia de parte de los satélites de su enemigo.

Trasladado al castillo de Consuegra (que era del gran priorato de Castilla en la órden de Malta, y como tal enteramente de don Juan de Austria), se lamentaba de este modo con sus guardas en medio de la agudísima enfermedad que le aquejaba, y del miserable trato que recibia, reducido, como se hallaba, á la mayor pobreza: *¡Oh Dios mio! ¿no hay para mí siquiera la esperanza de acabar con la vida cuanto antes* (1)?

De allí fué traido á Cádiz y encerrado en el convento de la Merced, no en alguno de sus castillos, como se asegura por algunos escritores. Embarcado para Acapulco con destino á Manila, recibió á bordo la notificacion de que el Rey lo degradaba de todos sus honores y cargos, dejándole solo el nombre del bautismo. Del hábito de Santiago no fué privado; sin duda la destitucion se reducia solo á lo que por el favor de la Reina habia conseguido.

Al recibir esta noticia dicen que exclamó: *Ahora conozco que soy mucho mas infelice y desdichado que cuando fui á la corte y entré á servir de paje al duque del Infantado.*

Una señora de elevada estatura y enteramente cubierta con su manto, compadecida quizá de la triste suerte de VALENZUELA, se acercó al tiempo de embarcarse, y le dijo: *Ten valor*, VALENZUELA; *tu enemigo morirá, y tú volverás á España.* Los que la oyeron, intentaron prenderla, pero en vano.

Esta profecía se cumplió en parte. Don Juan de Austria murió al poco tiempo. La Reina, al reconciliarse con su hijo, lo primero que le pidió fué la vuelta de VALENZUELA. Un navío salió expresamente para Filipinas, con objeto de traer á España al desterrado favorito. Este regresó de Filipinas á Acapulco, y por intrigas del secretario de Estado don Jerónimo de Eguía, que procuraba estorbar su vuelta á la Península, fué detenido en Méjico, donde murió de resultas de la caida de un caballo.

Su esposa y sus hijos, que cuando su prision habian sido reclusos en un convento de monjas de Talavera de la Reina, con prohibicion de hablar con persona alguna, mucho antes de la muerte de VALENZUELA habian recobrado su libertad.

Entre las sátiras que se escribieron contra este caballero, recuerdo un cartel burlesco de los sermones que en la cuaresma de 1677 se decia que iban á predicarse.

(1) Mirabel y Casadevante, en las adiciones al *Moreri*.

«*Feria* 4.ª—Predican VALENZUELA y el Vice-canciller: *Memento homo quia pulvis es et in pulvere reverteris.*

»*Feria* 6.ª—Los enemigos VALENZUELA, Almirante, Astillano y Frigiliana.

»*Dominica* 1.ª—VALENZUELA al señor don Juan: *Haec omnia tibi dabo, si adoraberis me. Vade retro, Satanas.*

»*Feria* 5.ª—VALENZUELA: *Homo quidam erat dives induebatur purpura.*

»*Dominica* 3.ª—La monarquía predica el mudo, y el señor don Juan echando á VALENZUELA (1).»

Todos los autores que han escrito algo referente á la vida de este famoso valido convienen en que era naturalmente poeta, y el estilo de sus versos tierno y amoroso (2).

En la presente coleccion se incluyen dos de sus poesías: la primera son las endechas que compuso en el puerto de Acapulco, donde se embarcó para Manila; la otra es un romance endecasílabo, en estilo culto, impreso en la justa poética de la canonizacion de san Juan de Dios, cuando estaba despojado de sus cargos y honores. Por eso al imprimirla, dijeron que era obra de FERNANDO DE VALENZUELA, quitándole hasta el *don*.

Las endechas (3) son de lo mejor que en su género hay en lengua castellana. Escritas en lenguaje sencillo, propio del sentimiento, están dictadas por la experiencia las quejas que contra la envidia y los engaños de la ambicion profiere VALENZUELA. Todo contribuye á hacer esta composicion una obra notabilísima, ya como documento histórico de un personaje tan importante en la minoría de Cárlos II, ya como poesía, hija del dolor mas íntimo, escrita con el corazon, y no por el raciocinio, pero para el raciocinio y para el corazon.

En estas endechas el autor es poeta filósofo, no por el estudio de los grandes moralistas, sino por el que ha hecho en el libro de su propia vida.

Su voz para anatematizar la envidia es mas poderosa aun que la de Horacio y de Lucrecio, porque sale de labios mucho mas autorizados. Cuando un autor habla con el lenguaje de la experiencia, causa mas sensacion en el ánimo de sus lectores que cuando las verdades que profiere han nacido de su gran talento. En las endechas de VALENZUELA no ha tenido la menor parte su fantasía, nada su invencion; la verdad, expresada sencillamente y con el lenguaje del corazon, basta para dar un mérito verdadero á esta poesía.

Sintiendo de esta misma manera, mas nos conmueven los tristes cantos de Juan Bautista Rousseau cuando lamenta sus propias desdichas, que el gran Federico cuando escribia en verso discursos que ponia en boca de Caton á sus hijos y amigos antes de arrebatarse la vida, ó del emperador Oton á sus parciales, antes de ceder la corona á su competidor por medio de la punta de su puñal clavada en su propio seno.

Féderico II ¿se halló alguna vez en el caso en que nos pinta al censor de Roma, ó al émulo de Vitelio? Jamás; por eso la pompa y el artificio de sus palabras no pueden herir tan directamente nuestro corazon como las del Horacio francés, porque Juan Bautista Rousseau, modelo de elevacion y de armonía, cantaba con el acento del desgraciado, con la voz de un pecho herido por el infortunio y por la injusticia de sus contemporáneos.

VALENZUELA demuestra en estas endechas la grandeza de su espíritu. No era un hombre vulgar, como creian sus émulos, ni habia facilidad en aquel siglo para ascender un hombre desde paje de un duque á favorito real, con cuantos honores pudiera desear, á no tener un talento muy superior á los demás que se ocupaban de los negocios públicos.

Por grande me envidiaron,
¡Qué dictámen tan necio!
Como si el ser yo grande
Fuera hacer á los otros mas pequeños.

Tal decia el ilustre VALENZUELA. Al leer estas endechas, no puedo menos de recordar lo que el célebre conde Francisco Fontana cantó en su oda pindárica:

Colpa è la gloria, e la virtù demerto.

(1) Biblioteca provincial de Cádiz, códice 31, 217.

(2) «Como todo se evidencia en sus obras, y con especialidad en diversas comedias que hizo para que se representasen á la Reina Madre.» (Mirabel, traduccion del *Diccionario de Moreri.*)

(3) Biblioteca provincial de Cádiz, códice citado.

DON FRANCISCO NIETO Y MOLINA.

Fué natural de la ciudad de Cádiz, y autor poco conocido. En todos tiempos han existido ingenios que han conservado, contra el gusto reinante en su siglo, el del anterior. Enamorados de las formas con que los antiguos presentaban sus pensamientos, veian con desden los progresos de las nuevas escuelas; y así, viviendo realmente en su edad, la vida de sus ingenios era otra muy distinta. Existian con el entendimiento en otro siglo, y escribian como si escribiesen para él. ¿Qué extraño, pues, que el siglo en que vivian no les diese el aplauso que solicitaban? De estos poetas *reaccionarios*, si me es permitido usar esta palabra, recuerdo en el siglo XVI á Joaquin Romero de Cepeda, que casi á los fines de él escribia apartándose enteramente de la manera italiana, y siguiendo el gusto de las coplas, como cualquiera de los autores que forman parte de los cancioneros. Algunos otros, como Gregorio Silvestre y Luis Galvez de Montalvo, tambien procuraron conservar este gusto, pero al propio tiempo no se desdeñaban de imitar á Garcilaso. Esto prueba que el uno escribia como si estuviera en la edad antigua, y que estos, por bizarría de ingenio, imitaban lo mismo las coplas de Garci-Sanchez de Badajoz y Castillejo que los sonetos y canciones de Garcilaso y Hurtado de Mendoza.

En el siglo XVIII hubo algunos poetas que quisieron conservar el gusto literario de la poesía del siglo anterior: tales fueron un don Diego de Torres Villarroel, un Gerardo Lobo, un Benegasi y Lujan; pero en medio de sus esfuerzos era ya degenerado. Puro el gusto del siglo XVII, lo mismo en la parte buena que en la mala, solo se presenta en DON FRANCISCO NIETO MOLINA. En 1764 publicó su *Fabulero*, cuyo prólogo es como sigue:

«Lector amigo, esas son mis poesías; léelas, si gustas, y si no, haz lo que quisieres; prevencion excusada, pues así lo ejecutarás. Me persuado que al informarte de ellas, hallarás versos buenos, medianos y malos. De todo tiene la viña, uva, pámpano y agraz. Mi intento ha sido divertirme; pues mal pudiera atreverme á ascender al Parnaso, cumbre donde pocos han llegado. Mi dictámen es, salvo el de los eruditos, que solos cinco poetas españoles ha gozado el orbe. De estos, los tres primeros merecieron coronarse de laurel, cuyas verdes hojas jamás marchitará el tiempo. Sean sus nombres el mayor elogio: un fénix español, frey Lope Félix de Vega Carpio, del hábito de San Juan; un portentoso don Francisco de Quevedo y Villegas, caballero del hábito de Santiago, señor de la Torre de Juan de Abad; un asombro de los líricos, don Luis de Góngora y Argote, racionero de la santa iglesia de Córdoba; un ingeniosísimo doctor don Juan Perez de Montalvan, clérigo presbítero y notario de la santa Inquisicion; un excelentísimo don Francisco de Borja, príncipe de Esquilache. Estos son los poetas. En sus obras verás sentencias, conceptos, donaires, símiles elegantes, alusiones preciosas, imitaciones especiales, dulzura, suavidad, gala, facilidad y grandeza. ¿En cuáles otras registrarás este primorosísimo compuesto? En ningunas. Si me presentas las selectas poesías del discretísimo don Antonio de Solís y Rivadeneyra, secretario de Cárlos II, rey de las Españas, y su coronista mayor de Indias; si las chistosísimas de don Jerónimo Cáncer y Velasco, si las cultas del elevado Hortensio, si las elegantes de Francisco Lopez Zárate, si las agradables de Anastasio Pantaleon, si las graciosas de Jacinto Polo de Medina, si las delicadas de don Antonio Hurtado de Mendoza, comendador de Zurita; si las plausibles de don Juan de Társis, conde de Villamediana, diré que deben llamarse doctas, elocuentes, graves y dignas de aprecio y veneracion; pero no colocarlas ni numerarlas entre las de aquellos sublimes héroes. Carecen del vigor, nervio, sustancia y fundamento con que las anteriores se atraen la admiracion y suspenden al mas perspicaz. Despues de estos ingenios, los que han pulsado la lira no han tocado tan alto. No nos engañemos: las metáforas, tropos y otros brillantes adornos de la retórica solamente en ellas relucen. Posteriores á estos han intentado imitarlos otros; pero todos se han contentado con emprender, siéndoles imposible el empeño de conseguir. Yo, excluido de todo mérito, me gloriaré con haber acertado á complacerte, y mas, que me estimes por mínimo é inútil fámulo de las musas. *Vale* (1).»

(1) *El Fabulero*, por DON FRANCISCO NIETO MOLINA, natural de la ciudad de Cádiz. Madrid, por don Antonio Muñoz del Valle, 1764, 4.°, 124 páginas.

Por este prólogo se ve cuánto entusiasmo tenia DON FRANCISCO NIETO MOLINA por los poetas del siglo XVII, y cuán grande era el estudio que habia hecho de ellos.

Dejando aparte el juicio que habia formado de los ingenios españoles del siglo XVII, se admira en este autor la viveza y gala en el decir, juntamente con la pureza del lenguaje. Comparada esta facilidad y esta sencillez tan agradable con el estilo de muchos de los juicios críticos formados en el siglo XVIII sobre autores antiguos, se nos ocurre esta pregunta: ¿qué aprendian en los autores que publicaban eruditos, como Sedano y otros, en cuyas obras ninguna gala del buen decir se presenta?

NIETO MOLINA, no solo se muestra en el prólogo del *Fabulero* fino apasionado de los antiguos ingenios, hablando como hablaban los mejores, sino tambien en algunos pasajes de sus fábulas declara terminantemente su anhelo de imitarlos.

¡Oh quién gozara el chiste
Que á Cáncer asistió,
Y el que Jacinto Polo
Mostró en su *Buen humor!*

Todas estas fábulas son burlescas, y los asuntos estos: *Polifemo*, *Alfeo y Aretusa*, *Apolo y Dafne*, *Pan y Siringa*, *Hipomenes y Atalanta*, *Las tres diosas*, *Hero y Leandro*, *El Narciso*, *La rosa* y *Jupiter y Europa;* asuntos, como se ve, todos tratados en sério ó burlescamente por los autores del siglo XVI y del XVII.

NIETO MOLINA tomó por modelos con especialidad á Góngora, cuando se aparta del culteranismo; y mas que nada, á Jacinto Polo y á Jerónimo Cáncer, á aquel en la invencion y facundia en apodar, y á este en los equívocos.

La fábula de *Pan y Siringa*, que se inserta en el texto de este tomo, es un modelo de facilidad y gracejo en este género.

La de la *Rosa*, que es un lindo juguete poético, termina así:

La rosa copo de nieve
Antes en los campos era,
Que Vénus la salpicase
Con el carmin de sus venas.

Pisóla, é hirió la planta
A la cipria deidad bella,
Y del rubor encendida
Hoy colorada se muestra.

En la fábula de *Hero y Leandro* se encuentran ciertas reminiscencias de la que escribió con el mismo título don Luis de Góngora. Véanse algunos ejemplos:

Atiéndame, si quisiere,
El lector, pio ó castaño,
Se impondrá de los amores
De doña Hero y Leandro.
Esta primorosa ninfa
Tuvo por padre á un anciano,
Alcaide que fué de cesto,
Por no serlo de canasto.
La madre una buena griega
En la lengua y en el trato,
Hacendosa cual ninguna,
Aseada á todo trapo.
Era Leandrito prole
De cierto escudero hidalgo,
Que allá en Avido servia
Por causa de sus trabajos.
Conocido por el diente
En los banquetes mas ámplios,
Y á las horas del comer
Sugeto muy allegado.
. . . . . .
Orfeo de mala gracia,
Conseguia con su canto
Llevarse tras sí las piedras
A impulso de los muchachos.
Este amador tenebroso
Y pretendiente anublado
Partióse para un viaje,
No sé si á pié ó á caballo;
Viaje al que caminaba,
Atravesado en un asno,
El alcaide, su consorte
En burra, y Hero en cuartago.
Iba la mozuela como
Una primavera andando,
Toda plumas el sombrero,
Toda flores el tocado.
. . . . . .
Aquí Góngora la pinta,
En sus semicultos rasgos,
Encerrada en una torre
Que bañaba el Oceano.

Al año siguiente publicó tambien en Madrid una fantasía poética, en redondillas, con el título de *La Perromaquia*. El prólogo no es inferior en gracejo al del *Fabulero*.

«Lector amigo, con decirte que la obra que te presento es una fantasía poética, no tengo mas que decirte. Si eres discreto, serás bien intencionado, y no te causará novedad que pintando á los perros habladores y enamorados, te los figure danzarines, valientes y comilones. Además de esto, para el asunto que elegí era precisa circunstancia que asi fuesen, pues de lo contrario, ni yo me desempeñaria ni ellos acertarian á desempeñarse. No te los demuestro críticos, porque me consta que á ninguna persona capaz se le oculta que el crítico no es otra cosa que un can regañon, que

con el hocico retorcido todo lo muerde, roe y babosea. Grandemente lo conoció don Francisco Antonio Bances y Cándamo, y por eso en su segundo romance al primer ministro, fól. 68, dijo:

Razon de bulto es en ellos
Torcer la boca fruncidos;
Que elocuentísimo tienen,
No el labio, sino el hocico.

»No dudo de que en mi escrito encontrarás muchas faltas ó sobras; pero, reflexionando en su título, podrás perdonarlos. Si has leido la *Gatomaquia*, la *Burromaquia* y la *Mosquea*, habrás visto consultas de oráculos, razonamientos exquisitos, y extraños sucesos practicados por moscas, gatos y burros. ¡Mira qué personajes para empresas racionales! Con todo, si cuanto expongo no bastare, y te mantuvieses en tus trece, preciándote de aquellos que nada les gusta sino lo que ellos hacen, no quiero desagradarte. Prosigue en tu opinion. Solo te encargo que me compres, aunque despues me vendas. *Vale* (1).»

Don Pedro Alonso y Padilla, librero de la cámara del Rey, dió al principio de este poemita una noticia de esta clase de libros, bien curiosa por cierto.

Lecciones naturales contra el descuido comun de la vida, las cuales contienen los doce pensamientos siguientes en verso: 1.° *El gusano de seda*. 2.° *La hormiga*. 3.° *La púrpura*. 4.° *La mariposa*. 5.° *La rémora*. 6.° *La abeja*. 7.° *El mosquito*. 8.° *La salamandra*. 9.° *La luciérnaga*. 10. *El camaleon*. 11. *La araña*. 12. *La perla*.

La Mosquea.

La pulga, de Lope, en las *Rimas*. Es un soneto precioso.

La pulga, de don Diego de Mendoza.

La pulga, de Lope, en su *Dorotea*.

El poema de los ratones.

La Burromaquia.

La Gatomaquia.

La Gigantomaquia.

Batrocomiomaquia, ó poema de las ranas.

La Monomaquia.

La Batomiomaquia, poema por don Ignacio Luzan; MS.

Coloquios de la mosca y de la pulga, por T.

El poema de los puercos (*Pugna porcorum*, per Publius Porcius, poeta).

La Perromaquia, por don Francisco Nieto Molina.

Este poemita está escrito con gran facilidad y gracejo, y todo al gusto del siglo XVII, sin que su autor se dejase llevar, por el deseo de la imitacion, hasta el punto de copiar á los ingenios de aquel tiempo, no solo en sus aciertos, sino hasta en sus errores. La obra está inmune del culteranismo, teniendo por lo demás todo el carácter de las mejores poesías festivas del siglo de Góngora, poesías festivas en las cuales nuestro Parnaso aventaja al de otras naciones.

Don Francisco Nieto Molina no habia hecho solamente un profundísimo y atinado estudio de los excelentes líricos del siglo XVII; el teatro, en que tan rica es nuestra literatura de aquella época, fué tambien objeto preferente de la aficion del ingenio gaditano. Como una muestra de ella, formó un catálogo de las obras dramáticas de los mas ilustres autores, á semejanza del *Índice* que dieron á luz los herederos de Medel del Castillo (1735), del que formó don Juan Isidro Fajardo, y del que mas tarde publicó don Vicente García de la Huerta. El de Nieto Molina no se ha publicado. Su título es:

Coleccion de títulos de comedias, autos sacramentales, tragedias, zarzuelas, loas, entremeses y sainetes de varios famosos autores, con una breve noticia de la patria y escritos de algunos, formada por don Francisco Nieto Molina; Madrid, año de 1774 (2).

Atendiendo solo á la época en que escribió Nieto Molina, sus obras no debieran tener lugar en esta coleccion. Sin embargo, estando como escritas enteramente en el gusto del siglo XVII, me

(1) *La Perromaquia, fantasía poética en redondillas, con sus argumentos en octavas*, por don Francisco Nieto Molina, año de 1765. En Madrid, en la imprenta de Pantaleon Aznar, á costa de don Pedro José Alonso y Padilla, en 8.°

(2) Esta obra manuscrita pára en poder de mi amigo, el erudito poeta sevillano don Juan José Bueno.

he tomado la licencia de incluirlas entre las de los poetas que su ingenioso autor tenia en tan alta estima. Es el honor mas grande que he podido prestar á la memoria de un compatricio mio, y mas en consonancia con sus deseos de igualar en agudeza y gala del decir á los poetas festivos del siglo XVII. Y aun comparado NIETO DE MOLINA con algunos ingenios extranjeros de su tiempo, no hay duda en que aventaja á Pignotti en su fábula de *Narciso al fonte* por la fluidez de la versificacion, y á monsieur de Moustier en los versos que se leen en sus cartas á Emilia sobre la mitología, por el donaire con que trata las vidas y las costumbres de los pretensos dioses.

BREVISIMOS APUNTES SOBRE OTROS POETAS.

No cumple á mi propósito prolongar mas estos trabajos preliminares. Si hubiera de continuar con alguna minuciosidad los apuntes que tengo sobre las vidas de los poetas, no bastaria íntegro el presente tomo. Me he reducido, pues, á dar cuenta de las de aquellos que para mí tienen cierta importancia, por el influjo que ejercieron sobre su siglo ó por otras causas. Tambien si hubiera de presentarse una coleccion abundantísima de las *Flores del Parnaso español*, fecundo y notabilísimo mas en poesías festivas que en las graves, no bastarian seguramente ocho tomos de la BIBLIOTECA para llenar cumplidamente este trabajo. Por otra parte, los lectores de esta BIBLIOTECA hallarán curiosísimas noticias sobre las vidas de Juan Rufo, de don Luis de Ulloa y otros poetas, en los tomos de *Épicos*, ordenados por el ingenioso y florido crítico don Cayetano Rossell; así como de otros autores de los siglos XVI y XVII en las notas al *Laurel de Apolo*, de Lope de Vega, escritas con gran copia de erudicion por el mismo ilustre académico.

Las noticias que siguen, mas van como memorias curiosas para recreo de los lectores, que como de necesidad absoluta para la cabal ilustracion de este tomo.

JUAN BOSCAN fué el que con su ejemplo, seguido por Garcilaso, popularizó en España el verso endecasílabo, usado ya por antiguos escritores en rarísimas poesías.

> . . . BOSCAN, que fué el primero
> Que trujo acá el capaz verso toscano,

dice su contemporáneo don Luis Zapata en el *Carlo famoso*. El mismo BOSCAN lo asegura en carta á la duquesa de Soma, que se lee al principio del libro II de sus poesías. Por ser *catalan*, Lope lo tenia por *extranjero* en nuestro idioma. Con razon Faria y Sousa, comentando las odas del Camoes, dice: «Si BOSCAN los resucitó, fué con gran escabrosidad, y Garcilaso los prosiguió con número suave.»

HERNANDO DE ACUÑA fué imitador de Garcilaso, si bien inferior á este; pero con mas estro poético y correccion de estilo que Juan Boscan. A mas de sus poesías líricas, se conserva de él una traduccion del poema *Le Chevalier delibré*, de Olivier de la Marche, escrita en quintillas llenas de fluidez y de armonía. Segun Van-Male, esta version fué hecha en prosa por el emperador Cárlos V, y puesta en verso de su órden por nuestro poeta. Mi amigo, el erudito anticuario gaditano don Joaquin Rubio, posee un ejemplar ricamente encuadernado y con primorosa iluminacion en sus estampas, que parece ser el que perteneció á Cárlos V.

FRANCISCO DE FIGUEROA es otro de los poetas que, como Francisco de Aldana y Fernando de Herrera, adquirió el renombre de *Divino*. Dulcísimo en la expresion de los afectos, poeta lleno de fuego y de pasion, y fácil en el versificar, es muy superior á sus dos compañeros en el atributo de la *divinidad*. Seguramente FRANCISCO DE FIGUEROA puede competir con el mismo Garcilaso.

EL ANÓNIMO, AMIGO DE JUAN DE MALLARA (que quizá sea Argote de Molina), escribió cuentos en octava rima, que se leen en la *Filosofía vulgar* de aquel ingenio. Están escritos con bastante libertad, sin tocar en la licencia del abate Grecourt ó en la del autor del cuento de las cerezas, ú otros poetas obscenos que ha producido la Francia. Se asemeja el anónimo de que tratamos, mucho mas que á los franceses, á los poetas italianos. Yo encuentro mucho de la malicia de Casti en sus donosos cuentos.

De **DON ESTÉBAN MANUEL DE VILLEGAS**, el cisne de Najerilla, se ha hablado con mucha variedad por los críticos. Por ejemplo, Mayans, en su *Retórica*, le tributa extraordinarios elogios.

«De la primera especie son los hurtos de las ninfas, los himeneos, las cantinelas, los amores, los convites, las danzas y todas las poesías de Safo y de Anacreonte que tenemos en español, debiendo las graciosidades de aquel amoroso viejo á DON ESTÉBAN MANUEL DE VILLEGAS.

»Las palabras suaves tienen su propio lugar en las cosas gustosas, alegres y agradables, como se ve en las odas anacreónticas de DON ESTÉBAN MANUEL DE VILLEGAS.

»En este género de ficcion de voces fué muy feliz DON ESTÉBAN MANUEL DE VILLEGAS, derivando de armiño *armiñar*, y de vidro *envidrar*, diciendo:

Cuando enero
Los collados *armiña*,
Los arroyos argenta
Y los prados *envidra*.

»Y con igual felicidad, de enero formó *enerar*, cantando con elegancia:

Desacredite tarde
El tiempo tus verdores,
Ni el cierzo los *enere*
Ni el euro los agoste.

»El mismo poeta, de trofeo formó *trofeista*, de púrpura *purpurar*, de guirnalda *guirnaldar*, de artificio *artificiar*, de anciano *ancianar*, de diluvio *diluviar*.»

Sanchez Barbero, en su *Retórica*, por el contrario, censura mucho á VILLEGAS y lo considera muy inferior á su fama, segun se deduce de su censura de la cantinela

Yo vi sobre un tomillo
Quejarse un pajarillo,
Siendo su nido amado,
De quien era caudillo,
De un labrador robado.

Marchena, con aquella severidad de juicio que tanto distingue sus trabajos críticos, dice de VILLEGAS lo siguiente:

«La anacreóntica forma un ramo aparte en la poesía lírica: imaginada y perfeccionada por el alumno de Baco y las Gracias, los griegos nombraron las composiciones que el cantor de Teyos imitaba, *anacreonteia*, y todos los pueblos que han tenido la dicha de instruirse en la escuela de la literatura griega le han conservado esta denominacion. De nuestros poetas del siglo XVII, el que mas, de cuantos en este género se ejercitaron, merece citarse, es DON ESTÉBAN DE VILLEGAS, que en sus *Delicias*,

A los veinte limadas,
A los catorce escritas,

se propuso por dechado las composiciones líricas de Anacreonte. Pero además de que nunca VILLEGAS escribió cosa que con las obras de Rioja, de Herrera, de los Argensolas competir pueda, en sus anacreónticas se hallan todos los defectos que de la corta edad del escritor son de esperar. Sin duda la pintura del pajarillo, á quien un fiero rústico ha robado su amado nido, está llena de gracia y afectuosa ternura. Son las locuciones tan naturales como poéticas, y el *no quiero* del rústico, con que se concluye, termina la patética escena con una pincelada maestra. Mas con esta

preciosa anacreóntica, se encuentra en otras un *arroyuelo, hecho cinta de hielo, la abeja, verdugo de las flores*, y otros disparates de la misma especie.»

Por último, don José Antonio Conde, en el prólogo de la version del Anacreonte, habla de los *infinitos defectos de la miserable traduccion del cisne de Najerilla.* Solo un estúpido tan ignorante del griego como de las reglas del buen gusto puede contentarse de su mala traduccion.

DON JOAQUIN SETANTI, caballero catalan del hábito de Montesa, escribió un librito en verso suelto, con el título de *Avisos de amigo.* Es autor de dos obritas en prosa, intituladas *Frutos de Historia* (Barcelona, 1610) y *Centellas de varios conceptos* (Id., 1614). Estas se imprimieron juntamente con los *Aforismos de Cornelio Tácito*, recogidos por Benito Arias Montano.

Los *Avisos de amigo* son dignos de memoria. Sin embargo de que algunos pecan en triviales, no carecen de energía en el pensamiento y de igual vigor en la frase. Como obra moral, merece estudiarse.

DON MANUEL SALINAS fué un racionero de Huesca que se dedicó á traducir á Marcial, Como una muestra de la superioridad de este traductor, nota mi paisano Vargas Ponce lo siguiente:

«¿Será acaso el francés mas conciso y exacto que numeroso y armónico? Dígalo otra traduccion:

MARCIAL:

»*Nuper erat medicus, nunc est Vespillo Diaulus:*
Quod Vespillo facit, fecerat et medicus.

BOILEAU:

»*Paul, ce grand médecin, l'effroi de son quartier,*
Qui causa plus de maux que la peste et la guerre,
Est curé maintenant et met les gens à terre;
Il n'a point changé de métier.

DON MANUEL DE SALINAS, RACIONERO DE HUESCA:

»Diaulo es hoy sepulturero,
Y há poco que era doctor;
Lo que hace enterrador,
Hizo médico primero.»

A mas de lo que dice Vargas Ponce, **DON FERNANDO DE LA TORRE FARFAN**, en el *Templo panegírico al certámen poético que celebró la hermandad insigne del Santísimo Sacramento* (Sevilla, 1663), tradujo aun con mas concision muchísimos epigramas de Marcial y Juan Owen, teniendo un competidor esclarecido en **DON FRANCISCO DE LA TORRE**, caballero del hábito de Calatrava, el cual, no solo tradujo elegante é ingeniosamente las agudezas de Owen, sino tambien, siguiendo al Marcial inglés, compuso multitud de epigramas, á cual mas discretos. Primera parte, Madrid, 1674; Segunda, 1682.—Esta segunda fué obra póstuma.

De las *Poesías de* **MIGUEL COLODRERO DE VILLALOBOS** (Córdoba, 1629) solo se incluyen en esta coleccion algunos epigramas. Las demás son cultísimas, sin embargo de decir Lope que el estilo suyo era florido, el lenguaje advertido y los pensamientos honestos; y de este ingenioso epigrama de una poetisa, oculta con el nombre de Filida:

Para su fin canta altivo
De Liguria el rey alado;
Si como él has cantado,
DON MIGUEL, ¿cómo estás vivo?
Mas tu suave decir
No es uno en las dos gargantas;
Que tú para vivir cantas,
Él canta para morir.

De **DON PEDRO DE CASTRO**, autor de *Las auroras de Diana*, decia Lope: « Quien se entretuviere en su leccion podrá coger muchas flores de sus elegantes versos, y no pequeño fruto de sus estudios poéticos. »

Algunas poesías de Castro son cultas. Los epigramas y una composicion amorosa, que van en esta coleccion, contienen rasgos de ingenio delicadísimos. La cancion á Clori viendo enamorarse á dos palomas es en el género exótico de lo mejor que hay en castellano. Para mí aventaja á la de Góngora á Clori presentándole un ramo de flores.

Por conclusion, no olvidaré citar lo que de **DON LUIS DE ULLOA**, entre burlas y veras, decia el secretario de un vejámen (*Descripcion de las fiestas de la catedral de Jaen*, Málaga, 1661):

« En el segundo asunto tuvo primer lugar don Luis de Ulloa. Ha escrito muchos sonetos bien enamorados, y otros bien desengañados. Tradujo el *Miserere* con música, mas no con disciplina. Tambien tomó este mismo trabajo en los *Salmos penitenciales*, con que vienen á ser de doblada penitencia. La *Raquel* salió tan desmadejada como una lia.

»Diósele por premio un vernegal de plata, y dentro va esta quintilla:

»Muy oscuros y escondidos,
Aunque vienen tan medidos,
Tus versos, Ulloa, están,
Y aquese premio te dan
Para que los dés bebidos. »

FLORES

DE POETAS ILUSTRES,

POR PEDRO ESPINOSA.

A LA GRANDEZA DEL DUQUE DE BÉJAR, EL CONTADOR JUAN LOPEZ DEL VALLE.

SONETO.

Recebid blandamente, oh luz de España,
Las flores de las musas mas perfetas
Que han resonado en liras de poetas
En cuanto el sol alumbra y el mar baña;
Que á vueltas de librarse de la saña
Del tiempo, á cuya injuria están sujetas,
Serán con general aplauso acetas
Si vuestro alto valor las acompaña.
Que pues la clara fama, con las blancas
Plumas de aquestos cisnes excelentes,
Eterno monumento les levanta,
Vos, rama al fin de majestades francas,
Debeis, en honra de tan doctas frentes,
Hacer sombra, si sombra hay en luz tanta.

AL GRAN DUQUE DE BÉJAR.

De los ilustres ingenios que hoy en España profesan el estudio de la poesía he juntado (con alguna trabajosa diligencia) las mas lucidas flores; y ahora dichosamente me rinden colmado fruto, pues la grandeza de vuestra excelencia se sirve salgan á luz al amparo de su clarísimo nombre, que siendo, como es, sin igual en el mundo, cumplo con la obligacion que debo á tan ilustres ingenios; y los que nos hallamos tan ajenos de aquellas cosas que suelen parecer bien á los ojos de tan grandes príncipes como vuestra excelencia, es fuerza que, cuando recebimos merced, nos valgamos de trabajos ajenos para satisfacer en algo las obligaciones propias. Nuestro Señor guarde á vuestra excelencia, como sus servidores deseamos. En Valladolid, á 20 de setiembre de 603.

Pedro Espinosa.

AL LECTOR.

No temais, señor letor, que os tengo de moler, dando cuenta del intento que tuve en hacer este libro, y al fin de seis pliegos de prólogo, decir que mis amigos me importunaron que lo imprimiese; ni penseis que os he de quebrar la cabeza con el almozada de agua del villano de Jérjes, ni tampoco que he de volverme á los maldicientes, llamándolos áspides de lenguas ponzoñosas, que muerden los coturnos de oro. Creedme, Señor, que si no temiera enfadaros, no hubiera buscado tan varia brevedad, pues esta trae la hermosura y el gusto, y tanto he hecho en no escribir cosa mala, como en admitir esto bueno; porque para sacar esta flor de harina he cernido docientos caíces de poesía, que es la que ordinariamente corre. No quise escribir mas volúmen, porque este sea la muestra del paño; esto es entrar un pié en el agua para ver si está quemando; si os contenta, le darémos al libro un padre compañero, y si no, me excusaréis de trabajo tan grande como es escalar el mundo con cartas, y despues de pagar el porte, hallar en la respuesta la glosa de

vide á Juana estar lavando, ó algunas redondillas de las turquesas de Castillejo ó Montemayor (venerable reliquia de los soldados del tercio viejo), ó cuando mas, algun soneto cargado de espaldas y corto de vista, que no ve palmo de tierra, que estos ya gozaron su tiempo; mas ahora los gentiles espíritus del nuestro (como parecerá en este libro) nos han sacado de las tinieblas desta acreditada inorancia, y yo, por no exceder los rigurosos preceptos de los prólogos, cubriré su alabanza con el velo del silencio. De paso advertid que las odas de Horacio son tan felices, que se aventajan á sí mismas en su lengua latina. *Vale.*

LICENCIADO RODRIGO DE MIRANDA.

SONETO.

Con lazos de dulzura el pié travieso
Prendió Espinosa á Guadalerce santo,
Mientras con bien nacido alegre espanto
Sudaba miel dorada el olmo espeso.
En sí mismo se vido el viento preso,
Y pasmados los linces; mas en tanto,
Pensando que de Apolo era su canto,
Tembló del laurel sacro el gentil peso.
Ya que en la castidad de sus congojas
Le dijo al tronco la vecina fuente
Que no era Apolo, aunque mayor su fama,
Los versos escribió en sus verdes hojas,
Y humilló el precio eterno de su rama,
Premiando el canto con honrar su fuente.

JUAN DE AQUILAR.

nstar apis, quae vere nono florentibus errat
Vallibus, et facili seligit ore thymum.
Purpureasque metit violas roremque marinum,
Et florum quidquid fert genialis humus.
Ingenioque argutasvo, miramque per artem
Dona facit, puri nectaris alma, favos,
Parnasi per amoena levis, Spinosa, vagaris:
Prata per Aonidum florea rurea volas:
Omnia solicitus lustras, pulcherrima solers
Carpis, et ex variis optima quaeque legis.
Ex quibus ecce paras nobis mirabile nectar,
AEterni mensis munera digna Jovis.

LICENCIADO JUAN DE LA LLANA,

NATURAL DE ANTEQUERA.

Dulcisonos postquam Spinosa audivit olores,
Quos placida in ripa Baetis amoenus alit.
Illorum curat pulchros eligere cantus,
Adiungensque suis dulciter ipse canit,
Et voces varias uno dum gutture profert,
Arte levat mentes, atque canore placet.
Grataque per lustrans divinae Palladis arva,
Floribus inservit florea serta sibi.
Quae simul egregium sertum collegit in unum,
Et larga nobis obtulit ille manu.
Hunc vatem eximium docti celebrate Poetae,
Ejus et aeterna cingite fronde caput.

EL MARQUES DEL AULA.

SONETO.

Tú, que das vista, sol hermoso, á cuanto
Ciega la fea noche; tú, que mojas
Las rubias trenzas en las aguas rojas
Del caudaloso y siempre ilustre Xanto;
Tú, que la vida quitas, con espanto
De Niobe arrogante, si te enojas,
Y á las cavernas del infierno arrojas
Al sacrílego Ticio, atado al llanto;
Al fiero Aquiles el vivir quitaste
Porque ofendió tus muros, y en la arena
Vertiendo el alma, diste al mundo ejemplo;
Tú en este libro un templo levantaste:
Advierte que merece mayor pena
Quien profanare tu divino templo.

DON RODRIGO DE NARVAEZ ROJAS.

SONETO.

Honró las verdes selvas de honor santo
Un tiempo de Espinosa el tierno acento,
Dió al monte de esmeraldas ornamento,
Y al rio márgen de florido acanto.
Su voz (en gloria ajena) puede tanto,
Que ilustra ahora la region del viento,
El cual lleva con blando movimiento
Al rio, al monte y selva el nuevo canto.
Y en agradecimiento, y porque vuelva
Otra vez á ilustrarles su horizonte,
A oir la voz, que hiere el aire frio,
Con alas de laurel vino la selva,
Con plantas de esmeraldas vino el monte,
Con riendas de cristal se paró el rio.

JUAN BAUTISTA DE MESA.

SONETO.

Si mostrándose Roma agradecida
A quien un ciudadano libertase
Cuando con el morir le amenazase
Su enemigo, ya dueño de su vida,
Quiso, para que fuese conocida
Hazaña tan honrosa y se imitase,
Que corona sus sienes adornase
(Honra á que fué muy grande, bien debida);
España, si cual debes lo agradeces,
A quien te libra tantos ciudadanos
(Que con su muerte amenazó el olvido),
¿Cómo tantas coronas no le ofreces,
Haciéndole con nombres soberanos.
En cuanto el sol alumbra, conocido?

FLORES DE POETAS ILUSTRES.

LIBRO PRIMERO.

COMPOSICIONES VARIAS.

LICENCIADO LUIS MARTINEZ DE LA PLAZA.

Cuando á su dulce olvido me convida
La noche, y en sus faldas me adormece,
Entre el sueño la imágen me aparece
De aquella que fué sueño en esta vida.
Yo (sin temor que su desden lo impida)
Los brazos tiendo al gusto que me ofrece,
Mas ella (sombra al fin) se desvanece,
Y abrazo el aire donde está escondida.
Así, burlado, digo: «¡Ah falso engaño
De aquella ingrata, que aun mi mal procura!
Tente, aguarda, lisonja del tormento.»
Mas ella en tanto por la noche oscura
Huye, corro tras ella. ¡Oh caso extraño!
¿Qué pretendo alcanzar, pues sigo al viento?

PEDRO ESPINOSA.

Honra del mar de España, ilustre rio,
Que con cintas de azándar y verbena
Ciñes tu márgen, de claveles llena,
Haciendo alegre ultraje al cierzo frio,
Si ya con tierna planta y dulce brio
Vieres la ingrata, causa de mi pena,
Hurtar tus perlas y pisar tu arena,
Baña sus huellas con el llanto mio.
Así la aurora vierta por tu orilla
Canastillos de aljófar y esmeraldas,
Olor las auras, flores el verano;
Y si esto es poco, así mi pastorcilla
(Cuando tus lirios ponga en sus guirnaldas)
Te dé licencia de besar su mano,

EL CONDE DE SALINAS.

Esperanza desabrida,
Poco mejoras mi suerte;
¿Qué importa excusar la muerte,
Si matas toda la vida?
Eres sombra del deseo,
Jamás hablaste verdad,
Muy cruel para piedad,
Cuerda para devaneo.
Falso esfuerzo de paciencia,
Pecado de fantasía,
Placer con hipocresía,
Bien cubierto de apariencia.
Sin fundamento fabricas
Porfías sin entender;
Lo que menos puede ser
Es lo que mas certificas.
De la color del deseo
Te disfrazas cien mil veces;
Por atajos te apareces,
Y aun no te das por rodeo.
Entras con buenas señales,
Y agravas los accidentes;
No das vida á los dolientes,
Y dasla á sus propios males.
Matas con buena intencion,
Como el imprudente amigo;
Quieres que siendo castigo,
Te adoren por galardon.
Huyes de sanos consejos,
Y porque te vean los ojos
Tú misma les das antojos
De desesperados léjos.
Todos te pagan tributo,
Desde el grande hasta el menor;
El bien nos muestras en flor,
Y nos escondes el fruto.
Tu ensalmo promete vidas,
Con hierro en diamante labras,
Y aun menos que con palabras
Quieres sanar las heridas.
Muerte viva al que te trata,
Manjar forzoso del yermo,
Agua en que pasa el enfermo
El tósigo que le mata.
Del dolor falsa cubierta,
Que entretiene la razon;
Fuerza de imaginacion,
Que sueña estando dispierta.
Madre del desasosiego,
Maestra del que mas ama,
Leña que ahoga la llama
Para dar mas fuerza al fuego.
Altiva y entremetida
Donde menos hay por qué,
Medio que puso la fe
Entre la muerte y la vida.
Eres un largo morir,
Ciega á los inconvenientes;
No ves los tiempos presentes,
Y allanas los por venir.
Mentirosa y lisonjera,
Aborrecida y amada,
Consiste en ser tú pesada,
En ser liviana y ligera.
Tanto el alma no desea
Cuanto ella ofrece y promete;
Es niebla que se entremete
Porque el tiempo no se vea.
No cuentas horas ni leguas,
Y así en nada satisfaces;
Siendo enemiga de paces,
Finges mentirosas treguas.
Hácia las cumbres mas altas
Caminas contra corrientes;
Faltas siempre porque mientes,
Mientes siempre porque faltas.
Nunca nos das libertad,
Perpétua sed de cuidados,
Siempre acompañan tus lados
Deseo, infidelidad.
Aplacadora de iras,
Falsa gitana encubierta,
Que por una cosa cierta
Persuades mil mentiras.
En las casas grandes tratas,
Y aunque en las casas habitas,
La muerte que solicitas
Es la misma que dilatas.
Todo lo difícil quieres,
Vives mientras no se alcanza;
Mantiéneste de tardanza,
Y con los efetos mueres.
Yo siempre te conocí,
Aunque me dejé engañar;
Pero no se puede estar
Ni contigo ni sin ti.

Con tus fiados placeres
El alma traes engañada;
Eres nada, y con ser nada,
Todas estas cosas eres.

LICENCIADO LUIS DE SOTO.

OCTAVAS.

¿Son estos lazos de oro los cabellos
Que, ya en madeja, ya volando al viento,
Ya en red cogidos, fueron cárcel ellos
Gloriosa, do el amor vivió contento?
Son estos soles los divinos, bellos
Y alegres ojos, do mi pensamiento
Mil veces se abrasó? Y ¿es esta nieve
Y grana el rostro que mis glorias llueve?
Y ¿son estos rubíes y estos granos
De blancas perlas, labios, dientes, boca
Do los venenos dulces soberanos
Gusté, por quien mi pena ha sido poca?
Así glorificado en gozos vanos
Estaba, cuando el sol mis ojos toca
Y hiere. Deslizóse el sueño, y luego
Al vivo de mi vista quedé ciego.

LICENCIADO JUAN DE VALDÉS Y MELENDEZ.

Pobreza vil, deshonra del mas noble,
Mas habladora mientras mas callada,
Tu frente, de mil sábios coronada,
Ciñe robusta encina, tosco roble.
Usan todos contigo trato doble;
Siendo sábia, de simple eres notada,
Tu solar y tu casa está manchada;
Que del oro el linaje luce al doble.
Cualquiera es para el rico fiel Acátes,
Vuélvese al pobre, cual Sinon en Troya,
Y sus obras consisten en deseo;
Mas yo, pobreza, aunque tan mal me trates,
Quiero estimarte como rica joya,
Solo por las verdades que en tí veo.

EL MISMO.

Llora la viuda tórtola en su nido,
Y enternecida, con amargo llanto
Llama al ausente, que con dulce canto
Responde alegre, de su fe movido.
El mar contempla la burlada Dido,
Vuelve los ojos con temor y espanto,
Y Olimpia á su Vireno llama en tanto
Que da velas al viento, fe al olvido.
Soy cual tórtola, ausente de tus ojos,
Dido, cuando rendida me miraron,
Y Olimpia, aunque sin obras ofendidas,
Pero son mas crecidos mis enojos;
Que Olimpia y Dido de su amor gozaron,
Y yo soy sin gozarte aborrecida.

EL DOCTOR AGUSTIN DE TEJADA.

Al rey don Felipe, nuestro señor.

Tú, que en lo hondo del heróico pecho
Mides, con el cuidado congojoso,
Cuanto mide con luz el sol dorado,
Ya del indio, de perlas abundoso
Y con ricos metales satisfecho,
Ya del fiero aleman y hesperio osado,
Levanta el rostro, de esplendor ornado,
Y enhiesta la cerviz nunca domada
(Desde el Austro á las Ursas respetada);
Que colma con espíritus mis sienes
De sus sagrados bienes
El favorable Febo,
Y me promete palma y lauro nuevo,
Si me escuchas lo que él te profetiza
(Que es gloria que á los tuyos eterniza);
Si despreciando el oro, ornare acero
Al ítalo, aleman y español fiero.
Mida el caballo con herradas manos
Lo que hay desde la cincha hasta el suelo,
Y argente con espuma el freno duro,
Y guarnezca el bruñido doble velo;
Los pechos osadísimos hispanos
(De la misma fiereza récio muro)
Y el mar (de tu potencia no seguro)
Horade el espolon, cercene y abra,
Con quien de crespa nieve el mar se labra;
Dén á la luz del sol vistosas luces
Tus coloradas cruces,
Y azote al viento vago
El vencedor pendon de Santiago,
Y relumbren al sol yelmos grabados
Por entre los penachos encrespados,
Porque ya del inglés piden venganza
Yelmo, peto, caballo, espada y lanza.
Pues en tu gente invicta y laureada
La virtud su virtud acendra y prueba,
Bata Milan el duro yunque, bata,
Greve los yelmos, temple bien la greva,
Enhaste hierros y acicale espada,
Que en sangre tiña su color de plata,
Y en fragua (do la llama se desata)
Con los roncos martillos armas forje
Contra el reino que un tiempo honró á san Jorge.
Y con la belicosa baraunda
Se amedrente y confunda,
Y el español supremo
Contra el gélido inglés muestre su extremo,
Y el atanor de bronce por do pasa,
No el agua dulce, mas sulfúrea brasa,
Escupa, con relámpagos horrendos,
Rayos de plomo y truenos estupendos.
Al atambor se le reviente el parche,
Y el cañon á la trompa le reviente,
Y el aire atruene su sonoro aliento,
Y adonde el pié de tu soldado asiente
Cuando tu vitorioso campo marche,
Con la sangre enemiga esté sangriento;
Cuando pueblos el húmedo elemento,
Y con movibles casas abras surco
Al inglés rojo y al soberbio turco,
Tus coronadas popas y tus gabias,
Llenas de gentes sábias,
De despojos tan llenas
Vendrán, que los que están en las cadenas
No podrán con el remo abrir camino;
Mas para proseguir tan buen destino,
Al duro banco el brazo hereje amarra,
Para que el mar con remos are y barra.
Pero ten cuenta, cuando ya la lanza
Contra el pirata inglés, bravo enarboles,
Y el nervio estires del corvado arco,
Que la salobre plata la arreboles
Con su herética sangre por venganza,
Y dés rojo color al blanco charco;
Su nao mayor tu mas pequeño barco
Ajorro arrastrará, y aun sus banderas
Besarán de la mar las aguas fieras;
Veránse en sus navíos abrasados
Los arcos destrozados,
Y sus botas espadas
Sin gloria por el suelo derribadas,
Ricas aljabas y saetas fuertes
En propio daño suyo y propias muertes,
Sus galeras quemadas, sus naos rotas,
Urcas, barcas, esquifes, galeotas.
El mar envuelto con arenas hondas,
Con los cuerpos que nadan, no nadando
Por estar de la vida despojados,
Como con azanefas, adornando
Su orilla irá con ellos y con ondas,
De los rojos esmaltes ya cuajados.
Veránse por tus mástiles alzados
Ricos trofeos de inmortal memoria,
Del leon vitorioso justa gloria;
Y al cielo perlas líquidas verémos
Que arrojarán tus remos
Por mensajeros ciertos
De las vitorias que honrarán tus puertos,
Con que se turbarán esos turbantes
De los bárbaros fieros arrogantes,
Sin que le valga al scita y masageta
El cielo barrenar con la saeta.

Verás entonces á tus piés rendidos
Golas, petos, montantes y celadas,
Arcos, ballestas, dardos, tablachinas,
Dagas, estoques, picas, con espadas,
Manoplas, brazaletes y lucidos
Yelmos, rodelas, cotas, culebrinas,
Alfanges duros, malias jacerinas,
Truenos, pasavolantes y bombardas,
Ginetas, partesanas y alabardas,
Trabucos, basiliscos y mosquetes,
Bombas y morteretes,
Venablos y gorguces,
Trabucos, roncas grevas, arcabuces,
Las balas, escopetas y corazas,
Hierros, sillas, testeras, frenos, mazas;
Y al fin de todo, sus cervices duras
Sujetas á tus lazos y ataduras.
Y tú, pimpollo tierno y tierna planta,
Tercero en nombre del que fué segundo,
Del tronco de Austria singular renuevo,
Aumenta con tu edad el bien al mundo,
Pues que ves cuán soberbio se levanta
Quien goza poco del hermoso Febo,
Prometes nueva gloria y siglo nuevo.
Y pues el brio juvenil apenas
Se ha divertido por tus reales venas,
Abrevia el tiempo que de acero claro
Cubras el cuerpo raro,
Y con espada y lanza
Excedas la opinion de tu esperanza,
Y pues que de la nuestra eres coluna,
No temas hado, tiempo ni fortuna;
Que á tu querer (del mundo respetado)
Responderán fortuna, tiempo y hado.
Y en tanto, oh tú, gran reino de Bretaña
(De armas un tiempo singular trofeo),
Sacude aquesta infamia que te infama;
Adorna tu blason con el deseo
Con que te quiere honrar la invicta España
(Pues ves que á voces te apellida y llama),
Antes que encienda su corrusca llama
Tus muros, capiteles y molduras,
Y las torres del tiempo no seguras;
¿Por qué sujetas tu feroz braveza
A mujeril vileza,
Y tu gran valentía
A cabeza de seso tan vacía?
Pues la régia corona y la diadema,
Por verse puesta en frente tal, blasfema,
Por ser mas digna tan lasciva frente
Que el rizo de oro encrespe el fuego ardiente.
Si esperas á tu Arturo hecho cuervo,
Lleno de glorias y de triunfos lleno,
¿Por qué de tí no arrojas esa graja
Antes que cunda mas su cruel veneno?
Hija proterva de varon protervo,
Que el poder que dió á Pedro Cristo ataja,
Aunque en esto su gloria se aventaja,
Pues han poblado por su hereje celo,
Cuerpos las horcas, ánimas el cielo;
Enrubiando de mártir sangre santa,
Que al cielo se levanta,
Tus yerbas y tus flores,
Que dieron otro tiempo mil olores
De holocaustos, de victimas y ofrendas,
Para el Dios de Israel queridas prendas,
Y agora solo dan horror eterno,
Triste prodigio del horrendo infierno.
Cancion, deten el vuelo;
Que mayor lauro te promete el cielo
Cuando, alcanzada la britana gloria,
Oidos preste el mundo al verso culto;
Que yo he de ser Virgilio de tal Marte,
Que esparza el nombre suyo y mi memoria
Desde Pirene hasta aquella parte
Que inflama el fuego del Canopo oculto,
Y desde el Oceano
Hasta el mar que con hielos está cano.

EL COMENDADOR DON DIEGO DE BENAVIDES.

Amor, en tus altares he ofrecido
El fruto amargo de mis desengaños,
Y en tus paredes los mojados paños
Con que de tus peligros he salido.
Ya en estos riscos ásperos de olvido,
Ya en los de celos, por temor y engaños,
Las frescas flores de mis tiernos años
Y el juvenil tesoro he consumido.
Perdona el oro, bálsamo y encienso,
Y las primicias que de mis amores
Te suelo dar al año por tributo;
No esperes del que pobre has hecho, censo,
Ni alegres frutas de las dulces flores,
Pues no me respondió á la flor el fruto.

BALTASAR DE ESCOBAR.

En elogio de Fernando de Herrera.

Así cantaba en dulce son Herrera,
Gloria del Bétis espacioso, cuando
Iba las quejas amorosas dando
De su mansa corriente en la ribera;
Y las ninfas, del bosque en la frontera,
Selva de Alcides, todas escuchando,
En cortezas de olivos entallando
Sus versos, cual si Apolo los dijera.
Y porque, tiempo, tú no los consumas,
En estas hojas trasladados fueron
Por sacras manos del castalio coro.
Dieron los cisnes de sus blancas plumas,
Y las ninfas del Bétis esparcieron,
Para enjugarlos, sus arenas de oro.

JUAN BAUTISTA DE MESA.

Por donde el sol se pone
Tus dos soles se vieron,
Que cuando hiciste ausencia se pusieron;
Y aunque me prometiste
Volverme presto el dia,
Estuvo el alma mia,
Mientras este llegaba, en noche triste,
Porque aunque luego torna
El sol que al mundo adorna,
No excusa de la noche el negro velo,
Que luego que se ausenta,
Escurece la tierra, cubre el cielo.

EL MISMO.

Dormia en un prado mi pastora hermosa,
Y en torno della erraba entre las flores,
De una y otra usurpando los licores,
Una abejuela, mas que yo dichosa,
Que vió los labios donde amor reposa
Y á quien el alba envia los colores,
Y al vuelo refrenando los errores,
Engañada, los muerde como á rosa.
¡Oh venturoso error, discreto engaño!
Oh temeraria abeja, pues tocaste
Donde aun imaginarlo no me atrevo!
Si has sentido de envidia el triste daño,
Parte conmigo el néctar que robaste;
Te deberé lo que al amor no debo.

PEDRO ESPINOSA.

En una red prendiste tu cabello
Por salteador de triunfos y despojos,
Y siendo él delincuente,
Lo sueltas y me haces dél cadena.
No ties dél ¡oh lumbre de mis ojos!
Que es lazo, y mucho se te llega al cuello;
Llégalo al mio y pagaré la pena,
Porque diga, el amor siendo testigo,
Que mi premio nació de su castigo.

LUIS MARTIN DE LA PLAZA.

En rota nave, sin timon ni antena,
El ancho golfo del amor navego,
En cuyo mar las olas son de fuego,
Y en pechos se quebrantan, no en arena.
Aquí lloro, amarrado en la cadena
De un pensamiento, para el bien tan ciego,
Que pretende hallar algun sosiego:
Donde fuego dan voces, fuego suena.
En este mar de mi derrota incierto,
Tiendo los ojos, de llorar cansados,
Y muy léjos el puerto se me ofrece.
Y apenas con placer saludo el puerto,
Cuando grande tormenta de cuidados
Atrás me vuelve, y él se desparece.

LICENCIADO JUAN DE VALDÉS Y MELENDEZ.

La luz mirando, y con la luz mas ciego,
Rompe Leandro espumas plateadas,
Y entre las olas, con el viento hinchadas,
Pide al cielo piedad, al mar sosiego.
Acuden olas en sintiendo el fuego,
Y así les dice, viéndolas airadas:
«Dejadme mientras voy, olas sagradas,
Y anegarme podréis, volviendo luego.»
Tiembla su amor el trance riguroso,
Sepulta su esperanza el mar airado,
Y la postrera voz entrega al viento.
¡Oh tres y cuatro veces venturoso,
Y triste yo, que, tras haber gozado,
Perdí las esperanzas y el contento!

LICENCIADO BARTOLOMÉ MARTINEZ.

Oda primera de Horacio:
Mecenas atabis edite regibus, etc.

Mecénas, decendiente
De real tronco, generosa rama,
Amparo firme y honra dulce mia,
Cuál hay que busca y ama,
En la contienda, olímpica porfía,
Correr en carro ardiente,
Y juzga por divina y dulce gloria
Ganar la noble palma de vitoria;
El otro, que ha alcanzado
Del inconstante vulgo los favores
Y los cargos sublimes que pretende;
El otro, que ha encerrado
En sus graneros propios los mejores
Frutos que Libia extiende
En su benigno gremio y fértil suelo,
Cuando mas colma la cosecha el cielo;
A cada cual, que tanto
Se agrada del oficio que escogiera,
No apartarás de su aficion un punto,
Aunque le ofrezcas cuanto
El rey Atalo tuvo, porque quiera
Ser navegante receloso, y junto
Sulcar el mar con vaso fuerte, ó nave
De Chipre, que es madera menos grave.
El mercader, temiendo
Al áfrico furioso (que luchando
Con las icarias olas, mueve guerra),
Con ansia está loando
El sosegado albergo de su tierra,
Mas torna rehaciendo
Los cascados navíos, no enseñado
A estar en la pobreza sosegado.
Hay otro, que tendido
Debajo de los árboles amenos,
O ya do nace alguna dulce fuente,
De Masico escogido (1)
Se huelga de agotar los vasos llenos,
Y con deseo ardiente,
Del usado ejercicio y tiempo justo
Hurtar gran parte por seguir su gusto.

(1) Masico, monte de Campaña. Llamábase así un vino generoso que salia de sus vides.

A muchos les contenta
La vida militar y el fiero estruendo
De la trompeta ronca, que mezclado
Con el clarin, se aumenta;
Y el bélico furor y aquel horrendo
Ejercicio de Marte ensangrentado,
A quien maldicen vírgines y madres,
Donde unas pierden hijos y otras padres.
El cazador olvida
De la tierna mujer el blando lecho,
Quedándose la noche al aire frio,
O fué la corza olida
De los sagaces perros, que en acecho
Cercan el valle, el monte, el soto y rio,
O ya de Marsia el jabalí mestizo (2)
Rompió las redes de cordel rollizo.
A mí la verde hiedra,
Gloriosos premios de las doctas frentes
Me dan un ser divino y soberano,
Y aquesto mas me arredra
Del confuso bullicio y vulgo vano,
El bosque umbroso y plantas diferentes,
Y de las ninfas el liviano coro,
Que en bellas perlas cierne plata y oro.
Y si mi dulce musa,
Euterpe, sus favores no me niega,
Y de templarme el lésbico instrumento
Polimnia no rehusa,
Y á mi voz su calor divino llega,
Y tú me dieres el glorioso asiento
Entre poetas líricos, de un vuelo
Llegará mi cabeza hasta el cielo.

LUIS MARTIN.

Iba cogiendo flores,
Y guardando en la falda,
Mi ninfa, para hacer una guirnalda;
Mas primero las toca
A los rosados labios de su boca,
Y les da de su aliento los olores;
Y estaba, por su bien, entre una rosa
Un abeja escondida,
Su dulce humor hurtando,
Y como en la hermosa
Flor de los labios se halló, atrevida,
La picó, sacó miel, fuése volando.

PEDRO ESPINOSA.

Estas purpúreas rosas, que á la aurora
Se le cayeron hoy del blanco seno,
Y un vaso de pintadas flores lleno,
¡Oh dulces auras! os ofrezco agora,
Si defendeis de mi divina Flora
Con vuestras alas el color moreno,
Del sol, que ardiente y de piedad ajeno,
Su rostro ofende porque el campo dora.
¡Oh hijas de la tierra peregrinas!
Mirad si tiene mayo en sus guirnaldas
Mas frescas rosas, mas bizarras flores.
Llorando les dió el alba perlas finas,
El sol colores, mi aficion la falda
De mi hermosa Flora, y ella olores.

LICENCIADO JUAN DE AGUILAR.

Oda II de Horacio:
Jam satis terris nivis, atque dirae, etc.

Ya el Padre omnipotente
Cubrió de nieve y de granizo el mundo,
Y con su mano ardiente,
Batiendo el sacro alcázar sin segundo,
A Roma puso en un temor profundo.
En un espanto horrible
Y miedo puso á todos los vivientes;
Pensaba que el terrible
Siglo tornaba que ahogó á las gentes
En agua y copiosísimas corrientes.

(2) Los marsos eran pueblos de Italia.

Pirra se condolia,
Viendo mil novedades prodigiosas,
Cuando allí conducia
Proteo el ganado y focas espantosas
A los montes y peñas cavernosas.
Y mil varios pescados
Se vieron de los olmos en la altura,
Subidos y pegados,
Do fundó la paloma simple y pura
Bien conocida casa y mal segura.
Los gamos y las fieras,
Con un temor cobarde y sobresalto,
Olvidan sus carreras,
Nadando sobre el mar tendido y alto,
Dando en el agua un salto y otro salto.
Vimos el agua roja
Del Tiber, que violento, sus corrientes
Del mar toscano arroja,
Retorciendo sus ondas y vertientes
Contra los edificios mas potentes.
Parece que mostraba
Dar gusto el rio al mujeril deseo;
Que mucho se quejaba
Ilia, y el Tíber con atroz meneo
Le promete vengar el hecho feo.
Abre con desatino
Por el siniestro lado un ancho seno;
Talando va el vecino
Campo romano, de braveza lleno,
Lo cual no aprueba Júpiter por bueno.
Los mozos descendientes
Tendrán memoria del cruel castigo,
Y afilarán las gentes
El hierro cortador, y un ancho lago
Dará de sangre á nuestro vicio el pago.
Ay cuánto mejor fuera
Volver el duro y riguroso acero
Y el ódio y rabia fiera
Contra el parto feroz, bravo guerrero,
O contra el duro scita y persa fiero.
¿A cuál deidad, pues, luego
El pueblo invocará para el caido
Imperio? ¿Con qué ruego
Las vírgines piadosas, y gemido
Fatigarán de Vesta el sordo oído?
Y el Padre soberano
¿A quién dará el divino y santo cargo,
Que con remedio sano
El daño limpie, y cure mal tan largo,
Volviendo en dulce risa el llanto amargo?
Vén, pues, oh favorable
Apolo, anunciador del alegría,
Descubre el agradable
Rostro hermoso, y un dichoso dia,
Vestido de una blanca nube, envia.
¡Oh tú, Vénus graciosa!
Si te place, dé muestra el bello riso
Dónde el gozo reposa,
Y dó el amor alegre nacer quiso,
Que vuelve al mundo en dulce paraíso.
Y tú, Marte encendido,
Los ojos vuelve al pueblo que engendraste,
Que despreciado ha sido,
En quien tu brava furia apacentaste;
Tan largo juego ya de espada baste.
A tí los alaridos
Y el confuso gritar y las celadas
Lucidas y bramidos
Te agradan, y del moro las espadas
(Que puesto á pié es mas fiero) ensangrentadas.
Tú, que de grande altura
A la hija de Atlante nombre diste,
Mudada tu figura,
En vuelo venturoso descendiste
Y deste bello jóven te venciste,
Gustando de llamarte
De César vengador, ¡oh jóven claro!
Al cielo, que es tu parte,
Muy tarde vuelvas, y con gozo raro
Dés al romano pueblo eterno amparo,
Y algun ligero vuelo
No te nos quite; aunque los vicios nuestros
Te ofenden en el suelo,
Primero en él tus grandes triunfos diestros
Canten del sacro monte los maestros.
Ten por blason honroso
Ser dicho padre y príncipe extremado,
Y al medo belicoso
No consientas correr en campo armado
Sin la pena debida á su pecado.

LUIS MARTIN.

Hoy, muerte, porque yo esperaba el fruto,
De un árbol tierno cortas los despojos:
Cierras con manos de ébano unos ojos
A quien pagó de luz el sol tributo.
Cubres el cielo, y con razon, de luto,
La tierra deja flores, viste abrojos;
Llora el alba de nuevo sus enojos,
Y el sol no muestra el triste rostro enjuto.
Mas yo mi vida, y no su muerte, lloro;
Que la vida en su ausencia no me alegra,
Y ellos verán á Dios eternamente.
¡Ay claros ojos, ay cabellos de oro!
Que ya la noche de la muerte negra
Esconde vuestro sol en ocidente.

EL MISMO.

Vuelvo de nuevo al llanto,
Pues se esconde del sol la hermosura,
Y puesto el negro manto,
Del cielo baja ya la noche escura
Y cargada de olvido,
A dar descanso al triste y afligido.
Solo á mí, desdichado,
Jamás me trae alivio, sino pena;
Que cuando sosegado
El triste duerme, en esta blanda arena
Mi triste cuerpo halla,
En vez de lecho, campo de batalla.
Aquí, cansados ojos,
Pagad vuestro tributo al dolor mio;
Que ya de mis enojos
Tienen piedad las aguas deste rio,
Y á escuchar mi lamento
Corren los montes y se pára el viento.
Y si el sueño piadoso
A vencerme viniere, de cansado,
En su licor sabroso
Olvido hallaré de mi cuidado;
¡Oh venturosa suerte!
¡Que el bien hallo en la imágen de la muerte!
Mas cuán en vano espero,
Que ya la muerte acabará mi pena,
Que como alegre muero,
El contento á que viva me condena,
Y así con vida quedo,
Que porque es bien morir, morir no puedo.
Desmaya el sufrimiento,
Faltando de morirme la esperanza,
Y es mi mayor tormento
Desta tormenta no esperar bonanza,
Ni estar ¡ay triste! cierto
De ver la muerte, de los males puerto.
En llanto me deshago,
Como al rayo del sol la blanca nieve,
Y con lágrimas pago
Aquesta deuda que la muerte debe,
Porque solo pretendo,
Pues no puedo morir, vivir muriendo.
Así afligido y solo
Me escondo en una gruta desta playa,
Cuando el hermoso Apolo
Las altas cumbres de los montes raya;
Que para mas enojos
En noche eterna vivirán mis ojos.
Allí estoy esperando
Que el sol coja sus hebras de oro puro,
Y salgo luego, cuando
Su negra sombra pone al mundo obscuro,
Y aqueste campo riego
Con agua de mis ojos, que es de fuego.

Tanto, que por mí pierde
De estar cubierto de su rica alfombra,
Que en él no hay árbol verde
Que al sol defienda su apacible sombra,
Ni de aljófar lo esmalta
La clara fuente que entre guijas salta.
Por mí el florido mayo
Ya no le restituye sus colores,
Ni el sol con puro rayo
Abre en los prados las pintadas flores,
Ni la rosada aurora
Líquidas perlas sobre el campo llora.
Por mí, con tiernas quejas,
Lamentan las ovejas con la hambre,
Y errando las abejas,
Vuelan perdidas del nativo enjambre,
Porque por donde paso
Quemo las flores y la yerba abraso.
Solo este rio crece
Con la continua pluvia de mis ojos,
Y tanto se embravece,
Que cuando al mar despeña sus despojos,
Como rey absoluto,
Parece que da guerra, y no tributo.
Cancion, bien puedes irte, si quisieres,
Que yo llorando mis desdichas quedo,
Y dirás donde fueres
Que puedo poco, pues morir no puedo.

DOCTOR TEJADA.

Despoja el cierzo al erizado suelo
Del verde y hermosísimo atavío;
Detiene el curso el presuroso rio,
Porque á sus sueltas aguas prende el hielo.
El cielo, vuelto en nubes, muestra el velo,
El viento sopla proceloso y frio,
El mar, bramando con hinchado brio,
Corrientes montes de agua sube al cielo.
Asoma la florida primavera,
Y el campo, antes desnudo, adorna y viste,
Suelta las aguas, da templanza al viento.
Aclara el cielo, aplaca la mar fiera;
Que al fin tiene mudanza el tiempo triste,
Y espero la tendrá mi gran tormento.

INCIERTO.

¿Ves la instabilidad de la fortuna,
O al animoso viento hoja ligera,
Ves tierno junco en húmida ribera,
Que obedece á las ondas de una en una?
Ves, en la tempestad mas importuna
Del orgulloso mar, veloz galera?
Ves en la celestial azul esfera
El vario vulto de la blanca luna?
Pues ten por cierto que es fortuna estable,
La hoja al viento, el junco al agua fuertes,
Inmoble la galera al mar mudable,
Los vultos de la luna sosegados,
Sin crecer ni menguar de varias suertes,
Si son contigo, Alcida, comparados.

DIEGO DE LA CHICA.

Al dinero.

Como el que de las estrellas
Trata y revuelve su esfera,
Cual si tan cerca estuviera
Cuanto está distante dellas,
Yo, que llego solo á verte,
Dinero, y á desearte,
Y del deseo á tocarte,
Jamás me tocó la suerte.
Trataré en muy breve suma
De tu valor sobrehumano,
Porque donde no la mano,
Siquiera alcance la pluma.
Aunque es opinion antigua
Entre personas discretas
Que huyes de los poetas
Cual de la cruz la estantigua.
Y hallo por mi lenguaje
En mí esta regla imperfeta;
Soy pobre como poeta,
Poeta como un bagaje.
Y sobre ser tan pesada
Mi vena cuanto escabrosa,
Mándanme tratar de cosa
De mí la mas apartada.
Y habré de llevarle al cabo,
Que podrá ser por ventura
De cuantas dó en la herradura,
Que acierte alguna en el clavo.
Y pues he de proceder
Con pluma tan baja y ruda,
Dame, dinero, tu ayuda
Para decir y hacer.
Porque es tanta tu grandeza,
Que á quien te tiene le das
A las veces mucho mas
Qué le dió naturaleza.
Que si del hombre primero
Son los demás descendientes,
¿Quién los hizo diferentes
Sino tu poder, dinero?
Que no es de otra quinta esencia
El rey que el pobre gañan,
El papa que el sacristan,
Que por tí es la diferencia.
De los linajes mas buenos
Hasta el que es mas abatido,
No hay mas de haberte tenido
Poco tiempo mas ó menos.
Tú abates y tú engrandeces,
Ya al abismo, ya á la luna,
Y la sangre, que es toda una,
Ya la aclaras y oscureces.
Los de memorias tan raras,
Doña Isabel y Fernando,
Bien te conocieron cuando
Te acuñaron con dos caras.
Mostrando en esta señal,
Dinero, que en tí se encierra
El mayor bien de la tierra,
De la tierra el mayor mal.
Que tú haces que semeje
Angel el hombre en beldad,
Y por tu necesidad,
Que tenga cara de hereje.
Cuál muestra á su amigo que es
Un Pítias leal y grato,
Y por tí le hace el trato
Del apóstol calabrés.
Cuál muy de casta se precia,
Y por tí se pone en precio,
Y al pobre marido necio
Le da á entender que es Lucrecia.
Pues cuando á un amante ayudas
En sus amorosos juegos,
¡Qué de linces haces ciegos
Y qué de picazas mudas!
Los mas ocultos rincones
Tú los descubres y sabes,
Dinero; que abren tus llaves
Mil cerrados corazones.
Das al hombre entrada franca
Do no se la dió su pena,
Das lo blanco á la morena,
Y aun al moreno la blanca.
La que mas se remontare
Tú la trairás á la mano,
Cual dice el de Mariñano,
Con dinare e piu dinare.
Eres de este mundo ciego
La agradable sinfonía,
Que en oyendo tu armonía,
Hasta el perro baila luego.
Y aun yo de experiencia sé
Que en la casa que no asistes
Todos riñen y andan tristes,
Y nadie sabe por qué.
Mostró que eras sin igual
El napolitano uso

Cuando por blason te puso
Alegría universal;
Porque tus heróicas obras
Son en el mundo tan altas,
Que todo falta si faltas,
Y todo sobra si sobras.
No hallo figura alguna
Que mas bien cuadrarte pueda,
Sino que, pues eres rueda,
Debes de ser la Fortuna.

DON DIEGO PONCE DE LEON.

Oda III de Horacio:
Sic te diva potens Cypri.

¡Oh tú, dichosa nave,
Que recibiste en buena confianza
Al gran Virgilio y grave,
Suplícote que salvo y con bonanza
Lo pongas en Aténas sin tardanza.
Y guarda la igual parte,
O la dulce mitad del alma mia;
Así para guardarte
Salga la dulce estrella de alegría,
Que la reina de Chipre bella envia;
Así los dos hermanos
De Elena, saludables dos estrellas,
Los golfos hagan llanos
Del mar, y nazcan estas luces bellas,
Que libre de peligro irás con ellas;
Y así te rija y mire
El padre de los vientos muy osados,
Y solamente aspire
El blando Yapis de Calabría, atados (1)
Los demás, oprimidos y encerrados.
Sin duda el que primero
Se entregó al mar furioso en frágil vaso
Tuvo de fuerte acero
El pecho, ó de metal mas duro y craso,
Pues no lo enterneció tan bravo caso.
Y no temió la mucha
Furia del Bóreas y Africo arrojado,
Y la importuna lucha
Del uno y otro viento arrebatado,
Que mueve guerra al bravo mar hinchado.
Ni temió las lloviosas
Hyadas, que amenazan triste lloro,
Y cual guirnalda ó rosas,
Por gloria de su llanto y gran decoro
Cercan la frente del dorado toro.
Ni temió el brio loco
Del austro frio y regañado, cuando
Se esfuerza poco á poco,
Y en el mar Adriano tiene mando
De poner calma ó tempestad soplando.
Que muerte arrebatada
Temió el que vido, sin sentir lo que era,
Por el agua salada
Nadar mil naves y hacer carrera
Tan peligrosa, incierta y tan ligera.
Ni temió al mar hinchado,
Ni los ceráunios montes, que se empinan,
De Epiro al diestro lado,
Donde su mal los que en el mar caminan,
Y sus naufragios tristes adivinan.
Que con suma prudencia
Las tierras del Oceano dividiese
La sempiterna ciencia,
Y ley estable y firme les pusiese,
¿Qué aprovechó para que el hombre cese
De navegar los mares
Y golfos peligrosos y apartados,
Ya al indio, ya á los cares,
Y con impío furor pasar los vados
Que no debieran de hombre ser pisados?
¡Con cuánto atrevimiento
La gente humana, en su peligro osada,
Sin miedo de tormento,
Se arroja con codicia demasiada
A la maldad, por justa ley vedada!
¡Qué osado, aunque discreto,
Cuán atrevido fué, qué diligente,
El hijo de Yapeto,
El cual hurtó del cielo el fuego ardiente,
Y lo introdujo y extendió en la gente!
Y despues de este fuego,
Con engañosa astucia acá traido,
Entró el dolor y luego
La flaca amarillez, y el mundo vido
Su fuego de otros fuegos oprimido.
Y al punto la forzosa
Necesidad del triste hado y suerte,
Que era antes perezosa,
Ligera arremetió, y pagó á la muerte
El hombre en corto plazo el censo fuerte.
Dédalo muy ufano
Las carreras tentó jamás andadas
De algun viviente humano,
Y con ajenas plumas apegadas
Anduvo por el aire susjornadas.
Alcides, cuyo pecho
A mil trabajos sin temor se opuso,
Rompió y abrió el estrecho
Del Aqueronte hórrido y confuso,
Y al Cancerbero en duros grillos puso.
Nada hay dificultoso
Que no acometan y osen los mortales;
Con ánimo furioso
Y necio pretendemos nuestros males,
Y en cuerpo humano ser acá inmortales.
Y por la maldad nuestra
Indignamos á Dios omnipotente,
Y de su fuerte diestra
No consentimos que jamás se ausente
De su justo castigo el rayo ardiente.

(1) Viento de Yapigia ó la Pulla, favorable para los que de Italia navegan á Grecia.

INCIERTO.

Señora, vuestra hermosura,
Valor y merecimiento
Han hecho á mi atrevimiento
Rico y de buena ventura;
Que, viendo el cielo tan bello
De ese rostro milagroso,
Cuyo sol maravilloso
Es el dorado cabello,
Tomé la pluma con celo
De celebraros en suma;
Mas ¿quién con sola una pluma,
Podrá volar á ese cielo?
Cielo sois, como es notorio,
Pues cuando de vos carece,
El alma que os vió padece
Las penas del purgatorio.
Y así, sin ningun consuelo,
Y de toda gloria ajena,
Es ánima que anda en pena
Hasta ver aquese cielo.
Si un mundo abreviado es
Cualquier hombre que hay criado,
Vos sois un cielo abreviado;
Que el mundo está á vuestros piés.
Cielo sois, cuyo arrebol
Son las mejillas rosadas,
Con los rayos esmaltadas
De vuestro divino sol.

LICENCIADO BARTOLOMÉ MARTINEZ.

Traduccion de Horacio, oda XII, lib. I:
Quem virum aut heroa, etc.

Oh Clio, musa mia,
¿A qué varon celebrarás ahora
Con versos de alegría,
Con lira dulce ó flauta muy sonora,
A quien del valle hueco
En su alabanza me responda el eco?
O ya ahora resuene
En las umbrosas faldas de Helicona,

O ya en el Pindo suene
Mi voz, á quien la dulce tuya entona,
O ya en el Hemo helado,
O en el Ródope monte celebrado,
De donde se movieron
Las selvas á la voz del tracio Orfeo,
Los ríos detuvieron
Su curso rapidísimo y rodeo,
Y los ligeros vientos
Enfrenaron sus varios movimientos;
Y tambien las encinas,
Sonando el instrumento y voz, mostraron
Maneras peregrinas,
Porque sus altas cumbres inclinaron,
Y con ramos tendidos
Parece que alertaban los oídos.
Pues ¿qué diré primero
Que las honras, con mas razon cantadas
Del Padre verdadero,
Que con prudencia sábia gobernadas,
Y mando poderoso,
Las cosas tiene en órden amoroso;
Y templa el mar y tierra,
Y al mundo rige en tiempos diferentes,
Adonde no se encierra
Cosa mayor ni fuerzas tan potentes?
Tras desto el alabanza
Pálas en trecho muy distante alcanza.
Y no olvidaré agora
¡Oh Baco, en las batallas animoso!
Tu fuerza vencedora;
Ni á tí, vírgen de brazo poderoso,
Que con flechas ligeras
Persigues en los montes á las fieras.
Tampoco callar quiero
¡Oh santo Febo! tu valor temido
En el tirar certero;
Diré de Alcides, el jamás vencido,
Y á los hijos de Leda
Diré, con tal que tanto decir pueda.
Al uno y otro hermano,
Cástor y Pólux, cada cual honrado
En arte sobrehumano;
El uno diestro en lucha, el otro usado
A mil glorias triunfantes,
Corriendo los caballos espumantes.
La estrella de los cuales,
Luego que luce, al navegante alegra,
Destierra los mortales
Recelos tristes de la muerte negra;
Y al piélago revuelto
En paz lo deja, y en quietud resuelto.
Pierde su furia el viento,
Huyen las nubes su presencia santa,
Y el húmido elemento,
Que en valientes escollos se quebranta,
Muestra con alegría
Sus ondas de luciente argentería.
Pensando estoy dudoso
Si tras de aquestos cantaré primero
Al bravo y belicoso
Rómulo, ó de Pompilio, rey severo,
Pacífico y divino,
O el imperio soberbio de Tarquino.
O si del atrevido
Caton diré la honrosa y dura muerte,
Con pecho agradecido;
Tambien la lastimosa indigna suerte
De Marco Atilio digo,
Que fe guardó y palabra á su enemigo.
Y cantarán mis versos
A los Escauros graves y constantes
En mil casos adversos;
Y al cónsul Paulo en otros semejantes,
El cual con pecho ufano
Dió la vida al furor del africano.
A Fabricio y Camilo,
Y á Curio, de cabellos mal peinados,
Diré en el mismo estilo;
Los cuales fueron en la guerra osados,
Y sin temer bajeza,
Se honraron con el áspera pobreza.
La fama de Marcelo
Cual árbol en oculto tiempo crece,
Y de Julio en el cielo
La estrella entre las otras resplandece,
Como entre otras estrellas
La clara luna con sus luces bellas.
¡Oh hijo omnipotente
Del Padre antiguo! Oh padre, fiel reparo
De aquella humana gente!
Tú del gran César tienes el amparo;
Gobierna pues el mundo,
Siendo rey, César y señor segundo;
O ya á los partos bravos,
Que están á Italia siempre amenazando,
Como á viles esclavos,
Sujete al yugo de su fuerza y mando;
O ya de la india gente,
O de los seras triunfe en el Oriente;
Que rigiendo la tierra,
Será inferior á tí de buena gana,
Y tú moverás guerra
Con truenos de potencia soberana,
Y tú harás castigos,
Arrojando mil rayos enemigos.

PEDRO ESPINOSA.

Rompe la niebla de una gruta escura
Un mónstruo lleno de culebras pardas,
Y entre sangrientas puntas de alabardas
Morir matando con furor procura.
Mas de la escura horrenda sepultura
Salen rabiando bramadoras guardas,
De la noche y Pluton hijas bastardas,
Que le quitan la vida y la locura.
Deste vestiglo nacen tres gigantes,
Y destos tres gigantes Doralice,
Y desta Doralice nace un Bendo.
Tú, miron que esto miras, no te espantes
Si no lo entiendes; que aunque yo lo hice,
Así me ayude Dios que no lo entiendo.

INCIERTO.

Cual bate el viento en medio el golfo airado
Las blancas alas de veloz navío,
Así el suspiro ardiente el pecho mio
Bate en mitad del llanto apresurado;
Y antes que al rostro y pecho congojado
Falte el fogoso aliento, y turbio rio
Al sutil elemento, y licor frio,
Faltará el raudo curso y soplo helado;
Y antes (mudando el natural estilo)
Será muy mas posible, que carezcan
De aliento el Austro, de humildad el Nilo,
Que en mil borrascas y turbiones rojos,
Las fuentes de mis males no me ofrezcan
Austros al pecho, Nilos á los ojos.

LICENCIADO BARTOLOMÉ MARTINEZ.

De Horacio, oda XV:
Pastor cum traheret per freta navibus.

El pastor fementido,
Páris, al tiempo que iba el mar surcando,
Contento y engreido,
Con sus ligeras naves, y llevando
A Elena, hecho ultraje
A la debida fe del hospedaje,
Al inquieto viento
En este punto sosegó Nereo,
Y dijo el triste cuento
Y amargos fines de aquel hecho feo,
Y los funestos hados
A Troya por tan grande mal guardados.
¿Cómo con mal agüero
Llevas á la mujer de ajena casa?
¡Ay cuánto griego fiero
Conjurado, sin número y sin tasa,
Te romperá el contento
Y deshará tu infame casamiento!

De Priamo el imperio
Antiguo, noble, rico y celebrado,
Caerá con vituperio;
¡Ay, qué sudor y aprieto está guardado
A muchos escuadrones
De caballos y de ínclitos varones!
Y ¡qué espantoso estrago
Mueves á la troyana triste gente!
De tu traicion el pago
Verás muy presto; que Belona ardiente
Ya apercibe celada,
Escudo y carro, y rabia ensangrentada.
En vano confiado
En el auxilio de tu Vénus fiera,
Ufano y descuidado,
Peinarás la cabeza lisonjera,
Y en lira blanda y verso
Darás solaz al tierno sexo adverso.
Tambien huirás en vano
Las muy pesadas armas y inquietas
Al tálamo profano,
Y del cretense fiero las saetas,
Y el temeroso estruendo
De Ayax ligero, que te irá siguiendo.
Mas ¡ay! que al fin revueltos
Verás esos cabellos muy peinados,
Y en polvo y sangre envueltos;
¿No ves tantos ardides fabricados,
Y al hijo de Laerte,
Que será de tu patria total muerte?
¿No ves al prudentísimo
Néstor, y cómo el teucro Salamino,
Y el otro sapientísimo
Estenelo (en batallas peregrino),
Que el carro va guiando,
Que con redondas alas va volando?
Te siguen con horrendo
Furor en triste y temeroso trance;
¿No escuchas el estruendo
De Merion, que ya te va al alcance,
Y al hijo de Tydeo,
Rabiando por ganar de tí el trofeo?
A Diomedes digo,
Mas que su padre fuerte y mas valiente,
Del cual bravo enemigo
(Con pecho mujeril) cobardemente
Huirás, cual tierna cierva,
Que viendo al lobo, olvida pasto y yerba.
No prometias esto
A Elena cuando echabas mil blasones
Con amoroso gesto,
Y aunque la armada y fuertes escuadrones
De Aquiles enojado
Dilataran de Troya el triste hado.
Despues de nueve años
El fuego griego (á quien tu amor atiza)
Ardiendo por engaños,
A la alta Troya volverá en ceniza,
Y quedará desierta,
De negros humos y de hollin cubierta.

BALTASAR DE ESCOBAR.

Pues del ocidental reino apartado,
Do el invierno se juntan y el estío,
Las bellas ninfas que del Jauja frio
Llevan al Marañon censo sagrado,
Han (ilustre don Pedro) celebrado
Tan poco vuestro nombre, yo confio
Que, si me ayudan las del Bétis mio,
Gozaré la ocasion que me han dejado.
Y al Potosí magnífico, eminente,
Que encender quiere al cielo con centellas,
Y al mundo con tesoros enriquece,
No por sus venas, no, por la excelente
De vuestro ingenio sí, mas rica que ellas,
Celebraré, con lo que aquesta ofrece.

INCIERTO.

Antes que borre el tiempo mal criado
(Pintura celestial, imágen rara)
Los matices y esmaltes de tu cara,
Rasgos divinos del pintor sagrado;
Antes que el cierzo con su soplo airado
Desas lumbres apague la luz clara;
Antes que desengaste muerte avara
Las blancas perlas del coral preciado,
Gozad la vida, pues teneis bonanza,
Si no quereis despues de vuestro yerro
Os dé á vos corrimiento, á mí venganza.
Mirad que tras la edad que agora es de oro
Se ha de seguir por fuerza la de hierro,
Pobre de risa, rica de ansia y lloro.

JUAN DE MORALES.

ÉGLOGA.

Tírsis, Córidon.

Tírsis amaba (sin temer mudanza)
A la tebana Ardelia, mas la muerte
Llevó tras sí ventura y esperanza.
Vino á llorar la miserable suerte
Cerca del Bétis, do cantar solia,
Y en tales versos el dolor convierte.

TÍRSIS.

¡Quién llevará mi voz donde la envia
El justo sentimiento, de humor llena,
Y encienda en llanto la memoria fria!
Llorante Ardelia con amarga pena
Los álamos y cisnes deste rio,
Al son de mi silvestre cantilena.

CÓRIDON.

Tú vienes, Tírsis, al intento mio,
Segun mueves la lengua dolorosa,
Sentado al pié deste peñasco frio.

TÍRSIS.

¡Oh Córidon! ¿qué suerte venturosa
Te trujo por aquí con tu instrumento,
En ocasion tan triste y lagrimosa?
Donde podrás con el suave acento
Traer las piedras á llorar contigo,
Y remover las peñas de su asiento.

CÓRIDON.

Dejó escrito Anfion (¡oh dulce amigo!),
Al entrar en la cueva del Aurora:
«Ardelia es muerta, y Anfion testigo.»
Tan gran dolor sentí, que vengo agora
En esta soledad á lamentarme,
Do el árbol que me escucha tambien llora.
Mas ¡oh! que es necesario retratarme;
Tírsis, mi sentimiento ha sido poco,
Pues ha de ser mayor para matarme;

TÍRSIS.

¡Dolor para volver un hombre loco!
Siéntate, llorarémos; que si Orfeo
Los áspides movió, yo los provoco.
Llama cruel al cielo el padre Alceo,
Llorando á Ardelia de cruel ventura,
Muerta en mi suerte y viva en el deseo.
Niega el Bétis al mar el agua pura;
Que le parecen pocas las que lleva,
Para llorar tan grande desventura.
Aspid ni fiera no se alberga en cueva,
Que, sintiendo este caso desastrado,
En larga copia lágrimas no llueva.
Buey no gusta la yerba deste prado,
Ni cuando el sol ardiente reverbera,
Busca la sombra y fuentes el ganado.
Amintas ya no viene á la ribera,
Que á la sombra cantó del sauce verde,
Antes que el gran Lisaro se partiera.
¡Oh cuánto bien, oh Córidon, se pierde
En un momento, y deja con el daño
La importuna memoria que lo acuerde!
La bella Filis no desciende al baño,
Ni persigue las fieras Galatea,
Ni el labrador espera fértil año,
Como la vid al olmo hermosea,
Que, de pendientes uvas adornada,
Los pámpanos extiende y los rodea;
Como la fruta de sazon, colgada

En su nativo ramo, es ornamento
Del árbol, y las mieses del arado.
Así mientras qu'el cielo fué contento,
Eras, Ardelia, de pastores gloria;
Agora polvo, y mi esperanza viento.
Escriban, pues, mis lágrimas la historia
En duro pedernal, si pueden tanto,
Para su eterna y trágica memoria.
Celebran esta muerte con su llanto
Las tigres de la Armenia, que en la vida
Ardelia enterneció con dulce canto.
Ardelia, que en el canto es preferida
Al sábio Elpin, cuya zampoña clara
Fué de los montes dulcemente oida.
Y al son, si su Licóris lo escuchara,
Corriera el rio en leche convertido,
Y de la dura encina miel sudara.
Jamás cerca del Ismaro se vido
Cantar Orfeo con la voz tan grave,
Llorando tiernamente el bien perdido;
Ni desatar en modo tan suave
La lengua de Arion, con quien acaso
Fué piadosa la mar, y no la nave.
Lamentan los pastores este caso
Desde que en el oriente se descubre
Hasta que el sol se esconde en el ocaso.
Pasa, y deja los árboles otubré
Desnudos al rigor de escarcha fria.
Y abril de nuevos pámpanos los cubre.
Pasa la noche, y viene luego el dia.
Así se van los tiempos variando;
Que el cielo tras un mal un bien envia.
Mas yo, cuitado, que viví cantando,
Ya libre, por mi mal, de la mudanza
Que en todo suele haber, muero llorando.
Pastores, á quien pena desto alcanza,
Poned en el sepulcro do reposa
Estas pocas palabras de alabanza:
«Ardelia soy, por mi virtud famosa,
De la sangre de Alcides el tebano,
No menos desdichada que hermosa.»

CÓRIDON.

Tal me es tu voz, poeta soberano,
Cual es al caminante caluroso
Descansar á la sombra en el verano,
Y al cazador sediento y polvoroso,
Subido el sol á la mitad del cielo,
La fuente clara y sitio deleitoso.
Hace á las aves olvidar su vuelo,
Hace con su dulzura tu garganta
Que nazcan flores cuando abrasa el hielo.
Cantando, aunque tu lengua nos espanta,
Ofreceré mi canto á su ceniza;
Verás cuanto su nombre se levanta.
Y pues en tí su amor se canoniza,
Y Ardelia á Coridon tambien amaba,
Verás cómo mi verso la eterniza.

TÍRSIS.

Es deuda general, que aun la cantaba,
Por fama Elpino, que su fin suspira
En la esmaltada márgen que Arno lava.

CÓRIDON.

De verse entre los ángeles se admira
Ardelia, y adorando el sol divino,
Las nubes á sus piés y estrellas mira.
Las driadas se alegran, y el vecino
Soto responde con rumor sonoro:
«Dichoso el que nació con tal destino.»
Del canto lobo se asegura el toro,
Del perro el ciervo, porque Ardelia intenta
Volver los campos en los siglos de oro.
Resuena el valle, Córidon aumenta
Con sacros himnos el honor del nombre
Que el número de dioses acrecienta.
Yo te haré un altar para que el hombre
Que es natural te adore, y si extranjero,
Te alabe, con razon, cuando te nombre;
Do la sangre inocente de un cordero
Vierta la mano del pastor devoto,
Y consagre su víctima el vaquero:
Do queme los olores del remoto
Sabeo el peregrino en fuego puro,
Y á tu contemplacion absuelva el voto;
Do, por tener su término seguro,
Te hagan los pastores cada un año
Una solene fiesta en lo futuro;
Y aunque sufra la pena de un engaño,
Con regalada musa y voz aguda
Te cantará Lisaro en reino extraño;
Que de nuestra amistad y fe desnuda
Aun espero ver mas, si bien es cierto
Que quien muda lugar, voluntad muda.
Mas cuando (roto el natural concierto)
El oso errare por el mar salado,
Y el delfin habitare en el desierto;
Cuando el uso antiquísimo trocado,
El babilonio beba de la Sona,
Y el francés del Eufrates apartado,
Entonces faltará de mi persona
La religion que digo, y á tu fama,
Poeta ilustre, la inmortal corona.

TÍRSIS.

No céfiro sonando entre la rama,
No al fatigado el sueño es tan sabroso,
Tendido sobre tierna y verde grama;
No el murmurar de arroyo sonoroso,
Que entre menudas guijas se quebrante,
Es tal como tu verso numeroso,
Digno de que trofeos y armas cante.

MATEO VAZQUEZ DE LECA.

¡Cuerpo de Dios! Leandro enternecido,
¡Cuánto mejor te fuera haber pasado
En barcos de la vez el mar salado,
Que no pasar á nado desde Abido!
¿No te fuera mejor haber vivido,
Y á piés enjutos tu mujer gozado,
Y no llegar á Sesto resfriado
En la primera noche de marido?
No son tan necios otros amadores,
Que pasan á Triana de Sevilla
Todas las noches en barquetes nuevos.
Buen aliño tuvieron tus amores:
Tú pasado por agua, Hero en tortilla,
Y cenóse el diablo el par de huevos.

INCIERTO.

Del sueño en las profundas fantasías
Te me presenta un dulce pensamiento;
Créolo yo, y enlazo en un momento
Tus blancas manos con las tristes mias.
Procuro asir al fin de mis porfías
El deleznable, vago y hueco viento,
Y como no te hallo, luego tiento
La cama yerma y almohadas frias.
Amor quiere que viva desta suerte,
Engañado del sueño y su locura,
Dormido mas dichoso que despierto.
Y así, pues este es sombra de la muerte,
Y en él tengo mas gloria y mas ventura,
Démela ya mayor estando muerto.

Á UNA MUJER FLACA (1).

No os espanteis, señora Notomia,
Que me atreva este dia,
Con exprimida voz convaleciente,
A cantar vuestras partes á la gente;
Que de hombres es, en casos importantes,
El caer en flaquezas semejantes.
Cantó la pulga Ovidio, honor romano,
Y la mosca Luciano,
De las ranas Homero; yo confieso
Que ellos cantaron cosa de mas peso;
Yo escribiré con pluma mas delgada
Materia mas sutil y delicada.
Quien tan sin carne os viere, si no es ciego,
Yo sé que dirá luego,

(1) Es de Quevedo; pero por sus muchas variantes en otras impresiones de la misma poesía, se pone aquí.

Mirando en vos mas puntas que en rastrillo,
Que os engendró algun miércoles corvillo;
Y quien pece os llamó, no desatina,
Viendo que, tras ser negra, sois espina.
Dios os defienda, dama, lo primero,
De sastre ó zapatero,
Pues por punzon ó alesna, es caso llano
Que cada cual os cerrará en la mano;
Aunque yo pienso que, por mil razones,
Teneis por alma un viérnes con cecciones.
Mirad que miente vuestro amigo, dama,
Cuando mi carne os llama;
Que no podeis jamás en carnes veros,
Aunque para ello os desnudeis en cueros,
Mas yo sé bien que quedan en la calle
Picados mas de dos de vuestro talle.
Bien sé que apasionais los corazones,
Porque dais mas pasiones
Que tienen diez cuaresmas con la cara,
Que amor hiere con vos como con jara;
Que si va por lo flaco, teneis voto
De que sois mas sutil que lo fué Scoto.
Y aunque estáis tan angosta, flaca mia,
Tan estrecha y tan fria,
Tan mondada y enjuta y tan delgada,
Tan roida, exprimida y destilada,
Estrechamente os amaré con brio,
Que es amor de raiz el amor mio.
Aun la sarna no os come con su gula,
Y sola teneis bula
Para no sustentar cosas vivientes;
Por solo ser de hueso teneis dientes,
Y de acostarse ya en partes tan duras,
Vuestra alma diz que tiene mataduras.
Hijos somos de Adan en este suelo,
La nada es nuestro abuelo,
Y salístesle vos tan parecida,
Que apenas fuistes algo en esta vida;
De ser sombra os defiende, no el donaire,
Sino la voz, y aqueso es cosa de aire.
De los tres enemigos que hay del alma
Llevárades la palma,
Y con valor y pruebas excelentes
Los venciérades vos entre las gentes,
Si por dejar la carne de que hablo,
El mundo no os tuviera por el diablo.
Dijome una mujer por cosa cierta
Que nunca vuestra puerta
Os pudo un punto dilatar la entrada,
Por causa de hallarla muy cerrada;
Pues por no deteneros aun llamando,
Por los resquicios os entrais volando.
Con mujer tan aguda y amolada,
Consumida, estrujada,
Sutil, dura, buida, magra y fiera,
Que ha menester, por no picar, contera,
No me entremeto; que si llego al toque,
Conocerá de mi el señor san Roque.
Con vos, cuando murais tras tanta guerra,
Segura esta la tierra
Que no sacará el vientre de mal año;
Y pues habeis de ir flaca en modo extraño
(Sisándole las ancas y la panza),
Os podrán enterrar en una lanza.
Solo os pido, por vuestro beneficio,
Que el dia del juicio
Troqueis con otro muerto en las cavernas
Esas devanaderas y esas piernas;
Que si salis con huesos tan mondados,
Temo que haréis reir los condenados.
Salvaros vos tras esto es cosa cierta,
Dama, despues de muerta,
Y tiénenlo por cosa muy sabida
Los que ven cuán estrecha es vuestra vida;
Y así, que os vendrá al justo se sospecha
Camino tan angosto y cuenta estrecha.
Cancion, ved que es forzosa
Que os venga á vos muy ancha cualquier cosa.
Parad, pues es negocio averiguado
Que siempre quiebra por lo mas delgado.

PEDRO ESPINOSA.

Levantaba (gigante en pensamiento)
Soberbios montes de inmortal memoria,
Para escalar el cielo, en cuya gloria
Procuraba descanso mi tormento;
Cuando bajaron rayos por el viento,
Vestidos de venganza y de vitoria,
Y renovando de Tifeo la historia,
La máquina abrasaron de mi intento.
Y ya Paquino, Lilibeo y Peloro
Me oprimen con pesada valentia,
Y mi pecho es ardiente Mongibelo.
Perdon, Señora, pues mi culpa lloro;
No mostreis mas que son, á costa mia,
Vuestros ojos los rayos, vos el cielo

ANTONIO MOHEDANO.

En vano es resistir al mal que siento,
Si echada por el suelo mi esperanza,
Sujeta mi razon con tal pujanza,
Que ni aun libre le deja el sentimiento,
Así padece y calla el sufrimiento,
Sin esperar del tiempo la mudanza,
Ni en aquesta tormenta la bonanza;
Que siempre ha de soplar contrario el viento.
Estoy á padecer el mal tan hecho,
Que en el bien estaré, si viene, extraño,
Porque el mal en sí propio me convierte.
Y temo venga ya, porque sospecho
Que el bien ha de causar en mi mas daño
Que causa el mal, pues no me da la muerte.

DOCTOR AGUSTIN DE TEJADA.

Caro Constancio, á cuya sacra frente
Las hojas de Peneo
Promete en galardon el dios Timbreo
Por ser la clara espuma de su fuente,
Préstale oido atento
Al son confuso de mi sordo acento;
Que aunque suene mi voz baja y confusa,
No es de tan poca estima,
Que no humillase la soberbia cima
Del sacro Pindo á cercenar mi musa,
Con sus tiernas querellas,
Del aire y cielo las regiones bellas.
Y ya se vió colgar de un verde lauro
Su bien templada lira,
Quien por Dafne cruel gime y suspira,
Mientras que orillas del sagrado Dauro
Sonaba mi instrumento,
Y darle grato oido estando atento.
Y ya se vió tambien vibrar la lanza,
El brazo sacudiendo,
Y el escudo fogoso Marte horrendo,
Vestido de diamante y de venganza;
Mas mi canto, aunque rudo,
Le hizo suspender lanza y escudo.
Y entre las sombras que la muerte viste
De amarillez y espanto
Hubo atencion á mi acordado canto,
Y porque el Cancerbero horrendo y triste
Su dulzura no dome,
Pluton se enterneció y el canto oyóme;
Que el verso fácil, terso y numeroso
Los dioses celestiales
Aplaca, y á los dioses infernales,
Porque la concordancia es son glorioso,
Tanto, que su enemigo
De sí mismo no puede ser amigo.
Mucho puede, Señor, y mucho vale
Cualquiera estilo terso
De un sábio, sonoroso y alto verso,
Que de un sábio y divino pecho sale,
Tal cual es ese vuestro,
A Febo espanto, gloria al siglo nuestro.
Vese este tal entre salobres ondas,
Que al cielo se levantan,
Y que en peñascos cóncavos quebrantan,
En muerte envueltas, las arenas hondas;

Mas sacando su aliento,
Calma el mar, rinde el tiempo, enfrena el viento.
Vese este tal donde el furioso scita
Entre escarchada nieve
Sangre espumosa de caballos bebe,
Y va ant'él, aunque mas su furia incita,
Mas seguro y constante
Que ante el ladron desnudo caminante.
Y si por caso de su patrio muro
El contrario avasalla
La libertad á fuerza de batalla,
Entre el despojo como está seguro,
Burla de su enemigo,
Porque sus bienes llevará consigo.
Dichoso el tal, dichoso, pues que puede
Su trofeo divino
Colgar de cualquier roble ó cualquier pino,
Sin que fuerza ó invidia se lo vede,
Pues nunca á su esperanza
El tiempo volador hizo mudanza.
Sale hermosa del rosado oriente
La aljofarada aurora,
Que el cielo de oro y bermellon colora,
Y sale al caer el sol en ocidente
La noche de su gruta,
Que alza el mar, cubre el mundo, el cielo enluta.
Viene el verano, y de pintadas flores
Y verdes esmeraldas
Borda del campo las tendidas faldas,
Y tras el de humedad, frio y temblores.
Luego el invierno marcha,
Que hojas bate, flor quema, campo escarcha.
Arenas de oro entre cristal luciente,
Mezclando el claro rio,
Va á descansar al mar su fuerza y brio,
Pero no siempre lleva una corriente
Por una misma tierra,
Que ya lo impide un valle, ya una sierra.
No siempre el justo cielo favorece
Los intentos humanos;
Porque penetra bien que son livianos
Y que cualquier favor los desvanece,
Y por esto fortuna
Imita en sus mudanzas á la luna.
¡Qué de veces se vió en noche serena
Lleno el rostro hermoso
De blanca plata y resplandor lustroso,
Llenos los cuernos de la luna llena,
Y despedir centellas,
Claras y rutilantes, las estrellas!
Y ¡qué de veces en un punto luego
Se vió triste y nublada,
Botos los cuernos, y la luz menguada,
Amarilla su plata, muerto el fuego,
Y las centellas muertas,
Y las estrellas de humedad cubiertas!
Sécase el rio, el manso mar se altera,
Eclípsase la luna,
Truécase el tiempo, múdase fortuna,
Pasa el dia, y la noche se aligera,
Y todo nos molesta.
¡Oh santo cielo! ¿qué mudanza es esta?
Solo el sábio se ve firme y constante
Entre mudanzas tantas,
Porque tiene firmísimas las plantas
Sobre duras colunas de diamante;
Mas ¿quién será este sábio?
Que en su alabanza moveré mi labio.
«¡Oh salve! (le diré) tú, que seguro
De las injurias largas
Del tiempo (tan mudables como amargas),
Burlas dellas y dél, firme cual muro,
Tus piés humilde beso,
Pues para tanto te ha bastado el seso.
»Tú solo ves el cauteloso pecho
Del hombre fementido,
Que el cuerno agudo en heno trae escondido,
Y que solo procura su provecho,
Y en apariencia humana
Cubre el intento cruel de tigre hircana.
»Tú solo ves (con gloria de tu nombre,
Aunque fortuna ruede)
Que el mayor mal que al hombre le sucede
No es de las fieras, no, sino de otro hombre;
Que la fiera se amansa,
Y el hombre en daño de otro no descansa.
»Arman al fiero leon las garras gruesas,
Cuerno al toro furioso,
Ligereza á la onza, fuerza al oso,
Uñas y pico al grifo, al lebrel presas,
Y al mortífero seno
De la sierpe cruel mortal veneno.
»Mas al hombre, por ser mas cruel y fiero
Que onza y leon furioso,
Que sierpe, toro, grifo, lebrel, oso,
Naturaleza lo arma en ser ligero,
Veneno, cuerno, presas,
Fuerzas, uñas y pico, y garras gruesas.»
Mas ¿qué divino espíritu me inflama,
Que á mi llano lenguaje
De trágico le adorna y alto traje,
Y de la humilde tierra lo encarama
A la cumbre sagrada,
De virginales plantas paseada?
Mejor será, Señor, que nos burlemos
De ver las pretensiones
Que encierran los humanos corazones,
Siguiendo sus mortíferos extremos,
Y en amistad constante
Enlazados pasar de aquí adelante.
Y en vos (como laurel verde y sagrado,
Despues que he dado al viento
La ronca voz) suspendo mi instrumento,
Que ha sido tan oido y celebrado,
Y por vos ha podido
De la muerte triunfar, tiempo y olvido!
Y oiréis, al descolgarlo, mil hazañas
Que gentes españolas,
Del mar sulcando las bramantes olas,
Hicieron en regiones mas extrañas;
Que si Febo no miente,
Darán espanto al sur, miedo al oriente.

SOTO.

Cuando las penas miro
De tu martirio fuerte,
Amor, gimo y suspiro
(Como último remedio) por la muerte;
Procuro, por perderte,
Perder contigo la enojosa vida,
Y viéndola por tí mas que perdida,
Del gran placer que siento,
Vuelvo á vivir y crece mi tormento.

MARTINEZ.

Oda XVII de Horacio, lib. I:

Velox amoenum saepe Lucretilem.

De su dulce acogida
Que en el Liceo monte el fauno tiene,
Con ligera corrida
Al suelo fértil de Lucretil viene,
Para tomar contento
En este dulce sitio y fresco viento.
Este lugar defiende
Mis cabras siempre del fogoso estio;
Tampoco les ofende
Aquí la fria escarcha ni rocío,
Ni los récios inviernos
Pueden dañar los corderillos tiernos.
Seguramente pacen,
Buscando aquí y allí las tiernas gramas
Que en este bosque nacen,
El citiso y tomillo, y otras ramas,
Que á las cabras engruesan,
Y de sustancia y leche las retesan.
Apriscos y rediles,
Do están los cabritillos encerrados,
No temen las sutiles
Mordeduras de sierpes ni pintados
Lagartos, ni los robos
Que hacer suelen los hambrientos lobos.

¡Oh Tindaris hermosa!
Cuando mi dulce caramillo suena,
El valle y sombra umbrosa
Y el monte Ustica en derredor resuena;
El monte á cuya cumbre
Se sube sin trabajo y pesadumbre.
Su gracia y alegría
Me aspira Dios, y mi piedad le agrada,
Y aquesta musa mia.
De aquí la copia gozarás colmada;
Que aquí derrama el cuerno
Benignamente flor y fruto tierno.
En este valle y flores
Huirás de la canícula el gran fuego,
Y cantarás amores
Con la sonora cítara del griego
Poeta Anacreonta,
Que entre amorosos cisnes se remonta.
Cantarás las pasiones
De Penélope y Circe, y los recelos
De entrambos corazones,
Y de una y otra los rabiosos celos;
Que cada cual muy fuerte
Trabaja por el hijo de Laerte.
A la sombra holgando,
Agotarás aquí los vasos llenos
Del vino lesbio blando,
Y el padre Baco y Marte, muy serenos,
Quietos, amorosos,
No mezclarán combates sanguinosos.
Ni celos inhumanos
De Ciro, tu protervo y duro amante,
Ni las violentas manos
Temerás del villano, que delante
Te quite la guirnalda,
Y airado rasgue tu inocente falda.

SOTO.

Las bellas hamadríades que cria
Cerca del breve Dauro el bosque umbroso,
En un florido y oloroso prado,
En un tan triste dia,
Cuanto despues famoso,
Por ser del pastor Pilas celebrado,
Hicieron que el ganado
Deste pastor y de otros, que abrevando
Al mal seguro pié de la nevada
Sierra hallaron, estuviesen quedos,
Los versos y canciones escuchando,
Que en loor cantaron de una mal lograda
Ninfa, despues que con mortales bledos,
Tomillos y cantuesos
Cubrieron la preciosa carne y huesos.
De cedros, mirras, bálsamos y palmas,
De encienso y cinamomo, desgajando
Flexibles varas, que despues tejidas
Por las hermosas palmas,
Se fueron transformando
En blandos canastillos, do las vidas
De sus tallos partidas,
Las frescas rocas fueron despidiendo,
Y juntamente de un olor precioso,
Ellas y el mirto y lirio azul y blanco,
Un aura delicada enriqueciendo,
Porque el Favonio al tiempo presuroso
No pareciese en solo voces franco,
De olor, sonido y lumbre
Poniendo al mundo en celestial costumbre.
Silveria, de Felicio celebrada,
Y la que celebró el pastor Silvano,
Reformador del bético Parnaso,
Y la que fué cantada
Del que ya gozó ufano
Del aire y cielo libertado y raso,
Dolidas mas del caso,
Las hebras de brocado á las espaldas,
Sueltas por sus gargantas, despidiendo
La corriente que dan á sus pastores,
Ceñidas por las sienes con guirnaldas
Vagas y bellas, al amor prendiendo
Con nueva aljaba y nuevos pasadores,
Honraron con su acento
Y enriquecieron el delgado viento.
No preste aliento en olmos y avellanos
El céfiro apacible, ni nos siembre
De aljófar cristalina el verde suelo,
Ni nos hinche las manos
El meloso setiembre
Con dorado racimo ternezuelo,
Ni nos otorgue el cielo
Los madroños, bellotas y castañas,
Dulces manzanas y sabrosas nueces,
Ni alegres flores de la primavera,
Ni á las silvestres cabras las montañas
Los verdes ramos dén (cual otras veces),
Y la manada de hambrienta muera,
Si no fuere aplacada
Con humos la alma de la ninfa amada.
La escura selva, de árboles tejida,
Cubierta de alcornoques y quejigos,
A quien la inexplicable hiedra abraza,
Serán de mis gemidos
Fidísimos testigos,
Y del dolor que el alma me embaraza,
La parlera picaza,
Diversa en pasto de las otras aves,
Y desde aquellos troncos la corneja,
Que solo mal agüero nos pregona,
Dirán que alegres versos y suaves
Por este siglo no ocupó su oreja
En cuanto abarca nuestra oblícua zona,
Ni se retumba el llano
Con mas que Tirsa, frecuentada en vano.

SILVANA.

Pues que sus fuerzas y calor refrena
El encendido Febo, y la villana
Gente no teme de sufrir su lumbre,
Ni ronca voz resuena
De la cigarra vana,
Que añade en los calores pesadumbre,
Y sobre la alta cumbre
El seco y frio temporal asoma,
Ocasionando á túmulos funestos,
Y á Tirsa nos da el cielo helada y yerta,
Mostremos el dolor que al alma doma
En las palabras y los tristes gestos,
Y la alegría con la ninfa muerta,
Y siempre sea este dia
Honrado en llanto y falto de alegría.
Solenes pompas, versos funerales
Honren cada año la dichosa tierra
Que oculta y guarda los amados huesos.
Los castos animales
Y la blanca becerra
Con sangre ablanden los terrones tiesos;
Violetas y cantuesos,
Ligustres, blancos lirios y azucenas,
Alhelíes, rosas, trébol, madreselva,
Aquí marchitos dejen lustre y vida,
Y aqueste dia ofrezcan tristes penas,
No solo el rio, sierra, campo y selva,
Mas á la gente oculta y escondida,
En galos y britanos,
Y cuantos hace el sol meridianos.

FENISA.

Si con sus rayos el noveno dia
La blanca aurora el mundo oscuro diere,
Las nubes con su rostro destruyendo,
Una novilla mia
Al que mejor corriere,
Y dos al que luchare, dar pretendo,
Y al otro que, blandiendo
El récio brazo, abarca mayor trecho,
Un toro de cerviz macizo y duro,
Y un buey hermoso al que mejor cantare,
Y al que, de versos epitafio hecho
Sobre el sepulcro me escribiere, juro
Darle lo que él en mi manada amare,
Y, lo que es mayor gloria,
Nombre inmortal y palma de vitoria.
Vendrá Bermejo, el dios de los pastores,
Con bermellon y fina sangre ungido,

Que en vivas conchas se produce y cria,
Por ambos derredores
De sus sienes ceñido
Con las monteses ramas que solia,
Y vendrán á porfía
Pastores fuertes, diestros y zagales,
Cuál por correr, cuál por luchar, llevando
Dulce vitoria, premio vitorioso,
Pues los marchitos versos funerales
Las largas faldas ornarán, pintando
El túmulo funesto y doloroso,
Lleno de ciprés verde,
Que eternamente su color no pierde.
Con casta oliva y olorosa tea,
Con la sabina yerba y el incienso,
En sacros fuegos quemaré el redaño
De no manchada ó fea
Cordera, cuyo censo
A tal sepulcro pagaré cada año;
Despues por fértil caño
De los colmados vasos la caliente
Leche con sangre viva, entreverada,
Haré mojar la víctima humosa,
Y la yema del vino que la gente
De la rica Lucena da á Granada,
La triste faz de la terrestre diosa,
Vertida, humedeciendo,
Vendrá los sacrificios consumiendo.

SILVERIA.

Si les es á las almas concedido,
Desnudas ya de corporales cargas,
Prestar oreja á los piadosos llantos,
Divina Tirsa, oido
Habrás nuestras amargas
Querellas, que suspensos tiene á tantos
Frutales, fieras, cantos;
Mas donde quiera que las tristes voces
Nuestras te hallen, ó en el cielo ilustre,
O al derredor de robles y manzanos,
O ya que eliseos aposentos goces,
Pasada el agua lóbrega y palustre,
O junto al olmo de los sueños vanos,
Rogamos que recibas
En voces muertas intenciones vivas.
Tu alma bella nuestras selvas creo,
Hermosa ninfa, que andará lustrando
Con sosegado y saludable vuelo;
Y asi, de mi deseo
Las voces escuchando,
Nos has de ver culpar de injusto al cielo.
Verás el verde suelo,
De vergonzoso y triste, no dar flores,
Ni los frutáles apacibles frutos,
Ni claras aguas las delgadas fuentes,
Ni los zagales publicar amores,
Ni nuestros ojos, sin dolor, enjutos,
Ni las cabrillas, ni las de dos dientes,
Pacer la tierna grama,
Ni responder al hijo si las llama.
Pues si las voces tristes comprehendes,
Y ves que el humo de las piedrazufres
No purga el hato y recental rebaño,
Y nuestro mal entiendes,
¿Por qué, mi Tirsa, sufres
Vivir los tuyos en notable engaño?
Pues uno y otro daño
Con solo respondernos sanarias,
O con mostrarnos tu hermosa cara
O con dejarte ver por do pasares;
Pues tú eres, Tirsa, que en placer solias
Dar á la noche, y reducirla clara
Con rostro alegre y lícitos cantares;
Mas ya tu cantilena
Nos deja sola su memoria en pena.

SILVANA.

Tú con palabras dulces y elegantes
A las contiendas término pusiste,
Mil veces inclinadas á vitoria,
Pastores litigantes,
De suerte que saliste,
Contentos ellos, tú con igual gloria,
Y aun tengo en la memoria
Que á veces en las ondas cristalinas
Mostraste tu cabeza orlada de oro,
Cantando versos del pastor Silvano,
A cuyo son debajo las encinas
El ganado de Pílas y Peloro
Rumió la yerba el uno y otro en vano;
Mil veces se arrojaron
Al agua, mas tus carnes no tocaron.
Yo vide al tiempo que la aurora muestra
En este dia su rosada lumbre,
Al triste Pílas, húmedas mejillas,
A quien la mano diestra
De la doliente cumbre
Era coluna, y della las rodillas;
Que destas florecillas
Con sus lamentos marchitó tal suma,
Y desgajó de robles tanta rama,
Rompiendo de las peñas tanta parte,
Cual suele Bóreas en la helada bruma
Y cual el cierzo que herido brama,
Con ardientes suspiros á invocarte
Se compelió, y cantados,
Aquestos versos dijo mal limados.

PÍLAS.

Sin tu presencia, Tirsa, el fresco viento
Helado quema las fragantes yerbas,
Y el rubio trigo que en el suelo echamos
Perece en el momento;
Las uvas son acerbas
Que de las tiernas vides desgajamos,
Y en el lugar hallamos
De trigo, avena y de cebada blanca,
Vallico inútil y del lino grama,
Y de lechuga dulce amargo cardo.
Ni nos alegran ya con mano franca
Céres y Baco, y en perpétua llama
En todo tiempo me consumo y ardo,
Hasta que venga el dia
Que goce de tu eterna compañía.
Dos blancas reses, de vedejas llenas,
De cada cuatro cuartos poderosas,
Ejercitadas al palestre oficio,
De lirios y azucenas
Las frentes y de rosas
Coronadas, he puesto al sacrificio,
Y siempre es mi ejercicio
Honrar con premios el sepulcro amado,
Haciendo fiestas, ya con tallos tiernos,
Ya con sus flores, ya con dulces frutos.
Los toros y novillos he apartado
De sus becerras, que con los internos
Mugidos cercan los fúnebres lutos,
Al tiempo temeroso
Que el trabajado cuerpo va al reposo.
Descansa en paz, hermosa, casta y bella
Y tierna carne; que el dorado Apolo
Con sacros versos te eterniza y canta,
Y la noturna estrella
Que rige el primer polo
Tu tierra huella con piadosa planta,
Y el fauno se levanta
Antes que el sol, y de apio, pino y lauro,
Y de quejigo premios vitoriosos,
Guirnaldas hechas en tu fiesta ofrecen,
Y sus divinas aguas nuestro Dauro
De leche y miel y de oro muy precioso
Sobre sus faldas siembra y enriquece,
Quedando el suelo honrado
Que fué á tus huesos por sepulcro dado.
Loable envidia en las vecinas ninfas
Forzó á seguir de aquestos las pisadas,
Que en copas de alabastro y vidrio hechas,
Las cristalinas linfas,
Con azahar templadas,
Con rosas y violetas contrahechas,
Y en cestas nada estrechas,
De casia y amaranto y mirabeles,
Y de alheña y saúco tristes flores,
Y los cogollos brotadores tiernos
De plátanos, naranjos y laureles
Presentan por los anchos derredores

De tu sepulcro, á quien por mil inviernos
Los genios apacibles
Harán tus santos huesos inmovibles.
El rojo Apolo entonces trasmontando,
Sembró de varias nubes el poniente,
Ya azules, ya violadas, ya sangrientas,
Ya aquestas despintando,
Con tal de la aparente
Color de aquestas y otras mal contentas,
Al rostro suyo atentas,
Así imitaban el metal bruñido
Del mismo Febo con las fimbrias de oro,
Cuanto otras de la plata el lustre claro;
Y así las ninfas el cantar rompido,
Volviendo al campo do el oculto moro
Riquezas guarda con el puño avaro,
Desnudas se metieron
En las encinas huecas do salieron.

EL PADRE ROA.

De tan injusta culpa es justa pena,
Y de tal deuda merecida paga,
A quien herir se deja, mortal llaga,
Y á quien se entró en la cárcel, la cadena.
¿Qué fruto espera quien sembró en la arena?
Qué bienes quien de tanto mal se paga?
Qué luz quien de su sol la luz apaga?
Qué puerto quien su nave al mar barrena?
Mas ¡ay! que en mis razones me condeno,
Pues sigo tan á ciegas tal derrota,
Y á quien mas me persigue pido ayuda.
Yo soy el que camino tan sin freno,
Herido, preso, ciego, en nave rota,
A vistas de quien puede y no me ayuda.

DON JUAN DE VERA Y VARGAS.

Mi señora, así yo viva
Que esta carta que se aguarda,
Segun lo mucho que tarda,
No debe de ser misiva.
Si es carta de pago, ha sido
Muy mal pagado mi amor;
Y si es carta de favor,
Otro es el favorecido.
Si es carta de excomunion,
¿Qué remedio tomaré?
Si es de exámen de mi fe,
Firme está mi corazon.
Si es de horro, y tal pretende,
No me quiero libre ver;
De venta debe de ser,
Pues que palabras me vende.
Querria, para no errar,
Pues de seguro no es
Por ahora, que despues
No fuese de marear.
Mas holgaré que livianos
Pensamientos, como el mio,
La hagan de desafio,
Para venir á las manos.
Y cuando en vuestro contrato
De justicia ó lasto sea,
Conmigo á pleito se vea,
Que se lo meta á barato.
Aunque recelos traidores
Me avisan de su persona
Que habrá de ser de corona,
Si fuere carta de amores,
Bien sé, para mí á lo menos,
Que en el pesar ó el placer
En mi daño habrá de ser
Carta de mas ó de menos.

LICENCIADO JUAN DE LA LLANA.

Vile potabis. Horac., lib. I, oda XX.

Mecénas dulce y caro,
Si á mi chozuela y heredad vinieres,
Barato vino y claro
Beberás, que te cause mil placeres,
Que yo lo encerré cuando
Todo el teatro te miró alegrando.
Y cuando allí se oyera
Aplauso mas alegre y favorable,
En toda la ribera
Y en todo el monte resonó un amable
Concento de alabanzas,
De gloriosas y ciertas esperanzas.
Beberás del templado
Caleno con el cécubo espumoso (1)
Que yo tengo guardado;
No del falerno fuerte y riguroso (2),
Ni los vinos livianos
Que crian los collados femianos.

CEPEDA.

La que nació de la marina espuma,
Y el que sobre las armas tiene imperio,
Este y aquella mas feroz y hermosa
Que oyó mortal jamás ni escribió pluma,
Al deleite lascivo en adulterio
Con suavidad rendidos dios y diosa,
Y en concordia amorosa
Los miembros poderosos y desnudos,
En ciego lazo atados
Con una red sutil de fuertes nudos,
Pudo un torpe herrero
Prender á la mas bella y al mas fiero.
Cuando usa mas el cielo de inclemencias,
Y la tierra padece mas injurias,
Azotada de pluvias y de vientos,
Y todo es terremotos y violencias,
Hielos, rigores, tempestades, furias
Y guerra declarada entre elementos
Con mayores alientos,
Solo en el corvo diente de un arado
El villano brioso
Sale de la vitoria confiado,
Y triunfando del tiempo,
Siembra, y el dulce premio coge á tiempo.
Aquella que con precio inestimable
Soltó primero al viento crespas hebras,
Y despues castigada por decreto
De la ofendida diosa inexorable,
Los hilos de oro convirtió en culebras,
Cuya vista mortal de tanto afeto
Le fué á la fiera Aleto,
Que hurtando el oficio al basilisco,
Mataba al que miraba,
Mudándolo de hombre en duro risco,
De Jove el hijo pudo
Vencerla con la lumbre de un escudo.
Cuando levantan las sublimes frentes,
Al cielo amenazando y las estrellas,
Las pirámides altas y obeliscos,
Y las torres espanto de las gentes,
Que siendo tan caducas como bellas,
Fueron á nuestros ojos firmes riscos
Los humildes lentiscos
Que el pastor pobre en bajos techos ata,
Perdona el raudo rayo
Cuando del aire denso se desata,
Y solo á lo mas fuerte
Humilla con el peso de la muerte.
Al tierno cazador que errando el tiro,
Herido de la fiera por la ijada,
Cayó, dando á la muerte paso abierto,
Y el alma envuelta en el postrer suspiro
Voló, del grave peso desatada,
Y el cadáver de horror dejó cubierto;
Que pudo tanto muerto,
Que á la inmortal privó el mortal de vida
Cuando lágrimas tiernas
Sin sentido vertió sobre la herida,
No le fué de algun fruto
Venablo ni belleza contra el bruto.
Cuando el que rige el mar con el tridente,
Sobre el carro de conchas nacaradas

(1) Cécubo, vino de Campania muy estimado.
(2) Falerno.

Mide veloz el piélago espacioso,
Descompuesto el cabello en barba y frente,
Y las revueltas canas con lazadas
De verde musgo asidas, y furioso,
Con giro presuroso
Va componiendo las soberbias olas,
Venciendo el marinero
La borrasca cruel con velas solas,
Vuelve del golfo incierto
La nao cascada al abrigado puerto.
Del fundador de Tébas, deseoso
De dar á su familia ciudad nueva,
Cuando seguia la robada hermana,
El brazo vengativo y valeroso
Privó de habitador la escura cueva,
Donde sagradas aguas Dirce mana.
Con fuerza sobrehumana
Mató al dragon horrible, cuyos dientes,
Sembrados, produjeron
Hombres vivos, armados y valientes,
Y del mónstruo de Marte
Tuvo vitoria con industria y arte.
Cuando están libres en Hircana el tigre,
El leon en Libia, en Asia el elefante,
Y en la India el feroz rinoceronte,
Suele no atravesar sin que peligre
El solo y temeroso caminante
Las ciegas sendas del desierto monte;
Mas mudando horizonte,
Suelen mudar las fieras de costumbre,
Y con sagaz industria,
Despues de algun trabajo y pesadumbre,
Si el hombre el freno toma,
Su furia no domada con él doma.
El hijo de Alcumena, que ahogando
En la cuna las sierpes venenosas,
Puesto en años mayores venció á Neso,
A Busíris, á Caco y Anteo, cuando
Las formas imitó de varias cosas,
Del cielo tuvo sobre el hombro el peso,
Y con notable exceso
Del Erebo rompió las negras puertas,
Y dejando arco y clava,
Y al mundo sus hazañas todas muertas,
Pudo, fuera del uso,
Rendirle una mujer al hilo y huso.
Cuando clama el estrépito de guerra,
Que en los vecinos montes se repite,
Y el dios de los ejércitos airado,
Por debido castigo de la tierra,
Que haya discordia universal permite,
Perturbando de paz el santo estado,
El príncipe soldado
(Aplicando á las armas el gobierno),
El furor que sembraron
Las tres furias que habitan el infierno
Enfrena, si es prudente,
Y libra de temor la amiga gente.
Vénus, Meousa, Adónis, Marte, Alcides
Pudieron ser vencidos, y vencellos
Arte, encanto, furor, destino y vicio.
Tiempo, edificios, mar, bestias y lides
Se pueden sujetar, y triunfar dellos
Sazon, fuego, uso, industria y ejercicio;
Que al humano juicio
En fin todas las cosas son sujetas.
Solamente yo, indigno
(Por causas reservadas y secretas),
No pude de algun modo
Vencer á Elisa, vencedora en todo.

DOÑA HIPÓLITA DE NARVAEZ.

Fuése mi sol, y vino la tormenta;
Que yo no espero de su ausencia menos,
Y el cielo turquesado sus serenos
Ojos cubrió, obligado de la afrenta.
Un acento tristísimo revienta
Entre los vientos, de tinieblas llenos:
Tiemblan las nubes con los roncos truenos,
Arden los campos, el temor se aumenta.
Salió mi sol, y de dorados jaspes
Vistió su oriente, y de esmeraldas finas
Los altos montes y las llanas tierras.
Bordó las vagas nubes de giraspes,
Sudaron rubias mieles las encinas
Y blanca leche las azules sierras.

LUIS DE SOTO.

De los mas claros ojos,
Y del mirar mas dulce y apacible,
Y del cabello de oro puro y fino
Mas que se vió en la tierra,
Formó la causa amor de mis enojos.
Dentro escondió de un parecer divino,
Para hacerme guerra,
Un áspide terrible,
Cruel y venenosa
Bien mas que lo posible;
Pero no tan cruel como hermosa.

LICENCIADO JUAN DE VALDÉS Y MELENDEZ.

Celia, á tí mujer ninguna
No te pudo aventajar,
Ni agora puede llegar
A lo que es Marfisa alguna.
Esta lo que tú será,
Tú no puedes ser lo que ella;
Que es lo que el tiempo atropella.
Quiérola, quísete ya.

LUIS MARTIN.

Si el sol se pone, yo á la muerte llego.
¿Quién detenerlo, por vivir, pudiera?
Deten, dorado Apolo, el carro, espera;
Mas el sol no se pára á nuestro ruego.
¡Oh tú, Señora, por quien vivo ciego!
Alza los claros ojos á la esfera,
Y dile al sol que pare su carrera,
O no le prestarás la luz y el fuego.
Que por solo mirar tu hermosura,
Parara los caballos, admirado,
Y no vendrá la noche de mi muerte.
Mas ¡ay, triste de mí! ¿quién me asegura
Que de ver que lo excedes, afrentado,
No les dé rienda, y huya por no verte?

LUIS BARAHONA DE SOTO.

Genil, que ves la sombra en tu corriente,
Que amor llenó de glorias y despojos;
La lumbre digo de los claros ojos,
Que sombra en tanta luz no se consiente;
En beneficio del amigo ausente
Revuelve de tus riendas los manojos,
Con nuevas de mis lástimas y enojos,
Adonde es mi levante y tu poniente;
Y al tiempo que el sereno rostro veas
De aquellos ojos verse entre tus ondas,
Dirásle: «Ingrato corazon, venciste.
»Venciste, no me huyas ni te escondas;
Alégrate, pues sé que lo deseas;
Que muerto es ya el que tanto aborreciste.»

DON FRANCISCO DE LA CUEVA.

Porcia, despues que del famoso Bruto
Supo y creyó la miserable suerte,
«No viva yo sin tí (con pecho fuerte
Dijo, llorando sobre el casto luto).
»Ved que las armas me escondeis sin fruto,
Gente curiosa en impedir mi muerte;
Que amor me da con que á pagalle acierte
Desta limpieza y desta fe el tributo.»
Tragó las brasas, y aunque allá sintieron
Que las de amor, si amor lo permitiera,
Bastaran á vencer su fuerza esquiva,
Como todas á intento igual vinieron,
Concertáronse al fin de tal manera,
Que la mataron por dejarla viva.

LICENCIADO BARTOLOMÉ MARTINEZ.

Oda v de Horacio, lib. i.

¿Qué lascivo mozuelo,
Blando y con mil olores rociado,
¡Oh Pirra! sin recelo
Te tiene con sus brazos anudado
El cuello estrechamente
En tu agradable gruta y lecho ardiente?
Y tú con tez sencilla,
Sin engañosa falsedad de afeite,
Una y otra mejilla
Le muestras, con que enciendes su deleite,
Y tus rubios cabellos
Destrenzas, y le tiendes red con ellos.
¡Cuántas veces el necio
Mozo imprudente llorará su daño,
Tu falsa fe y desprecio,
Los contrarios amores y el engaño,
Y temerá los vientos
En el áspero mar de sus contentos.
Y el fácil y creible
Que de tu hermosura goza agora
Seguro y apacible,
Piensa que nunca le has de ser traidora,
Y no ve el miserable
Que tu querer es viento deleznable.
¡Oh tristes, desdichados,
Aquellos á quien tu lustrosa cara
Aplace, no enseñados
A conocer tu fe mudable y cara,
Que en tus serenas calmas
Anegan los contentos de sus almas!
Yo sufrí con afrenta
Naufragios en el mar de tus engaños,
Mas ya de la tormenta
Colgué los rotos y mojados paños,
Y al dios del mar amigo
Pinté una tabla, de mi mal testigo.

LUIS MARTIN.

Sobre el verde amaranto y espadaña
Que Guadalhorce baña
Tenia con dorada llave el sueño
Cerrados los dos ojos, claros soles,
De mi hermoso dueño,
Y del rostro los rojos arreboles
Con un sudor cubiertos oloroso.
Vidola el cristalino dios del rio,
Y á tierra sale de su albergue undoso,
Vestido el cuerpo de ovas y rocío,
Y con helados labios bebe y toca
El delicado aliento de su boca.
El sueño sintió el hielo,
Y abrió los soles del sereno cielo,
Y al dios hecho de escarcha así le ofenden,
Que suena ya su pecho como fragua,
Y teme que los rayos que lo encienden
Lo conviertan en agua,
Y así turbado y ciego
Saltó en el agua y escapó del fuego.

DOCTOR MESCUE.

España, que en el tiempo de Rodrigo
Viste tus vegas anchas
Holladas de un feroz bravo enemigo
Que en láminas de bronce y duras planchas
Dejó para memoria
Tu mal, su bien, tu fin y su vitoria,
Haciendo de tu sangre rojas manchas;
Levanta la cerviz sin yugo y brava,
Al mar mirando, que te cerca y besa,
Que te ilustra y te lava,
Sulcando, no con remos de otra Cava,
Mas de una flota inglesa,
Que cortando tu espuma de alabastro,
Con mil hambrientos hipos
Procura destruir los dos Filipos,
A quien da nombre el Austro,
A cuyas sienes orla
La eterna fama con su clara borla.
Menos muy pocas de docientas velas,
Sagrada mar de España,
Cortan el nácar que en tu espuma hielas,
De la Anglia hereje de encendida saña,
En cuyo regimiento
Una caña preside, un fácil viento;
Que la mujer es viento, es fácil caña.
Y cuando blancas perlas vierte el alba,
Llegan al puerto que Hércules rompia,
Y haciendo alegre salva,
Toman, sin darles la ocasion la calva,
De Cádiz la bahía;
Suena y dispara la española flota,
Aquí guerra, allí guerra,
España viva, muera Ingalaterra;
Vence esta, aquella es rota,
El flaco vence al fuerte,
Mas no es vitoria despertar la muerte.
Famosa España, que la espuma sulcas
De las saladas olas,
Idólatras, herejes, moras, turcas,
Y cuando es menester las arrebolas,
Ya que en tus templos metes
Banderas, estandartes, gallardetes,
Y á pesar de sus dueños las tremolas,
Arma tus hijos, á tus hijos truenos,
Que rayos y relámpagos escupen;
Que quieren los ajenos
Rasgar tus faldas y romper tus senos.
Tus ondas desocupen,
Que se infama la mar ancha y profunda
Con mano acerba y dura;
Cádiz les sea cáliz de amargura,
Su armada se les hunda,
Y déle fin protervo
El águila española al inglés cuervo.
El que del Gánges arenoso bebe,
Piedras en su honda coja;
Quien bebe el Tanais de rifea nieve
Tire las flechas que del arco arroja
Con gallardo desprecio,
Enhieste al hombro su venablo récio;
Quien las haldas habita del Peloro
Vibre y arbole sus feroces picas;
Atraviese el Bosforo
Quien coge á Hidaspes sus arenas de oro;
Con armas de prez ricas,
Quien cubre el espumante Alpe Rodano,
Sus bombardas prevenga,
Que aunque de todos una armada venga,
Vencerá el pueblo hispano
Al indio, scita, egipcio,
Macedonio, francés, inglés, fenicio.
Quedará preso con su hambre ciega
El hereje pirata,
Cual escamoso pez que al cebo llega,
Si del anzuelo sus agallas ata,
Que el sacrílego infame desta suerte
A España viene por buscar su muerte,
Cudicioso del oro y de la plata,
Y aunque vence un raton á un elefante,
Al áspid la mujer, al leon el carro,
¿Cómo es tan arrogante,
Que se pone el inglés así delante
Al áspid, elefante, leon bizarro,
Al soldado español, que ya se atufa,
Y por hollar la cincha,
El caballo andaluz salta y relincha,
Huele las armas y erizado bufa?
Aquí guerra, allí guerra,
España viva, muera Ingalaterra.
Delfines verdinegros y lascivos,
No porque son hermosos
Saqueis á tierra los ingleses vivos;
Tritones medio humanos y escamosos,
Tañed á las sirenas,
Porque arrojen cantando en las arenas
Los bárbaros cismáticos furiosos;
Hija de Forco, ladradora Scila,
Desde Sicilia hasta Cádiz ladra,

Tus colmillos afila,
Traga, consume, anega y aniquila
A la herética escuadra,
Moviendo con gran furia una borrasca;
Tú, mar, al cielo sube,
Haz de tus ondas una parda nube,
Sus naves hiende y casca,
Mas no se aneguen luego,
Por no morir en agua, sino en fuego.

LICENCIADO JUAN DE VALDÉS.

A una dama que se aficionó de un tuerto.

Entóldese mi musa
Con mas justa razon que la del griego,
Y si hacello rehusa
Porque ha cantado ya de un niño y ciego,
El sugeto mejora,
Pues de un tuerto y crecido canta agora.
Vuelve, señora mia,
Aquesos soles, de tu cielo adorno,
Y mas claro que el dia
Verás de tus amores el retorno,
Cuando en tu calle asoma
Del un lado Cartago y de otro Roma.
Tu gusto se deshace,
Vencido dejas el coral del labio;
Que si al que un tuerto hace
Suelen decille que comete agravio,
Que á ti te agravia es cierto,
Pues mirándote está y haciendo tuerto.
Todo en tu humor desdice;
Que si al que á amor le rinde sus despojos,
Comunmente se dice
Que entró el amor, Marfisa, por los ojos,
Tendrá poco ó ninguno,
Pues para entrar amor, no halló mas de uno.
Yo no sé lo que viste
Cuando por tales ojos me dejaste,
O qué presagio triste
En su ventura y mi desdicha hallaste,
Si no te ha parecido,
Mirándole de lado, otro Cupido.
Goza el tuerto Narciso,
Que lleva de un derecho lauro y palma,
Que me dicen que quiso
(Como los ojos son puerta del alma)
Tener una encubierta,
Por tener falsa y principal la puerta.
A los que preguntando
Van por tu nuevo gusto y su ventura,
Los del cielo imitando,
Responden los que saben de escritura,
Que tiene este tu dueño
Grande el un luminar y otro pequeño.
A tus hermosos ojos
Los suyos, aunque turnos, te ha vendido,
Y si tales despojos
Con los hermosos tuyos has vencido,
Ya no sé qué deseas,
Pues venciste otro Turno, como Enéas.
Consuélame una cosa,
Aunque parezca en mí sugeto extraña:
Que si tu boca hermosa,
Vencida del amor que la acompaña,
Quisiere darme enojos,
Que por lo menos no dirás «mis ojos».
Tuerta cancion, si acaso
En el camino encuentras á mi dueño,
Enderezando el paso,
Dile que ponga de la frente el ceño
Junto, porque eres mia,
Porque un derecho á su deidad te envia.

PEDRO DE LIÑAN.

Es la amistad un empinado Atlante,
En cuyos hombros se sustenta el cielo;
Nilo, que por regar su patrio suelo,
Sale de madre, repartido amante;
Cristal que hace el rostro semejante,
Voluntad que en dos almas unió á pelo,
Arnés á prueba, temple sin recelo,
Iris divina de la fe triunfante.
Su madre es la igualdad; por ella vive,
Del corazon ajeno se sustenta,
Y el ajeno del suyo hasta acabarse.
Si mucho puede dar, mucho recibe;
Si poco, con lo poco se contenta;
Ni sabe hacer ofensas ni quejarse.

PEDRO ESPINOSA.

Cantar que nacen perlas y granates
Si estampas los toribios de tus patas,
Llamar coturnos breves tus zapatas,
Escrebir que eres ninfa del Eufrátes;
Decir, siendo tus codos acicates,
Que son tus brazos tiernos como natas,
Cuyas canillas te vendió baratas
La ninfa de que hacen los chizgates.
Es un cierto mentir á fuego lento,
Para que se derrita un pecho moro,
Si nace á ser verdugo de poetas.
Mas tú misma echarás de ver que miento;
Que las ninfas bordaban paños de oro:
Tú no sabes echarme unas soletas.

EL MISMO.

Llegó diciembre sobre el cierzo helado,
Y de flores el campo vió vestido,
Y la redonda llama del sol vido
Sin luz, y el cielo de otra luz honrado.
Paróse el mes, en felpas aforrado,
Por mirar el milagro nunca oido,
Cuando á mi sol de lumbre vió ceñido,
Que el cielo alumbra, que enriquece el prado.
La admiracion de maravillas tantas
Obligó al mes y el caso sin segundo
A contemplar la luz del claro rayo;
Mas huyó luego con veloces plantas,
Porque, mudando el natural del mundo,
Se iba ya convirtiendo en mes de mayo.

LICENCIADO BARTOLOMÉ MARTINEZ.

Oda VIII, lib. I de Horacio:
Lidia, dic, per omnes, etc.

Por los dioses te ruego
Me digas, Lidia, ¿cómo afliges tanto
Y quitas el sosiego
A Sibaris el mozo, que con tanto
Amor te quiere y ama,
Y tú lo abrasas en su ardiente llama?
¿Por qué aborrece, dime,
Sufriendo el polvo y sol sin pesadumbre,
Al campo marcio, y gime?
¿Por qué, enseñado á militar costumbre,
No juega ni arremete
Entre tanto y gallardo igual jinete?
¿Por qué ya no corrige
La feroz boca del frison brioso,
Ni con freno la rige
De brida, que es mas duro y riguroso,
Ni su cabeza enhiesta
Con yelmo cubre y penachada cresta?
¿Por qué tanto rehuye
Tocar del Tíber las bermejas ondas?
Por qué mas teme y huye
Que á la sangre de víboras hediondas,
Al lucio aceite y grueso,
Que hace al luchador mas fuerte y tieso?
Ya de la dura malla
No viste el jaco, ni arma mano y dedos,
Y ya de la batalla
En los brazos nervosos y molledos
No muestra cardenales,
Ni de gloriosos golpes las señales.
Mil veces con gallardo
Semblante hizo en la contienda raya,
Tirando el fuerte dardo
Y arrojando un gran peso y azagaya:

Con tiro muy derecho
Abarcó mas del señalado trecho.
Agora está escondido
Y se hurta á los ojos de la gente,
Como el jóven nacido
De Tétis, antes de la guerra ardiente
De Troya, á quien engaños
Y amor vistieron mujeriles paños.

LOPE DE VEGA (1).

Pues que ya de mis versos y pasiones
Todo el mundo presume,
Y no hay necio que pierda su alcaldada,
Quiero mudar de estilo y de razones,
Y pues la misma pena me consume,
Tomar la lira menos bien templada.
Oh vos, rubia manada,
Y todas las demás que paso á paso
Paceis los alcaceles del Parnaso,
Prestáme vuestra ayuda ó melecina,
Para que el vulgachon que me adevina
No entienda los concetos
Que entre vuestras albardas van secretos.
Que si escribiendo en socarron estilo,
Segunda vez pretende
Hacer glosa á mis versos, desde agora,
De los que habitan el egipcio Nilo
A los que en la Etiopía el sol enciende,
En los bordados reinos del aurora,
Donde el árabe mora,
Aprenderé la lengua no entendida,
Dejando escura fama en larga vida;
Mas yo fio, Piérides, que en tanto
Aflojaréis las cinchas á mi canto,
Y que en este lenguaje
Leteo me dará franco pasaje.
Riberas del estrecho Manzanares,
Por donde antiguamente
Alborotó los límites postreros
La que tuvo á Jonás en los ijares,
Haciendo turbia la raudal corriente
De paja y vino del albarda y cueros,
A fuerza de los fieros
Chuzos y dardos de la gente armada
Que por la puente le estorbó la entrada,
Un soto lleno de verdura y caza,
Donde prueban los toros de la plaza,
Cubre la orilla amena
De chopos, lirios, sauces y verbena.
En este un mártes, pardo, aciago y malo
Para bodas y telas,
Entre la grama y los menudos juncos
Vi un sol, á cuya vista me regalo,
Aquellos ojos como dos candelas,
Y es poco si dijera dos carbuncos;
No desde los aruncos
A nuestros montañeses vieron dama
Tan bella los antojos de la fama;
Al fin yo vi su rostro de manteca,
Que en solo vella el pensamiento peca,
Y luego á mi derecha
Maese Cupido disparó una flecha.
No suele el sol tan libre y licencioso
Entrar por los resquicios
De los zaquizamies de teja vana,
Como entró, por matarme, poderoso
Aquel divino sol, cuyos solsticios
Hicieron desta vez mi alma ufana;
Entró por la ventana
De aquestos ojos á mi helado pecho,
Que allí me lo dejó ceniza hecho,
Tanto, que el humo espeso que salia,
De horno de ladrillo parecia;
Si alguno me encontraba,
Del tufo de mi mal estornudaba.
Volvíme á ver la causa de mi muerte,
Y en quien está mi vida,
Y con toda esta cara de puchero
Le dije de la suerte que mi fuerte
Mi pura voluntad dejó rendida
Al yugo del amor sabroso y fiero,
Y mostréle el garguero
Traspasado de hambre á causa suya;
Y ella, por darme un poco de alleluya,
Me tiró con la mano que tenia
Un corazon de pena que comia,
Diciendo: «Por el tuyo,
Este que tengo á mano restituyo.»
Dióme en la nuez el golpe, que me hizo
Sacar toda la lengua,
Como perro con hueso atravesado;
Mas luego con el gusto se deshizo;
Que no se ha de tener á mucha mengua
Por un favor salir descalabrado.
Sentíme consolado
Del golpe, que en señal de mi vitoria,
Sonó como quien muerde zanahoria,
Mas apacible que al villano oído
El dulce son del rábano partido,
Y como dió en lo hueco,
Abajo respondió la ninfa Eco.
Al fin se fué la causa por quien muero,
Mas sorda á mis querellas
Que el gólfo sepultura de Leandro,
Y en no se detener la que yo quiero
Mi muerte lamentaran mas doncellas
Que la del hijo del famoso Evandro;
Mas yo, que de Alejandro
Imito el pecho firme cuanto puedo,
Como pilar de bronce tuve quedo,
Y ella como quien corre sobre apuesta,
Como Atalanta en el correr dispuesta,
Al viento dió las faldas,
Esparciendo turquesas y esmeraldas.
No suele algun sardesco de mañana
De su chozuela pobre
Salir brioso dando mil carreras,
Repicando á su son de buena gana
Los abollados cántaros de cobre,
Entre las sonadoras aguaderas,
Ni fueron tan ligeras
De Dafne las castizas cosetadas,
Como de mi enemiga las pisadas,
Y aquel donoso y zahareño brio,
Que allá se lleva el pensamiento mio,
Dejando á mi alma sola,
Como Progne, una pluma de su cola.
Yo despechado por las selvas fuime,
Y hallé entre unas carrascas
A Vénus con su hijo en gran ruido;
Por escuchar las voces resistime
Contra el furor de las mortales bascas,
Y acomodé á las voces el oído.
Estaba yo encogido
Cual se suele poner tierno gazapo,
Y vi que Vénus, sacudiendo un trapo,
Limpiaba con sus manos tan hidalgas
De aquel niñon las azotadas nalgas;
Y triste en ser su madre,
Maldecia al herrero de su padre.
Reí me entonces yo de un boticario,
Que en todo su juicio
Decia que su dama no hacia
Lo que á nuestra pasion es ordinario,
Y bastóme á creerlo aquel indicio,
Viendo que el mismo amor lo padecia.
¡Ay loca fantasía
De enamorados pechos, no os engañe
El bien que os venga ni el dolor que os dañe;
Que amor es un cagon lleno de antojos,
Y yo lo he visto por mis propios ojos,
Que en comiendo ciruelas,
Se..... en el dolor de vuestras muelas.
Cancion, si acaso vas á pasearte
Al prado ó á otra parte,
Pásate por en cas de un alojero,
Y dile que me muero.

(1) Lope, al imprimir los versos satíricos con el nombre de Burguillos, puso esta cancion con grandes variantes. Es otra enteramente. Por eso se reimprime en las *Flores*.

PEDRO ESPINOSA.

Con planta incierta y paso peregrino,
Lesbia, muerta la luz de tus centellas,
Llegaste á la ciudad de tus querellas,
Sin dejar ni aun señal de tu camino.
Ya el dia, primavera y sol divino
De tus ojos, tu labio y trenzas bellas,
Dieron al agua, al campo, á las estrellas
Luz clara, flores bellas, oro fino.
Ya de la edad tocaste tristemente
La meta, y pinta tu vitoria ingrata
Con pálida color el tiempo airado.
Ya oscurece, da al viento, vuelve en plata
De los ojos, del labio, de la frente
El resplandor, las flores, el brocado.

EL MARQUÉS DEL AULA.

Profundo lecho, que de mármol duro
Me guardas el descanso postrimero,
Abre tus senos, que, segun espero,
En breve ocuparé tu sitio escuro.
Si en parte alguna puedo estar seguro,
En tí no me hallará daño tan fiero,
O no veré quizá el mal de que muero,
Faltándome la luz deste aire puro.
Y rota la cadena que detiene
En esta miserable y triste vida
El alma, á su pesar aherrojada,
Descansará del mal que en ella tiene
El agua del olvido, ya bebida,
En los elíseos campos olvidada.

LUIS MARTIN.

Cubierto estaba el sol de un negro velo,
Luchaba el viento con el mar hinchado,
Y él en huecos peñascos quebrantado,
Con blanca espuma salpicaba el cielo.
El ronco trueno amenazaba al suelo,
Tocaba el rayo al monte levantado,
Y pardas nubes de granizo helado
El campo cobijaban con su hielo.
Mas luego que su clara luz mostraron
Los bellos ojos que contento adoro,
Y á quien el alba envidia las colores,
Calmó el mar, calló el viento y se ausentaron
Los truenos, pintó el sol las nubes de oro,
Vistióse el campo de olorosas flores.

ANTONIO MOHEDANO.

Aguarda, espera, loco pensamiento,
Y no lleves volando la memoria
A ver la causa de tu amarga historia,
Que doblas la ocasion al sentimiento.
Para el curso veloz y muda intento,
Huye la senda de tu fin notoria,
Pues ves que el mal publica la vitoria
De mi vida, vencido el sufrimiento.
Ya, pensamiento, cese tu pujanza;
Llegado habemos á la muerte triste,
Posada cierta del dolor amigo.
De ti quiero tomar justa venganza,
Y es, pues que tú contigo me perdiste,
Morirme yo, y perderte á ti conmigo.

JUAN DE MORALES.

Al señor de Guadalcázar.

No creas que mis versos, por ventura,
Habrán de perecer como su dueño,
Del Bétis hijo y de su márgen verde;
Antes no entregara la vida á un leño
El inglés en la mar, que lo asegura
Del osado español, que el tiempo pierde.
Ninguna edad vendrá que no se acuerde
De Píndaro, Simónides y Alceo,
De la suave pena
De Anacreon, contento en su cadena,
Y de la tierna Safo y su deseo.
Siempre se cantará que por Elena
Fué la ciudad de Dárdano asolada,
Que aun hoy muestra Sigeo
Heridas que le dió la griega espada.
No fué solo en el mundo Ayax valiente,
Ni el valeroso Héctor el primero
Que murió peleando por su tierra;
Mas estos la divina voz de Homero
Conserva en la memoria de la gente,
Aunque breve sepulcro los encierra.
Hombres hubo famosos en la guerra
Antes de Agamenon, mas de ventura
Y fama lamentable,
Por falta de quien haga memorable
La gloria que cubrió su sepultura.
Esto me da ocasion que de tí hable,
Ora viva en la Sirte mas desierta,
Ora en parte segura;
Que la virtud oculta es como muerta.
Tú nos muestras, con trato virtuoso
En la flor de tu vida bien gastada,
De la inmortalidad la yerta via,
La cual llegando á ser desamparada,
Hombre no se podrá llamar dichoso
Con cuanto Arabia en sus entrañas cria.
Sabes lo que se engaña el que confia,
Subiendo los palacios levantados
Y las cuadras doradas,
De follajes azules adornadas,
Sobre jaspes en Africa cortados,
Que andan entre las almas condenadas
Tántalo y Creso, como Dios ordena;
Que á los desventurados
No los excusa el oro de la pena.
Cual fundacion antigua y peregrina,
Un tiempo de naciones estimada,
Soberbia con sus triunfos y vitoria,
Que si acaso la vemos derribada,
Con la contemplacion de su ruina,
Sirve de entristecernos la memoria;
Tal es, Antonio, de Aníbal la historia,
Un tiempo de mil triunfos coronado,
Que viéndole vencido,
Con la recordacion de quien ha sido
El ánimo nos deja lastimado
Y de memorias tristes ofendido;
Tú, que la fama ilustras cada dia,
Y valor heredado,
Dejas memorias llenas de alegría.
Bien fueras en el mundo venturoso,
Si la ventura humana consistiera
En sangre noble, título y blasones,
Pues fué tu descendencia la primera
De Agesilao, varon el mas famoso
Que vieron ni verán lacedemones;
Orígen de clarísimos varones,
Con mucho tiempo antecesor de Egídes,
Al cual verás, si adviertes,
Que para quitar cetros y dar muertes,
Sucedieron fortísimos Alcides,
Que con prudente industria y pechos fuertes
Vencieron valentísimos Anteos
En singulares lides,
Y vistieron los templos de trofeos.
España lo dirá, y el africano,
Mirando de su sangre húmedo el suelo,
Y el granadino rey en la cadena.
Turbado el turco de medroso hielo,
Dejó caer el cetro de la mano
Y la imperial diadema en la arena,
Cuando por libertar la patria ajena
Pisó Gonzalo sus menguantes lunas,
Y de la misma espada,
De modo lloró Francia lastimada,
Que aun no enjugó sus aguas importunas,
Y la del Garellano colorada
Lleva corriendo al mar cuerpos desnudos
De diversas fortunas,
Volcando yelmos, flor de lis y escudos.
Pero serás dichoso y laureado,
Si pueden dar mis versos tantos bienes,
Al son de trompa digna del empleo,
Porque tanta nobleza como tienes

Has con tantas virtudes adornado,
Que muerto se te debe un mausoleo.
Tú muestras en tus obras el deseo,
Tú sigues al prudente, amas al justo,
Tú esperas la mudanza,
De fortaleza armado y de templanza,
Con rostro grave y con semblante augusto;
Tú condenas de Páris la esperanza,
Fundada en que de Asáraco deciende,
Que por su breve gusto
Suspira Esparta, y fuego en Asia enciende.

LICENCIADO SOTO.

Cual llena de rocío
Suele salir, los campos alegrando,
La clara aurora con el rostro helado,
Sutil aura soplando,
Tal por el verde prado
Salió mi pastorcilla al llanto mio,
Dejando alegre el suelo,
Y de sus gracias envidioso el cielo.
Espárcese sin arte
Sobre la nieve del marmóreo cuello,
Tirada en hebras, larga vena de oro,
Y para enriquecello
Con bien mayor tesoro,
En dos madejas varias se reparte,
Descubriendo la cara,
Mas que la luna y las estrellas clara.
La tierna yerba crece
Donde la planta sienta y cria olores,
Y el árbol que desgaja con su mano
Pimpollos brota y flores,
Y el aire fresco y vano,
Hablando, con olores lo enriquece,
Y lleno de alegría,
Promete al mundo venturoso dia.
Alzó la vista luego,
Y al revolver llevó tras sí la lumbre
Que el sol dió al rio, al monte, al prado, al valle;
Conoce su costumbre,
Que no hay do no se halle
De su belleza el amoroso fuego;
Y así, cogió los ojos,
Llenos de gloria y ricos de despojos.
Estaba yo midiendo
Con tan dichoso bien mi desventura,
Y al fin de mis pasiones deseado,
Con alma limpia y pura,
Con el semblante amado,
Y en los ojos clarísimos leyendo
De aquella que no fuera
Para mi tan cruel si no me viera;
Ya al cuello sentia en vano,
Por dulces lazos, los estrechos nudos
De los hermosos brazos, que aun se vian
Sobre el codo desnudos,
Y ya se me fingian
La ocasion y la dicha por mi mano,
Cuando mirando atenta,
De haberme descubierto amor se afrenta.
Doncella temerosa
No huye el pié de víbora pisada
Con tanta ligereza, ni el herido
Ciervo á la deseada
Fuente correr se vido
Con alma mas ferviente y pavorosa,
Que ella volvió la espalda,
Soltando al viento la delgada falda.
Alcéme de improviso
(Temiendo tanta pérdida) del suelo,
Y vi el nevado pié y la pierna bella,
Y el delicado velo,
Que el viento ondeaba en ella,
Pedazos descubriendo del paraíso,
Y que hurtaba el viento
La gloria que merece mi tormento.
Do quiera se ofrecian,
Para esforzarme el curso, varias cosas,
A los hambrientos ojos seguidores:
Aquí las blancas rosas,
Allí las tiernas flores,
Que huyendo de mí se le caian;
Ya el pié en la blanda arena,
Y el cabello, que el aire desordena.
Mas tanto se apresura
El diestro miedo y el deseo á porfía,
A nuestras plantas alas enlazando,
Que en las piedras rompia
El milagro mayor de hermosura,
Y sobre blanca nieve
La sangre roja se derrama y llueve.
¿Cómo podrá sufrirse
Tanta crueldad en tanta gentileza,
Y en tanto amor efetos tan crueles,
Y que tanta aspereza
Rompa las blancas pieles,
Do la gloria de amor puede escribirse?
Confuso así conmigo,
Parando el curso, cobro aliento y digo:
«Marfil, ébano, nieve,
Rubíes, ámbar, plata, perlas, oro,
Mis ojos, mi alma, mi regalo y vida,
Deten; que no soy toro,
Ni fiera que, herida,
En tu desgracia y desamor se mueve;
Un alma soy sedienta,
Que con mirarte vive y se sustenta.
»Deten el paso agora,
Y vuelve á conocerme; no me huyas,
Ya no te sigo, bástanme mis males;
Detente, no destruyas
Las carnes celestiales,
Y aquesa clara luz, que el sol adora,
Deten; que esas espinas
No conocen el bien por do caminas.
»Matarme no te asombre,
Y pues las fieras mata en las montañas,
Vuelve esa flecha y mátame aquí agora;
Rómpeme las entrañas,
Donde tu imágen mora,
Fiera á los hombres, y á las fieras hombre;
Que no aprovecha, esquiva,
Matarte, si en mi pecho quedas viva.
»Vuelve esos ojos bellos
A aquesta tierra por donde has pasado,
Que por lástima mia está sembrada
De aquese humor sagrado,
Teñida colorada,
Y cojamos del suelo los cabellos
Y los fieros abrojos,
Que tienen de tu sangre los despojos.
»¡Oh gloria mal perdida!
Oh licores divinos derramados!
Oh sangre sepultada entre estas peñas!
Si destos desdichados
Miembros no te desdeñas,
Tú serás mi manjar y mi bebida,
Y la enemiga tuya
Estará siempre en mí aunque mas huya.
»¡Oh hebras que supistes
Vencer al oro y á la luz del dia,
Y como al mio, encadenar mil cuellos!
Oh toda mi alegría,
Manojos de cabellos,
Que de la ingratitud os despedistes,
Quedáos, quedáos conmigo,
Que os seré mas piadoso y mas amigo!
»¡Oh corazon de acero,
Jamás de mis miserias lastimado,
Y mas soberbio y mas presuntuoso
Que el pavon alabado,
Mas bravo y desdeñoso
Que osa de Libia, y que leon mas fiero!
Oh, si el cielo ordenase,
Que otro cual tú me tratas te tratase!
»Mas ¡ay de mí! ¿qué digo?
Nunca jamás te veas ablandado,
Pues para mi dolor no te ablandaste;
Que aquesto que he rogado,
Ya tú lo procuraste
Por hacerme de todos enemigo;
Antes así fenezcas,

Que nadie te ame y tú los aborrezcas.»
Estando yo esparciendo
Aquestas quejas, de mi mal no hondas,
Ella huyó con ligereza tanta,
Que por las claras hondas,
Sin mojarse la planta,
Pudiera de los rios ir corriendo,
Y encima, sin fatiga,
Del alto trigo, sin doblar la espiga.

PEDRO DE LIÑAN.

Si el que es mas desdichado alcanza muerte,
Ninguno es con extremo desdichado;
Que el tiempo libre le pondrá en estado
Que no espere ni tema injusta suerte.
Todos viven penando si se advierte:
Este por no perder lo que ha ganado,
Aquel porque jamás se vió premiado;
Condicion de la vida injusta y fuerte.
Tal suerte aumenta el bien, y tal le ataja,
A tal despojan porque tal posea,
Sucede á gran pesar grande alegría.
Mas ¡ay! que al fin les viene en la mortaja,
Al que era triste lo que mas desea,
Al que es alegre lo que mas temia.

DON PEDRO TELLEZ JIRON,
DUQUE DE OSUNA.

¡Oh si las horas de placer durasen
Como duran las horas del tormento!
Oh si, como se van las del contento,
Las de pesar tan presto se pasasen!
¡Oh si en algo los tiempos se mudasen,
De mal en bien, siquiera algun momento,
O, ya que no se muden en su intento,
En aumentarnos el dolor cesasen!
¡Oh si el mal se midiese con la fuerza
Del que padece su trabajo fiero,
O fuese el sufrimiento cual la pena!
O, ya que no hay quien la desgracia tuerza,
Un daño no nos fuese mensajero
De mil, á quien, viniendo, nos condena.

LICENCIADO BARAHONA DE SOTO.

¡Quién fuera cielo, ninfa mas que él clara,
Por gozar, cuando mira sus estrellas
Con luces mil, la inmensa de tu cara!
O porque alguna vez te agradas dellas,
O por gozar por siempre tal riqueza,
Pues cierto te has de ver contada entre ellas;
O por desnudo de mortal corteza,
Con forma incorruptible eternizado,
Conservar con los cielos tu belleza.
Hiciera el aire en su region templado,
Y diérale buen signo y buen planeta
Al rico suelo de tus piés pisado.
Jamás prodigio triste ni cometa,
Rayo, nieve, ni trueno, ni granizo,
Turbara la region por tí quieta.
Y á mí, en tus blancas faldas llovedizo,
Un torbellino de oro y esmeraldas
Cayera, y aun el cielo que lo hizo.
La luna te pusiera á las espaldas,
Y el sol dorado sobre el blanco pecho,
Y mil luceros juntos en tus faldas.
Creciera allí la fama, no el provecho;
Que darle á tu beldad mayor belleza
Solo sirviera de aclarar lo hecho.
Mostrara mi valor y sutileza,
Nacido del amor, pues no pudiera
Mostrar, aunque quisiera, mas grandeza.
Ninguna mas que tienes te añadiera,
Ni se te puede dar, porque si el suelo
Pudiera caber mas, mas se te diera.
Esto hiciera yo por mi consuelo,
Y porque le debieras á mi mano
Lo que le debes al que agora es cielo.
Al fin te diera, pues esotro es vano,
El manjar que los años da sin cuenta,
Sacando tu vivir del curso humano,
Y lo que es mas, tuviérate contenta.

DON LUIS MANUEL DE FIGUEROA.

Por montes canos con el yerto invierno,
De mi prision arrastro la cadena,
Y solo mi gemido ronco suena
Por huecos valles, no mi llanto tierno.
Que aun no merezco, por mi mal gobierno,
Con mis gemidos publicar mi pena;
Que la justa ocasion que me condena
Sella mi boca con silencio eterno.
Así, á costa de penas inmortales,
Sustento el fuego que en mis venas arde;
Mas no me quejo de dolor tan fuerte.
Quiero morirme y publicar mis males;
Mas ¡ay! que llega ya el remedio tarde
Cuando el mal se descubre con la muerte.

DOÑA HIPÓLITA.

Engañó el navegante á la sirena,
El dulce canto en blanda cera roto,
Y ayudado del santo su devoto,
El cautivo huyó de la cadena.
De la serpiente que en la selva suena
La vírgen se libró con alboroto,
Y de las ondas se escapó el piloto,
Haciendo remo el brazo, nao la entena.
Yo, fuerte, presa, tímida, constante,
Venzo sirenas, sierpes, ondas, hierro,
Y solo muero á manos de mi daño.
Vírgen, piloto, esclavo, navegante,
Ven, libres, que no importa á mi destierro
Voto, temor, necesidad, engaño.

PEDRO ESPINOSA.

A una mujer gorda.

Porque sois para mucho,
Y mujer tan de hecho
Y de tan grande pecho,
Os quiero grandemente,
Y aquesto muy sin artes;
Que sois de grandes partes,
Y de cuatro costados,
Con nueva maravilla,
Sois grande de los grandes de Castilla.
Y aunque os haceis tan grave,
Que á muchos sois pesada,
Como os ven bien tratada,
Y es tal vuestra grandeza,
No se atreve ninguno
A seros importuno;
Que sois mas mujer que otra;
Y así, cualquiera siente
Que lo podréis moler muy fácilmente.
Mas si os teneis en mucho
Con grande fundamento
Y con mayor asiento,
Estimá en mucho á todos;
Porque si sois grosera
En ser terrible y fiera,
Sudar os hará alguno,
Y con tan sucio ultraje,
No es mucho que mancheis vuestro linaje.

LICENCIADO JUAN DE VALDÉS Y MELENDEZ.

Al mismo sugeto.

Grave señora mia,
A quien quiso dotar naturaleza
De gracia y cortesía,
De tantas partes y de tal grandeza,
Oyé; que, hablando en seso,
Estoy metido en cosa de gran peso.
¡Quién fuera el que en tu pecho
Pudiera estar cuando de amor se abrasa,
Pues estoy satisfecho
Que no tuviera en él estrecha casa,

Y sin daño podria
Salir, como Jonás, al tercer dia.
No dudo que eres noble,
Porque si al fin lo fueron tus pasados,
Y tú tienes al doble,
Por lo menos, de todos los costados,
A sus timbres y fajas
En sangre y calidad los aventajas.
No dirás que contigo
Naturaleza anduvo en algo escasa,
Porque yo soy testigo
Que son anchas las puertas de tu casa,
Y tanto las excedes,
Que por ellas apenas entrar puedes.
Yo digo que es dichoso
El que en tanta blandura llega á echarse;
Solamente tu esposo
Es el que puede con razon quejarse;
Que aunque tu ser te abona,
Llevó gran sobrehueso en tu persona.
Mas llévanos la palma
Con que el cielo pretende aventajalle,
Pues de los tres del alma,
Tan solamente han de poder tentalle
El mundo y el demonio,
Que en la carne le excusa el matrimonio.
Del que contigo trata
Grande fortuna á su ganancia aplico,
Que á tu color de plata
No le podrá decir que no está rico,
Pues fuera grande exceso,
Si tratando contigo, trata en grueso.
Y siendo tan cumplida,
Y en efeto persona de gran pecho,
No es mucho ser querida,
Porque yo, de tus partes satisfecho,
Te quiero de mil modos;
Que al fin tienes entrañas para todos.
Que es tanta tu hermosura,
Que no te falta nada en boca y frente,
Antes sobra gordura,
Y como acá se dice comunmente,
Puedo, sin ese embargo,
Parte tantas en ancho como en largo.
Cancion, aquí te queda;
Que te miro tan gruesa y tan hinchada,
Que puedes de soberbia ser notada.

EL MARQUÉS DE TARIFA.

Tienen los garamantes una fuente
Que, por oculta calidad del suelo,
El agua tiene fria como hielo,
Cuando la hiere el sol resplandeciente;
Mas luego que en la mar moja la frente,
Y el mundo se escurece, y en el cielo
Tiende la negra noche el rico velo,
Hierve y abrasa como fuego ardiente.
Así yo triste, en fuente convertido
De llanto, estoy helado en la presencia
De los ojos, que son el sol que temo;
Mas luego que escurece mi sentido
La escurisima noche de su ausencia,
En vivo fuego me consumo y quemo.

LICENCIADO LUIS MARTIN.

Sátira á Júdas Escariote.

Júdas ladron, ¿qué os provoca
A caminar tan apriesa,
Que así con furia tan loca
Os levantais de la mesa
Con el bocado en la boca?
¿Es porque estáis satisfecho,
Y no quereis mas cenar?
No; mas antes yo sospecho
Que lo vais á vomitar,
Porque os entró en mal provecho.
Sentáos: mirad que es mancilla,
Ya que os ha escogido Dios
Por uno de su cuadrilla,
Por ser mal jinete vos,
Tan presto perdais la silla.
Pero ya mi lengua calla.
¿Quién me mete en avisaros?
Que, pues vos quereis dejalla,
Despues no habrá en qué sentaros,
Y os quedaréis de la agalla.
Y es bien, pues sois tan ruin,
Que vuestra silla perdais,
Pues como villano al fin,
Por interés os trocais
De apóstol en belleguin.
No ejecuteis tan mal trato,
Porque se conoce en vos,
Al confirmar el contrato,
Que llevais hurtado á Dios,
Pues lo vendeis tan barato.
Mas sois picado y fullero,
Y en aqueso no advertis,
¡Oh cuitado bordonero!
Pues cuando por Dios pedis,
Os dan tan poco dinero.
Ciego os tiene la ambicion
Que en vuestro pecho se cria,
Pues no veis, con la pasion,
Que cometeis simonía,
Y os condena á suspension.
Si el dinero habeis jugado
Con sisones despenseros,
Pedidle á Pedro prestado;
Que él os prestará dineros,
Aunque empeñe su terciado.
Mas si el buen viejo repara,
Y siente que sois aleve,
Tened por cosa muy clara
Que antes que Cristo cruz lleve,
La llevaréis por la cara.
Y aun quizá os irá con él
Tan mal, si á saber alcanza
Vuestra pretension cruel,
Que no deje la venganza
Encomendada al cordel.
Que no podrán resistillo
Cuantos se pongan delante,
Para que con su cuchillo,
Primero que el gallo cante,
No os corte á vos el gallillo.
Con vos enfadado estoy,
Porque en tal precio vendeis
A quien yo el alma le doy;
Que aun en todo no teneis
Para un juego del rentoy.
Y así, con justa razon
A cólera me provoco
De ver que en esta ocasion
Para dinero tan poco
Llevais tan grande bolson.
Advertid que es desatino,
Pues sin blanca ha de volver;
Mas, á lo que yo imagino,
Del cuero quereis hacer
Unas botas de camino.
Porque es necedad pensar
Que la civil Sinagoga
De cuartos lo ha de colmar,
Porque no os dará una soga
Cuando os querais ahorcar.
Tomad el premio gentil
Que vuestra codicia espera;
Mas ¿qué le han de dar á un vil
Que le abolló la mollera
Al padre con un astil?
Quiero dejaros, cuitado;
Que debeis de estar corrido
Por la vaya que os he dado,
Pues como quien ha perdido,
Haceis cara de ahorcado.

LEON ESPINEL.

Cuando á la dulce guerra de Cupido
De tus besos me llame el instrumento,
Cuando vea ondeando por el viento

El fuego de tus ojos esparcido,
Sé que he de acometer como atrevido,
Teniendo por muy cierto el vencimiento;
Mas ¡ay! que al fin me faltará el aliento,
Quedando tú triunfante y yo vencido.
Divina vencedora de mis ojos,
Hermosa triunfadora de mi gloria,
Señora, si me vences tú, paciencia.
Como vencido, te daré despojos,
Como rendido, te daré vitoria,
Y como esclavo, te daré obediencia.

PEDRO ESPINOSA.

El sol á noble furia se provoca
Cuando sin luz lo dejas descontento,
Y por gozarte, enfrena el movimiento
El aura, que de gloria se retoca.
Tus bellos ojos y tu dulce boca,
De luz divina y de oloroso aliento,
Envidia el claro sol y adora el viento,
Por lo que el uno ve y el otro toca.
Ojos y boca, que teneis costumbre
De darme vida, honráos con mas despojos;
Mi ardiente amor vuestra piedad invoca.
Fáltame aliento y fáltame la lumbre,
Prestadme vuestra luz, divinos ojos;
Beba yo vuestro aliento, dulce boca.

LICENCIADO BERRIO.

No estraga en batallon de armada gente
Tanto la bala del cañon fogoso,
Ni el rayo celestial que impetuoso
Al suelo baja de la nube ardiente;
Ni el ábrego horrísono y valiente
En las flotas del mar tempestuoso,
Ni el fuego que con ímpetu furioso
Del monte ciñe la selvaje frente;
Cuanto estraga el amor el pecho amante,
Amando en parte donde no es amado,
Que es un linaje de infernal tormento;
Tanto, que es á la gloria semejante,
Con esta mortal furia comparado,
Rayo, bala, naufragio, fuego y viento.

EL DOCTOR DON COSME DE SALINAS Y BORJA.

No pica tanto á monjas el pimiento,
Como el amor, sin ser pimiento, pica;
Que antes que recetara en su botica,
Fuí sacristan del templo del contento.
Vime como canónigo avariento,
Mas gordo que lechon de viuda rica,
Y mas fértil que tetas de borrica,
Y lucio mas que llaves de convento.
Agora ni con burra ni berraco
Me puedo comparar, porque Cupido,
Por matarme, á mis ruegos está sordo.
Sin carne, triste, seco, estéril, flaco
Estoy, sin conocerme quien me vido
Contento, libre, lucio, fértil, gordo.

LOPE DE VEGA.

Con el tiempo el villano á la melena
Obliga al toro que la frente enriza;
Con el tiempo el halcon la pluma eriza,
Y vuela y caza, y vuelve á mano ajena;
Con el tiempo se rinde á la cadena
El oso y el leon, que atemoriza,
Y con el tiempo el agua llovediza
Vuelve una piedra como blanda arena.
Y con el tiempo yo mover no puedo
Un oso, un toro, leon, halcon ó piedra,
Donde se ve que su crueldad los vence.
Y pues con tiempo, aunque sin tiempo, quedo
Desasido del muro como hiedra,
Mi vida acabe y mi dolor comience.

EL MARQUÉS DEL AULA.

Mientras las duras peñas
Con suspiros y llanto enterneciendo
Estoy entre estas breñas,
Los daños que padezco repitiendo,
Los fieros animales
Me escuchan y se duelen de mis males.
De mí se compadece
El áspide mas fiero y ponzoñoso,
Y tanto se enternece
De verme suspirar tan sin reposo,
Que manso, atentamente
Escucha mis querellas y las siente.
Aquí todas las aves
Con dulces lenguas y diverso canto,
Formando quejas suaves,
Procuran imitar mi triste llanto,
Y en llorar ocupadas,
Están de sus hijuelos olvidadas.
Tambien con sus balidos
Responden en los valles los ganados,
Y en esto divertidos,
Olvidan el pacer los verdes prados,
Mostrando sentimiento
Con altas voces y con ronco acento.
Las sílabas postreras
De las razones dichas, suspirando,
Repiten casi enteras,
Las cóncavas cavernas resonando,
Y en fin, sienten mis males
Arboles, piedras, aves y animales.
Mas todo esto es en vano;
Que no me sirve nada de consuelo,
Pues sé que está en tu mano
Trocarme tanta pena en gloria y cielo,
Y gustas de que muera,
Siendo sola entre tantas tú la fiera.

LICENCIADO LUIS MARTIN.

¡Oh mas de mí que el céfiro estimado,
Húmedo Noto! tú, que al sol y al cielo
Con negros toldos y con pardo velo
Cubres el rostro azul, el crin dorado;
Así nunca jamás el cierzo airado,
Barriendo nubes y arrojando hielo,
Te quite el manto, te ahuyente el vuelo,
De espesas pluvias y del mar hinchado.
Que en las ondas levantes alboroto,
Y aquella nave en que mi bien navega
La traiga al puerto tu animoso aliento.
Oye mi justo ruego, fresco noto;
Mas ¡ay! ¿qué fruto aguarda quien le entrega
Sus lágrimas al mar, su ruego al viento?

EL MISMO.

He visto responder al llanto mio,
Que baña al campo las tendidas faldas,
Los árboles, el rio, el monte hueco.
Los árboles con lenguas de esmeraldas,
Con lenguas de cristal el claro rio,
Con lengua el monte, que le prestó el eco.

JUAN JERÓNIMO SERRA,
GENTIL-HOMBRE DEL DUQUE DE ALBA.

Preso estaba en la cárcel de unos ojos
Negros y hermosos, por mi triste suerte,
Dulce prision tal vez, tal dura y fuerte
Por su desigualdad y sus antojos.
Sin tiempo me causaban mil enojos,
Cuando al discurso el desengaño advierte
Que amor me condenaba á injusta muerte;
Que estos son de sus glorias los despojos.
Tanto pudo el peligro persuadirme,
Y tanto me apretaron sinrazones,
Que la cárcel rompí, de amedrentado.
No pude de los grillos eximirme;
Y así, me descolgué con las prisiones,
Con que quedé, aunque libre, aprisionado.

JUAN JERÓNIMO SERRA.

A doña Dáfnes, una moza hermosa,
Apolo miró un dia, y admirado,
Quedó en sus bellos ojos transformado,
Y ella estuvo al martelo melindrosa.
Esta ocasion juzgó por venturosa
Apolo, y del capricho violentado,
Quiso verse en sus brazos enlazado,
Y ella escapóse, huyendo presurosa.
Perdone Apolo; que él fué un majadero
En querer por lo tierno enamorarla;
Que son ternezas solas raterías.
Por Dios, que á ser su pecho fuerte acero,
Pudiera con sus minas ablandarla,
Y mas dándola el coche algunos dias.

LICENCIADO JUAN DE VALDÉS Y MELENDEZ.

Bodas, exequias de mi corta vida,
Vanos servicios de mis verdes años,
¿Para qué me mostrais los desengaños
Cuando mas peligrosa está la herida?
Mi esperanza pensaba ver florida,
Y sin coger el fruto vi mis daños;
Que no pude saber si eran engaños
Los de una voluntad tan bien nacida.
Aun con estar casada, apenas creo
Que aquese que respetas es tu esposo,
Ni que el tiempo atrevido me ha burlado.
Pero son ilusiones del deseo;
Que no es nuevo gozar un venturoso
La gloria que merece un desdichado.

EL MISMO.

Si estas columnas te parecen sueño,
Y te espantan los triunfos y banderas,
¿Qué hicieras, huésped, si las glorias vieras
Que en pocos años alcanzó su dueño?
Probose el mundo, y vínole pequeño,
Aun en las fuerzas de su edad primeras;
Que esta la causa fué, si causa esperas,
De la fiera venganza que te enseño.
La parca oyó su agravio, y codiciosa
Tomó atrevida la venganza á pechos;
Matóle, y yace en esta losa fria.
¡Oh piedra mas que el mundo venturosa!
Pues encierran tus límites estrechos
Lo que en tan ancho globo no cabia.

EL CAMOES.

Horas breves de mi contentamiento,
Nunca pensé jamás, cuando os tenia,
Que, por mi mal, trocadas os veria
En tan cumplidas horas de tormento.
Las torres que fundé se llevó el viento,
Como el viento veloz las sustenia;
Mas de todo este mal la culpa es mia,
Pues hice sobre falso el fundamento.
Amor con vanas muestras aparece,
Todo lo hace llano y lo asegura,
Y luego á lo mejor desaparece.
¡Oh grande mal! Oh grande desventura!
Por un pequeño bien que desfallece
Aventurar un bien que siempre dura.

LUIS DE SOTO.

Vé, suspiro caliente, al pecho frio
De aquella viva piedra por quien muero;
Que libre va de culpa el mensajero,
Aunque no sé en tal parte, y siendo mio.
Loarte has que en extraño señorio
Entraste mis querellas tú el primero,
Y que ablandaste un corazon de acero,
Que se templó en mis ojos, hechos rio.
Seguro vas, pues el amor te guia,
Y mas llevando nuevas de mi muerte
Adonde buscan gloria con mis daños.
Quizá entrará el amor do no solia,
Y con el fin de mis pasados años
Comenzarán los buenos de mi suerte.

PEDRO ESPINOSA.

Selvas, donde en tapetes de esmeralda
Duerme el verano alegre;
Plantas, cuyas cortezas
Ilustré con el nombre de Crisalda;
Calvos peñascos, voladoras aves,
Templadores arroyos,
En cuyas verdes márgenes
Os convidé á mis glorias,
Agora os llamo á que mireis mis lágrimas,
Vueltas en cautiverio mis vitorias
Y en fuego mi esperanza.
¿Cuándo oistes decir de tal mudanza?
Pájaros, fuentes, peñas, plantas, selvas,
Pues ayer escuchándome,
Vosotras, selvas, me ofrecistes auras;
Vosotros, verdes árboles, silencio;
Y por oirme os acercastes, peñas;
Vosotras, claras fuentes, os parastes,
Y las plumas al viento le negastes
Vosotros, dulces pájaros;
Muévaos mi daño á lástima,
Pues aquel basilisco
Con entrañas de hierro
Derramó por mi seno su ponzoña,
En aparencia angélica,
Y agora, como Hércules,
Muero con la camisa del Centauro,
Y no de verde lauro
Coronado veréis mi monumento,
Mas de cenizas débiles;
Que en fuego me consumo.
Iré con mi esperanza envuelta en humo,
Sin las exequias flébiles
Que la piedad ofrece á los difuntos.
Llorad en tanto juntos,
Selvas, plantas, peñascos, fuentes, pájaros.
Encanto destos montes,
¿Qué te movió á matarme
Y á colgar en tu carro mis despojos?
¿Por qué, si vide tus divinos ojos,
No mereci librarme,
Como quien vido al rey yendo al cuchillo?
¿Pidote yo la grana de tus labios
Ni el azahar de tu oloroso aliento?
¿De tus mejillas púrpura y jazmines?
No, sino el resplandor de aquestas luces,
De cualquiera trabajo dulce premio.
Yo haré mis gemidos
Por bárbaras naciones conocidos;
Mas callaré tu nombre;
Que no has de ganar fama con mis males,
Y yo sé que son tales,
Que he de ver trasladarlos á los cielos
Por la color que tienen de mis celos,
En donde orlados de oro,
Acompañando á las lucientes Hiades,
Ornarán la cerviz del rubio Toro,
Y yo á tus manos muerto,
Tú imitarás á las demás mujeres,
Y en la dureza á las colunas frigias.
Mas ¿puede haber crueldad en rostro angélico?
En pecho de ángel ¿puede haber mudanza?
Bien que el dolor me ha puesto en tanto extremo,
Que de rabiosas quejas
Hinchí los aires anchos,
La adoracion negué á tu casa y rejas;
Mas era como esclavo fugitivo,
Bellísima Crisalda,
Pues que las libertades que fingia
Trueca agora el amor en duras cárceles,
Desde donde despacho peticiones
Al tribunal sagrado de tus ojos.
Ya un tiempo vide yo de claras lágrimas
Ricos tus bellos nácares,
Pomas en los altares de mi ausencia;
Ya un tiempo mi presencia

Granjeaste con votos,
Y en los templos de Cipria
Quemaste con devota reverencia
Bálsamo de Judea, encienso arábigo,
Porque ni yo adorase otra belleza
Ni tardase á tus brazos.
Los venenos de Colcos,
Las yerbas de Tesalia,
¿Por ventura hurtaron tu memoria?
¿No fué mi padre el Cáucaso?
No trebejé los pechos de las tigres?
Mira que aun no me falta entendimiento
Para tu gloria y el dolor que paso.
Deten, no hagas caso
De ser solo tan falto de ventura;
Que si el airado cielo me la niega,
Puedes hacer aun mas que el cielo mismo,
Concediéndome tanta,
Que dés á mi mal gloria, al cielo envidia.
Yo grabaré tu nombre en cedro y mármores,
Y levantaré templos,
Donde á tu bella imágen
Tendrán desde los blancos alemanes
Hasta los turquesados agatirsos
En santa y religiosa reverencia;
Que tanta es de los versos la excelencia.
Y en tanto á mis querellas
No cierres con las palmas los oídos,
Pues no hay dios tan de bronce,
Que no se ablande á los humildes ruegos,
O no agraden los humos de los fuegos
Que encienden en sus aras.
Y pues que con los dioses te comparas,
Recibe el corazon ardiendo, en víctima,
O gusta que lo ofrezca en tus altares;
Que tal favor divino
Al alma será gloria, al cuerpo epítima.
Si es indicio de penas mal sentidas
Saber decir un hombre lo que siente,
Y si en las pastoriles boscarechas
Caben tambien pasiones ciudadanas,
No te admire el ornato de mis versos.

BALTASAR DE ESCOBAR.

Entrada á fuerza de armas Cartagena,
Y rendida al ejército romano,
Dieron al saco la violenta mano,
Que hace propia la riqueza ajena.
Reservan de la presa la mas buena
Joya, para Scipion guardada en vano,
Pues al comun desórden el humano
Querer el jóven capitan refrena.
La esposa de Luceyo al afligido
Amado esposo (liberal hazaña),
Sin violar su honestidad, envia.
Luceyo, á tal valor reconocido,
La tierra le rindió, y así la España
Vencida fué, mas fué de cortesía.

ANTONIO DE CASO.

Sugeto de la gracia milagrosa,
Cuyo espíritu altivo y soberano
A los cielos que pisas se levanta;
Que aunque alas no te dé el amor tirano,
Te subes por los vientos presurosa
Al cielo por los pasos de garganta;
Pues hoy tus gracias canta,
Gracia divina y bella,
Mi voz, dame la gracia
Que á tu espíritu agracia,
Pues que tan mal podrá cantar sin ella
Quien celebra tu gloria,
Que de amor escurece la vitoria.
Quien levantó su altivo entendimiento
A contemplar el órden y armonía
Que en todo el universo está cifrada,
La dulce consonancia y melodía
Que con el estrellado fundamento
Hace la tierra inmóvil y pesada,
Verá cuán acordada
Música está sonando
Desde el humilde suelo
Hasta el supremo cielo,
Cuyos altos y bajos concertando
Está un ángel divino,
Que rige el primer cielo cristalino.
Pues si del universo la excelencia
Es música perfeta solamente,
Que un ángel diestro rige noche y dia,
Tus consonancias, Grecia, claramente
Muestran en si mayor correspondencia
Que el cielo y tierra, el fuego y agua fria,
Pues todo faltaria
Faltando un elemento;
Mas tú con solo el aire
Muestras mayor donaire
Que el ángel con su presto movimiento,
Pues almas inmortales
Mueves, y el ángel cuerpos celestiales.
Y como en ese pecho tan hermoso
Tu peregrina voz, que mueve el alma,
De un aire puro y blando se fabrica,
Los vientos, por gozar de tí la palma,
Se atropellan con impetu furioso
Por tocar tu garganta bella y rica,
Porque les comunica
Tu espíritu divino
El mismo ser y vida
Que con gloria cumplida
Alienta aquese cuerpo peregrino;
Y así, divina Gracia,
Les das tu vida, que es la misma gracia.
Y cuando de tus labios de corales
Lleva tu aliento el aire á la ribera
Que baña de Pisuerga la corriente,
Se convierte el invierno en primavera,
Saliendo entre las flores los cristales
A recebir tu espíritu excelente;
Suenan tan dulcemente
Los cantos de las aves,
Que imitándote quiebran
Su voz y te requiebran
Con músicas sonoras y suaves,
Que se conoce al punto
Que aprendieron de ti su contrapunto.
¡Ay Dios, si el blando viento me prestara
De sus ligeras alas la presteza,
Con que á tu cielo hermoso se levanta,
Supiera cierto, al fin, de tu belleza,
Cuando á tu cristalino pecho entrara
Por tu divina boca y tu garganta,
Que con dulzura tanta
Despide el blando viento,
Y en su lugar recibe
Mi alma, que en tí vive,
Si era tu condicion como tu acento,
Para que claro viera
Si vida de tí el alma ó muerte espera.
Mas ¿dónde mis altivos pensamientos
Me llevan á intentar un imposible
Que tanto el mismo amor ha pretendido?
Pues mil veces, haciéndose invisible,
Se vistió de las plumas de los vientos,
Para poder entrar sin ser sentido,
Y es de tí despedido
Con tanta resistencia,
Que á los vientos le igualas,
Quebrándole las alas
Del metal de tu voz con la violencia;
Que tu voz peregrina
Los vientos quiebra y el amor inclina.
Cancion, hoy gozarás el triunfo y palma
En el cielo de Gracia justamente,
Que por tus buenas obras has ganado;
Que se te debe el cielo eternamente,
Pues que naciendo dentro de mi alma,
Habrás nacido en Gracia y acabado.

LICENCIADO LUIS MARTIN.

Tiñe tus aguas, en señal de luto,
Guadalhorce, y aumenta tu creciente;

Llora, pues no verás eternamente
Flor en tu márgen, ni en tus plantas fruto;
Que el dios del mar robó, ladron astuto,
Al que honró sol hermoso tu corriente,
Como si de cristal y oro luciente,
Rebelde, le negaras el tributo.
Venganza espera tu afrentosa injuria,
Combate al mar con tus arenas hondas,
Pide tú sol con guerra, no con ruego.
Corre, no temas su arrogante furia,
Pues que te dan para vencer sus hondas
Agua mis ojos y mi boca fuego.

DOÑA CRISTOBALINA.

Cansados ojos mios,
Ayudadme á llorar el mal que siento,
Hechos corrientes rios;
Daréis algun alivio á mi tormento,
Y al triste pensamiento
Que tanto me atormenta
Anegaréis con vuestra gran tormenta.
Llorá el perdido gusto
Que ya tuvo otro tiempo el alma mia,
Y el eterno disgusto
En que vive muriendo noche y dia;
Que estando mi alegria
De vosotros ausente,
Es justo que lloreis eternamente.
¡Que viva yo penando
Por quien tanto de amarme se desdeña!
Que cuando estoy llorando
Haga tierna señal la dura peña,
Y que á su zahareña
Condicion no la muevan
Las tiernas lluvias que mis ojos llueven!
¡Sombras que en noche oscura
Habitais de la tierra el hondo centro,
Decidme, ¿por ventura
Iguala con mi mal el de allá dentro?
Mas ¡ay! que nunca encuentro
Ni aun en el mismo infierno
Tormento igual á mi tormento eterno.
¿Cuándo tendrá, alma mia,
La tenebrosa noche de tu ausencia
Fin, y en dichoso dia
Saldrá el alegre sol de tu presencia?
Mas ¿quién tendrá paciencia?
Que es la esperanza amarga
Cuando el mal es prolijo y ella es larga.
Oh tú, sagrado Apolo,
Que del alegre oriente al triste ocaso
El uno y otro polo
Del cielo vas midiendo paso á paso,
¿Has descubierto acaso
Desde tu sacra cumbre
El hemisferio á quien mi sol da lumbre?
Dirásle, si lo esconde
En sus dichosas faldas el aurora,
Lo mal que corresponde
A aquesta alma cautiva, que le adora;
Y cómo siempre mora
Dentro del pecho mio,
Tan abrasado cuanto el frio es frio.
Infierno de mis penas,
Fiero verdugo de mis tiernos años,
Que con fuertes cadenas
Tienes el alma presa en tus engaños,
Donde los desengaños,
Aunque se ven tan ciertos,
Cuando llegan al alma llegan muertos.
Yo viviré sin verte,
Penando, si tú gustas que así viva,
O me daré la muerte,
Si muerte pide tu crueldad esquiva;
Bien puedes esa altiva
Frente ceñir de gloria,
Que amor te ofrece cierta la vitoria.
Tuyos son mis despojos,
Adorna las paredes de tu templo;
Que tus divinos ojos
Vencedores del mundo los contemplo;
Ellos serán ejemplo
De ingratitud interna,
Como los mios de firmeza eterna.
¡Ay ojos! ¡quién os viera!
Que no hubiera pasion tan inhumana,
Que no se suspendiera
Con vista tan divina y soberana.
Quedara tan ufana,
Que el pensamiento mio
Cobrara nuevas fuerzas, nuevo brio.
Si amor, que me transforma,
Quitándome el pesado y triste velo,
Me diera nueva forma,
Volara, cual espíritu, á mi cielo,
Y no abatiera el vuelo,
Que yo rompiera entonces
De cualquier imposible duros bronces.
No estuviera seguro
El monte mas excelso y levantado,
Ni el mas soberbio muro,
De ser por mis ardides escalado,
Y á despecho del hado,
Descendiera, por verte,
Al reino oscuro de la oscura muerte.
Mil veces me imagino,
Gozando tu presencia, en dulce gloria,
Y con gozo divino
Renueva el alma su pasada historia;
Que con esta memoria
Se engaña el pensamiento,
Y en parte se suspende el mal que siento.
Mas como luego veo
Qu'es falsa imágen, que cual sombra huye,
Auméntase el deseo,
Y ansias mortales en mi pecho influye,
Con que el vivir destruye;
Que amor en mil maneras
Me da burlando el bien, y el mal de veras.
Cancion, de aquí no pases,
Cese tu triste canto;
Que se deshace el alma en triste llanto.

LICENCIADO MARTINEZ.

Oda XIX, libro I:
Mater saeva Cupidinum.

La madre cruel, ufana,
De los amores, y el mozuelo fuerte
De Sémeles, tebana,
Y el ócio, que es de las virtudes muerte,
Me impelen vuelva luego
Al amoroso ya dejado juego.
El rostro bello y claro,
Y la tez, mas bruñida y espejada
Que mármoles de Paro,
De mi Glicera dulce, enamorada,
Me enciende en blanda llama,
Y en su veneno mismo amor me inflama.
Enciéndeme el sentido
Su gracia y natural desenvoltura,
Y el melindre atrevido,
Y del semblante tanta hermosura,
Que el que á mirarla empieza,
Con ojos y alma y corazon tropieza.
Dejó á su Chipre amada
Vénus, y edificar su templo quiso,
Y hacer su morada
En mi pecho, su antiguo paraíso,
Y tiéneme ocupado,
Ajeno de cualquier otro cuidado.
No consiente que cante
Del indómito cita, bravo y fiero,
El osado semblante,
Ni al animoso parto, que ligero
Revuelve y espolea
Al caballo, y huyendo mas pelea.
Ponedme, pues, las aras
Aquí, esparcidme rosas y verbenas,
Vaciad las copas claras,
De ardiente licor llenas,
Y dad encienso al fuego;
Que la víctima hecha vendrá luego.

DOÑA HIPOLITA DE NARVAEZ.

Leandro rompe, con gallardo intento,
El mar confuso, que soberbio brama,
Y el cielo, entre relámpagos, derrama
Espesa lluvia con furor violento.
Sopla con fuerza el animoso viento;
¡Triste de aquel que es desdichado y ama!
Al fin al agua rindese la llama,
Y á la inclemente furia el sufrimiento.
Mas ¡oh felice amante! pues al puerto
Llegaste, deseado de tí tanto,
Aunque con cuerpo muerto y gloria incierta.
Y desdichada yo, que en mar incierto,
Muriendo entre las aguas de mi llanto,
Aun no espero tal bien despues de muerta.

LICENCIADO LUIS MARTIN.

Nereidas, que con manos de esmeraldas,
Para sangrarle las ocultas venas,
De perlas, nácar y corales llenas,
Azotais de Neptuno las espaldas;
Y ceñidas las frentes con guirnaldas,
Sobre azules delfines y ballenas
Oro puro cerneis de las arenas,
Y lo guardais en las mojadas faldas;
Decidme, así de nuestro alegre coro
No os aparte aquel dios que en Eolia mora,
Y con valiente soplo os hace agravios,
¿Hallais corales, perlas, nácar, oro,
Tal como yo lo hallo en mi señora,
En cabellos, en frente, en boca, en labios?

DON FERNANDO DE GUZMAN.

En cuanto el mustio invierno,
Con triste ceño, se nos muestra airado,
Y del cielo nublado
Se ve el semblante lagrimoso y tierno,
Tú, alegre y descuidado,
Valerio, al calor dulce de tu fuego,
Engaña el tiempo entre el comer y el juego.
Bien ves el puerto cano,
Con alta nieve desde el pié á la cumbre,
Mientras del sol la lumbre
No le rejuvenece en el verano;
Mas la humana costumbre,
¿Cuándo mudó su invierno en primavera,
O volvió un punto atrás la edad ligera?
Del tiempo ido me duelo,
Del presente deseo poder gozarme,
Del por venir no darme
Ningun cuidado, mas dejallo al cielo;
Que pues no ha de importarme,
Para estorbar su voluntad, la mia,
Corra cada planeta por su via.
Dos dedos de las tejas
Nunca subas el vago pensamiento,
Ni ahondes el cimiento,
Otros dos de los sulcos de las rejas;
Que despues de años ciento,
Que irémos al profundo, ó real palacio,
Verémos sus secretos muy despacio.
Si el norte, ó las cabrillas,
Son ó no son por cuenta seis ó siete,
Agora ¿quién nos mete,
Ni en apurar el número de millas
Que hay desde Estigia á Lete?
Pues despues de saberlo y penetrarlo,
¿Qué importa al bien ó al gusto el apurarlo?
De sabrosos manjares,
Que despierten el gusto mas dormido,
Mañana apercebido
Me espera, porque quiero á mis pesares
Retirarme escondido.
Y contigo y con Baco alegremente
Consolar de mi estado el mal presente.
Desde agora te brindo
Tantas veces de vino antiguo y fuerte,
Cuantas violas vierte
Flora, con manos pródigas, en Pindo,
O por mejor vencerte,
Cuantos abrojos siembra, mi despecho,
La soberbia Eliodora en este pecho.
Y si la razon haces
(Como á las leyes de Borgoña debes),
Y á contender te atreves,
De hoy mas serán mis guerras y mis paces,
No las de amor aleves,
Ejercitadas por la injusta mano
De aquella á quien adoro y sigo en vano.
De hiedra coronado
Saldré, de tu vitoria jatancioso,
Y con seso dudoso,
Trabada lengua y pié desatinado
Gozaré del reposo
Que infunde el vino á un ánimo afligido,
Bañando mis tristezas en su olvido.
Posea el oro caro
Quien va por él sediento á los japones,
Y cuéntelo á millones
(Si piensa mitigar su pecho avaro);
Que yo en estos colchones
(Si tomo alegre mona, y no mohina)
Pienso hallar cuanto oro hay en la China.
Y en cuanto presurosas
Vuelan nuestras edades, que aun florecen
(O al menos no descrecen),
Coróunennos las sienes ambas rosas,
Gozando, si se ofrecen,
De baños, ámbar, flores, vinos, juego,
Nieve, música, amor, sueño, ócio, fuego.
Así siempre yo pueda
Vivir, y al trono del supremo imperio,
De aquel ó este hemisferio,
Suba fortuna á otros en su rueda,
Que en muerte un cimenterio
Me basta, y en la vida un dia cierto,
Pasado en un alegre desconcierto.

INCIERTO.

No queda ya, cruel señora mia,
Ningun género grave de tormento
En que probar mi firme sufrimiento
(Que ser mas bien tratado merecia).
Tornaste en noche oscura el claro dia,
Tu fe y mis esperanzas diste al viento,
Desheciste en un hora el firme asiento
Que en mil años fundó mi fantasía.
Y tras todo, pensando derribarme,
Muéstrasme claramente altivo pecho,
Que me desprecia con desden tirano.
Hártate ya, cruel, de atormentarme;
Que al fin ha de quedarme (á tu despecho)
La gloria de ser muerto por tu mano.

DON LOPE DE SALINAS.

Los claros ojos abre y puerta al cielo,
Y á la desierta tierra la mañana
Siembra de flores y oriental tesoro,
El sol robando el lustre de su hermana,
El mundo claro, el estrellado pelo
Del celestial leon tornaba de oro.
Cuando en amargo lloro
Y en áspero destierro,
Por un injusto yerro,
Sentado al pié del mas gallardo pino
Que corona la frente de un vecino
Monte de Alverche, que al dolor que siente,
Olvida su camino,
Se queja Selvio, y dice lo siguiente:
«Mis tristes ojos, ¿dónde están aquellos
Adonde tira y vuelve mas agudo
Amor su dardo, y mas ardiente el fuego?
Dónde los nudos, que de cada nudo
Cuelga mil almas, y los rayos bellos
Del sol anublan y escurecen luego?
Mas ¿cómo estoy tan ciego?
Que aquellos arreboles
La lumbre es de mis soles,
Y aquellas flores de mi hermosa Aurora,

Y estas las perlas que en mi ausencia llora.
¿Qué puede, pues, hacer que no sea menos,
Quien vive muerto agora,
Tiene su luz en ojos tan serenos?
»No tenga mas el nublo ya cubiertas
Tus dos estrellas (soles en la tierra),
Rompas el hilo de las perlas puras,
Que de invidia y piedad, mil vidas muertas
Tu pena tiene, y triste cuanto encierra
El cielo, y casi todo el mundo á escuras;
Basten las rocas duras
Y las entrañas mias,
Que con las nieblas frias
Tornadas agua, y los peñascos cera,
Menguan mi vida y crece tu ribera;
Y si no quieres que esta fértil vena
Consuma el alma y muera,
Tú no penes, y muera yo con pena.
»Anuda el oro, y vuelve al ornamento
(Con que al mundo alegrabas), arrancando
Almas ardiendo de los pechos frios,
A la zampoña dulce, que escuchando
(Suspenso el cielo y sosegado el viento),
Atentos tuvo los vecinos rios;
Con tus gallardos brios,
Suene al siniestro lado
La aljaba de pintado
Cuero de lince, y por el monte fiero
(Con la destreza y uso que primero)
En competencia bieran en tus palmas
El oro y el acero,
Exentos cuerpos y rebeldes almas.
»¡Ay suerte, firme en solo hacer mudanza!
Que aun no de aquellas esmeraldas nace
Mi ya muerta alma, mi esperanza y dia,
Cuando por tí se muda y se deshace
El alma en llanto, en viento la esperanza,
La lumbre en noche tenebrosa y fria,
Pues no hará mi porfía
Mas flojo ó menos ciego
Mi nudo, pena y fuego,
Que es reservado solo al trance agudo
Que deje el pobre espíritu desnudo,
Tanto, que cuanto mas lo procurares,
Harás mas ciego el nudo,
Mas vivo el fuego, y firmes mis pesares.
»¿Quién pasara por tiempo bien pasado,
Que no rompa la vida ó la paciencia?
Quién, por mirarte, puede estar sin verte?
¡Ay daño mas que de mortal sentencia,
Que mas á muerte vivo condenado,
Pues vivo en pena que es mayor que muerte!
No mas amarga suerte
Que ya la triste vida,
En llanto consumida,
Y el alma en fuego (entre suspiros vanos
Al vivo rayo de los soberanos
Soles, sedienta de la lumbre suya),
Va, Amarili, á tus manos,
Viva en tus ojos, muerta á causa tuya.
»Mas en tanto, á pesar de quien se agrada
De mi pesar, y mi placer le pesa,
Y dió mortal materia á mis dolores,
Antes de ver en la desierta huesa
El cuerpo helado, y antes de arrancada
Mi vida en flor, y mi esperanza en flores,
En diosas y pastores,
Con lastimoso llanto
Pienso de poder tanto
Con esta poca de alma que me queda,
Que su ocasion y mi tormento pueda
Oirse en estos erizados montes,
Mientras con larga rueda
El sol dé luz entrambos horizontes.
»Alverche, claro y venturoso rio
(Que vas con brazos de cristal rompiendo,
Y á fieras rocas ofreciendo el pecho),
Espérame, que apriesa voy corriendo;
No te desdeñes, por el llanto mio,
De recebirme en lágrimas deshecho;
Espera, así en el lecho
De oro y de cristalinas
Aguas, con que caminas,
Mires la imágen á quien debe encienso
El mundo todo, y donde ya suspenso
Tu vaso, en oro y ricas perlas crezca,
Y mas precioso censo
Que otro ninguno al ancho mar ofrezca.
»Asperos riscos, que en el agua pura
Bañais las faldas, y con la cabeza
Al cielo casi os levantais exentos,
Asperos, blandos con el aspereza
De mis pesares, altos sin altura,
Con el alteza de mis pensamientos,
Osos, lobos hambrientos,
Ninfas, dioses vecinos,
Puntosos crespos pinos,
A quien se muestra el cielo tan amigo,
Cuanto contrario es en mi castigo,
Si de piedad de tan amarga queja
En lágrimas conmigo
No quereis ir, adios; que el alma os deja.
»No mas, cancion, que has sido
Cortada á la medida
Del hilo de una vida
Que, por mis manos, al cuchillo entrego.»
Aquí el suspiro del postrer sosiego
Dió Selvio, y fin á su cansada guerra,
Dejando en agua y fuego
Trocada el alma, el cuerpo en hielo y tierra.

LICENCIADO DON DIEGO PONCE DE LEON Y GUZMAN.

De Horacio, oda IX, lib. I.

¡Oh Taliarco hermano!
¿Ves el Soracte monte levantado,
Con honda nieve cano,
Y al bosque de gran carga trabajado,
Y en penetrable hielo
Cuajado el rio y apretado el suelo?
Templa con buen sosiego
El acerbo rigor del duro frio,
Echando sobre el fuego
Los leños que guardaste en el estío,
Y saca largamente
Del oloroso vaso el vino ardiente.
Y los demás cuidados
Entrega á Dios, que con prudencia sábia
De los vientos hinchados
Enfrena en el furioso mar la rabia,
Y guarda ya segura
Al ciprés alto y á la encina dura.
Con sutileza vana
No busques el futuro tiempo incierto,
Ni qué ha de ser mañana
Y en cualquier dia que tuvieres cierto;
Haz cuenta que en el trance
Postrero echaste un provechoso lance.
Y pues la flor empieza,
Y esta de tu cabeza
De tu verano corto y edad breve,
Ausente la pesada y fria nieve,
Coge en las tiernas flores
Los dulces frutos de placer y amores.
Y agora frecuentado
El campo sea y eras deleitosas
Al tiempo concertado,
Las pláticas lascivas y amorosas
Entre silencio y risa,
Hablando cuando la razon avisa.
Y aquel suave riso
Que del rincon mas íntimo resuena,
Y da señal y aviso
De la mozuela oculta que allí suena,
Que se escondió á sabiendas,
Para hallar mas dulces sus contiendas.
La prenda arrebatada,
Digo sortijas ó manillas de oro,
O lo que mas te agrada,
Algun precioso y rico igual decoro
Quitado de los dedos,
Que fingen hacer fuerza y están quedos.

LICENCIADO LUIS MARTIN.

Dafne, suelto el cabello por la espalda,
Cuyas hebras tremola el fresco viento,
Huye ligera mas que el pensamiento,
Que aun no huella la yerba de esmeralda.
Tiñe la cara de color de gualda
Cuando oye cerca el enemigo aliento
Del dios que forma celos del contento
Que goza el viento alzándole la falda.
Viendo que corre y vuela, y no la alcanza,
Le grita: «Ninfa hermosa, pues te adoro,
Detente, aguarda, mira el bien que pierdes.»
Mas sécasele el verde á su esperanza
Cuando mira las crespas hebras de oro
De un laurel trasformarse en hojas verdes.

EL MISMO.

¿Qué fiera Aleto de cruel veneno
Entró en mi pecho y me privó el sentido?
Qué frenesí de cólera encendido
Quitó á mi lengua temeraria el freno?
¿Cómo turbé, Señora, tu sereno
Cielo, sin ser de rayos oprimido,
Pues soy gigante bárbaro atrevido,
Y no escarmiento en el ejemplo ajeno?
Rayos, Señora, de tu cielo bajen;
Pagaré con mi muerte el mal que debo,
Y moriré contento en noche escura;
Porque á mirar la luz aun no me atrevo
Del sol; que desprecié su hermosura
En tí, Señora, como en propia imágen.

INCIERTO.

Oda XI, lib. I de Horacio:
Tu ne quaesieris, etc.

No busques ¡oh Leucone! con cuidado
Curioso (que saberlo no es posible)
El fin que á mi y á tí determinado
Tiene el supremo Dios incomprehensible,
Ni quieras tantear el estrellado
Cielo, y contar el número imposible,
Cual babilonio, mas el pecho fuerte
Opon discretamente á cualquier suerte.
Ora el Señor del cielo poderoso
Que vivas otros mil iviernos quiera,
Ora en este postrero riguroso
Se cierre de tu vida la carrera,
Y en este mar tirreno y espumoso,
Que agora brava tempestad y fiera
Quebranta en una y otra roca dura,
Te dé juntas la muerte y sepultura.
Quita el cuidado que tu vida acorta
Con un maduro seso y fuerte pecho:
No quieras abarcar con vida corta
De la esperanza corta largo trecho;
El tiempo huye; lo que mas te importa,
Es no poner en duda tu provecho;
Coge la flor que hoy nace alegre, ufana;
¿Qué sabes si otra nacerá mañana?

LUIS MARTIN.

¿Cómo, señora mia,
Si sois de nieve, me abrasais el pecho?
Y si fuego teneis que á mí me enciende,
¿Cómo el hielo al calor no está deshecho?
Antes al fuego estáis mas dura y fria
Que el mármol, que la llama no le ofende;
¡Oh milagro del dios alado y ciego,
Que el hielo abrasa y se endurece al fuego!

JUAN DE MORALES.

Horacio, lib. II, oda X:
Rectius vives, Licini, etc.

Vivirás mas seguro
Si en alto mar, Licinio, no navegas,
Y si al peñasco duro
De peligrosa playa no te llegas,
Huyendo cautamente
La indinacion del ábrego inclemente.
Quien ama con pureza
La santa medianía no padece
La mísera pobreza,
De que la humilde casa no carece,
Ni dél es envidiada
La de colunas y oro fabricada.
Mas á menudo el viento
Contrasta el grande pino mal seguro,
Y viene á su cimiento
Con mas grave ruina el alto muro,
Y á la mas alta sierra
Hacen los rayos mas continua guerra.
En las adversidades
Espera el prevenido la ventura,
Y en las prosperidades
Teme, como sagaz, la desventura;
Que Júpiter envia
Las grandes lluvias y serena el dia.
No porque falte ahora
El bien, ha de durar siempre la pena;
Porque Apolo tal hora
Despierta la dormida musa, y suena
Al son de dulce lira;
Tal duras flechas con el arco tira.
Tú pues con pecho fuerte
Haz rostro á la fortuna miserable,
Y en la dichosa suerte,
Cuando soplare el viento favorable,
Recoge con buen tiento
Las velas llenas de favor, que es viento.

LUIS MARTIN.

Oda X, lib. III de Horacio.

¡Oh Lice! aunque bebieras
De las aguas del Tánais apartado,
Y un marido tuvieras
Cruel, te lastimara verme echado
Al umbral de tu casa,
Al cierzo helado, que esta tierra abrasa.
¿No escuchas el ruido
Que hace entre las rajas de la puerta
El viento, y el gemido
Que suena en la arboleda desta huerta,
Y que el frio del cielo
Hiela la nieve que cobija el suelo?
Ya la soberbia deja,
Sujétala al amor; no quieras verte
Tú con la mesma queja
Cuando se trueque entre los dos la suerte;
Que no fuiste engendrada
Para ser cual Penélope adorada.
Aunque á tu ser constante
No mueve el ruego, el oro ni esmeralda,
Ni dar señal de amante
En mis mejillas el color de gualda,
Ni tu ingrato marido,
De tí olvidado y de otro amor herido,
Quiéreme, pues te quiero,
¡Oh dura encina y áspera serpiente,
Y de ánimo mas fiero
Que las que habitan en la Libia ardiente!
Mira que el sufrimiento
Se cansará de estar al agua y viento.

EL MISMO.

Oda VII, lib. IV:
Diffugere nives.

Pasó el helado y perezoso ivierno,
Y ya la primavera
Con su bordada alfombra el campo cubre,
Y en el pimpollo tierno
Vuelve á nacer la verde cabellera,
Que fué mesada del rigor de otubre;
La tierra muda oficio, y ya descubre
Las riberas el rio,

Y de su madre en las antiguas faldas
Recostado murmura;
Y Aglaya hermosa con bizarro brio,
Del ivierno segura
(Desnuda sobre prados de esmeraldas,
Coronada de lirios y de rosas,
A quien de aljófar el aurora esmalta,
Con las ninfas hermosas
Y con sus dos hermanas), danza y salta.
Así el año, que pasa tan aprisa,
La hora que arrebata
Al dia que amanece mas hermoso,
Te da ejemplo, te avisa
De que todo se acaba y lo maltrata
El tiempo con su curso presuroso,
Porque el verano afable y amoroso
Templa el rigor del frio;
Luego de polvo y de sudor cubierto,
De espinas coronado,
Huella el verde verano el seco estío;
Y el otoño hinchado
Ligero tras él corre, porque el yerto
Ivierno enfria sus desnudas plantas,
Y caballero sobre el cierzo vuela,
Hace temblar las plantas,
Y el agua, en verlo, de temor, se hiela.
Mas este mal es breve, no es eterno;
Que el reparo á su daño
El curso de las lunas lo asegura,
Pues muerto el viejo ivierno,
Le da la vida con su muerte el año,
Al agua libertad, y dél murmura.
Solo nosotros, si en la gruta escura
Caemos de la muerte,
Que da al rico y al pobre igual asiento
(Aun la memoria asombra),
Nuestro hermoso cuerpo se convierte
En polvo, en vana sombra,
Que el sol deshace, que le lleva el viento;
Así, ¿quién cierto sabe ó adevina
Que llegar á mañana le consienta
Dios, ó si determina
Hoy pedir de su vida estrecha cuenta?
Del heredero, que tu muerte llama,
Cuanto pudieres quita;
Siembra en la vida, cogerás el fruto
En la muerte tristísima, y la fama,
Que á tantos del sepulcro resucita,
De lo que dieres te dará tributo;
Porque cuando una vez su horrendo luto
Te vistiere la muerte,
Y el que juzga el infierno, Radamanto,
Te diere la sentencia,
No te valdrán, Torcuato, ¡oh triste suerte!
La noble decendencia,
La riqueza, la ciencia, el tierno llanto;
Que el noble, el rico, el sábio no le mueven
Al negro Dios de las cavernas hondas,
Y el llanto se lo beben
Del tinto Flegeton las turbias ondas.
Que del escuro y triste calabozo
Del infierno profundo,
Donde *¡fuego!* dan voces, *¡fuego!* suena,
Diana al casto mozo
Sacar no puede á ver la luz del mundo,
O reservarlo de la eterna pena,
Ni romper con sus fuerzas la cadena
Puede Teseo valiente,
Que á Piritoo, su amigo, loco amante,
Con fuerte nudo oprime,
Donde atado, y ardiendo en fuego ardiente,
En vano llora y gime,
Que fué su pensamiento de gigante;
Pues pretendió con temerario intento
Robar la que en el hondo centro reina,
Por quien su atrevimiento
Castiga Aleto, que culebras peina.

LICENCIADO LUIS MARTIN.

Veo, Señora, al son de mi instrumento,
Cuando entona mi voz tu nombre santo,
Parar los rios á escuchar mi canto,
Correr los montes y callar el viento.
Y luego, si publico mi tormento,
Huir los rios con temor y espanto,
Y ser los montes sordos á mi llanto,
Y el viento murmurar del triste acento.
Y es porque haces sus arenas de oro,
Traes á los montes un verano eterno,
Y das olor al viento que te toca.
Yo deshago, llorando, su tesoro,
Traigo á los montes un helado ivierno,
Y doy al viento el fuego de mi boca.

EL MISMO.

Segundo honor del cielo cristalino,
Pues ves que al sol con sombra ahuyenta
La noche, y que, cargada de tormenta,
Añade confusion á mi camino,
Muestra el poder del resplandor divino,
Y aquestos montes con tu plata argenta,
Venga á tu hermano, y á la noche afrenta,
Y válgame tu lumbre, peregrino.
Así en el mar te mires siempre llena,
Y el pastor á quien das abrazos tiernos
No te desprecie por tener tres caras;
Que un blanco toro ofreceré en tus aras,
Que esparza con los piés la blanda arena,
Y hiera el aire con agudos cuernos.

EL MISMO.

Reina desotras flores, fresca rosa,
Primero honor de abril y deste prado,
Así te previlegie el cierzo helado,
Y respete la helada rigurosa,
Y así goces, que es mas, de la hermosa
Palma de mi señora, y su dorado
Cabello adornes, y el color rosado,
De ver su rostro, anmentes, vergonzosa;
Que me guardes las lágrimas que vierto
En tu pintado seno, y si te toca
A sus lábios aquella á quien adoro,
En tus hojas, mi bien, irá encubierto,
Porque si llegan á su dulce boca,
Dulces serán las lágrimas que lloro.

JUAN BAUTISTA DE MESA.

Cansado de sufrir mi sufrimiento,
Muerta de sus desdenes mi esperanza,
Cierto de que en mi mal no habrá mudanza,
Y ronco de esparcir quejas al viento,
Llamé la muerte, de morir contento,
Si tanto bien un desdichado alcanza,
Que aun de morir no tiene confianza,
Solo por ser alivio á su tormento.
Mas de mi triste estado condolida,
Llegó la muerte, y yo llegué á la muerte,
Y estorbómela el gusto del morirme;
Porque con este sustenté la vida.
¡Oh nunca vista y desdichada suerte,
Que lo que quiero venga yo á impedirme!

LICENCIADO PEDRO LUIS MARTIN.

Vén, que ya es hora; vén, amiga mia,
Querida noche, hija de la tierra,
Y pues el mar de España al sol encierra,
Tu negro carro por las sombras guia;
Mi ardiente fuego con tu hielo enfria,
Y de mis ojos el llorar destierra;
Pon dulce tregua á la forzosa guerra
Con que me aflige tu enemigo el dia.
Y si pretendes suspender mi daño,
Porque en tus faldas doble mi reposo,
¡Oh noche! trae á mi señora ausente;
Mas ¡ay triste de mi, qué claro engaño!
¿Cómo traerá la noche un sol hermoso,
Que á sus tinieblas con su lumbre afrente?

JUAN DE MORALES.

Jamás el cielo vió llegar piloto
Al deseado puerto tan contento,
De las furiosas olas y del viento,
La nave sin timon, y el árbol roto;
Y tomando la tierra tan devoto,
Correr al templo con piadoso intento,
Y en él, por verse puesto en salvamento,
Colgar las ropas y cumplir el voto;
Cual yo escapé del mar del llanto mio,
Pasada la borrasca de mi pena,
Y en el puerto surgí del desengaño;
Cuyo templo adorné de mi navío,
Colgué mis esperanzas y cadena,
Por ser mi bien el fruto de mi daño.

EL MARISCAL DE ALCALA.

Como entre verde juncia,
Batiendo el aire tierno, el cisne canta,
Cuando su muerte anuncia
Con pasos de dulcísima garganta,
Formando su querella,
Así lloraba mi Crisalda bella:
«Oh tú, que despreciando
El noble sacrificio de las almas,
Que te están adorando
Con tiernos ojos y devotas palmas,
¿Por qué sola me dejas,
Con sola la razon de formar quejas?
»¿Por qué miras mi fuego
Con ojos tibios y con alma helada?
Por qué escuchas mi ruego,
Mas frio que la nieve de Granada,
No siendo el ruego mio
De lábios tibios ni de pecho frio?»
Yo, que escuché su llanto,
Levantéme, volviendo la cabeza,
Y alborotado tanto,
Desafio á la misma ligereza,
Y con vuelo violento
Llegué primero que llegase el viento.
Crisalda, que me vido,
Tendióme al viento sus divinos brazos,
Y en ellos recogido,
Cobré mi aliento, y en dichosos lazos
Gocé sus labios bellos
A la sombra inmortal de sus cabellos.

LICENCIADO LUIS MARTIN.

Ocasion de mis penas, Lidia ingrata,
Si vos gustais que tanto viva en ellas,
Que antes muera la luz de las estrellas
De vuestro cielo, que tan mal me trata,
O que el tiempo, que todo lo arrebata,
Seque las frescas rosas, sin cogellas,
De vuestros labios, y esas trenzas bellas,
De oro fino, las mude en blanca plata.
Mudárase tambien mi pensamiento,
Si aguardais á mudar vuestra clemencia
A tiempo que os castigue su mudanza;
Que en vano sentiréis el mal que siento,
Cuando os doblen la amarga penitencia
Vuestro arrepentimiento y mi venganza.

EL MISMO.

Lidia, de tu avarienta hermosura
Pide el tiempo enemigo amarga cuenta,
Ya ni el crespo cabello al oro afrenta,
Ni las mejillas á la nieve pura;
Tu mentida belleza mal segura,
En vano reparar el daño intenta
De la edad que en tus ojos representa,
Con tragedia mortal, la lumbre oscura.
Ya, ya no me verás de noche al viento
Bañar de infame llanto tus umbrales,
Comparando á la suya tu dureza;
Que el tiempo con efetos desiguales
Me da venganza y roba tu belleza,
Te da dolor y cura mi tormento.

EL DUQUE DE OSUNA, DON JUAN.

Viene con paso ciego
La noche entre relámpagos y espanto;
Vomita el cielo fuego,
Auméntanse las aguas con el llanto,
Y embístense violentos
Los bramadores y violentos vientos.
Mas huye con el sueño
La tormenta á las grutas donde mora,
Cuando sale risueño
El rostro helado de la rubia aurora,
Y como vierte perlas,
Todas las flores se abren por cogerlas.
Escaques de azulejos
Parecen las coronas de la sierra,
Miradas desde léjos,
Y lienzo de pintura el cielo y tierra,
Y aquestos montes minas
De ricos jaspes y de piedras finas.
Por las puertas de oriente
Asoman los caballos, relinchando,
Del sol resplandeciente,
Que tras los de la aurora van volando;
Y alzadas las cervices,
Arrojan claridad por las narices.
Eres así, Rosaura,
Tras la tormenta de cualquier ausencia,
Mi sol, aurora y aura;
Y gozo luego, estando en tu presencia,
Del aura, sol y aurora,
Con la bonanza que en tus ojos mora.

PEDRO ESPINOSA.

Pues son vuestros pinceles, Mohedano,
Ministro del mas vivo entendimiento,
Almas que le dan vida al pensamiento,
Y lenguas con que habla vuestra mano;
Copiad, divino, un ángel á lo humano,
De aquella que se alegra en mi tormento,
Porque tenga á quien dar del mal que siento
Las quejas, que se lleva el aire vano.
Cuando el original me diere enojos,
Quejaréme al retrato; que esto medra
Quien trata amor con quien crueldades usa;
Mas temo que quedeis, viendo sus ojos,
Como quien vió á Campestre ó á Medusa,
Enamorado ó convertido en piedra.

EL MISMO.

Vuela mas que otras veces,
Sol, desenlaza libre tu presteza,
Y mira no tropieces
En tu misma furiosa ligereza.
No alcancen á tus postas voladoras
Con piés de viento las sucintas horas;
Que con mas honra volarás rogado,
Que de mi sol vencido y afrentado.

DOCTOR ANDRES DE PEREA.

¡Por cuán dichoso estado
Aquel puede tenerse
Que con pobre posada está contento,
Pues vive descuidado,
Sin mas entremeterse
En honras vanas, que se lleva el viento!
Alegre en su aposento,
No envidia de los reyes
Los levantados techos,
De cedro y nogal hechos,
Que están quitando y añadiendo leyes;
Ni de sus tronos reales,
Los diamantes, zafiros y cristales.
Con un pobre sustento
Está mas satisfecho,
Que los grandes con todos sus banquetes;

Cualquier mantenimiento
Le entra en mas provecho
Que á ellos las dulces salsas y sainetes;
Ni llegan los molletes
De la leche cuajados
Al pan grande y moreno
Revuelto con centeno;
Pues le son mas sabrosos sus bocados
Que todas sus perdices,
Pavos, pollos, capones, codornices.
Nunca le da tristeza
Tener poco dinero,
Pues aquello que alcanza le sustenta;
Antes por su pobreza
Excusa al lisonjero,
Que por momentos las mentiras cuenta;
Ni jamás le atormenta
Ver de su casa ausente
A su fingido amigo
En tiempo que el dinero fué presente;
Quiriendo mas ser pobre
Que dar señas del oro ó rubio cobre.
El oficio encumbrado
No pretende en palacio,
Mas antes aborrece aquella alteza,
Por no estar obligado
A contar muy despacio
Del señor la virtud y la grandeza,
Que quizá era bajeza,
Si bien se averiguara;
Mas por darle contento,
Le alaba el pensamiento,
Estándole mirando cara á cara,
Donde ha de ser su oficio
Publicar por muy bueno lo que es vicio.
No negocia las plazas,
Las ricas dignidades,
Ni hay alguna tan alta que le asombre;
Tan solo son sus trazas
Olvidar vanidades,
Sin procurar engrandecer su nombre,
Por conocer que es hombre
De humilde y baja suerte,
Y por mejor que alcance
Y eche el mejor lance,
Ha de dar en el lance de la muerte,
De do vendrá á tal baja,
Que por mucho le quepa una mortaja.
Los censos y los juros,
Alcabalas y rentas,
Las tierras, posesiones y heredades,
Los vínculos seguros
Traen cien mil tormentas,
Que el ambicion levanta tempestades;
Es mar de novedades,
De tal linaje y suerte,
Que aun el hijo á la madre,
Al abuelo y al padre,
Por heredarles, les desea la muerte;
Pero del pobre el hijo
Muestra, en viendo á su padre, regocijo.
Las salas entoldadas
De sedas y brocados,
Las anchas casas y soberbias puertas,
De jaspe fabricadas,
Los costosos estrados,
Las vajillas de plata descubiertas,
Las ricas antepuertas
No pueden igualarse
Al poco ajuar que tiene,
Pues solo le conviene
Aquello con que puede sustentarse,
Y aunque nada le sobre,
Contento vive, sin mirar que es pobre.
El verse respetado,
Cercado de sus pajes,
Que son nuestros forzosos enemigos;
Aquel andar hinchado,
Haciendo mil visajes
Aun con aquellos que habla por amigos,
Que luego son testigos
En plazas y cantones
De sus vicios y excesos,
Haciéndole procesos
Con dañadas entrañas y intenciones;
Pero al pobre humilde
No le pueden notar en una tilde.
Aquellas camas blandas
De la delgada pluma,
Las colchas y las sábanas delgadas
Con encajes de randas,
No se igualan en suma
A sus bastos colchones y frazadas
Ni á las pobres almohadas,
Pues en ellas reposa;
Pero el rico de fama
Da vuelcos en la cama,
Como la mala vida allí le acosa;
Y la triste conciencia
Aun en sueños le llama á penitencia.
Aquellas reverencias
Tan largas y cumplidas,
El hablarles hincada la rodilla,
Con tantas advertencias,
En uso recibidas
Del que leyó del mundo la cartilla.
¡Oh mundana polilla,
Que tanto mal has hecho!
Pero el pobre en sus dias
No quiere fantasías,
Pues cuando tenga levantado el pecho
Y la vela en la mano,
Irá, sin estos cargos, mas liviano.
La capilla adornada
De armas y blasones,
Los túmulos de jaspe fabricados,
La losa retulada,
Los antiguos pendones
De muros y de alárabes ganados;
Los bultos bien labrados
Del mármol costoso,
Que se ven por defuera,
Mas si alguno los viera
Por dedentro, quedara temeroso,
Y si otra vez entrara,
Los ojos, por no verlos, se tapara.
La antigua casa y rica,
De solar conocido,
De sus pasados los famosos hechos,
Que la fama publica,
Le traen desvanecido,
Como si acaso no fuesen deshechas,
Polvo y cenizas hechas,
O mire las señales
Que quedan de su suerte
En manos de la muerte,
Por ser pension que pagan los mortales,
Los reyes y villanos,
Ser, hediendo, manjar de los gusanos.
Cancion, si deste punto
Pasar el sentimiento me dejara,
Aun mas dijera junto,
Y con vos, como pobre, descansara;
Mas en tal pensamiento
Falta la voz y cánsase el aliento.

LIBRO SEGUNDO.

DON CRISTOBAL DE VILLARROEL.

Al árbol de vitoria está fijada
La arpa de David, que no de Apolo,
Resonando del uno al otro polo,
Con tres clavijas de dolor templada.
Haciendo estaba música acordada,
De siete voces, que las canta él solo,
Y oyéndolas Neptuno, el fuego, Eolo,
Y la tierra tembló, de alborotada.
El lamentable acento llegó al cielo,
Y donde no se vió dolor ni llanto,
Señales vimos de tristeza y duelo.
Oyó una Vírgen el lloroso canto,
Que es Madre del dolor y del consuelo,
Y en lágrimas bañó su rostro santo.

VICENTE ESPINEL.

A la Asuncion.

Humíllense á tu imágen, luz del mundo,
Las angélicas turbas, y el divino
Cristal se rompa y dé segura entrada,
Y en los eternos brazos, con profundo
Gozo del Uno, eternamente Trino,
Se reciba tu carne inmaculada,
Vírgen á Dios criada,
Mas que el cielo hermosa,
Con cuya vista santa
Se alegra el cielo, y el infierno espanta;
Y alegre y vitoriosa,
Por cielos y elementos vas rompiendo,
Y en la trina figura,
En Dios mismo estás viendo
La pura carne de tu carne pura.
Igual al que te hizo y engendraste,
Fuiste en los fines de la luz del suelo,
Que por ambos pasó el rigor de muerte;
Y si resucitó, resucitaste,
Y si subió, subiste al patrio cielo,
Que para siempre puedes verle y verte;
Y aun fué de mayor suerte
La Asuncion santa tuya,
Que al sacro Verbo eterno
Salióle á recebir del santo Terno
La persona igual suya,
Mas á tí, de tal Hijo esposa y madre,
A recebirte vino
El mismo eterno Padre,
El Verbo y el Espíritu divino.
Angeles, querubines, pues ajenos
De novedad, teneis l'alma suspensa,
¿Qué novedad sentistes este dia?
Y teniendo de Dios los ojos llenos,
Firmes y atentos á su gloria inmensa,
¿Os obligó á mirar la que venia?
La santa hierarquía,
Los movimientos célicos,
Divinos escuadrones,
Patriarcas, seráficas legiones,
Espíritus angélicos,
La máquina del cielo toda junta,
«¿Quién es esta que viene,
En alta voz pregunta,
Que al sol y luna por ministros tiene?»
Esta que viene, cual dorada aurora,
Lleno de estrellas el cerúleo manto,
Sembrando paz por la region del viento,
Que con su hermosura y luz decora
El coro celestial, divino y santo,
Es quien del primer cielo y firmamento
Nos bajó el sacro asiento,
Con su poder inmenso,
Al suelo y al abismo,
Y sin que careciésemos del mismo;
Y esta, que ya suspenso
El orbe tiene, y con su luz excede
A cuanto el sol rodea,
Ya que ser Dios no puede,
Es mucho mas que cuanto Dios no sea.
Vírgen excelsa, que en aquel dichoso
Tránsito desta á la invencible vida,
Fuiste incapaz de humanos acidentes,
Y con triunfo inmortal y vitorioso,
De ángeles colocada y recebida
Con cánticos divinos y excelentes,
A las devotas gentes
Que tus fiestas festean,
Con divina alegría
Apellidando el nombre de María,
Y á los que en tí se emplean,
Y en tu memoria cánticos levantan
Con celo de agradarte,
Y pues tu gloria cantan,
Dales ¡oh Vírgen! de tu gloria parte.

EL RACIONERO TEJADA.

A la Asuncion.

Angélicas escuadras, que en las salas
Llenas de olor de gloria, con inmenso
Gozo, de que llenais el claro cielo,
Andais batiendo las doradas alas,
Y al eterno Regente dais encienso,
Que olor espira de inmortal consuelo,
Torced el blando vuelo,
Y recebid en vuestras bellas plumas
A la que encierra en sí las gracias sumas,
Pues que, rompiendo la fulgente masa
Del cielo cristalina,
Que á la tierra le sirve de cortina,
Veis que el un firmamento y otro pasa,
Hasta llegar al trono do reside
El que del cielo el movimiento mide.
Viendo que, unida al cuerpo la alma santa,
Vírgen gloriosa, para el Hijo subes,
Por ser del alma pura el cuerpo puro,
La luna á recebirte se adelanta,
Y dejas envidiosas á las nubes;
Mercurio y Vénus dan lugar seguro,
Llegas al cuarto muro,
Que en luminoso carro el sol rodea,
Y viendo que tu luz la suya afea,
Dejan corona, carro, cetro y silla;
Jove, Saturno y Marte
Admirados se apartan á una parte,
Y el firmamento otavo se te humilla,
El áqueo cielo, con el primer moble,
Hasta que llegas al empíreo inmoble;
Donde por los luciferos balcones,
A quien adornan cercos rutilantes,
Se asoman á mirar tu triunfo egrégio
Las celestiales inclitas legiones
De divinos espíritus triunfantes,
Que gozan de tan alto previlegio;
Cuyo santo colegio
En dulces voces pregonando entona:
«¿Quién es esta que goza tal corona,
Que muy mas bella que la aurora bella,
De desiertos collados
Viene á habitar los cielos estrellados,
Y el sol y luna con sus plantas huella,
A cuyas puras y nevadas plantas
Se postran las escuadras sacrosantas?

»¿Quién es aquesta que, brotando gracia,
Llena de dones, rica de despojos,
Va con su luz los cielos serenando,
Y cual cedro oloroso, que se espacia
En Líbano, tras sí lleva los ojos,
Y el consistorio alegre está alegrando?»
Vais tal poder mostrando,
Reina divina, que en la corte santa
Vuestra subida admira, eleva, espanta;
Pues «¿quién es este, un tiempo preguntaron,
El que de sangre pura
Teñida trae la sacra vestidura?»
Cuando, subiendo Cristo, se admiraron;
De suerte que del Hijo y de la Madre
Se admira el cielo y se contenta el Padre.
El cual con voz, á quien respeta el cielo,
Del pecho inmenso de la inmensa ciencia,
Estando atento el santo coro alado,
La respuesta sacó, quitando el velo
Que ofuscaba la angélica prudencia,
Por ser de tal valor lo preguntado:
«La que veis á mi lado,
Bordados con estrellas manto y faldas,
Luna en los piés y sol en las espaldas,
De mis tesoros es el rico erario,
Y la sacra canoa,
Tan endiosada desde popa á proa,
Que fué de mis reliquias relicario,
Pues á nuestro Unigénito jocundo
Robó del cielo y dió á la luz del mundo.
»Esta es la que elegí por dulce esposa
Antes que en dos quiciales de oro puro
Desdoblase el celeste inmortal velo,
Antes que diese olor el lirio y rosa,
Y antes que con la falda el suelo duro
Besase el monte, y con la cumbre el cielo;
Aun no tejia el suelo
De variadas sedas y colores,
Ni del mar enfrenaban los furores,
Y entre la radiante muchedumbre
De los blancos diamantes,
De las estrellas, rayos rutilantes
Del claro sol aun no esparcian su lumbre,
Cuando estaba elegida esta doncella
Por hija, madre y por esposa bella.
»Esta es la palma altiva de quien orno
La majestad excelsa de mis sienes,
Que, por ser flor humilde, es palma altiva;
Hermosa oliva que es del cielo adorno,
Que por fruto produce varios bienes,
Y es bueno el fruto de la buena oliva;
Esta es la fuente viva,
Cuyos puros y líquidos cristales
Bebieron de mi Hijo los corales,
Y es el ciprés que corrupcion desvia;
Huerto fuerte y cerrado
En donde el hombre y Dios se han concertado.
¡Feliz hora, buen tiempo, alegre dia
En que la causa fué de tal concierto
Tal palma, oliva, fuente, ciprés, huerto!»
Las profundas palabras del inmenso
Formador desta máquina admiraron
Los bellos héroes de la Iglesia santa;
Con un silencio tácito y suspenso
A la Reina del cielo contemplaron
Con la gloria que entre ellos se levanta,
Pues la una y otra planta
Fijó sobre los coros de los ángeles.
Deja los principados, los arcángeles,
Potèstades, virtudes, deja, atrasa,
Y las dominaciones,
Y los tronos, de Dios ricos blasones,
Los sábios querubines, y do abrasa
Amor al serafin, y llega al sólio,
Donde Dios pisa el claro capitolio.
Los doce cisnes, que con voz subida,
Que oyó la gente de los dos coluros,
Nueva ley de Dios nuevo publicaron,
Por hallarse á la dulce despedida,
En vagas nubes por los aires puros
A la alta cumbre de Sion llegaron,
Adonde se ayuntaron
El que pisaba de la negra Etiopia
De verdes esmeraldas rica copia,
Y el que la estéril Libia y rica Acaya,
Y el que vido de Roma
La frente altiva, que soberbios doma,
Y el que de Egipto la llanura arraya,
Donde el mar Nilo cuando en él se mete,
Siete heridas da con cuernos siete.
No faltó el que á la santa Palestina
Dió nuevo lustre con su sangre roja,
Ni el que la Frigia vió al Cancro sujeta,
Ni el que en España el santo cuerpo inclina,
Ni el que bebe del rio que se arroja
Con corriente mansísima y quieta,
Ni el que bañó en Taygeta
Los labios, ni el que en la India ancha ignota
De horrendas gentes torpes obras nota,
Ni el que del templo en Efeso se admira,
Ni el que anduvo do el Istro
Al mar hace de sí claro registro.
Al fin de cuantas partes el sol mira
Llegaron los apóstoles sagrados
De Sion á los fértiles collados.
Alzó el divino monte la corona,
De nuevas flores guarnecida y llena,
Apartando las hojas de la frente;
Y el claro Siloe, á quien no corona,
Cual suele, humilde caña ó tierna avena,
Mostró el rostro de nácar excelente.
Ambar puro y luciente
En los vellones de oro le reluce,
Y en cuernos de coral la plata luce,
Y la sublime barba venerada
Despide mil raudales
De aljófares, de perlas y cristales
Por entre la corriente sosegada,
Que mostraba este dia su tesoro
De aljófar, perlas, ámbar, plata y oro.
Subió la Vírgen, y subió la vista,
Tras ella, del colegio esclarecido,
Que aumenta el agua el rio con su llanto;
Dejaba por donde iba hecha lista
De un purpúreo color áureo, encendido
De los rayos que daba de sí el manto
Puro, cerúleo y santo;
Y víanse los cielos estrellados
De racimos de espíritus cuajados,
Midiendo en áureas liras dulce acento,
Y las celestes puertas,
De diamantina chapería cubiertas,
Lleno de triunfo el reino del contento.
Al fin, coros, la Vírgen, suelo, esfera
Cantan, triunfa, se alegra y reverbera.
Cancion, que tras la aurora vas subiendo
A las empíreas salas,
Con su luz ilustrándote las alas,
No temas del olvido el golfo horrendo,
Que pues te argentan rayos de tal luna,
De olvido triunfarás, tiempo y fortuna.

DOCTOR TEJADA.

A la desembarcacion de los Santos de Granada.

Por las rosadas puertas del oriente
Ya se asomaba la purpúrea aurora,
Derramando mil rosas de su falda,
De perlas y cristal y oro luciente.
Las flores aljofara, el campo dora
Con los rayos que arroja su guirnalda,
Cuando sintió hender su ondosa espalda
El gran retor del piélago espumante;
Y en ver tal maravilla,
Deja el asiento de cristal bruñido,
Y la cana cabeza alzando, vido
Sus ondas cercenar libre y pujante,
Una, aunque pobre, célebre barquilla,
Que á unos siete varones da hospedaje,
De alto ser, grave aspecto y pobre traje.
Las ondas, con el céfiro encrespándose,
Y de la aurora el resplandor hiriendo,
Las aguas en cristal las convertia,
Y así la alegre barca deslizándose,

Segura iba con ímpetu hiriendo
La rápida y veloz argentería;
Y á la dulce marea que bullia
Se vieron las nereides y tritones
Danzar en torno della,
Y los delfines, por hacerle salvas,
Por las bocas brotar espumas albas,
Y hacer diferencias de mil sones
De las ninfas la escuadra alegre y bella,
Favoreciendo á su divino intento
Aurora, ninfas, mar, tritones, viento.
Y el claro Dios del húmido tridente,
Mirando su segura confianza,
Aunque las ondas rinde, el viento enfrena,
Tres veces sacudió la helada frente,
Diciendo: «Véte en paz, que mucho alcanza
Quien á mi reino y vientos encadena.
¿De qué deidad, me di, barca, vas llena,
Que de mis ondas triunfas tan segura,
Que enojarte no puedo?
O ¿qué escuadron es ese desos siete,
Que mil grandezas cada cual promete,
La menor de las cuales te asegura,
Te otorga triunfos y me pone miedo?
Véte en paz, pues que puedes, como es cierto,
Rendir mar, salvar hombres, tomar puerto.»
Así la humilde barca sosegada,
De blando golpe de la mar batida,
Tomando tierra, despreció las olas;
La tierra digo, invicta y laureada,
De mil bienes del cielo enriquecida,
Que al moro y turco lunas pisa y colas,
Y cuando en las arenas españolas
Los siete héroes de valor inmenso,
Y del mundo blasones,
Pusieron las desnudas sacras plantas,
Que agora pisan las estrellas santas
Con un silencio tácito y suspenso
Del gran Cecilio escuchan las razones,
Que así, movido de un impulso santo
De valor, pone brio, quita espanto.
Ya veis la tierra á quien promete el cielo
Mil glorias y mil triunfos y mil palmas,
Para sembrar dispuesta el sacro grano;
Dispuesta está la mies, dispuesto el suelo
Para poblar el cielo de mas almas
Que á los árboles hoja, arena al llano,
Y para la labor de vuestra mano
Os da, cual veis, España tallos tiernos,
Y ofrece vides tantas,
Que lleven fruto, que produzcan flores,
Que enamoren al cielo con olores,
Que quebranten la furia á los infiernos,
La mies, tallos, olor, granos y plantas,
Y puedan, imitando estos ejemplos,
Creer en Dios, tener fe, levantar templos.
Ved el ganado que por altos riscos
De la fe verdadera se remonta,
Y á Dios con ritos bárbaros ultraja;
Vuestro es el recogerlos á los apriscos
De verdadera fe, de virtud pronta,
Que ensalza humildes, que soberbios baja.
La humildad veis tan pobre, humilde y baja,
De que Dios nos levanta y entroniza
A tan divino oficio,
Pues que nos hace ¡oh maravilla extraña!
Los primeros apóstoles de España,
Por quien sus estatutos eterniza,
Da fe al ganado, ritos quita y vicio;
Por quien puede la gente deste suelo
Ver á Dios, vestir luz, pisar el cielo.
No nos promete púrpura de Tiro,
A quien la crespa concha del mar tiñe,
Ni altos palacios con follajes de oro,
Ni diamante, rubí, perla, zafiro,
Ni la corona que los reyes ciñen,
Ni montes altos de inmortal tesoro,
Ni, guardando el cincel bello decoro,
Ebúrneos lazos de soberbias tallas,
Dorados chapiteles,
Ni arcos altivos de artificio raro,
De los bruñidos mármores de Paro;
No estatuas, no trofeos, no medallas,
Raros milagros de únicos pinceles,
Por conocer riquezas desta suerte,
Tener fin, ser escoria, alcanzar muerte.
Mas en lugar de púrpura demanda
Quien rige el globo de inmortales luces,
Nuestra sangre que tiña aquestos llanos,
Y en lugar de oro fúlgido, nos manda
Convertir estos pueblos andaluces,
Bravos al mundo y á su Dios profanos.
Estos son los blasones soberanos,
Perder la vida y darla á la esperanza
Por cumplir su mandado;
Que obedecer á Dios y su decoro
Es reino, mando, honor, riquezas, oro,
Porque el que sirve á Dios todo lo alcanza,
Y cada cual del cónclave sagrado,
Al razonar del capitan valiente,
Las cejas enarcó y alzó la frente.
Y así, Indalecio, Tesifon, Segundo,
Torcato, Isicio y el sagrado Eufracio
Animo cobran para el sacro oficio,
Y entrambos polos visitar del mundo
Aman, y quieren de su ancho espacio
Tropellar la maldad, quitar el vicio,
Porque el honroso fin de un ejercicio
A honrosos pechos á valor incita;
Que la virtud es rayo,
Que lo dificultoso siempre emprende,
Y el rayo al robre, y no á la caña, ofende,
Y la dificultad el premio quita,
Y el oro se acrisola en el ensayo;
Y así responde, firme mas que un monte,
En nombre de los cinco, Tesifonte:
«Puede el rigor de la arrogante Roma
Y el fiero orgullo de Neron tirano,
Las fieras manos de sus gentes fieras,
Mostrar su furia, que medrosos doma;
Su rabia airada, su furor insano,
Afilar armas y encender hogueras,
Inventar mil crueldades carniceras,
Toros de bronce, á quien el fuego inflama,
Mil ecúleos y abrojos;
Que la fe mostrará su valor luego
En ecúleos abrojos, toros, fuego,
Venciendo su rigor sangriento, infame,
Y alcanzando por él tales despojos,
Que pueda el resplandor de nuestra llama
Ser blason, tener vida y darnos fama.»
Movidos pues de un fervoroso celo
Y ardiendo en un católico coraje,
Se apartan y dividen por la tierra;
Pero tú, granadino y feliz suelo,
A quien el mundo rinde vasallaje,
El triunfo alcanzas de tan noble guerra,
Pues que tu seno abriga, oculta, encierra
De los siete faroles, tres faroles,
Cuyas claras centellas,
Acrisoladas en ardientes hornos,
Son del cielo bellísimos adornos,
Esmaltes claros, rutilantes soles,
Que al sol dan luz, valor á las estrellas,
Pues sus nobles cenizas y carbones
Dan materia á la fama, á tí blasones.
Pára, cancion altiva;
Que si la luz de Castro te recibe,
Vivo será tu bien, tu fama viva,
Mientras del cielo el firmamento vive;
Y pues tienes por timbre y mejoría
Fortuna compañera y virtud guia,
Bien podrás en el templo de la fama
Tener luz, enviar rayos y alzar llama.

DOÑA LUCIANA DE NARVAEZ.

¿Dónde está el oro, ilustre Madalena,
Que al cuello de marfil riquezas daba?
Dónde de ricas perlas la cadena
Que el cabello enlazaba?
Mas ya el amor ordena
Lo que él mismo estorbaba,

Y es que el oro traslade sus despojos
Al corazon, las perlas á los ojos.

MIGUEL SANCHEZ.

Inocente Cordero,
En tu sangre bañado,
Con que del mundo los pecados quitas,
Del robusto madero
Por los brazos colgado.
Abiertos, que abrazarte á mí me incitas;
Ya que humilde marchitas
El color y hermosura
Dese rostro divino,
A la muerte vecino,
Antes que el alma soberana y pura
Parta para salvarme,
Vuelve los mansos ojos á mirarme.
Ya que el amor inmenso
(Con último regalo)
Rompe de tu grandeza las cortinas,
Y con dolor intenso,
Arrimado á ese palo,
La cabeza, clavada con espinas,
Hácia la madre inclinas;
Ya que la voz despides,
Bien de entrañas reales,
Y las culpas y males
A la grandeza de tu Padre pides
Que sean perdonados,
Acuérdate, Señor, de mis pecados.
Aquí donde das muestras
De maniroto y largo,
Con las manos abiertas con los clavos,
Y que las culpas nuestras
Has tomado á tu cargo;
Aquí donde redimes los esclavos,
Donde por todos cabos
Misericordias brotas,
Y el generoso pecho
No queda satisfecho
Hasta que el cuerpo de la sangre agotas;
Aquí, Redentor, quiero
Llegar á tu juicio yo el primero.
Aquí quiero que mires
A un pecador metido
En la ciega prision de sus errores;
Que no temo te aires
En mirarte ofendido,
Pues abogando estás por pecadores,
Y las culpas mayores
Son las que mas declaran
Tu noble pecho santo,
De que te precias tanto;
Pues cuando las mas graves se reparan,
En mas tu sangre empleas,
Y mas con tu clemencia te recreas.
Por mas que el peso grave
De mi culpa presente
Cargue sobre mi flaco y corvo cuello,
Que tu yugo suave
Sacude inobediente,
Quedando en dura sujecion por ello;
Y aunque la tierra huello
Con pasos tan cansados,
Alcanzarte confio;
Que pues por el bien mio
Tienes los soberanos piés clavados
En un madero firme,
Seguro voy que no podrás huirme.
Seguro voy, Dios mio,
Que, pues yo lo deseo,
He de llegar de tu clemencia al puerto;
Que tu corazon frio,
A quien ya claro veo
Por las ventanas dese cuerpo abierto,
Está tan descubierto,
Que un ladron maniatado,
Que lo ha contigo á solas,
Con dos palabras solas
Te lo tiene, piadoso Dios, robado;
Y si aguardamos, luego,
Porque te acierta, das la vida á un ciego.
A buen tiempo he llegado,
Pues es cuando tus bienes
Repartes en el Nuevo Testamento.
Si á todos has mandado
Cuantos presentes tienes,
Tambien yo ante tus ojos me presento.
Aquí en solo un momento
A la Madre hijo mandas,
Al discípulo madre,
El espíritu al Padre,
Gloria al ladron; pues entre tantas mandas
¿Ser mi desgracia puede
Tanta, que solo yo vacío quede?
Mírame, que soy hijo,
Aunque mi inobediencia
Justamente podrá desheredarme,
Pues tu palabra dijo
Que hallaría clemencia
Siempre que á tí viniese á presentarme.
Aquí quiero abrazarme,
A los piés desta cama,
Donde morir te veo;
Que si, como deseo,
Oyes la voz piadosa que te llama,
En tu clemencia espero
Que, siendo hijo, quedaré heredero.
Por testimonio pido
A cuantos te están viendo,
Cómo á este punto bajas la cabeza,
Señal que has concedido
Lo que te estoy pidiendo,
Como siempre esperé de tu grandeza
Y inefable largueza,
Caridad verdadera,
Porque aunque (como es cierto)
Qué, el testador no muerto,
No tiene el testamento fuerza entera,
Tan magnánimo eres,
Que porque todo se confirme mueres.
Cancion, de aquí no paso;
Las lágrimas sucedan
En vez de las palabras que me quedan,
Cual lo requiere el lastimoso caso;
No canto mas agora,
Pues que la tierra, mar y cielo llora.

N. MORILLA.

Deja ya, musa, el amoroso canto;
Que todo es vanidad, todo locura,
Todo pasa, cual sombra, en un momento.
Suelta una vena de profundo llanto,
Muestra en ella el dolor y la amargura,
A que te llama el arrepentimiento.
Suspiros llevó el viento,
De vano amor nacidos,
Que, á ser por Dios echados,
Fueran mas bien pagados
Que te fueron de amor agradecidos.
Lágrimas derramé, dando disculpa
De unos celos fingidos,
Que, á ser por Dios, lavaran cualquier culpa.
Fuera mejor el tiempo que has gastado
(¡Oh torpe musa!) encareciendo el velo
De blancas manos, de cabellos de oro,
Gastarlo en alabar al que ha criado
Los elementos, el infierno, el cielo;
De quien hay de alabanzas un tesoro.
¿Qué turco, hereje ó moro,
Rebelde, cruel y fiero,
Fuera tan obstinado,
Que, viendo á Dios clavado
(Por las culpas del mundo) en un madero,
Alabara la gracia y gallardía
De un rostro lisonjero,
Por quien le crucifican cada dia?
Decidme, pensamientos amorosos,
¿Qué premio hubistes de las horas largas
Que gastastes, quimeras fabricando?
¡Ay vanos pensamientos engañosos!
Ay horas dulces, para el alma amargas

Si no las purga el corazon llorando,
¿Qué estábades pensando?
Si buscais hermosura,
Si dorados cabellos,
Si ojos graciosos bellos,
¿En quién los hay como en la Vírgen pura?
Allí hay que ver, allí hay valor eterno,
Y no en una figura,
Que puede despeñarnos al infierno.
Decid, falsos, ingratos ojos mios:
Veis los de Dios vertiendo sangre viva
Por las culpas de todos los humanos,
¿Y andais con tiernos y amorosos brios
Buscando aquellos cuya vista esquiva
Os aparta de Dios? ¡Ay ojos vanos!
Veis clavadas las manos
Que cielo y tierra han hecho,
Veis el costado abierto
Del que por vos ha muerto,
¿Y buscais blancas manos, tierno pecho?
Miraldo agora que os está llamando,
En puro amor deshecho;
Mirad no os llame cuando esté juzgando.

PEDRO RODRIGUEZ.

A Santiago, en la academia de Granada.

Hijo del rayo y del tronido fuerte,
Bravo y famoso capitan de España,
De la justicia y de la fe estandarte,
A quien tocó la parte
Mejor que Febo alumbra y Tétis baña,
Siendo gozo al dolor, vida á la muerte,
Pues que tambien por suerte
A mí cantar de tu valor me toca,
Guia la mano tú, mueve la boca;
Verás las honras á tu culto dadas,
Tan bien debidas cuanto mal pagadas.
Por tí se vió del español valiente
Humilde la cerviz al yugo santo,
Y la mentira á la verdad sujeta,
Siendo antes imperfeta,
De una mágica suerte, de un encanto,
Que engañó tanto pecho y tanta gente;
Y tú dichosamente
Alzaste el primer templo á la doncella,
Despues de Dios, mas pura, limpia y bella,
Y al injusto tirano acometiendo,
Libre saliste, y vencedor muriendo.
Tú al reino plateado de Neptuno
Con la barca de piedra suspendiste,
Viéndote en ella navegar sin vida,
Y á la escuadra lucida
De las nereidas celebrar hiciste
La extrañeza mayor que vido alguno,
Y tú en el oportuno
Rigor de los novillos, la fiereza
Cambiando en natural domestiqueza,
Las reliquias al pueblo diste santo,
Que tanto aprecias y te cuesta tanto.
Al túmulo santísimo que encierra
La venerable majestad que adoro,
Y al pobre suelo, con tus plantas rico,
Visita el grande, el chico,
El turco teme, y reverencia el moro,
En paz el justo, y el rebelde en guerra;
Y aquella estéril tierra,
Entre bordadas láminas pendiente,
Los cuellos honra á la cristiana gente,
Humildes inclinando á tus umbrales
Los cetros y las púrpuras reales.
Y tú despues de la total ruina
De el último señor y godo injusto,
Cuando el jóven magnánimo, atrevido,
Con otros recogido,
Temblar hizo al soldado mas robusto,
De la canalla, por su mal vecina,
Con grandeza divina,
Vueltos los arcos contra sí derechos,
Rompiste mil entrañas y mil pechos;
Y antes que el mas ligero se remonte,
Le señalaste por sepulcro el monte.
Por tí de los soberbios escuadrones
El cordobés alárabe arrogante
Libre quedó, quien libertó á Castilla,
Haciendo al que se humilla
Que cual cedro del Líbano levante
Su cuello, su valor, sus pretensiones;
De muertos mil montones
Palpitando se vieron hechos partes,
Y en las cortas banderas y estandartes,
Sierpes, rayos, alfanges y colunas,
Enteras colas y menguantes lunas.
Y tú heciste del tributo exento,
Al rey pechero, de las diez doncellas,
Por su cobarde antecesor rendidas,
Y á gentes oprimidas
Tal potencia pusiste y fuerza en ellas,
Que moros sujetaste ciento á ciento,
Y tú, pisando el viento,
Con tu bandera y tu veloz caballo
Conducirlos pudiste, y obligallo
A que te ofrezca y te presente el voto
Que no verá la muerte ó tiempo roto.
Y por tí de las Navas la vitoria
Mayor que vido España y gozó el mundo,
A Dios ofrece sacrificios santos,
Mostrando en dulces cantos
Que eres del cielo el capitan segundo,
Y el mas querido y mejorado en gloria;
Y por tí la memoria
Triunfante vive del Salado estrecho,
A quien paga la fama eterno pecho,
En sus riberas publicando solas
Teñidas aguas y sangrientas olas.
Por tí el aragonés y Marte fiero,
Y de Castilla la inmortal Belona
Sacaron de sus límites cristianos
Los pérfidos paganos,
Ganando de Granada la corona,
Negada al mas valiente y mas guerrero;
Y allí su rey ligero,
Huyendo de tu nombre, oyó las voces,
Almaizares, marlotas, albornoces,
En vez de flores aplicando al suelo,
Que vió tu imágen y adoró tu celo.
Y tú al Cortés, cortés y agradecido,
Camino abriste y señalaste traza
Para rendir y atropellar ligero
De su enemigo fiero
Su presuncion, su rumbo, su amenaza,
Viendo el soberbio y vencedor vencido.
El indio mas temido
Tembló de tí, y del brazo, espada y mano,
La cumbre, la ribera, el monte, el llano,
Dando en plumas, tesoros y follajes
A España ricos y vistosos gajes.
Y tú, vibrando la invencible lanza,
En trances arriscados mil te arrojas,
Por mas favor de la española parte,
Queriendo señalarte
Con blancas armas y encomiendas rojas,
Para mostrar que á lo invencible alcanza;
Y allí tomas venganza
Del bárbaro gentil, del turo y cita,
Que el daño de tu pueblo solicita,
Y entre ellos rompes, quiebras y desgarras
Yelmos, frentes, turbantes, cimitarras.
A tí se debe el inmortal renombre
De la noble y gentil caballería,
Que tantos pechos y linajes honra,
Cesando la deshonra
Donde el color de tu señal se envia,
Que no hay vitoria donde no hay tu nombre;
Y así, es justo que el hombre,
Con discreto primor y lengua sábia,
Su ingenio ofrezca, y su tributo Arabia,
Porque suba, resuelto en mil lavacros,
Igual el humo á los cantares sacros.
Mas en tanto (¡oh patron!) que á tu divino
Sepulcro humilde el navegante ofrece
Las velas rotas, los mojados paños,
Testigos de sus daños,
Y de la vida que por tí merece,

Y en tanto que el devoto peregrino
Por fin de su camino
Derrama en tus altares el empleo
Del ámbar puro y del licor sabeo,
De tu nueva academia el don recibe,
Que por tí se conserva y por tí vive.

PEDRO ESPINOSA.

La negra noche con mojadas plumas
Iba volando por la turbia sombra,
Lloviendo sueño encima de la gente,
Cuando sobre clarísimas espumas,
De que á sus tiernas plantas hace alfombras,
Leyes daba el Jordan á su corriente,
Y levantando la escarchada frente
Dentro en sus aguas bellas,
Las mismas que en el cielo vido estrellas;
Y apenas se alegró, cuando admirado,
Vido bajar del cielo
Relámpagos blandiéndose;
Y luego un ángel, que, de lumbre armado,
Rasga los aires con ligero vuelo,
Y desde léjos sobre el viento helado
Dice, alegrando el suelo,
Estas palabras de inmortal sonido:
«Tú, Jordan, rey de rios, escogido
De Dios, para que á Dios le dés mañana
Las aguas del batismo soberano,
Tu márgen vestirás de honor florido,
Tus sauces peina, tu corriente allana
Con diligencias de piadosa mano.»
Dijo; y las plumas por el aire vano,
Batió entre fuegos rojos,
Y á los del rio seguidores ojos
Lo hurtó el cielo; y el Jordan, volviendo
A verse sin espanto,
Llamó á sus blancas náyades,
Y el mandamiento celestial diciendo,
Ponen las manos al trabajo santo,
Tapetes, perlas, márgenes tendiendo
De azándar y amaranto,
Hermosas galas de la tierna Flora.
No donde el agua frágil, bullidora,
Del mal acogimiento de las piedras
Murmuraba con labios espumosos,
Mas donde corre muda, vió la aurora
De fruta y flores, de espadaña y hiedras,
Bellos festones, arcos ambiciosos;
Vió de lirios y tallos olorosos
Por los troncos selvajes
Ensortijados lazos y follajes;
Y por la orilla, rica de pintura,
Mil sartas de corales
Y de aljófares líquidos
Que el Jordan, con gallarda hermosura,
Ensartó en claros hilos de cristales,
El cual, ya convertido en agua pura,
Andaba con iguales
Plantas quietando el reino cristalino.
Mas ya Jesus y el Precursor divino,
Habiendo por tendido espacio hecho
A las aguas merced con su presencia,
Deja el Señor la ropa, y el vecino
Jordan pisa desnudo el santo pecho,
A quien hacen las aguas reverencia.
Unas pues con devota diligencia
Y paso medio humano
Quieren henchir el nácar que en la mano
Tiene el Baptista, y otras, oprimidas
De las que vienen luego,
Besan con lábios húmidos,
De paso, las reliquias mas queridas
Que el cielo guarda, el cual, lloviendo fuego,
Que alumbra y no consume nuestras vidas,
Se abrió, dejando ciego
Con otra luz mayor el sol dorado.
Entre fuego el Espíritu sagrado,
Dando nobleza al valle y á las cumbres,
Calificó la humanidad del Verbo,
De lo cual fué testigo, si admirado,
Bien que estaba muy léjos, por las lumbres,
El infernal espíritu protervo;
Mas mientras que se admira el ángel siervo,
En agua, en viento y plantas
Se vieron nuevas maravillas santas,
En el viento los ángeles cantando,
Y en las floridas ramas
Inumerables pájaros,
A Dios gloriosas alabanzas dando,
Y en el Jordan reverberantes llamas,
Donde los mudos peces, levantando
Plateadas escamas,
A Dios le daban alabanzas mudas.

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

Por un amoroso exceso,
Al mas potente Señor
Lo tiene el divino amor
En estrecha cárcel preso;
Y está con tanta aficion,
Que aunque él es prisionero,
Falta la prision primero
Que él falte de la prision.

Á SAN JUAN EVANGELISTA.

Juan, aunque sois tan querido,
No trateis de regalaros,
Estando Cristo afligido;
Que es mucho regalo echaros,
Sobre lo que habeis comido.
Cuando en la cena os encuentro
Durmiendo, por descubrir
Lo que es Dios allá en su centro,
Digo que eso no es dormir,
Sino mirar hácia dentro.
Y tan abonado estáis
En cuanto quereis hacer,
Que aunque contra opinion vais,
Despues nos haceis creer
En los sueños que soñais.
Vos en sustancia escribistes
Cuanto de Cristo está escrito,
Y tan gran letrado fuistes,
Que siendo Cristo infinito,
Su principio conocistes.
Negó la humana ambicion
A Dios-hombre su nobleza,
Y vos, contra esta opinion,
De su prosapia y limpieza
Nos sacais la informacion.
Y como tan buen amigo,
Solicitais esto tanto,
Que, en desden del enemigo,
Al mismo Espíritu Santo
Presentastes por testigo,
Conforme al dicho, del cual
Nos asegurastes vos,
Que es Cristo tan principal
Y tan bueno como Dios
Por la línea paternal.
¡Oh cuánto alto aquí subis!
¡Cuánto esa pluma os remonta!
Pues si de Cristo decis,
Lo infinito que Dios monta
En una plana escribis.
Al fin la genealogía
De Cristo sacais en suma;
Y así, con razon diria
Que agradece á vuestra pluma
La prueba de su hidalguía.
Y aunque, conforme á derecho,
Quedar franco y libre es visto,
Quiso por tan alto hecho
A solo vos pagar Cristo
De sus reliquezas el pecho.
Cuando á los diez rinde el miedo,
Y huyendo todos van,
Vos teneis tan gran denuedo,
Que muriendo el capitan,
Estáis con él á pié quedo.

Y aunque con pena distinta
Allí sois mártir con él,
En Roma no se os despinta
Cuando en la tina un infiel
Nunca os halló de otra tinta.
A la Vírgen sin mancilla
Os la dan por madre á vos,
Para ampararla y servirla,
Porque una ausencia de Dios
Solo vos podeis suplirla;
Y así, con razon colijo
Que cuando por nuestro bien
La Vírgen llama á su Hijo,
Que respondeis vos tambien,
Pensando que á vos os dijo.
Electo os ha de su mano
Por su capellan María,
Y fué acuerdo soberano
Darle la capellanía
Al pariente mas cercano.
Y vuestras manos le dan
La carne á su misma carne,
Como digno capellan,
Aunque ella nos la dió en carne,
Y vos se la dais en pan.
Como en la iglesia vivís,
Desde el principio á la gente
En la doctrina instruís,
Y en las misas comunmente
El evangelio decis.
Levantais á Dios el vuelo,
Sin ser de ninguno visto,
Y despidiéndoos del suelo,
Cual gentil-hombre de Cristo,
En cuerpo entrais en el cielo.

PEDRO ESPINOSA.

A san Acacio.

Acacio, si fueran dos,
Como son diez mil soldados,
Los que teneis á los lados,
Os adoraran por Dios

GLOSA.

Quiso la muerte temer
Cristo, cual si no estuviera
Unido al eterno ser,
Y cual si de Dios no fuera
La fortaleza y poder.
Mas tema una muerte Dios;
Que yo sé, Santo, de vos
Y de vuestro valor santo,
Que no temiérades tanto,
Acacio, si fueran dos.
Que al morir por su ocasion,
Os da con mano sagrada
Santa determinacion
Dios; así á capa y espada
Peleais como un leon.
Y á los que honran vuestros lados
Promete diez mil cruzados,
Y segun habemos visto,
Diez mil hábitos de Cristo,
Como son diez mil soldados.
Por ganar tales guirnaldas
Ellos tiñen con furor
De carmin las esmeraldas,
Y echan, por vencer mejor,
El escudo á las espaldas.
Y así, los mas arriscados
Reconocen, admirados,
Que son, siguiéndoos á vos,
Bravos por la fe de Dios
Los que teneis á los lados.
Y no es mucha esa grandeza;
Que, como vos imitais
Del Maestro la presteza,
A todos les enseñais
Su verdadera destreza.
Dios es diestro, y diestro vos,
Gran destreza hay en los dos,
Y por Dios, que sois tan diestro,
Que á no ser Dios el maestro,
Os adoraran por Dios.

EL MISMO.

A la navegacion de san Raimundo desde Mallorca á Barcelona.

Tiran yeguas de nieve
El carro de cambiante argentería,
Sobre que viene el dia,
Con rubias trenzas, de quien perlas llueve;
La alcatifa sembrada de diamantes
Se borda y se matiza
De genuli, carmin y azul ceniza,
Cuando de sus alcobas,
Cerúleas, espumantes,
Sale Neptuno horrendo,
Quitando de la frente el musgo y ovas,
Alborotado con el sordo estruendo
Que hacen los tritones,
Que en torno van de un manto
Que el agua corta, que sustenta un santo;
Y recostado en el azul tridente
Con arrugada frente,
Mira el barco veloz que va volando,
Sus erizadas ondas despreciando.
De claridades bellas
Vido pintada y rica la canoa,
Que la luna era proa,
La popa el sol, y lo demás estrellas;
Y viendo aquesta maravilla santa,
Bebe el delgado viento,
Y á un caracol torcido le da aliento;
Y en el profundo estrecho
Oyendo furia tanta,
Dóris con miedo helado
Los azules hijuelos llegó al pecho.
Aparecieron sobre el mar salado
Los escamosos dioses,
A quien Neptuno pide
Apriesa el carro que las ondas mide.
Encima sube, á los caballos grita,
Y á valor los incita,
Hasta que el venerable Santo llega,
Y con espuma los tritones ciega.
Parece el mar que bulle
Brocado azul, de plata la entretela
Por donde el carro vuela,
Que, por mas gala, á veces se zabulle,
De nácares cubiertas las espaldas.
Relumbra el dios que rige
Fieros caballos, de color de acige,
Que con las ondas chocan,
Del cual entre esmeraldas
Y sanguinos corales,
Los cabellos al pecho helado tocan
(De quien manan clarísimos cristales),
Y sobre el carro verde
Un caudaloso rio
De las barbas preñadas de rocío;
Y los que deste triunfo allí se admiran,
Tambien del viejo miran
Que las canas, por mas ornato, aforra
De una arrugada concha en vez de gorra.
Arrojan los delfines
Por las narices blanca espuma en arco
Sobre el profundo charco,
Y destilando de las verdes crines
Aljófar, las nereidas asomaron
Y las dulces sirenas
Sobre pintadas conchas de ballenas;
Triton, Forco y Proteo
Delante se mostraron,
Cuando salió, rigiendo
Un caballo marino, el dios Nereo
(Que con hendido pié va el mar hendiendo);
La escuadra de las ninfas,
Ligera, en torno zarpa,
Midiendo acentos en discante y arpa,
Y tú, Raimundo, sobre el pobre manto

Miras la fiesta en tanto
Que hace á tu santísima persona
El turquesado mar de Barcelona.
Con ligera pujanza
El Rey te sigue y con hinchadas velas,
En tanto que tú vuelas,
Venciendo tu barquillo su esperanza.
Tornase cana espuma el mar cerúleo;
Los remeros, que vogan,
Del movimiento del batir, se ahogan;
Abriendo cuevas hondas
Con movimiento hercúleo,
Herrados espolones,
Rompen las crespas y sonantes ondas;
Tiemblan con los furiosos empellones
Las galeras de Abeto;
Los forzados, remando,
Arroyos de sudor iban sudando,
Y el Rey entiende que un lugar no pasa,
En cólera se abrasa,
Y arrebatado de un dolor interno,
Vierte el coraje por el rostro tierno.
Mas tú, tomando tierra,
Y religiosa admiracion la orilla,
Sacudes la barquilla,
Que te libró de la tormenta y guerra,
Y así la cuelgas en sagrado templo,
Como cuando devoto
La tabla al templo consagró el piloto.
Los hombres que miraron
El caso sin ejemplo,
Siguiéndote infinitos,
En confusos tropeles te cercaron,
Hiriendo las estrellas con los gritos;
Mas tú ¡oh padre Raimundo!
Del tropel te adelantas
Con rostro humilde y sosegadas plantas,
Y en tu celda encerrado,
Del Rey lloras y gimes el pecado,
El cual, tomando puerto apriesa apriesa,
Se arrepiente, te busca y se confiesa.
Cancion, que navegando
Vas tras de san Raimundo,
Con el favor de don Andrés de Córdoba,
No al ábrego bramando
Ni al piélago profundo
Temas, porque la Vírgen panopea
Te ha prometido cierto
Buen tiempo, mar tranquilo, dulce puerto.

DON CRISTÓBAL DE VILLARROEL.

A san Acacio.

De un golpe dió el amor diez mil heridas,
Un solo arnés armó diez mil soldados,
Hizo una cruz diez mil crucificados,
Y produjo una muerte diez mil vidas;
Un pálio se cortó á diez mil medidas,
Y un hábito á diez mil encomendados,
Una venera honró diez mil cruzados,
Y enriqueció un cruzado diez mil Midas;
Juntó una adversidad diez mil amigos,
A una misa se cantan diez mil glorias,
Y una gloria llevó diez mil espacios;
Concordó una verdad diez mil testigos,
Un testador dejó diez mil memorias,
Y un Acacio heredó diez mil Acacios.

DOÑA CRISTOBALINA.

A la Vírgen.

Reina del cielo, que con bellas plantas
Sobre tapetes y alcatifas bellas,
Cantando himnos y pisando estrellas,
Los coros guias de doncellas santas,
De cuyas gracias tantas
Se admiran de tu corte los galanes,
Los que, en vez de brocado y tafetanes,
Visten púrpura ardiente y blancas luces;
Escucha mi lamento,
Si mis piadosas lágrimas
Pueden subir al reino del contento.

PEDRO ESPINOSA.

En turquesadas nubes y celajes
Están en los alcázares empíreos,
Con blancas hachas y con blancos cirios
Del sacro Dios los soberanos pajes.
Humean de mil suertes y linajes
Entre amaranto y plateados lirios,
Enciensos indios y pebetes sirios,
Sobre alfombras de lazos y follajes.
Por manto el sol, la luna por chapines,
Llegó la Vírgen á la empírea sala;
Visita que esperaba el cielo tanto.
Echáronse á sus piés los serafines,
Cantáronle los ángeles la gala,
Y sentóla á su lado el Verbo santo.

LICENCIADO JUAN DE VALDÉS.

Dejando atrás el estrellado manto
El fiel Mercurio, del divino aliento
Rompe las nubes, y calmando el viento,
Baja á la Vírgen, que se turba en tanto.
«Salve, le dice el paraninfo santo,
¿De qué teme tu casto pensamiento,
Si el proprio Dios, tomando humano asiento,
Encarnará en tu vientre sacrosanto?»
Duda María, el cielo se suspende,
Lucha la honestidad y el temor junto,
Viendo que al concebir falta la forma.
Mas cuando traza ser del cielo entiende,
«Hágase,» dice; y en el propio punto
El mesmo Dios en hombre se transforma.

ALONSO DE SALAS BARBADILLO.

A san Juan Bautista.—Al *Ecce Agnus Dei.*

Cumbre de santidad, monte sagrado,
Que al cielo nos enseña y encamina,
Tan señalado en santidad divina,
Que el proprio Dios por vos fué señalado;
Indice de aquel libro celebrado
De la verdad que á la virtud inclina,
Y mano que corristes la cortina
Al sumo Dios cubierto y disfrazado.
¿Para qué le mostrais, varon famoso,
A un pueblo que despues tiranamente
Ha de ser de su sangre carnicero?
Encoged vuestro dedo milagroso,
Y advertid que mostrarle á aquesa gente,
Es mostrar á los lobos el cordero.

EL MISMO.

A san Juan Bautista.—Al haber sido precursor.

Hermosa, clara y celestial aurora,
Que de la gracia el sol nos anunciaste,
Cuando de bellas luces coronaste
Los campos verdes que entapiza Flora;
Ave del claro dia anunciadora,
Que cual ave los campos habitaste,
Y al despuntar su luz tan bien cantaste,
Que tu voz le suspende y enamora;
De Cristo capitan, sagrada espada,
Para saber el modo de la guerra
De Lucifer furioso y arrojado,
Pues mostrando tu esfuerzo y valentía,
Siendo reconocido de la tierra,
Quedaste, como espía, degollado.

FIN DE LAS FLORES DE POETAS ILUSTRES.

POESIAS

DE

DON FRANCISCO DE TRILLO Y FIGUEROA[1].

COMPOSICIONES VARIAS.

SONETOS.

I.

Estos de amor, á misero lamento,
Dulces fólios, no tarde reducidos,
Menos del ócio sean proferidos
Que del prolijo afan del escarmiento.
Alumbre pues á todos mi tormento;
Que harto es capaz de afectos no dormidos,
Pues no mira la playa sin oidos
Los escollos en cuanto brama el viento.
Naufragio mucho la amorosa arena
Dió en siglos pocos á mi paso incierto,
Sin que el riesgo sirviese de atalaya.
Lime pues mi escarmiento la cadena,
Y antes creed en la tormenta el puerto,
Que el mar tranquilo en la amorosa playa.

II.

Bañaba el sol, precipitando el dia,
Entre las ondas la purpúrea frente,
Cuando Daliso, en confusion doliente,
La red y el llanto sobre el mar tendia.
« Filida ingrata, mas cruel (decia)
Que las arenas de la Libia ardiente,
Que del Euripo inquieto la corriente,
Y mas mudable que la suerte impía.
»¿Por qué desprecias los maternos lares
De nuestra llama, que alumbrar pudiera
Las corvas playas de los anchos mares?
»¿Por qué, si no hay deidad á quien debiera
Reconocer Neptuno mas altares,
Flechas amor, trofeos la ribera?»

III.

Daliso con el cuento de un cayado
El nombre deshaciendo estaba un dia
De su Filida ingrata, que él habia
De un robre en la corteza ya grabado;
Mas viendo que ya el tronco habia quebrado,
Con el cayado, la tenaz porfia,
O porque el nombre ya con él crecia,
O bien porque por él fuese honorado,
«¿Cómo es posible, amor tirano (dijo),
Este nombre apartar de mi firmeza,
Si con él es un tronco aun elegante?
»¿Si aun á pesar de mi sentir prolijo,
En su abono es de bronce una corteza,
Porque conoce que es mi fe diamante?»

IV.

En una sobre el mar caida roca,
Que un monte, de las ondas carcomido,
Habia de su cumbre sacudido,
Mucho aviso escondiendo en ruina poca,
Daliso estaba una esperanza loca
Repitiendo del mar al sordo oido,
Que al duro son del llanto enternecido,
Apenas sin temor la arena toca.
«Si de un monte aun no es firme la espera,
¿Quién en la fe de una fortuna fia?
Dice una y otra vez con duro aliento;
»Si aun á esta roca la ruina alcanza,
¿En qué se funda la esperanza mia?
En qué, si nunca tarda el escarmiento?»

V.

Los sordos valles, la infiel floresta,
Al son Filida hacia destemplado
De un prolijo rabel, y su cuidado
Estar pendientes una ardiente siesta.
Era, cruel Daliso, la respuesta
De un eco, del silencio desatado,
A cuyo son la soledad del prado
Alternativamente estaba expuesta.
Infame turba de prolijas aves
Le respondian con gemidos roncos,
Piedad mintiendo en el lamento duro.
¡Ah ciego amor! ¿Quién á tus plomos graves,
Quién á tu red, á tus halagos broncos,
Mal conducido, el pecho fia puro?

VI.

Al suceso de Jezabel y Nabod.

No siempre el alto escollo en la ribera
Seguro está del proceloso viento,
Que uno y otro combate al escarmiento
Alguna vez conducen la carrera.
Bien de Nabod la sangre hacer pudiera
Notorio á Jezabel el fin violento;
Que harto dice callando el mudo acento
Del que venganza sin pedirla espera.
¿Cómo pues el poder se precipita,
Si nunca llega el escarmiento tarde,
Ni hay suficiente en la crueldad disculpa?
Así el riesgo soberbio solicita
Mas el que menos le recela; que arde
Muy á ciegas la llama de la culpa.

VII.

Al himeneo del señor don Francisco de Vergara, no habiéndolo entendido los mas, y censurándole muchos.

Salió Himeneo muy á lo romano,
Y el gran Talasion muy á lo griego,
Ante el Heródes del vulgacho ciego,
A tanto sol implume gavilano.

(1) Reimprímense con los mismos epígrafes que su autor les puso, conservándose tambien en muchos nombres propios la manera con que él los escribia.

Dejáronse llevar de mano en mano
Al tribunal de la ignorancia, y luego
Turba de escribas vomitando fuego,
Enjugar presumia el Occeano.
La Razon muy acaso fué á deshora,
Inquiriendo el tropel de tanto insulto,
Y dijo á los crueles asasinos:
«¿Por qué con ignorancia burladora
A vuestros dioses revocais el culto?—
Porque son en su patria peregrinos.»

VIII.

A un pajarillo á quien una dama sacó de la jaula, y quitándole los ojos, le echó á volar.

Surcando dudas con dudoso aliento,
Las ciegas alas al recelo fia
Un Cupido de pluma, que podia
Imágen ser del pálido escarmiento.
Sus graves ansias tiende al frágil viento,
Mas que la pluma al nebuloso dia,
Y embarazando el vuelo en la porfia,
Naufraga en el dolor otro elemento.
Efectos son de Fili rigurosa
Estos por quien mi fe se constituye
Víctima heróica de un rigor tirano.
Dichoso tú, que en pira lagrimosa
Venciste el hado, que inconstante huye
De darme muerte con piadosa mano.

IX.

A una dama que miraba dolorosa el sepulcro de un galan, con quien habia sido esquiva.

¡Qué tarde, oh Fili, tu rigor se admira
Del efecto que amor hace oprimido,
Pues ya en fuego tu hielo convertido,
Solo sirve de hacer mayor la pira!
¡Qué tarde, oh Fili, tu rigor aspira
A detener el riesgo prevenido,
Pues miras su memoria en el olvido
Cuando el olvido tu memoria admira!
Mas ¡ay cruel! que no es piedad tu llanto,
Sino rigor, con que le solemnizas,
Porque arda mas apriesa su alta gloria.
Mas ella vivirá felice en cuanto
Abrigare tu hielo en sus cenizas
La gran fe desta última memoria.

X.—FÚNEBRE.

Últimos afectos de una dama, mirando el sepulcro de su amante.

Si con morir pudiera mejorarte,
Si viviendo pudiera no perderte,
¡Qué poco mereciera con la muerte!
Qué poco me debieras por amarte!
Si con llorar pudiera consolarte,
Si risueña pudiera no ofenderte,
¡Qué poco me costara el merecerte!
¡Oh cuánto mereciera en olvidarte!
Si la eleccion me fuera permitida,
Si en tus cenizas abrigar la pena,
Que ardiente parasismo es de mi vida,
¡Oh cuán gozosa en la fatal cadena
Aprisionara la alma condolida,
Que tanto está de libertad ajena!

XI.—FÚNEBRE.

Un amante en la muerte de su dama.

Temprana flor, crecia en confianza,
Mi amor, de un tiempo blando y lisonjero,
Cuando del hado el siempre duro acero
El vínculo cortó de mi esperanza.
¡Oh ciego hado, lince en la mudanza
Solamente del bien! y ¡cuán ligero
Vuelas al daño, perdonando fiero
Al infeliz para mayor venganza!
¿Qué gloria adquieres cuando el leño roto
Las ondas vence, naufragando en ellas
De la soberbia entena la osadía?
Mas ¡ay cruel! ¡No fueras tú el piloto!
Que mi amor ablandara las estrellas,
Y Fílida viviera. ¡Ay, Fílis mia!

XII.—AMOROSO.

Cual la inquietud del Ponto furibunda
Se retira y explaya en la alta arena
Cuando gimiendo el mar, en larga vena
Las corvas playas lagrimoso inunda,
O cual furioso el aquilon circunda
Con duro aliento la campaña amena,
De amor al son de la cruel cadena,
Decia Daliso su inquietud profunda:
«¡Oh amor, con el rendido solamente
Arrogante, soberbio, jactancioso!
Del indefenso ¿qué trofeo alcanzas?
»Con hielo á Fili, á mí con llama ardiente,
Hiere á un tiempo tu brazo poderoso.
Pues ¿en qué he de fundar mis esperanzas?»

XIII.—AMOROSO.

Al fénix, en alusion á una esperanza desesperada.

Oídos pone aun á la muda llama,
Centellas profiriendo armoniosa,
Entre sacros aromas religiosa,
Purpúrea fénix en la inculta rama.
Mudas cenizas mudamente inflama
En los acentos de su voz gloriosa,
Haciendo aun mas su pira espaciosa
Que los términos largos de su fama.
El pecho rompe, y de la pira enjuta
El humo las cenizas humedece,
Nueva materia tributando al cielo.
¡Ay de quien llanto, quien ardor tributa,
Y solamente á las ruinas crece,
Sin abrasar, sin renacer el vuelo!

XIV.—SATÍRICO.

Respondiendo á una censura que hizo una dama al romance *Del boton bien redimida*, etc.

Cándida, hermosa flor, que en la avarienta
Zarza, de una censura presumida,
Si deshojada no, si no ofendida,
Fuiste violada de atencion sangrienta.
De tus espinas el rigor fomenta
Contra rústica abeja, cuya herida
Afanes sude, y á tus piés rendida,
Reconozca el honor que la alimenta.
Mas no, que harto castigo se apercibe
Quien del néctar suave hace veneno,
Pisando el áspid por hollar la rosa.
Segura pues de su ignorancia vive;
Que no está el fuego de su luz ajeno
Porque ignore su luz la mariposa.

XV.—HERÓICO.

Al suceso de Júdas y Tamar, su nuera, en alusion á la violencia de los halagos femeniles.

No así del mar las ondas impacientes
Combaten el escollo sumergido,
Como Tamar al suegro inadvertido
Combatió con halagos inclementes.
No el pedernal afanes suda ardientes,
Del duro acero duramente herido,
Veloz así, como él enternecido,
Llamas á la ocasion prestó indecentes.
No así en la selva Calidonia, cuando
Fiero leon es del cordero insulto,
Igual peligro hallar Júdas pudiera.
¿Qué tigre, los corderos devorando
Entre las sombras del silencio inculto,
Iguala á una mujer que esfinge es fiera?

XVI.—AMOROSO.

Dulces exubiae, de Virgilio.

«¡Oh duras prendas, bien que dulces cuando
Su acíbar escondia entre las flores
El duro hado! Ya de sus rigores

Presto veréis la causa agonizando.
»Ya la cobarde prora fatigando
Menos las ondas va que mis ardores.
¡Oh, quién del mar pudiera hacer mayores
Los profundos, mis ansias anegando!
»Vosotros que ya el cielo, tú que el mundo
Alumbrais con afecto vigilante,
¿Si es que vengar podeis al ofendido?
»Oid propicios mi dolor profundo;»
Sobre la espada de su ingrato amante,
Así decia la infelice Dido.

XVII.—LÍRICO.

Al suceso de Sanson dormido, en alusion á la suave crueldad de las mujeres.

Del puerto amigo, aun mas que asegurado,
Se imaginaba el naufragante leño,
Con las amarras oprimiendo el ceño
Del austro bramador, del noto airado.
La inquietud de las ondas y el cuidado
En las áncoras ya prendia el sueño,
Cuando cortadas por ingrato dueño,
Destrozo fué del iracundo hado.
Sin duda que del Cáucaso naciste,
Dálida ingrata, y ese duro pecho
Duros peñascos alimenta horribles.
Mas ¡ay! que eres mujer, y no resiste
Nave amorosa cauteloso estrecho,
Ocultas rocas, golfos apacibles.

XVIII.—LÍRICO.

Al suceso de Rut, en alusion á no desconfiar en acciones que parecen imposibles.

Pasos no ciegamente aconsejados,
Bien que de sombras ciegas conducidos,
Fió á la suerte Rut, desconocidos
Del sol, de quien mas fueron alumbrados.
No se adquiere la suerte, no los hados
Siempre al rigor se hallaron prevenidos;
Que tal vez al acento están dormidos
De quien mas los recela desvelados.
Los desperdicios que en las rubias eras
No acaso fecundó pródiga suerte,
¿Cuánto costar pudieron escarmiento?
No en vano el mar tropieza en las riberas,
Aunque tal vez la tierra en sí convierte,
Que ya enfrenarle supo un leve acento.

XIX.—LÍRICO.

De un robre duro en la tenaz corteza
Daliso el nombre de su Fili habia
Grabado con su fe, donde crecia
Al paso que crecia su firmeza.
De las frondosas ramas la belleza
No á su dulce esperanza respondia,
Porque un dia engañando en otro dia,
El robre continuaba en su aspereza.
Florecieron al fin con tiempo largo
Las letras en las ramas, y el amante
Presumió ver su largo llanto enjuto.
Cortó una flor, su gusto vido amargo,
Y dijo: «¡Oh de mi fe gloria inconstante!
¿Que este es de amor el deseado fruto?»

XX.—AMOROSO.

De una ñudosa haya, carcomida
Ya de los siglos por que habia pasado,
Honor de las montañas y sagrado
De las fieras, á quien era acogida,
Una rama rebelde y desabrida
Una siesta Daliso habia cortado
Para sustituir de su cayado
La antigua paz, la anciana fe rompida.
Ya que el grueso baston (aunque prolijo)
Vido obediente á su maestra mano,
Al cielo se volvió, y así impaciente,
«Vengadme, dioses, de una ingrata, dijo,
Pues un tronco á mi ruego es tan humano,
Y ella á mi dulce fe tan inclemente.»

XXI.—LÍRICO.

Del mar cantaba entre las ondas fieras
Mi dulce Fili en tan suave acento,
Que no solo los cóncavos del viento,
Mas tambien suspendia las riberas.
Escuadron de nadantes primaveras,
Floreciendo aquel bárbaro elemento,
Fruto fué de su voz, de ciento en ciento
Atrayendo las aves y las fieras.
Los mudos de las ondas moradores,
De alga azul, verdes ovas, roja escama,
Duras conchas y blanda piel vestidos;
Los del cielo mas pálidos ardores,
La de la selva mas inculta rama,
Canoros á su voz prestando oidos.

XXII.—LÍRICO.

Imitando á Boecio, lib. 1, *De consolatione*, donde: *Mors hominum foelix*, etc., despreciando la fortuna.

Dichoso aquel á quien la amarga muerte
No tronca el tiempo de sus dulces años,
Y aquel que no alimenta desengaños
Con el cebo engañoso de la suerte.
Dichoso (si hay alguno) aquel que advierte
Su riesgo al resplandor de los extraños,
Y aquel que, mariposa á los engaños,
Entre las llamas el ardor advierte.
Dichoso el que con vuelo reposado
A la cumbre se acerca fatigable
De la alta ruina á qu'el honor aspira,
Y mucho mas aquel que retirado
Vive de la fortuna incontrastable,
Limando con su paz su cruel ira.

XXIII.—AMOROSO.

Como furioso el mar en ondas ciento
Se explaya con undosa muchedumbre
Sobre la arena, ó como en la alta cumbre
Nubes desata humedecido el viento,
Lágrimas daba en dolorido acento
A el mar un pescador, que ya costumbre
Habia hecho en él la pesadumbre
Del repetido afan de su tormento.
«Dioses, decia (si es que hay dios alguno
A quien se deba el paternal cuidado
De consolar á el engañado amante),
»¿Cuándo de mi prision el importuno
Cruel acero se verá limado
Con la paciencia de mi fe constante?»

XXIV.—HERÓICO.

Al suceso de Judit.

Cual se mira á los soplos impacientes
Del austro fiero la robusta encina,
O cual las nieves de la cumbre alpina
Desatadas en líquidas corrientes;
De Betulia los muros ya dolientes
Así al golpe cruel de su ruina,
Cuando cauta Judit los avecina
Del honor á los rayos mas lucientes.
El débil golpe de una débil mano
¿Quién ¡oh fortuna! recelar pudiera
A un tiempo tan pesado y delicioso?
Mas ¡ay! que fué de impulso soberano,
Y el delito peligra en la ribera
Mucho mas que en el golfo proceloso.

XXV.—HERÓICO.

A una esperanza dudosa.

De anciano robre un tronco mal vestido,
Con débiles raíces amarrado
A un duro escollo, á quien el tiempo airado
De una alta roca habia dividido,
Yacia en la montaña, defendido
Mas del riesgo á que estaba dedicado,
Que de amiga segur ó de olvidado
Rigor, no al infelice concedido.

Doliente asombro del hermoso dia,
De mi esperanza simulacro era,
Y horrendo asilo de aves gemidoras.
¡Oh cuán ingrato el riesgo se desvia
De quien trofeo el precipicio fuera!
Oh cuánto muere un triste en breves horas!

XXVI.—HERÓICO.

A un poema de san Bruno, que escribió el padre don Bruno de Valenzuela, cartujano.

Aun la alta cumbre de la invidia sea
Pequeño afan al vuelo de tu pluma,
¡Oh docto Bruno! cuya ardiente suma
De acentos no apagada el tiempo vea.
El canto heróico de tu sacra idea
Del sagrado Genil la blanca espuma
Comunique á ambos mares, y aun presuma
Luciente hacerlo en cuanto el sol rodea.
Tu nombre al santo cuya vida cantas,
De hoy mas iguale (bien que reverente);
Que bien podrá, pues le acrecientas gloria.
Y este culto trofeo que levantas
A su fama, en la tuya se acreciente
Aun mas allá de la mayor memoria.

XXVII.—HERÓICO.

Al suceso de Acab, en la batalla en que murió.

Muchos, huyendo el golpe recelado,
Se acercaron al riesgo no advertido,
Como el leño en el puerto sumergido,
Ya de las ondas fieras perdonado.
Huyendo Acab del vigilante hado,
Pretende en vano ser desconocido;
Mas la ruina afila en el olvido
Quien piensa que en la culpa está olvidado.
Vistiendo engaños, ya de honor desnudo,
La púrpura depone por librarse,
Como si léjos de sí mismo fuera,
Mas tambien embozado el hierro agudo
Dos veces vió en su pecho ensangrentarse,
Porque dos veces de una vez muriera.

XXVIII.—HERÓICO.

Al licenciado Juan Agudo, autor del *Epitome de profetas y patriarcas y sagrada historia.*

No el tardo vuelo del infiel olvido
La llama apague de tu vuelo ardiente,
¡Oh culto Agudo! cuya docta frente
Honre sacro laurel de honor ceñido.
De la invidia tenaz enmudecido
Halles jamás el venenoso diente;
Que el estado mas mísero doliente
Es estar de sus leyes excluido.
Tu *Epitome*, capaz de trompas ciento,
Cante la fama en plectro armonioso,
Si basta á tanto son tan poco aliento.
Y el paso de los siglos presuroso,
Encadenado en tu elegante acento,
Sea una vez al riesgo perezoso.

XXIX.—HERÓICO.

Al suceso de Aman y Mardoqueo.

Ya las infieles llamas en que ardia
Quiere apagar en la enemiga muerte
El invidioso Aman, si bien la suerte
En sus pasos su riesgo conducia.
Pendiente pues del lazo en que pendia
Su cruel esperanza, en vano advierte
Que por grande el bajel, nunca divierte
De las ondas crueles la porfia.
La playa experimenta procelosa,
Cual pudiera el humilde Mardoqueo,
Que en la doliente arena fluctuaba.
¡Oh cuánto la ignorancia injuriosa
Ruinas alimenta en el trofeo,
Flechando riesgos á su misma aljaba!

XXX.—FÚNEBRE.

A la muerte de don Juan Alfonso Enriquez, almirante de Castilla.

Ya no los rayos del purpúreo oriente
Rompan las sombras de la aurora fria,
Taciturno silencio asombre el dia,
Siendo al llanto aun el mar poca corriente.
Ya el pálido lamento en son doliente
Confunda de los orbes la armonía,
Vuelva el cáos á su indómita porfia,
Estremeciendo el frio el polo ardiente.
Del grande Enriquez la inmortal memoria
Honoren todos, tristemente haciendo
Luto á la paz, obsequias á la guerra.
Siendo el papel diáfano á su historia
Volúmen poco, y á su diestra siendo
Leve el materno peso de la tierra.

XXXI.—AMOROSO.

No bien los rayos de sus luces bellas
La blanca aurora recordado habia,
Cuando á un valle profundo conducia
Su rebaño Daliso y sus querellas.
Huella las flores porque un tiempo en ellas
A su Filida ingrata hallar solia,
Pisando así de su esperanza fria
Las que abrigaba amor frias centellas.
El curso de las ondas soñoliento,
El silencio frondoso de las ramas
Solicitaba al son de su lamento.
«Filida, dice, ¿adónde estás? Mis llamas
Alumbren ya ¡oh amor! el escarmiento,
O enmudece el ardor con que me inflamas.»

XXXII.—LÍRICO.

Al suceso de Jacob y Raquel.

Siete veces el sol quitado habia
Al frio polo el tenebroso velo,
Cuando Jacob el engañado vuelo
Segunda vez á la esperanza fia.
En cambio de las llamas en que ardia,
Examinaba un perezoso hielo,
Sin que apagase tan infiel recelo
El ardor que en su fe resplandecia.
¡Oh amor de ningun hombre imaginado!
Oh suerte, no de alguno conseguida!
¿Que hubiese vida igual á incendio tanto?
Poco fué amar, pues pudo ser premiado
Tan largo amor en tan pequeña vida,
Y tanto riesgo en tan debido llanto.

XXXIII.—HERÓICO.

A un desengaño de fortuna.

Quebranta ya, fortuna, las prisiones
En que amarrada mi esperanza, incierto
Tantos dias halló el amigo puerto,
Arrastrando mi fe tus eslabones.
Honren ya tus paredes sujeciones
Del ánimo rendido al desconcierto;
Que en las aras inciertas encubierto
No está bien el ardor de mis pasiones.
Halla donde tu halago no se esconde,
Cual la espina en la flor insidiosa
Alimenta el recelo en la esperanza.
Básteme á mí saber que no responde
A mi ruego tu mano cautelosa;
Que harto es dichoso quien su riesgo alcanza.

XXXIV.—HERÓICO.

Sentimiento de Cornelia, imaginándose á vista de la escasa lumbre en que Pompeyo ardia.

¿No basta, ingratos dioses, que esa lumbre
Con resplandor cobarde abrigue aquellas
Altas cenizas, sin que ardiendo en ellas
De vuestra ira esté la pesadumbre?
¿Por qué al grande Pompeyo la costumbre
Aun del morir negais? En mis querellas

No se encendieran mas esas centellas,
Que solo son de un gran rigor vislumbre.
No me negueis que en la cruel ribera,
Que dél huyendo se disculpa en vano,
Tenga mi esposo en mi doliente pira.
O á sus cenizas conceded siquiera
El breve honor de una plebeya mano;
Que harto han dicho sus glorias vuestra ira.

XXXV.— LÍRICO.

A la firmeza del amor.

Al pié de una alta haya en dulce avena
El mantuano Títiro tañia,
Y «Amarilis» no mas le respondia
El valle umbroso, que á su voz resuena.
Cuando un triste zagal, que la cadena
Arrastrado de amor tambien habia,
Por el valle sus cabras conducia
Al lento paso de una amarga pena.
Oyó al triste pastor y dijo: «En vano
Te dan oido las frondosas ramas,
Y voz la sola y taciturna selva,
»Pues no hay piedad en el amor tirano
Para olvidar, ni aun las difuntas llamas,
Aunque ya en llanto el humo se resuelva.»

XXXVI.— LÍRICO.

A unos papeles, retrato y otras prendas de una dama.

Crueles ondas, cauteloso puerto,
Embozados escollos, duras peñas,
Donde aun blanquean las ingratas señas
Que aseguraban un trofeo incierto;
Ya que habeis las heridas descubierto,
Que, á pesar del dolor, juzgué pequeñas,
No mas, Fílida, ya; basten las señas
Para juzgar el precipicio cierto.
Deje las ondas ya, deje las redes
Mi ciego amor, y penda la barquilla
Del alto escollo ó del piadoso ejemplo.
Honren ya mis prisiones sus paredes,
Y los remos hincados en la orilla
Muro sean al mar, cuando no templo.

XXXVII.— HERÓICO.

A un suplicio de fuego, ejecutado en un cómplice, de muchos, el menos poderoso.

Arde el delito en las crueles aras
De la necesidad mas encendidas
Que del fuego, brotando las heridas
Tanto dolientes señas cuanto avaras.
Enlazada segur, torcidas varas,
Cenizas entre llanto sumergidas
Aun el humo descubre, aunque oprimidas
Del ciego polvo y las pavesas claras.
Tres veces impacientes rodearon
Las llamas el cadáver, apartadas
Aun menos del juez que del suplicio.
A muchos con la vista salpicaron,
Y no fueron de pocos veneradas;
Que habla mucho el silencio de un juicio.

XXXVIII. —LÍRICO.

A una mariposa que, dando tornos desde una luz á los ojos de una dama, cayó en una fuente de agua, y se ahogó.

Si ciega de una luz que tanto inflama,
Huyes la gloria que en su ardor te espera,
O porque dudas cuál será postrera,
O porque ignora términos tu fama;
La pira undosa que tu suerte infama
Lave esa culpa, y sea la vez primera
Que ignores el morir, porque tu esfera
No era capaz de tan luciente llama.
Injustamente lleva el frágil viento
Tus cobardes cenizas á la cumbre
Que alto es reposo del ardiente dia.
Nunca ese aplauso mereció tu aliento,
Porque el crisol de tan divina lumbre
Solamente mi amor le merecia.

XXXIX.— LÍRICO.

Prológo al *Libro de profetas y patriarcas*, del licenciado Juan Agudo.

Culto buril de artífice elegante
Tan docto este volúmen acredita,
Que eterna duracion se facilita
Aun mas en el papel que en el diamante.
La muda voz incluye resonante,
Que oído á tantos siglos solicita
Desde la edad primera, á la inaudita
Desolacion del pueblo mas triunfante.
Presta, lector, en atenciones ciento,
Cien ojos, cien oidos y cien plumas
Al grave estilo desta culta historia;
Que al profético, al sacro, al dulce aliento,
Con que te informa de noticias sumas,
Bien es debida la mayor memoria.

XL.— HERÓICO.

Al profeta Jeremías, cuando escondió el fuego santo en un pozo, de adonde le sacaron despues de muchos años, convertido en agua crasa, y rociando los altares con ella, se encendieron.

¡Oh cuánto, envuelta la sagrada lumbre,
Esplendor manifiesta de tu celo!
Oh cuánto! Mas ¿qué mucho, si á tu vuelo
De los cielos se humilla la alta cumbre?
A las antiguas aras la costumbre
Volviste del lucir, su honor al cielo.
Ya de tu fe lo diga sin recelo
La undosa de centellas muchedumbre.
Arder en llamas líquidas las ondas,
¿A quién no enseña á convertirse en llanto,
Que es la fe de un profundo sentimiento?
¿Qué importa pues que el fuego en agua escondas,
Si aun el mar arderá mi pensamiento,
Bebiendo siglos de dolor en tanto?

XLI.— LÍRICO.

Fortuna, cuya impía providencia
Condena al pobre á eterno sufrimiento,
Si no hay bien en sus males, ¿con qué intento
En su daño es piadosa tu inclemencia?
Si entiendes que es hacerte resistencia
Tener paciencia en el mayor tormento,
Fallezca en él, sepúltese su aliento;
Que la muerte en el pobre es conveniencia.
«La muerte ignora que en el pobre hay vida,»
Respondes; ¡oh cruel mas que la muerte!
Pues ni muere ni vive, reducida
Su vida á entrambos riesgos de tal suerte,
Que la muerte se excusa con la vida,
Y la vida se excusa con la muerte.

XLII.— HERÓICO.

Al suceso de Susana en el baño.

El frio pedernal de nieve cano,
A pesar de las llamas que fomenta,
¿Quieres ¡oh duro amor! que el golpe sienta
Del acerado impulso de tu mano?
Caduco robre ha de ilustrar el llano
Cuando su ancianidad vive por cuenta
Del duro escollo que en la cumbre alienta,
Débil raiz fortalecida en vano.
¿Qué flecha el casto pecho de Susana
No rebatiera, aun cuando la porfia
De cuerda juvenil le diera plumas?
Quebranta el arco pues, la sombra vana
Desata de esos ojos, porque el dia
No muere aunque fluctúe en las espumas.

XLIII.— AMOROSO.

Lucinda, si me advierte naufragante,
Y léjos tanto de tu dulce puerto,
¿Cómo culpas mi fe, si el paso incierto
Estoy siguiendo de la suerte errante?
¿Quién puede de entre el piélago inconstante

Oponerse del hado al desacierto,
O de áspid en las ondas encubierto
Redimir la barquilla fluctuante?
Bien pudiera enjugar el Oceano
Mi ardiente amor, si ya del mar pudiera
Dejarse combatir violencia alguna.
Mas ¿quién puede abatir la cumbre al llano,
Las ondas amistar con la ribera,
Ni oponerse al rigor de la fortuna?

XLIV.—AMOROSO.

Quien tanto duerme y se pasca tanto,
O quiere poco ó ya querer no quiere,
Pues bien olvido ó atencion requiere,
Enjugar vos, Lucinda, vuestro llanto.
Y si es que amais, como decis, en cuanto
Vuestra luz á mis ojos se transfiere,
De amor tan soñoliento ¿qué se infiere,
Si vos no deshaceis tan ciego encanto?
Ver yo contra mi amor airado el cielo,
Y arder mi fe en holocaustos sumos,
Votados al rigor de vuestras aras;
Buscaros y abatir mi dulce vuelo,
¿Qué puede ser sino que aquellos humos
Son ya de poca luz señales claras?

XLV.—SATÍRICO.

Respondiendo á un amigo sobre la tragedia de *Holoférnes*, escrita en ciento cuarenta y ocho coplas, por don Francisco Varon.

Cuarenta y ocho veces sobre ciento
El romance leí, y aun mas doliente
Quedé que si á las rocas impaciente
Desde las ondas me arrojara el viento.
Sin duda peñascoso dió alimento
El Cáucaso á la musa balbuciente
Del Varon que elegante (al revés) mente,
El de Holoférnes profirió escarmiento.
Tragedia y triunfo, como noche y dia,
Compuestos de dos simples, mano y pluma,
Sin duda recetar quiso el dotor.
Bien pues, en cambio de la tumba fria,
Que recelaba entre la blanca espuma,
Merece de gran lumbre grande ardor.

XLVI.—FÚNEBRE.

Al sepulcro de don Luis de Góngora.

Yace, mas no fallece en la copiosa
Que admiras urna ¡oh peregrino! el que antes
Mármores culto acentuó elegantes,
Que su lira se oyese espaciosa.
Tu admiracion revoque ponderosa
Aquella que aun sus pórfidos sonantes,
Bien que en vano, morder con vigilantes
Quiere duros aceros lagrimosa.
La atencion su holocausto sea debido,
La ceniza alumbrando en sus altares
Cuanto el pórfido culto esplendor sella.
Cuanto el mármor no puede enternecido,
Aun desatado en lagrimosos mares,
Dar á entender con sola una centella.

XLVII.—HERÓICO.

Al sacrificio de Abrahan.

En la alta cumbre de la fe, animando
Bastante ardor á sacrificios ciento,
Cien aras de Abrahan el sufrimiento
Fuera poco encender, sacrificando.
Menos luces el sol esparce cuando
Sale de entre las ondas soñoliento,
Que ardores á la fe prestó su aliento,
Las dudas con las dudas devorando.
Cegar las luces para ver con ellas,
Esperar sucesion dándole muerte,
Hacer sepulcro la flamante cuna,
No es creible al poder de las estrellas;
Que aun á Dios excediera accion tan fuerte,
A poder excederle cosa alguna.

XLVIII.—HERÓICO.

Celebrando el dia en que nació el excelentísimo señor duque de Cardona y Segorbe.

Culto buril en mármor elegante
Acentúe el ardor de la que hoy dora
Nativa espectacion, la sacra aurora
Del Febo de Cardona purpurante.
Sea en luces grabadas resonante
Aun la muda ceniza á cuanto mora
(Bien que sus rayos cual el sol ignora)
La última Tule, bárbaro arrogante.
Con piedra blanca elogie su memoria
Con el jamás de acentos bronce avaro,
Este anterior al mas glorioso dia.
Si acaso insuficiente á tanta gloria
No es el volúmen de sus luces claro,
Aun desenvuelto de la sombra fria.

XLIX.—LÍRICO.

A un Cupido de nieve, aludiendo á la firmeza de un afecto

¿Qué es esto, amor? ¿Acaso soñolientas
Están tus flechas, y tu engaño ciego?
¿De nieve tú, que la region del fuego
Con ansias encendidas alimentas?
¿Adónde están las iras, que sangrientas
En la rueda se afilan del sosiego?
¿Helado tú? Sin duda que mi ruego
O de Filida el pecho representas.
¡Oh Filida cruel! Oh amor tirano!
¿Con el ardor de mi encendido pecho
Tu hielo impío á combatir se atreve?
¿Mi afecto vencer quieres soberano?
Pues yo en su abono (bien que á tu despecho)
Quemaré el hielo, abrasaré la nieve.

L.—LÍRICO.

A un retrato de una dama, hecho de cera, aludiendo á la inconstancia de las mujeres.

Piedra el original, cera el retrato;
Aquel ingrato, aquesta lisonjera.
¿Quién mármor duro unió con blanda cera,
Si esta es piadosa y aquel es ingrato?
¿Quién, sino amor, pudiera con su trato?
Quién, sino el trato, con amor pudiera?
Como el sol y la luna en la alta esfera
Con la sombra y la luz tienen contrato.
Bien pues de Fili abeja susurrante
Al retrato ofreció libadas flores,
Pues amor vuelve cera el mármor duro.
Mas ¡ay de mí! que es cera en lo inconstante,
Y piedra solamente en los rigores.
¿Quién pues de su inconstancia está seguro?

FÁBULA DE LEANDRO.—HERÓICA.

Al mar se arroja Leandro,
Con su esperanza midiendo
El mar, su amor y fortuna,
Y con su fortuna el riesgo.
A la escasa luz que daba
Atalaya infiel expuesto,
Trémulo su amor miraba,
Y al débil soplo del viento.
Seguia el norte de aquella
Que en el accidalio templo
Su estrella fué, si ya errante,
Iman de su pensamiento.
Ero, venenoso halago
Y lascivo desconsuelo
De cuanto Fauno malezas
Vence, pero no deseos;
Ero, amoroso cariño
De cuanto florido aliento
Juveniles frutos labra
En los corchos de Himeneo;

Ero, aquella en cuyas aras
Ardia lascivo encienso
El corazon de Leandro
Con religioso silencio;
Aquella á quien debe el dia
Mas claras luces que á Febo,
Mas flores que al mayo Flora,
Mas fama que al bronce el tiempo;
Aquella á quien feria al alba
En desperdicios risueños,
Mucha púrpura de halagos,
Mucha nieve de desprecios;
De quien el mayo es invidia,
De quien humilde trofeo
Cuantas voluntades arden
En sus altares hibleos;
De quien la melíflua abeja
Aprende en contrario efecto
Mucha miel en el semblante,
Mucho acibar en el ceño;
Aquella de cuyos labios
Pende el ámbar lisonjero
Entre ajófares dormidos
Y entre corales dispiertos;
Aquella en cuyas mejillas
Neutral se mira un compuesto
De nieve y grana, esparcida
Sin ley, cuidado ó precepto;
Aquella por cuya vista
Se hacen ojos los luceros,
Y por cuya blanca frente
Tiene al sol por el cabello;
Aquella, pues, de quien era
El jóven de mayor vuelo
Epílogo de alabanzas,
Depósito de escarmientos;
A Leandro amaba, y tanto,
Que ya en su tranquilo puerto
Barada de amor la nave,
No recelaba el estrecho;
El estrecho que de Abidó
Era division á Sesto,
Patrias de uno y otro amante,
Honor de uno y otro isleño.
Habia de amor el yugo
Reciprocas veces ciento
Unido sus voluntades,
Solicitado sus cuellos;
Mas como el nupcial pavilo
Encender pudo Himeneo
Jamás en propicia llama
Sin algun estorbo denso,
Agora que ya sus llamas
Ardian con mas afecto,
Bien que, en la esperanza envueltas,
Las desmentia el silencio,
De las ocultas cenizas
Sacando ardientes esfuerzos,
Decretaron su ruina
Donde buscaban su acierto.
Que fie al cruel Neptuno
Sus piadosos ardimientos
Leandro, el amor dispone,
Guiando a un ciego otro ciego.
El pecho entrega á las ondas,
Que, inquietas con el incendio
De tanta amorosa llama,
Temen resolverse en fuego.
Al apacible contacto
Del mar los profundos senos;
Lascivamente festivos,
Arden en amor inmenso.
No hay concha, marismo ó piedra
Que, por las hondas lamiendo
La novedad esparcida,
No produzga amores nuevos.
Depone el pez sus escamas,
Y del murice avariento
Saltan las dormidas perlas,
La alba las llore ó el centro.
Mas ¡ay Leandro! ¿qué importa
La actividad de tu fuego,
Si donde siembras halagos
Te producen escarmientos?
Mide con su amor el mar
Leandro, y hallando estrecho
El mar, á tan grande amor
Iguala el mar asimesmo.
Lucha un elemento y otro,
Puesto que combate menos
El que dió mas esperanzas,
En fe de su arrojamiento.
El blanco surco que hacia
Borraban con otro nuevo
Las ondas que le seguian,
Cual si le tuvieran léjos.
Valiente el amor luchaba,
Cuando el undoso Briareo
Cien golfos obstenta en uno,
Cien ruinas, cien portentos.
Ya las rizadas espumas,
Arrebatadas del euro,
Al ímpetu rebatido
Vuelven con mayor encuentro.
No así en el vasto Océano
Gime el noto, brama el cierzo,
Cual en el Ponto las ondas,
Su estrecha márgen rompiendo.
Fluctúa Leandro, al paso
Que solicita sediento
Beber el mar con la vista,
Agotarle con el pecho.
Hidrópico le oprimia,
Cuando de impulso siniestro,
Su norte al soplo injurioso
Tres vidas apagó á un tiempo.
¡Oh luz, que ya ser pudieras
Antorcha del firmamento,
Si como ardiste al principio
Ardieras á lo postrero!
Detente, y de tus pavesas
Verás estrellado el cielo,
Antes que el mar de tu humo
El capuz se vista negro.
No así la incauta avecilla
Enlaza el cobarde vuelo
Entre la llama improvisa
Del cazador lisonjero,
Cual pendiente de las ondas
Leandro se halló, siguiendo
A vista de su desdicha
La ceguedad de su dueño.
«¡Oh tú, tres veces luciente,
Cuyos rayos soñolientos,
Decia, alumbran la noche
Con esplendores febeos!
»Deja la corriente oscura
Del siempre tardo Leteo,
Y árbitro igual te confiesen
Unos y otros elementos.
»No la selva te detenga,
Ni del fatigado centro
Supersticiosos halagos,
O bien gemidos horrendos.
»Si aquellos silvos ancianos
De anciano pastor no han muerto,
En la memoria que hiciste
Eterna con dulces ecos,
»Deba Leandro á tus luces
Lo que Indimeon al diestro
Pulsar de tu amante cuerda
En su rústico instrumento.
»Así jamás de la tierra
Pueda el nebuloso peso
Fatigar con negro eclipse
La candidez de tu aspecto.
»Así de turba ruidosa
Jamás el furor molesto
En los afanes del ócio
Conjure tu lucimiento.
»Oyeme, y pierda la vida
Donde pueda ser el riesgo
Halago de la ruina,
Acallando el dolor fiero.»

Dijo; mas no el hado injusto
Detenia el avariento
Golfo, que hidrópico hacia
De tan poca vida objeto.
Antes con su triste llanto
El mar se acrecienta, haciendo
Que al bronco son de sus ansias
Gima fatigado el viento.
La sorda noche, que al dia
Se opuso con rayos negros,
Envuelta en negras espumas,
Ya el mar confunde, ya el cielo.
No ahora delfin piadoso,
La corva espalda ofreciendo
A segundo triste amante,
El mar pende de sí mesmo;
No ya sirena lasciva,
Con peligros halagüeños,
A la ruina apacible
Conduce el errante leño;
Antes ya el amor rendido,
Con la muerte combatiendo,
Cuanto menos la resiste,
Le esfuerza mas el denuedo.
Ero entonces, que explayando
Del mar los anchos extremos,
Consultaba con su llanto
El recelado suceso,
Atalayando las sombras
A cualquiera movimiento,
«Leandro», dice, y solloza,
Este nombre repitiendo.
«¿Adónde, oh dulce Leandro,
Te oculta de mis afectos
La impaciente resistencia
Que hace la suerte á mi pecho?
»¿Quién puede enlazar tu paso,
Si aun no bastara el adverso
Diente mórdaz ó el letargo
Frio de adusto veneno?
»¿Quién, oh piadosas deidades,
De cuantos rodea senos
La corva inquietud de la agua,
Niega su Leandro á Ero?
»Oh tú, á quien aleve planta
De mortífero veleño
Hizo deidad, siendo humano,
Cuando mas quisiste serlo;
»Acuerda con tus desdichas
Las mias, así el molesto
Gemir de sus fieras rocas
Cambie Scila en halagüeño;
»Tú, en cuya diestra fluctúan
Los tres, de piedad ajenos,
Golfos que en varias provincias
Gozan cristalino feudo,
Reprime el cobarde brio
Del enfurecido Egeo;
Que á tanto mar no es aplauso
Contrario tan indefenso.
»No en las amorosas redes
Temas pesados anzuelos;
Que suelen de amor los plomos
Mas que el corcho ser ligeros.
»Tal vez tu blanca diadema
Purpúreos rayos, sujetos,
Dió en pálida resistencia
Al dulce amoroso cebo.
»No ahora, pues, en Leandro
Sean culpables los yerros,
Que no lo fueron en Cólcos,
Que en un bruto no lo fueron.
»Deja que en amantes lazos
Tus victorias celebremos,
Aunque despues fria noche
Nos deje en lúgubre sueño;
»Deja arder en tus altares
De nuestra esperanza el fuego,
Lascivamente libado
De nuestros lascivos besos.
»¿Qué te importa un desvalido?
Déjale; que yo te ofrezco,
No de cera, un mar de llanto,
Para colgar en tu templo.
»Y tú, que del frio polo,
Nevado Bóreas, saliendo,
Extiendes en todo el orbe
El blanco erizado velo;
»Deja, mi dulce Leandro,
Libre de ese mónstruo inquieto;
Así de tu ingrata Orintia
Sea apacible el despego.
»Deja la humilde barquilla,
Y no tu rigor severo
Se embarace en quien no es mas,
Ni puede venir á menos.
»¿Quién de vosotras, oh impías
Hijas del profundo Erebo,
Tranquilos montes de espuma
Desarraiga de su peso?
»¿En qué te ofendió Leandro,
Iracunda y torpe Aleto,
Que tanto volcan de nieve
Quieres abrasar en hielo?
»Vosotras, que el tierno estambre
Dividis con torpe acero,
Sin que al huso diamantino
Ablande buril sangriento,
»Tocad propicias la tela
Que está el rigor dividiendo,
Y halle la muerte en mis brazos
Quien halló la vida en ellos.
»Si es que ha de morir, no tenga
Tan salobre monumento
Quien dulce pira en mis ojos
Labró con tan dulce acuerdo.
»Acabe adonde fallezca
Yo tambien, y pues nacieron
Nuestras luces en un dia,
Hallen el ocaso á un tiempo.
»Júntenos la sepoltura,
Pues estorba nos juntemos
La ingratitud de la suerte
En tálamo lisonjero.
»No es piedad que yo no vea
Morir á quien temo muerto;
Que no es para quien se abrasa,
No ver la llama, consuelo.
»No el agradable peligro
Del abrojo fraudulento,
Porque entre flores se oculte,
Hace mas suave el riesgo.
»Menos ejecuta el rayo
De lo que amenaza el trueno,
Y no es triunfar de su llama
Negar la vista al reflejo.
»Si he de acabar á la pena,
Acabe el rigor violento;
Que el acero mas impío
Es el que no llega presto.
»Tú, que presides á cuantas
Euménides el averno
Viste de túnica oscura,
Lucrino de blanco lienzo,
»Recibe en dos voluntades
Dos sacrificios que ofrezco
Por dos almas, reducidas
Hoy á un mismo sentimiento.
»Oyeme; que no hace dioses
El buril, ni arde deseos
En las obedientes aras
La víctima, sino el ruego.»
Dijo; y por la corva playa
La triste vista extendiendo,
Crece al dolor, crece al llanto,
Igualmente al mar y al viento.
Ya la espumosa resaca
Traia á Leandro envuelto
Entre las manchadas ovas
Y remolinos sangrientos.
Ya le arroja en las arenas,
Y el mar rehuye, temiendo
Que aun lastimadas las rocas
Castiguen su desacierto.

Era la hora en que Cintia,
Bajando al marino lecho,
Inclinaba al occidente
El mas nebuloso cuerno.
Ero, que al golfo eminente,
Cuanto inferior al supremo
Rigor de su injusto hado,
Miraba el bajel deshecho,
Adelantada al peligro,
Examina tanto empeño,
Muriendo porque no muere
A manos de su tormento.
Contiende el dolor, y al paso
Que se mira en el espejo,
Cambia semblantes, quedando
Toda ajena del primero.
Vuelve á examinar sus luces,
Y hallando, en vez de reflejos,
Sombras de funesto dia,
Celajes de un cuerpo yerto,
Hace la imágen pedazos,
Porque en las aras de Vénus
Sacrificadas dos vidas,
Mitiguen dos sentimientos.

ROMANCE II.—AMOROSO.

A una dama ausente.

¿Hasta cuándo, ingrata Filis,
Agravarán las señales
De tu rigor los sagrados
Duros troncos destos sauces?
¿Hasta cuándo mis acentos,
Repetidos en el valle,
Al sordo rumor de un silbo
Han de apacentar pesares?
¿Hasta cuándo, si en tu ausencia
Tres veces ha entrado en Aries,
Y circundado tres veces
El sol los profundos mares?
La llama de mis afectos,
Que alumbra ciegos altares,
Y humedecida en mi llanto,
Cual ciega víctima yace,
¿Cuándo las frias cenizas
Del negro pávilo en que arde,
Alumbrar podrá piadosa,
O apagar inexorable?
Antes, cruel, lo permitas,
Que mayor ausencia, y antes
Que las dolientes heridas
Se acrediten incurables.
Antes las crueles flechas,
Que en sangrientos pedernales
Afila el amor, mi pecho
Con última herida rasguen.
Baste ya, sagrados dioses,
Tanto rigor, si es bastante
Alguno á limar, sufriendo
Eslabones tan durables.
¿Qué gloria adquirir pudierais,
Que mayor no fuera en darme
Menos amor, mayor dicha,
O á todo el último vale?
¿Qué gloria, oh cruel, adquieres
Ofreciendo al paso errante,
Con una embozada ausencia,
Soñoliento, un feroz áspid?
Del corvo diente mordida
La tierra en diversas partes,
Tres veces por las heridas
Sudó fecundos afanes,
Mientras inflamado el pecho,
Ardores infatigables
Brotó, que aun en tu presencia
Jamás podrán mitigarse.
Vuelve, pues, que ya desata
De las llamas orientales
Cuarta vez el frio polo
Al golfo helado la márgen.
Vuelve, y el amor permita
Que yo á tu planta dilate
El dolor en larga vena,
Aunque á mi afecto no iguale.
Mira las dolientes aras;
No quieras, por no escucharme,
Que el silencio de tu oreja
Convierta en humo la sangre.
No bien las pesadas sombras
Huyen del sol, desiguales
Haciendo los horizontes
Entre confusos celajes,
Cuando fatigando el monte
Mucho mas con el semblante
Que con la planta, le obligo
A mi pena lamentable.
Mas cuando los altos montes
Mayores las sombras hacen,
De playa en playa buscando
El sol donde reclinarse,
Soñoliento el duro oficio
De mis ojos incansables,
Jamás se concede al ócio
Ni aun para fingidas paces.
¿Cuántas veces de mi vida
Dividiera el tierno estambre,
A ser el piadoso acero
Como el dolor penetrante?
¿Cuántas, pendiente de un risco,
Solicitando agradarte,
Con el último suplicio
Me halló la noche cobarde?
¡Oh noche cruel! Oh sueño,
A porfía vigilante
En mis ojos! ¿qué trofeo
Conseguis en no acabarme?
Rompa el arco la costumbre
De mi dolor, ó los males
Aflojen ya de la cuerda
Lazos tan incontrastables.
No ya la flecha enemiga
El duro vuelo dilate;
Que harto es piadoso el acero
Que á la muerte satisface.

LA ROSA SOLICITA AMOROSA A FÍLIDA.

En imitacion de la oda VII de Anacreonte:
Rosam amoribus dicatam.

El cuidado primero
Del floreciente prado,
La rosa de Cupido,
La gala del verano;
La que el ámbar lascivo
Al color junta casto
Con tan suave embozo,
Que en ninguno hay engaño,
Juntemos, dulce Fili,
Al dulce siempre halago
De las fecundas vides,
Honor del padre Baco;
De cuyas verdes hojas
Y rosas coronados,
Sus fiestas celebremos
Con vino dulce y blando.
Yo le daré mi afecto,
Tú le darás tus labios,
Adonde el dulce vino
Beba en mas dulce vaso;
Con que estará contento,
Y nosotros pagados,
Y la deidad propicia
El ruego no hará ingrato.
Corona tus cabellos
De florecientes rayos
De la purpúrea rosa,
Del hechizo del mayo.
De aquella donde escribe,
No sin purpúreo llanto,
La aurora dulces quejas
Con florecientes rasgos.
Donde la dulce abeja
Halla el jamás ingrato

Dulce panal, de la alba
O reido ó llorado;
Donde áspides espinas
Con delicioso halago
Hieren desde la vista
Las deliciosas manos;
Donde la aura suave
Al lascivo contacto
Se convierte en aljófar,
De púrpura esmaltado.
Corona tus cabellos
De los fecundos ramos
De lascivos sarmientos,
Siempre á Lieo gratos.
Tambien en tus cabellos
El sol aprisionado,
Corone de hebras de oro
Los montes y los llanos.
Tambien la vírgen rosa,
De los dioses descanso,
De tu boca y mejillas
Hurte el carmin nevado.
Y juntos nuestros pechos
Y juntas nuestras manos,
En sus lascivas hojas
Hallen lascivos lazos.
Y así del vino dulce
Juntamente bebamos,
Y juntos celebremos
La rosa, honor del campo;
La rosa de mi Fili,
A quien el dulce Baco
Acuerda con mi lira,
Celebra con mi canto;
La rosa, cuyas hojas,
De mi Fili en la mano,
Son con rigor suave
Flechas del dios vendado.
¡Ay dulce Fili! Ay Rosa,
En cuyas hojas hallo
Mil áspides dormidos,
Mil suaves letargos!
Haz, pues, dulce Lieo,
Que, della coronados,
Yo y mi Filida dulce
Tu templo hallemos grato;
Donde con dulce vino
Juntos nos ofrezcamos
Al consorcio festivo
De tu lascivo amparo.
Suaves daré olores,
Suaves diré cantos,
Y juntos yo y mi Fili
Serémos tu holocausto.

ROMANCE III.—Lírico.

A un sentimiento de amor mal correspondido.

Adonde poco heredadas
De nuevo esplendor, y mucho
De honores antiguos, yacen
Las murallas de Sagunto,
Al pié de una alta ruina,
Donde ardian importunos
Del no apagado escarmiento
Los mal encendidos humos,
Daliso, un pastor, estaba
Del sacro Genil, que pudo,
Y á un tiempo espaciosos llanos,
Murar de rediles suyos.
Anciano jóven, en cuatro
No aun bien terminados lustros,
Cano á fuerza de escarmientos,
Y á fuerza de amor caduco.
Dura flecha, no impelida
De nervioso brazo adusto,
De tierno, si dulce, arco,
De esplendor flechado ebúrneo,
Su pecho escondia tarde,
Rebocada de alto impulso,
Y tanto, que ya del riesgo
Se alimentaba el insulto.
Tierno amante fué de Fili,
Y amado igualmente algunos
Años, que su amor trujeron
A ser de su fe verdugo.
Llegó á ser pobre Daliso,
Rica Filida, y al punto
Amor, fortuna y mujer
Y mudanza fueron uno.
Huyó las ondas Daliso,
Mas ¡ay amor! que no pudo
Huir de sí, ni del golfo
Mirar su vestido enjuto.
Allí, pues, acompañado
Estaba de su infortunio,
De cabras y ovejas pocas,
De celos y afanes muchos.
Mirando un anciano tronco,
Cuyo hueco infames buhos
O tarde ó mal ó prolijos
Redimian de nocturno,
Al son de un rabel, templado
Lastimosamente á hurto
Del llanto que en larga vena
La memoria le propuso,
«Tú fuiste honor destos campos,
Oh tronco, decia, robusto,
Bien que ya, cual mi esperanza,
El verdor cambiado en luto.
»Tú fuiste honor destos valles,
Adonde tiernos arrullos,
Implicados con las ramas,
Producian dulces frutos.
»Yo fuí el pastor mas dichoso
Que el sagrado Genil tuvo,
En cuanto Fili á mis brazos
Implicaba dulces nudos;
»Y ahora somos los dos
Escarmiento fiero y duro
De nuestra propia ruina,
Del ya merecido triunfo.
»Mas ¡ay de mí! que tu riesgo
Sirve de sagrado culto
A estas incultas campañas
Que aun son de tu honor tributo.
»Aun tu corteza desnuda
Algun dios viste, no inculto,
Bien que ignorado, quizá
Porque te miran desnudo.
»Mas yo, ausente y despreciado,
¿Qué oidos no hallaré mudos,
Si aquella ingrata á mis voces
Pudo ensordecer los suyos?
»Escúchame tú, pues yo
Tambien tus penas escucho;
Quizá entenderás las mias;
Que no siempre un robre es rudo.»

ROMANCE IV.—Heróico.

A la ambicion de los que navegan.

Vuelto al revés un escollo,
Pendiente al mar, hacia sombra
Con el hueco á muchos robres,
Con la cima á muchas ondas;
A cuyo espacioso abrigo
Redes conducia no pocas,
Ya la ardiente pesquería,
Ya la inquietud procelosa.
Entraba el mar tan adentro
Por la rotura, aunque poca,
Que en él fluctuaba el monte
Al retroceder las olas.
Dellas el escollo herido,
Rebatiendo unas en otras,
Montañas de nieve escupe,
Golfos de espuma solloza.
Y á veces tantos marismos
Entre la resaca arroja,
Que red el mar de sí mismo
Parece en nadante copia.
Allí Palemon una siesta,
Varada su barca entre otras,

Dió al grave plomo las redes,
Y al leve mar su persona.
Penetrar el hueco intenta
Que tanto sagrado mora
Marino dios, el silencio,
O profano altar le esconda.
Gime, á su peso oprimido,
El fiero mar, aunque sobra
A todo el monte un bostezo
De sus voces cavernosas.
Pero no á la dura oreja
Del jóven, que, al riesgo sorda,
Oye solamente el paso
Que mas sus extremos toca.
Ya el mar le encalla en las peñas,
Y ya Palemon azota,
Cual él furioso la playa,
Su cerúlea espalda corva.
Ya le sacude en la arena,
Ya pende al viento, ya logra
Su atrevimiento, ya vuelve
Donde su esperanza ignora.
Tres veces su intento sigue,
Y veces tres le revoca,
Membrudo jóven, vestido
Ya de almejas, ya de ovas;
Monte de escama eminente,
A quien sirve de corona,
Aprisionada de espumas,
La verde madeja intonsa.
Penden de su inculta frente
Las corrientes espumosas,
De un piélago no, de cuantos
Las inmensas playas brotan;
Cuya voz, robusta hija
De aquella montaña bronca,
Desatada de su pecho,
Todo aquel contorno asombra.
«¿Adónde vas, le decia,
Pescador humilde? ¿Ignoras
Vuelta la quilla al naufragio,
Aun pendiente de esas rocas?
»¿No basta que de ambos mundos
Ambiciosamente rompa
La distante ley el ciego
Paso de una armada y otra,
»Sin que aun vertido en la arena
El llanto que la alba llora,
Seguro este ó embozado
En sus avarientas conchas?
»¿No basta que vuestras vidas
Una tabla disten sola
De la muerte, siendo tumba,
Y cadáver de sí propia,
»Aquí donde retirado
El sagrado culto mora
Del gran Júpiter marino,
Sin ardor, encienso ó pompa?
»¿Qué, ambicioso, solicitas?
Aquestas cavernas hondas
Todo interés, todo aplauso,
Religiosamente ignoran.
»Casa de Nereo es esta,
Cuyo cóncavo se adorna
Solo de pendientes votos,
Hijos de mil tablas rotas.
»No aquí el murice avariento
Ni el verde coral pregonan
La majestad de su dueño
Con menos fe que lisonja;
»Ni aquí el ámbar, desatado
Al humo de ciega antorcha,
Dos veces infiel, profana
El culto que mas honora.
»Riscos de ambicion desnudos,
Idea de mano docta,
Tachonados de marismos,
El sacro edificio forman.
»Deslizadas mil corrientes
Por entre guijas canoras,
Los ardientes riscos sudan,
En vez de prolijo aroma.
»Envuelto el silencio, vuela
Entre unas voces tan sordas,
Que tarde ó mal se desprenden
De los horrores que embozan.
»No aquí jamás entró el dia,
O con luz tan perezosa,
Que su paso alcanzó nunca
Lo cóncavo de las rocas.
»¿Cómo pues, profano, intentas...»
Y al proseguir, le divorcia
De Palemon la resaca,
Y el dia envuelto entre sombras.
Volvió Palemon á su barca,
Y aunque no el semblante, cobra
Los remos de la ribera,
Y las redes de las ondas.

ROMANCE V.

LA COPA.

En imitacion de la oda XVIII de Anacreonte:
Torno mihi labora.

Filemon, hazme una copa
Adonde el dulce Lieo
Los racimos de su frente
Me exprima en dulces conceptos.
No en ella me graves armas,
Ni los voceados hechos
De los valientes Atridas
Con el arrastrado Héctor.
Solamente allí desnuda
Lasciva me pinta á Vénus,
Desatando mil caricias
De sus amorosos pechos;
Todas las gracias desnudas,
Ondeando los cabellos
Por un mar de halagos dulces,
Sin ley fiados al viento;
Entre pampanosas vides
Y parrales de amor llenos,
Pendientes de los racimos
Mil Cupidillos traviesos;
Desnudo Amor y sin flechas;
Desnudo, que pues su pecho
Tantos fuegos alimenta,
No temerá ningun hielo.
Sean sus follajes vides,
De cuyos pámpanos tiernos
Pendan los dulces racimos,
Arrastrando por el suelo.
Sea espaciosa y profunda,
Tan igual á mi deseo,
Que navegue golfos muchos
Sin apartarme del puerto.
Mira que á mi dulce Fili
Ha de brindar con su aseo,
Yo á Filida con mil gustos,
Y ella á mí con mil festejos.
Ea, Filemon amigo,
Hazme una copa; que quiero,
De pámpanos coronado,
Hurtar á mi Fili un beso.
Quiero de mi dulce Fili
Chupar los labios hibleos,
A los susurros del vino
Arrullando el blando sueño.
Hazme esa copa, en que el gusto
Sea lisonja al veneno,
Lascivamente libado,
Del dulce panal de Vénus.
Vén tú tambien, y á las musas
Festivos ofrecerémos,
Tú la copa y yo el vino,
Y Filida los requiebros.
Mi dulce Fili, que al mayo
Presta el ámbar lisonjero
De su boca para el prado,
Como los matices bellos;
Fili, á quien cortés invidia
Del alba el blanco lucero,
Y el sol mil veces dormido

En los rayos de su pelo.
Ea, Filemon, acaba;
Que con dulce vino espero,
Con mi Filida y contigo,
No invidiar al dulce Orfeo.

ROMANCE VI.— AMOROSO.

QUEJAS DE UN AMANTE MAL CORRESPONDIDO.

El tardo paso del ocio
Seguian las tardas sombras,
Pendientes ya los arados
De los humos de las chozas,
Y de Filida seguia
Las pisadas desdeñosas
El triste Daliso, al solo
Son de su esperanza sola.
Resonaba el valle menos
Al crujido de su honda,
Della desatado el austro,
Y dél la respuesta bronca.
Menos que de su lamento
Pendientes las cumbres sordas,
De Filida el dulce nombre
Resonaban cariciosas.
Pastor pobre era Daliso,
Rica Filida y hermosa;
Ella la deidad de todos,
Y él la adoracion de todas.
Habia amor en sus pechos,
Importunamente ociosas,
Desde el oriente de entrambos
Madrugado algunas horas.
Mas como ya de su amor
Ardiese el sol en las ondas
De un profundo sentimiento,
Rebatido de una y otra,
Y le tocase la cuerda
De la coyunda amorosa,
Templada en ajenas dichas,
Bien que en esperanzas propias,
Disonantes á su oreja
Los acentos le retorna,
Que al fin tiene amor sus vueltas,
Y baila al son que le tocan.
No mal Filida queria;
Mas llegando á la forzosa,
Venció el interés, Caríbdis
Adonde fluctúan todas.
Puesto que algunas cenizas
Alumbraban cariciosas
Ciertos humos que ya fueron
De su amor claras antorchas;
Y puesto que veces muchas,
A pesar de suerte poca,
Habia en la dulce lucha
Ceñido alta laureola;
Que tambien amor sus guerras,
En campañas deliciosas
Tiene al dulce son del ócio,
Sin que haya quien paces rompa,
Del dia el último paso
Llegó con él, donde honora
El sagrado de una fuente
Lo cóncavo de una roca;
Donde al son Filida hacia
De una prolija zampoña
Tener la selva mas ojos
Que habia en sus ramas hojas.
¡Pobre Daliso, y qué hielo
Los acentos te divorcia,
Bien que á dulce maridaje
Tu esperanza los convoca!
Llegó, pues, y caricioso
Cortésmente saludóla,
Dando á su errante cabrío
Libertad, y á su congoja.
«Cruel Filida, le dice,
Mas que las infieles ondas
Embozadas en la arena
De las sirtes cautelosas,
»¿Dónde está la fe que hacias
Vivir con la selva umbrosa,
Grabada en sus verdes ramas,
Mas que no ellas vividora?
»¿Eres tú quien la corriente
De aquesta ribera corva
Volver atrás presumia
Antes que tu fe engañosa?
»¿Cuántas veces me dijiste,
Haciendo al gusto lisonja,
Que amor el cayado humilde
Iguala con la corona?
»Pues ¿cómo el blanco pellico,
Que la alba vistió de aljófar
Del tierno humor de tus ojos,
Sangriento se vuelve ahora?
»No hace el mayor sacrificio
Mayor deidad, cuando sobran
Mas los humos que no el ruego,
En los mármores que honora.
»Pobre soy, mas no compiten
Con mi ser cuantos provoca
Al honor de la palestra
La campaña espaciosa.
»Pobre sí, mas cuanto esconde
En sus anchos senos Flora,
Céres en sus rubias trojes,
Y en su regazo Pomona;
»Cuanta esquila Páles nieve,
Cuanta deidad viste conchas
Lúbrica piel, ó de escamas
Blanquea las negras rocas,
»No arden tan luciente llama
En los pechos que te adoran,
En los pasos que te asisten,
En los ojos que te gozan,
»Como mi amor, bien que humilde,
Y tú, que tanto blasonas
De saber amar, bien sabes
Que al amor todo le sobra.»
Dijo; y de zagales muchos,
Que ignoraban su persona,
Interrumpido fué el ócio,
Volviendo á seguir las sombras.

SENTIMIENTO DE UN AMANTE.

En imitacion de la oda XXXII de Anacreonte:
Hirundo tu quidem annis.

Avecilla importuna,
Golondrina enfadosa,
Que con tantos gorjeos,
Ni bien cantas ni lloras;
Tú, del fértil verano
Primera anunciadora,
Y del invierno frio
La última de todas;
Tú, siempre caminante
De una posada en otra,
Imágen de mi pena,
Nunca jamás ociosa;
¿Qué quieres, di, si apenas
Há que llegaste un hora,
Y ya de tu escarmiento
Renuevas la memoria?
Allá en la ardiente Libia,
Que los calibes moran,
¿Qué mas hacer pudieras
Con quien tu pena ignora?
Deja, déjame el sueño;
Que yo te ofrezco toda
La atencion del silencio
A tu prolija historia.
Deja dormir mis celos;
Advierte que las ondas
Que ha surcado tu vuelo
No son tan escabrosas.
Ya tú has llegado al puerto,
Ya ves la playa sorda;
Ensordezca tu pena,
Mientras la mia ignoras.

Si en la soberbia Ménfis
De las piras humosas
Has escrito en el polvo
Tu queja dolorosa,
Déjale al dolor mio
Aquestas breves horas;
Que solo á mi tormento
Se le permiten solas.
Calla, importuno halago
De suaves congojas,
Dispertador doliente
De prolijas memorias;
Calla, pues que no sientes
Las ansias lagrimosas
De un desprecio de Fili,
Mas que el mar engañosa.
¿Qué te importa mi oido?
Tus quejas ¿qué me importan,
Si forzado te escucho,
Si las mias no estorbas?
¿Qué quieres de un celoso?
En mí ¿qué aciertos logras,
Si dos partes del mundo
Ya te oyen lastimosas?
Tú vuelves cada un año,
Renovando oficiosa
La habitacion prolija,
Bien que de paja y hojas,
Bien que de pluma débil
Y de materia tosca,
De artífice elegante,
De mano culta y docta.
Ya del soberbio techo,
Ya de la humilde choza
Se desmienta en el oro,
O en el humo se esconda,
Al fin hallas tu nido,
Sin que el tiempo interponga
A tu desvío ingrato
Su mano rigurosa.
Requieres la rotura
Que aquella parte poca
De tu ausencia ignorada
Ocasionó injuriosa;
Y del consorte amigo
Pules las plumas broncas,
Que en tu lascivo llanto
Lascivamente moja.
Dulce te corresponde,
Bien sus quejidos oigas
Amorosa ó esquiva,
Ingrata ó deliciosa.
Si repites tus quejas,
Él tus lamentos goza;
Si halagos le permites,
Caricias te retorna.
Mas yo, que ni hallo el nido,
Ni á Filida amorosa,
¿Qué me importa tu pena?
Tus quejas ¿qué me importan?
¿De qué, pues, te lamentas,
Avecilla ambiciosa,
De ajenos sentimientos
Y de ternezas propias?
¿De qué, si apenas gimes,
Cuando hay quien interrompa
Con halagos lascivos
Tus ansias aun dudosas?
Deja dormir mi pena;
Que no se desahogan
Con amorosas ansias
Ansias tan rigurosas.

A UNA DAMA QUE HACIA ESCLAVITUD EL AMOR, DESPUES DE TIEMPO LARGO.

Bueno está, Lucinda,
No ha de ser por fuerza
Que yo esté arrastrando
De amor la cadena.
Basten ya los siglos
Que amarrado en ella
Me has tenido al remo,
Sin alzar las velas.
Naufragando siempre
La esperanza incierta
En el puerto amigo,
Cual si no lo fuera,
Ya mi desengaño,
Con la tabla á cuestas,
Muestra del naufragio
Las mojadas señas.
Y será razon,
Antes que se beba
El mar los escollos
Como mis finezas,
Pender la barquilla
De las fieles peñas,
Que á los naufragantes
De escarmiento sea.
Digan sus destrozos
Antes que la arena
El cruel halago
De las ondas fieras,
O vuelta la quilla,
Mire la tormenta
Desde la alta roca,
Sin romperse en ella.
Y aun allí pendiente,
Mi dolor recela
Que, en fe de tu halago,
Su riesgo alimenta.
Mas no esperes nunca
Que á las ondas vuelva,
Aunque á sus oidos
Canten mil sirenas;
Que si á tus acentos
Fueron ya de cera,
Hoy serán de plomo,
Cual de amor las flechas;
Pues ya reconozco
Que han sido sangrientas,
Para mí pesadas,
Para ti ligeras.
Y así, el mismo riesgo
Traiga á la ribera
Los crueles plomos,
La red halagüeña;
Pues que ya los años
Se han entrado en ella,
Con que á pocos lances
Romperán la cuerda.
Y así, mi Lucinda,
Que mejor dijera
Mi apacible riesgo,
Mi suave pena,
Pues que no han podido
Cuatro primaveras
Florecer mis ansias,
Viendo fruto de ellas,
Piadosa ceniza
Nuestra llama envuelva,
Antes que se mire
O apagada ó ciega;
Dejando los humos
En que arde sangrienta
Para quien se abrasa
Donde no se queman.

ROMANCE VII.

SOLICITA AMOROSA Á SU DAMA.

En imitacion de la oda 1 de Anacreonte: *Cantem libens Atridas.*

Musa, cantemos de amor,
Enmudezcan ya las guerras;
Que solo amores me agradan,
Solo me agradan ternezas.
Allá se lo haya Vulcano
Con Vénus á la vergüenza,
Jove se llovizne en oro,
Dafne en laurel se convierta.
Sea Marte un jabalí,
Y Júpiter una bestia,

Y Baco, vuelto en carnero,
Honore las cornamentas.
Anfion se arroje al mar,
Y entre espumas Galatea
De su fugitivo Acis
Los dulces miembros envuelva.
El dios corniamante suene
La genital castradera,
Bien sea de cera y cañas,
O bien de cáñamo y cera.
Váyase Anteon al monte,
Y el perricidio resuelva
Una garnacha de encina
O un alcalde de madera.
Vaina sea de su amante
La otra lasciva griega,
Cortándose toda pluma
En los filos dél y della.
Su norte siga Leandro,
Y á la luz de una lanterna,
Buzano del mar de amor,
La muerte halle en vez de perlas;
Que yo á mi Filida quiero
Entre lascivas cadencias
Abrazar con dulces versos,
Atraer con dulces quejas
Vén, Filida, y gozarémos
De la dulce primavera
De nuestros purpúreos años
Las florecientes ternezas;
Que mas quiero de tu boca
La púrpura lisonjera,
En lascivo ámbar tocada,
Que el sur declarado en perlas.
Vén, Filida, y de mis brazos
Lieo pendientes vea
Los halagos á racimos,
A manojos las finezas.
Bebamos su dulce vino,
Y la hermosa Citerea
Al brindis de sus cariños
Nuestros regocijos beba.
De traviesos Cupidillos,
En vez de dulces abejas,
En los lascivos panales
Las caricias estén llenas.
Vén, Filida, y los arrullos
De las tórtolas alterna,
Sin que en sus picos se escuchen,
Sino en las caricias nuestras.
De mi boca y de tus labios
Chupe amor lascivo néctar;
Que bien puede un beso tuyo
Melifluas hacer sus flechas.
Dame un beso, dulce Fili,
Y verás cuánto alimenta,
Lascivo incendio en mis labios,
Veneno dulce en mis venas.
¡Oh dulce Filida! oh dulce!
Oh quién siempre te tuviera
Con el agua hasta la boca,
Aunque se anegara en ella!
¡Oh dulce beso lascivo!
Oh quién de Baco pudiera
Grabarle en las dulces vides
Por acrecentarle en ellas!
¡Oh quién al blando ruido
Del ámbar que se descuelga
De tus florecientes labios
Dormir el amor pudiera!
Bebamos pues, dulce Fili;
Que mas el vino me alienta,
Desatado de tus labios,
Que no las armas de César.
Cesen, pues, las armas, cesen,
Y en lascivas cantilenas,
Baco, Filida y amor
Canten á mi amor la fiesta.

CARTILLA DEL AMOR AL USO.—SATÍRICO.

A unas damas que presumieron engañar al poeta con algunas cetrerías.

A los boquirubios,
Señorazas mias,
Que por damas duendes
Se hacen estantiguas;
Que yo soy mas negro
Que cuantas endrinas
Del árbol de Adan
Monicongo cria.
Un tiempo fuí cisne,
Mas la melodía
De mi dulce canto
Se ha tornado en risa.
Con que ya soy cuervo;
Que así cambian dias
El pelo y la voz
Con sorda armonía.
Blanca fué mi cara,
Mas, de muy curtida,
A cualquiera pié
Viene á la medida.
Pero no anda en puntos,
Aunque en sus heridas
Se descubren tantos,
Que está hecha una criba.
Los floridos prados
De vuestras caricias,
Que al hielo florecen
Y al calor marchitan,
Ya con sus humillos
Muy poco me tiznan,
Porque sobre negro
No asienta otra tinta.
Vuestra madre-selva,
Ya es mi madre Silva,
Aquella entre zarzas,
Y aquesta entre rimas;
Con que hasta su olor
Temo con espinas,
Que si no ensangrientan,
Por lo menos pican.
El traidor ceceo
Con que haceis de almíbar
La caja de guerra,
Los botes de picas,
Es á mis orejas
De la gracia misma
Que al traidor Ulises
Caribdis y Scila.
Vuestra edad primera,
Que de falso envida,
Y con cualquier punto
Con el resto tira,
Métase en baraja;
Que yo á esas pandillas,
Cuando mas no puedo,
Pierdo la *cencilla*.
En viendo que un manto
Risueño me atisba,
No solo del golfo,
Huigo de la orilla;
Cálome el sombrero,
Falseo la risa,
Y al través del viento
Pongo la barquilla;
Y así, aunque me tiren,
Como es batería
Hecha entre obras muertas
Y desgracias vivas,
A palabras dulces
Es mi pecho acibar,
Y un Bellido Dolfos
Para las Bellidas.
Ya sabeis conozco
Que sois como gibias,
Blancas por defuera,
Por de dentro tintas;
Y que cuando menos,

Tiene la mas linda
Un alma de concha,
De engaños vestida.
Pensais que me abraso,
Y son mis caricias
De pasados gustos
Heladas cenizas;
Porque á tales flores,
Por la regla misma,
Aunque cueste sangre,
Tales las espinas;
Ya vuestros anzuelos
Dagas son buidas,
Que no han de hacer lance
En mi pesquería;
Porque de los muchos
Que tragué algun dia
Tengo las agallas
Muy empedernidas;
Con que, si me agarran
Ojos ó mejillas,
Voy royendo el lazo,
Y tire quien tira.
Si llora mi dama,
Pienso que llovizna,
Y opongo á sus truenos
Cien mil letanías
De pasados gustos,
Presentes mentiras,
Poseidos bienes
Y esperadas dichas;
Y si esto no basta,
Le hago mil jarricas
De engaños al uso,
Llenos de agua tibia.
Pienso que me engaña
Cuando miel destila;
Que aquestas abejas
Con lo dulce pican.
«Mis ojos» la llamo,
Llámame «su vida»;
Mas sin ella veo,
Y sin mí palpita.
Dice que no come
Por memorias mias,
Queriendo que trague
Yo sus zainerías;
Y luego muy tierno,
Sin tragar saliva,
Le hago mil pucheros,
Con que queda ahita;
Bien que del retorno
Llevó la barriga
Llena de mas aires
Que treinta vejigas.
Dice que soy suyo,
Digole que es mia,
Y somos entrambos
De quien nos alquila.
Mas por sus desdenes
Me acuesto en camisa,
A fuer de buen gallo
Entre las gallinas.
Como mas temprano,
Y con la fatiga,
Paladeo el gusto
Bebiendo con guindas.
Paséome un poco,
Y en mi Celestina
Leo dos liciones
Y seis chilindrinas;
Con que vuelvo á verla,
Y si no abre aprisa,
En vez de disculpas,
Amontono riñas.
Juego á la trocada,
Y si me empandilla
Alguna figura,
Engordo la vista.
Dame mil abrazos,
Y entre miel y acibar
Corremos parejas
En entrambas sillas.
Pero si me pide,
Mas sordo que lima,
Abro los gaznates
Y hecho la maldita.
Finjome celoso,
Muéstraseme esquiva,
Y al cabo del juego
Todo se desquita.
Y si me amenaza,
Muéstrome de encina,
Aunque cabrahigo
Me haga su codicia.
Si merced me dice,
Doyle señoría;
Que en materia de aire
Le daré las Indias.
Oid, amadores,
Que andais todo el dia
Como entre muchachos
Perro con vejiga,
Ya el amor no es ciego;
Que agujas enhila
Y cuernos ensarta
Por cualquiera vista.
Aprended amores
En esta cartilla,
Y leed tercera
En lugar de prima.
Estudiad en mí
Leyes de Partida,
Cuestiones de Baldo,
Fueros de tomistas.
Las leyes de Toro
No os hagan cosquillas;
Que para una trampa
Son muy socorridas;
Y con el comento
De la musa mia,
Sin otros digestos,
Están digeridas.
No trateis en celos,
Que es mercaduría
Que, como el aceite,
Anda siempre encima.
Nunca entreis con lana
Donde se trasquila,
Mas con piés de plomo
Y pólvora fina.
Y si fuereis gallos,
Sea con pepita,
Sin que nadie sepa
Cuándo es vuestro dia.
A mí me han curado
De cierta sobrina
Con un mal de madre
Y achaque de tia;
Y fué el mal tan grande,
Que de una sangría,
Quedaron mis venas
De calor vacías.
Vino el desengaño,
Y al instante aplica
Un récipe nuevo
Con su Alejandría;
Con que quiero al uso,
Doy por plata alquimia,
Y por hebras de oro
Cerdas de mandinga.
No se me da nada
Que de mi enemiga
Vengan á la playa
Leños de Turquia,
Ni que desembarque
Toda Berbería
Donde yo me embarco
A velas tendidas.
Es mi amor muy llano;
Ya no tiene esquinas,
Ni hace pasacalles,
Ni echa siguidillas.
Desde mi almohada

Sé cuántos me envidian
Pagar con mudanzas
Lágrimas fingidas.
Si Paula no puede,
Busco á Catalina;
Una la hace sucia,
Otra la hace limpia;
Y en el entre tanto
Doy con mi Lucía
Un jabon al gusto
Entre mil lejías;
Y si está ocupada,
Y otro la convida,
Cuelgo la guitarra
Con la chirimía,
Y voyme á otro coro
Con la chanfonía,
A subir los fuelles
De mis organistas.
Si vuelve medrada
De ropa ó basquiña,
Nunca me entremeto
Con quién la entapiza;
Que esto es saber solfa,
Señorazas mias,
Para que sus teclas
A mis tonos sirvan,
Sin errar los puntos
De aquesta armonía
De las socarronas,
Y tal sea mi vida.

AMOROSO.

A una dama ingrata, volviéndola á rogar.

Ya, mi Fílida dulce,
Vuelvo otra vez á verte,
Gozoso aun mas que el cielo
De entre la blanca espuma el sol luciente.
Ya, mi Fílida dulce,
Vuelvo á mirarte alegre,
Y á decir que eres mia,
Mia y dulce, á pesar de tus desdenes.
Ya en mi pecho y tu ira
A ensangrentarse vuelven
Las dolientes heridas
Que en tu ira y mi pecho aun mas se encienden.
¡Oh impía, y si por ellas
El corazon me vieses!
Quizá le perdonaras,
Por no ofenderle tanto y ofenderte.
Mas ¡ay! que si conoces
Cuán agradables hieren
Tus apacibles iras,
Contra tí volverás las iras siempre.
No, pues, fulmines tantas;
Que repetidas, pueden
La inhumana violencia
Convertir en costumbre ya impaciente.
Escucha ya hermanada
La armonía doliente
De mis hierros cautivos
Con tu ira, que en ellos se enmudece.
No de la inquieta playa
Las ondas ensordecen
Al que del Nilo ingrato
Emparentó con el ruido aleve.
Deja, pues, que en el golfo
De tus iras crueles,
Aunque á mayor ruina,
Las ondas con mis ansias se sosieguen;
¡Qué dolor mas ingrato,
Que en márgen nunca estéril,
Sobresaltar la espina
Al que hallaba la rosa floreciente!
Dichoso, ingrata Fili,
Dichoso yo mil veces
Si ya de tus rigores
Los escarmientos últimos oyese.
Dichosa mi esperanza
Si tus rigores fuesen
Azar intempestivo
De los dulces ardores de tu nieve.
Deja, pues, que tus iras
Con mi dolor se acuerden,
Y el repetido llanto
Del escarmiento la cadena quiebre.
Cayendo al mar el dia,
No estorba que le esperen
En otros horizontes,
Que á muchos nace cuando á muchos muere.
Dichoso yo, dichoso,
Vuelvo á decir mil veces,
Si pasado ya el puerto,
Me asaltaran las ondas, aunque infieles.
Dichoso yo, enemiga,
Si adonde tú lucientes
Me escondes las cenizas,
Pudieras ver el humo en que se envuelven.
Mas ¡ay amor! que nunca
Menos bien se convence
La continua desdicha
Que donde mas la dicha se merece,
Tendiendo la esperanza
Los brazos á la suerte
Para que donde halagos,
Abrojos pise, áspides encuentre.
¡Oh, si de diversa estrella
La oposicion rebelde
De mi pecho y tu ira
Acordase las ansias diferentes!
Ya, pues, Fílida dulce,
Las iras se avergüencen
De ver que los halagos,
Viviendo en todos, en tu pecho mueren.

SATÍRICO.

A una dama muy desvanecida.

Niña de mis ojos,
Que, por tus costumbres,
Con las de los mártes
Me pegas los lúnes;
Sin que haya dia santo
Que, por tus virtudes,
No parezca viérnes,
Cargado de cruces;
A mi sufrimiento
Ya se le trasluce
Que lo que mas quieres
Es lo que mas cumple.
Damas como gatos,
Que al raton que huye
Siguen con silencio,
Y cogido, gruñen,
Hagan sus arañas
Donde se los curen
Con mayor herida,
No con mano dulce.
Busque el dios vendado
Otros que le ayunen
Sus fiestas movibles
Siempre en pesadumbres;
Quien de sus vigilias
Los traspasos cuide,
Y á sus flechas llame
Varas de virtudes.
Busque quien le traiga
Por sus arcaduces
Agua para el fuego
Que á tantos consume;
Y á los bobos vaya,
Para que dibujen
Cifras por los troncos
De los acebuches.
Déjeme en la calle,
Pues que contribuyen
Otros con las párias
Que á su corte truje.
Para sus algalias
Otro bobo sude
A palos el alma,
A celos el buche.
Guarden sus fronteras

Otros arcabuces;
Que ya yo soy lanza
Para sus pespuntes.
Si archivo de engaños
Parezco á sus luces,
Mi pecho es las armas
Para cuando juste;
Porque ya su aljaba
Se ha tornado estuche,
Cuyas herramientas
Cuernos son comunes.
Estas flechas tira
Porque le desnude
El mas fuerte el pecho
Cuando hacer lo excuse.
Pero ya conmigo
Bien puede ser yunque;
Porque ya no hay polvo
Con que yo estornude.
Para mí sus veras
Se han tornado embustes,
Y sus alleluyas,
Requies y capuces.
Ya son sus florestas
Huerto de legumbres,
Y su ámbar precioso,
Con su piedra zufre.
Sus leyes se han vuelto
Alcoran de Túnez;
Que sabiendo á todas,
Con ninguna cumplen.
Si en sus almadravas
Se pescan atunes,
Ya yo soy tortuga;
Y así, no me busque.
Quítese la venda;
Que ya nadie sufre
Tanta ceguedad
En quien tanto luce.
Arroje las flechas,
Cárguese de cruces;
Que le lleve á cuestas
Quien come sus dulces;
Que ya mi paciencia
De mirar se aturde
Que estoy en el suelo,
Y estás en las nubes.
Y así, no me mandes
Que de nuevo estúdie
En tus cartapacios
Nuevas pesadumbres;
Que ya leer puedo
Cátedra de embustes
Con los que en tu escuela
Tantos años supe.
Y aunque mi experiencia
De nuevo me arguye
Con tu falso amor
Para que le escuche,
Tus blandas caricias
Otra tecla pulsen;
Que argumentos falsos
Nada me concluyen.
Quiere á quien te quiere,
Sufre á quien te sufre,
Vive á lo durable,
Y mi ser no enturbies.
Hoy de Dinamarca
Frisones te ruen,
Y mañana hermosos
Potros andaluces;
Ora te enmarqueses,
O agora te enduques,
Con las excelencias
Que de merced cubres;
Ya brocado vistas,
Terciopelo ensucies,
Telas almidones
O damasco ahumes;
Que en el entretanto
Me iré á las que zurcen
Entre jerga y jerga
Mil roturas dulces.
Tañerán mi flauta,
Rascaré su adufe,
Mientras que tú escuchas
Arpas y laúdes.
Y pues que mi fe
Tan altiva escupes,
Tus sacres te vuelen,
Pues tan alto suben.

ROMANCE VIII.—LÍRICO.

Una hermosa pastorcilla
Haciendo estaba una hoguera
Para quemar de su amante
Las dulces, ya ingratas, prendas.
Quejosa, burlada y triste,
En las llamas alimenta,
Salamandria sus rigores,
Mariposa sus ternezas.
Los cordones de un zurron
Desató con impaciencia,
Adonde ardió su coraje
Mas que la encendida leña.
Lo primero que sacó
Fueron dos pliegos de letras;
Que, aunque pastor, su cuidado
Se preciaba de poeta.
Y entre unos cabellos rubios
Sacó una antigua patena
Con un Cupido desnudo,
Tirando á unos ojos perlas.
Por otra parte tenia,
Entre mil lascivas hiedras,
Un sardesquillo de alquimia
Con Vénus á la vergüenza;
Y un retrato de su amante
Bordado de rubias cerdas,
Que es la pluma del Japon
Que se cria en las aldeas;
En cuatro anillos de plomo
Engastadas cuatro piedras,
Hijas de una hermosa fuente,
Que era el sur de aquella sierra.
Sacó luego un corazon,
Que aljaba de muchas flechas
Parecia, aunque pendiente
De un verde cordon de seda;
Favor que, entre otros muchos,
Ya le habia dado ella
Por paga de otro admitido,
Y en señal de su firmeza.
«¡Ay fieles engaños, dice,
Ay crueldades halagüeñas,
Que, siendo terceros mudos,
Teneis hechiceras lenguas!
»¡Ay ciego amor, que no hay árbol
En que amarrar la tormenta
Que levantas al oido
Con tus voces de sirena!
»¡Ay dulces señas, y á un tiempo,
De quien sabia aun por señas
Deletrear solamente
La cartilla de mi escuela!»
Era niño Amor entonces,
Y aunque hacia mala letra,
Eran borrones del gusto,
Pero no de la paciencia.
Ya que al fuego se acercaba,
Se llegó Daliso á ella,
Que, encubierto de unas ramas,
Estaba de allí muy cerca.
«¿Qué haces Filida? Le dice,
¿Quién te ofende? ¿Por qué quemas
A los que el fuego no sienten,
Y á los que le sienten hielas?
»Mucho de tu esfuerzo fias,
Si tan rigurosa piensas
Quemar imaginaciones,
Que arden hasta el humo á ciegas.
»Mayor fuego es tu desprecio;
A él la venganza deja;

Que es muy costoso castigo
Hacer rostro á las ofensas.»

ROMANCE IX.—LÍRICO.

Pensativo y cabizbajo,
Puesto en un peñasco el codo,
La mano en la sucia barba,
Estaba el pastor Chamorro,
Viendo cómo van y vienen
Las aguas de un claro arroyo
Que por entre altas pizarras
Se precipitaba undoso.
Tenía la cara surcada
De lágrimas y de mocos,
Fruto que le dió un catarro
Del sereno de unos ojos.
Andaba de su pastora
Amargamente celoso,
Porque con cierto zagal
La vió bailar en el soto,
Una tarde en que las otras
Mudanzas hacian con otros
Al son de sus castañetas
Y al rumor de sus antojos,
Pisóla un pastor el pié,
Haciéndola, no sé cómo,
Dar una vuelta en el aire,
Y á su zagal mil corcovos;
De que procedió estar manca
Por siete meses ú ocho,
Haciendo otras tantas faltas
A los ordinarios corros.
Estaba ya, de quejarse,
Con el garguero tan ronco
Como si de noche hubiera
Dado voces á los lobos.
Pero con un ay de esparto,
Liado entre mil manojos
De lágrimas negras mas,
Y mas ciegas que los topos.
«¡Oh mas traidora, decia,
Que las trampas de los osos,
Y mas dura que tortuga,
La concha que no el meollo!
»¿Cómo en una vuelta sola
Me sacudes tanto el polvo?
Que ya tus tratos de cuerda
Me han sido tratos de loco.
»Si lo piensas encubrir,
Eso, Teresa, á los bobos;
Que bien se ve por la saya
Cuándo se quema el quillotro.
»Par Dios, Teresa, que es bueno
Que sea yo el astrologo,
Y que tú alces la figura,
Siendo astrolabio Bartolo.
»A fe que le quieres bien;
Juega, Teresa, de lomo;
Que ese que agora es coluna
Algun dia será rollo.
»Mas plegue á Dios que entre tanto
Que tus discantes entono,
Se te olvide lo que sabes,
Aunque se te olvide poco;
»Y que mientras en él piensas,
O hiles el cerro á trompos,
O al son de tus cabezadas
El candil te queme el copo,
»Plegue á Dios que de tus huevos
Milanos coman los pollos,
Y que al volver á mirarlos,
Se te queme el pan del horno.
»Plegue á Dios que en tus sembrados
Solamente nazcan hongos,
Y que te abrase hasta el grano
El fuego de tu rastrojo.
»Plegue á Dios que cuando ciernas
Sea el cedazo de plomo,
Pues haces tan mala harina,
Que me ha puesto cual de lodo.»

DECIMAS.

Respondiendo á una dama que se quejaba de que la dejasen, habiendo ella dado la causa.

Divina Anarda, el amor,
Como ciego apunta y tira,
Mas bien cuando quiere mira
Por no errar en el dolor;
Bien á su ciego esplendor
Se alumbra mi sentimiento;
Y así, no está soñoliento
Al ardor de vuestra llama;
Que aun otro incendio le inflama,
Mayor que vuestro lamento.
No es querer no recelar
Que se haga mayor la herida,
Pues la mas correspondida
Es difícil de sanar;
El ceguezuelo, flechar
Bien sabe el arco inhumano,
Y vos guiarle la mano
Tambien contra mí sabeis;
Y así, Anarda, ó no os quejeis,
O confesad que es en vano.
Dulce abeja á dulce flor,
Si me atreví susurrante,
Fué picar de muy amante,
Lisonjeando el dolor;
Mas si inconstante favor
Hizo de mi gusto empeño,
No es mucho que á ingrato dueño
Rompa la cadena impía;
Que no siempre muere el dia
Entre los brazos del sueño.
Vuestro cauteloso paso
No se esconde á mi desvelo,
Que mal se aduerme un recelo
A la vista de un fracaso;
No es aquel desden escaso
Que un escarmiento produce,
Y mal la nieve introduce
Su tibieza con el fuego,
Pues al fin apaga luego
La misma llama en que luce.

ROMANCE X.—SATÍRICO.

A una monja, habiendo dado al poeta unos gaznates en un locutorio.

Marica, no te perdono
Que, si no por las agallas,
Me pesques por los gaznates,
Toda la mitad de la alma;
Y menos que entre las redes
Me cojas, cuando á la playa
Se conducen mal mis pasos
A nadar sin calabazas.
Es muy bueno que al principio
Andemos á gaznatadas,
Comenzando nuestro amor
Por donde todos acaban;
Y que pendiente de un susto
Mientras que me desgaznatan,
Mariposee mi amor
De esperanza en esperanza.
Válgate Dios por Marica;
Sin duda que amor estaba
Con nosotros en las redes;
Mas á fe que no era rana.
Al fin es niño y ciego,
Y como entre bobos anda,
Al son de sus oraciones
Cualquiera devoto baila.
Bravos birotazos tira:
Por tus ojos, que me alcanza,
Por tu boca, por tus manos,
Todo el rigor de su aljaba.
Dióme con palo de ciego,
Y como quien no hace nada,
Prolongando las heridas,
Tambien el remedio alarga.

¿Esto es querer? A sus gatos
Arroje aquesas escamas;
Que por mí nunca diré:
«Ese peje á la capacha.»
Mas ¡ay de mí! si á tu fuego
Se me queman las pestañas,
¿Cómo he de estudiar el humo,
Sin deletrear la llama?
Mas dirás que no se pescan
Truchas tan á enjutas bragas,
Y en verdad que yo quisiera
Que estuvieran mas mojadas.
Pero en llegando á este punto,
Adios, y la colorada;
Que esto de andar con vergüenzas
Puede salir á la cara.

ROMANCE XI.—SATÍRICO.

A un caballero de Córdoba que pidió al poeta escribiese en un certámen de dicha ciudad, en que era juez, y no premió el asunto.

De Alejandro los elogios
Hoy, gran Zoilo, enmudezca
El ruido que en tu nombre
Miserablemente suena.
Mal año para sus obras;
Parece que fueron hechas
Para contigo en pecado,
Pues tan poco se te acercan.
No excede el mar los escollos
Con mas alta diferencia,
Ni sobre el punto arrogante
Se levanta la ribera,
Que le excedes generoso.
¡Oh bien hayan las orejas
Que el rabel admiten, cuando
La dulce lira desprecian!
Certámen á mí, que he sido
Capitan de la academia,
Con premios de hurta-cordel,
Como quien al trompo juega.
Hijo de Córdoba al fin:
«Que me maten si no es fea,»
Dije cuando vi el donaire,
Y par Dios, que salió negra.
¡Qué bien se te reconoce
Que te criaste en la escuela
De los ciegos antípodas
De Lucanos y Senecas!
Vive Apolo, que tu nombre
A una musa chimenea
He de consagrar chorizo
Con cerdas en vez de letras;
Y aun los deshechos altares
Donde miserable humea,
Entre difuntas cenizas,
Apagada la vergüenza,
He de alumbrar en tu aplauso,
Y en vez de sagradas teas,
Arder en pávilos tristes
La que desperdicias cera;
A los pendientes trofeos,
Que ya la envidia descuelga
Del glorioso monumento
Que á tu mérito se espera.
¿Qué no te debe la fama?
Díganlo cuantas cadenas
Votadas á su ruina
Aquesa ciudad vocea.
Del claro Bétis lo digan
Las encinas que alimenta;
Que bien para elogios tuyos
Tendrán voces sus cortezas.

DÉCIMAS SATÍRICAS POR SU MISMO ESTILO.

Respondiendo á las décimas de don Luis de Góngora contra Galicia.

¡Oh llanos de Andalucía,
Cuya, por decir verdad,
Cultura es ociosidad,
Cuyos frutos carestía;
Aun no os amanece el dia
Cuando á triunfos consulares
Os presumis familiares,
Siendo el mas alto solar
Antiguo familiar
De Tarifes y Aliatares!
Qualquiera avecilla vuestra
Se viste, por varios modos,
De las plumas de los godos,
Haciendo de sí gran muestra;
Mas relacion no siniestra
Me dice á tan grande estruendo
Que el sol que estáis presumiendo
Procede de nuestras luces;
Y así, llanos y andaluces,
Nadie dirá que os ofendo!
¡Oh Bétis, tú, cuya frente
No ya coronan nogales,
Sino los duros frutales
De las sienes de tu gente;
Bien de tu arena pendiente
Puedes hoy prestarme oido,
Si no es ya que, enmudecido,
Quieres que mi voz revoque
De tu Homero de alcornoque
Algun poema florido!
¡Oh serafines humanos,
De carne no, sí de hueso,
Donde son sagrado exceso
Los impulsos mas profanos!
Oh que bien jugais de manos!
Teniendo la menos tierna
Cara que alumbra su pierna,
Pierna que ciega su cara,
La que aun de dia no es clara,
Siendo á la noche lucerna.
¡Oh mujerigo labrante,
Cuyo oficio, cuya tela,
Ningun marido recela,
Aunque la trame el amante;
Donde cualquier caminante
Puede entrar su lanzadera,
Cortando toda tijera
A su gusto de vestir,
Sin que se pueda zurcir
Jamás rotura tan fiera!
¡Oh posadas de ladrillo,
Arcas de Noé, adonde
Llamo al huésped, y responde
Un venado ó un novillo;
Donde cualquier pececillo
Vale por una ballena,
Siendo de juéves la cena
Y de viérnes la comida,
Vinagre y hiel la bebida,
Y el lecho un golfo de arena!
¡Oh Adónis, valientes non
Con la lanza ó con la espada,
Sino con lengua aforrada
Y doblado corazon;
Vuestra rueda es de pavon,
Vuestra arrogancia de pluma;
Y así, aunque mucho presuma,
En mirándose á los piés,
Toda esa jactancia es
Lo que en las ondas la espuma!
Yo vuestra gala no os niego,
Mas sois como el caracol,
Que los cuernos saca al sol,
Y se queda en carnes luego;
Que os calienta poco fuego
Por esta causa presumo,
Alumbrando á lo mas sumo
Cual esparcidas centellas,
Que el calor, la llama y ellas
Presto se resuelve en humo.

SATÍRICO.

A las damas cortesanas de Granada.

Sirenas del Dauro,
Que, cual sus almendros,

Floreceis temprano,
Y os marchitan luego;
Y si acaso dais
Algun fruto nuevo,
O es desazonado,
O con mucho hueso;
Las que andais de dia,
Un ojo cubierto,
Destapando el otro
En anocheciendo;
Así la humedad
De su márgen bello
Para mi ensalada
Os convierta en berros,
Que me estéis atentas
Mientras llorar quiero
De vuestras virtudes
Los heróicos hechos,
Con que habeis rendido
Mil Hércules griegos,
A vuestras columnas
Dando sus trofeos,
Sin que hayan podido
Pasar el estrecho,
Donde del *plus ultra*
No los halle el riesgo.
Blanco haceis las caras,
Adonde tiremos,
Con fuerzas ajenas
Y artificios nuestros.
Soliman lo diga,
Que está como un perro,
Matando cristianos
Con moros venenos.
Castilla del oro
Haceis el cabello,
Siendo monicongo,
O muy poco menos,
A Jasones tontos
Medeas vendiendo,
Cerda de Mandinga,
Por vellones bellos.
Que es Sierra-Nevada
Vuestra frente creo,
Copos de albayalde
Nevando su cielo,
De cuya blancura
Y de cuyo hielo
Bolsas cantimploras
Siempre beben fresco.
Vuestras rubias cejas
Fueron bosque espeso,
A no entrar las pinzas
A talar sus fresnos.
De sus globos vuelven
Vuestros dos luceros,
Estrellas errantes,
Locos movimientos.
Siendo en una causa
De contrario efecto,
Para el rico linces,
Para el pobre ciegos.
El cañon bruñido,
Zona de ambos cielos,
Que á un manto Equinocio
Varia mil tiempos.
Ya escopeta hiere
Los amantes pechos,
Con fingida planta
Disfrazando el hierro.
En sus hombros carga
El atlante cuello
Un mundo de engaños,
Con visos de cielo;
Sin que haya quien crea
Que mas es infierno
Cielo que sustenta
Tantos tragaderos.
Y aunque fué coluna,
Y arroyo se ha hecho,
Donde ofrendas cuelguen
Verdugos intentos,
Cacos las mejillas
Hurtan con aseo,
A Granada el polvo,
Y á Guadix el fresco;
Mezclando azucenas
Con claveles tiernos,
Que ni dan abriles
Ni quitan eneros.
Ya son de rubies
Labios macilentos,
Siendo de su tinta
La India el tintero;
Cambiando mil perlas
A dientes ajenos,
Que fiestas movibles
Huelgan tantos necios;
Bocas clavicordios
Que con un ceceo
Tocan mil clavijas,
Dando á logro el viento;
Mintiendo lo hermoso
El cristal del pecho,
Es de larga vista
Para cerca y léjos;
Y al revés su luna,
Cuando va creciendo,
Al menguar los cuartos
Aumenta los cuernos.
Los brazos seglares
Son de todo dueños,
Turbando cabildos,
Coros revolviendo;
Votos y elecciones
Usurpando en ellos,
Con que hacen sus mangas
Con mozos y viejos.
Son marfil las manos,
Con mil embelecos,
Limas á lo sordo,
Ganzúa á lo ciego.
Guantes, calabozos
Crueles rompiendo,
Por mostrarse libres
Con engaños nuevos.
El mar de cintura,
Mayor que el Egeo,
Tratos de una cuerda
Hacen ser estrecho;
Adonde se pierden
Cuantos marineros
Leandros se arrojan
Desde Abido á Sexto.
De Vénus la esfera,
Que en corto hemisferio,
Con varios influjos,
Mónstruos forma fieros,
Ya es campo en que vencen
Abortos inciertos
De temidos partos,
Trances de horror llenos.
Y pues he llegado
Adonde no puedo
Pasar adelante,
Sin echar por medio;
Que aunque hay una puente,
Tiene un ojo ciego,
Y vive el peligro
Un tabique en medio;
Porque sus puntales,
Cuanto son mas tiernos,
Mas presto derriban
El mayor esfuerzo.
Sirenas del Dauro,
Que con dulces ecos
Cantais en rabeles
Por el tono sexto,
Veis aquí un retrato
Del coloso vuestro,
Maravilla á muchos,
Desengaño á inmensos.
Perdonad el mio,
Y pues canto á ciegos,

Véanse en mi daño,
Que es muy buen espejo.

SATÍRICO.

A una beata, tercera muy entremetida.—En imitacion del romance burlesco de don Luis de Góngora.

Al rio, zagales,
A lavar, zagalas;
Que se apaga el fuego
Y se enfria el agua.
Una buena vieja,
De gloriosa fama,
Que enseña las niñas
De aquestas que labran
Puntas con encajes
En sus almohadas,
Y en sus acericos
Pespuntes y randas,
En un cierto barrio
Alquiló una casa,
Donde sus amigas
Hagan sus coladas.
Con la sed de amor
Corren á esta balsa
Dos mil sabandijas
De naciones varias,
A que con su mano,
Pues tiene tal gracia,
Como el unicornio
Bendiga las aguas.
Entran á lavarse,
Pero mas se manchan,
Porque la salida
Se va por la entrada;
Mas la buena vieja,
Con muy lindas mañas,
Sin faltar á nadie,
Encubre estas faltas.
Da muchos jabones
A las que no lavan,
En cualquiera piedra,
Con cualquier cernada.
Tiene para el frio
Grandes llamaradas,
Muchos tendederos
Y sogas muy largas;
Y para el verano,
Es toda su casa
Un jardin de amor,
De hermosuras varias.
Tray siempre, á lo grave,
Toca repulgada,
Y antojos preñados
De vista muy larga.
Tenia, aunque pobre,
Muy buenas alhajas,
Todas al quitar,
Propriedad de santa.
Largas son sus cuentas,
Con que á todo alcanza,
Y por eso nunca
Deja de pasarlas.
En el cabo de ellas
Tray una medalla,
Con mas de mil muertes,
Hechas con mil gracias.
Tiene escapulario,
Adonde se ganan
Muchas indulgencias
Todas las semanas,
Y su bordoncillo,
Que le pica y rasca,
Adonde se arrima
Cuando está arrobada,
Y una gran sortija,
De memorias largas,
Que es su familiar
En la mesa y cama.
Era de la cinta
Muy grande cofrada,
Pero ya es tercera
Para templar cuartas;
Y aunque lo parece,
No es santularia,
Que antes con su vida
A todos engaña.
Es un oratorio
De noche su casa,
Aunque á sus maitines
No tocan campanas.
Entran allí ciegos,
Y ven á la clara
Todo cuanto quieren,
Solo con tocarla.
Y aunque en sacar hijos
Tiene grandes faltas,
Siempre las pelotas
Pasa de la raya.
Pero sus reveses
Nadie los alcanza,
Aunque nunca vuelve
Tan bien como saca.
Salen de ordinario
Allí las casadas,
Y cuanto mas salen,
Vuelven mas picadas;
Paraiso en que
Sus maridos tragan,
Sin fruta de vida,
Segunda manzana.
La doncella hermosa
De aprender no acaba,
Sin dejar de serlo,
A ser una santa.
Y es tal su virtud,
Que siempre cargadas
Andan con la cruz,
Con ser muy pesada.
Allí la viuda,
Aun mas remilgada,
En lugar del muerto,
Muchos vivos halla,
Sin sentir el frio;
Que es muy buena manta
La bendita vieja
Para cobijada.
Tambien con las monjas
Mas arrinconadas,
Que á poder de rejas
Quieren ser labradas,
Hace sus barbechos;
Que, por muy cerrada,
No es la tierra estéril
Cuando bien la labran.
Solo allí no entran
Señoras togadas,
Porque ven los toros
Desde sus ventanas.
Y como cualquiera
Las tiene en la plaza,
Llegan á la nueva,
Y con todo arramblan.
Remedia tullidos
Y personas mancas,
Y las faldriqueras,
Cual colmenas, castra.
Toda de milagros
Llena está su casa,
Donde hay manos rotas
Y piernas quebradas.
Allí hay corazones,
Acullá mortajas,
Aquí muchos ojos,
Allí muchas almas.
Arcabuces rotos,
Rodelas colgadas,
Y pólvora sorda
Con sus rociadas.
Dejan sus muletas
Allí las mulatas,
Y con sus virtudes
Las convierte en blancas.
De los cornadillos

Que le da quien pasa,
Tiene puesto un cepo
Para meter almas;
Que sus indulgencias,
Aunque son tan ámplias,
No quitan tormentos,
Puesto que los pagan.
Y en efecto, es,
En obra y palabra,
Un hechizo toda,
Que á todos encanta.

DÉCIMAS.

A una monja que queria la galanteasen.

Marica, yo soy Carnal,
Tú Cuaresma, y no podemos
Juntar estos dos extremos
Sin pescado original;
No hallo medio natural
Que pueda darnos remedio;
Sin duda es milagro el medio,
Y si milagro ha de ser,
Marica, ver y creer,
Y echarémos por enmedio.
Yo confieso que el pescado
Me sazona mas el gusto,
Aunque tiene algo de susto
Aquesto de echarse á nado;
Mas el tuyo es tan guardado,
Que siempre de las agallas,
Sin saber dónde te hallas,
Me quedo asido á las redes;
Con que veo que no puedes
Abrillas como cerrallas.
Hagámosla, pues, cerrada,
Dulce Marica, y amor
Cure el dolor con dolor,
Pues nada hiere con nada;
Consulta con su almohada
Si yo soy rana ó tú peje;
Pero no, que es un hereje,
Y dirá que con su tacha,
Peje ó rana, á la capacha,
Y está mejor que nos deje.
Haya, pues, conversacion,
Cuanto llegue á la camisa.
Porque no ha de ser precisa
Voluntad la obligacion;
Que una monja sin jamon
Es un jarrete sin lonja,
Y agua que aun con una esponja
Jamás se puede coger;
Y así, ¿quién la ha de querer,
Aunque sea por lisonja?

ROMANCE XII.—SATÍRICO.

A un poeta de la ciudad de Lucena, que, sin darse á conocer, censuró con aspereza el soneto XLVII, al señor duque de Cardona.

Incógnito poeticida,
Que mis números censuras,
Pitagórico Zoilo
De los ceros que no sumas;
Gramaticon de la escuela
Del gran padre de las uvas,
Adonde un mosquito mas
Que treinta vocinas zumba;
¿Tú al sol examinas luces?
¿De cuando acá las lechuzas,
Noctivagamente rayos,
Cual si fuera aceite chupan?
Su incestuoso graznido,
¿De cuando acá se pronuncia
En armoniosas luces
Con voces tan lucifugas?
¿Qué sabes tú de Aganipe?
¿Piensas que á coplas enjutas
Has de pescar, ranicista,
Los conceptos como truchas?
¡Qué justamente presumes!
Qué noticias! Qué gran pluma!
Qué sonantes cartapacios!
Qué lirizada bandurria.
¡Mal año en tu competencia
Para cuantos aventuran
Del corvo marfil la oreja
A lo cuervo de la tuya!
Yo aseguro que á tu acento,
Mas veloces las tortugas,
Que al mar la playa corrian,
Que á Granada las malucas.
Contigo no simbolizan
Las crecientes de la luna,
El pavon mas ojerizo,
La garza mas ojeruza.
Yo aseguro que conoces
Las virtudes de la ruda,
La quinta esencia del puerro
Y la flor de la lechuga.
Sin duda á la flor del berro,
Y á la del ócio sin duda,
Saltando de rama en rama,
Te andas bebiendo las uñas.
Si no es que bebes los vientos,
Camaleoncillo de azúcar,
Por ver si de algun buen aire
Sopla alguna vez la musa;
¡Qué armado de punta en blanco,
Y galan de tinto en punta,
Estarás enamorando
Fieramente á doña Cuba!
¡Oh qué fieros birotazos
Tirarás á su hermosura,
Con el arco de un tonel,
Plantado de línea curva!
De hoy mas el templo de Apolo
Deberá á tu crencha rubia
Mas rayos que en los solsticios
De ambos mundos se columpian.
Mas bien sabes, ranicida,
Cuán abortiva se arrulla
La adopcion mas elocuente,
Si la afinidad rebuzna.
Y mal ignorar se deja,
Aun entre ceguedad mucha,
Concepto que, á fuer de abrojo,
Menos florece que punza.
Cuál es su mano derecha,
Muchos hay que lo presuman,
Mas ¿cuál tronco, bien que rudo,
No afecta deidades cultas?
Grazna, pues, patavinista
De la escuela de las pullas;
Que el cisne, aun cuando se muere,
Hace de la muerte burla.
Y advierte que há siglos muchos
Que saben aun las criaturas
Que nadie vende mas humos
Que quien se quema y no alumbra.

ROMANCE XIII.—AMOROSO.

Del Genil claro en la playa
Estaba el pastor Francisco;
Que no siempre en los pastores
Ha de haber nombres postizos;
Allí donde desatada
La nieve en torrentes frios,
Parece que de sí huye,
O que se peina en los riscos.
Era el pastor un Adónis
Aforrado en un cabrito;
Que no siempre los Adónis
Juraron de lechuguinos.
El cabello y barba eran,
Como los ojos, endrinos,
La nariz un almendruco,
Y la boca un madroñico.
Lo demás de su persona
Aforraba en un pellico,
De mucho desden zurrado
Y de mucho amor curtido,
Donde birotazos muchos

De no pocos Cupidillos,
Fiero carcax escondia,
Entonces harto prolijos.
Fieramente enamorado,
Y fiera correspondido
Estaba de una zagala,
Con mas nudos que un membrillo,
Algo engerta en cortesana,
Y de años tres veces cinco,
Un sol de azabache toda,
Que tambien hay soles indios;
Negra la noche en su frente,
Un mar peinaba dormido
De ensortijados Leteos,
De halagüeños precipicios;
De pardo sayal sus ojos
Villanamente vestidos,
Encapotaban su gesto
Desde el *Crucis* al *Per-signum*.
Con lo cual, aunque dé en rostro
A los poetas equívocos,
No le darémos en cara
Con ningunos desaliños.
De las manos, que habia dado
Á la garganta un armiño,
Parecian unas y otra,
Y lo demás ello mismo.
Quiso el pastor navegarla,
Y en tanto mar zabullido,
Mas negro se halló que pez,
Y agarrado en el garlito.
Era rica la pastora,
Pobre el zagal, y á este viso,
Él la lloraba muy falsa,
Y ella le reia fino.
Allí, pues, acompañado
Estaba del claro rio,
Si acompaña quien se va,
Y las mas veces corrido;
Devanando entre mil quejas
Un llanto, que hilo á hilo
De una madeja de engaños
Desataba pensativo.
«Dichoso tú, que te vas,
Decia, adonde sorbido
Serás del último riesgo,
Dando término al castigo.
»Infelice yo, pues quedo
Adonde eternos pellizcos
Me está dando el corazon,
Entre mil halagos tibios.»
Con esto, sacó un retrato
De su pastora, á quien dijo,
Entre mil ansias dispiertas,
Cien mil pesares dormidos.
Y viendo que ya la noche
Venia dando mil gritos,
Al sol, que aun en la alta nieve
Ardia con rayos frios,
De crepúsculo se puso,
Y llamando al son de un silbo
Sus errantes ovejuelas,
Tomó en la mano el camino.

AMOROSO.

A una dama ausente y remisa.

Despues que me dejaste
¡Oh Filida! cual dejan
Las ondas impacientes
En su ira embozada la ribera,
¡Oh cuántas mi desvelo
Duras brotó centellas
Del corazon, herido
Con el impío acero de tu ausencia!
¡Oh cuántas vió en mi llanto
Encendidas tinieblas
La tarda noche, huyendo
El duro son de mis prolijas quejas.
¡Ay enemiga, y cuánto
Desiguales fomentan
Pasos que huyendo siguen,
O pasos que siguiendo no se acercan!
Mira que ya en el pecho
Las heridas se encuentran,
La vida que estas quitan,
A la salida embarazando aquellas;
Y que no es gran trofeo
De la nerviosa cuerda
Ver sacudido el arco,
Pues no hay oposicion á la violencia.
La insidiosa mano
Que, embozada en la selva,
Desde las sombras nace
A insultar la corcilla soñolienta.
¿Qué aplauso fia al robre,
Aunque en sus ramas penda
Del engañoso acero
La frente no vencida, bien que opresa?
No bien en los altares
La sangre se calienta
De víctima engañada
Al resonante son de la cadena;
Y nunca las cenizas
Sin venganza se quedan,
Pues aun el humo dice
La poca fe que resplandece en ellas.
Bien sabes, dulce ingrata,
Cuán pocas veces yerra
Los afectos quien arde,
Adonde muchos ruegos se calientan;
Que no siempre un deseo
Se ha de alumbrar á ciegas,
Pues bien pierde las alas
Quien adora la llama en que se quema.
Mas yo, que miro el golfo
Desde la playa incierta,
Y dos veces al riesgo
Fio, dudoso, las dudosas velas,
¿Por qué en el puerto amigo
Permites que padezca,
Sin arrojarme al golfo,
Adonde premio el escarmiento fuera?
¿Por qué, si aun de la playa
Tiene filos la arena,
Que hiere cuando halaga,
Cariciosa embozando la tormenta?
Dirás que en la ceniza
Aun se esconde halagüeña,
Del no cumplido voto
La dulce fe que mucho incendio sella.
Mas ¡ay dulce enemiga,
Y cuánto es menos fiera
La herida que fallece,
Que no la que al remedio no se cierra!
Bien enemiga dije;
Asi dulce dijera,
O de una vez ingratas,
Examinara las dudosas flechas.
¡Oh, si ya mis acentos
Llegasen á tu oreja,
Sin revocar, prolijos,
Del templo de tu ira mis cadenas!
¡Oh amor! ya lo permita;
Que no es preciso tenga
Siempre sangriento el arco,
Pues aunque duro, alguna vez se quiebra.

ROMANCE XIV.— LÍRICO.

«Filida, pues de amor sabes,
No andemos en niñerías;
Que ojos zarcos, trenzas rubias
Me están haciendo cosquillas.
»Confieso que amor es niño,
Y que por serlo, podria,
Al son de mis dulces ansias,
Estarse haciendo jarricas;
»Mas haya entre llanto y llanto
Algo que parezca risa;
Que las lágrimas son agua,
Y se quedarán corridas.
»Abrasáronme tus ojos
La mañana mas bendita

Que de la mejor aurora
Desprendió el mas alto dia.
»Y así, para tanto fuego
No viene bien agua tibia,
O dar materia al incendio,
O al viento dar las cenizas.
»¡Qué fiero está el ceguezuelo!
Bravos birotazos tira;
Al fin anda el pobre en carnes,
Y así muestra las heridas.
»Andemos, pues, á su paso;
Déjame curar la mia,
Y el ceguezuelo se arrulle
Al son de nuestras caricias.
»Arroje el arco y la aljaba,
Pues con tus desdenes tira;
Que para mí cualquier susto
Es pieza de artillería.
»Echémonos con el resto;
Que no hay mayor fullería,
En el juego del amor,
Que querer á quien embida.
»Quiéreme, pues yo te quiero,
Y á un mismo ardor se derritan
La nieve con que me abrasas,
El fuego con que te enfrias.
»Basta para quien se ahoga
Estar léjos de la orilla,
Sin que la playa le esconda
Una y otra onda esquiva.»
Esto al són de su bandurria,
Daliso, un pastor, decia
Al oido soñoliento
De su amorosa enemiga.
Y viendo que poco á poco
Ya la alba desenvolvia
El recien nacido sol
De las mojadas orillas,
Lió el trompo á malas noches,
De tal suerte, que podia
El hielo de su esperanza
Hacer la Etiopia fria.

ROMANCE XV.—LÍRICO.

Señora doña Lucinda,
Pues sabe querer, y sabe
Que donde un amor se cierra
Trescientos amores se abren,
Acortemos de desdenes,
Y no echemos en la calle
Al primer tapon los gustos;
Que habrá quien nos los repare.
Abrasáronme sus ojos
De San Lorenzo en la tarde;
Mas no porque lo confieso,
Quiera vusted que sea mártir.
Bien es que de tanta fiesta
Víspera sean azares,
Pero no que me chamusque
En lugar de calentarme.
Tengamos amor que dure;
Que no ha de ser de portante,
Puesto que será de porte
Cuando yo la nema rasgue.
Esotro dia me dijo
Que la asistiese en el baile,
Donde todas las zagalas
Festejaban los zagales.
Y par Dios, que fuí el primero;
Pero debió de olvidarse,
Si bien donde se hacen vueltas
Es de admirar que faltase.
Si fué por darme una vuelta,
Y picarme y repicarme
A castañetas cerradas
Y á muy abiertos ultrajes,
Andaréle yo á las vueltas,
Y aunque á las mudanzas ande,
No negará por lo menos
Lo que por lo mas negare.
Déjese, pues, de desdenes,
Y al son que le hago cante,
O adonde las dan las tome;
Que quien las sabe las tañe.
Volvíme, al fin, como todos,
Cuando las nocturnas aves
Volaban, en vez de plumas,
Con muy pesados celajes.
Y aunque anocheci á su puerta
Y amanecí á sus umbrales,
Quedóse amor á la luna,
Y no sé si fué menguante.
Salió el sol y entróse la alba,
Donde cien mil sacristanes
De la capilla del dia
Solfeaban mis pesares.
Y vusted queda que queda;
Baste, pues, de burla, y baste
Que fluctúe la paciencia
Sin que se anegue el coraje.
Toque al arma Cupidillo,
Sin que se rompan las paces,
Y verémos á qué oido
Llega el eco de los parches.

A UNA DAMA AUSENTE.

Sobre el lugar de Virgilio: *Ne lacrimis crudelis amor*, etc.

De flor las abejas,
El amor de llanto,
De vides las cabras,
Ni de yerba el campo,
Se ven satisfechos,
Oh Filida, en tanto
Que en mi rostro miran
Tu desvío ingrato.
No bien se avecinan
Del planeta helado
Las húmedas llamas
Al luciente carro,
Cuando á mis suspiros
El mar alterado,
O enmudece el dia,
O le invia tardo.
La selva, que un tiempo,
Mi voz imitando,
Repetia umbrosa
Tu nombre sagrado,
Aun aquese alivio
A el dolor negando,
En sus troncos deja
Mis ecos grabados.
Aqueste arroyuelo,
Que con mudo paso
Corria festivo
Por oir tu canto,
Ya entre las arenas
Su curso embozando,
La prolija playa
Humedece en vano.
Las ramas adonde
Mi voz, resonando
De Filida el nombre,
Producia halagos,
Pálido escarmiento
Son al verde prado,
Y á las dulces aves
Avarientos lazos.
La robusta encina,
Que un tiempo retrato
Fué, sudando néctar,
De mi dulce engaño,
Ya en vez del susurro
Amoroso y blando,
Alimenta un áspid
Cual tu pecho ingrato.
Las veloces sombras
De los montes altos
A caer no aciertan,
Descubriendo el llano,
Quizá por no verme,
O porque el pesado

Humor de mis ojos
Les agrava el paso.
Ya tu dulce nombre,
Como há tiempos tantos
Que en fecundos troncos
Le escribió mi mano,
Con las ramas crece,
Mi amor ocultando;
Que caduca hiedra
Las abraza en vano.
¿Cuándo será el dia,
Oh Filida, cuándo,
Que la cuerda aflojes,
O se rompa el arco?
¿Cuando será el dia
Que aquestos collados,
Los profundos valles
Y los rios claros
El semblante cambien,
En que demudados
Los dejó tu ausencia
Tan prolijos años?
Vuelve ya y divide
De mi tiempo infausto
Los prolijos dias,
De vivir cansados;
Y á tu sombra muera
Quien vivió á tus rayos,
Si acaso la suerte
Oye al desdichado.

ROMANCE XVI.—HERÓICO.

A una dama ausente, que se ofendia de lo mismo que debiera obligarla.

El mar enmudezca cuanto
Escollo en la playa undosa,
Al doliente oido ingratos,
Los acentos me revoca.
Enjugue humilde centella
La alta inquietud de las ondas,
Que á mi escarmiento en la playa
Se esconden insidiosas.
Rémora el volante lino
Sea de una playa y otra,
Y bien á pesar del viento
A mucho mar mucha roca.
Humilde red prenda el golfo,
Cuyos eslabones rompa,
Tarde ó mal ó en vano, el corvo
Cetro de la playa corva.
Bien tanto piélago, ingrata,
Tu oreja disculpe sorda,
Si en el caido mi llanto
Tu ingrata vista no informa;
Mas si aun te avisa la arena
En las corrientes que arroja,
Bien que mudas de mi llanto,
¿Cómo así mi llanto ignoras?
¿Quién se ha ofendido del ruego?
Quién hay que no reconozca
Mas deidad en la obediencia
Que en los ardientes aromas?
Destroce el golfo la nave,
Que pendiente de las rocas,
Siempre que acusa el escollo
Sus mayores triunfos logra.
¿Qué importa que mis ardores
En tus tibiezas escondas,
Si alumbra el humo las aras
En que aun arde tu memoria?
En vano, Filida, en vano
La carrera polvorosa
Profunda las ruedas, si antes
Al riesgo el valor se arroja.
¿Tan poco es mi amor, que entiendes
Poder á distancia corta
Alcanzarle el sufrimiento
Y anegarle en la congoja?
¡Lo que has de amar aborreces!
Muy poco, Filida, importa
Que la playa el mar desvie
Si el mar á mil playas sobra.
Que la noche apague el dia
Es ceguedad de las sombras,
No crédito de sus luces,
Pues que la mayor ignora.
Por cuantas estrellas viste
En luciente voz pregona,
Que á beber al sol los rayos
Por tantos ojos se asoma.
¿Qué, pues, con mi fe pretendes?
¿No ves ya en la tabla rota
Las señas de mi naufragio,
Que en tu desvío se honora?
Tu ingratitud y mi amor,
En una distancia propia,
Están igualmente haciendo
De la ruina corona.
¿Cómo, pues, vencerle quieres,
Si es preciso que responda
La cuerda al pulsar del arco,
Hasta que el arco se rompa?
Redima el hombro ya el peso,
O los eslabones dobla;
Quizá lograrás propicia
Lo que prolija no logras.
Bien lisonjea la herida
La corriente que la moja;
Mas el humor ya perdido
¿Dónde nuevo aliento cobra?
Dilátese, pues, y arroje
Con la flecha la ponzoña,
O fallezca la ruina
Donde fallece la gloria.
Mas no eslabones arrastre
Quien, ya las prisiones rotas,
Al duro son de los hierros
Aduerme sus quejas propias.
Rómpase ya mi esperanza,
Y conocerás que sobra
Aun sin ella tanto amor
Cuanta ingratitud blasonas.

ROMANCE XVII.—SATÍRICO.

A unos críticos censuradores de todo.

Señores antipoetas,
Que aun los versos ya olvidados
A su juicio final
Resucitan por ensalmo;
Vustedes, que á toda pluma
Tiran tan feroces tajos,
Que, de puro abierta, apenas
Puede escribir garabatos;
Los que tantas obras tienen
Acabadas, esperando
El graznante advenimiento
De algun presumido ganso;
Descúbranse ya esas caras,
Y de sus obras veamos
La equívoca faz; sabrémos
Quién son los cisnes del Dauro.
Y digan, pues nada ignoran,
Segun dicen, ¿qué es ser sábio,
Qué ignorante, qué poeta,
Qué político y letrado?
¿En qué pecó Juan de Mena
Y aquel grande lusitano,
Honor de uno y otro siglo,
Y de todos gloria entrambos?
¿En qué don Jorge Manrique
Y el inmortal Garcilaso,
Por quien Madrid es Aténas
Y por quien Caistro el Tajo?
El divino Herrera ¿en qué
Les ha parecido humano,
Y en que menos el que mas
Trofeos rindió al teatro?
El gran padre de las musas
¿En qué pareció padrastro,
Y de quién será segundo
Jáuregui de los pasados?
El Hurtado de Mendoza,

Tambien de Aganipe Hurtado,
Sin quien la corte los filos
Tiene ya como embotados,
¿En qué dejó de ser grande,
En qué, don Guillen de Castro,
Mira de Méscua, Molina
Y el felice trinitario?
Los dos soles de la corte,
Cuyos fólios soberanos
Al Ebro, al Bétis no solo
Dan luz de fecundos rayos,
En comentar ¿qué perdieron?
Qué laurel no granjearon
De Salcedo y Pellicer
Los blasones literarios?
El que á la fama dió vuelo
Desde el valle Araucano
Hasta donde nace el sol,
Escribiendo y peleando,
¿Qué defectos, qué ignorancias
Tiene, á quien no dé Lucano
Preceptos á las historias,
Métricamente ajustados?
Aquel que cantó las armas
Que en el golfo de Lepanto
Oprimieron las riberas,
Duramente militando,
¿En qué delinquió? decildo;
Que no es bien censurar tanto,
En fe de largas orejas,
Sin créditos de muy asno.
Los archivos de las ciencias,
Nuestros grandes ciudadanos,
Cuyos aciertos Granada
Produce en fecundos granos,
¿En qué, señores Zoilos,
Durísimos Aristarcos,
Momos invidiosos, ciegos
De ciega ambicion guiados;
En qué les parece yerran?
¿Atreveránse á enmendarlos,
Sin hacer mayor la herida
Con sus versos afilados?
Naveguen profundos mares,
Dejen el humilde charco
De sus versos, y verémos
Si pueden salir á nado.
Si es poco ingenio imitar,
Traducir, hacerse esclavos,
Seguir preceptos, flaqueza
Y andar por ajenos pasos;
Tocar fábulas, estilo
De ingenios para trabajo,
Y ceremonias de altares
Ya del tiempo profanados;
Presuncion usar de frases,
De nombres, estilo claro,
De verbos, desatencion,
De rodeos, embarazo;
Sin mirar que la poesía
Es imitacion, mostrando
Por medio de sus agentes
Relacion, concepto y caso;
Que la fábula es su esencia,
No el estilo encadenado
De los versos, no la historia,
Segun pasó, no los años.
Verémos de qué se pagan
Gustos tan desalumbrados,
Que andan siempre entre dos luces,
Sin ver que se están quemando.
Su academia censurante
Verémos si hace milagros
Con los sudores ajenos,
Midiéndolo todo á palmos.

LETRILLA I.—TROVADA.

Soy toquera
Y vendo tocas,
Y tengo mi cofre
Donde las otras.

Es chiquitico y de cuero,
Tiene el pelo rubio y liso,
De los que en el paraíso
Adan descubrió el primero;
En él recojo el dinero,
Que vacio de muchas bolsas,
Y tengo mi cofre
Donde las otras.
No tiene hierros ningunos,
Porque nunca esté mohoso,
Aunque, por lo dadivoso,
Tal vez se toma de algunos;
Y hasta en advientos y ayunos
Me sirve de muchas cosas,
Y tengo mi cofre
Donde las otras.
Él se ensancha y se reviene
Conforme á la cerradura,
Y no tiene mas anchura
De la que la llave tiene;
Pero cualquiera le viene,
Porque lo acomodo á todas,
Y tengo mi cofre
Donde las otras.
Las tocas encarrujadas,
Como tan tupidas son,
Las meto sin almidon,
Y salen almidonadas;
Siempre las meto estiradas
Y siempre las saco flojas,
Y tengo mi cofre
Donde las otras.
No es un tahur mas voltario,
Siempre haciendo presa y pinta,
Aunque está de mala tinta
Si pasa del ordinario;
Y aunque en querer es muy vario,
Siempre á envidar se acomoda,
Y tengo mi cofre
Donde las otras.

LETRILLA II.—TROVADA.

Miedo guarda viña,
Que no viñador;
Y así, hermosa niña,
Guárdate de amor.
A la niña hermosa,
De las manos lindas,
Mas rubia y mas blanca
Que las clavellinas;
La que de mi escuela
Leyó la cartilla,
Pasando entre todas
La lecion de prima;
La que al mejor juego
Siempre me empandilla
Para darme en todo
El basto y malilla;
Ya no me da escritos
Por su reendija,
Billetes de gusto,
Como hacer solia.
Debe ser la causa
Cualque fullería,
Con que su ganancia
Es mas extendida.
Diz que á resto abierto
Jugó el otro dia
Un gusto prestado
Sobre su basquiña,
Con un perulero,
Que otras nuevas Indias
Colon descubriendo,
Cada paso envida;
Y estando en el juego,
Los vido su tia
Jugando sus cuartos
Con mil chilindrinas.
Tenia merienda,
A fuer de Galicia,
Entre dos jamones

Una longaniza,
Con la cual y el juego
Sonó la mesilla,
Cual si por la posta
Fueran á la China.
Y por un envite
Que tal le metia,
A vuelcos andaban,
Como quien trompica.
Riñendo la vieja,
Soltó la maldita,
Porque de barato
No tomó una brizna;
Mas ellos responden
Con muy grande risa:
«Ya está descartada;
Y así, calle, tia.»

LETRILLA III.—TROVADA.

¡Válgame Dios, que los ansares vuelan!
Válgame Dios, que saben volar!
Andando en el suelo
Vide un ansar chico,
Y alzando su pico,
Vino á mí de vuelo;
Dióme un gran consuelo
De verlo alear.
Válgame Dios, etc.
El ansar gracioso
Comenzó á picarme,
Y aun á enamorarme
Su pico amoroso;
Mas, como alevoso,
Volvióme á dejar.
Válgame Dios, etc.
Era tan bonico,
Que me dejó en calma,
Dando gusto al alma
Su agraciado pico,
Pues era, aunque chico,
Grande en el picar.
Válgame Dios, etc.
Mas quisiera yo
Nunca haberle visto,
Pues dulce le asisto
Y cruel se huyó:
Solo me dejó
Qué sentir y amar.
Válgame Dios, etc.
¡Ay amor cruel,
Cuándo quieres paces
Qué de halagos haces,
Cuando no, qué infiel!
¿Dónde iré tras él;
Que no sé volar?
¡Válgame Dios, que los ansares vuelan!
Válgame Dios, que saben volar!

LETRILLA IV.—TROVADA.

Esta niña se lleva la flor;
Que las otras no.
Esta niña hermosa,
Cuyos rizos son
La cuna en que el dia
Se recuesta al sol;
Cuya blanca frente
La aurora nevó
Con bruñidos copos
De su blanco humor;
Pues en cuello y manos
Tal mano le dió
De carmin nevado
Cual jamás se vió,
Esta niña se lleva la flor, etc.
Arcos son sus cejas,
Con que hiere amor
Con tan linda vista,
Que a ninguno erró;
Canela y azúcar
Sus mejillas son,
Y quien las divide
De leche y arroz;
No es nada la boca;
Mas allí engendró
Sus perlas la aurora,
Su coral el sol.
Esta niña se lleva la flor, etc.
No lava la cara
Con el alcanfor,
Porque avergonzado
De verla quedó;
Y en sus descuidillos
Siempre confió
Cuanto en los cuidados
De mi dulce amor;
Pues si canto, canta,
Llora cuando yo,
Rie cuando rio,
Y baila á mi son.
Siempre está conmigo,
Y siempre yo estoy
Sujeto á su gusto,
Y ella á mi dolor.
Esta niña se lleva la flor;
Que las otras no.

SATÍRICO.

A unas damas muy preciadas de desdeñosas, siendo muy cortesanas.

Encerradas niñas,
Y pocas cerradas,
Que en la calle angosta
Teneis la morada;
Calle sin salida,
Con salidas tantas
Cuantos son los gustos
De vuestras entradas;
Sabed que he venido
De partes muy varias
Para daros ferias
Con muy lindas chanzas.
Para que entendais
Que todo se alcanza,
Que todo se vende,
Que todo se paga,
Traigo zainerías
Para las taimadas,
Que parecen monas
Y son como mazas.
Pero esto se entiende
Para las casadas,
Que, mordiendo á todos,
A ninguno tragan;
Dejando á cualquiera
Que de las agallas
Se quede, cuando ellas
En tinta las gastan,
Para dar colores
A sus dulces cazas,
Que para los bobos
Todas son de gangas.
Traigo nuevos usos
Para las veladas
Que no echan á tiempo
Alforza á la saya.
Para los velados
Que á las vueltas andan
Del baile de amor,
Traigo mil mudanzas;
Jarabe de suegra,
Purga de cuñada
Con su urbanidad
Y visitas largas;
Aquello del barrio
Y vecina honrada,
Pariente cercano
Y amigo del alma.
Traigo el «¿qué dirán
Si estoy encerrada?»
Y el «quiere mi esposo
Que yo ande galana»,

Para el ordinario
Que de vuestras cartas
Lleva los deseos
Y tray las ganancias,
Traigo por la posta
Lo de echar las habas,
Y el que en una artesa
Berros y hongos nazcan.
Para las viudas
Que con tocas blancas
Se tocan al uso
De las desposadas,
Repasando siempre
Las cuentas pasadas,
Porque de ordinario
Se cumplan sus faltas,
Traigo unos repulgos
Como de empanada,
Con su sal pimienta
Y una dulce salsa
De gozar de todo
Sin ser censuradas,
Porque sus acciones
Todas son al alma.
A las Celestinas,
Que sobre sus alas
Sacan á volar
Las doncellas castas;
Falsos cerrajeros
Que adoban las faltas
De las cerraduras
Que pierden las guardas;
Traigo un nuevo nombre,
Que llaman beata,
Que consta de un breve
Que el turco despacha,
Cometido al tiempo,
Cuya dulce data
Es fecha en la rota
Y en la remendada.
Traigo limas sordas
Para las criadas
Que con piés de plomo
La ocasion no guardan;
De labor doncellas,
Por donde á sus amas
Dan tan malos puntos,
Que andan pespuntadas.
A las monjas traigo
Muchas calabazas
Echadas en sal
Por si se les daña,
Y antojos muy largos,
Con que á ver alcanzan,
Tornos dando al gusto,
La mayor distancia.
Tráigoles tambien
Una hermosa malla,
Con que en cualquier justa
Sean torneadas,
Sin romper la tela
Ni enristrar la lanza,
Aunque á puros golpes
Queden hechas rajas.
Mas para vosotras,
Doncellejas faltas,
Que de quince á veinte
Nos poneis mil chazas,
Y con dos sentidos
Y equívocas faldas
Siempre las pelotas
Pasais de la raya,
Traigo un firme amor
Con su arco y su aljaba,
Con que, en vez de flechas,
Gustos nos dispara.
Esto solo quiere,
Solo esto le agrada,
Por coger finezas
Sembrando esperanzas.
Tierra no rompida
Es adonde labra
Esperados frutos
Y cosechas largas;
Porque nunca espera
De tierra cansada
Colmos sazonados;
Que el amor no es rana.

SATÍRICO.

¡Ea, muchachas hermosas,
Que de aquí á vender comienzo
Muchísimos qués y cosas!
¿Compran lienzo?
Yo soy grande mercader,
Y vengo á vender á todos,
Aunque ya por varios modos
Todos me pueden vender;
El interés me dió el ser;
Y así, en interés comienzo.
¿Compran lienzo?
Traigo holanda de la fina
Y extremado caniquí,
Y aunque me mirais así,
Soy nieto de Celestina;
Traigo piedras de la China,
Y tambien famoso incienso.
¿Compran lienzo?
Traigo la haz y el revés,
Y con ellos muchas galas,
Gorgueras, tocas, mengalas,
Cambray, hilo portugués;
Traigo lo que es y no es,
Y lo que piensan y pienso.
¿Compran lienzo?
Traigo tocas de espumilla,
Y traigo guantes muy blancos,
Traigo chapines y zancos
En que subir la jerbilla;
Traigo la hambre amarguilla
Con humos que dar á censo.
¿Compran lienzo?
Traigo para las casadas
Cómo puedan consolarse
Solamente con rascarse
Donde les dan las picadas;
Traigo conjuros y hadas,
Y de mentiras un cuento.
¿Compran lienzo?
Traigo para las doncellas
Una cierta cosa y cosa,
Que si la ven es preciosa,
Y si no, lo serán ellas;
Traigo pleitos y querellas,
Motivos y pensamientos.
¿Compran lienzo?
Traigo á los ociosos guerra,
Y á los mentirosos paces,
Y otros enveses y haces,
Que es fruta de cualquier tierra;
Y vendo cuanto se encierra
En aqueste mundo inmenso.
¿Compran lienzo?
Yo vendo judicaturas,
Canongías, obispados,
Premios jamás heredados,
No pensadas aventuras;
Vendo castas hermosuras,
Si alguna por vender tengo.
¿Compran lienzo?
Vendo el nacer y el matar,
El cansarse y el dormir,
Entristecerse y reir,
Y tambien el suspirar;
Y tambien el engendrar
Que se puede vender pienso.
¿Compran lienzo?
Al rico vendo nobleza,
Aunque sea su solar
El puerto del muladar,
Y al muladar doy limpieza;
Vendo al engaño largueza,
Y hasta la fortuna vendo.

¿Compran lienzo?
¿Hay quien compre valentía
Solo con andar cargado
De espaldas, y sobre el lado
Con la daga todo el dia?
¿Hay quien compre en la porfía
Un tenaz entendimiento?
¿Compran lienzo?
Yo hago oro del cobre,
Con ser rico un calderero,
Y á costa de un pescadero
Hago dulce el mar salobre;
De la corteza de un robre
Hago marfil blanco y terso.
¿Compran lienzo?
Yo soy consejo de guerra
Para vencer las batallas,
De justicia para dallas
A los propios de mi tierra;
De hacienda, en la que destierra
De mi propio mi consejo.
¿Compran lienzo?
Soy el consejo de Estado,
Segun el que tienen todos,
Porque yo por varios modos
Soy de todos consultado;
De Indias en lo aprovechado,
Y de Castilla en lo inmenso.
¿Compran lienzo?
Vengan á mí los amantes,
Los ciegos, mudos, tullidos,
Que piernas, ojos y oidos
Hallarán en mí flamantes;
Y vengan los pleiteantes,
Que venderles leyes pienso.
¿Compran lienzo?
¡Ea, muchachas hermosas,
Que de aquí á vender comienzo
Muchísimos qués y cosas!
¿Compran lienzo?

LETRILLA V.—TROVADA.

No me aprovecharon,
Madre, las yerbas;
No me aprovecharon
Y derramélas.
Amor arraigado
Yerbas no le vencen,
Ni curas convencen
Al que está olvidado;
Yo las he probado
Y me hallo peor;
Y así, mi dolor
A quejarse vuelva.
No me aprovecharon
Y derramélas.
Una extraña yerba
Me aplicó mi engaño,
Que fué de mas daño
Por ser mas acerba;
No solo preserva
Mi dolor primero,
Sino que mas fiero
Me pica y me deja.
No me aprovecharon
Y derramélas.
Cogí la verbena
Con muchos antojos,
Y dióme en los ojos
La antigua cadena;
¿Qué yerba habrá buena
Para un ciego olvido,
Si el prado florido
Ya estéril me deja?
No me aprovecharon
Y derramélas.
Celosa y ausente,
Mi suerte no sabe
Yerba que me acabe,
O el dolor no aumente;
Sus desdichas siente,
Y el tiempo voltario,
Traidor herbolario,
Me engañó con ellas.
No me aprovecharon,
Madre, las yerbas;
No me aprovecharon
Y derramélas.

LETRILLA VI.—TROVADA.

La morena hermosa
Que yendo á la fuente
Perdió los zarcillos,
¿Qué pena merece?
Dióme mi velado,
Hoy hace tres meses,
Zarcillos dorados
Con dos mil sainetes.
Dos candados eran
Para que no oyese
Palabras de amores
Que otros me dijesen.
Perdílos lavando;
¿Qué dirá mi ausente,
Sino que son unas
Todas las mujeres?
Dirá que no quise
Candados que cierren
Con guardas que nunca
Permiten romperse;
Ni de oídos mudos
Los acentos fieles,
Sino llaves falsas,
Que abren con reveses.
Dirá que así escucho
Cuantos van y vienen,
Y que á pocas vueltas
Toda soy vaivenes.
Dirá que es mi gusto
Cuanto el gusto ofrece;
El domingo en fiesta,
En mercado el juéves.
Que mi fe se viste
De muchos dobleces,
Y que somos unas
Todas las mujeres.
Dirá que su amor
Prendí en alfileres,
Que contra su pecho
Flechas son crueles;
Cuando en sus finezas
Cada dia prende
Mayores afectos,
Deseos mas fieles.
Dirá que no son
Estos accidentes
Nuevos en nosotras,
Y que los entiende;
Porque una centella
Mucha llama emprende
Donde sopla el viento
De algun interese,
Y que el humo apenas
Hay á quien no ciegue,
Porque ya encendido,
Tarde se resuelve.
Mas cuando lo diga
Le diré que miente,
Y que no son unas
Todas las mujeres,
Y que mas estimo
Su cabaña y bueyes
Que el palacio y coches
De los grandes reyes.
Diré que los chopos
De su dulce albergue
Son de mi esperanza
Frondosos doseles;
Que las majestades
No se adoran siempre,
A fuer de las luces,
Por lo que parecen;

Que él es mi corona,
En quien mi amor tiene
Cuanto fructifica
El mayo y florece;
Cuanto el mar esconde
Y el arado hiende,
Peinando la tierra
Con su corvo diente;
Cuanto mira el sol
Desde que amanece
Hasta donde el dia
En las ondas muere;
Que mi dulce fe
Suya será siempre,
Y que no son unas
Todas las mujeres.

SATÍRICO.

A una dama muy altiva, y que pedia y despedia mucho.

Casadilla hermosa,
Mas bella que en julio
La aurora luciente
Y el sereno escuro,
¿Acerca de qué
Me andas en dibujos?
Puntos llanos quiero,
No soberbios puntos.
¿Por qué he de ser necio,
Como lo son muchos,
En llevar la solfa
De tus contrapuntos?
Sin tocar las teclas
Ni aun con un amusgo,
¿Por qué estás tocada
Del amor al uso?
¿Por qué has de adargarte
Contra mis escudos,
Sin que yo esté nunca
Con la lanza en puño?
¿O acerca de que
Te parezco rubio,
Para que agradezca
Los desprecios tuyos?
Si el amor pechero
Te paga tributo,
Esa ejecutoria
Véndesela á un turco;
Que yo, aunque soy negro,
No nací en el Cuzco,
Puesto que pudiera
Darte cuzcos muchos.
Quien cuidados compra
Y vende descuidos,
Siembre en la ceniza,
Y cogerá humo.
Si á fuerza de dones
Se han de asaltar chuzos,
Una buena lanza
A fuerza de puños,
Quieres que te asista
Como el mar profundo,
Por dentro mojado,
Por de fuera enjuto,
Puesto á tus esquinas,
Amante de bulto,
Estatua que diga:
«Aquí cayó Bruto.»
Y que al pedirte algo,
Aunque no estornudo,
Con un «Dios le ayude»
Pienses que haces mucho;
Y que luego al darme
Estas flores, fruto
Sea con espinas
Donde me rasguño.
Pues no, casadilla;
Que yo no me curo
De llagas chorizos,
Que sanan al humo.
Voluntad que arda
Es lo que procuro
Que se esté abrasando
Donde me chamusco.
No un amor de solfa,
Para cuyos puntos
Sea yo el tercero
De treinta segundos.
Que es amor de noria,
Que cuando yo subo,
Por la misma rueda
Bajan otros cubos.
Y así, me parece
Tomar otro rumbo
Para entrar al puerto
De mis dulces gustos.
Moveré los remos
Por adonde algunos
En otros viajes
Han dejado surco.
Madrugue mi dama,
Como yo madrugo,
Y en siendo de noche
Cace como buho.
Hágase lechuza,
Pues yo soy lechuzo,
Y lámparas limpie,
Pues yo las ensucio.
Déme su ruibarbo,
Pues con él me purgo
De agravios presentes
Y celos futuros.
Y tú, mas estéril
Que un abril enjuto,
Y traidora mas
Que en agosto un ñublo,
Quédate en tu trono,
Porque yo me mudo.
Válgame lo fácil;
Que lo fácil busco.

LETRILLA VII.—TROVADA.

En el mar entré,
¡Ay, Dios! ¿Si me anegaré?
En un mar de amor
Entré con bonanza,
Dándome esperanza
Un dulce favor.
Mas ¿cuál grande ardor
De temer no fué?
¡Ay, Dios! ¿Si me anegaré?
Hermosa es la nave
Y apacible el viento,
Suave el intento,
Y el sentir suave;
Pero donde acabe
¿Cómo lo sabré?
¡Ay, Dios! ¿Si me anegaré?
Estuvo en mi mano
Querer embarcarme;
Pero el sosegarme
Ya parece en vano,
Porque un Oceano
¿Quién le ha de vencer?
¡Ay, Dios! ¿Si me anegaré?
Las velas tendidas,
Tendidos los remos,
Todos son de extremos
Glorias conocidas;
Mas ¡ay! ¿Si fingidas
Serán al volver?
¡Ay, Dios! ¿Si me anegaré?
En camino incierto
¿Quién se fia? Quién?
Y mas cuando al bien
No hay seguro puerto.
El peligro es cierto,
Frágil el bajel,
¡Ay, Dios! ¿Si me anegaré?
Mas si las estrellas
Pueden enjugar
Las ondas del mar
Con pocas centellas,

Tambien mis querellas
Podrán encender.
¡Ay, Dios! ¿Si me anegaré?
¡Oh! el amor permita
Que bese la arena,
Vuelta ya la entena
Que mi fe acredita,
¡Oh! ya lo permita;
¡Oh! quiéralo él.
¡Ay, Dios! ¿Si me anegaré?

ROMANCE XVIII.—LÍRICO.

Al hielo de las mujeres en no sintiendo interés.

Viendo el amor que sus flechas
Ya en los hombres no hacen ricia,
Porque solo el interés
Es el ojo de las niñas,
Y que por lo menos era
Menester vestir camisa,
Porque de un amor desnudo
Ya ninguna se vestia,
Trató de mudar de aire,
Y de las muchas perdidas
Recoger las que pudiese,
Andando varias provincias.
Mas viendo que solo el oro
En cualquiera relucia,
Excusándose con él
De ansias, tormentos y riñas;
Porque ya no hay Porcia alguna
Que no coma brasas tibias,
Si el oro no las enciende
Y el interés las atiza;
Despues de cansado mucho,
Vino á parar á la Scitia,
Adonde el sol se enmohece
Y las estrellas se enfrian;
Allí donde por el viento
Las nubes entretejidas,
Al consorcio de la tierra
Eternamente suegriznan;
De tal suerte, que la yerba,
Aun sin salir, se marchita,
Como si fuera doncella
O flor de la maravilla.
Allí pues, donde los mares
Se ahogan desde la orilla
En agua tan poca, que
Se hiela en verse á sí misma,
Pensó el rapaz que sus llamas
Aquel hielo encenderian
Mas fácilmente que no
Nuestras damas ya encendidas.
Y así, afiladas las flechas,
Y la aljaba prevenida,
Requerido el arco y
Muy puesto de aldas en cinta,
Comenzó á vagar el viento,
Y descubriendo una scitia,
Que en el hueco de una peña
Unos leños encendia,
Empezó á tirarle flechas;
Pero de la suerte misma
Que si dieran en las rocas,
Antes que hincadas, rompidas.
Quedó admirado el rapaz,
Y aunque flechas repetia,
Llegando á su pecho todas,
Todas á sus piés caian;
Que hay finezas que se caen
Con lo poco que se estiman,
Porque el interés se alza
Con la rueda en que se afila.
Volvió á tirarle otras muchas,
Y ella, ya mas advertida,
Dando las flechas al fuego,
Volvió á mirar quién las tira.
«¿Qué haces, niño hermoso? dice;
Tú, que prometes caricias
Con tu apacible semblante,
¿Juegas flechas, rayos vibras?
»¿Qué pretendes de mi pecho,
Si apenas incendio abriga
Que haga mas señal que el humo
De unas heladas cenizas?
»Que me calientan tus flechas
Ya lo ves, pues encendidas
En mi fuego están; mas yo
No estoy dellas encendida.
»Tira á las fieras tus flechas;
Que mas en ellas lastiman
Afectos de amor que no
A la dama mas servida.
»¡Oh! véte al cielo, rapaz,
Antes que mi justa ira
Las plumas te abrase todas
Que de tantos vuelos quitas.»
Corrido el amor, responde:
«¿Cómo es posible, enemiga,
Que no te abrasen mis flechas,
Si te calientan sus iras?
»¿Cómo las flechas que á tantos
Dieron mortales heridas,
Ardiendo en tu mismo fuego,
Están al fuego remisas?
»¡Oh condiciones heladas!
¿Que pueda mi alma altiva
Encender la nieve, y no
Pueda encender una fria?»
Con esto levantó el vuelo,
Y ella con muy grande risa
Dijo: «Al fin eres amor;
¡Mal haya quien de tí fia!»

LETRILLA VIII.

Pareceis molinero, amor,
Y sois moledor.
Pudieras ya satisfecho,
Niño infiel, estar de mí,
Pues yo las flechas te di
Con que tu aljaba me has hecho.
Si se encuentran en mi pecho
Ya las puntas repetidas,
¿Para qué son mas heridas?
Para qué nuevo dolor?
Pareceis molinero, amor, etc.
Si ya de otra nueva pena
Me aseguraste los pasos,
¿Por qué, de esperanza escasos,
Los vuelves á la cadena?
Que una engañosa sirena
Cante á un mal dispierto oido
Bien puede ser permitido;
Mas á quien no duerme, no.
Pareceis molinero, amor, etc.
Ya están cubiertas las peñas
De las señas de mi luto,
Sin que el sentimiento enjuto
Se haya visto ni aun por señas.
¿Por qué de nuevo me enseñas
Dónde está la playa, infiel,
Si en ella roto el bajel,
Es ya tu mayor blason?
Pareceis molinero, amor, etc.
Que quien no conoce el fuego
Llegue la vista á la llama,
Aunque de ciego le infama,
Tambien le disculpa ciego;
Mas yo, que al humo me niego
Como á las duras centellas,
¿Cómo he de querer en ellas
Hallar treguas al dolor?
Pareceis molinero, amor, etc.
No hace el riesgo mas suave
Aspid que entre flores hiere;
Que antes mas glorioso muere
Quien de lo que muere sabe.
Pensar que el yugo no es grave
Que la libertad oprime,
Confiéselo quien lo estime,
Mas quien le conoce, no.
Pareceis molinero, amor, etc.

Baste pues, duro homicida,
El continuo sentimiento,
Sin que de un nuevo escarmiento
Vuelva á ensangrentar la herida;
La cadena ya rompida,
Colgada en tu duro templo,
Sea del engaño ejemplo,
Mas no lo sea el valor.
Pareceis molinero, amor,
Y sois moledor.

ROMANCE XIX.—SATÍRICO.

A nueve meses de achaque
Se fué en casa de su abuela
Marica, á ponerse en cura,
Y era el cura su dolencia.
Habia sido la causa
Que en un juéves de la Cena
Se la vendio por lo justo
Un Júdas de tocas luengas,
Destos que con piés de prima
Tienen manos de tercera,
Con que á cualquier instrumento
La cuerda ajustan mas cuerda.
Dióle una letra á Marica;
Y entróle tan bien la letra,
Que hizo pasos de garganta
Antes de romper la nema;
Y organistas del amor
Fueron luego de manera,
Que ella le alzaba los fuelles
Y él le tocaba las teclas.
Parecióle bien la solfa,
Y á juntar Marica empieza
Un instrumento con otro,
Con que luego fué maestra.
Pero del mucho tocar,
Le dió un dolor de cabeza,
Con no sé qué mal de madre,
Que le apretaba las cuerdas.
Bien que parecia opilada
Con la mucha diligencia;
Que opila aquí el ejercicio,
Si allá opila la pereza.
Quéjase mucho del bazo;
Mas no falta á sus haciendas;
Que es doncella de labor,
Y despunta de doncella.
Demás, que esto de aguardar
A coger el fruto dellas
La traia, cual de parto,
Mas corrida que una dueña.
Y si bien disimulaba
Con cierto galan que á vella
Madrugaba con el sol,
Y volvia con estrellas,
Sabia tambien de solfa,
Y templando las terceras,
La música entendió al punto,
Y las clavijas le aprieta;
Con lo cual saltó Marica
Como si guitarra fuera,
Toda la puente rompida,
Y de abajo arriba abierta.
Con esto vino un dotor
Mas sabido que un albéitar,
Graduado de legumbre
En las huertas de Valencia.
Y habiendo alzado figura
Para hacer juicio della,
Halló por sus aforismos
Muy opiladas las venas.
Habló como una comadre;
Y así, el acero le ordena,
Porque aquesta opilacion
Tiene mucho de lanceta.
Sangran al fin á Marica,
Y con ser la vez primera,
Fué sangría entre dos aguas,
Pero no fué en obras muertas.
Sanó del mal; pero nunca
Volvió Marica á ser buena;
Que siempre los males ponen
La salud como de vuelta.
Mas viendo el mal arraigado,
Le ordena el dotor que vuelva
Marica á ponerse en cura,
Pues hay quien su cura entienda.

ROMANCE XX.—HERÓICO.

Introduciendo una academia.

Ya que la tarda tiniebla
Mayores las sombras hace,
Fatigados horizontes,
Siendo de la noche Atlantes;
Como el sol entre las ondas,
Del concurso en el semblante
Aplauso sea el afecto,
Y tendrá el afecto altares.
Tendrá víctimas lucientes,
En cuya fe se desaten
Mas humos armoniosos
Que arde el sol, que el fénix arde.
Sea pues en vuestro afecto
Panegírico el vejámen;
Que voces tienen las llamas,
Aunque las cenizas callen.
No de las rudas cortezas
Se ofende el sagrado valle,
Pues aun los desnudos troncos
Visten sagradas deidades.
No pues comunes se adviertan
Los preceptos del donaire;
Que aun los términos del dia
No entre sus ardores caben.
Sea puerto á mi esperanza
De las ondas desiguales
El igual rumor; que aun tienen
Oidos los anchos mares.
Oidme todos, y sea
Tan poco alguno cobarde,
Que sin vanidad de luces
Mas allá del cielo pase;
Que no hay término al discurso,
Y es ya mucho limitarse
Parar en lo que se ve,
Pudiendo andar adelante.
Ea, valientes atletas,
Veamos romper las paces
Alguna vez al silencio,
Sin que se le oponga nadie.
No el humilde altar se juzgue
Digno de holocausto fácil;
Que en breve círculo el sol
A muchas esferas nace.
Jamás engañan las flores,
Puesto que embozado el áspid,
El candor infiel envuelva
En púrpura susurrante.
Bien alguna vez sus puntas
Supieran, sudando sangre,
Purpurear los candores
Por desmentir los celajes.
Mas cuando las mudas hojas
Permitieron que se engañe
En su silencio la abeja,
Puesto que le haga ultraje,
Sea pues á nuestras voces
Honor, oh concurso grave,
Vuestro silencio, ya unido
Hoy á nuestras voluntades.

ROMANCE XXI.—SATÍRICO.

Señor Apolo, ¿por qué
De licor festivo nunca
Ha de tener mi Talía
Rebosando la testuza?
¿Nací yo acaso en las malvas,
Que es solar de grandé ayuda
A cuantos, á fuer de marzo,
Vuelven al tiempo la grupa?

¿Soy acaso yo tejido
En telar de menos punta
Que el cambray adonde quiebra
Tersícore sus agujas?
¿Soy yo trompa del juicio,
O en ranisonante cuna
Cenagoso citarista,
Quijoteo mi ventura?
¿Todo ha de ser por apremio?
¿A qué menguado ejecutan,
Que preludios de un amago
No requieran de la culpa?
Cuando en las pendientes ondas
Del sacro Geni' columpia
Vuestra merced los ardores,
Dejando la nieve á escuras,
A la luz de su trasero
Bien mis ojos se chamuscan,
Aunque al volverse de luz,
Jamás mi aguileña pluma.
Pues ¿por qué, á fuer de villano,
Dando ciento en la herradura,
Si le busco, no le hallo,
Si le hallo, no me busca?
¿Por qué, cuando por sus dedos
Me estoy comiendo las uñas,
Juega al esconder conmigo,
Como si fuera criatura?
¿He sido yo de su antorcha
Vociferante lechuza,
Que por cualquier golosina
Apaga la sabiduría?
O ¿he cambiado los conceptos
Para chupar sus enjundias,
Andando de verso en verso
Mas untado que cien brujas?
Pues que á festivos acentos
Tal vez el oido ayuna,
Bien fuera que á la vigilia
Sucediera la aleluya.
¿De qué sirve que el concepto,
Teniendo la vista zurda,
De muy perspicaces piés
Afecte la contextura?
¿Ha de ser enigmas todo?
¿Todo ha de ser garatusas,
Hablando griegomancía,
Por lirizar la bandurria?
Ya me atosigan las veras,
Me solimanan las burlas,
Me rejalgara el gracejo
Y me avenenan las pullas.
Ya nadie canta de veras,
Los equívocos se cruzan,
Las comedias se remiendan,
Y en todo hay grande rotura.
Ya no hay Porcias ni Lucrecias
Que en puñal y en brasas luzgan,
Porque un Colatino de oro
A muchos Brutos excusa.
Son equívocas de faldas
Las reverendas viudas;
Que cuanto lloran por muertos,
Tanto con vivos enjugan.
Sus tocas tocan al arma
Con tal silencio, que nunca
Se ve, abrasándose Troya,
Quien el incendio introduzga.
Casadas Paladiones
Hay tambien, y tan fecundas,
Que estando dentro de casa,
Paren ajenas criaturas.
¡Qué plumas hay para remos,
Y qué remos para plumas!
Qué varas para medidas,
Y qué desmedidas muchas!
¡Qué de cuerpos hay sin alma!
Y ¡qué de almas hay en duda,
Envueltas en cuerpos pobres,
Con que por nada se juzgan!
¡Qué de poetas lampiños,
Que con sus versos ahuman
La rubia barba de Apolo.
Siendo ellos de barba rubia!
¡Qué de consejos Bellidos,
Donde el interés pronuncia
Que es del Líbano alto cedro
La que humilde fué lechuga!
¡Qué de rayos hay que hieren
Al revés de lo que apuntan,
Pues la soberbia amenazan
Y en la humildad ejecutan!
Doctores hay graduados
Por lo que piensan sus mulas,
Siendo su estudio y Galeno
La cuna y la sepoltura.
Doncellas hay con cien llaves
Y una sola cerradura,
Que da mas de cien mil vueltas,
Y á todas hace una á una.
Cabildos hay con sombrero
Que parece caperuza,
Discursistas de agua y lana
En propias y ajenas culpas.
Mas decid, señor Apolo,
¿Adónde llevais mi musa?
Que aquesto es hablar de veras,
Y yo quiero hablar de burlas.
Gobiernen otros el mundo;
¿Quién me mete á mí en honduras,
Sino en tirar cuatro chanzas
A la ingrata que me punza?
Oyeme, fiera enemiga;
Mas ¿qué ha de oir, si me ayuna,
Y llegan ya estas memorias
A servirle de aceitunas?

LETRILLA IX.

Pues que mi morena
Quieren que cante,
Oigan si me sopla,
Cómo me tañe.
Si por los cabellos
Ha de empezarse,
La frente me defienda
De que me abrasen.
Tiene unos ojuelos
Como de azabache,
Porque de mal de ojo
No muera nadie.
Algo cargadillos,
Como á lo jaque,
Y aunque encapotados,
Sin villanaje.
Vierten sus mejillas
Tantos azahares,
Tanta nieve y rosa,
Que son un cármen.
Fuente de la Teja
Es quien las parte;
Que á mejillas rosas
Nariz cristales.
No es nada la boca;
Pero bien sabe
Que el ámbar con ella
Es cosa de aire.
Puede su garganta,
Aunque no cante,
Del cristal mas cisne
Hacer donaire.
Nadie por las manos
Puede ganarle;
Que su flor no tiene
Que ver con nadie.
Ni sus fullerías
Hay quien alcance,
Porque á todo juega
Con muy buen talle.
No se tiene en mucho;
Mas sin picarse
Sabe andar en puntos,
Sin que la enfaden.
Es su condicion

Como los sastres,
Porque corta y viste
Segun los talles.
Y aunque está muy diestra,
Echa sus hilvanes,
Con que algunos lúnes,
Da con el mártes.
Una falta tiene
Intolerable,
Y es que la rodean
Quince navidades.
Con que no parece
Cosa muy fácil
Que comerla puedan
Sin muchas sales.
Lo demás que encubre
El guardainfante,
Rasgo, punto y coma,
Y ojo á la márgen.

SATÍRICO.

Vino á esta ciudad un hombre, con nombre de comadron, á curar las mujeres que no parian.

El tiempo ha llegado
De que no se calle,
Pues ya con licencia
Se empreña á dos haces.
A un lado el corneta
Y á otro el que tañe
En sus clavicornios,
Dando á logro el aire.
Ya se acaba el mundo,
Y porque no acabe,
Del siglo primero
Le dan los jarabes,
Y un empreñador
Por la posta traen,
Que á enmendar aviesos
Venga por mil partes.
Es gran contador;
Por entero parte
La hacienda y mujer
Con reglas iguales;
Que á multiplicar
Le enseñó su madre
Desde los gregüescos
Con muy lindo talle.
Es tan natural
Su oficio, que nadie
Le ve que no diga
Que es de carne sangre.
Él es el primero
De que el mundo sabe,
Y de verdad tanta,
Que anda siempre en carnes.
Y tan bien sufrido,
Que no hay enojarle,
Ni echa menos nunca
Las faltas que le hacen.
Antes dicen que hay
Quien muy bien le pague,
Aunque vaya á cuestas
Con los atabales.
Gracias al Galeno,
Que en los orinales
Desta medicina
Comenzó á ensayarse,
Tragando la purga
Para que tragasen
En padrinos cuernos
Píldoras compadres.
Sin duda que reina
El signo de Aries,
Y que el de Leon
Ya sin dientes nace.
Sin duda el de Virgo
Debe de pesarse
Ya con el de Libra,
Sin que pese á nadie.
La esfera de Vénus
Debe ya de andarse
Mas sobre los polos
Que nuestros umbrales.
Muy viejo está el mundo,
Pues á remendarle
Viene un uso nuevo
Con tantos de sastres,
Para un remendillo
Dando cien hilvanes,
Que hagan mas apriesa
Venir el achaque.
Y es que achaque quieren
Estas liviandades,
Porque una pellada
Muchos hoyos tape.
Que hay maridos muchos,
Y de puestos grandes,
Que por tener hijos
Tienen mal de madre.
Y para su cura
Del tiempo se valen;
Que para tal cura
Tales sacristanes.
Es empreñador
Oficio tan grande,
Que se cubre siempre
Con sus majestades;
Valiéndole mucho
Las personas reales,
Que son de sus fiestas
Los ciclos solares.
Obra tan á gusto,
Que milagros hace,
Sin pasar jamás
De obras naturales.
Llévanle á sus casas
Para que repare
La paciencia dellos,
Dellas el coraje.
Pónenle en el puerto,
Y es cosa notable
Que aunque vaya á fondo,
Siempre encima sale.
Piensan que el estrecho
Pasa sin mojarse,
Aunque las columnas
El *plus ultra* canten.
Y que tienta el fondo
Tan sin marearse,
Que por todo el golfo
Anda en un instante.
Famoso argonauta,
Que puede arrojarse
Contra la tormenta
Sin vela ni mástil,
Y el vellon de Colcos
Tomar en los aires,
Sin que salgan toros
(Siéndolo) á quitarle.
Si esto puede ser
Dígalo quien sabe
Adónde le come,
Aun sin que le rasquen.
Porque ¿quién se embarca
Sin trocar semblante
Al son de los remos
O al ruido del aire?
Y si asi no pasa,
Estos bobos pasen.
Por lo que se canta
En sus pasacalles;
Tirando las cuerdas
Hácia sus discantes,
Hácia sus molleras
Y á otros cien mil hácies.
Mas tales Medeas
A Jasones tales
Vendan sus hechizos,
Sus descuidos paguen;
Que no está muy cierto
Que no despedace
La razon los hijos
De tan buenas madres.

Mas, pues ellos quieren
Ser paternidades
Desta religion,
Porque se lo llamen,
En el otro polo
Sean Magallanes,
Llevando ellos mismos
Quien su estrecho pase;
Pero no en aqueste,
Donde el anegarse
La nave y piloto
Será lo mas fácil,
Aunque ya son puerto
Las urbanidades
De buena esperanza
Para que descansen.
Ya se vende todo;
Ya los pedernales
No arrojan centellas,
Sino libertades.
Que del oro heridos,
No es mucho disparen
Alguna humedad
Que su fuego apague;
Porque el interés
Es maestra llave,
Que á todos encierra
Y que á todos abre.

ROMANCE XXII.—HERÓICO.

Al ruego de Abigail por Navalcarmelo, su esposo.

A las puertas del silencio
No bien dispiertas las horas
Con muda mano llamaban
A la soñolienta aurora.
No aun bien de los altos montes
Caido habian las sombras,
Ni el mudo vuelo inquietado
El silencio de las hojas,
Cuando Abigail, venciendo
Su esperanza pavorosa,
Busca á David, y á sus plantas
Piadosamente se arroja,
Donde ofreciendo en las aras
Del enojo las copiosas
Víctimas que por sus ojos
Arrojaba la congoja,
Al impío Naval pretende
Relevar de la afrentosa,
Bien que merecida, pena,
A su ya respuesta bronca.
«¿Adónde, Señor, te lleva
(Decia) la rigurosa
Inundacion de castigos
A que Naval te provoca?
»No es objeto el que amenazas
A tu diestra vencedora;
Que es vil trofeo el que envuelve
Entre horrores la vitoria.
»Aplauso poco es mi esposo
Para tus blasones; poca
Empresa de tanto sol
Apagar humilde antorcha.
»No el que ensangrienta la mano
En la espina insidiosa,
Despedazando la zarza,
El humor perdido cobra.
»Allá en el ancho Oceano
Su esfuerzo examine Bóreas,
No en quien de un arroyo apenas
Es húmida mariposa.
»No siempre el autor del dia
La ingratitud nebulosa
De Cintia paga en celajes,
Escureciéndola toda.
»Bien que, en cambio de las luces
Que dél recibe, responda
Al dia con rayos mudos
De luces tibias y sordas.
»Y aunque en los remotos climas
Constelaciones remotas
Entre perezosos hielos
Abriga con llama poca,
»No al frio aquilon se acerca
Con planta tan perezosa,
Que á seis eclipsadas lunas
Continuo ardor no interponga.
»Sosiégate pues si adviertes
Cuánto el agravio es lisonja
A quien perdonando puede
Castigar lo que perdona.
»¿Qué pincel decir pudiera
De un original la copia,
Si no dieran lucimiento
A los colores las sombras?
»¿De qué pues triunfar pretendes,
Si ya el eco de la trompa
Al sordo rumor del valle
De todo ademan blasona?
»No tanto ejecuta el rayo,
Cuanto amenaza fogosa
La nube cuando el Olimpo
Fluctúa en ardientes ondas.
»Sea el pálido recelo
Suplicio; que no malogra
Sus acciones el que en una
Castiga, obliga y perdona.»
No así amenaza al humida
De la inquietud arenosa
El polvo infiel que en torrentes
Inunda la ardiente zona,
Cual David con el semblante
Hiere, amenaza, destroza,
Dando rienda al justo enojo
Porque á su venganza corra.
Mas no el piélago arrogante
Así de la playa corva
Rehuye, siguiendo él mismo
La resaca impetuosa,
Cual David, á tanto ruego
El semblante desenoja,
Y el rojo humor de sus venas
Vuelve á fecundarlas todas.

ROMANCE XXIII.

Hablando con un santo Crucifijo en la hora de la muerte.

Hoy, Señor, que desatado
Torrente de una alta cumbre,
Precipitada mi vida,
De su mismo aliento huye,
Llegue al mar de vuestra gracia,
Y no en la playa se enturbie
Quien tan claramente corre
Al fin que le constituyen.
Hoy pues, que el último aliento
Desprender algo presume
El vuelo de la ignorancia,
A que tan asido estuve,
Desprended, Señor, los brazos
De nuestras contrarias cruces,
Y pues esta me condena,
Aquesa, Señor, me indulte.
Bien no haberos ofendido
(Aun cuando el ser me disculpe)
Quisiera en cambio de cuantos
Riesgos el infierno encubre.
Mas ¡ay, qué tarde á las rocas,
El leño rompido, sube
Quien por el último riesgo
Al puerto se restituye!
Pequé, Señor, y no tantas
El cielo disueltas nubes
(Cuando se desata en mares)
Por las campañas difunde,
Como en las piadosas aras
A misericordia inducen,
Numerosos mis delitos,
Vuestras inmensas virtudes.
Bien serán cual las arenas
Que del Oceano incluyen
La inquietud profunda, y como
Atomos el sol produce.

Mas ¿cuándo el mar las arenas,
Bien que inmensas, no circuye,
Cediendo á la menor onda
Las mayores inquietudes?
¿Cuáles átomos no ciega,
Aunque la ignorancia juzgue
Mariposas los escollos
Desatados en sus luces?
Verdad es que os ofendí,
Y es verdad que no se sufre
Amar y ofender á un tiempo,
Ser acibar y ser dulce;
Verdad es que sois eterno,
Que soy mortal, que no estuve
En vos, en mí ni en el tiempo,
Pues tanto ofenderos pude;
Mas si sois Dios y lo fuisteis,
Eso mismo me asegure,
Pues que sois hombre por mí
Y por mis ingratitudes.
¿Quién mas debe á quién, Señor?
Vos sois firme, yo voluble,
Yo mortal y vos eterno,
Vos todo bueno, yo inútil.
De eterno os hice mortal,
Vos á mí de nada: juzgue
Cualquiera en mí un imposible,
Y en vos lo posible juzgue.
Mas yo, pecador, arguyo
A quien tan justo me arguye;
Yo, ambicioso, ruego á quien
No merezco que me escuche.
¡Ah Señor, cuán vanamente
Quiero que mi fe me excuse,
Cuando me acusa del riesgo
La repetida costumbre!
Ya es tarde, Señor; mas ¿cómo
Yo de vuestro oriente pude
Recelar confuso el dia
Cuando mas ardor presume?
¿Cómo, si el mismo argumento
Que en vuestro nombre me arguye
De cobarde, es quien piadoso
Mayor aliento me infunde?
Que ofendí á un Dios infinito
Es verdad, mas no hay quien dude
Que puede perdonar mas
De lo que pecar yo pude.
Caí, Señor, como frágil;
¿Será bien que se ejecute,
Como eterno, en mí el castigo,
Siendo vos quien le pronuncie?
No, Señor; que sois mi Dios,
Y no es posible que injurie
Tanto á la Deidad la culpa,
Que los ruegos no se escuchen.
Ya sé cuánto os he ofendido;
Mas permitid se consulte
Con vuestra piedad mi culpa,
A ver si hay quien me disculpe.
Ya sé que fuego me aguarda,
Si vuestra piedad no suple
La ingratitud de mi llanto
En que sus llamas se enjuguen.
No pues, Señor, la carrera
El paso me dificulte,
Bien que al último certámen
Mayores afanes sude.
No la arena de mis culpas,
De mi esperanza profunde
El cobarde paso, haciendo
La cadena indisoluble.
Sea el llanto de mis ojos
Tan próvido, que fluctúe
La vida en él, no en la muerte,
A ver quién á quién consume.
Ya estas últimas cenizas
Con el humo ciego alumbren
El dolor, pues ya la llama
Fatigablemente luce.
Ya el esplendor que en las venas
Heladamente discurre,
Fluctuando parasismos,
En que ciego se confunde,
Bien que exhalacion errante,
Permitid, Señor, que dure
Por espacio afectuoso
Cuanto la sentencia anule.

ROMANCE XXIV.—HERÓICO.

Epitalamio sacro, á la profesion de una religiosa descalza.

Del boton bien redimida
Purpúrea flor salió apenas,
Aromático incentivo
De la susurrante abeja;
Honor del sagrado bosque,
Si escarmiento de la selva,
Que en purpúreos desengaños
Da esperanzas macilentas;
Cuando entre las tiernas hojas
Ardia amor, mas no quema
Al mismo pecho que anima
El fuego que le alimenta.
Así de Oreb el prodigio
Suspensiones acrecienta,
Al paso que facilita
Créditos á planta incierta.
Creció, y la que flor errante
Ilustró diez primaveras,
Estrella luciente ya,
Honora mayor esfera,
Y como de amor divino
Una y otra vez sedienta,
Los humedecidos rayos
Mitigar con fuego intenta.
Al rayo aun menos activo
Ofreció en viviente cera
El corazon, cuyas alas
Descansan cuanto mas vuelan.
Hoy pues, cesando el eclipse
Que pudo tener suspensa
Luz tanta, y si no apagada,
Algo entre dudas envuelta;
Rayos aumentando al dia
Mas festivo de la Iglesia,
Virtudes ostenta humilde;
¡Qué mucho si las profesa!
Bien como entre densas nubes
Luce el sol cuando se acerca
Por la campaña de la alba
Al círculo de la tierra;
Así de oscuros afectos
Alumbra esperanzas ciegas,
Cuanto menos solicita
Lucir entre las tinieblas.
¡Oh cuánto á la alba la rosa
La zarza honora avarienta,
Y sin deshojar rubíes,
Deshoja el cándido néctar!
¡Oh cuánto en sagrado aplauso
Mudamente reverencian
Su misma accion las acciones
Que mas de su fin se alejan!
Vén, oh divino Himeneo,
Y de la nupcial cadena
Los sagrados eslabones
Broten sagradas centellas.
El pedernal religioso
Tu divina mano hiera,
Porque esperanza cobarde
No aliente cenizas muertas.
Vén pues, y el dorado nudo
Al virgíneo lazo aprieta,
Y la coyunda suave
Afloje al peso la cuerda.
Vén, oh divino Himeneo,
Y su virginal pureza
Descubra al divino velo
Cuanto al humano cautela;
Y esta que al bronco silicio
Pulsa regalada cerda,
Y de sus acentos rudos
Forma suaves cadencias,

Goce en divinos halagos
Cuanto festivo rodea
Del primer círculo el paso,
En que permanente sea.

ROMANCE XXV.—HERÓICO.

A la traslacion que hizo el padre fray Alonso de Castilla, de la órden de señor san Agustin, de un santo Cristo á una nueva capilla, en justa poética.

Levante el Genil sagrado
Su blanca frente, rompiendo
La estrecha márgen que inunda
Entre perezosos hielos;
Pues ya de hoy mas su corriente
En uno y otro hemisferio
Será honor del Oceano,
A pesar de golfos ciento.
Ya no los ancianos siglos,
Bien que en aplauso primeros,
Su noble orígen blasonen
De soberanos trofeos;
Pues mal, aunque renacieran
De aquel apagado incendio,
Pudieran hoy sin flaqueza
Representar lo que fueron.
Hoy que del grande Augustino
Celebra el sagrado templo
El mayor triunfo de Cristo
Despues que subió á los cielos:
La traslacion de su efigie,
Alto y singular sugeto
De la mas sonora trompa
Que veloz anima el viento.
¡Oh! siempre festivo sea,
Y en fe de tan grande empeño,
Reconozca un siglo y otro
Del grande Castilla el celo;
El alto celo que ahora
Con religioso ardimiento
De su atencion los aromas
Anima en altares nuevos,
Víctima haciendo en sus aras,
No solo cuantos acentos
Le ofrecen admiraciones
En el ruidoso silencio,
Sino tambien las memorias
Que en gloriosos monumentos
Eternizaba la fama,
Juzgando este dia léjos;
Este, que anterior á todos,
Limita á los venideros
Igual triunfo, iguales glorias,
Igual pompa, igual afecto;
Este, de cuyos laureles
Devorador será el tiempo
Jamás, aun cuando faltara
El sagrado de su dueño.
Menos humillar la cumbre
Del espumoso elemento
Es dificil, que alabanza
Dar igual á tanto acierto;
Menos del dia los rayos
Sepultar fuera en el centro
De la tierra, y mas posible
Límite hallar en lo inmenso.
¿Quién, pues, oh grande Castilla,
Claro honor del siglo nuestro,
A la cumbre de tu fama
Podrá llegar con aliento?
Perdona; que á tanto nombre
Mi discurso viene estrecho,
Y el imposible disculpa
La osadía, mas no el riesgo.

ROMANCE XXVI.—HERÓICO.

A una dama esquiva, despues de muy amorosa.

Sagrado honor de la selva,
Cuya sombra vió dormido
Mas de una vez mi desvelo,
Del aire á los dulces silbos;
En cuyas tiernas cortezas
Es devorador prolijo
De mi pecho el duro nombre
De Fili, en ellas escrito.
Robustas cumbres, que al cielo
Llegais con los altos riscos,
De mi Fili registradas
Contra el ciervo fugitivo;
Obedientes á su planta,
No menos que al estallido
De su onda, resonante
Ley del vagaroso aprisco.
Úmbroso valle, al contacto
De Fílida mas florido
Que á los fecundos halagos
Del sol desatado en rios;
Menos deudor á la aurora
Que á su risa y al rocío
Lascivamente libado,
Menos que á su pié lascivo.
Fuentes en cuyas riberas
Serán torrentes prolijos
Mis ojos, en largo llanto
Desatados de sí mismos;
Vosotras, que tantas veces
El espumoso ruido
Al son de mis dulces quejas
Librasteis de precipicio,
Pues Fílida fué mudable,
Cambiad vuestro ser preciso;
Mas no, que el dolor no tiene
Con semejantes alivio.
Cruel aun mas que las ondas
Del Oceano, esparcido
En cautelosas riberas
Contra el naufragante lino;
Dura mas que el alto robre,
Honor de la selva antiguo,
Ya en su grave pesadumbre
Contra el austro defendido.
¿Así el lazo ha de romperse
En que el sol nos halló unidos
En cuanto de entrambos polos
Tres veces entró en los signos?
¡Cuánto inflamar las heridas
Mas piedad hubiera sido,
Que adormir el sentimiento,
Revocando los suspiros!
¡Cuánto la vertida sangre
Honor fuera del suplicio,
Si en las aras se apagara
La llama cuando el delito!
¡Cuántas veces aplaudiste
De las fieras el bramido,
Antes grabado en mis flechas
Que llegase á tus oidos!
¡Cuántas mi dudoso anzuelo
Pulsado se vió, y mordido
De quien despues á tu planta
Fluctuaba parasismos!
Nuestro redil, ¿cuántas veces
Halló el errante cabrío
Sin distincion? Las ovejas
¿Cuántas sin pastor distinto?
¿Tuvo algun pastor el Dauro,
Que en su curso cristalino
Menos invidia bebiese,
Ni á mayor fuese admitido?
Pues ¿por qué nuestra esperanza
Abrasa, cambiando giros,
El desalumbrado vuelo
En altares divididos?
¿Por qué? Mas ¡ay! que su curso
Antes sobre el monte Olimpo
El Dauro verá, que firme
Pueda hacerte aun el olvido.

ROMANCE XXVII.—AMOROSO.

Señora doña Marica,
Dulcísimamente grave,
El azúcar de las gracias

Y la sal de los donaires;
La que al sol opone un golfo
De rizados azabaches,
Que hidrópicamente beben
De su frente los cristales;
La de los ojos dormidos,
Cuyo hermoso maridaje
Divorcia al dia mas luces
Que Cintia caza celajes;
Cuya risa, cuyo aliento
Enmudece los corales,
Aduerme las blancas perlas
Y avergüenza los ambares;
De cuya garganta amor
Carcax á sus flechas hace,
Por el arco de sus pechos
Tirando halagos mortales;
A quien por la compostura,
A quien por la mano, nadie,
Ni aun por el pié, ganar puede,
Por ser de altar, cual de imágen;
Cuyo hábito la costumbre
Emboza mas deleitable
Que en la capilla del gusto
Alterna paternidades.
Monja que por lo devoto
Dió jamás en ceguedades,
Aunque amor con muchas rejas
Siempre sus desdenes labre.
Deje vusted que la quieran
Con amor mas conservable,
Siendo abeja en las palabras,
Ya que en las obras es áspid.
Rasquémonos estas almas,
Que me comen mil desaires,
Y es una sarna el amor
Que entra presto y se va tarde.
Démosle, pues, con el juéves
En lugar de con el mártes,
Que á falta de pan, *et caetera*,
Aquí gloria y despues nadie.

LETRILLA X.

Solia que andaba
El mi molinó,
Solia que andaba,
Y ahora no.
En mi edad primera,
Cuando la alegría
En mí florecia
De la primavera,
Quiso molinera
Hacerme el amor.
Solia que andaba, etc.
Liciones me daba,
Y de cuando en cuando,
La piedra picando,
A todos picaba;
Tanto, que volaba
Con la picazon.
Solia que andaba, etc.
Era tan bonico
Mi molino, y tal,
Que no habia caudal
Que fuese tan rico;
Era chiquitico
Y como una flor.
Solia que andaba, etc.
Con cualquier corriente
Molia su grano,
Trayendo á una mano
Al flaco y valiente,
Y jamás de gente
Vacío se vió.
Solia que andaba, etc.
Hacia una harina
Tan blanca y picante,
Que en un mismo instante
Ciega y encamina;
Y era peregrina
Hasta en el olor.
Solia que andaba, etc.
Era muy de ver
Cuán enharinados
Hasta en los salvados
Todos querian ser;
Todo era moler
Con la presuncion.
Solia que andaba, etc.
Vino una avenida,
Que con el caudal
Dió en el hospital,
Y quedé perdida.
Ya lo presumida
En mí se acabó.
Solia que andaba, etc.
Tarde me arrepiento
De no haber molido
El grano escogido
Que arrojaba al viento.
El conocimiento
Tarde á mí llegó.
Solia que andaba, etc.
Las aechaduras
Tomara yo ahora,
Que muy burladora
Daba á las criaturas.
Estas aventuras
Trujo aquel rigor.
Solia que andaba, etc.
En su lozanía
No fie ninguna,
Que apaga la luna
Cuanto enciende el dia.
Quien del tiempo fia
Mire cuál estoy.
Solia que andaba, etc.
¡Oh! tomen ejemplo
En mí las mas bellas,
Porque mis querellas
Alumbren su templo.
¡Oh! tomen ejemplo
En mi gran dolor.
Solia que andaba
El mi molinó,
Solia que andaba,
Y ahora no.

RETRATO DEL POETA.—SATÍRICO.

A unas damas que le pidieron se pintase en verso.

Señorazas mias,
Pues que los retazos
Quieren que les pinte
De mis rotos años,
Y que sea al fresco,
Sin traer los mayos
A gastar colores
Con quien no las gasto,
Allá va mi vida,
Que tendrá de largo
Hasta cinco cuartas
Y hasta cuatro cuartos.
Ella es bien marcada,
Y con tan buen marco,
Que siempre se ajusta
A cualquier retablo.
Pero en las costumbres
El lienzo es muy ancho;
Vustedes las urden,
Pero yo las tramo.
Con lo cual bien puedo
Yo de sus tejados
Tapar las goteras,
Sin subirme en zancos.
Que en viendo la mia,
Aunque esté muy bajo,
Tengo ciertos medios
Con que crio á palmos.
Y asi, nunca pierdo,
Aunque esté picado,
Por cobarde ó corto
Ni por mal echado.

Esto, mis señoras,
En lo del tamaño;
Que en lo demás miento;
Y así, me retrato.
No sé si me hicieron,
O si nací acaso
De entre algunas malvas,
Segun soy malvado;
O si la simiente
Soy de algun rabano,
Segun soy picante
Hasta por los cabos.
Mas lo que se tiene
Por mas acertado,
Es que no soy rana;
Miren si esto es barro.
Un tiempo fui cisne,
Pero ya soy grajo;
Que así muda el tiempo
La color y el canto.
Tengo gran cabeza,
Y extendida tanto,
Que así que la miran
Dicen que es de un asno;
Pero de mi cuerpo
Está en lo mas alto,
Con su frente al uso
Y cogote al cabo.
Está, como aldea,
Repartida en barrios,
Con dos mil entradas
Y rincones varios;
Y una ventolera
Metida en los cascos,
Cual si me criaran
Con leche de nabos.
Pueden las orejas
En cualquiera patio
Servir largamente
De toldo el verano.
Pero, á lo muy áspid,
Son á los encantos
De vuestras palabras
Sordas todo el año.
La frente y las cejas
En color y espacio
Son como una puente
De dos grandes arcos,
Por donde los ojos
Están asomados
A verse en el rio
De mis desengaños,
Y por donde amor
Tira sus flechazos
A las socarronas,
Sin quedar mojado.
La nariz pudiera,
Por lo enjuto y largo,
Ser vara de alcalde
O alcalde de palo;
Tan á lo ministro,
Que dosel y estrado,
Cejas y mejillas
Le hacen de alto abajo.
De la boca puedo
Decir solo un rasgo,
Bien que á un grande pliego
No viniera escaso.
Tiene pocos dientes
Y muy gruesos labios,
Aquellos muy negros
Y aquestos muy blancos.
Muy á lo de Pedro
Siempre está negando,
Y cuando le aprietan,
Muy á lo de Pablo.
Pero es tan de gusto,
Y mi amiga tanto,
Que como con ella,
Y en un mismo plato.
La barba es de erizo,
Y echa un eriazo,
Y como las crines,
De rucio rodado;
Siempre está en remojo,
Por si de algun lado
Piratas Medeas
Tocan á rebato.
Un rollo es el cuello,
Adonde estiraros
Verdugos deseos
Piensan muy despacio,
Y adonde á lo mismo
Se miran colgados
Por muchos delitos
Los hombros y brazos.
Mas tales los tiene
Lo que de sí han dado,
Que por todo el suelo
Andan arrastrando;
Y apañando piedras,
Con que ya las manos
Tienen en el rollo
Piedra que tiraros.
Desde aquí á los piés
Fuerza es dar un tranco,
Porque el medio es mucho,
Y hay riesgo en pasarlo.
No puedo hacer piernas
Ya por mis pecados,
Puesto que los piés
Les vinieran largos.
Y así, no ando en puntos;
Que despunto tanto,
Que mis puntos ya
Se miden á palmos.
Mas téngome en mucho,
Bien que no soy vano;
Que antes todo entero
Quepo en un zapato.
Es mi condicion
Cual la de los gatos,
Que en diciendo «zape»,
Me subo al tejado.
Y aun del agua fria
Tengo miedo tanto,
Que me escalda el verla,
Aunque sea á lo largo.
Fui desde la cuna
Muy grande letrado,
Porque el *Arte amandi*
Estudié por Baldo;
Y así, mi derecho
Para todas guardo
Con gran rectitud,
Sin hacer un fallo.
En esto de versos
Soy poeta bravo,
Que en un mismo instante
Corro, embisto y paro.
Y á quien me da el pié
Le gloso la mano
Hasta la pechuga,
Con que voy pagado.
De lenguas entiendo
Todas cuantas hablo,
Como no me pidan,
Que es culto vocablo.
Del astrologia
Estoy casi un palmo,
Con que alzo figura
Aun sin astrolabio.
Sé la geografía
Como un boticario,
Conociendo della
Lo que del ruibarbo;
Pero bien entiendo
Que el Alpe está blanco
A poder de nieves,
Y que en parte es llano;
Que es el mar muy hondo,
Los valles muy bajos,
Los peñascos duros,
Y los montes altos.

Pues ¡la medicina!
No hay pulso tan flaco,
Que yo no le esfuerce
Si llego á tentarlo.
Pues ¡el orinal!
Soy en esto un pasmo:
Aunque no le vea,
Con solo el olfato,
No hay perro de muestra
Que huela un gazapo,
Ni que así la caza
Saque por el rastro.
Soy gran filósofo
Y gran teologazo,
De cascos abiertos
Y libros cerrados;
Contador tan grande,
Que en guarismo parlo,
En guarismo como,
Ceno, visto y calzo.
Mas no vivo apriesa,
Bebo sí despacio,
Y tengo gran cuenta
Con lo del regalo.
Por no ver fantasmas
Me acuesto temprano,
Y para no serlo
Tarde me levanto.
Es mi agua de nieve
De Lucena un jarro,
Y un jamon de Rute
Mi azúcar rosado.
Con esto refresco
El hígado y bazo;
Que por desayuno
Con poco estoy harto.
A las once como,
Y á las cinco salgo,
Durmiendo la siesta
Este poco rato:
Lo que en el invierno
Hacer el verano,
Porque yo mas quiero
Frito que no helado.
No me meto en guerras,
Ni de nuevas trato,
Porque con las viejas
Hago mis recaudos.
Poco me alborota
Que bajen armados
Treinta mil franceses
Hasta Cal de Francos,
Ni que el turco ó persa,
Con cien mil caballos,
Baje por la Armenia
Contra los polacos.
Si duerme mi dama,
El sueño le guardo
Con otra dispierta,
Porque hace otro tanto.
Si riñe, la riño,
Si halaga, la halago,
Doyle, si me pide,
Y si sale, salgo.
Y al fin, reinas mias,
Yo soy el cosario
De ese mar de amor
Donde nadan tantos;
Pescador de caña,
Que un anzuelo traigo,
Con que le doy cuerda
A cualquier marrajo.
Y así, á rio vuelto
Mis ganancias hago,
Porque á cualquier pesca
Entro por un lado.
Y en toda mi vida
Me vide ahogado,
Porque en cualquier agua,
Como nadan, nado.
De mi original
Este es un retrato;
Muchas copias tiene,
Mas ningun traslado.
Si bien os parece,
Bien podréis tomarlo,
Y si no contento,
Quedaré pagado.

ROMANCE XXVIII.—LÍRICO.

Dando la bienvenida á esta ciudad á mi señora doña Inés Paula y mi señora doña Francisca de Hinestrosa, su hija; asunto de muchas plumas.

Ya la oprimida corriente
¡Oh sacro Genil! dilata
Por las dolientes arenas
Que antes festivo inundabas.
Ya, pues que del vario tiempo
La permanente mudanza
Dorados juncos produce
Donde antes lúgubres cañas,
Vuelve á la antigua ribera,
Y las ya difuntas plantas
Resucitar sus cenizas
Vean en la undosa llama.
Vuelve, pues ya vuelve Nise,
Y en fe de deidad tan alta
Aqueste dia señale
La invidia con piedra blanca.
Exhale aromas el prado,
Y de la avarienta zarza
Mas dulce néctar se libe
Que amor en sus corchos labra.
De lascivos Cupidillos
Lasciva flor venerada,
Limite á las verdes puntas
Las purpúreas esperanzas.
Cante esta vez Filomena
Sus tristes, si dulces, ansias,
Al dulce son del olvido,
Si olvido cabe en quien ama.
Las blancas horas que al dia
Abren entre nubes blancas
La negra puerta del ocio,
No sin afanes cerrada,
Cuanto las húmedas sombras
Suave concento enlazan
En armoniosas voces,
Recíprocamente abran.
Dulce hija de la espuma,
Francelisa soberana,
¿Quién á tu hermosa ribera
Podrá conducir mi barca?
¡Oh musa! tú, que á mi ruego
En otro tiempo obligada,
En vez de laurel caduco,
Fiaste la heróica palma,
Propicia ahora me asiste,
Así en las inquietas aguas
Veas la tranquila frente
De aljófares coronada.
Mas ¡ay! que el ciego deseo
Mal puede veloces alas
Mover sin prestarle plumas,
Y vista alguna esperanza.
Mal resplandeciente lumbre
Disculpa ciega arrogancia,
Pues las tinieblas alumbran
Cuanto los ardores callan.
Si de las inquietas ondas
Sin riesgo viera la playa,
¿Cuál trofeo mas heróico
Fuera que una débil tabla?
Mas ¡ay amor! ¡qué de veces
Vencido el golfo, amenaza
Dura roca, frágil leño
En las ondas embozada!
Rémora pues al deseo
Sea respectiva causa,
Y el mar la ceniza inunde,
Si ha de ofender con las brasas.
Y vos, divino sugeto
De cuanta pluma consagra

Obedientes holocaustos
En obedecidas aras,
Dad oído á los acentos
De mi avena mal templada;
Que tarde ó mal se arrepiente
Quien emprende cosas árduas.
Dadme oido, así corona
Seais de nuestra Granada,
De uno y otro mar, de cuanto
Uno y otro polo abraza.

ROMANCE XXIX.—HERÓICO.

Bañándose una dama en Genil, mirándola su galan, sin atreverse á que ella le viese, por no enojarla, hurtóle una banda para testigo de su atencion.

El sol y Filida á un tiempo
Se arrojaban á las ondas;
El sol apagando luces,
Y Fili encendiendo sombras.
Mudó el silencio en las aguas,
Mudó tambien en las hojas:
A lasciva yerba apenas
Lasciva inquietud perdona.
No inquieta frondoso mirto
Avecilla que, celosa,
El pendiente nido acusa
Cuando ausente oido llora.
Ni aun bien de sus blancas luces
Lograr la húmeda antorcha
Podido habia reflejos
En las aguas buliiciosas.
Pendiente de las arenas
El sacro Genil revoca
Del acelerado curso
La corriente presurosa;
Genil, que la undosa vista
Tiende por la playa undosa,
Tan recatado, que apenas
Las verdes pestañas moja.
No así Daliso, que un tronco
De un anciano fresno adorna
De mas deseos qué arenas
Oprimen la playa corva;
Daliso, amante de Fili,
A cuya luz mariposa,
A cuyos ardores fénix,
Arde el vuelo, enciende aromas;
Daliso, á quien dura flecha,
Teñida en dulce ponzoña,
Abrió en dilatada herida
Suerte y esperanza corta.
Argos la playa examina;
Mas ¡ay Daliso! ¿qué importa
Bañar la herida en el agua,
Si es el agua ponzoñosa?
Mucha vista en pocos pasos
Temerosamente otorga
A su amante, á los cristales,
Que deseos le retornan.
Arde el agua á los reflejos
De su incendio, y misteriosa,
En vez de apagarle el humo,
Mayores fuegos le arroja.
Un volcan son las arenas,
De cuya nadante copia
Murada la infiel orilla,
Montañas de amor estorba.
Sediento extiende la vista
Una y otra vez; y ociosa
Vuelve retirada al riesgo,
Tiniéndole por lisonja.
¡Oh amor! ¡Si las ciegas plumas
Batieras á un tiempo, y todas,
Sin recelar precipicios,
Del hierro hicieran corona!
El vuelo pues que atrevido
Aun mayor riesgo blasona,
¡Oh cuánto engolfado en dudas
Sigue contraria derrota!
¡Oh cómo ciego el deseo,
Con el agua hasta la boca,
Ni bien el ardor mitiga,
Ni bien la ceniza sopla!
Desatado de la cumbre
El peñasco vuelve, y gloria
Juzga el padecer, callando,
Por quien su dolor ignora.
Una banda de su amante
Adquiere, purpúrea zona
De la esfera de su amor,
Helada á un tiempo y fogosa.
Si no incluye signos doce,
Señales mil aprisiona,
Que á su cobarde esperanza
Los eslabones le dobla.
Cede á su intento el amante;
Que aquella banda, aunque sorda,
Desatada en sus acentos,
Teme que el silencio rompa.
Habia en tanto sus rayos
Por la playa nebulosa
Tendido la blanca Cintia,
Mediando el curso á las horas.
Caliginosos celajes,
Húmedos ya, perezosas
Permitian las estrellas,
Y soñolienta la aurora.
Restituida á su adorno
Ya Fili, de la carroza
Oprimidas las riberas,
Agua y sentimientos brotan.
Volvió Genil á su curso,
Cuya corriente abundosa
De tan glorioso trofeo
Uno y otro mar honora.

ROMANCE XXX.—HERÓICO.

Al milagro del profeta Eliseo, que resucitó á un difunto que arrojaron sobre sus huesos en una caverna.

¿Quién de la pesada sombra,
Que ocio perezoso y torpe
Envolvió en mortal silencio,
Llamas desató veloces?
¿Quién vió alumbrar las tinieblas
Los confusos horizontes,
Rayos desatando al dia,
Sombras huyendo á la noche?
¿Quién, sino el grande Eliseo,
Que entre ciegos resplandores,
Donde mas acusa el riesgo
Obra milagros mayores?
Aleve homicida arroja
Difunto cadáver donde
Sepulte, dos veces muerto,
De una vez sus dos traiciones;
Allí donde, retiradas
Sus reliquias, desconocen
Los vivientes de aquel siglo,
En sepulcro horrible y pobre.
Mas ¡oh juicios divinos!
El medio para que ignoren
El delito, es quien le acusa
Prodigiosamente noble.
No así el pedernal herido
Desata á los duros golpes
Las tenebrosas centellas
Que fogosa vena esconde,
Como el obscuro cadáver,
Tocado apenas, descoge
Entre mortales tinieblas
Lucientes admiraciones;
Tocado apenas de aquellos
Insepultos eslabones,
Puesto que dos veces muertos,
Huesos de tan gran renombre.
Levántase, y mal distintas
Desata prolijas voces
Del aprisionado pecho,
Solo en repetirlas doble.
Y aun en muchas dice menos
De las que inmensa responde

La admiracion, que asimismo
Le acusa que no se ignore.
Mas ¿quién, oh grande Eliseo,
Alta admiracion del orbe,
No erige á prodigio tanto
Lucientes aclamaciones?
¿Quién no admira que un cadáver,
Desatado en ilusiones,
De la vida que no tiene
A otro cadáver informe?
¿Quién no admira que una sombra
Vitales aplique ardores
Al tenebroso desmayo
Del último ser del hombre?
El que ya prolijamente
Encadenado entre horrores,
Limadas vió las tinieblas
Que enlazó el primer desórden,
¡Qué holocausto dar pudiera
Que á tus altares conforme
Fuese en todo, bien que el humo
Desatase en esplendores!
Aun no los vivientes siglos,
Que á su precipicio corren,
Tendrán bastantes acentos,
Si otros siglos no los oyen.
La enmudecida caverna
Que sellaba tanto nombre,
Y abrió gloriosamente
Homicida mano entonces,
Al sordo oido del tiempo
En largo acento pregone
Tu alabanza, hasta los troncos
Parleros haciendo el monte.

DÉCIMAS.

A una dama música, que, cantando, despedia á su galan y lisonjeaba á otro.

Fili, tú cantas mi muerte
Como pudieras mi vida,
Pues tan mal correspondida
Está de una y otra suerte.
Que no vivo en tí me advierte
De tu voz el falso acento;
Que no muero, el sentimiento
Con que te acuerdas de mí:
Con que muero y vivo en tí,
Uno al ser, otro al lamento.
Si pudieran las deidades,
Esta ingratitud vengaran;
Mas á mucho se obligaran
Si oyeran tus liviandades;
Que si tus facilidades
No ensordecieran su oreja,
Ya fuera menor mi queja,
Ya mas cruel tu castigo,
O se anegara conmigo
Quien en las ondas me deja.
Canta, pues, mis escarmientos,
Y llora tu ingratitud,
Porque ya mi esclavitud
La cadena dió á los vientos;
Y estos últimos acentos
Que en mi oído desconoces,
Para que mejor los goces
Refiérelos á tu oído,
A ver si está tan dormido
A tu voz como á mis voces.
Si de dueño no mejoras
Ni te acrecientas de bienes,
Mal á tu culpa previenes
La disculpa que le ignoras;
Si no es que tu vida lloras
Cuando ya mi muerte cantas,
Y cual cisne te adelantas
(Hidrópica de mi oído)
A que el llanto fementido
Se anegue entre voces tantas.
Canta pues, y dulcemente
De segundo dueño encanta
La atencion; que en dicha tanta
Hoy á tu voz se consiente.
Veamos quién mayor siente
De los dos pena cruel;
Pues conmigo eres infiel,
Y con él no has de ser firme,
Con que en quedarse y en irme,
Ni á mí me tienes ni á él.

DÉCIMAS.

A una dama que dejó á su galan por un fraile, diciendo era su confesor para cumplir con la Iglesia.

Primero que mi dolor
Son los dioses; que mis celos
No han de atreverse á los cielos,
Aunque es deidad el amor.
Si fuera causa menor,
Fili ingrata, tu desvío,
Presumiera el llanto mio
Poderle en parte vencer;
Mas buscar firme mujer
Es volver atrás un rio.
Que con la Iglesia cumplieses,
Fili, ¿quién lo excusaria?
Que yo el alma te daria
Porque allá me condujeses;
Mas que con otro absolvieses
Lo que pecaste conmigo,
Quedando aquel por amigo,
Y por enemigo yo,
¿Quién no dirá que cumplió
(No tú) la Iglesia contigo?
Tenga pues celos divinos
Mi amor, siendo tan humano;
Que no suelen ser en vano
En él tales desatinos;
Mas en tan ciegos caminos
¿Cómo puedo hallar salida?
Pues estás arrepentida
Con tan rara penitencia,
Que haces del acto potencia,
Quedando en él convertida.
De tu culpa y confesion
Raro ha sido el previlegio,
Pues haces un sacrilegio
Para alcanzar un perdon.
Que es acto de religion
El que has hecho, bien se ve;
Pero no es acto de fe,
Pues con ese nuevo insulto,
O le profanas el culto,
O haces que ignorado esté.

DÉCIMAS AMOROSAS.

Glosando esta redondilla, diciendo el amor, sin decirlo á una dama:

Ardo y lloro sin sosiego,
Ardiendo y llorando tanto,
Que al fuego no apaga el llanto,
Ni al llanto consume el fuego.

A ser posible en amor
Querer sin decir por qué,
Bien se atreviera mi fe
A cautelar el dolor;
Pero callar no es valor,
Pues jamás ofende el ruego;
Mas si dais oído ciego
A mi enmudecido llanto,
¿Cómo no he de callar cuanto
Ardo y lloro sin sosiego?
No diré por quién mi llama
Tanto incendio solemniza,
Enjúguese en la ceniza
Llanto que hasta el fuego inflama;
Pero si aun el humo os llama,
Viendo que á arder le adelanto,
Para que veais mi llanto
Aun en las mudas centellas,
¿Cómo he de callar en ellas,
Ardiendo y llorando tanto?

A decir que soy quien soy,
Tal estoy, que no me atrevo,
Pues mas atencion os debo
Cuanto mas afecto os doy.
Indeterminable voy
A ver este ciego encanto,
Pues cuando mas me adelanto
A decir el ardor mio,
Hallo con mayor desvío
Que al fuego no apaga el llanto.
¡Oh si ya de la cadena
Rompiera los eslabones,
O doblara las prisiones
Como se dobla la pena!
Oh, quién besara la arena,
Aunque se anegara luego!
Mas ¡ay! que es en vano el ruego
Cuando es tan sordo el rigor,
Que ni al incendio el dolor
Ni al llanto consume el fuego.

DÉCIMAS AMOROSAS.

Contra lo que da á entender la redondilla.

GLOSA.

A tan continuo dolor
Ya no hay, Clori, sufrimiento;
Mas y mas es mi tormento,
Mas y mas es tu rigor.

¿Quién, Clori ingrata, no ve
De los dos la árdua porfía,
Tú por ser conmigo impía,
Yo porque entiendas mi fe?
Que esperanza no me dé
El continuado rigor,
Mas crédito es de mi amor,
Pues cuanto es mas el desvío,
Adelanto el amor mio
A tan continuo dolor.
Deja, pues, de presumir
Que has de poder, inconstante,
Retrocederme de amante
Cuando es mi premio el sufrir.
Solo me deja sentir
(En tan extraño tormento)
El prolijo pensamiento
De vencerme y no acabarme,
Porque, á presumir mudarme,
Ya no hay, Clori, sufrimiento.
Que el mar azote la playa
Cuando ella queda se está,
Con los golpes que le da
Le acusa cuando se vaya.
Si es mi tormento atalaya
De mi propio sufrimiento,
¿Cómo he de estar soñoliento
A los golpes de mi llanto,
Si mas crece mi amor cuanto
Mas y mas es mi tormento?
Si yo alcanzar presumiera
De mi amor el alto empleo,
Allí acabara el trofeo
Donde tambien la carrera;
Mas es mi amor de manera
Que no hay término á mi amor;
Luego ¿premiarle es mejor?
Luego el tormento ¿es villano?
Luego bien se ve que en vano
Mas y mas es tu rigor.

LETRILLA XI.

Consolando á un amigo en una pérdida grande.

Triste pastor del Genil,
Que de sus nevados copos
Los acentos te han llevado
Por los oídos los ojos,
¿Qué escuchas en sus cristales?
Su márgen armonioso
¿No ves cómo precipita
Mucho mar en cristal poco?
¿Quién te ha doblado las penas?
Las duras prisiones solo
Del ánimo humilde triunfan,
Jamás del valor heróico.
El mismo riesgo que juzgas,
Hace al Genil lastimoso;
Es su aumento, pues ya es mar
El que antes humilde arroyo.
Allí, donde el mar le bebe,
Bebe él tambien muchos golfos;
Y si antes de humildes cañas,
Ya se corona de escollos.
¿Quién dirá que no es Genil
Todo el mar? Mira cuán sordo
Dió el oído á la ruina,
Pues le aumentó los elogios.

LETRILLA XII.

Anarda salió al ejido
De su aldehuela un dia santo,
Y haciéndose todos ojos,
En verla se deslumbraron.
Que el sol saliese sin alba
Pareció á todos milagro;
Mas aunque antes salió el sol,
Por los dos la saludaron.
A recebirla van todos;
Pero no festivos tanto,
Que no se helase algun fuego
En la nieve de sus manos.
Bellísimas zagalejas,
Unas y otras sin cuidado,
Las Vénus de las florestas,
Las Dianas de los campos;
Pero así que llegó Anarda,
Tantas bellezas quedaron
Sin color, porque su rostro
Era de todas el blanco.
Viviente jardin de amor,
Producia con su halago
Al cielo lucientes flores,
Si al valle floridos rayos.
Y Anfriso, que la seguia
Como su norte, embozado
Entre sordas esperanzas
Y no mudos desengaños,
«¡Oh, que te pierdes, amor!
Decia, dispara el arco,
A ver si, como me hieres,
Hieres pecho tan ingrato.»

LETRILLA XIII.

Una tarde de San Pedro
Riñó Teresa con Bras;
Mas y mas fué necio el uno,
Necio el otro mas y mas.
Quiso para todo el año
Tenderla el triste zagal,
Y par Dios que la acertaba,
Si fuera en la de San Juan.
Cerrada la hizo Teresa,
Y tanto, que no podrá,
Aunque dé treguas al gusto,
Dejar de romper la paz.
De tan bella retirada
Admirado amor está;
Que no hay Bras, amor ni celos
Donde Teresa no hay.
Juraron ambos no verse,
Porque tan ciegos están,
Que no ven; que si se viesen,
Han de volverse á mirar.
Mas el amante, que al verla,
Con gusto y disgusto igual,
Ve que si se va la pierde,
Y tambien si no se va,
Entre quedar y partirse,
Quiso partir, y quedar

Con la pesadumbre y ella,
Y así comenzó á cantar:
Dulce zagaleja
De las llamas tibias,
Hiela como ardes
O arde como enfrias.

LETRILLA XIV.

Mal contenta de su Anfriso
Lucinda salió una tarde
A competir con el sol
Y á hacer de los dos donaire.
Muchas zagalas la siguen,
Y tambien muchos zagales:
Aquellos por lo que piensan,
Y aquestas por lo que saben.
Era el cuidado de todos,
Y de todas el ultraje,
Trayéndolos á dos manos
En continuos pasacalles.
Si no eran sus ojos soles,
Porque aunque abrasan no arden,
A cualquiera luz pudieran
Deslumbrar sin apagarse.
Llegó á mirarse en Genil,
Y Genil llegó á mirarse
Tambien en ella, y corridos
Se miraron á dos haces.
Y Anfriso, que la seguia,
Reparando en los cristales
Que en la imágen de Lucinda
Parecian despeñarse,
Deja, dulce ingrata,
Dice, *esas ondas;*
Baste ya que mis ansias
Te admiren roca.

AMOROSO.

A una dama tímida.

Si como es cierto mi amor,
Vuestro rigor fuera incierto,
Diera fin, dulce Anarda,
Al repetido afan de mi tormento;
Que amar sin ser amado,
Y si esto no, á lo menos
Sin ser correspondido,
Es grabar en un mármor mi deseo;
En duro mármor, donde
Mis dolorosos ecos
Tarde ó mal se repiten
A vuestro oido, sin mirarse ajenos.
Mirad menos esquiva
Los males que alimento
En el pecho doliente,
Y podrá ser que enternezcais el pecho.
De mí me olvido apenas
Cuando de vos me acuerdo;
Que el deseo no duerme
En el lecho en que amor está dispierto.
La memoria impaciente
De los desvíos vuestros,
¡Oh cuán prolija! Oh cuánto
Os sigue allí veloz con paso lento!
Si engaño mis pesares,
Concediéndome al sueño,
Por ver si duerme al ocio
La costumbre continua de mi afecto,
Entre ilusiones tristes
Suena en mi oido un eco
Tan vecino de la alma
Cuanto distante de el doliente cuerpo;
Un eco repetido
Con tan cruel silencio,
Que á sus desmayos mudos
Dispierto vivo para estar mas muerto.
Un eco desatado
De un *¡ay!* tan macilento,
Que en palideces tristes
Deja embozado el doloroso lecho.
Si amante reconozco
Los favores que inciertos,
O ya mudos ó tibios,
No me negaron la ocasion ó el tiempo;
Como nunca se logran,
Y está en el golfo el puerto
De mi esperanza incierta,
Y nunca enjugo los mojados remos,
Ya náufrago y dudoso,
Aun en la arena temo,
Embozadas las rocas,
La agua dormida, ensordecido el viento,
Y todos en mi daño,
Para que sea mas fiero
En el favor impío
El duro halago, el apacible riesgo.
Si pensais acabarme
Con rigor tan molesto,
Duplicando desvíos
Crece la llama de mi ardiente ruego.
Divino dueño mio,
Mi amor es verdadero;
Merezca ser creido
Por vos, ya que por mí no lo merezco.

SÁTIRA II.

Que de la casada hermosa
Ande la alma cosquillosa,
Y que al fin su red me enlace,
Que me place;
Pero que ella libre viva
Cuando en hierros me cautiva,
Que son á sus piés de cera,
Guarda fuera.
Que su ingratitud se alumbre
Desde la mas alta cumbre
Que ve el sol así que nace,
Que me place;
Mas que mi cautividad
Le sirva de libertad
Y de abrirle la mollera,
Guarda fuera.
Que se ponga á la ventana,
Dando á entender muy lozana
Que nadie la satisface,
Que me place;
Mas que sea en su balcon,
Cual tablilla de meson,
Que da posada á cualquiera,
Guarda fuera.
Que á sus amigas visite,
Y que yo lo facilite,
Aunque algo nos embarace,
Que me place;
Pero que trate con una
Que en los cuernos de la luna
Mueve de Vénus la esfera,
Guarda fuera.
Que á la comedia algun dia
Vaya con licencia mia,
Aunque allí su papel hace,
Que me place;
Mas que equívoca de faldas,
Haga á dos visos espaldas,
Cual si yo no lo entendiera,
Guarda fuera.
Que ya del amor cansada,
Como á vida sepultada,
Diga *requiescant in pace*,
Que me place;
Mas que me tenga por muerto,
Cuando á otro le hace cierto,
Y luego que yo la quiera,
Guarda fuera.
Que tenga confesor viejo,
Adonde, como en espejo,
Enmiende los yerros que hace,
Que me place;

Pero que le tenga mozo
Para que con este embozo
Me sirva á mí de contera,
Guarda fuera.
Que la ferie su marido
Los dulces, joya y vestido,
Con que nuestras bodas trace,
Que me place;
Mas que por mudar de porte,
Con un figuron de corte
Entapice la pollera,
Guarda fuera.

SÁTIRA III.

Mas mal hay en el aldegüela
Que se suena.
De aquellas de mayo á enero
Doncellas de opilacion,
Que por añadirse un don,
Por hierro toman acero,
Solicite lisonjero
Ruiseñor la verde rama;
Que aquella voz mas inflama
El nido que le asegura,
Con que el hacerle la cura
Es doblarle la cadena.
Mas mal hay en el aldegüela, etc.
A dos sirve la casada,
De opiniones tan iguales,
Que en los bienes y en los males
Para entrambos es doblada.
Doblan siempre la parada,
Haciendo ella presa, y pinta
Tan equívoca y distinta,
Que un arcaduz toledano
Absuelve con una mano,
Y con otra le condena.
Mas mal hay en el aldegüela, etc.
De la viuda presumo,
Cuanto mas tibia se vende,
Que porque el alma se enciende
El cuerpo se viste de humo;
Y su llanto, á lo mas sumo
(Aunque sea un grande rio),
Viene á ser el sudor frio
De aquel fuego natural;
Que al fin es cera el panal,
Aunque robre la colmena.
Mas mal hay en el aldegüela, etc.
La soltera que de todos
Se finge muy enfadada,
Y sale luego enlodada
Las manos hasta los codos,
Presume por varios modos
Tener el mejor estado,
Con que el viudo y casado,
El religioso y galan,
Si no le piden, le dan
Segun la culpa la pena.
Mas mal hay en el aldegüela, etc.
La monja (rana entre redes),
Que ni es pece ni animal,
Quiere en Cuaresma el Carnal,
Dando por esas paredes.
No sabe, amor, lo que puedes;
Quiere darnos por disculpa,
Y sin agravar la culpa,
Siempre se condena mas,
Porque nunca vuelve atrás,
Ni adelante va su pena.
Mas mal hay en el aldegüela
Que se suena.

SÁTIRA IV.

Ya en el mundo no hay verdad;
Y así, ¿quién mete á mi musa
En lo que á todos excusa
La ciega necesidad?
Faltó la dorada edad,
Volviéndose el oro en hierro;
Todo el pan es pan de perro,
Que está ladrando á la luna;
Y quien piensa que fortuna
No rueda mas que una bola,
Mamola.
Hácese el rico avariento,
Que fué cebolla y es ave;
Fué ligero, mas ya es grave;
Es caballo, y fué jumento;
Mas si no valiera un cuento,
Como su vida, su hacienda,
Hay quien diga que la rienda
Fuera una soga de esparto,
Y que el purpúreo lagarto
No se pegara con cola,
Mamola.
Está el otro prebendado
En el coro, que es mancilla,
Porque le mata la silla
Mas que á su rucio rodado,
Y quiere ser venerado,
Sin ver que el manteo y capa
En él parece gualdrapa;
Y si á la espalda se mira,
Verá que á ser falda aspira
La que pudiera ser cola,
Mamola.
La doncella, cual culebra,
Ya que el pellejo no muda,
Entre dos piedras de ayuda,
Como cántaro, se quiebra;
Y el otro que la celebra
Muy tierno con su hermosura,
No ve que pierde la hechura
Siempre que haya de romper
La duda de no entender
Que él no es solo ni ella sola,
Mamola.
La soltera que en remojo
Tiene el parecer de niña,
Siendo un ave de rapiña,
Con mas puntas que un abrojo,
Haciendo á todos mal de ojo,
Con dos higas los saluda,
Y á cualquiera que estornuda
Le responde con un *sí*,
Al que amaneció alhelí,
Anocheciendo amapola,
Mamola.
Cifra en galas el valor
El otro soldado, y es
Que da plumas á los piés,
Como los piés al temor.
Arde en sus venas amor
Con presunciones de Marte:
Bravo á la guerra se parte;
Mas en llegando á la guerra,
Sin ver el mar toma tierra,
Asombrado á cualquier ola,
Mamola.
¿A quién no asombra el devoto
Que vive y bebe penado,
Pudiendo arrojarse á nado
Y hartarse como un piloto?
Finezas en saco roto
Echa asido á un duro banco,
Por comer bizcocho blanco
Con tal vida de galera,
Que jamás alza bandera
Cuando el amor la enarbola,
Mamola.
No menos me admira el modo
Con que tiran nuevos gajes,
Ya en los palacios los pajes,
A la parte entrando en todo.
Dan á sus amos de codo,
Y á sus amas de rodilla;
El amo el caballo ensilla,
La yegua corre el lacayo,

Con que debajo de un sayo
Ya es manípulo, ya estola,
Mamola.

SÁTIRA V.

Como juez de pelota
He venido á juzgar faltas,
Que unas se pasan por altas
Y otras por de humilde nota.
Seré juez de la Rota,
Pues todo va tan rompido;
Mas ¿quién me ha de dar oído,
Juzgando de ajenas vidas?
Concertadme esas medidas.

Que al otro le dén en dote
Un hábito colorado
Por la sangre que han quitado
A quien ya los llevó á trote;
Y que el tal no se alborote
Con hábito por costumbre,
Y que antes con él alumbre
Donde tiene las heridas.
Concertadme esas medidas.

Danle á uno saya con ropa,
Y á otro con jubon de azotes,
A aquel le tiran los botes,
Y á este le encienden la estopa.
Que en la miel cayó la sopa
Piensa el otro gran letrado;
Pero yo sé que embargado
Está con mejor derecho
El volúmen de su lecho,
Segun leyes de Partidas.
Concertadme esas medidas.

Estáse el otro doctor,
Sábio mucho en orinales,
Con dos aforismos reales,
Tomando el pulso al amor.
Es él quien siente el dolor,
Y Menga quien lo pádece;
Y al paso que el dolor crece,
Crecen idas y venidas.
Concertadme esas medidas.

Exagera su nobleza
El otro ricazo terco,
Y no quiere comer puerco
Por mas guardar su limpieza;
Y luego tiene pereza
Tal, que siempre está esperando,
Sin saber el cómo ó cuándo
Sean sus deudas redimidas.
Concertadme esas medidas.

Culpa el valiente á su espada
En una y otra pendencia,
Siendo él quien hizo la ausencia,
Y su espada la quedada.
Luego del arnés tranzada
La cabeza hasta los piés,
Se va con su doña Inés
A curarse las heridas.
Concertadme esas medidas.

La otra miel virgen, que está
De aguijones aun mas llena
Que pudiera una colmena,
Y acibar por gustos da,
Con su *re-mi-fa-sol-la*
Mil teclas toca amorosa,
Con que está muy melindrosa,
Haciendo casta á escondidas.
Concertadme esas medidas.

Forzoso es que á su mujer
Vea el marido postizo
El vestido que no hizo,
Y que otro mandó hacer.
Querernos dar á entender
Que es traza, y no liviandad,
Díganlo en la vecindad
Las entradas y salidas.
Concertadme esas medidas.

La otra loca, que de andrajos
Es eterno muladar,
Y si tiene, es al quitar
Con mil reveses y tajos,
Despues de andar en trabajos
Mil tierras á largo trote,
Si le ruega un marquesote,
Hace de las engreidas.
Concertadme esas medidas.

SÁTIRA VI.

Ahora que estoy á solas,
Templar quiero mis pesares;
Pues que ya todos mis bienes
Me los ha llevado el aire.
Engañaré mis desdichas
Con algunas novedades,
Cantando vidas ajenas;
Que todo lo nuevo aplace.

Enfadarále al casado
Su mujer, aunque sea un ángel,
Porque es fruta de tal data,
Que se ha de comer con hambre;
Y camaleon de esquinas,
Andará papando el aire
Por una lechuga engerta;
Que todo lo nuevo aplace.

Tendrá la casada hermosa
Un marido con mil sales,
Galan, discreto y sufrido,
Y famoso para padre;
Y por variar el gusto,
Absolverá con un fraile
Lo que con un paje peca;
Que todo lo nuevo aplace.

Andará el galan soltero
Con mil ninfas de portante,
De aquestas que á toda costa
Corren leguas á millares;
Y querrá que la duquesa
Le solfee un pasacalles,
Porque le toque las teclas;
Que todo lo nuevo aplace.

La reverenda viuda
Tendrá su quita-pesares,
Ya en reverendas capillas,
Ya en bonetes colegiales;
Y querrá que el escudero
De la mano la levante
Despues de caer con todos;
Que todo lo nuevo aplace.

Tendrá el señor racionero
La hija de Peribañez,
Hermosa, rica, y guardada
Mas que una pera en tabaque;
Y por comer de otro plato,
A su ama Dominga Sanchez
Le apretará las agujas;
Que todo lo nuevo aplace.

Dama tendrá de respeto
El Adónis estudiante,
Siendo el sexto su derecho,
Su *Instituta* y *Decretales;*
Y por glosar otro texto
De las leyes cornubiales,
Hará su blanco una negra;
Que todo lo nuevo aplace.

Cubriráse la otra dama
Delante el Rey, como grande,
Con treinta mil excelencias
Y otras tantas majestades;
Y porque vido al soldado
Roto por trecientas partes,
Le querrá echar un remiendo;
Que todo lo nuevo aplace.

Estará la otra beata
Con un gusto como un padre,
Rodeada de cien hijas,
Que todas la llaman madre;

Y porque el otro mozuelo
Le dió un pellizco en la calle,
Le da la mano hasta el codo;
Que todo lo nuevo aplace.
La otra remilgada monja,
Despues de haber hecho á un fraile
Llevar diez años ó doce
A cuestas los atabales,
Se va con don Belianís,
Porque le dijo una tarde
Que era el sol de la mañana;
Que todo lo nuevo aplace.
La otra música tendrá
Cien marqueses en la calle,
Por oirle alguna letra
De aquestas que entran con sangre;
Y estaráse con un negro,
Que la toca y que la tañe,
Haciendo dos mil gorjeos;
Que todo lo nuevo aplace.
La doncella recogida,
Con mil melindres y ajes,
Porque el aire no la toque
Cuando mas la toca el aire,
Despreciará por marido
Al que la sirve galante,
Y querrá al que no conoce;
Que todo lo nuevo aplace.
La otra loca presumida,
Crespa y dura mas que un áspid,
Desvanecida de manos
Por las que dió á sus amantes,
De puro trillada ya,
Quiere que á su puerta ladre
El perro de su vecino;
Que todo lo nuevo aplace.
Mas ¿adónde vamos, musa?
¿Quereis que acaso nos rasque
Algun marqués la mollera,
Muy presumido de grave?
Volvámonos á las veras,
Dejemos los disparates
Para equívocos poetas;
Que todo lo nuevo aplace.

DÉCIMAS.

A una dama que dió un ramo de flores á un galan por favor.

Estas, divina Marcela,
Flores que dió vuestra mano,
Puesto que parezca en vano,
No en vano el amor recela;
Que áspid allí se cautela
No es dudable, pues si amor
Dió estas flores por favor,
Como el favor se fué en flores,
Hizo las sombras mayores
Cuanto mas fué el esplendor.
Diréis que en ellas dormido,
Y aun sordo, el áspid está,
Pues de vuestras manos ya
Llega á las mias rendido;
Que así estoy favorecido,
¿Cómo lo puedo negar?
Mas dejadme consultar
Las flores con mi veneno,
Y hallaréis que hacerle bueno
Es pedir quietud al mar.
Y aunque en ellas y en él veo
Mi argumento respondido,
Pues en vos han florecido,
Y en él se logra un trofeo;
Como enmudeció el deseo,
Y todo en flores se fué,
Mal vuestro favor se ve.
Pues á lo mas vuestras flores
Solo alumbran mis ardores
Porque amor ciego no esté.
Mas si ciego, adonde tira
Tanto acierta, ¿qué será
Ahora que no lo está,
Pues por vuestros ojos mira?
Que á mayor trofeo aspira
No vanamente presumo,
Pues pudiera á lo mas sumo
Estar con vos satisfecho,
Sin arder llama en mi pecho
Que alumbrase aun con el humo.
Las flores, pues, de algun fruto
Sean hoy á mis querellas,
O si no, vueltas centellas,
Vean ya mi llanto enjuto;
Si el lagrimoso tributo
De la alba en ellas vertido
Queda en néctar convertido
A la abeja susurrante,
¿Por qué el llanto de un amante
Será menos presumido?

HERÓICO.

Pintura de la noche desde un crepúsculo á otro.

Si alguna vez, Euterpe,
Mereció ser oida,
Mi atencion dedicada
Al dulce acento de tu heróica lira,
Agora que entre sombras
De verdades fingidas,
Vacilando mi pluma,
Ni vuela, ni desmaya, ni se anima,
Concédete á mi ruego,
Oye mi voz propicia;
Pulsa del marfil corvo
La cuerda antes rozada que rompida.
Cantaré de la noche
Las sombras confundidas
En pálidos horrores,
Silencio triste, lúgubre armonía.
Cantaré de mi pecho
Tambien las sombras frias,
Del ardor desatadas
Que tanto alumbra la memoria mia.
Ya entre la azul espuma
Caido el blanco dia,
La púrpura luciente
Daba á las ciegas ondas mal dormida.
Ya los húmedos rayos,
Castamente lasciva,
Tétis bañaba en perlas,
De murice avariento recogidas.
Ya en las ondas los rayos,
Y ellas en ellos, iban
De abrasadas espumas
En las alas volando fugitivas.
Allí las ondas arden,
Aquí los rayos vibran,
En vez de ardientes luces,
Las sombras desatadas de sí mismas.
Tan otro el Oceano
Era en ardiente pira,
Que no mar, sino incendio
Envuelto en cristal mudo parecia.
Así en la undosa llama
Las ondas sumergidas,
Tal vez desmienten rayos,
Y tal nevado incendio se acreditan;
Nevado incendio, adonde
Aun mal se determina
Si las ondas se apagan,
O si es ceniza el sol donde se abrigan.
Ya el antípoda adusto
Por las sombras caidas
Desde los altos polos,
Aguila, al sol los rayos examina;
Y ya el vociferante,
Dichoso patricida,
Pues de tantas estrellas
Es norte el ciego impulso de su ira,
Aceleraba el paso,
A quien obedecia
De Arturo hasta Calisto
Cuanta luz de la sombra es mas vecina.

De las húmedas llamas
Tantos humos respira
La tierra, que ya vuela
En sombras, desatada de sí misma.
Y del averno escuro
La corriente enemiga,
Al siempre negro Amsanto
Las siempre duras sombras conducia;
De quien oscura fénix
La noche renacia,
Batiendo negras plumas,
Calmando el viento y apagando el dia.
El ruidoso silencio
Solamente se oia
Del taciturno paso
Con que el mar se explayaba en las marinas,
Treguas jurando á cuanta
Por la sagrada orilla
Deidad condensa perlas,
Desata aromas y corales liba.
No en la profunda selva,
De la robusta encina
El silencio interrompen
Las ramas, de los vientos sacudidas,
Ni el dulce nido acusa
Recelosa avecilla,
Bien que con sordas quejas,
Con mas voces le escucha que le mira.
Solamente se oyen
De sordas fuentecillas
Deslizadas corrientes,
No sin temor, por entre blancas guijas,
A quien responde apenas
Concavidad vecina,
Bruta deidad la habite,
Guarda del bosque ó bien sagrada ninfa;
Si bien tal vez Neptuno
Tanto silencio implica,
Pendiendo de las rocas
El rumor de las ondas repetidas;
De las ondas lucientes,
Que á la tiniebla impia
Ceniza encender quiere
La arena, antes enjuta que bebida.
No así violencia entonces
De nube mal rompida,
El aire dividiendo,
Taladra la montaña mas altiva;
Como deciende la agua,
De su peso impelida,
Mariposa abrasada
En las estrellas que apagar queria.
Pende así á los escollos,
Y en ellos sustenida,
A lento paso bebe
Los rayos de las luces cristalinas.
Mas luego envuelta en sombras,
Se advierte conducida
Entre el mudo silencio
De las que ya la noche aves seguian.
Apenas salió, cuando
De todas fué asistida
Entre gemidos mudos,
Sordos acentos, pálida alegría.
Con funesto semblante
De uno en otro subia
Levantado horizonte,
De estrellas, ni desnuda ni vestida;
Mal lunado el coturno,
Hipócrita la vista,
Y la intonsa madeja
En negra anfisibena recogida.
De flores coronada,
Aprisionando enigmas,
Ya se desmiente Céres,
Ya Cintia, ya Diana y Proserpina.
Con leve movimiento
Celajes esparcia,
Que de las negras alas
El soñoliento peso multiplican;
El peso leve, en cuanto
Consiente ansias dormidas
Al breve espacio, en que arden
Ociosas las centellas de la vida.
Ya del Sistro dorado
La funesta armonía
Melancólicas luces
Vocea en sombras muchas ya encendidas;
Unas que el viento errando,
En breve espacio giran
Su muerte, antes pavesas
Que al aire exhalaciones esparcidas;
Otras que al ser humano
Adversas siempre y fijas,
Si afectos no violentan,
Con violencia suave los inclinan.
Aquella siempre ingrata,
Que ardiendo en llamas tibias,
Del Orion armado
Las frias venas arde en sangre fria;
Aquella luego, adonde
Benévola y propicia
La fortuna se aduerme,
De luz copiosa, clara, pura y limpia;
Y aquella al siempre armado
Fiero Trace, encendida,
Que antorcha de su acero,
Le alumbra ó le señala las heridas;
Y tú, del quinto cielo
Estrella no enemiga,
Que entre sangrientos humos
Sangre y furor aun con el humo indica;
Y aquella macilenta,
Cobarde y saturnina,
Que entre desvíos yace,
Melancólica siempre y pensativa;
Con otras muchas, antes
De aquellas conducidas,
Que al dia naufragante
Norte es luciente en los opuestos climas.
Con ellas, pues, la noche
Luciente se encamina
Hasta donde Morfeo
Caliginoso lecho le ofrecia;
Negra inculta pizarra,
Cuyo hueco respira
Un denso humo y grave,
Pesado y perezoso aun á la vista;
Tan cóncava y profunda,
Que la laguna Estigia
Sin duda en ella nace,
Y nunca de algun hombre conocida;
De beleño cubierta,
De sombras siempre amiga,
Y de un silencio sordo
Sordamente al oído repetida;
Donde un rumor ingrato,
Que no se determina,
De la humedad que, tarda
Y muda, en breve arroyo se destila,
Se escucha perezoso,
Y tan léjos, que olvida
Él mismo su memoria,
Dejando un son de infiel melancolía.
De gemidoras aves,
Broncas siempre y prolijas,
Que tardamente vuelan,
Por todos sus espacios esparcidas,
Tristemente habitada,
Y de un horror que indigna
Aun los negros escollos,
Cuyas frentes tambien están dormidas;
Y tanto, que parece
Que ya se precipitan
Hasta el profundo Erebo,
Desarraigadas todas de sí mismas;
Expuesta al frio Bóreas,
Allí donde marchita
Nace la flor, si nace,
Y pende helado el mar de la alta orilla.
Del sol siempre ignorada,
La estancia es en que habita
Morfeo, en cuya diestra
Las llaves se aprisionan de la vida.

Jóven fecundo, en cuanto
A su planta rendida
La inquietud no fomenta
Ideas tristes, torpes alegrías;
En cuanto al ocio amigo
De la sonante esquila,
Del afan siempre ingrato
La cuidadosa oreja se desvia.
Con él, pues, se detiene
En tanto que registra
Media esfera el silencio,
Con blando oído, si con voz tranquila.
Anciano, á quien el paso
Ligero desmentia,
Y los sellados labios
La juventud en tantos advertida,
Parte, y sus pasos sigue
Antorcha, á quien Lucina
Tal vez tributa rayos,
Tal los apaga, enciende ó los retira.
Al ancho mar deciende,
Y su inquietud altiva,
Amarrada en la arena,
Ya no es de golpes duros rebatida.
Calma el viento, y la hoja
Que tímida avecilla
Movia levemente,
Aun no perdona, en partes dividida.
Enlaza entre las sombras
De las fieras la ira,
De las aves el vuelo,
Y de los peces la inquietud festiva.
Detiene al caminante,
Entorpece la espía,
Y al marinero experto
Deciende de la gavia hasta la quilla.
Con sordo y lento paso
Los rios se deslizan
Por la callada arena,
Entonces solamente no oprimida.
Señas sean á la alba
Sus márgenes floridas,
De aljófar esmaltadas,
Bien sea sudor, ó llanto sea ó risa.
Duerme el celoso amante
Y la voraz invidia,
Si es que imposibles pueden
Dormir donde imposibles se imaginan.
El anciano avariento
Descansa en su avaricia,
Y en ocio mudo duermen
De todos los comercios las fatigas.
Cuando el ave de Marte,
Sin temer la ruina
De altivo capitolio
De soberbia romana monarquía,
Con la crestada trompa
Veloz el viento hería,
Cual el cavado bronce
Del belga en la campaña tiberina.
Rémora no al silencio,
Fué voz tan repentina,
Pluma sí vigilante,
Que á las enjutas ursas le avecina.
Brujuleaba estrellas,
Cuando la mas benigna
Rayo á rayo le muestra
Parte de sombras por su luz vencidas.
Sacude de los ojos
Las húmedas cenizas,
Que el peso de la noche
A su ardor ciego rodeado habia.
Era la hora cuando
La esposa mal dormida
De Titon, presurosa,
Del soñoliento lecho se partia;
Cuando las negras luces
Al mar se precipitan,
Centelleando la agua
Cual pedernal del eslabon herida.
. . . . . (1)

(1) El ejemplar que se ha tenido presente es de una rareza singular. No me ha sido posible hallar otro para restaurar la falta de la hoja en que se concluye esta poesía y se empieza otra.

ROMANCE XXXI.—HERÓICO.

Al nacimiento de nuestro Señor Jesucristo.

Nace el sol, y á muchos orbes
En breve círculo nace,
Víctima siendo la noche
De su ardor en los altares.
Nace, y no los altos montes
Mayores las sombras hacen,
Bien que indicios de su ardor
Se reconociesen tarde.
A su esplendor, de las cumbres
No solo las sombras caen,
Sino tambien de su esfera
Fulminadas las deidades.
Fulminado el ciego culto
Que en los egipcios altares
Por tantos siglos habia
Parecido fulminante.
Mas ¿qué mucho, si aun sus playas
Con los destrozos infames
De su mayor escarmiento
Voceaban lamentables?
¿Qué mucho, si aun las ruinas
Tantos créditos esparcen,
Que por testigos en ellas
Viven mudas las edades?
Nace, pues, oh claro dia,
Que á muchos ardores naces
Si de tantos vaticinios
No enmudecen las señales.
Crece ya, y cuantos aromas
Pancaya sabeos arde,
En esa humilde ceniza
Serán lucientes celajes.
Crece pues, y ya en tu nombre
A la playa el mar se enlace,
Y solo á besar la arena
De las rocas se desate.
Y las que purpúreas flores
Venenoso insidia el áspid,
Concede al blando ruido
De la abeja susurrante;
De la abeja que al rugiente
Leon presumió panales,
Si no encender luminosos,
Abrigar innumerables;
Al fiero leon, y á un tiempo,
A cuyos bramidos yacen
Balando los corderillos
Por las ya rompidas paces.
Ya el perspicaz basilisco
Vea á todos, sin que nadie
De achaque de ser bien visto
Muera sin tener achaque.
La pesada anfisibena
Y veloz corcilla igualen
Con los pasos el veneno,
Y será el veneno fácil.
Ya la muda voz resuene
Que á tantos oidos antes
Ensordece los acentos
Que las dudas les declare.
Ya se apacienten á un silbo
El honor y los ultrajes,
Siendo ya cetro el cayado
Mentido en tantas verdades.
Crece pues, y la alba hermosa,
Que tus rayos dió brillantes,
De eterno esplendor se vista
Si hay esplendor que le iguale.

EN CERTÁMEN POÉTICO.

Al santo san Juan de Dios, cuando, predicando á las mujeres de la casa pública, les dió dineros porque le oyesen, y convirtió algunas.

¿Quién en conceptos tan pobres
Mi Tersícore será
O mi Talia?

Quién las corrientes salobres
Suaves me aplicará
De la poesía?
A vos, señor Juan de Dios,
Contra vos he menester,
Por no ofenderos;
Y si me ayudais, por Dios,
Que milagros han de hacer
Vuestros dineros.
Dicen que sois un bendito,
Muy casto, y que siempre fuisteis
Limosnero;
Mas yo en todo me remito
A las damas á quien disteis
El dinero.
Predicador de opinion
En verdad habeis salido,
Pues pagais
A dinero su atencion,
Y adonde Dios es servido
Las llevais.
En lenguas de fuego ya
Habló aquella deidad santa
A sus amados;
Mas vos en lengua que da
Tal campanada, que espanta
Los ñublados.
Bien os pudieran decir
Por singular previlegio
Pico de oro,
Pues pagais el convertir,
Sin cometer sacrilegio,
En un tesoro.
Mas bien pudiera pensar
Que hechos tan esclarecidos
Son atroces,
Pues el modo de pagar
Es hartarles los oidos
Por las voces.
No menos tambien me admira
Que pedis á todas horas
Sin cesar;
Mas ¿cómo es quien tanto mira
Tan señor con las señoras
En el dar?
Si de un Cristo acompañado,
Os salis á predicar
A tales damas,
¿Para qué es lo adinerado?
Para qué irles á llorar
Hasta las camas?
¿Viene muy bien lo desnudo,
De rodillas, en tal casa,
Y de tal arte,
Con andar muy á menudo
Reprehendiendo cuanto pasa
En cualquier parte?
Pues aunque en la castidad
Dicen que vuestros intentos
Son muy fijos,
Yo sé muy bien que es verdad
Que llenan muchos conventos
Vuestros hijos.
Mirad, Santo, yo bien sé,
Por lo que me dicen todos,
Vuestra vida,
Pero por lo que se ve,
Yo entiendo bien vuestros modos
Y salida.
Callad pues, y callarémos,
O sépanse las verdades,
Pues son ciertas;
Y no haga tantos extremos
Quien tiene mil liviandades
Encubiertas.
¿Está encubriendo al ladron
La alcahueta, la hechicera
Y la perdida?
Mire si será razon
Que sus milagros refiera
Y su vida.
¡Dichoso vos, pues sabeis
Tantas cosas desmentir
Sin vuestra tacha!
Dichoso, pues las podeis
Tan de una vez reducir
A la capacha!
¡Otra y mas veces dichoso
Quien el mundo goza tanto
Como vos;
Pues en él sois tan glorioso,
Que en vos se gloria cuanto
Quiere Dios!
Débaos pues, divino Juan,
Mi víctima insuficiente
Algun amparo;
Que aun las cenizas darán
Alguna seña luciente
Del reparo.
De estas cenizas heladas
Húmeda centella sea
Vuestro ruego;
Porque en fe dél animadas,
Lucir los humos se vean
De mi fuego.

EPICEDIO.

Al sepulcro del floridísimo poeta Garcilaso de la Vega.

Mármor esconde culto
Mucho esplendor en poca llama, y mucha
Deidad en poco bulto;
Voz numerosa, enfallecido aliento,
No poco á muchos siglos escarmiento,
Y bien que en voces mudas, elocuentes;
Cultos aromas, que arde reverentes
La atencion que le escucha,
No menos que admirada, ponderosa,
Pues mira del florido Garcilaso
Por tan adverso caso,
Y á la purpúrea edad luciente rosa.
Esta, si no espaciosa
Urna abundante, cítara es doliente
De su voz, cuanto dulce, lagrimosa,
Del llanto desatado de su pluma,
Que el tiempo volador jamás consuma,
Si alguna alcanzar puede tanto vuelo,
¡Oh! ya propicio el cielo
En el volúmen de sus luces claro,
Su volúmen, de luces nunca avaro,
Eternice en poéticas estrellas;
Que si no las mas bellas,
Si no las mas lucientes,
Mas que todas serán las elocuentes
Que los poemas siempre califiquen,
Porque en su nombre todos se publiquen.

AL SEPULCRO DE UN MÉDICO ASTRÓLOGO, Á QUIEN CASTIGÓ LA JUSTICIA CON VERGÜENZA PÚBLICA POR UN JUICIO QUE HIZO ILÍCITO.

Yace aquí, oh peregrino, el que en la ciencia
De alzar figura tuvo competencia
Con un atlante de hábito y capilla,
Porque si aqueste al sol alzó figuras,
Él las alzó á la sombra, y aun á escuras.
Si aquel en relacion signos conoce:
Él fué la misma línea de los doce.
De Virgo hizo figuras treinta veces;
En su Acuario nadaron muchos peces.
De Géminis retrato
Fué mucho tiempo, en cuyo dulce trato
A diez maridos, sin lloverse en oro,
Convirtió en Aries, Capricornio y Toro.
Por ser peso la Libra, en muchos pesos
Sisó la carne á quien dejó en los huesos;
Leon, adonde entraba
Con su cura voraz, curas llamaba,
Y siempre en contrabajo
Echando la salud por el atajo,
Fué con aspecto venenoso y fiero,
Matador Escorpion de enero á enero.
Despues, por un juicio temerario,
Fué encima de un jumento Sagitario,
Habiendo ejecutado mil heridas

En las bolsas de todos y en las vidas;
Y al fin, en lo mejor destos engaños
Gálico Cáncer le royó los años.

ÚLTIMOS AFECTOS DE UN AMANTE, DESENGAÑADO DE UNA DAMA AUSENTE.

Daliso á un tiempo en doloroso llanto,
Y el sol en nueva luz bañaba un risco,
Honor de una ribera deliciosa,
Veneracion no tanto espaciosa
De un grande mar, que en largos horizontes
Atalayaba en piélagos de montes,
Incierto, mudo lince á sus extremos,
Cuanto porque alumbraba
Piadosa lumbre en él ingratos remos.
En este ardiente, pues, claro obelisco,
Donde náufrago mira de las ondas
Tanto incierto camino
El ya volante lino,
Triste Daliso estaba, el llanto incierto
En larga vena descolgando al puerto,
Adonde su esperanza naufragante
Vió firme veces muchas
La planta de su Filida inconstante.
«No ya porque á mis quejas correspondas,
Cruel, decia, inundo el mar y el viento,
Que su inquietud profunda
Mas mis ojos inunda,
Acordando á mis ojos tus rigores;
Ni por darme consuelo, los dolores
De la incurable herida comunico,
Mas porque solo el llanto
Entiende el dolor fiero que no explico.
»Bien es dichoso aquel cuyo tormento
El tormento acallar puede durable,
Haciendo á sí mas grata
La pena que dilata,
Pues aquel glorioso mas se infiere
Que á mas dolor ó mas apriesa muere;
No aquel que entre las flores deliciosas,
Por un áspid, dormido,
Da la mano á la muerte, no á las rosas.
»¡Oh cuánto fuera menos lamentable,
Filida ingrata, mi dolor, si fuera
Menos piadoso el dia
De la esperanza mia!
Oh cuánto el llanto triste que presumo,
No en vano de ardor ciego sordo humo,
Fin diera heróico á tímida corriente!
Oh cuánto yo, felice,
Bebiendo el polvo de la Libia ardiente,
»Fuera el ruidoso mar, no la ribera,
Ruina lastimosa de mi empleo;
No se viera en bonanza
El mar de mi esperanza;
Su alta inquietud, sus rocas fraudulentas,
O de mi vida ó de mi amor sedientas,
Lugar dieran al riesgo cauteloso;
Que aun sabe la ruina
Hacer al desdichado glorioso.
»No la árdua empresa de mi grande empleo
De luz vistiera las veloces plumas
Que el deseo calzaba;
Pues no así fluctuaba
Riesgo menor en la menor cautela.
Bien aquel es dichoso que recela
Riesgo adonde el exámen le acredita,
Aquel no que en la nieve
Llamas encuentra, hielos solicita.
»Mas no ausente de mí, cruel, presumas
Que aun duros eslabones arrastrando
Te seguirá mi planta;
Que si bien no adelanta
Mi suerte el precipicio, la asegura;
Y solo es fiera aquella flecha y dura
Que por la herida pasa sin desvelo,
No aquella que á la muerte
Cruel camina con piadoso vuelo.
»¿Cuándo, pues, aquel dia será, cuándo,
Oh ciego amor, que la opresion deponga
El hombro ya rendido?
Cuándo tendrá mi oido
Igual respuesta ó desigual fortuna?
Llegue á mi pecho desvelado alguna
De tantas muertes como están durmiendo;
Mas ¡ay amor! que en vano
Me opongo á quien estoy obedeciendo.
»Quebranta el arco pues; no ya disponga
En la nerviosa cuerda ingrata mano
Piadoso algun acero;
Muera al rigor que muero,
Filida ingrata, tu desvío aleve.
Quizá de la cadena instante breve
Podrá romper lo que el desden no pudo;
Quizá los eslabones
Despreciados serán al riesgo escudo.
»Ya pues, amor cruel, la cruel mano
Puedes entrar en el doliente pecho,
Adonde la salida
Hallarás de la herida
Que tantos dias há cubierta estaba;
Bien limpies, ó ensangrientes bien la aljaba,
Yo tengo de quedar con libre paso,
Viva ó no mi memoria;
Que nunca el riesgo último es escaso.»

BURLESCO.

Pues me das lo que yo quiera,
Fortunilla lisonjera,
Entenderás
Que lo que mas me placiera,
Tenerte en mis manos fuera;
Y no quiero mas.
Y cuando me hubieres dado
El nombre mas invidiado,
Me darás
Un ni alto ni humilde estado,
Con que esté muy descansado;
Y no quiero mas.
Despues de una vida luenga,
Casa y salud cual convenga
Me darás,
Y por donde vaya y venga
Quien mis gustos entretenga;
Y no quiero mas.
Una huerta en buen camino,
Donde tenga buen vecino
Me darás,
Y una heredad que contino
Lleve generoso vino;
Y no quiero mas.
Mujer me darás que sea
Ni muy hermosa ni fea,
En que tendrás
Cuenta con que yo la vea
De suerte, que en ella crea;
Y no quiero mas.
Será sábia y obediente,
Casta, limpia y diligente,
Y además
Sin madre, primo ó pariente,
Noble y de edad floreciente;
Y no quiero mas.
Hijos hasta dos docenas,
Sin dolor, riesgo ni penas,
Me darás,
Que tengan á manos llenas
Cuantas cosas se hallan buenas;
Y no quiero mas.
De veinticuatro un oficio,
Con curato y beneficio,
Me darás,
Con que estará á mi juicio
Hacer bien ó perjuicio;
Y no quiero mas.
Despues de mucho dinero,
Trigo, sin que sea logrero,
Me darás,
Y un poco de invencionero,
De buena lengua y sombrero;
Y no quiero mas.

Un dulce y florido aliento
Y gracia en contar un cuento
Me darás,
Y un poco de valimiento
Con un togado de asiento;
Y no quiero mas.

Y pues que mi celo es justo,
Despues de vivir con gusto,
Ya sabrás
Que he de ir al cielo sin susto,
Como si fuera un gran justo;
Y no quiero mas.

SATIRA VII.

Este mundo es una escala,
Que unos la suben
Y otros la bajan.

El yugo primera grada
Sea por donde al honor
Suba el pobre labrador
A hacer cetro la aguijada.
Suceda á la humilde espada
El estoque venerado,
La majestad al cayado,
Al sayal purpúrea gala:
Este mundo es una escala, etc.

Un turco bárbaro y fiero
Sirva aquí de horrendo paso,
Preso por siniestro caso
Entre unas verjas de acero;
Sea su manjar primero
Las migajas de una mesa;
Pues su espalda los piés besa
Al que aun á sus piés no iguala:
Este mundo es una escala, etc.

De un cordel de la escalera
Ya estuvo alguno colgado,
Que la decendió tirado
Del collar de una venera.
Con él corrió la carrera
Algun lisonjero falso,
Que de un traidor cadahalso
Hizo dosel á una sala:
Este mundo es una escala, etc.

La gran soberbia del mar
Paso desta escala es,
Adonde puso los piés
Alguno para volar.
Naves supo gobernar
De una armada vencedora
Quien á un remo gime ahora
En los bancos de cigala:
Este mundo es una escala, etc.

El liviano proceder
De las damas paso sea;
Pues, bien hermosa ó bien fea,
No se libra de mujer;
Y la que una pluma ayer
No calzaba en sus chapines,
Ya no admite serafines
A volar ala por ala:
Este mundo es una escala, etc.

La lisonja subió á ciento,
Que la razon derribó,
Y á cada cual le tocó,
Como á pelota de viento.
La una juega con tiento,
La otra con fuerza aprieta;
La lisonja con raqueta,
Pero la razon con pala:
Este mundo es una escala, etc.

Buen paso es el mercader,
Que mide á varas su suerte,
Y á pulgaradas advierte
Lo que ha de llegar á ser.
Llega al colmo del poder,
Y con el falso cimiento
Funda una torre en el viento,
Y luego della resbala:
Este mundo es una escala, etc.

Paso sea el colegial,
Cuyas letras de melon
Caló el cuchillo pelon
De algun instituto real;
Que es hombre de gran caudal
La cátedra dice luego,
Y hablando en lenguas de fuego,
Cada texto es una bala:
Este mundo es una escala, etc.

Paso sea el buen marido
Que á su mujer, por hermosa,
Hace tres veces esposa
De un yerro bien admitido.
De aquel es enriquecido
Y del otro acompañado,
Y al fin, del mas ignorado
Enviado noramala:
Este mundo es una escala, etc.

ROMANCE.

A unas damas que querian ver enamorado al poeta.

Yo estoy ya, señoras mias,
Otro desde unos amores,
Por quien truje con mil nudos
Las cintas de mis calzones;
Y así, querer que de nuevo
Me amartele, como entonces,
Es tirar flechas al aire
Y llamar un mudo á voces.
Mas, por si acaso quisiere
Alguna que la enamore
Con aquestas calidades,
Y jurarme por su hombre,
A toda hermosa soltera
Emplazo para las cortes
Que monsiur Machin celebra
En junta de caracoles.
Y aunque ya conocen todas
Que yo no soy marquesote,
Tendré para festejarlas
Muy gentiles posesiones.
Además que toco y canto,
Y visto, al uso de Lóndres,
Con las aberturas largas,
Por si se alargare el molde.
No soy discreto ni hermoso,
Pero ni tan feo ni torpe,
Que lo que en barba me falta
No me sobre en el bigote.
Gasto muy grande sosiego,
Requisito dulce y noble,
Por estar de dia á la mano,
Como al pié toda la noche.
Solamente juego barras,
Por lo que tienen de emboque,
Y porque soy muy amigo
De dar á cualquiera un toque.
Y á la que hubiere doncella
Le daré muy lindo dote,
Y además, á mas, en arras
Dos bolas y un paletoque.
La que jugare conmigo
Le aseguro, entre mil dones,
Que mientras guerrea su raya,
He de ganársela doble.
Sé la brida y la jineta,
Y á las yeguas mas veloces,
En medio de la carrera,
Les hago tomar galope.
Tengo seis ramas de hidalgo,
De poeta dos troncones,
Con que alabaré su cara
Y eternizaré su nombre.
Andará de villa en villa
En mis rimas y canciones,
Sin tomar jamás posada
Ni andar en mula ni coche.
Pero todo ha de entenderse
Con aquestas condiciones:

Que, si acaso no le doy,
No me ha de dejar por pobre.
Item, que no ha de pedirme
Que hiera, mate ni asombre,
Mientras hubiere en el mundo
Alcaldes de casa y corte;
Demás, que hice á Celestina
Un voto con treinta botes
De tener vírgen mi espada,
Por no serlo del estoque.
Item, que yo pasaré
Porque la festeje el escote,
Como le haga la costa
Y me pague á mí el escote.
La que asi le pareciere,
Avíseme cuándo ó dónde
Podrémos darnos las manos
Sin que el cura nos despose.

LETRILLA XV.

Y si es del Prior,
Peor que peor.

Para enamorarme quiero
De las damas la mejor;
Mas de adonde pueda hallarse
Aun mas que dudoso estoy;
Porque, si es doncella, hay riesgo,
Y si casada, afufon,
Y si es soltera, es un mar
Adonde nada el amor;
Y si es del Prior,
Peor que peor.
Pues ¡si es viuda! Parece
Un paso de la Pasion,
Y si no le doy, urraca;
Mas no paga si le doy.
Si es dama de muchas bodas,
No hay quien cure mi dolor,
Y si es plato de uno solo,
Al doble lo pago yo;
Y si es del Prior,
Peor que peor.
Tan diestras son en mentir,
Que nunca tengo razon,
Aunque vea por los ojos
Mas claro un fraile que el sol.
Si es mozo, dicen que es primo,
Si es anciano, que es tutor,
Y si es cura ó racionero,
Que es padre de confesion;
Y si es del Prior,
Peor que peor.
Todo el año tiene achaque,
Para que venga el dotor,
Con achaque del achaque,
A hacerle un re-mi-fa-sol.
Pero del primo la prima
La tercera da el bordon,
Con que le tiempla las cuerdas
Quien la clavija torció;
Y si es del Prior,
Peor que peor.
Si no gusto de que salga,
La amiga del corazon
La convida á la comedia,
Y hace el papel del traidor.
Si un forastero la busca,
Dice que le trai labor,
Y cual piojo en costura,
Se entra hasta el cabezon;
Y si es del Prior,
Peor que peor.
Al fin son en todo Circes,
Mas no son hijas del Sol,
Bien que de la Luna hermanas
En mudar de condicion.
Si ella se muda por cuartos,
Por cuartos hay mas de dos
Que saben hacer mudanzas
Mas que el indiano Estordion;
Y si es del Prior,
Peor que peor.
Para mi bolsa en menguante
Nunca esta luna creció;
Y si creció, fué en los cuernos,
Pero en lo durable no.
Y asi, á la mejor de todas
Yo le echo mi bendicion,
Pues si es buena es harto mala,
Y si es mala no hay amor;
Y si es del Prior,
Peor que peor.

LETRILLA XVI.—Satírica.

A toda ley, madre mia
(Lo demás es necedad),
Regalos de señoría
Y obras de paternidad.

De enamorados Orlandos,
Que en furiosos dan despues,
Muy belicosos de piés,
Pero de manos muy blandos,
No hay que esperar aguilandos
Ni dádiva de provecho;
Porque visten muy estrecho
Y enamoran á porfia.
A toda ley, madre mia, etc.
Canónigo que hace presa,
Como alano, á una cuitada,
Y entre vieja conservada
La tiene como camuesa,
Estése solo en la mesa;
Que yo no quiero muy vana
Ver al sol por cerbatana
Detrás de una celosía.
A toda ley, madre mia, etc.
Los casquilucios poetas,
Cargados de arco y aljaba,
Que, á ver quien mejor la clava,
Del amor se hacen saetas,
Vayan á vender sus tretas
A quien se sustenta de aire;
Que para mí su donaire
Es cruces en Berbería.
A toda ley, madre mia, etc.
Amantes, cuyas figuras
Andan muy á lo Narciso,
El cabello blando y liso,
Las manos crespas y duras,
Volverles las herraduras,
Y clávenla en otra parte;
Que á mí la gala ni el arte
Me libran de carestía.
A toda ley, madre mia, etc.
Venga un señor de vasallos
Y un fraile potente y grave;
Los demás no los alabe
Sino es quien sabe lavallos.
Enjaecen los caballos
Y engalanen sus personas;
Yo rezo tercias y nonas,
Aunque vengan noche y dia.
A toda ley, madre mia, etc.
Solo á estos dos comunica
Este mi amor singular:
A uno porque hace lugar,
A otro porque me hace rica.
Todo lo demás se aplica
Para tesoro de duende;
Porque el amor no se enciende
Donde el interés se enfria.
A toda ley, madre mia
(Lo demás es necedad),
Regalos de señoría
Y obras de paternidad.

LETRILLA XVII.—Satírica.

Pasa el melcochero,
Salen las mozas
A los cascabeles
Y á las melcochas.

Mozas encerradas,
Y cerradas pocas,
Comen unas y bailan otras,
Y al tabaque se acercan todas:
Son golosas
De los cascabeles y las melcochas.
Salen á las puertas
Niñas opiladas,
Como ellas cerradas,
Como ellas abiertas.
Las colores muertas
Resucita el son:
Toman el laton,
Toman el acero.
Pasa el melcochero, etc.
Salen á las puertas
Con mil aldabadas;
Salen opiladas
Y vuelven engertas;
Todas andan muertas
Por el cascabel,
Que á unas les da miel
Y á otras les da suero.
Pasa el melcochero, etc.
Viejas tambien salen,
Niñas inocentes,
Que no tienen dientes,
Y á chupar mas valen;
Y sin que las calen,
Venden el melon,
Porque la aficion
Crece de ligero.
Pasa el melcochero, etc.
Entre blancas tocas,
De amor encendidas,
Hacen sus salidas
Las viudas locas:
Cerradas las bocas,
Abiertas las manos;
Que polvos indianos
Hacen de mortero.
Pasa el melcochero, etc.
Salen las veladas,
Que nunca salieran
Porque no volvieran
Cascabeleadas:
Quedan empeñadas
Hasta la cintura,
Y aunque mas lo apura
El pobre cordero,
Pasa el melcochero,
Salen las mozas
A los cascabeles
Y á las melcochas.
Mozas encerradas,
Y cerradas pocas,
Comen unas y bailan otras,
Y al tabaque se acercan todas:
Son golosas
De los cascabeles y las melcochas.

SÁTIRA VIII.

Musa, yo estoy aturdido,
Y admirado á cualquier hora,
Porque en esta edad traidora
Quien no tiene no es tenido.
Anda el sábio perseguido,
El necio tiene descanso,
Al prudente llaman manso,
Y mas de alguno lo es,
Del cual yo diré despues,
Si me dejaren hablar,
Que para todo hay lugar.
Soldado el soldado anda,
Escudo es el escudero,
Tercero el mejor tercero,
Cualquier bajel va á la banda.
Desterrado el honor anda,
Sin que haya ya quien le quiera,
Tiniendo esta edad ligera
Por adorno los maridos,
Y la lengua y los oídos
Para oir solo y callar;
Que para todo hay lugar.
La doncella que ya asoma
A la edad que pretendeis,
Aunque mas blando os mostreis,
Si no toma no se toma.
No hay Borbon que asalte á Roma,
Si no hay delante dinero.
Villano es el caballero
Si hay donde meter la mano,
Y el serafin mas tirano,
Si le dan, se viene á dar;
Que para todo hay lugar.
Al mozuelo como un oro
Tiene la dama corrido,
Y le da cuerda al marido,
Aunque sea como un toro;
No hubiera ningun Medoro
Que se volviera encornado
Si muchos hubiera dado,
Habiendo alguno que pasa
De las pelotas que en casa
Sabe volver y sacar;
Que para todo hay lugar.
Su confesion hizo agudo
Un casado, y dijo al fin
Que él era lo que en latin
Suena el corazon desnudo.
El confesor no era rudo,
Y aplicó á su gran paciencia
Sobre cuernos penitencia
Que muy contrito cumpliese,
Porque dél no se dijese
Aquel proverbio vulgar:
Que para todo hay lugar.
Sale el oficial de obras,
Y maestro viene á ser,
Que, á faltas de su mujer,
En su casa hay muchas sobras.
Con aquestas buenas obras
Se hace suave el atajo,
Aunque no le hay sin trabajo;
Y yo sé quien de sus hijas
Hizo alguna vez botijas,
Con que ha podido nadar;
Que para todo hay lugar.
La viuda reverenda
Que tiene por ley su gusto,
Tan santa, que de lo justo
Hace todo el dia tienda,
Su voluntad encomienda
Al padre de confesion,
Y es un continuo meson
De pasajeros su casa,
Con quien sus panes amasa,
Sin torcerse al enhornar;
Que para todo hay lugar.

SÁTIRA IX.

A Madrid se vuelve la niña,
Y deja á Valladolid;
Que todo pasa en Madrid.

De muy ilustres solares
Hay allí muchos hidalgos,
Que corren, como unos galgos,
Liebres y bolsas á pares.
Por parecer consulares
Con cascos y cascas huecas,
Hacen sus cuerpos babiecas,
Sin tener nada del Cid:
Que todo pasa en Madrid.

Para muy pocas mercedes
Hay inmensas señorías,
Con muy lindas cortesías,
Tendiendo al engaño redes.
Hay muy dobladas paredes
Y muy cerrados baules,
Y mas de cien mil Saules
Que persigan á un David;
Que todo pasa en Madrid.

Hay hermosuras muy gratas,
De niñas que ya lo fueron,
Que buenas caras tuvieron,
Mas ya malas y baratas.
De dia se hacen ingratas,
De noche talan la tierra;
Que á veces vale en la guerra,
Mas que el valor, el ardid;
Que todo pasa en Madrid.

Hay letradazos hundidos
Mucho mas que el pozo airon,
Que con letras de melon
Son badeas conocidos.
Hay santos entremetidos
A demonios tentadores,
Que por ser gobernadores,
Caerán desde el cenit;
Que todo pasa en Madrid.

De culpas no, de perdones
Hay viejas con muchas cuentas,
Que multiplican las rentas
Robando los corazones.
Solo tratan de aficiones
Muy conformes noche y dia,
Sirviendo á unas de espía,
Y á las otras de adalid;
Que todo pasa en Madrid.

Monjas hay que dan mas tornos
A un doblon, que suele al sol
Dar vueltas un girasol,
Sin dar por ellos sobornos.
Hierven como en unos hornos,
Sin calentar las cenizas,
Mas si tal vez las atizas,
Declinan á *quis vel quid;*
Que todo pasa en Madrid.

No se hallará mercader
Que con su vara se mida,
Porque se halla desmedida
Si se mide con su ser.
Todo lo iguala el poder;
Porque las personas reales
A todos hacen iguales,
Sin controversia ni lid;
Que todo pasa en Madrid.

SÁTIRA X.

Al Genil vengo á llorar
Desde el claro Manzanares,
Por referir mis pesares
A quien los sepa estimar;
Pero mejor es cantar,
Pues que novedades cuento,
Al son del sordo instrumento
Destas mudas soledades;
Y así, vaya de verdades.

Ya despacha el ordinario
Favores por intereses,
Con mas tajos y reveses
Que la pluma de un falsario.
Para el pleito que está vario
Hay tercios y tercerías,
Con otras mercaderías
Que se llaman amistades;
Y así, vaya de verdades.

Hay casadas perniciosas,
Porque son tazas penadas,
Doncellas acicaladas
Y casadas melindrosas.
Otras hay muy cosquillosas,
Que entre lienzos de paderes
Cosen hombres y mujeres,
Remendando las edades;
Y así, vaya de verdades.

Hay mormurantes corrientes
Y mormurados corridos,
Penitenciados maridos,
Porque son malos creyentes;
Hay eruditos oyentes,
En cuyas conversaciones
Dan á onza las discreciones
Y á quintal las necedades;
Y así, vaya de verdades.

Poetas hay afamados,
Sin ser de gloria ambiciosos,
Y otros hay muy invidiosos
Que presumen de invidiados;
Otros hay muy retirados,
Como pollastros criollos,
Que alegan muy á lo pollos
Pollinas autoridades;
Y así, vaya de verdades.

Hay inmensos cortesanos
Famosos para pedir,
Que al tiempo de recebir
Son mas que valdeses llanos;
Hacen el deber muy vanos,
Y cuando la paga llega,
No tiene el frio en Noruega
Tan heladas sequedades;
Y así, vaya de verdades.

Damas hay muy acertadas,
Y otras que están al quitar,
Como los bancos de herrar,
Del mucho hierro tomadas;
Otras hay tan encerradas,
Que no hay llave que les venga,
Y no hay candado que tenga
Tan abiertas falsedades;
Y así, vaya de verdades.

La solitaria viuda
Llora de noche y de dia,
Y es una pastelería
Donde todo el mundo acuda;
Perdiga la carne cruda,
Y empana la de infanzones,
Do hay cazuelas de capones
Y picadillos de abades;
Y así, vaya de verdades.

Está el otro presumido
De muy grande caballero,
Tieso tanto de sombrero
Como tiniente de oido;
Y si no hubiera tenido
Por majuelo un orinal,
Ni jamás tuviera un real
Ni tan buenas heredades;
Y así, vaya de verdades

El otro que no tenia
Con qué alumbrarse de noche,
Porque ahora rueda un coche
Con su rueda y con la mia,
Muy grave el rostro desvia
De cualquier hidalgo pobre,
Siendo al fin rama de un robre
Que ardió muchas navidades;
Y así, vaya de verdades.

Reza el otro padre un salmo,
Y acabando de rezar,
Va por ensalmo á curar
Mas de una herida de á palmo;
Saludador por ensalmo
Se vuelve hecho al momento,
Pues de un soplo rabias ciento
Quita á sus paternidades;
Y así, vaya de verdades.

LETRILLA XVIII.—Satírica.

Las damas de ogaño, Bras,
No se contentan con galas;
Querránte bien, si regalas,
Y mas, si regalas mas.

Ya el amor no es niño y ciego,
Ni agradece niñerías,
Porque á llantos y porfías,
Nieve enciende en vez de fuego.
La oferta mira, no el ruego,
Volviéndose Vénus Pálas.
Querránte bien, si regalas,
Y mas, si regalas mas.

La mas levantada pluma
Vuela ya riesgos de cera,
Siendo como en la ribera
Deshecha la blanca espuma;
Nada quien no da presuma,
Antes arroje las alas.
Querránte bien, si regalas,
Y mas, si regalas mas.

Ya para dar un favor
El mejor camino es
El paso del interés,
Y mejor, cuanto mejor.
No hay sin este medio amor,
Porque en vano el cielo escalas.
Querránte bien, si regalas,
Y mas, si regalas mas.

Las mas discretas razones,
Si no dan, no tienen fuerza,
Y no hay valor que no tuerza
El necio que habla en doblones.
Cautiva los corazones
Con su brio, con sus galas.
Querránte bien, si regalas,
Y mas, si regalas mas.

¿Qué es ver hablar á un pastor
junto á un noble ciudadano,
Si aquel extiende la mano,
Y aqueste extiende el amor?
A aquel le dan el favor,
Y á aqueste le arrojan balas.
Querránte bien, si regalas,
Y mas, si regalas mas.

SÁTIRA XI.

Mucho puede un manto;
Pues encubre tanto.

Menos engaños descubre,
A lo que yo me presumo,
Vomitando el Etna humo,
Que un manto de humo cubre.
¡Qué de Medeas encubre!
Qué de Circes! qué de engaños!
Quitando rugas y años,
Cual pudiera el rio santo!
Mucho puede un manto, etc.

¿Qué es ver un traidor ceceo,
Que parece de años veinte,
Y por la tecla de un diente
Está tocando un guineo?
Cada voz, cada meneo,
Es una dulce armonía;
Mas si el manto se desvia,
La armonía es triste llanto.
Mucho puede un manto, etc.

Pues el cabello, que el sol
Se descabella por sello,
Y está, en llegándose á vello,
Puesto en un troncho de col.
Él es de sexto el farol,
Y de quinto la candela.
Por Leandro se desvela,
Y apágasele entre tanto.
Mucho puede un manto, etc.

Encubre un ojo de dia,
Y otro descubre de noche,
Y en el oriente de un coche
Al mismo sol desafia.
Arde aquel, aqueste enfria,
Y en llegándose á mirar,
El uno es para espantar,
Y el otro es el mismo espanto.
Mucho puede un manto, etc.

Verá quien la vista afila
En él tan diversas cosas,
Que las feas son hermosas,
Y la gorda es una anguila.
Aquí tuerce y allí hila
La señora de la obra;
Aquí paga y allí cobra,
Vendiendo tanto por tanto.
Mucho puede un manto, etc.

Verá doncellas tempranas,
Que para dueñas se guisan,
Que á lo muy pesado pisan,
Siendo en todo muy livianas;
Muradas de barbacanas,
Que defiendan el castillo,
Y luego abren un portillo
Para el gordo y el maganto.
Mucho puede un manto, etc.

La casada es de notar
Cómo se pule y compone,
Y suele ser porque pone
Lo que no puede quitar.
Dice que quiere agradar
De aquesta suerte al marido;
Y él se hace desentendido
Porque ella se entienda en tanto.
Mucho puede un manto, etc.

Atraen cual piedra iman,
Descubriendo el arrebol,
Mas el ser iman y sol
Lo tienen de soliman.
Un tiron y otro dan,
Mas no al hierro, sino al oro,
Con que le pone el tal moro
A cualquier cristiano un tanto.
Mucho puede un manto, etc.

Barros y cosas vedadas
Comerán para opilarse,
Y querrán luego ablandarse,
Como breva, á pulgaradas.
Pero yo por atentadas
Revocara aquestas diosas,
Pues son las mas melindrosas,
Como el áspid al encanto.
Mucho puede un manto, etc.

Tan engañados estamos,
Que la carne no nos tienta,
Sino el blanco que se asienta
En el blanco á que tiramos;
Y aunque una y otra asestamos,
Dulce flecha, á dulce flor,
Como no es mas que el calor,
No hay dulce miel, sino llanto.
Mucho puede un manto, etc.

Una garza pensó uno
Que levantaba del suelo,
Y cuando descubrió el velo,
Aun no fué pavon de Juno.
No quiso quedarse ayuno,
Y á los visos de una salsa,
Vió que tenia, muy falsa,
Pechugas de cal y canto.
Mucho puede un manto, etc.

Y es tan fácil el engaño,
Que hay amante boquirubio
Que despues de un gran diluvio
Tiene por muy seco el año;
Con que ya me desengaño
De que la dama tocada
Se ha de tener por jugada,
Aunque sea con un santo.
Mucho puede un manto,
Pues encubre tanto.

SÁTIRA XII.

Remédielo Dios, amen.

Ya la mayor desventura
Llegó al hambriento y al harto,
Porque no se alcanza un cuarto
Sin levantar por figura.
Ya el mundo no tiene cura,
Y quererlo remediar
Es pedir quietud al mar,
Y amar sin saber á quien.
Remédielo Dios, amen.

Ya nos vende el tiempo doble,
Y aun no me atrevo á decillo,
El tafetan muy sencillo,
Como la verdad muy doble.
El villano ya y el noble
Ningun privilegio tiene,
Que, como todo va y viene,
Para todo hay un vaiven.
Remédielo Dios, amen.

Ya el escribano dilata
La causa cuanto mas leve,
Como la deuda el que debe,
Y el gusto la dama ingrata.
Con licencia el dotor mata
Haciendo mas batería
Que puede la artillería
Del cerro de Tremecen.
Remédielo Dios, amen.

Ya la cortesana hermosa,
Porque tiene moza y perro
Para cometer un yerro,
Le dora muy melindrosa;
Ya la que es muy generosa
Con recetas muy taimadas,
Deja las bolsas purgadas
Mas que estómagos el sen.
Remédielo Dios, amen.

Solo monedas indianas
Pasan hoy entre la gente,
Ya el cornado está en la frente,
Y las blancas en las canas;
Estas monedas livianas
Pagan censos muy pesados;
Ya son los cuartos doblados,
Y los amigos tambien.
Remédielo Dios, amen.

Solo se guarda decoro
A quien como el oro luce,
Y el mercader se introduce
A tener silla en el coro.
Es el necio un pico de oro,
Y con él, no con razones,
Quebranta los corazones,
Aunque mas duros estén.
Remédielo Dios, amen.

Vístese alguno una beca
Como si fuera la grana,
Segun el sayal, de lana,
Y luego en sayal la trueca;
Pero si estuviera en Meca,
Yo sé que la arca de hierro
No ladrara á tanto perro,
Con que él la tocara bien.
Remédielo Dios, amen.

El jayan que hiende y parte,
Nunca del sexto se aparta,
Y por dar gusto á su Marta
Desafiará al mismo Marte.
Sabe de Vegecio el arte,
Con la negra y con la blanca;
Mas tiene una mano manca
Siempre que á reñir le dén.
Remédielo Dios, amen.

Tiene la beata por flor
Sacar con solicitud,
So color de su virtud,
La virtud de su color,
Y en oliendo el asador,
Pasa cuentas por un cuento,
Remontando el pensamiento
Al pesebre de Belen.
Remédielo Dios, amen.

No hay doncella tan en flor,
Que no llegue alguna abeja,
Trasformada en santa vieja,
A picarle con amor.
Al punto pierde el color,
Mostrándose desabrida,
Mas luego halaga la herida
Con polvos de plus de argen.
Remédielo Dios, amen.

Alégrase en su convento
La madre monja parlera,
Y aunque la fiesta es defuera,
Toca dentro el instrumento.
Si sus voces lleva el viento,
Por dolor ó melodía,
Cállelo la musa mia,
Porque no ha de sonar bien.
Remédielo Dios, amen.

SONETO.

Al dar una dama un retrato suyo á un galan, le borró el rostro y se le dió.

Si el borrar tu retrato, Anarda hermosa,
Castigo es sacro de pincel segundo,
Cuanto contiene de belleza el mundo
Puede borrar tu mano rigurosa;
El blanco lilio, la purpúrea rosa,
El coral tierno, el múrice fecundo,
Del sol los rayos, y del mar profundo
La azul color, la espuma deliciosa.
Y si es porque te ofende el ser querida,
Huyendo siempre, ingrata, el nudo estrecho
De los lazos de amor siempre inconstante,
Cierra á mi pecho la doliente herida,
O tu retrato vivirá en mi pecho
Mas firme que pudiera en un diamante.

OTRO.

A una desgracia de amor, dejándose un amante á otro, sin dejar de amarse ni pretender olvidar.

¡Cuánto dijera, oh Fili, si pudiera!
Tú, que sabes callar por lo que sabes,
Es bien que sientas, y callando alabes
Lo que puede ofender de otra manera.
No será, Fili, no, la vez primera
Que las del mar ya redimidas naves,
Mas que las rocas las arenas graves,
Y mas que el golfo encuentren la ribera.
Blanquear veo en la enemiga playa
El tantos siglos há difunto exceso,
A quien hirió de amor el plomo grave;
Y aunque por esto no mi fe desmaya,
Pues doy el hombro humilde á tanto peso,
Quéjeme yo de amor antes que acabe.

OTRO.

A la libertad de las mujeres.

Por el rojo ordinario de su Lice,
Clito remite á su atencion liviana,
Un aviso que dicen no era rana,
Bien que lo pareció, segun se dice.
Salir con la respuesta de infelice
Imaginó, mas viendo hablar la rana,
Creyó en el hombre diligencia vana
Pensar con las mujeres ser felice.
¡Oh raro al mundo aviso, prodigioso!
Tengan de hoy mas las ranas sus altares,
Y entre los signos el lugar primero.
Mas ¿qué le importa á Clito ser celoso,
Si aunque le ponga ranas á millares,
Ha de ser carne Lice y él carnero? (1).

(1) Véase el soneto CXXVI de Góngora, tomo primero de esta *Coleccion.*

SONETO.

Al interés de las mujeres.

Plumas puniendo estaba á sus birotes
Amor, para romper pechos tiranos,
Pensando con los golpes inhumanos
Poner á toda vista capirotes.
Llegó Cupido el nuevo á grandes trotes,
En vez de aljaba, y flechas en las manos,
Con dos bolsas de reales castellanos,
Y dióle al viejo amor mil papirotes.
Embrazó el viejo el arco formidable,
Y al jóven despidió una dura flecha,
Que herido hubiera una robusta roca.
Dió en la bolsa de amor, ¡caso notable!
Pues á sus piés cayó rota y deshecha,
Sin despegar el viejo mas la boca.

AL QUE HUBIERE LEIDO.

Lector amigo, ya en estas obras habrás conocido mis yerros, y en ellos, que no soy ángel; así, no pretendo disculparme, pues en esto soy comun con otros muchos; y lo que ningun escritor en algun siglo ha conseguido, mal podria alcanzarlo yo, y mas en tan detractivo tiempo. Solo quiero adviertas han sido estas obras descanso de otras mayores; pues estos asuntos, y otros muchos que, por menos limados, no te comunico, se escribieron cuando el poema del Gran Capitan, y los panegíricos y epitalamios que ya conoces, demás de la *Historia del señor Rey Católico*, las *Grandezas y antigüedades del reino de Galicia*, el *Epítome de las guerras de Francia, y vida de su rey Enrique IV;* un tomo de discursos políticos y militares, otro de notas á los autores de la *Historia antigua de España*, otro de epístolas críticas, notas y comentos á varios lugares de erudicion, propia y ajena; y lo mas prolijo, un libro de blasones y armas de España, orígenes y genealogías; obras todas para poderse dar á la estampa, y que han llevádome toda la atencion de mi vida, puesto que ni aun sin ella escribí aquestos juguetes. En ellos advertirás que algunos estribillos de las sátiras y letrillas están ya escritos por otros, y aun algunos asuntos. Coteja unos y otros, y conocerás no me visto de ajenas plumas. *Vale* (1).

(1) En varios códices de poesías de Góngora se hallan como de este autor algunas de las de Trillo. En el 445-11 de la biblioteca Colombina se hallan las dos letrillas siguientes:

Caracoles pide la niña,
Y pídelos cada dia.

De una vez que la tacaña
Los caracoles comió,
Tal gusto el manjar le dió,
Que por él se desentraña;
Y con inquietud extraña,
Diversas veces repite
Que no hay cosa que así quite
Toda su melancolía.
Caracoles, etc.
Si ella viese cuando estriba
En su concha el caracol,
Y saca, suspenso, al sol
Los cuernos y frente altiva,
Y dando espuma y saliva,
Se despega y desanuda,
Para mí no tengo duda
De que lo aborrecerja.
Caracoles, etc.
Yo no sé qué nuevo efeto
Puede hacer este manjar,
Que al gusto del paladar
De la niña es tan acceto.
Ella sabe este secreto,
Pues cuando la persuado
Que no es carne ni pescado,
Ella que es carne porfia.
Caracoles, etc.

OTRA.

Cura que en la vecindad
Vive con desenvoltura,
¿Para qué le llaman cura,
Si es la misma enfermedad?

El cura que seglar fué,
Y tan seglar se quedó,
Y aunque órdenes recibió,
Hoy tan sin órden se ve,
Pues de sus vecinas sé
Que perdió la continencia,
No le llamen reverencia;
Que se hace paternidad.
Cura, etc.
Si es una y otra comadre
De cuantas vecinas vemos,
De hoy mas su nombre mudemos
De cura en el de compadre.
Y si le llamase *padre*,
Algun rapaz tiernamente,
La voz de aquel inocente
Misterio encierra y verdad.
Cura, etc.
Cura que á su barrio entero
Trata de escandalizallo,
Ya no es cura, sino gallo,
De todo aquel gallinero;
Que enfermó con su dinero
A las mas que toca el preste;
Ya no es cura, sino peste,
Por su mala cualidad.
Cura, etc.

FIN DE LAS POESÍAS DE DON FRANCISCO DE TRILLO Y FIGUEROA.

POESIAS

DE

DON JUAN DE JAUREGUI.

JUICIOS CRITICOS.

DE MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

(*Quijote.*)

El traducir de lenguas fáciles ni arguye ingenio ni elocuencia, como no le arguye el que traslada ni el que copia un papel de otro papel; y no por esto quiero inferir que no sea loable este ejercicio del traducir, porque en otras cosas peores se podria ocupar el hombre y que menos provecho le trajesen. Fuera de esta cuenta van los dos famosos traductores: el uno el doctor Cristóbal de Figueroa, en su *Pastor Fido*, y el otro don Juan de Jáuregui, en su *Aminta*, donde felizmente ponen en duda cuál es la traduccion ó cuál el original.

DE DON ANTONIO DE SOLIS Y RIVADENEYRA.

(*Aprobacion de la* Farsalia.)

Aunque don Juan pudiera emprender por sí la fábrica de un poema heróico, porque supo los preceptos de Aristóteles con fundamento, y tuvo el númen y los estudios necesarios para escribirle igual á los Virgilios y Homeros de su tiempo, se dejó llevar de esta imitacion de Lucano por haber escrito con grande aplauso en su mocedad la batalla naval de los romanos contra los griegos masilienses, contenida en el libro tercero de la *Farsalia*, cuya version imprimió en sus *Rimas*, el año de 1618.....

Fué don Juan de los caballeros mas celebrados entre los grandes ingenios de aquel siglo, porque supo manejar el pincel con el mismo acierto que la pluma. Los papeles que dió á la estampa encarecen su erudicion en todo género de letras, sagradas y profanas.

DE DON LUIS JOSÉ VELAZQUEZ.

(*Orígenes de la poesía castellana.*)

La mejor traduccion que tenemos del italiano es la que del *Aminta* del mismo Tasso hizo, en verso suelto, don Juan de Jáuregui, y se publicó, con sus demás poesías, en Sevilla, 1618. Esta traduccion es tan excelente como su original.

POESIAS

DE DON JUAN DE JAUREGUI.

COMPOSICIONES VARIAS.

SONETOS.

I.

A Marco Antonio, en su batalla naval.

Sobre las ondas acosado Antonio,
Al fuerte Augusto y á Cleopatra mira:
Una al dominio del incauto aspira,
Otra al diadema del imperio ausonio.
Entrégase el amante al golfo Jonio,
Mas encendido en vil amor que en ira;
Inmensa armada en su favor conspira
Del medo y persa, egipcio y macedonio.
Puede triunfar de Augusto acometiendo;
Tambien huyendo de Cleopatra, puede
Vencer astuto su malicia y arte.
Trueca la accion; y del contrario huyendo,
Sigue su amada fugitiva, y cede
Ambas victorias al amor y á Marte.

II.

A Mucio Cévola.

Librar del fuego la engañada mano
Manda Porsena, y el acero agudo,
Que Mucio abrasa, de temor desnudo,
Y del castigo de sí mesmo ufano.
La propia diestra que el varon romano
Ardiendo pudo ver, inmoble y mudo,
Esa mirar intrépido no pudo
El ofendido príncipe toscano.
En alta admiracion cambia la saña,
La vida al enemigo reservando,
Que para darle muerte armó la diestra.
¡Feliz error, que mejoró la hazaña!
¡Mano siempre feliz, pues pudo, errando,
Ser ejemplo de tantas y maestra!

III.

A la hazaña de don Alonso Perez de Guzman el Bueno, en la defensa de Tarifa.

Las altas voces y rumor travieso
Oye el Guzman hispano desde el fuerte,
Y al hijo mira amenazado á muerte,
Y entre las huestes enemigas preso.
Del paternal amor el grave peso
Le representa su contraria suerte;
Mas el alto valor del pecho fuerte
Se aventajó con espantable exceso.
Del muro arroja su desnuda espada,
Y esta sus filos en el hijo emplea,
A quien dice con voz no alborotada:
«Manche el suelo tu sangre derramada,
Primero que la misma en tí se vea
Con el infame deshonor manchada.»

IV.

Epitafio á las ruinas de Roma.

El nombre ausonio, que ligera y suelta
La fama un tiempo resonó, y el culto
Templo tarpeyo, á quien el indio oculto
Rindió tesoros, y el iberio celtá,
Aquí difunto yace: aquí resuelta
La piedra en polvo y el antiguo vulto,
Nos muestra Roma su sepulcro inculto,
En las cenizas de sí misma envuelta.
Fué rara fénix, que su cuerpo mismo
Quiso abrasar en encendidas guerras,
Porque su vida renovase el vuelo;
Y si un tiempo rigió las anchas tierras,
Hoy extiende desde ellas al abismo
Su sacro imperio, y al empíreo cielo.

V.

A la edad del año.

De verdes ramas y de frescas flores
Vistió la tierra en su niñez infante
El vírgen seno, y su vivaz semblante
Ornó de mil guirnaldas de colores.
Jóven despues, en plácidos amores
Gozando al cielo su amador constante,
De las entrañas, como tierna amante,
De suspiros en vez, lanzó vapores.
Mil frutos de sazon, el vientre abierto,
Luego produjo al puro viento ufana,
Bronca, pero, la faz mostrando y ruda.
Hoy arrugado en su vejez el yerto
Rostro, la vemos, y de nieves cana:
Todo la edad lo descompone y muda.

VI.

Condena el fabricar soberbios palacios.

¡Ay! de cuán poco sirve al arrogante
El edificio que soberbio empina
Sobre pilastras de Tenaro, y fina
De mármol piedra y de color cambiante!
Pues cuanto mas del suelo se levante
Máquina excelsa, al cielo convecina,
Tanto mas cerca atiende á su ruina,
Tanto mas cerca al rayo del Tonante.
Consumirá en los jaspes su tesoro,
Y consumidos de la propia suerte
Ellos serán en término ligero;
Y por ventura entre alabastros y oro
Del alto capitel, verá su muerte,
Pobre y desnudo, el sucesor primero.

VII.

A un navío destrozado en la ribera del mar.

Este bajel inútil, seco y roto,
Tan despreciado ya del agua y viento,
Vió con desprecio el vasto movimiento
Del proceloso mar, del Euro y Noto.
Soberbio al golfo, humilde á su piloto,
Y del rico metal siempre sediento,
Trajo sus minas al ibero asiento,
Habidas en el índico remoto.
Ausente yace de la selva cara,
Do el verde ornato conservar pudiera,
Mejor que pudo cargas de tesoro.
Así quien sigue la codicia avara,
Tal vez mezquino muere en extranjera
Provincia, falto de consuelo y oro.

VIII.

La virtud á la invidia.

Juez, que culpas inormes no corriges,
Y la virtud condenas y aborreces:
Tú, que en la ajena dicha te entristeces,
Y el daño ajeno por alivio eliges;
Envidia, que traidoras armas riges,
Y á tu pesar, si el ánimo embraveces,
Al invidiado honoras y engrandeces,
Y al invidioso con ahinco afliges;
Hacer podrás de tu veneno empleo,
Turbando el pecho que mis obras culpa,
Que en mí no alberga de tu fuego indicio;
Y otra mayor venganza no deseo
Del que me invidia, que su propia culpa,
Donde es castigo de sí mesmo el vicio.

IX.

A una estatua del rey Filipo III, esculpida por un insigne artífice toscano.

Lisipo á solas el trasunto vero (1)
Pudo esculpir del macedonio Marte,
Do reguladas fortaleza y arte,
Fué el escultor igual á su guerrero.
Pues tú, que agora juntas, Marte ibero,
Al mundo antiguo tu segunda parte,
Bien debe quien intenta figurarte
Sobrar la industria del buril primero.
Mas como de Alejandro el soberano
Reino te aumenta el cielo, gran Filipo,
Así te da escultor que al suyo excede.
Ya ves docta labor en tosca mano,
Que oscureciendo el arte de Lisipo,
Tu espíritu infundir al mármol puede.

X.

En el túmulo que fabricó Sevilla á la reina doña Margarita.

Hoy por Vandalia insigne y su cabeza
Magnífico sepulcro al cuerpo santo
De Margarita se dedica, en tanto
Que el alma goza de mayor alteza.
No el rico adorno y la imperial grandeza
Mueva á curiosa admiracion y espanto
Los ojos mismos que á dolor y á llanto
Debe mover, y á funeral tristeza.
Ya en cuanto espacio el universo extiende
Su grave faz, todo placer destierra
La muerte, ufana de tan noble palma.
Ella se alegre; alégrese la tierra,
Que las cenizas envolver pretende,
Y el cielo puro, que atesora el alma.

XI.

Burla y blasona la corcilla ó gama,
Bien guarecida entre su bosque espeso,
Del gran lebrel y acosador sabueso,
Cuyo ladrido la amenaza y llama.
Mas si, engañada de la yerba y grama,
Al raso campo extiende el pié travieso,
Muriendo paga su ligero exceso,
Y en vano el gremio de las selvas ama.
Así mientras cerrado en mi aspereza
Viví, burlaba, amor, de tus rigores,
Mas engañóme un rostro lisonjero.
Salí de mí siguiendo la belleza
De un paraiso con perpétuas flores,
Donde á tus manos rigurosas muero.

XII.

Al sol, amaneciendo.

Rubio planeta, cuya lumbre pura
Del tiempo mide cada punto y hora,
Si el bello objeto que mi pecho adora
Solo le gozo entre la noche oscura,
¿Por qué ya se adelanta y se apresura
Tu luz injusta, y el oriente dora,
Las sombras alejando de la aurora,
Y con las sombras mi feliz ventura?
Dirás que el dulce espacio defraudado
Ya de la noche, me darás el dia
Tal, que de vida un punto no me debas.
Si debes, causa del ausencia mia;
Que es vida todo el tiempo que me llevas,
Y el que me ofreces, un mortal cuidado.

XIII.

Si en el amado pecho mas constante
Teme el olvido el amador ausente,
Porque en la ausencia el tiempo no consiento
Memoria ó voluntad perseverante;
Yo, que en presencia (miserable amante)
No fuí correspondido, y al presente
Mi ausencia Filis no recela ó siente,
¿Qué olvido espero á su rigor bastante?
Esta imaginacion, al alma asida,
Mil muertes puede darme, y yo con ella
Ser puedo á mis tormentos homicida;
Mas como agradan á su causa bella
Tanto mis males, me reserva en vida;
Que es mayor mal que lo será el perdella.

XIV.

Un ausente navegando.

Jamás por larga ausencia, amada Flora,
Sentir podrá mi fe mudanza alguna,
Bien que me engolfe y lleve la fortuna
Por la remota mar hircana ó mora.
Si en cada espuma que levanta agora,
Brillando el agua al rayo de la luna,
Naciesen Vénus ciento, y cada una
Fuese de un nuevo amor engendradora;
Y estos y aquellas con igual denuedo
Cuidasen aumentar el fuego mio,
Ni se aumentara, ni mi fe creciera;
Y aunque de acrecentalla desconfio,
Vivo en eterno afan, porque no puedo
Quereros tanto como yo quisiera.

XV.

Dame el peñasco, Sísifo cansado,
Y tú, infelice Tántalo, tu pena;
Dame, Prometeo, el águila y cadena,
Herido el pecho, y al Caucaso atado.
Dame, Ixion, la rueda en que amarrado,
A eterno giro el cielo te condena;
Y llevad todos la miseria ajena
De un corazon en celos abrasado.
Aliviaréis el peso á mi tormento,
Mientras al trueco y desigual porfía
Fuere vuestra paciencia poderosa;
Y cuando á alguno falte el sufrimiento,
No juzgará despues tan rigurosa
La pena suya, experto de la mia.

XVI.

Un amante, abrasando las prendas de su dama.

Pasó la primavera y el verano
De mi esperanza, y el agravio mio
En la estéril sazon del seco estío
Entrega estos despojos á Vulcano.
Bien que el sagaz amor intenta en vano
Oponer al incendio un hielo frio,
Donde el turbado pecho pierde el brio,
Y se entorpece la cobarde mano.
Mas la razon, que mi derecho ampara,
Quiero fomente el fuego merecido:
Reliquias mueran de memorias mias.
Y el desengaño (como fénix rara),
Que estuvo de mi llama consumido,
Vivo renazca entre cenizas frias.

(1) Así escribió Jáuregui este verso. Estala, en su coleccion, puso:

«Lisipo solo el busto verdadero.»

CANCION.

Al oro.

Sábia naturaleza,
Que al bien de los humanos
Aplicas tu saber, tu industria y maña;
Yo la sagaz destreza
Alabo de tus manos,
Que en viva peña, en áspera montaña
Los metales avaros escondiste,
Cuyo tesoro vil el mundo honora;
O ya los envolviste
En las arenas de abundantes rios,
Adonde retirados y baldíos
Nunca los viese la codicia, autora
De aquella sed, que con ahinco instiga
Siempre á sí misma, y nunca se mitiga.
Tu providencia alabo,
Y al hombre vitupero,
Que destruyó su paz, buscando el oro,
Para servirle esclavo,
Y en oculto minero
Rompió, anhelando, su taladro y poro,
Donde el fiero metal se engendra y cria
Y se derrama en escondidas venas,
Sin conocer al dia;
Que en ciega noche envuelto y soterrado,
A un tiempo nace y yace sepultado,
Y de la tierra se distingue apenas,
Hasta salir á luz, el metal fiero,
Aun mas nocivo que el sangriento acero.
Deja su centro ocioso
Cuando sobre la tierra
Descubre el rostro pálido y flamante,
Anuncio temeroso
De la discordia y guerra
Amenazada en su vivaz semblante.
Ya su valor ostenta y su arrogancia,
En cetros y diademas engreido;
Y el que en humilde estancia
De riscos y terrones se escondia,
Ni al sol, siendo su padre, conocia,
Vedle con alto imperio introducido
Por excelso monarca soberano,
Que apenas cabe en el distrito humano.
Oro, tirano altivo,
A quien los vicios viles
Honran cual dios, y su malicia amparas,
Por tí el amor lascivo
Mil pechos femeniles
Vence, que ya se postran á tus aras,
En torpe ofensa del honesto celo;
A ti procuran la traicion y engaño
Y su comun desvelo,
Y por tí se dedican tantas vidas
Al rencor de las armas homicidas,
Tantas á extraño mundo, al clima extraño,
Al sulco incierto de nadantes proras,
Y al furor de las ondas bramadoras.
Tú ya de los metales
Fuiste el primer caudillo,
Sus filos provocando á la matanza;
Dieron los minerales
Aceros al cuchillo,
A la tajante cimitarra y lanza,
Y aguda punta al dardo y la saeta;
Láminas dieron de laton canoro
A la marcial trompeta;
Dieron el bronce al bélico instrumento,
Del rayo y trueno imitador sangriento,
Y todos atendiendo á tu decoro,
Por tí militan, y tu gloria vana
Escriben (¡oh furor!) con sangre humana.
¿Quién tus hazañas fieras,
Funestas y llorosas,
En reino alguno de la tierra ignora?
Diránlo las riberas
Del Xanto, y las tres diosas,
En beldad cada cual competidora;
Do pudo el premio de tu vil manzana
Encender tales iras, que abrasaron
La gran ciudad troyana.
Tus pomos lo dirán, que de Atalanta
Ya suspendieron la volátil planta,
Y al lustroso metal la encaminaron,
Donde, con muestras de aparente dicha,
Tuvo principio su fatal desdicha.
Por tí de las infieles
Ondas, y su camino,
Sacar pudo escarmiento el mas osado,
Cuando á la antigua Héles
Prestaste el vellocino
Del animal que al piélago salado
Ya la condujo, y la anegó en su abismo;
Mas hubo quien tentó, sin escarmiento,
Y por el precio mismo,
Dar á los vientos de su vida el cargo
En la primera de las naves Argo.
¡Oh cuántas vidas ha llevado el viento
Tras un peligro tan horrible y triste,
Que á los humanos riesgos añadiste!
Ya con la argiva dama,
Servida del Tonante,
Fueron de Acrisio los recatos vanos,
Cuando apagó la llama
Del cauteloso amante
Tu espesa lluvia de lucientes granos.
Tú encendiste el indómito deseo
Al que trazó (por tu avaricia instado)
La muerte de Siqueo;
De tí vimos á Midas tan sediento,
Que no le consentiste otro alimento.
Tú, como precursor del fiero hado,
Ocasionaste el mísero suceso
Contra el romano Craso y lidio Creso.
De toda dicha y gusto
Eres ajeno y falto
Contra el avaro, que tu nombre adora;
Pues pagas en disgusto,
Recelo y sobresalto
La eterna adoracion con que te honora.
¡Oh, insano el que te busca y te procura,
Siempre sujeto á ser el ofendido
De tu malicia impura!
Si mil afanes cuestas procurado,
Temores tantos causas conservado,
Y no menor tristeza das perdido,
Sin que pueda gozar de algun contento
Sino el que está de tu codicia exento.

CANCION.

LA MONARQUÍA DE ESPAÑA.

En la muerte de su reina doña Margarita.

Ya que en silencio mi dolor no iguale,
Ni mis ocultas lágrimas y llanto,
Al superior afecto que las vierte,
Justo será que mi funesto canto
Las acompañe, y que del alma exhale
Nuevos clamores de tristeza y muerte.
Y pues me ofrece la contraria suerte
Presente el caso mas infausto y grave
Que caber pudo en su vigor violento,
Que así mi sentimiento
Llegue al extremo que en mis fuerzas cabe;
Mas vence su rigor las fuerzas mias,
Ni admite el grave daño recompensa,
Faltando á España su mayor tesoro.
Y yo, aunque ciega de perpétuo lloro
Quiera sentir su rigurosa ofensa,
Veré primero en las cenizas frias,
Por quien suspiro, fenecer mis dias,
Que de llorarlas quede satisfecho
Mi estilo y pluma, ni mi lengua y pecho.
¿Quién vió tal vez en áspera campaña
Arbol hermoso, cuya rama y hoja
Cubre la tierra de verdor sombrío
Donde el ganado cándido recoja,
Alejado el pastor de su cabaña,
Y allí resista al caluroso estío?
La planta con ilustre señorío
Ofrece de su tronco y de sus flores,
Y de su hojoso toldo y fruto opimo
Olor y dulce arrimo,

Sustento y sombra á ovejas y pastores,
Hasta que la segur de avara mano
Sus fértiles raices desenvuelve,
Atormentando en torno su terreno
Por dar materia al edificio ajeno.
Siente la noche el ganadillo, y vuelve
Al caro albergue, procurado en vano;
Y viendo de su abrigo yermo el llano,
Forma balido ronco, y su lamento
Esparce (¡ay triste!) y su dolor al viento.
No de otra suerte, oh planta generosa,
Que adornas los alcázares del cielo,
Prestaste arrimo, sombra y acogida
Al pueblo grato del iberio suelo.
Dió tu heróica virtud, cual flor hermosa,
Olor que ha penetrado la extendida
Region etérea; así desposeida
Viéndose España de la prenda suya,
Tembló al severo golpe de la parca,
Y en torno su comarca
Fué quebrantada con la ausencia tuya.
Hoy los que en tí gozaron tan colmada
Copia de frutos, sus ofensas miden
Con largas quejas, y á llorar forzados,
Con espantables rostros, erizados,
Suspiros tantos de dolor despiden,
Que para su querella congojada
Ya faltan fuerzas á la voz cansada;
Y si reducen á llorar los brios,
Tambien para los ojos faltan rios.
Ni ya reprime su lamento vano
Verte en el cielo mejorar de imperios,
De excelsos tronos y coronas santas;
Y que en vez de los príncipes iberios
Que se postraban á besar tu mano,
Hoy las estrellas besarán tus plantas;
Ni el ver que á España dejas prendas tantas,
Nobles centellas de tu sacro fuego,
A cuyo cetro y próspero gobierno
Darás favor eterno,
Si á Dios presentas de su parte el ruego;
Ni nos basta mirar tu viva lumbre,
Al sol, de quien fué rayo, siempre unida,
Y aumentando esplendor al alto cielo;
Ni el ver, por muestras de tu santo celo,
Modernos templos, que en edad florida
Han de lograr su excelsa pesadumbre;
Y en cuanto el rojo Febo el mundo alumbre,
Honrar, solemnizando tu corona,
Su viva siempre liberal patrona.
Por mas que el tiempo y la razon porfie
A divertir el ánimo afligido
De su entrañable y vivo sentimiento,
No habrá razon ó tiempo ó largo olvido
Que nuestro luto funeral desvie
Del siempre fatigado pensamiento.
Siempre al disgusto cederá el contento
En mísera contienda, y por despojos
Verás, sin tí, nuestros humildes pechos,
Que en llanto ya deshechos,
El corazon destilen por los ojos.
Tu muerte llorarán los pardos chinos,
Los indios negros y alemanes rubios,
Que en tí perdieron su imperial grandeza;
Daráte el mundo, con igual tristeza,
Flébil tributo en lluvias y diluvios,
Porque si á los distantes y vecinos
Reinos tus ojos vuelves ya divinos,
Veas que te llora con amor profundo,
Si no cual debe, como puede, el mundo.

ELEGÍA.

A don Pedro de Castro, conde de Lémus y presidente de las Indias, en muerte de su hermano, don Fernando de Castro, conde de Jélves.

Partió la noche de su albergue oculto,
Y las lóbregas alas extendia,
Cubriendo de la tierra el ciego bulto.
Vistióse el aire, por el muerto dia,
De sombras, y sus exequias celebrando
El cielo, inmensas luces encendia.
El mundo sosegaba en ócio blando;
Solo don Pedro, ajeno de reposo,
La muerte lamentaba de Fernando.
Mas entre el sentimiento doloroso,
Vino á ocupar al fin sus fatigados
Miembros el sueño, á su dolor piadoso.
Ya tiene los sentidos entregados
Al ócio, y los amargos pensamientos
En el profundo olvido sepultados.
Cuando sobre los altos elementos
Ver le parece dividirse el cielo,
Y en luz bañarse los delgados vientos.
Luego lleno de espanto y de recelo,
Delante mira al fallecido hermano,
Resplandeciente su corpóreo velo.
Confuso levantó la amiga mano
Por abrazarle, y al ceñirle el cuello,
Los átomos abraza y aire vano.
Vuelve otra vez á contemplallo y vello,
Y reconoce su mortal figura,
Si bien de aspecto aun mas ilustre y bello.
Le engaña la aparente compostura,
Mirando el cuerpo de gentil concierto,
La nieve de su rostro y grana pura.
Y de su muerte lamentable incierto,
«¡Oh caro hermano! el generoso Conde
Pregunta, dime si eres vivo ó muerto.
»—Yo vivo soy, Fernando le responde,
Y tú á mis ojos muerto, y el humano
Bando que el cerco de la tierra esconde,
»Mientras el alma con volar liviano
No cambia la terrena cárcel triste
Por el eterno asiento soberano.
»—¡Oh tú, que de mi alma dividiste,
Dijo don Pedro entonces, una parte,
Cuando á la esfera superior partiste!
»¡Oh planta bella, que á la empírea parte,
Dejando lleno de dolor el suelo,
Pudiste en años verdes colocarte!
»Mira de España la tristeza y duelo
Comun desde la cumbre de Pirene
Hasta do Calpe se levanta al cielo;
»Y aquel antiguo reino que contiene
El término Galáico generoso,
De do la estirpe de tu sangre viene.
»Llorando allí verás á su famoso
Pueblo, que ilustra el gran apóstol santo,
Y protector de Iberia belicoso.
»Tal desconsuelo muestra á daño tanto
Vandalia, y con inútil impaciencia
El Bétis cambia su corriente en llanto;
»Y mas lastima tu perpétua ausencia
A la andaluz metrópoli de España,
Do floreció tu verde adolescencia.
»Ver puedes, lleno de tristeza extraña,
Tambien de Hesperia el corazon interno,
Que Manzanares y Pisuerga baña;
»Donde por gloria de tu nombre eterno,
Basta que al fuerte pecho de Filipo
Tiene tu ausencia lastimado y tierno.
»¿Qué ingenio ya de Cénsis ó Lisipo
A figurar bastara, ó qué Timante,
Nuevo dolor que á todos anticipo?
»Fuerza será que el húmedo semblante
Un velo cubra á tu querida esposa,
Pues no hay estilo á su dolor bastante.
»Ni fué tan lamentado de la Diosa
Su Adónis bello, que dejó tendido
Del jabalí la furia impetuosa,
»Ni de Lampecia el jóven atrevido,
Por cuyo ciego error desatinado
Vimos el orbe en llamas encendido;
»Bien que á la orilla del ausonio Pado,
Aun hoy llorosa, culpa su carrera,
Ya el cuerpo en duro leño transformado.
»Pues ¿cuál ejemplo denotar pudiera
De tu querida madre el sentimiento?
¿Qué aliento y voz, aunque de bronce fuera?
»Queda inferior el mísero lamento
De la que, en duro mármol convertida,
Es de sí misma eterno monumento;
»La que por dura flecha despedida

De Apolo, vió sus hijos, uno á uno,
Privar en un instante de la vida.
»Ni á todos ofreció tan importuno
Llanto la madre, y eran siete y siete,
Cuanto la nuestra ofrece á solo uno.
»Mas ¿quién se admira de que tanto inquiete
El desconsuelo un corazon materno,
Y tanto el suyo á la consorte apriete,
»Si el mas remoto, con amor paterno,
Tu muerte llora, y á tu muerte ofrece
Por honra funeral dolor eterno?
»Que al mismo peso de su llanto crece
El ansia de dar vida á tu memoria,
A quien el tiempo ni la muerte empece.
»Quieren que ensalce tu lugúbre historia
Nuestra española musa, y amoneste
A inmensos siglos tu alabanza y gloria.
»Verás cómo del término terrestre
Se extienden los confines de tu fama
Al estrellado círculo celeste.
»Así la patria, que indignada exclama
Contra la muerte, anulará su ofensa,
Guardando tu memoria en viva llama.
»Será del triste luto recompensa,
Si en vida alegre de perpétuo dia
Tu oscura noche funeral dispensa.
»No solo llora el bien que poseia,
Mas una felicísima esperanza,
Que en tu mayor edad se prometia.
»Bien que de tus afectos la templanza,
Y tu prudencia cuerda y reducida
Apenas ya con la vejez se alcanza.
»Mas si en lo floreciente de la vida
Tanto se adquiere, ¿qué virtud fraguara
La experiencia en los años adquirida?
»¿Quién ya dirá tu ingenio y gracia rara,
Vestida de valor cortés y afable?
¿Qué mármol te miró que no te amara?
»¡Oh inicua diosa, injusta, inexorable,
Que al mas alto valor mas presurosa
Embistes con asalto inopinable!
»¡Oh siempre injusta, inexorable diosa!
Pues fuiste en caso tal acerba, impía,
Nadie espere jamás verte piadosa.»
El Conde á su dolor con tal porfía
El ánimo entregaba, y trasportado,
A dilatar sus quejas atendia,
Si con semblante alegre y sosegado
El buen Fernando así no respondiese,
En apacible acento y regalado:
«Ilustre hermano, tu lamento cese,
Pues no ha de haber afan que de tus ojos
Lágrimas saque, ni te canse ó pese.
»¿Por qué á la muerte acusan tus enojos,
Si al cuerpo solo su poder se extiende,
Y no son mas sus míseros despojos?
»Y cuando osada escurecer entiende
Al pecho justo el fuego de la vida,
En luz perpétua su vivir enciende.
»Yo sé que te alegrara mi partida,
Si ya tener pudieras de mi gozo
Cualquier mínima parte conocida.
»Es un bosquejo vil y oscuro bozo
El bien mayor que á figurar alcanza
Tu mente, opuesto al que discierno y gozo.
»¿Quién la mundana, débil esperanza,
En mi perdida llora, si poseo
Premio seguro en la superna estanza,
»Donde agora colmando mi deseo,
Aun por las prendas que dejé en el mundo,
Mi antigua estirpe comunico y veo?
»Allí de honor y de grandeza abundo,
Y miro la ascendencia generosa
Nuestra, y sus hechos y valor profundo.
»Miro en sublime parte gloriosa
Al noble y antiquísimo Flaminio,
Cimiento firme de su casa honrosa;
»Aquel que de legítimo escrutinio,
Juez primero le nombró Castilla,
Y se entregó la misma á su dominio.
»Este, por ejercer á maravilla
Justicia y equidad, severo y blando,
Hoy rige su balanza y su cuchilla.
»Luego á Bermudo miro y á Fernando,
Y al defensor del Cid, el buen don Suero,
Contra los condes y su fecho infando;
»Y aquel anciano y fuerte caballero
Gutierre, que la bética Almería
Dirá su esfuerzo y ánimo guerrero.
»Esplende en la divina compañía
Nuestro primero Castro, el castellano
Fernando y su consorte Estefanía;
»Tiene el marido ilustre de la mano
La honesta Infanta, y della satisfecho,
Los golpes mira del acero insano:
»Burla del ciego, temerario hecho,
Cuando de torpe afrenta receloso,
Bañó de sangre el inocente pecho.
»Vese don Pedro, capitan famoso
Del moro rey, triunfando en la frontera
Del jerezano término espacioso.
»Alvaro, general en la ribera
De Guadalete, cuyo esfuerzo osado
Espanta á Libia y su region postrera.
»Este igualó su campo limitado
A incomparable número de gente,
Con fuerza sola y corazon sobrado.
»Dió el nombre de Machuca á su valiente
Guerrero Diego Perez, y teñido
Vió en régia sangre el duro hierro ardiente.
»Con muestra heróica de valor crecido
Se representa don Estéban, fuerte,
Ilustre por sus hechos y temido.
»Luego don Pedro, que por impía suerte
En la áspera batalla de Algecira
Sus obras lo entregaron á la muerte.
»Aun hoy España de dolor suspira,
Y él sus crudas heridas en el cielo
Resplandecientes cual estrellas mira.
»Vese el varon eterno, cuyo celo
Y gran fidelidad dice la fama
Ser la mayor que reconoce el suelo.
»Luego Isabel, prudente y bella dama,
Y de Fadrique noble el hijo amable,
Que en gozo eterno la contempla y ama.
»De Sarria y Lémos conde memorable
De Trastamara, y fué de Santiago
Maestre y de Castilla condestable.
»Vese de Arjona el duque, en aciago
Siglo nacido, que una cárcel dura
Le dió de su valor injusto pago.
»Muéstrase el hijo, en grave compostura,
Del generoso duque de Braganza,
De sangre lusitana la mas pura.
»Allí Fernando su lugar alcanza,
Luego mi ilustre abuelo y eminente,
Digno por largos siglos de alabanza.
»A nuestro caro padre últimamente
Miro entre todos estos, y contemplo
Su gran virtud y su valor prudente.
»Fué de justicia milagroso ejemplo;
Así del mundo alcanza viva fama,
Y gloria suma del etéreo templo.
»¡Oh cuánto Ausonia condolida exclama
Que sin gobierno la dejó la parca,
Trocando el leme de tan noble rama!
»En fin, amigo, lo que el mundo abarca
Y el cetro y posesion de todo cuanto
Hoy rige tu católico monarca,
»Lo miro agora con desprecio tanto,
Que á un vil cayado y choza miserable
Apenas lo prefiero y adelanto.
»Y el hondo seno de la mar instable,
Que las terrenas islas bate y cerca,
De anchura á los humanos espantable;
»Hoy, que á la suma latitud se acerca
Del cielo ya mi vista, lo reputa
Por una angosta, reducida alberca.
»La tierra pues, que la comun disputa
Divide en tantas zonas, la templada,
La algente y la de fuego mas enjuta;
»Esa, que tan extensa y prolongada
Su habitador la estima, es á mis ojos
Por solo un punto mínimo juzgada,

»Así que, cese el llanto y los enojos
Vuestros, ni ya mi dulce y bella esposa
Rompa sus hebras rubias á manojos;
»Que en la celeste esfera luminosa
Turba, si ya ser puede, mi alegría
Con su continua angustia dolorosa.
»Vela llorar el sol al mediodía,
Y vela del confin del ocidente,
Cuando á alumbrar al indio se desvia;
»Vela llorar la luna refulgente
En el silencio de la noche, y vela
Tambien el alba al colorar su oriente.
»Y el pecho, que no menos se desvela,
De mi querida madre, y su lamento
A las estrellas en suspiros vuela.
»Agora es tiempo que á mayor intento
Convierta el noble corazon, mostrando
Igual á su valor el sufrimiento.
»Tú, fuerte hermano, ya que gobernando
El medio mundo asistes y presides,
Tus fuerzas á tu edad aventajando;
»Tú, que de la virtud no te divides,
Y ya de su carrera angosta y yerta
A francos pasos la distancia mides,
»Mira que el golpe de fortuna incierta,
Ni el duro encuentro del adverso hado
De tu camino un paso te divierta:
»Ni porque el cielo mires quebrantado
Venirse á tierra con estruendo horrible,
Muestres el firme corazon turbado;
»Y si la amiga suerte y apacible,
Hija de tu valor, te levantare
A la mayor alteza inaccesible;
»Si el mundo á sumas honras te ensalzare,
Tal, que á la fama el vuelo facilites,
Que sublimada tu renombre ampare,
»No los mundanos bienes acredites,
Ni en los mortales términos estrechos
El ánimo reduzgas y limites.
»Bien es que admiren los humanos pechos
Tus generosas obras, mas en tanto
Al cielo solo han de mirar tus hechos.
»Mira y contempla el cielo sacrosanto,
De donde trujo el alma el gran origen,
Antes que usase del corpóreo manto.
»Si allá tus obras santas se dirigen,
El globo, que jamás su espacio gira,
Y las esferas, que sus vuelcos rigen,
»Tendrás debajo de tus plantas; mira
Su inmensa altura, desechando el suelo,
Y al templo eterno que te espera aspira.
»Bien te convida á levantar el vuelo
El claro sol y el número de estrellas
Con que esmaltado se demuestra el cielo.
»Las letras mira de sus lumbres bellas:
Leerás la gloria de su Autor divino;
Que ellas la escriben y la anuncian ellas.
»Y el uno y otro globo cristalino
Tu amor despierte, que en acorde acento
Y armónico revuelve su camino.
»Muestra á sus voces el sentido atento,
Y en su labor bellísima fijada
Ten la segura vista y pensamiento.
»Mientras felicemente desatada
El alma tuya de los miembros sea
Tras luenga edad, en años aumentada;
»Y allá delante de la inmensa idea,
Con vista pura y corazon ardiente
Mayores cosas aprehenda y vea.»
Dijo; y alzando el vuelo diligente
A su divino alcázar encumbrado,
Al dulce hermano, que le escucha y siente,
Dejó despierto, alegre y espantado.

MADRIGAL.

A una medalla esculpida en oro con el retrato del rey Filipo III, y una empresa del mismo.

Esta imperial efigie, en oro impresa,
Cuya labor á su materia excede,
Demuestra en voz expresa
Cuánto el ingenio con el arte puede.
Filipo aquí por generosa empresa
El inclito leon describe hispano,
Que su derecha mano
Empuña régia lanza y amenaza
Crudo rigor, y la siniestra abraza
De olivo un ramo tierno
Y la sagrada cruz, blason eterno.
Así denota que la paz y amparo
Ofrece al mas humilde y observante
De la cristiana fe, y al arrogante
De errada seta observador avaro
Promete rigurosa
Guerra con mano acerba y poderosa,
Tanto á los unos áspero y airado,
Cuanto á los otros plácido y clemente;
Esto dijera mismo el figurado
Generoso leon, que denodado
Respira, vive y siente;
Mas rehusó el artífice prudente
El dar á su viveza
La voz que le negó naturaleza.

MADRIGAL.

A LA ESTATUA DE DIDO.

Traduccion del epigrama CXI de Ausonio:
Illa ego sum Dido, vultu quam conspicis hospes, etc.

Huésped, que mi semblante
Miras en esculpido
Trasunto y semejante,
Cuya labor, cuya belleza espanta,
Yo soy aquella memorable Dido,
A quien la fama canta:
Tal fué mi aspecto, como ves, al vivo;
Pero mi mente y proceder esquivo
No fué cual finge y pinta fabuloso
Maron latino, ni sus versos creas,
Do mi vivir describe alegre, ufano,
Con un amor lascivo;
Que ni su teucro Enéas
Me vió jamás, ni al término africano
Con flota vino ni bajel troyano;
Antes yo, rehuyendo el belicoso
Amor de Jarbas y su vano exceso,
A muerte me ofrecí, la accion confieso,
Salvando mi propuesta
Fe y la entereza de mi fama honesta.
Mi fe, jamás violada,
Para romperme el pecho
Movió los filos de una casta espada;
No el rabioso dolor y sin provecho
De un agraviado amor no satisfecho.
Lícita muerte obtuve,
Y vida sin ofensa de mi fama.
Yo fenecí despues que mi deseo
Pude cumplir, vengando á mi Siqueo,
Y despues que su templo y fijo muro
En mi ciudad edificados tuve.
¿Por qué á mi honor y su luciente llama
Ingrata fuiste, oh musa, estimulando
La voz de tu poeta,
Que así ofendió mi celo casto y puro,
Siguiendo su ligera fantasía?
Vosotros, los que el nombre y la memoria
Buscais de Dido, acreditad la historia
Que me autoriza, y no el confuso bando
Que en su falaz poesía
Altera la verdad y la interpreta,
Y de los dioses canta fabulosos
Hurtos y engaños torpes, amorosos,
Las mentes semejando soberanas,
En su vicioso afecto, á las humanas.

LIRAS.

Traduccion del epigrama primero de Marcial, en que se antepone el anfiteatro de Tito, emperador, á los mayores edificios del mundo:
Barbara pyramidum sileat miracula Memphis, etc.

No Ménfis generosa
Sus bárbaras pirámides ostente,
Labor maravillosa,

Ni ensalce vanamente
Sus muros Babilonia entronizados,
Con sumo afan y brevedad formados.
Su presuncion ufana
Rinda el efesio habitador, que honora
El templo de Diana;
Y el que en Délos adora
Al rubio sol, con semejante ejemplo,
Sus aras no celebra ni su templo.
No extienda ni levante
Sus alabanzas al etéreo polo
Caria, por su arrogante
Sepulcro de Mausolo,
Cuyo edificio, y su techumbre altiva,
Pende en el aire, al parecer, y estriba.
Cedan de Atlante á Batro
Mil obras dignas de memoria eterna
Al magno anfiteatro
De César, cuya fábrica moderna
Honren los tiempos, y la fama acete
Su maravilla sola por las siete.

OCTAVAS.

Traduccion del epigrama XXVI de Marcial, en que celebra los espectáculos del emperador Tito:
Augusti laudes fuerant committere clases, etc.

Fué Augusto en sumas honras colocado
Por su trabada lid, y la espantosa
Flota, que sobre el golfo alborotado
Solicitó la trompa belicosa;
Mas fué un ejemplo leve, comparado
A la naval contienda poderosa,
Do César hizo, en su fingida guerra,
Del campo mar y de las ondas tierra.
Vió Tétis en el agua y Galatea
Silvestres fieras, y su reino frio
Vió, que el ferviente carro le pasea,
Y alza menudo polvo de rocío;
Triton, mientras se atiende á la pelea,
Juzga que de su reino el señorío
Rompe Neptuno, y doma su tridente
De sus caballos la cerúlea frente.
Cuanto miramos apacible y fiero
En circos y teatros populosos,
Todo concede su lugar primero,
Hoy, César, á tus juegos industriosos.
No se celebren ya de Claudio y Nero
Navales espectáculos vistosos;
Que el tuyo solo con ilustre gloria
Debe honrar de los siglos la memoria.

CANCION.

Traduccion del epigrama LXXIII, lib. 8, de Marcial á su amigo Instancio. Afirma que el amor hace ilustres los poetas:
Instanti, quo nec sincerior, etc.

Instancio, cuyo honor y cortesía
Estimo y amo, si mi nombre y gloria
Procuras encargar á la memoria;
Si dar fervor y aliento á mi Talia
Quieres, y autorizar mis versos, dame
Que algunos ojos ame.
De Cintia el dulce amor templó la lira
Tuya, Propercio, cuya voz admira;
Bastó Licóris á mover el genio
Del noble galo y su gallardo ingenio.
Tambien al docto y cándido Tibulo
Dió eterna fama Némesis hermosa;
Rigió la lengua culta y numerosa;
Ya Lesbia del suavísimo Catulo.
Así, cobrando honor la musa mia
En su feliz poesía,
Verás, amigo, que jamás invidio
El diestro canto de Maron y Ovidio,
Como alcance mi cítara latina
Su Aléxis, que celebre, ó su Corina.

CANCION.

Traduccion de la tercera oda de Horacio, en que condena el sobrado osar de los hombres, dándole motivo la navegacion que Virgilio hizo á Aténas:
Sic te diva potens Cypri.

Nave, que por entrego
Al gran Virgilio debes,
Fiado ya en tus gúmenas y entenas,
Yo te amonesto y ruego
Que en salvo me le lleves
Y restituyas al confin de Aténas
Con sosegada calma,
Y me conserves la mitad dél alma.
Así la blanca mano
De la espumosa hija
Del mar, y las estrellas radiantes
De Cástor y su hermano
Te amparen, y te rija
El padre de los vientos arrogantes,
De cuyo reino helado
Solo respire el céfiro templado.
De roble endurecido
Y de redoble acero
Tuvo ceñido en torno el pecho frio
Quien al embravecido
Mar entregó primero
De frágil leño el cóncavo navío,
Sin miedo al austro acuoso,
Que pugna en contra al aquilon rabioso.
Y de temor exento
Vió la Pleyade triste,
Y el Noto; que del Adria en la marina
Solo este fiero viento
Predominando asiste,
Ora con su borrasca repentina
Batir el golfo quiera,
Ora tener en calma su ribera.
¿Cuál género de muerte
Temió la frente osada
Que con enjutos ojos vió nadando
Tanto linaje y suerte
De mónstruos, y la airada
Furia del mar hinchado resonando,
Y de Ceraunia horrible
El peligroso monte inaccesible?
En vano el providente
Jove distintas puso
Las tierras, interpuesto el Oceano;
Si el hombre inobediente,
Al navegar dispuso
De leves troncos su bajel liviano,
Y ya del extendido
Golfo atraviesa el reino prohibido.
Arrójase, en efeto,
A todo atrevimiento
Nuestro linaje resoluto y ciego;
Ya el hijo de Japeto
Con temerario intento
Robó al Tonante por engaño el fuego,
Y eternizó su nombre,
De etéreas llamas animando al hombre.
Mas luego á los mortales,
Por el hurto alevoso,
Cargó un enfermo estrago lastimero
De pestilentes males;
Y el término forzoso
De la lejana muerte, que primero
Llegaba á paso lento,
Voló despues con raudo movimiento.
Ya Dédalo atrevido
Con plumas enceradas
Trató del aire el término vacío,
En alas sostenido,
Nunca del hombre usadas;
Y Alcides, lleno de arrogante brio,
Partió del hemisfero
Nuestro á robar el ínfero Cerbero.
En fin, al hombre vano
No hay difícil empresa,
Que contra el cielo mismo acometemos;
Ciego furor insano,

Que, como nunca cesa,
Por su malicia indómita, no vemos
Que Júpiter altivo
Depone un punto el rayo vengativo.

Á LAS ESTATUAS DE DOS HERMANOS DE SICILIA, QUE LIBRARON Á SUS PADRES DEL MAYOR INCENDIO DEL ETNA.

Es imitacion del epigrama de Claudiano:
Aspice sudantes venerando pondere fratres.

Vivos los cuerpos ves y los semblantes,
Huésped, de aquellos sículos hermanos
En paternal amor tan semejantes,
Que en el incendio y su peligro ufanos,
Al hombro encargan el amable peso,
Con pié seguro y diligentes manos.
No los espanta el temeroso exceso
Del inflamado monte, que derrama,
Bramando, el humo en remolino espeso;
Antes parece que la propia llama
Respeta su valor y accion piadosa,
Merecedora de perpétua fama.
Vese en los dos un ansia deseosa
Solo de guarecer al padre anciano
Y á la encogida madre temerosa.
El viejo noble enseña con la mano
El muro de su patria envuelta en fuego,
De cuyo estrago se lamenta en vano.
Ella con femenil desasosiego
El mudo rostro inclina, y las deidades,
Temblando, invoca con oculto ruego.
Tanto observa el cincel las propiedades
Fieles de la vivaz naturaleza,
Que las ficciones suyas son verdades.
Aquí ves la piedad y la terneza
En el bronco metal representada,
Y el fervor juvenil y fortaleza.
Aquí en el bronce inmoble ejecutada
Ves la solicitud y el movimiento,
Con el temblor de la vejez cansada.
Muestran mezclar el animoso aliento
Los dos varones con igual cuidado
Por conseguir su diferido intento;
Y de su propia vida descuidado,
Salvar la ajena cada cual procura,
Rompiendo el aire, en llamas inflamado.
Verás tambien que la materia dura
El genio del artífice prudente
Descubre en su difícil escultura;
Que con industria cauta y diligente
Dió á los fraternos rostros semejanza,
Distinta en algo, y no correspondiente.
Consiste la sagaz desemejanza
En que el rostro del uno al padre imita,
Con proporcion de edades y templanza;
Y el otro, que se ajusta y se limita,
Imitando á la madre en sus facciones,
No la retrata en la vejez marchita.
Con igual distincion los corazones
Siguieron cada cual su semejante,
Segun sus naturales aficiones.
¡Oh ejemplos fieles de valor constante,
De generosa caridad clemente,
Dignos que el tiempo os eternice y cante!
Dignos que el mayor arte experimente
En vuestros simulacros su eficacia,
Y á vuestra fama honores acreciente.
Y con sonora voz, destreza y gracia
Os honren nuestras liras, no envidiosas
Del claro acento de la griega ó lacia;
Pues no manifestó con mas piadosas
Muestras su esfuerzo el que á su padre anciano
Libertó de las llamas espantosas
En el incendio bélico troyano.

ELEGIA.

De la felicidad de la vida.—Imitacion de Pantadio y Marcial en sus epigramas.

Engáñaste, Licino, vulgarmente
Si por dichosa juzgas esa vida,
Que estima la comun plebeya gente.
Ver una y otra mano enriquecida
De arábigos diamantes relevados,
Y en ámbar preciosísimo escondida;
Revolver á los hombros delicados
Las blandas pieles, que alimenta y cria
El moscovita en sus amenos prados;
Y del puro metal que el indio envia
Grabar los crespos recamados lechos,
Menos comodidad que bizarría;
Aposentarse entre dorados techos,
Y paredes forradas en brocados,
Que tanto aprecian los humanos pechos;
Y en graneros ocultos y cerrados
Atesorar las mieses, cuantas siega
En sus cerros el África tostados;
Y en pos de la cudicia torpe y ciega
Amontonar riquezas excesivas,
Que la fortuna varia á tantos niega;
Y en mesas abundantes y lascivas
Trinchar el ave noble, el pece raro
Y las fieras del bosque fugitivas;
Ganar lustrosa fama y nombre claro
Con la supérflua copia de sirvientes,
Que admire el ignorante y el avaro.
¡Oh cuán ajenas son, cuán diferentes,
De la vida feliz y descansada
Estas vulgares honras aparentes!
Oye, Licino, pues, y la engañada
Multitud á mi voz contigo atienda,
Si el bien humano conocer le agrada.
Este será la moderada hacienda,
Habida por herencia, y sin que el dueño
Con perpétuos afanes la pretenda.
Florido y fértil campo, aunque pequeño,
Cuya cosecha al que lo siembra ufano
Ni le desvele ni perturbe el sueño.
Cómoda habitacion, que en el verano
El fresco admita, y en invierno el fuego,
Atizado tal vez con propia mano.
Tranquilidad del ánimo y sosiego,
De litigios exento y pretensiones,
Nunca pendiente del favor ni el ruego.
Bien compuesta salud, sin presunciones
De aliento y fuerzas, que á seguir te obliguen
Las tropas de guerreros escuadrones.
Prudente sencillez, do se mitiguen
Los vuelos del ingenio remontados,
Ni en desvelos ocultos se fatiguen.
Iguales los amigos, no encumbrados,
Donde obliguen á ser destituidos
O con violenta maña conservados.
Fácil, templada mesa, do servidos
Serán manjares limpios, naturales,
No los adulterados ó fingidos.
Y pues nacidos somos y mortales,
Ni tiembles de la muerte aborrecida,
Ni la procures; que en templanzas tales
Hallarás el descanso de la vida.

CANCION.

Pondérase cuán diversas y vehementes sean las inclinaciones del hombre.—Imitacion de la primera oda de Horacio, reducida á la costumbre moderna.

Util y cierto amigo,
Que en voluntario nudo inseparable
Liga á los dos una alma solamente;
Quiero observar contigo
Este mundano vulgo innumerable,
Y en sus inclinaciones diferente.
Ya ves el diligente
Fervor del que regala, trenza y limpia
El andaluz caballo, á cuya planta
Ninguna se adelanta
De las que abrieron la carrera olimpia,
Y cuya frente se sujeta al freno,
Y no al gran toro, de arrogancia lleno.
En bandos dividido
Ves el concurso de la docta escuela,
Que al repartir sus cátedras contiende,
Y trae desvanecido
Al estudioso, que subir anhela

Al propio honor que el émulo pretende.
Uno cultiva y hiende
De su heredada granja el fértil suelo;
Otro de rubia mies amontonada
Tiene la troj preñada,
Y siempre encarga su cosecha al cielo,
Porque le fruten ya sus sementeras
Cuanto se barre de las libias eras.
¿Cuál próspero tesoro
Habrá de Creso y Atalo abundante,
Que á alguno de estos mude y lo divierta
A que del suelo moro
Hasta el confin américo distante,
Temblando, mida la marina incierta?
Luego su nave experta
El codicioso marinero entrega
Al mar, y en la borrasca temerosa
Ya quiere ver la ociosa
Vida del campo; mas apenas llega
Al caro puerto en paz, cuando rehace
El frágil vaso, y navegar le aplace.
Muéstrase embarazado
Aquel sobre la mesa bastecida,
Y mosto envejecido en Ribadavia;
De sí tan descuidado,
Que aun los respetos del honor olvida
Cuando las orlas de la copa enlabia.
Este la cruda rabia
Gusta seguir del áspero Mavorte,
Y de la trompa y caja el fiero canto,
Aborrecido tanto
Ya de la madre ó ya de la consorte,
Que entre los caros hijos llora y siente
La incierta vida de su padre ausente.
Con un igual desvelo
Se entrega el cazador al bosque espeso,
Y sin invidia al lecho regalado,
Pasa la noche al hielo,
Al jabalí atendiendo, que el sabueso
Ya levantó, ó al tímido venado.
Tras el neblí templado
Otro se avienta, y de la vista pronta
No pierde el blanco de la garza alada,
Con el halcon trabada,
Que en vuelo oblicuo al cielo se remonta,
Y su halcon tal vez y su contento
Le lleva el aire, como pluma al viento.
Así mi fervorosa
Inclinacion se afana porque estrene
El lauro, en premio de la gran poesía,
Mi frente gloriosa,
Y del vulgo plebeyo Melpomene
Distinga el nombre y la memoria mia.
Trato de noche y dia
Del griego y de Maron las prendas raras
Y de Lucano la grandeza y pompa,
A cuya grave trompa,
Si en algo mi atrevida voz comparas,
Ufano pensaré que en alto vuelo
Ya me corono de la luz del cielo.

LA BATALLA NAVAL DE LOS DE CÉSAR, Y DÉCIMO BRUTO, SU GENERAL, CONTRA LOS GRIEGOS HABITADORES DE MARSELLA, DESCRITA POR LUCANO EN EL TERCERO LIBRO DE SU *Farsalia*, Y TRANSFERIDA Á NUESTRA LENGUA.

Sobre el marino campo el rojo Apolo
Tendió su luz flamante una mañana;
Libre de nubes y sereno el polo,
Su manto á partes retocaba en grana;
Ató los vientos el soberbio Eolo,
Al Euro, al Noto, al Cauro y Tramontana;
Y sosegando el mar su movimiento,
En calma estuvo, á la batalla atento.
Cuando sus remos á la par tentaron
Entrambas flotas, y en igual concierto
De Estécade los ítalos zarparon,
Y los grecianos de su patrio puerto,
Con la violenta boga rechinaron
Los bien trabados troncos, y cubierto
Quedó de espuma el piélago extendido,
De los continuos golpes sacudido.
Pues ya que en medio de las dos armadas
Un espacio de mar tan corto habia,
Que en dando los remeros dos brazadas,
Una con otra flota se embestia,
Las voces á los aires derramadas
Alzan tan sordo estruendo y gritería,
Que ni se escucha el remo ni la trompa,
Por mas que el mar y viento azote y rompa.
Entonces carga el pecho el bogavante,
Los brazos tiende, y en su remo estriba;
Luego esforzando el pulso y la pujante
Espalda, sobre el banco se derriba;
Las proras, al encuentro resonante,
Resurten sesgas por el agua arriba,
Y allí la flecha y lanza revolando,
Y el dardo ahuyenta, uno y otro bando.
Volando encubren la superna esfera
Las astas, y cayendo, la marina;
Las naves se revuelven, y se altera
El órden con la brega repentina;
Cuál de la armada se retira afuera,
Y cuál á su adversario se avecina;
Cuál va girando á torno, y cuál deshace
Los sulcos que la nao contraria hace.
Son ágiles y prestas las grecianas
Fustas, al embestir y al retirarse;
Del timon se gobiernan mas livianas,
Y en breve cerco intentan rodearse;
Con mas pesado rumbo las romanas
Procuran en valor aventajarse,
Que, á semejanza de la firme tierra,
Son aptas para el uso de la guerra.
Dijo, por tanto, Bruto al vigilante
Piloto: «¿Por ventura en ligereza
Compites con el griego navegante,
Y con sus mañas y sagaz destreza?
No sulques, no, las ondas vacilante;
Atiende á la batalla con firmeza,
Y de través opon los vasos nuestros
Contra sus barcas y bajeles diestros.»
Mostró el piloto obedecerle, y fueron
Todos atravesando su navío:
Las fustas enemigas embistieron
Como acetando el nuevo desafío;
Del propio encuentro algunas se rompieron,
Las otras por el ítalo gentío
Entre cadenas fueron enlazadas
Y con agudos garfios aferradas.
Así dos flotas, la romana y griega,
Formaron un tablado espeso unido,
Y suelto el remo, la naval refriega
Fué y el combate rígido encendido;
Ya nadie al viento su rejon entrega,
Ni ofende ya de léjos despedido
El dardo ó lanza, mas la espada aguda
Rostro con rostro á batallar desnuda.
Al bordo cada cual se acuesta y carga
De su fragata, y al contrario bando
El brazo y mano rigurosa alarga,
Mortales golpes recibiendo y dando;
Del áspero combate el agua amarga
Hierve en espumas rojas, y nadando,
Lleva los miembros y cabezas sueltas,
En sangre helada ciegamente envueltas.
Ya el número de muertos y anegados
Que ve sobre las ondas cada nave
Impide que se junten sus costados,
Por mas que el garfio los aferre y trabe;
Algunos medio vivos y cansados,
Sostienen con el alma el cuerpo grave,
Bebiendo á su pesar la espesa copia
Del mar, mezclado de su sangre propia.
Así bebiendo el mar, el mar los traga;
Y otros que su bajel cascado miran,
Antes que se rehunda ó se deshaga,
Al agua saltan y á vivir aspiran;
Cualquiera flecha ó lanza ofende y llaga
Que allí los griegos y romanos tiran,
Pues aunque al agua errando se derribe,
Hay cuerpo que su golpe en sí recibe.

Dos fustas de Marsella contrastaban
Una de César, y en igual porfía
Por sus costados ambos la acosaban,
Y ella con ambas sola contendia;
Y en cuanto la vitoria dilataban,
Tago, latino, insigne en osadía,
Probó á extender el brazo temerario,
Y asir las jarcias del bajel contrario,

Cuando en su espalda y pecho repartidas
Dos lanzas á la par lo atravesaron,
Y al medio de su cuerpo introducidas,
Las puntas aceradas se encontraron;
Dudó la sangre á cuál de las heridas
Pudiera acometer, y al fin lanzaron
Entrambas bocas dos iguales fuentes,
Y el alma en partes rota diferentes.

Gobierna entre las ondas su madero
Telon, un griego, que chalupa alguna
No vió jamás tan diestro marinero,
Ni tan cursado en la naval fortuna;
Juzgaba siempre el tiempo venidero
Solo mirando al rostro de la luna
O al sol, y anticipada revolvia
La vela donde el viento requeria.

Este ya deja abierto en la marina
Un vaso que embistió con su pujanza,
Cuando de léjos llega, repentina,
A barrenar sus pechos una lanza;
Huye volando el alma, y la vecina
Muerte le ocupa su vital estanza;
La nave, sin piloto sobrestante,
Discurre entre las ondas vacilante;

En cuyo vaso, vagabundo y falto
Ya de gobierno, un diestro marinero
Se apresuró á saltar desde lo alto
De su fragata en ademan ligero;
Y un dardo agudo, en la mitad del salto,
Su espalda atravesó, y el fuerte acero
Clavó en las tablas que topara enfrente,
Dejando al griego de la nao pendiente.

En el conflicto de la guerra armados
Asisten dos hermanos, que, nacidos
Ambos de un parto, á diferentes hados
Fueron por varia estrella conducidos;
Causaban grato error á los burlados
Padres, porque sus rostros parecidos
Eran de modo, que el mortal y agudo
Acero solo distinguirlos pudo.

Pudo la muerte, reservando al uno,
Al otro arrebatar su semejante,
Tal, que los padres sin engaño alguno
Verán distinto al único restante,
Donde el llanto renueven importuno
Con perpétuo dolor perseverante,
Siempre mirando el natural trasunto
Del miserable hermano ya difunto.

El uno de los dos con muestra osada
Asió una carabela del romano,
Y al punto un golpe de ligera espada
A cercen le cortó la diestra mano.
Aquella con sus nervios aferrada
Quedó, y asida de la barca en vano,
Y en el ilustre pecho del mancebo
Creció nueva arrogancia y vigor nuevo.

Ya al uso de las armas aplicando
La fuerte izquierda, á la batalla atiende,
Y de la fusta el cuerpo derribando,
Cobrar su mano dividida entiende,
Cuando un alfange del opuesto bando
Tras él con feroz ímpetu desciende,
Que tambien la siniestra vengativa
Y el brazo desde el hombro le derriba.

Ya que privado de regir se mira
Espada ó lanza ni acerado escudo,
No se recoge adentro ó se retira,
Ni al hado rinde el corazon sañudo;
Mas sin dejar el puesto, ardiendo en ira,
Expone el pecho á nueva lid, desnudo,
Donde á su hermano guarda y lo defiende,
Que á sus espaldas por igual contiende.

Plantado y vuelto al enemigo asiste,
Y como firme y sólida trinchera,
La flecha, dardo y lanza allí resiste,
Porque á ninguno de los suyos hiera;
Las muchas llagas de su cuerpo triste
Ya le compelen á que espire y muera,
Mas él su poca sangre y poca fuerza
En sí recoge, y á vivir se esfuerza.

Sostuvo el alma el jóven temerario
Mientras saltaba en su enemiga nave,
Por ofender siquiera al adversario
Con solo el peso de su cuerpo grave;
La nave ya, del ímpetu contrario
De griegas proras, todo leño y trabe
Mostraba poco firmes, y cubiertos
Sus altos bordos de los hombres muertos.

Así que la oprimió con su añadida
Carga el osado salto repentino,
Del agua por sus quiebras recibida
Se hinche, y tuerce al fondo su camino;
La mar propincua, en cerco removida,
De espuma forma un ancho remolino;
Abrese recibiendo la chalupa,
Y luego el puesto que ella deja ocupa.

Hubo portentos raros aquel dia:
Sus garfios los romanos aventaron,
Creyendo de aferrar una saetía,
Y en vez de aquella, á Lísida enclavaron;
Por le salvar, sus griegos á porfía
Le asieron ambos piés, luego tiraron
El cuerpo asido de contrarias partes,
Hasta que le troncaron en dos partes.

Toda su sangre entonces despendida
Por toda vena el piélago manchaba,
Y la porcion buscando dividida
Del cuerpo y del espíritu, saltaba.
De los últimos miembros desasida
Fué en breve el alma, y donde se alojaba
El corazon y entrañas se entretuvo,
Y allí gran rato batallando estuvo.

De un griego bergantin toda la gente,
Por ir á defender el diestro lado,
Dejó el siniestro bordo enteramente,
Sin consideracion desocupado;
La mal partida carga de repente
Vuelca el ligero casco, y trabucado,
Ya el árbol nada, y la carina y suelo
Es techo de las ondas vuelto al cielo.

Viva la gente en ciega sepultura,
Al fin rabiando perecer espera,
Sin que los deje su caverna oscura
Tender los brazos por el agua afuera.
Trazó una extraña muerte la ventura
De un ítalo mancebo, injusta y fiera,
El cual iba nadando, y dos canoas
En medio lo encontraron con las proas;

En cuyos espolones suspendido,
Bramando pereció, sin que estorbase
Su cuerpo y duro nervio entremetido
Que una con otra punta resonase.
Abierto el vientre, el corazon parido,
Le provocaron ambos vomitase
La espesa tinta de su sangre, á vueltas
De las entrañas, con el alma envueltas.

Ya que, esparcidos uno y otro vaso,
Cayó el mezquino entre las ondas muerto,
Hallaba puerta el mar y franco el paso
Por la gran boca de su vientre abierto.
Otro bajel por mísero fracaso
Se vió hundir, y procuraba experto,
Rompiendo el golfo cada buen soldado,
De un barco amigo socorrerse á nado.

Alzaban con ahinco y agonía
Sus manos á las jarcias y madera;
De cable ó remo cada cual prendia,
Segun salvarse de la muerte espera;
Mas la embarcada chusma, que temia
Henchir de nueva carga su galera,
Los brazos les cortaban desde arriba
Con furia de enemigos excesiva.

Así quedaban de la nao colgando
Los brazos, cuyo cuerpo desasido
Se descolgaba de sus manos, dando
De espaldas sobre el golfo aborrecido;
Luego los simples troncos rehilando
Andaban por el piélago extendido,
Que en breve sustentarlos no podia,
Y en su profundo seno los sorbia.

Fué extraño de mirar cuando faltaba
Ya el dardo ó flecha á la guerrera gente,
Cómo el furor y cólera inventaba
Mil ofensivas armas de repente.
Este el fornido remo levantaba,
Aquel la entena misma, y ciegamente
Otro desembrazaba los enteros
Bancos, atropellando á sus remeros.

Y aun hubo algunos que, sin armas viendo
Su diestra en lo postrero de la vida,
Sacaron de sus llagas el horrendo
Hierro y el asta y dardo su homicida;
Y con esfuerzo y ánimo estupendo
Tapaban con la izquierda la herida,
Guardando así la sangre en su pujanza,
Por dar mas fuerza al tiro de la lanza.

Mas mientras se contiende y se milita,
No se vió tan mortífero cosario
Contra las naves, como la infinita
Copia del fuego, su mayor contrario;
Que en hachos aplicado de exquisita
Forma, y compuestos de betúmen vario,
Ardiendo se arrojaba, y al momento
Las urcas le prestaban alimento.

Arde la pez, y líquida se inflama
La cera asida de la tabla y brea,
Sin que á extinguir la resonante llama
Bastante el colmo de las ondas sea;
Antes cuando se rompe y se derrama
Un barco en partes, el azufre y tea
Conserva el fuego, y en igual estruendo
Van los pedazos por el agua ardiendo.

Al mar se arroja entonces diligente,
Huyendo el fuego de su lancha, el uno;
Otro se abraza de la tabla ardiente
Por defenderse del atroz Neptuno;
Que en riesgos tantos la infelice gente,
Aunque es forzoso padecer alguno,
Siempre aborrece y huye la fiereza
De aquella muerte que á morir empieza.

Los que en el alto piélago nadando
Se hallaban, á lo menos ofendian
Con dardos, que á la armada de su bando,
Del golfo recogidos, ofrecian;
Y alguna vez rabiosos, estribando
Mal sobre el agua floja, despedian
Hácia el contrario la mojada lanza
Con pulso incierto y falto de pujanza.

Si para contrastar al enemigo
Asta ninguna por el agua hallaban,
El agua misma á funeral castigo,
En vez de agudas armas, aplicaban;
Porque abrazando cada cual consigo
A su contrario, al fondo se calaban,
Alegres de comprar (¡cuitada suerte!)
La ajena á costa de su propria muerte.

En este modo de matar violento,
Fosco Greciano á todos excedia,
Buzano que en el agua el vivo aliento
Por un espacio largo entretenia;
Y á escudriñarle su arenoso asiento,
Como veloz delfin se zabullia,
A veces destrabando la ferrada
Ancla en el centro de la mar hincada.

Este fué de mil hombres homicida,
Hundiéndose con ellos abrazado,
Y luego, tras la oculta zabullida,
Tornando arriba salvo y descargado;
Mas una vez él mismo á la salida
El mar halló de barcas ocupado,
Y allí, faltando su nadar experto,
Quedó debajo de las ondas muerto.

Algunos en el agua pereciendo,
Por desigual venganza se arrimaron
A su enemiga nao, y el remo asiendo,
Su apresurado curso embarazaron.
Así en la brega militar muriendo,
Todos vengarse al menos intentaron,
Y que su sangre y vida se vendiese
Cuanto costosa cada cual pudiese.

Tirreno, valentísimo romano,
Jugando estaba de su limpio acero,
Cuando le vido Ligdamo, greciano,
De dardo y honda el tirador primero.
Allá le enderezó con diestra mano
Una pelota el bárbaro guerrero,
Que le acertó en las sienes, y sangrientos
Los ojos le ausentó de sus asientos.

Tirreno entonces á la grave ofensa
Queda y al golpe atónito de suerte,
Que sus tinieblas ya recela y piensa
Ser triste efeto de la propia muerte;
Mas como vuelve en sí, y á la defensa
Aun reconoce pronto el pecho fuerte,
Alza la dura faz manchada y ciega,
En tanto que á los suyos habla y ruega.

«Amigos, dice, como ya asestado
Poneis un balleston á léjos trecho,
Así no menos vuelto y aplicado
Al enemigo me poned el pecho;
Siquiera por mis brazos aventado
Será algun dardo á término derecho,
Haciendo en tanto que la vida acabe,
Lo mas que en mi valor y fuerzas cabe.

»Y aun algo entiendo aprovecharos muerto;
Porque, burlando al escuadron villano,
Cual hombre vivo, mi cadáver yerto
Será flechado de su gente en vano.»
Dijo; y en su chalupa descubierto
Luego desembrazó con ciega mano
Un asta al enemigo, la primera,
Con ciega mano sí, pero certera.

Recibe el golpe el delicado y blando
Pecho del jóven Argos de Marsella,
Y sobre el hasta el cuerpo derribando,
Ayuda él mismo á atravesarse en ella.
Su padre, que morir le está mirando
De léjos, por los bancos atropella,
Sin que la chusma el paso le embarace,
Hasta do el hijo agonizando yace.

Este, cuando mancebo, competia
En entender y usar de la robusta
Guerra con cuantos de su tiempo habia,
Y así de la palestra y de la justa;
Y aun hoy, que á su vigor y valentía
Los años vencen, de las armas gusta,
Y entre los suyos, débil y cansado,
Sirve de ejemplo ya, no de soldado.

Viendo á su hijo el mísero, no pudo
Batir sus pechos, ni bañar en llanto
Sus tristes canas, mas helado y mudo
Quedó un espacio de dolor y espanto.
De la terrible angustia el golpe agudo
Turbó la vista de sus ojos tanto,
Que al fin desconoció la pura frente
Y el rostro amado del doncel presente.

Alza sin fuerzas la cabeza y cuello
Lánguido entonces, y á su padre mira
El pálido garzon, y al conocello
Hablar no puede, y tácito suspira;
Las señas mudas de su rostro bello
Piden, en tanto que la vida espira,
Los paternales últimos abrazos,
Ansioso el jóven de mover los brazos.

Mas despertando el viejo, y de su parte
Fuerzas cobrando su dolor mas fiero,
«Argos, perdona (dice), si negarte
Puedo mis brazos á tu fin postrero.
Fáltame corazon para mirarte
Difunto en ellos; moriré primero
Que tu vital espíritu despidas,
Pues hierve aun viva sangre en tus heridas.»

Por el anciano pecho, mientras dijo,
Vieron su espada misma atravesarse,
Y al fin porque su muerte á la del hijo
Pudiera sin estorbo anticiparse,
Quiso, abreviando su vivir prolijo,
En las marinas ondas anegarse.
Dió el cuerpo al agua, de morir contento,
Y luego el alma desatada al viento.

Ya ofrece la vitoria (que dudosa
La tuvo largo espacio el fiero Marte)
A los romanos palma gloriosa,
Y vencedor tremola su estandarte.
Los griegos vasos de la lid furiosa,
Parte encendidos, y anegados parte,
Dejan cautiva la restante armada,
Y de latinas armas ocupada.

Fué inmenso el llanto y plaga lastimera
De la ciudad afligida y dolorida,
La gente inmensa que del muro afuera
Sale, y al mar concurre desparcida.
Del hijo ya la madre en la ribera
Busca la ciega faz desconocida;
Otras, en vez de esposos y de hermanos,
Por yerro abrazan cuerpos de romanos.

Un padre allí con otro contendia
Sobre un cadáver ya deforme y fiero,
Y cada cual por hijo le encendia
Su pira en muestra del honor postrero.
Bruto, romano, en la naval porfía
Venció el griego valor, y fué el primero
Que sobre el mar, con próspera vitoria,
A César aumentó renombre y gloria.

SILVA.

A un amigo docto y mal contento de sus obras.

Entre las horas que al estudio atenta
Vuelvo la vista y á ganar aspiro
Tu fama, ¡oh Lesbio! con respeto admiro
Lo que tu mano escribe mal contenta.
Mi ingenio en tus escritos se alimenta
Y doctos versos breves,
Do tanto el arte y natural extremas,
Que deleitando enseñas y conmueves
Con mas fervor que el razonar verboso
De las historias largas y poemas.
Con ánimo medroso
Así despues arguyo:
Si del ingenio tuyo
Estas reliquias que venero y precio
Miras, prudente amigo, con desprecio,
¿Cómo ser puedo estimador bastante
Del sentencioso verso y elegante
Escrito por tu mano,
Que llene enteramente
Y satisfaga al vaso de tu mente?
Si bien aguardo en vano
Verte con obra tuya satisfecho,
Pues el estilo humano,
Cuando mejor escriba,
No arribará, ni con distancia y trecho,
Adonde el vuelo de tu ingenio arriba;
Y si igualarse intenta, es devaneo,
Tu mas sonoro canto á tu deseo.
Has conocido la perfecta idea
De la escondida altísima poesía:
Lengua no habrá que de tan alta esencia
Bastante á retratar las formas sea.
Así, cuanto de aquellas se desvia
Del retórico frasis la potencia,
Tanto desdice al justo
Tu docta compostura de tu gusto,
Por culpa, no de tu capaz ingenio,
Mas del lenguaje y numeroso canto,
No poderoso á tanto.
Tal imposible fatigaba el genio,
Que la divina lengua mover pudo
Del gran Virgilio á su morir cercano,
Cuando, de propria estimacion desnudo,
Mandó entregar sus versos á Vulcano.
De un golpe allí la parca (¡avara suerte!)
Diera á su vida y á su gloria muerte,
Si el César providente
La cláusula mortal no revocara,
Rompiendo leyes con legal violencia,
Antes que la licencia
Del fuego su costumbre ejecutara;
Luego la altiva mente,
En gobernar el mundo embarazada,
Reduce solo al canto y á la musa;
No la imperial ocupacion le excusa
De se hurtar al celador gobierno,
Mientras en verso ilustre y venerable
Celebra el merecido nombre eterno
De un siervo al fin, y la memoria honrosa.
¡Ejemplo memorable!
¡Fuerza de la virtud maravillosa!
Trueca el ínclito cetro
En el canoro pletro,
Y con sentida voz el aire inquieta;
Voz tímida y sentida
Solo de la intencion de su poeta.
«¡Oh musas! dice, socorred al fuego.
Latinas musas, ninfas del boscaje,
Custodia de la selva entretejida,
Al fuego injusto socorred os ruego;
Verted aquí las ondas de los rios,
Del mundo el daño general se ataje;
No en los incendios se resuelva impíos
De nuevo Troya, que en los versos vive.
Elisa, en sus amores ya encendida,
¿Misera ha de abrasarse en nueva llama?
Obra tan digna de perpétua vida,
Que en años tantos de labor se escribe,
¿En solo un punto ha de acabarse? ¡Oh fama!
Viva Maron por mil edades, viva;
Si fué á sí mismo ingrato,
Por su desprecio solo,
Su verso al mundo le será mas grato;
Tal obra el tiempo en su memoria escriba;
Viva, y en cuanto Apolo
Su cuarta esfera concava rodea,
Se alabe, honore y ame, estime y lea.»

DIÁLOGO

ENTRE LA NATURALEZA Y LAS DOS ARTES PINTURA Y ESCULTURA, DE CUYA PREEMINENCIA SE DISPUTA Y JUZGA.

Dedicado á los prácticos y teóricos en estas artes.

ESCULTURA.

Tú, venerable maestra
De las artes, docta y diestra,
Pues somos ambas tus hijas,
Es bien juzgues y corrijas
Esta diferencia nuestra.
En fin, quiere la Pintura,
Siendo sombra y vanidad,
Tener honra y calidad.

PINTURA.

Mucha tiene la Escultura,
Si iguala á su cantidad.
Mas no juzgue por honor
Ser material su labor;
Que accion mas calificada
Es hacer algo de nada,
Accion rara del pintor.

ESCULTURA.

Hacerte callar podria
Tu humilde genealogía.

PINTURA.

Pues la tuya no me asombra.

ESCULTURA.

Fué tu principio la sombra.

PINTURA.

Y el tuyo la idolatría.

NATURALEZA.

Segun mi naturaleza,
No le ofende la vileza
De su padre al hijo noble;

Mas la adquirida nobleza
Su ser califica al doble.

PINTURA.

Así por su industria pura
Se ha ilustrado mi pintura;
Y es mas honrosa costumbre
Sacar de la sombra lumbre
Que de la luz sombra oscura.

ESCULTURA.

Tambien si mi orígen vano
Fué algun ídolo profano,
Ya imitan hoy mis cinceles
Al Dios Trino, al Dios humano,
Con mil simulacros fieles.
Yo soy bulto y corpulencia,
Y tú un falso parecer;
Y así, te excede mi ciencia
Con la misma diferencia
Que hay del parecer al ser.

PINTURA.

Con esa falsa razon
Mal tus honores se aumentan;
Que una y otra imitacion
No atienden á lo que son,
Sino á lo que representan.
Mal puede el arte formar
El ser mismo de la cosa.

NATURALEZA.

Fuera quererme igualar.

PINTURA.

El esculpir ó pintar
Ficcion ha de ser forzosa;
Y habiendo de ser fingido
Lo pintado y lo esculpido,
Bien debe ser mas preciado
Lo que finge el relevado,
Y le aumenta el colorido.

ESCULTURA.

Mi relievo no es ficcion.

PINTURA.

No; mas el arte esencial
Es fingir lo natural;
Y siempre tus obras son
Algun mármol ó metal.
Yo con mis tintas suaves
La vista engaño y desvelo;
Prueba tú si engañar sabes
Con el racimo las aves,
O á Céusis con otro velo.

ESCULTURA.

A mas mi buril se atreve;
Pues sin color el relieve,
Cuando al vivo se conforma,
La perfeccion de su forma
Sola los afectos mueve.
Tanto, que una piedra dura
Ha encendido tierno amor
A fuerza de mi escultura;
Fuerza que de la pintura
No la refiere escritor.

PINTURA.

Será ofendiendo mi fama;
Que en mas de un galan y dama,
Sin conocimiento ó trato,
Amor encendió su llama
Solo mirando un retrato.

ESCULTURA.

Es así; mas, bien mirado,
El que allí la llama enciende
No es el retrato pintado;
Porque el amor solo atiende
Al ausente y retratado.
Y cuando alguno abrazaba
Al simulacro que amaba,
Todo su amoroso afeto
En el mármol se empleaba,
Sin pensar en otro objeto.

PINTURA.

Quien tal extremo hacia,
Ya ves que solo atendia
Al torpe ardor y lascivo;
Mas no por eso creia
Que era el simulacro vivo.
Yo con vigor diferente
Convenzo la vista humana,
Que juzga, al verme presente,
Ser cuerpo que espira y siente
Lo que es superficie llana.
Así que, tu bulto es vano
Junto al colorir, que engaña,
Tratado con diestra mano;
Hablen *Corregio* y *Ticiano*,
O *El Mudo*, pintor de España.

ESCULTURA.

En fin ¿un hombre sin habla
Ha de ensalzar tu pincel?

PINTURA.

Sí; que en cada lienzo y tabla
Su pintura á voces habla
Con elegancia por él.

NATURALEZA.

En tal profesion bien pudo
Ser, aunque mudo, tan diestro;
Y no hay mas docto maestro
Que las acciones de un mudo
Para el ejercicio vuestro;
Que, como sus intenciones
Declara con las acciones,
Así quien aquellas pinta
Puede en pintura sucinta
Pintar distintas razones.
Y si Homero componia
Su gran pintura canora
Sin ojos, tambien podria
Formar sin lengua sonora
Un mudo muda poesía.

ESCULTURA.

Pintura, tú no me arguyas
Con tantas grandezas tuyas;
Que esos hombres que decias,
Han de olvidarse en dos dias
Ellos y las obras suyas.
Dar puedes por acabada
Fama, cuyo fundamento
Es solo una tez delgada
De un lienzo ó pared pintada,
Que en breve la borra el viento.
Mis bronces son poderosos
Contra tus vanas envidias,
Y en mármoles espantosos
Vivirán siempre famosos
Mis Praxitéles y Fidias.

PINTURA.

No está en los mármoles rotos
La fama de tus cinceles;
Que hoy la alcanzan mis Apéles;
Parrasios y Polignotos
Sin rastro de sus pinceles.
Nunca la materia puede
Dar al artífice honor,
Que con el arte la excede;
Y á la cera le concede
Lo que al bronce vividor.
Nuestras artes se acreditan
Si perfectamente saben
Copiar las formas que imitan,
Y su honor no le limitan
En que duren ó se acaben.

NATURALEZA.

Sosegar vuestra contienda
Quisiera, sin vuestro agravio,

Porque la verdad se entienda,
Y no para que se ofenda
El artífice mas sábio.
Digo pues que no dudeis
Ser vuestra nobleza igual
En una parte esencial,
Que es el fin á que atendeis,
Copiando mi natural.
Mas los medios solamente
Con que ese fin se procura
(No se altere la Escultura)
Le dan honra preeminente
Al arte de la pintura.
Porque mediante la union
Del colorido perfeto,
Y el uno y otro preceto,
Extiende su imitacion
A todo visible objeto.
Y con sus tintas mezcladas,
Y en el dibujo fundadas,
Llegan á ser tan creidas
Sus imágenes fingidas
Como mis obras formadas.
El buril no ha de imitar
Fielmente en materia alguna
Al fuego, al rayo solar,
Al tendido campo, al mar,
Cielo, estrellas, sol y luna.
Y dado que el sumo honor
Del escultor y pintor
Es cuando imitar procura
Al hombre, que es la criatura
Mas semejante al Criador;
Tambien en el hombre es llano
Se adelantan los colores
Con admirables primores,
Trasladando al cuerpo humano
Mil pasiones interiores.
¿A cuáles ojos no engaña
La vivacidad extraña
De alguna faz, donde asista
Desde el brillar de la vista
Hasta la sutil pestaña?
Crece tambien calidad
Al pintor, verle agravado
De inmensa dificultad,
Y siempre necesitado
De ingenio y capacidad.
Y si el escultor alega
De sus golpes la fatiga,
Es alegacion muy ciega;
Que á mas cansancio se obliga
El que rema, cava ó siega.
Y si al arte liberal
Del buen pincel y buril
La honrara un trabajo tal,
Debiéramos honra igual
A la mecánica y vil.
El trabajo superior,
Que á las artes da valor,
En el ingenio se emplea,
Y este es siempre el que pelea
Solícito en el pintor.
La escultura, mas templada
De ingenio y mas descansada,
Mira y mide sin engaño
En los bultos que traslada
La forma, accion y tamaño.
Mas el que en lo llano pinta,
Ni tamaño, accion ó forma
De aquello que ve, le informa,
Ni da claridad distinta,
Si el pincel no lo reforma.
No hay medida que le ayude,
Ni la vista le asegura,
Si al arte sagaz no acude,
Donde con industria pura
Todo lo corrija y mude.
Esta es ya la prospectiva,
En cuyo cimiento estriba
Cuanto colora el pincel:
Arte difícil y esquiva,
Y mas que difícil, fiel;
Que si el pintor que la entiende
La regala y no la ofende
En los escuros y claros,
Forma los escorzos raros,
Con que á los sábios suspende.
Desta admirable labor
Y dificultad extrema
Vive ajeno el escultor,
Y al ingenioso pintor
Le da autoridad suprema.
He ponderado las partes
De mas grandeza y agrado,
Y no diréis que he negado
El honor que á entrambas artes
Debo, en eminente grado.

CANCION.

Afecto amoroso comunicado al silencio.

Deja tu albergue oculto,
Mudo silencio; que en el márgen frio
Deste sagrado rio,
Y en este valle solitario inculto,
Te aguarda el pecho mio.
Entra en mi pecho, y te diré medroso
Lo que á ninguno digo,
De que es amor testigo,
Y aun á tí revelarlo apenas oso.
Vén, ¡oh silencio fiel! y escucha atento,
Tú solo, y mi callado pensamiento
Sabrás; mas no querria
Me oyese el blando céfiro, y al eco
En algun tronco hueco
Comunicase la palabra mia,
O que en el agua fria
El Bétis escondido me escuchase;
Sabrás que el cielo ordena
Que con alegre pena
En dulces llamas el amor me abrase,
Y que su fuego, el corazon deshecho,
De sus tormentos viva satisfecho.
Al incendio suave
De un soberano ardor estoy rendido;
Que ni remedio pido,
Ni quién me le ha de dar mis penas sabe,
Porque á su casto oido
No se atreve mi lengua; en fin, no aguardo
Otro mayor consuelo,
Sino saber que un cielo
Es el incendio en que padezco y ardo,
Y que el honor de tan ilustre empleo
Es premio suficiente á mi deseo.
Si extremos semejantes
Te maravillan, ¡oh silencio amigo!
No entiendas, no, que sigo
El vano razonar de los amantes.
No extraño que te espantes;
Pretendo sí que mis verdades creas.
Mi gozo es el tormento,
El fuego mi sustento,
Y deste se alimentan mis ideas.
Con tal regalo, el corazon me inflama
La causa bella de mi pena y llama.
Silencio, no te niego
Que osado alguna vez tentar quisiera
Que ya Lisarda oyera
Cuánto me abrasa de su vista el fuego,
Y mi verdad creyera.
Ardo en la pura luz del claro dia,
Veme la noche ardiendo;
En nuevo ardor me enciendo
Cuando su oscura sombra el sol desvia,
Y todos los objetos igualmente
Son á mis ojos una llama ardiente.
Mas huyo que lo entienda
(¡Justo recato!) si ha de ser preciso
Le dé mi lengua aviso,
Y mi atrevida voz al fin la ofenda.
¡Oh alegre paraíso!
No quiera el cielo que á la dulce calma

De tu beldad serena
Turbe una breve pena,
Aunque mil siglos la padezca el alma;
Dile, silencio, tú, con señas mudas,
Lo que ha ignorado siempre y tú no dudas.
Mas ¡ay! no se lo digas,
Que es forzoso decirlo en mi presencia;
Y bien que la decencia
De tu recato advierto, al fin me obligas
Que espere su sentencia,
Y el temor ya me dice en voz expresa:
«No has sido poco osado
Solo en haberla amado:
No te abalances á mayor empresa;
Basta que sepan tu amorosa historia
El secreto silencio y tu memoria.»

SILVA.

Acaecimiento amoroso.

En la espesura de un alegre soto,
Que el Bétis baña, y de su fértil curso
Cobran verdor los sauces acopados,
Donde el ocioso juvenil concurso,
La soledad siguiendo y lo remoto,
Logra de amor los hurtos recatados;
Aquí prestar alivio á mis cuidados
Pensé yo triste un dia,
Porque la ninfa mia
Vi que, emboscada y de recelo ajena,
Ya el cinto desceñido,
Sus miembros despojaba del vestido.
Dejóle al fin compuesto en el arena,
Manifestando al cielo
De su desnuda forma la belleza.
Luego á las puras ondas con presteza
La vi correr, do el cuerpo delicado
Sintió del agua de repente el hielo,
Y suspendió su brio,
Viéndose en la carrera salteado
Con líquidos aljófares del rio;
Mas reclinóse al fin sabrosamente,
Cubriendo de los húmedos cristales
Toda su forma de la planta al cuello;
Tal vez la hermosa frente
Sola mostraba de su rostro bello;
Tal con ligeros saltos paseaba
La orilla, y en sus frescos arenales
Sus tiernos miembros liberal mostraba.
Yo, en tan alegre vista embebecido,
Y en los tejidos ramos escondido,
Al cielo con el alma agradecia
Mi desigual ventura,
Y el recatado labio no movia.
¡Ay, si mis ojos con igual cordura
Celar pudieran sus ocultas llamas!
Y no que, ansiosos de mirar cercano
Aquel hermoso bulto soberano,
Se divirtieron á mover las ramas;
Y apenas el ruido
Hirió á la bella ninfa el pronto oído,
Cuando su aguda vista y rostro honesto
Le descubrió mi hurto manifiesto.
Y como la corcilla descuidada
Mientra las hojas tiernas y menudas
Despunta de la yerba rociada,
Que al mas leve rumor el cuello enhiesta,
Y vuelve las agudas
Orejas y la frente pavorosa
A la vecina selva ó la floresta,
Do con alada planta voladora
Se embosca, y deja al cazador burlado;
Tal su ligero curso amedrentado
Siguió mi amada ninfa al mismo instante
Que me miró delante.
«¡Oh bella ingrata, á quien el alma adora!
Entonces dije, y me arrojé tras ella;
Detente, aguarda agora;
Del enemigo es justo que se huya,
No del amante que la gloria suya
Ha puesto en adorar tu imágen bella.
Tras tí me llevas, del amor vencido,
Y no de tus agravios persuadido.
Ya que matarme tu soberbia quiera,
Permite solo que á tus ojos muera.
Mas ¡ay! que en vano pido
Te duelas de mi daño, pues tampoco
Sientes el tuyo, ninfa, en la carrera.
Mira que ofende el áspero camino
Tus blandos piés, reporta la huida;
Que yo te seguiré, mas poco á poco.»
En cuanto así la voz enternecida
Convierto á moderar su desatino,
Ella, esforzando el corazon medroso,
Penetra el bosque, y á lo mas fragoso
Y oculto el curso aplica.
Los árboles, al verla, enamorados,
O ya de mi dolor compadecidos,
Parece que se oponen á encontrarla,
O bien á contemplarla.
Eco mis voces con afan replica,
Las broncas peñas mi dolor sentian,
Lleva mi ninfa al viento derramados
De modo sus cabellos y tendidos,
Que en torno al bello rostro parecian
Los rayos puros de Titan dorados.
Hé aquí, mientras sin órden se esparcian
Las hebras de oro por el aura helada,
De un sauce humilde en los hojosos brazos
Se marañaron los hermosos lazos,
Y de mi ninfa amada
Embarazaron algo la carrera.
Ella, al sentir su estorbo, de manera
Alzó la voz con alarido al cielo,
Que, porque menos el dolor sintiera,
Sin la seguir, me derribé en el suelo,
Diciéndole: «Ya, ninfa, no te sigo
Sino con sola el alma enamorada.
El alma llevas, y no más, contigo;
Modera la violencia acelerada,
O ya, si el peso rehusar pretendes,
Déjame el alma, y huye descansada.»
Mas no porque mi voz la asegurase,
Y léjos bien distante me quedase,
Un punto quiso detener sus plantas,
Ni perdonar la ofensa á su cabello;
Antes, cargando la cabeza y cuello
Hácia adelante con ahinco y fuerza,
Deja perdidas de sus hebras cuantas
Le pudo arrebatar la rica rama,
Y mas furiosa su carrera esfuerza,
Abriendo el paso entre la yerba y grama.
De mi burlada vista al fin se aleja,
Los árboles la esconden, y me deja
Cual queda el can liviano que seguia
A la veloce liebre en la fragosa
Sierra, donde ella pudo cautelosa
Torcerse entre las matas y quebrarse.
Él, ya que de cobralla desconfia,
Descuida el pié ligero, y sin cansarse,
Contempla solo la difícil via
Y el rastro que dejó por los breñales
De su velluda piel cuando huia
La astuta liebre á saltos liberales.
Así cuando perdí la ninfa mia,
Me fuí yo triste al ramo venturoso
Do estaban sus cabellos enlazados,
Y dije, lamentándome quejoso:
«¡Oh lazos, dulce anuncio á mi severa
Muerte, y á ejecutalla conjurados,
Despojos de la prenda á quien adoro!
Bien pudo suspenderse mi carrera
Por vuestro honor cual su volátil planta
Detuvo atenta al oro
La codiciosa virgen Atalanta:
No es oro el vuestro de menor tesoro.
¡Oh dulces lazos, muestra conocida
De la aspereza de mi bella ingrata!
Oh falso bien, que regalando mata,
Y aparente lisonja de la vida,
Do contra mí dejó el rigor ajeno
En vaso de oro su mortal veneno!
Prenda seréis para mi mal guardada
En el estrecho seno;

Pues aunque en vos me quede la memoria
Desta crueldad de mi enemiga airada,
Y en vos mi ofensa arguya,
Al fin sois prenda suya,
Y en eso fundaré mi débil gloria.
Y tú, frondosa rama,
Que te compadeciste
De verme ardiendo en amorosa llama,
Y el fugitivo curso entretuviste
De aquella mi bellísima contraria,
Perdona si en tan breve te despojas
Del oro puro que te adorna y viste.
Baste á calificar tus ricas hojas
Solo haber sido dél depositaria;
Y en cambio al recibido
Beneficio presente, al cielo pido
Que iguale con su altura
La fértil copa que tus hojas brota,
Y extienda tus raices
En el terreno centro á la remota
Y la mayor hondura,
Y que las arboledas autorices
Por luengos siglos con igual verdura.»
Dije; y las hebras rubias marañadas
Desenlacé cobarde y temeroso,
Y al pecho venturoso
Las ofrecí por prendas regaladas;
Y viendo oscurecerse el ocidente,
Ya cuando al mar de Iberia presuroso
Trastorna el sol la fatigada frente,
Desamparé yo triste el bosque umbroso.

SÁTIRA.

A instancia y en nombre de un galan poco lisonjero con su dama.

Bien pensarás, oh Lidia engañadora,
Que tu embustero corazon no entiendo
Cuando rendido finges que me adora;
Y porque no te acuso ni me ofendo,
Creerás que tu melosa voz me enlabia
Y en necias llamas del amor me enciendo.
Pues aunque fuera yo nacido en Babia,
¿Pudiera ya mi seso torpe y tardo
Juzgar que no me quiere quien me agravia?
Si bien, á lo mostrenco y lo bigardo,
Tomo lo que me dan, y no averiguo
Si es natural tu amor ó si bastardo.
Ausentóse, mi Lidia, el tiempo antiguo;
Osaba entonces yo llamarte mia;
Ya es nombre el tuyo general ó ambiguo.
Y aunque entonces lo fué, yo no lo via;
Agora sí, que de tu fe amorosa
Conozco la redoble hipocresía.
He aprendido tu ciencia artificiosa
Con otros ignorantes en el aula
De tu universidad maravillosa.
Sé ya lo que es trapaza, embuste y maula,
Y el modo de llevar sabrosamente
Los simples pajarillos á tu jaula;
Aquello de reñir perpétuamente
Al amante de poco recatado
Porque en la iglesia se te pone en frente;
Y quieres que te mire sin cuidado
Cada amador, porque ninguno advierta
Que tiene en su lugar acompañado.
¿Qué digo de la dueña, siempre alerta,
Porque si el uno entró y estotro llama,
Que todos hallen á sus solas puerta?
Y si entre los amantes se derrama
Poco interés, ir arrimando aparte
Los menos concernientes á la dama.
Mas no se ve jamás en el descarte
Quedar escasa ó falta de galanes;
Que fuera carecer de astucia y arte.
Antes con atractivos ademanes,
Al rededor del cebo desmandados
Traes siempre una docena de bausanes;
Y como son aquellos repudiados,
Estotros van sus puestos ocupando,
Segun sus cantidades graduados.
Mas ¿quién sabrá decir tu industria cuando
Les arrojas el garfio á las agallas,
Y quedan boca arriba, palpitando?
¿Con qué sabor los prendes y avasallas,
Y llevas por sus piés al matadero,
Ya que rendidos á tu ley los hallas?
De tus ardides uno pintar quiero,
Ya que con él me armaste de gatafa,
Y alcanza entre ellos el lugar primero.
Tú das principio á la sagaz estafa
Con el mas nuevo género de envite
Que ha inventado guillota ni piltrafa.
El cebo de tu pesca es un convite
De un cristianismo, que el mezquino amante,
Ya tonto del amor, al fin lo admite.
Échase á cuestas su lloron infante.
Tú, que eres la madrina juntamente,
Sacas el terno entonces rozagante,
Y con sereno rostro y leda frente,
Bizarro talle y un semblante honesto,
Que al de Lucrecia representa y miente,
Abrasas un compadre á lo modesto,
Dejándole infundido tu veneno,
Y á varios modos de morir dispuesto.
Tambien lo dejas de moneda ajeno;
Y él da á entender si es liberal ó escaso,
Tanto como decir si es malo ó bueno.
Si de otras circunstancias hago caso,
No acabaré en un siglo: así repito
Por cima tus costumbres y de paso.
Cierto me maravillas infinito,
Viendo que en mil distintas alimañas
Yo solo me escapase del garlito.
Ni ya me desatinan tus patrañas,
Ni el verte en mil amantes dividida,
Es cosa que me aflige las entrañas;
Antes me parecieras desabrida,
Si creyera que á solas en tu seno
Pasaba yo la solitaria vida.
Mas quiero hallarle de rivales lleno,
Y me serás mas dulce y mas sabrosa,
Como la fruta del cercado ajeno.
No me verás formar guerra celosa
Aunque diez mil contrarias culebrinas
Contrasten tu muralla vidriosa;
Y aunque tras esto sepa que te inclinas
Al mismo escapulario y la sotana,
Y admites ginovesas contraminas,
Esa reputacion tan soberana
Con que tu lengua siempre te reputa,
Te la concederé por cierta y llana;
Mas no, sino reviente un hi de puta
Por conservar en medio de la corte
(Piélago inmenso) su chalupa enjuta.
Todo faraute, amiga, trinche y corte;
Que al mas encarnizado en tu pechuga
No le diré jamás que se reporte.
Soy hecho á la manera de tortuga,
Que no la ofende un guizque ni guijarro,
Si el pié recoge y el pescuezo arruga.
Así yo con mis conchas de socarro,
Si se trastorna el cielo, bajo el morro,
Y es darme celos como dar en Darro.
Esta moneda gasto, y no me corro,
Porque con ella la del rey de España,
Que en ti debiera despender, me ahorro.
Aquí consiste, oh Lidia, la maraña;
Que en ti faltando amor y en mi dineros,
Dura el consorcio, y cada cual se engaña.
Conoces de mi lengua los aceros;
Que á no templarte ese temor, ya hubiera
Probado yo de tu rigor los fieros.
El miedo te reporta y te modera,
Porque de ti no cante y no desbuche
Cuando me halle de tu gremio fuera.
Tiemblas de la tijera de mi estuche,
Que ha de cortar á tu medida el paño
Ante el primer corrillo que me escuche.
En fin, porque no haga con tu daño
De tus costumbres pésimas alarde,
Formas de amor un solapado engaño.
Que el miedo nazca del amor cobarde

Es muy comun; pero que engendre el miedo
Tu amor, es caso que lo vemos tarde.
Lidia, prosigue tu amoroso enredo;
Que si con tus mentiras me halagas,
No se me da de la verdad un bledo.
¿De qué me sirve un corazon con llagas,
Si en los favores anda limitado,
Trayéndome picado con aulagas?
Trátame, Lidia, tú con dulce agrado
Y afables muestras, y siquiera el pecho
Tengas allá en lo intrínseco dañado;
Que yo en mi engaño vivo satisfecho.

CANCION.

A una dama antigua, flaca y fea.

Cuando tus huesos miro
De piel tan flaca armados y cubiertos,
Señora, no me admiro
Desa tu liviandad y desconciertos;
Que es fuerza ser liviana
Quien es en todo la flaqueza humana.
Cúlpote en una cosa,
Y es que adornarte quieres y pulirte,
Creyendo ser hermosa;
Y tan difícil hallo el persuadirte
Para que no lo creas,
Como el hacer en algo que lo seas.
Pero quizá no en vano
Mi lengua te amonesta y aconseja,
Aunque el consejo sano
Tú debas darle, como anciana y vieja;
Pues por no parecerlo,
Pienso le has de tomar y obedecerlo.
¿Para qué persuades
Al mundo que há treinta años que naciste?
Pues á decir verdades,
Habrá sus treinta y dos que envejeciste;
Y no solo eres vieja,
Mas la vejez en tí ya es cosa añeja.
Hoy buscas matrimonio,
Y no hallarás, segun tus calidades,
Marido en el demonio;
Porque despues que mira tus fealdades,
Que agora yo deslindo,
Presume Satanás de airoso y lindo.
Mil años há que hubiera,
Segun tu edad, llevádote la muerte;
Mas cuando armada y fiera
A tí se acerca y tu figura advierte,
No llega ni te embiste,
Creyendo haber diez horas que moriste.
Mas guárdate no sea
Que ella, tal vez pagada de tu vista
Abominable y fea,
Te asalte y de tu cuerpo se revista,
Por ser los huesos tuyos
Mas proprios de la muerte que los suyos.

DEFINICION DE AMOR, SEGUN EL USO DE LOS MODERNOS.

Es el amor un desden
En todo á sí mismo igual,
Do siempre reside el mal
Para lisonjas del bien.
Es una traicion segura
Con fidelidad traidora,
Que á tiempos se alegra y llora
Quien la huye ó la procura.
Es alba que en su arrebol
No hay sombra que la avergüence;
Es sol que á la noche vence,
Y noche que vence al sol.
Es el iman que en el fuego
Presta su quilate al oro,
Cuyo escondido tesoro
Se manifiesta al mas ciego.
Es el vapor del aroma
Que de ajena luz procede,
Y si vence á quien le excede,
De sí la venganza toma.
Es serena tempestad
Y procelosa bonanza;
Es nivelada balanza
Con fiel de infidelidad.
Es el rumbo de la ave.
Que al cielo encumbra su extremo,
El breve sulco del remo
Y el vuelo simple del ave.
Digo que el amor en suma
Es, aunque nadie lo crea,
Cuanto quisiere que sea
Cualquier disparada pluma.

CANCION. — LÚGUBRE (1).

Al húngaro Tiburcio, en la opresion de Esmirna.

Espiraba la luz, y el destemplado
Olimpo en raudos truenos envolvia
La quebrantada nube rimbombante,
Cuando el teucro monarca entronizado
La densa roca en sus escarchas fria
Vibrando impele, á emulacion de Atlante;
Que el eco redundante,
Imágen combustible, aunque bizarra,
De la expedida voz, trincha en los vientos,
Ya opuestos elementos
Contra los orbes, que veloz desgarra.
Ni el bronce adusto en cárdena pizarra
Bruñera audaz los piélagos instables
Con los ferrados y temblantes cables.
Mas el abismo de las ondas hondo
Ya entonces aposenta al rojo amante
De la que en Chipre al Minotauro honora,
Por mas que á Cintia el círculo redondo,
Lóbrega luz de eclipse radiante
Bordar intente al coronar su aurora;
Pues ni la fértil Flora,
Tal vez precipitada, y tal pendiente
En los racimos de la hercúlea planta,
Ni el Mauro ó Garamanta
Prestara ardor á su metal ferviente,
A no estrechar el ámbito sucinto,
Cual Tifis el cretense labirinto.
El gran sepulcro, á los egipcios pobre,
Allí oprime la bárbara difunta,
Robusto honor del que idolatra Delo.
Sobre el collado se levanta, y sobre
El cimiento capaz crece la punta
Piramidal, con que taladra el cielo.
Allí el forjado hielo
Es á las breñas funeral mordaza;
Y Cipariso en ademan triunfante,
Con lenguas de diamante
Y brazos de coral el monte abraza,
Y en los pendientes riscos le amenaza,
Aun mal vengado de la tarda injuria,
Trance fatal del mónstruo de Liguria.
¿Qué indicio pues recuperar tentara
En rudo engaste de peñascos rudos
Tanta vivacidad, tan crespo ingenio?
Qué ardor, qué altiva luz, qué especie rara
De celsitud, entre holocaustos mudos
No se postrara, dedicando el genio
Al de Temistio y Enio?
Que de menor estímulo forzados,
Hoy ven lograr el resonante plectro,
Y de fumoso electro
Grabar los turbios de vapor nublados;
Mas luego en su peñon precipitados
(Inclito ibero), atropelló tu alfange
Cuanto dora Titan del Mincio al Gange.
Cancion, al que indignare
Tu voz altiva y sílabas tremendas,
Dile que en silogismos no repare;
Que no te faltará de quien lo aprendas.
Basta que tú me entiendas,
Y que el lenguaje culto
Muchos no le distinguen del oculto.

(1) Esta cancion es burla de la de Góngora: «En roscas de cristal serpiente breve.»

TRADUCCION DE ALGUNOS HIMNOS DE LA IGLESIA.

Veni, Sancte Spiritus, etc.

Vén, Deidad suprema,
Espíritu Santo,
Y á la tierra envia
De tu luz los rayos;
Padre de los pobres,
De riquezas franco,
Cuya lumbre ilustra
Corazones mansos;
Singular consuelo,
Refrigerio grato,
Y huésped del alma
Dulce y regalado.
Vén, descanso alegre
Para los trabajos,
Del calor refresco,
Y solaz del llanto;
Vén, lumbre divina,
Penetra abrasando
Nuestros corazones,
Intimo regalo.
Sin tu luz el hombre
Pierde el ser humano,
Pues su vida es muerte
De continuos daños.
Riega tú lo estéril,
Lava lo manchado,
Y nuestras heridas
Sana con tus manos.
La aspereza ablanda,
Calienta lo helado,
Y los pasos rige
Del descaminado.
Concede á tus fieles,
Que en tí confiamos,
De tus siete dones
El tesoro sacro.
Danos tus virtudes
Con mérito, y danos
Saludable muerte
Y eterno descanso.

Jam lucis orto sidere, etc.

Pues ya la luz alegre
Del claro sol nos mira,
Y de sus rayos huye
La oscura sombra y fria,
Al cielo supliquemos
Que en este nuevo dia
De todo mal nos libre
Y á todo bien nos rija;
Que enfrene nuestra lengua
Y sus turbadas iras,
Y de arrogancias vanas
Retire nuestra vista.
Que el corazon sea puro
Y el alma corregida,
Cuyas templanzas huellen
La ciega carne altiva;
Porque cuando la noche
La luz del sol despida,
Cante á los cielos gloria
Nuestra pureza limpia.
Será la gloria al Padre,
Será (1) la gloria misma
Al Hijo, y al que entrambos
Con un amor espiran.

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

Pange, lingua, gloriosi corporis misterium, etc.

Mueve la voz, lengua mia;
Dirás el alto misterio
Do asiste humanado Cristo,
Dios-Hombre en alma y en cuerpo.
Su sangre, de precio tanto,
Dirás, con que el Rey supremo
Pudo redimir el mundo,
Y el mundo comprar el cielo.
El que fué para los hombres
Dado por el Padre eterno,
Y fué de una vírgen pura
Nacido para los mesmos;
El que humanó su deidad,
Y conversando en el suelo,
Sembró su palabra santa,
Que fruto le da perpétuo;
Y para volverse al Padre,
Entre los hombres primero,
Con maravillosa industria
Quiso quedar, encubierto.
Dispuso la noble hazaña
En el convite postrero,
Cuando observó con sus doce
La ley del pascual cordero.
Allí á la feliz escuadra
Del escogido colegio
Se dió con sus propias manos
Por manjar y por sustento;
Allí el pan, con su palabra,
Y el vino se convirtieron
En pura sangre y en carne
De su vivo cuerpo entero.
Si tan profundo milagro
No alcanza el humano ingenio,
La fe sola por firmeza
Basta al corazon sincero.
Reverenciemos humildes
Tan sublime Sacramento,
Supliendo la fe sencilla
Al sentido débil nuestro.
Las ceremonias oscuras
De los antiguos precetos
Cedan á la luz presente,
Y al sacro rito moderno.
Al Padre nunca engendrado,
Sumo Autor del universo,
Demos honor, gracia y gloria,
Y mil alabanzas demos.
Con igual honra se alabe
Su igual concebido Verbo,
Y el que de entrambos procede,
Siendo los tres uno mesmo.

LIRAS.

EN LA FESTIVIDAD DEL CÓRPUS.

Lauda, Sion, Salvatorem, etc.

¡Oh tú, Sion dichosa!
Alaba al Redentor, pues siendo esclava,
Con mano poderosa
Te dió la libertad perdida; alaba
En himno sonoroso
Tu buen Pastor y Capitan famoso.
Conviene que te atrevas
A cuanto el arte y el ingenio pueden;
Que sus grandezas nuevas
A todo extremo de alabanza exceden,
Y no será tu mente
Jamás para ensalzarlas suficiente.
Tienes por sacro tema
Y propio asunto, que tu voz entone
Con alabanza extrema,
El que hoy la Iglesia con amor propone
De aquella gran comida
Que vida causa, y ella mesma es vida.
Del pan que en la sagrada
Mesa divina, de misterios llena,
Con mano regalada
Se dió á los doce de la santa cena,
A cuyo gran convite
Ninguno en gusto (1) iguala ni compite.
Haya alabanzas llenas
De gozo alegre y de sonoro acento;
Y así, de las terrenas
Mentes despierto un general contento,

(1) Así en la edicion primitiva; en la de Fernandez se lee *Sea*.

(1) La edicion primitiva dice: «Ninguno en gasto.»

Muestre su ardiente y vivo
Afecto el grato corazon festivo.
En este sacro dia
Se solemniza y trae á la memoria
Con célebre alegría
Aquella institucion, llena de gloria,
Que en la primera mesa
Quedó á los fieles para siempre impresa.
Y ya en esta lucida
Mesa de ostentacion del nuevo Rey,
Y en esta conocida
Pascua, que instituyó la nueva ley,
Se acaba, y se averigua
La oscura usanza de la pascua antigua.
La novedad escombra
Con lumbre clara de verdades puras,
La antigüedad y sombra
De confusion é imágenes oscuras,
Y el nuevo sol destierra
La ciega noche y triste de la tierra.
Aquella accion piadosa
Que el Redentor eterno obró primero
En la cena dichosa,
Dejó enseñado al pueblo venidero
A que jamás la excluya,
Mas la ejercite á la memoria suya.
Así el derecho santo,
Segun decreto del Autor divino,
Por órden sacrosanto,
Hace consagracion del pan y vino,
Y en gracia y beneficio
De la salud lo ofrece en sacrificio.
Mas un preceto honesto
Al fiel cristiano con amor se advierte,
Y un firme presupuesto;
Que el pan en viva carne se convierte,
Y el vino en sangre pura
Del sumo Redentor de la criatura.
Lo que la mente vana
Es no posible (1) entienda ni perciba,
Ni de la vista humana
Mirar se deja, la animosa y viva
Fe lo confirma y dice,
Bien que del órden natural desdice.
Debajo diferentes
Especies que á la vista se le ofrecen,
Donde sus accidentes
Señalan, y no son lo que parecen,
Por singular portento,
Se encierra el vivo Cristo en sacramento.
Su carne es la comida
Dada al cristiano que la goce y precie,
Su sangre la bebida;
Mas tanto en una como en otra especie
Se incluye el verdadero
Cristo y los miembros de su cuerpo entero.
Cuando en manjar sagrado
Es del terreno pecho consumido,
Ni roto ó quebrantado
Ser puede, ni su cuerpo dividido;
Mas su entereza vive,
Y el hombre enteramente lo recibe.
Si lo recibe alguno,
Y es recibido de millares ciento,
Tanto recibe el uno,
Cuanto recibe el número sin cuento,
Y en una y otra boca
Nunca se gasta, apura ni se apoca.
Recíbenlo decentes
Los justos, los injustos lo reciben;
Mas es con diferentes
Contrarias suertes; que los unos viven
En vida saludable,
Y estotros mueren muerte miserable.
Desventurada muerte
Es en los malos, en los buenos vida.
Tú agora pues advierte
Cuánto un igual manjar y una comida
Resulta en desiguales
Efectos, saludables y mortales.

(1) En la edicion de Fernandez se lee : «Es imposible.»

En fin, es evidente
Que si la hostia se divide y parte,
Tanto precisamente
Contiene allí la mas pequeña parte
Como la forma entera :
Nadie me arguya ni la causa inquiera.
Allí la esencia pura
De Cristo no se rompe; solo toca
El corte y la rotura
A las especies, y jamás se apoca
Del Verbo disfrazado
El cuerpo, de estatura ni de estado.
Del serafin divino
Aquí verás el pan, que ha sido hecho
Manjar del peregrino,
Pan verdadero del cristiano pecho,
Y del hijo amoroso,
No del infiel blasfemo y can rabioso.
Mostrósenos primero,
Por sus figuras de notable indicio,
En el pascual cordero,
De Isac en el antiguo sacrificio,
Y en el maná que el cielo
Dió al pueblo suyo en el arabio suelo.
Mas ¡oh Jesus precioso,
Pan de verdades y pastor sagrado!
Tú con amor piadoso
Nos alimenta y guarda, y á tu lado
Nos deja ver el dia
Perpétuo en la encumbrada jerarquía.
Tú (pues todo lo vales
Y sabes), tú, que agora nos mantienes,
Allá tus comensales
Nos haz, y compañeros en los bienes
De los que en tu presencia
Gozan eterna la celeste herencia.

CANCION.

INTERPRETACIÓN DEL SALMO VIII :
Domine, Dominus noster, etc.

Trata de las grandezas y beneficios de Dios.

¡Oh cuánto el nombre vuestro,
Supremo Emperador y Señor nuestro,
Al mundo admira, y cuánto su memoria
Es ensalzada con ilustre gloria
En la extendida redondez del suelo!
Por vuestra liberal perfecta esencia,
Que excede en eminencia,
Y en sus grandezas y valor, al cielo.
Vos del sencillo y mudo
Infante, y del grosero labio y rudo
Recibis alabanza, y con sus voces
Seguis contra los impíos y feroces
Pechos blasfemos la vitoria honrosa;
Vemos por vuestra mano fabricados
Los orbes, y esmaltados
Con las estrellas y la luna hermosa.
Pues en tan grande alteza
Pregunto : ¿Qué es el hombre y su bajeza?
¿Quién es de Adan el ínfimo linaje,
Para que dél se acuerde y lo agasaje
Vuestra inmensa bondad, vuestra memoria,
Haciéndole á vos mesmo semejante,
Noble y participante
En vuestro reino de perpétua gloria?
Hicisteis tan cercano
Su ser al ser del ángel soberano,
Que el velo corporal solo divide
Su igual honor, y un breve tiempo impide
Que obtenga el alma angélica potencia.
Sobre las obras vuestras mejorastes
Su forma, y le entregastes
De todas el imperio y preeminencia.
A su dominio honroso
Rendistes, y á su yugo, el tigre y oso,
Las ovejuelas en distintas greyes,
El caballo veloz, los tardos bueyes,
Las simples aves, el halcon liviano,
La del sonoro canto filomena,
El delfin, la ballena,
Que en sus senos engendra el Océano,

Y cuantos animales
Marítimos, volátiles, campales,
En gruta, en nido, en hueco monte encierra
El piélago fecundo (1), el aire y tierra.
¡Oh Señor nuestro, y cómo vuestro nombre
Es por sus maravillas admirable,
Ilustre y memorable
En la extendida habitacion del hombre!

EXPOSICION DEL SALMO CXIII:
In exitu Israel de Ægipto, etc.

Trata de la libertad de los hebreos en Egipto, los beneficios que Dios hace á los suyos, y cuánta diferencia haya de los falsos ídolos al verdadero Dios.

Cuando de Egipto á su feliz jornada
Salvos partieron ya los israelitas,
Y se libró del bárbaro dominio
La estirpe de Jacob multiplicada,
Allí santificada
Fué del Señor; allí con infinitas
Muestras ya de seguro patrocinio
Dios descubrió patente su desinio.
Parece lo entendia
Así el Jordan y el mar, pues con respeto,
Por dar camino á la felice gente,
El mar se retiraba, y descubria
Su centro enjuto, y el Jordan volvia
La abundosa corriente
A su nativa fuente.
¡Prodigio raro, que del golfo inquieto
Acumuladas las pendientes ondas,
Formaban altos montes y collados,
Como silvestres bandas y ganados
De simples ovejuelas!
Mar, que en tus senos y cavernas hondas
Bramas, y te levantas y rebelas
Contra el Olimpo, ¿cómo entonces fuiste
Cobarde, y retirándote, huiste?
Jordan, ¿cómo tu curso
Atrás volvió su natural discurso?
Líquidos montes, ¿cómo os encumbrasteis,
Y al ganadillo rústico imitasteis?
Diréis que la obediencia
Os sujetó inviolable
Del gran Dios de Jacob y su presencia,
A quien la dura piedra indomeñable
Y los peñascos broncos obedecen,
Y de respeto y miedo enternecidos,
Puro licor de su dureza ofrecen,
En arroyos y fuentes convertidos.
No han sido, no, Señor, tantas grandezas
Por méritos humanos alcanzadas
(La pequeñez reconocemos nuestra);
Han sido solo para gloria vuestra,
Y porque las promesas otorgadas
A vuestro pueblo, con amor piadoso,
Fieles y ciertas fuesen,
Y con solemnidad verificadas.
No el gentílico vulgo numeroso
Con indignado labio
Decir tal vez pudiesen,
Y preguntarnos por baldon y agravio:
«¿Do estaba vuestro Dios?» Infiel pregunta,
Que darle ya podemos fiel respuesta,
Y decir sin empacho ni recelo
Que nuestro Dios habita el alto cielo,
Do se reduce y junta
La suma Omnipotencia,
Cuya verdad por sus efectos vieron
Las gentes manifiesta;
Y conocer pudieron
Cuánto el Dios de Jacob se diferencia
De sus terrenos simulacros vanos,
Bultos lingidos por mortales manos
De artífices mortales;
Que su precio mayor es su materia
De lucientes metales,
Que engendra Arabia ó la remota Iberia;
Distintos labios y compuesta boca
Vemos en ellos, y aparentes ojos
(De la escultura inútiles despojos),
Orejas y narices bien formadas,
Manos y piés, mas todo sin sentido;
Que ni la dura mano palpa ó toca,
Ni el pié se ha de mover, ni en las facciones
Hay vista, olfato, voz, gusto ni oido;
Todas sin uso y por igual pasmadas.
Imite sus acciones
Con insensible pasmo semejante
Quien los fabrica, el que idolatra en ellos,
Y en vez de aborrecellos,
En su engañosa vanidad confia;
Que en tanto el pueblo de Israel, triunfante,
En su Dios deposita la esperanza,
Y de su proteccion perpétua fia,
Viendo que de su mano le bendijo
Y con amor le ampara como á hijo.
Mas ¿quién le negará su confianza
A un Dios siempre benéfico, y expuesto
A bendecir aquellos que le honoran,
Le temen y le adoran,
Y para enriquecerlos franco y presto,
A la criatura simple, al sábio anciano,
Al pastor ó monarca soberano?
Siempre el Señor os honre y favorezca
(¡Oh temerosos de su nombre santo!),
Y vuestros sucesores enriquezca;
Veréis que un Dios, fabricador del cielo,
Os galardona, no la estatua helada,
De artífices humanos fabricada.
¡Oh tú, Señor supremo!
No importa, no, que el pertinaz blasfemo,
Adormecido en sus errores tanto,
No te respete ni tu nombre alabe;
Que ni respeto ni alabanza cabe
En broncos pechos, que de torpe hielo
Ciñen sus fieros corazones yertos;
Y así, los reputamos con los muertos
Y encaminados al profundo infierno.
Basta que el nombre tuyo bendecimos
Los fieles (¡oh Señor!), que en ti vivimos,
Y le darémos siempre honor eterno.

CANCION.

PARÁFRASIS DEL SALMO CXXXVI:
Super flumina Babilonis, etc.

En que se lamentan los hebreos de su cautividad en Babilonia.

En la ribera undosa
Del babilonio rio
Los fatigados miembros reclinamos,
Y allí con faz llorosa
Junto á su márgen frio
Con lágrimas sus ondas aumentamos.
Entonces de los ramos
De los silvestres sauces suspendimos
Las cítaras y arpas, do solia
Alentar sus enojos algun dia
Alegre el corazon, cuando vivimos
En ti, Jerusalen; mas la memoria
De tu asolado imperio,
Y el duro cautiverio
En que trocamos hoy la antigua gloria,
Nos despojó del regocijo y canto
Para entregarnos al afan y al llanto.
Allí, por mas tristeza,
La escuadra victoriosa,
Que nos condujo en míseras prisiones,
Templada su fiereza,
Nos preguntó piadosa
Por nuestras dulces rimas y canciones,
Y con blandas razones
Nos animaba á repetir alguna;
Mas respondimos con ajeno intento:
«¿Cómo dará señal de algun contento
Quien se ve reducido á tal fortuna?
Cómo cantar podrémos himnos santos
En region extranjera,
Do la deidad primera

(1) Así la edicion primera; la de Fernandez dice *piélago profundo*.

Es ofendida? ¿Entre enemigos tantos
De aquel Señor, á cuya gloria aspira
Nuestro piadoso canto y nuestra lira?»
Sacra ciudad, que adoro,
Si acaso yo olvidare
Este dolor, que tu memoria pide;
Si al cántico sonoro
Y al plectro me aplicare,
Antes mi diestra el movimiento olvide,
La lengua, que divide
De la voz el acento y la cadencia,
Se pasme y hiele, á mi garganta asida,
Si á todo canto alegre preferida
No fuere mi tristeza por tu ausencia,
Solo fijando en la memoria mia
Tus muros encumbrados,
Que yacen hoy postrados,
Y las felices horas de alegría
Que en tí perdí, que en tí gocé primero,
Y alguna vez recuperar espero.
Pues fuiste el ofendido,
Acuérdate, indignado,
Señor, del impío y bárbaro idumeo,
Cuando cayó rendido
Tu pueblo, y el osado
Contrario obtuvo su marcial trofeo;
Que en ódio del hebreo
Instigaba sus huestes y decia:
«Asolad, asolad desde el cimiento
Sus homenajes.» ¡Oh rencor sangriento!
Dichoso el que á tus ojos algun dia,
Fiera Babel, con semejante estrago
Y merecida pena
Ha de vengar la ajena,
El que ha de dar á tu soberbia pago,
Y quebrantar con furias semejantes
En las peñas tus míseros infantes.

SONETO.

En el dia de la Presentacion.

El justo Simeon al Verbo humano
Abraza, y á la muerte apetecida
Grato se ofrece, al tiempo que la vida
Tiene, y el mismo Espíritu en su mano.
Y cual sonoro cisne, el sábio anciano,
Ya su esperanza y gran edad cumplida,
Alegre de su fin, la agradecida
Voz funeral así levanta ufano:
«La muerte agora ¡oh claro Sol, que abierta
Senda nos muestras á la vida ausente!
Llegue, y en paz el cuerpo desanime.
»No precie ya quien ve tu luz presente,
Ver otra luz, ni el que la firme y cierta
Salud alcanza, la mortal estime.»

EPIGRAMA.

A la invencion de la Cruz.

Siempre del Redentor crucificado
La cruz fué semejante imitadora;
Si en ella Cristo se recuesta y mora,
Ella le carga el hombro delicado.
Él honra el leño de la cruz sagrado,
La cruz á Cristo ensalza, al mismo honora;
Hoy ella resucita vencedora,
Y fué, cual Dios, su leño sepultado.
Si Magdalena busca y halla á Cristo,
Hoy á la cruz Elena busca y halla:
Él vence y huella la region precita.
Ella á Magencio rompe y avasalla,
Muchos tras él resucitar fué visto;
Así la cruz los muertos resucita.
Tambien á Cristo imita
En su mas inefable sacramento,
Pues como, dividido en partes ciento,
No apoca su entereza;
Así con inmortal naturaleza,
Viéndose en partes dividir sin cuento,
La cruz mantiene su cabal grandeza.

CANCION.

A la redencion humana.

La profética voz del labio puro,
Que abrasó el serafin con sacro fuego,
Sigue mi lira, aunque en humilde acento
Y varias plumas, que en el siglo ciego
Los casos predijeron del futuro
Tiempo y del cielo el prevenido intento;
Corrija mi instrumento
Quien voz distinta al mudo
Dió, y elocuencia al rudo,
Tanto que imite el venerable canto
De aquellos cuyo genio ilustre y santo
Halló el misterio, y le tocó profundo
Del cielo mismo espanto,
Paz y rescate universal del mundo.
Crecerá de Jesé la fértil planta,
Cuya frondosa vara en huerto ameno
Produzca nueva flor cándida y bella,
Que el cielo adorne y el confin terreno;
Y la piedad, la fortaleza santa
Y Espíritu de Dios descanse en ella.
Nueva, luciente estrella,
Ya en otra edad prevista,
Do la piadosa vista
Fije el remoto habitador de Oriente;
Lucero y luna, cuya luz ardiente
Honre el impíreo con eterno dia,
Y sol resplandeciente
En sombra oscura, de los cielos guia (1).
¡Oh cuánto á la sazon la renovada
Y enriquecida redondez del suelo
Alegres gozarán sus moradores!
Que ya la tierra sin la escarcha y hielo
Del aterido ivierno matizada
Se verá de olorosas, frescas flores;
Los tiernos y menores
Corderos y novillos,
Y errantes cabritillos,
No temerán, en fieros escuadrones,
Al oso y lobo, tigres y leones.
Con pura sencillez verá delante
Aspides y dragones,
Y habitará seguro el simple infante.
Feliz edad presente, en que miramos
Efectos de evangélicas verdades,
Que fueron en un tiempo indicio y muestra,
Y con segura posesion gozamos
Cuanto esperaron antes las edades,
Como envidiosas de la gloria nuestra,
Ya el claro sol nos muestra
Su luz alegre y pura
Contra la sombra oscura
En que la faz terrena se envolvia;
La planta generosa su flor cria,
Que esparce, como luna, lumbre bella,
Y forma un nuevo dia,
Como lucero y matutina estrella.
Ya pues la tierra, en frutos abundante,
Y antes estéril, la matizan flores
Cándidas y de púrpura teñidas,
Que al cielo puro esparcen sus olores;
Ya el infiel y gentil, mas arrogante,
Fieras del universo, enfurecidas,
Humillan, convencidas,
La temerosa frente
Al Cordero inocente;
Ya del dragon en la caverna ó nido
Vemos á Dios infante entretenido,
Que, sin contagio de veneno impuro,
Planta sobre el rendido
Aspid y basilisco el pié seguro.

SONETO.

A la coronacion de nuestra Señora.

Sois nueva esfera, oh Vírgen, que la mente
Descubre eterna y su saber pregona,

(1) En la edicion de Fernandez se lee: «De los ciegos guia.»

Con sol y luna, cuya luz blasona
De las que habitan el confin de Oriente;
Y el Artífice labra omnipotente
De estrellas doce espléndida corona,
Cual doce signos de luciente zona,
Que el cielo os ciñan de la sacra frente.
Sois orbe, cuya bella compostura
Nunca nocivas apariencias hace,
Ni con lo adverso lo feliz alterna;
Y al que debajo de sus astros nace
En la virtud, le anuncia y asegura
Siempre felicidad y gloria eterna.

CANCION.

A la purísima Concepcion de nuestra Señora, en el dia de San Pedro *Ad-Vincula*.

Cuando postrado en míseras prisiones
El celador pontífice yacia,
De la Iglesia primero fundamento,
Y con vivos afectos y razones
A Dios su lengua y corazon volvia,
Siguiendo al remontado pensamiento,
Puso tal vez atento
La consideracion ¡oh Vírgen santa!
En los blasones vuestros inefables,
Y honrando con elogios venerables
Vuestra pureza limpia y sacrosanta,
En sus cadenas broncas aherrojado,
Dijo así con acento regalado:
«¡Oh singular, purísima criatura,
De ajena libertad principio santo,
De propia esclavitud desden eterno!
Pues cuando la prision rompisteis dura,
De los humanos convirtiendo el llanto
Comun en gozo, y en abril su ivierno,
Nunca el sumo gobierno
Os dejó entrar en ella el pié sagrado;
Apercibió la culpa su cadena,
Y Dios su gracia, de que fuisteis llena;
Huyó sin veros el error turbado.
No visteis mas que á Dios, por quien se alaba
El alma vuestra de su sola esclava.
»No se forjaron para vos los hierros;
Antes vos la cadena de tinieblas,
Que á tantos religaba, quebrantastes,
Y en los egipcios míseros destierros
La oscura nube de palpables nieblas
En descubierta claridad cambiastes.
Vos, Reina, encadenastes
Al impío alcaide, al carcelero mismo,
Que hoy mira, á su pesar, los prisioneros
Romper sus grillos y herrajes fieros,
Triunfastes de los reinos del abismo;
Nunca vencida, siempre triunfadora,
Y de la libertad Madre y Autora.
»Gozad mil veces del sin par trofeo,
Y sublimada con eternos dones,
Honrad del cielo la mejor diadema;
Que yo, mezquino, de mis culpas reo,
Ocuparé estos grillos y prisiones
En cuanto llega la feliz y extrema
Hora que en la suprema
Region traslade sin estorbo el alma.»
No dijo mas el sacerdote santo,
Porque la noche humedecida en tanto
Dió á sus discursos apacible calma,
Dando sueño á sus ojos, porque el cielo
Le enriqueciese de mayor consuelo.
Durmiendo estaba el gran apóstol, cuando
Siente una voz angélica en su oido,
Que así le dice, sin romperle el sueño:
«¡Oh Pedro y piedra y padre venerando,
De Dios entre millares escogido
Para patrono de su Iglesia y dueño!
Aunque el sitio pequeño
Desta prision habitas, cobra esfuerzo;
Romperé tus cadenas y tus grillos
Cual mimbres delicados y sencillos;
Verás tambien cómo redoblo y tuerzo
Los firmes quicios de las altas puertas,
Hasta ofrecerlas á tu paso abiertas.
»Serás nuevo Sanson, que aprisionado,
Sus vínculos inútiles rompia,
Amedrentando al bravo filisteo,
Al que ignoraba que su esfuerzo osado
En su cabeza oculto residia;
Así tu fuerza, con igual trofeo,
Miedo será al hebreo,
Que te aprisiona y ata porque ignora
Que reside tu osada fortaleza
Depositada, Pedro, en tu cabeza,
Como cabeza á quien la Iglesia honora,
Opuesta ya con armas eficaces
A los encuentros de enemigas haces.
»¿Quién ya permite que el humilde suelo
Te oprima y ate en cárcel miserable,
Siendo tú mismo aquel por quien se obliga
Siempre á ligar y desatar el cielo
Cuanto en la tierra, oh Pedro venerable,
Por medio tuyo se desata ó liga?
¿O es justo que se diga
Que entre cadenas toscas y ferradas
Un pontífice yace sin decoro,
En vez de aquellas de purísimo oro,
Que al pectoral pendientes y trabadas,
Ornaron ya de Aaron su enriquecido
E ilustre asaz pontifical vestido?
»No lo consiente el cielo, pues ordena
Ya lo contrario; aquí verás su efeto;
Que si de aquella celestial Princesa
Dios retiró la culpa y la cadena,
A cuyo lazo el mundo está sujeto,
Verdad precisa que tu voz confiesa,
¿Cuánto menor empresa
Será romper tus débiles prisiones?
Yo en nombre suyo quebrantarlas pienso,
Leve señal de su poder inmenso,
Bien que aumente valor á tus blasones,
Hasta que ya por triunfo preeminente
Reines, cual Dios, en una cruz pendiente.
»Y porque entiendas el honor que esperas,
Y Dios te comunica y te previene
Por el que otorgas á su Madre, sabe
Que mil edades largas venideras
Celebrarán con término solene
Esta prision en que resides grave;
Júzgala ya suave,
Cual sacra semejanza y misteriosa
De aquella cárcel, que sin ver su entrada
Fué desde afuera rota y quebrantada
Por mano de una vírgen poderosa;
¡Misterio raro que, en tu Iglesia oculto,
Aguarda en fin su venerable culto!
»Sabe que el sumo Hacedor se agrada
De que sus fieles en continua duda
Este misterio ignoren, y que el celo
De cada cual y devocion sagrada,
Mejor se manifieste en lo que duda,
Hasta que el tiempo, obedeciendo al cielo,
Rompa el confuso velo
A la verdad, y la descubra clara,
Y algun prelado de tu Iglesia pia
Resuelva; oh tiempo alegre! que María,
Por excepcion y preeminencia rara,
Fué, siendo madre de la gracia y vida,
Sin mancha de pecado concebida.
»Mas mientras llega la sazon dichosa,
Sabe tambien que, como nobles hijos,
Tus sacerdotes, de su celo instados,
Imitarán tu devocion piadosa,
Y con alegres justos regocijos
Se ofrecerán á conservarla aunados.
Ya miro en los sagrados
Templos remotos de Vandalia noble,
Que se congrega numeroso el clero,
Y del misterio santo y verdadero
Ya jura y vota la certeza inmoble,
Ligando alegre el corazon devoto
Al nudo fiel del juramento y voto.
»Mas en aquella sujecion ligado,
Un libre esfuerzo le será infundido,
Con que defienda intacta la pureza
Mayor que pudo verse en lo criado.

Tú pues, á tanto honor reconocido,
Venera siempre con igual firmeza
Su original limpieza,
Y colma el pecho de feliz consuelo;
Deja esa cárcel lóbrega, funesta,
Comprobaráse mi verdad propuesta;
Desecha diligente el duro suelo,
Verás en él troncados en pedazos
Tus ponderosos vínculos y lazos.»
Desta manera dijo, y el costado
Del Pontífice toca, y le despierta.
Abre sus ojos él, la estancia mira
Bañada en luz, y el ángel venerado
Cercano al quicio de la férrea puerta.
Ya en lo interior del corazon suspira,
Y embelesado admira
Tantos honores y grandezas juntas;
Ve en tierra las cadenas destrozadas,
Luego en las puertas mira quebrantadas
Las récias verjas y rollizas puntas,
Hasta que á sí se mira libre y suelto,
En alto asombro y regocijo envuelto.

OCTAVAS.

A nuestra Señora, aplicando algunos atributos á la limpieza de su Concepcion.

Sois palma excelsa, ¡oh Vírgen! triunfadora
Del árbol del error. Sois verde oliva,
Que en lo supremo de las aguas mora,
Verde á pesar de su diluvio y viva;
Sois vid, que el golpe de la hoz ignora,
Ciprés, que, exento de la muerte esquiva,
Anuncia muerte con funesta guerra
Al que esperaba derribarle en tierra.
Sois lirio asido á la pungente y dura
Rama de espinas, y jamás violado;
Rosa, cuya beldad intacta y pura
No marchitó la noche y viento helado.
¡Oh sin igual, purísima criatura,
Que, preservada del comun pecado,
Sois, en desprecio suyo, victoriosa
Palma, oliva, ciprés, vid, lirio y rosa!
Sois plátano de ramas tan copioso
Al fértil riego de perpétua fuente,
Que nunca el hielo su verdor frondoso
Ha penetrado, ni el agosto ardiente;
Mirra escogida, bálsamo oloroso,
Cuya interna virtud perpétuamente
Os reservó incorrupta y sin ofensa
Contra el contagio de la culpa inmensa.
Sois el cinamo de fragante y fina
Especie, oculto en aspereza tanta,
Que ni guadaña al tronco se avecina,
Ni falta un ramo de la fértil planta.
¡Oh en los humanos excepcion divina,
Y del Criador imágen sacrosanta!
Por mil blasones dignamente os llamo
Plátano, mirra, bálsamo, cinamo.
Sois torre ebúrnea, altísima y fundada
Para asilo feliz del bando amigo,
Que su notoria inmunidad sagrada
Fué siempre incontrastable al enemigo;
Ciudad, en cuya cerca levantada
No abrió el contrario entrada ni postigo,
Escala del Olimpo, inaccesible
Al pié atrevido de la bestia horrible.
Puerta, que aun antes que su Autor la abriera
Ya estaba al adversario defendida;
Fuente, que al áspid y culebra fiera
Dios negó de sus ondas la bebida.
¡Oh en soberanas honras la primera,
Sin sombra de pecado concebida!
Bien sois con semejanza preeminente
Torre, ciudad, escala, puerta y fuente.
Sois encendido sol, y tan fogoso,
Que no permite congelar nublado,
Ni el factor de las sombras espantoso
Ha visto el globo de su luz turbado;
Sois lucero del alba luminoso,
Que en los solares rayos inflamado,
Huye el eclipse lóbrego funesto,
Cercano siempre al sol y nunca opuesto.
Norte, que de las ondas se retira,
Sin ver jamás en ellas triste ocaso;
Luna, que al sol supremo siempre mira,
Ni el mundo estorba de su vista el paso.
¡Oh singularidad que al cielo admira!
Rindo á tan pura luz mi ingenio escaso,
Pues no se incluye en alabanza alguna
Vuestro sol y lucero, norte y luna.

CANCION.

A la Reina de los ángeles, probando la limpieza de su Concepcion santísima.

Plantó el Criador para el Adan primero
Un paraíso, estancia, aunque terrena,
De recreacion y de belleza inmensa,
Tan puro y limpio, que la mancha ajena
No pudo consentir, lanzando al fiero
Agresor primitivo de la ofensa.
Trazada la costosa recompensa
Del grave mal por el Autor del mundo,
En vos plantar, oh pura Vírgen, quiso
Segundo paraíso,
Y recreacion para el Adan segundo.
¿Quién pues dirá que entre sus limpias flores
Hallar pudo la culpa alojamiento?
Ya fuera conceder al hombre vano
Mas pura habitacion que á Dios humano.
Huerto florido siempre, y siempre exento,
Y defendido sois de los errores,
Dando fragrancia eterna sus olores,
No á Adan, vencido ya de la serpiente,
Mas al que oprime su soberbia frente.
Labor mas noble, sólida y entera
Fué reparar el mundo y renovallo,
Estableciendo en él la Iglesia santa,
Y mas difícil que lo fué el criallo;
Y si en aquella fábrica primera
Fué el primer hombre fundamento y planta,
Y tuvo original justicia tanta,
En esta mejor fábrica segunda
Sois, Vírgen, vos principio y fundamento;
¿Dirémos que el cimiento
Fué ya minado de la culpa inmunda?
Obra tan rara, y en la esencia trina,
Tantos y tantos siglos meditada,
Y enriquecida de costoso arreo,
¿He de pensar que de un error tan feo
Fué en el primero limen deslustrada?
Afirmaré mejor que la divina
Mente os previno, como piedra fina,
Para ilustrar en su labor el puesto,
Do siempre estriba el edificio enhiesto.
Préciase tanto el humanado Verbo
De Redentor, que no le satisface
Un simple modo de ejercer la hazaña;
Y si levanta al mísero, que yace
Rendido á manos del error protervo,
Tambien con mas ilustre y sábia maña
Querrá oponerse á la contraria saña,
Preservando tal vez y el saludable
Socorro anticipando á la caida,
Pues siendo socorrida,
Se liberta del golpe inevitable.
Redencion perfectísima, empleada,
Oh Reina, en vos, cuyo dichoso empleo
Os pertenece por honor sublime;
Y á quien al sacro serafin redime,
Do no pudo la culpa alzar trofeo,
La misma accion ejecutar le agrada
En vos; que no ha de ser aventajada
La muchedumbre angélica, superna,
A los honores de su Reina eterna.
Si en misteriosa voz la Iglesia os llama
De las vírgenes hoy vírgen gloriosa,
Ya os concede purísima entereza,
No solo en vuestra carne generosa,
Mas en el alma, si el renombre y fama
Se ajusta á la razon y su firmeza;
Que la suprema virginal pureza
Tambien al alma atiende; y si la vuestra

Fuera despojo de la culpa aleve
(Bien que en espacio breve
La rescatara la invencible diestra),
No fuera vírgen ya. Discurso osado
El que tan alta calidad os niega.
Yo en alma y cuerpo, como juzgo y puedo,
Virginidad santísima os concedo,
Nunca ultrajada de la culpa ciega,
Ni oscurecida en sombra de pecado.
Sois vírgen pues en el supremo grado,
Y el católico fiel en vos respeta
La integridad de vírgen mas perfeta.
Con alto acuerdo en la fachada y frente
Ya se ilustró de espléndido tesoro
El sacro antiguo templo venerando;
Tarjas, festones y coronas de oro
Su puerta ornaron que miraba á oriente,
Siempre en los rayos de su luz brillando.
¿Qué adornos pues os negarémos, cuando
La Iglesia fiel divino templo os nombra?
Vuestra dichosa concepcion sagrada
Es la oriental portada,
De quien la antigua fué figura y sombra,
No debe pues faltarle su riqueza
Aventajada y su luciente ornato;
Y el que á juzgar en contra se reduce,
Y el pórtico feliz mancha y desluce,
Es á la luz de la razon ingrato.
Remírese en el sol vuestra pureza,
El oro limpio ostente su fineza,
Cuyo divino resplandor contemplo
Siempre ornando la faz del sacro templo.

CANCION.

A la asuncion de nuestra Señora, aplicándole con puntualidad las propiedades de la fénix.

Del año escoge la sazon templada
Cuando renueva su vejez molesta
La fénix una del Arabia rica,
Y léjos de su albergue, en la floresta
Mas yerma, elige un ramo de empinada
Palma, y de aromas abundancia aplica
Al nido que fabrica,
Donde abrasada espira,
Y á renacer aspira,
Del sol ardiendo entre la luz fragrante;
Luego en doradas plumas rozagante
Vuela cercada en procesion pomposa
De ejército volante,
Que la acompaña á su region lumbrosa.
Cual rara fénix, Vírgen soberana,
Hoy te contemplo, ausente del eterno
Celeste albergue tuyo, do pretendes
Nacer muriendo; ya pasó el ivierno
De la fatiga y afliccion mundana;
Ya el vuelo en nuestros páramos extiendes,
Donde el aroma enciendes
De tus virtudes santas,
Y ardiendo te levantas
Sobre tu palma, al sol de Dios atenta,
Sol que te abrasa y tu vivir aumenta,
Palma do el humo de un olor inmenso
Tu bálsamo alimenta,
Tu nardo y mirra, cinamomo, incienso.
Ya el sepulcro vital, que á un mismo instante
Vió tu muerte fecunda, y nacimiento
Dejas, y á visitar las nubes altas,
De mil reflejos matizando el viento,
Tus alas tiendes de águila triunfante,
Y sobre el monte Líbano te exaltas.
Con oro puro esmaltas
La rica frente y cuello;
El cuerpo insigne y bello
Es vario imitador del lirio y rosa;
Los ojos vivos de paloma hermosa;
Ya con velocidad, que el viento agravia,
Te encumbras generosa
A ver del cielo tu felice Arabia.
Ave perfecta y única, levanta
Alegre el vuelo; que tus plantas bellas
Ya pisan de la luna la alta frente,
Ya envuelves la cabeza en las estrellas,
Ya el sol te vistes y su lumbre santa.
Volátil pompa, angélica, luciente,
Te sigue al sacro oriente,
Te alaba en su armonía
Con dulce melodía,
Y en torno á tu dorado cuerpo y alas
Vuela, y admira el nuevo lustre y galas,
Hasta que á Dios acercas tanto el vuelo,
Y tanto á Dios te igualas,
Que allá no alcanza serafín del cielo.
Cancion, no ha sido poco lo intentado:
Ya de tan alto asunto ni el osado
Genio se encargue ni la mano escriba;
Que donde el sacro serafín no arriba,
De infatigables plumas sustentado,
Es vano orgullo que llegar presuma
El frágil vuelo de una débil pluma.

CANCION.

Al dichoso tránsito y asuncion de nuestra Señora.

Ya la corona y lauro generoso
Previene el cielo á tu cabeza y mano,
¡Oh invictísima Vírgen, triunfadora
Del que triunfó, sagaz, del bando humano!
Dejar puedes el Líbano frondoso,
Y penetrar los vientos voladora,
Que ya rompió su oscuridad la aurora.
Tiende tus alas al empíreo cielo,
Oh cándida paloma, pues florece
La tierra, y desparece
El bronco horror del ivernizo hielo.
Los nuevos rayos de su lumbre viva
El sol esparce, la borrasca cesa
Del lóbrego diluvio, y nuestras vidas
Escapan de las ondas homicidas.
Digna serás que, en pago de la empresa,
Con sacro honor el arca te reciba,
Pues con el ramo de la verde oliva
Vuelves triunfante á do saliste, y llevas
De la terrena paz tan ciertas nuevas.
¡Oh tú, do la segur siempre temida
No es ya ministra de dolor interno,
Ni del vivir contraria aborrecible,
Mas medianera de reposo eterno
Y causadora de perpétua vida,
Dando al cuerpo vigor incorruptible
En carne y en espíritu impasible;
Que siendo tú, por inefable suerte,
Hija y esposa de la vida, y madre,
Tu esposo, hijo y padre
Quiere te ofrezcas á la débil muerte,
Y así le imites y seguirle esperes.
Será tu muerte ejemplo de la suya;
No deuda, no, de aquella culpa inmensa;
Que á tu pureza no tocó su ofensa,
Ni sus tinieblas á la lumbre tuya.
Por culpa no, sino por gracia, mueres,
Y el privilegio de tu rey adquieres:
Mueres para nacer, cual fénix una,
Do el mármol sirve de sepulcro y cuna.
Como ilustró á la vil naturaleza
Dios, cuando se redujo á muerte humana,
Tal quiere que la tuya al hombre honore;
No juzguen que tu forma soberana
Es angélica forma, ó tu pureza
Cause que alguno cual deidad te adore.
No es justo que tu ser el mundo ignore,
Que es terrena tu forma, aunque divina,
Y en ella excedes ¡admirable extremo!
Al serafín supremo,
Que al nombre tuyo tu cabeza inclina;
Ni eres deidad, mas un humilde opuesto
Del que lo quiso ser por su arrogancia;
Y así, por tu humildad se recupera
Lo que él perdió por su arrogancia fiera.
Ser criatura mortal fué tu ganancia,
Para alcanzar inaccesible puesto.
Llegue el tránsito fausto, y no funesto;
Será tu muerte la dichosa entrada
Y el primer arco á la triunfal jornada.

Apenas de tu muerte alegre y tierna
Pasarás el umbral, cuando la vida
Cobre su cuerpo, con el alma unido,
Pues tu corpórea forma está ceñida
Con la de Cristo, incorruptible, eterna,
Y fué tu carne su mortal vestido.
Ya miro al sacro triunfo embebecido
El cielo y tierra, y venerarte aunados
Los que fueron discordes elementos,
El fuego, el mar, los vientos.
Luego los astros miro deslumbrados;
Cintia á tu bella luna inclina el cuello,
Rinde Cilenio al nuevo cetro y alas
Sus alas y su cetro, insignia vana.
Desprecia Vénus su beldad profana,
Que la envilecen tus lucientes galas,
Y es solo Dios de amor tu hijo bello.
Turba tu frente al sol, que tu cabello
Pudo enlazar, por amoroso exceso,
Al sol eterno de tus ojos preso.
Sus armas postra el invencible Marte
(Despojos tuyos), y por tí le aplace
Que su nombre aniquilen tus victorias.
El rayo del tonante helado yace;
Saturno se apresura á consagrarte
Del siglo de oro sus antiguas glorias.
Ya cesan los blasones y memorias
De cuantos al octavo firmamento
Se trasladaron, cual estrellas fijas.
Ya excelsa regocijas
Los altos coros del eterno asiento,
Y envuelto el regocijo en alto espanto,
De las felices almas adorada
Eres, como su reina venerable.
Ya la volante escuadra inumerable
Besa tus huellas, á tus piés postrada;
Y los que en dulce y misterioso canto
Siempre á su Reina exclaman Santo y Santo,
Con trémulas gargantas y veloces
A tí dirigen sus acordes voces.
«¡Oh palma excelsa (dicen) y triunfante
Del árbol de la culpa! Oh verde oliva,
Que encima de las aguas floreciste,
Verde á pesar de su diluvio, y viva!
¡Oh vividor ciprés, que al arrogante
Dragon anuncias dura muerte y triste!
¡Plátano, que tus hojas extendiste
Contra el calor adusto y contra el hielo!
¡Oh vid, que el golpe de la hoz ignoras!
Oh templo, que atesoras
Unicas aras del Autor del cielo!
¡Escala oculta á la serpiente impura!
¡Arca de eterna inmunidad sagrada!
¡Ciudad ceñida de invencible muro!
¡Torre invicta al campeon del reino oscuro!
¡Puerta, al móstruo sagaz siempre cerrada!
Ocupa y goza la mayor altura,
Donde pudo arribar mortal criatura
Y la mejor corona que á tu frente
Pudo aplicar la diestra omnipotente.»

OCTAVAS.

Al singular favor que nuestra Señora hizo á san Ildefonso, dándole la casulla en la iglesia de Toledo.

Présaga del honor que la seguia,
Apresuró la noche el diestro vuelo (1),
Y despreciando el resplandor del dia,
Cubrió de alegre oscuridad el suelo,
Cuando de la encumbrada jerarquía
Partió la Reina que venera el cielo;
Los ojos puso en el confin hesperio
Y en la ciudad primera de su imperio.
En cuyo templo á la sazon entraba
Ya por sus puertas Ildefonso el Santo,
Que el frágil cuerpo apenas sustentaba,
Seco al ayuno, humedecido al llanto.
Las tersas losas del umbral hollaba,
Cuando le asalta con alegre espanto
Tal resplandor, que á su luciente salva
Es sombra el sol y ciega noche el alba.
En torno el pueblo con temblor medroso
A la excesiva lumbre el pié retira,
Huyendo del portento luminoso,
Que aun mas le atemoriza que le admira;
Solo con rostro firme el generoso
Prelado al nuevo sol atento mira
(Aguila invicta), en tanto la rodilla
Ante las aras de su templo humilla.
Ya entonces á sus ojos se presenta
Aquella que su pecho interno adora,
Cuya pureza con ajena afrenta
Docto defiende, si celoso honora;
La Reina grata, que ensalzarle intenta
Con diestra liberal y premiadora,
De mil coros celestes se acompaña,
Testigos fieles de su noble hazaña.
La cátedra feliz (donde solia
A veces los misterios inefables
Ensalzar Ildefonso de María)
Fué trono de sus plantas venerables;
Las piedras su dureza bronca y fria
Ya templan, delicadas y tratables,
Y los piés besan con terneza, en tanto
Que los adora reverente el Santo.
Póstrase con humilde maravilla
A la que atiende alegre á enriquecerle,
Y cuanto mas á aquel honor se humilla,
Mas crece la razon de merecerle.
Le aplaude en torno la feliz cuadrilla,
Y cada cual procura ennoblecerle;
Él siente el pecho, de gozoso, inquieto,
Y al gozo iguala su cortés respeto.
Un vario afecto pavoroso y grato
Por la humildad y amor, que el pecho oculta,
Mezcla el placer y el íntimo recato,
Y es una la virtud de que resulta;
Tal, que se juzga descortés é ingrato
Si su frente en las piedras no sepulta
Ante los piés que en el impíreo extremo
Forman corona al Serafin supremo.
Allí el silencio é inmoble reverencia
Sirven de abiertas voces y de acciones,
Do el mudo corazon con vehemencia
Libra el caudal de afectos y razones.
¡Oh cuánto aquella tácita elocuencia
Mueve los circunstantes corazones,
Y el simple de la cándida paloma
Bien doctrinado en semejante idioma!
«Oh Ildefonso (le dice), que observaste
Casta pureza y limpia, y que la mia
Celoso defendiste y veneraste
Con fe invencible, generosa y pia;
El premio y joya que por mí alcanzaste,
Mi eterno esposo liberal te envia,
Y en honra tuya y de tu reino hispano,
Hoy le recibes de mi propia mano.»
Dijo, y vistió los hombros del prelado
De celestial casulla, insignia santa,
Y al aire, de sus rayos inflamado,
En sí misma se encumbra y se levanta,
Dejando impreso el mármol consagrado
Con los vestigios de una y otra planta,
Y rayando de luz con recto vuelo
La gran distancia de la tierra al cielo.

(1) Así en la edicion primitiva; en la de Fernandez se lee *rauudo vuelo.*

ROMANCE.

A san Bernardo.

Mueve mi lengua, Bernardo,
Para cantar de tí mismo
Que en mil prodigiosos santos
Fuiste el único prodigio;
Pues las virtudes, que á todos
Dieron blasones distintos,
En tí reducidas, hacen
Solo un compuesto divino.
¡Oh nueva luz de creyentes!
Que en el páramo escondido,
Cual á Abrahan, te promete
Dios inumerables hijos.

Fué un tiempo figura ó sombra
Tuya el insigne Benito,
Hasta que á su manto oscuro
Dió luz tu blanco vestido.
Fuiste el blanco de las almas
Y el faro de mármol limpio,
Cuya antorcha alumbra á tantos
En los piélagos del siglo.
Fuiste el regalado apóstol,
Pues, reclinado al abrigo
Del seno de Cristo, asistes,
Y á tu seno el propio Cristo.
Anticipado trasunto
Del seráfico Francisco,
Pues Dios mide con tus brazos
Los suyos, en sangre tintos.
Can ladrador generoso,
Antes que el noble Domingo,
En las entrañas, cual él,
Tambien de tu madre visto.
Fuiste un Agustin perplejo,
Viendo que te han ofrecido
Su leche la Vírgen Madre,
Su viva sangre Dios Hijo;
Y nuevo Cristo, inventor
De apóstoles escogidos,
Do, en vez de Pedro, un Eugenio
A regir su Iglesia vino.
Si Dios produjo los panes
Cuando dudaba Filipo,
Tú, cuando duda Gerardo,
Le convences con lo mismo.
Si escribiera Juan tus hechos,
Cual los de Cristo infinitos,
Tampoco fuera capaz
El mundo á abarcar los libros.

CANCION.

Al mismo santo, cuando nuestra Señora le dió leche de sus pechos.

La sacra y viva sangre que al humano
Verbo vistió de carne á Dios unida,
Y pudo, convertida
En pura leche, alimentar su infancia,
Esa, Bernardo, agora te convida
Con su dulce alimento soberano.
Ensancha el pecho ufano,
Do atesores tan próspera ganancia;
Leche que dió la natural sustancia
Al humanado Cristo, y á tu boca
Se comunica (¡oh raro sacramento!)
Por mano de una vírgen, cuyo asiento
Sobre el mayor arcángel se coloca,
A quien tan solo toca
Bañar de su licor tu rico labio,
Purificado y sábio
Mas que el antiguo que en el siglo ciego
Abrasó el serafin con sacro fuego.
Purifica tu labio un regalado
Y sacro fuego, envuelto en leche pura,
Mezclada su dulzura
Con la encendida caridad, que abrasa
El bronce mas helado y piedra dura,
Y dejará tu aliento preparado
Para encender lo helado.
Es, pues, la leche tuya ardiente brasa,
Que ya penetra de la lengua, y pasa
Al vivo corazon, y le despierta;
No aquella leche, no, que le entorpece,
Ni menos la que á Sísara adormece,
Inadvertido de su vida incierta,
Helada leche y muerta,
Pues vino á ser mortífero cuchillo
Del bárbaro caudillo,
Sus bienes entregando al clavo y leño,
Que eternizó su miserable sueño.
Clavo y leño se siguen al precioso
Alimento de Cristo (¡oh noble santo!);
Pero diversos tanto,
Que dan aquellos muerte y estos vida,
Y en gozo cambian el afan y el llanto.
Bebe sin miedo tu licor sabroso,
Que es néctar misterioso,
En que la vida misma está escondida;
Miel y leche del alma agradecida,
Cuya mezcla suave y regalada
Cristo apetece en su divina esposa,
Y en la arboleda fresca y olorosa
Esta bebida es la que mas le agrada;
Y pues comunicada
Tambien contigo, tanto la apeteces,
A él mismo te pareces
En la elecion del generoso gusto,
Por serle en todo imitador al justo.
Fuiste y serás (oh gran Bernardo) aquella
Tersa y blanca paloma, tan sencilla,
Que en la dorada orilla
Habita de la próspera corriente,
Dando á la Iglesia alegre maravilla
Sus ojos puros y su forma bella;
Faltaba solo en ella
El dulce baño de tu leche ardiente.
Ya lo recibes hoy felicemente.
Será ya incomparable tu pureza;
La paloma serás perfecta y rara,
A los divinos ojos siempre cara
Por tu esmerada singular limpieza.
¡Oh abundante riqueza
De aquella tierra fértil de María,
Donde se engendra y cria
La dulce miel y leche, y siempre mana;
Cambio feliz de la mortal manzana.

DISCURSO ALEGÓRICO.

A la milicia espiritual de san Bernardo, segun la verdad de su historia, cuya noticia se supone.

Antes que el fuerte capitan Bernardo
Viniera al mundo á militar por Cristo,
Gran término del orbe poseia
El enemigo horrible; apenas hubo
Donde se guarecer el gran caudillo
(Como Pelayo en la asolada Hesperia);
Hizose fuerte en un cerrado bosque,
Donde con breve numero de infantes
Los bélicos encuentros rebatia.
Dióle el asalto la invencible carne,
Sale Bernardo á la batalla, y dentro
De un lago helado la sumerge y hunde.
Quiso por hambre misera rendirle
El apetito, en cuyo grande aprieto
Le fueron pasto las silvestres hayas,
Y alguna vez por milagrosa industria
De limitado pan le entró socorro.
Ya embisten la discordia y la fogosa
Ira, y procuran derribarle y hieren
Su desarmada faz, mas no le vencen;
Que en su ayuda llamando al sufrimiento,
Sin mudar puesto alcanza la vitoria.
Crece la fama del campeon cristiano,
Y en breve acuden á su blanca enseña
Guerreros infinitos, cuya lista
Dios le mostrara en una fiel consulta.
Firmes presidios luego les fabrica,
Do el órden suyo militar siguiendo,
Las posesiones de su Rey ensanchan.
Siente su oprobrio el enemigo, y arma
Nuevos guerreros que su furia venguen.
Parte sagaz la vanagloria, y tienta
Hacer parcialidad con las virtudes.
Ellas las rebatieron, mas sobre ellas
El muro escala y á ganarle aspira.
Precipitóla, en fin, de lo mas alto
Bernardo, temeroso de su encuentro;
Viéndola así yacer, ya no se halla
Soldado alguno que la lid mantenga.
Pudo Bernardo de su campo y huestes
Libre ausentarse á diferentes guerras,
Que el enemigo mismo en la corona
Del imperio católico encendia
Contra Inocencio, de la Iglesia padre.
Llegó, miró y venció Bernardo heróico
Con animoso esfuerzo y con prudencia:

Dirálo Pedro, el mísero caudillo,
El que usurpaba de Anacleto el nombre,
Y aun lo dirá el indómito Guillermo,
Guerrero entonces del contrario bando,
Y por Bernardo al nuestro reducido.
Volvió el campeon á visitar los fuertes
Soldados de su campo veteranos,
Y los presidios de modernas haces,
Y con hazañas nuevas espantosas
Amedrentó los enemigos viles,
Que de infelice gente apoderados,
Atormentaban con horror sus cuerpos.
Huyeron pues los mónstruos, retiróios
A lo escondido de su reino oscuro.
Pobló la tierra de colonias santas,
Donde lo conquistado conservasen
Contra el ardid y máquinas contrarias.
En medio de las armas no sabia
Dejar la pluma, como ya el prudente
Valentísimo César; vénse agora
En sus escritos las industrias todas
De la milicia que conquista el cielo.
Agradecidos á servicios tantos
Del capitan los soberanos reyes,
Fueron á visitarle en la batalla
Y á otorgarle magníficas mercedes.
Ya Cristo, el Rey, le abraza estrechamente
Y le adjudica por ilustres armas
La cruz, los clavos, la coluna y lanza,
Y otros despojos, que Bernardo abraza.
Acogióle la Reina entre sus brazos
Con los halagos que á su propio Hijo.
A vista de los reyes siempre anduvo
El guerrero feliz en mil victorias,
Hasta que ya en su excelso capitolio
Triunfando obtuvo la corona y palma.

CANCION.

A la beata madre Teresa de Jesus, que por espacio de veinte años fué examinada de Dios con perpétua sequedad y ausencia en la oracion.

Con dulce afan y grato desconsuelo
Sirvió Jacob á su Raquel hermosa,
Viviendo en su presencia ausente y solo,
Mientras el sol por senda luminosa
Dió siete y siete veces vuelta al cielo,
Y luz al nuestro y al contrario polo.
Premió al pastor su fiel amor; premiólo,
Dando seguro fin á su esperanza.
Tú en semejante, aunque mayor, empresa,
Viste, insigne Teresa,
Cuánto una fe perseverante alcanza;
Que en temerosa ausencia, intolerable,
A tu esposo Jesus tambien serviste
Por años veinte con mayor firmeza
Que el yerno de Laban, y mas tristeza,
Siempre ardiendo en amor y siempre triste,
Sin ver su faz alegre y voz amable;
Y fuera ya el desden incomparable,
Si mas tiempo, en combate tan penoso,
Dios te negara á tu querido Esposo.
Como del jóven próspero Tobías
La ausente madre, entonces te contemplo,
Cuando buscabas á tu caro ausente
(Bien que á tu amor es limitado ejemplo).
¡Oh cuántas veces ella y cuántos dias
Con flébil rostro y corazon doliente,
Remota de sí misma y diligente,
Los campos del contorno visitaba,
Por ver si en esta, si en esotra senda
Ya su esperada prenda
Distante alguna vez se divisaba!
Tú, con ansia mayor, Teresa santa,
Por mil derrotas y veredas nuevas
En la oracion á tu Jesus procuras;
Y aunque enterneces sus entrañas puras,
Él de tu voz se esconde, y varias pruebas
Hace en tu amor, de cuya fe se espanta;
Y en lucha tal y repugnancia tanta,
Tu vigor crece, y como fértil palma,
Con mas y mas virtud se encumbra el alma.
El prevenido artífice prudente,
Que la materia generosa y fina
Del oro limpio conocer espera,
No vemos que lo toca blandamente,
Ni sus quilates puros examina
En tierna masa ó regalada cera;
Antes lo experimenta en la severa
Piedra, al exámen duro diputada.
Así de tu virtud (rico tesoro)
Dios manifiesta el oro,
No con afable trato y sosegada
Luz de contemplacion, mas con amarga
Ausencia temerosa y con desvíos,
Muestras de sequedad, cuya dureza
Descubra enteramente la fineza
De tu lealtad, de tus ardientes brios.
Pon firme el hombro á la terrible carga;
Que el desamparo y el ausencia larga
No es sequedad en Dios, es confianza
Del fuerte aliento que tu pecho alcanza.
Sufrir del apetito un vil contraste
El alma en la oracion siempre afligida,
Camino es agro de subir al cielo;
Mas siendo un breve término la vida,
Será el cansancio corto, aunque se gaste
Toda en perpétua angustia y desconsuelo.
Y si tu gran constancia y vivo celo
A la escabrosa lid se aplica tanto,
Aun sin ver de tu vida el fin cumplido,
Tendrás ya merecido
De gloria soberana el premio santo.
Y sobraráte edad en que ya vea
Tu feliz alma aun antes de la muerte
El rostro amado del eterno Esposo,
Y sientas de su labio el amoroso
Y dulce razonar (¡oh alegre suerte!).
Date gran priesa á padecer; emplea
Sin miedo tu caudal, para que sea
Mas breve el plazo de gozar los bienes
Sacros que en vida prevenidos tienes.
Tú ves, cancion, que me fatigo en vano,
Las guerras procurando enamoradas
Reducir de Teresa en versos breves,
Siendo á su ejemplo frívolas y leves
Las del latino Rey, las del greciano,
Ya en tan luengos discursos relatadas.
Si á empresas intentadas
Se debe honor, merécelo mi intento;
Proseguiré callando
Humilde, y protestando
Que apenas he templado el instrumento.

CANCION ALEGÓRICA.

Al mismo asunto.

Rompió Teresa al alma las amarras
Del mundo en las riberas engañosas,
Por dar su bella nave al golfo abierto.
Aligeró de máquinas pomposas,
De flámulas distintas y bizarras,
Que la adornaban, ocupando el puerto;
Y abriendo el mar y su camino incierto,
Propone en su viaje,
Por mas que el viento su bajel trabaje,
Las ricas Indias ver del sacro Oriente;
Conoce que en la playa ociosamente
Gastaba el tiempo favorable, y sabe
Que fuera contingente
Allí anegarle el huracan su nave.
Partió, y apenas se miró engolfada,
Cuando, expelido de la propia tierra,
El récio viento con horror la embiste.
Arman las olas espantable guerra,
El cielo se le encubre, y contrastada
Del mar y viento, intrépida resiste.
Oye Teresa con murmurio triste
Los pasajeros viles
Formar quejas y llantos femeniles;
La tropa de rebeldes apetitos,
Que á voces y clamores infinitos
Ya revocar pretenden la derrota,
Fuera seguir sus gritos

Dejar la nave entre las ondas rota.
Sufre constante el temeroso encuentro
De aquella tempestad, y no desmaya
Viendo borrascas mil en pos de aquella,
Que ya la nave arrojan á la playa,
Ya al cielo la levantan, ya en el centro
Casi del golfo airado dan con ella.
Busca su Norte y su divina Estrella
Teresa, no vencida,
Y á la razon constante, aunque oprimida,
Todo el gobierno de la nave encarga.
Ya su naval tribulacion se alarga
Tanto, que arroja al piélago marino
Toda supérflua carga
Que pueda ser de estorbo á su camino.
Y aun quiera el cielo que el alivio baste
Contra el hinchado mar; ¡oh cuántas veces
Tocó la nave en seco, vió presente
Ya su naufragio, y los inmundos peces
Creyeron ocupalla, dando al traste,
Si de la fe invencible y diligente
No asiera el ancla en el arena el diente!
Teresa en llanto amargo
Lamenta su camino triste y largo,
Que en destierro y ausencia tan penosa
Le encubre la ribera venturosa,
Do espera ver los reinos deseados,
Cuya vista dichosa
Premie sus ojos, de llorar cansados.
Cancion, pues elegiste
Prolijo asunto y triste,
Deja tu nave al fiero golfo expuesta;
Que alguna voz mas dulce que la mia
Podrá cantar el dia
Que al puerto arribe con alegre fiesta.

Á LA HUMILDAD MARAVILLOSA DE SANTA TERESA EN SUS REVELACIONES, QUE VIENDO AL MISMO CRISTO, NO LO CREIA; ANTES, POR CONSEJO DE SUS CONFESORES, SE SANTIGUABA Y LE DABA HIGAS, COMO Á VISION DE DEMONIO.

Tanto se levanta al cielo,
Teresa, vuestra humildad,
Que nuestra capacidad
Pierde en su alabanza el vuelo.
A no aprobar tal virtud
Dios con traza milagrosa,
Pareciera sospechosa
Especie de ingratitud.
Pues cuando, muerto por vos,
Él mismo os anda á buscar,
Venis vos á consultar
Si daréis crédito á Dios.
A fe que de alguno oigais
Lo que os pesara de oir;
Que os ha de mandar huir
Del mismo á quien adorais.
Pero mientras reprimida
Dudais si es Dios, mejor es
De humilde ser descortés,
Que de cortés presumida.
Dad mil higas á su luz,
Santiguáos á cruces dél;
Que Dios es hombre que en él
Caen bien las higas y cruz.
La cruz, por dársela vos;
Las higas, por lindo y bello;
Así que, cumplis en ello
Con la obediencia y con Dios.
Bien poco á Pedro imitais
En la cumbre del Tabor;
Él quisiera el resplandor
Perpétuo, y vos le ultrajais.
No entiendo fué de manera
Vuestra ceguedad oscura,
Que Dios con lumbre tan pura
No os dejase ver quién era.
Mas en esa alma sencilla,
No solo la voluntad,
Sino la misma verdad,
A la obediencia se humilla.
Es la humildad que seguis
Cual no sabré encarecer,
Pues no os consiente creer
Lo que veis, mas lo que ois.
Rara prudencia os refrena,
Asegurad cualquier daño;
Si hubiere riesgo de engaño
Correrá por cuenta ajena.
Y mejor es, de advertida
(Por no arrepentiros tarde),
Salir cauta de cobarde,
Que de osada arrepentida.
La siempre humilde María,
Cuando encarnó su Criador,
Indigna de tanto honor,
Preguntó cómo sería.
¿Qué mucho pues que tembleis,
Teresa, aunque el propio Dios
Sintais que se alberga en vos,
Diciendo que no dudeis?
Él quiere temais viviendo;
Y así, cuando os busca y llama,
Aun crédito á lo que os ama
Gusta que le deis temiendo.

LIRAS.

Al desposorio que celebró Cristo con la misma santa.

Espíritu abrasado,
Que ya mi celo y mi rudeza has visto,
Y viste el celebrado
Fiel desposorio de Teresa y Cristo,
Mueve mi voz al canto
En dulce y breve epitalamio santo.
De la suprema alteza
Partió Jesus á visitar el suelo;
Y siendo á su grandeza
Palacio angosto la region del cielo,
Quiso alojarse ufano
En solo un simple corazon humano.
Fué humilde la morada
Para el supremo Rey, mas limpia y bella,
De telas adornada,
Que el tierno corazon prestaba en ella;
Aquí la esposa pura
Alegre atiende su feliz ventura.
Tantas las luces fueron;
Y llamas de su amor que ardiendo estaban,
Que el sol escurecieron,
Cuyos mortales rayos se afrentaban;
Y así, Teresa via
Sola su luz, no la comun del dia.
Dióle Jesus piadoso
La diestra mano, y dijo dulcemente:
«Yo quiero ser tu esposo.»
La esposa, ardiendo en fe correspondiente,
A la palabra suya
Responde: «¡Oh mi Jesus, tambien soy tuya.»
Grato coloquio y tierno
Forman los dos, que en vivo testimonio
Confirma el lazo eterno
De su constante y puro matrimonio;
En Cristo el alma bella
De Teresa reside, y Cristo en ella.
El gozo de la esposa
¿Cuál encendida voz podrá decirlo,
Si al alma generosa
Capacidad faltó para sentirlo?
Y aun lo sintiera menos
Si Dios no usara de ensanchar sus senos.
De la superna altura
Los ángeles se avientan á la tierra
Por ver una criatura,
Cuyo Criador su corazon encierra.
Los orbes y elementos
Forman en tanto armónicos acentos.
Las almas se alegraban
Del ancho empíreo en todos sus confines;
Con viva voz clamaban (1),
«Teresa es de Jesus,» los serafines;
Mas otros que lo oian,

(1) Así la edicion primitiva; la de Fernandez dice: «Con viva luz.»

«Y Jesus de Teresa, » respondian.
En fin, el alma pura
Quedó bañada en gozo tan profundo,
Que ya por vil y oscura
Juzga la vida y luz del bajo mundo;
Y del corpóreo velo,
Cual Pablo, espera la desate el cielo.

SONETO.

A la paloma que salió de la boca de esta santa en su muerte.

La cándida paloma, honor del suelo,
Que es la perfecta y una, á quien su Esposo,
Llamó del monte Líbano frondoso,
Ya parte á su llamado del Carmelo.
Pasó el rigor del ivernizo hielo,
Y del cóncavo nido pedregoso
Vuela á gozar el íntimo reposo;
Ved cuál se encumbra, ya penetra el cielo.
¡Oh cuánto la remira el que la aguarda,
Desde sus piés hasta sus ojos bellos!
Oh cuál la admite con abiertos brazos!
Alegre puedes acogerte en ellos,
Do con tu Esposo dulce, ave gallarda,
Unida vivas en eternos lazos.

AMINTA.

FABULA PASTORAL DE TORCUATO TASSO,

TRADUCIDA

POR DON JUAN DE JÁUREGUI.

PERSONAS.

AMOR, *en hábito pastoril.*
DAFNE, *compañera de Silvia.*
SILVIA, *amada de Aminta.*
AMINTA, *enamorado de Silvia.*
TIRSI, *compañero de Aminta.*
SÁTIRO, *enamorado de Silvia.*
NERINA, *mensajera.*
ERGASTO, *mensajero.*
ELPINO, *pastor.*
CORO DE PASTORES.

PROLOGO.

AMOR, *en hábito pastoril.*

¿Quién creyera que en esta humana forma,
Y así en estos despojos pastoriles,
Estaba oculto un dios? No un dios agora
Salvaje ó de la plebe de los dioses,
Mas entre los celestes y los grandes
El de mayor poder; que muchas veces
Derriba á Marte la sangrienta espada
De la robusta mano, y á Neptuno,
Que las tierras combate, el gran tridente,
Y los rayos á Júpiter supremo.
En este aspecto y en aquestos paños
No reconocerá tan fácilmente
Mi madre Vénus al Amor, su hijo.
Esme forzoso andar huyendo della,
Y disfrazarme así, porque ella quiere
Disponer á su gusto de mis flechas
Y de mí mesmo; y de ambicion movida,
Cual liviana mujer, me insiste y lleva
A las ilustres cortes y los cetros,
Y allí procura que mi fuerza emplee;
Y solo al vulgo de ministros mios,
Mis menores hermanos, da licencia
Que puedan alojarse entre las selvas,
Y usar las armas en silvestres pechos;
Yo, que no soy criatura, aunque mi rostro
Lo representa y mi ademan travieso,
Quiero usar de mis armas á mi gusto
Y disponer de mí segun mi antojo;
Que á mí fué concedido, y no á mi madre,
El fuego omnipotente y arco de oro.
Por esto, disfrazándome y huyendo,
No su imperio, que en mí no tiene alguno,
Mas los ruegos, que al fin, siendo de madre,
Tienen fuerza, me escondo entre las selvas
Y en las cabañas de la gente humilde.
Ella me sigue y busca, prometiendo
A quien me manifieste un dulce abrazo
O algun premio mayor, cual si no fuese
Yo poderoso para dar en cambio
Regalos semejantes ó mayores
A quien me encubra della. Esto á lo menos
De cierto sé: que los halagos mios
A las doncellas les serán mas gratos,
Si yo, que soy Amor, de amor entiendo.
Así me busca de ordinario en vano;
Que nadie quiere revelarme, y callan,
Pues por estar aun mas oculto, y que ella
No pueda descubrirme por las señas,
Dejé las alas, el aljaba y arco;
Mas no por eso vengo desarmado,
Que aquesta que parece simple vara,
Es mi encendida hacha transformada,
Y toda espira llamas invisibles;
Tambien aqueste dardo, aunque no tiene
La punta de oro, es de divino temple,
Y do quiera que pica, amor imprime.
Hoy he de hacer una profunda herida,
No menos incurable, al duro pecho
De la mas cruda ninfa que en los campos
Siguió jamás el coro de Diana.
Será tan grande llaga la de Silvia,
Que este es el nombre de la ninfa fiera,
Como una que yo hice, habrá algun tiempo,
Al tierno pecho del zagal Aminta,
Cuando los dos de un modo pequeñuelos,
Él por el campo á caza la seguia;
Y porque el golpe en ella mas encarne,
Esperaré que la piedad primero
Ablande el duro hielo, que apretado
Al rededor del corazon le ha puesto
La honestidad y virginal decoro;
Y en el instante mismo que lo sienta,
Algo mas tierno, lanzaréle el dardo;
Pues para ejecutar cómodamente
Mi empresa noble, ir quiero (1) á entremeterme
Envuelto con la turba de pastores,
Que todos festejantes, coronados,
Aquí se juntan ya, donde los dias
Solenes gastan en solaz y fiesta;
Y fingiré ser uno de su escuadra.
En este puesto, en este, haré mi golpe,
Que no le puedan ver mortales ojos.
Hoy estas selvas en manera nueva
Se oirán hablar de amor; hoy ha de verse
Que aquí presente mi deidad asiste
Ella en sí misma, y no en ministros suyos.
Inspiraré sentido noble y puro
A los rústicos pechos, y en sus lenguas
Pondré un estilo dulce y delicado,
Pues en cualquiera parte que yo asista
Soy Amor en efeto, en los pastores
No menos que en los héroes poderosos;
Y la desigualdad de los sugetos,
Como me place, igualo. Esta es la suma
Gloria que alcanzo, el gran milagro mio:
Que suelo hacer las rústicas zampoñas
A la lira mas docta semejantes.
Y si mi madre, que desdeña el verme
Andar errando por agrestes bosques,
Esta verdad no reconoce acaso,
Ella es ciega, no yo, que falsamente
Usa llamarme ciego el ciego vulgo.

ACTO PRIMERO.

DAFNE Y SILVIA.

DAFNE.

¿Querrás, Silvia, en efeto
Sin los placeres de la hermosa Vénus

(1) Otras ediciones dicen *inquiero.*

Pasar tus verdes y floridos años?
¿Ni oirás el dulce nombre
De madre, ni verás los tiernos hijos
Con apacible juego rodearte?
Muda, muda de intento,
Simplecilla de tí, que no te entiendes.

SILVIA.

Siga otra los contentos amorosos,
Si es que hay en el amor algun contento.
Yo desta vida gusto, y mi deleite
Es atender al arco y la saeta,
Seguir la fiera fugitiva, y luego
Aterrar combatiendo la mas brava;
Y mientras no faltaren
Al bosque fieras y á la aljaba flechas,
A mí no temo que placeres falten.

DAFNE.

Desabridos placeres
Por cierto, y vida en todo desabrida,
Que si agora te agrada,
Es por no haber probado otra ninguna.
Así la gente que habitó primero
En el mundo, que aun era simple infante,
Tuvo por dulce y buen mantenimiento
Agua y bellotas; ya bellotas y agua
Es manjar y bebida de animales,
Por ser puestas en uso uvas y trigo.
Tú por ventura si una vez gustases
Cualquier mínima parte del contento
Que goza un corazon amante amado,
Dijeras, suspirando, arrepentida:
«Todo el tiempo se pierde
Que en amar no se gasta.
¡Oh mis pasados años!
Cuántas prolijas noches,
Cuántos silvestres solitarios dias
He consumido en vano,
Que pudiera ocuparlos
En estos amorosos pasatiempos.»
Muda, muda de intento,
Simplecilla de tí, que no te entiendes,
Y arrepentirse tarde importa poco (1).

SILVIA.

Cuando yo arrepentida, suspirando,
Esas palabras diga,
Que tú finges y adornas á tu gusto,
Hácia sus fuentes volverán los rios,
Huirá el hambriento lobo del cordero,
El galgo de la liebre, amará el oso
El mar profundo y el delfin los Alpes.

DAFNE.

Conozco ya la juventud esquiva.
Así cual eres tú, tambien yo he sido;
Así tambien gocé de gentileza,
De rostro hermoso y de cabello rubio;
Así tuve, cual tú, los labios rojos,
Y en mis llenas mejillas delicadas
Mezclada así con el jazmin la rosa.
Acuérdome que solo era mi gusto
(¡Qué simple gusto!) componer las redes,
Armar con liga la una y otra mata,
Dar nuevos lilos en la piedra al dardo,
Y acechar de las fieras en el bosque
La cueva y huellas; y si vez alguna
Era mirada de lascivo amante,
Volvia la vista rústica y salvaje
Al suelo con vergüenza desdeñosa,
Desplaciéndome entonces la hermosura
Tanto como á los otros agradaba,
Cual si fuera mi culpa ó mi deshonra
El ser vista, querida y deseada.
Mas ¿qué no puede el tiempo, y qué no puede,
Sirviendo, mereciendo y suplicando,
Hacer un importuno y fiel amante?
Vencida fuí, yo lo confieso, y fueron
Del vencedor las armas
Humildad y continuo sufrimiento,
Llanto, suspiros y piadosos ruegos.
Mostróme, en fin, entonces
La oscura sombra de una breve noche
Lo que la luz de mil enteros dias
En largo tiempo no me habia mostrado;
Reprehendíme entonces de mi engaño
Y simple ceguedad, y suspirando,
Con voz alegre dije:
«Toma allá, Cintia, tu bocina y arco;
Que desde aquí renuncio
Tu aljaba, flechas, ejercicio y vida;
Así tambien espero que tu Aminta
Llegue á domesticar en algun dia
Esa tu condicion rústica y dura,
Y ablande en ese pecho
El intratable corazon de acero.
¿No es un gentil mancebo? No te quiere?
¿Acaso no es querido de otras ninfas?
¿Te deja á tí por el amor de alguna
O por el ódio tuyo?
Pues ¿en nobleza acaso le aventajas?
Si tú eres hija de Cidipe, y esta
Nació del dios de nuestro noble rio,
Él de Silvano es hijo, cuyo padre
Fué Pan, aquel gran dios de los pastores.
No es menos que tú bella, si te miras
Al espejo tal vez de alguna fuente,
La cándida Amarílis, y él desprecia
Sus afables caricias,
Y sigue tus desprecios desdeñosos;
Haz cuenta, y quiera el cielo que sea vana,
Que él, de tí desdeñado, al fin procura
Agradarse de aquella que lo adora;
Qué sentirás me di; ¿con cuáles ojos
Verás tu amante con ajeno dueño,
Y ya en ajenos brazos,
Feliz y alegre, estar de tí burlando?

SILVIA.

Haga Aminta de sí lo que gustare,
Y de su amor, que á mí me importa poco;
Y como no sea mio,
De quien quisiere sea;
Mas no será, no le queriendo, mio,
Y aunque él lo fuese, yo no seria suya.

DAFNE.

¿De dónde nace tu aborrecimiento?

SILVIA.

De su amor solamente.

DAFNE.

Padre apacible de hijo riguroso,
¿Cuándo se vió del corderillo manso
Nacer el tigre, ni del cisne el cuervo?
O á mí, Silvia, me engañas, ó á tí mesma.

SILVIA.

Aborrezco su amor, porque aborrece
Su amor mi honestidad, y amélo en tanto
Que de mí quiso lo que yo queria.

DAFNE.

Tú quieres lo peor, y él te desea
Lo que á sí mismo.

SILVIA.

Tú, mi Dafne, calla,
O habla de otra cosa, si pretendes
Que te responda.

DAFNE.

¡Qué desapacible!
Qué soberbia rapaza! Dime al menos,
Si otro alguno te amara,
¿Admitieras su amor desa manera?

SILVIA.

De aquesta misma admitiré á cualquiera
Insidiador de mi virgíneo pecho,
Que tú llamas amante, y yo enemigo.

(1) Edicion primitiva.

DAFNE.

¿Juzgas por enemigo
Por ventura el carnero de la oveja,
El toro de la vaca?
Juzgas por enemigo
Al caro esposo de su tortolilla?
Juzgas por tiempo, acaso,
De enemistad y enojo
La dulce primavera,
Que agora alegre y verde
Enseña á amar el mundo y animales,
Los hombres y mujeres, y no adviertes
Cómo todas las cosas
En este tiempo están enamoradas
De un amor apacible y provechoso?
Mira allí aquel palomo
Con qué dulces arrullos y caricias
Besa á su compañera,
Oye aquel ruiseñor, de ramo en ramo
Cómo salta, cantando: «Yo amo, yo amo.»
Pues la culebra, si es que no lo sabes,
Deja el veneno y corre
Fervorosa al amante;
Siente de amor el tigre,
Ama el bravo leon; tú sola, fiera
Mas que las fieras todas,
Le niegas en tu pecho acogimiento.
Mas ¿qué digo leon, serpiente y tigre,
Que tienen sentimiento?
Tambien aman los árboles y plantas.
Mirar puedes la vid con cuánto afecto
Y con cuántos abrazos repetidos
A su marido enlaza.
Ama un abeto al otro, el pino al pino,
El fresno al fresno, el sauce por el sauce,
Y una por otra haya arde y suspira;
Aquella grande encina,
Que parece tan áspera y salvaje,
Siente tambien el amoroso fuego;
Y si tuvieras tú de amor sentido,
Bien sus mudos suspiros entendieras.
¿Que has de ser en efeto para menos
Que las plantas, huyendo ser amante?
Muda, muda de intento,
Simplecilla de tí, que no te entiendes.

SILVIA.

Pues bien, cuando á las plantas
Oyere los suspiros,
Digo que entonces quiero ser amante.

DAFNE.

Tú recibes á burla mis consejos
Fieles, y así con mis palabras juegas.
¡Oh en amor sorda, cuánto boba y necia!
Mas anda, vendrá tiempo en que de veras
De no haberlos seguido te arrepientas.
Y no te digo cuando irás huyendo
Las fuentes, donde agora te deleitas;
Cuando huirás las fuentes, por el miedo
De verte ya tan arrugada y fea,
Bien que esto te avendrá. Mas no te anuncio
Esto solo, que aunque es tan grave daño,
Es daño al fin comun; ¿no te se acuerda
Lo que Elpino contaba el otro dia,
El sábio Elpino, á su Licori hermosa?
¿La que en Elpino puede con los ojos
Lo que él debiera en ella con el canto,
Cuando el deber en el amor se hallara?
Pues lo contaba, oyendo Bato y Tirsi,
De amor grandes maestros, en la cueva
De la aurora, do encima de la puerta
Escrito está: «Léjos de aquí, profanos.»
Él dijo (y dijo que se lo habia dicho
Aquel, de ingenio grande,
Que cantó los amores y las armas,
Cuya zampoña le dejó muriendo)
Que hay una oscura cueva en el infierno,
Allá donde los hornos de Aqueronte
Exhalan negro humo abominable,
Y que en aquesta con tormento eterno
De llanto y de tinieblas espantosas
Son castigadas merecidamente
Las mujeres ingratas y rebeldes.
Aguarda, pues, que allí se te apareje
Albergue á tu fiereza, y será justo
Que saque el humo llanto de unos ojos
Do la piedad jamás pudo sacarlo.
Sigue, sigue tu estilo,
Desconocida ninfa y obstinada.

SILVIA.

Y ¿qué le respondió Licori entonces
A tales cosas?

DAFNE.

Tú del propio hecho
Nada cuidas, ¿é inquieres los ajenos?
Con los ojos le dió respuesta.

SILVIA.

¿Cómo
Responder pudo con los ojos solos?

DAFNE.

Ellos, á Elpino vueltos, respondieron
Con una dulce risa: «Tuyos somos,
Y el mismo corazon de la que miras.
Ni mas debes pedirle,
Ni mas te puede dar.» Y esto bastara
Por muy cumplido premio al casto amante,
Cuando él aquellos ojos
Juzgara verdaderos como bellos,
Y entera fe les diera.

SILVIA.

Y ¿por qué no los cree?

DAFNE.

Luego ¿no sabes
Lo que Tirsi escribió cuando, perdido,
Sin seso, ardiendo anduvo por los campos
De tal manera, que á la par movia
Piedad y risa en ninfas y pastores?
No fué lo que escribió digno de risa,
Si bien sus hechos, como ves, lo fueron.
Él escribió mil troncos, y con ellos
Creció la letra juntamente y versos,
Donde me acuerdo haber así leido:
«Falsas lumbres, espejos engañosos
Del triste corazon, bien os conozco,
Y los engaños vuestros; mas ¿qué importa,
Si amor impide que de vos me aparte?»

SILVIA.

Yo estoy perdiendo el tiempo aquí en palabras,
Sin acordarme que es el dia prescrito
Que habemos de ir á la ordenada caza
Del encinal. Si te parece, Dafne,
Me espera en tanto que en la fuente lavo
El polvo, de que estoy toda cubierta
Desde ayer, por seguir un presto gamo
Que al fin pude matar.

DAFNE.

Esperaréte,
Y aun yo quizá me bañaré contigo;
Mas quiero ir antes á mi casería,
Pues hasta agora no parece tarde.
Espérame en la tuya: iré á buscarte,
Y en tanto piensa tú lo que te importa
Mas que la fuente y caza, y si no sabes,
Cree que no sabes, y á los sábios cree.

AMINTA Y TIRSI.

AMINTA.

He visto al llanto mio
El mar, las piedras responder piadosas,
Y suspirar las hojas
He visto al llanto mio;
Mas no he visto jamás, ni ver espero,
Compadecerse mi enemiga bella
(Que no sé si mujer la nombre ó fiera);
Pero ya niega ser mujer humana
La que piedad me niega,

No habiéndola negado
Hasta la dura inanimada piedra.

TIRSI.

Pace el cordero la menuda yerba,
Y el lobo se alimenta del cordero;
Mas el amor de lágrimas se ceba,
Y sin jamás mostrarse satisfecho.

AMINTA.

Ay triste, que el amor bien satisfecho
Está ya de mi llanto; solo tiene
Sed de mi sangre, y quiero que mi sangre
Él y mi ingrata con los ojos beban.

TIRSI.

¡Ay, Aminta infeliz! ¿Qué devaneas?
Qué estás diciendo? Esfuérzate y conforta,
Que otra ninfa hallarás, si te desprecia
Esta cruel.

AMINTA.

¿Cómo podré hallar otra,
Si hallarme á mí no puedo? Y si yo mismo
Me perdí, ¿qué ganancia
Adquiriré jamás que me contente?

TIRSI.

¡Oh mísero zagal! no desesperes;
Que adquirirás la misma que deseas.
Sabe que el tiempo largo enseña al hombre
Poner freno al leon y tigre hircana.

AMINTA.

Sí, pero el desdichado
No puede largo tiempo
Sostener la tardanza de su muerte.

TIRSI.

Será breve tardanza, porque en breve
Se enojan las mujeres y se aplacan,
A quien naturaleza hizo mudables
Mas que la hoja al viento y que la punta
De blanda espiga. Pero yo te ruego
Que de lo oculto de tu triste estado
Me dés noticias; que si bien me has dicho
Diversas veces que de veras amas,
La causa de tu amor siempre callaste;
Y mi fiel amistad pienso merece,
Con el comun estudio de las musas,
Que me descubras lo que á todos celas.

AMINTA.

Tirsi, yo soy contento de decirte
Lo que las selvas, montes y los rios
Ya saben, y los hombres no lo saben;
Porque ya estoy tan cerca de mi muerte,
Que me importa dejar quien manifieste
De mi morir la causa, y que la imprima
En la corteza de una haya infausta,
Junto al lugar do yacerá mi cuerpo,
Donde tal vez pasando aquella ingrata,
Huelgue pisar los infelices huesos
Con el soberbio pié, y entre sí diga:
«Este es mi triunfo;» y de mirar se alegre
Que ya es patente su vitoria á todos
Los pastores vecinos y extranjeros,
Que allí traiga la suerte, y ser podria
(Mas mucho espero) se llegase un dia
Que ella, aunque tarde, de piedad movida,
Llorase muerto al que quitó la vida,
Diciendo: «¡Oh! ya viviese y fuese mio.»
Mas oye agora.

TIRSI.

Di, que bien te escucho,
Quizá con mejor fin que tú no piensas.

AMINTA.

Siendo yo zagalejo,
Tanto, que apenas con la tierna mano
Podia alcanzar de las primeras ramas
En los pequeños árboles el fruto,
Tuve pura amistad con una ninfa
La mas amable y bella
Que al viento dió jamás sus hebras de oro.
Bien conoces la hija de Cidipe
Y del rico Montano, Silvia cara,
Honor de nuestras selvas
Y ardor de nuestras almas; desta digo.
Viví con esta un tiempo tan unido,
Que entre dos tortolillas mas conforme
Fidelidad ni se verá ni ha visto.
Eran nuestros albergues
Bien juntos, pero mas los corazones;
Conformes las edades,
Pero los pensamientos mas conformes.
Con ella muchas veces
Tendí la red á pájaros y á peces;
Seguí con ella el ciervo y el veloz gamo,
Y era comun la caza y el contento.
Mas mientras de animales hacia presa,
Sin saber cómo, fuí yo mismo preso.
Poco á poco nació en el pecho mio
No sé de qué raíz (como la yerba,
Que suele de sí misma ella nacerse) (1),
Un incógnito afecto,
Que mi deseo movia
A ver siempre delante
Mi compañera Silvia,
Y de sus bellos ojos
Solia gustar una dulzura extraña,
Que al fin dejaba un no sé qué de amargo.
Mil veces suspiraba, y no sabia
Cuál fuese la ocasion de mis suspiros.
De manera que fuí primero amante
Que al amor conociese. Vine al cabo
Bien á entenderlo; mas el modo escucha,
Y nota cómo fué.

TIRSI.

Debe notarse.

AMINTA.

De un álamo á la sombra Silvia y Filis,
Y yo junto con ellas,
Huyendo el sol estábamos un dia,
Cuando una abeja, que ligera andaba
Su miel cogiendo en los floridos prados,
A Filis fué volando,
Y en la mejilla hermosa,
Mas fresca y mas rosada que la rosa,
A nuestros ojos le picó, atrevida
(Quizá engañada con la semejanza,
Creyó que fuese flor). Entonces Filis,
Como impaciente, comenzó á quejarse
De la aguda picada;
Pero mi bella Silvia dijo: «Calla,
Calla; no te lamentes, Filis mia,
Que con palabras, que yo sé, de encanto
Te quitaré el dolor. Este secreto
Supe de Aresia, maga, y le dí en trueco
Mi cuerno de marfil y engaste de oro.»
Esto diciendo, avecinó los labios
De aquella dulce boca á la mejilla
Herida, y blandamente murmurando,
Dijo no sé qué versos, y al momento
¡Maravilloso efecto! sintió Filis
Quitársele el dolor. Ó fué la fuerza
Y virtud de las mágicas palabras,
O, como yo presumo,
La virtud de la boca,
Que sana lo que toca;
Pues yo, que hasta entonces
Otra ninguna cosa deseaba
Que la agradable lumbre de sus ojos,
Y sus palabras dulces, mas suaves
Que el lento murmurar de un arroyuelo
Que rompe el curso entre menudas guijas,
Y el resonar de céfiro en las hojas,
Entonces me encendió nuevo deseo
De juntar á los suyos estos labios;
Y con mayor astucia y mas aviso
Que nunca habia tenido (mira cuánto
El amor sutiliza nuestro ingenio)
Se me ofreció un engaño con que en breve
Llegar pudiese á conseguir mi intento,

(1) Otras ediciones dicen: «Por sí misma.»

Y fué desta manera: que fingiendo
Me habia picado otra molesta abeja
El labio bajo, comencé á quejarme
De suérte, que el remedio que la lengua
No demandaba, el rostro le pedia.
La simplecilla Silvia,
Piadosa de mi mal, se ofreció luego
Con el remedio á la engañosa herida,
Y hizo (¡ay triste!) mucho mas crecida
Y mas mortal mi herida verdadera
Cuando llegó sus labios á los mios.
No suelen las abejas
Coger tan dulce miel de flor alguna,
Como yo entonces de sus frescas rosas,
Aunque el vivo deseo,
Que ardiente me incitaba á humedecerlas,
Se abstuvo, de temor y de vergüenza,
Siendo mas lento y menos atrevido;
Mas mientras descendia
Al corazon la gran dulzura, mista
De un secreto veneno,
Tanto regalo de este bien sentia,
Que fingiendo no habérseme del todo
Pasado aquel dolor, hice de suerte,
Que ella mas veces repitió el encanto.
De allí adelante de manera anduvo
Creciendo mi impaciencia y mi deseo,
Que como ya en el pecho no cupiesen,
Por fuerza hubieron de salir; y un dia
Que en cerco se sentaban muchas ninfas
Y pastores, haciendo un juego nuestro,
Que cada uno por órden le decia
En la oreja un secreto al mas vecino,
Le dije á Silvia: «Yo por tí me abraso,
Y moriré si tú no me remedias.»
A estas palabras inclinó su rostro,
Y de improviso le tiñó de rojo,
Dando señales de vergüenza y rabia.
No tuve otra respuesta que un silencio
Mudo, turbado y lleno de amenazas.
Quitóse de allí luego, y nunca quiso
Mas hablarme ni verme. Y ya tres veces
Ha el segador cortado las espigas,
Y tantas el ivierno ha despojado
Los verdes bosques de sus frescas hojas,
Y todos los caminos he tentado
Por aplacarla, fuera de la muerte.
Morir me falta en fin por aplacarla,
Y moriré en buen hora, como entienda
Que he de causarle sentimiento ó gozo.
Ni sé cuál quiera mas de estas dos cosas:
Bien fuera la piedad mas rico premio
De mi fe verdadera,
Y mayor recompensa de mi muerte;
Mas no debo querer cosa que turbe
La luz serena de sus ojos bellos,
Ni que moleste aquel hermoso pecho.

TIRSI.

¿Es posible que Silvia, si te oyese
Palabras semejantes, no te amase?

AMINTA.

No lo sé ni lo creo;
Mas huye mis palabras,
Cual áspid el encanto.

TIRSI.

Pues confia;
Que el corazon me dice
Que he de ser poderoso á que te escuche.

AMINTA.

O nada alcanzarás, ó cuando alcances
Al fin que yo le hable,
Yo sé que nada he de alcanzar hablando.

TIRSI.

¿Por qué así desesperas?

AMINTA.

Desespero
Con justa causa, porque el sábio Mopso
Ya me pronosticó mi dura suerte;
Mopso, que entiende el canto de las aves,
La virtud de las yerbas y las fuentes.

TIRSI.

¿De cuál Mopso me dices? ¿Del que tiene
En la lengua melosas las palabras,
Un amigable término en los labios,
Y engaños y traiciones en el pecho?
Ora está de buen ánimo; que todos
Los pronósticos suyos infelices,
Que entre ignorantes vende con su falsa
Severidad, jamás tienen efecto;
Y de experiencia sé lo que te digo.
Antes, por eso solo que él te anuncia,
Me atrevo á asegurarte un fin dichoso
En tus amores.

AMINTA.

Pues si sabes cosa
Que aliente mi esperanza, no la calles.

TIRSI.

Dirétela en buen hora: á los principios
Que me trajo la suerte en estos bosques,
Ese hombre conocí, del cual juzgaba
Lo que tú juzgas. Una vez, en tanto,
Me vino gusto de ir donde su asiento
Tiene la gran ciudad cerca del rio,
Y primero, tratándolo con este,
Me dijo así: «Tú irás á la gran tierra
Donde el astuto vulgo y cortesanos
Soberbios é insolentes muchas veces
Hacen pesadas burlas de nosotros,
Como de gente rústica y salvaje.
Así, vé sobre aviso: no te acerques
Mucho á las sedas de color ni al oro,
Nuevos trajes, divisas ni penachos,
Y sobre todo guárdate no veas,
Por mala suerte ó juvenil descuido,
La casa de los chismes y las charlas;
Huye aquel encantado alojamiento.—
¿Qué puesto es ese?» pregunte; y él dijo:
«Aquí habitan las magas, que encantando,
Hacen que se trasoiga y se trasvea;
Lo que parece de diamante y oro
Es vidrio y cobre; aquellas ricas arcas,
Que juzgarás muy llenas de tesoro,
Espuertas son de viles trastos llenas.
Aquí están las paredes con grande arte,
Que hablan y responden al que habla,
Y no responden la palabra escasa,
Cual Eco suele por las selvas nuestras,
Mas la replican toda entera, entera
Y aun aumentada de lo que otro dice;
Hasta las sillas, mesas y los bancos,
Los escaños, las camas, las cortinas,
Y el mas adorno de la casa, todos
Tienen su lengua y voz, y siempre gritan.
Las charlas, en figura de rapazas,
Andan triscando, que si entrase un mudo,
Un mudo á su despecho charlaria;
Mas este es, hijo, el mas ligero daño
Que te avendrá: tú puedes transformado
Quedar en sauce, en fiera, en agua ó fuego,
Agua de llanto y fuego de suspiros.»
Así me dijo, y yo me fuí con este
Pronóstico infeliz á mi Ferrara.
Y como quiso Dios benigno, acaso
Un dia pasé por el feliz albergue,
De donde dulces y canoras voces
Salian de cisnes, ninfas y sirenas;
De sirenas celestes, y salia
Un blando y claro son, con tal dulzura,
Que atónito gozando y admirando,
Embebecido me paré un gran rato.
Estaba encima de la puerta un hombre
De semblante magnánimo y robusto,
Como por guarda de tan gran belleza,
Del cual, segun pude entender, se duda
Si es mejor capitan que caballero.
Él, con afable y grave cortesia,
Siendo un ilustre príncipe, yo humilde
Bajo pastor, me convidó á que entrase.

¡Oh lo que vi! ¡Lo que sentí yo entonces!
Yo vi celestes dioses, ninfas bellas,
Nuevas lumbres purísimas, y Orfeos,
Y otros hallé tambien sin velo ó nube.
La Aurora vi, cual suele aparecerse
Ante los inmortales, esparciendo
Sus rayos de oro y su rocío de plata.
Vi fecundando relucir en torno
A Febo y á las musas, y acogido
Elpino entre estas; y en aquel instante
Sentí mas grande hacerme de mí mismo,
Lleno de gran virtud, lleno de nueva
Deidad; luego cantando héroes y guerras,
Desdeñé el pastoril rústico verso.
Y aunque despues por gusto ajeno vine
Otra vez á las selvas, no por eso
Dejé de sostener alguna parte
De aquel altivo espíritu; no suena
Ya mi zampoña humilde cual solia,
Sino con voz mas alta y mas sonora,
Émula de la trompa, hinche las selvas.
Despues oyóme Mopso, y con malvada
Vista mirando, me aojó, que ronco
Vine á quedar, de que callé gran tiempo.
Pensaban los pastores que me hubiese
El lobo visto, y era Mopso el lobo.
Esto te he dicho, porque entiendas cuánto
Crédito debe darse á lo que dice.
Tú, Aminta, puedes esperar sin duda,
Por solo que este quiere que no esperes.

AMINTA.

Mucho me alegra todo lo que cuentas.
A tí el cuidado, Tirsi, te remito
Desta mi vida.

TIRSI.

Yo tendré el cuidado,
Y tú me espera aquí dentro de un hora (1).

CORO DE PASTORES.

¡Oh bella edad del oro venturosa!
No porque miel el bosque distilaba
Y de las fuentes leche se vertia;
No porque dió sus frutos abundosa
La tierra, que al arado no tocaba,
Ni venenosa sierpe consentia;
No porque relucia
Sin tristes nubes el sereno cielo,
Y siempre era templada primavera,
Que ya no persevera,
Mas la destemplan el calor y el hielo,
Ni llevó nave á la extranjera tierra
La vil codicia ó la sangrienta guerra.
Mas solo porque entonces este vano,
Vano y fingido nombre sin sugeto,
Este ídolo de errores engañoso,
A quien la urbanidad y el vulgo insano
Llamó despues honor, y es en efeto
De la naturaleza opuesto odioso,
No mezcló malicioso
Su afan en los dulcísimos amores,
Ni de su dura ley tan importuna
Tuvo noticia alguna
Aquella libre escuadra de amadores,
Mas de una natural, que consentia
Fuese lícito aquello que placia.
Entonces por el agua y por las flores
Iban con dulces bailes retozando
Los Cupidillos sin aljaba ó lazo.
Sentábanse las ninfas y pastores,
Caricias mil al razonar mezclando,
Y á las caricias uno y otro abrazo;
De velo ni embarazo
Jamás cubrió sus rosas encarnadas
La pastorcilla, ni la pura frente.
Desnudo juntamente
Su blanco pecho y pomas delicadas,
Y á menudo en el agua detenida
Triscar se vió el amante y su querida.
Tú, honor, fuiste el primero que negaste
La fuente de deleites tan copiosa,
Y á la sed amorosa la escondiste.
Tú á los hermosos ojos enseñaste
A encubrir en sí mismos temerosa
La viva luz que en su belleza asiste;
Tú en redes recogiste
Las hebras de oro que trataba el viento,
Y tú pusiste el ademan esquivo
Al proceder lascivo,
Freno á la lengua y arte al movimiento.
Efecto (¡oh vil honor!) es solo tuyo
Que el don de amor se llame hurto suyo.
Y suelen ser tus célebres hazañas
Las penas del que oprimes á tus leyes.
Mas tú, señor de la naturaleza
Y del amor, tú, que sujetas reyes,
¿Qué pretendes oculto entre cabañas,
Donde caber no puede tu grandeza?
Allá con la nobleza
Te va á turbar el sueño preeminente;
Deja sin tí nuestros humildes pechos
En limitados techos
Vivir al uso de la antigua gente.
Amemos; que no hay tregua diferida
Entre los tiempos y la humana vida.
Amemos, que el sol muere y luego nace;
A nosotros se esconde y se deshace
La breve luz del dia,
Y el sueño eterna noche nos envia.

(1) La edicion de Roma termina el acto de este modo. En la de Sevilla suprimió Jáuregui todo el último razonamiento de Tirsi.

«En tu amoroso intento; así que, debes
Prometerte seguras esperanzas
Por solo que este quiere que no esperes.

AMINTA.

Ya me consuelo oyendo lo que dices.
A tí el cuidado, Tirsi, te remito
Desta mi vida.

TIRSI.

Yo tendré el cuidado,
Y tú me espera aquí dentro de un hora.»

ACTO SEGUNDO.

SÁTIRO.

Es pequeña la abeja por extremo,
Y con sus breves armas, cuando pica,
Hace molesta y grave la herida;
Mas ¿qué cosa tan breve y tan pequeña
Como el Amor? que en todo breve espacio
Entra y se esconde; ya en la sombra escasa
De unas pestañas, ya entre las primeras
Sutiles hebras de un cabello rubio,
Ya en los hoyuelos de una dulce risa;
Y en pequeñez tan mínima, le vemos
Hacer mortales incurables llagas.
¡Triste de mí, que es todo llaga y sangre
Mi corazon y entrañas, y mil dardos
Puso el Amor en los airados ojos
De Silvia; crudo Amor, ingrata Silvia,
Mas cruda y mas ingrata que las selvas!
¡Oh cómo te compete el nombre, y cómo
Quien tal nombre te puso lo entendia!
La selva encubre al oso, tigre y sierpe
En su arboleda verde, y tú en el pecho
Escondes impiedad, soberbia y ódio,
Fieras mayores que oso, tigre y sierpe;
Que aquellas suelen aplacarse, y estas
No se aplacan por dádivas ni ruegos.
Tú, cuando te presento flores nuevas,
Esquiva las desprecias, por ventura
Viendo en tu rostro mas hermosas flores;
Pues si te traigo las manzanas frescas,
Tú las desdeñas arrogante, acaso
Porque en tu pecho las verás mas bellas.
Cuando te ofrezco los panales dulces,
Altiva los ultrajas, por ventura
Por ser mas dulce miel la de tus labios.
Mas si no puede darte mi pobreza
Cosa que no haya en tí mas dulce y bella,

A mí mesmo te doy; ¿por qué desprecias
Y aborreces el don? Que no merezco
Ser despreciado, si en el mar tranquilo
Bien me miré, cuando, callado el viento,
Sus claras ondas serenaba un dia.
Este mi rostro de color sanguino,
Estas anchas espaldas, estos brazos
De duros nervios, mi cerdoso pecho
Y vedijudos muslos, son indicio
De mi viril y poderoso esfuerzo.
¿Qué piensas tú hacer destos donceles,
Apenas florecido el blando bozo
En sus mejillas, que con arte y cuenta
Disponen su cabello limpio y crespo?
Mujeres son aquestos en semblante
Y en obras. Dile á alguno que te siga
Por selva y monte, y que por tí combata
Contra el valiente jabalí y el oso.
No soy, pues, malo yo, ni tú me dejas
Por la forma que tengo, sino solo
Por mi pobreza; en fin, las caserías
Siguen de las ciudades el ejemplo.
Sin duda alguna el siglo de oro es este,
Pues solo vence el oro y reina el oro.
¡Oh tú, quien fuiste el inventor primero
De vender el amor! maldita sea
Tu enterrada ceniza y huesos frios,
Y no alcancen jamás pastor ó ninfa
Que pasando les diga: «Hayais descanso;»
Mas los bañe la lluvia y mueva el viento,
Y con inmundo pié todo ganado
Los huelle. Tú primero envileciste
La nobleza de amor, y su dulzura
Alegre convertiste en amargura.
Amor vendible, amor siervo del oro
Es el mónstruo mas vil y abominable
Que el mar y tierra engendran y producen.
Mas ¿para qué me quejo al aire en vano?
Usa las armas cada cual que expuestas
Le dió naturaleza á su defensa.
Usa los piés el ciervo, el leon las garras,
El jabalí el colmillo; así son armas
De la mujer beldad y gentileza.
Pues ¿cómo yo al presente no me valgo
De mi ferocidad para defensa
De mi salud, pues la naturaleza
Apto me hizo á la violencia y robo?
Yo me quiero robar lo que me niega
Esta enemiga, y al amor ingrata.
Pues como agora me contó un cabrero,
Que sabe sus costumbres, ella suele
Refrescarse á menudo en una fuente,
Y me enseñó el lugar; pienso esconderme
En él entre los céspedes y ramas,
Aguardando á que venga, y como vea
Buena ocasion, me arrojaré tras ella.
¿Qué puede contrastar una mozuela
Con la débil carrera ó con los brazos
Contra mí, tan ligero y poderoso?
Llore, suspire, oponga toda fuerza
De piedad ó hermosura, que si puedo
Revolver esta mano á su cabello,
De allí no irá, sin que primero tiña,
Por venganza, mis armas de su sangre.

DAFNE Y TIRSI.

DAFNE.

Como te dije, Tirsi, ya yo via
Que Aminta amaba á Silvia, y sabe el cielo
Cómo le he hecho siempre buen oficio,
Y agora con mas gusto he de hacerle,
Porque los ruegos tuyos intervienen.
Mas antes me atreviera, te prometo,
A domar un novillo, un tigre, un oso,
Que una rapaza destas simple y boba,
Tan boba como bella, que no advierta
Cuán ardientes y agudas son las armas
De su belleza, y con el llanto y risa
A muchos mate y del herir no entienda.

TIRSI.

¿Qué mujer hay tan simple, que en saliendo
De las mantillas, ya no aprenda el arte
De contentar y parecer hermosa,
De matar agradando y saber cuáles
Armas pueden herir y cuáles matan,
Y cuáles dan salud y resucitan?

DAFNE.

¿Quién es maestro de tan grandes artes?

TIRSI.

Tú finges y me tientas: el que enseña
El canto y vuelo á las ligeras aves,
El nadar á los peces, el encuentro
A los carneros, á los bravos toros
Usar del cuerno, y al pavon soberbio
Tender la pompa de bizarras plumas.

DAFNE.

¿Cuál es el nombre suyo?

TIRSI.

El nombre es Dafne.

DAFNE.

¡Oh falsa lengua!

TIRSI.

Luego ¿tú no bastas
A dar á mil discípulas escuela?
Aunque, á decir verdad, bien poca falta
Les hace otro maestro; su maestra
Es la naturaleza, y á las veces
Tambien la madre y ama alcanzan parte.

DAFNE.

Tú eres en suma malicioso, Tirsi;
Pues yo te sé decir que no resuelvo
Si es ya tan boba Silvia y tan sencilla
Como en sus hechos y palabras muestra.
Vi ayer cierta señal, y esta me puso
En mucha duda. Yo la hallé cercana
A la ciudad, donde sus anchos prados
Tienen entre lagunas una isleta
Con un estanque transparente y limpio;
Allí la vi, toda pendiente el cuerpo,
De suerte que mostraba deleitarse
De mirar á sí mesma, y le pedia
Consejo al agua cómo dispondria
Por cima de la frente su cabello,
Sobre el cabello el velo, y sobre el velo
Diversas flores, que tenia en la falda.
De allí sacaba la azucena y rosa,
Y la llegaba á su purpúreo rostro
Y á su cándido cuello, cotejando
Las colores, y luego, muy ufana
De la vitoria, un tanto se reia,
Como diciendo: «Yo en efeto os venzo.
No os traigo aquí por ornamento mio,
Mas solo os traigo por vergüenza vuestra,
Y por mostrar que os llevo gran ventaja.»
Mas mientras se adornaba y componia,
Volvió los ojos bien acaso, y viendo
Cómo yo la miraba, de vergüenza,
Se alzó del suelo y derramó las flores.
Cuanto mas yo de verla me reia,
Mas ella de mi risa se encendia;
Y porque estaba descompuesto en parte
Su cabello, y en parte recogido,
Dos ó tres veces revolvió los ojos
Hácia la fuente consejera á hurto,
Como temiendo ser de mí entendida.
Miróse descompuesta, mas con todo,
Se satisfizo, que se vió muy bella,
Si descompuesta; yo entendilo todo,
Pero callé.

TIRSI.

Tú me refieres, Dafne,
Lo que he pensado siempre; ¿no lo dije?

DAFNE.

Bien lo dijiste, mas á todos oigo
Que no fueron las ninfas y pastoras
Tan entendidas antes, ni yo tuve
Tal juventud. El mundo se envejece,
Y en la vejez se aumenta su malicia.

TIRSI.

Quizá entonces no usaban tantas veces
Los ciudadanos ver el campo y selvas,
Ni tantas veces nuestras zagalejas
Entrar en la ciudad: ya están mezclados
Linajes y costumbres; mas dejando
Agora estos discursos, ¿no harias
Por conformar á Silvia en que le hablase
Aminta solo, ó tú delante, un dia?

DAFNE.

No sé; Silvia es esquiva por extremo.

TIRSI.

Y Aminta por extremo comedido.

DAFNE.

Pues no hará nada comedido amante;
Tú le aconseja que á otra cosa atienda,
Si es de ese humor. El que saber quisiere
De amar, deje respetos, ose y pida,
Solicite, importune, y si no basta,
Tome lo que pudiere; ¿tú no sabes
De la mujer la condicion precisa?
Huye, y huyendo, quiere que la alcancen;
Niega, y negando, quiere que la apremien;
Lucha, y luchando, quiere que la venzan;
Ya sabes, Tirsi, que de tí me fio,
Porque en silencio guardes lo que digo.

TIRSI.

No hay ocasion por qué de mí sospeches
Que jamás diga cosa que te ofenda;
Mas ruégote, mi Dafne, por la dulce
Memoria de tus años juveniles,
Me favorezcas, ayudando á Aminta
Mísero, que perece.

DAFNE.

¡Qué conjuro
Tan gentil ha buscado este inocente!
La juventud me trae á la memoria;
El bien pasado es el presente enojo.
Pues ¿qué dices que haga?

TIRSI.

No te falta
Ingenio ni consejo; basta solo
Que á querer te dispongas.

DAFNE.

Ora sabe
Que vamos Silvia y yo, dentro de un rato,
A la fuente que llaman de Diana,
Allá donde aquel plátano da sombra
Al agua dulce, y al lugar convida
Las ninfas cazadoras; en aqueste
Es cierto ha de lavar sus miembros bellos.

TIRSI.

Pues bien.

DAFNE.

¿Cómo pues bien? ¡Qué mal entiendes!
Si en tí cabe discurso, eso te basta.

TIRSI.

Ya entiendo; mas no sé si ha de atreverse
Él á tanto.

DAFNE.

Pues si él no ha de atreverse,
Estése así, y aguarde á que lo busquen.

TIRSI.

Él es por cierto tal, que lo merece.

DAFNE.

Pero nosotros, ¿no hablarémos algo
De tí mismo? Di, Tirsi, ¿tú no quieres
Enamorarte, pues aun eres mozo,
Que no serán tus años veinte y nueve,
Y ayer te conocimos bien criatura?
¿Has de vivir ocioso y sin contento?
Que solo sabe de placer el que ama.

TIRSI.

No desecha de Vénus los placeres
Quien se retira del amor, mas goza
El dulce del amor sin el amargo.

DAFNE.

Es desabrido dulce el que le falta
Mezcla de algun amargo, y luego cansa.

TIRSI.

Mas vale, pues, hartarse
Que estar siempre hambriento.

DAFNE.

No ya con el manjar que se posee;
Y cuanto mas se gusta, mas agrada.

TIRSI.

¿Quién es tan poseedor de lo que gusta,
Que á todas horas pueda
Hallarlo expuesto a su apetito y hambre?

DAFNE.

Mas ¿quién halló jamás lo que no busca?

TIRSI.

Es peligro buscar lo que, adquirido,
Causa breve contento,
Y no adquirido, mucho mas tormento.
Hasta que llantos y suspiros falten
En el amor y en su tirano reino,
Tirsi no ha de volver á ser amante.
Ya basta lo que tengo padecido.
Otro fiel amador hará su parte.

DAFNE.

Mas no tienes gozado lo que basta.

TIRSI.

Ni gozarlo deseo,
Si tan caro se compra.

DAFNE.

Amar te será fuerza, si no gusto.

TIRSI.

No me pueden forzar, estando léjos.

DAFNE.

¿Quién está léjos del amor?

TIRSI.

Quien huye.

DAFNE.

Y ¿qué importa que huyas de sus alas?

TIRSI.

Tiene al nacer amor las alas cortas,
Que apenas le sustentan;
Y así, no las extiende á todo vuelo.

DAFNE.

Pues no conoce el hombre cuándo nace,
Y cuando lo conoce, es grande y vuela.

TIRSI.

No, si otra vez no ha visto cómo nace.

DAFNE.

Ora verémos si tus ojos huyen,
Como dices, y luego te protesto,
Ya que presumes tanto de ligero,
Que cuando te veré pedirme ayuda,
No moveré por ayudarte un paso,
Un solo dedo, una pestaña sola.

TIRSI.

¡Bravo rigor! ¿que me podrás ver muerto?
Pues Dafne amiga, si pretendes que ame,
Quiéreme tú, y estamos concertados.

DAFNE.

Tú me burlas en fin, y por ventura
No me mereces por amante; ¡ay cuántos
Engaña un rostro colorado y liso!

TIRSI.

No burlo á fe; mas antes me parece
Que con esa protesta me desechas,
Cual hacen todas; pero ¿qué remedio?
Viviré sin amor, si no me quieres.

DAFNE.

Vive, Tirsi, contento, ocioso vive;
Que en ócio tal siempre el amor se engendra.

TIRSI.

¡Oh Dafne, en esta ociosidad me ha puesto
El que en las selvas como á dios honramos,
Para quien los ganados grandes pacen
Del uno al otro mar, por las campañas
Extendidas, alegres y fecundas,
Y las alpestres cumbres de Apenino;
Él dijo así, cuando me hizo suyo:
« Tirsi, ahuyenten otros los ladrones
Y los lobos, guardando mis rebaños;
Reparta otro los premios y las penas
A mis ministros, otros apacienten
Mis ganados; en fin, otro conserve
La lana y leche, y otro la despenda;
Agora canta tú, que estás ocioso;
Así será razon que no le burle
Con mundanos amores, sino cante
Los abuelos de aqueste verdadero,
No sé si Apolo ó Júpiter lo llame,
Que á ambos parece en el aspecto y obras,
Abuelos de mayor merecimiento
Que el gran Saturno y Celo. Agreste musa,
A mérito real, mas no por eso,
Que suene clara ó ronca, la desprecia.
De su mismo sugeto nada canto,
Porque no puedo dignamente honrarlo
Sino con el silencio y reverencia;
Mas no faltan jamás en sus altares
Las flores de mi mano ni los fuegos
De inciensos olorosos y suaves,
Ni faltará en mi pecho esta devota
Y pura religion, hasta que vea
Pacer el aire por el aire el ciervo,
Y que mudado el curso de los rios,
Beba la Sona el persa, el franco el Tigris.

DAFNE.

Tú vas muy alto, ora desciende un poco
Al propósito nuestro.

TIRSI.

El punto es este:
Que en estando en la fuente tú con Silvia,
Procures ablandarla, y yo entre tanto
Procuraré que Aminta vaya, y pienso
Que no es menos difícil que la tuya
Mi diligencia. Vé en buen hora.

DAFNE.

Voyme,
Pero nuestro propósito no era ese.

TIRSI.

Si bien diviso desde aquí su rostro,
Allí parece Aminta: él es sin duda.

AMINTA Y TIRSI.

AMINTA.

Veré si ha hecho Tirsi alguna cosa;
Porque si nada ha hecho,
Antes de consumirme he de matarme
Ante los ojos mismos de la ingrata;
Que pues le agrada tanto
Deste mi corazon la viva llaga,
Agudo golpe de sus ojos bellos,
Tambien debe agradarle
La llaga de mi pecho,
Golpe furioso de mis propias manos.

TIRSI.

Nuevas te traigo, Aminta, de consuelo;
Bien puedes ya dejar tanto lamento.

AMINTA.

Ay Tirsi, ¿qué me dices?
¿Traes la vida ó la muerte?

TIRSI.

Traigo salud y vida, si te atreves
A acometerlas; pero vé dispuesto
A ser un hombre, Aminta,
A ser un hombre de ánimo resuelto.

AMINTA.

¿Cómo y con quién el ánimo me importa?

TIRSI.

Si estuviese tu ninfa en una selva,
Que, cercada de altísimos peñascos,
Diese albergue á los tigres y leones,
¿Fueras allá?

AMINTA.

Fuera seguro y pronto,
Mas que en la fiesta zagaleja al baile.

TIRSI.

Y si estuviese entre ladrones y armas,
¿Fueras allá?

AMINTA.

Fuera resuelto y presto,
Mas que á la fuente el ciervo caluroso.

TIRSI.

Mayor empresa importa que acometas.

AMINTA.

Iré por medio el rápido torrente,
Cuando la nieve desatada en agua
Al mar se precipita; iré por medio
Del vivo fuego, y al infierno mismo,
Cuando en él estuviese, si ser puede
Infierno donde está cosa tan bella.
Descubre, acaba, lo que pasa.

TIRSI.

Escucha:
Silvia te espera agora en una fuente,
Desnuda y sola; ¿irás allá?

AMINTA.

¿Qué dices?
¿Silvia me espera á mí, desnuda y sola?

TIRSI.

Sola con Dafne, que es de nuestra parte.

AMINTA.

¿Y desnuda me espera?

TIRSI.

Desnuda digo; mas...

AMINTA.

¡Ay triste! acaba;
¿Qué mas, Tirsi? Tú callas, tú me matas.

TIRSI.

Mas no sabe que has de ir allá.

AMINTA.

Terrible
Y fiera conclusion, que ya en veneno
La dulzura pasada me convierte.
Cruel, ¿con cuál estudio me atormentas?
¿Tan poco desdichado te parezco,
Que aumentar quieres la miseria mia?

TIRSI.

Haz tú mi parecer; serás dichoso.

AMINTA.

¿Qué me aconsejas?

TIRSI.

Que pasar no dejes
La dicha que te ofrece la fortuna.

AMINTA.

Dios no permita que jamás yo intente
Cosa que la disguste; ni yo supe
Hacer cosa jamás contra su gusto,
Sino es amarla, y el amarla es fuerza,
Fuerza de su hermosura, y no mi culpa.
Así, no se verá que, en cuanto pueda,
No procure agradarla.

TIRSI.

Ora responde:
Si potestad tuvieras

Para dejar de amarla,
¿Dejárasla de amar por agradarla?

AMINTA.

Ni tal cosa consiente amor que diga,
Ni que imagine ver en tiempo alguno
El dejarla de amar, aunque pudiese.

TIRSI.

Desa manera á su pesar la amaras,
Pudiendo no quererla.

AMINTA.

No fuera á su pesar, mas la amaria.

TIRSI.

¿Sin su gusto en efeto?

AMINTA.

Sí por cierto.

TIRSI.

Pues ¿cómo sin su gusto no te atreves
A aprovecharte de tu bien presente?
Que si al principio le ha de dar disgusto,
Es cierto al fin que le será agradable.

AMINTA.

¡Ay, Tirsi amigo! Amor por mí responda;
Que á referir no acierto
Lo que me dice el corazon. Tú agora
Estás muy diestro por el uso grande
En razonar de amor, á mí me liga
La lengua aquello mismo
Que el corazon me liga.

TIRSI.

¿No irémos en efeto?

AMINTA.

Iré sin duda,
Mas no donde tú piensas.

TIRSI.

Pues ¿adónde?

AMINTA.

Iré á morir, si en mi favor no hás hecho
Mas de lo que me dices.

TIRSI.

¿Y esto es poco?
¿Crees tú que Dafne nos aconsejará
Ir á la fuente, cuando no entendiera
De Silvia el pecho? Por ventura Silvia
Sabe el concierto, y no querrá se entienda
Que, sabiéndolo, calla. Si tú buscas
Hasta el consentimiento suyo expreso,
Buscas derechamente disgustarla;
Y siendo así, ¿qué es deste tu deseo
Que tienes de servirla y complacerla?
Y si ella aguarda que tu dicha alegre
Se adquiera solo por tu industria á hurto,
Sin que ella de su mano te la ofrezca,
Por tu vida me di, ¿qué mas te importa
Este modo que aquel?

AMINTA.

¿Quién me asegura
Ser esa su intencion y su deseo?

TIRSI.

¡Oh simple! Ves aquí que al fin procuras
La certeza, que á Silvia le desplace,
Y desplacerle justamente debe,
Cual tú debieras no buscarla; y ¿dónde
Tienes quien te asegure lo contrario?
Si ella así lo pensase, y tú no fueses
(Pues que la duda y riesgo son iguales),
¿Será mejor morir como animoso
Que como vil? Tú callas, tú conoces
Que estás vencido. Agora me concede
Esta pérdida tuya, que yo pienso
Ha de ser causa de mayor victoria.
Vamos, Aminta, vámonos.

AMINTA.

Espera.

TIRSI.

¿Cómo espera? ¿No ves que el tiempo huye?

AMINTA.

Miremos antes si esto debe hacerse,
Y en qué manera.

TIRSI.

Todo lo que falta
Podemos ver por el camino mesmo;
Mas nada hará quien muchas cosas mira.

CORO.

Amor, ¿de qué maestro,
En cuál oculta escuela
Se aprende esa tu larga
Arte de amar, incierta?
¿Quién del entendimiento
Declara las ideas,
Cuando con alas tuyas
Al mismo cielo vuela?
No lo explicó el Liceo,
No la famosa Aténas,
Y en Helicona docta
Ni Febo lo demuestra;
Que si de amor discurre,
Parece que le enseñan;
Corto razona y frio
Con perezosa lengua.
No tiene voz de fuego
Que á tu primor competa,
Ni á tus misterios altos
Sus pensamientos llegan.
Tú, amor, eres el digno
Maestro de tu ciencia,
Y tú solo á tí mismo
Te explicas é interpretas.
Tú enseñas al mas rudo
Que en unos ojos lea
Lo que tu mano escribe
Con amorosas letras.
A los amantes tieles
Desatas tú la lengua
En delicado estilo
Con elegancia extrema.
Y á mucho mas se extiende,
Amor, tu sutileza,
¡Raro saber y extraña
Manera de elocuencia!
Que á veces con palabras
Confusas é imperfetas
Un corazon amante
Sus sentimientos muestra
Mejor que con razones
Lustrosas y compuestas;
Y aun el silencio mismo
A veces habla y ruega.
Amor, lea quien quisiere
Socráticas sentencias;
Que yo en dos bellos ojos
Aprenderé tu ciencia,
Y humillará sus versos
El mas alto poeta,
Con pluma sábia escritos
En doctas academias,
Junto á los que imprimiere
Mi pastoril rudeza
Con la grosera mano
En ásperas cortezas.

ACTO TERCERO.

TIRSI *y* CORO.

TIRSI.

¡Oh extremo de crueldad! Oh ingrato pecho!
Oh ingrata ninfa! Oh tres y cuatro veces
Mujer ingrata! Y tú, naturaleza,
Negligente maestra, ¿por qué solo
En el rostro pusiste á las mujeres,

Y en lo aparente, cuanto tienen bueno
De agrado, de piedad y cortesía,
Y te olvidaste de las otras partes?
¡Ay, jóven triste y mísero! Sin duda
Se habrá dado la muerte; él no parece.
Bien há tres horas que le busco, y busco
En donde le dejé y en los contornos,
Sin hallarle, ni rastro de sus pasos.
¡Ay, que se ha dado muerte el miserable!
Allí delante están unos pastores;
Ir quiero á ver si sabe dél alguno.—
Decid, amigos, ¿quién ha visto á Aminta
Acaso, ó sabe dél alguna nueva?

CORO.

Tirsi, paréceme que estás turbado.
¿Qué causa te molesta y te fatiga?
¿De qué son estas ansias y sudores?
¿Hay algun mal? Por Dios, que lo sepamos.

TIRSI.

Temo del mal de Aminta. ¿Habeisle visto?

CORO.

No le hemos visto desde que contigo,
Há buen rato, partió; pero ¿qué temes?

TIRSI.

No se haya muerto él mismo de su mano.

CORO.

¿Él muerto de su mano? ¿Por qué causa?
¿Qué ocasion hallas?

TIRSI.

El amor y el ódio.

CORO.

Dos poderosos enemigos juntos
¿Qué no pueden hacer? Habla mas claro.

TIRSI.

El amar una ninfa por extremo,
Y el ser della en extremo aborrecido.

CORO.

Cuenta el caso, te ruego, y entre tanto
(Este es lugar de paso) por ventura
Vendrá alguno que dél nos dé noticia.
Y aun puede ser que tambien él mismo llegue.

TIRSI.

Pláceme de decirlo; que no es justo
Que ingratitud tan grande y tan extraña
Se quede sin la infamia que merece.
Tuvo noticia Aminta (y yo fuí, triste,
Quien noticia le dí; ya me arrepiento)
Que Silvia y Dafne en una fuente habian
De ir á bañarse; y hácia allá en efeto
Se encaminó, movido solamente,
No de su voluntad, mas de mi pura
Persuasion importuna, pues mil veces
Quiso volverse atrás, y á pura fuerza
Yo lo detuve y lo llevé adelante.
Llegábamos ya cerca de la fuente,
Hé aquí cuando sentimos de improviso
Un femenil lamento, y juntamente
Vimos á Dafne, que batia las palmas;
La cual, como nos viese, alzando el grito,
«¡Ay, dijo, socorred; que á Silvia ultrajan!»
Luego que oyó su enamorado Aminta
Estas palabras, aventóse al campo,
Furioso como un pardo, y yo seguílo;
Cuando vemos ligada con un árbol
La bella ninfa, cual nació, desnuda,
Y su cabello, su cabello mismo
Servia de cuerda, y á la planta envuelto
Estaba con mil nudos, y su cinto,
Que fué del seno virginal custodia,
De aquella ofensa era ministro, y ambas
Las manos le apretaba al duro tronco;
Hasta la misma planta ligaduras
Contra ella daba, y de un vencido ramo
Dos tiernas varas duramente ataban
Sus delicadas piernas. Allí vimos
En su presencia un sátiro villano,
Que entonces acababa de ligarla.
Fuése tras él Aminta con un dardo
(Que tuvo acaso en la derecha mano),
Como un fiero leon, y yo entre tanto
Estaba ya de piedras prevenido,
Con que el sátiro vil huyó en efeto.
Pues como diese espacio su huida
A que Aminta mirase, él codiciosos
Volvió sus ojos á los miembros bellos,
Que cual tremola entre los juncos leche,
Delicados y blancos parecian;
Y todo vi se demudó en el rostro.
Despues llegóse blandamente á ella,
Y con modestia dijo: «¡Oh bella Silvia!
Perdona aquestas manos, si llegarse
A tus miembros es mucho atrevimiento,
Pues las obliga necesaria y pura
Fuerza de desatar aquestos nudos;
No (ya que les concede la fortuna
Esta felicidad) te pese della.»

CORO.

Palabras de ablandar los pedernales.
Y ¿qué le respondió?

TIRSI.

Ninguna cosa;
Mas con vergüenza y con desden, al suelo
Bajando el rostro, el delicado seno,
Cuanto podia torciéndose, cubria.
Él, echando delante su cabello
Rubio, se puso á desatar, y en tanto
Hablaba así: «¿Cuándo tan bellos nudos
Un tan grosero tronco ha merecido?
Pues ¿qué ventaja llevan los amantes
Que sirven al amor, si ya comunes
Son con las plantas sus preciosos lazos?
Planta cruel, ¿pudiste unos cabellos
De oro ofender, que tal honor te hacian?»
Esto le dijo al desatar sus manos,
En tal modo, que junto parecia
Que temiese tocarla y desease.
Bajó luego á los piés por desasirlos;
Mas como Silvia ya se viese libres
Las manos, dijo, esquiva y desdeñosa:
«No me toques, pastor; soy de Diana;
Yo me desataré los piés, aparta.

CORO.

¡Que tal orgullo en una ninfa albergue!
Por cierto ingrata paga de tal obra.

TIRSI.

Él apartóse con respeto á un lado,
Aun sin alzar los ojos á mirarla,
Aquel placer negándose á sí mismo,
Por no darle cuidado de negarlo.
Yo, que escondido lo miraba todo
Y lo escuchaba, cuando vi tal cosa,
Mil voces quise dar; al fin me abstuve.
Mas oye qué extrañeza: ella en efeto,
Despues de gran fatiga, desatóse,
Y sin decir *adios*, apenas libre,
Partió de allí, como una cierva, huyendo,
Y no habia causa de temer ninguna;
Que ya de Aminta conocia el respeto.

CORO.

Pues ¿cómo así huyó?

TIRSI.

Porque no quiso
Tener obligacion á la modestia
Y amor del jóven, sino á su carrera.

CORO.

¿Que es hasta eso ingrata? Y el cuitado
¿Qué hizo entonces, dinos, ó qué dijo?

TIRSI.

Eso no sé, porque, de furia ardiendo,
Corrí por alcanzarla y detenerla.
Al fin perdíla, y fué el trabajo en vano;
Despues volví á la fuente donde habia
Quedado Aminta, y no le vi; mas siento

El corazon présago de algun daño.
Sé que estaba dispuesto de matarse
Aun antes que esto sucediese.

CORO.

Es uso
Y arte del que ama amenazarse á muerte;
Mas raras veces ha llegado á efeto.

TIRSI.

Quieran los altos dioses que no sea
Aminta alguno de los raros.

CORO.

Calla;
Que no será.

TIRSI.

Yo quiero irme á la cueva
Del sábio Elpino, donde, si él es vivo,
Por dicha le hallaré; porque allí suele
Alentar sus tristezas y tormentos
Al dulce son de la zampoña clara,
Que trae las piedras á escuchar del monte,
Hace correr de pura leche el rio,
Y miel brotar de las cortezas duras.

AMINTA, DAFNE y NERINA.

AMINTA.

Rigurosa piedad por cierto usaste
Conmigo, Dafne, al detener el dardo,
Porque será mi muerte,
Cuanto mas dilatada, mas amarga.
Y dime agora, ¿para qué me engañas
Por diversos caminos, y entretienes
Con tus varias razones tan en vano?
Si temes que me mate, mi bien temes.

DAFNE.

¿Por qué te desesperas,
Aminta? Que si yo bien la conozco,
No fué crueldad, sino vergüenza sola,
La que movió á tu Silvia que huyese.

AMINTA.

¡Ay, triste yo, que mi salud seria
Desesperar despues que la esperanza
Mi destruicion ha sido, y todavía
Tienta reverdecer dentro del pecho
Solo para que viva!
Y al que es tan desdichado,
¿Qué mas fiero tormento que la vida?

DAFNE.

Vive, mezquino; miserable, vive
Solo para que goces
De la felicidad cuando viniere.
Sea premio á tu esperanza
(Si en vivir esperando te mantienes)
Lo que miraste en la desnuda bella.

AMINTA.

No pareció al amor y á mi fortuna
Que era yo enteramente desdichado,
Si no me descubrian
Enteramente aquello que me niegan.

NERINA.

¿Que he de ser yo en efeto la siniestra
Corneja de una nueva tan amarga?
¡Oh para siempre mísero Montano!
¿Qué sentirá tu pecho cuando entiendas
El duro caso de tu Silvia cara?
¡Oh viejo padre y ciego!
¡Padre infeliz! Mas ya no serás padre.

DAFNE.

Oigo una triste voz.

AMINTA.

Yo siento el nombre
De Silvia, que me hiere los oídos
Y el corazon; mas ¿quién la nombra? Escucha.

DAFNE.

Esta es Nerina, ninfa á Cintia cara,
De bellos ojos y de lindas manos,
Talle gentil y movimiento airoso.

NERINA.

Quiero, con todo, que lo sepa, y trate
De buscar las reliquias miserables,
Si algunas han quedado. ¡Ay, Silvia! Ay, Silvia!
Ay, cómo fué tu suerte desdichada!

AMINTA.

¡Ay de mí! ¿Qué será lo que esta dice?

NERINA.

¡Dafne!

DAFNE.

¿Qué estás hablando entre tí mesma?
O ¿cómo á Silvia nombras y suspiras?

NERINA.

Con ocasion bastante
Suspiro el triste caso.

AMINTA.

¡Ay! ¿De qué caso
Podrá decir aquesta? Que yo siento,
Yo siento el corazon que se me hiela,
Y enflaquece el espíritu.—¿Está viva?

DAFNE.

Cuenta: ¿qué triste caso es el que dices?

NERINA.

¡Oh cielos! ¿Yo he de ser la mensajera?
Y ¿me obligan tambien á que lo cuente?
Vino desnuda Silvia á mi morada
(Y la causa ya debes de saberla).
Despues, vestida, me rogó que fuese
Con ella á cierta caza, que ordenada
Estaba al bosque dicho de la Encina.
Fuimos: hallamos muchas ninfas juntas,
Y luego á breve rato desemboca
(No sé de dónde) un carnicero lobo
De terrible grandeza, cuyo labio
Manchaba el suelo de sangrienta espuma.
Silvia al momento acomodó una flecha
A un arco que le dí; dispara, y dale
En la cabeza; él emboscóse, y ella
Al bosque le siguió, vibrando un dardo.

AMINTA.

¡Oh qué principios de dolor! ¡Ay, triste!
¡Qué fin me anuncian!

NERINA.

Yo con otro dardo
Seguí su rastro, pero léjos mucho,
Porque partí mas tarde; ya que estaban
Dentro del bosque, allí no pude verla;
Mas tanto fuí siguiendo sus pisadas,
Que en lo mas solo me hallé y espeso.
En esto vi de Silvia el dardo en tierra,
Y poco mas abajo un blanco velo,
Que yo misma primero á su cabeza
Le revolví. Hé aquí cuando miraba
A todas partes, siete lobos veo,
Lamiendo de la tierra alguna sangre,
Vertida en cerco de unos huesos mondos;
Y fué mi suerte que ellos no me vieron
(Tan atentos estaban á su pasto).
Así que, de piedad y temor llena,
Volvíme atrás. Aquesto es cuanto puedo
Decir de Silvia, y veis aquí su velo.

AMINTA.

¿Has dicho poco, ninfa? ¡Oh velo! Oh sangre!
Oh Silvia, tú eres muerta!

DAFNE.

¡Ay desdichado!
Amortecido está de pena ó muerto.

NERINA.

Aun todavía respira; esto habrá sido
Algun breve desmayo; ya revive.

AMINTA.

¿Por qué así me atormentas,

Dolor, que ya no acabas de matarme?
Quizá á mis manos el oficio dejas.
Yo soy, yo soy contento
Que ellas tomen el cargo,
Ya que tú lo rehusas ó no puedes.
¡Ay triste! si no falta
A la certeza ya ninguna cosa,
Y nada falta al colmo
De la miseria mia,
¿Qué espero mas? Qué busco? Ah Dafne, Dafne,
¿Para este amargo fin me reservaste?
¿Para este fin amargo?
Dulce morir era por cierto el mio
Cuando matarme quise.
Tú lo estorbaste, y estorbólo el cielo,
Al cual le parecia
Que con mi muerte se evitaba el daño
Que ordenado me estaba; mas agora,
Que ha ejecutado su crueldad extrema,
Bien sufrirá que muera,
Y tú sufrirlo debes.

DAFNE.

Suspende pues tu muerte,
Hasta que la verdad mejor entiendas.

AMINTA.

¿Qué mas quieres que espere?
Ya sobra lo esperado y lo entendido.

NERINA.

¡Oh quién antes hubiera sido muda!

AMINTA.

Ninfa, dame, te ruego,
Ese su velo, esa funesta y sola
Reliquia suya, porque me acompañe
En este breve espacio
Que me queda de tiempo y de la vida.

NERINA.

¿Debo darlo ó negarlo?
Pero negarlo debo,
Sabida la ocasion por que le pide.

AMINTA.

Cruel, ¿así me niegas
Un tan pequeño don al punto extremo?
Hasta en esto se muestra mi enemigo
El fiero hado; pues dejarle quiero,
Contigo quede, y aun quedáos vosotras;
Que yo me voy donde volver no espero.

DAFNE.

Aminta, aguarda, escucha;
¡Ay de mí, con la furia que se parte!

NERINA.

Él camina de suerte
Que es por demás seguirlo; así, yo quiero
Proseguir mi viaje, y por ventura
Será mejor que calle,
Y nada cuente al mísero Montano.

CORO.

No es menester la muerte;
Que si es para obligar un pecho noble,
Basta la fé con un amor conforme;
Ni la que se pretende
Es tan difícil fama,
Si persevera firme el que bien ama;
Que es premio amor que con amar se alcanza,
Y muchas veces, si al amor inquiere,
Gloria inmortal el amador adquiere.

ACTO CUARTO.

DAFNE, SILVIA *y* CORO.

DAFNE.

El viento lleve, con la mala nueva
Que se esparció de tí, tus males todos,
Los por venir, oh Silvia, y los presentes;
Pues te juzgué ya muerta, y, gloria al cielo,
Viva y sana te miro; de tal suerte
Ha contado Nerina tu suceso,
Que ojalá fuera muda, y otro sordo.

SILVIA.

Cierto fué grande el riesgo, y ella tuvo
Causa bastante de juzgarme muerta.

DAFNE.

Mas no bastante causa de decirlo.
Ora cuéntame el riesgo, y de qué modo
Tú lo excusaste.

SILVIA.

Yo, siguiendo un lobo,
Me embosqué en lo profundo de la selva
Tanto, que lo perdí de rastro; y mientras
Volverme procuraba al mismo puesto
Donde partí primero, el lobo miro,
Al cual reconocí por una flecha
Que yo le habia clavado de mi mano
Junto á la oreja. Vilo entre otros muchos,
Al rededor de un animal que habian
De fresco muerto, cuya forma entonces
No supe distinguir. El lobo herido,
Pienso me conoció, porque se vino
Contra mí con la boca ensangrentada.
Yo lo esperaba audaz, y con la diestra
Vibraba un dardo; ya tú sabes, Dafne,
Si con destreza sé tirarle, y sabes
Si jamás yerra de mi mano el golpe.
Ya que lo vi tan cerca de mi puesto,
Cuanto me pareció distancia justa
Para la herida, le arrojé mi dardo.
En vano, porque, ó fué de la fortuna
La culpa, ó mia, por herir al lobo
Clavé una planta. Entonces se venia
Con mas furioso encuentro á acometerme.
Yo, viéndole tan cerca, que del arco
Era imposible entonces ya valerme,
Y no siendo señora de otras armas,
Dispúseme á huir, y mientras huyo,
Él me viene siguiendo. Advierte agora:
Un velo que revuelto yo tenia
A los cabellos desplegóse en parte,
Y andaba ventilando, tal, que á un ramo
Se marañó. Yo siento que me tiran
Y me detienen, sin saber quién fuese;
Mas, con el miedo de morir, redoblo
La fuerza á la carrera, y de su parte
El ramo no se vence ni me deja.
Al fin del velo me desasgo, y pierdo
Con él algunas hebras del cabello;
Y tantas alas á los piés fugaces
Me puso el gran temor, que libre y sana
De la selva salí. Despues, volviendo
Hácia mi albergue, te encontré turbada,
Toda turbada, y me espanté de verte,
Porque de solo verme te espantabas.

DAFNE.

Tú estás viva, y alguno ya no vive.

SILVIA.

¿Qué me dices? ¿Te pesa por ventura
Que viva esté? ¿Que tanto me aborreces?

DAFNE.

Pláceme de tu vida; mas me duele
De ajena muerte.

SILVIA.

¿De qué muerte dices?

DAFNE.

De la muerte de Aminta.

SILVIA.

¡Ay! ¿cómo es muerto?

DAFNE.

El cómo no lo sé, ni aun el efeto
Puedo afirmar, mas téngolo por cierto.

SILVIA.

¿Qué es lo que dices? Pues ¿á qué atribuyes
La causa de su muerte? Di.

DAFNE.

A tu muerte.

SILVIA.

Yo no te entiendo.

DAFNE.

La terrible nueva
Desa muerte, que por cierta tuvo,
Le habrá dado al mezquino el hierro ó lazo,
O alguna cosa tal que lo haya muerto.

SILVIA.

Será vana sospecha la que tienes,
Como la de mi muerte; que cualquiera
Salva la vida suya mientras puede.

DAFNE.

¡Ah Silvia! tú no sabes, ni lo crees,
Cuánto el fuego de amor puede en un pecho,
En un pecho de carne, y no de piedra,
Cual ese tuyo; que si lo creyeras.
Hubieras ya querido á quien te quiere
Mas que las mismas niñas de sus ojos
Y el espíritu mismo de su vida;
Lo cual sé yo, y aun helo visto. Vilo
Cuando huiste, como tigre fiera,
Al tiempo que debieras abrazarlo;
Volver le vi contra su pecho un dardo,
Desesperado y á morir expuesto,
Y sin arrepentirse al fiero hecho;
Pues en efeto se pasó el vestido
Hasta la piel, dejándola teñida
De su sangre, y pasara mas adentro
La punta y fuera el corazon herido,
Que tú con mas violencia ya heriste,
Si entonces yo no le detengo el brazo
Y su furor impido. Quizá aquella
Herida breve fué un ensayo solo
De su furor, de la desesperada
Constancia suya, y le mostró la via
Al hierro audaz, para que ya supiese
Arrojarse por ella libremente.

SILVIA.

¡Ay! ¿qué me cuentas?

DAFNE.

Y despues lo he visto,
Cuando escuchó la desdichada nueva
De que eras muerta, del afan y angustia
Amortecerse, y con furor extraño
Luego partir de allí para matarse,
Y desta vez se habrá de veras muerto.

SILVIA.

¿Que lo tienes por cierto?

DAFNE.

Por sin duda.

SILVIA.

Triste de mí, ¿por qué no le seguiste
Para impedirlo? Vén, busquemos, vamos;
Que si la muerte mia
Le quitaba la vida,
Mas fácilmente espero
Que mi vida le salve de la muerte.

DAFNE.

Ya le seguí, mas tan veloz corria,
Que se despareció de mí en un punto,
Y nada me valió buscar sus huellas;
Mas ¿dónde quieres ir sin rastro alguno?

SILVIA.

Ay Dafne, él morirá si no le hallamos,
Y será él homicida de sí mismo.

DAFNE.

Cruel, ¿sientes acaso que te usurpe
La gloria de tal hecho? ¿Tú en efeto
Quisieras haber sido su homicida?
¿No te parece, ingrata, que su muerte
Debe ser obra de otra que tu mano?
Ora consuélate, que, como quiera
Que el desdichado muera, tú le matas.

SILVIA.

¡Oh Dafne! tú me afliges,
Y el gran dolor que siento de su daño
Se aumenta mas con la memoria acerba
De mi rigor pasado,
Que honestidad llamaba, y fuélo cierto;
Pero fué muy severa y rigurosa.
Agora lo conozco, y me arrepiento.

DAFNE.

¿Qué es lo que escucho? ¿Tú piadosa, Silvia?
Tú en ese corazon sientes afecto
Alguno de piedad? ¿Qué es lo que veo?
¿Tú lloras, tú? ¡Notable maravilla!
¿Y es de amor en efeto ese tu llanto?

SILVIA.

No lloro yo de amor; de piedad lloro.

DAFNE.

No importa; la piedad es mensajera
De amor, como el relámpago del trueno.

CORO.

Y aun muchas veces, cuando él mismo quiere
Entrar oculto en los sinceros pechos
Que lo excluyeron antes con severa
Honestidad, la semejanza toma
De la piedad, que es su ministra y nuncia,
Y con estos disfraces engañando
Las jóvenes sencillas,
Dentro en sus corazones se aposenta.

DAFNE.

Llanto de amor es este, mucho abunda,
Tú callas; en fin amas, pero en vano.
¡Oh poder del amor! justo castigo
Sobre esta ninfa envia;
Mísero Aminta, tú, como la abeja,
Que hiriendo muere y en la ajena llaga
Deja la propia vida, con tu muerte
Has herido en efeto un duro pecho,
Que aun no picaste en tanto que viviste.
Si eres agora espíritu desnudo
Ya de los miembros, como yo presumo,
Aquí estarás sin duda.
Mira su llanto y goza de tu suerte,
En vida amante y en la muerte amado.
Y si era tu destino que en la muerte
Amado fueses, y esta fiera quiso
Vender su amor por tan subido precio,
El precio mismo que pidió le diste,
Y ya su amor con tu morir compraste.

CORO.

Por cierto caro precio al que le ha dado,
Cuanto inútil y vil á quien le admite.

SILVIA.

¡Oh si pudiera ser comprar su vida
Yo con mi amor ó con mi vida mesma,
Si al fin es muerto!

DAFNE.

¡Oh tardo desengaño!
Tarda piedad sobrada.
Cuando á ningun efecto es de provecho.

ERGASTO, SILVIA, DAFNE, CORO.

ERGASTO.

Traigo tan lleno de piedad el pecho,
Y tan lleno de horror, que no oigo ó veo
Cosa alguna do quiera que me vuelva,
Que todo no me espante y me congoje.

CORO.

¿Con qué puede venir, ay Dios, agora
Este pastor, que muestra
Tal turbacion en el semblante y lengua?

ERGASTO.

Traigo la nueva triste
De la muerte de Aminta.

SILVIA.

¡Ay, lo que dice!

ERGASTO.

El mas noble pastor de nuestras selvas,
El mas gallardo, afable y comedido,
Amado de las ninfas y las musas,
Murió en su juventud; ¡ay, de qué muerte!

CORO.

Dinos cómo, pastor, porque contigo
Llorar podamos su desgracia y nuestra.

SILVIA.

¡Ay, que no oso llegarme
Adonde escuche y sepa
Lo que saber no excuso!
Duro corazon mio,
Aspero y fiero corazon, ¿qué temes?
¿De qué te espantas? Véte presto, acaba
Contra el cuchillo agudo de una lengua,
Y aquí demuestra agora tu fiereza.
Pastor, yo vengo por la parte mia
De ese dolor que á los demás prometes,
Porque me pertenece
Quizá mas que tú piensas,
Y cual debida prenda lo recibo.
Así que de dolor tan propio mio
No debes serme escaso.

ERGASTO.

Ah ninfa, yo te creo;
Que mil veces al mísero sentia
Llamar tu nombre, al acabar la vida.

DAFNE.

Comienza ya la dolorosa historia.

ERGASTO.

Yo estaba en lo mas alto del collado,
Donde mis redes hoy tendido habia,
Cuando bien cerca vi pasar á Aminta,
Muy trocado en el rostro y movimiento
Del que antes era, muy turbado y triste.
Tras él partí corriendo, y en efeto
Lo alcancé y lo detuve, el cual me dijo:
«Yo quiero, Ergasto, que un placer me hagas,
Y es que conmigo vengas por testigo
De cierta accion; mas quiero que me obligues
Antes tu fe con juramento estrecho
De estarte á un lado, y no moverte un paso
A impedir el efeto de mi intento.»
Yo (¿quién pensara tan extraño caso
Ni tan ciego furor?) hice, cual quiso,
Mil conjuros horribles, convocando
A Pan, á Pales, Príapo y Pomona,
Y á la nocturna Ecátes. Luego anduvo,
Y me llevó por lo fragoso y agro
Del collado, por cuestas y barrancos
Incultos, sin camino ó senda alguna,
Do pende al cabo un precipicio á un valle.
Aquí nos detuvimos; yo mirando
Al fondo, estremecíme de improviso,
Y al punto atrás me retiré; y el mozo
Hizo alguna señal como de risa,
Y serenó su rostro, el cual afecto
Fué el motivo mayor de asegurarme.
Despues hablóme así: «Mira que cuentes
Lo que verás, á ninfas y pastores.»
Luego dijo, mirando al hondo valle:
«Si yo á mi voluntad hallar pudiera
Prontos así de los hambrientos lobos
El vientre y los colmillos, como tengo
Este despeñadero, bien quisiera
Morir la muerte que murió mi vida.
Quisiera que estos miembros miserables
Fuesen despedazados
¡Ay triste! como fueron
Aquellos de mi Silvia delicados;
Mas, puesto que no puedo,
Y ya que á mi deseo
El cielo niega las voraces fieras,
Quiero seguir camino diferente
Para morir. Yo seguiré otra via,
La cual será á lo menos
La mas breve, si no la que debia.
Ea, Silvia, yo te sigo,
Yo voy á acompañarte,
Si tú no me desdeñas;
Y muriera contento si entendiera
Al menos con certeza que seguirte
No fuese disgustarte, y que tus iras
Se hubiesen acabado con la vida.
Ea, Silvia, ya te sigo.»
Esto dicho, de encima del barranco
Precipitóse, vuelta la cabeza
Hácia lo hondo, y yo quedéme helado.

SILVIA.

¡Ay desdichada!

DAFNE.

¡Miserable Aminta!

CORO.

¿Por qué no lo impediste?
¿Hízote acaso estorbo
A detenerlo el juramento hecho?

ERGASTO.

No, no; que, despreciando el juramento,
Vano quizá en tal caso,
Cuando advertí su temeraria y loca
Resolucion, corrí con ambas manos,
Y como quiso su enemiga suerte,
Lo así deste cendal, que lo ceñia,
El cual, no siendo á sostener bastante
El peso con el ímpetu del cuerpo,
Que ya del todo abandonado estaba,
Se me quedó en la mano hecho pedazos.

CORO.

Y ¿qué fué de su cuerpo desdichado?

ERGASTO.

No lo sabré decir, porque yo estaba
Con tal horror y lástima, que cierto
No tuve corazon para asomarme,
Por no mirarlo dividido en piezas.

CORO.

¡Oh lastimoso caso!

SILVIA.

Bien soy de piedra dura,
Pues una nueva tal aun no me acaba.
¡Triste de mí, si aquella falsa muerte
De quien le odiaba tanto,
Le ha quitado la vida, justo fuera
Que la infalible muerte
De quien me quiso tanto
Me quitase la vida!
Y quiero me la quite, si no puede
Con el dolor, al menos con el hierro,
O ya con este ceñidor infausto;
Este, que no sin causa
No siguió las ruinas
De su caro señor, mas quedó solo
Para tomar venganza
De mi crueldad y de su muerte injusta.
Prenda infeliz de dueño
Mucho mas infelice, no te disguste
Quedar en este abominable albergue,
Que solamente quedas
Para instrumento de venganza y pena;
Por cierto yo debia
Haber sido en el mundo compañera
Del infeliz Aminta; y pues no quise,
Seré por obra tuya su consorte
En el profundo abismo.

CORO.

Consuélate, zagala (1);
Que no es tuya la culpa,
Sino de la fortuna.

SILVIA.

¿De qué llorais, pastores?
Si de mi afan llorais, yo no merezco
Piedad ninguna, que no supe usarla;
Y si llorais la desdichada muerte

(1) La primera edicion dice: «Consuélate, infeliz.»

Del mísero inocente, es muy pequeña
Demostracion de pérdida tan grande.
Y tú, mi Dafne, enjuga,
Por Dios, esas tus lágrimas, si he sido
Yo la ocasion, y suplicarte quiero
(No por piedad de mí, sino del triste,
Que fué mas digno de ella)
Me ayudes á buscar sus miserables
Miembros y sepultarlos.
Este cuidado solamente impide
El darme aquí la muerte.
En este oficio solo
Quiero pagar, pues otro no me queda,
El amor que me tuvo, bien que puede
Contaminar esta homicida mano
La piedad de la obra; mas con todo,
Entiendo y sé que le será agradable,
Al menos por ser obra de mi mano,
Porque me quiere y ama,
Cual lo mostró muriendo.

DAFNE.

Soy contenta por cierto de ayudarte
En el piadoso oficio,
Mas tú morir del pensamiento borra.

SILVIA.

Hasta agora viví para mí mesma
Y para mi fiereza; agora quiero
Vivir lo que me queda para Aminta,
O viviré á lo menos
Para su helado y mísero cadáver;
Tanto, y no mas es licito que viva,
Y luego que se acaben
A un tiempo sus exequias y mi vida.
Pero dime, pastor, ¿por qué camino
Podemos ir al valle do el barranco
Tiene su asiento?

ERGASTO.

Aqueste ha de llevaros,
Y él estará de aquí poco distante.

DAFNE.

Vamos, guiaréte yo; que bien me acuerdo
Deste lugar que dice.

SILVIA.

Adios, pastores;
Prados, adios; adios, selvas y rios.

ERGASTO.

Hablando va de suerte, que denota
Estar dispuesta á la última partida.

CORO.

Lo que la muerte rigurosa atierra,
Amor, tú lo reparas dulce y blando,
Siempre amigo de paz y ella de guerra,
De cuyos triunfos siempre vas triunfando;
A la vez que dos almas en la tierra
Ligas, sus voluntades conformando,
Tanto se muestra semejante al cielo,
Que no desdeñas habitar el suelo.
En la pureza del celeste asiento
No se han visto jamás turbadas iras;
Así tú en el humano entendimiento
Una apacible mansedumbre inspiras.
El ódio, el alterado movimiento
Del blando pecho y corazon retiras,
Y casi hace tu valor superno
De todo lo mortal un giro eterno.

ACTO QUINTO.

ELPINO *y* CORO.

ELPINO.

No hay duda que la ley con que gobierna
Amor su grande imperio eternamente
No es injusta ni dura, y que sus obras,
Llenas de providencia y de misterio,
Sin razon se abominan y condenan.
¡Oh cuán artificioso por caminos
No conocidos encamina al hombre
A su felicidad! Y entre los bienes
Lo pone al fin de su amorosa gloria,
Cuando él se juzga al fondo de sus males.
Hé aquí precipitado Aminta sube
Al sumo colmo del mayor contento.
¡Oh tú feliz, oh venturoso Aminta,
Y mas, cuanto mas fuiste desdichado!
Esperar con tu ejemplo agora puedo
Que vez alguna aquella dulce ingrata,
Que con piadosa risa encubre y cela
El acero mortal de su fiereza,
Con fiel piedad mi corazon repare,
Que con piedad fingida tiene herido.

CORO.

Aquí se nos acerca el sábio Elpino,
Y escuchad sus razones; que de Aminta
Hablando viene, como si él viviera,
Y le llama feliz y venturoso.
¡Oh condicion de los amantes dura!
Sin duda juzga venturoso amante
Al que muriendo al fin piedad alcanza
En el amado pecho de su ninfa.
Esto tiene por gloria y esto espera.
¡De cuán ligero premio el dios alado
Contenta sus secuaces! Dime, Elpino,
¿En estado tan mísero te hallas,
Que venturosa llamas á la muerte
Del infeliz Aminta, y semejante
Fin desdichado para tí deseas?

ELPINO.

Amigos, bien podeis estar alegres,
Porque es falsa la fama de su muerte.

CORO.

¡Oh cuánto nos alegra lo que dices!
En fin, ¿ha sido falso, segun eso,
Que se precipitó?

ELPINO.

Verdad ha sido;
Mas fué feliz el precipicio, tanto,
Que en una imágen mísera de muerte
Le trajo vida y bien. Agora queda
Entre los dulces brazos de su ninfa,
Piadosa ya, lo que antes rigurosa;
La cual en tanto con su boca misma
Las lágrimas le enjuga de los ojos.
Así, voy á llamar al buen Montano,
Della padre, y llevarlo donde agora
Quedaban juntos, porque el gusto suyo
Les falta solamente, y ya dilata
La voluntad unánime de entrambos.

CORO.

Iguales son de edad y gentileza,
En el deseo conformes, y Montano
De nietos deseoso, y de ampararse
Alegre en la vejez con tal presidio;
Así que, el gusto de ambos será suyo.
Mas tú nos cuenta por tu vida, Elpino,
Cuál Dios ó cuál ventura al buen Aminta
Salvarle pudo de peligro tanto.

ELPINO.

Yo lo diré: escuchad, escuchad todos
Lo que vi por mis ojos. Yo me estaba
Junto á mi cueva, que vecina al valle,
Y casi al pié del gran collado, yace,
Do forma falda su ladera enhiesta.
Allí con Tirsi andaba razonando
De aquella que en la misma red y lazos,
Primero á él, y á mí despues, ha envuelto;
Y anteponiendo mi servir continuo
A su retiramiento y libre estado;
Cuando una voz nos levantó los ojos,
Y el ver de lo alto despeñarse un hombre,
Y verlo dar sobre una espesa mata,
Fué todo un punto. En el collado habia
Poco alto de nosotros, producido
De mucha yerba, espinos y otros ramos
Juntos y estrechamente entretejidos,

Un grande haz. En este, antes que diese
En otra parte, vino á dar el golpe;
Y bien que el peso al fin lo desfrondase,
Y él mas abajo á nuestros piés cayese,
Aquel estorbo, aquel impedimento
Tanto ímpetu quitó de la caida,
Que ella no fué mortal; pero con todo,
Tan grave fué, que un hora larga estuvo
Como aturdido y fuera de su acuerdo.
Quedamos mudos de piedad y espanto
Los dos al espectáculo improviso,
Conociendo el pastor; mas conociendo
Que no era muerto, ni tampoco estaba
Para morir, el duelo mitigamos.
Tirsi entonces me dió larga noticia
De sus secretos, sus amores tristes;
Mas mientras con diversos argumentos
Procuramos hacer que reviviese;
Enviado ya á llamar Alfesibeo,
A quien Febo enseñó la medicina
Cuando le dió la cítara y el plectro,
Llegaron juntamente Dafne y Silvia,
Que, como luego supe, iban buscando
El triste cuerpo que tenian por muerto.
Pues cuando Silvia lo conoce, y mira
En las mejillas pálidas de Aminta
Una belleza tal, que la violeta
Nunca tan dulcemente se marchita,
Y él con gemido débil, que parece
Que en los suspiros últimos al aire
Exhala el alma, á guisa de bacante,
Con altos gritos y herirse el pecho
Se arroja con el cuerpo, que yacia,
Juntando rostro á rostro y boca á boca.

CORO.

Pues ¿cómo no la abstuvo la vergüenza,
Siendo ella tan severa y tan esquiva?

ELPINO.

Abstiene la vergüenza un amor débil,
Mas de un amor constante es débil freno.
Luego, como si fueran sendas fuentes
Sus ojos, comenzó con vivo llanto
Del jóven á bañar el rostro frio;
Y fué aquel agua de virtud tan grande,
Que en sí volvió, y abriendo ya los ojos,
Un ay profundo le salió del pecho
Con gran dolor; y el ay que tan amargo
Partió del corazon, se encontró luego
Con el aliento de su Silvia cara,
Que lo acogió en su boca, y en aquesta
Se convirtió al instante dulce y puro.
¿Quién os sabrá decir cómo quedaron
En aquel punto entrambos, ya seguro
Del amor de su ninfa el fiel Aminta,
Y viéndose en sus brazos apretado?
Quien sabe qué es amor, él solamente
Por sí mismo lo juzgue, mas no entiendo
Puede juzgarse, cuanto mas decirse.

CORO.

¿En fin, Aminta está de suerte sano,
Que ya no hay riesgo de su vida?

ELPINO.

Aminta
Está pues sano, aunque su rostro un poco
Tiene arañado, y quebrantado el cuerpo;
Mas es nada en efeto, y él lo estima
Por menos de lo que es. ¡Dichoso jóven,
Que así ha dado señal de amor tan grande,
Y agora logra del amor el premio,
A quien las penas todas y peligros
Pasados sirven de mayor contento!
Pero quedáos á Dios, porque yo sigo
Mi camino á buscar al buen Montano.

CORO.

No sé si, siendo tanta la amargura
Que ese pastor amante
Ha padecido en su penoso estado,
Puede al presente alguna gran dulzura
Darle sabor bastante
En recompensa á todo el mal pasado.
Y si es mas estimado,
Y mas alegra el bien tras muchos males,
Amor, amor de bienes tales,
Premia á los otros que en dominio tienes;
Que yo no pido tus mayores bienes.
Tras breves ruegos y servicios breves,
Quiero me admita luego
Mi amada ninfa con amor piadoso,
Y solo mezcle de cuidados leves
Nuestro dulce sosiego,
No tan grave tormento y riguroso,
Mas un desden celoso,
Una esquiveza blanda enamorada;
Guerra en fin limitada,
A quien la dulce paz y tregua siga,
Que en mas ardor los corazones liga.

ENIGMAS.

I (1).

Un cierto alcahuete soy,
Tal, que la mas encerrada
Suele ser de alguno hablada
Si yo de por medio estoy.
Y siendo por mi respeto
El parlar introducido,
Con toda mi fuerza impido
Cualquiera lascivo efeto.
Así que, soy bueno y malo,
Y aunque pesado, ligero,
A las palabras tercero
Y á las obras intervalo.
Por mandados diferentes
En pié siempre me sostengo;
Voy con billetes y vengo,
Y llevo y traigo presentes.
Mil embustes y falacias
Oigo, y en el mismo instante,
Tambien con igual semblante,
Oigo dar á Dios mil gracias.
Así conservado he sido,
Y aunque es poco mi sosiego,
Tengo entablado mi juego,
Y soy en palmas traido.
Mas tan voltario me siento,
Que temo ser destrozado
O á las llamas entregado
Si llego á mas rompimiento.

II (2).

Este cielo (¡oh vulgo loco!)
Es tuyo, si de tu parte
Procuras siquiera alzarte
Del humilde suelo un poco;
Que si por el mundo ciego
Van tropezando tus plantas,
Si á tal cielo te levantas,
Tendrás descanso y sosiego.
Los rayos de sus estrellas
Miden con su giro el suelo,
Y de ajena fuerza el cielo
Es arrebatado y ellas.
Hácia oriente y hácia ocaso
Da mil vueltas á la tierra,
Sin que las almas que encierra
Hayan de moverse un paso.
Allí no habrán de faltar
Sus asientos por sus grados,
A los bienaventurados
Que allá pudieran entrar.

III (3).

Aunque me veis tan trocado
Hoy de mi aspecto primero,
Nacido fuí en la montaña
Ibarra llamada un tiempo.

(1) El torno de las monjas.
(2) Es el coche y su cielo.
(3) Es el cañon de la escopeta.

Sacáronme á pura fuerza
De mi tierra, y como negro,
Vendiéronme á los extraños,
Pero disculpa tuvieron;
Pues por muy cierto se sabe
Que entre muchos de mi cuerpo,
Y alguno de ellos esclavo,
Yo fuí vendido por hierro.
Era muy grosero y rudo,
Mas de poder de mis dueños
Salí malicioso y primo:
Tales porrazos me dieron.
Y el amo que sirvo ahora,
Suele, por su pasatiempo,
Sacudirme con un gato,
Que es mucho si no reviento.
Mas ved lo que hizo un dia:
Salióse á alegrar el necio,
Y fuí con él; que á sus gustos
Suelo ser el instrumento.
Yo comí pesadamente
De unos pájaros mal tiernos,
Aunque de nombre sabrosos,
Y arrojéme el frasco á pechos.
Y habiéndome bien cargado,
Con ser de estómago récio,
Vine á trocar la comida,
Sin quedarme cosa dentro.
Quedé tan yerto y helado,
Que él me volvió como muerto
Tendido en un ataud,
Y sobre sus hombros puesto.
Y al fin, llegando á su casa,
Dejóme en un aposento,
Echada la llave y solo,
Flaco, enjuto y boquiseco.

ENIGMA EXTRAORDINARIO SOBRE ESTA PALABRA *maroma* Y SUS LETRAS.

Si en las jarcias de la nave
Suelo oler á pez y á brea,
Parte de mi forma fea
Despide un olor suave. — (*Aroma.*)
No presumo de discreta,
Ni soy de las muy letradas,
Mas tengo letras sobradas
Para ser grande poeta. — (*Maro.*)
Lo esparcido y lo salado
Tengo parlando por tres,
Y á vueltas cierto revés
Con un amor solapado. — (*Maroma*, *Amor.*)
Mi linaje nunca tuvo
Noble estima ni renombre,
Mas en cuatro de mi nombre
Diademas y cetros hubo. — (*Roma.*)

ROMANCE ALEGÓRICO.

Al Santísimo Sacramento.

Mientras militaba Cristo,
Sus hazañas se imprimieron,
Y grandezas, en el mundo,
De quien hizo libro nuevo.
Doce apostólicas hojas
Tuvo su primer cuaderno,
Y luego dél se tradujo
La doctrina á muchos cuerpos.
Mas Dios, por dar á su historia
Viva luz y nombre eterno,
En solas cuatro palabras
Cifró sus heroicos hechos.
Y con ellas en el libro,
Y primer hoja de Pedro,
Puso una hostia encarnada
Para cerrar el proceso.
Y en encarnada hostia Dios eterno
A sus grandezas tiene echado el sello.
El sello fué de sus armas
Forjado de nuestro hierro,
En fragua ardiente de amor,
Y amor fué el raro maestro.
Él la formó de dos temples,
Y abrióla en aquel mas tierno;
Pero lo que el sello cierra,
Solo Dios lo mira abierto;
Aunque hace tanta fe
El sobrescrito que vemos,
Que enseña mas la verdad
Que volúmenes inmensos.
Lenguaje de Dios al fin,
No del tosco estilo nuestro;
Pan por pan, vino por vino,
Mas de profundo misterio.
Que en encarnada hostia Dios eterno
A sus grandezas tiene echado el sello.
Dispuso que entre los hombres
Vivo su valor y entero
Viniese de lengua en lengua
Hasta la fin de los tiempos.
No le basta que sus obras
Cuenten Márcos y Mateo,
Que en sus corónicas dicen
Verdad como el Evangelio.
Y Juan, que con él trataba
Y conoce bien su pecho,
Nos deja toda su historia
Escrita de verbo *ad verbum.*
Mas él, para quedar vivo
Siempre en la boca del pueblo,
Quiso cerrar la escritura
Con otro milagro nuevo.
Y en encarnada hostia Dios eterno
A sus grandezas tiene echado el sello.

EPÍLOGO MAS QUE POÉTICO DE LA VIDA DE SANTA TERESA.

Musa, si me das tu ardiente
Furor, de la santa mia,
Con tu buena licencia,
Alta espero cantar mente.
Y si por hacerme injuria
No me le das, ruego al cielo
Que procure alcanzarmélo
De la eterna Sabidúria.
En su niñez me edifica
La fiel ánsia de morir
Por Dios, y he de ser martír
En las regiones de Africa.
El trazar en sus jardines
Ermitas, bien como si
Que llorar tuviera allí
Algunos ella crimines.
Así preparó el contrito
Pecho con tantas acciones,
Hasta retirarse al mones-
Terio, y tomar el habito.
No hay retórica que pinte
La del alma batería,
Que sufrió con constancia
Por años casi veinte.
Contadnos, Teresa, vos
Esta batalla; que pues
Vos misma la sentistés,
Contarla será menós.
Allí fué el amar con veras,
Allí el resistir con brio
Al astuto demonio,
Que en mil os tienta maneras.
Triunfasteis dél veces mil,
Y Dios premió vuestra fe,
Viéndola tan persevé-
Rante en lo mas difícil.
Fué despues el infinito
Gozo tan colmado ya,
Que vos, de humildísimá,
No le dábades credito.
Mas Dios, que era vuestra guardia,
Y os vió con recelos tales,
Patentes muestra señales
Que alienta vuestra cobardía.
Fué pues una de ellas, que
Bajó de los cielos, y

De ser vuestro esposo fi-
Delisimo os dió su fe.
Y así, no queriendo ya
Ver mas vuestro espiritú,
Cual Pablo dijistes: *Cú-*
Pio disolvi, et caetera.
Vuestra demanda aceptó
(Por ese daros placer)
Dios, á quien no ha menester
Que mu (se lo rogueis) chó.
Dado fin á vuestra vida,
Y con ella á toda tris-
Teza, al cielo volastís
Como paloma candida.

SONETO.

A san Ignacio de Loyola.

Ved la columna que descubre senda
En el piélago rubro al pueblo amado,
El fuego y el granizo ved mezclado,
Porque el egipcio su amenaza entienda.
Ved sobre el mar, porque su golfo encienda,
El ángel fuerte, de pureza armado,
Y en procuradas ondas arrojado,
A Jonás ved que al ninivita enmienda.
De Dios ved el espíritu influyendo
Sobre las aguas; ved el arca ufana,
Que vida ofrece en la borrasca á tantos;
Así de Ignacio en la laguna ardiendo
Veréis la caridad, que ejemplos santos
Pudieron describir, no voz humana.

CANCION.

Al mismo.

Ardiente aspira al edificio inmenso
De augusta religion Ignacio santo,
Cuando el Criador eterno en portentoso
Estasi arcano le adurmió, y en tanto,
A superior sublimidad suspenso,
Dió tales honras al varon glorioso.
«Serás, le dice (¡oh singular grandeza!)
Serás Criador segundo
(En tu gran religion) de un nuevo mundo;
Y porque imites antes mi pureza,
Eres, cual yo, en espíritu encumbrado.
Aquí verás en cuanto al sol dorado
Siete veces corona las esferas,
Nueva creacion, que ejecutar esperas.
»Del cáos humano la materia impura,
Que, en ciertos errores ofuscada,
Hoy confunde la luz en sombra fria,
Dividirás al mundo, separada
La fe esplendente y la ignorancia oscura,
Tal que distingan de la noche el dia.
Altas esferas de voluble cielo
Serán en sus regiones
Los que eligieres ínclitos varones,
Y tú el primero móvil de su vuelo,
Porque ciñan en torno á los humanos,
Y en rápidos impulsos soberanos
Giren profundos piélagos de espumas,
Tórridos climas y erizadas brumas.
»Fértiles plantas, que la Iglesia honoren,
A la tierra darás, cuya ribera
Bata el mar de la culpa y nunca anegue;
Y el sacro leño en la region postrera
Por tí produzca frutos, y coloren
Al campo flores que al martirio entregue.
Será tu religion el firmamento
De estrellas á millares,
Y tú y Javier los magnos luminares;
Tal, que presida con fogoso aliento
Tu sol á Europa, donde reina el dia
De la despierta fe, y á la sombría
Noche del Asia, en el error dormida,
La ardiente luna de Javier presida.
»De culpas ciegas piélagos profundos
En muertos mares de ignorado abismo
Por tí producirán almas vivientes,
Engendradas en ondas del bautismo;
Levantarán el vuelo en ambos mundos,
Gozando rayos de tu luz ardientes,
Vivas almas tambien al aire puro,
Donde reinaba ufano
De sola vanidad el viento vano.
Darás, Ignacio, en fin, al polvo oscuro
Del hombre nueva vida, que inspirada
Será con fiel doctrina, y conservada
Por tus ministros, cuyas obras santas
Sustenten la labor que tú levantas.»
Dijo; y en seis consecutivos dias
Vió Ignacio las ocultas profecías;
Y al sétimo, logrando su reposo,
Vió solo á Dios, y despertó glorioso.

GLOSA.

Al mismo.

Es Dios fuego abrasador,
El antiguo Ignacio es fuego,
Y vos en tiempo inferior
De ambos fuegos fuistes luego
El segundo sucesor.
No sois el tercero vos;
Vos el segundo en el mundo
Sois dos veces tras los dos,
Y al primer Ignacio y Dios
Segundo Ignacio y segundo.
Solo en el tiempo cedeis
A Ignacio, siendo inmediatos
Los dos á Dios, pues le habeis
Gravado con dos retratos,
Y en el pecho los teneis.
Duplica el cielo, no avaro,
Santos, pues tambien sin vos
(Dando á la fe doble amparo)
Ha dado un segundo y raro
Francisco á su iglesia Dios.
Ha dado un Ancheta, un Diego
Y un Borja, que en vos buscaron
La divina llama, y luego
En varios reinos sembraron
La Iglesia con vuestro fuego.
En ella estas cinco Atlantes
Le son bastantes á Dios,
Sonle los cuatro bastantes,
Sonle los tres que distantes
Ha dado, sonle los dos.
Vos en Europa, en Oriente
El gran Javier, bastais solos,
Con valor correspondiente,
A ser de la Iglesia polos,
Por quien se rige y sustente.
Uno y otro la levanta,
Cual nuevo Alcides segundo;
Bien sois, por firmeza tanta,
Los dos á la Iglesia santa
Lo que los polos al mundo.

OCTAVAS.

En un altar, en la canonizacion de los santos que se nombran en ellas.

Este es el huerto de la Iglesia santa,
Con la sangre de Cristo enriquecido,
A cuyos riegos una y otra planta
Frutos produce en el jardin florido;
En alta cima Isidro le levanta,
É Ignacio crece, de virtud vestido;
Javier, honor de Oriente, encumbra el suelo,
Y Teresa, blason del gran Carmelo.
En esta sacra amenidad previno
Firme defensa el cielo soberano,
Dándole en guarda al áfrico Agustino.
Probado acuerdo, y á Filipo hispano.
Uno con letras de saber divino,
Otro con armas de valor cristiano,
La guardan, la defienden la ennoblecen,
Mientras sus frutos á los cielos crecen.

FIN DE LAS POESÍAS DE DON JUAN DE JÁUREGUI.

POESIAS DE FELIPE IV.

MEMORIAL QUE DIERON EN PLIEGO CERRADO Á FELIPE IV AL ENTRAR EN LAS DESCALZAS REALES (1).

Veinte borregos lanudos
Tiene vuestra majestad
Que trasquilar para mayo.
¡Bien tiene que trasquilar!
Y en trasquilando estos veinte,
Otros veinte quedarán;
Que es bien que á su casa vuelva
Lo que en otras está mal.
Osuna, Lerma y Uceda,
Calderon, Tapia y Bonal,
Ciriza, Angulo, el Buldero,
Confesor y San German,
Gamboa, Heredia y Mejía,
Soria, Tejada y Tobar,
Y el arzobispo de Búrgos,
Y Trejo, aunque cardenal,
Don Octavio de Aragon (2),
Y todos juntos darán
Lo que á tu corona deben.
¡Viva vuestra majestad!

RESPUESTA DE FELIPE IV (3).

El servicio os agradezco;
Que él es muy para estimar:
Tijeras tengo amoladas,
Que sabrán muy bien cortar.
Treinta millones me faltan,
Aunque dicen que son mas;
Pero si la lana es fina,
Yo creo que los valdrán.
Para hacerles beneficio
Yo los pienso aligerar;
Que es entrada de verano,
Y les podrá hacer sudar.
Guárdeme Dios muchos años,
Porque les pueda enseñar
Cómo se carda la lana,
Y aparejo un cruel batan.

SONETO (4).

La muerte.

Es la muerte un efeto poderoso,
Firme su proceder mal entendido,
Amada de Mitrídates vencido,
Temida de Pompeyo poderoso.
Es la muerte un antídoto dudoso
Al veneno del mísero rendido,
Que de propias desdichas sacudido,
Libra en eterno sueño su reposo.
Puerto, donde la nave, combatida
De la saña del mar contrario y fuerte,
Piensa tener propicia la acogida.
Es un bien no estimado, de tal suerte,
Que todo lo que vale nuestra vida
Es porque tiene necesaria muerte.

DÉCIMAS (5).

A la muerte de la reina doña Isabel de Borbon.

Murió la Reina. ¡oh pesar!
¿Cómo no acabas mi vida,
Si no al golpe de la herida,
De mi tormento al penar?
Sin duda me quieres dar
A entender que aunque en el suelo
Sin alma quedé y consuelo,
Tengo vida que vivir,
Porque llegue á discurrir
Lo que son juicios del cielo (6).
Si gozas eterna vida
Con aumento de mas gloria,
No atormente á mi memoria
De tu ausencia la partida.
En calma esté suspendida
Mi pena, sin exhalarse;
Cobre para mitigarse
Mi pasion alivio, pues
Faltar á mis ojos es
Mudarse por mejorarse (7).
Que he de verte lo afianza
La fe, que nunca depongo,
Porque, católico, pongo
Solo en Dios la confianza.
No pierda, no, la esperanza
Mi amor de que su desvelo
Amante logre su anhelo,
Porque vivo confiado
Que hemos de ser, lado á lado,
Los dos amantes del cielo (8).
Para despues de la muerte
Tengo amor que dedicarte;
Que no me obliga á olvidarte
Lo que me obligó á quererte.
Leal siempre he de quererte,
Sintiendo el golpe fatal
Que fué la causa total
De tu ausencia, con que doy
Bastante indicio que soy
El amante mas leal (9).

(1) Este memorial fué dirigido á FELIPE IV en los primeros dias de su reinado. En un códice del señor don Joaquin Rubio se atribuye al conde de Villamediana. Fué publicado por mí en el lib. n de *El conde-duque de Olivares y el rey Felipe IV*, coleccion de apuntes históricos y bibliográficos sobre aquel reinado (Cádiz, 1846).

(2) Nombres todos de personajes que tuvieron valimiento en el reinado de Felipe III.

(3) Se atribuye á FELIPE IV esta respuesta. Tambien fué publicada por mí en el citado libro de *El conde-duque de Olivares*. El manuscrito de donde se sacó pára en la librería de mi erudito amigo el señor don Joaquin Rubio.

(4) Este soneto fué publicado por don Juan Antonio de Vera y Zúñiga, en su *Panegírico por la poesía*.

(5) Estas décimas, que terminan en títulos de comedias, se hallan manuscritas duplicadamente en un códice de la biblioteca provincial de Cádiz (31-216). En 1852 fueron publicadas por mí en el *Semanario pintoresco*.

Al pié de ellas se lee esta otra, que parece de diversa pluma, segun el contexto, si no es que las demás décimas están escritas como si el Rey las hubiera compuesto:

Todas en títulos van
De comedias feneciendo;
Y aunque son malas, entiendo
Que entre esotras pasarán.
Y tales cuales están,
No pido por ellas porte;
Mi lealtad ha sido el norte
Que me ofreció la ocasion,
Y ustedes sepan que son
De un ingenio de esta corte.

(6) Comedia del doctor Juan Perez de Montalvan.

(7) Comedia de don Juan Ruiz de Alarcon. Tambien hay otra del mismo título, escrita por Antonio Enriquez Gomez, con el nombre de don Fernando de Zárate.

(8) Comedia de don Pedro Calderon de la Barca.

(9) No conozco esta comedia.

Abismo es mi corazon
Entre el amar y el sentir,
Sin que morir ó vivir
Pueda de una ó de otra accion.
El sentir me da ocasion
Para vencerme á mí mismo;
El amar del parasismo
Me vuelve, y consuélame
Ver en tanto abismo que
Tambien se ama en el abismo (1).
Sentir y amar se ha de ver
En mi incesable porfía;
Porque firme la fe mia
A uno y otro ha de atender.
Al llanto no ha de exceder
Mi amor las demostraciones,
Porque saben mis pasiones,
Amando y sintiendo igual,
Dividido en cada cual,
Cumplir dos obligaciones (2).
Antorcha mi amor constante
Siempre á tu vista lució,
Porque tu forma le dió
Materia á su luz bastante:
Tanto, que aunque estás distante,
En mí brilla su fulgor,
Sin eclipsar el rigor
Del riesgo en que me quedé,
A mi firme amor, porque
En riesgos luce el amor (3).
En mi pecho has de reinar,
Continuamente asistiendo;
Y cuanto fueres pidiendo,
Al punto he de ejecutar;
Que aunque en distinto lugar,
Mi bien, te veo asistir,
Mandar puedes y pedir
A tu anhelar y querer;
Que en tí solo se ha de ver
Reinar despues de morir (4).
Mas témplese ya el disgusto
Que á todas horas me aqueja;
Que no halla alivio la queja
Adonde no encuentra el gusto.
Con la voluntad me ajusto
De Dios, sin formar querellas:
Gocen dél tus luces bellas,
Y cesen mis ojos ya;
Que si porfío, será
Oponerse á las estrellas (5).
Pero imposible es, Dios mio,
Que la parte de mortal
Deje de sentir el mal
Que me causó su desvío.
Si no es que tú, en quien confio,
Antídoto superior,
Le das remedio al rigor
Que hace mi pena insufrible,
Porque solo á tí es posible
Hacer remedio el dolor (6).
Depongan la seriedad
Mis sentidos en tal caso,
Llorando en fúnebre ocaso
De mi esposa la beldad.
No use de la majestad
Mi pecho en pena tan dura.
Todo se haga á la ternura;
Que fué mi esposa querida,
Y es prenda para sentida
La mas hidalga hermosura (7).

(1) De don Agustin de Salazar y Torres.
(2) De Luis Velez de Guevara.
(3) De Luis Bermudez de Belmonte.
(4) De Luis Velez de Guevara.
(5) De don Juan de Matos Fragoso, don Antonio Martinez y don Agustin Moreto.
(6) De don Jerónimo Cáncer, don Juan de Matos Fragoso y don Agustin Moreto.
(7) De tres ingenios.

Á LAS GRANDES NAVEGACIONES DEL SANTO PADRE JAVIER, Y AL MILAGRO DE APARECERSE Á UN TIEMPO EN DOS DISTINTOS LUGARES (8).

Corriendo el Macedonio el indio suelo
(Yugo impuesto á los términos del dia
Hasta donde perdió de vista el cielo),
De sus plantas le hizo monarquía;
Corriendo el Asia con ardiente celo,
Dilató de Jesus la Compañía
Javier, que á Dios los orientales mundos
Orbes los hizo de su fe segundos.
Alejandro, en mil reinos proclamado,
Su nombre oyó el canopo edades ciento;
Javier, en tantos templos venerado,
El siglo acusa á su esplendor atento;
Peregrinando nieve el cita helado,
Rayos sulcando el árabe sediento,
El voto absuelven en su mármol, donde
En poca tierra mucho cielo esconde.
«Salve, dicen, oh tú, de mas coronas
Ceñida aquella gloriosa frente
Que los orbes que pisas ya de zonas,
Oprimiendo la máquina luciente;
¡Oh tú! que si al Océano perdonas,
De quien ya conculcaste el gran tridente,
No al sur tus plantas, pues sus luces bellas
El norte son de antárticas estrellas.
Apostándole al sol igual camino
(Si pompa no de favorable Juno),
Zodiaco á tu nave cristalino,
Sulcaste el cielo undoso de Neptuno.
¿Qué clima helado (¡oh Tifis peregrino!)
Violado nunca de Jason alguno,
No penetró tu fe? Qué clima ardiente
De Dios no diste al culto reverente?
Dígalo aquel viaje de la China;
El tormentoso mar lo diga, cuando,
Frustrada tanta náutica dotrina,
Su arena viste al cielo trasladando.
Con presencia real (si no divina)
Ya te vieron dos naves aclamando
Quietud á un tiempo al mar, y vieron luego
Ser de sus ondas general sosiego.
Tú solo (¡oh gran Javier!) tú solamente
(Leyes poniendo á los distintos mares),
La deidad emulando omnipotente,
Pudiste á un tiempo estar en dos lugares.
¡Oh tú! que ves su caridad ferviente,
Cuando en fragantes votos desatares
Los que ya le conduces sacros cultos,
En dos le adora gloriosos bultos.
Arriba en paz al ingenioso chino,
Oh tú, por quien al que los cielos doma,
En la ruina infiel del Salamino
Ofrece el melia por cristiano aroma.
¡Oh sucesor de aquel Tomás divino!
Oh nuevo apóstol del pastor de Roma!
Cayó á tus piés Behemot; los indios lares
Ya son templos de fe, ya son altares.
Pueble el cielo tu ilustre Compañía;
Que si en el generoso pueblo hebreo
Por Gedeon cesó la idolatría,
Tú del oriente fuiste el Macabeo.
Orne una y otra ardiente jerarquía
Los que ciñeron bárbaro trofeo,
Pues con las almas que llevaste á ellas
El número borraste á las estrellas.

(8) No me atrevo á calificar resueltamente como de FELIPE IV esta poesía. Monforte y Herrera la inserta en su *Relacion*, diciendo: «No he podido averiguar de quién son las (octavas) que se siguen; pero sin duda su autor es GRANDE, porque tienen GRANDE espíritu.»
Sabido es que á FELIPE IV apellidó la lisonja cortesana *el Grande*.
En este anónimo autor, *grande* y *de grande espíritu*, ¿se quiso aludir al Rey?
Pero de aquí nace otra cuestion: ¿Cómo no obtuvo el primer premio?
A eso respondo que los jueces del certámen pudieron ignorarlo, y ser sabido ó sospechado el hecho por el autor de la *Relacion*.

FIN DE LAS POESÍAS DE FELIPE IV.

POESIAS

DEL

INFANTE DON CARLOS DE AUSTRIA.

SONETOS.

I.

A Anarda (1).

¡ Oh ! rompa ya el silencio el dolor mio (2),
Y salga deste pecho desatado;
Que sufrir los rigores de callado
No cabe en lo que siento, aunque porfio.
De obedecerte, Anarda, desconfio,
Muero de confusion desesperado;
Ni quieres que sea tuyo mi cuidado,
Ni dejas que yo tenga mi albedrío.
Mas ya tanto la pena me maltrata,
Que vence al sufrimiento; ya no espero
Vivir alegre; el llanto se desata,
Y otra vez de la vida desespero;
Pues si me quejo, tu rigor me mata,
Y si callo mi mal, dos veces muero.

(1) Este soneto se imprimió entre las obras de don Luis de Ulloa Pereira, con este epígrafe, *Soneto del señor infante don Cárlos, cuando se ignoraba que tuviese aficion á los versos.*

Sedano, en el sexto tomo de *El Parnaso español*, se equivocó al creerlo obra del rey Cárlos II, puesto que su autor fué el infante DON CÁLOS, hermano de Felipe IV.

Don Luis de Ulloa, en aplauso del soneto de DON CÁRLOS, le dedicó el siguiente:

«Rompa en hora feliz la voz amante
Que en el grave silencio se aprisiona,
Y muestre en otro César Helicona
Que convienen lo augusto y lo elegante,
»Inclito Cárlos; que si ya el semblante
Te acusa de la rígida Belona,
Lides tiene Minerva, en que corona
Con un mismo laurel sábio y triunfante.
»Permíteme de Apolo á las campañas,
Mientras Marte previene otras victorias
Y baja de las bélgicas montañas
»Cada rebelde á tributar dos glorias:
Una á tu espada para las hazañas,
Otra á tu pluma para las memorias.»

(2) En algunas ediciones del *Para todos*, de Montalvan, se lee este soneto con el primer verso así:

«Hoy rompa ya el silencio el dolor mio.»

El mismo Montalvan pone en el mismo libro otro soneto á la misma dama cuyos desdenes sufria el infante DON CÁRLOS. Véanse las palabras que le preceden: «Arrebató á todos el espíritu lo diestro de un músico, que, en alabanza de la color verde, *quizá porque los ojos de Anarda* se vistieron de esta librea, cantó dulcísimamente este epigrama:

«Dos esmeraldas vivas goza Anarda,
Bordan de Lisi el sol oscuros velos,
Azules son de Félida los celos,
Y cada estrella de Amarilis parda.
»Su veneno en lo verde el áspid guarda,
Triste es lo negro, anuncia desconsuelos;
De lo azul son metáfora los celos,
Y lo pardo con sombras acobarda.
»Todos, en fin, con trágica pintura
De nuestro daño son un mudo engaño,
Que ocasiona el dolor, mas no le cura.
»Solo en lo verde el mal no es tan extraño,
Porque si causa el daño su hermosura,
Por eso da el remedio para el daño.»

II.

A la fiera que mató Felipe IV.

De horror armado, de furor ceñido,
Valiente lidia, á mas victoria atento,
El bruto victorioso, cuyo intento
De mas alto poder fué resistido.
Feroz en la campaña es ya temido,
A toda fiera alcanza el escarmiento;
Mayor aplauso debe al vencimiento,
Pues fué la causa de quedar vencido.
Los postreros amagos de la vida
Se vieron antes que la ardiente llama
Ejecutase el golpe de la herida.
Creció la admiracion, creció la fama,
Y el aplauso comun, en voz de vida,
Deidad te adora, vencedor te aclama (3).

(3) El asunto de este soneto es el mismo de uno de don Antonio de Solís: el haber muerto Felipe IV un toro en la Priora con un tiro de arcabuz. Aplaudióse mucho el acierto del Rey y la dicha del toro.

FIN DE LAS POESÍAS DEL INFANTE DON CÁRLOS DE AUSTRIA.

POESIAS

DEL

CONDE DE VILLAMEDIANA.

SONETOS.

I.

A la muerte de Felipe II.

Yace aquí el gran Felipe: al claro nombre
Incline el pecho el corazon mas fiero;
España triste ofrezca el don postrero
A la sacra deidad de su renombre.
Comience á venerar en mortal hombre
La virtud inmortal, y el verdadero
Valor, virtud de un ánimo severo,
Y al son de Roma y Grecia no se asombre;
Que ya vió en verde edad, maduro seso,
Templada en el poder, igual semblante
En los varios sucesos de la suerte;
Sostener los dos mundos en un peso,
Emulo, vencedor del viejo Atlante,
Domar la envidia y despreciar la muerte.

II.

Al mismo asunto.

No consagreis á la inmortal memoria
De nuestro rey despojos adornados
De arneses rotos, yelmos abollados,
Ni de banderas de naval victoria;
Mas dedicad altares á su gloria,
Quedando en bronce y mármol entallados,
Reyes, reinos á Cristo dedicados,
Sugeto noble de famosa historia.
En las almas estampe el claro ejemplo
Del heróico valor nunca vencido,
Huya léjos de aquí el vulgo profano;
Que ya resuena en el sagrado templo
De la fama su nombre esclarecido,
En tanto que le llora el mundo en vano.

III.

A Enrique IV de Francia.

Este que con las manchas de su acero
A los rayos del sol émulo es claro,
De la sangre en la paz fué tan avaro,
Como pródigo della en guerra, y fiero.
Dulce, cortés, magnánimo, guerrero,
Intrépido, constante, invicto, raro,
De las artes sagradas sacro amparo,
Rey por su espada, ilustre caballero;
Dénos hoy en sus lirios esperanza,
Planta, cuan bien nacida, mal cortada,
De magnos Cárlos, de Bullones pios;
Que bien parecerá su semejanza
Si, el agua en sangre bárbara trocada,
Dieren tributo al mar los sacros rios.

IV.

Al mismo.

Hace el mayor Enrique, cuando lidia
En el marcial honor de la estacada,
Corona el yelmo y cetro de la espada,
Paz de la guerra y fe de la perfidia.
César renace, y Alejandro envidia
Piadoso perdonar con mano armada,
Y en los peligros la virtud osada,
Despreciando el morir, vence la envidia.
Castiga rebelados, perdonando
El esfuerzo benigno que previene
De ánimo nuevo imperio sin segundo.
El templo de la paz cierra, y bajando
Del cielo Astrea, su valor mantiene
Con freno á Francia y con la fama al mundo.

V.

A Felipe IV reciennacido.

Crece, oh pimpollo tierno, entre leales
Hesperios troncos; crece alimentado,
No del valor paterno, ya heredado,
Sino del propio, eterno entre mortales.
Sus armas te administren ya fatales
Uno y otro planeta desarmado,
Cuya virtud te admirará, bañado
En sudor de fatigas inmortales.
Digna corona sea de tus sienes
El yelmo de las plumas guarnecido,
Con que levanta mas la fama el vuelo;
Que en duplicado honor ya le previenes
Glorias al tiempo, afrentas al olvido,
A la virtud asilo, aras al cielo.

VI.

Al duque de Lerma.

En los hombros de Alcides puso Atlante
Peso solo capaz del mismo Alcides;
Tú con su emulacion tus fuerzas mides,
A dos mundos benéfico y bastante,
Y á tu grandeza y obras semejante,
Nunca del cielo la piedad divides,
Con que ayudas al bien, y al mal impides,
Compasivo al que erró, grato al constante.
Esta virtud y el generoso pecho,
Solo igual á la sangre que alimenta,
De fortuna mayor digno te ha hecho.
Remisible piedad de envidia exenta,
Franca mano, á quien viene el mundo estrecho,
Del tiempo gloria y del olvido afrenta.

VII.

A la muerte de don Rodrigo Calderon.

Este que en la fortuna mas subida
No cupo en sí, ni cupo en él su suerte,
Viviendo pareció digno de muerte,
Muriendo pareció digno de vida.
¡Oh providencia no comprehendida!
¡Auxilio superior, aviso fuerte!
¡El humo en que el aplauso se convierte
Hace la misma afrenta esclarecida!
Purificó el cuchillo los perfetos
Modos que religion celante ordena,

Para ascender á la mayor vitoria;
Y trocando las causas sus efetos,
Si glorias le conducen á la pena,
Penas le restituyen á la gloria..

VIII.

En cuanto tu valor el limpio seno
Alimentando está de la serpiente,
Que se mantiene de veneno ardiente,
Convirtiendo en mal propio el bien ajeno,
Logra dulce quietud, cielo sereno,
En el de este horizonte dulce ambiente,
Sin ver del tiempo la sañuda frente,
De tempestades y portentos lleno.
Aquí negados al rigor del hado,
Serémos en la escena espectadores,
En el del mundo trágico tablado,
Viendo que, menos dignos los mayores,
Un menosprecio tengan y un estado,
Vencidos de fortuna y vencedores.

IX.

Esta cuna feliz de tus abuelos,
Si en edad muertos, vivos por memoria,
No consta solo de caduca gloria,
Afectada en simétricos modelos;
Porque sus piedras dan envidia y celos
Al esplendor de la latina historia,
Hechos tanto blason, tanta victoria,
Templos de Marte y de la fama cielos.
Presas banderas, príncipes vencidos,
Rotos arneses, yelmos abollados,
Mármoles son del tiempo no mordidos;
Donde con sangre viven trasladados,
Reinos gloriosamente defendidos,
Reinos gloriosamente conquistados.

X.

Debe tan poco al tiempo el que ha nacido
En la estéril region de nuestros años,
Que premiada la culpa y los engaños,
El mérito se encoge escarnecido;
Ser un inútil anhelar perdido,
Y natural remedio á los extraños,
Avisar las ofensas con los daños,
Y haber de agradecér el ofendido;
Máquina de ambicion, aplausos de ira,
Donde solo es verdad el justo miedo
Del que percibe el daño y se retira;
Violenta adulacion, mañoso enredo,
En fe violada han puesto á la mentira,
Fuerza de ley y sombra de denuedo.

XI.

Vuelvo á probar segunda vez, fortuna,
Efetos de tus iras agraviados,
Con tristes experiencias observados
Los varios movimientos de tu luna.
Despediré esperanzas una á una,
Si ellas mal, sus avisos bien logrados,
Cuando entre engaños ya desengañados,
Ambicioso anhelar no me importuna.
Son para mi razon las sinrazones,
En mudo sufrimiento á veces leo
Noticias que di al tiempo de mi daño.
Callaré quejas, beberé pasiones,
Para que vez segunda mi deseo
No pise en el umbral del desengaño.

XII.

De los aplausos que miró triunfales
La gran ciudad latina vencedora,
Tras de aquel tiempo que aun Italia llora,
Dan apenas señal de las señales.
¿Cuántas libicas glorias y murales
Cantó la fama, que la fama ignora?
Cuántos, tumba de olvido, cubre agora
Vencimientos terrestres y navales?
Los trofeos del tiempo son trofeo,
Y materia á la suerte la osadía
Ofrece á veces del mejor caudillo.
Dígalo César, dígalo Pompeo:
A quien es de fortuna, un mismo dia
Da injusta mano el cetro y el cuchillo.

XIII.

A una señora que cantaba.

La peregrina voz y el claro acento,
Por la dulce garganta despedido,
Con el suave afecto del oido,
Bien puede suspender cualquier tormento;
Mas el nuevo accidente que yo siento,
Otro misterio tiene no entendido,
Pues en la mayor gloria del sentido
Halla causa de pena el sentimiento.
Efetos varios, porque el mismo canto
Deja en la suspension con que enajena
Cuerdo el enloquecer, la razon loca.
Y por nuevo milagro ó nuevo encanto,
Cuando la voz mas dulcemente suena,
Con ecos de dolor el alma toca.

XIV.

Es tan glorioso y alto el pensamiento
Que me mantiene en vida y causa muerte,
Que no sé estilo ó medio con que acierte
A declarar el mal y el bien que siento.
Dilo tú, amor, que sabes mi tormento,
Y traza un nuevo modo que concierte
Estos varios extremos de mi suerte,
Que alivian con su causa el sentimiento;
En cuya pena, si glorioso efeto
El sacrificio de la fe mas pura
Que está ardiendo en las aras del respeto,
Ose el amor, si teme la ventura;
Que entre misterios de un dolor secreto
Amar es fuerza y esperar locura.

XV.

El que fuere dichoso será amado,
Y yo en amar no quiero ser dichoso,
Teniendo mi desvelo generoso
A dicha ser por vos tan desdichado.
Solo es servir, servir sin ser premiado;
Cerca está de grosero el venturoso;
Seguir el bien á todos es forzoso,
Yo solo sigo el bien sin ser forzado.
No he menester ventura por amaros;
Amo de vos lo que de vos entiendo,
No lo que espero, porque nada espero.
Llévame el conoceros á adoraros;
Servir mas por servir solo pretendo,
De vos no quiero mas que lo que os quiero.

XVI.

A Alonso de Morales, autor de comedias, marido de Josefa Vaca.

«Oiga, Jusepa, y mire que ya pisa
Esta corte del Rey; cordura tenga;
Mire que el mundo en murmurar se venga,
Y el tiempo siempre sin hablar avisa.
«Por esta santa y celestial divisa (1),
Que de hablar con los príncipes se abstenga,
Y aunque uno y otro duque á verla venga,
Su marido no mas, su honor y misa.»
Dijo Morales, y rezó su poco (2);
Mas la Jusepa le responde airada:
«¡Oh! lleve el diablo tanto *¡guarda el coco!*
»Mal haya yo, si fuere mas honrada.»
Pero como ella es simple, y él es loco (3),
Miró al soslayo, fuése, y no hubo nada.

(1) En algunos códices se lee así el soneto. En otros se encuentra de este modo:
«Por esta dura y eficaz divisa.»
(2) Dijo Morales, y rióse un poco.
(3) Pero ella es simple, y él creo que es loco.

XVII.

Doce cornudos, digo, comediantes,
Que diz que todo es uno, y otra media
Docena de mujeres de comedia,
Medias mujeres de los doce de *antes;*
Tropa de feligreses y de amantes,
Con que su amor con otro amor remedia,
Iban acompañando la tragedia
Del yerno de Avicena y de Cervántes.
Era Marimorales de la boda,
Y con razon, dignísima madrina;
Por ser de p... y cornudos toda.
Aprenderá su ahijada la doctrina;
Que fácil á ser p... se acomoda
La que su amor á comediante inclina.

XVIII.

Estas de admiracion reliquias dinas,
Tumbas, anfiteatros, coliseos,
Del tiempo son magníficos trofeos,
Imperiales ya pompas, hoy ruinas.
Tú, mortal, que esto ves, y no terminas
El plazo á la ambicion de tus deseos,
¿No adviertes de los Fabios y Pompeos
Tantas en polvo hoy fábricas divinas?
A la inmortalidad cierra el camino
El que escalar pretende en vano el cielo
Con el que su ambicion fausto permite.
La virtud es el medio peregrino;
El valor y el talento prestan vuelo,
Sin que el tiempo contrario lo limite.

XIX (1).

Risa del monte, de las aves lira,
Pompa del prado, espejo de la aurora,
Alma de abril, espíritu de Flora,
Por quien la rosa y el jazmin respira;
Aunque tu curso en cuantos pasos gira
Perlas vierte, esmeraldas atesora (2),
Tu claro proceder mas me enamora
Que en cuanto en tí naturaleza admira (3).
¡Cuán sin engaño tus entrañas puras
Dejan que por luciente vidriera
Se cuenten las guijuelas de tu estrado! (4)
¡Cuán sin malicia candida murmuras!
¡Oh sencillez de aquella edad primera!
Perdióla el hombre y adquirióla el prado (5).

ROMANCE.

Mal segura zagaleja,
La de los lindos ojuelos,
Grave honor de los azules,
Dulce afrenta de los negros,
Si de poco amor acusas
El que estima tus deseos,
Quien le envidia por dichoso
Le juzgará por grosero.
No de su amor desconfies;
Que será con falso acuerdo
Confesar que no te adora,
Negarle el entendimiento.
Si le favorece tanto
Tu divino rostro bello,
¿Cómo ha de errar quien en todo
Tiene de su parte el cielo?
Medrosa estás de tu cara;
Que no hay en el siglo nuestro
Para tu beldad ventura,
Para tus virtudes premio.
Zagala, pues que á tu amante
Causas desmerecimiento,
Si está loco con favores,
Hazle con desdenes cuerdo.

QUINTILLAS.

¿Cómo se puede dudar
De quien hizo mi eleccion,
Que en el alma y corazon
Os haya dado el lugar
Que se os debe por razon?
Porque el hombre que de un sueño
Despierta, y comienza á ver,
Cobra vida y nuevo ser,
Entregado á mejor dueño.
Y el alma en vuestro poder.
La resistencia es en vano,
Buscar remedio es locura;
Que donde el mal es ventura,
Heridas de vuestra mano,
La misma mano las cura.
Y aunque es sobresalto esquivo
No llegar á tomar puerto,
Quedaré con un bien cierto,
O para serviros vivo,
O por vuestra mano muerto.

TERCETOS.

A Francelisa (1).

¿Quién le concederá á mi fantasía
Un espíritu nuevo, un nuevo aliento,
Que iguale, si es posible, á mi osadía.
Y una pluma que corte tanto el viento,
Que penetre los orbes, y de vista
Se pierda al mas subido entendimiento,
Para que siendo vuestro coronista,
A las iras del tiempo y del olvido
Con fama dichosísima resista?
Cisne entonces, de números vestido
En vez de pluma, templo á la memoria
Vuestra daré, de acentos construido.
Sea pues claro origen de mi historia
El recíproco amor de dos estrellas,
Cuyos rayos son luces de su gloria.
Fenices dos, del Tajo ninfas bellas,
En quien recopiló de mil edades
El cielo cuantas gracias puso en ellas.
No sin aras ni culto ya deidades;
Que holocaustos amor les rinde puros
En víctimas de ocultas vanidades.
Las suyas dos, en blandamente duros
Casos, el ciego dios á todos tiene,
De la envidia y del tiempo aun no seguros,
Pues cuanto desde el Calpe hasta Pirene
Alumbra el sol y con sus rayos baña,
La admiracion de tanta luz contiene;
Auroras con que el tiempo desengaña;
Que puras hijas de mas blanca Leda
En las ondas del Tajo nos dió España.
Francelisa, amor vuestro, sin que pueda
Tan sublime parar merecimiento
De la diosa fatal la débil rueda.
Y vos, clara Amarílis, alimento
De tierno amor, que dulcemente crece,
Haciendo de dos almas un aliento;
Si el ciego dios sus armas os ofrece,
Misteriosa materia oculta sea
Lo que lágrimas tiernas os merece.
Quien llorar sabe, y con llorar granjea
Presa la voluntad de *Francelisa*,
Con lo mismo que mata lisonjea.
Muerte que no escarmienta, cuando avisa,
Antes es el despojo de una vida,
Aun no aceptada ofrenda, mas preciosa.

(1) Este soneto fué puesto por don Diego de Saavedra Fajardo, en su *República literaria*, pero no es obra suya.
Gracian lo habia publicado ya *como de un príncipe en sangre*, y *mas en el ingenio*.
Don Gregorio Mayans, en su *Retórica*, dice terminantemente que es del CONDE DE VILLAMEDIANA. Sin embargo, el hermano Lorenzo Ortiz, en su libro *Ver, oir, oler, gustar, tocar* (Leon de Francia, 1687), dice: «De que en un soneto moral cabe dulzura, gala y aseo, sea prueba este del no menos poeta que político don Diego de Saavedra;» y copia el presente. Bolh de Faber, en su *Floresta*, lo pone como de autor desconocido.
En la *República literaria* se lee el soneto con muchas variantes.
(2) Tanta jurisdiccion argenta y dora, (*Saavedra.*)
(3) Que lo que en sí naturaleza admira. (*Id.*)
(4) Dejan por transparente vidriera
Las guijuelas al número patentes. (*Id.*)
(5) Huyes del hombre y vives en las fuentes. (*Id.*)

(1) Anagrama de *La Francesa*, aludiendo á la reina Isabel de Borbon.

Ya era pompa del Tajo esclarecida,
A quien ya sus cristales dieron cuna
En mar y en tierra para florecida;
Con la que pondrá ley á la fortuna,
Prima vuestra, en el mando la primera,
Si lumbrera fatal, no fénix una;
Pues Amarílis en sublime esfera,
Gémina, ya deidad, rosa fragrante,
Campos de luz en gloria verdadera;
Materia, en fin, de admiracion constante,
Felicidades mil la edad os cuente,
Ser pueda solo un *sol* de un *sol amante*,
Que un sol á un sol de rayos alimente.

LETRA (1).

No sé si es obra de amor,
O dulce milagro dél,
Que en la flor esté la miel,
Y no la abeja en la flor;
Mas si vencido el rigor,
Si no es néctar verdadero,
Perdonar al amor quiero.
Aunque luego tarde es ya,
Si tanto abeja volare,
Que la flor en que picare
Mas picada quedará;
Rosas alambicará
Del difunto amor primero;
Perdonar al amor quiero.
Amor, cuando abeja vueles,
Y mas en tus alas fies,
Chuparás en dos rubíes
Las hojas á dos claveles,
Tan bellos como crueles,
Y dulce su rigor fiero;
Perdonar al amor quiero.
Vuele con alas de amor
La abeja; que puede ser
Abra con solo morder,
Y pique sin dar dolor;
De cuya punta el rigor,
Si encarna como de acero,
Perdonar al amor quiero.
El ser flor no es ser esquiva,
Antes el amor consiente
Que labre ingeniosamente
La que dulcemente liba;
Abeja no fugitiva,
Sino armado prisionero,
Perdonar al amor quiero.
Con las plumas de amor llega
A ser el vuelo tan alto,
Que en la distancia del salto
Lo que mas pica mas ciega;
Mas si la piedad me entrega
Las primicias que yo espero,
Perdonar al amor quiero.
Ya la flor, al susurrar,
El miedo puede perder
De abeja, que sin morder,
Chupa y se deja chupar;
Y si llegare á picar
Con aguijon verdadero,
Perdonar al amor quiero.
Mas es amor tan cruel,
Que deste panal quisiera
Dar alas de frágil cera
Y negar su dulce miel;
Mas si para gloria dél
Viviera de lo que muero,
Perdonar al amor quiero.

ENDECHAS.

Escuchad, Señora,
En congoja tanta
Una voz que canta
De un alma que llora.
En amargo llanto
Desató la vida,
En su mal rendida,
Quien os causa tanto.
Del ronco cantar
Veréis claramente
Que en mí es accidente
Cuanto no es llorar.
Ojos enemigos,
Siempre desdichados,
Si sois castigados,
¿Cómo sois castigos?
Los ausentes tristes
Del mas triste llanto
Con amargo canto
Los interrumpistes.
Estos instrumentos,
Tan desacordados,
Solo están templados
Para mis tormentos.
En ánsia mortal,
Sin fin y sin medio,
Es solo el remedio
De mi mal, mi mal.
¿Quién habrá que tuerza
Una inclinacion
Que tiene razon
Y no sufre fuerza?
Mi verdad desnuda
Os pone delante
Un morir constante
Y una razon muda.
Dejemos querellas,
Y queden suspensas
En mí las ofensas,
Y en vos el temellas.
En daños tan ciertos
No caben sospechas,
Culpas quedan hechas
Los remedios muertos.
Al punto mas fuerte
Hoy diré que llego,
Pues por fuerza entrego
Mi suerte á mi suerte.
Y aunque esta, agraviada,
Hablar no me deja,
Ni que tenga queja
De muerte buscada,
Peligro es mirar,
Y mayor no ver;
Dejar de ofender
Es dejar de amar.
La muerte que hallo
Quiere amor que calle
Para que la halle
En lo que yo callo.
Ya solo procuro
Que diga el secreto:
«Mereció el respeto
Un morir seguro.»

REDONDILLAS (1)

QUE SE HALLARON EN EL BOLSILLO DEL CONDE CUANDO LO MATARON.

Señora, cuyo valor
Tanto excede el ser humano,
¡Quién os diera por su mano
Un ala del dios de amor!
Pues cuando llegare el aire
A vos con su movimiento,
Fuego será de elemento,
Que arderá en vuestro donaire;
Porque el viento que os recrea,
Del ciego dios exhalado,
En fuego disimulado
Alma de suspiros sea;
Cuyo secreto accidente,
En solicitado alivio,
Podrá, de remedio tibio,
Sacar desengaño ardiente.

(1) Esta letra mas parece de Góngora que de VILLAMEDIANA.

(1) Las variantes son de un códice de mi amigo don Joaquin Rubio. En algunos manuscritos no están las ocho redondillas primeras.

Lágrimas desengañadas,
Quejosas por no creidas,
Pueden ser mal advertidas,
Pero no mal empleadas;
Que en tan doloroso oficio
Se abrasa un acto secreto,
Cuando es el menos aceto
El mas puro sacrificio.
Mi fortuna ya la veo,
En cuyo desvalimiento
Es culpa un conocimiento,
Que aun no llega á ser deseo.
Pero debo á la ocasion
Tanto, á que amor me condena,
Que saca alivio la pena
De la desesperacion.
Sépase, pues ya no puedo (1)
Levantarme ni caer,
Que al menos puedo tener (2)
Perdido á fortuna el miedo.
Desde luego me sentencio,
No solo á morir callando,
Mi paciencia acreditando,
Sino ahogado en silencio.
Por sagrado á mis cuidados
Ausente remedio elijo;
Que en desengaño prolijo
No hay arma contra los hados.
La fortuna se declara,
El que la rige porfia,
Y mi razon, porque es mia,
Me niega ó me desampara.
Mas no llega esta opresion,
Por mas que el tiempo me ofenda,
A que el remedio pretenda
De la conmiseracion.
Cuanto del agravio es ira
Apriete el lazo cruel;
Quizá quebrará el cordel,
Que le tuerce una mentira.
Fuerza de costosos daños
En nuevas contrariedades,
Desmintiendo las verdades,
Verifica los engaños.
Mas la paciencia esta vez
Vénzase á sí, que no es poco,
Pues un Caton será loco
En manos de algun juez.
Voyme primero; que vuelto,
Testificaré agraviado
Que de alguno condenado
Me quiero mas que no absuelto.
Locura no fué jamás
Remedio á sugeto cuerdo;
Si me voy, sé que me pierdo,
Y si espero, pierdo mas.
Mas es apretado punto,
En tantos daños, sin medio,
Tener el mal y el remedio,
La vida y la muerte junto.
Tarde á mi ofensa vendrá (3)
Con el desengaño aviso,
Cuando aun la tierra que piso
O me falta ó se me va.
En cuyo desvalimiento,
Sin alivio y sin buscalle,
Mas me ahoga el procuralle
Que no la falta del viento.
Adonde (4) viniera á ser
Descanso el desesperar,
Si se pudiera quejar
Quien no tiene que perder;
Quien vió los tronos poblados
De aplauso y de adulacion,
Y el aire de la ambicion
Hoy los tiene derribados;
Quien ha visto ejecutadas
Iras de injustas querellas,
Y donde vió cometellas
Ahora las ve vengadas.
Mas ya del tiempo presumo,
En un estado tan ciego,
Que, como en humo aquel fuego,
Volverá este fuego en humo.
Cualquier desvanecimiento
Mas toca en la potestad,
Donde hay mucha voluntad
Y ningun entendimiento.
Este esperar sin temer
Logra plazos ofendidos,
Siendo alivio de caidos
El no poder ya caer;
Pero con las que derribo,
Del tiempo fieras venganzas,
Entre muertas esperanzas
El susto me deja vivo.
Grandes encubiertos lazos,
Costosos inconvenientes,
Si plazos, ¿cómo presentes?
Si presentes, ¿cómo plazos?
Los que contra mí se animan
Siempre aciertan lo que trazan;
Con lo futuro amenazan,
Y con lo que es ya lastiman.
Nunca esta cuerda se afloja,
Y con apretarme el cuello,
Solo de que caiga en ello,
Quien mas me aprieta se enoja;
Donde vienen á querer,
No solo verme morir,
Sino darme que sufrir
Y quitarme el conocer;
Cuya violencia cruel,
Que la sufro y que la miro,
Por mano ajena hace tiro
Para que no caiga en él;
Pero vaya todo así
Cuanto en la fortuna cabe;
Que el tiempo vengarse sabe
De quien se venga de mí;
Que aunque es ya para caer,
Tarde, quien pudiere, en ello;
Tarda fortuna en hacello,
Porque es razon y ha de ser.
Estoy tan en el profundo,
Que idolatrara el castigo,
Si es que se hundiera conmigo
Cuanto me cansa en el mundo;
Pero en tan quejoso extremo
No sé de qué mal me guardo
Ni en qué ofensa me acobardo,
Pues todos los males temo.
Perseguido y condenado,
Los que mi daño pretenden,
Con lo mismo que me ofenden
Quieren dejarme obligado;
Pero podrá la malicia
De tan costosa violencia
Desesperar la paciencia,
Si no engañar la noticia.
¡Obligado yo! ¿De qué?
Quejoso de tantas cosas,
Que pierde en las mas dudosas
Lugar el mundo y la fe (5).
Estos valles y estos rios,
Para mí tan poco amenos,
Mirándolos como ajenos,
Me lastiman como mios.
Parece melancolía
Antever con ella ya
Que mala fortuna hará
Con otra buena la mia.
De este susto no se espanta
Razon que en razon estriba,
Pues solo el tiempo derriba
Lo que fortuna levanta.
Caen los aplausos vanos

(1) Pesares, ya que no puedo
(2) ¿Hay mayor bien que tener
Perdido á fortuna el miedo?
(3) Tarde mi ofensa tendrá
(4) En donde
(5) Lugar el miedo y la fe.

De los mas bravos progresos,
Y las fábricas de excesos
Mueren á sus propias manos.
El aliento ni el valor
No dependen de mudanza,
Donde fortuna no alcanza,
Como region superior.
Luz que en propia lumbre crece
No eclipsa envidiosa nube,
Ni al que por méritos sube
La altura le desvanece.
El poderoso cruel,
Solo á su ambicion atento,
No es mucho que coja viento,
Pues que solo sembró en él.
Quien desvaneció una fraude
Con solo aliento sufrido,
Quizá vera escarnecido
Lo mismo que agora aplaude.
Pero ya tarde será
Cura de llaga tan vieja,
Que desengañada queja
Desesperacion es ya.
Tolerancia siempre vana,
De su propia carne muerde,
Y por ignorancia pierde
Lo que por paciencia gana.
En tan dudoso partido
¿Cuál es mas para aceptado,
Un sufrir desesperado
O un desesperar sufrido?
Engaño es tratar de medio
En tiempo tan riguroso;
Que no es menos peligroso
Morir que buscar remedio.
No me queda qué elegir.
En tan prolijo penar;
Que anima el desesperar,
Y desespera el sufrir.
Bien sé yo que esta violencia,
Que aun el poder no disculpa,
Ha de condenar por culpa
Lo que sabe que es paciencia.
Tan largo el plazo ha de ser
Que á mis cadenas lastima,
Por estar sorda la lima
Que las pudiera romper.
Alivio no le pretendo;
Antes vengo á persuadirme
Que con el no resistirme
Parece que me defiendo.
Su mismo agravio escrutinia
Una fortuna que deja
A la paciencia con queja,
Y vengada la ignominia.
Mas como todo lo iguala
Temida, buscada muerte,
Lo mismo es que buena suerte
El conhortarse á la mala (1).
O es estar cuerdo ó muy loco,
Que una fortuna agraviada
No espere del tiempo nada,
Y todo lo tenga en poco.
Ora el sol las alas queme,
Ora las coja el abismo,
Quien vive dentro en sí mismo
Ningun desengaño teme.
Déme luz otra esperanza
Para que sin esta muera,
Ya que en lo que no se espera
Ni hay engaño ni tardanza;
En cuyos largos destierros
El desengaño esta vez,
Parte de aviso y juez
Prestan pared á mis hierros (2).

REDONDILLAS.

Hoy erija coliseos
El adulador poder;
Que el tiempo los ha de ver
Del mismo tiempo trofeos.
¿Qué es de los dorados bronces
De Octaviano y de Neron,
Que hoy apenas polvo son
En lo que escriben de entonces?
Los arcos y las triunfales
Pompas, pompa hoy funeral,
Son lagrimosa señal,
De que aun no quedan señales.
Iguala muerte y fortuna
La mas alta y baja suerte;
Cupo en la cuna la muerte,
Quepa la tumba en la cuna.
¿Quién vió de grande caudillo
Romano, con gloria tanta,
La generosa garganta
Expuesta al duro cuchillo?
España no busque ajena
Historia, donde el Rey halla
Que el poder y una batalla
Le dejó sin una almena.
Y tú, gran Enrique, en vano
De valor y armas cubierto,
Al hado te diste muerto
Por la traicion de una mano.
De Marte el honor vestido
En tus bélicos blasones,
Tuvieron tus escuadrones
Armado, y no defendido.
En todo lo humano falta
Prevencion, discurso y traza;
Con lo que el mundo amenaza
Nos premia mente mas alta.
Viva en los dorados techos
La ambicion del mayor daño;
Que al mas noble desengaño
Le parecerán estrechos.
Suelte la rienda el deseo
Y dé las velas al viento
Quien surca y está contento,
Donde á tantos perder veo.
Déme el tiempo á mí lugar,
No tarde, pues no soy muerto,
Para mirar desde el puerto
Los peligros dese mar.
Si no me vuelve la cara
Mi esperanza, por ser mia,
Podrá al mas escuro dia
Seguir la noche mas clara.
Ningun alivio divierte
Entre mil dudas al que
Fia solo de su fe
Lo que duda de su suerte;
Y aunque futuro temor
Ha hecho presente daño,
Cualquier largo desengaño
Es breve plazo de amor.
Desta duda escrupulosa
Procede mayor violencia,
Y de quejosa paciencia
Desesperacion forzosa.
Tanto advertir no es querer,
Tanto temor no es amar,
Los ojos para cegar
Ceguedad son para ver.
Prolija desconfianza
De hoy á mañana me lleva,
Y costosamente prueba
Mi paciencia su tardanza.
Quiera amor que hoy amor vea
Mas piadoso que cruel,
En plazo puesto por él,
Alivio que él mismo crea.
A luz misteriosa dí
Fe, si fortuna dispone
Que cuando á todos se pone
El sol salga para mí.
Y por si amor, ya no ciego,
Permitiese este milagro,
Toda esta noche consagro
A tus aras, dulce fuego.

(1) El disponerse en la mala.
(2) En algunos códices no están estos cuatro últimos versos.

EPITAFIOS.

I.

A don Rodrigo Calderon.

Hoy de fortuna el desden
Aquí dió muerte inmortal
A quien el bien hizo mal
Y á quien el mal le hizo bien.

II.

Al mismo.

Aquí yace Calderon.
Pasajero, el paso ten;
Que en hurtar y morir bien
Se parece al buen ladron.

III.

A don Baltasar de Ribera.

Don Baltasar de Ribera
Yace en aqueste lugar.
La muerte le hizo callar;
Que otra cosa no pudiera.
Mandóle enterrar Cabrera,
Como el mas interesado,
Pues fué el primero llamado
A la herencia de hablador;
Dé al muerto el cielo el Señor,
Y enmudezca al heredero.

EPIGRAMAS.

I.

A un caballero descendiente de judíos, entrando á rejonear un toro.

¿Ves aquel que viene allí
Del tribu de Zabulon?
¡Qué mal que trae el rejon!
La lanza y la esponja sí.

II.

A don Rodrigo Calderon, que en unas fiestas en la plaza Mayor de Madrid tuvo un altercado con don Francisco Verdugo.

¿Pendencia con Verdugo, y en la plaza?
Mala señal por cierto te amenaza.

COLOQUIO

ENTRE DOS PASTORES SOBRE EL GOBIERNO DE FELIPE IV.

Poderoso rey tenemos,
Cuyo miedo al mundo asombra.
—Solo en retrato la sombra
Por figura conocemos.
—En los reyes vale el nombre
Mas que en los hombres el brazo.
—En los casos hace el caso,
El nombre no, solo el hombre.
—Aunque en tierna edad, sabemos
Que es justiciero y feroz.
—Si lo es, sábelo Dios,
Y nosotros, que lo vemos.
—¿No ves con cuánto rigor
Va desterrando traidores?
—Echáronle otros mayores
Para usurparle el favor.
—Los que de presente privan
Fueron por justa eleccion.
—Un ladron y otro ladron
De una cosa se derivan.
—Consejeros virtuosos
Tiene, con quien se aconseja.
—Si no es maestra la abeja,
No hace panales sabrosos.
— . . . . . .
. . . . . .
—Hallaron el reino estrecho
Y las cosas en mal punto.
—El oro de un mundo junto
Se encierra en un ancho pecho.
—Pues ¿qué faltó? En resolviendo,
Ejecutar lo resuelto.
—Que el viento es, cual viento, suelto,
Que vuela, su oficio haciendo.
—Pues tanto atinas, de dónde
Nació la causa dirás.
—De un gran daño, que jamás
Al remedio corresponde.
—Si escogida la razon,
Se desterrara el respeto...
—Que tiene el mundo sujeto
A tan grande perdicion.
—Si las estatuas de Aténas
Como oráculos no hablaran...
—Y si las manos cerraran,
Pues que ya las tienen llenas.
—Si no andara desvalido
El propio merecimiento...
—Y el honrado atrevimiento
No fuera por loco habido.
—Si las tiaras de Dios
Marte no las profanara...
—Y si yo no me olvidara
De mí mismo y vos de vos.
—Si se agotaran los charcos
De hambrientas sabandijuelas...
—Cuyas trazas y cautelas
Hacen sensibles los barcos.
—Y si, al fin, las santas leyes
Nunca trocaran los dos,
No queriendo el rey ser Dios,
Ni los ministros ser reyes.
—Si Catilinas odiosos
Nuestras tierras no ocuparan...
—Ni faltan hoy ni faltaran
Viriatos valerosos.

CONTRA LOS VALIDOS DE FELIPE III.

(Coplas á manera de refranes.)

El duque de Lerma
Está frio y quema.
El duque de Uceda
Esconde la mano y tira la piedra;
Mas viendo su engaño,
El mal de los otros ha sido su daño.
El duque de Osuna
Nápoles llora su buena fortuna;
Mas ya que está preso,
Muy bien se alegra de su mal suceso.
San German
No tenia un pan
Cuando fué á Milan;
Si allá lo hurtó,
No lo sé yo.
Si de esta escapa *Calderon*,
Bástale una racion,
En galera, digo,
Aunque esta le sobra á tal enemigo.
El Confesor,
Si mártir muriera, fuera mejor.
Tomás de Angulo
Toda su hacienda trajo en un mulo.
Juan de Ziriza
De miedo se eriza.
El señor Bonal
A sí se hizo bien y á todos mal;
Y su mujer
Lo que ha rapado procura esconder.
Pedro de Tapia
El premio es la escarpia.
Jorge de Tobar
Valióle el hablar.

EPIGRAMA III.

A don Rodrigo Calderon, estando preso.

En jaula está el ruiseñor
Con pihuelas que le hieren,
Y sus amigos le quieren
Antes mudo que cantor.

IV.

A la ciudad de Sigüenza, donde habia muchas damas de canónigos.

Llegué leguas caminadas,
Por dar descanso á mis plantas,
Al lugar de menos santas
Y de mas canonizadas.

V.

A Vergel, alguacil de corte.

Bien las sortijas están
En los dedos esmaltadas,
Ganadas á cabalgadas,
Como si fuera en Oran (1).

VI.

Al mismo Vergel, entrando en la plaza de toros.

¡Qué galan que entró Vergel
Con cintillo de diamantes!
Diamantes que fueron antes
De amantes de su mujer.

VII.

Al marqués de Malpica.

Cuando el marqués de Malpica,
Caballero de la llave,
Con su silencio replica,
Dice todo cuanto sabe.

VIII.

Al perro de la fuente de Santa Cruz.

Tanto poder tiene el trato
De las malas compañías,
Que dentro de pocos dias
Este perro será gato.

IX.

A don Juan de España (2).

Jura España por su vida
Que nunca cenó en su casa,
Y es que sin cenar se pasa
Cuando nadie le convida.

X.

Sobre el destierro del padre Pedrosa, predicador de su majestad.

Un ladron y otro perverso
Desterraron á Pedrosa,
Porque les predica en prosa
Lo que yo les digo en verso.

DIÁLOGO

ENTRE PLUTON Y AQUERONTE (3).

PLUTON.

¡Hola, barquero! ¡Rígido Aqueronte!
¿Cómo no me respondes?

AQUERONTE.

¿Quién me llama?

PLUTON.

Apareja tu barca, en órden ponte;
Que previene tus dichas hoy la fama.
De Filipo Tercero la alma pura
El mártir cuerpo deja en su real cama,
Y á los Elíseos campos se apresura.
Bien es que para rey tan soberano
Determines limpiar barca y figura;
Y aunque excusar horrores será en vano,
De las estigias aguas mando y quiero
Que le muestres camino mas que humano.

AQUERONTE.

Obedecerte, gran Pluton, espero;
Mas advierte que vives engañado,
Por ser en todo rey y ser postrero
En saber de las cosas del Estado.
Ese que tienes tú por gran monarca,
Viviendo no fué rey sino pintado.
Su confesor, su duque y patriarca
Reinaron, y otros gatos de doblones;
Y él, de corrido, se entregó á la Parca.
Murió, cual Jesucristo, entre ladrones,
Que le hicieron reinar por alimentos
Y aprender el oficio en los millones.
Esos le trastornaron sus intentos,
Y tambien le negaban lo que via,
Construyéndole así los pensamientos.
El confesor, que de latin sabia
Menos que de la ciencia de la cuba,
A diestro y á siniestro le absolvia,
Y asentó por cofrade de la uva,
A costa de Filipo cada noche.
Jusepa baje y Amarilis suba (4).
Vengan los comediantes en un coche,
Llévese á aquestas damas la litera,
Y ande la procesion á troche y moche.
Venga don Pablo con su cabellera,
Tornarémos á Nápoles á Osuna;
Que él hará la razon adonde quiera.
Hinojosa que calle me importuna;
Callemos, pues que trajo las riquezas
Que halló en Italia, sin dejar alguna.
Peligro corren hoy nuestras cabezas;
Porque está Calderon muy apretado;
No lo hagan noche con doradas piezas.
Ea, Pablos, el sábado ha llegado;
Secretarios, oidores, contadores
¿No os contribuyen con lo que han hurtado?
Tapia, Angulo y Bonal son los mejores,
Soria y Gamboa vengan luego á cuenta,
Y no se nos levanten á mayores.
Venga Ruiz de Contreras, el que intenta
Aquello de las Indias. ¡Linda hazaña!
Ese ha de hacer famosa nuestra renta.
Ea, venga Tobar. Démonos maña.
¿Hay quien quiera obispar? Vengan ducados;
Que así obispan los asnos en España.
Jubilemos á todos los letrados,
No entiendan nuestras trampas é invenciones;
Mas dejemos agora esos cuidados.
¿Hay pleitos en la corte? — Eso á millones:
Uno de una nariz, que dió en poeta,
Nos quiere calumniar las intenciones.
Y eso es porque los de la otra seta
Son muchos; no podrá evitar el daño.
Anunciábalo el rabo en la cometa.

PLUTON.

¡Válgame Proserpina! ¡Caso extraño!

(1) *A cabalgadas*, pudo ser con alusion á las que daba en la plaza de toros, como alguacil, y en algunas fiestas solemnes. Pudo ser con alusion á las ganancias que deshonestamente hacia su mujer.

(2) En cambio de este epigrama léase lo que Cervántes dice en *El viaje del Parnaso:*

«Este es *don Juan de España*, que es mas dino
De alabanzas divinas que de humanas,
Pues en todos sus versos es divino.»

(3) En todos los códices de poesías del conde de Villamediana se lee *Aqueronte*. Nuestros buenos autores han usado indistintamente las palabras *Caronte* y *Aqueronte* en la misma significacion de *barquero del infierno gentilico*. Don Francisco de Herrera Maldonado, en su traduccion de los *Diálogos morales de Luciano*, llama á uno de ellos *El Acheronte:*

«MERCURIO.

»¿De qué ries, *Acheronte?* Prométote, Acheronte, que el desear darte gusto me ha de costar muchos azotes.»

Pedro Silvestre del Campo, en su *Proserpina*, usa indistintamente las voces *Caron, Caronte* y *Aqueronte* en el mismo significado de *barquero:*

«Mordaza fué á la lengua de *Aqueronte*.»

En la comedia *Euridice y Orfeo*, de don Antonio de Solís, se introduce al barquero del infierno, llamándole tambien *Aqueronte*, y no *Caronte*.

No solo aquella voz significa poéticamente la *muerte, el infierno* y *el rio de Epiro*, que los poetas llaman *el rio del mismo infierno*, sino tambien el barquero de este.

(4) Nombres de dos famosos comediantes. —*Amarilis* era poético. (Véase la *Historia del histrionismo*, por Pellicer.)

¿Que de esa suerte el santo Rey vivia
En tan profundos términos de engaño?

AQUERONTE.

Sí, Pluton; que esta gente le traia
Con astucia notable embelesado,
Sin dejarle gozar lo que tenia;
Pero el Cuarto Filipo, que ha heredado
El divino valor, el santo celo,
Que no pudo su padre ver logrado,
Las acciones imita del abuelo,
Y con real corazon, libre y brioso,
Muestra la luz que le concede el cielo,
Bien que le ayude un pecho generoso
De algun claro é ilustre entendimiento,
Regido por su ingenio venturoso.
Descartérese ya todo jumento;
Que no es razon presida en el Senado
Un monacillo fondo en paramento.
Nuevo ser cobra España, nuevo estado;
Y advierte que es el punto verdadero,
Invencible Pluton, lo que he contado.

PLUTON.

¿Quién te lo dijo?

AQUERONTE.

Confesarlo quiero.
Cuando aquestos de atrás, que he referido,
Y otro padre de Pablos, viejo entero,
Para quedar á todos preferido,
Quebró la margarita luminosa
Que ilustraba su reino y su marido;
Cubriendo su maldad ignominiosa,
Despacharon tambien á los doctores
Que fueron farautes de la cosa.
Uno destos, llorando sus dolores
En mi barca, pasando á ser objeto
De sus fieros tormentos y rigores,
Todo me lo contó el doctor discreto.
Yo dije que su muerte bien le estaba,
Pues no habia de saber guardar secreto.
Todo lo que despues acá pasaba
Me lo contaban almas cada dia,
De las que á tus cavernas trasladaba;
Pero, Pluton, á prevenir envia
Que se abran las puertas de diamante,
Por donde el paso á los Elíseos guia.

PLUTON.

¿Llega Filipo?

AQUERONTE.

Ya pasa adelante.

Á DON PEDRO VERGEL, ALGUACIL DE CORTE.

Fiestas de toros y cañas
Hizo Madrid á su rey,
Y por justísima ley
Llenas de ilustres hazañas.
La suma de todas ellas
Con ardimiento gentil
Engrandeció un alguacil
Con mil circunstancias bellas.
En el caballo novel,
Ardiente, bravo y brioso,
Se ha presentado en el coso,
Florido como un vergel.
Sus galas son peregrinas,
Porque le hacen contrapeso
A martinetes de hueso
Cintillo de cornerinas.
Miró al toro con desden
Vergel, y el toro repara
Que ve con cuernos y vara
Un retrato de Moisen.
Duda el toro la batalla,
Y no sabe, en tanto aprieto,
Si ha de perder el respeto
Al rey de la cornualla.
El toro tuvo razon
En no osar acometer,
Pues mal pudo él oponer
Dos cuernos contra un millon.
Mal gobierno fué, por Dios,
Sabiendo que se embaraza
La fiesta, echar en la plaza
Los toros de dos en dos.
No causes tan grande inopia
Al mundo, toro cruel;
Que si matas á Vergel,
Destruirás la cornucopia;
Pero no saldrás con lauro.
Huye, toro, que te atajan;
Mira que sobre tí bajan
Aries, *Capricornio* y *Tauro*.
Guarda, Vergel, el decoro;
Que la presencia del Rey
Al que antes fué manso buey
Ha trocado en bravo toro.
De otras armas te apercibe,
Toro, para tu defensa;
Que á Vergel no hacen ofensa
Cuernos, pues con ellos vive.
Arremetió el toro infiel
A Vergel, que con destreza
Por cima de la cabeza
Le dió la vuelta á Vergel.
Lleno de coraje acerbo
Se levanta y mete mano,
Animoso, si no ufano,
Y ligero como un ciervo.
Conseguirás lauro eterno,
Vergel, con sumo tesoro,
Pues venciste toro á toro,
Peleando cuerno á cuerno.
Por Dios, que admiro el indicio
En enemistad tan grave,
Si no es lo que el mundo sabe,
Que son ambos de un oficio.
Su político gobierno
Honor en los hombres labra,
En todos por la palabra,
Pero en Vergel por el cuerno.
Mercedes esperar pudo,
Con que á todos se anteponga
Vergel, pues le dan que ponga
El mismo *Tauro* en su escudo.
De estos peligros externos,
Cuál sea el mas grande ignoro:
Verse en los cuernos del toro,
O en el toro de los cuernos.
En ocasion oportuna
Anduviste, Vergel, hombre,
Y colocaste tu nombre
En los cuernos de la luna.

FIN DE LAS POESÍAS DEL CONDE DE VILLAMEDIANA.

EPIGRAMAS DE MIGUEL MORENO.

I.

Dices, Diego, que te enfada
Tanta novedad que ves;
Y el enfado injusto es,
Si mi respuesta te agrada.
Poco gusto el vivir fuera,
Y en alta razon lo fundo,
Si la máquina del mundo
Siempre en un ser estuviera.

II.

Don Juan buena cuenta daba
De grandes y varias cosas,
Y hubo, entre envidias rabiosas,
Quien de indocto le notaba.
Pero él con garbo decia
(Contento á mas no poder)
Que no era poco aprender
Del libro de cada dia.

III.

No con muy grande opinion
Luis de aquel negocio vino,
Y bien que es docto, imagino
Que negársela es razon.
Que á mi modo de entender,
Solo es justo que se alabe,
Mas que á aquel que mucho sabe,
Al que mucho supo hacer.

IV.

Pedro, mientras militares
Debajo de superior,
Será muy nocivo error
Si á esta advertencia faltares:
Del manejo nunca á tí
Los aciertos te atribuyas;
Muestra ser acciones suyas,
Y corra el daño por mí.

V.

Estando Andrés muy dudoso
En una resolucion,
Le preguntó el caso Anton,
Como amigo cuidadoso.
Con dolorosa eficacia
Dijo (por aquí le indicia):
«No hay mal como con justicia
Obrar, y dar en desgracia.»

VI.

Pides, Claudio, que te diga
Qué dia me es muy sabroso,
Y preguntar tan curioso,
Mas que desagrada, obliga.
Es aquel en que me hallé
(Oye, que es para observado)
Libre de pena y cuidado
De todo lo que hablé.

VII.

¿Quieres, Leonardo, vengarte
De Luis, porque reveló
Tus secretos, y que yo
Te ayude en aconsejarte?
Yo digo que pues tú á tí
Secreto no te guardaste,
Y á él se lo revelaste,
Empieza el castigo en tí.

VIII.

Bien que es mucha la opinion
Que tienes, Pedro, en tu oficio;
Asistes al ejercicio
Con grave continuacion.
Lauro, así lo debo hacer;
Que aunque yo pueda ganarla,
Consiste en otros el darla,
Y siempre la he de temer.

IX.

No creas que he de envidialle
Á Andrés la fortuna extraña,
Ni que por sola su maña
Guste tanto de encumbralle.
El saber envidio yo;
Que al que por mañoso crece,
Le dan, no lo que merece,
Sino lo que negoció.

X.

Despues de tu diligencia,
Juan, no consigues aumento,
De que infiero el fundamento
Que insinúa esta sentencia:
En vano buscando va
Fortuna quien no la tiene;
Que en fin, si ella no se viene,
No hay quien sepa dónde está.

XI.

Qué sintió del navegar
(Despues que á Italia pasó)
Á Andrés se le preguntó,
Y respondió, sin dudar.
Que accion tan amenazada,
Y en que tanto se aventura,
Es una honesta locura,
En el uso disculpada.

XII.

A recibir persuadia
Juan la joya que le daba
Á un ministro, y mucho instaba
En que callarlo sabria.
Respondió: «No me aprovecha
Que lo calles como amigo,
Pues quedas siempre testigo
De que hice cosa mal hecha.»

XIII.

El mayor dolor preguntas
Que padece un gran sugeto,
Y aun que el mayor no interpreto,
En una hay mil penas juntas.
No errar una accion por sí,
Ni haberse de disculpar,
Es el mas duro penar,
Entre infinitos que vi.

XIV.

Que te pinte un grande aprieto
Me pides, y á mi sentir,
Uno debes preferir
Á muchos, si eres discreto.
Y es aquel en que gastarte
Puede la gracia á tu amigo,
Pues vas (con causa lo digo)
Á perderle ó á cansarle.

XV.

No estimo tanto el dolor,
Luis, que las penas me imponen,
Cuanto el saber que me ponen
En otro duro rigor.
No es la mayor resistencia
Sufrirlas, sino el mirar
Que en el modo he de insinuar
Valor, discrecion, prudencia.

XVI.

Teniendo tanta opinion,
No es justo, Lauro, sentir
Que la intenten adquirir
Otros que capaces son.
Deja que puedan lograr
Lo que es comun al saber,
Pues llegarla á merecer
No es llegártela á quitar.

XVII.

Porque en tu ciencia has lucido,
Intentas con gran pasion
Quitar á Andrés la opinion
Que primero ha merecido.
Y es error, porque jamás
Pudieron otros que vi
(Bien que la alcanzan por sí)
Quitársela á los demás.

XVIII.

Viendo mi gobierno, infieres
Lo atento y lo prevenido,
Y cuerdamente advertido,
Las reglas que observo quieres.
Don Juan, para aleccionarme
(Aquí para entre nosotros),
Solo estudio en yerros de otros
Preceptos de conservarme.

XIX.

Pues tan alto puesto alcanzas,
Sabe, Enrique, aprovechalle;
Que tenelle y mal lograllo
Duele mucho en las mudanzas.
Tu atencion será liviana,
No sabiendo prevenir
Si el que hoy te viene á asistir
Te perseguirá mañana.

XX.

Tiénete por muy dichoso
Don Pedro de que presides
Á tantos, y es porque mides
La dicha con lo ambicioso.
Si pudiera ser así,
Solo es dicha (así lo entiendas)
Que de ninguno dependas,
Ni otros dependan de tí.

XXI.

Contento en tanto abarcar,
Te veo, Lauro, sin temer
El peligro de caer
Donde es fuerza tropezar.
Destino es, y pues te ordena
Que agonices el vivir,
Así vendrás á adquirir
Ensayos para la pena.

XXII.

De que aquella accion erraste
Estás, Laurencio, penoso,
Pudiendo estar muy gozoso
De infinitas que acertaste.
La tristeza con que luchas
Es vana, ó soy mal juez;
Que no es yerro el de una vez,
En quien supo acertar muchas.

XXIII.

Juan fácilmente creyó
Que Antonio le habia agraviado,
Y él, que aun no lo habia pensado,
Al punto le sosegó.
Viéndole despues, decia
Que dél habia de temer
Que hombre fácil en creer
Siempre la fe violaria.

XXIV.

Cuál es el mas verdadero
Amigo, Fabio, preguntas.
Y una á tantas cosas juntas
Sola responderte quiero.
Mira, cuando hayas dejado
El gran puesto en que te veo,
Si alguno te asiste, y creo
Que entonces le habrás hallado.

XXV.

Inclínaste, Luis, á hacer
Tu fiel amigo del alma
Á Antonio, y estás en calma,
Sin llegarlo á resolver.
Preguntas si irás errado,
Y yo, para aconsejarte,
Quiero saber de tu parte
Cuántos años lo has mirado.

XXVI.

Temes nota en tu opinion
Andando con Juan, tu amigo,
Y segun su vida, digo
Que tienes, Pedro, razon.
Pues tú prudencia repartes,
Medio en esto hallar podras,
Pero de mí siempre oirás
Que ni te juntes ni apartes.

XXVII.

Muchos amigos tenia
Don Pedro, y porque bienquisto
Siempre entre ellos era visto,
Cuidado el medio ponia.
Comunicándole á uno,
Dijo: «No sigo otros modos,
Que ser en comun de todos,
Y no parcial con ninguno.»

XXVIII.

De ver que Luis te es ingrato
Estás, Laurencio, penoso,
Si bien no menesteroso
De su hacienda y bajo trato;
Y pues deudor te ha de ser,
No te dés por muy sentido;
Que mas pena hubiera sido
El haberle menester.

XXIX.

Dices que ingrato te ha sido
Don Diego, y que se ha notado,
Y aquel bien, mal empleado,
Quieres vengar, ofendido.
Yo te juzgo satisfecho;
Que el que ingrato llega á ser
Con nota, se ha de entender
Que él su castigo se ha hecho.

XXX.

Sientes que se haga memoria
De que Lauro te ha valido,
Y sustentas ese olvido
Con ingratitud notoria.
De que yo vengo á sacar
Que es dos veces ruin tu trato:
Una en haber sido ingrato,
Otra en no darte pesar.

XXXI.

Conocer al lisonjero
Deseas; y para mí,
Conocerte bien tú á tí
Es el precepto primero.
Con luz tan clara verás
Si en tí ajusta lo que dice,
Y si vieres que desdice,
Que es lisonjero sabrás.

XXXII.

Aunque este Fabio no quiere
Á su deuda persuadirse,
Juan, y trata de evadirse
Con mil colores que infiere,
Confirma en él la experiencia
Que, aunque sea claro el deber,
Antes faltó al no querer
La conciencia que la ciencia.

XXXIII.

Dices que es término crudo,
Debiendo tantos favores,
Fernando, á los superiores,
No verlos mas á menudo.
Pues tu reparo lo toca,
Con ellos has de saber
Que buén crédito ha de haber,
Mas conversacion muy poca.

XXXIV.

A tu nuevo superior
Deseas agradar en todo,
Y preguntas, Lauro, el modo
De conseguirlo mejor.
Segun mi corto entender,
Para salir siempre airoso,
Te será muy provechoso
No ignorar ni trascender.

XXXV.

De un superior recibia
Pesar injusto, y callaba
Juan, y tal respuesta daba
A quien sin quejas le oia:
«Mi justicia no se aleja
Por aguardar su ocasion;
Y antes, de ella la razon
No se aumenta con la queja.»

XXXVI.

Que cierto negocio hiciese
Pidió don Luis á don Diego,
Y en la disculpa habló luego
Por si culpado se viese.
Diego, al prevenir la culpa,
Dijo: «El intento condeno;
Que ningun negocio es bueno
Si empieza por la disculpa.»

XXXVII.

Don Juan, si te determinas
A pedir aquel honor,
Necio serás en rigor,
Si bien el fin no encaminas.
Repara en si errado vas;
Que si no hay apoyos buenos,
Nunca un linaje fué menos
Que cuando quiso ser mas.

XXXVIII.

Admiras los altos puestos
Que algunos han ocupado,
Discurriendo con cuidado
En su ascender y pretextos.
Luis, que lo hayan conseguido
Espanta; mas mi admirar
Es, ¿qué disculpa han de dar
Los que allí los han subido?

XXXIX.

Proveyeron á don Juan,
Quedando Andrés querelloso,
Y él no encubrió lo quejoso
De que pospuesto le han.
«Sentir puedes consolado,
Le dijo Anton, satisfecho
De que no atrasa el derecho
Quien merece y fué agraviado.»

XL.

No quiere Andrés la deidad
De un dueño ó un superior
Ver junto en el inferior
Brios y capacidad.
En su agrado ya habrá sido
Mas bien visto (aunque sea agravio)
El humilde poco sábio
Que el capaz menos sufrido.

XLI.

Porque Antonio se adelanta
(Pueda ó no) en lo ostentativo,
Quieres, Luis, vano y altivo,
Imitar desórden tanta.
No basta tener caudal;
Que quien á su esfera excede,
Aunque gaste lo que puede,
Da de imprudente señal.

XLII.

Por ver en buena opinion
A Gil (sin fortuna escasa),
Culpan que en persona y casa
Gasta corta ostentacion.
Él dice que ostenta el modo
Que á un fiel sentir mas conviene;
Con la opinion que mantiene
Está adornado de todo.

XLIII.

Presumes mucho de honrado,
Y no pagas lo que debes;
Antes á don Luis te atreves
Porque cobrar ha intentado.
Yo te quiero aconsejar
Que si honrado quieres ser,
Hagas, pagando, el deber,
Y no el deber sin pagar.

XLIV.

Cuál será cuerdo cuidado
(Preguntas) cuando se escribe,
Y el que mi atencion percibe
En uno está declarado.
Es que sin reparo alguno
Pienses (con alto preveer)
Que muchos lo han de leer,
Aunque escribas solo á uno.

XLV.

De mis escritos murmuras,
Fabio, con necia intencion,
Y quitarles opinion
Con ignorancia procuras.
Pero tu intento frustrado,
Ellos serán lo que han sido;
Que lo bueno no ha perdido
Jamás por ser murmurado.

XLVI.

Reprendes que yo no intento,
Claudio, alguna pretension,
Suponiendo que hay razon
Para esperar digno aumento.
Yo, que un fiel sosiego toco,
Juzgo que estoy muy medrado
Solo en haber alcanzado
A contentarme con poco.

XLVII.

Miro á muchos anhelando
Por grande hacienda adquirir,
Y á ti, Pedro, te veo ir
Cómodamente pasando.
Juan, la causa viene á ser,
Que mi cuidado se gasta,
Solo en tener lo que basta,
No en lo que puedo tener.

XLVIII.

La costumbre variaba
Don Francisco en su vivir,
Queriendo siempre advertir
Lo mejor en cuanto obraba.
Y dió por causa á un concurso,
Ser poltrona pesadumbre
Malograr por la costumbre
Lo que descubre el discurso.

XLIX.

Pues para inferior naciste,
Calla y obedece, Blas;
Que nunca razon tendrás
Si al superior te atreviste.
En tanta desigualdad
La mayor razon no abona,
Porque mas que su persona,
Acusa su dignidad.

L.

Mientras que subordinados
Tus papeles á otro están,
No te congojes, don Juan,
Si de él fueren enmendados;
Que, además de lo imperioso,
De que le es lícito usar,
Siempre ha sido el enmendar
(Si no preciso) gustoso.

LI.

Cansado de regalar
Don Pedro á Laura, hacia
Cuenta de lo que podia
Con ella al año gastar.
Habiéndolo bien sumado,
Dijo, al exceso quejoso:
«¡Oh qué gusto tan costoso,
Pues aun se debe el pecado!»

LII.

Matrimonio propusieron
A don Juan, de años sesenta,
Con una niña que en cuenta
De diez y seis la pusieron.
Él dijo: «Son necedades;
Que en tan desigual union
Se vincula la razon,
Pero no las voluntades.»

LIII.

Conforma con la opinion
Fray Tomás en lo discreto,
Si explicara su conceto
Sin oscura afectacion;
Y así, le digo, despues
De haber su plática oido,
Que, siendo bien entendido,
Bien entendido no es.

LIV.

Muy mal (segun otras veces)
Hoy oró nuestro fray Juan,
Y de descuido le dan
Nombre los que han sido jueces;
De donde vengo á sacar
Que en yerros con opinion,
Si los nota la atencion,
Es honesto el murmurar.

LV.

Don Diego, si me creyeras,
No entregaras tu dinero
Al mercader extranjero,
Ni de él interés quisieras.
¿Qué importa (y esto te inquiete),
A tantas quiebras atento,
Que te dé siete por ciento,
Si él alza ciento por siete?

LVI.

Que quebró aquel mercader
Dice el pueblo comunmente,
Y en sentido mas corriente
La quiebra se ha de entender.
Si lucido y placentero
Vive, y queda en el lugar,
No es él quien llegó á quebrar,
Sino el que le dió el dinero.

LVII.

Adelantarte en finezas
En tu ejercicio, y callarlas,
O es, don Pedro, renunciarlas,
O su desprecio enderezas.
Al deudor no mas ayuda
Ese callar, y aun le ciega,
Pues ya lo visto se niega
Y lo no visto se duda.

LVIII.

De los á quien debo oir
Pides, don Juan, que te diga
Cuál, mas advertido, obliga
En el modo de decir.
Respondo que el que en hablar
Es mas breve, porque aquel
No cansa ni á mí ni a él,
Y da á los otros lugar.

LIX.

Congójaste de que algunos
Negociantes son cansados,
Y enfádante por pesados,
Moledores importunos.
Si mi consejo te esfuerza,
Saldrás de enfados tan fieros;
Despáchalos los primeros,
Y dejaránte por fuerza.

LX.

Sintiendo como el morir
Penas graves, muchos dicen,
Sin ver el grado en que afligen (1),
Que es sobre todo el vivir;
Mas como en todos no hiere
De un modo el dolor, he hallado
Que el que muere de hombre honrado
Cura su mal cuando muere.

LXI.

Si te aprieta algun pesar,
Poco de consuelos curas,
Antes á solas procuras
El mal que sientes gastar.
Juan, no lo tengas á error;
Que cuando hay dolores varios,
Consuelos casi ordinarios
No curan todo dolor.

LXII.

Aunque eres grande acreedor
Del Duque, le has de irritar
Si te llegas á quejar,
Haciéndole gran deudor.
No hay cosa que mas desmande
La condicion del poder,
Que llegarle á proponer
Una obligacion muy grande.

LXIII.

Va tan meloso y limado
El memorial de tu queja,
Que lugar apenas deja
A lo acedo lo afeitado;
Y tan postrado rogar
Viene en señores á hacer
Que, dudando en el deber,
No crean en el pagar.

LXIV.

Quejoso, de mal pagado,
Te veo, de tus servicios,
Dudando los beneficios
Que habias imaginado.
Quéjaste, Juan, sin razon,
Pues viendo que es comun plaga,
No te ha de servir por paga
Ni mas que por devocion.

LXV.

Rasga el papel que has escrito,
Don Juan; que aunque es de alto genio,
Hay partos grandes de ingenio
Que se estiman por delito.
Cuando es comun el sufrir,
Y todos pueden clamar,
Debes con todos llorar,
No señalarte en decir.

LXVI.

Dices que estás cuidadoso
De cómo llevo á Pascual,
Por ser aquel natural
Tan vario y precipitoso.
Respondo que mi disgusto
Previniendo (aqui repara),
Pienso que siempre dispara,
Y de susto, ando sin susto.

(1) Estos dos versos, como se ve, no están aconsonantados.

LXVII.

Oficios hay con segura
Buena opinion, en mal trato,
Y á otros de mayor recato
Los desdora cruel censura.
Suerte es, y con importuna
Pena, Juan, llego á sentir
Que lo que en suerte no ha de ir,
Califique la fortuna.

LXVIII.

Gran causa debe de ser
La que á Pedro no adelanta,
Pues á suficiencia tanta
Digno premio habia de haber.
Quede el argumento en paz
Con saber quien mas lo siente
Que es poco ser suficiente
Si le falta lo eficaz.

LXIX.

Si el bien que es comunicado,
Dicen, Lauro, que es mayor,
Sin duda que el mal menor
Será siendo recatado.
Divulgarle es ocasion
Que crezca en el discursar,
Porque en todos hay juzgar,
Y en muy pocos compasion.

LXX.

Tal vez cansado te veo
(Sobre viejo), y tu trabajo
Dices que es de ir cuesta abajo,
De la edad triste trofeo.
Pero así tu aliento viva,
Anton, que engañado estás;
Por el cansarte es que vas
Propiamente cuesta arriba.

LXXI.

Siempre en la veneracion
De las letras prefirieron
Los que primero vivieron
(Por justicia ó por razon);
Que si así no hubiera sido,
En cuerdo discurrir fundo
Que alguno que hoy es segundo
Ser primero ha merecido.

LXXII.

¿Qué mucho es que el mundo todo
Esté ya para espirar,
Si le ayudan á acabar
Con vivir todos de un modo?
O mi discurso es errado,
O no hay razon que no pida
Que por peso y por medida
Se ordenara cada estado.

LXXIII.

No alabes, no, la limpieza
De aquel juez que sabemos,
Pues (por fortuna) le vemos
Lleno de honor y riqueza.
Muerte de cordel le diera
Si esta virtud profanara,
Y siempre (solo) alabara
Al pobre que limpio fuera.

LXXIV.

Andar solo me han notado,
Pensando que es gravedad,
Y es solo comodidad,
Que muchos no han alcanzado.
Tener no quiero (aunque ajusto
Esto á no perder amigos),
Si he de suspirar, testigos,
Ni censores para el gusto.

LXXV.

Dices que de mí murmuran
Don Rodrigo y sus secuaces,
Y grandes extremos haces
De ver que así se conjuran.
Yo (que con no respondellos
Mayor escarnio les hago)
Toda queja satisfago
En lo que murmuran de ellos.

LXXVI.

Justo es tu grande pesar,
Y al igual la indignacion
De que tu vecino Anton
Se ejercite en murmurar.
Tu enojo no contradigo;
Júzgole, sí, consolado
En que un hombre tan tachado
No vale para testigo.

LXXVII.

De mí pretendes saber
(Deseoso de efectos fieles
En tu oficio de papeles)
Qué reglas podrás tener.
Otros las darán mejor;
Yo entre tanto sé advertir
Que es buen principio vivir
Sin codicia y con temor.

LXXVIII.

Con excelente doctrina
A tu discípulo enseñas;
Pero él da muy malas señas
De que á observarla se inclina.
Raras veces son perfectos
Trabajos al tuyo igual;
Que á un opuesto natural
Lábranle mal los preceptos.

LXXIX.

Aunque es muy modesto Anton,
En llegando á disputar,
No se contiene en mostrar
Una punta de ambicion.
En él se echa bien de ver
Que en otros actos postrarse
Suele el docto; mas no andarse
Por humilde en el saber.

LXXX.

En don Leandro son exceso
Los textos y las doctrinas,
Pero mas las peregrinas
Imprudencias de su seso.
Y en tan manifiesto indicio
Nos dice su proceder
Cuán otra debe de ser
La ciencia del buen juicio.

LXXXI.

Metióse á ser abogado
Un letrado de poquito,
Siendo (si nada perito)
Muy, como necio, arrojado.
Presumido de que venza
La audacia á la erudicion,
Dijo á la ciencia: «Chiton,
Pues pasa mi desvergüenza.»

LXXXII.

No pretendas la censura
De aquel crítico hinchado,
Que soberbio (por versado),
No mas que objecion procura.
Solo se ha de pretender
Del que se ajusta á prudencia;
Que este, en fin, sabrá otra ciencia,
Que es usar bien del saber.

LXXXIII.

Aunque es Luis tan presumido,
Veo que le comunicas,
Y para muchos indicas,
Juan, que no eres advertido.
No has hecho, Andrés, buen aprecio;
Culpas lo que es atencion;
Que en aquella presuncion,
Estudio yo á no ser necio.

LXXXIV.

Ufano y desvanecido
Vive Anton de su saber,
Hasta llegar á creer
Que no es de alguno excedido;
Pero aunque mucho se alabe,
Mas precio (por mi decoro)
Lo que yo pienso que ignoro
Que lo que él piensa que sabe.

LXXXV.

Conservarte, Andrés, deseas
En opinion de entendido,
Y en una regla he caido:
Que siempre estudies y veas;
De tu saber nunca hartes,
Discurriendo ó conversando,
Y con esto, deseando
Te estarán en todas partes,

LXXXVI.

Es don Juan con el bufon
Vanamente dadivoso,
Y á su maestro virtuoso
No le da ni aun la racion,
Pobre virtud, di, ¿qué has hecho
Á la suerte y al poder,
Pues tal sabandija hacer
Puede inferior tu derecho?

LXXXVII.

Juan de ingrato fue acusado
De Pedro, y vino á decir
Que era culpa referir
Beneficios que han pasado.
Pedro dijo que callarlos
Es bien, siendo agradecidos;
Mas viéndolos tan perdidos,
Solo era culpa negarlos.

LXXXVIII.

Vite tan escarmentado
De aquel tu pasado amor,
Que te juzgaba, en rigor,
De ofendido, retirado.
Viendo que el contrario ha sido,
Digo (á tu descuido atento)
Que obligar el escarmiento
Es el mas dañoso olvido.

LXXXIX.

Habiendo apriesa vivido
Luis, muy apriesa murió;
Negocios de otros trató,
Dando á los suyos olvido.
Acordándole el testar,
Dijo (como si antes fuera):
«A no ir de priesa lo hiciera;
Despues buscaré lugar.»

XC.

A ministros de justicia
Aborreces, y he pensado
Que, pues no te han agraviado,
Es ó temor ó malicia.
Declara, Andrés, si ese vicio
Causa (veré si te abonas)
Lo injusto de las personas
Ó lo justo del oficio.

XCI.

Que de la corte el bullicio
Tema y huya á Anton decian,
Y á la aldea le inducian
Por mas sosegado oficio.
«Nunca intentarlo prometo,
Respondió, aunque bueno sea;
Que de la corte hace aldea
El que quiere vivir quieto.»

XCII.

Sacando á Pedro á ahorcar,
Dije que animoso fuera,
Y respondió: «Yo lo hiciera,
Si me fuera yo á matar;
»Pero en tan bajo sufrir,
De que á mí jamás me plugo,
Ponga el ánimo el verdugo,
Baste poner yo el morir.»

XCIII.

Con desvelo grande inquieres
Excesos de tus criados,
Y con rigor castigados
(Hasta el menor) verlos quieres.
Yo, para que los mitigues,
Mejor te diera por modo,
Que teman lo sabes todo,
No que todo lo castigues.

XCIV.

El medio deseas saber
De tener á tus criados
Reverentes y enfrenados,
Sin tu libertad perder.
Tres reglas el medio son:
Nunca de burlas tratarlos,
Culpas tuyas no fiarlos,
Y pagarles la racion.

XCV.

Sus dueños á Luis convidan
Á fiestas, y á ellas no va,
Con que gran cuidado da
Á los que el retiro miran.
Él dice que holguras tales
Nunca se han de apetecer;
Que las fiestas han de ser
Entre amigos ó entre iguales.

CXVI.

Servia á un amo ignorante
Pedro, y aunque lo era, via
Que muy puntual le servia,
Siendo en lo demás pedante.
Dándolo á Diego á entender,
Respondió: «Yo siempre clamo
Que el oficio de ser amo
No es dificil de aprender.»

CXVII.

Doscientos frailes tenia
Un convento, y que el prior
Era un poco gruñidor
Á muchos les parecia.
Culpándole de esto alguno,
Dijo otro: «Por él volvamos;
Que, en fin, si bien lo miramos,
Somos doscientos á uno.»

XCVIII.

De una monja endevotado
Estaba abrasadamente
Don Diego, y de impertinente
Su desvelo era notado.
Dijo Anton: «Ya que ese empleo
Ni es de gusto ni cordura,
Es pecado de gran dura,
Pues no se gasta el deseo.»

XCIX.

Diego, aunque mas agonices
En ser con Inés puntual,
No has de tener premio igual,
Y al ser cuerdo contradices.
Muy mal en la cuenta ha de ir
Quien, toda atenta á medrar,
Sin ver lo que cuesta el dar,
Pone solo el recibir.

C.

Que con Belisa casase,
Que era doncella luciente,
Dijo á Pedro un su pariente,
Y que al punto lo efectuase.
«Tan apriesa será error,
Respondió muy mesurado;
Que es dama que cursa el Prado,
Comedia y calle Mayor.»

CI.

Dicen, Pedro, que dispones
La retórica estudiar,
Y que cuidas de hallar
Maestro y buenas lecciones.
Yo, á tu provecho inclinado
(Y porque menos te inquietes),
Digo que estudies billetes
En que se pide prestado.

CII.

Haciendo una larga ausencia
Diego, Inés, á quien queria,
Guardarle fe prometia
Y firme correspondencia.
Él respondió: «Nunca hará
Tal pacto un escrupuloso;
Si en presencia es peligroso,
En ausencia ¿qué será?»

CIII.

Viendo á la muy gorda Juana
Blas, que no la conocia,
«¿Quien es?» preguntó, y Lucía
Dijo, que su media hermana.
El, que el bulto considera
De la cabeza á los piés,
Dijo: «Si esta media es,
¿Cuál fuera á ser toda entera?»

CIV.

Por Lauro, que es dadivoso,
Aunque muchos puntos calza,
Dijo Nise (que le enzalza)
Este concepto gustoso:
«Querelle de piés galanos
Es retratalle al revés;
Que jamás afean los piés
Á quien es galan de manos.»

CV.

De cincuenta años de edad
Parió Claudia un infanzon,
Y aunque estuvo en opinion,
No es del todo novedad.
Si bien el pueblo juzgó
(Pues de ella se debia huir)
Que hizo mucho en el parir,
Pero mas quien la empreñó.

CVI.

Reñian dos litigantes
Sobre cantidad de hacienda,
Y un amigo á su contienda
Propuso medios bastantes.
Persuadia al demandado
Que á la verdad estuviera,
Y respondió: «Si á eso fuera,
No hubiéramos pleiteado.»

CVII.

Por no ser ya superable
De Leonelo la locura,
Luis, que el remedio procura,
Muere por verle curable.
Creyendo que podria ser
Llevándole á los Orates,
Dijo don Juan: «No lo trates;
Que los echará á perder.»

CVIII.

Lo que un satírico es
Preguntaron á Beltran,
Y dijo: «Bien lo dirán
Sus hechos por haz y envés.»
Y sin enojo ni furia,
Prosiguió que en conclusion,
O es un rígido bufon,
Ó un oficial de la injuria.

CIX.

Mostróse don Luis sentido
De que ausente le olvidaba
Un amigo, y Andrés daba
En que culpa no habia sido.
Decia (hecha la cuenta,
Por ejemplos que se heredan):
«Ya los que se van se quedan,
Y los que quedan se ausentan.»

CX.

Que le hicieron las narices,
Riñendo, á Silvano, afirmas,
Y el hispanismo confirmas,
Sin ver que te contradices.
Di, ¿por qué las juzgas hechas,
Diego, cuando destrozadas,
Si, por verlas abolladas,
Las llora el otro deshechas?

CXI.

Es Claudio tan hablador,
Que tiene al mundo cansado,
Y llámale deslenguado
El necio vulgo censor.
Ser de la costumbre menguas
Tal lenguaje, bien se ve;
Pues no es deslenguado el que
Ministra en una cien lenguas.

CXII.

Desafió un cortesano
Á un valiente en opinion,
Y el valiente en ocasion
Sacó pies sin meter mano.
Reprendiendo con espanto
Don Luis que hubiese huido,
Dijo él: «Por Dios, que creido
Tuve no llegara á tanto.»

CXIII.

Muy de dia y con sol claro
Casó Juan con Dorotea,
Y por ser mujer muy fea
Obligó el hecho á reparo.
Ella, á quien causa pedia,
Dijo que era prevenir
Que no pudiese decir
Juan que no vió lo que hacia.

CXIV.

El mismo Juan, preguntado
Por qué tal empleo hizo,
Si en todo no satisfizo,
En mucho anduvo salado.
«Tal vez me dan pesadumbre
(Respondió) algunas visiones,
Y quise ahorrar pasiones,
Reduciéndolo á costumbre.»

CXV.

A un muy paciente casado,
Cuyo oficio es ser paciente,
Un su amigo impertinente
Acusó de descuidado;
Pero él, que á desvelos justos
Se adormece y se reporta,
Dijo: «Es la vida muy corta,
Y no es bien gastarla en sustos.»

CXVI.

Por el decir de la gente,
A su mujer no castiga
Leonardo, aunque ella le obliga,
Muy incasta y insolente.
Sin notar que el daño crezca,
A Anton remedio pidió,
Y dijo: «No sé otro yo,
Sino que Dios la envejezca.»

CXVII.

Que su mala condicion
Lleve á Elisa, dice Fabio,
Y aunque es insufrible agravio,
Me rindo á tal sinrazon;
Pero no hay dolor que pueda
Ser superior al que pruebo,
Porque siempre se la llevo,
Y siempre allí se le queda.

CXVIII.

Quién mayor aliento emprende,
Apostaron Pedro y Juan.
Dijo uno que el á quien dan
Hacienda en guarda y la expende.
El otro con voz horrible
(Casado era) le ganó,
Diciendo que el que sufrió
Propia mujer insufrible.

CXIX.

Pedro á decir misas dió
Luego que murió su esposa,
Y un colector con airosa
Gracia así le interrogó:
«Para que el intento influya,
Claro se ha de referir,
Porque hay viudos que decir
Las hacen con aleluya.»

CXX.

Veinte años atormentado
Vivió Diego en matrimonio;
Envindó, y su amigo Antonio
Trató darle el mismo estado.
Instando en que resolver
Se quisiese, «ya lo estoy,
Dijo; mas pensando voy
Si podrá ser sin mujer.»

CXXI.

Contento, viudo, se hallaba
Blas, y á todos prometia
Que otra vez no casaria
Si el juicio Dios le guardaba.
Despues se casó, y notado,
Decia triste al pueblo junto:
«Fióme Dios el seso un punto,
Y dél esta cuenta he dado.»

CXXII.

A Andrés, casado con Flora,
Nise, de él agradecida,
Dijo que Dios larga vida
Le diese con su señora.
Él, harto de estar casado,
Dijo: «Pues yo te serví,
Pide solo para mí;
Que lo demás ya está dado.»

CXXIII.

Persuadian á Belisa
Favoreciese á Beltran,
Que, aunque pequeño, es galan,
Y de lo entonado pisa.
Ella dijo: «Por mas que ande,
Mi favor no ha de alcanzar;
Que es muy dudoso esperar
De hombre chico cosa grande.»

CXXIV.

Con opinion de doncella
Quiso casarse Menguilla,
Siendo cierto que en la villa
Se murmuraba algo de ella.
Propuesto el negocio á Anton,
Dijo: «Será lo propuesto,
Que no es doncella de texto,
En andando en opinion.»

CXXV.

La razon, Leonardo, inquieres
De que haya á Anarda dejado,
Y á tu curioso cuidado
Doy las que quizás no infieres.
Primeramente atendí
A que es gran triunfo dejar,
Y tras esto, no esperar
Que ella me dejase á mí.

CXXVI.

A quién juzgo mas dichoso
(Preguntas, Pedro) en amor,
Al que le dura el favor
O al que es menos venturoso.
Lo mas útil presupuesto,
Que es mas dichoso he juzgado,
De los dos, el desgraciado,
Porque le dejan mas presto.

CXXVII.

Bella moza es doña Inés;
Mas pónese en tan gran precio,
Que ocasiona á su desprecio
Lo duro del interés.
Puesto que á algunos desvela,
Ve en otros de mejor tasa,
Que si con la cara abrasa,
Tambien con lo caro hiela.

CXXVIII.

Tan bien untado salió
Hoy Lauro de su tintilla,
Que casi, casi encubrilla
Pudo á quien no le miró.
Yo que (puesto son engaños)
Aun sin querer pude vello,
Dije: «¿Qué importa el cabello,
Si no se tiñen los años?»

CXXIX.

A Juan, que muy calvo era,
Un su amigo le propuso
Que, pues, aunque sucio, es uso,
Descalvase en cabellera.
«Cuando de poca limpieza,
Respondió, no fuera indicio,
No es bien traer un cilicio
Tan público en la cabeza.»

CXXX.

Con teson duro y violento
Aquel alguacil ha dado
En jurar que amancebado
No ha de estar Pedro de asiento.
Él, que oprimido se ve,
Tiene casi por desquite,
Ya que lo de asiento quite,
Que le deje lo de en pié.

CXXXI.

Laura á dolor se provoca
De verse tan infecunda,
Y á Nise siempre fecunda
Con la barriga á la boca.
Vióla, y díjola: «Envidiar
Es fuerza, suple el sentir,
O tus dias de parir
O tus noches de empreñar.»

CXXXII.

Siguieron pleito reñido
Juana y Luis sobre casarse,
Y él la imputó, por librarse,
Torpezas de que habia olvido.
Venció Juana, y al exceso
De Luis, dijo Andrés, su amigo:
«¿Qué harémos de este enemigo;
Quiero decir, del proceso?»

CXXXIII.

Con larga mano el inglés
Gasta con Laura la hacienda,
Mas que él la lengua no entienda
Siente su carilla Inés.
Responde ella: «No desdice
Del gusto que mas le aplace,
Gastando, pues lo que hace
Quiere mas que lo dice.»

CXXXIV.

Es Nisa dama de Anton,
Y oprímela de celoso,
Y Luis, viéndole quejoso,
La habló y oyó su razon.
«Enfadoso llega á ser,
Dijo ella; que yo entendí
Que no sintiera de mí
Lo que sufre á su mujer.»

CXXXV.

Juan mal nacido llamó
A un hidalgo corcovado;
Él, sintiéndose agraviado,
Grande querella formó.
Mas dejóle satisfecho
Juan, como bien entendido,
Diciendo: «No es bien nacido
Hombre que nació mal hecho.»

CXXXVI.

A entretener convidaron
En cierta conversacion
De juego al gracioso Anton,
En que siempre le ganaron.
Dejólo, y despues decia
Al que el por qué preguntaba,
Que porque siempre rabiaba
Y nunca se entretenia.

CXXXVII.

Encareciendo Belisa
De muy galan y alentado
A un eunuco, reprobado
Fué de Inés con mucha risa,
Diciendo: «Aunque por él votes
Con capona devocion,
Es mas segura opinion
Que no hay galas sin bigotes.»

CXXXVIII.

Tanto su amor vino á ser,
Que en viendo Andrés á Lucia,
Otras ansias no tenia
Sino de volverla á ver.
Ella mal correspondió,
Y llegando á dar excusa,
«No se excusa lo que se usa,»
Dijo á quien lo preguntó.

CXXXIX.

Pedro á torear salió
Con ocho fuertes rejones,
Y aunque tuvo tentaciones,
Solo en ser cuerdo pecó.
Enteros, sin romper asta,
Los sacó, y que se guardasen
Mandó, sin que aun se prestasen,
Por ser buenos para casta.

CXL.

A un lindo muy afeitado
Pidió Belisa un escudo;
Y él quedó turbado y mudo,
Por no mandar ni un cornado.
Díjole ella: «A esa lindura,
Sin argen bello, Señor,
Le faltan para favor
Lo que al pan sin levadura.»

CXLI.

Laura, en el punto que vi
Que te pusiste á mirarme,
Dije que era condenarme,
Al dinero que te di;
Que tus ojos vengativos,
De mal pagados conciertos,
Sentidos de perros muertos,
Han dado en ser gatos vivos.

CXLII.

Un novio muy delicado,
Que á desposarse salió,
Todo el vestido sacó
De duro acero cuajado.
La novia, que así guarnido
Vió al novio, siendo de cera,
Dijo: «Cual le quiero fuera,
Si fuera como el vestido.»

CXLIII.

De Anarda es muy de alabar
La belleza y discrecion,
Pues sin perder opinion,
Se deja hablar y adorar.
Sus devotos son testigos,
Sin que alguno contradiga,
Pues de ninguno es amiga,
Y todos son sus amigos.

CXLIV.

Casó la hermosa Belisa
Con un senador anciano,
De trato tan inhumano,
Que volvió en llanto su risa.
«Ni de cerca ni de léjos
Tiene mi gusto, decia;
Mas que textos entre dia,
De noche, mas que consejos.»

CXLV.

Los deseos divertidos
Traes, y tu consorte hermosa
Anda y sale en silla airosa
Entre seis mozos lucidos.
Yo, si en peligros tamaños
Fuera el que habia de temer,
Blas, no la quisiera ver
Ni aun entre seis ermitaños.

CXLVI.

Es Juana inocente y pia,
Y mirando un Juéves Santo
El prendimiento, con llanto
Así al Salvador decia:
«¡Que esto hayamos de tener
Cada año, es muy de llorar,
Pudiéndoos, Señor, guardar
De que os vuelvan á prender!»

CXLVII.

Con nombre de contador,
Entretenido has gastado
Diez años, y no te han dado,
Antonio, puesto mayor.
Pasas la vida sentido,
Sin esperanza y quejoso;
Y así, contador rabioso
Eres, que no entretenido.

CXLVIII.

Dices, Luis, que es para mucho
Nuestra vecinilla Inés,
Y aunque para mucho es,
Claro tu intento no escucho.
Si una ese al mucho añades,
Mejor su aliento dirás;
Que ninguna es para mas,
Si hemos de decir verdades.

CXLIX.

Amando á Bernarda Anton,
Parió un niño, y consintiendo
En ser padre, fué acudiendo
Anton á su educacion.
Pero, á la duda obediente,
Con gracia despues decia
Que Bernarda le debia
No mas que ser tan creyente.

CL.

Aunque Gerarda recibe,
Es tan generoso el modo,
Que lo hace debido todo
La discrecion con que vive.
Ninguno puede decir
Que le ha llegado á enfadar,
Porque hace gustoso el dar
La gracia del no pedir.

CLI.

Juan á comer convidó
A Pedro, que fué en ayunas,
Y poniéndole aceitunas
Al principio, lo admiró.
Y dijo: «En mi tierra vi
Que estas siempre postres fueron.»
Juan respondió: «Y no mintieron,
Que tambien lo son aquí.»

CLII.

Extrañando que ganaba
Lauro á los trucos á Diego,
Y no obstante, al mismo juego
Partido le demandaba,
Dijo él con serenidad,
A quien el reparo hacia,
Que se cansaba, y queria
Ganar con comodidad.

CLIII.

Que la comida esperaba
Al Cardenal dijo Anton,
Y él, con discreta sazon,
Respondió, mal se explicaba:
«La hambre no socorrida
Fuera si comida fuera;
Decid: La vianda espera,
Y advertid lo que es comida.»

CLIV.

Que un amor me ves muy quieto
Has reparado, Pascual,
Y no has reparado mal;
Pero escucha mi conceto.
Tan liviano al siglo veo,
Que sobra la devocion,
Pues se vende la ocasion
Antes que nace el deseo.

CLV.

De excusarme á tu favor,
Bella Anarda, no te espantes,
Ya que puedo advertir antes
Si aspira á mas tu valor.
Aunque á tal dicha no iguala
Alguna, la juzgo ajena;
Que para mí, el ser tan buena,
Es lo que tiene de mala.

CLVI.

Ya que estás resuelto á amar,
La rienda á tu gusto dejo,
Y si no cuerdo consejo,
El forzoso te he de dar.
Lo que encierra en conclusion
Es, que ayudarán tu intento,
Mas que grande entendimiento,
Gran bolsa y gran corazon.

CLVII.

Ten á desgracia querer,
Don Luis, á mujer que es pobre;
Que el ver que algo no le sobre
Desconsuelo viene á ser.
No es, en fin, bizarro amor,
Aunque el dar haya lucido;
Que si el darlo fuerza ha sido,
Limosna ha sido en rigor.

CLVIII.

Dices que premia morosa,
Juan, tus finezas Inés,
Y esperas, por lo que ves,
Lograr firmeza dichosa.
Yo digo á todo amador,
Ya que amor señales miente,
Que agradezca lo presente,
Mas que espere lo peor.

CLIX.

No apruebo dés en tu amor
Hora cierta en tus visitas,
Lauro, que te solicitas
Un peligroso dolor.
Con menos deslealtad hiere
La dama que la hora ignora:
Jamás te espera á una hora,
Todas las horas te espere.

CLX.

Amando, errarás en dar,
Pedro, el regalo por junto;
Que es muy peligroso punto
El hacerle desear.
Redúcete á que es engaño
Practicar regla tan fria;
Que quien come cada dia
No espera á tercios del año.

CLXI.

Lauro, de amor abrasado
Y de celos afligido,
Fué, si no muy socorrido
De Andrés, bien aconsejado.
«Si quieres ahorrar querellas,
Que de mujeres tendrás,
Dijo, no intentes jamás
Ni guardallas ni creellas.»

CLXII.

Si á mas vigilancia obliga,
Preguntas, Silvio, y aciertas,
Guardar de Elisa dos puertas,
O el deslumbrar de su amiga;
En esto soy de opinion
Que es mas posible guardar
Las puertas que penetrar
De la amiga la invencion.

CLXIII.

Si no sabes abstenerte
De seguir siempre á Belisa,
La misma ocasion te avisa
Que en mil riesgos has de verte.
Cualquier daño imaginado
No iguala al menor que vieres;
Y así, cuando la siguieres,
Cree que vas desafiado.

CLXIV.

Tal vez tiene por terrible
Lisarda mi condicion,
Pero es culpa, en mi opinion,
Ser de ordinario apacible.
Si me vende el favor todo,
Y al cabo me ha de engañar,
Bien es, pues lo he de penar,
Que me pague algo en el modo.

CLXV.

Siempre has de esperar, Anton,
Que habrá en Lucinda mudanza;
Lo demás es esperanza
Indigna de tu opinion.
Piensa que aunque en regalar
Toda tu hacienda se gasta,
Lo que sobra no la basta,
Si mas puede desear.

CLXVI.

De la codicia insaciable
De Filis te veo quejoso,
Y con ser mas dadivoso,
Piensas que será curable.
Tu desórden, Pedro, impida
Esta regla que en mí vive,
Y es, que quien así recibe,
Al mismo paso lo olvida.

CLXVII.

Sin haber probado celos,
Sientes me apartes de tí,
Y dices que solo á mí
Has visto huir por recelos.
Claudia, así lo debo hacer,
Si celos quiero excusar;
Que nunca se han de dudar
En dándolos á temer.

CLXVIII.

Tiénesme por muy resuelto,
Octavio, porque jamás,
Por un agravio no mas,
A ver á Nise no he vuelto.
La razon en que me fundo,
Es, advierte como sábio,
Que quien perdona un agravio
Empieza á esperar segundo.

CLXIX.

Que no es mucho el sentimiento
De mis celos, dices, Fabio,
Presuponiendo el agravio
Capaz de mayor tormento.
Respondo que el mal creí
Luego que le recelé,
Y como el golpe esperé,
Temido, menos sentí.

CLXX.

Siempre que Claudia afirmaba
Que grande amor me tenia,
Que el tiempo me lo diria
Con afecto aseguraba.
En fin, á desengañarme
Vino el tiempo, fiel, si mudo,
Y vi que en lo que no pudo,
No mas dejó de engañarme.

CLXXI.

Gastaba al año contigo,
Flérida, muchos ducados;
Estos sin graves cuidados
Que truje siempre conmigo.
Faltó la correspondencia,
Porque tu lealtad murió;
Y así, mi dicha se halló
Sin mal trato y con herencia.

CLXXII.

Si fueras, Nise, leal,
Perpétuo fuera mi amor,
Y yo, perdido en rigor,
Padeciera daño igual.
Tu mal trato ha permitido,
Pues mi libertad señala,
Que te deba mas por mala
Que si buena hubieras sido.

CLXXIII.

Muda á las quejas el nombre,
Luis, que en vano darlas quieres,
De que precien las mujeres
La dádiva mas que al hombre.
Y ser sus disculpas puedan,
Mientras mejores las dan,
Que, en fin, los hombres se van,
Y las dádivas se quedan.

CLXXIV.

Porque Luis da mucho á Inés,
Y tú no puedes dar tanto,
Estás triste; no me espanto,
Pues ya comun culpa es.
En fin, porque es necio, quieres
Serlo, y yo tengo advertido
Que de este error ha crecido
El precio de las mujeres.

CLXXV.

Ayer no era conocido
Aquel oficial, Anton,
Y hoy le vemos ya mandon,
En el gobierno metido.
Mas si tu duda no entiende
El misterio ó el horror,
Es, que se encajó un honor
Que se compra y que se vende.

CLXXVI.

Sin ejercicio ni herencia
Vemos rico á don Beltran,
Y maldicientes están
Murmurando lo que es ciencia.
No todo ha de ser sudor
Ni todo afan y trabajo;
Que bien pueden ser atajo
Un garito y tanta flor.

CLXXVII.

¿Vesle tan acomodado
Y metido en opinion
A Juan? Pues errores son
Del necio siglo cansado.
Por el modesto exterior,
Y que alguno le dió nombre,
Sin sustancia es ya grande hombre,
Y en sustancia es el menor.

CLXXVIII.

Aquel amigo indicado,
De que espera lo que vino,
Da en regalar con tocino,
Por simular su pecado.
Él obliga á que se tome;
Pero mi atencion conviene
En que, aunque es cierto lo tiene,
Es dudoso que lo come.

CLXXIX.

De aquel fantástico necio
Nunca hagas caso, Fabricio,
Que aunque le entona el oficio,
Es por sí indigno de precio.
Figurones semejantes,
A mi modo de entender,
En rigor vienen á ser
Como los representantes.

CLXXX.

A Andrés buscaron la vida,
Por ser paseante en corte;
Pero él, porque se reporte,
Dió al juez honrada salida.
Dijo, el gesto mesurado,
Con reverencias prolijas:
«Mi oficio es tener dos hijas,
Y amén de esto, soy casado.»

CLXXXI.

Miron eterno en garito,
Buscaba Fabio su vida,
Penitencia merecida
De un vagamundo proscrito.
Por vida muy descansada
Alguno la imaginó,
Y él dijo: «Nadie afanó
Como el que aun callando enfada.»

CLXXXII.

Teniamos por medroso
A Lauro, y es muy osado;
Pues de un signo amenazado,
De aquel ángel es ya esposo.
Gran valor mostró el intento;
Mas ya se ha echado de ver
Que gasta con su mujer
La paciencia, no el aliento.

CLXXXIII.

Por pasar á edad mayor,
No dejó Francisca el vicio;
Bien que mudó él ejercicio
A las tercerias de amor.
Es tanta la providencia
De amor, que nadie le imita,
Pues ya que un oficio quita,
Es dando otro por herencia.

CLXXXIV.

Veinte años há que porfias
En tu ministerio, Blas,
Y tan ignorante estás
Como los primeros dias.
Pues lo necio te ha tocado,
Ya lo habias de escoger;
Porque son dos menguas ser,
Sobre necio, porfiado.

CLXXXV.

Con gusto, con su marido,
Juana se quiso obligar
A una deuda, y al cobrar,
Probó forzada habia sido.
Dijola Andrés: «No se tuerza
La verdad; á los amigos
Di que probastes testigos,
No que probaste la fuerza.»

CLXXXVI.

En tu pública estacion,
Pedro, gran cuidado pones,
Como si allá en tus rincones
Fuera menor devocion.
Pero un amigo advertido
Quisiera verte, en rigor,
De corazon rezador,
No de solar conocido.

CLXXXVII.

A Luis muy pagado veo
Del grande aliño de Inés;
Que ya el arte á muchos es
Gran materia de deseo.
Una vez la causa dar
Quiso á Andrés, de buen humor,
Y dijo: «Aunque pecador,
Soy muy curioso en pecar.»

CLXXXVIII.

Celia de Antonio quedó
Viuda, y dicen que bien puesta;
Porque él, aunque deshonesta,
Como honrado la heredó.
Pero quien mas atinado
Discurre en la institucion,
Dice fué restitucion,
Porque ella lo habia ganado.

CLXXXIX.

Dicen que apenas llegó
Lauro á obligar á Belisa,
Cuando en el suceso avisa
Que el intento consiguió.
Pero queriendo explicar
Esta diccion, digo yo
Que apenas nunca llegó,
Pues fué á gustos su llegar.

CXC.

Aunque miran encontrados
Tus bellos ojos, Lucía,
Son tan bellos, que á porfía
Engendran dulces cuidados.
Mil ansias enamoradas
Dicen, lo mismo que muestro,
Que en tí es amor como el diestro
Que juega con dos espadas.

CXCI.

Lauro no quiere negar
Tu extremada compostura,
Y que en carne una criatura
No puede mas estudiar.
Pero inñinitos conforman
En qùe aumentas alquiler
De casa, para tener
Los trastos, que así te ahorman.

CXCII.

Diez años há que porfias
En ese amancebamiento;
Y hoy es tu torpe sustento
Como los primeros dias.
Valiente es tu complexion;
Pues ni ahito ni cansado,
Mal favor nunca has hallado,
Que lo estrague la sazon.

CXCIII.

Dudas, Diego, la razon
De que Laura admita á Fabio,
Pues fuera de no ser sábio,
Sus años ya muchos son.
Y la solucion se infiere:
De que es de las damas trato,
Asegurar siempre el plato,
Y sea el galan el que fuere.

CXCIV.

Salió Pedro á desposarse,
Y cuando el sí hubo de dar,
Se detuvo, y al instar
Por él, vino á disculparse
Con que haberlo dilatado
Era, con sinceridad,
Por si el sí es la necedad
Que llaman del desposado.

CXCV.

Siendo Antonio preguntado
Qué castigo era bastante
Al envidioso, al instante
Respondió, bien atinado,
Que, pues siempre atormentar
Es de la envidia el oficio,
Solo es castigo á este vicio
Dalle mucho que envidiar.

CXCVI.

Lauro, gran negocio tratas;
Pero es tanto tu afanar,
Que no te quieres guardar
Para otros, y en él te matas.
Mal para adelante infieres,
Pues mas útil vendrá á ser
Mostrar lo que puede ser
Que gastar todo lo que eres.

CXCVII.

Agradar á dos señores
Es, Diego, tu obligacion,
Y al paso que doctos son,
Tendrás censuras mayores.
Así es; mas reconvengo,
Luis, á advertencia tan pura,
Que, aunque es de dos la censura,
En ella dos maestros tengo.

CXCVIII.

Si oir y ver y callar
Pudiera quien no es sufrido,
Gran consuelo hubiera sido;
Mas ¿quién se podrá templar?
Pierdo mi juicio, Anton,
Porque adorar no quisiera
Mil deidades por defuera,
Que hombres por dedentro son.

CXCIX.

Con cuidado solicitas
Te diga si llevarás
Un amigo cuando vas
De tu dama á las visitas.
Lo que en esto á sentir llego,
Tú discurrirás mejor,
Es, que será poco error,
Como el amigo sea ciego.

CC.

Cuál tengo por gran cuidado
En el tratar las personas,
Preguntas, y ya me abonas,
Si entiendes que lo he observado.
No sé que convenga alguno,
Mas que ver y discurrir
Lo que es forzoso sufrir
Cada dia á cada uno.

FIN DE LOS EPIGRAMAS DE MIGUEL MORENO.

POESIAS

DE

SALVADOR JACINTO POLO DE MEDINA.

JUICIOS CRITICOS.

DE DON JOSÉ LOPEZ SEDANO.

(*Parnaso Español*, tomo III.)

El genio de este poeta le condujo con mas felicidad á esta clase de composiciones burlescas, de que se componen por lo comun todas sus poesías, y entre ellas se señala la fábula presente (la de *Apolo y Dafne*), en que hay pensamientos muy felices, llenos de donaire y de extremada gracia, aunque mezclados algunas veces con bajezas que repugnan y enervan su vigor; porque no alcanzó todavía aquel último primor de sostenerse en lo que es verdadera gracia sin declinar en frialdad ó bufonería, bien que esto era cosa muy difícil en el estragado siglo en que floreció... *Los epigramas* se presentan como por unos de los mejores que tiene nuestra lengua, y comparables á los mas célebres de los griegos y latinos, pues en todos supo guardar muy diestramente el arte de hacer lucir las gracias, las sales finas, y demás primores que piden indispensablemente estas composiciones para ser estimables, y acreditan una gran viveza de imaginacion y felicidad de ingenio.

POESIAS

DE

SALVADOR JACINTO POLO DE MEDINA.

COMPOSICIONES VARIAS.

ROMANCE.

A un sabañon en unas manos muy flacas.

Con carabanas de ayuno
Haciendo está penitencia,
Un sabañon ermitaño,
En unas manos cuaresma.
Al mundo quiere negarse,
Pues que la carne lo niega,
Porque siempre su apetito
Ha estado en Carnestolendas.
En los desiertos de carne
Ni pica, come ni cena;
Que los dedos de su ayuno
Son las témporas eternas.
Púlpito de hueso ocupa,
Donde, con dura abstinencia,
A los demás sabañones
Está predicando dieta.
Ayunando á hueso y hambre,
Solo, en tanto adviento, apela
A un nervio por golosina,
Por gollería á una cuerda.
Y su arador, cuyo arado
En otras manos pudiera
Cultivar campo de carne,
Huesos labra y nervios peina.
Busca pasto, y solo halla,
Cuanto mas surca y penetra,
En vainas de pergamino
Envainadas cinco alesnas.
Entre cuero y hueso vive,
Donde siempre se sustenta
De curtir papel de estraza
Y de acepillar madera.
Los que sabañon lo ignoran
Dicen que es montés viruela,
Con un arador por alma
De unas manos esqueletas.
Sabañon murmurador
Parece, sin lengua, en ellas,
Pues royéndole los huesos,
Murmura de su flaqueza.
De puro holgazan, su diente,
Con ociosidad perpétua,
Sin tener que hacer la boca,
Se está muela sobre muela.
Vírgen sabañon se halla;
Que aunque la carne lo tienta,
Siempre llega á coyuntura
Tan sin carne, que no peca.
Quien tan hambriento le mira
Le pregunta si es poeta,
Pues morder huesos ó uñas
Todo es una cosa mesma.
Viéndose propincuo al fin,
Prestándole aliento y lengua,
Su misma necesidad
Dijo la razon postrera:
«Sabañones que epicuros
Fuisteis en manos flamencas,
Cardenales de cucaña
Y países de manteca,
»Notad bien la hambre mia;
Descarnada historia sea
Escarmiento á sabañones;
Tomad ejemplo en mis penas,
»Pues sin cometer delito
Ni haber hecho á nadie ofensa,
Me tienen puesto en un palo
De unas manos la inclemencia.

EPIGRAMA I.

A uno que le cruzaron la cara con una cuchillada.

Cuando, Lelio amigo, vi
Tu cara, quedé confuso,
Pues como la espada al uso,
La llevas con tahalí.
Come huevos, si te agrada,
En las cuaresmas solenes,
Pues siempre en la cara tienes
La bula de la Cruzada.

SILVA.

A un galan que hizo de una gualdrapa un vestido de terciopelo.

El vulgo, bachiller y maldiciente,
De quien nadie se escapa,
Va diciendo, Damon, que te has vestido
De un no sé qué, que fué, si no me olvido,
Terciopelo sin el de una gualdrapa;
Que en tu persona regresó sin bula,
Por deudo de un canónigo, la mula.
Si algun médico grave
Está sin mula, y sabe
El vestido metáfora que has hecho,
Digo del terciopelo,
Y por mejor decir, del gualdrapelo,
El sagaz substituto de la muerte,
Al punto, como halcon, vendrá al señuelo;
Que en sola tu persona, ingenio y capa,
Tendrá mozo galan, mula y gualdrapa.
Si en calles ó en jardines
Te encuentran los rocines,
Como á sus hembras suelen,
Relinchan, corren, llegan y te huelen;
Pero, como á su amor no correspondes,
Medroso huyes y veloz te escondes;
Y ha sido de manera
Que, como tu fragrancia los altera,
Despues que te vestiste,
No te ve garañon que no te embiste;
Y alguno de ellos, de tu honor padrastro,
Te sigue por el rastro
Con herrado coturno,
Y á tus umbrales ruiseñor noturno,

Con voz que al mas valiente despeluzna,
Presume que te canta, y te rebuzna.
Si la gualdrapa, madre de tu ropa,
Escoba al polvo fué, y al lodo sopa,
La misma penitencia
Te dejó por herencia,
Pues donde quiera que la planta aplicas,
De pajas, polvo y lodo te salpicas;
De suerte que tu capa
No nos puede negar hoy es gualdrapa.
La ancianidad raida, ó nueva gala,
De la mular librea
Que tu persona arrea,
Tan vil fragrancia exhala,
Que la nariz presume
Que es del antiguo estado algun perfume;
Y tanto olor expeles
Siempre por donde vas, que llevar sueles
Al narigal reclamo que les hizo
El ámbar gris pajizo,
Un grueso batallon de mil muchachos,
Que en perseguirte pertinaz se ensaya,
Y dándote la vaya
En la forma que él, como á borrachos;
Y en lugar de llamarte caballero,
Dicen por excelencia *el gualdrapero;*
Título merecido
Por tu galan vestido;
Y otros, mas socarrones,
Desde cualquier esquinas ó cantones,
Con tono que tu oreja atemoriza,
Te llaman, por tu olor, caballeriza;
De suerte que, arrogante, ufano y loco,
Aprisa y poco á poco,
Para civil gobierno de una noria,
Garnacha puede ser y ejecutoria,
Y puede tu persona
La cátedra obtener de una tahona.
Y por la dignidad que te redunda
De este vestido antiguo, que algun dia
De guardapolvo y funda
A la mula canóniga servia,
Que puedes pretender, es cosa clara,
La prebenda mular de una almazara;
Que esa gala pollina
A tan felice accion te predestina.

EPIGRAMA II.

A un hombre que se limpiaba los dientes sin haber comido.

Tú piensas que nos desmientes
Con el palillo pulido,
Con que, sin haber comido,
Tristan, te limpias los dientes;
Pero la hambre cruel
Da en comerte y en picarte,
De suerte que no es limpiarte,
Sino rascarte con él.

ROMANCE.

A unas narices y una boca muy grande.

A sombra de una nariz
Sesteando está una boca,
Que, por ser la sombra grande,
Se extiende en ella espaciosa.
Bajo nariz tan discreta,
Su amparo la boca toma;
Que quien se arrima á buen árbol
Le cobija buena sombra.
Por parecer liberal
Renuncia fueros de hermosa,
Que quiere ganar por larga
Lo que otras ganan por cortas.
Admirada la cabeza
De ver boca tan señora,
Toda en nariz se convierte,
Y á sus ventanas se asoma.
Segun se ensancha y extiende,
Ruin sin duda es la moza,
Pues que de entrambas orejas
Los largos términos toca.
A la boca, por ser grande,
Para cubrirse con pompa
Delante el Rey, la nariz
La está sirviendo de gorra.
Mas ella, como indignada,
Por lo que tiene de roma,
Parece que la maldice
Con censuras por la Rota.
Son ambas tan principales,
Que puede la boca sola
Ser boca de Buckingham,
Y la nariz de Mahoma.
Ambas, por lo singular,
Han crecido en tanta copia,
La boca con arrogancia,
La nariz con vanagloria.
Si es la boca, por lo grave,
Marquesa de Barcarota,
La nariz, archinariz
De narices amazonas.
Letra en rasgos ditongada
Es la boca en jerigonza,
La nariz muestra de tienda,
Por muy grande y por muy gorda.
La boca es puente del Nilo,
Por donde, en creciendo, emboca,
Y por ver tanta nariz,
De chato Ovidio blasona.
La boca mayor *et majus,*
Está para con alforza,
Y la nariz borromea,
Es de la cara corcova.
Al fin, la boca es un texto,
Que tiene nariz por glosa,
De quien la boca es la basa,
Y ella el coloso de Rodas.

EPIGRAMA III.

A unas piernas delgadas con unas grandes ligas.

Con tantas ligas obligas
A que se dude, Damon,
Si tus flacas piernas son
Rapacejos de tus ligas.
De no poder ser casado
Nos das claro testimonio,
Porque para matrimonio,
Estás, Damon, muy ligado.

SILVA.

A un galan que se arrimó á la mula de un coche de unas damas, y le ensució la mula.

Si creyeras, Liseno, mis verdades,
No olieras de la mula suciedades.
Oféndesla atrevido,
Y vengando su agravio, te ha escupido.
Grande ha sido su enojo,
Pues te miró, Liseno, de mal ojo,
Y mucho es su tormento,
Pues lágrimas le cuesta el sentimiento;
Mas de cólera y rabia,
Por vengarse, ofendida, á quien le agravia,
Descargando su pecho,
A todos de su agravio ha satisfecho.
Mal de ojo la hiciste,
Mas ella se ha vengado,
Pues mayor mal de ojo te ha causado.
¿Quien te metió, Liseno,
En querer murmurar del ojo ajeno?
¿En la viga del tuyo no reparas,
Cuando tu condicion no disimula
A las pajas del ojo de la mula?
En dares ni tomares,
Con el ojo te metas, ni en barajas;
Que es ojo que jamás se duerme en pajas,
Y está tan delicado,
Que en alza allá esas pajas se ha enojado.
Dicen que era bizveja,
Y no sé si por ciega ó si por vieja,
Mas poniendo á la luz del uno estanco,

Tiró, cerrando un ojo, y dió en el blanco.
Tomó, en vez de tabaco, cebadilla,
Y llenóse de humor la rabadilla;
Y si de ella tomó cuanto ella pudo,
No es mucho que arrojase un estornudo,
Que en esa coyuntura
Quiso dar á las damas confitura;
Porque viéndoos, Liseno, tan escaso,
Les dió la colacion conforme al paso,
Con que vuestro vestido
Quedó de pasamanos guarnecido,
Y si no fueron de oro de martillo,
Iguales en color por lo amarillo;
Y con su humor pajizo,
Al dar la mula, muladar os hizo;
Y antes que os guarneciera,
Y este caso pasara y sucediera
Por algunos enojos,
Lo llevaba la mula entre los ojos.
Digo en el uno, que con llanto baña,
A quien sirve la cola de pestaña;
Mas viéndolas tan bellas,
Por no tomarlas de ojo ni ofendellas,
Tratándolas en eso como amigas,
Higos le vino á dar en vez de higas;
Que con gente de casa
Todo se lleva, sufre y todo pasa;
Que como es mula tonta, y no distingue,
Se le fué por el ojo un *lapsus linguae;*
Y aunque es accion que rústica parece,
Perdon la mula de este error merece.

ROMANCE.

Al salir la luna con dos nublados,
A manera de cientos travesados,
Con polvadera de luz,
Por la cima de una sierra,
Pierna acá, pierna acullá,
Sobre un monte caballera;
Muy fornida de carrillos,
Muy caribarta y muy llena,
Salió anoche Bellecintia,
A ser de un colladero cresta.
Con baraunda de rayos,
Que don Apolo le presta,
Viene rayando los montes,
Como dicen los poetas;
Alborotada de rostro,
Sin haber dormido, ojeras;
Mas, ¿qué mucho, si ha pasado
Con Endimion la siesta?
Lo rojo de sus mejillas,
Cansancio de alguna brega,
Hipócrita de sus gustos,
Quiere vender por vergüenza.
Con dos cintas nogueradas
De dos nublados de seda,
Por llevar color al uso,
Se cruzó su cara buena.
Cuando Liseno la vió,
Dijo que melindres eran;
No lo creo de Diana,
Que no es Diana tan necia.
Periandro el advertido
Ha dicho que, por traviesa,
Y celos del sol, su amante
Le ha trincado la frontera.
Anfriso, el que fué escolar,
El discreto de la aldea,
Ha dicho que son arrugas;
Que está la luna muy vieja.
Replicó Silvio, diciendo
Que es la luna de Valencia,
Con las barras de su escudo
En su blanca frente puestas.
Chanflon, que, por lo navarro,
Ya no pasa, y por su mengua,
La prémática del tiempo
Quiere bajar su moneda.
Tambien ha dicho que son,
Para quitar diferencias,
Mal formados los lunares
O mal talladas las pecas.
A este parecer añade
Que tienen por cosa cierta
Que son sombra de dos rayos,
Si rayos pueden tenerla.
Con esto, doña Lucía
Echó por esas estrellas,
Escupidoras del sol,
O de sus cabellos huellas.

EPIGRAMA IV.

Tan gran pié teneis, Torcato,
Que poco haréis si reñis
Con alguno y le decis:
«Yo os meteré en un zapato.»
Salisteis calzado ayer
Con zapato tan terrible,
Que lo que juzgué imposible,
Juzgo ya que puede ser.

ROMANCE.

A una dama que, leyendo un papel á la luz de una vela, se quemó el moño.

Un moño, sol que en la frente
De un ángel resplandeció,
Si bien con rayos prestados
De otra frente y de otro sol,
Por descuido de su dueño,
O desgracia de los dos,
De su vana idolatría
Fué una vela inquisidor.
Leyendo una noche Elisa
Un papel, prendió su amor
En el moño, y mariposa
De su luz, se chamuscó.
Viéndose abrasado el triste,
Con vergüenza y sin honor,
Formando lengua del humo,
Al viento esparció la voz.
«¡Oh moño el mas infelice
Que entre los moños nació!
Hoy soy cuervo, ayer fuí pavo;
Ayer gallo, y hoy capon.
»Vime ayer, como un flamenco,
Brillando rubio esplendor,
Y hoy una vela faetonte,
Etiope me volvió.
»¡Oh tú, moño, que me miras,
Humilla la presuncion;
Que cual tú me ves me vi,
Y te verás como yo!
»Sin tener onza de estudio
Ni haber escrito un renglon,
Puede llamarme el Tostado
Quien me viere y quien me vió.
»Miércoles es de Ceniza
Para mí, aunque mártes hoy,
Memento, moño, *memento;*
Que fuí moño, y polvo soy.
»Siempre pequé cara á cara,
Sin que pudiese á traicion;
¿Como el cielo me castiga
Con tan nefando rigor?
»Si este delito me imputan,
Mártir muero, no traidor;
Suplir faltas, eso sí,
Pero cometerlas, no.
»¡Válgame Dios! ¿Si por dicha
Elisa se descuidó,
Y como cómplice suyo,
Pagó la misma traicion?
»Si es porque aumenté su gala,
Con que amantes encendió,
No es mucho que en mí ejecuten
La pena del Talion.
»Si fué dar pelo á una calva,
Falso testimonio, atroz;
Bastantemente disculpa
El delito mi intencion.

»Sin duda está en el infierno
Quien primero me engendró,
Y como excremento suyo,
En su mismo incendio estoy.
»O si es por moneda falsa,
Las leyes tienen razon,
Pues siendo cuarto de alambre,
Pase plaza de doblon.
»Fénix de los moños fuera
Si en mi ceniza y carbon
Volviera á ser lo que fuí,
Sin ser lo que ahora soy.
»Pero todo lo merezco,
Pues falso y engañador,
Di perro muerto de pelo,
Vendí raso por borlon.
»Fué el verdugo de una vela
Riguroso ejecutor,
Como si á su simple llama
La esforzara algun soplon.
»¿Si algun enemigo mio,
Júdas moño, me vendió,
Por quitarme, por envidia,
De protomoño el baston?
»Si fué moño el que lo hizo,
Sin duda en rabia y color,
Fué malicioso bermejo;
Que los rubios simples son.
»¡Ay cuán presto, calva Elisa,
Tu moño se malogró,
Que fué de tanto inocente
Suave herodizador!
»¿Quién será mi sostituto,
Y en tu cabeza el gamboj,
Y en tu pelada mollera
Toldo, tumba y pabellon?
»¡Qué de apóstatas galanes,
Gentiles hombres de amor,
Me adoraron por estrella
Y veneraron por flor!
»Solo queda: Aquí fué moño,
Aquí ha estado, aquí murió
El moño por quien tenian
Los demás moños valor.
»Aquí yace peladilla,
El moño por quien gastó
Tanta ojeada el cortés,
Tanta gorrada el miron,
»Tantos versos el poeta,
Tanto rumbo el fanfarron,
Tanto tonto tanta baba,
Tanto necio tanto humor.
»Ya estás desocasionada;
Porque, despues que faltó
En tu frente mi copete,
No es buena para ocasion.
»Con justa razon me queman,
Pues le quité al pecador
Un espejo de la muerte,
Un acto de contricion.
»¡Ay Elisa desmoñada!
¿Qué habemos de hacer los dos,
Vos sin moño, yo sin barbas,
Vos pelada y yo pelon?
»Mal haya el follon billete,
Villano diré mejor,
Que de tu lengua y la mia
Fué instrumento y dió ocasion.
»Plega á Dios, billete infame,
Que permita el mismo Dios
Que á una vieja de cien años
Sirvas de devanador;
»O vengas descuartizado
A ser de un gran regaton,
Estafeta al soliman,
Alcahuete al alcanfor;
»O que de biznaga sirvas
A algun sastre ó tundidor,
O en ti escriban versos cultos,
Que es la peor maldicion.
»Moños, los que sois honrados,
Sentid tambien mi dolor,
Enterneced con mi llanto
Vuestra cerril condicion.
»Y aprended, moños, de mí
Lo que va de ayer á hoy;
Que ayer flor de moños fuí,
Y hoy sombra mia aun no soy.»

SILVA.

A una dueña muy golosa.

Escucha, dueña, oh dueña de la gula,
El sincopado epilogo
De tus raras, si inmensas, golosinas,
A que tu ingenio inclinas
Con tanta agilidad y sutileza,
Que en esta facultad, por maña y arte,
Eres protogolosa,
Mas que Tulio en retórica famosa;
Que el vulgo á voces te publica y llama
Golosa de las nueve de la fama,
Y antes de muchos años, por lo mismo,
Archifénix serás del golosismo.
Tienes tanta destreza y tal cuidado,
Por la larga costumbre,
En oler y engullir lo bien guardado,
Que en la casa do estás y adonde vives,
En bodegas, cocinas y desvanes,
Despensas, corredores y azoteas,
Sótanos y rincones,
Ni nacen sabandijas ni ratones;
Que, como no les dejas,
En arcas, cofres, trojes, poyos, rejas,
Almarios ni aposentos,
Migajas que comer, mueren hambrientos;
Y por saber tus tratos,
Ni acuden perros ni se paran gatos;
Que, con curiosa traza y sutil modo,
Tú sola, en su lugar, sirves de todo.
No hay olla tan colérica y profunda,
Que no taladren, sonden y penetren
Los alentados buzos de tus sopas;
Ni plato tan villano,
Que, franco, generoso y cortesano,
Sin ser tú maestresala ni copera,
No te dé de sus salvas la primera;
Que en tu vivo apetito
No priva mas lo asado que lo frito;
Y tanto te desvela
Tu voraz condicion, que no hay cazuela,
Relleno ni jigote,
Inglesas tortas ni pastel en bote,
Mondongo, manjar blanco, almondiguillas,
Chorizos, salchichones y morcillas,
Y otros compuestos de invenciones raras,
Que no te ofrezcan y te rindan párias;
Que cuanto el gusto, pródigo, administra,
Almojarife el tuyo, lo registra;
Como si por ventura ó por derecho
Hubieras sobre todo impuesto pecho,
O como si heredaras chozna ó nieta,
No por lo transversal, por línea reta,
Del gloton Epicuro
Alguna renta ó juro,
A cuya paga tenga hipotecado
Toda su comezon cuanto hay guisado,
Pues en caliente y frio
Tienes juridicion y señorío,
Cuya eterna pension vemos que cobras,
Cauta en lo principal, diestra en las obras.
¿Qué empanada tan monja en la clausura,
De quien celoso pico y cauto hierro
Son guardas y murallas de su encierro,
Que, humilde y obediente á la ganzúa
De tus curiosas mañas,
No te da lo mejor de sus entrañas?
¿Qué difunta conserva en el sepulcro
De la redonda, estrecha y fatal caja
Yace, por avarienta, sin mortaja,
A quien el vientre de un herrado cofre
Sirvió, piadoso, de funesta tumba,
Que á la fuerza eficaz de tu conjuro,

Que de tu Circe boca á todas horas
Resucitarla hace un *exi foros?*
¿Qué castaña en el fuego ó purgatorio
De su dureza y ramas
Se vió penar, saltando entre las llamas,
Que el alma no le saques con la cuenta
Que tienes de perdones?
Qué te aprovecha en tales ocasiones,
Llevándola despues con premio injusto
A gozar de la gloria de tu gusto?
¿Qué torrezno fiambre ó qué buñuelo,
Aunque le sirva de poyata el cielo,
De foso el mar, y el Caucaso de muro,
De tu gran golosina está seguro?
Tus manos, barcos, y tus dedos, remos,
Llegarán de la China á los extremos,
Si confite, turron, dátil ó alcorza
Fueran el oro y plata de sus minas.
Ni ¿qué melon, presente de la mano
De vasallo hortelano,
Hermoso llega, entero y cariescrito,
Si fué su secretario tu apetito,
Que despues á la mesa de la sala
No salga refrendado de tu cala?
Y á ser tortilla el sol, rompiendo el aire,
Subieras con escala á su epiciclo,
Y si la blanca luna con su afeite
Fuera torta de aceite,
Con el sacre veloz del pensamiento
Le hubieras dado alcance en un momento,
Y viniera á servir sin duda alguna
Tu estómago de ecliptica á la luna;
Y el boquirubio dios de cuarta esfera
Quedara, si pudiera
Su carroza la luna, el sol su coche,
Sin hacha el dia y sin candil la noche.
Y si el Artico polo, aunque elevado,
Fuera huevo estrellado,
Ya por rumbo derecho
Pasto de tu quijal lo hubieras hecho,
Siendo en el golfo, navegando á puja,
Tu boca el barco y tu nariz la aguja.
Al fin, formando artistas tus deseos,
Artificiosa cabria y frágil grua,
A ser pechuga de gallina ó pavo,
Dieras tambien asalto al cielo octavo
Y á todas sus estrellas,
Si fuera de comer alguna de ellas.

ROMANCE.

A una manzana que dió una dama á un galan.

Si no fuera tan sabida
La historia de la manzana,
Esta vez, hermosa Firmia,
La pusiera en mis estancias.
Dijera, mas no dijera
(Que es civilidad tamaña),
Que era la que dió Hipoménes
A la señora Atalanta.
Vaya lo del paraiso;
Mas no quiero hablar palabra;
Que respeto á doña Eva
Y le tiemblo á la tarasca.
Si fuera poeta culto,
Lengua hablando aconflonflada,
Dijera esta que hermosa
Es golosina del alba.
Si no es poma que ofrece
Rayos fragantes de ámbar,
Sea de esferas de luz,
Lágrima del sol llorada.
Hablemos á lo jarifo;
Digo que era una arracada,
Que guarnecian tus dedos,
Que son hojuelas de plata.
Cuando asida de tus dedos
Tan liberal me la dabas,
Bolilla me parecia
En pirámide de nácar.
Si en la flor de la azucena
Las manzanas se engendraran,
Que era fruta de tus manos
La que me diste pensara.
Una flor con cinco puntas
De azahar representaba,
La manzana lo amarillo,
Tus dedos las hojas blancas.
Manzanilla es de botica
Para jaropar el alma,
Y manzanilla de seda
Para abotonar entrañas.
Mas si un ángel me la dió,
Del cielo será su planta;
Si no fuere del divino,
Sea del de alguna cama.
Es una zurda con ella
La g'novesa, y es agria
La camuesa; no es mas dulce
La meliflua mermelada.
Desde el mancebiño novo
Trae su origen y prosapia,
Y Manzanares desciende
De manzana tan hidalga.
Por blason he de poner
En un cuartel de mis armas
Una manzana rapante
En el campo de esmeralda.
He de plantar sus pepitas,
Y el de mi linaje y casa
De este árbol se ha de hacer,
Y cuando muera, la caja;
El palillo de mis dientes,
Mis baules y mis arcas,
La horma de mi sombrero,
Las hormas con que me calzan.
Si no estimare el favor,
Me llamen con justa causa
El pícaro manzanero,
Y no merezca tu gracia.
Mas ya de manzanear
La vena tengo empachada;
Solo falta por decir
Lo de rocin y manzanas.
Pero, porque mas esté
La manzana venerada,
Me la comí, y estará
Eternamente en el alma.

V.

A una vieja que ignoraba
Quince lustros que tenia,
Y un mondadientes llevaba
(Aunque sin ellos estaba),
Un galan le dijo un dia:
«Deja los impertinentes
Modos de engañar las gentes,
Con que mientes desengaños,
Clenarda; porque tus años
Son el mejor monda-dientes.»

VI.

Clenarda, tu cuerpo es tal,
Que dicen cuantos lo ven
Que en lo angosto es como el bien,
Y en lo largo como el mal.
Y tantos gustos agosta
Tu trato, vista y engaños,
Que por el cuerpo y los daños
Te llamamos la langosta.

VII.

Delio, con mucha razon
Las llamó cierto poeta
A tus barbas de bayeta
Barbas de *Kirieleyson.*
Pueden servirte, si intonso
Mueres en la juventud,
Para forro en tu ataud,
Y á tu entierro de responso.

ROMANCE.

Escrito en la Academia á un hombre muy viejo, que galanteaba una niña.

Un viejo es mi asunto, musa,
Verso á toda broza caiga;
Porque para casas viejas
Sobran coplas telarañas.
Es el señor don Vejecio
Una edad de mas de marca,
Grande guarismo de dias,
Tarabilla de semanas.
Es un ras en ras de siglos,
Empujon de vida, y tanta,
Que presumo que le ha hecho
A la muerte alguna trampa.
Es un archivo de años,
Y con este el de Simancas
Nació ayer, y con él tiene
La leche en los labios Sara.
Arrópese Nestorillo,
Si con su edad se compara;
No vivió para con este,
Sus orejas llenas de agua.
El Fénix es un cuitado,
Con toda su vida larga;
Porque estotro dos mil años
Se vive de una asentada.
A vivir, que vivirás,
Apuesta con las desgracias
Del hombre mas infeliz,
Siempre de eternas preciadas.
Con Matusalen no apuesta,
Que es vividor de nonada,
Y á treinta Matusalenes
Les da siglos de ventaja.
Que el otro muera ó no muera
No se le da cuatro blancas;
A pierna tendida vive,
Como otro duerme en su cama.
Él vive, y no hay mas cuenta;
Y sin mas ni mas se traga
Muchos muertos que le embisten,
Como quien no dice nada.
Ya le ha dejado la muerte
De su mano, de cansada;
Él vive ya á rienda suelta
Y á banderas desplegadas.
La peste es un papa sal,
No hay polos que con él valgan;
Armese España del viejo
Contra la peste que aguarda.
Pues tanto vive este viejo,
Si á tanto su vida pasa,
Que con él me entierren digo;
¡Ay de quien su herencia aguarda!
A boca dicen que vive
De cantaro cuantos trata;
Él tiene necios por vida,
Él tiene suegras por alma.
Erre, erre es de la vida,
Teson de esta vida humana,
Tijeretas del vivir,
Vida en el vivir reacia.
Esta excepcion de la muerte,
Esta vida diptongada,
Este, que con las valonas
Aun porfia en calzas altas;
Este pues, por sus pecados,
Quiere á una niña de plata,
De estas de cotilla de oro
Y de tabillas enaguas.
Don Tarquino con la niña
Dándose están de las astas,
Ella porque no ha de entrar,
Y él por entrar en su casa.
Mas él, sesudo en su amor,
Entre decrépitas ansias,
La dice canos requiebros
Y ternuras arrugadas.
¡Oh andrajo ya de la vida!
Si á quien ve tu faz honrada
Le amagas de cimenterio,
Se la juras de mortaja.
¿Cómo á Lisarda enamoras,
Si esqueletamente hablas?
Si la acuerdas de la muerte,
¿Cómo ha de pecar Lisarda?
¿Con qué requiebro imaginas
Galantear? Que llamarla
Tu vida es pronosticar
Que se ha de morir mañana.
Pues tu hija, es disparate;
Que su juventud agravias;
Porque há mas de ochenta y nueve
Que no pudiste engendrarla.
De tu alma, ya se sabe
Que tiene sarro tu alma,
Y que tiene mas orin
Que de un fidalgo la lanza.
¿Por qué y por qué ha de ponerse
Tú por tú con una dama
Un viejo, que en los efectos
Es buscar pueblos en Francia?
Lisarda, desde hoy estás
A ser honesta obligada;
Que este viejo en perseguirte
Te ha tratado de Susana.
Pues fué casta, sélo tú;
Y será una cosa rara
Que quien casta hacer no puede
Te venga hacer á ti casta.
Con esto no digo mas;
Si el verso está inculto, vaya;
Que en roperías de viejo
No se pueden hallar galas.

ROMANCE.

Escrito en la Academia á un hombre loco, que sentia que le volviesen el juicio en este tiempo.

Hacer versos me ha mandado
De juicio la Academia;
Ni lo entiende ni lo entiendo;
Que somos todos poetas.
Que le refiera me manda
El por qué á Delio le sepa
Que de vecino mejore
Él desvan de su mollera.
Pero si tengo de hablar
En materia tan severa,
De senador me santiguo,
En juicio, y me dé vena.
¡Oh tú, el dia mas allá;
Tú, que estás á la trasera
De todos los demás dias,
Pronunciador de sentencias!
Tú, el dia de mas juicio,
Antípoda de las sectas,
Que en religion de Parnaso
Son orates de la sierra;
Ayúdame en este trance;
Que yo te ofrezco de veras
De colocar en tu altar
Hecho un juicio de cera.
Desde que Delio nació
Siempre ha sido su cabeza
El cadáver del juicio,
Del seso la calavera.
En esta expulsion se estaba,
Cuando Dios en hora buena
De Josafat se reviste
El valle de su tronera.
Mucho Delio lo ha sentido
Que en aquestos siglos sea
La transmigracion del seso,
El desaire de la testa;
Y así, locuaz y sañudo,
Tirando ó apañando piedras,
Hecho un loco de juicio,
De esta manera se queja:
«A mí, que paso la cholla,
Sin juicios ni quimeras,

El seso de *orate, fratres*,
Graduado por Valencia,
»Rebacerme de juicio
En aquesta edad intentan,
Apostatando de cascos,
Por sufrir civiles guerras.
»¿Yo juicio en esta edad?
¡Oh, bien haya el de Villena!
Que, reliquia de jigote,
En un vidrio se conserva,
»Por no sufrir de este mundo
Los achaques y dolencias;
Este es concepto moral
Y concepto de conciencia.
»En los tiempos que pasamos
Es cetrería discreta
No tener con qué sentir,
Y ahorrarse la paciencia.
»¿Habrá juicio de bien
Que sufra ver una dueña,
Hecha capon dominico,
Preciada de buenas cejas?
»Yo de cuatro se lo doy;
¿Cómo cuatro? y aun de treinta,
Al juicio mas juicio
El que lleve con modestia
»El ver que ayer Juan de Vilches
De mercader tuvo tienda,
Y haciendo linaje el trato,
Don Juan mercader se mienta.
»¿Quién llevará sin enojo
El escucharle á una vieja,
Duende con pellejo humano,
Quejarse de mal de muelas?
»¿Quién querrá ser tal marido
(Sufrir, digo) que quiera
Sufrir que murmure Fili
De unos ojos, siendo tuerta?
»¿Quién juicio ha de querer
En esta edad tan hambrienta,
Que há que no sabe del pan
La boca veinte estafetas?
»En la edad que me enjuician,
Solo el juicio aprovecha,
Para volverle á perder
De pesares y molestias.
»Ya no hay juicio que valga,
Pues vemos que se les niega
A los méritos aplauso,
Valimiento á la prudencia.
»Pero si yo aquestas cosas
A sufrirlas me atreviera,
Hubiera un Job de juicio,
Como lo hay de paciencia.
»No quiero ser judiciario,
Hacer quiero resistencia;
¡Aquí del Nuncio, señores,
Que á ser juicio me llevan!»
Esto dijo y siente Delio;
Y con voces descompuestas
Piden locura sus cascos,
Como otros piden iglesia.

EPIGRAMA VIII.

De una casa en que se alberga
Un hombre calificado,
Con un balcon de brocado
En una pared de jerga,
«Por algun grave delito,
Dijo Delio, es con razon
Aquel dorado balcon
De la pared sambenito.»

RETRATO DEL AUTOR.

Pues no hay dama ni fregona,
Zapatero ni pelaire,
Que no se retrate y pinte,
Musa mia, retratadme;
Y para que mi dibujo
Salga con vivos esmaltes,
Si os falta el pincel de Apéles,
Sed con la pluma Timántes.
Démos retratico al pueblo,
De mi rostro y de mi talle,
Y quede de mi memoria
A las futuras edades.
Del caudaloso Segura,
Bello rasguño del Gánges,
Como un hongo de su orilla,
Nací tambien en su márgen.
Un hombre y una mujer
Dicen que fueron mis padres,
Y que nací de cabeza,
Por donde nacen los sastres.
La estatura de mi cuerpo
Es entre enano y gigante,
Y en todo mi cuerpo tengo
Mucho hueso y poca carne.
Del desvan de mi cabeza
Es mi chuzo cuerpo atlante,
O pirámide, en quien sirve
Un cascabel por remate.
Orbe y esfera, en quien tienen,
Con mil caprichos lunares,
En verso y en prosa, el seso,
Sus crecientes y menguantes.
Tengo castaño el cabello,
Con presuncion de azabache,
Copetico á lo alindado,
Frisados los aladares.
Son de dos sienes troneras
Las orejas baluartes,
De mercader conversista
A críticos disparates.
Bajo el friso de la frente
Dos felpados arquitrabes,
Y entre dos ojos morcillos
Una nariz acicate.
Son auroras mis mejillas,
Sin arreboles de sangre,
Donde aun el de la vergüenza
Nunca ha querido asomarse;
Que quiere decir mi musa,
En archiculto lenguaje,
Que soy tribial en latin
Y despejado en romance.
Perdonen mis labios yertos,
Los claveles y corales,
Que en tantas bocas partidos,
No es maravilla les falte.
Mis bigotes y mi barba
Tan desvanecidos salen,
Que esparcidos con hisopo
Los reputan por lunares.
Mis piés, para andar cubiertos,
Por lo que tienen de grandes,
Se embarcan en doce puntos,
Y algunas veces no caben.
Son seguidillas mis piernas,
Verso heróico mi gaznate,
Por las espaldas camello,
Y espárrago por delante.
Soy estevado de cuerpo,
Y en lo corvo soy alfange,
Y humillada la cabeza,
Accion es de *gloria Patri*.
Una cosa me consuela:
Que cumplo, con humillarme,
Con lo que manda la Iglesia:
Capita vestra humiliate.
Desde la infancia hasta ahora
Me han servido en todas partes
Los manteos de mantilla,
Las sotanas de pañales.
Con reverencias de susto,
Sombrero disciplinante,
Antubion de cortesías,
Voy lloviendo tempestades.
Curso tanto reverencias,
Que si visito algun fraile,
Con los piés y con la boca
Se las hago y digo á pares.

Tanto de reverenciar
Gusto, que hago que me canten
La coplilla de Gaiferos:
«Reverencia el alma os hace.»
Este es nuestro *coram vobis;*
Mas no es razon que le falte
El usado titulillo,
Gran soplon de *suae aetatis.*
Tengo nueve mil auroras,
Como dice algun cofrade
De los del crítico estilo,
En mil versos y en mil partes.
En lengua española, digo
Que tengo veinte y tres San Juanes,
Tres años y cuatro lustros,
Con veinte y tres navidades.
No quiero decir abrilês,
Porque poetas rapantes
Todas las flores les cortan,
Todas las yerbas les pacen.
Por cuerdo me canonizan
Los que me ven por las calles;
Que hipócrita del gracejo,
Piso firme, miro grave.
Hablo siempre á lo clarin,
Medio jeringa en romance;
De suerte que, entre las otras,
Es mi voz tiplisonante.
Soy poeta en querer ninfas,
Aunque nunca he sido el Dante;
Porque en regalarlas soy
Un Alejandro de jaspe.
Ciertos humos de poeta
Se han subido al homenaje
De mi celebro, y lo han hecho
Region de ventosidades.
Por cazar un buen concepto
Y agarrar un consonante,
Hago del ingenio balcon,
Y de la memoria sacre.
En lo varonil mis versos
Tienen la pinta del padre,
Y aunque todos son Medinas,
Quieren hacerlos Gonzalez.
Condes Claros en conceptos
Son mis versos, y en linaje
Son de la casa de Fuentes,
Porque todos son cristales;
Que huérfanos son los pobres,
Pues no he dicho en mis cantares
«Madre mia», como algunos,
Porque hay poetas con madre.
Tambien mil veces me aplico
A críticas novedades:
Llamo al mar cielo de peces,
Peine del viento á la nave;
A un arroyo muy corriente,
Posta de vidrio galante,
Y colchaduras de plata,
Las olas que el viento hace.
Porque rodeaba un tronco,
No con círculos iguales,
Por solo hacerlo toquilla,
Le llamé sombrero á un sauce;
Al fuego de unos pastores,
Que en un monte excelso arde,
Luciérnaga garrafal,
Pensil con alas á un ave;
Al prado, pais florido,
Y otros humores á achaques,
Que apellidan frases cultos
Los heliconios magnates.
En lo curioso de monjas
Gusté, pero no de balde,
Lisonjas por la mañana,
Y melindres á la tarde;
Y en prueba de mi paciencia,
Pasé los bancos de Flándes,
Haciendo los villancicos
A todas festividades.
Nombres pomposos me pongo
Mil veces por ensalzarme;
Pues siendo de pila el Vilches,
Troqué en Velasco y Fernandez.
Este es el retrato al vivo,
Por mejor decir, la imágen,
Del que al arcángel del peso
Sirve siempre de alpargate.

CANCION.

A una mujer, que dijo, enseñándole unos versos, que no eran del autor.

Si falsa y fementida
Siempre te muestras en contar tus años,
No es mucho que, atrevida,
Tu infame lengua ofenda á los extraños;
Aunque siempre contigo,
Vive mas mal pagado el mas amigo.
Si bachillera piensas
Quitarme la opinion con infamarme,
Tus injustas ofensas
Darán mayor motivo para honrarme;
Porque mas le acredita
Cuando no tiene honor el que le quita.
Mostré un romance mio,
Hijo de mi pasion, que fué su madre,
Y quiso tu albedrío,
Por ofenderme á mí, darle otro padre,
Habiendo dado, en suma,
Mayores partos mi fecunda pluma.
Segun lo que dijiste,
Muy al contrario de mi ingenio sientes;
Mas sin duda entendiste
Que miento en todo, como en todo mientes;
Mas ya tus necedades
Me dan mentiras y les doy verdades.
Pues eres *Salvadora,*
No condenes mis versos por ajenos,
A mi lealtad traidora,
Porque diré lo mas, si esto es lo menos;
Y la malicia tuya
Comprará el desengaño á costa suya.

ROMANCE.

A un estevado.

Si es verdad que son perfectas
Todas las obras de Dios,
Esas piernas tan mal hechas,
Hombre, di, ¿quién te las dió?
Sin duda á naturaleza
Hiciste algun tuerto atroz,
Y ella, por vengarse de uno,
Te hizo en las piernas dos.
Amenazando ruina
Va tu cuerpo en ellos hoy;
Que sobre postes torcidos
Es muy falsa la labor.
Mas si es fuerte un edificio,
Sobre un arco errado voy,
Pues vemos que en dos el tuyo
Carga toda su armazon.
Ventaja llevas al cielo,
Pues si él, templando el rigor,
Pone un arco, dos tus piernas,
Ora llueva ó pique el sol.
Son de divorcio perpétuo
Jeroglífico traidor;
Pues nunca se han visto juntas
Despues que Dios las casó.
Mas tus piés matrimoniales
Les dan ejemplo sin voz,
Pues aunque se aparten ellas,
Ellos para en uno son.
Con corvo brazo el jinete
Pára el caballo veloz;
Tú con una de tus piernas
Puedes pararlo mejor.
Al ojo por donde Esgueva
Da paso al mas sucio humor,
De cejas pueden servirle;
Que á un hombre de piernas, no.

Viéndolas un ministril,
Dijo al punto en voz tenor:
«Acoto para cornetas
Su torcida municion.»
Levanta en alto una pierna;
Parecerás, con razon,
Una muerte que ha engordado,
Con su guadaña feroz.
Varas de malos jueces
Son, pues muestra su vigor,
En lo tuerto sus derechos,
Lo torcido su intencion.
Fueran varas de medir,
Mas tienen, por lo doblon,
Del mercader lo doblado,
Lo simple del contador.
Por medias lunas menguantes
Las reputa el que las vió,
Y con alma y movimiento
Dos tajadas de melon.

EPIGRAMA IX.

A una nariz muy grande.

Tu nariz, con calidad,
Es, por su naturaleza,
Símbolo de la largueza,
Cifra de la inmensidad.
Primero que tú, Beatriz
Sale siempre de tu casa;
Y tan adelante pasa,
Que ya pasa de nariz.

SILVA.

Un poeta llorando sus pecados poéticos.

En el oscuro centro de una cueva,
Abierto poro de un gigante monte,
Que tambien tienen poros los gigantes,
En lo mas escondido
Estaba un penitente arrepentido,
En lágrimas deshecho,
Con duros golpes madurando el pecho,
Perdon pidiendo de su culpa grave,
Al que todo lo sabe,
De haber sido en el suelo
Escándalo á la gente, ingrato al cielo,
Y por seguir un torpe barbarismo,
Enemigo de Dios y de sí mismo.
Hincado de rodillas,
De lágrimas lucientes las mejillas,
Parecen vidriadas,
Gangosas las narices, de preñadas,
Y del modo que llevan comunmente
Bebedores gabachos,
Como luna menguante los mostachos,
Y como el avariento, que el tesoro
Echó menos del arca, haciendo extremos,
Con una y otra mano
Dando palmadas, pulsa el aire en vano,
Y sin darle tormento,
Confiesa el aire lo que escucha atento.
«Perdonad, perdonad, cielos piadosos,
Los excesos y culpas detestables
Deste infausto poeta,
Que un tiempo profesó la hambrienta seta
Destos perros versistas,
De sus mismas locuras coronistas;
Pues veis que fui tentado,
Combatido, oprimido y engañado,
Para doblar mi pena,
De algun demonio tentador con vena.
»Confieso, cielos, que las culpas mias
Todas son herejías,
Pues siendo yo cristiano bautizado,
Y creyendo por fe que hay uno solo,
Le dije: — Dios á Apolo,
Ojo del cielo, intonso y carretero,
Y unas veces cantor y otras lucero; —
Y subiendo de punto esta lisonja,
Invocando su nombre, le pedia
Favor, aliento y guia,
Llamándole celeste, divo y sacro,
Soberano y eterno,
Siendo un triste pebete del infierno.
»Cuando el niño rapaz, desnudo y ciego,
Siendo yo salamandra de su fuego,
Al campo de mi pecho trasladaba
Las flechas de su aljaba,
Haciéndome su ardor que idolatrase,
Y á una mujer por ídolo adorase,
Añadiendo delitos á delitos,
Le dije cielo y diosa en mis escritos,
Y á sus negros cabellos
(Marañas de Mandinga) lazos bellos,
Soberano tesoro,
Bellos rayos del sol, madejas de oro.
»Los ojos, que sirvieron en su frente
De indivisibles puntos, con dos comas;
Y á su nariz mayúscula, de tildes,
Llamé estrellas soberbias, siendo humildes,
Y al calor de su rostro, entreverado
Con ajeno jazmin, clavel hurtado,
Émulo de la paz y el azabache,
Que estimé por joyante, siendo azache;
Mil veces en mi canto le decia
Leche, aurora, cristal, candor del dia;
Y á sus manos, con guantes naturales,
Diáfanos cristales;
Y á sus dedos sutiles,
Por lo de hueso, cándidos marfiles,
Y otras veces de nieve intactas pellas,
Harta la ninfa de fregar con ellas;
Con otros mil dislates de zafiros,
Relámpagos y truenos de suspiros,
Que escribia y cantaba, ufano y hueco,
Siendo todo mentira y embeleco.
»Pues ¿qué, cuando con sacres pensamientos
Penetraba los vientos,
Dándole caza al pájaro volante,
De un culto y remontado consonante,
Trabajo, que tuviera en mí discúlpa?
Pues mil veces sudó, de fatigada,
Mi dura vena sangre trasvenada,
Y al fin, como si fueran delincuentes,
Lo pagaban las uñas á los dientes,
Pudiendo su virtud ser de provecho
Al mal de corazon á mas de un pecho,
Castigando en las uñas de mis dedos
Las que un maldito consonante tiene,
Cuando huye, se esconde ó se detiene,
Que ya, como en los versos mas perfetos
Son solo las palabras los concetos,
Hay consonantes críticos con uñas,
Que al verso alguna vez sirven de cuñas.
Mas ¡ay! que se bajaba mi conciencia
Por ignorancia ó crasa inadvertencia
En el ancho rincon de su gaibola,
Un pecado con cola,
Quiero decir con cargo
De mil restituciones, sin embargo
De hurtos que mi musa á escala vista
Un tiempo cometió caquiversista,
Preciándose de ser copiladrona;
Mas si no se perdona
El cometido hurto ni la ofensa,
Si no se restituye y recompensa,
Confieso, pues, que en varias ocasiones
En décimas, octavas y canciones,
Estilo, modo, frase y pensamientos,
Cometí en la ciudad mil salteamientos,
Ya con la aguda punta y sutil púa
De mi pluma ganzúa
Descerrajando el arca
De los ricos conceptos del *Petrarca*,
Ya con mano de gato
Sangraba los del oro del *Torcato*,
Ya dando en los florines
De mil cultos ingenios florentines,
Ya, por *gongorizar* en la maleta
Del cordobés poeta,
Metí las uñas, y en las *Soledades*
Acometí mil hurtos y maldades,

Y dándole á la broza
De mis versos esmaltes de *Mendoza*,
Y ya en la fértil *Vega*
Con traidora asechanza y fe gallega,
De mil rimas balijas
Saqué doblones y robé sortijas;
Ya poniendo la mira
En otra, cuyo acierto al mundo admira,
Ya por autorizar mi voz de grillo,
Audaz puse la mano en un *Carrillo*,
Usurpando el candor al mejor cisne
Por cubrir de mi musa el negro tizne.
Mas ¡ay triste de mí! que cuando quiera
Hacer restitucion justa y entera,
Y de todas mis obras restituyo,
Dando á cada poeta lo que es suyo,
Me quedo sin caudal, pobre y vacío,
Sin que pueda decir que un verso es mio.
Y si la inmensa suma
De mis versos me quitan pluma á pluma,
Y sin ninguna la razon me deja,
Un retrato seré de la corneja;
Mas quiero, al fin, con alma arrepentida
Perder la ropa por salvar la vida,
Mas vale desnudarse
Que vestido y calzado condenarse.

CARTA.

Ya llegué á Madrid, Gerardo
(Aquí es fuerza el no excusar
Lo de llegué con salud,
Necedades del llegar),
Y llegué á Madrid en fin,
Que es de pan la soledad,
La cuaresma de los dientes,
Y vigilia al manducar.
Pero en un arbitrio he dado;
Que es grande arbitrista ya
La hambre, y en un poeta
Es aguda enfermedad.
Con Ovidio me entretengo
Para comer y cenar,
Mascando con los dos ojos
La gran fábula de Pan.
Cortés me muestro con él;
Que temiendo mayor mal,
No quiero mostrarle dientes,
Por conservar su amistad.
Ya son Tántalos mis muelas,
Pues si algun pan se les da,
Sin morder se está la boca
En accion de bostezar.
Otros son de los oidos;
Pero mi desdicha es tal,
Que soy teniente de muelas
Y estoy sordo del mascar.
Tan despenado me siento,
Y es tal la necesidad,
Que se murió por el nombre
Paniagua el cardenal.
Pues sois mi amigo, Gerardo,
Aquesta villa ó lugar
De pan una letra luego
A boca vista enviad.
Esta es mi vida y mi hambre;
Pero crecen mi pesar
Bostezos de servidores,
Padrastos del narigal.
Siendo forzoso que lleve,
Por poder disimular,
De mi nariz el buen gusto,
Ensayado en muladar.
Que si por gozar el fresco
Os salis á pasear,
Os bautizan de secreto
Con el nombre de agua va.
Aunque nunca es tan secreta
Esta desdicha fatal,
Que la nariz mas honrada
No lo llegue á murmurar.
Mas tal vez viene tan muda,
Que se cumple en su callar
Lo de la caca callarla,
Secretísimo refran.
Esto pasan en Madrid,
Y aquesto viene á pasar,
En quien es cualquiera calle
Necesaria universal.
Cuyas ventanas parecen,
Con los lienzos que las dan,
Alojerías de arriba,
Ventanas con avantal.
Así pasamos la vida,
Yendo á la tarde á parar,
Al rio, que es en Madrid
El valle de Josafat:
Manzanares, aquel rio
Cuyas corrientes están
Tan sin carne, que parece
Esqueleto de cristal.

EPIGRAMA X.

A un hombre gibado y pequeño de cuerpo.

Dicen que estás afrentado,
Los que la giba te ven,
Y algunos, Fabio, lo creen,
Porque siempre estás cargado.
Yo digo que eres pipote
Con alma, y aun hombre en brete,
Que en la espalda trae juanete,
Ó cual soneto estrambote.

CARTA.

A un amigo.

Daros cuenta de mi vida,
Anfriso amigo, quisiera,
Mas de la vida de un pobre
Nunca dicen se hace cuenta.
¡Oh, qué moral empecé!
Va de concepto de fiesta;
Que pobrete y alegrete,
Dice mi señora abuela.
Cuando de Murcia partí,
¡Oh qué bien aquí viniera
Lo de quedarse y partirse,
Versos de Lope de Vega!
Hubo papel abrasante,
Que, con mal formadas letras,
Con lágrimas por borrones,
Corazoncillo con flechas,
Decia en él Clori ó Nise,
Quien vos quisiereis que sea:
«Pues que me llevas el alma,
Sin duda me dejas muerta.
»Plegue á Dios, Jacinto ingrato,
Pues que te vas y me dejas,
Que en mala mula camines
Y que en mala cama duermas.
»Plegue á Dios que cuando pases
Por los caminos ó selvas,
Mal epitafio te salga,
Que por fuerza te detenga.
»Plegue á Dios que, atravesando
Por algunas altas sierras,
Dés al través con la mula,
Sin que socorra la espuela;
»Que yo, mas sesga y erguida
Que diez novias de una aldea,
Te miraré como á Roma,
Miró Neron de Tarpeya.»
Esto dijo, y por mi mal
Oyó fortuna sus plegas;
Que parirá un ermitaño,
Si ha de ser de un pobre ofensa.
De la mula en que partí
Galera su nombre era;
Que aun por tierra caminando,
Voy condenado á galeras.
En metáfora de danza
La dicha mula me lleva;

Brincos da por cabriolas,
Y corcovos por floretas.
Tan tartamuda de piés
Y bozal era la bestia,
Que del renglon del camino
No pronunció ni una piedra.
Con estos riesgos cumplióse
Un plega de aquella fiera,
Y vine desde una cumbre
Rallándome por las peñas.
Cayendo que levantando
Caminamos tan apriesa,
Las aves de rama en mata,
Pero yo de venta en venta.
En mi galera de carne,
Tras de tanto mar de tierra,
Tomé puerto en Manzanares,
Que es el rio de aguas muertas;
Rio que en la condicion
Es mas seco que una suegra;
Rio que, porque hace polvo,
Todas las tardes le riegan.
Un desvan es mi posada,
Sin ser el de mi mollera,
Do me punza el corazon
Lanzada de pulga izquierda.
De una cuaresma de pajes,
Que han tenido, en mí se venga,
Y en los picazos que dan,
Cada pulga es un poeta.
En un colchon mas sencillo
Que una moza sayagüesa,
Tan delgado, que es por él
Por donde la verdad quiebra,
Me acuesto todas las noches,
Teniendo dos mil pendencias,
Porque digo que es un calvo
De los piés á la cabeza.
Pero cuando mas se enoja
Por esa injuria y afrenta,
Nunca se pela las barbas,
Que no tiene pelo en ellas.
Yo tomara por partido
(Y á fe que en blando durmiera)
Si un amigo me trocara
El colchon por sus calcetas.
Este libro del dormir
Tan corta materia encierra,
Que está á la primera hoja
La tabla con poca letra.
El juego de los muchachos
La cama me representa,
Pues si en qué duermo preguntan,
Les respondo que en tabletas.
En la cama de cordeles
(Ó la parrilla de cuerdas),
Asándome de calor,
Sin ser Lorenzo, me tuestan.
Una gallega me sirve
(Y sirve como gallega),
Cirineo de mi bolsa,
Pues que la mitad me lleva.
A la hora de comer
(Que por acá no se almuerza),
Mas claro que un desengaño,
Me sirve el caldo á la mesa.
De la viuda tortolilla
Bien sé yo que no bebiera
De este caldo, que es muy claro
Para el dolor que la aqueja.
Yo á Narciso disculpara,
Si en aquesta taza hiciera
La narcisada que hizo;
El fué un lindo de la legua.
Porque no sea carnal,
El carnero me cercena;
Castrado dice que es,
Yo lo creo de sus tretas.
Desto suelen divertirme
Las que en sus muchas consejas
Llaman ninfas los sonetos
Y deidades las endechas.
Tan al uso las requiebro,
Tan al tiempo es mi fineza,
Que las hablo de verano,
Porque es verano mi lengua.
La fresca frase de *airoso*,
Que para todo aprovecha,
Las digo con muy *buen aire*,
Véngalas bien ó no venga.
Airosa llamo á la hermosa,
Airosa llamo á la fea,
Y á una coja tambien dije
Que con *buen aire* cojea.
Que es muy *airoso* de bolsa
Digo siempre al que me presta,
Y que es *airoso* de bien
A cualquier persona buena.
Airoso llamo al Gran Turco,
Al gran tamorlan de Persia;
Que *airosus*, *airosa*, *airosum*
Lo adjetivan con cualquiera.
Solo *airosos* no les digo
Cuando hablo á los poetas;
Que en casa del ahorcado
Nunca la soga se mienta.
Con esto no os digo mas,
Aunque otras cosas me quedan,
Y para el otro ordinario
Habrá segunda *Gaceta*.
Agora vivid mas años
Que tardar suele una herencia
Cuando por muerte de un necio
Algun discreto la espera.
Tan largos años vivais,
Que, porque mayores crezcan
Los que viviereis, Anfriso,
Años de bisiesto sean.
Fecha en Madrid á los veinte
Del mes que todo lo seca.—
Jacinto, vuestro querido,
El que salud os desea.

REDONDILLAS.

Escritas en la Academia á un astrólogo que adivinaba las fortunas de los otros, y no sabia que le robasen su casa.

Platicante en paralelos,
Que anuncias dichas y enojos;
Tú, que te estrellas los ojos
Con los astros y los cielos;
Mequetrefe de lo alto,
Que hablas idiomas de estrellas,
¿Cómo no te avisan ellas
De tu casa el gran asalto?
Si intentas adivinar
Fortunas del forastero,
Cata tu casa, estrellero,
Que te pretenden pelar.
Mas ya es razon que te cuadre
(Si olvidado tu bien tienes
Por los mas ajenos bienes)
El ser de la patria padre.
Mas si es cosa verdadera,
Y verdad es silogismo,
Que comienza de sí mismo
La caridad en cualquiera,
Crédito no halla en mí
El que tendrá caridad
De ajena necesidad
Quien no la tiene de sí.
Que sabes no creo yo
Cuidar de ajeno cuidado;
Que mal guardará ganado
Quien á sí no se guardó.
En tu ciencia desigual
Cornudo astrólogo eres,
Pues saber otro mal quieres,
Y es el postrero tu mal.
Fabio, el refran te condena
Y mas adelante pasa;
Que aun sabe el tonto en su casa;
Tú, ni en la tuya ni ajena.

ROMANCE.

Con suspiros de cristal,
Y de plata mil sollozos,
De poetas desalmados
Se está quejando un arroyo:
«Uno me llama serpiente,
Con cuyo título asombro;
Que hay hombre que me ha temido,
Viéndome en el campo solo.
»Otro por peñas y riscos
Me va despeñando, y otro
Me sacude las espaldas
Con las ramas de los olmos.
»¿Qué delito he cometido,
Decid, versistas demonios,
Que me dais á cada paso
Castigos tan afrentosos;
»Siendo el mayor entregarme
A cuatro músicos locos,
Pregoneros que me infaman
Con mil falsos testimonios?
»Otro, por hacerme humilde,
Dice, soberbio, en mi oprobio,
Que con labios de cristal
Beso los piés á los chopos;
»Y por esta cruz bendita,
Que es un grande mentiroso,
Porque yo no tengo labios
Ni de cristal ni aun de corcho.
»Otro, siendo mi caudal
No mas que guijarros toscos,
Dice que son mis arenas
No menos que granos de oro.
»Otro, del escaso y turbio
Humor que sudan mis poros
Hace espejo, y al momento
Se mira Narciso el rostro.
»Civil concepto caduco;
Que solo han visto mis ojos
Un ganapan puesto á bruces,
Tentacion de san Antonio.
»Otro dice que me hacen
Los álamos con sus troncos
Paso y calle, y la que tengo,
Sin que me la dén, la tomo;
»Que á pesar de sus raíces,
Si el invierno me alboroto,
Sin que me rueguen me ensancho,
Y me llevo cuanto topo.
»Otro dice que soy manso.
Miente el traidor; que me corro
De que traslade á mi frente
De la de alguno pimpollos;
»Porque yo no soy casado,
Ni me han nacido floroncos
En la cabeza, ni en ella
Tengo las leyes de Toro.
»Otro, que me desvanezco
Por prestarme sus asomos,
Sin haber humos de Baco
Escalado mi cimborrio.
»Otro, siendo yo tan rico
De caudal profundo y hondo,
Tan pobre y niño me pinta,
Que pueden beberme á sorbos.
»Otro dice que murmuro;
¿Quién no ha de volverse un Momo
Contra cuantos critiquizan,
Filomenas, siendo tordos?
»Con cabriolas de plata,
Que bailo, me dijo otro,
Un saltaren de cristal
Cuando sobre piedra corro.
»Trovadores, ¿qué os he hecho,
Que por burro en versos broncos
Me sacais á la vergüenza,
Ya por valles, ya por sotos?
Poetas sin rey ni roque,
Por vengarme de vosotros
Tengo de escribir un libro
De *Fragellum poetorum.*
»Válgate un millon de musas,
Casquivano ó casquiroto;
¿Qué te importa que yo sea
Calvo, tuerto, manco ó cojo?
»Y si canta vuestra musa
En lengua española, ¿cómo,
Si el poema es castellano,
El lenguaje es en moscovio?
»¿No es mejor llamar al vino
Vino, solomo al solomo,
Que no á los labios claveles
Y á las mejillas madroños?
»Yo me voy corriendo al mar,
Y entre sus ondas me escondo
Por no escuchar barbarismos
Con falso disfraz de apodos.»

ROMANCE.

A una vieja fea y muy melindrosa.

Madre de Maricastaña,
Mujer con cara de gimia,
Que, con presuncion de hermosa,
Tienes melindres de niña;
Vieja engerta en perdurable,
Treinta abuela de la tiña,
Que, por lo extraño, pareces
Cosa nacida en las Indias;
¡Oh cara en pico de jarro!
Oh gesto de la otra vida,
Que al mascàron de una fuente,
Por lo feo, desafias!
Escucha; que en mi guitarra
(Por no decir en mi lira)
Quiero cantar en mi nombre
Los melindres de Belisa.
Pero, si me escuchas, creo
Que has de alborotar, corrida,
Con un falso mal de madre,
Como sueles, las vecinas.
De todas las melindrosas
Eres el mapa y la cifra,
Donde está recopilada
Toda la melindrería.
Si un mosquito á escuras pasa,
Tocando la chirimía,
De noche por tus orejas,
De su voz te atemorizas;
Y llamando á tus criadas,
Mandas, medrosa y prolija,
No siendo papa ni santa,
Que te guarden con vigilia.
Detrás de una nube el sol
Estaba escondido un dia,
Y saliendo de repente,
Te quedaste amortecida.
Si estás rezando en las horas,
Del vientecillo que inspira
La hoja cuando la vuelves,
Te acatarras y resfrias.
Un paño ó mancha pequeña,
Que en fe de muchas mas finas,
Sábia la naturaleza,
Te dejó en la frente escrita,
Si curiosas el orígen
Te preguntan tus amigas,
Dices que de persignarte
Lo causó el agua bendita.
Si la punta de algun dedo
Te mojas, manchas ó tiznas,
Andas llorando turbada,
Asquerosa de tí misma.
Breve de la nieve un copo
Cayó, y á voces decias,
Llorando, que en la cabeza
Estabas del golpe herida,
Poniendo al punto sobre ella
Una gruesa de reliquias
Y de la Vírgen de Nieves
En la frente una medida.
Y diciendo un tu devoto,
Viendo el agua que vertian,

Que eran arroyos tus ojos
Y un mar de llanto tus niñas,
Temerosa de ahogarte,
Como siempre melindrizas,
Un millon de calabazas
Te pusiste al punto encima.
Tan liviana en cuerpo y cascos
Quedaste, que un alquimista
Te juzgara por princesa
De la calabaceria.
Si al fuerte mártir Laurencio
Ves pintado en las parrillas,
Mal de corazon tres meses
Te atormenta y martiriza;
Lo cual dices que es la causa
Que el médico te aperciba
Que de mártires no leas
Las vidas que están escritas.
De tus melindres, Anarda,
Esta es abreviada cifra;
Perdona si he dicho pocos;
Que otros muchos se me olvidan.

DÉCIMA.

A un borracho que hacia coplas.

Señor Alonso Escudero,
Si mandais para el Parnaso
Alguna cosa de paso,
Hoy se parte un mensajero;
Mas vos iréis mas ligero;
Que aunque es áspero Helicona,
Subirá vuestra persona,
Como tan veloz y activa;
Que por una cuesta arriba
Mejor camina una mona.

SILVA.

A una vieja que dijo tenia dentera de comer limon.

Vigésimasecunda,
Mas que la necedad en desposorios,
Almario de abalorios,
Traga-siglos, tarasca de los años,
Que mas que el tiempo ofreces desengaños,
En perspectiva todas las edades,
¿Por qué nos persuades
Con melindres de niña
A llamarte majuelo, si eres viña,
Cubriendo, como cauta comadreja,
Los enfadosos títulos de vieja,
Diciendo á los muchachos
Y á tus caducas canas, lisonjera,
Que de comer limon tienes dentera?
Dime, vivo esqueleto,
Hueso con alma y vida, ¿en qué sugeto
El agrio penetrante
Pudo causar efecto semejante,
Si á la vecina muela
Y forastero diente,
A quien ese accidente
De derecho le toca,
No vive ya en el barrio de tu boca?
Que gatillos arpías
Hicieron ratoneras tus encias,
Cuyos muros apenas
Muestran rayo ó señal de sus almenas,
Diciendo, muda y vuelta en claraboya,
Tu despoblada boca: «Aquí fué Troya.»
De tu boca el sonoro clavicordio
O el órgano sutil de tu garganta,
Saca-muelas los años que pasaron
Las teclas le quitaron,
Y su dulce sonora melodía
No tiene claro el son, como solia,
Y perdidos sus trastes,
No queda ni aun señal de sus engastes.
Y como en ellos Lise nunca topa,
Muchas palabras al salir sincopa,
Cuyo son, á pesar de tus cautelas,
Nos descubre la falta de las muelas
Y que embustera mientes,
Pues no hay dentera en boca que no hay dientes;
Y si esto es verdad, no pudo, loca,
Ser en tu niña boca,
Con que chupas y mamas,
Dentera aquella que dentera llamas.
Si el bizcocho y tu boca en su consorcio
Tienen hecho divorcio,
Y en ella misma engendras
Tanto aborrecimiento á las almendras,
Y si has puesto entredicho,
Segun tú misma has dicho
Con graves maldiciones,
Entre tu tierna boca y los piñones,
Y tan dulces y fáciles empresas
Teme tu boca, por faltarle presas,
No es posible que osada se atreviese
Por tan poco interese
Contra el limon valiente
Quien no pudo mostrarle un solo diente.
Y cuando se atreviera audaz y ufana
A tan fuerte enemigo, cosa es llana
Que tu boca no tiene
En qué el ágrio feroz su furia estrene,
Ni muela en que el limon dentera deje,
Ni diente que lo sienta y dél se queje.

EPIGRAMA XI.

Cavando un sepulcro un hombre,
Sacó, largo, corvo y grueso,
Entre otros muchos, un hueso,
Que tiene *cuerno* por nombre.
Volviólo al sepulcro al punto;
Y viéndolo un cortesano,
Dijo: «Bien haceis, hermano;
Que es hueso de ese difunto.»

ROMANCE.

A Apolo.

Quien supo tanto de burlas,
Barbon Cintio, ó Meco dios,
No será mucho que escuche
Los donaires de mi humor.
Y si acaso, por ser mios,
No dieren gusto al lector,
Dejarán de ser donaires,
Y serán aires con don.
De matar solo un lagarto
Os preciais de valenton,
Y un rapaz ciego y desnudo
Al primer golpe os rindió.
Entreverada la dicha
Teneis en cosas de amor,
Porque si una ninfa os quiso,
Os burlaron mas de dos.
La señora Dafne hable,
Que, vuelta en tronco, os dejó,
Siendo lucero, á la sombra,
Y á la luna, siendo el sol.
Otra que celosa os mira
Por cobrar lo que perdió,
Desesperada del fruto,
Vive convertida en flor.
Por lo de Marte y de Vénus
Dicen que sois un soplon,
Descubriendo sus delitos,
Poniendo á riesgo su honor.
Dios de las ciencias os llaman,
Y tan boquirubio sois,
Que á un rapaz disteis la vara
De vuestra jurisdicion;
Y él gobernó de manera,
Que por poco nos quedó
La noche sin su linterna,
El dia sin candilon;
Por lo cual fuisteis del cielo
Desterrado á ser pastor,
Entonces de pocas bocas,
De muchas ovejas hoy.

Digo de muchos poetas
En moneda de vellon;
Que por ser tantos y malos,
Ha menguado su valor.
Si sois vos quien los inspira,
¿Quién, Apolo amigo, os dió
Viento para tantos cascos,
Venas para tanto humor?
Todos os llaman divino;
Siendo un hombre como yo,
Herejía es, vive Cristo;
¡Aquí de la Inquisicion!
Unos os dibujan gallo,
Por lo amante y lo cantor,
Otros os pintan sin barbas,
Con bosquejos de capon.
Si sois rey de los planetas,
Y un rey jamás consintió
Garabatos ni ganzúas
Ni instrumento arañador,
¿Por qué sufris sin castigo
Tanto versista ladron,
Tanto caco de conceptos,
Tanto cuervo ruiseñor?
Y si sois ojo del cielo,
Y de luz fuente y farol,
De cuanto pasa en el mundo
Vigilante acechador,
¿Cómo no veis la insolencia,
Y Babel de confusion
Destos críticos versistas,
Sustitutos de Nembroth?
Pues siendo airoso y galan
Nuestro idioma español,
Lo tienen desfigurado
Con vocablos de Estambol,
Llamando culebra al rio,
Rayo de pluma al azor,
Al pájaro ramillete,
Y batan de cuero al boj;
Al cisne solfa de nieve,
Sonoro alado candor,
Y chirimía de pluma
Al músico ruiseñor;
Ave de lienzo la nave;
Y delfin, con un millon
De disparates de perlas,
De su locura arrebol;
Haciendo que el verso tenga,
Sin ser postema, hinchazon,
Con accidentes de guerra,
Siendo la materia amor.
Y que fenezca su acento
Con rumbo, estruendo y rumor;
Si es soneto en rimbombante,
Si es octava, en ban, bin, bon;
Quedando el pobre concepto
Con mas paja que en la troj,
Antes que la zarandara
La madre que lo parió.
Haya pues, Apolo, en esto
Debida reformacion,
Y vuélvase á cada lengua
La voz que se le usurpó;
Y en satisfaccion del daño,
Desta secta el inventor,
Tenga en las jaulas del Nuncio
Diez años de reclusion.

SILVA.

A un poeta de villancicos y muy devoto de monjas.

Licenciado Monjorum,
Molde de villancicos,
Alfeñique con voz y con sombrero,
Niña del ojo tuerto,
Del caballo Pegaso,
Motilon del Parnaso,
Tú, que treinta mañanas,
Haciéndote poeta carabanas,
Con el alba saliste entre las coles,
Buscando caracoles
Para hacer á las musas un regalo;
Poeta zampapalo,
¿Cohecharlas querias
Con estas niñerías,
Porque te diese su deidad divina
Una gran melecina
De duros consonantes para olla?
¡Oh desdichada cholla!
Que una vez que quisiste,
Y una décima hiciste,
Porque te descuidaste,
Doce versos me dicen que la echaste;
Décima concorviato
La llama todo el pueblo,
Mas yo, por cosa rara,
Duodécima, hermano, la llamara.
Con don de villancicos,
Me dijo un sastre que naciste al mundo,
Poeta rubicundo;
De hisopo en blanco se arme todo hombre
En oyendo tu nombre.
«Abrenuncio, letrillas,» digan todos;
Pues tanto esta pasion contigo puede,
Que á un difunto le hiciste un villancico,
Con un kyrieleison por estribico.
Otro le compusiste á un monumento;
A la mujer Verónica
Tampoco no perdonas,
Poeta escribe-monas,
Y á mí me harás otro,
Oh tú ingenio, el mas potro
Que el prado ha visto en la rocinería,
Domine Chirimía,
Tipligaznate entre dulzaina y pito,
Que en voz fileteada
Hablas taza penada,
Conviértete á tu Dios, llora el pecado
De haber villancicado;
Guárdate, que se quejan
Las letanías de tus malos versos,
Porque en ellos sus santos martirizas;
Pascual, Anton y Gil te la han jurado.
Recógete á sagrado,
Métete monja, pues devota eres,
Te llamarémos sor Fulana Perez;
Y cuando estés con mucha compostura,
De novicio en figura,
Cualquiera que te viera,
Cingulum puritatis te dijera.
Locutorio perpétuo te hallaron,
Y tan eterno asistes,
Que te llama la gente
Licenciado Continuo comunmente;
Lanzadera de todo monasterio,
Con visitas continuas,
De andadera de monjas te examinas.

ROMANCE.

A un licenciado muy flaco y delicado.

Beneficiado falsete,
Hilo de pita con sarna,
Filete con calentura,
Y fideos con cuartanas;
Quinta esencia de abadesa,
Longaniza espiritada,
Melindre convaleciente,
Hechura de filigrana;
Licenciado Pica-seca,
Hueso que sirves de vaina
A un estoque, alma huida,
Con intencion de almarada;
Cerbatana de evangelio,
Chifladera graduada,
Tripa en pié con movimiento,
Y esqueleto con sotana.
¡Oh cuaresma con juanetes!
Oh cara Semana Santa!
Oh espárrago en penitencia!
Oh melecina ermitaña!
¡Oh vida contemplativa!
Mental en cuerpo y en alma,

Solo noticia de hombre,
Intencion imaginada;
Animada quisicosa,
Ente de razon que habla;
Puede sobre las de Apéles
Echar tu cuerpo otra raya.
El maestro Delgadillo,
Por lo delgado, te llaman;
y dicen cuantos te miran
Que eres araño con calzas.
¡Qué sutil fuera tu ingenio,
Si con tu cuerpo trocaras
Cuatro higas para Escoto!
Darle puedes quince y falta.
Sonarás dulce y suave,
Si te pongo en mis tonadas;
Por sutileza ó por prima,
Te pusiera en mi guitarra.
De un regaño melindroso,
Te destinó una alquitara,
Y te engendró un mondadientes
Para palo de viznaga.
Pareces es y no es,
Y pues incorpóreo andas,
Examínate de duende,
Pretende para fantasma.

DÉCIMAS.

A un capon preciado de valiente.

Di, capon, que en bravo das,
Pues eres, y con razon,
Con las gallinas capon,
Con los gallos ¿qué serás?
¿De qué sirve tu zis, zas,
Con que tu lengua sin freno,
Usurpando el nombre ajeno,
Hace de valiente alarde,
Siendo un capon tan cobarde,
Que aun para cantar no es bueno?
En tus arrogancias hallo
Que en contarlas te deslenguas,
Por disimular las menguas,
Que de tus hazañas callo;
Tu presuncion es de gallo,
De gallina todo el resto,
Siendo á todos manifiesto
Que eres, con valor sucinto,
Tan impotente en el quinto
Como incapaz en el sexto.
Fanfarron, ¿de qué te importa
Seguir tan vanos estilos?
Que tu espada está sin filos,
Que la de un capon no corta.
Tus arrogancias reporta,
Y á otro fin las endereza;
Helada está tu fiereza,
Que eres hielo, siendo ascua.
Mira que viene la Pascua,
Y está á riesgo tu cabeza.
Como tienes sin aceros
La potencia natural,
Haces la lengua puñal,
Cuyas heridas son fieros;
No presumas de Gaiferos,
Pues siempre fuiste Marfisa;
Que ya tu humor nos avisa
Que tus tajos y reveses,
Son como los entremeses,
Los papeles de la risa.
No mas viento, amaina, amaina,
De tus bravatas la vela,
Y pues eres churumbela,
No te vendas por dulzaina.
La espada y el rumbo envaina,
Que aunque eres capon con molla,
Te tendrá alguno por olla,
Y piando con rumor,
Para calza de asador
Podrá pegarte en la cholla.
Pues capon, convierte en rueca
La espada con que braveas,
Que sin huevos cacareas
Por lo que tienes de clueca.
En toca y chapines trueca
Tus rumores de matraca,
Y véte en tu mula ó aca
A Chacona ó á Tampico,
Donde, por la voz y pico,
Te llamarán doña Urraca.

REDONDILLAS.

A un borracho que murió de mal de orina.

La muerte estrujó una uva,
Vendimióla y dejó el casco,
De cuyo licor y frasco
Agora un sepulcro es cuba.
Ocasionó su ruina
Lo que mas gusto le dió,
Pues vivió, bebió y murió
De estangurria y mal de orina.
Pudo orinar; mas no osaba,
Contra sí mismo cruel,
Porque no saliese dél
El vino que en él entraba.
Mas vió con ojos sutiles,
Que el que mas vista alcanzaba;
Porque si un candil miraba,
Veia treinta candiles.
Las bodegas, en buscallas,
Haciendo mil maravillas,
Fué un Colon en descubrillas,
Y un Cortés en conquistallas.
Del licor que á su albedrío
Fué salud, siendo veneno,
Como se sintió tan lleno,
No quiso verse vacío.
Y viendo que su bujeta
Lo destila gota á gota,
Él quiso morir candiota
Por no morir ampolleta.
Su cuero de pez no empringa;
Que mas quiere por lisonja
Del vino chupar esponja
Que exprimir agua jeringa.
Cuando sentia en sí mismo
Desmayos de muerte amagos,
Despertaba con dos tragos
Del mas fuerte parasismo.
Al fin murió Colatino,
Por no ver su ardiente fragua
Salir convertido en agua
Lo que cuando entró fué vino.
En su sepulcro ó mazmorra,
Por beber tanto despierto,
Sospechan que no está muerto,
Sino que duerme la zorra.
Y pues él murió tan zafio
En beber, sobre la losa
Donde su cuerpo reposa
Se le ponga este epitafio:
«Aquí yace el que, por ser
Quien nunca pensó morir,
No bebió para vivir,
Y vivió para beber.»

SILVA.

A una vieja muy fea, que pedia la dijesen los Evangelios para el mal de ojo.

¿A quién no ha de hacer risa,
Cuando mirare, Antandra, tu figura,
Si sabe tu locura,
Porque, siendo tu cara la mas fea
De cuantas ciñe el sol con su correa,
Haces que el vulgo note
Que no hay clérigo, fraile ó sacerdote
(En la iglesia, visita, plaza ó calle)
Que no llegues solícita á rogalle
Te santigüe y bendiga
Y el evangelio de san Juan te diga,
Porque el ciego, jibado, manco ó cojo,
Cuando te miren, no te tomen de ojo?

Engaños de tu cara
Te tienen desta suerte,
Resucitada muerte,
Pues juzgas que no hay cosa
Mas bella y mas hermosa
Que tu cara de gimia,
Falso chanflon de alquimia,
Moneda de Mahoma,
Que no pasa en la carne ni se toma,
Con dos ojos mal hechos y malvados,
Traviesos y encontrados;
Pues por haber reñido,
Cada cual en su casa está escondido,
Y al pié de una nariz semitrompeta,
Boca en acciones de tocar corneta,
Pues ¿qué mal de ojo habrá, sino el del cura,
Que tome de ojo tan feroz figura?
Que tu rostro jarifo
Puede desvanecer, de hermoso, á un grifo.
Sin duda que tú misma te has tomado
Del ojo, que otros ojos te han negado,
Mirándote al espejo,
Que viendo en su cristal tan mal bosquejo,
Alterado y corrido
De que en su tersa luna esté esculpido
Tu retrato demonio,
Levantándote un falso testimonio,
Con muda lengua, con cerrado labio,
En tí venga su agravio,
Dibujando tu máscara espantosa
Con araños de hermosa,
Dándote sus reflejos
Un falso cerca, bueno para léjos.
Y tú, engañada con tu vista esponja,
Bebes esta lisonja,
Y adorándote idólatra en tu engaño,
Temiendo efectos de futuro daño,
Humanos desatinos,
Quieres curar con médicos divinos;
Y proponiendo falsos silogismos,
Te tomas de ojo con tus ojos mismos,
Que, de ponzoña llenos,
Atribuyen su daño á los ajenos.
¿Qué ponzoña hay tan rara,
De quien la de tu cara
Pueda ser ofendida,
Si en ella otra mayor está escondida?
Que ojos de envidioso,
De zurdo ó de mulato,
Que tienen los del gato,
Los de un tuerto ó bermejo
Con ira y sobrecejo,
O de suegra feroz cuando se altera
Contra una pobre nuera
Con cólera y enojo,
Que á tu cara alacran la tomen de ojo,
Aunque te miren los de algun poeta,
De la crítica seta
(Que con ojo zoilo,
No hay prosa, culto verso, dulce estilo,
Que descubra, columbre, mire ó vea,
Aunque el compuesto sea
Parto de pluma amiga,
Que no lo infama, gasta y atosiga);
Porque en tu cara, estoque de la muerte,
Infunde en quien la mira otro mas fuerte.
Si temerosa de futuro daño,
Llevada de tu engaño,
Ansiosa solicitas
Oraciones benditas
Del ojo mas traidor y mal futuro,
Antandra, te aseguro;
Porque cuando el mal ojo y mas nocivo,
Rayos de fuego vivo
Derechamente contra tí despache,
Tú te sirves de higa de azabache,
Y el trasgo gesto que por cara empuñas,
Bellosa mano de tejon con uñas,
Con cuya vista de espantoso extremo
Puedes quebrarle el ojo á Polifemo.
En fin, convierte, Antandra, á tu hermosura,
Para que estés segura
Del ojo mas perverso,
Que de tus mismos ojos te receles,
Y al bruñido cristal no te rebeles,
Que, falso y lisonjero,
Te finge, burlador, que eres lucero;
Y con esto provoca
A que, crédula y loca,
Por hermosa te estimes,
Y con tus mismos ojos te lastimes,
En quien está cifrado
El mas cruel del ojo mas taimado;
Que, como son de pulga,
Su misma vanidad los descomulga.

ROMANCE.

A un mozo de pocos años,
Y no de muchas virtudes,
El rapaz archiflechero
Un birotazo sacude.
De una rolliza fregona,
Tiernos cuidados le infunde,
Y ella lo mira de ojos
Turbiclaros y agridulces.
Martillazos de promesas,
Golpes de solicitudes
Ablandaron con la moza
El pecho, hasta entonces yunque.
La oscura noche de un mártes,
Pared en medio de un lúnes,
De verse y hallarse á solas,
Los dos amantes concluyen.
Una pared fué el palenque,
Que con macizo pespunte
Divorciaba dos corales,
A fin de que no se junten.
Dos resquicios le sirvieron,
Que en ella el tiempo descubre,
A su voz de cerbatanas,
A su aliento de arcaduces.
No quiso la turbia noche,
Del borrador de las nubes
(Porque él fué el estrellado)
Sacar en limpio sus luces.
Puestos en el puesto entrambos,
Sonando los sacabuches,
De sus lenguas y gargantas
Se brindan tiernas saludes.
En tanto que el uno habla
Es fuerza que el otro escuche:
Él cuenta su pena, y ella
Con dos melindres acude.
Dejan los vanos requiebros,
Formando quejas azules;
Que no hay amor tan valiente,
Con que los celos no luchen.
Estando en lo mas picante,
La fembra sintió que cruje
Una puerta, ó fué que el miedo
Su cobarde oreja pulse
Retíranse los amantes,
Y él, para esconderse, huye
De un establo que lo ampara,
A un rincon, donde se oculte.
En la parte mas secreta,
Donde la algalia se sume
Que sudaron fatigadas
Las ordinarias costumbres,
Pasa el famoso Leandro,
No el charco de los atunes,
Sino el estrecho que guarda
De Pancaya los perfumes.
Fué su fuerza necesaria
Para que nadando surque
El piélago, en cuyas ondas
Hasta el cuello se zambulle.
Como estaba el mar revuelto,
A las narices le suben
Humos que le desvanezcan,
Vapores que le perturben.
Al estruendo de los remos,
Fué forzoso que le busque

Un amigo que le guarda,
Y á salir del mar le ayude.
Tirándole de los brazos
Prueba á sacarle, mas cumple,
Por lo que pasan entrambos,
Diferentes gotas suden.
Salió tal, que bien pudiera
Pasar plaza en Fez ó en Túnez
De servidor de una infanta
O camarero de un duque.
Sacó vestido un coleto
Del ámbar, que distribuye
Mas que el gris, cortando el aire,
Mucho olor, con poco lustre.
Cuajado de pasamanos,
Que tejieron, por costumbre
De ocultos particulares,
Evacuaciones comunes.
Sin duda le alivian entonces
El planeta que le influye,
Con ayuda de otros astros,
Del cuerpo la pesadumbre;
O Mercurio retrogrado,
Jugando con Peranzúles,
Con mal de cólica pasa,
Tirando restos y fluxes.
Ella, que el rumor pasado
Averigua ó le presume,
Que era un gato que de enero
Efectos siente de octubre,
Vuelve, y no le viendo, es fuerza
Que lo llame y él se excuse;
Que la pasada desgracia
Le obliga á que disimule.
Teme el amante pebete
Que su ninfa se disguste,
Y le saque por el rastro,
Por lo que tiene de buitre.
Al fin llega al agujero,
Paso por donde conducen
Pastillas de su coleto,
Fragrancias de piedra azufre.
Olor de tantos quilates
No es mucho que la estimulen
A que el fundamento de ella
Disimulada pregunte.
Repasó toda la historia,
Y ella teme que la burle;
Mas las pruebas que presenta
Permiten que no lo dude.
Muerta de risa la dama,
Le ruega que desocupe
Aquel lugar, y se vaya
Donde lo cuelen y enjuguen.
Despídese al punto, y ella
Se levanta haciendo cruces,
Y él, corrido, del corral
Paso entre paso se escurre.
Teme que el pasado caso
Por el pueblo se divulgue,
Y tomándolo en la boca,
De su limpieza murmuren.
Y que la malicia humana,
Que el mas limpio honor destruye,
Pasando de lengua en lengua,
Por las plazas lo rotulen.
A su casa apasionado,
Retirado se recluye,
Hasta que, pasado el tiempo,
Mejor olor le acumule.

DÉCIMA.

A un hombre que no comió, de miserable, y murió de cámaras.

Aquí tiene eterno embargo
Un hombre tan sin provecho,
Que reventó por estrecho,
Ya que no pudo por largo.
De su muerte el fin amargo
Por cámara despachó,
Y aun el pesar le ayudó,
De verse tan liberal,
Por la parte occidental,
De lo que no recibió.

EPIGRAMA XII.

Entré, Lauro, en tu jardin,
Y vi una dama ó lucero,
Y una vieja ó cancerbero,
Que era su guarda y mastin.
Es todo tan excelente,
Que me pareció el vergel
Que Adan perdió, viendo en él
Fruta, flor, Eva y serpiente.

ROMANCE.

Pidiendo á un licenciado enseñase un romance que habia hecho.

Hanme dicho malas lenguas,
Señor Domingo Chamorro
(Que tambien hay lenguas malas,
Como licenciados tontos),
Que vuestra cholla compuso,
De su caletre y meollo,
Un romance mas pensado
Que la mula de Colodro;
Que vuestra señora musa
Tuvo que ver con Apolo,
Y preñada, á los seis meses
Vino á parir este mónstruo;
Y que, por no ser de tiempo,
Y tener ciertos antojos,
La comadre nos ha dicho
Que no es parto, sino aborto;
Y que este romance ha sido
Respuesta y venganza de otro
Que os compuso de repente
Un poeta casquiroto.
Para componerlo, echasteis
La dura vena en remojo;
Pero al fin salió el romance
Como Dios hizo un cohombro.
Nació sin piés ni cabeza,
Medio gimio y medio zorro;
Culto, porque es disparate,
Y malo, porque es demonio.
Y vos, para desbastallo,
Por verlo tan basto y bronco,
Gastasteis á un carpintero
Diez mazos y quince escoplos.
Y porque huela mas bien
A las narices de todos,
Le habeis tenido tres meses
Como lomillo en adobo.
Mas si quereis remediallo,
Llevad humilde y devoto
Sus piés á los santos Meges,
Abogados de los cojos.
Pero corrido de verle
Hijo de clérigo el mozo,
No querrá salir de casa,
De confuso y vergonzoso.
Salga á luz, por vuestra vida,
Porque nos diga su rostro
Si se parece á su padre
En lo simple y en lo bobo.

RETRATA UN GALAN Á UNA MULATA, SU DAMA.

Hoy hace justo un año y cinco meses,
Dos semanas, tres dias y diez horas
Menos quince minutos,
Que mis ojos enjutos
Un punto no te han visto, ninfa honrada;
Perdóname lo honrada si te enfada,
Y lo ninfa tambien, que es vulgar cosa
Decir luego un poeta *ninfa hermosa*
A la dama que alaba, y no querria
Enfadar á la mia
Con estos epitetos,
Muletas de los versos y concetos;

Digo, volviendo al caso, que há dos lustros
De dias, que son diez, que voy buscando
Un nombre dulce y blando
Que con el tuyo frise,
Como con el de Inés frisa el de Nise,
Con Isabel Belisa,
Con Francisca Fenisa,
Y en el alma me pesa
Que te llames Teresa,
Porque, dando una vuelta al Calepino,
Enfadoso, colérico y mohino,
No me he encontrado en el volúmen suyo
Nombre que venga con el nombre tuyo;
Pero mi amor, mi ingenio y mi codicia
Ha hallado al de Teresa el de Tiricia,
Y con voz mas lozana
Tambien á Tertuliana.
Escoge de los dos, y si el primero
Te parece mejor y mas entero,
Por escogerlo tú, tengo por llano
Que lo tendrá por bien el Tertuliano.
Sabrás, dulce Tiricia de mi vida,
Mas eres mi homicida,
Y es mejor el llamarte de esta suerte
Cruel Tertuliana de mi muerte,
El dios ciego, rapaz, ó niño tuerto,
Por tí me tiene muerto,
Pero no digo bien, pues estoy vivo,
Y hablando y quejándome te escribo,
Siendo tan llano y cierto
Que no habla ni escribe el que está muerto,
Y es caso peligroso
Que me tengas, mi bien, por mentiroso.
Digo pues que me abraso y me consumo,
Pues me sale del alma al rostro el humo,
Y mi cara morena
Es claro indicio que en tu fuego pena;
Mas temo que este fuego
Al punto has de decir que es burla y ciego,
Porque si es tu belleza quien lo atiza,
Ya me hubiera su ardor vuelto en ceniza,
Y que para creella
No has visto de mi llama una centella,
Y las flechas de amor, del alma abispas,
Siempre que encienden fuego arrojan chispas.
Humilde al fin te quiero,
Mas que Leandro á Ero,
Si con menos provecho,
Pues no he pasado mar ni visto estrecho;
Y en cosa tan notoria,
Es de amante novel picar historia.
Aquí dijera ahora
Que tu galan te adora;
Mas callo, porque temo
Castigos de blasfemo,
Y requiebros que huelen á gentiles
Son de amores plebeyos y civiles;
Y yo, aunque poco valgo,
Te estimo y quiero con amor hidalgo,
Sin pechar con desvelos
La moneda forera de los celos.
Suele un amante que de veras ama
Ablandar á su dama,
Cuando está rigurosa,
Con lisonjas de hermosa,
Retratando su rostro en breve suma
Con ingenio pintor y pincel pluma,
Y despues, cotejada la pintura
Con la viva hermosura,
Le parece el retrato
Como á Zorobabel Poncio Pilato;
Pero yo, sin lisonja,
Que parezca poeta ó huela á monja,
Quiero pintar al vivo
Tu cara ó rostro, de belleza archivo.
Podrá ser que te ablandes,
Bello lienzo de Flándes
O serafin murciano,
Viéndote retratada de la mano
De tu galan Apéles;
Y si te vas tan dura como sueles,
Diré que he retratado
De Dafne el cuerpo, de corteza armado.
Comienzo, á lo usual, por los cabellos,
Que son del mismo sol los rayos bellos;
Mas no vienen tus hebras con sus rayos,
Porque ellas son morcillas, y ellos bayos;
Y si digo que son madejas de oro,
A mí y á su beldad pierdo el decoro,
Pues habrá quien me tache
De que vendo por oro el azabache,
Y fabricar mentiras semejantes,
Mas es de mercaderes que de amantes.
Digo pues que en tu moño y tus guedejas,
Que llamamos madejas
Cortesanos discretos,
Son muchos pelos prietos,
Que tu mano aderezа,
Y están asidos siempre á tu cabeza,
Entre cuyas sortijas
Suelen criarse algunas sabandijas,
De que es, porque su casta allí no reine,
Conde de su expulsion el boj de un peine.
Leche, cielo, cristal y nieve ardiente
Dijera que es tu frente;
Mas no habrá quien lo crea
Cuando en tu frente vea
Aquesta tez bastarda,
Poco menos que negra y mas que parda,
Y porque algun curioso, si te mira,
No me halle en mentira,
Digo que es su color leche entintada,
Ollin nevado y nieve azabachada,
Un cielo á media noche,
Cuando está de la luna ausente el coche,
Con una infinidad de pecas bellas,
Que en mulato cristal sirven de estrellas.
Dos arcos son tus cejas, de Cupido,
Con que á tus piés rendido
Tiene al cuerdo y al loco.
Y si este nombre es poco,
Son dos arcos que al suelo
Muestra las nubes cuando llueve el cielo;
Son dos arcos triunfales
Y dos arcos turquescos;
Mas estos epitetos no son frescos,
Porque tienen mas años
Que yerros un doctor, y un sastre engaños.
Y si bien se me acuerda,
El arco de Cupido está con cuerda,
Y para disparar birotes suyos,
No la tienen los tuyos;
Y del arco del cielo dirá alguno
Que los tuyos son dos, y el otro es uno.
Dejemos falsedades,
Y digamos verdades:
Tus negras cejas son por un estilo,
De cerdas ó de hilo,
Mal teñidos dos fluecos,
Unas veces mojados y otras secos,
Del agua que, sudando, es fuerza exprima
La frente que está encima;
Mordaces tenacillas
Son hoces y corvillas,
Y alegre ó con enojos,
Sirven de guarda-polvo á tus dos ojos.
Llamarélos estrellas rutilantes,
A las del mismo cielo semejantes;
Mas ¿qué tienen que ver ojos y estrellas,
Si ellos son negros, y doradas ellas?
Y cuando los llamara,
Del firmamento obscuro de tu cara,
Luceros zahareños,
Tambien para luceros son pequeños.
Y si, por menos bajo,
Ahora les encajo
El título de soles,
Son tramoyas de cisnes españoles;
Que siempre que celebran
Bellezas que requiebran,
Les parece alabanza humilde y baja
Si no hurtan al cielo alguna alhaja.
Mas yo, que por lo ronco y por el tizne
Tengo poco de cisne,

Diré que son las luces de tu frente
(Si ella misma no miente)
Dos enlutados ojos con dos niñas,
De quien son cuatro párpados basquiñas,
Que con travieso estilo
Al sesgo miran siempre, y nunca al hilo;
De cuyas tiernas guardas
Son las pestañas picas ó alabardas,
Hermosos pasadizos de la vista,
Que puso el celestial y eterno Artista
En monjas, frailes, clérigos y legos,
Para mirar y ver, si no son ciegos.
Cañon de plata, ó zona, que divide
Estas esferas y lucientes globos.
Eso, musa, á los bobos:
¿Qué esfera, ni qué globos, ni qué antojos,
Si acabais de decir que son dos ojos?
Volved á la nariz; cañon de plata
Dijera que es la tuya, hermosa ingrata,
Mas no se compadece
Decir que es plata, si vellon parece;
Llamárala almendruco,
Como el otro poeta mameluco;
Mas tu nariz murciana, Melisendra,
Es grande para almendra;
Y si este es desatino,
Vendamos pan por pan, vino por vino.
Digo que es tu nariz un corvo caño,
Unas veces de alambre, otras de estaño;
Que tú sueles en breve
Poner á su nogal fundas de nieve,
Cuyos caños de enebro
Purgan las inmundicias del celebro.
De tus rojas y cándidas mejillas
Dijera maravillas,
Llamáralas auroras,
Mas no están de una suerte á todas horas;
Que si en la madrugada
Sale la Aurora blanca y encarnada,
Tus mejillas descubren
El ébano que encubren,
Porque en ellas el ébano es postizo,
Y la grana y jazmin prestado hechizo;
Mas no sé qué quisiéras
Que las llamara, eternas primaveras,
Claveles deshojados
Sobre campos nevados,
O en mosquetas hermosas
Entreveradas rosas,
Sangre vertida en leche,
O aquel nuevo y ridículo escabeche
De cristal y de grana;
Mas toda es jarcia vana,
Que ahora razonan, y cantaron antes
Poetas mendigantes,
Fantásticos pintores,
Juntando tintas y mezclando flores;
Mas no quiere mi amor hacerte ofrenda
Del color que se halla en cualquier tienda,
Y de flores, despojos de la mano
De cualquiera hortelano,
Que brotó la maceta
Del tierno casco de cualquier poeta.
Son tus mejillas dos nevados pomos,
Que algunos llaman romos,
Cuyo mal colorillo
Quiere matrimoniar con lo amarillo,
Y para disfrazar su taracea
De contraria librea,
Viste tu mano franca
Su negro bombasí de tela blanca,
Que un tejedor mortero
Urdió, y tejió primero,
Mezclando, y no de balde,
Con pelo, soliman, trama, albayalde,
Poniendo con cautela
Sobre la blanca tela
Dos rosas encarnadas,
Del papel trasladadas;
Sellada provision, que un dedo cita,
Dada en Granada, y en Guadix escrita,
Quedando el rostro ufano y hueco,
Con su mismo embeleco,
De ver, cuando al cristal tu imágen miras,
Cubierta una verdad con dos mentiras.
Solo ahora me toca,
Bella Tiricia, dibujar tu boca:
Son tus hermosos labios
Del mas fino rubí dulces agravios,
Rojo clavel partido,
Breve liston de nácar dividido,
Animados corales
De dos sartas de perlas orientales
Ó de diamantes puros,
Con bella proporcion dos bellos muros;
Mas estas herejías,
Alabanzas no son, sino ironías,
Que al pecho mas extraño
Inclinan y enternecen con su engaño,
Que por ley que promulga,
La vulgar opinion las descomulga;
Y yo, como poeta bautizado,
No quiero estar por esto excomulgado.
Y pues estas son burlas lisonjeras,
Volvamos á las veras.
Tus labios son dos labios solamente,
Y una tu boca, ó puente,
Del pan, del agua, de la voz y aliento
Sonoroso instrumento;
Cuya color impresa
Es madroño una vez, otra camuesa,
Segun los bruñe y pinta
El sangriento Brasil, resuelto en tinta,
Muros de tierna carne, y no de yeso,
De ocho dientes de hueso
Y otros cuatro colmillos,
Ya blancos, ya amarillos,
Y veinte muelas, que tu boca esmaltan,
Menos las que te faltan,
Con que, sin que pesar de hacerlo tomes,
Muerdes, mascas y comes,
Hablas, alientas, cantas y suspiras,
Y la saliva tiras,
Escupes, y en mil modos
Pides sagaz á todos,
Y alegre sí pronuncias,
Si te promete alguno el bien que anuncias,
Y rebelde sin gusto, y con despego
Me respondes un no cuando te ruego.
Dejo la barba y cuello,
Brazos, manos y pecho hermoso y bello
(Del vello que lo tapa),
Que á tu morena piel es felpa y capa,
Porque no piense y crea,
Cuando estos versos lea
El malicioso y rudo,
Que voy aderezando algun menudo.
Este es, ingrata ninfa, tu traslado,
Sacado, corregido, y concertado
Con el original de tu persona.
Las faltas me perdona;
Que por ellas remito
Al vivo original todo lo escrito.
Ablándate, pues quiero
Ese animado acero,
Muéstrate á tu galan menos ingrata.
Mira que si me mata
Tu desden excesivo,
Estando muerto, no has de verme vivo,
Y mientras fuere vivo, ten por cierto
Que he de quererte y no has de verme muerto.

ROMANCE.

A una dama muy pequeña, sobre unos chapines muy grandes.

Apéate, ninfa enana,
De esos gigantes chapines,
Ó me subiré sobre ellos
Para que puedas oirme;
Que quiero apodar tu calle,
Dije mal si apodar dije;
Que mal puede haber sustancia
En un punto indivisible.

Pero sin embargo, quiero,
De que has de volverte un tigre
Contra mí, picarte cuervo,
Ya que no te alabe cisne.
Son treinta Atlantes sus corchos,
Y cuando en ellos te eriges,
Sobre sus hombros sustentan
Un átomo con botines.
Por ser tan altos tus bajos,
Suena mal tu cuerpo tiple;
Ellos son escudos de armas,
Con un arador por timbre.
Cuando en ellos te colocas,
Y el suelo, Lisarda, mides,
Ellos y tú pareceis
Dos jotas con solo un tilde.
Otro dijo que pareces,
En estos montes movibles,
Una pulga con muletas,
Una liendre en dos rocines.
No hay quien sin danzas ó bailes,
De ver saltar no se admire,
En dos colunas de corcho,
Un ídolo margarite.
Si te llaman y revuelves,
No es mucho que al vivo imites
Un títere que en dos torres
De giralda al viento sirve.
Los que te encuentran no hallan,
Aunque miren y remiren,
A quién hacer reverencia
Ni á quién el sombrero quiten;
Porque solo ven dos postes,
Que los gobierna y los rige
Cierto no sé qué con galas,
Y una nonada con dijes.
Siempre que dellos te bajas,
En sus hombros te reciben
Dos criadas las mas altas,
Porque no te precipites.
Si cortas alguna ropa,
Dice el sastre que te viste
A tí con sola una vara,
Y á tus chapines con quince.
Cuando te vistes de blanco,
Te transformas en confite,
Puesto donde el mas goloso
No te alcance aunque se empine.
Es tan pequeño tu cuerpo,
Que á no ser indivisible,
En cualquier compuesto humano
Pudiera servir de simple.
Sin duda estaba en menguante
La luna cuando te hiciste,
Y en la cola del dragon
El sol padeciendo eclipse.
Pero tus chapines creo
Que, en su parto y en su origen,
El sol doraba del toro
Los cuernos y las narices;
Y su carillena hermana
Estaba haciendo dos brindis
A su amante por beberle
Dos requiebros pastoriles.
Al fin, por afeminada,
Y ellos por muy varoniles,
Tú y tus chapines, Lisarda,
Pareceis tres imposibles.

EPIGRAMA XIII.

Vió á una mulata murciana
Un hombre, asomada un dia
A un esconce, que servia
De chimenea y ventana.
Ella se le queja, viendo
Que no le habla, corrida,
Por ser dél tan conocida,
Y él se disculpó diciendo:
«Que pase, mire, y te vea
Sin hablar, no es mucho, Clara;
Que entendí que era tu cara
Humo desa chimenea.»

ROMANCE.

A un avariento.

Dime, avarienta esponja,
Que chupas y no exprimes
Del dinero que oprimes;
Necia y vana lisonja,
Pobreza en oro envuelta,
Diestro alguacil que prende y nunca suelta;
Rica y guardada mina
Con ciego encantamiento,
Hidrópico sediento,
Que bebe y nunca orina,
Del dinero moderno
Calabozo inmortal, perpétuo infierno.
¿Qué importa, mentecato,
Que tantos gastos mudos
Guarden en tus escudos
Araños de otro gato,
Si para enriquecellos
Escaso ayunas lo que tragan ellos?
Aunque ciego en tu engaño,
Vives tan sin provecho;
Por lo corto, en estrecho,
Penitente ermitaño
Te pretende y procura
Que le sirvas de celda ó sepultura.
Solamente aprovecha
Tu condicion escasa,
De la medida y tasa
De una conciencia estrecha,
De quien eres traslado,
Si por lo justo no, por lo ajustado.
Tanto sin fruto creces
En lo escaso y mezquino,
Que el estrecho camino
De la virtud pareces,
Y tu escasa costumbre,
Por no dar, no dará una pesadumbre.
De tu perpétuo ayuno,
Que por justo bendices,
Pueden ser aprendices
Los frailes de san Bruno,
Pues llenos siempre y gruesos
Tus talegos están, y tú en los huesos.
Si voz y gracia tanta
Tuvieras que cantaras,
A ninguno agradaras
Con pasos de garganta.
Tanto la tuya ayuna,
Que no pasa por ella cosa alguna.
Por tu grande enemigo
Sin duda te reputas,
Si en tí mismo ejecutas
Tan áspero castigo;
Un santo mártir fueras,
Si por tus culpas y por Dios lo hicieras.
Por ser del dar contrario,
Cuando en Roma estuviste,
Por no dar, no quisiste
Oficio de datario;
Y por lo semejante,
Leer no quieres, por el nombre, al *Dante*.
De saliva un diluvio
Escupes asqueroso,
Si explica algun curioso
El nombre del Danubio;
Y asimismo te asombra,
Si á Dauro alguna vez, ó á Dario nombra.
Con mil promesas vanas,
Al sacristan Juan Cerro
Pediste que en tu entierro
No toquen las campanas,
Porque no te provoque
A morir otra vez din dan del toque.
Siempre en dar te acobardas,
Y pides con afetos,
Y de los diez precetos,
El cuatro es el que guardas;
Pides con fuerte aliento,
Mas nunca has puesto en dari un argumento.
Prestar en tu memoria

Es vicio aborrecido;
Y así, nunca has leido
Del *preste* Juan la historia,
Y huyes como de peste,
Por el nombre no mas, de un arci*preste*.
Aunque es cosa precisa,
Como á ti te molesta,
Oir *Domine, presta*,
No quieres ir á misa,
Y el *da nobis* que cantan,
Vocablos que te asustan y te espantan.

ROMANCE.

En la ciudad coronada,
Cuya planta y muro antiguo
Besa con labios de plata
Segura, rey de los rios,
Vacó una capellanía,
Que fundó, al partir del siglo,
Un ligurio mal logrado,
Que murió de ochenta y cinco.
Fueron al punto en la puerta
De la iglesia y del Obispo
Los intereses putantes,
Citados con tres edictos.
Hubo mil opositores,
Unos blancos y otros tintos,
Uno en pieza y otro en jerga,
Cual castaño y cual mohino.
Llegó el término fatal,
En que el exámen temido,
Anatomista de ingenios,
Pruebe en los suyos sus filos.
Juntáronse los jueces,
Y al instante ante ellos vino
Un zote barbi-poniente,
De pié romo y casco liso.
Los jueces le preguntaron
Qué tiempo estudió, y les dijo:
«Habrá que estudio tres años,
Y en los dos no he visto un libro.
»Desde el vientre de mi madre
Naturaleza me hizo
Peliagudo de celebro,
Aunque de ingenio lampiño.
»Pretendo por ignorante,
Porque en mas precio y estimo
Dos adarmes de ignorancia
Que un quintal de silogismos.»
Tuvo dos de cuatro votos;
Que en semejante escrutinio
Y exámen de entendimientos,
El mas basto es el mas fino.
Llegó el segundo á la prueba,
Jóven, cuerdo y bien nacido,
Entendido y recatado,
De buen talle y mejor brio.
Salió sin voto y sin premio;
Aunque tuvo prevenidos
Dos intercesores bellos,
Se le volvieron Bellidos.
Fué el tercero, que arrogante
Entró al exámen Domingo,
Un hombre muy importante,
Si es hombre el que es vizcaino;
Alta frente y hondos ojos,
Bien barbado y mal ceñido,
Terciopelado de ingenio
Y raso de colodrillo;
Gramático en mal romance,
De montañés traducido;
Que si hay tontos en vascuence,
Tambien hay asnos latinos.
Para alcanzar la vitoria
De semejante conflito
Trajo de Maribermeja
Un poderoso exorcismo.
Entró confuso y turbado,
Como si por mil delitos
Lo llevaran á la horca
A ser cencerro ó zarcillo.
Hiciéronle los jueces
Mil preguntas de soplillo,
Y él, temblando, á todas ellas
Respondió como un rollizo.
Habló como si en la lengua
Tuviera algun panadizo,
O en el cañon del pescuezo
Esquinencia ó garrotillo.
Despues que mas esforzado
Le dejó el miedo enemigo
De las palabras y aliento
Desbrozado el pasadizo,
Dijo al fin: «Yo soy un hombre
En sangre y solar mas limpio
Que el agua de Esgueva y Darro;
Hidalgo como Longinos.
»El que sin ser graduado
Tuvo gallos infinitos,
Que me pusieron al sueño
Toda una noche entredicho;
»Y yo, creyendo, espantado,
Que eran canarios del limbo,
Estuve mas de seis horas
Invocando á san Crispino.
»Soy astrólogo tan grave
Y útil, que sé en cuáles signos
Han de estar Vénus y Marte
Cuando nazca el Antecristo.
»Soy músico de repente,
Y en verso un pensado Ovidio,
Historiador de simplezas,
Pues las trato en cuanto digo.
»Conozco tanto de manos,
Que en sus rayos profetizo
Si un capon ha de ser gallo,
Y casado un capuchino.
»Soy contador tan perfecto,
Que sé con nuevo artificio
La regla con que se prueba
Que dos sobre tres son cinco.
»Soy maestro graduado,
Y en lo humano y lo divino
Graduado de inocente
Por Carabanchel ó Pinto.»
Los jueces, admirados
De su ciencia, habiendo visto
El título de sus grados,
Bien guardado y mal escrito;
Dándole de capellan
Los cuatro el nombre y el vítor,
Fué de todos los llamados
Por inocente escogido.
Salió alegre y dijo á voces:
«Quien quisiere un beneficio,
Aprenda para ignorante
Y tome ejemplo en mí mismo.»
Esta es la famosa historia
De donde tuvo principio
El refran: «Si sabes poco,
Ventura te dé Dios, hijo.»

EPIGRAMA XIV.

A uno que tenia almorranas.

Fabio, no es mucho os inquiete
Mal tan pesado y traidor,
Que con sangriento rigor
Por detrás os acomete.
Saberse no os cause enojo;
Porque cuantos lo sabrán,
Que sois, con razon dirán,
Hombre de sangre en el ojo.

ROMANCE.

Cuando á aquel amante á quien
Nunca quiso mi señora,
¡Oh, qué mal hizo! que hoy fuera
La señora doña Sola;
Quiero decir, cuando el sol
Quitaba de su carroza
Los cuatro rocines flacos,

Son veraniegos, no importa;
Salí al arenal un dia,
Adonde en su plaza ociosa,
Con chirimías y polvo
Se pasan algunas horas.
No doy á nadie la culpa,
Porque un astrólogo nota
Que de mal de orina yacen
Enfermas las pipas todas.
¡Oh arenal! *memento, homo;*
Puede tu playa arenosa
De miércoles de Ceniza
Pretender el grado y borla.
Enterradas en tu arena
Tienes á muchas personas,
Y por surcarte con coche
Sepultas la hacienda á otras.
No es esto hablar de cabeza;
Que murmurando á sus solas
Los coches y los rocines,
Escuché en confuso idioma.
Entre relincho y rebuzno,
Con triste voz, semironca,
Un coche melancolía
De esta manera razona:
«Yo soy un coche cuaresma,
Y he de llevar á la gloria
A mis amos, pues me ayunan,
Porque sustente su pompa.»
Otro coche de buen pelo,
De buen garbo y buena estofa,
Mas grave que un arcediano,
Estas palabras entona:
«Yo soy un coche obra pia,
Sustentado de limosna,
Que en el capullo de amor
Ofrecen gentes devotas.»
A fuer de componer versos
(Que hay rocines que compongan)
Uno que está pensativo
Ha pedido que le oigan.
«Por obra de entendimiento
Quieren mis amos que coma;
Y porque es manjar del alma,
Me entretienen con historias.
»Mas ayuno que un poeta;
Como siempre de memoria,
Por alcacer á la noche
Lo verde de unas cebollas.»
Otro segundo rocin,
Haciendo hisopo la cola,
Humilladas las orejas,
Dijo con voz baja y sorda:
«Activa y contemplativa
Es mi vida, pues me sobra
El trabajo, y sin el pasto
Siempre en éxtasis la boca;
»Activa en trocar los dias
Desde que sale la aurora,
Y contemplando en los piensos
Todas las nocturnas sombras.»
Dijo un coche que su amo
Juego de manos no ignora,
Que á un cochero tropelía
Le convierte en varias formas.
Despensero á la mañana,
Paje de estribo á la forja,
Sirve escudero, y aun quiere
De dueña ponerle tocas.
Cochero tornasolado,
Camaleon te transformas,
O eres cochero maná,
Que sabes á todas cosas.
Otro coche balbuciente,
Todo bulto y carantoña,
Se quejó de desmayado
Con voz melíflua de alcorza.
«Yo soy coche caracol,
Y mis amas caracolas,
Pues en saliendo de casa,
No queda en casa mas ropa.»
Llegó la noche y se fueron,
Y yo á mi casa ó mi choza,
A sacudirles el polvo
A mi manteo y mi loba.

ROMANCE CULTO.

Grispios le desprecia al dia,
Crespos soles, Perinarda,
En alcanfores de perlas,
Pentateuscos de esmeralda.
Titubante en menos queja,
Regateando almalafas,
Rojo el Oriente tremola
Saludables tacamacas.
Sus ojos, que en togloditas,
No en paráclitos de nácar,
Sino envoltorios venciendo,
Cenobios verdes desfaja,
Contra Lisandro fulmina,
Mas cruel que ditiramba,
Simonías de los godos
Y taumaturgos de plata.
Síngulos de Calidonia
A territorios de Java,
Desprecios ya de la Toga,
Asombros ya de Atalanta.
Gugurubagre se arroja
A lisonjas mal templadas,
Que en escarmientos se vence,
Y se desquita en cinaras.
Lisandro pues, avecilla
Y rondador de su llama,
En los anzuelos de luz
Se acredita pesca alada.
Y cuanto mas embebido,
Menos sediento, quitaba
Parangones á su mal,
Coluros á su esperanza.
Cisne de amor dulcemente,
Solfas llora y mies canta;
Que á tanto preludio quiso
Ser remolco en la estacada.
Cresneja rizaba entonces
De cataclismos el alba,
Y en panteones de nieve
Guacamayos abreviaba.
Pavonando en pulimentos,
Tersas bruñó las escarchas,
Terremotos floripundios,
Tetistros de Mauritania.
Los bucéfalos del sol
Arturos atropellaban,
Por empedrados de estrellas,
A cada signo en su casa.
Columpios eran entonces,
Y pudieran ser amacas,
Meciéndose los peñascos,
Ambulando las montañas.
Mas Lisardo fugitivo,
Con sus desdenes y ansias,
A Gundemaros se niega,
Y se concede á Tinacrias.
Bolumbres lágrimas vierte,
Y lo que el daño le causa
Apresuró en el instante
Afectacion de las armas.
«¡Oh vosotras, de estas selvas,
Les dice, silvestres plantas,
Que al fugitivo cristal
Siempre debeis arrogancias!
»Nunca el francés Nebullon,
Ni tamarindos de algalia,
Fatal cuchilla de enero,
Os arranque, tronche y parta.
»No al desperdicio eminente,
Que fué de sombras opacas,
Mas lisonja que permite,
Menos altiva que vana.
»Crinitar piense celestes,
Blando el céfiro y el aura
Del campo, rasgos movibles
Y fugitivas fantasmas.

»Y veais en caramagos
Chilindrinas de escarlata,
Zabulones de marfil
Y capellinos de grana.
»Y en union indisoluble
Se resuelva pena tanta
A solecismos del tiempo
Gramáticas de Ruzafa.»

ESTRIBILLO.

Y yo muera de amor por Perinarda,
Desde que nace el sol hasta que pára;
Canten las aves, suenen las ramas,
Y los pajarillos, tiples alados,
Canten arpados,
Suenen sonoros
En suaves coros,
Canten en su capilla
En gran maravilla,
Con su voz muy ingrata
Aquel arroyuelo, capon de plata.

ROMANCE.

De las espaldas de un monte
Era corcova un peñasco,
Y cuando no sea corcova,
Fué taba de su espinazo.
En este, pues, caballero
Estaba el pastor Hernando;
Que no todos los pastores
Han de ser Silvios y Albanos;
Perdido el mozo por Gila
(Vaya el civil conceptazo),
De ganado y de perdido,
Que él lo está por sus pedazos.
Es Gila moza entonada,
Que se puso verdugado
Y cuello abierto de molde,
Para ser la maya un mayo.
Mujer que la han pretendido
Para ama dos licenciados,
Porque es mujer para todo,
Para bueno y para malo.
Persona de tomo y lomo,
Que desdeña por lo ancho,
Todo el gasto por polleras,
Y de enaguas todo el gasto.
De celos, sarna de amor,
Hernando se está rascando;
Que es, como Bras, cosquilloso,
Y Gila celos le ha dado.
La barba deja crecer,
Tristeza y amor mostrando,
Y de nuevo se vestia
Monjil negro, luengo y basto.
El cabello á troche moche
Cada pelo por su cabo,
El guedejismo deshecho,
Deshecho lo acopetado.
Lacrimoso Filomeno
Está gimiendo y llorando,
Mas llorador que la Aurora,
A lo tórtolo enviudado.
Si lo viera el gran poeta,
Lo llamara (no hay dudarlo)
Heráclito campesino,
Jeremías ermitaño.
No habla de las estrellas,
Que no es amante estrellado,
Ni contra doña Fortuna
Ha despegado sus labios.
«Yo tengo la culpa, yo,
Dice, que soy un barbado;
Que no en todos los sucesos
Tienen la culpa los hados.
»¿Por qué me ofendes, la dice,
Sin ser bermejo ni calvo?
Que puedo prestar pelusa
Al Perico mas extraño.
»Despues de tantas finezas,
Despues de requiebros tantos,
¿Con otro pastor me pones
En las sienes embarazos?
»Despues que hablé mas locuras
Que un poeta enamorado,
Pues te autoricé mil veces,
Y otras mil te he soleado;
»Y que he sido en tus papeles
El del corazon flechado,
De tus luces mariposa,
De tu fuego salamandro;
»Y que á los poetas dije
Tu nombre, y lo celebraron;
Que al confesor y poeta
Se confiesan los pecados.
»Si es porque no le escribí
En la corteza de un árbol,
Si no hay álamo en el monte,
¿Dónde iré, Gila, á buscarlo?
»Ya puedes hacer tu gusto;
Que tu amor he tripulado,
Por no padecer amante
Corrimientos de casado.
»Yo publicaré tus mañas;
Que no soy Cornelio Tácito,
Ni ha de sufrir mi cabeza
Cembellinas de venado.
»No en letanía de signos
Tengo de estar numerado;
Que en lugar de *ora pro nobis*,
Tienen cuquillo y silbato.
»Ni han de querer mis vecinos
Conmigo estar consolados,
Aunque cuernos por desdicha
No alivian cuernos *ad placitum*.»

SILVA.

A un hombre pequeño de cuerpo, corcovado y con grandes narices, que hizo esta copla:

«Constanza, si eres constante,
Triunfando, como lo haces,
De las efes, satisfaces
A todo gusto de amante.»

Un bolillo flamenco, mucho he dicho,
La sutileza del mayor capricho,
El que parece, pero no perece,
Ni á la vista se ofrece;
Una tilde que tiene
Por nariz una ene
Tal, que amaine el crecer le pide y ruega,
Porque se pasa á oler á la Noruega;
Un miquillo con maza de narices,
De quien las de Nason son aprendices,
Átomo con berruga en las espaldas,
Que lleva largas faldas;
Esta pues animada
Partícula del nada
De un ser, que nunca ha sido añadidura,
Invisible figura,
Con perdon de los malos de la seta,
Por su desgracia se metió á poeta;
Y á Constanza, deidad hermosa y bella,
A quien codicia el cielo para estrella,
Cuando la flaca musa le dictaba,
De las efes la dijo que triunfaba.
Dime, Sancho sin panza,
¿En qué frisan las efes con Constanza?
Que si Francisca fuera,
Y de Constanza la beldad tuviera,
Por fénix española,
Tuviera con razon una efe sola;
Pero con pensamientos tan perversos
Las efes se cumplieron en tus versos,
Y tu copla me acusa
Que os llamasteis Francisca tú y tu musa;
Y así, quiere la gente
Que efeta te llamemos comunmente.

ROMANCE.

A un enano.

Si de tu cuerpo he de hablar,
Tu cuerpo prestarme puedes,
Y dos higas á la musa
Que mas sutil influyere.
¿Qué diré de sutilezas
En mil delgados motetes,
Pues á tu enana estatura
Seis dedos le lleva un ente?
Nadie de tu cuerpo sabe,
Porque es de casta de duende,
De quien se quejan los ojos
Porque verte no merecen.
Tú, que sincopada el alma,
No das que hacer á la muerte,
Siendo un grano de mostaza
Manseolo en que te entierres,
Tan nada naciste al mundo,
Y tanta pequeñez tienes,
Que no estorbarás á un ojo
Si dicen su niña fueses.
De cuando fuiste al estudio
Murmura toda la gente
Que á *reminimus* llegaste,
Sabiendo á *brevis et breve.*
Si se compara contigo,
Y si á cotejarse viene,
Es gigante el invisible,
Es gigante toda liendre.
De Leandro te examinas,
Pues en un dedal que bebes,
Peligraras de ahogado
Si no te favoreciesen.
De buena vista presuma
Cualquier hombre que te viere;
Profesar de zahorí
Con tan fuerte exámen puede.
Hipócrita en cuerpo y alma,
Don Perico Quilez, eres,
Embelecador de talle,
Que con apariencias miente.
Un poeta desvelado
Esto te habló de repente,
Con dos ojos en ayunas,
De dormir y de no verte.

DÉCIMAS.

A un sastre que sentia que le dijesen:

Que si está bueno el calzon,
Salió corto el ferreruelo.

No es mucho que andeis corrido,
Tirso, siendo tan galan;
Que los galanes lo están
Cuando hay falta en el vestido.
Vos, como sois tan pulido,
Sentis mayor desconsuelo
Que al vuestro le falte un pelo,
Y en parte teneis razon;
Que si está bueno el calzon,
Salió corto el ferreruelo.
Sabeis, Tirso, que imagino
Que el sastre quiso ser galgo,
Y os hizo, como á hidalgo,
Ferreruelo vizcaino.
Dél y del calzon menino,
Uno pez y otro señuelo,
Fué girifalte y anzuelo,
Y agarró tan buen giron,
Que si está bueno el calzon,
Salió corto el ferreruelo.
El que se viste en guarismo
Sois, y el sastre, y no sois dos;
Que con ser el sastre vos,
No os perdonais á vos mismo;
Hurtando desde el abismo
Si la capa azul del cielo
Cortais, pues sois en el suelo
El hurtado y el ladron;
Que si está bueno el calzon,
Salió corto el ferreruelo.

EPIGRAMA XV.

Cierto galan tan discreto,
Que Ciceron se imagina,
Sin ser gallo ni gallina,
Porque es capon en efeto,
A un fraile padre llamó,
Y respondió: «No os corrais;
Que ese nombre que me dais
No os lo puedo llamar yo.»

XVI.

Ayer encontré á tu esclavo
Luciendo de luto y duelo
Vestido, y barriendo el suelo
Con una gran cola ó rabo.
Vilo, y dije: «Bien lo gasta
Quien por derecho lo tiene;
Que siempre al galgo le viene
Ser rabilargo de casta.»

XVII.

A un capon que llevaba una palma en la mano.

Con palma saliste ayer;
Si es de vitoria se calla,
Que quien nunca entró en batalla,
Mal podrá, capon, vencer.
Muy bien la palma te está;
Pero si es cosa notoria
Que no es palma de vitoria,
Palma de virgen será.

XVIII.

A un alfarero que hacia servicios.

Fabio, con tus ejercicios
Nos das á entender que puedes
Alcanzar muchas mercedes,
Pues vives de hacer servicios.
Los reyes tendrá propicios,
A quien cierto y satisfecho
Podrá con justo derecho
Alcanzar mercedes tales,
Quien con manos liberales
Tantos servicios ha hecho.

XIX.

Á cierto galan grosero,
Pesado en contar su amor,
Presumido y hablador
E hijo de un especiero,
Dijo una dama: «Prudente
Sois en decir vuestro mal,
Un hombre muy especial,
Y hablais especialmente.»

ROMANCE.

A las calles de Murcia.

Catalina la embustera,
La que en Murcia mereció
Nombre de linda su cara,
De falsa su condicion;
La que por su hermosura
Vivió en la Puerta del Sol,
Y en la plazuela de Gracia
Por las gracias de su humor;
La que dicen que en su casa
Es molino del amor,
Y si no la dan maquila,
La posada del Leon;
Quien vive en el paraiso
Para el ángel que la dió,

Y al señuelo de un escudo
Es del águila el canton;
La que es calle de cadena
Para quien se la ferió,
Y él calle de adelantado
En los gustos y el favor;
Por la rica lencería
La trapería dejó,
Y por tener puerta nueva,
A la Merced se pasó;
Y al que mas franco la sirve
Y con mas lealtad la amó,
En el canton del Cabrito
Le da, por manso, mansion.
Guárdense de ella y su amante,
Despues que viven los dos,
Él en la puerta del toro,
Y ella en la de la traicion.
Mas por registrar los dientes
Para sus hechizos hoy,
Junto á los Descabezados
Me dicen que se mudó.
La plazuela de los Gatos
Es cierto que la parió,
Pues luego le dice mio,
En columbrando un doblon.
Es su amor tan quebradizo,
Que este vicio la trocó
En puerta de vidriero;
Es la mas fuerte ocasion.
En la calle Alta vive,
Si del que la enamoró
En el canton de la muerte
Su dinerillo espiró.
Pero ya no la pasean;
Que el tiempo la paseó,
Y en la Corredera vive
Corredera del amor.
Y aunque nos vende sus labios
Por guinda, y clarin su voz,
La plaza del Almenar
Su boca y sus dientes son.
Y como todos registran
En su libro por mayor,
Es puerta de la aduana
Al rico, que al pobre no.
Mas despues de sus trabajos,
Para pasarlo mejor,
Vivió en la Pellejería,
Y en la Puridad bebió.

SILVA.

A una dama habladora, que se sangró de la lengua.

No anduvo, Antandra, el médico discreto
Al tiempo que sangraros
De la lengua mandó para curaros;
Porque aumentó la causa y el efeto
De vuestra enfermedad mal entendida,
Si bien de todo el vulgo conocida;
Pues viéndose la lengua descargada
De aquel pasado humor, mas alentada,
Si primero corrió tan bachillera,
Ahora mas veloz, por mas ligera.
Y como en larga arenga
Caballo discurris, con tal capricho,
Sin freno que os detenga,
Con gran donaire, de la vuestra ha dicho
Otra lengua discreta
Que os sirvió de acicate la lanceta,
Y os sirve desde el dia
Que os dieron la sangría,
Por ser tu boca para hablar tan poca,
Para parlar con dos, de nueva boca.
Batalla fué aplazada,
Segun que se barrunta,
De lanceta á lanceta y punta á punta;
Pero sacó el encuentro
Un diluvio retórico en el centro,
Vertiendo vencedora, aunque rendida,
Un Gánges de palabras por la herida.
En el parlar robusto,
Que con melindre afeitas
(Almíbar de tu gusto),
Tanto cultimeliflua te deleitas,
Que teniendo por mengua
Hablar sola una lengua,
Solícita pretendes
Diversas extranjeras, que no entiendes.
Y ante los ojos llevo
Que has de venir á ser un Babel nuevo,
Tan discorde y confuso,
Por la costumbre y uso
En que agora se ensaya
Tu lenguaz instrumento,
De los aires batán, penca del viento,
Que á pocos lances haya,
Entre la turbamulta
De tanta confusion y lengua culta,
Tan intrincada cisma,
Que no la entienda nadie, ni aun tú misma.
Y porque los efectos
De tanta parlería
En tu lengua se viesen mas perfectos,
Para poder te diste esa sangría,
Haciendo los mayores,
Conceptos evacuar, en vez de humores.
Mil dotores rellenos
De críticos Galenos
Tienen gran diferencia
Sobre el parlante humor de tu dolencia.
Unos dicen que fueron
Parleros accidentes que te dieron;
Otro, que erisipela
Condenada por mala,
Que de tus cascos á tu lengua apela,
Como pleito inmortal, para otra sala.
Otro, que perlesía;
Otro, que vaniloca aplopejía,
General henchimiento
De lo que da la lengua y lleva el viento.
Mas el doctor Fulgencio,
Que oyó la medicina de Inocencio,
Teniéndolo estudiado,
Dijo, mas atentado,
Que opilacion, ó hidrópico torrente
De reventar parlando eternamente,
Y que ha sido el sangrarte
De tan sensible miembro y tierna parte
Rasgar las cataratas del silencio,
Multiplicando puertas,
Por donde mas parlante y libre viertas,
Cuando los labios abras,
Un general diluvio de palabras.
¡Dichoso el que te escucha,
Oh pieza española!
Con cuya lengua su paciencia es mucha
En haberte sangrado una vez sola;
Pues cuando el juego entablas,
Dos bocas solas son por donde hablas;
Y desdichado y triste
Quien tu presencia asiste,
Si tus males duraran,
Y quince ó veinte veces te sangraran;
Porque yendo sangrando,
Bocas creciendo, lenguas aumentando,
Dando tormento eterno,
Un Calepino fueras del infierno.

EPIGRAMA XX.

Lisandro, aquel bailarin
A quien su tierna mujer
En las sienes puso ayer
Guedejas de Medellin,
A todos nos satisface
Con una y otra mudanza;
Porque es lo mejor que danza
Las cabriolas que hace.

ROMANCE.

A una vieja y fea, que quebró el espejo porque le hacia mala cara.

Dícenme, Belarda amiga,
Que un domingo en tu retrete,
Habiendo dicho á tus años
Mudas lisonjas de afeites,
Y autorizado tu rostro
Con el rojo esmalte alegre,
Que en Granada y Guadix nace,
Y en tus dos mejillas muere;
Y despues que tu cabello
Reiterados escabeches
Dejaron con visos de oro
Hecha hipócrita la nieve,
A la luna de un espejo
Te miraste, porque vieses
Otra en belleza menguante,
Por estar de edad creciente.
Visten candiles los soles,
Que en el cielo de tu frente
Fueron luceros ojales,
Y agora luces ojetes;
Y en el campo de tu cara,
Sin ser haza ni ser fuelles,
Hechos por el tiempo arado,
Tanto surco y tantos pliegues;
Hecha un mapa de fealdades
Y una fiera, esfera breve,
Con paralelos de arrugas
Y trópicos de juanetes;
Y el órgano de tu boca
Sin las teclas de los dientes,
Que fueron bienes raices,
Y la edad los volvió muebles.
Enredada de mirarte,
Castigaste, por no verte,
Los delitos de tus años
En cristales inocentes;
Diciendo airada: «No es mucho,
Falso espejo, que te quiebre,
Si cual fui no puedo ser,
Y cual soy no quiero verme.»
Necia, Belarda, anduviste,
Porque en sus reliquias tienes
Mas número de enemigos
Que de tu rigor los venguen.
Esa luna que quebraste,
Hidra de cristal parece,
Pues por un espejo roto
Te ha dejado seis ó siete,
Para que cuando te mires,
A tus ojos represente,
Con mayor tormento tuyo,
Cada pedazo una sierpe.
¿En qué el espejo te agravia,
Siendo el tiempo el que te ofende?
Que él te dice la verdad,
Y tu cara es la que miente.
Excesos de tantos años
¿Quiere que en un punto enmiende?
¿Qué te quita ó qué te usurpa,
Si lo que le das te vuelve?
Si de falsario lo culpas,
Andas, Belarda, imprudente;
Pues con darte mal por mal
Te paga lo que te debe.
Dibujarte tan anciana
No es yerro suyo, pues eres
Tan vieja, que aun las edades
En tu rostro se envejecen;
Dando ocasion sus arrugas
Para que en ellas se cuenten,
Por el torno de los años,
Las calendas de los meses;
Descubriendo en ti mas faltas
Que en versos ajenos suele
Poner con mordaz malicia
La lengua de un maldiciente.
Aunque mas espejos mudes,
Y con galas los coheches,
Has de ver en sus dibujos
Los agüeros de tu muerte.
Muda tú de original,
Y verás cómo, obedientes,
A tu gusto te retratan
Con mas hermosos pinceles.
Mas ya que esto es imposible,
Paciencia; que si la pierdes,
Te dibujarán demonio,
Si ahora te pintan duende.

EPIGRAMA XXI.

Al arrabal se murmura
Que acudes enamorado,
De oculta pasion picado,
A picar cierta hermosura.
Si esto es así, cosa es llana,
Fabio, que si acudes tal
A picar al arrabal,
Que eres amante almorrana.

XXII.

En corros aquí y allí,
Silvio, sin darte ocasion,
Con malicia y sin razon,
Vas diciendo mal de mí.
Y aunque esta falta imagino
Que en tu pecho es natural,
No digas de mí mas mal;
Mira que no soy tocino.

Á UNA DAMA MUY AFEITADA, QUE FUNDÓ EL PERICO EN UN PEDAZO DE QUESO, Y SE LE COMIÓ UN RATON.

Anoche un raton travieso,
De estirpe inútil, bastarda,
Durmiendo os royó, Lisarda,
El perico ó periqueso;
Sin duda fué tal exceso
De algun raton mentecato,
Porque pudo con su olfato,
Primero que lo intentara,
En vuestra afeitada cara
Oler la mano del gato.
Murmurador el raton
Y osado debió de ser,
Pues que se atrevió á roer
Perico tan valenton.
Penetróle el corazon,
Que estaba en sosiego y calma;
Mas esta vitoria y palma
No tuvo el vil ratoncico
Por el cuerpo de perico,
Sino por roerle el alma.
Sin duda, Lisarda amiga,
Hizo el raton tal desgarro
Por mostrarse muy bizarro
Con perico en la barriga;
O fué para que se diga
De raton tan bien fundado,
Viendo con tanto cuidado
Empericada una fea,
Que no es mucho que se vea
Un raton empericado.
Andabas empericada
Con un perico, Helicona;
Mas si fué el raton ratona,
De un perico está preñada;
Ella le comió antojada,
Mas yo ahora pronostico
De su parto, y certifico
Que ha de parir, no Helicon
Un raton, sino el raton
Un monte ratiperico.
Al fin, si os quereis vengar
Del perico el mal suceso,
Dadle al alma, si es de queso,
Potencias de rejalgar,
Y poned en su lugar
Una trampa de manera,

Que sirva en vuestra mollera
En todas las ocasiones,
A galanes y á ratones,
De perico y ratonera.

EPIGRAMA XXIII.

A uno que traia el vestido con grandes cuchilladas.

Ayer, viniendo del Prado,
Te encontré con un vestido,
Luis, aunque bien guarnido,
Fieramente acuchillado.
Eran fuera de compás
Tan grandes sus cuchilladas,
Que juzgué que fueron dadas
Por Orlando ó Fierabrás.

XXIV.

A un calvo que se ataba el pelo.

Con trenzas de pelo atadas,
Porque á calva se endereza,
Llevas, Tristan, la cabeza,
O calabaza ensogada.
Loco te juzgué por ello;
Y agora advertido, hallo
Que eres muy cuerdo en atallo,
Porque te se va el cabello.

ROMANCE.

A Diógenes metido en la tinaja.

Viejo puro, como mosto,
Que dentro desa vasija,
Ermitaño de tinaja,
Haces de orujo la vida,
¿Qué pudieras hacer mas,
Si con tu filosofía
Fueras, con nacer en cueros,
Natural de la Membrilla?
¿Para qué son carantoñas
Y aquesas figurerías,
Si sabemos, barbonazo,
Cuántas son tus picardías?
De no envidiado blasonas;
Pero yo sé que es mentira,
Pues por la casa en que vives,
Mas de un borracho te envidia.
Mil brindis estás haciendo
Con las sentencias que explicas,
Porque á la fin de tus años,
Tu muerte ha de ser bebida.
Si eres alma de ese barro
Y espíritu de esa pipa,
Bebido has de ser por fuerza
Cuando la muerte te embista.
No es cosa impropia que á tragos
Todos te beban y vivas,
Si á puro trago has de ser
Trago de la muerte misma.
Dicen que eres vino viejo;
No me espanto que lo digan,
Si ya de vino á vinagre
No te han torcido los dias.
No me admiran tus torpezas,
Aunque fueron infinitas,
Si un jergon y una tinaja
Son toda tu librería.
Si algun cura te alcanzara,
De estos que el vino bautizan,
Fueras un vino cristiano
Con el agua y sin la crisma.
Dicen que el grande Alejandro
Te ofreció su monarquía
Porque supo que las hace
El zumo de tu vendimia.
¿Qué importa hacer tantos ascos
Del mundo y su pompa altiva,
Si todas tus abstinencias
Son notoria hipocresía?
Viéndote en ese agujero,
Te tuve por sabandija,
Mosquito por la posada
Y tortugo por la pinta.
Sal fuera, filosofon,
Barba de zupias maldita,
Que estás en esa tinaja
Puesto á gatas ó en cuclillas.
No dudo que te estimara,
Si te viera, un titerista,
Y te enseñara por cuartos,
Como á mono de las Indias.
Casa en vida y tumba en muerte
Será ese vaso en que habitas,
Y cuando mármol te falte,
Servirá tambien de pira.
Manda pues que cuando mueras,
Que en la tinaja te escriban
Tus salvajes albaceas
Un epitafio que diga:
«Aquí yace un caracol,
A quien su cáscara misma
Fué en muerte tumba y mortaja,
Si en vida casa y camisa.»

ROMANCE.

A una dama muy enemiga de gatos.

¿Qué estrella tan mal mirada
Con tal rabia te estrelliza,
Lísida, contra los gatos
Y su gatuna familia?
¿Por qué es siempre tu aposento
De los gatos zancadilla,
Maula para todo miz,
Perro muerto á toda miza?
¡Oh cruel, sanguinolenta,
Fierísima gaticida,
Que con solo un zas pretendes
Acabar un siete vidas!
Dime, ¿son zambos los gatos,
O son bermejos por dicha,
O son acaso poetas
Que en lengua culta maullizan?
La gatacumba te llaman
Todos desde aqueste dia,
Pues eres tumba de gatos,
Haciendo de ellos justicia.
Gatuperio universal,
Gatesca generalísima,
Su azote y verdugo eres,
Y una femenil gatilla.
Plegue al cielo que un enero
Junto de tejado vivas,
Y los requiebros de un gato
Te molesten y persigan.
Y si ratones tuvieres,
No haya gata compasiva.
Todo lo miraba Nero,
Y él de nada se dolia.

EPIGRAMA XXV.

Ayer, Fabio, te enojaste
En cierta conversacion,
Y en mi ausencia fanfarron,
De puerco me motejaste.
Yo sé que cuando lo fuera,
Y contigo me encontrara,
Ni tu mano me matara
Ni tu boca me comiera.

XXVI.

A un doctor que mató un conejo.

Un doctor ejecutivo,
Tan experto y liberal,
Que, como lo racional,
Mata ya lo sensitivo,
Disparó, diestro y activo

En matar y deshacer,
A un conejo un tiro ayer;
Matóle, porque se crea
Que hay pólvora escamonea,
Como escopeta clister.

SILVA.

A una dama muy flaca que siempre juraba «Por el alma que tengo en estas carnes».

Quien oye tu ordinario juramento,
Viendo despues, Dinarda, tu figura,
Riyendo, socarron, audaz murmura;
Porque siendo tu cuerpo un puro hueso,
Jurando dices en cualquier suceso:
«Por el alma que tengo en estas carnes.»
¿En qué carnes, Dinarda?
Tu siempre ebúrneo cuerpo el alma aguarda,
Si son las carnes solas
Cárceles de las almas y gaibolas,
Pues si tú no las tienes,
A estar sin carnes y sin alma vienes;
Y así, en lo que procuras
Acreditar jurando, te perjuras;
Mas, como estás sin alma y descarnada,
Jurando por los dos, no juras nada.
Son tus brazos dos lesnas,
Tus dedos diez punzones,
Sensibles espetones;
Y en vez de carnes tiernas,
Dos duras almaradas tus dos piernas,
De marfil pungitivo;
Y al fin, todo tu cuerpo un hueso vivo;
De suerte que, desnuda,
Pareces alabarda ó pica aguda;
Eva, con solo el fuste, que al cubrilla,
Faltó la carne y se quedó costilla.
Y si esto es verdad, ¿dónde,
En qué peto se esconde,
Qué carne comprehende
Esa tu alma duende?
Sin duda en tus canillas
O en la concavidad de tus costillas
Tienes el alma en cerro,
Hecha un vivo badajo de un cencerro.
Como la ninfa, convertida en ecos,
Vive tu alma entre los huesos huecos.
Cuando con tu marido te casaste,
Toda la dote en huesos le llevaste;
Recibiéndote pobre y sin dineros,
No en carnes vivas, sino hueso en cueros;
Y á todos es notorio
Que saliste en estatua al desposorio;
Que por tal te tenia
La gente que acudia
A ver desde Segovia
Una mujer de hueso, estatua y novia;
Que con discreto aviso,
Tu cuerdo y casto esposo así te quiso,
Para hacer penitencia
Sobre ciertos descargos de conciencia.
Quien á tí te pasea enamorado,
No puede ser de carne aficionado,
Pues lo hace de honesto,
Por no pecar contigo contra el sexto;
Y con vicio distinto,
Tú pecas contra el quinto,
Pues siempre que lo tratas,
Con tus huesos lo hieres y maltratas,
Por ser tu cuerpo, para no cansarme,
Quintal de huesos, y de carne adarme,
Y para ser palacio
De un alma melindrosa, corto espacio.
Tu nevada perrilla guedejuda,
Juguetona y aguda,
Que llamas Esmeralda,
No se llega á tu falda,
Porque la vez que llega,
Si descuidada de su vida encoges,
Esas tus piernas bojes,
O las alargas, tiendes ó relajas,
Con sus cortantes filos la haces rajas;
Y si llega á morderte,
En su misma venganza está su muerte,
Y gimiendo se queja,
Porque en tus piernas deja,
Como mas duras, fuertes y valientes,
La mitad de sus muelas y sus dientes.
Ya, Dinarda, tus huesos semibrujos
Viven como cartujos,
Pues sobre su dureza y gonces flojos
No han visto carne los humanos ojos.
Y viendo que á sus tabas se le niega
(A quien sirve el pellejo de talega)
El mas escrupuloso y buen cristiano
(No enfermo, sino sano),
Dice el doctor Ledesma
Que te puede comer en la Cuaresma,
Y pudiera Holoférnes
Comerte por espárrago los viérnes;
Y si no fuera gula,
Lo mismo hiciera un cura inglés sin bula.
Al fin, por esta causa, y mil que dejo,
Dinarda, te aconsejo
(Porque de esta verdad en que me fundo,
Para decir al mundo
De tu carne la mengua,
Cada trebejo de tu cuerpo es lengua)
Que siempre que enojada,
Furiosa amenazares tu criada,
Mudes el juramento en otro, y digas,
O siempre que maldigas
Tus ojuelos traviesos:
«Por el alma que tengo en estos huesos.»

CANCION.

A una mujer murmuradora.

Cuando el caudal desatas,
Que crece y nunca mengua,
Con tu guadaña lengua
Hieres, Lisena, y matas
A todos de una suerte;
Que en esto te pareces á la muerte.
Los mosquitos alados,
Por injustos, maldices,
Y murmurando dices
Que fueran excusados,
Pues no sirven de nada,
Y aquello es por demás, que á ti te enfada.
Dices mal de don Sancho,
Y que el mar es muy hondo,
El mundo muy redondo,
El cielo inmenso y ancho;
Y ¿por qué las estrellas
Se han de esconder del sol siendo tan bellas?
No hay bien que no desluzgas
Con tu voz de sirena,
Ni persona tan buena,
Que por mala no juzgas;
De suerte que á ser vienes
Juicio universal, y no le tienes.
Y como tu mal gusto,
Para todos, en todo,
Con tan extraño modo,
Juez te hace injusto,
Eres mordaz sin freno,
Un *ite, maledicti*, á malo y bueno.
A quien virtud conoces,
Mas tu rigor ofende.
Sin duda que deciende
Tu lengua de los Hoces;
Pues donde toca y llega,
Maduro y sin sazon, todo lo siega.
Dices que es cosa triste
Estar la nuez madura
Con cáscara tan dura,
Y que por qué se viste
Color tan varia el prado,
Usándose el tené y el noguerado.
Mordaz y airada, dices
Que por qué doña Juana

Saca cada mañana
Unas mismas narices,
Que puede remudarse,
Y afilarse una vez, y otra entronarse.
De necias y discretas
Eres tropiezo y hoyo.
Murmuras como arroyo,
A fuer de los poetas,
Y en murmurar profundo,
Eres conversacion de todo el mundo.

ROMANCE.

A Vulcano, Vénus y Marte.

El jaque de las deidades,
Todo bravatas y rumbo,
Que vive pared en medio
Del planeta boquirubio;
El de los ojos al sesgo,
Caribajo y cejijunto,
De la frente encapotada
Y mostachos á lo ruso;
De Vénus se enamoró,
Que en la orilla del Danubio
Muy arremangada estaba
Enjabonando un menudo,
Para que comiese Adónis,
Que estaba de ciertos pujos
Desmayado; que el mozuelo
Come poco y anda mucho.
Era pues madama Vénus
Moza redomada al uso,
Con mas panza que un prior,
Mas enaguas que un diluvio;
Pelinegra y ojos grandes,
Mas claros que dos carbunclos,
Si es que puede ser verdad
Lo que de ellos dice el vulgo.
No hay mas asentada cosa
Que su cara en todo el mundo,
Y se levanta á mayores
Solo la nariz por puntos.
Es mujer de pelo en pecho,
Muy varonil y forzudo,
Aunque pasa por lunar
En el concepto de muchos.
Es mas ancha su cintura
Que el trato, la vida y uso
De hombre que se va al infierno,
Mercader, que es todo uno.
A lo jinete, estevadas
Son sus piernas y sus muslos,
Frisadas de vello, y gordas
Como las letras de algunos.
Muy avarienta de pié,
De quien eran dos sepulcros,
Con listones noguerados,
Zapatillas de á diez puntos.
Esta es la estampa y bosquejo
De la diosa de los gustos:
Adivine el estrellero,
Zahorí de los influjos.
Por mirarla mas de cerca,
Sobre las guijas se puso,
Haciendo antojo del agua
Marte, transformado en pulpo;
Echando dos mil conceptos
A los hermosos tarugos
Con que fregaba el mondongo,
Sin hacer asco del zumo.
Hizo Vénus dos melindres;
Que el móstruo la dió gran susto,
Y el cuajar que enjabonaba
Soltó al agua, abriendo el puño.
Bien quisiera el dios amante,
Mas blando y menos sañudo,
Dejar de pulpo la forma,
Por transformarse en besugo.
El niño desabrigado,
Por vengarla de este insulto,
Veloz se llegó encubierto
Por un florido arcabuco.
Y apuntando al corazon,
Le arrojó con fuerte impulso,
Con el arco cornicabra,
Un birote zapatudo.
Dejóle escrito en el alma,
Por mas discretos y agudos,
Con caractéres vascuences,
De la Diosa el nombre augusto.
No pudiendo por los ojos
Su divino bello bulto
Trasladar á sus entrañas,
Bebió en el agua el trasunto.
Para decirla sus ansias
En dulces conceptos cultos,
Dejó el disfraz de cuaresma,
Y el carnal tomó del suyo.
Miróla Marte amoroso,
Y ella con desden y zuño;
Que es la moza por extremo
Socarrona, si él astuto.
Diferentes se contemplan,
Si unánimes en lo culto;
Él tierno á lo portugués,
Ella arrogante á lo turco.
Despues de haberse ostentado
Ella grave y el confuso,
La dijo en razones verdes
Estos requiebros maduros:
«Diosa nacida entre conchas,
De cuyo principio arguyo
Que las tienes en el trato,
Si las niega el disimulo;
»Alhóndiga de belleza,
Hija del capon Saturno,
De cuya capona tacha
No heredaste ni un minuto;
»Yo soy el dios revoltoso,
El que alcanzó sin segundo,
Con las fuerzas de mis armas,
Muchas victorias y triunfos.
»Yo inventé la caja y trompa,
Instrumentos tremebundos,
Que el uno anima á los hombres,
Y el otro alienta á los brutos.
»Mas tanto poder, ¿qué importa,
Si con solo un estornudo
De tus basiliscos ojos
Me tiene tu amor sin pulsos?
»Cordero á tus piés me postro,
Si bien de tu humor presumo
Que para ciencia tan mansa
Es sutil ingenio el tuyo.
»Permite que mis deseos
Dén fondo en tu mar profundo,
Si acaso de él no heredaste
Sus borrascas y reflujos.
»Consiente pues, diosa bella,
Que sea de sus ondas buzo,
Si no quieres verme en ellas
Infelice Palinuro.
»Serás, oh Vénus, mi manfla;
Yo seré, Vénus, tu cuyo;
Serás de este Marte Marta,
Que lo abrigues aun por julio;
»Que si vengo á verme cuervo
De esas bellas carnes, juro
De darte seis tabaqueras
Para tabaco con humo.»
Respondióle la taimada:
«Marte, ofendida te escucho
De que pienses conquistarme
Con bombardas y con chuzos.
»Las tusonas de mi porte
No temen fuerzas ni orgullos;
Que en su golfo y mar sin norte
No se camina por rumbos.
»Todas son Troyas de bronce,
Y solo rompen su muro
Un doblon con «vida mia,
Tómalo, que todo es tuyo».
Marte le replica, y Vénus

Siempre en sus trece se estuvo,
Y al fin venció sus desdenes
Con las armas de un escudo.
Concertáronse en secreto
De ser los dos para en uno,
Antes que la aurora calva
Despertase al dios greñudo;
Que era el tiempo en que á Vulcano
Deleitaban importunos
Del yunque las consonancias,
Del fuelle los contrapuntos.
Despidiéronse abrazando
Vénus al amante adusto,
Volviéndola dulces paces
El dios que nunca las tuvo.
Vulcano, que ya por cierto
Tiene del ave el abuso,
Que cantando hados presentes,
Predice agravios futuros,
Y que se sueña animal
Jarameño y *corajudo*,
Convertido en puerco espin
A garrochas y repullos;
Y en un sueño vió dos cañas,
Que tenian sus cañutos,
En su mujer las raíces,
Y en su cabeza los nudos;
Para vengarse, prendiendo
Al autor de sus disgustos,
Viéndose en su oficio y arte,
Con ingenio peliagudo,
Labró de templado acero
Una red sutil, que dudo
Pudiera verla un vecino
Ni el pastor frison de Juno.
En el lecho conyugal
De manera la dispuso,
Que no pudiera escaparse
El cobarde más astuto.
Cuando en la tierra enlazaba
De la noche el manto oscuro,
Dejó las fraguas Vulcano,
Y á su alcoba se retrujo
A lo que dormir llamamos
Los que somos algo rudos,
De la vida intermision,
Del dios Morfeo tributo.
Ya que la noche enfaldaba
La cola al monjil de luto,
Huyendo del dios cochero,
De sus tinieblas verdugo,
Bronte y sus dos compañeros,
Tres oficiales machuchos,
Ayudantes de Vulcano,
Ojinones y membrudos,
Dieron voces al maestro,
Que lo dispertó el retumbo
De las fugas que formaban
Los martillos campanudos.
Salió del lecho, y vistióse
Micer Cornelio Cástrucho,
Cuyos piés de copla estaban
De sílabas diminutos.
En un tronco de alcornoque
Tropezó, terrible augurio,
Y mirando la escalera,
Llegó al suelo en cuatro tumbos.
Marte, que acechando estaba,
Puesto en vela como grullo,
Oyó un suspiro, que Vénus
Le despachaba por nuncio.
Bajó por la chimenea,
Transformado en avechucho,
Y el lado ocupó de Vénus,
De marido sostituto.
Ya cuando Marte empezaba
Las jerigonzas del gusto,
Sin encantos de hechiceros
Se vió ligado y confuso.
Vénus dice: «Que me aprietan;»
Y él dice: «Yo me escabullo.»
Prueban á desenredarse,
Mas ninguno de ellos supo.
En su magna conjuncion,
De su mismo ardor combustos,
En orbes de red quedaron
Los dos planetas conjuntos.
Salió el sol con luz escoba,
Barriendo sombras y nublos,
Segun versistas lo mienten
En sus cantos ó rebuznos;
Y en hilando un sutil rayo
Por el ojo de un rasguño
Que él hizo en una ventana
Con las uñas de sus cursos,
Entró, y vió los dos amantes
Hechos al vivo un dibujo
De aquel signo que á sus potros
Sirve de establo por junio.
Dió al punto á Vulcano el soplo,
Que estaba en lugar de puño,
Echando cachas de cuerno
Al puñal de un hombre zurdo.
Tomó el martillo, furioso,
Y aunque zompo y barrigudo,
Embistió con la escalera,
Sin ser capa, echando bufos.
Subió el primer escalon,
Mas no pasó del segundo;
Que como cojo y pesado
De cabeza, se detuvo.
En culta voz de becerro,
Porque en la humana no pudo,
Llamó á los dioses que bajen
A vengar su agravio injusto.
Luego que la oreja el bramo
Oyó de los dioses sumos,
Rompiendo golfos de estrellas,
Descendieron á pié enjuto.
Halláronlos jaspeando
Por salir de aquel tabuco,
Y aunque de sudor aguados,
Estaban en cueros puros.
Vénus desgreñado el moño,
Desrizado su apatusco,
Y medrosa de otra espina,
Dos argentados pantuflos.
Marte con un tocador
Y escarpines que se puso,
Teniendo un francés catarro
Con dolores de Acapulco.
Y porque el rumor no fuese
Despertador de tumultos,
Unos renuncian zapatos
Y otros repudian coturnos.
Sonó al punto, en risa envuelto,
Entre los sacros alumnos,
Como en corro de poetas,
Un murmurador susurro.
Juno, que del matrimonio
Ostenta celosa el yugo,
Mal contenta lo miraba,
Haciendo varios discursos.
Pálas, cuya flor estaba
Recogida en su capullo,
Los mira, haciendo en sus ojos
Mil melindrosos repulgos.
Diana, que estaba hecha
A pisar bosques incultos,
Donde de vírgen silvestre
Guardaba los estatutos,
Viéndolos tan descompuestos,
A su memoria redujo
De Anteon la vista osada,
De Susana el rigor justo,
Cuando desnuda en la fuente,
Vió por cuartos y por puntos
De su cláustro virginal
Los lunares mas reclutos.
«Miren y ¡qué desvergüenza!»
Dijo con un rostro turbio,
Y en él la mano miraba,
Por los dedos al descuido.
Momo, el fisgon de los dioses,

Haciendo un gesto á Vertuno,
Por festejar maldiciente
Tan soberano concurso,
Dió tres silbos á Vulcano,
Que estaba como un lechuzo,
Contemplando en un rincon
Sus presentes infortunios.
Ignorando el nombre proprio,
Llamaba al bicorne buho,
Como á animal de carreta,
Ya Naranjo, ya Aceituno.
Él, corriendo como un toro,
Quisiera ser de un saúco,
Si no pendiente espantajo,
Cabrahigo de su fruto.
Sueltos de la red los presos,
Cubrieron sus miembros rucios,
Vénus con baquero verde,
Marte con ropon lobuno.
Condénanle por sentencia,
Con un falso y un pronuncio,
A que sirva de atambor
En las islas del Maluco.
Y á Vénus á que se vaya
Sin coche y sin moño á Búrgos,
Donde, sin gustar la carne,
Tenga tres meses de ayuno.
Y á Vulcano, por paciente,
Le dejaron por indulto
Que de maridos de cachas
Fuese abogado absoluto.
Con esto, dioses y diosas
Al cielo hicieron recurso,
Ellas en forma de urracas,
Y ellos como abejarucos.
Vulcano, que iba esparciendo
Olor de secretos flujos,
No quiso salir de casa
Sin guantes de calambuco;
Y por cubrir de sus sienes
Ciertos renuevos talludos,
Dicen que fué el inventor
De las guedejas y tufos.

EPIGRAMA XXVII.

A un poeta que se sangró.

Que ha sido vuestra sangría
Acertada dicen cuantos
Saben, Gil, que teneis tantos
Pujamientos de poesía.
Mas yo digo que es engaño;
Y afirmo no ha sido buena
La sangría de esa vena,
Si teneis en otra el daño.

ROMANCE.

A la Aurora.

Salir quiso el Sol bizarro
A ruar en su frison;
Delante lleva la Aurora,
Lacayo de resplandor.
Cualque poeta civil
La llamara embajador;
Pero, de culto preciado,
Nuncio la llamara yo.
No me contenta el concepto;
Digamos otro mejor:
Que del libro de los dias
Es prólogo brillador.
De la procesion de rayos
Es el dorado guion,
De los dias letuario,
Pues todo á un tiempo salió.
Como la tablilla dice:
«Aquí hay cuenta de perdon;»
«Aquí hay sol, nos dice ella,
De rayos con lengua y voz.»
Y como de noche es
«¡Agua va!» el avisador,
Ella dice: «Dia va,»
Gallega del mismo sol.
De la majestad solar
Es el sumiller de corps,
El «hagan plaza»; que sale
Alabardero español.
Segun lo que se adelanta,
Mala nueva pareció;
La primera dicha es
Que tanto se adelantó.
Lisonjero me parece,
Que con grande sumision
Va cortejando delante
A aquel pelirubio dios.
En la comedia ó jornadas
Que del dia hace el autor
Él Alba será la loa,
Y si no quisiere, no.
El *ante omnia* del mundo,
Mas primero y madrugon
Que en casa del que no paga
Porfiado cobrador.
No mas primero al convite
El convidado llegó,
Ni por meter una gorra
El mas hambriento gorron.
Per signum crucis hermoso,
Introito de arrebol,
La sibila de la luz,
Que el dia profetizó.
Al fin, el Aurora es
Ambigua iluminacion,
Los dolores de la noche,
Que quiere parir al Sol.

EPIGRAMA XXVIII.

Presentándole conserva de calabaza á un poeta.

Conserva de calabaza
Os envio, que interpreta
Que tendréis, como poeta,
Cabeza á la misma traza.
Comedla, pues yo la como;
Y pues el casco la obliga,
Memento, *poeta*, os diga,
En vez de *memento*, *homo*.

ROMANCE.

A las flores.

A la márgen de un arroyo,
Que rasgo de plata es ya,
A quien han dado poetas
Tanto apodo de cristal;
Salieron la otra mañana
(No sé si la de San Juan)
Toda gente del olfato
Y oloroso popular.
Sacó la rosa en la cara
De Vénus el carcañal,
Sangrienta comparacion
Para toda brevedad.
Similitud de la vida,
Del vivir la paridad,
Mas gastada en las mejillas
Que en las boticas está.
Mas cándida que un lector
(Mas no los que ahora hay)
Sobre pirámide verde,
Si no fué verde sitial,
Vino la blanca azucena
A ser, con su soliman,
De cualquiera mano blanca
El concepto manual.
Vestido de adviento quiso
El morado lirio entrar,
Con ribetes de pelusa
Listado todo el gaban.
Vino un clavel salpicado
(De sangre ó rubí será)

Del prado diciplinante,
No sé si por vanidad.
Pálida vino de Indias,
De miedo de ver el mar,
La flor que nos da en su rostro
De su tierra la señal;
El gran turco de las flores,
Con turbante de coral
Y sus dos plumitas blancas,
De las flores el sultan;
El clavel, sangre olorosa,
El mas purpúreo galan,
Mas colorado que pulla
O que un vergonzoso está;
Quejándose de las bocas,
Rojo de cólera ya,
Boca á boca desafia
Cuantas bocas comen pan.
«Rétoos, mentiras de grana;
Mentis, cárdeno sayal,
Hipócritas colorados;
Que no sois lo que mostrais.»
Mas confiado de si,
Con mas linda vanidad
Que un poeta que yo sé,
Sin querer á nadie hablar,
Vino el narciso, muy lindo,
Por volverse á contemplar
En retrato fugitivo,
Que el invierno detendrá.
El Benjamin de las flores
Es el jazmin mas real;
Pero, aunque pequeño, es hombre
Que cualquier lo huela hará.
La hermosa mosqueta quiso
Desdenes de espinas dar;
Que es el pero en la hermosura
Y el agrio de la beldad.
Pretendiendo ser octava
(Y no hay que maravillar)
Estaba la maravilla,
Una flor de poca edad;
La que de otras flores es,
Con su desdicha fatal,
Aprended, flores, de mí,
Y como amigas, llorad;
Aquella flor de á caballo,
La maldicion del refran,
A el caballero que quiere
Sin esta flor caminar.
Este matiz y otros muchos,
Que dejo por no cansar,
Jaspe oloroso engastaban
El cristalino raudal.

EPIGRAMA XXIX.

A un amigo que estaba de purga.

Camilo, no os voy á ver;
Porque estoy cierto que ayuda
Hoy de cámara sin duda
Vos no la habeis menester.
Estáis de tan mal humor,
Pasando el tiempo ocupado,
Que, aunque soy vuestro criado,
No os quiero ser servidor.

FÁBULA BURLESCA DE APOLO Y DAFNE.

Cantar de Apolo y Dafne los amores,
Sin mas ni mas, me vino al pensamiento.
Con licencia de ustedes, va de cuento.
¡Vaya de historia pues, y hablemos culto!
Pero ¡cómo los versos dificulto!
Cómo la vena mia se resiste!
¡Qué linda boberia!
Pues á fe que si invoco mi Talía,
Que no le dé ventaja al mas pintado.
Ya con ella encontré, mi Dios loado.
Señora doña Musa, mi señora,
Sópleme usted muy bien ahora;
Que su favor invoco
Para hacer esta copla;
Y mire vuesarced cómo me sopla.
Erase una muchacha con mil sales,
Con una cara de á cien mil reales,
Como así me la quiero,
Mas peinada y pulida que un barbero;
En esto que llamamos garabato
La gente de buen trato
Tenia la mozuela gran donaire;
Pudiera ser poeta por el aire.
Aquí es obligacion, señora Musa,
Si ya lo que se usa no se excusa,
El pintar de la ninfa las facciones,
Y pienso comenzar por los talones,
Aunque parezca mal al que leyere;
Que yo puedo empezar por do quisiere.
Y aunque diga el lector de mi pintura
Que del tronco se sube hasta la altura;
Que á nadie dé congojas
Que yo empiece la ninfa por las hojas,
Supuesto que son mios
Estos calientes versos ó estos frios;
Que el poeta mas payo
De sus versos bien puede hacer un sayo.
Era el pié (yo le vi) de tal manera...
¡Vive Chipre, que miento; que no era!
Porque, por lo sutil y recogido,
Nunca ha sido este pié visto ni oido.
Era, en efecto, blanco y era breve...
¡Oh, qué linda ocasion de decir *nieve*,
Si yo fuera poeta principiante!
Llevando nuestros cuentos adelante,
Y haciendo del villano,
Me pretendo pasar del pié á la mano,
Cuyos hermosos dedos
(Esta vez los jazmines se estén quedos,
Y pongámosles fines,
Enmendémonos todos de jazmines,
Y el que así no lo hiciere,
Y ser poeta del abril quisiere,
Probará de las gentes los rigores;
A fé que allá se lo dirán de flores);
Era, en fin, de cristal belleza tanta...
Pues no monda cristales la garganta,
Porque tiene la tal de bienes tales
Hasta tente-garganta de cristales;
Mas, al contrario, su boquilla es poca...
(Vamos con tiento en esto de la boca;
Que hay notables peligros carmesles,
Y podré tropezar en los rubíes,
Epítetos crueles);
¡Qué cosquillas me hacen los claveles!
Porque á pedir de boca le venian;
Mas claveles no son los que solian,
Y en los labios de antaño
No hay claveles ogaño;
Pero, para deciros su alabanza,
Conceptillo mejor mi ingenio alcanza,
Y tanto, que con otro no se mide:
Es tan linda su boca, que no pide.
Otro escalon subamos mas arriba,
Y mi pluma describa
Sus mejillas hermosas;
Jesus, Señor, ¡qué tentacion de rosas!
Qué notable vocablo!
Tentarme de botica quiere el diablo;
Apolo sea conmigo,
Y me libre de modos tan perversos.
Rosa, y no por mis versos.
Vaya la rosa, váyase á la selva,
Sobre el prado se envuelva;
Porque pintar con rosas los carrillos
Eso llega á ser treta
De poeta de teta,
Y á la ninfa que pinto
A dos por tres cualquiera murmurara
Y le echara las rosas en la cara.
No quiero en las mejillas rosas bellas;
Que da cámaras solo con olellas.
Por eso de las rosas no me valgo;
Vayan las rosas á espulgar un galgo.

No las ha menester en las mejillas;
Porque, para decir sus maravillas,
Basta decir que están, por lo encarnadas,
Como de haberlas dado bofetadas;
Que este es el arrebol que las colora.
Sin duda las narices van ahora,
Cuyos bellos matices...
(Dios me saque con bien de las narices)
Tienen buen colorido,
Y aunque yo su medida no he medido,
Hablando por barruntos,
Calzará la nariz sus cinco puntos;
Que, ya por descarnada y por la hechura,
Tenia esta hermosura
(Si tengo de decillo)
Por narices el miércoles corvillo.
Ahora falta lo mejor de todo:
Los ojos van ahora.
Yo seré un tal por cual si digo aurora;
Ténganme por un ruin si digo albas,
Y por poeta que nací en las malvas.
Los luceros tambien ya se acabaron;
En materia de ojos espiraron
Modos tan lisonjeros;
Tenga Dios en el cielo á los luceros;
Que los ojos de Dafne, por mejores,
Azabache *me fecit*, mis señores.
De la Etiopía son sus niñas bellas;
¿Mas que temieron que dijera estrellas?
Paso adelante, y déjome las cejas,
Aunque son extremadas;
Dénlas vuesas mercedes por pintadas,
Pues no es fuerza que yo lo pinte todo,
Y ahora ignoro el modo
De dibujar su exceso,
Y dén gracias á Dios que lo confieso;
Que pudieran, y es fácil, encontrarse
Con poeta que no lo confesase.
Componiendo las tres ánades, madre,
A la fuente he llegado;
¡Gracias á Dios! que ya las he cantado,
Y que las desdichadas
Una vez han salido de cantadas.
En fin, tarde ó temprano,
Ya la fuente tenemos en la mano;
Dígame: Dios te ayude,
Aunque lo quiten cuando yo estornude;
Que hay su dificultad en lo que digo.
Vaya el lector conmigo,
Y si no quiere ir, que nunca vaya;
Que, en efeto, hace raya
A cuantas frentes hay la frentecilla.
Ya me obliga á decirle *maravilla*
Por solo el consonante,
Y por lo mismo la diré *diamante*.
Cuantas frentes yo he visto y cuantas trato
No son á su zapato;
Porque la dicha está limpia y serena,
Con sus ciertos humillos de azucena.
Dije azucena; en fin, no pude menos;
Que el concepto me vino de apaleta;
Y así, ningun poeta,
Aunque sea el mejor de los mejores,
Diga: «No beberé de aquestas flores.»
Llevaba su perico, y bien arguyo,
Que no es poca alabanza decir suyo;
Que hay perico tan vano, que blasona
Que desciende de un muerto su persona;
Y es esto de manera,
Que, llegándome á ver una mollera,
Me dió un tufo de *kyries* el cabello,
Con ponerme de léjos para olello,
Y de responsos rancios y podridos,
Saqué encalabriados los sentidos;
Mas, como la piedad en mí no falta,
A su lado me puse, y en voz alta
A todos les suplico
Que dén para enterrar aquel perico.
Era la ninfa como se lo cuento
Y al modo que mi pluma la retrata;
¿Quién le quita, si es bella, ser ingrata?
Como quitarlo del altar seria:
Tuvo una condicion como una tia.
Pudiera un ermitaño, si quisiera
Pasar áspera vida y muy austera,
Buscando el mejor modo y el mas cierto,
Irse á su condicion como á un desierto;
Que tuvo esta hermosura
Una madrastra en cada miradura.
Valia para suegra lo que pesa,
Y era otro tanto oro,
Al decirla cualquiera «Yo te adoro».
La respuesta que daba
Solo con las palabras arañaba,
Y en una razon suya, y no es exceso,
Yo vi rallar un queso.
No supo mas de amor que aquella peña;
¡Hi de puta, qué arisca y zahareña!
Si alguno, que se rinde su albedrío,
Le dice: «Dueño mio,
Pues llegué á ver tus ojos, soy felice;»
No dijera una sierpe lo que dice,
Respondiendo al que llega
Como una labradora que es gallega (1).
A este Neron de nieve,
A esta suegra de rosa,
A esta cruda niña,
A esta hiel y vinagre con basquiña,
A este tigre encarnado,
La vió un dia, saliéndose hácia el prado,
Apolo, un jovenete
De estos de guedejita y de copete,
Que, en vez de los cabellos, oro peina.
Pudiera ser querido de una reina;
Mozo muy bien nacido,
De solar conocido,
Y que viene de buenos...
Mas ¿linajes ajenos
Me pongo á averiguar? ¡Qué desvarío!
Y si hay quien quiera averiguar el mio,
¿No me ha de dar enojo?
Así como la vió, llenóle el ojo,
Y de verla se arroba,
Y quedósele el alma hecha una boba,
Los ojos boquiabiertos;
Que con ellos no chista.
Muy adrede la vista;
Que le dejó aturdidos
Con un zas de belleza los sentidos;
Menos admiraciones.
De *Dominus vobiscum* las acciones,
Cargado sobre un pié, y el otro alzado,
Y puesta á lo de paso comenzado,
Columpiándose el cuerpo con vaivenes,
A lo de vas ó vienes,
Muy indeterminable de estatura,
Y puesto de opiniones la postura,
Sobre si ha de llegar ó no llegarse,
Comenzó don Apolo á desbarbarse;
Y de tanta hermosura satisfecho,
Dijo en su corazon: «Aquesto es hecho;
Esta rara belleza
Será mi quebradero de cabeza.»
Ibasele acercando el mancebito,
Haciendo con la boca un pucherito,
A medio declararse con la risa,
Pronunciando jalea y canelones,
Que pudieran beberle las razones;
El gesto con agrado
De los que llegan á pedir prestado;
Zalamero el semblante,
Como con su doctor un platicante;
Y llegándose mas á su presencia,
Con la cara de oir de penitencia,
Y el rostro tan indino,
Que parecia amante capuchino,
Con retórica sábia,
Que tenia el mozuelo buena labia,
Comenzó el parlamento
Con lo «de mi atrevido pensamiento».

(1) Desde el verso:
«Que desciende de un muerto su persona,»
hasta este se ha suprimido en algunas ediciones.

Díjole : «Reina mia,
Aquí tiene un esclavo vuesoría;
Que esa rara beldad me ha cautivado,
Porque es Barbarroja de este prado,
Y con aquestos brios
Es vuesarced cosaria de albedríos.
Muerto me tiene ya tu rostro hermoso,
Porque es de cuanto ve roso y belloso,
Y á trueque que me mire (aquesto es cierto),
Yo me doy por bien muerto.
Admite esta fineza;
Que en mí tiene un criado esa belleza;
Y ninguno mas bien puede agradarte,
Porque tengo que darte;
Y haré que vayan, si es que no te enoja,
Por barquillos y aloja;
Que tampoco de balde no lo quiero,
Yo quiero que me cueste mi dinero.
Mi dinerillo es bien que me socorra,
No quiero amar de gorra,
Que estarme cansando,
Y es amar *ad efesios* en no dando;
Que de que no se cogen hay certezas,
A bragas tan enjutas las bellezas;
Y ahorrando de razones,
Callen las barbas y hablen los doblones.
»Quiérame vuesarced, no sea perdida;
Que pasará una vida,
Si no es conmigo ingrata,
Con mas comodidad que una beata.
Y si no me tratare con desprecio,
Pasaráse una vida como un necio.
Quiérame vuesarced, y no sea avara,
Que tambien tengo yo muy buena cara.
Vuelvase cara á mí, porque le cuadre,
No han muerto aquí á su padre ni á su madre.»
Esto le dijo Apolo á espalda vuelta;
Pero ella, resuelta,
Revolviendo la cara con asombro,
Y puesta de *Agnus Dei* por sobre el hombro,
Cejando atrás la vista,
Facinerosa de ojos y semblante,
Miradura matante,
Dijo, como si fuera un enemigo:
«Galan, ¿habla conmigo?
¿De cuándo acá conmigo en esos puntos?
Diga, ¿en qué bodegon comimos juntos?
¿Cómo me dice á mí esas picardías?
¿Hame visto en algunas puterías?
¿Miren con qué nos viene;
Si por otra me tiene,
Vaya á buscarla y diga su fineza,
Y no me esté quebrando la cabeza,
Ni con ese su amor me descalabre;
Llame á otro amor, que aqueste no se abre.
Mire no me amohine,
Y que soy no imagine
Ninfa de por allí ni de mal pelo;
Vaya á querer al horno de su abuelo.
¿No hay mas sino, perdiéndome el decoro,
Entrome acá, que adoro;
Y venir estirándose de ceja,
Con sus once de amor, como de oveja?
¡Oh, qué cosas tan donosas!
¡Amiguita soy yo de aquesas cosas!
Que vendrá por amor, y si me enfado,
Volverá trasquilado;
Miren con quién se toma,
Señor Apolo, yo, horro Mahoma,
Y no hay amor que tenga.»
Enfadábase Apolo de la arenga,
Y viendo tan esquivo lo que adora,
La dijo: «Mi señora,
Dejémonos de cuentos;
¿De qué nos sirven tantos espavientos?
Usted me ha de querer, cuadre ó no cuadre,
O mire en qué hora la parió su madre.
Dejarme de querer será cansera,
Usted me ha de querer, quiera ó no quiera.
No con miquis aquesas zangas mangas,
Haga un amor de haldas ó de mangas,
Y el amor, mi señora, en paz tengamos.
Parece que jugamos,
Pues á fe, si me enojo,
Pues á fe, si la cojo,
Que yo la haga querer á mas de paso.
Vamos, Señora, al caso;
Que usted no me conoce,
Y por menos que esto lo echa á doce;
Que soy la piel del diablo.
Diga, ¿empieza á quererme? ¿Con quién hablo?
¿Somos aquí ó no somos?
Vive Chipre, que trata de dar cómos.»
Dafne le respondió, muy alentada:
«Ya he dicho dos mil veces que me enfada,
Y con todos sus fieros y su enfado,
No tendré mas amor así que asado;
Porque doncella soy, y soy bonica.»
Mas Apolo replica:
«¿Doncella? ¿Cómo? ¿Querer es eso?
Vaya á otro perro usted con ese hueso,
Mas no á mí, que las vendo.»
Y diciendo, y haciendo,
Embistió por un lado.
Ella, viendo el negocio mal parado,
Las lió (como dicen los vulgares),
Sin esperar á dares ni tomares;
Piés puso en polvorosa,
Y exhalacion corrió de nieve y rosa.
Pesia tal, y ¡qué lindo verso he dicho!
¿Es barro aquesta frase?
Ya soy poeta de primera clase;
Pues digo rosas y hablo primaveras,
Que tambien hablo yo muy bien de veras,
Y hace muy mal si alguno no me alaba.
Iba la ninfa que se las pelaba,
Y mil que entienden desto, y que la vieron,
Unánimes dijeron:
«Como un caballo vuela;»
Digo, que era una Ninfa Valenzuela.
A puto el postre Apolo la seguia,
Y á voces la decia:
«Detente, fugitiva de mis ojos,
Mira que vas descalza y hay abrojos,
Y maltratando vas tus plantas tiernas,
Y se te ven las piernas,
Que son para doncellas desacatos;
Toma, que aquí te traigó unos zapatos;
Mas ¡ay! que á ser ingrata te resuelves,
Pues á un toma no vuelves.
No eres mujer sin duda,
Si un toma no te muda;
Pues ¿quién con una manda
Su dureza no ablanda?
Que es catalogo hecho en cualquier cosa.
No és posible que, dándote, no quieras.
Unas enaguas te daré, de veras,
Con que salgas al prado de mañana,
Y en viéndote un poeta tan galana,
Preguntará: «¿Quién es esta señora?»
Y él mismo se dirá: «Será la Aurora;
¿Quién habia de ser cosa tan bella?
O es en chapines bajos una estrella.»
¡Qué de cosas te pierdes!
Si me adoras daráste lindos verdes,
Y el mejor ha de ser que no te guarde,
Y dejarte salir mañana y tarde;
Con esto no es posible que estés sorda.
Mucho holgara esta vez que fueras gorda,
Por poder alcanzarte.
Mucho corres, pues no te alcanza un darte.
Detente, fugitiva,
Tente, rosa con piés y nieve viva;
Que eres, por lo veloz y por lo breve,
Mala nube de nieve,
Cobarde, de marfil ó de azucena,
O corres con las zancas de una pena.
Mira que soy prudente, ninfa, tente;
Y claro está, pues doy, que soy prudente.
¿Cómo tan sorda estás á mis razones?
Cómo tan sorda estás á mis doblones?
Siendo yo tan discreto,
Escúchame siquiera este soneto.
Ea, detente, ninfa de mi vida,

Que tengo el alma por tu amor perdida.
No me dejes, ingrata é importuna,
Siendo sol, á la luna;
Siendo dia, á la noche;
Mira que soy hermoso y tengo coche.»
Coche le dijo apenas,
Cuando, corriendo como Dafne iba,
Volvió la cara, un poco compasiva,
Y dijo sin pararse:
«Pues no me paro á coche, no hay cansarse;
Un imposible labra,
Atrás no ha de volverse mi palabra,
Y ha de cumplirse, si una vez lo dije,
Aunque aquesto del coche es quien me aflige.
»Mas aunque rabie y muera, tijeretas.»
Con esto apretó Apolo las soletas,
Y pescóle el coleto, aunque no quiso.
Ya el sol letor verá que aquí es preciso
Que Dafne diese aullidos,
Mil voces y gemidos;
Diólas en fin, que se desgañitaba,
Mas yo no quiero darlas, si las daba.
Paso adelante y déjome de voces;
Que aunque estoy en la silva ó en la selva,
No es justo que á dar voces me resuelva.
En fin Dafne las daba,
Y dada al diablo con Apolo estaba;
Y de enojo impaciente,
Dióle un bocado y apretóle el diente.
Escocióle el bocado, á lo que entiendo,
Porque Apolo le dijo muy gruñendo:
«Suelte la disoluta,
Valga el diablo la hija de la puta:
¿Ella sabe á quién muerde, á quién enfada?
A fe, que si le doy una puñada,
Que yo haga que de mí se acuerde.
¡Pésia con la bellaca, cómo muerde!»
Y al punto le replica la señora:
«Como no diga zas, déla en buen hora;
Que no se me da un sastre de sus fieros;
¿Piensa que trata aquí con sombrereros
O alguna gentecilla semejante?
Lindo escorrozo tiene el muy bergante.
Si es que intenta mi ofensa
Porque me ve mujer, muy mal lo piensa.
Ráigansele del casco esos intentos,
Que me vuelvo laurel y no hay mas cuentos.»
Pues dicho y hecho fué como lo dijo.
Sin que supiese Apolo
Cómo ni cómo no se convertia,
Que mil cruces de verla se hacia;
Y viendo que la ninfa renegaba,
Y para lo del siglo se acababa;
Viéndola con los ojos laureados,
Y de laurel los dientes traspillados,
Cuando estaba cruel, ingrata y fiera,
En el último vale de madera;
Antes que diese con aullido ronco
La boqueada última de tronco,
Y antes que diese el cuerpo transformado
Al verde purgatorio de aquel prado,
Con las voces muy flacas y en los huesos,
Tono convaleciente y deslanguido,
A no estar en ayunas el gemido,
Tan metido en el centro,
Que parece que hablaba desde dentro,
La dijo en aquel trance,
En vez de un «Dios te valga», este romance.

ROMANCE.

«¡Oh qué verde necedad,
Ingrata Dafne, cometes!
Disparate de la selva
Será tu mudanza siempre.
»Ay mozuela boquirrubia,
Y ¡qué perdida que eres!
¿No sabes tú, cuitadilla,
Lo que en tu hermosura pierdes?
»Mira que dineros valen
Buena cara y años veinte,
Y no quiero yo de renta
Mas raíces y mas muebles.
»¿Quién te mete en ser laurel?
Pues lo mismo en ti ser puede
Salir al prado encarnada
Que estar en el prado verde.
»No hay sino vivir, y ser
Apacibles con las gentes,
Y quédese lo severo
Para un turco mata-siete.
»Lo esquivo se usó antañazgo,
Y se usaban los desdenes
Cuando los cabellos rubios
Eran gala en los copetes.
»¿Eres tú jurisconsulto
Que ser alcalde pretende,
Y presenta por servicios
La condicion de una sierpe?
»Sea laurel quien gustare;
Que no es justo que te empeñes
En sazonar los pescados
Ni engalanar escabeches.
»En victorias de aceitunas
Solo á ser corona vienes;
Gentecilla tan soez,
Que en zapatetas se vuelven.
Dirásme, desvanecida,
Que adornarás muchas frentes;
Pero un ciervo hace lo mismo,
Humánanse los laureles.»
Esto Apolo le decia,
Llorando de veinte en veinte
Las estrellas como el puño;
Y ella se estuvo en sus trece.
Y viéndola ya laurel,
Les dió á sus hojas crueles
Bula de absolver de rayos
Cuando los nublados truenen.

FÁBULA DE PAN Y SIRINGA.

Dice Ovidio, en sus consejas,
Que allá en el tiempo de marras,
Cuando habia doncellas putas,
Por no haber tantas enaguas;
Cuando no se hallaba un don
Por un ojo de la cara,
Y andaban de madre Eva
Las pícaras y las damas;
Cuando era en don Crispin
Cerote lo que hoy es ámbar,
Antes que perdido hubiese
Aquella fregonal gracia;
Cuando los que se me venden
Por muy grande cosa estaban
En las malvas que nacieron,
Y aun peores que las malvas;
Cuando era nada el que dice
Que ha levantado su casa,
Y era el pícaro albañil,
Y con equívocos habla;
Entonces, que estaba, dice,
En el prado una mañana
(Que las mañanas tambien
En aquel tiempo se usaban),
Siringa, una ninfa bella,
Del amor arma vedada,
Un guifero de jazmin,
Belleza de cachas blancas,
Con quien se la pega de ojos
A quien es mas zahino de alma,
Y á quien el Dios te perdone
Va siguiendo las miradas;
La candida mors de todos,
La doblen ya las campanas,
La mátote de azucena
Y la muérote de nácar;
La Atila de corazones,
Del alma la Diocleciana,
La Escandarbeya de vidas
Y la Nerona de entrañas.
A la margen de un arroyo
(Ya se entiende lo de plata,

Y lo risueño tambien),
En su márgen, pues, sentada,
Diz que cantaba Siringa,
Sirviéndole de guitarra
El arroyo; lo sonoro
Esta vez no se me escapa.
No habia mas que pedir
Como oir lo que cantaba
Con tan dulces pasos, que
No eran pasos, sino pasas.
El rubí de manducar
Y el clavel de las viandas,
Muy de par en par abierto,
Armonías exhalaban.
Revolcábase la voz
Lindamente en la garganta,
Y enjuagábase de solfa
Con diversas consonancias.
Con novedad de armonías
Ya se ensordece y se baja,
Y volviendo á rempujar,
Por los vientos se encarama.
Trastornándose en la letra,
Hace diversas marañas,
Y en garrapatos sonoros
Los sentidos enredaba.
Sin chistar ni sin mostrar,
Con las orejas tan largas
Y con el dedo en la boca,
Muchos dioses la escuchaban.
Era entre tanto concurso
Mosquetero de mohatra,
Aplauso de dos de queso,
Y víctor de ciento en carga,
Pan, un cierto satirillo,
Y deidad tan desmedrada,
Que, en lo menudo del cuerpo,
No era pan, sino migaja;
Tan mozuelo de estatura
(Aunque sea su edad muy larga),
Que, como á otros el bozo,
A él el cuerpo le apuntaba;
Con testa de cimenterio,
Lampiño de calabaza;
Que sin duda arrojó al mar
Los pelillos de su calva.
Solo, si mal no me acuerdo,
En las sienes le quedaban,
De pelillos de marido,
Unos rizos de Jarama,
Zampuzados en dos cuevas
Del talle de cerbatanas,
Tan angosta, que la vida
Mira en ellas, puesta á gatas;
Viven dos ojos tan flacos,
Que su vista es una estatua,
Y abstinentes de mirar,
Hacen la vista muy larga.
Tan hácia el cogote viven,
Y á el colodrillo tan hácia,
Que preguntan: «¿Quién va allá?»
Los que por sus puertas pasan.
Con párpados derrengados,
Hácia fuera las carnazas,
Era beso de los ojos
Y desierto de pestañas.
Para ir de un ojo á otro
(Segun la nariz se alarga)
Se rodea por delante,
No es tan léjos por la espalda.
Por lo grande, si bermejas,
Parecia, con las barbas,
Un letrado del infierno,
Todo barbado de llamas.
La bacía de un barbero,
En vez de espalda llevaba,
Espalda de castañeta,
Con un pespunte de tabas.
Si no de buey, por lo chicas,
Eran de un cabron sus zancas,
Mas que un pretendiente y mas
Que un filósofo barbadas.
Con chinelas de pezuñas
Era letrado de cábra,
Y pisaba de marido,
Pues como algunos pisaba.
Era el satirillo, en fin,
Un diablo de filigrana,
Un miñique del infierno,
Algun dij de alguna diabla.
Preciábase de ser dios,
Y que lo era publicaba
(Si hay cuchara entre los dioses)
Del cabo de su cuchara.
Vendíase por deidad
Si al forastero encontraba;
Y de *natura deorum*
Decia sus pataratas.
Presumido, pues, de noble,
Y tambien de buena cara,
Dió en festejar á Siringa,
Que su beldad le picaba.
«Yo, decia, he de quererla,
Podrá ser que sea blanda;
Que no está de Dios que sean
Las hermosuras ingratas.»
La belleza de Siringa
(Si fué Siringa bellaca),
Que tuvo por condicion
Asperos montes de Arcadia,
Cruel como un mayordomo,
Noramala lo enviaba,
Y él en la gorra, á lo amante,
Se puso la enhoramala.
Y haciendo mil reverencias,
Del desden haciendo gala,
Cortés como un pretendiente
Con los criados de casa,
Le responde: «Poco importa
Que me desprecies, tirana;
Que amor tengo yo bastante
Aunque vengan otras tantas.
»Yo te quiero por quererte,
Porque los sátiros aman
Tambien á lo de palacio
Y á lo de sin esperanza.
»—No fio de esos quereres
(Siringa le replicaba),
No hay tus tus á ninfa vieja,
A las bobas esa chanza.
»No me ha de querer, ni quiero
Sátiro que Pan se llama;
Gente honrada, no es paniega,
Y yo siempre he sido honrada.
»Ese mendrugo de talle
Délo á un pobre que demanda,
Y ese mollete de huesos
Délo á sopas abahadas.
»Pan es cosa de muchachos,
No quiero yo sus hornadas;
Que mujer que adora pan,
Mucho mas que adora, amasa.
»No soy año estéril yo,
Para que el pan me haga falta;
A la alhóndiga del pueblo
Puede ofrecer esta manda.
»No quiero pan que es mas duro
Que un miserable de casta,
Negro mas que suele ser
La maldicion de las pascuas;
»Mas pequeño que un consuelo
De mala nueva esperada,
Donde entra el placiendo á Dios,
Pienso que no será nada.
»—Tate, tate la Siringa
(Pan replicó á voces altas);
Callédes, ninfa, callédes;
No digais la tal palabra.
»Si vos no estáis para ello,
Esa excusa es excusada;
Quien enamorarse quiere,
Con muy poco pan le basta.
»Esos son descomimientos,
Pues si vos tuvierais gana,

A la hambre no hay pan duro,
No hay pan feo, si hambre harta.
»Yo me voy, rabo entre piernas,
A llorar mi suerte amarga,
De noche por los caminos,
De dia por las montañas.
»Y como dice el romance,
Yo diré con muchas ansias:
¡Ay verdades, que en Siringa
Siempre fuisteis desdichadas!»
Con esto los dos se fueron,
Y él en su pecho trazaba
(Aunque Tarquinos no habia)
De hacer una tarquinada.
Y allá á sus solas decia,
Lleno de cólera y rabia:
«A malas lanzadas muera,
Si acaso hay buenas lanzadas;
»A manos de un zapatero
Pierda la vida y el alma;
Un sastre me dé la muerte,
Porque sea desastrada,
»Si no cogiere á Siringa,
Aunque esté mas encerrada
Que rosario en gente moza,
Que dinero entre beatas.
»Yo le certifico que
Llevará, si no se escapa,
Del pan y del palo aun,
Aun del palo y de la tranca.
»Si á falta de pan sospecha
Que ha de haber tantas, se engaña;
Miente el refrancillo, miente
Por en medio de la barba.
»Yo le juro que, si á otros
Les cuesta grandes desgracias
La torta en pan, que á Siringa
Le ha de costar una hogaza.»
Con estos discursos, pues,
Pan á solas lo pasaba,
Armado de perro muerto
Y de la ley de la trampa;
Hasta que Siringa un dia,
Sin dueñas y sin criadas,
Y sin vergüenza tambien,
Salió al prado á comer habas,
Cuando el sol queria nacer,
Y la comadre del alba,
Con el lucero Miguero,
Le prevenia las papas.
Mas Pan, que no era muy necio
Ni se dormia en las pajas,
Y puesto con tanto ojo
Como un vecino, atisbaba.
Así como la miró,
Deseando que se alargara,
Chiti callando de paso,
Le seguia las pisadas.
Y al tiempo de hacer su hecho,
Cuando á echarle iba la garra,
Y cuando de embestidura
Iba á darle un «cierra España»,
Volviendo el rabo del ojo,
Cayó Siringa en la maula,
Y cogiendo haldas en cinta,
La bola escurrió y volaba.
Siguióla Pan, y en la orilla
Del Adan, rio que anda
Tan callando, que parece
Que lleva hurtadas las aguas,
Echóle mano á la moza;
Y ella, que se vió pringada
Entre los brazos de Pan,
Cual torrezno en rebanadas,
Dió voces y anduvo el ¡ay!
El déjame, el ¡ay cuitada,
Que puede venir mi madre!
Y pidiendo en mil plegarias
Favor á los dioses, dijo:
«Así tengais dicha tanta,
Que el sastre el remojo olvide,
Si hiciereis alguna gala.
»Así no hayais menester
A ningun ruin, que basta
A mataros, con ser dioses,
El verle cómo se ensancha.
»Así, cuando seais poetas,
Los dioses de vuestra patria
Hablen de vosotros como
Hablan las tierras extrañas.
»Así tengais tan buen gusto,
Que cuando necios se cansan
En murmurar, os estéis
Desperezando la gamba,
»Tendidos en vuestro lecho,
Y con cada accion, con cada
Meneo de vuestra pluma,
Un mentís deis á la fama.»
Dijo; y apenas los dioses
Oyen la clamoreada,
Cuando en un decir Jesus
La convirtieron en caña.
Y quedóse el dios amante
(Como dicen) de la agalla,
A oscuras con tanto naso,
Y buenas noches de dama.
Él, que vió de chistadura
La belleza que adoraba,
Vuelto el marfil en cañutos,
Y en madera las carnazas,
Para no perderlo todo,
Desabrigó de la vaina
Cierto mohoso metal
De tizona y de colada;
No quiso decir alfanje,
Porque si alfanje nombrara,
Sin decir lo damasquino,
Los alfanjes se enojaran.
Con la de *Joannes me fecit*,
De las cardas maestresala,
Sin lo del ángulo corvo,
Lindamente las trinchaba.
Y juntando algunos trozos,
Con cera y hilo los ata,
Para meter alfileres,
Mas los suspiros que daba.
Héle haciendo estos cañutos,
Tan métricamente hablan,
Que sirvieron los suspiros
De *spiraculum* de flauta.
Pan, admirando el suceso,
Dijo: «Cierto que me agrada
La música; que los males
Diz que cantando se espantan.
»La medicina me dé
Quien tambien me dió la llaga,
Y si Siringa me pica,
Tambien Siringa me rasca.
»¿Qué mas quiero yo que andarme,
Muy á lo gascon mi capa,
Tocando de caponar,
Que á todos tiemblan las barbas?
»Que si esto vale dinero,
Mas que amor quiero ganancia;
Vaya al mar lo suspirado,
Y lo siringado vaya.»

Á UNA DAMA VESTIDA DE VERDE.

Doña Hortaliza con alma,
Doña Andante Toronjil,
Cuyo gusto, por extraño,
A todos da que reir;
Tú, que, vestida de verde
Desde el moño al escarpin,
En eterna primavera
Determinas de vivir,
Santa hermandad de las calles,
Que verdizas tan sutil,
Que miras por verde antojo
Porque sea todo así;
Tú, que porque el natural
Ojos te dió de zafir,
Preguntaste á un tintorero

Si se podian teñir;
Escucha dos pesadumbres,
Que te vuelvan de carmin,
Y entre lo rojo lo verde
Templarás tu frenesí.
Atiende, porque mi musa,
No ya á moco de candil,
Sino á moco verde, quiero
Escogerte apodos mil.
La mujer mas verdadera
Eres que en mi vida vi;
Con estrella de alcacel
Te debieron de parir.
Y este parecer aprueban,
Pues pasando junto á tí,
Ensartando mil suspiros,
Te dió un bocado un rocin.
Despues que reverdeciste,
Ya te llaman por ahí.
Como á Santiago el Verde,
Filida la Verde á tí.
Muy bien pueden pretender
Tu cara de serafin,
Donde hay esperanza franca
Para cualquier Amadís.
Pero ¿quién te comerá
Aun con tanto perejil,
Si da lo verde dentera
Al gusto mas baladí?
No morirás malograda,
Pues en esta vida, en fin,
Te has dado mas lindos verdes
Que el potro de Belianís.
Verde estás de pensamientos,
Si son como tu vestir;
Quiera Dios que de la suya
No pasen al faldellin.
Por lo que vistes y hablas
Juzgo que te puedes ir
A ser verdolaga en prado,
Y verdoral á un jardin.
¡Qué buena, Filida, eres
Para pintada en país,
Con mas yerbas y verduras,
Que una olla de Madrid.
El otro dia reñiste,
Y por afrenta, en la lid
Te trató de verdulera
Un mozuelo picaril.
Plaza en tiempo de cuaresma
Te llamó cierto pasquin,
Y un ingenio de buen aire
Lo verde que dió el abril.
Mas aunque mueras de vieja,
Nadie te podrá decir
Ni llamar mujer madura,
Pues tan verde has de morir.

EPIGRAMA XXX.

Con justa razon le dan
A tu carantoña, Antonia,
A iluminacion demonia
Verilis de soliman.
Disgusto en vez de deleite
Con mirarte se conquista,
Porque se atasca la vista
En el lodo de tu afeite.

XXXI.

Cristóbal santo, una duda
Me tiene con grande asombro,
Viéndoos con el mundo al hombro,
Que de verlo un hombre suda.
Aquesta mi duda es:
Decid, santo rubicundo,
Si llevais al hombro el mundo,
¿En dónde poneis los piés?

SILVA.

En la muerte del doctor don Juan Perez de Montalvan.

¡Oh mármol sábio, oh mármol, cuánto encierras;
Vuelve, vuelve á esta parte,
Gerardo, y mira atento
Con lúgubre ademan, pero sin arte,
Al que tanto lució, ya macilento.
Inclinate, y haránle sus despojos
Atender al silencio de tus ojos.
Bien le ves oprimido,
Bien le ves tan ajado lo florido,
Pues yo le vi que coloraba el prado
Rosa bella de grana,
Y gastándole el jugo á la mañana,
Era á las flores general cuidado
Primada de la aurora,
Y tú le ves ahora
Púrpura desmayada,
Al temblor de los aires deshojada,
Lirio que lo atropella un arroyuelo,
Cuando, precipitándose de un vuelo,
Rueda del risco líquido Faetonte,
Flecha de plata que dispara el monte.
Ese polvo que ves, ese, Gerardo,
Atencion fué del orbe;
Y aunque parece horror, está gallardo.
Lo fatal no te estorbe
Ni tu engaño resista;
Mírelo tu discurso, y no tu vista;
Que aquello peregrino,
Aquel gran discurrir, aquel divino,
La erudicion, lo docto, la eminencia,
La ciencia, la doctrina, la elocuencia,
Aun mas en pié se está y aun mas valida;
Que es mas docta una muerte que una vida.
Llega, Gerardo, llega: que imagino
Que no está ejecutado del destino,
Sino que esa mesura
Es su modestia grande que aun le dura,
Igual á todo siempre nivelada,
Aun teniendo disculpa de irritada.
Mas ¡ay! que es el sosiego
(Ya que á advertir su compostura llego)
De no alterarse en su postrera suerte,
Estar muy enterado de su muerte;
Que en peligro tan justo,
Sabiendo el golpe, no le daña el susto;
Que se lo dijo aquello que vivia,
Cuando escuchaba á un dia y otro dia;
Y en quien el daño se le trae temido,
Llega á ser el dolor menos ruido,
Y en ruinas y excesos
El que espera sin miedo los sucesos
Tiene en lo porvenir jurisdicciones.
De estas transformaciones
No entiendes, no, lo cierto,
Si ese cadáver lo juzgaras muerto,
Que no es morir diferenciar de vida.
Volvió la recibida
Que le tuvo prestada,
Por no sé cuantos dias entregada;
Que en aquestos conciertos
Son los dias contados, mas no ciertos,
Y á vivir se pasó de su cuidado.
¡Oh tú, felice, que en tu ingenio ha estado,
Sin que polilla de horas te consuma,
Saber hacerte siglos con tu pluma,
De aquí envidio tu llama,
Pues viviste por cuenta de tu fama.
En accion tan lucida,
Mas debes á tu ingenio que á tu vida,
Porque con ella ¡oh claros desengaños!
Ni un hora mas viviste que tus años,
Y en tus escritos doctos y eminentes,
Espejos elocuentes,
Cristal de eternidades,
El rostro te verán otras edades,
Pues porque mas te obliguen,
Aun despues de haber muerto te persiguen,
Y tan durable en ellos te eternizas,
Que vives vinculado á tus cenizas,

¡Qué mal, oh genio culto, se aconseja
Quien al mirarte así formare queja!
Envidie lo que piensa, que ya es nada,
Sea la envidia alguna vez honrada;
Envidie modos casi soberanos,
Pues que te ven que vives á dos manos.
Aquí, para que asombre,
Vives, vive tu nombre,
Y da la voz del solo
Mayor el grito que de polo á polo,
Y allá vives mas vida
Y habitas con virtud esclarecida,
Exento de querellas,
Adónis celestial, campo de estrellas,
Espumas de los cielos luminosas,
Y en ambas vidas con quietud reposas.
¿Donde estudiaste tal filosofía?
¿Quién te enseñó tan docta cetrería?

FIN DE LAS POESÍAS DE SALVADOR JACINTO POLO DE MEDINA.

POESIAS

DE

DON AGUSTIN DE SALAZAR Y TORRES.

JUICIOS CRITICOS.

DE DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

(Aprobacion de la *Cítara de Apolo.*)

De órden del señor doctor don Juan Vieira y Otero, vicario de esta villa de Madrid y su partido, etc., he visto las *Obras póstumas* de Don Agustin de Salazar, y aunque para su aprobacion traian consigo los merecidos aplausos que lograron en su vida, no por eso omití examinarlas á segunda luz, por la distancia que hay desde lo que se oye *in voce* á lo que *in scriptis* se censura; y habiendo hallado en ellas, no solo cuanto imaginaba prometido, pero mucho mas de lo que esperaba imaginado, así en lo grave de sus heróicos metros, lo dulce de los líricos, lo apacible de los jocosos, lo ingenioso de sus invectivas, sin átomo que repugne á la pureza de la fe y buenas costumbres, hallo que no debe negarse á su fiel amigo la licencia que pide para imprimirlas, trasladadas de sus originales, antes sí darle gracias de sacar á luz este pulido tesoro de la lengua castellana. Este es mi parecer. —En Madrid, á 20 de enero de 1681.

POESIAS

DE

DON AGUSTIN DE SALAZAR Y TORRES.

COMPOSICIONES VARIAS.

TRADUCCIONES DE VARIOS POETAS LATINOS.

I.

Es de Falcon, y empieza así:

Alma Venus pregnans, cum jam prope partus adesset,
Consoluit Parcas, quid paritura foret?
Tigrim ait Lachesis; Silicem Clotho; Atropos Ignem;
Ne responsa forent irrita natus Amor.

Vénus, cercana al parto prodigioso,
Adulterio de Marte,
A las hermanas consultó con arte
Del Averno espantoso;
Laquésis dijo que una tigre fiera
El parto cruel sería;
Que un duro pedernal produciria
Cloto pronosticó, dura y severa;
Atropos, inclemente,
Dijo que un rayo ardiente,
Mas duro que el de Jove ardor divino;
Y porque no faltase en el destino
El ignorado modo,
Nació al fin el Amor, que lo fué todo.

II.

Es de Sannázaro, y empieza así:
Aspice, quam varus, etc.

¡Con cuán varias querellas,
Oh Lesvia, me castiga el amor fiero!
Ama mi pecho, y del ardor severo,
Sudan mis ojos líquidas centellas;
Un Nilo soy de lágrimas, en tanto
Que un Etna siento, que respiro ciego;
Oh llanto, ¡apaga tan continuo fuego!
Oh fuego, ¡extingue tan continuo llanto!

III.

Es de Decio Ausonio, y dice:
Pone arcum peam, etc.

Depon el arco, Apolo,
Deja las flechas leves;
No de ti huye la ninfa,
Sino tus armas teme.

IV.

Es de un dístico griego, que, traducido por Ausonio en latin, empieza:
Hoc, quod amare vocant, etc.

Esto que llaman amar,
Mezcla ó desata, oh amor,
O no abrases á ninguno,
O en la llama abrasa á dos.

V.

Es de Jerónimo Angeriano, y empieza así:
Celia fatur, etc.

Habla Celia, y Cupido
Habla tambien, atento á sus acciones;
Mira Celia abrasando corazones,
Mira el Amor hiriendo presumidos;
Celia duerme, y al sueño
Amor se entrega con igual empeño;
Sola está Celia, atenta á su cuidado,
Solo se mira el dios enamorado;
Celia se rie, riese el dios ciego;
Si Celia aplaude, aplaude el Amor luego;
Celia canta, y Amor, artificioso,
Tambien canta ingenioso;
Celia llora, y él llora;
Pulsa Celia la cítara sonora,
Sonoro pulsa Amor dulce instrumento;
Sale Celia, Amor sale, al blando viento
Entregando las alas;
Por imitar sus galas,
Las acciones de Celia Amor imita;
Y seguir solicita
Sus rayos celestiales;
Solo no son iguales
(¿Quién, cielos, lo creyera?)
En que es blando el Amor, y Celia fiera.

VI.

Es de Anacreonte. Tradújola Claudio Minois de griego al latino, en una oda, y repitió el mismo concepto el griego Teócrito, que tomó Alciato, y empieza así:

Albeolis dum mella legit: percussit Amorem
Furacem mala Apes, et summis spicula liquit
In digitis.

Entre purpúreas rosas escondida
Pequeña abeja, al dios de los amores,
Que de flor presumia entre las flores,
La tierna mano le picó atrevida.
Tiernas lágrimas vierte el rapaz ciego,
Y volando á Ericina sin sosiego,
¡Ay madre, dice, hermosa!
Una pequeña sierpe ponzoñosa,
Una víbora alada,
Aunque pequeña, osada,
Me ha quitado la vida;
Mas Citerea, al descubrir la herida,
Le responde risueña:
«Si una abeja, Cupido, tan pequeña,
El dolor te ha causado que refieres,
¿Cómo será el dolor en los que hieres?»

VII.

Es de un epigrama de Decio Ausonio, que empieza así:
Armatam Pallas Venerem Lacedemone visens;
Visne judicium sic ineamus ait.

Miró Pálas armada
En las aras de Aténas á Ericina,
Y á la palestra osada

Segunda vez llamarla determina,
Por mas que Paris sea
El recto juez de la feliz pelea;
Pero Vénus hermosa,
¿Qué me provocas, dice, belicosa,
De tu injuria olvidada,
Si en vencerte no hay duda?
Si te rindo desnuda,
¿Qué hará, Minerva, mi deidad armada?

VIII.

Es del epigrama de Matario, griego. Empieza su traduccion latina por Escaligero:

Legerat aureolo Doris de crine capillum,
Et illo palmas vinxit utrasque mihi;
Risi equidem primo nodos mihi Doridis illos,
Visus erat facilis solvere posse labor.

De los dorados rizos soberanos
Doris cortó un cabello,
Y con ademan bello,
Ligó halagüeña mis dichosas manos.
Reime, porque facil parecia
Romper los leves lazos que ponia
Doris divina a mi amorosa pena;
Pero despues lloré prisiones duras,
Pues al querer romper las ligaduras,
Blando cabello fué dura cadena.

IX.

Es de Jerónimo Angeriano.

Flebat Amor, matremque sua quaerebat: at ipsa.
Ut visa est vultu Caelia pulchra suo,
Ipsam appellat Amor matrem.

A la lasciva diosa
Buscaba Amor lloroso;
Pero mirando á Celia prodigiosa,
Engañado el rapaz del rostro hermoso,
Madre la llama, y Celia, en sus enojos,
Con bellos, dulces, aunque airados, ojos,
«No soy tu madre, dice, niño alado.»
Corriôse Amor, felizmente engañado.

X.

Es de un epigrama de Pentadio á Narciso, que empieza así:

Hic est ille, suis nimium, qui credidit undis
Narcisus, verò dignus amor puer.

Este es Narciso hermoso,
El engañado en el cristal undoso,
Jóven digno de amor, mas ya mudado.
Miralo en breve flor vestir el prado,
Y que las ondas en su infausta muerte
Le dan ya vida, si le dieron muerte.

XI.

Es del último dístico de la Rosa de Ausonio, y empieza:

Colligе, virgo, rosas, etc.

Coge, vírgen hermosa,
La que al alba brotó purpúrea rosa,
Mientras la dulce edad lozana dura,
Y advierte que flor vive la hermosura.

XII.

Es de Alciato, y empieza así:

Aligerum flumen, etc.

Al rayo ardiente alado,
Alado Dios vendado
Deshizo airado y ciego,
Mostrando que es mas fuerte Amor que el fuego.

XIII.

Es de Meleagro, y en el latino suena:

Qui videó in gemma hac? etc.

¿Qué miro? ¿En esta piedra dibujado
Amor? Es que, olvidando corazones,
Hace que el carro rijan los leones,
Su rabioso coraje domeñado.
Con duro azote su crueldad corrige.
La diestra mano y la siniestra rige
Las riendas poderosas.
No pueden ser las señas mas hermosas;
Pero teme al rapaz y sus traiciones,
Porque, si así sujeta corazones
De mónstruos inhumanos,
¿Cómo será el rigor en los humanos?

XIV.

Es de Angelo Policiano.

Narcisus liquidis, etc.

En las ondas se veia
Narciso enamorado,
Y despreciando de otros el cuidado,
En proprio amor ardia.
Apagada la luz del cuerpo hermoso,
En flor le llora el prado deleitoso.
¡Oh jóvenes, huid de aquesta fuente!
Su falsa no mireis dulce corriente,
Adonde necio, en un confuso abismo,
Quien no se conoció, se amó á sí mismo.

XV.

Es de tres endecasílabos griegos, que tradujo Claudio Minois, y empiezan así:

Medea statua est, etc.

¡Oh vaga Progne, estatua es de Medea
En la que nidificas cuidadosa;
La que fué con sus hijos rigurosa,
¿Quieres que con los tuyos no lo sea?

SONETOS.

I.

A Salomon llegando á adorar á Astaren, diosa de los sidonios.

Detente, aguarda, Rey; ¡ah! ¿quién te guia
A tan torpe maldad? Suelte la mano
La víctima infeliz; ¿qué ardor villano
Te conduce á tan ciega alevosía?
¿Tú adoras á Astaren? Tú aquesa impía
Bárbara estatua del sidonio vano?
¿Qué es esto, justo rey, digo, tirano?
¿Dónde está la fatal sabiduría?
Si es que el amor gobierna tus acciones,
¿Cómo los ojos cierras al encanto?
Cómo el saber no vence al ardimiento?
Mas ¡ay, y cuánto pueden las pasiones!
Pues en tu entendimiento, siendo tanto,
Vence tu voluntad tu entendimiento.

II.

A los dos extremos de amor y aborrecimiento, antes y despues de gozar Amon á Tamar.

¡Oh, cuán postrado Amon, oh cuán rendido,
La fraterna beldad, bárbaro, adora!
Teme, siente, suspira, calla y llora;
¿Llora? Ya está su amor encarecido.
Goza á Tamar, y en ódio convertido
Mira su amor; ¡ah vil pasion traidora!
¿La que ayer te abrasó te hiela ahora?
¿Tan presto es lo adorado aborrecido?
Desear y conseguir tales afectos
Y tan contrarios, ¿causan que se muda
Todo un Dios con tan leve circunstancia?
Mas ¿quién duda tan súbitos efectos?
El amor ¿no es extremos? Pues ¿quién duda
Que del ódio al amor no haya distancia?

III.

A las memorias que hacia el pueblo hebreo de las glorias de Jerusalen, estando cautivo en Babilonia por Nabuco. Es imitacion del cántico: *Super flumina Babilonis, illic sedimus, et flevimus: cum recordaremur Sion.*

Sobre los rios, sobre las arenas
De Babilonia el oprimido hebreo
Lloraba triste, lamentaba reo
Tus memorias, Sion, no sus cadenas.
¡Grave dolor! Sin lástima á sus penas,
Cantar le manda el bárbaro caldeo;
Mas ¿cómo irán á Dios (vano deseo)
Sus cánticos en tierras tan ajenas?
A los sauces los míseros dirigen
Los órganos, y en voces repetidas
A Palestina claman dulcemente:
«Jerusalen, ¡oh cuánto nos afligen
Tus memorias! Que en dichas ya perdidas
Solo el pasado bien es mal presente.»

IV.

A la excelentísima casa de la Cueva, hallándose á un mismo tiempo el excelentísimo señor don Francisco Fernandez de la Cueva, despues de tan repetidas victorias, en el consejo de Estado; el excelentísimo señor don Melchor de la Cueva, general de la armada del mar Océano, y el excelentísimo señor don Baltasar, virey del Perú.

¿Qué es esto? ¿El orbe en uno y otro hermano
El Júpiter de España ha dividido?
¿Del primero, á la vaina reducido,
El acero de Marte hereda Jano?
¿Goza en Europa el lauro soberano
Su nombre, por aciertos, repetido,
En tanto que de haberos oprimido,
Da al segundo el tridente el Océano?
Ensalza en las américas regiones
El tercero al monarca sin segundo,
Pues su lealtad no muda de hemisferio.
Cárlos, si por premiar á tres campeones
Te fué preciso dividir el mundo,
¿Qué espacio será límite á tu imperio?

V.

A dos hermanos nacidos de un parto, tan parecidos en rostro y acciones, que no se distinguian; murieron en un naufragio, y el mar los arrojó á la orilla abrazados.

¿Qué dominio adquiris, constelaciones,
Allá en la fija luz del firmamento,
Que puedan de un influjo en un aliento
Nacer y respirar dos corazones?
Repitióse una vida en dos acciones,
Y de dos voces se formó un aliento,
De dos almas fué solo un movimiento,
Pues tambien se imitaron las pasiones.
De ver prodigio igual el mar airado,
A uno anegó; pero los dos murieron,
Y unidos á la playa los condujo,
Como diciendo al cielo el ponto helado:
«Yo uno anegué; si entrambos fenecieron,
Divídase la culpa con tu influjo.»

VI.—Moral.

Celebra la brevedad de la vida de la rosa.

Este ejemplo feliz de la hermosura,
Que en purpúreos ardores resplandece,
Si á dar admiraciones amanece,
A no dar escarmientos se apresura.
No miden los espacios su ventura,
Pues cuando breve exhalacion florece,
De aplausos de la vista se enriquece
Y de injurias del tiempo se asegura.
¿Para qué mas edad, si no mejora
La pompa que en fragrante incendio brilla,
Y á cada instante contrapone un daño?
Sobrada eternidad es una hora
Para ser en la muerte maravilla,
Y no ser en la vida desengaño.

VII.—Fúnebre.

A la muerte de un grande héroe.

Este, que á breve mármor reducido,
Lágrimas solicita, si no horrores,
Si á duracion atiende, si á esplendores,
Fué cometa veloz, fué sol lucido.
Tributo á fatal golpe dió debido,
Porque dejase en fúnebres rigores,
Entre acciones humanas superiores,
Su valor de divino desmentido.
Quejas de la virtud tiene la vida,
Pues causa fué su perfeccion temprana
De evitarle mas años, por ociosos.
¡Oh pira, á noble fénix construida!
Pues sol te mira en cumbre soberana,
Desmientan ya sus hechos generosos.

VIII.

Disculpa su amor, atribuyéndole á influjo de su estrella.

Tambien yerran los astros, Celia mia,
Pues con ímpetu justo, aunque violento,
Para tu indignacion y mi tormento
Despertaron tu hermosa tiranía.
En fe de la suprema simpatía
Que turbó con su fuerza mi escarmiento,
Este, que te parece atrevimiento,
Influjo fué primero que osadía.
Una estrella te inclina hácia mis males,
Otra me persuade esta locura,
Y ambas se alumbran con tus luces bellas.
Templa pues los rigores celestiales,
O enmiéndame, si puede tu hermosura
Corregir el secreto á las estrellas.

IX.

A las ojeras de una dama.

Iluminados del color del cielo
Los párpados hermosos de unos ojos,
Raudales de zafir, que sin enojos
Los sentidos anegan por consuelo,
Piratas son del sol, que sin desvelo
Las luces roban á sus rayos rojos,
Que validos blasonan por despojos
Sombra á sus luces, y á sus rayos hielo.
Del alma mas esquiva las potencias
El sitio azul, en cercos y clausura,
Sitiadas rinde sin accion violenta;
Que es imposible en tantas influencias
Resistir al iman de su hermosura
Por centro de la vida que la alienta.

X.

Quéjase de la tiranía del amor, que, sin quitarle la vida, le da muerte.

Dido se entrega del infiel troyano
Al hierro aleve, á la enemiga espada;
De Leandro la empresa malograda,
Grave le fué sepulcro el Océano;
De Céfalo la diestra amiga mano
A Pócris dió la muerte acelerada,
Y de Juno Seméles engañada,
Muere al rayo de Jove soberano.
Muere Narciso amante de sí mismo,
Píramo de su Tisbe al fin violento,
Y piedra al duro lazo suspendida.
Todos necesitaron en su abismo
De heridas de dolor y de instrumento;
Yo solo, Marcia, muero con la vida.

XI.

A Cintia, que mirando unos lienzos, la llevó la atencion aquel en que estaba pintada la ruina de Troya.

Cintia, ¿qué miras? ¿El engaño griego
Que atrevida mintió bárbara mano?
¡Que luego te llevase lo inhumano!
Que la ruina te inclinase luego!

Mejore estragos el vendado ciego,
Aumentando violencias al tirano,
Y de tu vista al rayo soberano
Arda el Asia otra vez en mejor fuego.
Mas si de ver incendios solo trata,
Y engañas, Cintia hermosa, tu despecho,
No mires, no, de Troya los despojos.
Vuelve á mi fe, donde verás, ingrata,
Las cenizas que aun arden en mi pecho,
Los engaños que aun viven en tus ojos.

XII.

Encarece la imposibilidad de salir de la esclavitud de un amor tibio.

Amar sin las pensiones del amar,
Estar helado sin dejar de arder,
Querer por la costumbre del querer,
Inútil el cuidado en olvidar.
Por solo habituacion perseverar,
Amor naturaleza llega á ser;
¡Qué fácil, Filis, es de padecer!
Mas ¡qué imposible, Filis, de acabar!
Por violenta la flecha en el subir,
Es la violencia en descender mayor,
Mira el rayo apagarse sin lucir;
Luego si ardor violento es solo ardor,
Que sin perseverar ha de morir,
Será un amor remiso eterno amor.

XIII.

Al poder mas que soberano de los ojos de Narcisa. Es imitacion de un epigrama de Jerónimo Angeriano, que empieza: *Omne olim coelum.*

Con vano ardor, con apetito ciego
Lidiaban por la eterna monarquía
Los dioses soberanos; que aun ardia
La ambicion en el reino del sosiego.
Empuñó el libre dios el tirso griego,
El acero fatal Marte esgrimia,
Y el soberano Jupiter movia
En cada rayo la region del fuego.
Entre los soberanos batallones,
Luego que el arco el ciego dios previno,
A su diestra la gloria fué precisa.
¡Ah terrible poder de sus arpones!
Venció el amor todo el poder divino,
Pero al amor los ojos de Narcisa.

XIV.

Un amante, soñando que su dama era muerta, halló, despierto, que estaba enferma.

Soñaba ¡ay dulce Cintia! que te via;
Mejor diré que, ciego, te soñaba,
Pues si eclipse en tus ojos contemplaba,
Miento si digo que tu luz tenia.
Soñéte muerta, y como no podia,
Aun en sueños vivir, si te admiraba
Imágen muerta, el sueño que en mi obraba
De la muerte otra imágen me fingia.
Resucité del sueño pavoroso,
Y hallé que enferma estabas; no es tan fiera
La pena cruel que en mi dolor se funda;
Que en mis desdichas vengo á ser dichoso,
Pues teniendo presente la primera,
No pudo darme muerte la segunda.

XV.

Dase arbitrio de nueva transformacion para vencer con ella al amor.

Los campos de Agenor nevado toro
Por Europa pacia enamorado,
El mayor dios, el siempre venerado,
Grave esplendor del soberano coro.
El Caistro le oyó cisne canoro,
En blanca pluma amor disimulado,
Y hallando la deidad nuevo cuidado,
Los aires coronó con plumas de oro.
Ya es fauno, ya es pastor, ya estrella errante,
Y ni sus fraudes vencen sus ardores,
Ni la llama se ve menos remisa.
¡Ah! Deja los engaños, gran Tonante,
Si quieres al amor matar de amores,
Transfórmate en los ojos de Belisa.

XVI.

Habiendo caido el autor á los piés de una dama.

Dulcísimo veneno de Cupido,
Bellísima ocasion de mi cuidado,
El verme á tu divino pié postrado,
No precipicio, adoracion ha sido.
De tus hermosas iras compelido,
Caí felicemente fulminado;
Nunca se vió mi amor mas levantado
Que cuando se miró á tus piés caido.
A Faeton ha imitado mi osadía,
Si bien mas venturoso fué mi vuelo,
Y entre mas soberanos arreboles,
Pues si á él, que rigió el carro del dia,
Un sol le derribó de todo el cielo,
A mí fué todo el cielo con dos soles.

XVII.

A un retrato de Cintia, antes de haberla visto.

Copiado tu esplendor llegué á mirar,
Adelantando, Cintia, el padecer;
Y no pudiendo, por fingida, arder,
Aun fingida la voz, pudo abrasar.
Imaginada te llegué á mirar,
No imaginando nunca merecer;
¿Cómo idolatrará quien llega á ver
Lo que adoró de solo imaginar?
Toda el alma de mí se enajenó,
Y á tí sin alma el alma te ofrecí,
Sin albedrío mi pasion quedó;
Y así, en amarte nunca te ofendí,
Puesto que sin mí mismo te amé yo,
Y tan atento, que era á tí sin tí.

XVIII.

A una dama de pié demasiadamente crecido.

Tienes un pié, Marica, que, á medirse,
Tuviera cien mil piés; es sin trasunto.
Pues quererle contar punto por punto,
Es cuento largo, y no puede decirse.
En él solo, si bien llega á medirse,
Hay un apostolado todo junto;
Es tan grande, en efecto, que barrunto
Que delante del Rey puede cubrirse.
Es puntoso tu pié, no como quiera;
Él es un pié disforme, es un pié fiero,
Y él es un pié que saca el pié del plato;
Y, en fin, él es un pié de tal manera,
Que todo lo que digo y exagero,
No es, Marica, tu pié ni aun su zapato.

XIX.

A una dama que, siendo vieja, tenia mas galanes que cuando fué moza, y se decia que tenia algo de bruja.

Por los hechizos de tus ojos cuando
Eras, Nise, muchacha, te querian;
Mas, ya vieja, no son los que solian;
Otros dicen que estás ejercitando.
Los que te estaban cuando niña amando,
A los encantos que en tu rostro vian,
Volando, dicen todos, que venian,
Y agora dicen que los traes volando.
No eran muchos, oh Nise, los que antes
A tu beldad pagaban fiel escote,
Mas agora son mas y mas galanes.
¡Oh fuerza del diabólico almodrote!
Ya, Nise, no me admiran tus amantes,
Si tienes el amor de bote en bote.

XX.

Exagera la lástima que el mundo tenia de sus amorosos cuidados, y la justa causa de su compasion.

Apagadas del sol las luces bellas
Del crespo mar en el undoso hielo,
Argos del mundo, desvelado el cielo,
Abrió por ojos multitud de estrellas.
Del ronco mar se oyeron las querellas,
Que vuelve el eco en repetido anhelo,
Y el Céfiro, con próvido desvelo,
Despertaba las flores con sus huellas.
Aun en el cáos de la noche obscura
No sosegaron plantas ni animales
De las fatigas del prolijo dia.
Cintia, mira el poder de tu hermosura;
Que, condolidos todos de mis males,
Todos velaban, pero yo dormia.

XXI.

Da muestras de su amor con donaire, prometiendo una nueva y singular fineza.

Si á la region adonde el sol no llega
Me fueses colocado, dueño mio,
Donde se hiela el mar y cuaja el rio,
Y ni uno corre ni otro se navega;
Si te huyes, mi bien, á la Noruega,
En los rigores del invierno frio,
O adonde en el ardiente y seco estío
Golfo de rayos la Etiopía anega;
Si en el Africa estéril y arenosa,
De víboras ardientes habitada,
Te viese entre sus áspides mas fiera,
Tal es de amor la fuerza poderosa,
Que si á estas partes fueras trasladada,
Lleve el diablo mi vida si allá fuera.

XXII.

Queriendo una dama matarle á rigores, él se resiste, hallando poca comodidad en morirse.

¿Tantos rigores, di, con un cuitado,
Porque el diablo te ha dado buena cara?
¿Que no me quieres? Consecuencia es clara
De que ya no es lo hermoso desgraciado.
Tan dolorido estoy, tan apurado,
Viendo tanta impiedad, crueldad tan rara,
Que, de desesperado, me ahorcara,
Si fuera gusto y no fuera pecado.
De hoy mas, ingrata, trato consolarme,
Y de tus sinrazones no afligirme,
Sin querer que mi vida se concluya.
Pues si tú prosiguieres en matarme,
Yo tambien he de dar en no morirme,
Y verémos quién sale con la suya.

XXIII.

Da noticia de sus gracias, para que de ellas infieran las de su dama.

Si de alguna taberna en los tapices
Visteis al Cid sin calza ó pedorrera,
Si al moro Abindarraez de Antequera,
Sin marlota, turbante ni terlices;
Si visteis á Caton con mas narices,
Colgado de un figon en la espetera,
Visteis, Cintia, la efigie verdadera
De mi cara, colores y matices;
Demás de esto, soy tonto un tanto cuanto,
Y tan puerco, que puedo ser poeta;
Y hay, con todo esto, quien por mí se muere.
De insulso, á nadie quiero, sin ser santo;
Siendo yo tal, juzgad, como discreta,
Qué tal debe de ser la que me quiere.

XXIV.

Un amante, habiendo gastado mucho con una dama, la pidió el premio de su amor, y ella le envió á confesar.

Jamás he quebrantado juramento
De cuanto, hermosa Julia, he prometido,
Y en vuestra gracia debo haber vivido,
Segun la ley de dar, á lo que siento;
Con palabra, con obra ó pensamiento
Jamás me acuerdo haberos ofendido;
El daros solo mi pecado ha sido,
Y de ese tengo el arrepentimiento.
Decid, ¿de qué quereis que me confiese?
Porque si es el delito de quereros,
Mandarme confesar es excusado;
Pues cuando yo tan gran pecador fuese,
Por vestidos, por joyas, por dineros,
Vos me sacais el alma de pecado.

XXV.

Difine el amor con novedad, experimentado ya de sus efectos.

Del sueño en el silencio sosegado,
En tan dulce quietud Cintia yacia,
Que te aseguro que temer podia
Mucho mas á una pulga que á un cuidado.
De esto envidioso el ciego dios alado,
Midió del aire la region vacía,
Y dijo que era grande picardía
El dormir yo y estar él desvelado.
Esto diciendo, armado de veneno,
Un arpon me envió por la tetilla,
Llegando al alma su dolor tirano.
Del temor, desperté, y halléme bueno;
Que esto de amor no es mas que pesadilla,
Que en despertando un hombre se halla sano.

XXVI.

Con moralidad de la rosa, escribe haciendo donaire.

Rosa del prado, estrella nacarada,
Astro que el mismo prado ha producido
A los soplos del céfiro encendido,
Que no pierde la rosa por soplada.
Reina del soto, del abril jurada,
Como el purpúreo dice real vestido,
De tanto Tirio múrice teñido,
Que esto quiere decir que es colorada;
Mueres ahajada y vives presumida,
Que aunque de presuncion peca la hermosa,
Tambien de ahajada muchas veces peca.
Copia de la beldad miro en tu vida:
Sale fresca al nacer y es fresca rosa,
Viene seca á morir y es rosa seca.

XXVII.

Exhorta á Cintia á que deje de ser ingrata, poniéndola por ejemplo la recíproca correspondencia de los gatos.

Mira, Cintia, el poder de aquel dios fiero,
Que aun hasta el mismo cielo guerra mueve,
Con duras armas y con vuelo leve,
Tardo al sanar, pero al herir ligero;
Advierte mas: que de su ardor severo,
No solo el hombre su ponzoña bebe,
Mas entre crespa escarcha y riza nieve
Enamora los gatos por enero;
Mira la miza cómo lisonjera
Del mizo atiende á los maullos gratos,
Obedeciendo á amor sin pataratas.
¡Ah cruel! Ah tirana! Ah Cintia fiera!
Yo no digo que aprendas de los gatos,
Pero aprende siquiera de las gatas.

XXVIII.

Exagera el poder de su ninfa aun en las cosas inanimadas, y prueba con donaire puede tanto despierta como dormida.

Junto á una dulce fuente, que sonora
Su armonía formaba de cristales,
La hermosa causa de mis fieros males
Durmiendo estaba al despertar la aurora.
Mas como Cintia duerme, no colora
El cielo los balcones orientales.
Los rios no apresuran sus raudales,
Ni el prado de claveles viste Flora;
No se oyó de las aves la armonía,
Ni alentaron las auras lisonjeras
Las rosas que su espíritu esperaban;

Mas luego, al despertar la ninfa mia,
Quedaron flores, aves, fuentes, fieras
De la misma manera que se estaban.

SILVAS.

Discurre el autor en el teatro de la vida humana, desde que amanece hasta que anochece, por las cuatro estaciones del dia, no olvidando la fiera ingratitud de su amada Marica, á quien ofrece este tratado.

ESTACION PRIMERA, DE LA AURORA.

Discurso primero.

I.

El alba hermosa y fria,
Que bien puede ser fria y ser hermosa,
Como mujer casera y hacendosa,
Con la primera luz del claro dia
Se levantó, aliñando paralelos,
Barriendo nubes y fregando cielos.
Salia con las crenchas destrenzadas,
El jaque descompuesto,
Y echada por los hombros la basquiña;
Solo un zarcillo puesto,
Que porque el sol, que viene, no la riña,
Y regarle el salon del mundo presto,
Dejó prendido el otro en la almohada,
La saya arremangada,
Y el manteo de vuelta solo bajo.
Dejando el estropajo
Que del cielo lavó los azulejos
Por dar al orbe luces y reflejos,
Tomó la regadera,
Y desaguando una tinaja entera,
Que estaba serenada de la noche,
Del cielo en los desvanes,
En que tuvo en remojo tulipanes,
Y una jarra con rosas y alhelíes
En los zaquizamíes,
Antes que el sol sus rayos desabroche
(Si los rayos del sol tienen corchetes),
Regó las plantas y roció las flores;
Y salpicando á algunos ruiseñores,
A entonar empezaron mil motetes
Con sonora armonía,
Mas nada de la letra se entendia.
Matizó de colores los regazos
De las altas montañas,
Y peinando de sombras las marañas,
Dejó caer los brazos;
Luego apretó los puños á menudo,
Y dió mil esperezos,
Otros tantos bostezos,
Y en uno y otro remató estornudo;
Que con la madrugada,
Salió la aurora un poco acatarrada.
Bordó de plata las espumas canas
De los rios undosos,
Y de los turbios charcos cenagosos
Oyó callar las ranas;
Cantaron los silgueros
Y callaron los grillos,
Con los pájaros tristes y agoreros,
Verbi gracia, lechuzas y cuclillos.
Los montes y las lámparas dejaron,
Y á las hondas cavernas se bajaron.
Ya empezaban las voces y bullicios
De los viles mecánicos oficios,
Si no en valor, en el trabajo iguales;
Y el de los oficiales
Al canto de los pájaros ayuda;
Pues cada cual canoro la saluda
Con blanda voz que al céfiro regala,
Con la dulce cancion de lili, lala,
O con la que en estilo heróico admira,
Cuyo concepto acaba en tararira.
Como el titiritero
Que, despues de tener el teatro á escuras,
Enseña al auditorio las figuras,
Poniendo en el tablero
Las escondidas luces;
Arremedando al cielo los capuces
La clara luz del dia,
Las figuras del mundo descubria.
La comparacioncilla tiene gala,
Y, aunque lo diga yo, no ha estado mala.
En las casas, abiertas
Estaban las ventanas y las puertas,
Y apagados velones y candiles,
Y ya los alguaciles
Y la canalla vil de porquerones
La ronda despedian,
Y es porque ya tambien se recogian
Amantes y ladrones.
Entonces se escondieron las estrellas
Debajo de los montes y los cerros,
Sin osar, de la aurora á las centellas,
Maullar los gatos ni ladrar los perros,
Y al callar ellos, con canoro pico
Al matutino albor cantaba el gallo
Al compás del relincho del caballo
Y al acorde rebuzno del borrico,
Cuya música, siéndole importuna,
Hizo apear del coche á doña Luna,
En que se paseó la noche entera,
Y mandóle meter en la cochera,
Con ser tiempo de rio.
El alba, pues, mirando ya vacío
Uno y otro horizonte,
Y que Pirois y Etonte,
Dos caballos del sol napolitanos,
Venian abollando con las manos
Del sosegado mar la tersa plata,
Cada cual con su manta de escarlata,
Voló con alas de jazmin y rosa
A dorar otros valles y otras cumbres,
Siguiendo de la noche tenebrosa
Las apagadas lumbres
Por aquellos senderos
Que le iban enseñando los luceros.
Iba llorando y sola
A despertar su llanto y su trabajo
A los que, piés con piés y boca abajo,
Del mundo habitan la otra media bola,
Que antípoda se llama.
Entonces yo, saltando de la cama,
Que duermen poco los enamorados,
Afligidos de pulgas y cuidados,
Salia á gozar del dia;
Que, como el conde Claros, con amores
Reposar no podia.
Calzándome escarpines y calcetas,
Si es que suelen traerlos los poetas,
Acabé en la golilla y el sombrero,
Y compelido de un dolor severo,
Me salí por aquesos andurriales;
Y dejándome atrás los arrabales,
Ya que me vi en el campo á cielo abierto,
Movido de un amante desconcierto,
Fuí por el prado, chamelote ó raso,
Diciendo mil amantes desatinos
Que no dijo mas tierno Garcilaso.
«¿Por qué y por qué, decia
¡Oh dulcísimo bien del alma mia,
(Cuyos ojos divinos
Quizás tiene cerrados
El dulce, blando y apacible sueño,
Porque aun en él no mires mis cuidados!);
Por qué y por qué conmigo zahareño
Siempre el hermoso ceño
Ha de estar de través con mi fortuna?
Si es que en pena tan triste é importuna
Ver mi muerte deseas,
Plegue á Dios que antes ciegues que tal veas.
»Dime, bella homicida,
Lleve el diablo tu vida,
¿Es delito adorarte?
¿No queria Belerma á Durandarte?
¿Dulcinea no amaba á don Quijote,
Y la reina Ginebra á Lanzarote?
Y aunque no los iguale en bizarría,
¿Angélica la Bella no moria

Por un alarbe como fué Medoro?
¿No soy cristiano yo, y él era moro?
¿La misma diosa Vénus no seguia
A su cojo marido,
Aunque de hollin teñido?
Pues dime ahora por cierto,
¿Era mejor ser cojo que ser tuerto?
»Pasife, ¿no se andaba desalada
De vacada en vacada
Tras un toro mohino?
¿Será mejor un toro que un cochino?
Semíramis, si llegas á mirallo,
Diz que quiso á un caballo;
Pues di, ¿por qué me das tanta molestia?
¿No seré yo mejor, bestia por bestia?
»¿Quieres, como Aretusa desdeñosa,
Que por huir á Alfeo
(Que al feo huyes tambien, pues me aborreces)
Verte mudada en fuente presurosa,
Y lo que antes en carnes, mi deseo
Busque despues en peces?
Pero tus esquiveces,
Como á Anaxarte, en roca han de mudarte;
Mas ¡ay cari-raida,
Que aun sin estar en nada convertida,
Eres mucho mas roca que Anaxarte!
Pero tú, hijo de Marte,
Amor cruel y fiero,
En fin, de un Dios guerrero
Engendrado, y nacido
Para nocivos fines,
Para daños, estragos y temores,
Entre el tintirintin de los clarines
Y entre el tantabalan de los tambores;
A tí, digo, Cupido,
De majestad tirana y absoluta,
Hijo de Vénus y de sus maldades,
Que la veleta fué de las deidades,
Y en fin, hijo de puta,
¿Por qué, dime, le diste á Mariquilla
Tan grande preeminencia en mi albedrío,
Que no lo quiera suyo y no sea mio?
»Dime, mocoso, ¿fuera maravilla
Que me mirara un poco cariñosa?
¿Conmigo solo quieres ser injusto?
¿No sabes tú que no hay mujer hermosa
Que no tenga mal gusto?
Pues si de mí se hubiera enamorado,
¿Qué peor gusto pudiera haber hallado?
»Y si la descarada
Fuera, como mujer, interesada
(Que no lo es su belleza),
¿Quién como yo le ha dado mas riqueza,
Pintando sus cabellos y su mano?
¿No sabes tú, tirano,
Que, ya fuese de gracia ó de justicia,
Mis versos liberales
A Milan apuraron los cristales,
Y el azabache le agoté á Galicia?
Tanto, que por la dulce mi enemiga,
Ni de uno ni otro se hallará una higa.
»Y despreciando aquestas bujerías,
¿No fueron tantas mis galanterías,
Que ofrecí á su belleza por despojos
Dos carbunclos, pintándola los ojos,
Siendo así que de piedra tan preciosa
Sola una tiene el Turco, por gran cosa?
¿Qué perlas en sus dientes,
Y qué rubíes no gasté en su boca?
Mas ¡ay! que yo soy bobo y ella es loca,
Pues con lo que ella me ha desperdiciado
Pudiera estar hoy dia muy sobrado.»
Aquí llegaba, cuando
Vi que, dándome el sol en la mollera,
El discurso se me iba calentando;
Pues ya Febo mediaba su carrera,
A quien llamó cenit la astrología,
Y los doctos llamamos mediodía.

ESTACION SEGUNDA, DEL MEDIODÍA.

Discurso segundo.

II.

Es la estacion ardiente,
En que es muy necesario y conveniente
Que escriban los poetas,
Y el docto plectro tomen;
Que, en fin, algo han de hacer, ya que no comen,
Si bien dirán que salen imperfectas
Las cláusulas sonoras;
Y aquesto lo colijo
De que Góngora dijo
Que él escribia *en las purpúreas horas*
Que es rosa el alba y rosicler el dia;
De que se infiere que tal vez comia.
Recogíanse ya los segadores
Debajo de las sombras mas vecinas,
Dejando ociosas hoces y dediles;
Y huyendo los ardores,
Hacian de los árboles cocinas,
Con prevencion de botas y barriles,
Cuyo dulce licor templó su anhelo
Y alivió su trabajo,
Mirando el triste jarro boca abajo,
Mientras el que lo chupa mira al cielo.
Ya con rápido vuelo
La rama de los sauces pretendia
La turba de calandrias y silgueros,
Y al fondo chapuzando iban los peces.
En vez de dulces pájaros, se oia
La música canora de morteros
Y la suave solfa de almireces.
El viento, que otras veces,
Con el ruido, en la selva pone grima,
Y hace que el roble mas robusto cruja
Y que el abeto mas valiente gima,
Metido en la cartuja,
Tal silencio en los bosques observaba,
Que, aun sintiendo abrasarse, no soplaba.
Y en medio de esto, el pescador de caña
¡Con qué paciencia extraña,
Con qué pachorra que se está en la orilla
A ver qué peje pilla!
¡Oh gana de comer, á lo que mueves!
Que cuando al triste el sol está abrasando,
Subiendo está y bajando
Sus plomos graves y sus corchos leves.
¡Qué lindo verso á Góngora le he hurtado!
Por Dios, que yo pesqué, y él no ha pescado;
Bueno es coger aquello que se acuerda.
En fin, el pobre con su caña y cuerda
Juega á tira y afloja,
Hasta que del calor y la congoja,
En vez de pececillo,
Viene á pescar el triste un tabardillo.
La cansada chicharra
De pizarra en pizarra.....
¡Oh lo que puede un duro consonante!....
No deja al caminante;
Con música molesta,
En la arboleda descansar la siesta;
Ni á la mula cansada,
Que de algun tronco atada
Jadeando está, y pensando su trabajo,
Mirando al suelo siempre boca abajo;
Que de esta propriedad hace escrutinio
En lo que escribe de animales Plinio.
Ya imitaban del hombre la fortuna,
Volteando en el hogar los asadores,
Trágico teatro de la muerta polla,
Y en los aparadores
Los choques de cucharas y de platos
Avisaban los pajes y los gatos,
Para ser convidados de la olla,
O solo los relieves;
¡Oh qué guerras no leves
Se trabaron tal vez en los mirones!
Pues ¿cuántos mojicones
A un paje habrá costado,

Sobre quitar el plato que le gusta?
Que solo en esto sirve con cuidado;
Si bien la guerra es justa
Con aquel que á quitársele arremete,
Aunque haya algun chichon de algun cachete;
Que es sentencia de pocos mal seguida,
Que no se ha de reñir por la comida.
Los mismos animales
Nos dan doctrinas tales,
Si vemos de la cólera el exceso
Entre perros de casa, por el hueso
Dándose formidables dentelladas,
Y los gatos atroces uñaradas;
¡Con qué pension ó vida te mantienes!
Ya, en fin, por las sartenes
Donde algo se freia,
Preguntaba el vecino si llovia,
Y fuéle respondido
Que el freir al llover es parecido.
Marchitos los colores
De las pintadas flores,
Y dobladas las hojas de las hiedras,
Descubrieron las piedras
Que vistieron lozanas;
Y ya las ambiciones cortesanas
Dejaban reverentes sumisiones
De los que en diferentes pretensiones
Beben el aire en esperanzas vanas,
Del aura popular camaleones.
Cesaba la lisonja, siempre grata
Al necio poderoso,
Volviendo el pretendiente pobre á pata,
Cansado y caluroso,
Por vivir en la cola de la villa,
Buscando alguna orilla
Que le haga sombra, huyendo las plazuelas,
Dando al diablo la capa y la golilla:
Mas ¿dónde, oh pluma, remontada vuelas
Y te estás desvelando,
Cuando todos roncando
Y en apacible sosegado sueño
Durmiendo están la siesta?
Sosiega un poco en tu pasion molesta;
Pero no puede ser, que el dulce dueño
De mi cansada vida
Tirano me convida
A que asista á su mesa mentalmente,
Y sus acciones todas pinte y cuente.
¡Qué loco es quien afirma
Que las damas no comen!
Aqueste ejemplo tomen
De la golosa causa de mi pena,
Porque no solo come, pero cena.
Ya, tirana, te miro;
Que cuando no te debo ni un suspiro,
Das tu divino aliento
Al viento, ingrata (¡oh quién bebiera el viento!),
Soplando el caldo porque está caliente,
Y soplando y sorbiendo juntamente,
¡Quién fuera la escudilla!
Mas dejaras de asilla
Por no tocarme con tus manos bellas,
Y se enfriaran las sopas sin comellas.
Apenas toca el pan con los cristales,
Cuando, aunque sea moreno,
De mijo ó de centeno,
Se hacen las rebanadas candeales;
Y si un dedo le toca,
Amasado con leche va á la boca;
Mas como ni cuidado ni amor siente,
Come bonicamente,
Tanto, que el plato menos regalado,
No solo queda limpio, mas fregado.
Si es dulce lo que come, es tan discreta,
Que jamás se limpió en la servilleta.
Luego los dedos al clavel aplica,
Como la que se pica
Con alfiler ó aguja,
Y la sangre se chupa, sin ser bruja.
¡Oh amor, se te quitaran mil pesares
Si la vieras lamerse los pulgares!
Compuesto hechizo de jazmin y rosa,
Que es el último extremo de golosa.
Con perlas masca y con corales bebe,
Pues sus dientes son nieve
Y sus labios son ascuas,
Y ella está mas contenta que mil pascuas
De saber que en su risa
En fuego ó nieve es la prision precisa.
Dicen los hombres sábios
Que, como siempre bebe con sus labios,
La vez que con la sed, Amor, la brindas,
Bebe siempre con guindas;
Y aun mi afecto repara
Que su garganta es tan tersa y clara,
Que lo que bebe (¡raro disparate!)
Se trasluce al pasar por el gaznate,
Como el sol cuando pasa por vidriera;
No hiciera mas si de Venecia fuera.
En fin, comen y beben las hermosas;
Ahora ¡qué de cosas
Pudiera yo decir de Cupidillo!
Pero aguarda, que tengo un gran cuidado,
Que ha cogido el palillo,
Y al partido rubí le ha trasladado;
¡Ay, que me la ha besado!
Levantaré los gritos á los cielos,
Que quien ama, de un palo tiene celos;
¡Ah fortuna cruel, que tal consientes!
¡Que no naciese un hombre monda-dientes!
Diré cosas atroces;
Pero ahora es preciso no dar voces,
Que ha dejado la mesa descompuesta,
Y creo que se va á dormir la siesta;
Y es cierto, pues se estrega las legañas
De las negras pestañas;
Que tienen los que adoran
Ojos que de legañas se enamoran.
Ya está dormida, y el Amor alerta;
Y como duerme la boquilla abierta,
El lecho queda todo y la almohada
Del fragrante resuello sahumada.
Aquesta voz, resuello en los dormidos,
Es la frase mas culta de ronquidos.
Porque no la fatiguen los calores,
Mil alados amores
Con ricas flechas y carcajes ricos,
De las alas le forman abanicos,
Batiendo apresuradas
Las plumas matizadas
Para hacerla mas viento;
Pero advertid (¡qué loco atrevimiento!
¡Aun el oirlo espanta!)
Que una mosca le va por la garganta,
Y como mosca, en leche se ha quedado,
Y aun pienso que la mosca la ha picado.
Vuela, picara, vuela;
Si fueras abejuela,
Que te engañara la azucena hermosa,
No fuera grande cosa;
O salamandra ardiente,
Que á sus rayos llegaras reverente,
Para vivir en fuego mas divino;
O mariposa á quien forzó el destino,
Que en luces viva y que de llamas muera;
Que á vosotras Marica lo sufriera,
Y hiciera de ello gala,
Pero ¿á una mosca? Vaya enhoramala.
Mas perdonarla quiero,
Que en casa se crió de un alojero,
Y esta mosca venia
De una pastelería,
Y no es justo con ella ser crueles,
Pues Marica se muere por pasteles.
Ved con la gracia que la picadura
De la mosca se rasca con blandura,
Con las uñas piadosas y crueles
Aliviando lo mismo que maltrata;
Y en campañas de plata
Arando cinco sulcos de claveles;
¡Ay amantes fieles!
Si sus uñas hermosas
Señas dejan en sí tan lastimosas,
Y esto es solo rascando, no os engañen,

Colegid lo que harán cuando os arañen.
Esto decia, cuando ya abrasado,
Por huir el perjuicio
Del sol, me fuí hácia unos paredones
Que el tiempo, su enemigo, ha devorado,
Y el que antes era dórico edificio,
Hoy hasta los cimientos son terrones;
¡Oh, qué de admiraciones
Causas, veloz edad, en los que huellas!
Pues fábrica, á quien fueron las estrellas,
Con vagos tornasoles,
Sus trémulos faroles,
Ahora sustenta, de su mal testigos,
En vez de chapiteles, cabrahigos.
Y los que componian
Artesones, molduras y dibujos,
Rojos escaramujos
Y zarzas guarnecian,
Siendo los cuartos bajos,
Que antes pusieron láminas y espejos,
Camarin de vencejos,
Y alcoba aun no capaz para los grajos.
El salon, que adornaban los matices
Del Cairo en las alfombras y terlices,
Alhaja tal tenia,
Que aun poniendo la mano en las narices,
Ni olerle ni mirarle consentia.
Por las rotas rendijas,
Entre matas espesas
Entran salamanquesas
Y salen lagartijas;
Ni aun la ruina quedó del edificio.
¡Buen verso de Lucano!
Que yo no he de morir, que soy cristiano.
En fin, perdiera el juicio,
Si acaso le tuviera,
Mirando cuán ligera
Corre la edad, y el tiempo, que presume
De cojo y rengo, todo lo consume;
Y hablando con mi afecto, le decia:
«¡Ay dulcísimo bien del alma mia!»
Si una torre que al cielo se avecina
Resolvieron los años en ruina,
Con ser de cal y canto su estructura,
Siendo de mantequilla tu hermosura,
¿De colegir se deja
Que al fin, al fin, has de llegar á vieja?
¿Quién ignoró el poder de las edades?
No duran peñas, ¿durarán beldades?
Fenece la belleza,
Pero si acaba, en el pincel empieza,
Y el buril peregrino,
Ya retratada en mármol ó ya en lino;
Pero tambien se acaba la hermosura
En estatua ó pintura,
Porque una al fin se borra, otra se quiebra.
La beldad solo dura, que celebra
El ingenio, que él solo se ha eximido
De las leyes del tiempo y del olvido;
Con que en mis rudos versos celebrada
Tu beldad durará privilegiada,
Sin que olvido ni tiempo la consuma,
Y en fin, eterna vivirá en mi pluma.
Hermosuras perfetas,
Mirad lo que debeis á los poetas;
Y advertid que es muy gran bellaquería
Enviarlos noramala cada dia.

ESTACION TERCERA, DE LA TARDE.

Discurso tercero.

III.

Mas dejando á una parte digresiones,
Al tiempo que dejé los paredones,
Mayor sombra caia
De los cercanos montes á los valles.
¡Oh musa! ¡Que te halles
Al punto tan á mano
La hermosa imitacion del Mantuano
En la égloga primera!
Ya el sol apresuraba su carrera
En su coche dorado;
Todo desabrochado,
Limpiando con un lienzo los sudores
Que sus mismos ardores
En el ardiente siesta le han causado.
Mas ¿qué mucho, si en monte, valle y sierra
El jugo de la tierra
Su sed ha consumido,
Que ahora esté sudando lo bebido?
El látigo sonaba
Con chasquidos veloces,
Porque tirando coces
Eton, casi la lanza le quebraba,
Y era que le picaba
Un tábano en la cola.
Tira la rienda, el látigo enarbola
El dios, por sosegar su orgullo fiero;
Que, como es de las ciencias presidente,
Es un dios tan prudente,
Que á sí mismo se sirve de cochero,
Porque dice que es menos indecencia
Que sufrir de un cochero la insolencia.
De esta suerte camina,
Rojo como un granate,
Hácia donde se cria el chocolate
O aquellos ingredientes, por lo menos,
Que componen tan dulce golosina;
Y al ver los cielos claros y serenos,
El calor se minora,
Y la purpúrea tarde voladora,
Moza rolliza, mas de buena traza,
Con alas de cristal, iba llamando
A los que, fatigando
El bosque, siguen la ligera caza,
Trepando riscos y venciendo cerros;
Que despues de tratarse como perros,
Habiendo madrugado,
Rendido y despeado,
Arañado de cardos y zarzales,
Y en los duros jarales
El vestido hecho arapos,
Dice que no hay mayor divertimiento;
Y viene muy contento
De que heridos se fueron dos gazapos,
Y dejaron las plumas las perdices,
Que son como entre damas las Beatrices;
Y este nombre al refran le fué importante
Para que le cayera en consonante;
Que es cierto que si fueran las gallinas,
Que quedaran mejor las Catalinas;
Si bien en esto de volatería,
Me acuerdo que decia
Un grande cortesano
Que de todas las aves, el marrano.
Pero ahora mi ingenio no celebre
Al cazador que corre tras la liebre,
Fatigando al rocin y al triste galgo,
Que corriendo, ya suelta la trailla,
Porque quiere comerse hasta la silla,
Le quieren dar con algo;
Y desto el mal ejemplo el mundo toma,
Que uno trabaje para que otro coma.
No pintaré en la caza los excesos
Del jabalí acosado de sabuesos,
Y en el tiempo que el *dogo* mas le aqueja,
Le dice sus secretos á la oreja;
Ni por quitarle el robo,
Describo el cazador que sigue al lobo,
Que tal vez se le escapa, aunque lo hiere;
Mas quien cogerle quiere,
Suele, si con prudencia se gobierna,
Dejar el bosque y irse á la taberna.
Tampoco á celebrar el tiempo obliga
Al cazador mañero
Con la astucia vulgar de red ó liga,
Teniendo en ella al pájaro triguero
O el perdigon casero,
Que uno y otro con cantos alevosos
Llaman á los que corren presurosos
Por el viento ligero;
Pero volviendo adonde fué llamada,

El ave simple cae en la celada.
Mirad y la malicia dónde llega,
Que aun el ave al amigo se la pega.
Mas con sonora lira, musa mia,
De la real cetrería
Haz generoso alarde,
Pues que la ves pintada con la tarde.
Ya el buho prevenido
En el llano tenia el halconero,
Y el pájaro agorero
Ofrecia á las cuervas por despojos
El oro de sus ojos,
Que este metal de suerte las inclina,
Que á su esplendor se arrojan presurosas.
Tenaces y protervas,
Y hay en el mundo infinidad de cuervas
Con esta propiedad de codiciosas;
Pero apenas al riesgo se avecina
La negra banda, y al peligro vuela,
Cuando desenlazando la pihuela,
Y quitando al halcon el capirote,
A la que va zorrera la da un bote;
Pero ella de sus uñas se resbala,
Y como flecha por el aire sube;
Mas el grifanio halcon el viento escala,
Y alcándara formando de una nube,
Ya remontando, ya cogiendo puntas,
Tanto remonta el altanero vuelo,
Que aunque la cuerva se subiese al cielo,
Allá fuera á buscarla,
Con deseo de herirla y alcanzarla,
Haciendo en las estrellas escarceos,
Que siempre vuelan tanto los deseos;
Pero ella va volando y él siguiendo,
Y como en uno y otro el subir crece,
Por Dios que ya ninguno no parece,
Y que los cazadores van corriendo,
Diciendo: «¡ To, to, to! Bien hemos quedado;
Todos se han ido y esto se ha acabado.»
Admítame, Marica, el buen deseo,
Pues no puedo pintar lo que no veo;
Demás de que me llaman los pastores,
Cantando sus amores,
No como allá los pinta Garcilaso,
Que los hace cantar á cada paso,
Mejor que ministriles.
Sus cabras conduciendo á los rediles
Vienen, porque no dora
Ya Febo la campaña;
Pero de la cabaña
Salia á recibirles la pastora;
Y que no era la ninfa certifico,
Nieve el pecho y armiños el pellico,
Pues solo era su aliño
De sayal un corpiño;
Y las manos, que no eran de manteca,
Los mechones pelaban de una rueca;
De buriel el manteo y hecho andrajos,
Con dos dedos de costra en los zancajos.
¡Que sea tan desdichado, que no tope
Los pastores de Lope
En su Arcadia fingida!
Bien sé los que describe Sannazaro,
Porque era en ellos el ingenio raro;
Pues decian concetos,
Componiendo sonetos
Y haciendo liras, ritmas y canciones,
Muchísimo mejor que requesones.
Ya cesaban del todo las tareas
Del que avienta y que trilla,
Y es porque ven que en la cercana villa
Humeaban las altas chimeneas,
El sábio agricultor dejó el arado
Con que habia arañado
De la tierra la faz en el barbecho,
Y reducia á su pajizo lecho
Los bueyes, que con pasos de pavana,
Con tarda huella pisan la sabána,
Aun no de la coyunda divididos,
Si bien del dulce son van divertidos;
Que el juego forma en el sonante hierro,
A quien la erudicion llama cencerro.
Al mismo tiempo suena en otra parte,
No el bélico clarin que excita á Marte,
Sino de Medellin torcida trompa,
Que hace que el aire rompa,
Con voz mas turbulenta que no clara,
Quien conduce de puercos la piara
Al caliente chiquero.
Aquí, Marica, quiero
Sacar moralidad, porque seria
Muy posible, Señora,
Que á su ejemplo me quieras algun dia,
Aunque es tan infeliz mi suerte ahora,
Pues que suele llevarse (el docto nota)
El mas ruin puerco la mejor bellota.
Mas voyme á la ciudad y dejo el valle,
Pues por la tarde pasa por la calle
El amante mozuelo,
Componiendo el cabello y la golilla,
Mas hueco que campana;
Y ya saca el pañuelo,
Porque con su almohadilla
Ha visto que está Clori en la ventana.
Ella, que con mas gana
Que de hacer deshilados, tiene intento
De ver si aquello pára en casamiento,
Alza la celosía,
Haciendo ostentacion de su belleza;
Y saca un tanto cuanto la cabeza,
Con falsa tos, fingiendo que escupia,
Porque en el caso reparó su tia.
El amante, que en átomos repara,
Va volviendo la cara,
Como el que huye del toro el fiero embate,
Si bien con paso tardo y mesurado;
Y ella ve que en la esquina se ha parado,
Alargando ocho dedos de gaznate
Y empinando la vista para vella;
Pero, como es hermosa y es doncella,
Está Clori divina,
Manos en la labor, ojo en la esquina.
Mas dime, amor, ¿qué hará ahora Mariquilla?
Porque ella rara vez en la almohadilla
Se aplica á hacer hacienda,
Porque ocupa la tarde en la merienda.
Ahora me la pinta
Con su palillo en cinta,
Porque esta labor es mucha cosa
Lo que ella es de hacendosa.
Cuarenta veces dejará la media,
Como se ofrezca leer una comedia.
En lo que es muy austera,
Es en que nunca ha sido ventanera.
Con tal prudencia mide sus acciones
Su deidad soberana,
Que jamás la verán á la ventana,
Pero está todo el dia en los balcones;
Y allí los corazones,
Con el cordel de llantos y de quejas,
Dejas, amor, ahorcados de sus rejas;
Y el mio desdichado,
Como el mas apretado,
Ahorcándose por ver su hermosa esfera,
Con un palmo de lengua está defuera.
Allí cuando se asoma.
Y por templar su vista el fresco toma,
Ove el ruido de afectos infinitos,
Que andan por el calor como mosquitos,
Y jamás los ahuyentan sus enojos,
Por mas que enciendan pólvora sus ojos.
Aquesta noticilla fué importante,
Y tiene novedad, paso adelante.
Si alguna vez me mira de repente,
Abrasando su calle con mis quejas,
Y solo que me vea la suplico;
Luego arruga la frente,
Enarquea las cejas
Y retuerce el hocico;
Y aun en esto no pára,
Pues volviendo la cara
Hácia otra parte, pone el abanico
De suerte, que no pueda ni aun miralla,
Porque su luz no goce sin pantalla;

Pero, ¿de qué ligero me lamento,
Si ha sido tanto su aborrecimiento,
Que el dia que me ve mas aliñado,
Con bascas me ha mirado?
¡Oh casos infelices!
Y escupiendo, la mano en las narices.
Mas ya se puso el sol en el poniente,
Siendo urna un monte á su esplendor luciente,
Ya en luto el mundo la tiniebla espesa,
Y mi dolor no cesa;
¡Oh dura, infatigable, suerte impia!
Pues no muere mi pena y muere el dia.

ESTACION CUARTA, DE LA NOCHE.

Discurso cuarto.

IV.

Estaban ya los claros horizontes,
Que es donde solo vuestra vista llega,
Y por donde parece que se pega
El cielo con los montes,
Con luz escasa al caducar el dia,
Como vela que ardia
Con tibia luz, que porque alumbra poco
Quieren limpiarla el moco,
Y en lugar de atizarla,
Suelen despavilarla,
Apretando de modo,
Que queda oscuro todo;
Pues por no ser con manos muy ligeras,
Cortan luz y pavilo las tijeras.
Así de aquel crepúsculo luciente,
Que deja el sol al tiempo que se pone,
Se apagó de repente
La tibia claridad, y la atezada
Faz enseñó la noche tenebrosa,
Negra, bozal y herrada,
Pues madre de delitos, sediciosa
Ampara los insultos y traiciones,
Y aunque trajo encendidos los velones,
Con cantidad bastante de mecheros,
No obstante, con su mano de bayeta
Oscurece la luz del firmamento,
Y hace que todo se distinga á tiento.
Salió con tanta geta
La luna, devanando escasas luces
En el ovillo azul del primer polo,
Cortando al orbe fúnebres capuces,
Por la muerte del sol, que era su hermano,
Llamado don Apolo,
Un dios tal vez divino, y tal humano (1).
Lloraba, en vez de lágrimas, centellas,
Que en confusos borrones, como estrellas
Las hallará el curioso si las mira,
O por un telescopio ó longomira;
Porque afirman que el cuerpo es habitable,
Con juicio loco y tema irrefragable,
Demócrito, Anaxágoras, Luciano,
Angelo Policiano,
Pitágoras con todos sus secuaces;
Pues lunáticos juran pertinaces,
Que allá hay brutos, ciudades, montes, rios.
Pluguiera á Dios, si es cierto, fueran mios
Los montes, rios, brutos y ciudades;
Que tambien gusto yo de novedades;
Pues será fresco el cuarto de verano,
Y si hay coche en la luna tan á mano
Y rio tan á pié, tendré en estío
En este nuevo mundo mes de rio;
¡Oh ciega en muchos vana astrología!
Oh ambiciosa novel filosofía!
Oh Colones profundos!
¿No os bastan dos, y codiciais tres mundos?
En fin, dejando á un lado lo habitable,
Pues no estamos en tiempo de argumentos,
Salió, digo, vistiendo sentimientos
La luna, como siempre, variable;
Viudo el aire, del negro horror pasmado,
Corta el prolijo luto desgreñado,
Y en lienzo capaz de su hermosura,
No colora el pincel, que desfigura.
No pinta, sino borra, y los objetos
Están, como confusos, imperfetos;
El lucido escuadron de antorchas breves
Milita, aunque medroso, en su bandera,
Con trémulos, si ajenos esplendores,
Y en ansia fatal de su carrera
Las alistadas luces brilladoras
Dan menos lucimientos que temblores,
Pues al túmulo asisten luctuosas,
Ardiendo en parasismos mas vistosas,
Que con el sentimiento se mejoran,
Pareciendo mejor cuando mas lloran.
Oh bellezas, llorad, seréis mejores,
Y en las nocturnas tristes, blancas horas,
Dejad los resplandores,
Dejad el soliman, y no este encanto;
Que el afeite mejor es el del llanto.
Triunfa la ceguedad de la hermosura,
Gigante abulta el miedo la estatura,
Siendo en la realidad solo pigmea;
Temida confusion pinta la idea,
Buscada claridad, borra la sombra,
Respira el viento ansioso, y asustado,
De inconstancias el mar se ve alterado,
Los árboles no halagan, que palpitan,
Solo impacientes nieblas resucitan;
Y en su caliginosa oscura cama
Duerme la noche fria,
Y despierta al dilúculo del dia;
Que es propio de quien ama
Dormir sin que le vean,
Aunque al revés las damas se lo crean.
El buho y la lechuza
Rondan, aquel buscando por despojos
Los pájaros contrarios de sus ojos,
Y aquella la simiente de una alcuza.
El murciégalo inquieto ó verpertilio
Es ya de la tiniebla torpe filio.
¡Oh á lo que obliga á un hombre un consonante!
¿Latin dije? Pasemos adelante,
Que es chanflon, que de noche pasa á bulto,
Y podrá disculparle cualquier culto;
Que un latin no es delito de los graves.
En fin, como decia, en repetidos
Lamentos resonaba con gemidos
La infame turba de nocturnas aves,
Gimiendo tristes. Tengan, que yo temo
Que aquí he de trasladar al Polifemo,
Y Góngora fué un hombre tan honrado,
Que de él nadie creerá que me le ha hurtado.
Esto llaman los doctos en la historia
Escribir de memoria
El que tiene infeliz entendimiento;
Mas, como iba diciendo de mi cuento,
¿Ven esta oscuridad, esta congoja,
Este no distinguir tantos objetos,
Este hacer pardos gatos y sugetos,
Y este ser todo crudo de la hoja?
Pues de esto á mí me diera pena,
Si saliera esta noche luna llena.
No salió; y así, á oscuras quedó todo,
Volviendo á porfiar las toscas ranas
En las espumas canas
Ó las negras espumas cenagosas,
Y en un tono cantaron dos mil cosas;
Pues cierto es que por ellas nos dirian
Que cantan mal aquellos que porfian.
Oyéronse cantores mas noveles
En capillas de barro aprisionados,
Ó en la escuela del campo fugitivos,
Que como siempre están desentonados,
Parece confusion de cascabeles,
Y es música de grillos destemplada,
Cuyo gusto es de niños y de viejas,
Para aturdir del mundo las orejas.
Despues se oyó otra música aperreada,
Solo para desvelos inventada,

(1) Aquí cesó el autor, y por llenar las estaciones, prosiguió el que sacó á luz sus obras, que era don Juan de Vera Tásis y Villarroel.

Que componen con maúllos y ladridos
De cansados horrisonos aullidos,
Los gatos y los perros gemidores;
Y no es para alabar á sus señores,
Que no es bien alabarlos
Cuando gastan el tiempo en sustentarlos,
Siendo alhajas inútiles y odiosas;
Que no saben servir para otras cosas,
Sino es para inquietar á los vecinos
Y á los mas descuidados pasajeros.
Bien hayan los silgueros,
Bien hayan los domésticos pollinos;
Que aquellos melodías dan al viento,
Y estos sirven de carga y aun de asiento.
Ya en las calles se sueltan los leones,
Asustando la gente y las narices,
Y todas las gallegas fregatrices,
Con ventanas, ocupan canelones,
Donde con ciertas voces temerosas
Arrojan unas cosas,
Y ofrecen otras, que su voz desmienten,
Aunque, sin ser gallegas, todas mienten,
Cuando se hallan allí de mano armada.
La vieja arrebolada
Ya se pone la pasa, y ya la fea
Busca afeites, por donde no lo sea,
Ó menos lo parezca á la mañana;
Pero cuando maneja edad temprana,
Y está limpia de aquellos gatuperios,
Si al mundo no parece mas hermosa,
Parecerá lo mismo ú otra cosa;
Pues siempre expuesta está á los vituperios,
Aunque de los piés se unte á la cabeza,
Que el unto en cualquier fea desfigura,
Y no hay mayor belleza
Que quince años, si son con hermosura.
Ya los amantes se arman de paciencia,
Estoques y broqueles,
Y por las calles van con cascabeles,
Para hacer temerosa una pendencia;
Y aunque en toda la noche no los usen.
Se alegran de saber que el ruido sienten,
Para que unos á otros se amedrenten,
Hasta llegar al sitio destinado,
Donde frio uno, y otro enamorado,
Triunfa del ciego Dios, si triunfar puede,
Y vence á la hermosura,
Si ella es boba, ó el gusto al amor cede;
Aunque hay otros que rondan por locura,
Y estos los menos son perjudiciales,
Pues llevando catarros y serenos,
Menos ofenden, porque engañan menos,
Las incautas las débiles mujeres.
¡Oh nocturno amor loco! ¿Qué mas quieres,
Cuando ciego te nombras?
Llámante ya hijo y padre de las sombras;
Pues apadrinando andas ceguedades,
Dime: ¿Cuántos, amando oscuridades,
De noche han disfrutado su deseo?
Cuántos engaños finge un torpe empleo?
¿Quién habrá que lo sume?
Quién de tan aritmético presume?
Nadie habrá, si no es yo, pues yo lo digo
Porque de muchos casos fuí testigo,
Y aseguro que, mas que una alcahueta,
Mas que un espeso monte y un poeta,
Mas que un sagaz solícito tercero,
Mas que una falsedad, mas que un sombrero,
Y mucho mas que un manto y mas que un coche,
Ha cubierto la capa de la noche.
Detrás de los amantes descuidados
La ronda se formaba de alguaciles
Y porquerones viles,
Con mas uñas que el sol en el enero;
Que como hay en campaña enamorados
(Y no todos amamos sin dinero),
Con reservas de garras prevenidos,
Van en busca de estoques y coletos,
Y tambien de metales prohibidos,
Verbi-gracia, doblones,
Plata y cobre tambien, que inadvertidos,
Los quisieron dejar en los calzones,
Para cebo de gatos y ladrones;
Con que vuelven á casa con dinero.
Quedando muy contento un majadero
De redimir la cárcel y la espada,
El coleto y broquel en dos mil reales;
Sin saber que los tales
La llevan siempre armada
Del civil interés y la codicia,
Que en esto solo fundan su justicia,
Por ser á la que atienden,
Pues no pueden saciarse en lo que emprenden,
Si no es en lo que agarran
A los tristes incautos inocentes
Ó á los mas advertidos delincuentes,
Dándoles libertad, que es lo que piden,
Porque son como médicos, que comen
Con el enfermo mas que con el muerto.
Y así, es fuerza que tomen,
Cuando mas se comiden,
El dinero presente, que es el cierto;
Que allá en la cárcel se usan otros gastos,
A quienes niegan este beneficio,
Porque son unos de otros tan ingratos,
Como aquellos que son de un mismo oficio.
Mas ¿dónde voy con pié desacertado,
Con la dura cadena siempre errado?
—¡Ay Marica! Ay mi dueño! Ay mis amores!
¿Cómo paso la noche toda en flores?
Olvidando tus uñas y tus manos,
Siendo las mas agudas y mas prontas
Que las de todo un gremio de escribanos,
Pues estas son muy tontas,
Y las tuyas tan largas y discretas,
Que pudieras prestarlas á poetas,
Para escribir sus coplas, si se pierden,
Que es cebo con que engordan los concetos;
Porque aunque nunca comen, siempre muerden
Por hambre ó por envidia,
Pues saciarse en lo ajeno no fastidia.
¿Qué harás, hermosa fiera,
Toda la noche entera,
Si no piensas en mí y en tus rigores?
¿Juzgas que es gusto, di, morir de amores?
Abre los ojos ya, pues has cenado;
Cierra la boca ya, pues estás harta.
Considera este nuevo enamorado
Que de tu ingratitud nunca se aparta,
Y ha dado en adorarte por locura,
Porque vió tu crueldad y tu hermosura
Retratada en las coplas de un amigo;
Y siquiera esta noche hazme testigo
De tus ojos hermosos de repente;
Verélos sepultar en su occidente,
Océano donde bañas tus dos soles,
Aunque salgas despues con arreboles;
Que tambien lo hace el sol cuando se oculta
En la purpúrea tarde, y á la aurora
Con estas mismas señas la mejora.
No te acuestes, tirana, sin mirarme,
Ensáyate una vez en requebrarme;
Mira que si me quieres,
Un dia te haré rosa, otro Diana,
Otro sol y deidad en la pintura;
Y haré que los que te amen
Doña Marica de estacion te llamen,
En la noche, el cenit, tarde y mañana;
Con que así excederás á las mujeres,
Mas que por tu beldad, por mi locura.
Y será tu hermosura,
La primera del orbe celebrada.
Vivirá de tí el hombre enamorado,
Como en casa te estés siempre encerrada;
Y como mis amantes versos sean
Los mayores en arte y en conceto,
Muchos habrá en el mundo que lo crean,
Como han creido la Laura del Petrarca,
Por el dulce pincel que la ha pintado.
Estáte, niña, en casa, y no te vean;
Probemos, mi Marica, esto secreto.
Alma mia, haz solo esto que hoy te digo;
Mira que es bueno un poeta para amigo.
¡Oh mi bien! Oh mi amor! Oh asombro mio!

Oh árbitro general de mi albedrío!
Oh veneno, que brindas cuando ofendes!
Oh fuego, que mi helado pecho enciendes!
Oh basilisco injusto y halagüeño!
Oh mi estinge! Oh sirena! Oh hermoso dueño!
Oh mi vida, excepcion de las mujeres!
Maldita sea mi vida si aquesto eres.
¿Ya te acuestas, tirana, y no me miras?
¿Te he dicho ya mi amór, y no suspiras?
¡Oh! ¡Quién copiar pudiera tu luz bella,
Ahora que desaliñas los vestidos!
Mas temo la inquietud de mis sentidos,
Con las severidades de mi estrella,
Y osar descomponer á una doncella
Que en tal reputacion siempre ha vivido,
Es un acto negado á mis pinceles,
Y un acto prohibido
En quien siente unas ansias tan crueles,
Como las que yo siento en mi memoria;
Y hoy negar quiero al mundo desta gloria,
Que es fuerza que te pinte muy perfeta,
Si ha de salir la copia parecida;
Y es accion indiscreta
Que en el retrato ponga yo la vida,
Y al mirar tu deidad todos te adoren,
Y por solo matarme te enamoren,
Aumentando mis ansias y desvelos
Con el veneno agudo de los celos;
Que á este riesgo se expone aquel que ama,
Y andar quiere en pintas con su dama.
Mas ¿qué es esto, Marica? ¿Te desnudas
Sin sumiller de cuerpo y sin un alma?
Mas que te lleve Júdas
Con un palmo de lengua y una palma,
Pues has dado en decir que eres doncella,
Y la palma y esotro es para ella;
Si tan sola te acuestas, dueño ingrato,
¿Cómo quieres que poetas te enamoren?
¿Dónde están las doncellas *ad honorem*,
Que no llegan á tí ni á tu zapato?
Y ¿dónde está la cisma
De las dueñas que asiste á las deidades?
Ya conozco, cruel, tus falsedades,
Pues fuera de la crisma
Sin duda eres doncella de tí misma,
Y lo pruebas muy bien; que á las doncellas
No las desnuda nadie si no es ellas.
¡Quién pudiera acabar de desnudarte!
Aunque yo no merezco el descalzarte;
Y obrara un grande error, pues nadie duda
Que al hombre la mujer es quien desnuda,
Cuando mas da en quererla,
Y da, por dar así, en aborrecerla;
Mas ¡ay! que si yo entrara de repente,
Aunque no estás vecina de la fuente,
Fuera un Acteon segundo, y mas protervo,
Y sin ese peligro soy tu siervo;
Y juzgo que al mirarme tu hermosura,
Por casta, por turbada ó por figura,
Me negaras tus blancos miembros bellos,
Tomando la ocasion por los cabellos;
Y el susto con rigor vano intentara
Con las faldas cubrir tu hermosa cara.
¡Ay de mí! que corriste la cortina,
O apagaste el candil, que en ti es lo mismo,
Donde el último infausto parasismo
Se extinguió tu moderna luz divina;
¿Qué hará ya un albedrío desvelado,
Viendo dormir al sol á pierna suelta?
Y ¿qué hará el alma mia mal envuelta,
Si al amor ve acostar bien empañado?
¡Ay Marica! repito, ¿qué hará un triste,
Que de caliginoso horror se viste?
Mas infeliz que el buho y el cuclillo,
Mas gemidor que el grillo
Y los pájaros tristes agoreros;
Que estos son de la sombra precursores,
Y en las tinieblas viven consolados,
Como yo en tus lustrosos esplendores,
A expensas de quien cuento mis cuidados.
¿Ves, Marica, las rondas, los leones,
Los sustos que pinté en oscuridades,
Los intrépidos fieros escuadrones,
Que arma la fantasía y finge el miedo?
Todos con realidades,
Todos vencerlos puedo
Solo estándome en casa sosegado,
De una tea ó velon acompañado;
Y así, desterraré las sombras frias,
Sin temer las humanas baterías.
Mas para tí no hay luz, no hay fuga ó miedo,
Pues nadie para amor halló remedio.
Solo tú darle puedes apacible,
Para hacerme triunfar deste imposible.
La estacion de la aurora no la siento,
Porque en mi corto lecho estoy dormido;
La estacion del cenit no la he sentido,
Porque en mi escasa mesa estoy de asiento;
La estacion de la tarde me remedia,
Pues cómo y me divierto en la comedia;
La estacion de la noche es quien me mata,
Porque duermo en ausencia de una ingrata;
Y así, paso con pena ó alegría
Por las cuatro estaciones todo el dia.
Sacude esos dormidos
Ojos, que me despiertan con ronquidos,
Pues de dia me bastan para enojos,
Ver que meces y arrullas ambos ojos.
Dulcísimo peligro de mi vida,
Norte condicional de mis tormentas,
¿Posible es que mis ansias no las sientas,
Abriendo tantas bocas una herida?
Posible es que á su ruido no despiertes,
Y que un alma consientas tan dormida?
Si eres mi alma, ¿por qué no te diviertes?
Alma mia, maldita sea mi alma,
Pues me deja en un crespo mar en calma.
Sosiéguense las ráfagas, Marica,
Peina al salado mónstruo, sosegada,
Rizas guedejas, verdes, espumosas,
Y deja tu cabeza, si te pica,
Con la rubia madeja enmarañada;
Que no se han de rascar aquesas cosas
Las doncellas caseras y hacendosas,
Y mas, cuando un amante desvelado,
Por soñar que te quiere, está despierto,
Que no le falta mas que el estar muerto
Para verse difunto y enterrado.
Enfrena el tempestuoso mar airado,
Sulque sereno yo su golfo incierto,
Y tome en los principios fel z puerto.
Mira que ya no gusto de morirme,
Mira que aunque tú quieras no he de ahogarme,
Mira que me hallo bien con no matarme,
Y mira que por nada he de pudrirme;
Y si no miras esto bien mirado,
Mirarásme, tirana, consolado.
Lleno estaba el teatro de la vida,
Como el amago dulce de la muerte,
En el sueño que postra á mi homicida,
Y á todos los mortales de una suerte,
Cuando escasos albores se admiraban,
Que en las soberbias cumbres transmontaban,
Y eran señas del cándido lucero,
Que nuncio es deseado y mensajero
Del alba blanca y la purpúrea aurora;
Y como la una rie y la otra llora,
Atendiendo á mi amante desvarío,
Aumentaron la risa y el rocio.
Tanto puede de amor el dolor, tanto,
Pues llegó á conseguir su risa y llanto,
Que yo convaleciera adredemente
De todos mis dolores de repente.

CANTOS Á CINTIA.

CORO PRIMERO, DE MUSAS.

¡Oh sacro Apolo, infúndeme ahora,
Bien que en mi pecho sé que no cabe,
El dulce acento de tu suave
Lira canora!

CORO SEGUNDO, DE PIÉRIDES.

¡Oh Apolo sacro! Haz que Hipocrene
Hoy á mi acento, la espumosa plata,
Que de ese escollo dulce se desata,
Dulce se enfrene.

CORO 1.º

Hoy al acento menos sonoro
Voces infunde tan celestiales,
Que ser merezca de sus cristales
Cisne canoro.

CORO 2.º

Haz que el Parnaso glorias blasone,
Permite que salga mi voz vitoriosa,
Y que mis sienes la desdeñosa
Dafne corone.

CORO 1.º

Oye las glorias de aquella inhumana
Deidad que celebras por peregrina,
Hermosa siempre, siempre divina,
Siempre tirana.

CORO 2.º

Oye las glorias de aquella que amada
De mas de un afecto ha sido sin duda,
Por bella y esquiva, Pálas desnuda,
Vénus armada.

CORO 1.º

Vén, oh Cupido, vén, vén, oh Cupido;
Vén, oh Cupido, vén, y mas que armado
De las saetas siempre venenosas;
Vén de purpúreas rosas,
Vén de cándidos lilios coronado.
Depon ya los rigores,
Suspende los ardores
Que la antorcha fulmina poderosa.
Mírese alguna vez tu aljaba ociosa,
Y el arco suspendido.
Vén, oh Cupido, vén, vén, oh Cupido.

CORO 2.º

Vén, oh Cupido; y no sañuda fiera
Tire rugiente el carro luminoso;
Enfrénese tu brazo generoso;
El ave de tu madre lisonjera
Bata las alas libre,
Sin que tu diestra vibre
El mas dorado arpon, el mas suave.
Descanse alguna vez del dolor grave
Nuestro pecho encendido;
Vén, oh Cupido, vén, vén, oh Cupido.

CORO 1.º

Vén, oh Cupido, y las azules plumas
Ligero entrega al aire vagaroso.
Asiste, pues, oh hermoso
Nieto de las espumas,
A las glorias de aquella
Mas que tu madre bella.
Deja de Chipre el soberano imperio;
Y por los verdes bosques de Pierio,
Deja á Pafo y Egnido;
Vén, oh Cupido, vén, vén, oh Cupido.

CORO 2.º

Vén, oh Cupido, y de la lince vista
Desate el lidio dios el lazo de oro;
Al uno y otro coro
Con ojos libres tu deidad asista.
Oye, mas no envidioso de sus glorias,
De Cintia las victorias,
Aquel milagro esquivo como hermoso,
Pues en lo rigoroso
Emula tuya ha sido;
Vén, oh Cupido, vén, vén, oh Cupido.

REDONDILLAS DE PIÉ QUEBRADO.

A cierta dama purgada, á quien otras la daban vaya en el dia que se purgó.

Musa, ponte pedorreras,
Si es que pródiga me soplas,
Para escribir unas coplas
Pasaderas.
Para la ninfa mas bella
Hoy escribo: en conclusion,
Todos los conceptos son
Para ella.
Respondo pues en juicio
A su trova ingeniosa,
Que ha sido muy provechosa
Y de servicio.
A Vénus sus adivinos
Dos palomas la copiaron,
Pero á Isabel la pintaron
Con palominos.
Quiero contar en rigor
Un suceso no comun,
Que le sucedió con un
Su servidor.
Este tal es de Isabel
Tan querido sin enojos,
Que ella y las demás los ojos
Ponen en él.
Es de todas las deidades
El servidor, el *non plus*,
Con él comunican sus
Necesidades.
Isabel no pudo mas;
Y así, fué con él un dia
A un negocio que traia
Muy de atrás.
Vióse la niña apurada,
Porque la suerte inconstante
Por detrás y por delante
La hizo cerrada.
Y como los elementos
Tienen sus divinas fraguas,
Empezó á soltar las aguas
Y los vientos.
Y como se remontó,
Águila, entre sus amantes,
Algunas plumas volantes
Diz que soltó.
Al ruido que sonaba
Las demás ninfas llegaron,
Y por el olor sacaron
Lo que pasaba.
Amantes, los mas leales,
Que os ardeis en vivas llamas,
Mirad que tienen las damas
Arrabales.
No creais en peregrinas
Bellezas, que es sin razon,
Pues de la cámara son
Las meninas.
Sabed que soles y estrellas
Sueltan suspiros sin cuento;
Aunque esto es cosa de viento
Para ellas.
Que aunque están muy satisfechas
De que en su beldad reparan,
Sabed que todas disparan,
Y no flechas.
Todas tienen mil primores,
Si el labrar se les antoja,
Porque hacen de seda floja
Sus labores.
Estas, que todo lo encienden,
Corchetes de Satanás,
Bien sé yo que sueltan mas
Que no prenden.
De Antonia y Clara á porfía
Dicen los que amantes penan,
Que son cielos, porque truenan
Cada dia.

De Ignacia y Luisa, que hermosas
Son en cuerpo y en semblante,
Por detrás y por delante
Son airosas.
Bernarda y Teresa, crea
De sus penas el amor,
Que si suspiran, no es por
Su chimenea.
Y solamente Beatriz
Tan bello milagro esconde,
Que no huele mal por donde
La perdiz.
Esto les dijo discreta
Isabel; y ellas con arte
Callaron, porque fué en parte
Muy secreta.

FIN DE LAS POESÍAS DE DON AGUSTIN DE SALAZAR Y TORRES.

PROVERBIOS MORALES,

Ó HERÁCLITO

DE ALONSO DE VARROS,

CONCORDADOS

POR EL MAESTRO BARTOLOMÉ JIMENEZ PATON.

DE LOPE DE VEGA.

Este libro es un diamante
Pequeño en la cantidad,
Pero en lo que es calidad
No conoce semejante.
Este, que es de todos cifra,
Nos ha dado ciencia infusa,
Y aunque es cifra, no es confusa;
Que solo verdades cifra.
Es un lenguaje lacon,
Que al etnico quiere mal;
Es un alma sustancial,
Sin cuerpo de dilacion.
Filosófico tesoro,
Que los libros ha quemado,
De cuya seda ha sacado
Solo y acendrado el oro.
Un espejo con vislumbres
De verdad y razon clara,
En que ve el alma la cara
De su conciencia y costumbres.
Es en desnuda verdad
Heráclito cortesano,
Y Demócrito cristiano,
Que llora y rie su edad.

PROVERBIOS.

Cuanto mas lo considero,
Mas me lastima y congoja
Ver que no se muda hoja
Que no me cause algun daño;
Aunque, si yo no me engaño,
Todos jugamos un juego,
Y un mismo desasosiego
Padecemos sin reposo;
Pues no tengo por dichoso
Al que el vulgo se lo llama,
Ni por verdadera fama
La voz de solos amigos.
Ni por fieles testigos
Los que son apasionados.
Ni tampoco por honrados
Los que no son virtuosos.
Ni á los que son envidiosos
Por vecinos de codicia.
Ni pienso que hará justicia
El que no tiene conciencia.
Ni al que le falta experiencia
Tendré por buen consejero.
Ni al caviloso y artero
Llamaré buen abogado.
Ni diré que vi privado
Sin esperanza y temor.
Ni demasiado sudor
Sino por cosas de viento.
Ni tristeza ni contento
Que en un ser permaneciese.
Ni tan gran bien, que no fuese,
Si se mira, gran miseria.
Ni quien hable de la feria
Mejor que en ella le ha ido.
Ni conozco hombre perdido
Que no diga es desdichado.
Ni el que es bien afortunado
Que lo atribuya á ventura.
Ni tan perfecta pintura,
Que no tenga impropiedad.
Ni estimada calidad
De noble que degenera.
Ni tan doméstica nuera,
Que guste de estar sujeta.
Ni he conocido poeta
Señor de mucho dinero.
Ni judiciario agorero
Que con su ciencia no engañe.
Ni hay hombre que desengañe,
Que no venga á ser malquisto.
Ni daño, cuando es previsto,
Que no ayude á moderarse.
Ni descuido que enmendarse
Pueda del todo en la guerra.
Ni tan abastada tierra,
Que un cerco no la consuma,
Ni capitan que presuma
De serlo, que no esté alerta.
Ni el cobarde hallará puerta
Segura para escaparse.
Ni acertará á desculparse
El que hiciere cosa fea.
Ni, aunque ninguno lo vea,
Deja de estar Dios presente.
Ni hay razon mas elocuente
Que el hablar lo necesario.
Ni habrá envidia de adversario
Que no nos cause virtud.
Ni vergüenza en juventud
Que no ayude á deprender.
Ni se puede reprehender
Todas veces al menor.
Ni tiene cebo el amor
Como amar y ser amado.
Ni mas infelice estado
Que es el falto de esperanza.
Ni segura confianza
En fuerzas ni en poca edad.
Ni tal prueba de amistad
Como cárcel ó pobreza.
Ni vi fama con firmeza
En vida del propio dueño.
Ni mas envidiado sueño
Que el falto de obligacion.

Ni gran bien en posesion,
Que se iguale al merecerle.
Ni oficio que el deprenderle
No tenga dificultad.
Ni fuerza ó necesidad
Que no turben el juicio.
Ni agradece el beneficio
El que al segundo aguardó.
Ni el consejo despreció
Sino el que es del suyo pobre.
Ni hay hombre ni flor que cobre
A la tarde su color.
Ni tiránico furor
Como belleza y poder.
Ni se debe agradecer
Al que es con favor gracioso.
Ni el perfeto religioso
Teme á la fortuna y hado.
Ni es cuerdo el que está enfadado
De que cualquiera le ruegue.
Ni es justo que nadie juegue
Asegurado en su engaño.
Ni el que con ira hace daño
Teme el que venirle puede.
Ni es razon que siempre quede
En gente comun la carga.
Ni hay quien tenga vida larga
Que no tenga larga pena.
Ni es sábio el que se condena
Por culpa que otro merece.
Ni el que por miedo agradece,
Dirémos dél que fué grato.
Ni es menester mucho rato
Para saber hacer mal.
Ni demasiado caudal
Para el socorro de un bajo.
Ni el excesivo trabajo
Deja al paciente llorar.
Ni puede un engaño estar
Por mucho tiempo ocultado.
Ni hay hombre muy descuidado,
Que tambien no sea perdido.
Ni el que ha sido preferido
A otros debe estar triste.
Ni el que su vicio resiste
Le dejara de vencer.
Ni hay quien sepa qué es saber,
Que en saber no se desvele.
Ni cosa que mas consuele
En el mal que la esperanza.
Ni coge nadie ni alcanza
Otro fruto del que siembra.
Ni se ha de dar á la hembra
Tanta mano cuanta toma.
Ni hay carcoma que asi coma
Como mala compañía.
Ni el que hace demasía
Puede vivir con reposo.
Ni habrá ningun todo hermoso
Con partes sin proporcion.
Ni da ser á las que son
Sin valor, sino el provecho.
Ni hay descendiente derecho,
Que á su natural no torne.
Ni juez que se soborne
A pleito determinado.
Ni puede haber trato honrado
Con palabras de dos haces.
Ni se logran los secuaces
De la vana profesion.
Ni sin favor de razon,
Se usa bien del albedrío.
Ni es loable el señorío
Que todo su fin es vano.
Ni hay franco que no esté ufano
De dar, que es acto gustoso.
Ni mas cierto y deleitoso
Amigo que el libro bueno.
Ni sábio que en vicio ajeno,
Para el suyo no escarmiente.
Ni hay estado preeminente,
De fortuna asegurado.
Ni soberbio bien criado,
Ni avaro que no esté hambriento.
Ni como el bueno hay sediento
En el hacer beneficio.
Ni aquel que es flojo en su oficio
Tendrá vejez sosegada.
Ni planta que esté arraigada
Se arranca sin azadon.
Ni da el mundo galardon
Mas que oprimir al mundano.
Ni hay quien no tenga en su mano
Su tormento ó su quietud.
Ni hay claridad de virtud
Que soberbia no escurezca.
Ni fama que así perezca
Como el buen nombre en el malo.
Ni abundancia con regalo
En casa desconcertada.
Ni habrá ira represada,
Que al cabo no engendre ódio.
Ni son Pasquin y Marfodio
Poco freno á poderosos.
Ni hay pobres facinerosos
Que no busquen novedades.
Ni mas dañosas maldades
Que con fingida inocencia.
Ni demasiada licencia
Que no cause algun desórden.
Ni congregacion con órden,
Si en su gasto no se prueba.
Ni hoy apruebo al que reprueba
La letura de la historia.
Ni por tener gran memoria,
El hombre de sí se acuerda.
Ni es previsto el que recuerda
Despues de venido el daño.
Ni es buen conocer de engaño
Cuando excusar no se puede.
Ni vana ambicion concede
Reciproca cortesía.
Ni tiene en la medianía
Fortuna mucho poder.
Ni falta jamás qué hacer
Al que bien quiere ocuparse.
Ni puede alguno librarse
De envidia ó de menosprecio.
Ni hay escudo para un necio
Como el yerro del honrado.
Ni el que no sigue al pasado
Le hereda en lo que es nobleza.
Ni hay socorro con pereza,
Que sea prueba de amistad.
Ni comun conformidad
A quien no tema el vecino.
Ni mas loco desatino
Que hablar ó obrar con jactancia.
Ni hay daños con abundancia,
Que no se puedan llevar.
Ni hay provecho cual gastar
Bien el tiempo antes que acabe.
Ni sabe poco el que sabe
Vencer su dificultad.
Ni hay viciosa ociosidad,
Que mil males no acarree.
Ni lo que el hombre posee
Ha de ser para sí solo.
Ni hay del uno al otro polo
Lugar sin ingratitud.
Ni consuelo en senetud,
Que se iguale al de la ciencia.
Ni es del malo la elocuencia
Mas que una falsa agudeza.
Ni luce antigua nobleza
Con la moderna mancilla.
Ni es menester gran vajilla
Para mitigar la hambre.
Ni mas que un hilo de estambre
Para enfrenar al que es bueno.
Ni en república hay veneno
Como un repúblico escaso.
Ni hacienda de Mida ó Craso,
Que sufra el gasto del uso.
Ni del tímido y confuso
Se espere aumento de hacienda.
Ni hay libertad que no penda
De un hilo flaco y delgado.
Ni puede el bien que es pasado
Dar gozo en el mal presente.
Ni hay cosa que mas contente
Que un deseo conseguido.
Ni enfado al que es resabido,
Como alcanzarle su intento.
Ni sufre un gran pensamiento
Mediania en sus efetos.
Ni habrá tan rudos sugetos,
Que el arte no los mejore.
Ni aunque el avaro atesore,
Pondrá fin á su deseo.
Ni suele dañar rodeo
Á lo que razon no pudo.
Ni habrá viejo tan sesudo,
Que caduco no sea un niño.
Ni hermosa con desaliño,
Que se estime su hermosura.
Ni hora que esté segura,
Siendo contraria la suerte.
Ni hay dulzura cual la muerte
Para el que la está llamando.
Ni vida que en comenzando
No esté cerca del extremo.
Ni forzado que ande al remo,
Que no pueda ser dichoso.
Ni hay ladron para el reposo
Como una aficion secreta.
Ni tan ligera saeta
Como el pensamiento humano.
Ni mas bárbaro tirano
Que el que con muerte castiga.
Ni hace fe cosa que diga
Quien tiene poco poder.
Ni debe nadie escoger
Cosa que luego deseche.
Ni hay consejo que aproveche
Á la loca juventud.
Ni por qué buscar salud
Entre vejez y cuidado.
Ni hay Milon tan esforzado,
Á quien no venza un mosquito.
Ni término mas finito
Ni infinito que el del hombre.
Ni fama, por mas que asombre,
Que no sea corruptible.
Ni vista mas apacible
Que virtud en cuerpo hermoso.
Ni es mal estorbo al vicioso
Debilidad ó acidente.
Ni hay caudal tan suficiente,
Que baste al gasto de un loco.
Ni quien suba poco á poco,
Que no descienda rodando.
Ni al que su ruego es mandando,
Que se le pueda negar.
Ni fuera malo olvidar
Mil cosas por la quietud.
Ni donde falta virtud,
La elocuencia es provechosa.
Ni vi mas áspera cosa
Ni mas blanda que la lengua.
Ni quien note ajena mengua,
Que tenga limpio su seno.
Ni es consuelo el mal ajeno,
Que remedia el propio mal.
Ni sirve mas que de sal
El alma en cuerpo vicioso.
Ni he visto quien dé en gracioso,
Que no tenga mil rencillas.
Ni el que no sufre cosquillas
Puede usar de libertad.
Ni se puede una verdad,
Si es cruda, dar á comer.
Ni hay quien se pueda valer
Contra su propio deseo.
Ni quien sepa sin rodeo
Dar satisfacion á un necio.

Ni quien sufra un menosprecio,
Si no es santo ó pretensor.
Ni es verdadero valor
Del ingenio el agudeza.
Ni da desdicha tristeza,
Cuanto alegra gloria falsa.
Ni el pobre que busca salsa
Merece ser socorrido.
Ni el que es loco y atrevido
Vive con seguridad.
Ni puede haber calidad
De que el hombre no sea dino.
Ni mas bravo desatino
Que el desprecio de la vida.
Ni habrá hombre que se mida,
Que no asegure su estado.
Ni tan soberbio elevado,
Que pobreza no le mude.
Ni quien sepa, aunque mas sude,
En qué está el daño ó provecho.
Ni ofensa que se haya hecho,
Que á tiempos no resucite.
Ni habrá contento que quite
Tan solamente una cana.
Ni vanidad cortesana
Que deje al dueño que duerma.
Ni habrá fama que, si enferma,
No tenga difícil cura.
Ni se gana sin ventura,
Ni se conserva sin arte.
Ni por perder una parte
Se ha de aventurar el todo.
Ni hay hombre que por su modo
No sea un loco perenal.
Ni con falta de caudal
Es bueno levantar obra.
Ni pienso que á nadie sobra
Dinero para mal uso.
Ni tiempo al hombre confuso
Para bien ni mal obrar.
Ni quien sepa moderar
La hambre del apetito.
Ni hay manjar tan exquisito,
Que siendo mucho no enfade.
Ni vicio, por mas que agrade,
Que no remuerda ó condene.
Ni el que pocas fuerzas tiene,
Las probará, si no es necio.
Ni hay cosa de mayor precio
Que un socorro en ocasion.
Ni mas discreta razon
Que acertarse á defender.
Ni plebeyo ni mujer
Que del fausto no se admire.
Ni quien por derecho tire,
Que no lo estime en muy poco.
Ni hay medicina de un loco,
Cual memorar el morir.
Ni quien sepa bien medir
Á sí y á su sepultura.
Ni sirve, do no hay ventura,
Grandeza de corazon.
Ni es cosa puesta en razon
Buscar sin virtud gran fama.
Ni pensar que está en la cama
El sueño del ocupado.
Ni hay sueño, si es demasiado,
Que no apague la memoria.
Ni virtud de cuya gloria
No se alcance algun provecho.
Ni el bueno cuida en lo hecho,
Sino en buscar qué ha de hacer.
Ni aflige mucho el perder
Aquello que poco cuesta.
Ni el que da mala respuesta
Criará nuevos amigos.
Ni aprobaré los testigos
Que vienen sin ser llamados.
Ni escapan de ser culpados
Los que culpas favorecen.
Ni de los que mucho ofrecen
Habrá promesa segura.
Ni vi silencio y cordura
Juntos en fiesta ó convite.
Ni prudente que no quite
Las ocasiones de ira.
Ni mas acepta mentira
Que engañando al enemigo.
Ni quien tenga paz consigo,
Si con otros es culpado.
Ni loco y desenfrenado
Como el inorante y rico.
Ni grande que no sea chico
Si carece de virtud.
Ni aficion en juventud,
Que á lo que es honesto mire.
Ni hombre que se retire,
Que falte quien le condene.
Ni quien por algun bien pene
De que no tuvo noticia.
Ni hay virtud que con cudicia
No se aniquile y deshaga.
Ni el peligro tiene paga
Que con el honor se iguale.
Ni se estima en lo que vale
De los pobres el consejo.
Ni hay grande que no sea espejo
De las obras del pequeño.
Ni casado que sea dueño
De su libertad amada.
Ni honra mas estimada
Que la ganada en la guerra.
Ni chica ni grande tierra
Donde el sábio no aproveche.
Ni quien el triunfo deseche,
Que tenga poco valor.
Ni atrevimiento peor
Que el muchas veces usado.
Ni es bien que se muestre airado
El que pocas fuerzas tiene.
Ni será amigo el que viene
Á serlo á mas no poder.
Ni se pueden bien hacer
Juntamente muchas cosas.
Ni son igualmente honrosas
Las hazañas militares.
Ni son todos los telares
Castos como el de la griega.
Ni es sinrazon que al que niega,
Se niegue lo que él negó.
Ni puede el que mal pagó
Una obra otra pedir.
Ni es grande ofensa partir
Con el que es mas poderoso.
Ni siente bien el dichoso
El daño del desdichado.
Ni mejora el desterrado
Si con sus vicios se muda.
Ni hay quien ponga la fe en duda,
Que alguna vez no la niegue.
Ni cosa que así nos ciegue
Como un falso adulador.
Ni la certeza de amor
Se alcanza sin gran rodeo.
Ni satisface el deseo
Lo que nos puede faltar.
Ni el cuerdo ha de comenzar
Cosa que no sea loable.
Ni hay esperanza mudable
Como es la del afligido.
Ni tiene el que fué rendido
Gana de nueva pendencia.
Ni hay estado á quien la ciencia
No le honre ó le mejore.
Ni pleito que se empeore
Si el escribano es amigo.*
Ni hay peligro en el castigo
Como una secreta ira.
Ni se encubre la mentira
En el rostro con temor.
Ni hay hombre de gran valor
Que el peligro le acobarde.
Ni otra cosa que mas tarde
Que aquella que no se empieza.
Ni acompañan á pobreza
Respeto ni adulacion.
Ni siguen á la razon
Necesidad ni abundancia.
Ni tiene poca jatancia
Quien no halla otro su igual.
Ni hay quien guste de su mal
Como el enfermo de amor.
Ni toma buen defensor
El que en su fortuna fia.
Ni hay juez de una porfía
Tan bueno como el suceso.
Ni quien ame con exceso,
Que repare en el trabajo.
Ni siente la falta el bajo
Como el que próspero ha sido.
Ni habrá caso acontecido,
Que no finja el que lo cuenta.
Ni vi mas notoria afrenta
Que honrarse con yerro ajeno.
Ni pienso que al hombre bueno
Le puede faltar ventura.
Ni al que pierde coyuntura
Tendré por buen negociante.
Ni hay cosa mas inconstante
Que la honra de un soldado.
Ni hombre mas engañado
Que el que á los otros engaña.
Ni en porfía donde hay saña
Se averigua la verdad.
Ni hay obra de autoridad,
Si le falta al que la hace.
Ni el prometer satisface
Como el dar, aunque sea poco.
Ni es justo se dén á un loco
Armas para lastimarse.
Ni pueden bien acertarse
Las cosas do no hay consejo.
Ni faltará sobrecejo
Al honrado y oprimido.
Ni hay consuelo al afligido,
Como su propia inocencia.
Ni perfeta diligencia,
Sino la nueva aficion.
Ni aprovecha un buen varon
Tanto como daña un malo.
Ni es menester gran regalo
Para conservar la vida.
Ni hay discreto que no mida
Su gasto con su poder.
Ni quien acierte á correr
Alcanzando como huyendo.
Ni puede el que está temiendo
Acertar cosa que haga.
Ni hay precio que satisfaga
Al hombre que es codicioso.
Ni se alegra el envidioso
No estando el vecino triste.
Ni todo el vivir consiste
Sino en una buena muerte.
Ni hay cosa que en todo acierte
Ser á otra semejante.
Ni condicion inconstante,
Que á los amigos conserve.
Ni pueblo que se reserve
De un doméstico tirano.
Ni dará consejo sano
El que su interés procura.
Ni puede una gran ventura,
Si no hay otra, conservarse.
Ni es dificultoso hallarse
Lo necesario á la vida.
Ni es de raiz entendida
La ciencia sin experiencia.
Ni es menester poca ciencia
Para fingir ignorancia.
Ni al que no ensalza abundancia
Le abate tribulacion.
Ni hay quien no ponga aficion
En su propio beneficio.
Ni quien acierte un oficio,
Si en él primero no ha errado.

Ni teme ser salteado
Quien no tiene qué guardar.
Ni la virtud puede estar
Por mucho tiempo encubierta.
Ni la esperanza que es muerta
Hace alegre al que la tiene.
Ni hay hacienda, cuando viene
Sin trabajo, que se estime.
Ni vicio que no encamine
Nuevo vicioso deseo.
Ni tengo por buen trofeo
La estatua no merecida.
Ni acorta tanto la vida
Vejez como mal vivir.
Ni hay enfado cual sufrir
Una mujer melindrosa.
Ni obra dificultosa
Que con el uso lo sea.
Ni quien mal su tiempo emplea
Que el tiempo no le castigue.
Ni hay hombre que no mitigue
Su apetito con temor.
Ni entre los malos peor
Que el que de serlo se precia.
Ni mujer, si no es muy necia,
Que no tema algun malsin.
Ni hay donde se acerque el fin
Como á la cosa madura.
Ni mas triste desventura
Que la que es sobre alegría.
Ni dádiva muy tardía,
Que se estime por lo que es.
Ni amistad por interés,
Que pueda mucho durar.
Ni quien guste de tratar
Con amigo que empobrece.
Ni tengo del que aborrece
El vivir buena opinion.
Ni habrá tan fuerte aficion
Que con otra no se quite.
Ni vicio, si se permite,
Que no venga á ser peor.
Ni sufrimiento mejor
Que el que excusar no se puede.
Ni amistad, si se concede,
Que no pida otra amistad.
Ni hay simpleza y claridad
Como el lenguaje del justo.
Ni puede vivir con gusto
Quien tiene mala intencion.
Ni hay flacas fuerzas, si son
Ayudadas de la ira.
Ni quien tema á quien le mira,
Que no viva con recato.
Ni deleite mas barato
Que el que es fundado en virtud.
Ni se estima la salud
Hasta el tiempo que se pierde.
Ni puede el viejo que es verde
Reñir al mozo liviano.
Ni hay cosa que al trato humano
Ofenda como el mentir.
Ni se saben encubrir
Amor, riqueza y regalo.
Ni hay remedio para un malo
Como acortarle el poder.
Ni se debe prometer
En la vida cosa cierta.
Ni hay Circe que nos convierta
En bestias, como el pecado.
Ni espíritu afeminado
Como el rendido al deleite.
Ni vi mas donoso afeite
Que el que es para encubrir canas.
Ni pláticas muy profanas,
Que no ofendan al oido.
Ni es bien que al arrepentido
Le neguemos el perdon.
Ni que tenga la opinion
Mano contra la verdad.
Ni que halle la maldad
En la justicia descargo.
Ni que el súbdito haga cargo
Que pudo, y no fué traidor.
Ni que apriete al labrador
Quien come de su trabajo.
Ni que se piense del bajo
Que no ha de cortar su espada.
Ni creo que hay mas pesada
Compañía que del necio.
Ni que fué solo Boecio
Sin razon el afligido.
Ni hay alguno tan sabido,
Que sepa lo que le basta.
Ni es justo que por ser casta
La mujer, se haga insufrible.
Ni hay cosa que sea imposible
Al hombre trabajador.
Ni manjar con su sabor,
Si se come á mesa ajena.
Ni cautelosa sirena
Como mujer ofendida.
Ni arte bien aprendida,
Que fácilmente se olvide.
Ni hombre que en lo que pide
Su razon no justifique.
Ni quien haga, aunque predique,
Tanto efeto como obrando.
Ni ganará (como honrando)
Honra el que á otro la dió.
Ni el que es prudente emprendió
Obra sin causa probable.
Ni habrá ley que sea agradable
Igualmente al bueno y malo.
Ni falta un Sardanapalo,
A cuya sombra se peque.
Ni al sabio quien le derrueque,
Por encubrir la inorancia.
Ni hay camino de importancia
Sin algun fin señalado.
Ni beneficio estimado
Como aquel que no se debe.
Ni quien apruebe ó repruebe
Sino segun su aficion.
Ni mucha conversacion
Que conserve gravedad.
Ni muestra tener piedad
El que injuria al inocente.
Ni, si el miedo es eminente,
Habrá respeto que baste.
Ni caudal que no se gaste
En la guerra, cuando empieza.
Ni mas dañosa flaqueza
Que adelantar el temor.
Ni virtud de mas valor
Que hacer bien por solo hacerle.
Ni mas bien que el merecerle,
Pues que no hay mejor caudal.
Ni al que ha sido desleal
Hay por qué guardarle fe.
Ni faltará un no sé qué
Al cuento del malicioso.
Ni es el hombre venturoso
Hasta que excusa á fortuna.
Ni se hizo cosa alguna
Sin algun fin por su modo.
Ni castigo, en parte ó todo,
Falta al delito que es grave.
Ni habrá cerradura ó llave
Que asegure lo estimado.
Ni desórden mas usado
Que aquel que encubrirse puede.
Ni vicio de que nos quede
Mas que vergüenza confusa.
Ni hace poco el que se excusa
Que su daño no le crezca.
Ni hay arroyo que enriquezca
Su corriente de agua clara.
Ni escura noche se aclara,
Que no ofenda al malhechor.
Ni hay quien encubra su humor,
Si se mira en su lenguaje.
Ni quien perdone su ultraje,
Como el viejo enamorado.
Ni al bien hacer que es forzado
Se debe igual recompensa.
Ni hay ninguno que no piensa
Merece cuanto desea.
Ni deseo que no sea
Muy mayor que su esperanza.
Ni en vicios do no hay mudanza
Se puede esperar enmienda.
Ni he visto quien de su hacienda
Se muestre muy liberal.
Ni tiene el pez ó animal
Paz, no estando el hombre ahito.
Ni hay ramillete marchito
Como el bueno y perseguido.
Ni debe ser reprendido
El que á los otros corrige.
Ni es muy fuerte el que se aflige
En el peligro dudoso.
Ni es del bien comun celoso
El que atiende á su interés.
Ni será reto juez
El que para sí no sabe.
Ni habrá medicina grave
Si nos promete salud.
Ni se adquiere la virtud
Sin gran trabajo y sudor.
Ni hay quien estime el amor
Del hombre necesitado.
Ni caballo desbocado,
Como vulgar condicion.
Ni tan áspera prision,
Que un cantar no la consuele.
Ni cosa que así desvele
Como un triste pensamiento.
Ni habrá nuevo acaecimiento,
Que no admire á la inorancia.
Ni ciencia, si es de importancia,
Sin su madre la experiencia.
Ni hay antigua dependencia
Sin algun arcaduz roto.
Ni debe juzgarse un doto
Por voto del que no sabe.
Ni hay hombre que no se alabe
De lo que es ó pudo ser.
Ni el árbol puede crecer
Si es muchas veces traspuesto.
Ni mira á lo que es honesto
El hombre necesitado.
Ni el gloton desconcertado
Entra sano en la vejez.
Ni puede haber buen juez
En los casos de ventura.
Ni tristeza ó desventura
Como falta de justicia.
Ni el valedor con codicia
Suele ser muy verdadero.
Ni el amigo lisonjero
Lo será en fortuna adversa.
Ni conversacion diversa
Le viene á pelo al que es vano.
Ni se ha de dar al liviano
Mucha mano en el gastar.
Ni el arte de aconsejar
Cuadra á todos los juicios.
Ni podrá el que es dado á vicios
Negar que no está cautivo.
Ni hay quien diga que un can vivo
Vale menos que un leon muerto.
Ni que el derecho es muy cierto
Cuando está puesto en contienda.
Ni hay pleito que bien se entienda,
Si es solista el abogado.
Ni es malo que haya mercado,
Porque al fin todo se vende.
Ni puede en lo que no entiende
Ningun hombre dar su voto.
Ni habrá sábio, pobre ó roto,
Que sepa dónde va tabla.
Ni lo que acaso se habla
Por el rico, que no admire.
Ni mayordomo que mire
Por la hacienda como el dueño.

Ni el que obedece con ceño
Da muestras de mucho amor.
Ni el que manda con rigor
Obliga á ser muy querido.
Ni fia de su partido
El que gran partido ofrece.
Ni todo lo que parece
Oro es mas que la apariencia.
Ni hay quien de ajena prudencia
No tenga necesidad.
Ni tan baja enemistad,
Que no cause algun temor.
Ni pacífico señor
Sin obediente vasallo.
Ni gusto que al intentallo
Represente inconvenientes.
Ni bienhechores parientes
Como un amigo, si es bueno.
Ni mas dañoso veneno
Que el malo con agudeza.
Ni hay remedio á la pobreza,
Como acortar el deseo.
Ni mas claro devaneo
Que el que no se determina.
Ni hay bestia falsa, mohina,
Que al cabo no dé su coz.
Ni vale nada la hoz
Que toda yerba no siega.
Ni el que de pasion se ciega,
Puede juzgar con verdad.
Ni en las leyes de amistad
Es buena la medianía.
Ni dicen bien cobardía
Y profesion de milicia.
Ni hay donde crezca codicia
Como do está la riqueza.
Ni quien sienta la pobreza
Como el que rico se vió.
Ni vimos que escarmentó
El ladron ni la hechicera.
Ni se halló bestia fiera
Que no fuese agradecida.
Ni á cólera embravecida
Hay inconveniente grave.
Ni hay mal que al fin no se acabe
Con sufrimiento y paciencia.
Ni remuerde la conciencia
Al pecar como al dar cuenta.
Ni el que ha recibido afrenta
Jamás puede estar quieto.
Ni el que agradece en secreto
Da muestras de agradecido.
Ni deroga el que es vencido
Los pactos del vencedor.
Ni es bueno se use rigor
Con el delito de muchos.
Ni con los hombres machuchos
Se ha de vivir sin recato.
Ni falta jamas un gato
Entre gente descuidada.
Ni lo que á muchos agrada
Puede de todos guardarse.
Ni debe propio llamarse
Lo que se puede perder.
Ni sabrá darse á entender
El hombre que poco sabe.
Ni hay convite en que se acabe
La comenzada razon,
Ni á quien falte obligacion
De amar ó sufrir su padre.
Ni muy amorosa madre
Si á su hijo no da leche.
Ni hay quien menos se aproveche
Del tiempo que el inconstante.
Ni medrará el inorante,
Segun órden natural.
Ni se debe hacer caudal
Del hombre que es mentiroso.
Ni hay soberbio malicioso
Como el blando en el hablar.
Ni freno contra el pecar,
Como la honra ó temor.
Ni desconsuelo mayor
Que hambre en la casa vacía.
Ni poder y lozanía
Que moderen el deseo.
Ni se da por caso feo
Sino el que el vulgo condena.
Ni hay crueldad que en dar gran pena
Sea mayor que el dilatarla.
Ni arte que el imitarla
Iguale con su invencion.
Ni primera informacion,
Que no disponga á creer.
Ni quien le sobre el poder,
Sino al que no le desea.
Ni hay guerra que buena sea
Sin gran causa y gran caudal.
Ni atormenta tanto el mal
Como cuando es perezoso.
Ni hay prueba de un virtuoso,
Como aborrecer el vicio.
Ni hay injuria ó beneficio
Que no esté en la mano ajena.
Ni tiene el justo por pena
La que acaba con la vida.
Ni habrá nueva muy temida,
Que se dude de creer.
Ni mas famosa mujer
Que la que no tuvo fama.
Ni del hombre que se infama
Se puede nada fiar.
Ni es buen modo de juzgar
Las cosas por el suceso.
Ni hay costumbre aun sin exceso,
Que fácilmente se quite.
Ni vicio que resucite,
Que no vuelva mas dañado.
Ni mentir disimulado
Si no se tiene memoria.
Ni habrá tan cierta vitoria
Como una segura paz.
Ni razon mas eficaz
Que el ejemplo y la experiencia.
Ni favorable sentencia
Como cualquiera concierto.
Ni tan abrigado puerto,
Que algun viento no le ofenda.
Ni hay quien sus faltas entienda
Como las de su vecino.
Ni vi mayor desatino
Que pensar nadie que sabe.
Ni hay gran hecho que se acabe
Sin propio valor y ayuda.
Ni á fortuna que se muda
Basta humana resistencia.
Ni suele tener paciencia
El ingenio confiado.
Ni vi hombre apasionado,
Que con la razon se mida.
Ni puede dar gran caida
Aquel que poco subió.
Ni al que por fuerza sufrió
Juzgaré por inconstante.
Ni hay vicio que mas espante
Que hablar mal de los ausentes.
Ni ejemplos mas evidentes
Que los de fortuna adversa.
Ni condicion tan perversa,
Que amor no la trueque y mude.
Ni merece el que no acude
A su negocio, se haga.
Ni hay trabajo de mas paga
Que el que algun peligro excusa.
Ni honra para el que acusa,
Aunque sea á su enemigo.
Ni nos alegra el amigo,
Como al tiempo que se hace.
Ni á gran honra satisface
Moderado pensamiento.
Ni hay pilar de tal sustento
Como el premio y el castigo.
Ni será durable amigo
El que sin causa se inflama.
Ni hay hierro contra el que ama,
Que le tome á mala parte.
Ni el que no sabe su arte
Debe por él ser honrado.
Ni sé cuál da mas cuidado:
La ventura ó desventura.
Ni vi hombre con cordura
Cuando ve el fin de su mal.
Ni al que es casto ó liberal
Se le nota otra flaqueza.
Ni basta sangre ó riqueza
Para dilatar la vida.
Ni el que sufre su caida
Deja de mostrar valor.
Ni puede estar sin temor
El que es de muchos temido.
Ni el que se da por vencido
De fortuna es valeroso.
Ni permanece el dichoso
Mucho en su prosperidad.
Ni es la virtud de humildad
De ninguno aborrecida.
Ni hay hombre que en esta vida
Ponga fin á su deseo.
Ni animalejo tan feo,
Que no pueda conseguille.
Ni traidor que el reducille
Se haga sin grande maña.
Ni provincia tan extraña,
Que para el sábio lo sea.
Ni destierro en ruin aldea,
Que alguno no lo apetezca.
Ni poblacion que carezca
De lo que al vivir le basta.
Ni hacienda para el que gasta
Como pródigo su hacienda.
Ni sábio que en su contienda
De la razon no se ampare.
Ni imprudente que repare
En que no hay de quién fiar.
Ni puede jamás faltar
Consuelo en ajeno daño.
Ni vive con poco engaño
Quien piensa vivir sin pena.
Ni será la causa buena
Si ha de obrar piedad notoria.
Ni hay lastimosa memoria
Como al padre el hijo muerto.
Ni el que vive sin concierto
Cosa intenta sin perder.
Ni suele permanecer
La honra en ócio ganada.
Ni es arte muy acetada
Cuando no es útil su efeto.
Ni del ánimo inquieto
Se espera conformidad.
Ni puede haber gravedad
Donde está amor declarado.
Ni hay vicio mas disfrazado
Que el que parece virtud.
Ni agradable senetud,
Sino sola la del sabio.
Ni habrá ningun astrolabio
Que mida el humano pecho.
Ni tengo por de provecho
Al que á otros no aprovecha.
Ni hay tormenta tan deshecha,
Que al marinero escarmiente.
Ni es razon que el que es regente
Deje de guardar la ley.
Ni puede en ajena grey
Ninguno hacer ordenanzas.
Ni son justas las balanzas,
Si carga la que es dorada.
Ni hay cosa muy bien mirada,
Que no se juzgue de nuevo.
Ni quiero decir que apruebo
Al que presto determina.
Ni será una medicina
Para todos los humores.
Ni jamás vi dos señores
Que quieran juntos mandar.

Ni habrá para qué estimar
Al temerario, aunque acierte.
Ni se puede huir la muerte,
Que es mas que el hombre ligera.
Ni habrá amistad verdadera
Con diversas calidades.
Ni son todas las edades
Dispuestas á un ejercicio.
Ni tiene mas propio vicio
El viejo que la codicia.
Ni mas loable avaricia
Que la del tiempo que corre.
Ni hay amigo que se ahorre
Con otro en lo que es honor.
Ni falta jamás dolor
De la herida del agravio.
Ni comienza el hombre sábio,
Sin gran consejo, gran cosa.
Ni puede ser provechosa
Reprehension con menosprecio.
Ni se conoce el que es necio,
Siendo sufrido y callado.
Ni hay caballo desbocado
Como libertad de pobre.
Ni hay caudal que tanto sobre
En todos, como es locura.
Ni se muestra la cordura
Del hombre como en casarse.
Ni hay quien quiera adelantarse,
Que obrando no se aconseje.
Ni rico gloton que deje
Por el precio el buen bocado.
Ni tiene en lo que es pasado
Fortuna ningun poder.
Ni puede dejar de ser
Lo que ya una vez se hizo.
Ni lo que mas satisfizo
Deja luego de cansar.
Ni hay quien mas se obligue á dar
Que aquel que á dar comenzó.
Ni el que mucho se encerró
Carece de vanagloria.
Ni hay solícita memoria
Como del pasado bien.
Ni hacienda que de un vaiven
De fortuna no se acabe.
Ni ataja el que mucho sabe,
La palabra al que la dice.
Ni el que a todos contradice,
Deja de ser enfadoso.
Ni merece el mentiroso
Se le crea su verdad.
Ni hay guarda de antigüedad
Como escritura ó mojon.
Ni obra con perfeccion,
De hombre inconsiderado.
Ni acierta el que es desdichado
En cosa que determina.
Ni falta jamás mohina
A los que gustan de dalla.
Ni hay honra puesta en batalla,
Que no sea del vencedor.
Ni consuelo en el dolor
Cual ser justo el que padece.
Ni se mira al que merece,
Cuando algo quieren dar.
Ni está lejos de negar
El que duda en responder.
Ni hay cosa que á la mujer
Sea mas propia que el adorno.
Ni maldad como el soborno,
Pues da al justo injusta muerte.
Ni tengo por buena suerte
Ser del mayor despreciado.
Ni por mal considerado,
Quiero me tema el menor.
Ni podrá el que es hablador,
De ningun arte callar.
Ni hay por qué desesperar
De nada mientras se vive.
Ni vicio que al que lo sigue
Le falte alguna disculpa.
Ni es malo que á grave culpa
Haya blanda reprehension.
Ni hace poco el queá razon
Sujeta su atrevimiento.
Ni hay hombre que el sufrimiento
No le sea muy necesario.
Ni el peligro voluntario
Hace la vida segura.
Ni con quien no se aventura
Es fortuna liberal.
Ni si el daño es general,
Toca llorarle al mas chico.
Ni hay pobre que no sea rico,
Si lo que tiene le basta.
Ni se cobra, si se gasta,
La vergüenza ni la fama.
Ni al que espera ni al que ama
Se debe en todo creer.
Ni puede permanecer
El hombre de mal vivir.
Ni es poco saber sufrir
Lo que excusar no se puede.
Ni hay miedo de que no quede
En el rostro alteracion.
Ni es bien que la ejecucion
Sea primero que el consejo.
Ni es fácil al que es ya viejo
Aprender nuevo lenguaje.
Ni el demasiado coraje
Deja á la razon obrar.
Ni se puede bien hablar
Sin conjugacion secreta.
Ni hay mujer que, si es sujeta,
No se haga muy amable.
Ni puede ser muy durable
La forzada posesion.
Ni hace buena la opinion
Al que de sí no lo es.
Ni se vence el interés
Sino huyéndole la cara.
Ni suele mostrarse avara
Fortuna al que es diligente.
Ni la virtud del presente
Se aborrece ni se precia.
Ni falta quien á Lucrecia
La arguya que no fué casta.
Ni el que siempre habla en su casta
Sabe cuándo ha de callar.
Ni hay estorbo para el dar,
Como pedir con temor.
Ni juez ejecutor,
Como el alma de cada uno.
Ni he visto que esté ninguno
Contento si está cautivo.
Ni es tan malo ser esquivo,
Cuanto comun y vulgar.
Ni ofende mucho el negar,
Si en la disculpa se acierta.
Ni hay edad mas descubierta
Que aquella que mas se encubre.
Ni el que su pecho descubre
Dejará de arrepentirse.
Ni habrá quien sepa medirse
Con aficion y cordura.
Ni difiere la locura
De la ira, sino en nombre.
Ni hay cosa mas propia al hombre,
Que es inquerir la verdad.
Ni amistad ni enemistad
Con firmeza en verdes años.
Ni estratagemas ni engaños,
Sin ventura, es renta cierta.
Ni habrá hombre á cuya puerta
Fortuna no haya llamado.
Ni consejo acelerado
Que todas veces acierte.
Ni quien siga hasta la muerte
A su dueño como el perro.
Ni el que no conoce el yerro
Puede sufrir reprehension.
Ni suele ser la opinion
Todas veces verdadera.
Ni es el dia que se espera,
Forzosamente mejor.
Ni amor, fuerzas ni valor
Se muestran do no hay contraste.
Ni es razon que nadie gaste
Su hacienda con poquedad.
Ni con prodigalidad
La derrame y desperdicie.
Ni que ninguno codicie
Sin moderacion y tasa.
Ni piensa el que labra casa
Que ha de ser su vida corta.
Ni mira cuánto le importa
Cada cual saber vivir.
Ni se deben diferir
Las cosas para mañana.
Ni aunque es sabrosa, muy sana
La salsa de murmurar.
Ni el que es facil en llorar
Tendrá dificil consuelo.
Ni es malo tener recelo
Para no ser salteado.
Ni puede el que no es usado
En la obra ser muy diestro.
Ni salir grande maestro
Quien se da al vicio y olvido.
Ni lo que mucho ha subido
Me espantaré si cayere.
Ni el que buena obra zahiere
Está léjos de pedirla.
Ni hay razon que el repetirla
Sin causa grave se pueda.
Ni que ninguno conceda
Lo que no piensa cumplir.
Ni he visto restituir
Lo que se usurpa, si es grande.
Ni quien con perdidos ande,
Que al fin perdido no sea.
Ni se estima la presea,
Si no hay pocas como ella.
Ni hay caudal que á la doncella
Iguale á ser vergonzosa.
Ni hay vida mas deleitosa
Que el estudio en cosas varias.
Ni con costumbres contrarias
El amistad se conserva.
Ni hace poco el que reserva
Su mal vivir de testigo.
Ni se muestra el cierto amigo
Sino en el negocio incierto.
Ni al gastador sin concierto
Se tiene por liberal.
Ni el crédito es mal caudal
Para engañar y mentir.
Ni es tardo en el acudir
El vulgo con la opinion.
Ni tiene en su defension
El viejo sino la lengua.
Ni suele ser poca mengua
Dar crédito al novelero.
Ni el descuidado guerrero
Puede ganar grande empresa.
Ni hay verdad, aunque esté opresa,
Que en su opresion no respire.
Ni bien comun que se mire
Ni como el propio se cele.
Ni quien mucho se recele,
Que haya limpieza en su vida.
Ni hay cosa tan bien fingida
Que el tiempo no la descubra.
Ni es razon que nadie encubra
Ajena bellaquería.
Ni el que vive aceptaria
La vida, si la entendiese.
Ni hurtaria, si supiese
Cuán poco luce lo ajeno.
Ni el que estriba en lo terreno
Carece de grande mengua.
Ni es todas veces la lengua
Capaz de darse á entender.
Ni basta humano poder
Contra un ódio general.

Ni es todas veces el mal
Malo para nuestro aviso.
Ni se puede de un Narciso
Cualquier negocio fiar.
Ni es conveniente trocar
Freno ni á bestias de carga.
Ni se descarga el que carga
En hombro de otro su cargo.
Ni es justo el cargo ó descargo
Que es solo por la opinion.
Ni hay buena conversacion,
Que no deleite el sentido.
Ni plazo menos sabido
Ni mas cierto que la muerte.
Ni mujer ni plaza fuerte,
Si se puede combatir.
Ni es poco saber huir
Del amigo sospechoso.
Ni hay quien se llame dichoso,
Que no llame á la desdicha.
Ni es gracia la mas bien dicha
Si de novedad carece.
Ni la honra permanece
Si se gana por mal medio.
Ni hay trabajo sin remedio
Al que le espera ó procura.
Ni asiste mucha ventura
En la casa del que es necio.
Ni la virtud tiene precio,
Si de ella propia no sale.
Ni es bien que digan que vale
Tanto el hombre cuanto tiene.
Ni que ninguno condene
Por mísero al concertado.
Ni hay hombre tan recatado
Cual conviene en el hablar.
Ni puede mucho ganar
Ninguno sin que otro pierda.
Ni he visto mujer tan cuerda,
Que le ofenda el ser querida.
Ni hay materia tan sabida,
Que no se pueda argüir.
Ni acredita el diferir
Las pagas al mercader.
Ni tanto se ha de comer,
Que las fuerzas nos ahogue.
Ni obligar á que desfogue
El colérico ofendido.
Ni el que se ve perseguido
Está léjos de ser loco.
Ni sufre mucho ni poco
El ánimo apasionado.
Ni hay mozo desvergonzado,
Que en el hablar mucho dude.
Ni habrá engerto que no mude
En algo su natural.
Ni abrazo mas desleal
Que del pulpo ó salteador.
Ni es de los daños menor
La condicion maliciosa.
Ni hay cosa mas poderosa
Que interés y autoridad.
Ni detestable maldad
Como vender al amigo.
Ni del que ha sido enemigo
Se fie cosa que importe.
Ni del puro hombre de corte
Asegurar lo que dice.
Ni será el que contradice
Acepto en conversacion
Ni hay ley con ejecucion
Cuando la guerra es trabada.
Ni puede fortuna nada
Contra fuerza virtuosa.
Ni entre gente sospechosa
Tengo por bueno el vivir.
Ni es difícil de sufrir
El trabajo que es honroso.
Ni tiene el que es mas dichoso
Bien seguro, mientras vive.
Ni es justo que nadie estribe
En el dicho de un testigo.

Ni en la prueba del amigo
Cuando fortuna es igual.
Ni se siente tanto el mal
Que primero se temió.
Ni el que de sí mucho habló
Deja de ser inorante.
Ni el que es vano y arrogante
Sabe de sí qué se hacer.
Ni un recíproco querer
Se debe á nadie negar.
Ni puede en todo imitar
El arte á naturaleza.
Ni es discrecion y agudeza
Igual en todos sugetos.
Ni hay quien dome sus afectos
Sin virtud muy confirmada.
Ni vi carga mas pesada
Que aquella que trae el ruego.
Ni puede estar el sosiego
Con la felice memoria.
Ni gozar bien de su gloria
Ninguno con soledad.
Ni la mucha calidad
Luce donde no hay hacienda.
Ni se comienza la enmienda
Sin conocer el error.
Ni hay salsa que dé sabor
Al manjar como la hambre.
Ni la artificiosa enjambre
Puede sin flor sacar fruto.
Ni librarse el mas astuto,
En este tiempo, de engaños.
Ni sabe nadie los daños
Que encubre una alegre boda.
Ni hace mal quien se acomoda
Segun que corre la era.
Ni el hacerse hombre de cera
Es poca curiosidad.
Ni hay fin propio de amistad
Como el hacer de dos uno.
Ni labrador importuno
Que no negocie ó convenza.
Ni cosa que no la venza
El hombre tarde ó temprano.
Ni es bien se ayude al tirano
Porque se suele pagar.
Ni puede el rico pasar
Sin ser del pobre envidiado.
Ni hay quien sea desdichado
Hasta el fin de la jornada.
Ni despensa asegurada
Tanto como lo es la plaza.
Ni ejercicio cual la caza
Para el arte militar.
Ni hay razon como callar
Entre gente maliciosa.
Ni mujer que dé en graciosa,
Que lo sea cual conviene.
Ni pienso que á nadie viene
Daño que sufrir no pueda.
Ni fortuna que esté queda
Cuando llega á estar muy alta.
Ni puede haber cosa falta
Donde hay dicha y diligencia.
Ni hombre con experiencia,
Que el peligro no recele.
Ni es mucho que al que le duele,
Pida el dudoso favor.
Ni es menester gran primor
Para aprender á matar.
Ni hay deseo de acertar,
Que no busque á la razon.
Ni quien haga admiracion
De todo, que sea discreto.
Ni el bueno busca el secreto,
Sino aquello que es mas justo.
Ni hay hombre que tenga el gusto
A todas horas templado.
Ni vi cobarde arriscado,
Sino con fuerza de amor.
Ni el demasiado rigor
Conserva al rey ni al tirano.

Ni el alzarse hombre á su mano
Es pequeña habilidad.
Ni prueba mal su bondad
El que al malo desagrada.
Ni sirve el consejo nada
Contra una fortuna loca.
Ni es discreto el que se apoca
Delante el que ha menester.
Ni es malo saber hacer,
Cuando importa, el juego maña.
Ni hay provincia tan extraña,
Donde el sábio no se halle.
Ni pecado que en la calle
No sea mas escandaloso.
Ni vi hombre venturoso
Despues de allegado á viejo.
Ni quien destruya un consejo
Como la priesa y la ira.
Ni el que sustenta mentira
Puede en ella reprehender.
Ni el maestro ha de tener
Vicios, ni menos sufrillos.
Ni hay cuidados mas sencillos
Que son los del hombre justo.
Ni puede vivir con gusto
Quien tiene ruin compañía.
Ni hay prenda de mas valía
Que el amigo, si es perfeto.
Ni gusto para el discreto
Como el propio imaginar.
Ni quien se excuse de errar,
Si no huye la ocasion.
Ni dura ciega aficion
En hombre muy ocupado.
Ni se estima lo heredado
Tanto como lo adquirido.
Ni hay casa de hombre perdido
Donde el vicio no aposente.
Ni faltará inconveniente
En cualquier mudanza de uso.
Ni ocasion de estar confuso
El que á su dueño ha ofendido.
Ni al que no ha de ser creido
Le está bien querer hablar.
Ni hay quien pueda exagerar
Lo que es una gran desdicha.
Ni puede haber mayor dicha
Que tener buena opinion.
Ni falta engaño y ficcion
Sino solo en el morir.
Ni para honesto vivir
Es menester gran estado.
Ni hay fruta de árbol vedado,
Que no digan que es sabrosa.
Ni tan aprobada cosa,
Que de todos sea admitida.
Ni es poco acabar la vida
Antes que el vivir se acabe.
Ni amistad que no destrabe
Un interés ó pendencia.
Ni hay mas importante herencia
Que la virtud del mayor.
Ni dió ser al que es señor
La sangre, sino ventura.
Ni aquel que no se aventura
Puede perder ni ganar.
Ni al que se escapa del mar
Alegra poco la tierra.
Ni es bien se comience guerra
Sin gran caudal y ocasion.
Ni hay lágrimas sin razon,
Que no se aumenten con ella.
Ni peligrosa centella
Como la guerra trabada.
Ni cosa mas estimada
Que la que trabajo cuesta.
Ni estorba blanda respuesta
Que se ejecute el rigor.
Ni muestra tener valor
Quien desmaya en lo que empieza.
Ni nos dió naturaleza
Muerte ó nacer desigual.

Ni en el vivir hay mas mal
Que la cargada conciencia.
Ni hay honra en una pendencia,
Si no la tiene el contrario.
Ni indinar al adversario,
Cuando él puede, es acertado.
Ni hay temor del mal pasado,
Sino que otro no se ofrezca.
Ni quien ame ó aborrezca
Sin medio, si no es mujer.
Ni es á todos el leer
Igualmente provechoso.
Ni habra cuidado enfadoso
Que otros no llamen á cortes.
Ni hay espada de dos cortes,
Que obre como la prudencia.
Ni mas antigua pendencia
Que la del pobre y el rico.
Ni grande que no sea chico,
Si el chico no le socorre.
Ni rico que mucho ahorre,
Que no sea aborrecido.
Ni beneficio perdido,
Que el gran fiador no lo pague.
Ni habrá sirena que halague,
Si no es para mas dañar.
Ni es tan malo el resbalar
Del pié como de la lengua.
Ni hay mayor falta ni mengua
Que de quien trate verdad.
Ni viene una tempestad
Sin que primero amenace.
Ni es todo lo que se hace
Acepto al vulgo envidioso.
Ni acaba, el que es temeroso,
De poner nada en efeto.
Ni hay hombre tan sin defeto,
Que su censor no le halle.
Ni el ofendido, aunque calle,
Es visto haber perdonado.
Ni es insufrible el cuidado,
Cuando se admite consuelo.
Ni acomete sin recelo
Sino el hombre muy perdido.
Ni del que es aborrecido
Se puede decir mas mal.
Ni hay vida de hombre mortal
Que no encierre vanagloria.
Ni mas loable memoria
Que la del bien recibido.
Ni mas apacible olvido
Que del bien que habemos hecho.
Ni hombre muy satisfecho,
Que las mas veces no yerre.
Ni habra áncora que afierre
Como un necio en su porfía.
Ni está la sabiduría
En apariencia ó vestido.
Ni hay pobre, si está afligido,
Que no crea fácilmente.
Ni se espanta, el que es prudente,
De ver ajena simpleza.
Ni hay desdicha, cuando empieza,
Que en todo no se empeore.
Ni vano que se mejore
Con poder y ser rogado.
Ni mas infelice estado
Que el que no le envidia alguno.
Ni beneficio ninguno
Con que se obligue á un traidor.
Ni se ejecuta un furor
Sin confuso arrepentir.
Ni siente tanto el morir
El que muere muerte honrosa.
Ni hay cosa mas ingeniosa
Que el apasionado amor.
Ni para el que es hablador
Habra freno que le enfrene.
Ni faltará quien condene
El miedo de qué dirán.
Ni que el otro sea truhan
Por solo ser convidado.
Ni que esté el rico y honrado
De la fortuna quejoso.
Ni que digan que hay reposo
En quien busca de comer.
Ni es visto ningun placer
Que dure siquiera un hora.
Ni hay tristeza que á deshora
No le venga algun consuelo.
Ni cosa firme en el suelo,
En que fundar la esperanza.
Ni lo que cuesta y se alcanza
Se debe tener en poco.
Ni hay cuerdo que no sea loco
A juicio del que mira.
Ni quien puede y se retira,
Que luego no se arrepienta.
Ni mas acertada cuenta
Que aquella do no hay alcance.
Ni se puede echar buen lance
Sin ejercicio y memoria.
Ni da el vencer mayor gloria
Que perdonar al vencido.
Ni es malo darse á partido
El que no puede escaparse.
Ni hay prudencia cual mostrarse
Necio con el que lo es.
Ni aventajado interés
Cual premiar á un coronista.
Ni habrá fuerza que resista
A la industria repetida.
Ni paciencia que, ofendida,
No turbe cualquier juicio.
Ni mas liviano edificio
Que la máquina del hombre.
Ni podrá alcanzar renombre
El que no osa aventurarse.
Ni el premio puede negarse
A la invencion de la cosa.
Ni hay mujer tan vedriosa
Como la mal confiada.
Ni puede ser bien casada
La que no tiene paciencia.
Ni la poca diligencia
Fuerza ajena voluntad.
Ni tiene necesidad
Lo natural de fortuna.
Ni cuando vienen á una
Dos males pueden sufrirse.
Ni bien pueden avenirse,
Soberbia, fausto, pobreza.
Ni suele ser la riqueza
De la virtud compañera.
Ni hay amistad verdadera
Entre el rico y el que es pobre.
Ni hay cuento que vuelo cobre
Como el que es menos creido.
Ni se despeña el sentido
Como con ira y furor.
Ni hace bueno el honor
Al que el miedo no hace bueno.
Ni basta el trabajo ajeno
Para hacer al hombre sábio.
Ni al que tuvo algun resábio
Le vi del todo enmendarse.
Ni puede disimularse
El enfado de esperar.
Ni se iguala el refrenar
Al prevenir de la ira.
Ni hay mas dañosa mentira
Que la aparente verdad.
Ni al que tiene voluntad
Le falta della ejercicio.
Ni se cae el edificio
Sin avisar la caida.
Ni hay mas repentina herida
Que del hombre para el hombre.
Ni se puede ganar nombre,
Si no es en guerra ó en corte.
Ni hay ingrato que no acorte
La largueza al liberal.
Ni es mas ni menos el mal
De como es el que lo siente.
Ni es muy santo el que á la gente
Se alaba que santifica.
Ni el próspero sacrifica,
Como el que está atribulado.
Ni hay tan ligero pecado,
Que de su pena carezca.
Ni es buena, aunque lo parezca,
Hacienda de muchos dueños.
Ni hay depósito de empeños,
Como el juego y la lujuria.
Ni se acomete con furia
Peligro con experiencia.
Ni se puede alcanzar ciencia
Sin un continuo estudiar.
Ni se debe de rogar
Por lo que es fácil de haber.
Ni es poco saber vencer
Un inorante parlero.
Ni he visto gran caballero,
Que no sea bien criado.
Ni sé cuál es mas culpado,
Quien no enseña ó quien no aprende.
Ni acierta quien algo aprende,
Si ejercitando es confuso.
Ni he visto letras sin uso,
Que valgan como experiencia.
Ni será mala elocuencia
La que al enemigo agrada.
Ni hay memoria ejercitada,
Que en algo no se mejore.
Ni estorbo que no empeore
Al obrar sin voluntad.
Ni gloria con vanidad,
Cual las armas sin varon.
Ni nueva constitucion,
Que á la antigua no deshaga.
Ni privado que no haga
De sus favores alarde.
Ni quien lo público guarde,
Que su hacienda no asegure.
Ni edad que poco no dure,
Para lo que hay que saber.
Ni puede satisfacer
Lo que debe el hijo al padre.
Ni hay bien que tanto nos cuadre
Como guardarnos del mal.
Ni cosa mas natural
Que el ingenio ser curioso.
Ni hay artificio engañoso,
Que el tiempo no le descubra.
Ni es poco mal que se encubra
Un vicio con otro vicio.
Ni hay instrumento de oficio,
Que para el dueño sea caro.
Ni deudos pobres de avaro,
Que él no los llame prolijos.
Ni hombre rico sin hijos,
Que su poder no le pene.
Ni justo que no condene
En sí mismo el mal que hace.
Ni el que debe satisface,
Si con ventaja no paga.
Ni hay avariento que haga
Mejor cosa que morirse.
Ni pueden bien prevenirse
Peligros acidentales.
Ni excusa de sufrir males
El que á otros los ha hecho.
Ni hay hombre tan satisfecho,
Que no se pueda engañar.
Ni puede mucho ganar
Ninguno sin que otro pierda.
Ni entiendo cómo concuerda
La mujer la risa y lloro.
Ni tiene el mundo tesoro
Que se iguale á la salud.
Ni hay loor de gran virtud,
Que no ofenda, si es pequeño.
Ni habrá tiránico dueño,
Que lo que promete haga.
Ni permanece sin paga
Fama de hazañas honrosas.

Ni hay quien busque grandes cosas,
Que no tope con alguna.
Ni el que sin tiempo importuna,
Se puede negar que es necio.
Ni es la cosa de gran precio,
Cuando virtud no la halla.
Ni falta jamás batalla
Entre justicia y conciencia.
Ni hay arte de mayor ciencia
Que el tiempo y naturaleza.
Ni la mucha sutileza
Deja obrar á la razon.
Ni hay buena conversacion,
Si no es alguno elocuente.
Ni el arte en que es eminente
Le tiene ninguno en poco.
Ni hay fausto que baste á un loco
Con soberbia enriquecida.
Ni cosa mas bien sabida
Que la que en niñez se aprende.
Ni hace mal el que defiende
Que no hay bien que mucho dure.
Ni adulador que no cure
Nuestra herida sobre sano.
Ni será buen hortelano
El que no escarda su era.
Ni hay culpa, aunque sea ligera,
Que no disponga á otro error.
Ni tan inhábil retor,
Que no se juzgue capaz.
Ni hay quien goce larga paz,
Que no busque nueva guerra.
Ni es discreto el que destierra
El consejo reprehensible.
Ni hay gracia mas apacible
Que el responder de repente.
Ni dormirá el delincuente
Jamás seguro de pena.
Ni habrá tan fuerte cadena,
Que un favor no la quebrante.
Ni viejo que no se espante
De hallar amigo en ausencia.
Ni mas provechosa ciencia
Que la que enseña á morir.
Ni mas penoso sufrir
Que el dolor del oprimido.
Ni hay hombre mal recebido
Que acierte en cosa que hable.
Ni veleta mas mudable
Que voluntad juvenil.
Ni sumision mas servil
Que el trato del pretender.
Ni quien se pueda valer
Con un necio confiado.
Ni habrá hombre desechado,
Si saben acomodarle.
Ni tan sábio, que encargarle
Se pueda lo que no ha visto.
Ni quien quiera ser bienquisto,
Que no ayude y dé la mano.
Ni muy viejo cortesano,
Que no sea coronista.
Ni mancebo que resista
Las ocasiones de gusto.
Ni tan valiente y robusto,
Que no le rinda un dolor.
Ni vida de jugador
Que no sea muy confusa.
Ni mas excusada excusa
Que decir: «¿Quién tal pensara?»
Ni habrá tan derecha vara,
Que alguna vez no se tuerza.
Ni mas necesaria fuerza
Que vencerse hombre á sí mismo.
Ni mas extendido abismo
Que tratar del hecho ajeno.
Ni corazon tan sereno,
Que no mude parecer.
Ni hacienda de mercader
Que del todo sea segura.
Ni mas dudosa ventura
Que la de aquel que navega.

Ni adulador, si se pega,
Que no acabe cualquier cosa.
Ni corónica famosa
Que no tenga algun desman.
Ni perfeto capitan,
Si al caso no es prevenido.
Ni vano y descomedido,
Que no pague en lo que peca.
Ni voluntad, si se trueca,
Que llegue á su ser primero.
Ni cobarde caballero
Que le cuadre bien el nombre.
Ni nombre que cuadre al hombre,
Como decir que es de bien.
Ni pretensor que un desden
No le entibie su esperanza.
Ni muy segura mudanza,
Aunque prometa sosiego.
Ni consume tanto el fuego
Como el juego y la mujer.
Ni tiene el mundo placer
Que iguale al de una vitoria.
Ni título de mas gloria
Que el de padre ó defensor.
Ni satírico censor
Que no acote con el otro.
Ni mas indomable potro
Que enfrenar condicion vieja.
Ni fábula ni conseja
Que no sirva de ejemplar.
Ni quien se pueda escapar
Del juicio de la gente.
Ni mas furioso acidente
Que ira en el poderoso.
Ni menos menesteroso
Que el que se mide en su gasto.
Ni quien viva mas abasto
Que el que gasta de lo ajeno.
Ni hay hombre perfecto y bueno
Que no juzgue de sí mal.
Ni mas gallardo caudal
Que es el del crédito y fama.
Ni mas apacible cama
Que la segura conciencia.
Ni al que tiene preminencia
Se ha de dejar de escuchar.
Ni hay sábio que pueda estar
Solo en cualquiera cortijo.
Ni es buen padre el que á su hijo
No le dotrina y corrige.
Ni sábia madre, si rige
Á sus hijas sin recato.
Ni suele salir barato
El juego de las doncellas.
Ni son seguras centellas,
Cuando hay materia dispuesta.
Ni hay de oráculo respuesta
Sin alguna oculta ciencia.
Ni presteza y providencia
Á quien fortuna no asista.
Ni hay fuerza que se resista
Contra el poder de verdad.
Ni mayor cautividad
Que estar á vicios sujeto.
Ni pone nada en efeto
El hombre que sigue extremos.
Ni son las cosas que vemos
Tan ciertas como parecen.
Ni honras que mucho crecen
Aseguran á su dueño.
Ni difieren con el sueño
El próspero ó miserable.
Ni hay consejo razonable
Que buen suceso no espere.
Ni hombre que desespere,
Sino el poco exprimentado.
Ni hay demasiado cuidado
Cuando fortuna está queda.
Ni consejo que no pueda
Mucho con autoridad.
Ni hay riqueza y libertad
Que á la virtud no empobrezca.

Ni males que no padezca
El que es viejo, y mas si es pobre.
Ni hay opinion que no cobre
Del vulgo algun gran error.
Ni siervo que á su señor
No pueda tener cautivo.
Ni pienso que hay incentivo
De virtud como vergüenza.
Ni vicio, cuando comienza,
Difícil de remediar.
Ni hay camino de agradar
A Dios, como la paciencia.
Ni tan honrada pendencia
Como no tener ninguna.
Ni vida mas importuna
Que el obedecer á necios.
Ni mas desiguales precios
Que son los de la mujer.
Ni donde sirva el poder
Menos que en el avariento.
Ni hay hombre tan opulento.
Que infinito no le falte.
Ni muy provechoso esmalte,
Si no hinche algun vacío.
Ni basta ningun desvío
A cansar al que confia.
Ni con femenil porfía
Habrá hombre vitorioso.
Ni confirmado reposo
Del que ve su luna llena.
Ni árgos de honra ajena,
Que en la suya no vea poco.
Ni quien vuelva al hombre loco,
Como la nueva riqueza.
Ni bien usada largueza,
Que no robe corazones.
Ni hay quien halle mas razones
Para negar que el avaro.
Ni necesario reparo,
Como en gran prosperidad.
Ni fingida santidad
Sin algun secreto engaño.
Ni mas conocido daño
Que la maldad del mayor.
Ni quien fie del traidor,
Que no le suceda mal.
Ni mísero liberal
Hasta que hace testamento.
Ni mas falso sentimiento
Que lágrimas de heredero.
Ni alquimista verdadero,
Sino el que ahorra su hacienda,
Ni buen ministro de tienda,
Si alguna falta no encubre.
Ni por sábio al que descubre
Al mas amigo su falta.
Ni por honrado al que falta
Lo que una vez prometió.
Ni por falto á quien faltó
De cumplir con su apetito.
Ni hay hipócrita marchito
Que no sea un Lucifer.
Ni pienso que puede ser
Pobre el que á ninguno pide.
Ni piadoso el que despide
Al que le pide socorro.
Ni hay esclavo menos horro
Que el obligado al amigo.
Ni mas dañoso testigo
Que la propia confesion.
Ni aseguro la intencion
Del que se burla con diente.
Ni conozco hombre valiente
Difícil en perdonar.
Ni cobarde en castigar,
Que no sea muy cruel.
Ni hay cosa tan por nivel,
Que no tenga imperfeciones.
Ni pienso que hay fanfarrones,
Sino los que son gallinas.
Ni tan discretas vecinas,
Que se encubran los secretos.

Ni hombres menos sujetos
Que los muy favorecidos.
Ni daños mas conocidos
Que los de lengua mordaz.
Ni menos segura paz
Que el beso del agraviado.
Ni peligro no pensado
Que al mas bravo no le espante.
Ni necio mas arrogante
Que un bajo con dignidad.
Ni quien tenga libertad
Contra aquel que algo le dió.
Ni quien diga negoció
Bien sin dinero ó lisonja.
Ni mas bebedora esponja
Que la sed del usurero.
Ni mas perdido dinero
Que el del recien heredado.
Ni valeroso soldado,
Si no es ambicioso de honra.
Ni verdadera deshonra
Sin la culpa del paciente.
Ni santo entre mucha gente,
Que vuelva tal como vino.
Ni mas discreto adivino
Que un discurso por razon.
Ni avariento en su rincon,
Que no se queje de ingratos.
Ni mas apacibles ratos
Que los gastados con buenos.
Ni hombres de mas á menos,
Que no sean ocasionados.
Ni tan sublimes estados,
Que el tiempo no los deshaga.
Ni mas incurable llaga
Que es el mal de la vejez.
Ni justos que alguna vez
Descompuestos no estuviesen.
Ni animosos que no fuesen
Ayudados de fortuna.
Ni he visto mujer alguna
Muy hermosa y muy humilde.
Ni escritura que una tilde
No le trueque su sentido.
Ni hay hombre tan abatido,
Que levantar no se pueda.
Ni quien encubre en su rueda
Fortuna, que esté seguro.
Ni habrá tan rebelde muro,
Que no lo rinda interés.
Ni cólera que despues
No traiga arrepentimiento.
Ni vi hombre tan contento,
Que no envidie ajena suerte.
Ni quien desee la muerte,
Que mas no aumente la vida.
Ni muerte mas conocida
Que el vivir del mal casado.
Ni mas venturoso estado
Que la buena compañía.
Ni mas aguada alegría
Que la que los hijos dan.
Ni casamiento sin pan
Que tenga paz confirmada.
Ni mas penetrante espada
Que un pensamiento celoso.
Ni cuidado mas penoso
Que tener honra y pobreza.
Ni imagino que es grandeza
Dar por la honra la vida.
Ni sin pena es homicida
Sino el médico ó letrado.
Ni el manjar, cuando es templado,
Al alma ó cuerpo le ofende.
Ni el juez recto pretende
Respetar á la persona.
Ni poco en jugar se abona
Quien el gran favor desdeña.
Ni la mujer halagüeña
Deja de vaciar la casa.
Ni al que con buena se casa
Le faltará en ella ayuda.
Ni el que en arar pone duda
Terná para su sustento.
Ni quien aguarda agua ó viento,
Siembra ni coge el verano.
Ni el mancebo al cuerdo anciano
Dejará de estar sujeto.
Ni el que es amador perfeto
Se muestra en el dar mezquino.
Ni honra que de amor no vino
Lo es, sino adulacion.
Ni al adúltero ladron
Le agrada la luz del dia.
Ni la casada seria
Honrada, sin su recato.
Ni es menos que mentecato
Quien va á cualquiera mujer.
Ni el que gobierna ha de ser
Necio, porque es mona en banco.
Ni al que vuelve negro en blanco
Tengo por buen tintorero.
Ni es bien creer de ligero
Que hay sobre negro tintura.
Ni ayuda mal la escritura
Ni el docto á pasar la vida.
Ni el labrador se despida
De consolar su tristeza.
Ni es pequeña su riqueza,
Si el tal conocerla sabe.
Ni aunque parece suave
La ambicion, es leve pena.
Ni el necio que se desfrena,
Menos que saeta hiere.
Ni el bien, cuando se perdiere,
Dejará de echarse menos.
Ni son discretos ni buenos
Los que aguardan á perderle.
Ni al forastero ofenderle
Es de cortés ni cristiano.
Ni es blason humilde y llano
Favorecer al caido.
Ni por la fe y por su nido,
Ponerse á morir contento.
Ni el amor del nacimiento
Jamás se puede olvidar.
Ni el amor sabe guardar
Ley, sino su mismo fuero.
Ni sana de su mal fiero
Sino el que sano se finge.
Ni aflige menos que esfinge,
Despeñando cuerpo y alma.
Ni intenta perder la palma
El que primero se prueba.
Ni pequeña ayuda lleva
Quien tiene oficio y camina.
Ni en la lengua peregrina
Quien no entiende tiene oidos.
Ni en los palacios subidos
Deja de haber mil engaños.
Ni tantos ni tales daños
Hubiera, á no haber doblones.
Ni hay elocuentes razones
Adonde habla su alteza.
Ni triste como el que empieza
A servir cuando ya es viejo.
Ni mas seguro consejo
Que mirar siempre á la fin.
Y pues llega el San Martin
Del mayor y del menor,
Cada uno en su dolor
Se consuele; que no hay mal
A quien le falte su igual,
Y serán sus duelos menos,
Medidos con los ajenos.

FIN DE LOS PROVERBIOS MORALES DE ALONSO DE VARROS.

PROVERBIOS MORALES

DE

CRISTÓBAL PEREZ DE HERRERA.

TRATADO PRIMERO.

Todo es mudable en el mundo,
Y vanidad sin cimiento,
Y no es cumplido contento
Tener en él mucha sobra.
Ni hay perfeccion en la obra
Donde falta la humildad.
Ni camino de verdad
Puede haber que no sea estrecho.
Ni es prudencia, por despecho
Hacerse mal á sí mismo.
Ni es poco infernal abismo
El pecho del envidioso.
Ni hay hombre tan sin reposo
Como el de mucha codicia.
Ni administrará justicia
El que mira el interés.
Ni hay quien no juzgue al revés,
Si está muy apasionado.
Ni mas infelice estado
Que estar asido de un necio.
Ni de sí mayor desprecio
Que bajarse á hacer vilezas.
Ni son loables proezas,
Hacer mal á miserables.
Ni hay riquezas mas instables
Que las que el tahur posee.
Ni hay bien que tanto recree
Como la quietud del alma.
Ni conseguirá la palma
El que no perseverare.
Ni acertará el que pensare
Que el tiempo suyo no vuela.
Ni el que el secreto revela
Con álguien será cabido.
Ni el que fuere comedido
Dejará de ser amado.
Ni acertará el que ha pensado
Que hay cosa que no se sepa.
Ni hay lugar adonde quepa
Un necio favorecido.
Ni mas condenable olvido
Que el del que vive en pecado.
Ni es poco dichoso estado
El del matrimonio á gusto.
Ni entretenimiento justo,
Donde otro recibe mal.
Ni tendrémos por leal
Al que en la fe poco dura.
Ni por de poca cordura
Al que en la cuenta ha caido.
Ni se hallará arrepentido
Quien compuso diferencias.
Ni hay tan seguras sentencias
Como no esperar alguna.
Ni hombre que de fortuna
No haya algun golpe probado.
Ni edificio tan fundado,
Que no se pueda caer.
Ni hay mas cierto merecer
Que el de las persecuciones.
Ni perder las ocasiones
Puede ser cosa acertada.
Ni hay fortuna mas preciada
Que la que se alcanza tarde.
Ni da indicio de cobarde
Un honrado sufrimiento.
Ni es jamás seguro asiento
Tomar el mejor lugar.
Ni se podrá conservar
El necio en sublime estado.
Ni se llame desdichado
El pobre, si tiene ciencia.
Ni hay mas inquieta conciencia
Que la del murmurador.
Ni obra de tanto primor,
Que no la censure alguno.
Ni tengas por importuno
Al que pida cosas justas.
Ni al vicio de que mas gustas
Dejes adquirir costumbre.
Ni es loable mansedumbre
Sufrir ofensas de Dios.
Ni por honraros á vos
Querais que otro sea afrentado.
Ni perderá el ser honrado
El que de honrar se preciare.
Ni es lícito al que abogare
Alegar por ambas partes.
Ni en usar de muchas artes
Está fundado el saber.
Ni hay perfecto merecer
Donde falta caridad.
Ni es probanza de bondad
Dar crédito fácilmente.
Ni da indicio de prudente
Quien habla muy confiado.
Ni el que gasta de fiado
Podrá vivir con concierto.
Ni aun del enemigo muerto
Es lícita la venganza.
Ni es indecente mudanza
Mejorar de presupuesto.
Ni ocupará honrado puesto
El que fuere descuidado.
Ni hay mas venturoso estado
Que á nadie haber menester.
Ni cosa de mas placer
Que los virtuosos hijos.
Ni enemigos mas prolijos
Que los que aprietan les fien.
Ni hay hombres que así confien,
Como necios porfiados.
Ni beneficios logrados
Hechos á persona ingrata.
Ni hay cosa que sea barata
Si se compra con pecar.
Ni el cuidado es de estimar
Que nace de vanidades.
Ni los que apuran verdades
Suelen ser bien recibidos.
Ni he visto hombres mal sufridos
Que no les corra desdicha.
Ni puede llamarse dicha
La del rico miserable.
Ni hay quien atrevido hable,
Que no se arrepienta luego.
Ni amigo de ócio y de juego,
Que no acabe con pobreza.
Ni dar mucho de cabeza
Suele ser caso bien hecho.
Ni hacer justicia y derecho
Merece poca alabanza.
Ni habrá tan recta balanza
Que algun tiempo no se tuerza.
Ni acierta quien hace fuerza
En conocerse á sí mismo.
Ni hay tan firme silogismo
Como el fundado en razon.
Ni mas triste confusion
Que ser hallado en mentira.
Ni el que á grandezas aspira
Dejará de ser valiente.
Ni hay tan dañosa serpiente
Como la lengua mordaz.
Ni mas incierto solaz
Que el ganar del mercader.
Ni le queda que perder
Al que perdió la vergüenza.
Ni cuando uno á sí se venza
Ganará poca victoria.
Ni hay mas verdadera gloria
Que ser amparo de pobres.
Ni de que mas paga cobres
Que de obras de caridad.
Ni hay mas infame maldad
Que hacer mal al bienhechor.
Ni mas agradable olor
Que el de la perfecta vida.
Ni mas amarga comida
Que la que causó el pecado.

Ni tan molesto cuidado
Como es el mucho deber.
Ni cosa mas de temer
Que riqueza sin virtud.
Ni mas tarde el ataud
Espere el mozo que el viejo.
Ni hay mas claro y cierto espejo
Que es el del discreto amigo.
Ni tan dañoso testigo
Como la propia conciencia.
Ni mas importante ciencia
Que aprender á bien morir.
Ni con prudencia el sufrir
Dejó de alcanzar victoria.
Ni se halla en profana historia
En todo puntualidad.
Ni hay tan crecida maldad
Como de hacer mal preciarse.
Ni pena como apartarse
Dos unidos corazones.
Ni blandas reprehensiones
Enojaron á ninguno.
Ni hay dolor, si es importuno,
Que no acabe ó él fenezca.
Ni cosa que bien parezca
Si con envidia se mira.
Ni rayo como la ira
Con el primer movimiento.
Ni las burlas con que afrento
Pueden llamarse donosas.
Ni hay famas tan peligrosas
Como las mal adquiridas.
Ni vidas mas abatidas
Que sujetas á pecados.
Ni servicios mas honrados
Que los hechos en la guerra.
Ni se enmendará el que yerra
Si no conoce su error.
Ni se halla amistad mayor
Que la de dos virtuosos.
Ni los hombres muy celosos
Vivirán asegurados.
Ni hay hijos tan mal logrados
Como los desobedientes.
Ni se muestran los valientes
Solo en regir una espada.
Ni hay prenda en mas empeñada
Que la palabra del bueno.
Ni gustar del mal ajeno
Es de ánimo generoso.
Ni tener poco reposo
Es indicio de prudente.
Ni hay cosa mas indecente
Que mocedades en viejos.
Ni mas seguros consejos
Que los que nacen de amor.
Ni tan terrible dolor
Que el que decirse no puede.
Ni quien tanto daño enrede
Como una airada mujer.
Ni ha de medir su poder
Con la voluntad el hombre.
Ni hay cosa que mas asombre
Que acordarse de la muerte.
Ni el corazon del que es fuerte
Se rinde con los trabajos.
Ni hay pensamientos mas bajos
Que son los del hombre avaro.
Ni don que cueste mas caro
Que el que recibe el juez.
Ni es muy cierta en la vejez
La enmienda que se difiere.
Ni piense el que mal hiciere
Que faltará quien lo diga.
Ni es bien tenga el que castiga
Odio, venganza ó malicia.
Ni trata bien de milicia
Quien nunca la ha ejercitado.
Ni puede ser buen soldado
Quien no sabe obedecer.
Ni quiera reprehender
Quien vive viciosamente.
Ni llamarémos prudente
Al que se alaba que sabe.
Ni es bien entregar la llave
Del alma á cualquier amigo.
Ni hay mas dañoso testigo
A las veces que el semblante.
Ni soberbio ni arrogante,
Que deje de ser cobarde.
Ni el descanso vino tarde,
Como á algun tiempo llegase.
Ni hay cometa que así pase
Como el contento del suelo.
Ni es seguro el alto vuelo,
Pues se puede dar caida.
Ni lengua descomedida
Dejó de llevar su pena.
Ni el que usurpa hacienda ajena
Suele con ella lograrse.
Ni centella levantarse
Que abrasar no pueda un mundo.
Ni ciervo mas sítibundo
Que el lascivo con poder.
Ni de constante mujer
Es justo tener sospecha.
Ni hay mas penetrante flecha
Que la palabra afrentosa.
Ni vida mas peligrosa
Que la del arrojadizo.
Ni el que bien dijo ó bien hizo
Quedará sin premio dello.
Ni es poco seguro sello
El pensar lo que se dice.
Ni hay cosa que así autorice
Las obras como humildad.
Ni ser de alta calidad
Luce entre bajas costumbres.
Ni faltarán pesadumbres
Al que da causa á tenellas.
Ni hay mas honradas doncellas
Que las poco conocidas.
Ni mas dañosas heridas
Que las que no se descubren.
Ni á los que vicios encubren
Tengas por menos viciosos.
Ni hay hombres mas peligrosos
Que los muy determinados.
Ni en pechos afeminados
Es bien hacer confianza.
Ni los que adquieren privanza
Por lisonjas durarán.
Ni si miras qué dirán
Podrás hacer cosa buena.
Ni hay mas fuerte y vil cadena
Que una pasion amorosa.
Ni en mujer vana y hermosa
Se puede mucho fiar.
Ni el oir, ver y callar
Pudo no ser agradable.
Ni hay cosa mas detestable
Que ser traidor al señor.
Ni tan pesado dolor
Como el ir de mas á menos.
Ni en los pesares ajenos
Dés muestra de crueldad;
Antes con justa piedad
Oye con misericordia
La contraria adversidad,
Volviendo en dulce concordia
El rencor y enemistad.

TRATADO II.

No se alcanza la victoria
Sin haber bien peleado.
Ni lo mal considerado
Está muy léjos de errarse.
Ni de parecer mudarse
Da indicio de liviandad.
Ni es poco noble bondad
Hacer bien al enemigo.
Ni puerto de buen abrigo
Amparo de mala gente.
Ni hay pequeño inconveniente
Que despreciado no crezca.
Ni de aquel que en paz fenezca
Se puede tener mancilla.
Ni una voluntad sencilla
Desprecian los generosos.
Ni son truhanes graciosos
Los que dicen pesadumbres.
Ni aun al de torpes costumbres
Parece la virtud mal.
Ni el matrimonio no igual
Permanecerá en contento.
Ni es bien que el honroso intento
Se deje por cosa alguna.
Ni que echen á la fortuna
Los descuidos del culpado.
Ni á pocos habrá engañado
Fiarse de su experiencia.
Ni es siempre acto de paciencia
No ejecutar la intencion.
Ni poco honrado blason
Llamar á uno virtuoso.
Ni el que fuere cuidadoso
Hija criará liviana.
Ni se dirá bien que gana
El avaro, aunque enriquezca.
Ni es bien, aunque se merezca,
Lugar de hermano mayor.
Ni cosa de gran primor
Hablar siempre con malicia.
Ni administrar bien justicia
El juez mal informado.
Ni será justo abogado
El que defiende torpeza.
Ni lo que con mal empieza
Promete alegre suceso.
Ni puede ser de buen seso
El que prueba á su mujer.
Ni debe descaecer
El que buenas obras hace.
Ni hay lazo que tanto enlace
Como el de la hipocresía.
Ni el que sin razon porfia
Deja de ser mal criado.
Ni el capitan arrojado
Dará buen fin á la guerra.
Ni amparar su patria y tierra
Es poco honrado blason.
Ni siempre buena intencion
Es disculpa del pecado.
Ni codicie amigo honrado
De su amigo alguna prenda.
Ni es bien, por seguir la senda,
Dejar camino ancho y llano.
Ni al vengativo inhumano
Le juzgues por muy valiente.
Ni cabrá entre buena gente
Quien se precia de chismoso.
Ni quien tiene hijo vicioso
Tendrá sueño con sosiego.
Ni se mata bien el fuego
Con leña seca y menuda.
Ni siempre quien te saluda
Desea lo que promete.
Ni es discreto el que se mete
Donde no es lícito entrar.
Ni de agravios gracias dar
Es hecho poco prudente.
Ni decir lo que se siente
En todo es cosa acertada.
Ni ofende una cuchillada
Tanto como un testimonio.
Ni hay mas rico patrimonio
Que la virtud que se hereda.
Ni hay quien mas daño hacer pueda
Que un traidor disimulado.
Ni da cosa mas cuidado
Que mucha copia de hijas.
Ni hay personas tan prolijas
Que las de gran vanidad.
Ni es perfecta castidad
La que en lo interior faltare.

Ni el que no se sujetare
Acierta, si saber quiere.
Ni el que de sí presumiere
Tendrá prósperos sucesos.
Ni perdonar los excesos
Es piedad en el juez.
Ni en mocedad ni en vejez
Es bien hacer cosa fea.
Ni aunque ninguno lo vea,
Te abatas á cosa baja.
Ni se estime en una paja
El sí del hombre mudable.
Ni persona miserable
Conservó buenos amigos.
Ni hay peores enemigos
Que parientes con rencor.
Ni tan seguro favor
Como buena diligencia.
Ni mas terrible sentencia
Que la que el honor derriba.
Ni el que en adular estriba
Dejará de ser odiado.
Ni hay secreto tan guardado
Como el que á nadie se dice.
Ni título que autorice
Como la ciencia premiada.
Ni privanza tan fundada,
Que no pueda fenecer.
Ni es bien que te dé placer
El peligro y daño ajeno.
Ni al que fuere justo y bueno
Faltará quien le persiga.
Ni es poco amarga fatiga
La pobreza en el honrado.
Ni el que fuere concertado
Tendrá gran desasosiego.
Ni las pendencias del juego
Dejaron de ser pesadas.
Ni damas muy celebradas
Suelen no desvanecerse.
Ni es error atrás volverse
Si hay peligro en el camino.
Ni tener un buen vecino
Se debe estimar en poco.
Ni hay desacato mas loco
Que el que se hace á la justicia.
Ni mas grave sinjusticia
Que no oir á entrambas partes.
Ni mas fuertes baluartes
Que gente determinada.
Ni batalla mas trabada
Que la de dos pensamientos.
Ni hay dotes en casamientos
Mas ricos que de virtudes.
Ni tu pecho le desnudes
De todo punto á tu esposa.
Ni hay fiera mas ponzoñosa
Que la soberbia mujer.
Ni vida mas sin placer
Que la de la esclavitud.
Ni adonde hay honra y salud
Tienen mucho que llorar.
Ni muerte da mas pesar
Que la del mozo travieso.
Ni hay mas condenado exceso
Que al bienhechor dar mal pago.
Ni mas peligroso halago
Que el que engañando recrea.
Ni el discreto jamás sea
Portador de mala nueva.
Ni es de virtud poca prueba
Saber volver bien por mal.
Ni hay pena mas desigual
Que gran falta de dinero.
Ni ser duro de sombrero
Es poca señal de necio.
Ni sucede mal tan récio,
Que otro no pueda igualalle.
Ni es poco bien que se halle
En la juventud cordura.
Ni mucho en edad madura
Saber lo que es necesario.
Ni el preguntar de ordinario
Da muestras de discrecion.
Ni hay mas honrado blason
Que el de las propias hazañas.
Ni sin ver tierras extrañas
Puede haber mucha experiencia.
Ni es de pequeña prudencia,
Disimulando, sufrir.
Ni se podrán resistir
Hombres desapercibidos.
Ni es bien cerrar los oidos
A quien te quiere informar.
Ni dejarán de acertar
Los que admitieren consejo.
Ni el que es continente y viejo
Será discreto en casarse.
Ni joya debe estimarse
Como la buena mujer.
Ni es bueno haceros temer
Por condicion escabrosa.
Ni el mercader que reposa
Juntará mucho caudal.
Ni hay bien que no vuelva en mal
La falta de la salud.
Ni fué la solicitud
Al negociante dañosa.
Ni imprimas alguna cosa
Que dé al lector mal ejemplo.
Ni he visto quien contra el templo
Fué atrevido, en bien parase.
Ni quien corrido se hallase
Por haber sido templado.
Ni que quien amó el pecado
No acabase con el mal.
Ni adquirirá gran caudal
El que juega de ordinario.
Ni el soldado temerario
Daña menos que el cobarde.
Ni suele el que viene tarde
Negociar siempre peor.
Ni con el cavilador
Se ha de altercar con razones.
Ni sin virtudes los dones
Aumentan autoridad.
Ni es mala la novedad
Que las costumbres corrige.
Ni el que de pecar se aflige
Hará en sus culpas asiento.
Ni el hombre de buen intento
Dejó de ser envidiado.
Ni al que vive recatado
Le suceden muchos daños.
Ni los esquivos extraños
Son grandes negociadores.
Ni jamás con los mayores
Han de trabarse contiendas.
Ni en materias que no entiendas
Hables con bachillería.
Ni con vana fantasía
Nombre de cuerdo se cobra.
Ni se puede hacer tal obra
Cual la limosna secreta.
Ni hay discrecion mas perfeta
Que procurarse salvar.
Ni cosa mas de loar
Que el crédito por la espada.
Ni se han de tener en nada
Palabras sin obras vivas.
Ni riquezas fugitivas
Se deben mucho estimar.
Ni hay mayor gusto que dar
Lo que el pobre noble pide.
Ni al que mucho se comide
Menospreciarás hinchado.
Ni á padre desconcertado
Le tendrá el hijo respeto.
Ni es bien revelar secreto
Que de tí solo se fia.
Ni se vió que gran porfía
Se escapase de pendencia.
Ni es justo que á la paciencia
Uses descomedimiento.
Ni hay tan vano pensamiento
Como dar crédito á sueños.
Ni vi que de muchos dueños
Haya hacienda bien guardada.
Ni hay cosa en mas estimada
Que tratar siempre verdad.
Ni de mayor cualidad
Que el limpio de corazon.
Ni busques mas noble don
Que el de la sabiduría.
Ni de la hacienda no mia
Es cordura disponer.
Ni el prudente ha de leer
En libro de vanidades.
Ni te cansen las verdades
Que te dicen con amor.
Ni tengas por disfavor
Enviarte Dios trabajos.
Ni de pensamientos bajos
Se puede sacar provecho.
Ni estar de sí satisfecho
Es de persona avisada.
Ni cosa muy deseada
Parece que tarda poco.
Ni está léjos de ser loco
Quien sigue siempre un cuidado.
Ni podrá ser estimado
El hombre de bajo pecho.
Ni hay cosa tan sin provecho
Como es sin causa hacer mal.
Ni mas seguro caudal
Que en Dios poner la esperanza.
Ni espere mucha bonanza
Quien en mal tiempo navega.
Ni el que lo que hizo niega
Siente bien casos de honor.
Ni hay mas bajo deshonor
Que en la guerra cobardía.
Ni teme la luz del dia
El de segura conciencia.
Ni alargue la penitencia
El que salvarse quisiere.
Y en su verde edad no espere
Mas por norte la esperanza;
Del mal venza la pujanza,
Y la borrasca no altere
A quien espera bonanza.

TRATADO III.

Quien corre tras sus antojos
De luz natural va ciego.
Y no alcanzará sosiego
A quien el remedio ofende.
Ni el que en ambicion se enciende
De ella sacará buen pago.
Ni en este mundo y su halago
Se hallará buena amistad.
Ni goza su libertad
El que recibe cohecho.
Ni tendrá seguro el pecho
El de enredada conciencia.
Ni muestra mucha prudencia
Quien conservarse no sabe.
Ni el que es de trato suave
Dejará de ser bienquisto.
Ni hombre avariento se ha visto
A quien todo no le falte.
Ni hay sobre oro tal esmalte
Como en la ciencia humildad.
Ni se llama caridad
Hacer bien con vanagloria.
Ni hay tan honrada memoria
Como la que deja el justo.
Ni hay gusto que dé tal gusto
Como el hacer paz con Dios.
Ni hay alma partida en dos
Como la de bien casados.
Ni destierra los pecados
Quien se queda en la ocasion.
Ni es buena la pretension
Que no es lícita y honesta.

Ni hay despeñadero ó cuesta
Cual la vida del vicioso.
Ni estará de sí quejoso
El que puso diligencia.
Ni el que tuviere prudencia
Será amigo de contiendas.
Ni se gozarán haciendas
Que fuesen mal adquiridas.
Ni hay quien consuma las vidas
Tanto como pesadumbres.
Ni vi que honestas costumbres
Dejasen hombre burlado.
Ni el prudente, aunque letrado,
Con serlo se desvanece.
Ni pequeño afan padece
Quien se gobierna al revés.
Ni se arrepiente despues
Quien piensa bien lo que hace.
Ni á Dios el pobre le aplace
Si no es de humilde intencion.
Ni es bien que se dé ocasion
A que juzguen otros mal.
Ni querer hacerse igual
Con el de mayor estado.
Ni pretendas ser loado
De la virtud que tuvieres.
Ni el bien que en secreto hicieres
Le manifiestes á todos.
Ni es bueno que busques modos
De regalar tu persona.
Ni llames bueno al que abona
Las cosas que son mal hechas.
Ni te cases con sospechas
Que te podrán ser dañosas.
Ni personas envidiosas
Gozarán de algun consuelo.
Ni viviente hay en el suelo,
Que de algo no se queje.
Ni quien por Dios honra deje,
Que mayor no se le siga.
Ni aquel que imitó á la hormiga
Le llamarán perezoso.
Ni de álguien va temeroso
El pobre cuando camina.
Ni cosa da mas mohina
Que la condicion ingrata.
Ni el que en palabras maltrata
Saldrá sin mala respuesta.
Ni es bien tener la honra puesta
A riesgo por pocas cosas.
Ni te parezcan sabrosas
Pláticas que perjudican.
Ni los que á virtud se aplican
Viven con poco descanso.
Ni hay agraviado tan manso,
De quien no estés sospechoso.
Ni quieras estar gozoso
De oir defectos ajenos.
Ni dejan de doler menos
Las penas comunicadas.
Ni son buenas las pisadas
Dadas por cosas de viento.
Ni hay verdadero contento
En aquesta triste vida.
Ni será mal recibida
La muerte en casa del justo.
Ni tendrá pequeño gusto
El amigo de sermones.
Ni el decir á otro baldones
Es de pecho generoso.
Ni hay tormento tan sabroso
Cual padecer por la fe.
Ni quien mucho se ama ve
Las faltas que él mismo tiene.
Ni pienses que te conviene
Lo que Dios no quiere darte.
Ni que por otro envidiarte
Dejes de recelar daño.
Ni es pequeño desengaño
Ver la miseria del mundo.
Ni dolor hay tan profundo
Como perder el honor.
Ni cosa de mas loor
Que hacer bien á todas gentes.
Ni son poco impertinentes
Los que pecan de curiosos.
Ni con pasos perezosos
Se conquistan cosas grandes.
Ni es bien prometas ó mandes
Lo que no puedes cumplir.
Ni se debe diferir
La enmienda para adelante.
Ni vi necio y arrogante
Que piense que sabe poco.
Ni parecer por Dios loco
Deja de ser gran cordura.
Ni hay fortuna ni ventura
Sino voluntad divina.
Ni el necio se determina
Del discreto, como calle.
Ni hay alguno á quien no halle
Tarde ó temprano la muerte.
Ni es bien que permitas verte
Afligido por fiar.
Ni algun bien puede esperar
El que á otros perjudica.
Ni el que á trabajar se aplica
Dejará de acrecentarse.
Ni le es lícito vengarse
En algun tiempo al cristiano.
Ni dés muestras de liviano,
Por lo menos cuando hay canas.
Ni palabras y obras vanas
Te satisfagan al gusto.
Ni te inclines á lo injusto
Por alguna persuasion.
Ni te ciegue la aficion
A decir lo que es mentira.
Ni tengas puesta la mira
En las cosas de la tierra.
Ni te hagas á tí guerra
Con tus vicios y pecados.
Ni quieras cargos honrados,
Si el alma te han de cargar.
Ni ventajas procurar
En perjuicio de alguno.
Ni te precies de importuno
Por cosas de poca cuenta.
Ni recibas por afrenta
Ocuparte en obras pias.
Ni la caridad resfrias
En corregir al vicioso.
Ni te muestres codicioso
De lo supérfluo jamás.
Ni vuelvas el rostro atrás
Del bien comenzado á hacer.
Ni te pese padecer
Trabajos por la verdad.
Ni la virtud y bondad
Consiste solo en palabras.
Ni es bien que tu pecho abras
A gente que no conoces.
Ni quieras vencer á voces
Las contiendas sin razon.
Ni tengas mala intencion
Aunque te dén ocasiones.
Ni por muchas persuasiones
Te inclines á hacer lo injusto.
Ni tengas por de buen gusto
Al amigo de pecar.
Ni te pese de aguardar
A pesar bien lo que hicieres.
Ni las cosas que no vieres
Las afirmes por muy ciertas.
Ni llegues jamás á puertas
De avariento á socorrerte.
Ni procures esconderte,
Que es hacerte del culpado.
Ni quieras ser estimado
Por el bien que hubieres hecho.
Ni te muestres satisfecho
Con el daño cometido.
Ni al que es por Dios abatido
Lo juzgues por desdichado.
Ni hay mas peligroso estado
Que el del muy favorecido.
Ni pierde, por ser sufrido,
El hombre reputacion.
Ni es de estimar el blason
Que lo alcanzó el interés.
Ni se olvide de lo que es
Nadie por mucha riqueza.
Ni quien tiene gran firmeza
Suele por poco mudarse.
Ni hay cosa que conservarse
Pueda si no es virtuosa.
Ni vida mas congojosa
Que la del hombre avariento.
Ni tendrá merecimiento
Quien pidiere acá la paga.
Ni en algo te satisfaga
Lo que es fundado en maldad.
Ni puede tratar verdad
Quien lo que no tiene ofrece.
Ni el que en virtud desfallece
Conseguirá su deseo.
Ni tengas por gran trofeo
Vengarte de tu enemigo.
Ni hay mas agradable amigo
Que es el hijo virtuoso.
Ni con el hombre envidioso
Converses mucho ni andes.
Ni por nada te desmandes
A hacer cosas mal hechas.
Ni fies de quien cohechas;
Que hará lo mismo al contrario.
Ni tengas por adversario
Al poderoso jamás.
Ni vuelvas palabra atrás
Cuando la diste una vez.
Ni quieras en la vejez
Tener condicion de mozo.
Ni pienses hallar tal gozo,
Que no tenga su desman.
Ni se come siempre el pan
En el mundo sin dolor.
Ni la hacienda sin sudor
Ganada se logra mucho.
Ni quien dice: «Yo no escucho
Disculpa,» tiene razon.
Ni vencer la tentacion
Es poco merecimiento.
Ni tiene firme cimiento
Lo fundado en vanagloria.
Ni olvides de tu memoria
Jamás el ser polvo y tierra.
Ni siempre virtud se encierra
En la apariencia exterior.
Ni tiene mucho valor
El que á todos amenaza.
Ni pretendas que en la plaza
Se publiquen tus virtudes.
Ni tuerzas jamás, ó mudes,
El propósito que es bueno.
Ni por mucho que estés lleno
De bienes te desvanezcas.
Ni con extremo encarezcas
A nadie el bien que le hiciste.
Ni te olvides que naciste
Desnudo y sujeto á muerte.
Ni te precies de muy fuerte,
Pues pecas á cada paso.
Ni seas corto ni escaso
En pedir á Dios mercedes.
Ni los bienes que hacer puedes
Los quieras para uno solo.
Ni te defiendas con dolo,
Aunque tengas gran justicia.
Ni tiene poca malicia
Quien jura lo que no vió.
Ni del mal se desvió
Quien no teme padecer.
Ni grande gozo y placer
Se conservó muchos dias.
Ni es bien que por malas vias
Quiera alguno levantarse.

Ni ocasion para quejarse
Faltará al amigo dello.
Ni jamás aborrecello
Suele quien el vino usó.
Ni el que apostó ó porfió
Fué tenido por discreto.
Ni el mancebo no sujeto
Puede vivir cuerdamente.
Ni es pequeño inconveniente
Que el hombre siga su gusto.
Ni de juez que es injusto
Se espere sentencia buena.
Ni hay cosa que dé mas pena
Que faltar lo necesario.
Ni mas terrible adversario
Que el enemigo encubierto.
Ni el reconocer buen puerto
Es poco gozo en el mar.
Ni le hay mayor que acabar
En servicio del Señor,
Pidiendo nos dé favor
Para subir á gozar
De su sempiterno amor.

TRATADO IV.

Es justo tomar consejos
De prudencia y rectitud;
Porque siguiendo virtud,
Cualquier trabajo es ligero.
Y es camino verdadero
De la fe y verdad cristiana
No diferir á mañana
El bien que hoy se puede obrar;
Procurando no imitar
A los de aqueste tratado.
Al que puede ser amado
Y gusta que le aborrezcan.
Al que pretende que crezcan
Sus deleites y placeres.
Al que por llegar haberes
Pone su persona en mengua.
Al que de dañada lengua
Pretende sacar provecho.
Al que, estando satisfecho,
Pide cosas excusadas.
Al que mide otras pisadas,
Y no quiere ser medido.
Al que, despues de perdido,
Aguarda á tomar consejo.
Al que perdió amigo viejo,
Y muy presto se consuela.
Al que siempre se desvela
En fundar torres de viento.
Al que sobre ruin cimiento
Cargare grande labor.
Al que se rige al sabor
De su antojo y accidente.
Al que por ser negligente
Perdiere la coyuntura.
Al que la cosa madura
Dilata para otro dia.
Al que con ánsia porfia
En perder honra y caudal.
Al que procura hacer mal,
Y esconde luego el azote.
Al que lastima con mote
Y en las burlas se apostema.
Al que, sin por qué, se quema
Antes que el fuego lo toque.
Al que por guardar el roque
Deja perdida la dama.
Al que se distrae y derrama
Pretendiendo cosas vanas.
Al que deshonra sus canas
Con ser torpe ó ser logrero.
Al que jamás por entero
Mira derecho á la cara.
Al que torciere la vara
Por abastecer su seno.
Al que, de vano y muy lleno,
Busca lo que es imposible.
Al que el sosiego apacible
Deja por enemistades.
Al que haciendo mil maldades,
Piensa tener buena fama.
Al que donde quiera que ama
Fia su honra y estado.
Al que en el oficio honrado
Se infama en cualquier manera.
Al que pasa la dentera
Gozando otro del sabor.
Al haragan dormidor
Que se queja de su suerte.
Al que se muestra leon fuerte
Donde es bueno ser oveja.
Al que de virtud se aleja,
Olvidado de su alma.
Al que su ruindad ensalma
Con hechos de sus pasados.
Al que á los naipes y dados
Tiene entregada su honra.
Al que se pierde y deshonra
Con su riqueza y su bien.
Al que quiere que le dén
Lo que él nunca quiso dar.
Al que se procura honrar
Con sufridos y pacientes.
Al que niega sus parientes
Cuando está en prosperidad.
Al que usa de crueldad,
Siendo con los flacos fuerte.
Al que teme cualquier muerte
Mas que deshonrada vida.
Al que sale de medida
Y se precia de discreto.
Al que piensa ser perfeto
No negando su apetito.
Al que se muestra marchito,
Y es en condicion demonio:
Al que urde un testimonio
Sin temer su perdicion.
Al que temor ó aficion
Le hacen prevaricar.
Al que es presto en sentenciar,
Sin hacer bien la pesquisa.
Al que fia de la risa
Que le muestra su enemigo.
Al que busca por abrigo
A aquel á quien hizo daño.
Al que lo feo del engaño
Con oro falso lo dora.
Al que de sí se enamora,
Aunque mas virtudes haya.
Al que pasa de la raya,
Confiado en el poder.
Al que procura vencer
Con mentira y falsedad.
Al que busca libertad
Huyendo de la virtud.
Al que obra ingratitud
Y finge santa doctrina.
Al que á murmurar se inclina,
Y á sus prójimos infama.
Al que porque mucho se ama
Nunca conoce su error.
Al que es gran disipador
Por opulenta comida.
Al que fia su alma y vida
De su enemigo y contrario.
Al que, siendo gran cosario,
Se descubre á cualquier gente.
Al que está dentro en la fuente,
Y teme de no hallar agua.
Al que cerca de la fragua
Pretende guardar la estopa.
Al que confia su ropa
Del que no tiene conciencia.
Al que pierde la paciencia
Por cualquier causa liviana.
Al que entiende que se gana
Por temoso apasionado.
Al que, por ser muy doblado,
Tiene la casa sencilla.
Al que desecha su silla
Sin tener otra mejor.
Al que muestra ir con dolor
Adonde por fuerza ha de ir.
Al que no puede sufrir
Hablar en lo venidero.
Al que con mucho dinero
Hartar piensa su codicia.
Al que por mucha avaricia
Vive apocado y hambriento.
Al que secreto y contento
Busca de lengua parlera.
Al que de la talanquera
Grita y hace del torero.
Al que fuere lisonjero
Con amigos y señores.
Al que haciendo sinsabores
Piensa tener gran ventura.
Al que todo lo asegura
Y de todo se confia.
Al que de nadie se fia,
De avariento y codicioso.
Al que, siendo perezoso,
Quiere descanso adquirir.
Al que no puede sufrir
El ser templado en su pasto.
Al que tiene mayor gasto
Que su renta y su caudal.
Al que de hombre desleal
Se favorece y ampara.
Al que con miedo se pára
Donde virtud puede obrar.
Al que no piensa hallar
Yugo para su melena.
Al que no sangra de vena
Que no sea la del arca.
Al que entra solo en la barca,
Sin saberla gobernar.
Al que procura abarcar
Mas que puede sostener.
Al que pretende valer
Por tratar siempre en mostaza.
Al que de torpe se enlaza
O mal criado ó liviano.
Al que cuanto mas anciano,
Es mas bajo y menos franco.
Al que es rudo, flojo y manco
Por ser vicioso contino.
Al que yendo de camino,
Deja el puente y toma el vado.
Al que busca en alto estado
Firmeza y seguro abrigo.
Al que es presto en dar castigo,
Y él en nada es continente.
Al que sus cosas no siente,
Y en lo ajeno es muy sentido.
Al que es muy mal corregido
Y grande corregidor.
Al que lleva por rigor
Las cosas que tienen corte.
Al que espera alegre porte
Trayendo nuevas de llanto.
Al que cubre con su manto
A quien siembra division.
Al que piensa es discrecion
Gastar mucho tiempo en risa.
Al que hace la pesquisa
Cuando el hombre está ahorcado.
Al que despues de ordenado
Vive sin órden alguna.
Al que de ruin aceituna
Quiere sacar buen aceite.
Al que por cualquier deleite
Deja el virtuoso arreo.
Al que no tiene deseo
En sus vicios de enmendarse.
Al que piensa autorizarse
Con lo que otro trabaja.
Al que hace cosa baja
Sin quedar en confusion.
Al que defiende razon
Y teme pasar afan.

Al que, siendo guardian,
Ha menester ser guardado.
Al que es ciego apasionado,
Y sin guia se menea.
Al que su trabajo emplea
Donde no le puede honrar.
Al que finge el atajar
Daños y siembra zizaña.
Al que cuantos trata engaña,
Fingiendo á todos modestia.
Al que vive como bestia
Pública y secretamente.
Al que busca entre ruin gente
Amigo de gran constancia.
Al que con mala ganancia
Piensa salir de cuidado.
Al que al oro ya esmaltado
Pule con grosera lima.
Al que sin fiador se arrima
Al balcon de ruin madera.
Al que con carga ligera
Se quebranta y se fatiga.
Al que se pierde y se liga
Por resaber lo excusado.
Al que en lo que es obligado
No es cuidoso y diligente.
Al que entiende que es valiente
Por soberbia y presuncion.
Al que se mete en prision
De ruin mujer por hacienda.
Al que la ajena contienda
Echa á la parte peor.
Al que sin mucho sudor
Piensa alcanzar buena suerte.
Al que juzga por mas fuerte
A quien obrare mas mal.
Al que fuere liberal
Y pródigo en bien ajeno.
Al que solamente es bueno
Por el temor de la pena.
Al que usurpa hacienda ajena,
Y la suya no perdona.
Al que apoca su persona,
Y piensa que es gran varon.
Al que no escucha razon
Que le saque de pecar.
Al que no quiere acabar
De caer bien en la cuenta.
Al que no teme tormenta
Navegando sin sazon.
Al que teme reprehension,
Y no huye el merecella.
Al que de otro se querella
Sin estar bien informado.
Al que en viéndose ganado,
Se pierde por otro extremo.
Al que con vela y con remo
Las cosas injustas ruega.
Al que afligiéndose ciega,
Llorando duelos ajenos.
Al que aborrece á los buenos
Por no seguir su destino.
Al que, sin ver el camino,
Se va al hilo de la gente.
Al que corre neciamente,
No sabiendo el paradero.
Al que juzga por tercero
Al que en algo nunca acierta.
Al que se llega á la puerta
Del hombre sábio á fingir.
Al que se quiere pulir
Y adornar con lo prestado.
Al que siente que alabado
Sea otro en su presencia.
Al que tiene por clemencia
Dar consejo deleitoso.
Al que, por ser poderoso,
Vive a descuido y placer.
Al que estudia en complacer,
Sin cosa mala estorbar.
Al que piensa reposar
No siendo en nada fiel.
Al que se atribuye á él
Todo el bien que Dios le dió.
Al que entiende que nació
En algo libre y exento.
Y á aquellos que sufrimiento
Y caridad no tuvieren,
Porque esos viven y mueren
Con pena eterna y tormento.

TRATADO V.

De lo que debes huir
Te aconsejé en el pasado;
Y en este último tratado
Lo que conviene seguir
Hallarás bien dibujado.
Sigue al que el mundo ha dejado
Por mejor servir á Cristo.
Al que no quiere ser visto
Y huye á la soledad.
Al que con gran caridad
A los prójimos consuela.
Al que siempre se desvela
En mirar por su conciencia.
Al que vive con prudencia
Y santa sinceridad.
Al qué ama la verdad
Por ser seguro camino.
Al que confiesa por trino
A Dios en única esencia.
Al que tuviere paciencia
En sufrir persecuciones.
Al que afrentas ni baldones
No le causaron rencor.
Al que conoce su error
Y se enmienda del pecado.
Al que, viéndose ensalzado
Se humilla y teme caer.
Al que, por mas merecer,
Se hace con todos menos.
Al que los males ajenos
Como los propios los siente.
Al que, por ser continente,
Se retira de ocasiones.
Al que admite persuasiones
Cuando está mas enojado.
Al que se halla aparejado
A sufrir cualquier trabajo.
Al que se juzga por bajo,
Aunque sea de gran casta.
Al que nunca el tiempo gasta
En obrar cosas livianas.
Al que no aguarda á las canas
Para enmendar su vivir.
Al que piensa combatir
Y vencer siempre al demonio.
Al que el falso testimonio
Lleva con rostro sereno.
Al que está contino lleno
De virtudes y constancia.
Al que tiene por ganancia
Hacer á todos placer.
Al que gusta parecer
En sufrimiento á los buenos.
Al que tiene siempre llenos
Los pobres de buenas obras.
Al que no pretende sobras
Sino para repartillas.
Al que huye las rencillas,
Aunque le dén ocasion.
Al que tiene compasion
De gente oprimida y presa.
Al que en extremo le pesa
De ver al prójimo enfermo.
Al que se recoge al yermo
A contemplar quién Dios es.
Al que no aguarda á despues
A corregir su vivir.
Al que piensa en el morir
Muchas veces en el dia.
Al que á la Vírgen María
Tiene por norte y amparo.
Al que no busca reparo
Que no sea virtuoso.
Al que nunca es perezoso
En obras de caridad.
Al que, por mucha bondad,
No tiene en nada malicia.
Al que ama la justicia,
Aunque sea contra sí mismo.
Al que piensa en el abismo
Cuando va á hacer el pecado.
Al que siempre ha venerado
Al padre que le engendró.
Al que jamás se quedó
Con hacienda que sea ajena.
Al que es de condicion buena
Con sus prójimos contino.
Al que no deja el camino
Por buscar atajo incierto.
Al que se tiene por muerto
Al mundo y sus vanidades.
Al que escucha las verdades,
Aunque no le estén á cuento.
Al que hace buen cimiento
De humildad en su vivir.
Al que jamás diferir
Lo bueno quiere adelante.
Al que está siempre constante
Hasta morir por la fe.
Al que con firmeza cree
Cuanto en ella se contiene.
Al que conoce que viene
De padres desobedientes.
Al que socorre parientes
Aunque se halle en alto estado.
Al que entiende que prestado
Es todo el bien que tuviere.
Al que sus fuerzas pusiere
En dar al pobre su ayuda.
Al que su cuerpo desnuda
Por dar á este tal la ropa.
Al que con ninguno topa
A quien no tenga respeto.
Al que quiere estar sujeto
Siempre á lo que es obligado.
Al que entiende que es honrado
Cuando usa de mas virtud.
Al que aguarda el ataud
Cada y cuando que viniere.
Al que sus riquezas quiere
Para tesoros del cielo.
Al que no mira si hay duelo
En perdonar las afrentas.
Al que corre las tormentas
De este siglo con paciencia.
Al que tiene su conciencia
Muy medida y concertada.
Al que el alma enamorada
Tiene de Cristo en la cruz.
Al que tiene por su luz
Los divinos mandamientos.
Al que es de buenos intentos
Todo el curso de su vida.
Al que jamás por comida
Se fatiga ni congoja.
Al que entiende que no hay hoja
Que en todo á Dios no obedezca.
Al que, aunque mucho merezca,
No por eso se sublima.
Al que no sigue su clima
Sin razon, freno ni rienda.
Al que gusta no se entienda
Dél cosa que no sea justa.
Al que se mide y ajusta
A su poder y caudal.
Al que á ninguno hace mal,
Antes se ejercita en bien.
Al que no quiere le dén
Gracias por el beneficio.
Al que se ocupa en su oficio,
Si no halla otro mejor.
Al que no es murmurador,
Aunque para esto le instiguen.

Al que ve que le persiguen,
Y paga con buenas obras.
Al que no quiere zozobras
Compradas con interés.
Al que no dice quién es,
Por vanidad, cada paso.
Al que no es corto ni escaso
En hablar bien de quien puede.
Al que no quiere que quede
Sin pagar deuda á su muerte.
Al que juzga que ser fuerte
Consiste en disimular.
Al que no quiere apurar
Al amigo la paciencia.
Al que entiende que es gran ciencia
Saber sufrir y templarse.
Al que á Dios encomendarse
Acostumbra á la mañana.
Al que con voluntad sana
A menudo se confiesa.
Al que en el alma le pesa
De ofender á su Criador.
Al que tiene por honor
Servirle en sus sacrificios.
Al que huye de los vicios,
Fundado en solo su amor.
Al que lleva con valor
Por Jesucristo trabajos.
Al que pensamientos bajos
No tuvo en toda su vida.
Al que teme la subida,
Por ser cosa congojosa.
Al que por muy peligrosa
Juzgó siempre la ocasion.
Al que no ciega pasion
Para hacer cosa mal hecha.
Al que de nadie sospecha,
Ni se mete en su vivir.
Al que siempre en el partir
Es comedido y afable.
Al que no hay temer que hable
Algo que ofenda jamás.
Al que no se vuelve atrás
Del bien comenzado á hacer.
Al que antes de anochecer
Se encierra siempre en su casa.
Al que no es de mano escasa
Para socorro del pobre.
Al que quiere no le sobre
Mucho despues de sus dias.
Al que por dañadas vias
No pretende haber hacienda.
Al que no gusta se entienda
La limosna que reparte.
Al que no vive con arte,
Sino con sana llaneza.
Al que todo lo endereza
En servicio del Señor.
Al que con pecho y valor
Sobrelleva los trabajos.
Al que juzga por muy bajos
Los tesoros de la tierra.
Al que en su pecho no encierra
Cosa que no sea virtud.
Al que nunca ingratitud
Ha usado en toda su vida.
Al que no busca comida
Mas de para sustentarse.
Al que procura guardarse
De los peligros del alma.
Al que nunca se desalma
En vicios ni liviandades.
Al que ama las verdades
Sin mudarse hasta la muerte.
Al que entiende que no es fuerte
Sin el auxilio divino.
Al que va por el camino
Que caminaron los justos.
Al que no procura gustos,
Sino penas y trabajos.
Al que estima á los mas bajos,
Si son de virtudes claras.
Al que con gentes avaras
No traba grande amistad.
Al que tiene castidad
De cuerpo y alma muy pura.
Al que contino procura
Favorecer los caidos.
Al que de pasos perdidos
Se acusa en las confesiones.
Al que excusa las pasiones
Por quietud de la conciencia.
Al que tuvo la prudencia
Que bastó para salvarse.
Al que nunca en alabarse
Se ocupa de sus hazañas.
Al que no vive con mañas,
Con astucias ni fingir.
Al que procura morir
Con perfecta contricion.
Al que en gran veneracion
Tiene siempre al sacerdote.
Al que aca paga el escote
De los pecados que ha hecho.
Al que no esta satisfecho
Jamás de su proceder.
Al que en morir y en nacer
Sabe que á todos se iguala.
Al que luego que resbala
Se levanta sin tardanza.
Al que cuando hace mudanza
Procura que sea mejor.
Al que no vive al sabor
De su gusto y paladar.
Al que es liberal en dar
Del bien que Dios le ha prestado.
Al que por ser estimado
No se ensalza y desvanece.
Al que entiende que merece
Cualquier daño que le venga.
Al que, aunque mas se prevenga,
Sabe que se va acabando.
Al que nunca sigue bando
Ni es parcial en cosa mala.
Al que arranca, quema y tala
Las culpas que van creciendo.
Al que, viviendo y muriendo,
Gime y llora sus errores.
Al que tiene sus amores
Puestos en Cristo y su madre.
Al que, por mas que le cuadre,
No codicia cosa ajena.
Al que no solo la pena
Le aparta del mal obrar.
Al que procura atajar
Los daños en ocasion.
Al que no tiene pasion
En cualquier cosa que trate.
Al que vaiven ni combate
No le apartan de lo bueno.
Al que tiene siempre lleno
El pecho de caridad.
Al que guarda castidad,
Cosa á Dios tan agradable.
Al que por muy detestable
Juzga siempre la mentira.
Al que se aparta y retira
De lo que á Dios no es conforme.
Al que antes que se informe
Ninguna cosa condena.
Al que de virtudes llena
Tiene el alma de contino.
Al que al pobre peregrino
Agasaja y favorece.
Al que jamás desfallece
De lo bueno que comienza.
Al que aunque á los otros venza,
No se jacta ni engrandece.
Al que en obras siempre crece
Ejemplares y cristianas.
Al que las cosas mundanas
Aborrece con firmeza,
Y pone su fortaleza
En ganar las soberanas
Que da la suprema Alteza.

AL MENOSPRECIO DE LAS COSAS CADUCAS Y PERECEDERAS DE ESTE SIGLO.

Cierra los ojos, hombre, á los placeres,
De este valle de lágrimas y enojos,
Si á los de eterna vida abrirlos quieres (1).
No ordenes ramilletes y manojos
De flores; que otras mas purpúreas rosas
De alegre vista esperan ver tus ojos (2).
No busques fuentes claras y sabrosas,
Alivio de tu sed, ni valle umbroso
Donde puedas fingirte que reposas (3).
Que otro mas fresco campo, otro reposo,
Y aun otras aguas de sabor divino,
Verás en aquel siglo venturoso (4).
No sigas por el bosque sin camino,
La fugitiva sombra en la arboleda,
Ni del arroyo el murmurar contino (5).
Espera un breve punto que te queda,
Y seguirás un bien no fugitivo,
Que el alma irá tras él, segura y leda (6).
No mires el gallardo cuello altivo
De la engañosa garza en las corrientes,
Ni trueques por el muerto el cuerpo vivo (7).
Vuelve, repara, mira otros ardientes
Y regalados ojos, que enternecen,
Que al alma y corazon están presentes (8).
No te reclines donde se te ofrecen
Floridos prados, que en la noche fria
Se marchitan, enmustian y entristecen (9).
Muy dulce la memoria te seria
Del campo Eliseo, que en perpétua vida

(1) «Si vis ad vitam ingredi, serva mandata.» (Matth., 19.)
(2) «Et votis alitur spes animosa suis.» (Stroz. Pat.)
(3) «Et numquid tibi vis in via Ægipti ut bibas aquam turbidam?» (Jer.)
(4) «Diesque perpetuus secura qui est aeterna voluptas.» (Mant.)
(5) «Fluxit, et in mortem fugitivae evanuit umbrae.» (Mant.)
(6) «Spera in Deo et fac bonitatem, et pasceris in desideriis ejus.» (Ps. 56.)
(7) «Ne tibi captiosae ulterius fallaciae serpat.» (Tom. Rader.)
(8) «Quoniam clemens est, et plus erga suos Deus.» (Lactan.)
(9) «Fragiles sunt voluptates, ideo quia breves.» (Idem.)

La noche oscura falta, y siempre es dia (1).
No mires la mañana mas lucida
Que adorna el aire puro y descolora
Las lumbres de la noche en su venida (2);
Que de otra mas resplandeciente aurora
Han de ser esos ojos alumbrados,
Si por su Dios están llorando ahora (3).
Ni hurtes la manzana en los vedados
Sotos del mundo; corre y pára entre ellos
Los ojos y alma al cielo levantados (4).
Ni es bien que pongas en olvido aquellos
Ramos dorados, que de fruto abundan,
Seguros que la helada y sol dé en ellos (5).
El alabastro y pórfido en que fundan
Los grandes, no lo envidies, que arruinado
Será de suerte, que ellos se confundan (6).
Que es pobre el jaspe y mármol torneado
De la mundana choza, á las columnas
Del trasparente cielo comparado (7).
Y si te aconteciere ver á algunas
Criaturas bellas llenas de hermosura,
Siempre á la vista alegres y oportunas (8),
Conoce ser borron, sombra y figura
De Aquel que no hay decir su gran belleza,
Que es nueva, no comienza y siempre dura (9).
Al viento de la fama y la nobleza,
Si está del corazon la entrada abierta,
Difícil es guardar total pureza (10).
Acuérdate que esperas gloria cierta,
Que no puede haber miedo de perderse,
Y al golpe de la envidia está encubierta (11).
Si al cedro vieres ensoberbecerse,
Y con su altura amenazar el cielo,
Y con fértiles brazos extenderse (12);
Si con torcidas vueltas mucho suelo
Penetrar su raíz, y andar minando
Por mejor levantar el alto vuelo (13),
No pienses que ya es, porque en pasando,
Si vuelves á mirar, no hay dél memoria;
Si dices, ¿cuándo fué? tampoco hay cuándo (14).
Y no pierdas de vista aquella gloria,
Que, como el que es la causa siempre vive,
Así no ha de ser ella transitoria (15),
Ni puede tener fin quien la recibe;
Que despues de mil siglos acabados,
Eternidad de gloria se percibe,
De que gozan los bienaventurados (16).

(1) «Et videt astriferum victrix memoriam cœlum.» (Bap. Pius.)
(2) «Sic neque clara dies, neque nox dabit atra quietem.» (Luc., lib. IX.)
(3) «Ea est Dei vita, qua nihil beatius.» (Cic., *De natur. Deor.*)
(4) «Coelum patria est.» (Marul.)
(5) «Atque hyemales non sentit glacies.» (Hesiod., lib. I.)
(6) «Triste caos deficit maestis vanagloria sepulcris.» (Stat. 5, Sylv.)
(7) «Humanis praestat coeli fulgentis imago.» (Prudent.)
(8) «Anceps forma bonum mortalibus.» (Senec., *De virtut.*)
(9) «Tu autem, Domine, in aeternum permanens.» (Jer., *in Thren.*, cap. 5.)
(10) «Cur malum fama? quia mendax.» (Tertul.)
(11) «Ipsa triumphatrix gloria vestra venit.» (Prudent., *in Fest. mart.*)
(12) «Vidi impium superexaltatum.»
(13) «Et elevatum sicut cedros Libani.»
(14) «Transibi, et non est inventus locus ejus.» (Ps. 36.)
(15) «O gloria dulcis, etc.» (Prudent., *in Fest. omn. sanct.*)
(16) «Et gloriabuntur in te omnes qui diligunt nomen tuum.» (Ps. 5.)

FIN DE LOS PROVERBIOS MORALES DE CRISTÓBAL PEREZ DE HERRERA.

POESIAS

DE

BALTASAR DEL ALCAZAR.

(SEGUNDA PARTE.)

COMPOSICIONES VARIAS.

Á UNA DOÑA BEATRIZ.

Hame dado voluntad,
Hermosísima Beatriz,
De averiguar con verdad
Lo que sabe una perdiz
Comida por navidad;
Porque la fama parlera
Del primer polo al segundo
Lo celebra de manera,
Que entre los gustos del mundo
Le da la palma primera;
Es abril cuando esto quiero,
¡Ved que confusion tan nueva!
Porque si á diciembre espero,
Que es el tiempo de la prueba,
Podré morirme primero;
Y si la pruebo este mes,
No habrá perdiz, entre mil,
Que sea tal, y si lo es,
No dará el gusto en abril
Como lo dará despues.
En esta empresa que sigo,
Que quizá fué por mi mal,
Me dijo un falso testigo
Que ningun remedio hay tal
Como teneros conmigo;
Porque de vuestra beldad
Se averigua un caso extraño,
Y es, que en esa bella edad,
Y en cualquiera mes del año,
Sois perdiz por navidad.

EPIGRAMAS.

I.

Si tu mal diera en el cura,
Sin que te cupiera parte,
No era menester curarte
Como el cura no se cura;
Mas pues el mal se te atreve
Mas que al cura, bebe, Inés,
La zarzaparrilla un mes,
Ya que el cura no la bebe.

II.

Bellos ojos tiene Ana;
Mas porque, á mi parecer,
Se inclina el mundo á tener
Por tan bellos los de Juana,
Haz que te preste los suyos,
Y álzate despues con ellos;
Que no es bien que ojos tan bellos
Se diga que no son tuyos.

III.

¿Quereis saber de Constanza
Cuán casta y honesta sea?
Que ninguno la desea
Que quede con esperanza;
Porque como ella lo sepa,
Luego le aplica el remedio,
Sin dejar lugar en medio,
Donde la esperanza quepa.

IV.

No le dés la mano, Inés,
A ningun sugeto humano,
Porque si le das la mano
Tú tendrias una, y él tres;
Y cuando cese este daño,
Del mismo hecho se infiere
Que la mano que él te diere
Ha de ser de las del año.

V.

Tus cabellos, estimados
Por oro contra razon,
Ya se sabe, Inés, que son
De plata sobredorados;
Pues querrás que se celebre
Por verdad lo que no es:
Dar plata por oro, Inés,
Es vender gato por liebre.

VI.

Llora su pena y enojo
Tiernamente Catalina,
Y llóralo la mezquina
Solamente con un ojo;
Si quiere saber alguno
Que la causa de ello ignora,
Por qué con un ojo llora,
Porque no tiene mas de uno.

VII.

Cierra la puerta, Rufina,
Porque, de no estar cerrada,
No te halles malograda
Como tu hermana Marina;
Pero, si no tienes gana
De cerrar y de encerrarte,
Debes querer malograrte
Como Marina, tu hermana.

VIII.

Estando los escuadrones
Florentinos y romanos,
De indinados corazones,
Para venir á las manos
Por sus antiguas pasiones,
Iba el cardenal de España
Rodeando la campaña,
Y animando á sus soldados
Que entrasen determinados
En la militar hazaña,
Diciéndoles: «Ea, señores,
Pelead como debeis,
Pues en todo sois mejores,
Y tantas veces habeis
Vencido trances mayores.
»La deseada victoria,
Que esperais, ya es conocida;
No teneis por qué dudalla:
Los muertos en la batalla
Vais á cenar á la gloria.»
Y oyendo el rumor vecino,
Echóles la bendicion,
Y en un caballo sabino,
Hijo de padre frison,
Tomó de Roma el camino.
Viendo los soldados esto,
Que era indicio manifiesto
Que iba el Cardenal huyendo,
Dábanle voces, diciendo:
«Monseñor, no os vais tan presto;
»Ya los enemigos vienen,
La bélica trompa suena,
Para que todos se ordenen;
Hallaros heis á la cena
Que aderezada nos tienen.»
Él respondió, sin parar:
«Yo holgara de quedar,
Aunque de camino voy,
Por daros gusto; mas hoy
He dispuesto no cenar.»

IX.

Hiere la hermosa Elvira
Cuantos mira,
Porque sus ojos son flechas,
Que al corazon van derechas,
Como al blanco donde tira;
Mas luego por buen respeto
Los cura y sana en efeto,
Como le caigan á lance;
No hay quien el secreto alcance,
Porque los cura en secreto.

X.

Juana espera la venida
De su marido; no entiendo
Por qué no viene, teniendo
La mujer tan mal sufrida.
Mal hecho no se detenga,
Ni pierda esta coyuntura,
Si no quiere por ventura
Venir tarde cuando venga.

XI.

De la boca de Inés puedo,
Como testigo, afirmar
Que se queda por llegar
A las orejas un dedo;
Y si á reir le provoca
Quien le contare consejas,
Quedan atras las orejas
Y sube arriba la boca.

XII.

Amor es una tinaja;
Diréisme que desvarío,
Y que es error este mio
De un hablador de ventaja;
Pues yo sé bien si es error,
Mas no nos oigan por eso;
Yo me retracto y confieso
Que tinaja no es amor.

XIII.

Cielo son tus ojos, Juana,
Cielo dispuesto á llover,
Pues siempre suelen tener
Nubes á tarde y mañana;
Relámpagos, agua y nieve,
Son perpétuo desconsuelo;
Si Dios no tiene otro cielo,
Nunca Dios allá me lleve.

COPLAS.

A Constanza.

Si tan hermosa esperanza
Se ha de perder aquel dia
Que os goce, Constanza mia,
Nunca Dios quiera, Constanza,
Que yo vea
Lo que mi alma desea,
Con tan dañosa mudanza.
Basta el esperar gozaros;
Que aunque el efecto no venga,
Bien hay en que se entretenga
Quien pudo veros y amaros,
Sin que acuda
Cosa que me ponga en duda
La gloria de desearos.
Nunca se acabe la historia
Que escribe amor de los dos,
Ni en tal guerra me dé Dios
Tan perjudicial victoria;
Pues no siendo
Vencedor, salgo venciendo,
Coronado de mas gloria.
No debe tener igual
El gozaros, pero ¿quién
Se ha de aventurar á bien
Que promete mayor mal?
Yo no quiero
Mayor bien que ver que espero,
Mi esperanza es mi caudal.
Con mi esperanza recreo
Todas mis ansias pasadas,
Codicias de ser de nada
Vuelven lo hermoso feo;
Y es de suerte,
Que temo menos la muerte
Que el fruto de mi deseo.
En esta deposité
Todo el bien, y ella es mi erario;
Si vive el depositario,
Tengo mi caudal en pié.
Dios no quiera
Que el depositario muera
Ni que en tal peligro esté.

EPIGRAMA XIV.

«Quedo estoy, déjame en paz,
No me impidas mi descanso,»
Dijo el corderillo manso,
Perseguido de un rapaz;
Toma consejo mejor,
No hagas en tí experiencia;
Que la ofendida paciencia
Suele volverse furor.»

XV.

Hay en el cielo segundo
La estrella Hérmes famosa,
Y refiérese una cosa
La mas donosa del mundo;
No saben quién la refiere,
Mas yo sabré de él lo cierto,
Si sé quién es y no es muerto,
Si lo hallo y él quisiere.

Á LÁZARO DIAZ.

Yo, Lázaro, amigo mio,
Deseo el dia que os vea,
Como la tierra desea,
De seca, el fértil rocío,
Cultivada con los ojos,
Que es lo que importa, pues Dios
La hizo estéril sin vos,
Llena de espinas y abrojos;
Y habiéndola puesto á talle,
Vendrá por vos á quedar
Dispuesta para llevar
Lo que quisieren echalle.
Y es fuerza y razon que lleve,
Sobre tan buena labranza,
Versos en vuestra alabanza,
Como fruto que se os debe.

Á FRANCISCO PACHECO.

El que sustentar quisiere
Vuestra amistad, buen Pacheco,
Ha de hacer un gran trueco
De sus cosas si pudiere;
El deseo porque afloje
Enviarlo á Gibraltar,
Y poner en su lugar
Otro que menos congoje;
La voluntad que se estima,
Con razon, por don divino,
Trocarla con el vecino,
Dando dineros encima.
Procurar que el corazon,
Si no hay á quien darlo á ferias,
Haga calle en sus miserias,
Donde dé la sinrazon;
Pero, como no nací
Tan libre, que pagar pueda
Lo que debo en la moneda
Con que vos comprais de mí,
Duéleme que se suspenda
Sin causa el venirme á ver,
Porque no quiero entender
Lo que no es razon que entienda.
No mas; gozad en buen hora,
Sin torcer la voluntad,
La gustosa libertad,
Pues es en vos tan señora.
Yo pasaré, en vuestra ausencia,
Bien ó mal con mi deseo;
Alegraréme si os veo,
Si no, prestaré paciencia.

TRADUCCION DE HORACIO, ODA IX, LIBRO III.

Cuando yo te era gustoso,
Lidia, con estrecho nudo
Fuí solo quien ceñir pudo
Tu blanco cuello hermoso;
Y con inviolable ley
Guardaba las de mi amor,
Era mi suerte mejor
Que la del persiano rey.
El tiempo que tú me amabas
Mas que á Cloe, y con envidia
General, era tu Lidia
Sola la que tú estimabas;
Y que mi belleza y brio
Cantaste en verso amoroso
El nombre de Ilia famoso,
No fué mas claro que el mio;
Mas á quien ya quiero y celo
Es Cloe, que tañe y canta
Con tal gracia, que levanta
Los ánimos hasta el cielo;
Por quien, como le conceda
El hado una larga vida,
Vendré á dar por bien perdida
La que por vivir me queda.
Yo quiero de amor leal,
Correspondiente y divino,
A Calais, hijo de Ortino,
Y de tu ruin natural,
Por quien la muerte, aunque amarga,
Le ha de parecer contenta,
Porque el cielo le consienta
Que viva una vida larga.

CANCION.

¿Cómo, Inés, de mi dinero
Has dado y cabo de mí,
Pues yo me doy desde aquí
Por pobre y por majadero?
Yo, Inés, saqué de mi tierra
Diez ducados de esta vez,
Con que pude al rey de Fez
Y al preste Juan hacer guerra;
Y como no soy guerrero,
Depositélos en tí,
Diciendo todos de mí
Que soy fino majadero.
Suspenso estoy, hecho un cesto,
De solo considerar
En qué pudiste gastar
Tanto dinero y tan presto.
No fué el tiempo mes entero,
Pues yo no me lo comí;
Al fin, Inés, yo caí
Como fino majadero.

EPIGRAMA XVI.

Gran boca tienes, Inés,
Mas de lo que yo quisiera,
Porque dijo la partera
Lo que has de saber despues.
Que la boca sea cual es,
Estando extendida bien,
Como los éxtremos dén
En la oreja, es lo preciso,
Que naturaleza quiso
Dar de largo no sé á quién.
Púdolo tu madre oir,
Rió las palabras feas,
Diciendo: «Maldita seas;
Que así me has hecho reir.»
No te sabré maldecir
De la risa mucha ó poca;
Porque, como no me toca,
No vi bien en qué paró,
Solo vi que la causó
La medida de tu boca.

XVII.

No es delito, contra el Papa
Que os riais, señor Centeno;

Pero no tengo por bueno
Que se ria vuestra capa.
Y si ropero que os lie
Otra capa no teneis,
Mejor será que lloreis
Cuando la capa se rie.

XVIII.

Entraron en una danza
Doña Constanza y don Juan;
Cayó danzando el galan,
Pero no doña Constanza.
De la gente cortesana
Que lo vió, quedó juzgado
Que don Juan era pesado,
Doña Constanza liviana.

XIX.

De Carmona el eco es *mona*,
Y de Guadalajara *jara*,
Y de Barcelona *lona;*
De estos tres ecos tomara
Ser el eco de Carmona.
Y así, acuerdo pretendello,
Pues tengo andado ya en ello
Hasta llegar á bellaco;
Cumpla el generoso Baco
Lo que falta para sello.

XX.

Si el enviudar os conviene,
Compadre, no es tan barato
Como pensais ese rato,
Porque la rapaza tiene
Mas almas que tiene un gato;
Pero dejadla vivir
A sus anchas, y no dudo
Que os veréis presto cornudo;
No acerté: quise decir
Que os veréis presto viudo.

XXI.

Oyeme, así Dios te guarde;
Que te quiero, Inés, contar
Un cuento bien de gustar
Que me sucedió esta tarde:
Has de saber que un francés
Pasó vendiendo calderas;
Estáme atenta, no quieras
Que lo cuente en balde, Inés.
Llamélo, y desque me vido...
Escúchame con reposo,
Que es el cuento mas donoso
De cuantos habrás oido.
Díjele: «Amigo, á contento,
¿Cuanto por esta caldera...?
¿No me escuchas? Pues yo muera
Sin ólio si te lo cuento.»

VILLANCICO.

Conténtate ya, rapaz,
De las travesuras hechas,
Depon el arco y las flechas;
Tengamos la fiesta en paz.
No despiertes deshonesto
La memoria de mis daños,
Y de los pasados años
Los trances en que me has puesto;
Y pues me hallo, rapaz,
Libre de cantar endecha,
Depon el arco y las flechas;
Tengamos la fiesta en paz.
No me obligues á mas duelos,
Ni á ver con ciego error
Aquel amargo licor
Que en tu casa llaman celos;
Ni me traigas mas, rapaz,
Entre miedos y sospechas;
Desarma el arco y las flechas,
Pues has pregonado paz.
No quiero sufrir tu avara
Condicion, cruel verdugo,
Ni tornar el cuello al yugo
Que Alcides no la llevara;
Matarme á leyes, rapaz,
Tan rigurosas y estrechas,
Maldiga Dios tu arco y flechas,
Turbadoras de la paz.
Nunca yo torné á tenerte
Por señor en esta edad,
Pues es tu baja crueldad
Confusion, vergüenza y muerte;
Y pues tan poco, rapaz,
A los tuyos aprovechas,
Seis higas á tu arco y flechas
Y tu escandalosa paz.

OTRO.

Marido me habeis piadoso,
Ojos, así Dios os guarde;
Que es ya tarde.
Si ello fuera mas temprano,
Ojos, yo os lo aconsejara
Primero que me mirara
Quien os ganó por la mano;
Bien sé lo que en ello gano,
Mas háceme ser cobarde
Ser ya tarde.
Ojos, llamaisme y no voy;
Amor lo quiere y mi suerte;
Aguardad á que despierte
Del dulce sueño que estoy;
Pero siendo cuyo soy,
Otra beldad no me aguarde;
Que es ya tarde.
Mirarme otro tiempo fuera,
Ojos, mejor granjeria:
Que ahora el alma no es mia,
Pues lo que daros pudiera
Sabe Dios cuánto quisiera
Acudir á vuestro alarde;
Mas es tarde.
Si de mirarme gustais,
Ojos, no estoy tan despacio;
Que ya está para palacio
Tomado lo que mirais,
Y si encender procurais
Otro fuego del que arde,
Es ya tarde.

SÁTIRA.

Aquí mora el gran Jorcon,
A quien se le dió por cargo
Un joyel triste y amargo
Para su condenacion.
Y habiendo considerado
Que no lo puede guardar,
Lo entrega al brazo seglar,
Y él se recoge á sagrado.
Aquí mora la paciencia
Que faltó á san Julian,
Fundada sobre el refran
Que callo por la conciencia.
No teme ni echa de ver
Que hay de qué, y si lo mirara
Con vista un poco mas clara,
Viera lo que hay que temer.
Aquí vive Varuquel,
A quien puso la fortuna
Sobre el cuerno de la luna,
Pero Dios lo libre de él.
Y si es bien aconsejado,
No salte tanto ni brinque;
Que temo no se le hinque,
Si no se le ha ya hincado.
Y aquí mora el buen Bautista
Sin pesadumbre ni enojo,
Mas con el peligro al ojo
De verse puesto en la lista;
Pero yo atajo sus daños,
Porque, por miedo de verse
Cornudo, quiso valerse
De ser jurado dos años.
La confusion ya pasada
De Babilonia se ha vuelto;
Diana se haya resuelto,
Con Vénus mal maridada.
El celestial himeneo
Que tanto estimó su ofensa,
Rompido el velo, dispensa
Con cualquier torpe deseo.

FIN DE LAS POESÍAS DE BALTASAR DEL ALCÁZAR.

POESIAS

DEL

DOCTOR JUAN DE SALINAS.

(SEGUNDA PARTE.)

COMPOSICIONES VARIAS.

DIÁLOGO.

Al conde de la Puebla del Maestre, siendo asistente de Sevilla el año de 1642, porque era muy omiso en el gobierno.

CARILLO.

Contábame mi abuela ¡buen siglo haya!
Que yendo á la mision cierto teatino,
Caballero en un prójimo pollino,
Se sentó el animal, como una maya,
En medio de un pantano,
Y que el padre con mucha melodía:
«¡Arre, Deo gratias! Arre! le decia;
¡Arre, Deo gratias! ¿Oye, hermano?»
Y el bellacon del asno, viendo el modo,
Se estaba rellanado en medio el lodo.
Pasó por allí acaso un arriero,
Vió la flema del pobre misionero,
Y llegando al *hermano*, en el cogote
Cuatro muertos le dió con un garrote:
«¡Arre, pléguete á Dios, arre!» diciendo;
Y antes que fueran cinco
Habia, como gamo, dado un brinco,
Y en viendo lodazales, luego huia,
Pensando que el garrote descendia.

BRAS.

¿Apostemos, Carillo,
Quién puede ser aqueste teatino,
Y que lo digo luego de repente?

CARILLO.

¿Mas que no?

BRAS.

¿Mas que es el Asistente?

CARILLO.

¡Válgate no sé quién! ¿Dónde estudiaste,
Que tan presto acertaste?

BRAS.

Pardiez, Carillo, que aunque poco, creo
Basta para enseñarme lo que veo.

CARILLO.

Pues ¿qué es Bras?

BRAS.

En esta coyuntura,
Oye atento; que así lo dice el cura:
Cuando todos esconden mercancías,
Se pone él muy de espacio á cortesías,
Y entre sus ruegos y amonestaciones
Nos roban y destruyen regatones;
Y cuando de comer á casa llevo
Me cuesta á cuatro cuartos cada huevo,
Y aquesta mi vecina
Lleva á doce reales por gallina;
Y halla de vestir quien oro lleva,
Y si no, se anda como Adan y Eva.

CARILLO.

Pardiobre, Bras amigo,
Que aqueso propio es lo que yo digo:
Horcas ¡pléguete á Dios! horcas y azotes;
Que no brincan los asnos sin garrotes.

JUGUETE.

La del escribano,
La reciencasada
Con el francesillo
De la cuchillada;
La que tiene al rio
Vista y puerta falsa,
Para ser tan moza,
No es del todo sana.
Como paño malo,
Descubre la hilaza,
Y en materia desto
Lindos cuentos pasan.
Al marido ayuda
A llevar la carga;
A los aranceles
Tiene ya en estampa.
Él corta las plumas,
Y ella las arranca
A los pajarillos
Que en su red se enlazan.
Él cuelga en la cinta
Su tintero y cajas,
Y ella da madera
De la que se labran.
Él da fees de todo,
Y ella da esperanzas
A los pisaverdes
Que le dan la casa.
Toma él confesiones,
Y ella las dilata,
Aunque dé mil vueltas

La Semana Santa.
Él hace preguntas
A los que declaran,
Y ella da respuestas
A ninguno malas.
Él da testimonios,
Y ella los levanta
A la vecindad,
Por cubrir sus faltas.
Hace él tinta fina
Que gastar en casa,
Y ella en su escritorio
De la ajena gasta.
Él se va á juicio
A seguir sus causas,
Y ella fuera de él
Cumple bien sus mandas.
Él renuncia leyes
Que en el caso hablan,
Y ella se somete
A las que le agradan.
Él hace contratos
Con firmezas bravas,
Y ella tiene tratos
Llenos de mudanzas.
Toma él juramentos,
Y ella los quebranta,
Si juró algun dia
De no ser bellaca.
Él protesta costas
Y niega demandas,
Y ella las concede
A los que le pagan.
Él, antes que firme,
Los errores salva,
Y ella los concede
A los que le pagan.
Con la del violero,
Que vive de cara,
Comunica mucho
Y son como hermanas.
Esta es de la vida,
Y tambien del alma,
Que con su marido
Encuerda guitarras.
Él busca las primas
Frescas de Alemania,
Y ella la tercera,
De la tierra, y rancias.
Él mira las cuerdas
Que solas dos hagan,
Y ella, por no serlo,
Hace las que bastan.
Otras mil cosillas
Que el hombre se calla,
Por tener presente
La amistad pasada.
Otro la celebre
Como á la escribana,
Hasta hacer entre ellas
La trayiesa-pata.

LETRA.

Crecen en los amadores
Los temores
Cuando se acerca el no verse;
Que como el sol va á ponerse,
Hace las sombras mayores.
El disimular fingido
Parece al otro extrañeza,
La compostura tibieza,
Los imposibles olvido,
Los recatos exteriores
Disfavores,
Y castigo el no atreverse;
Que como el sol va á ponerse,
Hace las sombras mayores.
Los justos inconvenientes
Parecen falsas deshechas,
Y verdaderas sospechas
Los recelos aparentes;
Y de los competidores
Los amores
Vienen por fuerza á temerse;
Que como el sol va á ponerse,
Hace las sombras mayores.

JUGUETE.

La moza gallega
Que está en la posada
Subiendo maletas
Y dando cebada,
Penosa se sienta
Encima de un arca,
Por ver ir un huésped
Que tiene en el alma,
Mocito espigado,
De trenza de plata,
Que canta bonito
Y tañe guitarra;
Con lágrimas vivas
Que al suelo derrama,
Con tristes suspiros,
Con quejas amargas,
Del pecho rabioso
Descubre las ansias.
¡Mal haya quien fia
De gente que pasa!
«Pensé que estuviera
Dos meses en casa,
Y cuando se fuera
Que allá me llevara;
Pensé que el amor
Y fe que cantaba
Supiera rezado
Tenella y guardalla;
Pensé que eran ciertas
Sus falsas palabras.
¡Mal haya quien fia
De gente que pasa!
»Diérale mi cuerpo,
Mi cuerpo de grana,
Para que sobre él
La mano probara,
Y jugara á medias,
Perdiera ó ganara.
Hámele rasgado
Y henchido de manchas,
Y de los corchetes
Un macho me falta.
¡Mal haya quien fia
De gente que pasa!
»Hámelo parado,
Que es vergüenza mala.
¡Ay Dios! Si lo sabe,
¿Qué dirá mi hermana?
Diráme que soy
Una perdularia,
Pues di de mis perlas
La mas estimada,
Y él va tan alegre
Y mas que una pascua.
¡Mal haya quien fia
De gente que pasa!
»¿Qué pude hacer mas
Que darle polainas,
Poniendo á sus puntas
Encaje y holanda,
Cocerle su carne
Y hacerle su salsa,
Encender su vela
De noche sin llama;
Y en dándole gusto,
Soplar y matarla?
¡Mal haya quien fia
En gente que pasa!
»Llévame contigo,
Serviré en la farsa
De hacer mi figura
En la zarabanda.»
En esto ya el huésped
La cuenta remata,

Y el pié en el estribo,
Furioso cabalga;
Y antes de partirse,
Para consolarla,
De ella se despide
Con estas palabras:
«Isabel, no llores;
No llores, amores.
Si por dicha lloras
Porque yo no lloro,
Sabrás que mi llanto
No es de todas horas,
Y aunque me desdoras,
Otros hay peores.
Isabel, no llores.
No llores, amores.»

ROMANCE.

A la jineta y vestido
De verde y flores de plata,
Verde y flores que prometen
Verde y florida esperanza;
Por divisa un corazon
Morado y blanco en la adarga;
Blanco que es blanco á que tira
La que deja en blanco á tantas;
Busca el gallardo Arbolan
Su bella mora Guajala;
Mora que en su pecho mora,
Mora que enamora y mata.
Vióla con su amiga Arsila
De pechos á una ventana;
Pechos á quien paga pecho
El que los pechos abrasa.
Conoce en ella de léjos
Serena frente y bonanza;
Frente que, puesta de frente,
No es mucho afrente mil damas.
El moro se regocija
Con vista tan dulce y grata;
Vista que en vista condena
En vista y revista el alma.
Juzga, viéndola, por gloria
Las grandes penas que pasa;
Penas que apenas las sabe
Quien tan sin pena las causa.
Humilla adarga y bonete,
Bandera y hierro de lanza;
Hierro que castiga yerros
Y no yerra á quien le agravia.
Guajala cubre la boca
Con una toca de plata;
Toca dichosa que toca
En parte jamás tocada.
Y al encubrir tanta gloria,
Descubre una mano blanca;
Mano que es todo en su mano
Y á todos de mano gana.
Él recorre con los ojos
Primero calle y ventanas;
Calle donde es bien que calle;
Que no medra quien no calla.
Y no viendo azar ninguno,
Por ganar la suerte, pára;
Suerte, que por ser de suerte,
Desta suerte la declara:
«Serán de lo que dijere,
Señora, el tema mis ansias;
Tema que es fuerza la tema,
Pues da temor el pensarlas.
»Tambien de fortuna temo
El trato y las inconstancias;
Trato que es trato de cuerda
Para quien menos maltrata.
»Mas hoy probaré hasta dónde
Tira mi dicha la vara;
Dicha sin igual, si á dicha,
Mi pena dicha no os causa.
»En prendas solo os ofrezco
Mi casta fe por esclava;
Casta, y de casta tan noble,
Que os iguala en noble y casta.
»Y la merced que recibo
Soy mudo en el publicarla;
Mudo que jamás me mudo,
Porque aborrezco mudanzas.
»Aceptadlo sin mostraros
Dura á tan tiernas palabras;
Dura, que si el serlo dura,
No durará quien os ama.
»Y adios; que siento ruido,
Y el cuerpo parte sin alma;
Parte por no ser ya parte,
Que el alma de vos se aparta.»

LETRA.

La mujer del letrado.

Yo sé un idiota letrado
Que diera buen parecer
Con solo dar su mujer,
Porque lo tiene extremado;
Y yo sé quien, por tomalla,
Por bueno el suyo tuviera,
Que si la diera, le diera,
Y no le da por no dalla.
¡Bien haya tal abogado,
Que no ha menester saber,
Pues da, con dar su mujer,
Un parecer acertado.
Aunque es letrado novel,
El parecer le codicio;
Que si no vale en juicio,
A lo menos saca dél.
Desvélese el mas pintado;
Que para mi menester,
Yo me arrimo al parecer
De la mujer del letrado.
Es este el que me conviene,
Y su racion la señalo;
Que mal podrá darle malo
La que tan bueno lo tiene.
Y á quien hubiere llegado
En su pleito á merecer,
Tomar tan buen parecer
Dé el negocio por ganado.

LETRA.

A una niña de trece años.

De solo amarte me ofrece
Mi dicha tal interés,
Que aunque en tus trece te estés,
Tengo de estar en mis trece.
Con desdenes mal podrás
Hacer amainar mis velas,
Si esos mismos son espuelas
Para que te quiera mas.
Y si el rigor te parece
Que tan puesto en razon es,
Que aunque en tus trece te estés,
Tengo de estar en mis trece.
Por lo menos se ha de ver
Si nos hemos de cansar,
Yo aborrecido de amar,
Tú amada de aborrecer.
Que mi fe no desfallece,
Por mas penas que me dés;
Que aunque en tus trece te estés,
Tengo de estar en mis trece.

COPLAS.

El que yo queria,
Madre, no me quiere,
Y por mí se muere
El que aborrecia.
Sin mi luz se guia,
No quiere otra alguna;
Mas me vale, madre,
Ver la noche oscura.
Pues da tan menguada
Luz mi avara suerte,
Mas quiero la muerte

Que noche cerrada;
Que viendo acabada
Luz tan clara y pura,
Mas me vale, madre,
Ver la noche oscura.

LETRA AJENA.

Si con ser firme en amaros
Mil ojos me diera Dios,
Fuera gran bien, porque dos
Son pocos para miraros.

GLOSA.

Temiendo ser mal pagada,
No os me mostreis desabrida,
Pues antes de pedir nada,
Os dí el alma adelantada,
La libertad y la vida.
Y aunque siempre de miraros
Tornaré á seros deudor,
Si pago con adoraros,
Bien os pasaréis mejor,
Sí, con ser firme y amaros.
Cuando en cambio á mis enojos
Miro esa púrpura y nieve
Que roba tantos despojos,
Acuso al tiempo de breve,
Y de escasos á mis ojos;
Que ya que el enterneceros
Es tan difícil en vos,
Quisiera que para veros
Y llorar, no mereceros,
Mil ojos me diera Dios.
Ver pagada con desden
Su firmeza un amador,
Sin duda es fiero dolor;
Pero quererse dos bien,
El mayor bien es de amor.
Así que, si en tiempo alguno
Cual yo quisiérades vos,
Lo que agora es importuno
Dolor, porque quiere uno,
Fuera gran bien, porque dos.
Y con sentir infinito
Verme en esto tan atrás,
Si de vos los ojos quito,
Es que al alma lo remito,
Que mira mejor y mas.
Ella sabe contemplar
Que es otro, es corto y avaro,
Fuera de ser incapaces,
Son pocos para miraros (1).

ROMANCE.

El pensamiento en Albania,
Los ojos en su retrato,
Las memorias de sus gustos
Conjuradas en su daño;
Tan léjos de su alegría
Cuan cerca de un fin amargo,
Está sin alma Lucindo,
Muerto y vivo por milagro.
«Ojos de mis ojos, dice,
A los que está contemplando,
Tan graciosos como bellos,
Y tan bellos como amados;
»Causadores de mi muerte,
Autores de mi regalo,
Para alumbrarme dos soles,
Para matarme dos rayos.
»Ausente estoy de vosotros,
Celoso y desesperado,
De mi desdicha me temo,
Que es mi perpétuo contrario.
»No pagueis los tristes mios,
Que están en continuo llanto,
Siendo para otros alegres,
Y para Lucindo ingratos.
»De vuestro dueño me fio,
Y de su término hidalgo,
Creyendo que no habrán sido
Sus promesas sobre falso.»
Esto dijo, y de Lucinda
Llegó un papel á sus manos,
En sumo grado discreto,
Y amoroso en sumo grado.
Con que recibe en su mal
Un aparente descanso;
Si alguno puede tener
En ausencia un desdichado.

OVILLEJO.

El tomar de las mujeres.

Toma la leche por *tomar* Bibiana,
Y madruga á *tomarla* la doncella,
Por *tomar* aunque sea la mañana.
No hay orin como ella
Con aquello que trata;
Que el orin *toma* el hierro, ella la plata;
Y del mas miserable y del mas pobre
Toma á lo menos cobre
En forma de dinero;
Y en fin, *toma Tomasa* hasta el acero;
Que sin mirar la niña en calidades,
Toma el metal de todas las edades.
Por casos muy livianos,
Suele *tomar* el cielo con las manos;
Y como en el *tomar* funda su gloria,
Toma todas las cosas de memoria
Que se pueden *tomar*, y tan de veras
Toma el *tomar* de todas las maneras
(No es esto testimonio),
Que, por *tomar*, se *toma* del demonio.
Hasta purgas me dicen que ha *tomado*,
Y que, por no soltar, nunca ha purgado.
Pero las bolsas de infinitas gentes
Las deja con sus *tomas* mas dolientes.
Toma ojeriza y temas, *toma* asuntos,
Y calcetera fué por *tomar* puntos.
Cuando *toma* mohínas,
Se llega á consolar *tomando* esquinas.
Consejo de *tomar*, *toma* de todos,
Por *tomar* de ambos modos.
Nunca está sin *tomar*, que por costumbre,
Cuando ál no *toma*, *toma* pesadumbre.

(1) En el códice que se ha tenido presente se halla esta quintilla con los defectos que habrá notado el que leyere.

FIN DE LAS POESÍAS DEL DOCTOR JUAN DE SALINAS.

POESIAS

DE

LUPERCIO Y BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA.

JUICIOS CRITICOS.

DE DON LORENZO VANDER HAMMEN Y LEON.

Estas rimas de los dos Argensolas (Lupercio y Bartolomé), que vuesamerced mandó se me remitiesen para que yo diese mi censura, he visto con el gusto que piden trabajos tales; y no solo no hay en ellas cosa alguna opuesta á nuestra santa fe, ó que desdiga de las buenas costumbres, sino que hallo muchas dignas de gran reparo, por la valentía y primor con que están escritas y por la dulzura del estilo con que se tratan, bien diferente del que hoy usan muchos de nuestros castellanos, por donde les sucede lo de Séneca: *Facile dicere, quod alii non ita facile intelligant.* Son estos dos excelentes varones, ilustres por su capacidad y talento, y venerados de todos por sus escritos: tan gran lugar se hicieron con las lucidas partes de que Dios los dotó mientras vivieron ambos. Débeles Aragon su nuevo lustre, nuestra Castilla grandes honras, la poesía su esplendor, y nuestra lengua (en prosa y verso) lo erudito, lo puro, acendrado y perfeto que se halla en ella; y así, entre otros muchos honores de que son dignos, merecen la licencia que se pide. Así lo siento y firmo, en nuestra celda, hoy 28 de julio de 634.—*Don Lorenzo Vander Hammen y Leon.*

DE FREY LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO, del hábito de San Juan.

M. P. S: Las rimas del secretario Lupercio Leonardo de Argensola, y del doctor Bartolomé Juan, su hermano (que por comision de vuestra alteza he visto), tienen tanta aprobacion en la noticia de sus nombres y en la fama de sus escritos, que mas piden alabanza que censura. Fué discreto acuerdo imprimirlos juntos, porque pudiesen competir, aunque hermanos; pues no hallaran quien se opusiera á tanta erudicion, gravedad y dulzura; antes parece que vinieron de Aragon á reformar en nuestros poetas la lengua castellana, que padece, por novedad, frasis horribles, con que mas se confunde que se ilustra. Vuestra alteza (siendo servido) podrá honrar estos versos póstumos de dos ingenios grandes con la licencia que pide Don Gabriel Leonardo de Albion, pues no tienen cosa alguna en oposicion á nuestra fe y buenas costumbres; que este es mi parecer.—En Madrid, á 10 de julio de 1634.—*Frey Lope Félix de Vega Carpio.*

DE DON DIEGO SAAVEDRA FAJARDO.

(*República literaria.*)

Contemporáneo suyo (de Góngora) fué BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA, gloria de Aragon y oráculo de Apolo, cuya facundia, erudicion y gravedad, con tan puro y levantado espíritu y tan buena eleccion y juicio en la disposicion, en las palabras y sentencias, serán eternamente admiradas de todos, y de pocos imitadas. La pluma poco advertida afeó sus obras, y despues la estampa, por no haberlas entendido; peligro á que están expuestas las impresiones póstumas.

DE DON GREOGRIO MAYANS.

(*Retórica.*)

Tambien fué muy feliz en la composicion satírica el DOCTOR BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA, como quien procuró imitar á Horacio, Persio y Juvenal... Tambien admite la *narracion apologal* grande abundancia de erudicion, como se ve en la siguiente del DOCTOR BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA, émulo de Horacio en la sátira, que nos hizo ver la belleza de este género de narracion en estos elegantes tercetos:

Mas yo busco un linaje de sosiego, etc.

El mismo, en una discreta sátira que dirigió al márqués de Cerralvo, don Rodrigo Pacheco, hizo ver cuán eruditas, instructivas, amenas y agradables pueden ser las narraciones de los apólogos, como lo es el siguiente:

El águila juntó una vez sus aves, etc.

DE DON JOSÉ MARCHENA.

(*Lecciones de filosofía moral.*)

Tan arreglados en sus composiciones todas ambos ARGENSOLAS, como Quevedo en las que quiso serlo, en sus poesías líricas se descubre casi siempre aquella filosofía que de no pocas de las de Horacio es el alma; mas nunca se encumbran á los sublimes pensamientos que en el cisne de Ofanto son tan frecuentes. El carácter que mas resalta en las poesías de los dos hermanos es una razon siempre recta, un gusto acendrado; en todos sus escritos se manifiesta el conocimiento profundo de la lengua, que les mereció que de ellos dijera Cervántes que dos aragoneses habian venido a dar lecciones de castellano á Castilla; mas no les cupo en suerte tanto estro poético, tanta viveza en su imaginacion como rectitud de juicio. Ambos abundan en reflexiones morales, consecuencia de su meditativo espíritu; mas LUPERCIO las funda casi siempre en los preceptos de la razon; BARTOLOMÉ no pocas veces las entronca con ideas de religion y con máximas sacadas de un órden sobrenatural. Los sonetos son casi siempre composiciones líricas, y los mejores que tenemos son indisputablemente de los dos ARGENSOLAS, siendo notable que hasta los eróticos de LUPERCIO vienen á parar en una máxima moral... : tan naturales eran en su entendimiento las reflexiones acerca de las acciones humanas. Citarémos en prueba uno de los mejores suyos, dirigido al sueño, rogándole que no turbe sus amores con espantosas imágenes, y que las reserve para asustar al tirano, representándole el tumulto popular rompiendo las ferradas puertas de su alcázar, ó el sobornado siervo ocultando el hierro buido, ó para atemorizar al rico avaro, figurándole sus riquezas robadas con falsas llaves ó con irresistible violencia; mas que deje al amor sus glorias ciertas.

. . . . . .

Con algun mas fruto cultivaron nuestros poetas el género satírico, puesto que aun en esta parte se han quedado muy atrás de los antiguos, y que entre los modernos les han sacado los franceses mas ventajas. Las sátiras de los dos ARGENSOLAS mas son censuras morales y filosóficas reflexiones acerca de los vicios, que invectivas que atemoricen al vicioso, como las de Juvenal, ó donaires, tan picantes como chistosos, que le ridiculicen, aumentando la aversion que se merece, como las de Horacio.. . . . . .

Entre los poemas filosóficos pueden colocarse las epístolas en que casi todos nuestros poetas se han ejercitado. Los que mas han sobresalido son indisputablemente los dos ARGENSOLAS, puesto que se han quedado muy atrás de Horacio, y que ni aun con Boileau son comparables.

POESIAS

DE

LUPERCIO LEONARDO DE ARGENSOLA.

COMPOSICIONES VARIAS.

CANCION PRIMERA.

Lamenta la mudanza de la fortuna.

En tanto que gozaban mis sentidos
Los bienes que da amor de mas contento,
Con los cuales me aflige la memoria,
No daban dellos parte al pensamiento,
Con vana confianza persuadidos
De que era perdurable aquella gloria.
Como de cosa ociosa y accesoria
Trataban de su vuelo y excelencia,
Aunque él los hizo ricos por sus manos
(Ingratitud muy propia de villanos,
Que se castiga ya con triste ausencia).
Ellos agora, de su bien privados,
De léjos ven los campos deleitosos,
Por donde, sin embargo, se pasea;
Y aunque él allí revive y se recrea,
Con los que eran ingratos, ya envidiosos,
Reparte solamente los cuidados.
Los pasos á los átomos negados
Con gran facilidad allana y pasa,
Trayendo siempre duelos á su casa.
Y así, los tristes ojos, que solian
Solamente á contentos aplicarse,
Llamándose la causa del bien mio;
Y todo lo que puede desearse
En los ojos, que ya no ven, veian,
Y les daban la ley á su albedrío;
Agora cada cual un turbio rio,
Que del corazon triste se deriva,
Despide, casi en sangre convertido;
Y en ver paredes ó árboles que han sido
Testigos de su bien, y mirar viva
La memoria, difunta la esperanza,
Heredando sus alas al deseo,
Y la dificultad en competencia
Crecer con él en esta triste ausencia;
Y aun de las desventuras que poseo,
Producir mil sospechas de mudanza
Hacen de la pasada buena andanza,
Un infierno de males infinito,
Do el uno es Flegetonte, otro Cocito.
Y en vez de aquellos fuertes juramentos,
Con lágrimas ardientes y gemidos
Y con dulces renombres reiterados,
Que oyeron tantas veces mis oidos,
Que á los dioses subieron por los vientos,
Y fueron quizá de ellos enviados,
Nuevas tristes, sucesos no pensados,
Consuelos que acrecientan mas mi pena,
Me dan contino asalto peligroso.
Y no le es al cobarde tan odioso,
Ni el sueño le interrompe de tal suerte
El son, si la trompeta ó caja suena,
Que á la forzosa guerra le convida,
El corazon altera, el rostro muda
En triste amarillez, helado suda
Viendo el cierto peligro de su vida,
A que lo condenó su adversa suerte;
Ni el nuncio triste de precisa muerte
A nadie en la prision alteró tanto,
Ni á tierna madre funerario canto.
No huelo ni oleré las bellas flores,
Que á Vénus le pudieran ser adorno,
Y de Sabá quitaban la memoria,
Con que ceñida vi mi frente en torno,
Mezclando mi Amarilis sus colores
Con el árbol que es premio de vitoria.
Esto me daba á mi mas alta gloria
Que á Vénus en su Pafo los altares,
Que olores costosísimos humean.
Ya ni las bellas flores me recrean,
Ni las acierto á ver en los lugares
Donde tú, mi Amarilis, las cogias;
Antes hallo mil yerbas venenosas,
Que nacen en los tristes cimenterios,
Y que, para infernales sahumerios,
Son de las infernales religiosas
Buscadas en las noches mas sombrías
(Que á mí me fueron otro tiempo dias):
Prodigio triste de mi fin violento,
Ver tan rara mudanza en un momento.
En tiempo me vi yo que no trocara
Las cosas con que al gusto mantenia
Por las que ven los dioses en sus mesas;
Antes su inmortal néctar y ambrosía
(Si se me prometiera) despreciara,
Sin admitir sus dones y promesas,
Con cosas de mas gusto que son esas,
No por manos de un rubio Ganimédes
Para servir por fuerza allá subido,
Sino por ti, Amarilis, fuí servido
(Tú dabas este nombre á las mercedes,
Sin preceder por mi merecimientos).
Ya como con el mismo sobresalto
Que aquel que vió en la espléndida comida
Encima su cabeza la homicida
Espada, que suspensa estaba en alto
Con muerte amenazando por momentos;
Y si los labios secos y sedientos
Para decir endechas humedezco,
Mis lágrimas amargas les ofrezco.
Con otras vi yo asidas estas manos,
Que pudieran mejor ser envidiadas,
Segun amor les daba su tesoro,
Que cuantas son y fueron aplicadas,
De tantos reyes justos y tiranos,
A cetros y pesados pomos de oro;

Pero despues que su memoria lloro,
Tienen por mas dichosas justamente
A las que al duro remo van asidas,
O á las que, en fuertes hierros oprimidas,
Su oficio ejercitar no se consiente,
Y ven servir en su lugar la ajena,
O á las que, sin temer el lazo y ñudo,
Sirvieron de cordel al propio dueño,
Y lo entregaron al perpétuo sueño.
Bien se aplicaran al oficio crudo,
Segun están rabiosas con mi pena;
Pero Amarilis lo contrario ordena
Con expreso cuidado y mandamiento,
Dandome con la vida mas tormento.
En la cumbre de un monte soberano,
Tan alto, que aun apenas se concede
Llegar allá las aves con su vuelo,
Un palacio hallarás vecino al cielo
(Tanto su altura á las demás excede),
Que no bien se discierne desde el llano;
Pero si amor, cancion, te da la mano
Para que puedas ver la que contemplo,
Y estas dificultades todas vences,
No te diviertas tanto con tu gloria,
Que de mis males pierdas la memoria,
Ni de contar miserias te avergüences,
Pues por ella soy dellas vivo ejemplo.
Dile tambien, pues sabes cuál me dejas,
Que no me dé ocasion de formar quejas.

CANCION II (1).

A la esperanza.

Alivia sus fatigas
El labrador cansado
Cuando su yerta barba escarcha cubre,
Pensando en las espigas
Del agosto abrasado
Y en los lagares ricos del otubre;
La hoz se le descubre
Cuando el arado apaña,
Y con dulces memorias le acompaña.
Carga de hierro duro
Sus miembros, y se obliga
El jóven al trabajo de la guerra.
Huye el ócio seguro,
Trueca por la enemiga
Su dulce, natural y amiga tierra;
Mas cuando se destierra
O al asalto acomete,
Mil triunfos y mil glorias se promete.
La vida al mar confia,
Y á dos tablas delgadas,
El otro, que del oro está sediento.
Escóndesele el dia,
Y las olas hinchadas
Suben á combatir el firmamento;
Él quita el pensamiento
De la muerte vecina,
Y en el oro le pone y en la mina.
Deja el lecho caliente
Con la esposa dormida
El cazador solicito y robusto.
Sufre el cierzo inclemente
La nieve endurecida,
Y tiene de su afan por premio justo
Interrumpir el gusto
Y la paz de las fieras,
En vano cautas, fuertes y ligeras.
Premio y cierto fin tiene
Cualquier trabajo humano,
Y el uno llama al otro sin mudanza;
El invierno entretiene
La opinion del verano,
Y un tiempo sirve al otro de templanza.
El bien de la esperanza
Solo quedó en el suelo,
Cuando todos huyeron para el cielo.
Si la esperanza quitas,
¿Qué le dejas al mundo?
Su máquina disuelves y destruyes;
Todo lo precipitas
En olvido profundo,
Y ¿del fin natural, Flérida, huyes?
Si la cerviz rehuyes
De los brazos amados,
¿Qué premio piensas dar á los cuidados?
Amor, en diferentes
Géneros dividido,
Él publica su fin, y quien le admite.
Todos los accidentes
De un amante atrevido
(Nieguelo ó disimúlelo) permite.
Limite pues, limite
La vana resistencia;
Que, dada la ocasion, todo es licencia.

(1) Segun Sedano, en un códice antiguo empieza la cancion en esta estrofa:

Aplácase muy presto
El temor importuno,
Y déjase llevar de la esperanza;
Infierno es manifiesto
No ver indicio alguno
De que puede en la pena haber mudanza.
Aflige la tardanza
Del bien, pero consuela
Si se espera saber que el tiempo vuela.

CANCION III.

A una toca dada por favor.

Bramando el mar hinchado
Con las nubes procura
Mezclar sus olas y apagar la lumbre
Del cóncavo estrellado,
Y de la horrible hondura
Trasladar sus arenas á la cumbre;
Pero, con la costumbre
Destos trabajos graves,
El hijo de Laertes
Rompe con brazos fuertes
Lo que apenas pudieran altas naves
Con las proas ferradas,
Por otro Palinuro gobernadas.
Mas Ino, inmortal diosa,
Viendo al prudente griego
En tan grande peligro de la vida,
Benigna y amorosa,
Buscó remedio luego
Para facilitalle la salida;
Y de piedad movida,
Le dió el divino velo
Con que cubrir solia
El cabello, que hacia
Escurecer al dios nacido en Delo;
Y en virtud de esta toca,
El mar se allana y él la tierra toca.
Con tormenta mas fiera,
Con olas mas hinchadas,
Luchaba mi amoroso pensamiento
Léjos de la ribera,
Do tiene amor plantadas
Las verdes arboledas del contento.
Faltabame el aliento,
Las fuerzas fallecian,
Y á vueltas la esperanza,
Señales de bonanza
(Ni aun solo imaginadas) acudian;
Y asi, cuanto miraba
A muerte inevitable me llamaba.
Pero Dorida luego,
Dorida, mas hermosa
Que Ino, ninfa, y mucho mas que aquella
Madre del niño ciego,
En mis males piadosa,
Quiso de mi tormenta ser estrella.
Yo regíme por ella;
Regíme, y aun mas hice,
Que tomé su tocado,
En que andaba encerrado
El oro, que es aquel de Berinice,
Sin luz delante deste,
Aunque la suya el mismo sol le preste.

Navegue quien quisiere
En las naves pintadas,
Hechas de los maderos del sacro Ida,
Rompiendo (si pudiere)
Con las proas ferradas
El agua, de mil remos sacudida;
Y cuelgue á la salida
En el templo sagrado
La tabla ó el madero,
Que en el naufragio fiero
(Junto con su oracion) le han ayudado
A resistir la guerra
Del mar, y aun á besar la amada tierra.
Pero yo los despojos
De esta preciosa toca
En el templo pondré de mi memoria.
Pondré en ella los ojos,
Pondré en ella la boca,
Y allí repetiré su dulce historia.
Busquen otros la gloria
Entre la polvorosa
Nube del fiero Marte;
Otros en otra parte,
Si no de tanto honor, mas provechosa;
Que yo (elevado en esto)
Jamás en otra cosa estaré puesto.
La tela artificiosa
De Aragne temeraria,
Ni la que declaró la competencia
Della y la casta diosa,
Por quien dió á su contraria
Por castigo tan áspera sentencia,
No tienen la excelencia
Estas ni otra ninguna,
Que mi preciosa tela.
Esta será la vela
Que lleve por insignia la fortuna;
A ella yo, á lo menos,
Atribuiré de hoy mas mis casos buenos.
Felicemente vayas,
Cancion, de boca en boca,
Dando de mi contento a todos parte.
Si acaso te desmayas,
Asiráste á la toca;
Que bastante será para animarte,
Pues ella me dió aliento
Para tu venturoso nacimiento.

DÉCIMAS.

Bien pensará quien me oyere,
Viendo que he llorado tanto,
Que me alegro agora y canto
Como el cisne cuando muere.
Créalo quien mal me quiere;
Mas sepa quien se lastima
De que el duro amor me oprima,
Que con este mismo son
Puede romper la prision
Y disimular la lima.
Que como las esperanzas
Me dejaron la salida,
Aunque hermosura lo impida,
Rompí por sus asechanzas.
Las plantas hacen mudanzas
Segun las influye el cielo;
No dan flor en medio el hielo,
Y la que la da se pierde;
Y á la region que está verde
Hacen las aves su vuelo.
En dulce correspondencia
Crece el amor cada dia;
Mas en la descortesía
Mengua toda su potencia.
Ya se acabó mi paciencia,
Ya el tiempo me desengaña,
Y la razon me acompaña;
Que no siempre un hombre debe
Contemplar un corcho leve,
Como pescador de caña.
Negarme lo que no es mio,
Señora, no es caso injusto;
Que no tiene ley el gusto
Ni es cautivo el albedrío;
Mas teniendo el pecho frio,
Dar á entender que se arde,
Para que, llegando tarde,
Traiga el desengaño furia,
Venganza pide esta injuria
En el pecho mas cobarde.
Mas yo no sigo este intento
Por no turbar mi sosiego;
Que aun las cenizas del fuego
Se las ha llevado el viento.
Alguno dirá que miento,
Porque de los grandes males
Siempre quedan las señales;
Pues sepa el tal que un despecho
Pudo convertir un pecho,
Que fué cera, en pedernales.
Ya de la memoria borro
Todas las obligaciones,
Porque vuestras sinrazones
Me han dado carta de horro;
Y tal estoy, que me corro
De que tengais prendas mias;
Mas, por no mover porfías,
En vuestras manos las dejo,
Cual la culebra el pellejo
Para renovar sus dias.

REDONDILLAS.

Señora, despues que os vi
Paso la vida en quereros,
Y lloro en ver cuan ligeros
Pasan los años por mí;
Que aunque aborrecer se debe
Vida tan triste y amarga,
Si para sufrir es larga,
Para merecer es breve.
Ya no sabe amor con qué
Apurar mi sufrimiento;
Que es leve cualquier tormento
Si carga sobre mi fe.
Y aunque de penar así
El alma saca ganancia,
Nunca es menor la distancia
Que hay desde vos hasta mí.
Desde el principio resisto
A mi mal sin esperanza;
Que ni (aun en esto) mudanza
De vos ni de mí se ha visto.
Todo va por un nivel,
Mi firmeza y vuestro gusto,
Y es en mi daño tan justo,
Que mata sin ser cruel;
Que no causais vos mis males,
Señora, pues el quereros
Y el no poder mereceros
Son efetos naturales.
Puede tanto la constancia,
Que sin accidentes peno,
Como, de usarse el veneno,
Suele volverse en sustancia.
¿De quién me debo quejar?
O ¿qué remedio se sigue,
Pues no hay quejas con que obligue
A poderme remediar?
Una sola recompensa
Merezco, Señora, y pido:
Que pues no he de ser querido,
El quereros no sea ofensa.
Porque si de pretender
Favores vuestros me abstengo,
Decidme, ¿qué culpa tengo
En saberos conocer?

REDONDILLAS.

Pasan mil casos por mí
Sin divertir mi deseo;
Que no atiendo á lo que veo,
Sino solo á lo que vi.

Menos que el remo en el mar,
Menos que en el aire el ala,
En mí se imprime ó señala
Nuevo placer ó pesar.
Haga el miedo ó la esperanza
En mí cualquiera experiencia;
Que en tan clara diferencia
Imposible es la mudanza;
Que como mi gloria fundo
En lo mas vecino al cielo,
Cuanto me promete el suelo
Es inferior y segundo.
Vivo en inmortal sugeto,
Y no en humanos despojos,
Aunque tampoco á los ojos
La envidia enmendó el objeto.
Mas en la parte suprema
Todo es tranquilo en extremo,
Donde ni accidentes temo,
Ni los hay, aunque los tema.
Es igualdad sin igual
Todo cuanto el alma ve,
Y halla solo con la fe
No estar en su original.
Y no fuera fácil duda,
Pues en el bien que poseo
Está colmado el deseo,
Y nuevas formas no muda,
Otras fuentes y otros rios
A nuestros ojos se ofrecen,
Que ni en los inviernos crecen,
Ni menguan en los estíos;
Y otros árboles amenos,
Que siempre en tiempo oportuno
Dan fruta para el ayuno
Y flores para los senos.
Estos campos eliseos,
De tan pocos frecuentados,
Producen anticipados
Los gustos á los deseos.
¡Oh codicia, cuánta risa
Causa aquí ver lo que mandas!
Aunque, como léjos andas,
Poco dello se divisa.
Lo que aquí se determina
Con hombres no se consulta,
Ni lo que dello resulta,
En sus lenguas se examina.
Ni cosa alguna defiende
La vana opinion al gusto;
Porque, en sabiendo que es justo,
A lo demás no se atiende.
Anda la verdad desnuda
Discurriendo á su albedrío,
Que ni tiembla en el que es frio,
Ni en el que es caliente suda;
Porque con igual firmeza
No gobiernan sino dos:
O con su propia voz Dios,
O (por él) naturaleza.

SONETOS.

I.

Tiempo fué cuando yo, como en Egito,
Un cabron adoraba ó un becerro,
Un lobo, un cocodrilo, un medio perro,
O algun parto mas fiero y exquisito.
Por huir el lugar, despues maldito,
Escogí voluntario mi destierro,
Consumiendo con llamas ó con hierro
Cualquier memoria del infame rito.
Y de la luz divina, que contemplo
(De quien un vil temor privarme pudo,
Haciéndome cobarde siervo oculto),
De tal manera ya visito el templo,
Que ofreceré mi pecho al hierro agudo
Por defender sus aras y su culto.

II.

No temo los peligros del mar fiero
Ni de un scita la odiosa servidumbre,
Pues alivia los hierros la costumbre,
Y al remo grave puede hacer ligero.
Ni oponer este pecho por terrero
De flechas á la inmensa muchedumbre;
Ni envuelta en humo la dudosa lumbre,
Ver y esperar el plomo venidero.
Mal que tiene la muerte por extremo,
No le debe temer un desdichado;
Mas antes escogerle por partido.
La sombra sola del olvido temo,
Porque es como no ser un olvidado,
Y no hay mal que se iguale al no haber sido.

III.

Dentro quiero vivir de mi fortuna,
Y huir los grandes nombres que derrama
Con estatuas y títulos la fama
Por el cóncavo cerco de la luna.
Si con ellos no tengo cosa alguna
Comun de las que el vulgo sigue y ama (1),
Bástame ver comun la postrer cama,
Como lo fué tambien la primer cuna (2).
Y entre estos dos umbrales de la vida
Distantes un espacio tan estrecho,
Que en la entrada comienza la salida,
¿Qué mas aplauso quiero, ó mas provecho,
Que ver mi fe de Filis admitida (3),
Y estar yo de la suya satisfecha?

IV.

En vano se me oponen las montañas
Con nuevos riscos de cuajada nieve,
Y en vano el Aquilon sus alas mueve,
Derribando cortijos y cabañas;
Que el fuego que yo traigo en mis entrañas
Bastará á derretirla en tiempo breve,
Y si á luchar con él mi fe se atreve,
No será la mayor de sus hazañas.
Y si un hombre triunfó de su violencia,
Pasando por los Alpes las banderas,
Que llevaron á Italia muerte y luto,
No hallarán las que sigo resistencia;
Que son de un Dios que abarca las esferas,
Terrible, vengativo y absoluto.

V.

Imágen espantosa de la muerte,
Sueño cruel, no turbes mas mi pecho,
Mostrándome cortado el nudo estrecho,
Consuelo solo de mi adversa suerte.
Busca de algun tirano el muro fuerte,
De jaspe las paredes, de oro el techo,
Ó el rico avaro en el angosto lecho
Haz que temblando con sudor despierte.
El uno vea el popular tumulto
Romper con furia las herradas puertas,
Ó al sobornado siervo el hierro oculto.
El otro sus riquezas, descubiertas
Con llave falsa ó con violento insulto,
Y déjale al amor sus glorias ciertas.

VI (4).

Aquel rayo de Marte acelerado,
Que domó tantas gentes extranjeras,
Y volvió contra Roma las banderas
Que Roma contra Francia le habia dado;
En el corriente Rubicon parado,
Revolviendo las cosas venideras,
Detuvo el curso de sus huestes fieras,
Del mismo caso que emprendió forzado.

(1) «Sirve y ama,» dice Espinosa.
(2) Bastame por comun la postrer cama,
Del modo que lo fué la primer cuna.
(3) Que en la entrada comienza la salida,
¿Qué más aplauso quiero ó mas provecho,
Que de Filis mi fe ser admitida?
(*Texto de Espinosa.*)

(4) Compara las dudas y la constancia en emprender su amor, con las de César por apoderarse del imperio.

Determinado, al fin, de ir adelante,
«Vamos, dijo; que echada está la suerte;
Cuantas dudas se ofrezcan atropello.»
Y resuelto una vez, como constante,
No quiso menos que victoria ó muerte:
Así dudé, y así pienso yo hacello.

VII (1).

Muros, ya muros no, sino trasunto
De nuestras breves glorias y blasones,
Pues tiene puesto el mundo en opiniones
Si sois ó no reliquias de Sagunto;
Donde estuvo la fe tan en su punto,
Que ejemplo sois á todas las naciones,
Resistiendo á los ruegos, á los dones
Y al poder de Cartago todo junto;
De hoy más juntos los vuestros y mis males
Se cuenten; pues la fe perpétua y pura,
Y el tiempo, los han hecho tan iguales.
Y pues os ha dejado la ventura
Memoria y sepoltura de leales,
Dadme tambien memoria y sepoltura.

VIII (2).

Quien voluntariamente se destierra,
Y deja por el oro el patrio techo,
Y aquel que apenas queda satisfecho
Con cuanto trigo en África se encierra;
El que para usurpar la mar y tierra (3)
Le parece que tiene capaz pecho,
Y enmudece las leyes y el derecho
Con el estruendo y máquinas de guerra;
No tiene corto fin el pecho humano (4),
Que como en ambicion su gusto funda,
Siempre está cosas nuevas deseando (5).
Dichoso quien camina por lo llano,
Sin pedir á la suerte otra segunda,
Ni bien mayor que obedecer amando.

IX.

Temeraria esperanza, ¿por qué engañas
Mi alma con tu loco devaneo?
Temió dentro en mi pecho mi deseo,
Y ¿no temes tú empresas tan extrañas?
Estásle relatando tus hazañas,
Sin olvidar un mínimo trofeo,
Y ¿quieres sepultar en el Leteo
Las cosas infinitas con que dañas?
Detente, pensamiento temerario;
Porque, aunque puede ser lo que imaginas,
Tambien (y es lo mas cierto) lo contrario;
Mira que las mudanzas repentinas
En el cielo y la tierra de ordinario
Pararon en miserias y ruinas.

X.

Temí, Señora, con razon mi daño,
Cuando amor con razon me persuadia,
Porque bien sospechaba que cubria
Con falso rostro algun efecto extraño.
A tiempo el alma descubrió su engaño,
Mas no se resistió de parte mia,
Ni el áspero desden con mano fria
Despertó, como suele, al desengaño.
Entonces bien pudiera por ventura;
Agora no, que ocupa el otro extremo,
Rendida la razon que estaba en medio.
Ya perdí la esperanza de la cura,
Ya los consejos son los que mas temo,
Ya ni el mal es sufrible ni el remedio.

XI.

Conoce apenas al amor por fama
Clóris, y ya en su pecho le parece
Que se abrasa, que sirve y obedece,
No mas de porque á Tirsi no disfama;
No sabe que de amor la viva llama
Jamás en un estado permanece;
Que ella misma se apaga, si no crece,
Los medios huye, los extremos ama.
Si Clóris sujetarse al amor quiere,
Sujétese al amor sin condiciones,
Déjese gobernar á su albedrío,
O llámese tirana, y persevere
En hacer de tormentos invenciones:
No injustamente usurpe el nombre pio.

XII.

Antes que Céres conmutase el fruto
De las encinas sacras en espigas,
Y á costa de sudores y fatigas
La tierra diese al labrador tributo;
Que á las madres causase espanto y luto
La furia de las armas enemigas;
Que la selva cargase al mar de vigas
Para habitarse mas que el suelo enjuto;
No los cuerpos entonces dividia,
Si las almas amor dejaba unidas
(Severa ley, costumbre, ó temor vano).
Esta edad imitemos, Clóris mia,
Si á su manjar sabroso me convidas,
Y está el hacer que vuelva en nuestra mano.

XIII.

Las tristes de Faeton bellas hermanas,
Sentadas á la orilla del gran rio,
Lloraban de su hermano el desvarío,
Al convertirse en árboles cercanas.
Decia cada cual con fuerzas vanas:
«Regir quisiste, oh loco hermano mio,
El carro que el invierno y el estio
Reparte con sus ruedas soberanas.
»Fué digna de tal pena tu osadia;
Y porque sea comun el escarmiento,
Sin culpa te imitamos en la suerte.»
Con este ejemplo en vano pretendia
Yo, triste, refrenar mi atrevimiento,
Que busca en vida gloria, ó fama en muerte.

XIV.

Yo soy el que me tuve por tan fuerte,
Que siempre del amor traté con risa,
¡Ay triste, cómo el tiempo nos avisa
Que no hay seguridad hasta la muerte!
Agora con mudanza de mi suerte
En mis mejillas traigo su divisa;
Pero si tú le das tus armas, Nisa,
¿Á quién ha de tirar, que no le acierte?
De ver estas mudanzas admirado,
Yo mismo me pregunto de qué modo
Tan presto la cerviz al yugo puse;
Mas luego me respondo consolado:
«Amor en ocasion lo puede todo;
Ajenas culpas hay con que me excuse.»

XV.

Yo quise contra el tiempo formar guerra,
Haciendo (mal su grado) larga historia
De aquellos cuya célebre memoria
En sordo olvido sin honor encierra;
Y como el pensamiento humano yerra,
Esto me aseguraba la vitoria,
Y yo, con presuncion y vanagloria,
Volaba ya muy léjos de la tierra.
Pero envidiando amor la gloria ajena,
Prendióme, y con eterna servidumbre
Mi pluma ha dedicado á su alabanza.
Limar pudiera el tiempo mi cadena,
Pero no quiere usar de su costumbre
Conmigo, por tomar tambien venganza.

XVI.

¡Oh tú, que á los peligros é inconstancia
Del mar te obligas, y en el viento esperas

(1) A las ruinas de Sagunto.
(2) A la medianía.
(3) Así el texto de Expinosa. En otras ediciones se lee: «Ocupar el mar y tierra.»
(4) Así Espinosa. «No tiene cierto fin su voto vano,» dicen otras ediciones.
(5) Va cosas nuevas deseando. (*Texto de Espinosa.*)

Ver del indio tostado las riberas,
Y envuelta en sus arenas tu ganancia!
Sin huir de tu patria tal distancia,
Coger perlas finísimas pudieras,
Si á Fili los divinos ojos vieras,
Tristes, vertiendo de ellas abundancia.
Pero no quiso amor que avara mano
Las viese, ni dejó llegar alguna
Á parte donde ser robada pueda;
Que en su tesoro las encierra, ufano
De ver que aunque hoy mas triunfe la fortuna,
Esto, que es mucho, por ganar le queda.

XVII (1).

Sin duda que esta red de hierro dura
Es la que a Marte y Vénus fué molesta
Cuando, en su lecho con engaño puesta,
Sirvió de ignominiosa ligadura.
Allí en su gloria derramó amargura,
Haciéndola á los dioses manifiesta,
Y aquí en la mia con crueldad opuesta
En vano hace pasar la noche oscura.
Allá en oscuras cárceles contiende,
Oh máquina cruel, con hombres fieros,
Cuyos pechos te son tan semejantes;
Ó enciéndete en el fuego que me enciende,
Y mudarán tu forma los deseos
Que amor inspira en estos dos amantes.

XVIII.

Si de correr opuesto al claro oriente,
Ebro, te precias con tus ondas frias,
Hazlas seguir á las querellas mias;
Que atrás queda mi sol resplandeciente.
Con lágrimas aumento tu corriente,
Y de quien es la causa las desvias;
Cruel, ¿por qué tributo al mar envias
De lo que doy á Filis inclemente?
Pero con esto enseñas ser lo mismo
Llegar al sordo mar que á su presencia,
Y que no produjeran otro fruto;
Pues no se echa de ver en el abismo
De su crueldad mi llanto y mi paciencia,
Como en ese tampoco tu tributo.

XIX.

Jamás salidos en el mar de oriente
De blancas conchas los preciosos granos
(Por mas que adornen sienes de tiranos,
Ó de alguna cruel la hermosa frente),
Tuvieron el lugar que amor consiente
Que hoy mis lágrimas tengan por sus manos;
Es tal, que de los dioses soberanos
Fué visto y envidiado dignamente.
La misma Vénus las recoge, é hizo
Entre ardientes rubis divino adorno,
El cual tejió con sus cabellos largos.
Vióse, y tanto de sí se satisfizo,
Que á vencer se atreviera sin soborno,
Aunque juzgaran Menélao y Argos.

XX.

No fueron tus divinos ojos, Ana,
Los que al yugo amoroso me han rendido;
Ni los rosados labios, dulce nido
Del ciego niño, donde néctar mana;
Ni las mejillas, de color de grana;
Ni el cabello, que al oro es preferido;
Ni las manos, que á tantos han vencido;
Ni la voz, que está en duda si es humana.
Tu alma, que en tus obras se trasluce,
Es la que sujetar pudo la mia,
Porque fuese inmortal su cautiverio.
Así, todo lo dicho se reduce
A solo su poder, porque tenia
Por ella cada cual su ministerio.

(1) Quéjase del impedimento que le ocasionaba una reja.

XXI.

Amor, tú, que las almas ves desnudas,
Cuéntanos el desden y la osadía
Con que la hermosa Filis resistia
A tus doradas flechas mas agudas:
Y dinos las razones y las dudas
Con que, despues de herida, se encubria,
Si soberbia ó vergüenza detenia
Lo que mostraban apariencias mudas.
Lo que nosotros vimos acá fuera
Fué colorearse el rostro como rosa,
Y huir de nuestros ojos sus dos soles;
Cual suele Febo al fin de su carrera,
Robando su color á cada cosa,
Las nubes adornar con arreboles.

XXII.

En el claro cristal que agora tienes
Para fiel consejero de las manos
Crueles, pues guardando ritos vanos
Cubren *con nube* tus doradas sienes (2),
Prueba á mirar, oh Fili, los desdenes
Que salen de tus ojos soberanos,
Y tendrás compasion de los humanos,
Si á contemplar tu saña te detienes.
Mas no será posible que te veas
Con ojos desdeñosos, ni que pueda
De compasion tu rostro causa darte.
Estése la piedad en sus ideas;
Que no es posible que de ti proceda,
Ni que el desden habite en otra parte.

XXIII.

Ausente está de mí la mayor parte,
Y la mas principal de l'alma mia,
Y ausente mas virtud al cuerpo envia,
Que le da la que dél jamas se parte.
En dos objetos vivo de tal arte
(¡Terrible division!), que noche y dia,
Allá los sentimientos de alegria,
Y acá los de tristeza, amor reparte.
Amor, aunque tus lauros y tus palmas
En la parte inmortal mas nobles sean,
Tambien tendrán en la mortal nobleza.
Haz union de los cuerpos y las almas,
Y no siempre por fe los hombres vean
El poder de tu diestra y mi firmeza.

XXIV (3).

Esta cueva, que veis toda vestida
De hiedra, que una vid cubre su puerta,
De levantados álamos cubierta,
Con que la entrada al sol es defendida,
Sepoltura fué un tiempo aborrecida,
Adonde estuvo mi esperanza muerta,
Y agora es templo de mi gloria cierta
Y firme amparo de mi dulce vida.
Esté soberbia Paro con su mármol;
Que mientras yo vea tal aquesta piedra,
No estimaré la del Hidáspes tanto.
Esto entallaba Dafnis en un árbol,
Y Amarilis de flores y de hiedra
Una guirnalda le tejia entre tanto.

XXV (4).

Viento cruel, cruel y avaro velo,
Entrambos en mi daño diligentes,
Que cubristes mi sol, por quien las gentes
Ya casi olvidan al nacido en Delo;
En mi justa venganza ruego al cielo

(2) Seria quizá alguna venda ó cinta con alguna efigie estampada, que suelen atarse en la cabeza para aliviar el dolor de ella; ó el manto ó toca de monja, que es lo mas cierto.
Espinosa, en las *Flores de poetas*, pone este cuarteto así:

«En el claro cristal que agora tienes
Para fiel consejero de tus manos
Crueles, pues guardando ritos vanos,
Cubren de nubes tus doradas sienes.»

(3) Del amor satisfecho.
(4) Al viento, que cubrió el rostro de una dama, moviendo la toca

Que tú del mar las voces mas dolientes
Lleves, y tú de infames delincuentes
Abras siempre las bocas sin consuelo.
Pero si á la region del aire sube
El vapor de la tierra, donde nace
El rayo que desciende en su castigo,
Bien puedo yo temer que desta nube
Mi bajeza sea causa, y que se trace
Allá dentro de haberse así conmigo.

XXVI.

Si acaso de la frente Galatea
El velo avaro, sin pensar, levanta,
Vuelve á cubrirse (1) con presteza tanta,
Que mas atemoriza que recrea.
Tal en la oscura noche hay quien desea
Ver adónde sentar la incierta planta,
Del rayo la violenta luz le espanta,
Y tiempo no le da para que vea (2).
Severa honestidad, que ha señalado
Hasta á la vista límites y pena,
Si los excede por seguir su objeto;
Pues ha los libres ojos sujetado,
No es mucho si las lenguas nos enfrena,
Y tantos padecemos en secreto (3).

XXVII.

Severamente al pensamiento pido
De todos sus discursos cuenta estrecha,
Para ver si dió causa á la sospecha
Por que con tal rigor tratado he sido.
Ninguna culpa hallársele he podido;
Mas ¿de qué su inocencia me aprovecha?
Que no quedando Filis satisfecha,
El castigado soy y el ofendido.
Aprueba y dobla el daño mi paciencia,
Pues no puedo quejarme de su furia
Por no culpar ni resistir su gusto.
Y así, vengo á saber por experiencia
Que no hay dolor que iguale al de una injuria
Hecha con nombre de castigo justo.

XXVIII (4).

¡Oh piadoso cristal, que me colocas
(Estando en su querer tan apartado)
De aquella dulce mi enemiga al lado,
Mientras se cubre con injustas tocas!
Veo juntos los ojos, veo las bocas,
Y su divino rostro no alterado;
¿Hasle por dicha el corazon mudado,
Y sus desdenes ásperos revocas?
En parte creo que sí; porque no puede
Causarle alteracion alguna cosa,
Mientras en tí mirare su figura.
Y estar tan cerca agora me concede
Por no turbar su vista deleitosa;
Que basta en esto es amable su hermosura.

XXIX (5).

Yo vivo de un engaño y otro engaño
En las horas prolijas desta ausencia,
Y quiere que le deba mi paciencia
Lo que sí resistiera un desengaño.
Agora ¿qué haré, triste, que de un daño,
Jamas temido, temo la experiencia,
Y no le son engaños resistencia,
Con que yo me defiendo y acompaño?
Yo moriré, yo moriré sin duda,
Si el mal me acometiere que sospecho;
Mal que no hay pecho humano que no asombre;
Mal que al nombrarlo está mi lengua muda.
Ved cómo sufrirá su esencia el pecho,
Si ella sufrir no puede solo el nombre.

XXX.

Tanto mi grave sentimiento pudo,
Que en la mano de bárbara violencia
Hizo, dando lugar á la clemencia,
Volver el filo del cuchillo agudo.
¿Hay por ventura de diamante escudo,
Que pueda hacer tan firme resistencia,
Como de un alma pura la inocencia,
Que ofrece el pecho al vencedor, desnudo?
Yo vi, yo vi los ojos (no es mentira),
Que muerte amenazaban, detenerse
Con blando afecto en la miseria mia;
Y deshacerse los nublados de ira,
Y la santa piedad aparecerse;
Que todo es fácil si en la fe se fia.

XXXI.

Bien sé que mi silencio y mi paciencia
Me pueden grandes daños haber hecho,
Moviendo á que se juzgue de mi pecho
Solo aquello que muestra la presencia.
Mas no por eso mudo de sentencia,
Incierto de si es daño ó si provecho;
Que amor no sabe dar paso derecho
Mientras no tiene igual correspondencia.
Callando, solamente mi mal hago;
Hablando, por ventura ofenderia
A quien estoy temiendo no ofendida.
Si yo me ofendo, con morir me pago;
Si ofendiese á quien digo, no podria
Pagarle; que es la ofensa sin medida.

XXXII.

A muerte inevitable amor me lleva,
Por mas que justifico mi deseo
Y hace la empresa fácil; que bien veo
Que es solo por hacerle que se atreva.
Porque, ¿quién me asegura que no mueva
(Si este fácil y justo bien poseo)
Otro injusto difícil devaneo,
Y al fin, de su poder la última prueba?
¿Solo en mi torcera de su costumbre?
O no pudiendo agora defenderme,
¿Podré cuando de mi triunfe el tiranò?
Ya temo su terrible servidumbre,
Si algun desden no acude á socorrerme;
Fácil remedio si se da temprano.

XXXIII (6).

Hermosura perfecta no consiste
En dar diversas formas al cabello,
Perlas á las orejas y oro al cuello,
Ni en la ropa costosa que se viste.
Con traje rico ó pobre, alegre ó triste,
Es uno mismo siempre un rostro bello;
Que en oro ó plomo, siempre deja el sello
La forma que grabada en él asiste.
Mas esto pocas veces lo concede
Naturaleza, avara con el mundo,
En el cual siempre es raro lo perfecto.
Yo, por mi mal, lo he visto, y sé que puede
Con el traje primero y el segundo
Vuestra hermosura hacer igual efecto.

XXXIV.

Conjuradas están en daño mio
Cuantas cosas aplico á mi provecho;
Procúranme acoger las que desecho,
Las que busco me tratan con desvio.
Hallo en su misma esfera el fuego frio,

(1) A cubrillo. (*Texto de Expinosa.*)
(2) En la *Floresta* de Bolh se lee así este cuarteto:
«Así en oscura noche á quien desea
Ver dónde asiente la dudosa planta,
Del rayo la violenta luz espanta;» etc.
(3) Severa honestidad, ¿quién os ha puesto
Casi en la vista límites y pena,
Si los excede por seguir su objeto?
Si puede con los libres ojos esto,
¿Qué mucho, si las lenguas nos enfrena,
Y que tantos padezcan en secreto?
(*Texto de Espinosa.*)
(4) A un espejo que, estándose tocando su dama, reflejó en sí la imágen del autor, al entrar en el gabinete donde estaba.
(5) Sobre los celos.
(6) La perfecta hermosura.

Pues ningunos efectos ha en vos hecho;
Y donde tiene amor mayor derecho,
Allí le ví quitar el poderio.
Allí donde los míseros mortales
Alivian por lo menos sus cuidados,
Sagrado tribunal de la clemencia,
A deseos y penas inmortales
Fueron mis pensamientos condenados;
Que no todo se vence con paciencia.

XXXV.

Cuitada navecilla, ¿quién creyera
Que osaran estas olas ofenderte,
Viéndolas otro tiempo obedecerte,
Como si tuyo el mar soberbio fuera?
Tus bienes les he dado, y persevera
Su saña; no sé ya cómo valerte;
El arte dejo en manos de la suerte,
Para que ella te arroje adonde quiera.
Bien sé que se aplacaran al momento
Si, como les he dado la esperanza,
Entregara tambien el pensamiento;
Pero avéngase allá con su bonanza;
Que mas quiero morir en mi tormento
Que vivir con infamia en su mudanza.

XXXVI (1).

Si quiere amor que siga sus antojos,
Y á sus hierros de nuevo rinda el cuello,
Que por ídolo adore un rostro bello,
Y que vistan su templo mis despojos,
La flaca luz renueve de mis ojos,
Restituya á mi frente su cabello,
A mis labios la rosa y primer vello,
Que ya pendiente y yerto es dos manojos.
Y entonces, como sierpe renovada,
A la puerta de Filis inclemente,
Resistiré á la lluvia y á los vientos.
Mas si no ha de volver la edad pasada,
Y todo con la edad es diferente,
¿Por qué no lo han de ser mis pensamientos?

XXXVII (2).

Este prolijo y tenebroso dia
(El cual con piedra negra notar quiero)
Memoria es dignamente del primero
De mi vida, si es vida aquesta mia.
Entonces lo lloraba en profecía;
Y de su soledad tomando agüero,
En tanto que viviere, ya no espero
Tener en él sucesos de alegría.
Odioso me será, y odioso sea
Al cielo y á la tierra eternamente,
Pues en él se me esconde Galatea.
Entre las noches lóbregas se cuente,
Y en él ninguna accion jamás se vea
Dina de que la fama la sustente.

EPÍSTOLA (3).

Aquí donde en Afranio y en Petreyo
A César se rindió la vez primera
La no vencida suerte de Pompeyo;
Adonde, si la fama es verdadera,
Entre las verdes ovas, granos de oro
Un tiempo daba Segre á su ribera;
En vano pido aliento al sacro coro;
Pues para hacer un verso, y ese manco,
Primero he de sudar por cada poro.
Como quien muelas saca, los arranco;
Que cada cual me cuesta mas de un grito,
Y el rostro, siendo negro, vuelvo blanco.
Borro y vuelvo á escribir lo que habia escrito,
Y mas que algun gran príncipe inconstante,
Lo mismo que aprobaba, luego quito.
¡Que yo vaya á cazar un consonante
Diez leguas, como el otro una lechuza!
(Negocio á la república importante);
Y ¡que si he de nombrar escaramuza,
Por solo el consonante, les prefiera
A todos los demás el moro Muza!
Como niño que corta con tijera
En un papel doblado, sin aviso
De lo que ha de sacar ni lo que espera;
Que cuando lo desdobla, de improviso
Halla con proporcion una figura,
Que ni así la esperaba ni la quiso;
Como á los que les sale de ventura
En ese reino y otros algun cargo,
Con que se manifieste su locura.
Pero dejemos esto; que me alargo
A mas de lo que pide edad tan verde;
Demás, que la verdad es fruto amargo.
¿Diréle? La conciencia me remuerde;
Mas ¿qué tengo de hacer con voces vanas?
¿Puedo yo remediar lo que se pierde?
¿Tengo yo autoridad ó tengo canas?
¿Soy entre nuestros sátrapas magnate?
O ¿son nuestras costumbres las romanas?
Parecerá locura y disparate;
Tú disimulas hoy, aquel mañana,
Sirviendo al uno el otro de rescate.
¿Quién mostrará verdad tan clara y llana?
¿Un mozo como yo? Ni aunque viniese
El niño que la vida dió á Susana.
Apenas se hallaria quien lo creyese;
Nadie quiere cobrar un enemigo;
Cede al privado el público interese.
Volviendo á lo primero, don Juan, digo
Que por onzas me da su licor santo
Apolo, que fué un tiempo tan mi amigo.
Y así, para escribirte tardo tanto
Como para sacar una sentencia
Suelen tardar, ya sabes donde y cuánto;
Pero no puedo hacer mas diligencia,
Pues la nave sin remos tengo en calma,
Sino esperar el viento con paciencia.
Haz cuenta que plantaste alguna palma,
Que comenzaste pleitos, ó que esperas
Que un enfadoso viejo rinda el alma;
Que por el mismo caso que lo quieras,
Vive mas que una suegra rigurosa
Contra las maldiciones de mil nueras.
Paréceme que dices otra cosa
Mucho peor; que las adversas musas
Tienen tu pluma tanto tiempo ociosa.
Y porque considero que me acusas
(Como sueles hacerlo) de remiso,
Quiero darte las últimas excusas.
Yo nunca supe en término preciso
Escribir cuatro versos concertados,
Ni hacer, como otros, libros de improviso.
Lugares de quietud y despoblados,
Y no tumulto y gritos, dice Horacio
Que son para las musas dedicados;
No voces ni ladridos de palacio;
Que al fin con solas ellas fué vencido
(Sin valerle su canto) el viudo Tracio.
Pues yo, que llevo siempre en el oído
Las yunques y martillos mas confusos
Que en Lipari ni en Etna se han oido,
¿Cómo veré á las musas ni á los musos?
Mal haya el que primero de Alemaña
Nos trujo el brindis sucio y sus abusos.
Pues no pudo con armas en campaña,
Con este vicio y otros, imagino
Que pretendió triunfar de nuestra España.
¿De dónde (segun cuenta César) vino
Que los fieros suevos en su tierra
No dejaban entrar á vender vino?
De que vieron al ojo lo que yerra
Y se ablanda con él un pecho fuerte,
Dedicado al trabajo de la guerra.
Seleuco, cuando menos, con la muerte
Castiga, si no fuere medicina,
Al que bebiere vino de otra suerte.
De que el vino corrompe y afemina
Los hombres, con ejemplo y escritura

(1) La edad madura de un enamorado.
(2) Lamenta haber entrado en religion una señora.
(3) A don Juan de Albion, desde Lérida, cuando vino de Alemania la emperatriz María.

Puedo cargar mil naves de dotrina.
Ni es prueba muy difícil que si jura
Un francés ó tudesco por testigo,
Al momento dirán la verdad pura.
Pues cuando testifique así un amigo,
No hay por qué de los otros se sospeche,
Si dijeren lo mismo que yo digo.
Aristófanes llama al vino leche
De Vénus, con la cual sustenta y cria
Al hijo, porque el arco mejor fleche.
Callo aquella sentencia que solia
Repetir de Terencio mi pedante,
En que á Baco y á Céres revolvia.
No niego yo que el vino es importante,
Ni quiero desmentir al gran Galeno,
Ni á Hipócrates tratarlo de ignorante.
El vino es bueno (y mas si es vino bueno);
Pero es malo beberlo de manera,
Que vamos á la cueva con Sileno.
Bien se puede romper la ley severa
Que da tres veces vino en la comida;
Pero no para dar en borrachera.
Tres veces beba el sábio, dice Suida,
Y aunque bebió con esta ley Augusto
(Segun Suetonio, que escribió su vida),
Si uno tiene mas sed, no será justo
Que se quede con ella, mayormente
Si fuere muy colérico y adusto.
Pero buscar manjar que la acreciente,
Es vicio detestable, que el demonio
Se admira de que en él caiga la gente.
Las mesas dan del vicio testimonio,
De aromáticos llenas y de amomo,
Mas que las cenas pródigas de Antonio.
Pues si manjares semejantes como,
¿No he de beber mas vino que Tiberio,
Y quedar mas pesado que de plomo?
Pues ¿hay mas miserable cautiverio
Que sujetarse un hombre á la vil panza,
Y dejar que la gula tenga imperio?
¡Oh! Bien haya mil veces la templanza,
Con que deste defecto me he guardado
Desde mis tiernos años y crianza.
¡Qué cosa es ver al uno colorado,
Que á cada paso los acentos yerra,
Estar en las disputas porfiado,
Y hacer varios discursos para guerra,
Y gobernar mil flotas quien no ha visto
Agua jamás, ni entonces ve la tierra;
Y tratar de Bootes y Calisto
Al que está soñoliento, convertido
En el primer milagro que hizo Cristo;
Y al otro que le llevan sin sentido
Al lecho sus amigos, y despierta
Jurando que es quien menos ha bebido;
Y al otro que al salir no halla la puerta,
Y jura que no hay lince que le exceda,
Y que el aljófar á enhilar acierta!
Anacársis, que el uso de la rueda
Halló para labrar vasos de lodo
(Si es justo que esto á Plinio se conceda),
Preguntándole algunos de qué modo
Puede ser uno aguado y abstinente,
Dijo: «Con ver los gestos de un beodo.»
Dijo, á mi parecer, agudamente;
Yo á lo menos por esto me abstendria,
Cuando no hubiese causa mas urgente.
Mira, pues, si con esta compañía,
De meson en meson querrán seguirme
Las señoras Urania y Polimnia.
Y si no tengo apenas mesa firme,
Ni aposento un momento que sea mudo,
Adonde retirarme y divertirme,
¿Cómo podré escribir lo que no pudo
El otro sin morder el lauro verde,
Que lo volvió de torpe tan agudo?
No hay hora en que yo mismo no me acuerde
Que no debo faltar á mi promesa,
Y lo que en no cumplirla un hombre pierde.
Y sabe Dios muy bien lo que me pesa;
Pero si escribo mal, no será buena
Excusa la que digo, ni la priesa.
Ni los versos compuestos sobre cena
Pueden enviarse á tí, porque divides
Un cabello en diez partes sin gran pena.
Yo sé que los revuelves y los mides,
Y que no fué Aristarco tan severo,
Ni pidió tantas leyes como pides.
Y cierto que un amigo verdadero
Ha de ser desta suerte, y enojarse,
Como suelen decir, si duerme Homero.
No fio yo, ni es lícito fiarse,
De quien, viendo la falta, disimula,
Siendo el aviso causa de enmendarse.
Y pueden tanto la avaricia y gula,
Que hallará Júdas gente que lo alabe,
Viendo que es mendigante quien no adula.
Y es lo bueno, que el otro, con que sabe
Que miento si lo alabo, por afeite
Tiene que diga lo que en él no cabe.
Paréceme el engaño del afeite,
Con que muchas madamas se contentan,
Sudándoles el rostro miel y aceite.
Que el albayalde y el color que asientan
Habemos de jurar que no es postizo,
Aunque el olor y vista nos desmientan;
Y aunque se aparte de la frente el rizo,
Con mas espacio que hay de Hesperia (1) á Gádes,
Que es suyo, y el mejor que aquí Dios hizo.
Tenemos la peor de las edades
Agora, que en los hijos de los hombres
Se van disminuyendo las verdades;
Y adulterando títulos y nombres,
El uso ha de forzarte á que mil cosas
Injustas como lícitas las nombres.
Destruya Dios las lenguas mentirosas,
Que afirman por un cuarto que los ajos
Huelen mejor que las pestanas rosas;
Que son blancas las plumas de los grajos,
Y que los cisnes que el Caistro cria
Las tienen de color de escarabajos;
Que nunca cosa erró su señoría,
Y, puesto que merezca comer paja,
Salomon lo que él sabe no sabia.
Que jamás está ocioso, que trabaja
Como aquel que mató los Geriones,
Y aun, si él lo quiere oir, le hace ventaja.
Pues en las corporales perfeciones
¿No son trasgos Narciso y Ganimédes,
Si en parangon sus hermosuras pones?
¿Hizo acaso Alejandro mas mercedes?
Triste de tí, Lupercio, si replicas,
Y todo no lo juras y concedes.
Animo es acabar cosas inicas,
Y liberalidad, tener cuidado
De que Táis, Flora y Lamia queden ricas.
Constancia, por un mínimo pecado
Olvidar los trabajos y servicios
Del mas antiguo y familiar criado.
Así se canonizan hoy los vicios,
Y se compran y venden los favores,
Y son los grandes príncipes propicios.
¿Qué me aprovecha, Gnato, que me adores
Como á Dios inmortal, si como hombre
Siento los accidentes y dolores?
Pues no me das la esencia con el nombre,
Véte con tus lisonjas á la Dula,
Y busca quien de títulos se asombre;
Porque á quien nombres vanos acumula,
Y la toga sin sciencia, lo contemplo
Muy poco diferente de una mula;
Como los que procuran en el templo
Dejar resplandeciente sepoltura,
Y no con sus virtudes buen ejemplo;
Que les fuera mejor la fama escura,
Como á muchos, que son muy conocidos,
Por tener sus mujeres hermosura.
Así que, ni los títulos mentidos,
Ni los Júdas que dan con ellos beso,
Deben ser entre buenos admitidos.
Di la verdad, Solon, aunque el rey Creso
Por ella te deseche; que su daño

(1) *Hesperia* por *Italia*.

Mostrará sus locuras y tu seso;
Porque quien tiene el corazon extraño
De la lengua, segun Servio Sulpicio
Dice, no puede hacer mayor engaño.
¡Qué bien huyó de este afrentoso vicio
Diógenes, que siempre reprendia
Diciendo la verdad sin artificio!
Al cual, estando recogiendo un dia
Yerbas para guisar su pobre cena
(Porque obraba lo mismo que decia;
Y no era como alguno, que condena
Las espléndidas mesas, y tras esto,
Tiene mas ancho el vientre que ballena;
Y si lo convidais, viene mas presto
Que un gavilan, que ceban á la mano,
Y no es en el convite el mas compuesto),
Le dijo un lisonjero cortesano
(Dicen que fué Platon, mas no lo creo,
Sino algun gran poltron parabolano):
«Si á Dionisio, conforme á su deseo,
Con decille lisonjas contentases,
Cenarias mejor de lo que veo.»
El sábio respondió: «Si tú cenases
Así, yo te prometo que á Dionisio
Ni á ningunos tiranos adulases.»
Por ventura con esto á muchos lisio,
Que son aficionados á la lluvia
Con que dió nieto Júpiter á Acrisio.
Y aunque pareces tú nacido en Nubia,
Dirán que no salió jamás de Francia
Mas hermosa cabeza ni mas rubia;
Y á trueque de una infame y vil ganancia,
Que en Suburra no fué tan mal ganada,
Mentirán en mil cosas de importancia.
Quiere el otro probar que su casada
Era ya antigua en tiempo de Rodrigo,
Sabiendo que antiyer fué destetada;
Y luego el interés le da un amigo,
Que lo afirma y lo jura sin el miedo
Que debiera tener de su castigo;
Y por mas arcaduces que á Toledo
Sube el agua Juanelo, su linaje
Le cuenta desde Túbal en un credo;
Y hay alguno que tiene siempre un paje
Que concurre en sus voces como eco,
Y lleva por testigo dellas gaje.
Y porque en este vicio yo no peco,
Dicen que soy un asno, en buen romance,
Con decirme que soy muy triste y seco.
Pues aunque yo jamás un pan alcance,
Quiero vivir con ánimo seguro
De que no me hallarán en este trance.
Sin duda que me han hecho algun conjuro;
Que no puedo salir desta materia,
Por mas que á tratar de otras me apresuro.
Cada cual dicen que habla de la feria
Como en ella le ha ido; por ventura
Esta la causa fué de mi miseria.
Dícenme que es ganancia muy segura
La del mentir; respondo que lo creo,
Como la del prestar dinero á usura.
Pero yo, cuando alguno destos veo,
Imagino al momento que es arpía
De aquellas de la mesa de Fineo.
Y esta imaginacion no solo es mia;
Que este nombre Diógenes les daba,
Cuando al mónstruo mas fiero difinia.
Volviendo pues agora donde estaba,
Y al punto que, segun me he detenido,
Alguno pensará que me olvidaba,
Digo que muchas veces he querido
Heróicos escribir, y lo he dejado,
Por verme paralítico y tullido;
El pensamiento á veces ocupado
En que vaya segura mi maleta,
Y yo con buena mula acomodado;
Que hay mula que es mejor ir con muleta
Que en ella; coja, manca y endiablada,
Medio de brida y medio de jineta.
Y por Dios, que el que quiere hacer jornada,
Si se descuida desto, vale poco,
Y llega siempre tarde á la posada.
Jura, reniega y grita como un loco;
Y es risa de la gente que lo mira,
Darse priesa y venir muy poco á poco.
No puede bien saber qué cosa es ira
Quien no se ha visto en esta desventura,
Yo sé lo que es, y tanto, que me admira;
Y mas si en esta furia de locura,
Cuando palo ni espuela no es bastante
Para mover la mula, por ventura
Algunos frailes pasan por delante,
Jerónimos, bernardos ó benitos,
En mulas que es menor un elefante.
Dan-os con un *Deo gratias* los benditos,
Burlándose de vos; y los villanos
Desde sus heredades os dan gritos:
«Dios guarde á los católicos cristianos,
Por su misericordia, deste trance,
O les temple la cólera y las manos.»
Yo, porque tal miseria no me alcance,
Procuro que mi mula sea tan buena,
Que pueda huir con ella y dar alcance.
Y esto no puede ser sin mucha pena,
Por no tener docientos filipeos
Con que al uno y al otro dar estrena.
Dichoso aquel que cumple sus deseos,
Pagando, sin rogar, porque este solo
Allanará los altos Pirineos.
Con el oro de Tajo y de Pactolo
Yo le hiciera seguirme por las ventas,
Si fuera menester, al mismo Apolo;
Y con tener las huéspedes contentas,
Formara allí un Parnaso y un Libetro,
Y mil selvas nacidas de mis rentas.
Pero si alguna vez de Dios impetro
La quietud, que yo precio y mas deseo
Que de tí, España, la corona y cetro;
Si entre cuatro paredes yo me veo,
Si puedo hacer con mis dineros humo,
Y alguna cosa lícita poseo;
Yo juro de poner cuidado sumo
En hacer á las musas larga enmienda
Por este tiempo ocioso que consumo.
Desde léjos mirando al que pretenda
Por este mar, que tanta gente ahoga,
La vanidad de títulos y hacienda;
Y al que busca morada ó roja toga,
Y no advierte que hay debajo espinas
Mas que suele tener una saboga;
Y sin mirar si son ó no son dinas,
En todo caso quiere ver sus manos
Llenas de anillos y con piedras finas;
Y á los que hacen sus presas como alanos,
Con multiplicacion de beneficios,
A quien Simon confiesa por hermanos;
Y al que está relatando sus servicios
Por todos los consejos que el Rey tiene,
Bebiendo viento y esperando oficios;
Y cuando va de casa y cuando viene,
Al Presidente sirve y acompaña,
Que un hora desgorrado le detiene;
Y anda tejiendo telas, como araña,
Que un pájaro con pico de oro llega,
Y da al través con toda su maraña.
Tambien me burlaré del que navega,
Por tener oro, desde España á Chile,
Y en el camino el fiero mar le anega;
Del que las margaritas que hay en Tile
Anda buscando, y tiene gran cuidado
De que en España su algodon se hile;
Del que procura mejorar su estado
Vendiendo las honrosas libertades
Que sus antepasados le han ganado;
Y á Ulises, destruidor de las ciudades,
Estimaré en dos rábanos, y aun menos,
Sin alabar, como otros, sus maldades;
Ni á los que muchos necios llaman buenos
Porque llevan las cuentas en las manos,
Y de ambicion los corazones llenos;
Ni á los que piensan ser buenos cristianos
Solo porque adulterios no les prueben,
Aunque hagan otras obras de tiranos;
Aunque jamás no paguen lo que deben,

Y espanten con sus fieros, si lo piden,
A aquellos que á emplazarlos no se atreven;
Y á los que con su nombre no se miden,
Y tanto su riqueza los entona,
Que con los que son mas, se descomiden.
No dejará la mona de ser mona,
Como dice el refran, aunque le ciña
La frente, como á reina, una corona.
Ni al que, por festejar, las canas tiña,
Y viendo que se acerca la vendimia,
Quiera mostrar que tiene flor la viña;
Como lo suele hacer aquella jimia,
Que tiene, para hacer el pelo rubio,
Mas instrumentos que quien hace alquimia.
Y á no saber por fe que hubo diluvio,
Y que solos quedaron los del arca,
Creyera que antes dél le nació el rubio.
Y pide, con vergüenza, de la Parca,
Que la deja vivir, mas epigramas
Que, no sé yo á qué fin, hizo el Petrarca.
Ni destos algalieros semidamas,
Que llevan mil picaños por testigos,
Pródigos en perder ajenas famas,
Se me dará, con gran razon, dos higos,
Ni para que me presten un caballo
Procuraré tenellos por amigos.
Su gusto es cada cual parecer gallo,
Alzando grande cresta de copete,
Y lo que son con ella algunos callo;
Comunicar con muchos el billete,
Tomar de noche acá y acullá esquinas,
Armados como un bravo mata-siete;
Mostrando que à seiscientas culebrinas
No temerán, Dios sabe lo que hay dentro,
Y aun tú, si sus bravezas examinas.
Muchos Morgantes que de noche encuentro,
Sé que toman liciones de Atalanta,
Y buscan escondrijos en el centro.
Ni al que en jaspes y mármoles levanta
Sus techos con mas oro que vió Lidia,
Cuando tuvo su rey riqueza tanta,
Tendre ni tengo lástima ni envidia,
Mas que si fuese algun tugurio ó choza
Portátil de Moscovia ó de Numidia.
Alguna casa he visto en Zaragoza,
Que tocan sus tejados en el cielo,
Y sabe Dios si dél su dueño goza;
O pide, como el otro, sin consuelo,
Que le humedezca Lázaro la boca,
Donde está siempre ardiendo Mongibelo.
Mas quiero aquí dejar hacienda poca,
Que con ella cobrar la ardiente llama,
Pues jamás su sentencia se revoca;
Y que pueda volar libre mi fama,
Sin acudir á ferias de Medina,
Adonde el cambio tantas lleva y llama.
Aunque el pintado pavo y la gallina
De l'Africa jamás, como á los grandes,
Ni un mase Jaques honre mi cocina;
Ni lo traiga pagado desde Flándes,
Porque sabe á la hambre hacer cosquillas,
Y entretenerla todo lo que mandes;
Ni me alegren los ojos las vajillas,
Que lo menos que tengan sea el ser oro,
Tanto el arte extremó sus maravillas;
Que si en mi casa, como digo, moro,
No trocaré mi vida con sosiego
Por el romano ni el imperio moro;
Ni Mercurio jamás oirá mi ruego
Un cielo mas arriba de la luna,
Ni en su altar por mis manos verá fuego.
Ni yo diré mas mal de la fortuna
Que de una viuda santa y recogida
(Si santa y recogida se halla alguna).
No quiero que del vulgo me divida
Solamente la casa suntuosa
Ni la superfluidad de la comida;
Mas antes por alguna cosa honrosa,
Debajo techo humilde y pobres lares
Procuraré ganar fama gloriosa;
Pintando por ventura los lugares
Adonde las reliquias de los godos
Conservaron á Dios sacros altares;
De muchos, si no puede ser de todos,
Cobrando del olvido las memorias,
Y haciéndolas eternas de mil modos;
Diré cómo les daba Dios vitorias
Con poca gente, viendo sus deseos
Fundados en riquezas transitorias.
Y otra vez en los altos Pirineos
Mostraré, las banderas tremolando,
Y allí pintadas cruces y trofeos,
Y á Jorge bajo dellas peleando
Con las bárbaras huestes enemigas,
Y á las suyas amadas favor dando.
Haré volver al uso las antigas
Armas, dardos, carcajes y ballestas,
Paveses, cotas, mallas y lorigas,
De la suerte que en uso estaban puestas
En la sazon de mas agudos hielos,
Y en la que mas calor nos dan las siestas.
Haré ver con vergüenza á mil mozuelos,
Que viven de sí mismos satisfechos,
Cuan diferentes eran sus abuelos.
Quizá daré calor así á sus pechos,
Y aspirarán á la heredada gloria,
Emulos dignamente de sus hechos.
Yo mezclaré en las armas mi memoria,
Y aun ellas (á pesar de la fortuna)
Del tiempo me darán tambien vitoria.
Y para que no esté mi musa ayuna
En este medio, le darémos brodio,
Solo porque no adule, como alguna.
No le consentiré que muestre el ódio
Sino contra los vicios, porque huya
En todo de Pasquin y de Marfodio.
Y cuando hubiere hallado l'*alleluya*,
Haré lo que me mandas, como debo.
Haz que nunca me falte letra tuya,
Y en ella cuantas cosas hay de nuevo.

SÁTIRA.

A Flora.

Muy bien se muestra, Flora, que no tienes
Desta mi condicion noticia cierta,
Pues piensas enmendalla con desdenes.
Tú pensarás que guardaré (1) tu puerta
Desde que se recogen las gallinas
Hasta que el ronco gallo las despierta;
Y que cuando á las horas matutinas
Se levantan los frailes, y durmiendo
Tus émulos están y tus vecinas,
Me estaré yo en la calle consumiendo,
Y por el agujero de la llave
Lo que en tu casa tienes inquiriendo;
Y que te sufriré despues muy grave,
Pidiéndote perdon, porque me seas
Afable, como sueles, y suave.
Pues porque, si lo crees, no lo creas,
Y sepas que no ignoro con quién trato,
Es bien que mis odiosos versos leas.
Aquí verás un natural retrato
De nuestras diferentes condiciones,
Por mas que tú la encubras con recato.
Agora me parece que te pones
Mucho mas colorada que tu saya,
Y me das un millon de maldiciones,
Diciendo que, primero que me vaya,
Quedarás satisfecha de la injuria,
Aunque dificultades cien mil haya.
Y yo, por todo el oro que Liguria
A España con usuras arrebata,
No quiero hacerme digno de tu furia;
Ni quiero dar mi vida tan barata,
Ni ver del africano la frontera;
Cosa que por tu causa alguno trata.
Escríbate pues sátiras quien quiera;
Que yo alabanzas solas quiero (2) darte

(1) Si piensas tú que rondaré. (*Texto de un MS. de don José María de Alava.*)
(2) Pienso. (*Id.*)

Hasta que tú te canses ó yo (1) muera.
Ya, ya (2) me tienes, Flora, de tu parte;
Que, como tus costumbres amo tanto,
Mudable soy tambien por imitarte.
Quiero dejar la pluma; que me espanto
De ver ese furor trasordinario,
Y dar de contricion señal con llanto.
Pero tengo conmigo un tu contrario,
Que tiene prometido defenderme
Contra el poder de Jérjes y de Dário,
Y no me da lugar de recogerme;
Antes con amenazas me provoca;
Dios sabe si ofenderte es ofenderme.
Pero no puedo mas, mi fuerza es poca;
Tú no me defendieras del que digo
Siquiera con el aire de la boca (3).
Mas, pues he de cobrar un enemigo,
Escojamos, de dos (4), el menor daño;
Demás que la razon y verdad sigo.
En el mas fértil mes de todo el año,
Oh Flora, yo te vi, que no debiera,
Aunque no ha resultado dello engaño (5).
Y luego, como frágil y ligera,
Antes de conocerme ni yo hablarte (6),
Me descubriste ser tu pecho cera;
Mas, como sé de Ovidio mal el arte,
No procuré poner en Troya el fuego,
Aunque te vi, contenta, descuidarte.
Hubo manjares (7), y tras ellos juego,
Y como vi colgar allí la hiedra,
El vino reputé por malo luego.
A todo estuve cual si fuera piedra,
Tan fuera de pensar en tus amores
Como Hipólito estuvo en los de Fedra.
Mil veces repetiste mis loores;
Que en tí los engendró mi negra fama
(Díceslo así, y es bien que así lo dores),
Y para declararme que eras (8) dama
Tan grave, que la corte señorea,
O por mejor decir, quema tu llama,
Como quien confesar algo desea,
Y lo quiere decir por negativa,
Para que lo contrario se le crea;
Así me declaraste (9) cuán esquiva
Con grandes cortesanos habias sido,
A quien de libertad tu valor priva (10).
Tras esto, me juraste (11) haber venido
Al lugar donde estaba por hablarme,
Y la visita falsa haber fingido.
Pensaste, no lo dudo, colocarme
Encima de los cuernos de la luna,
Y aun por ventura (12) dellos adornarme.
Jamás infante tierno de la cuna
Oyó tan dulces nombres repetidos
De su madre, con besos importuna,
Como yo los oí, pero fingidos,
Solo para cubrir las cautas (13) redes
Con que á tantos enredas (14) los sentidos.
Sin preceder servicio hacer mercedes
Dará que sospechar á quien no sea
De los con quien hacer tú labor puedes.
Créame quien lo oyere, ó no me crea (15),
Digo que sospeché, sospeché digo,
Viéndote tan afable, sin ser fea...;
Mas soy de ingratitud tan enemigo,
Que, por corresponder al beneficio,
Agradecido me mostré contigo.
Hubo tambien en ello su artificio;
Porque sé que resbala fácilmente
En tales ocasiones el juicio.
Y tú te imaginabas suficiente
A poderme llevar como de rienda,
A todos tus antojos obediente.
Así lo creo yo; porque mi hacienda
Es menos que el tesoro veneciano (16),
Y otro tanto ha de dar quien te pretenda.
Al fin, como si fuera yo aldeano,
Que se admira de ver con perlas y oro
La gorra del soberbio cortesano;
Así me descubriste (17) tu tesoro
(Esto disimulando y como acaso,
Y sin perder allí de tu decoro).
¿Hubo vajilla ó por ventura vaso
Que delante de mí no te sirviese,
Buscando tú ocasion á cada paso?
Y porque tus esclavas todas viese,
Y que son siervas libres ó prestadas,
Como soy malicioso, no creyese,
Todas delante mí fueron llamadas,
Y por cierto descuido, no muy grande,
Con ásperas palabras afrentadas.
No hay mayordomo necio que así mande
En casa de un señor á los sirvientes,
Y en guerra con aquellos y estos ande.
Como tú con tus siervas diligentes (18).
Solo para mostrar tu preeminencia (19),
Haciendo ostentacion con los presentes (20).
Mandábaste traer en mi presencia
(Sin haber menesterlas) tus arquillas,
Llenas de menos oro que apariencia.
Estaba la esclavilla de rodillas
En tu imaginacion, de mí notada
Por una de las siete maravillas.
¡Oh Flora, cómo estabas engañada!
Que entonces *El Eunuco* revolvia,
Comedia de Terencio celebrada;
El cual en sus ejemplos me decia
Que desean (21) las damas de tu trato
Las esclavas tener que Táis tenia,
Y que soleis comprarlas muy barato;
Que un ignorante Fedra las presenta
En competencia de un Trason bravato.
Mira cuán al revés salió tu cuenta;
Que lo que tú por honra descubrias,
En mí se convirtió para tu afrenta (22);
Y cuando mas compuesta te ponias,
Como quien va mirándose la sombra,
Conmigo de tu crédito perdias.
No pienses, si lo piensas, que me asombra
Un lecho de damasco granadino,
Y á un lado y otro la morisca alfombra;
Que soy, si no lo sabes, adivino,
Y no tienes un clavo ni una hebilla
Que no sepa de dónde y cómo vino.
Véote santiguar con maravilla
Desto que voy diciendo; pues no dudes (23)
Que fábula serás en esta villa.
Sabrá quien no las sabe tus virtudes,
Las cuales te sustentan todo el año,
Aunque ya vendrá tiempo en que las sudes (24).
Quiero vender al mundo desengaño;
Que, aunque es poca la gente que lo entienda,
Sé que te puedo hacer no poco daño;
Y que si por tu mal abro mi tienda,
La tuya quedará tan abatida,
Que un ochavo en un año no se venda.
Mas tengo condicion tan comedida,
Que no quiero quitarte la ganancia
Contando los enredos de tu vida.
En tí tienda sus redes la ignorancia,
Para los que pidieren á sus padres

(1) Y yo. (*MS. de don José María de Alava.*)
(2) Y ya. (*Id.*)
(3) De tu boca. (*Id.*)
(4) Quiero escoger de dos. (*Id.*)
(5) Aunque me ha resultado poco daño. (*Id.*)
(6) De conocerte y de hablarte. (*Id.*)
(7) Hubo convites. (*Id.*)
(8) Eres. (*Id.*)
(9) Asina me mostraste. (*Id.*)
(10) Y á quienes tu valor de seso priva. (*Id.*)
(11) Me dijiste. (*Id.*)
(12) O por ventura. (*Id.*)
(13) Falsas. (*Id.*)
(14) Atapas. (*Id.*)
(15) No lo crea. (*Id.*)
(16) El estado veneciano. (*MS. de don José María de Alava.*)
(17) Asina me mostraste. (*Id.*)
(18) Con los tuyos diligente. (*Id.*)
(19) Para mostrarte preferencia. (*Id.*)
(20) Y grande ostentacion con el presente. (*Id.*)
(21) Como quereis. (*Id.*)
(22) En mí se descubrió para tu afrenta. (*Id.*)
(23) De lo que voy diciendo, y no lo dudes. (*Id.*)
(24) Aunque tiempo vendrá donde las sudes. (*Id.*)

De su porcion de vida la sustancia.
A estos muerdas y á los otros ladres (1);
Y por ver á sus hijos lastimados,
Te dén su maldicion docientas madres.
Tengas mil hombres viejos engañados;
En sus canudas barbas te regales,
Haciendo rica presa en sus ducados;
Y á otros, que se precian de leales,
Con vanos favorcillos entretengas,
Y pesques mas de espacio sus reales.
Con los que veas ardientes (2) te detengas,
Y con los que veas tibios te apresures,
Y á todos en comun enredo tengas.
Delante de tu madre te mesures,
Fingiendo que la temes y que ignora
Los favores que das; y así lo jures.
Y si te vieres sola, bella Flora,
Y el necio sin pagarte se desmanda,
Di luego: «¡Ay Dios, que sale mi señora!» (3).
Y cuando veas al triste que se ablanda (4),
Lleguen el portugués con el joyero,
Este con oro, el otro con holanda.
Dirás, como los médicos, no quiero,
Alargando la mano á la presea
Con que te esté rogando el majadero;
Y dirás, como sueles, si desea
Ser tu favorecido, que dé muestra
En donde su aficion mejor se vea.
Ayúdete tu madre ó tu maestra,
Dándote mil recaudos al oido
(Licion de todo punto propria vuestra);
Estése el otro necio sin sentido,
Mientras hablais vosotras muy compuesto,
O, como acá decimos, muy corrido;
Que no me quiero yo poner en esto,
Ni descubrir tus faltas en la calle,
Pues se descubrirán por sí tan presto (5).
Pero no será bien que sufra y calle
Cierto tributo, censo ó alcabala,
Pues tú no te avergüenzas de cobralle.
Cuando sale quien digo de la sala,
Le vuelves á llamar con gran caricia,
O sales tú con él hasta la escala;
Y allí, disimulando tu codicia,
Le pides un catálogo de cosas,
Como si las debiera por justicia.
Él, ambas las mejillas hechas rosas,
Arrepentido ya de verse en ello,
Y de emprender empresas tan costosas,
No sabe qué decir (6); que tiene el cuello
Ceñido con tus brazos, y los ojos
Clavados, por su mal (7), en tu cabello.
Quiere satisfacer á tus antojos,
Y quisiera tambien á menos costa
Comprar, pues que se venden, los despojos.
Imaginasle tú la bolsa angosta,
O por ser muy avaro ó por ser pobre,
Personas de quien huyes por la posta;
Y para hacer sudar por fuerza al robre,
O, como buen artífice, en la piedra
Tocando, conocer si es oro ó cobre,
Enmarañaste dél cual verde hiedra
(No te comparo mal, pues que se dice
Que nunca el árbol que la tiene medra) (8),
Diciendo: «Buena prueba, Señor, hice
De vuestra fe, si no fingida, tibia,
Con que, para mi mal, me satisfice.
»Si yo os mandara humedecer la Livia,
Si oponer vuestros hombros á la carga,
Que en los de Atlante nunca el tiempo alivia;
»Si peregrinacion pidiera larga,
Donde estuviera en duda el volver vivo,
O cierta en el progreso vida amarga;

(1) A aquestos muerdas, á los otros ladres. (*MS. de don José María de Alava.*)
(2) Con los que ves sirvientes. (*Id.*)
(3) Di luego: «No, que sale mi señora.» (*Id.*)
(4) Y si vieres al necio que se ablanda. (*Id.*)
(5) Por tí tan presto. (*Id.*)
(6) Quisiéralo dejar ya. (*Id.*)
(7) Fijados por su mal. (*Id.*)
(8) Que el árbol que la tiene jamás medra. (*Id.*)

»¿Pudiérades estar mas pensativo?
Pudiérades dudar de tal manera
Y mostraros conmigo mas esquivo?
»Pues yo sé bien alguno que quisiera,
Y como que quisiera, que pagara
Porque lo que á vos pido le pidiera;
»Que ni tan pobre soy ni tan avara,
Que, por necesidad ó por codicia,
En cosa tan pequeña reparara.
»Mal de mi condicion teneis noticia:
Que, aunque no lo trujérades tan presto,
No os sacara yo prendas por justicia.
»Pero no reparemos mas en esto:
Solo vivid seguro de que os amo,
Y que no me seréis jamás molesto.»
El triste ya, cual pece asido al hamo,
O como ciego pájaro, que viene
Llamado con el son de su reclamo,
Ni en dudas ni en peligros se detiene;
Quiere tomar prestado ó con usura,
Sin ver si de pagarlo modo tiene.
Promete allí sin tasa ni cordura,
Y niega que jamás dudase en algo,
Y aun, para ganar crédito, lo jura.
«Así lo creo yo de un noble hidalgo,»
Respondes tú, soltando la cadena,
Que quisiera yo mas la de mi galgo.
Atraviésase luego Madalena,
Pide para chapines ó una toca,
Y tu paje de lanza pide estrena.
A aquella tú le dices: «Calla, loca;»
Y á este otro: «¿Tú, rapaz, tambien te atreves?»
Y por detras les señas con la boca (9).
Ni á la carne se da tal priesa el juéves (10),
Como le dais vosotras, entre dientes
Diciendo: «Pagarás lo que no debes.»
¡Oh tú, que, con pagarlo, no lo sientes,
Y cansarás, pidiéndoles prestado,
Despues á tus amigos y parientes!
Si alguna vez ó veces has pasado
De Aragon á Castilla, y en los puertos
Del uno y otro reino registrado,
Adonde los derechos hacen tuertos,
Y con decreto y órden de justicia
Roban en los poblados y desiertos;
Adonde puede tanto la codicia,
Que no son tan mudables venecianos,
Cuando á alguno prometen su amicicia,
Como aquellos ladrones y villanos (11)
En olvidar al Rey, si el caminante
Les pone de sus armas en las manos;
Conocerás, agora ó adelante (12),
Que es mayor el trabajo que se pasa (13)
Con Flora, de quien andas ciego amante.
Y tú, Flora, tambien modera y tasa
Los derechos tiránicos que llevas
De entradas y salidas de tu casa;
Pues solamente deben ropas nuevas,
Al entrar por los puertos, el derecho,
Y no será razon que á mas te atrevas.
No quieras descubrir tu avaro pecho,
Ni, como mercader, tener oreja
Abierta solamente á tu provecho.
Y no digo con esto que eres vieja;
Mas téngote por ropa tan traida,
Que descubres la hilaza por la ceja.
Pues quien te ve fingir la recogida,
Ha de soltar á su pesar la risa,
Si sabe, como yo, tu buena vida.
Verte salir con tu señora á misa,
Como fraile novicio, que no mira
Acá ni allá mas suelo del que pisa,
¿A quién tu gravedad allí no admira?
¿Quién no dirá que puedes llevar palma (14),
Y que á las once mil tu intento aspira?

(9) Y por detrás les guiñas con la boca. (*MS. de don José María de Alava.*)
(10) Ni á la carne la dan tal prisa el juéves. (*Id.*)
(11) Como son estos fieros y inhumanos. (*Id.*)
(12) Podrás echar de ver de aquí adelante. (*Id.*)
(13) Que no es mayor el daño que se pasa. (*Id.*)
(14) Y dices que mereces lauro y palma. (*Id.*)

Quien sepa, como yo (1), que en esa calma
Suceden por momentos torbellinos,
Que anegan las ajenas y tu alma.
Ni lo dirán tampoco tus vecinos,
Que ven salir y entrar en tu posada
Los recien emplumados palominos.
Ni lo dirá tu hermana, que se enfada
De estar labrando soliman y mudas,
Ella desnuda y tú muy enjoyada (2);
Ni el que suele soltarme cien mil dudas
(Si se lo preguntase), cuyo nombre
Es del que sucedió en lugar de Júdas.
Ni lo dirá, bien sabes, aquel hombre
Que en darte y abstenerse tal anduvo,
Que le doy Alejandro por renombre.
Ni lo dirá tampoco quien estuvo (3)
De Mántua, por tu causa, foragido,
Y el perdon por dineros despues hubo;
Ni menos lo dirá quien ha leido (4)
Lo que con apariencia va cubierto,
Si con la vista pasa del vestido.
Yo digo de vosotras (y es lo cierto)
Que sois de las fantasmas y visiones
Que vido san Antonio (5) en el desierto.
Debajo de esas ropas y jubones
Imagino serpientes enroscadas,
Uñas de grifos, garras de leones.
Si sois fuera de casa convidadas,
Desechais mil viandas que son buenas,
Solo para fingiros delicadas.
Tomaislas con dos dedos, y aun apenas,
Y dellas exhibis mas que á un doliente
Niegan nuestros modernos Avicenas.
Fingis-os muy honestas juntamente,
Y á la palabra equivoca no cara
Le dais luego el sentido maldiciente;
Y puestas ambas manos en la cara (6),
Llamais al que lo dijo torpe y necio,
Quizá porque mejor no se declara.
Y con desden y grande menosprecio
Burlais de algun galan que por ventura
Os tuvo en su poder á poco precio.
Pues quien del mal de amor sanar procura (7),
En vuestras casas, si pudiere, os vea
Sin tanta gravedad y compostura (8);
Y verá convertir la que desea
En un fiero demonio, poco digo,
Si cosa se pudiese hallar mas fea.
Y mas si no teneis allí testigo,
Y salis de la cama descompuestas,
Mostrando de los piés hasta el ombligo.
¡Qué fieras pareceis! Qué deshonestas!
Con los ojos hinchados, y sobre ellos
Dos negras y tendidas nubes puestas.
Revueltos en vedijas los cabellos,
Como los de las furias infernales,
O largos como colas por los cuellos.
Torciendo cuerpo y brazos, dais señales,
Mezcladas con bostezos, del deseo
Que mueve vuestros ánimos bestiales.
Pues para transformar el rostro feo,
No vais á fuente clara ó rio santo (9),
Adonde fué Naaman por Eliseo.
Tampoco lo mudais con mago canto,
Ni buscando las yerbas fabulosas
Cuando tiende la noche el negro manto;
Antes lo transformais con otras cosas,
Poniendo las cabezas en arquillas,
Yo no digo que bien, pero olorosas.
¿Quién podrá numerar las garrafillas
Dedicadas al sucio ministerio,
Ungüentos, botecillos y pastillas?
Aquí para enrubiar el sahumerio,
De aqueste mismo aceite que blanquea
Los huesos de la boca ó cimenterio;
Allí la miel mezclada, que se emplea,
Con mostaza y almendras, en ser muda
Para mudar color á la que es fea.
En otra parte ya la veréis ruda,
En otra ya en aceite convertida;
Que dicen que al cabello el color muda.
La leche con jabon veréis cocida,
Y de varios aceites composturas (10),
Que no sabré nombrarlos en mi vida.
Aceite de lagartos y rasuras
De ajonjolí, jazmin y adormideras,
De almendras, mata y huevos mil misturas (11).
Aguas de mil colores (12) y maneras,
De rábanos y azúcar, de simiente (13)
De melon, calabazas y de peras.
El aceite de enebro, propriamente
Para curar el mal á las ovejas (14),
Aquí sirve de oficio diferente.
Agua de alumbre, buena para viejas;
Que quita las arrugas, que los años
Les cargan, como fuelles, en las cejas (15);
Y ellas (¡oh ceguedad!), con darse baños,
Cual parche de atambor tiran el cuero,
Como si no venciese el tiempo á engaños.—
Pero debiera yo nombrar primero
Al magno Soliman, tan vuestro amigo,
Como lo fué de Francia (16) el otro fiero;
El cual os da justísimo castigo;
Pues solo por salir con vuestro intento
Os valeis del veneno y enemigo.
Y mudándole nombres ciento á ciento,
Quereis arrebozallo, como usura,
Con nombre de mohatra ó quitamiento.
Agora lo vendeis por agua pura,
En pasas con azúcar piedra luego,
Mudándole de especies y figura.
Y que pondréis las manos en un fuego,
Decis, si no os lavais con agua sola,
Pudiendo lo contrario ver un ciego.
¡Cuán mal se cubre el gato con la cola!
Cuán mal se cubre el fuego sin dar humo!
Así la que se afeita y arrebola.
Otros afeites hay, que no los sumo,
Porque en imaginallos tanto hieden,
Que de congoja y rabia me consumo.
Ni ser nombrados todos aquí pueden,
Porque, como se inventan cada dia,
En infinito número proceden.
Y porque me parece que seria
Afrenta de sus nombres acordarme,
Y que á los que me hablasen oleria;
Así he determinado prepararme,
Y por haber tratado destas cosas,
En una fuente líquida purgarme.
Ni son en sus manjares mas curiosas,
Puesto que allá en lo público pregonan
Que sin ellos se pasan como diosas.
Encima de los platos se amontonan,
Y hoy comen lo que ayer quedó fiambre;
Que ni por ser helado (17) lo perdonan.
Diréis que son las hijas de la hambre,
O cuales avestruces, suficientes
A digerir el hierro y el arambre.
Aquí no se comprehenden las prudentes
Que siguen las virtudes; que las tales
No llevan composturas aparentes.
No son todas las leyes generales;
Que muchas excepciones hay en ellas,
Ni las cosas del mundo son iguales.
En las tinieblas lucen las estrellas,
A vueltas de los cardos nacen flores,

(1) Quien sabe como yo. (*MS. de don José María de Alava.*)
(2) Tú muy entonada. (*Id.*)
(3) Aquel que estuvo. (*Id.*)
(4) No vi menos lo dirá quien ha creido. (*Id.*)
(5) Que vido san Anton. (*Id.*)
(6) Y poniéndoos las manos en las caras. (*Id.*)
(7) Sana y procura. (*Id.*)
(8) Con menos aparato y compostura. (*Id.*)
(9) No vais á fuentes puras, no al rio santo. (*Id.*)
(10) Y de varios ungüentos composturas. (*MS. de don José María de Alava.*)
(11) Almendras, huevos, natas y misturas. (*Id.*)
(12) Aguas de mil olores. (*Id.*)
(13) Y simiente. (*Id.*)
(14) Para curar el mal de las orejas. (*Id.*)
(15) Les cargan, como dicen, en las cejas. (*Id.*)
(16) Cuando lo fué de Francia. (*Id.*)
(17) Que ni por ser fiambre. (*Id.*)

Y entre agudas espinas rosas bellas.
Destas despues yo cantaré loores;
Que no se han de mezclar con las profanas
Las cosas excelentes y mayores.
Tú, Flora, y otras damas cortesanas
Sois estas enemigas de quien trato,
Perdidas por comer y andar galanas.
Con esto le doy fin á tu retrato,
Y parécete tanto, que me afrento
De haberlo concertado tan barato.
Pero tengo por premio tu contento,
Del cual, por ser yo causa, participo,
Y el nombre de mis obras acreciento.
Así creció de Apéles y Lisipo
La fama, solos ellos retratando
Al hijo venturoso de Filipo.
Agora con razon estoy dudando,
Pues he de retratarme, dónde y cómo
Me puedo yo estar viendo é imitando.
La mano mas pesada que de plomo,
Inobediente al arte, desatina,
Si el cansado pincel en ella tomo.
Parece (y es posible) que adivina
Que (como siempre el conocerse ha sido
Cosa dificultosa y peregrina)
Yo, de mi proprio gusto persuadido,
Como pienso que soy querré pintarme
Por falta de no haberme conocido.
Yo mismo no sabré vituperarme,
Y aunque verdad dijese, menos puedo
(Si ya no es defendiéndome) alabarme.
Si como cuando vine de Toledo
Me supiese pintar, en testimonio
De tocar las verdades con el dedo;
O como me pintaba don Antonio
(Puesto que es al revés), yo juraria
Que te espantases menos de un demonio.
Alguno con razon me culparia
Si me pintase mal, y tu figura
Por obra de otra mano juzgaria.
Y quien tener buen crédito procura
(Segun dice Caton), jamás lo cobra
Si le pierde una vez por desventura.
A mí no me hace falta ni me sobra;
Quiero pues conservarle, como cuerdo,
Alzando, como dicen, mano de obra.
Ya fué un pintor (del nombre no me acuerdo,
Y de que no me acuerde no te espantes,
Que ya de la memoria mucho pierdo).
Ni sé bien si fué Céusis ó Timántes,
(Yo me fatigo poco destas cosas,
Por ser disputas proprias de pedantes).
Este pintor, pintando las tres diosas,
Delante del pastor troyano puestas,
Desnudas y del oro codiciosas
(Que suelen muchas veces las honestas
Al rústico por él así mostrarse,
Y á los que no lo tienen muy compuestas),
En Juno y en Minerva señalarse
Tan de veras mostró, que no podia
Para pintar á Vénus mejorarse;
Y viendo que pintarla convenia,
Para no ser culpado, mas hermosa,
Lo cual, aunque quisiese, no sabia,
Al arte socorrió con ingeniosa
Astucia, sus defectos encubriendo,
Y pintando de espaldas á la Diosa.
Yo pues, la misma falta conociendo,
De poder retratarme desconfio,
Si al discreto pintor no voy siguiendo.
Y pues has de llevar retrato mio,
Verás por las espaldas mi retrato;
Que con volverlas, Flora, me desvio
De tu conversacion, favor y trato (1).

(1) En un códice, que poseo, del tiempo de los Argensolas, se halla esta poesía con las variantes importantísimas que se notarán:

Revueltos en vedijas los cabellos,
Como los de las furias infernales,
O largos como colas por los cuellos;
Torciendo cuerpo y brazos, dais señales,
Mezclados con bocetos del deseo,
De nuestros apetitos sensuales.

SONETO XXXVIII.

Si entras, como ladron, por los tejados,
Corrompiendo con oro las doncellas,
Y quieres que tengamos por estrellas
Tus hijos, de adulterios engendrados;
Si vemos que te envuelves en pecados,
Que hacer suelen al cielo echar centellas;
Si están de ti los buenos con querellas,
Y los malos contentos y premiados,

Pues para transformar el rostro feo
No vais á fuentes puras ni al rio santo,
Adonde fué Naaman por Eliseo;
Tampoco lo mudais con mago canto,
Ni buscando las yerbas fabulosas
Cuando tiende la noche el negro manto.
Son á esto diferentes nuestras cosas,
Tanto, que tengo asco de decillas.
Por ser abominables y asquerosas.
¿Quién podrá numerar las garrafillas
Dedicadas al sucio ministerio?
Ungüentos, pebetillos y pastillas;
Aquí para enrubiar el sahumerio
De aqueste mismo aceite que blanquea
Los huesos de cabeza en cementerio;
Allí la miel mezclada que se emplea,
Con mostaza y almendras, en ser muda,
Para mudar color á la que es fea;
En otra parte ya la veréis cruda;
En otro vaso aceite convertida,
Que dicen que al cabello el color muda.
La leche con jabon haceis cocida,
Y de varios ungüentos composturas,
Que no sabré nombrarlos en mi vida.
Aceite de lagartos y rasuras,
Ajenjo, hollin, jazmin y adormideras,
Almendras, huevos, pasas y misturas.
Aguas de mil colores y maneras,
De rábanos, azúcar y simiente
De melon, calabazas y de peras.
El aceite de enebro, propiamente
Para curar el mal de las ovejas,
Aquí sirve de oficio diferente.
Agua de alumbre, buena para viejas,
Que quita las arrugas que los años
Les cargan, como fuelles, en las cejas;
Y ellas (¡oh necedad!) con darse baños
Cual parche de atambor tiran el cuero,
Como si no venciese el tiempo engaños.
Pero debiera yo nombrar primero
Al magno Soliman, tan vuestro amigo
Como lo fué de Francia el otro fiero;
Y así teneis justísimo castigo,
Pues solo por salir con vuestro intento
Os valeis del veneno y enemigo;
Y mudándole nombres ciento á ciento,
Quereis arrebozallo, como usura,
Con nombre de mohatra ó quitamiento.
Ahora lo vendeis con agua pura,
Agora en pasas, con azúcar luego,
Mudándole de especies y figura;
Y que pondréis las manos en un fuego,
Diciendo que os lavais con agua sola,
Pudiendo lo contrario ver un ciego;
¡Qué mal se cubre el gato con la cola!
Qué mal se cubre el fuego sin dar humo!
Así es la que se afeita ó arrebola.
Otros afeites hay que no los sumo,
Porque en imaginallos tanto hieden,
Que de congoja ó rabia me consumo;
Ni ser imaginados todos pueden,
Porque, como se inventan cada dia,
En infinito número proceden;
Y porque me parece que seria
Afrenta de sus nombres acordarme,
Y que á los que me hablasen hederia,
Así he determinado prepararme,
Y por haber tratado de estas cosas,
En una fuente líquida purgarme.
No son en sus maujares mas curiosas,
Puesto que acá en lo público pregonan
Que sin ellos se pasan como diosas.
Encima de los platos se amontonan;
Hoy comen lo que ayer quedó, flambre,
Que no por ser helado lo perdonan.
Diréis que son las hijas de la hambre,
O cual los avestruces, suficientes
A digerir el hierro y el arambre.
Aquí no se comprenden las prudentes
Que siguen las virtudes; que las tales
No llevan composturas aparentes.
No son todas las leyes generales;

¿Por qué te enojas, Júpiter, si el humo
De Sabá no te da por las narices,
Ni víctimas se matan en tu templo? —
¿Eso preguntas?—Porque soy rey sumo.
Y les doy justas leyes.—Muy bien dices,
Si les das con las leyes buen ejemplo.

XXXIX.

Por fuerza quieres, Lice, ser hermosa:
O no tienes espejo ó estás loca.
¿No consideras esa negra boca,
A todo el mundo por su olor odiosa;
Esa frente pintada y espaciosa,
Por falta de cabellos? (que no es poca,
Ni tu cuidado en componer la toca,
Sobre la calva estéril y engañosa).
Fortuna es ciega en cuanto distribuye,
Ni mira á quién desnuda ó á quién viste,
Aunque contigo en dar tuvo descuento.
Edad larga te dió, que á muchos huye;
Mas negó lo demás, y así saliste
Con mala cara y corto entendimiento.

XL.

Ojalá suyo así llamar pudiera
Gala cuanto hay desde la frente al cuello,
Como puede con causa á su cabello,
Que suyo es, pues compró la cabellera,
Que para nuestros ojos mejor fuera
Ver un rostro comprado blanco y bello,
Y ojalá (para echar á todo el sello)
Que pudiera comprarse toda entera.
Que entonces fuera buena y fuera suya,
Como cuando se ahorra algun esclavo
Con el propio trabajo de sus manos.
Y así, contra el cabello nadie arguya,
Porque es en ella lo que solo alabo;
Lo demás, mate el hambre á los alanos.

XLI.

Esos cabellos en tu frente engertos
(Por mas que disimules y los rices)
En otros cuerpos dejan las raíces,
Y por ventura en otros cuerpos muertos.
¿Por qué pueblas, oh Gala, los desiertos
De la Libia? Por qué con tus barnices
Ofendes nuestros ojos y narices,
Cual si viesen sepulcros descubiertos?
Que aunque vuelvas á ser la que solias,
No puedes competir con Galatea;
Oye, verás si la ventaja es poca.
En ti son años los que en ella dias;
Está en duda si el tiempo la hará fea,
Y está en verdad que nunca la hará loca.

XLII.

Mirando Clóris una fuente clara,
Donde otras veces afilar solia
Las armas desdeñosas, con que heria,
Y en vano agora contra mí prepara,
Vió cómo el tiempo sus mejillas ara,
En señal de castigo, y rebeldía,
Sembrando sal donde el amor tenia,
Para sacrificar las almas, ara.
Viéndose tal, con lágrimas y tierra
Enturbiaba la fuente por vengarse,
Como si ella la causa hubiera sido.
Al fin sacó este fruto de su guerra:
Que vió poder las aguas aclararse,
Mas no cobrarse el tiempo ya perdido.

XLIII.

Quien dar mas vueltas viere á tu rosario,
Que en la noria á la sarta de arcaduces,
Que mas bebe del Tajo, y con mas cruces
Adornada tu casa que un calvario,
Dirá que desde luego un santuario
Te preparen con lámparas y luces;
Que entre ellas, y entre huevos de avestruces,
Tus reliquias aguarde un relicario.
Esto dirálo el sol, mas no la luna,
Testigo de las obras, oh devota,
Con que á Lidia conservas el devoto.—
Pues ¿qué dirá?—Que no hay justicia alguna,
Si no pueblan tus tocas la picota;
Y yo seré con ella de este voto.

XLIV.

¿Quién casamiento ha visto sin engaños,
Y mas si en dote cuentan la hermosura
Cosa que hasta gozalla solo dura,
Y deja al despertar con desengaños? (1).

Algunas excepciones hay en ellas,
Ni las cosas del mundo son iguales.
Lucen con las tinieblas las estrellas,
En medio de los cardos nacen flores,
Y entre espinosas ramas rosas bellas.
De estas yo cantaré despues loores;
Que no se han de mezclar con las profanas
Las cosas excelentes y mayores.
Tú, Flora, y otras damas cortesanas
Sois estas enemigas de quien trato,
Amigas de comer y andar galanas.
Con esto le doy fin á tu retrato,
Que se parece tanto, que me afrento
De haberlo concertado tan barato;
Pero tengo por premio tu contento,
Del cual, por ser la causa, participo,
Y el nombre de mis años acreciento.
Así creció de Apéles y Lisipo
La fama, solo aquellos retratando
El venturoso hijo de Filipo.
Agora con razon estoy dudando,
Pues he de retratarme, adónde y cómo
Me pueda yo estar viendo é imitando.
La mano mas pesada que de plomo,
Inobediente al arte, desatina
Si el cansado pincel en ella tomo.
Parece si es posible) que adivina
Que, como conocerse siempre ha sido
Cosa dificultosa, la amohina.
Yo, de mi propio gusto persuadido,
Como pienso que soy querré pintarme,
Por falta de no haberme conocido.
Yo mismo no sabré vituperarme;
Que aunque verdad dijese, mentir puedo,
Si ya no es defendiéndome, loarme.
Si como cuando vine de Toledo
Me pudiese pintar, en testimonio
Que juzgo las verdades con el dedo;
Si como me pintaba don Antonio
(Supuesto que al revés), yo juraria
Que te espantases menos de un demonio.
Y ansina con razon me culparia
El que aquesto mirase, y tu figura
Por obra de otra mano juzgaria.
Y quien tener buen crédito procura
(Segun dice Caton), nunca lo cobra,
Si lo pierde una vez por desventura.
A mí ni me hace falta ni me sobra;
Quiero pues acabarlo, como cuerdo,
Alzando, como dicen, mano de obra.
Ya fué un pintor (del nombre no me acuerdo,
Y de que no me acuerde no te espantes,
Que ya de la memoria mucho pierdo),
Ni sé bien si fué Céusis ó Timántes
(Yo me fatigo poco de estas cosas,
Por ser propia disputa de pedantes).
Este pintor, pintando á las tres diosas,
Delante del pastor troyano puestas,
Desnudas y del oro codiciosas
(Que suelen muchas veces las honestas
Al rústico, por serlo, así mostrarse,
Y á los que esto no tienen, muy compuestas),
En Juno y en Minerva señalarse
Tan de veras mostró, que no podia
Para pintar á Vénus mejorarse;
Y viendo que pintalla convenia,
Para no ser culpado, mas hermosa,
Lo cual, aunque él quisiese, no sabia,
Al arte socorrió con ingeniosa
Astucia, sus defectos encubriendo,
Y pintando de espaldas á la Diosa.
Yo pues, la misma falta conociendo,
De poder retratarme desconfio,
Si al discreto pintor no voy siguiendo;
Y pues has de llevar retrato mio,
Verás por las espaldas mi retrato;
Que con volvellas, Flora, me desvio
De tu conversacion, favor y trato.

(1) Y os mata al despertar los desengaños. (*Texto de Espinosa.*)

Y menos es la hacienda, ó mas los años,
Y al fin la que parece mas segura
No está sin una punta de locura,
Y á veces con remiendos de otros daños.
Mucho debes á Julia, Fabio amigo,
Que de tantos peligros te ha librado,
Negándote la fe que te debia (1).
Tú de que engaña al otro eres testigo,
Y ¿lloras no haber sido el engañado?
Ríete si no quieres que me ria.

XLV.

Lleva tras sí los pámpanos otubre (2),
Y con las grandes lluvias insolente,
No sufre Ibero márgenes ni puente,
Mas antes los vecinos campos cubre.
Moncayo, como suele, ya descubre
Coronada de nieve la alta frente;
Y el sol apenas vemos en oriente,
Cuando la opaca tierra nos lo encubre.
Sienten el mar y selvas ya la saña
Del Aquilon, y encierra su bramido
Gente en el puerto y gente en la cabaña.
Y Fabio, en el umbral de Táis tendido,
Con vergonzosas lágrimas lo baña,
Debiéndolas al tiempo que ha perdido.

EPISTOLA II (3).

Obediente respondo á la pregunta
Que ya dos veces de mi nombre ha hecho,
Para saber su orígen, esta junta.
Podré solo decir lo que sospecho;
Que (la verdad) quien fué su autor la tiene
Sellada en lo profundo de su pecho.
Nombre es una palabra que contiene
(Siendo propria) las veces del ausente,
Y muestra de su ser lo que conviene.
Digo que es un sonido suficiente
A mostrarnos la esencia por vislumbre,
Con que despues juzgamos fácilmente.
De aquí tomó su orígen la costumbre
De atar en una voz, como en un lazo,
De un linaje la inmensa muchedumbre;
Como se ve en España, que un pedazo
Que del sayo del Rey cortó un guerrero,
Confirmando los golpes de su brazo,
Ufano se lo viste su heredero,
Por mostrar que redunda en él la gloria,
Y vive siempre aquel valor primero.
En una voz se cifra asi una historia;
Y súelese este tal llamar renombre,
Porque al nombre se añade una memoria.
Por esto en su principio el primer hombre,
Que supo de las cosas las esencias,
A todas propriamente les dió nombre.
Así quien siempre ocupa mis potencias,
Y sabe de mi ser mas que yo mismo,
Juzgando no por solas apariencias,
Me cargó, sobre el nombre del baptismo,
El Bárbaro; y así, de allí adelante
En Bárbara formé mi silogismo.
Afirmativo soy, y tan constante,
Que antes que en mí se imprima forma nueva,
Se imprimirá la cera en el diamante.
Con mi nombre mi ser claro se prueba;
Que bárbaro, ignorante se interpreta,
Y no sé yo á quién mas que á mí se deba.
A Egipto llamó bárbaro el Profeta,
Porque ignoraba á Dios omnipotente,
Aunque tuvo de magos docta seta.
Grecia llamaba bárbara á la gente
Que sus ciencias y ritos no bebia,
De que fingió en Parnaso tener fuente.
Roma, cuando usurpó la monarquía,
Y junto con las sciencias á su erario
El tesoro del mundo concurria,
Al inculto español su tributario
Tambien le llamó bárbaro, y agora
Es nombre de ignorantes ordinario.
No solo á quien vecino al Polo mora,
Mas al que esta en la corte se le llama,
Si acaso de la corte el trato ignora.
Si á Dios no esconde el rostro, y á la fama
No cierra los oidos, y el dinero
Aquí no roba, y acullá derrama;
Si piensa que el ser noble y caballero
Consiste en mas que dones y caballos,
Y en no tener escudos escudero;
O que el ser mas adúlteros que gallos
Es vicio, ni tributo ser de Lamia
El sudor de los míseros vasallos;
O que el mentir un grande es grande infamia,
Y su alma mudar en cuerpos varios,
Como ya lo enseñó la escuela samia;
Ya siguiendo los Silas, ya los Marios,
Y segun los tratare la fortuna,
Tenellos por amigos ó contrarios.
Si cubre del amigo falta alguna,
Si ausente, de sus cosas no mormura,
Si con demandas varias no importuna;
Si el cargo, como puede, no procura,
Si su mujer, su hermana ó su sobrina
En vano recibieron la hermosura;
Si cosas nuevas siempre no imagina
Para subir su casa á las estrellas,
Y bajar al infierno la vecina;
Si de nuestras sofísticas doncellas
Huye los rizos y apariencias vanas,
Y no se precia de morir por ellas;
Si aborrece las damas cortesanas,
Las salidas del Prado y los paseos,
Y no procura desmentir las canas;
Si pone justa ley á sus deseos,
Si por la vida rústica suspira,
Y la tiene por campos Eliseos;
Si entre cuatro paredes se retira,
Y los hechos famosos y sentencias
En libros doctos con cuidado mira;
Si piensa que albergar pueden las sciencias
Sino con faldas largas y barbazas,
Que son en muchos falsas apariencias;
Si de las lenguas dignas de mordazas
Con risa no celebra la malicia,
Ni es rayo de las ruedas de las plazas.
Si no le ha perseguido la justicia,
Si no probó el favor de un escribano,
O ha pagado tributo á su codicia.
Si nunca ha visto naipes en su mano,
Ni alegrádose mas con sus pinturas
Que con las de Durero ó de Ticiano;
Si están las buenas famas dél seguras;
Si no sabe mejor las confesiones
(No lo encarezco mucho) que los curas;
Si á todas las comunes opiniones
Del vulgo no se rinde, ó si rehusa
De los usos seguir las invenciones.
Pues ¿qué si está tocado de la musa,
Y no quiere llegar á las tabernas
Su fama desdichada, como se usa?
No solo á los destierros y cavernas
Lo condenan por bárbaro, mas creo
Que penas le quisieran dar eternas.
Y si, del ócio huyendo, por recreo
Busca la discrecion de la Academia,
Que ser humilde tiene por trofeo,
Le sigue y le persigue la blasfemia,
Como si fuera público enemigo:
Tal es el precio con que el vulgo premia.
Por alguna razon de las que digo,
Darme nombre de Bárbaro le plugo,
De veras ó burlando, á quien conmigo
De amor quiso llevar el dulce yugo.

(1) Con negarte la fe. (*Texto de Espinosa*).

(2) En las *Flores de poetas ilustres* se lee así este verso. En la edicion de las rimas de los dos hermanos se escribe de este modo:

«Llevó tras sí los pámpanos otubre.»

(3) Siendo muy jóven entró en una academia de Madrid, tomando el sobrenombre de *Bárbaro*. Da en esta epístola la razon.

III (1).

Aquellos dos cristales transparentes
Que puso amor delante nuestros pechos
Para comunicar los corazones
Por donde tantas veces satisfechos,
Sin temor de palabras aparentes,
Consultaron sus gustos y pasiones
Por leves ocasiones,
Con leve fundamento,
Un pestífero aliento
Enturbiado los ha con nube oscura;
Y así, no puede verse la figura
Propria que á nuestros ojos se ofrecia.
En mí la tuya dura
Y durará; no sé si en tí la mia.
Pero si algun cuidado tiene el cielo
De los que son sin causa perseguidos,
Y la santa amistad le es apacible,
Del claro sol los rayos encendidos
Presto veré que rompen este velo,
Que agora se nos muestra tan horrible;
Y al amor invencible,
Que en los trabajos crece,
Cual iris que aparece
Tras las lluviosas nubes y las pinta
Atravesando el cielo con su cinta,
Tal le verémos con el arco ufano,
Y en la verdad distinta
Volver á darse paz la amiga mano.
No se funda en el aire mi esperanza;
Que mi pecho le ha dado fundamento,
Y al mundo raro ejemplo de firmeza;
Pues no ha osado jamás, ni al pensamiento,
Acometer la infamia de mudanza,
Aunque la arman desdenes y aspereza;
Que mi fe en su limpieza
No sufre mancha alguna,
Ni la ciega fortuna
La ha visto asida nunca con su rueda,
Agora bien, agora mal suceda;
Que el vulgo, alimentado con favores,
Huye la mesa aceda,
Y quiere sin espinas coger flores.
Dios tenga siempre léjos de mi pecho
Tan contagioso mal, y no permita
Que borren ley de amor ritos profanos.
En un diamante firme quedó escrita
El mismo dia que con lazo estrecho
Amor nos cargó el yugo por sus manos.
Y como los hermanos,
Que en la region eterna
La muerte y vida alterna
Los hacen ser dos lumbres favorables
Para los navegantes miserables,
Así, formando de dos almas una,
A los casos variables
La opusimos del tiempo y de fortuna.
Con tal conformidad como la nuestra
Recibió por ventura el padre Jano
En su reino á Saturno, desterrado,
Cuando vino surcando el mar insano,
Huyendo la terrible y fiera diestra
Del vengativo Júpiter airado,
Cuando en el Lacio amado
Enseñó nueva guerra
Contra la madre tierra,
Que daba libre y voluntario fruto,
Y entonces la obligó á mayor tributo.
Cesaron las bellotas y castañas,
Y el labrador astuto
Rompió con duro hierro sus entrañas.
Y con la corva hoz (duro instrumento,
Por él usado en ministerio crudo)
A segar enseñó las rubias mieses;
Y cuando está de pámpanos desnudo
Y la luna menguante, que el sarmiento
A las llamas viniese descorteses,
Y que en propicios meses
Las plantas se casasen,
Y las vides trepasen
Por los olmos estériles, y fuesen
Adoptivos los frutos que tuviesen,
Léjos del suelo, y del ladron seguros,
Y que despues viniesen
A dar al sueño su licor maduros.
El reino que no sufre compañía
Se vió regido entonces por dos reyes,
Y no con division y cetro alterno;
De parecer conforme daban leyes,
Jamás el uno al otro se oponia,
Mas que si fuera un alma su gobierno;
Y deste amor eterno
Ejemplo al mundo queda,
Pues vemos su moneda,
Cuyo autor fué Saturno, que estampada
Una cabeza tiene coronada,
Y dos rostros en ella semejantes;
Tambien la nave amada,
Que juntó dos amigos tan constantes.
En tal conformidad vió nuestra Hesperia
Regir y defender el cetro injusto
Aquellos tres fortísimos hermanos,
Y hacer sudar á Hércules robusto,
Dando á la fama con su amor materia
De fingirles un cuerpo y muchas manos;
Y aunque fueron tiranos,
Y justo su enemigo,
El debido castigo
Dilató su concordia milagrosa;
Que aun en la injusta causa es poderosa,
Pero en la justa muro inexpugnable,
Detrás del cual reposa
La santa paz en trono perdurable.
Pues no será posible que permita
El cielo que perezca amor tan fuerte;
¡Ay de quien tenga culpa si esto fuere!
De un golpe ha de quitarme á mí la muerte
Lo que á los otros poco á poco quita,
Y haréle las injurias que pudiere.
Infame es el que muere
Mil veces cada dia,
Dando su fantasía
A la revolucion del tiempo airado.
Aquel eterno fuego consagrado
Que vió siempre en su altar la antigua Vesta
No fué mejor guardado
Que el que amor en mi pecho manifiesta.
Palabras verdaderas, si no claras,
Para que cuando pase Julio os lea,
Por mí quedad en esta piedra dura.
Si os vuelve Tirsi á ver, como desea,
Celebradas seréis con ricas aras,
Y si no, con su pobre sepoltura;
Y de su fe segura
Al mundo haréis testigo.
Tú, caminante amigo,
Que paraste á leer, no las ofendas,
Aunque su oculta propriedad no entiendas;
Que, si bien son pobrísimas de estilo,
Tienen mayores prendas
Que las mudas pirámides del Nilo.

(1) Muestra sentimiento por sospechar que la amistad de uno para con él se habia entibiado.

SONETO XLVI.

¿Cuándo podré besar la seca arena
Que agora desde el fiero mar contemplo
(¡Oh dulce libertad!), y al sacro templo
Daré, cumpliendo el voto, mi cadena,
Y mi pasada vida, como ajena,
Tendré para otros casos por ejemplo?
¿Qué gozo sentiré, si agora templo
Con la esperanza sola tanta pena?
Entonces daré ley á mi deseo,
Y atado á la razon con fuertes lazos,
Le haré dejar las formas de Proteo.
De las rompidas naves los pedazos
Veré llevar las olas del Egeo,
Sin oponer á su furor mis brazos.

XLVII.

Si á la primera causa vuelves, Mario,
Los ojos de tu claro entendimiento,
En las injurias hallarás contento,
O el consuelo á lo menos necesario;
Y deponiendo el hierro temerario,
Que ora quiere tu furia hacer sangriento,
Verás que es solamente un instrumento
Del celestial castigo tu contrario.
Y si acaso te alivia tu conciencia
De consideracion tan importante,
Y sin razon te ofende tu enemigo,
¿Quieres tú reprehender la Providencia
Divina, que sin tí, sola es bastante
Para darte á ti premio y á él castigo?

XLVIII.

Pareceráte, Julio, que te agravia,
Y que jamás fortuna cosa acierta,
Porque no entra cargada por tu puerta
Con todos los tesoros de l'Arabia.
¿No consideras que la gente sábia
Jamás prosperidad tuvo por cierta?
Porque cuando una fe se desconcierta,
En vez de la esperanza, queda rabia.
Imaginala siempre tu enemiga,
Y cuando te levante mas su rueda,
Entonces teme mas de su inconstancia.
Y cuando menos fiera te persiga,
Cuanto sin esperallo te suceda
Podrás decir, y es cierto, que es ganancia.

XLIX (1).

El lamentable son del campo griego,
Los golpes fieros del troyano fuerte,
Mil espantosos géneros de muerte,
Y en suma cuanto pueden hierro y fuego,
Aquiles oye y mira con sosiego,
Sin que se duela de su adversa suerte;
Antes tañe su lira y se divierte,
Y al son confunde la piedad y el ruego.
En él vive la injuria solamente
De que Briseida bella, su querida,
De Agamenon por fuerza ocupa el lecho;
Y así, consigo mismo es inclemente,
Pues de su gloria, que es lo mas, se olvida:
Tanto puede la fuerza de un despecho.

L.

Tras importunas lluvias amanece,
Coronando los montes, el sol claro;
Salta del lecho el labrador avaro,
Que las horas ociosas aborrece.
La torba frente al duro yugo ofrece
El animal que á Europa fué tan caro;
Sale, de su familia firme amparo (2),
Y los surcos solicito enriquece.
Vuelve de noche á su mujer honesta,
Que lumbre, mesa y lecho le apercibe,
Y el enjambre de hijuelos le rodea.
Fáciles cosas cena con gran fiesta,
El sueño sin envidia le recibe,
¡Oh corte, oh confusion! ¿quién te desea?

LI.

Vuelve del campo el labrador cansado,
Y mientras se restaura en fácil cena,
Para nuevo trabajo se condena,
Que al venidero sol quedó obligado.
Cuando descansa en el rincon su arado,
Con hoz la vid sin pámpanos cercena;
Siega la mies y la vendimia ordena,
Y luego al yugo vuelve ya olvidado.
Es el trabajo proprio á los mortales,
En el cual los alivia la esperanza
Con premio que á trabajo nuevo llama.
Así pasan los bienes por los males,
Así sustenta al mundo la mudanza,
Y así es tirano en él quien la desama.

LII.

Los que ignoran las causas de las cosas,
Y el bien juzgan ó el mal por los efetos,
A veces por virtudes los defetos
Reciben de apariencias mentirosas.
A muchos, por sus obras temerosas,
Pacíficos los llaman y quietos,
A los locos, osados, y secretos
A los pechos de trazas cautelosas.
Y sabe Dios si se corriese el velo
Que cubre lo interior, cuánta materia
De lástima y de risa nos daria.
¡Dichoso aquel que solo aspira al cielo,
Y lo demas juzgando por miseria,
Siempre amanece en el postrero dia!

LIII (3).

Quien osa defender, Ricardo mio,
Que le ha negado el cielo resistencia,
Y que es amar en él fatal sentencia,
Concede culpa en Dios y desvario.
En la Scitia beber el Tanais frio,
Y el claro Turia en tu gentil Valencia,
Causa en cuerpos, no en almas, diferencia;
Aquí y allí gobierna el albedrío.
Tú, que aprendiste; tú, que nos enseñas
Una voluntad firme y sin mudanza
De dar á cada cosa justo dueño,
Dirás que esto se entiende en las pequeñas,
Donde solo el humano cetro alcanza;
¿A tan gran reina reino tan pequeño?

LIV.

Si dentro de los límites humanos
Un hombre con razon se considera,
Para sí tanto pan verá en su era
Como en todos los campos africanos.
Pues todo lo que sobra va á las manos
Del sucesor ingrato, que lo espera.
Deja, Julio, á la fama tu heredera,
Pero dejale mas que bultos vanos;
Que no son á tu cuenta las costosas
Piedras de tu sepulcro, donde llama
La materia ó el arte á nuestros ojos;
Porque á tí ¿qué te tocan estas cosas,
Si á su autor solo sirve allí la fama,
Mientras no ve esculpidos tus despojos?

LV.

No es lo mismo el amor que el apetito,
Que en diferente parte se aposenta:
La virtud al primero lo alimenta,
Al segundo aliméntalo el delito.
El cielo elige amor por su distrito,
Donde toma del alma larga cuenta;
El otro con el cuerpo se contenta,
Viviendo en Flegetonte y en Cocito.
El uno siempre aumenta, el otro apoca
Su casa principal y patrimonio;
De aquel es la sed cuerda, de este loca.
Y al fin, cuando de sí da testimonio,
Sale amor por los ojos y la boca;
El otro sale á guisa de demonio.

TERCETOS (4).

Cuando en la sed del implacable estío
(Aunque jamás el cielo á Egipto riega),
Suple sus faltas solamente un rio,
No dividido en bocas al mar llega;
Antes mayor que el mismo mar se extiende,
Y un reino entero fieramente anega.
Apenas prevenida, se defiende
Con la experiencia larga de su ira

(1) Celos de Aquiles.
(2) Espinosa (*Flores de poetas ilustres*) pone *fuerte amparo.*

(3) A un jurisconsulto valenciano, que se disculpaba con el clima de su patria por oponer inelicaz resistencia al amor.
(4) En las fiestas que se hicieron en Andújar cuando la traslacion de las reliquias de san Eufrasio.

La codiciosa gente que le atiende;
Antes de nuevo atónita se admira
Cuando á sus proprias márgenes y seno,
Depuesta su braveza, se retira.
Queda confuso el húmedo terreno,
Sus límites y términos borrados,
Todo cubierto de fecundo cieno.
No hay fosos, valladares ni cercados
Que á cada cual avisen de su herencia
Y dividan sus campos cultivados.
En esta confusion, la egipcia sciencia
Discurre por las líneas que en el cielo
Fingidas le conserva la experiencia;
Y por aquellas reglas y modelo
Restituye á sus dueños justamente
La posesion del anegado suelo.
Africa no con furia diferente,
Cuando á España vió en ócio y torpe lecho,
La acometió con su tostada gente,
Vengadora ministra de un despecho;
Salir y entrar la vieron las columnas
Que Alcides puso en el famoso estrecho.
Rindióse España á las soberbias lunas,
Poblaron sus ciudades tributarias
Los que antes no se vieron con algunas;
Los que antes por arenas solitarias
Con movedizas tiendas discurrian,
Fugitivas escuadras mercenarias.
A sus bárbaras voces respondian
Los techos altos con no usados ecos,
Que de sus nuevos dueños aprendian.
Al fin España, sierva de Marruecos,
De sus templos, sus trajes y costumbres
Hizo con Libia miserables truecos.
Cayeron las soberbias pesadumbres,
Fábricas de romanos y de godos,
Que al cielo amenazaban con sus cumbres.
Por varias suertes y por varios modos
Los nombres de ciudades perecieron,
Parte de algunas, y de algunas todos.
Los bárbaros á algunas se los dieron,
Por dejar de sus hechos larga historia,
Y algunas con sus nombres confundieron.
Tu, famosa Iliturgi (cuya gloria,
Destas varias mudanzas ofendida,
Con dudas anduviste en la memoria),
En Andújar quedaste convertida,
De tus antiguos títulos privada,
En que agora te ves restituida.
No fueron estos, no, negar la entrada
Al romano feroz con mano fuerte,
Por guardar á Cartago la fe dada;
Ni de Publio Cornelio defenderte
Tan obstinadamente, que primero
Pudo vencer á España que vencerte;
Que el blason mas ilustre y verdadero
Fué por pastor á Eufrasio haber tenido,
Del gran patron de España compañero;
Que habiendo al mundo con su fe vencido,
Su cuerpo te dejó por prenda cara,
Y tú le diste el túmulo debido.
Sobre él alzaste al cielo la gran ara,
Adonde con razon estuvo en duda
Si la materia ó arte fué mas rara.
De ofrendas no se vió jamas desnuda,
Que colgaba el devoto peregrino,
Cumpliendo el voto ó demandando ayuda;
Hasta que á España el africano vino,
Y del infierno en su favor las furias,
Pervirtiendo lo humano y lo divino.
El áspera Galicia y las Astúrias
Depositarias fueron de las prendas
Que entonces no probaron sus injurias.
Las reliquias sagradas, las ofrendas
De los templos los fieles escondian,
Dejando al moro, en cambio, sus haciendas.
A los ásperos montes se subian,
Y pudieran moverlos, segun era
La fe con que su amparo les pedian.
Galicia te ganó desta manera,
Andújar, de tu Eufrasio el cuerpo santo,
Y hoy devota le guarda y le venera.
¿Qué no podrá la edad, si pudo tanto,
Que sepultados tuvo en el olvido
Los hechos dignos de perpétuo canto;
Hasta que un hijo tuyo agradecido,
Insigne por virtudes y por sciencia,
Descubrió lo que el tiempo habia escondido?
Restituyóte al fin, sin competencia,
Con el antiguo nombre la memoria,
Tu derecho, legítima y herencia,
Cano, doctor de la sagrada historia,
En la ciudad que, como un tiempo Aténas
A Grecia daba, da á su España gloria.
¡Oh Cano! si de flores dejas llenas
Las orillas del Tórmes, ¿no podias
Dejar las de tu Bétis como ajenas?
Las antiguas historias revolvias,
Líneas tambien echabas por el cielo
Con devota oracion noches y dias;
Hasta que, hallando de tu patrio suelo
El antiguo blason, se comunica
A tu noble ciudad tu santo celo.
Luego un famoso templo te dedica,
Y en la sagrada fuente á los infantes
Tu nombre, Eufrasio, el sacerdote aplica.
Y Andújar viera tus reliquias antes,
Si Dios no le llevara á ser vecino
De los muros eternos y triunfantes;
Pero dejóte, Andújar, un sobrino
Cual, para ser consuelo de su ausencia
Y dar al hecho perfecion, convino.
Milagro de apostólica elocuencia,
Con que de los oráculos divinos
Declara la profunda inteligencia;
Y á los que por anchísimos caminos
Perdidos van, reduce al mas estrecho,
El pellejo dejando en los espinos;
Doctísimo Terrones, cuyo pecho,
Ardiendo en el amor que tuvo el tio,
Alegre se dispuso á tan gran hecho;
Implorando el favor de su rey pio
(Al cual es grato dignamente), alcanza
Que Eufrasio vuelva al túmulo vacío;
Y para que tuviese esta mudanza
(En el sacro ministro, no en la pena)
Con la primera en todo semejanza,
Que vaya el docto Mauro Dios ordena
A cobrar el depósito prescrito,
Tantos siglos guardado en tumba ajena.
Tus hijos le llevaron, gran Benito;
Tu hijo es tambien Mauro, cuya mano
A Eufrasio vuelve al pastoral distrito.
Mauro (del gran Terrones digno hermano),
Que de un mal que seis lustros padecia,
Quedó, con ver los santos huesos, sano.
Recibe pues, Andújar, este dia
Al gran Terrones y á sus seis hermanos
Con insignias solemnes de alegría;
Que, como los trecientos ciudadanos
De una familia vió su patria Roma
Juntos en su defensa armar las manos;
Esta familia mas insigne asoma,
No con armas infaustas como aquellas,
Sino con las que al mismo infierno doma
El mas humilde cuando se arma dellas.

TERCETOS (1).

De David en el trono el gran tirano,
Que profanó la ley entonces santa
Por adular á un príncipe romano,
Cortar quiso furioso la garganta
Del verdadero justo, Dios y hombre
(Tanto fué el miedo, y la ambicion fué tanta);
Y el que en parte del reino y en el nombre
Le sucedió, cortó la del profeta
A quien el gran baptismo dió renombre;
Cuya virtud y santidad perfeta
Confiesa el duro hebreo, y que, en castigo
Desta muerte, despues le venció Areta.

(1) En la fiesta de las cadenas de san Pedro.

Este, que de Pilato se hizo amigo,
Burlándose de Dios cuando delante
Le tuvo, como en don de su enemigo,
En nombre y en costumbres semejante,
Tuvo por sucesor á su sobrino,
Hechura de Calígula arrogante;
Del cual por imitar el desatino,
Admitió de su pueblo lisonjero
El nombre que le daba de divino.
Éste, de dos Heródes heredero,
Ya que no pudo en Cristo, en su vicario
Usar quiso la furia del primero;
Y el furor del segundo hereditario
Ejecutó en el cuello del hermano
Del que lo fué de Cristo en el Calvario.
Huyó Josef de Heródes la cruel mano,
Por un ángel en sueños avisado,
Con el recien nacido soberano;
Y del tercer Heródes condenado
El gran Pedro, que á Cristo representa,
Huye tambien, de un ángel ayudado.
Por tener el tirano rey contenta
La sinagoga infiel y gente hebrea,
Sangrientos espectáculos inventa.
Prende al gran pescador de Galilea,
Para que alegre al pueblo con su muerte
Cuando la Pascua celebrada sea.
Yace en lo oscuro de una torre fuerte,
Cargado de cadenas y prisiones,
Con guarda que la vista no divierte.
Pedro, que los terribles eslabones
Forjados en las yunques infernales
Quebranta con sus voces y oraciones,
Sujeta á las cadenas materiales
Las manos, que de Cristo recibieron
Las llaves de las puertas celestiales;
Y los piés, que en las ondas no se hundieron
Cuando del barco por su Dios saltaron,
Piés que en las manos de su Dios se vieron;
Duros cepos y hierros maltrataron
Aquellos piés, que con el baño santo
De Dios las mismas manos consagraron.
La Iglesia de los fieles entre tanto
Oracion sin cesar á Dios hacia
Por su cabeza y su pastor, con llanto.
La noche precedente, pues, al dia
En que el tirano al pueblo preparaba,
Con la muerte de Pedro, su alegria,
Con dos cadenas Pedro preso estaba,
En medio de dos guardas adormido,
Y gente afuera la prision guardaba;
Mas el que nunca duerme ni ha dormido,
Y es guarda de Israel, en tanto ordena
Cómo quede el tirano escarnecido;
Manda bajar de la region serena
Un alado ministro diligente,
Para que quite á Pedro la cadena.
Baja el divino espíritu obediente,
Baña de luz el calabozo escuro,
Y á Pedro hiere, y dice juntamente:
«Levántate veloz (el hierro duro
Le quita de las manos entre tanto),
Vístete, y vén siguiéndome seguro.»
Al ángel obedece el pastor santo,
Incierto de lo mismo que está viendo;
Las sandalias se calza, y cubre el manto;
Y el celestial ministro precediendo,
Pasan por las dos puertas, y á la puerta
De hierro pasan sin hacer estruendo.
Ella se ofrece de su grado abierta;
Salen, desaparece el ángel luego,
Y á Pedro le parece que despierta.
«Agora, dice Pedro, no estoy ciego;
Conozco que un ministro Dios ha enviado
De los que abrasa su glorioso fuego,
»Que de mano de Heródes me ha librado,
De los deseos desta gente ciega
Y suplicio á que estaba dedicado.»
Esto considerando Pedro, llega
De la madre de Marco á la posada,
En la cual gente santa se congrega.
Estaba mucha entonces congregada,
Dió golpes á la puerta, y luego vino
A responderle Rode, fiel criada.
Conocióle en la voz, y perdió el tino
Con el gran alborozo y alegría,
Y, en vez de abrirle, tuerce su camino.
Entra á dar á la santa compañía
Nueva de lo que ha visto, y que á la puerta
Pedro estaba; mas nadie lo creia.
Ella afirmaba que era cosa cierta;
Si es ángel suyo dicen, y entre tanto
Pedro llamaba, y fuéle al fin abierta.
Viendo al Apóstol el colegio santo
Libre de las prisiones del tirano,
Atónito le mira y con espanto.
Hizoles Pedro señas con la mano
Que callasen, contándoles de presto
Cómo Dios le libró sin medio humano.
«A Diego, cual lo ois, contaréis esto,
Y á los hermanos, dijo;» y luego fuése
A lugar mas seguro y bien dispuesto.
Pues como á las tinieblas sucediese
La luz, que antes tardaba, temerosa
Del acto a que esperaban que asistiese,
Salió por el oriente mas hermosa,
Alegre en verse ya desobligada,
Y volvió su color á cada cosa.
La cárcel les descubre quebrantada,
Acusando á sus guardas la cadena
Que estaba á su cuidado encomendada.
Brama con rabia el fiero rey, y ordena
Que al fugitivo atajen el camino
Diligentes ministros, premio y pena.
Heródes, ¿tú te opones al divino
Poder, y solicitas la venganza
Debida á tu primero desatino?
Acuérdate, cruel, que la tardanza
Del suceso dudoso de Tiberio
Aseguró en la carcel tu esperanza;
Y que, cuando llegó al injusto imperio,
Te dió cadena de oro de igual peso
A la que te afligió en tu cautiverio.
Si pudo un hombre irracional, sin seso,
Tu esperanza cumplir, y en esa silla
El cepo conmutar do estabas preso;
Aquel solo Señor á quien se humilla
El angélico ejército triunfante,
Profundo mar de investigable orilla,
¿Es mucho que tus cárceles quebrante?
Es mucho que ejecute en ti la pena,
Y que en tu ejemplo á los demas espante?
¿Es mucho que convierta la cadena
Con la cual su vicario le aprisionas,
En materia inmortal, de gloria llena?
¿Es mucho que le rindan las coronas,
Cuando fuere por voto visitada,
Los monarcas, y postren sus personas?
Así fué, pues, que á la ciudad sagrada
De Sion vino Eudoxia augusta en voto,
Y fuéle esta cadena presentada.
Ella la lleva á Roma, y al piloto
Que en la nave de Pedro presidia
La ofrece en don con ánimo devoto;
Él, en cambio, le muestra la que habia,
Tambien al mismo apóstol oprimido
Cuando Nero en la carcel le tenia.
Y estando juntas (caso nunca oido),
El un hierro con otro se eslabona,
Cual si una sola hubiera siempre sido:
Como cuando se abraza y proporciona
Una llama con otra si se aplican,
Que cada cual se aumenta y perficiona.
En esta union entrambas significan
Que (aunque en tiempos y partes diferentes)
Por una causa á Pedro sacrifican.
A varios incurables accidentes
Fué despues aplicada medicina,
Y espanto á los espíritus ardientes;
Espíritus que intentan la ruina
Siempre al género humano, su enemigo,
Que al reino que perdieron se encamina.
Tú puedes ser, Oton, dello testigo;
Oton, del sacro imperio descendiente,

En quien ejecutaban su ódio antigo;
Pues que tu misma sangre fieramente
Humedeció tu boca y tu garganta,
Siendo ministro tu rabioso diente;
Pues cuando la ciñeron con la santa
Cadena, luego huyeron las arpias,
Que primero tuvieron fuerza tanta.
Y tú, primero Augusto, que tenias
En tu honor las calendas del mes sexto,
Cediste al gran Apóstol estos dias,
De Heródes en oprobrio y Nero Sexto.

CANCION IV (1).

Tan ofendido al Padre omnipotente
Tenian de los hombres las costumbres,
Que (á no tener de su palabra prenda)
Temer pudieran las soberbias cumbres
Segunda vez la fuerza del tridente,
Que al mar soltó sin límite la rienda;
O, á no tener cerrados á la enmienda
Los ojos, entregado á sus maldades,
Mas debiera temer el mundo ciego
La lluvia de aquel fuego
Que reduce á ceniza las ciudades.
Armábase ya al son de las trompetas
El ejército fiel de las venganzas
En daño de los hombres miserables.
¡Oh guerreros hermosos y espantables!
De fuego vibran todos gruesas lanzas,
De fuego tienden arcos y saetas,
Son sus espadas pálidos cometas,
Y el mismo Dios contra el linaje humano
Armó con rayo la terrible mano.
Pisada por guerreros inmortales
La máquina del cielo, con estruendo
Temblaba desde el uno al otro polo.
Los niños, el horrible son oyendo,
Abrazaron los pechos maternales,
Y obediente á su rey, se escondió Apolo;
Pero á todo se opuso un hombre solo,
Desechado del mundo como loco,
Del largo ayuno pálido y desnudo
(Y á Dios resistir pudo,
Ante quien todo el mundo fuera poco),
Que á singular batalla desafia
Algun guerrero del ardiente coro,
Fundado en humildad y en obediencia;
Y Dios, de los que están en su presencia,
Todos cubiertos con las alas de oro,
Uno al momento por el aire envia;
Este quizá que con Jacob habia
Luchado ya otra vez, que del suceso
Dejó tambien el testimonio impreso.
En un desierto y solitario monte
Solo nuestro campion desnudo aguarda,
Y cuerpo y alma á la gran lucha ofrece.
Diréis de léjos que la cumbre se arda,
Segun á todas partes su horizonte
Con armas celestiales resplandece;
¿Veisle cuál sale? Veisle cuál parece
El guerrero inmortal por otra parte,
En una cruz resplandeciente puesto?
Inmenso Dios, ¿qué es esto?
Ninguno dellos con enojo parte;
Todo es amor recíproco y unido.
¡Oh nuevo modo de romper la guerra!
Al fin, Señor, son vuestras luchas estas;
Que acaban siempre en bendicion y fiestas.
Mas ¿no sois vos el hijo de la tierra,
Francisco, que, en el aire suspendido,
La fuerza y el aliento os ha crecido?
Y tal estáis, que apenas ya discierno
Cuál es de entrambos el guerrero eterno.
La flaca amarillez que la abstinencia
Imprimió en vuestro rostro, vuelta miro
En rosicler no visto en los humanos,
Y en púrpura que excede á la de Tiro
El sayal que os tejió la penitencia,
Echando de sí rayos soberanos;
Mas ¡oh nuevo suceso! piés y manos,
Manos y piés abiertos, y el costado
(Hecho de Cristo natural trasunto)
Mostrais en este punto.
Transformarse el amante en el amado
Es lo que puede amor; á mas no pasa
Su poder; que si á mas pasar pudiera,
En vos, Francisco, hubiera dado muestra;
Pues fué transformacion aquella vuestra
Cual de hierro, que forma nueva esfera
De todo punto convertido en brasa;
Aquí su tasa tuvo fin sin tasa.
¡Oh venturoso monte, que tal viste,
Y Tabor y Calvario á un tiempo fuiste!
Ya el celestial ejército, que habia
Al extraño espectáculo asistido,
Deja las armas, y instrumentos toma,
Cantando. ¡Oh! cómo si esto hubiera sido
Cuando al diluvio Dios se apercebia,
O cuando á las venganzas de Sodoma,
No trujera á tan pocos la paloma
El verde olivo, ni hoy un triste lago
Y una estatua de sal fueran testigos
De sus duros castigos;
Que en trato anduvo aquel segundo estrago,
Y no se ejecutara si tuviera
Diez justos que lo hubieran amparado.
¿Qué tal es pues quien tanto solo alcanza?
Y bien que la pasion y la mudanza
Nunca el eterno alcázar han pisado,
Por ser Dios causa que jamás se altera,
Sus efectos probamos acá fuera;
Y así, decimos que por vos nos mira,
Oh gran Francisco, Dios sin ojos de ira.
Mas no sucede el ócio á la vitoria
En el gran defensor de los humanos;
Antes contra el infierno mueve guerra.
Huyen de su presencia los tiranos,
A quien Dios confiscó la antigua gloria,
Y la aplicó á los hijos de la tierra.
¿Veis cómo en el infierno los encierra?
Veis con su ausencia ya sereno el mundo?
Veis los hombres con ásperos vestidos,
Y con sogas ceñidos,
Seguir aprisa al redentor segundo?
Mas no es mucho que acabe tal empresa,
Si trae las fuertes armas por despojos;
Que en las manos y piés del mismo Cristo
El ángel negro con su daño ha visto
Romper de sus prisiones los cerrojos,
Y quitarle por fuerza la gran presa.
Así la gente que en sus lazos presa
Tuvo por suya, ve ofrecerse al templo:
Tanto puede, Francisco, vuestro ejemplo:
Cancion, pues la humildad, que aquí impedia
Escuchar á Francisco su alabanza
(Coronado en la gloria), la concede,
Rompe las nubes; que si tanto puede
Con un hombre mortal su semejanza,
Quien de Cristo inmortal lo parecia,
Sin duda podrá mas. Sube, y confia
En tu materia peregrina y alta,
Donde no puede hacer el arte falta.

V (2).

En estas santas ceremonias pias (3),
Adonde tu piedad (4), Filipo augusto,
Con admirables rayos resplandece,
Verás cómo, dejando el cetro justo
(Despues de largos y felices dias)
Al nuevo tronco que á tu sombra crece,
Nuestra Madre Santísima te ofrece
Los mismos cantos y la misma palma,
Y ya nos muestra como en cierta idea
Que tal quiere que sea
La gloria entonces de tu cuerpo y alma,

(1) A la impresion de las llagas de san Francisco.

(2) Al rey Felipe II, en la canonizacion de san Diego.
(3) Sacras. (*Espinosa.*)
(4) Donde tu gran piedad. (*Id.*)

Y que al inmenso templo que dedicas (1)
Al gran levita que en ardiente llama
Examinó la de su amor divino,
Ha de venir devoto (2) el peregrino,
No solo convidado de su fama,
Por contemplar las aras de oro ricas,
Sino á probar si á su congoja (3) aplicas
Saludable remedio desde el cielo,
Como lo das á todos en el suelo.
Tú, enseñado á escuchar humanos ruegos
Y á ser comun defensa de los hombres,
Serás de todos ellos invocado,
Y justamente uniéndose los nombres,
Tendrémos dos Filipos y dos Diegos,
Y un altar solo á entrambos dedicado;
Que pues has con tu mano levantado
El primero que á Diego se dedica,
Aquí y allá serás su compañero,
Y ejemplo verdadero
De cómo Dios tambien se comunica
Debajo de la púrpura preciosa
Como debajo de áspero vestido
(Que no son abreviadas, no, sus manos);
Mas ¿de cuál de tus hechos sobrehumanos
Te darémos entonces apellido?
¿Si lucirá la espada rigurosa,
O retorcido en tu corona hermosa,
Sus hojas tenderá el olivo sacro
Por propria insignia de tu simulacro?
O ¿si cuando la trompa horrible diere
Señal en los ejércitos, y tienda
La roja cruz el viento en las banderas,
Y de la muerte la vision horrenda,
Envuelta en humo y polvo, discurriere
Por medio las escuadras y armas fieras,
Tu nombre ha de sonar en las primeras
Voces que diere la española gente,
Pidiendo por tu medio la vitoria?
O ¿si querrás la gloria
De ser en los concilios presidente,
Donde se trate del gobierno humano,
Del cual nos dejas admirable (4) ejemplo?
O ¿si será mas proprio que el piloto,
Cuando luchare con el Euro y Noto,
Prometa ronco visitar tu templo,
Y allí colgar las velas por su mano?
O ¿que en tu proteccion el rubio grano
El labrador envuelva, y te suplique
Que por tu medio Dios lo multiplique?
Primero vivirás felices años,
Introduciendo por el ancho mundo
La santa paz y la justicia unidas;
Y gemirá Pluton en el profundo,
De ver por tí deshechos sus engaños,
Y á Dios tantas naciones convertidas,
Y que las Escrituras no entendidas,
Como el otro Filipo, les declaras (5).
Teme tambien, y no sin causa, viendo
Lo que estás hoy haciendo;
Que á mayores empresas te preparas (6),
Y que si, por honrar la sepoltura
De Diego, das de tu piedad tal muestra,
Por quitar al tirano la de Cristo,
Ha de dar un ejemplo nunca visto
Y derribar sus ídolos tu diestra,
Venciendo en medio de la noche obscura (7),
Como el gran Gedeon; pues en tí dura
La insignia del vellon con que (8) Dios quiso
Darle de la vitoria cierto aviso.
Cancion, el ser humilde no te espante;
Que es hoy fiesta de humildes, y se precia
De ser su amparo el Rey mayor del suelo.
Bien puedes atreverte, pues el celo
Hace precioso el don, y se desprecia
(Aunque raro y costoso) (9) el arrogante.
Mas, pues se (10) me permite que yo cante
Entre los cisnes del (11) famoso Henares,
Mucho harás si (12) de humilde te preciares.

(1) Edificas. (*Espinosa.*)
(2) Gozoso. (*Id.*)
(3) Dolencia. (*Id.*)
(4) Singular. (*Id.*)
(5) Declares. (*Id.*)
(6) Prepares. *Id.*)
(7) Escura. (*Id.*)
(8) Cual. (*Id.*)

VI (13).

¿Eres tú á quien el mundo
Llamara peña fuerte,
Si el cielo no te diera tal renombre,
Por ver en tí, Raimundo,
La constancia, de suerte
Que nunca descubrió mudanza de hombre?
¿Posible es que te asombre
Tanto el nuevo cuidado?
¿Careces de experiencia?
O ¿temes la obediencia
Con que el Pastor supremo te ha obligado
A regir la cabaña
Que dió su nombre á la mitad de España?
Yace en humilde lecho
Raimundo, y con su llanto
En sus miembros despierta fiebre ardiente.
No teme el fuerte pecho
El trabajo, aunque tanto
Puede, y debe temello el mas valiente;
Lo que Raimundo siente,
Por lo que gime y llora,
Es de la gloria humana
Aquella sombra vana,
Que á tantos pierde á cuantos enamora;
Enemigo que dura
Hasta la misma horrible sepoltura.
¿No osara por ventura
Dar al súbdito pena
Quien de su rey con libertad severa
La amorosa locura
Con tal castigo enfrena,
Que le reduce á la salud primera?
O ¿acaso no supiera
Con afecto paterno
Perdonar al rendido
El que padre habia sido
Manso y benigno, y al palacio eterno
Facilitó la entrada
Con la llave por Pedro encomendada?
O ¿el trabajo de tantos,
Que revolver conviene,
Sacros libros, las noches y los dias,
O los decretos santos
Que la gran Madre tiene
Con sentidos dificiles temias?
No, porque ya tenias,
Raimundo, con tu pluma
En órden reducidos
Los no bien entendidos,
Y de trabajo inmenso, á breve suma,
Leyes que agora rigen
El mundo y nuestros ánimos corrigen.
Al mónstruo pues terrible,
Que fué quien dió primero
Causa á Dios de vibrar el rayo ardiente,
Y en el infierno horrible
Derribar al lucero
Que el cielo vió mas bello y reluciente;
Al que tan fácilmente
(Envidioso, obstinado)
Se convierte y transforma
En amigable forma,
Teme Raimundo, de prudencia armado;
Que á veces así ofende
A quien de otros peligros se defiende.
En la ciudad famosa
Adonde Rubricato
Da el tributo debido al mar profundo,

(9) Aunque altivo y pomposo. (*Espinosa.*)
(10) Y pues que se (*Id.*)
(11) Entre los blancos cisnes del. (*Id.*)
(12) Es mucho si. (*Id.*)
(13) En celebridad de no haber admitido san Raimundo de Peñafort el arzobispado de Tarragona.

Verás con religiosa
Pompa y costoso ornato,
Cancion, la sacra tumba de Raimundo;
Allí en la turba pia
Serás estruendo en vez de melodía.

VII (1).

Divino patriarca,
Que desde el claro cielo
Miras hoy tantas gentes en la tierra
Postradas ante el arca
Que de tu mortal velo
(Rico tesoro) tanta parte encierra,
De mi ingenio destierra
(Pues con Dios puedes tanto)
La tiniebla confusa,
Porque tenga mi musa
Parte tambien en el gozoso canto
Que renueva la historia
Con nuevos accidentes de tu gloria.
Yo con liberal mano
A tus hijos entrego
De tus santas reliquias el tesoro;
No como el canto griego
Las del fiero troyano
Por peso material de plata y oro.
Así, gran padre, imploro
Tu proteccion, y creo
Que, como huésped mio,
Sobre mi pecho frio
Harás el mismo efeto que Eliseo,
Que la vida así daba,
Vivo ó muerto, á los muertos que tocaba.
Del mauritano Atlante
La antigüedad creia
Que sustentando el cielo con su cumbre
(Demás de aquel constante
Trabajo), despedia
De rios á la tierra muchedumbre.
Así la pesadumbre
Del cielo, que ruina
Al mundo amenazaba,
Tu oracion sustentaba,
Y regaba la tierra tu dotrina,
De cuyo humor nacieron
Selvas que el fiero mar despues rompieron.
Destas el Padre Eterno
Fortificó su nave,
Timon, entena, mástil, popa y frente,
Dejándola en gobierno
Firme, justo y suave
(Gran tiempo) de tus hijos solamente.
Despues le diste gente
Con armas temporales
Para que castigase
La que le contrastase,
La cual hizo en España cosas tales,
Que no podrá la furia
Del envidioso tiempo hacerle injuria.
Razon es pues que llegue
Tu reliquia á las manos,
Donde estará del bárbaro segura,
Y que en triunfo sosiegue
Donde á tantos paganos
Dieron tus hijos fuertes muerte dura.
Si de tu sepoltura
En el monte Casino
El longobardo crudo
Hacerte salir pudo,
Y anduviste por Francia peregrino,
Fué permision del cielo
Para que enriquecieras nuestro suelo.
Aquí gloriosamente
Entre sagradas luces
Unos hijos verás en los altares,
Otros con reluciente
Acero y rojas cruces
Cubrir los fuertes pechos militares.
Aquellos con cantares,
Con silencio y ayuno
Al infierno hacen guerra;
Estos acá en la tierra
(Sin causarles temor peligro alguno)
Las cabezas quebrantan
Que contra Dios rebeldes se levantan.
Mi padre (cuya fama
El orbe tiene lleno,
Y eterno asiento el alma ya contigo)
Aquí fué ardiente llama,
Aquí fué horrible trueno,
Con que al rebelde daba Dios castigo.
Destos hijos que digo
Que diste á España, él era
Maravilla y ejemplo;
Él fabricara templo
A tu santa reliquia, si viviera;
Que cifró la ganancia
De altos servicios en quitalla á Francia.
No mas, cancion, que olvidas
El principal sugeto,
Del paternal amor arrebatada;
Ni con la causa midas
De tu voz el efeto;
Que seras dignamente despreciada.
Di que vas para el cielo,
Donde todas las faltas suple el celo.

VIII (2).

¿A quién no espantará la ardiente pira
Que en el romano foro se levanta,
O el hierro que en el fuego se convierte?
A su autor (bien que no le amansa) admira;
Solo al que ha de sufrirle no le espanta,
Solo el paciente allí se muestra fuerte;
Los ministros de muerte,
Bárbaros, inhumanos,
Aunque aplican las manos
Al ministerio, en algo al fin clementes,
Huyen los ojos, derramando fuentes,
Porque temen (3) del juez la furia ciega,
Si á las brasas ardientes
Socorro inútil viere que les llega.
La turba infiel en general silencio,
Viendo inventar tormentos tan enormes,
De piedad y temor da claro indicio.
Duro el tirano y duro está Laurencio;
De un ánimo los dos, los dos conformes
En dar y en padecer aquel suplicio (4).
Hace el fuego su oficio,
Mas el constante pecho
(Casi cenizas hecho),
No solo no da muestras de mudanza,
Pero increpando al fuego su tardanza
(Cual si pidiera refrigerio al Tibre),
Dice que, pues no alcanza,
Le vuelvan de aquel lado que está libre.
Dinos, Laurencio, ¿qué corona y palma
Por angélicas manos sustentadas,
Ó que escuadrones te descubrió el cielo?
¿Con qué triunfo esperabas que tu alma
Dejase tus cenizas consagradas,
Y diese para Dios el alto vuelo?
¿Rompióse acaso el velo
Del trono soberano,
Y viste al que en su mano
Tiene todos los fines de la tierra?
¿Quién te dió tal valor en esta guerra?
Debístele de ver, no tengo duda,
Y viste cómo yerra
Quien solo en lo de acá pide su ayuda.
Bien viste tú que tiene el gran tridente,
Con que las aguas embravece y doma,
Y en un arca cifró al linaje humano;
Tambien viste que vibra el rayo ardiente,

(1) Escrita, en 1595, á nombre de don Diego de Alava, hijo de don Francés, embajador que fué en Francia. Se trata de una reliquia de san Benito donada á sus monjes de Valladolid.

(2) Al martirio de san Lorenzo.
(3) Así el texto de Bolh. La edicion primitiva dice: «O que temen.»
(4) Algun suplicio. (*Edicion antigua*).

Con que abrasó á la mísera Sodoma,
Y ha de juzgar despues al siglo vano.
Al fin, solo en su mano
Todas las cosas viste;
Pero no le pediste
Que con la fácil lluvia te ayudase,
Ó al fuego de su efecto le privase,
Como cuando libró á los tres hebreos;
Sino que le aumentase,
Para hacer mas gloriosos tus trofeos.
«Si quieres, dijo, ver aquel tesoro,
Que con ánsia rabiosa hallar deseas,
Aplícame, tirano, mas al fuego;
Que en él se apura y aquilata el oro.
Y si se te permite que le veas
(Que agora estás, con la codicia, ciego),
Quedarás libre luego
De ese infernal afeto,
Y el tesoro perfeto
Hallarás donde vive mi deseo;
Que cuanto mas me abraso, mas le veo.
El que dejó en el mundo es vil escoria,
Y aunque este otro poseo,
No lo puedo gozar sino en la gloria.»

SONETO LVI (1).

Cuando Cristo á la turba sobre el heno
Dió, con milagro, espléndida comida,
Quiere hacerle su rey, mas fementida,
Dice en la cruz que el nombre le es ajeno.
Pedro, cuando le ve de gloria lleno,
Quiere en Tabor con él pasar la vida,
Y cuando le ve preso (tras la huida)
Jura que no conoce al Nazareno.
Pero Josef y Nicodémus solos
En medio del peligro se arrojaron
á darle honor, con verle en la cruz muerto;
Y de entrambos las manos fueron polos
Que el cielo por entonces sustentaron;
¿Cuál de estos es discípulo encubierto?

LVII (2).

Si Cristo alaba tanto aquel ungüento
Con que sus sacros piés ungió María
(Siendo una libra sola) porque había
Figurado con él su monumento,
En mas debió estimar las libras ciento
Que Nicodémus derramó aquel dia,
Cuando con el varon de Arimatía
Dieron á la figura cumplimiento;
Que si con el retrato se recrea
Tanto, que le eterniza la memoria,
Porque se pareció á su sepoltura;
Ocasion nos ha dado á que se crea
Que exceden los quilates de esta gloria
Lo que excede lo vivo á la pintura.

LVIII (3).

Sin que contraste la humildad profunda
Con que huyó de la gloria humana Diego,
Hoy ve altar en su nombre y arder fuego,
De donde grato olor a Dios redunda.
El que dió humilde el cuello á la coyunda
Y fué del siglo vano oprobio y juego,
Vedlo gozando celestial sosiego,
Y cómo de riqueza eterna abunda.
Póstranse las coronas y tiaras
Adonde puso la desnuda planta,
Y cumplen peregrinos votos sacros.
Vivo no osó tratar las santas aras,
Y muerto, Dios sobre ellas le levanta,
En eterna memoria, simulacros.

(1) A José y Nicodémus, por su valor en dar sepultura á Cristo.
(2) A Nicodémus, por su liberalidad en dar aromas para ungir el cuerpo de Cristo.
(3) A la humildad de san Diego, que rehusó el recibir órdenes sacros.

LIX (4).

¿Qué hijos, dura Esparta ó docta Aténas,
Celebras? Roma insigne, ¿á quién levantas
Estatuas y arcos, con que tienes tantas
Historias doctas y ficciones llenas?
Rindanse, oh gran Barcino, á tus arenas,
Que Raimundo pisó con secas plantas,
Habiendo el mar hollado, y á las santas
Fábricas ricas que en su nombre ordenas.
¡Oh dichosa ciudad, devota y pía,
Justa en la paz, justísima en la guerra,
Ejemplo raro de justicia y celo!
¿Cómo te ha de faltar eterno dia,
Si los hijos que nacen en tu tierra,
Despues suben á ser luces del cielo?

LX.

El justo Simeon, sagrado Atlante,
Ha en sus manos los cielos sostenido,
Antes al Autor de ellos reducido
Á forma humana de pequeño infante.
Al Calvario tambien fué semejante
(Altar para el cordero prevenido),
Pues al padre en sus brazos ofrecido,
Cifrado vió lo que se obró adelante.
Así anunciando al mundo su alegría,
Y el cuchillo y dolores á la Madre,
Pide la muerte (en tal sazon clemente);
Porque entonces sus labios Dios movia,
Con ellos pronunciando lo que al Padre
Eterno protestaba interiormente.

TERCETOS (5).

Hay un lugar en la mitad de España,
Donde Tajo á Jarama el nombre quita,
Y con sus ondas de cristal lo baña,
Que nunca en él la yerba vió marchita
El sol, por mas que al etíope encienda,
Ó con su ausencia hiele al duro scita,
Ó que naturaleza condescienda,
Ó que vencida deje obrar al arte,
Y serle en vano superior pretenda.
Al fin jamás se ha visto en esta parte
Objeto triste, ni desnudo el suelo,
Ó cosa que de límite se aparte.
Contrarias aves en conforme vuelo
Los aires cortan y en iguales puntas
Las plantas suben alabando al cielo.
Las fieras enemigas aquí juntas
Forman una república quieta,
Mezclándose en sus pastos y en sus juntas,
Sin temer que el lebrel las acometa
Ó hiera el plomo con terrible estruendo,
Ó con mortal silencio la saeta.
Las fuentes cristalinas, que subiendo
Contra su curso y natural costumbre,
Están los claros aires dividiendo,
Rocian de los árboles la cumbre,
Y bajan, á las nubes imitando,
Forzadas de su misma pesadumbre,
Sobre las bellas flores, que adornando
El suelo como alfombras africanas,
Las están con mil lazos esperando.
Las calles largas de álamos y llanas
Envidia pueden dar á las ciudades
Que están hoy de las suyas mas ufanas.
Pues ¿quién podrá contar las amistades
Con que las plantas fértiles se prestan,
Y templan sus contrarias calidades,
Y cómo no se impiden ni molestan
Por ver su fruta en extranjeras hojas,
Ni del agravio apelan y protestan,
Como tú, fragil hombre, que te enojas
Si tener ves al otro lo que es tuyo,
Y con rabia lo usurpas y despojas?

(4) En las fiestas de Barcelona por la traslacion de las reliquias de san Raimundo.
(5) Se describe Aranjuez. Fueron escritos para el libro *Aranjuez del alma*, de fray Juan Tolosa.

Comunica el gran Tajo el humor suyo
Á cualquier de los árboles do llega,
Sin atender si es hijo proprio, ó cúyo.
Al huésped no sus alimentos niega,
Ni al natural desecha, y así hace
Corona rica de su hermosa vega.
Si la region remota ve que aplace
Alguna planta suya en esta, luego
La envia, y á su dueño satisface;
Y así, la que se jacta de que al fuego
De los templos da olores, no es mas rica,
Ni la fingió ningun latino ó griego.
Cualquiera aquí su condicion aplica,
Aunque su orígen traiga de otra parte,
Do el sol menos ó mas se comunica.
Suple la falta de la tierra el arte,
Y del calor con límite y del hielo
Aquello que conviene les reparte.
Hay planta que miró en su patrio suelo
El sol, al mismo tiempo que la luna
En este mira en la mitad del cielo;
Y no por esto siente falta alguna
De la virtud que tuvo allá en su tierra,
como si aquella y esta fuesen una;
La cual en senos cóncavos encierra
Las aguas usurpadas al gran rio,
Donde los peces viven sin ver guerra.
Pudiera en cada cual un gran navío,
De aquellos que á Neptuno son mas graves,
Navegar sin temor de hallar bajío;
Mas solamente aquí navegan aves
De aquellas que á la muerte se aperciben
Con cantos apacibles y suaves.
Aquí redes y engaños se prohiben,
Y asi discurren sin temor las fieras,
Y á los hombres pacíficas reciben.
La hermosura y la paz de estas riberas
Las hace parecer á las que han sido
En ver pecar al hombre las primeras.
Álzase al lado del jardin florido,
Con cuatro hermosas frentes, una casa,
Que nunca el sol su semejante ha herido.
Del alto chapitel hasta la basa
Ninguna imperfeccion hallarse puede,
Si el gran Vitrubio vuelve y la compasa.
Pues lo interior, que á lo exterior excede
En materia y en arte, qué tal sea,
Con esto solo declarado quede:
Que nuestro gran Filipo dió la idea,
Y en ella sus cuidados deposita
Cuando su corte deja, y se recrea;
Que puesto que los hombros jamás quita
Del peso con que Atlante desmayara,
Con esto lo aligera y facilita.
Los árboles, las aves, la agua clara
En este verde sitio son testigos
De las heróicas obras que prepara;
Del modo con que traza los castigos
Á la cerviz que huyó del yugo santo,
El premio regalado á los amigos.
Las aves mezclan su acordado canto
Entre los dulces y ásperos decretos,
Que han de poner despues al mundo espanto.
Y aquellos profundísimos secretos,
Que á los ausentes príncipes desvelan
Y les tienen los ánimos inquietos,
Aquí con los ministros se revelan,
Y el templo del gran Jano se abre ó cierra,
Los pueblos se castigan ó consuelan.
Y la espantable y polvorosa guerra
Aguarda que de aquí le dén materia
Para cubrir de sangre el mar y tierra.
Mas no dentro los límites de Iberia,
Donde la paz y la justicia santa
Previenen con cuidado á tal miseria.
Aquí se encuentra el rayo, mas no espanta
Sino al loco Nembrot, que contra el cielo
Muros de barro frágiles levanta.
Filipo, tú tambien, que del abuelo
Y padre emulacion gloriosa al mundo
Prometes, y en su pérdida consuelo,
Mientras tu padre, con saber profundo,
Y tu niñez te excusan del trabajo,
Entre esas flores andas vagabundo.
Tiempo vendrá en que no te ofrezca Tajo
En su ribera conchas, mas caballos,
De aquellos que lo beben mas abajo,
Y que tú y esos niños tus vasallos,
Armados, convirtais en gruesas lanzas
Las que agora jugais de tiernos tallos.
Entonces cumplirás las esperanzas
Que das de tu valor, dejando libres
A los que dan agora de él fianzas.
Ya, ya la Grecia espera que la libres,
Que abras el paso del sepulcro santo,
Y que la espada en su defensa vibres.
¡Oh temeraria lira! ¿por qué tanto
El punto subes, que entre el son horrendo
De las trompetas suena ya mi canto?
Vuélveme á la ribera, donde viendo
Estaba con el Príncipe á su hermana,
Rayos de luz y flechas despidiendo.
Tal en el monte Cintio á su Diana,
Rodeada de vírgenes hermosas,
Fingió la antigüedad en forma humana.
No huyen, no, las fieras temerosas,
Mas antes, como víctimas sagradas,
Se ofrecen á sus flechas poderosas.
Las flores, del divino pié pisadas,
Ya miran con desprecio á las estrellas,
Y son de las estrellas envidiadas;
Y puesto que la esperan gozar ellas,
Y saben que en el mundo su presencia
Las hace con los hombres menos bellas,
La detienen acá con su influencia,
Y posponen su daño y su deseo,
Forzadas de la eterna Providencia;
Pero ¿qué mar inmenso es el que veo,
Oh divina Isabel, de tus virtudes,
Dónde pierde las fuerzas himeneo?
Que tanto á todos sobras, que sacudes
El yugo dulce y fuerte, que procura
Que á llevar con tu cuello hermoso ayudes;
Y libre, como fénix, tu hermosura
Al dichoso Aranjuez se comunica
Entre sus claras aguas y verdura.
Pues no sin ocasion el nombre aplica
Del apacible sitio el gran Tolosa
Al libro sin igual que te dedica;
Porque si en este suelo alguna cosa
Con las que trata semejanza tiene,
Es sola su ribera deleitosa,
Así porque te alegra y entretiene
(Que es lo que aquí del alma se pretende),
Como por la hermosura que contiene;
Las alas el ingenio humano tiende,
Las nubes penetrando con su vuelo,
Y en el divino amor de Dios se enciende;
Y de las obras hechas en el suelo
(Cedros del monte Líbano olorosos)
Suben las puntas á tocar el cielo.
Aquí los animales mas furiosos,
En humildes ovejas convertidos,
Van juntos por los prados deleitosos;
Y así suenan en vano los bramidos
Del leon, que anda en torno rodeando
Por cazar las potencias y sentidos;
Y las hermosas fuentes, derivando
Mil surtidores de elocuencia pura,
Están enriqueciendo y deleitando;
Y con órden divino y compostura
Forman largas virtudes calles largas,
Por donde el alma puede andar segura;
Y por aligerar las graves cargas,
Se muestran, como en árboles, engertas
Las cosas dulces dentro las amargas;
Y como viene Dios por siete puertas
(Que es Nilo sin principio), y así riega
Las tierras mas remotas y desiertas,
Que la bastante gracia á nadie niega,
Para que pueda el fruto dar debido,
Que á la suprema mesa despues llega.
No hay autor tan remoto ó peregrino,
Que en el nuevo Aranjuez no tenga parte,

Y en el proprio lugar que le convino;
Porque acomoda de manera el arte
Cada cosa en su punto, que parece
Que ninguna se ha visto en otra parte.
Tambien estanques mansos nos ofrece
De la perfecta vida, donde canta
El bueno cuando el malo se entristece.
Pues de la casa inmensa, que levanta
Sus cuatro hermosos ángulos al cielo,
¿Quién podrá declarar la traza santa?
Remata cada esquina en paralelo
Con un evangelista y doctor santo;
Que solos ellos dan tan alto vuelo.
Este lugar y casa quiere tanto
La hija de aquel rey tan poderoso,
Que á la tierra y al cielo pone espanto,
Que la llama la casa del Reposo,
Adonde con su padre se retira
Hasta que venga el celestial Esposo
A darle el premio eterno, al cual aspira.

CANCION IX (1).

Arroja la corona
Del dictamo, que tanto abunda en Creta,
Injusta Tesifona;
Usa en las selvas la veloz saeta;
Deja á quien mas le duela
De los humanos frutos la tutela.
Agora estés ufana
Con el destrozo de la arcadia gente,
Viendo la forma humana
De tu hijo Sesípoli en serpiente
Trocada, y aunque feo,
Adorarle por Dios el pueblo eleo;
O lamentable mano
De tu sacerdotisa, cuyo cuello
Cubre el cabello cano,
Cuyas ropas imitan al cabello,
Sacrificios devotos
Te ofrezca, y las casadas hagan votos;
Yo, en vez de darte dones,
En vez de alzar en aras tu memoria,
Tus falsas religiones
Publicaré con la dudosa historia
De aquel pastor dormido
En la cumbre del Admo favorido;
Y cómo y en qué parte
Con un solo vellon de blanca lana,
Que Pan ofreció darte,
Trocaste el nombre y obras de Diana,
Y los fingidos nombres
Con que fuiste adorada de los hombres.
Sabránse tus hazañas;
Y Filis con dolor en este medio,
Con sus quejas extrañas
(Aunque es aumento al mal, y no remedio),
A piedad de su duelo
Y á ira contra tí moverá al cielo.
¡Ay de mí! que contemplo
El gozo con que Fili deseosa
En tu enemigo templo
Colgó su cinta con vergüenza humosa,
Y llena de esperanzas,
Te cantó no debidas alabanzas;
Y cómo su deseo
Le estaba haciendo entonces mil engaños,
Con falso devaneo
Anticipando los futuros daños,
Y con llanto fingido
Solicitando el cuidadoso oído;
Y la dichosa cuna
Miraba desde entonces el cuidado
Con que fuera importuna,
En la primera voz el nombre amado
Oyendo, y él contento,
Articulando el no venido acento.
Pero como temia
(Bien muestra que con causa) la experiencia,
Mil dones ofrecia
A tí, cuya malicia ó imprudencia
Tanto costó á Cirene,
Y agora casi tal á Filis tiene.
Es imposible que ames
Al mundo, pues así lo desamparas,
Y los ritos infames
Quieres volver y las taurinas aras,
Donde la sangre hirviente
Daba, muriendo, el huésped inocente.
Deja, Filis, el llanto,
Si no quieres quedar en él deshecho;
Que lastimarse tanto
A las leonas solas aprovecha,
Y no sola el Aurora
De su amado Memnon el caso llora.

(1) Lamenta un mal parto.

X (1).

Ya el altivo semblante
(Hermoso cuando altivo)
De tierno afecto y de piedad compones;
No ya del triste amante
Huyes el fuego vivo,
Antes á su experiencia te dispones;
Buscas las ocasiones,
Y en esta dulce prueba,
Hermosura te dan los cielos nueva.
Hermosa dabas muerte,
Hermosa das ya vida;
¿Cuál es, bella Amarílis, mayor gloria?
Rendias al mas fuerte,
Rigurosa homicida,
Despreciando aun en esto la memoria
De la mayor vitoria.
Ahora en lo que haces,
A tí, Amarílis, y al amor aplaces.
Con vista alegre tomas
Posesion de aquel pecho,
En quien has de reinar con paz segura.
No mónstruos en él domas;
Que para tí fué hecho
Con proporcion de vida á su hermosura,
Cual sale el alma pura
De la celeste esfera
A dar la vida al cuerpo que la espera.
Los ojos abrió apenas,
Apenas Celio tuvo
Noticia de sí mismo y albedrío,
Cuando vió tus serenas
Luces; no le detuvo
Temor de tu desden ó tu desvío.
Ofrecióte, vacío
De otro amoroso fuego,
El pecho, que por tí se abrasó luego.
Tú, que á la cazadora
Diosa seguias ufana,
A dar muerte á las fieras solo atenta,
Sentiste en la misma hora
Cierta blandura humana,
Que en tí, sin saber cómo, se aposenta.
Ya te aplace, ya intenta
Mas encendidas llamas,
Y que confieses, Amarílis, que amas.
Resistes, pero en vano;
Amor es (no lo niegues)
Ese afecto cortés que te hermosea.
Cuando la bella mano
A la de Celio llegues,
Verás mejor lo que el amor desea;
Mira agora en idea
Del tiempo venidero
Lo que me inspira Febo y lo que espero.
De Lucina en el templo
Suspenderás el cinto,
Asida á Celio, tu querido esposo;
Y temiendo tu ejemplo,
En hábito sucinto
Tu bella hermana por el bosque umbroso,

(1) Epitalámica. Es dirigida á doña María Clemente y Enriquez, que casó con don Juan de Villalpando, luego marqués de Osera. Marchena la intitula *El himeneo de Amarílis.*

Con paso presuroso,
En vano fugitiva,
Procurará la libertad altiva.
No huyas, Silvia, espera;
¿Piensas tú que esos ojos
Solo han de ser ministros de una flecha,
Con que de alguna fiera
Inútiles despojos
Te dejen vitoriosa y satisfecha?
De tí el desden desecha;
Que á mayores vitorias
Amor te llama y á mayores glorias.
Verás, verás sin duda,
Sin novedad ni espanto,
De Amarilis el parto en fausto dia;
Darásle en él ayuda,
Solicitando el llanto
Del tierno infante, prenda de alegría,
Ya solícita tia,
Presto madre, ya tienes
Tambien quien ponga fin á tus desdenes.
Ase la bella mano,
No temas, Celio, llega;
Que con la paz te ruega desarmada;
No llegarás en vano,
Pues quien consiente ruega,
O quiere por lo menos ser rogada.
Union bien fortunada,
Cuyo primer deseo
Cumplió, en naciendo, lícito himeneo.

XI.

Estas sierras vecinas
De nieve están vestidas,
Mas que en la Scitia suele estar helada;
Y las altas encinas,
De Bóreas sacudidas,
Gimen, al parecer, con voz formada.
No hay redil ni majada
Que no tenga á sus dueños
Al rededor de los ardientes leños.
Descansan los arados,
Y en el pesebre ocioso
Libres del yugo están los tardos bueyes,
Y los vientos airados
Alzan el mar furioso,
Rompiendo casi sus eternas leyes,
Esperanzas de reyes,
Roncas voces y votos
Llevando de los míseros pilotos.
Pero Dáfnis, exento
De sentir las mudanzas
E importunas borrascas del ivierno,
Con desigual contento,
De largas esperanzas
Coge en esta sazon el fruto tierno,
Y á pesar del gobierno
De la ciega fortuna,
Está sobre los cuernos de la luna.
Porque así como cuando
Los otros se alegraban
Con la florida y dulce primavera,
Él estaba llorando,
Y sus voces sonaban
Amarilis en vano donde quiera;
De la misma manera
Es bien que esta mudanza
A otros sea tormenta y á él bonanza.
Y en legítimo ñudo
Las cosas sucedidas
Este con su Amarili repitiendo,
Robando al sueño mudo
De sus horas debidas,
Que tantas noches las pasó gimiendo;
Que haya apacible estruendo,
Razones reiteradas,
Y otras tan solamente comenzadas.
Amor podrá en su templo
En tablas de diamante
Esculpir, porque dure, tal historia;
Y sirva para ejemplo
De que una fe constante
Pudo subir á Dáfnis á tal gloria;
Y con esta memoria
(Siendo la virtud guia)
Fácil será la mas difícil via.
¿Quién vió dos voluntades
Conformes, pero puestas
De la fortuna y tiempo de por medio
Tantas dificultades,
Inaccesibles cuestas,
Y extremos donde no se hallaba medio?
Y ¿quién vió su remedio
Venir como ha venido,
Por medio apenas visto ni creido?
La industria humana pudo,
Bajo dudoso clima,
Y estrellas como fábula contadas,
Contra el indio desnudo,
Que ya tanto se estima,
Llevar, gloriosa España, tus armadas.
Callo cosas pasadas
En tiempo mas antigo,
Pues á todas excede la que digo.
Y aunque parezca vano,
Tras tanta maravilla,
Contar por tal lo que con Dáfnis hizo
El docto ingenio humano,
Que lo sacó á la orilla
De un mar que á tantos anegó y deshizo,
Yo al fin lo solemnizo
(Si la primera excede),
Como á cosa que luego le sucede.
Cancion, si llegar quieres
Donde están los amantes,
Encomiéndate á Bóreas que te lleve;
Hallaráslos, si fueres,
Ambos tan semejantes,
Que dirás que un espíritu los mueve;
Mas tú (como se debe)
A Amarilis te inclina;
Que de Dafni con esto serás dina.

SONETO LXI (1).

Excelso monte, cuya frente altiva
Cubre de nubes tan escuro velo,
Que nos hace dudar si en ella el cielo
Mas que en los ejes frígidos estriba.
En tí mostró su boca vengativa
El gran leon, forzado de su celo,
Y en tí de voluntad empieza el vuelo,
Hecho paloma con felice oliva.
Hoy usurpas la gloria al viejo padre,
Que sostuvo en sus hombros nuestra gente,
Del fiero mauritano perseguida;
Pues la afligida Augusta, nuestra madre,
Enferma de frenético accidente,
Halla en tí yerbas que le dan la vida.

LXII (2).

Recibe, oh sacro mar, una esperanza,
A cuya causa pueblos mil devotos
Están hoy ofreciendo justos votos,
Porque la restituyas con bonanza.
Reducid, fieros vientos, á templanza
Vuestros desordenados alborotos;
Dad ócio, no experiencia, á los pilotos;
Vuestra quietud usurpe su alabanza.
Del poderoso Cárlos la alta popa
Sienta vuestro favor, y en su deseo
Concurrid con España y con Saboya.
Con esto enmendaréis el caso feo
De haber dado al adúltero de Troya
Pasaje favorable contra Europa.

LXIII.

Oh tú, que la memoria de Barcino
Con dudas y opiniones acrecientas,

(1) Escrito el año de 1592, cuando Felipe II celebró cortes á los aragoneses en Tarazona, al pié del Moncayo.
(2) Alude á la nueva de haberse embarcado para España el duque de Saboya, Cárlos Manuel.

Cuyo muro, testigo en las tormentas,
Tal vez se opone al ímpetu marino;
Si porque al fin del húmedo camino
La primera en Hesperia te presentas,
Y al poderoso Cárlos aposentas,
Los muros menosprecias del gran Nino,
Aspire la ciudad á quien Augusto
De sus felices nombres hizo dina,
A ser del mundo universal cabeza.
Junte al antiguo título este justo:
Que á los excelsos Carlo y Catalina
El lecho conyugal les adereza.

LXIV.

Del duque de Osuna, don Juan, en alabanza de Lupercio.

Oh tú, cualquiera que al sagrado templo
De las sagradas musas subes ledo,
Revuelve con humilde paso y miedo
Al que su coro adora y yo contemplo.
Apenas yo por religion me templo
Y llamole su dios, pues mio no puedo,
Que Apolo con semblante, mano y dedo
Por milagro le muestra sin ejemplo.
Y dice á mí Lupercio: «Oh gran Saturno
Y libre Baco, haced que se le infunda
Vuestro calor y gravedad suprema.
»Melpomene le ofrezca su coturno,
Y su tridente el que la tierra inunda,
Y yo, que alumbro el cielo, mi diadema.»

LXV.

Respuesta al anterior.

No es lícito ceñir mi pobre frente
(Mezclando con lo sacro lo profano)
La corona, Señor, de vuestra mano,
Que provoca, aunque es lauro, al rayo ardiente.
Volvedla á recibir, y el reluciente
Yelmo que diera espanto al cruel britano,
Si el mar no se opusiera, goce ufano
Cimera que es tan suya y conveniente.
A mí me basta ver que estéis atento
(Por señal de que vivo en vuestra gracia)
Al son de mi zampoña, tal cual sea;
Y pensaré haber hecho mas mi acento
Que el que movió los árboles en Tracia,
Pues que será alcanzar lo que desea.

LXVI (1).

Al hijo fuerte del mayor planeta,
Que al cielo y á los dioses fué coluna,
Sierpes le acometieron en la cuna
Y llamas lo apuraron en Oeta;
Y hasta llegar á la region quieta,
Su madrastra le fué tan importuna,
Que no pudo del techo vez alguna
Colgar la maza en ócio ó la saeta.
Pero viendo la misma que los dioses
Le daban con aplauso eterno asiento,
Depuso la venganza, y aprobólo.
Así yo espero un tiempo en que reposes;
Que pues concurren tantos á un intento,
No podrá contrastarlos uno solo.

LXVII (2).

Dulce descuento del dolor pasado,
Y alivio, en parte, del mayor que siente
Tu madre, triste por tu padre ausente,
Al cual serás de hoy mas grato cuidado.
¡Oh, cómo con tu llanto has alegrado
Tu casa y las demás generalmente!
Cumpliste la esperanza de tu gente,
Y has otras ya mayores engendrado.
¡Qué dulcemente por los altos techos
Suena tu nueva voz, y qué alegría
Dará despues distinta en su lenguaje!
Vive felices años, y tus hechos
Hagan memoria eterna deste dia,
En que diste principio á tu viaje.

LXVIII.

De Fernando de Soria Galvarro.

Hoy es, Lupercio, el señalado dia
Que habrá de ser eterno en mi memoria,
En que del tiempo he visto una vitoria,
Y á amor vencido, que triunfado habia.
La llama, en cuyo fuego el alma ardia
(Bien conocida os puede ser la historia),
Que del reino de amor fué ilustre gloria,
Vi ante mis ojos apagada y fria.
Extraña maravilla, que mis ojos
Pudiesen ver de Elisa aquellos suyos
(Sin lágrimas), un tiempo soberanos,
Ser de la muerte pálidos despojos.
¡Oh desengaño! ¡Dios, milagros tuyos,
Tratar el fuego con heladas manos!

LXIX.

Respuesta de Lupercio.

Viva, viva, Fernando, deste dia
En vos eternamente la memoria,
Con que de amor podréis llevar vitoria
De amor, que así de vos triunfado habia.
Con llama indigna vuestro pecho ardia
(Fábula al vulgo, á mi penosa historia)
Por aquella que ayer fué vuestra gloria,
Y hoy es inútil peso y tierra fria.
Decidles, mi Fernando, á vuestros ojos
Que ¿por qué con horror miran los suyos,
Que tuvieron por soles soberanos?
Siempre amor da vergüenza por despojos,
¡Oh Dios! y no corremos tras los tuyos,
En quien solo á la muerte faltan manos.

CANCION XII (3).

Dichoso el que, apartado
De negocios, imita
A la primera gente de la tierra,
Y en el campo, heredado
De su padre, ejercita
Sus bueyes, y la usura no le encierra,
Ni le despierta la espantosa guerra,
Ni el mar con son horrendo le amenaza;
Huye la curial plaza
Y las soberbias puertas de los vanos,
Ricos y poderosos ciudadanos.
Mas las vides crecidas
Con olmos acomoda,
Y en el valle remoto huelga, viendo
Sus vacas esparcidas.
El ramo inútil poda,
Mejor en su lugar otro ingiriendo,
O en cántaros la miel pura (4) exprimiendo;
Sus ovejas trasquila, y cuando empieza
A mostrar su cabeza
Coronada el otoño, coge ufano
La pera engerta de su propria mano.
Y el maduro racimo
Que competir parece
Con la púrpura misma, juntamente,
Como despojo opimo,
A tí, Priapo, ofrece,
Y á Silvano, en los campos presidente;
Y mientras su cuidado le consiente
Bajo la antigua encina hacer su cama
De tenaz verde grama,
Al sueño le convidan los suaves
Mormurios de las aguas y las aves (5).

(1) A un gran señor, por los disgustos que le atrajo el segundo matrimonio de su padre.
(2) Al nacimiento del conde de Aranda, don Antonio de Urrea.

(3) Traduccion de Horacio: *Beatus ille.*
(4) Y la miel en vasijas. (*Edicion de Zaragoza.*)
(5) Y puede recostarse libremente,
Ya debajo la antigua hojosa rama,
Y ya en la tenaz grama,
Convidándole al sueño las suaves
Músicas de las aguas y las aves.
(*Texto de Espinosa.*)

O cuando nos fatiga
En el ivierno helado
Júpiter con las lluvias y con nieve,
Con sus perros obliga
Al jabalí acosado
A que sus redes y asechanzas pruebe,
Y que su mismo engaño al tordo cebe;
Que la cobarde liebre (1) en lazos muera,
Ó la grulla extranjera;
¿Quién con esto no olvida los cuidados
Que son del fiero amor solicitados? (2).
Pues si alivia el cuidado
De los hijos y casa
(Cual las sabinas) la mujer honesta,
O cual la del cansado
Pullés, que al sol se abrasa,
Y antes que venga su marido, presta
(La seca leña al sacro fuego puesta,
Las mansas ovejuelas ordeñadas
Y en setos encerradas),
Viandas no compradas apareja,
Sacando el vino de la pipa añeja.
No las ostras lucrinas,
El rombo ni otros peces,
De los que con los hielos nos envian
Las borrascas marinas
Del Carpacio á las veces,
O las aves que en Africa se crian,
A mi vientre mejor descenderian,
Que de los ramos fértiles algunas
Maduras aceitunas,
Que la malva ó de lápato la yerba (3),
Que al cuerpo da salud y lo conserva.
O la muerta cordera
En las fiestas sagradas,
O el cabrito que el lobo vió en sus dientes;
Y ver desta manera
A casa, repastadas,
Volver las ovejuelas (4) diligentes,
O los cansados bueyes, con las frentes
Bajas, traer la esteva del arado,
Y el hogar rodeado
De esclavos, que al enjambre se parecen,
En quien las casas ricas resplandecen (5).
Mientras Alfio, usurero,
Estas cosas relata,
Mediado el mes recoge su dinero,
Y de ser labrador rústico trata;
Mas luego á las calendas
Lo vuelve á dar á usura sobre prendas (6).

CANCION XIII (7).

Porque en el cielo truena,
Reinar allá el gran Júpiter creemos;
Pues luego si en cadena
Los fieros persas y britanos vemos,
Y está presente Augusto,
Que los domó, llamarle dios es justo.

El soldado de Craso,
Infame con la bárbara consorte,
¿Vivió, y al postrer paso
Llegó de la vejez, teniendo (¡oh corte!
Oh costumbres!) abrigo
En las armas del suegro, su enemigo?
¿Qué obedeció al rey medo,
El Marso y el Pullés, tan sin memoria
Del celestial denuedo,
De la toga de Vesta y de la gloria,
Donde su origen toma,
Estando en salvo Júpiter y Roma?
Régulo esto previno,
Las torpes condiciones reprobando,
Y el ejemplo, adivino
De que habia de irse el daño dilatando,
Si no moria cautiva
La juventud romana incompasiva.
Las banderas quitadas
Sin muerte de su dueño y sin estrago,
Y las armas fijadas,
Dijo: « Yo vi en los templos de Cartago,
Y en ócio con las manos
A las espaldas ir los ciudadanos.
»Y que ya no se cierra
De la libre ciudad alguna puerta.
Ya comienza la tierra,
Que tuvimos estéril y desierta
Con la guerra pasada,
A ser curiosamente cultivada.
»¿Acaso mas constante
El soldado, con oro redimido,
Será de aquí adelante?
Juntais daño al oprobrio recibido;
Que nunca la teñida
Lana será á su ser restituida,
»Ni el valor verdadero,
Si se perdió, volver á aquel procura,
Que no es cual fué primero,
Si libre ya una vez de la espesura
De las redes la cierva,
Que viva por la fuga se conserva.
»Pelea: será aquel fuerte
Que en los contrarios su remedio funda
Con miedo de la muerte;
Podrálos derribar en la segunda
Guerra con aquel brazo,
Enseñado á sufrir el torpe lazo.»
Este, que hallar no supo
De dónde para sí mane la vida,
En quien á un tiempo cupo
La guerra con la paz entretejida;
¡Oh por nuestras ruinas,
Gran Cartago, que al cielo te avecinas!
Cuéntase que, teniendo
Los ojos varoniles en el suelo,
Su bajo estado viendo,
De su casta mujer huyó el consuelo,
Que el beso le negaba,
Y de sí con sus hijos la apartaba.
Mientras los vacilantes
Padres á su consejo reducia,
Que no lo dieron antes
Otros, él fué el autor, y así salia
Glorioso desterrado,
De llorosos amigos rodeado.
Sabia bien la pena
Que el bárbaro verdugo le aprestaba;
Mas él con faz serena
Al pueblo y á sus deudos apartaba,
Que al paso se oponian,
Y tardando, la vuelta le impedian.
Como si, habiendo dado
Fin á negocios largos, despidiera
Los clientes, cansado,
Y al ócio libremente se acogiera
En los campos que tanto
Ilustran á Vinafro y á Taranto.

(1) Tímida liebre. (*Texto de Espinosa.*)
(2) ¿Quién con esto no quita los cuidados,
De la sed de ambicion alimentados? (*Id.*)
(3) O en la Jonia á mi estómago serian
Mejores que del árbol verde algunas
Cogidas aceitunas,
Que la malva cocida ó que otra yerba.
(4) Despues de repastadas
Venir las ovejuelas. (*Id.*)
(5) Bajas traer la esteva, y los pequeños
Niños cercar los leños
Ardientes, que un enjambre se parecen
Con quien; etc. (*Id.*)
(6) En la edicion de Espinosa se lee esta nota:
«Así lo interpretan Acron, Porfirio y el Landino; pero si es mas acertada la sentencia de Manuelo Ponfino Clareano, léase como se sigue esta última estancia:
»Mientras Alfio, usurero,
Oye lo que relato,
Mediado el mes recoge su dinero,
Y al campo se dedica en vez de trato;
Mas luego á las calendas
Lo vuelve á dar á usura sobre prendas.»
(7) Traduccion de la oda v del libro III de Horacio: *Coelo tonantem.*

CANCION XIV (1).

Asteria, ¿por qué lloras,
Pues el Favonio y bella primavera
A Gíges, que tú adoras,
Fiel mozo, que en amarte persevera,
Restituirán cargado
De las riquezas Timas á tu lado?
Él en Orizo agora,
Donde le hacen los vientos resistencia,
Las noches largas llora;
Tú le robas el sueño en esta ausencia,
Y las fieras estrellas,
Que el daño causan, oyen sus querellas.
Bien que de la cuitada
Cloe, su bella huéspeda, le lleva
Una y otra embajada,
Y en vano sus astucias todas prueba
El tercero, diciendo
Que está tu mismo fuego padeciendo.
Cuéntale la mentira
(Por no haber con su amor condecendido)
Con que encendió la ira
Contra Belerofonte, del marido
La mujer fementida,
Para quitalle la inmadura vida.
Y tambien de la suerte
Que, por huir de Hipólita, Peleo
Casi probó la muerte,
Trayendo por disculpa á su deseo
Cuantas cosas se sueñan,
Y las historias que á pecar enseñan.
Mas no del mar Icario
Son mas sordas las rocas combatidas,
Que lo está él de ordinario.
Razon es, pues, que con su fe te midas,
Y no aplazga á tu gusto
Mas tu vecino Enipeo de lo justo.
Por mas que en las contiendas
Del campo Marcio nadie se le iguale
En el regir las riendas
Del ligero caballo cuando sale,
Ni corte con mas brio
La gran corriente del toscano rio,
Tu puerta esté cerrada
Luego como anochezca; y si sonare
La música acordada
De las flautas, y dura te llamare,
Las ventanas y oidos
Constantemente cierra á sus gemidos.

CANCION XVI (2).

Tú por la culpa ajena,
Oh Roma, de tan gran castigo indina,
Padecerás la pena,
Hasta que se repare la ruina
De nuestros templos sacros,
Y el humo de sus viejos simulacros.
De darte al ministerio
De los dioses inmensos ha nacido
Tu poderoso imperio,
Y tambien de ponerlos en olvido
Tus daños y miseria,
Y el llanto general de toda Hesperia.
Porque se despreciaron
Los agüeros, Monéses y Pacoro
Dos veces quebrantaron
Tus ímpetus, y ostentan que con oro,
En la presa adquirido,
Sus pequeños collares han crecido (3).
Cuando en civil bullicio
Y en sedicion estabas ocupada,
El tudesco y egicio
Bien cerca te tuvieron de asolada;
Este en mar poderoso,
Aquel en tierra fiero y espantoso.
Los tiempos, manantiales
De vicios, mancillaron lo primero
Los lechos conyugales,
Las casas y el linaje verdadero;
Y fué el orígen este
Que á la patria y al pueblo dió tal peste.
Y á la virgen madura
Los bailes de la Jonia deshonestos
Que le enseñen procura;
Tuerce todos sus miembros, y de incestos
Amores se complace,
Desde que al pié la tierna uñita (4) nace.
Despues busca los mozos
Adúlteros en medio del convite,
Y para dar sus gozos
No aguarda á que la mesa ó luz se quite;
Que en público concede
Lo que aun secretamente hacer no puede.
Y si la llama sola
(Sabiéndolo el marido) el mercadante,
Ó de nave española
El maestro, que es pródigo y amante,
Se levanta en presencia
De todos, y á su gusto da licencia.
La juventud romana
No fué de tales padres engendrada
Cuando de la africana
Gente dejó la mar ensangrentada;
A Antíoco vencido,
Al grande Pirro y á Anibal temido.
Mas rústicos soldados,
Que el campo con hazadas revolvian,
Y de leña cargados
(Cual sus madres severas lo pedian),
Volvian cuando Apolo
Da sombras y descanso á nuestro polo.
Las vueltas de los cielos
Todo lo disminuyen: muy mejores
Fueron nuestros abuelos
Que nuestros padres; somos muy peores (5);
De nosotros se espera
Sucesion que en maldades nos prefiera.

CANCION XVI (6).

Si del haber mentido,
Barina, algun castigo te viniese;
Un diente denegrido
O una uña mas fea yo te viese,
Cuanto hubieras jurado
Creyera, como firme enamorado.
Mas luego que obligada
Tuviste la cabeza á tu promesa,
Saliste mejorada,
Resplandeciendo mucho mas aquesa
Hermosura que antes,
En tu amor enredando mil amantes.
Así que, te es partido
Faltar á las cenizas de tu madre
Todo lo prometido,
Pues no hay cosa, Barina, que te cuadre
Como burlar del cielo,
Y no estimar los dioses en un pelo.
Desto vi se reian
Cupido, Vénus y las ninfas bellas,
Viendo cómo crecian
Cada hora con tu amor nuevas querellas,
Las flechas afilando,
Con que á todos, Señora, estas matando.
Y como no avisados
De aquella fuerza de que estás armada,
Crecen enamorados;
Y así, tu casa es siempre frecuentada,
Y aunque sienten sus males,
No se saben partir de tus umbrales.

(1) Traduccion de la oda VII del libro III de Horacio.
(2) Traduccion de la oda VI del libro III de Horacio.
(3) Así la edicion de Zaragoza. La de Espinosa dice:
«Por verse despreciados,
A Manasés volvieron y á Pacoro,
De victorias cargados
Y de collares gruesos con el oro
Del romano despojo,
Dos veces descubriéndose su enojo.»
(4) Espinosa pone *uñeta*.
(5) La edicion de Zaragoza dice: «Hoy peores.»
(6) Traduccion de Horacio: *Ulla si jures*, etc.

Por tí temen las madres
A los mancebos en su edad florida;
Por tí los viejos padres
Pasan amarga y congojosa vida,
Y las recien casadas
Temen el ser por tí desamparadas.

SONETO LXX (1).

¿Quién es el tierno mozo que entre rosas,
Y con olores líquidos bañado
Tienes, Pirra, en tu cueva regalado,
Por quien trenzas las hebras de oro hermosas?
¡Ay, cómo llorará las mentirosas
Promesas cuando el cielo esté mudado,
Con negro viento el fiero mar hinchado!
Y él, atonito y nuevo en estas cosas,
Tiénete agora, y piensa que contino
La misma le serás que le pareces,
Del mentiroso viento no advertido.
¡Ay de aquel á quien nueva resplandeces,
Yo pintado en el templo al dios marino
Muestro haber dado el húmedo vestido.

LXXI.

Porque de sus donaires no me rio,
Y arrojo por la boca y ojos llama,
Cual otro Mongibel, dice una dama
De corte que soy muy necio y frio.
Y si fuera el oprobio solo mio,
Pasara fácilmente por tal fama;
Mas como toca tanto á quien me ama,
Y es llamar á su gusto desvarío,
Respondo por entrambos que no crea
En aquellos efectos y apariencia
Que á los ojos se ofrecen solamente,
Porque no es necio quien saber desea,
Ni tras seis años de rabiosa ausencia,
Es frio quien se abrasa y está ausente.

LXXII.

En otro tiempo, Lesbia, tú decias
Entregarte á Catulo libremente,
Y que á Júpiter mismo omnipotente,
En competencia suya, aborrecias.
Amábate tambien yo aquellos dias,
No como á sus amigos otra gente,
Mas como al hijo ó yerno tiernamente
Aman los padres con entrañas pias.
Agora te conozco, y aunque veo
Arder por tí mi pecho con mas furia,
Téngote por bellísima y ligera.
Dirás que es esto fuera del deseo;
Tales efectos nacen de una injuria:
Que te ame mas, pero que menos quiera.

EN LOOR DE LA OBRA *Teoría y práctica de fortificacion*, POR EL CAPITAN CRISTÓBAL DE ROJAS INGENIERO DEL REY. —MADRID, 1598 (2).

Tuvo cercada largo tiempo en vano
Marcelo á Siracusa, la experiencia
Ultima haciendo del valor romano;
A cuya fuerza, industria y diligencia
El ingenio de un hombre solamente
Era mas que bastante resistencia.
Este fué el matemático eminente
Arquimedes, que á todo se oponia,
Por la salud de su ciudad y gente.
Eran tales las máquinas que hacia,
Que el sol reverberando en ellas, daba
Fuego, con que sus naves consumia;
Admírase Marcelo, y aunque estaba
Contra aquella ciudad tan indignado,
Al gran autor de su defensa amaba;
Y entrando en ella vencedor airado,
Tuvo en la furia militar memoria
De que fuese entre todos reservado;
Teniendo para sí por tanta gloria
Dar á tan gran artífice la vida
Como alcanzar de la ciudad vitoria.
Pero murió de inevitable herida,
En sus dulces estudios divertido,
Sin que le conociese el homicida;
Porque en medio del llanto y alarido,
Cuando ejecuta con furor violento
El vencedor su saña en el vencido,
Arquimedes estaba solo atento
A describrir sus círculos, y en esto
Entró un fiero romano en su aposento.
Preguntóle quién era; mas él, puesto
En su especulacion, no respondia,
Ni de sus líneas levantaba el gesto.
El soldado creyó que no queria
Darle respuesta, por soberbia, el griegó,
Y cuando para herirle se movia,
Arquimedes le dijo: «Yo te ruego
Que no me estorbes;» mas la fiera espada
El cuerpo dividió del alma luego.
De Marcelo su muerte fué llorada,
Y en vez de aquella vida que le diera,
Le dió en la muerte sepultura honrada.
Pues si se debe honrar de tal manera
El ingenio y valor del enemigo,
Y es la virtud amable donde quiera,
¿Cuánto mas debe serlo en el amigo
Que nuestra causa y aras favorece,
Y en el comun peligro nos da abrigo?
¿Qué nombres y qué títulos merece
El doctor Rojas, que del arte oculta
Lo mas difícil á su patria ofrece?
No de sus fuertes fábricas resulta
La resistencia antigua que se hacia
Contra el ferrado ariete ó catapulta;
Sino contra la horrible artillería,
Que en formas tan diversas y espantosas
El infierno vomita cada dia.
Rojas nos hace fáciles las cosas
Que en otro tiempo á los ingenios altos
Eran, si no imposibles, muy dudosas;
Y ya con sus preceptos, los mas faltos
De plática sabrán la resistencia,
O el acometimiento en los asaltos.
Es el hijo primero que esta ciencia,
Oh madre España, añade á tus blasones,
Con estudio alcanzada y experiencia.
Con ella de mil bárbaras naciones
Las cervices indómitas oprimes,
Y justas leyes, mal su grado, pones.
Es justo pues que tal trabajo estimes
De suerte, que la envidia no le ofenda,
Y con su ejemplo á los demás animes,
Dándoles de tu amor segura prenda.

(1) Traduccion de Horacio: *Quis multa gracilis.*

(2) Este capitan Cristóbal de Rojas fué enviado á Cádiz, despues del saqueo de los ingleses, en 1596, para reparar las fortificaciones de esta ciudad y construir otras.

Algun tiempo vivió en Cádiz. En las actas del Ayuntamiento consta que Cristóbal de Rojas compró extramuros una huerta, sacó al camino un pilon para facilitar agua á los trajinantes, y edificó un estalaje, á manera de meson.

FIN DE LAS POESÍAS DE LUPERCIO LEONARDO DE ARGENSOLA.

POESIAS

DE

BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA.

COMPOSICIONES VARIAS.

EPISTOLA PRIMERA.

Al marqués de Cerralvo, don Rodrigo Pacheco.

De los campos y mares se apodera
Céfiro, tu ministro, á su albedrío,
Formando el tiempo, amor, que mas te agrada,
Pues con máquinas vuelve ya el navío (1),
Que enjuto reposaba en la ribera,
A la tranquilidad tiranizada,
Y crespando las olas á su entrada,
Tiende los lienzos al favor del cielo.
El prado rie (y su virtud fecunda
De cien mil partos fertiles abunda),
Que blanqueaba rígido del hielo;
Mas con el blando vuelo
Del pacífico soplo abre los poros,
Y pródigo descubre sus tesoros.
Tú, armado de ternuras y suspiros,
En los silbos de Céfiro te arrojas,
Y en su espacioso diáfano sereno (2)
Oyes dulces querellas y congojas,
Y se encuentran recíprocos los tiros
Que de néctar bañaste y de veneno.
Tal vez acudes al amado seno
De Ericina, la cual te abraza y prende,
Y en su carro sentada, y tú en sus faldas,
Sembrando varias flores y guirnaldas,
Deja volar sus cisnes, y desciende
Donde Adónis atiende
A la robusta caza, y con mil bellas
Ninfas lo busca, y lo regala entre ellas.
Todo es amor y paz; las piedras aman
Dando suspiros mudos, y las vides
En alegre silencio amor las casa
Con los soberbios árboles de Alcides.
Las flores se entretejen y se llaman,
Y tu flecha las hiela y las abrasa.
El mismo sol, enamorado, pasa
Tan risueño el viaje, que parece
Que persigue la ninfa de Peneo;
Y para ostentacion de su deseo,
La pompa de la luz con que amanece,
Trémula resplandece
Sobre las ondas, y las rosas dora,
Que pintó con su púrpura la aurora;
Las rosas, cuando dellas mas compuesta (3),
Su abril adorna (4) la nativa espina;
Que una sus hojas (5), cual belleza inculta,
Confiada dilata, otra se inclina
Dentro en sí misma, tímida y modesta,
Con virginal vergüenza medio oculta,
Algunas en niñez menos adulta
Dentro el materno manto se aperciben
Para salir tambien á competencia
De toda la olorosa diferencia,
A quien las aves que á su sombra viven,
La gloria que reciben
(Cambio divino), abriendo su armonía,
La recompensan en sintiendo el dia.
La gran alma del mundo, finalmente,
No cabe en sí, y á sus efectos torna,
Y se compone como esposa nueva.
En este tiempo pues, que amor adorna,
En medio su abundancia floreciente,
Vi para quién la adorna y la renueva;
Vi una ninfa, cual no la vió en su cueva
Cristalina Anfitrite, ni se armaron
Los dos atridas por igual trofeo,
Cuando de tantas naves el Egeo,
Y á Troya con los Dólopes cercaron;
Ni cuando se mostraron
Las bellas diosas para persuadillo,
Vió tal extremo el frigio pastorcillo.
Ninfa vi yo que, ó fué la misma idea
De la mente de Júpiter salida,
Cuya virtud la dió á la humana vista,
Con que su luz suave, aunque encendida
En la divinidad que centellea,
Purgada la sostenga y la resista;
O quizá por fatal piedad prevista,
En el flaco poder de ojos mortales
De apariencia visible se compone,
Para que se recoja y proporcione
Objeto á las potencias naturales,
Como ya en los umbrales
De Africa la vió Enéas transformada,
O en Troya, de su misma luz cercada.
O si es humana, en la sublime parte
Donde es el sólio del corpóreo velo,
Preside alguna inteligencia eterna,
Como la que asistiendo en cada cielo,
Mitiga á Jove ó embravece á Marte,
Cuyas mentes tambien mueve y gobierna;
Y si por los efectos de la interna
Causa atinar solemos la nobleza,
Por los que yo sentí viendo el divino
Mónstruo, mayores cosas adivino.

(1) Con máquinas se vuelve ya el navío. (*Texto de Bolh.*)
(2) Y en su espacioso círculo sereno. (*Id.*)
(3) Las rosas, á cual de ellas mas compuesta. (*Id.*)
(4) Agora adornan. (*Texto de Bolh.*)
(5) Una sus hojas. (*Id.*)

Prendióme (no lo niego) su belleza,
Mas fué con tal presteza,
O mi descuido tal, que preso andaba
Antes que yo cayese en que lo estaba.
Pensé yo que era admiracion la mia,
Sencilla complacencia de los ojos;
Mas amor, que en los suyos se hizo fuerte,
Mayor vitoria quiso y mas despojos,
Y el alma me ocupó de una alegría,
Que poco á poco en ansia se convierte.
Vine á sentir su ausencia á par de muerte,
Y comencé á temer tan gran mudanza,
Y una celosa envidia sentí apenas;
Mas entrando incurable por las venas (1),
Hizo su curso con mortal tardanza;
Templaba la esperanza
El rigor enemigo, con desinio
Quizá de establecer mas su dominio.
Rendido lo sensible al cautiverio,
Luego probó las fuerzas de su ira
Cuanto hay desde la vista al pensamiento;
Cual soberbia nacion ó rey que aspira
A dilatar los fines de su imperio,
Cuyas nuevas vitorias y su aumento
Son para las futuras instrumento,
Y todo lo finítimo, obediente,
Saca sus huestes á mayor empresa;
Mas cuando ya el furor de Marte cesa
(Para que en su obediencia lo sustente),
Sábia y severamente
Con tan estrechas leyes los refrena,
Que aman la paz por ódio de la pena.
Así cuando piedad el alma espera
De una afable humildad, de una costumbre,
Celestialmente humilde (2) amor figura,
Y arma de majestad su mansedumbre,
Y la dulzura della hace severa
Su viva risa tan modesta y pura,
Que mas nos amenaza que asegura (3);
Y así la voz, al suplicar clemencia,
De temor de ofendella, se detiene;
Con esta ley su posesion mantiene
En lo que ha reducido á su obediencia;
Pacífica violencia,
Quietud tirana, hacer el bien visible (4)
En su facilidad inaccesible.
Cual la que engaña al triste á quien ondea
En la sedienta boca el agua en vano,
Sin refrescar jamás la lengua enjuta,
Busca el árbol vecino con la mano,
Que la frente le asombra y le rodea,
Para alcanzar la fugitiva fruta;
Digno castigo en este se ejecuta,
Porque bien corresponde eterno ayuno
A la fraude inhumana del convite;
Mas ¿que en mi fe obediente se ejercite?
Dioses (que con mis quejas importuno),
Si en el cielo hay alguno
Que contra amor se atreva á hierro y fuego,
Vuelva por mí ó apláquele con ruego.
Pero baste, cancion; vuelve al silencio
De la antigua prision del sufrimiento;
Porque con estas voces de impaciencia
Ningun crédito cobra su inocencia (5);
Y como abril te cubre el pensamiento (6)
De mas vivo tormento,
Por ser el tiempo en que su causa viste,
Cúbrelo tú del traje que él se viste.

CANCION PRIMERA.

Fílis, naturaleza
Pide la ostentacion y los olores
Para sus nuevas flores
A la fértil verdad de tu belleza,
Y que en meses ajenos
Pródigas abran sin temor los senos.
De tu cerviz reciba
Cándido lustre el de la rosa pura,
Como animar procura
Su carmesí en tu rostro la mas viva;
Dén tus labios crueles
Púrpura mas soberbia á los claveles.
El cogollo mas tierno
Crezca con ambicion de formar selva
Tan firme, que aunque vuelva
A herirla por asaltos el ivierno,
Ni le marchite el brio,
Ni agrave mas sus hojas que el rocío.
Por tí con los jardines
Mas prósperos compiten estas peñas,
Que entre gramas risueñas
Te producen violetas y jazmines,
Para que de los dones
Que tu hermosura influye la corones.
Ya, al favor de tus ojos,
Entre frutos pendientes, el otubre
Segunda flor descubre,
Y te ofrece esperanzas y despojos;
Porque en entrambas suertes
Anticipados regocijos viertes.
Mas ay, que cuando inspiras
El no esperado honor con que se apresta
Para tí la floresta,
Haciendo en el vigor de cuanto miras
Tan dichosa mudanza,
Mísera yace y sola mi esperanza.

GLOSA.

Señora de l'alma mia,
Pareceis aurora bella,
Mas hermosa que la estrella
Y mas luciente que el dia.
Dejad ya vuestra porfía;
No me trateis, no, tan mal;
Que deste fuego infernal
Me siento de tal manera,
Que, á ser hombre, no pudiera
Sufrir la pena inmortal (7).
Señora, si es vuestro intento
Ver lo que puedo sufrir,
Sabed que no habrá tormento
Con que llegueis á medir
El término al sufrimiento.
En la mayor agonía
Cobra esfuerzo y osadía,
Y crece, cuando pondera,
Que sois vos la verdadera
Señora de l'alma mia.
Vos sois el dueño y el cielo
De quien la tiniebla nace,
A sombra de cuyo velo
Tal vez mi esperanza yace
Envuelta en su desconsuelo.
Mas cuando, luciendo en ella,
Vuestro favor atropella
La escura desconfianza,
Luego á la misma esperanza
Pareceis aurora bella.
Y aurora sois, de quien huye
La noche, de vos vencida,
Y vuestro albor restituye
Los colores y la vida
A la region donde influye.
Y cuando delante della
A descubrir su luz bella
La estrella mayor se ofrece,
A todo el cielo parece
Mas hermosa que la estrella.
Mas ¡ay triste! que en razon
De tan superior poder,
Vuestra libre condicion

(1) Entrándose alevosa por las venas. (*Texto de Bolh.*)
(2) Celestialmente blanda. (*Id.*)
(3) Dispone que amenaza, no asegura. (*Id.*)
(4) Con dulce violencia,
Crueldad tirana, hacer el bien visible. (*Id.*)
(5) Su inocencia. (*Id.*)
(6) Y como abril reviste el pensamiento. (*Id.*)

(7) Escrita por un personaje casado en ciernes, por lo cual no le permitian hacer vida matrimonial.—Laméntase de su esposa, atribuyéndole tal determinacion.

No querrá humanarse á ser
Dueño de mi corazon.
Pero si á la lozanía
De la luz que el cielo envia
Excede vuestra hermosura,
Tambien es mi fe mas pura
Y mas luciente que el dia.
Cobra mi fe su esplendor
De vuestra porfía ingrata;
Pues cuando con mas rigor
La persigue y la maltrata
Hace su causa mejor.
Y pues merecer confía
Gloria en vuestra tiranía,
Permitid que la merezca,
O para que desfallezca,
Dejad ya vuestra porfía.
Mas esto ¿quién lo pretende
Contra vuestra inclinacion?
Que aun el gusto con que atiende
A doblarme la pasion,
Porque me anima, os ofende.
Regid pues con medio igual
Esa fuerza natural,
Con que obra vuestro desden;
Y á lo menos, ya que bien,
No me trateis, no, tan mal.
Mas arde en fuego mi pecho
Tan implacable y tan fuerte,
Que, aunque os ablandeis, sospecho
Que la enmienda de mi suerte
No lo hallará de provecho.
Siendo así, de incendio tal
¿Qué espero? Qué mayor mal
Esperara del eterno?
Qué mayor del mismo infierno,
Que deste fuego infernal?
No por mejorar de vida
Mi obstinada suerte lloro;
Pues con fe mal conocida
De vos, mis daños adoro,
Sin que el esperar lo impida.
Confieso que él persevera;
Mas á vuestra ley severa
Há mucho que lo sujeto
Desde que acá en mi secreto
Me siento de tal manera.
Tan unido á vos me siento,
Y de estarlo tan ufano,
Que, á contemplaros atento,
He dado al afecto humano
Alas, como al pensamiento;
Y pues llegué á vuestra esfera
Por transformacion entera,
Que del cuerpo me desnuda,
Espíritu soy sin duda;
Que á ser hombre, no pudiera.
El amor y la razon
Guardaron sin duda en mí,
Al formarme, tal union,
Que para penar nací,
Por suerte y por eleccion;
Y así, para empresa tal,
Que es voluntaria y fatal,
Quisiera ser mas valiente,
Y para continuamente
Sufrir la pena inmortal.

DÉCIMAS.

Aunque ocupen mi secreto,
Fili, fabulosas glorias,
Por verdaderas historias
Al alma las interpreto,
Y como eres tú el sugeto
A quien ella unirse aspira,
Cualquier vislumbre la admira
Tanto, que, como elevada,
La podrás ver humillada
A los piés de una mentira.
No porque no alcanzan bien
Los ojos lo que les falta
Para posesion tan alta
Desde el término que ven;
Sino porque tu desden,
Enemigo desta union,
No admite su adoracion;
Y así, la traigo con arte
A que adore aquella parte
Que da la imaginacion.
Alegre desta manera
Tierno infante se derriba
Sobre la luz fugitiva
Que del cristal reverbera;
Que ufano coger espera
Los resplandores cercanos,
Y aunque ve en ajenas manos
El vidrio que los envia,
Desengañado porfía
En hacer esfuerzos vanos.
La imaginacion ofrece,
Liberal, á sus deseos
Los premios y los trofeos
Que ningun mortal merece;
Y cuando mas se envanece
En esta prosperidad,
Llega la cruel verdad,
Y quítale los despojos,
Hiriendo al alma en los ojos
Con molesta claridad.
No te ofenda esta clemencia
Que tu sombra da á mis males;
Que efetos son naturales,
Amada Fili, á tu ausencia;
Y es como la Providencia,
Que aliento y riqueza entrega
Al bárbaro que la niega,
Sin perder de su decoro,
Cuanto mas á mí, que adoro
Lo que á parecerte llega.

DÉCIMAS.

Apriétame de manera
Cierto pensamiento mio,
Que cuanto mas lo desvio,
Se introduce y apodera.
¿Qué no hará si persevera
En seguir su competencia?
Y mas, si mi resistencia
Acude á paso tan lento;
Que pierde el merecimiento
La contraria diligencia.
Aunque (por decir verdad)
Tan agradable se ofrece,
Que atropellarlo parece
Villanía y crueldad;
Terrible severidad
Es esta de la razon:
Que arme á un tierno corazon
Contra el hijo natural.
Luego, si resiste mal,
No le cause admiracion.
No hago todo lo que puedo,
Y no puedo mas hacer;
Que á la gloria de vencer
Tengo cobrado gran miedo.
Es mengua, yo lo concedo;
Mas si con fuerza lo evito,
Doyle vigor infinito,
Porque, al fin, he descubierto
Que cuanto mas lo divierto,
Crece porque lo ejercito;
Que como al alma acompaña
Este apacible importuno,
En viendo descuido alguno,
Valiéndose dél, la engaña;
Y de tal gloria me baña,
Infundido por el seno,
Que no le tuvo tan lleno
De Apolo alguna sibila
Como cuando en mí distila
Su dulcísimo veneno.
Retrátame en la memoria

De Amarílis la belleza,
Y aquí no hay naturaleza
Que resista á tanta gloria;
Mas si queda esta vitoria
(Por resistida) imperfeta,
Acude con nueva treta
Eficaz y poderosa,
Y pintamela piadosa,
Que es con lo que me sujeta.
Al fin, viene á ser deseo
Esto que me hace la guerra,
Que derribado por tierra,
Cobra fuerzas como Anteo.
Del aprieto en que me veo
(Pues nunca inferior me vi)
Yo solo la causa fuí;
Porque no fuera Dios fiel,
Si le hubiera dado á él
Mayores fuerzas que á mí.

DÉCIMAS.

Cuando la razon tenia
Mis afectos concertados,
Le fueron tiranizados,
Y á mi ver, sin tiranía;
Porque amor, que pretendia
Ser dueño del corazon,
Le mostró á Filis accion
Tan apacible y tan fiel,
Que ya no ha dejado en él
Ni un átomo á la razon.
Y luego que á la obediencia
De Filis tuvo rendidos
Con los fáciles sentidos
Los de mayor excelencia,
En lo puro de mi esencia
(A cuya luz no se atreve
Ni una nubecilla leve)
Le dedicó el vivo altar,
Donde se humana á acetar
El culto que se le debe.
En esta region secreta
No tiene el engaño parte,
Ni la adulacion ni el arte,
Que á la fortuna respeta;
De la sencillez perfeta
(Diosa en esta esfera) alcanza
Mi decoro su alabanza,
Porque, á merecer atento,
Ejercita el sufrimiento,
Y no escucha á la esperanza.
Generosa la pureza
Se entraña aquí en las acciones,
Por quien aceta sus dones
Otra no vulgar nobleza;
Que como naturaleza
En lo esencial siempre es una,
No son de importancia alguna,
Para premiar voluntades,
Las falsas desigualdades
Que introdujo la fortuna.
Y así, con esta igualdad
(Aunque á la humana licencia
Pone Filis reverencia,
Y horror su divinidad)
Las alas de mi verdad
Por los claros aires pruebo,
Donde con ejemplo nuevo
Propicio al sol me asegura,
En cuya luz limpia y pura
Con felicidad me elevo.
Por fértiles ya no pueden
Caber sus efectos dentro
En mi fe; y así, del centro
Que los atesora exceden.
Y él, aunque mas raros queden
Cuanto menos exteriores,
Muestra en ellos sus favores,
Atónito de que pudo
Llevar con silencio mudo
Finezas tan superiores.
Mas si en el estéril seno
Es amor quien los cultiva,
Cierto es que dél se deriva
Fruto de sazon tan lleno.
Así con humor ajeno
Crecen pimpollos altivos,
Que en infelices olivos
Ingirió industriosa mano,
Y el árbol se mira ufano
De los ramos adoptivos.

DÉCIMAS.

Burléme (yo lo confieso)
De tus cadenas, amor,
Mas no merecí el rigor
Que padezco, en ellas preso.
A mi exceso (si fué exceso)
Excede el de tu venganza;
Pues ya en mi nueva mudanza
No solo pruebo su furia,
Sino que adoro la injuria
De tu pérfida esperanza.
Si te ha ofendido la historia
De mi desdeñosa edad
(Demás que su libertad
Fue materia de tu gloria),
Nunca es mayor la vitoria
Que el esfuerzo del vencido;
Y tú sabes que lo he sido,
No desarmado ni huyendo,
Pues me hallaste resistiendo,
Valiente y apercebido.
Y ambos podemos por esto
Fundar justa competencia,
Tú en mi grande resistencia,
Yo en lo mucho que te cuesto;
Pues para rendirme has puesto
Contra mi libre opinion
La mas alta perfeccion,
Armas, con cuyo poder
Te fuera fácil traer
Los dioses á tu prision.
El resplandor de unos ojos,
Donde tus flechas enciendes,
A cuya deidad suspendes
Los enemigos despojos,
Allí entre tus dardos rojos
Gimen corazones vivos,
Que padecen, por altivos,
Los efetos de tu ira;
Y porque Clóris los mira,
Se precian de tus cautivos.
Tú allí, pues tanta noticia
Tienes de mi esfuerzo, advierte
Que estimar al cauto y fuerte
No es piedad, sino justicia.
Verás cómo en tu milicia,
Las finezas que yo enseño
(Que siendo de mejor dueño,
No he de mostrar menos brio),
Si cuando arde el hierro frio,
Arde mas que el seco leño.
Mas, ay, que en plazos tan largos
Esta esperanza risueña
(Aun cuando los desempeña)
Obra efectos mas amargos.
Así con los ojos de Argos
El pavo al sol desafia,
Y cuando mas lozanía
Muestra en las plumas lucientes,
Triste y con ojos prudentes
Encoge su gallardía.
No trate desta manera
Tu esperanza á quien la sigue,
Sino es para que castigue
Al que sus glorias espera;
Pues cuando mas verdadera
Y constante nos parece,
Recibimos las que ofrece
Los que en su fe confiamos,
Y al fin velando soñamos,
Y el desengaño enmudece.

DÉCIMAS.

Silvia, dos arcos te ha dado
Para tus cejas Cupido,
De ébano son (no bruñido,
Dices tú, sino aserrado);
Mas ni el marfil transformado
En el honor de tu frente
Recibe sombra indecente,
Ni el de las pestañas graves
Turba en tus ojos suaves
La serenidad luciente.
Antes sus flechas envia
Con esos arcos amor,
Y el vecino resplandor
Es su aljaba ó su armería.
En ellos la diestra impía,
De rendir no satisfecha,
Las puntas de oro pertrecha
De cierto rigor tan vivo,
Que es ya un rayo vengativo
El cuento de cada flecha.
Ese casto ardor sereno,
Que el alma en tus ojos puso,
Hierve en las flechas infuso,
De clemencia y de ira lleno;
Que ambas fuerzas desde el seno
Tu ardiente luz les inspira,
Cuando á su instancia las mira,
Para que obre mas estragos
La clemencia con halagos
Que con desdenes la ira;
Que el golpe de un desden claro,
Aunque atormente, no injuria,
Pues no es descortés la furia
Que nos previene al reparo;
Mas ¿quién prevendrá un tan raro
Género de rendimiento,
Si lo advierte el mismo acento
Que halaga con la bonanza,
Animando la esperanza
Con mengua del sufrimiento?
Así el favor nos oprime,
Silvia, en tu vista risueña
Mas que cuando nos desdeña
Desde su altivez sublime.
¿Quién no yace ó quién no gime
A tu libre condicion?
Tragedia es y adulacion,
Que, en fe de sí misma, atiende
A la crueldad, que pretende
Que la llamemos razon.
Di que es crueldad, no la dores;
Que á la razon no ha de hacer
Ministro al mismo placer
Del mayor de los rigores.
Como áspid entre las flores,
Nos da la muerte escondida,
Para que asalte la vida,
Cuando en tu gracia inhumana
Se entretiene mas ufana
Y menos apercebida.
Silvia, no mas; considera
Si es bien que luego comiences
Á conservar lo que vences,
Porque tu gloria no muera;
Caiga la piedad severa,
Con que há tanto que fulminas
Desde esas luces divinas;
Que no es gloriosa vitoria
La que encomienda su gloria
Al horror de unas ruinas.

DECIMA (1).

Dulce señora, no hallar
Fiel vuestra bala quisiera,
Pues siendo verde y de cera,
Me previene á no esperar;
Porque escondeis el azar
En lo hueco de lo verde,
Para que por él me acuerde
Que con esperanza vana
Cuanto en lo exterior se gana
En lo sustancial se pierde.

(1) A una señora que en Carnestolendas le arrojó una naranjilla con agua de azahar.

REDONDILLAS.

Bella Amarili, entre tanto
Que con tu valor preparas
A tu nombre templo y aras,
Y al mundo agradable espanto,
No te desdeñes si tiento
Con desigual instrumento
El curso de tu alabanza,
Aunque á tan grande esperanza
No corresponda el acento.
Mira bien que muchas veces
Dios se adora en pobre techo,
Y que aumenta su derecho
La parte en que le pareces;
Pues con este ejemplo enseña
Que es verdad que no desdeña
(Puesto que él alumbre el cielo)
Al que acá con puro celo
Le ofrece una luz pequeña.
Para que el mundo merezca
Gozar el sol de tu nombre,
Será bien que yo lo asombre,
Y mi verso lo escurezca;
Y si divina piedad
Dispone tu voluntad,
Concede á la humana vista,
Para que tu luz resista,
Mi piadosa escuridad;
Que aun aqueste velo escuro,
Haciendo su proprio efeto,
Lo trocará de imperfeto
En resplandeciente y puro;
Como cuando el sol embiste
Una nubecilla triste,
Que él se cubre y descolora,
Y ella se inflama y se dora
De los rayos á quien viste.
Y si tienes por mejor,
Porque nadie ose mirarte,
Soltar tu luz y ocultarte
Con tu mismo resplandor,
Es exceso, y mas conviene
Que se corrija y refrene
El deseo temerario
Con el poder ordinario
Que en sí tu belleza tiene.
El que se atreve á esperar
(Si tu modestia lo admite),
Sepa cómo no permite
Ni un pensamiento vulgar.
Premie y castigue al que mira,
Hagan la risa y la ira
Tu mansedumbre severa,
Sin saber de qué manera
Se comunica y retira;
Que como tu perfecion
Es hecha de extremos bellos,
Fué menester disponellos
Con notable proporcion;
Y así, con volver los ojos,
Nos das y quitas despojos
Con justicia y con clemencia,
Infundiendo reverencia
En los humanos antojos.
Así yacen confundidos
Donde esperaron victoria,
Cebados de aquella gloria
Que prometen tus sentidos.
Pues cuando ellos dan indicios
Favorables y propicios,
Se aleja mas la salud,
Porque es tu grande virtud
La que les da sus oficios.

Tal es la parte sensible;
Que la de mas importancia
A toda humana elegancia
Se presenta inaccesible;
Mas quien saberlo desea
(Para que en algo la vea)
Considere la belleza
Cuando la naturaleza
La trazó en su misma idea.
Está en sus colores varia,
Divinamente encendida,
En su variedad unida,
Y en su misma union contraria;
Cual paloma que en el cielo
El sol en medio del vuelo
Ya la dora, ya la esmalta,
Y de muy luciente y alta
Burla los ojos del suelo.

REDONDILLAS.

Mil quejas, niña, me has dado
De que, pues te quiero tanto,
¿Por qué en mis versos no canto
Tu hermosura y mi cuidado?
Y por lo que á tu valor
Con humildad reverencio,
Llevo mal que mi silencio
Se interprete á desamor.
En la mano tengo excusas,
Que (siendo tú misma el juez)
Apostaré que otra vez
Ni te quejas ni me acusas.
Primero los piés te beso
Por el favor desta queja;
Pues bien entender se deja
Que me haces merced en eso.
Yo, amiga, en esto de versos
Soy escrupuloso mucho;
Que ni los leo ni escucho
Si no son cultos y tersos,
Continuados y enteros;
No como los que al principio
Son los primeros de ripio,
Por lograr los dos postreros.
Y por no los hacer tales,
Me retiro, como sábio;
Que no quiero hacer agravio
A tus prendas ni á mis males.
Demás que (aunque los hiciera
Mejores que Garcilaso),
Sospecho que en este caso
Tampoco te obedeciera.
No porque no sea muy justo
Que tu nombre en versos ande;
Mas porque el peligro es grande,
Y muy abreviado el gusto.
Huya quien de veras ama
Destas burlas peligrosas;
Que no es bien poner sus cosas
En la boca de la fama.
Vamos buscando mil modos
Para deshacer sospechas,
Y apenas quedan deshechas
Con usar muy bien de todos;
Y por un gusto liviano
De seis consonantes juntos
¿En maliciosos barruntos
Pondré firmas de mi mano?
Yo sé lo que estos errores
Han dañado á los poetas,
Por no tener muy secretas
Aficiones y favores.
Guarda el otro su secreto
Sin querer en él testigo,
Encúbrelo de un amigo
Y dicelo en un soneto.
El contento descubierto,
Pierde la gracia de raro;
Demás que el hacerle claro
Es furor y desconcierto.
Por una parte me glorio
Que nadie me sabe un brinco,
Y por otra, con ahinco
Convido á ver mi escritorio.
¿Quieres que los de tu casa
Hagan sus sospechas ciertas,
Y que ventanas y puertas
Cierren al aire que pasa?
Pues ¿qué será mejor, loca?
¿Vernos los pasos tomados
Con clavos y con candados,
O echármelos yo en la boca?
No, no, callemos, amiga;
Que el remedio mas perfeto
Para que dure un secreto,
Es que ninguno lo diga.
Y en este punto recelo
De enviarte este papel;
Y si has de ser poco fiel
A tí misma, romperélo.

ROMANCE (1).

No debe á mayo las flores,
Ebro, esta vez tu ribera,
Sino á la luz que despiden
Los ojos de Silvia y Celia.
Salieron de la ciudad
Por vestir de honor las huertas
Que tus márgenes adornan,
Y en tu corriente se espejan.
Las almas, que el esplendor
De su hermosura contemplan,
Reciben de su virtud
Otra interior primavera.
Volviendo al campo los ojos,
Le convierten en floresta;
Súbitas nacen las rosas,
Los claveles, las violetas.
Mas cuando al árbol gentil
Lasciva abraza la hiedra,
Lo confunden con jazmines
Entretejidos apriesa.
La honestidad los produce,
Que en las dos ninfas severas
No permite que un ejemplo
De posesion se parezca,
Porque á ningun trofeo
Aspiren la esperanza ni el deseo.

SONETOS.

I.

Mírame con piedad, y arda el cometa,
Filis, que agora pálido nos mira;
Que á quien tus ojos muestra amor sin ira,
¿Cuál término fatal no le respeta?
Y absorto (que es lo mas) en la secreta
Felicidad que aquel favor le inspira,
Ni de amenaza superior se admira,
Ni en dudosos prodigios la interpreta.
Destos bienes, elévame al segundo;
Que al primero no aspiro, aunque me libre
De la alta indignacion que arma el portento.
Su infausta luz contra los cetros vibre,
Y como deje en paz mi arrobamiento,
Vierta discordia y descomponga el mundo.

II.

¿Cual mérito aspiró, Filis, á tanto,
Si no fué remitiéndose á la suerte?
¿Cómo me ofreces hoy, con ofrecerte
Para sugeto de mi humilde canto?
Ya con súbitas alas me levanto,
Pues tu favor en cisne me convierte,
Para hacer á la envidia y á la muerte
Gloriosa injuria y apacible espanto.
Cantaré cómo arroja en tu hermosura
Divinidad el alma, y cómo inspira
En todas tus acciones influencia;

(1) Pintura de dos hermósas.

Y cómo en tu mirar muestra la ira
Tanta conformidad con la clemencia,
Que no sé si amenaza ó asegura.

III.

De antigua palma en la suprema altura,
Con los sacros olores del oriente,
Para su parto y muerte juntamente,
Hace la fénix nido y sepoltura.
Mueve las alas para arder segura,
Que el fuego á su esperanza está obediente;
Y así, sus llamas fieles mas luciente
La restituyen á la edad futura.
Desta manera en la sagrada palma
De vuestro alto valor arder presume
Mi pensamiento alegre entre sus ramas;
Que vuestro ardor da vida al que consume;
Y así, no es temerario el que á sus llamas
Entrega el gran depósito del alma.

IV.

Estas son las reliquias saguntinas,
Injuria y gloria al sucesor de Belo,
Cuando en fábrica excelsa las vió el cielo
Al orbe origen de la luz vecinas.
De hiedra presas yacen, y entre espinas,
Con que sus riscos arma el yerto suelo,
Y hoy libran la venganza y el consuelo
En la contemplacion de sus ruinas.
Sagunto precia mas verse llorada
De la posteridad que si á Cartago
Con propicia fortuna leyes diera.
Oh tú, que sobrevives al estrago,
Cándida fe, procura que yo muera,
Si amor me tiene igual piedad guardada.

V.

Hago, Fili, en el alma, estando ausente,
Para hablarte animosas prevenciones,
Y tú con un mirar las descompones;
Yo enmudezco, turbado y obediente.
Mas es mi turbacion tan elocuente
(Efeto destas fieles turbaciones),
Que aquella voz que huyó de mis razones,
Persuade en los ojos y en la frente.
Claro está que si sientes ablandarte
Para poner á mi verdad en duda,
Ni te queda licencia ni derecho.
Para esto amor de ornato las desnuda;
Que introducir piedad, Fili, en tu pecho
No puede ser jurisdicion del arte.

VI (1).

Ya el oro natural crespes ó extiendas,
O á componerlo con industria aspires,
Lucir sus lazos ó sus ondas mires,
Cuando libre á tus damas lo encomiendas.
O ya, por nueva ley de amor, lo prendas
Entre ricos diamantes y zafires,
O bajo hermosas plumas lo retires,
Y el traje varonil fingir pretendas;
Búscate Adónis por su Vénus antes,
Por su Adónis te tiene ya la Diosa,
Y á entrambos los engañan tus cabellos;
Mas yo en la misma duda milagrosa,
Mientras se hallan en ti los dos amantes,
Muero por ambos, y de celos dellos.

VII.

Visto has, amor, que no el rebelde brio
De afecto natural, ni la violencia
De belleza exterior, á tu obediencia
Redujo al libre pensamiento mio;
Hasta que con mas noble poderío
La razon allanó mi resistencia,
Y por su autoridad y en su presencia,
Juró tu servidumbre mi albedrío.
Mas aunque la prision que arrastro suena,
Y ufana mi eleccion sostiene el peso,
No se oye, ó no se admite, ó se aborrece.
Adorna tú los méritos del preso,
Pues su verdad desnuda no merece
Que Cintia quiera asir de la cadena.

VIII.

¿Quién me dará jazmines y violetas
Para ceñir á un vencedor las sienes,
Que convirtió en halagos los desdenes,
Donde amor despuntó tantas saetas?
Diosa Ocasion, ¿produces tú ó sujetas
El principio fatal de nuestros bienes?
Rendiste á Clori; omnipotencia tienes,
Y son ministros tuyos los planetas.
Rendísteme de asalto repentino
(Con fraude por el mismo amor trazadá),
La fuerza en que encerró toda su gloria;
Que él nació de hurto, y la traicion le agrada.
Yo vine, vi y vencí mayor vitoria
Que dió el oriente al vencedor latino.

IX (2).

Viéndome Fili en manos de la muerte,
Heróicamente se movió á clemencia,
Y á su altivo decoro dió licencia
Para inclinarse á remediar mi suerte.
Sintió el sugeto, de poder mas fuerte
Que el natural, la dulce violencia;
Que amor en el crisol de la experiencia
Los accidentes en salud convierte.
Si ya no huyeron, Fili, de la gloria
Que allí vieron salir de tu belleza,
Que en su presencia todo es luz y vida;
Atónita quedó naturaleza,
Contra sus mismas leyes socorrida,
Y preciándose amor de la vitoria.

X.

Suelta el cabello al céfiro travieso,
Para que recompense, oh Cintia, un rato
De los muchos que usurpa el aparato
Que le añade, no gracia, sino peso.
¡Cuánta mas luz que coronado ó preso
Nos descubre, ondeando sin recato!
Y dime si en las leyes del ornato
Respondió al arte con tan gran suceso.
A cabellos de mal seguros reyes
Ofrezcan ambiciosos resplandores
Las ondas, y las minas del Oriente.
Los tuyos, ni los crespes ni los dores;
Y pues crecieron en tan libre frente,
Imiten su altivez, no guarden leyes.

XI.

Cuando me miras, Clori, de luz lleno,
Horizonte á tus ojos me figuro;
Tu sol influye en el afecto escuro,
Si influye en el espíritu sereno;
Y cuando altos reflejos dentro el seno
A la luz eficaz volver procuro,
Bien corresponde lo luciente y puro,
Pero exhala sus nieblas lo terreno.
No, sol, tu vista entonces, sino aurora,
Su vapor imperfeto desvanece;
Mas si tal vez se esfuerza á formar nube,
A pesar de sí misma resplandece;
Porque en el punto que á tu esfera sube,
Tu noble resplandor la inflama y dora.

XII.

Tajo, producidor del gran tesoro
(Si á la fama creemos), cuya arena
De zafiros y perlas está llena,
Tus aguas néctar, tus arenas oro;
Tú pues, acrecentado con mi lloro,

(1) A una dama que se vestia de hombre.

(2) Escribióse con ocasion de haber un caballero sanado de una enfermedad, que padecia, con lo mismo que naturalmente habia de agravarla.

Serás testigo de mi amada pena,
Como sujeto á lo que amor ordena,
Buscando vida, á quien me mata adoro.
Cuando mi pastorcilla en tu ribera
Busca las conchas que creciendo arrojas,
Y con su blanco pié tu orilla toca,
El bien que gozas, agua lisonjera
(Que al fin lo has de besar, pues que lo mojas),
Lo usurpas al oficio de mi boca.

XIII.

Ese pájaro, Cintia, que del hielo
Huye á tus manos, y con osadía,
Cuando le sueltas, á volver porfía,
¿Dónde aprendió la fe de nuestro celo?
Ella le encaminó al segundo vuelo,
Y así obligado á tan celosa guia,
Ni al nido volverá, por mas que el dia
Aclare el aire que le turba el cielo.
¡Oh pajarillo fiel! pues nos igualas
En ese afecto que tan vivo tienes,
Si te dan libertad, vuelve á entregarte.
Vuelve á buscar la gloria en los desdenes,
Pues dos veces amor, para animarte
A un vuelo tan feliz, te dió sus alas.

XIV.

Debajo de una alta haya Melibeo
Retrataba á Faeton en el cayado
De aquel rayo de Júpiter pasado,
Que dió fin á su altísimo deseo.
De la otra parte pinta el caso feo
(Despues de haber el mundo amenazado)
De Pompeyo, en la barca degollado
Por obra del ingrato Ptolomeo.
Y viendo sus pinturas acabadas,
Les dice á las figuras valerosas:
«Tercero me hicieron mis querellas;
Y el mundo os tiene envidia, almas preciadas,
Pues ya que no acabamos grandes cosas,
Morimos en la fe de acometellas.»

XV.

De la union, Silvio, con que amor prospera
O endiosa nuestras almas, el conceto
Que la esperanza forma es tan perfeto,
Que la opresion del yugo le aligera.
Y así, quien ama y dice que no espera,
Por ostentar mas fe al amado objeto,
A su interior verdad pierde el respeto,
Sin cuyo alivio ni alentar pudiera.
Bien que si, generosa en la tardanza
(Mientras que en gloria no se le convierte),
A finezas mas nobles les convida,
Sufra y espere, mas con ley tan fuerte,
Que aunque le falte esfuerzo, no le pida
Jamás el sufrimiento á la esperanza.

XVI.

Amor, si de la parte mas perfeta
Jamás mi sol su viva luz retira,
En vano Filis con piedad me mira,
Y enciendes en sus ojos tu saeta.
No como yo lució sobre el Oeta
El héroe que amó tanto á Deyanira,
Ni la cumbre de Olimpo está de la ira
De los rayos y vientos mas quieta.
Y así como allá encima de su altura,
Cuando por religion sube la gente
Las cenizas de antiguos sacrificios,
Fili hallará guardados altamente
De mi primero amor sacros indicios
Con fe y tranquilidad serena y pura.

XVII.

Ya resplandece en mí como nativa,
Laura, tu candidez, no como ajena;
Que el indómito afecto me serena,
Y sus errores generosa y viva.
Así del claro Pólux se deriva
La que sosiega al mar, y al euro enfrena,
Para que del honor fraterno llena,
El tenebroso Cástor la reciba.
En virtud pues de amor tan noble y fuerte,
Que, á pesar de asechanzas naturales,
Lo mas terreno en celestial convierte,
Preciémonos de amantes celestiales;
No reconozca al tiempo ni á la suerte
La union de dos sustancias inmortales.

XVIII.

Bien sé yo, Cintia, el culto que se debe
Al que de dos sustancias desiguales
Tan superiores forma los mortales,
Que es cada cual un dios de un mundo breve;
Y que este honor le obliga á que se eleve
Sobre el ser de las obras naturales,
Y asaltando esas máquinas fatales,
Viva unido á la causa que las mueve;
Y soy con esto á quien tu amor desvia
Del uso deste gran conocimiento
Por la divinidad de tu hermosura;
Y á venerarte vive tan atento,
Que gime si tal vez se le figura
Que puede tener fin su idolatría.

XIX.

Amor, que en mi profundo pensamiento
Sus nobles fuerzas aprestadas tiene,
Tal vez armado hasta los ojos viene,
De donde á los de Cintia lo presento.
Mas ella, opuesta al raro atrevimiento,
Para que en lo futuro se refrene,
Aquella risa, aquel favor detiene,
Con que suele aliviar el sufrimiento.
Huye á su centro el dulce dueño mio,
Temeroso y cortés; que no hay sugeto
Que contra sus desdenes muestre brio.
Yo deste rayo, no por el efeto
Que en los mortales hace, me desvio,
Mas porque sirve á celestial preceto.

XX.

Huyo de tí, y á tus umbrales llego,
Como tú infieles, Gala, y temo hallarte;
Triste, que busco en los peligros parte
Fiel y segura para mi sosiego.
Puédenlo ser tus fraudes, no lo niego;
Mas viéndote, ¿quién pudo desamarte?
Ya mis nuevas defensas quito al arte,
Y á tu pérfido antojo las entrego.
Yo moriré quejoso y tuyo, Gala,
Habiendo sido fábula increible
De fe indiscreta y vergonzosa pena.
¡Oh justicia de amor! ¡Que no es posible
Avenirme contigo aunque seas buena,
Ni dejarte de amar, aunque seas mala!

XXI.

Su cabello en holanda generosa
Fili enjugó, imitando al real decoro
Con que orna su tocado, persa ó moro,
Bárbara infanta ó preferida esposa.
Notando mi atencion la inculta hermosa,
Libró del lino el húmedo tesoro,
Y suelto en crespas ondas, cubrió el oro
La cerviz tersa que extendió la rosa.
Y el pecho en que de pura leche iguales
Forman sus dos relieves paraíso,
Donde benigna honestidad se anida,
Yo no sé si premiar ó matar quiso;
Que ambos objetos dan veneno y vida,
Avaros de su gloria y liberales.

XXII.

Fili, en tus ojos mi atencion respeta
(Antes adora) aquellos altos fines,
Que, ya su vaga luz tiendas ó inclines,
Muestran furor de indignacion secreta.
Así el tirano en pálido cometa,

Que horrendo vibra prodigiosas crines,
Donde rayan sus lúcidos confines,
Amenazas y estragos interpreta.
Mas pues ya la piedad vence al destino,
Y el mismo horror en la severa lumbre
Descubre al justo ostentacion propicia,
Anúncienos tu rostro mansedumbre;
Que nunca por benigna la justicia
Se contrapuso al disponer divino.

XXIII.

¿Contra qué entrañas, de piedad desnudas,
Niño impaciente del sosiego ajeno,
Las flechas inficionas de veneno,
Y cuerda infatigable al arco añudas,
Si el blanco he sido de las mas agudas,
Y ando de sábias experiencias lleno,
Desde que, herido en limpia edad, del seno
Inexperto vertí lágrimas rudas?
Precia mas que tus jaras descorteses
Tantos ejemplos de mi fe, y no quieras
Que la altivez de Cintia las derribe.
¿Así destruyes lo que amar debieras?
¿Qué agricultor las hoces apercibe,
Resuelto de pegar fuego á sus mieses?

XXIV.

Con dura ley tu halago nos aprieta,
Cintia, que, en fe de que á esperar nos mueve,
Descubre en tí que ni una gloria breve
Quiere que el mas valido se prometa.
Así á la flor que en real jardin secreta,
Ni el huésped raro ni el cultor se atreve,
La lluvia, el sol y el mismo soplo leve,
Que juega con sus hojas, la respeta.
¿Cuál prevencion podrá evitar los daños
Que obran en las clemencias y favores,
Lo mismo que en desdenes y mudanzas?
No mas, benignidades exteriores,
Pues cuando me animais con esperanzas,
A mejor luz os hallo desengaños.

XXV (1).

Si amada quieres ser, Licóris, ama;
Que quien desobligando lo pretende,
O las leyes de amor no comprehende,
O la naturaleza misma infama.
Afectuoso el olmo á la vid llama,
Con ansias de que el néctar le encomiende,
Y ella lo abraza y sus racimos tiende
En la favorecida ajena rama.
¿Querrás tú que á los senos naturales
Se retiren avaros los favores,
Que (imitando á su autor) son liberales?
No en sí detengan su virtud las flores,
No á su benignidad los manantiales,
Ni su influjo las luces superiores.

XXVI.

Si el alma sus afectos desordena,
Justo es que tu desden sienta, Licina:
Pero si á venerarte los inclina,
¿Por qué la infamas con la misma pena?
Dirás que no se sigue; que si truena
Júpiter, y con llama repentina
Tal vez sus mismos templos arruina,
La adoracion de su deidad condena.
Si, pero es bien que mi interior respeto,
Para que tus desdenes no la infamen,
Lo examines primero á tu albedrío.
O remiteme á mi el sutil examen
De si ardió ó si esperó; que, á riesgo mio,
Yo me sabré avenir con mi secreto.

XXVII.

El nombre, oh Cintia, que en el tiempo dura,
Que estima jaspes y epitafios ama,
Adoraréle yo si en sacra llama
Cobra esplendor para la edad futura;
Que ya, sin esperar mi sepoltura,
Con opinion anticipada fama
A la prudente sencillez inflama,
¿Quién sabe si á la horrenda envidia apura?
Trocadas pues las veces en mi suerte,
A mis posteridades sobrevivo.
Mas si en tu aprobacion no me renuevo,
Del culto de las artes ¿qué recibo?
A la naturaleza ¿qué le debo?
¿Qué importan las promesas de la muerte?

XXVIII.

Tanto ha podido un pensamiento honesto,
Ilustrado de aquella virtud pura,
Que ha vuelto racional la parte oscura,
Y su deleite lícito y modesto.
El cuerpo frágil, admirado desto,
Ya noble con la noble vestidura,
Como el villano está, que por ventura
Se ve de toga consular compuesto.
En esta paz que con el alma ha hecho
(Ya mi interior república quieta),
En nuevo siglo de oro me recreo;
Que la razon tiene amistad perfeta
Con los afectos dentro de mi pecho,
Y por eso es tan noble mi deseo.

XXIX.

Ha llegado mi fe á tan raro extremo,
Fili, que cuando aspiro á descubrilla,
Porque la guardo para tí sencilla,
El lustre infiel de la elocuencia temo.
Purpúrea se nos muestra en lo supremo
Del aire á varia luz la palomilla,
Y cuando el mar sus ímpetus humilla,
En el agua parece corvo el remo.
Pues si la misma claridad añade
Tal fraude á la ilusion, que por un rato
La vista humana de las formas duda,
¿Obligaréme al peligroso ornato?
¿Qué mayor bien que la verdad desnuda,
Si con su desnudez te persuade?

XXX.

Vuelve del cielo al peso que le oprime,
Mi espíritu, si en rapto se divierte
Deste inferior distrito de la muerte,
Donde en sus graves eslabones gime.
«Vengo, dice, de ver la ley sublime
(No arbitrio vago de improvisa suerte),
Que acá, encubierta en mansedumbre fuerte,
Su accion en ambos términos comprime.
Y así, pues Fílis (émulo divino)
Con benigna eficacia la ejercita,
Ya no mas diversion de sus desdenes.
Esfuérzate á esperar que los remita;
Que no por sed de peregrinos bienes
Te han de ver las estrellas peregrino.

SÁTIRA PRIMERA.

¿Esos consejos das, Euterpe mia?
Tu plática me deja de manera,
Que no sé si te llore ó si me ria.
Cuando eras fabulosa y lisonjera,
¿Usaras de un estilo y de un lenguaje
Que tanto á tu opinion contradijera?
Superior patria y superior linaje
Te engendró, que no Grecia, la que daba
A sucesos extraños hospedaje.
Y pues ya á la verdad sirves, acaba
De alabarme que siga aquel cuidado,
Que ella en los mas pacíficos alaba.
¿Cuándo á pleitos me viste aficionado
En el estruendo judicial suspenso
Entre el procurador y el abogado?
O ¿cuándo de mohatras cargué un censo,
O cobrar usurario en las calendas,
O sahumar á Mercurio con incienso?

(1) *Si vis amari, ama.* (Ovidio.) *Sit procul omne nefas, ut amaris, amabilis esto.*

¿Yo embarazarme en cambios ó en contiendas?
¿Por cual razon? Ni en tu gentil Parnaso
Crecieron por litigio las haciendas.
Quédate, musa, en paz. A paso á paso;
Que no quiero sufrir que me condenes,
Hasta que mas capaz estés del caso.
Y no me trates mal, pues que no tienes
La licencia que en Roma los esclavos
Para decir malicias y desdenes,
Cuando sus dueños (todo el año bravos)
Sufrian en deciembre las injurias
Y apodos de sus getas y sus davos.
Pero tengo experiencia de tus furias;
Que agora tratas con oprobrio á Grecia,
Y luego alabarás á la que injurias.
¿Ya te aplacaste? Pues escucha y precia
Estos consejos, que te harán mas rico
Que los suyos neutrales á Venecia.
No entiendas que á las fraudes te dedico
De los negocios, ni para que aprehenses
Las leyes justas con sentido inico.
Ni á seguir el tropel de las forenses
Discordias, ni á esgrimir sus artificios,
Para que siempre en sus astucias pienses.
Ni á Italia has de pasar por beneficios,
Para darles asalto con la capa
De que son subrepticios ú obrepticios.
Para engañarlo no verás al Papa,
Aunque te llame el golfo de Narbona
Tan pacífico en sí como en el mapa;
Que si micer Pandolfo trae corona,
Y prebendado ha vuelto ya, Dios sabe
Cuál Simon le ayudó, Mago ó Barjona.
Ya ni en sí mismo ni en su patria cabe,
Ni de su loba pródiga las varas
De gorgoran en su espaciosa nave.
Si tú por estos términos medraras,
¡Qué bascas, qué visajes y figuras,
De puro escrupuloso, nos mostraras!
¡Qué fuera ver nuestro curial á escuras
Tropezar cada paso en infinitas
Amenazas, papeles y censuras!
Ni tampoco yo quiero que repitas
Para reformador y discursante
Sobre todas las leyes que hay escritas.
Ni contra el scita augusto de levante
Quiero que reyes juntes y escuadrones,
Porque tu genio se nos muestre Atlante;
Que á mí risa me dan sus digresiones,
Y el lenguaje sin piés desvanecido,
Que ellos llaman discursos y razones.
Y si doliéndome de ver tu olvido
En cosas de tu hacienda, te encomiendo
Que no andes tan remiso y divertido,
No te hago mercader, aunque ya entiendo
Que hay de tu profesion en este abismo,
A quien por ser cual es no reprehendo.
Sé bien tu inclinacion, y que á tí mismo
Odio mortal cobraras, obligado
A vivir con las reglas del guarismo;
Y mas si en el dinero mal ganado,
Usuras, cambios, prendas, quitamientos,
Hubieses de poner celo y cuidado.
Menos vulgares son mis pensamientos;
Que la cumbre de honor, á que te incito,
Huye medios torcidos y violentos.
No evito yo á Aristóteles, ni evito
A su maestro, al Libio ni al Cornelio
Tácito, ni otros gustos te limito,
Como las doctas noches de Aulo Gelio,
Al buen Macrobio, y del gentil parlero
El sueño de Cipion, la fe de Lelio,
Ni otros muchos, que adrede no refiero,
Filósofos de honor ó historiadores
De precepto ó ejemplo verdadero.
Y cuando entre mas cultos escritores,
Trasformado en abeja, en nuestro monte
Te pluguiere pacer sus varias flores,
Pindaro, Lino, Orfeo, Anacreonte,
Y los Homeros andarán contigo,
Que Archíloco refiere y Jenofonte;
Enio, de empresas árduas fiel testigo,
El gran Virgilio, con su amigo Horacio,
De cuyos plectros fuiste siempre amigo;
El grave Claudiano, el docto Stacio,
El Tibulo, el Catulo, con Propercio,
Liras las tres del venerable Lacio.
Ni te desplacerán en este tercio
Cuatro ó cinco modernos, admitidos,
No sin bastante causa, á su comercio.
Aquí el entendimiento y los sentidos
Tendrán para sus gustos campo abierto,
Y aun á peligro de quedar perdidos.
Luego para evitarlo, bien te advierto
que al gusto en lo mejor tires la rienda
Y pongas en el tiempo buen concierto;
Que es forzoso tratar de la vivienda,
Dar vuelta por tu casa y por la plaza,
Para aumentar ó conservar tu hacienda.
Y perdone Platon, mientras das traza
En cobrarla del otro por sentencia,
Si con cavilaciones la embaraza.
Y cuando sin lesion de la conciencia
Subir puedes la renta, que la subas
Con prudencia; que agora (y por prudencia)
No habitan los Diógenes en cubas,
Ni ellas reciben sino el estupendo
Néctar, oh gran setiembre, de tus uvas.
Nuestra filosofía anda pidiendo
Limosnas, en el hábito escamada
(Digo, en trapos cosidos de remiendo).
Y aunque á los ricos su modestia agrada,
Rabia de hambrienta y muerde las paredes,
Esqueleto, de seca y descarnada.
Y la que soltó al aire las mercedes
Que el insigne Alejandro le ofrecia,
Les arma agora cautelosas redes.
Pues ya que para sí no las queria,
Para otros ¿fueran malas? ¡Oh soltura
Impropria de sagaz filosofía!
En efeto, lo acierta el que asegura
De la fiel Marta aquella parte buena,
Aunque María insista en la mas pura.
Bien que, pues son hermanas y sin pena,
Se avienen entre sí, muy bien se puede
Filosofar y aderezar la cena.
Viendo yo, pues, lo que al valor sucede,
He dejado ternuras y concetos,
Algun rico buscando á quien herede.
Para verificar estos precetos,
¿Qué ejemplos te daré de nuestra gente,
De sus reinos perdidos y sujetos?
Grecia, de letras llena y elocuente,
Por el ócio filósofo obedece
Al fiero architirano del oriente.
Sus déspotos y príncipes, parece
Que trujeron la antigua edad consigo,
Que de oro la llamó quien la encarece.
Cuando nacia voluntario el trigo
(Que el manejar arados ignoraban),
Era el trato pacífico y amigo.
Sin leyes la justicia veneraban,
Y con tal sencillez eran fieles,
Que á sus reyes por dioses adoraban;
Bien que á sombra de un árbol rudas pieles
De fieras eran todos sus arreos,
Tronos, tapicerías y doseles.
Mas ¡ay, que en esta paz nuestros deseos,
De la razon suprema desviados,
Solo ganaban palma en sus museos!
Fulminaban los bronces asestados
Del scita poderoso á sus murallas,
Y ellos, ni del estruendo alborotados,
El uno componiendo sus medallas;
O estudiando sus cifras y reversos,
Muy previsto sin fruto en antiguallas;
Perdido el otro por sus propios versos,
O atento el matemático á su esfera
Imaginaba círculos diversos.
Nadie ponia al pueblo ley severa
Para atajar sus furias y tumultos,
Con que la paz universal se altera.
Ninguno castigaba los insultos,
Notorios todos, porque la insolencia

No los guardaba en el silencio ocultos.
Faltaba en el gobierno diligencia,
Y á los príncipes todos la divina
Lumbre de la comun correspondencia;
Que el valor que en blanduras se afemina,
Con detrimento cierto de las cosas
Públicas, él ministra á su ruina.
Y así, cuando las armas rigurosas
Del turco ejecutaban crueldades,
A los bárbaros mismos lastimosas;
Nadando en sangre humana las ciudades
(Que su horrible cuchillo no respeta,
Ni entonces respetó. sexos ni edades),
Vieras nuestra nobleza mas quieta
Que el ócio mismo, bien que especulando
Lo que suele correr cada planeta.
No, no sobre los muros, animando
A la atónita plebe, que confusa
Perecia, sus nombres invocando,
Puédenos Grecia dar bastante excusa,
Sino la que Arquimedes dar pudiera
Cuando ganó Marcelo á Siracusa;
Que saqueando la ciudad la fiera
Legion, se entró un soldado embravecido
Donde él con su compás de tal manera
Estaba en formar líneas divertido,
Que no sintió el estruendo del asalto,
Ni del romano el súbito ruido.
Pregúntole: «¿Quién eres?» Mas él, falto
De voz para nombrarse, sordo y ciego,
De puro atento, y no de sobresalto,
«No borres estos círculos, te ruego,»
Dice al bravo romano, el cual, creyendo
Que despreciaba su pregunta el griego,
Pásale por el pecho el hierro, abriendo
Postigo al alma, y con la sangre hirviente
Borró sus mismos círculos, muriendo.
Dirán que la omision del occidente,
Y la que hoy dura en los septentrionales,
No fué de nuestro sueño diferente;
Y es la verdad, que Hungría en los umbrales
Miraba la tragedia, y en Polonia
Andaban, por formar su rey, parciales.
Austria, Bohemia, Cleves y Sajonia
Fuerzas mostraban, pero divididas,
Y aun en la religion y ceremonia.
Pues las otras regiones esparcidas
Bajo los Septentriones, no me mandes
Ser fiscal de sus tratos y sus vidas.
De las demás acá brindaba Flándes,
Y con fin ya de zizañar la crisma,
Tiempo buscaban heresiarcas grandes.
No pudiendo caber Francia en sí misma,
Ocupaba otros reinos; Inglaterra
Alegre retozaba con el cisma.
No le convino á España nueva guerra,
Mas cuando la aprobara, ¿en cuántos dias
O siglos arribara á nuestra tierra?
Y tú, entonces, Italia, ¿en qué entendias?
Di tú: «En armar y desarmar tiranos,
Ocupaciones naturales mias;»
»Y por vengar los ódios ciudadanos,
Tratar sin fe mis ligas temerarias,
Con fraudes y con pactos inhumanos,
»Llamaba las naciones mas contrarias,
Pródiga del esfuerzo antes robusto,
Ejercitando sus crueldades varias;
»Porque allí, con el pacto mas injusto
Del orbe, mis magnates se ligaron,
Como Antonio con Lépido y Augusto.
»Al fin, todas discordes nos miraron.
¡Oh imperio fiel! si entonces te juntaras,
Como tus enemigos se juntaron,
»¿Qué tirano comun no atropellaras?
Es cierto que con próspera venganza
En sus reinos el tuyo dilataras.
»Y tiemblas hoy debajo de su lanza,
Mirando el hierro de tu sangre tinto,
Dudoso entre el temor y la esperanza.»
Pero salgamos deste laberinto;
Que la cuerda que atamos en la entrada,
Faltará en el horror mas indistinto.
Y tú, si á vida anhelas descansada,
Acomódate al trato humilde y llano,
Cesa de la divina y retirada.
No contradigo que huyas el profano
Vulgo con Trimegisto, que te endiosa,
Con tal que te gobiernes como humano;
Que la fortuna, ó no reparte cosa
Sabiendo á quién la da, sino así á bulto,
O hasta que se la quita no reposa.
Y si tú no eres uno del tumulto
De los que la frecuentan, si imaginas
Que la traerás á tí viviendo oculto,
A turbia luz la condicion le atinas,
O esperas que otra excelsa providencia
Te cargue de riquezas repentinas.
Agráviate en justicia y en prudencia;
Quien piensa que, de justo ó presumido,
Esperas en la fe de tu conciencia;
Que otro Abacuc, de un pelo suspendido,
Te traiga los manjares por el viento,
A punto, sin tardanza y sin olvido.
Así que, muda estilo y argumento,
Y no te admires de que yo te exhorte
Que animes tus acciones con aliento,
Siguiendo dellas la que mas te importe,
Y que acudas solícito á dar voces
A Roma, ó si te place, á nuestra corte.
Estudios tienes, príncipes conoces,
Por cuyo beneficio en pocos dias
Podrá bien ser que el premio dellos goces;
Y esto sin fraudes y sin simonías;
¿Qué sabes tú la suerte que te aguarda,
Y cuán ingratamente desconfias?
Que no se pierde, no, lo que se tarda;
Y si no lo procuras, si lo dejas,
Dirémos que el descanso te acobarda.
Mas yo quiero callar, pues te aparejas
A responderme, y rato há que te veo
Morder los labios y arquear las cejas.
Señal ¡oh Euterpe! que, con el deseo
Que muestras de mi bien, con animarte,
Mas que con el consejo, me recreo.
Di, ¿qué quieres que haga? ¿He de formarme
De nuevo? He de alquilar inclinaciones,
O puedo de las mias despojarme?
Que puesto que á lo activo me aficiones
A costa de mi genio, es á gran costa,
Gran obra, y mas los medios que propones.
Mas fácilmente correrá la posta
Una tortuga, y por sufrir el hielo
Sacudirá de sí su alcoba angosta,
Que pueda yo, y perdone tu buen celo,
Ser industrioso y ágil, como dices,
Contra la inclinacion que me dió el cielo;
Y los que le resisten infelices,
Cuando de ocupacion tan importuna
Cargan el grave yugo á sus cervices;
El carro van tirando de Fortuna,
Que triunfando la llevan domeñados,
Como á Vénus ó á Juno ó á la Luna;
Que á sus cisnes ó pavos enfrenados,
En mi opinion, serán los pretendientes
Con metáfora propria comparados.
Pues ¿querrás ver mis alas obedientes,
Que sufra su coyunda y tasque un freno,
Aunque lo forje de oro entre los dientes?
El pasaje de Roma no condeno;
Mas, si no para risa de curiales,
¿Para qué seré yo en Italia bueno?
Porque, en vez de afilar los memoriales
Para herir los datarios, precediendo
Tributo y humildad á sus umbrales,
Curioso me verias inquiriendo
Dónde fué el primer muro y el Pomerio,
Que al Aventino monte va excediendo;
En cuál foro se dió al odioso imperio
(Viendo á Lucrecia muerta) la sentencia
Por consejo de Bruto y de Valerio;
Dónde hizo el buen Camilo resistencia
Al Senado inconstante, y en qué parte
Cedió Papirio á la comun violencia.
Los circos, los teatros, donde Marte

Tantos émulos vió como varones,
Para cuya alabanza es muda el arte;
Y adonde yacen de los dos Cipiones
Las venerables casas (hoy ruinas),
Templos de tantos bélicos blasones;
Y en las tierras fructíferas vecinas,
Taladas por el pérfido africano
Hasta las tusculanas y latinas.
¿A cuáles perdonó la astuta mano
Para hacer sospechoso á Quinto Fabio
Con el pueblo y ejército romano?
Mas él vendiólas, como fiel y sábio,
Y libró con el precio muchos presos
Y convirtió en su crédito el agravio.
Pedazos de architrabes y de fresos
Andaria notando, que la gloria
Han sido ya de bélicos sucesos;
Y el ánimo inflamando en esta historia,
Lo libraria del tiempo que ahora corre,
Con la dulzura de mejor memoria.
Pues voyme á nuestra corte, ó á la torre
Que edificó Babel, y de su traje
Madama Hipocresía me socorre.
Entro en la variedad de su lenguaje,
Pídoles agua, y danme cal ó arena,
Y sufro bien este primer ultraje.
Quiérome retirar; mas la sirena
Por voz de algun ministro me detiene,
Cuando entre dulces esperanzas suena.
Pasan los años, pero nunca viene
El vuestro, y cuando viene, danos cosa
Qui ni arma á vuestro talle ni os conviene,
O por ser desigual ó vergonzosa,
O para siempre estar sobre las alas
Conservando una gracia peligrosa;
Tan alta, que dará cuidado á Pálas,
Cuanto mas al que, pobre de consejo,
Busca el sueño de tantas noches malas.
Tuviera en hora buena por espejo
Vuseñoría y otros encumbrados,
De las alas de cera el cuento viejo;
Que ya para volar aparejados,
Dédalo al mozo Ícaro le dijo:
«Por tierra estamos y por mar cercados.
»A vuelo habemos de librarnos, hijo;
Mas vuela entre dos aires, no te arrojes
Sino por el camino que yo elijo;
»Que si la medianía por mí escoges,
Del sol y el mar te librarán tus plumas,
Digo, sin que te abrases ni te mojes.»
Pasó el viejo, y un templo fundó en Cumas;
Cayó el rapaz, y con el nombre suyo
Intituló sus trágicas espumas.
Por esto no te admires si me excluyo
Del tráfago, y me apelo á mi retrete,
Donde á mi soledad me restituyo;
Donde si la fortuna me acomete
Con cuanto poseyeron Craso y Creso,
No habrá prosperidad que me inquiete.
Mi pensamiento, ya no como preso,
Sino como consorte y grato amigo,
Reprueba los que vuelan con exceso;
Y en la continuacion de estar conmigo,
No es fácil de creer cuán de su agrado
Sigue el mismo dictámen que yo sigo.
¿De qué sirve picarle á que, irritado,
Aperciba las velas y los remos
Para buscar sosiego á nuestro estado,
Si entre nosotros mismos le tenemos?
¡Oh execrable ambicion, que nos encantas
Para que ni él parezca ni le hallemos!
Como escarpin revuelto entre las mantas,
Calla escondido sin hacerse fuerte;
Luego ¿qué importan diligencias tantas?
Acomodarse el hombre con su suerte,
Y abrazarse con ella es paz y vida,
Y todo lo demás discordia y muerte.
Pero pongamos caso que me pida
El sí fortuna (que le pide á pocos),
Y con rentas y cargos me convida,
Y que con una mitra me hacen cocos,
Y coronan mi frente (aquesta frente,
Vaso de muchos pensamientos locos),
¿Tendré por eso el ánimo obediente
A la razon? ¿Desterraré la arpía,
Y con ella tambien la sed ardiente?
¿Piensas tú que en el cargo ó prelacía
Tranquilidad del ánimo perfeta,
Segun hoy está el mundo, hallar podria?
Ni la fortuna da, aunque la prometa,
Al que aspira á subir sobre su cumbre,
De sus descansos posesion quieta;
Sino solicitud y pesadumbre,
Bascas mortales, y en su imperio ciego
Lazos de no creida servidumbre;
Pues donde las riquezas y el sosiego
Como amiga te guarda, allí se esconde
Para sacar de tí donaire y juego.
Agora se me acuerda un cuento, donde
Verás lo que sucede á cada paso,
Que al propósito desto corresponde.
Un hombre labrador cavando acaso
Atento la cultura de su huerto,
A media vara halló enterrado un vaso.
Suena la azada, y á los golpes cierto
Y formado salió el cántaro ó jarro,
Con un betun fortísimo cubierto;
Era el atapador tambien de barro,
A modo de pirámide, y tan dura,
Que la quebrara apenas un guijarro;
Y como en esta tierra se mormura
Que hay en ella escondida plata y oro,
Pensó que estaba dentro su ventura.
«Dichoso yo, sin duda; que es tesoro,
Dijo, que en los peligros de la guerra
Aquí lo sepultó algun rico moro.»
Saca su hallazgo de la amiga tierra,
Prometiéndose ya de comprar cuanta
Alcanza á ver, con lo que el vaso encierra.
Las manos tiemblan cuando lo levanta,
Mirando á todas partes con cautela;
Que ladron se le antoja cualquier planta.
Ya al fin nuestro dichoso se recela,
Y á solas, de testigos retirado,
Abrir quiere la urna ó tinajuela.
Pero aunque le entristece el peso amado
(Porque, segun lo estima y lo que espera,
Se le antoja liviano demasiado),
Lo excusa luego, porque considera
Que la carga que aplace no es pesada,
Y que el nuevo placer se la aligera.
Al fin, en lo interior de su posada
Cierra su puerta y las endrijas tapa,
Y aun quisiera á la luz negar la entrada.
Tras esto, extiende próbido la capa,
Y forcejando por no hacer ruido,
Como pudo lo rompe y desatapa.
Trastorna la vasija, persuadido
Que estaba del mas fino oro maciza,
Entre joyas antiguas embutido;
Pero envueltos le arroja con ceniza
Huesos medio quemados (de varones
Quizá que alguna historia solemniza).
Atónito entre varias opiniones,
Llega á tener por cierto que el demonio
Aquel tesoro transformó en carbones.
Si él pudiera entender á Suetonio,
Que nos dejó en las Vidas que dispuso,
De exequias de aquel siglo testimonio,
Cierto de que ya un tiempo hubo aquel uso
De sepultar, no hallara causa alguna
Para quedar burlado ni confuso.
Así nos enriquece la fortuna
Cuando, ya por rigor, ya por clemencia,
Sale á nuestros designios oportuna.
Prometiónos el gozo y la opulencia
De su prosperidad; pero no tarda
Ni un instante á probar nuestra experiencia
Que es ceniza el tesoro que nos guarda.

EPÍSTOLA II.

A don Fernando de Borja, virey de Aragon.

Para ver acosar toros valientes
(Fiesta africana á un tiempo, y despues goda,
Que hoy les irrita las soberbias frentes)
Corre agora la gente al coso, y toda
O sube á las ventanas y balcones,
O abajo en rudas tablas se acomoda.
Así miraron étnicas naciones
Miseros reos en teatro impío
Expuestos al furor de sus leones;
Que tanto importa el ver, Fernando mio,
De nuestra plebe un número liviano
Que entra á pié con un toro en desafío,
Que ardiendo en la canícula el verano,
Ni edad ni sexo en todo el pueblo habita
Que falte al espectáculo inhumano.
Yo no concurriré por mi exquisita
Austeridad, aunque el benigno indulto
Ver fatigar las fieras me permita.
Y así, te escribo mientras que el tumulto
Vulgar nuestro cuartel desembaraza,
Y en grata soledad me deja oculto.
Allá brame alterada la gran plaza,
Si el toro descompone algun jinete,
O á algun pedestre incauto despedaza,
Y obre mi pluma aquí lo que promete,
Siquiera por hallarse libre agora
De plebeyo clamor que la inquiete.
Quien, como yo, tu candidez no ignora,
Y la capacidad que la acompaña,
O por decir mejor, que la mejora,
Bien ve que ni se engaña ni me engaña
En persuadirme que á la corte vuelva,
Donde premia los méritos España.
Mas, aunque me condene esa gran selva
De la virtud, escúchame primero,
Antes que á ser su huésped me resuelva.
Muéveme tu opinion; mas considero
Que es tiempo ya de consagrar al ócio
De una pared mi veterano acero;
Y á Esculapio, que asiste al sacerdocio
De la medicinal sapiencia, un gallo
Léjos de todo extrínseco negocio.
No dirás que jubilo un fiel caballo
Cuando le veo caduco, y las costillas
Sobre el pelo decrépito las hallo.
Con fuertes brazos y ágiles rodillas
Me deja discurrir César Augusta,
Bien que desengañando mis mejillas;
Segun lo cual, ¿será obediencia justa
Que yo trastorne agora la vivienda,
Menospreciando mi salud robusta?
Fuera yo sin tardanza y sin contienda
A vivir donde el campo Levorino
Ensalza aquella fábrica estupenda,
Para cuya lisonja en el vecino
Ambito forma un lago el mar Tirreno
Junto al antes ostrífero Lucrino;
Y dando espejo á todo el sitio ameno,
En deliciosos márgenes se encierra,
Desde Estábia al sepulcro de Miseno.
Volviera á ver la generosa tierra
Que á las doctas Piérides ayuda
Hasta en los mismos trances de la guerra.
Ociosa llama á Nápoles sin duda
La antigüedad por este gran respeto,
Aunque jamás del yelmo la desnuda.
Es bien verdad que allí el correr Sebeto
Por tan rico arenal como Pactolo,
Tanto apoya el honor de cada objeto,
Que en la milicia juzgarás que solo
Se edificó para el furor de Marte,
Y en la tranquilidad para el de Apolo;
Mas ¿dónde me llevó, á pesar del arte,
Tu nombre, oh gran ciudad, gloria de Hesperia,
Y el invencible amor de celebrarte?
Digo pues, prosiguiendo en la materia,
Que aquí, donde á las púnicas cervices
Puso el último yugo Celtiberia,
Ciertos designios quiero ver felices
Antes que el tiempo, que mis flores seca,
Les penetre severo á las raíces.
Si, contra mi opinion, no se me trueca
Laquésis, que de paz mis años hila,
Ya no sin ánsias de aliviar la rueca,
Ponerlos pienso en soledad tranquila
A vista del cuchillo nunca ocioso,
Que en la misma salud su hermana afila.
No infieras desto que amaré el reposo
Estrechado á la aldea, huyendo el trato
A la vida política forzoso.
Amarélo, picando el gusto un rato,
Para volverme á la ciudad con gana
De jamás retirarme al sitio ingrato;
Que quien vive en la aldea una semana,
O vive un siglo, ó reducir desea
A desesperacion la fuerza humana.
¿Quién sufrirá el silencio de una aldea
Desde que el sol su agreste plebe envia
A sudar en los campos la tarea?
Queda entonces tan sorda y tan vacía,
Que ni una voz, y á veces ni un ruido,
Suena en las horas útiles del dia.
Y si sueltas la lengua á grito herido,
Por ver si hay gente, el eco lo repite,
Y responde en el barrio algun ladrido.
Mi ardiente condicion no me permite
Por ahora que en parte tan ajena
De comercio el espíritu ejercite.
Nuestra ciudad gentil, de ingenios llena,
Lo retira, lo ocupa y lo divierte,
Alternando el alivio con la pena,
Sin que por ambicion lo desconcierte
Del ambiguo Proteo el cauto estilo
(Gracias á quien lo ató con lazo fuerte);
Con lo cual ó me excuso ó me jubilo,
Y si mi edad no vuelve atrás, no aguarde
Que yo avive en la corte el curso al hilo.
¿Qué haré, que, por prudente ó por cobarde,
Si para pretender me llama, entiendo
(Y aun para ocioso) que me llama tarde?
Vacar ahora á la quietud pretendo;
Y así, con la feliz tabla, por voto,
Mis húmedos vestidos le suspendo.
Segunda vez no acuse mi piloto
El furor de Neptuno, que hoy forceja
Entre las ondas con mi barco roto.
Esfuerce á gritos la reciente queja,
Como quien, libre del primer encuentro,
La fuga en los peligros aconseja;
Y aunque le ofrezcan hoy compradas dentro
De un odre la tormenta y la bonanza,
Árbitros de las ondas hasta el centro,
No salga á pretender nueva alabanza;
Abrace desta vez los desengaños
Que liviana desprecia la esperanza.
El escarmiento es hijo de los años
Mal advertidos; que nació en provecho
Del que descubre antídoto en sus daños.
Cuanto á mí, ni en las sienes ni en el pecho
Puedo ufanarme de excelentes dones,
Que producen legítimo derecho;
Mas viendo cómo trata los varones
Graves el disfavor, ¿quién no aborrece
Las mas proporcionadas pretensiones?
Dime, ¿cuál voz á la virtud no ofrece
En la corte alabanzas? O ¿cuál celo
Se entibia al protestar que las merece?
Mas cuando ella las oye expuesta al hielo,
¿Hay techo que la hospede ó que la abrigue
A precio de una cédula del cielo?
Si se dió á conocer, nadie la obligue
A echar por otra senda, en manifiesto
Agravio de la causa que prosigue.
¿Puede hacer mas por sí que haberse puesto
De buen aire al umbral de la fortuna,
Sin querer que con término inmodesto
Curse desde la aurora hasta la luna
El soberbio cancel de algun privado,
A los duros sirvientes importuna;
Y que no habiendo un átomo ganado

Con la solicitud de la recuesta
Ni con la vigilancia del cuidado,
Se aflija siempre allí, á pasar dispuesta
Por las indignidades con que suele
Picarnos la antecámara molesta?
Aconsejémosle que se cautele
Contra los que le pierden el decoro;
Y que, atento el rigor que la compele,
Trueque la sencillez del siglo de oro
Por el metal que al mismo siglo aplica
La altivez de su título sonoro.
O que, no siendo negociante rica,
Sus alas tienda, y por el aire vano
Huya el comercio de la usanza inica.
Agora digo que á consejo sano
El volver á su tráfago rehusa
Cierto bien entendido cortesano;
Y porque asimos ambos de una excusa,
O, con mas propriedad, repulsa honesta,
Aunque adornada en plática difusa,
Referiré mi instancia y su respuesta;
Pero con tal medida, que se acabe
Antes que el pueblo vuelva de la fiesta.
Yo y un amigo fiel, para suave
Y breve diversion del ejercicio
Que profesamos, importante y grave,
Nos salimos á holgar cuando propicio
Desempeñaba sus promesas mayo
A la fertilidad y al artificio.
Edulio (el monte que de Caco ó Cayo,
O por ser cano en la nevada frente,
Lo llama la vulgar lengua Moncayo)
Nos recibió en su falda floreciente,
Soledad voluntaria del amigo,
Rústico ya, mas rústico prudente.
En aquella heredada valle, abrigo
A la granja, que logra el fértil suelo,
Vive con sus cultores y consigo.
Allí se ajusta bien con el modelo
Del cuerdo labrador que pinta Horacio,
Con poética voz llamado Ofelo;
Y (aunque grato á la corte y á palacio)
Prefiere las verdades naturales
Del campo, adonde vive mas de espacio.
Llegamos pues alegres y joviales
De mañana, y habiéndolo él sentido,
Ocurrió diligente á los umbrales;
Y tal, que por el trueco del vestido,
Y aun del rostro, no fuera maravilla
No haberle por entonces conocido.
Renunció la artizada lechuguilla,
Donde, para roernos las orejas,
El acero sutil frunce una milla.
Tundió el copete, huyeron las guedejas,
La barba reformó, y en lo restante
Era el pelo mas corto que las cejas;
Su gabancillo verde, semejante
A las plantas que ornaban su cortijo,
Bien que de gorgoran terso y brillante.
¿Quién los abrazos, quién el regocijo
Con que nos recibió decir podria,
Lo que ambos le dijimos y él nos dijo?
En casa, al fin, con suma cortesía
Y afecto singular nos introdujo,
Que toda, al parecer, se nos reia;
De la cual hoy no esperes el dibujo,
Porque para escribírtelo conviene
Un gran socorro de elocuente influjo.
Él con recato en su familia tiene
Puestos los ojos, y ella en centinela
Para los ministerios que él previene;
Y en fuerza desta ley, que la desvela,
Miran su habitacion con tal concierto,
Que no parece granja, sino escuela.
Admite diversiones, no inexperto
De que obran la salud, si guardan traza,
Aunque él siempre las toma á tiempo incierto.
Ya el robusto ejercicio de la caza,
Ya el de sus varios libros, le recrea,
Con cuya docta soledad se abraza.
Allí en graves historias ó en la idea
Que forman una y otra monarquía,
Por la espaciosa antigüedad pasea.
Usa tal vez de crítica osadía
Solo en lo sustancial de leccion rara,
Si en el sentido de su autor varía;
Y adonde no quedó corriente y clara,
Por voces ó por sílabas traspuestas,
Con buril judicioso las repara
(Bien que muy poco en el cansancio destas
Ocupaciones prueba el sufrimiento,
Porque le son derechamente opuestas).
O escribe en prosa ó con heróico acento
Mueve la voz, ó en amorosa lira,
Y tal vez en satírico instrumento.
Ni se desdeña de abajar la mira
Al ignorado cómico lenguaje,
Con que á desagraviar zuecos aspira.
Y así, sobre el amor del hospedaje,
Digo que no hay Platon, no hay Ateneo
Que en su conversacion se le aventaje.
En una que mostró hablar con deseo
De la corte (á lo menos con ternura),
Le preguntamos, sin buscar rodeo,
Que, puesto que el dejarla en coyuntura
Que todos esperaban lo contrario
Les pareció eleccion de su cordura,
Porque el juicio de la corte es vario,
Nos dijese la causa verdadera
Que lo redujo al trato solitario.
Bien echamos de ver que él no quisiera
Que le hubiéramos dado en el secreto,
Que altamente repuesto persevera;
Y así, encubrió el dolor, como discreto;
Y aunque fué la pregunta con halago,
Habló como obligado por preceto.
Comenzó como el huésped que en Cartago
A la Reina, despues de la gran cena,
Dibujó á Troya y refirió su estrago.
«Mandaisme, dijo, renovar la pena
Escogida por mí en la servidumbre,
Que profesé arrastrando su cadena.
»Responderé con risa y mansedumbre,
Porque la pretension de la pregunta
Es mas curiosidad que pesadumbre.
»Lo mismo haré, aunque llegue toda junta
Con este fin la astucia cortesana,
Para que en mí no hiera donde apunta.
»Demás, que la ocasion fué tan liviana,
Que por ventura mas de antojo mio
Que de acordada providencia mana.
»La ingratitud que usurpa el poderío
De la justicia acrecentó acidentes
Tales, que ocasionaron mi desvío.
»Corriendo sobre méritos recientes
Mi pretension, y ufana con la gloria
De los que ella imitó en sus ascendientes,
»Entró en los arcaduces meritoria;
Mas quitáronle el lustre al darle paso,
Y descendió excluida y sin vitoria.
»Limpia corriente así habréis visto acaso
Que del canal por donde se deriva
La coge turbia y agraviada el vaso.
»Callé, siguiendo la prudencia activa,
Que sufrir manda y que con hacimiento
De gracias el agravio se reciba.
»Entre nuevas promesas cobré aliento
Para la gran fatiga (¡Oh quién jurara
Entonces obediencia al escarmiento!).
»Volví, porque el valor no desampara
Sin grandes ocasiones el oficio,
Y mil veces tenté la gracia avara.
»¿Cuáles pasos no anduve en beneficio
Del suceso? ¿Qué tretas ó qué engaños
No descompuse á fuerza de juicio?
»Viéndome pues sin crédito, y los daños
De vivir con injuria conocida,
Infamando el remedio tantos años,
»Resolví con despecho la salida
(A mengua ó á rencor se me atribuya),
La hacienda restauré, el honor, la vida;
»Y aunque no hay que esperar de parte suya,
Temo (¿hay tal cosa?) que se enmiende,
Que con la nueva enmienda me destruya;

»Porque me volverá sin duda al remo,
Persuadiéndome, pérfida, que olvide
Esta paz que me da el contrario extremo;
»Pero hasta entonces nadie me convide
A sus solaces, ni le cause espanto
Esta interposicion que nos divide;
»Porque las alegrías de su encanto,
Demás que dan veneno en el azúcar,
Cuestan supérfluas y aun forzosas, tanto,
»Que ni el tesoro que relanza el Fúcar,
Ni el de las naves que en el mar del Norte
El Potosí transportan á Sanlúcar,
»Son para que el honor viva en la corte
Sin quiebra tal, que al término maduro
Su escritorio ó su crédito no aborte.
»Empeñó ayer la plata, hoy vende el juro:
Que ya ni sobre prenda equivalente
Fuera el prestarle fácil ni seguro.
»Acude al fin, por último expediente,
Al voraz logro, que es la injuria suma
A que puede llegar el imprudente;
»Y en vil contrato añudadora pluma
Le expone el gran sudor de sus mayores
Al cambio, que apretante lo consuma,
»Hasta el preciado arnés por los honores
Grabados á ocasion de los efetos
Quizá de sus abuelos vencedores;
»Timbre para exhortar los tardos nietos,
Bulto agora vulgar de unos metales
A la ganancia ilícita sujetos.
»Las semillas crecientes, los frutales
Se afligen de la tácita violencia
Con que agravia los genios naturales.
»¿Verá naturaleza con paciencia
Entrar la servidumbre adonde el fruto
Hierve en lo impenetrable de la esencia,
»Y que él suba á la luz como tributo
Debido á la cautela, que imprimimos
En la anticipacion del cambio astuto,
»Y que de ingénua cepa los racimos,
Que purpúreos ó pálidos madura
Entre sus hojas pródigas, opimos,
»Crezcan hipotecados á la usura
De los artificiales intereses
Que Mercurio introdujo en la escritura?
»¿Sufrirá que ministros descorteses
Ejecuten aquellas (si su dueño
No viviera en la corte) libres mieses?
»¿Cuántas veces pensais que perdí el sueño
Por lucir con verdad, sin que una prenda
Conociese las uñas del empeño?
»En la que veis hereditaria hacienda
Hasta aquel gran lugar que se divisa,
Donde suelo acudir por breve senda,
»Vida ya diligente, ya remisa
(Como lo habeis probado agora) vivo,
Envidia á cuerdos, á ignorantes risa.
»A la sombra benigna de un olivo
Oyo mas de una vez balar mis greyes,
No léjos de los campos que cultivo;
»Donde, al sudor de laboriosos bueyes,
Me dan sus dones Páles y Pomona
En mesa libre de enfadosas leyes.
»Este valle, en que agosto se corona,
Es la patria del pan, y de una sierva
Cuya industria lo amasa y perficiona,
»El que á mi servilleta se reserva,
Y otro segundo, que á mi gente damos,
En miés lo he visto yo, y la miés es yerba.
»Las comidas con fruta comenzamos,
Que yo la he visto verde, sazonada,
Y agradecida á los felices ramos;
»Aunque á sus tiempos, la que mas me agrada
Es el grave melon, á cuyos senos,
Blanco ó rojo, el azúcar se traslada.
»Y en largos higos no me incita menos
La ociosa madurez, que en moscateles,
De oro cubiertos y de almíbar llenos,
»Diversas, y al estómago no fieles,
Yerbas concurren al temprano halago,
Que siempre me enamora en los manteles;
»Y si en ellas me empeño, con un trago
De néctar que no llegue á ser caduco,
Por mas que se envejezca, satisfago.
»Y aunque lo asado con clavel maluco
Me fué apacible, de humildad lo evito
Por la vil refeccion de un gallo eunuco;
»Mas no el indispensable requisito,
Olla cortés, que su cuidado envia
A la necesidad y al apetito.
»Carne de fieras que este monte cria,
Pastelon con especias me la cueza,
Y me la entregue inaccesible ó fria.
»Lo demás con muy pocas lo adereza,
Industrioso el aliño de mis lares,
Porque triunfen el vientre y la cabeza.
»Por esto nos vedó récios manjares;
Y, cuanto á mí, confieso que me adula
Con la facilidad de los vulgares.
»Pues ¿qué si los groseros disimula?
Bien que con hambre rústica el engaño
Tiene menos que hacer que con la gula.
»Un cabron que abre el paso á su rebaño,
Cuya prolija barba hacer pudiera
Venerable la faz de un ermitaño,
»Guisado nos lo sirve por ternera,
Que aun no dejó la leche por la grama,
Ni armó la frente de altivez primera.
»Mas quien la vida destos bosques ama,
¿Qué manjares acusa? ¿Aquí Epicuro
No enmendara sus platos y su fama?
»Cuanto al beber, con este arroyo puro,
Y con fija asistencia de la nieve,
Vino indomable desarmar procuro.
»Mas ya música mano en torno mueve
El frasco, y á compás me lo evapora,
Y me lo hiela en término mas breve.
»¿Qué vihuela gentil, qué arpa sonora,
Qué cítara, de blanda pluma herida,
Rinde el son que mi alegre cantimplora?
»¿Aplicó así la nieve endurecida
En Grecia ó en Italia algun Pincerna,
Celoso de la frígida bebida?
»Si él conduce la nieve cuando ivierna,
Para arrimarle un frasco en el estío,
Mas ingeniosa fué la sed moderna;
»Pues de aquel refrigerio, por tardío,
A su gusto apeló, donde fué hallada
La brevedad del movimiento frio.
»La nieve pues, cerúlea de obstinada,
Aunque ya llegue á ser de las turquesas
Imitadora entonces ó imitada,
»De las cumbres que el sol le deja ilesas
Baje á darnos, con ócio ó con estruendo,
Júbilo todo el año á nuestras mesas.
»Por el sabor con que os lo voy diciendo,
Veréis cuán, sin preciarme de valiente,
Del amor de la corte me defiendo.
»Aquí, de sus desórdenes ausente,
Pienso tener por único aforismo
Librar de toda sujecion la mente,
»Para ver desde el centro de mí mismo
Cuántos designios y esperanzas lleva
Con trágicos sucesos á su abismo.
»Así el agricultor que huyó á la cueva,
Las inclemencias en quietud segura
Mira, cómo graniza ó cómo nieva;
»Y del rigor con que la nube escura
Los surcos y los árboles embiste,
La duracion del tiempo conjectura.
»Confieso que á las veces ando triste
(Que soledad muy proseguida enoja,
Y hasta que os ve impaciente no desiste);
»Pero cuando me aprieta esta congoja,
Soy de un engaño fácil socorrido,
Que me alienta el espíritu y la afloja.
»No pienso en el objeto desabrido
Que, por presente, invariable y cierto,
Incurrió en la desgracia del sentido.
»Ya que piense, en afanes lo convierto,
De cuya infelicísima agonía
Vive previlegiado mi desierto;
»Que aquí, ni la ambicion finge y porfía,
Ni el inocente aradro ó ruda azada

Ofrece á la privanza idolatría;
»A la privanza, que con ver la espada,
Que sobre su cerviz del techo pende,
Al pelo sutilísimo añudada,
»Tanto á evitar los émulos atiende,
Que la virtud que en otros pechos mira,
Solo por benemérita le ofende.
»No ve que si el favor se le retira,
Y de las dos fortunas vence aquella
Que la gracia real convierte en ira,
»Luego sus confidentes le atropella,
Para que tiemble el ya infelice estado
De invidiosa, hasta allí muda querella:
»Que al fin, si en la potencia del privado
El haberle ofendido es peligroso,
¿Cuánto mas lo será el haberle amado?
»El número, pues, siervo, que oficioso
Por fortunas ajenas se fatiga,
En todas temerario ó temeroso,
»Léjos, léjos de mí; nadie me diga
Que restituya mi esperanza al peso
De que esta soledad la desobliga.»
Díjele entonces yo que no por eso
Su ausencia, aunque causada por agravios,
Dejará de juzgarse por exceso;
Que no vuelve la voz si de los labios
Salió una vez; mas ¿la opinion? Sujeta
Vive á la enmienda en los varones sábios;
Y aquella ensalzan ellos por perfeta,
Que se acomoda al tiempo y que mirase
Que es él quien las acciones interpreta.
Que volviese á la corte y no negase
Su industria á la república, y que luego
La rústica vivienda licenciase.
Él, con un cierto irónico sosiego,
Hizo un discurso, cuya consecuencia
Sacará sin trabajo cualquier lego.
Dijo que por preceptos de prudencia
Se ausentó de la corte, y que la amaba,
No embargante el misterio de su ausencia;
Que el volver á su trato dilataba,
No sin ejemplo grave, y que él sabia
La consideracion que lo estorbaba.
Mas yo agora, como él cerró aquel dia
Con un cuento vulgar sus digresiones,
¿No podré á su tenor cerrar la mia?
Díjonos: «Ya sabeis que en las regiones
Adonde predominan los impíos
Siete bueyes, llamados setentriones,
»Los aires del ivierno son tan frios,
Que sin contradiccion suspenden fuentes,
Condensan lagos y entorpecen rios;
»Tanto, que sobre indómitas corrientes,
Que un tiempo, imitadoras del diluvio,
Ni conocieron márgenes ni puentes;
»Por donde el Rin, el Albis y el Danubio
Benignos admitieron remo y vela,
Pasa á pié firme el villanaje rubio.
»Mas no siempre las ondas sin cautela
Yacen heladas, que el humor vecino
Al centro algunas veces no se hiela;
»Y así, cruje pisado el cristalino,
Y rompe la corteza, confundiendo
La plebe en la mitad de su camino.
»Perece el hijo al padre socorriendo,
O por librar la medio sumergida
Madre ó esposa del peligro horrendo.
»La inútil ya vejez destituida
Del nieto en la ribera lo lamenta,
Y al fin todo es trageòias de la vida;
»Y aunque entonces el rústico escarmienta,
Indócil al reposo, no reposa
Hasta que vuelve al agua fraudulenta;
»Mas sin el gran resguardo apenas osa;
Que la necesidad, en casos tales
Filosofando, le advirtió ingeniosa.
»Advirtió que en los meses ivernales
(Oh sábia fiera, Ulises de las fieras),
Cuando á pasar por este hielo sales,
»Antes que lo atravieses, consideras
Si agua en el fondo bulle desatada,
O la misma que muestra en sus riberas.
»Pues por vivacidad que te fué dada,
Para que en tus ardides te socorra,
En las orejas siempre desvelada,
»Como se mueve el agua, ¡oh cauta zorra!
Oyes el mormurar de la corriente,
Por oculta y pacífica que corra.
»Y como tu venida no es frecuente,
Y ella en cadenas rígidas esconde
Los indicios del lúbrico accidente;
»Con la satisfacion de que por donde
Pasais vosotras todo el seno es puro,
Y que á la superficie corresponde;
»Cuando paris, y del albergue escuro
La parida tal vez desaparece,
Llega el villano robador seguro,
»Y en la tardanza, que ocasion le ofrece,
Le arrebata del parto una zorrilla,
Que despues mansa en sus cortijos crece.
»Andando allí, ó muy falsa ó muy sencilla,
A las gallinas sirve, y con los canes
Al desvelo doméstico se humilla.
»De allí la sacan hoy los alemanes
Por adalid y exploradora astuta,
Junto con el caudal de sus afanes.
»Y es mucho de notar cómo ejecuta
Su oficio entre el silencio y el sonido,
En discurriendo por la orilla enjuta.
»Que si, atenta al exámen del oido,
Siente líquido humor, que oculto hiende
Para hacer cavernoso el cuerpo unido;
»Con grato instinto, y como quien entiende
Que aquella turba que la trae por guia,
De su averiguacion sutil depende,
»O se asienta en el campo ó se desvia,
Para advertir que el hielo es quebradizo,
Y que de fiel pasaje desconfia.
»Mas cuando yerto y sordo satisfizo
A la curiosidad y á la esperanza,
Y le promete el tránsito macizo,
»A tomar el camino se abalanza
Con intrépidos pasos la primera
(Seguridad y honor de su asechanza).
»Yo con la plebe, que su ejemplo espera,
Proseguiré el pasaje, pero hollando
Los sagaces vestigios de la fiera.»
Así acabó, y así, dulce Fernando,
Digo tambien con paz de mi recelo,
Que á tu servicio iré á la corte, cuando
Otros dén gracias á la fe del hielo.

EPÍSTOLA III.

A Nuño de Mendoza, despues conde de Val de Reyes.

Dícesme, Nuño, que en la corte quieres
Introducir tus hijos, persuadido
A que así te lo manda el ser quien eres;
Que ya la obligacion con que han nacido
Concede á su primera edad licencia
Para que intenten á volar del nido.
Que en los umbrales de la adolescencia,
Poniendo acíbar junto de la leche,
O el pedagogo evitas ó su ciencia;
No porque como inútil se deseche,
Sino porque les dés la que él no alcanza,
Que al trato humano mas les aproveche.
»Supuesto, dices, que han de hacer mudanza,
¿Adónde ocurrirán como á la corte
Unica perfeccion de su crianza?
Si estás resuelto de seguir su norte
Precediendo consulta, no me atrevo
A estorbarlo, por mucho que te importe;
Mas si, en virtud de otro consejo nuevo,
Quisieres ver que el tuyo es peligroso,
Mira cuán sin difugios te lo pruebo.
Bien que si, huyendo el paternal reposo,
Al espanto te expones ó á la ira
Por algun caso, ó grave ó afrentoso;
Si tus amadas prendas (á quien mira
Como á su luz tu patria) ver deseas
Despojos de la pública mentira;
Y si cebarse en las mohatras feas
(Habiendo el patrimonio trastornado)

Te persuade alguno que los veas;
Si ciegos al honor, y del cuidado
Del gobierno político incapaces,
Y de las calidades de su estado;
Si viciosos, al fin, y contumaces
En lujuria y en gula, vengan presto,
Tráelos á la corte, muy bien haces.
Mirando estoy que te santiguas desto,
Y que enojado quedas ó risueño,
Llamándome filósofo molesto.
Pues enfrena la risa ó templa el ceño,
Y en mi defensa escúchame entre tanto
Que estas proposiciones desempeño.
Si está en verdad que no nos mueve tanto
Docta declamacion griega ó latina,
Como el ejemplo vivo, ó torpe ó santo,
Del padre que á sus hijos disciplina
Con mal ejemplo, ¿quién dirá que es prueba
De l'águila, que al sol los examina?
Pues dar rienda á la edad ferviente y nueva,
¿No es culpa de indiscreto amor paterno,
Que á manifiesta perdicion la lleva?
El diestro agricultor al árbol tierno,
De recientes raíces, no lo expone
Luego á las inclemencias del ivierno;
Que hasta que su virtud se perficione,
De hojosas ramas le entreteje setos,
Cuya defensa en torno le corone.
Así con preceptores y precetos
Lucirán estos niños, pues los crias
Para que excedan á los mas perfetos.
Y ordénales que busquen muchos dias
La mas útil verdad en las historias,
Y aprendan de las dos filosofías
Con qué medio se alcanzan las vitorias
Y se guarda la paz, y al fin, que apliquen
El pensamiento á verdaderas glorias.
Para esto harás que siempre comuniquen
Con tales hombres, que seguramente
A imitar sus costumbres se dediquen.
Y porque hay enemigos en Oriente,
Y en Africa los hay, y el siglo nuestro
Acá produce ocasionada gente,
Tomen espadas negras, y algun diestro
A enseñarles con modo á herir comience
(Solo en aquella facultad maestro);
Mas al trabajo (el cual si abunda, vence)
Suceda el ócio; pero no tan largo,
Que contra la virtud se desvergüence.
Y así, en el ayo que los tiene á cargo
Cubra mas que las canas el bonete;
Sepa ser dulce, y si conviene amargo.
Goce los mismos gajes que él decrete;
Que, en bien de tus caballos, si pagaste
Precio tan excesivo por Amete,
No has de juzgar que el ordinario baste
Para el que de tus hijos traiga cuenta,
A quien como á segundo padre honraste.
Haz que en sus aposentos no consienta
Un paje disoluto; ni allí suene
Cancion de las que el vulgo vil frecuenta;
Cancion que de Indias con el oro viene,
Como él, á afeminarnos y perdernos,
Y con lasciva cláusula entretiene.
El curioso inventor de usos modernos,
Copete y goma, que lo carguen de heno,
Como al buey coceador sobre los cuernos.
El cuadro que no fuere casto y bueno
En ningun caso por sus puertas entre,
Porque parece almíbar, y es veneno.
Y haz que tanto concierto se guarde entre
Sus pajes, que un descuido, un desaliño
En bufete ó en silla no se encuentre.
Gran reverencia se le debe á un niño:
En los principios su salud consiste;
Por esto á su observancia le constriño.
Porque en su edad con tanta fuerza embiste
Las sencillas potencias el objeto
Que ninguna un momento le resiste;
Antes agarran del primer conceto,
Y andan como los ojos de la sierva,
Atendiendo á sus manos con respeto.
El vaso nuevo así el olor conserva
Que la primera vez le cupo en suerte,
Ya ministrando á Baco, ya á Minerva.
Pues si en lo que le aplican se convierte
Un niño, ¿puede hacerle mayor tiro
Quien de sanos principios le divierte?
Mi opiniones, al fin (porque no aspiro
A caminar por senda tan andada,
Formando con preceptos otro Ciro),
Que cuando les conozcas arraigada,
Con la eleccion, que al ciego error condena,
La fuerza á proseguir determinada;
Que entonces vengan muy enhorabuena,
Para que con su ejemplo nos refrenen
De lo que aquí nos turba y desordena;
Pero si agora en este tiempo vienen,
¿Qué piensas que hallarán, sino ocasiones
Adonde pierdan el candor que tienen?
¿Qué Fabios toparán ó qué Cipiones?
¿A qué Lacedemonia los envías,
Rígida formadora de varones?
Nuño, si á los leones los confías,
La inocencia una vez sola en su lago
Fué recibida con entrañas pías.
Y así, el punto en que lleguen, por aciago
Con carbon nota, como quien confiesa
Que juzga por certísimo su estrago.
Tienen aquí jurisdicion expresa
Todos los vicios, y con mero imperio
De ánimos juveniles hacen presa
Juego, mentira, gula y adulterio,
Fieros hijos del ócio, y aun peores
Que los vió Roma en tiempo de Tiberio
Y los de sus horribles sucesores.
Las noches de Calígula y de Nero
Son á nuestros portentos inferiores.
De Sibaris el trato hallo severo,
Su juventud viciosa, penitente,
Si con la desta corte la confiero.
Aquí es tenido en poco quien no miente,
Quien paga, quien no debe, quien no adula,
Y quien vive á las leyes obediente;
Y admitido al honor quien disimula
En pacífica piel hambre de fiera,
Que con modesto nombre la intitula.
Pasea el que en su patria no pudiera
Fiarse á su mujer, y por insultos
Quebró los grillos y la cárcel fiera.
Religiosos apóstatas ocultos
En mentiroso traje de seglares,
Sediciosos y autores de tumultos;
Desemejantes mónstruos, que á millares
Nuestro teatro universal admite,
De príncipes amigos familiares.
Los nocturnos solaces del convite
En indecentes casas celebrado,
¿Hay aquí autoridad que los evite?
Pues mira tú si un jóven frecuentado
De los tales podrá salir modesto,
Aunque de tres aceros venga armado.
Ninguno fué torpísimo de presto;
Que el agua poco á poco le combate,
Mas cuando acuerda se halla descompuesto.
«Andad acá, Señor; que es disparate
Estar leyendo, dice un Ganimédes
Destos que andan perdidos á remate.
»Si habeis venido á estar entre paredes
Y á no ser visto, claven esa puerta
Y pongan campanilla, torno y redes.»
Como si no viniese en él cubierta
La mas perjudicial, que le embaraza
La vida, y la salud le desconcierta.
Salen juntos al Prado, que es la plaza
De armas donde la gran reina de Gnido
La gente alista y sus facciones traza.
Queda el bisoño ya persuadido
A frecuentar los árboles, saeta
De que (sin que lo sienta) quedó herido.
Los Narcisos lo admiten á la seta
Que mas por randas y almidon suspira
Que por la perdicion de la Goleta.
Luego que el bozo á dar bigote aspira,

No diré yo si lo arma ó si lo aflige
Con pegajoso baño de alquitira.
Rindese á un fiel Acátes, que lo rige,
A cuya risa y voz, que desentona,
Cosa que hubiera de imitar corrige.
Este á sus meretrices le aficiona,
Y en el error del laberinto ciego
Sin prevencion le empeña y le aprisiona.
Otro en cuevas sacrílegas de juego,
Donde suenan blasfemias exquisitas,
Dignas de celestial vengador fuego,
Parecen mesas bárbaras de scitas,
Y su estruendo el del cimbalo ó tinaja,
Donde habitaba el tarentino Arquitas.
Cállase aquí quien forma la ventaja,
La industria del artífice que juega,
O la suerte que yace en la baraja.
Al fin, cualquier novel que se le allega,
O le reduce la virtud á menos,
O alguna grave enfermedad le apega.
Convídale otro á visitar los senos
Desta gran poblacion, de seda y oro
Y de pinturas admirables llenos,
Que á ley de ingenio valen un tesoro,
En la de Dios, él sabe lo que cuesta,
Leda en el cisne, Europa sobre el toro,
Vénus pródigamente deshonesta,
Sátiros torpes, ninfas fugitivas,
Y entre las suyas Cintia descompuesta;
Que las tendria por figuras vivas
Quien juzgarlo á sus ojos permitiese,
Tanto como las juzga por lascivas.
Mas ¿que ni un cortés pámpano creciese
El favor del pincel, ni otro piadoso
Velo que á nuestra vista se opusiese?
En esta sala el genovés vicioso,
Bañado en ámbar, las usuras vierte
O en juego ó en convite delicioso.
Tiene nuestra española con tan fuerte
Mágica preso al Ligurino bravo,
Que en la lluvia de Dánae lo convierte.
Conservas que navegan desde el cabo
De Ceilan toman puerto en su posada,
Sin que Neptuno quiera ser su esclavo.
Y allí, en brocado envuelta la casada,
Por ignoto portillo introducida,
Del yugo maridal se desenfada.
Su esposo es noble y ella bien nacida,
Pero aquella paréntesis ¿qué importa,
En un discurso largo entremetida?
Demás, que otra madama, y no de corta
Fortuna, no desdeña el hurto mismo,
Y un grave ejemplo, si no manda, exhorta.
Deste y otros secretos es abismo
El confidente amor de una vecina,
Que nunca ha cometido solecismo.
Esposa fué de un césar Mesalina,
Y lámparas de bálsamo dejaba,
Techos de oro en la cumbre Palatina;
Y al candil que en la casa un Lenon daba,
Augusta meretriz, hasta el ombligo
Desnuda, por vil precio acariciaba.
Pensó que hurtando el nombre y el postigo,
Que abre y cierra á sus cómplices Licisca,
Evitaria la infamia y el castigo.
Harto mas cauta, á su interés se arrisca
Nuestra Godeña, si al galan secreto
Los cambios por injustos le confisca.
No admiten la moneda del decreto
Su coche, sus tapices y sus galas,
Que presuponen paga con efeto.
No todas estas fáciles zagalas
Lleva tras sí la liviandad del sejo,
Que de otras causas cobran fuerza y alas;
Pues quizá es omision, si no es consejo,
De benignos maridos y de tias
De sagaz y compuesto sobrecejo.
Reciben al principio unas bujías,
Mas luego anhelan al metal mas grato,
Y en figura de ninfas son arpías.
El mayorazgo es corto, el aparato
Abundante de joyas y de telas,
Para servir al ídolo de ornato.
¿Quién nos dirá (dejadas sus cautelas
Mayores) lo que cuestan sus encajes,
Sus cadenetas, randas y arandelas?
¿Quién las ciegas mudanzas de los trajes?
Que yo, por no decirlas, ó por solo
No verlas, habitara entre salvajes,
Adonde miran por cenit el polo,
O en la Barbaria, que hacen no habitable
Onzas y tigres ó el fervor de Apolo.
El ornato á su antojo es variable,
El culto que les bruñe y hace tersas
Las mejillas, ni limpio ni mudable.
Ya en los tocados no andan muy diversas
De las bárbaras mitras que traian
Sobre el cabello las mujeres persas.
En cultivarse unánimes porfian
El ornato sin causa, y así á bulto
Hasta las mas honestas lo varian.
Gran diferencia va de ornato á culto:
Este lascivia, aquel soberbia arguye,
De una sola atencion distinto insulto.
La humilde sumision del ornato huye,
Como la castidad, deste segundo,
Que del ánimo es cierto que la excluye.
Y si aquel pide perlas á otro mundo,
Este para sus baños y sus mudas
¿Anda menos curioso y vagabundo?
¡Oh tú, cualquier que seas, la que sudas,
Arando surcos en los materiales,
Que en la tez natural del rostro engrudas!
Si distilas con esto los metales
Que taladran las sienes, ¿qué deleite
O qué esplendor te infunden baños tales?
Goma tenaz y avenenado aceite
¿Podránte preservar de las arrugas
Que anticipa el abuso del afeite,
Que tan mohína contra Dios madrugas
A enmendarle su hechura, y del espejo
Al arbitrio, aquí mojas y allí enjugas,
Y el dedo (ya pincel) curte el pellejo,
Donde extiende con líquidos barnices
Las manchas ó las nubes de un bosquejo;
Risa á la vista, hedor á las narices,
Mentira aborrecible á todo el cielo,
Y á los que dél cayeron infelices?
¿Piensas que añaden gracias al cerbelo
Esas piedras y perlas que le aplicas?
¡Oh siglo atroz, de abominable celo!
¡Qué mónstruos de otros mónstruos multiplicas!
¿Qué dijera el severo Tertuliano
A vista de costumbres tan inicas?
¿Cuánta se engendra en el distrito humano
Hermosura odorífera ó luciente
Das al antojo de un adorno vano?
La piedra que el dragon cria en su frente
Pones, Lice, en la tuya; ¡oh cuántas veces
Le das sucio lugar no diferente!
Mas las que en los celebros de los peces
Nacieron, ¿no podrán quejarse viendo
A cuán mas leve casco las ofreces?
Pero al lugar donde salí volviendo,
Porque de divertido no me acuses
(Bien que no sin gran causa), yo me enmiendo;
Y digo, caro Nuño, que rehuses
Tu gusto, y á tus tiernas palomillas
El vuelo peligroso les excuses;
Que andan muchos azores por asillas,
De cuyas uñas penden los despojos
De otras aves incautas y sencillas.
¿Quién en la corte volverá los ojos
Sin topar un objeto que los venza,
Que abone y acaricie sus antojos?
Es un mañoso engaño, que comienza
Con título de honesto regocijo,
Y entre manos se os vuelve desvergüenza.
El proverbio vulgar, corte ó cortijo
(En mi opinion), fué loco ó fué blasfemo,
Digno de una mordaza quien lo dijo.
El sábio, en medio de uno y otro extremo
Desengañado, estableció vivienda,
Y es todo lo demás vivirla al remo;

Que en Madrid ni hay paciencia ni hay hacienda
Para vivir al uso, y menos malo
Si aquí esperar pudiéramos la enmienda;
Pero entre los peligros que señalo,
No hay quien sin vicios ande ó sin la fuerza,
Que los produce todos, del regalo.
Este es voraz, que en recordando almuerza,
Y deja seno para tres comidas,
Aunque por donde entró salga la berza.
El otro entre comadres conocidas,
Que saben mil secretos, reprehende
Entre sus almohadillas nuestras vidas,
Y como ocioso de sus labios pende,
Al blando taburete se acomoda,
Y á los chismes inútiles desciende.
Otro, gastada ya su hacienda toda
Con Lesvia, hace el postrero desconcierto,
Y la conduce en clandestina boda.
Al panal de sus labios inexperto
Corrió, para lograr la miel primera,
Con risa del que sabe lo mas cierto.
Y el padre, como Crémes por la nuera,
Que tañe y canta, contra el hijo brama,
Aunque al fin se conforma y se modera.
Hay quien modernas invenciones ama,
Peinado siempre y limpio como Arminio,
Que su hacienda y su crédito derrama.
Y en perdiendo el dinero, hace desinio
Sobre el de los amigos no advertidos,
En quien por esto tiene predominio.
¿Qué diré del que suelta los sentidos
Solo al olor de la primera rosa,
Y acomoda familias y maridos?
Es gran tesoro aquí una hija hermosa,
Aunque ande con su madre tan asida,
Que sin su voluntad no intente cosa.
¿Y habrá en los que profesan esta vida
Alguno que se precie de amor puro,
Que eleve el alma al dulce objeto unida?
¿Que salga en los alientos del seguro
Pecho, que con fineza heróica ahuyenta
La inclinacion del apetito escuro?
Todo es torpeza, imperfeccion y afrenta,
Que estraga la salud, y en tiempo breve
La vida que en sus gustos apacienta.
Otro verás que á acrecentar se atreve,
Cercado de valientes y crueles,
El número famoso de los nueve.
Al sol nos muestra horrendos sus lebreles,
Bien que á la luna él sabe si acometen
La riña tan ligeros como fieles;
Y para que estos mismos le respeten,
Finge la voz ó bárbara ó robusta,
Porque á inhumanidad se lo interpreten.
No de caballos generosos gusta
Para correr los montes y los valles
Del Bélgio helado y de la Libia adusta;
Pero alaba sus brios y sus talles,
Para sacar centellas de guijarros
Cuando nos desempiedran nuestras calles.
Y no se correrán de andar bizarros
Con rostros opilados y sutiles,
Y quizá de comer cascos de barros.
¿No fuera gran vergüenza ver que Aquiles
Y el gran Héctor trataran con ahinco
En estas travesuras femeniles?
En comprar dijes, en feriar un brinco
Traen cinco sentidos ocupados
(Si no carecen del comun los cinco);
Y aunque el uso los tenga disculpados,
Pero saben tan poco de otras cosas,
Que es risa (antes dolor) ver sus cuidados.
Sus motes, sus empresas amorosas
(Honor de sus adargas en las fiestas)
Te lo dirán, si examinarlas osas;
O en la ocasion urgente sus respuestas,
Envueltas en sofística dotrina,
Aun á los nuevos lógicos molestas.
Discrecion que afectada determina
La voz antes pacífica en su quicio,
Primero aguardaré una culebrina.
¡Oh cuántos hallarás que (á su juicio)
No influyen otras partes esenciales
En la nobleza que ignorancia y vicio!
¿No ves llorar las artes liberales
(Que este nombre les dieron porque en ellas
Se ejercitaban hombres principales)
De que hagan sacrilegio el recogellas
Ni en un zaguan? Y así, como en extraña
Region, vierten en vano sus querellas.
El gran Cipion solia en la campaña,
Peleando, oponerse al sol y al hielo,
Como lo saben Africa y España;
Y se preciaba de saber del cielo
Causas y efectos, y la agreste ciencia
Que fructífero vuelve el rudo suelo.
Los triunfos que adquirió en su adolescencia
Vió Roma, y en el cómico procenio,
Por él edificado, su elocuencia;
Con quien sus convidados, Lelio y Enio,
Al tiempo que en la olla hervian las coles,
Conferian en pláticas de ingenio;
Y entre nuestros preciados españoles,
No robustos ni dados al trabajo,
Ni curtidos por hielos ni por soles,
El que con traza escribe es hombre bajo,
Y estiman por ilustre al que figura
Por letras unos piés de escarabajo,
Que el diablo (á quien semeja su escritura)
No las descifrará, si en quince dias
Con diabólica industria lo procura.
Sus caractéres son, pero vacías
Señales; y así, no las interpretes,
Como ellas lo merecen, por impías;
Mas piensa la frialdad que en sus billetes
Desta letra verá madamisela,
¡Qué vocablos trocados! qué juguetes!
Anda él confiadillo en centinela
Por lograr un conceto ó dicho bueno,
Y alábolo si en esto se desvela;
Pero vino á acostarse, el vientre lleno
Del pavo, y el celebro se le abrasa
Del gran licor que se avivó al sereno;
Porque hizo media noche en cierta casa,
Hubo mimos, bailó la histrionisa
(Turba que en fiesta las tinieblas pasa);
Duerme, y antes que pida la camisa
Ya son las doce, y pasará buen rato,
Y perdone el precepto de la misa.
Pues ¡cuán digno es de ver el aparato,
La priesa y ceremonia que anda entre ellos,
Cuando se está vistiendo el mentecato!
Un ministro le crespa los cabellos,
Mientras que el otro allá formas inventa
(Mas que las del panal) de abrir los cuellos.
Di, el brasero y los hierros que calienta
¿No le condenarán por cirujano
Que apercibe cauterios, legra y tienta?
Todos andan vistiendo á don Fulano,
Porque él, de flojo y lánguido, no puede
A tales usos alargar la mano;
O piensa que es grandeza, y finge adrede
No saberse vestir, porque el aseo
Solamente á los siervos se concede.
Pone el rostro á lo turco ó nabateo,
Mostachos y aladares se perfila
(Que es belleza tener algo de feo).
Luego su consejero ó su sibila
¡Qué calumnias, qué pláticas secreto
En sus orejas fáciles distila!
Háblale ó con denuedo ó sin respeto
(Dominio viene á ser mas que privanza,
Que tiene mas de un príncipe sugeto),
Y como ejecutor de su esperanza
(Odio comun de los demás criados),
A todos sus antojos se abalanza.
Pero su industria es tal, que los pescados,
Como á su Antonio los sirvió Cleopatra,
Del agua se los da en la red guisados.
Traza el empeño á cambio, la mohatra
En el aire acomoda, y siempre flecha
Al que en las mismas aras idolatra.
Y aunque á su dueño el corazon lo estrecha
Por una parte la molesta usura,

Por otra á nuevas fraudes se pertrecha.
Al son de los doblones asegura
Con las fuerzas que pide al que le presta,
Y se deja enlazar de la escritura;
Que la tardanza sola es la molesta;
Y así, con sus privados clandestinos
A vista de la cédula hace fiesta.
Como de algun electo los sobrinos,
Que arribando las bulas, que tardaban,
Besan aquellos sacros pergaminos.
Pues ver, cuando los plazos se le acaban,
Con qué cauto desvío arma la treta
Á los que antes sin ley lo desarmaban;
Que si engañado el acreedor le aprieta,
Por mas que le persiga diligente,
Le entretiene, lo burla y lo sujeta
De suerte, que agraviado y obediente,
Le da otros plazos, y contemporiza,
Aunque conoce que otra vez le miente;
Y cuando á judicial rigor le atiza,
Le ruega y turba, y del concierto escrito,
Proteo, en formas mil se le desliza.
En efeto, en la ley de su apetito
No hay palabra, no hay fe, no hay gentileza;
Antes cobrando fuerzas del delito,
No atiende mas á fueros de nobleza
Que un juez pesquisidor, que acelerado,
Se opone á Dios y á la naturaleza.
De estos niños Madrid vive logrado,
Y de viejos tan frágiles como ellos,
Porque en la misma escuela se han criado;
Que cuando el tiempo, al fin, para vencellos,
Con no previsto ivierno se incorpora,
Sus barbas plateando y sus cabellos,
Este les pone luto, aquel los dora
Con fuego, baño y peine fementido,
Resistiendo á la fuerza vencedora.
Como si fuera injuria haber vivido,
Ó al sol pudiesen detener las riendas,
Ó infundir en sus ánimos olvido.
Ni á vosotras, oh tocas reverendas,
Autoridad y norte de la casa,
Ha de negar mi musa sus ofrendas.
Por vuestras manos su comercio pasa
Los lechos conyugales, y aun las cunas
Mancilla vuestra industria ó las abrasa.
El agraz virginal de las alunas
En las prensas arroja aun no maduro,
Sin aguardar tardanzas importunas.
Descoyunta el candado, humilla el muro,
En la familia toda infunde sueño,
Introduce al adúltero seguro.
Ni un fiel ladrido ni un rumor pequeño
A su eficaz supersticion se opone,
De las potencias absoluto dueño.
Pero no he de negar que, aunque aficione
La inclinacion al gusto, hay otra rueda
Superior, que esta máquina compone:
La grave autoridad de la moneda,
Del áspero desden nunca ofendida,
Porque jamás oyó respuesta aceda;
Árbitro de la muerte y de la vida,
Que fisga del valor y del derecho,
Porque del trato humano se despida;
Y así, todo es venal, no hay sano pecho;
Cada cual Epicuro ó Aristipo,
Su deleite pretende ó su provecho.
Si tú pudieses ver, como el Menipo
De Luciano, en los aires sustenido,
Cuándo hierve esta corte de Filipo,
De su desórden, tráfago y ruido,
Sin otros argumentos importantes,
Quedarias asaz persuadido.
Como aquí de provincias tan distantes
Concurren, ó por gracia ó por justicia,
Diversas lenguas, trajes y semblantes;
Necesidad, favor, celo, codicia
Forman tumulto, confusion y priesa
Tal, que dirás que el orbe se desquicia.
Tropel de litigantes atraviesa
Con varias quejas, varios ademanes,
Sus causas publicando en voz expresa.
Entre mil estropeados capitanes,
Que ruegan y amenazan, todo junto,
Cuando nos encarecen sus afanes,
Los vivanderos gritan, y en un punto
Cruzan entre los coches los entierros,
Sin que á dolor ni horror mueva el difunto.
Las voces, los ladridos de los perros,
Cuando acosan la fiera, aquí resuenan,
Y aquí forjan los cíclopes sus hierros.
Todos esperan y discordes penan,
Segun la disonancia de los fines,
Y prosiguen lo mismo que condenan.
Mas dirás que no todos son ruines;
Que entre los vicios las virtudes nacen,
Como entre hiedras, rosas y jazmines.
Pues eso ¿no está claro? Que aunque yacen
Sordas tal vez, avivan las acciones,
Y á su nobleza misma satisfacen.
Mas básteme mostrar las ocasiones
Y peligros, que vencen las mas veces,
Y el grande riesgo á que tus hijos pones.
Y digo al fin que, si los aborreces,
Y no admitiendo el parecer segundo,
Constante en el primero permaneces,
Que si en tu casa hay pozo bien profundo
Ó alta ventana, allá los precipita;
Que en los castigos no desplace al mundo
Quien por clemencia el mas horrendo evita.

IV.

Con tu licencia, Fabio, hoy me retiro
De la corte, á esperar sano en mi aldea
De aquí á cien años el postrer suspiro.
Hoy te lo escribo, ufano de que hoy sea,
Aunque un bruto, por tres cofres que lía,
Me estorbe con lo mucho que vocea.
Si el notar pues con piedra blanca el dia
De los sucesos prósperos se usara,
Como tal vez la antigüedad lo hacia,
Notado con alguna piedra rara
Pusiera el dia de hoy en mi vasija,
Si lapidario ó príncipe me hallara.
¿Midiera yo (1) el placer con una guija
Cándida? ¿No escogiera tal diamante,
Que le envidiara alguna real sortija?
¡Oh cuán alegre estoy desde el instante
Que comencé á romper con este oficio,
A mis inclinaciones repugnante!
En vano me introdujo á su artificio
La corte, bien que yo tan mal me ayudo,
Que salgo de su escuela mas novicio.
¡Oh! si naciera yo en el siglo rudo
Que en bellotas libró el comun sustento,
Hasta que en trigo convertirlas pudo.
Mas ¿que haré? Que por otra parte siento
Que no he de hallar la soledad tan buena
Como acá en mi opinion me la presento.
Pero si la forzosa engendra pena,
La voluntaria alivio (2), y mi albedrío
Es quien á mí me salva ó me condena.
Yo sé bien de qué objetos me desvío,
Y siempre que los viere en su retrato,
Contra cualquier pesar mostraré brio.
Cuando (3) sufra al principio algun mal rato,
Como quien se crió en la muchedumbre
Política al concurso de su trato,
Ningun principio entró sin pesadumbre,
Y esta no es tanta, que me desanime
De verla convertir presto en costumbre.
Porque si un leño verde suda y gime,
Solo padece mientras que lo tuesta
El fuego, hasta que en él su forma imprime;
Y á la materia fácil y dispuesta
No la combate, como á la robusta,
Que porque se hace fuerte, la molesta.
Y antes que Dios, con recompensa justa,
Premiase la gran alma de María

(1) Midiera no. (*Texto de Bolh.*)
(2) La voluntaria alivia. (*Id.*)
(3) Aunque. (*Id.*)

(De las augustas la suprema augusta),
Su licencia para esto pretendia,
Y el ver despues su muerte pudo tanto,
Que quisiera partirme el mismo dia;
Pero no pude yo imitar al santo
Que pasó de Mallorca á Barcelona
Tantas leguas de mar sobre su manto.
No pude resistir á la persona
Grave que lo estorbó, ni al noble lazo
De la razon cortés, que me aprisiona.
Mas pues para mi fuga llegó el plazo
(Piadoso plazo), oh vida solitaria,
Yo parto á recibir tu alegre brazo.
Y no me aguarde la tumultuaria,
Para que trace yo que el fisco pueda
No en España avivar la ley agraria,
Sino embeber en sí cuanta moneda
Guarda la fe moral, y que un decreto
La constriña á que falte ó retroceda;
Como el que sabes, movedor secreto,
Que vendió el humo á tantos pretensores,
Que en oro le pagaron con efeto.
Pues no es posible (ni es razon) que ignores
Con cuán diverso afecto y con cuán puro
Visito yo á ministros superiores.
Ni que cuando estuviera muy seguro
De que me hallaba consultado arriba,
Me socorriera interesal conjuro.
Aunque es muy cierto que en la vida activa
No hay vidrio tan sutil como el derecho,
Que en sus desnudos méritos estriba.
Si yo tratara á un príncipe, sospecho
Que me saliera amigo, y aun sin duda
Que yo no le quisiera amigo estrecho.
¿Hay quien á la verdad sencilla acuda,
Y mas si entiende el noble sospechoso
Que ella depende solo de su ayuda?
Manda que dén racion de carne á un oso
Porque á su puerta salta y acomete,
Y niega el pan á un huérfano estudioso.
El paje de aladares y copete,
Porque en la manga esconderá de Juno
(Y aun en la de Minerva) su billete,
Será valido sin contraste alguno,
Y el modesto, que cobre aliento nuevo,
Para alargar los plazos al ayuno.
¿En esta gracia introducirme debo
Para que digan, cuando la corteje,
Que sus ciegos desórdenes apruebo?
Cuando sus colgaduras ver me deje,
¿Qué importará, si no me maravillo
De las que Flándes, Francia y Milan teje?
Y ¿soy tan encogido, que me humillo
Á contentarme con ganar la entrada
Hasta la fácil sala del monillo?
En tanto que en el mundo haya cebada,
Y en mi celebro lúcido intervalo,
No me ha de dar la adulacion posada.
Yo aborrezco el mentir; soneto malo
Ni le alabo á su autor, ni se lo pido,
Aunque consista en ello mi regalo;
Y tanto mas su mérito adquirido,
Que los de su abolorio, reverencio,
Cuanto va del sugeto al apellido;
Que en el fiel tribunal de mi silencio
Desvalida litiga la fortuna,
Pues por el caso y por la ley sentencio.
Si la naturaleza siempre es una,
¿Por qué ha de haber, con méritos iguales,
En los sugetos diferencia alguna?
Envejecido error de los mortales,
Que estima la opinion mas que la esencia,
A pesar de las leyes naturales.
Por esto en mí no forme competencia
Con el manjar plebeyo el exquisito,
Si el precio, y no el sabor, los diferencia;
Que si á ladrar comienza mi apetito,
Así los raros como los vulgares
Por la ayuna garganta precipito.
¡Oh tú, de alguno de los doce pares
Descendiente milésimo, que asientas
Nobleza en lo que cuestan los manjares,
Si con lo firme de ellos te alimentas,
Y no con la opinion, di, ¿por qué cosas
Mas graves se hacen tiro nuestras cuentas?
¿Es mejor tu pavon por sus vistosas
plumas que mi perdiz, ó por ser grato
A la altiva princesa de las diosas?
¿Y tendrá el mismo honor puesto en el plato?
¿Será tan tierna entonces mi gallina,
Aunque sin plumas de pomposo ornato?
El soberbio espectáculo que empina
Los varios ojos de Argos, ¿no se queda
Inútil y mojado en la cocina?
Pues si no entra en mi estómago la rueda
Verde, rubia y azul, ¿qué ley se opone
A que una ave de casa le preceda?
Demás que yo, aunque el uso me la abone,
No aspiro á que ella induzga á maravilla,
Sino que á mi calor se proporcione.
Dime pues si en espléndida vajilla
La sustancia, á que anhelo, se le trueca
En otra mas robusta ó mas sencilla.
¿Sana el cristal mas presto la jaqueca
Que el vidrio, ó respetándolo, el catarro
Sus desabridos manantiales seca?
Y si es de plata y nielado el jarro,
Con el rostro de un sátiro en el pico,
¿Aplacarte ha la sed mas que el de barro?
Pues la seguridad con que lo aplico
A la sedienta boca, de agua lleno,
¿Darámela en palacio un vaso rico?
En el oro mezclaban el veneno
Los tiranos de Grecia y de Sicilia;
Siempre el barro corrió inocente y bueno.
¿Piensas que porque están los niños de Ilia,
Con su loba en tu vaso relevados,
Y pasa vinculado en tu familia,
Lo antepongo yo á cántaros tostados,
Si he de beber en él con los recelos,
Apenas por la salva asegurados?
Ni quiero ver, bebiendo, esos gemelos,
Porque fué el uno fratricida astuto,
Imitador de tios y de abuelos.
Y en tales vasos la madrastra el luto
Apercibe del lánguido pupilo,
Para que dé lugar al substituto.
Bien que yo con el ánimo tranquilo
Me pudiera brindar con Claudio Nero,
Si usó con los no ricos de otro estilo.
Mis campos y dehesas mi heredero
Subirá en breve caja á su ventana,
Y allí los regará como en florero.
La turba no sagaz, por cortesana,
Huye de esta opinion, porque se admira
De lustre falso y de apariencia vana;
Y así, á glorias fantásticas aspira,
Porque trae los sentidos trastornados,
De atentos al reloj de la mentira.
¿Has visto los colosos artizados
Sobre un arco triunfal? Pues por figuras
Los contempla de insignes potentados,
En el ropaje de las vestiduras
Venerables y sacros, mas por dentro
De bálago trabado en puntas duras.
¡Oh qué clavos se topan al encuentro,
En el ánimo agudos, que sustentan,
Grave el semblante, lastimando el centro!
No niego que de tímidos ahuyentan
Cualquier pasion, para que libres queden
Luego de las memorias que atormentan;
Porque tanto á su propio amor conceden,
Que ni con un pesar que lo embarace,
Ni sin nuevos designios vivir pueden.
Y si una pretension se les deshace,
Descartando el dolor á toda priesa,
Abrazan otra que en el aire nace.
Quien esta mengua habitual profesa,
¿Dirás que vive, y los que así afanamos
Con su ejemplo á la pérfida promesa?
Huyamos pues del sordo encanto, huyamos;
Que ó miente, ó esconde un término en sus bienes,
Que obliga á que á deshora los perdamos.
Con mas firmeza sufrirá vaivenes

La ocupacion de mi cortijo inculto
Que esa que te entretiene ó tú entretienes.
Bien que tú, sin embargo del tumulto
De la corte, conversas con las musas
En el asilo que les diste oculto,
Con quien de entrambas facultades usas,
Que al Tácito, y á veces al Petronio,
Restituyes el texto ó se lo excusas,
Y cuando es menester dar testimonio
Del arte militar, vemos que luces,
Mandando tu nobleza al patrimonio.
Fatigas tus jinetes andaluces,
Y aunque no sin aplauso y honor, luego
Al gusto de los libros te reduces;
Mas yo busco un linaje de sosiego
Libre de alteracion, no respetoso,
Al vulgo superior, que es el mas lego.
Quiero oponerme al tráfago injurioso,
Causador de improvisas turbaciones,
Para que no me asalten el reposo.
Aquello de los dos cautos ratones,
Que en Horacio con gusto habrás leido,
Oye, aunque el repetirlo me perdones.
Rústico vivió el uno, y conocido
Del otro, al cual, si bien fué cortesano,
Le convidó en su campo al pobre nido.
Y siendo escaso ó próvido el villano,
A conservar su provision atento,
A honor del huésped alargó la mano.
Derramó sus legumbres, bastimento
De que guardaba su despensa llena,
Y los trozos de lardo macilento.
De pasas, de garbanzos y de avena,
Ufano, entresacó lo mas reciente,
Y con los labios lo sirvió en la cena.
Mas hecho el cortesano á diferente
Gusto, de sus manjares fingió agrado,
Y probó algunos con soberbio diente.
En paja muelle entonces recostado
(Próspero lecho) el gran raton yacia,
Dueño de aquel vivar afortunado;
Que royendo unos tronchos, se abstenia
De lo bueno y repuesto, porque el hijo
Se acreditase con la demasía;
Al cual, riendo (1) el cortesano, dijo:
«¿No me dirás, amigo, por qué pasas
La vida en este mísero escondrijo;
»Antepones las selvas á las casas,
Y al sabor de los mas nobles manjares
Unas legumbres débiles y escasas?
»Ruégote que este yermo desampares;
Vénte conmigo á mejorar tu suerte,
Donde venzas los últimos pesares;
»Que todos somos presa de la muerte,
Y cuanto ella mas lazos apercibe,
Con mas cautela el sábio los divierte.
»Este pues breve espacio que se vive,
¿Quién tan sin arte sirve á su destino,
Que de alimento sustancial se prive?»
Persuadido con esto el campesino,
Sale tras él por el boscaje escuro,
Y hácia la corte siguen el camino.
Llegados entran por el roto muro,
Y en casa de uno de los mas felices
Magnates se pusieron en seguro.
En cuyos aposentos los tapices,
Por la paciencia bélgica tejidos,
Mostraban sus figuras de matices;
Sobre los lechos de marfil bruñidos,
Los carmesíes adornos de la China
A la púrpura tiria preferidos.
Aquí el raton campestre se reclina,
Y sin que el caro amigo se lo evite,
La cuadra y sus adornos contamina (2).
Y en los platos, reliquias de un convite,
Que una fiel (3) mesa le ofreció, procura
Que el vientre de su ayuno se desquite.

(1) *Rendido*, en vez de *riendo*. (*Texto de Gracian.*)
(2) Así Gracian (*Agudeza y arte de ingenio*). La primitiva edicion, Marchena y otros ponen *contramina*.
(3) Así Gracian. *Infiel* dicen los demás.

Muy hallado tras esto, la figura
Hace de alegre huésped, discurriendo
Por la pieza con libre travesura.
Pero cesó el placer por el estruendo
Con que cierran las puertas principales,
Por no esperado, entonces mas horrendo.
Los canes luego (horror (4) de los umbrales),
Como acostumbran, con ladridos altos
De su fidelidad dieron señales.
Aquí de tino los ratones faltos,
Huyen hasta subir por las paredes,
Y ambos cayendo chillan y dan saltos.
Mas luego el campesino, «tú, que puedes,
Le dice al cortesano, llevar esto,
Podrá bien ser que en tu vivienda quedes;
»Que yo á tentar la fuga estoy dispuesto,
Y con celeridad tan proseguida,
Que á mi quietud me restituya presto,
»Donde no hay asechanza que la impida;
Por incapaz del trato ó por indigno,
Volveré á la escaseza de mi vida.
»Todo cuanto me ofreces te resigno,
Con tu abundancia á tu placer te dejo
Por un hoyo sin luz, pero benigno.»
Este el suceso fué y este el consejo
Que yo venero, con haberlo dado
Un tímido y silvestre animalejo.
A mi rustico albergue me traslado,
Bien que, segun lo pinta mi juicio,
Un magnífico alcázar y adornado.
Cierto es que él no levanta un edificio
En que la geometría suntuosa
Haya puesto el caudal de su artificio.
Que allí no lucen jaspes de Tortosa,
Por nuestro Fidias Jacome de Trenzo,
Y de pórfido raro ni una losa;
Ni el ventanaje del soberbio lienzo
Del templo insigne que ofreció devoto
Filipo en San Quintin á san Lorenzo;
Mas pienso que aunque no responde al voto
Con que aquella victoria fué impetrada,
No está de parecérsele remoto.
Es la capacidad de la posada
Angosta; pero, gracias á Dios, nuestra,
Humilde, pero bien acomodada;
En cuyo alegre patio, á mano diestra,
Un cuarto fresco para el tiempo estivo
Sobre el antiguo sótano se muestra;
El sótano, en que siempre licor vivo
De Baco en los toneles envejece,
Y el que Pálas distila de su olivo.
Todo este cuarto en un jardin fenece,
No trasquilado; que su verde greña
Para apetito en la ensalada crece.
Luego cercando prevenida leña,
De parto cacarean cien gallinas
Junto de una cocina no pequeña;
Donde, extendida entre las dos esquinas,
Blanquea una vajilla, que se iguala
(Si ya no excede) á porcelanas finas.
De un entresuelo en medio de la escala,
Para si viene un huésped dedicado;
De allí se sube á la apacible sala,
Que me conserva en uno y otro lado,
Conforme al tiempo, habitacion distinta,
Y de ambas se descubre vario el prado;
Tal, que si de pincel vieres la quinta
Entre altos sauces ó en ribera amena,
Dirás que deste original se pinta.
La torrecilla, de palomos llena,
En sus roncos arrullos semejante,
A los aplausos del teatro suena.
Y abiertas las ventanas, no distante
Descubren el repuesto de la fruta,
Cubiertas con sus redes de bramante,
Porque el oreo, que la guarda enjuta,
Entre á darle sazon, y á las traviesas
Aves lo estorbe la defensa astuta.
Generoso el olor de las camuesas
Se esparce, que del techo bien colgadas,

(4) *Honor*, dice Marchena, en vez de *horror*.

Forman racimos, de sus hilos presas;
Y con ellas la sarta de granadas,
Que una en el seno sus rubíes encubre,
Y algunas te los muestran confiadas.
Las uvas, que en abril como en octubre,
Precian su néctar, sólidas y enteras,
Como él, aunque escondido, lo descubre;
Y de juncia y de esparto en las groseras
Fajas para ivernar penden melones,
Acomodados dentro en sus esferas;
Las servas, imitadas de varones
Que en sus patrias son ásperos y rudos,
Hasta que á luengas tierras los traspones;
Los nísperos, que dejan de ser crudos,
Bien que maduros son pellejo y cuescos,
Junto á membrillos lisos ó lanudos;
Los higos pasos, con mas miel que frescos;
Al fin cuanto se esculpe y se colora
Sobre los cornucopias y grutescos.
Desde Valencia dan Pomona y Flora
La cidra y la naranja á nuestra Páles,
Con las limas, que el sol adulza y dora,
Cuando á breves tetillas virginales
Imitan, conservando la figura
Con que en fraterna union crecen iguales.
El pero humilde entre las pajas dura
Macizo y mas cordial, cuyas virtudes
Con el rescoldo lento el fuego apura.
Las castañas en forma de laudes,
Nueces y almendras, que aman la madera,
Que les sirve de cunas y ataudes.
Entre esta fruta fácil considera
Que un asado y cocido, poco y bueno,
Sobre manteles cándidos me espera.
Y que á mis horas ciertas como y ceno,
Con la resolucion que lo ejercita
Un sano, que reniega de Galeno,
Y con puntualidad tan exquisita
Como la indispensable que el sol tiene
Para ilustrar los signos que visita.
Mas componer la sala me conviene,
Y mi lecho en su alcoba, y ver del modo
Que el tercero aposento se previene,
Que es grande, blanco y lleno de luz todo;
En este de mis bienes lo mas rico
(Mis apacibles libros) acomodo.
Este, suaves musas, os dedico
Al ócio docto, á las vigilias santas,
Que me han de secrestar del siglo inico.
Acetadlo, bellísimas infantas
De Jove, asi no huelle vuestras flores
Profano huésped con indignas plantas.
Vuestra deidad no inspire sus olores
Sino á la bien dispuesta lozanía,
Que eleva los ingenios superiores.
No se llegue ni á Euterpe ni á Talía
(Por mas que alegue á Sócrates) el necio,
Que en su verbosidad servil porfía.
Escuchen solamente con aprecio
Las verdades que esparce en su elegancia
La fiel consoladora de Boecio.
Use allá fuera Codro de arrogancia
Por ciencia, y de su voz arrastre asidos
Los vulgos, como Alcides el de Francia;
Pues juzgan con tan rústicos oídos,
Que lo escuchan por cisne, siendo ganso,
Y por canto sonoro sus graznidos.
Y mientras que Gnaton compra el descanso
Con oficioso agrado, y disimula
Su cieno y ovas, como arroyo manso,
Y algunas veces reprehendiendo adula
(Que hay tambien aspereza aduladora)
Al noble tributario de su gula,
A sus versos da honor, porque devora
Sus platos, siempre huéspeda, la panza,
Hinchada por ajena cantimplora.
Y en tanto que al poder y á la privanza
Frecuentan los barbudos pretendientes,
Que en apariencias fundan su esperanza;
Bien que entre los decoros aparentes
Por virtud de sus piedras y metales
Cobran los requisitos suficientes.
Y en tanto que de lechos conyugales,
Que afortunados la ignorancia llama,
Arde el honor en ascuas desiguales;
Porque plugo á los ojos de madama
La maciza salud del paje hermoso,
Y desmiente al susurro de la fama;
O prohijando al satisfecho esposo,
Obra de esfuerzos mas ejecutivos,
O apelando al brebaje poderoso;
Por cuya fuerza arroja medio vivos
Al adúltero Adónis, semejantes
(No sin peligro) trozos abortivos;
Y en tanto que el tropel de negociantes
Hunde estas calles, como cuando en Creta
Gritaban los piadosos coribantes;
Y Crisófilo cauto con la treta
Del volador Simon la mitra agarra,
Con que despues la indocta frente aprieta;
No por mostrar la indignacion bizarra
De otro Simon, que amando á su maestro,
En un huerto esgrimió la cimitarra;
Sino, contra el ejemplo de Silvestro,
Para oprimir la esposa como á sierva,
Dándole á César el peculio nuestro,
Que sus ovejas él no las conserva
Sino por el vellon que les trasquila,
Sin celo de que rumien sal ni yerba.
Y mientras gime entre Caribdi y Scila
Tu verdad por causídicos malditos,
De quien la fe como la voz se alquila;
Hasta que huyendo interesales gritos,
De los confusos tribunales vuela,
O se ahoga en los pérfidos escritos;
Y mientras la ambicion y la cautela
Apresuran las vidas en palacio,
Que á la corriente edad bate la espuela,
Viviré yo en mí mismo, á libre espacio,
Con Jerónimo, Ambrosio y Augustino,
Y alguna vez con Píndaro y Horacio.
En este, que es mi puerto, determino
Mirar (si puedo) como ajeno el daño
Que otros reciben del furor marino:
Y allí de jaspe catalan ó extraño (1),
Para colgar mis cepos y cadenas,
Levantaré un altar al desengaño;
Cuya inscripcion con letras de oro llenas,
Aunque respete al superior sentido,
Que les dió (ó penetró) Pablo en Aténas,
Dirá tambien: «Al Dios no conocido.»

V.

Al marqués de Cerralvo don Rodrigo Pacheco.

No te pienso pedir que me perdones,
Marqués, lo que he tardado á responderte,
Si en residencia mis afectos pones.
Muerto me hubiera tan menguada suerte,
Como hallarme con culpa en tu servicio,
Y por justa aprobara yo la muerte.
Mas de la patria el seno, que propicio
Suele ofrecer salud á los sugetos,
Niega á mis fiebres su benigno oficio.
¿Cuál sediento engendró versos perfetos?
¿Querrás que cuando el agua se le aparta,
Cante la sed de Tántalo tercetos?
Los tuyos recibí, besé la carta;
Mas leer tres ó cuatro apenas pude,
Cuanto menos pasar toda la sarta.
Y agora tan maligno humor me acude,
Que no hay cosa que no me dé mohina,
Como ni medicina que me ayude.
Mas cruel, mas cruel la medicina
Que la misma dolencia se me muestra
(Hipócrates perdone y su dotrina).
Jamás vió tan furioso Clitemnestra
Al hijo, fiero matador de Egisto,
Como á mí, de una pócima siniestra.
Ni flor medicinal, ni fruto han visto
Los orbes nuevo y viejo, que faltase
A desleirse en mi execrable pisto.

(1) No extraño. (*Texto de Bolh.*)

Si cinco balas que tragué contase,
En que apretó Canidia cinco cargas
De drogas frias en primera clase;
Cada cual tuvo dos arrobas largas,
Dióles su lustre el fino oro de Tibar,
Mas no las pudo hacer menos amargas.
Intenté el restaurarme con almíbar,
Mas, de estúpido al fin y hecho pedazos,
No distinguí el azúcar del acíbar.
Cinco ó seis veces alargué los brazos,
A que los agotase una lancéta,
Y toleraron de un liston los lazos.
Y sin embargo, en la sazon quieta
Llamo á las nueve hermanas, y no duermo;
Mas no es mi voz oida, ó no es aceta,
Porque aman mas sus selvas ó su yermo,
Que con el melancólico Saturno
Entrar al aposento de un enfermo.
Pido prestado el plectro ó el coturno
Con que Mántua los hechos manifiesta
Del poco amable vencedor de Turno,
Para que hallen, Señor, digna respuesta
Tus versos y su espíritu divino;
Mas ya ni se merece ni se presta.
Por eso á responder me determino
En el estilo cómico y pedestre,
Tan inferior al tuyo peregrino.
Que tiempo ha de llegar donde se muestre
Heróica, y no satírica mi musa,
Pues tú le puedes dar anillo ecuestre.
Fundada pues su verdadera excusa,
Discurriré, á tu gracia reducido,
En la materia que le das, difusa.
Tu carta (aunque, segun yo he presumido,
Sobre lo que la alcanzo, se me eleva)
En dos particulares la divido.
El primero es, Señor, darme la nueva
De que quitaste á Vénus las primicias
Que de tus años juveniles lleva.
Fué para mí dignísimo de albricias,
Y mas si juntamente cierto fuera
Que en ese estado proseguir codicias;
Que, aunque es gloriosa la faccion primera,
Quieren sábios que el mérito consista
En el valor, que vence y persevera.
Repose, mas no tanto que desista;
Que no merece el que defiende un fuerte
Menos que el que de nuevo lo conquista.
El vencedor, que un punto se divierte
De poner prevencion á lo futuro,
En oprobio su crédito convierte.
Fugitivo de Vénus te figuro,
Marqués; mas, si verdad puedo decirte,
No estoy de tu constancia muy seguro.
Ni en tanto que navegues en la Sirte
(En tanto digo que el peligro amares)
Podrás de sus tormentas eximirte.
Es menester, Señor, que desampares
Esos vadosos senos, cuya arena
Suele infamar los africanos mares.
Ulises para oir á la sirena,
No solo á sus ministros ensordece,
Sino que se hace atar en una antena;
Porque sabe lo mucho que merece
Quien se niega á sí mismo, y solo fia
De la ocasion que de ocasion carece.
Tu sirena interior, por otra via
Íntima y rara escucho, que se opone,
Y soltando su dulce melodía,
Con suaves discursos te propone
Que á la ocasion de nuevo desafies,
Que ese desden moderno perficione;
Que todos tus consejos le confies,
Porque no es bien que del nativo amigo,
Nacido en tus entrañas, te desvies.
Huye de tí, no vivas ya contigo,
Porque la filaucia no te engañe
(Ese amor proprio de tu centro, digo)
Para que tu juicio se acompañe
Con la razon, que amiga le conceda
Su luz que lo confirme y desengañe;
Porque con tanta propiedad remeda
A la misma razon la filaucia,
Que apenas hay quien diccernirlas pueda.
Dirá que no es valor el que desvía
La ocasion, sino el ánimo robusto,
Que la virtud en sus secuaces cria;
La constancia, la fe, el recato justo...
Mas ay, que esta retórica endereza
Su causa á solo establecer tu gusto.
¡Oh Dios! si penetrares la corteza,
¡Qué fraudes hallarás, que en la figura
Vienen de sencillez y de fineza!
Así, tal vez fiada en su hermosura,
La adúltera gentil con los fingidos
Celos de su consorte se asegura.
Ya se desmaya y turba los sentidos,
Dentro del pecho desleal suspira,
Los ojos á llorar apercebidos.
Culpa los siervos, con la limpia ira
De los celos legítimos bramando;
Su noble esposo, crédulo, la mira
Enternecido y obligado, y dando
Satisfacion inútil á su aleve,
La abraza, y pide el corazon mas blando;
Y con los labios abrasados bebe
De su Porcia las lágrimas atroces,
Que de los ojos bien mandados llueve;
Cuyo llanto, oh marido, y cuyas voces
Te dirá su escritorio si son fieles,
Si con curiosidad lo reconoces.
¡Oh santo Dios, qué trazas, qué papeles
Pérfidos has de hallar! Yo me prefiero,
Que á diferente tribunal te apeles.
Volviendo pues, Marqués, á lo primero,
Si de las ocasiones no te sales,
No es hasta agora el vencimiento entero.
¿Quién vió ociosas las causas naturales?
¿Cuándo (no habiendo estorbo que lo impida)
No producen efectos sustanciales?
Pues ¿qué ha de hacer la voluntad, herida
De la dulce presencia del objeto,
Sino dar incurable recaida?
Contra esto dicen que al fatal decreto
Que las celestes máquinas gobierna,
Vive el vigor de la razon sujeto;
Que allá eslabona la cadena eterna
Los cursos y sucesos de las cosas,
Trazados en la idea sempiterna.
Y que las diligencias oficiosas,
Cuando á los hados contrastar pretenden,
Vienen á ser ridículas y ociosas.
¡Oh miserables los que solo atienden
Al soplo vago, sin calar el viento
Los naturales remos que lo hienden!
Y dejados llevar del movimiento
Comun, el albedrío maniatan,
Generoso y real, de ley exento;
Y sin respeto á su virtud, lo tratan
Con el título vil que á Siro ó Davo,
Y el cetro hereditario le arrebatan.
Esta cuestion, si es libre ó si es esclavo,
Causa alboroto y gritos en escuelas,
Mas siempre él sale vitorioso y bravo;
Que aunque por ignorancias ó cautelas
Han puesto su verdad en opiniones,
Rompe nuestro albedrío las piguelas.
Tú, que por ignorar tus proprios dones,
Sujetas al destino tus potencias
Con lo mal que á evitarlo te dispones;
¿No atiendes que al poder que reverencias,
Agravias, y á tí mismo, que obediente
Tu fuerza entregas á sus influencias?
Tu eleccion, si lo miras altamente,
Se fabrica á sí misma oprobio ó gloria,
Como artífice activo ó negligente.
Vive pues vida digna de memoria,
Y no entre los tumultos improvisa,
Si quieres hacer tuya la vitoria;
Que aunque los astros fuertes le dén prisa,
Triunfante el sábio vencedor humano,
Con pié absoluto sus cervices pisa.
Muy bien pudiera Jove de su mano
Librar el pleito de las diosas luego,

Sin remitirlas al zagal troyano;
Y con esto evitar el sacro fuego
En que Troya se ardió, el cuchillo impío,
Y obstinacion del injuriado griego;
Pero quiso mostrar el poderío
Que á los hombres ha dado, y que se allana
Todo á la libertad del albedrío.
Júzguelas rectas la eleccion humana,
Que eternas paces ó implacables iras
Lleva en el seno la fatal manzana.
Grecia, cuanto estupenda en sus mentiras,
Es admirable en el comento dellas,
Si tú con vista no vulgar las miras.
Aquellas tres competidoras bellas
Por Júpiter á Páris remitidas,
Para que fuese juez de sus querellas,
Por el sentido místico entendidas,
En cada cual de sus bellezas luce
Un símbolo de alguna de tres vidas.
Pálas á contemplar nos introduce,
Juno al trato civil, la que ejercita
El delicioso á Vénus se reduce;
Y porque al hombre el cielo jamás quita
Su exencion, de las tres la causa entera
Quiso que á su albedrío se remita;
Mas él, que en lo exterior las considera,
Sin notar lo sublime del misterio,
Juzgó por mas hermosa la tercera,
Sobornado del trágico adulterio,
Que tantos reyes trujo á la venganza;
Y vió en el humo Priamo su imperio.
Y vives, oh lasciva destemplanza,
Tan sin discurso, que tu gozo igualas
Con el que la porcion divina alcanza.
¿Cuándo la suben sus felices alas,
Sin que el cuerpo les cause estorbo alguno,
A contemplar el sumo bien con Pálas,
O sentenciado por la activa Juno,
A unir con perfeccion la disonancia
Del furor de los hombres importuno?
Tu pues, noble rebelde, ten constancia
Contra el caudillo que desamparaste,
Y busca bienes de mayor sustancia.
Si con herida en lo interior quedaste,
(Que temo que hay alguna en lo profundo),
Saca la flecha, y lo pasado baste.
Esto fué lo primero. Lo segundo
Que en tu carta me dices, comprehende
No menos á Madrid que á todo el mundo.
Quéjaste agora dél, porque no atiende
Sino á murmuraciones y juicios;
Di, ¿cuál pueblo no juzga y reprehende?
Ese millon de hermosos edificios,
Cuando huéspedes tantos encerraba,
De tan varias provincias colecticios,
Las grandes novedades anegaba
En su mismo tumulto, y el oído
Apenas á las leves aplicaba;
Mas agora á su orígen reducido
De las inteligencias sacrosantas,
Y de las temporales excluido,
¿De que se ocupe en murmurar te espantas,
Y que suceda el argumento leve
A la materia de grandezas tantas?
Por aquí acabo de entender cuál debe
De haber quedado, y cómo el tiempo doma
A quien mas se le opone y se le atreve.
¡Oh cuánto desto vió inclinada Roma,
Cuando mudó el imperio Constantino
A la ciudad que su apellido toma!
Que lo portátil que á Bizancio vino,
Cargó mil naves de los mas famosos
Vestigios de la gente de Quirino:
De mármoles estátuas y colosos,
Ornato ya de la Asia, y todos ellos
Por la industria del arte mas preciosos.
Bien que sobre las hastas y en los sellos,
Por el imperio á Roma reservado,
El águila imperial mostró dos cuellos.
Parecerán las gentes que han quedado
Por esas calles huérfanas y solas,
Carpas en el estanque desaguado,
Que, echadas fuera las amigas olas,
Entre el junco, tambien desierto, azotan
La medio enjuta arena con las colas.
Y así pienso que agora, que se agotan
Las materias antiguas, mas sedientos
Hasta accidentes muy plebeyos notan.
Bien que el interpretar tus pensamientos
No es exceso vulgar; pues en su vuelo
Tiene los ojos toda España atentos.
Esto te obliga á levantarlo al cielo,
Y renovando allí sus plumas viejas,
Sufrir sus rayos y animar tu celo.
Pero dime, ¿por qué el provecho dejas,
Que pudieras sacar del enemigo,
Y lo conviertes en ociosas quejas,
Si en matando al leon (como es testigo
Cleonas), de su piel greñuda Alcides
Formó á sus miembros belicoso abrigo?
Si con la detraccion del vulgo mides
(Piel de mónstruo mas fiero) tus acciones,
¿No te será un arnés para otras lides?
Quiero decir, Señor, que las abones
Con las reglas que sacan los mordaces
Del veneno que entró en sus corazones.
Tú para darnos miel, oh enjambre, naces
Así de muerta ó corrompida vaca,
Bien que romeros y tomillos paces,
Y así de horribles víboras se saca
(A las lenguas del vulgo semejantes)
Contra las mismas víboras triaca.
Mas pregunto, ¿es muy bueno que te espantes
De su murmuracion, si tú confiesas
Que le diste ocasiones tan bastantes?
Palabras de tu carta son expresas,
Que hiciste vanos los consejos mios,
Cebados del error de tus empresas.
Yo te los di de adulacion vacíos,
Y de temeridad, de fe tan llenos,
Como eran menester para tus brios;
Por la misma experiencia de los senos
De la filosofía á luz sacados;
Pero (en vez de escucharlos á lo menos)
Fueron por ti con risa despreciados,
Y por otros garzones de tu estofa,
Cómplices en tus sendas y cuidados;
Viendo pues cuán en vano filosofa,
Un desautorizado, retiréme,
Si no de aquel fervor, de aquella mofa;
Pues no hay piloto cuerdo, que si teme
Vecina tempestad, del puerto léjos,
No extienda bien sus lienzos, y no reme.
Yo vi los arreboles tan bermejos,
Que pueden señalar los temporales,
Con que hoy se desagravian mis consejos;
Y así, me recogieron mis umbrales,
Corrido, y obligado á reducirme
Á no dar otra vez consejos tales.
Dirán que fué mal hecho el eximirme;
Que el médico (mal grado del doliente)
Cuando le tiene amor, suele estar firme.
Si tú lo dices, sufre que te cuente
Un ejemplo en mi causa, porque acabes
De ver que tuve el ánimo inocente.
El águila juntó una vez sus aves,
Porque se lo pidió la golondrina,
Para tratar de ciertos puntos graves.
Atravesó la rústica gallina
El Ligústico mar, y la africana
Desamparó sus palmas y marina.
El pavo (raro un tiempo en mesa humana,
Que la nueva y voraz gula española
Tiene ya por comida cotidiana)
Aquí sus varias plumas enarbola,
Y las mirlas y tordos alemanes,
De grandes alas y espaciosa cola.
El cisne, que el mayor de los afanes
Lamenta con dulcísima armonía,
Y de Cólcos vinieron los faisanes.
Tambien sus francolines Jonia envia;
Y tú, á quien la naranja y la pimienta
Es su bálsamo y mirra, perdiz mia,
Aquí llegaste autorizada y lenta;

Y el ansar fiel, á los romanos gratos,
Cuyo censor primero los sustenta.
Las torpes ocas y silvestres patos
Y los muelles pichones, los palomos
Dichos torcazos, y en latin torcuatos.
Las aves tardas, á quien los que hoy somos
Llamamos abutardas vulgarmente;
Cigüeñas largas y mochuelos romos.
Luego una escuadra de sonora gente,
Ruiseñores, calandrias; y Canaria
Remitió sus cantores obediente;
Gorriones, cuervos, y la solitaria
Tórtola, lloradora de sus duelos,
La altiva garza en sus caprichos varia;
El falcon y el azor desde los cielos
Se apean, no en alcándaras ni en barras,
Las primas, gerifaltes y torzuelos;
Que todo el escuadron de uñas bizarras
Muestra sin capirotes ni piguelas,
Pacíficas las frentes y las garras:
Las grullas, que con diestras centinelas
El ático carácter de su hueste
Preservan de las súbitas cautelas.
La codorniz marítima y la agreste,
Y las armadas de su cresta upupas,
Y el fantástico pájaro celeste;
Tú aquí tambien, lechuza, asiento ocupas,
Aunque á las sacras luces acometes,
Lámparas quiebras, y el aceite chupas.
La fénix no salió de sus retretes,
Donde al honor del ataud ó cuna
Apercibe pastillas y pebetes.
Mas de otras aves no faltó ninguna,
Sino las que el derecho hizo excusadas,
Á consultar de su comun fortuna.
De todas las regiones apartadas
Volaron á las cumbres de Pirene,
Por muñidores pájaros llamadas.
Allí entre encinas y alcornoques tiene
De Júpiter la insigne camarlenga
Capaz teatro, donde á cortes viene.
Habiendo pues con ceremonia luenga
Honrado á los veloces circunstantes,
La golondrina comenzó su arenga.
Dióles superlativos arrogantes,
Para captar comun benevolencia,
Al uso de escolásticos pedantes.
Dijo (pidiendo á l'águila licencia)
Que ella celaba el volador linaje;
Y así, le quiso dar cierta advertencia.
«Como yo voy haciendo mi viaje
Sobre tantos países (dijo) advierto
Lo que nos puede ser favor ó ultraje;
»Un inmenso peligro he descubierto,
Que aunque en la ejecucion no está vecino,
Basta para atajarlo el ver que es cierto.
»Desde el mar de Elesponto hasta el Latino
Nace en los campos de la tierra grasa
Cierta semilla, que la llaman lino,
»Que los esteriliza y los abrasa;
Porque arraigada entre los surcos crece,
Y á dar tributo en pocos meses pasa (1).
»Cuando su arista el grano rubio ofrece,
La arrancan de raíz, porque la siesta,
Pálida ya, la aprieta y endurece.
»Así en los haces manuales puesta
Al sol se enjuga, y luego el agua aplaca
La sed que le da el sol cuando la tuesta.
«Del agua al sol segunda vez se saca,
Y para quebrantar su caña hueca,
Con mazos de madera se machaca.
»La arista vuela destrozada y seca,
Dejando el lino mondo en largas venas,
Y peines lo hacen digno de la rueca.
»Pues terso como barbas y melenas
De los anacoretas que vió el Nilo,
O como en sus filósofos Aténas,
»Se deja prolongar al mismo estilo,
Y entre rústicos dedos apremiado,
Dellos revuelto al hoj, resulta el hilo.
»Luego es cordel con hilos engrosado;
Este forma los lazos y las redes,
Con ñudos y lazadas prolongado;
»Engaño que en las plantas ó paredes,
Donde habitamos todas, escondido (2),
Peligra el robador de Ganimédes.
»No estará salvo el inocente nido,
Ni el discurrir las selvas ni dehesas
Será á los libres vuelos permitido;
»Porque serémos por los hombres presas
En los senos del lino fraudulento,
Que presto vendrá á ser redes espesa.
»Al fin, lo que en razon de todo siento,
Es que mientras el lino á ser no llega
De humanas asechanzas instrumento
»(Porque aun agora arroyo manso riega
Su inocencia en cogollos florecientes,
Y en la tardanza natural sosiega),
»Arremetamos todas diligentes
A talar su verdura sospechosa,
Que amenaza el estrago á nuestras gentes.
»A lo menos, oh reina generosa,
Manda que algunas tropas de vencejos
Confundan la semilla perniciosa;
»Y no porque los daños mires léjos,
Dilates el poner mano á la obra;
Que vanos son sin ella los consejos.
»El mal que no se ataja, fuerzas cobra;
La pérdida de tiempo no es pequeña,
Y salvo al imprudente, á nadie sobra.»
Aquí acabó; mas la águila risueña,
Como si oyera al terenciano Traso,
La no supérflua plática desdeña.
Las demás, con su ejemplo, rien á paso;
Mas luego suena pública la risa,
Sin hacer del aviso ningun caso.
Y aun hubo quien votó que con precisa
Relegacion se castigase luego
Quien de cosas tan frívolas avisa.
Pero tambien pasó en donaire y juego;
Y volando en desórden y en huida,
Al aire se entregó el senado lego.
La golondrina, atónita y corrida
De hallarse sola, y que con arrogancia
Quedaba su oracion correspondida,
«Alto, cedamos, dijo, á la ignorancia
Universal, pues el ponerle enmienda
Se intenta con oprobio y sin ganancia;
»Y cada cual á su interés atienda.
Yo á lo menos, de selvas enemigas
Secrestaré en seguro mi vivienda,
»Y en casas de hombres, en las altas vigas
Suspenderé mi nido, y los alados
Senadores remedien sus fatigas.
»Tiempo vendrá en que, presos y enredados
En su infortunio, alabarán mi celo,
Pues de sanos consejos despreciados
La venganza dió al tiempo el justo cielo.»

EPISTOLA

DEL PRÍNCIPE DE ESQUILACHE.

Señor Retor, razon será que pruebe
Con mas alegre musa á responderos
De lo que á vuestra carta se le debe.
Y no lo digo, á fe, por ofenderos;
Mas vino la misiva tan en seso,
Que fuera muy posible no entenderos.
Que está la pena y culpa en mí confieso,
Mas no entender es falta moderada,
Y el mucho averiguar culpable exceso.
Mas ¿qué moralidad tan excusada
En tiempo que sabella y entendella
Se juzga por locura mesurada?
A sátira encamina esta doncella

(1) «Este forma los lazos y las redes
Cuando ya á estar hilado en ñudos pasa.»
Así pone Gracian estos versos, suprimiendo los demás hasta este:
«Con ñudos y lazadas prolongado.»

(2) «Oculto con astucia no pequeña.»
Así el verso en Gracian, suprimiendo los demás hasta el que empieza: «Aquí acabó.»

Mi estilo familiar, y no ha sabido
Que sois un sacerdote ayuno della.
No sé qué tantas vuestras he leido;
¿Serán hijos ajenos, que piadoso
Habeis legitimado y defendido?
Tambien procura veros en el Coso,
Pues me depara agora esta malicia,
Que puede perturbar vuestro reposo.
Su mala inclinacion en esto indicia;
Que si á vos no perdona y satiriza,
A nadie pienso que será propicia.
Con mi curiosidad su fuego atizo;
Que siempre el decir mal fué sin provecho,
De todos gustos un comun hechizo.
Va de sátira pues, aquesto es hecho;
Que nueva fuerza mi paciencia siente,
Y casi reventar quiere en el pecho.
Aquí donde Pisuerga mansamente
En sus floridas márgenes se enfrena,
Con dulce mormurar de su corriente,
Alguna gente vive, que por pena
Tiene solo el temor de la partida
De aqueste dulce engaño y su cadena.
Por dicha juzgará perder la vida,
Y no el estrecho lazo que los ata
A su opinion, fundada en la comida.
Si Campos es tan fértil, los maltrata
Como la seca Mancha, y su argumento
El sofista suceso le desata.
No pienso proseguir con este intento
Discursos que serán, segun entiendo,
Para su bien y mal sin fundamento.
Al fin será si fuere, y no pretendo
Decir que son dichosos los que viven
En soledad la vida entreteniendo.
¡Qué enfadoso es el yerro que reciben!
Horacio se engañó, y tendió las redes
A necios melancólicos que escriben.
¿Ver unos gestos siempre? ¿Unas paredes?
¿Vivir entre ignorancia con cautela?
La flema es necesaria de Arquimedes.
El que ningun cuidado le desvela,
Mucho tiene de bestia. Al fin, en todo
Per molto variar natura è bella.
En esto con mi gusto me acomodo;
El vuestro es diferente, y bien quisiera
Hallar para mudarle nuevo modo.
Y aunque conozco bien de la manera
Que vive aquesta gente, es en secreto,
Y no lo he de decir, ni Dios lo quiera.
Si bien miramos pues al mas perfeto,
Ninguna vida en guerra así se emplea
Como una pluma en su menor defeto.
Si la otra no es doncella, no lo sea,
¿Paríla yo? Que Barrabás la lleve,
Y á quien su honor contra su bien desea.
Si el otro gasta mas de lo que debe
(Dije deber por término infinito),
Sobre él al cabo de sus gustos llueve.
Si el otro que es discreto por escrito
Se precia de razones mas rodadas
Que previlegio de hidalgon corito,
Dos docenas habrá de puñaladas,
Que acaben los retruécanos pesados,
Pasto inútil de orejas mas pesadas.
Si el otro con desprecios engañados
Burla del sábio, y dice lisonjero:
«Gran ventaja nos hacen los letrados;»
Vos sabeis, buen señor, que es majadero,
Y esfuerza la ignorancia, porque quiere
Que en no saber esté el ser caballero.
Si el otro codicioso pena y muere
Con sed de insaciable hidropesía,
Su pago le dará lo que adquiriere.
Llego pues á la envidia. ¿Si podria
Mi corto ingenio celebrar la suma
De su absoluta y ciega tiranía?
Mas temo que la vida se consuma,
Y en tan infames alabanzas corta,
Me ponga freno mi corrida pluma.
Rinde el honor, los ánimos acorta,
Piérdese por fianzas sin gozallo,
Menos entiende en lo que mas le importa.
Reina insolente, siendo vil vasallo,
Del bien ajeno con su mal reparte,
Con sola la codicia de quitallo.
El ódio junta, la amistad desparte;
Ella es al fin el alma de palacio,
Toda está en todo, y toda en cada parte.
Vamos, sátira ó carta, mas de espacio;
Que si adelante paso, á mas me obligo
De lo que da lugar tan corto espacio.
Queriendo proseguir, llegó un amigo,
Y dijo: «¿Los poetas no podrian
Llevar á vueltas desto su castigo?»
Con Marcial respondí: «Dicha tendrian;
Mas libre Dios mi libro desa sarna,
Aunque ellos merecido lo tenian.»
Punta de verso agudo mal encarna
En ingenios de hierro y de madera,
Que si el diente le echais, rompe ó descarna.
Piadoso pienso ser desta manera;
Que no faltan algunos que con gusto
Defienden los antiguos donde quiera.
Si una ciudad de malos por un justo
Perdona Dios, pues hay algunos buenos,
Con mi piedad su desvergüenza ajusto.
Yo bien holgara que viviesen menos;
Pero las pestes andan á menudo,
Y caen rayos donde suenan truenos.
Llegar aquí sin mi licencia pudo,
Con leves burlas, mi risueña musa,
Aunque haya agora quien se alegre dudo;
Pero mi sentimiento las rehusa,
Que adonde tanto puede el mal de ausencia,
Las culpas de placer son sin excusa.
Quisiera que el dolor diera licencia
Para que el sentimiento publicara
Entre su sinrazon y mi paciencia.
Ajenas fuerzas por su mal buscara;
Pero triunfando al fin de mis sentidos,
Cualquier ganancia me saliera cara;
Y aunque fueran por mí tan bien perdidos,
Viniera el mal á ser como el verdugo,
Que muerto el hombre, viste sus vestidos.
Sujeto pues el cuello al grave yugo,
El pecho, mas que scita helado y frio,
De mis amargas lágrimas enjugo.
Mirad á cuánto obliga un desvarío,
Pues doy, aun libre, cuenta tan estrecha
De un ciego error nacido de un desvío:
Pienso acabar aquí con la sospecha;
Que mormurar á tan prolija carta,
Para no ser pesada, le aprovecha.
Vuestra respuesta espero antes que parta.
A Lupercio diréis que no le escribo;
Que aunque de mí su amor jamás se aparta,
No corren los tercetos donde vivo.

RESPUESTA DE ARGENSOLA.

Don Francisco, aunque llames carta en seso
Mi prosa familiar, y por severa,
La reprehendas como grave exceso,
No te pienso escribir de otra manera,
Si me has de responder tan doctamente
Como agora lo has hecho en tu postrera.
No escribió con estilo tan corriente
Pluma latina ó griega, ni tan presta
Satirizó los vicios de su gente.
Pero volviendo á mí y á tu respuesta,
Digo que, al escribirte, no tenia
La eutropélica parte bien dispuesta;
Y así, debí de huir con demasía
De las burlas que pide un gusto urbano,
Que de cuidados graves se desvía.
Puso esta parte en el compuesto humano
Prometeo muy junto de las fuelles
Que tienen vivo el fuego soberano.
Allí forma la risa en cuerdas muelles;
Mas si no toca el alma el instrumento,
No harás nada aunque mas las atropelles.
Bien que, si algun accidental contento,
Cual músico gentil, las teclas pisa,

Luego despide su risueño aliento.
Y el que muere á cuchillo por precisa
Necesidad, si el hierro allí le toca,
Verás que da el espíritu con risa.
En esta parte tengo yo tan poca,
Y la cruel melancolía tanta,
Que há mucho que á reir no me provoca.
O cúlpasme quizá porque no canta,
Calzando zuecos cómicos primero,
Satíricos discursos mi garganta.
Si esto es así, pues sabes que prefiero
Otro estudio mayor al de las musas,
Ser defendido por tí mismo espero.
Acuérdate, Señor, cuando me acusas,
De mi ocupada vida, y del molesto
Ejercicio en que fundo mis excusas.
¿Piensas tú que no hay mas sino hacer presto
Cien tercetos muy fáciles y puros?
No siempre al verso está el humor dispuesto.
¿Tengo el arpa que á Troya dió los muros?
¿O puedo yo traer, como otra maga,
El espíritu á fuerza de conjuros?
Meses y aun años pasan sin que haga
Experiencia de mí, y un epigrama
Apenas formo que me satisfaga.
Y aunque me lo mandase una madama
Mas principal que Juno, y con desvíos
O con favores me despierta y llama,
No sonará su nombre en versos míos,
Si voluntario Apolo no desciende
A infundirme el furor y sacros brios.
Harto hace el paralítico, que atiende
A cuándo mueve el ángel la picina,
Si la ocasion por los cabellos prende.
De cuando en cuando hará la Tibicina
Euterpe en verso alguna travesura,
Mas no segun la nueva disciplina;
Digo de los que cantan la hermosura
O el rigor de sus ninfas en sonetos;
Que la region del aire no es tan pura.
Aquellos metafísicos concetos
¿Cómo podrá alcanzallos quien tropieza
Entre los que al sentido están sujetos?
Yo te confieso que cuando uno empieza
Celos, glorias, desdenes y esperanzas,
Que se me desvanece la cabeza.
Dirásme luego: «Tu no las alcanzas,
Porque nunca estuviste enamorado,
Ni sujeto á accidentes y mudanzas.»
Sea como ello fuere, de mi estado
Yo daré cuenta á Dios; basta que agora
Yo no alcanzo su estilo levantado.
Antes pidiera á Clio la sonora
Trompa con que los héroes eterniza,
Y celebrara á España vencedora,
Que imitar al furor que petrarquiza;
Y si estornuda Filis, el amante
En filósofo son la solemniza.
Pero tú no me mandas que levante
Mi humilde pluma cerca de los cielos,
Sino que reprehension de vicios cante.
No como la publican los libelos,
Sino como tu carta, que no tiene
Palabra que no encubra mil anzuelos.
Por esto mismo á mí no me conviene
Tocar tales materias; ya sabemos
Cuán pocos quieren que esta voz resuene.
Y mas cuando se sube á los extremos
Y censura las públicas costumbres
De los que por su oficio obedecemos.
Solo Júpiter hiere en estas cumbres;
Suyo es Olimpo, suyo el sacro templo;
Fulmine en ambos sus horribles lumbres.
Harto me aflijo yo cuando contemplo
Que la falta en nosotros de la enmienda
Resulta de la falta de su ejemplo.
No me ciñe las sienes la real venda,
Ni soy juez por virtud ni por oficio;
Competente censor los reprehenda,
Que carezca siquiera de aquel vicio
Que nota en ellos, y que no se aplaque
Con lo que á mas de un juez vuelve propicio.
Alguno contra mí pondrá un achaque
Tal, que á sombra del celo de justicia
Hierro privado de la vaina saque.
¡Oh cuánto puede armada la milicia!
El Rey y sus ministros eminentes
Lo juzguen cuando llegue á su noticia.
Entre tanto mi lengua tras los dientes
Encoger, y mis hombros, determino
(Gran modo de evitar inconvenientes);
Y el vulgo dice bien, que es desatino,
El que tiene de vidrio su tejado,
Estar apedreando al del vecino.
Demás, que á cuyo cargo está el ganado,
Cualquier suceso, próspero y adverso,
Por cuenta va tambien de su cuidado.
Diréte un cuento deste no diverso;
Léelo, pues que á tí el leerlo menos
Te costará que á mí ponerlo en verso.
Unos buenos pastores (que por buenos
Eran tenidos, aunque mercenarios,
Quiero decir de caridad ajenos)
Hicieron en sus bosques solitarios
Un agreste convite de una oveja
Bien asada en sus lares ordinarios.
Y estándola comiendo, en la conseja
Se mezcla un lobo, que acechado habia
Del modo que la presa se festeja.
Y hablando de improviso (concedia
Habla á los brutos el primer derecho),
Dijo riendo: «¡Bien, por vida mia!
»Si hubiera yo lo que vosotros hecho,
¡Qué tumultos moviérades! Qué voces!
¿Cuál es mejor, mi cueva ó vuestro techo?»
Levántanse de presto los feroces
Rústicos, como hallados en el robo,
Y aperciben sus ondas, chuzos y hoces;
Hieren de muerte al miserable lobo,
El cual, rindiendo su esperanza al daño,
Dió desangrado el último corcovo.
Mas dijo: «Para el cielo no hay engaño:
Él y mi sangre á una darán gritos;
Que no muero por celo del rebaño,
Sino porque les dije sus delitos.»

EPIGRAMAS.

I.

Viéndose en un fiel cristal
Ya antigua Lice, y que el arte
No hallaba en su rostro parte
Sin estrago natural,
Dijo: «Hermosura mortal,
Pues que su origen lo fué,
Aunque el mismo Amor le dé
Sus flechas para rendir,
Viva obligada á morir;
Pero á envejecer ¿por qué?»

II (1).

La antigua verdad, por ruda
O por libre de artificio,
La mostró un pincel propicio
En sus retratos greñuda.
Tambien lo está, por aguda,
La ficcion de nuestra edad.
¡Oh preciosa antigüedad!
¿Quién será el que no se irrite
De que á la fraude acredite
La greña de la verdad?

III.

Viendo Alfio cuán desvalida
Yace la causa del justo,
Y al revés, cuán á su gusto
Logra el inico la vida,
Dió en ser malo; y á medida
De su maldad castigado,
«¿De cuándo acá (dijo) el hado
Trata los malos así?

(1) Contra las guedejas.

¿Cómo? ¿Solo para mí
Anda el mundo concertado?»

SONETO XXXI.

¿Cómo tienes noticia tan profunda
Del derecho civil, Teodoro mio?
Dilo, así Dios te dé un barbero pio,
Que esa prolija barba arrase ó tunda.—
Antes, oh Fabio, las navajas hunda
Varon barbado, insigne barba crio;
Que en mí el saber, como en Sanson el brio,
En este pelo trágico se funda.—
¿Esto es posible? Oh grato á los incultos
Saturno, si en las barbas de Teodoro
El fruto que en un largo estudio pones,
Bróteme doctas cerdas cada poro;
Mas niega este secreto á los cabrones,
Que aspirarán á ser jurisconsultos.

XXXII (1).

En la Holanda, bañada del tributo,
Que á todas las calendas paga Lice,
Clava una rana viva el infelice
Clito, su esposo, felizmente astuto.
Púsole en ódio el adulterio (fruto
Del ranicidio, segun Plinio dice);
De hoy mas ni Tolomeo á Berinice
De casta ni á su Porcia alabe Bruto.
Oh César, oh repúblicas y reyes,
Si Lice excede á egipcias ó romanas,
Edificad á Clito estatuas y arcos.
Perezca la ley Julia. Vengan ranas;
Pesquen los magistrados por los charcos,
Pues hacen mas las ranas que las leyes.

XXXIII.

Aunque Ovidio te dé mas documentos
Para reirte, Cloe, no te rias;
Que de pez y de boj en tus encías
Tiemblan tus huesos flojos y sangrientos;
Y á pocos de esos soplos tan violentos,
Que con la demasiada risa envias,
Las dejarás desiertas y vacías,
Escupiendo sus últimos fragmentos.
Huye pues de teatros, y á congojas
De los lamentos trágicos te inclina,
Entre huérfanas madres lastimadas.
Mas paréceme, Cloe, que te enojas;
Mi celo es pio; si esto te amohina,
Ríete hasta que escupas las quijadas.

XXXIV.

Tú, á cuyos dedos hoy los pulsos fia
La opinion ó el error de los mortales,
¿Cómo, nos di, de la piedad te vales,
Que entre las manos se te vuelve impía?
Esas drogas que Arabia nos envia,
Recetadas por tí, son funerales;
Envidian á tu pluma los puñales,
Y á tus libros la mas fuerte armería.
¿Cómo? Porque los hados con veneno
Me mandan asolar, justos, la tierra;
Y si vuestros antídotos estrago,
Aníbal soy, que, para haceros guerra,
Por los alfanjes que volví á Cartago,
Me obligan á empuñar los de Galeno.

XXXV.

Ya no mormura el pueblo, sino brama,
Contra tus fraudes, Lico, porque siente
Que no hay seguro en tu modesta frente
Mas que en la de una fiera de Jarama.
La voz del pueblo voz de Dios se llama;
Mas yo, para juzgar sencillamente,
Hago por tí una excusa suficiente,
Por quitar las calumnias desta fama;
Que tú no crees que hay vida que comienza
Donde esta acaba, ni la suerte, oh Lico,
A las obras humanas prometida.
Pues no te juzgo yo por tan inico,
Que si creyeses tú que hay otra vida,
Vivirias con tanta desvergüenza.

XXXVI.

Filis, yo te aborrezco, y de manera,
Que pasara contento con mi suerte
Si el cielo, para solo aborrecerte,
Sin otro gusto, edad me concediera.
No es ímpetu de afecto el que me altera
De los que el tiempo ó la ocasion divierte;
Ira es sagrada, generosa y fuerte,
Que agradable en el alma persevera.
¡Oh, cuán ufano estoy de que tu halago
(Aunque virtud sencilla lo intitules)
Sea voz de sirena y faz de arpía!
Vengado quedo pues, no disimules;
Que al fin dependes de mi cortesía,
Pues me puedo vengar, y no lo hago.

XXXVII.

Crece de presto, poderosa yerba,
Que medras en la injuria, si dispones,
No á Pitágoras manto, ni los dones
De Aragne, que irritaron á Minerva;
Ni senos para hacer á la Asia sierva,
Cuando navales fábricas compones,
Y al viento opuesta, á descubrir regiones
Vuelas, que el orbe idólatra conserva;
Sino para apretar deste vecino
Causídico la pérfida garganta
(Sacro lazo), que luego de mi mano
Serás de la piedad ofrenda santa.
Crece, tardo suplicio; tú, Silvano,
Dios de los campos, guarda el deste lino.

XXXVIII.

¿Qué mágica á tu voz venal se iguala,
En horrendos carácteres secreta,
Trifon, si cuando nota ó interpreta,
Saquea la ciudad, los campos tala?
El cañon con que escribes, que en el ala
Se formó de alguna ánade quieta,
No lo tiene tan fino tu escopeta,
Ni arroja así la pólvora y la bala.
¡Oh patrocinio (aunque aproveche) amargo!
De mi consejo no pondrá ninguno
En tu fe sus derechos ni sus quejas;
Demás que para el dueño todo es uno:
O que le coma el lobo las ovejas,
O el pastor mismo que las tiene á cargo.

XXXIX (2).

Señor, á eterno ayuno me dedico;
No llegue para mí opulento el dia,
Si yo no puedo ser por otra via
Que por litigio y tribunales rico.
Por aquella piedad te lo suplico
Con que, abreviado en la flaqueza mia,
Siendo la voz que tierra y cielos cria,
Temiste de la voz de un juez inico.
¡Cuál saca la bellísima inocencia
(Aun cuando el juez le da la mano amiga)
De las uñas causídicas el gesto!
¡Oh siglo siervo, de servil paciencia!
¿Cuál bruto, cuál frenético litiga,
Si puede hacer que lo condenen presto?

XL (3).

¿Por qué habitais, silvestres homicidas,
Entre fieras armados de su furia,
Pudiendo en opulencia y en lujuria,
Entre las gentes, como Creso y Midas?
Venid á hacer pacíficas heridas

(1) Este soneto se atribuye á Góngora, y como de tal se ha impreso entre sus poesías. En las obras de Argensola se halla tambien, y con muchas variantes, asegurándose ser de este autor.

(2) Contra los pleitos.

(3) Contra litigantes cavilosos.

Y pacíficos robos en la curia;
Que aquí os dará jurídica la injuria
Autorizadas y seguras vidas.
La vitoria sin sangre mas se alaba,
Y del sutil abuso de las leyes
(Que el juez no puede mas) pende el suceso.
Si robara las vacas y los bueyes
Caco por los asaltos de un proceso,
¿Qué le valiera á Hércules la clava?

XLI.

Dime, Teodoro, así los sacros huesos
De Bártulo y de Baldo vuestros lares,
Como Cástor y Pólux en los mares,
Calmen la tempestad en los procesos;
¿Por qué mostrando la verdad expresos,
Próvida hasta los casos singulares,
En las lites, ó graves ó vulgares,
De arbitrio humano penden los sucesos?
De las vulgares, Ticio, ni los nombres
Llegan á calentarnos la noticia;
En las graves hay arte diligente,
Que exhala en los crisoles su justicia;
Entrambas sacan título aparente;
Y así, en entrambas son los hombres hombres.

XLII.

Tu aliento, Herminia, en su fragancia viva
Tan suaves espíritus ofrece,
Que ni un jardin su emulacion merece,
Aunque todas sus flores aperciba.
Mas el que por las barbas se deriva
De tu esposo, ¿con qué salud se cuece,
Que huele á yema ó pollo, que perece
Corrompido en la cáscara abortiva?
No es la mas grave de las servidumbres
Que la boca le dés; que su lujuria
Tus perlas manche y lisie tus corales.
¡Oh túmulo, y no tálamo! ¿cuál furia
En tí rindió las leyes naturales
A la fortuna? ¡Oh tiempos! oh costumbres!

XLIII (1).

Dejan las musas arcos y vihuelas,
Para oir el correo, que sobre el pelo
Crespado trae con alas un capelo,
Y en los talones alas por espuelas.
«Manda Juno (les dice) que echeis telas;
Que está pobre de sábanas el cielo;
Demás que, fabricando de cerbelo,
Ociosas no están bien nueve mozuelas.»
Ciñen sus ruecas, y los husos tuercen
Con blandos dedos, y los elocuentes
Labios el aristoso lino mojan.
De parcas quedan poco diferentes;
Pero, por Dios, que es bien que las recojan,
Y el dia que no hilaren, que no almuercen.

XLIV.

Ni soles, oh tahur, lunas ni auroras
Te han visto soñolientas las pestañas;
Tu estado espira, al sucesor engañas,
Pues tu fe y su esperanza le empeoras.
Tu abuelo en esas tenebrosas horas
Que velas tú, jugando sus hazañas,
Armado, por difíciles montañas
Pasaba sus escuadras vencedoras.
Sabe que la nobleza es sucesiva
Mas por nuestra opinion que por su efeto,
Y sin virtudes nunca meritoria.
¿Qué acuerdo tomas pues, oh indigno nieto,
Sabiendo que es ajena aquella gloria
Que del valor ajeno se deriva?

XLV.

Pues no siempre tus rayos vengativos
Sobre montes y alcázares fulminas,
Y alguna vez destroncas las encinas
Y abrasas los pacíficos olivos,
Un pedante que, á gritos excesivos,
Enseña á variar voces latinas,
Júntalo á los estragos y ruinas
Cuyas memorias guardan tus archivos.
El de pálido boj, labrado al torno,
Vibra un cetro á mil madres formidable;
Caiga el brazo inhumano con ejemplo;
Que en el barrio que él hace inhabitable,
Hoy te dedico, oh Júpiter, un templo,
Y de inscripcion piadosa te lo adorno.

XLVI.

Crémes, regala á Lice, y no celebres
Su nombre en verso, ó quema tus papeles.
Envíale una liebre, como sueles;
Aunque, segun Marcial, ¿á qué fin liebres?
Mucho tiempo há que pasas esas fiebres,
De que en ellos frenético te dueles,
Desde que le arrojaron los broqueles
(Ya sabes quién y adónde) á Mos de Gebres.
Calla, enfadoso padre; así se halle
Docto herbolario, que convierta en cobre
La plata hilada que tu barba cria.
Tú, buena Lice, ruégale que calle;
Así una liebre de las que él te envia
En tu figura sus efectos obre.

XLVII.

No temes tú mis versos, Citaredo;
Finges temer, para que así propicio
El vulgo, entre el clamor de su bullicio,
Te señale por sábio con el dedo.
A lo menos sin risa, yo no puedo
Dar tanto á la ambicion de tu artificio,
Que te halle alguna vez en mi juicio
Aprobado por digno de ese miedo.
Para que obren con ley nuestros decoros,
Sus acciones imiten respetosas
Al que nace en las fieras no adquirido.
Teman las uñas del leon los toros;
Mas pídanle perdon las mariposas,
Si se juzgaren dignas de un bramido.

XLVIII.

No hay dudar, Gayo, que esta edad maldita
Aborrece los sábios de manera,
Que al que en trono obispal poner debiera,
No le fia las llaves de una ermita.
Mas, pues que la repulsa lo acredita,
La injuria ten por gloria verdadera;
Y así, no te lamentes; considera
Que porque la mereces te la quita.
Que si el derecho que antes tuvo el sábio
Agora en barbas pródigas consiste,
Y en no saber, tras esto, el alfabeto,
Tienes razon de andar quejoso y triste;
Porque ninguno como tú al respeto
Ha recibido tan notorio agravio.

XLIX (2).

Bilbilis, aunque el dios que nació en Délos
Te conserve fructífera sin daño,
Y cuando sobre tí deciende el año,
Sus guirnaldas te dén todos los cielos;
Y aunque hagan tus preciosos arroyuelos
Fuertes las armas con el noble baño,
Y aunque eres patria del cortés tacaño,
Que en todas sus palabras puso anzuelos;
Si no encadenas los infieles canes,
Que tu aduana á los viandantes suelta,
Ni tu muro veré ni tu camino;
Que para dar hasta Madrid la vuelta,
Embarcarme en Colibre determino,
Aunque la dé mayor que Magallanes.

L.

Si esperas hoy prosperidad alguna,
Sófos, en la virtud de tus acciones,

(1) Contra las poetisas.

(2) A la ciudad de Calatayud.

Por historia ridícula te expones
Al siglo y aun por fábula importuna.
De dos sacros metales la fortuna
En los orbes que abrazan sus regiones,
Para influir sus premios y sus dones,
Otro sol ha formado y otra luna.
Si á pretender con fraudes y cautelas,
Destos dos astros amparado, acudes,
No habrá accidente que tu gloria impida;
Mas si solo con letras y virtudes,
Toma libranzas para la otra vida,
Y en esta ni te muelas ni nos muelas.

LI.

Quita ese afeite, Lais; que se aceda,
Y él mismo en el olor su fraude acusa;
Déjanos ver tu rostro, y si rehusa
El despegarse, quítalo con greda.
¿Qué tirano la ley natural veda?
O ¿qué murtas el diestro acero atusa,
Que alegren mas que la beldad confusa
De bosque inculto ó bárbara arboleda?
Si lo blanco y purpúreo que reparte
Dios con sus rosas, puso en tus mejillas
Con no imitable natural mistura,
¿Por qué con dedo ingrato las mancillas?
Oh Lais, no mas; que en perfeccion tan pura
Arte ha de ser el despreciar el arte.

LII (1).

Sacro metal en Julia Celsa suena,
Emulo de proféticos alientos,
Que nos previene á insignes movimientos
Con proprio impulso y sin industria ajena.
Ofusca el sol su faz limpia y serena,
Arrojando esplendores macilentos,
Y sacudido el orbe de portentos,
Se aflige y brama en su fatal cadena.
Y mientras que el horror de lo futuro
Los ánimos oprime ó los admira,
Tú, Crémes, obstinado en tus amores,
Remites á los cetros la gran ira,
Y adulas á tu Pánfila con flores,
Deshonesto, decrépito y seguro.

LIII.

Incorregible Néstor, de los daños
Que trae consigo la vejez te dueles,
Porque ardes en afectos mas noveles
Que Vénus alentó en robustos años;
Y obligando la barba y frente á baños
Que ofuscan pelos y taladran pieles,
Negros (sin culpa de los poros fieles),
Peinas y enrizas hoy tus desengaños.
Mas no sin gran prudencia los profanas,
Hasta que nuestra risa te convenza
A que los restituyas ó jubiles;
Porque vergüenza fuera ó desvergüenza,
Que hablaran de lascivias juveniles
Labios cercados de inocentes canas.

LIV.

Si acomodado en mi fortuna aprieto
Mi Proteo interior con cautos ñudos,
Y jamás por mi incienso dió estornudos,
Oh Atlante, al humo interesal tu nieto;
Si nunca al vulgo mi opinion sujeto,
Y son mis risas cínicos barbudos,
Y la verdad con sus aplausos mudos
Mi frente adorna de laurel secreto,
¿Por qué la estéril soledad codicio?
Viviendo al siglo de oro interiormente,
¿No estoy bien retirado á mi conciencia?
¿Por qué? Porque cursando entre la gente,
Si se echa un necio sobre mi paciencia,
Verteré por los poros el juicio.

(1) A la campana de Velilla.

LV.

Licia es aquella; acude, Fausto, y mira
Cómo con el cabello dora el viento
Y el rostro juvenil, de donde atento,
Invisibles amor sus flechas tira;
Cuán bien con la piedad mezcla la ira
En el mirar risueño y violento;
La boca, que entre perlas el aliento
De jazmin salutífero respira.
Juzga si yo, con mas razon que Ticio,
Que, por Juno movió á los dioses guerra,
Pudiera contra el cielo rebelarme.
¿Has visto bien que no tiene la tierra
Sugeto igual? Pues sabe que un adarme,
Un adarme no tiene de juicio.

LVI (2).

Lico, pues Dios los pérfidos permite
Para azote amoroso de los fieles,
Y despues, como á varas ó cordeles
Ya inútiles, al fuego los remite;
Él con sus justos rayos te visite,
Y chamusque esos cuadros y doseles;
Y los perfumes que lascivo hueles,
Súbito hedor sulfúreo te los quite.
No suene en el relámpago el aviso
Que á Sáulo convirtió, porque tu celo
No es, como el suyo, digno de clemencia.
Fuiste en la tierra látigo del cielo;
Y pues muestras negar su providencia,
¿No es bien que te ejecute de improviso?

LVII.

Pon, Lice, tus cabellos, con lejías
De venerables, si no rubios, rojos;
Que el tiempo vengador busca despojos,
Y no para volver huyen los dias.
Ya las mejillas, que abultar porfías,
Cierra en perfiles lánguidos y flojos;
Su hermosa atrocidad robó á los ojos,
Y apriesa te desarma las encías.
Pero tú acude por socorro al arte,
Que, aun con sus fraudes, quiero que defiendas
Al desengaño descortés la entrada;
Con pacto (y por tu bien), que no pretendas
Reducir á ruinas ser amada,
Sino es de tí, si puedes engañarte.

LVIII.

Por verte, Inés, ¿qué avaras celosías
No asaltaré? ¿Qué puertas, qué canceles,
Aunque los arme de candados fieles
Tu madre, y de arcabuces las espías?
Pero el seguirte en las mañanas frias
De abril, cuando mostrarte al campo sueles,
Bien que con los jazmines y claveles
De tu rostro á la aurora desafias;
Eso no, amiga, no; que aunque en los prados
Plácido iguala el mes las yerbas secas,
Porque igualmente les aviva el seno;
Con las risueñas auras, que en jaquecas
Sordas convierte el húmedo sereno,
Hace los cimenterios corcovados.

LIX (3).

Di, Erine, aunque á Pitágoras leyendo
Pienses quedar tan ajustada y fina,
Que á tu celebro imite la oficina,
Donde él redujo á música el estruendo,
¿Cinco años te abstendrás de hablar, mordiendo
La lengua, por seguir la disciplina,
Que sus filosofantes examina
Con aquel noviciado tan horrendo?
Bien será que al silencio te prevengas,
Y por decoro de una ley tan grande,

(2) El mismo soneto, con poca diferencia, se halla en las obras de Arteaga, fól. 56.
(3) Se aplica á una mujer el precepto de abstenerse de las habas, que imponia Pitágoras á sus discípulos.

Que á conversar por señas te acostumbres.
Mas ¿cómo te has de haber cuando te mande
Que (por ser tan golosa de legumbres)
De las que favoreces mas te abstengas?

LX.

Tuya es, oh Lucio, esa cancion sin duda,
Como esa greña es de tu calva lisa;
Y, á pesar de la tos y de la risa,
Los dientes que en tu boca el arte añuda.
Y así nos muestra Erine la tez cruda
Del rostro; aunque sin rígida pesquisa,
Del pegajoso lustre nos avisa,
Verdadera su frente, cuando suda.
Recibe, por los versos que refieres
(Pues que son tuyos) premio y alabanza;
Que á un tercero, que en esto funda agravio,
Tu fe interior le sirve de venganza;
Pues cuando allá en el centro de algun sábio
Mueves envidia, tú de envidia mueres.

LXI.

Si conoces tus menguas, no te adules,
Codro, á tí mismo, y eso que nos dices,
Dilo allá á los que alquilan sus cervices
Para mudar bufetes y baules.
Que ya tus gracias, cuanto mas las pules,
Se arrojan en tu voz mas infelices
Que excrementicio humor por las narices
Sobre esas canas pálidas y azules.
Si á las fuerzas penúltimas que guardas
Para que el paso juvenil prosigan,
Ignoras el honor que les ofreces;
Caballos con su ejemplo te lo digan,
Que ostentaron bozales y jaeces,
Y agora rozan jáquimas y albardas.

LXII.

Mas teme en su raíz, Lauso, aquí un pino,
Que si á surgir en Asia ó en Europa,
Siendo fiel mástil de obstinada popa,
Atravesara el proceloso Euxino.
Al cierzo y nieves, deste horror vecino,
Suele vestida helársenos la ropa;
Y aunque el sol salga, espera nuestra copa
Que benigna segur le corte el vino.
Impaciente yo al humo, que sin llama
Entre mojados leños se concibe,
Soy huésped de unas tejas desleales.
Ivierne en esta sierra algun caribe
Execrable á las leyes naturales,
Si se averigua que tus versos ama.

LXIII.

Yo vi una ninfa, que entre rosas fuera,
Guzman, y entre jazmines blanca y lisa;
Pero con metamórfosi improvisa
Verde horror le ofuscó la tez primera.
Dijome: «Euterpe soy, que esta ribera,
Que con sus flores céfiro divisa,
A mí, que aliento su nativa risa,
Procura, ingrata, convertirme en fiera.
»Si el Tórmes, dije yo, mancilla, Euterpe,
Tu lustre con escama tenebrosa,
¿Quién se podrá quejar del Lago Averno?
»¿Tú solo ignoras, replicó la Diosa,
Que el estilo enigmático moderno
Es quien de ninfa me transforma en sierpe?»

LXIV.

Pues nos va bien con adular, Cratilo,
Rindamos la verdad á la cautela;
Que en sus aplausos la virtud se hiela
Sin que nadie la abrigue con un hilo.
Tu príncipe al Salustio y al Tranquilo
Prefiere el gusto de una nueva tela;
Y suélese reir cuando la escuela
Pondera las grandezas de su estilo.
Oh, dueño de las cosas, ignorancia,
Ampara á dos filósofos ayunos,
Que á la virtud queremos oponernos,
Dispuestos á no ver libros algunos
Sino de los poetas mas modernos:
Tanto podrá el olor de la ganancia.

LXV.

Engáñaste, Galeso, si barruntas
Que alguna vez me pareciste sábio;
Que tu fisonomía es astrolabio,
Por donde yo averiguo mis preguntas.
Tu frente es breve, á quien las cejas juntas,
Y la roma nariz hacen agravio
Los dos bigotes sobre el grueso labio,
Que se miran recíprocas las puntas.
Dirásme que desmiente á las facciones
Espíritu gentil algunas veces,
Y así, no puede haber certeza en esto.
Pero si no eres tú lo que pareces,
Sino que hay discrecion tras ese gesto,
En las encinas nacerán melones.

LXVI.

«Piensa, oh Mercurio, que unges los gentiles
Miembros, que en red de acero viste presos;
Sienta Láis, por tu antídoto, en los huesos
Otro abril, que no envidie á mis abriles.
»Y mira bien que cuando le distiles,
Líquidos por la boca, sus excesos,
No se la injurien los humores gruesos
Mas que á la tersa carne los sutiles.»
Esto le pide Vénus; mas Hermete,
«Yo, Señora, le dice, tambien siento
Que tal boca se ofusque ó se lastime;
»Pero ¿mándasme tú que la respete
Para la de un vulgar, necio, opulento,
En cuyas cerdas sin horror la imprime?»

LXVII.

Si aspiras al laurel, muelle poeta,
La docta antigüedad tienes escrita;
La de Virgilio y la de Horacio imita,
Que el jugar del vocablo es triste seta.
Mas ni el heróico horror de la trompeta,
Ni la lírica voz tu mente incita;
Y como es tu caudal de hilo de pita,
Tus versecillos son de cadeneta.
No muestres el envés de los vocablos,
Ni los recalques en los labios tiernos;
Que el diablo es bellacon, mas no ignorante.
Y pues te ha de llevar á los infiernos
Ese ejercicio, indigno de un pedante,
No fuera malo granjear los diablos.

LXVIII.

Si de Grecia sacaba el ostracismo
Los buenos por insignemente buenos,
Contigo, por tan pérfido á lo menos,
¿No hicieran sus repúblicas lo mismo?
La de Corinto echárate del istmo
(Con ser viciosa) á límites ajenos,
Y aun regalado en uno de los senos
Mas sordos y profundos del abismo.
Y andas entre nosotros con ofensa
De la virtud; mas no me desconsuelo
De que dilate un rayo la venganza.
Que cuando en los castigos tarda el cielo,
Justamente irritado, su tardanza
Despues en el furor la recompensa (1).

LXIX.

Cuando los aires, Pármeno, divides
Con el estoque negro, no te acuso
Si por ángulo recto ó por obtuso,
Atento al arte, las distancias mides.
Mas di, el luciente en verdaderas lides,
Por defensa ó venganza puesto en uso,
¿Herirá por las líneas en que puso
Conformidad, y no pendencia, Euclídes?

(1) *Deus tarditatem suplicii gravitate compensat.* (Val. Max.) Así concluye tambien el conde de Rebolledo.

No esperes entre súbitos efetos
Ira con atencion, ni que prefiera (1)
Al valor un sofístico ejercicio;
Porque, ó la mente humana no se altera,
O nos quiso ver locos en juicio
Quien redujo la cólera á precetos (2).

CANCION PRIMERA.

Cuando me paro á contemplar mi estado
(Que acaso algunas veces lo contemplo),
Y nunca á persuasion de la prudencia,
Hallo en mi perdicion vivo el ejemplo
Del estrago á que llega el confiado
Que alarga á sus afectos la licencia.
¡Cuánto há que con suave negligencia
Se dispone á lo mismo que rehusa
Esta esperanza, á quien la lima fio,
Con que me ha de dar libre el albedrío!
Cuánto ha que del mortal ócio la acusa
Divino impulso! y, sin quedar confusa
Ni apercebida, duerme; porque en eso
Sabe ella que hace adulacion al preso.
Y con razones aparentes prueba
Que me dan sus prisiones tanta gloria,
Que debiera ofrecerles culto y aras.
«¿Aspirar (dice) á no vulgar memoria,
Y en fuerza del estilo, á palma nueva
Suelto, en la libertad comun osaras?
¿Levantar el ingenio á empresas raras
(El designio, á lo menos, generoso)
¿No te lo dió, si á la verdad atiendes,
Esa cadena que limar pretendes?
¿Qué fueras tú en el público reposo,
Sino voz popular, número ocioso
Del vulgo escuro, si el amor propicio
No ocupara tu genio en su ejercicio?
»Animo preso con indignos lazos
(Si superior clemencia le concede
Que la afrentosa sujecion discierna),
Avergüéncese dellos, y si puede,
Recoja el brio y hágalos pedazos.
Mas tú, adorando á inteligencia eterna,
Que, aunque belleza elemental gobierna,
Le infunde movimientos celestiales,
¿No te juzgas feliz? De una hermosura
Que la del gran orígen te figura
Tan bien, que en contemplando en ella, sales
De todos los confines naturales,
En vez de responder á tantos dones,
¿A la vil fuga, ingrato, te dispones?»
Así me arguye, y al amado abismo
De mis afectos me reduce, ¡ay triste!
Mas luego en el mas íntimo secreto
(No sin sutil inspiracion) me embiste
Cierta piedad tan tierna de mí mismo,
Que me mueve á otro llanto mas perfeto;
Porque amar con tal fe á mortal sugeto
Es usurpado á la verdad primera
De quien, aunque permite que obra suya
En vez de su deidad se substituya,
El ciego usurpador, ¿qué premio espera?
Tras esto, es mi opresion ya tan severa
(Bien que agradable mucho), que no nace
Un pensamiento en mí que no lo abrace.
Si para imaginarme en el suceso
A que, mal grado de mí mismo, aspiro,
Las fuerzas quiero unir, luego inconstante,
De probarme y probarlas me retiro,
No acostumbrado á sostener el peso
De consideracion tan importante.
¿Qué es esto, que con mas horror me espante
La promesa feliz de la vitoria
Que la calamidad de la ruina,
Y que á la voz de la razon vecina
Me altere, y que me niegue yo á la gloria
Que me busca, y me llama en la memoria
De mi alto orígen? ¡Ay! que mis errores
Ya, por inexcusables, son mayores.
Si invoco al cielo, amor, vuelto en costumbre,
Me reprime la voz en la garganta;
Y este acto ¿no lo tengo por violento?
Mas si abrazarme con el bien me espanta,
Como huir de mi dulce servidumbre,
Mísero, ¿á cuál daré consentimiento?
Padre y señor, si un albedrío tan lento
Por tu imperio absoluto no se cobra,
Perdido soy. ¡Oh ley tuya terrible,
Que siendo tú el poder incomprehensible,
Sea yo menester en esta obra!
Vuela el tiempo, y en mí á su estrago sobra
Apenas esta voz, con que te llamo;
Líbrame tú de las prisiones que amo.
Pues yo, con las heróicas osadías,
Que aprueba y huye el ánimo remiso,
Envejecidos gustos acomodo.
Descienda tu eficacia en este aviso,
Que no obligado y liberal me envias;
Que al fin, al fin, Señor, tú lo haces todo.
Llévame, oh Padre, á tí por aquel modo
No penetrado de la luz humana,
Con que, sin violentarme, tu violencia,
Unida con mi libre diligencia,
Las cumbres mas difíciles allana;
Que yo sin ella, envuelto en la tirana
Complacencia aun al tiempo que la lloro,
La causa de mis lágrimas adoro.
Pero suspende, oh musa, estos acentos,
O muda la materia al tierno canto;
Que hazaña y aun crueldad me ha parecido
La atencion que he tenido
Para reconocerme el alma tanto,
A efecto de mudar mis pensamientos.

CANCION II.

Apenas hizo la razon ausencia
De la parte divina, del mas cierto
Palacio á su reposo dedicado,
Que el tirano cruel, ya no encubierto,
Le negó abiertamente la obediencia,
Usurpando el dominio encomendado;
Y ya de fiera escuadra rodeado,
Las rebeldes banderas desplegadas,
Suenan las armas y un concorde grito:
«Muera razon, y viva el apetito.»
Y de la ausente reina las sagradas
Insignias profanadas
Mostró en la indigna frente é indigna mano,
Al pueblo injusto, el sucesor tirano;
Al pueblo, á quien debiera ser gran freno
El peligro que trae el nuevo imperio,
Y del que niega la inviolable fama,
Pues su celo no borra el vituperio;
Porque no busca príncipe mas bueno,
Que solo amor de libertad lo inflama.
Y puesto en arma ya, con humo y llama
(Como el villano ingrato á las abejas,
Gran tiempo en vano para sí industriosas),
Destierra las virtudes generosas,
Cruel á su dolor, sordo á sus quejas;
Tan solo tú no dejas
Tu patria, oh fiel discurso, aunque cautivo,
Mal grado tuyo en tanta pena vivo.
Tú, aquel que, tantas veces defendiendo
Las leyes de razon en desafío,
El templo enriqueció de mil despojos,
Sujeto á tu contrario el desvarío,
El mas fiero espectáculo estás viendo
Que pudo presentarse á humanos ojos;

(1) En un códice antiguo se lee: «Hiera con atencion.»
(2) Este soneto se creyó escrito contra Jerónimo de Carranza y don Luis de Narvaez, autores de libros sobre la *ciencia de manejar la espada;* y hasta se escribió un opúsculo en Sevilla contra Bartolomé Leonardo por parciales de aquellos.
Este negó la alusion en carta al padre fray Jerónimo de San José, en 2 de noviembre de 1609.—Véanse sus palabras: «Jamás he dado desabrimiento á nadie por escrito ni de palabra... Tan léjos estuve de acordarme de esos caballeros, que si fuera necesario corroborar la opinion de Platon tocante á la esgrima, alegara para ello la de Jerónimo de Carranza, el cual decia, y sus amigos lo refieren, tratando de la destreza, que *tenia por imposible medir con ella la cólera.* Demás, que mi hermano alabó la filosofía militar, y ambos le somos aficionados,» etc.

Las leyes convertidas en antojos,
Con gozo, con presteza obedecidos;
Humear el incienso en los altares,
Reverenciando fabulosos lares,
Y burlarse de tí los atrevidos
Miserables sentidos,
Cuya falsa custodia dió las puertas,
Al gran tumulto y confusion abiertas.
Bañado en odoríferos ungüentos,
Entre lascivas ninfas, el Rey mira
Presentes los regalos, que desea;
Ya en la espléndida mesa, ya en la lira
Sus alabanzas oye, estando atentos
Los que con su privanza vil recrea.
La turba aduladora le rodea,
Del néctar (grande bien) participante;
El rubio Ganimédes, con el hijo
De Vénus, con quien vuela el regocijo,
Llevan tras sí la vista circunstante;
Y pasando adelante,
La bella citarista al canto añade
Esto, con que deleita y persuade:
«Mientras que la briosa adolescencia,
Gallardo jóven, tus mejillas cubre,
Y esparce en ellas las primeras flores,
Goza el alegre mayo, que descubre
Su tesoro, y en dulce competencia
Cantan los amorosos ruiseñores.
¿Tú solo ignoras qué son los amores,
Viendo el orgullo del celoso toro
Por la novilla en mas de una contienda,
Viendo la fértil vid cómo encomienda
Al olmo amado sus despojos de oro?
Huye del vano lloro,
Que arrepentido harás, cuando ya el cielo
Marchite el prado con el duro hielo.»
Y prosigue el ejemplo de la hiedra;
Condena los sagaces que desdeñan
El apetito, cuyos hechos canta;
No calla historias que á pecar enseñan.
Aprueba la maldad que la cruel Fedra
Al castísimo Hipólito levanta;
Mas en este comedio, que con tanta
Infamia está el palacio profanado
De tal señor y tan igual familia,
Ningunas crueldades vió Sicilia,
Corinto ó Tébas, como el desdichado
Pueblo tiranizado,
Que de vida y fortunas tributario,
Vino á ser el tributo voluntario.
Largo tiempo duró esta tiranía,
Y fuera irremediable si pudiera
Con los ódios civiles conservarse;
Mas la ambicion, que toda paz altera,
Ceder á la soberbia no queria;
Soberbia á quien improprio es humillarse,
En igualdad con ira huye juntarse;
Y aunque tomó á su cargo la pereza
De volver la república en sosiego,
En secreto la envidia atizó el fuego.
La avaricia es neutral y con tristeza
Encoge la cabeza.
Por la privanza de lujuria y gula
Sus faltas cada cual se disimula.
En medio de tan fieras discensiones,
Y cuando al arma en toda parte suena,
La insaciable ambicion se determina
De limar al discurso la cadena,
Y para gobernar sus escuadrones
Traerlo á su obediencia y disciplina.
El discurso, ya libre, aunque imagina
Servirle entonces con diverso intento,
Dió principio una noche á su negocio,
Y hallando sepultado en vino al ócio,
Que era la guarda del entendimiento,
El cuchillo sangriento
(Generosa traicion) quitó la vida
De tantos valerosos homicida.
Y muerto el ócio, mata juntamente
Al vulgo infame que el castillo ocupa.
Da un asalto á memoria de improviso,
El olvido la entrada desocupa.
En esto ya los atambores siente
De la razon que con tan presto aviso,
Socorrida del Rey del paraíso,
Viene ceñida de su escuadra bella
(¡Oh escuadra valerosa de guerreras!);
Escucha y mira trompas y banderas,
Y porque en las tinieblas pueda vella,
Le precede una estrella
(Mas antes sol nocturno), que no hay vista
Que al menor rayo de su luz resista.
La Reina se veia toda armada
De lucientes aceros hasta el cuello,
Blandiendo un asta (donde el Padre eterno),
Desocupado el rostro y el cabello,
Revuelto parte dél en la celada
(¡Oh paz del cielo y miedo del infierno!).
Quiso misericordia, por gobierno,
Granjear el perdon para el tirano,
Y la razon en parte lo codicia;
Mas opónese luego la justicia,
Diciendo: «¡Oh Reina! ¿habrá el valor tu mano
Armádose hoy en vano?
No, no, tenga este bárbaro experiencia
De tu furor, y no de tu clemencia.»
El discurso no cesa en este medio;
Abre la puerta al escuadron amigo;
El auxilio el primero se presenta;
Horrible en armas, busca al enemigo.
Síguenle todos á ponerle asedio,
Do el estruendo del hierro lo amedrenta,
Y tras la alteracion súbita, tienta
El último remedio de la huida,
Ya sin saber qué hacer, como el piloto
Que la improvisa rabia de Euro y Noto
Lo privan de consejo, y ve su vida
A punto de perdida;
Mas, su esperanza en manos de la suerte,
Piensa en la voluntad hacerse fuerte.
Mas como la razon era señora
Ya del entendimiento, y la memoria,
Por obra del discurso, no repara
En la dificultad de la vitoria;
Que, aunque la voluntad repugne agora,
Caerá con los pertrechos que prepara;
Inexpugnable á Marte se mostrara,
A infinitos asaltos invencible,
Mas al último no; que por la parte
Donde bondad despliega su estandarte,
Que á muchos parecia inaccesible,
La máquina terrible
Del herrado Aries con tal fuerza encuentra,
Que por el muro abierto bondad entra.
Sigue el furor y mézclase la guerra.
Brama soberbia, y arrojando fuego,
Vibra la lengua como sierpe airada.
Su gente anima; mas llegando luego
La razon con el ímpetu que cierra,
Quedó la fiera escuadra derribada.
Como cada virtud está injuriada,
Los vicios saca á singular duelo;
Pero dejando en su poder las vidas,
Indignas de tan justos homicidas.
Levántanse las voces hasta el cielo;
Derriban por el suelo
Las idólatras aras y edificios,
Sembrando el fuego de los sacrificios.
El apetito encadenado y preso,
Humilde ante razon, viene llorando,
Cercado de los míseros sentidos,
Perdon con voces mudas suplicando,
De mirar el principio y el suceso
Atónitos, confusos y corridos;
Pero de la razon reprehendidos,
Al yugo ofrecen voluntario el cuello;
Y ya mansa la insigne vencedora,
Con los vencidos su tormento llora,
Mas por haber venido á merecello,
Que no por padecello;
Y porque viva libre y descuidado,
Da á la paz el gobierno del Estado.
Dentro el alma verás, cancion, que adorna
De sus trofeos una y otra planta

La triunfante razon, y ya vecinas
Al cielo, entre las bárbaras ruinas
Otras fábricas nuevas, que levanta;
Que si de altura tanta
El cielo no se ofende, yo confio
Eterno estado al edificio mio.

CANCION III.

A don Diego Sarmiento de Carvajal.

Quien vive con prudencia,
En el bien y en el mal guarda templanza,
Y sufre con paciencia
Lo que viene al revés de la esperanza;
Porque el maduro seso
No se promete nunca buen suceso.
Si tú por dicha, Mario,
Juzgaras por presente el bien que esperas,
Y viniera al contrario,
A los dioses y al cielo aborrecieras;
Porque estrecho aposento
Fuera para tu mal el sufrimiento.
Pero si te previenes
Del temor (que el temer no es caso feo),
Los males y los bienes
Sentirás á medida del deseo;
Y no te vuelvan loco
El mal ó el bien, por mucho ó por ser poco.
Bien es salir con cosas
Mayores que promete fuerza humana,
Graves, dificultosas,
Mas reprobando la esperanza vana,
Aumentan su querella
Los que les sucedió al contrario della.
El hombre ha de domarse
Teniendo antes el ánimo perplejo,
Despues determinarse,
Sujetando el furor al buen consejo,
Y huir de la locura,
Que las cosas inciertas asegura.
La furia siempre inclina
A daño universal las voluntades.
Por ella la ruina
Lloramos de antiquísimas ciudades,
Cuyos muros postrados
De enemigos arados son surcados.
Procura, Mario amigo,
No prometerte nunca buenos fines.
Teme el cierto castigo
Siempre que con furor te determines;
Pon freno al pensamiento,
Y toma en los antiguos escarmiento;
En dos, cuyas jornadas
Pudieran fácilmente eternizallos,
Si no vieran quemadas
Uno sus alas y otro sus caballos,
Y en historias modernas,
Cuyas memorias quedarán eternas:
En el rey lusitano,
Con quien la autoridad del grave tio,
Ni su consejo sano
(Suficiente á volver atrás un rio),
Nunca fué poderoso
A detener el ímpetu furioso;
Y al que salió corriendo
De la ciudad de Ulises con su gente,
Lo vieron ya muriendo
Por la batalla en un jinete ardiente,
Y aun á pié sin sentido
Correr al agua como ciervo herido.
Y como el rio andaba
Volcando yelmos y pedazos de hombres,
Y en las ondas mezclaba
Diversas famas, títulos y nombres,
Y (lo que es mas que todo)
Sangre del africano y bando godo.
Viendo el rio sangriento,
Vió en él donde paró su confianza;
Vió su arrepentimiento,
Y que no hay que fiar en la esperanza;
Pues con el propio daño
Se compra (bien que tarde) el desengaño.
Volvió los tristes ojos,
Y vió la fiera Libia y sus desiertos,
Rica con sus despojos,
Y montones de ilustres cuerpos muertos;
Que ya el injusto Marte
Se pasó claramente á la otra parte.
Del pecho le salieron
Voces, entre la sangre, por la boca,
Que al monte enternecieron.
«La vida (dijo) ¡ay triste! se me apoca,
Y aunque mas lo retiro,
Está á la puerta el último suspiro.
»Mi obstinada porfía
Te da, enemiga Libia, esta vitoria,
Que no tu valentía;
Levanta tus trofeos y tu gloria.
Petos, yelmos, espadas
Estarán de tus árboles colgadas.
»¡Oh valientes soldados!
En Libia quedarán nuestras banderas,
Y sin ser sepultados,
Nuestros cuerpos sustento de las fieras;
Sus entrañas y dientes
Los sepulcros serán de nuestras gentes.
»Yo muero, y es muy justo,
Lo primero por Dios, y lo segundo
Por castigar mi gusto,
Que huyó del buen consejo, y diga el mundo
Que vino á perdimiento
La vida, pero no el atrevimiento.»

EPIGRAMA IV.

Pues das, Marcio, en pretender
Bienes, que apenas lo son,
Porque de nuestra opinion
Sola reciben el ser,
Dile si tendra poder
(Aunque ande con la fortuna)
Para causar gloria alguna,
Donde á la humana salud
Pusieron el ataud
Tan arrimado á la cuna.

SONETO LXX.

Ni amor ni Marte esperen que en mi acento
Suene de hoy mas su gloria ni su ira;
Que de las dos empresas se retira
Infuso el superior conocimiento.
A honor de la moral virtud frecuento,
Sublime Urania, mi estudiosa lira;
Tú en mi voz y en sus números inspira
La persuasion de tu benigno aliento.
A merecer tu lauro nos eleve,
Oh musa, el celo que en tu insigne escuela
Tan fervoroso los ingenios llama;
Que los aplausos de la edad que vuela,
Ya en la vitoria adulen, ya en la fama,
No son mas que ilusion de un sueño breve.

LXXI.

«Dime, Padre comun, pues eres justo,
¿Por qué ha de permitir tu providencia
Que, arrastrando prisiones la inocencia,
Suba la fraude á tribunal augusto?
»¿Quién da fuerzas al brazo que robusto
Hace á tus leyes firme resistencia,
Y que el celo, que mas la reverencia,
Jima á los piés del vencedor injusto?
»Vemos que vibran vitoriosas palmas
Manos inicas, la virtud gimiendo
Del triunfo en el injusto regocijo (1).»
Esto decia yo, cuando riendo
Celestial ninfa apareció, y me dijo:
«¡Ciego! ¿es la tierra el centro de las almas?»

LXXII.

¿En qué veré que tú á mi llanto agora,
Padre benigno, aplicas los oídos,

(1) En el infame regocijo. (*Texto de Bolh.*)

Si el corazon que forma estos gemidos,
Sus dulces lazos tiernamente adora?
¡Oh, rómpelos, Señor; que ya no es hora
De contemporizar con los sentidos;
Que puesto que á su daño están asidos,
Parte hay en mí que sus errores llora.
Bien veo que él resiste al favor tuyo,
Mas perdonar á la cerviz sujeta,
Eso, Señor, es de ánimos humanos.
El sacarlo de error mal grado suyo,
Es obra digna solo de tus manos;
Mas ¡oh amor propio, oh lastima imperfeta!

LXXIII.

Ya tu piedad magnánima derriba
Mis ídolos, Señor; ya por tí espero
Que restituya el resplandor primero
A mi templo interior su luz nativa.
Animoso el afecto se aperciba
Para víctima al fuego verdadero;
Sienta el furor del religioso acero,
Pues que no ha de arder víctima viva.
Silencio y soledad, ministros puros
De alta contemplacion, tended el velo
A profanos sentidos inferiores.
No acechen cómo ciñe el tercer cielo
La mente de tan limpios resplandores,
Que á todos los visibles deja escuros.

LXXIV.

Ni opinion, Cárlos, ni esperanza fundo
En los aplausos que el favor derrama;
¿Quién los aprueba ó sus lisonjas ama,
Por mas que en bronce las escriba el mundo?
Si, rotas por el tiempo vagabundo,
Muere el hombre otra vez cuando su fama,
¿Son mas que esfuerzos de una débil llama,
Que turbia cesa en el morir segundo?
Y si el no conocerse es el abismo
De todo error, y cunde sin mudanza
Una vez en los ánimos impreso,
¿Buscaré mi verdad en mi alabanza?
¿Cuándo has visto volver con buen suceso
A quien se busca fuera de sí mismo?

LXXV.

Firmio, en tu edad ningun peligro hay leve;
Porque nos hablas ya con voz escura,
Y aunque dudoso, el bozo á tu blancura
Sobre ese lábio superior se atreve.
Y en tí, oh Drusila, de sutil relieve,
El pecho sus dos bultos apresura,
Y en cada cual sobre la cumbre pura
Vivo forma un rubí su centro breve.
Sienta vuestra amistad leyes mayores;
Que siempre amor para el primer veneno
Busca la inadvertencia mas sencilla.
Si astuto el áspid se escondió en lo ameno
De un campo fértil, ¿quién se maravilla
De que pierdan el crédito sus flores?

LXXVI.

Bástale al dia su malicia, Fabio;
Quiebra esa esfera, en cuya industria sales
A recibir los venideros males,
Dos veces ofendido de un agravio.
De los vidrios soberbios en que un sábio
Copió los movimientos celestiales,
Júpiter se rió; que sus fatales
Causas no las infunde al astrolabio.
Pero dirás que en él te da noticia,
Para que, apercebido, las estorbes,
Porque flechas previstas menos hieren.
Vive tú á la razon y á la justicia,
Y caigan rotos los celestes orbes (1);
Que no los temerás cuando cayeren.

(1) *Si fractus illabitur orbis impavidum ferient ruinæ.* (Horat., od. III, lib. 3.)

LXXVII.

De los dos sábios son estos retratos,
Nuño, que con igual filosofía
Lloraba el uno, el otro se reia
Del vano error del mundo y de sus tratos.
Mirando el cuadro, pienso algunos ratos,
Si hubiese de dejar mi medianía,
A cuál de los extremos seguiria
Destos dos celebrados mentecatos.
Tú, que de gravedad eres amigo,
Juzgarás que es mejor juntarse al coro,
Que á lágrimas provoca, en la tragedia;
Pero yo, como sé que nunca el lloro
Nos restituye el bien ni el bien remedia,
Con tu licencia el de la risa sigo.

LXXVIII.

Llego á Guadalajara en este punto,
Marqués, donde el clamor de los metales
Piadosos y las hachas funerales
Lloran á un duque y lo celebran junto.
Al hijo de mis huéspedes difunto
Saca tambien la cruz de sus umbrales;
Que un médico, sin máquinas murales,
Es aquí otro Aníbal contra Sagunto.
Es mi cochero músico y poeta;
Mas, tal cual es, mirando bien la suerte
De dos tan desiguales ataúdes,
Agora está clamando, y dice: «¡Oh muerte!
Oh mazo de batan, que así sacudes
El paño fino como la bayeta!»

LXXIX.

Fabio, pensar que el Padre soberano
En esas rayas de la palma diestra
(Que son arrugas de la piel) te muestra
Los accidentes del discurso humano,
Es beber con el vulgo el error vano
De la ignorancia, su comun maestra;
Bien te confieso que la suerte nuestra,
Mala ó buena, la puso en nuestra mano.
Di, ¿quién te estorbará el ser rey, si vives
Sin envidiar la suerte de los reyes,
Tan contento y pacífico en la tuya,
Que estén ociosas para tí sus leyes,
Y cualquier novedad que el cielo influya
Como cosa ordinaria la recibes?

LXXX.

Mario es aquel que del minturno lago
Al Africa, por él domada, huyendo
Le vemos, sus ruinas confiriendo
Con las altas ruinas de Cartago.
Fílis, de tu altivez el justo pago
En la pintura muda estás leyendo,
Pues tambien hace el tiempo por estruendo
En el reino de amor el mismo estrago.
El cristal en que afilas cada dia
Tus flechas te dirá mejor la historia
De Mario y de Cartago en tu figura;
Y comprehendida en la fatal vitoria,
Tarde concederás que tu hermosura
No fué mas que una breve tiranía.

LXXXI.

No con el vulgo acuses, oh Licino,
La providencia del mayor piloto,
Pues no eres tú quien de un esquife roto
A nado se libró en las rocas de Ino.
Mejor será que al movedor divino
Votos envíes; que un humilde voto
Enfrena alguna vez al fiero Noto
Y pone ley al ímpetu marino.
Tú, inexperto, de un débil vaso dueño,
En que crujen las tablas mal seguras
Siempre que el lienzo tiendes en su antena,
¿De la fortuna pública mormuras?
Calla, y atiende junto de la arena
A conservar el casco de tu leño.

LXXXII.

Yo, aquel en cuyo insuficiente estilo
La verdad injuriada oyó el consuelo
Que en mi mente infundió benigno el cielo
Para tener el ánimo tranquilo;
Ya fuego exhalo, lágrimas distilo,
Y contra mis preceptos me rebelo;
Rabio al fin, y en la furia de mi celo
Nuevos cuchillos de venganza afilo.
¡Que el valor ceda, y venza el brazo astuto!
¿Qué es esto, celestial Sabiduría?
¿Es la virtud no mas que un nombre vano?
Mas ya tu resplandor me muestra pia;
Haz que este afecto que me turba humano,
De su calamidad no pierda el fruto.

LXXXIII (1).

Si un afecto, Señor, puedo ofrecerte
Al culto de sus ídolos atento,
Con lágrimas de amor te lo presento;
Tú en víctima perfeta lo convierte;
Que en este sueño tan intenso y fuerte,
De tus misericordias instrumento,
No imágen imitada es lo que siento,
Sino un breve misterio de la muerte,
En quien con ojos superiores miro
Mi fábrica interior escurecida;
Báñela aquella luz, Señor, aquella
Que inspira perfeciones á la vida,
Pues permites que goce, sin perdella,
Experiencias del último suspiro.

LXXXIV.

Clóris, este rosal, que libre ó rudo,
Del arte huyó al favor de la floresta,
Su arrogancia selvática depuesta,
Vecinas flores le verán desnudo.
Nota esta rosa, que aun agora pudo
Abrir el paso á su niñez modesta.
Pero ¡cuán breves términos apresta
La grana que libró del verde ñudo!
Vive su planta los estivos meses;
Mas el honor de los purpúreos senos
(Misera edad) la madurez de un dia.
Pues si lo raro, oh Clóris, dura menos,
La pompa de tu abril ¿por qué confia
Que ha de reinar con hados mas corteses?

LXXXV.

Tambien adula, Nuño, la tardanza,
Porque ni las promesas verdaderas
Te dan el mismo bien que consideras,
Ni él dura mas del punto en que se alcanza.
Tú pues, en prevencion de su mudanza,
Mitiga la opinion con que lo esperas;
Que opinion de alegrías venideras
Es esto que llamamos esperanza.
La lenta diligencia en los frutales
Acreditada crece en sus tributos,
Obras del cielo sólidas y expresas;
Que aun la fidelidad de aquellos frutos
Lo muestra, cuando él libra sus promesas,
Único autor de efetos puntuales.

LXXXVI.

Solo ofende el agüero á quien lo advierte;
Véncelo, ó no lo adviertas, Lauso mio;
Que horrible (no fatal) su poderío
Tanto excede al incauto como el fuerte;
Y pues tu estimacion podrá ofenderte,
Refórmala con fuerza ó con desvío;
Que á la luz ó al error del albedrío
Se elige ó se fabrica nuestra suerte;
Cuya interpretacion no la confia
Al sordo caso aquella providencia
Que á libertad y á imperio corresponde.
Alcemos pues con tiempo la licencia
Al curioso temor; vamos por donde
Nuestra animosa ceguedad nos guia.

LXXXVII.

Si en la corte no apartas con cautela,
Castro, lo popular de lo exquisito,
Las heces hoy del número infinito
Tendrás por quinta esencia de la escuela.
Tú pues de ínclitas barbas te recela;
Mas, aunque no son ciencia, sino rito
De la ambicion, que por el gran distrito
Sobre el aplauso de inexpertos vuela,
Saluda por estóica la ignorante;
Reciba en esto la justicia agravio
De que la indigna imitacion saludes;
Porque si en la verdad se funda el sábio,
¿Por qué ha de resguardarle sus virtudes
La astuta negligencia del semblante?

LXXXVIII (2).

Aquí, donde, á pesar del tiempo, hoy dura
Soberbio un gran conduto de Trajano,
Linfas en ministerio de Vulcano
Dan al noble metal noble escultura;
Y el español su vellocino apura
Mas que los seres al que muelle y cano
Para la ostentacion del traje humano
Sobre los tiernos árboles madura.
Aspire, aspire á varoniles glorias
Por severa templanza, y deje Iberia
Los preciosos peligros en sus minas.
No quieras, oh fortuna, dar materia
A las armas remotas y vecinas,
Y renovar sus bárbaras vitorias.

LXXXIX.

Si quieres conservarte, Lauso, evita
Ese ardor, con que en varias ocasiones
A cuerdos y á filósofos te opones,
Como pudiera el magno Estagirita;
Ya tu apariencia, que al estudio imita,
Cuando se atreve a decidir cuestiones
Es ridícula á libres corazones,
Cuyas nobles paciencias ejercita.
Yo, porque de celar tu honor me precio,
Digo, para que escape de un agravio,
Que consideres bien de aquí adelante
Que el que no sale de su esfera es sábio,
El que ignora las cosas, ignorante,
Y el que las sabe mal sabidas, necio.

XC.

¿Estás libre, Damon? Pues no blasones;
Que la jactancia, ni en seguro es buena;
Y si te queda un átomo de pena,
Te traerá á las primeras ocasiones.
No se juzga por libre de prisiones
El can, por mas que rompa la cadena,
Mientras que asida á la cerviz le suena
Alguna parte de los eslabones.
Paz suelen ser de amor breves enojos,
Y todos los nublados de tu ira
Los volverá en tranquilidad tu diosa,
Si se humana á poner, cuando te mira,
De aquella risa todopoderosa
Un suave relámpago en sus ojos.

XCI.

Lo primero, me visto; lo segundo,
Devoro medio pan, y en su migaja
Un torrezno, que al ámbar se aventaja
El olor que despide vagabundo;
Pues ¿qué si es dia en que la barba tundo
Y corre licenciosa la navaja?
Carísimo individuo, hiende y raja;
Que rompes la mejor vida del mundo;
Y mas si al aire limpio te desvías,
Y recostado en la menuda grama,

(1) Hízolo el autor con ocasion de haber padecido un gran desmayo.

(2) Escrito en Segovia.

La rústica salud curte el pellejo.
Vive, vive ignorado de la fama;
Que mas vale morir plebeyo viejo
Que príncipe en el medio de tus dias.

XCII.

Mas embravezco al mar, mas inquietos
Pruebo los vientos cuanto mas envio
Voces al cielo, y al lamento mio
Responde con mas ásperos efetos;
Mas si llevo estos ídolos secretos,
¿Por qué lo espero favorable y pio?
¿Guardo, Filis, tus prendas y porfio
A pedir paz con votos imperfetos?
Osemos pues; ¿qué tiemblas, mano? Intenta
Ardan las adoradas hebras de oro,
Su imágen y estas letras de su dueño;
Que así ronco el piloto en la tormenta,
Arroja al mar las perlas y el tesoro
Para librar el combatido leño.

XCIII.

¿Será posible que á mis manos muera
El leon que me oprime interiormente,
Y que en mí su despojo represente
La vitoria segura y postrimera?
Del leon á quien dió la muerte fiera
Alcides, se vistió la piel valiente,
Y el mejor yelmo que aplicó á su frente
Fué la cerviz y dientes de la fiera.
Y ¡qué! ¿no podré yo deste deseo,
Nuevo Alcides, vengarme, siendo cierto
Que creció por mi débil resistencia,
Y, entrando en nueva guerra, andar cubierto
De su acuerdo feroz y de experiencia
El vencedor á un tiempo y el trofeo?

XCIV.

Julio, venciste; pero con la suerte
Que á los vencidos míseros aprieta,
Rendida á la piedad que allá secreta
Guardas en tu valor, piensan vencerte.
Ama pues, tan benigno como fuerte,
La cerviz que te obliga por sujeta;
Que no es el perdonar gracia perfeta,
Si en generoso amor no se convierte.
Evítales con ella aun el castigo
Que en sus conciencias obra la memoria
De haber faltado con su fe y contigo.
¿Cuál resplandor no mereció, cuál gloria,
Quien con tal paz triunfó del enemigo,
Que procedió á triunfar de la vitoria?

XCV.

Ya, Opicio, á los acuerdos consulares
Desta grave república presides;
Y si con tu equidad su imperio mides,
Ni al griego ni al romano le compares;
Mas tú, en tantas virtudes no vulgares,
Emulo de Caton y de Aristides,
No salgas de tí mismo ni te olvides,
Ingrato, del que fuiste en pobres lares.
Entiende que, aunque frises con la luna,
Los que celan tu honor, rectos varones,
Te quieren ver de la modestia amigo;
Y en esta fe atalayan tus acciones,
Porque á medida igual se habrán contigo,
Como te hubieres tú con la fortuna.

XCVI.

Ya, Mercurio, no es bien que yo te siga
Con ansia en la mitad del curso humano,
Cuando tan fiel tu premiadora mano
De afan y de ambicion me desobliga.
Próvida para sí la breve hormiga,
Allá en sus trojes muerde el rubio grano,
Porque no arraigue y suba á honrarse ufano
Del fértil colmo en la segunda espiga.
No crezca tu favor; basta que dure;
Que por ninguno de los trances varios
De ambas fortunas irritarme pienso.
No anhelo á minas, ni codicio erarios,
Sino una alegre miés y un firme censo,
Que estos últimos ócios me asegure.

XCVII (1).

¡Oh Abete! si despues que á los fenices
Rindió tu patria el oro de sus venas,
Miras cómo á tu honor nuestras cadenas
Le rinden tantas bárbaras cervices;
Por mostrarte á la mar, ¿proprias raíces
Trocar piensas por áncoras ajenas,
Y al áfrico arbolar lienzos y antenas
Entre votos dudosos ó infelices?
Quitará la segur, que te importuna,
Para postrarte, apoyo á los trofeos,
Sombra á las greyes, ócio á los pastores.
No injuries tus invictos Pirineos;
Cedan sobre tí mismo tus honores
A la decrepitud, no á la fortuna.

XCVIII.

Émulos, Cintia, son ó imitadores
De la verdad, que en tus alientos huele,
Los que inspira Favonio cuando impele
Las sujetas al arte ó libres flores.
Y aunque para asaltar faustos olores
Entre esperanzas que maduran vuele,
Con cuyo desempeño premiar suele
La industria y la paciencia á los cultores.
Mas puro y limpio olor que de ninguna
Rústica suavidad robar pudiera
Del que á tus labios su fragancia envia;
Pero tu honestidad ruda ó severa
No ha de admitir en ellos la porfia
Con que anhelan dos almas por ser una.

XCIX.

¿Es para tí la esfera de la luna,
Lico, esta patria universal del suelo;
Que no has visto la cara al desconsuelo,
Ni llorado jamás, ni aun en la cuna?
No haber hecho de tí experiencia alguna
Un caso adverso, ¿no te da recelo
De que no te ha juzgado digno el cielo
De vencer ni una vez á la fortuna?
No acredita al piloto la bonanza;
El ejercicio solo es el que puso
Entre el valor y el ócio diferencia.
Mísero quien no da filos al uso
De la razon, haciendo resistencia
Igualmente al temor y á la esperanza.

C.

Julio, aunque estoy de imperfecciones lleno,
Y la fortuna con benigna frente
Recoge á los indignos, yo obediente,
Ni mi exclusion ni su rigor condeno.
Pues si persigue al ánimo sereno,
Entre inicos ejemplos inocente,
Que opuesto con valor á la corriente,
En tiempos malos se atrevió á ser bueno,
Rayo es que abrasa al tronco mas robusto,
Y recogiendo en sí la fatal llama,
Perdona á las encinas inferiores.
Y así, le debo mas si me desama,
Pues mereciendo tanto sus favores,
Quiere tratarme como trata al justo.

CI.

El hombre fué de dos principios hecho,
Tales que, con jactancia verdadera,
A sus ojos le alega cualquier fiera,
Y cualquier planta parentesco estrecho.
Pero cuando él reconoció en su pecho
La gran porcion del fuego de la esfera,
Vió, con admiracion de ver lo que era,
Que á la divinidad tiene derecho.
Haz pues que con trocado ministerio

(1) Persuade á un señor aragonés que no desampare su patria.

A la vaga altivez del albedrío
El sentido inferior no tienda (1) redes,
Y cuando él pretendiere ¡oh Fabio mio!
Hacerte siervo, acuérdate que puedes
Mirar esas estrellas con imperio.

CII (2).

Fabio, las esperanzas no son malas;
Mas tú con tanto aplauso las acetas,
Qué á oráculos forzosos de profetas,
Y aun á vivos efetos, las igualas.
Sabe que contra el tiempo se arma Pálas,
Contra sus inconstancias y sus tretas;
Que él es tal, que tropieza en sus muletas
Cuando le piden que use de sus alas.
Y así, nunca en el término futuro,
Ni en el presente, si eres sábio, digas
Que hay tiempo que del tiempo esté seguro;
Que cuando á fuerza de sufrirle obligas
A que acuda fiel, te pone un muro
De presto entre la hoz y las espigas.

CIII.

Tendrás, amigo Julio, á maravilla
Que sin necesidad uno prefiera
Peñascos, vientos y tormenta fiera
Al dulce puerto, á la segura orilla.
¿Qué dirás si su pobre navecilla
No es fábrica de hierros y madera,
Sino de sutil vidrio, y si la hubiera,
De materia mas frágil y sencilla?
Dirás que tan notorio desatino
No puede suceder; porque no miras
En tus designios y esperanza vana.
¡Oh ingrato al cielo, que al naufragio aspiras!
¿No ves que es vidrio al ímpetu marino
Esto que acá llamamos vida humana?

TRADUCCION DEL SALMO *Quam dilecta tabernacula tua, Domine.*

El santo pastorcillo perseguido
Va por desiertos ásperos huyendo
Al ingrato Saul endurecido.
Paróse, y el aliento recogiendo,
Procura de advertir si se oye acaso
De las contrarias armas el estruendo;
Cual cervatillo fatigado y laso,
Que escapó del leon, y en la congoja
Del curso al fin sosiega el veloz paso.
Aunque no sin temor, que cualquier hoja
Que suena al respirar del manso viento,
Presente su enemigo se le antoja.
Considerando el duro apartamiento
Del templo, el nuevo estorbo y el rodeo,
Por donde Dios le lleva al real asiento,
Su cítara, su espíritu y deseo,
En consonancia angélica acordados,
A cantar comenzó el divino Orfeo.
¡Oh cuán amables son y deseados
De aquellos escuadrones celestiales,
Señor, tus tabernáculos sagrados!
Yo considero tus palacios reales,
Y desfallece mi alma, deseando
Verse siquiera junto á sus umbrales.
No el espíritu solo contemplando,
Goza de tanto bien, que dentro el pecho
El corazon se está regocijando.
El simple pajarillo halla el techo,
Adonde elige albergue conocido,
Donde habita contento y satisfecho.
Halla la viuda tórtola su nido
Do amparar sus hijuelos, ya del frio
Y riguroso tiempo defendido;
Pero la habitacion que yo confio,
Son tus altares, cuya santa brasa
Arde ante ti, Rey mio y Señor mio.
Dichosos los que habitan en tu casa,
Que estos te alabarán continuamente,
Venciendo al tiempo, que volando pasa;
Y dichoso el varon que firmemente
Las esperanzas de su auxilio puso
En tus manos, Señor omnipotente.
Dios en su corazon obró y dispuso
Perseverancia, con que irá subiendo
En el valle de lágrimas confuso.
La bendicion eterna concediendo
El gran Legislador, todos los buenos
De virtud en virtud irán creciendo;
Y en el santo Sion, de gracias llenos,
Verán su Dios subido y exaltado
Sobre todos los ídolos ajenos.
¡Oh Señor! en tu alcázar estrellado
Recibe ya los votos y oraciones
Del siervo de su patria desterrado.
Resuenen mis humildes peticiones,
Dios mio, en tus oídos, tú me guia;
Señor de las seráficas legiones.
Protector de Jacob, por el Mesía
Y por su faz hermosa te lo ruego;
Vuelve los ojos á la pena mia.
Pues muy bien fundo yo, Señor, mi ruego;
Que á tus puertas un dia es mas amado
Que otros mil de contento y de sosiego.
En casa de mi Dios ser desechado
Quise mas que habitar con pecadores
En el palacio real, rico, envidiado.
Y Dios en sus mercedes y favores
Ama misericordia y verdad pura;
Y así, jamás olvida á los menores.
Antes eterna paz les asegura,
Y les da gracia y gloria en su presencia,
La cual por infinitos siglos dura.
Y á los que pasan la prolija ausencia
No priva de los bienes temporales,
Pues por la senda van de la inocencia;
Y pues en sus pasiones tú les vales,
Vuelve los ojos pios á la mia.
¡Oh Señor de los campos celestiales,
Que dichoso es aquel que en ti confia!

TRADUCCION DEL HIMNO *Ad perennis vitae fontem*, CUYO AUTOR FUÉ EL CARDENAL PEDRO DAMIANO.

A la fuente anheló de eterna vida
Con sed el alma, y quebrantar pretende
La cárcel donde gime detenida.
Por librarse del lazo que la prende
Forceja siempre, y como desterrada,
A gozar solo de su patria atiende.
Llora cuando, en el peso transportada,
De la vida, aunque vida transitoria,
Se mira á sus miserias obligada.
Contempla aquella gloria, aquella gloria
Que pecando perdió, y el mal presente
Del bien perdido aumenta la memoria;
Porque, para decir cómo lo siente
De aquella suma paz el alegría,
¿Qué lengua habrá en la tierra suficiente?
Allí de rica y viva pedrería
Los edificios suben; la techumbre
Divina luz del oro terso envia.
Lucen las salas de la misma lumbre;
Porque solo de piedras excelentes
Muestra toda esta fábrica la cumbre.
Ostenta su ciudad calles lucientes,
Donde compite el oro limpio y puro,
O excede á los cristales transparentes.
No hay vista inmunda ni otro objeto escuro;
Allí no arde el estío, ni el ivierno
Se arma de su aspereza y rigor duro.
De eterna flor de rosas da un eterno
Verano, y de azucenas, que blanquean,
Y azafran rubio en su cogollo tierno.
Allí el bálsamo suda, y hermosean
Su verdura los valles; los sembrados
Crecen, y arroyos de la miel que ondean.
De fragancia en ungüentos sublimados
Los aires, y de aromas esparcidos
De vital fuerza espiran ocupados.
Las manzanas se ven por los floridos

(1) Así Bolh. El texto antiguo dice *le tienda*.
(2) Este mismo soneto se lee en las obras de Arteaga ó Paravicino, fól. 75.

Bosques pender, sin que por mengua alguna
Caigan de su frutal destituidos;
Que sus veces no alterna allí la luna,
Ni el sol la suya, ni de las estrellas
El curso con mudanzas importuna;
Porque de la ciudad dichosa, y de ellas
Es el cordero el sol, que nunca esconde
El vivo adorno de sus luces bellas;
Donde no hay noche que las turbe, y donde
Falta el mudable tiempo. Es luz constante
Que con perpétuo dia corresponde.
Y cualquier de los santos rutilante
Y clara su presencia manifiesta,
A la del sol en todo semejante.
Hablan despues del triunfo en la molesta
Guerra, del enemigo ya seguros,
Y entre sí, coronados hacen fiesta.
De las mancillas de la carne puros,
Ya ignoran sus batallas; antes ella,
Aposentada en estos santos muros,
Queda espiritual, sutil y bella,
Conforme con el alma, y de consuno
Lo que el alma sintió, siente con ella.
Gozando todos sin peligro alguno
De la paz, va desnudo de las cosas
Mudables á su orígen cada uno.
Personas ya inmortales y gloriosas
Reciben, y contemplan la presente
Verdad, y sus grandezas misteriosas.
Beben dulzura viva de la fuente
De vida, y cobran inmudable estado,
Siendo los mismos perdurablemente
Claros y vigorosos sin cuidado,
Alegres sin temor de adversidades,
A los casos humanos obligado;
Que no sienten vejez ni enfermedades,
En sana juventud de un ser perfeto,
Contra la condicion de las edades.
Pasó lo que á pasar está sujeto;
Y así, ufanos florecen á tal suerte,
Que ni mudanza temen ni defeto.
De la inmortalidad el vigor fuerte
Con tal firmeza prevalece en ellos,
Que aniquiló el derecho de la muerte.
¿Qué cosa pueden no saber aquellos,
Que al mismo que las sabe todas, saben?
De aquí procede tal virtud en ellos.
Que los secretos que en sus pechos caben,
Penetra cada cual; y desto nace
Que una cosa amen todos y la alaben.
Y en aprobarla efetos tales hace
La unidad de sus almas, que un intento
Les presenta que á todos satisface.
Aunque es diverso allí el merecimiento
De cada uno, y con igual juicio
Corresponden los premios al tormento,
Obra la caridad su proprio oficio,
Y es lo que goza cada cual, amando
Comun prosperidad y beneficio.
Al cuerpo van las águilas volando;
Y así, con los espíritus ufanos
Se están las almas santas recreando.
Sustenta un mismo pan los ciudadanos
De entrambas patrias, hartos dél, y hambrientos,
Y dejan lo que tienen en las manos.
No da la hartura allí desabrimientos,
Ni la hambre fatigas, pues comiendo
La tienen, y con ella están contentos.
Con armonía, júbilo y estruendo
De instrumentos y voces de cantores
Los oidos y el gusto entreteniendo,
Dulces himnos ofrecen y loores
Dignos al Rey del cielo eternamente,
Por quien fueron del mundo vencedores.
Feliz el alma que le vee presente,
Y el orbe y sus regiones vee sujetas
Debajo de sus piés, y que obediente
El sol mira otras luces mas perfetas;
Vee revolver la luna y las globosas
Estrellas, y en sus cercos los planetas.
Tú ¡oh Cristo, eterno orígen de las cosas,
De tus soldados palma! en tu real corte
Me admite entre las almas vitoriosas.
Despues que el militar cíngulo corte,
Hazme de los despojos y mercedes
De tus celestes príncipes consorte.
Prueba mis fuerzas, y el favor que puedes
Me otorga en la batalla, que ya cierra,
Como á los afligidos lo concedes;
Porque despues, disuelto de la tierra,
Corona ya pacífica alcanzando,
Goce el honor de la vencida guerra,
Para siempre jamás de tí gozando.

TERCETOS.

Al dejar san Raimundo en Mallorca al rey don Jaime, y navegar sobre su manto.

Domadas ya las islas Baleares,
Al pio culto el celtiberio Augusto
Consagraba los bárbaros altares,
Y el que tambien como campion robusto
Por la barba feroz asió al tirano,
Dando suceso al voto noble y justo,
Divide entre el ejército cristiano
Los campos, los tesoros, los arreos
Y las armas del pérfido africano.
Mas ¿qué gloria le dan estos trofeos,
Si al tiempo que da ley á los vencidos,
No la puede poner á sus deseos?
¿Si la razon sujeta á los sentidos,
Belleza femenil, lazos suaves
Al real corazon están asidos?
No pudieron sufrir los ojos graves
De Raimundo su llama; el gran Raimundo,
Que tiene de él las celestiales llaves.
Y ponderando el caso en lo profundo
De su pecho, por ser la ley suprema
El ejemplo del príncipe en el mundo,
No quiere ver la desenvuelta Apema,
Que vió Zorobabel, que al Rey le quita,
Y en el tocado pone su diadema.
La fuerte obligacion del que ejercita
Su grande oficio puesta por delante
(Que reo es en el mal quien no lo evita),
Acuerda huir del vencedor amante,
Pues ya con él ni el rígido juicio
Ni su misma promesa fue bastante.
«No satisfago (dice) al sacro oficio,
Si el mismo oficio no depongo; huyamos,
No añada mi presencia aplauso al vicio.
»El instrumento inútil en los ramos
(Si babilonia música nos pide)
De los sauces al viento suspendamos.»
Esto intenta Raimundo, pero impide
Su noble fuga no mortal respeto,
Ni el mar que de su patria lo divide,
Sino quizá amoroso real preceto,
Que ni un pequeño esquife le consiente,
Viendo quedar sus ruegos sin efeto;
Que, como rey tan justo, vivamente
Llora (bien que culpado en este hecho)
El perder un varon tan excelente,
Pirro en las armas, Numa en el derecho;
Mas eso busca amor, y entonces hace
Mayor estrago en generoso pecho.
Mas ¿qué importa que el Rey estorbos trace,
Si la heróica virtud en los desvíos
Y en la mayor dificultad renace?
Llega al mar despreciando sus navíos,
Para pasar con general espanto,
De su animosa fe cobrando brios.
De tu órden ¡oh Domingo! el pobre manto
A vista de la gente se despoja,
Y en el agua lo extiende el varon santo;
Y en la señal que al cielo desenoja,
Luego sobre él desde la enjuta arena
Con sencillez magnánima se arroja,
Y formándole el báculo la antena,
Velas pomposas la exterior capilla,
Su fábrica naval sobre él ordena.
Súbito la desvian de la orilla
Con invisible impulso alientos puros
De los ministros de esta maravilla.

No se abre el mar en portentosos muros
Dividido, ni brama, como cuando
Pasó Dios sus ejércitos seguros.
Antes las ondas con murmurio blando
Depusieron atónitas la ira,
De su inquietud las causas ignorando.
Todo viento sus ímpetus retira,
Y la naturaleza, á la secreta
Fuerza obediente, de su paz se admira.
Así al imperio de la fe sujeta
Lleva al varon de Dios sobre su ropa,
No como alguna vez llevó un profeta;
Porque cuando marinos mónstruos topa,
Cada cual la escamosa frente inclina
Al ministerio de la nueva popa.
Así la musa argólica ó latina
Al fabuloso dios del mar describe,
La region discurriendo cristalina,
De quien leyes pacíficas recibe;
Y dando rienda á sus delfines vuela,
Con que el furor del áfrico prohibe.
Mas dime ¡oh musa! á mí, ¿con qué consuela
Su soledad en tanto que los vientos
Hieren modestos en su nueva vela?
¿Lleva los ojos en el aire atentos,
Culpando, como próvido piloto,
Los arreboles puros ó sangrientos?
O temiendo las luchas de Euro y Noto,
¿Del piélago tranquilo no se fia,
Solícito con uno y otro voto?
O ¿junto al polo en la luciente guia
Comun el sacro Palinuro experto,
Puesta la vista, á no dormir porfia?
En éxtasi mirando el cielo abierto,
Que teatros angélicos le muestra,
Pasa, olvidado del terreno puerto.
Y como el protomártir vee á la diestra
Del Padre, dentro de su luz al Verbo,
Glorificada la flaqueza muestra;
Que mira en espectáculo á su siervo
Cómo huye en alas de su fe la ofensa,
Y le suplica por el rey protervo.
Ya en torno dél la Providencia inmensa
El aire circunstante proporciona,
Y en fantástica nave lo condensa.
Atónita la mira Barcelona;
Mas llegando á la playa, al fin descrece,
Saliendo en ella sola una persona.
Capilla y manto enjuto el mar le ofrece,
Y él, vistiéndose todo su navío,
Al pueblo fiel admira y enternece.
La turba, que en su playa ¡oh Tílis pio!
Vió desembarcacion tan estupenda,
Te busca ardiente; yo con ella envio
Entre las suyas mi pequeña ofrenda.

OCTAVAS.

A san Lorenzo.

Mas cruel espectáculo que cuando
Acabó su venganza el furor griego,
Junto al Tibre el tirano está mirando,
Como en teatro y en mayor sosiego,
Centellas y suspiros escuchando;
Y á Laurencio, que alegre en medio el fuego,
Porque con mas furor lo martirice,
Estas palabras últimas le dice:
«Revuelve y come destos miembros mios,
Manjar á tu dolencia bien contrario,
Aunque para colmar tantos vacíos
Otro mas digno fuera necesario;
Y (bien que en vano) si á los huesos frios
Sepultura les das del mármol Pario,
A las fieras de Libia haces injuria;
Que á todo excede tu dureza y furia.
»Este martirio, que por Dios recibo,
Ocio le da, y no pena, al sufrimiento.
Busca cómo serás mas vengativo,
Pues efecto esta vez tan nuevo siento;
Elige el ser de mi sepulcro vivo;
Porque este me será mayor tormento,
Imaginando estar en la morada
Do al mismo Dios se le negó la entrada.
»¿Por ventura abrasándome imaginas
Sacar el eclesiástico tesoro,
Como del Pirineo, cuyas minas
Por fuego fueron pródigas del oro?
A los sacros erarios y divinas
Riquezas lo llevó el amado coro
De la santa pobreza, donde mora
El sumo bien que voy á ver agora.»

TRADUCCION DEL SALMO *Super flumina Babylonis.*

Algunas veces se nos permitia
(Contaba el pueblo en Babilonia preso),
Bien que arrastrando las prisiones fieras,
Parar un poco á respirar el peso;
Y Eufrates á llorar en sus riberas
Las familias captivas detenia.
Allí sentados, luego se ofrecia
La imágen de la patria á la memoria;
Tu imágen, ¡oh Sion! cuyas divinas
Fábricas hizo míseras ruinas
El furor de una bárbara victoria;
Y enterneciónos tanto,
Que todos dimos libre curso al llanto.
Al gran desierto, adonde nos sentamos,
En medio dél los mudos instrumentos,
Ya como carga inútil, ofrecimos,
Y para juego triste de los vientos
Las cítaras y flautas suspendimos
De los crecidos sauces en los ramos.
En esto nos preguntan que digamos
A los que nos llevaban á su cargo
Algunos versos ó sentencias graves,
Que encierran nuestros cánticos suaves,
Por breve tregua del camino largo;
Y no á piedad movidos,
Sino por dar mas pena á los vencidos.
Y aquellos mismos que á la servidumbre
Nos destinaron, y ministros fueron
Del destierro comun de nuestra gente,
«Cantadnos algun himno, nos dijeron,
De los cantares que acordadamente
Cantó Sion, segun vuestra costumbre.»
Alzó en esto la voz la muchedumbre
(Que hirió á las almas, y dobló su pena
El dolor vivo deste mandamiento)
Y dijo: «¿Con qué pecho, con qué aliento
Podrémos entonar en tierra ajena
Las canciones sagradas,
Al Señor solamente dedicadas?»
Oyénse tiernos votos: «Si, afligida
Jerusalen, cual quedas te olvidare,
Mi diestra se condene á eterno olvido.»
Dice otro: «Si de tí no me acordare,
De poder formar voz destituido,
Quede mi lengua al paladar asida;
Si en cualquiera descanso de mi vida,
Que ocasiones alegres darme pueda,
Callo, oh Jerusalen, y no la elijo
Para principio de mi regocijo.
Mas, oh Señor, cuando se nos conceda
El dia señalado,
Que á su venganza tienes dedicado,
»De castigar los hijos de Idumea,
Te suplico que quieras acordarte
Que, al enemigo ejército ayudando,
De nuestra destruicion fueron gran parte;
Y en el asalto andaban voceando:
—Derribad, derribad hasta que sea
A polvo reducida, y no se vea
Hasta los fundamentos piedra entera.—
Pero tú, que triunfando estás agora,
Soberbia hija de Babel, ¡qué hora
Tan lamentable, ó misera, te espera!
Qué vencedor dichoso,
Que nos restaure el público reposo!
»Aquel felice autor de la venganza
En ella te ha de dar el mismo pago
Que á nosotros nos diste en esta guerra.
Nuestra lástima misma, el mismo estrago
Con igual furia pasará en tu tierra;

Que ya por mi profética esperanza
Me parece que veo cómo alcanza
Tus defensores, que huyen, y los trata
Como ya tu cuchillo, en sangre tinto,
Se encrueleció con ímpetu indistinto;
Y los infantes tiernos arrebata
De los maternos brazos,
Y en las piedras los hace mil pedazos.
»Dulce padre comun de los mortales,
Sobre los rios de Babilonia agora
Mi ciudad interior lamenta y llora
Su dura translacion; hechura es tuya,
Y ¿en tierra ajena usurpador tirano
Consientes que la oprima y la destruya?
Vuelve, Señor, por ella, y de tu mano
Mi flaca voluntad haz tan constante,
Que derribe á Babel por los cimientos,
Y con piadosa crueldad quebrante
En piedras sus recientes pensamientos,
Sin que les valga su niñez; pues luego
Vendrá Sion á su primer sosiego.»

TRADUCCION DEL HIMNO *Jesu, corona virginum.*

Jesus, corona del virgíneo coro,
Que del puro tesoro
De Vírgen concebido,
No le robaste prenda al ser nacido;
Mas sola, siendo madre, fué doncella,
Recibe nuestros votos hoy por ella.
Cordero que entre blancos lirios paces,
Y las coronas haces
De estas purpúreas rosas,
Con que el cabello ciñen tus esposas
Y de coro de vírgenes cercado,
A las esposas das premio sagrado.
Hora el cándido pié la tierna yerba
Quebrante; hora el sol hierva,
Y junto á la corriente
Goces de alguna pura y clara fuente,
Y de la fresca sombra el grato hielo
Cojas, do el aura espira blando vuelo;
Allí te siguen cándidas doncellas,
Como sol entre estrellas,
Y con dulce armonía
Van al olor que el ámbar tuyo envia,
Cantándote canciones y danzando,
Y floridas guirnaldas enlazando.
Pues, Cordero divino, escucha el ruego
Nuestro, y apaga el fuego
Que esparce en los sentidos
Los ardores de aquel tizon nacidos,
Que se templó en la fragua del pecado,
Que Adan lo cometió, tú lo has pagado.

CANCION.

A la adoracion de los Reyes.

La estrella, que hasta entonces con modesta
Y recogida luz resplandecia,
Deja crecerse, y reluciendo apriesa,
Su pompa y rayos por el cielo envia;
Y en medio las tinieblas manifiesta
El gran descubrimiento de su empresa.
Ya rayando los aires atraviesa,
Y sobre ti, oh Belen, desde su coro
En sus centellas rápidas desciende,
Como el pincel extiende
En pintura gentil sus líneas de oro.
Cuando los sábios reyes orientales,
Con alta admiracion y repentinas
Lágrimas, interior y exteriormente
Echan de ver que Dios está presente
Entre aquellos pedazos de ruinas,
Do apenas de habitarse habia señales,
Ni contra los rigores celestiales
Otra defensa que un pajizo techo,
Para muy diferentes usos hecho.
Entran, y hallan que, en vez de aquel adorno
De las insignias y exquisitos trajes,
Con que algun cesar, ó latino ó griego,
Suele aguardar el feudo y homenajes,
De gente militar ceñido en torno,
Nuestro Augusto en pueril desasosiego
Llorando tiembla, y que se niega el fuego
A su autor, por quien él luce y abrasa.
El riguroso hielo se le atreve;
Que ni por tiempo breve
Por huésped lo reciben en su casa.
Pues cuando en la del padre ejercitaba
Sus terribles venganzas y justicias,
Esperando estos hijos y tributos,
Que hoy da la estéril de sus nuevos frutos
En agradables dones y primicias,
Bien sabemos el gozo que mostraba.
Y ya, Señor, que el término se acaba,
La majestad con que aguardais todo esto,
Está en un niño en un pesebre puesto!
Por tierra sus coronas esparcidas
De Polimito y Biso en varias vendas,
De real muchedumbre acompañados,
En urnas traen las místicas ofrendas
Con viva providencia recogidas,
Feudo de mil misterios encerrados;
Y ante la Madre Vírgen humillados,
Que en sus brazos al gran Niño sustenta,
Con divino silencio y gozo inmenso
Oro, mirra y incienso
Cada cual, adorándole, presenta;
Que (demás de ser dones de su tierra)
Le confiesan en ellos Dios, rey y hombre.
«Tarsis (dicen), Señor, y las remotas
Islas agradecidas y devotas
(Hasta agora enemigas de tu nombre),
Arabia y su Sabá, con cuanto encierra,
Las provincias que el mar abraza y cierra,
Y nosotros, en nombre de sus reyes,
Te pedimos de hoy mas gobierno y leyes.
»Cuando tan grande bien estaba léjos,
Tiranizado consentiste al mundo
De la supersticiosa idolatría;
Mas ya que de tu abismo en lo profundo,
Do encerrados reposan tus consejos,
En su sagrada y tácita armonía,
Universal remedio se le envia,
Crece, Señor, y con tu brazo fuerte
Quebranta las prisiones que le oprimen.
Las naciones que gimen
Debajo el grave yugo de la muerte
No adoren mas las obras de sus manos;
Dales, como á nosotros, nuevo norte,
Voz y predicacion; y si importare,
Martirio, que tu reino les declare,
Y con su ejemplo vivo los exhorte
A huir la adoracion y ritos vanos;
Para que en tu familia, cortesanos
De tu Jerusalen, los instituyas,
Y participen las grandezas tuyas.»
Póstrate, cancion mia, juntamente
Entre los siervos de los reyes santos,
Y desde léjos al Infante adora.
Hayamos todos parte de sus llantos,
Pues que por el comun provecho llora.
Y si quieres ofrenda del Oriente,
En el alma hallarás otro tesoro,
Y en abundancia mirra, incienso y oro.

CANCION.

A la Concepcion de María.

A todos los espíritus amantes,
Que en círculo de luz inaccesible
Forman anfiteatros celestiales,
Dijo el Padre comun, ya no terrible,
Vibrando rayos vengativos, antes
Con manso aspecto, grato á los mortales:
«Ya es tiempo de admitir á los umbrales
Del reino eterno los del bajo mundo,
Que su gemido y su miseria vence.»
Y porque la gran obra se comience,
Muestre la idea del saber profundo
Su concepto fecundo,
La preservada esposa; que en saliendo,
El pacífico cetro de oro extiendo.

»Con general aplauso el universo
Se disponga á su próspera mudanza.
El Líbano sus cumbres aperciba,
Para el cedro gentil, nueva esperanza,
Que por mis manos fabricado y terso,
Arca ha de ser incorruptible y viva.
En santos resplandores se conciba,
Aunque de humanos padres; que el rocío
Al vellocino místico dos veces
Fiel, que pidió el mas fuerte de los jueces,
Mas abundante la tercera envio;
Y otra el caudillo mio
Vea la zarza ardiendo, y que las llamas
Guarden fe á la verdura de sus ramas.
»Que todo ha de ser luz, todo pureza;
Instante de tiniebla, instante de ira
No le ha de haber en mi divina esposa.
Para ella el mar sus ímpetus retira,
El mar comun de la naturaleza
En forma de muralla prodigiosa.
Sigue el órden del tiempo; mas reposa
Desde la eternidad en estos techos,
Por donde, sin que cosa se lo estorbe,
Discurre por las fábricas del orbe,
Su trabazon y vínculos estrechos,
Con que por mí están hechos,
Considera y entiende; y en sus cumbres
Asiste, y se corona de sus lumbres.
»Tal conviene que sea el trono augusto
Que ha de ocupar el vencedor eterno.
La púrpura real, de que se viste,
Armas que han de poner yugo al infierno,
Encadenando al posesor injusto,
No participen del orígen triste.»
Dijo; y el serafin puro que asiste
A la altísima silla mas vecino
Despide alegre músicos acentos.
Responden luego voces é instrumentos,
Suena todo el palacio cristalino;
El júbilo divino
Pasó al limbo, y al fin se parecia
Que la naturaleza se reia.
Vióse por las regiones altas luego
Mover las plumas cándidas luciente,
Descendiendo á la tierra, el ángel santo,
Como tal vez exhalacion ardiente,
Dejando surcos rápidos de fuego,
A los ojos humanos pone espanto,
Y con divino (aunque corpóreo) manto
Al uno y otro estéril se presenta,
Progenitores tuyos, Vírgen Madre,
Y el gran decreto del eterno Padre
(Venerándolos ya por tí) les cuenta.
Así de culpa exenta
Veniste al mundo, hija de tu Hijo,
Del designio de Dios término fijo.
Pero ya es bien que de la nube escura
De alabanzas mortales
Saques, oh sol divino, tu luz pura,
Y á nuestro estilo y versos desiguales
(Sombra que se le opuso)
Sacro silencio y éxtasis suceda;
Que del discurso suspendiendo el uso,
Levante el alma á la tercera rueda.

CANCION.

A la Asuncion de María.

Mártires y doncellas
Con Cristo desposadas,
Ejército que, estando muerto, espantas,
Once mil hostias bellas
A Dios sacrificadas,
Que el cielo paseais con sacras plantas;
Pues hoy, oh ninfas santas,
Va vuestra Reina á veros,
Pues la imitastes tanto,
Rogadle que á mi canto
Aliento dé y conceptos verdaderos.
Esté yo satisfecho
De que lo dicta su Hijo acá en mi pecho.
Vos, águila ligera,
Que los aires abriendo
Con las plumas doradas, vais al cielo,
Subis de tal manera,
Que, nuestra sombra viendo,
Os perdemos de vista los del suelo;
Con inflamado celo
Vuestro favor invoco,
Vírgen en toda cosa,
A Dios y al mundo hermosa;
Conceda vuestra gracia oirme un poco.
Perdon y grato oído
Con ánimo sencillo aguardo y pido.
Si dais la vista al ciego
Y visitais al reo,
Y al pobre lo volveis próspero y rico,
Oid el blando ruego
De mi justo deseo,
Y conceded la gracia que os suplico,
Paloma que en el pico,
De fe constante y viva
Trujistes paz al arca
Del viejo patriarca
Con el ramillo de la hojosa oliva,
Cierto de otra manera
Que aquella descuidada ave primera.
Vírgen, el regocijo
Tuvistes de ser madre
Del Verbo celestial y sempiterno,
Hija de vuestro Hijo,
Madre de vuestro Padre,
Término fijo del consejo eterno,
Elegida *ab aeterno;*
Hoy con divina frente,
Coronada de estrellas
(Cual nueva luna entre ellas),
Y vestida del sol resplandeciente,
Por los cielos rasgados
Entrais con los ejércitos alados.
Hoy subis penetrando,
Cual luciente cometa,
Que aparta y hiende el aire por do pasa;
Y á los cielos llegando,
Admírase el planeta
Que alumbra el mundo de su cuarta casa;
Y no luce ni abrasa.
Está turbado y vario,
Y los cielos dorados
Quedaron espantados;
Que vuestro resplandor extraordinario
Al subir admirólos
Tanto, que se afirmaron en los polos.
Mas luego, conociendo
Vuestra figura rara,
Cual nube, que con rayo queda abierta,
Se fué el cristal rompiendo,
Y en la materia clara
Quedó patente la sublime puerta.
Pareció descubierta
Vuestra faz, y al miralla
Pacífica, apacible,
Aunque fuerte y terrible,
Como ejército á punto de batalla,
Alta, olorosa como
Ciprés, plátano, cedro y cinamomo,
Patriarcas, profetas,
Las reverentes canas,
Coronadas de lauro, os humillaban.
Las vírgenes discretas,
Yendo ante vos ufanas,
Laurel, olivo y palmas levantaban.
Los mártires estaban
En gloria renovados,
Con las llagas recientes,
Aunque resplandecientes
(Trofeos á mil príncipes ganados),
Y las ropas bañadas,
Con sangre del Cordero matizadas.
Los músicos divinos
En su trono se holgaron
Con dulcísimos himnos y concentos;
Los techos cristalinos
En torno resonaron

Con la armonía de los instrumentos.
Mudas y sin alientos
Quedaron de la tierra
Las trompas sonorosas,
Y las artificiosas
Misturas que la Italia dentro encierra,
Las que se oyeron cuando
Los césares por ella iban triunfando.
Allí los escogidos
Ante su protectora,
Cuya bondad á lo posible excede,
Dicen, y son oidos:
«Dulcísima Señora,
Benigna Diosa (si decir se puede),
Tu Hijo nos concede
Verte en su compañía,
Y aun él se regocija
Viendo á su Madre é Hija:
Huélgase, prudentísima María,
De ver que pisa el cielo
La carne que le dió el corpóreo velo.
»Vuestro Hijo glorioso
Nos dijo predicando,
Un número prudente de doncellas,
Que esperando á su esposo
Estuvieron velando,
Y velaba la fe y la gracia en ellas.
Vos sois una de aquellas,
Aunque en tálamo y bodas
Una antes verdadera,
Y con mas clara lámpara que todas,
Superior y primera,
Con cuya luz y ejemplo
Resplandece de Dios la casa y templo.
»El mismo Dios os dijo
Cuando al sólio llegastes:
—Paloma, esposa amada y Madre mia.—
Vistes glorioso al Hijo
Que en la tierra engendrastes,
Donde el Padre lo engendra cada dia.
Miraos la compañía
Que delante vos viene,
Y vos, con gozo, á tantos
Angeles y otros santos,
De veros, y de ver al que Dios tiene;
Y junto dél sentada,
Gloria dais en mirar y ser mirada.»

CANCION.

A la nave de la Iglesia, con motivo de la victoria de Lepanto.

Ya la primera nave, fabricada
Por industria de Dios para que en ella
Las amadas reliquias conservase,
Sobre ciudades altas levantada,
Sin atender á favorable estrella,
Por quien su curso incierto gobernase,
Sin que el viento obligase
La astucia á nuevas leyes, por mas largos
Y mas dudosos mares navegaba,
Y en tormenta mas brava
Que corrieron jamás Centauro ni Argos,
Tomó puerto en Armenia en una sierra,
Siendo mar lo restante de la tierra.
A la familia santa, á quien el arca
Guardó cuarenta dias, mas prolijos
Y mas tristes que al mundo se guardaban,
Consuela el gran piloto y patriarca
Que se encargó de aquellos pocos hijos
Que á la naturaleza le quedaban.
Los montes se mostraban
Poco á poco; cesaba ya el diluvio,
Y en las antiguas márgenes los rios
Enfrenaban sus brios;
Huyen el Gange, el Nilo y el Danubio,
Cierran sus poros las abiertas fuentes,
Y encaminan como antes sus corrientes.
Cuando la simplicísima paloma,
Exploradora celestial, volviendo,
Por enmienda del cuervo descuidado,
Volando en torno al arca alegre asoma,
El pico por señal de paz trayendo,
Con la oliva pacífica ocupado;
Y ya por Dios llamado
Aquel número electo de criaturas,
Salen dándoles puerta, entre las cuales
Tú, Noé justo, sales
Y cuelgas tus mojadas vestiduras
En un árbol, y luego á Dios preparas
De mal compuestos céspedes las aras.
Ya tu pequeña llama resplandece
En el mundo vacío, enjuto apenas;
Tu sacrificio solamente humea,
Y como cosa viva, no se ofrece;
Tú, verdadero Deucalion, ordenas
Cómo el mundo habitado otra vez sea;
Y para que se vea
Que ha mitigado Dios el justo enojo,
Por pacto muestra en torno de los cielos
Los arcos paralelos
De azul y verde, de amarillo y rojo;
Míraslos tú, y alégraste, el segundo
Padre que ha visto en soledad al mundo.
¡Oh tú siempre felice, que habitando
Con familia abreviada y suficiente,
Bajo de humilde techo estás gozoso,
Sin que fieras escuadras, tremolando
Las banderas del bárbaro de Oriente,
De tu imperio perturben el reposo!
En este proceloso,
En este inmenso piélago está puesta
La santa navecilla, y en mas fiera
Tormenta persevera
Que la tuya, oh Noé, figura desta;
Mas ya no, que en España ha descubierto,
Como aquella en Armenia, estrella y puerto.
Aquí sus flacos lados dobla, y cierra
Jarcias, velas y mástiles rehace,
Y en todo tiempo que se entrega al viento,
Cargada de despojos vuelve á tierra;
Que no la espanta Orion ni Artofilace,
Ni las lluvias del austro violento,
Ni hace alojamiento
De Abetes de Sanir tu nave, oh Pedro,
Con ébano y marfil; ni Egipto ha dado
El viso variado
Para velas, ni el Líbano dió cedro
Para su antena, cual la flota vana
Con que Tiro ya un tiempo estuvo ufana;
Es de fe universal, en cuya popa
Pintada va la vencedora muerte
Que á Cristo en Asia dieron por afrenta,
Y hoy son las armas con que vence Europa;
Con que al remoto antípoda convierte,
Y santos marineros acrecienta.
Ella, rica y contenta,
Al mismo Dios por proprio norte mira.
Lleva el fanal de caridad ardiendo,
Y los cielos abriendo,
Al favorable soplo que respira
Va el sucesor de Pedro en mar bonanza,
Relevando las velas de esperanza.
Mírala el cielo, y todas las estrellas
Atienden solamente á su camino.
Todo viento contrario se enmudece.
Volando en torno, arroja mil centellas
Una paloma, que de ardor divino
En medio de una llama se parece.
El puerto resplandece
Con mitras y coronas, que reciben,
Aquellas santidad, aquestas brio,
Del divino navío
Con que á grandes empresas se aperciben;
Mas ya suena el angélico concierto,
Y entregada á la mar descrece al puerto.
Oh tú, Señor, que ya con triunfo eterno
En la Jerusalen de piedras vivas
Colocas los soldados de tu nave,
Y eres en todo tiempo su gobierno,
No ejercites las manos vengativas,
Como hiciste en la ley pesada y grave;
Con tu yugo suave
Tu nave militante oprima, y dome
Las cervices contrarias, y á tus ojos

Suspenda los despojos,
Componiendo trofeos, porque tome
El injusto escarmiento, el bueno ejemplo,
Vestido de vitorias viendo el templo.
Veránse entonces las paredes llenas
De despojos opimos por tu gente,
Oh vencedora nave, arrebatados.
Mas, ¿qué venganza general ordenas?
Qué multitud te sigue hácia el Oriente
Insigne de católicos soldados,
A vencer obligados,
O morir por vengar el postrer godo?
Mas, ¿qué flotas, qué ejércitos son estos,
En media luna opuestos?
Agora es tiempo de acabar del todo,
Oh fieles argonautas, pues seguros
Podeis llegar hasta los santos muros.
Pero, ¿qué David nuevo
Entre gente infinita
Las rubias sienes con el yelmo oprime?
Oh glorioso mancebo,
¿Tú no domaste al scita
Que ante tus piés encadenado gime?
No envaines el cuchillo,
Que la Iglesia te elige por caudillo.

CANCION.

A san Miguel.

Pues que no hay voz ni estilo suficiente
Para cantar, oh arcángel, tus vitorias,
Desciende fácil al discurso mio,
Y no cual te presentan tus historias,
De luz armado inaccesiblemente,
Triunfando del primero desafio.
Depon el yelmo, que tratable y pio
Con la toga pacífica te imploro;
Pero, ya senador te manifiestes
O militar entre las sacras huestes,
Tu majestad no perderá el decoro;
Y así, en tu eterno coro,
O de nuestra humildad en lo profundo,
Siempre serás incomprehensible al mundo.
Mas, ¿de qué temo yo, si tú, mal grado
De la desproporcion y diferencia
Que hay de mi pobre ingenio al grande objeto,
Le puedes ministrar tanta elocuencia,
Que en mí, de tus alientos inspirado,
Se conozca la causa por su efecto;
Y á las leyes humanas no sujeto
Cisne divino sublimarme tanto,
Que el mundo oya tu voz en mi armonía
Ardiente respirar la profecía;
O algun sacro furor que cause espanto,
Y el angélico canto
En mi lengua á prodigio se atribuya,
O á milagrosa maravilla tuya?
Liberal me promete esta esperanza
Que el resplandor podrán sufrir mis ojos,
Y el órden atender de tu milicia,
Y á tí en ella cargado de despojos
Vibrar infatigable aquella lanza
(Mas antes fiero rayo de justicia),
Y que tú mismo me darás noticia
De cómo, en extendiendo Dios el cielo
Y la tierra, libró en su mismo peso,
Te dió tu nombre un bélico suceso.
Mas esto mismo me recoge el vuelo
(¡Oh prudente recelo
De no encumbrarme!), porque tu costumbre
Es echar los osados de la cumbre.
«Yo, la mas noble de las criaturas
(Dijo el soberbio antiguo), que amanezco
Origen de mis vivos resplandores,
Mi sólio ensalzaré donde merezco,
En las cumbres del cielo y las alturas
De tantas nubes dejaré inferiores;
Y las estrellas, que hizo Dios mayores,
Con pompa digna pisaré triunfante.
Sobre Aquilon levantaré mi asiento,
Y sobre el monte de su testamento,
Al Altísimo mismo semejante;
Que no es bien que adelante
A criatura inferior, y la mejore
A que el mas alto serafin la adore.
»Esta rebelde ingratitud fué luego
Con las armas parciales sustentada;
Y contra Dios en descubierta guerra
Luzbel prueba su fuerte por la espada;
Y el bando, á quien armó de hierro y fuego,
Con su caudillo se recoge y cierra.
Todo el mar se alteró, tembló la tierra
En el primer furor; mas de otra parte
El ejército justo resplandece
En armas de diamante, y obedece
Al sol, que va oriental en su estandarte,
Y el angélico Marte,
Gran Dios, primer ministro de tu furia,
Y vengador de la mayor injuria.
»De oro cendrado y puro, va ceñido
El pecho de crisólitos lucientes,
La faz el resplandor del rayo muestra,
Y los ojos dos lámparas ardientes.
Cubre el metal fogoso, y encendido
Por las espaldas desde el pié á la diestra;
La voz dulce y suave, mas da muestra
De que es formada de otra muchedumbre.
¿Quién como Dios? Quién niega el ministerio
Al eterno consorte de su imperio,
A la lumbre engendrada de la lumbre?
Quién pretende la cumbre
De aquel, en quien la tierra y cielos hizo,
Y que *ab aeterno* en él se satisfizo?
»Con estas voces busca al gran tirano,
Cuando el eterno Padre á sus legiones
Gran general y príncipe lo elige.
Tú del cielo guiarás mis escuadrones;
Y si en la tierra algun poder humano
La verdadera religion aflige,
Guia mi pueblo, y sus designios rige;
Pase las aguas con enjutas plantas:
Tú el intérprete fiel de su escritura,
Y en el tiempo tambien de la futura
Esposa abrazarás sus almas santas;
Y de mercedes tantas
Gozarás tu, y mis fieles en mi gracia
De irrevocable fuerza y eficacia.»
Esto diciendo, de esmeralda fuerte
Le cubre un grande yelmo de infalible
Promesa y esperanza de vitoria;
Y la espada le da fulmínea horrible,
Con que guardó el jardin donde la muerte
Fundó el principio á la inmortal historia.
Mas el émulo fiero desta gloria,
A singular batalla provocado,
Ardiendo en ira, salta de las haces
(Eterna obstinacion) de sus secuaces;
Aquí estoy (dice), de mí mismo armado,
Y tan asegurado
Que he de vencer, y en mi opinion tan firme,
Que no quiero poder arrepentirme.
A vista de los dos campos feroces
Se forma al punto un bélico teatro;
Y Dios desde su sólio y real asiento,
De sus ángeles fuertes manda á cuatro
Que hagan silencio, y las rebeldes voces
Cesen por su preciso mandamiento,
Y por las cuatro partes pare el viento,
Porque ninguno á tierra ó mar ofenda.
Todo es silencio, y mientras todo calla,
Los dos contrarios entran en batalla,
En la cual quiere Dios que el cruel defienda
Su obstinacion horrenda,
Y materia de gloria en su porfía
Hallen los justos de su monarquía.
Soberbia propria le ministra, y crece
Las fuerzas, y los ímpetus le inflama:
Tigre, que sigue al cazador astuto;
Leon, que enfermo y ofendido brama;
Toro, que con sus celos se embravece;
Corriente, que á la mar da su tributo;
Y el mar, cuando no solo al suelo enjuto,
Mas al cielo y estrellas guerra mueve,
Tiranizado por contrarios vientos,

Y el cáos primero de los elementos
Son poca furia y semejanza breve,
A sí misma se debe
Su rabia compararse, y siendo inmensa,
Su límite (si lo hay) exceder piensa.
Miguel, regido con divino aviso,
Ordena su furor y justa ira;
Sin arte alguna da lugar al arte,
Con prudencia acomete y se retira,
No recibe ni da golpe improviso;
Que la justicia eterna de su parte
Sus cuidados solícita reparte,
Ya la enemiga fuerza atenuando,
Y ya creciendo la de su guerrero,
De cuyos fieros golpes el primero
(Siendo el juez Lucifer) fué al tiempo cuando
La espada levantando,
Descargó en su cabeza, do el tirano
Formó soberbio el pensamiento vano;
Del cual como se vió desvanecido,
Y á Miguel que su furia proseguia,
O fuese la desgracia de su estado,
O pensar que con fraudes libraria
Su causa del peligro conocido;
Súbito, de sus artes ayudado,
En un dragon horrible transformado,
Silbando se retira impetuoso;
Móustruo diverso en sí tres lenguas vibra,
Y á su opinon del vencedor se libra;
Como Aqueloo de Alcides fabuloso,
Que se burló animoso
De sus formas y espantos, con los cuales
Hizo sus vencimientos inmortales.
El de oro, azul y verde las escamas,
Del fogoso rigor arma y enciende,
Y de escamosas crestas la cabeza;
Entra en sí mismo y á sí mismo atiende,
En mil ñudosas ruedas y en sus llamas
Con no visto furor de nuevo empieza
A mostrar en los dientes su braveza;
Mas Miguel con la lanza vengativa,
Con que despues libró del rey Asirio
Al pueblo amenazado de martirio,
Al trasformado serafin derriba.
«Así es bien que reciba
De mis armas (le dice) su diadema
Quien aspira al de Dios y le blasfema.»
Yace el dragon; mas bravo y repugnante,
Arrojando veneno, en la encendida
Hasta revuelto, al vencedor resiste.
Miran sus escuadrones la caida,
Y alabándole el ánimo constante,
O porque su victoria en él consiste,
O de ver espectáculo tan triste
De su rabiosa lástima impacientes,
Tarjas y escudos con su ayuda embrazan,
Y ya con general guerra amenazan,
Ya desnudan las haces diligentes
Las espadas ardientes,
Y de las grandes lanzas bajan juntas
Horrendas mieses de ferradas puntas.
Y como si tal vez acá en la tierra,
Acordando evitar mayor ruina,
Al esfuerzo de solos dos guerreros,
Por pactos de la humana disciplina,
Encomiendan las causas de la guerra
Su antigua pretension dos campos fieros;
Mientras sus combatientes los aceros
En singular batalla están probando,
Viendo una parte la vitoria en duda,
Contra la ley á su guerrero ayuda,
Y por la fe violada, el otro bando,
El desden renovando,
Arremete y presenta al enemigo
Guerra comun y general castigo.
Desta manera los guerreros fieles,
El impetu primero sosteniendo,
Súbito de sus armas prevenidos,
Mueven el campo justo, resistiendo
Al de los obstinados y crueles;
Suenan luego instrumentos nunca oídos;
Los clásicos y lituos retorcidos
Confunden el furor y la osadía.
Con sobrehumanas fuerzas de ambas partes
Extienden los contrarios estandartes;
Mas, ¡oh, si original la tiranía
En su tragedia impía
De alto escarmiento el importante aviso,
Por fatal lo tuviera y por preciso!
Mas fatal proteccion se nos presenta
Del arcángel, opuesto á su designio;
Y así, en vano la madre de discordia
Vestirse del pacífico dominio,
Mudar las grandes monarquías tienta,
Los legítimos cetros y concordia.
Y aunque á la paternal misericordia
Nuestra culpa es tal vez impedimento,
Y aprisionada dentro de su ira,
Entronizados los tiranos mira;
Librándola Miguel de su aposento,
El gobierno violento
Del ya vencido capitan destruye,
Y á su centro las cosas restituye.
Pues si en la tierra, do nuestras acciones
El artífice son de nuestros males,
Con tal virtud por nuestro bien pelea,
Ceñido de virtudes celestiales,
Al derribar los fieros escuadrones
Del que usurpar el cetro á Dios desea,
¿Es mucho si la mano y pecho emplea
De incomprehensible esfuerzo y vehemencia?
¿Cuáles armas formó la ira divina,
Dedicadas á alguna gran ruina?
¿Qué rayos? Qué naufragios? Qué inclemencia
La celeste violencia
Tiene para mostrarse, que su diestra
No hiciese dellas espantosa muestra?
Arde la guerra, y su furor rehace
La monstruosa esperanza del tirano;
Implacable y feroz en sus centellas,
Mezclase entre las suyas, pero en vano;
Que buena parte de ellas débil yace
La tercera de todas las estrellas;
Y no pudiendo ya sufrir él ni ellas
Del capitan de Dios la luz y fuego,
«Huid (dice) y durad conmigo á una,
Y reserváos para mejor fortuna;
Montes pondrémos sobre montes luego,
Y turbando el sosiego
De la tierra y del cielo, en sus confines
Verán los enemigos serafines.
»Huyamos pues, y sea de Dios trofeo
La huida de Luzbel; pero no entienda
Que me rindo á su fuerza, y que le cedo.
Renovaré la nuestra, y la contienda
Renacerá mayor, y mi deseo,
Siendo á su reino verdadero miedo,
Conocerá (aunque tarde) lo que puedo.»
Esto decia cuando el cielo puro,
Incapaz de tinieblas, les da puerta
A su ruina irreparable abierta.
Sale el mas claro serafin escuro
Por el abierto muro.
Tras él con espantosas voces grita
La turba y con furor se precipita.
Persíguelos la diestra vencedora,
Y como seca nube al rayo ardiente,
El cielo los arroja de su seno,
Y con nocturna sombra impropriamente
Mas de un orbe inferior se descolora,
Y el aire, en su region claro y sereno,
Quedó de mónstruos y prodigios lleno.
Llega Miguel y dales sus colores,
Y ahuyenta las precitas hierarquías.
Así fingieron que de las arpías
En los aires salieron vencedores
Los fuertes voladores
Cétres y Calais, á quien tanto precia
La madre del error, crédula Grecia.
¡Oh cómo (y esto es cierto) parecieron
En los aires ejércitos formados,
Discurrir caballeros combatiendo,
De doradas estolas adornados,
Espadas y hastas apiñadas vieron,

Corridas de caballos diligentes,
Ordenes de milicia diferentes,
Encuentros y batallas, y el ruido
Se oyó de los escudos y celadas,
El espantoso horror de las espadas,
El rechinar de flechas fué sentido,
Y en el aire esparcido
El resplandor de las lorigas de oro,
Que dió á Jerusalen cuidado y lloro.
Alcanzada por Cristo la vitoria,
La plaza de oro y de cristal inflaman
De la ciudad las luces celestiales;
Y al vencedor al digno triunfo llaman
Las angélicas trompas de su gloria,
Y abre sus doce puertas tribunales.
Resplandecen gloriosos los umbrales,
Y entra Miguel oyendo su alabanza,
Como el hermoso pastorcillo hebreo,
Que su pueblo libró del filisteo,
Cuya cabeza alzó en su misma lanza,
Y fió la venganza
De su rústica honda y fuertes brazos,
Con que mil fieras dividió en pedazos.
Yace encerrado en el escuro centro
De grande seno un tenebroso espacio,
Que en la tierra su horrible boca abriendo,
Prepara á Lucifer digno palacio,
Y con los suyos lo recoge dentro
Con mil aullidos y confuso estruendo.
Aquí con negra majestad horrendo
Habla á los suyos, y á su voz airada
Tiembla y resuena la espantosa cueva;
«No os mueva (dice), espíritus, no os mueva
A rendiros la pérdida pasada;
Que aunque fué derribada
Nuestra parcialidad en su conflicto,
Siempre el atrevimiento queda invicto.
»La baja humanidad sube y coloca
(Monstruoso desconcierto) en nuestras sillas;
Piensa que ha de servir nuestra ruina
De que él pueda ostentar sus maravillas
(Aquí siento un dolor, que me provoca
A guerra intempestiva y repentina);
Él traza ya en la tierra y se imagina
De afectos religiosos templos vivos;
Y á su modo se forma la inocencia
Y á su arbitrio les da justicia y ciencia,
Y los dones mas altos y excesivos;
Y nosotros, cautivos
En esta eterna cárcel, mientras sube
La humildad á sentarse donde estuve.
»Diversas armas aprestar conviene,
Y al espiritual reino, que funda,
Oponer los caudillos mas robustos:
Y pues le agrada la humildad profunda,
El primer golpe en su cabeza suene,
Y despues persigámosle en sus justos;
Y si la gracia de sus santos gustos
Las manos liberales ejercita,
No baje inspiracion ni aire divino,
Que no le deis asalto en el camino;
O procurad que el hombre no le admita,
Y al que el peligro evita,
Y busca, contemplando, los extremos,
En ángeles de luz nos transformemos.
»De aquestas sutilezas os instruyo,
Porque despues (y no será muy largo),
Cuando os veais sujetas mil naciones,
Tendréis el general engaño á cargo,
Cada cual invocado en templo suyo
Con pio culto y orientales dones.
Yo, apoderado de las opiniones,
Autoridad daré á la idolatría,
Turbaré la verdad con setas varias,
Adornadas de fábulas contrarias;
Al arma pues, al arma, gente mia.»
Esto Luzbel decia;
Mas quedó interrumpido de un aviso
Que Miguel envió del paraíso.
Mientras que con triunfal pompa levanta
El cielo los despojos de la guerra,
Acabada con fin tan glorioso,
Guárdese el mar y guárdese la tierra;
Que descendió Luzbel con furia tanta,
Que turbara hasta un mínimo reposo.
Esto dijo, y mostróse luminoso,
Porque tal le hallará cuando acometa
El fiero capitan lo que pretende;
Y como con sangrienta luz extiende
Sus prodigiosos crines el cometa,
Que aflige y inquieta
Los ánimos tiranos, desta suerte
A confusion el de Luzbel convierte.
Bien ves, gran vencedor, que apresta el arco
El eterno soberbio que abatiste;
Manda, Señor (pues puedes), que sus flechas
A ofender á su autor vuelvan derechas,
Como en el monte Gárgano lo hiciste.
Sepa quien te resiste
Que en tu virtud revolverá su lanza,
Sin haber ofendido por venganza.

CANCION.

A santa María Magdalena.

Aquella pecadora que solia
Ser fábula del pueblo de ordinario,
Y de su gente público cuidado,
Hoy deja el techo de artificio vario,
Do la quejosa cítara se oia
Del uno y otro ocioso enamorado;
El antiguo propósito trocado,
La púrpura preciosa desampara,
Las cintas de zafiro, y el cabello
Tendido sobre el cuello,
Abrazando con lágrimas la cara,
Entre confuso número de gente,
Olvidada de sí, de la vergüenza
Que pudiera tener de tal mudanza,
Pregunta por el fin de su esperanza,
Y hállale al mismo punto que comienza
A quererle buscar; que nuestra mente
Sin él no es para hallarle suficiente.
Y pues sin Dios ninguno á Dios aplace,
Buscar á Dios de haberle hallado nace.
Turba el convite su presencia y lloro,
Y el cabello, donde almas enredaba,
Sobre los piés de Cristo lo derriba,
Y con él y sus lágrimas los lava.
Entonces queda haciendo injuria al oro;
Y pues muestra una fe tan excesiva,
Es justo que tan buen lugar reciba,
Y que humillado de mas alto vuelo,
Cese ya la ficcion de Berinice,
De quien el vulgo dice
Que alumbran sus cabellos en el cielo;
Porque mas son tus piés, gran Dios, los cuales,
En siendo con ungüento sacro ungidos,
Porque de lo que deja no haya rastro,
Hace pedazos luego el alabastro.
Mas no se trata así con los sentidos,
Que no se priva dellos; pero dales
Otro fin á sus actos naturales.
Prosiguen sus oficios y el objeto
Solamente les muda mas perfeto.
Sacerdotisa y víctima en un punto,
Tu voluntad, María, en sacrificio
Con invisible fuego á Dios preparas,
Y con esto lo tienes mas propicio
Que si el olor de Oriente todo junto
En su honor á las llamas entregaras.
Estas víctimas quiere y estas aras;
Y por esto entre espíritus divinos
Te elige eterna silla, eterna palma,
Y es ocasion tu alma
De alegrarse los techos cristalinos;
Porque todos la esperan ver triunfando,
Cargada de despojos desta vida,
Con los vicios al carro encadenados,
Y entre sus estandartes conquistados
Tu propria voluntad como vencida;
Pues de manera en Dios se está abrasando,
Que no por la ciudad á Dios buscando,
Mas fueras, donde el hielo ó sol ardiente

Niegan habitacion á toda gente.
¡Oh tú, siempre dichosa pecadora,
La que fuiste por tal con grande espanto
Del vulgo con el dedo señalada!
Tus lágrimas con Cristo pueden tanto,
Que la menor lo enciende y enamora,
Y á la culpa mayor deja anegada.
Tú quedas en apóstol transformada,
Y de ignorante y mala, santa y sábia.
No es mucho que la zarza en flor se mude,
Y que el álamo sude
En competencia de la mirra arabia,
Y que cuando de yerba al campo priva,
La miés en abundancia se recoja.
Venid á ver de rosas y azucenas
Las montañas estériles mas llenas,
Y un árbol seco revestido de hoja.
La planta antes inútil Dios cultiva;
Regada en su jardin con agua viva,
Es fructífera ya, y sus ramas bellas
Tocan continuamente en las estrellas.
Canten otros, María, cómo fuiste
Aquella que escogió la mejor parte,
Y el amor que te tuvo Jesucristo,
Cuando ningun apóstol le habia visto,
Y á tí, en resucitando, quiso hablarte.
No callen la constancia que tuviste,
La penitencia que en Marsella hiciste;
Digan cómo en los aires te elevabas,
Y la música angélica escuchabas,
Si es dado tanto al limitado ingenio.
Y tú, cancion, que confiada subes,
Penetrando los aires y las nubes,
Escarmienta en el jóven temerario
Que dió infelice nombre al mar Icario.

CANCION.

En la traslacion de una reliquia de san Ramon desde la iglesia de Roda á la de Barbastro, cuyo obispo habia sido.

Hoy quiere el cielo que de tu Raimundo
A su primera cátedra ó burtina
La parte humana se le restituya,
Para que cuando cubra á la divina,
Y al comun tribunal acuda el mundo,
Vaya desde ese templo y silla tuya,
Y allí en tu proteccion y gloria suya
Incline al Juez entonces riguroso.
Resuenen pues tus himnos y cantares,
Arda toda Pancaya en los altares,
Y adórese el despojo misterioso;
Que el confesor glorioso
Hoy lo está mas, si en su divino asiento
Se admite accidental contentamiento.
La aclamacion de tu devota plebe,
Su gozo y votos públicos recibe,
Y en las sublimes aras los presenta;
Que el celo pastoral, que en su alma vive,
A su ejercicio natural le mueve,
Y el uso de pontífice sustenta;
Y así, con mitra celestial frecuenta
El gran propiciatorio, donde alcanza
Mil ángeles que velen en tus muros,
Por quien sus fieles súbditos seguros
Dirijan sus acciones y esperanza
A idea y semejanza
De su heróica virtud, con cuyo escudo
Tantos casos adversos vencer pudo.
Venció, sufriendo de un prelado injusto
La poderosa fraude, poderosa
A escurecer la luz de su inocencia,
Pues para separarlo de su esposa,
Dió (mal persuadido) Alfonso Augusto
Sus fuerzas, ó á lo menos su licencia;
Mas él, no se rindiendo á la violencia
Del émulo, abrazado está y asido
De su tálamo místico y sacra ara,
Do fué mil veces por su esposa cara
Sacrificio en sus manos ofrecido,
Y por Cristo instruido,
Ve entrar el lobo, pero no le espanta,
Ni desampara su consorte santa.
No la conciencia de pasado agravio
Hace que del altar se abrace y prenda,
Como el bravo Joab cuando queria
Huir el hierro y la venganza horrenda
Del Rey Tercero, infusamente sábio,
Que al paterno precepto obedecia,
Sino el ver que con esto defendia
La union divina y sacramento della;
Y así, ornado de insignias obispales,
Fué sacado por fuerza á los umbrales
Y desterrado de su esposa bella,
Cuya amarga querella
Por su padre y esposo el rostro baña,
Y á los montes le sigue y acompaña.
Entre piadosas lágrimas y llanto
De sus huérfanas greyes se retira
A las ásperas cumbres de Pirene,
Porque rompa sus ímpetus la ira
Del que persigue al desterrado santo;
Que así á su gloria y crédito conviene.
El pueblo, que lo sigue, lo detiene,
Porque muy tarde despedirse sabe
Ni vivir en ausencia amor perfeto.
Así los ciudadanos de Mileto
Al gran Pablo llevaron á la nave;
Mas con plática grave
(Como Pablo) les dice: «¡Oh mis ovejas,
Dolorosos testigos de mis quejas!
»Volved, y consentidme que prosiga
Yo solo mi destierro, que la furia
Destas ondas demandan al Profeta;
Quizá saldrá tal fruto desta injuria,
Que estos montes por mí el Señor bendiga,
Oyendo en ellos mi oracion quieta.
Esta será la víctima perfeta
Que sus misericordias solicite;
Y pues son á su ungido fiel desvío,
No las prósperas lluvias ni el rocio,
Como al ya estéril Gelboé, les quite,
Sino que los visite
Con fértil gracia su piadosa diestra
Y ampare la afligida ciudad vuestra.
»Y yo, que en ella administrar solia
Al Señor el frecuente ministerio,
Haré en mi soledad el mismo oficio,
Y al doméstico ejemplo de Valerio,
Escogeré la parte de María,
Por su comun salud y beneficio.
Querrá el cielo que en tiempo mas propicio
Otra mano real y otro prelado
Piadoso alegre vuestros tristes ojos
Con la restitucion de mis despojos.»
Dijo esto; y bendiciendo al pueblo amado,
En lágrimas bañado,
Al áspero camino se dispuso,
Y el pueblo al general llanto confuso.
A su santo, oh cancion, con el ejemplo
De Jacob, que notó con piedra ungida
El lugar donde el ángel lo bendijo,
Su ciudad, en memoria y regocijo
De aquella bendicion y despedida,
Sobre el monte en que fué le funda un templo;
Subamos por su senda
A sus nuevas paredes
Para que en ellas de mi mano quedes
De afecto inmenso desigual ofrenda.

CANCION.

En la restitucion de una reliquia de san Eufrasio á Andújar.

Hoy vuelve á los abrazos de su esposa
Eufrasio con triunfales regocijos,
De ausencia larga, de hospedaje ajeno;
Y ella, cercada de sus dulces hijos,
Le recibe risueña y religiosa
(Afectos vivos de amoroso seno).
Cubre, antigua Iliturgi, el campo ameno
Con pacífica pompa de escuadrones
Devotos, como ya en el fiero estrago,
Armados en defensa de Cartago,
Los pusiste al valor de los Scipiones,
Y entre orientales dones

Que al fuego ofrece tu abrasado celo,
Suban las voces, penetrando el cielo;
Que hoy eres espectáculo á los ojos
(Como en teatro) de sus santas almas,
Que, acrecentando á Eufrasio aplauso y gloria,
Forman crecidas mieses con las palmas,
Y con la translacion de sus despojos
Renuevan de sus triunfos la memoria.
«Esos muros (le dicen) la vitoria,
Como en segunda Jericó, te dieron;
Que obedeciendo almenas y cimientos,
A la voz eficaz y á los alientos
De tu trompa apostólica cayeron.
Allí resplandecieron
Los rayos de tu luz, siendo quebrado
El cántaro que hoy vemos adorado.
»Este es el pueblo que escuchó tus voces,
Con que arruinaste las sangrientas aras,
De que temblaron sus antiguos techos,
Y contrapuestas tus virtudes raras
A sus costumbres bárbaras y atroces,
Hiciste humildes los soberbios pechos.
¡Ciudad feliz, que á tan heróicos hechos
De diversas maneras dió materia!
Pues crédito te dió y despues la muerte
(Dichoso el dia que te cupo en suerte
Junto el rio que dió su nombre á Iberia),
De la humana miseria
(Pues á sus templos vuelves) la preserva,
Y tu memoria y cátedra conserva.»
Desta manera en himnos celestiales
Su alabanza repiten, entre tanto
Que tú con sacra ostentacion recibes,
Ciudad insigne, á tu prelado santo,
Y con arte, que á piedras y metales
Exceda, santuario le apercibes.
Revélame, oh memoria, tú, que vives
En el eterno archivo y haces guerra
Al tiempo y al olvido, ¿qué instrumento
Privó á tu Eufrasio del vital aliento?
¿Fué ecúleo, ó dientes de la horrible sierra,
Que en la caduca tierra
La antigüedad, con su silencio muda,
Lo firme y lo seguro pone en duda?
¿Fuiste á la sedicion vulgar expuesto,
Donde armas da el furor, mártir divino?
¿Fué arrojada falárica española,
Que hendiendo el aire, al santo pecho vino?
O ¿del senado bárbaro dispuesto
Quizá, que la segur pública sola
Bañase en sangre tu inocente estola?
Que esto solo ignoramos; mas es cierto
Que este pueblo, sus campos y ribera,
Que agora te recibe y te venera,
Te oyó viviendo y te ha guardado muerto;
Y así, como despierto
De largo sueño, en siglos recompensa
La pérdida nacida de su ofensa.
Y aunque la ingratitud ó la ignorancia
Vertió tu sangre, entonces componia
Tus eternas coronas y trofeos;
Entonces tu virtud resplandecia
Y el cuerpo daba celestial fragrancia,
Y allí tomaron presto tus deseos
Cándidos. Hace Dios sus nazareos
Mas blancos que la leche y que la nieve,
Mas rubios que el marfil antiguo cuando
La edad lo va de grana colorando;
Mas bellos que el zafir, que al centro breve
Duro buril no mueve,
En medio de la injuria y de la muerte,
Cuya tiniebla en resplandor convierte.
Quede pues este dia tan notable,
Por obra de los dos graves hermanos,
En nuestros sacros fastos añadido,
Francisco y Mauro, á cuyas pias manos
Y á la ciencia del tio venerable
La gran restitucion se ha concedido.
Familia santa, que al escuro olvido
Has las prendas dulcísimas robado,
Celebren todos tu piadoso celo;
Que si porque sacó del patrio suelo
A su padre y sus dioses, celebrado
Fué el troyano esforzado,
Hoy sacan otro Enéas y otro Acátes
A Eufrasio, que es su padre y sus Penátes.
Pero baste, oh cancion; que Eufrasio agora
Otros himnos escucha; tú comigo
Con la devota multitud te humilla,
Y de léjos la santa prenda adora;
Que vuelve á su sepulcro y á su silla,
Y lo visita con semblante amigo,
De la misma manera
Que fénix renacida,
Si vuelve á ver la consumida hoguera
Que con fecunda muerte le dió vida.

CANCION.

A san Lorenzo.

Mártir dichoso, que con presto vuelo,
Cargado de despojos y de palmas
(Bien que con sangre tuya matizadas),
Tratando el aire, hallaste abierto el cielo,
Y entre la multitud de santas almas
Recibido á sus sillas reservadas,
Donde están figuradas
Las vitorias de aquellas
Que reposan en ellas,
Ya libre en su pintura aquella brasa
Estás mirando, que tu cuerpo abrasa,
O á ti, dando á los pobres los tesoros,
Vuelve á tu patria y casa,
Que oyó en naciendo tus primeros lloros.
Mírate en ella como tierno infante,
De tus padres solícito cuidado,
De tu niñez hicieron sacrificio;
Y como otro Samuel perseverante,
Al grande ministerio dedicado
De los levitas, y á mayor oficio;
Y como diste indicio
En edad mas crecida
De la gracia escondida
En la mas noble parte de tu pecho.
¿Cómo huyes de tus padres y del techo
Nativo, y al Tirreno mar te entregas,
Y para su provecho
Y nuestro á los romanos fines llegas?
Mira tambien al Tibre (aunque pudiera
Exceder de sus márgenes, creciendo,
Y la llama apagar que te encendia),
Y alégrate de ver en su ribera
Sus quirites, que cada cual vertiendo
Lágrimas, este oficio hacer queria;
Mas ¿quién no lloraria
Viéndote en medio el fuego?
Pues nunca el furor griego
A tanto se atrevió, ni el cruel Nero
Osó ver espectáculo tan fiero.
No vió el mundo crueldad tan excesiva,
Ni en el tiempo primero
Al fuego se entregó víctima viva.
Tres jóvenes hebreos pasearon
Por entre iguales llamas no ofendidos,
Como la zarza que Moisen nos cuenta;
Y en medio del incendio que pisaron,
Fueron sagrados himnos repetidos;
Porque ni los ofende ni calienta.
Mas en tí el fuego aumenta
Su fuerza y violencia,
Y con igual paciencia
Mas vivos articulas los acentos,
Cual cisne, que con últimos alientos
Vive y muere, cantando á un mismo punto
Músicas y lamentos
En el sepulcro y nido todo junto.
Yo, celestial Señor, yo, aquel Laurencio,
A cuyo corazon fuerza enviaste
Para mayor martirio suficiente,
A quien tú visitaste en el silencio
De la noche, y con fuego examinaste,
Y al ánimo con otro mas ardiente,
Mi espíritu inocente
Encomiendo en tus manos.

Y tú, de los tiranos
El mas fiero y cruel que el mundo ha visto,
Déjame ya seguir mi amado Sixto,
Revuelve y come deste lado abierto;
Estará el alma en Cristo,
Y en sepoltura viva un cuerpo muerto.
No fueron estas voces como cuando
Las dió Perilo dentro de su toro,
A quien su proprio ingenio dañó tanto;
Mas otras, que los cielos penetrando,
Fueron oidas del celeste coro,
Y luego replicó con igual canto;
Y aquel espirtu santo,
Pródigo de la vida,
La dejó consumida,
Y él se subió con invisible vuelo,
Y ardiendo el aire, vió el hesperio suelo,
No á Faeton en su carro derribado,
Mas con fuego del cielo
A Elías, en el suyo trasladado.
Recibe, oh fénix santa,
Mi humilde ofrenda, agora
Saludes á la aurora,
O al sol (obedeciendo tu costumbre)
Mires, opuesta á su divina lumbre,
Aunque en la tierra tu real palacio
Suba al cielo su cumbre
Y deje á los arados poco espacio.

GLOSA.

Hay en esta peña fuerte
Otra virtud escondida,
Que al polvo estéril convierte
En instrumentos de vida,
De despojos de la muerte (1).
Venid á ver una mina,
Cuya espantosa virtud,
De lo que á la muerte inclina
Produce vida y salud
Con general medicina.
Todo lo trueca y convierte,
Sin que le influya esta suerte
Ninguna de las estrellas;
Que mas virtud que hay en ellas
Hay en esta peña fuerte.
Porque ellas ni otros sugetos,
Que de obrar con perfeccion
Tienen principios secretos,
Si falta disposicion,
No producen sus efetos;
Y aquí sin ella á dar vida,
En el débil polvo asida,
Salen virtudes del centro,
Y siempre queda allá dentro
Otra virtud escondida.
Que esté un campo fértil lleno
De mieses no es maravilla,
Porque en el húmedo seno
No entró estéril la semilla,
Ni era estéril el terreno.
Todo va en que á hallar acierte
Materia su virtud fuerte
A convertirse dispuesta;
Luego superior es esta,
Que al polvo estéril convierte.
Conviértelo de manera
Que le infunde fuerza viva,
Con que eficaz se apodera,
Como si con la saliva
De Cristo la humedeciera.
Por experiencia es sabida
Su virtud, ya no escondida;
Mas diga el que no lo crea,
¿Qué habrá que vida no sea
En instrumentos de vida?
Y como Raimundo entiende
Tan bien de Dios el intento,
Por el mismo estilo emprende
Sus obras con instrumento
Contrario al fin que pretende.
Causa artificiosa y fuerte
Suele sacar desta suerte
De los venenos triaca;
Y así, la vida se saca
De despojos de la muerte.

(1) Se alude á los milagros que se obraban por la tierra del sepulcro de san Raimundo de Peñafort.

Á SAN RAIMUNDO.

¿Qué mucho es que á grandes reyes,
Raimundo, deis luz y espanto,
Y con el báculo y manto
Al mar y á los vientos leyes,
Si con socorros divinos
Manda á sus ángeles Dios
Que os acompañen á vos
En todos vuestros caminos?
Pasar podeis con imperio
Por los áspides seguro,
Si os acude un ángel puro
Con familiar ministerio;
Que los peligros aparta,
Y con su impulso os envia
Al silencio de María
Y á los cuidados de Marta.
Ya os despierta la oracion,
Y ya á la piedad activa
Para que corra mas viva
Vuestra propria inclinacion;
Que aunque ella de suyo es tal,
Su movimiento gobierna
Otra inteligencia eterna,
Como á globo celestial.
Tal compañero conviene
Que se dé á siervo tan fiel
Para descargar en él
Parte del peso que tiene.
Calle la ambiciosa Grecia
Sus trágicas amistades
Entre hombres y deidades,
De cuyo ejemplo se precia;
Que en sus teatros no ha visto
Familiaridad el mundo
Como la que entre Raimundo
Y el ángel ha puesto Cristo.
Y no para breves dias
Se le presta apercebido,
Ni en traje desconocido,
Como al mancebo Tobías.
Ni para la adversidad,
Como á Pedro, solamente,
Mas para el trato frecuente
Y doméstica amistad.
¡Oh Señor, cuáles serian,
Pues tú les dabas sugeto,
Las pláticas que en secreto
Tus dos siervos conferian!
Cuando el uno la miseria
Quizá del mundo lamenta,
El otro le representa
A su esperanza materia;
Y en estilo peregrino,
Mas con trueco soberano,
El inmortal como humano,
Y el mortal como divino;
Que un largo trato es tan fuerte,
Que conforma las acciones,
Y uno de dos corazones
En el otro se convierte.
Y si cuando la frecuencia
Recíproca se ejercita,
Un amigo al otro imita
Con igual correspondencia,
Claro está que con acentos
Concordes se satisfacen,
Como acordados lo hacen
Dos músicos instrumentos.
De aquí nace que en tu pecho,
Oh nuevo ángel, nos ofreces
Purísimas sencilleces
Y agudezas del derecho;

Que juntas vienen á asillo
La paloma y la serpiente,
Y como esta eres prudente,
Y como aquella sencillo.
Y así, ni razon de estado,
Que á la justicia contrasta,
Para derribarte basta,
De ambas cosas pertrechado.

EN LA FIESTA DEL NACIMIENTO DE CRISTO.

La noche ofuscaba al mundo,
Y por horror ó por sueño
Todas las cosas yacian
En el mas alto silencio;
Cuando piadosa la luz
Nació de un virgíneo seno,
Que distinguió los colores,
Y las tinieblas huyeron.
Luce en los ojos de un niño
Con lágrimas, que al ivierno
Visten de súbitas flores
Con admiracion del tiempo.
Vos, gloriosa Madre,
Que le dais el pecho,
Recogednos las perlas
Que vierte gimiendo;
Que por ser de sus ojos
No tienen precio.
Cuanto sus ojos miraren
Verémos fértil y lleno,
La tierra de alegres frutos,
De serenidad el cielo.
Cesará el rigor del rayo
Y la amenaza del trueno;
Pondrá á los piés de la paz
La venganza sus trofeos.
Obrad, lágrimas suaves,
Nuestro general remedio,
Y salgan de suspension
La esperanza y el deseo.
Vos, gloriosa Madre, etc.
Niño divino y humano,
Pues venis para volvernos
A la gracia, que al principio
Nos quitó el primer exceso,
Comience a esparcir sus glorias
La union de los dos extremos;
Porque el ócio y el amor
No caben en un sugeto.
En vuestras lágrimas hierve
La calidad del afecto;
Haced que el orbe se abrase
En tan amoroso incendio.
Vos, gloriosa Madre,
Que le dais el pecho,
Recogednos las perlas
Que vierte gimiendo;
Que por ser de sus ojos
No tienen precio.

GLOSA.

Al Santísimo Sacramento.

Detenéos, entendimiento;
Que si no os pensais fundar
En la fe deste manjar,
Os faltará el fundamento.
La fe sola es la que sabe
Cómo este manjar encierra
Al que ni en toda la tierra
Ni en todos los cielos cabe;
Y así, ni torres de viento
Podréis sin ella fundar;
Porque aun para comenzar
Os faltará el fundamento.
Si logrado quereis ver
El amor de vuestra empresa,
No hagais, llegado á la mesa,
Sino callar y comer.
Callar, porque es sacramento,
Y comer, porque es manjar;
Pero amad; que para amar
No os faltará el fundamento.

GLOSA.

En la fiesta del nacimiento.

Siempre, amor, venceis á Dios;
Ó la justicia no es fiel,
Ó teneis mas fuerzas que él,
Ó hay concierto entre los dos.
La justicia que se inclina,
Justicia deja de ser,
Y donde falta el poder
No hay fortaleza divina;
Y pues la justicia en Dios
Siempre es fuerte y siempre es fiel,
Vos os entendeis con él,
Y hay concierto entre los dos.
Cuando le veis previniendo
Los rayos de indignacion,
De toda su prevencion
Sabe él que os estáis riendo,
Porque mirándoos á vos,
Cesará la saña en él,
Por correspondencia fiel
Concertada entre los dos.
Hoy se viene á reducir
A ser niño por amar;
Ama y muere por llorar,
Porque llora por morir;
Dulce vencedor de Dios,
Sed para los hombres fiel,
Pues vemos que es triunfo en él
Que le venzais siempre vos.

SONETO CIV.

En la fiesta del nacimiento de Cristo.

Hoy rompe Dios los orbes celestiales,
Y al de la tierra tan benigno arriba,
Que desarma la diestra vengativa
Para abrazar con ella á los mortales;
Y pues gime por paz en los umbrales
Un tiempo odiosos, la esperanza viva
Del ofensor, ya próspero, aperciba
Al Dios infante jubilos triunfales.
¡Oh feliz culpa! que si por inmensa,
Ni en los senos cupieras del olvido,
Ni en méritos de humana recompensa;
La justicia y la paz, que tú has unido,
Libran hoy el remedio de la ofensa
En el amor del Príncipe ofendido.

CV.

A Cristo orando en el huerto.

¿Qué estratagema haceis, guerrero mio?
Mas antes, ¿qué inefable sacramento?
¡Que os bañe en sangre solo el pensamiento
De que se llega el plazo al desafio!
Derramad de vuestra alma otro rocío,
Que aduerma ó arme al flaco sentimiento;
Mas vos quereis que vuestro sufrimiento
No cobre esfuerzo por cobrar mas brio;
Que no es temor el que os abrió las venas,
Y las distila por los poros rojos,
Que antes él los espíritus retira;
Sino, como se os viene ante los ojos
Mi culpa, andeis de generosa ira,
Y en esta lucha aumento vuestras penas.

CVI.

En la muerte de Cristo.

Hoy, por piedad, de su Hacedor le ofrecen
Prendas de sentimiento sus hechuras;
Llama el sol á la noche, y las escuras
Sombras apriesa en tiempo ajeno crecen.
De la vida asaltadas, se estremecen
Atónitas las mudas sepolturas;

Libran sus cuerpos á las almas puras,
Y á los justos vivientes aparecen.
Las piedras se quebrantan. y á su ejemplo,
Visten los astros voluntario luto;
Rómpese el velo místico del templo.
Da cualquier obra al llanto algun tributo,
Y ¡yo, siendo la causa, lo contemplo
Con pecho alegre y con semblante enjuto!

CVII.

En la resurreccion de Cristo.

Mientras que el órden natural se admira
Del súbito vigor que en esta aurora
Contra el tiempo voraz se corrobora,
Y atónita la muerte se retira;
Crecer en un sepulcro la luz mira,
Que el aire asalta y las tinieblas dora;
Y oye la antigua voz producidora,
Que otra segunda instauracion inspira.
¡Oh eterno amor, si al nuevo impulso tuyo
Naturaleza en todo el gran distrito
Risueña y fuerte aviva el movimiento!
¿Por qué yo no lo busco ó no lo admito?
¿Yo solo, estéril al fecundo aliento,
De la comun resurreccion me excluyo?

CVIII.

Al Santísimo Sacramento.

¡Oh enigma, adonde amor cifra la historia
De cómo vence á Cristo, y cómo ordena
Que á comer nos le dé una sacra cena,
Efeto superior de la vitoria!
En tí de su pasion la gran memoria
Mejor que en los triunfales himnos suena;
De cuya gracia queda el alma llena,
Resguardo fiel de la futura gloria.
¿Qué convidado habrá que satisfaga,
Aunque le preste méritos el cielo,
A caridad, Señor, tan estupenda?
Cubierto estáis; mas no nos niegue el velo,
Que acá en el tiempo nos dejais por prenda
Lo que en la eternidad nos dais por paga.

CXI.

Cuelga, Ignacio, las armas por trofeo
De sí mismo en el templo, y con fe ardiente
Espera que las suyas le presente,
Quien le infunde tan bélico deseo;
Que así, en dejando al pastorcillo hebreo
El real arnés, le dió una fiel corriente
Limpias las piedras, con que hirió en la frente
Altiva al formidable filisteo.
Salid, pues, nuevo rayo de la guerra,
A los peligros, que producen gloria;
Oprimid fieras, tropellad gigantes;
Que si al valor responde la vitoria,
No dejaréis cervices repugnantes
Ni en los últimos fines de la tierra.

CX.

A su Teresa, Cristo, en vision clara,
Que no sufrió ni transparente velo,
«Si no hubiera criado esposa el cielo,
Para tí sola, dijo le criara.»
Si corresponde estimacion tan rara,
¡Oh vírgen! al fervor de vuestro celo,
¿Cuál pura union ó cuál felice vuelo
De absorto serafín se le compara?
Si á sola vos, y solo en vuestras bodas
Se os da por dote el ámbito glorioso,
Que fué á las almas justas dedicado;
Decid si allí nos muestra el sacro Esposo
Que, aunque las ama en exquisito grado,
Ha puesto en vos el mérito de todas.

ELEGIA.

En la muerte de la reina Margarita.

Con feliz parto puso al heredero
Séptimo en los confines de la vida
La gran consorte del monarca ibero;
Mas del vigor fecundo reprimida,
Cedió á la ley del término absoluto,
Bien que á maduros años prometida;
Como del peso de su mismo fruto
Tal vez se quiebra alguna fértil rama,
Si al otoño da pródiga el tributo.
Lloremos pues, ¡oh musas! que la fama
De trágico ciprés ciñe la frente,
Y á funerales lágrimas nos llama;
Y mientras llora el último occidente,
Al teutónico reino muda el vuelo,
Para que el caso misero lamente.
Allí el Danubio, desatando el hielo
Con que acostumbra suspender los brios,
Suelta las riendas al paterno celo.
Abunda el llanto hasta los Alpes frios,
Para que el monte mas soberbio admita
Sobre robustos árboles navíos;
Y por donde cazar vió á Margarita
Con flechas y arco en hábito sucinto,
Queda la selva del dolor marchita.
Secos yacen los robres, laberinto
Antes puro á los nidos, y en la ciega
Sombra á fieras y á canes indistinto.
De aquí volando, al reino hesperio llega,
Que ilustre en espectáculos marciales,
Agora en generosa paz sosiega.
Donde el Sebeto, dando á los mortales
Preceptos de modestia, en mayor seno
Deposita sus líquidos cristales;
Porque entre humildes márgenes ameno,
Deja el nombre en tocando las espumas
Primeras que le ofrece el mar Tirreno.
Suspensa aquí sobre sus varias plumas,
Al pueblo que fundaron los cumanos,
Y lo sufrieron, émulo de Cumas,
Dijo: «Llorad vuestra miseria, humanos;
Que ya la esposa real, víctima pura,
Cayó al rigor de las fatales manos.»
Esta voz formidable en la espesura,
Sacó las fieras de los mudos lechos,
Estremeciendo la quietud escura.
Temblar sintió Parténope sus techos,
Y al mismo horror, las madres apretaron,
Timidas, sus infantes á los pechos.
En tí, oh fértil Vesubio, amenazaron
Las llamas del incendio repentino,
Que á su investigador fiel te usurparon.
Tus gemidos tambien, lago Lucrino,
Se oyeron en los piélagos remotos,
Donde, acusando al ímpetu marino,
Entregaban, ya roncos, los pilotos
Las popas de la gente vencedora,
Faltos de industria á sus piadosos votos.
Y tú, que en el Pusílipo á la aurora
Veneras, oh cultor, con las ofrendas,
Que de esmeraldas y rubíes colora,
No ingieras las fructíferas, ni entiendas
En esa cumbre á maridar las vides,
Que á los ramos amantes encomiendas.
Ni se lamente el arte, si divides
Las que reposan en los verdes brazos,
De que se coronó algun tiempo Alcides;
Que rotos ya los conyugales lazos
Del consorcio real, no es bien que altiva
Crezca la imitacion de sus abrazos.
Y pues que de su ejemplo se deriva
La obligacion comun, todos lloremos,
Por propria, su viudez intempestiva.
Mas ¿qué es lo que primero llorarémos?
¿Aquel favor que, ya por la violencia
De un accidente, vacilando vemos,
O en pecho femenil una prudencia,
Que aliviar pudo la cerviz de Atlante,
Sin que el orbe sintiera diferencia,

O el desconsuelo del marido amante?
Porque si bien lo encubre á su palacio
Con la tranquilidad que orna el semblante,
No á Eurídice lloró con tal fe el Tracio,
Viudo, que se obligó á la ley impía
De contener la vista un breve espacio,
Cuando libró el suceso en la armonía
De su canto, por ver si el cetro fiero
A lástima segunda se movia.
Mas ¿quién no llora, oh tierna grey, primero
Vuestra orfandad? ¿Por cuál error los hados
Decreto os fulminaron tan severo,
Profunda turbacion de los cuidados
Públicos siempre, y del amor materno,
Al umbral de la luz desamparados?
¡Oh con cuán generoso y con cuán tierno
Afecto, augusta madre, los mirabas,
Dando licencia al regocijo interno!
Ya en la imaginacion menospreciabas
El honor de las ínclitas memorias,
Cuando el de tus infantes contemplabas.
Ya los viste cargados de vitorias
De Africa y de Asia, en otros rudos mares
Aventurarse á no tentadas glorias.
Y para establecer las militares,
Erigir otras últimas colunas
En oprobrio de idólatras altares;
Porque acusando las felices cunas,
Con dulce engaño anticipar debiste
La futura verdad de sus fortunas.
Mas ¡oh! ¡cómo tu ejemplo enseña, ay triste,
Que cuando el pecho menos se recela,
Se avecina á la injuria que le embiste!
Así en la fe del bosque Filomela,
Al álamo que el caro nido abriga,
A sus implumes pajarillos vuela;
Y discurriendo por la sombra amiga,
Que á entregarle el depósito seguro
De las insidias rústicas se obliga;
La piedra, que escondido tiró el duro
Villano, la derriba de la planta,
Ya infausto apoyo del amor mas puro.
Y cuando, por quejarse al cielo, canta,
Mirando el hospedaje dolorido,
Y la voz queda asida á la garganta,
Gimen sus esperanzas en el nido,
Bien que en la superior rama compuesto,
Y por sus fieles hojas defendido.
Nadie pues, viendo el orbe tan funesto,
Límites ponga al llanto; que mal cabe
Prueba de grande fe en dolor modesto.
Si tú le fuiste proteccion suave,
Señora, y en su afan le desamparas,
¿Pudo temerse pérdida mas grave?
Cayó contigo el templo, en cuyas aras
Las llamas levantó el ardor secreto
Por ministerio de virtudes raras.
¿Cuándo no fué el bien público tu objeto?
¿A cuál dolor, como á miseria ajena,
Respondió tu piedad con tibio efeto?
Mas ¿quién dirá tu espíritu, y cuán llena
De aquellos pensamientos superiores
Le fué ornamento la porcion terrena?
El huerto de aromáticos olores
Halló en tu honestidad la sacra esposa,
Que produjo á su amor místicas flores.
No guarda allí sus púrpuras la rosa
Con espinas solícitas, que ornada
Entre ramos pacíficos reposa;
Porque tu sencillez, apoderada
De lo interior, no quiso ver la mente
Mas que de su decoro pertrechada.
No la limpia niñez ni la inocente
Infancia con la cándida pureza
De tus afectos igualarse intente;
Que no vió, sino en tí, naturaleza
Seguir en un sugeto su ejercicio,
Unidas inocencia y sutileza.
Si el favor desta union te fué un indicio
De la futura gloria, ¿habrá quien crea
Que despues te acudió menos propicio?
Con tal prenda, ¿qué mucho si desea
Una alma hallarse presto desasida,
Y por dar fin al tránsito pelea?
Deste impulso la tuya prevenida,
Con júbilo modesto se dispuso,
A fuga no, sino á triunfal salida.
El amor natural quedó confuso
De verse aborrecido, y tú venciendo
Todos cuantos horrores contrapuso;
Que entre las penas de acabar muriendo,
El temor del morir es la mas fuerte,
Porque amenaza efecto mas horrendo.
Y así, cuando el espíritu divierte
El último pavor, que allí le oprime,
¿Qué le deja difícil á la muerte?
Ella su injuria y tus victorias gime,
Mientras que las celebra alterno el coro,
Que te introdujo en la ciudad sublime.
Allí ves cómo lucen sobre el oro
Piedras con no imitable ornato insertas,
Que en los muros extienden su tesoro;
Vive allí la escultura de las puertas;
Y el palacio inefable las ofrece
A tus insignes méritos abiertas.
Y sus anfiteatros, donde crece
Coronada tan varia muchedumbre,
Que al parecer de número carece;
Sobre la cual, de inaccesible cumbre
Infundiendo misterios, reverbera
La plenitud de la fecunda lumbre;
Con que ilustrando la verdad primera
Las mentes puras, hermosea sus faces,
Y en recíproco amor las confedera.
Destos mismos suaves y eficaces
Resplandores vestida, á tu deseo,
Que aspiró á tanta gloria, satisfaces.
Y no la influye próvido el rodeo
Del tiempo, ni al temor ni á la esperanza
Deja llevar un mínimo trofeo.
Es una perfeccion sin semejanza,
Parto de aquel objeto incircunscrito,
Felicísimo y libre de mudanza.
No es concedido al inferior distrito,
Oh soberbios mortales, ni un trasunto
Que guarde proporcion con lo infinito.
No el tiempo de mil siglos puede junto
Ser de la eternidad un punto breve,
Ni la parte menor del mismo punto.
¿Y hay dentro dél quien á esperar se atreve,
Suerte feliz, con ver que no á la ira,
Sino al soplo mas vago, se conmueve?
¿Cuál pecho no se turba cuando mira
Que le dieron tasados los alientos,
Y que á cuenta del número respira?
¿Qué es obra de discordes elementos,
Que de la union pacífica se afligen,
A renovar su enemistad atentos?
Tal como se contrajo en el orígen,
De cuya ley mortífera llevados,
Al término que huyeron se dirigen,
Desde el punto antiquísimo en que, osados,
Sacudieron de sí el informe peso,
Que los tuvo indistintos y agravados.
Bien que al amor se atribuyó el suceso,
Sin cuya diligencia nunca pudo
Naturaleza ver su parto expreso.
La materia, en saliendo del cáos rudo,
Vió á la forma, y ardió por su hermosura,
Y de ambas hizo amor el primer ñudo.
Allí admitió la universal mistura
En el seno las varias calidades,
Con que el comun estrago se apresura.
Los montes envejecen, las ciudades
Yacen, y de soberbias monarquías
Ven dudosos vestigios las edades.
Y un dia llegará, tras luengos dias,
En que esta magnitud mortal cansada,
Sienta las postrimeras agonías.
Y pidiéralas hoy; pero alentada
Con ver, alma real, que aunque te alejas,
Por tu despojo queda venerada,
En este honor espera que á sus quejas
Será prenda segura de consuelo

Esta preciosa parte que le dejas.
No agora pues, ni cuando justo el cielo
En la restitucion del vital hilo
Llueva divinidad sobre este velo,
Él pedirá, para surgir tranquilo,
Las urnas odoríferas al Tibre,
Ni los sepulcros bárbaros al Nilo;
Que entre altares ungidos saldrá libre
De frágil vida y de segunda guerra,
Con luz que eternos resplandores vibre.
Demás, que el globo le ofreció la tierra
Para urna suya en los espacios, donde
Encierra el mar, y donde el mar la encierra;
Que á esculpidos trofeos corresponde,
De tantos reinos vivo el ornamento,
Desde Gádes, que al dia nos esconde,
Hasta donde Béles tuvo el fin violento,
Y hasta la mar, donde con hielo cano
Cerúleos golfos entorpece el viento;
Y desde el suelo que ara el africano,
Vecino al reino, en que privó á Siface
Del cetro antiguo el vencedor romano;
Hasta el terreno que sin lluvias yace,
Bien que fértil, en agua vagabunda,
Que de ignorados manantiales nace;
Y del Pelusio, donde mas profunda
En los rústicos límites, cuidado
Perpétuo del cultor egipcio, inunda;
Que asido al remo en el batel pintado,
Cuando aplaya la próvida corriente,
Va inquiriendo el distrito de su arado;
Hasta el gran lago en que, de incierta fuente
Nacido, el Tánais la soberbia enfrena,
Con que aspiró al honor de aquel tridente.
Y hasta el mar odorífero, en que amena
Vierte aromas la verde Trapobana,
Y crece el oro entre su negra arena.
Y la cuarta porcion del orbe, ufana
De no rendirse á términos algunos
Que ostentar pueda la noticia humana;
De donde, opuesto á vientos importunos,
Descubrió el lusitano temerario
El gran comercio de los dos Neptunos;
Sus provincias de culto y color vario,
Que en las desnudas leyes naturales
Sirven á tu derecho hereditario.
Para tal urna y ceremonias tales,
Las estrellas, el sol y el hemisferio
Han de ser templo y luces funerales.
Y porque de tan sacro ministerio
No participen las regiones solas
Que conocen las leyes de tu imperio;
Si en mar de heladas ó fervientes olas
Yace parte ulterior, no descubierta
Al celo de las popas españolas;
Por mas que hoy viva de piedad desierta,
Júntela el orbe agora con las cuatro,
Hasta que de sepulcro las convierta,
Para tus alabanzas, en teatro.

ELEGIA.

En la muerte del conde de Gélves, don Fernando de Castro.

Cayó, Señor, rendido al accidente
Que anticipó los términos del hado,
Tu Fernando en la edad mas floreciente;
Cual purpúreo jacinto, que agravado
De la lluvia, inclinó al humor el brio,
Y al pasar le tocó el severo arado.
No quedó ninfa en el Pinciano rio
Que de dolor no diese alguna muestra,
Mirando en su ribera el cuerpo frio.
Llórale Mántua, que esperó en su diestra
Bélicas glorias, cuando en paz festiva
Lo vió animar la juvenil palestra.
Depuso Bétis la feliz oliva
A la fama del caso, y entre tanto
Asombró con ciprés la frente altiva.
Pero en Galicia, donde con espanto
Produjo flores súbitas la cuna,
Que aplacó de su infancia el primer llanto,
El fausto alcázar de su real fortuna,
Ya en tiempos de aquel bien poco distantes,
Los mismos astros que alabó importuna.
Mas ¿quién retratará vuestros semblantes,
Oh madre, oh esposa, oh hermanos, si del cielo
No le infunden alientos abundantes?
Extienda Euterpe el ingenioso velo,
Con que antiguo pincel en igual caso
Nos descubrió el paterno desconsuelo;
Que aunque al son de sus números Parnaso
Interrompa el celeste movimiento,
Y á las ondas estigias halle paso,
Si á la razon se iguala el sentimiento,
Ni con graves coturnos repetido,
Podrá no parecer remiso y lento,
Como tal vez el árbol sacudido
Del viento enviuda de sus tiernas hojas,
De que sombra esperó y honor florido;
Y perdona á las pálidas ó rojas,
Que vieron sazonar consortes frutos,
Y en el cansado ramo tiemblan flojas.
Así los hados turban absolutos
El órden de las cosas tributarias,
Y dilatan ó cobran sus tributos.
Destas ejecuciones voluntarias
Yaces, Fernando, y yacen imperfetas
Varias acciones de virtudes varias;
Como quedaran al horror sujetas
Las de nuestra region, si el sol faltara,
O indistinta la luz de los planetas.
Contigo falleció la fuerza rara,
Con que desnudo el animoso acero,
Ni á la clava de Alcides respetara.
¿Quién dará ley al corredor guerrero
De los rebaños béticos, que viven
Dispuestos siempre al ejercicio fiero;
Cuyas fogosas madres, que reciben
La esperada virtud por el olfato,
De los fecundos céfiros conciben?
¿A quién fué el polvo olímpico tan grato
Como á tí el circo, en que se vibran lanzas
Con armas limpias ó africano ornato?
Y no por el concento de alabanzas,
Que atribuyen las auras populares;
Que otro fin se imprimió en tus esperanzas.
Llamábante las glorias militares;
Mas por ventura maternal respeto
Te obligó á no dejar los patrios lares.
Que ya tú, por estímulo secreto,
Te dedicabas á la fama eterna,
Cuando estorbó la muerte el noble efeto.
Así el tierno Leon que en la caverna
Líbica en que nació crece al cuidado,
Que solicita la piedad materna;
Conociéndose adulto y obligado
A la virtud de su niñez ardiente,
Y con soberbia leche alimentado,
Ya como armarse las quijadas siente,
Pomposa ondea en la cerviz la greña,
Y en las uñas creció el vigor reciente.
El sustento pacífico desdeña,
Porque sangre feroz le pide el gusto,
Y rabia por dejar la ociosa peña.
Mas cuando un tigre ó toro el mas robusto
A los noveles ímpetus destina,
Para domar despues el campo adusto,
De accidente mortal en la vecina
Selva espiró la fiera generosa,
Que amenazaba general ruina.
Pero de otra invasion mas poderosa,
Donde quien huye vence, ¡oh gran Fernando!
Seguiste la vitoria prodigiosa,
Entre amorosas gracias conquistando
Un honesto favor, donde el sentido
Halla el inaccesible objeto blando;
Tal, que en sí juzga el corazon herido
De rígida hermosura; que Diana
Tira las mismas flechas que Cupido.
¿Quién armó, como tú, la mente humana
Para asaltar la dulce tiranía,
Conservando el decoro á la tirana?
Sirvieron la esperanza y la osadía
A la razon, y sin que amor se queje,

Guardaron los afectos cortesía.
¿Cuál frente, de las flores que amor teje
Favorecida, habrá que al olor de ellas
Pretensiones divinas aconseje?
Ardiente jóven fuiste á sus centellas,
Mas no encendieron la sublime parte
Que en tí vieron humildes las estrellas.
No fué vulgar, no fué vulgar el arte
Con que, sin deshonor de las prisiones,
En los peligros fuiste interior Marte.
No respetó la muerte las acciones
A que presto se viera reducida
La heróica prevencion de tantos dones.
Pero si al tardo ocaso de su vida
Guardaba alguna trágica miseria,
Piedad fué humana apresurar la herida.
Si muriera Aníbal, cuando en Hesperia
La fortuna, á sus armas obediente,
Para glorioso fin le dió materia,
No huyera en la vejez á ser cliente
De un griego rey. ¡Oh glorias nuestras vanas!
No hay bien que en larga edad no se descuente.
No muere á manos griegas ni romanas,
Sino al veneno, que le dió su anillo,
Vengador de la pérdida de Cánas.
Y tú, Magno Pompeyo, fiel caudillo
De la causa mas justa, á quien Tesalia
Reservó para un bárbaro cuchillo;
Próvidas fiebres antes en Italia,
Luchando con el hado, pretendieron
Librarte de los campos de Farsalia;
Pero los votos públicos vencieron,
Unidos al clamor de las ciudades,
Que su salud en tu salud pusieron.
Como prodigio luce á las edades
La memoria del jóven macedonio,
Nacido para ver felicidades;
Mas ¡cuán triste nos diera el testimonio,
Si sus progresos no atajara presto
La envidia del veneno babilonio!
Bien que el ánimo siempre tan modesto
Mostró Fernando á glorias y ruinas,
Que ningunas lo hallaran descompuesto;
Pues cuando ambas fortunas repentinas
Tentaran su constancia de improviso,
Hubieran de vencer fuerzas divinas,
Cuya virtud, cuando el interno aviso
Puso al alma en estado mas sereno,
Al gran origen trasladarla quiso;
Porque acá no le dieran triunfo lleno
Latinas ni asiáticas victorias,
Ni cuantas adquirió el valor ajeno.
Y si voló del tiempo á eternas glorias,
¿Cuánto debe al suspiro poderoso
Que le forzó á dejar las transitorias?
Él mira agora el órden victorioso
De sus progenitores, ya inmortales,
En el firme consorcio del reposo.
Penetra los diáfanos cristales,
Y escucha el son que armónicas despiden,
Impelidas las ruedas celestiales.
Nota la ley con que sus lumbres miden
La magnitud del término prescrito,
Las zonas que la cercan y dividen.
Y al abrasado amor solo infinito
Por las amadas prendas intercede,
Que absortas mira en el mortal distrito.
Esta piadosa fe consolar puede,
Y aun reprehender, Señor, el llanto largo,
Si de sufribles límites excede;
Que aunque el dolor primero es tan amargo,
Aquel vigor infuso ¿á quién no anima
De la esperanza que nos tiene á cargo?
Quien la ignora ó la niega llore y gima;
Que tú á su inspiracion acudir debes
Cuando naturaleza te lastima.
Modera pues las lágrimas que llueves;
Que no siempre la escarcha al sol resiste,
Ni el monte yerto de obstinadas nieves.
No para que nos dén lluvias embiste
Siempre el austro á las nubes, ni el ivierno
Ama siempre el horror del aire triste.
Ni cuando Héctor murió, el dolor fraterno
Se entrañó en los hermanos afligidos
Tanto, que lo juzgasen por eterno.
Tú solo no das ley á los sentidos;
Antes en tu silencio escuchar sueles
Del indómito afecto los bramidos.
¿Por cuál fruto, Señor, no lo compeles?
¿No es mengua de tus fuerzas interiores
Que en la suerte comun te desconsuelas?
¿No es tiempo ya que el grave caso llores,
Pues desde que lo viste, dió el verano
La recompensa de la lluvia en flores?
Y ceñidas las sienes el villano
Segunda vez de pálidas espigas
A surcos fieles encomienda el grano.
¿Siquiera por su ejemplo no mitigas
La obstinada tristeza donde llevas
El ivierno interior de tus fatigas?
Del cual suele nacer que cuando elevas
La mente á la razon, acuden luego
Del antiguo dolor lágrimas nuevas.
Busquemos pues, busquemos el sosiego
En la inmortalidad, que nos alienta
A robar de su esfera el sacro fuego;
Y el alma, si no libre, mas atenta
Por los objetos ínclitos anhela,
Que su meditacion le representa.
El tiempo con los suyos desconsuela,
Que apriesa los desarma y desfigura,
Y no saciado de victorias, vuela.
El mármol, que soberbio en su escultura,
A los quietos huesos de tu hermano
Ofreció venerable sepoltura,
¿Quién sabe si tambien fué cuerpo humano
En otro siglo, y lo pasó la muerte
Por su alterable variedad temprano?
El sugeto mas sólido y mas fuerte
Entre la fuga de los tiempos medra
Cuando en sorda materia se convierte.
Y otros verán cómo tenaz la hiedra
Lamiendo ofenderá los tersos lados
Al epitafio de la ilustre piedra.
Los sepulcros tambien sienten sus hados,
Como las otras fábricas; mas antes
Los montes mismos, contra el tiempo armados.
Nuestros Pirenes pues, ó los Atlantes,
De Africa guarden minas, viertan rios
En los senos avaros y arrogantes;
Que del humor y del metal vacíos,
Inclinarán decrépitas las frentes,
Que agora ocupan árboles sombríos.
Ni á vosotras tampoco, oh sacras fuentes,
De vuestro parto líquido y sonoro
Eternas se os libraron las corrientes.
Si á las ondas del Tajo enturbia el oro,
Y á la luz oriental se opone Ibero,
Mejorando sus aguas el decoro,
Fluirán las linfas y el honor primero
De las urnas agora manantiales,
Obedeciendo al disponer severo;
Y aunque agora entre sombras pastorales
Execrable segur suena y derriba
Sus troncos para fábricas navales,
¿Quién sabe si la suerte sucesiva
Quiere, alterando el ser de los extremos,
Que el mar para rebaños se aperciba?
Quizá los verdes golfos donde hoy vemos
Mover las esperanzas de los reyes,
Globos de espuma entre ambiciosos remos,
Culto recibirán y agrestes leyes;
Verán lucir las premiadoras hoces,
Y en su labor sudar los tardos bueyes.
Pasan los siglos á su fin veloces,
Sin que del curso retroceda un hora
Por tiernos votos ni vehementes voces.
La edad, contra sus obras vencedora,
Reserva para un último gemido
Las mismas que alimenta y atesora;
Porque orígen mortal les fué infundido
Cuando les dieron el lugar segundo,
Peso en su mismo centro sostenido.
La materia en el tálamo fecundo

Admitió los primeros himeneos,
Y elementos discordes sintió el mundo.
Desde entonces con ansias y deseos,
Que las formas le dan, volver porfía
Al primer cáos por íntimos rodeos.
Mas la luz de mas fiel filosofía,
Por otros mas seguros y propicios,
A la region de la verdad nos guia;
Entre cuyos lucientes edificios
Forma el número electo de las almas
Estruendo de triunfales ejercicios.
¡Oh eterna pompa! Oh incorruptibles palmas!

TERCETOS.

Al conde de Lémos don Francisco, siendo conde de Castro (1).

Jóven real por el poder del hado,
Bien que adulando á tu eleccion gloriosa,
A España y sus deseos usurpado,
Como en Tesalia alguna vez reposa
Febo, no menos claro ni fecundo,
Cuando usa de su cítara amorosa;
Tu grande hermano, Apolo, al primer mundo
Suspende así la rueda, con que mueve
Las causas inferiores del segundo;
Y ornado de las flores que las nueve
Celestiales hermanas le han tejido,
Con ellas logra aquella tregua breve.
Yo en estos doctos ócios admitido,
Y sin rigor del mérito, á su gracia,
Ver frutos de tu ingenio he merecido.
Versos tuyos oí, cuya eficacia
Obrará en todo objeto resistente
Lo que la voz del músico de Tracia.
Pero es el argumento diferente;
Que al bien pasado lágrimas dió Orfeo;
Tú aplausos y alabanzas al presente.
En el cual, como iguales himeneo
Hizo á las esperanzas las victorias,
No por la posesion mengua el deseo;
Que aun de amargos sucesos las memorias
En paces conyugales repetidas,
Son alimento á sucesivas glorias.
¡Oh felices consortes, cuyas vidas
A union tan fiel, que á la mortal excede,
Mira la humana envidia reducidas!
Ejemplo sois de cómo en tiempo puede
Imitarse en la tierra el gozo santo
Que en la inmortalidad se nos concede.
Esta fué la materia de tu canto;
Mas con tanta elegancia la describes,
Que ninguna ambicion aspiró á tanto.
Pero ¿qué hay que admirar, si la recibes
De un raro ingenio, de doctrina lleno,
Y del afecto á cuyas leyes vives?
Tras esto, cuentas cómo os da el Tirreno
Alegre á vuestras redes varios peces,
Què libres discurrian en su seno;
Cómo gozas la presa, y cómo á veces,
Dilatando la muerte á los menores,
A las maternas ondas los ofreces;
Y cómo tú, de ver los pescadores
A la presa, á la red y al barco atentos,
Lo quedas á discursos superiores.
Es mucho de elevados pensamientos
Poner en grandes cosas el juicio,
Sirviendo las humildes de instrumentos.
Y todo aquel marítimo ejercicio
Al de la suerte humana comprehende,
Y al ambicioso fin de su artificio.
La astuta fraude ¡cuántas redes tiende!
¡Qué cárcel teje á la verdad sencilla,
Con que le pone horror, si no la prende!
¿Qué es la vida mortal, sino barquilla,
De tablas no, de vidrios fabricada,
Expuesta á tempestad aun en la orilla?
Y el agua en sus profundos saqueada
¿No prueba ó amenaza que no hay parte
De robadoras manos reservada?
¿Dónde podrémos, santa paz, hallarte,
Si no hallas tú secreto ni seguro
En la naturaleza contra el arte?
Deste comun estrago conjecturo
Que nos da á conocer quien lo permite
Que te guarda un lugar mas limpio y puro;
Y si acá te lo niega, es porque incite
A la mente inmortal la repugnancia,
Para que así las alas ejercite.
Pero mi voz ¿por qué cobró arrogancia
En sugeto adornado por la musa,
Que oprime á quien imita su elegancia?
Callemos pues, que no es bastante excusa
Para quien el error previno, el celo;
Antes su misma prevencion lo acusa.
Tiempo vendrá que algun dichoso vuelo
Me suba á tus gloriosas alabanzas,
Y suenen en lo cóncavo del cielo.
Pues si mayores bienaventuranzas
En tí libró, por esta fuerza espero
Efecto á mis soberbias esperanzas.
Tu prosapia real diré primero;
Mas en los tres hermanos en quien dura,
No tendré envidia del sugeto á Homero.
La edad presente muestra, y la futura
En ellos los insignes Geriones,
Cuyo valor la ilustra y la asegura;
En cuyos tres unidos corazones
Generoso respira un solo aliento,
Dando conformidad á sus acciones.
Escudos de la patria y fundamento
De su veneracion, de la cual toma
Diverso el orbe ejemplo y escarmiento.
Celebre sus trecientos Fabios Roma,
Con quien, sin filos de otra espada extraña
(Bien que muriendo), á los veyentos doma;
Que con tres Castros se le opone España,
Cuyo raro valor, aunque la furia
Del tiempo con la muerte se acompaña,
Insigne les hará y eterna injuria.

TERCETOS (2).

¡Oh tú, en cuya cerviz la fuerza estriba
En que alternan los orbes celestiales
Al tiempo la vitoria fugitiva!
Y con ruedas de próvidos metales
Le diriges apriesa lenta el vuelo,
Para que guarde términos iguales;
Precioso emblema y místico modelo,
Que Atlante con razon llamarte puedes,
Como ese globo emulacion del cielo;
Aunque, á pesar de Siracusa, excedes
En la felicidad de la osadía
A los volubles vidrios de Arquímedes,
No fundes tu alabanza en su armonía,
Ni en la escultura insigne del semblante,
Que á los buriles griegos desafía;
Sino en cuanto te forman semejante
Al héroe que ejercita el grande oficio
Que se atribuye al fabuloso Atlante;
Porque si dan su celo y su juicio,
Como causas fatales y primeras,
A la virtud intrépido ejercicio,
¿Qué serán sus cuidados, sino esferas
Que en hombros del espíritu robusto
Influyen providentes y ligeras?
Imperio influyen tan benigno y justo,
Que, con la antigüedad bien conferido,
Queda sin opinion la paz de Augusto.
Aquí, ahuyentando el ócio y el olvido,
Suena por estas ruedas animadas
El tiempo, en horas justas dividido.
Y en tal fe con la paz confederadas
Se reportan las bélicas acciones,
Que sirven á las leyes las espadas.
Tú, magnánimo Castro, las compones
A ejemplo de tí mismo, y por tí vemos
Que se precian de amar sus proporciones.
Y á la que en tí reduce los extremos,
Mansedumbre y rigor á union fraterna,

(1) Despues entró en religion, y se llamó fray Agustin de Castro.

(2) A un reloj que tenia el conde de Lémos don Pedro, siendo virey de Nápoles, que era un globo sustentado por un Atlante.

El público descanso agradecemos;
Porque obrando á mas luz la fuerza interna,
Que imprimió en tus afectos compostura,
El comercio político gobierna.
Y la naturaleza lo asegura
Con las súbitas mieses que le ofrece,
Sin labor de ambiciosa agricultura.
Pues la constelacion que nos parece
Que á nuestras esperanzas mueve guerra,
Depuesto su furor, las obedece.
¿Qué suerte es esta, ó qué deidad se encierra
En tu valor, que impide la venganza
De los astros tal vez contra la tierra?
Sienten los altos círculos mudanza,
Y á tu honor los soberbios elementos
En su obediencia buscan alabanza.
Tú desarmas los rígidos portentos,
Por tí recibe el aire resplandores,
Y pacífico el soplo de los vientos.
Retrocede por tí á las superiores
Nubes el agua, y de los turbios vasos
Desciende á dar origen á las flores.
Y el año, sin recelo de los casos
Que nacen de impresion inobediente,
Vuelve asimismo por sus mismos pasos.
Es necesario, al fin, que se sustente
Esta del bien comun fábrica inmensa,
Como en su esencia, en tu cerviz valiente;
Pues con razon, librada su defensa
En esos felicísimos cuidados,
Prevalecer en fuerza dellos piensa
Contra las amenazas de los hados.

TERCETOS.

A Fernando de Soria Galvarro.

Yo quiero, mi Fernando, obedecerte,
Y en cosas leves discurrir contigo,
Como quien de las graves se divierte;
Por lo cual será bien que las que digo
No salgan fuera del distrito nuestro,
Que al fin van de un amigo al otro amigo;
Y no soy tan soberbio, ni tan diestro
En dar preceptos y advertir enmiendas,
Que aspire á proceder como maestro.
Digo pues que me place el ver que atiendas
Tanto á las filosóficas verdades,
Que siempre de sus órdenes dependas;
Pero que alguna vez te desenfades
De aquel rigor, y el gusto no apremiado
Se cebe en mas benignas facultades;
Que si ellas guardan su nativo agrado,
No será menester que lo compelas
A seguir lo que yo le persuado;
Que allí no hay que ocurrir á las cautelas
Que por ventura un tiempo ejercitabas,
Como lo enseñan hoy nuestras escuelas;
Cuando, para probar tu intento, andabas
Afilando entimemas, que volantes
Salen de las dialécticas aljabas,
Porque á lo ya pacífico levantes
Por diversion el gusto con las nueve
Piérides ingénuas y elegantes.
Y la canuda historia, que nos debe,
A pesar de la muerte, ejemplos vivos,
Por los vestigios de la edad te lleve.
Y saliendo despues de sus archivos,
Al poético ardor se ofrezca el pecho,
Dispuesto á pensamientos mas altivos.
Esta excelente inclinacion sospecho
(Sin que preceda riguroso exámen),
Que es la que mas te deja satisfecho.
Síguela pues; por mas que la desamen
La inconsideracion y la fortuna,
No aflijas con violencias tu dictámen.
Y cuando en la sazon mas importuna
Sigue aquel en la selva unos ladridos,
Al resplandor escaso de la luna;
Y el otro rinde al juego los sentidos,
O en indignos sugetos, que no ignoras,
Andan nuestros patricios divertidos;
Tú, retirado en las nocturnas horas,
Escribe á vigilante lamparilla
O en la estudiosa luz de las auroras,
Contra el rapaz que la razon humilla,
Remedios nuevos, con primor juntando
En los versos deleite y maravilla.
Y si te instiga mas, dulce Fernando,
La fama de magnánimas acciones,
Costumbres y provincias explorando;
O si á canto mas digno te dispones,
Inquiriendo el concurso de los siete
Planetas y sus varias impresiones,
Resuélvete al designio, y acomete;
Que, á seguir sus estímulos resuelto,
El orbe encerrarás en tu retrete.
Pero si no te hallares desenvuelto
En consonar nuestro lenguaje, fía
La empresa al generoso verso suelto;
Porque la libertad de su armonía,
Como solo sus números respeta,
De emparentar las voces se desvía.
Y el que atiende á la parte mas perfeta,
Ponderando y midiendo consonantes,
A ridículo estorbo se sujeta.
El ser forzoso que apercibas antes
Lo menos sustancial, verbos y nombres,
Que suenen con acentos semejantes;
Y que si ha de acabar la estanza en hombres,
Como si te mostrase alguna fiera,
Diga el verso anterior, que no te asombres.
Por esto apenas oyes rima entera,
Con ambas partes fáciles y llanas,
Y excluyes por ociosa la primera;
Como para guisar palustres ranas,
Que, sospechoso el cuerpecillo todo,
Las piernas solo nos ofrecen sanas;
Y cuando aplaya el Nilo, deste modo
Causa el fecundo sol generaciones
En las grasezas del informe lodo;
Que organiza los húmedos terrones,
Escarban ya los piés, gruñen las testas,
Sin darles forma entera de ratones.
Desde que llevan consonante á cuestas
Miran su trabazon los versos ruda,
Con voces no importantes ni dispuestas.
Concedo que á las veces (1) nos ayuda
Y apoya la sentencia, si lo ablanda
El arte, ó á mejor lugar lo muda.
La fuerza del dinero, ó sirve ó manda,
Y la del consonante, que igualmente
Por uno destos dos extremos anda.
Mas quien por una cláusula elocuente,
Para un final escrita de antemano,
Pasa inculta la parte precedente,
¿En qué se diferencia de un tirano
Que por medios injustos encamina
Alguna utilidad del trato humano?
Perezca la política dotrina,
Que por sacar de la maldad ganancia,
La ley de las virtudes arruina.
Pero si acomodar la consonancia
Con liberalidad ó con miseria
Es en las rimas caso de importancia,
El escritor abunde en la materia,
Para que se le vengan á la pluma
Cuantas palabras vuelan en Iberia.
Mas el furor nativo no presuma
Reducirlas á número y concierto
Sin sumo estudio y sin industria suma.
Homero, en estas ondas tan experto,
Que sobre trozos de animosas naves
Responde como oráculo en el puerto,
Para ser mas acepto á las suaves
Musas, surcó primero luengos dias
Profundos golfos de otras ciencias graves.
Si tú para las dos filosofías,
Ya por Platon, de Sócrates conoces
Las siempre misteriosas ironías,
Y prender te dejaste de las voces
Con que suele el sutil Estagirita
Dar caza á los espíritus veloces,

(1) A las voces. (*Texto de Marchena.*)

Por esa docta antigüedad escrita
Deja correr tu ingenio, y sin recelo,
Conforme á su eleccion, roba ó imita.
Suelta despues al voluntario vuelo
Pomposa vela en golfo tan remoto,
Que no descubra sino mar y cielo,
No navegante ya, sino piloto
Intrépido á las olas insolentes,
Tanto como á los ímpetus del Noto.
Quiero decir que cuando en las corrientes
Métodos varios te hayas dado filos,
Con destreza ya propria los frecuentes;
Porque los dos genéricos estilos
Mas de un naufragio nuevo nos avisa,
Que no por frecuentados son tranquilos.
Obliga el uno á brevedad concisa,
Que aunque la demasiada luz desama,
Precia la elocucion peinada y lisa.
Y no solo el honor del epigrama
Recibe calidad deste preceto,
Sino la lira con que amor nos llama.
El trágico fervor puesto en aprieto,
Y la sátira, en este caso amiga
Siempre del panegírico perfeto.
El émulo de Píndaro lo diga,
Por quien Venosa el título recibe
Que á venerar á Tébas nos obliga;
Y en el romano autor, que en prosa escribe,
Desde que falleció su Augusto, anales,
El compendioso laconismo vive.
A Trajano sus dotes inmortales
Refiere Plinio en este acento puro
Sin voces tenebrosas ni triviales.
De las primeras ¿quién corrió seguro,
Si el presbítero docto de Cartago,
Aspirando á ser breve, quedó escuro?
Mas quien al genio floreciente y vago
De Séneca llamó cal sin arena,
No probó los efectos de su halago.
No niego yo que, de sentencias llena,
La agudeza sin límites congoja,
Y al rigor con que hiere nos condena;
Como la nube, que granizo arroja
Sobre esperanzas rústicas floridas,
Que aquí destronca y acullá deshoja;
Y al golpe de las récias avenidas
Mira el cultor su industria defraudada,
Que yace entre las ramas esparcidas.
La fuerza pues no venga arrebatada
En esta brevedad jaculatoria,
Si quieres que deleite y persuada,
Aunque por ambicion de mayor gloria
Fleche cada palabra una sentencia
Y obre cada sentencia una victoria;
Que en el segundo estilo hay elocuencia,
Que entre la igual corriente del progreso
Anima su fervor con la frecuencia;
Y en su mediocridad lleva gran peso,
Pues sin que lo envilezca ni lo encumbre,
Le suele dar mas próspero suceso.
Pruébase por razon y por costumbre
Que, aunque no influye en término tan breve,
Insta con mas vigor la mansedumbre.
Como en invierno decender la nieve
Tan sosegada vemos, que al sentido
Parece que ni baja ni se mueve;
Pero en valles y montes recibido
De la cándida lluvia el humor lento,
Los cubre y fertiliza sin ruido.
Con la perseverancia deste aliento
Canta Homero las iras juveniles,
Y el orbe escucha atónito ó atento.
Y Maron los afectos pastoriles,
El culto agreste y el varon troyano,
Que el cielo arrebató al furor de Aquiles.
Este, que llama el vulgo estilo llano,
Encubre tantas fuerzas, que quien osa
Tal vez acometerle suda en vano;
Y su facilidad dificultosa
Tambien convida y desanima luego
En los dos corifeos de la prosa.
Fulmina la retórica del griego,
Pero desata aquel vigor divino
En la igualdad frecuente con sosiego,
No menos el Demóstenes latino,
Para cuya riqueza usurpa el oro
Que nació en minas áticas Arpino.
No há mucho(1) que lo hurté para el decoro
De algun poema, y hecho el aparato,
Me asenté sobre el arca del tesoro.
Porque me profanó el cuidado ingrato
De gran causa civil, á pesar mio,
Y es menester purgarme de su trato;
Que al fin no sufre la altivez de Clio
Que canto venerable se medite
Sino en la soledad de su desvío.
Demás desto, no falta quien me incite
A que, si ornarme de laurel deseo,
Los números latinos ejercite;
Porque gusta de ver aquel museo,
La ostentacion del dáctilo gallarda,
Tropellar la quietud del espondeo.
Y cuando aquel prosigue y este tarda,
Mas gracia desta priesa y deste espacio
Que de los piés de nuestro verso aguarda.
Mas yo sé bien el sueño con que Horacio
(Antes el mismo Rómulo) me enseña
Que llevar versos al antiguo Lacio
Fuera lo mismo que á los bosques leña,
Y trastornar en Bétis ó en Ibero
Una vasija de agua muy pequeña.
Nuestra patria no quiere ni yo quiero
Abortar un poema colecticio
De lenguaje y espíritu extranjero;
Pues cuando me quisiera dar propicio
Maron para su fábrica centones,
¿Quién sabe cuál surgiera el edificio?
Con mármoles de nobles inscripciones
(Teatro un tiempo y aras) en Sagunto
Fabrican hoy tabernas y mesones.
Ya me parece pues que al mismo punto
Que me retiro á vida libre y sola,
Imitaciones y advertencias junto.
Y que mi musa, fiel como española,
A venerar nuestras banderas viene,
Donde la religion las enarbola;
Que en los silbosos montes de Pirene,
En ningun tiempo infieles ni profanos,
Las espadas católicas previene,
Para que las reciban de sus manos
Los héroes que escogió por lidiadores
Contra los escuadrones africanos,
Cuando, por dar señal de sus favores,
Sobre uno de los árboles fué vista
Cándida cruz, vibrando resplandores.
Con lo cual dió principio á la conquista
El Rey, en los fervores de la guerra,
Por su velocidad llamado Arista;
Porque al ímpetu horrible con que cierra,
Como de flor de sacudidas ramas,
Se cubre de arcos púnicos la tierra.
Acero en limpias órdenes de escamas
Teje á nuestros campiones las lorigas,
Que, ilustradas del sol, arrojan llamas.
Y en ambas huestes fieles y enemigas,
Héctores, Turnos, Nisos, Telemones
Ejercitan las bélicas fatigas.
Ni con esfuerzo de ínclitos varones
Faltarán otras vírgenes guerreras,
Como en frigios y en tuscos escuadrones.
Aquí verás Pantasileas fieras,
Camilas fuertes, que, dejada el arte
De Aragne, siguen trompas y banderas.
Ni caírá ocioso el arco en esta parte,
De cuyos tiros nacen los deseos
Con que amor solicita al mismo Marte.
Los ramos de los robres Pirineos
Desgajará el honor de las hazañas,
Y en tanto que los viste de trofeos,
Sonará el abolorio en sus montañas,
Progenitor de tantos graves nietos,
Que hoy veneramos en las tres Españas.

(1) Así Marchena. «Yo há mucho,» dice el texto antiguo.

No guardaré el rigor de los precetos
En muchas partes, sin buscar excusa
Ni perdon por justísimos respetos.
Y si algun Aristarco nos acusa,
Sepa que los preceptos no guardados
Cantarán alabanzas á mi musa;
Que si sube mas que ellos ciertos grados
Por obra de una fuga generosa,
Contentos quedarán, y no agraviados.
Así habrás visto alguna ninfa hermosa
Que desprecia el ornato ó lo modera,
Quizá con negligencia artificiosa.
Que es mucho de hermosura verdadera,
A veces consultar con el espejo,
Mas por la adulacion que dél espera
Que por necesidad de su consejo.

SÁTIRA.

Don Juan, ya se me ha puesto en el cervelo
Que aprendes la civil jurisprudencia,
Contra la inclinacion que te dió el cielo.
Si la resistes, y á tu resistencia
Los astros ceden, no te dificulto
El laberinto de esa grave ciencia.
Pero á pesar del predominio oculto,
Yo saldré, buen cetrero, al mismo plazo
Que tú salieres buen jurisconsulto.
Y por las calles requiriendo el lazo
Del capirote y el de las pihuelas,
Sufriré que el halcon me manque un brazo.
Si te llaman las musas, no te muelas
En posponer tan elevados gustos
A escarmientos, arbitrios y cautelas;
Que Césares políticos y Augustos
En leyes convirtieron ejercicio
Que hoy postra los sugetos mas robustos.
En tí sabrás cuán raro beneficio
Para nuestra república seria
El topar cada ingenio con su oficio;
Que si el guerrero al ócio se desvia,
Si el filósofo empuña una bandera,
Y el causídico estudia geometría,
Si ninguno en su centro persevera,
O para investigarle pierde el tino,
Deste comun desórden ¿qué se espera?
A tí se te atraviesa en el camino
Bártulo agora, que al estudio humano
Quiere que humilles el furor divino.
¿Qué te va á tí en que ostente Papiniano
Agudísimo ingenio, cuando mira
Un testamento inteligible y llano;
Y mas si astuta entonces la mentira
A ingerir en el fácil junco, liso,
Ñudos, de que resulte un pleito, aspira?
Él verá si el difunto poner quiso
Substitucion vulgar á su heredero,
O cargarle inmortal fideicomiso.
Y tú, por donde Píndaro y Homero
A Virgilio y á Horacio abrieron senda,
Pasa á lograr tu genio verdadero.
Noble has nacido y manantial tu hacienda,
Te fertiliza, sin que la fortuna
O tu olvido la agote ó la suspenda.
Huye esa profesion que te importuna,
Y sigue el nobilísimo misterio
Que en sí mismo formó de todas una.
Mas quiérote advertir (no con imperio,
Sino á tus piés, para que no imagines
Que me arrogo el honor del magisterio)
Que pues entras agora en los confines
Del Parnaso, implorar que te corone,
Al ingenio las fuerzas examines;
Y tenle en opinion, si se dispone,
Tras el exámen, á escoger sugetos,
Que con su habilidad se proporcione,
Que habiéndola medido cual conceto,
Te saldrá por aborto de las sienes,
Si no en todos sus términos perfeto.
Si tus primicias dedicadas tienes
Al rigor de amorosa tiranía,
Picado entre favores y desdenes;
Al discernir palabras, bien seria
No entretejer las lóbregas y ajenas
Con las que España favorece y cria;
Porque, si con astucia las ordenas
En frasi viva, sonarán trabadas,
Mejor que las de Roma y las de Aténas.
Con tal juntura, no te persuadas
Que por humildes te saldrán vulgares,
Ni por muy escogidas afectadas;
Antes, si en rima larga las juntares,
Surgirá tan lacónica y tan sábia,
Que la envidien el Tórmes y el Henares;
O en el verso menor que entre la rabia
De sus flechas nos trujo por delicias
De las escuelas púnicas Arabia.
Mas si tu ninfa celebrar codicias,
Sabe que, aunque poético el ornato
Le acumule riquezas translaticias,
Las translaciones duras, como ingrato
Lustre, las huye, en desatando el hilo
A sus lisonjas, la benigna Erato.
¿Será bien que sin forma y sin estilo
Luzgan en la hermosura los despojos
Espléndidos del Gánges y del Nilo?
¿Zafiros ó esmeraldas son los ojos,
Y diamantes la tez, perlas los dientes,
Y encendidos rubíes los labios rojos?
Las manos (que á marfiles excelentes
Imita su candor) ¿serán cristales,
Si no se han de preciar de transparentes?
Cuando de estas metáforas te vales,
No las retires de su oficio tanto,
Que aun al afecto salgan desleales;
Mas si eres lapidario, no me espanto
De que las gracias huyan esa parte,
Que es pedrería, y no amoroso canto.
Ni sutilices mucho con el arte
Las congojas que amor finezas llama,
Si esperas en su gusto acreditarte.
No las describe el que de veras ama,
Con pluma metafísica, ni duda
Que cualquier libre adorno las infama.
Gima el enfermo, y con noticia ruda
Del pulso acuse la inquietud del seno,
Donde clama sin voz la fiebre aguda.
Explicarálas con primor Galeno,
Que examina en su orígen la dolencia,
Y nunca la enmudece el daño ajeno.
¡Oh, cuánto el puro amor se diferencia
Del astuto y vulgar, cuando sencillo
Se opone á la ambicion de la elocuencia!
Este es el alto fin por que le humillo
A que no afile en rimas elocuentes
Contra sus esperanzas el cuchillo.
Cuando decir tu pena á Silvia intentes,
¿Cómo creerá que sientes lo que dices,
Oyendo cuán bien dices lo que sientes?
Mas sirven al ingenio esos matices
Que al dolor, pues con culpa de inmodesto
Tolera estos follajes infelices.
Y aunque asevero mi opinion, protesto
Que ni á la docta escuela petrarquista,
Ni á su autor venerable arguyo en esto.
¿La verdad se lamenta de otra lista
De antiguos y modernos, que le exorna,
En este gran precepto mal prevista?
Que en sus purezas de un jardin trastorna,
Lleno el canasto, y con las mismas flores
La encubre cuando piensa que la adorna.
Y envuelto en los poéticos honores
(Si la supérflua erudicion no cesa),
Perece lo esencial de los amores.
Pues ¿qué diré del verso donde expresa
Dulce pasion ó belicosa hazaña,
En cantares dramáticos profesa?
Mejor que otras provincias nuestra España
Tiernos afectos y orgullosos trances
En números mas breves acompaña;
Pero no á sus letrillas y romances,
Donde Marte y Amor fundan blasones,
Aunque lo mande Silvia, te abalances.
No el bizarro neblí tras los gorriones

(Vulgo volátil) cala ni desciende,
Terror de fugitivos escuadrones,
Que allá vecino al sol sus alas tiende,
Y á vista de las mas soberbias aves,
Feliz pirata, altivas garzas prende.
Huélgome pues de que la *Eneida* alabes,
La *Tebaida*, y la *Ilíada* primero,
Unico ejemplo á los heróicos graves.
Llame fuente de ingenios Grecia á Homero;
Pero ocúrrale el tuyo, y no le temas,
Que, si vuelve por sí, como lo espero,
Presto dará el mayor de los poemas,
De hazañas lleno y de invencion tan brava,
Que no estime el frisar con las supremas.
Sigue la imitacion, que tanto alaba
La escuela, por precepto mas seguro,
Que al mismo Alcides quitarás la clava.
Tragedia escribirás cano y maduro;
Que agora aunque Sofócles te convide,
Has de apelarte al término futuro.
Pues ya ni por Eurípides le pide,
Ni por Séneca, alguno el real calzado,
Con que á la pompa trágica preside.
Si hoy la escribes, de sabios admirado,
Al sordo viento volarás, pospuesta
La aclamacion del popular senado.
Para ellos pues el alto estilo apresta,
En cuyo judicioso honor sosiegues,
Sin respetar la multitud molesta.
Pero cuando á escribir sátiras llegues,
A ningun irritado cartapacio,
Sino al del cauto Juvenal, te entregues,
Porque nadie á los gustos de palacio
Tomó el pulso jamás con tanto acierto
(Con permision de nuestro insigne Horacio).
Esto en razon de sátiras te advierto;
Aunque de las mas agrias ó mas finas
Hablas como enemigo descubierto.
Tras esto, á musas cómicas te inclinas,
Si bien las sequedades aborreces
De las fábulas griegas y latinas.
Y no lo extraño; pero muchas veces
En lo que yace desabrído y seco
Hallan qué ponderar discretos jueces.
Si el coturno trocares por el zueco,
Tu invencion fértil goza; que lucido
Sin duda te saldrá y alegre el trueco.
Haz pues que, así como el contexto unido
Mandas que con el método se abrace,
Que excluye la ignorancia y al olvido,
Enrede lo historial desde que nace
Hasta que la catástrofe risueña
Con sutil discrecion lo desenlace.
Y pues que á la instruccion moral se empeña,
No traiga para ejemplos de la vida
Los que algun delirante enfermo sueña;
Que ni la plebe es bien que se despida
Despues que te prestó grato silencio,
Si no desesperada, desabrida.
Yo aquellas seis ficciones reverencio
(¿Cómo que reverencio? que idolatro)
Que en sus cinco actos desplegó Terencio.
Cierra la tuya al uso, en tres ó en cuatro;
Que si ella, ya con risas, ya con lloros,
Los afectos nos purga en el teatro;
Si en lenguajes mas claros que sonoros
Discurre bien con prosa en metro inserta,
Si guarda á las figuras sus decoros,
¿Hallará alguna impropriedad la puerta,
Para descomponer lo que compones,
O por abuso ó por descuido abierta?
Ánimo pues, y para que en los dones
De tan raro inventor su gloria heredes,
Fúndate en verisímiles acciones.
No en la selva al delfin busquen las redes,
Ni al jabalí en el piélago los canes;
Pues que en sus patrias oprimirlos puedes.
Segun lo cual, no quieran los galanes,
Aunque traten, ó incautos ó sutiles,
Con rameras, con siervos ó truhanes,
Envilecerse entre plebeyos viles,
Sin descuento; ni príncipes ni reyes
Aplebeyar los ánimos gentiles.
Tú sin gran causa no los aplebeyes
Tanto, que á sus acciones y á sus famas
Prefiera un siervo infiel que les dé leyes.
Y no aleguen á Séneca las damas
Ni á Marcial, si tal vez por travesura
No fisgan de sentencias y epigramas.
Y esto de introducir una figura
Que á solas hable con tardanza inmensa,
¿No es falta de invencion y aun de cordura?
Dirán que así nos dice lo que piensa,
Y lo que determina allá en su mente
(A mi entender), ridícula defensa.
¿No es fácil de inventar un confidente,
A quien descubra el otro del abismo
Del alma lo que duda ó lo que siente?
Soliloquio es hablar consigo mismo;
Pero, aunque no conversen dos, burlona,
Quiso Grecia llamarle dialogismo.
¿Quién no se burlará de una persona
Que, sin oyente, sobre algun suceso
En forma de diálogo razona?
El de Fedria por Táis fué un rapto expreso;
Mas los de Plauto en su comedia vieja,
¿Quién los escucha, que no pierda el seso?
Si airado un padre forma llanto ó queja,
No para provocar el pueblo á risa,
Le interrumpa el plebeyo, que graceja;
Que si nuestra piedad, por tan precisa
Obligacion, socorre al afligido,
Como naturaleza nos lo avisa,
¿Quién hay tan falto del comun sentido,
Que, por gusto de un chiste y de un apodo,
Ver quiera un noble afecto escarnecido?
Haz al fin que el lugar, el tiempo, el modo
Guarden su propriedad; porque una parte
Que tuerza de esta ley destruye al todo.
Este precepto asaz desobligarte
De otros muchos podrá, con que prudente
(Y aun pesada tal vez) nos cansa el arte.
Pero ningun poema tuyo intente,
Luego como se copie ó se concluya,
A la pública luz salir reciente.
¿No le diste tú el ser? No es obra tuya?
Pues espere á que en tí aquel amor tierno
De la propria invencion se disminuya.
Severa ley, mas hízola el gobierno,
Sagaz, para entibiar al apetito
Del anciano Parnaso y del moderno.
Es la lima el mas noble requisito;
Y así, no peligrando la sustancia
Del verso deliciosamente escrito,
Refórmele su pródiga elegancia,
Como el gran Venusino lo dispuso
(Por mas que á sus secuaces la ignorancia,
Cuando ciñes lo ocioso y lo difuso,
Para dejarlo adelgazado y breve,
Diga que formas de una lanza un huso);
Que aun limado con arte, es bien que pruebe
A pasar por las dudas y opiniones
Que el cuidado segundo al honor mueve.
Bórralo con crueldad, no te perdones;
Pues con gozo has de ver cuánto mas vale
Lo que durmió en los próvidos borrones.
Saldrá de ellos tan puro, que se iguale
Con el rayo solar, que el aire dora,
Cuando mas limpio de las nubes sale.
Y porque un sábio todo lo mejora,
A lo que otro Aristarco aconsejase
Te quisiera yo ver atento agora;
Y que, dejada la suprema clase
Que ocupas, te fingieras menos diestro,
Para que con imperio te exhortase;
Que á su escuela de niños ya un maestro
Dijo: «Si deteneis en la memoria
Que aquí llorais en beneficio vuestro,
»Al rigor con que os trato dad la gloria,
Pues no aguarda que el látigo castigue
Lo que pudo enmendar la palmatoria.»
Bien ves que si al principio se consigue
Que no engendre opinion la fantasía,
Que á deponerla á tu pesar la obligue,

Es por la viva voz, cuya energía,
Mas que el precepto, al proprio amor convence,
O al desengaño le dispone y guia.
Y para que despues no te avergüence
Su afecto, es menester domarle cuando
A descubrir su adulacion comience.
Sócrates con Theeteto conversando,
Ya fuese por halago ó por castigo,
En su ironía misterioso y blando,
«Yo (cuentan que le dijo), dulce amigo,
Nací de una comadre, cuya suerte
Y á cuyo ejemplo el mismo oficio sigo.
»—¿Eso (le replicó) pudo exponerte
Al ejercicio de un vulgar cuidado,
Que tus contemplaciones desconcierte?
»¿No eres tu aquel filósofo elevado
Gloria de Aténas?» Él con rostro entero,
Y contra su alabanza pertrechado,
Dijo: «Ella fué partera, y yo partero,
Y como ella en los partos materiales,
Yo en los del alma con piedad severo.
»Y pues para que á luz salgan vitales,
En la capacidad de mi juicio
El arte y el amor corren iguales;
»Si con las dos potencias beneficio
La preñez del espíritu estudiosa,
Con fruto me entregué al materno oficio.
»Ella y yo, al fin, por ánsia fervorosa,
Y casi natural de estas pasiones,
Nos lamentamos de una misma cosa.
»Ella, en las vigilantes ocasiones,
Y cuando por sacar nota indecente
Algun recien nacido en las facciones,
»Con industriosos dedos, blandamente,
Su forma á la nariz restituia,
A la barba, á los labios ó á la frente.
»Si la parida acaso lo entendia,
No es fácil de creer cuán como fiera
A la piadosa mano se oponia;
»Sin permitir jamás (ni á tal partera)
Que acrecentase gracia ó suplemento
A lo que ella parió, aunque mónstruo fuera.
»Así en los partos del entendimiento,
Si él no lo estorba, hasta en la infancia ayudo,
Y las industrias de mi madre intento.
»Pero ¿cuál vez, si lo afectado ó rudo
Probó á enmendar mi mano, la paciencia
Del indiscreto amor sufrirlo pudo?
»De aquí, por no irritar su complacencia,
Escarmentando en su aversion, despido
O templo mi oficiosa diligencia.»
Esto dejó con gloria referido
De Sócrates Platon. Tú ahora añade
Cómo quedó aquel griego persuadido.
Nota que, aunque la regla nos agrade,
Siempre queda en los ánimos mas firme
Lo que la viva voz nos persuade.
Yo, no por incapaz, llego á eximirme
De estos juicios, si no por experto
En el daño á que pueden reducirme.
Es libre el proprio amor, y estoy tan cierto
De que la correccion tiene por dura,
Que no sin mi provecho la divierto;
Que aquella su humildad, si bien se apura,
Cuando los propios versos comunica,
Mas pretende alabanza que censura.
Mas presuma de si la vena rica,
Y la humana piedad no se entremeta
(Si no quiere cobrar nombre de inica)
En no le permitir muerte indiscreta;
Sea el echarse un lazo á la garganta,
Por esta causa, lícito al poeta.
Mientras que con la ciencia se levanta
Apolínea tu espíritu fecundo,
Por dotrina y modestia á gloria tanta,
Que sus leyes mejore, y docto el mundo
Te ofrezca el primer lauro, pues no cabe
Ya el gran principio en el honor segundo;
Y en la academia fiel, que probar sabe,
Como el águila el parto á luz mas viva,
Sócrates fervoroso las alabe,
Y admirado Aristarco las reciba.

DE DON FERNANDO DE AVILA Y SOTOMAYOR.

Cuando á las cosas públicas atiendes,
Y el peso que en tus hombros se repara,
Tal vez con plectro heróico lo suspendes;
Si el tiempo á estas acciones les robara,
Con prolijo sermon, maestro mio,
Contra la utilidad comun pecara.
Brevemente usará mi afecto pio
De aquella libertad que los romanos
Daban al siervo en el diciembre frio.
Y en este, que á los montes sevillanos
De su follaje los desarma, quiero
Ociosa ocupacion dar á tus manos.
Quisiera mas que me debiese Ibero
Que á tu trompa los griegos y latinos
Reconociesen el metal severo.
Y que segunda vez capitolinos
Agones viesen que te cede Estacio
El lauro en sus discursos peregrinos.
Y la censura crítica de Horacio
En su pureza confesase ociosa,
Y las leyes del luengo cartapacio,
Si, ó mi pluma, que apenas temerosa
Se levanta del polvo de la tierra,
Cuanto quiere pudiera generosa,
O aquella alteza que tu Euterpe encierra
Admitiera las cortas alabanzas
Que su imperiosa majestad destierra.
Tú solo pues, que su grandeza alcanzas,
Puedes, enriqueciendo las edades,
Chancelarles sus justas esperanzas.
Que vinculada en las posteridades
Su doctrina eternicen y tu nombre
Cuanto abrazan Bengala y nuestro Gádes.
Sube esa luz al monte, pues el hombre
No solo nace para sí; que nace
Tambien para el república renombre.
El silencio en olvido satisface;
Y mientras sepultados en su esfera,
Al vicio y la virtud iguales hace,
¿Qué fuera de Maron? Dime, ¿que fuera
En este siglo la troyana historia,
Si el fuego descortés la consumiera?
Ni ¿qué durara la Romúlea gloria,
Si el silencio á sus méritos obstara
Secrestando envidioso su memoria?
Pues ni el soberbio mármol que prepara
Roma, y con notas públicas cincela,
A las rudas Piérides compara.
Ya escucho que tu mente se desvela
En ver por dónde puedas evadirte,
Eludiendo esta accion con tu cautela.
Dirás que ¿cómo puedes eximirte
Del diente de la envidia venenoso,
Cuando mas intentáremos subirte?
Que el que viviendo agrava estudioso
Al suyo, los ingenios inferiores
Abrasa con su luz al envidioso.
Y porque estos indómitos errores
Doma el supremo fin, hipotecados
Dejarás á esta accion tus sucesores.
¿Qué tú temes? ¡Oh tiempos depravados!
Pero si alcanzo tu excepcion, que es fuerte
Y que pide consejos acordados,
Mi réplica no es débil, si se advierte
Cuánto en los ignorantes que te arguyen
Es mejor que aplaudirte, reprenderte.
De aquellos que en escuelas distribuyen
Cuanto en doctas vigilias adquirieron,
O en cultas academias restituyen,
Los sábios justamente se temieron,
Y estos todos su lima judiciosa,
A tu voz reverentes, abstuvieron.
Dale pues á tu edad, por tí gloriosa,
Que, de la eternidad favorecido,
Tu nombre esculpa en lámina famosa;
Y mientras altamente divertido,
Tus mayores estudios desempeñas,
Permite estos menores al sentido,
En tiempo que por mármoles y peñas
Oculta ó fugitiva la elegancia,

Si se atreve á hablarnos, es por señas;
Que ya por avaricia ó ignorancia
No hay ingenio, no hay arte, que no afrente,
Si no se mezcla en pública ganancia.
Pues no hay árbol, no hay rama que, obediente
Al rígido precepto, entre las hojas
No lleve cierta su pension pendiente.
Y tú, Castalia selva, te despojas,
Mendiga, la deidad, y de tu seno
Las musas por inútiles arrojas.
Y conduce un gitano al bosque ameno,
Y extiende por sus templos sus alhajas,
Por cofres un cofin, por cama el heno,
Y en tiempo que hace á los oyentes rajas
Codro, que como tú lo solemnizas,
Les fuerza á que confiesen las ventajas
Del nombre que en tus versos eternizas;
No oprimas en tí mismo tu alabanza:
Tarde llega la fama á las cenizas,
Tarde se cumple en ellas la esperanza.

RESPUESTA DE ARGENSOLA.

¿El título me das de tu maestro,
Fernando? ¿Quién dirá que adula tanto
La esperanza mayor del siglo nuestro?
¿Soy el que á Troya debeló en el canto,
O el que con voz no menos poderosa
Al Tibre trasladó el honor del Janto?
¿Qué le guardas á Píndaro, á quien osa
Nadie emular, ó al sábio por quien Clio
La cítara de Tébas dió á Venosa?
¿Tú, para hablarme, tú, cuyo albedrío
Sin ley podrá obligarme á leyes tales,
Que no admitan excusa ni desvío,
De aquella libre permision te vales
Que en Roma dió á sus siros y á sus getas
El rito de las fiestas saturnales?
Si no te ignoras, ¿qué ocasion respetas?
¿No sabes que usarás de tu derecho
Siempre que mi obediencia te prometas?
Señor, no mas, y agora satisfecho
Oyeme una verdad, que, aunque sencilla,
Hierve en sí misma por salir del pecho.
Mas, pues no ha de inducir la maravilla
Que tus versos, ni orar con el coraje
Que en tu prosa á Demóstenes humilla,
Sufre que yo de los coturnos baje,
Y pueda mi respuesta sin cuidado
Trágico hablarte en familiar lenguaje.
Siempre mi ingenio fué á sus ócios dado,
Y hoy, si el impulso proprio no le mueve,
Ni á volar ni á salir le persuado.
Bien podrá ser que su eleccion lo eleve;
¿Qué su ambicion? Jamás, aunque venera
Grandes aplausos, que á la fama debe.
Y toda la vitoria le debiera,
Si así como esparcir sus versos pudo,
Darles arte y espíritu pudiera.
Si á los archivos con la pluma acudo,
Donde la historia yace, como el oro
Allá en sus venas inocentes rudo,
Cuando él me la investiga, la atesoro
En las elocuciones de la prosa,
Léjos de todo número sonoro.
Pero no (bien que crece numerosa)
Con otra dimension, ni el plectro amigo,
Que en sorda trégua á su favor reposa,
Agravaron las artes, ni conmigo
La utilidad comun se desempeña
En los luengos anales que prosigo.
Y sé que la ignorancia me desdeña,
Como la contumaz sofistería,
Resuelta en sí, de que acusando enseña.
La de Aristarco me asaltó algun dia;
Y aunque el temer la envidia es arrogancia,
No le quise negar que la temía.
Mas dándome á tragar su repugnancia
(De Mitridates próvida cautela),
Convertí los venenos en sustancia.
Ella es, al fin, la risa de mi escuela
Interior, aunque al vulgo satisface,
Cuando en la voz de sus poetastros vuela.
Sin embargo, esa parte, que allá yace,
De mi poesía, y por tu afecto puro
De su cortés benignidad renace,
No espere por presagio muy seguro,
Que el agrado que halló recien escrita
Crecerá, como infancia, del futuro.
Agradezca que el tiempo le permita
Lo que en las tejas al inútil heno,
Que en naciendo lo seca ó lo marchita;
Que de su yerba nunca el puño lleno
Ostenta el segador, ni el que recoge
Las haces de la miés la arrima al seno.
Si me piden que á crítico me arroje
Para darle sazon, será pedirme
Que en fecundar lo estéril me congoje.
Cuando sostuve en otra edad mas firme
Ciencias prolijas, de su estudio ingrato
Pudieron esos versos divertirme;
Mas para ornarlos no pasé ni un rato
Dándoles energía, ó reprimiendo
El follaje ambicioso del ornato.
No moderé á la sátira el estruendo,
Ni añadí consonancias á la lira,
Quitando, y con primor substituyendo,
A ejemplo del pintor, que se retira
Del cuadro que formó, y no bien enjuto,
Con amoroso desamor lo mira;
Cuyo pincel, por reprehendido astuto,
Socorre á la gran arte, que recibe
Del segundo cuidado mejor fruto.
Entrambos beneficios me prohibe
Alta noticia, que en mi pecho oculta,
Para apreciarme los designios vive,
Y desde que mi amor se los consulta,
Y con ser tierno y propio, pende atento
A los que le permite ó dificulta.
No se puede creer, con el aliento
Que contra sí revuelve, y cuán rendido
Se espeja en su interior conocimiento.
En virtud pues de esta verdad, te pido
Que esas mis juveniles diversiones
Condenes al silencio y al olvido.
Por tí, que para honrarme las propones
A la fama, no niego que confuso
He vacilado entre ambas opiniones;
Pero ya con acuerdo lo rehuso:
Cede esta vez; que no por mi mudanza
Desamo la aficion que las propuso.
El que en su centro á conocerse alcanza,
Aun de los sábios alabado, entiende
Lo que infunde en su mente una alabanza,
Y si para no errar, no se defiende,
Siervo de aquella adulacion propicia,
Con sus exhortaciones condeciende.
¿Remitiréme en esto á mi noticia
O al público favor? La atenta dama,
Si su hermosura examinar codicia,
Aunque la envidia y las lisonjas ama
De la opinion comun, para el exámen
¿Ocurrirá al espejo ó á la fama?
Digo pues, de su luz las musas llamen
Mi estilo; pero yo no me suscriba
Contra la persuasion de mi dictámen.
¡Ay que el fervor de la justicia activa
Versos, que ser debieran inmortales,
O les turba el progreso ó les derriba!
Piloto á los manejos sustanciales
Del gobierno en Parténope infinitos
(De aquel génio feliz ¡cuán desiguales!).
Abrasó sus poéticos escritos
Nuestro Lupercio, y defraudó el deseo
Universal de ingenios exquisitos.
Haz cuenta que rompió su lira Orfeo,
Su heróica trompa el grave mantuano,
Y Séneca el coturno sofocleo.
¿Por qué ¡oh mas que la vida dulce hermano!
Autorizaste ejemplos tan crueles
A las vigilias del estudio humano?
O ¿por qué no dan vida á tus papeles
Las llamas que á la ley mortal del ave
Unica, apenas vista, son tan fieles?

Tú pues, Fernando, para el mas suave
Canto de las Piérides apresta
Esa restauracion celosa y grave;
Que al horror de tragedia tan funesta
No podrán, no, acetar los versos mios
Que los sepulte una extincion modesta.
Vanos honores son, que no tardíos,
Esos que noble la ceniza aguarda,
Quizá entre jaspes ó alabastros pios.
Pero ¿cuál bien, si no le esperan, tarda?
O ¿cuál ciega ambicion, por secas flores,
Contra el comun estrago se resguarda?
¿Vivirán mas que el orbe los honores,
Aunque los juzguen la eleccion moderna
Y la antigua á la envidia superiores?
No plugo al que sus fábricas gobierna
(Bien que artizadas por eterna traza)
Establecerles consistencia eterna.
Este gran todo siente, aun cuando enlaza
Con las posteridades las memorias
Que un último suspiro le amenaza.
En tanto, pues, que sigue sus victorias
El tiempo, y por alivio nos consiente
Estos esfuerzos que llamamos glorias,
Cuando á tu devocion me las presente
(O tú con él, por generoso oficio),
Ninguna me será tan excelente
Como hallarme aprobado en tu juicio.

CANCION.

Alabanzas de Zaragoza, en las fiestas del casamiento de Felipe III con la infanta Catalina.

En tanto que nos hace tu esperanza
(Emula de la gloria de tu padre)
¡Oh Tercero Filipo! tan ufanos,
Y en tu edad floreciente la gran madre
Acrecienta temor con tu tardanza,
Y para la quietud de los cristianos
Reposa el mundo en las paternas manos;
Ya Tétis te procure para yerno,
Dios del inmenso mar, y en sacras bodas
Te dé sus ondas todas,
O nueva estrella ya en lugar eterno,
A los dos tardos meses añadida,
Entre Frígone estés, y las siguientes
Brancas del Escorpion; que él, como mira
Desde allá tu valor, en sí retira,
Abrasando, los brazos relucientes,
Y descubre la parte á tí debida,
Mientras está esperando el universo
En cuál parte querrás ser colocado,
Acostúmbrate ya á ser invocado.
Concede el curso fácil á mi verso,
Pues canto la ciudad á quien ha dado
(Para que fuesen para tí seguros)
Augusto César con su nombre muros.
Ya vió aquella felice edad del oro
Próspera la república troyana,
No importunando al cielo con querellas;
Y la bárbara Ménfis se vió ufana
Con sus altas pirámides (tesoro
Inútil y enemigo á las estrellas,
Y en número mayor que todas ellas),
A Grecia la ilustraron sus vitorias;
Mas hoy consideramos las ruinas,
Fábricas peregrinas
Un tiempo, y ya tristísimas memorias,
Adonde no se avergonzó la gente
De postrarse y temer en la presencia
De dioses que compuso el artificio,
Y ofrecer uno y otro sacrificio,
Votos, adoracion y reverencia.
Saldivia, en tí fué el culto diferente,
Porque siempre vió el sol en mas de un templo
Religion verdadera y celo santo;
Y así, suben tus torres, sin que espanto
Les dén Ménfis ni Troya con su ejemplo,
Pues tú, Vírgen, le das auxilio tanto,
Que á la envidia, á la muerte y á la furia
Del tiempo ha de dejar eterna injuria.
Aquí, Vírgen ilustre y valerosa,
Tienes tu carro; aquí tus armas tienes,
Y tus altares son nuestras almenas,
Donde, llamada, á nuestros votos vienes
A mirar cómo el alma paz reposa
Entre tus aras, de cristianos llenas
Desde que vió felices las arenas,
Por ser pisadas de tus vivas plantas,
El gran rio que corre poco espacio
De tu primer palacio.
¡Oh edificio divino! Oh piedras santas!
No llamadas por cítara de Orfeo,
Que un artificio humilde las compuso.
Y aunque es verdad que sola una coluna
De mármol frisa con la misma luna,
No fué el lenguaje al fabricar confuso;
Que fué arquitecto el santo Cebedeo,
Los siete, y mas de un ángel su ministro,
Cuyos cantos resuenan por el llano
Do con el nombre de Ebro corre ufano
(Bien mas que con sus cisnes el Caístro),
Escuchando el del coro soberano
El pequeño arroyuelo, antiguamente
No sufridor de márgenes ni puente.
Pero ¿quién reducir podrá, oh Saldivia,
A número las almas conquistadas
A Dios por el martirio de Daciano?
Contar podrá las ondas alteradas
Y las arenas de la ardiente Libia,
Y aplacar el furor del mar insano,
Primero que el del bárbaro tirano,
Que con mentido nombre de destierro
Las inocentes víctimas condena
A que en gloriosa pena
Rindan los cuellos al contrario hierro.
Mas esperad, oh mártires, que os haga
El santo agricultor en vuestra muerte
La misma compañía que en la vida;
Él, ya con su cabeza dividida,
El árbol destroncado, está mas fuerte.
Al cuello afea la funesta llaga,
Porque en sus manos habla la cabeza;
Mas la de Engracia, con el clavo abierta,
Para el alma gloriosa abrió la puerta;
Y como flor, pisada su belleza,
Fué de mortal amarillez cubierta,
Con cuyos huesos y memoria suya
Ilustras, vírgen, esta ciudad tuya.
Cuando los africanos escuadrones
Tu ciudad por su sueño entran seguros,
Entre los de los ángeles traida,
Y levantada sobre nuestros muros,
Al furor del ejército te opones,
Del sol luciente y de piedad vestida.
El yelmo que tu frente trae ceñida,
Oh Pálas celestial, de estrellas hecho,
Luce y abrasa mas que el mismo oriente.
Tú acaudillas tu gente,
Y ella pelea con el mismo pecho
Que mostró al derribar á los primeros
Soberbios que á Miguel dieron el nombre.
Victoria fué mayor esta, María,
Que la que el sol miró alargando el dia;
Que Dios obedeció á la voz de un hombre.
Mas eran inmortales los guerreros;
Y así, olvidan los bárbaros despojos
Del ejército muerto, mal sembrados.
Ebro corrió sangriento, y en los prados
Halla hoy el labrador los dardos rojos
Y carcajes, estorbo á los arados;
Humilde los ofrece, y á tí adora
Donde antes era muro, y templo agora.
Ultimamente, aquí se desagravia
No poca parte del imperio griego,
Pues mas cobra hoy su rey que robó Troya.
Suenan las trompas, arde el sacro fuego,
Humean los olores de la Arabia,
No queda por salir riqueza ó joya.
La boda se celebra sin que se oya
Estruendo ni rumor de armas contrarias,
Como en el casamiento de Perseo;
Que hoy deciende Himeneo,
Tratando el aire con las plumas varias,

La santa paz de oliva coronada.
¡Oh el mas alegre dia y mas felice
Que pudo dar el tiempo fugitivo!
¿Qué verso habrá, qué espíritu tan vivo,
Que con debido honor lo solenice?
Tú, Vírgen, en tu solio levantada,
Lo manda celebrar debidamente;
Que tu ciudad dichosa á ti atribuye
Este y cualquier suceso que concluye.
Mas ya la noche sigue hasta poniente
A Febo, cuya luz se disminuye,
Y, á pesar de la sombra, es el pasado
Dia con luz mayor continuado.
Ya con augusta gravedad se ofrece
Filipo, y Cárlos con respeto de hijo;
Los dos pueblos confusamente insertos
En comun amistad y regocijo.
La esposa en los estrados resplandece,
Todos de rica púrpura cubiertos.
Mueve el plectro Himeneo, y la garganta
Sonora los nupciales himnos canta.
Danza Isabela, y tú, Filipo, sales
Siguiéndola con pasos desiguales.
¡Oh regocijo y gloria de tu padre!
Y tú, Vírgen y Madre,
Con faz serena este tu pueblo mira
Y la casa real ten á tu cargo.
Aplaca de tu Hijo la gran ira,
Y acabe bien nuestro destierro largo.

ELEGÍA.

En las exequias de Felipe III, celebradas por la universidad de Zaragoza.

No quiero yo cantar, como solia
Cuando el cielo ofrecia la materia
Alegre á Celtiberia para el canto;
Pero, pues en lugar del alegría,
Comun lástima envia á toda Hesperia,
Y la humana miseria puede tanto,
Llorémosla, y el llanto, alumnos pios,
Acreciente estos rios. Suspendamos
En estos ramos tristes y sombríos
Los instrumentos mios,
Con que un tiempo victorias celebramos
Del que agora lloramos. ¡Oh inmutable
Ley y fuerza del hado, que lo fuerte
Es debido á la muerte,
Como lo mas caduco y miserable!
Cortó la inexorable y dura parca
La vida del monarca en cuya mano
Descargó el mauritano Atlante el mundo;
De Alcides indomable funesta arca
En breve seno abarca el peso humano,
De quien tembló el tirano en su profundo
Reino, Alcides segundo, que domando
Mónstruos y ejercitando la saeta,
En el alto Oeta tuvo el premio cuando,
Lo mortal abrasando,
Voló purgado á la region quieta;
Y no menos sujeta vió la tierra,
Antes compuesta por sus justas leyes,
Que de bárbaros reyes
La tiranía domada en justa guerra.
Al mármol pues que encierra este tesoro,
En que de piedras y oro sus mayores
Sacros progenitores resplandecen,
De la heliconia sierra el docto coro
Mezcle con nuestro lloro sus loores,
Y ofrezcan de las flores que allá crecen.
Ya veo que le ofrecen los mortales
Honores celestiales, el piloto
De orbe remoto llega, y los umbrales
Besa de las reales
Fábricas, y en su altar suspende el voto
Que prometió devoto en la tormenta;
Ya los pedazos de la frágil popa,
Ya la mojada ropa
O el cuadro que el naufragio representa;
Que en la furia violenta y prodigiosa
Habrá su luz piadosa descubierto,
Y sacádole al puerto deseado.
Sus banderas presenta victoriosa
La juventud gloriosa, á quien del cierto
Peligro, en el desierto campo, armado
De luz, ha libertado, discurriendo
Misterioso, estupendo combatiente.
Cual por su gente y templo con estruendo
Vino en caballo horrendo
El Macabeo, ó como ya el valiente
Vencedor del ardiente dragon vieron
Nuestras huestes vencer sus enemigos,
Que en los trofeos antigos
Cuatro cabezas bárbaras pusieron.
Tales sus obras fueron, tal su vida,
Que á esperar nos convida tal ventura,
Y proteccion segura su santa alma,
Agora que tuvieron la cumplida
Perfeccion, ya vestida de luz pura,
Con triunfal vestidura y sacra palma.
Defiende pues esta alma madre, oh justo
Filipo, pues tu gusto fué abrazalla,
No con muralla sola como Augusto.
Ese brazo robusto,
Que del ódio civil quiso libralla,
Dígnese de amparalla, pues quisiste
De su familia (hoy huérfana) ser padre,
Y adoptar á su madre,
Ya en oscura viudez llorosa y triste.
Tu hechura soy; asiste y da á tu planta,
Que fértil se levanta, tu influencia,
Para que á tu asistencia deba el fruto.
Si en las letras consiste la paz santa,
Que fundaste con tanta diligencia,
Y te dió cualquier ciencia su tributo,
Ninguna el rostro enjuto muestre al cielo;
Y el laurel por el suelo descompuesto,
Ciprés funesto en su corona, y velo
Negro, que el desconsuelo
Del alma hace á los ojos manifiesto,
Tu imágen alivie esto; venga Fidia,
Cuya arte y la de Apéles y Lisipo
Nos muestren á Filipo;
Demos gloria á la vista, al tiempo envidia.

CANCION.

A Felipe III, despues de haber celebrado las exequias de su padre.

Pues las piadosas lágrimas vertiste
Sobre el mármol que guarda los despojos
Que tu gran Padre permitió á la muerte,
Enjuga, oh sucesor, ya rey, los ojos.
No siempre el Austro esparce lluvias triste;
Que alguna vez sereno las divierte;
Y aunque él en mejor reino, por la suerte
A que le sublimó el fatal suceso,
Que inadvertido nuestro afecto llora,
La mayor causa adora;
De haber el grave hereditario peso
Librado en tí, que á luz ya no secreta
Hornas su centro, y sus esferas mides,
Se alegra como recto y como amante.
Júzguese así que el orbe pasó Atlante
De su cerviz cansada á la de Alcides,
Donde adquirió esplendor cada planeta,
Y su cristal por trabazon perfeta.
Sin crujir ni temblar, corrió mas justo
En la fe de otro esfuerzo mas robusto.
Como envuelve sagaz la fénix nueva
Entre flores lo extinto que resulta
Del fiel incendio, y al honor lo aplica
Del sol, y en funeral manejo oculta
Su breve patria entre las uñas lleva,
Hasta que en puro altar se las dedica;
Muestra despues resplandeciente y rica,
Por donde el Nilo al verde Egipto baña,
Sus esmeraldas y rubíes la cresta;
Luce al aire, y con fiesta
Ejército volátil la acompaña,
Y atónito, los ojos en el cielo,
Deja el cultor el surco interrompido.
Muda señor así el funesto ornato,
Con que tal prenda veneraste grato.

Cese en tus reinos el filial gemido
Por virtud de tu ejemplo; y con el velo
Huyendo el no evitable desconsuelo,
Con las piedras que mas precia el Oriente,
Ciña el oro de Olir tu hermosa frente.
Estos públicos ruegos escucharas,
Aunque á privados lares reducido
En silencio el espíritu escondieras;
Pues por luz natural reconocido,
Y por la que arde en tus virtudes raras,
A obediencia y amor nos confederas.
¡Cuán bien con dulce suavidad moderas
El magnánimo afecto! Ese reposo,
Que en la parte exterior al ócio imita,
Rayos arroja al scita,
Por ajenas discordias poderoso;
Irritado así Dios, dentro del seno
De seca nube suele armar la mano,
Que lanza el fuego sobre los mortales,
Rápido ejecutor de iras fatales.
Otra vez cuidas del sosiego humano,
En tus ideas fácil y sereno
Y de civiles observancias lleno,
La nube expones, no á los rayos solo,
Sino á la luz pacífica de Apolo.
Luego, Filipo, si han de ser tus artes
Asegurar con armas y con leyes
El católico cetro, haz dellas muestra
Contra el orgullo de obstinados reyes;
Tropelle los sectarios estandartes
El rigor de tu celo y de tu diestra,
Y adonde, ya por experiencia nuestra,
No es última del mar la helada Tule,
Ni en clima ó mas vecino ó mas remoto
Respire quien piloto
De la nave de Pedro se intitule,
Sino el romano; empresa reservada
En el cielo á tus años juveniles.
Tal era el que libró de captiverio
Su pueblo electo, y le afirmó el imperio
Saliendo de entre ovejas y rediles
Para herir la cabeza, que cortada
La vió en diez mil vitorias estimada,
Y tu augusta prosapia en otros tantos
Héroes te acuerda sus ejemplos santos.
Mas no anhelen ni crezcan tus hazañas
A imitacion de algunas; que seria
Poner límites breves á su gloria.
Superior se verá tu monarquía
(Sin las tres que hoy le dan tus tres Españas)
A cuantas suenan en soberbia historia.
Presto por nueva y mas feliz vitoria
Tranquilo el mundo, logrará el sosiego
(No fabuloso ya) del siglo de oro.
La tierra su tesoro,
Ni del hierro oprimida ni del fuego,
Dará el robre, torciendo su costumbre
(No sin admiracion), frutos opimos.
Las greyes, por nativo lustre ufanas,
De tirio carmesí ornarán sus lanas,
Y de la zarza penderá en racimos
El néctar, y con fértil mansedumbre
Flores producirá la estéril cumbre.
Y domados los mónstruos, en el orbe
No verá el sol quien tu precepto estorbe.
Mas ya venciendo el ímpetu marino,
Surcan armados leños el Tirreno,
Porque merecen conducir tu esposa,
De quien recibe leyes el destino,
Y el piélago, por órden imperiosa,
Firme tranquilidad en tiempo ajeno.
Y pues con tal medida
Le guardan fe las inclemencias todas,
A sus reinos, ya prósperos, arribe.
Y tú, mi lira, agora suspendida,
Para las sacras bodas,
A los nupciales himnos te apercibe.

EPIGRAMA V (1).

No induce necesidad,
Oh Ram, la gran Providencia
En la humana voluntad,
Aunque ande su omnipotencia
Sobre nuestra libertad.
Con ella vencen los fuertes
En Dios, que les da las palmas;
Porque están, como tú adviertes,
En nuestras manos las almas,
Y en la de Dios nuestras suertes.

SONETO CXI.

A Felipe III, al entrar á reinar.

Como fué á Apolo por los dioses dada
La gloria de poner firmeza en Délos,
Libraron tus magnánimos abuelos
La del orbe en los filos de tu espada,
Introduciendo aquella paz sagrada,
Que, libre de esperanzas y recelos,
Asida á su virtud desde los cielos,
A lo inferior su habitacion traslada.
Quiere, oh gran sucesor, que con tu ejemplo,
Superior fuerza, así las cosas mudes,
Que te agradezca el siglo su mudanza.
Para este fin te siguen las virtudes,
Porque se crie y crezca esta esperanza
Entre las sacras aras de su templo.

CXII.

En la muerte de Felipe III.

Este sí, gran Filipo, que es dominio
Mayor que el que los reinos te asegura,
Pues redujo tu afecto á compostura
Tal, que dió á las virtudes patrocinio.
Aunque se aflija, cándido, el arminio
Por no admitir mancilla en su blancura,
La que luce en tu espíritu es mas pura,
Y su designio superior designio.
Emulo de la angélica pureza,
Triunfó á la sombra del corpóreo velo,
Que pudo reprimir su interna gloria.
Solo el raro espectáculo vió el cielo,
Y con admiracion de la vitoria,
Le humilló la cerviz naturaleza.

CXIII.

Al nacimiento de Felipe IV.

Naces, oh infante, en honra no entendida
Ni sujeta al arbitrio de la suerte,
Pues, en fe de que á Dios plugo escogerte
Para que á la Asia libres oprimida,
Como otra esfera celestial movida
Tu augusta madre por virtud mas fuerte,
Cuando la vida se escondió en la muerte,
Te pone en los umbrales de la vida.
Por tu cetro verá fieles cultores
El gran sepulcro, y cobrará su gloria
El sacro imperio, agora profanado.
Crece pues, no te usurpe la victoria
Tu padre, á sus designios obligado,
Y tú, de generosa envidia, llores.

CXIV.

En la muerte del príncipe Filiberto de Saboya.

No turba nuestro llanto la alabanza
Que hoy suena, jóven real, en la vitoria
Que de la vida ó muerte transitoria
En mejor vida tu virtud alcanza.
Solo se extiende á la fatal mudanza
Del gran principio de gloriosa historia,

(1) A esta décima dió ocasion una plática que tuvo el autor con el doctor Gaspar Ram, arcipreste de Daroca, en la santa iglesia de Zaragoza, varon muy docto, sobre las palabras del salmo CXVIII: *Anima mea in manibus meis semper;* y sobre las del salmo XXX: *In manibus tuis sortes meae,* etc.

En quien de antigua hereditaria gloria
Emula se mostraba tu esperanza.
Pídele á Dios, para lograr la nuestra,
Vitorias de su Iglesia, pues tu celo
Milita ya con armas celestiales.
Será en el orbe general consuelo
Ver que á tu ruego deban los mortales
Lo mismo que debieran á tu diestra.

CXV.

A doña Juana de Pernestain, duquesa de Villahermosa, habiendo perdido un pleito en Aragon.

Si en los sucesos prósperos declina,
Oh Hercinia, la virtud de los mortales,
Y generosa crece entre los males,
Produciéndole glorias la ruina,
Mas debes á la tierra peregrina
Que á la de tus penates naturales;
Así como el mejor de los metales
Debe mas á la llama que á la mina.
Que la felicidad no perficiona
Al alma, aunque le da noble materia,
Donde con vigilancia se ejercite.
Y los mónstruos que guarda Celtiberia
Dignos de Alcides son, el cual no admite
De las manos del ócio la corona.

CXVI.

A la duquesa de Villahermosa, doña María de Aragon, cuando, saliendo de menina, se calzó chapines.

Cuando al amor sus flechas aprestaba
Vuestra hermosa niñez, real señora,
Como quien su vecino daño ignora,
El orbe la defensa despreciaba;
Y así, en las llamas súbitas sacaba
Centella en otro tiempo, incendio agora;
Ya amor subido en alto se mejora,
Para esparcir los daños de su aljaba.
Y porque herir las almas de improviso
Le disminuye al vencedor la gloria,
Noble pregon que se defiendan suena;
Mas como ven que es vuestra la vitoria,
Aperciben los pechos á la pena,
Y niéganlos al importuno aviso.

CXVII.

A la misma señora.

No extraño yo que á la primera ausencia,
Señora, os descomponga el sentimiento,
Porque tanto es mas áspero un tormento,
Cuanto socorre menos la experiencia:
Mas pues concede el mismo amor licencia
Para que se divierta el sufrimiento,
Tenedlo un poco á la esperanza atento,
Y daréis algun ócio á la paciencia.
La mitad de vuestra alma, el dulce ausente,
Volverá presto; que á su afecto puro
Servirán la razon y la fortuna.
Poned la fe de entrambos en seguro,
Formando amor de vuestras almas una;
Que la ausencia no es mas que un accidente.

CXVIII.

Duque, suspende al tiempo la vitoria,
Contemplando en tu edad que el varon fuerte
Del tiempo y de los hados la divierte
En el seno feliz de su memoria;
Ni muere aquel valor que en viva historia
Dió con imperio leyes á la suerte;
Antes ociosa, en paz la misma muerte
Venera los confines de su gloria.
Vibra tus verdes palmas, no concedas
Ócio ni olvido al movedor robusto,
Con que la débil parte fortaleces;
Añada espacios á su edad el justo,
Y en su propio vigor viva dos veces,
Aunque lo nieguen las fatales ruedas.

CXIX (1).

Hoy, real Señora, hasta la impírea esfera
Sube en las alas de tu afecto el oro,
Con tal fe, que al del místico tesoro
Que en Belen se ofreció, emular pudiera;
Fe, á cuyo aplauso en la region primera
Las angélicas mentes forman coro,
Para anunciar con júbilo sonoro
La sucesion que el orbe de tí espera.
El mártir, cuya fiel sangre revive,
Infunda, pues le invocas, el aliento
Que inspira en su prodigio, en tu esperanza;
Que ya naturaleza al dulce intento
De compensar con frutos su tardanza,
Los términos geniales apercibe.

CXX (2).

Pues tu gobierno, mi Fernando, imita
Al de Dios en los orbes celestiales,
Aunque excluya tal vez las judiciales
Plumas, venere la justicia escrita;
Que cuando por su arbitrio la infinita
Dispensa con las órdenes fatales
No les turba los lustres naturales,
Ni el influjo comun desacredita;
Ni tú, si la magnánima epiqueya
Se opone á los derechos que nos rigen,
De su ornato purpúreo los desnudes;
Que, aunque ella tiene altísimo el orígen,
No ha de pensar que las demás virtudes
En su presencia son turba plebeya.

CXXI (3).

Calle sus triunfos la romana historia,
Castro, pues con pacíficas acciones
Su político estado le compones,
Sin que el furor preceda á la vitoria.
Instrumentos fatales de su gloria
Son Castros, como en África Cipiones;
Mas cedan á tu paz sus escuadrones,
Y á nuestras esperanzas su memoria;
Que cuando de la toga te desnudes,
Librarás el sepulcro, en que la vida
Su inmenso amor á los mortales muestra,
Serás despues comun tiranicida;
Deberán los dos mundos á tu diestra
La gran restitucion de las virtudes.

CXXII.

Terreno, en cuyos sacros manantiales
Suele Marte bañar yelmos y arneses,
Y de altas picas las ferradas mieses,
Para volver diamantes sus metales,
No sin emulacion Pomona y Páles
Te libran de influencias descorteses,
Osas dar flores en ajenos meses,
Y el ócio no conoce á tus frutales;
Mas ni tu genio próspero te alaba,
Ni la que armaste juventud robusta,
Como el hijo de Fronto y de Flacila;
Él te da el nombre, oh Bilbilis, de Augusta,
Cuando en la urbanidad flechas afila,
Con que arma el seno de su docta aljaba.

CXXIII.

Aunque en tus naves, ¡oh Bretaña ingrata!
Por el mar de Filipo armada vueles,
Para robar católicos bajeles,

(1) A la condesa de Lémos, doña Catalina de la Cerda, que, siendo vireina de Nápoles, dió una gran limosna para la fábrica de la capilla de san Genaro, obispo y mártir, patron de aquella ciudad, cuya sangre se conserva en unas garrafillas, seca, pero siempre que la ponen á vista de la cabeza del mismo santo queda líquida, como recien salida de las venas, á que aluden las palabras: «Cuya fiel sangre revive.»

(2) Sobre una epiqueya con don Fernando de Aragon, virey de Aragon.

(3) Celebra el gobierno del conde de Lémos, virey de Nápoles, adonde pasó desde la presidencia del consejo de Indias.

Que le conducen tributaria plata;
Por mas que el bronce pérfido combata,
Ó amenace con máquinas crueles,
En Gádes surgirán las popas fieles
A vista de tu herético pirata;
Y pues de tus designios infelices
No infieres los auxilios que te envia
El comun padre, por piedad severo,
Presto á la luz de un vengativo dia
Podrá en tus gentes religioso acero
Confundir setas y segar cervices.

CXXIV (1).

Ya he visto, sábio Andrade, por la gloria
Con que habeis satisfecho á mi argumento,
La que disimulada en el tormento
Responde á la paciencia meritoria;
Que no pidiendo alivio á la memoria,
Tregua al furor, ni á la esperanza aliento,
Desarma y destituye al sentimiento,
Y entonces se corona de vitoria;
¡Oh, qué gran luz nos da nuestra elocuencia
De otras virtudes, que blandiendo palmas,
Ocurren á la fiel tiranicida!
No pida pues paciencia, no, á las almas,
Que absortas deja vuestro canto; pida
Que en aplauso conviertan la paciencia.

CXXV.

Del padre Juan Luis de la Cerda.

El arte falta do el sugeto sobra,
Y el vuestro es tal, Señor, que no me deja
Para miraros levantar la ceja,
Y menos alabar la menor obra;
Un nuevo aliento y fuerza mi alma cobra
Cualquiera vez que os trata, y de su vieja
Vida y costumbre vil así se aleja,
Que con acciones mas ilustres obra;
Si recitais la sátira divina
A vuestra Dafne, de hermosura palma,
En mí se ven de aquel contento señas,
Y á veces vuestra musa peregrina
Tanto se encumbra, que me roba el alma,
La cual dais con que os oigan, á las peñas.

CXXVI.

Respuesta de Argensola.

El pintor raro, á quien el arte sobra,
Aunque açabada la pintura deja,
Vuélvela á ver, y con severa ceja
La acusa, y pone en perfeccion su obra;
Y el que cada año con usuras cobra,
Sembrando en tierra ejercitada y vieja,
No del culto solicito se aleja,
Que con socorros sucesivos obra;
Pero ni la que vos llamais divina
Sátira, ni el laurel, que llamais palma,
Destas dos diligencias darán señas,
Si ya vuestra elocuencia peregrina
No les infunde á las pinturas alma,
Y no cultiva las heladas peñas.

CXXVII.

De doña Catalina de Solís.

Mientras gozamos con igual contento,
Señor Retor, los dias ya perdidos,
En el gusto los ojos detenidos,
No descubrian lo que agora siento;
En esta soledad mi pensamiento
De espacio os mira, libres los sentidos
Desta fuerza secreta, que rendidos
Os da mil pechos, ved el fundamento.
Mi fe os la alabe con silencio cuerdo;
Si todo el mundo tanto amor os tiene,
Grande es la causa de tan grande efeto.
No penseis que os conozco porque os pierdo;
Que alguna vez para juzgar conviene
Apartar de los ojos el objeto.

CXXVIII.

Respuesta de Argensola.

¡Oh sol, que dejas con mortal contento
Los ojos de las águilas perdidos,
Del resplandor suave detenidos,
Hasta sentir la fuerza que ya siento;
Vencido te presenta el pensamiento,
No solo lo inferior de los sentidos,
Pues tambien los demás te trae rendidos,
Que tienen en el alma el fundamento;
Que aunque no juzgo yo por poco cuerdo,
Oh sol divino, al que por gloria tiene
Morir á manos de tan grande efeto,
En huir de tus rayos no la pierdo,
Si á la fe y á su mérito conviene
Ignorar las grandezas de su objeto.

CXXIX.

Del príncipe de Esquilache.

Si á Fílis por qué llora le pregunto,
Que no es del alma su tristeza jura;
Mas yo, por la inquietud de su hermosura,
Que son de amor las lágrimas barrunto.
Llorando niega, y á sus penas junto
Lo que ella siempre desmentir procura,
Sin ver que encubre su infeliz cordura
En cuerpo alegre corazon difunto.
¡Qué pasos da su engaño tan perdidos!
Qué mal se tuerce una costumbre larga,
Pues no la vencen máquinas ni ruegos!
¡Qué poco debe amor á los sentidos,
Si al tiempo que el secreto les encarga,
Juran los ojos contra el alma ciegos!

CXXX.

Respuesta de Argensola.

Si lloró Fili, ó si juró, pregunto,
¿Qué te mueve á inquirir si verdad jura?
Que yo en tí, pues contemplas su hermosura,
Mas que interior curiosidad barrunto.
Silvio, el mas cuerdo, que llegó tan junto
Al daño, si evitarle no procura
Huyendo, cuando apela á su cordura,
Suele quedar en la ocasion difunto;
Y así, pues ves que sigue los perdidos
El que á su afecto la licencia alarga,
Admite los ejemplos y los ruegos.
Huye de lo que aprecian los sentidos;
Que aunque al entendimiento amor lo encarga,
El apremiado gime, y ellos ciegos.

CXXXI.

De Lamberto Iñiguez.

Retor, á la esperanza infiel no aspira
Con fugitivas horas tu Lamberto;
Por conocido, mas que por experto,
De sus falsos halagos se retira;
Dentro de sí con generosa ira
En lo oculto del alma ha descubierto
Que la parte inferior tiene por cierto,
Lo que á mas noble luz ve que es mentira;
Si el sentido aparente gloria alcanza,
Siempre el deseo de mayor le queda,
Por no ser cierto bien la semejanza;
Dichoso será, y rey, aquel que pueda
El desengaño ser de su esperanza,
Y sellar con su imágen la moneda.

CXXXII.

Respuesta.

Si la ambicion, que llega adonde aspira,
No topa el gozo que esperó Lamberto,

(1) Habiendo discurrido el autor con el padre fray Lorenzo de Andrade, religioso de la órden de San Jerónimo, sobre el mérito de la paciencia, y en qué consiste, recibió un papel suyo, en que proseguia doctamente lo que se comenzó de palabra; al cual responde en este soneto.

¿Cuál ingenio, ó por cauto ó por experto,
De la esperanza infiel no se retira?
Corrido estoy de no poder sin ira
Contarte cuán á juego descubierto,
Siempre que me abonó algun bien por cierto,
En la fiel posesion lo hallé mentira.
Si esperado el placer, cuando se alcanza,
Tan otro viene ya, que no le queda
Sino aquella apacible semejanza,
Hágame Dios tan recto juez, que pueda
Echar un lazo al cuello á mi esperanza,
Por falsificadora de moneda.

CXXXIII.

Del padre fray Jerónimo de San José.

¡Oh quién pudiera, superior Leonardo
(A vos en esto superior siquiera),
Arrebatar á la suprema esfera
El vuelo de ese espíritu gallardo!
¡Quién la punta seráfica del dardo,
Que á mi madre abrasó, dulce y severa,
Entre el papel y vuestras manos viera
Arder, lucir, y herir á un pecho tardo!
Esta divina pluma, que briosa,
En la media region florea al vuelo
Con morales discursos provechosa,
Penetre aquesos orbes, arda en celo,
Llegue á la inmoble cumbre, y animosa
Corra del sumo y hasta el sumo cielo.

CXXXIV.

Respuesta.

Si alcanzais de Teresa que á Leonardo
Los dones de su pluma inspirar quiera,
¿La de cuál escritor subió á la esfera,
Oh Jerónimo, en rapto mas gallardo?
Que fije en él su fervoroso dardo
Le pedid, como á madre no severa;
Veréis si quedará, cuando le hiera,
Tibio al intento, ó en las alas tardo.
Volará á diligencia tan briosa,
Que de algun serafin parezca el vuelo,
A quien la caridad suprema endiosa.
Deba, sin este aplauso, á vuestro celo
Que la esperanza de su fe animosa
En posesion se la convierta el cielo.

SÁTIRA.

Traduccion de Horacio: *Ibam forte via sacra.*

Yendo por la via sacra acaso un dia
(Como tengo costumbre), embebecido
Del todo en cierta burla ó niñería,
Encontré con un hombre conocido
Solamente de nombre, que, llegado
A mí, se pára, y de mi mano asido,
Me pregunta, poniéndose á mi lado:
«¿Cómo va, señor mio?» Yo le digo:
«Bien por cierto, Señor, y á su mandado.»
No me dejó por eso, antes comigo
Se vuelve, y viendo yo que me seguia,
Dije primero: «¿Quereis algo, amigo?»
Entonces respondió: «Lo que querria
Es, que me conózcais, Señor, os pido,
Porque soy hombre docto en la poësía.
»—Por eso seréis vos en mas tenido
De mí,» le dije; y procurando verme
Dél con alguna traza desasido,
Comienzo á andar apriesa y detenerme
A hablar al oido á mi criado;
Mas no pudo algo desto socorrerme.
Vínome al punto un trasudor helado
Por todo el cuerpo, y dije: «¡Oh cuán dichoso
Es, Bollano, tu humor y desenfado!»
Entre tanto un momento el enfadoso
La boca no cerró jamás, loando
Las casas de aquel barrio suntuoso.
Como me vió que á todo iba callando,
Dijo: «Ya, ya, Señor, bien os entiendo;
Que apartaros de mí vais procurando.
»No os aprovecha pues; que yo pretendo
No dejaros á vos tan sola un hora,
Y donde vais os tengo de ir siguiendo.
»—Pasado el Tíber voy, le dije, agora;
Y he de ir sin vos á ver un forastero,
Que junto del jardin de César mora.
»—No importa que esté lejos; bien ligero
Me siento, dice, y bien desocupado.
No porfieis; que acompañaros quiero.»
Yo entonces, cual rocin flojo y cansado,
Que echándole la carga, se derrienga,
Estuve por caerme de mi estado.
Él hablar siempre y dalle, agora venga
A cuento lo que dice, ó al contrario,
Al fin comienza así una larga arenga:
«Bien entiendo que en tanto á vuestro Vario
No estimariais, ni á vuestro señor, cuanto
A mí, si yo os tratase de ordinario.
»Porque, pregúntoos yo, ¿quién sabe tanto
De versos y de hacerlos con presteza?
Y ¿quién sabe cantar como yo canto?
»Y ¿quién danza con tanta ligereza?
¿Quién, sino yo, á Hermógenes prudente
Hizo tener envidia á su destreza?»
Parecióme aquí tiempo conveniente
Para atajar su arenga, preguntando:
«¿Teneis padre, Señor, ó algun pariente?»
Respondió entonces con semblante blando:
«No; que á todos los tengo sepultados;
Ninguno ha ya quedado de mi bando.
»—Dichosos, dije, y bien afortunados.
—Yo solo quedo agora; hoy es el dia
Que me está amenazado por los hados;
»Porque, siendo yo niño, un ama mia,
Grande adivina, me sacó la suerte
De un cántaro, y cantó esta profecía:
»—A este niño le dará muerte,
No dolor de costado ó calentura,
No veneno, no tos, no espada fuerte;
»Un parlero ha de ser su sepoltura.
Huya pues de parleros con cuidado,
Y mas cuando llegare á edad madura.—»
Era tarde, y habiamos llegado
Al santo templo de la diosa Vesta,
Y díceme: «Señor, yo estoy citado.
»Esme forzoso parecer en esta
Audiencia. No os me vais, que luego salgo;
No tardaré un momento á dar respuesta.
»—Dios me destruya, amigo, si yo valgo
Para pleitos, le dije, y si tenerme
Puedo en los piés; mirad si mandais algo;
»Que yo voy donde os dije, y detenerme
No seria razon.» Díceme luego:
«Dudoso estoy, no acierto á resolverme.
»Si el pleito dejo, pierdo mi sosiego;
Si os dejo á vos, tambien; no sé qué haga.
—Dejadme, dije, á mí, por Dios, os ruego.
»—No hayais miedo que en esto os satisfaga,»
Dijo; y comienza á andar; yo tras él sigo;
Que el porfiar me es dura y mortal plaga.
Entonces, «¿Cómo os va con vuestro amigo
Mecénas? dice; ¡oh cuán avisado,
Y de gente vulgar cuán enemigo!
»Nadie con él tan bien se ha gobernado
Como vos; pero tengo confianza,
Si haceis que me reciba por criado,
»Que yo seré segundo en la privanza,
Y acudiria á vuestras pretensiones
Tan bien, tan sin descuido y sin tardanza,
»Que á todos los privados y mandones
Desprivaríades vos muy fácilmente,
Sin admitir Mecénas sus razones.
»—Sabed, le dije, que es muy diferente
De lo que vos pensais lo que se usa
En esta casa grande y excelente.
»Allí todo es virtud, ninguno acusa
Al otro, todos viven con contento;
No hay cosa fuera de órden ni confusa.
»Ni el rico al pobre da desabrimiento,
Ni el que es mas sábio á mí me daña nada;
Cada cual tiene allí su proprio asiento,
»—Gran cosa me contais y poco usada,

Me dice, y para mí casi increible.»
Dije: «Pues es verdad averiguada.
»—Poneisme, dijo, un ánsia no creible
De servir á tal hombre.—Pues yo creo,
Dije, segun sois cuerdo y apacible,
»Que con una palabra ó un meneo
Con Mecénas haréis, segun es blando,
Que huelgue de cumplir vuestro deseo;
»Y aunque veréis, cuando lo vais tratando,
Que al principio es dificil y severo,
Lo venceréis al fin, perseverando.
»—Dejadme, dijo, hacer, porque el dinero
Es gran persona, y con algun presente
Un paje granjearé ó algun portero,
»Que me metan en tiempo conveniente
A hablar á Mecénas; y si hubiere
Hoy en hacello algun inconveniente,
»Volveréme mañana, y si supiere
Que está fuera de casa, iré corriendo
A acompañarle al tiempo que volviere.
»Yo buscaré mil trazas, porque entiendo
Que no hay bien sin trabajo, y que conviene
Al negociante nunca estar durmiendo.»
Estando en esto, veis aquí do viene
Fusco Aristio, mi amigo, que entendido
El humor de aquel hombre muy bien tiene.
En juntándonos, «Sed muy bien venido,»
El uno dice al otro. Yo, pensando
Ser dél en aquel trance socorrido,
Tírole de la falda, y apretando
Sus manos con las mias, le hacia
Mil señas con toser de cuando en cuando.
Él con un falso sonreir fingia
No entenderme; yo empiezo á acongojarme
Con cólera y furor, que me encendia.
Díjele al fin: «¿Qué fué lo que hablarme
Quisisteis hoy? ¿Quereis que lo tratemos?
Que agora bien podré desocuparme.
»—Bien, dice, que mañana nos verémos;
Hoy es fiesta solemne entre la gente
Hebrea, y no es razon los enojemos.
»—A mí, dije, ningun inconveniente
Es no guardarla, porque nunca he sido
A tales religiones obediente.
»—Yo sí, porque no soy tan atrevido,
Dijo; y por tanto, perdonadme agora;
Mañana os hablaré, si no me olvido.
»—Oh, desdichada, dije, y triste hora,
En la cual salí hoy á pasearme,
De tantas pesadumbres causadora.»
Al fin él hubo de irse y de dejarme
Con mi importuno, mas al mismo instante
Me vino Dios á ver y á libertarme;
Que acaso su contrario el pleiteante,
Que para entonces lo tenia citado,
Lo vió venir, y con feroz semblante,
«¿Dónde vais vos, tramposo y desalmado?»
Le dijo; y vuelto á mí, me dice: «Amigo,
¿Quereis serme testigo?—De buen grado,
»Le dije; yo os seré muy buen testigo.»
Entonces do el juicio y juez habita,
Forcejando, lo lleva al fin consigo,
Y de una y otra parte anda la grita.
Llévanmelo ante el juez, yo quedo solo,
Acude al vocear gente infinita,
Y así me libró dél el dios Apolo.

CANCION.

Traduccion de Horacio: *O Diva, te potens.*

Oh Diosa, tú, que riges
El agradable Ancio, y nuestros fines
A tu gusto diriges,
Ya desde el centro al sol los avecines,
O ya las triunfales
Pompas quieras trocar en funerales.
A tí el labrador pobre
Con solícitos ruegos te procura,
Y el que su nave sobre
El Carpacio piélago aventura,
De las ondas señora,
A tí, en partiendo de Bitinia, adora.
A tí el áspero Dácio,
Los fugitivos scitas y otras gentes
Temen, y el fértil Lacio,
Madres de reyes bárbaros ausentes,
Los tiranos temidos,
Bien que de rica púrpura vestidos.
No con el pié injurioso
Esta columna firme postrar quieras,
Ni el vulgo en sedicioso
Tumulto al pueblo dé las armas fieras,
Y el que cesaba, vuelva
A armarse, y el imperio se resuelva.
En tu pompa precede
La gran necesidad, que en la cruel diestra
Los clavos, á quien cede
El leño duro, y otros hierros muestra;
Ni falta el gárfio agudo,
Ni el grave plomo, de piedad desnudo.
Hónrate la esperanza,
La rara fe, de un blanco velo toda
Cubierta, á quien mudanza
Jamás de tu amistad desacomoda,
Aun cuando te declaras
Y los soberbios techos desamparas.
El vulgo fraudulento,
La ramera perjura apenas mira
El comun detrimento
Que el pié poco costante atrás retira,
Y en el trance postrero
Rehuye la cerviz del yugo fiero,
A César, que á dar guerra
Va á los britanos últimos del mundo,
Y al escuadron que atierra
Los reinos del aurora, y del profundo
Océano, te ruego
Que nos lo restituyas con sosiego.
Mas ¡qué grande vergüenza!
¿Las heridas no son de los hermanos?
¡Qué infame desvergüenza!
¿Libre pudo pasar por nuestras manos?
¡Qué maldad inventada,
A atrevimiento ajeno reservada!
¿A quién detuvo el miedo
De Dios, que perdonase algunas aras?
¿Cuál hierro estuvo quedo?
Oh tú, que en nuevo yunque lo preparas,
Haz que entre sus saetas
A los árabes dañe y masagetas.

CANCION.

Traduccion de Horacio: *Quid flès, Asterie.*

¿Por qué, Asteria, te afliges,
Pues te restituirán en agradable
Primavera á tu Gijes
Los favonios con soplo favorable,
Mozo de fe constante,
Y de riquezas thinas abundante?
El del Noto arrojado,
En Orico, el furor de las impías
Cabrillas ya aplacado,
Pasa sin reposar las noches frias,
En la molesta casa,
Y no sin muchas lágrimas las pasa.
Que á aficionarle aspira
De su huéspeda Cloe, que lo pretende,
Y que por él suspira,
Y en su fuego la mísera se enciende;
El tercero le cuenta,
Y con mil pruebas la sagaz lo tienta.
Cuéntale de qué suerte
La infiel mujer á Preto, su marido,
Incitó á darle muerte
Temprana, con mentiras persuadido,
Al demasiado honesto
Belorofonte por creer tan presto.
Y que huyendo asimismo
De la Magnesa Hipólita Peleo,
Casi al tartáreo abismo
Lo hundió por contrastar á su deseo;
Y á esta historia añaden
Todas las que á pecar le persuaden,

Él oye mas entero
Que peñascos al ímpetu marino
En el Icario fiero;
Tú pues guardate acá de tu vecino
Enipio, que á tu gusto
No satisfaga mas de lo que es justo.
Aunque en el marcio prado
Ninguno corra con igual destreza,
Ni del caballo osado,
Como él, fatigue y dome la braveza,
Ni quien tan suelto y libre
Nade en el fondo del toscano libre,
Cierra en anocheciendo
Tu casa, y déjate de andar curiosa
Por las calles, oyendo
De las flautas la música quejosa;
Y aunque te llame dura,
Difícil y constante ser procura.

EPIGRAMA VI.

Traduccion de Marcial.

Cloe la sétima vez
Las exequias celebró.
Siete maridos lloró;
No hay tan honrada viudez.
¿Pudo con mas sencillez
Toda la verdad decir?
Mandó en la piedra escribir
Que ella les dió sepoltura,
Y dijo la verdad pura,
Porque los hizo morir.

VII.

Traduccion del mismo.

Cuatro dientes te quedaron
(Si bien me acuerdo); mas dos,
Elia, de una tos volaron,
Los otros dos de otra tos.
Seguramente toser
Puedes ya todos los dias,
Pues no tiene en tus encías
La tercera tos qué hacer.

EPÍSTOLA.

Alonso Ezquerra, á Bartolomé Leonardo de Argensola.

De esta casa del Nuncio propiamente
Habló ya el toledano ilustre vate,
En nada á la de Augusta diferente;
Do por autorizar el disparate
Primero, no por loco me encerraron,
Sirviendo el uno al otro de rescate.
Saludes ni otro bien no se enviaron,
Pues nadie puede dar lo que no tiene,
Ni jamás sus umbrales pasearon.
La queja es la que el campo aquí mantiene;
Y aunque en contra de Astrea son sus voces,
Ella confiesa la razon que tiene.
Dice que los delitos mas atroces
Son los que se cometen á su sombra;
¡Ay, cuán bien sé que esta verdad conoces!
¡Ay, cuántas veces la doncella nombra,
Levantándola falso testimonio!
Quien la debiera honrar el mundo asombra.
Dios nos libre, Señor, cuando el demonio
De religion reviste su malicia,
Que correrá peligro el gran Antonio.
Y es lo peor que sola esta milicia
Es la que se ejercita entre... Mas callo,
Que al quererlos nombrar me dió tiricia.
Hiciéronlo, pudiendo yo estorballo;
Pero sé que es echar al fuego leña,
O arrimar los talones al caballo;
Y sé que con remedio se despeña
El que con libertad dice verdades;
Que la experiencia claro nos lo enseña.
«Tenemos la peor de las edades,»
Dijo tu hermano, cuando con divino
Espíritu lloraba las maldades.
¡Oh, mil veces dichoso aquel camino,
De tantos alabado, mas seguido
De pocos hasta ahora con buen tino!
Dichosa soledad, seguro nido
De las águilas reales, que contemplan
El claro sol con ojo no torcido.
En tus aguas sus fuertes armas templan
Los que de la mentira y del engaño
A espada y lanza la soberbia tiemplan;
Los que buscan el simple desengaño,
Y huyen las colores y matices
Con que el mundo colora nuestro daño;
Los que quieren echar firmes raices
A su quietud, abrácense contigo,
Que á su deseo en nada contradices.
Amada soledad, hazme tu amigo,
Y al punto dejaré, si poseyera,
Todo lo que perdió el godo Rodrigo.
Sácame de los dientes de esta fiera,
A quien el Sábio dió tantas cabezas,
Y arrójame á la mas ardiente esfera.
¿De cuándo acá, Señor, tantas bravezas,
Riendo me decis, ó qué barruntos
Tuvistes vos jamás de estas finezas?
Los tráfagos del mundo en vos veo juntos;
¿Quién diablos os llevó esas parlerías,
O quién os enseñó esos contrapuntos?
Sin duda habréis leido poesías
Del músico de Porras ó Belardo,
Tan celebradas en aquestos dias.
Ya de ese ingenio raro vuestro aguardo
Otro libro devoto y elocuente,
Como el del Conde, que vistió de pardo.
Ya espero que se pare á oir la gente
Un *echa acá la barca* de esa boca,
Que admire de levante hasta poniente.
Paso, señor Rector, licencia poca;
Que sé cómo castiga el papagayo
El que mi libertad ahora apoca.
Aquí, Señor, me toma un gran desmayo;
No puedo mas hablar, falta el aliento,
Dios me lleve á ver nieve de Moncayo;
Que allá declararé mejor mi intento.

EPÍSTOLA.

Respuesta de Bartolomé Leonardo de Argensola á Alonso Ezquerra.

Pues hablar de las cosas propiamente
Es el crímen, Señor, que nos combate,
Cordura es darles nombre diferente.
Llamarémos prudencia al disparate,
Mientras los que por sierva la encerraron
No vuelven á tratar de su rescate.
Antes á la verdad santa enviaron
Desterrada, y su opuesta el cetro tiene,
A quien con pompa y triunfo pasearon.
Mas sufrir y callar, que esto mantiene
La esperanza del justo, y no dar voces,
Pues nadie escucha la razon que tiene.
Andan los buenos entre los atroces;
Mas yo espero gran luz tras esta sombra,
Segun el texto santo que conoces.
Pues no Camilo sin razon se nombra
El que ha de castigar el testimonio
Que tu verdad y tu justicia asombra.
Ahora te hace cocos el demonio;
Mas presto te opondrás á su malicia,
Como se opuso el ermitaño Antonio.
Aunque há poco que sigo esta milicia,
Me puedes imitar; que miro y callo,
Y ando como hombre lleno de tiricia.
Daño hay que crece mas con estorballo,
Como cuando con agua arde la leña,
O con freno la furia de un caballo.
Siendo esto así, ¿cuál lobo se despeña
A decir en tal tiempo las verdades,
Viendo cuán fieros dientes nos enseña?
Vengo á pensar que en todas las edades,
Por algun tiempo el disponer divino
Permitió que venciesen las maldades;
Pero al fin de sus pasos y camino
Soberanos efectos se han seguido,

Que al humano saber quitan el tino.
  Están los pajarillos en su nido,
Y ponzoñosas sierpes los contemplan,
Subiendo por el tronco retorcido;
  Y cuando como músicos se templan,
Sienten los silbos y el vecino engaño,
Y medrosos se pasman y se tiemplan.
  Así en tu nido el dulce desengaño
Gozabas tú, mas viste los matices
De la sierpe que quiso hacerte daño,
  Y no te dejó echar firmes raíces
En la quietud, y hará vivir contigo
La misma ocupacion que contradices.
  Pero confia en tu justicia, amigo;
Que aunque ese tu contrario poseyera
El bien que poseyó y perdió Rodrigo,
  Quedarás victorioso de esa fiera,
Cortarás, como Alcides, sus cabezas,
Y cual él, subirás á su alta esfera.
  Y no tengas por vanas mis bravezas;
Que hoy he tenido yo algunos barruntos,
Que las hacen verdades y finezas.
  Hoy estuvimos yo y el Nuncio juntos,
Y tratamos de algunas parlerías,
Echando canto llano y contrapuntos.
  Mas no se han de contar como poesías,
Pues no eres Filis tú, ni yo Belardo,
Enfado general de nuestros dias.
  El libro te enviara; mas aguardo
Que divise de verde el elocuente
Que lo compuso, su vestido pardo;
  Porque así trae vestida cierta gente,
A quien se parece en seso y boca
Una de las ciudades de poniente.
  Materias grandes, experiencia poca,
Discursos altos trata el papagayo;
Aquí, aquí la paciencia se me apoca.
  Cierto que á muy buen tiempo me desmayo;
Yo espero en Dios que cobraré el aliento
Tambien de la otra parte de Moncayo,
Donde mejor declararé mi intento.

FIN DE LAS POESÍAS DE BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA.

POESIAS

DE

ANTONIO ENRIQUEZ GOMEZ.

COMPOSICIONES VARIAS.

CANCION PRIMERA.

El pasajero.

En el bajel del mundo
(Políticos de estado)
Me embarqué, pasajero del cuidado;
En el mar de Babel me vi perdido,
Y en el golfo del siglo embravecido
Naufragué cuarenta años,
Y espero navegar con desengaños
Los que el cielo quisiere;
Nunca otro bien el pasajero espere.
Surcar el ancho piélago del dia
Y medir deste mar la monarquía
No es hazaña ninguna, si anegado
Se queda el pasajero por estado.
¡Lo que he visto en mi tormenta! Cielos,
Mandad á la memoria
Que no refresque con su triste historia
Al corazon los males que ha pasado.
Quede libre el cuidado,
Pues excusar no puedo
Los lances que me aguardan; yo me quedo
Sujeto á la tormenta rigurosa,
De la que ya he pasado, peligrosa;
No lleve el alma duplicados mares;
Cesen, si puede ser, tantos pesares;
No es justo que tormenta que ha pasado
Al pasajero pueda dar cuidado.
Los que en el mundo navegais, oidme:
Si en alta mar estáis, muy poca vida
Teneis para alcanzar dichoso puerto:
Muchos son los bajíos, esto es cierto.
Si no quereis perderos y anegaros,
Salid á tierra, procurad salvaros;
Que los peces mayores
Se tragan sin conciencia á los menores.
Huid de la tormenta;
Que el mas simple bajel es el primero
Que el mar sepulta fiero.
¡Ay de aquel que engolfado
Es primero sustento que anegado!
Hombre que vas perdido,
Si del mundo te fias,
El bullicio alterado de los dias
Se lleva tu deseo;
¿Adónde vas con tanto devaneo?
Si el tiempo se te pasa en vanidades,
En vano te dijeron las verdades;
No fies de ninguno tu secreto,
Si te quieres preciar de hombre discreto,
Ni al hijo ni al hermano
Dés en vida tu hacienda, pues es llano
Que tu muerte compraste
Cuando de tí, cobarde, no fiaste.
No seas por tu gusto entremetido,
Solicita tu fama,
Sea la honra tu perfecta dama,
Habla poco, sé cuerdo en tus acciones,
Y líbrate constante de ambiciones,
Estudia para tí sabiduría,
Oye con cortesía,
Aconseja prudente como sábio,
Acautélate mucho del agravio,
Huye de ser soberbio y vengativo,
Estudia esta sentencia que te escribo:
«No hagas duelo del necio, ni enemigo
Del que verdad te dice, si es tu amigo.»
No blasones de sangre,
Blasona de virtud; que no hay delito
Mas detestable y feo
Que hacer gala costosa de otro empleo.
Sé piadoso, sé afable,
No seas con los pobres miserable,
No escojas vida de trabajos llena,
Juzga tu causa propia, no la ajena;
Ama la fortaleza y la justicia,
Aborrece la pública delicia,
No mientas en tu vida;
Que la verdad es lámpara lucida.
No fies de traidor accion ninguna,
Y libre te verás de su fortuna.
Ten paciencia en el mar de tu tormenta,
Guárdate de los lazos amorosos
Y visita muy poco á poderosos;
No seas ambicioso de honra vana,
Respeta, como sábio, la edad cana,
No revuelvas los pueblos, ambicioso,
No vivas donde vive el alevoso,
No te emplees jamás en vanidades,
Sepan pocos tu nombre en las ciudades;
Haz, si puedes, amigos,
Y los menos que puedas enemigos;
Sé pasajero, y teme la tormenta,
Y darás de tu vida buena cuenta.
No grites en las calles, no dés voces,
Asienta tus palabras con cordura,
Huye los pasatiempos de locura,
Adquiere por buen modo con qué vivas.
Siendo juez presente no recibas,
No mires en favor cuando juzgares;
Que contra tí será, si le mirares.
No despiertes á guerra los hermanos,
No te conozcan nunca los tiranos,
Sé justo, sé pacífico, sé bueno,
Sea tu vaso de virtudes lleno;
Y si te vieres rico y poderoso,
Sé mas humilde entonces y piadoso.
Si te vieres caido, pobre y solo,

No pierdas el valor ni la paciencia,
No alargues á tus gustos la licencia,
No seas perezoso con tu fama,
No te calientes en ajena llama,
No te dejes llevar del atrevido,
Vé pocas veces al desvanecido,
Huye del que habla bajo con los ojos,
No pretendas de sangre los despojos,
No seas con extremo confiado,
No gastes tiempo con el porfiado,
No pierdas el respeto á los mayores,
No te hagas poderoso con señores.
No te mueras de necio, ni te olvides
Del último decreto de la vida;
Quita de tí la vanidad perdida,
Toma de la mujer pocos consejos,
Acónsejate siempre con los viejos.
No labres edificio suntuoso,
No te acompañes con el que es vicioso;
No vivas con malsin, y si le vieres,
Calla delante dél mientras le oyeres;
No sigas del hipócrita los pasos;
Teme, como prudente, los fracasos,
Y si quieres librarte del agravio,
Vive para morir como hombre sábio.
No tengas cuenta con los revoltosos;
Ama, como prudente, la justicia;
No te valgas jamás de la malicia,
No idolatres el oro,
Quiere mucho el honor de tu decoro.
No dés palabra para no cumplilla,
No desees mandar por maravilla,
No te condenes por dejar hacienda,
Habla con hombre sábio que te entienda,
Y de quien te engañare una vez, funda
En que jamás te engañe la segunda;
Ten cuenta con tu fama y tu conciencia,
Y te hallarás señor de la prudencia.
Echa muy pocas firmas, si pudieres;
No poseas hacienda de otro dueño,
Mira que nuestra vida es como sueño.
Sé limpio de palabras y de lengua,
No agravies en la honra, ni por mengua
De la solicitud pierdas la vida,
Quiere la medicina con medida,
No seas miserable ni severo,
No agravies con poder al extranjero,
No regales tus hijos, ni los mires
Con tanto amor, que llores y suspires;
Y si te quieres ver libre de penas,
No trueques por tu patria las ajenas.
No seas tesorero de palabras
Que ofendan la virtud, no te aficiones
A muchas opiniones,
Pesa tus obras con balanza justa,
Nunca ampares la causa que es injusta;
Sé templado, sé dócil, sé tratable,
Sé en la virtud estable;
No digas: «¡Quién pensara! Quién dijera!»
No solicites superior esfera;
No acompañes al rico, si es tirano;
Huye del lisonjero cortesano.
Armate de virtud, y verás luego
Cómo aguardas la muerte con sosiego.
Socorre al peregrino, al pobre, al solo;
Mete paz entre el prójimo y su hermano,
Al enfermo visita, y deja al sano;
No quieras gobernar por vanidades,
Desmancipa de tí las mocedades,
No hagas fianza por el mas amigo,
No seas con pasion falso testigo.
Si un rico y pobre á tu ciudad llegare,
Visita al pobre, y yerre quien errare.
A las viudas y huérfanos socorre,
No seas la veleta de la torre,
No te rias del mal de tu enemigo,
Y libre te verás de su castigo.
Imagina que el mundo es un palacio,
Laberinto encantado,
Antes de entrar, sepulcro moldeado,
Y por de dentro es un obscuro abismo,
Contagio que procede de tí mismo.
¿Piensas tú que esta vana arquitectura
Es lo que ves? No creas su figura;
Que aunque á tí te parece que se mueve,
Es teatro sacado de relieve.
Ninguno es lo que ves, porque su centro
Es todo vanidad. Si por de dentro,
Pasajero engañado, le miraras,
Espantado de verle te quedaras.
¿Crees que vives? No; que nunca vive
Quien cada hora que pasa
Se va acercando á la inquitable casa.
Vivir no puede quien nació muriendo;
Tú te engañas sin duda, resistiendo
Los golpes deste mar impetuoso,
Y aunque seas monarca poderoso,
No te ha de respetar su lago horrible;
Considera su piélago invencible,
Toma con tiempo mas seguro puerto;
Desta verdad te advierto:
«Mas vale no vivir de confiado,
Que morir, si te coge en mal estado.»
¿Ves los cetros, los lauros, las coronas,
La majestad, el mando, el señorío,
El poder, el valor, el albedrío,
Las púrpuras, las telas, los brocados,
La ostentacion, los siervos, los criados,
La plata, el oro, perlas y diamantes,
Las damas, los amantes,
El regalo, el amor, el galanteo,
Las carrozas, los faustos, el paseo,
Las cortes, las ciudades, los señores,
La fragrancia de Arabia, los olores
En todas las que van corriendo edades?
Pues todo es vanidad de vanidades.
¿Ves el aire, la tierra, el agua, el fuego,
La ciencia, la ignorancia, la hermosura,
El sábio, la delicia, la locura,
El rico, el pobre, el grande, el poderoso,
Los bajeles, el mar impetuoso,
Las naciones, los climas, los estados,
Las sierras, las montañas, los collados,
Los valles, los oficios, las riquezas,
Las fieras, los blasones, las noblezas,
Las guerras, los tiranos,
Los cuerdos, los soberbios, los villanos,
Que corren apostando eternidades?
Pues todo es vanidad de vanidades.
¿Quién imaginas tú que es este mundo?
Es una tabla muda de posada.
Ella te llama, y quédase colgada;
Tú te vas, y él se queda muy ufano
De ver que te engañó tarde ó temprano;
Pues bien, mi pasajero, ¿qué tenemos?
Harás muchos extremos
De verme tan piloto,
Pues aun tengo el bajel y el mástil roto;
Y como estoy, amigo, navegando,
Temo lo mismo que te está aguardando.
No hay que fiar de este bajel incierto,
Que cuando está mas libre pierde el puerto.
¿Entiendes ó presumes que tu vida
Es alguna deidad? No lo presumas,
Mejores son del mar blancas espumas,
Que si se acaban, vuelven á formarse,
En pudiendo las aguas alterarse.
El árbol es mejor, que si es cortado,
Al humor de la lluvia es levantado.
Ya que el bajel se quiebre (el cuerpo digo),
Que es deste mar testigo,
Tu espíritu, que ha sido el pasajero,
Prócurale salvar, pues es primero;
Que cuando al leño el agua le contrasta,
Como se salve el pasajero, basta.
¿Ves el monte mayor sujeto al rayo?
Pues hace burla de tu vida breve;
Que si una vez se cae, le torna nieve;
Pero en tus canas, una vez perdida,
No vuelve nunca con la propia vida.
¡Quién sabe si los mármoles oyeron!
Quién sabe si hombres fueron!
A tierra van, y puede fácilmente
Ser edificio lo que fué viviente,

Y no fuera de daño que la suerte
El polvo convirtiera en mármol fuerte;
Sirviéranos de ejemplo
Un templo que vivió de un muerto templo.
¿Ves las rentas, los tratos, los regalos,
Los aromas, las frutas, los manjares,
Los gustos, los pesares,
Las fortunas, los casos,
Las suertes, los fracasos,
Las dichas, los tesoros,
Las honras, los decoros,
Los carbunclos, rubíes y topacios,
Los alcázares, torres y palacios,
Los discretos, los necios,
Los favores, los celos, los desprecios,
El amor y sus simples necedades?
Pues todo es vanidad de vanidades.
Todos se van, la tierra permanece;
Todos se vienen, y la tierra dura,
¿Quién la vida podrá tener segura?
El mundo es luna errante,
Ya crece, ya es menguante.
Es un mar turbulento y azorado,
Ya baja su marea, ya ha llenado;
Y si alguno abrió con docta llave
Este secreto, el otro no se sabe.
Todas son ignorancias, pasajero;
Y con ser este ejemplo verdadero,
Estamos todos dél tan apartados,
Que pasamos por él á ojos cerrados.
¿Quieres que yo te diga de qué nace
Este descuido? Pues escucha un poco:
¿No has visto delirar sin juicio un loco,
Que, mirando el acierto de algun sábio,
Él se tiene por cuerdo y le hace agravio?
Pues así es tu materia impertinente;
Llega el juicio prudente,
Y cuando forma un lance de cordura,
La vanidad, preciada de locura,
Búrlase dél, y tiénelo por vano;
Alerta, pasajero cortesano,
Cuando te vieres cuerdo no te rias;
Que loco te verás en pocos dias.
¿Quieres ser noble? doyte que lo seas;
¿Quién, di, podrá quitarte la arrogancia?
¿Quieres ser rico? doyte la ignorancia;
Quieres ser liberal? doyte perdido;
Quieres ser docto? doyte sin oido;
Quieres soldado ser? doyte por muerto;
Quieres ser capitan? tenlo por cierto;
Quieres ser general? doyte vencido;
Quieres ser caballero? vas perdido;
Quieres ser duque? ya estás empeñado;
Quieres privanza? ya estás derribado;
Quieres ser rey? ya tienes los estados;
¿Quién te podrá librar de los cuidados?
No hay del arado al cetro mas distancia
Que reinar ó labrar, pero la muerte
A todos trata de una misma suerte;
El que mas presumió de rico y sábio,
Ese cayó mas presto en el agravio;
Quien mas quiso subir, tuvo en su vida
Mas desigual caida;
Quien mas robusto fué murió mas breve;
La confianza es un vapor muy leve;
Lento y sin brio de la tierra sube,
Y cuando se dilata en gruesa nube
Entra el sol (que es el tiempo), y le deshace,
Y lo mismo es el hombre cuando nace.
Este engañoso piélago te llama
Con aparente calma,
Y luego siente su tormenta el alma.
Bien pudieras creer á la experiencia,
Sacando de su error la consecuencia;
La vela de la vida,
Cuando se enciende, viene ya perdida;
En el instante que llegó la llama
Se va gastando el ser, porque se llama
Una luz á otra luz, y cuando quiere
Arder con mas violencia, al punto muere;
Juzga tú si es durable tu sosiego,
Pues vive exhalacion y muere luego.
Dijo un moderno sábio
A la naturaleza, cómo daba
Prision tan dura al alma cuando estaba
Luchando en la materia; pero ella,
Dando satisfacion á su querella,
Le respondió: «Tu engaño
Hoy te puede servir de desengaño:
Mala es la cárcel; mas, con ser tan mala,
Que ninguna le iguala,
Nunca se vió vacía;
Mira si fuera buena, qué seria.
Acomoda el conceto,
Que tiene mucha parte de perfeto.
Hablando con un sábio
Un necio presumido,
Mirándole sin órden el vestido,
Dijo: «No dice bien con vuestra ciencia
Ese trâje.—No traigo la apariencia
(Le respondió el filósofo) adornada,
Pero traigo mi alma bien tratada;
Vos, mi señor, sacais siempre lucido
El cuerpo, y el espíritu perdido.»
No entendió este discurso el ignorante,
Y llevando su tema por delante,
Le respondió: «Mi alma no se viste.»
Y el sábio replicó: «Tú lo dijiste.»
Lo propio juzgo yo de tu ignorancia:
¿Qué importa que tu vida
De larga edad vestida
Esté, si tu conciencia
Desnuda está de la virtud y ciencia?
Cuando se rompa el material vestido,
¿Cómo saldrá tu espíritu lucido?
Claro está que saldrá con el pecado,
Si no roto, manchado.
Alerta, pasajero; la justicia
No se adornó jamás de la avaricia:
Tratar el cuerpo bien, y mal el alma,
Si no fuere tormenta, será calma.
Si conocer pretendes este mundo,
Mira llenos de bienes los tiranos,
Como si fueran dioses soberanos,
Y mira mendigando con pobreza
A los que por virtud tienen nobleza:
A unos les sobra mucho, á otros nada.
¡Oh república grande, gobernada
Por la inmensa de Dios sabiduría!
Esta desigualdad de monarquía
No pretende apurar mi entendimiento;
Quédese para el sábio este argumento;
Que el que mas le ha tratado, ha conocido
Que entró seguro y que salió perdido.
Pasajero, navega con justicia,
No agravies á tu hermano,
Teme á Dios soberano,
Vive bien, sé prudente, sé constante,
Socorre al peregrino, al navegante,
Da para ti limosna al afligido,
No dés al vicio oido,
Habla siempre verdad, ama tu suerte;
Que si hay gustosa muerte,
Tú la tendrás y te hallarás gozoso,
Rico, contento, sábio y poderoso,
Y saldrás del bajel donde has estado
Para puerto seguro y descansado.
Cancion, si larga fuiste,
Sé breve ejecutada,
Enseñando el camino y la jornada,
Y errarla el que la sabe
Será culpa mas grave.
Quien ignora el agravio,
No tiene tanta culpa como el sábio
Que le sabe y vicioso le ejecuta.
Ser vano en la disputa,
Y en las obras soberbio y atrevido,
No es de cuerdo sentido;
Cuando te vieres cerca del engaño,
Vuelve á leer tu mismo desengaño,
Y acuérdate que fuiste
Tú propio el que escribiste
Estas del juicio cándidas razones.
Léelas otra vez; que las canciones

Hechas para el gobierno de la vida
Dan nuevo ser al alma mas perdida.

CANCION II.

Excelencias del retiro en el campo.

Humilde albergue mio,
Líquidos arroyuelos,
Hijos destas montañas despeñados,
Bosque puro y sombrío,
Claros y hermosos cielos,
Eternos reyes destos bellos prados;
Arboles empinados,
Plumajes de colores,
Donde toman las flores
Su alegre primavera,
Apacible ribera,
Claro espejo del dia,
Ya vuelvo á vuestra santa compañía.
Soledades divinas,
Alma del albedrío,
Alamedas, fresnedas y cañadas;
Fuentes, que estáis vecinas
Con la region del frio,
Refrescando las luces luminadas;
Vegas nunca agostadas,
Sotos nunca perdidos,
Valles siempre floridos,
Campañas siempre hermosas,
Azucenas y rosas,
Deste campo alegría,
Ya vuelvo á vuestra santa compañía.
Bulliciosas ovejas,
Manchados corderillos,
Recentales del pecho mas piadoso,
Calandrias, cuyas quejas
Repiten los pardillos,
Trinando con el celo doloroso;
Descanso y sitio hermoso,
Quietud idolatrada,
Arboleda sagrada,
Silencio siempre justo,
Apetecido gusto
Para la pena mia,
Ya vuelvo á vuestra santa compañía.
Fuíme á la corte, y vengo
De mi engaño corrido,
Propio castigo del que os ha dejado;
Con la vista revuelvo
Vuestro sitio florido,
Por ver si estoy en vos ó me he engañado.
Yo no sé dónde he estado;
Que en sí no puede hallarse
Quien pretende ausentarse
Del noble nacimiento;
Pero sin duda siento
Que estoy en vos, pues miro
Que ni lloro, ni peno, ni suspiro.
Descanso de la vida,
Quietud de mi cabaña,
Entré en el mar y vengo mareado;
Mi nave fué perdida
Cuando de la montaña
Entró á surcar el piélago azorado,
Lo que sin tí he pasado
De afrentas y de agravios,
No repiten los labios;
Que fuera en mí bajeza
Ofender tu pureza,
Manchar tu monarquía;
Quietud, no vengo á inficionar tu dia.
Quédate allá, edificio
De babeles formado,
Levantando tus dóricas colunas;
Que tu eterno ejercicio
Es pecar de contado,
Fiado de tus prósperas fortunas;
Quédate con tus lunas,
Tus vientos, tus placeres,
Y porque sé quién eres,
Y de noble me precio,
No trato con desprecio
El que llamas consejo;
Tú me entiendes muy bien; y así, te dejo.
Viva en tí quien desea
La privanza y caida,
Virtudes propias de tu diestra mano;
Viva en tí quien se emplea
En ambicion perdida,
Alma del lisonjero cortesano;
Viva en tu soberano
Albergue quien procura
Muerte menos segura;
Viva en tu altivo nido
Un necio entremetido;
Que yo, sin tu maraña,
Daré hilo vital á mi cabaña.
¡Oh soledades santas
De la vida dichosa.
Gusto, placer, descanso y alegría!
Oh vegetables plantas,
De la edad presurosa
Recreo, pasatiempo y compañía!
Oh fuentecilla fria,
Que murmuras ufana,
No como cortesana!
A todos me consagro,
Y pues sois el milagro
Mayor de mi sosiego,
Goce yo vuestra paz y muera luego.
Aquí vivo seguro
Del trato y del engaño,
Hidras sangrientas de la fe traidora;
Aquí vivo seguro
Del mayorazgo extraño,
Heredero del sol y de la aurora;
Aquí la verdad mora,
Allá, si bien se mira,
Mezclada la mentira
Con la lisonja fiera;
Siempre aquí es primavera,
Y allá todo es estío,
Oh mil veces dichoso albergue mio!

ELEGIA PRIMERA.

Cuando contemplo mi pasada gloria,
Y me veo sin mí, duda mi estado
Si ha de morir conmigo mi memoria.
En vano se lastima mi cuidado,
Conociendo que amar un imposible
Contradice del cuerdo lo acertado.
¿Qué importa que mi pena sea terrible,
Si consiste mi bien en mi destierro?
Decreto justo para ser posible.
Despeñado caí de un alto cerro,
Pero puedo decir seguramente
Que no nació de mí tan grande yerro.
Lloro mi patria, y de ella estoy ausente,
Desgracia del nacer lo habrá causado,
Pension original del que no siente.
Si pudiera mi amor de lo pasado
Hacer de olvido un pacto á la memoria,
Quedara el corazon mas aliviado.
Mas es esta enemiga tan notoria,
Que porque sabe que me da disgusto,
Muerte me da con mi pasada gloria.
¡Oh quién supiera (aun por camino injusto)
Dónde la yerba de olvidar se cria,
Para morir tal vez con algun gusto!
A la Tesalia fuera, y sufriria
(Por borrar las especies desta fiera),
Que me abrasara el que ilumina el dia.
Sin memoria quedara, de manera
Que pudiera juzgar con la visiva
De mas amor y ciencia verdadera.
Pero si quiere el hado que no viva,
Presente esta enemiga lo pasado,
Pues nunca en mi pesar se mostró esquiva.
Bien quisiera, pues lloro desterrado,
Que aliviara de penas al sentido,
Para quedar de su traicion vengado.
Pero querer borrar con el olvido
Los bienes, y los males presentarme,

Ingratitud parece en un rendido.
Si quiere con lo vano deleitarme,
Alentando la fe de mi esperanza,
¿Cómo segunda vez podrá engañarme?
No tengo, no, segura confianza
De ver lo que perdí, ¡qué necio he sido!
El bien que yo perdí tarde se alcanza.
Perdí mi libertad, perdí mi nido,
Perdió mi alma el centro mas dichoso,
Y á mí mismo tambien, pues me ha perdido.
¿Cómo puedo aguardar ningun reposo,
Si el reloj de mi vida se ha quebrado,
Parándose el volante perezoso?
Dejé mi albergue tierno y regalado,
Y dejé con el alma mi albedrío,
Pues todo en tierra ajena me ha fáltado.
Fuéseme sin pensar mi aliento y brio,
Y si de alguna gala me adornaba,
Hoy del espejo con razon no fio.
Mi sencilla verdad, con quien hablaba,
Si la quiero buscar, la hallo vendida;
Dejóme, y fuése donde el alma estaba.
La imágen en el pecho tengo asida
De aquel siglo dorado, donde estuve
Gozando el mayo de mi edad florida.
Una contraria y deslucida nube
Turbar pretende el sol de aquella infancia,
Adonde racional origen tuve.
¡Ay de mí! que perdí (sin arrogancia)
La ciencia mas segura y verdadera,
Aunque algunos la dén por ignorancia.
Perdí mi estimacion, parte primera,
Del cortesano estilo nóble llave,
Adonde el juicio halló su primavera.
Hablaba el idioma siempre grave,
Adornado de nobles oradores,
Siendo su acento para mí suave.
Eran mis penas por mi bien menores,
Que la patria, divina compañía,
Siempre vuelve los males en favores.
Gané la noche, si perdí mi dia;
No es mucho que en tinieblas sepultado
Esté quien vive en la Noruega fria.
Perdí lo mas precioso de mi estado,
Perdí mi libertad; con esto digo
Cuanto puede decir un desdichado.
¡Oh tú, cualquiera bárbaro enemigo,
Fundamento cruel de mi fortuna,
Si gloria quieres, sirve de testigo.
Sin esperanza me dejaste alguna
De volver á cobrar lo que por suerte
El cielo me otorgó desde la cuna.
Conténtate de verme desta suerte;
Que ya no me ha quedado, si me miras,
Mas firme bien que el aguardar mi muerte.
Y si por ella, bárbaro, suspiras,
Ruega que viva, pues viviendo ganas
Las saetas, cobarde, que me tiras.
Salieron, sí, mis esperanzas vanas,
Pues pensando volver á ver mi esfera,
Con la esperanza me llené de canas.
Allá dejé mi alma verdadera,
No vivo, no, con la que allí tenia
(O se ha trocado en otra la primera).
Hallo extranjera la que llamo mia,
Pues veo revelados los sentidos,
Huyendo de tan justa compañía.
Fábula vengo á ser de los nacidos:
No es mucho que lo sea, pues llegaron
A aborrecer verdades los oidos.
No suelen, no, los campos que adornaron
El mayo y el abril helarse al Noto,
Como todos mis miembros se me helaron.
Ni el brazo suele (aunque al honor le importe
Segar con mano fuerte los vitales,
Como mi herida dió sangre en el corte.
No gime entre las selvas y cristales
La tórtola su amada compañera,
Como yo mis fortunas y mis males.
Ave mi patria fué, mas ¿quién dijera
Que el nido de mi alma le faltara,
Y que las alas de mi amor perdiera?
Si pérdida tan grande se alcanzara
Con suspiros, con lágrimas y penas,
Con mi sangre otra vez la conquistara.
Mas ¡ay dolor! que sin piedad condenas
Los lazos que te ha dado la crianza
Adonde nunca tu pasion refrenas.
Entendió mi perdida confianza
Volver á poseer lo que era suyo,
Y cerróse la puerta á la esperanza.
Con justa causa y con razon arguyo
De cobarde al deseo inobediente,
Pues vive cuando de sus brazos huyo.
A penas largas me lloré presente,
No á leves males lastimaba, cuanto
Alumbra ese topacio transparente.
Si mi sepulcro labro con el llanto,
Ofrézcase en las aras de su pira
Tan continuo pesar y dolor tanto.
A los aires enciende, si suspira,
Mi corazon, pues de centellas lleno,
Líquidos Etnas por los ojos gira.
Si estuviera el sentido tan ajeno
Como lo está de recobrar su fama,
Pudiérase beber este veneno.
Mas ¡ay de mí! que en la extranjera llama
Aun no soy mariposa, que muriendo
Goza la luz de lo que adora y ama.
En diferente clima entré riendo,
Imaginando, como tierno infante,
Que era mi patria la que estaba viendo.
Halléme rodeado en un instante
De mas babeles que en Senar compuso
El soberbio rigor de aquel gigante.
Hallé mi cuerpo convertido en uso;
Que el que muda de patria, decir puede
Que á mudar de costumbre se dispuso.
Si en los frases y términos excede
El propio al extranjero, su idioma
Por guerra babilónica me quede.
Bien la patria perdida el brio doma,
Pues cuando se acredita el movimiento
De lo que fué, ni aun los amagos toma.
Hablo, y no me entienden, y esto siento
Tan sumamente, que me torno mudo,
Barriendo sin fe mi entendimiento.
Y si á vengarme del agravio acudo,
El mas vil de la tierra le deshace
A la paciencia su divino escudo.
Ninguno de razon me satisface,
Todo es á fuerza de pasion tirana
Cuanto conmigo la malicia hace.
¿Quién de mi patria santa y cortesana
Me trujo á conocer diversas gentes,
Ajenas de la mia, soberana?
No hay mas seguros deudos ni parientes
Que las piedras del noble nacimiento,
Que son siempre seguros y obedientes.
Cuando me paro á contemplar de asiento
Lo que al presente soy y lo que he sido,
El ánsia se me dobla y el tormento.
Cuando me veo solo y perseguido,
Reparo si yo soy el que merezco
La imágen de mi ser en tanto olvido.
Y si me llaman, sin sentido ofrezco
La vista al hombre, hallándome engañado
De ver que aun á mí mismo me parezco.
Si me recuerdan mi perdido estado,
Como si algun letargo me dejara,
Respondo con semblante alborotado.
Y si en mi rostro el sábio reparara,
Leyera en letras de color de cera
La pasion del espíritu en mi cara.
Perder la libertad, ¿quién lo sufriera,
Sino la ley de honor, que siempre ha sido
En el honrado superior esfera?
Bien pudiera volver favorecido,
Mas éso fuera bueno si llevara
Lo mismo que saqué del patrio nido.
Si con volver mi fama restaurara,
A la Libia cruel vuelta le diera;
Que morir en mi patria me bastara.
Pero volver á dar venganza fiera

A mis émulos todos, fuera cosa
Para que muerte yo propio me diera.
Ampáreme la mano poderosa;
Que con ella seguramente vivo
Libre de esta canalla maliciosa.
Bien sabe el cielo que con sangre escribo
Del corazon estos renglones puros;
Que al fin el cuerpo es animal nocivo.
Él no puede seguir estos seguros
Dolores del espíritu, que el alma
Los llora dentro de sus propios muros.
Y pues se queda mi destierro en calma,
Tomen ejemplo en mí cuantos pretenden
En tierra ajena vitoriosa palma;
Que no hay segura vida
Cuando la libertad está perdida.

CANCION III.

Al engaño de la naturaleza.

Naturaleza, averiguar pretendo
Quién soy, porque me dice mi pecado
Que estoy de vanidad alimentado.
Pongámonos á cuentas los dos solos;
Que cuanto he visto por entrambos polos
Hallo ser vanidad de vanidades;
Desnudemos de engaño las verdades,
No estén cubiertas con el velo humano.
Yo soy hijo de Adan; no dés de mano,
No te retires, vaya de argumento,
Que te quiere apurar mi entendimiento;
Armate de cordura y de paciencia,
Que he de saber quién soy con evidencia.
Para que yo saliese á ver el dia,
Un hombre me formó su semejante;
Hombre fué al fin, pasemos adelante.
¿De qué materia, dime, salí al mundo?
De un misto natural, y este fué inmundo.
Si pues perdió la fuerza que tenia,
Volviéndose tan otro, que á porfía
El contagio luchó con lo apartado,
Venció la privacion, quedé formado,
Concurrieron los simples elementos,
De modo que apurados tus intentos,
De materia dañada me formaste;
Bien digo yo que en todo me engañaste.
Nueve meses anduve en la clausura
Maternal, cuyo albergue me escogiste
Por darme antes de ser, prision tan triste,
Que aun extender el brazo no podia;
Fué como tuya aquesta monarquía.
Llegó la hora de salir al mundo
(Aquí tu ingratitud con razon fundo),
Pues me arrojaste á fuerza de rigores
En el lienzo comun de los dolores;
Y apenas en el suelo maltratado
Me vi, cuando notando mi pecado
Al encender la vela del aliento,
Regocijé con llanto el nacimiento.
Tan rudo me pusiste en este mundo,
Que el alma racional, en tí ahogada,
Conoció lo cruel de la posada;
Mirábanme los que nacer me vieron,
Y de verme tan simple se rieron,
Como si el que nació mas peregrino
No hubiera ya pasado este camino.
Tan bruto fuí notando tus agravios,
Que no quité sustento de mis labios,
Y tú, por obligarme á nuevos daños,
En pié me colocaste con los años;
Cuya privanza ha sido tan subida,
Que me va señalando la caida.
Dióme el tiempo lugar de conocerte,
Y la tierra, que es miembro de tu vida,
En vez de darme la recien venida,
Dijo: «Sírvete tú, si vida quieres;
Que en el mundo los bienes y placeres
Entran con la libranza de los gustos,
Y acaban siempre en pagos de disgustos.»
Cultive la labranza su aspereza,
Y cuando yo entendí que su nobleza
Me pagase el trabajo de contado,
A un año me remite lo labrado,
Por cada espiga me ha llevado un dia;
Mira si me costó mas que valia.
El agua apeteció mi sed forzosa,
Y díjome la tierra: «Vé á buscalla;
Que aunque la tengo en mí, no puedo dalla.
—Dámela, dije, porque el daño atajes.
—No puedo darte el bien sin que trabajes,»
Me respondió. Yo entonces enojado,
Herí la tierra, y un arroyo alado
Exhalacion corrió de nieve y hielo.
Enfadóse de mí, visitó el suelo,
Volteando las peñas de manera,
Que le vi por su misma vidriera,
Costándome beber de su elemento,
Cada gota la parte de mi aliento.
Parecióme tratar con mis iguales,
Busqué amigos, y erré donde vivian;
Todos mis pensamientos me decian:
«Confia en tu verdad, no en tus amigos;
No busques á tu vida mas testigos.»
Burléme de este aviso, y al instante
Halléme tán al cabo de ignorante,
Que todos mis secretos vi perdidos.
Burlábanse de mí los entendidos;
Pero fueron tan pocos estos sábios,
Que entiendo que los vi por mis agravios;
Y con gastar mi vida en conocellos,
Diera agora la misma por no vellos.
Dije, ignorando: «La riqueza quiero,
Porque el descanso viene con el oro;
Yo he de ser gran señor con un tesoro.»
Embarquéme en la nao de codicia,
Vendí por poco precio la justicia,
Conquisté el interés, surqué los mares,
Amontoné tesoros á millares,
Y halléme con la barba tan nevada,
Como la misma plata conquistada.
Yo, que nevada vi mi edad postrera,
Dije: «Yo he de comprar otra primera,
Que puede ser que el oro me la mude;»
Y queriendo trocalla, nunca pude.
Estudié, cuando mozo, muchas letras,
Y viéndome en la edad de la cordura,
Quise buscar la ciencia mas segura;
Aconsejéme con la teología,
Los casos vi de la filosofía,
Consulté de lo astrólogo lo errante,
Vi de la medicina lo elegante,
Disputé lo moral con excelencia;
Y vi tanta opinion en cada ciencia,
Que me dijo mi propio entendimiento:
«Obra mas bien y deja el argumento.»
Y hallé entonces, temiendo condenarme,
Que la ciencia mayor era salvarme.
Quise labrar jardines y palacios,
Y afané con la vana arquitectura
Por lograr con alcázar mi ventura;
Satisfice mi sed necia y cansada,
Y despues que la obra fué acabada,
Le dijo á mi soberbia la justicia:
«Buena casa te ha dado la codicia;
Necio, ¿qué has hecho? Lo que aquí has gastado
A la viuda y al pobre lo has quitado.
O vende casa ó busca nueva vida;
Que el alcázar que tienes prevenida
No te puede faltar, y esta es prestada,
Con el título propio de posada.»
No me quise enmendar, porque decia:
«Buena disposicion de vida tengo;
Yo no me voy del mundo, ahora vengo.»
Sopló la gula el aire contagioso,
Dióme una fiebre, y sin tener reposo
Llamaba á la salud, no conocida
Cuando se goza, no cuando perdida;
Veniste tú, naturaleza, luego,
Roguéte que aplacases tanto fuego,
Y tú dijiste: «Con limosna vive,
Y á nueva vida alegre te apercibe;
Que la que yo te he dado, sopló el viento
De la vejez, y ha muerto de su aliento.»
Hombres, naturaleza me ha burlado;

Y así, lo poco que de vida tengo,
Quiero que el desengaño que prevengo
Hable por mí: debajo del sol nada
Hallé de nuevo, andando mi jornada;
Todo lo hallé con vanidad y agravios,
Como me dice el Sábio de los sábios;
Debajo del planeta luminoso
No hallé firmeza, gusto ni reposo.
Alerta, pasajero peregrino,
Vive para morir, toma el camino
De la ley en la mano; que con ella
Será benigna tu contraria estrella.
De la naturaleza no te fies;
Que no te ha de valer su compostura,
Ni del mundo la vana arquitectura;
Tu trabajo es tu parte, pasajero,
Y el pobre tu seguro marinero.
El precepto de Dios, si lo guardares,
Será el íris volante de estos mares.
Tu hermano soy, y no hay mejor soldado,
Que el que del mundo ha sido acuchillado;
El escarmiento soy, este te dejo,
Porque no puede haber mejor espejo
Que el que el alma presenta á la memoria,
Para que otro consiga la vitoria.
Mis tesoros, palacios y riquezas
Desde este tribunal estoy mirando,
Y al paso que me voy se van quedando.
¿Para qué amontoné tan grande suma,
Si me va deshaciendo como espuma
El tiempo, y le gasté mal empleado?
Solo llevo conmigo lo que he dado,
Lo demás gozarán mis herederos,
De modo que me dieron los dineros
A logro irremediable y conocido,
Tan cauteloso como fué admitido,
Y con contarme hasta el postrer bocado,
Aun con la vida, cielos, no he pagado.
A la memoria traigo lo que he sido;
Lo que soy ya lo ves, y voy buscando
Lo que seré, y el alma está ignorando
Adónde le darán otra posada;
Pero, como al Señor es reservada,
Solo pide perdon de sus pecados.
Alerta, corazones descuidados:
Desplomada esta fábrica, parece
Que por su vanidad se desvanece.
Quien polvo fué pretende conocelle;
Subíme á la soberbia por no velle,
Y como la soberbia es aire vano,
Hizo que le buscase mas temprano.
Cancion, imágen de la vida breve,
Y ya del desengaño claro espejo,
Como le sabes dar, toma el consejo,
Quédese en tí, pues que de tí ha salido,
Y no le oculte el tiempo ni el olvido.
En vano siembra quien en vano labra,
Para que tenga fruto tu palabra.
Obra tan bien como la pluma escribe;
Que el que ejecuta el bien, constante vive.
Pues te conoces, y el ejemplo has dado,
Considera lo mismo que has hablado;
Que no merece lauro quien ha sido
Necio en el alma y cuerdo en el oido.

CANCION IV.

A la quietud y vida de la aldea.

Fabricio, si la vida
En la santa quietud está cifrada,
Al pié de esta lucida
Montaña, de altos cedros coronada,
La gozo mas seguro
Que en el Babel de ese confuso muro.
Mi albergue regalado
Es solar de mi cándida cabaña,
Y en este verde prado
Pruebo la antigüedad de la montaña,
Cuya nevada cumbre
Gotea juicio y me reparte lumbre.
Cien ovejas (hacienda
Que mide flor á flor todo ese risco)
Tengo, segura prenda,
Que baja con quietud de su obelisco,
Y como halla cuidados,
Ella me rinde frutos regalados.
Cuando el sol amanece,
Me saluda con cítara suave
El ruiseñor, que ofrece
A su consorte con afecto grave,
No celos, armonía;
Que toda la quietud es compañía.
Trepan por estas peñas
Los manchados y tiernos corderillos,
Y con baladas señas,
Entre retamas, flores y tomillos
(Calles de estos repechos),
Se cuelgan de la madre por los pechos.
Decienden de la cumbre
Arroyuelos, que inundan este prado,
Y el ceño y pesadumbre
Del monte solemniza mi ganado,
Y el agua, nunca ingrata,
La beben perla disfrazada en plata.
Cuando su nieve es mucha
Salgo á pescar con una débil caña
La salmonada trucha,
Y traigo con quietud á mi cabaña
Lo que el señor no gusta;
Que todo sin quietud cansa y disgusta.
Tal vez con el reclamo
Engaño la perdiz, mas es de suerte,
Que primero la llamo
Para que viva sin temprana muerte;
Que donde el gusto vive,
Hasta el ave, si es presa, le recibe.
Cuando el enero helado
Me coge en esa sierra, miro luego
El humo idolatrado
De mi santa cabaña, cuyo fuego,
Aun de léjos mirado,
Me sirve de consuelo y de sagrado.
En estas soledades
Vivo contento, alegre y descansado,
No, como en las ciudades,
Al bullicio sujeto del estado,
Pues no hay mayor desdicha
Que á costa de la vida amar la dicha.
Sin ambicion profana
El cielo me sustenta en esta choza;
Sale aquí la mañana
(Mensajera del sol), y es su carroza
Tan suave al oído,
Que de sola la luz siento el sonido.
¡Oh santas soledades,
Retratos del sagrado paraiso!
No son las vanidades
Quien vuestro lustre y majestad deshizo;
Vosotras con decoro
Hollais la plata, aniquilais el oro.
Sois alma del deseo,
Ser de la vida, vida de la muerte,
Adorno del trofeo,
Centro del sábio, corazon del fuerte,
Y el que una vez os trata,
Triunfa del vicio y la delicia mata.
¡Oh albergue soberano!
Emulacion de cuantos chapiteles
El griego y el romano
Fundaron, duplicando los Babeles;
Vuestra quietud dichosa
Es cifra de la mano poderosa.
No hay mácula ninguna
En vuestra monarquía soberana,
Ni tiene la fortuna
Jurisdicion en vuestra edad anciana;
El que una vez os mira,
Tierno de amor, por vuestro amor suspira.
Fabricio, si eres rico,
Mira bien el caudal que aquí poseo,
Y luego te suplico
Que me digas quién gana en este empleo;
Que yo, con mi pobreza,

Soy mas rico que tú con tu riqueza.
¿Tienes muchos criados?
Pues no te envidio, sin tener ninguno;
¿Tienes muchos ducados?
Pues en mi choza no hallarás ni uno;
¿Tienes quietud? Ninguna;
Pues búrlome, por Dios, de tu fortuna.
Cuando tú te levantas,
Te saluda un comun desasosiego;
Mas mis quietudes santas
No tienen el bullicio de ese fuego;
Mis arroyos sonoros,
Mudos me cantan en distintos coros.
No trocara mi estado
Por el tuyo, Fabricio, si me dieras
Cuanto rayo dorado
Verde laurel ostenta en vidrieras;
Que en el reino del mundo,
Con el que yo poseo no hay segundo.
Es la quietud amada
Gloria del alma, lazo de la vida,
Y su esfera sagrada,
De la inmortalidad llama lucida,
Y el que sin ella vive,
Vive muriendo, y gusto no recibe.
Las perlas, los diamantes,
Sin esta joya de mayor tesoro,
Son riquezas errantes.
Necio es el hombre que idolatra el oro;
Que el sosiego del alma
Es desta vida vitoriosa palma.
Viva en la corte ufano
El soberbio político muriendo,
Y en sólio soberano
Vivan con él los que le están vendiendo;
Que yo, sin esta muerte,
Contento vivo con mi humilde suerte.
Beba en taza dorada
El príncipe mayor, tenga su mesa
De siervos rodeada;
Que yo (á quien desta vanidad no pesa)
Bebo en taza de hielo
El líquido cristal de un arroyuelo.
En algodon se acueste,
Rodeado de ricas colgaduras,
Y su alcázar le preste
Seguridad en dóricas figuras;
Que yo, sin tanto muro,
Duermo en mi choza mucho mas seguro.
Despiértenle á la aurora
Lisonjeros amigos y criados,
Y tenga de hora en hora
Visitas de señores estimados;
Que yo, con mejor salva,
Recuerdo cuando me despierta el alba.
Salga en carroza ufano
Por la ciudad haciendo cortesías,
Muy á lo soberano;
Que yo, sin estas necias fantasías,
De espigas coronado,
Desde mi carro lisonjeo el prado.
Esta quietud adoro,
Esta vida pacífica poseo,
No la riqueza lloro;
La ambicion, ni la quiero ni deseo;
Que en mi las soledades
Son las siempre dichosas majestades.

CANCION V.

Al conocimiento de sí mismo.

En estas soledades
(Confuso laberinto
Del juicio que me oprime y desvanece),
Al son de las verdades,
En término sucinto,
Mi voz escuche quien mi voz merece;
Aquí donde me ofrece
La edad del tiempo vano
Descanso soberano,
Cante mi sentimiento
El cuerdo de su ser conocimiento,
Y mi lira sonora
Recuerde al sol en su primera aurora.
Árbol vegetativo,
Que libre vas trepando
Por la vaga region del elemento,
Tú vives, yo no vivo,
Pues que me va faltando
El húmedo vapor que te da aliento.
Tierno, alegre y contento
Subes al sol tus hojas;
Mas tu laurel arrojas
A la region del fuego,
Para que vuelvan en ceniza luego.
Lo mismo fué mi vida:
Planta subió para mayor caida.
Águila, cuya vista
La ardiente llama tocas,
Calando la visera entre los cielos,
Si tu altiva conquista
Pretende de esas rocas
Registrar los ocultos paralelos,
Mira que los recelos
De tu ardor sensitivo
Tuve yo, cuando altivo,
Trepando por los años,
Escalé con rigor los desengaños,
Y atropellando nubes,
Mas aprisa bajé de lo que subes.
Monte, que á escala vista
El cielo de la luna
Oprimes, si, de vanidad armado,
En esa misma lista
Estuvo mi fortuna,
Cuando mi juventud me armó soldado.
Gigante organizado
Inmóvil te eternizas,
Mas tus propias cenizas,
Que hoy son de piedra dura,
Te servirán de eterna sepultura,
Y tu corto distrito
Mauseolo será de mi delito.
Fieras, que en esas grutas
A voraces rugidos
Oprimis la montaña y el collado,
Cuyas plantas no enjutas,
En pasos divididos,
Sangre inocente dais al monte y prado,
Notad que mi pecado
De insaciable fiereza
Manchó á naturaleza;
Enmendad los rigores,
Pues sujetos estáis á otros mayores;
Sed de mi mal testigo,
Que otra fiera mayor me dió castigo.
República infinita
Del húmedo tridente,
Que fatigais las hondas del abismo,
Aquella que no imita
A su cristal luciente,
Paz, guerra y alimento de sí mismo,
Mirad el parasismo
Que en mi muerte se adquiere,
Y pues mi aliento muere
A otro mayor aliento,
Buscad con mas piedad vuestro sustento;
Que yo, avestruz humano,
Caí en la red de otro mayor tirano.
¿Quién soy, cielos divinos?
Quién soy, orbes lucientes,
Para que inmortalice mi cuidado?
Luceros cristalinos,
Deidades eminentes,
¿Quién soy, pues me deshace mi pecado?
Planeta, sol dorado,
Nocturna luminaria,
¿Quién soy, si mi contraria
Estrella rigurosa
Inclinó mi materia peligrosa
A ser (y ella lo era)
Águila, monte, pez, árbol y fiera?
Arroyo caudaloso,
Comunero tirano

Del imperio soberbio de Neptuno,
Cometa presuroso,
Que al valle mas ufano
Los hijos quitas sin dejar ninguno,
Si bárbaro, importuno,
Tu estoque cristalino
Corta el clavel mas fino,
Mira que mi albedrío
Fué de mi alma infatigable rio,
Y á lágrimas y penas,
Hoy contar se le pueden las arenas.
Campos Eliseos, donde
El cándido rocío
Vierte la blanca y la rosada aurora;
Si el tiempo corresponde
A vuestro adorno y brio,
Tambien la nieve vuestra vida llora;
Mirad que nadie ignora
Que fueron agostados
Mis abriles pasados,
Sirviendo esta mudanza
De sentencia cruel á mi esperanza;
Pues fué mi lozanía
Abrasada á los párpados del dia.
Ciudad, cuya grandeza
Pinta la perspectiva
De firmes torres y muralla fuerte;
Soberbia fortaleza,
Que con el tiempo viva
(Si se libran las peñas de la muerte),
De un ejemplo te advierte,
Mi ciudad arruinada,
Que el tiempo con su espada
Ha de acabar tu foso,
Tus torres y edificio suntuoso,
Quedando, como el mio,
Lamiendo sequedades al estío.
Hermosa primavera,
Aliento soberano,
Que resucita el mundo á nueva vida;
Diosa desta ribera,
Cuya divina mano
Pinta el estado de la edád florida;
Si del nordeste herida,
Te vieres arruinada,
Mira mi edad pasada,
Y reconoce ahora
Que perdí lo que el tiempo no mejóra,
Y entre viles engaños,
La alegre primavera de mis años.
¿Quién soy, sábios del mundo?
Quién soy, especie humana,
Para que de mortal merezca nombre?
Mar soberbio y profundo,
Materia soberana,
Gusano vengo á ser, que no soy hombre.
La parte no os asombre
Deste animal inmundo;
Que yo nací segundo,
Para salvar la vida,
Inmortal por la parte intelectiva;
Que sin ella, yo era
Campo, arroyo, ciudad y primavera.
Cancion, águila ha sido
El príncipe en el sólio,
Y el monte el que se mira levantado;
¡Ay del pez atrevido,
Hombre de capitolio,
Tirano abrasador de lo criado!
Ay del árbol plantado,
Mancebo riguroso,
Y del loco ambicioso!
¡Ateista sin fe, alma de fiera!
¡Ay, sí, de la mujer mas primavera;
Y sobre todo, del arroyo vano!
Hombre homicida de sangrienta mano,
Que en la ciudad del mundo,
Apartando las nieblas del profundo,
Cada cual de por sí, sin retratarse,
Fueron, sin enmendarse,
Águila, monte, pez, árbol y fiera,
Campo, arroyo, ciudad y primavera.

CARTA.

Danteo á Albano.

Mi pluma, Albano, con amor escribe
Lo que le dicta un cuerdo desengaño,
Seguro en mí, pues la experiencia vive.
El dia con rigor se ha vuelto un año,
Imaginando que tu ausencia ha sido
Viviente sentimiento de mi daño.
Quedo ignorando el tiempo que he vivido
Sin tu alegre y dichosa compañía,
Juzgándole mi alma por perdido.
Terrible por mi mal se llamó el dia
Que de la amada patria te ausentaste
Por gusto de tu propia fantasía.
El norte riguroso que tomaste
Alabo con razon; del mar saliste,
Y en él con justa causa me dejaste.
Cuerdo en huir de la tormenta fuiste;
Celebro tu prudencia generosa,
Pues con ella los daños redemiste.
Despues de tu partida venturosa
El mar se alborotó de tal manera,
Que aun dura su borrasca lastimosa.
Ya no es la patria, no, segura esfera;
Es un errante piélago furioso:
Sin viento brama y sin razon se altera.
Es un bajio eterno y peligroso:
Ya murió la amistad, ya no hay amigo,
Derribó el interés el mas famoso.
Cada palabra alcanza un enemigo;
Todos buscan aleves ocasiones,
Y no hay conversacion sin un testigo.
Andan tiranizadas ambiciones,
Y son de tal manera conquistadas,
Que se alcanzan con ellas bendiciones.
Todas son Troyas, pero no abrasadas;
Todos son laberintos de codicia,
Donde se pierden almas depravadas.
Las palabras se ostentan de malicia,
No cumplirá ninguno la que diere,
Aunque sepa chocar con la justicia.
El que dice verdad, de honrado muere,
Quien no la dice es noble caballero,
Y de su vida su nobleza infiere.
Llaman sagaz y sábio al que es fullero,
Y se tiene por gran sabiduría
Lo falso introducir por verdadero.
Hay agora una grave compañía
De unos tahures de mayor esfera,
Con su mucho de fina hipocresía.
Juegan galanamente á la primera,
Envidando de falso á los señores,
Con mas flores que da la primavera.
Son diablos encarnados y traidores,
Devotos de la madre Vericinta,
No siendo, no, romanos senadores.
Con dos renglones de secreta tinta
Hacen mas mal que la langosta fiera,
Hidra que tala cuanto el mayo pinta.
Son ya ministros de mayor tronera,
Y pretenden con brazo poderoso
Violar la paz que la razon venera.
Andan á paso lento y perezoso,
Y quieren adquirir á costa ajena
Del santo honor el trono misterioso.
La enemiga cruel que te dió pena,
Medea de tus años se ha trocado,
Siendo del Tajo superior sirena.
Amigo, si por otro te ha dejado,
No te admires; que á muchos ha querido,
Por roballes los bienes que han ganado.
Estima este rigor, ama este olvido;
Que yo, por lo importante del secreto,
Te guardo lo mejor para el oido.
Si es accion del prudente y del discreto
Hablar de Vénus bien en esta parte,
Perdóneme lo noble del conceto.
Destos fulleros con industria y arte
Se alimenta cruel y vengativa,
Y tus bienes carísimos reparte.
Quien en sus manos da, quiere que viva

A las leyes sujeto de fortuna
(Amor me dice que hable, no que escriba).
Alimentada fué desde la cuna
De tiranías esta noble dama,
Y no hay seguridad en ella alguna.
Dichoso tú, que en brazos de la fama
Volaste hasta los rayos del Oriente,
Huyendo del incendio desta llama.
Disteme ejemplo para ser prudente,
Pues seguirte los pasos determino,
Sepultando esta luz en occidente.
Impulso milagroso y peregrino,
Te sacó deste encanto riguroso,
Que tan poco se adorna de divino.
Yo envidio tu quietud y tu reposo;
Que en la extranjera patria siempre ha sido
El ingenio premiado y venturoso.
El siglo se entorpece y va perdido;
No seré yo el primero que ha dejado
Por su amigo su patria, casa y nido.

RESPUESTA DE ALBANO Á DANTEO.

Tus saludables letras, caro amigo,
Físicas fueron para el mal de ausencia,
De mi salud es esta buen testigo.
Filósofo moral con experiencia
Eres en tus conceptos, pues me envias
La doctrina mayor de la prudencia.
Si largos años y prolijos dias
Vives llorando con amor constante,
¿Qué te podrán decir las ánsias mias?
Yo he sido en la amistad tan firme amante,
Que asegura á tu amor con ánsia el mio,
Ser, si no mas, al menos semejante.
Si fué mi ausencia loco desvarío,
Dígalo el tiempo, pues por él me veo
Como suele en la mar pequeño rio.
En tus verdades mi fortuna leo,
Desgracias son las que parecen dichas,
Y ignorancias los males que poseo.
Las que fortunas son llamé desdichas;
Que no merecen otro nombre aquellas
Que proféticamente fueron dichas.
Han formado de mi justas querellas
La voluntad y el noble entendimiento,
Pues me burlé de todas las estrellas.
Las que reinaron en mi nacimiento,
Ahora sus efectos han mostrado,
Y sin duda no es uno, sino ciento;
Que anda ese mar soberbio alborotado,
No me hace novedad, señor Leonido;
Que no hay firmeza en el humano estado.
En seis años de ausencia es permitido
Trocarse esa lumbrera luminosa,
Cuanto mas un compuesto dividido.
Esta máquina grande y poderosa
Se adorna de mudanzas, si se mira
Pieza por pieza su campaña hermosa.
El sol de oriente hasta poniente gira;
La luna, variando por su esfera,
En solo las mudanzas hace mira.
Lo que hoy vistió la alegre primavera,
Mañana el cano invierno lo deshace;
La mas segura forma es mas ligera.
Ningun estado al hombre satisface;
Dígalo la mas alta monarquía,
Que en los anales del olvido yace.
Nunca se gana, si se pierde dia;
Y así, no debes de admirarte cuando
Reina el pesar y muere la alegría.
El mundo es uno siempre, y si dudando
Están los rayos del postrer aliento,
No dudan los celestes variando.
No te he de asegurar el firmamento,
Si me le da por firme, la que envia
Errante imperio al cristalino asiento.
El siglo, como ves, langostas cria;
Y no es mucho que tale un falso amigo
Espigas del honor con tiranía.
Yo no fié jamás de mi enemigo,
Porque un malsin (en mi opinion) no es gente;
Con justa causa este consejo sigo.
Esa que compañía diligente
Hallas de nuevo, novedad me hace,
Si bien yo la temí no estando ausente.
Un señor de pasion se satisface
Gustando de cobardes lisonjeros;
Mas lo que un señor hace otro deshace.
Deja que reinen esos caballeros;
Que es la corte la noria desta vida.
Muchos se rompen sin llegar enteros.
De gente tan soberbia y atrevida
No debe hablar la pluma ni la lengua,
Aunque su fama esté tan aplaudida.
Yo no sé qué derecho el alma tenga,
En la que esperan gloria esos señores,
Si ellos aguardan que la muerte venga.
Si amparados de algunos senadores
Quieren introducir su fullería,
Poco tiempo, Señor, duran las flores.
Si me dejó Medea, siendo mia,
Y á gozar se pasó de nuevo empleo,
Bien sabes tú que yo la conocia.
Mujer, en fin, en cuyo devaneo
Es la mudanza firme, el mar estable,
Eterno el hombre y casto su deseo.
Su hidrópica delicia es insaciable,
Y es, y será, y ha sido esta homicida
Tan libre como fué siempre mudable.
Es leona de Albania conocida,
Cosaria, sí, de todo peregrino,
Y del mundo en el alma aborrecida.
A todos prende y roba de camino;
Argos sus ojos son de todo cuanto
Alumbra ese planeta mas divino.
Pues de ella me libré, cese mi llanto,
Mi sentimiento cese; que ya veo
Libre mi alma de su ciego encanto.
Avísasme que aliente tu deseo,
Y que será muy presto tu partida,
Fundando en verme tu mayor trofeo.
Amigo, en no venir está tu vida;
Mudar de patria, como yo he mudado,
Es tema de una vida aborrecida.
No es buen consejo, no, mudar de estado;
Que el que deja su patria por la ajena,
Ser quiere por su gusto desdichado.
Si la ignorancia en parte te condena,
Yo te abriré los ojos, condolido
De mí, de tu cordura y de mi pena.
¿Piensas hallar en estas partes nido?
Pues estás engañado sumamente;
Que el que viene á esta tierra va perdido.
La experiencia nos dice claramente
Que está el camino de asperezas lleno,
Rindiendo el corazon mas eminente.
No dejes tu regalo, malo ó bueno;
Que el mejor, sin la patria, ha parecido
Pintado gusto y superior veneno.
Si pretendes morir en este olvido,
Deja tu casa, de regalos llena,
Y te verás temprano arrepentido.
Gloria es allá la que imaginas pena,
Pena es acá la que imaginas gloria;
Mira si tu deseo te condena.
Será tu perdicion aquí notoria,
Y tendrás (¡qué dolor!) eternamente
Un verdugo cruel en tu memoria.
Serán tus ojos líquida corriente,
Y en el jardin de tu perdida fama
Le servirán de lastimosa fuente.
El extranjero clima tarde llama.
¿Quién deja de su esposa el amor firme
Por la fe mal guardada de la dama?
Para que tu desdicha se confirme,
Deja tu albergue cándido y lucido,
Y verás de tu alma dividirme.
¿Quién, como yo, quisiera en este olvido
Gozar de tu dichosa compañía?
Pero mira que estoy arrepentido.
No fuera, no, perfecta fe la mia,
Si en mi destierro yo te aconsejara
Lo que para mi alma no queria.

No porque fué conmigo tan avara
La mudable fortuna, mi deseo
Ha de faltar á su pureza clara.
Si yo perdido por mi mal me veo,
Verte tambien á tí fuera doblarme
Los males rigurosos que poseo.
El siglo está cruel; si ha de engañarme
Segunda vez, herede mis cuidados
El tiempo, no cansado de agraviarme.
Los vicios andan hoy muy barajados;
La infancia, deslucida y mal criada,
Frisa con todos cuantos son honrados.
La academia mas limpia y aseada
A necios, sin quitar, queda ofrecida,
De figuras silvestres adornada.
Es de todos la ciencia aborrecida;
Que viene á ser un sábio entre los locos
Fábula de los simples aplaudida.
Alegres muchos y contentos pocos
Veo por esas calles, y parece
El siglo de los monos ó los cocos.
La piedad muere, la soberbia crece,
Solícita Vénus visitando anda
Cuanta estrella en el cielo resplandece.
En magnífico término te manda
Cuanta grave deidad vanagloriosa
Se acredita de sol por esta banda.

EL PEREGRINO.

VISTA PRIMERA.

Nací entre los olimpos, si la cumbre
Del uno puede á la celeste lumbre
Inmóvil oponerse;
Pero si es gala ya desvanecerse,
Su atrevimiento excuso;
Que hasta una peña quiere andar al uso.
Dos rios destos montes despeñados
Fueron mis enemigos declarados.
Yo no sé qué delito cometieron
Ni qué culpa tuvieron
Para ser despeñados;
Mas hay rios sin duda desgraciados,
Pues pudiendo en lo llano recrearse,
Quieren entre peñascos despeñarse.
Sus golpes dilatados
En descuento serán de sus pecados.
Nací en ellos, en fin, siendo su cuna
El primero vaiven de mi fortuna.
Si como sé dónde nací, supiera
Adónde he de morir, yo lo dijera;
Mas es el tiempo tan prudente y sábio,
Que á ninguno le dió tan cierto agravio.
Mis padres se nombraron
Materia y forma, y ellos me dejaron
Por única heredera
La privacion; salí desta manera:
Por alma un albedrío,
Por cuerpo un desvarío,
Por ojos un deseo,
Por oidos un loco devaneo,
Por idioma una soberbia torre,
Por gusto un vendabal que altivo corre,
Por discurso un delirio,
Por memoria un martirio,
Por voluntad una veleta errante,
Y por entendimiento vigilante,
Un vano de los hombres ejercicio,
Llamado con razon falso juicio.
Quise con el deseo
Ver el mundo, sacando por trofeo
Que tanto cuanto ve nuestra experiencia
Tiene el hombre de ciencia.
Crecí, tomé el camino,
Y puseme por nombre «El Peregrino»;
Y aunque no tengo, no, de mi jornada
La mitad acabada
(Segun me dice mi señor deseo),
Contaré lo que he visto y lo que veo.
Oigame el que viniere;
Que no le pesará de lo que oyere.
La primera ciudad que vi en el mundo
Fué su corte, un piélago profundo,
Tan solo y sin medida,
Que el que una vez da en él pierde la vida.
Al entrar por la puerta del engaño
(Que así la oí llamar, si no me engaño)
Vi un millon de carrozas barajadas,
En mil calles distintas encontradas.
Admiréme, no tanto del ruido,
Como de la inquietud de mi sentido,
Y dije: «¡Linda salva
Me hace la corte! Búrlome del alba.»
Entre las voces que elevado oia,
Uno decia: «Pase vueseñoría;»
Otro, con mas decencia,
Decia: «Plaza, plaza á su excelencia;»
Otro: «Pára ese coche, aguarda, espera,
Dame el caballo, guia á la carrera;»
Otro: «Lleva esas damas;» Otro: «Tente;»
Y entre esta procesion, casi indecente,
Aunque mas me preciaba de callado,
Mas me pude preciar de atropellado.
Pasé mas adelante,
Y vine á estar mas cerca de ignorante,
Pues me vi en un palacio
De grande admiracion, y en breve espacio
Me vi mas elevado
Que pastor en la corte con cayado.
Uno decia: «Huélgome de veros;»
Otro: «Préciome mucho de teneros
Por mi señor, y no por enemigo;»
Otro: «El Duque me aguarda; adios, amigo;»
Otro: «Tengo que hablaros;»
Otro: «Yo tengo mucho que contaros;»
Otro: «¿Cómo está la Duquesa?»
Otro: «¿Parió mi señora la Condesa?»
Y diciendo y haciendo cortesías
Iban, para no verse en cien mil dias.
Ya mi cabeza estaba
Como casa vacía, pues sonaba
El bullicio en lo hueco
Tan bien, que pudo responder por eco.
Pasé un patio enlosado
De pretendientes, todos por un lado,
Y di en otro terrible y espantoso,
Y le temí, con no ser muy medroso.
Uno decia: «Guárdenme justicia;»
Otro: «Dénme traslado,
Para que me defienda mi abogado.»
Un hombre oí que se desgaznaba,
Y ninguno sus voces escuchaba;
Mas iba mal vestido,
Y se hizo aborrecer de aborrecido.
Y tuvieron razon, si se repara
Que la pobreza tiene mala cara.
Llegó un rico, y al punto le escucharon,
Y antes de ver papel, le despacharon.
«Yo digo la verdad,» uno decia;
«Yo la digo tambien,» le respondia
Otro en voz alterada
(No hay burlas con verdad empapelada);
«Con mi verdad me entiendo;»
Otro decia: «La verdad defiendo;»
Y andaba la verdad tan voceada,
Que se fué, de corrida y enfadada.
Yo dije en mí: «¿Qué veo?
Si es vírgen la verdad tan casta y bella,
¿Cómo podrá llegar esta doncella
Intacta al sólio ó tálamo divino,
Siendo manoseada en el camino
De tanto pleito amante?
No me agrada esta flor; paso adelante.»
En una procesion de senadores
Vi vestir vanidad á los señores,
Una tela mas fina que el brocado,
Pues se lleva una vida de contado.
Iban diciendo todos: «La justicia;»
Y como la malicia
Es propia de un villano,
Entendí que el linaje cortesano
Por *justicia* decia
Avaricia ó *codicia;* mas oia
El verbo tan apriesa y abreviado,

Que no pudo sacarme de cuidado.
Pasé mas adelante,
Y vi bajar un escuadron volante
De bravos caballeros,
Galanes como el sol, y los primeros
Iban diciendo: «Fueron mis pasados
Por su nobleza honrados.»
Y uno en nombre de todos
Se iba riyendo de los reyes godos;
Y aun de Adan se reia,
Pues era mas antigua su hidalguía,
Segun se murmuraba,
Y era lo bueno, que él lo celebraba.
«¡Válgate Dios! le dije á mi deseo,
¿Aquí se premia por ajeno empleo,
Y no por la virtud? Muy mal se sabe
Esta locura grave.
Si he de ver mucho desto, por mi vida,
Que yo deje la corte mas lucida,
Pues si se premia por virtud pasada,
Yo probaré que vengo de la nada,
Linaje mas ajeno de ademanes
Que del señor Adan ni treinta Adanes.»

VISTA SEGUNDA.

Salíme del palacio, y fuíme luego
A ver tocar á fuego
Los juicios de los doctos, cuya lumbre
Era toda opinion y pesadumbre.
Habia oposiciones,
Y los premios (rarísimos blasones)
Por favores se daban,
Y los necios en ellos se entregaban.
Habló un sábio sentencias milagrosas,
Que en el siglo son hoy muy peligrosas,
Y respondió un tropel de necios luego:
«Quemen esas verdades en el fuego;
De la cátedra baje ese ignorante.»
Calló el docto, y se bajó al instante.
Yo dije á un cierto anciano que me oia:
«¿Así se trata la sabiduria?
¿Imperio tiene un bárbaro arrogante
En un hombre tan sábio?» Y al instante
Me respondió el anciano:
«Amigo, yo he nacido mas temprano;
Muy tarde habeis venido;
Oid, ved y callad, si sois servido;
Que en este siglo loco
El que sabe mas poco,
Como tenga dinero,
Es noble, es docto, es cuerdo, es caballero;
Y el sábio de mas porte, si no tiene,
A ser fábula viene
Desta grande mentira,
Que caduca tal vez, si no delira.
—¿Es posible (le dije)
Que así se afrenta á un hombre? ¿Así se aflige
Un intelecto noble, cuerdo y sábio?
—Es pobre (replicó), no siente agravio.
El mundo tiene dos linajes solos
En entrambos dos polos:
Tener está en oriente,
Y no tener asiste en occidente;
Uno sale de púrpura vestido,
Y el otro es mauseolo de su olvido.
Quien tiene, á su fortuna puso un clavo;
Quien no tiene, á sus piés se mira esclavo.
El tener es gracioso,
El no tener es necio y enfadoso;
El uno es todo lumbre,
El otro todo noche y pesadumbre;
El tener es primero,
El no tener, primero ni postrero;
El que guarda, se guarda; el que no tiene,
Ni guarda ni le guardan, ni conviene;
Que la pobreza es guarda de tal arte,
Que el pobre está seguro en toda parte.
»¿Ves esta grande máquina alterada?
En haber ó no haber está cifrada.
La hipocresía (pieza poderosa)
A lo divino juega, es milagrosa.
Es tan buena esta dama,
Que adquiere adoracion, riqueza y fama.
»¿Viste imágen de Vénus adornada,
Que, siendo de los necios adorada,
Fué un tiempo deidad pura,
Tuvo riqueza, gala y hermosura,
Adorno, lustre, ostentacion, decoro;
Y despues de perdido todo el oro,
La púrpura, las joyas, los aseos,
Quedaba un esqueleto de trofeos?
Pues así es el hipócrita, adornado
Hasta que le descubren su pecado.»
Salimos mano á mano ó poco á poco
(Como quisiere mas el vulgo loco)
Por el lugar, y díjome el anciano:
«Amigo, si eres cuerdo cortesano,
Vuelve los ojos, mira aquella silla,
Trono de manos, poca maravilla,
Y mira reventando con el peso
Dos hombres, considera el ócio preso.
Allá va una hermosura,
Repara bien del mundo la locura,
Que no se contentó con animales,
Sino que transformó los racionales
En mulas y caballos. ¡Ah pobreza,
Hija comun tal vez de la vileza!
»Mira junto aquel pobre sin camisa
(Propia del siglo cándida divisa)
Aquel señor de siervos rodeado;
Desta suerte anda el mundo gobernado:
Tener ó no tener causó este daño.
Harto te he dicho, vedme de aquí á un año.»

VISTA TERCERA.

Fuése sin escucharme,
Y quedé con asomos de ausentarme;
Y al instante lo hiciera,
Si mi deseo no lo detuviera;
Proseguí mi camino,
Y para ser en todo peregrino,
Vine á dar en la casa de los locos,
Y no me pareció que eran muy pocos;
Salieron como ciento
(Perdone Dios la pluma si yo miento)
Ridículas figuras;
No vi en mi vida tales travesuras;
Pues, con estar atados y oprimidos,
Lo estaban mas de todos los sentidos.
Uno, que era poeta ó lo habia sido,
Me dijo con ridículo gemido:
«Hermano, desatadme;
Basta la burla ya, desenlazadme;
¿Soy loco por ventura,
Para que esté con esta ligadura?
—¿Quién sois? le repliqué.—Yo soy (me dijo)
De mi locura hijo,
Lo demás es engaño conocido;
Tiénenme aquí metido,
Diciendo que soy loco, y mienten todos;
Que los locos son locos de otros modos.
»Decidme, ¿no estuviera
Mejor en esta casa horrible y fiera
Un necio presumido,
Un rico tonto, un loco entremetido,
Un hombre sin palabra,
Un malsin descollado como cabra,
Un vano enamorado,
Un jugador, un hombre desalmado,
Un ateista, un médico, un letrado,
Un astrólogo, un zurdo, un confiado,
Un capon, un soplon, un alquimista,
Un logrero, un bufon, un arbitrista,
Un avaro, un hipócrita, un tirano,
Un lindo, y sobre todo un escribano?
Que cada cual, sin admitir segundo,
Loco y sin juicio tienen este mundo;
Y no yo, que por cuatro versos malos
Quieren que pierda el juicio, y no los palos?
»Amigo, no hay locura
Mas vana; mas caduca y mas segura,
Como vivir desenfrenadamente.

El loco es el que miente,
El que jura, el que usurpa, el que reniega,
El que á Vénus se entrega,
El que gasta su hacienda mal gastada,
Y otros de aquesta clase idolatrada,
Pues sabiendo que pecan y han pecado,
Son locos con sentido declarado;
Pero el que pierde el juicio
Por accidente, nunca tiene vicio
Que se pueda llamar fina locura,
Antes tiene en su esfera mas cordura,
Pues no pudiendo usar de su albedrío,
Hace virtud su mismo desvario;
Mas los que tienen juicio ó lo han tenido,
Y ponen sus virtudes en olvido,
Son loquísimos, vanos y atrevidos,
Pues usan mal de todos sus sentidos.
»Volved los ojos: ¿veis aquel mozuelo,
Que en amoroso anzuelo
Va asido de esa cuerda cortesana?
Pues si estuviera aquí, de buena gana
Dejara los amores,
Y tuvieran mas juicio sus errores.
»¿Veis aquel homicida,
Que va trazando de quitar la vida
A un inocente por coger dinero,
Preciado de valiente caballero?
Pues si tuviera como yo las manos,
No fueran sus intentos tan tiranos.
»¿Veis aquel que, sin órden ni conciencia,
La hacienda va gastando sin licencia
Del dueño verdadero,
Teniendo mas parientes que dinero?
Pues si él comiera en esta noble casa,
Él llorara el desórden con la tasa.
»Esta se llama casa de los locos:
O los cuerdos son pocos,
O yo estoy engañado;
Esta casa, segun habréis notado,
No merece este nombre; mejor fuera
Llamar casa de locos la de afuera;
Que casa ajena de traicion y vicio
No reparte locura, sino juicio.
»¿Por qué pensais que estamos aquí dentro?
Porque va la virtud buscando el centro;
Y como en vuestra casa no se hallaba,
Como cuerda, se vino donde estaba.
»¿Quereis saber quién son los de esta casa,
Adonde la locura está con tasa?
Pues reparad cómo nos traen vestidos;
¿Veis estos sacos, nunca guarnecidos
De seda, plata ni oro?
Pues tienen, si no lustre, mas decoro;
Que traje sin delicia cortesana
Se viste de vergüenza, y no de grana.
Aquí no peinan cintas ni cabellos,
Ni queremos traellos,
Por no enredar la vista
Con la vana conquista
Del sexo aparador de necedades,
Donde se compran joyas de maldades.
»Vosotros os burlais, sí, de nosotros,
Y nosotros lo hacemos de vosotros.
Todos somos loquísimos orates,
Y ninguno confiesa sus dislates,
Y sin embargo, por diversos modos,
La locura purísima son todos.
»Hermano, no hay cordura
Sin muchísima parte de locura;
Solo el que vive bien es cuerdo y sábio,
Lo demas es engaño y es agravio;
Y si apuramos este noble centro,
Hallarémos gran daño por dedentro;
Que la naturaleza mas perfeta
Tiene la vanidad siempre secreta,
Y cubierta la vena del engaño,
Dificultosamente sale el daño;
Que aunque mas cirujano el juicio sea,
Ha de picar en falso toda idea.
»Diréis:—Guarda del loco una pedrada.—
¿Es acaso mejor la enarbolada
Saeta de un malsin, que blandamente
Saca vuestro secreto diligente,
Y en volviendo la espalda le descubre,
Y vida y honra con tinieblas cubre?
¿Cuál es mejor pedrada?
¿La del loco ó la deste camarada?
»Diréis:—Guarda del loco, no me pegue.—
No es mucho que se ciegue
Quien no discurre (oidme);
¿No es un golpe mas firme (1)
De un traidor disfrazado,
Que halagando con ánimo dañado,
Se acerca (mariposa de otra llama),
Y os da un golpe en la honra y en la fama?
»Diréis:—No hay que fiar del hombre loco.—
Pues si vos lo decis, sabeis muy poco;
¿Es acaso mejor hacer fianza,
Y saliendo contraria la balanza,
Acabar en la cárcel miserable?
Es acaso mejor ser muy tratable,
Fiándose cortés de un falso amigo,
Y ese mismo serviros de enemigo?
»¿Es mejor la fianza enamorada
Hecha de la hermosura mas taimada,
Que, despues de quitaros honra y vida,
Y dejar vuestra hacienda consumida,
Os envia al infierno,
Adonde os derritais, de puro tierno?
»Amigo, mas dijera
De los locos de afuera,
Si me dieran lugar mis superiores;
No sé si en cordura son mayores.
Llevad esta sentencia por postrera,
Y tenedla por mas que verdadera:
Todos somos locos,
Los unos y los otros.»

VISTA CUARTA.

Con justa causa admiracion me puso
(Aunque ahora la tengo de confuso),
Viendo sacar cordura
De la casa mas llena de locura.
Dejóme el loco, con razon, tan cuerdo,
Que si el norte de sábio ahora pierdo,
No seré peregrino.
Dejo la duda, y sigo mi camino.
Llevóme mi deseo ó mi cuidado
A un palacio tan dórico y labrado,
Que fué su piedra iman para mi yerro,
Atractiva virtud de mi destierro.
Seis mulas de dotores
Con gualdrapas mayores
Estaban á la puerta;
Y por hallar abierta
La cuadra de un enfermo,
Le quise conocer por estafermo.
Estaba el pobre, á puras lancetadas,
Purgas, balas ó píldoras doradas,
Tan lácio y amarillo, que la muerte,
Cuando quisiera en él correr su suerte,
No hallara en qué chocar el golpe fiero;
Que como tanto médico primero
Corrido habia boticaria lanza
(Y donde ellos llegaron nadie alcanza),
Aunque la muerte asegurara el tiro,
No acertara en el blanco de un suspiro;
Que aunque los daba el pobre caballero,
Ya culpaban los muchos el postrero.
Juntáronse los seis para una junta,
Y en una y otra, al parecer, pregunta,
Uno dijo: «El enfermo está apretado,
No tiene facultad para sangrado.»
Otro dijo: «Catorce le hemos hecho,
Y de ninguna se sacó provecho.»
Otro le replicó: «No hay que sangralle;»
Y dijo la verdad sin preguntalle;
Que como el pobre sangre no tenia,
En vano le ordenaran la sangria.
«Purgalle será bien,» dijo un anciano.
«Ese remedio no parece sano,

(1) *Firme* no es consonante de *oidme*.

Le replicó el primero.
¿Qué ha de purgar aqueste caballero,
Viviendo de milagro?—Pues ¿qué harémos?
(Replicaron los cuatro), ¿nos irémos
Sin recetar bebida?»
Yo entonces dije: «En esto está su vida:
Obre naturaleza por ahora;
Otorgadle poder por solo un hora.
Ella está dentro, y sabe lo que pasa;
Dejadle gobernar su propia casa;
No provoqueis á guerra los humores.»
Miráronse con ira los dotores;
Mas uno de los seis, como era sábio,
Hizo sentencia lo que el otro agravio,
Y fué la vez primera
Que sin receta se salieron fuera.
No bien hube la cuadra visitado,
Cuando veo á mi lado
Al anciano que vi junto á palacio,
Y díjome: «Caminas muy despacio,
¿A qué te has detenido?
—Esa junta me deja sin sentido
(Le repliqué), pues entre seis dotores,
No hubo remedio para cuatro humores.
—¿Qué remedio ha de haber? (dijo mi hombre)
Ellos tiran al cuerpo, y no te asombre;
Que el cazador mas diestro en campo franco
No yerra el ave, pero yerra el blanco.
Físicos son que á la materia dura,
Antes de tiempo, dan su sepultura;
Y aunque la forma no recibe daño,
La privacion adoran sin engaño;
Y como son de clase peligrosa,
Estiman esta parte poderosa.
El radical humor adora en ellos;
Y aunque no espera de ellos
El ólio natural que Dios le puso,
Quiere lucir al uso,
Y algunos dicen al matar la vela:
Per troppo variar, natura è bella.
Y no me espanto de que yerre alguno;
Que si el hombre importuno
Se cura en el discurso de su vida
Cien veces, y la herida
Noventa y nueve el físico ha sanado,
Si la última vez la hubiere errado,
No es culpa, no, deste divino oficio,
Sino del siglo, que adquirió este vicio.
»Y pues curar has visto el cuerpo humano,
Vénte conmigo, y con derecho llano
Verás curar la hacienda
Sin tramoya, mohatra ni contienda;
Y sabe de camino
Que al hombre mas divino,
Tres joyas son las que le dan la palma.
La hacienda, el cuerpo, y sobre todo el alma.
Ya has visto la que heredan los dotores;
Las dos te faltan, y aunque son mayores,
Mayor será tu engaño,
Si no buscas el claro desengaño.
Calla, discurre, siente, y no porfies,
Ni de los necios tu secreto fies;
Que cuando el mundo adquiere vanidades,
Y los cuerdos heredan las verdades,
El sábio que las oye y las venera,
Nunca las saca con peligro fuera;
Que si el vulgo las siente, luego al punto
Ha de quedar difunto
El autor que las dice, y es agravio
No conocer al vulgo el hombre sábio.
Oir, ver y callar es la cordura
Mas santa, mas pacífica y segura;
Que son muchos los necios y atrevidos,
Y tienen el veneno en los oídos.»
No bien el ancianísimo me puso
Con su cuerdo consejo mas confuso,
Cuando me hallé cercado
De uno y otro letrado,
Que en el iman de un soberano sólio
Inclinaban su yerro al Capitolio.
Estaban tan asidos al derecho,
Que les venia el auditorio estrecho;
Y bogando entre leyes los letrados,
Eran mares de tales abogados;
Pero no peligraban,
Porque solo las partes se anegaban.
Uno alegaba un texto, y otro luego
(Activo mas que la region del fuego)
Con otro el mismo texto derribaba.
Uno salia cuando el otro entraba,
Y ley ninguna (¡oh clase temeraria!)
Dejó de recibir otra contraria;
Y los devotos dueños elevados
Invocaban los santos abogados;
Y aunque mas le ofrecian luces de oro,
El texto mismo se tornaba moro.
La justicia se estaba deshaciendo,
La verdad por instantes consumiendo,
Los jueces dudosos y alterados,
Cansados de palabras los letrados,
Las leyes sin polilla,
El proceso creciendo á maravilla,
Las partes sin paciencia,
Pendiente de ventura la conciencia,
El relator contento y mal pagado,
El solicitador bien empleado,
El buen procurador pisando plomo,
El tiempo á pura ley vendiendo al Momo,
Con barbas los letrados;
Y aunque todos estaban enfadados,
Sola la pobre hacienda padecia,
Sin pronunciar «Aquesta boca es mia»;
Que, como enferma estaba,
Y uno y otro dotor la malcuraba,
Aguardaba la purga de justicia,
Y el ruibarbo de Baldo sin malicia
En el inter se estaba consumiendo,
Y entre tanta botica deshaciendo.

ELEGÍA II.

A la risa de Demócrito.

Con justa causa, Albano, se reia
Un varon, cuyas obras fueron buenas,
De todo cuanto por el mundo oia.
No como el otro, que lloraba penas
Aun antes de tiempo, pretendiendo
Enmendar con su culpa las ajenas.
Bueno será que yo me esté muriendo
De ver mal gobernado el siglo, cuando
Él de mi necedad se está riendo.
Ruede su bola, pues la estoy mirando,
Y llévese de calles cuantos necios
Por el tiempo la ven venir rodando.
Si son los golpes deste juego récios,
Retírese el prudente; como sábio,
Y no sentirá, no, tales desprecios.
Llorar con muchas almas todo agravio
Es muy de intelectivo, y no pretendo
Hacer milagros yo del desagravio.
Nombre de necio adquiriré riendo;
Pero mayor lo fuera si llorando,
Deshecho en llanto, me quedara oyendo.
Vuesamerced se aflige, disgustando
Su espíritu de ver cómo ha crecido
El vicio en este, con razon, Orlando.
¡Pobre de mí! que nunca he merecido
Ver otro mundo, para ver si era
Mas noble, mas discreto y entendido.
Si en su primera edad le conociera,
Aun pudiera llorar el que poseo;
Mas, como no le vi, no soy de cera.
Dice vuesamerced, y yo lo creo,
Que no ve cosa en esta gran mentira
Que se pueda igualar con su deseo.
La gran desigualdad es la que admira;
Pero mas se admirara si quisiera
Burlarse de lo propio que suspira.
Este mundo, Señor, tiene su esfera
En la comodidad de cada uno;
Dícelo la experiencia verdadera.
No hay en este Babel hombre ninguno
Que no anteponga al gusto, si le agrada,
Lo que llama el honor lance importuno.

La vida mas angélica se agrada
De la seguridad que le promete
La estimacion, de todos venerada.
Allá en el corazon (grave retrete
De la sencilla voluntad) la vida
Lee con arte este comun billete.
La vanidad (del sábio aborrecida)
Tiene por norte el cómodo trofeo,
Que la ciencia le adquiere siendo oida.
Al ridículo modo el siglo veo
Reducido, preciado de ignorante,
Fábula siendo su mayor empleo.
¿Yo he de llorar el ánimo gigante,
Del que nació Nembrot vanaglorioso,
Si es todo torre su menor semblante?
¿Será sabiduría estar quejoso
De tanto necio como el mundo tiene,
Si él de su necedad está gustoso?
¿Cómo remediará quien tarde viene
La falta de un avaro inadvertido,
Si él quiere que el tesoro le condene?
Si volviera á nacer quien ha nacido,
Dudo que deste daño se curara;
Que es muy inquisidor el primer nido.
De bonísima gana yo llorara,
Si pudiera mi llanto dar remedio
A la malicia, deste siglo cara.
No puede haber mas ignorante medio
Que querer emprender un imposible
Cuando se pone la razon en medio.
Siendo el caduco estado tan terrible,
¿De qué nos admiramos del agravio
En los seguros yerros de un posible?
En el juicio mejor del hombre sábio
Ha de haber una nube, levantada
De las errantes luces de su labio.
La fábrica del hombre celebrada
De cuatro simples es, y no hay veleta
Como la fantasía imaginada.
No hay hora que no sea una estafeta;
Cartas hay para todos (no me engaño),
Pero la mas benévola es cometa.
El mas sábio del mundo tiene daño;
Vuesamerced le busque, si pretende
Asegurarse deste desengaño.
En esta farsa, donde el vulgo aprende,
Ninguno su papel hacer desea;
El poeta es el tiempo, y no la entiende.
El que mas la virtud ó honra desea,
Mira primero, si, que la ejecute,
Si la comodidad en él se emplea.
Y si la tal señora no permite
Su siempre artificiosa compañía,
No toda la virtud quiere y admite.
Si no hay sin esta flor sabiduría,
Deslíguese el pesar del alma, cuando
Solo se ha de llorar por cortesía.
El mundo es un reloj, siempre está dando;
Pretender concertar el juicio á un loco
Es serlo, con efeto, gobernando.
Él ha crecido mucho, y poco á poco
Ha de venir á dar una caida;
Para este tiempo la deidad invoco.
¿Hay gusto como ver en esta vida
Idolatrar las gentes sus errores?
Incurable en el mundo es esta herida.
No todos los que cantan en las flores,
Cubiertos con los árboles y ramas,
Son, ni serán, ni han sido ruiseñores.
Los que se queman en sus propias llamas
No son fénix, Señor; que hay avestruces
Hechos cenizas por sus mismas fámas.
No pretendo llorar con ambas luces;
Dios no me dió los ojos para fuentes,
Que en tal caso sirvieran de arcaduces.
Yo he de mostrar, si puedo, algunos dientes,
Aunque de irracional merezca el nombre;
Que risibles nacieron los prudentes.
¿Quién puede hacer que no haya sido el hombre?
Ninguno me parece; pues si él sale
A su fragilidad, nadie se asombre.
Yo tengo por seguro que mas vale
Reirse del discreto que afligirse;
No es bien que la pasion mi vida tale.
Morir de necio es no saber morirse;
Querer un imposible es atreverse
A la seguridad de no partirse.
Buen espejo es el mundo para verse;
Querer trocar por otra la figura
Es luego pretender de nuevo hacerse.
¿Piensa vuesamerced que esta pintura
Podrá borrarse con cien mil colores?
Pues no se persuada á esta locura.
Si ve llenos de gloria á los señores,
Y á los pobres cercados de desdichas,
Enmienden por su vida estos errores.
Las mas sublimes y envidiadas dichas
Tienen, señor y amigo, su gusano;
Estas verdades siempre fueron dichas.
Si es todo vanidad, yo lloro en vano;
Y si es para reir cuando se llora,
No se precie el no ser de soberano.
No llora perlas la señora Aurora,
Que se viene riendo de esta vida,
Cuando de resplandor los montes dora.
Con su comodidad sale vestida;
No perderá de su sosiego el curso
Aunque vea esta fábrica perdida.
No admite el daño general recurso;
Si todo es afliccion y devaneo,
Escojamos un medio con discurso.
Armarse de virtud es santo empleo;
Vivir sin mucho afan es gobernarse
Sin bañarse en las aguas del Leteo.
Estudiar muchas ciencias no es salvarse,
Sino enredar el ánima de suerte,
Que ella misma no sabe adó arrimarse.
Cuando se acerca la forzosa muerte
Aun no debe llorar el hombre, siendo
Un imposible dividir su suerte.
¿Quitaré yo á la mar su horrible estruendo?
Pues así quitaré del mundo horrible
Esta desigualdad, que estoy temiendo.
Si lo espiritual es invisible,
Invisible tambien es el remedio;
Déselo el brazo que lo halló posible.
Yo bien quisiera hallar un justo medio
Para que todos fueran virtuosos;
Mas pónese el pecado de por medio.
Pues afligirme yo por los viciosos,
Y quitarme la vida por su vida,
No me lo han de mandar los poderosos.
¿Podrá vuesamerced sanar la herida
De un hipócrita astuto, que se lleva
Cuantos tontos juntó la edad perdida?
¿Podrá, cuando un tirano el oro aprueba,
Retroceder de su ambicion la furia,
Pues cuanto mas adquiere mas se ceba?
De la delicia y bárbara lujuria
¿Quién podrá detener de todo punto
El accidente que al honor injuria?
El siglo de virtud está difunto,
El estado es iman de sus primores;
Todo este grave daño vino junto.
Cuanto se mira por el orbe es flores;
Vellas y no tratallas es de sábios,
Reir su variedad es de señores.
Cuando se anticiparen los agravios,
Hágase admiracion de su tardanza;
Que no pueden faltar estos resábios.
Si no hay seguro bien sin la mudanza,
Haya paciencia para su fortuna;
Que el que la sabe amar todo lo alcanza.
No se ha de hallar fragilidad alguna
Que no tenga disculpa, mala ó buena;
Con luces nos engaña hasta la luna.
La voluntad del hombre nunca es llana,
Los ojos tarde en la visiva hallaron
Satisfacion; su objeto les condena.
Todos los que de sí mucho fiaron,
En su misma perdida confianza
Burlados y corridos se quedaron.
¿Quién podrá concertar esta balanza,
Siendo la cantidad de la locura

Plomo del juicio á peso de esperanza?
Lo que acomoda al hombre es su cordura,
Aunque contra justicia la accion sea;
A esta llaman la ciencia mas segura.
La vanidad del sexo se recrea
En solo derribar los albedríos,
Mire vuesamerced qué buena idea.
Si el mundo está sujeto á desvarío,
Llórele quien quisiere; que yo tengo
Mucho fuego en los ojos para rios.
Cuando á considerar con alma vengo
Que hay pleitos en derecho defendidos,
Los ímpetus de risa me detengo.
Si me hicieran juez, los oidos
Cerrara á los procesos sin paciencia;
No son para mi juicio estos ruidos.
Yo no me meto en cargos de conciencia;
Sé que la mia está tan lastimada,
Que no puede moverse sin violencia.
Pues si yerro el camino en mi jornada,
Y á mí mismo no acierto á gobernarme,
¿Cómo gobernaré tan grande armada?
En la mar deste mundo he de anegarme;
Y así, fuera ignorancia y desvarío
Perderme, consumirme y marearme.
No soy yo peregrino en mi albedrío;
Muchísimas tormentas he pasado,
Y por esta razon del mar no fio.
Entré bisoño, y no salí soldado;
No mas guerra, si puedo, hasta la muerte;
De la que tuve, al alma le ha pesado.

ELEGÍA III.

Si contentarme puedo con mi suerte,
Un grado ganaré de sábio, haciendo
Un castillo á mi alma firme y fuerte.
Si cuando vine al mundo entré muriendo,
Bueno será salir viviendo ahora;
Llorando vine, y me saldré riendo.
Si eterna no ha de ser mi blanca aurora,
Antes que el sol se ponga en occidente,
Gocemos sin afan desta señora.
Nubes no han de faltar, aunque el oriente
Amanezca sereno de luz pura;
Que se altera muy presto este tridente.
La ciencia mas perfecta y mas segura
Es tomar el estado por estado;
La vanidad tal vez gozó cordura.
No pretender ser sábio demasiado
Es vivir virtuosa y sábiamente;
Que el hilo quiebra cuanto mas delgado.
Saber que no se sabe es accidente
Tan sobrenatural é intelectivo,
Que da vida inmortal al mas prudente.
Si en fe del nacimiento con que vivo
La cuenta desvanezco de mi fama,
Alcanzaréme presto en el recibo.
Quien sus discursos con extremo ama
A deleites de necios será dado,
Y morirá sobre su misma llama.
Si yo hallé el siglo en este mismo estado,
En él le he de dejar, aunque mas diga
El discurso del hombre, limitado.
Si la incomodidad es enemiga,
Preste paciencia aquel que la tuviere,
Aunque mas con rigores le persiga.
Y si acaso consigo no pudiere,
Rompa el valor los lances de fortuna;
Que el que morir se deja, muere y muere.
Entre las líneas de este mundo alguna
Salió torcida; ¿quién podrá enmendalla?
Ley deste caso no hallaré ninguna.
¿Cómo podrá el mas sábio enderezalla,
Estando de por medio el albedrío?
¿Qué digo enderezalla? Ni aun miralla.
Aunque mas laberintos haga el rio,
Ha de dar en el mar forzosamente,
Adonde pierde el vano señorío.
La vanidad del hombre es su corriente;
Bien puede dilatarse algunos dias,
Mas ha de ir al sepulcro su occidente.
No son estas obscuras profecías,
Verdaderas del juicio son razones,
Y morales tambien filosofías.
Bien conozco sofísticos blasones,
Alcanzados de agudo entendimiento;
Pero no he creer sus opiniones.
Si mi espíritu quiere, hallará ciento
Sobre cada argumento, y mi discurso
No fia de edificio sin cimiento.
Si yo pudiera retener el curso
Al tiempo, puede ser (mas voy errado)
Que le pidiera contra mí recurso.
Mas anda tan veloz y apresurado,
Que aunque quisiera darme grato oido,
No pudiera librarme de cuidado.
Dios por quien es conserve mi sentido;
Que soy muy flaco Job para quistiones,
Y ofenden el espíritu lucido.
Como entré he de salir, no hay mas razones,
Y en todos cuantos libros he leido
No hay mas verdad que en estos dos renglones.
Allá donde ninguno ha conocido,
No sé cómo estaré, mas sé de cierto
Que me darán el premio merecido.
Si mal obré, no alcanzaré buen puerto,
Mire vuesamerced para qué vine;
Mejor me fuera estar en un desierto.
Por mas que de razones me previne,
No quise, ó por mejor decir, no pude
Quitarle á mi ignorancia que adivine.
Aunque le digo al mundo que se mude,
Él no lo puede hacer, que está bien hecho,
Y á su naturaleza, sábio, acude.
Cuando yo considero qué provecho
Sacó este laberinto de embarcarse,
Y quitar á otro reino su derecho,
Me admiro, y con razon digo (si darse
Puede nombre de bien á este castigo):
«Razon tiene el político de armarse.»
Por dilatar imperio, el mas amigo
Escalará los cielos, no los mares,
El pájaro de lino es buen testigo.
¿Lloraré por ventura estos azares?
¿Serán bastantes llantos y suspiros
Para sacar del mundo estos pesares?
Pues ¿qué diré de los señores tiros?
Introducion de rayos y cometas,
¿No es bien en tales lances advertiros?
¿No bastaban los arcos y saetas,
Sino granizo, municion y balas?
Ridículas, por Dios, son estas tretas.
¿Lágrimas yo por estas siempre malas
Sutilezas del mundo? Dios me guarde,
Váyase á pasear la diosa Pálas.
No he visto poco, aunque he nacido tarde;
¿Causa menos gustoso desvarío
La imprenta, mi señora, con su alarde?
Tanto libro ¿es pequeño señorío?
Tanta redonda letra ¿no es tesoro?
La mayor parte buena para un rio.
¿Causó mas daño idolatrando el oro?
¿Hay mas vano y gustoso desatino?
Aquí del juicio, que me vuelvo moro.
No ha emborrachado tanto el señor vino
Como locos ha vuelto esta señora;
Dígalo su carácter peregrino.
Pues el traje del siglo me enamora;
No hay nacion que no esté vuelta figura;
¿Quién es el necio que por esto llora?
Si el seso deste loco reina y dura,
Vuesamerced verá vestir de seda
El hígado, el liviano y la asadura.
A la señora Vénus no le queda
Sino vestirse el alba cristalina;
Su resplandor no teme que le exceda.
Alabemos, Señor; la medicina,
Y sea con modestia; que hay doctores
Que tienen esta ciencia por divina.
¡Oh terribles del cuerpo inquisidores!
No rio de vosotros la licencia,
Sino la sujecion de los humores.
En tan terrible y peligrosa ciencia,

Yo he de callar, pues que me va la vida;
Tomadla, si quereis, sobre conciencia.
No sé yo si en alguno está perdida;
Pero sé que si muere el mal logrado,
Que no será su Laura perseguida.
Celebro con ridículo cuidado
Tanto alcázar, Babeles oprimidos,
Fabricados á fuerza del estado.
Con muchas almas deben ser reidos,
Porque para gusano tan pequeño
No vienen bien sus ámbitos lucidos.
Oh buen Matusalen, del juicio dueño,
Que á quinientos de vida despreciaste
El tosco albergue de podrido leño!
Si vieras nuestra edad, de quien burlaste,
Tú nos calificaras de soberbios;
Tu desengaño, como cuerdo, amaste.
En jaulas de dorados cautiverios (1)
Cantan ahora pájaros de nido,
Pero son de rapiña sus proverbios.
Dice el señor Albano que ha nacido
Muy tierno, compasible y delicado,
Y que llora de verme tan reido.
Pues oiga, y sacaréle de cuidado:
Mi risa no ha nacido de ignorancia,
Sino de hallar el mundo en este estado.
De sentir á sentir hay gran distancia:
Mas se puede enmendar con esta risa
Que con los lloros de la tierna infancia.
El sentimiento natural avisa
Que documente el alma con desprecio
Para domar la voluntad remisa.
Las ternuras, Señor, no tienen precio;
Si esta doctrina murmurar se llama,
¿Adónde funda su razon el necio?
Las lágrimas son buenas en la dama,
Con ellas el amante se derrite,
Ardiendo mariposa de su llama.
Pero cuando remedio no permite
El enfermo, llorar para sanalle
Es querer que la luz del sol se quite.
Al que muere, razon es enterralle;
Y pues murió este mundo, no seria
Cordura, sin ser Dios, resucitalle.
Él es buen caballero, y no podria
El talento del hombre mas perfecto
Volvelle á dar la vida que tenia.
Él debe de soñar que hay un preceto,
Adquirido por ley de la costumbre,
Que vuelve lo perfeto en imperfeto.
El mucho sueño adquiere pesadumbre;
¿Quién sabe si soñamos, hasta tanto
Que nos recuerda la divina lumbre?
De todo lo que veo no me espanto;
Que como son visiones aparentes,
Rio de ver hipócrita este santo.
De todas las naciones diferentes,
Uno quisiera ver de cada una;
Que yo hiciera academias excelentes.
No me quejara, no, de la fortuna
(Malilla de los tontos), mas formara
Escuela de menguados á la luna.
Yo no estudié ninguna ciencia clara,
Oscura puede ser, y así he salido
Algo noche en los ojos, no en la cara.
Entendí ser astrólogo lucido,
Y por no andar en cuenta con luceros,
Gané no poca parte de sentido.
Quise ser estadista, y los primeros
Negocios del Estado me dejaron
Ignorando los casos verdaderos.
Los políticos todos me acabaron;
Estoy para llorar, señor amigo,
De ver que me perdieron y ganaron.
No tiene nuestro ser mas enemigo
Que su propio apetito, y cuando llega
A querer gobernar, á mandar digo,
Tan sumamente en el poder se ciega,
Que si no tiene grande entendimiento,
En la tormenta deste mar se anega.
Pocos andan con luz, muchos á tiento;
Que en este abismo, siempre deseado,
Es ciego quien no sabe el valimiento.
Este mundo, Señor, es muy amado,
Ninguno diga mal de su cordura;
Que no hay otro mejor ni mas honrado.
Quien en él no se fia ó se asegura,
Hace como quien es; viva mas años
Que el pájaro de Arabia en su clausura.
Todos tenemos parte en estos daños:
Él no la tiene, que nació desnudo
De traiciones, de usuras y de engaños.
De esperanzas se viste, á ellas acudo;
Todos viven con ella, hasta los muertos,
Pues esperan ceñirse de otro escudo.
Entonces, que estarémos mas despiertos,
Andarémos castísimos y santos;
Ya quisiera ver llenos los desiertos.
Valle de Josafá, si han de ser tantos
Los juzgados en tí, desde hoy te pido
Que recibas mis lágrimas y llantos.
Allá, Albano y señor, seréis oido
Con mas verdad que en este siglo vano;
Llorado iréis sin duda, y yo reido.
Buen filósofo sois y cortesano,
Alegráos con justicia en esta vida;
Que lo demás es irse muy temprano.
El que mas saber quiere,
Si se muere de necio, muere y muere.

(1) Aquí debe haber error de las impresiones antiguas, ó el poeta distraidamente no aconsonantó bien estos versos.

ELEGIA IV.

Respuesta de Albano al llanto de Heráclito.

Quiero, Danteo amigo, responderos
A vuestra elegia, sí, con advertiros
Que son vuestros conceptos verdaderos.
Esto es lo mas que pueden mis suspiros
Decir á vuestra risa cortesana;
Pero no en toda ella he de seguiros.
Conozco y sé que es sumamente vana
Mi pesadumbre; que llorar el mundo
Piadosa accion será, no soberana.
Si algun triste filósofo segundo
Lloraba como yo, tengo por cierto
Que no discurro mal si en él me fundo.
Una sola verdad, Danteo, advierte:
Que mas sabios sacó la pesadumbre
Que la risa preciada de su acierto.
Si la melancolía es una lumbre
Que asiste en el discurso imaginado,
No condeneis en todo mi costumbre.
Yo confieso mi error siempre llorado;
Pues se funda en querer un imposible,
No teniendo su medio señalado.
No me admiran los yerros de un posible,
Natural en el hombre es la flaqueza,
Pero causa dolor la mas horrible.
Si el albedrío no es naturaleza,
¿Cómo no he de sentir velle rendido,
Su angélico poder vuelto vileza?
El mundo (mi señor) no está perdido,
El que puede enmendarse, plaza tiene
Para volver á ser el que habia sido.
De estar mal gobernado el daño viene;
Si es todo vanidad y desvarío,
Nunca tendrá este mónstruo quien le enfrene.
Ningun acierto de mi ingenio lío,
Mas llego á conocer que la licencia
Derriba con poder el albedrío.
El siglo á libertades de conciencia
Está dado, no hay duda, y cada dia
Se mira esta verdad con experiencia.
Veo con mas poder la tiranía,
El sábio aborrecido, el necio amado,
Y lloro aquesta causa como mia.
¿A quién no ha de causar dolor y enfado
Ser el pobre del rico aborrecido,
Y estar el virtuoso despreciado?
Yo veo al justo solo y abatido,
Yo veo al bueno de trabajos lleno,
Y entre facinerosos oprimido.

¿Cuándo se ha acabar este veneno?
Ríase el que gustare deste agravio,
Entre tanto que yo discreto peno.
Aborrezco la vida y cierro el labio
Cuando miro á un soberbio sin justicia
Tener imperio sobre un hombre sábio,
Y mucho mas (preciado de avaricia)
Un poderoso, de riqueza armado,
Oprimir á los pobres con malicia.
Al ignorante veo en alto estado,
Y cáusame dolor verle aplaudido,
Mérito haciendo de lo mal ganado.
Veo que la limosna ha fenecido,
Y al paso que enriquece el avariento,
Se va apagando este farol lucido.
No le falta á ninguno entendimiento:
Voluntad y justicia es la que falta;
Este gobierno, mi Danteo, siento.
Cuando el discurso de la ley se aparta,
¿Por qué se ha de reir de su delito?
Esta verdad se alcanza aunque esté alta.
A la fragilidad yo no le quito
La parte que le dió naturaleza;
Pero en todo, Señor, no la permito.
¿Por qué ha de blasonar de su nobleza,
Y no de la virtud, quien ha nacido
Fino en la sangre y mancha su pureza?
Si el mundo no premiara á este atrevido,
Ni vos rierais, no, ni yo llorara;
Alabo (y con razon) quien no ha nacido.
Que siendo la verdad tan bella y clara,
¿Esté tan desvalida? (¡qué locura!)
Ella se da de balde y está cara.
No está el siglo tan falto de cordura;
Quien hace mal, bien sabe que le hace;
El oro en el crisol luego se apura.
Si la materia con el daño nace,
Por eso la razon, física santa,
Cura su llaga y el dolor deshace.
No me admiro del yerro, no me espanta;
Admírome tomalle por costumbre,
Y que llamen valor flaqueza tanta.
No justifico, no, mi pesadumbre,
Justifico la ley de mi derecho,
Ando sin luz, teniendo tanta lumbre.
No veo al siglo caminar derecho;
El primero que ha errado su camino
He sido yo, de lo que estoy deshecho.
No pretendo ser solo peregrino,
Pero pretendo ser, con buena fama,
Amante del precepto mas divino.
La justicia ha de ser siempre mi dama;
Si ella reinara como yo quisiera,
Mariposa me hallara de su llama.
Vuestra epístola, amigo, verdadera,
Dice que todo el siglo está fundado
En la comodidad terrible y fiera.
¡Ay del solo, que llora desterrado!
Vive el que reina sobre el mismo mundo,
Que la quitara yo de todo estado.
¿Llamais comodidad su error segundo,
Acomodalle al rico la riqueza?
Descubrid el concepto, que es profundo.
Mejor se acomodara su nobleza
Si usara con los pobres de piedades;
Esta sí que es virtud de mas belleza.
Hablemos, mi Danteo, las verdades;
Lo que acomoda al alma siempre ha sido
Cómodo universal de eternidades.
¿Puede decir un bárbaro atrevido,
Siendo tirano, que la tiranía
Acomoda su espíritu perdido?
Esta comodidad, por ironía,
Se llamará virtud, pues nada tiene
Que se pueda nombrar sabiduría.
Su origen, como veis, del vicio viene,
Y si lo material tanto se estima,
Su propio ser y estado le condene.
Comodidad que va, como la lima,
Royendo la conciencia, nunca es buena;
En ella muera quien su ser estima.
Yo adoro esta afliccion, pues me refrena;
Amo este llanto, sigo esta locura;
A muchos hizo sábios esta pena.
Reir del mundo es ciencia mas segura,
Llorar del mundo es ciencia mas perfeta;
Bien sé que vuestra risa es de cordura.
¿Quién sabe si en la urna mas secreta
Lloramos antes de salir al mundo?
Mucho tiene esta idea de discreta.
Ninguno ha de hacer limpio al que es inmundo
Este daño lloramos cuando vimos
El blandon de los orbes sin segundo.
Si en fe de nuestro espíritu vivimos,
¿Quién sabe si lloró cuando bajaba
A la cárcel materna do estuvimos?
Si él estaba mejor donde se estaba,
¿Por qué no ha de llorar tan gran caida?
Vuelvo á decir sin duda que lloraba.
No está mi alma, amigo, tan sentida
Sin grande causa, intelectivamente
Suspira por tener segura vida.
No es hombre, ni lo ha sido, el que no siente
Que la honra del sábio está fundada
En la interior y líquida corriente.
Siempre la risa ha sido celebrada;
Pero cuando el prudente la permite,
Sale la accion en parte disfrazada.
Si quiere el corazon que solicite
La pasion desengaños, yo los lloro,
El alma los alienta y los admite.
Esta severidad quiero y adoro,
Y saco por mi cuenta que mas vale
Melancólico humor que risa de oro.
¿Por qué he de permitir que se le iguale,
Si la plata y el oro han destruido
El ser del hombre? Su ambicion los tale.
Está el caduco siglo tan perdido,
Que cuando lloro, por mi bien no veo,
Y estimo carecer deste sentido.
El mundo es una carta, y si la leo,
Una sentencia contra mí pronuncio,
Si vivo en tanto que mi mal no creo.
Si es esta vanidad, yo la renuncio,
Mas como no lo es, ando acertado;
Cierto es el daño, y cuerdo me le anuncio.
Morir de necio es un morir de honrado;
La risa mas discreta y entendida
Ha de traer sin duda algun cuidado.
¿Cómo no he de llorar en esta vida,
Si ella toda está llena de dolores,
Siendo incurable su terrible herida?
Lloro la vanidad de mis-temores,
Pues siendo polvo mi materia horrible,
Se quiere introducir con los señores.
¿Para qué es esta sed necia y terrible,
Si en lo mejor del líquido elemento,
Hidrópico se queda lo sensible?
Vos me escribis, amigo, muy contento,
Diciendo con discurso cortesano:
«Como entré he de salir, estadme atento.»
Diera yo por salir del mundo vano
Como cuando le vi la vez primera,
El imperio del griego y del romano.
Sin carga vine, y salgo de manera,
Que, á no ser el espíritu invencible,
Con el peso que lleva no pudiera.
Reparad el concepto, si es posible;
Con un original naci pecado,
Y ahora llevaré (¡lance terrible!)
Tantos y tan mortales, que he dudado
Cómo pudo caber en un sugeto
Tanto abuso de vicio laureado.
Volvamos á otro punto bien discreto:
¿No es grande compasion que, como vino,
Así se vuelva el hombre mas perfeto?
Consuéleme el Espíritu divino;
Materia y forma bien perfetas fueron
Cuando vieron el orbe peregrino.
Mirad si como cuerdas procedieron,
Que la forma se lleva los pecados,
Y la materia los que en ella dieron.
Fácilmente quedaran enlazados,
Si la muerte no hubiera desasido

Con divorcio cruel éstos casados.
¡Oh, qué cuartel me aguarda! oh, qué afligido
Mauseolo me espera y sigue, cuando
Entendí no morir de haber nacido!
Con justa causa estoy considerando
Cómo me he de reir desta cordura,
Cuando mi corazon está llorando.
Si nunca nuestra vida está segura,
Lloremos nuestra falta rigurosa,
Buscando vida mas perfeta y pura.
Que soñamos es regla artificiosa,
El sueño que se aguarda es verdadero;
Despiértenos la mano poderosa.

ELEGIA V.

Alabar vuestra risa en parte quiero,
Mas amiga de Vénus que de Marte:
Mas ha de ser en acto verdadero.
Yo no condeno del ingenio el arte;
Mas condeno la ciencia inadvertida,
Que argumentos sofísticos reparte.
Para tanta doctrina hay corta vida,
Y mucha para amar la verdadera;
Una luz tiene el sol, y esa lucida.
Un camino, una senda, una vereda;
Si tiene muchas, puede el peregrino
Perderse variando la primera.
La razon natural siempre previno
Una viviente luz, para que el hombre
Errar no pueda en todo sú camino.
¿Vuestra risa no quiere que me asombre
De ver hecho este mundo librería,
Mudando cada instante patria y nombre?
¿Cómo se puede hallar sabiduría
En un millon de leyes encontradas?
¿Cuándo se ha de acabar su algarabía?
Si las ciencias son todas ignoradas,
Y solamente hay una verdadera,
¿Para qué son del juicio idolatradas?
La variedad del hombre las altera,
Y en llegando el discurso á ser vicioso,
Pierde el alma su dulce primavera.
Yo digo algunas veces (receloso
De caer en abismo tan obscuro):
«¿De qué me sirve este Babel odioso?»
Buen político soy si lo procuro,
Buen filósofo soy si lo deseo;
Pero si no obro bien, seré Epicuro.
Si con los ojos interiores veo
Opiniones, que son damas del sábio,
¿Quién sabe si en la falsa me recreo?
No hay fin de muchos libros; que es agravio
Anteponer á la verdad divina
Sutilezas sofísticas del labio.
No todas veces el amor se inclina
A la sencilla castidad, pues toma
La delicia voraz por medicina.
El espíritu es sol; si claro asoma,
¿De qué sirven las nubes, pues levanta
Obscuridad el mismo que las doma?
Tambien mi idea con razon se espanta
De ver la libertad que se ha tomado
El sexo, cuando cual sirena canta.
Cuerdo, creed este discurso honrado;
La mas sábia mujer es desvario,
En fin salió como traidora al lado.
Lloro su vanidad, y no la rio,
Siento su vanidad si no la lloro,
Pocos aciertos de su juicio fio.
Yo guardaré á la buena su decoro,
Pero no he de fialle mi secreto,
Aunque, como decis, me vuelva moro.
Lastimoso dolor, terrible objeto,
Mónstruo cruel, soberbio desatino,
Y polilla del hombre mas discreto.
Este bello animal, casi divino,
Tiene contra justicia sujetado
El intelecto noble y peregrino.
Disculpo de su engaño acelerado
El rapto movimiento poderoso,
Pero culpo lo fácil del estado.
¿Por qué se ha de creer su artificioso
Cariño, aunque de lágrimas, cercado,
Enternezca el planeta luminoso?
Aquel humor ó líquido cuidado
Es fuego del espíritu inconstante,
Y antes se queda enjuto que llorado.
Aquel fondo de luz, aquel diamante,
Que perla fué tal vez de la hermosura,
Hidra llorada ha sido del amante.
¿Qué imperio tiene en nuestra edad segura
Este enemigo de la forma humana,
Que así la libertad sigue y apura?
¿Ha de durar eterna esta manzana?
¿Qué sombra es esta, que buscada vuela,
Y si la dejan, sigue soberana?
¿Por qué el bajel y la tendida vela
Ha de andar con el viento desta ingrata?
¿Quién no teme su mar, pues le recela?
El corazon me aflige, y me maltrata
Otra desigualdad necia y viciosa,
Que no la tiene el siglo por barata.
Todos aman la honra artificiosa,
Pocos la verdadera, y no hay ninguno
Que no blasone desta dama honrosa.
Este nombre comun, tan importuno,
¿Qué iman tiene consigo, que se mueren
Todos por él, sin heredalla uno?
¿No he de llorar de ver que no le quieren,
Diciendo que le quieren? ¿Hay delito
Como ver que le afrenten y veneren?
Debe de ser la honra algun garito,
Pues admite tahures en su casa;
No paso por su flor ni la permito.
¿Qué novia es esta que con todos casa?
Y ¿qué marido son los que la tienen,
Que de celos ninguno se le abrasa?
Los que con tal señora se entretienen,
Primero es repudiada que admitida;
De buenos documentos nos previenen.
Segun dice esta causa conocida,
No la reciben por esposa todos,
Que es honra cortesana y presumida.
Lleno está el mundo destos novios godos;
Válgate Dios por honra derramada;
Llorar te tengo por diversos modos.
La mentira se tiene por honrada,
La traicion por lo proprio; ¡oh siglo falto
De la sabiduría, siempre amada!
Toda la honra se te va por alto;
¿Cómo dejas manchar tan puro armiño?
De la virtud al ócio diste un salto.
Aquel amado y celestial cariño
Solamente el honrado le merece,
Criado fué á la escuela desde niño.
¿Cómo no he de llorar si el daño crece?
Vivo llorando, y muero si me rio;
Discreto es el humor que juicio ofrece.
Bien quisiera sacar á desafío
Vuestra risa discreta y cortesana,
Pero mi llanto tiene poco brio.
Esta desigualdad altiva y vana,
Es imposible que naciese cuando
Vió el primer Damaceno la mañana.
Muchas veces estoy considerando
De qué me sirve este desvelo horrible,
Si hubo de ser y fué, pero dudando,
Esta temeridad casi imposible
Hallo: que el ignorar sobre este caso
Será concepto para mí posible.
¡Oh dulce del espíritu fracaso,
Amagado en el noble entendimiento,
Y ejecutado en el sensible vaso!
¿Quién sabe si este frágil fundamento,
Hecho de cuatro simples, ha salido
Para ser privacion de otro elemento?
Nacer muriendo no es haber nacido;
Morir para nacer es esperanza,
Que promete la vida que he tenido.
Por cierto que es errante la mudanza
Que se ejecuta con los años ciento,
Llamando milagrosa su tardanza.
¿Quién me diera tener conocimiento

Capaz de conocerme? pues yo mismo
No sé si es malo mi primer intento,
Estoy sujeto á un solo parasismo;
Apenas nace el hombre cuando muere,
Y aun no sabe si sale deste abismo.
Su mismo corazon, si saber quiere
Qué enemigos le acaban, no lo sabe;
Él está dentro, y nada desto infiere.
El discurso mejor abre con llave
Las puertas de la vida, y se halla luego
Como en el mar soberbio débil nave.
No se pega la estopa con el fuego
Tan presto como este vital aliento
Se pega al lazo de la muerte, ciego.
Nube que pasa es, que con el viento,
Volteando los campos desasidos,
Se desvanece todo su ornamento.
Los dias que pasaron ya son idos,
¿Quién le podrá aumentar á nuestra vida
Otros, si no tan buenos, tan lucidos?
Perdonara por cierto mi venida,
Si mi razon en todo se ajustara
Con la primera causa conocida.
Si no viniera yo, nunca llorara;
Y si la nada lauro no merece,
¿Cómo me cuesta esta venida cara?
Exhalacion que apenas resplandece,
Cuando luego se muere su luz pura,
Es la vida del hombre cuando crece.
Toda aquella privanza mal segura
Cae con violencia de las dos regiones,
Para que se conozca su locura.
No en balde no me meto en opiniones,
Sino solo en llorar los que han pecado;
Las del mundo son todas salvaciones.
El que mas en su error está obstinado,
Vive con esperanza de salvarse;
¡Oh, pésia la ignorancia y el salvado!
¿Este daño no puede remediarse?
Sí, digo muchas veces, yo le lloro;
Que no puede el prudente condenarse.
Bien que, volviendo al docto su decoro,
Reparo que en el clima hallarse puede
Razon bastante para el mal que ignoro.
Y pues el hombre sábio siempre excede
Al ignorante, rindase aquel clima,
Para que en igualdad el mundo quede.
La bárbara república reprima
El falso del poder conocimiento,
Si quiere que la fe su luz imprima.
Pero ¡ay de mi! ¡qué ajeno entendimiento!
Es pertinaz, en cuanto comprehende
La ley que tuvo de su nacimiento.
Aquí vive este daño, aquí se extiende,
Aquí crece la duda, aquí se anega;
¡Oh dichoso mil veces quien le entiende!
Fuera desta verdad, luego se llega
La fuerza del rigor de la costumbre,
Tan hija del engaño como ciega.
Reid, Señor, reid sin pesadumbre;
Mas sábio sois que yo; vuestro argumento
Tiene mas dicha con su docta lumbre.
Rendido, amigo, de llorar me siento;
Este postrer discurso fué terrible,
Y él propio ha moderado mi tormento;
Que un daño sin remedio
Tiene la risa por discreto medio.

CANCION VI.

A la vanidad del mundo.

Mundo y señor, escucha á quien has dado
Mas vanidad en suma
Que rasgos ha formado con su pluma.
Mira si frisa con tu edad primera
Esta que gozas, por mi mal, postrera;
Si fueren mis verdades
Tan ciertas, sí, como tus vanidades,
Celebra mi deseo
Segura voluntad de tu trofeo;
Y si no te agradaren, dales luego
Sepultura en el fuego;
Que yo no aguardo de tu vulgo necio
Menos desdenes, no, menos desprecio.

Trajes.

Dime, ¿de qué ha servido
Tanto traje? Delicia nunca usada
En tu primera edad, casta y templada;
Del cabello cogiste con el oró
La ocasion, en desprecio del decoro;
Riendo paso en mi humilde sólio
(Seguro de mi albergue capitolio),
De verte desnudar, tan atrevido,
De juicio, y no vestido,
Y del sayal hasta el brocado bello
Holló tu planta y tuvo tu cabello,
No reparando que la compostura
Nunca sustenta rosa de hermosura.
En tanta variedad de traje vano
Quisiera preguntarte, ¿qué has ganado,
Sino un pesar, que nunca se ha gastado?
Desluciéndote, si no has lucido,
De necio te has vestido,
Y de tantos colores, ¿quién dudara
Que algunas te salieran á la cara?
Pobre de juicio, rico de locura,
En tal enfermedad no admite cura.
Galan, siglo, has quedado;
De ignorante has ganado
Cátedra universal; Narciso viejo,
Busca (rompiendo el agua) nuevo espejo.

Carrozas.

Diste en hacer carrozas, enjaulado
En la rica de orates casa noble;
La ociosidad hiciste trato doble,
Las ruedas de tu misma fantasía
Un principio buscaban á tu dia;
El caballo del vicio por sí mismo
Te llevaba al abismo,
Y esta fortuna, por tu mal guardada,
Se te vino rodada;
Con mas verdad estabas en la choza,
Que en el albergue, sí, de la carroza;
Oh ignorante, ¿qué has hecho, si tu coche
Imágen es de tu atrevida noche?
Orbe, ¿qué has hecho? Mundo, ¿qué has formado?
Casa de vanidad tú la tenias
En las cuadras angostas de tus dias;
¿Qué nueva artificial has fabricado
(Encanto declarado),
De animales regido,
Bárbara ociosidad del atrevido?
Teme con justa causa la caida,
Que la carroza es urna de la vida.
¿De un medio irracional, Faeton, te fias?
Oh, mueran tus porfías,
Pues son contra la ciencia verdadera,
Pretendiendo rodar por otra esfera.
¿De dos y cuatro cisnes
Armas tu vanidad y tu locura?
Buena vida escogiste, si te dura;
El sumiller criado,
Que la cortina corre de tu estado,
Va señalando en la nocturna cuna
Los vaivenes forzosos de fortuna.
Notable amor cogiste á ese palacio,
Ruega á los brutos, sí, que anden despacio;
Que los pasos que dañan los sentidos,
Pasos son del espíritu perdidos,
Y no puede faltar con tal Faetonte
Ruina fatal en viendo el horizonte.

Ambicion.

Demás desta verdad, en que fundaste
Surcar en una tabla tantos mares
Cuantos son tus pesares,
¿Puede hallarse delirio mas tirano
Que ir á robar tu hermano,
A quien puso el Criador mares en medio,
Terminada la línea por remedio?
¡Oh ambicioso tropel de la codicia!
Oh cisma coronada de malicia!

¿Adónde ha de llegar tu tiranía?
Solo te falta visitar el dia,
Y saber del volante sin segundo
Cómo gira los términos del mundo.
Toda la tierra, bárbaro, es del hombre,
Goza la tuya, deja las ajenas;
Que de hacer lo contrario, te condenas,
No defraudes los bienes adquiridos
En edades de siglos poseidos;
Si nunca se te dió por enemigo,
Trátale como amigo,
Que el político estado
Es conservar tu estado,
Y no robar lo ajeno, fatigando
Los campos de Neptuno, pues mirando
El libro del cristal desbaratado,
No por eso se borra tu pecado.
¿Quién te ha dado licencia
Para ensanchar tu vana monarquía?
Deja gozar el dia
A quien nunca ofendió tu patria y casa;
No lo que ganas de la tierra pasa,
Y poca has menester, mundo pequeño;
Deja la posesion al menor dueño;
Que tal vez en el agua el pez mas grande
Disimula que ande
El inferior entre su esfera helada
(Razon hasta en el bruto respetada);
Imítale siquiera con el nombre,
Ya que desprecias, loco, nacer hombre.

Diamantes.

Hice donaire yo, con justa causa,
De verte navegar tantos cristales,
Y adorando los males
En la tierra remota,
Romper la vena; y rota,
Sacar la piedra, á quien prestó la estrella
Su luz divina y bella,
Y dándole valor extraordinario,
Por el rumbo contrario
Volver gozoso á perseguir los mares,
Asiéndose los daños y pesares
Al interés, como en muralla hiedra,
Y toda tu vitoria es una piedra.
Dime, inocente, ¿qué inocencia ha sido
Esta curiosidad impertinente,
Tan admitida de la indocta gente?
¿Es mas la piedra que tu vida acaso?
Ese movible vaso,
De la muerte vecino,
¿Te asegura la vida, peregrino?
Dime otra vez, vanísimo inocente,
La luz vital ¿no es piedra mas decente?
¿Sabes tú lo que vale solo un dia?
Sabes qué esfera tiene la alegria?
¿Mas puede un resplandor inanimado
Que un aliento vital? ¡Mísero estado!

Perlas.

¿Qué buscas, di, perdido
(Sumergido en alcobas de cristales),
Conocer sus secretos naturales?
Mas no estimes el llanto del aurora,
Que es llanto al fin; ¿tu vanidad ignora
Desta cuajada lágrima el desprecio?
Ganar quieres de necio
Fama, pues gastas en llorar la vida
Por una gota de cristal lucida;
La mas redonda perla es agua pura,
La concha lo asegura;
Mira si es bien trocar por sus cristales
Del corazon los líquidos vitales.
Véote aparador de necedades;
¿Adónde vas con tanto desvarío,
Engañando tu espíritu albedrío?
¿En aljófares liquidos adquieres
Tus cansados placeres?
¡Notable vanidad! Dime, perdido
En el abismo vano del olvido.
¿Qué docta ciencia ó qué sabiduría
Esa concha te da? Saber querria
Si este blanco tesoro
Te da honor y decoro;
No, que quien sigue y ama la justicia,
No desentraña mares de codicia.
Dirás que desta suerte te sustentas;
Mejor te sustentaras
Si á tu madre la tierra cultivaras;
Por este daño siempre se ha perdido
El mayo mas florido.
Hombre, tu parte es esta, y la mas buena;
Lo demás te condena
Hoy la razon divina.
Si tu vida se inclina
A conservarse en el linaje humano,
Da á las piedras de mano;
Que mas valor adquiere, hombre ignorante,
Un grano rubio que el mejor diamante.

La guerra.

He visto que tus hijos en campaña,
De sí mismos mortales enemigos,
En navales castigos
Acabaron sus vidas de manera,
Que se hicieron vecinos de otra esfera;
Necio, á tus hijos ¿qué consejo has dado,
Qué político estado
Te llenó la memoria y fantasía
De la marcial y bélica osadía?
Cuando yo vi pendones
Atropellar naciones,
Ofreciendo su vida al sacrificio,
Dí por perdido tu pequeño juicio.
¿En qué te fundas, hidra intolerable,
Que á tan sangrienta guerra
Provocaste la tierra,
Violando aquella union, de paz señora,
Que dió el Criador á la primera aurora?
¿Qué sed, por insaciable que haya sido,
Con sangre se apagó? Dime, perdido,
Por lo mismo que adquieres
Con tantas muertes, ¿qué vitoria quieres?
Y cuando el campo cante la vitoria,
Y dejes de tu nombre eterna gloria,
¿Qué cielo, di, ganaste,
Si tu mismo sepulcro conquistaste?

El oro.

Véote, sí, volar con otras naves,
Y á pesar de los vientos indomables,
Sangrar la tierra en venas formidables;
Y los rayos del sol y de la luna,
Sacar acrisolando tu fortuna;
Hombre, ¿sabes que el oro
Es el mayor contrario á tu decoro?
Sabes tú que la plata
Es comunera ingrata?
Pues ¿por qué te despeñas,
Pasando mares y rompiendo peñas,
Y á tu casa conduces dos amigos,
Que siempre se volvieron enemigos?
¿Qué ciencia, di, buscaste,
Que así te despeñaste?
Qué virtud aprendiste?
Qué delirio dorado recibiste,
Que así te ha derribado?
Mas daños ha causado
Este homicida de la sangre humana,
Que rayos le concede la mañana;
Donde él estuvo, siempre se ha perdido
El imperio mayor y mas florido.
Deja tanta codicia;
Que el oro es un iman de la malicia;
Tesoro no pequeño,
Que señala la muerte de su dueño.
Si con rasgos dorados
Escribes tu fortuna
En el papel sagrado de la luna,
Mira que ajusten bien en esta ciencia
El alma y la conciencia
La cuenta de tu vida,
Si no es que está la cuenta tan perdida,
Que esperas remedialla con el oro.

Dúdolo mucho; que es traidor tesoro
Aquel que se ha fiado
En la ambicion; y nunca se ha dudado
Que el oro conquistado en ambiciones
Valga jamás en estas ocasiones.

La mujer.

Burléme yo de tí cuando seguias
La engañosa hermosura,
Babel de tu ventura;
Tan ciego te miraba,
Que sin vista comun te deseaba.
Dime, de la mujer mas primavera
¿Hay mas abril ni edad que la primera
Aurora de sus años?
¿No son mas los engaños
Que las rosas del mayo de su cara?
Córrete de adorar edad tan cara;
Basta el primer engaño,
O lo niega, cruel, ó pide el daño.
Por haberte fiado
Desta leve hermosura,
Idolatró tu juicio la pintura;
Dime, ¿de quién te fias,
Sino de la mudanza de los dias?
Recuerda, si quisieres,
Y mira que entre todas las mujeres
El sábio nunca halló cuerda ninguna;
Ella es la propia rueda de fortuna.
En vez de la veleta de la torre,
Te dirá una mujer qué tiempo corre,
Mas engañosa y grave,
Furiosa dentro, y fuera muy suave.
Cometas rigurosas
Son sus lágrimas, siempre peregrinas,
Y aunque son mariposas cristalinas,
Nunca la llama, por voraz que sea,
Pudo abrasar la forma de su idea.
No es la fuerza del nombre
La que derriba al hombre,
Sino aquel desvarío
Con que se deja ajar el albedrío;
Y si dicen que amor no guarda leyes,
Por ser emperador, sobre los reyes,
Responde que el amor es un engaño,
Y muere en admitiendo el desengaño.
Si la mayor flaqueza
En el ser de mujer está cifrada,
Alaba su hermosura celebrada,
Y otórgale poder tan limitado,
Que no cobre los bienes de tu estado.
Mira que no es accion de hombre prudente
Rendirse á un accidente
Tan frágil, leve y vano, que podia
Las mudanzas vencer del pardo dia;
Con alma torbellino,
Que se lleva la flor al alto pino;
Rio precipitado,
Que la choza se lleva y el ganado.
Este enemigo del linaje humano
(Y tal vez de virtud sagrado ejemplo)
Por la parte mayor le labra un templo,
Y sea en lo interior del desengaño,
Si en lo exterior viviente es el engaño;
Si tú no le fiaras tu secreto,
Tuvieras de tu honor mejor concepto.
¡Oh necio, que has querido
Opinar un error desvanecido,
Sujetando el poder de tu albedrío
Al mas flaco sugeto y señorío,
Engañosa sirena,
Que canta con lo mismo que condena!

Lisonjeros.

Donaire (que por llanto pasó plaza)
Me causaba tu necio desatino,
Cuando de cortesano peregrino
Te vestias el juicio, y muy de espacio
El inquieto palacio,
Sin acuerdo y temor, lisonjeabas.
De cautelas te armabas,
Y rozando señores,
Reverenciados, sí, de aduladores,
En coronas y cetros divertido,
Nombre ganabas de hombre entremetido,
Siendo la primavera de tus años
Archivo de mentiras y de engaños.

Jueces.

Tambien te vi sentado
En el sólio de juez mal admitido,
Perdiéndote tal vez por el oido.
Los pobres te decian sin malicia:
«Guárdenme, pues la tengo, mi justicia;»
Y tú, sordo á esta voz, callar mandabas
Los que flacos hallabas,
No de justicia, no; de bienes digo
(Desto yo soy testigo):
Que las voces del pobre son oidas,
Pero no remediadas ni admitidas;
Mas consuélome, sí, que tu gobierno
No puede ser ni debe ser eterno.

Letrados.

¿De qué han servido tantos pareceres,
Tanta cisma de tinta rasgueada?
Ella negra, y en blanco retratada,
Mas daños ha causado
Este abismo de manos sepultado
Que cuantos hasta aquí males has hecho.
Este abogado es rayo de derecho;
Pero ¿qué se aguardó de un instrumento,
Hecho de pluma, que nació en el viento,
Y de un blanco papel, tan trabajado,
Que proféticamente, al ser formado,
Dice: «Ningun discreto me fabrique,
Si no quiere que yo su mal publique»?
La cándida verdad se fué al instante,
De tu idea cansada,
Por no verse en el mundo empapelada;
Y su plaza ocupó, sí, la mentira,
No repudiada, siempre conocida,
Propia en tales agravios,
Y aborrecida de los hombres sábios.
Vuelve en tí, si pudieres, siglo vano,
No vueles con la pluma ni la mano,
Que estás muy viejo para no enmendarte.
Considera, si quieres obligarte
A venir sin exceso,
Que es mejor buena muerte que un proceso.

La gula.

En el retrete de la gula entraste,
Y un arbitrio apetito
Te dió, tan bien escrito
En el sentido del gustar cansado,
Que te estragó la vida lo gustado.
La parte racional, destituida
De no poder obrar, quedó vencida.
¿Dónde fuiste á buscar tantos manjares?
Piélagos de pesares,
Que fiscalean la salud de suerte,
Que anticipan los pasos de la muerte,
A quien ella llamó, por buen estado,
Dulce veneno y vicio sazonado.
En la primera edad ¿no te valias
Del fruto sazonado de la planta,
Y en la segunda edad, perfecta y santa,
Del grano rubio y de la res manchada?
Pues ¿quién te dió la gula duplicada?
Dirás que por lo viejo te atreviste,
Delirio artificial le preveniste
A tu culpa; con voces te castiga,
La gula es tu enemiga;
Por mas que la idolatres y veneres,
Pues ocasiona ofensas con placeres,
Derriba juicios con licores vanos,
Y ofende los preceptos soberanos.

Médicos.

Cargado de remedios ignorados,
Por ciencia peligrosa redimidos,
Te veo, y tus sentidos
(Hidrópicos de vida) se han fiado

Del término de pocos acertado,
Y valles y jardines destilando,
Gustas lo mismo que te va acabando,
En vaso tan ligero,
La variedad primero
Estraga el polvo, que, animado, dura
Lo que la fuerza y el ingenio cura;
Malicia enarbolada,
Por la codicia loca destilada.
Cuatro humores te dan el ser que tienes;
Duro rigor seria
Que estos cuatro riñesen á porfía
Sobre heredar el mayorazgo vano
Que dió la flor y alambicó el verano,
Para un vaso tan frágil y pequeño
Tanto misto caduco, tanto empeño.
Si la virtud es mucha, no de un modo
Da su virtud á todo,
Y para andar en duda con tu vida,
Quiere la medicina con medida;
Que entre muchos amigos,
Disimulados entran enemigos.
Sábios del mundo (si en el mundo hay sábios),
Vano es el siglo, y cuanto alumbra el dia
De vanidad armó su monarquía;
Todos os vais, la tierra permanece;
La verdad falta, la mentira crece;
El oro priva, la virtud se esconde;
El pobre clama, el rico no responde;
La justicia se vende, crece el daño;
Muere la caridad, vive el engaño;
Falta la vida, el vicio se acrecienta;
Arde el honor, publícase la afrenta.
Este es el mundo, vanidad, y á ello;
Que me pasmo de solo conocello.
Del tribunal de la razon divina
Veo al justo (¡qué error, válgame el cielo!)
Despreciado, abatido y sin consuelo;
Al malo rico, próspero y altivo.
¿Este es el mundo? Digo que no vivo,
Pues si viviera, la virtud amara;
Yo debo de soñar; es cosa clara
Que no vive quien vive de obstinado,
Y se burla del justo y de su estado.
Disimulado el bárbaro insolente,
La sangre derramó del inocente;
Pero ¿de qué me sirven estas voces,
Si este es el mundo, y nunca le conoces?
Sobre el sólio (delicia del Estado)
Tal vez se asienta el que tirano vive
Y juzga con el oro que recibe.
¡Ay de la tierra! ¡Oh trono alimentado
Del néctar engañoso del pecado!
No vives, hombre; que tu vida ha sido
Antojo natural de haber nacido;
El sepulcro primero fué tu vida.
Y la muerte te sigue de por vida;
Lo que viste fué muerto, y tu sustento
Cadáver es y sirve de alimento;
Si este es el mundo, vanidad, y á ello,
Pues te mueres de solo conocello.
A hipocresía eterna condenado
Estás, si no reparas en el hombre
Que ostenta santidad por solo nombre.
¡Oh qué horror! oh qué pena! oh qué delirio!
¿Que la delicia pase por martirio,
Y que por una accion impertinente
El manso lleve á despeñar la gente?
O la cordura es poca ó la prudencia,
Pues la sagacidad sirve de ciencia,
La hipocresía va buscando el centro.
¡Oh, quién viera este mundo por dedentro!
Para decirte rectitud y á ello,
Pues que vives de solo conocello.
Pasa la exhalacion, pues tú lo eres,
Y cuando mucho, del cometa errante
Te podrás adornar; hombre ignorante,
Abre los ojos, los del alma digo,
Sé de tí mismo literal testigo.
Es tu vital aliento (á quien condeno)
Hijo del aire, convertido en trueno.
Tu valor, tu poder, ánimo y brio
Es rayo de tu propio desvarío.
Si este es el mundo, el mundo te ha engañado.
Mira por tí, pues te ha profetizado
Que has de ser en el último desmayo
Exhalacion, cometa, trueno y rayo.
Cancion, súbete al cielo,
Y no te canses en decir verdades
Contra tanto tropel de vanidades.
No digas mas; que esta materia oscura
Con el delirio dura.
Deja el concepto para el cuerdo y sábio.
Que la verdad, desnuda del agravio,
Teme la tiranía,
Lunar qué goza el ámbito del dia.
El siglo está caduco, y su trofeo
(Propio de loco) es ignorar su empleo.
Vaya á la escuela como niño ahora,
En tanto que otra aurora,
Con luz universal (farol segundo),
Ilumina la niebla deste mundo.

EPISTOLAS DE JOB. — I.

¡Oh, si pudiera perecer el dia
Funesto y triste, cuya luz forzosa
De tinieblas cubrió mi fantasía!
Su claridad, entonces luminosa,
Vuelta en espesa niebla, su hermosura
Trocara con la noche tenebrosa.
Eterna y negra fuera su luz pura,
Y el cáos confuso abismos le prestara,
Sirviéndole de oscura sepoltura.
La hora nunca para mí llegara
Donde nueva se dió que vine al mundo
A gozar vida, por mi mal, tan cara.
Tuviera celos el abismo inmundo
Del vapor exhalado, que oprimia
El sólido sepulcro del profundo.
Los que alaban la luz y al que la cria,
No alabarán la mia, ni gozara
Los privilegios cándidos del dia.
El alba sus luceros eclipsara,
Y la roja campaña de su aurora
Vago campo de nieblas se quedara.
Los párpados divinos con que llora
Agua de luz, tornaran su mañana
En lamentable oscuridad traidora.
Cerrárase la claraboya vana,
Y la urna, matriz de mis dolores:
Mi aliento no asomara á su ventana.
¡Ay de mí! que nací de los temores
De un solo ardor, escándalo del viento,
Hidra cruel de bárbaros errores.
Cuatro me asisten, siendo un elemento
Quien me amenaza aun antes de nacido
(Pension original del nacimiento).
Rodeado de un bárbaro gemido,
Alterado con penas ignoradas,
Lloro sin conocer dónde he venido.
Todas mis llagas fueron renovadas,
Cuando empecé á sentir con pesadumbre
Heridas sobre falso bien curadas.
Hice naturaleza la costumbre,
Y quedéme con ella loco y vano,
Ciego alterando la visiva lumbre.
¿Para qué me precié de soberano,
Si enfermé de un dolor vanaglorioso,
De donde nunca espero salir sano?
Mi queja soltaré, pues sin reposo
Vivo muriendo en brazos de la vida,
Adonde adolecí, de temeroso.
Mi voz, si puede, del dolor herida,
Articule escarmientos al que viene
Quebrando el hilo de la edad florida.
Angustiada mi ánima, previene
Ejemplos superiores al estado,
Trono de polvo donde juicio tiene.
Vine á cubrirme, sí, con el pecado,
Y hablar pretendo en él, como quien goza
Oficio, por su mal, exprimentado.
La delicia cruel fué mi carroza,

Triunfo de vanidad, que aflige en vano
La que pajiza fué segura choza.
De mi dolor (cual nube de verano)
Torbellino formó rápido el cielo,
Para acabar mi vida mas temprano.
No espero hallar el que aguardé consuelo,
Si discursivamente no corono
De laurel imperial á mi desvelo.
¿Qué tesoro es mi vida, cuando abono
La defensa finita de un aliento,
Cuyo vital agravio me perdono?
Tributario saqué mi entendimiento
De la ignorancia, compañera firme,
Del errante sin vista pensamiento.
Llegar, y sin llegar querer partirme,
Es una misma cosa, tan segura,
Como ella de mi estado dividirme.
¿Adónde están el hado y la ventura,
Si flechado de penas y dolores,
Estoy sobre materia tan oscura?
Los que sois mis amigos y señores,
Doléos de mi espíritu afligido,
Y tomad por ejemplo mis errores.
Corto de dias, de mujer nacido,
Salí como una flor, que permanece
En cuanto vegetable no ha vivido.
Tiempo determinado se le ofrece
Al que sacó mas vida, y tan contado,
Que, si no es jornalero, lo parece.
La misma saqué yo, sin haber dado
Fianza de vivir en este mundo,
Y él dándomela á mí de mi pecado.
¡Oh inmenso Dios! Oh piélago profundo!
¿Con este á juicio has de emplear tu idea?
¿Quién hará limpio al que ha nacido inmundo?
¿Quién es el hombre, ó quien le hará que sea
Merecedor del ser, siendo su vida
Vida prestada, que en morir se emplea?
¿Con este tu grandeza conocida
Se pone á pleitear, justificando
Voluntad antes muerta que perdida?
¡Ay de mí, que nací lisonjeando
Los dias vanidad y devaneo
Del mismo polvo que me está aguardando!
Menos vale la vida que poseo
Que la del árbol, cuando destroncado
Halla al olor del agua su trofeo.
Él vuelve, y yo no vuelvo, derramado
En polvo y polvo, cuyo ser horrible
Primero es privacion que transformado.
Nací con un letargo tan terrible,
Que no pude enmendar, rendido al sueño,
Los aciertos errados de sensible.
Nube que pasa con violento empeño
Seré y he sido, fatigando cuanto
Me dió prestado mi divino Dueño.
¡Oh quién pudiera reposar en tanto
Que dan vuelta los orbes, para verme
En otro estado mas perfecto y santo!
Hacerme por venir á deshacerme,
Vida no fué, sino buscar un modo
Para ganarme por poder perderme.
Secóse el rio, y yo me seco y todo;
A las peñas que lleva su corriente
Con clarísimo juicio me acomodo.
¿Quién es el loco que seguro siente,
Siendo finito el ser que le fué dado,
É infinito el poder del accidente?
Tambien he sido yo como él formado,
Y no he podido hallar poder alguno
Que hacer pueda no ser lo que ha pasado.
Uno entré, y al salir saldré ninguno,
Y es justo que lo sea el que se muere
De achaque natural de no ser uno.
Mi rendida razon jamás se espere
Celar eternidades á la vida,
Si mortales espíritus adquiere.
Término trujo mi incurable herida,
Y en la vil cicatriz está cifrada
La horrorosa señal de su venida.
Quitóme mi derecho aguda espada,
Esgrimiendo las luces de su acero
Para dejarme convertido en nada.
Sin duda alguna cometí primero
Algun delito grande, cuando entraba
A ser en este mundo prisionero.
Si polvo soy, ¿por qué no mejoraba
De elemento mayor, para oponerme
Al flaco ardor que sin defensa acaba?
¿Quién soy para que pueda defenderme
Del brazo poderoso y espantable,
Cuando él se justifica de ofenderme?
Si mi dolor ha sido irremediable,
Tambien lo ha sido la paciencia firme
Con que gané los muros, de admirable.
Mas tarde vine que podré partirme,
Y pues la vuelta me ha de ser forzosa,
No será ingratitud el dividirme.
La queja que tendré por mas dichosa
Será la material, organizada
De la impensada vanidad odiosa.
Diéronme casa, por mi mal, prestada,
Y della me echarán por vagamundo
A la que tarde me será quitada.
En el lóbrego seno del profundo
Llamaré mis amigos los gusanos,
Vagando inmóvil otro nuevo mundo.
No sé si dormiré; que son muy vanos
Los discursos del polvo, cuando intentan
Penetrar los secretos soberanos.
En las calamidades me sustentan
Los vitales espíritus, domando
Accidentes que eternos me atormentan.
Andan con mis dolores operando
Los males agitados, de manera
Que no sé cómo vivo, dónde y cuándo.
Desmantelada la muralla entera,
Dudo cómo vencí, no cómo muero,
Pues ejercito la memoria fiera.
Entregóme la causa (en quien espero)
A la civilidad del siglo vano,
Falso juez, y nunca verdadero.
De noche digo á mi delirio humano:
«¡Oh quién viese la luz de la mañana!»
Y estoy sin gusto en dándole la mano.
Si la delicia de la edad temprana
Poseo con amor, me enfada luego,
Y si me falta, halago la tirana.
Cánsame el aire, enójome del fuego,
Piso la tierra, el agua me maltrata,
Y un paso no camino con sosiego.
No sé quién soy, ignoro quién me mata,
Sé por quién vivo, y nunca lo agradezco;
Preciada, sí, mi voluntad de ingrata.
Aborrezco el castigo, y le merezco;
No siento el fin, y siento lo que vivo,
El bien me enfada, y luego lo apetezco.
Obro de loco cuando en cuerdo escribo;
Ando con luz, y la virtud no veo,
Y alcánzame la cuenta en el recibo.
¡Oh, si muriera tanto devaneo!
Oh, si acabara tanto desatino!
Oh, si naciera el hombre sin deseo!

II.

Los que me veis vagando, peregrino,
Asperezas del mundo, condoléos
De ver cómo inficiono mi camino.
Juzgad mi causa, en mi lugar ponéos;
Sentid mi queja, si quereis preciaros
De dar á la virtud nobles trofeos.
No tiene, no, mi alma que ensalzaros;
Yo os entrego mis ánsias y dolores,
Pues nunca fueron en venir avaros.
Siguiendo la carrera á mis mayores
Voy, y sin duda sentirá mi vida
Ser los últimos pasos inferiores.
Veo del precipicio la caida,
Y con estarme mal, muero por vella:
Tanto la novedad mi edad convida.
Aunque pudiera retirarme della,
Segun me ha sido la fortuna avara,
No me dejara mi contraria estrella.

Sirvió al espejo de lunar mi cara,
Y con la nieve, eclips de lo vivido,
La aurora dividió su luz mas clara.
Sábios del mundo, mejorad de oido,
Tomad ejemplo en mí, que cada dia
La maravilla soy de mi sentido.
En palacio se vió mi fantasía,
Tambien de vanidad me vi adornado;
Mas ¡ay del loco que en palacios fia!
¿Qué palacio mayor que mi pecado?
Qué vanidad mayor que mi delito,
Pues con ellos nací desheredado?
Castigóme el poder incircunscrito;
¿Quién justificará tanta sentencia,
Negándole al juez lo que está escrito?
¿Quién le podrá tomar la residencia,
Si su misma justicia justifica
La parte poderosa de su esencia?
Mi queja propria esta verdad publica;
Que siempre el que se mira castigado
La culpa del pecado significa.
Mi sentimiento á término ha llegado
De oprimir la locura, y dar ejemplo
De que soy con justicia castigado.
El líquido dolor sirve de templo
Al corazon, epílogo de cuantas
Mortales penas por mi bien contemplo.
A diluvios me cubren, y son tantas,
Que voy pidiendo alivio á las mayores,
Por ser en la paciencia siempre santas.
Lisonjeo tal vez á mis dolores,
Halagando con arte su fiereza,
Y nunca se eternizan sus favores.
Llagado de los piés á la cabeza,
Gimo secretamente mi fortuna,
Porque no se conozca mi flaqueza.
Cercáronme de mi primera cuna,
Y aunque mas medicinas me aplicaron,
No aprovechó para mi mal ninguna.
Aquellos que yo honré me deshonraron,
Que, como pobre y solo me cogieron,
Las piedras contra mí se levantaron.
Mis aliados todos me vendieron,
Y mis criados, hijos y parientes
En el mal me dejaron y se fueron.
Con clarísimas muestras evidentes
Se riyeron de mí mis enemigos,
Falsos mostrando los aleves dientes.
Retiráronse todos mis amigos,
Y solos mi pesar y sentimiento
Quedaron en mi alma por testigos.
Mi honor, mi vanidad y mi ornamento
Perdí, volando mi perdida fama
En los rumbos mas rápidos del viento.
Mi propio estado, que atrevido infama
Las partes nobles de naturaleza,
Ardió soberbio con violenta llama.
Aborrecióme el bien y la riqueza,
Secáronse mis huesos regalados
En el incendio vil de la pobreza.
Pueblos, naciones y demás estados,
Tened lástima, si, de un afligido,
Cuyos miembros están descoyuntados.
Compadecéos (pues favor os pido)
De un polvo con amor organizado,
Primero con desdichas que nacido.
La mano del Altísimo ha tocado
Mi cuerpo; si quereis favorecerme,
Aliviad con razones mi cuidado.
Mas ¡ay de mí, que, como llego á verme,
Sin bien y con palabras, ni aun razones
Me darán de limosna por perderme!
Hablo con los clarísimos varones,
No con los necios, no; ¡ay del que fia
De lauros, de coronas y blasones!
Yo fuí rey en mi propia fantasía;
Pero tocóme Dios para salvarme,
Quitándome el derecho que tenia.
Si pudiera del daño esmanciparme,
Hiciera pacto con el albedrío,
Procurando con él eternizarme.
Pero si de su efeto desconfio,
¿Quién le podrá fiar tan gran tesoro,
Si yo de mí las ignorancias fio?
Amo la rectitud, y no la adoro;
Apetezco la vida, y no la gusto,
Y despues de gozada, peno y lloro.
Quiero la paz, y luego la disgusto;
Sigo la guerra, y luego la aborrezco,
Basilisco secreto de lo justo.
Voy de la muerte huyendo, y la merezco;
Con ella estoy, y búrlome de vella,
Y siendo vanidad, no la apetezco.
Veo la honra, y quédome sin ella,
Siento la afrenta, y firme la acaricio,
Violando la verdad, siendo doncella.
Ofrezco al siglo ingrato sacrificio,
Y conociendo tan fatibles daños,
Blasono de pagar el beneficio.
Dejadme, si quereis, locos engaños;
Torpes deseos, apretad la vida
Con la cuerda torcida de los años.
Cuando nací, ya vine de caida;
Cuando muera, cairé de confiado;
Luego ¿yo propio he sido mi homicida?
Al espíritu apelo, reservado,
De la eterna mudanza, si conoce
La culpa originada del pecado.
Antes que larga cuenta ajuste y goce,
Debe la enmienda ser constante y firme,
Pues lo vivido errores reconoce.

III.

Del tribunal sagrado pienso asirme,
Pidiendo justicia y mi derecho
A quien órden me dió para partirme.
Sacaré los testigos de mi pecho,
Pues bastantes serán para abonarme
Los mismos que por fuerza me han deshecho.
Desde luego pretendo presentarme,
Diciendo: «La serpiente me ha engañado;
Pues conmigo nació para matarme.»
La materia con yugo tan ligado
Me forzó de comer esta manzana;
Válgame la disculpa del forzado.
No alego con justicia soberana,
Pero alego justicia de un agravio,
Que me vendió naturaleza humana.
Ignorante nací, nunca fuí sábio,
Pido restauracion de mi ignorancia
Para gozar, si es justo, el desagravio.
Si me adornaron de una flaca infancia,
Y cuatro simples vanos me asistieron,
Ellos mismos me armaron de arrogancia.
Los que me alimentaron me vendieron;
Yo confieso que obré con albedrío,
Pero paguen tambien lo que me hicieron.
¡Pobre de mí, que he sido como el rio,
Que forzado, del centro á la mar corre,
Adonde pierde el vano señorío!
Como veleta fuí, puesta en la torre,
Si anduve con los vientos que traia,
O se me alivie el mal ó se me borre.
Como sigue la noche al claro dia,
Así me siguió á mí mi devaneo,
Tenebroso huracan del alma mia.
La culpa original en mí la veo;
Pequé; ¿qué haré, si ciego se ocultaba
El enemigo y bárbaro deseo?
De materia tan árdua ¿qué aguardaba
La divina Justicia, sino errores,
Efectos del efecto que gozaba?
Enfermo estoy, y todos los doctores
Que me vieron, en junta consultaron
Darme por medicina los dolores.
Yo estaba bueno, y á perder me echaron:
Tengan parte en el daño, pues que fueron
Quien mas me deshicieron que curaron.
Si perfectos filósofos salieron
De la mano del Físico infinito,
Ellos la culpa de mi mal tuvieron.
Yo no me justifico, ni permito,
Nacido de mujer, alegar, vano,

Disculpa general á mi delito.
Pero pido al poder mas soberano
Lleve en cuenta la lucha que he tenido
Con este siglo, de delicias cano.
Mas ¿adónde camino, divertido
En aparentes sombras, alegando
Discursos que me dejan convencido?
Yo solo fuí quien deslustró, pecando,
La ciencia milagrosa que trajeron
Los que fuí con soberbia derribando.
«Ellos conmigo son los que perdieron;
Que si yo como rey los gobernaba,
Sin culpa y con saber me obedecieron.
Si la licencia de mi parte estaba,
Pagué yo la licencia poco cuerdo,
Pues en mi corazon se alimentaba.
En esta adversidad, donde recuerdo,
Gano temeridades de prudente,
Si desengaños de locura pierdo.
La que alego en el pleito intercadente
(Oposicion de culpa) me destruye,
Habiendo informacion equivalente.
La queja de corrida, si no huye,
Apela á la grandeza incomprehensible,
Y dice de su parte que concluye.
La sentencia que aguardo no es terrible,
Ni serlo puede, estando de por medio
La materia dañada y corruptible.
Mas preguntar quisiera qué remedio
Será bastante á reparar el daño,
Que no pudo tener superior medio?
No he sido yo de juicio tan extraño,
Que me haya desviado totalmente
De la virtud, preciado del engaño.
Al impío, cruel y maldiciente
He visto prosperado, y yo me veo
Mas vil que su soberbia inobediente.
Cuando el brazo de Dios (en quien recreo
La vista intelectiva) me asistia,
De laurel se adornaba mi trofeo.
Respetábanme todos, si salia
A ser padre, juez y medianero
Del pobre, á quien amaba y asistia.
Llamábanme amigable compañero,
Conociendo mis siervos que yo era,
No su señor, su amigo verdadero.
En los públicos actos la primera
Silla me daba, y era conocido
Por mi justicia, en todo verdadera.
Era como la lluvia recibido,
Y si acaso tardaba, me culpaban,
No de soberbio, no; de condolido.
Cuando oian mi voz, todos callaban;
Que como nunca quise la codicia,
Las viudas y los pobres me llamaban.
Derribaba constante la malicia
Del hipócrita astuto, torpe y necio,
Cuya vil santidad es avaricia.
En mi presencia nadie hablaba récio,
Ni contra el peregrino sin defensa
El rico se azoraba con desprecio.
La poderosa mano, en todo inmensa,
Su bendicion me echaba, derribando
La que el impío me trazaba ofensa.
Pero ahora (¡ay de mí!) que estoy lidiando
Con un tropel de penas atrevidas,
Todos de mi dolor se están burlando.
Mercedes de mi mano recibidas
Olvidaron aquellos que loaban
Mis obras de virtud esclarecidas.
Perros de mi ganado se estimaban
Mas que algunos soberbios y atrevidos,
Que ahora con desprecio me silbaban.
Viles sin nombre ofenden mis oidos;
Que, como estoy sin vida y sin hacienda,
Fábula soy de todos los nacidos.
Aun el esclavo halló quien le defienda,
Mas yo, por pobre, no merezco nombre
De esclavo, deseando quien me venda.
Mudé naturaleza, no soy hombre;
Soy uno que lo fué, y hoy vino á menos;
Muerte entre todas de mayor renombre.
Infinitos están de bienes llenos,
Que en otro tiempo conocí su mesa
Adornada de pésimos venenos.
No de su bien y obstentacion me pesa;
Pésame del agravio que recibo,
Y que el oprobio por mi mal no cesa.
De rico vine á pobre, ya no vivo;
Déjenme los impíos con mi pena,
Pues con tanta paciencia la recibo.
Tengan su casa de riquezas llena,
Nada envidio; si tuve, ya no tengo;
Fuí, ya no soy; mi culpa me condena.
¿Qué me quieren, si sábio me prevengo
De la paciencia santa y peregrina,
Donde el ódio cruel, cuerdo, retengo?
Ya sé que soy por solo una oficina
Donde edificios desvalidos hace
La mano del Altísimo divino.
Su dedo me tocó; si me deshace,
No me deshagan, no, mis enemigos,
Aunque mi soledad mi muerte trace.
A todos estimé por mis amigos;
Si ahora, que estoy pobre, me desechan,
Sean los cielos de mi mal testigos.
Con risa y con afrenta se aprovechan
De la ocasion, gozando mis suspiros
Los ecos del rigor con que me flechan.
Con paciencia y valor sufro los giros,
Enarbolen de léjos las saetas,
Para que lleguen con piedad los tiros;
Que siendo, como son, justas y aceptas
Las fortunas llevadas con paciencia,
Aun espero mercedes mas perfetas.
Yo aguardo en la divina Omnipotencia
Mercedes soberanas sin medida,
Fiado en los perdones de su esencia.
Aun espero con fe, con nueva vida,
Ver en otra materia delicada
La grandeza de Dios esclarecida.
Entonces mi esperanza confiada,
Salmos cantando á su divino nombre,
Gozará de su vista regalada.
Y diré, lleno de virtud y ciencia:
«Acordóse el Señor de mi paciencia;
Que aquel que en los trabajos la ha tenido,
Siempre llevó su premio merecido.»

SONETOS.

I.

Débil cordera, cuya blanca nieve
Copo á copo formó naturaleza,
Cándida ofrece al valle su pureza,
Si á tanto armiño su verdor se atreve.
Al cristal de un arroyo, altivo mueve
Lobo cruel su bárbara fiereza,
Y la simple cordera la cabeza
Inclina al agua, y descuidada bebe.
No bien hubo tocado los cristales,
Cuando el nocivo mónstruo á la desierta
Campaña dió de púrpura señales;
Quedando la traicion mal encubierta,
El agua salpicada de corales,
El lobo ausente y la cordera muerta.

II.

Al engaño de la vida humana.

Sin tener de mi error conocimiento,
Los años de una vida tan perdida
(Siendo incurable su terrible herida),
Años no fueron, siglos de tormento.
Viví muriendo; ¡oh loco pensamiento!
¿Cómo quieres vivir, siendo homicida
Tu vida breve de tu propria vida,
Hidra interior del ciego entendimiento?
Vive para morir; y si te fias
De la vida que traes, cuenta los daños,
Causa exterior de lógicas porfias.
Mira que cuando quieras desengaños,
Te faltarán los años y los dias,
Y sobrarán los dias y los años.

DÉCIMAS.

Clóris, yo vivo sin tí
Por la voluntad de Dios;
Dos almas hay en los dos,
Aunque la tuya no vi.
Que no me quieres á mí
De tu condicion lo infiero;
Que el iman mas verdadero
En mujeres de tu humor,
Es dinero sin amor,
Pero no amor sin dinero.
Si Tarquino convidara
Con dineros á Lucrecia,
Ella fuera menos necia,
Y mejor noche llevara.
Si no tengo buena cara,
Tengo en todas ocasiones
Mas tesoros que razones;
Y no hay mujer con aviso,
Que no desprecie á Narciso
Por menos de tres doblones.
Si tu amante tiene amor,
Yo tengo dinero puro;
Si tiene un ciego por muro,
Yo un indiano emperador;
Si te regala con flor,
Yo con fruto te regalo;
Si en belleza no le igualo,
Él no me iguala en riqueza;
Juzgue ahora tu belleza
Cuál es bueno ó cuál es malo.
Yo te ofrezco mi dinero,
Como quien no dice nada;
Si mi sangre no te agrada,
Mi dinero es caballero.
Si el ejemplo novelero
De Medoro el Alfaquí
Te aparta, Clóris, de mí,
No hagas caso, si te agrada,
De una Angélica abrasada
Por un moro baladí.
Que no ve palmo de tierra
Amor, ninguno lo duda;
Si eres lazarillo, muda
Los aciertos con que yerra;
El amo ciego destierra,
Sin decir oste ni moste,
Y antes que el agosto agoste
La brasa de la ceniza,
Si olieres la longaniza,
Huele por tu vida el poste.
En este bolsillo tienes
Cien escudos del Perú,
Quiéreme con Belcebú,
Y déjate de desdenes.
Daráte mil parabienes
Este amante Potosí,
Si al alma dieres el sí;
Deja el cieguezuelo triste;
Que si él á sí no se viste,
¿Cómo ha de vestirte á tí?

LETRILLAS.

I.

Que al cabo de los años mil
Vuelven las aguas por do solian ir.

Está el siglo tan ruin,
Tan falso, tan insolente,
Que es discreto el maldiciente
Y verdadero el malsin;
Pero aguardemos su fin,
Y quedará conocido
El malsin por un Bellido,
El maldiciente por vil:
Que al cabo, etc.
El hermanito santon,
Agua hipócrita de Almagro,
Con un fingido milagro
Se jura camaleon;
Cógele la Inquisicion,
Apura su santidad,
Y huele la claridad
A pavesa de candil;
Que al cabo, etc.
Doña Vénus, abrasada
Con humos de serafin,
Recoleta en Balsaín,
Vírgen vestal es llamada;
Apetece de Granada
El pintado paraiso,
Y con su antiguo Narciso
Se vuelve para Genil;
Que al cabo, etc.
Don Añasco, condolido
De usurpar el nombre á Caco,
Trueca el oficio bellaco
Por oficio arrepentido;
Cánsase de haber vivido
Sin el arte liberal,
Y vuelve á lo criminal
Por el camino civil;
Que al cabo, etc.
Don Inocencio, villano
De la cabeza á los piés,
Con el alma de revés
Se ve con vara en la mano;
Al principio fué Trajano,
Y á la postre fué Neron,
Sin labrar su condicion
El mas prudente buril;
Que el cabo, etc.
En la baraja florida
Que Babilonia consiente,
Jura el tahúr insolente
De no jugar en su vida;
Halla que otro le convida,
Pícase si no se abrasa,
Y poco á poco en su casa
No deja guadamecil;
Que al cabo, etc.
Mas por fuerza que por arte,
Haciendo paz con su hoja,
El soldado se despoja
De la túnica de Marte;
Pero apenas le dan parte
Del estado de la guerra,
Cuando sale de su tierra
Como el toro del toril;
Que al cabo, etc.
Los que ayer soplones fueron
Con sus chismes y favores,
Al trono de los señores
De grado en grado subieron;
Pero, como no se vieron
En tan alta majestad,
Relaja su calidad
En el nacimiento vil;
Que al cabo, etc.
Conténtense con su estado
El uno y el otro sexo;
Que si el arte tiñe al viejo,
Es por dejalle burlado;
Repare el necio barbado
Que si hoy es ébano bello
Su mal teñido cabello,
Mañana será marfil;
Que al cabo, etc.
Conozcámonos, señores;
No con voces de cigarras
Pretendamos entre parras
Cantar como ruiseñores;
No dan á un tiempo las flores
Un olor ni una color;
Agosto con su calor
No pretenda ser abril;
Que al cabo de los años mil
Vuelven las aguas por do solian ir.

II.

Riñen las comadres,
Descúbrense las verdades.

Por debajo de tramoya
Elena se desenfada;
Páris dice: «No sé nada;»
Y mete el caballo en Troya;
Sobre coger la comboya
Pregonan sus desatinos,
De dia por los caminos,
De noche por los jarales.
Riñen, etc.
Dejad al señor don Caco
Y á don Araño arañar;
Que yo sé que no han de estar
Dos ladrones en un saco;
Este sacre, aquel bellaco,
Sobre más ladron sois vos,
Han de confesar los dos
Sus pecados garrafales.
Riñen, etc.
No se os dé un maravedí
Que la mal casada diga
El consejo de su amiga,
Alcahueta del Sofí;
Que al llenar el aljolí
De la fruta mejicana,
Han de echar por la ventana
Sus retablos en la calle.
Riñen, etc.
Que sentencia á troche y moche
Un juez de Babilonia,
Con su escribano, *Per omnia*,
No importa ruede su coche;
Que aunque Baldo se trasnoche
Sobre si es suyo el cohecho,
Se han de tirar por derecho
Puñaladas criminales.
Riñen las comadres,
Descúbrense las verdades.

III.

Puede ser,
Mas yo no lo he de creer.

Que todos traten verdad,
Que se pague el beneficio,
Que esté una dama sin vicio
Y un malsin sin falsedad;
Que renazca la amistad
De las cenizas de honor;
Que un traidor tenga valor,
Y un pobre tenga poder,
Puede ser, etc.
Que diga don Cerbatana
Que don Lindo viene á ver,
No á su querida mujer,
Sino á su prima doña Ana;
Que coma de buena gana
Sin saber dónde le viene,
Y que diga que no tiene
Las armas de Lucifer,
Puede ser, etc.
Que eche galas cada dia
Un cortesano sin renta,
Y que tenga por su cuenta
Dama con dolor de tia;
Que gaste con bizarría
Dinero que no ganó,
Diciendo que lo heredó
De su tio el bachiller,
Puede ser, etc.
Que nos diga una beata,
Con su falso testimonio,
Que encontró con el demonio
En figura de una gata;
Que reluzca como plata,
Diciendo, muy relamida,
Que se pasa en esta vida
Treinta dias sin comer,
Puede ser, etc.
Que naciendo un miserable
La víspera del traspaso,
Ande alegre á cada paso,
Y que tenga con quien hable;
Que con ánsia irremediable

Guarde mas que el rey Perico,
Y que se tenga por rico
Sin comer y sin beber,
Puede ser, etc.
Que don Cosme yerre el blanco,
Y la verdad á quien tira,
Andando con la mentira
Sobre la mesa del banco;
Que con su cara de tranco
Se venda por serafin,
Y que diga algun ruin
Que tiene buen parecer,
Puede ser, etc.
Que un asno, de oro cargado,
Descendiente de Balan,
Esté en los hijos de Adan
Por Séneca reputado;
Que su amigo ó su privado,
Sin discurso ni razor,
Nos diga que es Salomon,
Siendo Apuleyo ó Alcacer,
Puede ser, etc.
Que un Apolo con su pluma
Nos diga que tiene juicio
Con este vano ejercicio,
Y de tenello presuma;
Que su musa le consuma,
Y que no siendo profeta,
Sino un orate poeta,
Nos diga que es mercader,
Puede ser, etc.
Que don Sacre, hipocresía,
Con las cuentas en la mano,
Rece un hurto en castellano
Y un robo en algarabía;
Que arañando noche y dia,
En desierto y en poblado,
Nos diga, muy confiado,
Que en el cielo se ha de ver,
Puede ser, etc.
Que diga un santo varon,
Debajo de su conciencia,
Que engañosa penitencia
Aun puede tener perdon;
Que aunque derribe Sanson
El templo de la maldad,
Asegure con verdad
Que no le puede coger,
Puede ser, etc.
Que el caballo adelantado
Por el paladin de Troya,
Con su Elena y su tramoya,
Se nos tenga por honrado;
Que se precie de alentado,
Y diga que no se acuerda
Que por debajo de cuerda
Volteó en Zocodover,
Puede ser,
Mas yo no lo he de creer.

IV.

Que quien malas mañas ha,
Tarde ó nunca las perderá.

De achaque de haber nacido
Con resábios de malsin,
Sopló el zaino de Merlin
A su amiga pan perdido;
No hay que fiar de Bellido,
Pues nos dice Salomon
Que el que ha sido Galalon,
Lo ha de ser y lo será;
Que quien, etc.
En la cuna anduvo Añasco
Gateando algun mendrugo,
Alimento de verdugo,
Procedido de un carrasco;
Hurtó en Salamanca un frasco,
Hizo cuentas con perdon,
Mas luego en otra ocasion
Se robó toda Alcalá.
Que quien, etc.
Cuando niña Maridama,
Jugaba con Baltasar,
Como pudiera jugar
Su señor Taita con Mama;
Casóse con buena fama,
Pero, como era briosa,
Se fué por Villaviciosa
De Tomar á Panamá;
Que quien, etc.
Fué en su tiempo Estefanía
Amiga de disputar,
De Ovidio el arte de amar
Perfectamente sabia;
Fuése á visitar un dia
A su amante Calepino,
Y trujo de este camino
Lo que la reina Sabá.
Que quien, etc.
Desde la cuna mentida
Un embustero juró
De no hablar (y lo cumplió)
Una verdad en su vida;
Con la edad quedó vencida
La costumbre de este loco,
Pero duróle muy poco
De Trajano el albalá;
Que quien, etc.
Desde niño fué Vinoso
Devoto de san Martin;
Dió en beber agua el Rocin
Por no hacerse mas odioso;
Pero una noche lloroso
Le hallaron en la taberna,
Hecho Baco con linterna;
Cantando *la li la lá;*
Que quien, etc.
«Dios te libre, me decia
Mi abuela, mujer entera,
De amor de ninfa ramera,
Aunque rece de noche y dia;
Sabe, amigo, repetia,
Que la mancha vergonzosa
Que adquirió su cara hermosa,
Ninguno la sacará;»
Que quien malas mañas ha,
Tarde ó nunca las perderá.

V.

Todos son hombres honrados,
Mas mi capa no parece.

Honradísimo es el sastre
Cuando corta de vestir,
Si en la nave del medir
El paño lleva por lastre;
No temo ningun desastre
Del logrero, pues me ofrece
Cuatro porque pague trece,
Con que logra sus pecados.
Todos son, etc.
El mercader es mi amigo,
Yo lo entiendo y él me entiende;
En cuanto el pobre me vende
Dice que pierde conmigo;
El tahur no es mi enemigo,
Sobre flores amanece,
Y mi dinero anochece
Entre sus naipes y dados.
Todos son, etc.
El médico es un Galeno,
Hombre de mucha virtud;
Dice que me da salud,
Y púrgame con veneno;
El boticario es tan bueno
(Déle Dios lo que merece),
Que con purgas enriquece,
Purgando yo los ducados.
Todos son, etc.
El alguacil no me prende
Si sabe que soy indiano;
Con su pluma el escribano,
Si no me engaña, me vende;
Señores, nadie me entiende:
Digo que el pleito no crece,
Ni mi dinero perece
Entre escribas y letrados.
Todos son, etc.
No permita nunca Dios
Que yo diga por derecho
Que un juez toma cohecho;
Pluma, no lo digais vos.
Otro condene á los dos,
Que yo he de estar en mis trece;
Que aunque tal vez resplandece
La justicia entre nublados,
Todos son, etc.
Dios me libre de decir
Que mi amigo por dinero
Me vendió; callarlo quiero,
Pues hoy es honra el mentir.
Su disculpa he de admitir;
Que si á Júdas se parece,
Él dice que no merece
Saúco por mis pecados.
Todos son hombres honrados,
Mas mi capa no parece.

DÉCIMAS.

Amiga, la viuda honrada,
Que con dolor excesivo
Busca su difunto vivo,
Ha de ser muy recatada;
Con la toca repulgada
Su cara debe cubrir,
La ventana no ha de abrir,
La puerta no ha de cerrar;
De noche puede llorar,
De dia puede reir.
Con un papel de granada
Sus mejillas discipline,
Su ceja el arco adivine,
Y su tez Sierra-Nevada;
Viva siempre retirada,
Como si no fuera suya,
Y para que no concluya
Su vida con los enojos,
De réquiem tenga los ojos,
Y la cara de aleluya.
Coma poco, pero bueno,
Y diga á cada bocado:
«¡Ay! mi dulce malogrado,
Todo me sabe á veneno;
Mal haya el doctor Galeno,
Que sin sangre le dejó,
Y pues mi esposo murió
Desjarretado á sangrías,
Sángrenme todos los dias;
Que esa muerte quiero yo.»
No lleve el mar lo llorado,
Llore lágrimas amor;
Que es delito del honor
Malograr lo suspirado.
Trate de tomar estado
Por no dar gusto al demonio,
Y si algun lacedemonio
Le quiere Licurgo dar,
De estos de ver y callar,
Cierre con el matrimonio.
La honestidad, hija mia,
Está de puertas afuera,
Porque una viuda callera
No es viuda de Berbería;
Salga muy poco de dia,
Y aunque el honor se trasnoche,
No deje de andar en coche;
Que una viuda con capuz,
Lo que le falta de luz,
Tiene de sombra de noche.
Visita de hombre, abrenuncio;
Papel escrito, reniego;
Pariente llegado, niego;
Primo de sangre, renuncio;
No, amiga, que es mal anuncio

Para la honra y la fama
Sacar fuego de la cama;
Viva Troya y muera Elena,
Arda secreta la pena,
Pero no salga la llama.
El monjil huela á difunto,
El manteo á plata y oro,
La risa parezca lloro,
La toca tenga su punto,
Y si subiere de punto
El apetito (que crece
Cuando la fama anochece),
Haga soliman la salva,
Como cuando asoma el alba,
Amanece ó no amanece.
Si algun vecino soplon
(Malsin de la castidad)
Con mentira ó con verdad
Infamare su opinion,
Dígale de corazon
Al sacrílego cañuto,
Que tal vez paga tributo
Al mozuelo flechador,
Que una viuda sin amor
Es mal paño para luto.
Si con el mal tratamiento
Viniere á estar opilada,
Nueve meses retirada
Puede estar en su aposento;
De este mal, de este tormento,
La puede librar su tia;
Que mi abuela me decia,
Cuando curaba á mi madre,
Que del agua de mi padre
Le daba la hidropesía.

LETRILLA VI.

Vengan al almoneda
Con moneda.

Pues el mundo se remata,
Todos lleguen á comprar
Lo que se ha de navegar
Por el rio de la Plata;
Una fingida beata,
Aforrada con un voto,
Se da por un saco roto,
Tejido por una rueda.
Vengan, etc.
Doña Justicia envarada
Se vende por un real,
Y el amigo mas leal
Por poca menos de nada;
La Lucrecia mas honrada
No ha de costar un escudo,
Y el pájaro tartamudo
Por el otro de la seda.
Vengan, etc.
Dos millones de inocentes
Se dan á Heródes enteros,
Y á moneda de tinteros
Se han vendido los pacientes;
Los muertos y los ausentes
No valen una memoria,
Ni los letrados de noria
Los tiestos de alguna rueda.
Vengan, etc.
Una legion de malsines
Se da por un testimonio,
Y un hipócrita demonio
Por un par de serafines;
A plata los mandarines
Se truecan y se rematan,
Y aunque con ángeles tratan,
El diablo con ellos queda.
Vengan, etc.
Las doncellas de la cuna
Se dan por un boticario,
Su jardin es arbolario,
Primavera de fortuna;
Doña Flor brota con luna,
Siendo hiedra de revés,
Y el cofre de un ginovés
La pared donde se enreda.
Vengan, etc.
Agua de nieve truhana
Se vende para señores,
Y los tahures con flores
Se dan por la valenciana;
La de Camargo cuartana
A las seis tiene su frio;
Busconas de regadío
Se plantan en la alameda.
Vengan, etc.
A cuatro cuartos de porte,
Como carta de estafeta,
Se vende por recoleta
Doña Dama de la corte;
Con corredora por norte
Se remata en Puerto-Rico;
A plata vende su pico,
Y á cobre lo que le queda.
Vengan, etc.
En esta almoneda vil
La madre vende la hija,
Apretando otra clavija
Su instrumento de marfil;
Orfeo, galan, gentil,
Con el laud mejicano,
La divierte en canto llano
Para que baile á la queda.
Vengan, etc.
El derecho de las gentes,
Por dos arbitrios sisados,
Se vende para soldados,
Consumidos á patentes;
Arbitristas insolentes
Dan el mundo por un doble,
Y en ingenio y trato noble
El diablo que les exceda.
Vengan, etc.
Ya son micos de Tolú
Veniales sacrificios,
Y cargan con los oficios
Apuleyos del Perú;
Con su pluma el ave *cu*
Vende la garza sin ley;
Ella le transforma en buey,
Y él en el prado se queda.
Vengan, etc.
Un chino y un aleman,
Con sus higas de azabache,
Si el uno compra Alfarache,
El otro vende Guzman;
Un mico de Tetuan
Se remata por tramoya,
En el caballo de Troya,
Paciendo en una fresneda.
Vengan al almoneda
Con moneda.

VII.

Todos somos locos,
Los unos y los otros.

Todo el mundo está perdido,
Solo reina el interés:
Ya es indiano el ginovés,
Y por Colon conocido;
El hipócrita fingido
Hace leyes y precetos,
Y con leños recoletos
Se chamuscan sus devotos.
Todos, etc.
A tal estado llegó
La vanidad de los trajes,
Que se visten los salvajes
Lo que Salomon tejió;
La Prudencia se mudó
Al cuarto de la Locura,
Y la señora Cordura
Adonde pacen los potros.
Todos, etc.
Doña Ignorancia, vestida
De las babas de un gusano,
A Séneca da de mano,
Siendo necia de por vida;
La buscona mas raida
Es reina de la milicia,
Y Vénus en la justicia
Nos da los primeros votos.
Todos, etc.
El mas humilde oficial,
En viéndose con dinero,
Se nos mete á caballero,
Siendo caballo cabal;
Don Neciote Fregenal
Da leyes como Solon,
Y Apuleyo sin perdon
Es músico de los godos.
Todos, etc.
La mas angélica luz,
Contra su mismo decoro,
Da título de Medoro
A su lacayo andaluz;
El beato sin la cruz,
Tercero de Marco Antonio,
A Cleopatra del demonio
A las doce le hace cocos.
Todos, etc.
El juicio mas peregrino,
Va pagando á letra vista
Alcabala de ateista,
Al templo del desatino;
Con asomos de divino
Hace milagros Platon,
Y su mismo corazon
Niega lo que ven sus ojos.
Todos, etc.
Las naciones embaraja,
Se desuellan por estado,
El mundo para picado,
Y solo la muerte encaja;
Marte llama con su caja,
Satanás con adivinos,
Mátanse como cochinos
Los hombres unos á otros.
Todos, etc.
Las mujeres en la lid,
Corriendo á los hombres, son
Los condes de Carrion,
Y ellos las hijas del Cid;
Los devotos de la vid
Van de noche, con linterna,
A adorar en la taberna
El ídolo de los zorros.
Todos somos locos,
Los unos y los otros.

FIN DE LAS POESÍAS DE ANTONIO ENRIQUEZ GOMEZ.

EL CONDE DE REBOLLEDO.

JUICIOS CRITICOS.

DE DON LUIS JOSÉ DE VELAZQUEZ.

(*Orígenes de la poesía castellana.*)

Las mejores poesías del conde de Rebolledo son: *La Selva sagrada*, *La Constancia victoriosa*, *Los Trenos* y *El Idilio sacro*... El conde de Rebolledo tradujo todos los salmos, que intituló *Selva sagrada*, el *Libro de Job* con el título de *La Constancia victoriosa*, y *Los Trenos de Jeremías* con el nombre de *Elegías sagradas*. Todas estas obras, que son excelentes, se hallan en el tomo III de las suyas. Su autor asegura que procuró ajustarse al original hebreo, valiéndose para ello de la traduccion castellana de la *Biblia* impresa en Ferrara, que, en sentir de los que entienden bien estas materias, es literalísima.

DE DON JOSÉ MARCHENA.

(*Lecciones de filosofía moral.*)

El conde de Rebolledo, menos que mediano poeta, se encumbra tanto en alas de Jeremías en su paráfrasis de las lamentaciones de este profeta, que merece estudiarse no pocas veces como modelo.

LA CONSTANCIA VITORIOSA,

ÉGLOGA SACRA.

DEDICATORIA (1).

Minerva qu'á las márgenes del Meler
Pasaste los laureles del Peneo,
Que s'arrojaron ambiciosamente
A ceñir el olimpo de tu frente,
Y te siguen en forma de trofeo,
Por la difícil via
Que te conduce la filosofía
Al portátil Liceo,
De tant'erudicion feliz empleo,
Estos sagrados números dedico,
Don en su original de todo rico,
Y en que con evidencia
Resplandece la suma providencia.
Trasladélos forzado
Del poco menos lastimoso estado,
Que me secresta las demás acciones;
Involuntariamente los consagro
Al divino milagro
D'humanas perfeciones,
A cuyas siempre vitoriosas plantas,
Qu'adornan tres coronas
Y el cetro del imperio soberano,
De que se despojó la docta mano,
Tributa el orbe generosas palmas
En inmortal dominio de las almas.

La paciencia oprimida
En contienda dudosa
Y constante porfía,
De todos los que caben en la vida
Trabajos victoriosa,
Por excitar la mia
Y de los que padecen abatidos,
En numeroso acento
A nueva luz comunicar intento,
Si por intercesion del mesmo santo
El cielo favorece la voz tanto,
Que suenen, d'unos y otros repetidos,
Desastres dulcemente los gemidos.

I.

Hubo de Hus en la tierra
Un varon que tenia
Por nombre Job, piadoso
Y de Dios temeroso,
Qu'á los vicios hacia
Incontrastable guerra,
Justificado, recto,
Y en toda especie de virtud perfecto;
Que despues de casado,
Tres le nacieron hijas,
Siéndole al de varones
Número repetido,
El sétimo añadido.
Con mil bueyes araba,
Tenia tres mil camellos,
Y siete mil ovejas
Y quinientas ó mas bestias de carga,
Con todo el aparato conveniente
A la mayor potencia del Oriente.
En sus casas convites
Hacian sus hijos ordinariamente,
Teniendo entre los siete repartidos
Los dias de las semanas,
Y llevaban á ellos sus hermanas.
Y cada vez qu'el órden se cumplia,
El padre madrugaba,
A llamar los enviaba,
A todos bendecia,
Y holocausto por ellos ofrecia.
Porque Job recelaba
Que pudiesen haberse divertido,
Y al Señor ofendido
Con algun pensamiento temerario,
Y en esto s'ocupaba d'ordinario.
Una vez los espíritus mas bellos
Delante de Jehová se presentaron,
Y Satanás entre ellos,
Y díjole el Señor: «¿De dónde vienes?»
Él respondió: «De discurrir el orbe;
Su distrito mis plantas circundaron.»
Y replicóle Dios: «¿Has ponderado
A Job, mi siervo, que no tiene el suelo
Quien merezca con él ser comparado;
Varon de santo celo,
A los vicios negado,
En el ánimo recto
Y en la virtud perfecto?»
Dió el comun enemigo
Al Señor por respuesta:
«No su temor á Dios poco le cuesta.
¿No eres d'él y su casa tú el amparo,
Y de todo lo d'ella dependiente?
Y ¿no das bendicion copiosamente
De su mano al trabajo,
Con que sus frutos son multiplicados,
Y los campos inundan sus ganados?
Tiende ahora la mano,
Y tocal'en sus bienes,
Y verás qu'al instante
Tu nombre negará, de tí delante.»
Replicando Jehová: «Facultad tienes
En su caudal y mas queridas prendas,
Con qu'á él no le ofendas.»
Satanás se partió de su semblante;
Y sucedió qu'un dia
Que del mayor hermano
En la casa el banquete se tenia
Con no poca alegría,
Un mensajero á Job llegó corriendo,
Y refirió qu'estando
Con los bueyes arando,
De quinientas bestias la manada
En el campo paciendo,
Los árabes entraron
Con furia arrebatada,
Que todo lo tomaron,
Y los mozos pasaron por l'espada;
«Que solo me librase yo Dios quiso,
Para darte'l aviso.»
Apenas estas nuevas pronunciadas [lo
Fueron, cuando con nuevo desconsue-
Otro llegó á decir: «Fuego del cielo
El Señor h'arrojado,
Qu'abrasó los rebaños de ganado,
Pastores y majadas;
Que solo me librase yo Dios quiso,
Para darte'l aviso.»
Aun estaba este hablando,
Cuando llegó el que dijo: «Los caldeos
En tres tropas bajaron,
Y todos los camellos se llevaron,
Los mozos degollando;
Que solo me librase yo Dios quiso,
Para darte'l aviso.»
No bien de referir esto acababa,
Cuando llegó quien dijo:
«Hoy, que tu mayor hijo
Sus hermanos y hermanas festejaba
En comun regocijo,
Sopló de hácia el Desierto tan violento
Torbellino de viento,
Que, hiriendo de la casa las esquinas,
Todos se sepultaron en las ruinas;
Que solo me librase yo Dios quiso,
Para darte'l aviso.»
Entonces Job se levantó, rompiendo
Su vestido, cortando su cabello,
Y postrado en la tierra,
Adoró á Dios, diciendo:
«Del seno de mi madre
He desnudo salido,
Y desnudo á su seno
Seré restituido;
Dios los bienes me ha dado,
Dios me los ha quitado
Con poder infinito;
Sea su nombre bendito.»
Ni l'obligó á pecado
Del dolor la violencia,
Ni culpó del Señor la providencia.

II.

Otra vez los espíritus celestes
Delante de Jehová se presentaron,
Y el infernal con ellos. [nes?»
Preguntóle el Señor: «¿De dónde vie-
Él respondió: «De discurrir el orbe;
Su distrito mis plantas circundaron.»
Y replicóle Dios? «¿Has ponderado
A Job, mi siervo, que no tiene el suelo
Quien merezca con él ser comparado;
Varon de santo celo,
A los vicios negado,
En él ánimo recto,
En la virtud perfecto, [do,
Que se ha constante en ella conserva-
Con todo lo que tú me has incitado
A que le maltratase,
Y que sin ocasion le castigase?»
Al Señor Satanás dió por respuesta:
«Piel por piel, dará el hombre cuanto [tiene
Por conservarse á sí como conviene;
Mas extiende tu mano sobre'l mismo,
Y tocal'en su carne,

(1) Se hace esta edicion copiando la pri-
n de Colonia.

Y verás qu'al instante
Tu nombre negará, de ti delante.»
Entonces Jehová dijo:
«La potencia sobre él te es concedida,
Mas guardando su vida.»
Partióse Satanás, y con presteza
A Job cubrió de lepra pegadiza,
Desde la del pié planta á la cabeza.
Sentad'en la ceniza,
Sin consuelo le deja
Rascarse con el trozo d'una teja;
Y porque mas se aflija,
Su mujer (que se juzga que haya sido
Dina, de Jacob hija)
Le dijo: «¿No estás aun arrepentido
De la simplicidad en qu'has vivido?
¿Quién hay que tal espere?
Di mal de Dios, y muere.»
Y él replicó: «Con l'opinion que tienes
Das de tu necedad ciertas señales.
De Dios he recibido tantos bienes,
Y ¿no recibiré tambien los males?»
En lo que profirieron
De Job los labios, inocentes fueron.
Y tres amigos suyos
Que la noticia de su mal tuvieron,
De diversos lugares concurrieron,
Elifaz', Temanita,
Sofar de Nahamati, Baldad, Suhita,
Habiendo concertado visitarle
Juntos, y condolerse y consolarle.
En estado le vieron,
Que desde léjos no le conocieron.
Cuando cerca llegaron,
En alta voz lloraron;
Rompen sus mantos en menudas piezas,
Esparcen polvo sobre sus cabezas,
Y con él en el suelo se sentaron
En no menores de pesar porfías,
Y en siete noches y otros tantos dias
Ni palabra le hablaron,
Juzgando su dolor, como reciente,
Intratable, de puro vehemente.
Y despues Job, con querelloso acento,
Empezó á maldecir su nacimiento;
Exclamando decia:

III. — Job.

El en qu'yo nací perezca dia,
Y la noche en qu'he sido
Para tantas desdichas concebido.
De confusa tiniebla se vistiera,
Sin que Dios l'ilustrara,
Ni claridad en él resplandeciera.
Oscuridad palpable l'ensuciara,
Y la funesta sombra de la muerte
Sus asombros en él depositara.
Nublado pavoroso
Le cubriera d'horror caliginoso;
Y la noche infelice sepultada
Fuera tambien en privacion y olvido,
Del número borrada
Qu'en los años y meses ha tenido,
En oscuro silencio confundida;
No fué sonora voz en ella oida,
Maldijéranla cuantos
Aborrecen el alba en que dispiertan
A repetidos llantos.
La luz de sus estrellas se turbara,
La soñolienta aurora
Las nubes d'esplendor no retocara.
¿Por qué no perturbó la fatal hora
Para mi nacimiento destinada,
Y la clausura maternal cerrada,
Escondió para siempre de mis ojos
Tan mortales enojos?
Por qué no morí yo cuando nacia?
Y del seno á qu'estuve vinculado
¿No fuí en el sepulcro vomitado?
¿Por qué blando regazo
Mi funesto previno nacimiento,
Y tierno pecho mi primer sustento?
Pues descansara yo sin embarazo,
Y gozara reposo
De la tierra en el centro tenebroso
Con poderosos reyes
Y príncipes qu'al mundo dieron leyes,
Y los desiertos campos ilustraron
Con fábricas que en ellos levantaron;
Con los grandes señores,
Cuyos palacios enriquec'el oro,
Y de plata magnífico tesoro.
¿Por qué no fuí temprano sepultado,
Com'embrion que no ha de luz gozado?
Adonde los tiranos mas severos
De temor se libraron,
Y los faltos de fuerzas descansaron,
Y en libertad están los prisioneros,
Sin oir los rigores
De sus ejecutores,
Adonde son iguales
Los grandes y pequeños,
Y los esclavos libres de sus dueños.
Que ¿para qué han de ver los afligidos
Luz, ni gozar de vida
Quien la tiene tan triste y abatida,
Y de quien aun la muerte
Con desden se retira,
Habiéndola buscado
Cual el tesoro mas solicitado.
Qu'ambicioso n'aspira
A mas próspera suerte,
Ni mas gusto procura,
Qu'hallar una temprana sepultura.
Estando como yo, desalumbrado,
A quien Dios de trabajos ha sitiado,
Mi pan previene siempre mi suspiro,
Y apenas ondas hay que corran tanto,
Que igualen mis gemidos y mi llanto.
Todo cuanto mayor terror m'ha dado
Haya de mí triunfado;
Cuanto mal he tenido
Todo m'ha sucedido.
¿No he profesado paz? ¿Quietud no tuve?
¿No viví sosegado?
Y soy tan gravemente perturbado.

IV. — Elifaz.

Temo causarte nuevo sentimiento,
Mas no puedo callarte lo que siento.
¿Eres tu el qu'á los otros enseñabas
Y las débiles fuerzas alentabas;
A los que vacilaban
Tus severas palabras dirigias,
A los que tropezaban sostenias?
Mas ahora, que fuiste
Tú de l'adversidad tambien tentado,
Resistir no pudiste,
Y del mal á la vista te has turbado.
¿Es, pues, este el temor en que vivias,
La firme confianza,
La segura esperanza
Y perfecion entera que seguias?
Acuérdate si viste
Inocente de Dios desamparado,
Ni justo graveniente castigado.
Como yo los que araron
Iniquidad para sembrar injuria,
He visto qu'en su daño la segaron.
Del Señor al aliento desparecen,
En su furor perecen;
Del leon formidable en el rugido,
Y leona en bramido,
Y de los leoncillos
Son rotos los colmillos.
A las fieras mas fieras,
Por la falta de presa,
A riesgos las condena repetidos,
Y serán sus cachorros esparcidos.
Tambien yo lo ignoraba,
Mas algo dello he ya comprendido,
Que sin pensar me penetró'l oido.
En el silencio de la noche estaba
Envuelto en confusiones,
De que el sueño formar suele visiones,
Cuando el horror, con tímidos excesos,
Se vertió por mis huesos,
Y una sombra pasó de mí delante;
Las carnes me temblaron,
Y todos mis cabellos se erizaron.
Paróse, y aunque puse en su semblante
Con atencion la vista,
No juzgué qu'era cosa de mí vista,
Y con voz que silencio parecia,
Oí que me decia:
«¿Podrá el hombre mas justo
Ser con Dios comparado, [mado?
Ni el mas perfecto con quien l'ha for-
Pues aun sus inmortales cortesanos
No fueron á su gusto,
Y en los ángeles supo hallar pecado.
¿Qué será en los humanos,
Cuyos cuerpos de barro son moradas
Sobre polvo fundadas,
Que cualquiera accidente
Rompe su contestura fácilmente?
Con el alba amanecen,
En viniendo la noche descaecen,
Y para siempre se acabó su gloria,
Sin que dure siquiera la memoria.
Y los por su saber mas celebrados,
Pueden ser con los brutos compara- [dos.»

V.

Llama, pues, y verás si en dolor tanto
Te responde algun santo.
Furor al loco mata,
Al codicioso envidia le maltrata.
Cuand'á sus posesiones
Los vi mas arraigados,
A sus casas eché mas maldiciones;
Sus hijos afligidos,
Y de los tribunales condenados
Serán sin ser de nadie socorridos;
Comerán los hambrientos sus sembra- [dos,
Sin que se lo defienda
De las espinas áspera contienda;
Los de sed fatigados
Les robarán para beber su hacienda;
Que no del polvo las ofensas crecen,
Ni los castigos brotan de la tierra.
Antes, como del fuego
Las centellas resultan de luz llenas,
Nace'l hombr'á causar y sufrir penas.
Yo cierto á Dios volviera
Mi voz, y m'afliccion le remitiera.
El que prodigios hace no esperados,
Y milagros al número negados;
Que de lluvia la tierra fertiliza,
Y á sitios les concede diferentes
Caudalosas corrientes;
Que por él los humildes
En superiores puestos colocados,
Y son los afligidos consolados;
Que frustra cautelosos pensamientos,
Y balda de sus manos los intentos.
Son los mas advertidos
Por él en sus astucias comprendidos;
De los inicuos el consejo vierte,
Y en dañosa ignorancia le convierte.
En tiniebla funesta
Se les envuelve'l dia;
Desalumbrados en la clara siesta,
Andan com'en la noche oscura y fria.
De la lengua y espada
Que contra'l pobre vibra,
L'iniquidad y su poder le libra.
De los necesitados l'esperanza
Es por él alentada,
Y la boca del impío está cerrada.
Es verdadera bienaventuranza
Ser de Dios en la vida castigado,

Y no debes estar tan afligido
De que t'haya el Señor reprehendido;
Porque si hace la llaga,
El remedio asegura,
Y cuando hiere con su mano, cura.
Serás por él librado
En todas ocasiones
De seis tribulaciones,
Y tambien de la sétima guardado,
Sin que algun mal te haga.
De la muerte en el hambre;
En el de guerra trance mas severo,
Te librará de manos del acero.
Que la dañosa lengua te moleste
No temerás, ni el riesgo de la peste.
Aunque tiemble la tierra, estarás que-
[do;
Ni á las fieras mas fieras tendrás miedo,
Que se te mostrarán aficionadas,
Y aun las piedras serán tus aliadas.
Será de paz tu tienda coronada,
Vivirás sin pecado en tu morada;
Tu sucesion, feliz y numerosa,
Brotará los pimpollos com'el heno
Del mas fértil terreno;
Y con vejez dichosa
Bajarás al sepulcro, habiendo sido
Como haz de grano en su sazon cogido.
Esta que averigüé cierta doctrina,
En el ánimo guarda y examina.

VI. — Job.

¡Oh, si con igualdad fuese pesada
Mi queja, y el dolor por que m'aflijo,
En balanza'n el aire levantada!
¡Cuán infalible fuera,
N'obstante, tu discurso tan prolijo
Que pesase la pena
Mas que d'el mar la ponderosa arena!
Y por es'hablo yo desta manera;
Que de flechas de brazo poderoso
Está mi cuerpo lleno,
Y mi espíritu bebe su veneno:
Con horror me contrastan temeroso.
¿Da por dicha gemido
El ciervo qu'apacienta verde prado,
Ni en pesebre abundante buey brami-
¿Hay sabor en lo muy desazonado? [do?
¿Débese apetecer lo desabrido?
¡Lo que tocar no pude sin afrenta,
Con dolor de mi carne me sustenta!
¡Oh, si mi peticion lugar tuviese,
Y lo que pido á Dios me concediese!
Qu'acabe d'acabarme,
Y al rigor de su mano lugar diese
Para despedazarme,
Este solo consuelo he deseado,
Que sin misericordia m'abrasase,
Sin haber á su ley yo repugnado.
¿Cuál es mi fuerza, para ser mi pena
Mas tiempo resistida?
¿A qué fin se dilata mas mi vida?
¿Es como piedra de sentido ajena
Está porcion en que viviendo muero,
O mi carne de acero?
Cuanto puedo m'aliento,
Mas no sé resistir el sentimiento.
¿No son de sus amigos consolados
Los qu'en estado están tan abatido,
D'el supremo Señor desamparados?
Pero á mí m'han mentido,
Y mis hermanos por mi mal pasaron
Cual suelen caudalosas las corrientes
Que se forman de rápidos torrentes,
A quien el hielo tuvo aprisionados,
La nieve sepultados;
Y sueltos del calor, sus ondas crecen,
Y de donde estuvieron desparecen,
Del curso acostumbrado se divierten,
Y con inútil vanidad se vierten;
De Thema la calzada con su gente,
Y de Sabá'l camino,
Esperándolos, ven su desatino;
Y se confunden vergonzosamente,
Porque, de l'esperanza conducidos,
A buscarlos corrieron,
Y pararon corridos,
Como ya no los vieron.
Así pues, habeis sido,
Y el mal en que me veis habeis temido.
¿Pedí que me prestaseis
Parte de vuestr'hacienda,
O que por mí pagaseis,
Que del ejecutor me libertaseis,
O redimieseis de mayor contienda?
Yo callaré; instruidme,
Y dadm'á conocer que soy culpado.
Es de la rectitud la voz muy firme,
Y á su cargo ha tomado
Defender el partido
Que vosotros habeis reprehendido.
Ni nuevas mediteis contradicciones,
Ni d'aborrecimiento
Vanos indicios esparzais al viento
En las desnudas de razon razones.
No os arrojeis sobr'el desamparado;
¿Será de las heridas del amigo
El dolor por vosotros augmentado?
Poned pues atencion á lo que digo,
Y veréis que no miento;
Examinad las cosas sin malicia,
Y volved á mirar por mi justicia.
La rectitud que profesé prosigo;
Vencido del tormento,
Siento mi mal, y digo lo que siento.

VII.

Milicia de los hombres en la tierra
Es la vida mortal. ¡Oh, si sus dias
Estuvieran tasados!
Como los qu'á la guerra
O van á las labores alquilados.
Cual el siervo desea
La sombra'n que descansa,
Y el jornalero'l fin de su tarea,
Así esperando cuento
Yo los meses en vano,
Y las noches que sufro de tormento.
Cuando estoy acostado,
Qu'á levantarme no volveré creo,
Y me agita continuo devaneo.
De gusanos cubierto,
En terrenos de polvo sepultado,
Y de llagas el cuero todo abierto,
Yo de mí mismo soy abominado.
Las horas de mi edad apresuraron
Su veloz movimiento,
De la misma manera
Que del telar la leve lanzadera;
Y para no volver jamás pasaron.
Acuérdate que fué mi vida viento,
Y no han de ver mis ojos mas contento;
Los que me ven ya no podrán mas
Ni tú reconocerme, [verme,
Si tardas en mirarme;
Qu'el ser vendrá á faltarme.
Cual en el aire nube se disuelve,
Quien á la tenebrosa region pasa,
A la vida no vuelve,
Ni gozar de su casa
Le será permitido,
Ni ser de sus vecinos conocido;
Por esto no suspendo
La repitida queja de mi pena,
Y en las palabras suena
El dolor qu'está l'alma padeciendo.
¿Soy yo, Señor, la mar, ó su ballena,
Que aprisionas en límites de arena?
¿Qué guardas á mi voz estas poniendo?
En el lecho pretendo
Dar tregua á los tormentos,
Anegando en el sueño sentimientos;
Y aun este brev'alivio me negaste,
Con horribles visiones l'asombraste,
Y el alma fatigada
En tan infeliz suerte
Apetece la muerte,
Por no estar á tal cuerpo vinculada;
Gravemente la vida
Es de mí aborrecida;
Sea por tí limitada,
Pues es su vanidad la misma nada;
¿Qué ser tien'el varon para qu'exaltes
Tanto su subsistencia,
Y esté cuidando dél tu providencia,
Y que de visitarle nunca faltes
De la primera luz en los confines,
Y todos los instantes l'examines?
¿Cuando te cansarás d'atormentarme?
Y si no has d'acabarme,
¿Concederme querrás, para que viva,
Aliento con que trague mi saliva?
Si pequé, ¿qu'he d'hacerte,
Guarda de los humanos,
Pues á tí me pusiste tan opuesto,
Y aun á mí mesmo vengo á ser molesto?
¿Por qué mi rebelion no has perdonado,
Y borras mi pecado? [to,
Pues en el polvo hoy á dormir me acues-
Y si mañana soy de tí buscado,
Ya por falta de ser no seré hallado.

VIII. — Baldad.

¿Hasta cuándo discurso tan penoso
Ha de durar, y proceloso viento
Será de tus palabras el aliento?
De Dios en el juicio misterioso
No puede haber malicia,
Ni el Todopoderoso
Pervertir su justicia.
A tus hijos ha dado
El castigo debido á su pecado;
Y si á buscarle tú te apresurares,
Y al Todopoderoso le rogares,
Y fueres limpio y reto,
Despertara á librarte d'este aprieto,
Y la prosperidad de tu morada
Será por tu justicia restaurada,
Y cuanto'n el principio bien tenias,
Excederás en tus postrimerías.
Inquiere ahora de la edad pasada,
Y de nuestros mayores
Y sus predecesores;
Que saber no podemos
Nosotros, por la poca que tenemos,
Y por ser nuestras vidas en la tierra
Caduca sombra qu'en el aire yerra;
Ellos te explicarán sus corazones,
Y enseñarán con mas claras razones,
Que ni el junco sin cieno,
Ni en el prado sin agua crece'l heno,
Ni llega á ser cortado,
Porqu'antes de sazon se haya secado.
Tales son los caminos
Del que Dios se olvida,
Y será l'esperanza
Del impío destruida;
Y en flor aniquilada
Toda su confianza,
Como tela d'araña disipada;
Cuando afirmarse en ella mas procura
Falta su contestura,
Y cuantos mas en ella esfuerzos hace,
Mas presto la deshace;
Árbol qu'á sol benigno reverdece,
Y uno y otro renuevo á su pié crece,
Cerca de la corriente
De caudalosa fuente,
Y abraza con raíces no pequeñas
Hondamente las peñas;
Aun despues de arrancado
De suerte que no deje de sí señas,
Ni el mismo sitio confesar las quiera,

Es su felicidad mas verdadera,
Y en tierra diferente
Tiende sus ramas mas pomposamente;
Que ni aborrece Dios al justo es cierto,
Ni con el impío fija su concierto;
Aun tu boca de risa llenaria
Tus labios d'alegría;
Verás de dura confusion vestidos
A los que t'aborrecen,
Y que los malos son, como merecen,
A riesgos repetidos
Con sus habitaciones destruidos.

IX. — Job.

Ni eso puede negarse,
Ni con Dios el varon justificarse;
Si con él disputare,
Apenas á una culpa responderle
Ha de saber, de mil que le imputare;
Es en sabiduría
Y en la fuerza valiente,
Nadie qu'en oponérsele porfia
Goza seguridad permaneciente;
Los montes arrancados
Suelen ser de su asiento,
Primero qu'advertidos
De que son de su enojo castigados;
Hace temblar la tierra, y que parezca
Que trueca alojamiento,
Y son sus pedestales conmovidos;
Puede mandar al sol que no amanezca,
Y prohibir el curso á las estrellas.
Esas del cielo máquinas tan bellas
Y del aire ha tendido,
Y el proceloso mar su alfombra sido;
Él los siete Triones,
Orion y las Pléyades ordena,
Y las constelaciones
Qu'el Austro de nosotros enajena;
Que cosas hace grandes, admiradas
Maravillas, á número negadas;
Pasará sobre mí sin conocerle
Ni poder entenderle.
Aunque arrebate y tome lo quequiera,
Nunca á restitucion nadie l'obliga,
Ni habrá quien atentarlo se prefiera,
Ni «qué haces» le diga.
Hasta que se le postren los soberbios,
El Señor no retira
El furor de su ira.
Pues ¿cómo seré yo tan atrevido,
Que ponga mi razon en su presencia,
O con cuál elocuencia?
Aunque mas rectas mis acciones vea,
No sabré resistirme,
Y á pedir que piadoso juez me sea
Habré de reducirme.
Aun habiendo á mi ruego respondido,
No pensaré qu'haya mi voz oido;
Como la tempestad m'ha contrastado,
Sin causa mis heridas augmentado;
Aun para respirar me niega aliento,
De graves penas oprimirme siento;
Sus fuerzas son en excesivo grado;
Si miro su juicio,
¿Quién querrá ser en él por mí abogado?
Cuando justificarme
Con mas razon procure,
De mi culpa daré mayor indicio;
Y aunque mas mi conciencia m'asegure
Hallará causa para condenarme;
Yo mesmo dudaré de mi justicia,
Y me despechará contra la vida
El dolor d'esta falta de noticia.
Es mi proposicion mas repetida,
Qu'al perfecto y al impío d'una suerte
Los términos prescribe de la vida.
No es pequeño castigo'l de la muerte;
Ejecútele luego
Arrebatadamente,
Y no de fatigar el inocente
Parezca qu'hace juego.
La tierra de los impíos poseida
Es de los jueces della
La vista ciegament'obscurecida,
Y de nuestra querella
La culpa no ha de serle atribuida,
Y aunque la escucha, no la satisface;
Díganos, ¿quién lo hace?
Velozmente mis dias
Pasaron; cual correo,
Presurosos huyeron,
Y nunca instante de contento vieron;
Pasaron con la priesa
Que los bajeles de Hebeh pasar veo,
Cuando vienen cargados
De frutos sazonados,
O'l águila s'abate á buscar presa.
Si de mi queja quiero deshacerme,
De mi mal olvidarme,
Y probar á esforzarme,
Mis desconsuelos vuelven á vencerme,
Y el temor de que no has de perdonar-
[me;
Mas s'el camino de los impíos sigo,
En vano me fatigo;
Aunque con nieve me lavase todo,
Y sean mis manos mas purificadas,
Las tuyas, indignadas,
En foso me echarán adond'el lodo
Así me contamine,
Que mi vestido mismo me abomine.
¡Oh, si fueras varon á quien pudiera
Yo decir lo que siento!
¡Cómo te respondiera,
Y con cuánto contento
En juicio contigo me pusiera!
¿No hay arbitrio que ponga
Sobre los dos la mano,
Y á mediar se disponga?
De mi cabeza apart'el soberano
Baston con que me tien'amenazado,
Y de cuyo temor estoy turbado;
Que si me libro dél, á dar m'obligo
De mi razon; y así, no estoy conmigo.

X.

Mi alma fatigada,
Del dolor oprimida
Está mi triste vida.
Será por mí mi queja desatada,
Y en ella mi pasion manifestada;
Y diréle: «Señor, no me condenes,
Hazme saber qué queja de mí tienes;
¿Es justo que la hechura de tus manos
Oprimas y aborrezcas,
Y sobre los consejos resplandezcas
De los impíos tiranos?
¿Son acaso tus ojos materiales?
¿Ves como los mortales?
¿Son humanos tus dias,
Que padecen engaños,
O sujetos á término tus años,
Qu'en inquirir porfias
[do,
La iniquidad qu'en mí nunca has halla-
Y buscarme pecado,
Sobre saber que no debes culparme,
Y que no hay quien de tí pueda librar-
Tus manos me formaron,
[me?
Todo me circundaron,
Para perficionarm'y componerme,
Y ¿quieres deshacerme?
Acuérdate que lodo manoseaste
Para constituirme,
Y á polvo volverás á reducirme;
Cual leche me fundiste,
Cual queso me cuajaste;
De carn'y de pellejo me vestiste,
Y de huesos y nervios me forjaste.
Dióm'espíritu entonces tu clemencia,
Consérvale despues tu providencia,
Y no de la memoria lo has borrado;
Yo sé que lo guardaste.
Si es que pequé, ¿seré de tí acechado,
Y de mi culpa no purificado?
¡Ay de mí, si delicto cometiere,
Y si justificado y recto fuere!
¿Podré tampoco levantar cabeza,
Cargado de deshonra y de pobreza?
¡Oh si el mal s'augmentase,
Y cual fiero leon me destrozase!
Mas siempr'en mí tus maravillas pruebo
Y me sustentas para dolor nuevo;
Renuevas las heridas,
Y son en mí tus iras repetidas,
Y cuando la menor vencerme puede,
Un ejército al otro le sucede.
¿Para qué de mi madre
Me sacaste del seno,
A padecer tan ásperos enojos?
¡Muriera yo sin que me vieran ojos!
Fuera como si nunca hubiera sido,
Al sepulcro del vientre traducido.
Es mi edad fugitiva y presurosa,
Cesa de fatigarme
Tan incesablemente,
Porqu'un poco m'aliente,
Antes qu'á sepultarme
Baje en la tenebrosa
Region en que se vierte
El horror formidable de la muerte.
Tierra de ciega oscuridad poblada,
De confusa desórden habitada,
En que solo tinieblas lucir pueden,
Y siempre se compiten y s'exceden.»

XI. — Sofar.

Si á la locuacidad no se replica,
Sin dud'el hablador se justifica.
¿Haránnos tus mentiras que callemos,
Y que de tí afrentados,
D'afrentarte dejemos?
Tú dices que'estás libre de pecados,
Y que se manifiesta tu inocencia
De Dios en la presencia.
¡Oh, si el Señor los labios desplegara,
Y contigo su causa disputara,
Y descubrir quisiera
Los secretos de su sabiduría!
¡Cuán infalible fuera
Que la ley te daria
El castigo doblado,
Y él conocerte haria
Que por tu culpa t'ha desamparado!
¿Presumes que pudieras
Inquirir su juicio misterioso,
Ó que la perfeccion comprehendieras
Del Todopoderoso?
[cieras?
Es mas alto qu'el cielo. Pues ¿qué hi-
Y qu'el infierno mucho mas profundo;
¿Cómo le conocieras?
Sobrepuja los límites del mundo,
El volúmen excede, en que se cierra
El vasto mar, la dilatada tierra.
Si separar y dividir quisiere,
Juntare ó confundiere
Los términos del orbe:
¿Quién hay que se lo estorbe?
Los pensamientos vanos
Sabe de los humanos,
Y de la iniquidad con que l'ofenden,
Aun lo qu'ellos no entienden.
Es el desvanecido
De discreto preciado,
Puesto que haya nacido,
Como los brutos, de razon privado.
Si tú te dispusieres,
El corazon templares,
Y humild'á Dios las manos levantares;
Y s'alguna maldad reconocieres,
De tí la desechares,
Y en tu morada no la permitieres.
Al cielo tu semblante

Libre de fealdad levantar puedes,
Y de temor con ánimo constante;
Y de tantos desastres olvidado,
No tendrás mas memoria
Dellos que de las aguas que han pasado;
Y verás que tu gloria
Luces al sol apuesta,
En medio de la siesta,
Y sale vencedora
Como de las tinieblas el aurora.
Y tendrás tu esperanza por segura;
En ella confiado,
Tú mesmo labrarás tu sepultura,
Yacerás descansado:
Dormirás en quietud sin que s'atreva
Nadie á sobresaltarte,
Y vendrán muchos á solicitarte.
De los malos será la vista ciega,
Fugitivo el amparo,
Vana la confianza,
La mayor esperanza
De sus almas mas cierto desconsuelo,
Desamparados del favor del cielo.

XII.—Job.

En los tres se contiene todo el mun-
Cuando muriereis, la sabiduría [do;
Bajará con vosotros al profundo.
Tambien tengo yo seso,
Y no es menor la suficiencia mia;
¿Quién hay que no supiera decir eso?
El qu'á Dios ha invocado,
Y respuesta tenido,
¿De su amigo burlado
Es, y el justo y perfecto escarnecido?
El hacha que previene
De los piés la caida
Es en poco tenida
Del que prosperidad segura tiene.
Gozan las tiendas de los salteadores
De paz, y los que á Dios han irritado
Con pecados mayores,
Viven quietos los qu'han idolatrado,
Adorando los vanos
Ídolos que labraron con sus manos.
Mas pregunta á las fieras en el suelo,
Que sabrán instruirte,
Y á las aves del cielo,
Que podrán advertirte.
Y la tierra, aunque muda,
Hará lenguas las hojas de sus plantas;
Del vasto mar esa caterva ruda
De varias formas y de especies tantas,
Enseñarte tambien podrá sin duda.
¿Quién, de cuanto subsiste y cuanto
[vive,
No sabe que de Dios el ser recibe,
Y que están de sus manos
Las vidas dependientes
De todos los vivientes,
Y espíritus de todos los humanos?
Es la voz del oido percebida,
Del gusto la sazon de la comida.
En los viejos hay ciencia,
En la mas larga edad mas experiencia,
Y en Dios sabiduría
A todas superior, y valentía,
Consejo, inteligencia;
Y lo que derribare
No será edificado,
Ni quien en el sepulcro él encerrare,
De nadie á luz sacado.
Él detiene las aguas, y se secan
Las fuentes y los rios celebrados;
Arrójalas, y en piélagos se truecan
De la tierra los senos dilatados.
Suya la fortaleza y existencia
Es, suyo quien ha errado,
Y quien á hacer el yerro le ha obligado.
Hace los consejeros
Andar de su ornamento despojados;
Enloquece los jueces mas severos.
La cadena preciosa
Desenlaza del cuello del tirano,
Y le ciñe de cuerda ignominiosa.
Por su robusta mano
Fueron los sacerdotes despojados,
Los fuertes derribados. [bios;
A los que hablan mejor quita los la-
A los ancianos, los consejos sábios.
El menosprecio vierte
En los príncipes mas acreditados,
Y sabe enflaquecer los esforzados.
Él manifiesta las profundidades
De las obscuridades,
Y saca á luz las sombras de la muerte.
Multiplica las gentes,
Y tambien las disuelve,
Y esparcidas en partes diferentes,
A recogerlas vuelve.
Las cabezas del pueblo de la tierra
Reduce á desatino,
Que torpemente yerra
Sin órden ni camino. [res,
En vez de luz, tentar les hace horro-
Y destemplados cometer errores.

XIII.

Esto mis ojos vieron,
Y llegó, con discursos repetidos,
Tambien á mis oidos,
Que para sí guardado lo tuvieron;
Y como lo sabeis, lo he yo sabido;
Que no he menos noticias adquirido.
Y con todo eso, hablara
Al Todopoderoso,
Y con él disputara.
Todo lo que decis es fabuloso,
Y vuestra medicina tan errada,
Que no sirve de nada.
¡Oh cuánto que callaseis mejor fuera!
El silencio mas sábios os hiciera.
Estad á mí disputa, pues, atentos;
De mis lábios oid los argumentos.
¿Diréis, por Dios, engaños y maldades?
¿Defenderéisle con iniquidades?
¿Quedará mas honrado
Cuando hubiereis su causa pleiteado?
Si quisiere inquirir vuestras acciones,
Y ser dellas testigo,
¿Burlareisos con él como conmigo?
Serán-os graves sus reprehensiones,
Su justicia severa,
Si en secreto l'honrais desta manera.
Su grandeza os asombre,
El terror os oprima de su nombre.
A lodo reducida vuestra gloria,
Y á ceniza será vuestra memoria.
Escuchad lo que hablare,
Y pase sobre mí lo que pasare.
¿Morderé de mis carnes inhumano,
Y mi alma pondré siempre en mi ma-
[no?
Aunque m'haga mas mal, en él espero,
Mas defenderm'en su presencia quie-
Y no deja de serme conveniencia, [ro;
Pues el impío no llega á su presencia.
Oid con atencion mis locuciones,
Toquen vuestros oidos mis razones;
Que si fuere citado
A juicio, seré justificado.
¿Quién conmigo porfia?
Porque yo, si callase, moriria.
Que dos cosas evites
Te pido, y al instante;
No me retiraré de tu semblante.
Son: que de sobre mí la mano quites,
Porque de tus terrores no m'espante;
Y que responda á tus proposiciones,
O tú dés solucion á mis cuestiones.
¿Cuántas iniquidades y pecados
Tengo? Mis rebeliones y delitos
Sean de tí declarados.
Y ¿por qué tu semblante por castigo
Me niegas, y me das por enemigo?
La que los vientos arrancaron hoja
¿Es de tí destrozada,
Y la seca coscoja
Con rigor mal tratada? [cia
¿Por qué das contra mí cruda senten-
Por los pecados de l'adolescencia,
Y todos mis caminos me defiendes
Con cepo tan pesado,
En que mis piés arraigas y los prendes?
Que como de carcoma agujerado
Estoy y como paño apolillado.

XIV.

De mujer es el hombre producido,
Su curso limitado,
Y solo de trabajos bastecido:
Brota como la flor, y así perece.
No tiene consistencia en un estado,
Como sombra su ser se desvanece,
Y ¿aun es de tí mirado,
Y para tu juicio m'has citado?
¿Quién hacerle d'inmundo limpio pue-
A nadie se concede. [de?
Tú prescribiste término á sus dias;
De sus meses el número tasado
Tienes precisamente,
Determinadas sus postrimerías,
Ley en todos los siglos permanente.
Y dejará de ser, si le dejares;
O como quien s' emplea
En trabajo por precio concertado,
El fin deseará de su tarea
Cuando le castigares.
El árbol, aun cortado,
Nuevos pimpollos producir espera,
Y su existencia en ellos persevera.
Si los años en él efecto hicieren,
Y de virtud privado,
Sus raices y tronco se murieren,
Y quedare en el polvo sepultado,
Aun del agua el olor será bastante
Para resucitarle,
Y qu'al aire levante
Copa, cual si acabaran de plantarle.
El hombre muere cuando s' envejece;
¿Dónde estará, que luego desparece?
Las aguas de los mares se pasaron,
Las copiosas corrientes se secaron.
El hombre yace, no ha de levantarse
Mientras hubiere mundo,
Ni del sueño profundo
De la muerte podrá desenlazarse.
¡Oh, Señor, si alcanzase
De tí qu'en el sepulcro m'escondieses,
Y qu'allí m'encubrieses
En tanto que tu enojo se pasase,
Término señalases,
Y de mí, feneciendo, t'acordases!
Si el hombre se muriera,
Y á renacer volviera,
Diera toda mi edad á l'esperanza
Desta nueva mudanza.
De tus manos la hechura señas viera
De tu afecto mas claras;
Entonces me llamaras,
Y yo te respondiera;
Porqu'ahora me cuentas
Los pasos del camino que prosigo,
Y no das dilacion á tu castigo,
Y tienes mis pecados,
Como en pliego, sellados,
Y el número acrecientas;
Los montes derribados,
Son los peñascos de lugar mudados.
Las piedras desatadas
De los ímpetus son de la corriente,
Qu'arrebata la tierra velozmente,
Y nuestras esperanzas defraudadas,

Y qu'el hombre serás siempre mas
Él pasa sin tardanza; [fuerte.
Percíbese en su rostro la mudanza,
Dirígeslo á la muerte.
Serán engrandecidos
Sus hijos, sin que llegue á conocerlo;
Estarán abatidos,
Sin que pueda saberlo;
Y mientras subsistiere
Y en su carne viviere,
Ella será d'achaques combatida,
Y el alma de tristezas afligida.

XV.—Elifaz.

Di, ¿me reduce el sábio
A vanidad la ciencia,
O llenará su pecho
Del Austro la violencia?
¿Despegará, sin instruir, su labio
En disputas, á nadie de provecho?
Tú tambien el temor de Dios destru-
La oracion disminuyes, [yes,
Y tu lengua confiesa tu pecado,
Con el mismo artificio de qu'ha usado.
Sus razones, no yo, te condenaron,
Tus labios contra tí testificaron.
¿Has primero nacido
Qu'Adam, y qu'estuviesen situados
En el lugar qu'ocupan los collados?
¿Has de Dios los secretos entendido,
Que piensas que tú solo sábio has sido?
¿Qué sabes que nosotros no sabemos,
Ni puedes alcanzar que no alcancemos?
Entre nosotros hay tambien anciano
Que ser creido por sus canas puede,
Y que la de tu padr'edad excede.
¿Es de tí despreciado
El consuelo de Dios que has ignorado?
Lo que tu corazon te dicta en vano
¿A declarar t'atreves?
¿Por qué los ojos con desprecio mue-
Por qué con tal aliento replicaste [ves?
A Dios y tales cosas pronunciaste?
¿Qu'es el hombre, que pueda
Ser por limpio tenido,
Y justo, habiendo de mujer nacido?
A los ángeles mismos deshereda
Del bien de qu'estuvieron tan segu-
[ros,
Y con él aun los cielos no son puros;
Cuanto mas el varon abominable,
Lleno de fealdades,
Que como l'agua bebe las maldades.
Escúchame, diréte lo qu'he visto.
Y los sábios contaron
Qu'á sus padres oyeron,
Y no nos lo encubrieron.
Ellos solos gozaron
La tierra que les fué del Señor dada,
Sin ser de los extraños
Aun de paso pisada.
Serán todos los dias
Del impío fatigados de tormento,
Y el número escondido de sus años
Al tirano violento.
Temidas vocerías
Herirán sus oidos;
Aun en la paz serán desposeidos.
¿No esperará del sueño tenebroso
Ser á la luz del cielo revocado?
De su misma conciencia amenazado,
Del cuchillo estará siempre medroso.
Comerá sin reposo
Su pan, con desconsuelo y agonía,
Porque l'aguarda tenebroso dia.
De angustias y afliccione asombrados
Y ceñido'stará continuamente,
Como rey de legiones rodeado,
Porque tendió su mano
Contra Dios soberano,
Y s'esforzó contra'l Omnipotente.
En la cerviz herido,
Y de sus hombros en lo mas pujante,
Será el escudo y el arnés rompido,
Que cubrió de gordura su semblante,
Y fueron sus costados
Della copiosamente circundados,
Y vió las ciudades destruidas
Y casas asoladas,
Por otros habitadas,
A miserables ruinas reducidas.
Ni firme su riqueza
Será, ni su poder asegurado,
Ni'n la tierra jamás perfecionado.
De las tinieblas no podrá librarse;
Sus ramos secará calor violento,
Perecerá con su postrer aliento.
Como su error no advierte
Por vanidad, en ella se convierte.
Sin sazon fué cortado,
Y sus renuevos no reverdecieron,
Cual viña qu'en agraz han vendimiado.
Y oliva que con flor la destruyeron;
Y de la hipocresía
Disipada será la compañía,
Y de fuego deshecha
La tienda del varon que se cohecha.
El dolor concibieron,
Y la maldad parieron;
Con excesos extraños
Sus senos aperciben siempre engaños.

XVI.—Job.

Muchas cosas cual estas
Otras veces he oido,
Mas nunca tan molestas;
Vuestro consuelo mayor mal ha sido.
¡Oh cuánta vanidad en las razones
Luce, con que venis á consolarme!
¿Qu'os anima á tan ásperas respuestas?
Acabad de callar, ó d'acabarme.
Tambien yo con hinchadas locuciones
A entenderme daria,
Si vuestra alma sintiera
Lo que siente la mia,
Y de dolores libre yo estuviera.
Tambien vuestras palabras imitara,
Y tambien la cabeza meneara.
Antes os divirtiera,
Y á la pena mi voz alivio diera.
Mas ni mi mal, hablando,
Un instante se templa, ni callando.
Hame Dios fatigado,
Y toda la campaña m'ha talado;
Tiéneme consumido
La flaqueza que m'ha desfigurado
En mi rostro afligido,
Testigo de mi mal es abonado.
Hame despedazado
En partes diferentes.
Su furor cruje contra mí los dientes;
Y cuanto mas las afliciones crecen,
Y en mí se multiplican los enojos,
Mas ardientes los ojos
Sobre mí del contrario resplandecen.
Contra mí mis amigos se juntaron,
Y sus bocas abrieron;
Con las que me dijeron
Afrentas, mi semblante avergonzaron.
Hame entregado Dios al mentiroso,
Y del impío en las manos
Castigo m'amenaza riguroso.
Estaba sosegado,
Y con indignacion m'ha destruido,
Del cuello arrebatado,
Y en menudos pedazos dividido;
De todo su rigor objecto he sido.
Con sus flechas me da continua guerra,
Dellas estoy sitiado,
Mis interiores ha desmenuzado,
Y mi hiel esparcido por la tierra.
Una ruina tras otra precipita
Sobre mí cada instante,
Mi opresion solicita
Con fuerzas de gigante.
Saco sobre mis carnes he cosido,
En polvo mi cabeza sepultado;
Que con el llanto á lodo reducido,
La vista de los ojos me ha cegado,
Del rostro las facciones confundido;
Y ni mis oraciones
Impuras son, n'inícuas mis acciones.
No mi sangre sepultes,
Tierra, ni á su clamor la voz ocultes;
Y tambien en los cielos el testigo
Excelso está de la verdad que digo.
Mis amigos me arguyen, mas en tanto
Dirijo á Dios la queja de mi llanto.
¡Oh, si tan libremente
El hombre disputar con él pudiera
Como con su vecino ó su pariente!
¡Cuánto le conveniera!
Mas prestos pasarán y arrebatados
Los años que me tiene señalados;
Y yo por la que nunca se repite
Senda, ni volver de ella se permite.

XVII.

A mi espíritu, ya desfallecido,
Corre l'edad ligera:
El sepulcro que caiga en él espera.
Soy de quien m'acompaña escarnecido,
En solos sus enojos
Entretengo mis ojos.
Pongo que me afianzas ya contigo,
¿Quién tocará mi mano?
Pues presumen en vano
Cuando d'entendimiento están priva-
No serán ensalzados. [dos,
El que dice lisonjas á su amigo
Recibirá castigo,
Rotos serán los ojos de sus hijos.
Por instrumento de sus regocijos
Y fábula los pueblos me han tenido
De que señor he sido.
Ciegan mis luces mis desabrimientos,
Y como sombras son mis pensamientos.
Los justos admirados
Lo verán, y los quietos
Contra los delatores irritados.
Su perfeccion proseguirán los rectos,
Aumentarán su fuerza los perfectos;
Pero volved vosotros, [vio,
En quien, sin presumir qu'os hago agra-
Digo que no hay ninguno que sea sábio.
Pasáronse mis dias,
Y de mi corazon los pensamientos
Han las tristezas mias
Trocado á sentimientos.
La claridad en noche convirtieron,
Luces y obscuridades confundieron.
Solo el sepulcro ya por casa espero,
Hacer mi cama en las tinieblas quiero.
El cimenterio padre,
La sepultura madre
Serán, y á los gusanos
Llamaré mis hermanos.
¿A dónde estará entonces mi esperanza?
¿Hay quien de verla tenga confianza?
Mis imaginaciones
Vivirán del sepulcro los rincones.
Con el polvo mezclados,
Descansarán entonces mis cuidados.

XVIII.—Baldad.

Decid, ¿cuándo verémos
Fin de razonamientos tan pesados?
Callad un poco si quereis que hablemos,
Pues por brutos tenidos,
Y cual inmundos, somos despreciados
De quien con furia tan arrebatada
Es su alma tambien desestimada;

¿Serán los montes, pues, por vos movi-
Ó la tierra será desamparada? [dos,
De los impíos la luz ha de apagarse
Sin que brille centella de su fuego,
Y en su tienda su antorcha ha de ma-
Y caer sobre él luego. [tarse,
De su poder los pasos detenidos
Serán, y sus consejos confundidos.
Red en sus piés echada,
Y en ellos anudada,
Lazo suspenderá sus movimientos,
Moverá contra el Dios los sedientos.
Su torcedor esconderá la tierra,
Y su prision la senda por do yerra
Será de todas partes asombrado
De confusos temores,
Su pié pisará horrores,
Su hijo vivirá necesitado,
Y su mujer en llanto
Y continuo quebranto
Comerá de su carne los renuevos,
Sus miembros tragará con dura suerte
El dolor, mayorazgo de la muerte.
De su tienda arrancada
Será su confianza,
Y á la region llevado sin tardanza
De funestos espantos habitada.
Como si fuera ajena
Vivirá su posada,
Y su casa verá de fuego llena,
Y d'azufre sembrada,
Secas sus, en la tierra dilatadas,
Raices, y sus ramas destroncadas (1).
Perecerá'n el suelo su memoria,
En las calles su gloria.
De la luz arrojado
Será de las tinieblas al profundo,
Y con violencia echado
Del límite del mundo.
Ni tendrá hijos ni dejará nietos,
A quien sus bienes queden,
Ni sucesores que su casa hereden.
Darán de su castigo los efetos,
Escarmientos y asombros verdaderos
A los presentes y los venideros.
Estas son, pues, del impío las moradas,
Y las que tiene Dios aparejadas
Riquezas de que goce
El que su santo nombre no conoce.

XIX. — Job.

¿Hasta cuándo mi alma fatigada
De doctrina será tan excusada?
Hartas veces me habeis avergonzado;
¿Cuándo habeis de cansaros,
Avergonzados de desvergonzaros?
Supuesto que haya errado,
Como decis, en todo lo que digo,
Yo quedo con mi yerro, y él conmigo.
Pero si os esforzais á despreciarme,
Sin dejar de afrentarme,
Sabed qu'ha Dios mi causa prevertido,
Y red espesa sobre mí tendido.
Si despliego los labios,
En manifestacion de mis agravios,
No he de ser escuchado,
Ni aunque mas clame, con piedad juz-
El paso defendido [gado.
Y mis caminos ha circunvalado,
Mis sendas en tinieblas escondido.
La honra me ha quitado,
Quitando de mi frente la corona.
Estoy aniquilado,
Maltrató duramente mi persona;
Como d'árbol cortado
Ha de mí mi esperanza despojado.
Indignóse conmigo,
Y declarado m'ha por enemigo.

(1) No puede darse una trasposicion mas violenta.

Unidos sus ejércitos vinieron
Contra mí, la campaña me talaron,
El real asentaron,
Sobre mi tienda sitio le pusieron;
Mis hermanos huyeron,
Y todos mis vecinos s'extrañaron.
Mis parientes de mí se retiraron,
Mis conocidos me desconocieron,
Hasta los de mi casa m'olvidaron.
Mis criadas tambien me despreciaron;
Los criados llamaba,
Nadie me respondia,
Aunqu'en vez de mandarlos los rogaba.
Mi aliento mi mujer aborrecia,
Y á toda las instancias se negaba
Que por la succesion comun hacia.
Hasta la gente vil me despechaba
Teniéndome presente;
Y si por evitarlo me apartaba,
Murmuraba de mí sangrientamente.
Porque se multipliquen mis castigos,
A los que mis secretos confiaba
Tuve por enemigos.
Mis huesos á la piel están pegados,
De toda carne ya destituidos,
Y cuando de los labios mas ceñidos
Están mis dientes, pueden ser conta-
[dos.
Tened de mí vosotros, mis amigos,
Lástima en tal estado;
Que Dios con fuerte mano m'ha tocado.
¿Por qué, como el Señor, tambien aira-
Me comeis á bocados? [dos,
¡Oh, quién me concediese que copiadas
Estas palabras fuesen,
Y en libro conservadas,
Ó con buril en plomo s'imprimiesen,
Ó en pedernal grabadas
Para siempre viviesen!
Aunque m'afligo, no me desespero,
Yo sé que tengo Redentor que vivo
Levantarse del polvo ver espera.
Y puesto que tan gran dolor recibo,
Mucho despues de muerto y sepultado,
En esta misma piel qu'ahora visto,
Ha de ser de mí visto;
Yo mismo le veré, no trasformado
En otro, ni otro en mí, con estos ojos
Con que mis aflicciones he llorado.
Digolo porque ya de darm'enojos
Ceseis, diciendo: «No le persigamos,
Pues que noticia tal en él hallamos.»
Temed el esplendor de la sangrienta
Espada, qu'apacienta
En los impíos sus filos acerados;
Sabed qu'habeis de ser de Dios juz-
[gados.

XX. — Sofar.

Mi sentimiento y mi razon m'obliga
A que lo que de tí siento te diga;
Qu'afrentarás mi ciencia,
Y desestimarás mi inteligencia,
Si dejo tu propuesta
Sin la que meditando estoy respuesta.
¿No sabes lo que siempre ha sucedido
Desde el primer instante
Que dió Dios á los hombres subsisten-
Que del impío el contento [cia,
No se logra un momento,
Ni el gozo del hipócrita es constante?
Si al cielo sus grandezas l'elevaren,
Y nubes su cabeza coronaren,
Como basura vil será deshecho,
Dirán los que le vieron: «¿Qué s'ha he-
Cual sueño habrá volado, [cho?
No podrá ser hallado,
Cual fantasma qu'en él se desvanece,
Y nunca mas parece.
No le verán los ojos que le vieron,
Ni los qu'en un lugar le conocieron.
Mendigarán en miserabl'estado
Sus hijos, sin gozar lo qu'ha robado.
Padecerán sus huesos
Los de su juventud torpes excesos,
Y llenos de pecados,
Serán con él en polvo desatados.
El gusto la maldad le sazonaba,
Debajo de la lengua la ocultaba.
Su pasto della hacia,
Y como golosina la comia;
Mas cual veneno d'áspides violento,
A su pecho será mortal sustento.
Las haciendas tragaba,
Volverá á vomitarlas,
Y de su seno sabrá Dios sacarlas.
La lengua de la víbora matarle,
La hiel del escorpion ha d'acabarle.
No gozará descanso en que se trueca
La corriente de arroyos y de rios,
En piélagos de miel y de manteca.
De ajenos daños proprios señoríos
Estableció, mas no podrá gozarlos,
Y volverán sus dueños á cobrarlos.
De los humildes opresor ha sido,
Y casas y familia despojado,
Mas no será su robo asegurado,
Con la que fué violencia cometido.
No gozará quietud interiormente,
Ni la de su codicia sed ardiente
Sin su ruina será jamás templada.
Pues que no reservó su gula nada,
Nada será del riesgo reservado.
Cuando de mas manjares ocupado
Esté, tendrá mayor desabrimiento,
Y será de mas males asaltado.
Cuando á llenar sus senos mas atienda,
La indignacion de Dios mas repetida
Granizará sobre él y su comida.
Será tan peligrosa la contienda,
El rigor tan severo,
Que cuando huir pretenda
El hierro, topará con el acero.
Desenvainado ya resplandeciente,
Derramando terrores,
Lucirá contra él acerbamente.
Tenebrosos horrores
Se verterán en su mejor sentido;
De fuego no soplado,
Aunque mas encendido,
Será en su tabernáculo abrasado.
Los cielos, que conocen
Su maldad, le harán guerra,
Y su quietud insultará la tierra.
Sin que su verdor gocen
Sus renuevos, serán arrebatados,
Y de la indignacion de Dios talados.
La legítima es esta
Para el impío dispuesta,
La posesion y estado
Que le ha de Dios la voz adjudicado.

XXI. — Job.

Oid atentamente
Mi palabra, con celo,
Cual debeis, conveniente,
A recebir de su instrucion consuelo.
No de mí voz interrumpais el curso,
Aunque mofeis despues de mi discur-
«¿Disputo yo con hombre [so.
Que puede á mis razones reducirse?
Pues ¿por qué no ha mi alma d'afligirse?
El mirarme os asombre,
Aunque tan poco os toca,
Y la mano poned sobre la boca;
Que cuando yo me acuerdo,
Temblando, todos los sentidos pierdo.
Que viven los inícuos, envejecen,
Y en riquezas y en honras permanecen.
Su sucesion con ellos ordenada,
En nuevos frutos ven multiplicada.
Sus casas de temor aseguradas,
Del castigo de Dios son reservadas,

Y sin riesgos de partos desastrados,
Crecen y multiplican sus ganados.
Sus chiquillos saltando
Andan, como rebaños de corderos,
Al son de los panderos,
Las cítaras y el órgano cantando;
Vivieron con contento,
Y mueren sin dolor en un momento,
Habiendo dicho á Dios con desatino
Que dellos s'apartase,
Y que ni sus caminos les mostrase,
Ni les interrumpiese su camino.
¿Quién es Dios poderoso,
Para que le adoremos?
¿Ó que consiguirémos
Del culto que l'hagamos religioso?
Pero no bien hicieron,
Y de mí sus consejos
Estarán siempre léjos.
¡Qué de veces sus luces se murieron,
Y sobre ellos cayeron
Confusas contriciones y temores,
Por los que Dios les repartió dolores!
Como la paja que arrebata el viento
Serán, ó como tamo
Que robó torbellino turbulento.
Dios guardará á sus hijos su violencia,
Y les dará su pago,
Para que le conozcan por su estrago.
Verán ejecutada la sentencia
Del Todopoderoso,
Beberán su castigo riguroso;
Y ¡qué contento les dará su casa,
Cumplida ya la de sus meses tasa!
¿Enseñarán á Dios sabiduría,
Que juzga las alturas?
El uno acabará con feliz dia,
En horas sosegadas y seguras;
Sus pechos, d'humor cándido cargados,
Y sus huesos, de tuétanos regados.
El otro morirá con afligida
Alma, sustentará en dolor la vida.
Y entrambos yacerán despues de muer-
De gusanos cubiertos. [tos,
Mas ya conozco vuestros pensamientos
Y los que contra mí teneis intentos.
Y ¿qué decis? ¿Adónde
Los palacios están del poderoso,
Y quién del impío la morada esconde?
¿No con afecto preguntais curioso
A los que pasar visteis,
Cuyas señas negar aun no pudisteis?
Y os dicen que los impíos son guarda-
[dos,
De las horas tremendas reservados;
¿Quién de sus vidas les dará noticia,
Ni podrá sus excesos
Reducir á justicia?
Qu'antes de ser juzgados,
Al sepulcro serán ya trasladados,
Y triunfarán en cúmulo de huesos.
Será la tierra leve,
Y dulce al recebirlos;
Muchos querrán seguirlos,
Y precederlos número no breve.
En vano conhortarme habeis querido,
Vuestras respuestas vanidad han sido.»

XXII. — Elifaz.

¿Puedel'aprovechar á Dios el hom-
[bre,
Como el sábio á sí mismo s'aprovecha?
¿El Todoporoso tendrá gusto
De saber qu'eres justo? [ceto
¿Es d'alguna importancia en su con-
El que tú sigas el camino reto?
¿Hay alguna sospecha
De que temor l'asombre,
Y por eso disponga tu suplicio,
O contigo venir quiera á juicio?
Ya tus malicias son diformidades,
Y sin número tus iniquidades.
¿Por qué sin fundamento
A tus hermanos prendas les sacaste,
Y á los necesitados desnudaste?
Tu agua del sediento,
Y tu pan del hambriento
Avaro retiraste.
Al tirano la tierra se prohibe,
Y el honrado con honra en ella vive.
A las viudas sin consuelo enviaste,
Y los brazos del huérfano quebraste.
Por eso eres de lazos circundado,
De súbitos temores asombrado;
Y tinieblas la vista han de cegarte,
Y muchedumbre d'aguas anegarte.
¿No está Dios por ventura
De los supremos cielos en l'altura?
Las estrellas ¿no son mas levantadas,
De su vista miradas?
¿Dirás que su saber no es tan seguro
Porque se le interpone velo obscuro?
De los cielos los círculos pasea;
Mas ¿las nubes le quitan de que vea?
¿Quieres seguir la antigua reprobada
Senda, que de los impíos fué pisada?
¿Los que por sus pecados
Tan fuera de sazon fueron cortados,
Cuyo cimiento ha sido
Como arroyo vertido?
Que s'apartase Dios dellos pedian,
Y ¿de qué les podia servir, decian,
Estando de sus bienes inundados?
Del impío los consejos
Estén de mi dictámen siempre léjos.
Los justos lo verán alborozados,
Serán del inocente despreciados.
¿Ha nuestro ser en algo padecido
Porque los haya fuego consumido?
Conciértate con Dios, vivirás quieto,
Y gozarás felicidad no poca;
Recibe de su boca,
Y al corazon traslada su preceto.
Si te volvieres al Omnipotente,
Serás edificado,
Echarás de tu tienda tu pecado,
Y pisarás sobre oro refulgente,
Qu'Ofir t'ofrecerá copiosamente.
Contarásle á millones,
Y la plata á montones;
Alegraráte el Todopoderoso,
Tu rostro á él levantarás gozoso.
Oirá tus oraciones,
Y pagarás los que ofrecieres dones;
Verás cumplido lo que propusieres,
En los caminos lucirá que hicieres.
Cuando el soberbio vieres humillado,
Dirás: «Engrandecido
Ha de ser el humilde y abatido;
Será por tí guardado
El justo, los imperios soberanos
Libres por la limpieza de tus manos.»

XXIII. — Job.

Hoy tambien he de seros desabrido;
Mas mi dolor excede mi gemido.
Si conocerle y alcanzar pudiera,
Hasta su trono fuera;
Delante dél mi causa disputara,
Mi boca d'argumentos redundara.
Su respuesta entendiera,
Lo que dice supiera;
No contra mí sus fuerzas empleara,
Antes él m'esforzara;
Allí con él el recto contendiera,
De mi juez para siempre me librara.
Mas ni hallarle presumo en el oriente,
Ni alcanzarle tampoco en occidente;
Ni en el setentrion he d'encontrarle,
Ni en el austro toparle.
Mas él ha mis caminos alcanzado,
Y á su exámen he sido
Como el oro acendrado; [guido,
Mis piés siempre sus huellas han se-
Y no me he de sus sendas desviado.
Su doctrina he guardado,
Y por ley recebido. [re?
Mas ¿quién le impedirá lo que quisie-
¿Qué no conseguirá si lo emprendiere?
Acabará lo que ha determinado
De mí, con lo demás que ha decretado;
Y por eso me turba su semblante;
Aun de pensar en él tiemblo al instante.
Adios, mi corazon enflaquecido;
El Todopoderoso me ha vencido.
Pues ¿por qué, de la luz desheredado,
En mortales horrores no me oculta,
Y en profundas tinieblas me sepulta?

XXIV.

¿Por qué no son al Todopoderoso
Los tiempos escondidos?
Pues los que le conocen
No deja que los gocen;
Los impíos acometen atrevidos
El término, ni oculto ni dudoso,
En que están sus vecinos heredados,
Y paciéndoles roban sus ganados,
Del huérfano la bestia,
El buey de la viuda;
A los pobres molestia
Dan en lugar de ayuda,
Y dellos los humildes y abatidos
Han d'andar escondidos;
Y cual fieras salvajes
Salen por la mañana en el desierto
A cometer desórdenes y ultrajes,
Que su sustento suelen ser mas cierto.
Las campañas por ellos son segadas,
Las viñas vendimiadas.
Dejaron el enfermo á la inclemencia
Del tiempo, sin abrigo,
Bañóle del torrente la violencia,
Y fué la peña de su mal testigo.
Del pecho de las madres la inocencia
De los huérfanos hijos arrancaban,
Y prendas á los pobres les sacaban.
Y aun mas, á los desnudos desnudaron,
Su gavilla al hambriento le quitaron.
En sus casas lagares
Para vino y aceite fabricaban;
Mas su sed no templaban.
Claman de los lugares [tos,
Los hombres, y las almas de los muer-
Y no prohibe Dios sus desconciertos,
Ni ellos menos rebeldes se retiran
De la luz, ni el camino de Dios miran.
Con ella se levanta el homicida,
Para quitar al infeliz la vida;
Ni con l'obscuridad mas sosegado
Está, sino en maldades ocupado;
Los ojos del adúltero desean
La noche, porqu'en ella no le vean,
Qu'á la solicitud de su cuidado
Se dirige embozado.
Minan las casas qu'antes eligieron,
Y en sus delitos luz no conocieron.
A todos es el alba mortal sombra,
El temor de ser vistos los asombra;
Las aguas los disuelvan.
Su porcion en la tierra sea maldita;
Y nunca á gozar vuelvan
La de fertilidad senda prescrita.
Como el calor y sequedad apura,
Y resuelve la nieve,
Así la sepultura
Los pecadores roba en tiempo breve.
El misericordioso
Los habrá despreciado.
De los gusanos pasto son sabroso,
Como leño troncado.
De su maldad perecerá la gloria.
Sin que se tenga della mas memoria.

La mujer por estéril abatida
Fué dellos mal tractada,
Y la viuda mas necesitada
Nunca fué socorrida,
Los violentos levanta,
Porque s'ensalce mas su tiranía,
Es la injusticia de su vida tanta
Que de nadie se fia;
Los que dél se liaron,
Como poco ladinos,
En su daño probaron
Que les acecha todos sus caminos.
Por breve tiempo fueron
Los impíos ensalzados,
Luego desparecieron, [dos,
Cual los demás humildes y apremia-
Como aristas de espigas destrozados;
Verdad es esto, ¿quién dirá que mien- [to,
Ó podrá responder á mi argumento?

XXV. — Baldad.

Es temido el Señor y poderoso,
Tiene inviolable paz en sus alturas;
Ejército sin número copioso,
Ilustra su esplendor las criaturas;
¿Cómo justificarse habrá podido
Con él el hombre de mujer nacido?
La luna turbiamente
Delante de sus ojos resplandece,
De los astros la luz mas refulgente
Oscuridad parece;
Cuanto mas el del hombre ser tan vano,
Hijo d'otro no menos vil gusano.

XXVI. — Job.

¿Has al flaco ayudado?
¿Salvan tus fuerzas el debilitado?
¿Aconsejas la poca suficiencia?
¿Manifestaste misteriosa ciencia?
¿A quién han tus sentencias instruido,
Y ¿quién t'ha tal espíritu infundido?
De seme inanimado [hondas,
Mónstruos produce en las cavernas
Que sepultan del mar las crespas ondas.
El sepulcro á sus ojos está abierto,
El pavoroso infierno descubierto;
En hueco espacio los triones tiende,
Y de nada la tierra toda pende.
El agua en nube envuelve.
Que sin su voluntad no se disuelve;
Que la faz de su trono dificulta
La cortina de nubes que l'oculta;
Qu'aprisiona del mar la lozanía,
Hasta que ni haya oscuridad ni dia;
Del cielo las columnas vacilando,
De su reprehension están temblando;
Con sus fuerzas el mar ha dividido,
Mudándole de asiento,
Y con su entendimiento
Su soberbia vencido,
Su saber soberano
Los cielos ilustrado,
Su poderosa mano
El dragon ha criado;
Esta de sus caminos pues ha sido
La breve parte qu'hemos entendido;
Que de su fortaleza
¿Quién la infinita alcanzará grandeza?

XXVII.

Vive el Dios qu'ha querido
Quitarme mi derecho,
Y el Todopoderoso qu'á despecho
Tan mortal ha mi alma reducido;
Qu'en cuanto aliente el afligido pecho,
Respiraré con su conocimiento
El qu'él en mi nariz espiró aliento;
Sin que maldad mi labio,
Ni mi lengua pronuncie ajeno agravio,
Ni á ningun mal m'aplique,
Que vuestras detracciones justifique;
Hasta acabar la vida fatigada
No será mi verdad de mí apartada.
De mi justicia asido
Estoy, no seré della dividido,
Ni será de mi vida
Mi conciencia ofendida; [rio,
Aunque sea como el impío mi adversa-
Y como el mas inicuo mi contrario.
¿Cuál será la esperanza
Que consuele el falsario,
Que mas riqueza alcanza
Por haberla robado,
Cuando fuere del alma despojado?
¿Oirá por dicha Dios sus oraciones
Cuando l'opriman mas tribulaciones?
¿Vivirá consolado
En el Omnipotente,
Y llamará al Señor continuamente?
Diré lo que de Dios está en la mano,
Sin callar su poder tan soberano.
Pues que visteis tan claras las verdades,
¿Por qué os desvaneceis con vanidades?
No es del impío la suerte permanente,
Ni la mayor herencia
Qu'adquiere la violencia
Es conservada del Omnipotente.
Cuando su estirpe numerosa sea,
Será para l'espada;
Sin que la produccion mas dilatada
Harta de pan se vea.
Todos serán en muerte sepultados,
De sus mismas viudas no llorados;
Si plata como polvo amontonare,
Y vestidos cual lodo aparejare,
Serán al justo traje conveniente;
Repartirá la plata el inocente.
Como polilla de labor extraña
Edificó su casa,
Pero no duró mas que la cabaña,
En que la siesta alguna guardia pasa.
El rico yacerá, mas recogido
No será con los buenos,
Y sus ojos verán qu'ha perecido.
Turbios torrentes, de terrores llenos,
L'inundarán en todos sus caminos,
Asaltaránle oscuros torbellinos.
El proceloso Noto
Hará que desparezca
La tempestad qu'en inquietud perezca.
Arrojará sobre él el cielo roto,
De que librarse solicite en vano,
Ni evitar el castigo de su mano;
Que será con aplauso celebrado,
Y desde el trono del Señor silbado.

XXVIII.

Tiene la plata orígen escondido,
Es el oro en secreto fabricado,
El hierro de la tierra separado,
Y de las piedras el metal fundido.
Fin el Señor á las tinieblas puso,
Mas á sus fines término confuso:
Que l'especulacion mayor convierte
En tenebrosa oscuridad de muerte.
Crece el arroyo junto al peregrino
Que pasa ó que reside en el camino.
Las ondas que vencieron,
En su menor altura,
Presto desparecieron.
El sitio que dió férfil grano, luego
Suele tal vez verter estéril fuego;
Otros por él zafiros tributaron,
Oro cual polvo dieron.
Sus ojos penetraron
Las sendas que las aves no alcanzaron,
Que las fieras mas fieras no pisaron,
Ni los buitres vieron
Ni del lion los pasos las midieron.
Hirió los pedernales con su mano,
Los montes de raíz trasladó al llano;
De los peñascos desató corrientes,
Cuyas ondas á todos son patentes.
A caudalosos rios
Desde su orígen limitó los brios;
Y lo mas recatado
Es por él á la luz manifestado.
¿Adonde s'hallará sabiduría?
¿En qué lugar sin él prudencia habria?
No s'alcanza el valor de cosas tales,
Ni en la patria se ve de los mortales.
Que no la tiene nos dirá el abismo,
El mar repetirá tambien lo mismo;
Ni por oro comprada,
Ni ha de poder á plata ser pesada;
Ni d'índicos colores,
Ni de joyas á puros esplendores;
Ni puede ser con ella comparada
La pieza de cristal bien guarnecida,
Ni la vasija d'oro mas grabada,
Altamente es á todo preferida
Al coral y la piedra mas lucida.
Ni con ella permite que compita
La mejor esmeralda d'Etiopia,
Ni la mas celebrada Margarita.
¿Dónde la patria propia
Será pues de la ciencia,
Y el lugar en que s'halla la prudencia?
Pues á todo animal se dificulta,
Y del cielo á las aves es oculta;
El infierno y la muerte presumieron
Que de su fama alguna luz tuvieron,
Mas solo Dios conoce su carrera
Y alcanza su noticia verdadera.
Al profundo corrió todos sus velos,
Y penetró los orbes de los cielos.
Ha los vientos á peso reducido,
Y las aguas medido;
Ley á la lluvia dado,
Y al relámpago y trueno arrebatado;
Y desd'entonces vista, examinada
Fué por él y juzgada;
Y al hombre declarado
Qu'el temor del Señor era sapiencia,
Apartarse de él mal'inteligencia.

XXIX.

¡Oh, quién ahora fuera,
Como en el ya pasado
Tiempo, cuando de Dios era guardado,
Y su esplendor en mí resplandeciera
Con la luz que solia
Cuando l'oscuridad yo desmentia!
Como soy de mi edad en lo perfeto,
Cuando Dios reposaba en mi secreto;
Cuando el Omnipotente m'asistia,
Y mi familia bien m'obedecia.
En manteca mis plantas se bañaban,
Y las peñas aceite me brotaban;
En el foro á la puerta de la villa,
Y en las plazas hacia poner mi silla;
Los mozos de mi vista s'escondian,
Los ancianos en pié me recibian,
Los señores callaban,
Y la mano en la boca se ponian;
Los eminentes mas enmudecian,
Al paladar sus lenguas se pegaban,
Cuando los que me vian
Todos mi rectitud testificaban,
Y mi felicidad exageraban
Los que mi voz oian;
Porqu'el necesitado que clamaba,
Socorro en mí tenia,
Y el huérfano l'hallaba,
Que de favor y abrigo carecia;
El que s'iba á perder me bendecia,
Y la viuda mas desamparada
Fué de mí consolada;
Justicia me vestia,
Y á manera de manto me ceñia.

Rectitud de juicio m'adornaba,
Cual tocado mi frente coronaba;
Ojos del ciego he sido,
Y los piés del tullido,
Los afligidos padre me llamaban.
Del debate qu'habia
La razon inquiria,
Y las partes por mí se concertaban;
Los colmillos al impío quebrantaba,
De los dientes la presa le sacaba;
Entonces presumia
(Mas vanas fueron las sospechas mias)
Que con paz en mi nido acabaria,
Multiplicando, como fénix, dias,
Como la palma, qu'á corriente rio
Sus raíces dilata,
Y de líquida plata
Borda todos sus ramos el rocío,
Y siempre honores nuevos alcanzara,
Y en mi mano mi arco s'ilustrara.
Porque con atencion todos m'oian,
Con silencio mi voto obedecian.
Nadie contradecia;
Que mi razon en todos influia,
Y dellos deseada
Era como la lluvia mas tardía,
Y con abiertas bocas esperada;
Y la vez que con ellos me reia,
Apenas su contento lo creia,
Ni la luz de mi rostro minoraba;
Sus vidas censuraba,
Su camino elegia,
En lugar preeminente me sentaba,
Como rey de su ejército estimado,
Ó quien consuela pueblo fatigado.

XXX.

Riense ahora de las ansias mias
Los que menores son que yo de dias,
Cuyos padres hubiera desdeñado
De contar con los perros del ganado.
Ni de que las manos
La fuerza me sirviera,
De gente que del todo inútil era;
Y fatigada de temores vanos,
Por el hambre y pobreza,
Fugitiva del monte á l'aspereza,
A l'esterilidad de los talados
Campos d'horror y sequedad poblados,
Donde malvas cogian,
Y las raíces d'árboles comian.
Eran de los lugares desterrados,
Y como malhechores afrentados.
Los barrancos, qu'hacian
Los arroyos, vivian,
Y las, no de las aguas bien enjutas,
Ó de la tierra ó de las peñas, grutas.
En las matas bramaban,
Debajo de las zarzas se juntaban;
Hijos de gente vil, desestimados,
Y que la misma tierra mas hollados,
Ahora en sus canciones m'han metido,
Y su fábula he sido.
Abomináronme, de mí se huyeron,
Al apartarse al rostro m'escupieron,
Porque me ven de Dios tan castigado,
Ellos s'han contra mí desenfrenado.
Los mozos á mi diestra s'exaltaron,
Mis plantas impelieron,
Por mí las suyas su camino hicieron;
Y cual senda me hollaron,
Como si de mi mal bien les viniese;
Y nunca tuve quien me socorriese,
Y como por portillo me insultaron,
Y en mi calamidad se revolcaron.
Sobre mí turbaciones concurrieron,
Cual viento m'agitaron,
Y mis felicidades s'acabaron
Y como nubes se desvanecieron.
Mi alma, en mí vertida,
Está de las congojas oprimida,
Que de noche mis huesos penetraron,
Y reposar mis venas no dejaron.
Multitud de violencias m'han mudado
El cuerpo y el vestido,
Y cual estrecha túnica ceñido;
En el lodo m'ha echado,
Soy á polvo y ceniza comparado.
Clamo, Señor, y no m'has respondido,
Manifiéstome, y verme no has querido;
Riguroso conmigo t'has mostrado,
Con dura mano m'has amenazado.
Superior á los vientos me pusiste,
Mas luego mi sustancia desleiste;
Porque sé qu'á la muerte
M'has de volver y á la funesta casa
En qu'á la vida pones y á la suerte
De los vivientes tasa;
Ni al cimenterio tenderá la mano,
Ni que clamen espere
Los huesos que rompiere.
¿No he por dicha llorado
Yo con el afligido,
Y no m'he condolido
Con el necesitado? [dino,
¡Cómo! ¿Cuándo del bien era mas
El mayor mal me vino,
Y cuando luz me prometia mas pura,
Tiniebla mas oscura?
Hierven en un comun desasosiego
Todas las interiores partes mias.
Hanm'alcanzado fatigados dias;
Sin la del sol ofensa ni del fuego,
Me levanté abrasado,
Y en las congregaciones he clamado.
En vagar sin tener sustento cierto
Seré con los dragones comparado,
Y con los avestruces del desierto.
Mi piel ennegrecida
Está sobre la carne consumida,
Dentro de mí mis huesos s'han secado,
Y mi arpa enlutado;
Mi órgano con lúgubres acentos
Solo respira fúnebres lamentos.

XXXI.

[pido,
Puse á mis ojos ley, que no he rom-
Ni á contemplar la vírgen hermosura
El pensamiento nunca divertido;
¿Qué posesion en la suprema altura
Hubiera conseguido?
O del Señor ¿qué premio merecido?
¿No tiene el impío pena?
Y del inicuo, Dios ¿no se enajena?
¿No está su vista á mi camino atenta,
Y mis pasos no cuenta?
Si mentira he tratado,
Ni mis piés á engañar apresurado,
De justicia me pese en la balanza,
Verá mi rectitud y mi templanza.
Si m'he de su camino desviado,
Ni el corazon los ojos ha seguido,
Ni mis manos en algo s'han manchado.
Lo que sembrare d'otro sea comido,
Mis plantas tiernas de raíz taladas;
Si de mujer ajena s'ha vencido
Mi corazon, y si por mí acechadas
Las puertas de mis prójimos han sido,
Mi mujer, como sierva, d'otro sea,
Cualquiera la posea;
Que son iniquidades declaradas,
Incendio de que nada se defiende,
Y que todos mis bienes comprehende.
Si los derechos fueran
Con rigor despreciados
Por mí de las criadas y criados,
¿Qué pleito me pusieran?
Cuando se levantase
Dios contra mí, ¿qu'hiciera?
Cuando me visitase,
¿Qué responder pudiera?
Un mismo ser á todos nos dispuso,
Y en el materno seno nos compuso.
Si al pobre no dí ayuda,
Si al hijo fatigué de la viuda,
Si bocado he comido
Que no sea con el huérfano partido,
Que siempre por su padre me tenia,
Y desde la primera edad he sido
De las viudas guia;
Si algun desnudo vi que no vistiese,
Algun desabrigado
A quien no socorriese,
Si hubo dellos quien no me bendijese
Despues de haber sus carnes calenta-
Con la lana que daba mi ganado, [do
Si levanté mi mano
Contra desamparado,
Aunque estaba seguro qu'al Senado
Diera la queja en vano,
Del hombro desatados, [dos;
De mis brazos los huesos sean quebra-
Si de Dios el castigo he despreciado,
Cuyo sumo poder no es contrastado,
Y si puse en el oro l'esperanza
Y le dije: «En tí está mi confianza;»
Si m'holgué que mis bienes se aumen- [tasen,
Y en riquezas mis manos se bañasen;
Si salí á ver el sol cuando salia,
O la luna, que mas resplandecia,
Y el corazon les dió culto profano,
O pública les hiçe reverencia,
Besándome la boca con la mano,
Cuya temeridad hace violencia
Al derecho del dueño soberano;
Si del mal m'alegré del que sabia
Que mas m'aborrecia,
Ó tuve complacencia
De la desgracia que le sucedia;
Aun de culpa mi lengua libre ha sido,
Que maldecir su vida no he querido;
Cuando mis allegados repetian
Qu'á bocados sus carnes comerian,
Ni al extranjero le faltó posada,
Ni nunca caminante
La puerta de mi casa halló cerrada,
Ni ocultó mi delito mi semblante,
Ni con demostraciones exteriores
Iniquidades encubrí mayores;
Ni de la multitud medroso estuve,
O de los poderosos
Al mayor menosprecio temor tuve,
Y callaron mis labios, de medrosos,
O en salir á la puerta me detuve;
¡Oh quién me concediese
Qu'en juicio m'oyese!
Tengo por evidente
Qu'el mismo Omnipotente
Ha de ser mi testigo,
Aunque forme el proceso mi enemigo.
Yo mismo al tribunal le llevaria
Y mi cabeza dél coronaria,
De mis pasos á Dios cuenta le diera,
Y con él generoso pareciera;
Si contra mí mis tierras exclamaren,
Y sus surcos lloraren
Que de balde los frutos he gozado,
Y los primeros dueños maltratado;
Y si en algo caí de lo que digo,
Me dén de espinas, en lugar de trigo,
La cosecha colmada,
Y de cardos en vez de la cebada.

XXXII.

Aquí Job puso fin á su lamento;
Y los que l'impugnaron,
Dando por bien probado ya el intento,
De replicar dejaron.
Mas Eliú, de Barraquel Bucita
Hijo, de Ram estirpe,
Nuevo despecho á Job le solicita,

Gravemente indignado
Porque le parecia
Que mas justo que Dios ser pretendia;
Y con sus tres amigos enojado,
Por no haber proseguido
El discurso empezado,
Y de Job la jactancia reprimido.
Él s'habia contenido,
Porque menos edad qu'ellos tenia;
Mas viendo que ninguno respondia,
En cólera encendido,
De Barraquel el hijo
Con libertad les dijo:
«Hast'ahora he callado,
Y á decir mi opinion no me he atrevido,
Por haber vuestras canas respetado.
Hable l'edad, decia,
Muestren los años su sabiduría;
Tengo por evidente
Qu'á los hombres espíritu de ciencia
Comunica el señor Omnipotente,
Y que procede dél su inteligencia.
Ni los mayores son los mas discretos,
Ni en los viejos juicios hay mas retos.
Oidme pues; que yo tambien pretendo
Explicar lo qu'entiendo.
Vuestras proposiciones
Con atencion he oido,
Y vuestros argumentos entendido,
Cuando pensabais nuevas locuciones.
Y extraño que ninguno haya querido
Redargüir de Job las sinrazones;
Y porque no digais qu'habeis sabido
Qu'importa que de Dios sea derribado,
Y no d'hombre ninguno convencido,
Y no conmigo Job ha disputado,
No repetiré yo vuestras razones.
¿De qué tan grande vuestro espanto ha
Qu'habeis enmudecido? [sido,
Dilacion toleramos tan molesta; [ta?
Pero ¿no hay en vosotros mas respues-
Pues responder yo de mi parte quiero,
Y acreditar mi suficiencia espero;
Porque estoy redundante de concetos,
Y el espíritu mueve mis afetos,
Y produce en mi pecho
Del vino los efetos,
Que sin respiracion en vaso estrecho
No puede conservarse,
Y rompiéndole es fuerza derramarse.
Y respirar pretendo,
Con desplegar mis labios respondiendo,
Sin hacer diferencia
De sugetos humanos,
Ni querer granjear benevolencia,
Con dirigirles atributos vanos;
Que ningun industrioso pensamiento
Me reduce á pasar de lo que siento;
Y si d'adulaciones m'he valido,
Sea de Dios al instante confundido.»

XXXIII.

Oye pues, Job, atento,
Ahora las razones
Que declarar intento.
Y mis proposiciones
De mi garganta explicará l'aliento,
Y ellas la rectitud de mi conciencia,
Y no pequeña luz d'inteligencia.
Hame Dios producido
Del Todopoderoso,
El Espíritu vida m'ha infundido.
Impugna, si pudieres, mi argumento,
Preséntate al certámen animoso;
Yo de Dios la persona representó,
Como tú has deseado,
Y de lodo tambien fui fabricado;
Ni te turba mi miedo,
Ni sobre tí mi mano agravar puedo;
Es cierto que dijiste,
Y diferentes veces repetiste.
«Libre de culpa y rebelion he sido,
Ni he maldad ni delito cometido;
Achaques m'ha buscado
Dios y por enemigo declarado.
Dura prision mis piés han padecido,
Y todos los caminos m'ha tomado.»
En esto sin justicia procediste,
Y para responder causa me diste;
Que parece que no has reconocido
Cuánto es Dios á los hombres preferido.
¿Por qué con él te pones en contiendas,
Que no querrá que su juicio entiendas?
De una manera ó dos solo concede
Su voz al que su rostro ver no puede.
En nocturnas visiones,
Cuando profundo sueño
Las corporales nos suspende acciones,
Y es en el lecho de nosotros dueño,
Entonces nuestra mente ser testigo
Suele de l'amenaza del castigo. [se,
Para qu'el hombre d'obrar mal descan-
Y el poderoso su soberbia amanse,
Sus almas del pecado desta suerte,
Y sus vidas defiende de la muerte.
Tambien son en sus lechos castigados,
Y con dolor sus huesos quebrantados.
Háceles qu'aborrezcan el sustento
Comun y el dulce mas mantenimiento;
Sus carnes sin ser vistas descaecen,
Y los ocultos huesos aparecen;
Sus almas al sepulcro s'avecinan,
Sus vidas á la muerte s'encaminan.
Y si con entre mil un escogido
El ángel conversare,
A seguir la justicia le exhortare;
Y á compasion movido,
Al Señor su oracion encaminare,
Y l'anuncie qu'ha sido
De bajar al sepulcro redimido,
Su carne reducida
A la tez de l'edad será florida,
Y volverá á los dias
De sus mas juveniles lozanías.
Orando á Dios será dél admitido,
Gozará su semblante con contento,
Y dél premio de su merecimiento;
Examina los hombres rectamente,
Y quien reconociere su pecado,
Y que no le ha de nada aprovechado.
Su alma no verá la sepultura,
Y gozará su vida de luz pura.
Dios con el hombre suele
Repetir esto veces diferentes,
Porque su alma no al profundo vuele,
Antes goce la luz de los vivientes.
Oye, Job, lo que digo,
Atentamente debes escucharme;
Que si tienes razon de replicarme,
De tu inocencia quiero ser testigo.
Si no, de mí te fia:
Enseñaréte la sabiduría.

XXXIV.

Escuchad, sábios, pues, mis argu-
Doctos, estad atentos, [mentos;
Es el son del oido,
Del paladar el gusto distinguido.
Escojamos lo recto,
Conozcamos cuál es lo mas perfecto:
Dice Job, yo soy bueno,
Hame Dios el juicio pervertido;
Toda mi causa mentirosa ha sido,
Y yo con flecha de mortal veneno
Irremediablemente castigado,
Sin hallarme culpado. [gua,
Quien, como Job, tales calumnias fra-
El desprecio de Dios bebe como agua,
Con los inícuos hace compañía,
Y con la gente totalmente impía;
Porque dijo que no es de algun efeto
Guardar de Dios los hombres el pre-
Oid, varones cuerdos, alejemos [ceto.
De Dios todo accidente,
Cuanto mas del Señor omnipotente,
De maldad los extremos.
El premio qu'á sus obras le convino
Hallará el hombre al fin de su camino,
Sin que Dios le condene riguroso,
Faltando á su justicia,
Ni el Todopoderoso
Pervierta su derecho con malicia.
¿Quién visitó la tierra?
Quién puso en órden lo que el orbe en-
Si con él s'indignase, [cierra?
Y del hombre su aliento retirase,
Todo su ser perdiera,
Y al primitivo polvo se volviera.
Si hay en tí entendimiento,
Estáme, Job, atento.
¿Será de quien lo recto despreciare
El gobierno dichoso?
¿Habrá quien se declare
A condenar el justo y poderoso?
¿Diráse al rey piadoso
Que son todos sus hechos inhumanos?
¿Y á los príncipes buenos, sois tiranos?
Cuanto menos á Dios, que no permite
Acepcion de personas,
Ni á mas favor admite
Las supremas coronas,
Que los humildes mas de los humanos,
Porque todos son obras de sus manos,
Y en un instante mueren.
A media noche el pueblo alborotado
Los echa de la vida y del Estado,
Sin que saber mas de su ruina espe-
Que los ojos divinos [ren;
Ven del hombre los pasos y caminos;
Y ni tinieblas hay ni obscuridades
Qu'encubran á quien obra iniquida-
Ni al hombre Dios permite [des,
Qu'á juicio le cite.
Serán por él los fuertes oprimidos,
Sin que dello dé cuenta,
Y otros en su lugar sustituidos.
Convertirá sus obras en su afrenta,
Serán en noche eterna confundidos.
Serán por delincuentes castigados
En parte que de todos sean notados,
Porque dél se apartaron,
Y sus caminos no consideraron,
Haciendo que llegase á sus oidos
El clamor de los pobres y afligidos.
Cuando descanso diere,
¿Quién podrá perturbarle?
Si su rostro escondiere,
¿Quién osará mirarle?
De la misma manera
Qu'un hombre solo, una nacion entera
Hipócritas al cetro ha levantado
Para qu'el pueblo sea mortificado;
Y siempre será justo atribuirle
El perdon de dejar de destruirle.
Enséñame, si en algo no he acertado,
Porque si erré, no quiero ser porfiado.
No dejará por tí lo qu'intentare,
O quieras ó no quieras;
Ni por mí tu sentir se nos declare.
Acaba ya, ¿qu'esperas?
Los cuerdos y los sábios
Desplegarán en mi favor los labios,
Diciendo: «Job habló sin fundamento,
En su discurso no mostró talento.
Señor, sean sus castigos repetidos,
Porque queden los impíos convenci-
Obstinacion añade [dos.
A los demás pecados,
Y contra Dios blasfemias persuade
Con aplausos, cual él, desatinados,
De que todos estamos asombrados.»

XXXV.

¿Piensas que rectamente procediste,
Cuando «Mas justo soy que Dios», di-
Y cuando l'haya mas examinado, [jiste?
¿Qué bien resultará de mi pecado?
No solo á tí responden mis razones,
Sino á quien sigue tales opiniones.
Si mirares el cielo atentamente,
Verás qu'es mucho mas que tú eminen-
Dime pues, si pecares, [te.
¿Qué mal podrás hacerle?
Y si tu iniquidad multiplicares,
¿Llegarás á ofenderle?
Y con tu rectitud ¿qué piensas darle?
Qué deberá á tu mano?
Al hombre puede tu impiedad dañar-
O puede tu justicia aprovecharle, [le,
Por la fragilidad de ser humano;
Que por la multitud de los rigores
D'uno y otro tirano,
El cielo solicitan con clamores,
Sin serles de provecho,
Porque ninguno dijo: [cho,
«¿Adónd'está el Señor que nos ha he-
Y que dió de la noche al mas prolijo
Espacio luz de mas constelaciones,
Que le dedican danzas y canciones,
Y á nosotros mas ciencia
Qu'á los brutos del suelo,
Y mas inteligencia
Qu'á las aves del cielo?
Clamarán; mas sin ser su voz oida,
Del impío en la soberbia confundida.
Dios su atencion de vanidad retira,
El Todopoderoso no la mira.
En ninguna manera,
Aunque mas digas, lograrás intento;
Conformate con él, y en él espera;
Que por no ser su enojo tan violento,
Su ejecucion en todo tan severa,
Multiplicas con tanto desacierto
Palabras sin prudencia ni concierto.

XXXVI.

Estáme un poco atento,
Deberás instrucion á mis consejos;
Aun de Dios la persona represento.
Tomaré de mas léjos
Este discurso para mas noticia
De la de mi Hacedor clara justicia.
No hay falsedad en la sentencia mia;
Perfecta te dará sabiduría.
Grande es Dios, no aborrece
Al qu'en virtud y fuerza s'engrandece,
Ni del impío será larga la vida,
Ni al pobre su justicia contendida.
No serán de los justos
Sus ojos apartados;
Antes con los monarcas mas augustos,
En tronos levantados,
Se verán para siempre colocados;
Y si estuvieren presos, [sos,
De aflicion graves padeciendo exce-
Los yerros les dirá que cometieron
Cuando en su rebelion permanecieron.
Seráles el castigo denunciado
Para retroceder de su pecado;
Y si al Señor creyeren,
Y á servirle volvieren,
Acabarán en todo bien sus dias,
Sus años con felices alegrías;
Y si oir no quisieren,
A cuchillo pasados
Serán, de toda ciencia despojados.
Los que fingir ser buenos pretendie-
Enojos irritando mas pesados, [ren,
Serán mas sin remedio castigados;
Morirán en edades florecientes,
Y en la vida contados
Serán entre afrentosos delincuentes.
El pobre'n su pobreza socorrido
Por él será, y en sus tribulaciones
Despertarán su oido
Eficaces razones;
Y si te convirtieres, al momento
De la boca del riesgo arrebatado
Serás, y puesto en sitio dilatado
Y mesa bastecida de contento.
Mas tú de la impiedad y la malicia
Has llenado la cuenta
Contra la rectitud y la justicia,
Que todo lo sustenta. [ta
¿Por qué t'indignas? Por qué no te ma-
Y de tan graves penas te rescata?
¿Piénsasle cohechar con tu riqueza?
Ni el oro estima ni la fortaleza.
Y ¿para qu'es de tí tan procurada
La noche, siempre obscura,
Qu'esconde pueblos en la sepultura?
No sea la iniquidad solicitada,
Ni mas que la pobreza deseada.
Dios con sumo poder será ensalzado.
¿Quién igualarse puede
Con el qu'á todos todo lo ha enseñado?
¿A quién tomarle cuenta se concede,
O ver si su camino va derecho,
Ni decir: «Mal has hecho»?
Sean de tí celebradas
Sus obras, de los doctos admiradas,
Que son vistas de todos,
De pocos alcanzadas.
Es grande Dios en infinitos modos;
Mas ni le conocemos,
Ni rastrear su eternidad podemos,
Ni cómo el agua en el vapor envuelve,
Y pendiente del aire la detiene,
Ni cómo la disuelve
Y á derramar la vuelve
En toda la abundancia que conviene.
¿Quién de las nubes penetró los senos,
Ni de su habitacion los roncos truenos?
Ha sobr'ellas sus luces dilatado
Y del mar las raices ocultado;
Y las aguas le sirven de instrumento,
Con que nos da castigo y alimento;
Y la luz con las nubes atropella,
Mandándoles que corran contra ella.
Una á otra se anuncian breves plazos,
Y al chocar con furor, se hacen peda-
[zos.

XXXVII.

El asombro m'ha hecho
Qu'el corazon se salte de mi pecho
Al oir el tremendo
De sus voces estruendo.
Debajo de los cielos luces fragua
Que nos intiman guerra,
Entre la de las nubes pensil agua,
Y los ángulos baten de la tierra.
Sucédele el bramido
De su voz duramente repetido;
De los humanos al oido viene,
Pero no los detiene.
De trueno en voz ardiente
Se manifiesta misteriosamente;
Sus maravillas vemos,
Mas no las entendemos.
Manda á la nieve que la tierra emboce,
Ella no le replica.
Una lluvia sobre otra multiplica,
En que su fortaleza se conoce.
Con su poder encierra los humanos,
Porqu'admiren las obras de sus ma-
[nos.
Las fieras, en sus senos enlazadas,
Quedarán en sus cuevas enterradas.
El Noto tempestades,
El Aquilon engendra frialdades;
Por su espíritu el hielo se produce,
Que las ondas á carceles reduce;
Son con su luz las nubes fatigadas
Y del calor ardiente disipadas.
Artificiosamente
Entre sí rebujadas,
Producen en el orbe el conveniente
Efecto á que las tiene destinadas.
Reconoce la tierra á su obediencia,
El castigo tal vez, tal la clemencia.
Si entiendes esto, ¿cómo no t'humi-
[llas,
Y contemplas de Dios las maravillas?
¿Supiste cómo Dios las ordenaba,
Y d'entr'ellas las luces aclaraba?
¿Conociste la etérea diferencia [cia?
Y la del qu'es perfecto en toda cien-
¿Eran de tí calientes tus vestidos
Cuando en quietud ponia
La tierra desde el norte al mediodía?
Y dime si supiste
O con él asististe
Cuando fueron los cielos extendidos,
Como espejos constantes,
Tachonados d'estrellas radiantes?
Enséñanos lo que decir debemos,
Porque con él á ciegas no tratemos.
¿Referiránle lo que yo dijere,
Ni el qu'infelicemente pereciere?
Alguna vez qu'está cubierto el cielo,
En viento ¿no le corre el turbio velo,
Y la serenidad del norte viene
Por el Señor, terrible, si glorioso?
El Todopoderoso,
De quien nadie noticia cierta tiene;
El fuerte, valeroso,
El recto y justo inumerablemente,
Que no fatiga nunca al inocente.
Por esto de los hombres es temido,
Y aun no de los muy sábios entendido.

XXXVIII.

Aquí cesó Eliú; mas desd'el seno,
Jehová, de tempestad obscura, dijo,
Respondiendo el de Job llanto prolijo:
«Este ¿quién es, que, de ignorancia
Altos consejos envolver querria [lleno,
En locuciones sin sabiduría?
Ciñete pues, y generosamente
Al certamen prevente;
Que preguntarte quiero,
Y que me dés satisfacion espero,
Adónde estabas tú cuando fundaba
Yo de la tierra los cimientos graves.
Dimelo, si lo sabes.
¿Quién la proporcionaba
Con medidas iguales?
¿Sobre qué pedestales
Sus bases s'asentaron?
¿En qué piedra sus ángulos cerraron?
En su primera aurora
Los astros alabanzas me cantaron,
Y en voz todos los ángeles sonora.
¿Quién encerró la mar cuando salia
De madre, como infante que nacia?
Y ¿quién en nubes la dejó empañada,
D'obscuridad fajada?
Intiméle la ley qu'hoy obedece.
Con puertas y candado aprisionada
Qu'ha quedado parece,
Diciéndole: Hasta aquí solo te explaya,
No pases esta raya;
En ella de tus ondas la violencia
Caiga sin resistencia.
¿Has á l'alba mandado
Tú, y al amanecer términos dado,
Para que de la tierra
En los fines el impío lleve guerra?
Deshácense cual lodo mal sellado,
Y como vestidura s'han manchado.
Cuchillo su esplendor será temido
Al inicuo; su brazo levantado,
Duramente rompido.
¿Has del mar lo profundo penetrado,

Y el abismo inquirido?
Has en los atrios de la muerte entrado?
O ¿serán por tí abiertas
De la tremenda obscuridad las puertas?
¿Has de la tierra el ámbito medido?
Dime (si sabes esto),
¿Adónde la luz vive?
¿Cómo el tiempo su término prescribe,
Y el de la obscuridad, que l'es opuesto?
¿Si es hallarla posible
En sitio señalado,
Y si senda has hallado
Que conduzga á su casa inacesible?
Si se t'ha permitido
Saber el tiempo en que nacer debias,
Y si debes vivir prolijos dias?
¿Has al tesoro de la nieve entrado,
O tu curiosidad exámen hizo
De los almagacenes del granizo,
Que tengo prevenidos
Para los rigurosos
Trances de los conflitos mas temidos?
¿Cómo la luz s'esparce desd'el cielo,
Y el Euro se dilata por el suelo?
¿Quién á los torbellinos procelosos
Del aire abrió conduto por los senos,
Y senda á los relámpagos y truenos,
Para que lluevan en la inhabitada
Tierra, d'humanas plantas no pisada,
Y la sed satisfagan del desierto,
Con que cobren sus plantas nuevo brio?
Di si tiene la lluvia padre cierto.
¿Quién engendró el rocío?
Di, ¿de quién ha nacido [do?
El hielo? ¿Quién la escarcha produci-
¿Las aguas como piedras congeladas,
Las profundas corrientes anudadas?
La benigna influencia
De las pléyades, di, si has divertido,
O de Orion das rienda á la violencia.
¿Mudarás á los signos situaciones?
¿Guiarás el Arturo y los triones?
¿Si el órden de los cielos entendiste,
Y leyes desd'el suelo les pusiste?
¿Mandarás á la nube que derrame
Sobre tí de su lluvia muchedumbre?
Cuando tu voz los llame,
¿Verterán los relámpagos su lumbre?
¿Quién en los corazones puso ciencia,
Y en el entendimiento inteligencia?
¿Cuenta los cielos con sabiduria,
Y nubes dellos á la tierra envia,
Cuando el lodo, de seco, endurecido,
Y el un terron está con otro unido?
¿Del leon darás presa á los colmillos
Para satisfacer sus leoncillos,
Cuando entre los peñascos acechando
O en las cuevas están de hambre bra- [mando?
¿Quién al cuervo la caza le previene,
Cuando sus pollos tiene
En el nido, por falta de sustento,
Clamando á Dios con lastimoso acento?

XXXIX.

»¿De las cabras monteses
Los partos en las peñas escondidos,
O las ciervas parir acaso viste?
¿De su preñez los meses
Y del parto las horas preveniste,
Y que son con dolores repetidos,
Como despedazados
Sus hijos á luz dados?
Sanan, y ya crecidos,
Cuando el grano les sirve d'alimento,
No tienen dellas mas conocimiento.
¿Quién al onagro libertad ha dado
Y l'ha de su prision desenlazado?
En el desierto le asigné morada,
En la tierra infecunda por salada;
Riese del estruendo ciudadano,
Y de las voces de los exactores;
Y recátale en vano
L'espesura del monte,
El pasto de sus yerbas y sus flores.
¿Querrá'l rinoceronte,
A tu voz obediente,
Vivir en tu pesebre quietamente?
Rindiendo al yugo sus ferocidades,
¿Cultivarás con él tus heredades?
Poniendo en su vigor la confianza,
¿Fiarás de su fuerza tu labranza,
Y que te restituya tu simiente,
Y en las eras la junte felizmente?
Di si vistosa pluma al pavon diste,
O las del avestruz alas vestiste,
Qu'á l'arena sus huevos abandona,
Y sobr'ella el calor los perficiona.
Sin recelar que sean
De humano pié pisados
O de fiera quebrados,
Ni que de sucesion le desposean;
Que no s'olvida menos
De sus hijos que hiciera siendo ajenos;
Porque l'ha Dios privado
De saber, y talento no l'ha dado;
Mas si sobre las alas se sostiene,
Caballo y caballero en poco tiene.
¿Das al caballo tú la lozanía,
Y la cerviz de crines le cubriste
Y sonoro relincho l'infundiste?
Y ¿podrás espantar su valentía,
Que vierte asombros á tan poca costa,
Como alguna langosta?
Bate la tierra con robusta mano,
El rencuentro desea,
De sus fuerzas ufano,
Con la de pelear ansia pelea.
Los riesgos desestima,
Ni hay temor que l'espante,
Aunque rayo d'acero fulminante
Sobre su frente'l enemigo esgrima.
Cuando mas cruda guerra
El carcax le publica
Y la lanza y la pica,
Cava feroz la tierra,
De suerte que parece que procura
Abrir á los contrarios sepoltura,
Y solo se sujeta
Al son de la trompeta,
Y con ella se anima,
Y desde léjos el conflicto huele,
Y apresurarse suele,
Aun su velocidad misma venciendo,
Al oir de las armas el estruendo.
¿Vuela el halcon por tu sabiduría,
Y las alas despliega al mediodía?
¿Hase por órden tuya lèvantado
El águila, y el nido sublimado
Para vivir de rígidos escollos
Inacesibles riscos,
De cuyos obeliscos
Con vista de distancia no vencida
Acecha la comida,
Sangre liban sus pollos,
Y presurosamente se convierte
Adond'algun estrago hace la muerte?»
Y Jehová, su discurso reduciendo,
Le dijo á Job: «Pues juzgas conveniente
El disputar con el Omnipotente,
Y Dios t'arguye, no te sea molesto
Responder á todo esto.»
Pero Job replicó al Señor, diciendo:
«En tan adversa suerte,
¿Qué puedo responderte?
Haré lo que me toca,
Y con mi mano sellaré mi boca.
Dije una vez, de mi dolor vencido,
Lo que me hubiera sido
Mucho mejor no haber imaginado;
Y no ha de ser el yerro duplicado.»

XL.

Y respondió Jehova: «Cíñete presto;
Que preguntarte quiero,
Y que me dés satisfaccion espero.
¿Quieres de mi juicio deshacerte,
Y condénasme á mí por defenderte?
¿Tienes brazo, cual Dios, de valor lleno,
Y la voz como trueno?
De majestad y alteza sal compuesto,
Adornarte procura
D'esplendor y hermosura.
Esparce los enojos de tu ira,
Para humillar á los soberbios mira;
Haz en ellos castigo y escarmiento,
Y derriba los impíos de su asiento.
En polvo los sepulta,
Su rostro en ciega oscuridad oculta.
Serás de mí alabado,
Y diré que tu diestra t'ha salvado.
Mira á Behemoth, que hice tambien con- [tigo,
Y cual buey come yerba.
Su vigor en su lomo se conserva,
Y tambien de su vientre'n el ombligo.
Como cedro su cola sacudida,
Y sus nervios cual red entretejida;
Como acero sus huesos, [gruesos;
Sus miembros trozos son de hierro
De los caminos, el de Dios ha sido
Por principio tenido;
De todo lo que lleva el monte goza,
Y uno y otro animal qu'en él retoza;
Yace á la sombra ya de sitio ameno,
De sus copas los árboles colgado
L'han pabellon, de sauces circundado;
Su sed el curso agotará del rio,
Y que lleva agua poca
Piensa el Jordan para enjuagar su boca;
Pues su Hacedor quebrantará su brio
En sitio desigual, de luz privado,
Habiendo su nariz agujerado.
¿Podrás á Leviathan tú con anzuelo,
Y cordel á su lengua rebujado,
Desde'l fondo del mar sacar al suelo?
¿Pondrás en su nariz junco marino?
¿Pasarás su quijada con espino?
¿Rogaráte que humilde le perdones?
¿Diráte multitud de adulaciones?
¿Pediráte el partido
De ser por siervo tuyo recebido?
¿Y como pajarillo por ventura
Le tendrás enlazado,
O para que una y otra criatura
Tuya juegue con él aprisionado?
O ¿hacer banquete á tus amigos quieres
De lo que dén por él los mercaderes?
¿Herirá tu cuchillo su corteza,
Y el hacha su cabeza?
Si llegas á poner sobre él la mano,
Del combate memoria
Tendrás, sin aspirar á la victoria.
Y habrás fundado tu esperanza en vano,
Pues los mas alentados
Caerán, de solo verle, desmayados.

XLI.

Y nadie tan osado ni constante
Habrá que le despierte,
Sin pasar él al sueño de la muerte.
Pues ¿quién puede oponerse á mi sem- [blante?
¿Hay alguien que parezca
Habérseme en obrar anticipado
Porque se lo agradezca?
Cuanto los cielos han circunvalado
Es mio, que yo ser á todo he dado.
Repetiré la fuerza y valentia
De Leviathan, y toda su armonía.
¿Quién de su pecho descubrió el ves- [tido?
¿De quién será domado
Con freno duplicado?
¿Quién de su rostro abrir las puertas [pudo,

Ni miró sin terror las diferentes
Hileras de sus dientes?
Es su loriga d'uno y otro escudo,
Como acero bruñida,
Y cual malla tejida,
Cuya maravillosa contextura
El viento en vano penetrar procura;
Porqu'están los escudos tan unidos,
Que no serán de nada divididos.
Sus estornudos vierten luz ardiente,
Y como los mas rojos
Párpados de l'aurora son sus ojos.
Hachas de llama escupe refulgente,
Y cantidad no poca
De centellas su boca;
Y su nariz exhala humo tan ciego,
Como vaso que hierve á mucho fuego.
Los carbones inflama
De su aliento la llama;
En su cerviz está la fortaleza,
Delante dél s'alegra la tristeza.
Es su carne maciza,
Y por ninguna parte se desliza;
Su corazon es firme cual las peñas,
Cual las de piedra de molino ruedas,
Qu'están abajo quedas.
De su grandeza temblará el mas fuerte,
Dando de su temor indignas señas.
Al que lidiar con él le caiga en suerte,
Que le valgan en vano se promete
Espada, lanza, escudo, coselete.
Es el hierro cual paja dél rompido;
Y el acero templado,
Como palo podrido;
Nunca s'ha de las flechas retirado.
Las piedras de las hondas son dél vistas
Con desprecio de frágiles aristas;
Y las armas contadas,
Con las hojas del viento trasegadas.
Y no de que se burle dél se libra
El que la partesana sobre él vibra;
Porque ni por abajo le lastime
Agudas conchas en el suelo imprime.
En hervor espumoso
Del mar muere'l abismo mas profundo;
Rastro en sus ondas deja luminoso,
Y senda en que parece
Qu'el piélago encanece;
Ni su igual tiene el mundo,
Ni nunca l'ha tenido,
Para no temer nada y ser temido.
Es que lo mas excelso, mas terrible,
De todo mónstruo príncipe invencible.»

XLII.

Job responde á Jehová: «Yo te con-
Que tu poder á todo se dilata, [cedo
Y qu'el mas escondido
Pensamiento es de tí comprehendido.
Y sustentar no puedo
Que nadie te recata
El consejo mas leve,
Ni concepto á formar sin tí s'atreve;
Pero yo discurria
En lo que no entendia,
Y las cosas trataba
Que menos alcanzaba.
Oyeme pues, que disculparme quiero,
Y que m'admitas á tu gracia espero.
Entonces mis oidos t'escucharon;
Mas ahora mis ojos te miraron.
Aborrezco el pasado atrevimiento,
Y en polvo y en ceniza m'arrepiento.»
Despues d'haber con Job comunicado
Jehová, dijo á Elifaz el Temanita:
«Tú y tus dos compañeros despertado
Mi enojo habeis, mi cólera se irrita
Contra vosotros, pues n'habeis tratado
Con tan sincero pecho [cho.
Mi causa, como Job, mi siervo, ha he-
Tomad siete novillos
Y otros tantos carneros,
Y mandad conducillos
A Job, y haced que los ofrezca enteros
En holocausto, y por vosotros rece;
Que solo dejaré por su respecto
De daros el castigo que merece
El no tratar con ánimo tan recto
Y tan sincero pecho [cho.»
Mi causa, como Job, mi siervo, ha he-
Del Señor el precepto
Los tres obedecieron,
Y perdon consiguieron.
Despues de haber orado
Por sus tres compañeros,
De su captividad fué rescatado
Job, y de Dios muy mas favorecido;
Y cuanto habia tenido,
En número doblado
Le fué restituido.
Sus hermanos y hermanas,
Y todos sus antiguos conocidos,
Vienen á visitarle,
De su mal condolidos;
Comen con él, tratan de consolarle,
No con razones vanas,
Como aquellos censores tan severos,
Sino dándole joyas y dineros.
Hizo felices sus postrimerías
El Señor, mas que sus primeros dias.
Catorce mil ovejas,
Seis mil camellos, mil cabalgaduras
En breve tiempo tuvo,
Y de bueyes araba con mil rejas.
Siete gallardos hijos y tres hijas,
Jemimah la primera,
Casiah la segunda,
Keren-Ha-Puch llamaron la tercera;
Todas tres las mas bellas criaturas
De que la tierra jactanciosa estuvo,
A quien, sin diferencia
De sus hermanos, repartió la herencia.
Y despues desto, ciento y cuarenta años
Vivió Job, en fortuna tan creciente,
Que de sus nietos vió, libre de daños,
La cuarta sucesion dichosamente;
Y feneció d'edad que parecia
Que dejar de vivir apetecia.

Gloria al Padre y al Hijo
Y al Espíritu Santo,
Como fué en el principio
Y será eternamente;
Qu'en desconsuelo tanto
Oprimir á sus siervos no consiente,
Y que m'ha permitido
Quejar en voz qu'el cielo ha comovido;
Postrando, con católica obediencia,
Á los piés de l'Iglesia mi sentencia.

LOS TRENOS.

ELEGÍAS SACRAS.

I.

¡Qué sola y desolada
La ciudad populosa,
En las gentes famosa,
Como viuda está desconsolada!
La que como señora
Provincias dominaba,
Paga tributo ahora.
En las noches qu'un tiempo descansaba
Amargamente llora;
Sus lágrimas no paran
En sus mejillas, corren hast'el suelo;
Nadie le da consuelo,
Todos la desamparan;
Sus mayores amigos
S'han declarado ya por enemigos.
Servidumbre padece no pensada
El que mas libertad pueblo tenia,
Y que darl'á los otros no queria;
Y ella, de las naciones ocupada,
En dolor que d'alivio desconfia,
A riguroso aprieto reducida,
Es de sus adversarios oprimida.
De Sion las calzadas
De luto'stán cubiertas;
Por no ser frecuentadas
Como en otras edades,
De los que concurrieron
A sus solemnidades,
Y de sus magistrados á las puertas,
Que destruidas fueron,
Sacerdotes y vírgenes suspiran;
En ella excesos de dolor se miran,
Y sus perseguidores
Contentos dominaron,
Y de quietud gozaron
Sus contrarios mayores,
Y los tiernos infantes captivaron,
Porque Jehová previno
Castigo á su rebelde desatino.
Su'splendor ha perdido,
Como sin pasto ciervos
Sus príncipes han sido,
Cual obedientes siervos,

Sin resistencia al captiverio han ido.
Jerusalen, despues d'haber caido
De sus perseguidores en las manos,
Su pueblo, sin ser d'otro socorrido,
Con sentimientos vanos
Redujo á la memoria sus violencias
Y sus inobediencias,
Y la felicidad qu'habia gozado
En el tiempo pasado;
Pero los enemigos que la vieron,
De sus solemnidades burla hicieron.
Gravemente pecó; por ello ha sido
De sí mism'arrojada,
Y de quien mas respeto l'ha tenido
Es mas desestimada.
Como su afrenta mira,
Ella gime y de todos se retira.
En sus faldas traia
Envuelta l'inmundicia del pecado;
No s'acordó de su postrimería,
Y por eso tan gran caida ha dado,
Y quien la conhortase l'ha faltado.
Mira, Jehová, cuánto mi pena crece,
Y cuánto'l enemigo s'engrandece.
Tendió las codiciosas
Manos á las alhajas mas preciosas,
Y yo con sentimiento extraordinario
Hollar el santuario
A las naciones via
Que no permites en tu compañía.
El pueblo, suspirando,
El sustento comun solicitaba,
Y sus mejores prendas por él dando,
Entretener la vida procuraba.
Mírame reducida á tal estado,
Jehová, que m'he yo mesma devorado.
No'xtrañeis, peregrinos,
Vosotros, que pasais por los caminos,
Qu'os diga si dolor habeis hallado
Que pued'á mi dolor ser comparado.
Ha sobre mí caido
Del Señor el enojo enfurecido;
Del cielo ha derramado
Fuego sobre mis huesos,
Que los ha consumido,
Y mis piés tiene presos
En la red que ha tendido.
Háceme retirar á desolado
Sitio, de mi dolor siempre bañado.
El que mis rebeliones sacudieron
Yugo, tiene en la mano,
Y las coyundas mi cerviz ciñeron.
Es de mis fuerzas el efecto vano;
Que dellas me privó por sujetarme
A poder de que no podré librarme.
Ha mis valientes en mi mesma hollado,
Ejércitos traido,
Con que mi juventud ha develado;
Y de Judá las vírgenes han sido
Como en lagar pisadas,
Con violencias jamás imaginadas.
Por esto lloro tanto,
Y mis ojos, cual fuentes,
Vertiendo están de llanto
Caudalosas corrientes;
Que de mí se desvia
El que me conhortaba
Y mi alma á descanso reducia.
Los hijos que criaba
Destruidos han sido,
Y el enemigo s'ha fortalecido.
Sion, con el dolor, las manos tuerce,
Pero quien la consuele l'ha faltado.
Jehová contra Jacob ha decretado
Que le sitie y le fuerce
El contrario que mas le fatigaba
Y que mas su ciudad abominaba;
Pero no injustamente,
Pues he sido á su voz inobediente.
Oid ahora, todas las naciones,
El dolor que padezco;
Considerad si lástima merezco:
Mis vírgenes captivas, mis garzones
Están del enemigo en las prisiones.
Los amigos mintieron,
Mis esperanzas todas engañaron,
Mis sacerdotes de hambre perecieron,
Mis ancianos no hallaron
La que solicitaron
Limitada comida
Para sustento de su breve vida.
Mira, Señor, qu'estoy atribulada,
El dolor mis entrañas ha deshecho,
El corazon arranca de mi pecho
Imaginar mi rebelion pasada.
De sucesion la espada
Exterior m'ha privado,
Y la interior la vida m'ha quitado.
Mis gemidos oyeron,
Mas no me consolaron.
Cuando mi mal supieron
Todos mis enemigos s'alegraron,
Porque tú ejecutaste
Los que me señalaste
Por su mano castigos señalados;
Mas tambien como yo serán tratados.
Miren tus ojos sus iniquidades;
Paga las suyas como mis maldades,
Por el de mis suspiros triste acento
Y de mi corazon grave tormento.»

II.

¡Oh, cuán escurecida
Del Señor la violencia
Tiene la tan lucida
De Sion decendencia!
De los cielos al suelo ha derribado
De Israel la belleza,
Y de su indignacion el aspereza
A olvidar l'ha obligado
De sus piés el estrado.
De Jacob las moradas
Sin piedad ha prostrado,
Y sus indignaciones no pensadas
Los fuertes demolieron
En que las hijas de Sion vivieron.
El reino profanó con los mayores
Príncipes y señores.
Con furor indignado
La gloria y la potencia
De Israel ha cortado;
Sin hacer resistencia
Su diestra en la batalla, por castigo,
A la fuerza cedió del enemigo.
Como llama de fuego s'ha cebado
En Jacob, y encendido;
Hale circunvalado
Y rigurosamente destruido.
Tendió, como contrario,
El arco la derecha
Mano, como adversario,
Y por él fué deshecha
En la mortal contienda,
Con aspereza dura,
Cuanta la de Sion hija en su tienda
Albergaba hermosura,
Destruyéndola luego
Su furor como fuego.
Cual enemigo fiero
El Señor s'ha mostrado,
Con castigo severo
A Israel ha talado;
Para que mas s'aflija
Ha todos sus palacios destruido,
Todas sus fortalezas demolido;
Y de Judá la hija
Multiplica entre tanto
La tristeza y el llanto.
A manera de huerto
Todo su tabernáculo asolado
Al cielo ha descubierto
Y la congregacion desordenado.
El Señor ha los sábados y fiestas
De Sion olvidado,
Y con iras molestas
El reino y sacerdocio despreciado.
Abandonó su ara
Y dejó conculcar su santuario
El Señor, permitiendo qu'ocupara
El violento contrario
El dilatado espacio
De los muros que ciñen su palacio.
Del Señor en la casa voces daba
La desórden molesta,
Como en solemne fiesta
Que en otro tiempo el pueblo celebraba.
Jehová, ya reducido
A destruir los muros totalmente
De Sion á la hija inobediente,
El cordel ha tendido,
Y retirar su mano no ha querido
Hasta que, para nuevo desconsuelo,
Muro y antemuralla cayó al suelo.
Sus puertas destrozadas
Fueron, sus cerraduras quebrantadas,
Y con su rey los príncipes llevados
A los pueblos de ley desheredados.
Sus profetas no vieron
A Jehová, ni respuesta dél tuvieron.
En el suelo sentados
Los ancianos callaban,
Que de Sion la hija gobernaban;
Y de saco enlutados,
En polvo sus cabellos sepultaban.
Las de Jerusalen vírgenes puras,
Llorando las comunes desventuras
De tan áspera guerra,
Postraban las cabezas por la tierra.
Con el llanto mis ojos
Cegaron, mis entrañas s'afligieron
Y en mortales enojos
Derramarse quisieron [ron.
Cuando el quebranto de mi pueblo vie-
El niño que del pecho aun dependia,
En la pública plaza perecia;
Otros por el sustento preguntaban
Al tiempo qu'espiraban,
Y si en las calles no desfallecian,
A sus madres venian,
Prorogando á la vida breves plazos,
Solo para morir en sus regazos.
¿A quién haré testigo
De la verdad que digo,
O con quién igualarte,
De Jerusalen hija,
Sabré, ni compararte,
Que pueda conhortarte
De suerte que el dolor menos te aflija?
¡Oh vírgen de Sion! ¿dónde habrá medio
Para templar tu llanto?
Que grande como el mar es tu quebran- [to.
¿Quién te dará remedio?
Tus vanidades vieron,
Tus locuras, profetas
Que no las descubrieron,
Ni tus culpas secretas
Manifestar quisieron,
Para que del dolor de tu pecado
Fuese tu captiverio rechazado.
Las vanidades que profetizaron
De la divina ley te desviaron.
Todos los que te vian
Del camino tu ruina celebraban,
La cabeza movian
Y las palmas batian
Y con gusto silbaban.
«¿Es esta la ciudad donde decian
Que la beldad perfecta tiene asiento,
Y de toda la tierra es el contento?»
Tus enemigos contra tí ladraron
De partes diferentes,
Y crujieron los dientes;
Tu ruina protestaron,
Diciendo: «Destruyamos
Toda su lozanía,

Pues ha llegado'l dia
Que tanto deseamos.
Hizo Jehová lo que dispuesto habia,
Cumplió lo decretado
En el tiempo pasado:
Que destruyendo, no perdonaria
Su severo castigo;
Alegró'l enemigo,
Felizmente'l reino ha sublimado.»
Al Señor voces daban
En tales aflicciones
Los tristes corazones
De los qu'el sitio padeciendo'staban.
¡Oh muro de Sion! continuamente
En copioso de lágrimas torrente
Te desata; llorando tus enojos,
No descansen las niñas de tus ojos.
Levántate á dar gritos
En las primeras militares velas
Que hacen las centinelas,
Y borra tus delitos,
Vertiendo el corazon en abundante
Inundacion de llanto
Del Señor al semblante,
Y las manos tendidas
En desconsuelo tanto,
Representa las graves desventuras
Con que pierden las vidas
Tus tiernas criaturas,
Que, sin tener qué dalles, [lles.
Ves que d'hambre perecen en tus ca-
Mira, Señor, á quién así has tratado,
Y qu'á la madre sirve d'alimento
El hijo que ha criado,
Y el tirano violento
En el santo lugar, que no respeta,
El sacerdote mata y el profeta.
Por la tierra prostrada
La infancia y la vejez junta yacia,
Vírgenes y mancebos destruia
La rigurosa espada.
Todos los debelaste,
En tu furor á nadie perdonaste.
Como á solemnidad venir hiciste
Los vecinos que mas temor me dieron,
Del que contra mi enojo concebiste
Mis hijos defenderse no pudieron;
Todos los que guardé con mas cuidado
El feroz enemigo ha degollado.

III.

Yo soy á quien de Dios es permitido
El ver las aflicciones
Y castigos de sus indignaciones;
Que por escuridad guiado he sido,
De la luz escondido.
Contra mí cada dia
Con poder soberano
Ejercita su mano.
Envejecido ha ya la carne mia,
El pellejo arrugado
Y los huesos quebrado.
El sitio que me pone
De veneno y trabajos se compone.
Oscuridad temida
Por sepulcro me ha dado,
Como á los que de vida
Para siempre ha privado.
De foso y de trinchera m'ha ceñido
Y el peso de mis grillos ha doblado;
No me será que salga permitido.
Cuanto mas he clamado
Y mas voces he dado,
No ha mi oracion oido.
El camino impedido,
Como peña tajada,
Me tiene, y toda senda embarazada.
Cual oso acechador contra mí ha sido,
Y leon escondido.
Mis intentos divierte,
Hame despedazado
Y del todo asolado.
Armó con mano fuerte
El arco, cuyas flechas
Dirigió, como á blanco, á mí derechas,
Y todos los arpones de su aljaba
En mi pecho engastaba.
De fábula á mi pueblo le servia,
Y de mi sus canciones componia.
Hartóme de amarguras diferentes,
Y de agenjos me tiene embriagado;
Con piedras derribó todos mis dientes.
Hame en polvo y ceniza rebujado,
Y de la paz mi alma se desvia,
Y del bien s'ha olvidado;
Y dije: «Pereció mi fortaleza
Y l'esperanza qu'en Jehová tenia.
Acuérdate, Señor, de la bajeza
Y de la pena mia,
Y de las amarguras padecidas,
A la hiel y al agenjo preferidas.»
¿Tendrá de mí cuidado? [do.
Que mi alma en mí mismo s'ha postra-
Mi corazon, con esta confianza,
Pone en él la esperanza.
De Jehová gracia ha sido
No habernos destruido;
Que su misericordia no perece;
Cada mañana crece,
Es fiel y verdadero.
Por porcion l'elegia
Mi alma, y repetia:
«En él esperar quiero;
Que bueno es Dios á quien en él espera;
A la alma que en buscarle persevera,
Y su salud alcanza
Quien el silencio añade á la esperanza.»
El varon es dichoso qu'ha llevado
Desde su mocedad yugo pesado.
A solas y callando
Su dolor estará representando.
Él el polvo sus labios
Pondrá por lo qu'espera.
Volverá la mejilla á quien la hiera,
Y dispondráse á padecer agravios.
Y no siempre el Señor ha de alejarse,
Antes si le affigiere
Volverá á lastimarse,
Cual su misericordia lo requiere;
Que no de corazon carga de males,
Y aflige los mortales,
Ni de sus piés hollados
Los abatidos son y encarcelados,
Y ni derecho humano
Pervierte'l soberano;
Ni quitar la justicia que tuviere
El hombre, el Señor quiere.
¿Quién, pues, afirmará desalumbrado,
Qu'hay algo qu'el Señor no haya man-
Si de la boca del Excelso digo [dado.
Que no procede el premio y el castigo?
¿Por qué pues el viviente
De su grave pecado
Con dolor s'arrepiente?
Nuestros caminos bien examinemos.
Y á Jehová nos postremos,
Y dirijamos al Señor del cielo
El corazon y manos con buen celo.
Habémonos infieles rebelado,
No nos has perdonado.
El rigor descogiste,
Con que nos debelaste,
Y feroz perseguiste,
Y el perdon retiraste.
De nube te ceñiste,
Y á nuestras oraciones te negaste;
El asco de los pueblos nos hiciste,
A ser desprecio suyo nos dejaste,
Y nuestros enemigos desplegaron
Sus bocas; d'injuriarnos no cesaron.
Lazo y temor nos ha sobrevenido,
Desconsuelo y tormento no temido.
Piélagos han mis ojos derramado,
Por el que siento tanto
De mi pueblo quebranto.
De llorar no han cesado;
El dolor nunca treguas les ha dado,
Hasta que Dios, como mi fe desea,
De los cielos me vea.
Mis potencias mis ojos fatigaron
Cuando las hijas de Sion lloraron.
Hanme mis enemigos perseguido,
Sin por qué m'han prendido;
En obscura mazmorra me han echado,
Y con piedra sellado;
Ondas en mi cabeza se han vertido,
Y dije: «Soy perdido.» [bre,
De la sima, que no hay á quien no asom-
¡Oh Señor! invoqué tu santo nombre,
Y mi voz has oido.
La atencion de tu oido
No della se retire.
Para que yo respire.
A mi ruego veniste,
Y «no temas», dijiste.
La causa de mi alma has contendido,
Mi vida redimido;
Jehová, pues que mi agravio conociste,
Sea de ti defendido.
Tú viste la venganza que tomaron,
Y lo demás que contra mí pensaron.
Oiste las afrentas que me hicieron
Y las que desearon,
Y lo que con sus labios profirieron
Estos que contra mí se levantaron,
Cuya imaginacion no se desvia
De pensar en mi ofensa todo el dia.
Las veces que se sientan y levantan,
Y lo que de mí cantan,
Séales, Señor, el premio de ti dado,
Segun como han obrado.
Padezcan afliccion sus corazones,
Échales maldiciones;
Persíguelos á graves desconsuelos,
Destruyelos debajo de los cielos.

IV.

¡Cómo s'ha deslucido
El precioso metal mas acendrado,
Las piedras esparcido
Del templo derribado
Con infelices ruinas!
De las calles en todas las esquinas
Los hijos de Sion, mas estimados
Y queridos que'l oro mas sincero,
¡Cómo son despreciados
En su traje bizarro,
Como vasos de barro,
Artificio de mano del ollero!
Las serpientes sustentan sus hijuelos.
De mi pueblo la hija rigurosa
En tantos desconsuelos
Aun mirarlos no osa,
Dejándolos á beneficio incierto,
Como los avestruces del desierto.
La lengua del infante,
Que de la madre el pecho alimentaba,
De sed al paladar se le pegaba,
Y con voz anhelante
Él, algo mas crecido, *¡Pan!* gritaba,
Mas nadie se lo daba.
Y los muy regalados
D'hambre en las calles fueron asolados,
Los que en púrpura tiria descansaban
Inmundos muladares abrazaban;
Y de mi pueblo s'aumentó el pecado,
Qu'el de Sodoma mas, la destruida
Con castigo del cielo acelerado,
Sin que fuese de nadie combatida.
Sus nazarenos, que la leche y nieve
Mas cándidos y puros,
Cuyo'splendor á competir s'atreve
Con rayos de igualarle mal seguros
La joya de zafiros mas preciados

De las nativas rocas arrancados.
Que las tinieblas mas s'escurecieron,
Sus mismas calles no los conocieron,
Que su piel á los huesos se ha pegado;
Cual leño se han secado.
Mas dichosos los muertos en la guerra
Fueron al duro filo de la espada,
Que los d'hambre con pena dilatada,
Por falta de los frutos de la tierra.
De las mujeres las piadosas manos
De sus hijos guisaron
Los miembros, con afectos inhumanos;
Dellos se sustentaron
Con dolor, qu'explicarse no podia,
Del pueblo que lo vía.
Jehová, su indignacion ejecutando,
De su enojo las iras ha vertido;
En Sion ha encendido
Fuego, que sus cimientos ha quemado.
De la tierra los reyes eminentes,
Ni del orbe creyeran los vivientes,
Que de Jerusalem fuera la puerta
Al enemigo mas feroz abierta.
Por profetas injustos
Y sacerdotes de malvada vida
La sangre de los justos
En ella fué vertida.
Cual gente que va á escuras
O ciegos, en las calles vacilaban,
Entre la sangre se contaminaban,
Y no podian tocar sus vestiduras.
A los heridos daban [sen,
Voces que, como inmundos, s'aparta-
Porque si los tocasen
Serian contaminados,
Y siendo á Babilonia trasladados,
Las gentes lisonjeaban,
Y de sus compañeros les dijeron:
«Jamás han de volver donde nacieron.»
La ira del Señor los echó léjos,
No los volverá á ver, como esperaron,
Porque ni sacerdotes respetaron,
Ni se compadecieron de los viejos.
Y nuestros ojos han desfallecido,
Acechando el socorro deseado,
Con l'esperanza que nos ha engañado,
En gente que valernos no ha podido.
Los pasos nos tomaron:
En las comunes vias.
No pudimos jamás abrir camino;
Nuestros últimos riesgos se acercaron,
El término espiró de nuestros dias,
Y nuestro fin determinado vino.
Los enemigos pues s'apresuraron
Con ambicioso celo,
Cual águilas del cielo,
Siguiéndonos, el monte penetraron,
En el yermo tambien nos insidiaron.
Del Señor el Ungido,
El que nos alentaba,
Su prisionero ha sido;
En él nuestra esperanza se fundaba,
Diciendo: «Puesto qu'en prision este- [mos,
De su sombra al amparo vivirémos.»
Gózate alegre pues, d'Edom la hija,
Qu'en Hus estás sin nada que t'aflija.
Vendrá el vaso tambien á tí tan lleno,
Que le vomites cual mortal veneno.
Sion, ya tu castigo s'ha cumplido,
No será repetido;
Edom, tus desafueros visitados
Serán, y descubiertos tus pecados.

V.

Acuérdate, Jehová, de nuestros da- [ños,
Y la vergüenza que tu pueblo pasa.
Nuestra heredad extraños,
Y forasteros gozan nuestra casa.
Huérfanos somos que no tienen padres,
Y son como viudas nuestras madres.
Nuestra leña compramos,
El agua que bebemos aun pagamos.
Son siempre con pesadas
Cargas nuestras cervices fatigadas,
Y ni de trabajar nunca dejamos,
Ni descanso esperamos.
Con Egipto tuvimos alianza,
Porque nos socorriese,
Y con Asiria, porque pan nos diese;
Pero no se logró nuestra esperanza.
Nuestros padres pecaron,
Mas ya de ser dejaron.
Sus hijos desdichados
Somos á sus castigos condenados.
Esclavos de nosotros son tiranos,
Sin haber quien nos libre de sus manos.
Con riesgo de la vida
Es nuestra sementera recogida,
A vista del peligro, siempre cierto,
Del árabe que viene del desierto.
Nuestras pieles cual humo se han tiz- [nado,
El hambre así nos ha desfigurado.
En Sion las casadas,
En Judá las doncellas son forzadas;
Con sus manos los grandes ahorcaron,
Los ancianos semblantes despreciaron;
Los mozos la tahonas revolvian,
Y de leña cargados,
Los muchachos gemian.
Dejan los magistrados
Los puestos soberanos
Y juntas de la puerta los ancianos,
Olvidan los mancebos
A música inclinados
Letras y tonos nuevos.
Todos nuestros contentos fenecieron,
En luto nuestras fiestas se volvieron.
Desalumbradamente
De nuestra misma frente
La corona arrancamos.
¡Ay de nosotros ya, porque pecamos!
Por esto el corazon entristecido,
Y nuestros ojos s'han escurecido.
De Sion en el monte desolado
Fieras han habitado.
Tú, Jehová, para siempre permaneces,
Y en el eterno trono resplandeces;
Pues ¿por qué para siempre has de ol- [vidarnos?
¿Quieres tambien sin fin desamparar- [nos?
Vuélvenos, Dios, á tí, porque volvamos
Al camino que habemos olvidado,
Y en él perseveremos,
Y tu gracia alcancemos,
De suerte que las vidas reduzgamos
Al primitivo estado.
¿Por qué con tal rigor nos desechaste,
Y así contra nosotros t'indignaste?
Vuélvenos, pues, á tí, porque podamos
Acertarte á servir como esperamos;
Sean, Jehová, por tu gracia, nuestras
Al primitivo estado reducidas. [vidas
Gloria al Padre y al Hijo
Y al Espíritu Santo;
Como fuë'n el principio
Y será eternamente;
Que del Profeta el lastimoso llanto
Permitió que repita y acreciente,
Por el no menos áspero castigo
Qu'el comun enemigo
Con infernal despecho
En esta mi ciudad de Dios ha hecho;
Poniendo con católica obediencia
A los piés de la Iglesia mi sentencia.

FIN DE LAS ELEGÍAS SACRAS DEL CONDE DE REBOLLEDO.

AVISOS DE AMIGO,

POR

DON JOAQUIN SETANTI.

AL LECTOR.

Aunque sean tan pocos estos avisos, tengo por cierto que bastan para que los hombres que aun no están bien informados de las cosas del mundo, queden advertidos de lo que importa para vivir en él, sin pasar por el crisol de larga experiencia. Sírvase de ellos el humilde que otorgare haberlos menester; y los que presumen de sábios vayan siguiendo el vuelo de sus entendimientos, dejando las cosas menores de que tratamos para aquellos que, leyéndolas, pueden mejor asegurar los pasos de la vida política, que es el fin por que se escriben en beneficio de los que fueren amigos de aprender, y no se desdeñan de ser aconsejados.

AVISOS DE AMIGO.

I.

Aunque es atrevimiento dar consejo,
Tambien es privilegio de las canas.

II.

Prudente es el que sabe aprovecharse
De avisos y de ajenas desventuras.

III.

Tú, que seguir á la virtud deseas,
Recibe aviso, y cada dia aprende.

IV.

No vivas en los montes como fiera;
Que en ellos no hallarás prudencia humana.

V.

Recógete en los pueblos ó ciudades,
Sin tener populares opiniones.

VI.

Guarda la justa medianía en todo,
Y no vayas siguiendo los extremos.

VII.

No dés mucho lugar á la tristeza,
Que angustia al alma, al cuerpo debilita.

VIII.

Haz honra á la vejez, á quien el tiempo
Entregó la experiencia para honrarla.

IX.

Procura ser vasallo de rey justo;
Que adonde muchos mandan no hay concierto.

X.

No vayas por caminos desusados;
Sigue las huellas de los que acertaren.

XI.

No juzgues á los hombres por el talle;
Por las palabras los descubre y mira.

XII.

Afila bien tu propio entendimiento
Con los de buen metal y bien templado.

XIII.

Por el bien de tu patria vive en ella,
Y sírvela á pesar de los ingratos.

XIV.

Con ánimo quieto calla, y sufre
Lo que no puedes evitar hablando.

XV.

Adonde conviniere mezclar obras,
Aplica el seso, y la sazon aguarda.

XVI.

Limita los deseos de manera,
Que no pueda engañarte la esperanza.

XVII.

No seas inventor de cosas nuevas,
Ni las antiguas aprobadas mudes.

XVIII.

Por las veredas de tu ingenio sigue
Tu propia inclinacion, si no es viciosa.

XIX.

Aconséjate bien antes que emprendas
Negocio de honra, de sustancia y peso.

XX.

Si mandas, aunque puedas, no traspases
De la benignidad humana el término.

XXI.

En lo que darte puedan la victoria
Las fuerzas, no te sirvas del engaño.

XXII.

Si quieres defenderte de enemigos,
Pon en órden mas obras que palabras.

XXIII.

Mira que no te pierdas de medroso
Antes que llegue la contraria suerte.

XXIV.

Precia como es razon la honra y fama,
Y no te espantará trabajo alguno.

XXV.

No tengas demasiada confianza,
Que es falta de saber y de prudencia.

XXVI.

Por mas que sea justo lo que pides,
No lo pidas con muestras de arrogancia.

XXVII.

Del fanfarron soberbio y palabrero
Te aparta cuerdamente, porque es loco.

XXVIII.

Perdona fácilmente al que se humilla
De su voluntad propia y se arrepiente.

XXIX.

Aparta la ocasion de arrepentirte,
Si no quieres vivir de ti quejoso.

XXX.

Si la virtud enseñas con palabras,
Mira bien que en las obras la confirmes.

XXXI.

Avísate á romper dificultades,
Si quieres alcanzar lo que pretendes.

XXXII.

Si á la ambicion y á la codicia dejas,
Tendrás contigo paz y con los otros.

XXXIII.

No te vuelvan cobarde detractores,
Que lo mejor laceran mas sus lenguas.

XXXIV.

Coge de muchas flores la sustancia,
Y conviértela en miel, como la abeja.

XXXV.

Imita lo que vieres en los otros
Digno de admiracion y de alabanza.

XXXVI.

Procura que la hacienda no te sea
Carga pesada, sino alivio de ella.

XXXVII.

Jamás vendas por tuyos los trabajos
Ajenos; pero en fin, sírvete de ellos.

XXXVIII.

Es culpa descuidarse de las cosas
Que tocan drechamente á nuestro cargo.

XXXIX.

De lo que mas se precia y mas importa,
Habemos de tener mayor cuidado.

XL.

Allí vive la paz firme y segura,
Adonde bien se manda y obedece.

LXI.

Los animales próvidos enseñan
Ser mayor y mas firme el mando régio.

LXII.

De muchas voluntades desunidas
Se forman las perpétuas disensiones.

XLIII.

Como telas de araña son las léyes,
Que prenden á la mosca, y no al milano.

XLIV.

Puesta sobre buen seso la experiencia,
No ha menester á Bártulo ni á Baldo.

XLV.

El daño de las leyes, corrompidas
Con tantas glosas, turba el buen gobierno.

XLVI.

En competencia la virtud del oro,
No espere ganar honra ni provecho.

XLVII.

Jamás trabaja en vano el virtuoso;
Que la virtud es premio de sí misma.

XLVIII.

El ócio es el maestro de los males,
Y al necio que le sigue los enseña.

XLIX.

La muchedumbre de opiniones suele
Al público gobierno ser dañosa.

L.

Será el gobierno público ordenado,
Si pocos mandan y obedecen muchos.

LI.

En tan gran borrasca marineros prácticos
Peligrarán, no siéndolo el piloto.

LII.

La fuerza del ingenio y de los brazos
No pueden juntamente ejercitarse.

LIII.

Las causas de morir son diferentes,
Y de ellas saca el seso el sentimiento.

LIV.

Mucho mas teme el hombre generoso
Las menguas de la vida que la muerte.

LV.

¿Qué te aprovecha revolver los cielos,
Hablando de ellos, si á la tierra adoras?

LVI.

El que obedece y manda como debe,
Es honra del gobierno y de su patria.

LVII.

Aquel á quien el tiempo desengaña,
No deja mal lograda la experiencia.

LVIII.

Mal se ordena ciudad desordenada
Con los que fueron causa del desórden.

LIX.

Deben de obrar los regidores justos
Con las manos del pueblo obediente.

LX.

La utilidad comun ha de buscarse,
Aunque sea vertiendo sangre humana.

LXI.

Adonde el interés privado acude,
Quita las fuerzas al comun provecho.

LXII.

¿De qué sirve pintar un buen gobierno,
Si el tiempo airado lo despinta y borra?

LXIII.

Mejor se aparta el daño venidero
De lo que se mantiene un buen estado.

LXIV.

Los príncipes no sufren las verdades,
Ni vive el que las dice sin peligro.

LXV.

Por mas que oprima la contraria suerte,
Mas vale el sin ventura que el vicioso.

LXVI.

Difícil es guardarse de un amigo
Que males de enemigo nos procura.

LXVII.

Allí se precia la virtud muy pio,
Adonde reina el caso y la fortuna.

LXVIII.

Es hecho de varon furioso y loco,
Despues de hecho el error tomar consejo.

LXIX.

Mas vale no emprender negocios graves,
Que, emprendidos, dejarlos de medroso.

LXX.

Rijan los hombres ricos el dinero,
Y los prudentes el gobierno público.

LXXI.

Olvidar las injurias (sin afrenta)
Es propiedad de pecho generoso.

LXXII.

Aquel á quien espantan las palabras,
Es fuerza que le espanten mas las obras.

LXXIII.

Poco lugar tiene el consejo cuando
Necesidad extrema nos constriñe.

LXXIV.

Debidamente alaba al virtuoso,
Y darás alabanzas á tí mismo.

LXXV.

¿No se ha de condenar el que desvia
Los peligros con arte y diligencia.

LXXVI.

La ira y la presteza demasiada,
Las enemigas son del buen consejo.

LXXVII.

Si dilatas el tiempo á la venganza,
Darás lugar á la clemencia honrosa.

LXXVIII.

Servirse debe el hombre, en cualquier cosa,
Antes de la razon que de las manos.

LXXIX.

Lo que de igual á igual se dice agravio,
De mayor á menor se llama fuerza.

LXXX.

El gobierno de pocos poderosos
Es muy vecino al gobernar tiránico.

LXXXI.

Son las demandas de entre amigos, ruegos;
Los ruegos de señores, mandamientos.

LXXXII.

Con razon y sin ella nos quejamos
Del presente gobierno por costumbre.

LXXXIII.

El deseo sin órden muchas veces
Es causa de perder lo deseado.

LXXXIV.

Aunque sea el morir comun á todos,
A pocos se concede muerte honrosa.

LXXXV.

La voz comun y popular se inclina
Casi siempre á escoger el peor consejo.

LXXXVI.

Mas fácil es, mejor y mas seguro,
Persuadir á los hombres que forzarlos.

LXXXVII.

El fruto que sacamos de los males
Es el guardarnos de caer en ellos.

LXXXVIII.

Arrojarse á la muerte manifiesta
Es antes necedad que fortaleza.

LXXXIX.

El fin del hecho es el que enseña al loco,
Y el principio da luz y guia al sábio.

XC.

Los grandes y muy súbitos peligros
No pueden esperar largas consultas.

XCI.

Robar, y defender que los que roban
No se castiguen, es igual delito.

XCII.

Mas daño causa la quietud ociosa
Y floja que el trabajo demasiado.

XCIII.

Las súbitas y muchas desventuras
Turban del todo el seso y el sentido.

XCIV.

Descubre la virtud la vida honrosa,
Y la muerte la canta y la celebra.

XCV.

Ya no lleva la fama á la alta cumbre
A los presentes como á los pasados.

XCVI.

No sirven las memorias gloriosas
De estímulo de honor, como solian.

XCVII.

Trocádose han las cosas de manera,
Que nos parece fábula la historia.

XCVIII.

Tú, que, puestos los piés en los umbrales
Del mundo, le contemplas admirado,

XCIX.

Si mirando la fábrica, deseas
Gozar de su grandeza y hermosura,

C.

Como leal amigo te aconsejo
Que estos y los demás avisos sigas.

CI.

O vive en un desierto, solo y pobre,
O sigue de los tiempos la corriente.

CII.

Guarda las leyes de tu patria, y mide
El gasto con tu hacienda y con tu estado.

CIII.

A la persona ni á la sombra ofendas,
Ni dés sospecha al que gobierna y manda.

CIV.

Arrímate al apoyo mas seguro,
Mas en él no te aduermas ni descuides.

CV.

No empeñes tu palabra, que primero
No tengas de las obras certidumbre.

CVI.

Conversa con el cuerdo y el discreto;
Con el prudente y sábio te aconseja.

CVII.

Tus pensamientos con el seso apura,
Y los deseos con las fuerzas mide.

CVIII.

De lo que bien supieres habla y trata,
Y el hablar de los otros no interrumpas.

CIX.

No busques entre iguales precedencias,
Y á los algo menores las ofrece.

CX.

Jamás zahieras beneficios hechos,
Y de los recibidos ten memoria.

CXI.

Al pobre no le enseñes tus riquezas,
Si no fuere con fin de socorrerle.

CXII.

Los ajenos defectos sufre y calla,
Si no quieres que se hable de los tuyos.

CXIII.

Las pasiones intrínsecas encubre
A todos, sino al que ha de remediarlas.

CXIV.

Al que tiene de tí sospecha alguna,
Satisface con obras, si pudieres.

CXV.

Al que para hacer mal te ofrece manos,
Procura dar del pié sin que lo sienta.

CXVI.

Apártate del rústico y grosero;
Que su trato es pesado y peligroso.

CXVII.

Las ocasiones de pecar desvia,
Por mas que la conciencia te asegure.

CXVIII.

Con el hombre avariento y codicioso
No trates interés, tuyo ni ajeno.

CXIX.

No te engañen sucesos venturosos,
Ni estés en tu fortuna confiado.

CXX.

Los hechos de los otros considera,
Y de ajenos errores toma aviso.

CXXI.

Las circunstancias de las cosas mira,
Y acertarás mejor lo que emprendieres.

CXXII.

De aquello que depende en todo, y cuelga
De voluntad de muchos, no te fies.

CXXIII.

Lo que deseas con hervor, procura
De emprenderlo con pecho sosegado.

CXXIV.

La presteza sin órden, muchas veces
Suele parar en puro desconcierto.

CXXV.

Si pidieres merced por tus servicios,
Procura acompañarlos con favores.

CXXVI.

Mira bien cuando fundas lo que esperas,
Que sea sobre sólido y macizo.

CXXVII.

No te ceben palabras, si las obras
Se han de cumplir despues de tiempo largo.

CXXVIII.

Desecha las sobradas alabanzas,
Que son de vanidad semilla inútil.

CXXIX.

No trabes amistad con lisonjeros,
Si no quieres vivir atarantado.

CXXX.

A la lengua jamás sueltes la rienda,
Mas con el seso y la razon la rige.

CXXXI.

Huye la ociosidad, y con honrosos
Ejercicios el ánimo recrea.

CXXXII.

No te encargues de cosas que sin fruto
Ocupen tu memoria y te inquieten.

CXXXIII.

La soledad procura acompañarla
Con pensamientos útiles y honestos.

CXXXIV.

Antes que emprendas algun hecho grave,
Con seso lo pondera y examina.

CXXXV.

Solo el color de la apariencia vana
Jamás te engañe, que es vergüenza y mengua.

CXXXVI.

Con solo Dios te abraza y aconseja
Para saber lo verdadero y cierto.

CXXXVII.

No te vendas por sábio, ni entremetas
En el gobierno público extranjero.

CXXXVIII.

Si huyeres de vivir en tierra ajena,
No menosprecies las costumbres de ella.

CXXXIX.

Acogido entre bárbaras naciones,
Los hechos de su rey alaba ó calla.

CXL.

Por mas que tengas opinion de sábio,
No vivas tú de serlo confiado.

CXLI.

Antes de dar consejo al que le pide,
Contigo mismo á solas te aconseja.

CXLII.

Las cosas de los otros pesa y mide
Al igual de las tuyas mas preciadas.

CXLIII.

Si lo pasado y lo presente apuras,
Serás por conjeturas adivino.

CXLIV.

Por mas que traiga el tiempo cosas nuevas,
Dejarás de admirarte, si te acuerdas.

CXLV.

Deja correr los tiempos como fueren,
Y no te aflija lo que el cielo ordena.

CXLVI.

A tu fortuna señalando término,
Atajarás los trances peligrosos.

CXLVII.

Subiendo á lo mas alto y encumbrado,
Peligras de caer desvanecido.

CXLVIII.

Si por el golfo del favor navegas,
No dejes de la mano el gobernalle.

CXLIX.

Con la memoria de la muerte amansa
La furia de los bárbaros deseos.

CL.

Del poderoso la amistad estrecha
No tengas por segura ni mudable.

CLI.

No dejes á las horas fugitivas
Pasar de balde y sin provecho tuyo.

CLII.

Haz bien al extranjero y peregrino,
Si no supieres de él cosa mal hecha.

CLIII.

Arrímate á la sombra de los buenos,
Y serás (como dicen) uno de ellos.

CLIV.

No alabes mucho á la mujer ajena,
Ni de la tuya digas mal alguno.

CLV.

La buena voluntad bien conocida
Cuenta por obras, y con obras paga.

CLVI.

Si tienes tanta hacienda que te sobre,
Gana de liberal renombre y fama.

CLVII.

Con la memoria de la muerte avisa,
Y aprovecha al amigo descuidado.

CLVIII.

Deja tú al que los vicios van dejando
Ya de pura vejez, y él no los deja.

CLIX.

Si peregrinas por el mundo, nota,
Y exprime de las notas la experiencia.

CLX.

Toda la tierra por destierro cuenta,
Y no serás de vida codicioso.

CLXI.

Pues los dias pasados no se cobran,
Procura lograr bien los que vinieren.

CLXII.

Si has de llegar á lo mas alto, aguija;
Porque el camino es largo, el tiempo corto.

CLXIII.

De los que mandan como reyes, teme;
Porque la real benignidad les falta.

CLXIV.

Si nuevos desconciertos te dan pena,
Cada dia tendrás de qué afligirte.

CLXV.

Pasa por lo que vieres, de manera
Que no te cause enojo haberlo visto.

CLXVI.

De lo que va volando y toca á todos,
No tomes tú particular cuidado.

CLXVII.

Aguarda lo que el tiempo venidero
Amenaza de mal, con buen semblante.

CLXVIII.

Si dando caza á la privanza fueres,
Darás sin falta en manos de enemigos.

CLXIX.

Obrar callando, y no emprender la cura
De males sin remedio, es tener seso.

CLXX.

Regir el mundo y gobernar la lengua
Es propio oficio de calienta-poyos.

CLXXI.

Pedir merced con título de pobre,
Es esperar oir un Dios te ayude.

CLXXII.

Jamás se pagan los servicios hechos
Al justo precio ni al debido tiempo.

CLXXIII.

Suele el desórden de las cosas graves
Nacer de muy ligeras ocasiones.

CLXXIV.

El tiempo enseña al que aprender desea,
Y de sus reglas sabe aprovecharse.

CLXXV.

Al hombre soñoliento y descuidado
No le pidas razon de cosa alguna.

CLXXVI.

Si miras la grandeza de un monarca,
Hallarás ser menor que sus cuidados.

CLXXVII.

Insoportable carga es, de pesada,
La que lleva un privado grande y solo.

CLXXVIII.

La mayor desventura que tenemos,
Viviendo, es no saber acontentarnos.

CLXXIX.

No seas importuno y pedigüeño,
Pero lo justo pide y solicita.

CLXXX.

Ablanda las respuestas desabridas
Con moderado y cuerdo sufrimiento.

CLXXXI.

Si acaso hubieres de ir á tierra ajena,
Primero envia allá tu buena fama.

CLXXXII.

Escoge compañía de manera,
Que pueda con razon acreditarte.

CLXXXIII.

La majestad, la pompa y la grandeza
No te admire ni vuelva codicioso.

CLXXXIV.

Coteja los pastores con los reyes,
Y en lo mejor los hallarás iguales.

CLXXXV.

La blanda seda y el manjar precioso
No mejoran ni alargan mas la vida.

CLXXXVI.

Deja á los reyes su pesada carga,
Y á cada cual administrar su oficio.

CLXXXVII.

No juzgues ni interpretes á tu modo
Las cosas que los príncipes hicieren.

CLXXXVIII.

La máquina y concierto de un estado
No es bien que sea como el vulgo pide.

CLXXXIX.

Ya no produce el tiempo entendimientos
Que no sean ligeros ó pesados.

CXC.

Corren las novedades tan aprisa,
Que se encuentran las unas con las otras.

CXCI.

Segun la soledad que padecemos,
Ya casi todo el mundo es un desierto.

CXCII.

Pasan los peregrinos, y echan menos
Las sombras de los árboles caidos.

CXCIII.

Tormento es lo pasado, y lo presente
Pronósticos de males venideros.

CXCIV.

Al que solo fortuna ha levantado,
Con aplausos de todos le derriba.

CXCV.

Propio valor en real sangre envuelto,
Es la cosa que el mundo mas estima.

CXCVI.

No ayuda ya á naturaleza el arte,
Ni ella tiene las fuerzas que solia.

CXCVII.

En vano se fatiga el que procura
Poner á los desórdenes concierto.

CXCVIII.

Castigos son del cielo merecidos,
Con rigor de justicia ejecutados.

CXCIX.

Amigo, no te aflijas ni dés pena;
Que es locura llorar lo sin remedio.

CC.

Midiendo bien los pasos de tu vida,
Sigue con los demás la comun suerte.

FIN DE LOS AVISOS DE AMIGO DE DON JOAQUIN SETANTI.

POESIAS DE JUAN RUFO.

COMPOSICIONES VARIAS.

Sobre su fortuna.

Aunque pobre y en pelota,
Mal de ricos me importuna,
Porque al mar de mi fortuna
No le faltase una gota.

A una dama.

Los que ya fueron sin vos
Saludables entresuelos,
Los ficisteis entre cielos,
Porque os hizo un ángel Dios.

A un soldado que se casó con una mujer rica con los productos de su deshonestidad, y que decia á todos que hacia el casamiento por ser ella hijadalgo.

Podrá bien su liviandad
Haceros de hombre carnero;
Pero no su calidad,
De villano caballero.

A un caballero que le habia prometido hacer una cosa fácil por sí, y al volver de Toledo, no solo no cumplia su palabra, sino que se hacia sordo á toda indirecta.

Si el agua del Tajo es,
Como en vos se ha parecido,
La del rio del olvido,
No es tajo, sino revés.

Tocando cierta señora un arpa, saltó una cuerda. Díjole Juan Rufo:

Nunca cuerda mató á loca,
Antes es muy ordinario
Verosímil lo contrario;
Tocad, y dirán que os toca.

A una pastora.

Si vais á ver el ganado,
Muy léjos estáis de verme,
Pues en haberos mirado
No supe sino perderme.
Si vais á ver el perdido,
Tampoco me ved á mí,
Pues desde que me perdí
Por ganado me he tenido.
Y si al perdido y ganado
Vais á ver, bien podeis verme,
Pues en haberos mirado
Supe ganarme y perderme.

SONETO.

A Diana.

Di, Ana, ¿eres Diana? No es posible;
Qu'eres fecunda y eres mas hermosa.
¿Eres por dicha el sol? Tampoco es co-
[sa,
Aunque sola, á tu sexo compatible.
¿Eres Belona bella? Fué terrible;
Ni Vénus, que era fácil, aunque diosa.
Pues ¿qué serás, oh imágen milagrosa,
Si el ser humana y tal es increible?
Serás Diana, Ana, en la pureza,
Febo en el resplandor y en la alegría,
En valor Pálas, Vénus en belleza,
Y mujer á quien dió mas que podia
La atenta y liberal naturaleza;
Que en hacerte, mas hizo que sabia.

La tilde.

A Rui Gonzalez decilde
Que mire mucho por sí,
Porque el punto de la i
Se le va haciendo *tilde*.

Explicacion del nombre de don García de Loaysa, arzobispo de Toledo.

García, *gracia* es tu nombre
Sin que una letra le falte,
Y *Loa* el precioso esmalte
De tu felice renombre.
La *y* griega es conjuncion
Y el *sa* significa sabe;
Mas, como todo en tí cabe,
Es nombre y definicion.

A una doble necedad.

No fieis en prometido,
Pues que pecais de contado;
Que quien no paga tentado,
Mal pagará arrepentido.

Mote para un cuadrillero de unas cañas que se detuvieron ocho dias por unas grandes lluvias.

Por envidia que el sol tiene
A otro sol que yo me sé,
Estos dias no se ve.

CARTA.

A su hijo.

Dulce hijo de mi vida,
Juro por lo que te quiero
Que no ser el mensajero
Me causa pena crecida.
Mas no cumplirás tres años
Sin que yo, mi bien, te vea,
Porque alivio se provea
Al proceso de mis años.
A Dios, que mi pecho entiende,
Le pides (pues ángel eres)
Lo ordene como tú quieres,
Y tu padre lo pretende.
Dos véces al justo son
Las que el sol ha declinado
Hasta el Capricornio helado
Desde el ardiente Leon,
Despues que (hijo querido)
Puse tanta tierra en medio,
Mas por buscar tu remedio
Que mi descanso cumplido.
Espérame, que ya voy
Do te veré y me verás,
Puesto que conmigo estás
Adonde quiera que estoy.
Mas al fin de esta jornada
Espero sin falta alguna,
A pesar de la fortuna,
Que serémos camarada.
Prenderé tu blanca mano
Con esta no blanca mia,
Y hacerte he compañía,
Como si fueras anciano.
Y si algun camino luengo
Te cansa y causa embarazos,
Llevarte he sobre mis brazos,
Como en el alma te tengo.
Darte he besos verdaderos,
Y tranformándome en tí,
Parecerán bien en mí
Los ejercicios primeros.
Trompos, cañas, morterillos,
Saltar, brincar y correr,
Y jugar al esconder,
Cazar avispas y grillos;
Andar á la coscojita
Con diferencia de trotes,
Y tirar lisos birotes
Con arco y cuerda de guita;
Chifle en hueso de albarcoque,
Pelota blanca y liviana,
Y tirar por cerbatana
Garbanzo, china y bodoque;
Hacer de la haba verde
Capilludos frailecillos,
Y de las guindas zarcillos,
Joyas en que no se pierde;
Zampoñas del alcacel,
Y de cogollos de cañas
Reclamos, que á las arañas
Sacan á muerte cruel;
Romper una amapola,
Hoja por hoja, en la frente,
Y escuchar á quien nos cuente
Las consejas de Bartola.
Llamarémos, si tú quieres,
Por excusarnos de nombres,
Tios á todos los hombres,
Y tias á las mujeres.
Columpio en que nos mezcamos,
Colchones en que trepemos,
Nueces para que juguemos,
Y algunas que nos comamos.
Cuarto lucio en el zapato,
Mendrugos en faltriquera,
Con otra cosa cualquiera
Y sacar de rato en rato.
Tener en un agujero
Alfileres y rodajas,
Y acechar por las sonajas,
Cuando pasa el melcochero.
Y porque mejor me admitas
De tus gustos á la parte,
Cien melcochas pienso darte
Y avellanas infinitas.
Mazapanes y turron,
Dátiles y confitura,
Y entre alcorzada blancura
El rosado canelon.
Mas cuando sufra tu edad
Tratar de mayores cosas,
Con palabras amorosas
Te enseñaré la verdad.

No con rigor que te ofenda,
Ni blandura que te dañe,
Ni aspereza que te extrañe,
Ni temor que te suspenda;
Antes con sana doctrina
Y término compasado,
Conforme soy obligado
Por ley humana y divina.
Mas, pues la vida es incierta,
Y no sé, por ser mortal,
Si al entrar tú por su umbral,
Saldré yo por la otra puerta,
Esto que escribiera aquí
Con paternal aficion,
En los años de razon
Traslada, mi hijo, en tí.
Verás la fe encarecida
Con que pude y quise amarte,
Y quisiera gobernarte
En las ondas de tu vida;
En cuyo corto viaje
Hallarás tormentas largas,
Mudanzas, disgustos, cargas,
Y mal seguro pasaje.
Verás cómo nace el hombre
Llorando, pobre y desnudo,
Tan miserable y tan rudo,
Que aun no muestra solo el nombre.
Verás despues las potencias
Ir valiendo, y los sentidos
Ser de ellas ennoblecidos
Con avisos y experiencias.
Verás que cada animal,
Conforme á su inclinacion,
Sigue la disposicion
De su instinto natural.
Y solo el hombre pervierte
Sus justas obligaciones,
Si no vence sus pasiones
Como valeroso y fuerte.
Reloj es cierto y solar
El bruto; y así, nos muestra
Lo que otra causa le adiestra,
Sin de ello un punto faltar.
El hombre es globo y esfera,
Y al de ruedas comparado,
Que estando bien concertado,
Trae su cuenta verdadera;
Mas si prudencia no rige
De su curso el movimiento,
Por una da hasta ciento,
Y el tiempo no le corrige.
Sabe, hijo, que si vas
Por el derecho camino,
Un espíritu divino,
Un ángel parecerás.
Mas si tuerces la carrera
En esta vida mortal,
Quedarás, de racional,
Transformado en bestia fiera.
Tu secreto en cualquier cosa
Comunícale contigo,
Y no obligues á tu amigo
A carga tan peligrosa.
Si te es difícil cubrillo,
Como muchas veces suele,
El otro á quien menos duele
¿Qué hará sino decillo?
De la dudosa esperanza
Nunca hagas certidumbre,
Pues por natural costumbre
Aun en lo cierto hay mudanza.
Deja siempre la porfía
Primero que se comience,
Porque sin duda la vence
El que de ella se desvia.
Afable comedimiento
Alaben todos en tí,
Porque resbalar de aquí
Es de bajo entendimiento.
Ya que no por igual
Trates á los desiguales,
No les quites, sino dales
En su tanto á cada cual.
Lo que cierto no supieres
No te hagas dello autor;
Callarlo es mucho mejor
Mientras dudoso estuvieres;
Que quién afirma lo incierto
Es hombre de poco vaso,
Y el decir verdad acaso
Imita el mentir mas cierto.
Aunque sustenta el honor
El haber que poseemos,
De los dos malos extremos
Ser pródigo es el menor.
Es hacienda peligrosa
La que se gasta sin tiento,
Mas la del triste avariento
Necesidad muy forzosa.
Al hombre que fuere así,
Que no le trates te digo,
Porque mal será tu amigo
El enemigo de sí.
De los celosos casados
Algunos vimos caer,
Pero no vienen á ser
Tantos como confiados.
Porque, si la sujecion,
Cuando es mucha, las dispierta,
¿Qué hará abrillles la puerta
De libertad y ocasion?
Tú, hijo, en este contrato
Abraza el seguro medio;
Que no es áspero remedio
El moderado recato.
Ten siempre puesta la mira
En tratar pura verdad,
Porque es gran calamidad
El ser cogido en mentira.
Esto es fácil de inferir,
Pues no hay razon que consienta
Que sea el *mentís* afrenta,
Y que no lo sea el *mentir*.
Y los que usan juramentos
Por ser mas acreditados,
Tenlos tú por defraudados
Del blanco de sus intentos;
Porque bien está entendido
Que suele fabulizar
Quien piensa que, sin jurar,
No merece ser creido.
Tambien se jura por uso;
Mas, como quiera sea,
Deshonra y culpa acarrea
La licencia de este abuso.
No afijas al afligido;
Que á las veces el que ha errado
Tiene enmienda consolado
Mejor que reprendido.
No fies en los placeres,
Porque pasan como viento,
Y cuando estés descontento
Disimula, si pudieres;
Porque el mal comunicado,
Aunque dicen que es menor,
No arguye tanto valor
Como el secreto y callado.
Ten mancilla al invidioso,
Que se aflige sin provecho,
Alimentando en su pecho
El áspid mas ponzoñoso.
Es la envidia testimonio
Que denota vil flaqueza,
Es malicia y es simpleza,
Es desdicha y es demonio.
Holgar con el bien ajeno
Es ser partícipe de él,
Piedra de toque fiel
En que se conoce el bueno.
Las blancas sienes, que son
Lustre, corona y riqueza,
Si el seso tiene pobreza,
Lastiman el corazon.
Porque á la florida edad,
En vicios desenfrenada,
Sucede vejez pesada,
Con torpe simplicidad.
Y así, pasando los años
Con su curso acelerado,
Crece el martirio pesado,
Y huyen los desengaños.
Las horas y su medida
Debes, hijo, conocer,
Y echar en ellas de ver
La brevedad de la vida.
Son números compasados,
Leguas de la senda humana,
Descripcion fácil y llana
De los esféricos grados.
Son métrica distincion
De los cuadrantes del dia,
De cuya acorde armonía
Forman compases y son.
Son del tiempo y su vejez
La mas corriente moneda,
Joyas de rica almoneda,
Sellos del número diez.
Son del sol alternamente
Centinelas voladoras,
Discretas compartidoras
De los tratos de la gente.
Son alivio del tormento,
Son esperanzas del bien,
Y un alfabeto por quien
Discurre el entendimiento.
Son macizos eslabones,
Que abrazan los elementos,
Conductos y ligamentos
De las anales sazones;
Porque el minuto y momento,
Y los átomos instables,
No fueron considerables
Hasta llegar á su aumento.
Así como no es persona
Un miembro ni una faccion,
Ni la unidad con razon
Por número se pregona.
Así pues, las horas fueron
Términos fundamentales
De tiempos inmemoriales,
Que en siglos se convirtieron.
Y serán al fin postrero
Remate de la jornada,
Cuando vuelva el primer nada
Y cierren ellas el cero.
Las horas son para orar;
El que lo olvida, un orate,
Como el que espera combate
Sin armas para lidiar.
Y son, mi hijo querido,
Para consideracion
De que las cosas que son
Pasarán cual las que han sido.
Obra con peso y medida,
Y cogerás con decoro
De las horas aquel oro
Que enriquece mas la vida.
Y contino se te acuerde
De que el tiempo bien gastado,
Aunque parezca pasado,
No se pasa ni se pierde.
Pásase y piérdese aquel
Que los hombres gastan mal,
Y es desdicha sin igual,
Que se pierden ellos y él.
Todo el tiempo que vivimos,
Hácia el morir caminamos,
Rodeando si velamos,
Y atajando si dormimos.
De el que te burló primera,
Guárdate la vez segunda;
Mas si en efecto segunda,
Vélate bien la tercera.
Y piensa que el trato vil
Redunda en tu menosprecio;

Que si eres tres veces necio,
Lo serás trescientas mil.
Nunca digas mala nueva,
Y si descanso codicias,
No le arriendes las albricias
Al correo que las lleva.
Esto, hijo, no se entiende
Cuando puede el desengaño
Evitar un nuevo daño
Que del primero depende.
Mas vale un tardar prudente,
Aunque causa pena esquiva,
Que la priesa intempestiva,
Si el caso no la consiente.
No quiero decirte mas;
Que lo divino y humano
Es un fácil canto llano,
Si razon lleva el compás.
Si el colegio de Talía
Te diere furor divino,
Sigue el honesto camino,
Y nunca dél te desvia.
Sean por ti celebrados
Los generosos motivos,
No los amores lascivos
Ni gustos desenfrenados.
Los insignes caballeros
Que murieron en la guerra,
No sátiros en la tierra,
Ni en el mar ninfas en cueros.
Las obras dignas de fama
Cantarás en grave estilo,
No las torpezas del Nilo,
Ni mudanzas de una dama.
Oye misa cada dia,
Y serás de Dios oido;
Témele y serás temido,
Como un rey decir solia.
Ama su bondad, y en él
Amarás sus criaturas,
Y serán tus obras puras
En este mundo y aquel.
Téngate Dios de su mano,
Y para que el bien te cuadre,
Sirve á tu buena madre,
Ama á Juan, tu dulce hermano,
Y no me olvides.—*Tu Padre.*

REDONDILLAS.

La muerte del raton.

Tú, que los héroes famosos,
Lira, un tiempo celebraste,
Y del olvido libraste
Sus ánimos valerosos,
Lamenta con triste son,
No de amor casos fundados,
Mas los dias mal logrados
De un sin ventura raton.
No murió en la ratonera,
Que mas era su recato;
Ni entre los dientes de un gato,
Que de mil gatos huyera.
Matóle el ser curioso,
Y entrar á ver un baul
Forrado de lienzo azul;
Debiera de andar celoso.
¡Oh caso nuevo y extraño!
Al fin no hay hora segura;
Que entró á probar su ventura,
Y probó el último daño.
Seis vueltas le dió, y no habia
Solo un pelo que comer,
Y entonces echó de ver
Que era archivo de poesía.
Halló latinos autores,
Al Petrarca, al Dante, al Tasso,
Juan de Mena y Garcilaso,
Y otros poetas menores.
Sintiendo pues, de repente,
El pobre animal ruido,
Dejóse estar escondido
Entre aquella buena gente.
Su dueño el baul cerró,
Y el paso de su esperanza;
Viendo el raton tal mudanza,
¿Quién dirá lo que sintió?
Con boca y uñas intenta
Hacer el camino llano;
El trabajo sale vano,
Y el peligro se acrecienta.
La falta de libertad,
La pena de verse preso,
Sus amigos, pan y queso,
Que le hacen soledad;
La hambre, que no perdona
Al hombre mas esforzado,
Tambien obligó al cuitado
A temer de su persona.
Ya no desea la luz,
Porque algun descendimiento
No le cause fin violento,
Como tiro de arcabuz.
Estuvo en esta agonía,
Cercado de ansias mortales,
Veinte y cuatro horas cabales,
Que fué traspaso de un dia.
Mas cuando sufrir no pudo
El hambre dura y cruel,
Del sequeroso papel
Apeló para el engrudo.
Con la lengua lo humedece,
Con el aliento lo ablanda;
Van cuadernos á la banda,
Como el raton apetece.
Y tanto, tanto comió,
Que, embutido en pergamino,
Por desusado camino,
De ahito y hambre enfermó.
¿Qué debe el triste hacer,
Viéndose en tamaño aprieto,
Y que muere de repleto
Adonde no hay que comer?
Gime y lamenta su ultraje,
Publica sus aflicciones;
Que tambien hablan ratones,
Y aun bestias, en su lenguaje.
Oyó las quejas su madre,
Y acudió toda turbada;
Llegaron de camarada
Sus hermanos y su padre.
Tamaño como un conejo
Era el terrestre animal,
La barriga y lomo igual,
Blanco ya, de puro viejo.
Con ronca voz, lastimera,
Comenzó sin perder punto,
Y al hijo casi difunto
Exhortó de esta manera:
«¡Oh tú, mi hijo, que estás
Como en vientre de ballena,
Condenado á eterna pena,
Pues que de él nunca saldrás,
»Duéleme tu juventud,
Duéleme haberte engendrado,
Porque veo en tal estado
Mi descanso y tu salud.
»Socorro no puede entrarte,
Ni hay disposicion de mina;
La muerte se te avecina,
La desdicha vence al arte.
»Mas téngote en parte envidia,
Aunque mueras mal logrado,
Pues quedas hoy libertado
De la gatesca perfidia.
»Y débete consolar
En trance tan doloroso,
Con que tu nombre famoso
Para siempre ha de durar.
»Porque con eso que roes
(Aunque no es sustento pingüe)
Irás poeta trilingüe,
Y cuatri con el Camoes.
»Testa, si acaso pudieres,
O haz algun codicilo;
Que aquí está llorando un Nilo
Tu madre y los que mas quieres.
»—Si, estamos todos,» dijeron
Con voz penosa y doliente;
Memorias para el paciente
Que el corazon le partieron.
Y con quebrados acentos,
Del dolor interrumpidos,
Dijo: «Pues ya son cumplidos
Mis dias, estadme atentos:
»Yo muero de mala gana,
Que así en el mundo se usa;
Pero, pues que no se excusa,
¿Qué mas hace hoy que mañana?
»Este mi cuerpo os encargo
Por parte que en él habeis,
Que á la mira de él estéis,
No será término largo.
»Que por fuerza ha de arrojallo
Quien su reposo interrompa;
Luego, ó como se corrompa,
De rastro habrá de sacallo.
»De cualquiera suerte, digo
Que de mis carnes donceles
No se ceben las crueles
De aquel comun enemigo.
»Ni triunfe, muerto, de mí
El ladron fiero y esquivo,
Que con tal ódio yo, vivo,
Mortalmente aborrecí.
»Y esconded mi cuerpo bien,
Porque no sepa Musgosa
Mi tragedia dolorosa,
Que se morirá tambien.
»Musgosa, cari-aguileña,
Mi rata, flor de las flores,
A quien yo, preso de amores,
En un pajar hice dueña.
»Y porque está embarazada,
Y parirá esta menguante,
Decidle que fué importante
Y segura mi jornada.
»Tendréis gran cuenta con ella
Y los hijos que pariere;
Que ya mi vida se muere,
Sin esperanza de vella.»
Esto dijo, y mas se esfuerza
A hablar, pero no puede;
Que lugar no le concede
La que se hospeda por fuerza.
El padre en los circunstantes
Reprehendió el alboroto,
Y enmendó el silencio roto
Con palabras semejantes:
«Para la muerte nacemos,
Para la muerte vivimos;
En los medios diferimos,
Mas unos son los extremos.
»Ello es deuda general,
Que el tiempo á pagar obliga
Al leon y á la hormiga,
Como al hombre racional.
»Y si por el hijo muerto
No quiero ese inútil llanto,
Aunque yo le quise tanto,
Como lo sabeis de cierto,
»Mayor mal hay que llorar,
Terrible y sin esperanza,
Que á nuestro género alcanza
Y al mundo debe espantar.
»Di, cruel naturaleza,
Madrastra de los ratones,
Si nos distes disensiones,
¿Para qué tanta flaqueza?
»¿Fuimos acaso engendrados
De materia discordante?
¿No es la carne semejante?
¿Por qué somos tan odiados?
»¿Los gatos hechos Guzmanes,
Nosotros salamanquesas;
Los gatos entre las mesas,

Nosotros por los desvanes?
»Ellos son del hombre amigos,
Con la mayor golosina
Que cupo en hambre ferina,
Porque nos son enemigos.
»¡Cuántos se acuestan sin cena
Porque el gato se la traga!
Cuánto buen bocado estraga!
Cuánta pitanza cercena!
»¡Cuántos se van á dormir,
Entre sábanas de holanda,
Donde el gato dió á la banda
Lo que no es para decir!
»¡Qué diré de su maullar,
Sus celos, sus aspavientos,
Rebufos y atrevimientos,
En materia de robar!
»Y con esto, y mas que callo,
Doncellas lo traen en brazos,
Y viudas en los regazos,
Que escandaliza mirallo.
»Nosotros (mísera gente),
Que, por no ser mendigantes,
Sustentamos vergonzantes
El vivir tasadamente,
»Somos por contraria seta
Aborrecibles á todos,
Y nadie hay tan de los godos,
Que á matarnos no acometa.
»Sin razon se infama aquella
Que, siendo gata y mujer,
Tras un raton dió á correr,
Pues todas son como ella.
»La discreta y la que es boba,
La dama y la descompuesta,
Arremeten sobre apuesta
Con el chapin ó la escoba.
»Arman lazos inhumanos,
Con ardides nos fatigan,
Y el cebo nos atosigan,
Como á crueles tiranos.
»Y para mas confusion,
Ninguna la cerviz quiebra
De la engañosa culebra;
¡Ved qué gran supersticion!
»¡Trátese el remedio luego,
Tanto mal no se perdone,
Y la guerra se pregone
Contra el hombre á sangre y fuego!
»¡Mueran los gatos con él,
O perezcamos con honra;
Cese ya nuestra deshonra,
Suene la guerra cruel!
»Júntense nuestras legiones
Y las que les son anejas,
Y vengan las comadrejas,
Los erizos y hurones,
»Las nutrias, ardas y micos,
Y martas, porque se vea
Que hay entre nuestra ralea
Gentes de honrados pellicos.
»Suene el bando furibundo,
Toque al arma el metal fuerte,
Tanto, que el liron dispierte
Del sueño grave y profundo.»
Tales quimeras al viento
El vejete fabricaba,
Y su familia prestaba
Expreso consentimiento,
Con tanta credulidad
Como si de aquel proceso
Les prometiera el suceso
Ninguna dificultad.
Cuando un gatazo romano
Mostró la redonda faz,
Y con la boca mordaz
Embistió como un alano.
Huye la baja canalla
Por donde el miedo la guia,
Maldiciendo la osadía
Del que incitara batalla.
Así que, el raton medroso
Tenga por armas los piés,
Y el hombre que pobre es
No contraste al poderoso.
Esto, con lúgubre son,
Cumpliendo un alto dictado,
Cantó Juan Rufo el jurado
En la muerte de un raton.

FIN DE LAS POESÍAS DE JUAN RUFO.

POESIAS

DEL

DOCTOR DON ANTONIO MIRADEMESCUA.

COMPOSICIONES VARIAS.

CANCION REAL (1).

A la instabilidad de las cosas de la vida.

Ufano, alegre, altivo, enamorado,
Rompiendo el aire el pardo jilguerillo,
Se sentó en los pimpollos de una haya,
Y con su pico de marfil nevado,
De su pechuelo verde y amarillo (2)
La pluma concertó pajiza y gaya (3),
Y celoso se ensaya
A discantar en alto contrapunto
Sus celos y amor junto,
Y al ramillo su apoyo y á las flores (4)
Libre y gozoso (5) cuenta sus amores.
Mas ¡ay! que en este estado
El cazador cruel, de astucia armado,
Escondido le acecha,
Y al tierno corazon aguda flecha
Tira con mano esquiva,
Y envuelto entre su sangre lo derriba (6).
¡Simple avecilla errada,
Imágen de mi suerte desdichada! (7).
De la custodia del amor materno
El corderillo jugueton se aleja,
Enamorado de la yerba y flores.
Y por la libertad del pasto tierno
El cándido licor olvida y deja,
Por quien hizo á su madre mil amores;
Sin conocer temores,
De la florida primavera bella
El vario manto huella
Con retozos y brincos licenciosos,
Y pace tallos tiernos y sabrosos.
Mas ¡ay! que en un otero
Dió en la boca de un lobo carnicero,
Que en partes diferentes
Lo dividió con sus voraces dientes,
Y á convertirse vino
En purpúreo el nevado (8) vellocino.
¡Oh inocencia ofendida!
¡Breve bien, caro pasto, corta vida!
Rica con sus penachos y copetes,
Ufana y loca, con ligero vuelo
Se remonta la garza á las estrellas,
Y puliendo sus negros martinetes,
Procura ser allá cerca del cielo
La reina sola de las aves bellas;
Y por ser ella de ellas
La que mas altanera se remonta,
Ya se encubre y trasmonta
A los ojos del lince mas atentos,
Y se contempla reina de los vientos.
Mas ¡ay! que en la alta nube
El águila la vió, y al cielo sube,
Donde con pico y garra
El pecho candidísimo desgarra
Del bello airon, que quiso
Volar tan alto con tan corto aviso.
¡Ay pájaro altanero,
Retrato de mi suerte verdadero!
Al son de las belisonas trompetas
Y al retumbar del sonoroso parche
Formó escuadron el capitan gallardo;
Con relinchos, bufidos y corvetas
Pidió el caballo que la gente marche,
Trocando en paso presuroso el tardo (9);
Sonó el clarin bastardo
La esperada señal de arremetida,
Y en batalla rompida (10),
Teniendo cierta de vencer la gloria,
Oyó á su gente, que cantó victoria.
Mas ¡ay! que el desconcierto
Del capitan bisoño y poco experto,
Por no observar (11) el órden,
Causó en su gente general desórden;
Y la ocasion perdida,
El vencedor perdió victoria y vida.
¡Ay fortuna voltaria,
En mis prósperos lines siempre varia!
Al cristalino arroyo lisonjero (12)
La bella dama en su beldad se goza,
Contemplándose Vénus de la tierra (13),

(1) Sedano la incluyó en el *Parnaso español* como obra del doctor Bartolomé Leonardo de Argensola. Gracian, en su *Agudeza y arte de ingenio*, la cita como de Mirademescua.

(2) En todas las ediciones se lee: «Blanco y amarillo.»
En un códice he visto el verso empezando así: «Entre el pechuelo.»

(3) Siempre se ha puesto «pajiza y baya», que viene á ser lo mismo.

(4) «Y al ramillo y al prado y á las flores», se lee en todas las ediciones.

(5) Libre y ufano. (*Id.*) Libre y contento. (*Floresta de Bolh.*)

(6) Y envuelto en sangre, en tierra lo derriba. (*Id.*)

(7) ¡Ay vida malograda,
Retrato de mi suerte desdichada!
El principio de la cancion es en varios códices así:
«Ufano, alegre, altivo, enamorado,
Cortando el aire el suelto jilguerillo,
Sentóse en los pimpollos de una haya.»

(8) Otros ponen *dorado*. Sigo el texto de Bolh.

(9) Sigo el texto de Bolh. El de Sedano es: «Trocando el paso, de veloz, en tardo.»

(10) Reñida. (*Texto de Bolh.*)

(11) Guardar. (*Texto de Bolh.*)

(12) Así en algunos códices. En las ediciones de esta cancion se lee: «Al cristalino y mudo.» En otro MS.: «Al cristalino mudo lisonjero.»

(13) «Vénus en la tierra,» se lee en las ediciones manuscritas.

Y al mas rebelde corazon de acero (1)
Con su vista enternece y alboroza,
Y es de las libertades dulce guerra;
El desamor destierra
De donde pone sus divinos ojos,
Y de ellos son despojos
Los purísimos castos de Diana,
Y en su belleza se contempla ufana.
Mas ¡ay! que un accidente,
Apenas puso el pulso intercadente,
Cuando cubrió de manchas,
Cárdenas ronchas y viruelas anchas
El bello rostro hermoso,
Trocándole en horrible y asqueroso (2).
¡Ay beldad malograda,
Muerta luz, turbio sol y flor pisada (3)!
Sobre frágiles leños, que con alas
De lienzo débil de la mar son carros,
El mercader surcó sus claras olas;
Llegó á la India, y rico de bengalas,
Perlas, aromas, nácares bizarros,
Volvió á ver las riberas españolas;
Tremoló banderolas,
Flámulas, estandartes, gallardetes;
Dió premio á los grumetes
Por haber descubierto
De la querida patria el dulce puerto;
Mas ¡ay! que estaba ignoto
A la experiencia y ciencia del piloto
En la barra un peñasco,
Donde tocando de la nave el casco,
Dió al fondo, hechos mil piezas (4)
Mercader, esperanzas y riquezas.
¡Pobre bajel, figura
Del que anegó mi próspera ventura!
Mi pensamiento con ligero vuelo,
Ufano, alegre, altivo, enamorado,
Sin conocer temores la memoria,
Se remontó, Señora, hasta tu cielo,
Y contrastando tu desden airado,
Triunfó mi amor, cantó mi fe victoria;
Y en la sublime gloria
De esa beldad se contempló mi alma;
Y el mar de amor sin calma
Mi navecilla con su viento en popa
Llevaba navegando á toda ropa (5).
Mas ¡ay! que mi contento
Fué el pajarillo y corderillo exento,
Fué la garza altanera,
Fué el capitan que la victoria espera,
Fué la Vênus del mundo,
Fué la nave del piélago profundo,
Pues por diversos modos
Todos los males padeci de todos.
Cancion, vé á la coluna
Que sustentó mi próspera fortuna,
Y verás que si entonces
Te pareció de mármoles y bronces,
Hoy es mujer; y en suma
Tuve bien, fácil viento, leve espuma.

SONETO PRIMERO (6).

Bosques oscuros, ¡ah! por peregrinos
Mereciais los célebres pinceles
De Timántes, de Céuxis y de Apéles,
Tenidos en el mundo por divinos;
Cuyos frondosos y elevados pinos,
Verdes hermosas hayas y laureles,
Cipreses imitais los chapiteles,
Y os mirais en arroyos cristalinos;
Si de sombra servis á mi enemiga
Cuando viene á las siestas con despojos
De las fieras que mata en la espesura,
Decidme donde está, porque la siga,
Si acaso de las hojas haceis ojos
Para mirar despacio su hermosura.

CANCION II.

El indiferente al amor (7).

Este jardin ameno,
De flores, plantas y de frutas lleno,
El cielo nos retrata;
Ese estanque de plata
El cielo es cristalino;
Las ruedas de esa azuda, que es camino
Del agua artificioso,
Son móviles primeros;
Las rosas son luceros
Del firmamento hermoso,
Las otras flores bellas
El numeroso ejército de estrellas;
El girasol, que mira
Al poniente una vez, y otra al levante;
El sol, que el cielo gira,
Y la luna menguante,
O ya de su luz llena
La cándida azucena;
Estrellas, luna, sol, fuentes y flores,
Todo me enseña amores,
Y yo solo me hallo
Sin saber qué es amor ni deseallo.
Esa hiedra se enlaza,
Y el tronco de los álamos abraza;
Allí la flor de Clicie pena amando,
Y á Apolo va buscando;
Trepar quiere la murta por la parra,
Y amando la violeta la pizarra,
Besándola ha nacido;
Allí canta en su nido
El ruiseñor amores,
Allí el rayo del sol aman las flores,
Allí las fuentes quiebran
Su cristal y celebran
La jornada que hoy hacen
Al mar, adonde nacen,
Y á quien, enamoradas,
Se vuelven despeñadas;
La flor de Clicie, murta, yerba y flores,
Todo me enseña amores,
Y yo solo me hallo
Sin saber qué es amor ni deseallo.

DÉCIMAS.

El sí y el no (8).

¿Hasta cuándo tus rigores
Han de durar? Oye un poco,
Pues ves que me tiene loco
La fuerza de mis amores;
Médico de mis dolores
Puedes ser; que en tanto mal,
El remedio principal
De mis males y mis bienes
En una caja le tienes,
Guarnecida de coral.
Oiga yo, hermosa María,
De tu boca un *sí* de esposo,
Que es récipe poderoso
Para mi melancolía;
Bien veo que es demasía
Lo que pido, pero advierte
Que mi buena ó mala suerte
Consiste, prenda querida,
En tu *sí*, que ha de dar vida,
O en tu *no*, que ha de dar muerte.
Dos letras hay en el *no*
Y dos letras en el *sí*,
Y mas no te cuesta á tí

(1) Al mas exento corazon de acero.
(2) «Y le trocó (dicen las ediciones) en horrible y asqueroso.» En un MS. se lee *espantoso*.
(3) Rosa pisada. (*Texto de Bolh.*)
(4) A pique fué, haciéndose mil piezas. (*Texto de Bolh.*)
(5) En todas las ediciones, menos en la de Bolh, se lee equivocado este verso: «Navegando á toda tropa,» debiendo ser: «A toda ropa,» frase equivalente á la que hoy se usa: «A todo trapo.»
(6) En *La Rueda de la fortuna.*
(7) En *Galan, valiente y discreto.*
(8) En *El Ermitaño galan y mesonera del cielo.*

Decir *sí* que decir *no;*
Y si mi amor mereció
Ser en tu gracia admitido,
El dulce *sí* que te pido,
Tan dichoso me ha de hacer,
Que nombre vendré á tener
Del mas felice marido.
Y si pronuncias el *no*,
En vez de pronunciar *sí*,
Verá todo el mundo en mí
Lo que mi amor te estimó;
No pido por fuerza yo
Que sea mi amor premiado,
Mas en tan confuso estado
Aguardar será forzoso
Ser con tu *sí* mas dichoso,
Y con tu *no* desdichado.
Y si permitiere el cielo
Sentenciar contra mi amor,
De tal sentencia y rigor
Para el mismo amor apelo,
Donde tendré por consuelo,
Cuando no admitas mi fe,
Que mi amor le dediqué
A una mujer, que en rigor,
Sé que no admite mi amor,
Y que olvidarla no sé.

CANCION III.

De una esposa abandonada (1).

Oye, Pantoja amigo,
No vayas presuroso;
Deten, deten el paso diligente,
Y pues eres testigo
De que se va mi esposo,
Y permite mi suerte que se ausente
Donde tenga por gente
Peñascos y panteras,
Mi amor me da ligeras
Alas para seguirle;
Y ya que vas, camina y vé á decirle
Que en tan forzoso lance
Alas me presta amor con que le alcance.
Arroyuelos ligeros,
Hinchad vuestros raudales,
No hagais puente de plata á mi querido;
Afilad los aceros
En líquidos cristales,
Y si prision de hielo os ha oprimido,
Lo que cárcel ha sido
Del escarchado enero,
Rompa el mayor lucero
Grillos de plata pura,
Trocando en libertades la clausura,
Y en vuestra amena playa
Haced á mi querido estar á raya.
Empinados pimpollos
De hayas y de lentiscos,
Que haceis opaco y emboscado monte,
Formad con los rebollos
Y con los pardos riscos,
Para que mi Abrahan no se remonte,
Sierras; que otro horizonte
No descubra ni vea,
Sino que en ese sea
Mi esposo detenido,
Que se aleja de mí cual ciervo herido;
Si bien con su partida
La cierva vengo á ser que queda herida.
Aguarda, dueño mio,
No vayas tan ligero,
Vuelve á darme la vida que me llevas,
Mira que tu desvío
Es de amante grosero,
Y para un firme amor son muchas pruebas;
Yo vine desde Tébas
A ser tu amada esposa,
Y ya que mariposa
Vengo á ser de tu llama,
Vuelve á dar vida á quien de veras ama;
Que es notable desdicha
Acabarse tan presto tanta dicha.

(1) En *El Ermitaño galan y mesonera del cielo.*

COPLAS DE ARTE MAYOR.

A las profecías de san Francisco Javier.

Cantemos, oh musas, el águila nueva
Que en alas de tronos el vuelo levanta
Al sol que preside en la fábrica santa,
Y sin que á sus rayos los párpados mueva,
En éxtasis raro los ojos eleva,
Apóstol que al Asia da cultos y altares,
Penetra los montes, trasciende los mares,
Seráfico padre con ser hijo de Eva.
Mas callen Euterpes, no digan Talías
Mortales elogios de lince divino,
Que esferas discurre, sulcando el camino
De climas y zonas ardientes y frias;
Moisés soberano, segundo Isaías,
Que ve lo pasado, que ve lo futuro,
Y estrella que al polo nadir del Arturo
Condujo el hermoso esplendor de los dias.
Aquel que en los campos del cano Neptuno
Profeta miraba tragedias navales,
Aun antes que viesen zafir y cristales
Holladas sus ondas de leño ninguno;
No viera mas Argos, pastor que Vertuno
Ciñó de laureles, ciñó de guirnaldas,
Con luces que agora rubís y esmeraldas
Soberbias ostentan las aves de Juno.
Los mares que el austro de perlas ve llenos
En cóncavos braman, en cárceles gimen,
Que selvas sin hojas sus aguas oprimen,
Y rayos abortan que nacen con truenos;
De púrpura mancha los pálidos senos
La bárbara guerra que imperios acaba,
Y aun antes que fuese, Francisco miraba
Triunfar á Malaca y llorar los acenos.
La muerte de Araujo, que en climas distantes
Su vida desata del siglo profano,
Y el fin de un ilustre varon lusitano,
Que á piélagos fia bajeles errantes,
Sus próvidos ojos supieron ver antes,
Haciendo mas ricas aquellas regiones
Con estos prodigios, con estos blasones,
Que Apolo las hizo influyendo diamantes.
¡Oh cuáles de gloria serán ya los grados
Que goza el apóstol de aquel nuevo mundo,
El hijo de Ignacio, Francisco Segundo,
Que vence en pureza los siglos dorados;
De tales prodigios dos polos honrados,
Dos orbes, dos mundos serán paralelos,
Que admiren de un modo el zafir de los cielos,
Maguer que los hombres non finquen pasmados (2).

MADRIGALES (3).

Parabien y gracias á la villa de Madrid, por la canonizacion de san Isidro.

¡Oh tú, Mántua dichosa,
Cuyos campos y flores
Inundados se ven de resplandores,
Que la deidad hermosa
De Isidro les llovió, cuyos palacios,
Que á los del sol eclipsan los topacios,
De sus rayos fecundos
La majestad abrevian de dos mundos!
Metrópoli felice
Del cetro y el arado,
Que de imperios y miés te han coronado,
Aunque miés no se dice
La que espíritus puros han sembrado

(2) En el certámen de la canonizacion de san Francisco Javier dieron (los jueces) por mejores á los versos del doctor Mirademescua; caudal tan superior, que no me atrevo á desdorarle con mis alabanzas. (Monforte y Herrera, *Relacion.*)

(3) Así fué llamada por su autor esta poesía. Mas bien merece el nombre de cancion. Hállase en la *Relacion de las fiestas que ha hecho el Colegio imperial de la Compañía de Jesus, en la canonizacion de san Ignacio de Loyola y san Francisco Javier*, por don Fernando de Monforte Herrera; Madrid, 1622.

En tus márgenes bellas,
Sino abismos de luz, campos de estrellas.
De tu inmensa alegría
El parabien te dan cuantas regiones
Corona el rosicler del claro dia,
El Austro los tritones,
El ocaso la aurora,
Pira y cuna del sol, líneas que dora,
Deducidas de tí, centro profundo
De la esfera católica del mundo.
La fábrica de Manto,
Fatídica tebana,
Soberbia está y ufana
Por el sonoro canto
Del cisne, cuyas plumas patria ha sido,
Si no cristal y nido;
Tú, Mántua generosa,
Emporio universal, bien mas dichosa
Por Isidro serás cisne, á quien debe
El cielo consonancia, ampos la nieve.
Tú, Mántua, tú en España
Con Isidro has de ser mas rica y bella,
Mas ilustre que aquella
Que el Eridano baña,
Ambos soberbios, porque cuna es ella
De Maron, y él ha sido
De Faeton monumento,
Que epitafios erige al escarmiento.
Si á Maron elocuente
Honor en sus laureles comunica
Roma la antigua, Roma la eminente,
Hoy aplaude la frente
De Isidro la diadema,
Que el semidios del Tibre le dedica,
Laurel que no le quema
De Júpiter el rayo,
Blason de eterno abril, pompa de mayo,
Alégrate tú sola,
Oh Mántua mas feliz, Mántua española.
No solo con el hijo
Magnífico sustenta
El santo regocijo,
Que tu mano opulenta
Trastorna su poder, gozo derrama,
Y á sus aplausos llama
Los colegas de Isidro generoso;
Mas es honor debido, orla y estrellas
Son de tus armas bellas;
Si en tí pende el dosel majestuoso
De tanta monarquía,
Que suyos son los términos del dia.
En accion tan bizarra
Sus gracias te dedican
Por Cantabria, Castilla y por Navarra;
Que sus rayos de luz te comunican
Cuantas de Ignacio ves plantas que al cielo
Empinan resplandores,
Cuantas hermosas flores
Desata entre sus faldas el Carmelo,
Porque flores y plantas
Son tan bellas y tantas,
Que primero verémos numerados
Los atomos del sol tornasolados.

QUINTILLAS.

Un labrador á su amada (1).

Deja espantos y temores,
Catalina; ¿qué te falta?
Que en alas de mis amores
Iré á la sierra mas alta
Por metales ó por flores.
¿Quieres que trepando vaya
Por los brazos de esa haya,
Y baje de sus pimpollos
De una tórtola los pollos
A que jueguen en tu saya?
¿Quieres que descienda á un rio,
Hijo de un risco de Cuenca,
Y en él mi valiente brio
No deje anguila ni tenca,
Ni pez argentado y frio,
Que no venga á palpitar
Sobre esta yerba, y á dar
Un salto y otro del suelo,
Pensando que coge el vuelo
Para arrojarse á la mar?
¿Quieres que á ese girasol
Bajen las aves pintadas
Que vuelan en caracol,
Y parecen, remontadas,
Que son átomos del sol?
Si quieres que en este prado
Se crucen arroyos bellos,
De leche y humor cuajado
Exprimiré alegre en ellos
Las ubres de mi ganado.
Si quieres ver el enero
Hecho octubre placentero,
Viertan mis cubas su mosto,
Y si quieres verle agosto,
Desataré mi granero.

SONETO II (2).

¡Qué de espinas, amor, entre las flores
De tus deleites tienes escondidas,
Y qué de dias y horas desabridas
En el breve placer de tus favores!
¡Qué de pesares siembras entre amores
De glorias y esperanzas prometidas,
Y qué de sobresaltos en las vidas
Que asegurar pudieran sus temores!
Si eres tan falso, amor, ¡qué divertidos
Nos llegamos á tí! ¿qué dulce engaño
Es este, con que, amor, nos traes perdidos?
Mas ¡ay de mí! que conociendo el daño,
Juzgamos por tan cuerdos los sentidos,
Que tenemos por loco el desengaño!

III (3).

Ponerse el rubio sol en el oriente,
Y prestando su luz la casta diosa,
Nacer la blanca y encarnada rosa
Del fuego activo en la region caliente;
Surcar del mar la espalda transparente
De elefantes la escuadra numerosa,
Y ballenas en tropa y voz gozosa
La seca arena de la Libia ardiente;
Dar la perdiz al elefante guerra,
Las liebres al leon hacer agravio,
Huir el lobo hambriento del cordero;
Pararse el sol y dar vuelta la tierra (4),
Hasta aquí no lo has visto, pueblo sábio,
Ni yo tampoco, á fe de caballero.

IV (5).

¿Has visto al tiempo que en el mar esconde
Sus rubias hebras el señor de Delo,
Cubrir de luto el cristalino cielo
La enemiga del dia? Di, responde.
¿Has visto que en el mismo lugar donde
Bordado estuvo el cristalino velo
Un bordado terliz de escarcha y hielo
Hace que el campo de verdor se monde?
¿Has visto tú abrasarse al mismo fuego
El monte, el prado, y ser del mismo modo
Lo que hay desde el Antártico al Calisto?
¿Has visto serenarse el tiempo luego?
—Sí, mi señor; que ya lo he visto todo.
—Y ¿qué se me da á mí que lo hayas visto?

(1) En *El pleito del diablo con el cura de Madridejos.*

(2) En *La Fénix de Salamanca.*
(3) En *El rey don Alfonso el de la mano horadada.*
(4) Mirademescua seguia el error, comun en su siglo, de creer el movimiento del sol.
(5) En *El rey don Alfonso el de la mano horadada.*

V (1).

Menudas hojas que del aire leve
Recibis el continuo movimiento,
Mar azul con espalda crespa al viento,
Cuando animoso en soplos se os atreve;
Cielos, cuya gran máquina se mueve,
Forzándole á seguir curso violento;
Luna, que nos enseña rostros ciento
En el discurso de un espacio breve;
Claro mar, cielo azul y luna llena,
Hojas cubiertas de la escarcha helada,
Que causais torozon á cualquier potro,
Si á Zahara veis, manifestad mi pena;
Pero si no la veis, no digais nada;
¡Tanto me va en lo uno como en otro!

CANCION.

A Cristo en la cruz.

A vos, fruto sagrado
Del árbol de la vida,
En la sierpe de bronce figurado,
Ofrezco un alma, herida
Del áspid del pecado;
Y si la sombra sabe
Ser vida y ser antídoto suave,
¿Qué será la luz pura,
Cumplimiento y verdad de la figura?
Vos, arpa; vos, David; vos, instrumento,
Que teniendo por lazos
Rayos vivos del sol, melenas de oro,
Cinco clavijas de rubí sangriento,
Y estiradas las cuerdas de los brazos,
Ya que en canto sonoro
Prorumpen con acento
De piedad generosa
Vuestros labios, que son clavel y rosa,
Cuando el alma os ofrezco,
Suspendedme la pena que merezco.
La postrimera hora
De mis años llegó, y en el ocaso
El curso de mi vida se ve ahora.
Lo lloró, siendo aurora,
Lo lloró al primer paso,
Si crecida lloró, al poniente llora
Tambien el alma mia.
Si el llanto de quien muere y de quien nace,
Señor, os satisface
En tan tremendo dia,
Vuestra clemencia espero;
Que llorando nací y llorando muero.
Cuando en la cruz estáis, el mundo gime,
El cielo se oscurece,
Los peñascos se quiebran,
Ó ya sintiendo que su Autor padece,
Ó ya porque celebran
Que el hombre se redime.
Un mundo soy pequeño;
Gimo mirando padecer mi Dueño,
Y tiemblo sus enojos,
Eclipsados con lágrimas mis ojos;
Mi corazon, que ha sido
Peñasco endurecido,
Se quiebra, con dolor de mis pecados.
¡Ay Dios, si perdonados
Serán en este dia!
¡Animo, pecho! ¡Corazon, confia,
Pues con tantas señales
Como en su muerte hicieron,
Cosas irracionales
En sus labios se oyeron.
¡Perdona, Padre, á quien aquí me puso!
Y yo mismo me acuso
Que he sido el uno de ellos.
¡Oh labios de piedad! Oh labios bellos (2)!

(1) En *El rey don Alfonso el de la mano horadada.*
(2) *Avisos para la muerte.* Madrid, 1655.

POEMA (3).

Acteon y Diana.

Coronado de paz y de blasones,
Reinaba en sus tesoros otro Midas,
El que dientes sembró y cogio escuadrones
Deshechos con recíprocas heridas,
Atento á las selváticas pasiones
De un nieto, dueño hermoso de ambas vidas.
¡Cuán dichoso sin él hubiera sido,
Pues no se llora el bien no conocido!
¡Bello era el jóven! no le vió Narciso;
Que envidia y amor propio le matara,
Pues la imágen que ardiente en vano quiso,
Fué sombra de los rayos de su cara.
Con menos prevencion, menos aviso,
Espejos hizo de la fuente clara,
Y una vez se miró tan desdichado,
Que aborrecido huyó, no enamorado.
Cuantas veces lo ve como envidiosa,
Cubre sus hojas de sudor y hielo
La hermosura de Adónis, hecha rosa,
Que en otra forma dió divinos celos;
Su espíritu gentil, su faz graciosa,
Aun envidiara el que idolatra Délos,
Si como entre los dioses adivino,
No conociera su fatal destino.
Divertido en cazar, al monte dado,
Correr su juventud dejaba Acteo.
¿Qué selva con furor no ha fatigado,
Suspendiendo el cansancio en él deseo?
Qué feroz jabalí de su cuidado
Presa no ha sido, ó rústico trofeo?
Aun Marte le temió cuando celoso
Con los dientes hirió al rival hermoso.
Con verde y engañosa red cubria
(Perpétuo cazador) sendas estrechas,
Camino que á las aguas conducia,
Por medio de intrincados bosques hechas.
Cercaba el monte al asomar el dia,
Alcanzando las plumas de sus flechas,
Simple corzuelo que con piés veloces
Daba en la red, huyendo humanas voces.
El cauto pié otra vez apenas mueve
Entre el seco despojo del invierno,
Y al ciervo, que el cristal del valle bebe,
O que pasa del monte al prado tierno,
Tira el venablo, y aun veloz se atreve
(¡Bizarra juventud!) á asir del cuerno
Que en su pomposa frente se encarama,
Y el sujetado ciervo en balde brama.
Tal vez árbol fingido, al márgen verde
Del espejo que dió á Narciso amores,
Con la codicia el movimiento pierde,
El cuerpo transformado en ramas y flores;
Las falsas hojas el jilguero muerde,
Cantan la nueva flor los ruiseñores,
Hasta que al gamo que la sed incita
La vida y el licor de un golpe quita.
O ya tras una imágen aparente,
Del pacífico buey ó manso toro,
Astuto con el paso negligente
Finge á la miés cortar el grano de oro.
Como suele atender el diligente
Robador á la presa del tesoro,
Logrando alcanzar la cabra inquieta,
Que no esperó de un buey mortal saeta.
¡Mísero cazador! sosiega, ajeno
De afan y da á tu vida otro cuidado.
Repose el arco y el venablo lleno
De la silvestre sangre que ha sacado.
Da treguas, si no paz, al monte ameno;
No sigas con espíritu obstinado
Las fieras, que tal vez, si no sosiegas,
Perderás el descanso que les niegas.
Del modo que crecer con la riqueza
El avaricia suele, así crecia
Su apetito mortal con la maleza

(3) Este poema se publicó por vez primera en la *Floresta de rimas castellanas*, por don Juan Nicolás Bolh.

Del monte que gallardo discurria.
Cazar, pues, intentó con mas grandeza,
Aires y montes despoblar queria,
Y gente no faltó ni trazas nuevas
A la sangre de Cadmo, rey de Tébas.
El triste jóven por su mal previno
Canes de Irlanda, de Noruega azores;
La corte le siguió, y cubrió el camino
De confuso tropel de cazadores.
El español caballo al monte vino,
Que en el Bétis pació yerbas y flores,
Queriendo no dejar de esta manera
Ave en el aire, ni en el monte fiera.
Hallóle el resplandor de la mañana
Puesto eligiendo con gallardo brio,
Y el alba, que ha previsto la cercana
Desdicha, le lloró con su rocío.
Recatando su casta luz, Diana
Tiene de nácar el aspecto frio;
Demostracion cruel, si bien hermosa,
Del vecino rigor de aquella diosa.
Tiemblen las fieras hoy de los desiertos
Campos, y tema el rey de ellas temido,
El que duerme los párpados abiertos,
Mostrando que del sueño no es vencido;
Del présago fatal de cuerpos muertos,
Buitre voraz, se escucha ya el graznido;
Oráculo es su olfato, que adivina
Alguna bruta ó racional ruina.
La garza que eligió senda suprema,
Que el águila emprender apenas osa,
Y el ala infatigable casi quema,
De la region del fuego mariposa,
Las asechanzas de la tierra tema,
O su desdicha espere ya animosa,
Porque es, si la pasion da la osadía,
Resuelto el cazador, infausto el dia.
Su codicioso can aquel desata,
Que ya su inclinacion le solicita;
Grillos y antojos de cendal y plata
Al ciego y preso halcon el otro quita;
Este, que ciervo temeroso mata,
Sagaz ventor á la batalla incita,
Y en los vientos al caso detenidos,
Envueltas andan voces y ladridos.
Capitan de esta gente, quiere Acteo
Matar con sangre bruta que ha sacado
La insaciable sed de aquel deseo,
Que el pecho cruel le tiene fatigado.
¡Oh qué presto de actor vendrá á ser reo!
Sacerdote parece ensangrentado,
Quien á las llamas víctimas aplica
Y varias hecatombas sacrifica.
Ni al tímido conejo, que enemigo
Tan fuerte nunca tuvo la reserva,
Niega el hombre piedad, el monte abrigo,
Sin respeto de género á la cierva.
Las paces hizo el sol (piadoso amigo),
Que con derecha luz quemó la yerba,
Y metiendo las sombras en la selva,
Hizo que á su frescor la turba vuelva.
No á mayor diligencia fugitivas
Reliquias de un ejército deshecho,
Con alas del temor de ser cautivas,
Buscan el muro amigo á su despecho,
Que el tebano escuadron á las altivas
Selvas huyó con anhelante pecho,
Buscando alivio, por la sombra fria,
De las fatigas que ofreciera el dia.
Quien con ardiente sed apenas llega
Que la espalda del arco se despoja,
Y al escaso raudal, que el césped riega,
Con fervoroso afecto el pecho arroja,
Suspende el curso líquido, y sosiega
A respirar, y el labio otra vez moja.
¡Fuerte pasion! Hidrópico parece,
Que se bebe el arroyo y la sed crece.
Quien con hambre feroz el fuego pasa
De las entrañas de la piedra dura
A los brazos del pino (verde casa,
Que huéspedes alberga en la espesura),
Al gamo rasga el vientre, y en la brasa
Arroja palpitando la asadura,
Con la su propia sangre casi viva,
Que no perdiera el alma sensitiva.
A quien tanta fatiga de manera
El vigor de los miembros ha robado,
Que el aura, entre las flores lisonjera,
En ellos dulce sueño ha derramado;
Tener como Epiménides quisiera
En ócio doce lustros su cuidado,
Y ser imágen viva en años tales
Del pálido temor de los mortales.
El pecho en tierra están, ensangrentadas
Las bocas, y las manos extendidas,
Los canes, y latiendo las ijadas,
Estriban en las piernas encogidas;
Las lenguas anhelando están sacadas,
Y las orejas flojas y caidas;
Ni al sueño, ni al manjar, ni al agua atentos,
Solo con respirar están contentos.
Llevados del afecto ó del reposo,
Yacen el hombre y can sin resistencia,
Y solo está en el príncipe fogoso
El natural sosiego con violencia;
Ya del cristal que corre presuroso
Saber quiere la clara descendencia,
Sin ignorar el ser cada corriente
Nieta de un risco, hija de una fuente.
Entrando en la espesura ó laberinto
Que la naturaleza (remedando
El arte) fabricó, donde Jacinto
Su forma humana en flor está llorando;
De su familia se apartó distinto,
Regido del parlar del cristal blando,
Y luego de una voz que el hado ordena,
Dulce ocasion de tanta amarga pena.
Siempre sagrado fué y de ninfas lleno,
Dedicadas al culto de Diana,
El rústico jardin, el bosque ameno,
Negado con rigor á planta humana.
Escondíase una cueva en su seno;
Su artífice no fué mano profana,
Mas poder superior le da hermosura
Con simple, si sublime arquitectura.
La corona de Baco, que ambicioso
Vive en ajenos brazos levantada,
Haciéndole la puerta mas hermosa,
Al sol no deja ver la gruta helada;
Y no siendo deidad tan poderosa,
Al céfiro templando presta entrada,
Pareciendo la hiedra argentería,
Del céfiro y del sol en la porfía.
De roca y de cristal toda vestida,
Los palacios del hombre en poco tiene,
Y en forma de columna siempre viva,
Al cielo brota un risco agua perene;
Violenta moja el techo; mas caida,
Con mansedumbre ya á reunirse viene
Por conductos de mármol, que á despecho
De su dureza con el tiempo ha hecho.
Grutescos y figuras de relieve,
De su artífice nunca pretendidas,
El agua, que á los mármoles se atreve,
Con buril de cristal tiene esculpidas;
El techo humedecido perlas llueve,
A las que llora el alba parecidas,
De cabellos de Vénus adornado,
Que el agua los crió y los ha peinado.
En un estanque fresco, que de iguales
Jaspes se ve constar, puestos sin mano,
Ayuntados del risco los cristales,
Con la nieve compiten en verano;
La diosa cazadora en linfas tales,
Huyendo de los rayos de su hermano,
Tal vez se entrega al ócio y al sosiego,
Mejor que en su region, vecina al fuego.
Aquí con el amor del agua pura,
Llegó muy fatigada en este dia,
Queriendo confundir con su blancura
La espuma del cristal cándida y fria;
Y así, la rozagante vestidura
Entrega á aquella casta compañía
De bellas ninfas, las que con decoro

Despues desatan los coturnos de oro.
Despojada del arco y las saetas,
Con que parece amor, y de amor mata,
El cabello que alumbra á los planetas
Prende con red sutil de seda y plata;
Arrójase desnuda á las sujetas
Aguas, para ellas huéspeda ingrata,
Pues de ellas recibiendo la frescura,
Les deja oscurecida la hermosura.
Espuma forman nueva y mas hermosa,
De aquel glorioso peso sacudidas,
Acaso en competencia de la Diosa,
Mas del vivo cristal huyen vencidas;
Al fin se lava en ellas calurosa;
Mal dije, ellas se lavan, atrevidas,
En sus cristales, y parece en suma
Que Vénus otra vez nace de espuma.
Manda á las ninfas que sus pasos sigan,
Y á aquella suave ley se rinden ellas,
Si bien á envidia y presuncion obligan,
Desnuda la beldad de las doncellas;
Cielos las aguas son, aunque mas digan
Que un cielo de cristal no tiene estrellas;
Estrellas son, no cabe duda alguna,
Las que siempre circundan á la luna.
La desnuda beldad no manifiesta,
Ni al certámen hermoso Lísis viene;
Mas alta emulacion y mas honesta
Dentro en su pecho con Apolo tiene.
Música sábia de la Diosa es esta,
Nacida de las aguas de Hipocrene,
Y en tanto que se bañan, en la lira
Con blandas voces este canto espira:
«¡Oh tú, Luna, Diana, Proserpina,
Tu luz, tu brazo, tu poder eterno,
Estrellas, fieras, ánimas domina,
En el cielo, en el bosque, en el infierno!
En tanto que esta fuente peregrina
Consagra á tu deidad su cristal tierno,
No niegues, no, tu luz clara y serena,
Que el agua purifica estando llena.»
Lísis cantaba así; su voz ha sido
La que el Príncipe oyó (¡funesto caso!),
Que, como al unicornio, le ha atraido
Una trágica voz hácia su ocaso.
Objeto quiere dar, como al oido,
A los ojos tambien; con breve paso
Llega á la cueva, donde clara y llena,
La voz divina, y no visible, suena.
Desmaraña la yerba que servia
De antepuerta, con mano licenciosa,
Y osando mas que el Criador del dia,
Sacrílego, llegó á mirar la Diosa;
Interrumpe el asalto la armonía,
Y el color vergonzoso de la rosa
Tiñó las blancas formas excelentes,
Cubiertas mal de linfas transparentes.
A los ojos del Príncipe, que ufanos
En tan gloriosa vista se gozaban,
Interponian las hermosas manos
Las ninfas, y sus rayos le eclipsaban;
Atrás quiso volver, mas los humanos
Afectos esta accion le perturbaban;
Pues entre el miramiento y la alegría,
El deleite venció á la cortesía.
El silencio de Lísis y el turbado
Semblante de las ninfas á Diana
Causó pavor; levanta con cuidado
El vulto divinal del agua cana,
Y viendo al sacro márgen al osado
Ladron de aquella vista soberana,
Colérica, en las manos de cristales
Puso por flechas líquidos raudales.
«¡Huye, mancebo!» porque no permite
Que miren su deidad ojos humanos.
«Vanos antojos son; ¡huye, no quite
Tu sinrazon el agua de sus manos!
Que á ser la bella hija de Anfitrite,
Tus ímpetus tal vez no fueran vanos,
Y Vulcano otra vez verse pudiera
En la ganchosa forma que te espera.»
Y tú, cruel, no digo escrupulosa,
Que, á ser Endimion este que vino,
O recatada mas ó mas piadosa,
Disculparas su error, si no es destino;
Derrame ya tu mano poderosa
El mortal instrumento cristalino;
Vuelve mas bien, vergonzosa y clemente,
Opaco cuerpo, al agua transparente.
No se puede torcer la ley del hado,
En vano es de ella en contra la porfía,
Y así con el hermoso, aunque enojado,
Semblante le arrojó aquel agua fria.
Al triste que el color ha fatigado,
Favor, y no castigo, parecia;
Así el aspid se encubre en el acanto,
Y en la mas dulce música el encanto.
Cuando el agua tocó el rubio cabello,
Quedó en ganchosos ramos transformado;
La nariz se alargó en el rostro bello,
Los labios de coral se han prolongado;
De parda piel vistióse espalda y cuello,
Las manos y los piés se han igualado,
Y de la forma racional ajeno,
De miedo y ligereza se vió lleno.
La carga del no acostumbrado peso
Al suelo declinó la noble frente;
Ver pudo así su trágico suceso
En el líquido espejo de la fuente;
Un bruto con razon se ve, y por eso
Quiere huir de los ojos de la gente,
Con sentimiento opuesto al de Narciso;
Este se aborreció si aquel se quiso.
«Así lengua mortal, decia Diana,
Referir no podrá que al agua pura
Entregué mi beldad, ni voz humana
Pincel será de mi hermosura.
Huya con cuernos, pues accion tirana
No ha sido conferirle tal figura;
Que yo me muestro en forma semejante
Al poniente una vez, otra al levante.»
Huyó, si bien asilo no sabia,
Solo por huir, veloz mas que Atalanta,
Y así por varios rumbos discurria,
No dando ley á su ligera planta.
Su gente á compasion mover queria,
Y el órgano sutil de la garganta
La voz no articuló; bramó de suerte,
Que llamando el favor, vino la muerte.
El prado, á quien abril dió sus colores,
Alfombra á su cansancio lisonjera,
Negaron los ardientes cazadores
Cuando oyeron gemir la humana fiera;
Los canes, que gozaban en las flores
(Silvestres galas de la primavera)
Descanso, para daño de su dueño,
Dejaron á la par flores y sueño.
El bramido cruel y doloroso
A las armas llevó la gente inquieta,
Como incita al soldado belicoso
La colérica voz de la trompeta;
Ignorante cambió su fiel reposo
Por el dardo traidor y la saeta;
Sus canes, su familia, ¡oh caso fuerte!
Del infelice dueño fueron muerte.
Aquel que un tiempo fué jóven osado,
Ya es tímido animal, acometido
De los brutos domésticos, que el hado
Borróles el instinto agradecido;
Mirándose á la muerte condenado,
Apela á un solo bien que ha conocido
En tanto mal, y fué la ligereza
Que en su forma infundió naturaleza.
Huye perdiendo el bosque, mas ligero
Y mas ejercitado en la carrera,
Melampo le alcanzó, siendo el primero
Que á su dueño mordió con rabia fiera;
Deja el campo (teatro lastimero
Del trágico suceso) de manera,
Que con la espuma y sangre que vertia,
De coral y de nieve parecia.
Fuera del bosque, de su mal testigo,
De ligeros caballos y de infantes
Formado un escuadron halló enemigo,

De quien fué capitan dos horas antes;
Huyendo de su can y de su amigo,
En la traicion sin culpa semejantes,
Volaba al parecer, con alas hechas
Del miedo y de las plumas de las flechas.
Alcanzábanle ya, ya le perdian,
Sus carnes lacerándole feroces,
Los hombres y las flechas le seguian,
Igualmente crueles y veloces;
Tal vez su inútil cursó detenian,
Turbándole el espíritu, las voces;
Ciervo inexperto al fin, mas enseñado
En el monte á cazar que á ser cazado.
En el silencio de estas selvas yace
Un manantial que nunca se revuelve,
Y á tan corto vivir del monte nace,
Que sin correr á sus entrañas vuelve;
Verdes madejas de las ovas hace,
Y en pardos juncos su cristal envuelve,
En trecho tan oculto y tan incierto,
Que ni ha regado flor ni sed ha muerto.
En esta inútil y secreta fuente
Quiso con sed mortal el desdichado
Sumergirse á morir mas suavemente
O sustraerse á la maldad del hado;
Mezclando sangre al agua transparente,
De púrpura tiñó el cristal helado,
Y al cuerpo ya mortal, cuando bebia,
La derramada sangre se volvia.
Hallar piensa á su mal piadosa cura,
Donde su calidad lloró perdida,
Y dos veces cruel fué el agua pura,
Quitóle una la forma, otra la vida;
No pudo, no, esconderse, ¡oh suerte dura!
Pues daba aviso de él cada herida,
Y eran las flechas (por su mal) pinceles,
Que el campo matizaban de claveles.
En círculo sitiando el inhumano
Elemento, ya todos con porfia
Llaman al capitan, por si la mano
En su propia cerviz poner queria.
Él, inclinando la cabeza, en vano,
Con mudo hablar, «Yo soy, les decia;
¡Piedad os pido y lágrimas ofrezco;
Si vuestro dueño soy, bien la merezco!»
Hado cruel y desdichada suerte,
Teniéndole presente, le desean,
Aman su vida á un tiempo y le dan muerte;
Mirándole, no hay ojos que le vean;
Vil bruto es el que fué príncipe fuerte,
Los suyos como extraños le rodean,
Él no pudiendo al congojoso agravio
Formar la voz ni desatar el labio.
Llevaba el sol al indio la mañana,
Su roja faz tocando el Océano,
Cuando aquella afligida y soberana
Mente desamparó el cuerpo villano.
Ya lo miraba sin rigor Diana;
Tarde se lastimó, dolor fué vano,
Y escondiendo entre nubes su hermosura,
Dió luto al mundo con la noche oscura.

FÁBULA.

La cigarra y la hormiga.

Una hormiga de su hormiguero
Sacaba con alegría
Lo que en el verano habia
Recogido en su granero.
Llegó una cigarra y dijo:
«De aqueso me puedes dar,
Pues no lo puedo ganar,
Que es el invierno prolijo.»
Mas la hormiga con gobierno
La respondió en canto llano:
«Pues cantaste en el verano,
Danza, hermana, en el invierno.»

FIN DE LAS POESÍAS DE DON ANTONIO MIRADEMESCUA.

POESIAS

DE

DON JERONIMO DE CANCER Y VELASCO.

COMPOSICIONES VARIAS.

COPLAS DE PIÉ QUEBRADO.

A una dama, estando herido el poeta de una pedrada que le dieron en la frente unos capeadores.

Contaros quiero esta vez
(Muy sin nota de grosero
En mi fineza)
Que anoche á mas de las diez
Tuve un cierto quebradero
De cabeza.
Yo iba imaginando en vos
(Y aun os llevaba, colijo,
Abrazada);
Y aquí para entre los dos,
Alguno, de envidia, dijo:
«Pedrada.»
Dicho y hecho, al revolver
De una calle á buen compás,
Hétele aquí
Que me salen (á mi ver)
Seis ladrones de los mas
Lindos que vi.
La capa con gran ruido
Me pidió (mudando acera)
Un capeador;
Y yo, al verme acometido,
Si él me dejara, le diera
Un fiador.
Y yo rindiera por Dios
La capa y aun todo el mapa,
Al asombro;
Mas acordéme que vos
Me quisisteis con la capa
En el hombro.
Ella, Clori, me buscaba
Una ocasion donde quiera
Muy reñida;
Que aunque lo disimulaba,
Bien sabia yo que era
Una raida.
Púseme en defensa, haciendo
(Como dicen) del valiente,
Y soy un pollo;
Y uno de ellos, esgrimiendo
Una piedra, hizo mi frente
Su rollo.
Yo os confieso que me vi
Afligido (ya lo veis)
A su abinco;
Que eran los ladrones seis;
Y si son muchos, por mí
Sean cinco.
Y el juicio se me tapa,
Y cuando pienso este daño
Se me agobia;
Que maten por una capa,
Que no saben si es de paño
De Segovia.
Es un notable rigor;
Y aun era razon que hubiese
En esta seta
De pobres un capeador,
Que piadoso defendiese
La bayeta.
Vino gente, y se ausentaron,
Y en cobardía volvieron
La fiereza;
Mas nada de mí llevaron,
Aunque un rato me rompieron
La cabeza.
Trajéronme donde en vano
Desea veros mi aficion
Esta vez;
Que me cura el cirujano,
Por la segunda intencion,
Con gran doblez.
Que alegrarme deseaba,
Me dijo, la frente abierta,
Por sanarme;
Y yo, muy necio, esperaba,
Cuando entrabais por la puerta,
A alegrarme.
Curas hace tan impías
En mí, que hubieran rompido
Un peñasco;
Y el veros en muchos dias,
Ya Clori me lo ha raido
Del casco.
Pero, con todo, vivis
En mi memoria, y estáis
En mi cuidado;
Mas vos mi mal no sentis,
Que en mi frente os paseais
Por lo empedrado.
Pero, aunque pese al doctor,
Muy pronto os he de buscar,
Aunque escarche;
Que soy soldado de amor,
Y sé que me he de alentar
Con el parche.

TERCETOS.

Carta escrita á un amigo suyo.

Don Juan, si del negocio menos grave
Merece que os hurteis, mi pobre pluma
(Que en otro tiempo su humildad no cabe),
Os hará de mi vida (en breve suma)

Una copia fiel y parecida,
Aunque ya vuestro ingenio la presuma.
Mandásteisme que os diese á la partida
De mí y de todo cuenta rigurosa;
Y lo que me mandais no se me olvida.
Mi oficio es el garito, y no otra cosa;
Y á las once me llama este cuidado,
Como la diligencia mas forzosa.
Ocio no vi jamás tan ocupado.
El ministro mas justo y mas estrecho
No acude á todas horas al Senado,
Como yo á esta costumbre, á mi despecho.
¡Oh efectos de un vivir mal repartido!
Quedarse en el afan sin el provecho.
Muchos dirán que vivo entretenido,
Y serán maliciosos ó ignorantes;
Que por huir el ócio desabrido,
Me pusiera á amasar, como Cleántes,
O como el docto Plauto, á hacer pasteles
(A mi rudeza entrambos muy distantes).
La fortuna, don Juan, no ve papeles,
Y por costumbre envejecida ó vicio,
Ciega reparte palmas y laureles.
Serví á un señor; salíme sin oficio;
Mas de alguno dirá que no me ayudo,
Pero no puede ser de sano juicio.
Que pude encaminarme, no lo dudo;
Mas ya el precioso tiempo malogrado,
Nadie vuelve á poder lo que antes pudo.
No veo camino que no esté borrado;
Que este del escribir es tan torcido,
Que el que llega por él á acrecentado,
Por la puerta ha de entrar de entremetido.
Mil veces en mi vana fantasía
Suelo llorar, don Juan, que no he seguido
El norte fiel de una secretaría;
Mas ya en mi edad difícil se me ofrece,
Debiendo ser desde la infancia mia,
Que allí el aumento con los años crece.
No hay santo grande puesto en escritorio;
San Juanito ha de ser, si bien parece.
Si hago de mi vida expurgatorio,
La causa ignoro y los efectos siento;
Gran consuelo es ser todo transitorio.
Mas pasemos á cosas de contento;
Que ya os juzgo, don Juan, muy deseoso
De algun alegre cortesano cuento.
Las noches de este invierno riguroso
Las paso en casa de la Clori, aquella
De vuestra libertad estrago hermoso.
Acuden otras muchas, que con ella
Es poner á la noche con el dia,
Y con el sol mal explicada estrella.
Hacen habilidades á porfía,
Y en esto cada cual lucir procura;
Y Clori no hace nada (y aun no es fria);
Que inhábil vive siempre la hermosura.
Cántase mal, y canta Clori entonces;
No vi desentonar con mas dulzura.
Laura, don Juan, parece hecha de gonces;
Que hace unos movimientos tan extraños,
Que deshicieran mármoles y bronces,
Y todo lo desluce con los años;
En mucha edad no hay gracia que sea buena,
Y aun no bastan con ella desengaños.
Aquí, don Juan, no hay dama que sea ajena,
Y yo el corriente de los otros sigo.
Trátase de cenar, mas no se cena;
Que siempre falta el plato de un amigo.
Lo que mas se tragina es el conceto.
Anoche entró un señor á ser testigo,
Y nuestro gusto se volvió en respeto.
Hizo que le cantasen cuatro tonos;
Estuvo al escuchallos muy inquieto;
Manoseó las damas y dejónos.
Ya reconozco que vuestra ánsia es mucha
Por escuchar de Clori los abonos,
Que un fino amante entre sus dudas lucha.
Ella asiste al festin de mala gana,
Todos la dicen, pero á nadie escucha.
Mas vamos á otra nueva cortesana
(Si es que atendella vuestro amor consiente).
Ya visteis muy envuelto en su sotana
Aquel nuestro vecino pretendiente;
Pues despedidos tuvo los dotores,
Y una plaza le dieron de repente,
Ya de puro cansados, los señores.
¿Qué hay que espantar? Yo estaba el otro dia
Viendo jugar dos bravos paradores,
Y mi barato en verza le tenia,
Y un hombre que pesaba diez quintales
A cuestas se me puso y me molía.
Túvele así dos horas bien cabales,
Y al fin, amigo, le dejé el asiento,
Que tambien hace el ódio liberales.
Aquel mozo andaluz, de cuyo aliento
Se hablaba con alguna indiferencia,
Por no haber extremado el ardimiento,
Tuvo bien ordenada una pendencia;
Ya nadie con aquesto le ocasiona.
Y el que quería hacer dél experiencia,
Le agasaja, le admite ó le perdona:
Mucho importa, á mi ver, andar lucido.
La paz entre la guerra se sazona,
Menos riñe, don Juan, el que ha reñido;
Salió al campo con otro, y solo alabo
El que al campo saliese sin ruido.
Yo vi desafiar á mas de un bravo,
Y gastarse el enojo muy en balde.
Y en estos casos, de admirar no acabo
El mucho esfuerzo de un señor alcalde,
Pues el primero la campaña pisa.
El dia del juicio (y esperalde),
Queriendo Dios, sabrémos el que avisa.
No dudo que impedirlo un duelo pueda,
No siendo del valor culpa precisa;
Pero por el escrúpulo que queda,
En los que no es posible que sea maña,
Será desgracia siempre que suceda.
Ya la amiga viuda no se araña,
Y dispensa el cabello por la toca,
Y al manto se le asoma la pestaña.
A todas horas pide vuestra loca
(Ya me entendeis) la música Menguilla,
Ó sea alhaja rica ó fruta poca.
Pidióme antes de ayer una esterilla,
Que es pasamano ancho de á caballo,
Que un toro troncará desde la silla.
No valgo yo para poder comprallo;
Neguéselo, y pidióme unas lantejas,
Un cucharon, un asador y un rallo.
No os quiero referir, por cosas viejas,
Que guardan todos mucho su dinero,
Sin dejalle asomar ni aun á las rejas;
Que se conspira todo el mundo entero
Contra nuestro monarca soberano;
Que siempre fué delito el ser primero.
¡Oh! ruego á Dios que ya el bifronte Jano
Cierre con suma paz los cien cerrojos,
Que abrió en su templo descompuesta mano,
Y que sin ver los propios campos rojos,
Su generoso carro en quieto alarde,
Le tiren corazones por despojos.
Ya me parece que se os hace tarde,
Tened esta memoria en grande aprecio,
Pues veis mi flojedad, y Dios os guarde,
Y respondedme, amigo, aunque sea récio.

SONETO.

Á Píramo y Tisbe.

El cendal de que Tisbe se despoja,
Píramo advierte y reconoce atento,
Y creyendo por él su fin violento,
Sobre su acero intrépido se arroja.
En brazos ya de la postrer congoja
Vió Tisbe al alma de su pensamiento,
Y por mezclar su aliento con su aliento,
Solo la duda de morir la enoja.
«Espera á quien te adora,» Tisbe clama,
Al penetrarse el pecho enamorado,
Y unieron las dos almas desta suerte.
¡Oh siempre injusto amor! ¿quién no te infama?

Que la deuda á que estabas obligado,
Fué menester cobralla de la muerte.

TERCETOS.

Carta á un amigo suyo, que le encargó que asistiese á una dama que habia dejado en Madrid.

En verso, gran don Luis, he de escribiros
(Si bien con torpe acento, humilde y rudo),
Por ver si puedo un rato divertiros,
Que en un ausente amor mucho lo dudo;
Pero, con todo, que me oigais os ruego,
A tanta ocupacion ó sordo ó mudo.
Di vuestra carta á Lisi, amigo, luego
Que vuestro gusto conocí en la mia;
Y aunque (ya os acordais) era de un pliego,
Así como la abrió, su vieja tia
Conoció que una letra le faltaba;
Que en esto sabe mucha ortografía.
Lisi de cuando en cuando la miraba,
Y como la gobierna su semblante,
Bien detenidamente se alegraba.
¿Cómo puede sufrir un pobre amante
Una tia que, á modo de colegio,
Se puso la sobrina con no obstante,
Por ser tia no mas de privilegio?
Dichoso yo, que desta cárcel dura
Salí quizá con mas que indulto régio.
Mandaisme que vea á Lisi, y es locura
Asistir á la dama de un ausente,
Aunque blasone de la mas segura.
Dejo el peligro, en todos evidente,
Hijo de la ocasion y la belleza,
Mas vivo en el mayor inconveniente.
¡Oh cuánto persuade una belleza!
Ello, amigo, jamás me ha satisfecho
Hacer aqueste modo de fineza,
Que mas se inclina al daño que al provecho;
Y el mayor fundamento es que la dama
La voy á ver, y piensa que la acecho.
Yo no sé cierto con qué mano llama
Á una puerta cerrada, y solicita
Entrarse á una mujer hasta la cama
El que armado de otro la visita.
Si la veo con mucho cumplimiento,
Se cansa la mas fina, y aun se irrita.
Si cortesano despejarme intento,
Una amistad, que en nada me dispensa,
Tambien se infama en el esparcimiento.
No hay cosa en la materia sin ofensa.
Si la regalo, cuando mas la obligo,
Mudando el fin, que la enamoro piensa.
Si la acompaño, dice que la sigo,
Y por cualquiera falso presupuesto,
Basta á descomponerme con mi amigo.
Y es lo peor que no haya nada desto.
Pero en Lisi no corre esta malicia;
Mas, con todo, mil veces os protesto
Que encamineis por otro la noticia,
De vuestra fiel correspondencia amante;
Que temo de su tia la avaricia.
Siempre que veo su infernal semblante,
Me muestra los cien cuellos, uno á uno,
Del dragon que guardaba vigilante
Las manzanas que á Júpiter dió Juno,
Undécima de Hércules fatiga.
Dichoso yo otra vez, que el importuno
Fuero de amor en nada no me obliga,
Y libre de sus leyes me contemplo,
Encarecer la libertad amiga.
Ya suple la pared al claro templo
Del desengaño la cruel cadena,
Que yo ofrecí por voto y será ejemplo.
Ya es indicio fiel la rota entena,
De que vencí del piélago la saña,
Y que el cielo piadoso se serena;
Que á él solo se reserva aquesta hazaña.
No quiero yo apropiarme tanta gloria,
Donde el valor no sirve ni la maña.
Mil veces examino la memoria,
Y solo, como en léjos, me parece
Que me ayudó el contrario á la victoria.
Ya distingo las formas y amanece
El claro sol, á mi discurso ciego,
Que la tiniebla oscura desvanece.
Ya se aumenta mi vida en mi sosiego,
Ya muy puntual me da un recibo
El tiempo de las horas que le entrego.
Dichoso yo, que para todos vivo.
¿Quién el estado escribirá penoso
De un pobre amante (aun con su gusto esquivo)?
Tibio esta el rato que no está celoso.
Y si lo llega á estar, todo le enfada,
Y de mal satisfecho ó de quejoso,
Aborrece lo mismo que le agrada.
Ó llamese (don Luis) muerte una vida
Adonde la inquietud es destemplada
Y la tranquilidad es desabrida.
Ahora entiendo el verse en los umbrales
Del templo que erigió Roma advertida,
A Vénus Livitina, funerales
Aparatos de luto y de tristeza;
Que fué decir en actos desiguales:
Que aquel que se consagra á la belleza,
Olvidado de sí, viviendo muere,
Si no es que por lugar donde tropieza
La juventud, su engaño nos refiere.
Yo me recojo, en fin, casi de dia,
Para que mi familia no me espere,
Que es la que vos sabeis, por dicha mia.
Rezo y ceno tan poco, que atrevido
Suelo desafiar la apoplejía.
Hasta acostarme paso entretenido,
A mi hija celebrándole algun chiste,
De mi mujer contado y añadido.
Solo el que aspira á holgarse vive triste;
No hay placer que á este gusto se le iguale,
Que en la quietud del ánimo consiste.
El sol con nueva luz apenas sale,
Cuando gustosamente me levanto
A buscar con qué el dia se acabale,
Y de las aves acompaño el canto.
Voy á cobrar adonde nadie espera,
Que en la casa de Dios se adquiere cuanto
Para su alivio un pobre considera,
Y yo en su providencia soberana
Un juro tengo en situacion primera.
Sucede el mediodía á la mañana,
Y mi familia, en fin, come gustosa,
Hasta cubrir la línea de la gana.
Entra la tarde, y fáltame otra cosa;
Quiso Dios que el maná solo durase
Un dia, y fué cautela misteriosa;
Porque su pueblo dél no se olvidase.
Pero en mí echa mas cortos los niveles;
Que porque sin pedille nunca pase,
Se acaba mi maná con los manteles;
Mas, con todo, mis horas son felices,
Que tal vez, rotos estos aranceles,
Suele llover el cielo codornices.
Solo el vivir al mal tan inclinado,
Hace mis necios años infelices;
Que todo lo que tengo granjeado
Con esta austeridad y esta clausura,
Es variar personas al pecado.
Pero desde este estado mas segura
Miro la enmienda, porque no embaraza,
En siendo mas de una, la hermosura.
Mas volviendo á mi vida, no hallo traza
De seguir yo por mi senda ninguna
Que salga sin rodeos á la plaza.
Sentada pintó Apéles la fortuna,
Depuestas las insignias inconstantes,
Como gozando de quietud alguna.
¡Válgame Dios, que tantos siglos antes
Fuese mi vida objeto de su vida,
Que previesen sus líneas elegantes!
¡Que la fortuna varia, negra y fea
Habia de hallar en mí descanso firme,
Naciendo para fin de su tarea!
Mas no quiero afligiros ni afligirme;
Ya sabeis que con vos siempre soy fino,
Y á vuestro gusto nunca he de eximirme.
Pues amistad tan grande me previno,

Yo veré á Lisi por mañana y tarde,
Y de vuestra aficion seré asesino;
Y con esto, don Luis, el cielo os guarde.

SONETO.

A una rosa deshojada.

Esa mustia beldad, que enamorado
Tuvo al abril su verde lozanía,
Fragrante joya, que al romper del dia
Sacó la primavera en el tocado;
Substituta del sol, astro esmaltado,
Que igualmente alumbraba y influia,
Y en su verde apacible tiranía,
Por reina se hizo coronar del prado;
A mano descortés, segur villana,
Rinde cuanto esplendor y pompa adquiere,
Pagando como culpa el nacer rosa.
¡Oh! no se fie la belleza humana;
Que es breve flor, que cuando nace muere,
Mucho mas que por frágil, por hermosa.

SÁTIRA.

Que haya novio tan honrado,
Que en aquesta edad escasa
A su familia y su casa
Sustente con un cornado;
Y viéndole descuidado,
Su mujer supla estos ócios,
Y ande en algunos negocios
La vez que se pone el manto,
No me espanto.
Pero que saque la niña,
Con caños y garapiña,
Aqueste y aquel vestido,
Y que crea el tal marido
Que lo hace de su hucha,
Cosa es mucha.
Que ande un galan con vejiga,
Sin valelle su razon,
Y en vez de satisfacion,
La damisela le diga
Que con celos no la obliga;
Y él la presente en sus males
Las causas originales,
Cuando ella le pide un tanto,
No me espanto.
Mas que la dé cuanto tenga,
Y que cuando á verla venga
Le cueste al pobre silbar,
Y no se atreva á llamar
A la puerta si no escucha,
Cosa es mucha.
Que hasta encontrar buena paga,
Muy hazañera y prolija,
Tenga una madre una hija
Doncella hasta que se haga;
Y porque se satisfaga
Todo vecino enemigo,
Siempre la traiga consigo,
Y la pierda el Juéves Santo,
No me espanto.
Mas que la entregue despues
A un muy rico milanés,
Y sea el lance apretado,
Y ella y él hablen cerrado
Al empezar de la lucha,
Cosa es mucha.
Que si gasta una pobreta,
Sin valello la persona,
Sea su casa Ratisbona,
Con una y con otra dieta;
Que tenga la gana quieta
Con menudo aventurero,
Y que al gastar su dinero
Conozca el tanto mas cuanto,
No me espanto.
Pero que si hay un menguado
Que la asista con cuidado,
Diga que no come olla,
Y haga gestos á la polla
Y melindres á la trucha,
Cosa es mucha.
Que salga con mucho adorno
Un soldado fanfarron,
Y que antes de la ocasion
Tome su caballo el torno;
Que esté de guarda en un horno,
Y no se le cueza el pan;
Y en fin, salga de este afan
Como Uchalí de Lepanto,
No me espanto.
Mas que sea tal su maña,
Que luego cuente en España
Que deja á Francia sujeta,
Y le dén una jineta,
Mereciendo una garrucha,
Cosa es mucha.

OTRA.

Enderezáos, Lucía;
Que vais torcida,
Que un viejo, en su edad mas alta,
Solo porque se encariña,
Se case con una niña,
Y ella lleve quince y falta;
Que sin asistir en Malta,
Sea gran cruz de su velado,
Y que le pida al cuitado
Una gala cada dia,
Enderezáos, Lucía.
Que el otro por granjear
Se desvele y se trasnoche,
Y pudiendo andar en coche,
Ande á pié por el lugar;
Que trate su paladar
Aun peor que el de un vecino,
Por dejárselo á un sobrino,
Que apenas se pone chia,
Enderezáos, Lucía.
Que una vieja setentona,
Con una y con otra tacha
(Que del tiempo se emborracha,
Y se pone hecha una mona),
Aderece su persona,
Y se sujete al martirio
De la muda y del colirio,
Para que el mundo se ria,
Enderezáos, Lucía.
Que un amante maltratado,
Que ya la dama dejó,
Por disculpar que volvió
Contra todo lo jurado,
Al amigo y al criado
Diga (porque no lo dude)
Que de lástima la acude,
Y que peca de obra pia,
Enderezáos, Lucía.
Que una moza, por estar
Muy enamorada y loca,
No tenga á qué abrir la boca,
Si no es para bostezar;
Que se deje maltratar,
Y al dalle la bofetada,
Quede en su amor confirmada
Aun mucho mas que solia,
Enderezáos, Lucía.

OTRA.

Ande la rueda, y coz con ella.
La que ayer era fregona,
Ya luciendo en el lugar,
Su cántaro va á llenar
A los caños de Carmona,
Ya tiene escudero y mona,
Y en casa bate moneda,
Ande la rueda.
El que era muy liberal
Cuando era pobre y mal harto,
Ya guarda muy bien su cuarto,
Porque se ve con caudal,

Ya defiende su real,
Y no hay quien entralle pueda,
Ande la rueda.
El otro mozo se inclina
A una vieja que se arruga,
Porque desde que conjuga
Con ella, ya no declina;
Y en la vena de su mina
Oro encuentra, plata y seda,
Ande la rueda.
La dama que aborrecia
Al galan, y muy preciada
Reñia con la criada
Porque la puerta le abria,
Ya le busca todo el dia,
Y en los portales se queda,
Ande la rueda.
El otro pobre estudiante,
Que en ajena librería,
Con tanta bellaquería,
Apenas era pasante,
Ya mudado en un instante,
En la China manda y veda,
Ande la rueda.
La dama que brinca y salta
Al galan del interés,
Si le ve entrar sin el mes,
Luego le cuenta una falta,
Ya todo la sobresalta,
Y la encuentra cariaceda,
Ande la rueda.

DÉCIMA.

A un hombre muy rico, que á nadie quitaba el sombrero.

Murmura el vulgo severo,
A quien nada se le escapa,
Que á todos quitas la capa,
Pero á ninguno el sombrero;
Mas, para no ser grosero,
Obliguete tu interés,
Y haz cuenta, Fabio, que es,
Con riqueza tan extraña,
Tu cabeza Nueva-España;
Descúbrela y sé cortés.

OTRA.

A un amigo suyo que le envió un barril de aceitunas muy malas.

De vuestro infernal pipote
Las aceitunas malinas
Las he puesto en las esquinas
Con su bòj y su cerote.
El modo no os alborote,
Que yo no puedo vencellas;
Y si me aplicó á comellas,
Apenas distingo, amigo,
Si ellas acaban conmigo,
O si yo acabo con ellas.

OTRA.

Enviándole á una dama un poco de lino que le pidió, para que hilase una criada.

Nada que mandais excuso;
Y así, hoy me determino
A enviaros ese lino,
Por ser cosa muy del uso;
Mas yo pecador me acuso
Y sé que por estos yerros,
A mas de quinientos perros
Vuestra moza me ha de dar,
Porque en dándola que hilar,
Ha de echar por esos cerros.

OCTAVAS.

Fábula del Minotauro.

Escollo artificial, que al mar Egeo
Burla tantos embates uno á uno,
Creta feliz se ve, pensil hibleo,
Si no alegre alquería de Neptuno;
Cuna de Jove y puerto á su deseo,
Donde tálamo halló mas oportuno
La robada deidad, que en bruta popa
Fió su nombre y su hermosura, Europa.
En esta pues, donde vertió Amaltea
(Nutriz del mayor Dios) su copia hermosa
(Bellísimo dibujo de su idea),
Siempre fragante y siempre deleitosa;
En cuanto de las ondas se rodea,
Minos impera con su incasta esposa,
Pasife, hija del Sol, que, inobediente,
Se hizo jurar por luz del claro oriente.
Un bruto airoso, cuya piel manchada
Pudo servir de nave á Europa bella,
Toro galan, que honor de la vacada,
Altivo entre los otros se descuella;
Corto de cuello, frente levantada,
Breve de asta y de ceñida huella,
De vista inquieta y de feroz postura;
Que tambien en lo fiero hay hermosura;
Pasife vió, y de humana desmentida,
Rompiendo leyes á naturaleza,
Quedó al deseo irracional vencida,
Infamando su ser y su belleza;
Ya obliga al bruto con la piel mentida,
Ya ejecuta su bárbara torpeza.
¡Oh cuánta ceguedad que le concedo,
Pues halló amor adonde todos miedo!
De aquesta junta fea, union disforme,
Concúbito jamás proporcionado
(Castigo á tanta culpa muy conforme),
Horrible fruto (al tiempo destinado)
El Minotauro fué, mónstruo biforme,
De dos formas distantes fabricado,
Mostrando de Pasife en vituperio,
Que aun pasó mas allá del adulterio.
Minos, en vez de corregir su afrenta,
Minos, en vez de ensangrentar la espada,
Juzgó la fiera por deidad exenta
Y á las humanas leyes preservada;
Y la misma maldad que representa
Hizo su neutra especie venerada;
Que en la gentilidad ciega y sin tino
Era lo mas culpable mas divino.
Susto comun el Minotauro crece,
Tan feroz, tan cruel y tan temido,
Que solo humanos pastos apetece
Contra su medio ser embravecido;
Y el mísero infeliz que se le ofrece,
O muere á su semblante ó su bramido;
Y luego el diente despedaza en vano
Cuanto asegura la terrible mano.
La tierra gime al intratable peso,
Cuando la ofrenda racional deshace;
La cara esconde el sol al grave exceso,
En vez de frágil heno, estragos pace;
Relaja el nervio, desbarata el hueso,
Y aun apenas su rabia satisface;
Y esta cruel apenas nos informa
Si es de la bruta ó de la humana forma.
Cárcel (si templo no) del bruto horrible
El laberinto fué, ciego y confuso,
Cuya fábrica varia, imperceptible,
Artífice ingenioso la dispuso;
Dédalo, que, aspirando á lo imposible,
Alas de tácil cera se compuso,
Con que desvanecido el peso grave,
Gozó en el viento privilegios de ave.
La estanza estaba en calles dividida,
Con tanta confusion, variedad tanta,
Que entre una y otra senda parecida,
Duda suspensa la cobarde planta;
Muévese el paso y busca la salida,
Y solo en el empeño se adelanta;
Así encuentra en su amor, con alma errante,
La libertad un infeliz amante.
Ciego detiene el ignorante curso
El que el obscuro laberinto pisa;
El pié se informa del neutral discurso,
Y aqueste yerra cuanto aquel avisa;
Tal era de las líneas el concurso,
Tal la equivocacion, siempre indecisa;

Hidra fué artificial la estancia horrenda,
Muchas produjo quien cortó una senda.
Sigue una calle la atencion perpleja,
Y á espacio del principio no distante,
Infiel en manos de otro se la deja,
Varia y extraña mas por semejante.
No el paso con las luces se aconseja
(Y aun es lisonja al afligido errante);
Que en este sitio, en que el rigor se indicia,
Lo que confunde mas es la noticia.
El Minotauro aquí, siempre sediento
De humana sangre desigual, se oculta,
Sirviéndole de bárbaro alimento
Esta y aquella juventud adulta.
Humo respira, y con su negro aliento
Entre sombras la luz se dificulta;
Su vista es rayo á injurias encendido,
Que despide la nube del bramido.
Pagaba Aténas (¡lamentable daño!)
A Minos (porque así la guerra cese)
Siete jóvenes bellos cada año,
Los que la varia suerte propusiese,
Para que dellos el vestiglo extraño
Gustoso plato á su rigor hiciese;
Sacrificio inhumano, torpe y feo,
Venganza de la muerte de Androgeo.
Era Teseo jóven valeroso,
Hijo del rey de Aténas, cuyo estado
No le libró del feudo riguroso,
En todos igualmente ejecutado;
Tan galan, tan gallardo y generoso,
Que fué de amor el mas feliz cuidado.
Atento, liberal, altivo y fuerte,
Todo llamaba la contraria suerte.
De los siete que el bárbaro tributo
Dispuso, inevitable fué Teseo,
Sirviendo á Aténas de funesto luto
Solo el semblante de su padre Egeo.
Ya llega á Creta para ser del bruto
Fácil ruina, desigual trofeo;
Ya se presenta á Minos obediente,
Y en su vista á Ariadna un rayo ardiente.
Ariadna, de Minos hija, hermosa,
Idolo de los dioses adorado,
Aun mas que las estrellas imperiosa,
Vió á Teseo, y con pecho lastimado
La llama apenas conoció engañosa;
Porque amor, en piedad disimulado,
Pasó del alma, libre de cautelas,
Las ya casi dormidas centinelas.
Compasion fué primero, que el sosiego
Turbó del alma generosamente;
Reparo fué despues, cuidado luego,
Que él mismo se asegura y se desmiente;
Gustoso prosiguió desasosiego,
Y términos doblando al accidente,
Amor se hizo despues, despues violencia,
Y antes de todo aquesto fué influencia.
No fué Teseo, no, de los primeros
(Porque hasta en el morir hay cortesías)
Que del mónstruo probó los dientes fieros
Entre descompasadas agonías;
Que en sus seis infelices compañeros
Se excusó de la muerte iguales dias.
¡Oh costoso favor, piedad severa!
Que viva aquese de que el otro muera.
De su amor Ariadna convencida,
Al ya feliz Teseo hablar dispone,
Por dalle traza de librar la vida,
De que la suya amante se compone;
Y saliendo á la parte prevenida,
Todo un dia á la noche le propone;
Y al asomar su vista (el sol lo tiñe)
La descuidada sombra se destiñe.
Dícele al jóven cuánto se ha dolido
De su tragedia triste y lastimosa;
Y al decillo, en su rostro enternecido
Abrió la honestidad la primer rosa.
Teseo, en un silencio encarecido,
Agradece piedad tan generosa,
Y cuanto falta á aplausos cortesanos,
Todo resulta en dicha de las manos.
«Esta hebra sutil, que rodeada
Muchas veces en sí, crece y abulta,
Has de llevar (le dijo), y desplegada,
Con ella has de correr la estancia oculta.
Del laberinto en la confusa entrada
(Pues nada en tu valor se dificulta)
Fija la has de dejar, y recogida,
Te informará despues de la salida.
»Breve luz te daré, que ocultar puedas,
Aun recatada de tu propia vista,
Que las neutrales, tímidas veredas
Baste á enseñarte en la cruel conquista;
Armas tambien con que el peligro excedas
Y el fiero Minotauro no resista,
Y un amor,» prosiguió... Mas ya este acento
Se le cogió Teseo del aliento.
Hasta que impidió el dia prevenido
A tan ardiente amor los breves plazos,
Con uno y otro afecto repetido,
Se unieron entre sí con dulces lazos;
Ya supliendo un sentido á otro sentido,
Ya alternando las almas y los brazos;
Porque entre el dulce halago mal seguro,
Hiedra cualquiera fué, cualquiera muro.
Del laberinto, en fin, la tierra sella
Teseo, de valor y amor armado,
Llevando el fácil hilo por estrella,
Que ha de volvelle al puerto deseado.
Siente del mónstruo la violenta huella,
Y espérale con pecho denodado,
Y al verle con especie indiferente,
Bruto quisiera hallarle solamente.
Viénese luego el animal violento
Al jóven, que le aguarda valeroso;
Llamas respira entre el obscuro aliento
Cuando ejecuta el golpe riguroso;
Mas gozando su propio movimiento,
Le sujetó Teseo victorioso;
Y al oculto puñal que le destroza,
Brama fiero tal vez, tal vez solloza.
Al brazo fuerte, aun mas que al duro acero,
El mónstruo desigual quedó sin vida,
Y aquella parte que insultaba fiero
Se vió en su sangre bárbara teñida;
Ya coge el hilo que siguió primero
Teseo, y va buscando la salida,
Temiendo si se quiebra ó no se quiebra
El fácil norte de la débil hebra.
Llega á la puerta, donde ya le aguarda
Ariadna con ánimo constante,
Aunque el prolijo tiempo que se tarda,
Rosas iba tronzando en su semblante;
Pero viendo á su dueño, hace que arda
El rostro en nueva púrpura flamante;
Y temiendo en su padre el ceño airado,
Una nave les dió móvil sagrado.
Ya impelido el bajel del vario Noto,
El profundo archipiélago navega,
Y llevando al destino por piloto,
A Naxos, isla despoblada, llega;
Y allí Teseo en un lugar remoto
A la hermosa Ariadna, de amor ciega,
Dejó burlada, ingrato y fementido:
Sus glorias cante desde aquí el olvido.

JÁCARA.

A un mulato que ajusticiaron.

Cantó de plano el mulato,
Y viendo lo bien que canta,
Luego al instante le dieron
En la capilla una plaza.
Condenáronle á arrastrar,
Y el mulato no lo extraña;
Que siempre suelen llevarse
En los serones las pasas.
Paréceme que le veo
Al repetillo en escarpias,
Señor de horca y cuchillo,
Jurisdicion alta y baja.
Como en público ha de ir,
Ha mandado que le traigan

La ropa blanca con una
Soguilla en las bocas-mangas.
Siempre los sastres le roban;
Que otra vez que hizo una gala,
Para un jubon sin faldillas
Le sacaron muchas varas.
Quiso librarse por niño,
Y era su justicia clara,
Porque le prendieron siendo
Tan niño, que gateaba.
Fué siempre tan inclinado
A andar con la gente honrada,
Que se llegaba de noche
A hombres de buena capa.
Al mas astuto escritorio
Por engaños le sacaba
Los secretos, aunque hubiese
Venido de Salamanca.
Fué jaque, á quien acudió
Tan puntual la Escalanta,
Que solamente sus uñas
No salieron de la marca.
Mató por ella al Mellado
Tan mal de cierta mojada,
Que, á no enterralle de priesa,
Pienso que resucitara.
Ya no quiere mas visitas
Con señores de garnacha;
Que él sale hasta la escalera,
Y ellos no mas que á la sala.

VEJÁMEN QUE DIÓ SIENDO SECRETARIO DE LA ACADEMIA.

Antes de ayer, estando yo en mi casa, aun no bien resuelto á admitir el oficio de secretario, llamó don Juan Velez á mi ventana, y saliendo yo á ella, me dijo á muchas voces: «¡Bueno es, señor don Jerónimo, que le estén rogando á vuesamerced con el oficio de secretario, y que no lo quiera ser! Admítalo, que todos se lo ruegan, y nadie es tan á propósito para este ministerio como vuesamerced; escriba y trabaje, pues Dios le dió buen entendimiento, pena de que se hará un castigo grande con vuesamerced.» Y diciendo esto, me dejó con la palabra en la boca, y se fué, dejándome en poder de mi mujer, que habiendo oido lo que don Juan Velez me decia, embistió conmigo y me dijo: «¿No está cansado de ser pobre? ¿Por qué no acaba de ser secretario, pues Dios le dió entendimiento? Viénesele la fortuna á casa, y no la quiere. ¿No ve que tiene hijos para quien sea? ¿Por qué no acaba de aplicarse? Que su flojedad nos tiene en el estado en que estamos. ¿Es mejor andarse haciendo coplitas?» Y diciendo y haciendo, empezó á quitar trastos de un aposento, diciendo: «Aquí puede tener el escritorio y el despacho mientras nos mudamos á casa mayor; que antes de un año (si Dios quiere, y él es hombre) la tendrémos propria.» Yo empecé á sosegalla, y ella á enfurecerse, sin quererme oir el género de la secretaría; y mohíno con su ignorancia, tomé mi espada y mi capa, y me salí de casa; y al pasar por la de mi zapatero, que vive enfrente, que tambien habia oido lo que don Juan Velez me habia dicho, me dijo: «¡Ah señor don Jerónimo! Sea para bien la secretaria; ahora me parece que será tiempo de pagarme aquellos cuatro pares de zapatos, pues há tanto tiempo que vuesamerced me los debe.» Acabé de desesperarme, y fuime á dar con mi cuerpo, sin saber lo que me hacia, al Prado. Sentéme debajo de un álamo al mismo tiempo que un estudiante gorron andaba paseándose por una de las calles del Prado, tomando muy récio de memoria versos de Virgilio, y mas adelante estaban dos italianos hablando de la grandeza del reino de Nápoles y del gran socorro que habia enviado á su majestad. Yo, que estas cosas las oia sin escuchallas, sin que me sirviesen de embarazo, al ruido de tanta variedad me dormí; porque yo tengo grandísima facilidad en dormirme y en despertar, y lo hago en un abrir y cerrar de ojos. Y como los sueños son ecos monstruosos de las voces de los sucesos del dia, y yo me llevé en la fantasía socorro de Nápoles, versos latinos y toda la Academia castellana, empecé á soñar disparates. Parecióme que me hallaba en un campo dilatadísimo, y junto á mí un hombre, que Dios me le deparó para hablar con él de aquella novedad. Vi que hácia la parte donde yo estaba venia infinito número de gente, como que algun suceso improviso los habia juntado allí en el mismo ejercicio en que estaban; venian caminando con gran fatiga, de los primeros el maestro Felices y don Juan de Veroaga, porque camino del Parnaso tanto anda el cojo como el corcovado. Traian sus arcabuces al hombro, aunque don Juan de Veroaga no sabia cuál era su hombro derecho. Y viéndolos impedidos y de aquella forma, dije entre mí: «Estos dos sin duda deben de ir á algun soto de alguna imágen devota á caza de milagros. Preguntéles qué novedad les obligaba á peregrinar de aquella suerte. Y el maestro Felices me respondió: «¡Cuerpo de Dios, señor don Jerónimo! ¿Ahora se está vuesamerced con esa flema, cuando tienen puesto sitio al Parnaso los poetas latinos y italianos, y el padre Apolo ha enviado á pedir socorro á los poetas castellanos, y han mandado salir las noblezas y las milicias de la poesía? Ande vuesamerced; pues es leal poeta, véngase con nosotros; que esta redondilla podrá ser que le obligue á seguirnos:

»Ande, que en esta jornada
No ha de faltar la comida;
Que lleva bien proveida
La alforja mi camarada.»

Yo los dejé pasar por quedarme á ver lo restante del tumulto que ocupaba el camino; y apenas me dejaron aquellos, cuando se acercaron á mí, envueltos en sudor y polvo, don Antonio Martinez y Luis de Belmonte. Hízome novedad el vellos juntos, y don Antonio Martinez me sacó de esta duda con esta redondilla:

«Con esa duda me enfadas.
¿Quién el vernos extrañó?
Porque siempre hago yo
Con Belmonte las jornadas (1).»

Traia Luis de Belmonte unos calzones muy largos, que casi le llegaban á los tobillos, y díjele que acortase de calzones, porque no le embarazasen al manejo de las armas; y él me respondió: «Es un majadero, y no lo entiende; nada llevo yo tan en favor de la batalla como

(1) *Don Antonio Martinez de Menéses*, autor dramático de aquel tiempo. En las fiestas de la canonizacion de san Ignacio se dió á conocer con treinta versos latinos, que obtuvieron el primer premio, y con una glosa. Segun Monforte, tenia entonces Martinez la edad de catorce años (1622). El premio que obtuvo consistió en un cintillo de oro, de valor de veinte ducados.

Escribió varias comedias; las mas conocidas, *El tercero de su afrenta* y *Los Esforcias de Milan*. Muchas compuso en compañía de Cáncer y otros. (Véase la vida de este.)

Luis de Belmonte Bermúdez, en las veras heróico y en las burlas sazonadísimo, segun Montalvan, escribió tambien muchas, algunas de ellas tan famosas como *El diablo predicador*, que se ha atribuido infundadamente á otros autores. De Belmonte son tambien *El príncipe villano*, *La renegada de Valladolid*, *Casarse sin hablarse*, *Las siete estrellas de Francia*, y otras.

Cáncer alude en el *Vejámen* á la gran amistad que habia entre Martinez y Belmonte. Juntos escribieron varias comedias, como el *Hamete de Toledo*, impresa en la *Primera parte de comedias escogidas de los mejores ingenios de España* (Madrid, 1652).

los calzones largos; y si no, échelo de ver por esta redondilla:

»Confiado en mis calzones,
Me animo mas, y me atrevo;
Que para esta guerra llevo
Un tercio mas de valones.»

Apenas pasaron estos, cuando vi junto á mí al licenciado Lobera, y antes que yo le hablase palabra me dijo: «No extrañe vuesamerced el verme solo, porque nadie sigue el camino que yo sigo.—¿Qué puesto lleva vuesamerced en esta ocasion,» le pregunté? Y él me dijo que iba por espía doble á entrarse entre los poetas italianos y tomar noticias de todos. «Vuesamerced lleva un oficio muy peligroso, le respondí yo, y es imposible que dejen de conocelle y prendelle; y su mayor peligro es su macarronea, y la razon de esto la verá en esta redondilla:

»Con la italiana nacion
Arriesgado le confieso;
Que se la han de armar con queso
En viendo que es macarron.»

Fuése sin hacer caso de mí, y al mesmo punto vi á Alfonso de Batres, echando muchos votos y muchos porvidas, y decia de cuando en cuando: «¿Cercado el Parnaso de poetas latinos? Juro á tal, que es la mayor desvergüenza que se ha hecho en el mundo; ¿cercado el Parnaso de poetas latinos?» Y yo le dije, al emparejar conmigo, que no sintiese tanto estas cosas. Y casi sin mirarme (tal era su coraje), pasó, diciendo esta redondilla:

«Romper quieren los divinos
Fueros, con armas y estruendo;
¿Qué es su intencion? Yo no entiendo
Estos poetas latinos (1).»

Volví la cara, y vi venir á un hombre que se las pelaba por caminar apriesa; traia, á mi parecer, la cabeza colgada de la pretina, y sobre los hombros una calabaza. Parecióme extraño el modo de caminar, y acercándose mas, conocí que era DON FRANCISCO DE ROJAS; que la priesa no le habia dado lugar de ponerse la cabellera, y al pasar junto á mí, le dije:

«La priesa al revés te pinta;
Hombre, para caminar;
Yo siempre he visto llevar
La calabaza en la cinta (2).»

Pasó como un trueno don Francisco de Rojas, y luego vimos junto á nosotros un hombre tan feo, que nos atemorizó; y mi camarada (que hasta entonces no habia hablado palabra) dijo: «¡Válgame Dios, y qué cara tan endemoniada! ¿quién es este hombre tan feroz?—Este es don Juan de Zavaleta, le respondí yo; es excelente poeta, y de los mayores. Ha escrito muy buenas comedias, aunque le sucedió un desman con la de *Aun vive la honra en los muertos*, que fué tan mala; pero esta redondilla dirá el suceso de aquel dia:

«Al suceder la tragedia
Del silbo, si se repara,
Ver su comedia era cara,
Ver su cara era comedia (3).»

Pasó don Juan de Zavaleta, y vimos venir con gran mesura, andando de medio lado, á un hombre. Preguntóme mi camarada quién era, y yo, que ya le habia conocido, le dije: «Este es don Pedro Rosete (4); no está el pobre para caminar mas apriesa, porque está muy enfermo, y há mas de veinte años que lo está de aquel lado.—Ya caigo, dijo mi compañero, en él; ¿no es el que escribió la comedia de *San Isidro* con un tal Cáncer y otro no sé quién es, que tan mala comedia no se ha escrito en los infiernos?—Ese mesmo es, le dije, y Cáncer soy yo; pero esta redondilla os dirá nuestra disculpa:

»Escribimos tres amigos
Una comedia á un autor,
Fué de un santo labrador,
Y echamos por esos trigos.»

Así como pasó este, se nos ofreció don Juan Velez; y apenas le vió mi amigo, cuando dijo: «Grandísima debe de ser la fuerza de este hombre, pues puede con aquellas narices; mucho es que no se le despeguen de la cara con el peso.—Harto lo teme él, le respondí yo, y por eso se las anda sompesando cada instante con los dedos del tabaco.» Y él, que entendió que se hablaba del peso de sus narices, le satisfizo con esta redondilla:

«No se me arrancan del casco,
Como tú lo consideras;
Porque antes son tan ligeras,
Que parecen de damasco (5).»

Seguia á don Juan Velez un eclesiástico y un seglar, y conocí que el eclesiástico era don Blas, y el seglar don Juan Matos. «¿Quién es este licenciado tan cerrado de barba, que ni aun por un resquicio ven la luz sus mejillas? me preguntó mi amigo, y ¿quién es el otro que viene con él?» A que yo le respondí esta copla:

«No te pongas á dudar
Cualquiera dellos quién es;
Que los dos que juntos ves,
Son Matos, y por rozar (6).»

(1) *Alfonso de Batres*, ingenio madrileño. Montalvan dice de él en el *Para todos:* «Alonso de Batres, ingenioso y galante poeta, escribió en octavas un *Panegírico al señor don Manuel Pimentel*, la fábula de *Adónis y Vénus* en una silva, unas *Rimas varias de versos heróicos y burlescos* á diversos asuntos, y una comedia que se intitula *Venganzas hay sin injurias;* y todo con notable espíritu y aceptacion.

(2) *Don Francisco de Rojas y Zorrilla* es el famoso autor de varias comedias no menos famosas, tales como *Garcia del Castañar, El Amo criado, Lo que son mujeres*, etc. Fué natural de Madrid. Montalvan le llama *poeta florido, acertado y galante.*

(3) *Don Juan de Zavaleta*, poeta lírico y dramático, novelista y filósofo. La coleccion de sus obras en prosa se publicó en Madrid, año de 1692. Entre ellas están: *El Dia de fiesta*, y la *Vida del emperador Conmodo.*

Escribió tambien comedias con otros autores, como *La Dama corregidor* con don Sebastian Villaviciosa.

La fealdad extraordinaria de don Juan de Zavaleta fué tambien objeto de la burla de don Francisco de Avellaneda, en el *Certámen poético de la Soledad* (Madrid, 1664). Véanse sus palabras: «Don Juan de Zavaleta, coronista del reino, merced hecha en cortes por lo delgado de su pluma, *con trabajo de su cara*, escribe grandemente *los dias de fiesta.* Anda en busca de un artífice para esculpir su rostro en lámina de bronce.» El padre Isidro, que tal oyó, le arrojó, pendiente de un cordel de una lámpara, un espejo, con aqueste mote:

»El espejo, de *abridor*
Servirá, si se repara,
A don Juan, porque su cara
Nadie *la* ha de hacer peor.»

(4) *Don Pedro Rosete Niño*, autor dramático. Escribió muchas comedias con Cáncer, Matos y otros poetas.

Compuso solo una intitulada *Madrid por dedentro*, en la cual pintaba la vida de los rufianes y otras gentes perdidas. Indignáronse los aludidos, y entrecogieron algunos de ellos al pobre poeta, dándole de palos. Murió de edad avanzada, á lo que entiendo.

(5) *Don Juan Velez*, hijo del famoso Luis, autor de *El Diablo cojuelo* y muchas comedias, escribió varios entremeses, que se publicaron en 1664. Avellaneda, en su *Vejámen*, dice:

«Don Juan Velez de Guevara, hijo del fénix andaluz, y se le conoce en la ceniza de su pelo, arrojando luminarias de calambuco y cinamomo por las mejillas, Mongivelo nevado, hipócrita de nieve la cumbre de su frente, esparce fuego contra los oficiales de su enojo disparado á posta, pide que le mejoren en tercio y quinto de premios, pues sus octavas, hablando de veras, fueron muy alegres, y el romance jocoso, fuera de burlas, fué el mejor. Urban, hecho un rescoldo, le arrojó por tara esta quintilla:

»Del fénix tiene razon
El sucesor, y si vuela,
Para hacerse chicharron,
Lleve, en lugar de canela,
Esa sera de carbon.»

(6) *El licenciado don Juan de Matos Fragoso*, natural de Portugal y caballero del hábito del Cristo, escribió muchas comedias. Véase lo que de él se escribe en el *Vejámen* de Avellaneda:

«Don Juan de Matos Fragoso, caballero infante, del hábito de Cristo, porque no paga montado, y porque para el caballo no tie-

Entre estas y otras, llegamos á dar vista al Monte Parnaso, en cuyas faldas estaba el enemigo muy bien fortificado, y muchísimos poetas castellanos, que, al parecer, debian de haber venido antes que los otros que encontramos por el camino. Habia gran confusion entre ellos, por no tener cabeza á quien obedecer, porque cada uno pensaba que era el mayor, y así, era poquísimo el efecto que hacian en los contrarios. Disparaban los enemigos disticos, que abrasaban á los poetas castellanos. Y estando don Melchor Zapata batiendo una estrada, le dieron con un epigrama latino, de que cayó en el suelo medio muerto, sin saber lo que le habia sucedido. Y viéndole tan maltratado, le dijo el licenciado Villaviciosa esta redondilla:

«Si sana, métase fraile,
Y no ande buscando tamas;
¿Pensó que las epigramas
Eran almendras de baile?»

Y en medio de este peligro, reparé que don Agustin Moreto estaba sentado y revolviendo unos papeles, que, á mi parecer, eran comedias antiquísimas, de quien nadie se acordaba. Estaba diciendo entre sí: «Esta no vale nada. De aquí se puede sacar algo, mudándole algo. Este paso puede aprovechar.» Enojéme de verle con aquella flema cuando todos estaban con las armas en las manos, y díjele que ¿por qué no iba á pelear como los demás? A que me respondió: «Yo peleo aquí mas que ninguno, porque aquí estoy minando al enemigo.—Vuesamerced, le repliqué, me parece que está buscando qué tomar de esas comedias viejas.—Eso mismo (me respondió) me obliga á decir que estoy minando al enemigo; y échelo de ver en esta copla:

»Que estoy minando imagina
Cuando tú de mí te quejas;
Que en estas comedias viejas
He hallado una brava mina.»

Iba entrando el invierno, y enfermaban muchos poetas; y don Juan Matos, viéndose impedido, llegó á pedir licencia para volverse, y dió la causa de su enfermedad en esta copla:

«Con las aguas que llueven
Desde el Parnaso,
Las voces castellanas
Se me han hinchado.»

Deshacíase el ejército por instantes; y preguntándole á don Antonio de Huerta (1) la causa de deshacerse tan lucido ejército de poetas, él dió la razon en esta seguidilla:

«Esta gente es preciso
Que vaya á menos,
Porque en viéndonos muchos,
Nos deshacemos.»

Viendo el poco efecto que haciamos en los enemigos, enviamos en secreto por cincuenta comentadores, que comentasen los poetas latinos y italianos. Y teniendo ellos noticia de este designio, por no dar en manos de quien los comentase mal, levantaron el sitio, y nuestros poetas dieron en ellos, y les quitaron algunas voces latinas, de que los cultos usan. Y yendo yo con grandísima furia á picalle la cola á un italiano, quiso Dios que despertase, y me hallé segunda vez en el prado, y ahora en la Academia; donde confieso que todo lo que no es afirmar que los ingenios que la asisten son los mayores, es sueño; que, á estar yo despierto, todas las que parecen burlas satíricas fueran en mí atentas veneraciones.

ne mas que antojos. Está loco de contento con su cancion, y se conoce en los ramos. Con la espada desnuda intenta guarnecer el viento, tirando puntas al aire. Hecho un paladin, quiere por lo bajo dar un asalto á la torre, porque siendo oficial segundo de la secretaría del Certámen universal, el padre Urban, teniendo tantos habitos en su casa, no le ha dado una encomienda por premio de sus papeles. Urban le arrojó en un naipe, escrita con cardenillo aquesta redondilla:

»Siga tu musa irritada
A Marte por mejor senda,
Y topará la encomienda
En la calle de la Espada.»

(1) *Don Antonio de Huerta*, ingenio madrileño.
Montalvan escribe de él: «Poeta excelente, y que, sin ofensa de cuantos escriben, es hoy de los primeros. Hizo una oracion, dando la obediencia á la santidad de Gregorio XV, que es acto mas lucido é importante que puede hacer un español en Roma. Tuvo por su cuenta en Roma el túmulo y honras de Felipe III el Piadoso. Escribió un papel en tercetos, que dedicó al cardenal Borja, y otro á una dama que se cortó los cabellos por fineza y se los arrojó á un galan suyo. Está acabando una comedia, que intitula *Las Doncellas de Madrid*.»

FIN DE LAS POESÍAS DE DON JERÓNIMO DE CÁNCER Y VELASCO.

POESIAS

DE

DON ANTONIO DE SOLÍS Y RIVADENEYRA.

VARIOS FRAGMENTOS DE POETAS LATINOS, TRADUCIDOS.

CÓMO SE SUELE PORTAR LA MUJER EN EL LUGAR DEL DESCANSO, Y HABLAR CON SU MARIDO.

De Juvenal.

Siempre en su lecho, desvelado, halla
El varon duro campo de batalla
Cuando está en él su esposa;
Y siendo para el sueño, no reposa.
Pesada entonces para su marido,
Con furor encendido,
Pide afectados celos;
Peor que tigre, robados sus hijuelos.
O ya mintiendo el llanto y el gemido,
Pasa lo sospechado por sabido,
O ya mudando el blanco á su mohína,
Los pajes que le asisten abomina,
O ya dando mayor licencia al labio,
Finge y nombra la causa de su agravio;
Y sin que del dolor salgan nacidas,
Las lágrimas se asoman prevenidas;
Que aunque no las expriman los enojos,
En la mansion aguardan de los ojos,
Para cumplir con todo,
No buscando la pena, sino el modo.

EFECTOS DE LA IRA.

De Ovidio (*Ars amandi*).

Inflámase el semblante con la ira;
La sangre denegrida humo respira;
Los ojos, con la mira en sus injurias,
Centellean el fuego de las furias.
¡Oh tú, que á la venganza te despeñas,
Conoce tus afectos por tus señas!

QUIETUD PERPÈTUA DEL VIRTUOSO.

De Horacio.

Si esa esfera cristalina,
Quebrantando su esplendor,
Se cayere, sin pavor
Me cogerá su ruina.

DE OTRO MODO.

Caiga el orbe hecho pedazos;
Que el que vive en su inocencia,
Ceder puede á la ruina,
Pero no puede temerla.

CON LA ELOCUENCIA SE HACE BLANDO EL CORAZON DEL HOMBRE MAS DURO.

De Horacio (*Arte poética*).

A los hombres de duros corazones
Pudo el sagrado Orfeo
Las muertes disuadir con las razones.
Del manjar torpe y del delito feo
Los redujo á concordia y policía;
Del que nació el decir que la armonía
De su lira, su voz y sus canciones
Amansaba los tigres y leones.
Y por la misma accion, al dulce encanto
De la voz de Anfion, atribuyeron
El atraer las piedras, que obedientes,
La muralla de Tébas erigieron,
Siendo entre aquellas gentes
Hazaña fabulosa de su canto
La verdadera gloria de su nombre.
¡Oh corazon del hombre,
Cómo prodigio se trató el llamarte
A la razon! Oh cuánto
Acertó aquel que para retratarte
Puso tu semejanza en que estuvieras
Comparado á los riscos y á las fieras!

CEGUEDAD GRANDE DE LOS JUDÍOS.

De Sedulio.

Dime, pérfido judío,
El discípulo que entró
En el sepulcro, á robar
El cuerpo del Hombre Dios
De las funerales fajas,
¿Cómo el cuerpo desató?
¿Llevarle con el sudario
No pudiera mas veloz?
¿Tanto espacio le dejaban
Su delito y su temor?
¿No conoces que es contraria
Del hurto la detencion?
Pero mal conocerás
Por indicios la razon,
Si de la misma verdad
No conociste la voz.

SUELE EL DOLOR MENOR SONAR MAS.

De Horacio.

En las muertes mas lloradas
Calla el dolor; y verás
Que corren y suenan mas
Las lágrimas alquiladas.
Y es, que en la pena mayor,

O mayor adversidad,
Pide mas que la verdad
La ostentacion del dolor.

LOS VIVOS SUELEN SER ENVIDIADOS; LOS MUERTOS SUELEN SER APLAUDIDOS.

De Ovidio.

¡Oh ingenio humano, siempre desgraciado
Con el siglo presente,
Y solo mas feliz con el pasado!
Si acaso eres feliz; pues solamente
Merecen alabanza
Los que murieron ya; mas los que viven,
Ni encuentran con la fama, en cuanto escriben,
Ni aun se les da el aplauso en esperanza.
Y es, que la envidia envuelve su tormento
Con el oficio del entendimiento;
Y es fiera tan sangrienta,
Que solo de hombres vivos se alimenta.

EXPRESION DE UNA EXORBITANTE CRUELDAD.

De Ovidio.

Llevas á tus oprimidos
Por términos tan violentos,
Que te agradan sus tormentos
Y te ofenden sus gemidos.
Das la herida, y tus enojos
Crecen con la queja tanto,
Que aun te irritas con el llanto,
Porque es la voz de los ojos.
Con menos tirano estilo,
De Faláris el rigor
Dió sus fueros al dolor
En la muerte de Perilo,
Pues tuvo en lo mas cruel
De su agonía mortal,
Una boca de metal,
Que se quejaba por él.

POR QUÉ RAZON ALABA EL TIEMPO DE SU MOCEDAD EL VIEJO.

De Cornelio Gallo.

El tiempo alabas pasado;
Y á mi parecer será
Porque en tu concepto está
El presente despreciado;
Pero con tal presuncion,
Que tus obras solamente
Son en el siglo presente
Dignas de tu aprobacion.

EXPRESION DEL AMOR DE LA PATRIA.

De Ovidio.

No sé con qué dulce anhelo
O atractiva elevacion
Puede mas que la razon
El amor del patrio suelo.
No busques mas congruencias,
Oh bárbaro, si codicias,
Desde Roma y sus delicias,
A Scitia y sus inclemencias.

POR QUÉ ES ODIOSO EL PREGUNTADOR; LAS MALAS PROPIEDADES QUE TIENE, Y LA CAUTELA CON QUE HA DE HABLARSE.

De Horacio.

Mira de quién y con quién
Hablas; que el preguntador
Inquiere como hablador,
Y hace habladores tambien.
Mis avisos te previenen
Que poco en fiarte aciertas
De orejas que, siempre abiertas,
Reciben, mas no retienen.
La palabra, que á formar
Fueres, corrígela atento;
Que no has de hallar instrumento
Con que se pueda borrar.

CÓMO SE PORTA EL SÁBIO EN LA DICHA Y DESDICHA, Y QUIÉN SE DEBE LLAMAR DICHOSO.

Proverbio.

Si de ambas fortunas viste
Los riesgos, verás tambien
Que está el sábio, en mal ó en bien,
Ni alegre asaz, ni asaz triste.
Solamente para tí
Feliz se deba llamar
Quien de sí puede esperar
La dicha de estar en sí.

EL NO ESPERAR ES SUMA DESDICHA.

De Séneca.

Siempre irritas á los hados
Con nunca esperar bonanza,
Porque es la desconfianza
Vicio de los desdichados;
Que en la costumbre importuna
De afligirse y de quejarse,
Aun les pesa de alegrarse,
Si se rie la fortuna.

¿QUÉ MUEVE MAS? LO QUE SE VE QUE LO QUE SE OYE; Y ¿POR QUÉ?

De Horacio.

Aunque la elocuencia insista,
Exagere y persuada,
Cualquiera accion escuchada
Conmueve menos que vista.
O los ojos han nacido
Mas cerca del corazon
O rodea la razon,
Cuando va por el oído.

HA DE LLORAR LA VIUDA SU MARIDO DIFUNTO.

De san Gregorio Nacianceno.

Viuda del dulce esposo,
Llora la tortolilla su quebranto;
Discurre sin reposo,
Búscale con el llanto,
Llámale con la queja,
Gime, y no acaba; llora, y no lo deja.
¡Oh cuánto enseña con lo bien que siente,
O verdaderamente,
Sábia avecilla; pues tu sentimiento
No es razon, y parece entendimiento!

PRIVILEGIOS DE LA BUENA CONCIENCIA Y DE LA VIDA PURA.

De Horacio.

No ha menester defenderse
Con dardos arrojadizos
Quien vive con entereza
Y camina sin delito.
Sólrale el arco y la aljaba,
Con el embrion maligno
De venenadas saetas,
Que añaden malicia al tiro.
O camine por las sirtes
Abrasadas del estío,
O el Cáucaso inhabitable
Penetre con pié sencillo;
O bien pise los horrores
De los formidables riscos,
Que hundoso lame el Hydáspes
Antes de besar el Indo;
Que entre los mayores riesgos
Camina bien defendido
El que va con la inocencia,
Que es virtud sin enemigo.

SILVA BURLESCA.

Hermafrodito y Salmacis.

Hablando con perdon, yo tengo gana
(Vergonzoso lo digo) de hacer versos,
Obscuros no, sí cándidos y tersos;

No á barrancoso pié, sí á pata llana;
Y así, sin mas ni mas, la vena invoco,
Y una vez que me cabe, entrarme á loco.
A Hermafrodito canto; necio empiezo,
Porque este canto es piedra en que tropiezo;
Que todos hacen cantos, y entre tantos
Es cualquiera poeta un echa-cantos.
Y así, sin gargantear, digo que debo
El acordarme deste asunto nuevo
Al gran poeta Ovidio,
A quien, no lo nason, lo culto envidio;
Que dejando el refran, villa por villa,
Nasones por nasones, yo en Castilla.
A Hermafrodito pues, con lindo aliento,
Diré, tomando el pulso á mi instrumento,
Si me inspira; mas ¡qué feliz seria
Si pudiese empezarlo sin Talia!
Que es musa que se usa y no se excusa,
Y siempre en los principios esta musa
Se mete, y es con término perverso,
Pecado original de todo verso.
Pero volviendo al cuento,
Vénus, aquella diosa
Mas bellaca que hermosa,
Que apenas al sol hurta lucimiento
En las mortales pausas del ocaso,
Cuando del cielo, por el campo raso
O el campo terciopelo,
Sale á rondar, y va de cielo en cielo
A ser, con dulces tretas,
Lasciva tentacion de los planetas;
Esta estrella buscona
Tuvo un poco que ver, por sus pecados,
Con el señor Mercurio, gran persona,
A quien Júpiter fia sus cuidados,
Y á quien del reino el peso
Y el gobierno comete
La vez que no le hace su alcahuete;
Accion que tanto á Júpiter obliga,
Que si él en el cielo es el primero,
Mercurio es el segundo, por tercero.
Deste pues, y de aquella,
El uno estrello, si la otra estrella,
Nació Hermafroditico,
Del cielo en un oculto rinconcico,
Porque nadie á Vulcano se lo diga.
Llamóle la comadre,
Con perdon de su padre,
Pintiparada imágen de su abuelo,
Comadrada comun de tierra y cielo.
Faltóle leche á la recien parida,
Y allá en el monte Ida
Se la dió una caterva de Nayades:
Asi lo dice Ovidio; que el muchacho,
Perro de muchas bodas,
Sin duda alguna las mamaba á todas.
Llegó á quince años, Dios, y enhorabuena;
Aquí, señora Vena,
Os incumbe el decir que ya tenia
La voz entre bajon y chirimía,
Y el rostro con amagos de mostacho.
En fin, era el rapaz un pino de oro,
Y á puto el postre, en uno y otro coro,
Le servian las ninfas; mas cansado
De estar siempre enninfado,
Para buscar su vida,
Por esos trigos ó cebadas ciego,
Las que llaman tomó de Villadiego.
Dejemos al garzon, ido de Ida,
Por jugar del vocablo
(Aunque vaya á parar en cas del diablo),
Y vamos paso á paso, ó tranco á tranco
(Que en silva que es, no parque ni florida,
Tanto anda el lector cojo como el manco),
A la region de Caria. Yo quisiera,
Por dar de todo relacion entera,
Saber adónde yace esta señora;
Mas tú puedes, lector, ó tú, lectora,
Que aquí tambien son álguien las mujeres,
Ponerle en la provincia que quisieres,
Y venirte conmigo.
En esta, pues, region, lector amigo,
Habia, como digo de mi cuento,
Una bizarra ninfa entre otras ciento.
Era rubia la tal; porque si fuera
Pelinegra, las otras la pelaran,
O de su calendario la borraran.
Aquí un poeta argentador, de aquellos
Que razonan almibar,
Por los cabellos nos trajera á Tibar,
Para hacer hebras de oro sus cabellos;
Disparate dorado,
Que no hay mujer que el oro eche al trenzado.
Mas yo paso á la frente,
Donde con proporcion, naturaleza
Puso una rebanada de belleza;
Porque haber frente de cristal luciente,
Como quieren algunos,
Es una bobería transparente,
Que pasara peligros importunos
Una y otra poética mollera,
Si los sesos tuvieran vidriera.
Las cejas, sin que el Iris forme quejas,
Pueden hacer cejar á cuantas cejas
De pelo en pecho ha habido
Desde que allá, en la edad de Juan de Mena,
Se usó llamarlas arcos de Cupido,
Ballestazo que tira cualquier vena.
Los ojos (era rubia) serian verdes;
Aquí esperanza, un conceptillo pierdes.
De las mejillas no diré primores,
Por no caer en tentacion de flores.
La nariz, ni avestruza ni aguileña;
Mas aunque sea Roma ó sea Cartago,
Con nariz ni me tiro ni me pago.
La boca, presumiendo de pequeña,
Aunque le cuaje un nácar ó una concha,
Aprieta, muerde, rumia, masca, troncha,
Con dientes, no con perlas; aunque hoy dia
No hay boca que no tenga perlesia.
Los labios son, si yo he de ser su Apéles,
Allá vas, rayo, en cas de los claveles;
Son dos mentiras hácia carmesíes,
Que forman una letra de rubíes,
Y allí, al pié de la letra, una barbilla,
Que de tejas abajo, bien pudiera
Ponerse barba á barba con cualquiera.
El coturnillo, alias la zapatilla,
Con que la tal hollaba,
Si no mintió la ninfa coturnera,
Poco mas de tres puntos ocupaba;
Y así, la dijo un culto,
Destos que hablan á bulto,
Silabizando de sus piés lo breve,
Que pisaba con dáctilos de nieve.
Un puñado de sol es cada mano;
No hay vidas, al menor amago, vivas;
Porque son manos tan ejecutivas,
Que, á verlas, las llamara un escribano
Ejecuciones en marfil trabadas,
Cláusulas cuarentigias plateadas.
En fin, Salmacis toda era una moza,
Como así me lo quiero,
Porque era ninfa para toda broza;
Nunca al venablo le manchó el acero,
Nunca á la aguja le embotó la punta,
Porque la tal ni caza ni pespunta;
Antes con el holgar tan bien se abraza,
Que da tanto al cambray como á la caza.
Siempre andaba, en ivierno ó en verano,
De bosque en bosque, mano sobre mano;
Y un dia estivo en la rosada hora,
Allá voy á parar, abate, aurora;
Una mañana pues, al tiempo y cuando,
Desperezos de luz pestañeando,
A descrepuscular se levantaba,
De cama encordelada á paralelos,
La fábula brillante de los cielos,
Llegó la ninfa hermosa
A la orilla arenosa
Del hijo de una fuente,
A un arroyo tan poco maldiciente,
Que nunca murmuraba;
Donde un risco jayan sin pesadumbre,

Con tener mal de piedra, se orinaba;
Y por la selva amena,
Ya que no mansamente,
Corria mente brava;
Que no es en mansedumbre
Todo arroyo marido;
Y este, aunque está casado
Con la señora Arena,
No sabe ser sufrido,
Pero quizá por eso anda arrastrado.
Aquí pues nuestra Salmacis llegaba,
Cuando nuestro tambien Hermafrodito,
De ida ó de venida,
A este bosque llegó, dicen que andando.
El jóven (como he dicho) era bonito,
La jóvena viciosa,
Y amor, que vió la suya, disparando
Un birotazo, la dejó aturdida.
Quedó, en fin, con empeños de amorosa.
Presto amó; mas ¿qué mucho? Estaba ociosa,
Y el ócio en semejantes ocasiones
Es el *inducas* de las tentaciones.
Morales van los versos, mas no importa;
Que en una silva, á falta de frutales,
No es mucho de admirar que haya morales.
Propuso pues seguirle;
Era mujer, cumplióló;
Y desta suerte comenzó á decirle:
«Señor Garzon, ó como es su gracia,
A fé de ninfa honrada, que es muy lindo;
Métase en un zapato el dios Apolo.
Desde hoy, si en sus ojos hallo gracia,
A esa beldad me rindo;
Téngame desde ahora
Vuesamerced por muy su servidora;
Y porque vamos claros,
Yo estoy de amores loca;
La ocasion es aquí á pedir de boca.
Si en interés repara,
Como usarced me quiera,
Tan bien lo pagaré como cualquiera.»
Adelante pasara;
Mas proseguir no pudo,
Porque el garzon le dijo, muy ceñudo:
«Por cierto, mas valiera
Que el aguja tomara,
Y que de impertinencias se dejara.
No me conoce; que si conociera
Mi honor, mi nombre y partes,
Me ayunara los viérnes y aun los mártes.
Vendrá muy lisonjera
A decirnos que estamos muy hermosos,
Muy bizarros y airosos,
Vendrá á alabar nuestro donaire y gala;
Ya lo sabemos, vaya noramala.»
Esto dijo; mas ella, despreciada,
Casi casi intentó una tarquinada;
Pero él, con mas miedo que vergüenza,
La dijo aquello de «por vida mia,
Se reporte usarced, por cortesía»;
Y temiendo sus términos villanos,
Por piés se le escapó de entre las manos.
Huyó, como muy hombre, de aquel trance,
Y tanto lo medroso le acelera,
Que aun de la vista dudo que le alcance,
Porque la mas aguda solo viera
Que en el aire, calzando cobardías,
Sus piés iban haciendo tropelías,
Y que al largo renglon de la carrera,
Le daba, temeroso de fracasos,
Tantas abreviaturas como pasos.
En fin, sin que al pasar carrera tanta
Tropezase en conceptos de Atalanta,
Le graduó de ave el pensamiento,
Porque probó sus cursos en el viento.
Quedó la ninfa (claro está) ofendida,
Mordiéndose los puños, de corrida;
Y sin decir, detente, ni otra cosa,
Poco á poco le sigue cautelosa,
Proponiendo forzar al rapacillo,
Aunque por resistir se haga un ovillo.
En este bosque entre las densas greñas
De unos árboles, verdes por mas señas,
Un sitio umbroso habia,
Tanto, que apenas sabe lo que es dia;
Y de ver tanta sombra el sol se asombra;
Mas si la viera el sol, no fuera sombra.
Este pedazo de mentido suelo,
Y los piés de sus árboles, los lava,
Con pasapiés de plata, un arroyuelo,
Que, de correr cansado,
En fe de estar mojado,
Preguntando á las flores si sudaba,
En un capaz estanque descansaba.
Aquí pues vió la ninfa á Hermafrodito,
Y intimando á las huellas su delito,
Los pasos deletrea,
Señal de que desea,
Con piés mas liberales que las artes,
Despues de deletrear, juntar las partes.
Llegóse cerca, y tal se recelaba,
Que atajando los pasos al aliento,
Pensó que aun hace ruido el pensamiento;
Mas, porque la intencion no salga en vano,
Se oculta entre un celaje de retamas,
Y dividiendo ramas con la mano,
Por la taza penada de dos ramas,
Dando á un sentido muchas atenciones,
Le bebe con la vista las acciones.
Vió que estaba el muchacho descansando,
Clara señal de que cansado estaba,
Y como el arroyuelo convidaba,
Bañarse intenta por su desventura,
Los brindis aceptando á su frescura.
Nada pues de aquel sitio recelando,
Poco á poco se iba desnudando;
Y al paso que el garzon se desnudaba,
En virtud del viciaco que tenia,
El diablo á ella se le revestia.
Vióle en cueros, en fin, y tan hermosa
La vista fué, que rabia de amorosa;
Mas, segun de lasciva yo la veo,
Aunque fuera muy feo,
Su Cupido en latin desnudo hiciera
Que Cupido en romance pareciera.
Vióle saltar en el estanque luego,
Y deseosa ya de aguar su fuego,
Con tanta prisa se desnuda ella,
Que en sus mismas acciones se atropella;
Y á la plata del agua en un momento,
De un salto muy activa,
Le dió un pedazo mas de plata viva.
Dió voces, á que solo atendió el viento,
Mil veces «que me fuerzan» pronunciando,
Mas ella se llegó chite callando,
Y dejando su gusto satisfecho,
A pesar del rapaz, hizo su hecho.
Aquí diz que pidió con muchas veras
A los dioses que nunca se apartasen,
Y que de aquella suerte se quedasen,
Y aunque con oraciones vocingleras
El jóven lo contrario les suplica,
A ella oyeron, que era una santica;
Y así, quedó el muchacho
Desde entonces mudado en hembrimacho.
Aquí paró su historia desdichada:
Ya la hermafroditada
De mi ingenio has oido,
Lector, ó sé benigno ó salpullido.

ENDECHAS.

A la conversion de san Francisco de Borja, á vista del cadáver de la señora Emperatriz (1).

(Quinto asunto del certámen.—A la devocion, y no al premio.)

Parece que se escuchan
De aquel cadáver yerto
Avisos, que revelan,
Divina Providencia, tus secretos.

(1) Fomperosa y Quintana, en *Los dias sagrados* y *geniales* (1672), al insertar esta cancion, dice:
«Asunto tan majestuoso no pedia pluma menos cortesana que

O nacieron los ojos
Capaces de preceptos,
O tienen voz las sombras,
O se entienden el alma y el silencio.
Miraste, oh gran Francisco,
Y en lo interior del pecho
Lo dócil de tus ojos
Aumentó la elocuencia del objeto.
Esa rara hermosura,
Que con segundo imperio
Robó las atenciones,
Mandando en la razon de los afectos,
Ya formidable, solo
Merece al mas atento
Un horror reverente,
Formado en los desmayos del respeto.
Esa edad floreciente,
Cuyo verdor primero,
Distancias del estío,
Y olvidos afectaba del invierno,
Triunfo es ya de la Parca,
Y triunfo el mas severo;
Pues al morir, parece
Que muere mas quien pierde mas aliento.
La Majestad suprema,
Ídolo en cuyo obsequio
A mas que adoraciones
De medio mundo se fabrica un templo,
Ya es solo una pavesa,
Caduco lucimiento
De exhalacion, que nace
Para desvanecer, resplandeciendo.
Contigo hablan, Francisco,
Esos triunfos del tiempo,
Tirano cauteloso,
Enemigo que huye, y vence huyendo.
Letras hay que declaran
El lenguaje del cielo;
Letras que siempre duran,
Escritas en el polvo postrimero.
Y tú las entendiste,
Tan pronto á su concepto,
Que el mismo desengaño
Adquirió luces en tu entendimiento.
De tu reina el estrago
Te advirtió de tu riesgo;
¡Oh lo que á Dios importas,
Pues tanto te autoriza los ejemplos!
¡Oh lo que tu (abrazando
El divino consejo)
Con sujecion heróica
Le ilustraste tambien los escarmientos!
De un reino que se acaba,
Sacas sed de otro reino;
¿Temer y aspirar sabes?
¡Generosa ambicion, hija del miedo!
Con ardientes fervores,
Allá en tu pensamiento,
De mortales ruinas
Se formó el horizonte de lo eterno.
¡Raro encuentro de causas,
Con sus mismos efectos!
Vida infundió la muerte,
Y se produjo en la ceniza el fuego.
Desprecios de la tierra
Nuevo esplendor te dieron;
Ignacio su enseñanza;
Jesus su Compañía, y Dios su reino.
Desprecios de la tierra,
Que lograste advirtiendo,
Que se formó (y no acaso)
Para los piés del hombre, su elemento.
Príncipes, la memoria
De aquel cadáver régio,
Y de ese altar el culto,
No dan voces á espíritus plebeyos.
Ved cómo pisa el mundo
Sus glorias y sus cetros;
Y ved (si esto no basta)
Cómo venera el mundo sus desprecios.

la de don Antonio Solís... Quien conociere el ingenio de don Antonio, puede preciarse de haber alcanzado un espíritu muy favorecido de las musas, organizando sus versos ó ya las voces heróicas de Virgilio, ya escuchándose en ellos á la lira los números cultos de Horacio, ya esforzándolos de nervio y de sentencia la del cordobés trágico, ya reduciéndose en ellos al mas alto y discreto modo de concebir en nuestra lengua á la dulzura y facilidad de Ovidio; y para decirlo en una palabra, puede gloriarse de haber conocido en uno muchos poetas.»

ENDECHAS.

Sentimientos de un amante que se hallaba empeñado en perder á su dama.

Ahora que la noche,
Con el horror y el sueño,
Los ojos al ocioso,
Y al desvelado roba los objetos;
Ahora que á mis males
Con toda el alma atiendo,
Y en la quietud del mundo
Se perficiona mi desasosiego:
Oh tú, adorada prenda,
Por quien tanto padezco,
Que á tu grande hermosura
Ha querido igualar mi sufrimiento,
Escucha de mis voces
El rumor á lo menos;
Que las voces de un triste
Solo son para estorbos del silencio.
Hoy, bellísima Fílis,
Hoy mis intentos veo
Convertirse en desdichas;
¡Oh nunca un infeliz tuviera intentos!
Hoy te pierdo, y parece
Que al decirlo no encuentro
Aun el aire, que solo
Busca para durar mi desaliento;
Que como con suspiros
Herido, le desecho,
Cuando he de respirarle
Le hallo enojado, y vuelve á entrar violento.
Dicesme que no llore;
Cual si fuera de aquellos
Mi dolor, donde el llanto
Viene á ser diligencia del afecto.
El llanto, bella Fílis,
Que en tu presencia vierto,
Tan sin llamarle sale,
Que hasta que está en los ojos no lo siento,
Y entonces no me alivia;
Antes, como no quiero
Verterle, es otro ahogo
Aquella fuerza con que le detengo.
¿Cómo puede el semblante,
Mi bien, fingir contento,
Si no estorba la muerte
El paso que hay desde el semblante al pecho?
Mil veces suspenderme,
Por quietarme, pretendo;
Y al primero descuido
Se convierte en confuso lo suspenso.
Si fuera mas dichoso,
Si ingrata fueras menos,
Destas inobediencias
Dejaran obligarse tus preceptos.
Pero entre tantas penas,
No es el menor tormento
Ver que puedes contigo
Lo que imaginas que conmigo puedo.
Pues, vive Dios, tirana,
Que es grande mi despecho;
¡Ah, si tú te perdieras,
Para que conocieras lo que pierdo!

SÁTIRA.

A una mujer amiga de muchos, que queria mas al peor y al que menos la queria; cuya madre tenia las mismas mañas, y de mas á mas, la de alcahuela.

Que Flora á un amante ciego
Tierna escuche su pasion,
Por tener tal corazon,
Que se acuita con el ruego;

Que quiera engañarle, y luego
En su misma trampa caya,
Eso vaya.
Pero que tal condicion
Tenga Flora en su bureo,
Que no deseche deseo,
Sea fino, ó sea chanflon;
Y para ella la ocasion
Aun detrás tenga cabello,
Aquí es ello.
Que sea el que mas la anuda,
Mas la aprieta y mas la ciñe,
Fiero, aun cuando no la riñe,
Negro, aun cuando se demuda;
Y tal, que si ella estornuda,
Pensará que le da vaya,
Eso vaya.
Pero que este hombre, que fué
De cuantas hay despreciado,
Mire á Flora con enfado,
Y ella, con rendida fe,
Traiga por yugo un gran pié,
Que él la pone sobre el cuello,
Aquí es ello.
Que no parezca importuna
A aquellos que la atormentan;
Que mil veces se arrepientan
Los que pecaron alguna;
Que no haya quien no haga una,
Y quien haga dos no haya,
Eso vaya.
Mas que el negro, que solapa
Sus culpas, si no las borra,
Sea entre los otros gorra,
Porque, siendo tambien capa,
Si ella se cubre, él la tapa,
Por no correrse de vello,
Aquí es ello.
Que la madre haya querido
Suplir temporales daños,
Y que, á pesar de los años,
Con un colmillo buido,
De tres que se le han caido,
Bruña la una y la otra raya,
Eso vaya.
Mas que, viendo que no es nueva,
Y que la edad la destroza,
Porque no puede ser moza,
Se haya metido á manceba,
Sin tener donde cogello,
Aquí es ello.
Que quiera doña Mayor,
Con su muerta catadura,
Hacernos creer que dura
Hasta la muerte el amor,
Conservando su verdor
Con la humedad de la saya,
Eso vaya.
Pero que, dando á entender
Que ayer dejó los pañales
De nietos, meta oficiales,
Y abuela pretenda ser,
Sin llegar á conocer
La edad que gana con sello,
Aquí es ello.
Que de otras en tercerías
Ocupe su vida luenga,
Y ella sola un tercio tenga
De quinientas compañías,
Y aliente con roncerías
Al soldado, que desmaya,
Eso vaya.
Mas que sus campos concierte,
Y su amada gente rija
Para conquistar su hija,
Como si fuera algun fuerte,
Cuando su vicio es de suerte
Que hizo ya llaga el desuello,
Aquí es ello.

SONETOS.

I.

A la rosa.—Moralidad burlesca.

Viene abril, ¿y qué hace? En dos razones
Viste á un rosal de hojas, que ha tejido,
Y luego toma y dice: «Este vestido
Tiene ojales; pues démosle botones.»
Dáselos, y los rompen á empujones
Las hormillas, que el tiempo ha colorido;
Ascuas hoy, que la púrpura ha encendido,
De los que eran ayer verdes carbones.
Nace la rosa pues, y apenas deja
El boton, cuando un lodo la salpica,
Un viento la sacude, otro la acosa.
Ajala un lindo, huélela una vieja,
Y al fin viene á parar en la botica;
Si esto es ser rosa, el diablo que sea rosa.

II.

A un enano estevado.

Hoy, que en tu *esteva y pequeñez* estrecho
El vuelo de mi pluma vergonzosa,
Atiende (oh Nadie) y dime si eres cosa,
Que dudo si te miro ó te sospecho.
Si dejaste á tu padre satisfecho
De que acertó, al hacerte un cosicosa,
Tu madre sé que anduvo escrupulosa
De verse convencida en un mal hecho.
Pareces obra de la fantasía
Cuando haces de tus piernas tu ventana,
Y entre *la esteva* el cuerpecillo asomas;
Sin duda al escribir tu forma humana
Naturaleza erró la ortografía,
Pues hizo un punto encima de dos comas.

III.

Contra la soledad.

El hombre que del hombre se desvia,
Y los desiertos, Parmeno, apetece,
O entre su misma flema se entorpece,
O se embelesa en su melancolía;
Si allá en tu solitaria fantasía
Menos veloz el tiempo te parece,
Repara bien si el ócio desvanece
Aquello inútil que le sobra al dia.
Cuando en ese hacer nada te contemplo,
Temo si tu retiro es negligencia;
Porque nadie está bien solo consigo;
Que el bueno pierde el fruto del ejemplo,
El sábio es avariento de la ciencia,
Y el malo es delincuente sin testigo.

IV.

A don Pedro de Mendoza.—Escrito en Valencia.

Dejadme, amigo mio, holgar en prosa
De teneros vecino en Alicante;
Por Dios, que es verso, vamos adelante;
Musa mia, no estés tan vergonzosa;
Que, aunque el ser secretario es otra cosa,
Es otra cosa menos rutilante;
Sopla, perra, que falta el consonante,
Y no es todo asistencias de Tortosa.
Seais muy bien venido, y avisadme;
Pero yo me perdí, como un menguado;
¿Dónde estáis, consonantes? Pierdo el juicio.
Esto es ser secretario; perdonadme,
Que me muerdo las uñas demasiado,
Y despues faltarán para el oficio.

V.

Un amante se halló empeñado con decir que queria á dos damas en un mismo tiempo, y les envió este.

Amar á dos, y á entrambas con fineza,
Amor es, y el amor mas entendido;
Que mas firme será contra el olvido,
Si en dos basas estriba su firmeza,

Niñas, si me cortais pieza por pieza,
Hay para entrambas; y pues siempre ha sido
Señal de sujecion darse á partido,
Partidme, y no quebradme, la cabeza.
Amor y ódio, ya en el campo estrecho
Del corazon batallas han tenido,
Juntos en él, aunque entre sí distantes.
Pues si á un tiempo tal vez dentro del pecho
Dos afectos contrarios han cabido,
¿Por qué no han de caber dos semejantes?
Movido de argumentos tan bastantes,
Medio partirme entre vosotras quiero,
Dándome á cada una por entero,
De suerte que por mí pueda decirse:
«Irse y quedarse, y con quedar, partirse (1).»

VI.

Habiéndose hecho á la desgracia de Milan mas de doscientos sonetos en Madrid.

Cielos, ¿despues de tantos años, este?
¡Pobre de mí! Milan amilanada,
Mas que á polvos, á versos apestada;
Que habrá soneto que á la peste apeste.
Aquí de Dios, poetas, turba agreste.
¿No me bastaba estar polvorizada?
Amainad, amainad la sonetada;
Que mal por mal, me quiero mas mi peste.
Piedad, oh peste de segunda mesa;
Menos rigor, que ya de peste pasas,
Y no hay acá san Roques de concetos.
La otra cesó ya, y esta no cesa;
¡Ay de mí, que del fuego dí en las brasas!
Ay de mí, que de peste dí en sonetos!

EPIGRAMAS.

I.

A uno muy flaco.

Por piernas tienes dos hilos:
No sé cómo te sustentan;
Mas son como la verdad,
Que adelgazan y no quiebran.

II.

A una mujer de vida airada.

Esta, viendo que no es nueva,
Y que la edad la destroza,
Como no puede ser *moza*,
Hase metido á manceba.

III.

A una mujer vieja que se componia mucho.

Esta es bella. Sí, por cierto;
Mas debe (nadie se espante)
Los dientes á un elefante
Y los cabellos á un muerto.

IV.

A una mujer muy galanteada.

Galanes y mas galanes
Mudo con mucha presteza;
Mas hágolo por limpieza.

V.

A un envidioso.

Este envidia cuanto ve;
Y tiene mucho porqué.

VI.

A un embustero.

Este desde que ha nacido
No ha sido en verdad cogido.

(1) Así empieza un soneto de Lope.

VII.

A un necio muy grave.

Este, aunque le veis tan grave,
Tan pálido y tan entero,
Es un poco majadero.

VIII.

A un impotente.

Este mozo es impotente,
Y lo fué desde rapaz;
Redondilla, véte en paz,
Y cuéntaselo á tu gente.

IX.

A un enfermo de mal francés.

Tú por tus pasos contados
Te vas á Martin Anton
A tener, entre llagados,
Gran dolor de tus pecados
Sin acto de contricion.

X.

A una dama que escribia con letra muy confusa.

Vos escribis de tal arte,
Niña, tan enrevesado,
Que por respuesta, he trazado
Enviaros á Morante.
Escribid de aquí adelante
Sin nema el billete, que él
Hará el portador fiel;
Pues por mas que un hombre lea,
Cada letra es una oblea
Que cierra vuestro papel.

XI.

A una dama, enviándole un vidrio con agua de santo Domingo.

Ahí va el agua, bebed,
Y obre la fe lo que obrare;
Que si al mal no aprovechare,
Aprovechará á la sed.

XII.

A un cornudo.

Fabio, pues no miras esa
Carga que en tu frente ya
Fija y arraigada está,
Sin duda que no te pesa.
¡Válgate Dios por prudente
Y reportado varon!
Si no has de ver tu armazon,
¿Para qué la traes en frente?

XIII.

Enviando á pedir un coche al marqués de Velada, para llevar al rio unas damas.

Mis musas, á mas andar,
A pedir un coche vienen
Para unas damas que tienen
Gana de echarse á rodar:
Una de ellas se hace amar
Aun de mi propio desgarro;
De vuecelencia me agarro
Para mañana en la noche,
Porque no me coja el coche,
Ya que me ha cogido el carro.

XIV.

Enviando á decir un amigo á un amante en qué estado estaba su amor, respondió con esta.

Mi amor, don Francisco amigo,
Crece, pero á paso lento;
Quiérola mucho, y lo siento
Mucho peor que lo digo.
Ella se pone conmigo,

Que la toma Barrabás;
Pero si apurando vas
En el estado que estamos,
Entrambos lo deseamos,
Y ella disimula mas.

XV.

A una dama, habiendo sabido que eran cuatro sus amantes.

Tres supe ayer que tenias,
Y hoy he sabido otro mas:
Niña, á esta cuenta, tendrás
Mas longanizas que dias.
Las mañas de treinta tias
Amor en tu pecho ha puestó;
Pero, ya que estoy dispuesto
A entrar en tu laberinto,
Pasaré por ser el quinto
Por irme acercando al sexto.

XVI.

Enviando una jácara á una dama, que se la pidió para cantarla.

Esta es, cuadre ó no cuadre,
Esa jácara afamada;
Aunque moza, mas cantada
Que *las tres ánades, madre* (1).
Yo me holgaré como un padre,
Si acaso mi dicha es tanta,
Que tu dulce voz la canta;
Y así, Clori bella, pues
Mis versos te dan los piés,
Dé los pasos tu garganta.

XVII.

A un necio que se componia mucho.

Aunque veis que en componerme
Gasto mi tiempo y mi resto,
Mas simple soy que compuesto.

(1) En mi *Gran diccionario de la lengua española* puse lo siguiente:

«*Cantando las tres ánades, madre.* Segun Covarrubias, se dice del que va caminando alegremente sin sentir el trabajo.

»Tuvo esta frase orígen en cierta coplilla vulgar que empezaba así:

»Tres *ánades, madre,*
Pasan por aquí;
Mal penan á mí.

»Otros autores han usado de esta frase en los términos que siguen:

Y *cantando las tres ánades, madre,*
Dejé á mi hermano y á mi propio padre.»
(Henriquez Gomez, *Siglo pitagórico.*)

«Mando que no me vuelvas aquí
Otra vez.—Harélo así,
Las tres ánades cantando.»
(Calderon, *Con quien vengo vengo.*)

XVIII.

Un culto que se halla confuso porque todos le preguntan: «¿Qué quisisteis decir en eso?» y es tan medido, que nunca dice lo que quiere, pide medio para facilitar lo que escribe.

Si este pobre caballero
Es difícil de explicarse,
Yo le diré de una dama
Que le pegará lo fácil.

XIX.

Un poeta que está preso por ladron, y por haberle cogido abriendo por medio un soneto de Luis Velez de Guevara con una pluma maestra, pide soltura.

¿Es esta culpa tan rara,
Para estar tan apretado?
Vaya al momento en fiado,
Pues es ladron de Guevara.

XX.

Un poeta cómico, que es tan desdichado, que todos le silban, y tan modesto, que no sabe tapar la boca á nadie, pide remedio para que los mosqueteros no escuchen siempre sus comedias con la boca abierta.

Si ellas son buenas y pocas,
Cesarán sus alaridos;
Que el mal está en los oídos,
Aunque les sale á las bocas.

GLOSA CANTABLE DE UN ROMANCE DE GÓNGORA.

Esperando están la rosa
Cuantas contiene un vergel
Flores, hijas de la aurora,
Que anuncian el sol tambien.
Ella, aunque con majestad,
Lánguida se dejó ver,
Quedando, en su desaliento,
Hermosa la palidez.
Todo es ámbar cuanto espira;
Mas ¡ay! no espire, porque
Si se marchita la rosa,
Querrá imitarla el clavel.
¡Oh, lo que tarda la aurora!
Sin duda, mortales, que
Anda desvelado el sol,
Pues duerme al amanecer.
Vén, aurora, vén;
Que de todas las flores
Reina la rosa es;
Vén, vén;
Que si falta la rosa,
Perecerá el vergel.

A la muerte de Montalvan.

Jóven, de la parca atroz
El golpe airado y violento
Pudo extinguirte el aliento,
Mas no usurparte la voz;
Que de la fama veloz
El bronce la ha repetido,
Y halla en el bronce el oido,
Cuando á los vientos la fia,
No sé qué dulce armonía,
Que dura mas que el sonido.

FIN DE LAS POESÍAS DE DON ANTONIO DE SOLÍS Y RIVADENEYRA.

POESIAS

DE

DON FERNANDO DE VALENZUELA.

COMPOSICIONES VARIAS.

ENDECHAS

QUE COMPUSO EN EL PUERTO DE ACAPULCO, DONDE SE EMBARCÓ PARA PASAR Á MANILA, LUGAR DE SU DESTIERRO.

Si mi mal no permite
Dar treguas al tormento,
Remedio es el callar;
Que no tienen los males mas remedio.
Yo soy... pero ¿qué digo?
Yo fuí... ¡qué mal me acuerdo!
Yo he de ser... ¡mal discurro!
Y puesto donde ignoro, ¿qué pretendo?
Otros dirán que soy,
Y alcanzaré por ellos
De lástima la dicha,
Que no pudo alcanzar el valimiento.
Despojado de cuanto
Fué dádiva del tiempo
Me vide en un instante,
Ejecutando en mí justos decretos.
Por grande me envidiaron;
¡Qué dictámen tan necio!
¡Cómo si el ser yo grande
Fuera hacer á los otros mas pequeños!
Conocidas ventajas
Veneré con respeto;
Pero la envidia pudo
Vestir de otras colores mis deseos.
El ser hombre me queda,
Y en todo cuanto pierdo
Antes gano; pues logro
El que ninguno envidie lo que tengo.
Mas es tal mi desdicha,
Que, á no ser el talento
De los cielos alhaja,
Me privaran tambien de entendimiento.
En el mar de la corte
Corrí fortuna, necio,
Porque sin norte fijo
Todas las velas entregué á los vientos.
Estrellas me empeñaron,
Que fijas parecieron,
Y viendo la borrasca,
Sus luces todas me negaron luego.
Golpes de la fortuna
En este frágil leño
Aunque mas le combatan,
Va lastrado el bajel de sufrimiento.
Servir no fué delito
Sin tener luego premio;
Que la virtud premiada
Es de la envidia declarado objeto.
La señal que publica
Mi nobleza, ya veo
Que me queda, y será
Por ser lagarto que me muerde el pecho (1).
Que me dejen la vida
Por piedad no lo creo,
Pues me la dejan solo
Para que siempre viva yo muriendo.
Por voto el que navega
La entena cuelga al templo;
¡Triste del que peligra,
Aun mas que en las borrascas, en el puerto!
Veneraciones sacras
Me sirven de consuelo;
Mas el lugar se queda
Pidiéndole justicia el desempeño.
Las dos porciones mias
Dividen en Toledo;
El alma me dejaron,
Y para extraños climas parte el cuerpo.
¡Ay esposa querida!
No me llores muerto;
Que para mí por pena
No hay dogal, no hay cuchillo ni veneno.
Comisiones han dado
A los cuatro elementos
Para que en mí ejecuten
Cuanto faltó al rigor para lo fiero.
Peregrinando tierras,
Surcando mares negros,
Vientos examinando,
De ardientes climas registrando el fuego;
Del uno al otro polo
Camino, y solo puedo
Extrañar los rigores
Del polo que me mira en este puerto.
Mas ni aquesto me turba,
Porque el noble, á despecho
De villanas injurias,
No se deja vencer de lo grosero.
¿Quién se pudo librar
De las manos del tiempo?
Ejemplos tuve muchos,
Y para muchos serviré de ejemplo.
De todo cuanto pude,
¡Qué poco agora puedo!
Que se deshace fácil
Poder fundado en el poder ajeno.
Si escándalo juzgaron
Mis lucidos empleos,
Apagadas mis luces,
Hoy estudian en mí los escarmientos.

(1) Alude á haber sido el autor degradado de todos sus títulos, conservando solo el hábito de Santiago, que tuvo antes de su valimiento con doña Mariana de Austria.

Pero nada aprovecha
A la ambicion; pues vemos
Que en las mesmas ruinas
Alcázares levantan mas soberbios.
Pirámides de Egipto,
Del Líbano los cedros,
Los unos y los otros
Cenizas y ruinas perecieron.
La inconstante fortuna
En no ser fija ha puesto
Su grandeza, librando
En las mudanzas su mayor trofeo.
Yo no la espero nunca,
Porque constante espero
Triunfar de lo caduco
Y vivir inmortal para lo eterno.

ROMANCE HERÓICO.

A san Juan de Dios.

Si empresa es problemática el asunto
Que hoy del Pirene la eminencia ocupa,
Cuya expresion empeño indisoluble
Fuera á Tagete, oráculo de Etruria;
Muy sutil equilibro es mi desvelo,
Para que en él intrepido presuma
Dos heróes balancear, que solamente
La inmensa ciencia ingénita gradúa.
Mas de un piadoso impulso conducido
Sus triunfos admirables acentúa
Mi fervor, que tocando diferencias,
Sin nivel ó compás el plectro pulsa.
Aquel rayo apostólico es el uno,
Hijo propio del trueno, cuando bruma
Desbarata y disipa fulminante
Las haces ismaeliticas confusas.
Aquel sacro Patron de nuestra Hesperia,
Bélico horror de arábigas conductas,
Que en repetidas lides tantas veces
Sus turbantes turbados puso en fuga.
Otro aquel varon es tan endiosado,
Que de Dios el renombre se vincula,
Cuya suma bondad, como en fiel tipo,
En su piadoso espíritu dibuja;
Aquel Juan, que en batallas interiores,
Que le presentan las leteas furias,
Igualmente de infieles sugestiones
Con excesivo honor y lauro triunfa.
A los dos prodigiosos vencedores
Admiro; mas distintas ambas luchas
De los estados medios y contrarios
Que á mas realce la victoria encumbran.
Glorioso ya el Apóstol en la esfera
Que de todos conflictos asegura,
Destruye hostilidades materiales
De formidantes agarenas luchas.
Pero Juan, transitando la arriesgada
Frágil carrera, si vital, caduca,
Invisibles mas fuertes adversarios
En cuestion acre, pérfida, propulsa;
Medios de gloria, llenos á el Apóstol
Solos de gracia, á Juan miro que ayudan;
El uno nada teme en el combate,
Solo el imaginarlo al otro asusta.
Y entre disparidades tan notorias,
Si entrambos vencimientos se disputan,
El de Juan sobresale en la distancia
Que de desproporcion tanta resulta.
¿Qué enemigo al tropel tenario iguala?
Cuándo tan cruel y horrible se conjura?
Que del ánimo humano mas constante
En terror débil el valor trabuca.
Cuando diversamente en sus asaltos
Con ardid mas nocivo disimula
En disfraz apacible fraudulento
Las letales insidias de su astucia;
Cuando á su bando la porcion humana
Inferior con vil tránsito se muda,
Y en una lid estrecha mas sensible,
Al mas valiente espíritu atribula.
¿Qué visibles batallas harán viso,
Para ser comparadas á esta oculta
Que á lo mas animado sobresalta,
Y en internos combates lo conturba?
De esto sean apoyo soberano
Del campion mas divino las angustias,
Cuando en interior lucha congojado,
Por sus poros sangriento raudal sudas.
El mismo que despues, al ver que osada
Sacrílega caterva le circunda,
Sin fatiga, con sola una palabra,
Dar hace en tierra tanta hebrea turba.
Si de esta diferencia son testigo,
Permitid, santo Apóstol, que atribuya
De vuestro brazo excelso á empresa fácil
El destrozo de infieles tropa bruta.
Y vos, patron insigne de piedades,
Como tal, perdonad mi débil pluma,
Si en argumento á ella semejante
Vuestro mérito, triunfo y valor funda.

FIN DE LAS POESÍAS DE DON FERNANDO DE VALENZUELA.

DEFINICIONES

POÉTICAS, MORALES Y CRISTIANAS

DE

BARTOLOMÉ CAIRASCO DE FIGUEROA [1].

> Tiénese por conveniente adorno la *definicion*, porque propone con tal claridad, y con tal brevedad explica la fuerza y poder de cualquier cosa, que no parece que convino decirse con mas palabras, ni haberse podido decir con mas perspicuidad.
>
> (Fray Luis de Granada, *Retórica.*)

Bartolomé Cairasco de Figueroa, á quien don Nicolás Antonio llama, en su *Biblioteca hispana*, «Honor de las Islas Fortunadas,» nació en la Gran Canaria el año de 1540.—Dedicado al estudio de las bellas letras, sobresalió en ellas, y fué el mejor ornamento de la lengua patria. Las musas le abrieron las puertas de su templo, y lo acogieron con aquel cariño que suelen prodigar á sus mas predilectos alumnos, siendo opinion recibida que á él debió la poesía castellana la introduccion del verso esdrújulo, si bien el P. Valdecebro, en su *Templo de la Fama*, atribuye este honor á un *Betancur*, natural de aquellas mismas islas. Abrazó el estado eclesiástico, y llegó á ser prior y canónigo de la catedral de Canarias, puesto en que acreditó su saber y su apostólico celo.

La principal de sus obras, y la que mas ha hecho memorable su nombre, es la que escribió con el título de *Templo de la Iglesia militante*, ó *Flos Sanctorum*, en octava rima. Imprimióse en tres tomos y cuatro partes. El primer tomo, que comprende la primera y segunda parte, ó sea los meses de enero á junio; y el segundo que abraza la tercera parte, de julio á setiembre, los dedicó á Felipe III; y el último, ó sea la cuarta parte, de octubre á diciembre, á don Francisco Sandoval, duque de Lerma. Comprende la obra sobre quince mil octavas, en que están escritas las vidas de los santos. Para su elogio bastaria decir que, á pesar de la monotonía de tanta cantidad de estrofas de un mismo género, no cansa su lectura; pero tiene otra circunstancia, que la hace mas amena y agradable, y es el feliz pensamiento de suponer que las biografías de los santos las cantan y publican las virtudes, partes ó excelencias en que respectivamente aquellos mas sobresalieron; para lo mérito y sabor del estilo y lo tierno y patético de las siguientes estrofas,» como decia Vargas Ponce, siguiendo á Viera en su *Historia de Canarias:*

¡Llorad, las damas,
Así Dios os vala!
Guillen Peraza
Quedó en la Palma,
La flor marchita
De la su cara.
No eres palma,
Eres retama,
Eres ciprés
De triste rama,
Eres desdicha,
Desdicha mala.

Tus campos rompan
Tristes volcanes;
No vean placeres,
Sino pesares;
Cubran tus flores
Los arenales.
¡Guillen Peraza!
Guillen Peraza!
¿Dó está tu escudo?
Dó está tu lanza?
Todo lo acaba
La mala andanza.

(1) Estas *Definiciones* han sido sacadas de las obras de Bartolomé Cairasco de Figueroa, por mi ilustrado amigo el Sr. D. Luis de Igartuburu, dignísimo bibliotecario de la provincial de Cádiz, quien, deseoso de contribuir por su parte á conservar la fama de aquel ilustre poeta por medio de la Biblioteca de Autores Españoles, ha tenido á bien ceder esta preciosa coleccion, que pensaba haber publicado en un tomo aparte. Del mismo señor es el prólogo que acompaña á las *Definiciones*.

En Canarias hemos tenido ingenios delicadísimos que han honrado las musas españolas. No puedo menos de recordar las sentidas endechas á la muerte de un jóven de los primeros conquistadores de Canarias, «para notar, con la hermosura y propiedad de las imágenes, el

cual se van presentando en el templo militante estas virtudes personificadas. Hace el autor en seguida una elegante descripcion del ornamento, triunfal aparato y cortejo con que cada una se muestra á cantar la vida del santo que le corresponde, y además una *definicion* moral de cada virtud, en diferentes clases de metro. Él mismo explica en su prólogo la causa de esta invencion, diciendo: « Parecióme que poner solas las vidas de los santos era solo sacarlas de prosa en verso, trabajo digno de un ordinario premio; y así, para su ornato anduve buscando las virtudes y partes que mas en ellos resplandecieron, haciendo de cada una un triunfo por la órden y traza que se verá en el discurso de esta historia. »

Estas *Definiciones*, pues, son las que forman la presente coleccion, en que hemos reunido las principales, entresacándolas de la voluminosa obra del esclarecido autor, con lo que creemos hacer un servicio á todas las personas amantes de las glorias literarias de nuestra nacion, de la cual forman una parte muy respetable aquellas famosas y fieles islas, que pueden gloriarse justamente de haber sido cuna de tan insigne ingenio. Creemos, en efecto, haber hecho un servicio en ello, porque, si bien se trata de una obra rarísima ya en nuestros dias, no es probable que nadie emprenda su total reimpresion, así por su gran costo, como por haber tantos otros *Martirologios*, *Flos Sanctorum*, *Historias de santos*, etc.; lo que en este caso quita todo el aliciente que ofrece la reproduccion de obras antiguas cuando son solas en su argumento y objeto; y en tal consideracion, hemos entresacado lo que hay en esta de verdaderamente nuevo y aun único, como son dichas *Definiciones*. Hay en ellas tanta moralidad, tanta exactitud y tanta uncion; abundan de tantas y tan delicadas comparaciones, envuelven tantos sublimes pensamientos, tanta instruccion cristiana, tantos conocimientos y tanta amenidad en los diferentes géneros de su versificacion, que no podrá menos que ser de útil y deleitable entretenimiento su estudio al filósofo, al literato, al orador, al legislador, al poeta, al escritor y á todas las demás clases ilustradas de la sociedad.

Nada decimos de la celebridad que tuvo el autor y su obra, ni reproducimos los elogios que en prosa y verso le prodigaron los ingenios mas eminentes de su siglo; porque queremos por nuestra parte romper esa costumbre de *encomios de prólogo*, cuando los lectores son los que han de formar por sí mismos su juicio.

El nuestro es que Cairasco de Figueroa es uno de los poetas mas distinguidos del siglo XVI; que su *Templo militante* honra sus talentos y su memoria; y que las *Definiciones*, que publicamos, no deben quedar oscurecidas en el olvido con la obra de que forman la parte mas preciosa.

Concluimos con reproducir aquí la inscripcion que aparece bajo el retrato del autor en la edicion de Lisboa del año de 1612, existente en la biblioteca provincial de Cádiz, que tenemos á la vista, y en que se indican los talentos que distinguieron y las prendas que adornaron á este respetable sacerdote. Dice así:

Donni Bartholomei Cairasci de Figueroa: *Insulae Canariae oriundi, nobilis genere: ipsiusque insulae sanctae cathedralis ecclesiae Prioris et emeriti Canonici: Sacrae et humanae doctrinae sapientissimi: Musarumque tubae, et novi hispani saphici (sdrujulos vocant) inventoris: eloquiique oratoris eloquentissimi: Minervae filii: de sanctorum laude praeconis: perpetuae famae, laudis et gloriae dignissimi: ab invido Zoylo ob ingenii claritatem et praestantiam laudati: catholicae fidei amantissimi: haeresis persecutoris acerrimi: virtutis doctoris et stimuli, vera effigies.*»

DEFINICIONES POÉTICAS, MORALES Y CRISTIANAS.

FE.

Es la cristiana Fe virtud suprema,
Un don infuso de la eterna mano
En el entendimiento de los hombres,
Por el cual se da crédito á las cosas
Que á su Iglesia el Señor ha revelado,
Con una certidumbre y un aplauso
Mas firme y cierto que el que da la ciencia,
Puesto que no es tan evidente y claro;
Que siéndolo, no es fe, sino evidencia.
Es fe sustancia de lo que esperamos
Y certidumbre de lo que no vemos;
De la vida del alma es fundamento,
En quien, con obra, estriban las virtudes,
Sin quien se caen las eminentes torres.
Por fe se tiene acá cierta noticia
De las grandezas sobrenaturales,
De humano entendimiento no alcanzadas;
Dar gusto á Dios sin ella es imposible.
La fe consiste en ser todo creido
Sin prueba alguna y argumento humano;
En el creer sus méritos estriban
Lo que á su esposa ha revelado Cristo.
No hay razon natural ni agudo ingenio,
Por mas cendrado y mas sutil que sea,
Que la haga evidente; y no mandara
Creerla Dios, si la razon pudiera
Darla á entender, antes la prueba della
Remitiera al humano entendimiento,
Si á tanto se extendiera en esta vida.
La fe sin obras es fuente sin agua,
Y como el ave ha menester dos alas
Para poder volar, así no basta
Para volar al cielo la fe sola,
Pero son menester obras con ella;
Y así como del árbol la belleza
Consiste en la raiz, así consiste
En la cristiana fe nuestro remedio.

ESPERANZA.

Entre las dulces prendas y despojos,
Carísimas hermanas, que Dios quiso,
En prueba de su amor divino eterno,
Dejar en este mundo á sus amigos,
Una de las que mas al alma importan,
Y la que en sus fatigas la entretiene,
Es la que llaman todos Esperanza.
Muy mal podria el mísero cautivo
En su infelicidad entretenerse,
Si no esperase aquella prenda cara
Que no se compra con tesoro alguno;
Y el que ha perdido la salud preciosa,
En medio de sus ánsias se sustenta
Con sola la esperanza de cobrarla.
El mercader que de las ondas fia
Y del airado viento sus tesoros,
El bélico soldado que se ofrece
Al belicoso trance á cada paso,
Y el otro que por letras ó por armas
Pretende en corte el merecido premio,
El vigilante jóven estudioso,
El solo melancólico poeta,
El cauto labrador, el navegante,
El afligido y el desconsolado,
El pobre, el miserable y todos cuantos
Pretenden algo en esta vida humana,
Si no esperasen conseguir el fruto
De sus trabajos, ánsias y fatigas,
Frívola pretension seria la suya.
Pero subiendo el tono mas de punto,
Los que truecan ciudades por desiertos,
Los varios brocateles por cilicios,
Por triste soledad la alegre corte,
Los que vuelven en lágrimas la risa,
La libre voluntad en obediencia,
Las vírgenes gallardas y hermosas
Que rinden al monástico destierro
La gentileza y juveniles años,
Y todos los que dan de mano al mundo,
Y con valor cristiano al cielo aspiran,
Unos por el camino llano y fácil,
Otros por la difícil y árdua senda,
De todos seria vana la fatiga,
El trabajo perdido y excusado,
Si no tuvieran esperanza firme
De alcanzar la corona de justicia,
Prometida en el dia de la cuenta
De aquel justo Juez á quien se sirve.
Es la esperanza una divina lumbre,
Que alumbra el corazon para que espere
Las divinas promesas que al cristiano,
Al entrar de la fe se le prometen.
Es una confianza en Dios eterno
Y en su divina gracia (precediendo
Las obras) de alcanzar eterna gloria.
Y como la importuna mariposa,
En torno á la candela revolando,
Pierde la vida cuando llega al fuego,
Así aquesta virtud, que siempre vuela
En torno al sumo bien, porque es su objeto,
Al punto mismo que le alcanza muere.
Es de la caridad fuerte castillo,
De las demás virtudes dulce salsa,
Alivio de las penas y trabajos;
Que á cosa cierta todo tiempo es breve.
Y esta certeza puede acá en la tierra
Tener de conquistar el alto cielo
Quien de las otras dos hermanas suyas
Tuviere en dicho y hecho los tesoros.
Es comparada al áncora en las ondas,
Que asegura la nao no dé en tierra;
Es viva imágen del regalo ausente,
Y un entretenimiento del deseo.

CARIDAD.

Es Caridad una virtud infusa
De Dios en la potencia voluntaria,
Por la cual, de los hombres que la tienen,
Sobre todas las cosas dél criadas,
Como objeto beatífico, es amado,
Y el prójimo tambien como ellos mismos.

Es fuente pura de amoroso fuego,
Es madre de la paz y del reposo,
De la sabiduría y de la gloria,
Del angélico estado es un trasunto;
Es semejante á Dios, y Dios es ella.
¿Qué mas puede decirse en su alabanza?
De esta heróica virtud el acto propio
Es voluntariamente amar obrando;
Amar á Dios sobre las cosas todas
Es no quebrar sus santos mandamientos,
Y al prójimo quererle y desearle
Suma felicidad, como á nosotros.
Amar á Dios es acto el mas debido,
Y á su divinidad mas agradable,
De cuantas cosas hacen las criaturas;
El cual amor se paga de contado,
Porque el amor divino trae consigo
Valor y libertad contra los vicios,
Y el mundano las almas tiraniza.
Cumple con solo amar el que está enfermo,
Y el sano y récio debe amar con obras;
Que el no poder, de Dios es admitido,
Y el no querer le desagrada siempre.

HONESTIDAD.

La Honestidad es fuerza inexpugnable,
Que batirla el contrario no se atreve,
Y si el furor le mueve,
Viendo su resistencia, se retira;
Es mudo responder, agudo y breve,
Antes que el atrevido amante hable,
Y un pecho inexorable
Al que de vano amor arde y suspira.
Es un poner en solo Dios la mira;
Un cristiano desden, un santo enojo,
Un descomedimiento soberano,
Un menosprecio casto, un dar de mano
Al lascivo ademan, al ciego antojo
Y al bárbaro despojo;
Es un escudo á prueba, do las flechas
De amor quedan deshechas.
La honestidad es hija de la honra;
La virtud y el valor son sus abuelos;
Recatos y recelos,
Recogimiento y seso sus hermanos;
Muy amiga y parienta de los cielos,
Enemiga mortal de la deshonra;
Por sus hijos la honra
El mismo Dios; que son actos cristianos
Y alta pureza dones de sus manos.
Tiene grande amistad con el desvío,
Y tanta enemistad á inconvenientes,
Que á veces da de mano á sus parientes;
Enfádale el ardor, gusta del frio,
Tiene por desvario
La música, el billete y la ventana,
Y la gala profana;
Y tanto á vanidades vive opuesta,
Cuanto verá muy bien el alma honesta.

PACIENCIA.

Es una de las partes principales
De la filosofía la Paciencia,
Por quien se alcanza en esta vida triste
El premio y galardon de los trabajos.
Con ella tiene fin cualquier hazaña;
Que lo que la razon vencer no pudo,
Lo acaba muchas veces la tardanza.
Es la paciencia una virtud tan alta,
Que sin hierros, sin llamas y sin fieras,
Y sin los instrumentos del martirio,
Alcanza dél la celestial corona.
Es yunque de finísimo diamante,
Do los violentos golpes son en vano.
De la suerte que el oro no resuena,
Siendo herido, como hace el cobre
Y los otros metales, así el alma
Do reina la paciencia no se queja
Ni suena aunque la agravien, murmurando.
Y así como los vanos con palabras
Vanas pregonan sus intentos vanos,
Así los pechos sábios y pacientes
Con palabras prudentes disimulan
Sus quejas, sus agravios, sus pasiones;
Y así como despierta y mueve el hombre
Al perro que le ladra á que le muerda
Si le amenaza ó grita, así el sufrido
Hace callar callando al maldiciente.
A Dios nos encomienda la paciencia,
Templa el furor de rigorosa ira,
Refrena de la lengua el furor libre,
Guarda la dulce paz, gobierna el alma,
Rige la concertada disciplina,
Rompe el bravo furor libidinoso,
La gran violencia del temor reprime,
Quebranta la potencia de los ricos,
Favorece la inopia de los pobres,
De las vírgenes guarda la entereza,
De las viudas el intento casto
Y el individuo amor de los casados;
En las prosperidades hace humildes,
Y en las adversidades animosos;
Da contra las injurias mansedumbre,
Enseña á perdonar el delincuente,
Expugna y vence bravas tentaciones,
Sufre persecuciones y tormentos;
Y en fin, consume y vence los martirios.

VIGILANCIA.

Vigilias santas, santas oraciones,
A pesar de la carne, mundo, infierno,
Dan mate á las horribles tentaciones;
Y así, cuando en el huerto el Verbo eterno,
Sudando sangre, oraba al Padre Santo,
Velar mandó y orar al sacro Terno.
No oyera de los ángeles el canto
La turba pastoril, si no velara,
Ni viera al inmortal con mortal manto.
Vió Jeremías vigilante vara,
Porque el sábio juez entre las gentes
A vara vigilante se compara.
A diez doncellas locas y prudentes
Dios comparó su reino, y estas fueron
(Aunque durmieron todas) diferentes;
Porque las unas tanto se durmieron,
Que del aceite nada se acordaron,
Y á las bodas entrar no merecieron.
Sus lámparas las otras adornaron,
Y á la voz del esposo fueron prestas,
Y por velar y orar con él entraron.
. . . . . .
Es vigilancia un velador cuidado,
Que nunca está durmiendo y siempre vela,
Imitando en el átrio al fuerte armado.
Es una posta, es una centinela,
Que sintiendo llegar al enemigo,
Le mata, ó dando voces le revela.
Es verdadero y ocular testigo
De toda la república del alma,
Y en sus trabajos un perfecto amigo.
No teme la tormenta, ni la calma,
Ni la prosperidad, ni la miseria,
Ni tentacion alguna le desalma;
Porque, fundada en Cristo, que es la feria
De las virtudes, vence la violencia
Del mundo, y de Satan la filateria.
Es vigilancia hija de prudencia,
De la oracion hermana, y madre pia
De la virginidad y de la ciencia.

DISCRECION.

De cuantas cosas el ingenio humano
En este mundo inventa,
De ciencias, de palabras, obras, artes,
La prudencia, que todo lo sustenta
Y en todo tiene mano,
De todo elige las mejores partes,
Poniendo baluartes
De leyes, de preceptos y ordenanzas,
Para que los tesoros escogidos

Estén mas defendidos
Del enemigo tiempo y sus mudanzas,
Y de las asechanzas,
Que lo desdoran todo;
Y esta eleccion de cosas excelentes,
Cada una en su modo,
Se llama Discrecion entre las gentes.
Es discrecion reparo de las penas
Y sal de los manjares;
No puede haber sin ella entero gusto.
Por ella se remedian los azares,
Y están las hojas llenas
De lo que escribe el corazon augusto.
El celo santo y justo
Y todas las acciones virtuosas
Llegan por ella á su perfecta cumbre.
Ella es el norte y lumbre
En las mundanas olas procelosas;
Por ella cuantas cosas
El hombre dice y hace
Tienen valor y espíritu, y sin ella
Ninguna satisface,
Porque sin discrecion ninguna es bella.
Es de prudencia regalada hija,
Nieta de entendimiento
Y biznieta del alma levantada,
Madre del peregrino pensamiento,
Que alegra y regocija
Y á todo su linaje ilustre agrada;
Consorte regalada
Del elevado espíritu encendido,
Hermana del estudio cuidadoso;
Del tiempo virtuoso
Amiga, y enemiga del perdido
Y del ingrato olvido;
Es agradable prima
De habilidad, ingenio y ejercicio,
Y tal, que Dios estima
De su raro valor cualquier servicio.

FELICIDAD.

No es la Felicidad el gran linaje,
Ni ser un personaje valeroso;
No el ánimo orgulloso ó valentía,
Ni está en la gallardía y gentileza,
Ni el ídolo belleza se le iguala;
No es el donaire, gala y apostura;
No fuerza, no ventura ó gloria vana,
Ni discrecion humana; no es el oro,
Ni la salud, tesoro incomparable;
No el ser al mundo amable, no la ciencia,
Ni la alta preeminencia, ni el oficio;
No el ingenio, artificio, ni el ditado;
No es el tranquilo estado ó la bonanza,
Ni la ufana privanza de los reyes;
No el entender las leyes ni las artes,
Ni ganar estandartes de enemigos;
No multitud de amigos y parientes,
No casas eminentes y jardines,
No comer con clarines ó trompetas,
Ni elogios de poetas, ni favores
De los grandes señores de la tierra;
En nada desto encierra su alto nombre
Felicidad, y el hombre que imagina
Tenerla, desatina, digo en estas
Calidades propuestas, y otras tales,
Que estiman los mortales en el mundo.
¿Sabes en qué me fundo? *Que se funda*
Felicidad jocunda en el servicio
De Dios: este es el quicio donde anda.
Quien bien le sirve, manda, reina, y puede
Decir que le concede el Rey de gloria
Felicidad notoria. . . . . .
. . . . . .
Felicidad cristiana en este suelo
(Dejemos la del cielo eterna gloria)
Es una gran victoria contra todos
Los vicios, que con modos diferentes
Los firmes penitentes inquietan;
Es paz, do se quietan y descansan
Las almas, y se amansan las bravezas
De mundanas tristezas y fatigas;
Es manojo de espigas sazonadas,
Do asisten hermanadas y uniformes,
Y en un amor conformes, las virtudes;
Es mar sin inquietudes ni mudanzas,
Do el aire y las bonanzas son del cielo,
Sin mundano recelo y cobardía;
Es pena en alegría y risa en llanto,
Sanidad en quebranto, vida en muerte,
En lo flaco lo fuerte, en males bienes,
Regalos en desdenes, paz en guerra,
Es cielo acá en la tierra; y finalmente,
Un retrato evidente de la gloria
Por la quietud notoria de su estado.

ORACION.

La sagrada Oracion es ave aligera,
Que penetrando círculos esféricos,
La presenta Miguel al Unigénito,
Y él á su Padre ingénito.
Es de dos filos bravos y coléricos
Fulgente espada bélica, flamígera,
Que con fuerza beligera
De los pecados rompe el fuerte vínculo.
Es mayorazgo y vínculo
Impuesto en la palabra y nombre altísimo
Del Verbo sacratísimo,
Que no puede faltar; es un diálogo
Con Dios, por quien nos pone en su catálogo;
Es un gran abogado, un gran astrólogo,
Un grandísimo lógico y dialéctico,
Un famoso discreto y gran retórico,
Un verdadero histórico,
Un músico gentil, gran aritmético,
Un gran jurisconsulto, un gran teólogo,
Y un elegante prólogo
Del libro de la vida; es un solícito;
Tercero, en lo que es lícito,
Con el supremo Rey, es un viático,
Que al peregrino errático
Retira á diestra y le conforta el ánimo,
Haciéndole magnífico y magnánimo.
Frenar el curso del raudal horrísono,
Los montes transferir, mudar los árboles,
Hacer parar el sol allá en su eclíptica,
De rústica, política
Volver el alma, y ablandar los mármoles,
Puede de la oracion el son dulcísono,
Y como tan altísono,
Sanar los espumantes energúmenos,
Y aun en los catecúmenos
Se ha visto obrar milagros celebérrimos;
Y en fin, á los miserrimos,
Tristes y presos en oscuras cárceles,
La oracion por alivio suele dárseles.

OTRA DIFINICION.

Es la Oracion solícito tercero,
Que concierta los pleitos mas insanos;
Es carta de favor, fiel mensajero,
Refugio, sombra, albergue de cristianos,
Dádiva que reprime al juez severo,
Cuerda que liga las divinas manos,
Música de admirable punto y letra,
Que al mismo Dios el corazon penetra.
Es un rayo que va del suelo al cielo,
Neblí que en lo mas alto hace presa,
Calor que de las almas quita el hielo,
Manjar sabroso de la empírea mesa;
De los desconsolados es consuelo,
Rio caudal que rompe la represa
Que en la misericordia hizo el pecado,
Y en fin, es un retórico abogado.

VERDAD.

Dos damas de valor y humor contrario,
Una muy fea y otra muy hermosa,
Asisten en las cortes de ordinario.
La una está encogida y vergonzosa,

De muchos abatida y despreciada,
Con ser ilustre, bella y generosa.
La otra es admitida y requestada,
Y á los mas principales agradable,
Con ser traidora, fea y desgraciada.
De la primera apenas hay quien hable,
Y apenas quien olvide á la segunda.
¡Oh condicion del mundo miserable!
Rompiendo el alma augusta la coyunda
Que la tiene ligada y oprimida,
Verá quién es Verdad y en qué se funda.
Verá quién es lisonja fementida,
Su fealdad, locura y devaneo,
Quedando entonces tarde arrepentida.
. . . . . .
Es la verdad un sol, que aunque cubierto
Algun espacio esté de nube oscura,
La vence al fin y queda descubierto.
Es encendida luz, que al alma pura
Regala, alumbra, adiestra y favorece
En cualquiera tormenta y desventura.
Y como la semilla no parece
Por algun tiempo, y la sazon llegada,
El campo de esmeraldas se enriquece;
Así, aunque la verdad esté encerrada,
Sale á pesar del mismo que la encubre,
Y muestra su belleza inusitada.
Dos meses antes que comience octubre
Huyen del mundo las hermosas flores,
Hasta que abril ó mayo las descubre.
Los que pasais fatigas y temores
Y penas sin razon, tened paciencia;
Que la verdad al fin aclara errores.
Y porque en breve y última sentencia
Dejemos la verdad bien definida,
Conforme á su valor, beldad y esencia,
Verdad es Dios, y en él ella se anida,
Y el mismo Dios lo firma de su nombre,
Diciendo que es verdad camino y vida.

CONSTANCIA.

Parte de fortaleza es la Constancia,
Entre mudanza y pertinacia medio,
Y una estabilidad de ánimo firme,
Que nunca de su intento se desvia;
La general se entiende en las virtudes,
Y la especial en las adversidades.
El firme corazon, que no se muda
Con la fortuna próspera ni adversa,
Merece bien el nombre de constante,
Y es como el gran peñasco levantado
En medio de la mar, donde las ondas,
Que pretenden romperle, quedan rotas;
Es don maravilloso la constancia,
Por ser la vida de inconstancias llena,
Y es tan alta virtud, que casi pone
En un estado angélico á los hombres.
Es de la eternidad vivo retrato,
Es una fortaleza, cuyo alcaide
No se sabe rendir; es un escudo
Contra los golpes de fortuna airada;
Y en fin, el que la tiene es como el dado,
Que de cualquiera parte que cayere,
Queda constante, firme y sin mudarse.

NOBLEZA.

Es la Nobleza herencia generosa,
Que su principio y fuente
Fué algun heróico memorable hecho,
Privilegio y mejora venturosa,
Dada por accidente,
Aunque despues sucede por derecho,
Porque á todos ha hecho
Naturaleza iguales; mas la suerte,
El brio, el brazo fuerte,
Letras, virtud, y la real potencia
Hacen esta excepcion y diferencia.
Lo poco que merece manifiesta
Quien busca en los pasados
El valor que le falta ó valentía,
Y es como el que se adorna en una fiesta
De vestidos prestados,
Y al fin los vuelve y queda cual solia.
Quien tiene hidalguía
Muéstrelo en obras, y el que no la tiene
Obre como conviene,
Pues arguye mas ánimo y grandeza
Dar principio que fin á la nobleza.
No basta que un arroyo salga puro
De fuente saludable,
Si está despues inmundo y turbulento;
Quien su linaje claro vuelve oscuro
Es como el miserable
Que muere, siendo rico, de avariento.
Quien es de vil cimiento
No es mucho sea villano; mas el noble
Merece pena doble,
Porque naciendo libre y generoso,
A su principio y sangre es alevoso.
¡Oh cándida nobleza! Tú levantas
En ambos hemisferios
Los templos, edificios y blasones;
Tú calificas en el mundo y plantas
Los reinos, los imperios
Y mandas los ilustres corazones;
Los célebres varones
Por tí lo son, por tí la libre fama
Por el orbe derrama,
A pesar del olvido, heróicos hechos,
Que se forjaron en gallardos pechos.
Otra nobleza de mas alto punto
Tenemos entre manos,
De las ilustres almas virtuosas;
Es menester del cielo el contrapunto
Sobre los cantos llanos
De virtudes heróicas y famosas.
Las armas gloriosas
Que tienen en su escudo diamantino
Son del Verbo divino,
Que da á los suyos el blason hidalgo,
Por ser alcalde de los hijosdalgo.
No se concede aquí la ejecutoria
Por ajenos despojos,
Sino por buenas obras personales,
Y ha de ganarse en lid contradictoria
Del mundo y sus antojos
Y de los otros dos grandes fiscales.
Las partes principales
De merecerla son la penitencia,
Humildad, inocencia,
Y de Cristo el favor es sobre todo,
Que, siendo suyo, es nuestro en cierto modo.

BONANZA.

Es la Bonanza en este mar del mundo,
Lleno de engaños en tormenta y calma,
Una quietud altísima del alma.
Es entre los clamores y los gritos
De la perpétua guerra desta vida
Un blando sueño con que Dios convida.
El que ha llegado á la difícil cumbre
De la virtud, que poca gente alcanza,
Podrá decir que goza de bonanza.
No se halla en las cortes de los reyes,
No en la riqueza, no en la hermosura,
Ni en cuanto acá promete la ventura.
No la busque ninguno entre regalos,
No la espere quien anda entre los vicios
Ni quien del mundo aspira á los oficios.
No por favor se alcanza ó por dinero,
Sino por propios méritos en gracia,
Que cuanto el mundo da, todo es falacia;
Ha de sufrir primero graves penas
Quien pretende gozar de su privanza;
Que tras tormenta en fin viene bonanza.
Entró pues la bonanza en una nave
. . . . . .
. . . . . .
Las gabias son los *altos pensamientos;*
Y la bandera al aire tremolando,
Es la *oracion*, que al aire va volando.
Es el timon la *fe*, que la encamina,

La *caridad* la aguja, que la eleva,
La vela la *esperanza*, que la lleva,
Los marineros son *buenos deseos*,
Las *obras virtuosas* los cañones,
Que vencen en el mar las tentaciones;
Forman la *cruz* los árboles y entenas,
Y viéndola de léjos los corsarios,
Huyen con gran temor los temerarios;
Las áncoras y amarras son *virtudes*,
La proa va buscando el *bien supremo*,
La popa contemplando el *fin extremo*.

RESISTENCIA.

Es acto de valor la Resistencia,
Del noble pecho es inviolable muro,
Escudo á las saetas enemigas,
Al bélico furor fuerte seguro,
Hija de honor, hermana de paciencia,
Reparo á las tormentas y fatigas;
Son sus grandes amigas
Constancia y fortaleza,
Valentía y nobleza,
Y la mayor de todas sus acciones
Es saber resistir las tentaciones;
Que cuanto el enemigo es mas potente
Y trae mas municiones,
Tanto el que le resiste es mas valiente.
A la furia otomana y su braveza
Hizo famosa resistencia Malta,
Y á los romanos la inmortal Sagunto;
Mas la de san Antonio fué mas alta,
Que resistió la bárbara fiereza
De todo el escuadron tartáreo junto.
Por ella está en su punto
La autoridad cristiana,
Y con ella se gana
Victoria del asalto mas horrendo,
Y della teme el belicoso estruendo;
Mas el que no resiste, de cobarde,
Ni en la tierra viviendo,
Ni despues en el cielo, premio aguarde.

FRATERNIDAD.

Fraternidad cristiana
Es arpa bien tañida,
Do estan las cuerdas todas afinadas;
Es hueste soberana,
Que siempre apercibida,
Descubre las hileras ordenadas;
De flores variadas
Y de colores vivas
Precioso ramillete,
Y en el monte Olivete
Un bosque de fructíferas olivas,
Paraíso terreno
Y olor del campo, de fragancia lleno.
¡Cuán bueno y cuán jocundo,
Dice el real Profeta,
Es habitar en uno los hermanos!
Un Dios hay solo, un mundo,
Solo una ley perfeta,
Un baustismo, una Iglesia de cristianos.
De multitud de granos
Consta la blanca espiga
Y la roja granada,
Y á los ojos agrada
Del racimo en la vid la estrecha liga,
Y por breve sumario,
Nos dice Cristo que uno es necesario.
República felice
Podrá llamarse aquella
Que está en union cristiana, en paz y en órden,
Y al contrario, infelice
La triste que sin ella
Se rinde á enemistad, furor, desórden;
Mas para que se acorden
Acérquense las almas
A la Unidad eterna,
Que todo lo gobierna,
Y alcanzarán inmarcesibles palmas,
Pues sube mas de punto
Lo que de su principio está mas junto.
La Trinidad es una,
Una su omnipotencia,
Uno su ser, divinidad, sustancia,
Y de suerte se aduna
En su divina esencia,
Que es uniforme eterna consonancia.
No demos disonancia,
Sigamos su bandera
Sus hijos los cristianos,
Y de su hijo hermano
Hermanándonos siempre de manera
En escuadron tan fuerte,
Que triunfemos del mundo y de la muerte.

MAGNANIMIDAD.

La Magnanimidad, cuya grandeza,
Cuyo valor y alteza es tan subida,
Que no hay en esta vida otra mas alta,
Una mínima falta la disgusta,
Como quien solo gusta de proezas;
Acomete extrañezas no pensadas
Y sufre desgraciadas ocasiones;
En grandes corazones se alimenta,
En bonanza y tormenta siempre es una;
La próspera fortuna ni la adversa
Jamás hacen diversa su beldad.
Pusilanimidad y eleccion vana,
Vicios de gente insana, descompuesta,
Son los extremos desta gran señora.
El hombre que atesora tal riqueza
No acomete vileza, antes las cosas
Arduas, dificultosas, busca y ama,
Y las bajas desama; en dar descansa,
Y en recibir se cansa; á nadie ruega,
Puesto que nunca niega ruego alguno;
Tiene por importuno el tiempo ocioso,
Es grato y generoso adonde quiera,
Tardío y grave, fuera de altos hechos;
Y porque no es de pechos valerosos
Mostrarse temerosos, es quien digo
Manifiesto enemigo, amigo claro;
Jamás se muestra avaro; es verdadero
En sus dichos y entero en los sucesos,
Trata con pocos, y esos semejantes;
Disgusta de ignorantes; no se admira
De nada, ni se aira fácilmente;
No dice mal de ausente, ni fatiga
Le da que dél se diga. No se acuerda
Del mal pasado; pierda ó gane, un mismo
Ser muestra en el abismo y en la cumbre;
Siempre en su pecho hay lumbre manifiesta.
Del magnánimo aquestas son las partes,
Los ricos estandartes y alta pompa.

ALEGRÍA CRISTIANA.

La Cristiana Alegría es argumento
De la quietud, pureza y paz del alma;
Y como de haber fuego es claro indicio
Ver levantado el humo vaporoso,
Así do el regocijo santo asiste
Es clara muestra de conciencia limpia,
Llena de caridad, fe y esperanza;
Es flor que de los árboles hermosos,
Plantados al discurso de las aguas,
Promete dulce y soberano fruto;
Y es fruto de las almas que plantadas
Están á la corriente de la gracia;
Es gracia, al parecer, que anuncia gloria,
Y gloria disfrazada en húmil tierra,
Y tierra convertida en puro cielo.
Y no entendais que á la tristeza santa
Esta santa alegría contradice,
Antes son tan conformes, tan hermanas,
Que apenas hallaréis una sin otra;
Porque las dulces lágrimas vertidas
Del corazon contrito y humillado
Son causa de alegría al alma bella,
Y esta misma alegría da á los ojos

Con recíproco amor lágrimas dulces;
Procura esta alegría, alma cristiana,
Y deja la del mundo, que es locura.

EMULACION.

La santa Emulacion es confianza
De viva fe contra mortal perfidia,
Por quien de la virtud el fin se alcanza.
Es una santa generosa envidia,
Que las almas do viene las mejora,
Y siempre por ganar vitoria lidia.
Es un decir *plus ultra* á cada hora
Y es un poner por obra aquel consejo:
Charismata emulamini meliora.
A los ojos del alma es claro espejo,
Do virtudes heróicas ve y desea
De entrambos Testamentos, Nuevo y Viejo.
Es un correr el palio, una pelea,
Celosa competencia sobre amores,
Que cuanto mas fatiga, mas recrea.
Es una purga que remueve humores,
Y provoca los malos á ser buenos,
Y á los buenos incita á ser mejores.
Es santo codiciar bienes ajenos,
Poner la mira á mas heróica empresa,
Trocando siempre por lo mas lo menos.

GRATITUD.

Cuando su fama un príncipe desdora
Dando á la ingratitud acogimiento,
Tanto con su contraria se decora.
Fué de Luzbel tan bárbaro el intento,
Que, en vez de agradecer á Dios mil bienes,
Se le quiso igualar en el asiento.
Y Dios es tal en perdonar desdenes,
Que al alma, por un jarro de agua fria,
Promete el cielo, y se le da en rehenes.
Y la Reina Santísima María,
El ser agradecida estima en tanto,
Como lo dió á entender en este dia.
Por un servicio que le hizo un santo (1)
En defender su virginal pureza,
Bajó del cielo á darle un rico manto;
Y él, por mostrarse grato á su grandeza,
Gastó, en servirla, de la vida el resto,
Echando el de su heróica fortaleza.
. . . . . .
La Gratitud es una fuente viva,
Que da el conocimiento á borbollones
Y de las buenas obras se deriva.
Habita en liberales corazones
Y nobles pensamientos, y consiste
En manifiestos actos y razones.
Es un buen pagador, que no resiste;
Mas paga antes del plazo, y si algo debe,
Y no puede pagarlo, vive triste.
Es un licor que de los cielos llueve,
Y solamente cae sobre los buenos,
Cual sobre montes altos blanca nieve.

SUAVIDAD.

La santa Suavidad es un efecto
Que en lo interior del alma tiene orígen,
Y sale por los ojos y los labios.
Los que enseñan el bien, y el mal corrigen,
Si juntamente con el blando aspecto
Y suave lengua son justos y sábios,
No hay olores arábios
De místicos ungüentos
Que así los sentimientos
Cautiven como aquestas calidades;
El intelecto y libres voluntades,
Por ser cual piedra iman, que al verdadero
Norte de las verdades
Atraen humilde el corazon de acero.
Es suavidad un canto de sirena,
No de las que dan muerte, sino vida,
Vihuela bien templada en diestra mano;
Es una primavera enriquecida
De olores varios, y de flores llena,
Para regalo y gusto del cristiano;
Es manjar soberano
De la divina mesa,
Mas cándido y mas dulce qu'el del ave;
Un vino olorosísimo y suave,
Que alegra el corazon, y es una puerta
De quien es Dios la llave,
Y está de par en par al justo abierta.

MANSEDUMBRE.

Es Mansedumbre una virtud que aspira
Al soberano medio en dos extremos,
El uno es no alterarse, el otro es ira;
Que oyendo blasfemar de Dios, debemos
Sin rencor enojarnos, y lo mismo
Si contra el hombre exorbitancias vemos.
Es de quietud y paz profundo abismo,
De la piedad y la clemencia casa,
Regalo celestial del cristianismo.
De la misericordia es firme base,
Que sin mudarse, está en su propio asiento
Cuando el furor mas bravo el mundo abrasa.
De la bondad del alma es argumento,
Es de los vicios áspero desvío;
De las virtudes dulce acogimiento.
Huye del vengativo desvarío,
Quita de perdonar la propia ofensa,
Sujeta á la razon el albedrío.
Dase á los mansos posesion inmensa
Del cielo; que esto entiendo por la tierra
Que el Evangelio santo nos dispensa.
En la vida mortal, que toda es guerra,
Se les da posesion de sus pasiones;
Que mansedumbre todas las destierra.

TRANQUILIDAD.

Es la Tranquilidad aquel sosiego
Que goza el alma justa,
Que del bullicio y tráfago se aparta;
Es un descuido santo, un santo juego,
De quien á solas gusta
Aquel que de inquietudes se descarta;
Es una dulce carta,
Que escribe Dios al alma en gran secreto,
Y un proceder discreto
Del que en santa virtud vive jocundo
Entre las turbias olas deste mundo.
Tener el hombre un ánimo tranquilo
Entre las turbias olas
De mil inconvenientes y ocasiones,
Es gran valor, si no se rompe el hilo;
Pero tenerle á solas
En un desierto, do las tentaciones
A los fuertes varones
Combaten con mas fuerza y osadía,
Es mayor valentía;
De entrambas suertes la quietud es bella,
Y mas fuerte de aquesta que de aquella.
Tranquilidad, en fin, es dulce puerto,
Do llega el navegante
Despues de haber corrido gran tormenta;
Es un santo económico concierto,
Do voluntad errante
Sujeta y rinde la cerviz exenta
A la razon contenta,
Y la razon al alma, el alma á Cristo.
Hacese así bienquisto
Con Dios el hombre; y quién así lo fuere
Tendrá tranquilidad mientras viviere.

VALENTÍA.

No está la Valentía de las gentes
En el valor y cólera encendida,
Con que venceis al enemigo airado.
El ser bravo soldado
No es dar la muerte á quien le desafia;

(1) San Ildefonso, arzobispo de Toledo.

Que al alma esta victoria no enriquece,
Mas antes la empobrece.
¿Quereis saber cuál es la valentía?
El vencerse á sí mismo cada dia.
Aquel venir la voluntad armada
Con láminas de amor y de apetito,
Llena de orgullo contra el alma bella,
Y salir al encuentro acelerada,
Con armas de cristiano sobrescrito,
La celestial razon, alta doncella,
Y arremetiendo á ella,
Aunque en su ayuda venga la memoria,
Quitarle los despojos tan profanos
Y ligarle las manos,
Esta es la valentía y la vitoria,
Digna de fama eterna y suma gloria.
. . . . . .
Es valentía un medio soberano,
Entre temeridad y cobardía,
Nacido de la misma fortaleza;
Es hija del honor, y por hermano
Tiene al valor, esfuerzo y gallardía;
De la vitoria es madre y la nobleza;
Su amiga es la destreza,
Sus guardas la razon y entendimiento,
Sus enemigos la deshonra y miedo,
Su armígero el denuedo,
Su mayordomo el alto pensamiento,
Y el reportado humor le da contento.
Sale del corazon, do nace y vive;
Viene á las manos, do se muestra y arde,
Sin parar en la lengua ni en los labios;
No ofende al flaco, ni su gloria escribe,
Ni estima al temerario ni al cobarde;
Aumenta su poder en pechos sábios,
No disimula agravios,
No gusta de traicion ni gloria vana,
Y es en la paz tan mansa y comedida,
Como en guerra temida.
Esta pues es la valentía humana,
La cual, moralizada, es la cristiana.

PAZ.

La santa Paz es casa donde tiene
El Espíritu Santo
Estancia regalada y escogida;
Es un alegre, honesto y rico manto,
Que adorna y entretiene
Al alma en esta miserable vida.
Es hija esclarecida
Del mismo Dios, y él es quien la concede.
Es música do el ánimo se acendra,
Concordia do se engendra
Cuanto la elemental máquina puede,
De cuyo amor procede
Durar los individuos;
Es dulce medicina que preserva,
Sin otros mil resíduos,
Con que enriquece el mundo y le conserva.

PRUDENCIA.

Es la Prudencia madre del cuidado,
Hija del intelecto, y tiene liga
Con el honor, su hermano regalado.
Es de la providencia grande amiga,
Parienta de la ciencia muy cercana,
De necios y de locos enemiga.
Es protectora de la vida humana,
De las virtudes celestial maestra,
De las acciones guia soberana.
En elegir ó reprobar es diestra,
Cauta, solerte, astuta, providente,
Y en bien ó mal lo que conviene adiestra.
Consultora sagaz, muda, elocuente,
Discreta, vigilante, discursiva,
Solícita, cuidosa y diligente.
Artificiosa, dócil, pensativa,
De gran entendimiento y gran memoria,
Política, económica y activa.
Son sus efectos lustre de la historia,
Sus palabras honor del que gobierna,
Aspiran sus intentos á victoria.
Gusta de fruta sazonada y tierna,
Y de la verde huye la aspereza;
Con paciencia y cordura el tiempo alterna.
Conserva toda suerte de riqueza,
Insta, previene, considera y ora,
Ama el reposo, y no la ligereza.

ELOCUENCIA.

Es dulce tiranía la Elocuencia,
Que al mas libre cuidado,
O por fuerza ó por grado,
Regala, punge, obliga ó persuade.
Es alto contrapunto, concertado
Con tanta diferencia,
Que no hay rica excelencia
De instrumento ni voz que tanto agrade.
Incita, disuade,
Alegra y entristece,
Amansa y embravece,
Aprieta y apresura, hiela y arde
Al fuerte y al cobarde,
Refrena, anima, humilla y engrandece,
Y á todos mueve, inspira, inflama, instiga,
Arguye, impele, adiestra, prende y liga.
Sus padres son naturaleza y arte,
Su hermana la prudencia,
Su maestro la ciencia,
Sus ayos intelecto y osadía,
Sus primas la razon y la licencia,
Y por ser tanta parte,
Le lleva el estandarte
La discrecion, colmada de alegría;
Retórica es su tia,
Su tio el buen lenguaje,
Y todo su linaje
Accion, disposicion, caudal, memoria,
Poética, oratoria,
Insinuacion, que es grave personaje,
Y otras muchas personas de su casa
Son arcos y columnas de esta basa.

SANTIDAD.

Es Santidad el fruto merecido
Que produce el jardin de las virtudes;
Es la corona que se alcanza en esta
Humana, belicosa, frágil vida;
Es aquel pálio rojo que se gana
De los que corren bien acá en el suelo;
Es la difícil levantada cumbre
Do todas las virtudes se aposentan;
Y así como es muy alta la subida,
Así el honor y el premio es soberano.
Es la tranquilidad, quietud, sosiego
Con virtudes heróicas adquirido,
Y dellas en el mundo granjeado;
Que las virtudes son en tres maneras,
Y en ellas hay tres grados diferentes:
El uno es al principio, cuando vemos
Que se pelea con las tentaciones,
El cual aun de virtud no alcanza nombre,
Por la dificultad con que se obra;
El otro es en el medio, cuando muestran
Rendidas sus banderas las pasiones,
Obrando suavemente las virtudes
Y con facilidad, que es acto suyo;
El último es el grado mas perfecto,
Cuando llegan los actos á tal punto,
Y á perfeccion tan altas las virtudes,
Que en su tranquilidad reposa el hombre,
Purgado ya de escorias de la tierra,
Y entonces las virtudes son heróicas.

SOLEDAD.

La Soledad monástica,
Que en la piedra evangélica
Se funda, y no en pasiones melancólicas,
Es una aula escolástica,
Que al alma hace angélica

Y le enseña con Dios dulces bucólicas.
Es contra las diabólicas
Potestades tartáricas
Un gran palenque armígero,
Do el corazon beligero
Las tentaciones vence mas barbáricas,
Y con virtud clandéstica
Hace la carne indómita doméstica.
Es al principio un piélago
De pensamientos ágiles,
Y una ciudad confusa babilónica;
Un profundo archipiélago,
Do los bajeles frágiles
Dan á la costa en la region plutónica;
Playa do suena armónica
La música falsífica
Del escuadron sirénico;
Guerra que mezcla arsénico
En el manjar de la quietud pacífica,
Y al ánimo que unanime
No está con Dios le vuelve pusilánime.
Mas al soldado bélico
Que del horrendo cíclope
Vence el orgullo y tempestad marítima,
Y con el favor célico
Triunfa del etiope,
Que disipar pretende su legítima,
Es soledad epítima,
Es un regalo insólito
Al corazon y al ánima
En virtudes magnánima,
Es un muro de jaspe y de crisólito;
Y al fin, vida facílima
Cuanto fué á los principios dificílima.

FORTALEZA.

Es Fortaleza madre de fortuna,
Maestra de las armas y blasones,
Y trompa resonante de la fama,
Por quien de excelso nombre se coronan
Los ánimos gallardos y sufridos.
Es hábito del ánimo y afecto,
Que el peligro eminente no rehusa,
Y los trabajos y sucesos tristes
Sabe sufrir con un valor constante.
Con su firmeza y no mudable pecho
Reprime los temores y las iras,
Parte de voluntad, procede y parte
De la fuerza del ánimo enojado:
De lo primero es prueba el sufrimiento,
De lo segundo acometer peligros.
Es medio entre temor y confianza,
Entre temeridad y cobardía;
Emprender y sufrir son sus oficios,
Y no es mas digno el despreciar la muerte
Y acometer asaltos peligrosos
Que tolerar con ánimo constante
Cualquier suceso triste y desventura,
Y reprimir la cólera á su tiempo.
En ella resplandecen cuatro partes:
La magnanimidad, la confianza,
Y la perseverancia y la paciencia;
Aquellas en buscar altas empresas,
Y aquestas en sufrir adversidades;
De todas estas cosas referidas
Consta la verdadera fortaleza.
Hay otra fortaleza mas subida,
De mas alto valor y mas heróica,
Que está en los siete espirituales dones,
Y es uno de los santos doce frutos.
Esta valora todas las virtudes,
Y las hace subidas de quilates,
Vendiendo potestades invisibles
Y atropellando los estigios mónstruos.
Esta levanta el alma á tanta alteza,
Que del eterno Dios la vuelve hija,
Dándole paraíso acá en la tierra,
En dulce paz, tranquilidad, sosiego,
Como quien ya triunfa deste mundo,
Llegando con victoria á la postrera
De aquellas ocho bienaventuranzas.

VARIEDAD.

La Variedad es salsa
De nuestro entendimiento,
Y una ensalada para el gusto humano;
Y como no hay sin falsa (1)
Regalado concento,
Así sin variedad no hay pecho ufano.
Es un rico verano,
Espléndido banquete,
Cielo lleno de estrellas,
Jardin de flores bellas,
Do la razon compone un ramillete,
Y es en nuestra materia
De letras y virtudes rica feria.
Dió ser el Trino y Uno
Al angélico estado,
Innumerable ejército potente,
Y no hay ángel alguno
De cuantos ha criado
Que no tenga su especie diferente.
Crió inmediatamente
Los cielos y elementos,
Con astros é influencias,
Y varias diferencias
De efectos varios, varios movimientos,
Los varios animales,
La varia condicion de los mortales.
¡Qué cosa es ver las plantas,
La variedad de frutos,
Las esmaltadas y nativas flores,
Tan diversas y tantas,
Tan varios los tributos
Que al hombre dan de esmaltes y de olores;
Los gustos y sabores
Y objetos del oído,
Las diferentes aves
Y sus cantos suaves,
El número de peces esparcido;
¡Que todo aquesto arguye
La omnipotencia que en su Autor se incluye!
Por cosas naturales
Juzgamos los secretos
De nuestro entendimiento mas ajenos;
Los bienes celestiales,
Eternos y perfetos,
Son de una variedad eterna llenos,
Y los bienes terrenos,
Los libros, los sermones,
Historias y poesías,
Músicas, fantasías,
Convites, fiestas y conversaciones,
Tanto serán preciadas
Cuanto de variedad mas adornadas.
Varias fueron las penas
De la pasion de Cristo,
Varias sus profecías y blasones,
Varias, y de amor llenas
Y de sentido misto,
Las lenguas de los doce y sus razones;
Varios los altos dones,
Varias las obras siete,
Varios los mandamientos,
Varios los sacramentos,
Varios los gozos que el Señor promete
A los que le imitaren
Y por virtudes varias caminaren.

PRESTEZA.

Es cólera del alma la Presteza,
Impulso de agudeza extraordinario,
Y un acto voluntario, que procede
De inspiracion, que excede al mundo humano.
Quien puede andar temprano, no ande tarde,
Ni el dia de hoy aguarde al de mañana;
Cual flecha soberana, despedida
De fuerza bien regida y gobernada,
Al blanco encaminada; y no se entienda
Que es bien correr sin rienda y sin acuerdo;

(1) *Falsa*, término de música.

Antes quien fuere cuerdo tiente y tase
El vado antes que pase; mi sentido
Es que en lo definido y asentado,
Quien mas apresurado el bien siguiere,
Y mas presto saliere á la conquista,
Tendrá en vista y revista buena suerte,
Y al tiempo de la muerte buen despacho;
En otros casos tacho el resolverse,
Sin primero entenderse bien, la empresa,
El áncora que presa se nos muestra
De un delfin, nos adiestra y nos avisa
A dar despacio prisa; y fuera desto,
Se alaba el modo presto en otras cosas;
Y las mas ingeniosas y sesudas,
Cuanto son mas agudas y mas prestas
(Especial en respuestas), mas se estiman.
Con presteza se animan los soldados,
Y salen denodados al combate;
Presteza da remate á cualquier cosa,
Y es una generosa gallardía.

LIBERTAD CRISTIANA.

La Libertad Cristiana
Es santa gallardía
O santidad gallarda y generosa;
Es de conciencia sana
Una humilde osadía,
Y una humildad osada y animosa.
Es justicia celosa,
Procurador del cielo,
Y un caballero andante,
Que, armado de diamante,
Deshace los agravios deste suelo,
Y arrisca honor y vida
Por el honor y gloria á Dios debida.
De cetros y coronas
No teme la potencia,
Ni el bárbaro furor de las espadas;
Que un Dios y tres personas
Valor le da y licencia
De no temer jamás cosas criadas;
Razones ordenadas
Y admirables respuestas
En los altos pretorios
Y graves consistorios
A sus labios del cielo bajan prestas;
Que es promesa divina
Darle Dios elocuencia repentina.
De la conciencia justa,
Do reprension no cabe,
Aquesta santa libertad procede;
Con la verdad se ajusta,
La perfeccion la alabe,
Que sola alcanza lo que vale y puede.
Jamás falta ó excede;
Que tiene á Dios por lumbre,
El cual se satisface
De cuanto dice y hace;
Y así, muy pocos llegan á la cumbre
De sus divinos modos,
Que decir y hacer no es para todos.
La lengua licenciosa,
Que dice sin respeto
Y con pasion verdades, no se precia
De libertad piadosa
Ni término discreto,
Antes el auditorio la desprecia
Por maliciosa y necia.
Muy léjos va de aquesto
La libertad que canto,
Cuyo discurso es santo,
Y santa su intencion y presupuesto;
La Iglesia la conserva
Como á hija de libre, y no de sierva.
El alma que está en gracia
Goza de libre estado
Y espera el sempiterno patrimonio;
Mas la que está en desgracia
Es sierva del pecado,
Y por el mismo caso, del demonio;
Como en el mar Ausonio
La armada de la Liga
Ligó los otomanos
Y libró los cristianos,
Dando á unos descanso á otros fatiga;
Así da el trino acuerdo
Cadena al loco y libertad al cuerdo.

JUSTICIA.

Es la difinicion de la Justicia
Una perpétua voluntad constante
De dar á cada uno lo que es suyo;
Produce compasion, si es verdadera,
Indignacion si es falsa, y crueldades;
Que la justicia sin misericordia
Rigorosa crueldad puede llamarse,
Y la misericordia sin justicia
Se le puede dar nombre de ignorancia.
Al pariente ó amigo no perdona,
Ni se debe negar al enemigo;
Cualquier castigo ó merecido premio
Ha de nacer de la justicia pura,
No del ódio ó el amor de la persona;
Porque seria cosa exorbitante,
Siendo la vara del juez derecha,
Ser la afeccion que ha de juzgar torcida;
Y como en las balanzas donde suele
Pesarse el oro y plata es ordinario
Pesar tambien el cobre, estaño y plomo,
Así para los grandes y pequeños,
Para pobres y ricos siempre debe
Ser una misma la justicia recta.

FRANQUEZA.

Es tanto mas de estima y de importancia
El dar que el recibir, cuanto difiere
De gran necesidad grande abundancia.
Quien parecerse al mismo Dios quisiere
Dé siempre á todos, dando testimonio
De liberal Franqueza en lo que diere.
Mas conquistó Alejandro Macedonio
Con dones que con armas, y ambas cosas
En un cristiano vencen al demonio.
. . . . . .
Franqueza es un tesoro á pocos dado,
Que del ilustre pecho adó se encierra,
Cual fuente sale que enriquece el prado.
Es una red que prende en paz y en guerra,
Y un tomar posesion del mismo cielo,
Derramando dineros en la tierra.
Es una sementera que en el suelo
Por uno acude á ciento, y en la gloria
Da eterna vida y celestial consuelo.
Es de fina nobleza ejecutoria,
Y en el crisol de la prudencia es oro,
Do el pródigo y avaro son la escoria.
Quien mejorar quisiere su tesoro
Con él procure amigos, y sean tales,
Que tengan mano en el empíreo coro.
¿En qué mejor tributo los reales
Se pueden emplear que en dar con ellos
Sustento á pobres, templos y hospitales?
Esparce, alma cristiana, los cabellos
Donde hay necesidad, y no desvíes
De quien te ha menester los ojos bellos;
Que si riendo das, y dando ries,
Alcanzarás corona entretejida
De eternas esmeraldas y rubíes.

PORFÍA.

Es la Porfía santa un santo celo,
Un pundonor del cielo, tema honrosa;
Es guerra virtuosa en hecho y dicho,
Un cristiano capricho, heróica traza.
Porfía, mata, caza, dice el mundo,
Y al círculo rotundo de la esfera
Dió vuelta casi entera Magallanes,
Y grandes capitanes, porfiando,
Del enemigo bando alcanzan gloria.
La literal victoria de las ciencias

Y las inteligencias naturales,
Las artes liberales y otras cosas,
Porfías virtuosas las alcanzan.
Las porfías amansan los leones,
Los duros corazones enternecen,
Descubren y esclarecen las verdades,
Y las dificultades facilitan;
Las virtudes se imitan y se adquieren,
Y los vicios se mueren y destruyen,
Con la porfía, y huyen de las almas;
No gana ilustres palmas sino gente
Que legítimamente persevera;
Vuelve el diamante cera la porfía,
Cual dura piedra fria, que la ablanda
Una gotera blanda. ¿Quién derriba
Con brava fuerza esquiva y golpes duros
Los inviolables muros? Quién resiste
Al infiel que insiste en el combate?
Y ¿quién lleva al remate cualquier cosa,
Sino esta poderosa y porfiada
Reina determinada, de quien hablo?
Quién al mismo diablo atemoriza,
Y cuando mas atiza, le ahuyenta,
Le ofende, aflige, afrenta y desatina?
Y ¿quién piadoso inclina al cielo santo?
¿Qué cosa agrada tanto al Rey eterno,
Y enfada al triste infierno, y aun le espanta,
Como *porfía santa en santo intento?*
Del alto pensamiento de constancia,
Honra y perseverancia es descendiente,
Es amiga de gente valerosa,
Resuelta, virtuosa, audaz, sufrida,
En pechos no se anida de cobardes,
Ni de solos alardes se contenta;
Que con guerra sangrienta se entretiene,
Y da, cuando conviene, raro ejemplo.

MUDANZA.

Dicen que quien se muda Dios le ayuda;
Mas hase de entender esta Mudanza
De mal en bien, de pecador en justo,
Porque del Rey supremo es ordenanza
Que no puede faltar, ni tiene duda,
Ser misericordioso como justo,
Y que su grato gusto,
Manifestado al mundo en dulces modos,
Es que se salven todos;
Y así, quien se mudare del pecado
Al virtuoso estado,
Tenga por cierto allá en su pensamiento
Que Dios ayudará su buen intento.
Del primer movimiento, que es divino,
Comienza á abrir los ofuscados ojos
La consideracion al buen consejo;
Levántase una luz que el desatino
Descubre de los bárbaros antojos,
Y muestra el bien y el mal como el espejo;
Al buen amigo viejo,
Que es intelecto, voluntad se acoge;
Y él, como quien escoge
De lo que allí le ofrece, al bien se afirma,
Y el alma lo confirma,
Sujetándose en todo el cuerpo á ella,
Y aquesta es la mudanza ilustre y bella.
Es la mudanza de los desengaños
Un libre afecto y una clara muestra
De la resolucion del alma justa;
Es de la ceguedad y los engaños
Un fugitivo curso á parte diestra,
Y una victoria generosa, augusta;
Es de fuerza robusta
Y de atrevido y alto pensamiento
Admirable argumento;
Y como viendo el humo, dicen luego
Que allí sin duda hay fuego,
Así por la mudanza en muchas cosas
Se conocen las almas virtuosas.

ENMIENDA.

¿Qué fuera de los tristes pecadores,
Qué fin tuviera su principio malo,
Si Dios no les dejara aquella prenda,
Aquella prenda que, entre sus favores,
Al alma que ofendió da tal regalo,
Que es en el mundo celestial prebenda?
Su nombre es alta Enmienda,
Inestimable joya
Donde el valor se apoya
De toda la católica milicia.
. . . . . .
Es alta enmienda fármaco divino,
Que purga el alma y la conciencia llena
Del mortífero humor de los pecados;
Es lima con que rompen la cadena
Del falso engaño y ciego desatino
Los que solian estar encadenados,
Y salen libertados
De la prision escura;
Es lumbre clara y pura,
Que nos adiestra en la difícil senda;
Es de alma y cuerpo militar contienda,
Do siempre la verdad vence al engaño;
Y en fin, la santa enmienda
Es un maravilloso desengaño.
Cuando algun caballero ha cometido
Alguna falta en público ó vileza,
Mucha reputacion y honor perdiendo;
Estimulado al fin de su nobleza,
Procura restaurar lo que ha perdido,
La vida á los peligros ofreciendo;
Y en el asalto horrendo
O la ocasion honrosa
Con diestra valerosa
Se opone tan gallardo y tan valiente,
Que asombra y rinde á la enemiga gente,
Y no solo restaura lo pasado,
Mas gana en lo presente
Eterna fama y nombre celebrado.
Desta manera el alma que se atreve
A ser al Rey altísimo alevosa,
Trocando á noche escura el claro dia,
Si, como noble al fin y generosa,
Inspirada del mismo á quien fué aleve,
Considerase bien su alevosía
Con la alta valentía
Que el mismo Dios dispensa,
Hará tal recompensa,
Representando enmiendas en su abono,
Che trovarà pietà, non che perdono;
Y no solo en borrar faltas escritas,
Mas del empíreo trono
Alcanzará mercedes inauditas.
Del próvido divino regimiento
Nace la inspiracion graciosa y bella
Que trae mensaje al alma que Dios ama;
De entrambas nace lúcida centella,
Que ilustra el ofuscado entendimiento,
Y él á la ciega voluntad inflama;
Sale de aquí una llama
Que con gracioso juego
Enciende mas el fuego,
Y es la meditacion discreta y santa;
Con esta el pensamiento se levanta,
Y mudando la vida y la costumbre,
De suerte se adelanta,
Que arriba el alma á la mas alta cumbre.

CORTESÍA.

Tres suertes hay de humana Cortesía:
De menor á mayor, deuda se llama;
De igual á igual, justicia; y la tercera,
De mayor á menor, es de mas fama,
Y se intitula gracia ó hidalguía.
Pero la cortesía verdadera,
Que en la mas alta esfera
Se estima y satisface,
Es la que acá se hace
A Dios y á los que allá gozan de gloria.
. . . . . .
Donde hay de cosas varias ornamento,
Personajes y damas y deporte,
Habilidades, música, poesía,

Decimos luego que es allí la corte;
Y porque en corte está el comedimiento,
Lo que es comedimiento es cortesía.
Esta, si se desvía
De engaño y de lisonja,
Y no admite en su lonja
Falsedad, interés, fraudes, dobleces,
Da nombre á los ilustres de corteses,
Y donde su luz falta, faltan lustres,
Pues siendo descorteses,
Se vuelven muy oscuros los ilustres.
La Cortesía es honra, y cuando nace
De celo natural sin artificio,
Con un adorno de humildad nativa,
Parece que es á Dios grato servicio;
Gratos y amables á los hombres hace,
Modera la arrogancia mas altiva;
La condicion esquiva,
Afable vuelve y mansa;
Jamás se olvida ó causa
De ser cortés, afable y amorosa,
Y mas con gente sábia y virtuosa;
Y aquesta cortesía no se entiende
De alguna que hay dañosa,
Por quien se dice que hay honor que ofende.
Arguye cortesía gran linaje,
Sinceridad, quietud, hidalgo pecho,
Condicion liberal, vera amicicia;
No teme ó espera daño ni provecho,
Ni reconoce al mundo vasallaje,
Por ser su estilo fuera de malicia;
La verdad y justicia
Son ejes desta rueda,
Do vuela estando queda;
Valor promete y ánimo guerrero,
Tanto, que es argumento verdadero,
En siendo uno cortés y comedido,
Decir que es caballero,
Y siendo descortés, que es mal nacido.
Pues en la tierra es don tan excelente
La cortesía, y causa bienes tantos,
¿Qué será la que al cielo se encamina?
Por usarla con Dios y con sus santos,
Celebrando sus fiestas dignamente,
¿Qué se dará por premio al alma dina?
Cortesía divina,
Suprema ejecutoria,
Justicia, gracia y gloria
Será la soberana recompensa
Que le dará la Majestad inmensa.
¿Quién hay que, con tal paga, en dulce modo,
En cuanto trata y piensa
No sea cortés á Dios y al cielo todo?

PRIMAVERA DEL ALMA.

Primavera del alma virtuosa,
Guardando la metáfora del año,
Tras la edad juvenil desbaratada,
Es una nueva vida, un desengaño,
Una vuelta del alma licenciosa
Y un mostrarse de flores adornada;
Es de la edad pasada,
Que en el invierno frio
Usó de desvarío,
Una mudanza en otra tan diversa,
Que se convierte en santa, de perversa;
Porque quien santos trata será santo,
Y quien malos conversa
No le puede faltar tormento y llanto.
Como la primavera cuando asoma
Tras el furioso invierno temerario,
Brota el clavel, la rosa, la azucena,
Resuena el pentasilvo y el canario,
La tórtola revuela y la paloma,
Suspira entre las hojas filomena,
Vese bordada y llena
La ribera del rio
De pomposo atavío;
Así el alma cristiana, que ha trocado
A la divina gracia su pecado,
Se muestra en las virtudes animosa,
Y con el nuevo estado
Responde á Cristo pura y amorosa.

DILIGENCIA.

Es Diligencia santa un don del cielo,
Que del cristiano celo se alimenta;
Pereza soñolienta es su enemiga,
Temor no la fatiga ni acobarda,
A mañana no aguarda en lo que importa,
Temiendo vida corta y pena larga;
Es la verdad su adarga, y fe su lanza,
Sus alas de esperanza y de deseo,
Y en fin, es un correo que Dios quiso,
Como navío de aviso, dar al alma,
Porque gane la palma vencedora.

FUGA SANTA.

Fuge, tace et quiesce,
Es admirable adagio
Entre la gente que á virtud aspira;
Si la tormenta crece,
Excusará el naufragio
La nave que á buen puerto se retira.
Quien pusiere la mira
A las cosas del cielo,
Huya las de la tierra,
Y si al principio es guerra,
Despues se vuelve paz, quietud, consuelo;
Que el uso virtuoso
Facilita lo mas dificultoso.
Del importuno asedio
Que á gente confiada
Suele poner la carne sensitiva
Es único remedio
La fuga acelerada,
Y en ella sola su remedio estriba.
Es vuelta fugitiva
Del valeroso parto,
Que oprime á su enemigo;
Y contra lo que digo,
Es torre inexpugnable si me aparto,
Y si de mí no huyo,
Cuanto me tarde mas, mas me destruyo.
Las fugas en el canto
Regalan el oído,
Y es cosa de grandísimo artificio;
Mas estas, de quien canto
En tono mas subido,
Hacen al mismo Dios grato servicio;
Y como el edificio,
Faltándole el cimiento,
O la planta mas alta,
Si la raíz le falta,
Se cae por tierra y la derriba el viento,
Así queda el pecado,
Huyendo de ocasiones, derribado.

LIMOSNA.

Limosna es logro santo,
Usura soberana,
Pirú de verdadera plata y oro,
De los pecados manto,
Comercio do se gana
El verdadero celestial tesoro;
Silencio tan sonoro,
Que el grito á Dios levanta,
Y le agrada al oido;
Un sol esclarecido,
Que las tinieblas quita y las espanta,
Y un celestial rocío,
Que al fuego mas horrendo apaga el brio.
Limosna dada en vida
Es hacha luminosa
Que el alma que la da lleva delante,
Y excusa una caida
En parte peligrosa;
Que al fin la luz de noche es importante,
Cual norte al navegante.
Mas la limosna fria,

Que en muerte se despacha,
Será como la hacha,
Que yendo atrás, no alumbra bien la via.
En vida es oportuno
Tiempo para ganar ciento por uno.
El mundo fué poblando
De pobres y de ricos
Quien todo suavemente lo gobierna,
Para que alimentando
Los grandes á los chicos,
Gozasen todos de la vida eterna.
Con voluntad alterna
Da el rico al pobre vida,
Y el pobre al rico gloria,
Pues es cosa notoria
Que al rico por el pobre le es debida,
Porque Dios en el suelo
En las manos de pobres puso el cielo.
Fué Dios tan dadivoso,
Que dió su Hijo amado
Al mundo ingrato, y fué su Hijo eterno
Tan misericordioso,
Que su vida la ha dado
Para librar á todos del infierno;
Y fué el Amor interno,
Que de los dos procede,
De tal benevolencia,
Que nos dió su afluencia;
Pues á un Señor que tanto nos concede
Démosle cada dia
Que vale el cielo un jarro de agua fria.

HONRA.

Es la Honra un estímulo del alma,
Que no permite ni aun pensar vileza;
Es una espuela al corazon brioso
Y freno de los malos pensamientos;
Quien mas da, mas le queda; y quien la busca
Por indecentes modos y caminos
Suele perderla por el mismo caso,
Y perdida una vez, tarde se cobra,
Porque es muy mas qu'el vidrio delicada.
Por ella se acometen cosas grandes,
Y sin ella se pierden muchas cosas;
Quien quiere entrar en su sagrado templo,
Por el de la virtud ha de ir primero,
Que sin aqueste aquel no se visita;
Por eso dice Dios que son honrados
Aun en aquesta vida sus amigos,
Y en serlo está la verdadera honra.

DILIGENCIA.

OTRA DIFINICION.

Hija de prevencion y providencia,
Y de la buena suerte madre pia,
Se llama la discreta Diligencia.
Es solicitador que noche y dia
En los pleitos del alma se desvela,
Porque de todos venza la porfía.
Por ásperos caminos anda y vuela,
Dificultad ninguna la detiene,
Que de ningun peligro se recela.
No excede un punto de lo que conviene
Por no ser descuidada ó importuna,
Que entre estos dos extremos medio tiene.
Ni el bravo sol la ofende ni la luna,
Ni gusta de dejar para mañana,
Si negociarla hoy puede, cosa alguna.
De amar se precia y por amor se allana;
Que diligencia significa amante,
Y por su amado el buen suceso afana.
No gusta de ir atrás, sino adelante,
Ni quiere perder tiempo y coyuntura,
Como el cobarde, el flojo, el ignorante.
Tras ella es muy menor la desventura;
Por mas que sus banderas enarbole,
Que prevenir las cosas es cordura.
La piaga antiveduta assai men dole;
Que diligencia en todo nos adiestra
Primero que el pesar nos acrisole.

VICTORIA.

Victoria es premio y mesa meritoria,
Es carta ejecutoria de nobleza,
Es de la fortaleza alta memoria.
Es honra senatoria, es grande alteza;
Del ánimo es destreza, es paga justa,
Debida al alma justa y su firmeza.
Es celestial franqueza, que se ajusta
Al mérito en la justa y la pelea;
Es laura que laurea y viene justa.
Es una fama augusta que recrea,
Es el fin que desea el alma santa,
Vuelo que la trasplanta allá en su idea,
Y con blanda marea la levanta;
Música que discanta el mismo cielo,
Que al bueno da consuelo, al malo espanta.
Es paso de garganta que en un vuelo
La cortan en el suelo, y de improviso
El alma al paraíso va sin velo;
Y al fin, por ley del duelo, es fin preciso
Que allá con justo aviso da sentencia,
Y acá la rica herencia *pro-indiviso.*

PUREZA.

Es la Pureza una virtud tan alta,
Que bienaventurado el que la tiene,
Pues dice Dios que le verá en el cielo
El que tuviere acá corazon limpio.
No puede verse la divina Esencia
Faltando esta virtud en todo ó en parte;
En parte digo, porque muchas almas
Que salen con escoria deste mundo
Es fe purificarse en fuego vivo
Que frisa en el rigor con el eterno,
Hasta que al fin se apuran y se acendran,
Porque de otra manera es imposible
Poder gozar de la vision divina.
Es la pureza un fuerte soberano
Do todas las virtudes se recogen,
Y desde allí se muestran animosas
Contra sus enemigos y adversarios.

CASTIDAD.

Es Castidad una virtud contraria
De la sensualidad y sus impulsos,
Muy semejante á la purpúrea rosa,
Así por la belleza y la fragancia
Que en ella vemos, como porque nace
Y crece sustentándose entre espinas.
Así la Castidad tiene su fuerza
Entre las asperezas, los ayunos,
En mortificacion, en oraciones,
En penitencia y sóbria temperancia,
Y el que en la gula castidad buscare,
Se puede comparar al que, queriendo
Apagar el incendio de su casa,
Con aceite y astillas le alimenta.
Es castidad recámara de Cristo,
Y una virtud que casi nos iguala
Con la incorpórea angélica sustancia.
Desta virtud heróica es el principio
No consentir lascivos pensamientos;
El medio, resistir las tentaciones,
Y el fin, gozar en paz tranquilo estado.

VIRGINIDAD.

Es la Virginidad prenda que estima
El Cordero de Dios en tanto grado,
Que siempre se apacienta entre los lirios;
Es un castillo cuyas cuatro torres,
Pureza, castidad, honor, constancia,
De los fieros asaltos la defienden;
Es una integridad de cuerpo y alma,
Que al cielo da grandísimo contento;
Es un discurso que se muestra siempre
De incorrupcion en carne corruptible.
Y en fin, es un alcázar donde vive
Segura el alma de sus enemigos.

Pero con todo aquesto, no pretenda,
Porque aquesta virtud tenga, que tiene
Ganado el juego, porque fácilmente
Puede perder aqueste don precioso,
Mayormente si falta vigilancia.
Diez vírgenes nos cuenta el Evangelio
Que estaban todas dentro de una casa,
Y solas cinco entráron á las bodas
Del soberano Esposo, y condenadas
Fueron las otras cinco á eterno llanto,
Porque de confiadas se durmieron.
Es menester quien tiene tal tesoro
Velar por no perderle; que mas presto
Se mancha el paño cándido que el negro.

LIBERALIDAD.

Es Liberalidad acá en el mundo,
Entre escaseza y pródiga locura,
Un medio que los ánimos levanta;
Mas debe el liberal ir con gran tiento,
Como el que va entre dos despeñaderos,
Por angosta, difícil y árdua senda.
Aquel es liberal que alegre y presto
De su propio caudal, sin daño ajeno
Y sin intento de retorno alguno,
Da conforme á razon al benemérito;
Y aquel que satisface lo debido
Al que da por su gusto se aventaja,
Pues se merece pena donde hay culpa.
Precióse el mismo Dios desde *ab-aeterno*
Tanto desta virtud, como se muestra
En todas sus altísimas hazañas,
Hasta venir á dar su propio Hijo,
Que dió despues su vida por la nuestra.

SABIDURIA.

Es la Sabiduría en este mundo
Caudal de pobres y primor de ricos,
Honra de mozos, y de ancianos gloria;
El hombre que no sabe lo que debe
Es un bruto animal entre los hombres,
Y el que no sabe mas de lo ordinario
Es hombre racional entre los brutos,
Mas el que sabe cuanto acá se puede
Es Dios entre los hombres racionales.
Mejor hacienda es la sabiduría
Que la riqueza, porque con aquella
Se alcanza aquesta, y esta sin esotra
Se pierde fácilmente y se destruye.
La ciencia del que solamente sabe
Para saber, curiosidad se llama,
Y la de aquel que sabe solamente
Para que así se entienda, es vanagloria,
De quien dice el Apóstol *Scientia inflat.*
Y la de aquel que trata de venderla
Se puede bien llamar torpe ganancia;
Como la del que es sábio en mal, malicia,
Y la del que con ella se alimenta
Y toma ejemplo en los ajenos casos
Por valerse en los suyos, es prudencia;
Mas la del que con ella agrada y sirve
A Dios, y á sí y al prójimo aprovecha,
Se llama caridad, preciosa prenda:
Esta es la celestial sabiduría,
Que merece buscarse sumamente.
Es un despertador para virtudes,
Aljaba de saetas soberanas,
Triaca celestial contra los vicios,
Templanza de la próspera fortuna,
Remedio singular contra la adversa.
Aquellos que se dan á su ejercicio
No suelen mirar tanto lo que saben
Cuanto á lo mas que por saber les falta;
Las hojas del adelfa son veneno
Para el bruto animal, mas para el hombre
Importan mucho contra la serpiente;
Y así, al prudente la sabiduría
Le da contra los vicios alimento;
Mas al hereje, al necio, al malicioso,
De mayor impiedad suele ser culpa.

MISERICORDIA.

Entre los soberanos atributos
Al Consistorio Trino generales,
Aquel que mas campea y mas se muestra,
Aunque en esencia todos son iguales,
Enteros en su estado y resolutos,
Es la Misericordia, madre nuestra.
Aquesta nos adiestra
Y lleva por la mano
Al trono soberano,
Cuya fulgente basa son estrellas,
Y el alto capitel es señor dellas,
Y á las piadosas almas que aficiona,
Sus siete hijas bellas
Tejiendo van la celestial corona.
. . . . . .
Es la misericordia un don del cielo,
Que á quien le alcanza vuelve semejante
Al verdadero Hijo del Dios vivo.
Es una muestra de perfecto amante
Y un generoso y apiadado celo
De la miseria ajena compasivo;
Un cordial motivo,
Magnífica grandeza,
Piadosa fortaleza,
Que á conquistar aspira el Rey eterno;
Un triste asombro del oscuro infierno,
Y un gozo accidental que regocija
Al Padre sempiterno,
De quien misericordia es dulce hija.
Es de las suyas della la primera
Dar comida al hambriento; la segunda
Dar á beber á quien la sed maltrata,
Que es grave mal la pena setibunda;
Es vestir al desnudo la tercera;
La cuarta redimir con oro ó plata
Al que fortuna ingrata
Llevó á tierra de moros
Y le faltan tesoros;
La quinta visitar al que doliente
Está ó en la prision; con grata frente
Hospedar peregrinos es la sexta;
Y enterrar al ausente
De la vida mortal es despues desta.
Tiene otras siete de mas altos grados:
La primera enseñar al que no sabe;
Y la segunda dar consejo sano,
Al que le ha menester, en voz suave;
Y la tercera á los que van errados
Encaminarlos por camino llano;
La cuarta dar la mano
Y consolar al triste;
Perdonar al que insiste
En hacer mal es quinta desta cuenta;
Y sexta el sufrimiento en la tormenta;
Y es la que al fin los cielos tiene abiertos,
Y el mérito acrecienta,
Rogar á Dios por vivos y por muertos.

OTRA DIFINICION.

El acto de virtud que mas los hombres
Asimila con Dios de cuantos obran,
Es la Misericordia, y ella misma
Es la que el mismo Dios estima tanto,
Que de todas sus obras se aventaja;
No porque sea mayor que su justicia
Ni que su caridad ó su prudencia
(Que todos los divinos atributos
Son iguales en él), mas porque aquesta
Virtud heróica entre sus obras todas
Es la que mas se muestra y resplandece.
Es la misericordia la que ilustra
Y da valor al pecho generoso,
Por quien los altos príncipes y reyes
De magnánimos tienen alto nombre;
Y por usar David, real profeta,
De la misericordia tan de veras,
Dijo el eterno Dios por él que habia
Segun su corazon hallado un hombre.
Su madre es caridad, y sus hermanas

La magnanimidad y la clemencia.
Préciánse de servirla de ordinario
La liberalidad y la franqueza.
Su nombre propiamente se deriva
De la piedad que al corazon ilustre
Causa el dolor y la *miseria* ajena.

POESÍA.

Huyan de aquí romances paralíticos,
Sonetos disonantes y perláticos,
Canciones locas, redondillas éticas,
Seguidillas frenéticas,
Esdrújulos decrépitos y asmáticos,
Conceptos melancólicos y estíticos,
Y versos no políticos;
Huyan de aquí las rimas no católicas,
Las sátiras diabólicas,
Del deshonesto amor enredos cómicos
Y plectros no económicos;
Que la santa Poesía, á Dios dulcísona,
Cantos no admite de la turba horrísona.
Es la santa poesía un canto místico
De conceptos divinos para el ánima,
Y alterna voz del coro eclesiástico,
Discreto y escolástico,
Que la vuelve magnífica y magnánima
Con dulce son del verso heróico y dístico,
No profano y sofístico.
Es un cantar suave y evangélico,
Y una santa armonía y apostólica,
Que en celestial bucólica
Regala el cielo en frásis metafórico,
Con literal sentido y alegórico.
Famosos santos de la grande crónica
No desdeñaron los acentos líricos,
Y pusieron en dísticos y sáficos
Sus conceptos seráticos,
Haciendo á muchos santos panegíricos;
Y asombraron la turba babilónica,
Con santa lira armónica,
Tomás, Gregorio, Dámaso y Ambrosio,
El que humilló á Teodosio,
Esdras, Moisés, María, el rey profético
Gustó de ser poético,
Y á Salomon la celestial Salmántica
Puso en el alma *Canticorum Cantica.*
La Madre virginal del Unigénito,
Visitando la prima, hizo, en viéndola,
Aquel divino canto en voz clarífica
De la sacra *Magnifica*,
Escrito en su alma santa con la péndola
Del soberano Amor, que del Ingénito
Y de su Primogénito
Procede, dictador desta poética;
Y si alguna alma ética
De mortífero mal se siente tísica,
Use de la alta física
Desta poesía, y deje versos frívolos,
Que son malditos ídolos.
Ame del cielo las canciones útiles;
Que todas las del suelo son inútiles.

LUZ.

Estando bosquejada
La máquina del mundo
En confuso, indigesto y rudo cáos,
Dijo la Voz sagrada
Antes del dia segundo:
«Nazca la Luz; tinieblas, apartáos,
Y entrambas desviáos;»
La Luz fué luego hecha,
Y Dios la llamó dia,
Y á la tiniebla umbría
Le dió nombre de noche, y satisfecha
De ver la luz bendita
Quedó la Majestad sacra, infinita.
La lumbre verdadera,
Que alumbra con su lumbre
A todo hombre mortal que al mundo viene,
Nos da la luz sincera
Para que nos alumbre,
Que *lumbre natural* por nombre tiene.
Hay otra mas solene,
Que *luz de fe* se nombra,
Tan pura, tan hermosa,
Tan sábia y generosa,
Que la *luz natural* con ella es sombra,
Sin la cual no es posible
Al alma ver la luz inaccesible.
Es luz el Padre eterno,
Luz el Verbo divino,
Que nuestra Madre *luz de luz* le llama,
Y aquel amor alterno
Que de entrambos contino
Procede, es *luz*, pues vino en luz y en llama.
. . . . . .
Es *luz* la que á los ojos
La da con resplandores,
Que no pueden tener, sin ella, alguna;
Es la que pone antojos
Para ver las colores
Que suele reducir la noche á una.
De la noche importuna
Es fin; y del oriente
Abre la ebúrnea puerta,
Y con rayos despierta
Las aves, animales y la gente,
Y al usado ejercicio
Van todos, cada cual segun su oficio.
Y subiendo mas alto
Deste concepto el vuelo,
Es *luz* la que sindéresis se llama;
Y dando mayor salto,
Como del suelo al cielo,
Es la *luz* fe católica que inflama;
Y alzando mas la llama
Al mar donde me anego,
Y levantando el tono
Al mas excelso trono,
Es *luz* el mismo Dios, y Dios es fuego,
Y otra cosa no aguarda
Sino que el mundo en él se abrase y arda.

EXPERIENCIA.

Es la Experiencia universal maestra
De cuantas cosas hay en esta vida,
Sin cuyo magisterio no se puede
Saber enteramente cosa alguna;
Es de la ciencia un admirable sello
Y una importante calidad y efecto,
Que asienta los estudios y las artes,
Y pone en su lugar á todas ellas.
Una cosa es la ciencia, otra experiencia,
Porque la una sale de la otra;
Y entonces se dirá que alguno sabe
Cuando por experiencia declarada
Conoce los efectos de las causas;
Principio de la ciencia es la experiencia,
Y della el fin es la verdad patente;
De la experiencia es engendrado el arte,
Y de la necedad el mal suceso.
Quien lo particular experimenta,
En lo comun tendrá conocimiento,
Si el buen entendimiento va delante.
Es padre de experiencia el tiempo largo;
Y así, será muy necio el hombre anciano
Que no es algo profeta y adivino;
El experimentado es mas idóneo
Para el obrar que el que, sin serlo, es sábio.
Del uso y la experiencia salió el arte,
Y de la enfermedad el magisterio,
Y aquella es suficiente medicina
Que la experiencia da, no conjetura.
Al experimentado en cualquier arte
Es justo se le dé crédito en ella;
Y suelen ofrecerse tales cosas,
Que á los que tienen experiencia admiran.
El no temer en la batalla fiera
De la lombarda el iracundo trueno,
El golpe del alfanje fulminante
Y las violentas píldoras de plomo,

Impelidas del polvo salitrado;
El no espantarse en el airado golfo,
Del alto monte, del profundo valle,
Y de la espantosísima borrasca;
El no turbarse en público senado,
Hablando solo donde todos callan,
Adonde todos oyen, todos miran,
Con la accion y facundia que conviene,
Acto dificultoso entre los hombres;
El resistir en la fortuna adversa
Y saber gobernarse en la dichosa;
El saber aplicar medicamentos
A las enfermedades peligrosas;
El tocar en el músico instrumento
Con gran concierto y peregrina gala;
El conocer las célebres virtudes,
Y en ellas alcanzar excelso nombre;
El no admirarse, en fin, de cosa alguna,
Y estar en todo resoluto y diestro,
Efectos claros son de la experiencia;
Que con ella se acendra todo aquesto,
Y mucho mas de lo que aquí se escribe.

BUENA SUERTE.

La Buena Suerte no es la que en el mundo
Se suele difinir de alguna gente,
Dándole nombre de fortuna ó hado;
Que la cristiana escuela nos enseña
Ser esto vanidad, pues todo cuanto
De bien ó mal sucede en esta vida
Es permision y voluntad eterna,
Sin la cual no se mueve ni aun la hoja.
Lo que podrá llamarse buena suerte,
En término cristiano, será el serlo,
Y el vivir de manera que merezca
Los favores del cielo y los regalos
Que Dios suele enviar á los que ama,
Y sobre todo, el ser predestinado,
Que esta es la verdadera buena suerte.

ORATORIA SAGRADA.

Entre las bellas damas que mantiene
La ciencia, á quien ministran en su casa,
La que mas acredita su excelencia,
Do estriba su edificio como en basa,
En quien sus fuerzas y esperanza tiene,
Es Oratoria, madre de elocuencia,
Porque con afluencia
De sus discretos labios
No hay tesoros arabios,
No hay margarita, que no sean escoria.
. . . . . .
Llegado pues el fausto alegre dia,
Salieron las virtudes muy gallardas
Con elegante adorno
A esperar la Oratoria;
La cual se presentó en el sacro templo
En forma de doncella
De extrema hermosura,
Armada y adornada
Con insignias y letras
Del modo que se sigue. Estén atentos
Los que de aquesta sacra historia gustan.
Figúrase doncella
Esta reina elocuente,
Porque la integridad y la pureza
De fe, predicacion, ejemplo y vida
Es de grande importancia
Al orador cristiano,
Que corrupcion no admite
De error, vicio, ignorancia.
La sagrada cabeza significa
El exordio y principio
De aquellas cuatro partes principales
De la oracion discreta,
Y tiene una celada
Donde un letrero está que dice *salus*,
Aludiendo á las armas de san Pablo;
Y aquesto no sin causa,
Porque el fin principal del predicante,
Su elocuencia y doctrina,
Ha de fundarse siempre
En la *salud* eterna de las almas.
Adornan la celada tres penachos,
Que arguyen las tres partes del exordio,
Que benévolos, dóciles y atentos,
Vuelven del auditorio los intentos:
Y así, en los tres penachos y dos alas
Que en la cabeza tiene,
Que ligereza y movimiento arguyen,
Al orador advierte
Que luego en el principio
Ha de mover orando,
Para el fin que pretende
El corazon y afectos de quien oye.
El bello cuerpo, armado de loriga,
La narracion señala;
La letra que está en él dice *Justitia*,
Que contiene y abraza
La santidad y las virtudes todas;
Porque el buen orador, justo, elocuente,
Ha de emplearse todo en persuadirlas,
Y en expeler los vicios, sus contrarios.
El cíngulo que trae sobre las armas
Tiene esta letra, *Veritas*,
Porque no ha de tener en las virtudes
Cosa que sepa ó huela á fingimiento
Ni á falsa hipocresía,
Ni tengan sus palabras
Falsedad ó mentira,
Mas en cuanto dijere ó alegare
Ha de estribar en la verdad eterna,
Que es Dios, y los oráculos
De su Escritura sacra.
Tiene un áureo collar con una letra
Que dice *Quaestio in genere*,
Y dél tres corazones
Sobre su pecho penden,
Que cada cual responden:
Uno demostrativo,
Y deliberativo dice el otro,
Y el otro *judiciali*,
Que son todos los géneros
De todas las cuestiones,
Do se reducen todas las materias
Que en la oracion se tratan;
Y sobre el faldamento
Que por debajo trae de la loriga
Va escrito *Confirmatio*,
Y la reputacion se le refiere,
Que todo es la tercera
Parte de la oracion, y bien le cuadra
A las tendidas faldas de la ropa,
Porque todo el poder de la oratoria
En ella se dilata
Para alcanzar victoria,
Que es persuadir, teniendo siempre intento
A lo que es *fidem facere et movere;*
Que aquestos son los fines en las partes
Que del principio al fin la oracion tiene.
La cuarta parte y última es epílogo,
Significada por las piernas ambas
Y piés desta figura,
Que son como columnas donde estriba
El artificio y fábrica oratoria,
En una muestra escrito *Amplificatio*
Y en otra *Enumeratio;*
Trae alas en los piés, con que denota
La presta prontitud, pronta presteza,
Con que ha de obedecerse el Evangelio,
Y por el orbe todo predicarse.
Los brazos que denotan
De nuestra operacion los instrumentos,
Tambien lo son de la oracion cristiana;
Lleva en el diestro brazo levantada
La espada de dos filos, *Verbum Dei*,
Que divide la carne del espíritu.
De viva fe el escudo va en la izquierda,
Reparo á las ofensas del contrario,
Con esta letra, *Fides*,
Como dice san Pablo,
In omnibus sumentes scutum fidei

In quo positis ignea tella stinguere;
Y porque la verdad es luz del cielo,
Va en él pintado un sol resplandeciente.
Iban por orla diez y seis estrellas,
Que diez y seis lugares
Comunes significan,
De do los argumentos
Se sacan para todas las probanzas.
Lleva mas: en la izquierda el cornucopia,
Para significar el bello ornato
De la rica elocuencia
Con que de la dialéctica difiere;
Y no sin gran misterio se le puso
El ornato y la copia en la siniestra,
Porque de la oratoria
Cristiana la mayor fuerza consiste
En la palabra eterna,
Y su verdad, desnuda
De afeites de elocuencia y elegancia,
Como lo afirma de eleccion el vaso.
Y porque el blanco y fin á que se aspira
Con aquesta elocuencia
Soberana y divina
Es la tranquila paz, del cornucopia
Nace un ramo de oliva,
Que significa paz, con esta letra:
In pace, in id ipsum
Dormiam et requiescam.
Llevaba la retórica cristiana
Al can trifauce preso en su cadena,
Concupicencia carnis
Et oculorum, et superbia vitae,
A cuyas tres cabezas se reduce
Toda cuanta maldad contiene el mundo.

CÓLERA CRISTIANA.

La Cólera Cristiana es vivo celo
De que al honor del cielo no desfraude
Cosa la humana fraude; es libre humo,
Que procede del sumo fuego ardiente
Que el alma santa siente allá en su seno;
Es al injusto freno, espuela al justo,
A los malos disgusto; y al contrario,
Un regalo ordinario en almas bellas.
Parece á las centellas que resultan
Del fuego y no se ocultan, y á las balas
Contra las alcabalas infernales.
Para dar á los males estocadas
La tiene por espada fulminante
La Iglesia militante, y no la envaina
Cuando la desenvaina, sin castigo.
No teme al enemigo ni le huye,
Mas le acomete, arguye y avergüenza,
Y da á su desvergüenza el justo pago.
No se rinde al halago ni al soborno,
Ni aunque mas arda el horno se retira.
No peca aunque se aira; y finalmente,
En nada á nadie miente ni le engaña,
Antes nos desengaña y amaestra.

LONGANIMIDAD.

Es Longanimidad un luengo curso,
Do fortaleza y ánimo constante
Hicieron celebérrimo discurso.
Es caudaloso rio resonante,
Que da, en su márgen puesto, el árbol fruto,
De flores y de hojas abundante.
Y caminando siempre resoluto
Por el espacio de una vida larga,
Llega al inmenso mar con su tributo.
Es peto á prueba y es voluble adarga
Contra importuna guerra y su braveza,
Y cena dulce tras comida amarga.
Es hija de la heróica fortaleza,
Madre de la osadía y la constancia,
Hermana del valor y la destreza.
Por ella tiene ser la tolerancia,
Por ella es estimada la experiencia,
Por ella se conserva la ganancia.
Los actos de una larga penitencia
Por ella se valoran y quilatan,
Y vienen á tener tanta excelencia.
Con ella las virtudes se dilatan
Y se vuelven heróicas, y con ella
A los mismos demonios hombres atan.
Es prueba que la firma el tiempo y sella
De luengo amor y de ánimo constante,
Cual de Jacob con la serrana bella.
Es inviolable escudo de diamante,
Do todas las saetas se despuntan,
Volviendo atrás en vez de ir adelante.
Es un seguro puerto do se ajuntan
Los que de navegar están cansados,
Cuando ven la tormenta ó la barruntan.
Y en fin, es un reparo á los cuidados
De luenga edad, y en ella vale tanto,
Que los que viven mas son mas osados.

PEREGRINACION.

No es Peregrinacion aquel vagante,
Inquieto y solícito camino
Del que por ser curioso es caminante,
Ni el que por melancólico destino
O por necesidad ó vanagloria,
O por intento vano, es peregrino.
La peregrinacion que de memoria
Y de alabanza es digna en cielo y suelo,
Y la que se encarece en esta historia,
Es la de aquel que con piadoso celo,
Por voluntad ú obligacion, visita
Los lugares que acá señala el cielo,
Y cuando algun rigor le necesita
A padecer trabajos y fatigas,
Como Faustino padeció y Jovita,
Entonces va cogiendo las espigas
Y los ricos manojos, con que vuelve,
Triunfando de las armas enemigas.
La peregrinacion santa resuelve
Las postemas del alma y las deshace,
Y el cuerpo lo de dentro afuera vuelve.
La indómita cerviz que al mundo aplace,
De la rebelde carne rinde y doma
Si con debida devocion se hace.
Es peregrinacion blanca paloma
Que por hallar descanso gime y vuela
Por Compostela, Palestina y Roma;
Es un peregrinar en la vihuela
Con pasos y con fugas inauditas,
Que el ánimo y el ánima consuela;
Es un andar buscando margaritas
Y darlas por la gracia del que adoro,
A cuyo amor van todas sobrescritas;
Es hallar en el campo un gran tesoro,
Y sacar á vender lo nuevo y viejo
De su caudal quien tiene plata y oro;
Y en fin, es ver quién somos al espejo,
Pues somos peregrinos y extranjeros
Hasta pasar triunfando el mar Bermejo.

CONTRICION.

La Contricion es un dolor intenso
Y un áspero castigo voluntario,
Que el alma al corazon aleve ordena;
Es un quebrantamiento necesario,
Que la razon impone como censo
Sobre la voluntad por justa pena;
Es acertar la vena
Por donde se despida
La sangre corrompida;
Y la sacramental es un cendrado
Dolor, por solo Dios, de haber pecado,
Con propósito firme y permanente,
Habiendo confesado,
De nunca mas pecar perpétuamente.
Entre las duras piedras del molino,
Que una está firme y otra gira en torno,
Se desmenuza y vuelve en polvo el grano;
Despues se amasa en pan y lleva al horno,
Y sale dél purificado y fino
Para la mesa y alimento humano.

El corazon cristiano
Es el grano de trigo,
Y la piedra que digo
Que no se muda, el inmutable intento
De no pecar; la otra el pensamiento
De quién y á quién ofende el horno adusto,
Caritativo aliento,
Y el pan, el corazon que á Dios da gusto.
El corazon contrito y humillado
No le desprecia Dios, por mas discordia
Que entre los dos la culpa haya encendido.
¡Oh gran bondad! Oh gran misericordia!
Que como se arrepienta del pecado,
Por mas y mas enorme que haya sido,
De Dios es admitido,
Y todo el cielo junto
Hace en el mismo punto
Sobre esta penitencia y sus quebrantos
Elogios solemnísimos y cantos
Que á los de acá infinitamente exceden;
Y estos afectos santos
¡Oh santa contricion! de tí proceden.
Da gusto al mismo Dios ver unos ojos
Que fueron ya del ciego amor señuelos,
Y son de llanto arroyos soberanos;
Y un corazon do se forjaban celos,
Avaricia, ambicion, lascivia, enojos,
Que salen dél propósitos cristianos;
Unos piés y unas manos
Que en obras y deseos
Siguieron devaneos
Y aspiran al descanso sempiterno;
La boca, que lo fué del mismo infierno,
Y otros mil males ya vueltos en bienes,
Dan gusto al Rey eterno;
¡Oh santa contricion, gran fuerza tienes!

CONVERSACION.

Es la Conversacion en esta vida
Dulce entretenimiento
Para templar las pesadumbres della;
Es una gustosísima comida,
Que al alma da sustento
Si la conversacion y el alma es bella;
Es celestial centella
Que en los dispuestos corazones prende,
Y tanto los enciende,
Que llega el resplandor al cielo sumo,
Y el fuego se descubre por el humo.
Si dos ó tres se juntan en su nombre,
En medio dellos puesto
Dicen que asiste el Salvador del mundo;
Notad el felicísimo renombre
Del conversar honesto,
Y del amor de Cristo el mar profundo;
¡Oh corazon inmundo!
¡Cuán caro que te cuesta un vil pecado,
Pues pierdes de tu grado
Tesoros tan insólitos y tantos
De conversar con Dios y con sus santos!
¿Qué regocijo, qué tesoro ó fiesta,
Qué próspera fortuna
Tendrá valor si no es comunicada?
Pues la conversacion que excede á esta
Como el sol á la luna,
De quién como es razon será cantada?
¡Oh soledad sagrada,
Conversacion de santos y discretos!
Son tales tus efetos,
Que no hay conversacion acá en la tierra
Que iguale un punto á la que en tí se encierra.
La flor, la fuente, el pájaro, la planta,
El regalado viento,
La quietud, el silencio y cada cosa
Parece que el espíritu levanta,
Y con suave aliento
Hace conversacion dulce, amorosa;
El alma deseosa
De alta contemplacion allí la halla;
Ninguna cosa calla,
Que todo la convida, anima, exhorta
A contemplar el bien que mas importa.
Comunícase á todas las criaturas
El gran Dios por esencia
Sin que á ninguna falte ni se ausente,
Y allá se comunica en las alturas
Por gloria y por presencia
A los que gozan dél eternamente,
Y por gracia á la gente
Que sabe acá servirle, otra mas alta
Comunicacion falta,
Que es la union hipostática, admirable;
Ved si el inmenso Dios es conversable.

BELLEZA SANTA.

Es Hermosura Santa
Rosa entre las espinas,
Preciosa margarita orlada de oro;
Es mano que levanta
Del cielo las cortinas
Para mostrarnos su mayor tesoro.
No hay del empíreo coro
Mas natural retrato
Que la belleza humana,
Y como la mañana
La majestad anuncia y aparato
Del gran señor de Delo,
Así por ella vemos la del cielo.
Sin faltas y sin sobras,
De proporcion fecundo,
Lo visible formó naturaleza;
Y viendo Dios sus obras
En la creacion del mundo,
Le dió extremado gusto su belleza,
Y en la humana pureza
De Verbo puso el sello
De soberanos modos,
Haciéndole entre todos
Los hijos de los hombres el mas bello,
Y bien autorizada
Queda con esto la beldad sagrada.
Por otra parte, en cuanto
El bello sol rodea
No hay guerra, disension, no hay tiranía,
No hay poderoso encanto
Ni contagion que sea
Mas perniciosa al mundo, y menos pia,
Que esta cruel arpía
De la belleza humana;
Dígalo España y Troya;
Quien tiene oidos oya,
Y huya de la reina Cipriana;
Que la belleza loca
A idolatrar los ánimos provoca.
¿Qué sirvió la belleza
De Aristóbulo bello
Para dejarse de ahogar nadando?
Y ¿qué la gentileza
De aquel que del cabello
Quedó en la encina al aire ventilando,
Y al otro que, mirando
El cristalino abismo,
Fué tanta su locura
De verse la figura,
Que vino á enamorarse de sí mismo?
Al fin, lo que conviene
Es la beldad del alma á quien la tiene.
La que es de mal semblante
Crea al amigo espejo,
Y no la engañe engaño antojadizo,
Ni su fealdad la espante,
Mas tome mi consejo
Y dé gracias á Dios, que así lo hizo.
El cuerpo es quebradizo,
Y el alma permanece,
Y si en aquel es fea,
En esta no lo sea,
Que serán dos fealdades juntamente;
Mas trate, si es discreta,
En decorar la parte mas perfeta.
La dama á quien hermosa
Hizo el empíreo santo,

De sí no se enamore, que es locura;
En sierpe venenosa
Volvió por otro tanto
El ángel mas hermoso su figura.
Ni es esta hermosura
La que estiman los buenos,
Ni Dios se agrada en ella;
Y así, la dama bella,
Pues tiene la del cuerpo, que es lo menos,
Procure la del alma,
Que es la que alcanza inmarcesible palma.

HUMILDAD.

Es la Humildad raíz y fundamento
De todas las virtudes soberanas,
Sin quien ninguna dellas fructifica;
De la bondad eterna es alta torre;
Do hay humildad habrá sabiduría,
Sin ella no se acierta en cosa alguna.
Quien tiene de humildad el gran tesoro
Tendrá encendido en el altar del alma
Perpétuo fuego del amor divino.
Humíllate, cristiano, si pretendes
Seguir de Cristo la bandera humilde;
Porque humillarte á todos no es dañoso,
Y anteponerte á uno puede serlo.
Como los bajos valles comunmente
Mas fruto dan que los ventosos montes,
Así son mas fructíferos de ciencia,
De letras y virtudes los humildes
Que los soberbios y presuntuosos.
Y así como los árboles que tienen
Mas profunda raíz suben mas alto,
Así los que se humillan se levantan
En mas virtud, en mas merecimiento.
Y como, estando la pesada tierra
En el lugar mas ínfimo del orbe,
Tiene mas influencias celestiales,
De donde fructifica varias cosas
Mas que los otros cuerpos deste mundo,
Así al humilde corazon descienden
Influencias de gracias y virtudes,
Que abundancia de méritos producen.

PRISION.

La dulce libertad es bien tan alto,
Que no se puede dar por todo el oro,
Que tanto el mundo sin razon estima;
Y así, se entenderá cuán gran tesoro
Pierde quien della vive ajeno y falto,
Pues es de lo de acá suya la prima;
Mas aunque tanto el mundo la sublima,
No iguala su grandeza
Y extremada belleza
Con la de la prision de mas estima;
No la prision que muchos temen tanto,
Sino la que padece
El que merece acá nombre de santo.
Esta prision es libertad hidálga,
Do al firme se promete ejecutoria,
Y las armas le dan de caballero;
Es una prenda de la eterna gloria
Porque el temor deseche cuando salga
A combatir con el tirano fiero;
Es aula y un estudio verdadero,
Donde se perfecciona
Quien pretende corona,
Como fuerte y católico guerrerro;
Y en fin, es de paciencia, brio y mano
Una piedra de toque,
Y es un estoque de valor cristiano.

ENTEREZA.

Tener los hombres graves Entereza
En cuantas ocasiones
El tiempo, el hado y la fortuna ofrece,
Arguye honor, prudencia y fortaleza,
Maravillosos dones
Al noble corazon que los merece.
Mas el que desfallece
En el rigor de las adversidades,
Y en las prosperidades
Pierde la gravedad y no está entero,
Le arguyen todos de ánimo ligero.
Es entereza en la real persona
A todos los sucesos
Semblante igual, firmeza diamantina;
Es un firme valor, que proporciona
Las faltas, los excesos
A que naturaleza nos inclina;
Es celestial doctrina,
Filosofía sagrada de los santos,
A quien ni amor ni espantos,
Ni pena grave, ni la misma muerte
Hace mudar un punto el pecho fuerte.
La mutabilidad y ligereza,
En hombres principales
Es grande falta, que el honor deslustra,
Tenida entre los grandes por bajeza,
La fama de los cuales,
Por ser enteros, su memoria ilustra.
No hay cosa do se pruebe este tesoro
Como en belleza y oro;
Que apenas hay valor que no provoque
Cualquiera destas dos piedras de toque.

FIDELIDAD.

Fidelidad es una
Virtud que siempre guarda
Y defiende el tesoro encomendado;
Es fuerza que á ninguna
Se rinde ó acobarda,
Y su alcaide el solícito cuidado.
Es un peñon cercado
Del mar y combatido
Del importuno viento;
Mas el furor violento,
En lugar de ofender, queda ofendido;
Que tiene á la firmeza
Por fundamento de su fortaleza.
Tambien puede llamarse
Fidelidad justicia,
Pues es el fiel que afina las balanzas;
Y puede intitularse
Verdadera amicicia;
Pues en ella se fundan confianzas
De ricas esperanzas;
Tambien es valentía,
Pues no teme la muerte;
Y de la misma suerte
Puede tambien llamarse hidalguía,
Pues es de pecho noble
Amar lealtad, huir de trato doble.
De fe y de honor es hija,
De la verdad hermana,
De la puntualidad estrecha amiga;
El cielo la prohija,
Naturaleza humana
Con ella se conserva y no litiga;
De falsos enemiga,
De justos estimada,
Graciosa á los amigos,
Y aun á los enemigos,
En treguas, tratos y palabra dada;
De todos admitida,
Del mismo Dios llamada y escogida.
Los ángeles hermosos
Desde el segundo instante
Se abrazaron con ella eternamente;
Los santos valerosos
Por ella, Dios mediante,
Alcanzaron la gloria permanente;
Los que en la sacra fuente,
Como plantas noveles,
Se bañan del bautismo,
Su nombre tienen mismo,
Llamándose católicos fieles,
Y el mismo nombre tiene
Aquel que da la cuenta cual conviene.
El mismo Dios se agrada,

En cuanto Dios y en cuanto
Hombre, de ser fiel en dicho y hecho;
En la fe revelada
Que promete y da tanto
Muestra fidelidad su eterno pecho;
Y en quedar satisfecho
De la deuda del hombre
Con la pasion de Cristo,
Se ve claro y se ha visto
Cuán fiel es el Verbo y su alto nombre,
Y el santo Amor divino
Tambien es fidelísimo y benino.

MÚSICA.

La Música es concordia
De voces diferentes,
Con arte reducidas á un sugeto,
Que no admite discordia,
Como suelen las gentes,
Y el alma es su lugar y propio objeto.
El oido discreto
Es pasadizo y puerta
Por do va á su aposento,
Que es el entendimiento,
Y tanto le regala y le despierta,
Que no hay cosa en el suelo
Que así le manifieste las del cielo.
A todo cuanto vemos
En el mundo criado
Se puso peso, número y medida;
Las penas que tenemos
Son *falsas*, bien mirado,
Con que se perfecciona nuestra vida;
Pobreza entristecida
Y riqueza que alegra,
Estar enfermo ó sano,
El invierno y verano,
¿Qué son, sino *figura* blanca y negra,
Ya apriesa, ya despacio,
Unas *en regla* y otras *en espacio?*
El vario movimiento
De planetas contrarios
Es *longo, breve, mínima, corchea;*
Mar, tierra, fuego, viento
Y cuatro tiempos varios
Las cuatro *voces* son de aquesta dea.
Cuando relampaguea
Y discurren cometas,
El aire cuando brama,
Y el agua que derrama,
¿Qué son sino *bajones* y *cornetas*,
Y folla de *cantores*
Tiples, contraltos, bajos y *tenores?*
El triste aprisionado,
El mísero cautivo,
El solo, el afligido, el viandante,
El monje y el soldado,
El manso y el altivo,
El justo, el pecador, el navegante,
El sábio, el ignorante,
El tosco, el cortesano,
El mas esquivo y fiero,
El mas grave y severo,
El pobre, el rico, el noble y el villano,
Y todos los mortales
Hallan, cantando, alivio de sus males.
En la suprema gloria,
Do el sumo Bien se encierra,
Mansiones hay diversas reservadas
A los que con victoria
Se parten desta guerra,
Conformes al valor de sus espadas;
Las *voces acordadas*
A todos los oyentes
Alegran y regalan,
Mas todos no se igualan,
Antes son en el gusto diferentes;
Que á cada cual suspende
La música conforme á lo que entiende.
Allá en la empírea cumbre,
Do Santo, Santo, Santo
Los inflamados serafines claman
A la inexhausta lumbre,
Con sempiterno canto
Adoran, sirven, reverencian, aman;
Y acá los que se llaman
Viadores militantes
Alternan en sus *coros*
Los músicos tesoros
De instrumentos y voces resonantes;
Que aquesta Iglesia santa
Imita á aquella cuando tañe y canta.
El inefable terno
De tres voces iguales,
Aunque distintas, de única sustancia;
El *duo* sempiterno
De dos tan desiguales
Cuanta de Dios al hombre es la distancia,
Con dulce *consonancia*,
Divino *contrapunto*,
Dispone suavemente
Los ángeles, la gente;
Y siendo *letra* el hombre, el ángel *punto*,
Y el mismo Dios la *clave*,
Ved si será la música suave.

FIRMEZA.

Es la Firmeza un don tan importante,
Que no puede sin él virtud alguna
Tener acá valor, ni recompensa
Allá en el cielo por el mismo caso.
El magnánimo pecho es su morada,
Y en los que no lo son dura muy poco.
No hay tiempo ni ocasion alegre ó triste,
Prosperidad ni desventura humana,
Que mude un corazon de veras firme.
Muéstrase mas en el mayor combate,
Y aun las cosas del mundo avaro y falso,
Si no tienen firmeza, valen menos.
Mas ¿qué firmeza puede dar el mundo?
Si no hay firmeza en la palabra justa,
Se pierde mucho honor; si no ha firmeza
En los cimientos, caen los edificios,
Si falta á la amistad firmeza, es falsa;
Y en fin, de cuantas cosas tiene el mundo,
La firmeza es crisol que las apura;
Y como en los viciosos pertinacia,
Y ligereza en ánimos mudables
Suelen ser causa de sucesos tristes,
Así en los corazones virtuosos
Produce la firmeza firmes dones,
Que al alma llevan á la empírea cumbre.

REVELACION.

Es la Revelacion navío de aviso,
Que de la empírea corte se despacha
Con importantes nuevas á la tierra;
Secreto resplandor, paje de hacha,
Que alumbra el intelecto mas que el viso,
Y trae á veces paz, á veces guerra;
Es flecha que no yerra,
Mas siempre da en el blanco,
Favor del pecho franco
De Dios á pocos dado, y nueva cierta
Que en rapto, exceso y sueño nos despierta,
Y sale presurosa y refulgente
Por una ebúrnea puerta
Que le está dedicada en el oriente.

MILICIA CRISTIANA.

La Cristiana Milicia es academia
Do aprende el alma el bélico ejercicio
Contra la carne, el mundo y el demonio,
Do el valeroso Antonio (1)
Tuvo de capitan ilustre oficio,
A quien el general divino premia;
Es contra la blasfemia
Y sugestion del príncipe tartáreo

(1) San Antonio Abad.

Diestro escuadron cesáreo;
Traza que para entrar el cielo empirio
Puso en vida ó martirio
La militante Iglesia temporánea,
A la triunfante eterna sufragánea.
Es un sagrado militar presidio,
Do es fuerte el manso, do el humilde es héroe,
Al bando opuesto es funeral tragedia,
Y al nuestro una comedia,
Cual no se recitó de Tile á Méroe,
Ni del indiano al bárbaro numidio;
Es órden que el subsidio
Y el excusado excusa de los vicios,
Y da mil beneficios
A los que la profesan; es gran feria
Contra toda miseria;
Es al cristiano celestial sufragio,
Y la segunda tabla del naufragio.
El que del campo tiene el magisterio
Es el entendimiento, la memoria
Es contador, alférez la ordinaria
Potencia voluntaria,
El campo aquesta vida transitoria,
Sargento la razon, que con imperio
Ordena el magisterio;
La fuerte juventud es la vanguardia,
La vejez retaguardia
Y los exploradores incorpóreos,
Los sentidos corpóreos,
Las banderas la cruz, la fe sin dubio
Y la presta oracion el bronce rubio.

OCASION.

Es la Ocasion, al tono que se canta;
Un breve tiempo que favor promete,
Y pasa como paso de garganta;
Pintanla, como dama, con copete,
Al uso de la corte establecido,
En vez de guirnaldilla ó ramillete.
El colodrillo está todo raido,
Y la punta del pié sobre una bola,
Y de alas el talon apercibido;
Y si por el copete á la española
No la prendeis con mano acelerada,
Se desparece en una cabriola.
Volviendo el rostro, es cosa averiguada
Que poderla prender es imposible,
Porque está por detrás descabellada.
No solo es la ocasion acto visible,
Pero tambien se ofrece á entendimiento,
En una inspiracion inteligible.
Si en la mala ocasion estás de asiento,
Sirviendo al mundo, carne ó al demonio,
Déjalo todo y sigue el buen intento.
Imita al que, sentado en el telonio,
A la primera voz que oyó de Cristo
De constante valor dió testimonio.
Y en esto no al que, habiendo apenas visto
Bañarse á Bersabé de sus balcones,
Con el eterno Rey quedó malquisto.
Malas y buenas son las ocasiones,
Las malas causa la infernal serpiente,
Las buenas el que ve los corazones.
Es ocasion maravillosa fuente
De bien ó mal, y un fácil aparejo
De vivir ó morir eternamente;
Silencio hablador, mudo consejo,
Callado grito, desengaño breve,
Reloj despertador, amigo espejo;
Purga que presto y sin pensar se bebe,
Piedra de toque de prudente aviso,
Aldabada que al alma incita y mueve;
Voluntario favor, tiempo preciso,
Vagarosa venida, breve oferta
Al gusto, olfato, oido, tacto y viso;
Es una rica y venturosa puerta,
Cerrada al espacioso y al cobarde,
Y al diligente y animoso abierta.
Quien la pierde una vez la cobra tarde,
Y lo merece bien por ser ingrato,
Y pues el bien desprecia, el mal aguarde.
Es, si le gustan luego, un dulce plato,
Y amargo si le guardan, porque tiene
Melancólico fin principio grato.
Muy pocas veces pára y se detiene,
Y muchas quien la busca no la halla,
Y algunas, sin buscarla, ella se viene.
En fin, como el vivir todo es batalla,
La vigilancia importa en esta vida,
Y en viendo la ocasion santa, gozalla.

COMPETENCIA.

La Competencia el ánimo levanta,
Y es una viva espuela del deseo,
Que de dificultades no se espanta.
Es piedra de aguzar, es un torneo
Do cada venturero en campo armado
A la victoria aspira y al trofeo.
Es un correr al pálio señalado,
Una academia santa, do se afina
El alma y el ingenio levantado.
Es contrapunto en música divina,
Un celo celestial, santa contienda,
Que el alma perfecciona y encamina.
Oposicion de cátedra ó prebenda,
Do cada opositor hace notoria
Su habilidad y quiere que se entienda.
Mas no alcanza uno solo la victoria;
Que cuantos la merecen gozan della,
Porque aquesta prebenda es la alta gloria.

PIEDAD.

Piedad es uno de los siete dones
Que amor divino y santo
Reparte á los humildes corazones,
Y en ellos puede tanto,
Que los dispone á caridad y llanto.
Piedad es una fuente caudalosa;
¿Qué digo fuente? Un rio;
¿Qué digo rio? Es una mar piadosa,
Do lleva el gran navío
Palabras, obras, mandas, celo pio.

HAMBRE.

La Hambre corporal es un efecto
Del calor natural, que siempre ardiendo,
Con el incendio gasta de sus llamas
El manjar que alimenta nuestras vidas,
Y cuando aqueste gasta, va gastando
Del hígado y humores de tal suerte,
Que viene á consumir la humana fuerza
Y á cerrar los espíritus vitales;
De suerte que si no le dan socorro,
Se acabará la vida en pocos dias.
Esta suele rendir las flacas almas
Que tienen poco espíritu y aliento,
Y las hace caer en mil bajezas,
Imitando á Esaú, que el mayorazgo
Al hermano vendió por un vil precio.
Esta hace gustar á quien la pasa
Manjares nunca oidos ni pensados,
Hasta comer los hombres á los hombres,
Y lo que asombra mas, los propios hijos,
Como allá en Hiericó, ¡dolor infando!
Esta hace rendir al enemigo
Las ciudades muradas y castillos,
Por no esperar con ánimo gallardo
El socorro del cielo y de la tierra.
En esta el tentador sagaz procura
Inficionar las almas penitentes,
Y se atrevió á tentar en el desierto
Al mismo Dios, el cuarenteno dia,
Aunque estaba dudoso si lo era,
Cuando al manjar del cielo tuvo hambre.
Esta levanta los entendimientos,
Acendra los espíritus y humores,
Refrena de los vicios el orgullo,
Derriba las pirámides y torres
Del ciego pensamiento vano y libre;
Es salsa de los gustos y manjares,

Piedra de toque donde los quilates
De la virtud cristiana se conocen,
De la rebelde carne disciplina,
Maestra de humildad y otras virtudes.
Señaláronse en ella por extremo
Los tres gallardos jóvenes hebreos,
Que despreciando la real comida,
Con solamente yerbas y legumbres
Admiró su apariencia y hermosura.
En ella se mostraron valerosos
Muchos profetas, infinitos santos,
Que por no detenerme no los nombro.
Hay otra hambre de mas alta estima,
Que es la que aspira á la justicia santa;
Aquesta es un deseo vivo, ardiente,
Que de perfeccionarse tiene el alma
En el camino de la vida eterna.
Aquella sed que tuvo el Rey divino
De nuestra redencion en el madero,
Fué desta hambre celestial maestra.
Felice el alma que estudiosa aprende
Tan alta facultad en su academia.
Esta aprendieron con estudio santo
Del sumo Catedrático los doce,
Y los setenta y dos, y todos cuantos
Despues acá por ella se salvaron.

BUENA VENTURA.

Es la Buena Ventura, entre los dones
Que el cielo da á la tierra, el que desean
Y estiman los humanos corazones;
Que si aquesta les falta, aunque se vean
De todos los demás enriquecidos,
Parece que de nada se recrean.
No se alcanza con méritos subidos,
Aunque mas el ingenio favorezca,
Y se extremen las artes y sentidos;
Antes, quien la pretende no merezca;
Que aquí no valen dotes naturales,
Y á veces es mejor que desmerezca.
Esto se entiende en bienes temporales;
Que como el Rey supremo los desprecia,
Los suele algunas veces dar por males.
Mas los bienes eternos, que Dios precia,
Por méritos se alcanzan y por gracia,
Y la gracia y el mérito se aprecia.
Ni puede haber engaño ni falacia;
Que Dios es quien quilata y quien valora
Y pesa con justísima eficacia.
Esta buena ventura de que ahora
Se canta, es la que al alma adorna y llena
De los grandes tesoros que atesora;
Y aunque dice el de Tarso, y Dios lo ordena,
Que se da por justicia la corona,
Esa justicia es la ventura buena.
Esa buena ventura es la que abona
Con Dios al alma, y la que califica
Sus obras, y en el cielo las pregona;
Tan liberal, tan generosa y rica,
Que en su valor se ve por apariencia
La predestinacion que clarifica.
Es su madre la santa diligencia,
Su santa abuela inspiracion divina,
Su mayor mayordomo la prudencia;
El Espíritu Santo la apadrina,
Las demás que la sirven y acompañan
Son obras santas, do la fe se afina.

ÉTICA Y ECONÓMICA.

La Etica es el régimen y el órden
Que proporciona el alma y la gobierna,
Y de virtudes ínclitas la adorna.
Reforma la irascible y la compone,
Y conforme á razon en sus acciones,
De *fortaleza* ilustre la acompaña;
Que entre temeridad y temor frio
Suele tener el medio virtuoso.
A la concupiscible enfrena y rige
Con *temperancia;* que en los dos extremos
De la grande tristeza y alegría
Y del encogimiento y del deleite
En pacífico medio la conserva.
La ciega voluntad reprime y mueve
Con la *justicia*, para que no exceda
Ni falte en la virtud, que está en el medio
Del exceso y defecto, extremos della.
Gobierna el intelecto con *prudencia*,
Cuanto en el descubrir mejores medios,
Porque á la voluntad los represente,
Para que los mejores ella elija.
La ética es, en fin, una alta ciencia
Moral de las costumbres y virtudes
Con que el hombre se hace virtuoso,
Segun lo que razon bien ordenada
Le persuade, ordena, manda, inspira,
Para alcanzar el fin y bien que espera.
En la ética asisten de ordinario
Las cuatro cardinales referidas,
Los medios declarando necesarios
Para que alcance perfeccion el hombre,
Que es conforme á razon proporcionada,
Y á lumbre natural pasar la vida.
Desta ética pues, que es el gobierno
Del hombre interior, sale Económica,
Que es el gobierno exterior del hombre.
Es un concierto de la vida humana,
Es órden de la casa y la familia,
Cómo ha de procederse en la hacienda,
Cómo en la provision y providencia,
En el gasto, en el traje, en la despensa,
En la custodia y honra de la casa
Y cuantas menudencias hay en ella,
Todo segun razon bien ordenada.
Hay otras dos de mas valor y estima,
Etica y económica cristianas;
La ética en el alma que sujeta
Estuvo siempre á Dios con sus potencias,
Entendiéndole, amándole, acordándose
De las mercedes de su mano eterna;
Y la santa económica en el cuerpo,
Sujetándole al alma, y sujetando
La voluntad á la razon en todo,
Con ayuno, oracion y disciplina.

GRACIA.

Gracia, en estilo humano,
Llamamos al donaire,
La cortesía, el garbo y gentileza,
El modo cortesano,
El contoneo, el aire,
Dulce conversacion, grata belleza.
Y la naturaleza
Reparte acá sus dones
De fuerza, valentía,
Llaneza, gallardía,
Buenos ingenios, buenas condiciones.
Todas aquestas cosas
Se llaman gracias y se dan graciosas.
El favor, la privanza,
La dádiva, la oferta,
Y aquellas siete liberales tiendas,
Hidalguía, crianza,
Y las que acá llamais partes ó prendas,
El componer contiendas
Entre gentes adversas,
El ser saludadores,
Profetas y doctores,
Zahories y hablar lenguas diversas,
Todas se llaman gracias,
Aunque en algunas dellas hay falacias.
Gracias tambien se llaman
Las tres bellas hermanas,
Que una da, otra recibe, otra agradece;
Y aquellos á quien aman,
Potestades humanas
Que vienen en su gracia nos parece.
Por gracia se encarece
Ser músico y poeta,
Y el decir de repente
Dichos graciosamente,
Que suelen agradar gente discreta.

En fin, es loa solene
Decir de alguno que mil gracias tiene.
Mas la gracia divina,
Que Dios nos da graciosa,
Don sobrenatural, extraordinario,
Dispone y encamina
El alma á ser hermosa,
Con su consentimiento voluntario.
Y siendo relicario
Del auxilio divino
Y una merced tan rica,
Con él se justifica,
Y méritos le da en el buen camino,
Gracia *gratum faciente*
Para alcanzar la gloria permanente.
Una misma es la gracia,
Un ser y una sustancia
Que Dios en la del alma influye y llueve,
Y dásele de gracia
Por la mucha abundancia
De la misericordia que le mueve.
Las tinieblas remueve,
Y expele con la lumbre
De fe la mancha oscura,
Y la depravacion y servidumbre
Con su bondad eterna,
Siendo el divino auxilio el que gobierna.
Su final causa es gloria,
Y Dios es la eficiente,
Por su misericordia generosa,
Cristo la meritoria
Por el valor patente
De su muerte y pasion, tan rigorosa
Cuan rica y caudalosa.
La instrumental se llama
La de los sacramentos,
Porque son instrumentos
Con que descubre Dios lo que nos ama,
Y en fin, el alma bella
Es causa material donde se sella.
Diversos esta gracia
Efectos va causando,
Y así le damos nombres diferentes.
La primera eficacia
Es irnos despertando
Para que el alma quite inconvenientes.
Vivid en *gratis data*
Y *gratum faciente;*
Y porque solamente
Mueve la voluntad y la desata
Del vicio y su desgracia,
Operante se llama aquesta gracia.
Mas cuando el alma bella
Despierta á las victorias
Con la gracia operante y preveniente,
Comienza á obrar con ella
Hazañas meritorias,
Se llama *cooperante* del prudente,
Que es obrar juntamente.
Y porque unos efetos
De los otros proceden,
Ya siguen, ya preceden,
La dividen y nombran los discretos
Antecedente á una
Y subsecuente á otra, y toda es una.
Justificar el alma
Y hacerla que merezca
Son de la gracia efectos principales,
Con los cuales la palma
Quiere Dios que merezca
Cuando suba á los bienes celestiales.
Y adviertan los mortales
Que la *justificante*
Es la que purifica
Al alma y justifica,
Y la misma que es *santificante*
Es la que da los méritos,
Habiendo ya quitado los deméritos.
Y porque el alma ingrata,
Mudable como sombra,
Puede perder un don tan excelente,
La gracia *gratis data*
Permanente se nombra,
Y se nombra tambien *no permanente;*
Y así, muy conveniente,
Mas de la habitual gracia divina,
Es especial auxilio
Del eterno Concilio,
Adonde está la Omnipotencia trina,
Por la inconstancia vana
De la mudable voluntad humana.

PENITENCIA.

La Penitencia en este mar cerúleo
Del mundo ciego y de sus ondas varias,
Es la segunda tabla del naufragio,
Y el puerto do los tristes argonáutas
Contra la tempestad hallan refugio.
Es un dolor intenso del agravio
Y ofensa hecha á Dios; es un asedio
Que pone el alma al cuerpo; es una feria
Do se compran virtudes, y una noria,
Que sale por los ojos, de agua limpia,
Y vuelve como nieve la conciencia.
Es del consuelo corporal repudio,
De nueva vida es un concierto y cambio,
Y un discreto oficial de penas propias;
Es hija de esperanza, es un perpétuo
Destierro, y confusion de su contraria;
Es purga que prepara con receuta
De Cristo la razon, que es boticario,
Y dada al pecador, con ella cambia
Su mal en bien, en dicha su desgracia.
Es un castillo contra las insidias
De los pecados, donde se remedia
El pecador contra el poder estigio,
Do vence la humildad á la soberbia,
La liberalidad á la avaricia,
La bella castidad á la lujuria,
A la gula el rigor de la abstinencia,
La humilde mansedumbre á la iracundia,
La caridad á la cruel envidia,
Y á la pereza, en fin, la diligencia.

OSADÍA CRISTIANA.

Que los gallardos varoniles brazos,
De resoluto ardor alimentados
Y de robustas fuerzas impelidos,
Emprendan altos hechos no pensados,
Y sin temer estorbos y embarazos,
Salgan con mil empresas atrevidos,
No asombra los oídos
Ni las cejas enarca
En cuanto el aire abarca;
Lo que espanta es que un brio contrahecho,
Un tierno, virginal y frágil pecho
De una muchacha humilde, temerosa,
Emprenda un alto hecho
Y salga con la empresa victoriosa.
Y aunque se ven y han visto á grandes cosas
Mujeres atreverse de ordinario
Con ánimo arrojado, pervertido,
Aqueste atrevimiento es temerario,
Y no merecen nombre de animosas,
Si á la justa razon ciega el sentido.
Con todo, son y han sido
Osadas muchas damas
En las ilustres llamas
De la virtud heróica y peregrina.
. . . . . .
La cristiana osadía es una ardiente
Llama de amor que abrasa las entrañas,
Y es forzoso que salga y se descubra,
Haciendo celebérrimas hazañas,
Dignas de nombre y fama permanente,
Y que el oscuro olvido no las cubra.
No hay miedo que la encubra,
Ni riesgo que la absconda.
Es de David la honda,
Que derriba al superbo y arrogante;
Es de dos filos lúcido montante,
Que, saliendo del pecho, que es la vaina,

Cual rayo fulminante,
Sin derribar contrarios no se envaina.

FAMA.

La esclarecida Fama es un tesoro
Que el vicio absconde y la virtud le halla,
De mucho mas valor que plata y oro.
Es una viva voz que jamás calla,
Nacida de virtudes generosas
En esta humana vida, que es batalla.
Es honra que las obras virtuosas
En este mundo dan á los soldados
Que por las sendas van dificultosas.
Y como de los vicios y pecados
Suele nacer la infamia, así procede
La fama de los hechos señalados.
Al templo de la fama nadie puede
Entrar en esta vida, sino entrando
Por el de la virtud, que la concede.

ELECCION.

El que conforme á su talento y traza
Para la vida humana elige un medio,
Y en justicia y razon le ordena y traza,
Si los extremos huye y ama el medio,
Do la virtud consiste, da en el blanco
De lo que es discrecion de medio á medio.
Deste, al que la eleccion le sale en blanco,
Por no saber hacerla, hay mayor grado
De diferencia que de prieto á blanco.
Y si para subir de grado en grado,
Aun en lo temporal, es de momento
La eleccion no forzosa, mas de grado,
¿Qué será en lo del cielo, do un momento
A los ojos de Dios mil años vale,
Y cuanto quiere el alma ve al momento?
. . . . . .
Es la eleccion que canto la que salva
El alma, y la que bien recita el acto
Desta comedia será sana y salva.
Esta eleccion de la prudencia es acto,
Inspirada del alto cielo, y nada
Vale en potencia, sino puesta en acto.
El alma que en el mar del mundo nada
Elija de salvarse buena via,
Porque sin esto es lo demás nonada.
Como el que ahora es ciego y antes via,
Será el que habia escogido buena suerte,
Y vuelto al mal le sigue todavía,
Y como quien trocó por una suerte
De tierra la del cielo, y quien de falso
Envida, y le salió en blanco la suerte.
Santa eleccion no alberga en pecho falso,
Sino en humilde, manifiesto y claro,
Y no encubierto, como en ropa el falso.
Su padre es intelecto ilustre y claro,
Inspiracion su madre, clara, ilustre,
Que pasa el corazon de claro en claro.
Su abuelo el mismo Dios, que el ser ilustre
Da á cuantas cosas hay; su abuela el alma,
Que elige el rayo eterno que la ilustre.

APARIENCIA SANTA.

Es la bella Apariencia un sobrescrito
Que declara cuál es y lo que vale
La interna calidad que está encubierta.
Es una gran portada, un frontispicio
Que dice las grandezas de la casa,
Y porque algunas veces suelen verse
Mujeres de extremada hermosura,
Y jóvenes tambien gallardos, bellos,
En cuyas almas y viciosos pechos
Se forjan y conciben grandes males,
Y palabras suaves se pronuncian,
Que dentro son saetas venenosas,
Y á sombra de un adorno penitente
Se alberga la maldita hipocresía,
No trato aquí de tales apariencias;
Que aquestas son sepulcros de alabastro,
De rico entalle y oro por defuera,
Y dentro están mortíferos despojos;
Son flores odoríferas que encubren
El áspide cruel y venenoso;
Son mansas aguas que en silencio corren,
Del aire con lisonja removidas,
Do se anegan incautos viandantes.
Trátase aquí de la apariencia santa,
Hermosa, honesta, generosa, ilustre.
Aquesta es una carta encarecida
Que escribe de favor naturaleza
A los humanos ojos, y una estrella
Que anuncia la venida del aurora;
Una elocuencia muda, un dulce lazo,
Que de improviso prende voluntades.

VEJEZ Y PUERICIA.

Es la Vejez un cristalino espejo
Que dice la verdad; un desengaño
Que al alma representa el mal pasado;
Es un vestido cual de seda ó paño,
Que de servir está raido y viejo,
Y un campo seco, triste y agostado;
Es un vivir cansado,
Un pobre peregrino
Que cansó en el camino,
Nave que dió á la costa con tormenta;
Albergo do el cuidado se aposenta,
La pena y el dolor y esquiva suerte;
Posta cansada y lenta,
Y un mensajero cierto de la muerte.
Y cuando la vejez cansada viene
Tras una vida virtuosa y santa,
Es un llegar al deseado puerto,
Mensaje que el espíritu levanta,
Posada del consejo que conviene,
Oráculo del bien seguro y cierto;
Es un vivir ya muerto
A las cosas del mundo,
Un ánimo fecundo
De aviso, desengaño y experiencia,
Una esperanza de final sentencia
Dada en favor del pleito de la vida
En la suprema audiencia
Do está la vida y muerte difinida.
Un angélico estado en la *puericia*,
Una simple humildad, tal; que sin ella
Ninguno puede entrar en la alta gloria;
Y así, por ser tan grata, dulce y bella,
La llama Dios con celestial caricia
Y el Evangelio estima su memoria;
Es una breve historia
Del estado inocente
Que turbó la serpiente,
Es del paño mortal la blanda muestra,
Lo mas seguro de la vida nuestra,
Y es una sombra de las bellas almas,
Que por la senda diestra
Subieron á gozar de eternas palmas.

INOCENCIA.

Es la santa Inocencia una ignorancia
De todo lo que es vicio, y una ciencia
De cuanto en las virtudes es ganancia.
Es un portátil cielo en la conciencia,
Y un angélico estado acá en la tierra,
Con solo el ser mortal de diferencia.
«¿Quién es aquel que sube á la alta sierra
Y monte del Señor (dice el Profeta),
Y quién en su lugar santo se encierra?»
Responde luego y dice el rey poeta:
«El que fuere inocente en lengua y mano,
De puro corazon y alma perfeta;
»El que no recibió la suya en vano,
Ni fué testigo falso en daño ajeno,
Aqueste gozará el bien soberano.»
Y el mismo en otra parte: «¿Quién tan bueno
Será, Señor, que habite en tu morada,
Y quien descansará en tu monte ameno?
»Aquel que entra sin mácula, y la espada

De la justicia empuña, y en su pecho
Habla verdad, del mismo pecho amada.
»Aquel que con su lengua nunca ha hecho
Engaño ó dolo alguno, ni en ausencia
Al prójimo ha ofendido en dicho ó hecho.
»Aquel que se aniquila en su presencia
El malo, y que engrandece y acompaña
De aquellos que á Dios temen, la excelencia.
»Aquel que jura al prójimo y no engaña,
Ni pone su dinero en ocasiones
De usura y logro, que las almas daña.
»Aquel que recibir no quiere dones
Contra el alma inocente; el que esto hace
Del Señor gozará las bendiciones.»
Aquesto y cuanto al cielo satisface
En la inocencia está: ved su tesoro,
Y lo que su pureza á Cristo place.

SOLICITUD.

Es la Solicitud ardor colérico
Y un alto brio diligente y cómodo,
Que imita en no parar al sol genérico.
Quiere mal al descuido y al incómodo,
Y procura amistad firme y benévola
Con los buenos sucesos y útil cómodo.
La que es solicitud mala repruébola,
De los que siguen frígidos y cálidos
Una amorosa pretension malévola,
Y aquella de los míseros inválidos
Que tras el oro arando van el piélago,
Mas que el mismo metal que buscan pálidos,
Y la de aquel que el infernal murciélago
Hace cosario bélgico ó británico,
O turco allá en el mar del Archipiélago,
O la del lisonjero que al tiránico
Príncipe da en mentiras hiperbólicas,
O la que en engañar tiene el mecánico.
Estas solicitudes son diabólicas,
Y quien las usa debe andar frenético,
Y por las cumbres vacilando eólicas.
No canta dellas mi furor poético,
Sino de aquellas que con altos méritos
En su arpa celebra el rey profético.
Alimentar los pobres beneméritos
Es dar pasto al Cordero sacratísimo,
Que quita los pecados y deméritos.
Quien fuere de los siete amorosísimo,
Será, por soberano privilegio,
De amor perfecto y oro abundantísimo.
Esta solicitud harále egrégio,
Y en el cielo despues señor de título,
El divino Retor deste colegio.

RIQUEZA.

Espinas llama Dios á las riquezas,
Porque pungen y ahogan nuestras almas;
Opinion contrapuesta á la del mundo,
Que dice que deleitan y regalan;
Y en otra parte afirma que es mas fácil
Enhilar un camello en una aguja
Que entrar un rico en el celeste reino;
En él nos aconseja atesoremos
Adonde no hay ladrones ni polilla,
Diciendo que es negocio averiguado
Estar el corazon do está el tesoro.
Juzgaldo los que amais vuestro dinero,
Que no hay mísero amante que os iguale
En adorar y contemplar su engaño.
No son de suyo las riquezas malas;
Es el usar mal dellas, y buscarlas
Por ilícitos modos, y tenerlas
Por vanos dioses, ídolos penates.
En la casa do sobran las riquezas
Suele haber grande hambre de virtudes,
Que en continuos regalos y delicias
Es adonde se crian los viciosos.
No hay alguno tan firme ni constante
Que en algo la abundancia no le rinda;
Y de aquí nos enseña la experiencia
Que los mas de los ricos que se pierden
Es porque tienen mucho y saben poco,
Y por el presumir los caudalosos
Que no nació el consejo para ellos.
¿De qué pueden librarnos las riquezas,
Si no pueden librarnos de sí mismas,
Creciendo siempre la codicia dellas?
No son bienes aquellos que no hacen
A los que son sus poseedores, buenos;
Pierden por esto, los que mucho tienen,
Quien la verdad les diga alegremente.
Cristiano, pues lo entiendes, menosprecia
La riqueza mortal, y serás rico,
Pues está averiguado que es al alma
Toda riqueza que no es Dios, pobreza.
. . . . . .
Es la riqueza escala para el cielo
Al alma que la gasta en buenas obras,
Y es un despeñadero al hondo abismo
Á quien en vanidades la consume.
La riqueza abscondida al alma daña,
Y al miserable cuerpo no aprovecha,
Como el talento de aquel siervo inícuo,
Que le costó tan caro el absconderle.
Y así, quien hace del dinero amigos,
Que ayuden á salvarle, es tan discreto,
Cuan necio el que lo guarda y atesora,
Sin saber para quién, pues cuando muere
Suele decir el vulgo licencioso
Que lo que le pudiera dar el cielo
Es ocasion de infierno á él y á otros.
La riqueza del alma es de mas porte,
Y la que mas conviene á su remedio;
Es la virtud cristiana su principio,
El bien obrar el medio, el fin la gloria.
Por esta dijo Dios: «Los que desean
Ser verdaderamente ricos, amen
El verdadero celestial tesoro.»

VENGANZA JUSTA.

A veces son de suerte los agravios,
Que los hombres mas sábios y compuestos,
Saliendo de sus puestos ordinarios,
Se vuelven temerarios, y procuran,
Viendo que los apuran, la venganza;
Que no basta templanza ó mansedumbre,
Si se toca en la lumbre de la honra
Con alguna deshonra, ni se advierte
Del ofensor la suerte esclarecida,
Ventaja conocida y gran imperio;
Que cuando el vituperio al honor toca,
O con mano ó con boca, es ordinario
Responder al contrario sin respeto,
Si es honrado sugeto el ofendido.
El duelo, establecido de la gente,
A la opinion presente dió motivo,
Fundado, no en el vivo fundamento,
Sino en torres de viento y mundo vano.
Mas cuando al soberano honor divino
Ofende el desatino licencioso
Del que es imperioso y arrogante,
Será mas bien andante el caballero
Que se opone primero á tal agravio;
Y con mano y con labio y santa ira
Á la venganza aspira. Raro ejemplo
En el empíreo templo nos dió desto
Miguel, echando el resto con presteza
De su gran fortaleza y gallardía,
Contra aquel que tenia el vano intento
De igualar en asiento al Rey eterno,
Lanzándole al infierno con su lanza,
Que fué justa venganza á tal ofensa.
Tambien se nos dispensa acá en la tierra
Otro ejemplo de guerra á gente injusta,
Cuando en venganza justa y permitida
De ver tan ofendida la diadema
De la Verdad suprema y sus trofeos,
Los fuertes Macabeos valerosos,
De santo ardor celosos y esperanza,
A la justa venganza se pusieron,
Y en ella merecieron mil victorias;
Que serán sus memorias permanentes

Mientras hubiere gentes en el mundo.
Venganza justa al hombre se comete,
Á quien juzgar compete los delitos,
Y limpiar sus distritos de insolencias.
Tiene mil excelencias, do se imprime,
Los favores reprime y pone freno;
Convierte al malo en bueno muchas veces,
Y á los mismos jueces va á la mano;
Que al fin tarde ó temprano la balanza
Se trueca, y la venganza justa viene.
Venganza justa tiene una grandeza
Que da gran fortaleza y alegría
Al que no la tenia; y al contrario,
La quita de ordinario al que la tuvo.

BENIGNIDAD.

Entre los atributos
De Dios tan estimados,
El uno es ser benigno sumamente;
Y entre los doce frutos
De Paulo celebrados,
Tiene Benignidad lugar decente.
De aquella eterna fuente
De las misericordias
Esta virtud procede,
Y vale tanto y puede,
Que vuelve en amistades las discordias,
Y el alma en quien florece,
A Dios puede decir que se parece.
Benignidad suave
Es pectoral fecundo
Del sacro pecho de la Esencia Trina;
Es la dorada llave
Que tienen en el mundo
Los que son de la cámara divina.
Es abundante mina
Del coro mas luciente;
Fructífera hacienda
Y real encomienda
Del celestial tuson, do está pendiente
El áureo vellocino,
Eslabon, pedernal, fuego divino.

LIBERTAD CRISTIANA.

SEGUNDA DIFINICION.

Es Libertad Cristiana un don del cielo,
Que resulta del celo de justicia,
Y no admite malicia ni pecado;
Es un desengañado desengaño,
Que al amigo y extraño desengaña,
Y no teme la extraña humana fuerza,
Antes allí se esfuerza donde halla
Quien trate de batalla y resistencia;
Es una alta licencia procedida
De santa heróica vida y noble pecho,
Que aspira, no á provecho, sino á honra;
Es contra la deshonra de los vicios
Y malos ejercicios pregonero,
Que en uno y otro fuero libremente
Publica lo que siente; es voz que entona
Dios mismo, que pregona la victoria;
Y en fin, de gracia y gloria soberana
La libertad cristiana es argumento.

EXHORTACION.

La Exhortacion es abundante mesa
De espléndidos manjares,
Que el desmayado espíritu conforta;
Estímulo de asaltos militares,
Y en la famosa empresa
La espada fulminante que mas corta;
Y como el fuego importa
Para purificar el oro y plata,
Así la exhortacion discreta y rica
Las almas purifica,
Las acendra, valora y las quilata;
Ella destruye y mata
El miedo y pone brio;
Y como fertiliza y enriquece
Á la tierra el rocío,
Las almas ella y cuerpo fortalece.

BUENA COMPAÑÍA.

No hay cosa temporal que tanto adorne
De virtudes el alma
Como la santa honesta Compañía;
Ni quien para perder la eterna palma
La incite y la transforme,
Como la mala que aborrece el dia;
Porque cual es la guía,
Será el que fuere atrás encaminado.
Mientras acompañó san Pedro á Cristo,
Al cielo fué bienquisto;
Mas siendo con los malos agregado,
Tres veces le ha negado;
Y en suma, puede tanto
La compañía en término diverso,
Que cual con santos santo,
Con perversos tambien serás perverso.
. . . . . .
La santa Compañía es un trasunto
Del cielo, y una escuela
Do se aprende virtud maravillosa;
Es dulce consonancia en la vihuela
Despues del contrapunto
De música suave, artificiosa;
Y como es provechosa
La templanza del aire regalado,
Y el sitio se procura y tierra sana
Para la vida humana,
Así, para que viva en buen estado
El alma, es acertado
Buscar el sitio honesto
De santa compañía, porque estando
Junto á las aguas puesto,
Á tiempo el árbol va fructificando.

BUENA GRACIA.

La Buena Gracia es una
Fuente que siempre mana,
En verano, en invierno, otoño, estío;
Ni próspera fortuna
Ni adversa la profana,
Ni el tiempo muda su gracioso brio.
Es caudaloso rio
Que el campo fertiliza
Con reluciente arena;
Dulcísima sirena,
Que libres voluntades tiraniza,
Y en fin, es dulce salsa
De la conversacion que mas se ensalza.
Tiene un grande enemigo,
De mucha gente amado,
Que es el *no* desabrido y rigoroso;
Y un verdadero amigo,
De pocos estimado,
Que es el *sí* liberal y dadivoso.
El pecho generoso
Es regalada casa
De aquesta gran princesa,
Cuya abundante mesa
A la misma virtud tiene por basa;
Que no seria graciosa
Si no fuese en extremo virtuosa.

VALENTÍA CRISTIANA.

El sumo amor benévolo
Es, por su beneplácito,
Progenitor desta virtud grandifica,
La cual contra el malévolo
Poder público y tácito
Se muestra poderosa y honorífica;
La majestad beatífica
Le ha dado y da por máxima
Que venza de sus émulos
Los corazones trémulos,
Dándole su poder y fuerza máxima,

En cuya virtud célica
Siempre los vence aquesta ninfa bélica.
La bandera cristífera
En secreto y en público
Su pecho esparce, en la virtud colérico;
Su libertad fructífera,
Con ánimo repúblico,
Adorna de valor el mundo esférico.
Rosa plantada en Hiérico,
Palma del monte Líbano
No suelen ser tan útiles,
Pues las almas inútiles
Y sentenciadas al eterno clibano (1),
Se vuelven con su plática
A la derecha via, de la errática.

COMPOSICION.

Composicion se dice, ó compostura,
La del que en sus acciones se dispone
De suerte que lo muestre el rostro honesto,
O como se mesura y se compone
Do el menester ó inclinacion le apura:
Aqueste tal llamémosle compuesto.
Aquel andar modesto
Y los ojos en tierra,
Amor, paz, y no guerra,
Componer lo mal dicho ó lo mal hecho,
El nombre se le debe de derecho
De la composicion que voy tratando;
Y no es ánimo estrecho,
Antes valor, el ser modesto y blando.
Composicion se llama el atavío
De la dama bizarra y arrogante
Que enamorada está de su persona;
El dorado copete y el turbante,
Imitador del otomano brio,
Y la arandela yerta y fanfarrona,
El traje á la valona,
El ser mártir de enrubios,
Rizar cabellos rubios,
Y el sempiterno esmalte en la figura;
Todo aquesto se llama compostura,
Y aun es de vanidad notorio ejemplo,
Por no decir locura,
Ornarse en torno, á imitacion del templo.
Composicion tambien es el lenguaje
Tan usado en el mundo, que no admira,
Antes la corte ya le estima y ama;
Llamémosle su nombre, que es *mentira*,
Pues ella no lo tiene por ultraje,
Que la mentira componer se llama;
Las lenguas de la fama,
Do el componer se aumenta,
Saben bien esta cuenta.
Composicion tambien es poesía,
La música lo propio, y su armonía;
Tienen componedor las impresiones,
Sin las que cada dia
Descubre él menester composiciones.
Otra composicion tambien se halla,
Que importa á los que viven en el suelo;
Dichoso el á quien Dios la ha dado en prendas.
Aqueste excusa el aplazado duelo,
La sedicion, motin y la batalla,
Los pleitos, pesadumbres y contiendas;
Por ella hay mil enmiendas
De malas voluntades,
Vencen enemistades,
Los que sin paz están se pacifican,
Y las almas tambien se purifican
Con la composicion, virtud heróica,
Por quien se califican
La discrecion y gravedad estóica.
Esta composicion es el efecto
De aquel á quien el cielo ha dado gracia
De componer discordias en la tierra;
Es dulce fruto de la santa audacia
Del que con brio y ánimo discreto
Se ocupa en convertir en paz la guerra.
Es llave que abre y cierra:
Abre á virtud la puerta,
Ciérrala al vicio abierta,
Compone de la Iglesia cosas graves
Con términos discretos y suaves.
Da de composicion las bulas santas
El que tiene dos llaves,
Con que abre el cielo y cierra las gargantas.

(1) Sentenciada al infierno, ó á condenacion eterna, ó á fuego eterno; por cuanto *clibanus* en latin significa horno.

HONESTIDAD.

OTRA DIFINICION.

La Honestidad es hija de la honra
Y del recogimiento virtuoso;
La virtud y el valor son sus abuelos,
El recelo y vergüenza sus hermanos.
Es muro contra golpes atrevidos,
Y freno de los ojos desenvueltos.
Es un delgado, trasparente velo,
Que pone á su belleza el alma santa,
Y un sobrescrito y admirable sello
De lo que escribe Dios en la conciencia.
Es bella flor de la virgínea planta,
Del tronco de pureza alegre ramo,
A cuya sombra el mismo Dios descansa.
Es de la casa virtuosa puerta,
Que solamente se abre á las virtudes;
Y en fin, la honestidad es una prenda
Que en la casa do falta sobran vicios.

DETERMINACION.

La Determinacion cristiana es hija
De la fe, y su legítima heredera,
Y á quien, mediante la divina Gracia,
El mayorazgo eterno pertenece.
Es como aquel soldado valeroso
Que en la presencia de su rey pelea,
Y en viendo el muro derribado, asalta,
Sin miedo de las balas y las flechas,
Del premio del honor estimulado.
Es de la caridad perfecta impulso,
Y la piedra de toque do se prueban
De todas las virtudes los quilates.
Es un cerrar al propio amor los ojos
Para tomar la purga desabrida,
Que viene á ser despues sabrosa y dulce.
Ésta pobló en un tiempo los desiertos,
Y las sillas del cielo va poblando,
Y es la que ahora puebla monasterios
De vírgenes ilustres y hermosas,
Que á su divino Esposo se consagran.

AMISTAD.

Cual es el fundamento
O causa donde estriba,
Tal será la Amistad, ó mala ó buena;
Al modo del cimiento,
Si sobre peña viva
La torre se edifica, ó sobre arena;
Y como la cadena
De vidrio no es segura,
Y de cobre ó alquimia
Es remedar la gimia,
Y sola la de oro vale y dura,
Desta propia manera
Es la falsa amistad ó verdadera.
A todos por amigos
El cristiano discreto
Debe tener, sin desamar á alguno,
Y aun á los enemigos,
Si quiere ser perfeto;
Mas entre mil escoja, y llame á uno.
Dos voluntades una,
Un alma en dos personas,
Dos corazones juntos y una llama,
Una misma fortuna,
Dos manos, dos coronas
Con un imperio, la amistad se llama.

El que de veras ama,
Ama una sola cosa,
Y si á mas se convida
Es amistad fingida,
Y tan léjos está de virtuosa,
Cuan cerca de ser falsa;
Pues el vano interés tiene por salsa.
Entre los virtuosos
Y los que son iguales
Es la amistad segura y agradable;
Mas entre los viciosos
Y entre los desiguales
No puede ser de gusto ni durable.
Es la amistad mudable
Como yerba de octubre,
Que el frio de noviembre
Y el hielo de diciembre
La quema luego, la deshace y cubre;
Mas la perfeta y pura
En todo tiempo está firme y segura.

PREDICACION.

Es la Predicacion el sacro bando
Para seguir la militar enseña
De la eterna cruzada y su conquista.
Esta nos acaudilla y nos enseña
El modo de esta guerra, el cómo y cuándo
Es bien que se acometa ó se resista.
Ella trae los soldados á la lista,
Y contra el bravo terno de enemigos
Los arma, los informa y amaestra;
Y en la reseña ó muestra
Los premios les propone ó los castigos.
Ella dice que marchen y hagan alto,
Segun la ordenanza de la guerra,
Y en conquistar el cielo nuestra tierra
Pone valor y quita sobresalto;
Y cuando se ha de dar el fiero asalto
Dice al soldado viejo y al bisoño,
Che quanto piace al mondo è breve sogno.

MAGNIFICENCIA.

Es la Magnificencia suntuosa
Una virtud que en pechos liberales
De gente poderosa se alimenta,
Que siendo, como son, conforme al nombre
Sus obras grandes, solos los que pueden
Della podrán usar; porque consiste
En grandes y magníficas expensas,
Como quien edifica una gran casa
Con que su patria y su persona ilustra.
Pero cuando estas obras generosas
En el provecho público redundan,
Mas levantado título merecen
Que las que por el bien propio se hacen.
El magnífico es franco en sus efectos,
Mas no el franco magnífico en los suyos.
Poquedad y ambicion son los extremos
De la magnificencia, y la que estima
El magnífico Dios es la que el alma
En las cristianas obras ejercitan;
Que la magnificencia verdadera
Está en seguir de Cristo las pisadas,
En dar de mano al mundo y sus engaños
Y en abrazar la cruz por el que en ella
Obró por mí magnificencias grandes.

JUVENTUD.

La Juventud humana
Es la sazon primera
Donde se avisa al alma que recuerde;
Es una flor temprana
Que de la primavera
Anuncia la venida al campo verde;
Es donde gana ó pierde
El buen camino el alma,
Y se descubre en ella
Si está graciosa y bella,
O fea ó desgraciada, en viento ó calma,
Que entonces por quien puede
El uso de razon se le concede.
Juventud virtuosa
Es ave al mundo rara,
Alto milagro de naturaleza;
Es apuntar la rosa,
Y apenas se declara,
Cuando descubre toda su belleza;
Es madura destreza
Sin experiencia alguna;
Fruta, sin que las flores
Publiquen sus olores,
Constancia en mar, en viento y en fortuna,
Y es gracia preveniente
Donde la voluntad misma consiente.

DULZURA.

Dos fábricas producen la Dulzura,
Ambas de tan insólito artificio,
Que las admira el buen entendimiento.
Es una aquel tan célebre edificio
Que la ingeniosa abeja en parte escura
Fabrica con solícito ornamento;
La otra es el violento
Ingenio, así llamado
Por ser tan levantado,
Do se labra, no el néctar fabuloso,
Sino el azúcar blanco mas precioso,
Conservador y amigo de la vida,
Que, por ser tan gustoso,
De los dioses dijeron ser comida.
Otra dulzura de mayor fineza,
De mas valor y regalado gusto
Al paladar de pensamientos sábios,
Sale del corazon suave y justo,
Hija de aquella que la suma Alteza
Destila al mundo de sus dulces labios.
Esta quita resábios
Del amargor del vicio,
Y con dulce ejercicio
Las almas que á Dios aman entretiene,
Y tanto esta dulzura les conviene,
Que les descubre el gusto sempiterno,
Y no hay mesa solene
Sin este azúcar del Ingenio eterno.
. . . . . .
Es la dulzura un celestial requiebro
Entre el esposo y alma enamorada;
Es oro mas cendrado que el de Tibar,
Y una conversacion tan regalada,
Que suena como en dulce voz el quiebro,
Y es mas gustosa que suave almíbar.
Contra el amargo acíbar
Es pítima sagrada
Y conserva alcorzada;
Es una dulce voz que al alma canta,
Y tanto la dulzura se levanta,
Que á la Reina apostólica Maestra
Llama la Iglesia santa
«Vida, *Dulzura* y Esperanza nuestra».

NOBLEZA.

OTRA DIFINICION.

Nobleza es un castillo levantado,
Que cuanto mas sitiado y combatido
Del tiempo y ofendido, está mas fuerte;
Y aunque puede la muerte maltratarle,
No podrá derribarle el fundamento,
Porque está su cimiento en peña viva
De sangre noble, altiva, y sus pertrechos
Son los heróicos hechos, los famosos
Asaltos belicosos que derrama
Por el orbe la fama verdadera.
Es militar bandera, que levanta
La antigüedad y espanta los medrosos;
Pero si son viciosos los ilustres,
Y desdora sus lustres el pecado,
Mas vale el pobre estado desvalido
Del rústico abatido y virtuoso

Que ser, siendo vicioso, de los godos.
Virtud es la que á todos nobilita,
Digo á los que acredita su nobleza,
Y el vicio y su vileza los destruye.
Poco valor arguye entre los buenos
Quien de hechos ajenos se guarnece,
Si por sí no merece alguna cosa,
Y es como el que costosa y recamada
Ropa, pero prestada, se ha vestido.

MAJESTAD HUMILDE.

Bajar los montes y subir los valles
Mandó á su precursor el Rey eterno,
Que gusta mucho de igualar extremos;
Lo celestial juntó con lo terreno,
El Ser divino con el ser humano,
Y de una pobre cueva hizo cielo,
Y soberana corte de un cortijo.
Conversar con los hombres es su gusto,
De la afrentosa cruz sacó diadema,
Honor del deshonor, de muerte vida,
De grandes pecadores grandes santos,
De pobres barcos púlpitos famosos,
Grandes predicadores de barqueros,
De cortos brios capitanes bravos,
De barro salutífero colirio
Para dar claridad á ciegos ojos,
De estéril sitio fértil abundancia
Y de contrarios soberanos medios.
Gusta de aquesto el Príncipe supremo,
Por mostrar su poder y amor divino;
Que son incomprensibles sus juicios,
Y sus caminos son investigables.
¡Oh venturosas almas, que, imitando
Á vuestro Redentor en algo desto,
Sacais de oscuros males claros bienes,
De enfermedad salud, honor de afrenta,
Y que humillais de la soberbia el monte
Porque de la humildad se encumbre el valle,
Y que de los contrarios repugnantes
Haceis un medio virtuoso y santo,
Estimando el linaje en menosprecio,
La gentileza en cosa que se acaba,
La gallardía en polvo y en ceniza;
Volviendo el rico adorno en traje honesto,
La fuerza natural en mansedumbre,
El régio mando en ministerio pio,
La pompa y majestad en trato humilde,
La púrpura y holanda en aspereza,
Y la opulenta mesa en temperancia!
. . . . . .
Es majestad humilde adonde reina
Un reconocimiento de ser polvo,
Y un estimar en mas ser virtuoso
Que el cetro y la corona de este mundo;
Es un decir en publico «Mas vale
Virtud que imperio», y es un desposorio
De un rey que por amores se desposa
Con una virtuosa pastorcilla.
La humilde majestad en Dios es muestra
De caridad inmensa con el hombre,
Y en el hombre con Dios de amor perfecto,
Porque humillarse Dios y aniquilarse,
Tomando forma de abatido siervo,
Fué de sus actos el de mas grandeza,
Y así ganó por él en tierra y cielo
Excelso nombre sobre todo nombre;
Y el poderoso rey que de vasallo
Toma, imitando á Dios, humilde forma,
Sirviéndole en los pobres, humillando
Su majestad real, siendo ordinaria
Esta heróica virtud, da raro ejemplo
De verdadero amor, y es alta prueba
De viva caridad y celo santo,
Que sin gran humildad no suele usarse
De los que tienen cetro imperioso.

SOLEDAD.

OTRA DIFINICION.

Soberana quietud, silencio amigo,
Cristal murmurador, grata espelunca,
Casas y calles de arboleda umbrosa,
Do humano pié se estampa tarde ó nunca;
Preciosa libertad, sagrado abrigo,
Dulce conversacion maravillosa,
Con mas hermosas damas
Que las que encienden llamas
De vano amor, nueva ciudad famosa,
Do vive alegre el alma reposada.
¡Todo aqueste tesoro
Tiene tu coro, soledad sagrada!
¿Á quién no cansa la soberbia frente
Del confiado, el ambicioso, el rico,
Y la importunidad del ciego amante,
El grande altivo, que atropella al chico,
El tráfago y bullicio de la gente,
El vulgo licencioso de ignorante,
La libertad del necio y arrogante,
Murmuracion, envidia,
Odio, lisonja, insidia,
El pleito injusto, sin razon tirana?
Nada de aquesto, ni el ingrato amigo,
Ni la traicion, que espanta,
Asiste ¡oh santa soledad! contigo.
Saben hablar al alma en ti las plantas;
La palma dice: «Aspira á mi corona;»
El olmo, «Aprende la amistad perfeta;»
El roble á fortaleza la aficiona,
La oliva á las piadosas obras santas,
El laurel á vencer y ser discreta,
La hiedra dice: «Enlaza el bien y aprieta,»
Y aun el ciprés le advierte
El dia de la muerte,
Y el mirto, que ame vida mansueta.
Estas conversaciones sin fatiga,
Y muchas que no cuento,
Tiene tu asiento, soledad amiga.
. . . . . .
Es soledad alegre compañía
Al alma que, olvidada de la tierra,
Se siente enamorada á lo divino.
Es al principio y medio horrible guerra,
Y al fin una pacífica alegría,
Pero conviene pecho diamantino.
Es corte donde el rey es peregrino,
Que es el entendimiento;
La oracion el sustento,
Los grandes los favores del Rey Trino,
Las virtudes las damas que allí vienen,
Los músicos las aves,
Que con suaves cantos entretienen.
Son los embajadores desta corte
Santas inspiraciones y deseos,
Que descienden y suben á la eterna;
Los buenos pensamientos son correos,
Que traen y llevan cartas con buen porte
Desta vida mortal á la suprema,
La guarda la pobreza y luz interna,
Los consejos y estado
Los que Dios nos ha dado;
El silencio es el traje á la moderna,
Las justas y torneos tentaciones,
Ayunos los banquetes
Y los billetes llantos y oraciones.

OSADÍA.

OTRA DIFINICION.

Nace osadía de animoso pecho,
Y es, conforme á la causa que la mueve,
Dichoso ó desdichado el que se atreve.
Cuando la causa es justa, santa y buena,
Justo será y dichoso el que es osado,
Y cuando injusta, injusto y desdichado.
La dichosa osadía es un impulso
Del santo amor y soberano aviso
Que desciende de allá del paraiso.
Para ofrecer la vida al duro hierro,
Al fuego, al agua y á mortal ruina
Es menester inspiracion divina.
Aquel será atrevido venturoso
Que, del divino honor estimulado,

Acomete por él lo no pensado;
Y aquel será infelice atrevimiento
Del que, por carne y sangre y vanagloria,
De la temeridad gusta notoria.

HIDALGUÍA.

Si de nuestra mortal naturaleza
Consideramos bien el noble origen,
Las armas, los blasones del linaje,
Desde el mayor de los que el mundo rigen
Al de menos caudal y mas bajeza,
Verémos un famoso villanaje.
Porque el humano traje
Tiene por padre al limo,
Y por hermano y primo
La corrupcion y miserable guerra,
Y por abuelo á nada; ved si yerra
El que presume acá de su prosapia,
Siendo de baja tierra,
Cual dicen, aun no buena para tapia.
Mas quien atentamente considera
De la parte inmortal la hidalguía,
Y el orígen del alma soberano,
Verá la celestial genealogía,
El blason y nobleza verdadera
Que al hombre dió la omnipotente mano.
¿Cómo estimas, cristiano,
Tan poco tu excelencia,
Habiéndote la Esencia
Divina, en las potencias que te ha dado,
Á semejanza suya fabricado,
Tu baja humanidad tomando él mismo,
Por hacerte agregado
Á su divinidad por el bautismo?
Ánimo, discrecion, piedad, llaneza,
Cortesía, verdad, virtud, buen trato,
Son prendas de la humana hidalguía.
Mas la del alma, que es de Dios retrato,
Justicia, temperancia, fortaleza,
Prudencia, caridad, fe y alegría.

ALEGRIA DEL ALMA.

La Alegría del alma es una muestra
Que da á los buenos Dios en este mundo
De otra mayor que les dará en el otro.
Es una soberana recompensa
Que en pago de las penas y fatigas
Se concede á las almas virtuosas
Que en la bandera de la cruz militan.
Es un regalo que el divino Esposo
Envia de la mesa á su querida,
Y un gusto recibido en los trabajos
Que por el Rey divino se padecen.
Desta alegría á la que el mundo causa
Va mas que de lo vivo á lo pintado,
Mas que de muerte á vida; porque aquesta
Tiene por fin otra mayor, y aquella
Se mezcla con pesar, y en él acaba.
No sin grande razon debe dudarse
La salvacion de aquellos que, naciendo
Llorando en este mundo miserable,
Y habiendo de salir dél padeciendo,
Gastan la vida breve en risa vana.

CONSIDERACION.

El libro que está impreso y acabado,
Si bien considerado fué primero,
Tendrá valor entero; y los negocios,
Ora de santos ocios, ora activos,
De diversos motivos y ocasiones
Las consideraciones los decoran,
Quilatan y valoran los intentos,
Viajes, casamientos, edificios,
Estados, guerra, oficios, y al fin, todo
Cuanto por vario modo acá se intenta
Y á voluntad presenta entendimiento,
Conviene que de asiento el que lo quiere
Lo mire y considere muy de veras.
Y si no consideras, alma humana,
Lo que se pierde ó gana en estas cosas,
Y salen enfadosas y á disgusto,
Quéjate de tu gusto acelerado,
De tu inconsiderado movimiento,
De tu poco talento y ligereza.
Aquel que la presteza con que pasa
El tiempo, y cuán escasa es y ligera
La vida, considera como debe,
En este espacio breve y presuroso
Será tan venturoso, que merezca
Gozar cuando fenezca de la eterna.
. . . . . .
La consideracion clara y discreta
Es como la saeta, que tirada
Con la destreza usada, parte cierta
Y al blanco en medio acierta, siendo diestra.
Es un ventor de muestra, que anhelando,
Oliendo va y buscando diligente
Hasta que halla y siente lo que busca.
Es luz que no la ofusca la tiniebla,
Antes la espesa niebla se le aclara.
Con ella se prepara y se previene
El alma, y se entretiene en este mundo;
Con ella va al profundo, y ve el tormento
Que por breve contento allí se pasa;
Con ella sube y pasa las estrellas
Hasta que al Autor dellas ve en su gloria;
Con ella hace historia de su vida,
Y viéndola torcida, la destuerce.
Sin ella, cuanto tuerce se deshace,
Y nada satisface ó persevera,
Si no lo considera meditando.

PRIVANZA.

El aire blando del favor humano,
Alimentado en próspera marea,
Que en las cortes llamar suelen Privanza,
Cuando mas acaricia y lisonjea
Con regalo amoroso y franca mano,
Suele rendirse á súbita mudanza;
Que la fatal balanza
Y la voluble rueda
Jamás puede estar queda;
Y así como las cosas que se elevan
De los soplos aéreos que las llevan,
Se caen en faltando el aire vano,
Así los que se ceban
En el aplauso del favor mundano.
Es la humana privanza una redoma
De vidrio, de licor precioso llena,
Que en el aire se quiebra y se derrama;
Es dulce vida en voluntad ajena,
Y un caminar por cima de maroma
Que cayendo, se cae honor y fama;
Es una viva llama
En frágil alimento,
Y un proceder violento;
Es un arbitrio y vuelta de fortuna,
Un resplandor del sol dado á la luna,
Vidriosa amistad, voz de sirena,
Capitel sin coluna,
Y edificio fundado sobre arena.
La perfecta privanza, y la que importa
Al mercader que busca margaritas,
Es la divina gracia, *gratis data;*
Esta, supremo Rey, jamás la quitas
A quien la das en esta vida corta,
Si no es porque te ofende el alma ingrata.
No basta el oro y plata
A comprar esta perla,
Ni puede merecerla
Ninguno, porque Dios la da graciosa.

CAUSA PIA.

Cualquiera Causa Pia
A todas las demás excede tanto
Como la luz del dia
Al tenebroso manto,
Y la santa alegría al vano llanto.
Es diferente palma

La de la causa pia y la terrena;
Porque aquella es del alma,
Y aquesta no tan buena,
Por ser caduco el interés que ordena.
La pia y justa causa
Es una compasion caritativa,
Do no se admite pausa;
Que el alma compasiva
No puede estar ociosa ni es esquiva.
Es causa cuyo efecto
(Al que recibe y da tan importante)
Es un piadoso afecto,
Y mucho mas del dante;
Que el dar al recibir pasa delante.
Las audiencias reales,
Cuando viene á sus manos causa pia,
Deben ser liberales
Y usar de cortesía;
Que las demás despues tendrán su dia.
. . . . . .
Letrado es la conciencia,
Es relator silencio soberano,
Procurador, paciencia,
Verdad, el escribano,
Y el solicitador, celo cristiano.
La tinta es dulce llanto,
Y la mano que escribe peticiones
Señala el obrar santo,
Y ellas son oraciones;
Que obra es amor, y no buenas razones.

VIRTUD.

Con rico manto cubre Virtud bella
Al que con ella vive y se alimenta;
Cria y sustenta fuerzas literales
De liberales artes y de ciencias,
Y de excelencias mil adorna el alma,
Y en fin, la palma eterna le granjea.
Virtud subida es don del Rey eterno,
Ardor interno que el valor despierta,
Famosa puerta al templo de la honra,
De la deshonra vil grande enemiga,
Y grande amiga del cristiano celo;
Prenda del cielo, á quien su gloria tarda;
Angel de guarda, peto de diamante
Contra el montante del vicioso enredo;
Fuerza y denuedo contra la maldad,
Es igualdad á la razon conforme,
Siempre uniforme por cualquiera parte,
Es baluarte contra quien le tira;
Virtud no mira lo que tiene obrado,
Mas el cuidado pone en lo que falta.
Por muy mas alta juzga y venturosa
La virtuosa muerte que la vida,
Entretenida en lo que vale nada.

TRIBULACION.

Es la Tribulacion pala en el trigo,
Fuego en el oro, y en el hierro lima;
Que es para mayor bien lo que lastima.
Crisol de la virtud, muerte del vicio,
Freno de la licencia desmedida,
Es la tribulacion bien recibida.
Es fisico que sangra y da cauterios
Al cuerpo, porque el alma que está enferma
Restaure la salud y no se duerma.
La ballena de Jonás es, que al bueno
Le traga, al parecer, para matarle,
Y no es sino al revés, para guardarle.
Es la tribulacion como la mirra,
Que, aunque es amarga al gusto, al fin preserva
De corrupcion el alma y la conserva.
Es fuego, do poniendo un leño y oro,
Se purifica el uno y resplandece,
Y el otro se consume y desvanece.
Es piedra de aguzar, do se adelgaza
El boto entendimiento y se acredita,
Y del alma el orin todo se quita.
Es cauterio del diestro cirujano,
Que aunque parece llaga y cruel herida,
Es lo que importa á la salud y vida.
Y así como al laurel no ofende el rayo,
Así jamás ofende el rayo augusto
De la tribulacion al varon justo.
Concluyo con que no hay señal mas cierta
De la amistad con Dios y de su gracia,
Que llevar con paciencia la desgracia.

PRESTEZA.

OTRA DIFINICION.

La Presteza en seguir al Rey eterno,
En dar de mano al mundo y sus engaños,
Es uno de los actos virtuosos
Que agradan mas á Dios en esta vida,
Como al contrario es dél aborrecido
El triste pecador que dilatando
La penitencia va de dia en dia.
Es una posta que camina al cielo
Con espuelas de fe y de confianza;
Una esperanza de ganar el palio,
Que cuando corren muchos, uno alcanza.
Es una discrecion la mas discreta
Que puede usar el alma en este mundo;
Es un salir en pública estacada
Con sus tres enemigos á vencerlos;
Y como el que da presto da dos veces,
Quien presto sigue á Dios gana mas honra.
La presteza cristiana, finalmente,
Es un ligero ciervo, que herido,
Buscando va las fuentes de las aguas.

CONFORMIDAD.

Es la Conformidad una concordia
Que no admite discordia enteramente;
Y la ciudad, la gente, el consistorio,
Cabildo senatorio, compañía
Que de noche, de dia, en paz, en guerra,
Un hora la destierra y abandona,
De conseguir corona se despida,
Sino volviendo unida á reformarse,
Porque sin adunarse no hay vitoria.
Es morada notoria, do el benino
Espíritu divino se aposenta,
Do levanta y sustenta sus enseñas;
Con ella las pequeñas cosas crecen,
Y las grandes perecen donde falta;
Con ella el mundo esmalta sus bellezas,
Se adorna de riquezas y contentos,
Y los cuatro elementos fructifican,
Engendran, multiplican y sustentan,
Conservan y alimentan cuanto crian;
Con ella se glorian en sus modos
Los individuos todos y están sanos.
No hay entre ciudadanos bien mas útil,
Ni cosa mas inútil que discordia;
Porque de la concordia consta el mundo,
Y aun al dragon inmundo, que le engaña,
La discordia le daña en cierto modo.

IMITACION.

Cual fuere la persona que imitares,
Cual fuere la doctrina que aprendieres,
Y cuales los ejemplos que tomares,
Tales serán las muestras de quien eres,
Tales serán tus obras, oh cristiano,
Y tales las palabras que dijeres.
Llégate al bueno, pídele la mano,
Para que vengas á tener estima,
Y aprende dél lenguaje soberano;
Como la verde hiedra, que se arrima
Al verde roble y al laurel hermoso,
Hasta llegar á la mas alta cima.
. . . . . .
Imitacion católica se llama
El ir siguiendo la virtud propuesta,
Y el noble hurto á los que tienen fama.
Es granjear con diligencia presta
Entre las margaritas las mejores

Para que se componga el alma honesta.
Es ingeniosa abeja, que, las flores
Tocando de una en una, va cogiendo
Todo lo que conviene á sus labores.
Es ir de flores varias componiendo
Con gran curiosidad un ramillete,
Las mejores de todas escogiendo.
Y como imita el oro en el copete
La dama, por mostrarse bella al mundo,
Despues que se ha enrubiado en su retrete;
Y como con el arte imita inmundo
Al candor de la nieve lo primero,
Y á la purpúrea rosa lo segundo;
Y como en la arandela y el cimero
La cresta del pavon y rueda imita,
Y en el cristal se mira lisonjero;
Desta propia manera solicita
El parecer hermosa, alma cristiana,
Ante la Majestad sacra infinita.
Madruga á componerte de mañana,
Imitando á los santos, que imitaron
Al Hijo de la Vírgen soberana;
Pues ellos le siguieron y llevaron
Sus cruces, en pos dél la tuya lleva,
Y alcanzarás el premio que alcanzaron.

PALABRA DIVINA.

La Palabra de Dios, que solo es bueno,
Es la semilla, y siembra el que predica,
Y dícese que es suya porque aprenda
Y estudie en la escritura varia y rica,
Y no decore el cartapacio ajeno,
Porque aquesto es hurtar y poner tienda
De la ajena hacienda;
Y como á los pinceles
De solo el solo Apéles
Fió el magno Alejandro su retrato,
Así quien pinta á Cristo ha de ser grato
Al cielo, sábio, fuerte y virtuoso,
No adulador ingrato,
Indocto, vengativo y ambicioso.
. . . . . .
La divina palabra es un estoque
De dos agudos filos penetrantes,
Como dicen las sacras escrituras,
Que parte los durísimos diamantes,
Y de cualquiera filo el franco toque
Desata las mas fuertes ligaduras;
Abre las sepulturas,
Y los muertos levanta,
Y las puertas quebranta
Del reino oscuro, y abre las del cielo;
Crió en un punto cuanto cielo y suelo
En sí contiene, y lo que mas pública
Su levantado vuelo,
Es que los pecadores justifica.
La palabra de Dios recrea el alma,
Alivia los trabajos y las penas,
Consuela el corazon mas afligido,
Deshace del pecado las cadenas,
Vuelve el rigor de la tormenta en calma,
Causa paz en el alma y el sentido,
Despierta luengo olvido,
Los Líbanos quebranta,
Los humildes levanta,
Rompe los lazos de la dura muerte,
Y el mas rebelde espíritu convierte.
Es, y será, y ha sido de *ab-aeterno*,
Tan poderosa y fuerte,
Que la obedecen cielo, tierra, infierno.

AFECCION CRISTIANA.

Los que os aficionais á unos cabellos,
Y por estar cabe ellos andais muertos,
Que son los crines tuertos y enrizados
De san Pablo vedados, no tan rubios
Cuanto son los enrubios y martirios;
Y los que rosas, lirios y azucenas
Llamais á las sirenas que os encantan,
Angeles cuando cantan, y aun mas bellas,
Y á sus ojos estrellas refulgentes,
Y perlas, á sus dientes, orientales,
A sus labios corales, á su aliento
Ambar, de amor sustento que le mueve,
Y á sus mejillas nieve y sangre juntas,
Sus cejas arcos, puntas sus pestañas,
Que os pasan las entrañas; el cabello
Hilo de Arabia, el cuello una coluna
De mármol pario, y una basa el pecho,
Y que amor paga pecho á sus beldades,
Con otras vanidades y locuras
De gente que anda á escuras y sin seso,
Y que de poco peso se gloria
En la vana poesía que compone,
Que ya no hay quien perdone los dislates
Y finos disparates de poetas
Que tienen las veletas por divisa;
Y las que vais á misa al santo templo,
Compuestas á su ejemplo y semejanza,
Con tanta confianza y contoneo,
Y tanto devaneo floreando,
Que, acá y allá mirando dulcemente,
Andais haciendo gente con los ojos,
Para llevar despojos de oro y plata,
Por quien dais tan barata vuestra vista,
Escribiendo en la lista los amantes
Que siguen vacilantes vuestro enredo,
Entre esperanza y miedo, y consumida
Pasan la triste vida en desconciertos,
Mozos y viejos muertos por favores,
Y porque de amadores crezca el bando
Los vais lisonjeando en varios modos;
A todas pues y á todos os convido
Al canto esclarecido. . . . . .
Es la afeccion efecto de la llama
Del corazon que ama tiernamente;
Es una clara fuente que descubre
La amistad que se cubre allá en el pecho,
La cual en dicho y hecho se declara;
De caridad es cara y dulce prenda,
Y de su rica tienda una presea
De que hace librea á sus amigos.
Desta aficion testigos son las almas,
Que á las virtudes almas se aficionan,
En quien se perfeccionan por su causa;
Jamás aguarda pausa, siempre canta,
Con voz alegre y santa aficionando,
Y siempre está brotando documentos,
Palabras, pensamientos y obras buenas;
Del corazon las venas la sustentan,
Y della se alimentan los amores;
Huye de pecadores y de injustos,
A los buenos y justos ama y busca,
La cólera no ofusca, ni el enojo,
La chisme, ni el antojo su cuidado;
Todo está sosegado, y Dios lo allana.
Do la aficion cristiana se aposenta
No se siente tormenta, ni el rabioso
Temor celoso y otras niñerías
Que en las idolatrías de amor ciego.

MEDICINA.

La ilustre Medicina es una ciencia
Nacida en las angélicas tribunas,
Y á los hombres acá comunicada;
Estriba en tres altísimas colunas,
Llamadas caridad, ciencia, experiencia,
Con una dulce gracia, á pocos dada.
De muchos es seguida, y alcanzada
De pocos en la tierra,
Y con ella la guerra
Se vuelve de los cuatro en paz amada.
Es don divino, al parecer, presente,
Porque aumentar la vida
Obra debida á Dios es solamente.
No trato aquí de médicos de anillo,
Por conde palatino graduados,
Que tienen vida por lo que otros mueren;
Sino de los que deben ser honrados,
De noble pecho y corazon sencillo,
Que el acertar al interés prefieren.

Despues de Dios, por estos se difieren
Y dilatan las vidas;
Y así, de las debidas
Pagas que acá se dan, las que se dieren
Por esta causa exceden; y no vale
Tanto la plata y oro,
Pues no hay tesoro que á la vida iguale.
Hay otra medicina soberana,
Que en otras tres colunas se sustenta:
Santidad, oracion, gracia exquisita;
Con ella muchos médicos de cuenta,
No solo dan á vivos vida humana,
Mas el muerto por ella resucita.
Lanza demonios, las serpientes quita,
Enseña lenguas nuevas,
Y con ilustres pruebas
La ponzoña bebida facilita,
Y luego se levanta diligente,
Al toque de la mano,
Alegre y sano el mísero doliente.

SOBERBIA Y HUMILDAD.

Soberbia es negacion del Rey eterno,
Del fuego del infierno es inventora,
Es menospreciadora de los hombres,
Hija de vanos nombres y dictados,
Y de los condenados madre propia;
De espiritual inopia es argumento,
De Dios apartamiento y de su ayuda,
Es ciega, sorda, muda, coja y manca
Al bien, y feria franca de los males;
De caidas mortales es ministra,
Materia que administra á los pecados,
Castillo de elevados pensamientos,
Puerta de fingimientos, fuente de ira,
Albergue de mentira y vanidades,
Maestra de crueldades y ambiciones,
Y escuela de dragones y serpientes;
Verdugo de las gentes virtuosas
Y de las ingeniosas academias;
Raíz de las blasfemias, y adversario
De Cristo, y su contrario eternamente.
Es su principio y fuente perentoria
El de la vanagloria y arrogancia,
Su medio la jactancia de sus cosas,
Teniendo por viciosas las ajenas.
Hincando en las mas buenas mas la lanza;
Sufrir es confianza de sí propio,
Teniendo por impropio todo el resto,
Y un necio presupuesto y desatino,
Que el auxilio divino va negando.
De aqueste mónstruo infando, á Dios ingrato,
Aqueste es el retrato en breve suma.
Mas quiero con mi pluma temeraria
Pintar de su contraria la figura,
Pues viene á coyuntura y es muy justo
Que se quite el disgusto que habrá dado
Con su fiero traslado esta serpiente.
Es Humildad la fuente de los bienes,
El fin de los desdenes y las iras,
Muerte de las mentiras y ambiciones,
De las santas razones viva brasa,
De las virtudes basa y fundamento,
Y del atrevimiento vano rienda,
De la primer contienda vencedora,
Es reina y gran señora por ser sierva;
Por ella se conserva y permanece
Cualquier virtud, y crece en un momento;
Es un abatimiento de sí mismo,
Y el cero del guarismo, que aunque es nada,
Por él es estimada en mas la suma;
Es un volar con pluma hasta el cielo
Quien mas se abate al suelo y da un suspiro,
Es un bajarse al tiro de bombarda,
Pues muere quien le aguarda puesto en alto;
Es para dar gran salto retirarse,
Es para colocarse dar en tierra,
Es en perpétua guerra paz suave;
Del alto cielo es llave, y finalmente,
Es una clara fuente de agua pura,
Que sube á tanta altura cuanto baja.

HONRA DE DIOS.

Honra de Dios consiste acá en el suelo
En un ardiente celo, un santo brio,
Un libre señorío, un brazo fuerte,
Que sin temer la muerte ó amar la vida,
Por la honra debida á Dios se oponga
Contra el mundo, y se ponga al mas extraño
Peligro y mayor daño que ser pueda;
Quien en la móvil rueda deste mundo
Siente dolor profundo y gran fatiga,
Que se haga, se diga ó se imagine
Cosa que desatine y sea ofensa
De la bondad inmensa, y sale á ello
Con obra, firma y sello; esté seguro
Aqueste tal que es muro y baluarte
Que el divino estandarte guarda y honra,
Pues vuelve por la honra sempiterna;
Y aquel que se gobierna por tal órden,
Que no admite desórden en su alma,
Aspirando á la palma victoriosa
Por la dificultosa y árdua senda;
Aqueste tal entienda que si al cabo
Llega con lo que alabo de su vida,
Tendrá bien merecida la corona;
Que á los tales corona Dios y ama,
Los busca y los inflama en el quererle,
Porque el obedecerle y el amarle
Es verdadero honrarle y lo que estima.
Esta honra es la prima entre los buenos,
Habita en nobles senos valerosos,
Es de los virtuosos claro norte,
Que lleva á la alta corte cortesanos;
De lenguas y de manos se sustenta,
Y es la verdad la renta con que vive,
Y en darla se recibe excelso nombre;
Que debe Dios del hombre ser honrado
Cuanto fué deshonrado por el mismo.

DOCTRINA Y OBRA.

No solamente el capitan famoso
Con discreta razon su gente exhorta
Al tiempo del asalto peligroso,
Mas va delante della cuando importa,
Mostrando en el peligro su denuedo
Y lo que el filo de su espada corta;
Porque aquel capitan, lleno de miedo,
Que la lengua ejercita, no la mano,
Será mostrado siempre con el dedo.
Ejemplo dió á las almas soberano,
Obrando y enseñando juntamente
El Capitan divino en traje humano.
. . . . . .
La doctrina y la obra, siendo hermanas,
Hacen una riquísima pareja,
Y en una dos angélicas ventanas.
Es dulce consonancia que en la oreja
Suena del gran Pastor, que las noventa
Y nueve abandonó por una oveja.
Son los dos polos en que se sustenta
La máquina del templo militante,
De quien, despues de Dios, nace su renta.
Son las manos del alma viandante
Los dos ojos y piés con que camina
Por esta vida breve á la triunfante.
Es árbol que da fruta de Dios dina,
Fuente que da licor maravilloso,
Arca que da riqueza peregrina.
Es el signo de Géminis famoso,
La basa y capitel de la coluna
Do el castigo se dió mas rigoroso.
Son los dos luminares sol y luna,
Cástor y Pólux, lúcidas estrellas,
Que la tormenta amansan importuna.
Es la trompeta en manos, que sin ellas
No se puede tocar, y finalmente,
Nadie dirá sus excelencias bellas.

INTERIOR BELLEZA.

Es tan alto el renombre desta dama,
Tan celestial su fama y hermosura,
Que si ver su figura ella pudiera,
Como Narciso fuera, ó como el ángel
Que descendió de arcángel á demonio.
Dios es su patrimonio, y dél alcanza
Conforme á su esperanza los despojos;
La fe tiene por ojos soberanos,
La caridad por manos con que toca,
Por labios de su boca sus intentos,
Por piés sus pensamientos y deseos,
Virtudes por arreos y por trajes,
Los ángeles por pajes, por tocados
Altísimos cuidados y motivos.

PERFECTA CONSONANCIA.

Perfecta Consonancia en esta vida
Es la cristiana junta virtuosa,
En el nombre de Cristo congregada,
Do él mismo es el maestro de capilla,
Que al facistol, con su divina diestra,
Lleva el compás y adiestra á los cantores,
Enmendando las voces con el dedo
De su divino amor. Es el sonido
Y celestial bbato que resulta
De las obras acá hechas en gracia,
Que al mas sublime cielo se levanta
Y al oído de Dios llega y regala.

MAGNÍFICA GRANDEZA.

Es esta gran princesa ejecutora
De magnanimidad, y hija suya,
Y es tanto su valor y hermosura,
Que, no solo los grandes de la tierra,
Mas el eterno Dios la estima y precia,
Y la manifestó cuando sus dedos
La máquina del mundo fabricaron,
Y mas cuando en la fuerza de su brazo
Mostró su gran poder, y echando el resto,
Obró la encarnacion del Verbo eterno;
Y la sagrada Vírgen en su canto
Magnificat comienza, engrandeciendo
Y alabando de Dios las obras grandes.
Por esta son los príncipes y reyes
Y monarcas del mundo conocidos.
Ella levanta los famosos templos,
Los grandes monasterios y hospitales
Fuertes de la católica milicia.
Ella fabrica las ciudades grandes
Y los majestuosos edificios
Que al tiempo hacen y al olvido ultraje;
De alegres liberales es amiga,
Y enemiga de tristes avarientos;
En estíticos pechos no se alberga,
Y siempre en los magnánimos se anida.

POBREZA.

No es otra cosa la Pobreza humana
Que templanza violenta á quien la tiene;
Es de las ocho bienaventuranzas
La espiritual pobreza la primera.
No es pobreza virtud, ni así se llama,
Mas eslo el firme amor de la pobreza.
Pobreza natural no es cosa torpe,
Mas eslo la que nace de torpeza.
Es para ser filósofo principio,
Los que á los pobres dan, no dan, mas prestan,
Y el pobre es firme amigo mas que el rico.
Quien su hacienda divide es rico siempre,
Y quien la ajena usurpa es siempre pobre.
Todos los que vivimos somos pobres,
Y Dios nos da limosna y nos sustenta.
A decir está el Rey tan obligado
«Danos Señor el pan de cada dia»,
Como el pobre pastor, pues nadie tiene
Poder para criar de trigo un grano.
Nunca la hambre cometió adulterio,
Ni la necesidad trata de amores;
Mas es una observancia compendiosa
De las buenas costumbres y las leyes.
Es vida tan segura la pobreza,
Cuan llena de peligros su contraria;
Es un castillo, de la mar cercado,
Do se repara el alma de ocasiones;
Y en tanto, si es de espíritu, se estima;
Que es suyo el mismo reino de los cielos.
Es gran quietud y paz de cuerpo y alma,
Y caminar sin miedo de ladrones.
Quien segun la opinion vive del mundo
Jamás se verá rico, mas quien vive
Segun naturaleza nunca es pobre.
Por eso, viendo Sócrates un dia
Una feria riquísima, espantado
Dijo: «De cuantas cosas tiene el mundo
No tengo yo necesidad alguna.»
Y si el mismo Señor de la riqueza
Eterna y temporal en esta vida
Nació, vivió y murió tan pobremente,
¿Qué mayor testimonio y argumento
De ser un gran tesoro la pobreza?
Pobreza es mayorazgo de los buenos,
Del Redentor del mundo patrimonio,
Con que dejó á los suyos mejorados;
De cuidados y enojos es destierro,
Muerte de melancólica tristeza,
En medio de la mar puerto tranquilo,
Posada de la paz y del sosiego.
Como el árbol sin fruta está seguro
De que le tiren piedras por cogerla,
Así excusan los pobres los trabajos
Y pesadumbres que los ricos tienen;
Que las riquezas, como Dios lo afirma,
Espinas son que están punzando el alma.
Y como vale mas una moneda
De oro en el suelo que otra de igual peso,
De cobre, puesta sobre la cabeza,
Así es de mas valor y mas estima
A los ojos de Dios, que no se engañan,
Un pobre virtuoso y abatido
Que un rico sublimado, si es vicioso.
Pero si la pobreza y la soberbia
En un supuesto mismo hacen liga,
Es insufrible y espantable mónstruo.
Amemos pues la humilima pobreza,
Y con ella tendrémos abundancia,
Pues el que hizo al hombre falto y pobre
No le permitirá morir de hambre.

HUMILDAD.

OTRA DIFINICION.

La Humildad que es perfecta propiamente
Consiste en cuatro cosas: la primera
Es á sí despreciarse; la segunda,
No despreciar á nadie; la tercera
Es despreciar el mundo y sus enredos,
Y despreciar desprecios es la cuarta.
Es la humildad una divina sombra,
Que impide á nuestros ojos que no vean
Las obras de virtud de nuestras manos.
Es raíz de la paz y su principio,
Y del conocimiento de sí mismo;
El áurea puerta del empíreo cielo,
Por donde en él sus amadores entran
Al merecido premio, que es la gloria.
Es la humildad un cofre de la gracia,
Y la que el corazon siempre dispone
Para otras muchas gracias y virtudes;
Porque es llave dorada de la ciencia,
De la sabiduría grande parte.
Las sendas y caminos verdaderos
Con que esta celestial virtud se alcanza,
No son hacer milagros y portentos,
Sino menospreciar todas sus cosas,
Encubriendo la ciencia cautamente,
Hablando sin ornato y artificio,
Disimulando la nobleza y sangre,
Desterrando la vana confianza,
Refrenando la lengua con silencio,

Y amando la pobreza desamada;
Que entonces se declara nuestra ciencia
Y amor para con Dios, cuando, pudiendo
Ser grande, no estimamos la grandeza.
No solo no aprovechan las virtudes
Sin humildad, mas causan grandes males.
Gravedad y humildad en una silla
Es admirable y peregrina copia.
Esta virtud, para ganar el cielo,
Mas que virginidad es necesaria;
Es un principio de la eterna gloria,
Y su efecto ensalzar al que se humilla.
Muy cierto puede estar el que es humilde,
Si persevera, de ganar el cielo.
La perfecta humildad es la de un hombre
Que se desprecia tanto, que no solo
Por el mas pecador se estime y tenga,
Mas por el causador de todos cuantos
Pecados se cometen en el mundo.
Desta virtud maravillosa y alta
Es Cristo el catedrático de prima,
Diciendo que del mismo la aprendamos.
Esta es la puerta angosta y el camino
Estrecho para el cielo, y mas nos dice:
Que aquel que como niño no se vuelve,
No puede entrar al reino de los cielos.
El que sin humildad junta virtudes
Envia al viento pajas, polvo al aire,
Que le ciega la lumbre de los ojos.
Es señal evidente de escogidos,
Y Dios no quiere que ninguno entienda
Que está en su gracia y que es amigo suyo,
Por darnos ocasion de ser humildes.
Cosa es fácil traer roto el vestido,
La cabeza inclinada, humilde el rostro,
Cubiertos los cabellos con un velo;
Mas la humildad perfecta se conoce
En la injuria y ofensa recibida.
Los humildes no mas á Dios contemplan,
Y heredan el lugar de los soberbios;
Y en hombres, finalmente, poderosos
La perfecta humildad mas resplandece.

OBEDIENCIA.

Es la santa Obediencia un sacrificio
Que de la propia voluntad se hace
Con libre y espontáneo presupuesto,
La libertad en todo renunciando.
Es un pagar la deuda, obedeciendo
Al superior, debida de justicia;
Mas para ser perfecta ha de mezclarse
Con humildad profunda y sufrimiento,
Sin replicar al mandamiento justo.
Por ella mereció el Verbo humanado
Excelso nombre sobre todo nombre,
Y que el cielo, la tierra y el infierno,
En oyendo nombrarle, se arrodillen;
Con ella se sustentan las virtudes,
Pues no puede vivir alguna dellas
Si en todo la razon no se obedece.
Las nueve celestiales jerarquías,
Los cielos, elementos y animales,
Las ciudades, los reinos, los imperios,
Cuanto ven y no ven humanos ojos,
Todo por obediencia se sustenta,
Y sin ella no puede haber concierto
En ninguna república del mundo,
Ora sea en la paz, ora en la guerra.
Abnegacion del alma es obediencia,
En las obras del cuerpo declarada,
Y abnegacion del cuerpo manifiesta
Con el fervor y voluntad del alma;
Que para ser esta virtud perfecta
Es fuerza que concurran alma y cuerpo.
Es la obediencia obra sin exámen,
Es voluntaria muerte, vida simple,
Es excusa con Dios, puerto seguro,
Del temor de morir es menosprecio,
Camino que durmiendo se camina,
Navegacion sin miedo y sobresalto,
Y de la voluntad propia sepulcro,
Y una resignacion del juicio propio;
De Adan la libertada inobediencia
Al hombre desterró del paraíso,
Pero de Cristo la obediencia humilde
Le puso en él, alzándole el destierro.
La perfecta virtud de la obediencia
No sabe examinar lo que se manda;
Al oído la oveja apresta luego,
Y la lengua á la voz, el pié al camino,
Y á la obra las manos, porque en ella
Se ponga del que manda el mandamiento.
Fúndase en el amor de la justicia,
Y no en miedo servil, temor de pena.
Es tan acepta á Dios, que dice él mismo:
«Es de mayor valor que el sacrificio,»
Por ser de las virtudes madre y guarda;
Y con mucha razon se le antepone,
Pues se ofrecen en él cosas ajenas,
Y en ella voluntad propia se ofrece.

VIRTUD FUNDAMENTAL.

Virtud Fundamental es la firmeza
Por quien los edificios suntuosos
Al tiempo hacen ínclitos ultrajes,
Como el Escurial y otros famosos,
Donde se ve de España la franqueza,
Y el ánimo real de sus linajes.
En otras obras, otros personajes,
Otra fundamental virtud contemplo,
Que es la cruz salutífera, do estriba
De Cristo la fe viva;
Virtud fundamental de nuestro templo,
Por quien no somos huéspedes hermanos,
Sino del mismo Dios familiares,
Y moradores del eterno asiento,
Fundados sobre el alto fundamento
De los doce apostólicos pilares
Y basas de profetas soberanos,
Piedra suma angular de los cristianos,
Que es Cristo mismo, en quien todo edificio
En templo crece para su servicio.

ASTROLOGÍA.

Astrología es regla de los astros,
Que la verdad declara que hay en ellos,
Y esta verdad no nace de la regla,
Antes de su verdad la regla nace;
Es ciencia natural, que nos enseña
Lo pasado, presente y lo futuro
En cuanto puede percibirlo el arte,
No con resolucion y con certeza,
Que solamente á Dios esto conviene.
Parte es contemplativa, parte activa;
Cuadra contemplacion á astrología,
Actividad á astronomía cuadra.
Divídese esta ciencia en cuatro partes:
Sitio y forma del mundo es la primera,
Con los celestes círculos y esferas;
El curso y movimiento, la segunda,
De los planetas y demás estrellas;
Y la tercera parte es de los signos
El propio nacimiento y el ocaso;
Y la cuarta y final, de los eclipses
Del sol y de la luna y los planetas.
Sus especies son dos generalmente:
El número la una, otra el juicio;
El número es acerca de las tablas,
El juicio es acerca de los tiempos.
De los lugares, signos y planetas,
Sitios y aspectos y otras calidades.

ABSTINENCIA.

Para que suene con suave acento
La concertada música tañida,
Primero ha de templarse el instrumento.
No puede la oracion ser admitida
No estando el que la envia bien templado
Con el ayuno, amigo de la vida.
Que, como del comer nació el pecado,

El contrario remedio usar se debe,
En buena medicina decretado.
El azor que está harto no se atreve
A levantar gran vuelo; así no vuela
En la contemplacion quien come y bebe.
Y como con el freno y con la espuela
El caballo se doma, así se amansa
La carne cuando ayuna y se desvela.
Quien cargado pelea, en vano cansa,
Y quien camina lleno de manjares,
No es posible llegar do se descansa.
Muchos fuertes castillos y lugares
Se dan por hambre á la contraria parte,
Por excusar castigos militares;
De la briosa carne el baluarte,
Donde mas brava está que una leona,
Por hambre á la razon da su estandarte.
Por abstinencia, en fin, ganan corona
Los valerosos milites de Cristo,
Y en ella la virtud se perfecciona.
. . . . . .
Es la abstinencia plaza de importancia,
Que al escuadron de vicios hace guerra,
Y llama las virtudes á su estancia.
Es ala que levanta de la tierra
Al cielo la oracion, freno que rige
La voluntad, y á Lucifer destierra.
Los humores que pecan los corrige,
Sana la enfermedad, la vida aumenta,
Destruye la ocasion, que al alma aflige.
Los pensamientos malos ahuyenta,
El corazon acendra y purifica,
El intelecto apura y alimenta,
Las potencias del alma clarifica,
Enseña la divina sapiencia,
El cuerpo perfecciona y santifica.
Es medio, finalmente, la abstinencia
Para gozar de Dios, y dél alcanza
Cuanto pretende en su divina audiencia.
. . . . . .
El mucho vino es de los vicios puerta,
De la salud y del honor cuchillo,
De los sentidos destruccion muy cierta.
Es poderoso bárbaro caudillo,
Que de las tres potencias se apodera,
Y ellas le dan las llaves del castillo.
Infame frenesí, lengua parlera,
Que descubre el secreto mas oculto;
Que el vino la verdad despide fuera.
De castidad naufragio, y del insulto
Es viva espuela; enfermedad que afrenta,
Causa de sedicion y de tumulto.
Del cuerpo miserable es gran tormenta,
Del alma y vida infamia declarada,
Y de la honestidad notable afrenta;
Pues la gula, su grande camarada,
Del vientre hipocresía y fingimiento,
Cuanto della dijéremos es nada.
Della procede nuestro perdimiento,
Y della procedió el primer pecado.
¡Harto se ha dicho en este pensamiento!

TEMPERANCIA.

Es Temperancia una virtud heróica
Que á varios fines su valor extiende,
En cuanto tiene un moderado mando
Contra todo deleite sensitivo,
Y en cuanto templa el ímpetu furioso
Del pecho y corazon acelerado,
Que es en los movimientos de la ira,
Y aunque esto pertenece á fortaleza,
Vemos que la razon se enseñorea
Por medio de la misma temperancia;
La cual, si acerca del comer milita,
Se le puede dar nombre de abstinencia;
Si de beber, es sobredad templada;
Si acerca de la ira, es mansedumbre;
Si del ser deshonesto, es pudicicia;
Si del intacto, es virginal pureza;
Y lo mismo de todas las pasiones.
La santa temperancia pone modo,
No solo á fortaleza y á justicia,
Pero tambien le pone á la prudencia
Y á las virtudes que proceden della.
Es medio en toda cosa, y sus extremos
Insensibilidad, intemperancia;
Es una alta virtud que nos enseña
Lo que huir y amar siempre debemos
Para seguir á la razon en todo.
Es madre de consejos saludables,
Las cosas agradables acrecienta,
Dándoles mayor gusto del que tienen;
Es firme y fuerte guarda de la honra,
De la concordia y de la paz amiga,
Y enemiga mortal de la torpeza;
Conserva la vejez y la dilata,
Abraza y comprehende tres virtudes,
La justicia, prudencia y fortaleza,
Y en fin, es un templar lo destemplado
De cuantas cosas hay en esta vida.

SANTA INQUIETUD.

Es la Santa Inquietud un movimiento
De soberano espíritu, que aspira
A perfeccion de vida mas cendrada;
Es aguja tocada
En el divino iman, que al cielo mira,
Y tiene solo en él quietud y asiento.
Es alto entendimiento,
Que de la voluntad y sus pasiones
Huye las ocasiones,
De virtud en virtud siempre vagando,
Hasta que al fin, llegando
Con lento paso á la difícil cumbre,
Goza quietud perfecta y mansedumbre.

NAVEGACION.

La santa Iglesia es nave,
Y Dios es el piloto,
La Virgen es farol que el mar serena;
El céfiro suave
Y regalado noto,
Que es el divino Amor, las velas llenas;
Es alta cruz la entena,
Y la áncora esperanza,
Y los doce argonautas,
Almas simples y cáutas,
Van, con favor del cielo y confianza,
Del Cordero divino
A conquistar el áureo vellocino.
Navegacion es una
Marítima jornada,
Do el carro, que es bajel, nunca está quedo;
Tan sujeto á fortuna,
Que no está desviada
La vida de la muerte mas de un dedo.
Es de esperanza y miedo
Desafío aplazado,
Do está entre pena y gloria
Ambigua la vitoria
Hasta llegar al puerto deseado,
Con tormenta ó bonanza,
Que entonces vence al miedo la esperanza.
Hay otra de otros modos,
Que del bueno es temida,
Despreciada del malo, que no advierte
Dó navegamos todos
En la nao desta vida
En demanda del puerto de la muerte.
Allí de varia suerte
Del mar airado ó manso
Desembarcan las almas:
Unas con ricas palmas,
Van á surgir al puerto del descanso,
Y al limbo y en fiado
Van otras, y las mas al fuego helado.

PERSUASION.

La Persuasion es hija de oratoria,
Tan estimada y regalada della,
Que en solo verla está toda su gloria,

Es el efecto do se estampa y sella
Cuanto pretende con su estudio y arte,
Por quien dificultades atropella.
No llegan las victorias del dios Marte
A las que gana un buen razonamiento,
Por ser estas el todo, aquellas parte.
Rendir la voluntad y entendimiento
Con fuerza de razones es hazaña
Que vence otro cualquiera vencimiento.
Y es tal la persuasion, que desengaña
Las almas, y en virtud las acrisola,
Que del divino imperio se acompaña.
Criar el Rey eterno la gran bola
De todas las esferas no fué tanto
Como es justificar un alma sola.
Costóle aquello un *fiat*, y esto llanto,
Hambre, sudor, cansancio, angustia, muerte,
Y muerte con deshonra, que es espanto.
Y así, la persuasion del que convierte
Un alma, y á su Autor la restituye,
Le alcanza en tierra y cielo buena suerte.
Quien con razones insta, ruega, arguye,
Y en oportunidad es importuno
Hasta que alcanza el alma que le huye,
Este sabrá mejor que otro ninguno
Lo que la persuasion santa merece,
Y lo que la agradece el Trino y Uno.

AMICICIA ó AMISTAD.

OTRA DIFINICION.

Es la Amicicia aquel amor trocado,
Entre dos corazones repartido
Con voluntad recíproca y alterna,
Que es experimentado en buenas obras,
Y por causa de bien instituido.
Seis grandes calidades la decoran:
El ser perfecta, buena, grande y rara,
Y por fin de sí misma y permanente.
En la madura edad tiene su fuerza,
Que es cuando mas se muestran las virtudes;
Consiste en igualdad conforme y grata,
Y en ella se conserva su concordia.
Un vínculo de amor es la amicicia,
Y de todas las cosas ligadura;
Es un perpétuo muro y fortaleza,
Al bien de la república importante;
En conservar la paz tiene gran fuerza,
Y á la vida política es tan útil,
Cuan buena y provechosa la doméstica;
Para nuestra pobreza es rica joya,
Para nuestra tristeza alegre prenda,
En las enfermedades medicina,
Y para el trato humano deleitosa;
Debe ser inmortal, mortal el ódio:
Este quita la vida y da la muerte,
Aquella excusa muerte y dá la vida;
Aqueste es ciego, de la envidia hijo,
Aquella es clara, y la verdad su madre;
Dura, si es verdadera, eternamente.
El amigo fiel no tiene precio;
Es carecer de amigos peligroso,
Descuido y presuncion suelen perderlos;
Y para conocerlos á las claras
Es la persecucion piedra de toque.
Excede la amistad al parentesco,
Y es en ambas fortunas apacible.
No hay mas de un sí y un no entre los amigos;
Sépase conservar el que lo es bueno,
Porque suele buscarse mucho tiempo,
Y se halla muy tarde y raras veces.
Es toda la amistad en tres maneras.
Segun tres condiciones que tenemos:
Mediana, que es lo mismo que entre iguales;
Excelsa, que del grande viene al chico;
Subyecta, que del chico viene al grande;
Mas entre iguales es la mas perfecta.
Tengamos pues amor al Rey eterno,
Y darnos ha la verdadera gracia.

CONCORDIA.

Es la Concordia un cielo tan templado,
Que influye en los humanos pensamientos
Sosiego, paz, quietud, tranquilo estado.
Es un estar conformes los intentos
Entre la gente virtuosa y noble
Para importantes fines y argumentos.
Es abominacion del trato doble,
Y un aspirar con el amigo trato
A coronas de lauro, palma y roble.
De la vida del cielo es un retrato,
Cual de la del infierno su enemiga,
Pues en él la discordia hace plato.
Es una santa y amorosa liga
De ilustres y cristianos corazones,
Que á valerosos hechos los obliga.
Es música de voces ó violones;
Con ella van, cual naves en conserva,
Pueblos, cabildos, coros, religiones.
Con ella todo el mundo se conserva,
Sin ella todo el mundo se destruye,
La sanidad con ella se preserva.
La casa ó pueblo do hay concordia arguye
Que el Espíritu Santo en ella habita,
Y sus dones altísimos influye.
La mas preciosa prenda y exquisita
Que tiene la república ó la casa,
Es esta inestimable margarita.
De las virtudes la concordia es basa,
Como lo es la discordia de los vicios,
Que aun al mismo demonio vuelve brasa.
De la puerta infernal mueve los quicios;
Y así, mas presto que se mata el fuego
Se deben de matar sus ejercicios.
En ella el infernal desasosiego
Sustenta sus mortales divisiones,
Y en la concorde union está el sosiego.
Es uno, en fin, de los mayores dones
Que el cielo da á la tierra la concordia;
Que vence una opinion mil opiniones.

IGUALDAD.

Dicen que la amistad, para que tenga
Las partes esenciales,
Ha de ser entre *iguales*
En sangre, humor, edad, ingenio y arte;
Porque si son en algo desiguales,
No hay amistad que venga
A ser, cuando convenga,
Cual fuera no faltando alguna parte.
Uno inclinado á Marte,
Furor y sangre y fuego,
Y otro á paz y sosiego,
Siendo en la condicion tan enemigos,
Mal pueden ser amigos;
Lo mismo aquel que trata de amor ciego,
Y el que de castidad y estudios varios;
Que la amistad no consta de contrarios.
Uno que pasa ya de los sesenta,
Edad de desengaños,
Y otro de quince años,
¿Cómo pueden hacer perfecta liga?
El que trata de embustes y de engaños,
Y el que verdad sustenta,
Y della se alimenta,
¿Cómo pueden estar en paz amiga?
Quien llama su enemiga
La liberal franqueza,
Y quien de la escaseza
Es mortal enemigo sin mudarse,
¿Cómo pueden amarse?
En fin, no hay amistad do no hay pureza,
Virtud, verdad, conformidad, de modo
Que siempre la igualdad presida en todo.
Con todo, una amistad la mas perfecta
De cuantas en el suelo
Se han visto, y en el cielo,
Se ve entre dos diversos personajes,
Uno de celestial justicia y celo,
De condicion discreta,

Verdadero profeta,
Rey sumo, que á los reyes da sus gajes,
Y ángeles son sus pajes,
Tan poderoso y fuerte.
Que dél tiembla la muerte,
Y el otro pobre, siervo, flaco y vario,
Que en todo es al contrario;
Y con ser tan diversos en la suerte,
El nudo de amistad es tan perfeto,
Que Dios y hombre están en un sugeto.
. . . . . .
Es la igualdad una correspondencia
Y proporcion que agrada,
Con atencion mirada
Si no le sobra ó falta cosa alguna;
Conformidad y música ordenada
Con igual diferencia
De humildad y eminencia,
Que voluntades liga y las aduna,
Haciendo muchas una,
Es la igualdad primera,
Eterna y verdadera,
La del imperio trino, y la segunda
La union en que se funda
La salvacion del alma, y la tercera
La de ángeles y hombres, y la cuarta
La que almas junta, que el demonio aparta.
Su madre la justicia la regala,
La cual, constante y fuerte
En alta ó baja suerte,
Sin exceptar personas, da sentencia;
El mismo estilo vemos en la muerte,
Que á todos los iguala.

ESCULTURA.

Naturaleza humana
Acá en la tierra tiene
Dos damas que la sirven y la imitan,
Cuya arte soberana
Las almas entretiene
Que con amor las tratan y visitan;
Hablan callando y gritan,
Y son poesía muda;
Es una la pintura,
Y es otra la Escultura,
Y tal su ingenio, que nos pone duda
Lo esculpido y pintado
Si es el original ó es el traslado.
La Escultura discreta
Es una imitadora
De la naturaleza en cuanto hace,
Y aun piensa, si es perfeta,
Ser su competidora:
Tanto al entendimiento satisface.
En los templos aplace
A los ojos humanos,
Y mas á los del alma,
Que aspira á eterna palma
Viendo los simulacros soberanos
De los que, para ejemplo,
Se ponen sus retratos en el templo.
Otra escultura santa
Se trata y ejercita
En el sagrado templo de quien canto,
Que las almas levanta
Y al mismo Dios imita,
Y á un grande pecador le vuelve santo;
Que como el basto canto
Ó algun troncon robusto
Se pule y acomoda
Con el formon y escoda,
Así de un pecador se labra un justo;
Porque aquesta escultura,
Cuando castiga el cuerpo, el alma apura.
Formon es el silicio,
Buril la disciplina,
El duro pico el rallo, y la cadena
El martirio, el suplicio
Con que la piedra fina
Queda labrada y de virtudes llena.
Y aunque se sienta pena
Con la labor esquiva
Y los golpes violentos
De aquestos instrumentos,
Conviene así para que el alma viva;
Porque sin penitencia
No se consigue la divina herencia.

LLAMA ESPIRITUAL.

El mas noble, el mas puro, el mas cendrado
De los cuatro elementos es el fuego,
Y así tiene el lugar mas eminente.
Do acá se ve no puede haber sosiego,
Por ser su actividad en sumo grado,
Como el que en caridad arder se siente;
En la cólera ardiente,
Airada, repentina
El fuego predomina,
Y en él tiene su fuerza de ordinario
El Aries, el Leon y el Sagitario,
Criando y destruyendo los resíduos;
Que es así necesario
Para aumentar su ser los individuos.
Otro fuego hay mas alto y mas activo,
Que del cielo el Señor trajo á la tierra,
Y quiere que en las almas prenda y arda;
Este acrisola el bien, el mal destierra,
Y es el *divino Amor*, caritativo,
Que quien le tiene en la virtud no tarda,
Ni el temor le acobarda,
Antes le excluye fuera,
Y vive de manera,
Que busca, no su bien, sino el ajeno;
Es paciente, benigno, de amor lleno,
Y no ambicioso ni del vicio amante;
Antes ama lo bueno,
Y amando goza la verdad constante.
Cuatro suertes de fuego tiene el mundo:
El uno elemental, que está en su esfera;
El otro material, que acá tenemos;
El otro artificial, que tanto altera,
Y otro el del purgatorio y del profundo.
De ninguno de aquestos trataremos
Los efectos que vemos,
Sino del que se llama
Divina, ilustre llama.
Esta *espiritual llama* es incendio
Do está de las virtudes el compendio,
Y en él se purifican como el oro,
Y á todas da estipendio
En la conquista del empíreo coro.
En el amor divino abrasa el pecho,
Con santa libertad la lengua mueve,
Los tormentos gravísimos desprecia,
Vuelve en cristiano ardor la helada nieve,
En latitud suave el paso estrecho,
En discreta y prudente el alma necia.
No hay tesoro en Venecia
Ni en todo el mundo junto
Que iguale al menor punto
De una centella suya; y si mi hacienda
Dé á pobres, arda, profetice, entienda,
Transfiera montes, y la lengua usada
Del ángel comprehenda,
Si no tengo esta *llama*, todo es nada.

IMITACION.

OTRA DIFINICION.

La Imitacion es del ejemplo hija
Y del buen pensamiento,
Nieta de entendimiento,
En las artes y ciencias importante.
El que salir pretende con su intento
En sus actos la elija
Y por ella se rija,
Imitando virtudes cada instante,
oəd soəouıo ndso
Si quiere ir adelante.
La Iglesia y nos dispone
Las vidas de los santos que aquí vemos,

Porque los imitemos,
Y el mismo Cristo dice y nos impone
Que tomemos la cruz y le sigamos,
Y dél á ser humildes aprendamos.

SANTA SOLDADESCA.

¿Qué no se aprende en buena Soldadesca,
Do camaradas hay de gente noble,
Que no por menester, mas por servicio
De Dios y de su rey, laura de roble
Y de laurel pretenden, bella y fresca,
Para adornar con ella el frontispicio
Del romano edificio?
Allí de fortaleza
Se aprende la fineza,
Que es el acometer dificultades,
Peligros no temer ni adversidades,
Mostrando siempre en ellos el semblante
Que en las prosperidades,
Y un corazon de lúcido diamante.
Allí la discrecion, la cortesía,
La justicia, prudencia y temperancia,
Entre las balas y el furor, se aprende;
La vigilia, oracion y la constancia,
La música tambien y la poesía,
Los ratos que la guerra se suspende;
Allí se compra y vende
A precio de honra y gloria,
Por alcanzar victoria,
La inestimable sangre de las venas;
Allí se vencen mónstruos y sirenas,
Se mortifica el cuerpo, apura el alma,
Y temporales penas
Vienen á merecer perpétua palma.
Hay otra soldadesca mas ardiente,
Do son mas peligrosos los combates,
De mas orgullo y fuerza los soldados;
Es entre dos fortísimos magnates,
Que cada cual presume de valiente,
La *carne* y el *espíritu* llamados.
Asisten á sus lados
Dos damas atrevidas,
Que siempre están reñidas:
Razon y *voluntad*, competidoras,
Y luego cinco hermanos á deshoras
Esgrimen contra el alma sus espadas;
Y así, las vencedoras
Pueden llamarse bienaventuradas.
. . . . . .
La soldadesca es una gallardía,
Es una gentileza, es un denuedo
Y un acto militar, que en dicho y hecho
Descubre y aun señala con el dedo
El esfuerzo, el valor, la bizarría
Que está escondida en el gallardo pecho;
Es una ley que han hecho
Los príncipes y reyes
En guarda de sus leyes,
O por mejor decir, de sus antojos;
Es el mas bello objeto de los ojos,
Do las fuerzas indómitas se doman,
Y da gustos y enojos;
Que, como dicen, do las dan las toman.
Es la segunda soldadesca escuela
Do se ejercita el alma, y do el tesoro
De virtudes heróicas se conquista;
Es el crisol donde se acendra el oro,
Y do el entendimiento es centinela
Y do la voluntad cobra la vista;
Es contra el polvorista
Del cavernoso centro
Un poderoso encuentro,
Que le quita la presa de la garra,
Dándole con su propia cimitarra;
Y en fin, es la princesa de quien toco
Tan valiente y bizarra,
Que tiene por blason: *El mundo es poco.*

POTESTAD MIRACULOSA.

Es la divina Potestad que canto
Imperio santo al hombre concedido,
Poder cumplido en causa propia, dado
Del Rey sagrado eterno á sus magnates,
Do los quilates de la fe se muestran,
Do se amaestran los que en ella aprenden,
Do se suspenden y confunden malos,
Do los regalos de la mano eterna
Que nos gobierna, dan al alma vida.
Esta subida potestad fué vista
En la conquista y fundacion del templo,
Con el ejemplo de milagros tales,
Fundamentales mármoles y bronces.
Convino entonces esta poderosa
Maravillosa potestad del cielo
Para que el suelo diese fe constante,
Con militante pecho, al Rey eterno.

REVERENCIA.

Perdonen los ilustres caballeros,
Hábitos, encomiendas, magistrados,
Caudillos, coroneles, generales,
Pretores, auditores, presidentes,
Condes, marqueses, duques y vireyes,
Llaves doradas, grandes y bastones,
Embajadores, príncipes, privados,
Reyes, emperadores y monarcas;
Que á ninguno ni á todos no se debe
En lo espiritual la Reverencia
Debida de justicia á un sacerdote.
Considéralo bien, alma cristiana,
Y la verdad verás que digo en esto.
Ellos nos llevan á la sacra fuente
Donde renace el alma, y de cautiva
Libre la vuelven; ellos la reducen,
Por la segunda tabla del naufragio,
A su primer estado, y la sustentan
Con el mejor manjar de tierra y cielo,
Bajando el Señor dél al pan suave;
Ellos confirman y hacen sacerdotes
(Mas en aquestos dos sagrados actos
La mitra ha de juntarse al sacerdocio,
Que él solo no es bastante para tanto).
Ellos tambien en santo matrimonio
Ligan las almas, y á la despedida
Del cuerpo les conceden el viático
De aquella extremauncion tan importante;
Ellos, en fin, con celestial doctrina,
Las cristíferas almas alimentan,
Loando siempre á Dios en sus oficios.
Y si algunos no son cual ser debrian,
Degenerando del real linaje
De do tienen principio, no por eso
Se deje de guardarles el decoro
Debido á la excelencia de su estado,
Dejando el castigarlos y el juzgarlos
A Dios y á su vicario y quien él manda.
Es reverencia un reconocimiento
De un modo de respeto que se debe
De menor á mayor, cuyo principio
De la razon y entendimiento nace,
Y se muestra con actos aparentes;
Y aunque con toda gente puede usarse,
Tiene su propiedad en lo sagrado.
A Dios primeramente es mas debida,
Luego á la virginal Princesa, y luego
Los ángeles y santos la merecen,
Segun la dignidad de cada uno,
Y por el órden mismo debe usarse
Acá con sus imágenes sagradas.
Luego, de los que viven en el mundo,
Al Pontífice máximo primero
Se debe soberana reverencia,
Luego á los patriarcas, luego á todos
Los que por órden vienen sucediendo,
Despues á los monarcas y á los reyes
Y á los demás del secular estado.

NATURALEZA.

Naturaleza es madre generosa
De todo cuanto vemos en el orbe,
Ministra universal del Rey eterno,

Que sin su voluntad jamás se mueve;
Es en la creacion lugarteniente,
Y ejecutora del eterno mando;
Es un fiel y rico mayordomo,
Que el valor representa de su amo,
Y un arca donde todos sus tesoros
Tiene el inmenso Dios depositados;
Todos se dice por haber divina
Naturaleza, como la hay angélica,
Y como despues de ella la hay humana.
No es otra cosa la naturaleza
Sino razon y voluntad divina,
Y de todas las cosas engendradas
Conservadora, y causadora dellas,
Segun la calidad de cada una:
Es un principio de los movimientos
Y quietud de las cosas naturales,
En que está principal y por sí sola,
Y no por accidente; este vocablo
Naturaleza solamente sirve
De nos representar de Dios la mente
Y voluntad, por quien se cria todo
Y se resuelve á tiempos y deshace.
Es una fuerza dada á cualquier cosa
Para poder formar su semejante;
No cria cosa en vano, y cuanto hace
Va fundado en razon; no sobra ó falta
En lo supérfluo ni en lo necesario;
Es de los vivos protectora, y nuestro
Gobernador y padre de familia;
Lo deleitable sigue y apetece
Y huye y abomina lo que es triste;
Aunque con poco se contenta y vive,
Si acaso se ha trocado, es poderosa
Y pronta para dar vuelta á sí misma;
Y aunque es dificultoso, finalmente,
Resistir los afectos naturales,
El uso y la costumbre pueden tanto,
Que los pueden mudar á paso lento.

CIENCIA.

La Ciencia es manifiesta y evidente
Noticia de las cosas, y no varia,
Sin seguir semejanza ó apariencia,
Antes lo necesario y lo forzoso,
Lo cual no puede ser de otra manera,
Sino de aquella suerte que lo alcanza.
Adquiérense con ella grandes bienes
De letras, experiencias y riquezas.
Es un sábio arquitecto artificioso,
Que labra y pone en su lugar las piedras,
Y es un oríves rico famosísimo,
Que engasta las preciosas margaritas
Y les pone riquísimos esmaltes.
Es un hábito cierto y evidente
De cosas necesarias, adquirido
Por la demostracion y la enseñanza.
La ciencia es para pobres gran riqueza,
Para ricos primor de grande estima,
Y para viejos gran contentamiento;
En cualquiera fortuna es provechosa;
No asienta bien sino á virtud la *ciencia.*
De las ciencias mas altas esta es una,
Saberse conocer uno á sí mismo;
No es sábio aquel que para sí no sabe,
Y mayor culpa tiene el que, sabiendo,
No enseña que el que no aprende ignorando.
¡Desventurado aquel que tiene *ciencia*
De cuantas cosas hay en este mundo,
Y no conoce á Dios; y venturoso
Quien le conoce, aunque lo ignore todo!

GRACIA.

OTRA DIFINICION.

La Gracia es un tesoro incomparable
Que da de balde Dios á quien él quiere;
Es un escrito con su firma y sello,
Donde sin obligarle, Dios se obliga
De darle á quien le da su eterna gloria,
Si aquel que le recibe no le pierde
Por culpa suya y no saber guardarle.
Es una sacra fuente, donde mana
De todas las virtudes y los dones
Y bienaventuranzas el tesoro;
Es víspera del dia de la fiesta,
Y la estrella que anuncia el sol cercano;
Es una prenda de la mano eterna,
Que no puede saberse quién la tiene,
Si no es por conjeturas y argumentos;
Es un manjar del alma verdadero,
Y de Dios para el cielo una libranza;
Un muro inexpugnable de diamante,
Cuya virtud y efecto soberano
Es hacer que el pecado no nos venza;
Nadie merece la primera gracia;
Verdadera virtud no la hay sin ella;
Mas es darnos su gracia el Rey eterno
Que quitarnos acá las tentaciones;
El que le falta gracia, aunque haya sobra
De entendimiento y ciencia, vive á escuras;
El que pierde la gracia, luego pierde
Todo el derecho que á la gloria tuvo;
Y siguese de aquesto que los niños
Que mueren sin bautismo van al limbo;
Porque el bautismo es basa de la gracia,
Y solo basta á quien jamás la pierde
Para la remision de los pecados.

CONSOLATORIA.

Entre las damas bellas
Que en el valor afinan
El alma, y do su mérito consiste,
Y son las siete estrellas
Que al cielo la encaminan,
Una de gran belleza y gracia asiste,
Que es consolar al triste;
Y aunque son por extremo
Todas ellas hermosas,
Discretas y graciosas,
Esta parece está en lugar supremo,
Por ser en cierto modo
Resucitar un alma en parte y todo.
Es cosa soberana
Ver el discreto labio
Moverse á consolar un afligido,
A quien fortuna insana
Ha hecho algun agravio,
O la muerte ó el tiempo han ofendido.
Entran por el oído
Las sentencias discretas,
Y llegan en un punto
Al corazon difunto,
Do aciertan como al blanco las saetas,
Y con aquestos tiros
Se enjuga el llanto y cesan los suspiros.
El regalado estilo
De una consolatoria
Prudente carta con piedad sincera,
Y aquel volar tranquilo
De la dulce oratoria,
Impreso en el papel, es de manera,
Que las penas modera,
Mitiga el desconsuelo,
Los enojos reprime,
El corazon redime
Y queda libre del funesto duelo,
Como la flor marchita,
Que con el sol y el agua resucita.
Consolatoria santa,
Por plática ó escrito,
Es ciencia infusa de la sacra escuela,
Que del suelo levanta
El corazon afito,
Y en Cristo le restaura y le consuela;
Es la dulce vihuela,
Tocada doctamente
Del gran músico experto,
Cuyo dulce concierto
Regala el alma del discreto oyente;
Es cordial epítima
Y del consolador hija legítima.

Alma desconsolada,
Consuélate con Cristo;
Mira lo que pasó por tí en el suelo;
Quedarás consolada
Con un consuelo misto
De suavidad altísima del cielo.
Tambien es buen consuelo
Pensar que tu desdicha
Pudiera ser mas grave,
Y que alguno en la nave
Desta vida mortal, con menos dicha,
De tormenta habrá sido
Mas brava que la tuya combatido.
Y para consolarte
De todas tus desgracias
Tienes otro consuelo soberano,
Y es á Cristo humillarte
Y darle muchas gracias,
Haciéndote filósofo cristiano;
Él te dará la mano
Para enmendar la vida;
Y así, desta manera
La pena horrible y fiera
Será con gran valor de tí vencida,
Como quien ya no atiende
Sino á la eterna vida que pretende.

DISCRECION.

OTRA DIFINICION.

La Discrecion en esta vida humana
Es saber dicernir de malo á bueno,
Y elegir lo mejor liberalmente;
Es un estar resuelto en cualquier cosa,
Llevando siempre la razon por guia,
Que sin esta y verdad no hay ser discreto;
Y como da sabor á los manjares
La sal, y son, si falta, desabridos,
Así con discrecion todas las cosas
Con tino agradan y sin ella ofenden;
Mas esto ha de entenderse entre discretos,
Que á los que no lo son es al contrario.
La bella discrecion es una salsa
De cuantas cosas hay en esta vida.
Es un laud que siempre está templado
Para poder tañer por cualquier parte;
Milita en las palabras y en las obras,
Y aun en los pensamientos y deseos;
El que dice tenerla está engañado,
Que por el mismo caso no la tiene;
Sus dos extremos son harto viciosos,
El uno necedad, locura el otro.
Es discrecion alivio y contrapeso
De cuantas pesadumbres tiene el mundo;
Es puerto do se acoge el navegante,
Seguido de borrascas y tormentas;
Es en los principiantes virtuosos
Un conocer sus faltas y provechos,
Y en los medianos es una noticia
Que sin error alguno puede y sabe
Hacer del bien y el mal discrímen cierto;
Y en los perfectos una ciencia y lumbre
Enseñada de Dios, con que se aclaran
Las cosas que á los otros son oscuras;
Es un piloto sábio, que conoce
Los peligros del mar y de la tierra,
Y los puertos seguros para el alma;
Y en fin, la discrecion mas apurada
Es *saber agradar al Rey eterno.*

DEFENSA.

Es la santa Defensa y santo brio
Con que el honor de Dios defiende el bueno,
Celo admirable de perfecto amante;
Es llama ardiente en valeroso seno,
Que predomina y tiene señorío
Contra la falsedad del arrogante.
No hay lanza, no hay montante,
Mosquete, culebrina,
Furia luciferina,
Ni las penas, amigas de la muerte,
Que el escudo le rompan firme y fuerte;
Que al fin vence verdad y alcanza loa,
Como el blason advierte
Del zamorense obispo Figueroa (1).

PERSEVERANCIA.

Una santa porfía es, que procede
De lo mas fino de la fortaleza;
Difiere de constancia en este modo:
Que la constancia en voluntad milita,
Y la perseverancia es en las obras.
Es tan amiga de la confianza,
Que no pueden estar una sin otra;
Suele resplandecer extrañamente
En ánimos gallardos de españoles,
Por ser esta nacion persevante
En las cosas de honor, do pone el pecho.
Si escriben las virtudes una carta
En el papel del alma al Rey divino,
Esta virtud la sobrescribe y sella.
Todas las otras célebres virtudes
Dan jaques al rey negro en esta vida,
Mas la perseverancia le da el mate.
Todas las otras muestran el camino
Del alto cielo; pero aquesta lleva
Hasta sus puertas de la mano al alma;
Todas las otras nos prometen vida,
Mas esta nos la da perseverando.
Es la perseverancia única hija
Del alto Rey; es fin de las virtudes,
Pues con ella se acaban y coronan,
Y ver á Dios sin ella es imposible.
Sin ella, ni victoria el que pelea,
Ni palma el vencedor alcanzar puede;
Es vigor de las fuerzas, es hermana
De la paciencia, es hija de constancia,
Amiga de la paz, y medianera
Para alcanzar el premio; es la maestra
De la amistad que en la virtud se funda,
Y de la santidad es defensora.
Quitada de por medio, ni las obras
Buenas ó beneficios tienen paga,
Ni alabanza tendrá la fortaleza;
Y no los que comienzan, sino aquellos
Que hasta el fin perseveran, serán salvos;
De las virtudes es seguro amparo,
Y de la vanidad lazo seguro,
Corona del trabajo y la fatiga,
Y de la castidad firme defensa.
Dichoso aquel que en la virtud cristiana
Hasta el último paso persevera,
Pues le promete Dios eterna gloria.

ADOLESCENCIA CUERDA.

¿No es cosa que á gran lástima provoca
Ver niñear un viejo,
En vez de dar consejo?
Y mas si da en andar enamorado,
Mirándose mil veces al espejo,
Pareciéndole poca
La edad caduca y loca,
Y el monte que ya está todo nevado,
Florido y verde prado;
Y el cándido rebozo,
Como si fuera mozo,
Siendo, como es, la toca de camino;
Y es tal su desatino,
Que le parece que le apunta el bozo,
Y cuando el alma es sierva de un engaño,
«Tiráos allá» le dice el desengaño.
Pues ¿qué dirémos de una gentil dama,
Á quien le cuadra el nombre
Mejor que el sobrenombre,
Que, á pesar de cuarenta y aun cincuenta,
Por solo acreditarse con el hombre

(1) Alude al obispo de Zamora don Fernando de Figueroa, y á su escudo de armas, compuesto de un águila con la letra *veritas vincit.*

Pretende encender llama,
Y ser de veinte clama,
Quitándose otros tantos de la cuenta;
Los matices frecuenta,
Enrubia los cabellos,
Estando muchos dellos
Del color que se teme y se desea.
Y ponerse librea,
Turbantes, arandelas, alzacuellos,
Y como el fundamento es todo alquimia,
Parece á la figura metonimia?
¡Cuán bien parece lo contrario desto
En los noveles años
Del que, venciendo engaños,
Las sendas sigue de María y Marta!
¡Oh bienaventurados desengaños
Del que temprano y presto
Embida todo el resto
Para ganar el cielo, y se descarta
De lo que dél le aparta!

CONTEMPLACION.

Es la Contemplacion la mejor parte,
De Cristo encarecida y estimada;
Es el hablar del alma virtuosa,
Y la conversacion que dice Paulo
Que tenia con Dios allá en los cielos;
Es de las dos hermanas la mas bella,
Compañera dulcísima y tesoro
De la contemplativa Magdalena;
Es un acto del alma sosegada,
En una sola cosa divertida,
Imitando al nebli, que tras la garza
Allá sobre las nubes se remonta,
Y no suele bajar sin hacer presa;
Es el regalo; el entretenimiento
Del alma buena en esta vida triste,
Y el descuento de todas sus fatigas;
Y como en el silencio de la noche,
Cuando en alta quietud todo reposa,
Descansa y duerme el fatigado cuerpo,
Que en ejercicios ha gastado el dia,
Así reposa y se regala el alma
En la contemplacion del Rey eterno,
Despues de las fatigas y cuidados,
Que no pueden faltar en esta vida.

COMUNICACION.

Para comunicarse
El Rey de tierra y cielo
Crió cuanto en entrambos es y ha sido,
Y por manifestarse
Se vistió nuestro velo,
Que de antes solia ser Dios abscondido;
Y el mismo ha referido
(Pon este en tus renombres,
Cristiano, y dame albricias)
Que llama sus delicias
Comunicar los hijos de los hombres;
Y tú te calificas
Cuando en el vino y pan le comunicas.
Hay hombres tan avaros
De las cosas que saben,
Que si quereis que alguna os comuniquen,
Ni aprovecha cansaros
Ni hay ruegos que lo acaben,
Por mas que se lo rueguen y supliquen;
Bien es les notifiquen
La pena merecida
Que al otro del talento,
Pues pierden el aumento
Que pueden dar, por ser cosa sabida
El asistir Dios hombre,
Si dos ó tres conversan en su nombre.
Es esta gran princesa
Prado de varias yerbas,
Que el ánimo recrea y le conforta,
Y una espléndida mesa
De frutas y conservas,
Que el gusto al alma esfuerza, anima, exhorta.
Muéstrase lo que importa
Por arte contrapuesto,
En su mayor contraria,
Que es una temeraria,
Llamada excomunion; que como aquesta
Destruye y mata el alma,
Así la comunion le da la palma.
Es en la sacra corte
De las virtudes bellas
La comunicacion gran cortesana;
Y caridad, que es norte
De las demás estrellas,
La tiene por parienta muy cercana.

HONRÀ DE DIOS.

OTRA DIFINICION.

Entre las prendas de mayor estima
Que el mundo tiene, está una rica prenda
Que en mas que á todas cuantas tiene estima.
El contento, la vida y la hacienda,
Y cuanto acá por bueno se declara,
Compararse con ella no pretenda.
Honra es el nombre desta prenda cara,
Tan estimada de la ilustre gente,
Que con otra ninguna se compara.
Pregunto yo al que de honra siente:
Si la honra del mundo es tan preciada,
Que el grado se le da mas eminente,
¿En qué será razon que sea estimada
La que se debe al Todopoderoso,
Que todo el mundo fabricó de nada?
. . . . . .
Honra de Dios es el divino culto,
Y de sus mandamientos la custodia;
Dél y sus santos venerar el bulto.
Honra es de Dios la música y salmodia,
Los órganos, las cuerdas y los cantos,
El templo, el ornamento y la custodia.
Honra de Dios es el honrar sus santos,
Convencer los herejes y los malos,
Que pretenden hacer con sus encantos.
Honra es de Dios el Papa y cardenales,
Patriarcas, obispos, prebendados
Que sirven las iglesias catedrales.
Honra es de Dios el ahuyentar pecados,
Dar al pobre el vestido y el regalo,
Y honrar los que por él son deshonrados.
Honra es de Dios quien tiene el mando y palo
Hacer justicia con misericordia,
Premiar al bueno y castigar al malo.
Honra es de Dios no consentir discordia,
Y en hacer amistades agradarle,
Porque le agrada mucho la concordia.
Honra es de Dios oirle, creerle, amarle,
Seguirle, respetarle, obedecerle,
Temerle, y con temor reverenciarle;
Servirle, celebrarle, agradecerle,
Y diciéndole Santo, Santo, Santo,
Por Uno y Trino honrarle y conocerle.
Y en fin, honra de Dios es todo cuanto
Hace, en palabra, en obra, en pensamiento,
La tierra y cielo en su servicio santo.

PRESERVACION.

Es la Preservacion en este mundo
Un prevenir de suerte á los peligros,
Que estén antes que lleguen remediados;
Es una medicina preparada
De médico doctísimo y experto,
Que á quien la toma excusa enfermedades;
Es una cortesía y bella gracia,
Usada en tal sazon y coyuntura,
Que, á tardarse, viniera grande daño;
Con ella se prepara cuerpo y alma
Contra el rigor de muchas pesadumbres,
Y con ella trazó la eterna mano
Que no cayese en tierra y se enlodase
La mas hermosa y mas apuesta dama

De cuantas vido el mundo y goza el cielo
Ni verá y gozará el uno y otro (1).

PROVIDENCIA.

La Providencia es una
Virtud tan importante
En todas cuantas cosas trata el hombre,
Que sin ella, ninguna
Irá tan adelante,
Que llegue á merecer excelso nombre.
El ínclito renombre
De honor, de fama y gloria
Con esta fuerte lanza,
Mediante Dios, se alcanza,
Como lo cuenta la divina historia
Del jóven casto y bello
A quien dió Faraon su cetro y sello.

CONSTANCIA.

OTRA DIFINICION.

Es la Constancia el ánimo valiente
Que en un discurso largo se dilata,
Aunque se ha dicho ya mas libremente.
Es tajamar que rompe y desbarata
El flujo de las olas importunas
Cuando el furioso Bóreas los desata.
Es firme basa do las dos colunas,
Victoria y buensuceso, se sustentan
Con altos chapiteles y tribunas.
Con ella se quebrantan y ahuyentan
Las enemigas furias infernales,
Y las fuerzas del alma se alimentan.
Con ella se da fin á grandes males,
Principio á grandes bienes, y con ella
Se vuelven muchos hombres inmortales.
Pocas mujeres hay que traten della,
Por haber en muy pocas la firmeza
Donde aquesta virtud se firma y sella.

DOCTRINA.

Es la excelsa Doctrina
Una pluvia del cielo, un don precioso
De la mano divina,
Que al ánimo estudioso
Se esparce y comunica, y no al ocioso.
En parte es ciencia infusa,
Y granjeada y adquirida en parte,
Que el alma no confusa
Pone el estudio y arte,
Y Dios lo mas perfecto de su parte.
Es norte soberano,
Por soberana gracia descubierto;
Que en este mundo insano
Dudoso mar incierto
Nos va guiando al deseado puerto.
Es fulminante espada,
Que rinde los heréticos errores,
Sentencia decretada
Por Cristo y sus doctores,
Que justos puede hacer de pecadores.
Es una rica tienda,
Llena de mil despojos y libreas,
Donde, á trueco de enmienda,
Alma, si las deseas,
Puedes comprar riquísimas preseas.
Es caudaloso rio,
Que, claro en el verano y el invierno,
En otoño y estío,
Con celestial gobierno
Va caminando al mar, que es Dios eterno.
Es nieve en alto monte,
Que si la toca el rayo que matiza
El húmido horizonte,
Los valles fertiliza
Y las vegas adorna y autoriza.

(1) Lo dijo con ocasion de cantar el misterio de la purísima concepcion de nuestra Señora.

Y en fin, es la muralla
Por quien la santa Iglesia militante
Vence cualquier batalla,
Y aspira á la triunfante,
Resuelta en viva fe perseverante.

PRUDENCIA.

OTRA DIFINICION.

Es la Prudencia una virtud que enseña,
En el mal y en el bien, lo que conviene;
De todas las virtudes es maestra,
De las acciones racionales guia;
Es arte de la vida, es una ciencia
De lo que ha de elegirse y reprobarse;
Sus partes son memoria, entendimiento,
Cancion, solercia, astucia, providencia,
Arte, razon, docilidad, discurso,
Sagacidad, discurso y agudeza,
Con otros muchos ramos que en el mundo
De esta raíz santísima proceden;
No suele en juventud hacer asiento,
Porque requiere en todo madureza;
De aquellos cuatro quicios, do las puertas
De las virtudes andan, es el uno,
Y una de cuatro soberanas voces
Que forman la divina consonancia
Que al oído de Dios regala siempre.

AUDACIA.

A los que son audaces dice el mundo
Que ayuda y favorece la fortuna,
Y al contrario, á los tímidos desecha;
Mas la proposicion que en esto importa
Es que el eterno Rey de lo criado,
A quien el tiempo, la fortuna, el motu
Y todo lo demás está rendido,
Favorece á los ánimos audaces
Que, por servicio, honra y gloria suya,
Con su favor y espíritu, acometen
Cristianas y difíciles empresas.
. . . . . .
Es la Audacia cristiana un santo impulso
Que de principio celestial procede;
Una humildad excelsa y atrevida
Y un generoso humilde atrevimiento.
Su padre es celo santo, y sus abuelos
Servicio y honra del Autor del mundo;
Conciencia pura y pensamiento noble
Por sus hermanas generosas tiene,
Y á la predicacion, verdad, constancia,
Cristiana libertad y valentía.

PERSECUCION Y BIENAVENTURANZA.

El ser por la justicia perseguido
Es tal felicidad, que á quien la alcanza
Le tiene Dios el cielo prometido.
Es amistad, favor, alta privanza
Del mismo Dios, pues quiere en recompensa
Volver la gran tormenta en gran bonanza.
Es una abundantísima despensa
De angustias, de trabajos, de fatigas,
Que se vuelven despues en gloria inmensa.
Aquel que siembra en lágrimas amigas,
Alegre coge en rica sementera
Manojos de fructíferas espigas.
Sucede paz tranquila á guerra fiera,
A tenebrosa noche claro dia,
A triste invierno alegre primavera;
A llanto y pena risa y alegría,
A gran necesidad gran abundancia,
A suma afrenta suma cortesía.
¿Quereis saber dó llega la importancia
De la persecucion? Notad en suma
Cuál es, y lo que importa su ganancia.
La bienaventuranza es gloria suma,
Do están los bienes todos y tesoros,
Sin que ninguno falte ó se consuma;
Es una dulce música do á coros
Los ángeles alternan suavemente

Dulcísimos conceptos y sonoros;
Y es inexhausta sempiterna fuente,
De donde todo el bien sin fin procede.
¡Dichoso el perseguido entre la gente!

TEOLOGÍA.

La Teología es ciencia soberana,
Que, de cosas criadas no contenta,
Vuela al conocimiento de Dios mismo,
De cuya eternidad se satisface;
Es un crisol do la verdad se acendra,
Y dél por todo el orbe se dilata;
Es una fortaleza inexpugnable,
Do penden mil celadas, mil arneses,
Armaduras de fuertes y gallardos;
De donde se resisten los combates
De cuantas sectas y opiniones falsas
La carne inventa, el mundo y el demonio,
Quedando todas á sus piés rendidas.
Es una escala por do sube al cielo,
Con libre paso, el intelecto humano,
Y de allá los secretos escudriña,
Volviendo al bajo suelo, enriquecido
De divinos tesoros inmortales.
Todas las otras ciencias pagan párias
A la alta teología, y como á reina,
Le reconocen siempre vasallaje.
Es de los sacramentos relicario,
Majestad de los púlpitos famosos,
Honor de las escuelas mas ilustres,
Y gloria de las cátedras supremas.

PREDICACION.

OTRA DIFINICION.

Es la Predicacion un contrapunto
De música divina concertada,
Y el Evangelio sacro el canto llano;
Es de dos filos cortadora espada,
Que con temor y amor pone en su punto
Y ordena el alma y corazon cristiano;
Es del linaje humano
Universal conquista,
Cuya sagrada lista
Y alegre son de la cristiana guerra
Sonó por los confines de la tierra,
Y de los apostólicos campeones,
En cuantos el orbe encierra,
Sonaron los auténticos sermones.
De Dios los cielos cuentan la alta gloria,
Sus obras nos anuncia el firmamento,
Y todo lo criado nos predica;
La flor, el pece, el ave, el movimiento
De todo cuanto vemos, es historia
Que el Trino Magisterio certifica.
Quien mas lo verifica
Es el divino Verbo,
Que por el pomo acerbo,
Al hombre tan costoso, en traje humano,
Enseñó la verdad con lengua y mano,
Hasta subir al púlpito eminente
Del árbol soberano,
Donde nos predicó divinamente.

CARIDAD.

OTRA DIFINICION.

La Caridad propuesta es un tesoro
De incienso, mirra y oro, incomparable,
Que hizo conversable al escondido,
Al vencedor vencido, á Dios humano;
Ella tomó la mano, y cielo y tierra
(Volviendo en paz la guerra) juntó en uno,
Haciendo al que ninguno vió visible,
Juntando lo posible con lo eterno.
Del teológico terno es la mas alta,
Y aunque á las dos les falta vida en muerte,
A ella se convierte en vida eterna.
Quien todo lo gobierna estima en tanto
Esta virtud que canto, santa y bella,
Que dió por ella, della enamorado,
Al único engendrado de su pecho.
Por ella vemos hecho cielo el suelo,
Tanto, que el suelo al cielo regocija.
Tiénela por su hija el sumo Padre,
Las virtudes por madre generosa;
Es liberal, piadosa, diligente,
Son remediar la gente sus cuidados,
Oprime los pecados y las nieblas,
Deshace las tinieblas con su lumbre,
Dale gran pesadumbre estar ociosa,
Como el ave piadosa rompe el pecho,
No busca su provecho, sino el mio;
A nadie da desvío, á todos ama,
Competencias desama, en mal no piensa,
La ley que nos dispensa la fe viva
En ella sola estriba y se contiene.
¡Dichoso el que la tiene acá por sombra!
Dios Caridad se nombra, y el que en ella
Tuviere su alma bella esté seguro
Que á Dios tiene por muro y en él vive,
Y Dios en él se escribe y atesora.

POBREZA.

OTRA DIFINICION.

Es la Pobreza escudo y coselete
A prueba; y tal, que Cristo la servia,
Y aqueste es el principio de un billete,
El que sin tí vivir ya no queria,
Y há mucho tiempo que morir desea,
Por dar descanso al alma, prenda mia...
Aprenda en esto el alma, aprenda y lea,
Estime al pobre, y mire que la llaman
«Mas helada que nieve Galatea».
A la pobreza muchos la desaman,
Mas pocos (porque son pocos los buenos)
Amor es lo que suenan y reclaman.
Ama los ojos claros y serenos,
Y por probarlo dice á los airados:
«Ya que así me mireis, miradme al menos.
No tiene obligaciones ni cuidados,
Ni quejas, como aquellos que se hallan
«En la sublime rueda colocados».
Hablan los ricos, y los pobres callan;
Pero en el fin se trocará el asiento,
Pues unos van al puerto, otros encallan.
Quien amó la pobreza irá contento,
Y dirá al que esperaba en la riqueza:
«¡Oh cuántas esperanzas lleva el viento!»
Pobreza, finalmente, no es vileza,
Antes es un crisol y una coluna,
Do se apura y estima la grandeza.

FRANQUEZA.

OTRA DIFINICION.

Franqueza es hidalguía,
Es libertad hidalga,
Es liberalidad graciosa y bella,
Es honra, y no hay quien valga
Para negocios de valor sin ella;
Los ricos atropella,
Que guardan y atesoran;
Los pobres enriquece,
Los chicos engrandece,
Los enfermos consuela y los que lloran;
A los desnudos viste,
Encamina al perdido, alegra al triste.

FIRMEZA.

OTRA DIFINICION.

Es un arnés del alma la Firmeza,
Forjado á prueba en celestial diamante,
Y de virtudes ínclitas grabado,
Do todas las saetas que despide
La venenosa lengua se despuntan,
Y son como saetas de muchachos,
Do los agravios de fortuna adversa,
Las injusticias de juez tirano,
Sugestiones, promesas y delicias
Del enemigo terno importan poco.

Es una torre en peña fabricada,
De todo lo importante bastecida,
Que no puede minarse ni rendirse,
Si no es por trato doble, consintiendo
En la traicion su alcaide, que es el alma.
Es la firmeza un resoluto intento
De vencer ó morir en la batalla,
Y no volver un punto atrás, un paso;
Es un maravilloso cumplimiento
De la palabra dada, que entre nobles
Suele estimarse por tan alta prenda,
Que antes la vida perderán mil veces
Que imaginar quebrarla, y mas si es justa.

PACIENCIA.

OTRA DIFINICION.

Paciencia es paz y ciencia; es yunque opuesto
A la grave y molesta pertinácia;
Contra cualquier desgracia es torre inhiesta.
Es como la floresta, do el de Francia
Con música se espacia, y la fiereza
Vuelve en domestiqueza con su gracia.
Contra el rigor y audacia es fortaleza,
Es prueba de la alteza y sus quilates,
Do prueban los magnates su nobleza.
Es constante firmeza á los combates,
Contra los disparates fuerte muro,
Y peñasco seguro á los debates.
Con ella se dan mates al mas duro
Golpe, y lo mas oscuro se esclarece;
Con ella se merece el bien futuro.
Mas que renta de juro permanece,
El justo resplandece y se decora
Con ella, y se desdora si perece.
Es arca do enriquece y atesora
El alma, y se mejora; es acerada
Rodela y fina espada cortadora.

COMUNICACION.

OTRA DIFINICION.

¿Qué consuelo tendrian los ausentes,
Que largo tiempo tierra y mar divide,
Si la memoria aviva su cuidado?
Y ¿qué entretenimiento el que reside
Ajeno del comercio de las gentes,
En soledad amiga retirado,
El preso, el desterrado,
El sábio, el virtuoso,
El justo, el religioso,
El que en la corte tiene su deseo,
Y toda su esperanza en el correo?
Qué contento tendrian todos estos
Si faltase el recreo
De cartas y de libros bien compuestos?
Con los libros, que son amigos mudos,
Habladores sin lengua de ventaja,
Y del alma, callando, son maestros,
Se aligera el rigor de la mortaja,
Se vuelven los aceros mas agudos
Para cortar engaños y siniestros;
Y los consejos diestros,
Y las vivas razones,
Que en los dulces renglones
De la epístola santa se reciben,
Altísimos propósitos conciben
En las almas de aquellos amadores,
Que leen y que escriben
Las cartas de castísimos amores.
Huyan de aquí profanas composturas,
Rimas del vano amor, que el propio mundo
Las tiene ya por frívolos juguetes;
Huyan las inmundicias y el inmundo
Modo de necedades y locuras
Que se escriben en cartas y billetes,
Del ciego amor corchetes
Que necias almas prenden
Y las compran y venden
Como esclavas de infame servidumbre.
Huya de aquí muy léjos la costumbre
De comunicacion tan mal nacida,
Que causa pesadumbre
Aun solo imaginar su torpe vida.
Comunicar por cartas los amigos
Es grande alivio de la ausencia larga;
Hace las amistades en conserva,
Y vuelve dulce la memoria amarga,
Y venciendo sus grandes enemigos,
El tiempo y la distancia, nos conserva.
Al buen entendimiento se reserva
Y á la virtud cristiana
Lo mucho que se gana
De conversar honesto, que preserva
De los pecados propios y de ajenos,
Pues los santos escritos
Dan exquisitos bienes á los buenos.

CONSTANCIA VIRGINAL.—VIUDEZ.—VOLUNTAD RESUELTA.

Constancia Virginal es un traslado,
A pocas en la tierra concedido,
Del angélico, firme y puro estado.
De léjos, y muy léjos, ha venido,
Y de los fines últimos, constancia,
Que en corazon de hembra haga nido.
Es otra resistencia de Numancia,
Cuya memoria vive hasta ahora,
Y vivirá en eterno su fragancia.
Es fuerza que se aumenta de hora en hora,
Y no tiene temor á inconvenientes;
Que en ellos se quilata y se valora.
La Viudez es albergo de accidentes,
Crisol donde el valor y honor se apura,
De ociosos blanco, olvido de parientes.
Es pena que entre nobles siempre dura,
Cuidado que se acaba con la muerte,
Y vida de la eterna se asegura.
La perfecta viuda es mujer fuerte,
Y de mucha flaqueza la que, suelta
Del yugo, en libertades se divierte.
Es en el bien la Voluntad Resuelta
Correo que despacha entendimiento,
Con cartas de importancia á rienda suelta.
Es un determinado pensamiento
De dar al bien en breve tiempo alcance,
Y como azor de Irlanda, parte el viento.
Es ir siguiendo un venturoso lance,
Y es un ganar el vale y el envite
Con una primerilla de relance.

MANSEDUMBRE.

OTRA DIFINICION.

Una virtud moral es Mansedumbre,
Por quien se guarda un soberano medio
Entre dos viciosísimos extremos;
El uno dellos es ira furiosa,
Que desbarata y descompone el alma,
Y deste medio santo la desvia,
Desenfrenando la razon discreta,
Mayormente por leves ocasiones;
El otro es no moverse ni alterarse
Cuando la alteracion es permitida,
Y la consiente la razon cristiana,
Como oyendo decir de Dios blasfemia,
Y viendo contra el hombre exorbitancia;
Que en tales casos el enojo es santo,
Santa la ira, y la contienda santa;
Mas esto sin rencor ha de entenderse,
Con ánimo tranquilo y mansueto,
Sin moverle á furor injuria alguna;
Jamás la mansedumbre es vengativa.
De las injurias hechas á sí propia,
Antes á la piedad suma siguiendo,
Siempre se va inclinando á la clemencia.
Dase á los mansos posesion del cielo,
Que esto se entiende poseer en tierra,
Y posesion tambien de las pasiones
De su cuerpo mortal, que es tierra y polvo.
La misma mansedumbre nos propone

Que la aprendamos dél, porque es humilde
De corazon y manso. Alma cristiana,
Abraza esta virtud, que tanto importa.

PRIVANZA.

OTRA DIFINICION.

No quiero aquí tratar de la Privanza
Del mundo y de los príncipes terrenos,
Porque esta es inconstante y movediza,
Y nunca está jamás en nuestra mano,
Sino en la voluntad y gusto ajeno,
Que se suele mudar como los tiempos;
Mas trataré de aquella que mudarse
No puede, si la culpa no la muda.
Digo que la privanza verdadera
Es el estar en la divina gracia;
Porque de la del mundo no se espera
Sino venir á dar, el que en la cumbre
Se halla del favor, mayor caida.
Cualquiera que cumpliere los preceptos
De la cristiana ley enteramente,
Sin ofender la Majestad eterna,
Este será de Dios favorecido
Y privará con él en vida y muerte;
Y el mismo Cristo dijo: « El que cumpliere
La voluntad y gusto de mi padre,
Aqueste privará tanto conmigo,
Que por pariente le tendré y hermano.»
En dos maneras admirables privan
Las bellas almas con el Rey eterno,
Unas viviendo en gracia, otras en gloria.
Pueden perder aquellas la privanza,
Mas aquestas perderla es imposible,
Aunque de las primeras hubo algunas
Que perderla en el mundo no pudieron,
Por ser en ella misma confirmadas.
Las que privan en gracia no es posible
Alcanzar á saber si están en ella
Sino por conjeturas y señales;
Mas las que privan en la eterna gloria,
Imposible será dejar de verlo,
Pues ven la suma Esencia cara á cara.

SIMPLICIDAD.

Es la Simplicidad en dos maneras,
Que hay una natural y otra adquirida:
La natural es la que el primer hombre
No supo conservar, pues que sabemos
Que en menos la perdió de medio dia;
Es de los niños propiedad primera,
De toda variedad exenta y libre
Hasta llegar al definido tiempo.
Muy buena es siempre y bienaventurada
Esta simplicidad, pero la otra,
Con sudor y trabajos adquirida,
Es de mas perfeccion, mas excelencia;
Y aunque aquella primera es amparada
De las perturbaciones desta vida
Y multiplicidad de varias cosas,
Esta con su valor cria y sustenta
Una humildad profunda y mansedumbre
Y otras virtudes de admirable nombre;
A aquella se le debe grande paga,
Mas esta la merece incomparable
Por lo mucho que cuesta el adquirirla.
Esta simplicidad es propiamente
Un hábito del alma virtuosa
Y una disposicion que en ella asiste
Sin variedad, y sin saber que sea
Mala intencion y pensamiento malo.
Esta adquirieron santos valerosos,
Por discurso de tiempo batallando.

AUTORIDAD ECLESIÁSTICA.

Esta eminente Autoridad que canto,
Es la que tanto adorna y autoriza
Y fertiliza de la Iglesia el trono;
Es alto abono con que la enriquece
Y favorece el cielo y la defiende,
Y si la ofende alguno de mal suelo,
El mismo cielo que la tiene á cargo
Castiga el cargo de la libre ofensa
Cuando lo piensa menos. Es cercada
Y torreada inexpugnable fuerza,
Que aunque mas tuerza la malicia humana
Y la tirana potestad visible,
Y aun la invisible y todo el mundo junto,
Quitarle un punto no podrá en eterno
De su gobierno y exencion debida.

SALUD.

Despues de la batalla la victoria,
Despues de la tormenta la bonanza,
La libertad despues del cautiverio,
Alegre fin tras tímida esperanza,
Gusto de dar remate á larga historia,
Despues de sujecion tener imperio,
Y despues de disgusto refrigerio;
Sentencia favorable en pleito largo,
Victoriosa pretension de corte,
Ver tras nublado el norte
Que se desea, y dulce tras lo amargo,
Mudarse en cuanto el áspero lamento,
Y llegar á la patria el viandante,
El trocarse la falta en afluencia,
Ver los amigos sobre larga ausencia,
El descubrir la tierra el navegante,
Y cuanto en este mundo da contento,
Despues de gran disgusto y descontento.
No iguala al bien de la salud preciosa
Tras una enfermedad larga, enfadosa.
Si á la salud del cuerpo miserable,
Que al fin se ha de acabar tarde ó temprano,
Tanto encarecimiento se permite,
Mi ruda lengua y temerosa mano
¿Cómo será razon que escriba y hable
De la salud del alma, si la admite,
Pues con la misma eternidad compite?
No sé fealdad con quién pueda igualarse
La enfermedad de un alma y su desgracia;
Mas con salud y en gracia
No hay belleza á quien pueda compararse.
Es la salud del cuerpo un don precioso
De la naturaleza, que procede
De estar bien concertados los humores:
Es un favor, que á quien le alcanza puede
Decir con gran razon que es venturoso
Y que goza el mayor de los favores;
Los infortunios y los disfavores
Del tiempo y de fortuna mal mirada
Se llevan con salud; pero sin ella,
Cuanto se firma y sella
Por bueno acá, se estima poco ó nada.
No sabe qué es salud quien no la pierde,
Ni aquel que no la pierde sabe cuánto
Sin ella la virtud se perfecciona.
Con todo, la salud es la corona
De las prendas que cubre el áureo manto;
Y la madura edad, mas que la verde,
Es bien que, conservándola, se acuerde
Que todo lo demás sin ella falta,
Porque con ella lo demás se esmalta.
Es la salud del alma un don celeste,
Que se comienza de divino impulso,
Y con la voluntad della se acaba;
El Médico divino toma el pulso,
Y la purga que ordena es que se apreste
La penitencia que las culpas lava;
La dieta es el ayuno; y si se agrava,
Le da una alcorza regalada y llena
De amor, de tanto gusto y eficacia,
Que puede darle gracia,
Con que viene á quedar el alma buena.
Esta salud del alma es una firma
Que Dios le ha dado de su mismo nombre,
Que le dará, si no la pierde, gloria.
Es una verdadera ejecutoria
De nobleza inmortal, que Dios da al hombre,
Que allá en el cielo empíreo se confirma;
Y en fin, es fuerte basa, do se afirma

El edificio de las obras buenas,
De fe, de amor y de esperanza llenas.

SANTIFICACION.

La Santificacion, á pocos dada,
Es un raro favor y gracia infusa,
Que algunos alcanzaron aun estando
En la prision materna detenidos;
El cual favor descubre en el sugeto
Gran santidad y en sí gran importancia.

PROFECÍA.

La Profecía es don maravilloso,
Que gran valor en quien le tiene arguye,
Pues quiere Dios fiarle los secretos
A su mente divina reservados,
Aun antes mucho tiempo que sucedan.

SOLEDAD.

OTRA DIFINICION.

La Soledad es una compañía
Del alma que dar gusto á Dios pretende,
Y una muralla fuerte inexpugnable
Contra las ocasiones deste mundo,
Y el que desta virtud santa se precia,
A Dios en cierto modo es semejante.

QUIETUD.

Es la Quietud hermana del silencio,
Hija heredera de la paz cristiana,
Aposéntase en alma do no hay culpas,
En la contemplacion reposa y vive;
Es una imágen de la paz del cielo
Y un premio del trabajo virtuoso,
Que alcanza en esta vida el alma justa.

ABSTINENCIA.

OTRA DIFINICION.

Es la Abstinencia santa medicina
Que al alma y cuerpo excusa enfermedades,
Los míseros demonios ahuyenta,
Y pone freno á pensamientos malos,
Aclara y purifica el intelecto,
El alma limpia, y santifica el cuerpo,
Y páganse con ella antiguas deudas.

VIRGINIDAD.

OTRA DIFINICION.

Es la Virginidad un gran tesoro
Que en el campo del cuerpo está escondido;
Es flor que, si se guarda como debe,
No puede en tiempo alguno marchitarse;
Suélese comparar al blanco lirio,
El cual tiene seis hojas; y así, en ella
Importan otros tantos requisitos:
La sóbria temperancia es el primero,
El segundo ejercicio virtuoso,
Hábito humilde y áspero el tercero,
Guarda de los sentidos es el cuarto,
El quinto, la modestia en las palabras,
Y el último es huir las ocasiones.

JUSTICIA.

OTRA DIFINICION.

Es la Justicia una virtud heróica,
Que da lo que merece á cada uno,
Y mas al bien comun que al suyo atiende;
Conserva en esta vida el trato humano,
Sustenta en paz tranquila todo el orbe,
Y no tiene respeto á las personas.

FORTALEZA.

OTRA DIFINICION.

Es la virtud nombrada Fortaleza
Un vivo amor, que por la cosa amada
Sufre todas las cosas fácilmente
Y fortifica el ánimo constante,
Así para emprender cosas terribles
Como para sufrir dificultades.
Suele intentar consideradamente
Las cosas árduas y sufrir las tristes,
Y no tiene temor sino á bajezas.

LIDERTAD CRISTIANA.

OTRA DIFINICION.

La Libertad Cristiana es valentía
Contra los escuadrones del pecado;
Es hija natural y verdadera
Del justo corazon y el alma santa;
No la pueden tener sino los buenos,
Porque donde hay pecado hay servidumbre.

HUMILDAD.

OTRA DIFINICION.

Es la Humildad principio de la ciencia,
Inclinacion del alma al Rey divino,
Causada de entender su inmensa altura,
Y la bajeza del estado propio;
Es asiento de Dios el alma humilde,
Es de sí mismo un propio menosprecio,
Que su misma excelencia estima en poco.

PENITENCIA.

OTRA DIFINICION.

Penitencia es llorar males pasados,
Y no volver en ocasion alguna
A cometer lo que ha de lamentarse;
Es un dolor, un arrepentimiento
De haber al Rey divino hecho ofensa,
Y un propósito firme, resoluto,
De jamás ofenderle: es firme puerto
De los que en este mar corren tormenta,
Y la segunda tabla del naufragio.

PERSEVERANCIA.

OTRA DIFINICION.

Y la Perseverancia, finalmente,
Es una voluntad determinada
De no dejar el bien que se comienza;
Del mismo Dios alcanza lo que quiere.
Es guarda de los bienes adquiridos,
Lo mas dificultoso vuelve fácil,
Jamás sus obras quedan imperfectas;
Acrecienta el valor de las virtudes,
Y merece alcanzar el justo premio.

DONES DEL ESPÍRITU SANTO.

Mirándose el eterno Padre ingénito
Y su Hijo beatífico,
Se amaron ambos con amor benévolo,
Y aqueste amor recíproco,
De entrambos procedido, es el Paráclito,
Que consuela las ánimas,
La tercera persona sacratísima
Del que en esencia es Único,
Igual al Padre y Hijo en todo género
De excelencias grandíficas.
Aqueste sacrosanto amor flamígero,
Como padre de huérfanos,
Con flamigeras lenguas los apóstoles
Enriqueció y discípulos,
Y con su liberal pecho magnánimo

Desde el empíreo tálamo
Enriquece las almas beneméritas
Con siete ricas dádivas,
Que son los siete dones salutíferos
De su mano magnífica,
Que los cobardes corazones trémulos
Suelen volver intrépidos,
Y entendimientos bárbaros y rústicos,
Discretos y retóricos.
El Temor es primero; que el ser tímido
De Dios es don gratúito;
Initium sapientiae est timor Domini,
Afirma el rey profético.
Conviene este temor con la honorífica
Beatitud evangélica,
Primera de las ocho, dada al género
De lós pobres de espíritu,
Porque estos pobres son la gente humílima,
Y son en todo símiles
La humildad y el temor, y humildad tímida,
Y humilde el temor lícito.
El segundo es Piedad. Piedad es lástima
De sí propio y del prójimo,
Y un blando afecto interior del ánimo,
Y así se hace unánime
Con la segunda calidad beatífica.
El tercero es la Ciencia.
La ciencia es saber los modos útiles
Para salvarse el ánima,
Y saberse apartar de los incómodos;
Y así, le es á propósito
La bienaventuranza tercia en número,
Que es la efusion de lágrimas;
Que quien sabe llorar es discretísimo.
La Fortaleza válida
Es cuarto don del celestial Paráclito,
Y es un valor intrépido,
Constante en la fortuna adversa ó próspera;
Y es tan fuerte y magnánimo,
Que tiene sed y hambre de justicia,
Que puede, por sus méritos,
La cuarta beatitud acomodársele;
Y como al alto tálamo
De un grado en otro grado va subiéndose,
Así las cuatro dádivas
La quinta dan, que es el Consejo cómodo,
Que humilde temor pálido
Piedad y ciencia y fortaleza rígida
Son harto beneméritas
De llegar al consejo salutífero.
Consejo es un antídoto
Contra los males desta vida mísera;
Y porque su principio
Es misericordioso, acomodársele
Puede con justo título
La quinta beatitud. El don penúltimo
Del soberano Anhélito
Es un espejo de cristal clarífico,
Que lo bueno y lo pésimo
Descubre, y las verdades y las fábulas.
Entendimiento lúcido,
Que por ser tan cendrado, limpio y sólido,
Le viene muy á cómodo
La beatitud de corazones límpidos.
Y finalmente, el sétimo
Don del divino Aliento, que es el último,
Se nombra *Sapiencia*,
Que es un estado y recompensa altísima
Y una quietud benévola,
Do tienen los demás albergo plácido,
Y le viene á propósito
La santa beatitud de los pacíficos.

EL ESCURIAL (1).

Yo vengo, soberano consistorio,
De dar, como acostumbro, al mundo vuelta,
Por ver lo que hay en él digno de verse;
Y entre los edificios memorábles
Que el tiempo ha consumido, y los que ahora
Celebra el orbe con eterna fama,
El que me tiene atónita de espanto,
Y á todo el mundo en éxtasis suspenso,
El que pone á los otros en olvido,
Y á la fama dará, á pesar del tiempo,
Sugeto digno de inmortal corona,
Es el que la invencible larga mano
Del segundo católico Filipo,
Universal monarca de cristianos,
Ha consagrado al español Laurencio,
Asombro de los ojos que le miran,
Satisfaccion de los entendimientos,
Envidia de las fábricas del mundo,
Del humano deseo ilustre alcance,
De la curiosidad último extremo,
Del artificio célebre milagro,
Y efecto celestial de la riqueza.
Yo he visto las pirámides de Ménfis,
Superbos extrañísimos sepulcros
Que levantó la bárbara arrogancia,
Competidora de las altas nubes,
De mármoles traidos de la Arabia,
De treinta piés de largo los mas dellos,
Para depositar la vil escoria
Que acá dejaron las injustas almas.
Era tan grande la mas alta dellas,
Que cada lienzo de los cuatro en alto
Ochocientos y treinta piés tenia
Sobre la superficie de la tierra,
De donde á su remate, que era en punta,
Por todas cuatro partes habia gradas.
Yo he visto en Rodas, ínsula famosa,
De la cándida cruz antiguo albergue,
Aquel coloso memorable al mundo
Que labró de metal famosa gente,
Cuya grandeza espanta la memoria,
Y no digna de crédito parece,
Pues era el menor dedo de su mano
Mucho mayor que un hombre bien dispuesto.
Cincuenta años duró el horrendo mónstruo;
Que no le pudo mas sufrir la tierra,
Y despues de caido, se cargaron
De parte de aquel bronce mil camellos.
Yo he visto aquel gran templo de Diana
Que fundaron en Asia los efesios
En medio de una honda y gran laguna,
Por temer de la tierra los temblores;
Obra de tal valor, que su memoria
No la ha podido consumir el tiempo,
Aunque la consumió la ardiente llama,
Pegada por aquel que pretendia
Con aquesta maldad quedar famoso;
Que aunque se pretendió celar su nombre,
Sabemos que le llaman Erostrato;
Naciendo el mismo dia deste incendio
En Grecia otro mayor, que fué Alejandro,
Para aquellas provincias y ciudades.
Tambien he visto los soberbios muros
De la madre de Nino fabricados,
Do estaban sobre bóvedas y arcos
Maravillosos huertos y jardines,
Y en ellos grandes árboles y fuentes,
Haciendo en esto á la naturaleza
Maravilloso ultraje el artificio;
Cuya cuadrada cerca, de sesenta
Mil pasos, era fabricada en torno,
De tan extraña anchura, que seis carros
Pasaban á la par por cima della;
De cien codos en alto era su altura,
Y toda de ladrillo, donde habia
Innumerables torres y cien puertas.
Era tan grande esta ciudad, que siendo
Entrada de enemigos por un lado,
En tres dias no se supo en la otra banda.
Tambien he visto la famosa estatua
De Júpiter Olimpio que en Acaya
En un famoso templo estaba puesta,
Y siendo de marfil, era tan grande,
Que, con estar sentada, y ser el templo

(1) Despues de las anteriores definiciones, que son las principales que contiene la obra *Templo militante*, creemos que se leerá con gusto este canto, en que se compara el Escorial con los demás edificios que han merecido el nombre de «maravillas del mundo». —Habla la *Curiosidad*.

De inmensa altura, daba en lo mas alto
Con la cabeza; y en aquesto Fidias,
Escultor famosísimo, no anduvo
Discreto, pues estando levantada,
En un templo tan alto no cupiera.
Aquí de todas partes concurrian
A los juegos olimpios varias gentes,
Y tuvo orígen la famosa cuenta
Que de las olimpíadas se llama;
Y un hombre vino á ellos tan famoso,
Que mereció ganar la palma á todos
En los juegos, las artes y las ciencias,
Con ser tantas y tantos: ¡caso extraño!
Tambien vide el sepulcro de Artemisa,
En el reino de Caria fabricado
Para enterrar el muerto Mauseolo;
Obra que gran espanto puso al mundo,
Como tambien le puso el amor grande
Que aquesta reina tuvo á su marido,
Pues se bebió sus huesos hechos polvo.
Vide tambien aquella inmensa torre
De Faros, una isla así llamada,
Junto de Alejandría, por el nombre.
De un gran piloto en ella sepultado;
Obra de Tolomeo Filadelfo,
Que gran suma de oro gastó en ella,
Cuyo maestro se llamó Sostrato;
La cual fué solamente fabricada
Para poner de noche encima lumbre
Que sirviese á las naves de linterna,
Cual en Génova vemos y en Mecina;
Y por llamarse aquesta isleta Faros,
Se llaman hoy faroles estas lumbres.
Mas estas maravillas, con que tanto
La antigüedad se ilustra y engrandece,
Y el famoso edificio de Simaudro,
Que fué del mundo peregrino asombro,
Y cuanto ha sido en él edificado
De antiguos y modernos, no se iguala,
En razon, proporcion, materia, forma,
Belleza, majestad, arquitectura,
Peregrina invencion, traza inaudita,
Pompa, curiosidad y fortaleza,
Perpétua celsitud, mientras el mundo
Durare, al celebérrimo edificio
Edificado en honra de Laurencio
Por el gran español Juan de Herrera,
Arquitecto mayor deste milagro,
Cuya memoria en él será perpétua.
En lo espiritual y lo divino
¿Quién podrá encarecer la grave pompa?
Con esto solo queda encarecida:
Que es un retrato vivo de la eterna.
Aquí terrenos ángeles asisten,
Que con inestimables ornamentos,
De riqueza y labor incomparable,
De los reyes al Rey sirviendo, cumplen
Del sacro fundador el alto intento;
Cuyos despojos y reliquias santas
Yacen en su sepulcro memorable;
Porque es el entierro suntuoso
De los reyes católicos de España.

CANCION EN ESDRÚJULOS.

El licenciado Bartolomé Cairasco de Figueroa.

En tanto que los árabes
Dilatan el estrépito
De su venida con furor armígero,
Y los fuertes alárabes
Con ánimo decrépito
Quieren mostrar el nuestro afan belígero,
Vuelto al caballo aligero,
Y en la fuente Castálida,
Donde por vuestros méritos
Presentes y pretéritos,
Quedando atrás de vuestra ciencia inválida,
Del árbol odorífero
Os coronó en planeta mas lucífero;
Por términos políticos,
Que fuesen algo pláticos,
Querria tratar en una breve plática,
De aquellos paralíticos,
Tan pobres cuan lunáticos,
Que tiene el ciego amor en su probática;
Y como en cualquier prática
Y en toda la teórica
Vuestra virtud es única,
Si el hábito y la túnica
No desdeña la vuestra á mi retórica,
Dad lumbre á mi propósito,
Pues que de ella y de mí os doy el depósito.
No es fábula ridícula
La vida de estos zánganos
Enamorados, míseros inválidos,
Que en medio la canícula
Ellos sienten carámbanos,
Y en medio del invierno están mas cálidos;
Hoy rojos, ayer pálidos;
Vista agradable y hórrida,
Con los piés de pentámetro;
Y en un mismo diámetro
Están debajo el norte y de la tórrida,
Y tiene ya por máxima
Ser en virtud corchea, en vicio máxima.
Con un lascivo título,
Con un necio preámbulo,
Mostrando ser filósofo y astrólogo,
Escriben su capítulo,
Y cerrado en triángulo,
Haciendo á la tercera un largo prólogo,
Aunque le riña el teólogo,
Se lo entrega al etiope
Mas negra que semínima,
Y no vale una mínima
Cuanto escribe de Apolo y de Calíope;
Y vase ella riéndose,
Y queda el pobre sátiro muriéndose.
Entre unos verdes árboles
Dicen que amor falsífico,
Bajando de Teodora á santa Brígida,
Fundó de blancos mármoles,
De gustoso y pacífico,
Una fuente tan cálida y tan frígida,
Que no hay alma tan rígida
Que no quede gustándola
Con cierto amor ilícito,
O tácito ó explícito;
Y esta fuente, que tantos van buscándola,
Es de *bibere et edere*,
Quia friget Venus sine Baccho et Cerere.
De aquí la vena esdrújula
Nace del pecho hidrópico,
Sediento del favor de que es imérito;
Y aquel mirar por brújula,
Como el piloto al trópico,
Sin ver tan descubierto su demérito,
Y encarecer el mérito
De su fe, no evangélica,
Con su Belisa dórida,
Que en la ribera flórida
La vió cantando con beldad angélica,
Y tiene una carátula,
Que la harán mejor con una espátula.
A la mentira crédulos,
A los peligros fáciles,
A trabajo y virtud flacos y débiles;
Al desengaño incrédulos,
A la firmeza frágiles,
Al fruto del honor flojos, inmóviles;
Al regocijo flébiles,
A su opinion temáticos,
Al canto melancólicos,
A Dios no muy católicos,
Coléricos al mal, y al bien flemáticos,
Son aquestos misérrimos
Amantes, y badajos celebérrimos.
De las damas fantásticas,
Mas que la caña móviles,
Presos de amor en esta red amplífica,
Seglares y monásticas,
De baja suerte inóbiles,
De muy oscura fama y muy clarífica,
¿Qué lengua tan manífica

Dirá los hechos frívolos,
Vanidades gentílicas,
Pues templos y basílicas
Pretenden como dioses estos ídolos,
Lucrecias y Cleópatras,
Que hacen á los necios ser idólatras?
Del sumo Padre ingénito,
Que desde el trono altísimo
Gobierna el mundo por su beneplácito,
Y del Verbo unigénito
Procede amorosísimo
Amor, que siempre ha sido y es paráclito,
Venga el lamento heráclito
Y la risa demócrita;
Celebren en diálogo
El mísero catálogo
De gente que aun no quiere ser hipócrita,
Pues sirven al malévolo,
Y dejan al divino Amor benévolo.
Vuestro patron, artífice
De la humildad humílima,
A quien le dió su ser el rey angélico;
Y el mio, gran pontífice,
Que con llave facílima
Al hombre cierra y abre el reino célico,
De este enemigo bélico
Defienda nuestras ánimas;
Y en este mundo esférico,
Con ánimo colérico,
En la virtud las haga tan magnánimas,
Que allá en su tabernáculo
Hallen eterno y lúcido habitáculo.

CANCION.

Respuesta del licenciado Dueñas.

Ha sido vuestra física,
Poeta celebérrimo,
Entre las musas de este mar Atlántico,
Tan alta, que la tísica
Del amador misérrimo
Ha vuelto su lamento en dulce cántico,
Y de aquel nigromántico,
De tantos necios ídolo,
Que con un hielo cálido
El rostro vuelve pálido,
Ya condena su efecto por tan frívolo,
Que cuanto él es pestífero,
Vuestro remedio ha sido salutífero.
Ni en la Arabia frutífera,
Ni en la India riquísima,
Ni en escuela poética ó histórica
Nació yerba odorífera,
Se vió piedra finísima,
Se oyó palabra dina de teórica,
Que iguale á la retórica
Y á la virtud poética
De verso tan frutífero,
Con tal dolor mortífero,
Pues tomando la purga el alma ética
De vuestras flores útiles,
Las yerbas, piedras, plantas son inútiles.
Con maña y fuerza pública
Andaba el ciego indómito
Tiranizando esta region marítima,
Y en la interior república,
Volviendo siempre al vómito
Con la hermana bastarda la legítima;
Pero con vuestra pítima
Insulanos y vándalos
Se han hecho tan magníficos,
Que por vivir pacíficos
Destierran de su reino estos escándalos;
Que si le muestran ánimo,
Es un cobarde amor muy pusilánimo.
Con un furor diabólico
Pretende este frenético
Establecer sus fueros y premáticas,
Y al ánimo católico
Le vuelve casi herético,
Y las estrellas fijas torna erráticas;
Cúbrese con sus práticas
Cual con oro la píldora;
Descúbrese la máscara,
Y como es todo cáscara,
Allí veréis que no hay serpiente ó víbora,
Entre yerba odorífera,
Que derrame ponzoña tan pestífera.
Alguna gente incrédula
En la fe de este artículo,
Diciendo que no amar es caso ilícito,
Recaudan una cédula,
Y tienen por ridículo
El remedio que os hizo tan solícito;
Dicen que amor es lícito,
Y amor discreto y tácito;
Y pues á los inhábiles
Los vuelve amor tan hábiles,
Que siga cada cual su beneplácito;
Que amor nace del ánima,
Y la hace magnífica y magnánima.
Alegan al Bucólico,
Que hizo á su Amarílida
La selva resonar con dulce cálamo;
Y al otro melancólico,
Que amaba tanto á Filida,
Que la estaba llorando al pié de un álamo;
Y al que en dorado tálamo
Iba por el Zodíaco,
Y al que su fuerza válida
Perdió sirviendo á Dádila,
Y al que fué causa del estrago ilíaco,
Y con las fuerzas de Hércules
Las mañas del que dió su nombre al miércoles.
Son de su mal satíricos,
Y de su bien estériles,
Y dan materia al cómico y al trágico;
Son bárbaros, ilíricos,
Inútiles y débiles,
Y al fin vienen á usar de estilo mágico;
Son de ánimo salvájico,
Y de lascivo término
Los que á vuestros propósitos
Quieren mostrarse opósitos,
Y llegan los negocios á tal término,
Que ya cualquiera pícaro
Quiere volar, y vuela mas que Icaro.
Si en las aulas poéticas
Y délficos oráculos
De esa ciudad confusa y babilónica;
Si en las orillas béticas,
Do no faltan obstáculos,
Dijeren que esta lira no es armónica;
Y si con frente irónica,
Llena del ramo adélfico,
Si la picaren tábanos,
Querria mas dos rábanos;
Que siendo vos el mismo Apolo délfico,
Con cánticos benévolos
Defenderéis mi canto de malévolos.

FIN DE LAS DEFINICIONES POÉTICAS, MORALES Y CRISTIANAS DE BARTOLOMÉ CAIRASCO DE FIGUEROA.

FLORESTA DE VARIA POESIA.

PRIMERA PARTE.

SONETOS VARIOS.

DE JUAN DE BOSCAN.

I.

Bueno es amar; pues ¿cómo daña tanto?
Gran gusto es querer bien; ¿por qué entristece?
Placer es desear; ¿cómo aborrece?
Amor es nuestro bien; ¿cómo da llanto?
Da esfuerzo amar; pues ¿cómo causa espanto?
Por el amor el bien del alma crece;
Pues ¿cómo así por él ella padece?
¿Cómo tantos contrarios cubre un manto?
¿No es el amor el que dolor nos trae?
La compañía que á su pesar él tiene,
Tambien á su pesar nos hiere y mata.
El mal en él de nuestra parte cae;
Él solo en nuestro bando nos sostiene,
Y nuestra paz continuamente trata.

II.

Todo es amor en quien de veras ama,
Hasta el mudar, que hace mas firmeza;
Si mudare, pensad que es de tristeza,
Que el mal le fuerza haber de mudar cama.
Así me hizo á mí mi vieja llama,
Que sosegar no puede en su crueza,
Y el alma agora á nuevo amor se aveza,
Mas no podrá, que el otro amor la llama.
Yo pagaré por uno mas de ciento
Este querer así descabullirme,
Que en fin flaqueza fué del pensamiento.
Si pagar puede un gran arrepentirme,
Yo pago bien; mas nada no es descuento
Del tiempo que he perdido en querer irme.

III.

Si suspiros bastasen á moveros
O lágrimas pudiesen ablandaros,
Podria yo siquiera así amansaros,
Que de mi mal pudiésedes doleros.
Mas suspirar, llorar ni bien quereros
Nunca jamás pudieron inclinaros
A que mi corazon con puro amaros
Pudiese, si no mas, endureceros.
Con desamor quizá fuera amansado
El desamor de vuestro sentimiento,
Y así quedara yo menos dañado.
Mas es mejor amaros desamado,
Y en esto vivir yo de mí contento,
Que sin amaros ser de vos amado.

IV.

Dulce soñar y dulce congojarme
Cuando estaba soñando que soñaba;
Dulce gozar con lo que me engañaba,
Si un poco mas durara el engañarme.
Dulce no estar en mí, que figurarme
Podia cuanto bien yo deseaba;
Dulce placer, aunque me importunaba
Las veces que llegaba á despertarme.
¡Oh sueño! ¡Cuánto mas leve y sabroso
Me fueras si vinieras tan pesado,
Que asentaras en mí con mas reposo!
Durmiendo, en fin, fuí bienaventurado,
Y es justo en la mentira ser dichoso
Quien siempre en la verdad fué desdichado.

V.

Como despues del tempestuoso dia
La tarde clara suele ser sabrosa,
Y despues de la noche tenebrosa
El resplandor del sol placer envia;
Así en su padecer el alma mia
Con la tarde del bien es tan gozosa,
Que se rehace, en un hora que reposa,
De todos los trabajos que tenia.
Mas este bien no suele ser barato;
Mucho cuesta tan fuerte medicina,
Y es lo peor, que presto ha de pagarse.
Es reposar de un hombre que camina,
Que á la sombra descansa un breve rato
Para luego volver á mas cansarse.

VI.

Si en mitad del dolor tener memoria
Del pasado placer es gran tormento,
Así tambien en el contentamiento
Acordarse del mal pasado es gloria;
Por do, segun el curso de esta historia,
No hay cosa què me venga al pensamiento
Que toda no se vuelva en un momento
En lustre y en favor de mi victoria.
Como en la mar, despues de la tiniebla,
Pone alborozo el asomar del dia,
Y entonces fué placer la noche oscura;
Así en el corazon, ida la niebla,
Levanta en mayor punto á la alegría
El pasado dolor de la tristura.

DE CUEVAS.

I.

Vido á Tirena, descubierto el pecho,
Felino, el suyo convertido en lloro,
Fijo mirando las dos pomas de oro,
Que le han puesto la vida en tanto estrecho.
«¡Ay! (dice) no es posible que sea hecho
De piedra dura tan gentil tesoro;
No es este aquel de tigre ó bien de toro,
Que la vida y entrañas me han deshecho.»
Mas viendo que ella un punto no desiste,
Su mal oyendo y su tormento puro,
Ni aun vuelve el rostro al alabar primero.
Dice, llorando arrepentido y triste:
«Mas piedra eres que piedra, pecho duro,
Y no digo que piedra mas que acero.»

II.

Trujo Felino, ó alcanzó de un nido,
Un pajarillo al pelechar primero,
Y en una jaula de un cuadrado acero,
Mandándolo Tirena, lo ha metido.
Pero cuando la madre vino, y vido
Del tiernecillo hijo el fin postrero,
La cárcel quiebra, al pollo lleva entero
Con una cierta yerba que ha traido.
Ya que Felino de Tirena el daño
Piensa enmendar, poniendo á la superba
El quebrantado acero allí adelante,
Mucho mas le endurece; ¡ah caso extraño!
Que para quebrantar acero hay yerba,
Y acero no, que un corazon quebrante.

DE PEDRO DE MENDOZA (1).

En loor del libro de Luis Galvez de Montalvo, *El Pastor de Filida.*

Este pastor, en quien el cielo quiso
Resumir el primor de los pastores,
Que aunque son de los campos sus primores,
Do vive amor no ha de faltar aviso;
Por tal pastor se vuelve paraíso
La ribera caudal de amor y amores,
Por tal pastor merecen mas loores
Los pastores del Tajo que el de Anfriso.
Oh tú sola, sin par Filida bella,
Y tú, pastor gentil, que su renombre
Tomaste por triunfo verdadero,
Ella es digna por tí, mas tú por ella;
Ella ha de ser del Tajo eterno nombre,
Y tú de tus pastores el primero.

DE BENITO ARIAS MONTANO.

Quien las graves congojas huir desea,
De que está nuestra vida siempre llena,
Ame la soledad quieta y amena,
Donde las ocasiones nunca vea.
En ella de paciencia se provea
Contra los pensamientos que dan pena,
Y de memoria del morir, que es buena
Para defensa de cualquier pelea.
Mas el que está de amor apasionado,
No piense estando solo remediarse,
Ni con paciencia ni acordar de muerte;
Porque la causa trae de su cuidado
Dentro en sí, y mientras mas quiere alejarse,
La fuerza de amor siente muy mas fuerte.

DE CRISTÓBAL DE VIRUÉS.

Digo que las paredes han oídos;
No estamos bien aquí; por vuestra vida,
Que en parte nos pongamos escondida
Para leer estos versos escogidos.
No es negocio de burla; si sentidos
Somos con esta dama, es nuestra vida
(Cual ella lo es) del vulgo perseguida,
Sin poder ser de nadie socorridos.
Y anda el vulgo muy cuerdo y sábio y justo
En perseguir, Señor, desta manera
La poesía y su divino gusto;
Pues no es, cual él, infame lisonjera;
Pues no es, cual él, amiga de lo injusto;
Pues no es, cual él, para los buenos fiera.

DE LUDOVICO GONZAGA.

¿Cuándo en el duro mal de mi tormento
Tan severo rigor veré aplacarse,
O adónde de sí mismo retirarse
Podrá quien lleva en sí su sentimiento?
Un fiero, un parricida pensamiento
En mis mismas entrañas veo forjarse,
Y tanto en mi dolor encarnizarse,
Que de mi muerte misma toma aliento.
Entre mortales ánsias agonizo,
Que afecta la conciencia de mis males,
Y sin poder morir estoy muriendo.
¡Oh, tristes y durísimas señales,
Pues la muerte, que ya de rabia emprendo,
Se me hace de rogar porque la atizo.

DEL DUQUE DE OSUNA Y CONDE DE UREÑA.

Al príncipe nuestro señor, Felipe IV.

Corrida de ofreceros plata y oro,
Porque á vuestro valor mas se debia,
Aqueste nuevo don hoy os envia
La India, de su fe rico tesoro.
Es el cuerno de aquel soberbio toro
Que con tanto furor la perseguia,
En tierra sepultada su osadía,
Lleno de flores por el sacro coro.
Y para presentalle á vuestra alteza,
Entre fértiles vegas, ha escogido
La de fruta y de flor mas abundante.
Y aunque es humilde don á tal grandeza,
Siendo de vos, Señor, favorecido,
Hasta los hombros llegará de Atlante.

DE TERRAZAS.

Soñé que de una peña me arrojaba
Quien mi querer sujeto así tenia,
Y casi ya en la boca me cogia
Una fiera que abajo me esperaba.
Yo con temor buscando procuraba
De dónde con las manos me tendria,
Y el filo de una espada la una heria,
Y en una yerba asir la otra buscaba.
La yerba á mas andar iba arrancando,
La espada á mí la mano deshaciendo,
Y yo sus vivos filos apretando.
¡Oh mísero de mí, qué mal me entiendo,
Pues huelgo verme estar despedazando,
De miedo de acabar mi mal muriendo!

DE DUEÑAS.

Hermosa Celia, ya ha querido el cielo
Que cesen mis tormentos desiguales,
Y que en la mar de mis penosos males
Halle puerto seguro de consuelo.
Si son tales los goces deste suelo,
No quiero los contentos celestiales,
Porque aun tendrán los dioses inmortales
De mí invidia, aunque vivo en mortal suelo.
Todo el pasado mal es cifra y suma
Deste presente bien y desta gloria,
En que me ha puesto amor sin merecello.
Plegue á los dioses que, aunque se consuma
La vida, quede viva la memoria
Deste gozo en que amor ha echado el sello.

DE JERÓNIMO DE HERRERA.

I.

Los lazos de oro fino y red de amores
Contempla un pastorcillo arrodillado;
Y así, como á la luz los ha sacado,
Al sol acrecentó sus resplandores.
Al campo le vistió de nuevas flores,
Al aire le tornó dulce y templado,
Al rio dió un rocío aljofarado,
El cielo matizando de colores.
Pudiera este pastor, de bien andante,
A todos los nacidos dar consuelo,
Teniendo su tesoro allí delante.
Mas Júpiter, de envidia, bajó al suelo,
Y robóle su vista al firme amante,
Diciendo: «Estas reliquias son del cielo.»

II.

Al dulce murmurar del hondo rio
Y al resonar del fresco y manso viento,
Ausente de mi lumbre me lamento,

(1) Lope de Vega, en una carta literaria, dice: «Busqué algunas obras de Pedro de Mendoza, ayo y maestro del duque de Alba, que conocí en sus últimos años.»

Creciendo el agua con el llanto mio.
Amor me ronda y cerca helado y frio,
Y tanto representa mi tormento,
Que el ánima desmaya al sufrimiento,
Viendo de mi luz bella su desvio.
Miro, rodeo y vuelvo yo los ojos
A aquel lugar principio de mi gloria,
Por consolar al corazon cansado;
Solo hallo dolor fiero y enojos,
De olvido y de desden triste memoria,
E así del bien supremo estó apartado.

DEL LICENCIADO DON JUAN RUIZ DE ALARCON Y MENDOZA.

Al volcan é incendios del Vesubio (1).

Al Nilo, Eufrátes, Gánges y Danubio
Lágrimas faltan, y en ardiente abismo
Gime Neptuno todo al caso mismo
Del hijo infausto del planeta rubio.
Tanto de rayos, tanto es el diluvio,
Que el orbe ya en funesto parasismo
El último flamante cataclismo
Se anticipa en volcanes del Vesubio.
¡Oh humano sueño! Oh necia confianza!
Despierta ya; que el cielo en el que miras
Te ofrece avisos del mayor estrago.
Y si irrita sus iras tu tardanza,
¿Cuál será, cuál, el golpe de sus iras,
Si son tales las iras de su amago?

DE MORA.

Celos de quien bien ama, amargo freno,
Que á un tiempo me correis y parais fuerte;
Sombras de la enojosa y triste muerte,
Tiniebla, que se opone al sol sereno.
Víboras encubiertas en el seno
De dulces flores, mal que no se advierte,
Tras prósperos principios triste suerte,
O en sabroso manjar mortal veneno.
¿De cuál gruta infernal acá salisteis,
Ruina universal de los mortales?
¡Ay! ¿Por qué perseguis mis ojos tristes?
Vuelve al infierno ya, dejad mis males,
Maldito sea el punto en que nacistes;
Que bien bastaba amar sin furias tales.

DE JUAN DE CÓRDOBA.

Infame peste, estrago de la vida,
Torpe peso de honrados pensamientos,
Pecho de pedernales avarientos,
Boca de bestia fiera mal herida.
Fueros y leyes quiebras fementida,
Montañas rompes, piélagos y vientos,
Ni embotas tus hidrópicos alientos
Con tanta sangre humana mal vertida.
Tu armaste contra el padre mas piadoso
Del hijo vil tal vez la mano aleve,
Y tal del impío padre la fiereza.
Tú probaste de sangre al golfo undoso,
Tú de asombro y dolor el golfo leve,
De miedo el sol, y el cielo de tristeza.

DE DON FRANCISCO DE LA CUEVA.

Porcia, despues que del famoso Bruto
Supo y creyó la miserable suerte,
«No viva yo sin tí (con pecho fuerte
Dijo, llorando sobre el casto luto).
»Ved que las armas me escondeis sin fruto,
Gente curiosa, en impedir mi muerte;
Que amor me da con que á pagalle acierte
Desta limpieza y desta fe el tributo.»
Tragó las brasas, y aunque allá sintieron
Que las de amor, si amor lo permitiera,
Bastaban á vencer su fuerza esquiva;
Como todas á intento igual vinieron,
Concertáronse al fin de tal manera,
Que la mataron por dejalla viva.

DE FRAY JERÓNIMO DE SAN JOSÉ.

Aquella, la mas dulce de las aves,
Y esta, la mas hermosa de las flores,
Esparcian blandisimos amores
En cánticos y nácares suaves.
Cuando, suspensa entre cuidados graves,
Un alma, que atendia sus primores,
Arrebatada á objetos superiores,
Les entregó del corazon las llaves.
«Si aquí, dijo, en el yermo desta vida,
Tanto una rosa un ruiseñor eleva,
Tan grande es su belleza y su dulzura,
»¿Cuál será la floresta prometida?
¡Oh dulce melodía siempre nueva!
Oh siempre floridísima hermosura!»

DE FRAY JOSÉ DE VALDIVIESO.

Recibe, oh mi Cleopatra, la postrera
Respiracion del pecho enamorado,
Que justamente el cielo ha decretado
Que el que vivió á tu luz, á tu luz muera.
La fama quiso el hado que mintiera;
Que fuera grande impropiedad del hado
Que yo muriera cuando desdichado,
Y así aguardóme á que dichosa fuera.
Dichoso, pues, que muero cuando miro
Que quedas viva tú; que de otra suerte,
Fuera morir dos veces de una herida.
Beban tus labios mi último suspiro,
Será quedando en tí dulce mi muerte,
Y tú de entrambos vivirás la vida.

ANÓNIMOS.

I.

¿Ves la instabilidad de la fortuna,
O al animoso viento hoja ligera?
Ves tierno junco en húmeda ribera,
Que obedece á las olas de una en una?
¿Ves en la tempestad mas importuna
Del orgulloso mar, veloz galera?
Ves en la celestial azul esfera
El vario rostro de la blanca luna?
Pues ten por cierto que es fortuna estable,
La hoja al viento, el junco al agua fuentes,
Inmoble la galera al mar mudable.
Los rostros de la luna sosegados,
Sin crecer ni menguar de varias suertes,
Si son contigo, Alcido, comparados.

II.

¿Quereis ver, amadores, en qué grado
Amor me biere, aflige y atormenta?
Estad un poco atentos. Tened cuenta,
Si á ello os da lugar vuestro cuidado.
Despues de haberme puesto en tal estado,
Que no hay mortal dolor que yo no sienta,
Mil veces me ha jurado que se afrenta
De ver la perfeccion do me ha empleado.
No estoy desto quejoso, pues no hay duda
En no merecer yo mi pensamiento,
Sino de ver amor cuán mal me ayuda;
Que, de celos de verme en tal tormento,
Mi lengua turba, ata y hace muda,
Porque decir no pueda lo que siento.

III.

El que tiene mujer moza y hermosa,
¿Qué busca en casa de mujer ajena?
La suya ¿es menos blanca? Es mas morena?
¿Es fria, floja, flaca? No hay tal cosa.
¿Es desgraciada? No, sino graciosa.
¿Es mala? No por cierto, sino buena;
Es una Vénus, es una sirena,
Un fresco lirio y una blanca rosa.
Pues ¿qué busca? ¿dó va? ¿de dónde viene?

(1) Léese este soneto en el libro *El monte Vesubio, ahora la montaña de Soma*, por el doctor don Juan de Quiñones; Madrid, 1632.

¿Mejor que la que tiene piensa hallarla?
¿Ha de ser su buscar en infinito?
No busca él mujer, que ya la tiene;
Busca el trabajo dulce de buscarla,
Que es el que enciende al hombre el apetito.

IV.

No hay cosa mas gastada ni traida
Que la saya de Inés y el pobre manto;
Un cerrojo de cárcel no lo es tanto,
Ni la playa del mar, siempre batida;
No les da hora de huelga la perdida
En pascua, ni domingo, ni disanto (1),
Y tanto los aqueja, que me espanto
Cómo no dan al traste con la vida.
La rueda de Ixion, que no sosiega,
Y su pena infernal, que no reposa,
Respecto deste manto está parada.
Pero la misma Inés tiene otra cosa,
Que su persona y ella no lo niega:
Que está muy mas traida y mas gastada.

DE DON PEDRO VENEGAS DE SAAVEDRA.

I.

Mustia la vid de aquella y desta vara,
Llora el robo, y del fruto que la espera
Mal cierta, á la luz culpa; ¡oh si supiera!
Oh, cómo si supiera no llorara!
El rústico novel con mano avara
Fia á la tierra en breve sementera
El grano, de cogerlo en fértil era
Medroso: el bien experto; oh, cómo osara!
El otoño enriquece, y el estío
Corona al uno y otro de racimos,
Y de espigas los senos y las sienes.
Sufre y osa, varon, corazon mio,
Que á la paciencia y á la audacia vimos
Ricas y coronadas de mil bienes.

II.

Flavio, ¿qué admiras ver mal detenida
Alguna rara lágrima, ó amante
Que mucho tiempo ardió trocar semblante
Alguna vez y fastidiar la vida?
¿Por qué ries la historia aborrecida
De mi amor infeliz, cuando delante
De la ocasion me juzgas inconstante,
Y ves que vierte sangre la herida?
¿Piensas que amamos? No; mas del pasado
Ardor centellas son, y del violento
Fuego humo ó cenizas que han quedado.
Así verás, despues que calmó el viento,
El golfo, con las olas agitado,
Conservar luengo espacio el movimiento.

DE COSME DE SALINAS Y BORJA.

No pica tanto á monjas el pimiento,
Como el amor, sin ser pimienta, pica;
Que antes que recetara en su botica
Fuí sacristan del templo del contento.
Vime como canónigo opulento,
Mas gordo que lechon de viuda rica,
Y mas fértil que tetas de borrica,
Y lucio mas que llaves de convento.
Agora ni con burro ni verraco
Me puedo comparar, porque Cupido,
Por matarme, á mis ruegos está sordo.
Sin carne, triste, seco, estéril, flaco,
Estoy, sin conocerme quien me vido,
Contento, libre, lucio, fértil, gordo.

DE ANTONIO PANTALEON DE RIBERA.

Tú, que en la pompa ya de flores vana
Perdiste, oh planta, la sazon madura,
Donde tu juventud te quitó dura
Cuanta verdor te aceleró temprana;
Si en la inclemencia de los cierzos cana,
No se avisó del daño á tu hermosura,
Estéril tronco estés, ruina oscura,
De infame acero, de segur villana.
Próvido miedo es ley del que desea,
Tenlo ya tú; que prevenir las veces
A los males, ni ofende ni embaraza.
Ese amigo moral tu ejemplo sea,
Que, la injuria temiendo que padeces,
En tu mismo peligro se amenaza.

DE PEDRO DE LIÑAN.

Es la amistad un empinado Atlante,
En cuyos hombros se sustenta el cielo;
Nilo, por no regar su patrio suelo,
Sale de madre, repartido ante.
Cristal que hace el rostro semejante,
Voluntad que en dos almas vino á pelo,
Arnés á prueba, temple sin recelo,
Iris divina de la fe triunfante.
Su madre es la igualdad, por ella vive;
Del corazon ajeno se sustenta,
Y el ajeno del suyo hasta acabarse.
Si mucho puede dar, mucho recibe,
Si poco, con lo poco se contenta,
Ni sabe hacer ofensa ni quejarse.

DE FRANCISCO LOPEZ DE ZÁRATE.

Esta, á quien ya se le atrevió el arado,
Con púrpura fragante adornó el viento,
Y negando en la pompa su elemento,
Bien que caduca luz, fué del sol prado.
Tuviéronla los ojos por cuidado,
Siendo su triunfo breve pensamiento;
¿Quién, sino el hierro, fuera tan violento,
De la ignorancia rústica guiado?
Aun no gozó de vida aquel instante
Que se permite á las plebeyas flores,
Porque llegó al ocaso en el oriente.
Oh, tú, cuando mas rosa y mas triunfante,
Teme; que las bellezas son colores,
Y fácil de morir todo accidente.

DE ALONSO PEREZ (2).

I.

Los rasos campos y los verdes prados
El color de esperanza no tenian;
De Silvano y Selvagia no se vian,
Cual antes, de sus ojos visitados.
Estaban secos valles y collados,
Que dellos las pisadas no sentian;
Faltando el dulce canto, padescian
Soledad los pastores y aun ganados.
Veráse agora todo muy ufano;
Alégrese, verá cual antes era
El monte, valle, prado, cuesta y llano.
La primavera viene y el verano;
Qu'es la Selvagia alegre primavera,
Y el verano abundoso su Silvano.

II.

Burléme con amor, amor comigo;
Burlábame yo dél, quedé burlado;
No consiente el rapaz ser ultrajado,
Que, aunque niño, es de burlas enemigo.
De las veras de veras es amigo;
Mis burlas en sus veras han parado;
Si de burlas amor está pagado,
Mi corazon de veras es testigo.
Andad-os pues á burlas, amadores,
Con ese dios Cupido, niño ciego,
Y veréis si su burla es mala ó buena.
Pensando haber placer, habréis dolores;
Habréis por agua fria vivo fuego;
Escarmentad pues ya en cabeza ajena.

(1) Dia santo, dia festivo, y por antonomasia el domingo.

(2) El continuador de la *Diana* de Jorge de Montemayor.

DE DON JUAN DE FERRERAS (1).

I.

A san Juan de Dios.

Pobre á los pobres, Cristo condolido,
Fué evangelista y padre, á cuyo aliento
Respiraron salud, vida y contento
El enfermo, el mortal y el afligido.
San Juan de Dios, humilde y abatido,
Como padre, á los pobres siempre atento,
Evangelista fué entre su tormento
Mal de Cristo en las señas distinguido.
No á maravilla, no, de que le asista
El Benjamin apóstol al prolijo
Parasismo mortal que le hace guerra;
Porque era Juan de Dios evangelista,
Porque era de María especial hijo
Y porque era otro Cristo de la tierra.

II.

Al mismo asunto.

Ora Jesus cual loco le abandonan,
Rasga á azotes su espalda el rigor fiero,
La cruz abraza, osténtase cordero,
Y las espinas de su amor blasonan.
Ora san Juan de Dios loco le abonan
Tantos azotes del rigor severo;
Coge su cruz, y amante verdadero,
Las espinas tambien su amor coronan.
De la sagrada cruz Jesus pendia,
Y á madre y hijo el Benjamin amado,
Clavado del amor, los asistia:
De entrambos Juan de Dios enamorado,
La compasion tan cerca le tenia,
Que estaba con Jesus crucificado.

DE DIEGO DE COLMENARES.

Seguro bien, aun de temor siquiera
No asegura de enfado al mas constante;
Que á faltar el contrario repugnante,
Ni triste el mal, ni el bien alegre fuera.
Si por ausente sol montaña fiera
Blancas tocas arrastra, es ignorante;
Que á herir perpétuo el rayo rutilante,
Fuera ceniza cuanta flor espera.
Visten cambron agudo y blanca rosa
La planta que al amor dedica el suelo,
Porque su fruta dulce amarga cria.
Bien y mal mezclan tela deleitosa;
La esperanza en el mal causa consuelo,
Y sin temor el bien hidropesía.

DE DON HERNANDO DE ACUÑA.

LA LIRA DE GARCILASO CONTRAHECHA.

A un buen caballero y mal poeta.

De vuestra torpe lira
Ofende tanto el son, que en un momento
Mueve al discreto á ira
Y á descontentamiento;
A vos solo, Señor, os dais contento.
Yo, en ásperas montañas,
No dudo que tal canto endureciese
Las fieras alimañas,
O á risa las moviese,
Si natura el reir les concediese.
Y cuanto habeis cantado
Es para echar las aves de su nido;
Y el fiero Marte airado,
Mirándoos, se ha reido
De veros tras Apolo andar perdido.
¡Ay de los capitanes,
En las sublimes ruedas colocados,
Aunque sean alemanes,
Si para ser loados
Fueran á vuestra musa encomendados!
¡Mas ay, Señor, de aquella
Cuya beldad de vos fuere cantada!
Que vos daréis con ella
Do verse sepultada
Tuviese por mejor que ser loada.
Que vuestra musa sola
Basta á secar del campo la verdura,
Y al lirio y la viola,
Do hay tanta hermosura,
Estragar la calor y la frescura.
¡Triste de aquel cautivo
Que á escucharos, Señor, es condenado!
Que esta muriendo vivo,
De versos enfadado,
Y á decir que son buenos es forzado.
Por vos, como solia,
No reprehende Apolo ni corrige
La mala poesía;
Ni ya las plumas rige,
Pues la vuestra anda suelta y nos aflige.
Por vuestra cruda mano
Aquesta triste traduccion furiosa
No tiene hueso sano,
Y vive sospechosa
Que aun vida le daréis mas trabajosa.
Por vos la docta musa
No da favor á nadie con que cante,
Y mil querellas usa
Con un llanto abundante;
Mas nunca escarmentais para adelante.
A vos es vuestro amigo
Grave, si no os alaba, y enojoso;
Y si verdad os digo,
Daisme por envidioso,
Por hombre que no entiendo, ó sospechoso.
Si yo poeta fuera,
Viendo la cosa ya rota y perdida,
A Apolo le escribiera,
Pues que de sí se olvida,
Que reforme su casa ó la despida;
Que no ha sido engendrada
La poesía de la dura tierra
Para que sea tratada
Como enemigo en guerra
De quien se muestra amigo, y la destierra.
Ella anda temerosa
Con sobrada razon, y tan cobarde,
Que aun quejarse no osa,
Ni halla quien la guarde
De que en vuestro poder no haga alarde.
Y estáis-os alegrando,
El pecho contra Apolo empedernido,
Y á su pesar cantando,
De que él está sentido,
Y el coro de las musas muy corrido.
Por ley es condenado
Cualquier que ocupa posesion ajena,
Y es muy averiguado
Que con trabajo y pena
El oro no se saca do no hay vena.
Pues ¿qué podrá decirse
De quien de versos llenos de aspereza
No quiere arrepentirse,
Y para tal dureza
Anda sacando fuerzas de flaqueza?
Señor, unos dejaron
Fama en el mundo por lo que escribieron,
Y de otros se burlaron,
Que en obras que hicieron,
Ajeno parecer nunca admitieron.
Palabras aplicadas
Podrian ser estas á vuestra escritura;
Pero no señaladas,
Porque es en piedra dura,
Y ya vuestro escribir no tiene cura.
Mas digo finalmente,
Aunque decirlo es ya cosa excusada,
Que no hagais la gente
De vos maravillada,
Juntando mal la pluma con la espada.

(1) Cura de Camarma, de Estervelas y Villaviciosa.

Mueran luego á la hora
Las públicas estancias y secretas;
Y no querais agora
Que vuestras imperfetas
Obras y rudo estilo á los poetas
Dén inmortal materia
Para cantar en verso lamentable
Las faltas y miseria
De estilo tan culpable,
Digno que no sin risa de él se hable.

SONETO.

Cuando era nuevo el mundo y producia
Gentes, como salvajes, indiscretas,
Y el cielo dió furor á los poetas,
Y el canto con que el vulgo los seguia;
Fingieron dios á amor, y que tenia
Por armas fuego, red, arco y saetas,
Porque las fieras gentes no sujetas
Se allanasen al trato y compañía;
Despues, viniendo á mas razon los hombres,
Los que fueron mas sábios y constantes
Al amor figuraron niño y ciego,
Para mostrar que de él y de estos nombres
Les viene por herencia á los amantes
Simpleza, ceguedad, desasosiego.

DE FRANCISCO DE ALDANA.

SONETO. — I.

En la ausencia de su hermano Cosme.

Cual si arrimo vid, cual planta umbrosa,
Viuda del ruiseñor, que antes solia
Con dulce canto, al parecer del dia,
Invocar de Titon la blanca esposa;
Cual navecilla en noche tenebrosa,
Do el gobierno faltó que la regia;
Cual caminante que perdió su guia
En selva oscura, horrible y temerosa;
Cual nube de mil vientos combatida,
Cual ave que atajó la red su vuelo,
Cual siervo fugitivo y cautivado;
¡Cual de peso infernal alma afligida,
O cual quedó tras el diluvio el suelo,
Tal quedé yo sin vos, hermano amado.

DESCRIPCION DE UNA LUCHA.

Quien con los brazos de añudar buscaba
Por el pecho al contrario, y quien queria
Tan solo encadenar brazo con brazo;
La fuerza, el arte, el ejercicio y maña,
Con maña, fuerza y arte ejercitando,
El ímpetu sufrir uno procura
Del otro, y descarga despues con furia
Cuando ya flojo á su enemigo sienta.
Otro, en sí mismo reducido todo,
Trabaja de tener léjos el pecho
A su contrario, y va mil vueltas dando
Por ver si puede así desatinarlo.
Agora trueca el pié, y agora dobla
Una rodilla, y firme está en la otra;
Afloja, aprieta, deja, toma, vuelve,
Prueba, finge, rodea, mueve y sacude,
Ciñe, gime, reposa, tienta, impide,
Se cierra, se dilata, se detiene,
Se encoge, se suspende, se apresura;
Agora se defiende, ora acomete,
Agora muestra el lado, ora la cara.
Se determina y se arrepiente luego,
Hasta que al fin, sudado y polvoriento,
O por suerte ó virtud del que mas pudo,
En tierra el adversario ve tendido.

DESCRIPCION DE UN CABALLO.

Veréis tras esto al fiero y generoso
Caballo al alto son de la trompeta
Alzar la frente alegre y plateada,
Sacudir el copete y la cabeza,
El cuello encaramar, erguir la oreja,
El ojo ensortijar, volar las crines,
Las narices abrir, temblar los labios,
El suelo patear, tender la cola,
Los dientes rechinar, torcer la boca,
La cerviz abajar, tascar el freno,
Las ancas recoger, doblar las corvas,
El pecho dilatar, volar los cascos;
Luego entonar relinchos atronados,
Que no puedes dudar que en su lenguaje
Quiera decir: «¡Arma, arma, cierra, cierra!»
Agora le veréis fácil y diestro
Con las manos trincar, todo empinándose
Firme en los piés, ora estribando todo
Sobre los brazos, despedir al aire
Dos coces, que á una piedra de diamante
Las redujera en polvorosa nube.

DESCRIPCION DE UN CENTINELA EN UN CAMPAMENTO.

¿Vistes alguna vez en la campaña
Ejército español, fiero y lozano,
Cuando la noche con sus alas negras
Esparce por el aire tenebroso
Silencio, sueño, miedo y sobresalto?
Vístesle estar durmiendo y reposando
Debajo la despierta vigilancia
De la real nocturna centinela,
Que está con recatado azoramiento
Mirando al rededor por sí y por otros?
La cual echando el ojo atento y firme,
Retificando con la oreja atenta,
Descubre, ó le parece que columbra
Confusamente umbroso y bajo bulto
De algun acechador cauto enemigo.
Mira y torna á mirar, se abaja y alza,
Echa adelante un paso y vuelve al puesto,
Se impone, se apercibe, se apareja,
Se empina, pára, parte, prueba y pasa
Su paso á paso de una en otra parte,
Y requiere asimismo no despacio.
Tiene continuado el rostro siempre
Al bulto, y duda, y no se determina;
Quiere gritar: «¡Arma, arma!» y se detiene
Por no causar comun desasosiego;
Que si no fuese el bulto cierta cosa,
Viene á disminuir de aquel concepto
Y estimacion debida á buen soldado.
Mas héte de improviso que descarga
El contrario furor sobre su pecho.
«¡Arma, arma; Santiago; arma, arma!» grita.
Luego veréis la voz multiplicada,
Difusa y repetida en toda boca.

SONETOS. — II.

¡Clara fuente de luz! ¡Oh nuevo y hermoso,
Rico de luminarias, patrio cielo!
Casa de la verdad, sin sombra ó velo,
De inteligencias ledo, almo reposo!
¡Oh cómo allá te estás, cuerpo glorioso,
Tan léjos del mortal caduco anhelo,
Casi un árgos divino alzado á vuelo
De nuestro humano error libre y piadoso!
¡Oh patria amada! A tí sospira y llora
Esta, en su cárcel, alma peregrina,
Llevada errando de uno en otro instante.
Esa cierta beldad que me enamora
Suerte y razon me otorgue tan benina
Que do sube el amor llegue el amante.

III.

De sus hermosos ojos dulcemente
Un tierno llanto Fili despedia,
Que por el rostro amado parecia
Claro y precioso aljófar trasparente.
En brazos de Damon con baja frente,
Triste, rendida, muerta, helada y fria,
Estas palabras breves le decia,
Creciendo á su llorar nueva corriente:
«¡Oh pecho duro! Oh alma dura y llena
De mil crudezas! ¿Dónde vas huyendo?
¿Dó vas con ala tan ligera y presta?»
Y él, soltando de llanto amarga vena,

De ella las dulces lágrimas bebiendo,
Besóla, y solo un ¡ay! fué su respuesta.

IV.

Mil veces digo, entre los brazos puesto
De Galatea, que es mas que el sol hermosa;
Luego ella en dulce vista desdeñosa,
Me dice: «Tírsis mio, no digas esto.»
Yo le quiero jurar, y ella de presto,
Toda encendida en un color de rosa,
Con un beso me impide, y presurosa
Busca atapar mi boca con su gesto.
Hágole blanda fuerza por soltarme,
Y ella me aprieta mas, y dice luego:
«No lo jures, mi bien; que yo te creo.»
Con esto de tal fuerza á encadenarme
Viene, que amor, presente al dulce juego,
Hace que cumpla en todo su deseo.

DE FRANCISCO DE FIGUEROA (EL DIVINO).

CANCION PASTORIL.

Sale la aurora de su fértil manto,
Rosas suaves esparciendo y flores;
Pintando el cielo va de mil colores,
Y la tierra otro tanto,
Cuando la tierna pastorcilla mia,
Lumbre y gloria del dia,
No sin astucia y arte,
De su dichoso albergue alegre parte.
Pisada del gentil blanco pié, crece
La yerba; nace en monte, en valle y llano
Cualquier planta que toca con la mano;
Cualquier árbol florece;
Los vientos, si soberbios van soplando,
Con su vista amansando,
En la fresca ribera
Del rio Tibre siéntase y me espera.
Deja por la garganta cristalina
Suelto el oro que cubre el sutil velo;
Arde de amor la tierra, el aire y cielo,
Y á sus ojos se inclina;
Ella de azules y purpúreas rosas
Coge las mas hermosas,
Y tendiendo la falda,
Teje de ellas despues bella guirnalda.
En esto ve que el sol, dando á la aurora
Licencia, muestra en la vecina cumbre
Del monte el rayo de su clara lumbre,
Que el mundo orna y colora;
Túrbase, y una vez arde y se aíra,
Otra teme y suspira
Por mi luenga tardanza,
Y en mitad del temor cobra esperanza.
Yo, que estaba encubierto, los mas raros
Milagros de natura y de amor viendo,
Y su amoroso corazon leyendo
Poco á poco en sus claros
Ojos, principio y fin de mi deseo,
Como turbar la veo,
Enojada conmigo,
Temblando, ante ella me presento y digo:
«Rayos de oro, marfil, sol, lazos, vida
De mi alma y mi vida y de mis ojos;
Pura frente, que estás de mis despojos
Mas preciosos ceñida;
Ébano, nieve, púrpura, jazmines,
Ambar, perlas, rubines,
Tanto vivo y respiro,
Cuanto con miedo y sobresalto os miro.»
. . . . . .

ÉGLOGA.

Tirsi, pastor del mas famoso rio
Que da tributo al Tajo en la ribera
Del glorioso Sebeto, á Dafne amaba
Con ardor tal, que fué mil veces visto
Tendido en tierra en doloroso llanto
Pasar la noche; y al nacer del dia,
Como suelen tornar otros del sueño
Al ejercicio usado, así del llanto
Tornar al llanto, y de una en otra pena,
Rompiendo el aire en semejantes voces:
«Fiero dolor, que del profundo pecho
De este tu propio antiguo usado nido
Sacas tan abundante y larga vena,
Afloja un poco, ¡oh dolor fiero! Afloja,
Fiero dolor, un poco, y de las lágrimas,
Que, en mis ojos cuajadas, hacen turbia
Mi débil vista, alguna parte enjuga;
Porque con este yerro, que algun dia
Ha de dar fin á mi cansada vida,
En este tronco escriba mis querellas,
Do por ventura la engañosa Dafne,
Tornando de la caza calurosa,
O sedienta á buscar ó sombra ó agua,
Vuelva acaso los ojos y los lea;
O si esto no, serán piadoso ejemplo
A amorosos pastores... Dafne ingrata,
Que mientras vas, con el sol nuevo alegre,
Del espacioso mar las bravas ondas,
Que crecen con mis lágrimas, mirando,
O en jardin deleitoso al manso viento
De cuidados de amor libre paseas...
Tu Tirsi, ¡ay Dios! tu Tirsi un tiempo yace
Solo con su dolor en esta selva;
Que ya ni el verde prado ó fresca sombra,
Ni olor suave de diversas flores,
Ni dulce murmurar de clara fuente
Le es dulce ó cara, sino el llanto solo.
¡Cuántos pastores, cuántas pastorcicas
Amorosas, oyendo mis gemidos,
Conmigo, consolándome, han llorado!
¿Qué me dijo una vez la blanca Alcea,
Movida á compasion? Qué dijo Clori,
La rubia Clori, amor de mil pastores?
Que cuando yo cantando, ella, vencida
Del amor que me tiene, entre estas ramas
Escondida, tu nombre oye mis versos,
Dijo (¡ay amargas voces, cuán impresas
Os tiene el corazon!): —Hermoso Tirsi,
De tus riberas no pequeña gloria,
¿Cuál estrella cruel, cuál fiera saña
Te mueve contra tí? Tú mismo buscas
Tu presto fin en tus mas tiernos años.
¿No te vi, Tirsi, yo (¡ah, qué bien debo
Acordarme del dia!) en las solemnes
Bodas de Alcipe estar, cual prado en mayo,
De guirnaldas ganadas en mil pruebas
Cercado en derredor, ufano y ledo?
¿Qué tienes ya de aquel, de aquel que pudo
A mí misma robarme? ¿Adónde es ida
Tu gracia? Adónde la color del rostro?
Adónde está la fuerza de tus ojos
Amorosos ó airados? ¿Quién te tiene
Parado tal, que si tu imágen viva
Desde aquel para mí cuitado dia
Esculpida en mi pecho no estuviera,
Te conociera apenas? Mira, Tirsi,
Mira, cruel, que el justo amor debido
A tu Clori, tan mal en Dafne empleas.
Mas así va; son estos los misterios
De la diosa cruel reina de Cipro,
Que desiguales ánimas y formas
Se deleita enlazar con crudo yugo.
Alcipe ama á Damon, Damon á Clori;
Arde Clori por Tirsi, Tirsi ingrato
Por Dafne; Dafne está entregada á Glauco,
En Glauco no hay amor.—Apenas pude
Escuchar hasta aquí, que airado en vista,
Y muy mas dentro el corazon, le dije:
—Huye, huye de mí, malvada Clori,
No me fatigues mas con falsas nuevas.—
Ella se fué, mas levantó primero
Los ojos lacrimosos hácia el cielo,
Y no sé si pidió de mi venganza,
Pero bien se la doy; desde aquella hora
Imaginando estoy el cómo sea
Que por amar á Glauco á Tirsi olvides.
De secreta virtud pequeña yerba
No nace planta en este prado ó valle,

De quien no tenga yo cierta noticia
Y la sepa apropiar á sus efetos.
¿Cuándo nació jamás por aquí en torno
Contienda pastoril, que yo no fuese
Elegido juez por ambas partes?
Cuándo en fiesta quedé sin algun premio?
Testigos son esta zampoña y vaso,
Y este collar que cuelga de mi pecho.
Pues si versos se precian, ya te dieron
Otro tiempo loor mis dulces versos.
Mis ovejas, que van presas del lobo,
¿No te dieron un tiempo de sus partos?
No te dieron mis huertos fruta y flores?
¿Por qué me ha de vencer pastor ajeno,
Y si no vil, que yo menos famoso?
¿En qué me excede Glauco? ¡Ah Dafne ingrata!
Ah Dafne desleal, perjura Dafne!
¿Por qué quiero esperar que venga á pasos
Perezosos la muerte? Aunque está cerca,
Yo quiero apresurarla.» En esto prueba
A levantarse, pero no sostienen
Los piés débiles carga tan pesada.
Torna á caer, y con dolor de verse
Estorbar el morir, corre á la muerte,
Perdiendo los espíritus vitales;
Mas presto torna á su pesar la vida,
Y torna juntamente el llanto amargo.

ESTANCIAS.

Sobre nevados riscos levantado
Cerca del Tajo está un lugar sombrío,
En el rigor del hielo tan templado,
Cuan fresco en la sazon del seco estío;
Adonde, de tristeza acompañado,
Al son del agua del corriente rio,
Tan dulcemente Tirsi se quejaba,
Que los peñascos duros ablandaba.
Mil veces de morir determinando,
Los ojos enclavados en el cielo,
Su grave desventura contemplando,
Con lágrimas regando el verde suelo,
Tan ardientes suspiros arrancando,
Que encendieran el mas helado hielo,
Resistir no pudiendo á dolor tanto,
Así soltó la rienda al triste llanto:
«Despues que de mis ojos se apartaron
Aquellos que la luz vuelven oscura,
Ni yo puedo vivir, pues me dejaron,
Ni quiero, aunque pudiese, tal locura;
Y pues me dejan por lo que llevaron
(¡Dolor terrible, extraña desventura!)
Mis males y tristísimos cuidados,
Llorad sin descansar, ojos cansados.
»No lloro solamente tu partida,
Aunque es mal que matara solamente;
Lloro ver la esperanza consumida
En quien siempre el deseo es mas ardiente;
Lloro tu rigurosa despedida,
Cuyo rigor terrible mi alma siente,
Y mil males que encubro desusados;
Llorad sin descansar, ojos cansados.
»Cual la agua al rio, al prado la verdura,
La nueva y blanca leche á mi ganado;
Cuanto le agrada al ave la espesura,
A la tierra la yerba y flor del prado,
Tal es, Fili, á mis ojos tu figura;
Y pues de verla estoy desconfiado
Por rios, campos, montes, tierras, prados,
Llorad sin descansar, ojos cansados.
»Ya las ninfas de Tajo y su ribera
Lloran tan doloroso apartamiento,
Pues no hay sin tí en la tierra primavera,
Ni en las selvas y bosques ornamento;
La casta diosa desdeñosa y fiera,
Esparcido el cabello al fresco viento,
No persigue ya corzos ni venados.
Llorad sin descansar, ojos cansados.
»Pues no puedo seguirte, ¡ay Fili mia!
Siempre te seguirá mi pensamiento;
Morir quiero mil veces cada dia
Antes que no vivir sin tí en tormento;
Pues cuando de te amar tuve osadia,
Tan cierto y breve vi mi perdimiento,
Que me dijeron luego allí mis hados:
Llorad sin descansar, ojos cansados.
»Estoy sin tí do el bien es tan incierto,
Que no podrá creerlo quien lo viere;
La esperanza dudosa, el dolor cierto,
Segun la fuerza con que amor me hiere;
Mas el que por tu mano ha de ser muerto
No procure morir, pues así muere.
¡Ay, ay remedios, por mi mal hallados!
Llorad sin descansar, ojos cansados.
»Durmiendo un dia acaso en la floresta,
Vencido del dolor, Fili, soñaba
Que en el calor ardiente de la siesta
A la sombra de un sauce te hablaba;
Mas fortuna, en mi daño firme y presta,
Me dió luego á entender que me engañaba;
Y pues mis bienes son bienes soñados,
Llorad sin descansar, ojos cansados.
»Estaba yo diciendo: —Este no es sueño;
Que el sueño es cosa vana y mentirosa,
Incierto es su placer, siempre es pequeño,
Y en él no hay cosa tal ni tan sabrosa;
Tambien, por otra parte, si no sueño,
¿Cómo está agora Fili tan piadosa?
¡Ay desengaños, por mi mal hallados!
Llorad sin descansar, ojos cansados.
»Viéndome á tales términos llegado
Sin culpa, culpo al cielo y mi destino,
Mas del bien que mis ojos han mirado
En un hermoso rostro y ser divino;
De haberme á cierta muerte condenado,
Quejarme ahora del cielo es desatino;
Y pues en el mirar fuisteis osados,
Llorad sin descansar, ojos cansados.
»Si no has determinado que yo muera
En tan grave dolor y desventura;
Si la hora no es llegada postrimera,
Y aquella noche eternamente oscura,
Ves aquí un verde valle, una ribera,
Un gentil prado, un bosque de espesura;
Lugares algun tiempo de tí amados.
Llorad sin descansar, ojos cansados.
»¡Ay que no entiendo ya dó me ha traido
El dolor de no verte, Fili mia!
No sé sino que muero, y he vivido
Muriendo, desque no veo tu alegría;
El fin de mi jornada es ya cumplido,
La oscura noche viene antes que el dia;
Mis términos postreros son llegados.
Llorad sin descansar, ojos cansados;
»Que ya os ha puesto Fili en tal estado,
Que el descanso será mi muerte cierta,
Y no sé cómo tanto se ha tardado,
Pues mi esperanza há tanto que está muerta;
Ausente vivo, triste y desamado,
En parte solitaria y tan desierta,
Que no serán mis huesos enterrados;
Llorad sin descansar, ojos cansados.
»En tan universal pena y tamaña
Muy mal podrá vivir Tirsi contento;
De amargo llanto un rio sus ojos baña,
Y aun le parece corto sentimiento;
Ya no me vale, Fili, fuerza ó maña
Para tener sin verte sufrimiento;
Y así, mis dias serán hoy rematados.
Llorad sin descansar, ojos cansados.»
Aquí dió fin al llanto y á la vida
El sin ventura triste malogrado,
El dulce pecho de cruel herida
Con agudo cuchillo atravesado,
Queriendo antes de sí ser homicida
Que sufrir el furor de su cuidado;
La verde yerba por allí sembrada
Tiñó su roja sangre colorada.
Damon, su caro amigo, que escuchando
Estaba el dulce canto doloroso,
Salió de donde estaba, imaginando
El caso lamentable lastimoso.
Y al sin ventura Tirsi vió espirando,
Teñido de su sangre y polvoroso;
El nombre amado en vano repetia

Y con suspiros tristes le decia:
«¿Es esta la alegría? ¡ay Tirsi amado!
¿Qué le queda á Damon, tu firme amigo,
Ver tu lloroso fin arrebatado,
Y quien tanto te amaba por testigo?
¿Por qué no me avisabas de tu estado?
Por qué no me llevaste allá contigo?
O ¿por qué, pues del todo me dejaste,
Los últimos abrazos me negaste?
»¿Qué se dirá de tí, siendo sabido?
Tirsi se ha muerto con su propia mano;
Como ya por Enéas la triste Dido,
Todos dirán que fuiste ciego, insano,
Siendo el pastor mas sábio y entendido
De toda esta ribera y verde llano,
De las hermosas ninfas tan amado,
De las hermanas nueve celebrado.
»¿De qué te sirve haber sido excelente
En plantar vides y en sembrar cebadas,
Y en guardar de los lobos diligente
Las tiernas ovejuelas descuidadas,
Y haber ejercitado cuerdamente
Contiendas pastoriles tan dudadas,
Si al fin, que es lo que loa el curso humano,
Fuiste contigo así tan inhumano?
»Tu sanguinoso cuerpo, bien lavado
En agua clara, envuelto en varias flores,
Debajo un blanco mármol sepultado,
Será donde se entallen tus loores;
Y no quiero á tu muerte, amigo amado,
Ni á tus obsequias convocar pastores,
Sino quedarme aquí en esta ribera
Lamentando tu muerte hasta que muera.
»Aunque escribir yo versos sea locura,
Vencido del dolor que mi alma siente,
De ver ya echa tierra tu figura
En tus primeros años crudamente;
En la memoria de tu desventura,
Porque suene tu mal de gente en gente,
En la corteza dura de este pino
Poner este epitafio determino:
»—Junto de aqueste pino sepultado
Yace el mas sin ventura y venturoso
Pastor que apacentó jamás ganado
Ribera de este rio caudaloso;
En morir tan temprano desdichado,
Y en amar altamente venturoso.
Él mismo se dió muerte de afligido;
La causa no la sé, si amor no ha sido.—»

SONETOS.—I.

Epitafio á la muerte de Tirsi.

Crezca con el licor del llanto mio
La verde yerba de este fértil prado;
Enfrene el triste son de mi cuidado
El presuroso curso de este rio;
Resuene el bosque cavernoso y frio:
«Ya es muerto Tirsi, Tirsi es ya acabado,
En el dolor terrible sepultado,
Que tuvo dél entero señorío.»
Sola esta solitaria selva umbrosa,
Sola aquesta gentil verde ribera
Del lamentable fin fueron testigos.
Aquí cerró sus ojos muerte fiera,
Y el miserable cuerpo aquí reposa,
Llorándolo Damon, su firme amigo.

II.

A la esperanza.

¡Ay esperanza lisonjera y vana,
Ministra de cuidado y de tormento,
Que el mas osado y loco pensamiento
Haces juzgar segura empresa y llana!
Si aquel suele llevar pluma liviana,
Te me ha llevado de continuo el viento,
Y con daño y vergüenza me arrepiento
De haber creido en confianza humana.
Déjame; que si el amor y mi fortuna
Te han cortado mil veces floreciendo,
¿Qué puedes prometer seca y perdida?
Marchítanse tus flores en saliendo,
Sin hacer fruto; y si le hace alguna,
Es cebo dulce para amarga vida.

III.

Las musas en venta.

¿Hay quien quiera comprar nueve doncellas
Esclavas, ó á lo menos desterradas
De las tierras do fueron engendradas?
Hay quien las compre? ¿Quién da mas por ellas?
Fueron un tiempo en todo extremo bellas,
Airosas, ricas, graves y estimadas;
Y aunque de muchos fueron recuestadas,
Bien pocos alcanzaron favor de ellas.
Ahora van las tristes mendigando
De puerta en puerta, rotas y baldías,
Y aun por solo el comer se venderian.
Pues no son muy golosas; que en hallando
Yerbas, flores ú hojas, pasarian
Con sombras frescas y con aguas frias.

DE DAMASIO DE FRIAS.

CANCION.

La alegre primavera,
Que cerca ya venia,
Los árboles de flores adornaba,
De sombra una ribera;
De yerba un prado hinchia,
El llano, el monte, el campo se alegraba;
Muy cerca atravesaba
De este lugar sombrío,
Do amor tiene su asiento,
Un grande y caudaloso y hondo rio;
Riberas de él echado,
Cantando está un pastor, de amor llagado.
El dulce y suave canto
Del pecho enternecido
Fué causa que á escuchalle me parase;
Y el largo y tierno llanto
Del ánimo afligido
Detuvo que adelante no pasase,
Hasta que contemplase
Cuán triste era la vida
De aquel que en larga ausencia
Lloraba la presencia
De aquella que perdió con su perdida,
Diciendo: «¡Oh quién pudiera
Hacer, pues que no vivo, que muriera!
»¡Oh Amaranta mia!
(Tras esto iba cantando),
Con cuánta sinrazon de mí te alejas,
Pues ves que no podia
Vivir sino mirando
Aquel divino rostro, que mis quejas
Causó, y pues tú me dejas,
El cielo me es testigo
(Y aun tú, pues que lo viste)
Que siempre estaré triste,
Hasta que pueda verme aquí contigo
Hablando mano á mano,
Ora en el verde bosque, ora en el llano.
No hallo flor alguna
En todo aqueste prado,
Que olor alguno dé, siendo tú ausente;
El rio ya es laguna,
El campo está agostado,
Y turbia y seca está mi clara fuente;
Mas puede la corriente
Del agua que contino
Lloro por estos ojos
Suplir estos despojos;
Mas ¿qué es esto que digo? Estoy sin tino;
Aquesto es imposible;
No es, que pues lo causas tú, es posible.
»¡Oh tiempo venturoso!
¡Qué presto que pasaste
Por las horas del bien, y qué corriendo!

Qué estado tan dichoso
Aquel que me quitaste!
¿Cómo podré vivir sin él, muriendo,
Pues siempre van cresciendo
Mis ánsias desiguales,
Mi mal y tus porfías?
Tambien crescen mis dias,
Porque haya en qué sufrir tan graves males,
Mas si eres tú servida,
Auméntese el dolor, crezca la vida.
»Remedio no le quiero,
Ni espero que el quejarme
Ha de aliviar mi mal, porque es muy fuerte;
Que el ser tú por quien muero,
El mal no ha de acabarme,
Ni aun tiene contra mí fuerza la muerte;
Mas mi terrible suerte
Viviendo se empeora,
Y el mal es mas terrible,
Pues puede ser posible,
Si vivo, que me olvide mi señora;
Lo cual, si ahora muriese,
No sentiria tal mal, aunque viniese.»
Si mas cantar pudiera
Aquel pastor cuitado,
Llorara de su mal mas la tristeza,
Y á compasion moviera
(Cantando el triste estado
Y alegre en que se vió) cualquier dureza,
Oyendo la aspereza
Del mal que le mataba;
Por no ver acaballe,
Me fuí, y aun vi que el valle
Adonde de su mal se lamentaba,
Mostraba sentimiento,
Estando al grave y triste canto atento.

DE DON ALONSO DE ERCILLA.

GLOSA.

Seguro estoy de nuevo descontento,
Y en males y fatigas tan probado,
Que ya mis desventuras han hallado
El término que tiene el sufrimiento.

Amor me ha reducido á tanto estrecho,
Y puesto en tal extremo un desengaño,
Que ya no puede el bien hacer provecho,
Ni el mal, aunque se esfuerce, mayor daño;
Todo lo que es posible está ya hecho;
Y pues no puede ya el dolor extraño
Crecer ni declinar solo un momento,
Seguro estoy de nuevo descontento.
¿Qué desventura habrá para mí nueva?
Qué pena es la que yo no he padecido?
No ha habido mal que al fin no se me atreva,
Y en mí no tenga un golpe conocido;
Todos en mi paciencia han hecho prueba,
Ensayando su fuerza en un rendido;
Estoy de tener bien desconfiado,
Y en males y fatigas tan probado.
Sufro y padezco tanto cada dia,
Que estoy corrido en verme cuál me siento,
Pues viene á ser bajeza y cobardía
Tener de no matarme sufrimiento;
Mas queriéndolo vos, señora mia,
No es bien que quiera yo contentamiento,
Sino aquel triste y miserable estado
Que ya mis desventuras han hallado.
He sido tan apriesa desdichado,
Y está todo mi daño tan á punto,
Que solo del primer paso ha llegado
Al último dolor y postrer punto;
La fortuna y amor se han conjurado
De hacerme todo el mal que puedan junto,
Para poder medir por mi tormento
El término que tiene el sufrimiento.

DEL DOCTOR GARAY (1).

OCTAVAS, GLOSANDO ESTE VERSO:

El tiempo no podrá curar mis males.

Bien poderoso fué del tiempo vario
El brazo movedor de vida y muerte,
Ligero curso, tramontar voltario
No pueden permitir estable suerte;
Si Sila es vencedor, vencido es Mario,
Tristeza infunde aquí, y allí divierte,
Y aunque del tiempo son hazañas tales,
El tiempo no podrá curar mis males.
No admiten cierto fin inciertos daños;
¡Ay qué experiencia tan costosa han hecho
De la verdad eterna desengaños,
Ofensas miserables de mi pecho!
Mi muerte, mi salud me dan los años,
Pasando de mis males al estrecho,
Porque si en mí nacieron inmortales,
El tiempo no podrá curar mis males.
¿Qué salud peligrosa me sustenta
Entre tantos contrarios tantos dias?
Qué hado podrá ser aquel que inventa,
Para su crueldad, ofensas mias?
¡Oh, noble libertad, del tiempo exenta!
Si tú con alta estrella no me guias
Entre peligros y bajíos tales,
El tiempo no podrá curar mis males.

EL JUEGO DE LA PRIMERA, EN REDONDILLAS.

Viendo mi poco caudal,
Quiso amor que en vuelta entrase,
Y armóme con que jugase
Con ánimo liberal.
De sus bienes me ofreció,
Pero quiero que se entienda
Que me prestó sobre prenda,
Que sobre el alma los dió.
Al fin me senté á jugar
Con quien tiene tal ventura,
Que en cualquiera coyuntura
Jamás dejó de ganar.
Una dama es de gran ser,
. . . . . .
Franca y llena de nobleza,
Que tiene bien que perder.
Dije: «Amor, el juego funda
Cuál será ó de qué manera.—
Juega, dijo, á la primera;
Que esta no tiene segunda.»
Fuimos dando cartas luego,
Usando nuestros primores,
Como diestros jugadores,
Y así fué creciendo el juego.
Al principio yo envidaba,
Ella empezó á no querer;
Yo, sospechando perder,
Con harto temor jugaba.
Mas yendo el juego y viniendo,
Hizo amor que se picase
Y quisiese y que envidase,
Y yo continuo queriendo,
Empezóme á decir bien,
Y aunque estaba temeroso,
Como me sentí dichoso
Y en tal ocasion tan bien,
Mirando continuo en ella
Para mejor avisarme,
Jamás dejó de envidarme,
Que dejase de querella.
Llegó una mano dichosa,
Do venimos á estar tales,
Con punta de amor iguales
Y en ocasion venturosa.
Mi ninfa de mano era,
Porque en todo la tenia,
Y viendo que pretendia
Ganarme de esta manera,

(1) Llamóse poéticamente *Fabio*.

Como conocí á la hora
De los juegos la igualdad,
«Una liberalidad
Haced, le dije, Señora.
»Y pues ganarme pensais
Todo el resto que en mí veis,
Con la mano que me deis
Quiero ver si me ganais.»
Luego el ángel soberano,
Queriendo ganarme así,
Me la dió, diciendo sí,
Y así gané por la mano.
Mano en cuya estimacion
La mayor del mundo es poca;
Mano que atapas la boca
Con gloria del corazon;
En mi memoria estarás
Cuanto tiempo la tendré;
Que pues tal mano gané,
No pienso perder jamás.
Y al amor le doy por esto
Alabanza soberana,
Porque quien tal mano gana,
Espera ganar el resto.

SONETOS. — I.

Alegre, rico, venturoso lecho,
Cuán desigual que va vuestro partido,
Habiendo yo tu gloria merecido
Por amor, por razon y por derecho;
Que yo traigo continuo dentro el pecho
La que esta noche sobre tí ha dormido;
Tu estás deshecho porque la has tenido,
Yo porque no la tengo estoy deshecho.
Concertémonos pues, dame tu gloria,
O yo te prestaré mi sentimiento
Para que el bien te goce, como es justo;
Mas no quieras; que solo la memoria
De no haber conocido tal contento
Te bastará á dar muerte á tanto gusto.

II.

Vi un cierto gentilhombre el otro dia
En la calle, mondándose los dientes,
Y quizás con malicia paré mientes,
Porque pensaba yo que no comia.
Dime á pensar que por cumplir lo hacia,
Pues consigo no puede, con las gentes,
Y dije á otro estudiante: «Si lo sientes,
Dime, ¿aquello es verdad ó hipocresía?
»Que si es verdad, no dura mucho el juego;
Que muy presto hallará lo que ha perdido,
Pues poco hay que perder en dos bocados.
»No los monda por eso, dijo él luego,
Ni para que entendamos que ha comido,
Mas porque están, de no comer, tomados.»

III.

En fin, el fin del fin es ya llegado
En donde he visto el fin que amor ordena,
Y á todo han dado el fin sino á mi pena,
Que á fin sin fin me tiene condenado;
Principio tuvo el fin no comenzado,
Que del fin que poseo me enajena;
Buscando voy el fin que me condena
A fin dudoso y lleno de cuidado.
Sin comenzar el triste fin poseo,
Y no hallo remedio al fin precito;
Tal es el fin que amor me significa.
Mas como no preceda á lo infinito
El fin que tal dolor me multiplica;
Espero de dar fin á mis deseos.

IV.

Torne Duero hácia atrás con su corriente,
Dejen los peces el amado rio,
Hiélese en la mitad del seco estío,
Y en el diciembre esté cual fuego ardiente.
Póngasenos el sol en el oriente,
La noche alumbre como el rayo frio,
Su casta hermana tome el señorío,
Y alumbre el dia con menguada frente.
Quiébrese el eje do se funda el mundo,
Y de él el órden tan sin órden quede,
Que nada acuda á nada que le toca.
Gocen gloria las almas del profundo;
Que esto y el mismo tiempo faltar puede,
Pues faltan las palabras de tu boca.

V.

Valladolid, tan peligrosa y fiera
Como la que en mi alma estáis haciendo,
Amores y temores, pretendiendo
Vivir entrambos para que yo muera.
Si he de acabar, procúrame siquiera,
Ya que el fin yo no alcance que pretendo,
Que la que nunca me miró viviendo,
Mirarme en brazos de la muerte quiera.
Yo con aquesto viviré contento,
Y tú, dichoso valle, que habrás dado
A tantos vida, dame sepultura.
Y verá cuanto cubre el firmamento
Que solo en el lugar piedad ha hallado
Quien no la halló en el tiempo ni en ventura.

DE CRISTÓBAL DE MESA.

Traduccion de la égloga x de Virgilio.

Concede á mi cantar, sacra Aretusa,
Que el último trabajo aqueste sea,
Y que trate de Galo algo mi musa;
Pocos versos diré, para que lea
Licóris propria, y quede al fin confusa
Cuando lo que escribiere en ellos vea;
Que ¿quién habrá, cuando á tal punto llegue,
Que versos á su amigo Galo niegue?
Así, cuando tu dulce agua se alarga
Al siciliano mar, tal efecto obre,
Que no mezcle á la tuya su agua amarga,
Volviéndola marítima ó salobre;
Comienza agora, y de decir te encarga
El solícito amor de Galo pobre,
Y los pimpollos tiernos, entre tanto
Que las cabras pacieren, suene el canto.
Las selvas oyen y responden fieles;
Musas, que bosques os tuvieron tanto,
Galo, de indigno amor muriendo, crueles
Fuistes, y el Pindo, ni el Parnaso santo,
Ni Aganipe os detuvo, y los laureles
Y las matas por él hicieron llanto;
Lloróle, en hueca peña recostado,
El frio Liceo, el Ménalo sagrado.
Las ovejas están á la redonda;
No les pesa, ni á tí, divino poeta,
Te pese, que el ganado corresponda;
Que Adónis, de belleza tan perfeta,
Junto á los rios de corriente honda
Guardó ovejas, cualquier pastor se inquieta,
Y á verle todos siguen su derrota,
Hasta Menálcas, harto de bellota.
Todos preguntan deste amor tan vano;
Y tambien vino, y dijo el mismo Febo:
«¿Por qué estás por Licóris, Galo insano?
Por nieve y guerras va tras un mancebo.»
Con su silvestre honor vino á Silvano,
Con guirnalda de cañas y de acebo,
Sacudiendo las sienes, todas llenas
De espadañas y flores y azucenas.
El dios de Arcadia, Pan, vino de gana,
Al cual vimos nosotros proprios lleno
Todo de frutas de color de grana,
Y dijo: «¿Qué remedio será bueno?
No estima amor aquesta furia insana,
Ni llanto al cruel amor harta, ni al heno
El agua, ni el cantueso á las abejas,
Ni la hoja ó la flor cabras y ovejas.»
Mas dice desto el triste, sin embargo:
«¡Oh vosotros, de Arcadia los pastores,
En cantar diestros, tomaréis á cargo
Cantar á vuestros montes mis dolores;
¡Oh, cómo gozaré descanso largo
Si vuestra avena dice mis amores!

¡Ojalá fuera yo de igual ventura,
Pastor, ó vendimiara uva madura!
»Fuera entonces mi amor Filis ó Amíntas,
O otro alguno; y si Amíntas es moreno,
Violetas son de negro todas tintas,
Y entre sauces y viña el sitio ameno;
Filis de flores, en color distintas,
De sus guirnaldas me tuviera lleno,
Sobre la verde yerba recostado,
Y Amíntas me cantara de otro lado.
»Fuentes frias hay aquí por cualquier parte,
Aquí, Licóris, prados, fértil tierra,
Toda mi vida aquí pudiera amarte,
Contigo ya en la selva, ya en la sierra;
Y agora el loco amor al fiero Marte
Me entrega, entre armas de enemiga guerra;
Tú, sin mí sola, ves el reino ajeno,
La nieve de los Alpes y el frio Reno.
»¡Ay, quién creyera tal! Ay! mira el hielo
Tus tiernos piés no dañe y te dé pena;
Yo iré á cantar los versos que hacer suelo
Del pastor de Sicilia con la avena;
En las cuevas de fieras de este suelo
Penaré en estos bosques y esta arena,
Y en árboles escritos mis amores,
Cuanto crecieren mas, serán mayores.
»Con las ninfas del Ménalo entre tanto
Cercaré y cazaré jabalíes fieros,
Ni del frio el rigor me pondrá espanto;
Los bosques cercarán perros ligeros;
Ya por ásperos montes me adelanto,
Y atravieso por mil despeñaderos,
Y gusto (sin de aquesto verme harto)
Tirar flechas de Creta en arco parto.
»Como si aquesta fuera medicina
De mi amor, ó á qué dios de aquestos males
Tener supiera compasion benina,
Que padecen los míseros mortales;
De versos ya ni de poesía divina,
Ni de las hamadriades inmortales
Gusto agora; concédeme tú, selva,
Que á tu ejercicio trabajoso vuelva.
»No se puede vencer su pertinacia,
Aunque bebamos de Ebro en medio el hielo,
Y en el invierno, por los frios de Tracia,
Pisemos el mojado húmedo suelo;
Que no podrémos alcanzar su gracia,
Si bien cuanto el tierno olmo desde el cielo
Seca el Cáncer allá en la region propia
Guardemos las ovejas de Etiopía.
»Al fin vence el amor todas las cosas;
Rindámonos á amor, qué nos sujeta;
Bien basta por agora, sacras diosas,
Haber cantado aquesto vuestro poeta;
Mientras sentado en yerbas olorosas,
Teje cestas de mimbre blanca y prieta,
Que vosotras haréis aquestos versos
Mas grandes, mas sonoros y mas tersos.
»A Galo, musas, con razon, á Galo,
Cuyo amor en mí crece de manera,
Del tiempo con el cómodo intervalo,
Cual el álamo crece en primavera,
Vamos, que á sombra del enebro es malo
Cantar, y echa á perder la sementera
La sombra; id, cabras hartas, id la via
De casa; que se va acabando el dia.»

DE JUAN DE LA CUEVA.

CANCION.

Largo tiempo viví de amor seguro,
Que su fuerza no pudo sujetarme,
Ni sus vanas promesas engañarme,
Habiendo oido su castigo duro;
Era mi pecho de diamante un muro,
Con que tenia cercada
El alma sosegada,
Ya convertida en él, gozando el puro
Y deleitoso bien en que vivia
Libre de la amorosa tiranía.
Poníame delante y contemplaba
Los efectos de amor muy sin cuidado
Del yerro que hacia en tal estado,
Cuando lugar á su memoria daba;
Y aunque libre y seguro me juzgaba,
No dando en mí cabida
A su fuerza encendida,
Con acordarme dél le administraba
A su deseo; mas en mi volviendo,
Iba su estrecha sujecion huyendo.
Luego que así me via, blandamente
Daba nueva ocasion á mi memoria,
Poniéndome delante aquella gloria
Que el ciego amante en su tormento siente;
Pintábame una tersa y pura frente,
Dos luces celestiales,
Premio á todos los males,
La nieve, el oro y púrpura excelente;
Y con esto el amor me persuadia,
Mas la razon de amor me defendia.
Andaban de esta suerte confiriendo
Cuál de los dos me llevaria consigo,
O cuál tendria mas poder conmigo,
Mi libertad entrambos pretendiendo;
Yo estaba en medio su contienda viendo,
Sin saber qué hacerme
Ni á qué parte ponerme,
Igualmente á los dos ya obedeciendo,
Porque el amor me habia prometido,
Y la razon del daño apercibido.
Tirábame tras sí una esperanza,
Que claramente conocia de ella
Ser injusta razon dejar perdella,
Por ser cuanto el mortal deseo alcanza;
La razon me decia: «Haz mudanza;
Que amor es un tirano,
Y en viéndote en su mano,
Ha de emplear en tí su ardiente lanza,
Usando su costumbre tan usada,
Que es dar la muerte cuanto mas agrada.»
En estas persuasiones me traian
Los dos competidores, aguardando
El fin, ó cuál conmigo iria triunfando,
Y entrambos á su intento me movian;
Y como en esta duda me sentian,
Amor con diligencia
Usó de su experiencia,
Y sus prestos ministros acudian,
De suerte que quedó por vitorioso;
Yo sin razon, sujeto y amoroso.
Si quisieren saber, cancion, la causa
Cómo fué la razon de amor vencida,
Dirás que no hay razon do amor se anida.

DE JUAN DE MALLARA.

Imitacion de un pasaje de las *Geórgicas* de Virgilio.

La vaca en los regalos amorosos
(Cuales ya bien conocen los ganados)
Hace que los amantes, furiosos,
Con sus cuernos combatan indignados,
Ardiendo en celos ambos, tan rabiosos,
Que bien se ve que están enamorados,
Y allá en el bosque pace la becerra
Hermosa, sin cuidado desta guerra.
Ellos á mucha furia redoblando
Los golpes en aquel récio combate,
Van con muchas heridas renovando
La dura escaramuza y cruel debate,
Y sus cuerpos de sangre rociando,
Hasta que el uno al otro venza y mate;
Apriétanse los cuernos con gemido;
Que el bosque, el prado, el monte, lo han oido.
No acostumbran, despues desta pelea,
Acogerse á un corral, á una majada;
Que el vencido se va solo y campea
Por la selva no vista ni aun usada;
Desterrado allá léjos, do no vea
La causa de su afrenta apasionada,
El vencedor soberbio, las heridas,

Las prendas del amor tan mal perdidas.
Llora no haber vengado sus amores,
Volviendo el rostro al reino de su abuelo,
Pastos que fueron ya de sus mayores,
Aquel prado comun y verde suelo.
Mirándolo, renueva sus dolores,
Ensáyase á salir de tanto duelo,
Y sus cuernos aguza, porque armado
Se vengue del que tanto lo ha afrentado.

EPIGRAMA.

Traduccion de Marcial.

Donde sus siete maridos
Cloe tiene sepultados,
Para mostrar cuán amados
Le fueron y cuán queridos,
Ha mandado allí escribir
Que ella les dió sepultura,
Y escribió la verdad pura;
Que ella los hizo morir.

DE UN ANÓNIMO, AMIGO DE JUAN DE MALLARA.

CUENTO PRIMERO.

Al tenor del proverbio:

Quiera Dios, Matea,
Que este hijo nuestro sea.

Un médico mancebo habia criado
En su casa una hermana de su esposa,
Y al fin vino á estar de ella enamorado,
Porque salió la moza algo hermosa;
Y siendo requebrada del cuñado,
Mostrábasele esquiva y desdeñosa;
Mas aunque sin amor se le mostraba,
De verse requebrar no le pesaba.
Pues sucedió que salió fuera un dia
La mujer, y dejó en casa la hermana;
Y el buen doctor, que en esto no dormia,
A casa se volvió de buena gana.
El aparejo y soledad que habia
Hizo á la moza no tan inhumana.
Al fin gozó el doctor de la cuñada,
Y ella por su dolor quedó preñada.
No echaron cata en ello luego, luego;
Los tres meses primeros lo pasaron
Gozando de su amor con gran sosiego,
Hasta que ya las ropas comenzaron
A dar señal, que bien pudiera un ciego
Sentir el mal recaudo, y no hallaron
Cómo soldar su quiebra y remediarla,
Sino cubriendo el yerro con casarla.
Buscaron un mancebo sin malicia,
Trabajador del campo, muy robusto,
Sin celos, sin hacienda y sin codicia,
Y con él se acordaron á su gusto;
Y el esposo fue tal, que á su noticia,
No llegó ser la presa de otro gusto.
Dest'arte cada cual quedó contento
De haber hecho y tratado el casamiento.
Los seis meses aun bien no habian pasado,
Despues del desposorio concluido,
Y con grande placer del desposado,
La moza un lindo niño habia parido.
Los que el tiempo mejor habian contado,
Sentian la necedad del buen marido;
Algunos pues ordenan de hablalle,
Decille que lo sienten, y avisalle.
Con esto comenzó á escandalizarse,
Al médico se va con gran tristura,
Comienza de reñille y de quejarse,
Llorando su desastre y desventura;
Dícele que por él quiso engañarse,
Y al fin de todo jura, y aun perjura,
Que no es el hijo suyo, pues con harto
No fue á los nueve meses aquel parto.
El médico (despues de bien reirse)
Así le respondió, disimulando:
«¿Creeis que es cosa el parir que ha de medirse,
Y que dello teneis muy cierto el cuándo?
No todas por un cuento han de regirse,
Que en el parir siempre anda variando:
Una á los siete meses, otra á nueve,
Y otra veréis que á menos tiempos mueve.
»¿Cuántas pasan un año y otro año,
Despues de ser casadas y no paren?
Así que, no temais, Señor, engaño;
Y si en aquesto algunos os hablaren,
Decildes vos que curen de su daño,
Y no poco harán si lo excusaren;
Y que el doctor os dice que el concierto
Del parto es no guardar un tiempo cierto.»
Fué con esto algun tanto satisfecho,
Y á su mujer, que se decia Matea,
Dió cuenta de su duda en aquel hecho.
Ella le respondió que al doctor crea,
Que le desea todo su provecho,
Su honra, su descanso y bien desea,
Y que si algun engaño en ello hubiera,
Que el doctor lo supiera y lo dijera.
Habló con sus amigos otro dia,
Dióles la solucion de su argumento;
Respóndenle que muy poco sabia,
Pues que fundaba así tan mal su intento;
Que parir la mujer bien se sufria
Siete meses despues del casamiento,
Mas á seis meses no era cuenta buena,
Si de antes la mujer no estaba llena.
Torna á tomar escrúpulo de aquesto,
Y vuelve á su doctor muy temeroso.
El médico, que estaba bien impuesto,
Parósele á reir de gran reposo.
«Antes (dice) habeis vos de holgar desto
Que no mostraros dello congojoso;
Y esos con quien tratais, reios dellos,
Pues vos sois para mas que todos ellos.
»¿De adó pensais que á la mujer le viene
Antes del largo tiempo apresurarse,
Cuando su parto amado no detiene,
Y puede á siete meses alumbrarse,
Sino de su marido, porque tiene
Virtud mas fuerte para señalarse?
Pues vos, si en menos tiempo lo habeis dado,
Sois mas que todos ellos esforzado.
»¿Pensais que poca pena y fácil carga
Tiene consigo una mujer preñada?
Y en una pesadumbre que es tan larga,
¿Pensais que será poco atormentada?
Pues si por vos tal pena no se alarga,
Y es vuestra esposa en menos despenada,
Con razon seréis della muy querido
Como útil, venturoso y buen marido.»
Con estos pensamientos muy incierto
Andaba el triste esposo sin ventura,
Y entre estas ondas no hallaba puerto
Donde tener su barca bien segura;
Y cuando iba á su casa medio muerto,
Con su mujer lloraba su tristura,
Y al fin decia: «Quiera Dios, Matea,
Quiera Dios, que este hijo nuestro sea.»

CUENTO II.

Al tenor del proverbio: *Casarás y amansarás.*

En la ciudad que la vencida gente
Del fiero Atila, su furor huyendo,
Edificó en el mar tan pobremente,
Cuanto en riquezas va siempre creciendo,
Habia un gentil mozo, descendiente
De antigua y noble sangre, floreciendo
En la edad, cuando honra y engalana
Las mejillas aquella nueva lana.
Parece que se hobieron á porfia
Con él fortuna y la naturaleza,
Una le dió los bienes que podia,
Otra le dió en el cuerpo gentileza,
Un ánimo valiente y gallardía,
Una fuerza tan grande y tal destreza,
Que al gran Milon ó Alcides comparado,
Era un leon á canes semejado.
Aqueste pues sus dotes no empleaba

En obras de virtud, porque su altiva
Y fiera condicion lugar no daba
A seguir lo que al hombre muerto aviva.
Antes de travesuras se preciaba,
Su vida era de humano tan esquiva,
Que en el pueblo por mónstruo era tenido,
Y de muy léjas tierras conocido.
Por liviana ocasion, ó por su antojo,
Fácil era con hombres dar por tierra,
A cuál la pierna ó brazo, á cuál un ojo
Hace menos, á quien la vida cierra;
Y cuando en la ciudad le falta enojo,
Al monte va á las bestias hacer guerra,
Y cuando un oso ó un gran jabalí caza,
Con manos de furor los despedaza.
Su viejo y triste padre se lamenta
Consigo, maldiciendo su ventura,
De ver un hijo tal, con quien afrenta
Recibe en su vejez y muerte dura;
Piensa contino, y mil remedios tienta
Para atraello á vida mas segura,
Mas todos salen vanos; que ninguno
Acude con buen fruto, si no es uno.
Y fué, que con palabras amorosas
Un dia lo exhortó, casi bañados
En lágrimas sus ojos, que de cosas
Le trajo con que fueran ablandados
Los peñascos y fieras mas rabiosas;
«Antes que veas mis ojos ya cerrados,
Mándote, hijo, dice, y aun te ruego,
Un don me otorgues, y lo cumplas luego.»
Preguntándole el mozo qué es, replica
El buen viejo: «Que hagas, hijo mio,
Lo que tu edad tan suelta significa,
Que tomes un estado, en que yo fio
Que dará Dios la honra que él aplica;
Obedece, no muestres mas desvío,
Sirve á Dios segun puedes en tus años,
No vengas á caer en otros daños.
»No pienses que será mas deleitoso
Andar en mocedades entendiendo,
Con perder lo mejor y mas honroso,
Pensando que es valer, mas concediendo
Los años á un vivir no provechoso,
En fin te pesará, tu mal sintiendo;
Toma, pues que no puedes otra cosa,
El camino de vida tan honrosa.
»Esto será, tomando compañía,
En santo casamiento convertido,
Segun tu padre al justo lo pedia,
Pues otros santamente así han vivido;
Conocerás el bien que te decia,
Cuando de tu mujer seas querido,
Lo mismo de señores y de gente
Que viven en su estado dulcemente.
»¿Qué contento hay que iguale á aquel que mana
De un tener amistad tan verdadera
Y fiel, en tus negocios dulce y sana,
En tus trabajos buena compañera
En tu bien y deleite, con qué gana
Te sirve en casa y con amor te espera?
Dejo pues el placer que dan los hijos
Con su charlar, su fiesta y regocijos.»
Movióse con aquesto el duro pecho
Del mozo á responder: «Yo bien quisiera,
Padre, satisfacer luego de hecho
A vuestra voluntad, si yo en mí viera
Ser para aquese estado, que desecho
Siempre de mí, por ser de tal manera
Mi condicion, mi cuerpo récio y fuerte,
Que un dia á mil mujeres daré muerte.
»Cuanto mas que parece gran bajeza
A sola una mujer yo sujetarme,
Y en estas duras fuerzas, con terneza,
De una flaca mujer poder hallarme;
¿Qué maña se darán mil? qué destreza
A servirme á mi modo y contentarme?
Al fin casarme no me da contento
Con una sola, si no me dais ciento.»
El padre, oyendo aquesto, reventaba
Por salir una risa, do la pena
Solia estar, oyendo adó llegaba
Braveza tal, de desatino llena;
Y así, luchando y imaginando andaba
Qué remedio, y halló una astucia buena;
Guardóla, y respondióle con buen gesto:
«Ciento tomad; que yo consiento en esto.
»Pero, pues no es posible que yo darte
Pueda todas las ciento juntamente,
Recibe tanta gracia, que casarte
Comiences hoy con una, y diligente
Buscaré las demás con quien juntarte
Podrás, siendo escogida y noble gente,
Y antes que mucho tiempo haya pasado,
Una y otra así ciento te habré dado.»
Al fin á tal partido el mozo viene,
Encargándole al padre no se olvide
De buscarle las otras que le tiene
De dar, tras la primera que le pide
Que tome luego. El viejo no se tiene
En prometerlo; en tanto el mozo mide
Qué dias una baste; al fin casóse,
Y á la nueva mujer de tropel dióse.
Ocupado en aquella nueva carga,
Siente se le van fuerzas, vienen duelos,
Tras cuidado, trabajo ve que carga,
Vese hecho peon pagado en celos;
Prueba á saltar, no puede, y se descarga
El peso, mas le pesa, y á los cielos
Alza á veces los ojos fatigado,
Anda de acá y de allá desesperado.
Despues de algunos dias al encuentro
Le vino su buen padre, y como vido
Venir dando suspiros, que del centro
Le parecian salir, cab'él caido,
A espacio y sin color, dijo: «Ya dentro
Te tengo en buena red;» y así, movido
El paso para él, dijo: «Ya vengo
A darte otra mujer, hijo, que tengo.
»Con brevedad, tú presto determina
Cuándo querrás tomarla; que mi intento
Es luego buscar otra, que sea digna
Ser tuya.—¡Ah padre mio! no me siento,
Le respondió muy triste, tan ahína;
Pasen algunos dias, que un tormento
(Dijo entre sí) me basta por agora,
Sin procurarme nuevos cada hora.»
Pasado poco tiempo, le pregunta
El padre que si acuerda de casarse,
Que es tarde ya, y al mozo se le junta
El cielo con la tierra en acordarse
De la que tiene, y dijo: «Nunca punta
De aguda flecha en mí pudo enclavarse,
Con que tan gran dolor haya sentido,
Como este casamiento repetido.
»Baste ya, pésia tal, padre, si os place,
El primero, pues fué gentil engaño,
Que cuerpo, vida y alma me deshace;
Que tal respuesta os pienso dar cada año.»
Y así con ella al padre satisface.
Contento en ver su hijo tan extraño,
Despídense los dos, uno con gozo,
Y para dar consigo otro en el pozo.
Solia pues Venecia gobernarse,
Segun se usa aun, por senadores;
Electos los que vian señalarse
En letras, caballeros y señores,
Pasando algunos dias, vino á darse
A aquel mancebo, que de los mejores
Dije ser de aquel pueblo, donde fuese
Senador con los otros y asistiese.
Entre muchos que allí se sentenciaban
A penas, muerte, ó ser libres y quitos,
Era un mal hombre, y tal, que lo acusaban
De crímenes enormes infinitos,
De mil robos y muertes le cargaban,
Parricidio cruel y otros delitos;
En duda estaban sobre condenarle,
No alcanzando qué muerte cruda darle.
Uno decia: «Muera entonelado;»
Otros á saetas ó que se quemase,
Que hecho cuartos, otro atenazado;
Ninguno quedó allí que no inventase
Extraña muerte, y han determinado,

Al fin, que el crudo mozo sentenciase,
El cual dijo con furia: «Pues tomemos
Este mal hombre, y luego lo casemos.»

CUENTO III.

Al tenor del proverbio:

Al marido malo cegallo
Con las gallinas de par del gallo.

Una gentil mujer se habia casado
Con un hombre celoso, no sabiendo
Que de tan mala yerba era tocado;
Y aun despues que lo supo, no pudiendo
Mudar su condicion y la soltura
En que se habia criado y fué creciendo,
Por emplear mejor su hermosura,
Tenia ciertos amores, y lloraba
Por no poder gozarlos muy sigura.
Y vino á imaginar que si cegaba
A su marido, que con gran contento
Tendria la libertad que deseaba.
Asentó pues en este pensamiento,
Y como por mil vias no hallase
Por dónde ejecutar su mal intento,
Por el riesgo que habria si tratase
De lo cegar y al fin se descubria,
A un médico rogó que lo cegase;
Que á él muy fácil cosa le seria,
Siendo á curarlo alguna vez llamado,
Darle con qué la vista ofuscaria.
El médico fué cuerdo y avisado;
No trató de afear su mal intento,
Viéndolo ya tan ciego y obstinado.
Quisola entretener con un contento,
Que ofreciéndose tiempo conveniente,
Daria en el negocio un buen asiento.
Con esto la despide, y prestamente
El médico de todo fué á dar cuenta
Al marido, que dello está inocente,
Y porque él mesmo sepa, entienda y sienta
De su mujer lo que ella tiene urdido,
Haga como quien farsa representa;
Que de traje de médico vestido,
Vaya á su casa bien disimulado.
Así lo hace luego el buen marido.
Entrando por su casa disfrazado,
Por el doctor le tienen. ¿Quién creyera
Que entre ellos tal engaño está ordenado?
Y la mujer creyó que el doctor era;
Saludólo (aunque yerra en el vocablo),
Y vuélvele á decir desta manera:
«¡Ay, Señor! ¿qué diré de aquel diablo,
De aquel dragon con ojos tan crueles?
¡Triste de mí! de aquel marido hablo.
»No pasen lo que yo los infieles;
Que no me he de mover ni dar un paso,
Que luego no me hincha de mil hieles.
»¡Ay, Señor, que la vida que yo paso
No es vida, sino muerte, y menos fuera
Ir al triste lugar de luz escaso,
»Que no vivir aquí de tal manera.
Señor, vos, que podeis bien remediallo,
No permitais que yo á mis manos muera.
»Con solo un mal podeis todo sanallo;
No con muerte, que yo no os pido esto;
Señor, todo se ataja con cegallo.»
El marido, que estaba oyendo aquesto,
Estuvo, de enojado y sin sentido,
Para sacalle el alma muy dispuesto.
Despues quiso tomar otro partido,
Y dijo así, con voz bien contrahecha:
«Tú puedes bien cegar á tu marido.»
Ella, que estaba salva y sin sospecha,
De que en aquella voz hubiese engaño,
Oyéndolo quedó muy satisfecha.
Alegre de un negocio tan extraño,
Quiso informarse bien cómo pudiese
Dar fin seguramente en aquel daño,
Y dijo así: «Señor, si yo supiese
Cómo poder segura efectuallo,
Yo os doy mi fe que presto lo hiciese.—
»Pues tú sin trabajar quieres cegallo,
Dijo el marido, dale, hermana mia,
Las gallinas que están á par del gallo.»
Con esto ella le daba cada dia
Una gallina, y él iba engordando;
Gozaba los regalos, y fingia
Que cada dia mas iba cegando.

SONETOS.

I.

El Médico y el Ciego. (Imitacion de Esopo.)

Un hombre enfermo de ojos se dolia,
Y un médico tirano lo curaba,
Y entrando á visitarlo, le hurtaba
Una alhaja de casa cada dia.
Y por poder llevarle cuanto habia,
La cura de los ojos dilataba
Hasta que ya entendió que no quedaba
Cosa alguna que fuese de valía.
Los parches le quitó muy denodado,
Y díjole: «Cumplido es tu deseo;
Págame, pues ves que te he sanado.»
Él miró acá y allá; «mas antes creo,
Le respondió, que es cierto que he cegado,
Porque en toda mi casa nada veo.»

II.

Diálogo entre el autor y un celoso.

¿De donde te ha venido tal locura,
Hombre ciego, cruel y sospechoso?
—De verme en tanto bien estoy medroso;
Y así, cualquier dolor se me figura.
—Pues gozando tan alta hermosura
Y tanto bien, ¿estás tan sin reposo?
—Por ser yo en ese don tan venturoso,
Principio de mi mal fué mi ventura.
—Si tú te muestras pobre en gran bajeza,
Que tan precioso don no mereciste,
No es bien que de entre manos se te huya.
—Antes haré como avariento triste,
Que ni goza, guardando la riqueza,
Ni á otro le consiente que sea suya.

DE GONZALO ARGOTE DE MOLINA.

CANCION.

Elogio á la historia y antigüedad de España.

Levanta, noble España,
Tu coronada frente,
Y alégrate de verte renascida
Por todo cuanto baña
En torno la corriente
Del uno y otro mar con mejor vida,
Cual fénix encendida
En gloriosa llama,
De ingenio soberano,
Muy alto y muy humano,
Que á ti y á sí dió vida é inmortal fama,
Que durará en el suelo
Cuanto la inmortal obra de Marcelo.
Dejaron muy escura
Las importunas guerras
De vándalos y godos generosos
La antigua hermosura
De tus felices tierras
Y sitios de tus pueblos gloriosos;
Y al fin, mas envidiosos
De tu belleza ilustre
Los fieros africanos,
Con muy profanas manos
Estragaron del todo el sacro lustre
Del terreno mas lindo
Que hay desde el mar Atlántico hasta el Indo.
Merced de santos reyes,
Que con valor del cielo
(Pues fuerza no bastó, segun se entiende)

Volvieron á sus leyes
Todo tu fértil suelo,
Desterrando los bárbaros allende;
Florecerán por ende
En siglos prolongados
Con merecida gloria,
Y en inmortal historia
Revivirán mal grado de los hados,
Mas todos estos daños
Aun no acabaron ochocientos años.
Quedaste tan trocada
De lo que ser solias
Antes de aquel estrago lamentable,
Que, siendo rescatada,
Aun no te conocias,
Viéndote en traje extraño y miserable;
Con horror espantable
Tus pueblos destruidos,
Sin dellos quedar nombre,
Y de otros el renombre
Apenas con los sitios conocidos,
Y siendo antes ladina,
Hablabas aljamía peregrina.
Bien puedes gloriarte
¡Oh reina del Poniente!
De trofeos haberte enriquecido
El invencible Marte;
Mas es mas eminente
La gloria deste ingenio esclarecido
Que te libró de olvido;
Y como Prometeo,
Tu gran cuerpo reforma
En la primera forma
De partes y facciones y deseo,
Y del fuego mas fino
Te da luz, vida, lengua y ser divino.
El consorte de Pirra
De las piedras renueva
Las gentes en diluvio submergidas,
Y aquesta luz de Cirra,
Con mas divina prueba,
Levanta tus ciudades destruidas,
De piedras escondidas
Y mármoles sagrados,
Al son de un nuevo acento,
Que mueve al raudo viento,
Y á las selvas y montes encumbrados,
Con mas lindeza y gracia
Que hicieran el de Tébas y el de Tracia.
Deja el ropaje mauro
Y el cativo quebranto,
Pues eres ya señora triunfante
Por el sagrado lauro,
Y vístete del manto
De púrpura real y rozagante,
Por do mas claros que ante,
Con curso placentero,
Los espaciosos senos,
De varias flores llenos,
Vayan bordando Duero, Tajo, Ibero,
Y la felice copia
Vierta inmortal ambrosía y heliotropia.
Entre ellos mas lustroso
Guadalquivir, parezca
Coronado de fresca y verde oliva,
Y el ganado hermoso
Con el oro enriquezca
Que su cristal produce y fuente viva;
Y con letras escriba
De perlas, muy ufano,
En la urna cristalina
De su luciente mina
Dos Sénecas, un Mena y un Lucano,
Un Genesio, un Eulosio,
Y entre estos un ilustre y claro Ambrosio.
Pues ves, sagrado Bétis,
Cuán pobre loa es esta,
Haz que canten tus cisnes lo que resta.

DE RODRIGO CARO.

SILVA.

A la villa de Carmona (1).

Salve, alcázar sagrado,
Salve una y otra vez, antiguo muro,
De mí por patria cara venerado;
Aunque del tiempo vives mal seguro,
Y del mismo te veo
Ya casi en tus ruinas sepultado,
No sé qué de valor y de grandeza
A mis ojos ofreces,
Con que respeto y aficion mereces.
Cuán bien te puso nombre de alegría
¡Oh ínclita Carmona!
Quien tu primero pueblo disponia;
Pues con mural corona
Sales festiva á recibir el dia,
Y con la fértil copia de tus bienes
Alegre lo festejas y entretienes.
Prevínote la mano artificiosa,
Sobre altos pedernales arriscada,
Para que, de altos fines
Émula, á las estrellas te avecines;
Y tú, á grandes hazañas ardidosa,
Les hurtaste no ménos que un lucero,
Que resplandece, empresa gloriosa,
En el escudo de tu limpio acero;
De tu ilustre trofeo
Las dos Hesperias envidiosas veo,
Pues usurpas su honor á Leucrotea,
Y el espejo luciente á Citerea.
Para ser como reina respetada
Te dió naturaleza
La majestad y alteza;
Y así, en hombros de montes levantada,
Presides al gran llano,
Que enriquece de espigas el verano.
¡Cuánto es mejor tu vega
Que la que, en varias flores deleitosa,
Darro barre con oro y Genil riega!
Cuánto te debe Palas belicosa
De olivas siempre verdes!
Cuánto licor sagrado,
Pródiga, en aras de Dionisio pierdes!
Mas ¿para qué tu generoso aliento
Desacredito en lo caduco y vano,
Y arrastro por el suelo el pensamiento?
Voces me da en su templo soberano
La fama de tus hijos inmortales,
Cuyo nombre la aurora en sus umbrales
Oyó admirada, y su valor pregona
El indio mar en la tostada zona.
Aquí y allí corrieron orgullosos,
El renombre español acreditando
Y dando á Marte ejemplos gloriosos,
Que está la fiera invidia murmurando;
Pues vió cuánto esta gloria tuya abona,
Que para el César invencible fuese
Flaco el poder romano,
Y al mismo pareciese
(Quizá temió) fortísima Carmona.
De la bárbara gente descreida,
Del feroz africano
Tanto fuiste temida,
Que acometer no osó tu muro fuerte,
Y así pudo engañarte, no vencerte.
¡Ay, cuánto precio diste
De noble sangre al fiero alfanje moro,
A la vida de cruz anteponiendo
La lealtad al tesoro!
Dígalo el cuello santo
De uno solo ¡y cuán grande! Teodomiro,
Admiracion de Córdoba y espanto
Del bruto Abderramen enfurecido;
Y ¿qué retorno diste á su venganza?

(1) Creo que será leida con gusto la presente silva del primitivo autor de la célebre cancion *A las ruinas de Itálica*. La dedicó á don Fernando Caro. Fué escrita en su vejez. El llamar á Carmona *su patria cara*, no fué decir que allí habia nacido el autor, sino que era patria de los *Caros*. Así lo dice en una nota.

Mil te pagó por uno.
Tú fuiste de Fernando la esperanza,
Que, con solo á aquistar tu alcázar fuerte,
Adelantó su intento glorioso
Sobre el oscuro reino de la muerte;
Lloró su fatal suerte
El bárbaro en Sevilla delicioso,
Arrastró negro luto, entristecido,
El gran Califa, en Africa temido.
¿Qué reñidas batallas, qué escuadrones
No honraron tus pendones?
Ilustres hijos tuyos
Dan ser al promontorio militeo
Desde el mar gaditano al turbio Egeo.
¿Quién el genio no admira
De los que con benigno aspecto mira
Erudita Minerva?
Mas su decoro á sí sola reserva
Su debida alabanza;
Que aunque se esfuerce osado el pensamiento,
El decir no lo alcanza.
Vive siempre segura, vive ufana,
No temas de tu luz sombra enemiga;
Tu gloria soberana
Vivirá eternamente,
Que es mayor que el olvido tu alta frente.

DE VICENTE ESPINEL.

CANCION.

A su patria.

Desiertos riscos, solitarias breñas,
Peñascos duros, ásperos collados,
Agrias montañas, que medis el cielo,
Agua, que de la cumbre te despeñas
De los montes mas rígidos y helados
Que cubre nieve ni endurece el hielo;
Senoso y verde suelo,
Cuya profundidad y anchura apoca
Esta soberbia y levantada roca;
Ancha vega profunda,
Cuyos mas altos bultos
De aquí parecen á la vista ocultos;
Ruinas sacras de la antigua Munda
Sobre peñas tajadas
Hizo temblar de Roma á las espadas;
Oid un rato á un hijo que engendrastes,
De las vivas entrañas producido,
Aunque de ajena sangre alimentado;
Y si algun tiempo acaso os deleitastes,
Sabiendo que por tal hijo tenido,
Fuí de extrañas provincias albergado,
Ya que determinado
Vengo de dar á César su tributo,
Y de mi otoño el sazonado fruto
(Aunque el abril lozano
Está en su fuerza y brio
Para durar en el intento mio),
Mi corazon entrego en vuestra mano,
Manso, rendido, humilde;
Albergad este hijo y recibilde.
¿Qué espíritu encendido se va entrando
Por mis médulas? Qué furor me lleva?
Qué nueva fuerza se infundió en mi pecho?
Qué lágrimas mi rostro van bañando,
Y en un ardor, que mi sentido eleva,
Me levantan del suelo un grande trecho?
Tú, sacro Apolo, has hecho
Esta increible y súbita mudanza,
Mas tanto bien de Apolo no se alcanza;
Tú, dulce patria mia,
Mi furor desenfrenas,
Y alborotas la sangre por mis venas;
Que en la presencia de este alegre dia
Gasta la sangre negra,
Los ojos humedece, el alma alegra.
Por el bronco arcaduz de mi garganta
Una entonada media voz se siente,
No clara voz, mas apacible un tanto;
Lleva el compás á lo que el alma canta,
Un piadoso licor que blandamente
Forman los ojos, de alegria y llanto;
Ya doy principio al canto,
Que durará lo que la cuarta esfera
En salir de sus límites afuera
Tarde, y con furia inmensa,
Por la violencia suya,
Esta elemental máquina destruya,
Cuando será en la general ofensa
Esta roca abrasada,
Vuelta en ceniza, y de ceniza en nada.
Hasta aquí han de llegar, ¡oh patria cara!
Con el aplauso universal del mundo,
Mis rudos versos y tu heróica fama,
Y aquella generosa sangre clara
del de Aguilar, que con ardor profundo
A su memoria con razon me llama;
Ya en mi pecho derrama
Otro nuevo furor de ardiente canto;
Aguarda, que ya vengo, mártir santo;
Aguarda, Alonso, aguarda,
Que ya el tiempo se llega
En que del vulgo la ignorancia ciega
En tu memoria perezosa y tarda
Se deshaga y consuma
Con el son de tus armas y mi pluma;
Que no es razon que en tácito y confuso
Silencio quede la inmortal hazaña
Del que con santo corazon robusto
A la temprana muerte se dispuso,
Por domar la cerviz bárbara extraña
Y derribar al ismaelita injusto.
Yo cantaré aquel justo
Celo con que trujiste el barbarismo
A la sacra obediencia del bautismo,
Y la sierra nombrada
Que de tu sangre y nombre
Cobró la honra y bautizó el renombre,
Por mis acentos quedará ilustrada;
Al uno y otro siento
Pedir á voces mi favor y aliento;
Que al revolver tan valerosa historia
Toparé de mi sangre algun pedazo,
Que al principal intento satisfaga,
Y aun herida del caso la memoria,
Levante con furor airado el brazo,
Vengar pensando la reciente llaga.
Esto daré por paga
¡Oh patria! del talento que me diste,
Si acaso en paga tanto bien consiste;
Y estas cuevas confusas,
Que en tiempo de otras gentes
Fueron terrible albergue de serpientes,
Serán colegio de las sacras musas,
Y en las cavernas hondas
Guadalevin sosegará sus ondas.
Resonará por este hondo rio,
Que al Océano rinde su corriente,
¡Oh ciudad mia! tu inmortal trofeo,
Y á la sonora voz del canto mio
El gran señor del húmido tridente
Hará parar las aguas de Leteo;
Parece que oigo y veo
En furor ya tus hijos, encendidos
De envidia acaso, con razon movidos,
Dejar atrás mi verso,
Y con inmortal vuelo
Levantarse en sus plumas hasta el cielo,
Y tu valor en todo el universo:
Tal es la fuerza viva
De tu genio y valor si se cultiva.
Cuando de mi presagio el desengaño,
En la ocasion que presurosa viene,
Descubrirá la muerte verdadera
Aquel sacro pastor, que del rebaño
Que es dedicado á Dios la guarda tiene,
Y otros mayores justamente espera;
Cuando desta ribera
A la del fértil celebrado Tajo
A repastar pasare el nuevo atajo,
Quizá tendrá memoria

¡Oh dulce patria mia!
De tus mansos corderos algun dia,
Que para siempre cantarán tu gloria,
Y con balido tierno
Gemirán por su pasto y su gobierno.
Será forzoso verte despojada
De su reliquia, su favor y amparo,
Antes que de su luz la noche vea;
Que á pura fuerza de razon ganada
La voz del pueblo, con sonido claro
Por mil partes le llama y le desea;
Ya el Tajo se recrea,
Y en la sacra ribera deleitosa
Con el bronco rumor la sonorosa
Rueda celebra el caso;
Las arenas doradas
Desean de sus piés verse pisadas;
La ninfa Filodoce en áureo vaso
Flores destronca y rosas,
Que ceñirán tus sienes generosas;
Y aun no contenta tu fortuna en esto,
Doctísimo pastor, porque la paga
Crezca como el valor creciendo medra
Del suelo paternal á otro traspuesto,
Do tu valor á Dios mas satisfaga,
Creciendo irás cual amarrada hiedra
Hasta abrazar la piedra
Fundamental del edificio eterno,
Do por tu santo celestial gobierno,
De la Hesperia el ganado
Por el camino libre
Del agua irá á gustar del sacro Tibre,
Y el patrio pasto de Pachecó al prado,
Padre, pastor, paciente,
Pacífico, patron, pio, prudente;
Que si es la honra á la virtud debida,
Y en tan innumerable y larga suma
El premio corre al justo de la fama,
Antes que de estos miembros se despida
El alma suelta, volará mi pluma
Do mi deseo y tu valor la llama;
Esparce en mí una llama
De ese tu excelso nombre la excelencia
Que manifiesta al pronunciar la esencia
Del sugeto excelente,
Tanto, que no se escapa
Pacheco de patron, palacio, papa,
Y si al nombrar Pacheco el *pa* se siente,
Antes que acabe el checo,
Respóndeme otro *pa* corriendo el eco.
Despues, sacro pastor, de tu alabanza,
Y del antecesor, tan claro al mundo,
Oirás, cuando en heróicos versos cante,
Que él con valor, esfuerzo, espada y lanza
Hará mi canto un canto sin segundo;
Yo con pluma inmortal haré que espante
A Orlando y Sacripante,
Y que sobre su tumba el mas famoso
Llore, cual de otro Aquiles envidioso,
Y en tanto, ¡oh patria amada!
Alberga y da descanso
En tu regazo regalado y manso
A esta prenda, en tus muros engendrada,
Mientras del pensamiento
La destrozada vela amaino al viento.
Recibe al cuerpo en tu piadoso seno,
Que del naufragio se escapó en la gavia,
Los encantos huyendo de Medusa;
Que si amansó mi canto al mar Tirreno,
Y al bélgico furor, ardiendo en rabia,
Y en el Lacio planté la hesperia musa,
La mesma piedad usa,
Albergando en tu gremio al que engendraste;
Llorando, en las mantillas me enviaste,
Tierno, desnudo y pobre,
Y el pecho levantado
Rompió por la violencia de mi hado,
Por convertir en oro el primer cobre,
Por ásperos caminos,
De mil borrascas y tormentos dinos.
Llegado ahora al deseado puerto,
En blando lloro el pecho enternecido,
Envia al rostro la señal del centro;
Que estas ardientes lágrimas que vierto
No son causadas, no, del bien perdido,
Sino del gozo que se engendra dentro.
Ya en tus términos entro:
Salud y paz en Dios, tajadas peñas;
Salud y paz, peñascos, montes, breñas,
Arboles, corrientes;
Salud, paz y alegría,
Nobleza, amigos, sangre, patria mia;
Salud, ciudad; salud, plebeya gente;
Salud, dichoso clero,
De quien mi gloria y mi reparo espero.
Saludad, cancion mia, al que os leyere;
Y si acaso dijere
Que sois cansada y larga,
Decid que mas lo fué mi ausencia amarga.

EPÍSTOLA.

Al marqués de Peñafiel.

Despues, Señora, que las furiosas olas
Del mar inglés tragaron y estragaron
Tantas vidas y glorias españolas,
Y vuestro valeroso cuerpo echaron,
Como incapaces de sufrille dentro,
Libre del mal que á los demás causaron;
Aunque mas lo procuro, nunca encuentro
Quien verdadera relacion me cuente
De vuestra vuelta y general reencuentro;
Y así, lo dejo á la ocasion presente,
Por daros cuenta del estado mio,
De mi Mecénas y patron ausente.
La destemplanza de este invierno frio,
Y entre estos riscos el levante y cierzo,
Encogerán al mas lozano brio;
Estoy cual sapo ó soterrado escuerzo,
Cual el lagarto ó rígida culebra,
La cerviz corva, sin valor ni esfuerzo.
Voy á escribir, y el brazo se me quiebra;
Si quiero asir el hilo antiguo, roto,
Tiembla la mano al enhilar la hebra.
Ya, gallardo Marqués, estoy remoto
De mí; que la inclemencia deste cielo
Tiene el ingenio remontado y boto.
Dicen algunos que antes este suelo,
Por la extrañeza destos altos riscos,
Dará ocasion bastante al dios de Delo.
Mirad qué gusto ofrecerán lantiscos,
Chaparros y torcidas cornicabras
Entre enconosos fieros basiliscos;
Que aquí todo el lenguaje y las palabras
Es cochinos, bellota, ovejas, roña,
Cultivar huertas y ordeñar las cabras;
Si crece el pan, si el alcocel retoña,
Si Albohacen promete viento ó pluvia,
Y todo el resto es tósigo y ponzoña.
No se ve aquí la ensortijada y rubia
Frente de Febo, ni la parda aurora
En nueve lunas su cabello enrubia.
Cuando los cuernos del Carnero dora
Con su presencia el gran planeta, y cuando
La primavera con su luz colora,
Y cuando el lento buey se va alentando,
Los campos muestran una verde alfombra,
Y el árbol viene su azahar brotando.
Si entonces primavera no se nombra,
No se conoce aquí; que un negro viento
Cubre el suelo de espesa y triste sombra.
Divirtiéndome voy, porque mi intento
Fué dar disculpa de un temor cobarde,
Que al escribiros atajar me siento;
Que rehusándome yo de hacer alarde
En vuestras manos de caudal tan pobre,
Vengo á hacello nunca ó mal ó tarde;
Mas ¿quién será tan alcornoque ó robre,
O quién tan alta y encumbrada palma,
Que el temor que me sobra no le sobre?
Que esos concetos que engendrais de un alma
Pura y discreta, estilo limpio y casto,
¿A quién no dejarán suspenso en calma?
Que aunque lo mas en alabaros gasto

De la vida, que el cielo me concede
En este estambre quebradizo y basto,
No es discreto, Marqués, porque no excede
Vuestro valor á la palabra mia
Y á cuanto el mundo celebraros puede;
Que si pudiese... Mas podré algun dia
Desocuparme en alabanza vuestra,
Y al sugeto igualarse mi porfia.
Me atrevo á dar tan admirable muestra,
Que obrando el uno y celebrando el otro,
Fuese en el mundo igual la fama nuestra.
Furioso voy, cual desbocado potro,
Que ni reparo en pensamiento bueno,
Ni aquel elijo, ni repruebo estotro;
No os espanteis que corra tan sin freno,
Que como todo corre con el gusto,
Estando dél, estoy de todo ajeno;
Que borra Dios de la guadaña injusto
Cuanto Ericina con Cilenio junta
Medio en la nona, en la de Jove justo.
Mi condicion con la ocasion se junta,
Y el pensamiento á mi pesar me arrastra,
Y con el seso la razon se apunta.
Quien me habia de ser madre me es madrastra,
Quien me engendró, mi capital verdugo;
Solo Dios mi bajel repara y lastra.
Si le pluguiese (ya que así le plugo)
Mudar la proa, y con el viento en popa
Sacar mi cuello de tan grave yugo,
En aquel templo virginal de Europa
Colgaré, por memoria de mis daños,
Esta mojada y destrozada ropa.
Ya se me acaban, ya, los verdes años,
Y solo queda un memorial, que espanta,
De amargos y confusos desengaños.
¿A quién no hizo remover la planta
El gran terror de la ciudad famosa
Que de Juan honra la reliquia santa?
¿Quién no tembló de ver una rabiosa
Ira del suelo, y aun quizá de arriba
Amenaza á los hombres espantosa?
Rompe y asuela, y al romper derriba
De la pólvora el ronco trueno el muro
En que la miserable casa estriba.
Vuelan maderos por el aire escuro
Sobre el humoso remolino, y vueltos
Del grave golpe arrebatado y duro,
A cuáles dejan en su sangre envueltos,
Entre los brazos de la esposa amada,
A cuáles del troncon los miembros sueltos.
Húndense casas al temblar Granada;
Vela sonaba en el Alhambra, vela;
Traicion (toca á rebato) hay ordenada.
Disparan todos, huye el mozo y vuela;
El viejo corre, la parida en falda
El niño, y lleva en brazos la hijuela;
Huye, esparcido el oro por la espalda,
La doncelluela, en lo demás desnuda,
Que á nadie mueve el nácar ni esmeralda.
Un confuso alharido «¡ayuda, ayuda!»
Suena de gritos; nadie á nadie llama;
Que no hay quien por salvarse al otro acuda.
Crece la sorda y tragadora llama;
Traspasa á Darro, y de un horrible estruendo
Pasó al molino y dió la nueva á Albama,
Piedras de nuevo y leños esparciendo,
Que amenazaban la soberbia cumbre,
Y á trecho van las torres combatiendo;
Bajan vigas de inmensa pesadumbre,
Ladrillo y planchas por el aire vago,
Y espesos globos de violenta lumbre;
Y en el Alhambra hacen tal estrago,
Que las reales casas, cual Numancia,
De fuego y humo parecieron lago;
Del rey Chiquito la encantada estancia,
De alabastro azul y oro inestimable,
Cayó, como del dueño la arrogancia;
Mas ¿qué mucho, si el trueno incomportable
Parte asoló de la del gran monarca,
Del gran Machuca fábrica admirable?
Véense rayos de toda la comarca,
Que el Etna ardiente, con la noche escura,
Manifiesta y descubre cuanto abarca.
Dura el hambriento fuego, el daño dura,
Tiembla el consejo, que al mayor le falta;
Que la audiencia real no está segura.
Cada cual de la dulce cama salta
A reparar los daños generales,
Aunque á hijos y esposa haga falta;
Mas ¿quién repara repentinos males,
Que los famosos y altos edificios
De Troya parecian ser señales?
Las puertas rotas, la clausura y quicios
De las vírgenes sacras que al esposo
Cristo hacen perpétuos sacrificios;
Que de una laja el golpe ponderoso
De Catalina en el convento santo
El cuarto abrió del virginal reposo.
No atemoriza á las ovejas tanto
En el aprisco del cuidoso dueño
Nocturno rayo de mortal espanto,
Como la arrojadiza piedra y leño,
De Dios á las ovejas encerradas
Puso terror en lo mejor del sueño.
Cruzan las calles gentes á manadas,
Pasan y encuentran, sin saber por dónde,
Del sin vida enemigo mal guardadas;
Que al uno en las entrañas se le esconde,
Tropella al uno, al otro desbarata,
Da en el primero, y al de atrás responde;
Derriba, rompe, hiende, parte y mata,
Trastorna, arroja, oprime, estrella, asuela,
Envuelve, desparece y arrebata;
Consume, despedaza, esparce y vuela,
Traga, deshace y sin piedad sepulta
A quien del daño menos se recela.
¿Qué te movió, que no dejaste oculta,
Homicida sangrienta, la endiablada
Invencion de que tanto mal resulta?
Que esa ánima cruel descomulgada
(En describir la pólvora) no pudo
Con aparente bien ser engañada;
Que un ánimo feroz, áspero y crudo,
Y un ódio de Timon á los humanos,
Movió el bestial entendimiento rudo;
Que sin ella vencieron los romanos
Y engrandecieron sus excelsos nombres
Con esfuerzo, valor, industria y manos.
Cuando del infernal hedor te asombres
Del azufre y la pólvora, el infierno
Verás que disfrazaste entre los hombres;
Que, por tu daño, en el tormento eterno
Quizá, ó me engaño, llegará la nueva
De tanto lloro y sentimiento tierno.
Si Falaris hiciéra en ti la prueba
De tu invencion, ganara mayor gloria
Que por el Toro maldiciones lleva;
Mas ¿qué diré? que tiembla la memoria
De ver al tiempo el cielo figurado,
Que sucedió la desdichada historia,
Que en primera faz de Aries de cuadrado
Marte heria á Cáncer en la octava,
Y á la Luna, señora de este estado,
Y en diámetro Febo la miraba
Desde Acuario en Leon, y Marte opuesto
Al ángulo terrestre amenazaba.
¡Fatales muestras de violento y presto
Rayo, que dejará memoria amarga
Del caso lamentable y fin funesto!
Mas (*quorsum*) relacion tan triste y larga?
¿Es porque en la fortuna ajena pueda
De mi cerviz aligerar la carga?
No por cierto, Señor; que á quien le queda
Vuestra amistad, y tiempo en que gozalla,
No temerá peligro que suceda;
Que en la forzosa y general batalla
Todos llevan su cruz y la han sufrido,
Y ¡ay de aquel que sin cruz el mundo halla!
¡Ay de aquel que del hombro ha sacudido
La dulce carga que llevó el Cordero
Dos veces engendrado, una nacido!
Ahora, señor Marqués, sabed que quiero
Dejar las veras, que os enfado y canso,
Y á mí me pudro y de cobarde muero;

Que corra el tiempo riguroso y manso,
Quiero alargar la vida, en que consiste
Servir á Dios y procurar descanso;
Que es necedad andar suspenso y triste,
Muriendo en melancólico cuidado,
Que á gusto y vida y á razon resiste.
Dicen que un viejo, de vivir cansado,
Vino á dar de hocicos en un lodo,
De un haz de leña que traia cargado;
Que atollado, estribando sobre el codo,
Comenzó á dar mil voces á la muerte,
Flojas las muelas y sangriento todo:
«Vén muerte, vén en este trance fuerte;
¡Ay de mí, que aun la muerte me desdeña!
Vén á acabar tan desastrada suerte.»
Vino, y le dijo, asiéndole la greña:
«¿Qué quieres, viejo?» Y respondió temblando:
«Que ayudes á cargarme aquesta leña.»
Burláos con el vivir, vendrá volando
La farfallota y cortará el estambre
Sin saber cómo y sin deciros cuándo.
Si de una parte me acomete hambre,
De otra tristeza y suerte, mi enemiga,
Me pondré mas enjuto que un arambre.
Mas quiero conservar esta barriga
Que secarme, y váyase el diablo
Para ruin, y quien dijere diga
Que estoy hecho de duelos un retablo,
Mudo á mis bienes, y á mis daños sordo,
Y cuando debo de hablar no hablo;
Y quien me ve tan reverendo y gordo,
Piensa que es del añejo y magra lonja,
O que de rico y perezoso engordo;
Que aun este dia me pidió una monja,
Pues le negaba mi presencia y trato,
Que le haria singular lisonja
En darle de mi cara algun retrato,
Que lo tendria en excesiva estima
Por contemplar en mi belleza un rato.
Por darla gusto (que es un poco prima)
Le envié por memoria de mi rostro
Un botijon con un bonete encima.
Con la gordura tengo un ser de mostro,
Grande la cara, el cuello corto y ancho,
Los pechos gruesos, casi con calostros,
Los brazos cortos, muy orondo el pancho,
El ceñidero de hechura de olla,
Y adó me siento hago allí mi rancho.
Cada mano parece una centolla,
Las piernas torpes, el andar de pato,
Y la carne al tobillo se me arrolla;
No traigo ya pantuflos, y el zapato
Injusto y ancho por mover la corva,
Cortado á ojo y sin medida el hato;
Cualquiera cosa para andar me estorba;
Redondo el pié, la planta de bayeta,
Las piernas tiesas y la espalda corva:
¡Qué gentil proporcion para poeta!
Que mezcla mas estilos y colores
Que retales contiene una bragueta.
Esto no lo dirán los ruiseñores,
Sino algun graznador jifero cuervo,
Que poco entiende y cala de primores;
Cuya respuesta para vos reservo,
Porque defenderéis mis cosas tanto
Como me aprecio yo de amigo y siervo;
Que en las endechas bien parece el canto,
Y en las tinieblas la encendida vela,
Y en alegría alguna vez el llanto.
Per troppo variar natura é bella,
Y sin la variedad, queda desnuda
Del pez que nada y del halcon que vuela.
Al canto de aves el cuquillo ayuda,
En los terrestres algo adorna el topo
Y entre las yerbas del jardin la ruda.
Siempre que con aquel convite topo
Que de las lenguas á su dueño hizo,
Digo que fué gran majadero Esopo,
Porque le pareció que satisfizo
A una mala comida y peor cena
Con un dicho pensado arrojadizo.
Fuera mejor agradecida y buena
Una ollaza podrida de carnero,
Con tocino, garbanzo y berenjena.
Hizo pues bien el otro cocinero,
Que convidó á comer (por ser mandado),
Contra su voluntad, á un zapatero;
Y para regalar al convidado
Y mostrar variedad en la comida,
Le hizo de unas botas un guisado,
La mejor cosa que comió en su vida (1).

DE EUGENIO SALAZAR DE ALARCON.

CANTO DEL CISNE.

En una despedida de su *Catalina* para una ausencia á ultramar, antes que se desposase con ella.

Cuanto el tiempo va acercando,
Señora, ya mi partida,
Tanto mi penosa vida
Siento se me va alejando;
Que si la presencia tuya
La pierdo con el partir,
¿Cómo es posible vivir
El cuerpo sin la alma suya?
Y ¿cómo sufrir podrá
La fuerte separacion
De su alma el corazon,
Que tan lastimado está?
Y si de mi clara estrella
Me tengo de desviar,
¿Cómo veré á caminar
A escuras, sin la luz della?
¿Qué contento ú qué conhorte
Vientos y mar me darán,
Si se me queda mi iman,
Y he de navegar sin norte?
Ya no me darán consuelo
Tus ventanas, luces mias,
Do tú alumbrando salias,
Como la luna en el cielo.
¡Oh, si estos ojos, Señora,
Vieran tu rostro divino,
Como le han de ver contino
Los del alma, que te adora!
Que aunque los llevo tapados
Con ausencia y disfavores,
Los ojos del dios de amores
Mucho ven, y están vendados.
¡Oh, si un fin menos penoso
Mis hados darme quisiesen
Antes que mis ojos viesen
Este partir tan lloroso!
En aqueste apartamiento,
Que la fortuna me ordena,
Muchas cosas me dan pena,
Que revuelve el pensamiento.
Tráeme triste y muy penado
Un congojoso temor
Que en no viendo á tu amador,
He de ser de tí olvidado.
Fatígame en gran manera
El pensar si has de creer
Que en dejándote de ver,
Dejaré de ser quien era;
Que en aquesto agraviarias
A mi lealtad y fe,
Pues el que he sido seré
Hasta el cabo de mis dias.
Que ausencia no hará mudanza
En mi pecho tan constante,
Aunque el tuyo, de diamante,
No dió entrada á mi esperanza.
Y si de tí me olvidare,
De mí me olvide primero;
Que á tí, mi bien, sola quiero
Mientras mi vida durare.

(1) Del príncipe don Cárlos se refiere haber mandado una cosa semejante; véase la defensa de este ilustre mancebo en mi *Historia de los protestantes españoles*.

Mi voluntad y memoria
Estará, y mi entendimiento,
Siempre en tu merecimiento,
Y esta será ya mi gloria.
Mas este bien que me queda,
En tu crueldad pensando,
Se deshará suspirando,
Como del pavon la rueda.
¡Oh, si tan grata me fueses,
Que algunas horas guardases,
En que de mí te acordases
El tiempo que no me vieses!
Acuérdate, ingrata dama,
Deste mi amor tan profundo,
Y que soy en todo el mundo
El que mas te ha amado y ama.
Acuérdate que por tí
Sufrí con gran voluntad
Las pruebas que tu crueldad
Ha hecho contino en mí.
Y, acuérdate, amor, si quieres,
Del que nunca ha de olvidarte,
Y en cualquiera tiempo y parte
Querrá lo que tú quisieres.
¡Oh, si despues de yo ido,
Dijeses por este ausente:
« ¿Cómo estará aquel doliente,
De quien nunca me he dolido? »
Mis dolores y gemidos
Ya no pueden tener medio,
Aunque ausencia es el remedio
De amantes aborrecidos.
Que el irme á tierras extrañas,
Señora, ¿qué me aprovecha,
Si llevo tu fija flecha
Encarnada en mis entrañas?
Ni ¿qué prestará alejarme
De tus ojos inhumanos,
Si tus blancas largas manos
Donde quiera han de alcanzarme?
Que tú, como el pescador,
Que da larga al pez prendido,
Me la das por verme asido
Del anzuelo de tu amor.
Y aunque partiendo mi pena
Se hubiese de consumir,
No sé cómo tengo de ir
Arrastrando la cadena.
Y pues llevo tu ese-y-clavo,
¡Ojála que me prendiese
La justicia, y me volviese
A tí, porque soy tu esclavo!
¡Oh, si tus ojos serenos
Dejasen ya su inclemencia,
Y alguna vez en ausencia
Echasen tu siervo menos!
¡Oh si algun suspiro tuyo
Con los mios se encontrase,
Y á los que yo te enviase
Les dieses el lugar suyo!
Muero tu beldad no viendo,
Y muero tambien con verte;
Mas el ver da dulce muerte,
No ver es vivir muriendo.
Pues, Señora, si me alejo
Do no te pueda ver mas,
Por lo dicho entenderás
Con cuánta razon me quejo.
Habiendo de estar subjeto
A un desesperado mal,
No viendo el rico caudal
Dese tu divino objeto;
No viendo tu hermosura,
Tu gracia ni gentileza,
Tu discrecion ni grandeza
(¡Ay de mí y de mi ventura!),
Bien puedes tener por cierto
Que si llego á despedirme
Y de tu vista partirme,
Allí ó presto he de ser muerto,
Y si luego no muriere,
Será para mayor mal,
Viviendo en pena mortal
Cuanto yo sin tí viviere.
Que llores por mí no quiero,
Aunque muerto tú me veas;
Solo te pido que creas,
Mi vida, que por tí muero.
Y este llanto lastimero,
Señora, no te moleste;
Que el canto del cisne es este,
Dulce y tierno y postrimero.

CANCION.

¡Varias y lindas flores,
Suaves frescas rosas,
Galanas yerbas que adornais el suelo,
Y de varios colores
Libreas dais hermosas
A cuantos campos cubre el alto cielo!
(¡Ay me!) ¡cuánto consuelo
Me diera ver agora
En este lindo llano
La delicada mano
Que el corazon me aprieta á cualquier hora,
De vosotras cogiendo
Cabello, frente y seno floresciendo!
Vos, ¡árboles! que estáis
De frutos diferentes
Y verde hoja agora tan cargados,
Y dulce sombra dais
En las siestas ardientes
A aquestos ricos campos esmaltados!
(¡Ay!) ¡cuánto mis cuidados
Y penas se aflojaran
Si á la gentil persona,
De las lindas corona,
Vuestros sombríos ramos cobijaran;
Mi rostro en su regazo,
Cubierto á ratos con su bello brazo!
Y en tí, que en limpia arena
Los guijos vas bañando,
¡Oh agua dulce y fresca y cristalina!
Y sin alguna pena
Pasas, ora encontrando
La blanda flor, ora la dura espina;
(¡Ay!) si mi Catalina
Sus lindos piés metiera,
Y en tí se los lavara,
Y en tu corriente clara
Su beldad y blancura se extendiera;
¡Cuánto de mejor gana
Los viera yo que Acteon los de Diana!
¡Aire suave y sereno,
Que con cuerpo invisible
Esta florida estancia llena tienes;
Y tú estás tambien lleno
Del olor apacible
Que de las flores della en tí retienes!
(¡Ay!) ¡cuán mayores bienes
Y claridad tuvieras,
Si el gentil cuerpo y gesto
Y ser grave y honesto
De mi esperanza y dulce amor ciñeras,
Y por tí se esparcieran
Los rayos que sus ojos producieran!
¡Subtil y presto viento,
Que con vuelo agradable
De planta en planta vas y rama en rama,
Y con tu movimiento
Aqueste olor amable
De las flores y rosas se derrama!
(¡Ay!) ¡si á la que mas ama
Mi corazon ansioso,
Entre estas plantas raras
Blandamente aventaras
Aquel cabello de oro tan lustroso,
Con que da al alma mia
Mas de mil fuertes nudos cada dia!
¡Lozanas y polidas
Aves, de amores llenas,
Que yendo por el aire mansamente,
O en árboles mecidas,
Con vuestras cantilenas

Haceis un son suave y excelente!
(¡Ay!) ¡cuánto mi alma siente
Que esté de vuestro canto
Léjos el vivo oído
Y singular sentido
De quien sobre mí tiene poder tanto!
Que á estar aquí mi estrella,
Gozara ella de oiros, yo de vella.
Parte desta verdura,
¡Cancion! y vé adó posa
La que llamaran diosa
Gentiles de la gracia y hermosura;
Y di que si no muero,
Es porque verla, ó tierna ó dura, espero.

DE CRISTÓBAL SUAREZ DE FIGUEROA.

SONETO.

¡Oh bien feliz el que la vida pasa
Sin ver del que gobierna el aposento,
Y mas quien deja el cortesano asiento
Por la humildad de la pajiza casa!
Que nunca teme una fortuna escasa
De ajena vida el ponzoñoso aliento;
A la planta mayor persigue el viento,
A la torre mas alta el rayo abrasa.
Contento estoy de mi mediana suerte;
El poderoso en su deidad resida;
Mayor felicidad yo no procuro;
Pues la quietud sagrada al hombre advierte
Ser para el corto espacio de la vida
El mas humilde estado mas seguro.

ENDECHAS.

I.

Bella zagaleja
Del color moreno,
Blanco milagroso
De mi pensamiento;
Gallarda trigueña,
De belleza extremo,
Ardor de las almas
Y de amor trofeo;
Suave sirena,
Que con tus acentos
Detienes el curso
De los pasajeros;
Desde que te vi
Tal estoy, que siento
Preso el albedrío
Y abrasado el pecho.
Hasta donde estás
Vuelan mis deseos
Llenos de aficion,
Y de miedo llenos,
Viendo que te ama
Mas digno sugeto,
Dueño de tus ojos,
De tu gusto cielo.
Mas ya que se fué,
Dando al agua remos,
Sienta de mudanza
El antiguo fuero.
Al presente olvidan;
Y quien fuere cuerdo,
En estando ausente
Téngase por muerto;
Y pues vive el tuyo
En extraño reino,
Por ventura esclavo
De rubios cabellos,
Antes que los tuyos
Se cubran de hielo,
Con piedad acoge
Suspiros y ruegos.
Permite á mis brazos
Que se miren hechos
Hiedras amorosas
De tu airoso cuerpo;
Que á tu fresca boca
Robaré el aliento,
Y en tí transformado,
Moriré viviendo.
Himeneo haga
Nuestro amor eterno,
Nazcan de nosotros
Hermosos renuevos.
Tu beldad celebren
Mis sonoros versos,
Por quien no te ofendan
Olvido ni tiempo.

II.

Injusta enemiga,
Con intento injusto,
Solo por su gusto
A penar me obliga.
Ya de mí se aleja,
Ya mi muerte trata,
Y mientras me mata
Quejar no me deja.
En mis esperanzas
Veo siempre engaños,
Engaños con daños,
Daños sin mudanzas.
Furiosos pretenden
Ser mis pensamientos
Vientos y mas vientos,
Que mi fuego encienden.
Mi ánsia secreta
Publica que muero,
Pues quien es lucero,
Para mí es cometa.
Si viese, ¡ay si viese!
Ay si viese un dia
La tristeza mia
Que mia no fuese!
Apacible rama
Fruto amargo cria;
Brota nieve fria
Encendida llama.
Jamás se consuela
El dolor que paso,
Pues mientras me abraso,
Mi dueño se hiela.
De mí lo mas cierto
Son ciertos engaños;
Soy vivo á los daños,
A los bienes muerto.
Mi alma sedienta
Por lo que no alcanza
Deja la bonanza,
Busca la tormenta.
Con rigor extraño
A tal punto vengo,
Que por gloria tengo
Mi prolijo daño.
Doy, un Etna hecho,
Llamas por despojos;
Sale por los ojos
El ardor del pecho.
De tan triste vida
Mi muerte se arguye;
Sigo quien me huye,
Amo quien me olvida.
Lo que mas deseo
Falta cada dia;
Lo que no querria
Es lo que mas veo.
Entre sombra oscura
Veo gustos muertos;
Con ojos abiertos
No veo ventura.
Por causa tan dina
Mas pena apetezco;
Mi bien aborrezco,
Quiero mi ruina.
Ya de mi esperanza
Burla mi fortuna;
En cosa ninguna
Tengo confianza.

Por ojos ajenos
Se miran los mios
De gusto vacíos,
De lágrimas llenos.
Del morir la pena
Dé fin á mi suerte,
Pues solo la muerte
Tormentos enfrena.
¡Oh alma! resiste
A tantas verdades;
Que en dificultades
La gloria consiste.

CANCIONES.

I.

Aquel sacro mancebo,
A cuyo imperio nacen varios mundos,
El glorioso renuevo
De abuelos y de padres sin segundos,
De cuya diestra invita
Tiembla el flamenco, el otomano, el cita;
Aquel á quien estrecho
Viene el inmenso globo de la tierra,
De cuyo heróico pecho
Brota la dulce paz la ardiente guerra,
De quien libre sosiego
Devoto espera el afligido griego;
Aquel á quien la parca
La gran ministra de su fuerza ofrece,
El ínclito monarca,
A quien no deja el sol cuando anochece,
De cuyo celo pio
Aguarda libertad el sacro rio;
Viendo que de sus fueros
Huyen los corazones araucanos,
Y con intentos fieros
Remiten al esfuerzo de sus manos
Casi oprimir el orbe,
Cual hondo mar que las corrientes sorbe;
Al sucesor valiente
De claros y sin par antecesores,
Que con valor prudente
Domar supieron bárbaros furores,
La sujecion concede,
Porque el vencer como el estado herede.
Recibe el respetado
Baston con que sus glorias apercibe,
Y Tétis en su estado
Las águilas marítimas recibe,
De quien los anchos senos
Se ven de armados y pertrechos llenos.
En su vuelo las naves
Vencen los mas veloces pensamientos;
Llevan sus gruesos traves,
Aguas despedazando, récios vientos,
Mostrándose oportuno
En sus campañas el feroz Neptuno.
Ya favorable puerto
En su albergue los huéspedes encierra,
Ya con pompa y concierto
Pisan (dejando el mar) la altiva tierra,
Reconociendo en partes
La prevencion de los contrarios Martes.
Descubren en un llano,
Cuando en poniente el sol su luz emplea,
Al belicoso indiano,
Que amenazando en su poder campea,
Imitando arrogante
Al fulminado intrépido gigante.
Los desenvueltos trajes,
Donde el chino publica sus primores,
Los vistosos plumajes,
A quien crecen beldad varios colores,
Dan braveza al semblante,
Como la sangre al líbico elefante.
Ya el bárbaro impaciente
En tanta dilacion tormento halla,
Ya reparte su gente,
Ya para dar efecto á la batalla
Furor y lanza apresta
Con horrenda deidad Pálas funesta.
Las picas enarbolan
Los fuertes héroes, los estoques vibran,
Las banderas tremolan,
Y del temor los corazones libran,
Mostrando entero brio
Contra el furor y opuesto desvarío.
Ya el escuadron se mueve,
Ya combatir el español desea,
Ya por el viento leve
El estandarte de su rey ondea,
Ya batallan las cajas,
Ya los bravos las picas tienen bajas;
Ya el heróico Menandro
Anima sus valientes españoles,
Y cual nuevo Alejandro,
Viendo que son de la milicia soles,
Le incitan á que embista
Del uno y otro polo la conquista.
Ya batalla apellida
La gente al son del rayo belicoso,
Ya la trompa convida,
Ya el caballo lozano y generoso
Dobla el ruido y trueno
Con piés y manos, con relincho y freno.
Ya dan diversas muertes
Los que de un bando y otro escaramuzan;
Ya cierran, ya los fuertes
Destrozan, parten, hienden, desmenuzan;
Ya se ven hechos piezas
Piernas y muslos, brazos y cabezas.
Ya por el campo quedan
Petos, mallas y golas esparcidas;
Ya las celadas ruedan,
Ya las cuchillas miden; ya en las vidas
Cometen varios robos
Entre humos pardos acerados globos.
Ya se retiran estos,
Ya los siguen aquellos, ya revuelven,
Y ya con pasos prestos
Los que adelante fueron atrás vuelven;
Ya el quinto dios ufano
Junta montes de cuerpos en el llano.
Forman los no domados
Roncos suspiros, lamentables voces
De cuerpos destroncados;
Ya libres los espíritus veloces,
Crecen el terco bando,
Las negras aguas con Caron sulcando.
Ya deja el fuerte ibero
Con castigo las almas atrevidas,
Ya recoge el acero,
Cansado de cortar feroces vidas;
Y ya con suma gloria
Por sí canta Menandro la victoria.
Banderas enemigas,
En fe de su humildad, ofrece al cielo,
Y entre escuadras amigas
Triunfando da la vuelta al patrio suelo,
Llenos los hierros rojos
De bárbaros trofeos y despojos.

II.

Cuando cerró los ojos
Aquella que alegraba su horizonte,
Produjo el prado abrojos,
Brotó llamas la fuente, tembló el monte,
Mostró tristeza el suelo,
Y sus luces cubrió llorando el cielo.
Los apacibles cantos
De alegres ruiseñores no se oyeron,
Solo flébiles llantos
Endechadoras aves repitieron,
Y el aire enronquecido
Dió vivas muestras de dolor crecido.
Indómitos novillos
Bramidos por los aires esparcieron,
Y simples corderillos
A sus quejas balando respondieron,
Y con acentos pios
Murmuraron las fuentes y los rios.
Alma cándida y pura,
Que en tiernos años con ligeras alas

De tu prision oscura
Veloz subiste á las celestes salas,
Donde con plantas bellas
Pisando vas el escuadron de estrellas;
Acude á mi consuelo,
Y desde el rico asiento de diamante,
Que tienes en el cielo,
Vuelve á mirar mi pálido semblante,
Y siente mi tormento,
Si en la gloria cupiere sentimiento.
Las gracias, los amores
Con inmenso dolor muestran sus daños;
Las plantas y las flores
Visten matices no, mas negros paños,
Por tí, que siendo Flora,
Cobraste ser de celestial aurora.
Estos tristes acentos
En tus obsequias doy, en vez de rosas;
Suspiros y lamentos
De olores servirán donde reposas;
Y hoy, pues tanto padece,
Por tu sepulcro el corazon se ofrece.

DE PEDRO SOTO DE ROJAS.

ÉGLOGA.

Marcelo y Fenijardo.

FENIJARDO.

Ya en sus troncos nativos,
Temerosa la sombra se recoge,
Y deja la floresta
Por bien pasar la fatigada siesta;
Ya el céfiro ligero, que despliega
Sus alas al nacer del sol dorado,
Con arrullos lascivos
Al verdor de las hojas las entrega,
Y al blanco lirio en el sediento prado,
Sobre los hombros de la flor vecina,
El cuello, enfermo del calor, inclina;
Marcelo, al olmo erguido, si te place,
Los pasos encamina,
Que al baño de las náyades cortina
Entretejido con la hiedra, hace.
Sonará tu zampoña dulcemente;
Suave tu zampoña,
Con quien las duras sierpes su ponzoña,
Los vientos su braveza,
Y las fieras suspenden su aspereza.

MARCELO.

Por tu cantar, conquistador de fama,
Dulce el veloz cristal de aquesta fuente,
Vi que tiró la rienda á su corriente,
Y con cresta elevada
(Celebrabas de Fénix la blancura)
Oyó el principio y fin de tu tonada;
El cóncavo tremendo
De aquella peña dura
Atento te escuchaba
Y todos tus acentos pronunciaba;
Olvidado del pecho el corderillo
Simple se vió, su madre de la grama,
El jabalí de su feroz estruendo,
La golosa abejuela del tomillo,
De su braveza el jugueton novillo,
Las aves de su vuelo,
Y aun de su curso el cielo,
Que influencias derrama;
Pues si Pan, escondido
En la falda del monte,
Te daba atento su cerdoso oido,
Y Apolo se paraba en su horizonte,
¿Quién duda que enfrenases con tu aliento
El mas arrebatado movimiento?

FENIJARDO.

Con semblante apacible nos convida
El sitio, el instrumento
Al labio restituye,
Que al de Anfion cuando respira arguye.

MARCELO.

¿Qué cantaré, que á tu querer se mida?

FENIJARDO.

Canta, que oirla deseo, si te place,
Nueva cancion; contiene su argumento
Las promesas extrañas
Que á Fénix hizo el mayoral Ricacho,
Cuyo ganado pace
No estériles montañas,
Al Bétis opulentas si campañas;
Aunque el decirlo siento,
Y ella no tuvo de escucharle empacho.

MARCELO.

Es dilatada, y te será prolija.

FENIJARDO.

Breve será, como tu voz la rija.

MARCELO.

¿Suena mi flauta nueva?

FENIJARDO.

Los pajarillos de su vuelo olvida,
Los orgullosos álamos eleva.

MARCELO.

Pastora mas vistosa
Que el cándido mensaje del lucero,
Que el sol cuando amanece placentero;
Mas altiva y hermosa
Que las colores de la fresca rosa;
Mas tratable que el heno,
Y deseada mas que en mayo lluvias,
Mas que las mieses, por agosto rubias;
Dulce cual prado ameno,
Cual cielo azul tras tempestad sereno.
Tú de aquestas riberas
Escándalo bizarro no entendido,
Presta á mi voz templada atento oído;
Ten las plantas ligeras,
Toma ejemplo en las aves y en las fieras.
Estos pequeños prados
Indignos son de tu ceñida huella;
Duros influjos de elevada estrella
Son tan cortos ganados,
A tus méritos tantos dilatados.
Esta rústica gente,
Corta en el trato, en el trabajo corta,
Poco interés á tu riqueza importa;
Sigue mi paso ardiente,
Y a las dehesas de mis pastos vénte.
Vénte, hermosa pastora,
Vente á los anchos horizontes mios,
Que miden fuentes y terminan rios;
Y si tu luz los dora,
Tendrán al sol por su pequeña aurora.
Vénte, que en sitio alegre
Tengo una granja junto al Bétis sano,
A quien cuidan los cielos de su mano,
Y hacen la mas alegre
Que hay de Pirene al Calpe, y Duero al Segre.
Su fábrica eminente
Al mediodía ostenta al sol su seno,
Al aquilon se cubre, y al ameno
Bétis mira al oriente,
Al mar de Cádiz deja al occidente.
Señorea, elevada,
Cercados ricos, campos deleitosos,
Pastos á los ganados provechosos,
De inundacion guardada,
Que está del rio á un alto retirada.
Harála paraíso,
Si la pisa, tu planta generosa;
No huyas, no, mi canto, desdeñosa;
Que imitaré á tu viso
En líquida corriente á Cipariso.
La tiniebla destierra
Que (ausente tanto sol) la deshonora,
Y ofrezco darte, si tu luz la dora,
Cuanto el móvil encierra
Y engendra con su sémen en la tierra.
Rendiré á tu servicio
Rubias preñeces que á Neron Dalmacia,

Opulentas sangrías que Farnacia,
Y haré á tu sol propicio
De aromas de Pancaya sacrificio.
El diamante invencible,
A los pechos del Adamas criado,
Con roja sangre le verás labrado,
Y entre el oro apacible
Tendrá en tu mano precio inacesible.
Del sol la rubia cara
Tu hermosura deshará valiente
En el topacio que á su padre afrente,
Y por tu vista cara
Tendrás de Chipre la esmeralda clara.
Daráte el Gange hermoso
El desigual aljófar igualado,
Sus conchas el Lucrino delicado,
Y el Hidaspe famoso
De su márgen las piedras generoso.
A la ufana amatista,
De las fuerzas de Bromio vencedora,
Y al jacinto orgulloso, que enamora,
Haré que de oro vista
Los esplendores que dará tu vista.
En tu mano de nieve
Rico pondré el rubí de color roja,
Y la concha que cauta al mar se arroja,
Despues que el llanto bebe,
Que honora de Menon la muerte breve.
Traeré la negra Etites,
Compañera del ave coronada
De la orilla de Gange plateada,
Con que dolencias quites,
Y el mal comun en la mujer evites.
Desde el árabe seno
Haré á la cornerina que te trate,
Lustroso del antípoda el granate,
Y en el zafiro ameno
Verás el móvil círculo sereno.
Traeréte en tiempo breve
Las indianas cilindras prolongadas,
Cincel valiente en ágatas manchadas;
Tendrás, cual Pirro, nueve
Ninfas que Apolo con su lira mueve.
Daráte resplandores
La dorada crisólita, cristales
La helada Hibernia, el rubio mar corales,
Cuyos ganchos mejores
De verte las tuyas tomarán colores.
Mas bella que Campaspe
Te verás retratar entre mis ojos,
Y porque en suelo no te cause enojos,
Haré que se le raspe
Blanco alabastro y remendado jaspe.
Para gusto cumplido
Telas dará Milan, que vestir puedas,
Varias tu patria de colores sedas,
Porque el campo florido
En tu rostro se mire y tu vestido.
Con ojos penetrantes
Verá Cintio del Tauro cauteloso
Colgar su adorno á Priapo curioso,
Entre ramas vagantes,
Cunas que son de brótanos infantes.
Cuando tú, Fénix bella,
Sobre tapete, tribunal de flores,
Mil querellantes oigas ruiseñores,
Heridos por aquella
Del cielo espuma, de la mar centella,
A tus honestas faldas
Se vendrán los claveles vergonzosos,
Los nevados jazmines olorosos
Y las retamas gualdas,
De que tus manos tejerán guirnaldas.
Cuando el cordero corra,
Dando balidos, tras su madre amada,
Tendrás la fresca nazura arrugada,
Y la leche modorra,
Que de su plata la cuchara aforra.
Haréte una barquilla
Con que pises alegre el Bétis claro,
Pues has de ser de sus pilotos faro,
Cuya mojada quilla,
Por abrazarte, besará la orilla.
En el tostado estío
Tendrás la nieve, que su fuego amansa
Cuando en su pecho el vernegal descansa,
Cuyo helado rocío
Flaca será Pantarbe al fuego mio.
Gozarás de la guinda
El acedo sabor, que limpia el gusto,
La de semblante garrafal robusto,
Y cereza que alinda
A la color del que con Baco brinda.
Y la fruta que engendra
El armenio albarcoque mas temprano
Será tierra del cielo de tu mano,
Aunque te dé en su cendra
La blanca plata de su dulce almendra.
Tendrá tu mesa llena
En ancho plato la ciruela breve,
Cana la endrina, entre raspada nieve,
La sana damacena,
Y la oblongada, que en los dientes suena;
La cermeña olorosa,
Que de los gustos símbolo parece;
La pera que hortelanos enriquece,
Y la manzana hermosa,
Que imita en los colores á la rosa.
Daránte los panales,
Fábrica dulce de la enana abeja,
En fecunda preñez la miel bermeja,
Y la blanca en cristales,
Pacida entre floridos romerales.
Al durazno abrigado
Y generosa albérchiga madura
Podrá poner tu gusto la postura,
Y antes que el sol dorado
Gozar la higuera en fruto duplicado.
Las uvas moscateles
Y las albillas, ámbar en racimos,
De sus panales pámpanos opimos
(Si en pechos de Cibeles
Bermejas leches no), cándidas mieles.
Si de la patria olvido
Necesitares, con mejor reposo
Te le dará que Loto mentiroso
El melon escogido,
Que escribe su nobleza en su vestido.
La zamboa bienquista,
Mónstruo en el ser, en el obrar notable,
Confortará tu corazon amable,
Haciéndote conquista
Del olfato, del gusto y de la vista.
La granada avarienta
Te dará la riqueza que atesora,
Y el prudente moral la dulce mora,
Cuya color sangrienta
La tragedia de Tisbe representa.
Entre juncos iguales
Blanca manteca la vecina villa;
Córdoba la aceituna manzanilla,
Sevilla desiguales
Gigantas reinas, niñas imperiales.
De su piel despojado
Entre el añejo vino, en vaso hermoso,
Te serviré el melocoton sabroso,
Que despues de cortado,
Sangre derrama en su color dorado.
Desnuda y sin camisa,
Bien que casta, nadante en linfa pura,
A tomar de tus labios su dulzura
Vendrá la almendra lisa
Con blando orgullo derramando risa.
Y tambien, si quieres,
Mientras la hormiga entre la tierra escarva,
Ladron con llena troj de ajena parva,
Verás la rubia Céres,
Que entre sus risas te dará placeres.
Verás en el otoño
La tebana Alcitoe desgreñada,
Y al pié del árbol de Minerva echada,
Mientras llega el retoño
Con nueva hoja y pámpano bisoño.
Gozarás el membrillo,

Que al sol se viste, y se desnuda al hielo,
La olorosa camuesa sin recelo,
Y el pero del castillo,
Que de mirarte se pondrá amarillo.
En la solar panera
Los negros higos, las pasadas uvas,
A Baco antiguo en adobadas cubas,
Y ausentes de su esfera
La traviesa avellana y nuez parlera.
Tendrás para tu agrado
El piñon antes preso que lascivo,
Blanda azofaifa de principio esquivo,
El madroño encarnado,
Y en vino el orejon azucarado.
La níspera y la serva,
Que cada cual presume lo que tiene,
Vendrán á que tu gusto las estrene,
Olvidando la yerba
Que en su vejez su madurez conserva.
De la oliva opulenta
Gozarás el aceite pegajoso;
Y si el sentido tiendes codicioso,
Verá en bodega exenta
A Baco, que de cólera revienta.
Cuando se enoje el cielo,
Y el campo ostente su verdor nevado,
Para ser de tus miembros el traslado,
En las faldas del hielo
Verás dormido el fácil arroyuelo.
Los castaños armados,
Y las encinas bárbaras sin dueño
Domarán del ivierno el triste ceño,
Cuyos brazos cortados
Sus propios hijos te darán asados.
Porque el gusto recrea
Traeré la caña del azúcar madre,
El palmito, de muchos hijos padre,
Y la patata fea,
Que ha menester comerla quien la crea.
Tendrás, Fénix hermosa,
La cidra, cuya vista satisface,
El dátil moro, que en los aires nace,
Sucesion generosa
De la palma (no ingrata) perezosa.
El humor que rocía
Con distante influencia esfera hermosa
Tu gusto alentará mas temerosa,
Agro ponci desvia,
Porque á sus pechos tu dolor se cria.
Al fin todas las frutas
Que se puedan guardar tendrás bastantes,
Las que pidan al aire en las tirantes,
Las que la tierra en grutas,
Unas con humedad y otras enjutas.
Si animales quisieres
De la tierra, tendrás los de tu gusto;
El hombre soy, de lo que gustes gusto,
Y para tus placeres
Tendrás dulce compaña de mujeres.
Tirarán de tu carro
Janto y Etonte, que á tu luz se humilla;
Ocuparás de un palafren la silla,
O con galan desgarro
Las ancas de un bucéfalo bizarro.
Tendrás la carne añeja
Que ciego el Alcoran sin luz malquista,
La liebre hermosa de incesable vista,
El carnero, la oveja,
Y cordero reciente, que se queja;
La ternera sabrosa,
La arisca vaca, el jugueton novillo,
El manso buey, el toro, el cabritillo,
Y la cabra golosa,
Átropos de la oliva generosa.
Traeréte aprisionada
A la veloz montés de su aspereza,
Al ágil oso, flaco de cabeza,
Y la cebra listada,
Que es indomable, te traeré domada;
A la tigre valiente,
Al oloroso pardo, al buey tricornio,
Y aunque es difícil, vivo al unicornio,
La adúltera prudente,
Y el leon, que se venga si la siente;
De mi venablo herido,
El colmilludo jabali cerdoso,
El uro de Germania riguroso,
Y el onagro escondido,
Por su anhelar del cazador sentido;
La mantícora hermosa,
El lince entre colores de alegría,
Cuyo excremento pedernales cria;
La hiena engañosa,
La catoblepa oculta ponzoñosa;
De condicion esquiva,
El tejon, el erizo entre su fruta,
El sin memoria lobo y zorra astuta,
La simia fugitiva,
En su ignorante imitacion captiva;
El discreto elefante,
Que el castigo hará cuerdo escribiente,
De olor fragante al productor ardiente;
El camello gigante,
Y la abada, que afila su montante;
La esfinge troglodita,
El gatopaus, la brincadora arda,
La juguetona marta, blanca y parda,
El miquillo, que grita,
Y á su señor en lo que ve le imita.
Desgarros de Diana
Desdeñarás cuando en el bosque umbroso
Tires al conejuelo temeroso,
Y á la corza liviana,
Sustento vividor de la mañana.
Mientras mi diestro brazo
Juega la jabalina, ¿cuál es fiera,
Que no á tus ojos en sus filos muera?
Pues su rey despedazo,
Si se opone á mis fuerzas brazo á brazo.
Si peces quieres, juro
Rendirte cuantos viven en las ondas;
Abrazará mi red las grutas hondas,
Y aun no estará seguro
En su estrellado asiento el pez arturo.
Tendrás el sollo asado,
El grueso albur, el pámpano cocido,
La acedia, el lenguado mal vestido,
El sábalo sajado,
Y el hostion, de su cárcel desterrado.
De las aguas corrientes
El trompero, el robalo, la blanquilla,
El claro pejerey, la oscura anguilla,
Y en remansos prudentes
La trucha de colores diferentes.
De la mar la pescada,
El denton, el bonito, la corbina,
El besugo, la boga, la sardina,
La aguja prolongada
Y la tenca del agua reposada;
El cancro, que bracea,
El sabroso salmon, y de provecho
El atun, que desova en el Estrecho,
El barbo, la lamprea,
Y el pulpo, que en las peñas forcejea;
La blanca gibia astuta,
La fresca liza, y el pajel vistoso,
El levantisco esparrallon sabroso,
El cóngrio, la japuta,
Y la triste murena, que se enluta;
La doncella agradable,
Cándido honor de la abundante playa,
Con regla cierta la extendida raya,
Y de espina intratable
La rescaza, al enfermo saludable;
El pavo reluciente,
El sáfio, la anchova genovisca,
El ancho gallo, que la cresta arrisca,
La rémora valiente,
Que enoja al marinero si la siente;
El conocido mero,
El salmonete de color mezclada,
El que destroza con tajante espada
La red, valiente y fiero;
Tendrás el lobo y robador carnero.

Con tu aliento sagrado
Se halagará el delfin, y la ballena
Saldrá á tu sol á la menuda arena,
Y el eliro mojado,
Viceluna del húmedo pescado.
No hay pez, ora se moje
En corrientes arroyos, ora en Tétis,
Que no se albergue en el cristal del Bétis,
Mientras mi red le coge,
Para que entre tus plantas te le arroje.
Si de las aves gustas,
Tendrás (perdone Arabia) el ave hermosa,
Del nombre tuyo emulacion honrosa,
Y las de Jove augustas,
A cuyas garras tu blason ajustas;
El nuncio de la aurora
Con su campaña, de Meleagro nietas,
El sabroso capon de blancas tetas,
Y Argos, que á voces llora
Bastardo sueño y música traidora;
Faisan que el bosque habita,
Dócil la garza en círculo estrellado,
Y el pelícano amante, venerado
Por rara accion que imita
Cuando hijuelos difuntos resucita;
El pájaro que ofrece
Una esmeralda, el ánade mojada,
De garganta y pechugas mejorada,
Que á su reina estremece
Cuando las linfas con su parto empece;
El francolin precioso,
El que sin brazo mejoró su brio,
El ánsar que se huelga en el rocío,
De corazon goloso,
Desden infame del laurel honroso;
El perdigon pintado,
Que á su consorte quince huevos quiebra
Si no las fiestas del amor celebra,
A Jove consagrado
Y á la concha de Vénus amarrado (1);
La que el temor deshace
A que el delfin sobre la mar incita,
La que convoca nubes con su grita,
Que soledad le aplace,
Y la pintada, que los apios pace;
Contra sierpe entre flores
La que halla en el orégano su agrado;
Tendrás el cisne en canto regalado,
Y buitres vividores,
Que sin cópula engendren sucesores;
De colores vestido
Pico elocuente, entre curiosas redes
Las aves compañeras de Diomédes;
La tórtola sin nido,
En triste exequia honrando á su marido;
La noctúa, que aventaja
Con industria en batalla al enemigo;
De la paloma el vocinglero amigo,
La codiciosa graja,
Y la que marcha en órden y sin caja.
El corazon valiente
Del buho te traeré, si bien parlero,
No admitido en mi oreja lisonjero,
Pues tu boca prudente
Pronuncia dulce lo que el alma siente.
Aunque su voz la infama,
La símbolo del necio garrulante,
La del veneno codorniz amante,
El cuquillo sin cama,
Y la curruca, de sus hijos ama.
Mientras al campo muestro
Tu dulce nombre en consonancias graves,
Agudas cuanto lisonjeras aves
Oirás en coro diestro,
De que es el dulce y ruiseñor maestro.
Y cuando al cielo asalta,
Verás vuelta la garza, que parece
Ser su consorte á quien el pecho ofrece,
Y es quien la hace falta
Del bermellon que su candor esmalta.

(1) Verso de Garcilaso.

Alcándaras desnudas
Vestirán diferencias de balcones,
Venidos, por mirarte, á tus prisiones,
Que con garras agudas
Harán las aves mas parleras mudas.
Sobre rígida brasa
Verás, cándida Fénix, que te entrego
La salamandra del ardiente fuego,
Que mil pechos te abrasa
Por no ofrecerte don de mano escasa.

FENIJARDO.

El concertado son de tu instrumento
Al término se ajusta
De tu voz regalada;
Y así, ella al proceder del numeroso
Verso, si dilatado, generoso,
Que la encina robusta,
Ruda, no ejercitada,
Se inclina al blando acento,
Mostrando con las aves sentimiento.

MARCELO.

Suene tu albogue, suene,
Que la corriente de este rayo enfrene.

FENIJARDO.

¿No viste en mi cercado
El mi manzano, aquesta primavera,
De hermosa flor cargado?
Pues ya es fruto y dulzor lo que antes era
Flor, que á un soplo del viento
Desocupaba el levantado asiento.
Y cayeron mis flores,
Y el fruto busco de mi edad, si alguno
En ella habrá que llegue á sazonado.
El cálamo ya ronco,
Y renovado el doloroso llanto,
Que da mi edad perdida,
¿Qué tal será mi canto?
Qué cantaré, que lágrimas no pida?
El tuyo sí, que envidia de pastores
Es suspension de la deidad de amores.
Infórmenos lo liso de aquel tronco;
Hondo supe escribillo;
Aquí está mi cuchillo,
Que fué siempre á los olmos importuno,
Sin perdonar de aquestos campos uno.

MARCELO.

¡Dulce instrumento!

FENIJARDO.

Advierte.

MARCELO.

No he visto siete cañas tan sonoras,
Ni á tanta costa unidas;
Dime: ¿Aquesas labores son de cera?

FENIJARDO.

Pues ¿cómo resistiera,
A no ser de otra masa,
La fuerza del calor que nos abrasa?
Este instrumento me mandó Salicio,
Y me dijo muriendo:
«No tiene igual el mundo en su ejercicio;»
Y dió valor al acto con su muerte.
Supe que fué de Pan, y que corriendo
Tras una ninfa, hermosa
Harto mas que ligera,
Con salir Atalanta victoriosa,
De un mosquete las ramas atrevidas
La asieron el cordon de que colgaba,
Y al pié Salicio de mosquete estaba,
Que la dichosa suerte
Gozó. ¡Cuán dulces horas
Dió en su temprana edad á las pastoras!
Sin este ¿quién pudiera,
Cuando le escuchan los laureles sábios,
Mover los rudos labios
En la silvestre avena,
Del desengaño que profesó ajena?
Oye: si nuestro aliento se acomoda
A consonancia tanta,
El desengaño nuestro ardor levanta,

El desengaño en la floresta toda
Suene, y entre estos ramos
Pequeños tanto acometer osamos.
Patrio Genil amado,
Que al canto de mis quejas lastimado,
Diste con onda atenta
Orejas frias de cristal hermoso,
Del abril verde de mi edad lluvioso
Hasta el enero, de mi rostro afrenta;
Y tú, manada hambrienta,
Que con tierno balido respondiste
A mi concepto lamentable y triste,
Ya no, ya no apasiones
Dulce piedad que diste,
Pues canto libertad, y no prisiones.
Ya de mi pecho ardiente
La llama eché, de la cerviz valiente
Captiva el duro yugo,
Ya del helecho los graciosos granos,
Los tallos de verbena eché profanos,
Y el contra amor esquivo fuerte yugo;
Ya el necio llanto enjugo
En la esponja que ofrece el desengaño,
Compadecido en mi dolor tamaño,
Y el trato de tus ninfas,
Hoy que me aplico extraño
Al simple curso de tus claras linfas.
A tu deidad serena,
Que enlaza verdes juncos por melena,
Surca por barbas ovas,
Dedico ya mi regalado acento,
Freno de tu cristal, grillos del viento,
Mi vena inculta y naturales trovas,
Aun dentro en tus alcobas,
Solicitadas del curioso oido;
Del boj la hueca rama el son pulido,
Lisonja de tu oreja,
Y el arquillo encendido,
Que ya en las cuerdas rie, ya se queja.
A tí pues, curso amado,
Y á la deidad que guarda aqueste prado,
En tu verde ribera
Celebrarán mi avena y mi Talía,
Desde que nace hasta que muere el dia,
En rojo otoño, en verde primavera;
Y blanca miel y cera.
Dulce preñez de rústico alcornoque,
Tus aras hinchará cuando te invoque;
Y el cordero sangriento
(Aunque mi red se apoque)
Conquistará en tus ondas sentimiento.
Y en estacion segunda,
Con humildad, con lágrima profunda,
Del gancho de esta peña
Colgaré el roto yugo del tirano,
El aguijon de su temida mano,
Y las coyundas de la rubia greña,
Cuyo color desdeña
La pámpana que octubre ya fatiga,
La sazonada por agosto espiga.
¡Oh lazo así apretado!
Hoy verá mi enemiga
Exento de camella el buey cansado.
La libertad preciosa,
Cobrada en tu ribera generosa,
En mi soto perdida,
Dando á la rubia caña voz mi aliento,
Aguda lengua á chopos mi instrumento,
Rudos historiadores de mi vida,
Con pompa agradecida
Intento celebrar en ócio ameno,
Sin soles, sin escarcha y sin sereno,
Pues no es amor que afina
Belleza en vulto ajeno,
Que en los grandes peligros le examina.
Yo, que cual mercenario,
No buen pastor, trataba de ordinario
A vos, ganado tierno,
Con olvido ó con guija sacudida
De honda certera, que, si no la vida,
Quitó al manso tal vez roscado el cuerno,
Que el erizado ivierno,
Sin prevenida red y sin majada,
De la injuria del cierzo reservada,
Os entregué á dormidos
Perros, que á la robada
Oveja aun no sintieron los balidos.
Yo, que, perdido el seso,
En leche disipaba vuestro queso,
En la piel vuestra lana,
Sin tiempo y sin sazon vuestro carnero,
Vuestro andosco en recental cordero,
Para servir una belleza vana;
Yo, que para mañana
Nunca os previne pasto regalado,
Dulce licor en fuente, yerba en prado,
Antes con mano acerba,
De mi dolor guiado,
Os dí el licor amargo y seca yerba;
Hoy Argos vigilante
Con silbo manso os llevaré delante
Al pasto prevenido;
Y mientras que la sal el manso apoca
En mi mano, la parte que le toca
Lamerá con quietud todo balido,
Y en el campo florido
La yerba escogerá que jugo peche,
Y con ella licor que me aproveche,
No en la colodra ó tarro;
Que la abundante leche
Cria el cordero jugueton bizarro.
El ivierno majada
En torno os prevendré con red cercada,
Exenta de los frios,
Que advertida la tengo entre dos cerros,
Atalayas erguidas, do mis perros
Harán al monte horrendos desafíos;
Abrigados desvíos
Daréis á las escarchas, parabienes
Al sol alegre, al aquilon desdenes,
Y yo, gracias al cielo
De que entre rudos bienes
Duermo las noches, y los dias velo.
Tú, Fénix desdeñosa,
Mas irritable que entre espinas rosa;
Tú, sierpe al canto mio,
Busca otra vaga mariposa luego,
Que de tus ojos solicite el fuego,
El julio ardiente y el enero frio;
Busca para el rocío,
Que está en tus labios entre flor bermeja,
Mas agradable y recatada abeja;
Da el lazo del cabello
A mas simple corneja,
Que en él fatigue el ala y rinda el cuello.
Busca barca rendida,
Que se anegue en tu lágrima fingida,
Agrado á tus desdenes,
A la voz lisonjera de tu queja
Menos rebelde cautelosa oreja;
A tus guirnaldas menos blancas sienes,
Mas mérito á tus bienes;
Busca pecho de bronce á la dolencia
Que las memorias causan en tu ausencia,
Y á tu rigor tajante
Escudo de paciencia,
Que le resista con mejor semblante.

MARCELO.

Con tu cancion suave
Dulce prision has puesto á los sentidos,
Al prado, pues ha visto (bien lo sabe)
Corrientes vuelos pasos detenidos.

FENIJARDO.

Vamos, que ya la sombra de esta planta
Se tiende en la floresta,
La luz del sol se acuesta,
Y el humo de las chozas se levanta.

CANCIONES.

I.

La primavera.

La primavera hermosa,
Bella madre de flores,

Viene esparciendo amores
Con mano generosa,
Y el céfiro templado
Con dulce aliento solicita el prado.
Alegres á porfía
Las aves se levantan,
Y quejas de amor cantan
En presencia del dia;
Y él, entre luces bellas,
Da amorosa atencion á sus querellas.
Con menos aspereza
El hielo riguroso
En cristal bullicioso
Desata su rudeza;
Y ya de amor deshecho,
A niñas plantas les ofrece el pecho.
Pero á tí, hermosa fiera,
No mueven mis dolores,
No tocan los amores
Que trae la primavera;
Porque es tu pecho duro,
De nieve no, mas de diamante duro.

II.

A un jilguero.

¡Oh cuánto es á la tuya parecida
Esta mi triste vida!
Tú preso estás, yo preso;
Tú cantas, y yo canto,
Tú simple, yo sin seso,
Yo en eterna quietud, y tú travieso.
Música das á quien tu vuelo enfrena;
Música doy, aunque á compás del llanto,
A quien me tiene en áspera cadena.
En lo que es diferente
Nuestro estado presente
Es en que tú, jilguero,
Vives cantando, y yo cantando muero.

MADRIGALES.

I.

Pájaro venturoso,
Tú con dulce armonía
Llamas á tu amorosa compañía,
Y ella responde á tu cantar sabroso
Con regalado pico y ligereza;
Solo faltan oídos á mis voces,
Y no tengo, cual tú, plumas veloces.
¡Oh pájaro felice!
¡Cómo tu canto dice
Que te recompensó naturaleza!
La humilde compostura,
Si te quitó saber, te dió ventura.

II.

Dime, tirana hermosa,
Antes que el sí para mi muerte hables,
¿Por qué tanto estimar la plata y oro,
De fortuna tesoro,
Si el de la natureleza
Tienes en tu semblante y tu cabeza?
¡Ay! si estás codiciosa,
Amante rigurosa,
De amar cosas notables,
De amar ajenos bienes,
Ama el amor en mí, pues no lo tienes.

III.

En un barco pequeño y quebradizo,
Y en el mar de sus perlas,
Que embarcase mi alma Fénix hizo;
Mas llegando á cogerlas,
De respeto turbóse
Y el barquillo quebróse;
Pero en tan dulce calma,
Que á la lengua del mar salió mi alma.

IV.

Herido de una rústica abejuela,
A quien la miel hurtaba,
Cupidillo doliente se quejaba;
Y luego pone, de venganza lleno,
Dulce el licor robado
Sobre el labio encarnado
De Fénix, siempre hermosa;
Fénix, siempre del sol lúcida afrenta,
Y dice: «En hojas de clavel ameno
Se imprima aquesta historia;
Jamás se acabe dulce la memoria
De mi hurto suave y doloroso;
Quien os tocare sienta,
Cual de abejas crueles,
Punta en el alma, y en los labios mieles.»

DE DON LUIS CARRILLO.

SONETOS.

I.

Amor, déjame, amor; queden perdidos
Tantos dias en tí, por tí gastados;
Queden, queden suspiros empleados,
Bienes, amor, por tuyos ya queridos.
Mis ojos ya los dejo consumidos,
Y en sus lágrimas proprias anegados;
Mis sentidos, oh amor, de tí usurpados,
Queden por tus injurias mas sentidos.
Deja que solo el pecho, cual rendido,
Desnudo salga de su esquivo fuego;
Perdido quede, amor, ya lo perdido.
Muévate (no podrá), cruel, mi ruego;
Mas yo sé que te hubiera enternecido
Si me vieras, amor; mas eres ciego.

II.

Viste de ejemplo el tronco, y de fiereza
Este que ves centímano arrogante,
Aun muerto dura en el feroz semblante
El ánimo que opuso á tanta alteza.
Parias de humildad da á la grandeza
Del siempre vencedor altitonante,
Y así el árbol humilde el arrogante
Rostro humilla, humillando su cabeza.
Señales mira en él del rayo ardiente,
De Júpiter respeta los despojos,
¡Oh tú, que admiras triste esta memoria!
Frescas aun viven en la altiva frente,
Toma en ella consejo, abre los ojos
Y véte, que harto debes á su historia.

III.

El imperioso brazo y dueño airado,
El que Pegaso fué, sufre paciente;
Tiembla á la voz medroso, y obediente
Sayal le viste el cuello, ya humillado.
El pecho anciano, de la edad surcado,
Que amenazó desprecio al oro, siente,
Humilde ya, que el cáñamo le afrente,
Humilde ya, le afrenta el tosco arado.
Cuando ardiente pasaba la carrera,
Solo su largo aliento le seguia,
Ya el flaco brazo al suelo apenas clava.
¡A qué verdad temió su edad primera!
Llegó pues de su ser el postrer dia;
Que el cano tiempo, en fin, todo lo acaba.

IV.

¿Caiste? Sí, si valeroso osaste;
¿Osaste? Y cual osado, en fin, caiste;
Si el cuerpo entre las aguas escondiste,
Tu fama entre las nubes levantaste.
Nombre (¡oh terrible error!), mozo, dejaste
De que á estrella cruel obedeciste.
¿Lámpice gime tal? Tal Fema triste;
Una y otra tu losa verde engaste.
Intentaste, oh gran jóven, como osado;
Seguiste al hado, que te vió vencido;
Caiste mozo mas que desdichado.
Y así, en mi mal, gigante, te he excedido,
Pues sin haber tus hechos heredado,
Cual tú, menos tus llantos, he caido.

V.

Cuando me vuelvo á mí, y el dulce engaño
Que en deleznables lazos busco y sigo,
Conozco al alma, aunque tirano amigo,
Por corto tengo el mal, por corto el daño.
Mas, cuando no, con el dolor tamaño
Que al alma abraza, querelloso digo:
«Ciega mi enfermedad, duro enemigo,
¡Oh amor! Tal eres en tu enojo extraño.»
Cruel estrella se entregó á mi suerte,
Pues de ciegos recelos oprimida,
Desconociendo el bien, el mal advierte;
Mas solo alienta en mí tan honda herida
El ver que el tiempo, si me da la muerte,
El mismo tiempo me ha de dar la vida.

VI.

Mira el amante, pálido y rendido
A la inclemencia, Tisbe, de su hado,
El rostro en llanto por su amor bañado,
Y él en su sangre por su amor teñido.
Hiriósе con la espada, que habia sido
Ministra de su mal y su cuidado;
El golpe no sintió, que era acabado,
Con el morir su amante, su sentido.
Cayó, y buscó su sangre presurosa
La fria de su dueño, y ella herida,
Los brazos de su amante, querellosa.
Mostró su ser la muerte en tal caida,
Pues fué á juntar, de un golpe poderosa,
Lo que el amor no pudo en una vida.

VII.

Verse duda Sanson, duda en el lazo,
Lo que es duda Sanson duda, y procura
Hurtarse fuerte en vano á la atadura;
Ella tiembla temor, y fuerza el brazo.
Aquel valiente, aquel que de un abrazo
Puso puertas á un monte, y su espesura,
Flaca para él un tiempo ligadura,
Es á su libertad fuerte embarazo.
Llega el fiero juez, condena á muerte
Los ojos, y él, risueño y sosegado,
Dijo, mas que su fuerte brazo fuerte:
«Si tres veces de Dálila burlado
Sus engaños no vi, juez, advierte
Que ya de ellos estaba despojado.»

VIII.

Pues servis á un perdido, y tan perdido,
Dejadme, pensamientos desdichados,
Basten los pasos por mi mal andados,
Basten los pasos por mi mal perdidos.
¿Qué, osados, me quereis? Adó, atrevidos,
Montes altos poneis de mis cuidados?
Mirad vuestros iguales fulminados,
Mirad los robles de su piel vestidos.
Dan vida á mi mediano pensamiento
El ver un pino y una fuente clara
En esta soledad, que el alma adora.
El árbol tiembla al proceloso viento,
Corrida el agua de humildad, no pára,
Que el alto teme y el humilde llora.

IX.

A un olmo.

Enojo un tiempo fué tu cuello alzado
A la patria del Euro proceloso;
Era tu verde tronco y cuello hojoso
Dosel al ancho Bétis, sombra al prado.
Y ¿qué la edad no humilla? Derribado
Gimes del tiempo agravios, ya lloroso;
Tu ausencia llora el rio caudaloso,
Tu falta siente y llora el verde prado.
Envidia al alto cielo fué tu altura,
Cual tú me abraza el suelo derribado;
Imágen tuya al fin ¡oh tronco hermoso!
Tu mal llora del Bétis la agua pura,
Y quien llore mi mal nunca se ha hallado;
Que en esto basta solo el ser dichoso.

CANCIONES.

I.

Huyen las nieves, viste yerba el prado,
Enriza su copete el olmo bello,
Humilla el verde cuello
El rio, de sus aguas olvidado,
Para sufrir la puente,
Por mas que lo murmure la corriente.
Muda vistas la tierra; triste y cano
Mostró en blancura el rostro igual al cielo;
Desecha ufana el hielo,
Y viste el verde manto del verano;
Muéstranos su alegría
En suaves horas el hermoso dia.
El que altivo luchaba con la tierra
(Que, aunque fuerte, temia entre sus brazos)
Da apacibles abrazos
Al alto roble, que tembló su guerra,
Y siendo tan violento,
Solo es ladron en flores de su aliento.
Muestra el fértil otoño caluroso
El escondido rostro en fruto y flores;
Envidia sus colores
En arco iris, en su carro hermoso;
Y despues nuevamente
Afrenta el hielo la risueña fuente.
Mas la esperanza firme, por ser mia,
Así altiva responde á su tirano:
«Vuelva el invierno cano,
Volverá Celia cual la escarcha fria,
Aun invierno la espero,
Si á manos antes de mi fe no muero.

II.

Desátase risueño y ya murmura
De su cárcel helada el arroyuelo,
Temeroso del hielo,
Hasta parar al mar no se asegura,
Y con brazos de plata
Los prados de esmeralda ciñe y ata.
Los árboles gallardos, que mostraban
Canas de nieve las humildes frentes,
Ya en todo diferentes,
Las verdes copas en el cielo clavan,
Tan altas, que en su esfera
Adornan á la aurora la carrera.
Los campos, de mil flores recamados,
No envidian las estrellas á los cielos,
Y ellos, vistiendo celos,
Mirándolos, cual ellos, sublimados
A sus claras estrellas,
Para abrasallos, piden las centellas.
El vagaroso viento enamorado
(Que aun no es exento del amor el viento)
Dice su pensamiento
Con dulce aliento al monte y verde prado;
Y como amor profesa,
Su yerba abraza y á sus flores besa.
¿No es, oh Fabio divino (di), á tus ojos
El verano de flores revestido?
Pues burla es y lo ha sido,
Comparado á quien cuelgo mis despojos,
En su divino templo
Sol de hermosura, de virtud ejemplo.

DE DON FRANCISCO DE BORJA, PRÍNCIPE DE ESQUILACHE.

CANCIONES.

I.

Fuentecillas que reis,
Y con la arena jugais,
¿Dónde vais?
Pues de las flores huis
Y los peñascos buscais,
Si reposais
Donde con calma dormis,
¿Por qué correis y os cansais?

II.

Pajarillo que cantas
Cuando con tristes quejas
Al dispertar el dia te levantas,
Y enternecida dejas
La umbrosa selva que escuchó tu llanto,
Calla, no llores tanto:
Que es agravio y desdicha del que llora
Sentir sus quejas, y reir la aurora.
Canta la noche fria
En las dormidas ramas,
De tu dolor funesta compañía;
Descansa, cuando llamas
Al sol hermoso que los campos viste,
Logra su ausencia triste;
Que es agravio y desdicha del que llora
Sentir sus quejas, y reir la aurora.
En este verde soto
Escucharán tus males
Del mas vecino al sauce mas remoto,
Y el agua en sus umbrales
De verde yerba, de doradas flores,
Prenderán tus amores;
Que es agravio y desdicha del que llora
Sentir sus quejas, y reir la aurora.
No quieras mas aliento
Que en tus tristes congojas
La piadosa atencion del manso viento,
Y que duerman las hojas
Al dulce son de tus querellas graves,
Envidia de otras aves;
Que es agravio y desdicha del que llora
Sentir sus quejas, y reir la aurora.

III.

Si alegres y risueñas
Corren las claras fuentes
Entre perlas lucientes,
A reir las enseñas;
Y si corren aprisa,
Imitan mas la gracia de tu risa.
No rie la mañana,
Que soñolienta y fria
Sale á hospedar el dia,
Vestida de oro y grana,
Si primera no ries,
Y dejas qué copiar en tus rubíes.
Tambien quiere imitarte,
Cuando el sol reverbera,
La dulce primavera;
Y cuando abril se parte,
Hace el primer ensayo
Al paso de tu risa el suave mayo.
Pensaban, engañados,
Que las selvas reian
Los mismos que creian
La risa de los prados.
Todos, Silvia, mintieron;
Que sin verte reir, jamás rieron.
Los mas fieros tiranos,
Que menos se recatan,
No rien cuando matan;
Y aunque muere á sus manos
Con piedad el aurora,
La dulce muerte de la noche llóra.
Tu risa son enojos,
Porque matas riendo,
Y lloran (desmintiendo
A tu boca) mis ojos;
Y es lo que precian tanto,
Risa en tus labios, y en mis ojos llanto.

SONETOS.

I.

Yo, ni mandar ni ser mandado quiero,
Ni á ser humilde ni soberbio aspiro;
Y cuando llegue el último suspiro
Mas quiero ser poltron que lisonjero.
Yo soy de mis afectos consejero,
Y de nada me quejo ni me admiro;
Y aunque es tan breve puerto mi retiro,
Mas que en las ondas la bonanza espero.
Y en quien el viento corre mas en popa,
Y en el que su ambicion lo va estrechando
En mar y tierra el término de Europa.
Un giganton veréis en lustre y mando;
Llegad mas cerca y levantad la ropa,
Veréis debajo un ganapan sudando.

II.

No hay arte como el mio en toda España,
Ni lleva nadie, cuando á caza salgo,
Mejor rocin ni mas ligero galgo,
Ni tiene igual solar en la montaña.
Con nadie mi sombrero se acompaña,
Por mas que medio caballero valgo;
Como en mi casa singular hidalgo,
Sin ser bufon ni pescador de caña.
Sé mucho de linajes, y en el mio
Soy, por mis grandes partes, el primero,
Aunque en nobleza al tiempo desafio.
Subo al Retiro en coche por enero,
Y en él bajo tambien por julio al rio,
Y sobre todo, soy grande majadero.

REDONDILLAS.

Hoy, Silvio, quiero trocar
La corte por el aldea;
Para bien decid que sea,
Si me quereis obligar.
Poco importa que me aparte,
Y cuando todo lo deje,
Como de mí no me aleje;
Soy el mismo en toda parte.
No es ilusion ni porfía;
Que de un monte en la aspereza
No hay soledad ni tristeza
Con la propia compañía.
¡Bien haya una hermosa fuente,
Que, corriendo alegre y clara,
Ni en las lisonjas repara
Que hace el prado á su corriente!
Y á veces envuelta en nieve,
Cuando rompe su cristal,
Con descuido natural
Corre á pagar lo que debe.
¡Bien haya el pájaro solo,
Que consigo entretenido,
En las plumas de su nido
Previene la luz de Apolo!
Y despertando la selva
Al hermoso sol divino,
Gracias le da porque vino,
Y suspiros porque vuelva.
Ver á la primera vista
Del alba blanca y hermosa,
Salir armada la rosa
Porque las manos resista.
Ver el jazmin y el clavel
Uno blanco, otro encarnado,
Decir lisonjas al prado,
Como quien vive con él.
Bien haya la soledad
Sin engaños ni testigos,
Pues no tiene mas amigos
Que el amor y la verdad.
Allí se puede vivir.
Donde no hay que recelar,
Ni cuidado en engañar
Ni descrédito en sufrir.
Y escuchando los pastores,
Hace, al que quiere alegrarse,
De los propios olvidarse,
Oyendo ajenos amores.
¡Qué descuido tan dichoso!
Qué cuidado sin tenerle!
Donde el miedo de perderle
Turba solo su reposo.

EPIGRAMAS.

I.

Entraron en una danza
Doña Constanza y don Juan;
Cayó, danzando, el galan,
Pero no doña Constanza.
De la gente cortesana
Que lo vió, quedó juzgado
Que don Juan era pesado,
Doña Constanza liviana.

II.

Me pedis, Fabio, que os diga
Qué sentido doy á que
Celia sin pensar os dé
Una verde banda ó liga.
En tomar poco se pierde,
Mas yo vengo á sospechar
Que os quiere, Fabio, purgar,
Pues os empieza á dar verde.

III.

Aunque es Lucinda mujer
De un docto letrado y viejo,
No hay quien no quiera tener,
Mas que de Ticio el consejo,
De Lucinda el parecer.

IV.

Muriendo quien yace aquí,
De sí mismo murmuró,
Pues solo se confesó
Para decir mal de sí.

DE DON GABRIEL DEL CORRAL.

FÁBULA DE LAS TRES DIOSAS (1).

Júpiter, una siesta de verano,
Habitaba un fresquísimo entresuelo
Del palacio del cielo,
Y Ganimédes con maestra mano
Un holandés pañuelo,
Húmedo en azahares, ventilaba,
Y del rostro las moscas le arredraba.
Dormia el socarron piernitendido
Sobre un catre de raso y algodones,
Infundiéndole Baco dulce olvido,
Aquel bastardo hermano de Cupido;
Roncando estremecia los rincones
Del cielo el gran tonante,
Y la espumosa baba
Del mosto por las barbas le colgaba;
En tanto el troyanejo vigilante
Del labio el lacre sella
Con índice de plata,
Sin permitir grosero negociante,
Ni cien pasos en torno estampar huella
De pié divino ni de humana pata,
Cuando fruteramente vocingleras
Juno y Vénus y Pálas,
Quitando de los dedos las conteras,
A civil uñarada,
Como trinca de airadas vendederas,
Alborotaban las impíreas salas.
Vénus, encarnizada
Mas que fiebre en otoño,
A Juno asió del forastero moño,
Y fuése tras la mano; quedó en Juno
Público el calvatrueno,
Que como un rayo en ímpetu gatuno
Le sajó las mejillas, y arremete
Al rizado copete;
¡Ojalá fuera ajeno,
No padeciera Vénus infelices
Ruinas, en que se deshizo las narices!
Pálas, empero, viendo vitoriosa
Su calva emulacion, como valiente,
Se puso frente á frente;
Mas la soberbia Diosa
Hizo un chapin en su cabeza astillas,
Y una oreja la hirió con las virillas,
Quedó del golpe Pálas aturdida,
Mas recobróse luego, y con el puño
Se vengó del rasguño;
Tres dientes le hizo menos, y ofendida
Juno, como una víbora, y mas brava,
Otros tres que restaron les mostraba;
Que pareció su boca en tal estado
El tridente del húmedo cuñado.
Creció el rumor; y Marte, como amante
De Vénus, se enojó con su madrastra,
Que sacrílega arrastra
Las que osculó reliquias, cuando preso
Del tiznado herrerillo claudicante,
Dió envidia mas que lástima su exceso.
Pasaron los enojos adelante,
Mas Júpiter se opuso á los rumores
De la Pava, la Mendez y la Flores;
Porque semidormido, pian piano,
Llevándole Mercurio de la mano,
Con las medias caidas,
Haciendo con el cuerpo garabatos,
Y mal enchancletados los zapatos,
El jubon sin botones,
Pendientes de una cinta los calzones;
La ocasion del estruendo y las heridas
Quiso saber, y Juno, airada en balde,
Valióse de tener el padre alcalde.
«Por tí (dijo), por tí, villano, ofende
El rabadan de Troya
Mi hermosura, y á Vénus da la joya;
A Vénus, madre del lascivo duende,
Mujer del hollin torpe de la fragua,
Hija al fin de la cólera del agua;
¿Yo no soy tu mujer, y quien modera
El rayo de tu mano,
A quien has dado imperio soberano
Sobre la ley severa
De la fortuna? En fin, ¿yo no reparto
Desde un doblon á un cuarto?
Pues, ¿quién (si del propósito no sales)
Puede ser mas hermosa que cien reales?
¿Hay cosa mas discreta que un escudo?
Y ¿no es un real de á ocho
Estimado en Madrid y Castromocho?
No es mas bello el vellon que amor desnudo
Y que la gala en cueros?
¿Qué alcázares no escalan los dineros?
¿Cuál no vencen decoro?
Tú lo sabrás, que lo llevaste en oro.»
Del ejemplo vencido el venerable
Monarca de regiones cristalinas,
Antes que Vénus hable,
Sacó un estuche de herramientas finas,
Y en cuatro cuarterones,
Niveles á cabales proporciones,
Dividió la manzana;
Las tres entre las émulas reparte,
Y él llevó la otra parte;
Que aunque sea la audiencia soberana,
Al juez que á sentenciar hacienda llega,
Una parte á lo menos se le pega.
Sosegóse la trápala, y mas vana
Juno que la mujer de un sastre en coche,
Por propina dió á Jove mala noche.

EPÍSTOLA Á DON LUIS DE ULLOA (2).

Señor don Luis, si os dejan los negocios
Relajar el ingenio á breves ócios,

(1) Esta fábula se ha reimpreso como de Salvador Jacinto Polo de Medina, pero su verdadero autor es DON GABRIEL DEL CORRAL. Como de tal se publicó en la edicion de la *Universidad de amor* (Zaragoza, 1664).

(2) Estando el autor en Toro y don Luis en Madrid. Segun Luzan, es contra un cierto Faria, autor de unos versos que intituló *Nenias*.

Perded algun instante en la censura
Destos versos sin pompa, sin cultura,
Que al fresco, por dictámen vehemente,
Se escribieron con cálamo currente.
Cuando os coge entre manos
Ese abismo de ingenios soberanos,
Ese encanto del alma, ese confuso
Deleite, donde tanta sazon puso
La variedad hermosa,
Que en mezcla artificiosa
Divierte los sentidos,
Bien empleados, pero mal perdidos,
No deja á escuras, pues de nácar y oro
Vos esmaltais la frente á nuestro toro,
Y en vuestra ausencia todo se entristece,
Se anubla, se confunde, se anochece;
Como cuando da el sol á los humanos
Átomos, resplandores soberanos,
Aquellos que en el polo contrapuesto
(Todos los naturales dicen esto)
Con las grullas pelean, que se lleva
La menor en el pico, como breva,
Un general de aquellos, ó un sargento,
Y en el aire le engulle ó en el viento.
La digresion os pide mil perdones;
Que suelo pecar siempre en digresiones.
Aquí, faltando vos, la sazon falta,
Porque no hay cosa en Toro, baja ó alta,
Chica ni grande, en fin, mala ni buena,
Que no tenga sin vos notable pena.
Con todo, se animaron los señores
A hacernos á millares los favores;
Y estas Carnestolendas
Honraron con espléndidas meriendas,
Donde Vitoria y yo forzosamente
Nos dimos de las astas de repente.
A letra vista se pagó el alcance
En moneda de décima ó romance.
Duró poco el pacífico duelo,
Y yo rendí la pluma á mayor vuelo;
Pues, con ser Malagon el que lo atiza,
Como solos entramos en la liza
Y no hubo aventureros,
Embotáronse presto los aceros;
Bien que hizo de las suyas un poeta,
Cuyos escritos van á la secreta
Por sus pasos contados,
Donde con tanto ojo son notados.
Tambien, como al desgaire,
Ciertas décimas hizo de buen aire
Don Pedro, aunque hoy escribe de alimentos,
Crepúsculos de vuestros lucimientos;
Mas negó, como un perro, á piés juntillas,
Los que calzaron unas redondillas;
Y lo restante, fuera de los cuatro,
Nos sirvieron de pueblo y de teatro;
Recibimos en estas y en aquellas,
Vibrando rayos y flechando estrellas,
Una relacion fúnebre, una trompa
Que celebraba el túmulo y la pompa
De la ínclita Isabel, que el cielo habita,
Con las plumas escrita
Que dan á Manzanares
El nombre de Caistro, y en altares
Del templo de la fama, por decoro,
Graban sus versos con estilos de oro.
Muchos con alto aliento
Hurtaron á la esfera el instrumento,
Con que el Tracio en los rústicos desvíos
Movió los montes y enfrenó los rios.
Mas de los hieroglíficos, el vano,
El insulso aparato, no hay cristiano
Que con buena conciencia lo tolere;
Pues ¿quién habrá que espere
La bajeza sin arte, sin preceptos,
De estos protodiscretos,
Que, preciados de Tassos y Tibulos,
Ignoran mas que el cura de Fimulos?
¿Qué diré de la burda poesía,
Del endiablado acróstico Faria,
Del autor de las *Nenias* infernales,
Mas hereje que el príncipe de Gáles?
¡Oh poeta insufrible! Mas pesado
Que verdugo en los hombros de ahorcado,
Pues parece contagio tu barbaria,
Destiérrente á la isla Barataria;
Por cada verso sáquente una muela;
Ni en paz vivas, ni goces de Isabela.
Hay quien afirme que la reina santa
No murió del aprieto de garganta,
Sino ¡terrible mal! en profecía,
De achaque de las *Nenias* de Faria.
Mal haya, amén, quien de region extraña,
Dolencia tan cruel nos trajo á España:
Lamparones, diviesos, tabardillos,
Peste, landre, viruelas, garrotillos,
Corrimientos, jaquecas, almorranas,
Hipocondrios, postemas y cuartanas;
Y la inquietud que cuesta un estudiante,
Nenia se ha de llamar de aquí adelante.
Las feas, las bermejas y las dueñas,
Las beatas, las viejas zahareñas,
Las necias, melindrosas y tusonas,
Las no limpias, las gordas, las busconas,
Las tias, que hacen mella en un diamante,
Nenias se han de llamar de aquí adelante.
Los corcobados, vizcos y capones,
Zurdos, embustidores (1) y bufones;
Los bien peinados y los mal teñidos,
Y los de gala y ciencia presumidos,
Soplones, alguaciles y escribanos,
Los duendes, los demonios meridianos,
Los íncubos y súcubos y aglauros,
Los sátiros, los faunos, los centauros,
Y todo aquello que haga mal y espante,
Nenia se ha de llamar de aquí adelante.
Y Faria, para ser del mismo genio,
De hoy mas ha de llamarse *Farinenio*.
Vive Dios, que me aturdo
Que consienta Madrid tan grave absurdo.
Y vosotros, ingenios soberanos,
Que toda mi atencion os duda humanos,
Honor de nuestra edad, cuyo decoro
La restituye á sus cabellos de oro;
Erradicad de lo mejor de España
(Pues vuestro fruto ahoga) esta zizaña.
Y vos, últimamente, oh gran Ulloa,
Sin que espereis á la marina loa,
Venid á vuestra patria, que os aclama;
Que há mucho que nos dijo ya la fama
Cómo tuvo la suerte tan mal gusto,
Que dió por esos trigos, á disgusto
De los quirites de ese Corifeo;
Mas ¡qué suerte cumplió el comun deseo!
Antes siempre la suerte fué importuna,
Como uña y carne es de la fortuna;
Hizo como quien es en no buscaros;
Mas ¿cuándo mereció la suerte hallaros?
Si yo la suerte fuera,
Siempre habitara en vuestra faldriquera,
Siempre os acompañara en el garito,
Donde no hay sin la suerte nada escrito;
Y á debidos parajes
Muy á tiempo trajera los encajes;
Y todas las trocadas,
Largas las diera siempre y bien paradas;
Mas cuán en vano, amigo, os entretengo,
Pues yo no soy la suerte ni la tengo;
Y ahora mucho menos, pues no os veo;
Aquí entra el guárdeos Dios, como deseo,
Veinte y seis de febrero, año que cuenta
Sobre cinco mil seiscientos y cuarenta.
Vuestro amigo, que tanta ausencia lloro,—
Don Gabriel del Corral, abad de Toro.

EPIGRAMAS.

I.

A la pluma.

Renombre mas generoso
Da la pluma que el acero;

(1) Bolh, en vez de *embustidores*, pone *embaidores*.

Que si no escribiera Homero,
No fuera Ulises famoso.
Menos el valor presuma
Si eternidades anhela,
Porque si la fama vuela,
¿Quién la alcanzará sin pluma?

II.

A una dama que cerraba su puerta al Ave-María, y la abria despues á un fraile.

¿Qué importa al recato vuestro
Que cerreis, señora mia,
La puerta al Ave-María,
Si la abris al Padre nuestro?

III.

A Pinelo.

Llego, Pinelo, á entender
Que la pluma con que hurtaste
Tanta hacienda, la sacaste
De un alon de Lucifer.
Mas, aunque amigo te advierto,
No te espero escarmentado;
Que tú robas en poblado,
Y yo predico en desierto.

IV.

A Silvio.

Dudas, Silvio, de que acierte
La ley que el gentil admite,
Cuando al marido permite
Dar á la adúltera muerte.
Antes con gran sutileza
Disculpa al furor previno;
Que ese agravio es como el vino,
Que se sube á la cabeza.

V.

A Evandro.

Aprende, Evandro, á morir,
Llegarás á vivir bien;
Y para morir tambien
Aprende, Evandro, á vivir.

VI.

A Félix.

Félix, de tanto tropel
De escritores sin provecho
Me fastidio, que sospecho
Que encarecen el papel.
Precipítanse á pié quedo
Estos Icaros; y en suma,
De la tierra con la pluma
No se levantan un dedo.

VII.

De las palabras.

Las palabras (cosa es clara)
No tocan al que es discreto;
Que en el bien templado peto
Del desprecio las repara.
Nada al sábio le provoca;
Que, como de los sentidos,
Es señor de sus oidos,
Y el necio no de su boca.

VIII.

Del reinar.

Si los hombres alcanzaran
Del reinar la ley severa,
¡Cuán pocos reyes hubiera,
Y cuántos cetros sobraran!
Que en el rey (si ajusta fiel
El gobierno y la razon)
Tiene mas jurisdicion
El reino que el rey en él.

IX.

A un amigo desterrado.

¿Destiérrate de tu hermosa
Patria alguna vil cautela?
Porque la virtud desvela
A la envidia perezosa.
No llores, ni se te acuerde
De estimarla, que en perdella
Nada pierdes; antes ella
Te llore, pues que te pierde.

X.

A Nise.

Nise, en tan oscura calma
Se deslustra tu belleza,
O muere; que la tristeza
Es calabozo del alma.
Da treguas al sentimiento,
Y darás envidia al sol;
Que el mas hermoso arrebol
Para el rostro es el contento.

XI.

A Clenardo, maestro.

Guiada á mayor nobleza
Tu dotrina mejoró
La que mi padre me dió,
Tan ruda naturaleza.
Tú, Clenardo, eres de quien
El mayor lustre recibo;
Que, si por mi padre vivo,
Solo por ti vivo bien.

XII.

A Lauso.

Contra lo que el cielo ordena,
Ya dispensa el mundo, Lauso,
A la insolencia el aplauso
Y á las desdichas la pena;
Que á la ley, Solon famoso
La llamó tela de araña,
Que solo al pobre enmaraña,
Rompiéndola el poderoso.

XIII.

A Marta.

Si en todo ganas, y yo
Pierdo en todo, Marta avara,
Y la que vendes tan cara,
Dios de balde te la dió.
De gracia pudieras dar
Lo que es gracia, si algo es;
Y ya que nada nos dés,
Vende barato un pesar.

XIV.

Siempre, fray Carrillo, estás
Cansándonos acá fuera;
¿Quién en tu celda estuviera,
Para no verte jamás?

XV.

A su mujer, ofendido,
Cabra un marido llamó,
Y ella se desagravió
Con llamarle su marido.

XVI.

¿En qué, don Luis, ofendí
A tu gato, que no prueba
Tu cena, y solo se lleva
La que tienes para mí?
Estima tu gato, amigo,
Que, aunque ladron, es barato;
Si no, préstame tu gato,
Y vénte á cenar conmigo.

DEL LICENCIADO COSME GOMEZ TEJADA DE LOS REYES (1).

CANCIONES.

I.

En alabanza del retiro de la corte.—Imitacion de Horacio: *Beatus ille.*

¡Cuán bienaventurado
Aquel puede llamarse, que seguro
Del confuso cuidado,
Opuesto siempre al pensamiento puro,
En soledad dichosa
Huye la gente vana y engañosa.
La libertad amada,
Que al racional estado corresponde,
Por servidumbre honrada
No trueca en el palacio real, adonde
Es trabajo forzoso
Rogar, fingir, temer y estar quejoso.
No adora falsas lumbres,
Olvidado del sol, que aquí contemplo,
En las soberbias cumbres
Que levantan en polvo ilustre templo;
Como si el alma fuera
Dios del palacio, y el palacio esfera.
Pretende el mortal loco
Que le eternice fábrica profana
En el mundo, que es poco
Espacio al viento de su gloria vana;
Y frustran su deseo
Siete piés del mas noble mausoleo.
No ve la plaza llena
De engaños, pleitos, leyes, varas, plumas;
No mil almas en pena
Por honras, en el mar del mundo espuma;
Ni con vanas porfías
Odioso dificulta cortesías.
Dichoso el que no sigue
Aura vil de lisonjas y favores,
Ni á la verdad persigue
Como africano mónstruo de colores,
En quien traicion comienza,
Porque falta el mejor de la vergüenza.
Ulises cortesano
Odio no teme ni favores cela,
Ni de alevosa mano
El inculpable pecho se recela;
Que es divina prudencia
Defenderle con armas de inocencia.
El áspid de la envidia
Nunca en su corazon vertió veneno,
Que hombres viles fastidia,
Y ser sujeto della estima el bueno;
Cuya virtud alcanza,
Si en hombres disfavor, en Dios privanza.
No pide al cielo escudo
De paciencia el humilde en proprias menguas
Para que sordo y mudo
Entienda y sufra de Nembrot las lenguas,
Cuyo pecho sucinto
Retrata en Babilonia un labirinto.
Los filos de navajas,
Que cortan honras, y virtud los quiebra
(Mengua de gentes bajas)
Nunca temió, ni adulador celebra
Al que, habiendo testigo,
Pierde por un buen dicho un buen amigo.
Aborrezca ignorancia
(Puesto que el sábio alguna vez me asombre);
Que es vicio la arrogancia,
Y en sí convierte el virtuoso nombre;
Que el docto, hinchado y grave
(Regla infalible), si se salva, sabe.
En vos, humildad santa,
La ciencia y premio de su luz se encierra,
Que á la gloria levanta,
Y el mas sábio arrogante, si en la tierra
Nombre perpétuo gana,
Es sacrílego al templo de Diana.
A Bártulo y Homero,
Euclides, Agustin, Platon divino
Su ciencia igualar quiero,
Y es necio, si del cielo erró el camino;
Que á la sabiduría
Es el temor de Dios principio y guia.
Sin alma de sentencia,
Versos no escucha al déjfico sofista,
Cuya obscura elocuencia
Aplauso infiel de discrecion conquista,
Que yo alabar pretendo,
Porque si no lo alabo, no lo entiendo.
No culpa con desprecio
Al Rey, ni emienda su razon de estado
El político necio,
Que gobernar su casa no ha acertado,
Y astrólogo en las leyes,
Pronostica secretos de los reyes.
No insaciable codicia
Cuidado de la vida honesto llama,
A quien sigue avaricia,
Y el corazon del mas ilustre infama;
Que hombre de bien y avaro,
Si no es caso imposible, es mónstruo raro.
No escucha que atrevida
Hable la cobardía al valor mudo;
La ignorancia vestida
No ve cuándo el ingenio anda desnudo;
Si Diógenes viven,
No hay Alejandros que del sol los priven.
No en traidora bonanza
Del mar, á breve leño fiar obliga
El oro la esperanza,
De la puerta del cielo falsa amiga,
Adonde entrar con ello
Es por aguja angosta gran camello.
El inconstante juego
Fecundo de los vicios, padre, olvida,
Que enciende voraz fuego
De honor, tiempo, virtud, hacienda y vida;
A quien el mundo llame,
Si exceso le condena, oficio infame.
No lascivos amores
Al alma tiranizan el sosiego,
Ni celósos rigores
Encienden nieve, dan materia al fuego,
Porque el ócio vencido
Rompe las flechas al rapaz Cupido.
En el ameno prado
A sombra de la encina ó piedra yace,
A vista del ganado,
Que entre tomillos ó descansa ó pace;
Cuyos tiernos validos
Dulcemente adormecen los sentidos.
En sus nidos las aves

(1) El licenciado Cosme Gomez Tejada de los Reyes fué un ingenioso autor del siglo XVII, poeta y filósofo moral, de muy buen gusto literario y de mucha ciencia.

Escribió un libro intitulado *Leon prodigioso*, apología *moral entretenida y provechosa á las buenas costumbres* (Madrid, 1636; Valencia, 1665; Madrid, 1670; Sevilla, 1732).

Segunda parte del Leon prodigioso, Entendimiento y verdad, Amantes filosóficos (Alcalá, 1675).

Entre la publicacion de la primera y segunda parte dió á luz *El filósofo*, miscelánea de ciencias y filosofía moral.

El da razon de sí en este pasaje de su prólogo al *Leon prodigioso:* «Pasé de Alcalá á Salamanca los últimos años de mis estudios de teología por comunicar los varones insignes desta universidad. Aquí algunos dias de vacaciones y horas de recreacion, lo era para mí entretenerme en estudios de letras humanas, á las cuales siempre he sido aficionado. Escribí quince ó diez seis apólogos, y comunicándolos con algunos amigos, en particular con el maestro Céspedes, que lo fué mio, y le alcancé en su última edad, varon muy docto, como se sabe, en humana erudicion, aprobó mi asunto, censurándole útil para conseguir, no sin deleite, lo honesto. Dejé la universidad; y pasados muchos años en otros estudios y ocupaciones, acaso revolviendo papeles, encontré los apólogos casi olvidados, que antiguamente escribí. Acordéme de la censura de mi maestro; leílos, el amor de padre me obligó mirarlos como hijos. Amor, aunque natural, es ciego; ya lo veo. Corregílos, doctrinélos, segun mi genio y profesion, vistiéndolos al uso, pero honestamente. Crecílos y dílos á la prensa. Defectos tienen, parte que conozco, parte ocultos, de que me acusa mi desconfianza, y algunos de la impresion, á que no pude asistir.» En la primera parte hay un poema en octava rima *La nada*, en cuya contraposicion escribió otro intitulado *El todo.*

Le hacen simplemente compañía
Con músicas suaves;
Solo murmura alguna fuente fria,
Dando al céfiro quejas,
Y con susurro blando las abejas.
Ya mientras la vacada
Se extiende por el valle, que sonoro
Con voz menos formada
Responde quejas del celoso toro,
Sus bienes solo canta,
Y antes que males lleguen los espanta.
Persigue al veloz gamo
En un hijo del viento, que le iguala,
O engaña con reclamo
Perdiz que perdonó ligera bala,
Y al jabalí valiente
En roja espuma baña el blanco diente.
Ya esparce varia suma
De pájaros, escuadra generosa
Contra cobarde pluma,
Que huyendo abrasa esfera luminosa;
Que aun el celeste muro
De viles plumas vive mal seguro.
Entre perros leales
Sigue al corzo, la liebre ó al conejo,
O en los mansos cristales,
Que de Narciso pueden ser espejo,
Gozan su márgen fresca,
Y el barbo ó trucha con anzuelo pesca.
Al olmo poderoso
La humilde parra teje y encadena,
O el panal milagroso
(Néctar del cielo) castra á la colmena,
Si no es que el gusto cobre
Dulce tributo del preñado robre.
De espinas coronado
Viene el estío no muy riguroso,
Que el fruto deseado
Apacible le hace y amoroso,
Y cuando siega advierte
Que el premio sigue al filo de la muerte.
En el otoño viste
Baco festivo el campo de racimos,
Cualquier dolor resiste
Dulce licor de frutos tan opimos;
Que sin Baco y sin Céres,
Vénus se enfria y los demás placeres.
En el invierno frio
Rompe con mano al parecer ingrata
Las perlas de rocío
Sobre campos que el hielo hizo de plata,
Cuando dan un tesoro
De verdes esmeraldas, granos de oro.
Al verano recibe.
Y entre flores y risa se remoza;
Mas el que solo vive,
Siempre florida primavera goza;
Que es peor un cuidado
Que estío caluroso, invierno helado.
Ni pretende ni espera,
Contento pasa el pobre con su suerte;
No la fortuna altera,
No vida osada, no cobarde muerte,
Al ánimo sereno,
Mala al que vive mal, y buena al bueno.

II.

A la muerte (1).

Quisiera conocerme y conocerte,
¡Oh muerte! de cobardes fiero espanto,
De fuertes ni esperada ni temida;
Si te conozco, me conozco, muerte;
Muero desde que vivo, porque tanto
Há que perdiendo voy el tiempo y vida;
Yo soy el homicida
De mí mismo, yo soy el instrumento,
Aunque ignorante; no la muerte siento,
Sino el último instante
Que acabo de morir, por ser bastante
El solo, indivisible y sucesivo,
A verme muerto y conocerme vivo.
¿Qué es lo espantoso, muerte? Qué lo fiero
Que te infama, cruel y formidable,
Te ofende en vano, y tu opinion desdora?
Si al comun sentimiento me refiero,
Es lo triste de un fin inevitable,
Por quien el mundo vive, y necio llora;
Mas el sábio no ignora
Tu ser, que es privacion, un ente vano,
Y el miedo te ha infamado, cruel tirano;
Debiendo hombre á sí mismo
Temerse, si temer debe el abismo;
Que obrando mal, accion es mas debida
La muerte desear, temer la vida.
Hija de culpa eres; los errores
Que apetito infundió al entendimiento
Por un deleite mal considerado
Pudieron encender ciegos amores,
Dando la voluntad consentimiento,
Origen flaco del primer pecado;
Este el ser ha formado
A tu no ser, que anula lo que ha sido,
Por esto odiosa, y él apetecido;
Tanto puede un engaño,
Que aborrece el provecho y ama el daño;
Muera al pecado quien la vida quiere,
Porque quien nunca peca, nunca muere.
Seas pues entidad, ó nada seas,
Oh mónstruo horrible de figura extraña,
Que mueves guerra, sola no es creible;
Por crueles tus armas. no por feas,
Se temen, ¿dónde están? No tu guadaña,
Que un modo de union corta indivisible;
¿Qué tienes mas horrible?
Vivo padezco, y cuando estás presente,
Ni el alma puede obrar ni el cuerpo siente;
Mas, bien considerado,
Tu estímulo cruel es el pecado.
¡Oh armas fieras! que condenan luego
A gusanos el cuerpo, el alma á fuego.
Muera el pecado pues, viva la gracia,
Y la vida será muerte penosa,
La muerte será vida siempre amable;
Fin de trabajos, libre de desgracia,
Corona de los triunfos gloriosa,
Y posesion de un bien nunca mudable.
¿Quién navega el instable
Mar proceloso, y puerto no desea?
Sin nubes de ignorancia el norte vea;
Tiénelas nuestra vista,
Pues no le vemos; voluntad conquista
Con violencia estas Indias, si se esfuerza,
Porque el reino de Dios padece fuerza.
Un bien incomparable ¡oh muerte amada!
En tí se halla, que con tu venida
Cesa el pecar, ¡terrible desventura!
La llama del vivir queda apagada.
Que tuvo la del fómes encendida
De peligro mayor que hermosura;
Tu presencia asegura
(Vencido el mundo ya con su malicia)
La corona triunfante de justicia,
Y el bien de mas ganancia,
Que es el inmenso don, perseverancia;
Y al fin, á todos puede ser de gusto,
Al malo no pecar, salvarse al justo.
Vida erumnosa, solo puede amarte
Un insensible ciego, apeteciendo
Tu acíbar miel, y tu fealdad belleza,
Trabajos en seguirte y en dejarte,
Trabajos en vivir siempre muriendo,
Trabajos en la mísera pobreza,
Trabajos de riqueza,
Siempre identificada con cuidados,
Y mas trabajo ocasionar pecados,
Trabajos no tenerlos,
Porque está el merecer en padecerlos,
Y la mayor desdicha es del dichoso,
Que sin trabajos vive siempre ocioso.

(1) Poco se ha escrito en España sobre la muerte en sentido filosófico. Esta consideracion me movió á escribir mi *Filosofía de la muerte* (Cádiz, 1856).

Vive ya de una vez, porque es locura
Comenzar á vivir en cada hora;
Muere á tí mismo, y vivirás contento
Vida que en sus períodos no dura,
Y que nueva ocasion pierde ó mejora;
No es durable, fundada está en el viento;
Que es flaco el fundamento,
Alterado mil veces, del que aspira
A la verdad, buscando la mentira;
Que la verdad es una,
Libre de las mudanzas de fortuna,
Y solo es edificio estable y fuerte
El que se erige en basas de la muerte.
Al sueño llaman de la muerte imágen,
Si la muerte no es imágen suya,
Original y copia, así conforman;
Duerman los hombres, sueñen y trabajen
Hasta que salga el sol, la noche huya;
Y si especies mas gratas los informan,
En reyes se transforman;
Hártase su ambicion, mas no es probable
Aun por sueños la sed que es insaciable;
Todo florido prado
Es de Vénus y Baco profanado,
Gozan su vanidad, y á la mañana,
Trabajo y gusto es sueño, es sombra vana.
Siendo una misma cosa muerte y vida,
Bien concierta que mar tambien lo sea,
Vida alterada con borrascas locas;
Navega el hombre nave combatida
De vientos y de olas; y desea
No tomar puerto, bien que en altas rocas
Se rompa, ó abra bocas,
Por donde haciendo agua, al hondo suelo
Se precipite, presumiendo cielo;
Si ya mónstruos infieles
De culpas no la tragan, ó crueles
Sirenas con su música sonora,
Dulces le engañan, dulce muere y llora.
Corre el arroyo claro, y sus cristales
Se rompen entre guijas, entre arenas
De oro, y lisonjea delicioso;
El rio se despeña con raudales,
Adórnase de márgenes amenas,
Corre soberbio, cuanto caudaloso;
Triste fin ó dichoso
No atienden, y contentos al mar llegan;
Dulces pasarle quieren y se anegan;
Séanse pues los hombres
Arroyos pobres, rios de altos nombres,
Que rios y hombres de una misma suerte
Ha de sorber el mar, tragar la muerte.
Nace la flor hermosa en el aurora
Mas alegre de abril, entre esmeraldas
Que rompieron sus hojas carmesies;
Perlas sobre ella, y risas la alba llora,
Y dase agradecida á sus guirnaldas
Mas preciosas que de oro y de rubíes;
Oh esperanza, no fies
En la hermosura de sus hojas bellas;
Que si al brotar desluce las estrellas,
Apenas el sol hiere
El horizonte opuesto, cuando muere;
Y en mortal noche su hermosura humilla
La que nació en el alba maravilla.
Impulso artificial la rueda mueve
Sus arcaduces llenos y vacíos,
Unos levanta, otros precipita;
Con verde gallardía la hoja leve
Por noviembre acometen cierzos frios,
Y pálido el vestido se marchita;
Bien que el árbol compita
Soberbio con las nubes, le destroza
El voraz tiempo; la enramada choza
Igual desdicha aguarda
Que la torre mas firme y mas gallarda;
Un mismo riesgo todo el mundo corre,
La rueda, la hoja, el árbol, choza y torre.
Cancion, si es bien morir, tu edad es larga;
Tu música penosa
Muere para vivir, y en paz reposa.

IDILIO.

Traduccion de Ausonio Galo: *Quod vitae sectabor iter?*

¿Qué camino en mi vida seguir puedo,
Si cualquiera es incierto y peligroso,
Y al valor mas osado pone miedo?
Si en las plazas pretendo hallar reposo,
Todas las veo de tumulto llenas,
Que ocasiona el tratante y ambicioso.
En casa los cuidados y las penas
Viven; y si la dejo, y peregrino,
Estos mismos cuidados son cadenas.
Si es rico el mercader, por su camino
Padece el alma de virtud pobreza,
Que la dispone á mísero destino.
Si el trato dejo, dejo la riqueza,
Necesidad me asalta, y torpemente
Da leyes y hace esclava la nobleza.
Del labrador, que medra diligente,
Los trabajos conozco intolerables,
Sujeto al aire frio y sol ardiente.
Si al mar infaman olas formidables,
A la madre comun no soy ingrato,
Cuyos abrazos son menos mudables.
Graves las penas son del celibato,
Y las del matrimonio son mayores;
Que es vano de los celos el recato.
Si el son me agrada de los atambores,
Oféndenme los bravos desafueros
De la guerra, sus muertes y rigores.
Cuando ganancias torpes de usureros
Me llaman, aborrezco sus crueldades;
Que las usuras son cuchillos fieros.
Armadas vienen todas las edades
De cuidados, y á todos desagrada
La propria edad, antiguas ceguedades.
Falta á la infancia la razon amada,
Solo el castigo á la puericia rige,
Y entra la juventud desenfrenada.
A la edad varonil, oh cuánto aflige
Fortuna, ya por mar y ya por tierra,
Bien que valor su ceguedad corrige.
Si honra gana el varon en buena guerra,
Es con la sangre que copiosa vierte;
La que sale ennoblece á la que encierra.
Si en paz quiere gozar su buena suerte,
Unos trabajos otros encadenan;
Y van creciendo siempre hasta la muerte.
Los que vejez desean, la condenan,
Bien muestran ser malignos sus deseos,
Pues ya en la posesion lloran y penan.
Levantamos memorias y trofeos
A los tiempos pasados, los presentes
Por culpas proprias los hacemos reos.
Si temes los terribles accidentes
Del fin mortal, á muchos considera
Que su inmortalidad lloran prudentes.
Yuturna clama porque no quisiera
El privilegio que morir la impide;
Que sin honra, es su vida muerte fiera.
En las prisiones del peñasco pide
A Júpiter el sábio Prometeo
Fin de su vida, que los siglos mide.
Sepultura su ciencia en el Leteo,
Por excusar eternas inquietudes
Del águila, que frustra su deseo.
Vuelve los ojos pues á las virtudes
Del ánimo, y verás que reina el vicio
Con aplauso de infames multitudes.
El adúltero intento, el artificio
De Fedra, su madrastra deshonesta,
A Hipólito arrojó en un precipicio.
En su triunfo vencida fué la honesta
Resolucion, muriendo despeñado:
Tanto la virtud vale y tanto cuesta.
Si este camino dejas por cansado,
Y quieres por el mundo delicioso
Tu apetito seguir desenfrenado,
Mira las penas del vivir vicioso,
Y de todas tan cierto su castigo,
Aun en el rey mas alto y poderoso,

Infinitos ejemplos no prosigo,
Que en necios son de la virtud gran mengua;
Tereo ejemplo sea y sea testigo.
Quiere encubrir sus culpas y deslengua
La cuñada inocente; pero al malo
Una aguja, si espada no, fué lengua.
Desnudó con razon Sardanapalo
Con la virtud los hábitos viriles,
Cuyo castigo á su maldad igualo.
¿Quién no abomina sus deleites viles?
Ni mujer parecia entre los hombres,
Ni hombre entre los vicios femeniles.
De la perfidia los infames nombres
Tres guerras disuaden de Cartago,
Que dieron al valor altos renombres.
Mira desta ciudad el fiero estrago,
Por quien Roma se vió tambien á punto
De ser leve ceniza al aire vago.
Guardar la fe es peligroso asunto;
Mira el incendio que por mil edades
Da luz al nombre de la fiel Sagunto.
Si adoras las sagradas amistades,
¿A quién este refugio no consuela?
Mas no es sagrado libre de impiedades.
Por este crimen á la sábia escuela
De los pitagóreos, siempre amigos,
La ignorancia de pérfidos asuela.
Pero si temes estos enemigos,
Y huyes la amistad, de iguales penas
En las historias hallarás testigos.
No dudo que Timon, siendo en Aténas
Por tan impío delito apedreado,
Las amistades dijo que eran buenas.
El pensamiento va indeterminado
Por las inciertas sendas de la vida,
Cual nave sin timon por mar airado.
Ni basta ya la prenda poseida
A los deseos para su reposo;
Que eso mismo la hace aborrecida.
Agrada el resplandor del cargo honroso,
Inquieta luego, y quien mandar pretende,
Servir á viles tiene por glorioso.
Al que el honor ensalza, envidia ofende,
Templanza en la ambicion es gran prudencia;
Quien sube ciego, ciego al fin desciende.
El vigilante estudio de elocuencia
Dias hace las noches, es cansado;
Mas la rudeza es bárbara indecencia.
Si es piadoso el oficio de abogado,
Rara es la gracia con los pleiteantes,
Pues ha de ser alguno condenado.
Y si juzgas los pleitos importantes,
¿Quién tiene hacienda, quién paciencia tiene
Para esperar sus textos inconstantes?
A este, que el deseo lo entretiene
De hijos, ya en la posesion amada,
Junto con el amor el dolor viene.
Si la vejez espera, despreciada,
Hace presa en tu hacienda la codicia,
Y en tu cuerpo tambien la muerte helada.
Si vives torpemente en avaricia,
Con risa el pueblo y con razon murmura
En tanta necedad tanta malicia.
Si liberal procedes, te censura,
Pródigo el vulgo, con envidia vario;
De quien aun la virtud no está segura.
Todas las cosas tienen su contrario,
La mas constante tema su caida;
Que porque el mundo viva, es necesario.
La opinion pues de griegos repetida
Apruebo, que es la mas dichosa suerte
Nunca nacer á tan instable vida,
O nacido, gozar temprana muerte.

LA HONRADA POBREZA.

Traduccion de Angelo Poliziano.

Dichoso aquel, y á Dios muy semejante,
De ánimo gallardo y generoso,
Cuyo valor, en la virtud constante,
No vence el mundo, siempre mentiroso;
Su luz, que vive y muere en un instante,
No turba las potencias el reposo,
Ni de soberbia pompa el gozo vano
Obedece señor, siendo tirano.
Deja los dias discurrir callados,
Sin romper su quietud el pensamiento;
No guerra impetuosa de cuidados
Triunfa del desengaño y del contento;
En campos, á la paz templos sagrados,
Con pobreza en vestido y en sustento,
Pasa, nunca de vicios ofendida,
En silencio pacífico su vida.
Léjos de la ciudad, solo y seguro,
Parco en deseo (¡qué mayor riqueza!),
Erige de inocencia fuerte muro,
Y castillo invencible de pobreza;
Su suerte abraza con afecto puro,
Sola virtud reputa por nobleza,
No vivifica muertas esperanzas,
Vanos temores, necias confianzas.

SONETOS BURLESCOS AL SUSPIRO DE CRISAURA.

I.

Burla de los poetas de estilo hinchado.

Tiemble la tierra, y con furor horrendo
Euro los montes de su gruta rompa,
Al arma toque, y de su vana trompa
Huyan las nubes al horrible estruendo.
Tema volver al mundo al cáos tremendo,
Y el móvil que sus cursos interrompa
Victoria clame, y con gloriosa pompa
Celebre el triunfo bravo y estupendo;
Que si á toda la tierra es formidable
El viento bravo, vano y furibundo,
Un suspiro de amor con aura afable
Suspende las esferas y el profundo,
Sujeta al bruto mas inexpugnable,
Y con él la razon, que es mas que el mundo

II.

Burla de los poetas cultos.

Clarin, que rosicleres troglodita,
No empero su tridente jovenetos,
Acroceraunа prole de esqueletos,
Cristal anhela de esplendor cocita;
Candar, si no pirausta, que anfitrita,
Poco cede, si mucho adunca abetos,
Marte al amor construya parapetos,
Crepúsculos vibrando impulso scita.
Sus, que penetra piro diente eburno
Al murice diseña y colorido
Brasas de Porcia, de Lucrecia copos.
Dime, Favonio de cordial coturno,
¿Posible es que á los astros te has mentido?
¡Oh, amor! Si piras, ¿para qué piropos?

III.

Burla de la dama celebrada con tan alto estilo.

Suspira el avariento por dinero,
Por venganza el cobarde y desalmado,
El lascivo en sus vicios obstinado,
De ambicion combatido el caballero;
Suspira por comer el escudero,
Por pleitos y discordias el letrado,
Por enfermos el médico olvidado,
Por un príncipe necio el lisonjero.
Suspira por su dama el pobre ausente,
Quien goza porque vive temeroso,
Ella porque su gusto no acomoda;
Suspiran todos, ó su mal presente,
O el bien que falta siempre perezoso;
Crisaura por la noche de la boda.

DE ANDRÉS REY DE ARTIEDA.

EPISTOLA.

Al ilustrísimo señor marqués de Cuellar, sobre la comedia.

Es la comedia espejo de la vida,
Su fin mostrar los vicios y virtudes
Para vivir con órden y medida.
Remedio eficacisimo (no dudes)
Para animar los varoniles pechos
Y enfrenar las ardientes juventudes.
Materia y forma son diversos hechos,
Que guian á felices casamientos
Por caminos dificiles y estrechos;
Ó al contrario, placeres y contentos,
Que pasan como rápido torrente,
Y rematan con trágicos portentos.
La causa que llamamos eficiente
No es menos que un filósofo poeta,
Sagaz de ingenio, claro y elocuente.
El que no fuere tal no se entremeta
En lo que es apurar moralidades,
Porque requiere habilidad perfeta;
Para pintar conforme las edades,
El vicio y la virtud que predomina,
Y enjerir las mentiras con verdades.
Esto nos muestra al ojo Celestina,
Digo el autor, que supo darle el punto
Con tan suave espíritu y doctrina.
A Horacio en la *Poética* pregunto:
Si el artifice llega á lo que puede,
¿Cuándo lo dulce y útil nos da junto?
Averiguado pues de esta vez quede
Que es la comedia por extremo buena,
Y el autor á quien Dios tal don concede.
El que las abomina y las condena,
Habla de algunos tristes comediantes,
Que hacen mil libertades en la scena;
Y que diga mal dellos no te espantes:
Que tantas zarabandas, tantos mimos,
Chaconas y otras cosas semejantes,
Puesto caso que dellas nos reimos,
Las lloramos despues con los hijuelos,
Del gusto sensual que concebimos.
Pintar pudiera aquí algunos martelos
Que han traido inquietos á señores;
Pero, pues son notorios, callarélos.
Con todo, no será justo que ignores
Que hay bailes tan medidos y compuestos,
Que sacan de vergüenza á los autores.
Pero, que sean aquellos ó sean estos,
Si de esencia no son de la comedia,
¿Qué importa en su favor alegar textos?
Si quitados los bailes se remedia,
Siga su traza el cómico prudente,
Y el trágico prosiga su tragedia.
Murmuran de este género de gente
(Digo de los autores que recitan)
Muchos que en este mundo están á diente.
Dicen que, como juntos cohabitan
Los solteros, emprenden las casadas,
Que sus maridos propios facilitan
Burlas, para domésticas, pesadas.
En favor de ellos óyeme, y diréte
Cierta danza que vi una vez, de espadas.
Erase doña Pálila Copete,
Casada con un cierto comediante,
Lebron, pero en el talle mata-siete.
Este traia consigo un ayudante
Para acudir á su mujer y casa
Con lo bueno, costoso y abundante.
Era la hembra verdinegra rasa,
Amiga de pendencias, novelera,
Y en amores lascivos una brasa.
Tenia por amiga y compañera
A doña Laura, gran zarabandista,
Verde como la misma primavera;
La cual tenia el marido petrarquista,
Hombre que componia y recitaba,
Y juntamente otro galan de vista.
Era tambien coleriquilla y brava;
Y así, las dos vinieron á las manos
Por cosa que, apurada, no importaba.
Los dos amigos de ellas, casquivanos,
Viendo que estaban quedos los maridos,
Furiosos se embistieron como alanos.
Quedaron por las hembras mal heridos,
Haciendo los maridos su figura
Con solo patear y dar bramidos;
Quien este caso de estos seis apura,
Adulterios verá, tratos infames,
Que callarlos será muy gran cordura.
Mas no por eso á la comedia llames
Adúltera; que por extremo es buena,
Y es bien que como á tal la precies y ames.
Castiguen los que rigen, norabuena,
Al que tales delitos y obras hace;
Que el malo se corrige con la pena.
Y cuando bien se apure y adelgace,
El comediante, cuando representa,
¿Es Pablos cuando á Pablos contrahace?
Si cuando rey, como señor se sienta,
Si cobra, cuando Cid, tantos aceros,
Que al parecer emprenderá á cincuenta.
¿Es á dicha Morales ó Cisneros,
Ó es la triste Belerma Mariflores
Cuando á llanto y pasion puede moveros?
Claro es que no son ellos; pues, señores,
¿Qué importa á la comedia que sean malos,
Si para recitar son los mejores?
Los palos que se dan allí ¿son palos?
A los que como simples los reciben,
El entremés fingido ¿afrentarálos?
¿A dicha los que mueren no reviven?
Y si es que lo requiere la maraña,
Los que lo fingen ¿paren ó conciben?
Sola la vista y opinion se engaña:
Y así, el vicio y virtud de ellos no ofende,
Ni á la comedia en un cabello daña.
Con todo, por la Iglesia hay quien atiende
A mandar que la que es soltera y mala
No recite comedias, ó se enmiende.
Límite breve, al fin, se le señala;
Y si declina un dedo de la senda,
El que es recto juez castigarála.
Y aun no solo reforma su vivienda;
Mas las comedias que recitan mira,
Y lo lascivo y descompuesto enmienda.
¿A qué fin, pues, Heráclito se aira,
Si examinadas, se les da licencia,
Y del juez que se la dió se admira?
Sepamos: la económica ¿no es ciencia?
Pues la comedia ¿qué otra cosa enseña?
Oigamé, y tenga un poco de paciencia.
La gravedad que ha de tener la dueña,
La ley que ha de guardar firme y constante
El hombre que su fe y palabra empeña;
Celo y amor del padre vigilante,
De los hijos el miedo y el respeto,
Que han de guardar, teniéndole delante;
Del que es galan el término discreto,
La vergüenza y valor de una doncella,
Cuando se mira en confusion y aprieto;
El fin de una justísima querella,
La muerte arrebatada de un tirano,
Que por su gusto todo lo atropella;
Esto enseña al discreto cortesano,
Para que la virtud moral abrace,
Y de lo pernicioso alce la mano.
Y como á secas la verdad no place,
Es necesario que el poeta sábio
Con artificio lo disponga y trace.
Quiero apretarme con el dedo el labio,
Porque tratando á bulto de poetas,
Hago á los que lo son notable agravio.
No son, no, los que trovan chanzonetas;
Imagina que son mucho mas que hombres,
Y oráculos de Dios, si el punto aprietas.
A mí y otros cuitados no nos nombres
Poetas; que son rústicos engaños
Darnos tan grandes títulos y nombres.
De artes me gradué á los catorce años,
Graduéme de leyes á los veinte,
Con aplauso y pronósticos extraños.

Marte, favorecido en ascendente,
Dándome la jineta, al primer paso
Me hizo ver las costumbres de la gente.
Tuve á Mercurio junto de Pegaso;
Y así (aunque capitan de infantería),
Me entretuvo Virgilio y Garcilaso.
Saturno, que en la octava presidia,
Tanto me hizo privar con Tolomeo,
Que leí en Barcelona astrología;
Y aunque me fué propicio el caduceo,
Y me hizo ver mil cosas la jineta,
Y al paso de Saturno aprendo y leo,
Jamás me aventuré á llamar poeta,
Ni entiendo con qué espíritu se atreven
A pensar que lo son niños de teta.
Como las gotas que en verano llueven
Con el ardiente sol, dando en el suelo,
Se transforman en ranas y se mueven;
Así al calor del gran señor de Delo
Se levantan del polvo poetillas
Con tanta habilidad, que es un consuelo.
Y es una de sus grandes maravillas
El ver que una comedia escriba un triste,
Que ayer sacó Minerva de mantillas.
Y como en viento su invencion consiste,
En ocho dias, y en menor espacio,
Conforme su caudal la adorna y viste.
¡Oh, cuán al vivo nos compara Horacio
A los sueños frenéticos de enfermo
Lo que escribe en su triste cartapacio!
Galeras vi una vez ir por el yermo,
Y correr seis caballos por la posta
De la isla del Gozo hasta Palermo.
Poner dentro Vizcaya Famagosta,
Y junto de los Alpes Persia y Media,
Y Alemania pintar larga y angosta.
Como estas cosas representa Heredia,
A pedimento de un amigo suyo,
Que en seis horas compone una comedia.
Por no cansarte, al fin, Señor, concluyo;
Que como el argumento sea tan bueno,
Que corresponda al claro ingenio tuyo;
El verso grave, en su lugar y ameno,
Examinado quien lo tiene á cargo,
Lo mal sonante, bárbaro y obsceno,
Puedes oir comedias á mi cargo,
Y mas si una pasion al alma llega,
Y el dia sobra ó te parece largo;
Que Tárrega, Aguilar, Lope de Vega,
Aligerar con sus escritos pueden
La ánsia y pasion que te desasosiega;
Y pues salud los cielos te conceden,
Y querrá Dios que en extender tu estado
En tu favor confederados rueden,
Créeme, si te allige algun cuidado,
Que con el fuego se acrisola el oro
Y luce mas el hierro acicalado.
—Tu criado menor, *Artemidoro*.

SONETOS.

I.

Como á su parecer la bruja vuela,
Y untada se encarama y precipita,
Así un soldado, dentro una garita,
Esto pensaba, haciendo centinela:
«No me falta manopla ni escarcela,
Mañana soy alférez, ¿quién lo quita?
Y sirviendo á Felipe y Margarita,
Embrazo, y tengo paje de rodela;
»Vengo á ser general, corro la costa,
A Chipre gano, príncipe me nombro,
Y por rey me corono en Famagosta;
»Reconozco al de España, al turco asombro.»
Con esto se acabó de hacer la posta,
Y hallóse en cuerpo, con la pica al hombro.

II.

¡Qué gloria siente y bienaventuranza
El que con lo que tiene se modera!
¿No está claro que aquello que se espera,
En tanto que se espera no se alcanza?
¿Quién desea riquezas? Quién privanza?
Quién obispar? Quién arbolar bandera?
El que está falto dello; de manera
Que es privacion de bienes la esperanza.
En opinion mas que en verdad se funda;
Y si lo que esperas no viniere á pelo,
Con una y otra obstinacion segunda,
No lo pensé decir, pero dirélo:
Es la esperanza un ánsia vagabunda,
Que por pesada no la sufre el cielo.

DE DON MIGUEL DE BARRIOS (1).

SONETOS.

I (2).

A la muerte de Raquel.

Llora Jacob de su Raquel querida
La hermosura marchita en fin temprano,
Que cortó poderosa y fuerte mano
Del árbol engañoso de la vida.
Ve la purpúrea rosa convertida
En cárdeno color, en polvo vano,
Y la gala del cuerpo mas lozano
Postrada en tierra, á tierra reducida.
«¡Ay! dice, ¡gozo incierto! ¡gloria vana!
¡Mentido gusto! ¡estado nunca fijo!
¿Quién fia en tu verdor vida inconstante?
»Pues cuando mas robusta y mas lozana,
Un bien que me costó tiempo prolijo
Me lo quitó la muerte en un instante.»

II.

A su amada (3).

En el coro de amor con voz sirena
Corazones atraes, vidas encantas,
Nise divina, con dulzuras tantas,
Que reduces á gloria lo que es pena.
Suspendida no canta Filomena,
La suavidad oyendo con que cantas,
Y á las métricas voces que levantas,
El céfiro en los árboles no suena.
El arroyo entre flores detenido,
Al dulce quiebro de tu acorde lira,
Queda en florido tálamo dormido.
Pues, si como tu luz, tu canto admira,
A quien falta razon, vida y sentido,
¿Qué hará con alma quien por tí suspira?

III (4).

Ausente el sol, el prado se oscurece,
Reina la noche, madre de temores,

(1) Don Miguel de Barrios nació en Montilla. Su padre fué don Simon de Barrios, judío converso, ó mas bien hijo de judío converso.

Don Miguel se halló al servicio del rey de Portugal, duque de Braganza, con el grado de capitan.

Su padre debió ser perseguido por la Inquisicion, si no es que de propia voluntad se ausentó de España. En Amsterdam buscó asilo, como tierra de libertad, y halló grata acogida entre los rabinos mas principales de aquella ciudad populosa.

El ejemplo paterno lo condujo á abrazar el judaismo, tomando el nombre de Daniel Leví.

Sin embargo, al publicar la coleccion de sus poesías y comedias, con el título de *Flor de Apolo*, se denominaba el capitan don Miguel de Barrios (Brusélas, por Baltasar Vivien, 1665; Ambéres, por Verdussen, 1670). Lo mismo acaeció con el *Coro de las musas*, impreso en Brusélas el año 1672.

Sus comedias fueron cinco, que se intitulan: *El Canto junto al encanto*, *Pedir favor al contrario*, *El Español en Oran*, *Nubes no ofenden al sol*, y *Contra la verdad no hay fuerza*. Todas son de poquísimo mérito.

Escribió además una obra político-filosófica, que publicó en 1683, con el título de *Triunfo del gobierno popular y antigüedad holandesa*. De Barrios existen otras muchas impresas y manuscritas sobre historia, religion y poesía.

Las poesías de Barrios están por lo comun inficionadas del mal gusto reinante en su siglo. ¡Lástima en verdad! pues no le faltaba ingenio ni destreza en versificar.

(2) Léese en el *Coro de las musas*.

(3) *Flor de Apolo*.

(4) El mismo libro.

Y de las fuentes, árboles y flores
La diversa color igual parece.
Mas, cuando con sus rayos resplandece,
Dando lustre al matiz de los colores,
Por mas que apure el sol sus resplandores,
Quien negro anocheció, negro amanece.
Bien podria admitir la color verde
Con varios accidentes de alegría
A la negra color que mi alma viste;
Mas quien de la esperanza el verdor pierde,
Aunque pase la noche y vuelva el dia,
Triste amanece, si anochece triste.

MADRIGAL.

A Clóris (1).

Suspenso mi sentido,
Clóris, entre la vista y el oído,
A cual crea no duda;
Que de tus ojos la elocuencia muda
Imprime en tu semblante, á matar hecho,
El oculto carácter de tu pecho.
En vano pues procuras
Que tus labios, atentos
A seguir tus intentos,
Nieguen lo que aseguras,
Si de tu corazon se ven distintos
Los confusos enojos
En los vivos espejos de tus ojos,
Y con gracia no poca,
Politica tu boca,
Dice, y tus ojos bellos,
Cuanto ella quiere y cuanto saben ellos.

CANCION.

De un náufrago al mar (2).

Enemigo que, herido
Del Bóreas rigoroso, leon rugiente
Levantando el bramido,
No has podido templar mi pena ardiente,
Porque de mi amor ciego,
Con ser tanta tu nieve, es mas el fuego.
Tu saña fugitiva
Mayor venganza toma en perdonarme,
Pues mi tormenta aviva,
¡Qué pesar! no acabando de matarme
Con las ondas de hielo
Que á la tierra me arrojas desde el cielo.
¿Por qué de tus cristales
Me dejas salir vivo, si procuro
En tan continuos males
Ser de tu nieve infausto Palinuro,
Y no en pena crecida
Morir á manos de mi propia vida?
¿Por qué del fuego mio
No apagas el incendio rigoroso?
Por qué en tu centro frio
A mi pena no das sepulcro undoso?
Mas ¡ay tormento airado!
¡Que aun la muerte desprecia al desdichado!
Lloro á la muerte ansioso,
Al fuego me lamento sin sentido,
Gimo al aire celoso,
Al mar me quejo, al cielo favor pido,
Y no me dan consuelo
La tierra, el aire, el fuego, el mar ni el cielo.
¡Ay prenda de mis ojos!
Ay soberana luz! Ay Sol querida!
¿Qué atrevidos arrojos
Han dejado mi vida sin tu vida?
Si somos en tal calma
Un amor, un aliento, un ser, un alma.

(1) *Coro de las musas.*
(2) *Flor de Apolo.*

DE DON ANTONIO HURTADO DE MENDOZA.

SONETOS.

I.

La guerra.

Sangrienta perdicion, yugo tirano,
Guerra cruel, orígen y osadía
De la injusta primera tiranía,
Que puso cetro en poderosa mano.
Bárbara ley, tan murmurada en vano,
Ayudar del morir á la porfía,
Como si no costara solo el dia,
Como si no sobrara el ser humano.
Mas, aunque mas ¡oh guerra! estás culpada,
Es mayor la de fáciles antojos,
En bello campo de belleza armada.
No quiero amor; mas quiero dar enojos
A la dura violencia de una espada
Que á la blanda soberbia de unos ojos.

II.

Ningun hombre nació para admitido,
Que ninguno merece ser amado;
Que si en porfías cansa un desdichado,
Matará en presunciones un querido.
Mal se queja el mejor de aborrecido,
Que en daño de razon no hay desdichado;
Sobra el ser hombre ya para culpado,
Y basta ser amor para ofendido.
No estén las hermosuras, no, quejosas
Del comun desacierto de la dicha,
Que no hay suerte mayor que ser hermosas.
¡Oh tantas veces ignorada dicha!
Que si un hombre pudiera hacer dichosas,
No fuera menester otra desdicha.

III.

La soledad.

Amable soledad, muda alegría,
Que ni escarmiento ves ni ofensas lloras,
Segunda habitacion de las auroras,
De la verdad primera compañía.
Tarde buscada paz del alma mia,
Que la vana inquietud del mundo ignoras,
Donde no la ambicion hurta las horas,
Y entero nace para el hombre el dia.
¡Dichosa tú, que nunca das venganza,
Ni de palacio ves con proprio engaño
La ofendida verdad de las mudanzas,
La sabrosa mentira del engaño,
La dulce enfermedad de la esperanza,
La pesada salud del desengaño (3)!

DÉCIMA.

A la muerte de Lope Félix de Vega Carpio.

El aplauso en que jamás
Te podrá bastar la fama,
Lo mas del mundo te llama,
Y aun te queda á deber mas;
A los siglos quedarás
Por duda y desconfianza,
Por costumbre á la alabanza,
A la envidia por oficio,
Al dolor por ejercicio,
Por término á la esperanza.

DÉCIMAS.

A la muerte de don Francisco.

Cuando ya mas floreciente
Este prado, á cuyo aliento
Daban florido alimento
Aire blando y sol luciente,

(3) Gracian cita este soneto con los dos últimos versos, de este modo:

«De admirar las amargas alabanzas,
Ni del tirano amigo el trato extraño.»

Calma estiva, rayo ardiente
Tiranizó sus verdores,
Nube oscura sus albores,
Noche breve tanto dia,
Tantas luces sombra fria,
Viento airado tantas flores.
¡Oh siempre lucido en vano
Campo del vivir, que en breve
Pasos del invierno mueve
Por la region del verano!
Lo mas florido y temprano
Derriba soplo violento;
¡Oh guerra del nacimiento!
¿Cómo pelean, si humano
Parentesco tan cercano
Tienen la vida y el viento?
Francisco animoso y fuerte,
Menos deudor á los hados,
Heredó de sus pasados
El valor, si no la suerte;
Al Nuevo-Mundo la muerte
Fió el rendir su leonés
Bravo espíritu á sus piés,
Y debió fruto tan fiero
A la desdicha primero
Y al accidente despues.
De un prado en la verde cuna
Dió tanta flor la montaña,
Que honró la selva de España
Y el campo de la fortuna;
No se vió campaña alguna
Sin flor suya trasplantada
Por valiente mano osada,
Con heróica maravilla,
De los campos de Castilla
A la vega de Granada.
Fueron caudillos leoneses
Contra ejércitos vencidos
De los un tiempo temidos
Almanzores cordobeses;
Nuevos martes montañeses
Logró su airada cuchilla,
Clavijo en su verde orilla,
Primero sangriento estrago
En que siguió Santiago
Los pendones de Castilla.
¿Cuántas cristianas banderas,
De su valor conducidas,
Poblaron esclarecidas
Las andaluces riberas?
Las esperanzas primeras,
Que don Juan al reino daba,
Deshizo la mano brava
Del cruel Pedro, por quien
Aun hoy gimiendo se ven
Los muros de Calatrava.
Seguir los pasos no dudo
De aquel gran niño, de aquel
Muro valiente y fiel
Del Ordoño y del Bermudo;
Del reino invencible agudo
Por él perdieron el miedo,
De Córdoba y de Toledo
A tanto el orbe escuadron
Las campañas de Leon
Y las almenas de Oviedo.
Si á los ejemplos ancianos
Faltó, porque en verso está,
Que en ócio reposan ya
Los aceros castellanos;
De cuanto avarientas manos
Concede la paz, juez
Ser pudo una y otra vez
A la gran Valladolid,
A la plaza de Madrid
O al campo de Aranjuez.
No dejó el ócio á la fama
Mas gloria que la que encierra
La mentida, airosa guerra
De los brutos de Jarama;
De juvenil viva llama
¿Quién dió rayo mas luciente?
Que en este ejercicio ardiente,
Aunque festivo le llamen,
Las burlas hacen exámen
De las veras del valiente.
De tanto antiguo valor,
De tanto espíritu altivo
Nada queda entero y vivo
Sino el llanto y el dolor;
¡Oh peligros de una flor,
Ninguna ya mas segura,
La virtud en la ventura,
En la estimacion el sábio,
El valor en el agravio,
Y en el premio la hermosura.

REDONDILLAS.

Un poeta celebrado,
Y en todo el mundo celeste,
Viéndose ordinariamente
De otro ingenio murmurado
De que siguiendo á un galan
En traje de hombre, vestia
Tanta infanta cada dia,
Le dijo: «Señor don Juan,
Si vuesarced, satisfecho
De mis comedias, murmura,
Cuando con gloria y ventura
Nuevecientas haya hecho,
Verá que es cosa de risa
El arte, y sordo á su nombre,
Las sacará en traje de hombre,
Y aun otro dia en camisa.
Dar gusto al pueblo es lo justo;
Que allí es necio el que imagina
Que nadie busca doctrina,
Sino desenfado y gusto.

DE DON LUIS DE ULLOA Y PEREIRA.

EPÍSTOLA.

A un caballero amigo que vivia en Sevilla. Alábase la vida de la corte.

Dos veces inclinado en vuestra ausencia,
Con la cerviz y el ánimo os ofrezco
Señales de aficion y reverencia.
Que disculpeis mi vanidad merezco,
Socorriendo en el riesgo á mi osadía,
Si con vuestra eleccion me desvanezco.
Ya os escribí, Señor, cómo vivia
Retirado en la corte, y que gustoso
Estas contradiciones convenia;
Que navegaba el golfo peligroso,
Ni recatado de sus vientos varios,
Ni de firmes escollos recelosos.
Y que, rotos los lazos voluntarios,
Reinaba ya mi libertad ociosa,
No solo con vitorias, sin contrarios.
No hay en el viento ni en el agua cosa
Menos estable que el sosiego humano,
Aun padece inquietud cuando reposa.
Un accidente menos que liviano
Redujo mi salud á tal dolencia,
Que aun no me cuento en número de sano.
No basta la razon ni la experiencia
A prevenir con arte ni cuidado
Todos los lances de la contingencia.
Deste accidente y otros obligado,
Porque mi natural viva violento,
Dejo la corte, y déjola forzado.
Mas me fatigo, cuanto mas me aliento,
Y crece resistida la tristeza,
Cuando los medios de consuelo intento.
¡Oh cuánta confusion, cuánta extrañeza
Hallará ejecutado mi retiro,
Si tan horrible á figurarse empieza.
No duermo ni sosiego ni respiro,
Y en el enojo de congoja tanta,
Un suspiro me impide otro suspiro.
Vuestro juicio pienso que se espanta
De mi cobarde aliento, y discursivo,

A mas que mi experiencia se adelanta,
Oponiendo á las lástimas que escribo,
Cuantos ingenios doctos celebraron
La candidez del siglo primitivo;
De cuya dulce libertad sacaron
Las causas verdaderas de alabanza,
Que á nuestras soledades trasladaron.
No es lo mismo tibieza que templanza,
Ni la comun modestia se condena,
Como la singular desconfianza;
Cuando la soledad pudo ser buena,
Ignoróla el despecho y el delito;
Era costumbre entonces, no era pena.
Y si ahora en el número infinito
De opiniones la miro defendida,
Ninguna me convence ni la imito;
Que cuando mas la retirada vida
Tenga razones para tolerada,
No se las hallo yo para elegida.
Dura resolucion, desesperada,
Labrarse un molde en que vaciar los dias,
Sin que se altere de la estampa nada.
Alimentarse de melancolías,
Y en lo de para siempre en un estado,
Imitar las eternas agonías;
A todas horas el humor de un lado,
Reclinados en él los pensamientos,
Nunca del gusto, siempre del enfado.
¿Qué bronce sufrirá los cumplimientos
De una ciudad, las veras, los retiros,
Las temas, las malicias y los cuentos?
Pues si salis al campo á divertiros
Con las amenidades que os ofrece,
Ya vuelven á estorbarse mis suspiros.
Cuanto en la selva misteriosa crece
Para ruda lisonja de los ojos,
Todo sordo se ve, todo enmudece.
Aquellos en abril verdes despojos,
Que se miran teñidos del estío,
En el octubre pálidos y rojos,
Y cuanto vive del humor del rio,
En la vuelta del sol acelerada,
Lo matiza el calor, lo borra el frio.
Y una vez advertida ó contemplada,
La novedad malogra los primores,
Y queda la atencion desconsolada,
Descifrando á las fuentes los tumores,
Entendiendo por señas á las plantas,
Oyendo por alientos á las flores,
Y contemplando variedades cuantas
Se ven de brutos tardos y veloces,
Que pueden enseñar rudezas tantas.
Bramar, ladrar, gemir, son unas voces
Que contienen agüero en el sonido,
Y solo pronunciadas son feroces.
Daráse entre las fieras por vencido
Lo racional, y para introducirse
La humana voz se volverá bramido;
O será que procure divertirse,
Inventando en su engaño alguna traza,
De perseguirlas y de perseguirse.
¡Qué gustoso dijera de la caza,
Cuánto de vicio su virtud encierra,
Si no temiera el freno ó la mordaza.
¡Oh nunca fuera imágen de la guerra,
Con que usurpó los imperiales votos,
Y nuestros lábios respectivos cierra!
No menos que en los páramos remotos,
De nuestras almas las celestes lumbres
Lucen entre tumultos y alborotos.
«Si supieras usar de las legumbres,
Despreciaras los reyes que veneras,»
Dijo un sábio, culpando las costumbres
De otro, que respondió: «Si tú supieras
Usár bien de los reyes, mas modesto,
Sin alimentos rústicos vivieras.»
Lo desabrido mas, lo mas molesto,
No el sosiego del ánimo asegura,
Ni consiste del vulto en lo funesto.
El regalo templado, la blandura
Sin exceso no estorba en los prudentes
La candidez de la conciencia pura.
Si á contemplar las obras excelentes,
De la primera causa derivadas,
Dan materia las flores y las fuentes,
Entre plantas mas vivas, informadas
De mejor alma, por mayor cuidado,
Para otro fin, sin fenecer, criadas,
Motivo no será mas dilatado,
Mirar uno de inútil afligido,
Y ver otro afligido de ocupado.
Ciego de confianza al presumido,
Turbado al ignorante de recelos,
Mudo de confusion al desvalido;
La codicia alterada de desvelos,
La riqueza oprimida de cuidados,
La pobreza cercada de consuelos;
El pesar y el contento tan mezclados,
Que ni en lo temporal son los mortales
En castigos ni premios agraviados.
Envuélvense los bienes y los males,
Y en nuestro engaño ciego en sus errores,
Falta la luz, que los descubre iguales.
Las dos fortunas son dos escultores
De la naturaleza, en que trabaja
Una y otra, distintas las labores.
La buena en pulimiento se aventaja,
Para aumentar el ser, artificiosa,
Con el adorno á la materia baja.
La mala labra siempre en la preciosa,
Que, castigada del buril severo,
Descubre mas valor, menos vistosa,
Y con acuerdo próvido y entero,
Para la suerte adversa y la propicia
Se examinan los méritos primero.
¡Oh, cuán errada acusa la malicia,
Porque la fiel distribucion no alcanza
Al peso celestial de la justicia.
¡Qué neutral se mostrara la balanza,
Pesándose el temor con los dichosos,
Y con los infelices la esperanza!
Y si en estos discursos misteriosos
Bastara lo exterior, en que se ostentan
Ejercicios alegres y gustosos,
Desta gran maravilla en que se aumentan
O se dilatan tanto los alientos,
Que se pueden gastar sin que se sientan,
Donde son tan lucidos los contentos,
Entra el pesar tan recafado y breve,
Y están tan á la vista los aumentos;
Donde todo en su círculo se mueve,
Gustoso, alegre, fácil y discreto,
Apacible, suave, blando y leve.
Y si contiene algun error secreto,
Y toda esta hermosura es un engaño,
Que es engaño dulcísimo os prometo.
Venid vos á entender el desengaño,
Que le examinaréis con mas acierto,
Y sin peligro ni temor del daño.
Sin esta variedad todo es desierto,
Aunque la ilustre poblacion se cuente
Que os tiene retirado y encubierto.
Aquí, en lugar á tantos eminente,
Preceptos formaréis con el ejemplo,
Que la noticia cortesana aumente;
Y las claras virtudes que contemplo,
Y antes de la experiencia conseguistes,
De vuestra fama labrarán el templo.
Otra vez vos, que la licencia distes,
Dad disculpa tambien al desvarío,
Que provocastes ó que permitistes;
Que si á vuestro caudal del genio mio,
Que entre tantas fatigas desfallece,
Los tributos estériles envio,
El respeto, el amor que los ofrece,
Y el despecho sencillo se deriva,
En vuestra estimacion lugar merece.
Cuando mas coronó la frente altiva,
Alejando de triunfos vencedores,
Hollando al orbe la cerviz cautiva,
De la insigne Corinto embajadores,
Naturaleza en ella le ofrecieron,
Porque fuese capaz de sus honores;
Y como de la oferta conocieron

Que con desprecio burla ó no repara,
Con animoso corazon dijeron:
«Esta demostracion con que declara
Nuestra ciudad el ánimo rendido,
No te la ofrece grande, sino rara;
»Que tener vecindad sin ser nacido
En Corinto, por grande y vitorioso,
A Hércules y á tí se ha concedido.»
Muda semblante el príncipe ambicioso,
Y con la emulacion hizo conceto
Deste trofeo, por él mas glorioso.
Y yo con tanto ejemplo me prometo,
En la esfera que alcanzo vuestro agrado,
Admitiendo tambien que de mi afeto
Solo este afecto ha visto consagrado
La deidad que por ídolo venero
Y el príncipe que tengo por sagrado.
Y vos para que fuésedes primero,
Ni mi noticia os mereció, ni el mundo;
Sois por el tiempo, en número tercero,
Y por nada, en el ánimo segundo.

DE VARIAS POETISAS.

DE LA SEÑORA DOÑA LUISA DE CARVAJAL Y MENDOZA (1).

SONETO.

A la ausencia de su dulcísimo Señor, en la comunion.

¡Ay soledad amarga y enojosa,
Causada de mi ausente y dulce Amado!
Dardo eres en el alma atravesado,
Dolencia penosísima y furiosa;
Prueba de amor terrible y rigurosa,
Y cifra del pesar mas apurado;
Cuidado que no sufre otro cuidado,
Tormento intolerable y sed ansiosa;
Fragua que en vivo fuego me convierte,
De los soplos de amor tan avivada,
Que aviva mi dolor hasta la muerte;
Bravo mal, en el cual mi alma engolfada,
Con tormenta camina dura y fuerte,
Hasta el puerto y ribera deseada.

DE DOÑA HIPÓLITA DE NARVAEZ.

SONETO.

Hero y Leandro.

Rompe Leandro con gallardo intento
El mar confuso, que soberbio brama,
Y el cielo entre relámpagos derrama
Espesa lluvia con furor violento.
Sopla con fuerzas animoso viento
(Triste de aquel que es desdichado y ama);
Al fin al agua rindese la llama,
Y á la inclemente furia el sufrimiento.
Mas (¡oh feliz amante!) pues al puerto
Llegaste, deseado de tí tanto,
Aunque con cuerpo muerto y gloria incierta;
Y desdichado yo, que en mar incierto,
Muriendo entre las aguas de mi llanto,
Aun no espero tal bien despues de muerto.

DE LA SEÑORA DOÑA LEONOR DE ICIZ, SEÑORA DE LA BARONÍA DE RÁFALES.

SONETO.

A don Alonso de Ercilla.

Mil bronces para estatuas ya forjados,
Mil lauros, de tus obras premio honroso,
Te ofrece España, Ercilla generoso,
Por tu pluma y tu lanza tan ganados.
Hónrese tu valor entre soldados,
Invidie tu nobleza el valeroso,
Y busque en tí el poeta mas famoso
Lima para sus versos mas limados.
Derrame por el mundo tus loores
La fama, y eternice tu memoria,
Porque jamás el tiempo la consuma.
Gocen ya, sin temor de que hay mayores,
Tus hechos y tus libros de igual gloria,
Pues la han ganado igual la espada y pluma.

DE DOÑA MARIANA DE VALDERAS Y SANTANDER (2).

DÉCIMA.

Al doctor Cristóbal Perez de Herrera.

A san Lúcas imitais
En letras y en medicina,
Pues con tan santa dotrina
Tales consejos nos dais.
Doctor Herrera, mostrais
En los proverbios virtud,
En las enigmas salud,
Con que entreteneis las vidas,
Dando, no el oro de Mídas,
Sino descanso y quietud.

DE DOÑA MARÍA HOROZCO ZÚÑIGA Y VARGAS.

DÉCIMA.

En elogio del libro del doctor Jerónimo de Alcalá, intitulado *El Donado hablador.*

Susurra en el verde prado
La abejuela, y de las flores
Gusta las que son mejores
Para su panal dorado;
Vos lo mismo habeis mostrado
Hacer, Doctor, al presente,
Pues de un tan vario sirviente,
Que de sus amos murmura,
Sacais con tanta dulzura
Doctrina tan excelente.

DE DOÑA FELICIANA ENRIQUEZ DE GUZMAN (3).

MADRIGAL.

Dijo el Amor, sentado á las orillas
De un arroyuelo puro, manso y lento:
«Silencio, florecillas,
No retoceis con el lascivo viento;
Que duerme Galatea, y si despierta,
Tened por cosa cierta
Que no habeis de ser flores
En viendo sus colores,
Ni yo de hoy mas Amor, si ella me mira.»
¡Tan dulces flechas de sus ojos tira!

SONETO.

A las bodas de Maya y Clarisel.

En los campos elisios Himeneo,
Juno y Vénus las bodas celebraban
De dos esposos, y las coronaban
De arrayan y del árbol del Timbreo.
Caliope y Euterpe al son que Orfeo,
Elio y Talía en arpas acordaban,
Sus tálamos felices festejaban
De uno y otro llegados al deseo;
«De descanso, diciendo, largos años
Les dé el divino amor, y la discordia
De su puerta no pase los umbrales;

(1) Murió en opinion de santa. Su vida fué escrita por el licenciado Luis Muñoz. Por sus virtudes y celo religioso, DOÑA LUISA alcanzó la admiracion de sus contemporáneos. Fué insigne en la poesía, especialmente en los versos afectuosos. Léense algunos en el libro de su vida. En la Biblioteca Nacional hay un códice que contiene la coleccion de todos. Muchos de ellos son gongorinos.

(2) En elogio del libro de los *Proverbios morales.*

(3) Fué natural de Sevilla. Estudió en Salamanca, disfrazada en hábito varonil. Lope, en el *Laurel de Apolo*, habla de sus amores. Escribió la *Tragicomedia de los jardines y campos sabeos*, de la cual dí largas noticias en mi libro del *Conde-duque de Olivares.*

»Entre brocados y purpúreos paños
Maya y su Clarisel, siempre leales,
Gocen de felicísima concordia.»

CENSURA DE LAS ANTIGUAS COMEDIAS ESPAÑOLAS.

Fragmento.

Cree nuestra poeta que ella ha sido
La primera de todos en España,
Que, imitando á los cómicos antiguos,
Propiedad ha guardado, arte y preceptos
De la antigua comedia, y que ella es sola
La que el laurel á todos ha ganado,
Y ha satisfecho á doctos el deseo
Que tenian de ver una que fuese
Comedia propiamente, bien guardadas
Sus leyes con rigor, porque hasta ahora
Ni se ha impreso ni visto en los teatros.
Unas veces Borbon da asalto á Roma,
Y en Italia el pontífice Clemente
Corona á Cárlos, Máximo y Florencia
Contra su duque, y Médicis conjura,
Y al rey de Francia prenden en Pavía;
Otras ya Escipion entra en Cartago,
Y Aníbal por Italia, y en España
Los cónsules romanos hacen guerra.
Otras ya el rey Fernando entra en Sevilla,
Y pide á Almuncamuz los cuerpos santos
De Justa y de Rufina, y llega á Roma
El bravo Cid Ruy Diaz, y por Francia
Revuelve, y en Leon triunfa Fernando.
Y el auditorio á todas estas partes
Por Malgesi es llevado, ó cual Perseo
Por las veloces alas de Mercurio,
O el rojo Apolo por su carro ardiente.
Dejo que muchas veces el teatro,
Ya es sala, ya es jardin, ya plaza y calle,
Ya ciudad, ya desierto, ya recámara,
Ya templo, ya oratorio, ya floresta,
Ya navío, ya mar, ya el propio cielo.
Esto en cuanto al lugar; mas cuanto al tiempo,
Es pasatiempo lo que en esto pasa.
Una misma jornada, un mismo acto
Casa á los padres, y á los hijos luego
Saca de cuatro, diez y veinte años,
Y junta sin poética licencia
Unos siglos con otros. . . . . .
¿Qué diré? ¿Cuántas veces queda solo
El proscenio, ninguno en él quedando
De una escena para otra, antes que llegue
El fin del acto, haciendo que sean ciento
Los que deben ser solos cinco actos?
En estos sí no solo es permitido,
Mas es precepto se entren todos dentro,
Como, por el contrario, es el decoro
Que antes que acto se acabe, no lo dejen
Sin alguna persona que concurra
En la escena siguiente, aunque no hable
Con quien saliere nuevamente á ella (1).

DE DOÑA JACINTA MARÍA DE MORALES.

SONETO.

A san Pedro mártir.

El pecho herido, la cabeza abierta,
Luchando con la ultima agonía,
La fe de Pedro, que espirando ardia,
Dió de su gran fervor noticia cierta.
La voz turbada ya, la mano yerta
Lámina hizo del hielo en que escribia,
Con excelente sangre que vertia,
Sacros misterios que á explicar acierta.
¡Oh tú, que mas allá de lo posible
Predicacion muriendo ejercitaste,
Negándote en lo humano á lo sensible!
Tú el renombre de mártir conquistaste,
Pues del sitio en que heróico padeciste
Tan eminente cátedra fundaste.

DE DOÑA LAURA CLEMENTA.

A Lope de Vega.

Lope, con tan dulce lira
De Elisio el dolor cantais,
Que enterneceis y alegrais,
Porque cuanto mueve admira.
Si no es que Apolo os inspira,
Fénix, nueva primavera,
Cisne llamaros quisiera;
Pero no será razon,
Porque tan dulce cancion
No parezca la postrera.

DE DOÑA ISABEL DE FIGUEROA.

A Lope, por *La Angélica.*

Agravio, Angélica bella,
Se hiciera á vuestra hermosura,
A no ser vuestra pintura
Del que solo pudo hacella.
Vuestro espejo se ve en ella;
¡Dichosa mujer, que halló
Un Medoro que la amó
Despues de tanto suceso;
Un Roldan que perdió el seso,
Y un Lope que la cantó!

DE DOÑA SILVIA MONTESER (2).

SONETO.

A san Juan de Dios.

¿Qué buriles, qué plumas, qué pinceles,
En láminas, en rasgos, en colores,
De dos virtudes ínclitos honores
Decir podrán, aunque se muestren fieles?
Consigue una en las ánsias mas crueles
Ser de María consuelo en sus dolores;
Merece otra en los últimos ardores
Fortuna que eterniza sus laureles.
De esta y aquella dicha las victorias,
Semejante una y otra, las venero,
Ambas gozando eternos los pensiles.
¿Qué mucho, pues, á vista de esta gloria,
No basten, no, segun las considero,
Ni plumas, ni pinceles, ni buriles?

DE SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ (3).

SONETOS.

I.

Entre encontradas correspondencias, vale mas amar que aborrecer.

Al que ingrato me deja, busco amante;
Al que amante me sigue, dejo ingrata;
Constante adoro á quien mi amor maltrata;
Maltrato á quien mi amor busca constante.

(1) No deja de ser notable que una mujer, en el siglo XVII, defendiese los preceptos de la buena dramática, en oposicion de los eminentes ingenios que en sus composiciones los habian olvidado.

(2) *Justa literaria á san Juan de Dios.* Asunto del soneto: «Merece san Juan Evangelista asistir á la Reina de los ángeles en la muerte de su precioso Hijo, y merece san Juan de Dios que en su muerte le asista el mismo evangelista, acompañando á la misma Señora; que le limpien el sudor del rostro y le conforten el espíritu.»

(3) SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ, conocida por la *Monja de Méjico*, nació en Meca, pueblo de nueva España, segun consta de sus poesías. Luis Moreri supone que nació en san Miguel de Nepanthla, alqueria á doce leguas de Méjico. El 12 de noviembre de 1651 fué el dia de su nacimiento. Su padre fué un caballero español, y su madre una señora de ilustre familia.

Desde niña mostró su grande ingenio. De edad de ocho años compuso una loa, y con solas veinte y cinco lecciones, segun cuentan, aprendió la lengua latina.

El marqués de Mancera la tuvo en su palacio de Méjico, donde ella tuvo ocasion de tratar á muchas personas eruditas. Quizá sea este marqués el *Fabio* á quien ella dedicó muchas de sus poesías, como á su tierno amante. Pero algun gran inconveniente ó algun no menos grande desengaño tuvo ella en sus amores, cuando á la edad de diez y siete años dejó el palacio del Marqués y se sepultó

Al que trato de amor hallo diamante,
Y soy diamante al que de amor me trata;
Triunfante quiero ver al que me mata,
Y mato al que me quiere ver triunfante.
Si á este pago, padece mi deseo;
Si ruego á aquel, mi pundonor enojo;
De entrambos modos infeliz me veo.
Pero yo por mejor partido escojo,
De quien no quiero ser violento empleo,
Que de quien no me quiere vil despojo.

II.

Refiere con ajuste la tragedia de Píramo y Tisbe.

De un funesto moral la negra sombra,
De horrores mil y confusiones llena,
En cuyo hueco tronco aun hoy resuena
El eco que doliente á Tisbe nombra,
Cubrió la verde matizada alfombra
En que Píramo amante abrió la vena
Del corazon, y Tisbe de su pena
Dió la señal, que aun hoy el mundo asombra.
Mas viendo del amor tanto despecho,
La muerte, entonces de ellos lastimada,
Sus dos pechos juntó con lazo estrecho.
Mas ¡ay de la infeliz y desdichada,
Que á su Píramo dar no puede el pecho
Ni aun por los duros filos de una espada!

III.

Una fantasía contenta con amor decente.

Detente, sombra de mi amor esquivo,
Imágen del hechizo que mas quiero,
Bella ilusion por quien alegre muero,
Dulce ficcion por quien penoso vivo.
Si al iman de tus gracias atractivo
Sirve mi pecho de obediente acero,
¿Para qué me enamoras lisonjero,
Si has de burlarme luego fugitivo?
Mas blasonar no puedes, satisfecho
De que triunfa de mí tu tiranía;
Que aunque dejas burlado el lazo estrecho
Que tu sombra fantástica ceñia,
Poco importa burlar brazos y pecho,
Si te labra prision mi fantasía.

LIRAS, QUE EXPRESAN SENTIMIENTOS DE AUSENTE.

Amado dueño mio,
Escucha un poco mis cansadas quejas
Ya que al viento las fio,
Que breve las conduzca á tus orejas,
Si no se desvanece el triste acento,
Como mis esperanzas, en el viento.
Oyeme con los ojos,
Ya que están tan distantes mis oídos,
Y de ausentes enojos
En ecos de mi pluma los gemidos,
Y ya que á ti no llega mi voz ruda,
Oyeme sordo, pues me quejo muda.
Si del campo te agradas,
Goza de sus frescuras venturosas,
Sin que aquestas cansadas
Lágrimas te detengan enfadosas;
Que en él verás, si atento te entretienes,
Ejemplo de mis males y mis bienes.
Si el arroyo parlero
Ves galan de las flores en el prado,
Que, amante y lisonjero,
A cuantas mira intima su cuidado,
En su corriente mi dolor te avisa
Que á costa de mi llanto tiene risa.
Si ves que triste llora
Su esperanza marchita en ramo verde
Tórtola gemidora,
En él y en ella mi dolor te acuerde
Que imitan con verdor y con lamento,
Él mi esperanza y ella mi tormento.
Si la flor delicada,
Si la peña que altiva no consiente
Del tiempo ser hollada,
Ambas me imitan, aunque variamente,
Ya con fragilidad, ya con dureza,
Mi dicha aquella, y esta mi firmeza.
Si ves el ciervo herido,
Que baja por el monte acelerado,
Buscando dolorido
Alivio al mal en un arroyo helado,
Y sediento al cristal se precipita,
No en el alivio, en el dolor me imita.
Si la liebre encogida
Huye medrosa de los galgos fieros,
Y por salvar la vida
No deja estampa de los piés ligeros,
Tal mi esperanza en dudas y recelos
Se ve acosada de villanos celos.
Si ves el cielo claro,
Tal es la sencillez del alma mia,
Y si de luz avaro,
De tinieblas emboza el claro dia,
Es, con su oscuridad y su inclemencia,
Imágen de mi vida en esta ausencia.
Así que, Fabio amado,
Saber puedes mis males sin costarte
La noticia cuidados,
Pudiendo de los campos informarte;
Y pues yo á todo mi dolor ajusto,
Saber mi pena sin dejar tu gusto.
Mas ¿cuándo ¡ay gloria mia!
Mereceré gozar tu luz serena?
Cuándo llegará el dia
Que pongas dulce fin á tanta pena?
Cuándo veré tus ojos, ¡dulce encanto!
Y de los mios quitarás el llanto?
¿Cuándo tu voz sonora
Herirá mis oídos, delicada,
Y el alma que te adora,
De inundacion de gozos anegada,
A recibirte con amante prisa
Saldrá á los ojos, desatada en risa?
¿Cuándo tu luz hermosa
Revestirá de gloria mis sentidos?
Y ¿cuándo yo, dichosa,
Mis suspiros daré por bien perdidos,
Teniendo en poco el precio de mi llanto,
Pues poco ha de penar quien goza tanto?
¿Cuándo de tu apacible
Rostro alegre veré el semblante afable,
Y aquel bien indecible,
A toda pluma humana inexplicable?
Que mal se ceñirá á lo difinido
Lo que no cabe en todo lo sentido.
Vén pues mi prenda amada,

en los cláustros del convento de San Jerónimo de Méjico, donde tomó el hábito.

Causa grave y muy dolorosa para SOR JUANA le debió obligar á esta determinacion, tan contraria al parecer con la ternura y vehemencia de los sentimientos amorosos que tan bien supo expresar en sus poesías. Muchas de ellas son sentidísimos ayes de un corazon dolorido, que no pueden menos de conmover al que los escucha.

Por estas poesías amorosas, y por los sentimientos que SOR JUANA abrigaba en su pecho, á pesar del sayal y la toca con que se cubria, pusieron los eclesiásticos algunas dificultades á la publicacion de aquellas, así como á su autora entredicho en el estudio de las ciencias mayores. Las poesías se publicaron al fin en Méjico poco despues de haber profesado. Una enfermedad aguda, ocasionada por el dolor de verse privada de sus estudios, la puso casi á las puertas de la muerte. Al cabo en la convalecencia le fueron restituidos los libros.

En Madrid, el año de 1690, se publicó en un tomo en 4.° la segunda edicion de sus poesías, *corregida y mejorada por la autora*, si bien hay otra anterior, hecha en Zaragoza el año de 1682.

Cinco años despues murió, habiéndose dias antes desprendido de sus libros, para invertir los productos de su venta en obras piadosas.

Una edicion de todas sus obras, en tres tomos, se publicó en Madrid el año de 1714, donde hay poesías, comedias y autos. Esta se repitió en Zaragoza en 1725.

Pocas son las poesías en que SOR JUANA no se dejó llevar del mal gusto dominante en su siglo. Las que se reimprimen en esta coleccion son las mejores, así por la sencillez como por la elegancia y ternura con que están escritas. Sus contemporáneos la llamaron *décima musa*, y el padre Feijoó califica de *agudas* y *eruditas* sus poesías.

Que ya fallece mi cansada vida
De esta ausencia pesada;
Vén pues, que mientras tarda tu venida,
Aunque me cueste tu verdor enojos,
Regaré mi esperanza con mis ojos.

ENDECHAS.

Expresa con expresiones vivas el sentimiento que padece una mujer amante de su marido muerto.

Agora, que conmigo
Sola en este retrete,
Por pena ó por alivio,
Permite amor que quede:
Agora pues, que hurtada
Estoy un rato breve
De la atencion de tantos
Ojos impertinentes,
Salgan del pecho, salgan
En lágrimas ardientes
Las represadas penas
De mis ánsias crueles.
Afuera ceremonias
De atenciones corteses,
Alivios afectados,
Consuelos aparentes.
Salga el dolor de madre,
Y rompa vuestras puentes
Del raudal de mi llanto
El rápido torrente.
En exhalados rayos
Salgan confusamente
Suspiros que me abrasen,
Lágrimas que me aneguen.
Corran de sangre pura,
Que mi corazon vierte,
De mis perenes ojos
Las dolorosas fuentes.
Dé voces mi dolor,
Que empañen indecentes
Esos espejos puros
De la esfera celeste.
Publique con los gritos,
Que ya sufrir no puede,
Del tormento inhumano
Las cuerdas inclementes.
Ceda al amor el juicio,
Y con extremos muestre
Que es solo de mi pecho
El duro presidente.
¡En fin, murió mi esposo!
Pues ¿cómo indignamente
Yo la suya pronuncio,
Sin pronunciar mi muerte?
¡El sin vida, y yo animo
Este compuesto débil!
¡Yo con voz, y él difunto!
Yo viva cuando el muere!
¡No es posible! ¡Sin duda
Que con mi amor, aleves,
O la pena me engaña,
O la vida me miente!
Si él era mi alma y mi vida,
¿Cómo podrá creerse
Que mi vida me anime,
Que mi vida me aliente?
¿Quién conserva mi vida,
O de dónde le viene
Aire con que respire,
Dolor que la fomente?
Sin duda que es mi amor
El que en mi pecho enciende
Estas leñas que en mí
Parecen de viviente.
Y como en un madero
Que abrasa el fuego ardiente
Nos parece que luce
Lo mismo que padece;
Y cuando el vegetable
Humor en él parece,
Nos parece que vive,
Y no es sino que muere;
Así yo en las mortales
Ansias que el alma siente,
Me animo con las mismas
Congojas de la muerte.
¡Oh, de una vez acabe,
Y no cobardemente,
Por resistirme de una,
Muera de tantas veces!
¡Oh, caiga sobre mi
La esfera transparente,
Desplomados del polo
Sus diamantinos ejes!
¡Oh, el centro en sus cavernas
Me preste oscuro albergue,
Cubriendo mis desdichas
La máquina terrestre!
¡Oh, el mar entre sus hondas
Sepultada me entregue
Por mísero alimento
A los voraces peces!
Niegue el sol á mis ojos
Sus rayos refulgentes,
Y el aire á mis suspiros
El necesario ambiente.
Cúbrame eterna noche,
Y el siempre obscuro Lete
Borre mi nombre infausto
Del pecho de las gentes.
Mas ¡ay de mí! que todas
Las criaturas crueles
Solicitan que viva,
Porque gustan que pene.
Pues ¿qué espero? Mis propias
Penas de mí me venguen,
Y á mi garganta sirvan
De funestos cordeles;
Diciendo con mi ejemplo
A quien mis penas viere:
«Aquí murió una vida
Porque un amor viviese.»

REDONDILLAS.

Contra las injusticias de los hombres al hablar de las mujeres.

Hombres necios, que acusais
A la mujer sin razon,
Sin ver que sois la ocasion
De lo mismo que culpais.
Si con ánsia sin igual
Solicitais su desden,
¿Por qué quereis que obren bien,
Si las incitais al mal?
Combatis su resistencia,
Y luego con gravedad
Decis que fué liviandad
Lo que hizo la diligencia.
Quereis con presuncion necia
Hallar á la que buscais,
Para pretendida Táis,
Y en la posesion Lucrecia.
¿Qué humor puede ser mas raro
Que el que, falto de consejo,
El mismo empaña el espejo
Y siente que no esté claro?
Con el favor y el desden
Teneis condicion igual,
Quejándoos si os tratan mal,
Burlándoos si os quieren bien.
Opinion ninguna gana,
Pues la que mas se recata,
Si no os admite es ingrata,
Y si os admite es liviana.
Siempre tan necios andais,
Que con desigual nivel
A una culpais por cruel,
Y á otra por fácil culpais.
Pues ¿cómo ha de estar templada
La que vuestro amor pretende,
Si la que es ingrata ofende,
Y la que es fácil enfada?
Mas entre el enfado y pena
Que vuestro gusto refiere,

¡Bien haya la que no os quiere!
Y quejáos enhorabuena.
Dan vuestras amantes penas
A sus libertades alas,
Y despues de hacerlas malas,
Las quereis hallar muy buenas.
¿Cuál mayor culpa ha tenido
En una pasion errada?
¿La que cae de rogada
O el que ruega de caido?
O ¿cuál es mas de culpar,
Aunque cualquiera mal haga,
La que peca por la paga
O el que paga por pecar?
Pues ¿para qué os espantais
De la culpa que teneis?
Queredlas cual las haceis,
O hacedlas cual las buscais.
Dejad de solicitar,
Y despues con mas razon
Acusaréis la aficion
De la que os fuere á rogar.
Bien con muchas armas fundo
Que lidia vuestra arrogancia,
Pues en promesa é instancia
Juntais diablo, carne y mundo.

DE DOÑA MARÍA DE ZAYAS SOTOMAYOR.

ROMANCE.

A la muerte del doctor Juan Perez de Montalvan.

Cúbrase de luto el mundo,
Pues ya del mundo faltó
Aquel sol que con sus rayos
Escureció al mismo sol.
No madrugue ya el aurora,
Estése con su Titon,
Que si á ver el sol salia,
Ya su sol se escureció.
No canten los pajarillos,
Solo diga el ruiseñor,
En sus lamentos, que el fénix
Al cielo se remontó.
Y las selvas, á quien dijo
En dulce acento su voz
Mil amorosos requiebros,
Secas muestren su dolor.
Porque si les faltó Lope,
Nunca Lope les faltó,
Mientras Montalvan les daba
Aliento, vida y verdor.
No sienta Vénus la muerte
De su amante cazador,
La de aqueste Adónis sí,
Que la llore es mas razon.
¡Oh Parca, si tú supieras
El empleo de tu arpon,
Lloraras, como otro César,
De tu guadaña el rigor!
Préciate, pues ya lo hiciste,
De haber marchitado en flor
La gala de Manzanares,
La gloria de su nacion.
Treinta y seis años postraste;
¡Oh muerte! pluguiera á Dios
Que contara á tu despecho
Los del caduco Nestor.
Su gala, su bizarría,
Todo á tus piés se rindió,
Porque á tí sola pudiera
Reconocer por mayor.
Su divino entendimiento
(¡Oh, qué valerosa accion!),
Para morir sin estorbo,
En sí mismo le escondió.
¡Oh muerte! mas bien hiciste;
Porque fuera sinrazon
Quitarle el puesto que goza
Por el puesto que perdió.
Tú, caminante que pasas,
Si te deja tu pasion,
Vuelve á este mármol los ojos,
Oye que dice su voz:
«Ayer fuí, ya no soy nada,
La muerte de mí triunfó;
Aprended, hombres, de mí
Lo que va de ayer á hoy.
»Si vistes mi bizarría,
Mirad cómo polvo soy;
Mi cuerpo cubre esta losa,
Mi alma goza de Dios.»
Respóndele, caminante:
«Reposa en paz;» y si no
Puedes hablar, con la pena,
Llora, llora como yo.

DE DOÑA BERNARDA MARÍA, MONJA EN EL REAL CONVENTO DE SANTA CLARA DE LA CIUDAD DE SALAMANCA.

DÉCIMAS.

A la muerte del doctor Juan Perez de Montalvan.

Suspende, muerte, suspende
(Si es posible) tu rigor,
Que escureces el mayor
Rayo de luz que hoy se atiende;
Mas tu astucia ya se entiende,
Pues se arma de manera
Que le vuelve á la primera
Edad; porque si él hablara,
Su respeto te turbara,
Su elocuencia te rindiera.
Los que lágrimas teneis,
¿Para cuándo las guardais,
Pues lo que laurel mirais,
Deshojado sáuce veis?
Mas bien sé que me diréis
Que, aunque la pena es notoria,
Se os borra de la memoria;
Porque allá en la mejor vida
Le darán la bienvenida,
Cielo á cielo, y gloria á gloria.

SEGUNDA PARTE.

DE JUAN DE TIMONEDA.

CHANZONETA.

Aquel si viene ó no viene,
Aquel si sale ó no sale,
En los amores no tiene
Contento que se le iguale.

Aquel pensar que es amado
El amante y venturoso,
Y tenerse por dichoso
De verse bien empleado;
Si con esto se mantiene,
Sin que el seso no resbale,
En los amores no tiene
Contento que se le iguale.
Aquel mirarse de dia
Ella á él, y él á ella,
Y esperar la noche bella,
Y hablarle como solia;
Aquel cuando se detiene,
Aguardando quien le vale,
En los amores no tiene
Contento que se le iguale.
Aquel pensar si me ha oido,
Si me ha visto por ventura,
Si llegó la hora y postura
Que se habia constituido;
Si en esperanzas se aviene,
Y el amor con esto sale,
Todito el mundo no tiene
Contento que se le iguale.
Aquellas señas que espere
Que le señala la dama,
Aquel *cé* con que le llama,
Aquel decir que le quiere,
Aquel *sí* cuando conviene,
En cosa que poco vale,
En los amores no tiene
Contento que se le iguale.

DE ANDRÉS LAGUNA.

A una parra (1).

Parra, por mi mal nacida,
Que ansí me tienes mi amor
Eclipsado,
De camellos seas pacida,
Y tu tronco en su vigor
Sea talado.
Esme mas triste y odiosa
Que el maldito árbol de Adan
Tu presencia,
Pues que m'ascondes la rosa,
Que desterraba mi afan
En tu absencia.
Tu beldad y tu verdura,
Que se deleita en me dar
Afliccion,
Se convierta en negregura,
Y véala yo tornar
En carbon.
Tus ramas, tan extendidas,
Tus hojas, encaramadas
Hácia el cielo,
Véalas yo desparcidas,
Véalas yo derramadas
Por el suelo.
Andes siempre entre los piés;
De tal fuego seas quemada
Cual Sodoma,
No la zarza de Moisés,
O véate yo tornada
En carcoma.
Y porque mas no persigas,
Bellaca mal inclinada,
Los humanos,
Seas roida de hormigas,
Y d'orugas horadada
O de gusanos.
El agua y el sol te falten,
Deseche de sí la tierra
Tus raigones,
Furiosos rayos te asalten,
Seas podada con sierra
Y azadones.
Seas en tallos comida,
Pues que m'encubres la faz
Deseada;
Véate yo carcomida,
Y antes de tener agraz
Seas helada.
Noé, gran culpa tuviste
Cuando la parra plantaste
Tan mañero;
Con ella me destruiste,
Aunque sus daños probaste
Tú el primero.
Mas, pues Febo es el autor
Que esta planta mal criada
Tanto crezca,
Parece tiene temor
Que la estrella allí encerrada
Le oscurezca.

(1) En las anotaciones del *Dioscórides* da LAGUNA la razon de haber escrito estos versos. Véanse sus palabras:
«Es, empero, la vid tan ambiciosa, entonada y altiva, que se nos sube á las nubes, de suerte que se hacen chapiteles con ella, y se cubren las ventanas y azoteas de las muy altas torres; lo cual hace renegar muchas veces á los afligidos amantes, como renegaba un galan enamorado que yo conozco, á cuya instancia hecimos cierta invectiva contra una parra que le habia cubierto la galería por do solia su señora ordinariamente mostrarse; de la cual recitaré aquí algunos versos que se me acuerdan, para recrear un poco el lector, cansado por ventura de la pasada historia.»

DE FRAY LUIS DE ESCOBAR.

LETRILLA, GLOSANDO EL *Miserere*.

Dios eterno, poderoso,
Unico Dios y Señor,
Padre nuestro, Criador,
Justiciero y piadoso,
Miserere nobis.
Los ambiciosos y malos,
De soberbia y vicios llenos,
Tratando mal á los buenos,
Los quieren mandar á palos.
Miserere nobis.
Necios, torpes, deshonestos,
El mundo quieren regir;
Y así, los han de sufrir
Los virtuosos y honestos.
Miserere nobis.
De quien mas nos confiamos,
Ese nos trata peor,
Y á veces es mas traidor
Aquel á quien mas amamos.
Miserere nobis.
Por tal arte y por tal maña
Nos suele el mundo tratar,
Que quien nos ha de avisar,
Ese nos vende y engaña.
Miserere nobis.
Los que nos han de regir,
Si no miran la conciencia,
Arrímanse á su prudencia;
Por allí nos mandan ir.
Miserere nobis.
Ponen lazos por el suelo,
Adonde el pobre se enrede,
Roban al que poco puede
Con título de buen celo.
Miserere nobis.
Vemos frailes y casados,
Lo que hoy quieren y consienten,
Que mañana se arrepienten,
Y querrán mudar de estados.
Miserere nobis.
Clerecía y religiones,
Confiando en privilegios,
Cometen mil sacrilegios
Y quedan sin punaciones.
Miserere nobis.
Cuando suele acaescer
Que digamos una misa,
Decímosla muy de prisa
Por irnos pronto á comer.
Miserere nobis.
Buscamos siempre intereses
En las cosas que hacemos,
Y si este no tenemos,
Querrémos que todo cese.
Miserere nobis.
Sabemos que Dios se ofende
De intencion interesal;
Empero queremos mal
Al que nos lo reprehende.
Miserere nobis.
Privilegios y favores
Tenemos tan defendidos,
Que nos hacen atrevidos
Y ser cada dia peores.
Miserere nobis.
La maldad es tanta y tal,
Y los privilegios tales,
Que nuestros bienes son males,
Porque el bien nos hace mal.
Miserere nobis.
Pues si somos religiosos,
En mayor peligro estamos;
Que el mundo con quien tratamos
Ya nos quiere virtuosos.
Miserere nobis.
Quiere ricos y esforzados,
Poderosos resabidos;
Que por frailes recogidos
No se da cuatro cornados.
Miserere nobis.
Quiere amigos que en el aire
Le ayuden con la espada;
Que es cosa descomulgada
Al que quiere ser buen fraire.
Miserere nobis.
Quiere confesores viejos
Y caducos y abobados,
Que ni entiendan sus pecados

Ni les sepan dar consejos.
Miserere nobis.
Y quieren predicadores
Que sean graciosos fraires,
Que les digan mil donaires,
Sin tocar en sus errores.
Miserere nobis.
Quieren que diga la misa
Y el oficio todo junto,
Que se les diga en un punto,
Diciendo que están de prisa.
Miserere nobis.
Si cuentos quieren decir,
No saben otros donaires
Sino decir mal de fraires,
Dellos mofar y reir.
Miserere nobis.
Bien igual anda la rueda,
Por mucha burla que hagan,
Pues que los fraires les pagan
En esa misma moneda.
Miserere nobis.
Todos van por una renta,
Si bien queremos notar;
Mas los fraires, al sumar,
Los alcanzarán de cuenta.
Miserere nobis.
Las mujeres con afeites
Mil saetadas nos tiran,
Que á los necios que las miran
Los provocan á deleites.
Miserere nobis.
Trajes nuevos no les bastan,
Perfilados y polidos;
Cuanto ganan sus maridos
En contentallas lo gastan.
Miserere nobis.
Sospechar do no hay mal
Es peligrosa jornada;
Pero no sospechar nada
Es un peligro bestial.
Miserere nobis.
Callando el pobre desnudo,
Sufre injurias criminales,
Y el rico hace los males,
Y sobre eso anda sañudo.
Miserere nobis.
Dice el pobre la verdad,
No le oimos ni miramos,
Y al rico lisonjeamos
Aunque diga necedad.
Miserere nobis.

LETRILLA, *Ora pro nobis*, Y *Libera nos, Domine.*

Si tú sufres con paciencia
El mal que el ruin te dijere,
Y tu juez no te diere
Sobre cuernos penitencia,
Ora pro nobis.
Si de cuestiones te apartas
Y escribes lo que pasare,
Diciendo á quien lo negare:
«Callen barbas, hablen cartas,»
Ora pro nobis.
Si te puedes excusar
De tratar con señor grande,
Que servicios te demande
En que puedas tropezar,
Ora pro nobis.
Si tú fueres tan dichoso
Cual hombre yo nunca vi,
Que no digan mal de tí
El necio y el envidioso,
Ora pro nobis.
Si al necio eres sujeto,
Que es tormento intolerable,
Santo eres muy loable,
Porque es martirio perfeto;
Ora pro nobis.
Si tienes jurisdiccion,
Y eres rico sin codicia,
Y en las cosas de justicia
Nunca sigues tu opinion,
Ora pro nobis.
Del traidor y del ladron,
Cuando el lobo y la vulpeja
Ambos son de una conseja,
Si estos á una son,
Libera nos, Domine.
De hombre letrado y necio,
Que le falta el natural,
Porque á todos el que es tal
Tiene en poco y en desprecio,
Libera nos, Domine.
Y del necio simplecillo,
Abobado al parecer,
Que á todos suele morder,
Y se finge no sentillo,
Libera nos, Domine.
Del necio que es infiel
Tú nos libra sobre todo,
Que á todos pone del lodo
Cuantos conversan con él,
Libera nos, Domine.
Del que trae por vocablo:
«Jesucristo, salvanós,»
Y con lengua cree en Dios,
Y con obras en el diablo,
Libera nos, Domine.
Del fraire mal observante,
Tan sin regla y sin compás,
Que suele tornar atrás
Por no mirar adelante,
Libera nos, Domine.
Del que cree de ligero,
Del que sin trabajo cansa,
Y tambien del agua mansa,
Y mas de fraire soltero,
Libera nos, Domine.
De confesor halaguero,
De juez necesitado,
De mozo desvergonzado,
De criado lisonjero,
Libera nos, Domine.
Del que en guerra se acobarda
Cuando habia de esforzarse,
Y despues, para excusarse,
Echa la culpa á la albarda,
Libera nos, Domine.
Del que dice: «Dame, dame,»
Y pide como traidor,
Que muerde á su bienhechor
Y hace entender que lame,
Libera nos, Domine.
Del que besa las paredes
Y á iglesias va á rezar,
Y en vender y trafagar
A los simples arma redes,
Libera nos, Domine.
Del triste que está penando
En el infernal tormento,
Y acá en su monumento
Gran retablo están pintando,
Libera nos, Domine.
Del hipócrita traidor
Que, por dar de sí ejemplos,
Por hospitales y templos
Se muestra gran servidor,
Libera nos, Domine.

DE LUIS GALVEZ DE MONTALVO.

CANCIONES.

I.

Pastora, tus ojos bellos
Mi cielo puedo llamallos,
Pues en llegando á mirallos,
Se me pasa el alma á ellos.
Ojos cuya perfecion
Desprecia humanos despojos,
Los ojos los llamen ojos,
Qu'el alma sabe quién son.
Pastora, la fuerza dellos
Por espejo hace estimallos,
Pues viene junto el mirallos
Y el pasarse el alma á ellos.
Muchas cosas dan señal
Desta verdad sin recelo;
Que tus ojos son del cielo
Y su poder celestial,
Pastora, pues solo vellos
Fuerza el corazon á amallos,
Y la gloria de mirallos,
A pasarse el alma á ellos.

II.

Si tanto gana, pastora,
Quien mira tus ojos bellos,
¿Qué hará el mirado dellos?
Entre mirarse y mirar
La ventaja es conocida,
Como de buscar la vida
A venir ella á buscar.
No le queda que hallar
A aquel que merece vellos,
Sino ser mirado dellos.
Aunque en su luz sin igual
No puede haber competencia,
Por oficio hay diferencia
De mas y menos caudal;
Que si el medio principal
Del deseo es conocellos,
El fin ser mirado dellos.

III.

Fílida, tus ojos bellos,
El que se atreve á mirallos,
Muy mas fácil que alaballos,
Le será morir por ellos.
Ante ellos calla el primor,
Rindese la fortaleza,
Porque mata su belleza
Y ciega su resplandor.
Son ojos verdes, rasgados,
En el revolver suaves,
Apacibles sobre graves,
Mañosos y descuidados.
Con ira ó con mansedumbre,
De suerte alegran el suelo,
Que fijados en el cielo,
No diera el sol tanta lumbre.
Amor, que suele ocupar
Todo cuanto el mundo encierra,
Señoreando la tierra,
Tiranizando la mar;
Para llevar mas despojos,
Sin tener contradicion,
Hizo su casa y prision
En esos hermosos ojos.
Allí canta y dice: «Yo
Ciego fuí, que no lo niego;
Pero venturoso ciego,
Que tales ojos halló;
Que aunque es vuestra la vitoria,
En dárosla fuí tan diestro,
Que, siendo cautivo vuestro,
Sois mis ojos y mi gloria.
»El tiempo que me juzgaban
Por ciego quíselo ser,
Porque no era razon ver
Si estos ojos me faltaban;
Será ahora, con hallaros,
Esta ley establecida:
Que lo pague con la vida
Quien se atreviere á miraros.
»Y con esto, placentero,
Dice á su madre mil chistes:
El arquillo que me distes,
Tomáosle, que no le quiero,
Pues triunfo siendo rendido;
De aquestas dos cejas bellas
Haré yo dos arcos dellas,

Que al vuestro dejen corrido.
»Estas saetas que veis,
La de plomo y la dorada,
Como herencia renunciada,
Buscad á quién se las deis;
Porque yo, de aquí adelante,
Podré con estas pestañas
Atravesar las entrañas
A mil pechos de diamante.
»Hielo que deja temblando,
Fuego que la nieve enciende,
Gracia que cautiva y prende,
Ira que mata rabiando,
Con otros mil señoríos
Y poderes que alcanzais,
Vosotros me los prestais,
Dulcísimos ojos míos.
»Cuando de aquestos blasones
El niño Amor presumia,
Cielo y tierra parecía
Que aprobaban sus razones;
Y él, dos mil juegos haciendo
Entre las luces serenas
De su pecho, á manos llenas
Amores iba lloviendo.
»Yo, que supe aventurarme
A vellos y á conocer,
No todo su merecer,
Mas lo que basta á matarme,
Tengo por muy llano ahora
Lo que en la tierra se suena:
Que no hay amor ni hay cadena,
Mas hay tus ojos, Señora.»

IV.

Apartado de la vida,
Pago, viniendo á morir,
Con la pena del partir
La culpa de la partida;
Culpa que (si bien se apura)
Procede en tal ocasion,
No por falta de aficion,
Mas por mengua de ventura.
Huyome de vos agora,
Aunque decirlo es afrenta;
Mas si vos quedais contenta,
Iré pagado, Señora,
Sin derramar mas querellas;
Que en su mayor fundamento
Las ha de llevar el viento,
Y á mí la vida tras ellas.
Partíme de vos sin veros,
Porque no puedan decirme
Que fué posible partirme,
Y no lo fué enterneceros;
Excusaré, mal mi grado,
El juzgar en la partida,
A vos por desconocida,
Y á mí por desesperado.
No hay fortuna que asegure
Aquel que de vos se parte,
Ni tiempo, razon ni arte
Que por su salud procure;
Y así, á tan amarga suerte
No buscaré resistencia;
Pues vos distes la sentencia,
Yo ejecutaré mi muerte.
No crece en esta jornada
La pena como el quereros,
Que no es mayor mal no veros
Que veros contino airada;
Y pues iguala á la ausencia
Lo que padezco presente,
No podrá llamarme ausente
Quien no me lloró en presencia.
Yo me huyo y no me quejo,
Porque no vengo conmigo;
Perdonadme que os lo digo
Por galardon de que os dejo;
Y si os mostrareis servida
En partirme desta suerte,
Podré decir que la muerte
Me valió mas que la vida.
Coged el fruto que ofrece
Mi partida en mis enojos,
Pues quita de vuestros ojos
Lo que vuestra alma aborrece;
Quedad satisfecha así;
Que aunque soy el agraviado,
Triunfaré como vengado,
Si sé vengaros de mí.
Deste bien desconfiando,
Mis males agradeciendo,
Vuestro desden conociendo,
De la vida no curando,
Tal me voy á tierra extraña,
A volverme en tierra poca,
Con vuestro nombre en la boca
Y en el alma vuestra saña.

V.

Ojos á gloria de mis ojos hechos,
Beldad inmensa en ojos abreviada,
Rayos que helais los mas ardientes pe-
[chos,
Hielos que derretis la nieve helada,
Mares mansos, de amor bravos estre-
Amigos, enemigos en celada, [chos,
Volvéos á mí, pues solo con mirarme,
Podeis verme y oirme y ayudarme.
Si me mirais, veréis en mí primero
Cuánto con vos amor hace y deshace;
Si me escuchais, oiréis decir que mue-
Y que es la vida que me satisface; [ro,
Si me ayudais, lo que pretendo y quie-
Que es alabaros, fácil se me hace; [ro,
En tan altas empresas alumbradme,
Mis ojos, vedme, oidme y ayudadme.
Siendo verdad que el alma que me
[ampara
Es solo un rayo desa luz pendiente,
Cuando no me mirais es cosa clara
Que estoy del alma con que vivo au-
[sente;
Mas no tan presto á la marchita cara
Vuelve la vuestra, soles de mi oriente,
Cuando el espíritu mio renovado
Quedó, vivo, contento y mejorado.
La causa fuistes de mi devaneo,
Y podeis serlo de mi buena andanza;
Que si á vuestra beldad causa el deseo,
Vuestra color ofrece la esperanza;
Esmeraldas preciosas, donde veo
Mas perfecion que el ser humano al-
[canza,
Viva mi alma entre esas dos serenas
Lumbres divinas, de vitorias llenas.
¿Cuánto mejor en vuestra compañía
Que con la lira ó con el tierno canto
Pudiera Orfeo el malhadado dia
Robar la esposa al reino del quebranto?
Pues la amorosa, ardiente ánima mia,
Al resplandor de vuestro viso santo,
Suspende tantas penas infernales,
Ojos verdes, rasgados, celestiales.
¿Sois celestiales, soberanos ojos?
Sí que lo sois, aunque os alberga el
[suelo,
Pues solas almas son vuestros despo-
[jos,
Almas que os buscan como á propio
[cielo,
Fundó el amor sus gustos, sus enojos,
Estableció su pena y su consuelo,
Dejó las armas frágiles de tierra,
Y escogió vuestra luz en paz y en guer-
[ra.
Estrellas, nortes, soles, que a la
[diestra
Del sol salis por soles verdaderos,
Si en cuanto el lugar cielo al mundo
[muestra
No hay cosa que merezca pareceros,
¿Quién verá sola una pestaña vuestra,
Que presuma, aun con muerte, mere-
[ceros?
Bástale á aquel que os ve, si os cono-
[ciere,
Morir y ver que por miraros muere.
Pues los que os miran quedan con-
[denados
A arder de amores, si mirais piado-
[sos,
Y á rabia eterna si volveis airados,
Ved si los que abrasais son venturosos;
Yo, que con pensamientos inflamados,
Ojos, os miro, y con deseos rabiosos,
O rabie ó arda, ó muera ó viva, al me-
[nos
No dejeis de mirarme, ojos serenos.
Al revolver de vuestra luz serena,
Se alegran monte y valle, llano y cum-
[bre;
La triste noche, de tinieblas llena,
Halla su dia en vuestra clara lumbre;
Sois, ojos, vida y muerte, gloria y pe-
[na;
El bien es natural, el mal costumbre;
No mas, ojos, no mas, que es agravia-
[ros;
Sola el alma os alabe con amaros (1).

DE GASPAR GIL POLO.

QUINTILLAS.

En el campo venturoso
Donde con clara corriente
Guadalaviar undoso,
Dejando el suelo abundoso,
Da tributo al mar potente,
Galatea, desdeñosa
Del dolor que á Licio daña,
Iba alegre y bulliciosa
Por la ribera arenosa
Que el mar con sus ondas baña.
Entre la arena cogiendo
Conchas y perlas pintadas,
Muchos cantares diciendo,
Con el son del ronco estruendo
De las ondas alteradas.
Junto al agua se ponia
Y las olas aguardaba,
Y al verlas llegar huia;
Pero á veces no podia,
Y el blanco pié se mojaba.
Licio, á quien en sufrimiento
Amador ninguno iguala,
Suspendió allí su tormento,
Mientras miraba el contento
De su polida zagala.
Mas cotejando su mal
Con el gozo que ella habia,
El fatigado zagal,
Con voz amarga y mortal,
Desta manera decia:
«Ninfa hermosa, no te vea
Jugar con el mar horrendo;
Y aunque mas placer te sea,
Huye del mar, Galatea,
Como estás de Licio huyendo.
»Deja ahora de jugar,
Que me es dolor importuno.
No me hagas mas penar;
Que en verte cerca del mar,
Tengo celos de Neptuno.
»Causa mi triste cuidado
Que á mi pensamiento crea;
Porque ya está averiguado
Que, si no es tu enamorado,
Lo será cuando te vea.

(1) Como se ve, esta cancion es trovando hasta cierto punto el madrigal famoso de Gutierre de Cetina.

»Y está cierto; porque amor
Sabe desde que me hirió,
Que para pena mayor
Me falta un competidor
Mas poderoso que yo.
»Deja la seca ribera,
Do está el alga infructuosa;
Guarda que no salga afuera
Alguna marina fiera,
Enroscada y escamosa.
»Huye ya, y mira que siento
Por tí dolores sobrados,
Porque con doble tormento
Celos me da tu contento,
Y tu peligro cuidados.
»En verte regocijada
Celos me hacen acordar
De Europa, ninfa preciada,
Del toro blanco engañada
En la ribera del mar.
»Y el ordinario cuidado
Hace que piense contino
De aquel desdeñoso alnado,
Orilla el mar arrastrado,
Visto aquel mónstruo marino.
»Mas no veo en tí temor
De congoja y pena tanta;
Que bien sé, por mi dolor,
Que á quien no teme el amor
Ningun peligro le espanta.
»Guarte pues de un gran cuidado;
Que el vengativo Cupido,
Viéndose menospreciado,
Lo que no hace de grado,
Suele hacerlo de ofendido.
»Vén conmigo al bosque ameno,
Y al apacible sombrío,
De olorosas flores lleno,
Do en el dia mas sereno
No es enojoso el estío.
»Si el agua te es placentera,
Hay allí fuente tan bella,
Que para ser la primera
Entre todas, solo espera
Que tú te laves en ella.
»En aqueste raso suelo
A guardar tu hermosa cara
No basta sombrero ó velo;
Que estando al abierto cielo,
El sol, morena, te para.
»No escuchas dulces concentos,
Sino el espantoso estruendo
Con que los bravosos vientos,
Con soberbios movimientos,
Van las aguas revolviendo.
»Y tras la fortuna fiera
Son las vistas mas suaves
Ver llegar á la ribera
La destrozada madera
De las anegadas naves.
»Vén á la dulce floresta,
Do natura no fué escasa,
Donde haciendo alegre fiesta,
La mas calorosa siesta
Con mas deleite se pasa.
»Huye los soberbios mares;
Vén, verás cómo cantamos
Tan deleitosos cántares,
Que los mas duros pesares
Suspendemos y engañamos.
»Y aunque quien pasa dolores,
Amor le fuerza á cantarlos,
Yo haré que los pastores
No digan cantos de amores,
Porque huelgues de escucharlos.
»Allí, por bosques y prados
Podrás leer todas horas
En mil robles señalados
Los nombres mas celebrados
De las ninfas y pastores.
»Mas seráte cosa triste
Ver tu nombre allí pintado,
En saber que escrita fuiste
Por el que siempre tuviste
De tu memoria borrado.
»Y aunque mucho estás airada,
No creo yo que te asombre
Tanto el verte allí pintada,
Como el ver que eres amada
Del que allí escribió tu nombre.
»No ser querida y amar
Fuera triste desplacer;
Mas ¿qué tormento ó pesar
Te puede, ninfa, causar,
Ser querida y no querer?
»Mas desprecia cuanto quieras
A tu pastor, Galatea;
Solo que en estas riberas,
Cerca de las ondas fieras
Con mis ojos no te vea.
»¿Qué pasatiempo mejor
Orilla el mar puede hallarse
Que escuchar al ruiseñor,
Coger la olorosa flor,
Y en clara fuente lavarse?
»Pluguiera á Dios que gozaras
De nuestro campo y ribera;
Y porque mas lo preciaras,
Ojalá tú lo probaras
Antes que yo lo dijera.
»Porque cuanto alabo aquí,
De su crédito le quito;
Pues el contentarme á mí
Bastará para que á tí
No te venga en apetito.»
Licio, mucho mas le hablara,
Y tenia mas que hablalle,
Si ella no se lo estorbara;
Que con desdeñosa cara
Al triste dice que calle.
Volvió á sus juegos la fiera,
Y á sus llantos el pastor;
Y de la misma manera
Ella queda en la ribera,
Y él en su mismo dolor.

SONETO.

Probaron en el campo su destreza
Diana, Amor y la pastora mia,
Flechas tirando á un árbol que tenia
Pintado un corazon en su corteza.
Allí apostó Diana su belleza.
Su arco Amor, su libertad Argía,
La cual mostró en tirar mas gallardía,
Mejor tino, denuedo y gentileza.
Y ansi ganó á Diana la hermosura,
Las armas á Cupido, y ha quedado
Tan bella y tan cruel de esta vitoria,
Que á mis cansados ojos su figura
Y el arco fiero al corazon cuitado
Quitó la libertad, la vida y gloria.

GLOSA.

Contando está Melibeo
Á Florisa su dolor,
Y ella responde: «Pastor,
Ni te entiendo ni te creo.»
Él dice: «Pastora mia,
Mira con qué pena muero,
Que de grado sufro y quiero
El dolor que no querria;
Arde y muérese el deseo;
Tengo esperanza y temor.»
Ella responde: «Pastor,
Ni te entiendo ni te creo.»
Él dice: «El triste cuidado
Tan agradable me ha sido,
Que cuanto mas padescido,
Entonces mas deseado;
Premio ninguno deseo,
Y estoy sirviendo al amor.»
Ella responde: «Pastor,
Ni te entiendo ni te creo.»
Él dice: «La dura muerte
Deseara, si no fuera
Por la pena que me diera
Dejar, pastora, de verte;
Pero, triste, si te veo,
Padezco muerte mayor.»
Ella responde: «Pastor,
Ni te entiendo ni te creo.»
Él dice: «Muero en mirarte,
Y en no verte estoy penando;
Cuando mas te voy buscando,
Mas temor tengo de hallarte;
Como el antiguo Proteo,
Mudo figura y color.»
Ella responde: «Pastor,
Ni te entiendo ni te creo.»
Él dice: «Haber no pretendo
Mas bien del que la alma alcanza,
Porque aun con la esperanza
Me paresce que te ofendo;
Que mil deleites poseo
En tener por tí un dolor.»
Ella responde: «Pastor,
Ni te entiendo ni te creo.»

COPLA.

Si os pesa de ser querida,
Yo no puedo no os querer;
Pesar habréis de tener
Mientras yo tuviere vida.

GLOSA.

Si pudiendo conoceros,
Pudiera dejar de amaros,
Quisiera, por no enojaros,
Poder dejar de quereros;
Mas, pues vos seréis querida
Mientras yo podré querer,
Pesar habréis de tener
Mientras yo tuviere vida.

DE DON ESTÉBAN MANUEL DE VILLEGAS.

CANTINELAS.

I.

Mis dulces cantinelas,
Mis suaves delicias,
Á los veinte limadas,
Á los catorce escritas;
Las primicias del alma,
Las almas de la vida,
En niñez engendradas
Y en juventud nacidas,
¿A quién irán sujetas?
A quién irán unidas?
La frente descubierta,
Hincada la rodilla,
¿A quién, sino á tí solo,
Condestable en Castilla?
¡Oh hijo de gran padre!
Oh padre de gran dicha!
Niño, pero tan grande,
Que solo tú te imitas,
Pues solo tú te igualas
Con tu grandeza misma.
Por tí serán enanas
Pirámides en Libia,
Mauséolos en Caria,
Y muros en Asiria.
Por tí el jayan Atlante
Alturas solicita,
Que cielos se le alzan
Y orejas se le humillan.
Maravilla que pasma;
Pero ¿qué maravilla,
Si te hallaron gigante
Las primeras mantillas?

¡Oh! gózate mas años
Que un siglo tiene dias,
Que un mundo tiene arenas
Y que un mar tiene linfas.
Herencia de tus padres,
Que ilustren tu familia,
Te alcancen sucesiones
De muchedumbres ricas.
Cada cual con mil hijos,
Pero no con mil hijas;
Aunque sé que tu sangre
Lo ruin califica.
¡Oh! gózate mas siglos
Que un abril tiene vistas,
Que un mayo tiene flores,
Que un julio tiene espigas;
Y herencia de tus padres,
Por letras y milicia,
Penetres las esferas,
Conquistes las provincias;
Que no solo Alejandro
Sujetó monarquías,
Sino dificultades
De ciencias infinitas.
La virtud generosa
No con reinos se entibia;
Que siempre da su pasto
A la especulativa.
Si no, dígalo el mismo
Que te dió sus reliquias,
Filósofo en España,
Soldado en Lombardía;
Por quien la Francia casi
Vió sus lises marchitas,
Como cuando el verano
Del Ebro se apadrina.
¿Qué vez le cogió el parche
Menos que con loriga?
O menos que con pluma
¿Qué vez le cogió el dia?
Porque en sus acciones
Tan solo presidian,
O Marte con su trompa,
O Febo con su lira.
La ociosidad infame
No allí tuvo cabida;
Que siempre á sus intentos
Fué reino de la China.
Pues, niño generoso,
Crece en años y imita,
Que asaz de obligaciones
Te dejó, si bien miras.
Entra agora en las letras,
Jardines de la Hibla,
Y á los doce el caballo
Sienta tus acedías.
Y con cerviz corvada
Y inquietud reprimida
Pregone la grandeza
Del dueño, que va encima.
Ni por esto desprecies
La gran filosofía:
Que nunca á nobles pechos
Las ciencias afeminan;
Antes huyen los miedos
A su clara noticia,
Como suelen al alba
Las tinieblas malignas.
Filósofo y guerrero
Fué el tarentino Archítas,
Y ni le ataron brazos
Sus letras y pericia.
Verás en los poemas
Del escritor de Frigia
Cómo premia el trabajo
Y apremia la lascivia.
Arsénico suave,
Que aduerme y atosiga
La niñez mas despierta,
La juventud mas viva.
De hombres racionales
Hace bestias aprisa,
Por ser vaso de Circe
Cualquiera ramerilla.
Ni tampoco averigües
Si son ó no mentiras;
Que á fe que son verdades
Las cosas que nos pinta;
Que quinientos há lustros
Que el sol las vivifica,
Que el tiempo las venera
Y el mundo las estima.
Luego el ancho paraje
De la historia camina,
Y no tan por la posta,
Que los borre la Estigia.
Allí verás á Augusto
Coronado de olivas,
De laureles á César,
De hiedra á las sibilas.
La paz te dé su beso,
La guerra sus insignias,
Y su lira suave
La docta poesía.
Sobre carro de fuego,
Que es la imaginativa,
Corre, corre los cielos,
Y los astros visita;
Pero no de manera,
Que gentes abisinias
Segunda vez ateces
Con infame caida.
Lo que será mañana
Déjalo al que la cria;
Que á ti basta que sepas
Quién es Tauro y quién Libra.
Luego los anchos mares
De la Enciclopedia,
O surques Magallanes,
O Nereo dividas;
Que para todo el cielo
(Velasco eres de línea)
Te prestará talento
Como á mil se lo quita.
Usa pues de tus fuerzas,
Anteo de esta Libia;
Que no hay, muerto tu padre,
Alcides que resista.

II.

A una fuente.

Tú por arenas de oro
Corres con piés de plata,
¡Oh dulce fuente fria!
Yo, con mi triste lloro,
A tu corriente ingrata
Aumento cada dia;
Pero tú la porfía
De darle al Ebro parias,
En mi daño contrarias,
Animas por matarme.
Yo, por darte y cansarme,
Aunque no saco fruto,
Malogrado tributo,
Lloro nuevos engaños.
Tú me llevas los años
Al paso de tu curso;
Yo renuevo el discurso
De mis presentes daños.
Casi somos iguales,
¡Oh dulce y clara fuente!
Yo en continuar mis males,
Y tú aquesta corriente.
Si dices que me excedes,
Yo digo que te excedo;
Porque tú cesar puedes,
Y yo cesar no puedo.

III.

De un pajarillo.

Yo vi sobre un tomillo
Quejarse un pajarillo,
Viendo su nido amado,
De quien era caudillo,
De un labrador robado.
Vile tan congojado
Por tal atrevimiento
Dar mil quejas al viento,
Para que al cielo santo
Lleve su tierno llanto,
Lleve su triste acento.
Ya con triste armonía,
Esforzando el intento,
Mil quejas repetia;
Ya cansado callaba,
Y al nuevo sentimiento
Ya sonoro volvia.
Ya circular volaba,
Ya rastrero corria,
Ya pues de rama en rama
Al rústico seguia;
Y saltando en la grama,
Parece que decia:
«Dame, rústico fiero,
Mi dulce compañía;»
Y ¿qué le respondia
El rústico? «No quiero.»

IV.

A Drusila.

Drusila, en vano arguyes;
Cese pues tu argumento,
Porque así te destruyes;
Que amor, si es fingimiento,
Como engañada pruebas,
Ni es cautivo ni exento.
Si al crédulo albedrío
Quieres dar reglas nuevas,
Tomallas desconfío;
Porque amor, dueño mio,
Si miro el ojo zarco
De Lidia, en él contemplo
Su flecha, aljaba y arco.
Si quieres desto ejemplo,
Llega, toca mi pecho,
Verásle polvos hecho.

V.

A las estrellas.

Vosotras, luces bellas,
Fijas al orbe de oro,
Escuchad las querellas,
Que enternecido lloro;
Y á Lidia, bien que adoro;
A Lidia, aquella ingrata,
Que avergüenza la plata
Con su bruñida frente,
Y al cristal transparente,
Con sus dientes de perlas,
Que el alba por beberlas
Le da franco tributo,
En flor, en hoja y fruto,
Para despues verterlas;
Cuyos ojos afrentan
Del sol la luz hermosa,
Cuyos labios de rosa
A Tiro y Cóo sustentan;
Y cuyo cuello enhiesto
De amor sostiene el resto,
Mas seguro y constante
Que vuestro peso Atlante;
Decid que se contente
De verme así obediente;
Mas no le digais nada,
Que una mujer rogada
Es al doble inclemente.

VI.

De Lidia.

Miraba Lidia atenta
Las flores que le ofrece

Su jardin heredado,
Cuyos piés humedece
El cristal desatado
De una fuente sedienta.
Amor, que solo intenta
Darle algunos pesares
En unos colmenares,
Principios de este daño,
Con ligeros talares
A robar fué sus mieles;
Las ovejas crueles,
Movidas del engaño,
A gozar la venganza,
Sin ninguna tardanza,
Con puntas de diamantes
Se aprestan susurrantes;
Mas viéndose burladas,
Unas se vuelven luego
A sus dulces moradas;
Otras, con vago fuego,
A gustar los licores
De las nativas flores
Se esparcen revolando.
De aqueste inícuo bando
Una, la mas traviesa,
Se llega á Lidia hermosa,
Y pensando que es rosa,
La boca le atraviesa.

VII.

Del verano.

Tras lluvias manantiales,
Grandes como mis males,
Contra cuyas corrientes
No hay márgenes ni puentes,
Con suma bizarría
El verano venia,
Ya purpurando flores,
Ya liquidando fuentes.
Los tiernos ruiseñores
No lloraban la pena
De Progne y Filomena;
Que sus gemidos graves
Ya son cantos suaves.
Los jilgueros pintados,
Segun salen vestidos,
Por prados son tenidos;
Y los prados pintores,
Segun salen bordados,
Por jilgueros y prados.
Los vientos, ya mejores,
A las aves brindando,
Las hacen ir volando.
Los claros arroyuelos,
Que con grillos de hielos,
Sin poder ser movidos,
Estaban detenidos,
Con vengativa prisa,
Cuajando dulce risa,
Alegres se desatan,
Y hasta el mar se dilatan.
La Vénus Citerea
Se pule y hermosea;
Y vibrando el diamante
De su apacible vista,
Los ánimos conquista
De Júpiter tonante.
Tambien llena de olores
Lidia, que es mis amores;
Lidia, que es mas señora
De los campos que Flora,
Sale, por mas honrarte,
Verano, á visitarte,
Dando á tu suelo rosas
Con sus plantas hermosas,
Y con su dulce aliento
Mil vidas á las cosas
Y mil almas al viento.

VIII.

De Lidia.

Luego que por oriente
Muestra su blanca frente
El alba, que á porfía
Sano nos muestra el dia
Y á la tarde doliente,
Verás salir las aves,
Ya ligeras, ya graves,
Y ya libres del sueño,
Esclavas á su dueño,
Dar cánticos suaves.
Las auras distraidas,
Que soplan esparcidas
Por selvas no plantadas,
O se mueven paradas
O se paran movidas.
Los arroyos que argentan
Las partes que frecuentan,
Cristales mil que crian,
O sanos los envian
O rotos los aumentan.
Las flores desmayadas,
Ya entonces esmaltadas,
Antes que el sol las venza,
O envidian con vergüenza
O matan con invidia.
Así, mi blanca Lidia,
Alba no menos clara,
La oscuridad avara
Que usurpaba la tierra,
Quita, ausenta y destierra,
Dora, pule y aclara.
Las aves la reciben,
Saliendo de sus nidos,
Con cantos no aprendidos,
Y volando contentas,
Mansas sí, no violentas,
Al sueño se prohiben.
Las auras luego exentas
Alegres se aperciben,
Y soplando suaves,
Celebran su llegada,
Imitando á las aves.
Los claros arroyuelos,
Ya libres de los hielos,
Con música entonada
Le dan el alborada.
Las desmayadas flores
Que bordaban el prado
Ya cobran sus colores,
Y como á dueño amado,
Danle en tributo olores.
Aves, que andais volando,
Vientos, que estáis soplando,
Rios, que vais corriendo,
Flores, que estáis creciendo,
¿Qué os importará agora,
Decid, la blanca aurora?
O con luces que envia,
¿Qué os remediará el dia,
Si en esta ausencia fiera,
Mi Lidia no saliera?

IX.

De Amor y Lidia.

Sobre el márgen de un rio,
De árboles tanto umbrío,
Cuanto de linfas claro,
Donde se halla reparo
Contra el can del estio,
Dormido yace el ciego,
Cuyo blando sosiego
En éxtasis tenia
Todo cuanto solia
Arder en vivo fuego.
Tambien yace su aljaba,
Que no ya le colgaba
Del hombro reluciente,
Ni del brazo pendiente
El arco le agravaba.
Él yace al fin dormido,
Y Lidia, que le vido,
Despierta, y levantada,
Cual tigre estimulada
Al cazador rendido,
A la aljaba arremete
Y al vendado acomete,
Que ya entonces decia,
Viéndola, que tenia
La ocasion del copete.
Lidia, mal te aprovechas,
Si con armas bien hechas
Quieres vengar enojos;
Donde tienes tus ojos,
No has menester mas flechas.

X.

A un arroyuelo.

Pára, blanco arroyuelo,
Hecho cinta de hielo,
El curso que aprovechas
Por márgenes estrechas;
Cuyas aguas divinas
Cristal son si continas,
Y aljófar si deshechas:
O torcida la frente
A tu nativa fuente,
Discursivo y no acaso,
Alarga, alarga el paso
Y vuelve la corriente;
Vuélvete atrás, amigo,
Pues eres fiel testigo
Que aquella ingrata Lidia
Dijo: «Muera de invidia,
Si firme no te adoro;
Porque no solo el brio
Deste que vuela rio,
Sino el triste que lloro,
Que parará no ignoro,
Que atrás volverá fio;
Primero que cual luna,
Ya que sol me deseas,
En mí mudanza veas,
Y en tí no haya ninguna.
Mas sigue tu fortuna,
Arroyuelo de perlas;
No dejes de verterlas
Por esta antigua roca,
Pues te ofrece su boca,
Ni al Ebro de pagarle
Cristal con que aumentarle;
Que si Lidia dió al viento
La fe y el juramento,
Disculpas hay en ella
Por mujer y por bella.»

XI.

A Licimnia.

Del vulgo retirado,
Fiera, si menos pia
Que pantera de Hircania,
Que ceraste de Libia;
Delicias de mi alma
De tí diré, Licimnia,
Pirinea en las manos,
Hiblea en las mejillas;
Esto cuando en el mayo
El albelí respira,
La rosa colorea
Y el clavel resucita;
Y aquello cuando enero
Los collados armiña,
Los arroyos argenta
Y los prados envidra.
¡Oh bien haya el primero
Que con arte benigna
Dió número á las voces,
Dió voces á la lira!

Por ella los cuidados
Que de allá de la Estigia
Vienen mas que de paso,
Vuelven mas que de prisa;
Por ella se alimenta
El teatro de risas,
El sarao de danzas,
La noche de vigilias;
Por ella solamente
La Inachis egipcia
A tez pasó de pieles,
Y de fea á muy linda;
Por ella liberales
Las auras me subliman,
Y á tu guirnalda llevan,
¡Oh candiota ninfa!
Donde las tres deesas,
Juno, Vénus y Cintia,
Me ceden mas licencias
Que al vaquero del Ida.
Acuérdome una siesta,
Cuando el sol combatia
Desde el Leon Nemeo
Las aguas de las Indias,
Que yo dulce cantaba,
Y ellas dulces me oian,
Como á cisne del Istro
O á fénix de la Siria.
Resonante la esfera
Mis voces repetia;
Que en todas partes Eco
Ejerce su capilla.
Ya diosas me cercaban,
Ya dioses me ocurrian,
Y ni cesaba el canto
Ni Júpiter venia.
Yo, celoso, dejélos,
Y á tí volví, Licimnia,
Como amante que teme
Lluvias de argentería.

XII.

A Gratidia, hechicera.

Casada la de Eurito,
Asquerosa Gratidia,
Enojosa á las madres,
Odiosa á las hijas,
Y á las tiernas casadas
No menos enemiga
Que á los tigres de Hircania
Los leones de Libia;
Por tí penan los hijos,
Por tí los padres gritan,
Y los tiernos casados
Tristemente suspiran;
Pues no cierto de amores,
Porque ya en tus mejillas
Las que antes eran rosas
Agora son espinas,
Sino de aquella fuerza
Del encanto maligna,
Que vuelve los juicios
Y revuelve la Estigia.
Por tí, dura Meguera
Y Tesifone esquiva,
Se mueven las peleas,
Se conmueven las iras.
Tú, robustas niñeces,
De fortaleza dignas,
Estragas á la sorda,
Como si fueras lima,
Y de frescas muchachas
Amenas lozanías.
O cual siesta desmayas,
O cual noche marchitas.
Los ingenios embotas,
Las memorias descuidas,
Y á los tristes que penas,
Los sentidos avivas;
Todo por instrumento
De bocados que aliñas,
De girones que cortas,
De ideas que fabricas;
Milagros que á la cera,
Al paño, á la comida,
En vano se le deben
Donde tú estás, Gratidia.

XIII.

A Camila.

Cuando no fueras hija
De Sabina y Tirreno,
Bastaba ser hermana
De Flavia la de Celio,
De cuyas bellas manos,
De cuyo trato honesto
Heridos salen muchos,
Curado ni uno de ellos;
Que herencia son, Camila,
De todos tus abuelos,
Castidad en las almas
Y hermosura en los cuerpos.
¡Oh cuántos dió tu madre
Galeotes al remo
Del barco de Cupido,
De la concha de Vénus,
A quien ni los diez años
De vida redimieron,
Ni el llanto derramado,
Ni el padecido riesgo,
Hasta que tu buen padre,
Hipómenes entre ellos,
A la sorda casado,
Fué lima de sus hierros.

XIV.

A Drusila, arguyente.

Basta; que ya, Drusila,
Das en ser bachillera,
Como si profesaras
La lógica de escuelas.
Alabo tu memoria,
Repruebo tu prudencia;
Que mujer y muchacha
No es cosa para letras;
Y no porque tu ingenio
Se limpie de agudezas,
Sino porque las tales
Despuntan con la ciencia.
Doctísima fué Safo
Entre todas las Lesbias,
Y entre todas ninguna
Fué tan loca y tan necia.
Si no, dígalo el salto
De la Leucade peña,
Concluyente argumento
De sus antecedencias.
Tú pues sofisterías
Por los hilados deja;
Que Penélope casta
Fué por solo la tela.
Serás de mí querida,
Porque cosa mas buena
Es ser casta y idiota
Que docta y deshonesta.

XV.

A Lesbia.

Al son de las castañas
Que saltan en el fuego,
Echa vino, muchacho,
Beba Lesbia y juguemos,
Siquiera el Capricornio
Tire lanzas de hielo,
Mal agüero á casados,
Buen auspicio á solteros;
Enemigo de Baco
Cuando estaba en el suelo,
Destrozándole vides,
Rumiándole sarmientos,
Y agora no tan dócil,
Que no procure vernos
Aguados con mil aguas
Y helados con mil hielos.
Yo apostaré, mi Lesbia,
Que si le diese el cielo
Poder en causa propia,
Que nos hiciese yermos;
¡Oh, cómo el insolente
Diera fin al viñedo,
Y juntamente en Darro
Con todos los sedientos!
Porque daños mayores
Se le siguen al cuerpo
Beber tus aguas, Tajo,
Que echarse en las del Ebro;
Pero ya que los astros
Mejor que esto lo hicieron,
Echa vino, muchacho,
Beba Lesbia y juguemos.

XVI.

Del amor y la abeja.

Aquellos dos verdugos
De las flores y pechos,
El amor y la abeja,
A un rosal concurrieron.
Lleva armado el muchacho
De saetas el cuello,
Y la bestia su pico
De aguijones de hierro.
Ella va susurrando,
Caracoles haciendo,
Y él criando mil risas
Y cantando mil versos;
Pero dieron venganza
Luego á flores y pechos,
Ella muerta quedando
Y él herido volviendo.

XVII.

A Náis.

Así te dén los cielos
Dicha en las pretensiones,
Venganza en los agravios,
Victoria en los amores;
Los gustos te se cumplan,
Los bienes te se logren,
El año te dé frutos,
Y todo pase en flores;
Desacredite tarde
El tiempo tus verdores,
Ni el cierzo los enere,
Ni el euro los agoste.
Así del viejo padre
Mitigues los rigores,
El alma le diviertas
Y el seso le trastornes;
Trasiegue sus tesoros
En galas que te compre,
Y sean sus Perúes
Las hebras que te sobren;
Las hebras que han servido
De sogas á mil hombres,
Gustando de ser Ifis
Porque eras tú de bronce.
Así, discreta Náis,
El céfiro remoces,
Volviéndole á fragancias
Al tiempo que él las borre.
Y ni el Can del estío,
Que arroja mil calores,
Te lata desde el cielo
O muerda desde el monte,
Que acabes de decirme
Tu gusto en dos razones,
Porque el verano viene,
Y es bien que me acomode.

XVIII.

A sus amigos.

Ya de los altos montes
Las encumbradas nieves
A valles hondos bajan
Desesperadamente;
Ya llegan á ser rios
Las que antes eran fuentes,
Corridas de ver mares
Los arroyuelos breves;
Ya las campañas secas
Empiezan á ser verdes,
Y porque no beodas,
Aguadas enloquecen;
Ya del Liceo monte
Se escuchan los rabeles,
Al paso de las cabras
Que Titiro defiende.
Pues ea, compañeros,
Vivamos dulcemente;
Que todas son señales
De que el verano viene;
La cantimplora salga,
La cítara se temple,
Y beba el que bailare,
Y baile el que bebiere.

XIX.

De sí mismo.

Dícenme las muchachas:
«¿Qué será, don Estéban,
Que siempre de amor cantas,
Y nunca de la guerra?»
Pero yo las respondo:
«Muchachas bachilleras,
El ser los hombres feos
Y el ser vosotras bellas.
¿De qué sirve que cante
Al son de la trompeta
Del otro embarazado
Con el pavés á cuestas?
¿Qué placeres me guisa
Un árbol, pica seca,
Cargado de mil hojas
Sin una fruta en ellas?
¿Quién gusta de los parches,
Que muchos parches tenga,
Y quién de los escudos,
Que nunca los posea?
Que yo de los guerreros
No trato las peleas,
Sino las de las niñas,
Porque estas son mis guerras.»

XX.

A Flora.

No la cuna primera
Me dió Constantinopla,
Ni el Cairo las mantillas,
Ni la crianza Ródas;
No ya mayor pirata
Me acreditaron ondas,
Ni con armada en corso
Corrí mar, robé costas;
No vine á las prisiones
Por desgraciada rota,
Ni á ser esclavo tuyo
Por presa ni por compra.
Cristiano soy, nacido
Entre el Ebro y el Hoja,
Madrid me dió crianza,
Orígen Piédeconcha,
Pues mas blanda la mano...
Pero quédate, Flora;
Que mal saben leones
Obedecer á lobas.

XXI.

A un niño de dos años y medio, sobrino del autor.

Cupido de ametistes,
Delicias de tu madre,
Que es Angela y honesta,
Que es hermosa y es ángel;
Tirano sin aljaba,
Y ciego sin vendarte,
Te llaman los amores
De muchas voluntades.
Tú burlas como niño,
Tú admiras como grande,
Y en medio lustro excedes
A tres olimpiades.
De sanos y de enfermos
Triaca eres suave,
Porque suspendes ojos,
Porque diviertes ajes.
Tú, sazonando risas,
Tú, guisando donaires,
Como el arroyo alegras,
Como el iman atraes..
Eres en la soltura
Mas que el venado ágil,
Y mas que el mismo fuego
Activo sin cansarte;
Porque jamás sosiegas
Por mucho que trabajes,
Ni te atan los miedos,
Temiendo no los ates.
De grana las mejillas,
La boca de granates,
Y las garzotas bellas
De filigrana traes.
Mil virtudes prometes,
Mil vicios contrahaces,
Aquellas con premisas
Y estos con ademanes.
Conceptos desentrañas,
Que entiendes como ángel,
Y acudes presto á ellos,
Aunque articulas tarde.
Pues gózate mil años;
Que si hoy eres infante,
Mañana caballero
Serás, como tus padres.

XXII.

De la Navidad.

Con el ivierno triste
Vienen las navidades
Alegres á traernos
Mil vinos y mil bailes;
Porque si no, el Bootes
Haria en un instante,
Como del agua hielos,
Rubíes de la sangre.
Pues ea, tú, Talía,
Echa vinos suaves,
Que caigan á los pechos,
Y á las narices salten;
Y tú quema, Sirilo,
Inciensos y estoraques,
Que, hechos nubes, envien
Olores fulminantes;
Y al hogar recogidos
Beba yo, cante Agláes,
Y con la niña Crísis
Aristodemo baile;
Que si celosa luego
Se picare la Táis,
Despues habrá requiebros,
Que su puchero vacien.
Con esto á los cuidados
Darémos una cárcel,
De quien el sueño sea
Los grillos y el alcaide.

XXIII.

De una fuente.

Helando viene el cierzo,
Y esta fuente de vidrio
Sin duda va corriendo
Por despedir el frio;
Y es una mentecata,
Que echada con el vino,
Templaria rigores
Y excusaria grillos.
Pero, pues no, que pene;
Que yo mientras bebido
Estoy, entre los hielos
Mas sudo que tirito.

XXIV.

Al ivierno.

Basta; que das, ivierno,
En ser nuestro enemigo,
Ya con nieves y barros,
Ya con lluvias y frios,
Cuando encaneces campos,
Cuando detienes rios,
Y para que se quiebren
Los conviertes en vidrio.
Destruyes los ganados,
Agostas los egidos,
Y al fin, de tus rigores
Se quejan los armiños.
Porque ¿quién al capullo,
O quién al lanificio,
Cosió sus blancas pieles,
Sino tus blancos hilos?
Las fieras en sus chozas,
Las aves en sus nidos,
Te llaman insolente
Con quejas y bramidos.
Solo contra mí solo
No tienes poderío,
Donde hay cítara y canto,
Donde hay hogar y vino.

El Anacreonte (*traducido*).

MONOSTROFES.

I.

De la lira.

Quiero cantar de Cadmo,
Quiero cantar de Atrídas;
Mas ¡ay! que de amor solo,
Solo canta mi Lira.
Renuevo el instrumento,
Las cuerdas mudo aprisa;
Pero si yo de Alcídes,
Ella de amor suspira.
Pues, héroes valientes,
Quedáos desde este dia,
Porque ya de amor solo,
Solo canta mi lira.

II.

De las mujeres.

Sábia naturaleza
Dió dos cuernos al toro,
Cuatro piés al caballo,
Cuatro manos al oso,
Ligereza á la liebre,
Velocidad al corzo,
Y una sima de dientes
Al leon prodigioso.
Las aves soltó al viento,
Los peces echó al Ponto,
Para sus euros diestras,
Para sus aguas doctos;
Al hombre entendimiento,
A la mujer nególo.
Pues ¿qué le dió? Belleza,

Con natural adorno;
Y esto en lugar de lanzas
Y de paveses corvos,
Por mas fuerte que el fuego
Y que el acero todo.

III.

Del amor.

En medio del silencio,
Cuando la Ursa corre
Veloz hácia la mano
De la estrella Bootes;
Cuando el piadoso sueño
Esparce sus licores,
Suspendiendo el trabajo
De los cansados hombres;
Amor á mis umbrales
Llegó acaso una noche,
Y llamando á las puertas
Del sueño, despertóme.
«¿Quién es el atrevido,
Airado dije entonces,
Que á tales horas llama,
Y al que duerme interrompe?—
Abre, piadoso huésped,
Las puertas, me responde,
Y deja el miedo, amigo,
Que mi llamar te pone;
Porque soy un muchacho
Que ando toda la noche,
Perdido por ser ciego,
Y helado por ser pobre.»
Yo, movido á sus ruegos
Y amigable á sus voces,
Las puertas abrí luego,
Porque entre el que las rompe;
Cuando vi un niño ciego,
Al modo de los dioses,
Con alas en sus hombros,
Y en su carcaj arpones.
Subíle á mi aposento,
Encendí mis carbones,
Enjugué sus cabellos
Y apagué sus temblores.
Sus manos con las mias
Le apreté, y él entonces,
Viéndose redimido
Del hielo y sus rigores,
«Probemos, dice, el arco,
Por si el nervio se encoge.»
Y estirando la cuerda,
El pecho atravesóme.
Luego con mil risadas
De mi casa salióse,
Diciendo al despedirse:
«Huésped, queda á los dioses;
Pero primero advierte
Que tras hacer el golpe
Mis arcos quedan sanos,
Y tú con mil dolores.»

IV.

De la rosa.

La rosa de Cupido
Juntemos á Lieo,
Y de ella laureados,
Bebamos y juguemos;
La rosa, que á las flores
Es suave ornamento,
Y del verano alegre
El cuidado primero;
La rosa, que á los dioses
Es deleite; y por esto,
De rosas coronado,
Danzas sigue el de Vénus.
Haz pues, oh padre Baco,
Que, de rosas compuesto
Y de lira adornado,
Me reciba tu templo.
Suaves daré olores,
Suaves diré versos,
Y juntos yo y mi dama
Suaves bailarémos.

V.

De un baile.

Los cabellos suaves
Con guirnaldas de rosas
Bailes junta á Lieo
Una turba no poca;
Y al son de los adufes,
Con planta bulliciosa,
Danzas guia una niña,
Y el tirso con sus hojas
De curada guedeja,
Con voces olorosas,
Tierno canta un muchacho
Y la cítara toca,
De Baco acompañado,
Con cabellera roja,
Al lado de su madre
Cupido luego asoma;
Y luego juntamente
Con todos ellos forma
Mil danzas, que á los viejos
Son dulces y gustosas.

VI.

Del amor.

Con una baquetilla
De color de jacinto,
Porque ágil le siga,
Me apremiaba Cupido.
Ya me llevaba á mares,
Ya me llevaba á riscos,
Cuando me vi de un áspid
Asaltado y mordido.
El corazon entonces
Me daba mil latidos,
Que á la nariz subian
Con saltos infinitos.
Pero amor con sus alas
Me tocó, y esto dijo:
«Mucho sentis la espuela;
Cobarde sois, amigo.»

VII.

De un sueño.

En un pabellon rojo
Estaba yo durmiendo,
Cuando luego á mi cama
Se me vino este sueño.
Soñaba pues que estaba
Alegre con Lieo,
Entre un corro de danzas
Retozando y corriendo;
Y que allí, bien bebidos
Tambien unos mancebos,
Por ello me decian
Injurias y denuestos.
Quise á todos seguirlos,
Y todos se me huyeron;
Y así, burlado y solo,
Volví luego á mi sueño.

VIII.

A una paloma.

Amada palomilla,
¿De dónde, di, ó adónde
Vienes con tanta prisa,
Vas con tantos olores?
—Pues ¿á tí qué te importa?
Sabrás que Anacreonte
Me envia á su Batilo,
Señor de todo el orbe;
Que, como por un himno
Me emancipó Dione,
Nombróme por su paje,
Y él por tal recibióme.
Suyas son estas cartas,
Suyos estos renglones,
Por lo cual me prometo
Libertad cuando torne.
Pero yo no la quiero,
Ni quiero que me ahorre;
Porque ¿de qué me sirve
Andar cruzando montes,
Comer podridas vacas
Ni pararme en los robres?
A mí pues me permite
El mismo Anacreonte
Comer de sus viandas,
Beber de sus licores.
Y cuando bien bríndaba,
Doy saltos voladores,
Le cubro con mis alas,
Y él dulce las acoge.
Su cítara es mi cama,
Sus cuerdas mis colchones,
En quien suavemente
Duermo toda la noche.
Mi historia es esta, amigo;
Pero queda á los dioses;
Que me has hecho parlera,
Mas que graja del bosque.

IX.

De un amor de cera.

A uno que vendia
De cera un Cupidillo,
Le dije: «¿Cuánto precio
Pedis por él, amigo?»
Y él luego respondióme:
«Lo que me diereis pido;
Que semejantes cosas
Ni esculpo ni liquido;
Pero no me acomodo
A llevarle conmigo,
Por ser de cuanto tengo
Codicioso este niño.—
Pues veis aquí un dinero
Y dádmele, que es lindo,»
Le respondí: y él diólo.
Por eso vos, Cupido,
Entradme en calor luego;
Donde no, os certifico
De daros luego á tales,
Que salgais derretido.

X.

De sí mismo.

Dícenme las muchachas:
«Viejo estás, Anacreon;
Y para que lo veas,
Toma, toma el espejo;
Verás que en la cabeza
Ya no tienes cabello,
Y que muestras la frente
Con calva y sobrecejo.»
Pero yo las respondo:
«Muchachas, no me meto
En si ha quedado alguno
O todos se cayeron.
Solo podré deciros
Que de amores y juegos,
Cuando mas se le acerca
La muerte, trata el viejo.»

XI.

A una golondrina.

¿Qué penas, golondrina,
Te daré por parlera?
¿Segaréte las alas?
¿Serraréte la lengua?
La lengua, que Tereo
Te cortó con su diestra
En los tiempos pasados,

Cuando estabas doncella.
Tú me quitas el sueño,
Tú mi oido inquietas,
Y con voz importuna
Tú á Batilo me llevas.

XII.

Del amor.

¡Vengan, vengan amores,
Que me manda en efecto
El amor que los tenga,
Y es forzoso tenerlos.
Verdad es que al principio
No quise obedecerlo,
Ignorante del daño
Que me vino por ello;
Por lo cual el vendado,
Disparando del nervio
Las saetas de oro,
A mí viene corriendo;
Pero yo barreado,
Como Aquiles un tiempo,
De loriga y escudo,
Me le opongo soberbio.
La batalla se empieza,
Flechas cortan el viento,
Y á sus plantas cobarde,
Las espaldas le vuelvo.
Ya mudada en erizo
La faccion de guerrero,
Su carcaj heredando
Mis hombros con mi riesgo;
Y él, al verse viudo
De tantos aparejos,
Cual saeta ligera
Se me lanza ligero.
Intenté resistirle;
Pero ¿de qué provecho
Son las armas por fuera,
Si la guerra es por dentro?

XIII.

De sí mismo.

Tú las guerras tebanas
Cantas, y aquel las frigias;
Pero yo, negocioso,
Solo canto las mias.
Porque no el nombre de armas
Perdió mis mercancías,
Ni las robó el infante
Armado con la pica.
Escuadron diferente,
Que se asentó en las niñas
De mi niña, es quien vence
Con flechas que me tira.

XIV.

De una taza de plata.

Una taza me forja
De plata; pero en ella,
Vulcano, ni me pintes
Armadas ni peleas;
Porque yo ¿qué he con Marte?
Solo harás que ella sea,
Ya que no la mas ancha,
La mas honda que puedas.
Ni tampoco me esculpas
Las lucientes estrellas,
Ni el carro de las Osas,
Ni el Orion, que hiela.
Pues ¿qué á mí las pleyadas,
O el Bootes me prestan?
Pero grávame vides
Con racimos que pendan,
Y á Baco juntamente,
Que los esprima en ella,
Con Vénus y Cupido,
Sin arco ni saetas.

XV.

De un vaso.

Arte de platería,
Fórjame un delicado
Vaso de fina plata,
Y en él ponme al verano,
Y á su hora, que cria
Las rosas en el mayo;
Las rosas, que entre todos,
Son mi primer regalo;
Y luego una bebida
De vino dulce y blando,
Que parezca que brinda
Al gusto y al olfato.
No los destrozos pongas
De los ritos sagrados,
Ni espectáculo alguno
Que dé pena al mirarlo;
A Baco sí, buen hijo
De Júpiter el alto,
Y á Vénus, favorable
A los recien casados.
Tambien á su Cupido,
Mas sin flechas ni arco,
Y á las gracias alegres,
Riyendo y retozando;
Y esto todo á la sombra
De un parral, coronado
De sarmientos pendiendo,
De racimos colgando.
Ni por esto me esculpas
Retozones muchachos,
Si no es que el mismo Febo
Ande entre ellos jugando.

XVI.

Del beber.

Bebe la tierra fértil,
Y á la tierra las plantas,
Las aguas á los vientos,
Los soles á las aguas,
A los soles las lunas,
Y las estrellas claras;
Pues ¿por qué la bebida
Me vedais, camaradas?

XVII.

De sí mismo.

Dadme, dadme, muchachas,
El brindis de Lieo;
Que el seco calor mio
Me bebe cuanto bebo.
¿No mirais en mis ansias,
Que, de puro sediento,
Sin poder dar un paso,
Como asmático anhelo?
Tambien me dad de vides
Una guirnalda luego,
Para que así refresque
Mis sienes y cerebro.
Pero ¿qué maravilla,
Si dentro de mi pecho
Escondo los calores
Del muchacho de Vénus?

XVIII.

Ea, muchacho, luego
Busca, busca la sombra,
Y escoge un árbol verde
De ramas bullidoras,
Donde soplen las auras,
Donde suenen las hojas,
Y una fuente perpétua
Murmure con sus ondas;
Porque ¿qué pasajero
Verá tan deleitosa
Estancia con sus ojos,
Que no pare á la hora?

XIX.

Del oro.

Si alargarse pudiera
Nuestra vida con oro,
Sin duda le buscara
Por un mundo ó por otro;
Y así, luego á la muerte,
En el dia forzoso
Le diera una gran suma
Porque volviera el hombro;
Pero ya que es vedado
Hacer del hado logro,
¿De qué sirve el gemido?
De qué sirve el sollozo?
Tambien, si inexcusable
Es la via del Orco,
¿Para qué las riquezas?
¿Para qué los tesoros?
Pues ea, venga el vino,
Que me salte á los ojos;
Que entre mis camaradas
Quiero hacerme beodo.

XX.

De sí mismo.

Naci mortal al mundo
Para que de la vida
Trillase los senderos
De no pisadas vias;
Bien sé lo que he vivido,
Mas no lo que podria;
Pues ¡hola! huid, cuidados,
Y no me agüeis las dichas;
Que á fe que he de alegrarme
Antes que llegue el dia,
Bebiendo, retozando,
Y sazonando risas.

XXI.

Del vino.

Con el suave vino
Doy sueño á las tristezas,
Pero á mí ¿de qué parte
El trabajo y la pena,
El cuidado y la angustia,
El llanto y la miseria?
¿Qué bien hay cual la vida?
Pues ea, mozo, echa;
Que con el dulce vino
Doy sueño á las tristezas.

XXII.

Del vino.

Cuando me asalta Baco
No hay cuidado que vele,
Ni al mismo Creso estimo
Con todos sus haberes;
Luego la dulce musa
Me coge de repente,
Y me fabrica versos
Para cantar alegre;
Tras esto, con la hiedra
Ceñidas ambas sienes,
Las cosas todas huello,
Por mas que se veneren.
Corra el otro á las armas,
Cargado de paveses,
Que yo tan solo al vino
Correré diligente;
Por eso tú, muchacho,
Echa vino, y sé breve;
Que mas quiero asomarme
Que morir de repente.

XXIII.

De Baco y Vénus.

El que es de Jove hijo,
Baco, padre Lieo,
Me enseña mil mudanzas
Luego que entra en mi pecho;
Que no me es poca gloria
Bailar cuando estoy lleno,
Porque Vénus deleita
Con algazara y versos.
Ella incita las almas
Con bailes y con juegos,
Y yo, muy diligente,
Tras ella danzo luego.

XXIV.

A un pintor.

Ea, maestro amigo,
Docto en la ródia arte,
A mi ausente me pinta
Cual yo te la pintare;
Darásle lo primero
El vellon suelto en partes,
Por lo negro atractivo,
Por lo blando tratable,
Y si acaso la cera
Milagros hacer sabe,
Haz que ungido respire
Olores muy fragantes;
De cuya negra cumbre
La frente blanca baje
Cual nieve despeñada,
Y en las mejillas pare;
Las dos cejas en arco,
Negras como azabache,
Guarda no las encuentres,
Ni mucho las apartes,
Sino dispon en ellas
Un divorcio admirable,
Así como le has visto
En su dulce semblante;
Sus ojos, cual de fuego,
Que apacibles retraten
Lo garzo de Minerva,
De Vénus lo agradable;
Su nariz bien caida,
Sus mejillas que gasten
El mixto de la rosa,
Que arguya leche y sangre;
Tambien entre sus labios,
Y como que los abre,
Pinta á la persuasiva,
Que es deesa elegante;
Su barba con hoyuelo,
Y en la nariz tornátil
Felicemente unidas
Las gracias revolantes;
Luego una vestidura
De púrpura que arrastre,
Y que del dueño diga
La gentileza y aire;
La tez tan delicada,
Que cual vidrio declare
Los que debajo de ella
Contiene el cuerpo esmaltes.
¿Qué mas? Pero sin duda
Que ya en lugar de imágen
Me dais el mismo orígen;
Cera pues, ea, habladme.

XXV.

Del amor.

Al amor descuidado
Cogieron las pimpleas,
Y con grillos de flores
Al decoro le entregan;
Luego para el rescate
La misma Citerea
Previene muchos dones
Y da grandes riquezas;
Pero cuando lo libre,
Tenga por cosa cierta
Que amor tarde se arranca,
Si á ser esclavo empieza.

XXVI.

De sí mismo.

Sin límite, ea, mozo,
Dame, dame la copa;
Que quiero, quiero darme
A furia tan sabrosa.
Furias tuvo en un tiempo
Oréstes y Alcmeonta,
Y uno y otro verdugo
Fué de su madre propia;
Pero yo, que de nadie
Soy homicida agora,
Quiero, quiero entregarme
A furia tan sabrosa;
Furias tuvo en un tiempo
Hércules de Beocia,
Que el hifiteo arco
Y la aljaba destroza;
Tambien las tuvo Ayace,
Blandiendo la famosa
Espada del troyano
Y el pavés de siete hojas;
Pero yo con la taza
Y con esta corona,
De flores adornada,
Que ciña mis garzotas,
No con arco hifiteo
Ni espada cortadora,
Quiero, quiero entregarme
A furia tan sabrosa.

XXVII.

A la golondrina.

Amada golondrina,
Tú vienes cada un año,
Y tratas de tu nido
Solamente el verano;
Tú siempre en el invierno,
Nuestro país dejando,
Allá te vas á Ménfis
Y al Nilo egipciaco;
Pero el duro amor mío,
Viniendo mas despacio,
En mi pecho hace nido,
Sus huevos empollando;
Aquí pues ya Cupido
Sale de pelo malo,
Y aun saca algunos pollos,
Que bullen ya piando,
Y apenas los mayores
Empollan otros, cuando
Nacen terceras crias
De aquestos empollados;
Pues ¿qué de mí se espera,
Si tengo amores tantos,
Que la mas suelta lengua
No es bastante á explicarlos?

XXVIII.

A una muchacha.

No te desprecies, niña,
De mí, porque soy cano,
Ni mi gusto desdeñes
Con tu color rosado;
Que en las guirnaldas bellas
Siempre verás casados
A la rosa y al lirio,
Con ser roja y él blanco.

XXIX.

De Jove.

Yo apostaré que es Jove
Aquel toro, muchacha,
Que á la sidonia ninfa
Se lleva en las espaldas;
Él denodadamente
Los hondos mares nada,
Y presuroso hiende
Las ondas con sus patas;
Y á no ser él, no hubiera
Toro que de las vacas
Así dejara el puesto,
Ni el Ponto así nadara.

XXX.

Del verano.

Agora que suave
Nace la primavera,
¿No ves cómo las gracias
De rosas mil se llenan?
No ves cómo las ondas
Del ancho mar quietas
Aflojan los furores,
Y amigas se serenan?
No ves cómo ya nada
El ánade, y empieza
La grulla á visitárnos,
Y el sol á barrer nieblas?
Los trabajos del hombre
Ya lucen y ya medran,
La vega pare gramas,
La oliva flores echa,
Las cepas se coronan
De pámpanos que engendran,
Y de bullentes hojas
Los campos y alamedas.

XXXI.

De sí mismo.

Viejo soy, mas á todos
Los mozos, con ser viejo,
Excedo en la bebida,
Bailando asaz ligero.
Mis gustos son las danzas,
Mi báculo es el cuero;
Que mi derecha mano
No conoce otro cetro.
¿Deseas tener guerras?
Que te hagan buen provecho;
Y á mí dame, muchacho,
El brindis de Lieo.
Seré por lo beodo,
Pues lo soy por lo viejo,
Brincando entre las danzas,
Retrato de Sileno.

XXXII.

OCTOSILÁBICA.

De sí mismo.

Cuando bebo el suave vino,
Con un rapto placentero,
A las nueve musas canto,
Y con himnos las celebro;
Cuando bebo el suave vino,
Los cuidados, los consejos,
Mis alcázares dejando,
Luego vuelan por el viento;
Cuando bebo el suave vino,
Mis holguras disolviendo,
Por las auras florecientes
Me arrebata el buen Lieo;
Cuando bebo el suave vino,
Con guirnalda, que yo mesmo
Me he tejido de mil flores,
La feliz vida sustento;

Cuando bebo el suave vino,
Luego el alma desenvuelvo,
Como pez en ancho vaso,
Y á los bailes me encomiendo;
Cuando bebo el suave vino,
Con mi propio logro encuentro,
Moriré pues con mi logro,
Que el morir al hombre es cierto;
Cuando bebo el suave vino,
Mis desdichas sobrellevo;
Bebe, huésped, bebe y vive,
Que si vivo es porque bebo.

XXXIII.

Del amor.

Amor entre las rosas,
No recelando el pico,
De una que allí volaba
Abeja salió herido;
Y luego dando al viento
Mil dolorosos gritos,
En busca de su madre
Se fué cual torbellino;
Hallóla, y en su gremio
Arrojado, esto dijo:
«Madre, yo vengo muerto;
Sin duda, madre, espiro,
Que de una sierpecilla
Con alas vengo herido,
A quien todos abeja
Llaman, y es basilisco.»
Pero Vénus entonces
Le respondió á mi niño:
«Si un animal tan corto
Da dolor tan prolijo,
Los que tú cada dia
Penetras con tus tiros,
¿Cuánto mas dolorosos
Que tú estarán, Cupido?»

XXXIV.

De Amor y Marte.

El marido de Vénus,
En su lemnia herrería,
Mientras de acero fragua
Las flechas que amor tira,
Y mientras Citerea
Artificiosa aplica
Dulce miel á sus hierros,
Y amor amargo acíbar;
Vuelto ya de la guerra,
Y vibrando la pica
El belicoso Marte,
Burlaba de sus viras;
Pero entonces el ciego,
Haciendo puntería,
«Haz, dice, pues, exámen,
Si gustas, de esta mia.»
Recibióla el guerrero,
Como quien no la estima,
Y Vénus, que alertaba,
Soltó luego la risa;
Mas repitió, gimiendo:
«Quita, Cupido, quita,
Y vuélvela á tu aljaba;
Que no quiero tu vira.

XXXV.

De la rosa.

Con el verano alegre,
Que es padre de las flores,
Casemos á la rosa,
Que es ámbar de los dioses;
La rosa, que es suave
Delicia de los hombres,
Ornato de las gracias
Y beso de Dione;
La rosa, que á poetas
Argumento es conforme,
Y á las hermanas nueve
Del Cabalino monte;
La rosa, que es amable
Al brazo que la coge,
Por mas que se defienda
Con espinas de bronce;
La rosa, finalmente,
Que suave responde
Al tocar con halagos,
Al oler con olores;
La que solemnes fiestas
Espléndida compone;
Pero donde ella falta,
¿Qué adornos hay que sobren?
De rosa son los dedos
Del alba entre arreboles,
Y de rosa los brazos
De las ninfas del bosque.
La misma Citerea,
La hospedera de Adónis,
Por ella ha merecido
Mil títulos y nombres;
La rosa pues medica
De sus ajes al hombre,
Y al hecho ya cadáver
Libra de corrupciones;
Opónese á los tiempos,
Y en vejez uniforme
Despide aquellos mismos,
Que en juventud, olores;
Pero va de su origen,
Pues fué de sus loores,
Y á quien la edad venera,
La antigüedad abone;
Cuando con las espumas
Mezclados los rigores,
Parieron á la Vénus
Tan dulce como dócil,
Y el curado celebro
Del soberano Jove
A Pálas, que preside
Armada entre escuadrones;
Del seno de la tierra
Nació la rosa entonces,
Que acudió con su néctar
La turba de los dioses;
De cuya mata luego,
Tan dulce como noble,
Nació tu planta, Baco,
Que es néctar de los hombres.

XXXVI.

De los amantes.

Por la señal que muestra
En su anca el caballo
Se conoce, así como
Por la tiara el parto;
Y yo luego que veo
Algun enamorado,
Le conozco al momento,
Sin padecer engaño;
Porque amor en sus pechos
Les fija con su rayo
Una señal pequeña,
Con que los hace esclavos.

XXXVII.

A la cigarra.

¡Oh tres y cuatro veces
En todo afortunada!
Pues del blanco rocío
Apenas algo gastas,
Cuando sobre la cumbre
De copas levantadas,
En trono, como reina,
Sonoramente cantas.
Lo que tus ojos miran,
Lo que los campos alzan,
Lo que las selvas brotan,
Todo es tuyo, cigarra.
Quiérete dulcemente
El rústico, que labra,
Por nunca le haber sido
Prolija ni pesada.
Quiérente los mortales,
Que la cosecha aguardan,
Por darles del estío
Premisas tu voz alta.
Amante las Pimpleas,
Y el mismo sol te ama,
Y así te comunica
Voz dulce y regalada.
No el tiempo injurioso
Con la vejez te daña,
Y eres sábia, con que eres
De tierra procreada;
De dolor, carne y sangre
Te reservaron parcas,
Con cuyas calidades
A los dioses retratas.

XXXVIII.

Del oro.

No amar es cosa dura,
Y amar es dura cosa;
Pero amar sin retorno
La mas dura de todas.
En el amor se olvida
La sangre generosa,
Ni ya valen costumbres
Honradas ni ingeniosas;
Solo el oro es quien priva,
Su lindeza es la sola.
Pues ¡ah! muera el primero
Que apuró sus escorias.
Por este los hermanos
Mas hermanos se odian,
Los padres se desprecian,
Las guerras se alborotan;
Y lo peor de todo
Es, que cuantos adoran,
Perecen solamente
Por esta peste sola.

XXXIX.

De su gusto.

Amo al que es viejo verde,
Amo al que es mozo y baila,
Ambos á dos me alegran
Y ambos á dos me agradan;
El viejo, si es de gusto,
Solo es viejo en las canas;
Que para las holguras
Es muchacho en el alma.

XL.

Al criado.

Dame, dame la lira
De Homero, mozo, ea;
Pero no la que consta
De belicosas cuerdas;
Dame, dame la taza
De las leyes etéreas,
Trastornaré bailando
Las leyes de la tierra;
Que luego con la lira,
Y una furia modesta,
Cantaré tartamudo
Graciosas cantinelas.

De un incierto autor griego.

XLI.

De Anacreonte.

Viéndome Anacreonte,
El lírico de Teyo,
Saludóme y llamóme,
Y esto todo entre sueños.

Yo tambien presuroso,
Trás él corriendo luego,
Despues de mil abrazos,
Allí le dí mil besos.
Era de buen agrado,
Y lucido, aunque viejo,
Novillo despeñado
En el ardor de Vénus;
Sus labios despedian
El néctar del sarmiento,
Y Amor, porque temblaba,
Le sirve de escudero.
Quitóle una guirnalda,
Y á mí me la dió el ciego,
Como á quien obedece
Sus leyes y sus fueros;
Yo necio me la puse,
Desde cuyo momento
Jamás estuve ocioso
De amorosos deseos.

XLII.

Al Filanacreonte lecdor. — Dactílica.

Estos anacreónticos
Versos de á siete sílabas,
A tí, leedor benévolo,
Te doy con mis delicias;
Medítalos filósofo,
Cultívalos agrícola,
Que tantos verás pámpanos,
Como verdades físicas;
Porque dos mil há círculos,
De los que da en su eclíptica
El sol por el zodíaco,
Que ellos suenan en cítara.
Acreditólos Ásia,
Y Europa con la Libia
Les añadió mas títulos
Que aromas trae la Libia;
Bien sé que cuantas máquinas
Los hombres artifician,
Llegarán á mas átomos
Que la menor partícula;
Bien sé que cuantos mármoles
Da el Paro de las cícladas,
Llegarán á mas débiles
Que la cera mas líquida,
Primero que los ágiles
Talares de la envidia
Me lleven á las márgenes
Del rio de la Estigia.
No, no verá Proserpina,
Por mas que ande solícita,
Del Febo de la Iberia
La docta Polihimnia;
Que perpétua memoria
Y eternidad fatídica
Le esperan, como premio
Debido á su justicia;
Que no en vano Mercurio
Con caducea vírgula
Le destiló facundia,
Le amontonó pericia;
Pues ea, á las católicas
Rindanse las gentílicas,
Que España ya Piérides
Dar sabe á los antípodas.

De Alfeo Mitilineo.

XLIII.

A la medianía.

No los fértiles campos,
Macrino, yo apetezco,
Ni la suerte de Gíjes
Con su dorado cetro:
Solo aquello que basta
Para la vida quiero;
Que en extremo la nada
Me agrada por extremo.

XLIV.

A Flavia.

¡Oh tú, que poderosa
Estás de aquellas minas
Que juventud engendra,
Que Vénus artificia!
Oh tú, que á los amantes
Con gracias atosigas,
Con desdenes enconas,
Con desprecios entibias!
Pues pon la mira, Flavia,
En los que vienen dias;
Que no siempre de Elena
Duraron las delicias.
A fe, si de cuarenta
La viera el Priamida,
Que nunca se mordieran
La Grecia ni la Frigia.
Las vueltas de los cielos,
Lo que nos dan nos quitan,
Haciéndonos Proteos
De nuestra hacienda misma.
Vendrá sin duda tiempo
En que al espejo digas:
«Tu luna se ha mudado,
No eres tú quien solia.»

XLV.

De Drusila.

La muchacha Drusila,
La docta en entimemas,
Ya es bestia de tu yugo,
Ya es caza de tus flechas.
¡Válgate, y quién pensara,
Amor, que así volvieras
En cera sus aceros
Y en ócio sus tareas!
Quien te llame vendado,
Mal sabe de tu venda,
Pues de la puntería
Ignora la destreza.
Pensaba esta rapaza
Vivir en esta tierra
Tan horra de alcabala
Como tú de clemencia;
Todo era á los helados
Dejarlos á las puertas,
Al tiempo que pasaba
El Aquilon por ellas;
Todo era á los ardientes
Añadirles centellas,
Al tiempo que el Can alto
Ladraba por la siesta.
Yo vi de Lipareo,
Muchacho que del Etna
Bajó para su Citia
La juventud sin fuerzas;
Cual áspid en la ira,
Cual istmo en la tormenta,
Fué cruda á sus servicios,
Fué sorda á sus querellas;
Pero ya la has vengado
Con sola una saeta:
Vitoria de que es justo
Las gracias se te deban,
Pues tú, hijo de Vénus,
Ahora acaso quieras
O sojuzgar las auras
O conquistar las tierras;
Ya del neblí triunfes,
O del ave, que vela
Al cauteloso tiro,
Armada con la piedra;
Ya del robusto cita
O del remoto sera,
Que teme entre sus armas
Las españolas muestras.
Ea, preven el arco,
Afloja el carcaj, ea,
Y ejerce en Licorisa
Tus brios y experiencia;
Mancharé tus altares
Con dos palomas duendas,
Y luego tus narices
Con aromas sabeas;
Será, tras todo aquesto,
Temida tu potencia,
Y dada por honrada,
Amor, tu madre mesma.

XLVI.

A sus amigos.

Plegue á Dios, compañeros,
Que helados y beodos
Veleis en el ivierno,
Durmais en el agosto;
Los carbones se os vuelvan
Mas líquidos que plomo,
Y os sirvan de colchones
Los ásperos abrojos;
No halleis quien os defienda
Del duro Capricornio
Ni del rigor de Baco,
Si os echare en el lodo;
Y esto tan solamente
Porque me dais en rostro
Que frio, me embriago,
Que ardiente, me enamoro;
Pues advertid, malsines,
Que al poeta de Apolo
Castidad y abstinencia
Le importan mas que á otro;
Pues casto y abstinente,
¿Cómo escribes tan docto,
Aun lo que amor ignora,
Y apenas sabe Bromio?
Porque miro y no juego,
Porque los alborotos
Del mar, no en el naufragio,
Sino en el puerto, noto;
Porque velo al que duerme,
Porque afilo y no corto,
Como la aguzadera,
Con el alfanje corvo.
Quien ámbares respira
Es ámbar de los otros,
Y él anda de ordinario
De sus fragrancias horro.
Mal sabe el caballero
Que encima va del potro
Las corvetas que frisa
Ni los que da corcovos.
Al paladar que á pavos
Está hecho, es forzoso
Que guste menos de ellos
Que yo cuando los como.
Nunca fué buen testigo
De su locura el loco,
De su mal el enfermo,
De su sueño el modorro;
Así tampoco, necios,
No puede el que es beodo,
De los gustos de Baco
Dar fe ni testimonio.
Los almagres ignora,
Incendio de sus ojos,
Y los visajes feos,
Que le volvieron otro.
Yo vi por celosía,
Sin serlo de sus ojos,
Las gulas de Lico,
De Vénus los antojos;
Si pinto sus afectos
Con estilo asaz propio,
Dad gracias á Mercurio,
Que me sazona en todo.

XLVII.

De Cesenia y Laida.

Amor á un mismo tiempo
De Cesenia y de Laida,
Ambas á dos rameras,
Y asaz hermosas ambas,
Como al fin ceguezuelo,
Me tiene entre dos aguas;
Ni sé de cuál me huya,
Ni acierto á cuál me vaya:
Es la una soberbia
Cual onda veneciána.
Mas ligera que el viento
Y mas comun que el agua;
La otra con extremo
Del interés esclava,
Y amiga, por lo libre,
Del rumbo y bofetada;
Ninguna tiene el cuerpo,
Ninguna tiene el alma,
Y pues que nada tienen,
Ni alma ni cuerpo gastan.

XLVIII.

De Amor y Baco.

De Baco y Amor, hijos
De Jove y Citerea,
Digamos simpatías,
Cantemos diferencias.
Tus padres son mi lira,
Cada cual te dió cuerdas
Para aumentar delicias,
Para ahuyentar tristezas;
Pues ea, de los vientos
La agilidad enfrena,
O luego me edifica
En Nájera otra Tébas;
Y di cómo uno y otro
Es dios de gran potencia,
De los ojos al pecho,
Del pecho á la cabeza.
Los hombres, que entre todos
Son dioses de la tierra,
Por el uno se crian,
Por el otro se engendran;
A los que mas los tratan,
Tratan con mas crudeza,
Que solo dan su gloria
A quien los intermedia:
Hermánanse ordinario
Para tener peleas,
Y uno con ojos duerme,
Y otro sin ojos vela:
Resérvase de barbas,
Haciendo que las tengan
Los tristes, que han probado
Sus puntas y sus flechas.
Por uno el alto Jove
Venció desde su esfera
La gran gigantomaquia,
Trofeo de la tierra;
Por otro gozó cisne
De la tindárea Leda,
Adulterio que á la Asia
Costó ruina eterna;
Pues ambos á dos, Lira,
A tí y á mí nos sea
Plectrillo con que suenes,
Luquete con que beba.

XLIX.

A Cleobulina.

Los actos, Cleobulina,
De una mujer honrada,
Son de su casa al templo,
Son del templo á su casa;
Los otros que frecuenta
La gente ciudadana,
En visitar enfermas,
En divertir á sanas,
Aunque parecen buenos,
Son como la fragancia,
Que poca, agrada mucho,
Y mucha, desagrada;
Porque circea Vénus,
Que atosiga las almas,
No siempre paladea
Con lasciva vianda,
Ni ha menester saetas,
Donde el ócio se gasta,
Que es régulo en la vista
Y hiena en las palabras.
Poco á poco empeora
Quien mucho á mucho parla,
Que nunca de repente
Salió ninguna mala.
De una fuente pequeña
Un rio se dilata,
Que casi mar parece
Cuando en el mar desagua.
Plegue á Dios que, aun cerrando
Tus puertas y ventanas,
Te deje la importuna
De Vénus pertinacia;
Que de la dama argiva
Fué bronce la muralla,
Y no, como la tuya,
De adobes y argamasa;
Y en tan robusto apremio
Halló el estrupo entrada,
Pues que gozaron de ella
Lluvias de filigrana;
Y así, vuelvo á que el acto
De una mujer honrada
Es de su casa al templo,
Es del templo á su casa.

De Juliano Egipcio.

L.

Al amor.

Tejiendo unas guirnaldas,
Vi á Amor entre las rosas,
Y él, batiendo las alas,
Vertió vino en mi boca;
Yo bebí amor y vino,
Y desde aquella hora
Se apoderó el muchacho
De mis entrañas todas.

LI.

De Anacreonte.

Cuanto mas encaneces
En barbas y cabellos,
¡Oh Teyo Anacreonte!
Mas floreces en cuerpo;
Pero ¿qué maravilla,
Si das á todos tiempos
Caza al lobo de Baco
Y al pájaro de Vénus?
Y esto sin que te cueste
Dar pasos, criar perros,
Y soltar de la alcandara
Neblíes á los vientos;
Solamente trasiegas
Los vados Metimneos,
Y haces copulaciones
De chios y de lesbios;
Luego el pájaro y lobo
De tu Cipria y Lieo
Son marinos, no agrestes,
Son húmedos, no secos;
Las humedades, niño,
Vuelven el campo ameno,
Y no las sequedades,
Que son estrago nuestro.
Marina fué Dione,
Y Baco el Semeleyo,
Del ancho mar de Tiro
En el sidonio puerto;
Pues baste por respuesta;
Y así, español molesto,
Si ser quieres mi alumno,
Sé húmedo, y no seco.

LII.

A Glicera.

Las vueltas de los cielos,
Regidos de planetas,
Sustentados de ejes,
Adornados de estrellas,
Dan al hombre cordura,
A la mujer belleza,
Al campo verde ropa
De flores y de yerbas;
Las impelidas aguas
Redimen de cadenas,
Los vientos de nublados,
Los mares de tormentas;
Las iras alteradas
Reducen á quietas,
Los ódios á amistades,
Las batallas á treguas;
De las enfermedades
Salud hacen perfecta,
De los trabajos ócio,
De las flaquezas fuerzas;
Solo á tí no han podido,
Durísima Glicera,
Las vueltas de los cielos
Torcerte, con ser vueltas.

LIII.

En estos mis escritos
De florecillas verdes,
Jardin que ha dedicado
El tiempo á mis niñeces;
No en Babilonia muros,
No túmulos en Ménfis,
Del suelo levantados,
Del céfiro pendientes;
No cisne que delinca,
No toros que adulteren
Con un sugeto mismo
En formas diferentes;
No el aristeo enjambre
De las hibleas mieles,
Cada cual dulce hijo
De corrompidos bueyes;
No el Eufrates de Siria,
No el Alfeo de Elis,
Que barrenando mares,
Es de Aretusa huésped;
No el rapto movimiento
De bético jinete,
En las acciones austro,
En lo demás pieles;
No los dos ejercicios,
Olímpico y circense,
Que dan agilidades
A ramas de laureles;
No los triones frios,
No los sinos ardientes,
Al sol aquestos doce,
Al norte aquellos siete;
No el ódio miceneo,
No el amor iliense,
Venganza á los hermanos,
Estrago á los parientes;
No el reino de Astiáges,
No el batallon de Jérjes,
De persas heredado,
Vencido de atenienses;
No el de Ciro, que triunfa
De Creso y sus haberes,
Ni el odre, que fué en Citia
Mar rojo de sus sedes;
No la vitoria en Carras
De partos infieles;

No la fiera en Saguntó
De libisina gente;
No, no fuerte gigante,
No, no pigmeo débil,
A cielos repugnante,
A grullas obediente,
Sino dulces amores
Y espléndidos banquetes
De Lieo y de Cipria
Verá quien me leyere.

LIV.

A Vénus.

Tu imperio y señorío,
Tus gustos y delicias,
Tus penas y tus gozos,
Tus lágrimas y risas,
Tus ódios y amistades,
Tus dichas y desdichas,
Tus gracias y donaires,
Tus noches y tus dias,
He celebrado, Vénus;
Pues, damas, persuadidla
A que me dé su flecha,
Pues yo le dí mi lira.

De Catulo.

Ut flos in septis, etc.

CANTILENA.

De las vírgenes.

Como rosa que nace
En el jardin cercado,
No sujeta al arado
Ni al ganado que pace,
Cuyo primer aumento,
El sol, el agua, el viento,
Crece, cria y halaga;
Con cuya vista paga
Del dueño amado el celo.
A quien promete el cielo
De piedad cada dia
Cristal que la rocia,
Que mientras no es tocada,
Crece en lozanía,
Y es de todos amada;
Mas si su ajena mano
Pierde el lustre lozano,
Y á desdecir comienza
La nativa vergüenza,
Al paso que es amada,
Viene á ser desdeñada;
Así la vírgen bella,
En tanto que es doncella,
Es de todos querida
Con el alma y la vida,
Mas cuando se ve falta
De dignidad tan alta,
Si busca quien la quiera,
Es mas aborrecida
Que ponzoñoza fiera.

SÁFICOS.

Dulce vecino de la verde selva,
Huésped eterno del abril florido,
Vital aliento de la madre Vénus,
Céfiro blando,
Si de mis ánsias el amor supiste,
Tú, que las quejas de mi voz llevaste,
Oye, no temas, y á mi ninfa dile,
Dile que muero.
Filis un tiempo mi dolor sabia,
Filis un tiempo mi dolor lloraba;
Quisome un tiempo, mas agora temo,
Temo sus iras.
Así los dioses, con amor paterno,
Así los cielos, con amor benigno,
Niegan al tiempo que feliz volares,
Nieve á la tierra.
Jamás el peso de la nube parda,
Cuando amenace la elevada cumbre (1),
Toque tus hombros, ni su mal granizo
Hiera tus alas.

DEL CONDE DE REBOLLEDO.

EPIGRAMAS.

I.

No de severo me arguyas
Por no haberte referido
Mis obras; que solo ha sido
Por no escucharte las tuyas.

II.

Pues el rosario tomais,
No dudo que le receis
Por mí, que muerto me habeis,
O por vos, que me matais.

III.

Tus ruegos se lograrán,
Clori, sin cuidado tanto,
Si lo que pides al Santo
Pidieres al sacristan.

IV.

En escrupulosa da
Clice con extremo tal,
Que en pecado venial
Un solo instante no está.
Infúndele tanto horror
La muerte, siempre temida,
Que por dormir prevenida,
Duerme con su confesor.

V.

Clice, como acompaña
Solo de padres te vi,
Inadvertido creí
Que estabas desahuciada.
Desmienten tus ojos bellos
Este temor; y aun entiendo
Que siempre te estás muriendo,
Y es que te mueres por ellos.

VI.

Clice, con tanto fervor
A la devocion te aplicas,
Que solo te comunicas
A tu padre confesor.
Suyos son tus regocijos,
Y suyos son tus pesares;
Temiendo estoy que si pares,
Han de ser suyos tus hijos.

VII.

Juró Filis en vano,
Para vencer cierto recelo mio,
Que moroni cristiano
No triunfaría jamás de su albedrío.
Rindese á los presentes de un judío;
Y lo que yo mas siento,
Jura que no ha quebrado el juramento.

DE FRANCISCO DE FRANCIA Y ACOSTA.

EPIGRAMAS.

I.

Flora, tu boca pequeña,
No tiene falta ninguna,
Sino solamente una,
Y es el ser muy pedigüeña.

II.

El sí que no has de cumplir,
No poco me ha entristecido;
Mas un no quisiera oir,
Porque por solo mentir,
Hicieras lo que te pido.

DE ALONSO JERÓNIMO DE SALAS BARBADILLO.

EPIGRAMAS.

I.

Tanto gustas de pleitear,
Que, aunque sea en tu favor,
Recibes mucho dolor
De ver un pleito acabar.
Si ese gusto te convida,
Cásate á disgusto, Bras,
Porque así asegurarás
Pleito por toda tu vida.

II.

No te admires, Lucio, mas
De verme tan humillado,
Pues sabes que estoy casado;
Cásate y amansarás.
De un ejemplo puedes ver
Que no es esto desatino:
Hasta el agua amansa el vino,
Por ser ella su mujer.

III.

Cuéntanme, Samuel, que ayer
Enviaste á visitarme,
Y cansado de esperarme,
Te fuiste al anochecer.
Mucho fué, sin negociar,
Irte y vencer tu deseo.
¿Quién creyera que un hebreo
Se cansara de esperar?

IV.

Tanto este retrato engaña,
Que si á la vista se ofrece,
A todos que habla parece;
Mas no es del pintor la hazaña;
Porque bien considerado
Del retratado el humor,
Como es tan grande hablador,
Aun quiere hablar retratado.

V.

A prender á un tabernero
Fuiste, Arnaldo, y él te dió
Tanto licor, que libró
Su cuerpo del carcelero.
Viste luego mil candiles,
Hablaste poco y mohino;
No hay alguacil como el vino,
Pues prende á los alguaciles.

VI.

La viejota despoblada
De dientes, madre y señora,
Es gentil murmuradora,
Solo este oficio le agrada.
Saca sangre á sus parientes,
Que de todo se hace juez;
Esta es la primera vez
Que he visto morder sin dientes.

VII.

Doña Ana, el verte besar
Esos perrillos me enfada,
Que dama tan emperrada
Muy cerca está de ladrar.

(1) «Cuando amanece la elevada cumbre ó en la elevada cumbre,» dicen todas las ediciones. Sigo el texto de Bolh.

Dame admiracion tu trato;
Y aunque me admiro, no yerro,
Si en tu mano traes un perro
Y en tu cara la del gato.

VIII.

Aunque tan desnudo ves
En invierno á mi lacayo,
San Martin le da su sayo,
Que de mucho abrigo es.
Lastimarme no he podido,
Claudio, porque considero
Que un hombre que está hecho un
En cueros anda vestido. [cuero

IX.

Hace á la razon agravio
La conversacion de un necio;
Esta es sentencia de precio:
Escúchame aunque eres sábio.
Esta gente tan valdía,
Siervos de la necedad,
Estorban la soledad
Y no hacen compañía.

X.

Hace, don Luis, tu vecina
Mucha fuerza en que es doncella,
Y yo no acierto á creella,
Ni á tal mi estrella me inclina.
Alumbra mas que la esfera
De diamantes adornada;
Calle tan bien empedrada
Sin duda que es pasajera.

XI.

Apenas el libro sale
En cualquier reino extranjero,
Cuando le compras, Rugero,
Aun por mas de lo que vale.
Déjasle luego de leer
Por no poder entendelle;
Tú sirves de encarecelle
A los que le han de entender.

XII.

Con resolucion honrada
De hacer cara á tu enemigo,
Le diste, Fabricio amigo,
Ayer tarde una puñada.
Tan valeroso anduviste,
Que á lo que el caso declara,
No solo le hiciste cara,
Pero se la deshiciste.

DE DON MIGUEL COLODRERO DE VILLALOBOS.

EPIGRAMAS.

I.

Aquel dios de los pastores,
Feísimo por extremo,
De Siringa á vela y remo
Solicitó los amores.
Ella huyó de su regalo,
En todo siendo inhumana;
No debió de tener gana;
Que á la hambre no hay pan malo.

II.

De las niñas inhumanas
Con quien tantos fueron feos,
Ayer miré los manteos
Debajo de dos sotanas.
Ya á la ventana se asoman,
Aunque te admires, Beltran;
Que dice bien el refran,
Que «adonde las dan, las toman».

III.

La Babilonia de horrores,
Corte de Pluton, en tanto
Que Orfeo entonó su canto,
Ella suspendió rigores.
Al salir con su mujer,
Ella le dijo sin miedo:
«Tracio esposo, acá me quedo
Por no tener que volver.»

IV.

Vences, Jovio, en armonía
A la suspension del mar;
Digo al que supo domar
De un delfin la lozanía.
Tu canto es muy mas divino,
Con que mis ojos desaguas;
Y si aquel paró las aguas,
Por tí corre todo vino.

V.

Sin honor y sin caudal
Pide á Belisa Danteo;
El primer hombre es que veo
Pedir lo que le está mal.
La vista tiene cerrada,
Puesto que no echa de ver
Que es píldora la mujer,
Y se ha de tomar dorada.

VI.

Por do quiera se derrama
Tu mal proceder, Filena;
Que es tambien, como la buena,
Alada la mala fama.
Agradécele á mi fe
El consejo que te ofrece,
Y es, que una mujer parece
Mas bien cuando no se ve.

DE DON PEDRO DE CASTRO Y AÑAYA.

EPIGRAMAS.

I.

A tus solares desnudos
Tantos escudos vestiste,
Que siendo pobre, te hiciste
Rico con tantos escudos.
Mancio, que por varios modos
Nos cansas con tu ascendencia,
Libra escudos de paciencia
Para que te sufran otros.

II.

Lesbio, dicen que á estrellero
Con tan buena estrella aspiras,
Que valen ya tus mentiras
El crédito y el dinero.
Respeta, Lesbio, esas bellas
Antiguas luces del cielo,
Y no nos vengas al suelo
Con chismes de las estrellas.

III.

Tan proto-hablador Penorio
Está despues que enviudó,
Que en lo que en Tácito vió,
Sabe ahora en Parladorio.
Volvió luego á ser casado,
Y ya dicen que es, Aurelio,
Tácito por lo Cornelio,
Cornelio por lo callado.

IV.

Tan bien prendida en el coche
Vas, Lice, y viuda tan bella,
Que pasas plaza de estrella
Con el monjil de la noche.
Si amor tu cuidado mueve
A tanta gala, recelo
Que es tu monjil Mongibelo,
Que arde en fuego y viste nieve.

V.

Clito, aquel universal
Detractor y maldiciente,
Por decir mal solamente,
De sí mismo dijo mal.
Notablemente rei
De oir, Roselino, á quien
Solo acertó á decir bien
Cuando dijo mal de sí.

VI.

Ortiz, yo llego á creer
(Aunque há que naciste, Ortiz,
Treinta años) que tu nariz
No ha acabado de nacer.

VII.

Toro, aquel buen escribano
Signó una escritura ayer,
Y hoy porfió su mujer
Que era el signo de otra mano.
Y dijome Polidoro,
Que á todo testigo fué,
Que el mismo Toro dió fe,
Como era él signo de Toro.

VIII.

Yace aquí el mayor amigo
De Baco, y tan desgraciado,
Que murió pasando el vado
A manos de su enemigo.
Su condicion exquisita
Fué tal, que entrando en el templo,
Aunque diera mal ejemplo,
Nunca tomó agua bendita.

IX.

Tuerto de un ojo y jurista
Eres, y tan mal letrado,
Que siempre te han condenado,
Lesbio, en la vista y revista.
Tu fatiga es sin provecho;
Deja, Lesbio, de abogar,
Pues no has sabido estudiar
Ninguna ley al derecho.

X.

Revestida en regatona
Naturaleza taimada,
Livia, con ser tan pesada,
Te cercenó la persona.
¡Qué civil naturaleza
Anduvo, y qué á lo mujer,
Pues te dejó á medio hacer
Despues de hacer tal bajeza!

CANCION.

A Clóris, viendo enamorarse á dos palomas.

¿Viste ¡oh Clori! este prado,
Que fué valle de flores
De alternados amores,
De imaginados celos
Y desdenes suaves
De dos amantes aves?
Pues dé su paz sabrosa
Ya es tálamo florido,
Ya son de amor las plumas de su nido.
¿Viste enojadas, Clori,
Con picos gemidores,
Riñendo sus amores,
Las tiernas avecillas,
Y que volvieron luego
A su lascivo fuego?
Viste con qué fineza,
Con qué amoroso exceso

Se contaron las plumas beso á beso?
Pues si lo viste, Clori,
¿Cómo, bella enemiga,
Su ejemplo no te obliga?
Y consientes, ingrata,
Cuando dos simples aves
Con besos tan suaves,
Al prado y á la fuente
Cuentan flores y arenas,
Que yo cuente sus besos con mis penas?
Clori, si con las aves
Templaste tus enojos,
Pues yo te vi en los ojos
Piedad en pocas perlas,
Y tú viste en los mios
Envidia á muchos rios,
Contemos, Clori hermosa,
Con picos mas suaves,
Flores al prado y besos á las aves.

TRADUCCIONES DE DON MANUEL DE SALINAS Y LIZANA (1).

I.

De Ausonio.

¡Ay, Dido desdichada,
Con marido ninguno bien casada;
Muere el uno, y te pones en huida,
Huye el otro, y te quitas tú la vida.

II.

De Virgilio (2).

Toda la noche ha llovido,
Y de la aurora al nacer,
Las fiestas se han proseguido:
El César tiene el poder
Con Júpiter dividido.

III.

De Marcial.

Pobre parecer querria
Cina, y es pobre á fe mia.

IV.

Del mismo (3).

Si el juez, si el procurador,
Si te pide el escribano,
Sexto, consejo es mas sano
El pagar al acreedor.

V.

Cenó Andrágoras, bañado,
Conmigo anoche, de gana,
Y ya muerto esta mañana
En su cama lo han hallado;
Si de tan arrebatado
Fin quieres saber, Faustino,
La causa yo la adivino:
Que en Hermócrates, doctor,
Soñó, y que sin mas dolor
De un médico á morir vino.

VI.

Fanio, ansioso por huir
Del que su muerte procura,
Se mató; ¿no es gran locura
Matarse por no morir?

VII.

Basa, en el vidrio beber,
Y en oro fino purgar,
Gusto es particular,
Mas te cuesta el proveer.

VIII.

Diaulo es hoy sepulturero,
Y há poco que era doctor;
Lo que hace enterrador,
Hizo médico primero.

IX.

Quiero á Sexto confesar
Que de ninguno es deudor;
Pues solo debe en rigor
Aquel que puede pagar.

X.

De carbon los dientes tiene
Táis, niña delicada,
Lecania, vieja arrugada,
De nieve helada; ¿en qué viene?
Mas á buena luz mirados,
Yo daria una razon:
Que los de Táis suyos son,
Los de Lecania comprados.

XI.

Viejo y rico ¿tan de veras
Quién ha dado en regalarte?
Él quiere, Gauro, heredarte,
Y te dice que te mueras.

XII.

El que con Lino halló modo
De darle lo medio dado,
De lo que él pidió prestado
No lo quiso perder todo.

XIII.

Lentino, que viejo ayer,
Hoy eres jóven mentido,
De cisne por lo teñido,
En cuervo mudas el ser;
Por mas que quieras traer
Melena y barba fingida,
A Proserpina advertida
No engañará tu invencion;
Que quitando el mascaron,
Te jubilará la vida.

XIV.

Siempre Gelio edificando
Está, ya las puertas pone,
Ya las ventanas dispone
De otra suerte, ya comprando
Cerraduras, ya mudando
Le hallaréis lo que hizo ayer;
Nunca le falta que hacer;
Por si le vais á pedir
Prestado, poder cumplir,
Y «estoy de obra» responder.

XV.

Cuando el eterno Eutrapelo
A Lupercio, bien barbado,
Rae la barba por un lado,
Ya nació en el otro el pelo.

XVI.

Tú, que tu antigua nobleza
Contabas, y dar la mano
A un caballero romano
Tenias por gran bajeza,
Gelia, que casar primero
Con senador blasonaste,
Pasó el tiempo, y te casaste
Con un feo esportillero.

XVII.

Zoilo, que, con capa buena,
Desprecias la mia mala,
Mira que, aunque no es de gala,
Por lo menos no es ajena.

XVIII.

Que es suyo Fabula jura
Aquel pelo rubio y bello;
Y si ella compró el cabello,
Paulo, di, ¿será perjura?

XIX.

En comprarlo todo da
Castor, cuanto topa y ve;
Quien todo lo compra, á fe
Que todo lo venderá.

XX.

Prisco, por qué no me caso,
Dices, con rica mujer;
Porque no quiero yo ser
La mujer, y este es el caso.

XXI.

Póstumo, el oler tan bien
Tengo por mala señal;
Porque siempre huelen mal
Aquellos que huelen bien.

XXII.

Sexto, tu abogado fuí
Por precio de dos mil reales,
Y ¿solos los mil cabales
Me envias? La causa di.
Respondes que nada hablé,
Con que la causa he perdido;
Otro tanto me has debido,
Sexto, pues me avergoncé.

XXIII.

Aulo, si el lector y oyente
Aplauden mis poesías,
Poco importa que por frias
Las condene el maldiciente.
De un mal poeta no siente
Mi musa el diente severo;
Que si convido, mas quiero
Que los platos sazonados
Dén gusto á los convidados
Que no al mismo cocinero.

XXIV.

Dices, Cina, que es no nada
Lo que á pedir te comides;
Cina, si nada me pides,
Tambien yo te niego nada.

XXV.

A llamar cosa cansada
Mis epigramas te atreves;
Tú sí las haces mas breves,
Veloz, que no escribes nada.

XXVI.

Pudieras, Claudia, igualar
Al Palatino coloso
Si pié y medio á tu monstruoso
Talle pudieras quitar.

XXVII.

Todas tus amigas son
Las mas viejas y mas feas;
Con ellas vas y paseas,
Ya se sabe tu intencion.
Estas en toda ocasion
Contigo gustas traer
Para con eso poder,
Fabula, siempre engañosa,
Entre feas ser hermosa,
Y entre viejas niña ser.

---

(1) Fué canónigo en la catedral de Huesca, y floreció en el siglo XVII.

(2) Lope de Vega tradujo con igual concision aquellos versos famosos de Virgilio, *Nocte pluit tota:*

Toda la noche llueve;
Vuelve los espectáculos la aurora,
Porque el invicto César ha tenido
Con Júpiter su imperio dividido.

(3) Todos los que siguen son del mismo autor.

XXVIII.

Pide Gemelo, y desea
Con Daronila casar;
Nunca cesa de rogar,
Insta, ofrece, galantea.
¿Que es tan linda? Antes es fea.
Ni mas vieja otra mujer
Ni mas sucia puede haber.
Pues en ella ¿qué le agrada?
Yo en ella no veo nada
De bueno sino el toser.

XXIX.

Siempre, Emiliano, serás
Pobre, si ya pobre fueres;
Que no se dan los haberes
Sino á los que tienen mas.

XXX.

Chione, si saber quieres
Por qué de tu nombre digna
Te juzgo, y tambien indigna,
Porque negra y fria eres (1).

XXXI.

Siempre *haces* del hacendado,
Haces pleito, *haces* negocio,
Haces tiempo contra el ócio,
Haces del hombre ocupado;
Y cuando todo ha faltado,
Hacer mal tomas de veras
Al caballo, *haces* carreras,
Y porque no falte, amigo
Atalo, qué *hacer*, te digo
Que *hagas* cama y que te mueras.

XXXII (2).

No hallas plato que te cuadre;
Todo es crudo para tí,
Salmon, liebre; al jabalí
Perdonas mas que á tu padre.
Por desmentir tus vilezas
Das la culpa al cocinero;
Desta suerte, Nevia, infiero
Que no engendraré crudezas.

XXXIII.

Si cuando liebre me envias,
Me dices, Gelia, ha de ser,
Si la quisiere comer,
Marco, hermoso siete dias;
Si no ries ni mentiste,
Mi luz, en lo que has contado,
Me atrevo á decir, osado,
Que tú nunca la comiste (3).

XXXIV.

Que eres bella conocemos,
Fabula, y moza, es verdad,
Y rica y de calidad;
¿Cómo negarlo podrémos?

(1) Significa en griego *nieve*. Equivale el epigrama á esto: *Ni* te dice ni te desdice el nombre de nieve, porque si eres negra, eres fria.

(2) A Nevia, que habiéndolo convidado á comer, decia que venian crudos cuantos guisados sacaban á la mesa, y los volvian adentro.

(3) Jugó del vocablo Marcial. *Leporem* significa la liebre, y tambien la hermosura ó lindeza, segun Gracian.

Otro autor tradujo el mismo epigrama con mas felicidad en esta décima:

«Una liebre, y á decir,
Discreta, Gelia, me envias
Que la coma, y siete dias
Seré lindo; y si reir
Esto no es, ni fingir,
¿Sabes en qué he reparado,
Sol de un ciego enamorado?
Que si tú dices verdad,
Yo diria en puridad
Que tú nunca la has probado.»

Pero despues que enfadosa
Alabarte tanto quieres,
Digo que rica no eres
Ni eres muchacha ni hermosa.

XXXV.

De mamas y tatas llamas,
Afra, á todas; y en verdad
Que podrias, por tu edad,
Ser la mama de las mamas.

XXXVI.

No tengo por raro caso,
Catulo, el aguada ser
Basa, siendo tu mujer,
Hija sí, siendo de Baso (4).

DON FRANCISCO DE LA TORRE.

Juicios críticos.

DE DON GASPAR IBAÑEZ DE SEGOVIA, MARQUÉS DE AGROPOLI.

La habilidad pues que vuestra merced descubre en esta version, ó por mejor decir ilustracion, de Juan Owen, aun parece excede la posibilidad mas laboriosa... Le da vuestra merced nueva vida, puliendo la incultura del estilo, evitándole impropiedad de algunas voces, y elevando lo lánguido de los versos, que, violentados de la alusion ó del equívoco, no mantienen siempre aquella pureza y dulzura que desean los escrupulosos censores, conservando, siempre que lo permiten las palabras, su puntualísima traduccion, y mejorándole muchas veces con el perifras ú perífrasis, que deja mas hermosos y perceptibles los conceptos. — 31 de diciembre de 1673.

DE DON ANTONIO DE SOLÍS Y RIVADENEYRA.

Traduce á su escritor como quien conoce la esencia y la energía de las voces latinas, y sabe pintar en la lengua castellana la hermosura y la propiedad. Juan Owen, que mereció el renombre de Marcial inglés, no adquiere menor gloria con tener á vuesamerced por intérprete de sus agudezas, dignas verdaderamente del cuidado que vuesamerced ha puesto en ilustrarlas. Débese á vuesamerced el haber enriquecido nuestro idioma con estos epigramas, entendidos y comunicados con igual condicion y elegancia..... Las adiciones en que se sujetó vuesamerced á otros tantos asuntos forzados, demuestran la fecundidad de su pluma, imitan el ingenio del traducido; unas veces le explican, otras le aventajan, y siempre le adornan. — Noviembre, 30 de 1673.

(4) Baso, esposo de Basa, era muy borracho, y Catulo, padre de esta, hombre de mucha templanza.

DE DON FRANCISCO DE LA TORRE.

EPIGRAMAS.

I.

Del dolor todo el rigor
Muere con la muerte fuerte;
Luego la muerte es mejor,
Porque el dolor de la muerte
Es la muerte del dolor.

II.

El alma en el cuerpo yace,
Que su sepulcro se infiere,
Y hasta que se desenlace,
Cuando nace el cuerpo muere,
Cuando muere el cuerpo nace.

III.

Refieren muy resolutos
De Orfeo, los que le alaban,
Que á oir su voz se juntaban
Los mas encontrados brutos.
Poderes tan absolutos
Logra Gil, músico ingrato,
Que entreteniéndole un rato
Cierta arpia interesada,
Luego no dándole nada,
Juntó un perro con un gato.

IV.

Cuántas, si él furor te asiste,
Como un plomo arrojadizo
La cara á tí te deshizo,
Porque tu cara le hiciste,
A muchos esto dijiste;
Niega la cara al suceso.
Desvergonzado, sin seso,
Diga tu mentira clara,
Si no hay señal en tu cara,
¿Con qué cara dices eso?

V.

Tú, Marica, hombre has de ser,
Segun tu dominio informa;
Que quien tiene tal poder
De ningun género ó forma
Es género de mujer.
A tu gobierno extendido
Nada el marido réplica;
El sexo va confundido,
Tú eres, Marica, el marido,
Y tu marido el marica.

VI.

Haces de todo desden,
A nada crédito das,
Ni has creido ni creerás
Por siempre jamas amén.
Y cuando todos te ven
A todo incrédulo así,
Crées lo que nunca crei
Ni es de creer, y es agravio,
Porque crees que eres sábio
Y que han de creerte á tí.

VII.

De un necio la audaz propuesta
Con dificultad se muda,
Y es la razon manifiesta,
Porque la mas ruda testa
Siempre es la mas testaruda.

VIII.

Si es ley que á mi compañero
He de amar como á mí propio,
Bueno será amarme mucho
Para no quererle poco.

IX.

¿Quereis saber cuánto aprecia
La novedad mi capricho?
Por una sola que he de ver
Diera todas las que he visto.

X.

Los casados son un alma
Como las que se usan hoy,
Pues siendo unos, siempre hay guerra
Entre apetito y razon.

XI.

Unos á otros se embarazan,
Y así el mundo aplaude ú ofende
Al muerto porque no vive,
Al vivo porque no muere.

XII.

Todas te han de aborrecer
Sin atender á razon,
Cuando amares, porque sí,
Si no amares, porque no.

XIII.

Por dejar empleos vanos
Mi mejor poeta es,
No aquel que ajusta los piés,
Sino el que alarga las manos.

REDONDILLAS.

I.

Job, en sufrir sin igual,
Todo lo vino á perder;
Quedó con lepra y mujer,
No sé cuál fué mayor mal.
Padeció todos los modos
De penas su virtud rara;
Si la mujer le faltara,
No los padeciera todos.
Con la mujer conveniencia
Mucha el demonio tenia;
Pensó que ella le podria
Hacer perder la paciencia.
—Limpia la lepra tirana
Con vil teja; mas notad,
Si hay de mujer tempestad,
Cualquier teja es teja vana;
Y aunque mas quiera raer
Job su lepra, ha de juzgar
Que su lepra ha de durar
Lo que dure su mujer.

II.

Las mujeres y los niños
Tienen una condicion,
Pues se acallan con un don
Mas que con treinta cariños.
Niño y mujer varios modos
Hallan en su suerte extraña;
Aquella á todos engaña,
Y al niño le engañan todos.
Los niños y las mujeres
Iguales vienen á ser
En mudar de parecer
Y en mudar de pareceres.
Niño y mujer con fatiga
Lloran; mas discordes tanto,
Que en aquel ofende el llanto,
Y en aqueste el llanto obliga.
De ángel es el parecer
De ambos en varios concetos,
El niño con los discretos,
Con los necios la mujer.
Distincion, y grande, toco
Que entre niño y mujer nace,
Pues ella cocos nos hace
Y al niño le hacen el coco.

EPIGRAMAS.

XIV.

Que las costumbres se enmienden
Dices, Fili; bien discurres;
Yo de dar, tú de pedir,
Enmendemos las costumbres.

XV.

Al cronista á quien le mueve
O la mentira ó el ódio,
En cualquier cosa que escriba
Dice mentiras de á fólio.

XVI.

Cuando os cura el doctor fiel,
El vivir que lograis vos
Es que así lo ordenó él;
Mas si os moris, ¡caso cruel!
Es que así lo ordena Dios.
Ni aun con la muerte escapar
Podeis de pagar su yerro;
Que un dotor puede jurar
Sobre la cruz de un entierro
Que se la habeis de pagar.

XVII.

Sembrar de coger es traza.
Pero á veces suele en vano
Sembrar uno mucho grano,
Y coge una calabaza.

XVIII.

¿Por qué contra un mentis luego
Una bofetada alargo?
Porque son los cinco dedos
Lo que tengo mas á mano.

XIX.

Siendo hueso la mujer
Que del costado ha salido,
En ella tiene el marido
Muy buen hueso que roer.

XX.

Hacen los aduladores,
Componen los malcontentos,
Unos de lo negro blanco,
Otros de lo blanco negro.

XXI.

No teme Paula al francés,
Al español, al romano,
Al inglés, al persa, al medo;
Solamente teme al parto.

XXII.

Contricion, confesion, misas,
Credo en boca, cristo en mano,
Todo en el ahorcado es bueno,
Solo el verdugo es lo malo.

XXIII.

Tu frente es desnuda y fria,
Corona sin órden buena,
Cielo raso, luna llena
Y calabaza vacía.
Vacía digo, y no miento,
Porque si pruebo su traza,
Dentro de esa calabaza
No hay gota de entendimiento.

XXIV.

En libro de ingenio que
De oscuro hace vanidad,
Se mira la oscuridad,
Y el ingenio no se ve.

XXV.

Este dice que aquel miente,
Aquel de este habla lo propio;
Si uno y otro verdad dicen,
¿Dirán mentira uno y otro?

XXVI.

Los dias suelen correr,
Y ya con ellos me voy;
Ayer nunca será hoy,
Y hoy mañana será ayer.

XXVII.

Ve el envidioso mortal
En el otro ¡oh vil vaiven!
Bien el mal, y mal el bien,
Y ¿el simple? Ni bien ni mal.

XXVIII.

Troquemos suertes, amigo,
Ya que eres tan liberal;
Dame, Fabio, lo que ofreces,
Quédate con lo que das.

XXIX.

Mar de hermosura es tu boca,
Donde están los dientes perlas,
Ambar el aliento, nácar
Los labios, y sal la lengua.

XXX.

Solamente el hombre rie
Y ningun otro animal:
Él solo rie, y ninguno
Tiene mas de qué llorar.

Traducciones de Juan Owen.

I.

Por cien de á ocho advertí
Que compraste á un bufon necio;
Enrico, por tanto precio
No te comprara yo á ti.

II.

Dulce en el principio asiste,
Y en el fin amargo, amor;
Que de Vénus el ardor
Viene alegre y se va triste.
Así en los rios que al mar
Se conducen, suele ser
Dulce el principio al correr,
Amargo el fin al parar.

III.

Contra el consorcio Alana arde,
Y todo el dia lo infama:
«No hay yugo mas fuerte, clama,
De la mañana á la tarde.»
Mas despues la misma Alana
En la noche se desdice:
«No hay mas dulce yugo, dice,
De la tarde á la mañana.»

IV.

Culpas los lascivos nombres
En mis libros por nocivos;
Que tú no quieres lascivos
Los libros, sino los hombres.

V.

Al ladron Bardela el cielo
De un fraile, en la fatal pena,
Le decia por consuelo:
«¡Buen ánimo, que en el cielo
Se te apercibe la cena!»
Bardela respondió así:
«Padre, el consuelo advertí;
Hoy ayuno en mi conciencia.
Si quiere su reverencia,
Vaya allá á cenar por mí.»

VI.

Ut-re-mi-fa-sol-la alegre,
Cuando sube el uno canta;

La-sol-fa-mi-re-ut triste,
Dice el otro cuando baja.

VII.

Muchos los necios pondero;
Y este libro, aunque así enfade,
Porque á los necios no agrade,
Que agrade á muchos no quiero.
Bastan pocos, basta uno,
En quien aplausos desee;
Y si ninguno me lee,
Tambien me basta ninguno.

VIII.

«Así se sube, decia,
Al cielo, á la suma esfera,»
El ladron Labieno, y era
La horca adonde subia.

IX.

Que ninguno crees vi,
Oh Firmico, y dan así
Todos crédito á tus modos;
Tú, Aulo, crees á todos,
Y nadie te cree á tí.

X.

Aprendí en tu vano hablar
Y en tu falso prometer,
Creyéndote, á no creer,
Y esperando, á no esperar.

XI.

¿Por qué aquel mas advertido
Del oir tiene el sentido,
Y este la vista mas lista?
Porque este oye con la vista,
Y aquel ve con el oido.

XII.

¿Por qué en el cielo estrellado
No tiene el avaro entrada?
Porque él, despues que ha pecado,
No tiene dolor de nada
Sino de lo que ha gastado.

XIII.

Si aun no sé lo que es vivir,
¿Qué admiracion viene á ser
No sepa lo que es nacer
Ni advierta lo que es morir?

XIV.

Qué años á tener vengo,
Preguntas. Ningunos, digo.—
¿Cómo así?—Pontico amigo,
Los que tuve no los tengo.

XV.

Aplausos me dan tus obras;
Ya yo sé por qué haces esto.
Marco, en tus versos me alabas
Porque yo alabe tus versos.

DE DON FERNANDO DE LA TORRE FARFAN.

Epigramas de Marcial.

I.

Nariz Tongiliano tiene,
Muy bien lo sé, no es mentira,
Tal, que todo Tongiliano
No es mas de su nariz misma.

II.

Que te recite mis coplas
Me dices, Celer; no quiero;
Que no es por oir los mios,
Sino por decir tus versos.

III.

Quinto ama á Taida.—¿Qué Taida?
—La que tiene un ojo falto;
A Taida le sobra el uno,
Y á Quinto le faltan ambos.

IV.

Paulo compra ajenos versos,
Véndelos por suyos Paulo;
De derecho que son tuyos
Dices, si los has comprado.

V.

Aprobamos lo que es medio
Y entre dos extremos pára;
Ni quiero lo que atormenta
Ni quiero lo que empalaga.

VI.

Los versos que escribes, musas
O Apolo ninguno tienen;
Gloriarte debes; en esto
A Ciceron te pareces.

VII.

Su multitud, mi Pudente,
Embaraza nuestros libros;
Otra tanta llena y cansa
Al lector el apetito.

VIII.

La causa buscas, Faustino,
De tan súbita pasion;
Es que en sueños veria el muerto
A Hermocrátes, su doctor.

IX.

Simplemente se descubra
El vicio quiza pequeño;
Menos mal suele temerse
En lo que se cubre menos.

X.

Nada lees, ¡oh Mamerco!
Y presumes ser poeta;
Séaste lo que quisieres
En todo caso, y no leas.

XI.

Calistrato alaba á todos
Por no alabar ninguno; pues,
Para quien malo es ninguno,
¿Cuál ser bueno ha de poder?

XII.

Faustino, muchos borrones
No pueden enmendar hoy
Nuestros yerros; pero puede
Enmendarlos un borron.

XIII.

Como los tuyos no muestras,
Lelio, me muerdes mis versos;
O no me muerdas los mios,
O muestra los tuyos, Lelio.

XIV.

Versillos contra mí dicen
Que escribe Cinna, y yo entiendo
Que no escribe aquel de quien
Nadie quiere leer los versos.

XV.

No sé qué le escribes, Fausto,
A tantas muchachas, torpe;
Esto sí sé solamente:
Que ninguna te responde.

XVI.

¿Esto es hacer el negocio?
Esto hablar discretamente?
Cinna amigo, ¿en horas
Diez recitar palabras nueve?

XVII.

¿Dudas por qué, Pontiliano,
No te doy versos algunos?
Pontiliano, porque no
Vuelvas á darme los tuyos.

XVIII.

Febo usa tiernas las malvas,
Come blandas las lechugas,
Porque su cara parece
De quien hace cosa dura.

XIX.

A otros tambien, y aun á tí,
Tu error te llega á engañar;
Pontico, ¿verdad deseas?
Eres nada en mi verdad.

XX.

Mato, bellamente quieres
Cuanto piensas proferir;
Di bien algo, di algo mal,
Di alguna vez *así*, *así*.

XXI.

Puesto que saques á luz
Muchos versos, no los lees;
En alguna parte van;
Tú no sabes, mas te entiendes.

XXII.

Quéjaste, Veloz, que yo
Larguísimo escribo siempre;
Nada escribes tú en tu vida;
Tú sí que escribes mas breve.

XXIII.

El libro que lees por tuyo
Mio es. Cierto, Fidentino;
Mas desde que lo lees mal,
Comienza á ser tuyo el libro.

XXIV.

Mas veces se nombra Persio,
Explicado en solo un libro,
Que en la *Amazónida* toda,
Marco, tanto vaciadizo.

XXV.

Un letrado dicen que
Mis versos hace pedazos;
Dudo cuál, mas si lo acierto,
¡Ay de tí, pobre letrado!

XXVI.

Diaulo enterrador es hoy,
Médico era poco há;
Mas cuando médico hacia
Lo que enterrador hará.

XXVII.

Narigon seas lo que basta,
Y al fin narigudo tanto,
Cuanto por mucho no quiera
Atlas llevar, ni rogado.

XXVIII.

Qué es lo que me rinde el campo,
Preguntas, Lino molesto;
Esto es lo que rinde, Lino;
Que yendo allá, no te veo.

De Ausonio.

I.

Este retrato es de Rufo.—
Es cierto.—¿Dónde está el amo?—
En la cátedra.—Y ¿qué hace?—
Lo mismo que en el retrato.

II.

Que eso el Rector me dijese
Quisiera yo.—No es muy fácil.—
¿Por qué?—Porque el Rector mismo
Es la imágen de su imágen.

De Sannazaro.

I.

Para tí varon y sábio,
Fabiano, te juzgas hoy;
Fabiano, pues para mí
Ni eres sábio ni varon.

II.

Tú, oscuro, las sombras amas;
Porque, sin luz ni aun reflejo,
En lo opaco de la noche
Sueles escribir á tiento.

Epigramas de Juan Owen.

I.

Lino, de libros gran copia
Tienes; mas docto serias
Si lo que tienes de libros
Lo atesorases de libras.

II.

Si se me deja decir,
Has escrito eternos libros,
Pues que los tuyos carecen
De fin como de principio.

III.

Todo te sobró hasta tanto
Que llegaste á decir «Dije»;
Para mí de tus sermones
Esta sola voz se admite.

IV.

Coplas compones ridículas,
Versos escribes malísimos;
Digno es de risa por pésimo
Lo que por nada es ridículo.

V.

Gauro, nada alabas, todo
Lo reprehendes; repara
Si tú le agradas á alguno,
Mientras ninguno te agrada.

VI.

Mucho el estómago come,
Pero poco, enfermo, cuece;
Tú así, confieso que sabes
Mucho, mas no lo digieres.

VII.

¡Ojalá que fuese negro,
Donde escribes, el papel,
O, pues es blanco, la tinta
Que fuese blanca tambien!

VIII.

Compraste, Hernio, la locura
En libras dos veces diez;
A tí todo, en tanto precio,
No te comprara yo á fe.

IX.

Mal compongo; no es milagro,
Si por no gastar las uñas,
Ni me resuelvo á roerlas,
Ni puedo rascarme nunca.

X.

Tropieza en Scila, excusando
De Caribdis el afan,
Aquel que el médico topa
Huyendo la enfermedad.

XI.

Lino, dos veces cautivo
Te tienen tus ignorancias;
Nada sabes, y no sabes
Tampoco que sabes nada.

XII.

Como ninguna de Tulio
Oracion larga parece,
Así de las tuyas, Bato,
Ninguna parece breve.

XIII.

En toda plaza ó cantillo
Leyendo alabas tus versos;
Si quieres que yo te alabe,
Aprende á callar primero.

XIV.

Marco, ¿por qué nos negaste
Que en naturaleza hay nada
Vacío, si tu cabeza
Está de ingenio tan vana?

XV.

No hay juego alguno en los versos,
Y el lector rie, aun su misma
Risa se mueve; mas es
Porque no hay nada de risa.

XVI.

¿Por qué te añades ¡oh Marco!
Siempre al lado de otro necio?
Y es que en él tu necedad
Se mira como en su espejo.

XVII.

El bueno, alabado, se hace
Mejor, y peor el malo,
Mas astuto el cauteloso
Y mas simple el mentecato.

XVIII.

Preguntando mucho, poco
Te respondo siempre, y esto,
No porque preguntas mucho,
Mas porque preguntas necio.

XIX.

Baldino, indignos de luz,
Saca á luz sus papelillos;
Dignos son de luz sin duda,
Porque son del fuego dignos.

XX.

Labieno, mientras no hablas,
Aunque sepas, serás necio;
Mas si eres necio y lo sabes,
Sabe que sabes, Labieno.

XXI.

Niegas que la tierra es firme,
Refiéresnos cosas raras;
Cuando esto escribias de tierras,
Estabas sin duda en aguas.

XXII.

De tí otros hablen; la gloria
El labio proprio la estraga;
Si callares, el silencio
Hará mayor tu alabanza.

XXIII.

Buen gramático eres; nada
Conoces sino los rasgos,
Nada sabes sino letras;
Hombre, cátate letrado.

XXIV.

Las bobadas que dijiste
No las juzgó tu discurso;
No digo que son bobadas,
Pero cierto que lo juzgo.

XXV.

Cuánto la suerte da á un necio
No te puedo persuadir;
Pannico, si no me crees,
Fácil es creerte á tí.

XXVI.

Tú me alabas en tus versos;
Engáñome ó es aviso,
Marco, porque de esa suerte
Vuelva á alabarte en los mios.

XXVII.

¿Qué extrañas en la fortuna
Que se te ponga contraria?
Su frente tiene cabello,
Lino, mas la tuya es calva.

XXVIII.

A sus hechos seguirán
Aquellos que bien hicieron;
Pero á los que mal obraron
Los han de seguir sus hechos.

XXIX.

El ladron Labieno dijo,
Subiendo á la horca ya:
«Así se va á las estrellas,
Hasta el cielo así se va.»

XXX.

La abstinencia está en tu rostro,
El ayuno en todo el cuerpo;
En tí, Dárdano, lo que hay
Gordo solo es el ingenio.

XXXI.

Lo que es malo de la nada,
Mevio, no discrepa; luego,
Aunque escribas muchas coplas,
Maldiga Dios la que has hecho.

XXXII.

¿Quieres que te llamen sábio?
Estudiado y poco habla;
El hablador muchas veces
Se ofende con sus palabras.

XXXIII.

Escogemos las palabras,
Las voces de los primeros;
Los que agora hablamos somos
De los antiguos el eco.

XXXIV.

A este tiempo, oh Tomasino,
Muchos del asno las gracias
Escribieron, y por eso
Leemos tus alabanzas.

XXXV.

¿Por qué asno te llamo, dices,
Y tu nombre no te llamo?
Para los asnos no hay nombre,
Eso es para los caballos.

XXXVI.

No te llamo asno cualquiera,
Sino aquel bello animal
Sobre quien se sentó el buen
Pseudoprofeta Balaam:
No aquel que llevó al Señor
A la sagrada ciudad,
Que este fué callado y manso,
Sino el otro, que habla mas.

DE DON PEDRO DEL PESO.

Cuestion entre la Gloria mundana, la Nobleza, la Discrecion, la Virtud y la Hermosura, sobre cuál tiene mas valor en el mundo (1).

GLORIA MUNDANA.

Reinas, apurar intento
Cuál vale mas de las tres,
Quién la victoriosa es;
Vaya de entretenimiento.

NOBLEZA.

Esa empresa soberana
A mí sola se endereza.

GLORIA MUNDANA.

Señora doña Nobleza,
¿Hasta cuándo ha de ser vana?
¿Hay mas desairada cosa
Que una de noble preciada,
Siempre prolija, cansada,
Presumida y enfadosa?
Si mi tio el rey Perico
Fué nieto del rey don Juan;
Si desciendo del Gran Can,
Y si es mi abuelo el rey Chico;
Si mis pasados se dieron
Mucho porrazo en la guerra;
Si por el mar y la tierra
Locas bravatas hicieron;
Si al moro rey cordobés
Mataron mil elefantes;
Si rebanaron gigantes
De la cabeza á los piés;
Siempre de la ajena gloria
Se visten, y muy preciadas
De tratar cosas pasadas,
Se hacen personas de historia.

DISCRECION.

Mucho, Mundo, las perdonas;
Pues ¿no las ves cada dia
Hechas de la cortesía
Vendedoras regatonas?
—No es tan antigua la casa
De la duquesa de Tal,
Y quiere hacérseme igual;
Es vergüenza lo que pasa.—
A la hermana del Marqués
No he de llamar señoría,
Basta llamarlo á su tia;
Que es ya pecar de cortés.—
No le tengo de ofrecer
A doña Juana el lugar,
Y ella me ha de visitar,
Que es condesita de ayer.—
¿Yo, yo he de dar excelencia
A quien así no me trata?
Solo el pensarlo me mata.
¡Qué vergüenza! qué indecencia!—
Con las grandes me voceo
Por evitar pundonores,
Y con las mas inferiores
Hablo siempre por rodeo.
No las llamo señoría
Ni merced, ni vos ni tú,
Ni entenderá Bercebú
Tan pesada algarabía.

HERMOSURA.

Yo sé una dama en verdad
Que á cierta señora un dia,
Por no darla señoría,
La llamó paternidad.
Era vieja y con antojos,
Y corrióse bravamente;
Que es muy sujeta esta gente
A corrimiento de enojos.
Siempre cargan el cuidado
En estos vanos asuntos,
Y todas tienen mas puntos
Que las medias de un soldado.
Ello hay sentencias mejores,
Y pleitos á todas horas
En estrados de señoras,
Que en estrados de oidores.
Háceles siempre jamás
Su loca altivez cosquillas,
Y al fin son, como morcillas,
Humos y sangre, y no mas.

VIRTUD.

Mal, Nobleza, te han tratado;
Vuelve por tí, por tu vida;
Parece que estás corrida;
A fe, que me das cuidado.

NOBLEZA.

No consiste la nobleza
(Ya que no la conoceis)
En esas que me oponeis
Altiveces de cabeza.
No me desvanezco yo;
Que la nobleza lucida
Es buena para tenida,
Para presumida, no.
No me ufano, no me entono
Por grandezas ni victorias;
Publicanlas las historias,
Pero yo no las blasono.
Fácilmente me acomodo
A hacer á todos favor;
Que es la nobleza mayor
La que sabe honrarlo todo.

HERMOSURA.

Aténgome á mi beldad,
Como á prenda mas segura.

GLORIA MUNDANA.

¡Miren madama Hermosura
Lo que trata de humildad!
¿Hay tormento mas cruel
Que una preciada de hermosa,
Con presunciones de rosa
Y altiveces de clavel?
Con su ceño y con su agrado
Almas quita y restituye,
Y á sus plantas atribuye
Las flores que brota el prado.
Cuando se mira al espejo,
Menosprecia al dios del dia,
Y á campaña desafia
Al donaire y al despejo.

VIRTUD.

Y si con ojos atentos
Está, le darán los años
En lo breve desengaños,
Y en los daños escarmientos:
Que si lo quiere entender,
Hoy, por mas linda que sea,
Está mas cerca de fea
Una jornada que ayer.

NOBLEZA.

Desengaños tan morales
Y verdades tan costosas,
No son para las hermosas,
Que se juzgan inmortales.
Pondera el eterno enfado
De si irá el vestido así,
Si es bueno el azul turquí
O mejor lo noguerado;
Si esta lana es mas ligera,
Si parece mas lucido
El espolin, si ha salido
De buen gusto la pollera;
Si el pabellon de campaña
Tiene gran circunferencia,
Si el tafetan de Florencia
Abulta mas que el de España.
Pues ¿qué, si saliendo van
Las redomillas y unturas?
Que jarifas hermosuras
Son hijas del Soliman.
Es prolija, eterna cosa
Decir lo que en esto siento;
Que jamás tuvieron cuento
Los enfados de una hermosa.

DISCRECION.

Pues sus melindres y antojos,
¿Qué cosa se vió tan loca?
Por mas que calle la boca,
Le hurtan el habla los ojos.
«¡Ay, que me picó en la mano
Una pulga! Abre la cama,
Moza, y al punto me llama
Al médico y cirujano.
¡Ay Jesus, que un encontron
Me deshizo los dobleces!
Ayer me morí tres veces
De ver pasar un raton.
El color tengo quebrado,
Voy á tomar el acero;
Ponerme quiero el ligero
Tafetancillo volado.»
Dejen tan vanas recetas;
Que yo con gana gentil
Embisto con un pernil,
Que es acero de discretas.

VIRTUD.

Hermosura, ¿cómo ahora
Consientes así ultrajar
Esa beldad singular,
Que todo mortal adora?

HERMOSURA.

No ha de llamarse enfadoso
Mi bello desden altivo;
Que en las beldades lo esquivo
Es crédito de lo hermoso;
Y es advertencia muy vana,
Si lozana y moza soy,
Querer que me afija hoy
Con las penas de mañana.
En mis galas y mis trajes
Ponerme tasa es locura;
Que es muy reina la hermosura,
Y da al adorno esos gajes.
Tambien me atribuyen mal
Soliman, pasas y mudas;
Que hermosura con ayudas
No es limpia ni natural.

DISCRECION.

Bien haya mi discrecion,
Que es la prenda mas perfeta.

GLORIA MUNDANA.

No fuérades vos discreta,
A faltaros presuncion.—
Amigas, por vuestra vida,
Que os alenteis á decir
Cuán mal se puede sufrir
Quien se pica de entendida.
¿Discursos una mujer,
Delgadezas ni invencion,
Teniendo de obligacion
Solo el hilar y el coser?
¿Hay cosa mas vana y loca
Pensar que ella sola sabe
Estar con las otras grave,
Torcer á todas la boca,
Irse oyendo hablar flautado,
Dar en todo parecer,
Gobernar siempre y querer
Ser consejera de estado?
¿Ser críticas, ser poetas
Las hembras? Mejor están
Picadas de un alacran
Que picadas de discretas.

HERMOSURA.

Pues ¿qué, si la discrecion
De doña Fabula emprehende,
Picada de que lo entiende,

(1) Hállase en la comedia *Las glorias del mejor siglo.*

Calificar un sermon?
Verla cómo lo gorjea,
Tan presumida y segura,
Y trincha aquella escritura
Como un vidrio de jalea;
Si aquella comparacion
Vino á pelo ó vino en silla,
Si en el estilo se humilla
O si imita á Ciceron;
Verla hablar de los autores,
De Argénis y Poliarco,
En una manga á Plutarco,
Y en otra á Ovidio de amores;
Hablar siempre con misterio,
Leer á Horacio y á Ausonio,
Y disputar si Suetonio
Habló mejor que Valerio;
Góngora, Lope, Aguilar
Han de andar en la almohadilla;
Todo ha de ser *liba, brilla*,
Obstenta, esplendor, campar;
Que es estilo conveniente
Para conseguir ahora
Toda discreta señora
El grado de impertinente.

NOBLEZA.

Eso del critiquizar
Es cosa que no se excusa:
Llamar pieria á la musa
Y singulto al bostezar,
Metrificante al poeta,
Gélido al que está muy frio,
Curso de licor al rio,
Y á la fuente plata inquieta.
Dad un aviso á esa vela,
Hola, que estoy sitibunda;
Traedme cristal en unda,
En el que el aire congela.
Ministrad papiro en copia,
Que á metrificar me inclino,
Y en el vaso cornerino
Echad licor de Etiopia;
A los de la Academia
Haced ingreso patente;
Mas vulgaridad de gente
Exule, por vida mia.
¿Hay mas graciosas locuras?
Ya, tiempo vano, hacer quieres
Baraja de las mujeres
Y á las discretas figuras.

VIRTUD.

Pues, Discrecion, ¿cómo ha sido?
Cómo sufres esta afrenta?
¿Que así te alcancen de cuenta?
No quisiera haberlo oido.

DISCRECION.

No me toca de eso nada;
Que en mi discrecion lucida
No hay sombras de presumida
Ni cansancios de afectada.
Una perfecta mujer
Muy bien acierta á juntar
Con la lisura en hablar
El primor en entender.
Nunca en lo que no le toca
Se mete la Discrecion,
Ni hace en necia ostentacion
Vanos alardes de loca.
A la que es necia conviene
La afectacion imperfeta:
Que la entendida y discreta
Nada de esas cosas tiene.

VIRTUD.

La virtud es oro y plata,
Que el tiempo no la consume.

GLORIA MUNDANA.

¡Hola! ¿que tambien presume
La soror Mari-beata?
Fuerza al cuello, por su vida,
Y levante el alma al cielo,
Los ojitos en el suelo
Y la boca muy fruncida.
A Dios solamente alabe,
Con su rosario contenta,
Y dé buen golpe á la cuenta,
Como si tirara un cabe.
Saque las horas despues
De la santa Comunion,
Y tenga mucha atencion
Que no las ponga al revés.
Traer guarda-infante y moño,
Nunca tal de ella se diga;
Jesus mil veces, amiga,
¡Qué tentacion del demonio!
Todas las cosas divinas
Ponga en el primer lugar,
Y sobre todo, tomar
Muy gentiles disciplinas.

VIRTUD.

Para tu apetito loco
Nunca es la virtud buen plato,
Y no es poco darme trato,
Cuando me tratas tan poco.

DISCRECION.

Basta; dejémoslo, amiga.
Yo, que soy la Discrecion,
Quiero que en esta ocasion
Nada á la Virtud se diga;
Entre nuestras compañeras
Corra la chanza en buen hora,
Pero á la Virtud, Señora,
Ni de burlas ni de veras.

NOBLEZA.

Dice bien la Discrecion.

GLORIA MUNDANA.

Sí; mas yo, por vida mia,
Que á sola la hipocresía
Encaminé mi intencion.

HERMOSURA.

Pues en eso nos excede.

NOBLEZA.

De esa suerte se ha de hablar;
Que á la Virtud no hay tocar.

DISCRECION.

Aun así sufrir se puede.

HERMOSURA.

Es graciosísima cosa
Ver una dama afectada,
Mas que de serlo, preciada
De parecer virtuosa.
Esté la puerta y ventana
Cerrada perpétuamente,
Y vaya á misa la gente
A las tres de la mañana.
Echen de casa á Juanica
Porque un hombre la miró;
¿Cómo en la cama no echó
Agua bendita Inesica?
Cómo tan sin devocion
Entrais vos en mi aposento,
Sin loar al sacramento
Ni la pura Concepcion?
Es punto muy meritorio
Decirlas: «¡Hola, señoras!
Poco ruido á estas horas,
Que me entro en el oratorio;
Que le llamarán mejor
Dormitorio muchas de ellas,
Que quieren ver las estrellas
En el sueño del Señor.

NOBLEZA.

Estas ánimas benditas,
Que el parecerlo afectaron,
Aturdidas se llamaron,
Ya se llaman las marchitas.
Hablan con gran melodía,
Rezan ya por Breviario,
Y ponen tal el rosario,
Que es fuerza echarlo en lejía.
Encarámanse hácia arriba
Con devotos ademanes,
Por los mas altos desvanes
De la oracion unitiva.
Están dando boqueadas
En los templos, y tiritan,
Y hacen de las que meditan
Los puntos de las moradas.
Dan consejos muy severos,
Haciendo entre los avisos,
Con los ojos paraísos,
Y con la boca pucheros.
Y con dos mil cosas de estas,
Siempre veo que ellas son,
Con color de devocion,
Las primeras en las fiestas.

VIRTUD.

Bien merece esas razones
La hipocresía hazañera;
Que la virtud verdadera
No se paga de invenciones.

DE DON RODRIGO DE HERRERA.

EPIGRAMA.

Cierto galan á su dama
Le dijo: «¿Ha llegado acá
De lo que hice por allá
Con los ingleses, la fama?»
Y ella respondió: «Por Dios,
Que hoy á mi noticia viene;
Pero tanto que hacer tiene,
Que no podrá hablar de vos.»

DE DON FRANCISCO DE LEYVA Y RAMIREZ.

EPIGRAMA.

Hurtóle el bolsillo un dia
A un marido su mujer,
Y un criado dió á entender
Que quien se lo hurtó sabia.
Mandó lo diga al instante,
Y el respondió, echando á huir:
«Yo no lo puedo decir,
Porque está el ladron delante.»

DE DON ALVARO CUBILLO DE ARAGON.

EPIGRAMAS.

I.

Dicho de un portugués á un mal actor.

Ollay, figura callada,
Si otro oficio no aprendeis,
Vos faceis cuanto podeis,
Empero non podeis nada.

II.

A una dama culta que estudiaba griego.

Cuando de griega te alabes,
Clori, tu error te condena,
Pues estudias lengua ajena,
Y hablar la tuya no sabes.
Si en tu basquiña no cabes,
Y buscas lugar mas fresco,
Por aquí mejor te pesco;
Pues entras con tal tramoya,
Como el griego fuego en Troya,
En tu basquiña y gregüesco.

III.

A un galan que al saludar se llevó con el sombrero la peluca.

Don Olfos, vuestra nobleza
Galante y cortés mostrais,
Pues con la gorra os quitais
Gran parte de la cabeza.
Extremada gentileza,
Aunque siempre mal segura
Para vuestra conmisura,
Pues la verdad puesta en salvo,
Huyendo de ser Lain Calvo,
Quedasteis Nuño Rasura.

IV.

Hurtáronle á un corcovado
Una ropilla, y como era
Hecha á su medida, y como
Para una tortuga hecha,
Cuando echó menos el hurto
No hizo mayor diligencia
Que decir contra el ladron:
«¡Plegue á Dios que bien te venga!»

CUENTO.

Un doctor tenia un criado;
Y por descuido ó desgracia,
O ambas cosas, sucedió
Que le quitaron la capa.
Dió cuenta al doctor del hurto,
Pensando que en él hallara
El remedio de aquel mal,
Y él, espetado en su barba,
Le dijo: «Sangráos;» y el criado
Respondió: «Pues quien se sangra
¿Convalece de los hurtos?—
Necio, le dijo, ¿en mi casa
Hay mas remedio? Sangráos,
Y de la vena del arca;
Porque así podréis comprar
Otra capa y muchas capas.»

DEL DOCTOR JUAN PEREZ DE MONTALVAN.

ROMANCE.

Las lágrimas.

¿Viste la concha del mar,
Que, bebiendo el sudor bello
Del alba, forma una perla
En su cóncavo pequeño;
Y que al paso que la concha
Va con la perla creciendo,
Crece la union en entrambos
Con un ñudo tan estrecho,
Que para sacar la perla
Rompen la concha primero,
Y se quiebran con el golpe
Unos pedazos pequeños?
Pues así mi corazon
Fué concha, que con el tiempo
Iba criando una perla,
Que es nuestro amor; fué creciendo
Tan unido, que en los dos
De dos almas se hizo un cuerpo,
De dos mitades un alma,
Y un todo de dos compuestos.
Sácanme del corazon,
Con violencia y con estruendo,
Un amor que habia criado;
Y así, á los ojos salieron
Estas lágrimas, que son,
Por mas que encubrirlas quiero,
Pedazos del corazon,
Que se ha quebrado allá dentro.

QUINTILLAS.

El alma es un cristal.

Si el alma un cristal tuviera
(Como cierto dios queria),
Menos traiciones hubiera,
Pues cada cual temeria
Que su infamia se supiera.
No hubiera en el mundo engaños,
Cautelas, juicios extraños,
Traiciones, falsos testigos,
Ni con máscara de amigos
Hubiera secretos daños.
No hubiera malas ausencias,
Ni encontradas voluntades,
Por opuestas diferencias,
Ni hubiera en las amistades
Injustas correspondencias;
No hubiera amigos fingidos,
Que el bien ajeno les mata,
De su envidia persuadidos,
Ni hubiera mujer ingrata
A servicios recibidos;
No hubiera en hombres discretos
Malas palabras y afrentas,
Quizá por falsos concetos,
Ni hubiera muertes violentas
Por intereses secretos;
No ofreciera un gran señor
Su casa á amigo traidor;
Que aun suele el mas verdadero
Ser por ventura el primero
Que hace el tiro en el honor;
No hubiera libres intentos
En mujeres principales
De mas altos pensamientos,
Ni en los hombres desiguales
Cupieran atrevimientos;
Y en efecto, cada cual
Fuera cortés y leal,
Fuera amigo, y noble fuera;
Porque á la lengua siquiera
Correspondiera el cristal.

CONSEJOS DE UN REY Á SU PRIVADO.

Yo, al fin, es fuerza que tenga
Un amigo de quien guste,
Que á mi condicion se ajuste
Y con mi sangre convenga.
Este, Cárlos, has de ser,
Como tu padre lo ha sido;
Y así, procura advertido,
Si no te quieres perder,
Que halle el noble qué seguir
En tí, el vulgo qué admirar,
La envidia qué murmurar,
Y ninguno qué advertir.
Repara en cualquier accion,
Que antes tu conciencia es,
Luego mi gusto, y despues
La vulgar satisfaccion.
Si me ves ejecutando
Alguna intencion muy fuerte,
Blandamente me la advierte,
Proponiendo, no enseñando;
Que el príncipe (y lo verás
En los demás, como en mí)
Jamás quiso junto á sí
Hombre que supiese mas.
En las materias divinas,
Mira la intencion y el modo,
Dios y su ley sobre todo,
Porque si un punto declinas,
Perderé el reino por tí;
Porque siempre al suelo viene
La monarquía que tiene
A Dios, Carlos, contra sí.
Al que pretende, cobarde
(Ten mucho cuidado en esto),
Si no has de premiarle presto,
No le desengañes tarde.
No revoques las mercedes
Que hizo tu antecesor,
Goce en tu hechura su honor,
Pues pudo lo que tú puedes;
Que si tú el ejemplo diste,
No habrá nadie que en tí espere,
Pues el que te sucediere
Deshará lo que tú hiciste.
Al que fuere gran soldado
Ningun favor se le impida;
Que á quien no estima su vida
Se ha de estimar su cuidado;
Porque á un hombre de valor
Darle un puesto honrado, advierte,
No es premio, es para la muerte
Darle cartas de favor.
Premia las letras, en suma,
Y da á las armas aumentos,
Que de un reino los cimientos
Son la espada y son la pluma;
Que con esto, y no admitir
Consejo de interesados,
Se verán en tí ajustados
El acertar y el regir;
Y no te cause recelo
La envidia ni la traicion;
Ni yerres tú la intencion;
Que lo demás es del cielo.

CUENTO.

La devocion indiscreta.

Enfermó un hombre de un ojo,
Y tanto su mal creció,
Que de aquel ojo cegó,
Si no lo habeis por enojo.
Con el ojo que de nones
Le vino á quedar, pasaba,
Y veia lo que bastaba,
Sin curas, aguas ni unciones.
Mas como uno le dijese
Que, si es que vista desea
Al Cristo de Zalamèa
Devoto y contrito fuese,
Donde por diversos modos
El cojo, el ciego, el mezquino,
Con el aceite divino,
De todo mal sanan todos;
Él al punto se partió,
Con fin de desentuertar,
Al soberano lugar;
Y apenas en él entró,
Cuando á la lámpara parte,
Y tanto el aceite agota,
Que entrambos ojos se frota
Por una y por otra parte.
El ojo que bueno estaba,
Con el contrario licor,
Sintió tan fuerte dolor,
Que del casco le saltaba;
Y en fin, sin remedio alguno
Hubo de venir á estado
Que de allí un hora el cuitado
Ya no veia de ninguno.
Al Cristo entonces se fué
Atentando, como pudo,
Y á sus piés muy á menudo,
Con mas cólera que fe.
A grandes voces decia:
«Señor, á quien me consagro,
Ya no pido yo milagro,
Sino el que yo me traia.»

DE DON JOSÉ JULIAN DE CASTRO.

ROMANCES.

La vida del soldado.

Con el ardiente deseo
De ganar dinero y honra,

Cosa que, si bien se atiende,
En estos tiempos de ahora
Sacará de sus casillas
Al tabernero de Atocha;
Se mete uno á ser soldado,
Religion la mas penosa,
Con mas trabajo que algunas,
Y menos racion que todas.
Mientras hay paces, tal cual
Pasa un hombre su derrota
Bien, porque hay alojamientos,
Hay gallinas y hay patronas;
Mas, declarada la guerra,
Empieza la batahola;
Marcha allí, marcha acullá,
Hoy á Argel, mañana á Roma,
Pasado mañana á Flándes,
Y el esotro dia á Liorna.
Descúbrese el enemigo,
¡Fuego de Dios, y qué tropa!
Ya se mueven las escuadras,
Ya el General les exhorta
A despreciar una vida,
Como si uno tuviera otra;
Ya comienzan los cañones
A echar almendras tan gordas,
Y ya trompetas y cajas
A tocarse el cuadro tocan;
Aquí es ella. ¡Ay, Vírgen mia,
Que nos cercan, que nos cortan!
—Animo y nadie desmaye,
Aunque en aquesta derrota
Le hagan los sesos tortilla
Y los huesos pepitoria.
Bum, bum, bum; ¡Jesus mil veces!
¿Qué ha sido eso? No fué cosa,
Una bala que á seis hombres
Les hizo abrir tanta boca.
Nuestro es el dia, muchachos;
Ahora es la ocasion, ahora;
A uno sin brazos le dejan,
A otro las manos le cortan,
A otro los ojos le sacan,
Y á otro envian por las costas;
Nadie afloje, mueran todos,
Cruja el parche y arda Troya,
Animo, que ya desmayan;
A ellos, á ellos, que aflojan.
¡Qué batalla hemos ganado!
¡Buen suceso! ¡Gran victoria!
De esta vez á cada pobre
Plaza de tambor le toca.
Acábase la campaña,
A la corte un hombre torna;
Va á pretender, y en un siglo
No encuentra una buena hora,
Porque despues que anda el pobre
Tres años á la maroma,
Corriendo por esas calles
Como caballo de posta,
Que solo en considerarlo
Sudo la gota tan gorda,
Logra... ¿qué? una racion de hambre;
Y esto si acaso la logra.

LA VIUDA.

Apenas cierra los ojos
El enfermo á los arranques
De la muerte ó del doctor,
Que todo es uno en romance
(Pues donde un médico entra
Al punto un difunto sale),
Abren tanto ojo los hijos,
Viendo la herencia delante,
Y la mujer, de alegría,
Está que danza en el aire.
Descerrajan los baules,
Y los escritorios abren.
Si dejó mucho, buen hijo;
Si dejó poco, mal padre;
Si hay talego, era un bendito,
Un siervo de Dios, un ángel;
Mas si no le hay, era un bruto,
Un perdido y un alarbe;
Aunque, por mucho que deje,
Todo poco se les hace;
Y mientras ellos gozosos
Echan á la mosca el guante,
El inocente difunto,
Tendido como un alarbe,
Está sufriendo las vueltas
De una vieja perdurable,
Que al coserle la mortaja
Le atenacea las carnes,
Y de los sepultureros
Los golpes inaguantables,
Pues del primer pisonazo
Todos los cascos le abren;
¿Y la viuda? Haciendo el mú
Con sollozos y con ayes,
Y el corazon mas alegre
Que una escuela de danzantes;
Vestida toda de luto,
Cédula que dice al aire:
«Aquí se alquila la boda;
El que quiera que no tarde.»
Viene luego una parienta
Con seis docenas de pajes,
No para darla consuelo,
Sino solo para hartarse
De dulces y de bebidas,
Melindres y chocolate,
Y la dice: «¡Ay hija mia!
Contémplote en este lance
Traspasada de dolores;
Ello la pérdida es grande.
¿Qué se ha de hacer? Dios lo ha hecho;
Es menester conformarse;
Mañana irémos nosotros;
Este mundo ya se sabe
Que no da de sí otra cosa;
Hija no hay que acongojarse.»
Viene despues un usía
De estos que viven del aire,
Dando pésames por fuerza
Y enhorabuenas en balde,
Y frunciendo los hocicos,
Extático de semblante,
La dice: «Acompaño á usted
En el sentimiento grave
De la muerte de don Pedro;
¡Qué galan era! Qué afable!
Qué cortés! Qué bien hablado!
Qué prudente! Qué galante!
Pues á liberal, ¡Jesus!
No le ganaria nadie;»
Y cuando daba un ochavo
Le cascaba un mal de madre.
«Ay, señores, dice entonces
La viuda con dos mil sales,
¡Yo no sé cómo estoy viva
Con pérdida semejante!
¿Quién me recogerá, quién?
Ya yo me quedo en la calle.—
Ay, señorita, responde
El usía calafate,
Vaya que no faltará
Quien á llevar se prepare
De tan hermosa prebenda
La dulcísima vacante.—
¿Quién me ha de querer á mí?
¡Ay, Jesus, qué disparate!—
Pues, Señora, hablemos claro,
Si mi amor... pero esto baste;
¿Vuesamercéd quiere?—Sí, Señor.—
Pues al instante, al instante.»
Y de este modo, en un punto,
Sin enfriar el cadáver,
Lo que era entierro ya es boda,
Y el llanto se vuelve en baile;
¡Oh cuánto de esto sucede
En Madrid y en otras partes!

DE DON FRANCISCO NIETO MOLINA.

FÁBULA DE PAN Y SIRINGA.

Érase Siringa
(Atencion al cuento,
Porque así comienza
Aqueste embeleco);
Érase Siringa,
El primor mas bello
Que tenia Cupido
Para sus enredos;
Érase Siringa,
Único embeleso
De mozos y mozas,
De niños y viejos;
Érase que se era,
Como iba diciendo,
Muchacha del ampa
Y de pelo en pecho.
Esta, cuando alegres
Pintados jilgueros
Al alba aplaudian
Con suaves gorjeos,
En traje Diana,
Y en armas lo mesmo,
Pisaba de Flora
Floridos aseos;
Y despues que anduvo
Por bajos, por cerros,
Por llanos, por cuestas
Y otros vericuetos,
Detrás de la liebre,
Detrás del conejo,
Del ciervo cornudo
Y el jabalí puerco,
Se sentó á la fresca
Márgen de un risueño,
Bullicioso, claro,
Corriente arroyuelo.
En él se miraba
Divertida, pero
Ridículo mónstruo
La inquietó grosero;
Un ruin satirillo,
Satírico encuentro,
Tan meñique, que
Pudiera ser dedo;
Aqueste abreviado
Titere travieso
Dix de alguna diabla,
Chisme del averno;
Haciendo mas pausas,
Visajes y quiebros
Que al vaso de purga
Melindroso enfermo,
La dijo: «¿Quién eres,
Deidad, que á este ameno
Pensil, donde tiene
Páles su recreo,
»Te has aparecido,
Sin que el mas experto
El cómo ni el cuándo
Se atreva á saberlo?
»Pues tan de repente
Ha sido, que pienso
Que algun nigromante
Te trajo de un vuelo.
»¿Quién eres, que gozas
Del fértil terreno
En donde Amaltea
Derrama su cuerno;
»Adonde en pomposos
Troncos esparciendo
Pomona sus frutos,
Te brinda á comerlos?
»Habla, peregrino,
Hermoso portento;
Mira que te estimo,
Mira que te quiero.—
»Quiéreme; así vivas
Con feliz suceso,

Mas que treinta suegras,
Mas que veinte necios.
»Quiéreme, siquiera
Porque te lo ruego;
Pues puedes quererme
Tan solo queriendo.
»*Pan* soy, no *pan* duro,
Sino *pan* muy tierno,
Y me haré unas papas
Si á tus labios llego.
»Desarruga el zuño,
Desaparta el ceño;
Advierte que hay lances
Que aun *pan* duro es bueno.
»Y ya habrás oido
Decir á diversos
Que cuando el *pan* sobra
Son menos los duelos.»
Siringa, que atenta
El razonamiento
Escuchado habia,
Le respondió aquesto:
«¿Tú eres *Pan*, zoquete?
Tú *Pan?* No lo creo;
Migaja si, que
No se ve en el suelo.
»Gente honrada no
Es *paniega;* luego,
Si yo te quisiera,
Dejara de serlo.
»Aquese mendrugo
De talle es muy bueno,
Allá para niños
Que comen *pan* seco.
»¿A mí *pan?* ¿Acaso
Limosna pretendo?
¿Tan hambrienta piensas
De que estoy, trastuelo?
»Anda, que en la sopa
Tendrás cabimento,
Y á cualquier pobrete
Serás de provecho.
»Anda noramala,
Pan, á un *panadero*,
Que te trairá en palma
Y te dará á precio.»
Con estas razones,
El Fauno soberbio
Estuvo en un tris
De darla un tras récio.
Y á no persuadirse
Que al hacer tal hecho
Perdia de un golpe
Su hechizo halagüeño,
Al menor porrazo
Su fiero denuedo
Quedara la ninfa
Para cimenterio.
Sosegóse, en fin,
Al tema volviendo
Con mas requisitos,
Gracias y requiebros.
«¿Es posible, dulce,
Adorado dueño,
Que tanta dureza
Se abrigue en tu pecho?
»El tronco en la selva,
El bruto en el hueco,
El ave en la rama,
El pez entre el hielo,
»La flor en el prado,
La estrella en el cielo,
La piedra en la tierra,
La plata en su centro,
»Aman; ¿por qué tú
No tomas ejemplo?
¿Quieres, siendo mas,
Te tengan en menos?
»Cada especie busca
Su especie; así vemos
Tantas producciones
En el universo.
»Ea, no imagines
Fingido mi afecto,
Porque mas te amo
Que á Ariadne Teseo,
»Mas que Apolo á Dafne,
Que Leandro á Hero,
Que Priamo á Tisbe,
Que á Eurídice Orfeo,
»Que Páris á Elena,
Que á Olimpa Vireno,
Que Ipis á Anaxarte,
Que Adónis á Venus.
»Si en vista de tanto
Cariñoso extremo,
Perseveras en
Tu dictámen terco,
»Diré, y con razon,
Careces á un tiempo
De la voluntad
Y el entendimiento.
»Pues estamos solos,
Chicuela, podemos
En aqueste asunto
Quedar satisfechos.
»Muévante mis penas,
Muévante mis ruegos;
Consiga yo el gusto
De ver que te muevo.
»Siempre á los principios
Se ofrecen tropiezos,
Pero un buen desgarro
Los vence muy presto.
»Di qué determinas;
Porque estoy resuelto
A roso y belloso
Echar por el medio.
»Sus, fuera de drogas:
Bonito es mi genio;
Que me oirán los sordos,
Aunque estén muy léjos.
»Vaya, no permita
Tu rigor protervo
De que nos pongamos
En algun aprieto;
»Que no han de valerte
Llantos, escarceos,
Dengues, ayes ni
La bula de Meco.»
Acercóse, y ella,
Puesta en pié, al momento
Lo dejó parado,
Al verla corriendo.
Panecillo pronto
Siguióla ligero;
Porque en el alcance
Estaba el remedio.
«Detente, decia,
Deténte; que temo
Que, sin tener gana,
Dés al suelo un beso.
»Cúbrete esas piernas,
Pues por ir huyendo
Descubres lo que
Debe estar cubierto.
»Ya que atrás me dejas,
Véte con sosiego;
Que estoy atrasado
Para tanto empeño.
»Muy bien pude haberte
Cogido primero
Esa delantera;
Pero he sido un lerdo.
»Aunque tan veloz
Las de Villadiego
Has tomado, niña,
Nada has hecho en eso.
»Pues si á mis zancajos
Con brio espoleo,
Ni los de Mercurio
Se igualan á ellos.»
Él no se dormia
En las pajas, y esto
Lo manifestaba
Su grande desvelo.
Ella, temerosa
Del necio muñeco,
A Jove invocó,
Socorro pidiendo.
«¡Oh tú, dios tonante!
(Dijo en voz y en cuello)
Si me amparas, serte
Devota prometo.
»A ese mequetrefe,
A ese chuchumeco,
A ese que me sigue,
Cual la sombra al cuerpo,
»Quémalo á chispazos,
Supremo artillero;
Salte como un rayo,
Supuesto que es fuego.»
Atento la oyó,
Y al punto (¡aquí es ello!)
Hétela hecha caña
En el mismo puesto.
Tú, que tal miraste;
No tirano Nero
Las barbas se pela,
Si en ellas hay pelo.
«¿Burlas á mí? Bravo
(Exclama suspenso);
¿Burlas á mí? Lindo;
¿A mí, que las vendo?
»¿Burlas á mí? Tate;
Con aquese hueso,
Seora encanutada,
Váyase á otro perro.
»¿Qué? ¿Soy boquirubio?
Soy acaso lelo?
Pues no; que se engaña,
Si pensase aqueso.
»Esos trampantojos,
Allá para aquellos
Que el bu los asombra,
Porque se estén quietos.»
Llevaba por gala,
Al lado siniestro,
Espada ó cuchillo;
Tal era su acero.
Empuñólo airado,
Diciendo resuelto:
«¿Es juego de cañas
El presente juego?»
Sin saber de *curvo*,
Ni de *ángulo recto*,
Garatusas, *tretas*,
Conclusion ni medio,
Tajos y reveses
Reparte severo,
Y tras cada uno
Un voto ó reniego.
En estas y esotras
Al suelo cayeron
Varios desperdicios,
En culto *fragmentos*.
Uniólos el triste,
Y en la geta puestos,
Halló (¡raro hallazgo!)
Extraño instrumento.
Este fué de la
Zampoña el primero
Pigmeo inventor
Y músico viejo.
Corrido, escondióse
Por el bosque espeso,
Y no se ha sabido
De su paradero.

DE ANÓNIMOS VARIOS.

EPIGRAMAS.

I.

De un criado á quien envió un gran señor, en medio de un temporal, á llevar unos pliegos.

Quien me manda caminar
Cuando no se pasa el vado
No me tiene despachado,
Mas quiéreme despachar.

II.

Al sepulcro de una dama muy flaca.

Yacen en tal sepultura
Los huesos de una señora,
Que en el siglo, como ahora,
Se vieron sin cobertura.
Fué tanta su sutileza,
Que si aun se ha de deshacer,
Nunca llegará el no ser
Adó llegó su flaqueza.

III.

Al sepulcro de una dama muy habladora.

Aquí yace sepultada
La mas que noble señora,
Que en su vida punto ni hora
Tuvo la boca cerrada.
Y es tanto lo que ella habló,
Que aunque ya mas no ha de hablar,
Nunca llegará el callar
Adonde el hablar llegó.

IV.

A un viejo y una vieja que eran enamorados.

Las damas que están pasadas.
Y el galan ya viejo anciano,
Tienen el mal del milano:
Las alas solas quebradas,
Los ojos y el pico sano.

V.

Respuesta de un caballero muy valiente á un hombrecillo ridículo que lo desafió.

Vuestro papel recibí,
Y el desafío no abono;
Que no quiero matar mono
Ni que mono mate á mí.

VI.

Definicion del amor.

Dulce en el principio asiste,
Y en el fin amargo amor;
Que de Vénus el ardor
Viene alegre y se va triste.

VII.

De una mujer que tenia un marido muy celoso.

Siempre se halla mi marido
(Es mucho lo que me guarda),
Á modo de bobedilla,
Atravesado en la sala.

VIII.

A un marido de fuerte condicion.

Marido que da en gritar,
Que no sale, que se enoja,
Es un marido congoja,
Que no deja respirar.

IX.

A la boda de dos grandes señores que gastaron mucho y tenian poco.

Estos señores cumplieron
En todo aquello que habian;
Hicieron lo que debian,
Mas debian lo que hicieron.

X.

A un marqués que quedó viudo.

El Marqués y su mujer
Contentos quedan los dos:
Ella se fué á ver á Dios,
Y á él le vino Dios á ver.

XI.

Un caballero envió en un sobrescrito de una carta á un pobre escudero: «A mi señor primo.» Respondióle en otro sobrescrito el escudero:

Tal manera de favor
No me la deis ni la quiero;
Para *primo* soy grosero,
Y pobre para *señor*.

XII.

A uno de raza de judíos que labró una gran casa, poniendo en la portada una cruz, se escribió este pasquin.

Es propio de cazadores,
Despues de la caza muerta,
Poner la piel á la puerta.

XIII.

A cierto poeta encargó un caballero unos versos para una dama de que era enamorado, con la condicion de que se habia de hablar de él, de ella y del poeta. Este escribió.

Don Antonio Pimentel
(Aquí entra él)
Unos versos me pidió
(Aquí entro yo)
Para Lucinda la bella,
(Aquí entra ella);
Y es tan infeliz mi estrella,
Que, aunque quise discurrir,
Nunca tuve que decir
Ni dél ni de mí ni della.

XIV.

A uno que en medio de una furiosa tempestad de mar, y cuando todos creian ahogarse, comia mucho y muy tranquilamente.

«¿Qué determinas, soldado,
Agora con tu comer?»
Respondió: «¡Pese á mal grado!
Bien es que coma un bocado
Quien tanta agua ha de beber.»

XV.

En elogio de una dama llamada Ana.

Ana de Anas como vos,
No hay acá tapicerías,
Sino allá en las jerarquías
De los ángeles de Dios.

XVI.

Anfibología.

Matar al Rey no es mal hecho;
Antes ser cuchillo afirmo
Dél, que lo mataré, y firmo.

De otro modo.

¡Matar al Rey! No: es mal hecho;
Antes ser cuchillo afirmo
Del que lo matare, y firmo.

COPLA.

Oyeme tu retrato,
Niña Isabela;
Salvo ser justo,
Salvo ser propio,
Salvo que hiela.
Linda mata de pelo
Peina tu mano;
Salvo ser poco,
Salvo ser corto,
Salvo ser cano.
Con la luz de tus ojos
A todos pierdes;
Salvo que lloran,
Salvo ser bizcos,
Salvo ser verdes.
Con tu boca preciosa
Nada compite;
Salvo ser grande,
Salvo ser belfa,
Salvo que pide.
Que tu pié es muy hermoso
Nadie lo duda;
Salvo ser largo,
Salvo ser ancho,
Salvo que suda.

FIN DE LA FLORESTA DE VARIA POESÍA.

LA PERROMAQUIA,

FANTASÍA POÉTICA EN REDONDILLAS, CON SUS ARGUMENTOS EN OCTAVAS,

POR

DON FRANCISCO NIETO MOLINA.

Soneto del autor á su *Perromaquia*.

Si los gatos lograron merecer
Los aplausos de un Lope singular;
Si los burros en verso rebuznar
A impulsos del famoso Pellicer;
Si las moscas sus gracias extender,
Que su ingenio las quiso celebrar;
Si Homero á los ratones aclamar
Para dar á las ratas que roer,
A los perros mi musa ha de aplaudir;
Tengan fama los perros donde quiera,
En los pueblos, los campos y los cerros.
Perros aplaudo, ¿qué podrán decir?
Que elijo por asunto una perrera,
O que soy un poeta dado á perros.

CANTO PRIMERO.

Argumento.

OCTAVA.

Descríbese la corte suntuosa,
Calbete á Mamarruz el cetro entrega:
Á Carabagua adora, infanta hermosa,
Que á sus finas ternezas se le niega,
Y estima á Chasquisquiva cariñosa;
El Rey lo sabe, en cólera se anega;
Huyen de su furor, en campo extraño
Mil cosas les demuestra el gran Caraño.

1.

Canto perrunos amores
Y batallas valerosas,
Alabo perras famosas,
Celebrando sus primores.

2.

Canto soberbias hazañas
De Mamarruz, perro fiero,
Y de Galluz, su escudero,
Estrafalarias patrañas.

3.

A tí, ejemplo del valor;
Dígalo tanto atrevido
Perro, acosado y herido
Por vuestro feroz rigor;

4.

Á tí, capitan leal,
Guapo como una gallina,
Récio como tagarnina,
Discreto como animal,

5.

Dedico estos versos, y
Juzgo llevarán mil yerros,
Porque estaba dado á perros
Cuando de ellos escribí.

6.

¡Raro gusto! pero espero
No se culpen mis ficciones,
Pues de ranas y ratones
Cantó el excelente Homero.

7.

Y en su especial *Gatomaquia*
Lope á gatos aplaudió,
Y á los burros celebró
Toledo en su *Burromaquia*.

8.

Hasta el átomo viviente,
Hasta el punto indivisible,
La pulga aguda y terrible
Fué aclamada doctamente.

9.

De elegancia escritos ricos
Se ofrecen á mi favor,
Pues gozaron de cantor
Pulgas, gatos y borricos.

10.

Cualquiera musa panarra
Inflúvame en este intento,
Y présteme su instrumento,
Sea lira, flauta ó guitarra.

11.

Allá donde vive solo
El pájaro todo tretas,
Al que pintan los poetas
Ya en cuna, ya en mauseolo;

12.

Allá entre Egipto y Judea,
Selva de copioso olor,
Arabia, de Asia mayor
Provincia fértil, recrea.

13.

Es de dos golfos cercada,
Dos veces fruto tributa:
Tal abundancia disfruta
Al año, si es cultivada.

14.

Allí á la florida falda
De un monte, á quien yerbas mil,
Desperdicios del abril,
Lo figuran de esmeralda,

15.

Se extiende fuerte, espaciosa,
Pasmo de la arquitectura,
Esmero de la hermosura,
Jauja, corte suntuosa.

16.

En cuadro se señorea
Su fábrica, que luciente
Ancha muralla eminente
De duro bronce rodea.

17.

Con proporcion arreglada
Puerta, y puerta de marfil,
Que labró diestro buril,
Permite vistosa entrada.

18.

Siguen á nivel iguales
Las calles, cuyos espacios
Ocupan altos palacios,
Construidos de cristales.

19.

Adórnanlos torres bellas,
Que á los rayos relucientes
De Febo resplandecientes,
Ascienden á las estrellas.

20.

De Neptuno el espumoso
Reino retrata arrogante
Anfiteatro bastante
Á concurso numeroso.

21.

Sobre la cerúlea tez,
Que el fingido mar presenta,
Surca nave corpulenta,
Nada rozagante pez.

22.

Cuanta brilladora escama
El golfo inquieto retira,
Tanta por aqueste gira,
Rompiendo la verde lama,

23.

Desde la bestia que altera
A Tétis el centro frio,
Al cangrejo que tardío
Discurre por la ribera.

24.

En otra plaza pinceles
Doctos batallas enseñan
En mil lienzos, que desdeñan
A los de Céusis y Apéles.

25.

Destínase á este paraje
Comercio, mercaderia,
Tráfico, union, granjería
De nobleza y populaje.

26.

Amenísimo recreo
Logran sus huertas floridas,
Que parecen producidas
De la idea del deseo.

27.

Es apacible su clima,
Benigno, claro, constante,
Que ni la ofende el tonante
Dios, ni el aquilon lastima.

28.

No envidia á Roma excelentes
Estatuas, vanos trofeos,
Pirámides, coliseos,
Estanques, jardines, fuentes.

29.

Tres veces dorado fruto
Céres al suelo prestó,
Y tres Pomona pagó
Su acostumbrado tributo.

30.

Tiempo en que el laurel sagrado
Ceñia la augusta frente
A Mamarruz, excelente
Rey, cauto, astuto, alentado.

31.

Siendo fortísimo, audaz,
Oprimia su furor
El invencible rigor
De un cieguezuelo rapaz;

32.

Rapaz que supo vencer
A un Júpiter poderoso,
A un Alcides valeroso,
Solamente con querer.

33.

El rey amante adoraba
A Carabagua, deidad
De tan perfecta beldad,
Que semejante no hallaba.

34.

Mas ella, copiando esquiva
El desden de Dafne ingrata,
Lo desprecia, porque trata
Cariñosa á Chasquisquiva.

35.

Reconociendo prudente
Que Mamarruz enojado,
Bien por fuerza ó por agrado,
No habria cosa que no intente,

36.

Determinó cautelosa
Pronta huir, para lo que
Dió parte á su dueño de
Empresa tan peligrosa.

37.

Cuando vuelan torpes, graves
Rompiendo el aire espaciosas,
Susurrantes, fastidiosas,
Funestas nocturnas aves,

38.

Llegó el Páris de esta Elena,
Galanamente adornado,
Sobre una mona montado,
De flores y cintas llena.

39.

Viene á este empeño importante,
Llamado de su querida,
Con ánimo de la vida
Perder por ella constante.

40.

Feliz oportunidad
Berecintia permitia,
Pues luz escasa ofrecia
Entre densa oscuridad.

41.

Con el gozo regular
Propio de uno y otro amante,
Comenzaron al instante
Ligeramente á marchar.

42.

Cual el caribe feroz,
Indio, bárbaro, arrogante,
Del arco la penetrante
Flecha dispara veloz;

43.

Así el gran palacio dejan,
Su resolucion siguiendo,
Y presurosos huyendo,
En breve mucho se alejan.

44.

Detiénelos el fatal
Cansancio junto una fuente,
Que con ruidosa corriente
Vierte perlas de cristal.

45.

Al sonoroso risueño
Rumor de la fuentecilla
Que sobre la yerba brilla,
Los rindió un suave sueño.

46.

Duermen, hasta que la pia
Aura comenzó á mostrar
Su clara luz, y á anunciar
Cómo la aurora venia.

47.

Ella, desprendido el rizo,
Afable, propicia, hermosa,
Su frente adorna graciosa
Con jazmin, azahar, narciso.

48.

Vuelven entonces de nuevo
Su camino á proseguir,
Por empezar ya á lucir
Con brillante esplendor Febo.

49.

El de Alcídes escogido
Árbol, el del rojo Apolo
Y el que de la Cipria solo
Mereció ser aplaudido;

50.

El que á Minerva le es dado,
Con otras plantas frondosas,
Forman bellas, deleitosas
Calles en el verde prado.

51.

Por cuyo sitio festivos
Caminan los dos amantes,
Ya viendo rosas fragantes,
Robustos pinos altivos.

52.

En belleza, fruta y flor
La vista aquí se recrea,
El gusto se lisonjea,
Goza el olfato de olor.

53.

Aquí canta, ruge, brilla,
Canora, feroz, risueña,
En árbol, en gruta, en peña,
Ave, fiera, fuentecilla.

54.

Aquí se divierte Páles
Con Vertumno y Amaltea,
Aquí Pomona franquea
Sin número los frutales.

55.

En este Elisio florido
Tosco risco se elevaba,
Tanto, que no registraba
Su altura el mejor sentido.

56.

A cada grieta escabrosa
Campestre adorno guarnece:
Allá el quejigo se ofrece,
Acá la zarza espinosa.

57.

Rotura profunda abria
Lóbrego cóncavo extraño,
Donde el disforme Caraño,
Feísimo perro, vivia.

58.

Finge de su mágia el brio
A la flor monte eminente,
Al ave bestia valiente,
Peña al árbol, risco al rio.

59.

Tronar hace y luego aclara,
Ciudades pinta en el viento,
Tambien escuadron sangriento
Combatiendo cara á cara.

60.

En la caverna sombría
A Pluton mantiene inquieto,
Y al trifáuce mónstruo quieto
Sujeta con tiranía.

61.

Este, que en estudios tales
Se ejercitaba prolijo,
Les salió al encuentro, y dijo
Con mil aullidos fatales:

62.

«Vosotros, que con arrojo
De la corte os despedis,
Aunque del Rey así huis,
Seréis de su ardor despojo.»

63.

Ellos, que atento le escuchan,
Del triste anuncio oprimidos,
A su cueva recogidos,
Entre confusiones luchan.

64.

Allí corteses previenen
Al anciano que ha de hacer
Lleguen claramente á ver
Los males que pasar tienen.

65.

Practícalo, pues desea
Servirlos el sagaz viejo,
Pone ante ellos un espejo,
A quien alumbra una tea.

66.

En el cristal se veia,
Mediando mágico arte,
Ejército en el que Marte
Une fuerte perrería.

67.

De la India, España, Turquía,
Polonia, Francia, Alemania,
Africa, Asia, Transilvania,
Hay perros de gallardía.

68.

Vístense pieles de oso
Y de animales horribles,
Que se juzgan invencibles,
Usando traje espantoso.

69.

El perrazo Mordiscon
Gobierna á los perros chinos,
Carcueso á los perros finos,
A los alanos Alon.

70.

El duque Cagalon lleva
Con su pujanza extremada
Una lanza claveteada,
Larga, dura, gruesa, nueva.

71.

Su morrion lo compone
El testuz de un elefante,
Puesta la trompa delante,
Que á todos temor impone.

72.

Cabalino muy ufano
Manda la caballería,
Que en buen órden se extendia
Por paraje alegre, llano.

73.

A trechos el corpulento
Vasto cuerpo cubre la
Piel de un fiero espin, que ya
Dió en sus brazos el aliento.

74.

Sobre micos, monas, zorras
Lucen los fuertes soldados,
De arneses finos armados,
Manejando lanzas, porras.

75.

Alféreces, oficiales,
Tambores y timbaleros,
Pifanos y clarineros
Son podencos principales.

76.

Cerrando aqueste tren bello,
De la grandeza cercado,
Iba Mamarruz, sentado
En la giba de un camello.

77.

Topacio, rubí, diamante
Su turbante componia,
Y el ropaje que vestia
Matizaba oro brillante.

78.

Cazcarrias camina tieso,
Mereciendo bizarrías
Del Rey, que por las *folías*
Es caballero del *Hueso*.

79.

Con despejo singular
Mambrino, en el otro lado
Sigue dispuesto, alentado,
Y que no conoce par.

80.

Una y otra delicada
Perra, discreta y briosa,
Ocupan artificiosa
Régia carroza dorada.

81.

Doce hienas feroces,
Del pié á la testa pintadas,
Las largas crines rizadas,
Tiraban de ella veloces.

82.

En arrogantes caballos,
Dulces tocando instrumentos,
Acompañan cuatrocientos
Hermosos ingleses gallos.

83.

Plumas negras y amarillas
Llevan en blancos sombreros,
Ostentándose severos
Con encarnadas golillas.

84.

Van despues diez mil maceros,
Todos ufanos perrotes,
Y peinados los bigotes,
Cien mil gatos cocineros.

85.

El ancho campo llenaban
Los morteros, los cañones,
Carros, tiendas y pendones,
Que en buena forma llevaban.

86.

Pasada esta tropelía,
El cristal se oscureció
Y el fuego se consumió,
Con que la tea lucia.

87.

En los brazos de su amante
Carabagua temerosa
Se desmayó pesarosa,
Vuelto en jazmin el semblante.

88.

Chasquisquiva con furor,
Dando lastimosas voces,
Así exclamó: «¡Oh grandes dioses!
Apaciguad mi dolor.»

89.

Peñas, riscos, flores, aves,
¡Oh si pudierais oir!
Me ayudarais á sentir
Las que sufro penas graves.

90.

Netas perlas derramando,
Que mucha yerba embebió,
Del desmayo en sí volvió
Carabagua suspirando.

91.

Y dividiendo el clavel
De sus labios, así dijo:
«Mi amor siempre ha de ser fijo,
Y el tuyo le adoro fiel.

92.

»El Rey nuestro mal desea,
Quebrantos pasemos, que
Mas valor tengo que el de
Teágenes y Clariquea.

93.

»La huida acertada reputo,
Otro resguardo no veo;
No paguemos á Morfeo
Aquesta noche tributo.»

94.

Luego Chasquisquiva abona
Lo que su dueño propone,
Y con presteza le pone
La silla y freno á la mona.

95.

«Tuyo es, le dice, bien mio,
Mi dictámen y tu gusto;
El que se ejecute es justo,
Dispon segun albedrío.»

96.

Absorto Caraño estaba
Con las ternezas que oia,
Y mucho se divertia
Cuando cada cual hablaba.

97.

El espejo y tea quita,
Diciendo á los dos así:
«Supuesto de que cumplí,
Mas mi afecto solicita.»

98.

De la honda cueva sacó
Un turbante y una espada
Con la guarnicion dorada,
Y á Chasquisquiva entregó.

99.

«Aquesas prendas temidos
Os hará, dijo Caraño;
Estaréis libres de engaño,
Jamas os veréis vencidos.»

100.

Despues sobre la menuda
Yerba les trajo á millares
De las frutas singulares
Que encontró su vista aguda.

101.

Estas fueron peras, guindas,
Melocotones, camuesas,
Ciruelas, rojas cerezas,
Sazonadas, tiernas, lindas.

102.

Su cuidado no perdona
La manzana colorada,
La granada coronada,
Y cuanto ofrece Pomona.

103.

Comieron festivamente,
Y luego que concluyeron,
Agradecimientos dieron
A Caraño cortésmente.

104.

El cabello coronado
Mostraba de luz, ufana,
De Apolo la bella hermana,
Cuando aquel sitio han dejado.

105.

Por montañas, riscos, breñas,
Selvas y bosques sombríos
Marchan con valientes brios,
Saltando quebradas peñas.

106.

En tal cual parte á comer
Paran, y á beber tal cual
El bullicioso raudal
Claro se llega á ofrecer.

107.

Con toda prosperidad
Seis semanas anduvieron,
Mas la sétima tuvieron
Una horrible tempestad.

108.

De los campos los matices
Se ajan, trónchanse los troncos,
Y gimen los vientos roncos,
Rotos los odres de Ulises.

109.

Muere en su florido nido
El ave, en la gruta oscura
La fiera, y en la espesura
El conejuelo escondido.

110.

Aquel rozagante bello
Floron, que adora los rayos
Del sol en tristes desmayos,
Inclina su erguido cuello.

111.

La que la planta nevada
De Vénus ensangrentó,
Sin ver la luz falleció,
En su capullo encerrada.

112.

Suena el eco retumbante
De los truenos, y á porfía
Ardientes iras envia
El gran Júpiter tonante.

113.

Silban manchadas serpientes,
Dan los lobos aullidos,
Los bravos toros bramidos,
Rugen los leones valientes.

114.

Cruzan medrosos é inquietos,
Entre espantosas visiones,
Formidables escuadrones
De los pájaros funestos.

115.

Son los asombros fatales,
Es el estrago tremendo,
Óyese el estruendo horrendo
De las furias infernales.

116.

Como en pertinaz batalla
Rotas picas, abollados
Arneses, muertos soldados,
A un lado y otro se halla;

117.

Así en el suelo arrojados
Se miran aquí y allí
Troncos, animales y
Peñascos desbaratados.

118.

Descolorido el semblante,
Suspira triste, turbada,
Despavorida, asustada,
Carabagua á cada instante.

119.

La mona en estos pasajes
Hace raras pataratas
Con las manos y las patas,
Formando extraños visajes.

120.

Es el hueco estrecho, duro,
Escabroso de un peñon,
Quien en la tribulacion
Les da refugio seguro.

121.

Vigilante, presuroso,
Como su bien esperaba,
Luego el turbante sacaba
Chasquisquiva, cuidadoso.

122.

A su frente lo ciñó,
Y al momento ¡cosa rara!
Se dejó ver la luz clara,
Y el dia á su ser volvió.

123.

Ya sosegadas sus penas,
Advirtieron á lo léjos
Que el sol doraba á reflejos
Unas pintadas almenas.

124.

Un castillo parecia
Hecho de piedras preciosas,
Y de mil artificiosas
Labores que contenia.

125.

Un jardin lo circundaba,
En el que vertió Amaltea
Su copia; que allí se emplea
Cuanta flor atesoraba.

126.

El castillo y floreciente
Pensil están de manera,
Que su primor desde fuera
A la vista se consiente.

127.

La ninfa aquí alborozada
A su querido abrazó,
Porque experta conoció
Fenecida su jornada.

128.

«Esa máquina opulenta,
Le dice, es justo te cuadre,
Pues en aquesa mi padre
Pasa la vida contenta.

129.

»Callen las antiguas todas,
Que no pueden igualar;
Pigmeo se ha de nombrar
El alto jayan de Ródas.

130.

»Con el templo que Erostrato
Quemó, muros relevantes
Y pirámides gigantes
Hacer símiles no trato.»

131.

Diciendo gracias expertas
Descendieron de un collado,
Y en breve tiempo han llegado
De aquel castillo á las puertas.

132.

Salió el insigne Casquete,
Vestido de fina grana,
Suelta á la espalda la cana
Melena, encima un bonete.

133.

Adornados con pellicos,
Le asisten perros pastores,
Con sonajillas, tambores,
Flautillas y adufes chicos.

134.

Los huéspedes se apearon
De su ruin caballería,
Y en la nueva compañía
A un salon alto marcharon.

135.

Tomando un perro del freno
A la mona, la llevó
A pesebre, en el que halló
Sustento escogido, bueno.

136.

Ya que tomaron asiento,
Se dieron á conocer;
Aquí aumentóse el placer,
Cesando los cumplimientos.

137.

Llora el padre de alegría,
Mirando á su hija amada;
Llora esta, regocijada
Porque ha llegado este dia.

138.

Aquí se gozan amores,
Aquí se logran finezas,
Todo es gustos y ternezas,
Todo es gracias y favores.

139.

Y pues de tanto quebranto
Quedan ya libres los dos,
Cesa mi cansada voz
Para proseguir el canto.

CANTO II.

Argumento.

OCTAVA.

La tropa marcha en forma concertada,
De un rio la detiene la corriente:
Allí fué de Cañejo respetada
La idea para el paso conveniente;
Perecen muchos perros, castigada
Es su culpa; Galluz discretamente
Ofrece su dictámen, mas ufana
La senda les mostró diosa Diana.

1.

Ya las perrunas hileras
Acercábanse á compás,
Tremolando al viento las
Plumas, garzotas, banderas.

2.

Ya en las escabrosas broncas
Asperezas atronaba
El eco, que retumbaba
De cajas y trompas roncas.

3.

Lucia la infantería,
Marchando pomposamente,
Y con órden competente
Despues la caballería.

4.

Treinta veces el luciente
Rey de los astros les dió
Luz, y Cintia les prestó
La suya resplandeciente.

5.

Cansados de caminar,
Los detiene la corriente
De un rio, cuyo torrente
Dificil es vadear.

6.

Jefes, oficiales y
Demás militares juntos,
Cuestionan puntos por puntos
Cómo han de pasar de allí.

7.

Despues de proposiciones
Que Mamarruz escuchó,
Así les aconsejó
En estas breves razones:

8.

«Pues tanta gente llevamos,
Bebamos al rio, que
Lo hemos de secar á fe;
Todos al punto bebamos.»

9.

Como al suelo se abalanza
Bandada de aves, así
La perrada aquí y allí
A beber agua se avanza.

10.

Unos mueren ahogados,
Otros caen desfallecidos,
Otros de beber rendidos,
Yacen disformes é hinchados.

11.

El destrozo fué tan fuerte,
Que de los perros faltaron
Doscientos mil, que quedaron
Entregados á la muerte.

12.

Quiso extender su consejo
El discreto Cagalon;
Mas le niegan la atencion
Porque principió Cañejo.

13.

Algunas ramas cortadas
Atense, que estén unidas,
Y escaparémos las vidas
Por medio de estas jangadas.

14.

Obedecen sin pereza,
Los árboles destrozando,
Que conducen arrastrando
Al rio con ligereza.

15.

Allí en la márgen trabajan,
Unos los troncos ligando
Con cuerdas, otros clavando;
Unos cortan, otros rajan.

16.

La áspera sierra rechina,
Taladra la alezna aguda,
Golpea la piedra ruda,
Nada cesa en la fagina.

17.

Concluida una sutil
Máquina, al rio se ofrecen,
Adonde incautos perecen
Cerca de cuarenta mil.

18.

Pesaroso el Rey, lamenta
La pérdida de su gente,
Y otra cosa no consiente,
Porque no le tiene cuenta.

19.

Mira ropajes bordados,
Cuerpos, broqueles, plumajes,
Petos, sombreros y trajes
Por agua y tierra arrojados.

20.

Dispone que, aunque sea noble
Cañejo, lo ahorquen sin falta;
Y Malafacha de una alta
Rama lo colgó de un roble.

21.

Ninguno se atreve á hablar,
Porque se muestra feroz
El Rey, en el caso atroz
Dignísimo de llorar.

22.

Callan Mambrino, Pearrias,
Cagilon, Cagamorteros,
Cabalino, Pontiberos,
Meaescobas y Cazcarrias;

23.

Chasquido, Panza de Estopa,
Chupacaldos, Hueleculos,
Fanfarron, Acosamulos,
Regañon y Pocaropa;

24.

Llevaespuertas, Mordiscon,
Correpoco, Cascabel,
Y el alentado Cruel
Y famosísimo Alon.

25.

Galluz, que el silencio advierte,
En ocasion perniciosa,
Haciendo al Rey obsequiosa
Vénia, le habló de esta suerte:

26.

«Señor, aquesos traviesos
Micos nos han de librar;
Sus colas se han de enredar
Por nuestros flacos pescuezos.

27.

»Nadarán, y nadarémos
Por llegar á la otra parte,
Y sin mas extraño arte,
Seguridad lograrémos.

28.

»Los perros de agua, uno á uno,
Fusiles pueden sacar,
Puesto que saben surcar
El reino azul de Neptuno.

29.

»A las perras halagüeñas,
Que vienen en la carroza,
Libertará la ingeniosa
Invencion de cien cigüeñas.

30.

»Para cazarlas irémos,
Pues no son intentos vanos,
A los lugares cercanos,
Y á las torres subirémos.

31.

»La diligencia primera
Que harémos, muy prevenidos,
Será rociarles los nidos
Con la flor de adormidera.

32.

»De la noche nos valdrémos,
Y mil mastines irán,
Y cien galgos, que traerán
Mas cigüeñas que queremos.

33.

»Cada galgo y mastin bien
Puede traer en la boca
La que por suya le toca,
Con que vendrán mil y cien.

34.

»Juntas que estén, se atarán
Al coche por todos lados,
Y á golpes desaforados
Prontamente volarán.

35.

»Porque permitan los dioses
Vayan donde apetecemos,
Ladrando suplicarémos
Atiendan á nuestras voces.

36.

»Los gallos luzcan sus galas,
Sirviéndose pues, en suma,
De la pequeñuela pluma
Que les da abrigo á las alas.

37.

»Los gatos en unas bollas
Que se harán, irán subidos,
Y los medrosos, metidos
Dentro de pucheros y ollas.

38.

»El perrazo Calahorras
Atará bombas, cañones,
Morteros y municiones,
En los jopos de las zorras.

39.

»Estas, puestas en union,
Tirarán todas á una,
Y sin lastimarse alguna,
Llevarán tanta porcion.

40.

»Al feo perro Corcorjas
Es justo se le disponga
Que monos y monas ponga
Repartidos en alforjas.

41.

»Si es mi dictámen prudente,
Acertado é ingenioso,
Mandad, señor poderoso,
No se demore al presente.»

42.

De este modo concluyó
Galluz su razonamiento;
Que el Rey, lleno de contento,
Por singular celebró.

43.

Hace publicar un bando
En el campo para que
No ignore la forma de
Ir esta órden observando.

44.

Suenan cajas, y al momento
En los sitios asignados
Quedan carteles fijados
Con aqueste mandamiento:

45.

Que la idea superior,
Por el sábio Galluz dada,
Sea al punto respetada
Por el grande y el menor.

46.

Quince veces el planeta
Que nace y muere en un dia
Su clara luz les envia
Para la fagina inquieta.

47.

Ya descienden por los cerros,
Vigorosos, alentados,
De las cigüeñas cargados,
Mucha cantidad de perros.

48.

Ya trabajan presurosos,
La artillería juntando,
Y los gatos van limpiando
Pucheros y ollas, ansiosos.

49.

No se deja ver descuido,
Todos afanan sudando,
El gran mormullo formando
Un desapacible ruido.

50.

Tanta es la bulla que suena,
Que no se atreve á pasar
Animal, ave á volar,
Porque el miedo los refrena.

51.

Una noche que Argentea
Mas refulgente salió,
A su claro esplendor vió
Galluz lo que se desea;

52.

Que permite limpio paso
El rio sin detrimento,
Y fué ligero y contento
A dar parte al Rey del caso.

53.

Llegó al régio pabellon,
Raro, vistoso, especial,
Que de la persona real
Era digna habitacion.

54.

Compitiéndole á la esfera
Su reluciente esplendor,
Rodeaban lo exterior
Mil hachas de blanca cera.

55.

Allí Mamarruz estaba,
De grandes acompañado,
Cuando el gran Galluz ha entrado,
Y de esta manera hablaba:

56.

«Señor, la ocasion propicia
Se brinda; el rio está tal,
Que exenta de todo mal
Puede pasar la milicia.

57.

»Sin agua se hallaba ahora,
Claramente lo miré;
Marchemos apriesa, que
Corre riesgo la demora.

58.

»—En tí, dijo cariñoso
El Rey, soldado importante,
Valerosísimo Atlante,
Tengo un escuadron copioso.

59.

»Tu nombre merece solo
Aplaudir la voladora
Fama, con trompa canora,
Por cuanto esclarece Apolo.»

60.

Galluz con notable brio
Al Rey la mano besó,
Y con los demás partió
Hácia la orilla del rio.

61.

Ligera la voz corrió
Al ejército, que allí,
Con alegre frenesí,
Baco la nueva aplaudió.

62.

Con cascabeles, sonajas,
Tamboriles y flautillas,
Se reparten en cuadrillas,
Brincando, que se hacen rajas.

63.

A los que el sueño ha rendido
Despiertan con burlas raras,
A unos les pintan las caras
Con pez y almagre molido;

64.

A otros visten con trapajos
En figura de arlequines;
Unos tocan violines,
Otros forman espantajos;

65.

Unos encienden hogueras
Y apuestan para saltar,
Otros salen á luchar,
Otros para dar carreras.

66.

Cuál graciosos tonos canta,
Cuál precia de tirador,
Cuál de experto decidor,
Cuál que en fuerzas se adelanta;

67.

Cuál la llena bota empina,
Y festeja aquel gor, gor;
Cuál le arrebata el licor,
Y trompicando le atina.

68.

En un rancho está un caldero
Lleno de migas calientes,
Mas allá aguzan los dientes
Comiendo asado carnero.

69.

Unos cansados se tienden,
Riéndose á carcajadas,
Otros andan á puñadas,
Y con los juegos se ofenden.

70.

Como desatados locos
Cruzan de aquí para allá,
Otros vienen de allá acá;
Aquí hay muchos, allí pocos.

71.

Despierta medio aturdido
El que el alboroto escucha,
Pregunta que por qué lucha
La gente, qué ha sucedido.

72.

Un borracho le responde:
«Brava fiesta, señor mio;
A uced le acobarda el frio,
Pues siendo conde, se esconde.»

73.

El dios Saturno se casa
Por engullirse chicuelos,
Y Vénus le hace buñuelos,
Dando Proserpina masa,

74.

Llámale torpe abutarda,
Se enfadan; golpes sin tiento
Se pegan; mas un sargento
Mete paz con la alabarda.

75.

De repente el campo aquieta
A la voz de que el Rey viene;
El mas burlon se contiene,
Que parece anacoreta.

76.

Pasa apacible, risueño,
Con los jefes conversando,
Disponiendo y ordenando
Lo que les toca de empeño.

77.

En su pabellon quedó
Ufano, afable, contento,
Y cada jefe al momento
A su ejercicio acudió.

78.

A Galluz, que en la elocuencia
De amor al dios ciego excede,
Con las perras se concede
Vaya mostrando su ciencia.

79.

A los demás se reparte,
Sin que atiendan á otras cosas,
A que dispongan las cosas
Correspondientes á Marte.

80.

Por los bosques intrincados
Unos corren á buscar
Los micos, porque han de estar
Antes de un hora ensillados.

81.

Micos y monos pacian
La verde yerba gustosos;
Y así, al principio furiosos,
Al freno se resistian.

82.

Sin prolijidad extraña,
Vocería no causando,
La infantería doblando
Va las tiendas de campaña.

83.

La del Rey quitan cuantiosa,
Las de los jefes despues,
Y la de las perras, que es
Lucidísima, pomposa.

84.

Limpian los petos, celadas,
Rodelas, picas, saetas,
Dardos, lanzas, escopetas,
Trabucos, arcos y espadas;

85.

Broqueles y coseletes,
Paveses, adarga, escudo,
Gola, jaco, casco rudo,
Guantes, grevas, brazaletes.

86.

Las cárceles de Vulcano,
De donde estrépito ardiendo
Sale al aire, en luz y estruendo,
El estrago mas tirano,

87.

Con los gruesos eslabones
De cadenas enroscadas
Y maromas embreadas
Amarran en carretones.

88.

Ponen sobre dromedarios
Las diversas vituallas,
Juntan las otras canallas
De brutos extraordinarios.

89.

Permiso á las aves dan,
Pues no sirven al intento,
Y ellas poblaron el viento
Con su volador afan.

90.

La carroza, que atesora
Mas oro que presta Orfir,
Y en perlas puede lucir
Con las que llora la aurora,

91.

Rodean muchos fanales
Para vencer á la noche,
Y se representa al coche
En que el sol rompe cristales.

92.

Ya sosegado el rumor
Que el tropel llegó á causar,
Esperan para marchar
Solo al eco del tambor.

93.

Su fila el soldado ocupa,
Guarda el sargento su puesto,
Está el capitan dispuesto,
Y el silencio todo ocupa.

94.

Cuando la antorcha del cielo
Los riscos iluminó,
La tropa el rio pasó
Sin que se ofrezca recelo.

95.

No paran hasta que el sol
Deja reinar á Lucina,
Y a la marcha los inclina
El flamigero farol.

CANTO III.

Argumento.

OCTAVA.

Celébranse las bodas deseadas,
A ellas concurren perros personajes,
Las perras mas ilustres y afamadas
Con telas ricas y vistosos trajes;
Máscaras, toros, fuegos y cantadas,
Invenciones, torneos y plumajes
Lucen allí, mas luego se destierra
El placer, con la fuerza de la guerra.

1.

Casquete en aqueste tiempo
Diversiones fomentaba,
Danzas raras ideaba,
Y este y aquel pasatiempo.

2.

En círculo hizo formar
Capaz plaza, sus balcones
De ébano, espejos, florones
Y pintura singular.

3.

El oro, plata y marfil
En un trono competia,
Que en obelisco subia,
Cortando el aire sutil.

4.

Espaciosas, fabricadas
De duro bronce brillante
Son las gradas, de diamante
Las barandas prolongadas.

5.

Uno y otro pedestal
De jaspe la entrada tiene;
A Vénus uno mantiene,
Otro al astro principal.

6.

Lo interior del edificio
Es todo de pedrería
Preciosa; y así, lucia
Con exquisito artificio.

7.

El remate lo corona
De Júpiter alta hechura,
Prodigio de la escultura
Que de Lisipo blasona.

8.

Es esta estatua divina
Fatiga de los buriles,
De miniaturas sutiles
Hecha de metal de China.

9.

No compite la de Faro
Torre, ni la que labró
Nembrot, ni la que formó
Geber, arquitecto raro.

10.

A soplos del viento huelgan
Los gallardetes pintados,
Y los pendones bordados,
Que en cordones de oro cuelgan.

11.

Extranjeros peregrinos,
Que ansiosos vienen á ver
Funcion de tanto poder,
Llenan los anchos caminos.

12.

Llegó el dia prevenido
Para la festividad,
Y el sol con mas claridad
De rayos salió lucido.

13.

Prontamente se prepara,
Con el desvelo mayor,
La fruta de mas sabor
Y la bebida mas rara.

14.

Cuanto vuela, corre y nada
Cubrió la mesa abundante,
Anduvo Baco galante,
No fué Céres limitada.

15.

Al convite no resiste
Príncipe, infante, archiduque,
Marqués, conde, baron, duque,
Cada cual gustoso asiste.

16.

Concluida esta funcion,
Salen las perras airosas
En sus carrozas vistosas,
Que causan admiracion.

17.

Cincuenta mil se contaban,
Que tiran caballos pios,
Y los tudescos con brios
Ochocientas mil tiraban.

18.

Fuertes, dispuestos, plantados,
Y en aderezo especiales,
Lleva cada una animales
Doce bien enjaezados.

19.

Adornaba pompa bella
Un cristal y otro cristal,
Que fuerte carro triunfal
Hacia lucir como estrella.

20.

De oro y seda los tirantes
Sujetan rinocerontes,
Unidos aquestos montes
Vivientes con elefantes.

21.

Carabagua placentera,
Arrullando hermosos ojos,
Atrayendo por despojos
Almas mil, va en la testera.

22.

De terciopelo morado,
De estrellas de plata y oro
Lleno, y el turbante moro
De garzotas rodeado,

23.

Van gallardos y severos,
Cual Pitias y cual Damon,
Cual el Magno y Efestion,
Los dos finos compañeros.

24.

Con galanos uniformes
Cien bizarros granaderos,
Todos perros caballeros,
Siguen en filas conformes.

25.

Llegan al circo los vanos
Aparatos, y se vió
Mas bullicio que asistió
A espectáculos romanos.

26.

Entró en la plaza el triunfante
Carro, la grita empezó
De vítores, y duró
Muchas horas incesante.

27.

Suben al trono, seguidos
De treinta y cuatro lacayos,
Vestidos de azules sayos,
Con carbunclos guarnecidos.

28.

Cuatro famosos leones,
Que aun de piedra dan horror,
Sustentan con gran primor
Ricos cuatro almohadones.

29.

Allí se sientan y esperan,
Desocupada la arena,
Lo que la trompeta ordena;
Ya de esperar desesperan.

30.

El perrote Veritornio,
De faz formidable, impía,
Se mostró con osadía
Montado en un unicornio.

31.

Es, con su vasta estatura,
Bajo el Olimpo empinado,
Y su pelo enmarañado
Retrata la Estigia oscura.

32.

Su frente la pez ahuma,
Provocando mil enojos,
Ascuas disparan sus ojos,
Y su negra boca espuma.

33.

Por lanza maneja un pino
Como mimbre ó débil caña,
Y lo dobla ¡cosa extraña!
Su bravo furor ferino.

34.

De árboles porcion copiosa,
Que peso en la tierra fuera,
Ciñe su cabeza fiera,
Y mueve fácil y airosa.

35.

Síguele el príncipe Escardo,
Menor en la corpulencia,
Mas de espantosa presencia,
Sujetando un leopardo.

36.

Es su color atezado
Mas que el azabache y tinta,
Arruga frente sucinta
Y peina pelo erizado.

37.

La nariz de anchos deslices,
Gruesos labios, breves ojos,
Y el rostro, copia de arrojos,
Todo es labios y narices.

38.

Rejon pesado regia,
A un lado y otro volviendo,
Con él mil cosas haciendo,
Que el mas forzudo aplaudia.

39.

El infante Canibero,
Siendo tal su pequeñez,
Que cabe en estrecha nuez,
Cual la *Iliada* de Homero,

40.

Bizarramente oprimia
De una onza los furores,
Y sus crueles ardores
Al freno los reducia.

41.

Su cortadora cuchilla
Es en la mano juguete,
De la vaina saca y mete,
Y al aire blando acuchilla.

42.

Verde, azul y nacarado
El ropaje es en los tres;
La enigma en cada uno es
De vario significado.

43.

En Veritornio es la cifra
Un mónstruo, riscos rompiendo,
Y esta letra: «Lo que emprendo
Poco mi poder descifra.»

44.

En Escardo un corazon,
Que entre llamas se sustenta,
Y esta: «Salamandra intenta
Vivir mi fina aficion.»

45.

En Canibero es un niño,
Con otro á sus piés vendado,
Y esta: «Nunca me ha prendado
Tu terneza ni cariño.»

46.

Rematan comitiva
Perros con pequeñas faldas,
Coronados de guirnaldas
De amaranto y siempreviva.

47.

Ningun asiento se escapa
Sin gente, y la variedad
De tanta diversidad
Franquea á la vista un mapa.

48.

Doce tigres son lunados;
Doce cometas ardientes
Están fieros é impacientes,
En el toril encerrados.

49.

Gusto y temor, diferente
Afecto al son del clarin,
Al comenzar el festin
Receloso el vulgo siente.

50.

Cuál al toril, espantado,
Atiende sin resollar;
Cuál no sabe á qué mirar,
Y está como atolondrado.

51.

Cuál de lo menos se admira,
Cuál todo lo está tachando,
Cuál poco á poco empinando
El cuerpo, el pescuezo estira.

52.

Asomó parda cabeza
Un toro, el pueblo ha empezado
A silbar, y él, espantado,
Salió al circo con fiereza.

53.

Al parar se resbalaron
Las manos, mas pronto en ellas
Estriba; las perras bellas
De su altivez se asustaron.

54.

Regocijada la plebe,
Hace cosas exquisitas;
De garrochas infinitas
Nube sobre el toro llueve.

55.

Escarba la tierra dura,
No dejando de bramar;
Nadie lo llega á inquietar
Porque ve su sepultura.

56.

Canijas, chulo de fama,
Delante dél se plantó;
Alentado lo llamó,
Y en sus cuernos halló cama.

57.

Del tonelete lo enlaza,
Ya aquí, ya allí lo aporrea,
Ya lo arrastra, lo voltea,
Y ninguno lo embaraza.

58.

Grita el pueblo, y el feroz
Toro la presa no suelta;
Una le da y otra vuelta,
Y anda sin parar veloz.

59.

Da Veritornio un silbido,
Y al aire el morrion tembló;
Mucho polvo levantó,
Y el toro se ha suspendido.

60.

Le acomete, y elevando
El pino, á su testa apunta;
Clavó en el suelo la punta,
Quedando el tronco cimbrando.

61.

Canibero lo traspasa
Con la cuchilla; atrevido,
Vino Escardo enfurecido,
Y con el rejon lo pasa.

62.

El cruel toro bramaba,
Faltándole ya el aliento;
Pero en tanto desaliento
Ningun chulo se acercaba.

63.

Como suelen martillando
Fatigarse los herreros,
Así aquellos carniceros
Están en el bruto dando.

64.

Veritornio se adelanta,
Echando sus ojos fuego,
Y con la cólera ciego,
El brazo diestro levanta.

65.

Cual el valiente Milon,
Le dió una récia puñada
En la testa, y destrozada,
Vertió de sesos monton.

66.

Cayó, y los cuernos atando
Los chulos con las groseras
Maromas, mulas ligeras
Lo sacaron arrastrando.

67.

Ni porque suena el metal,
Señal que á todos expresa
De que sale el toro, cesa
El bullicio general.

68.

Mil veces repiten lo
Que ha acaecido, y gritando,
Otros lo van ya contando
Distinto que sucedió.

69.

Unos el triste fracaso
Ponderan del desgraciado
Canijas, cual fué llevado
En aquel último paso.

70.

En esto pisó el terreno
De la plaza toro tal,
Que mas que bravo animal,
Se acredita rayo y trueno.

71.

A todas partes atiende,
Respirando saña fiera;
Lo mas mínimo le altera,
Pues aun del viento se ofende.

72.

A lo turco disfrazados,
Con vistosos morriones,
Salen á quebrar rejones
Diez perros sobre venados;

73.

Otros tantos con capuces
Amarillos, bandas ricas,
Sosteniendo agudas picas,
Dejan verse en avestruces.

74.

Veritornio á unos adiestra,
Escardo á otros acaudilla;
Y así, una y otra cuadrilla
Se presenta ágil y diestra.

75.

El regocijo, el placer
De los perros, al mirar
Esta invencion singular,
No es posible encarecer.

76.

Sosiéganse, porque ya
Alzando el toro la testa,
Iracundo manifiesta
Que hacer mil destrozos va.

77.

Fieramente se dispara,
Este cae, aquel tropieza,
Y á impulsos de su braveza
Rompe rejon, quiebra vara.

78.

Teñidos de sangre roja,
Sin plumas y descornados,
Avestruces y venados,
Intrépido, al suelo arroja.

79.

Ya no hay perro con capuz,
Ni á lo turquesco se ve,
Ni venado que esté en pié,
Ni sin herida avestruz.

80.

Desamparar la barrera
El perro chulo no osa;
Que á su altivez orgullosa,
Aunque enfurece, no espera.

81.

Así que el clarin tocó
A matarlo, Canibero
Con su muy luciente acero
El cuello le dividió.

82.

Sácanlo, y el circo libre,
Tras este toro cruel
Prosiguen otros de piel
Tostada y ardor terrible.

83.

¡Cuánta diversion se apresta
De lanzada penetrante,
Y salto siempre pujante
Se registra en esta fiesta!

84.

Demúestranse tambien el
Carrocin, los juguetillos,
Los inquietos dominguillos
Y caballos de papel.

85.

Finalizada la tarde,
Por industria prodigiosa,
Toda la plaza anchurosa
Con claras antorchas arde.

86.

En tablados y balcones
Las luminarias lucientes,
Brillantes, resplandecientes,
Pasaban de seis millones.

87.

Del perro vulgo cercadas
Las carrozas, al chasquido
Del látigo sacudido
Caminan apresuradas.

88.

A la quinta se acercaron,
Que de flores enlazadas
Las paredes matizadas,
Vergel deleitoso hallaron.

89.

Tal por la parte exterior
Asemeja red fingida,
De verdes ramas tejida
Con exquisito primor.

90.

Esmáltanla la altamisa,
El clavel, el girasol,
Lirio, narciso, anemol,
La azucena y minutisa;

91.

El jazmin, el arrayan,
La violeta, clavellina,
La rosa, la damasquina,
El nardo y el tulipan.

92.

Entre tantas flores bellas
Se mezclan sobresalientes
Estatuas y diferentes
Luces en forma de estrellas.

93.

De topacio figuron
Es Neptuno, en la portada,
En lo alto colocada,
Segun arte y perfeccion;

94.

Tétis á la mano diestra
Se ve en delfin de esmeralda,
Y de lo mismo en la espalda
De un caiman glauco á siniestra.

95.

La diosa y el dios marino,
De finísimo coral,
Están tan al natural,
Que engañan al mas ladino.

96.

No distante de la entrada
De este edificio opulento,
De este sublime portento,
Que á las nubes se traslada,

97.

Dos escaleras habia,
En quienes la arquitectura
Y la apreciable pintura
Expresó su valentía.

98.

Una de otra en competente
Mensurada elevacion,
Con arreglo y proporcion
Existian frente á frente.

99.

Sus barandas y escalones,
Con preciosos embutidos
De alabastro y jaspe unidos,
Robaban las atenciones.

100.

De oro, plata, cobre, estaño,
En las barandas se miran
Bien repartidas, y admiran
Las estaciones del año.

101.

Aquí las perras ligeras
De sus trenes descendieron,
Y velozmente subieron
Por las anchas escaleras.

102.

De terciopelo encarnado
Un salon colgado estaba,
Que majestad ostentaba
En lo rico y adornado.

103.

Alfombras cubren el suelo,
Que tejió indiano primor,
Donde campea la flor,
Ave, planta y arroyuelo.

104.

Espejos pasan de mil
Los que de la pared penden,
Y en cada lado suspenden
Cien columnas de marfil;

105.

Columnas que desde el suelo,
Sin pasar la mediacion
De la altura del salon,
Suben con recto modelo.

106.

Cada una de ellas mantiene
Un fénix de oro, que airoso
Floron de cristal pomposo
Sujeto en el pico tiene.

107.

No hay metal, piedra, pintura,
Ni estatua sobresaliente,
Que á este salon excelente
No dé valor y hermosura.

108.

De ébano, cedro, nogal
El taburete agraciado
Presta asiento delicado,
Y el canapé y sitial.

109.

Telas las perras crujiendo
De cebolla ó de Milan,
Puestas en órden están
Graciosamente luciendo.

110.

Unas con otras tratando
En tono grueso y suave,
En el jocoso y el grave
Forman gran ruido ladrando.

111.

El perro mozo y el viejo,
Ante su perra postrado,
Muy ufano y muy peinado,
La sirve como cortejo.

112.

Iluminada la sala
Con arañas cristalinas
Y con cornucopias finas,
Todo es lustre, todo es gala.

113.

Cuarenta perros, compuestos
Con plumajes de colores
Y toneletes de flores,
Bizarros, bellos, dispuestos,

114.

Sirven prontos, placenteros,
De cuatro en cuatro y en fila,
Que ninguno se desfila,
El refresco muy ligero.

115.

Unos visten leonado,
Otros rojo, otros turquí,
Otros verde y carmesí,
Otros blanco, otros dorado.

116.

En azafates vistosos
Traen bizcochos y panales,
Y en salvillas especiales
A los helados gustosos.

117.

Aurora, agraz, limonada,
Naranja, guinda, canela,
Bebida imperial, mosela,
Melocoton, leche helada,

118.

Boca de dama y horchata,
Agua de nieve y de fresas,
La de aloja y de sangüesas,
Con que el refresco remata.

119.

Mil abalorios colgando
De colores diferentes,
Con zarcillos transparentes
De granates relumbrando,

120.

La perra negra y mulata
Atentamente llevando
Van el chocolate, dando
En macelinas de plata;

121.

Diez llevan turco ropaje,
Diez á la chinesca idea,
Diez con armenia librea
Y diez con rústico traje.

122.

Luego que desocuparon
La ancha pieza los sirvientes,
Los músicos diligentes
Los instrumentos tocaron;

123.

Arpa, salterio, violon,
Oboe, sonora, clarin,
Flauta, citara, violin,
Trompa, timbal y bajon.

124.

La primorosa Perrana,
Orfeo en voz, y en belleza
Vénus, cantó con destreza
Una arieta italiana.

125.

Siguióla Algalia, Perresa,
Boquirubia, Pellirana,
Irlandesa, Catalana,
Napolitana y Francesa.

126.

Otras diversas naciones
Cantaron varias letrillas,
Recitados, tonadillas,
Minués y canciones.

127.

Prerrineira, portugués,
Danzó el paspié deleitable,
Y Perrinesca la amable
Con Pringue Pamplin, francés.

128.

El Canario y Mariola,
La Gallarda y el Villano,
Danzaron Perrilda, Alano,
Patituerta y Peñiscola.

129.

Entre estrépito canoro
Diáfana nube aparece,
Que un perro jóven ofrece,
Esparciendo rayos de oro.

130.

Este desciende á un florido
Bosque de ramos frondosos,
Que de arroyos bulliciosos
Es por mil partes ceñido.

131.

Aquí ninfa cazadora,
Con venablo penetrante,
Con arco y flecha volante
Pisa delicias de Flora;

132.

El jóven su amor declara,
Despréciale fugitiva;
Quiere obligarla, y esquiva,
De correr veloz no pára.

133.

«No me desprecieis, cruel,»
Dice, y presuroso gira;
Ella, que cerca lo mira,
Se trasforma en un laurel.

134.

Excediendo el armonioso
Músico estruendo, en un punto
Desparece todo junto
Con festejo y alborozo.

135.

Ya la noche dividia
Su curso, y apresurados,
Por los expertos criados
La cena se disponia.

136.

Las mesas artificiosas
Cubren manteles de Flándes,
Cércanlas sillones grandes
Y vajillas ostentosas.

137.

Luego que se colocaron
Las perras y los perrotes,
Gatos de largos bigotes
Con la cena comenzaron.

138.

En cuadrillas agraciadas,
Que el aplauso merecieron,
Prontamente condujeron
Todas estas ensaladas:

139.

Pimpinela, lechugino,
Perifollo, toronjil,
Acedera, perejil,
Yerbabuena y cebollino.

140.

De los rios y los mares
La pesca mas sazonada
Permanece preparada
Con sus salsas singulares.

141.

Perros de agua y laneces,
Con cabriolés de grana,
En platos de filigrana
Sirvieron los frescos peces:

142.

Sábalo, merlo, salmon,
Trucha, besugo, dorada,
Pulpo, barbo, pezespada,
Lenguado, rubio y denton,

143.

Anguila, boga, jurel,
Pámpano, atun, salmonete,
Breca, sapo, borriquete,
Lamprea, lisa, pajel,

144.

Lija, róbalo, corvina,
Tenca, carpa, albur, cazon,
Raya, calamar, ostion,
Anchova, pargo, sardina,

145.

Langosta, almeja, morralla,
Palomera, camaron,
Arenque, jibia, picon,
Centolla, tollo y caballa.

146.

Varios perros perdigueros,
Propicios, afables, suaves,
Suministraron las aves,
Muy atentos y ligeros.

147.

Veíase la perdiz,
Gallina, pavo, capon,
Zorzal, francolin, pichon,
Faisan, ganga, codorniz,

148.

Sison, pato, palomino,
Alondra, tordo, gorrion,
Vencejo, chocha, avion,
Polla, torcaz y estornino.

149.

Perros negros de Guinea,
Como indios bárbaros fieros,
Con pocas plumas y en cueros,
Sola la piel por librea,

150.

Franquean los ricos vinos,
Dulcísimos, vigorosos,
En limpios, finos, lustrosos,
Claros vasos cristalinos.

151.

El de manzanas lucia,
Y el tinto, clarete, y el
Blanco, hipocrás, moscatel,
Con la cidra y malvasía.

152.

En cestillas de labores,
De varias pajas formadas,
Tejidas y matizadas
Con rarísimas colores,

153.

Perras lanudas graciosas,
Coronadas de jazmines,
En enaguas y chapines
Conducen frutas sabrosas:

154.

Granadas, higos, camuesas,
Duraznos, melocotones,
Guindas, peros, orejones,
Naranjas, moras y fresas;

155.

Priscos, endrinas, ciruelas,
Cerezas, limas, piñones,
Sandías, pasas, melones,
Dátiles, servas, majuelas.

156.

De Baco en racimos fieles,
Lo que es licor en las cubas,
Las gruesas mollares uvas,
Blancas, tintas, moscateles.

157.

El mormullo sin cesar,
La risa, la gritería
Que en unos y otros se oia,
Es imposible expresar.

158.

Cuál brinda la copa llena,
Cuál trincha, cuál roe el hueso,
Cuál come el pez, cuál, travieso
Poeta, muestra su vena.

159.

Aquel destroza la polla,
Aqueste monda la pera,
Aquel en tragar se esmera,
Aqueste en tener su cholla.

160.

Quitado el último plato
Con que el banquete remata,
Cada perra y perro trata
Despedirse afable y grato.

161.

Comienzan las confusiones
De lacayos y cocheros,
Mayordomos y escuderos,
Coches, carrozas, forlones.

162.

Oyese el «despues de usia»,
«Pase su excelencia, pues
Que está esperando el Marqués»,
«Baje usted, señora mia».

163.

«Enciende el hachon, Perrote»,
«Arrima el coche, Perron»,
«La manteleta, Espigon»,
«Que llegue el forlon, Mosquete.»

164.

Duraron mas de seis meses
Toros, cañas y torneos,
Fuegos, saraos, recreos,
Loas, comedias y entremeses.

165.

Cuando la fama gritona,
Que en uno y otro confin,
Con su trompa ó su clarin
Todos los hechos pregona,

166.

En acento furibundo
Publicó cómo arrogante
Mamarruz bravo y triunfante
Viene avasallando el mundo.

167.

Casquete tropas alista
De amigos y de auxiliares,
Y ejércitos á millares
Con sus promesas conquista.

168.

Botaron, cuya fiereza
Corpulenta se elevó
Tanto, que jamás le vió
Ningun perro la cabeza,

169.

Ducientos mil perros fieros
Manda, gruesos y membrudos,
Osados, fuertes, ceñudos,
Grandes, expertos, guerreros.

170.

Pavorante, que á su lado
Lo regula por pigmeo,
Mónstruo torpe, basto y feo,
Rige escuadron duplicado.

171.

Escalante, que invencible,
En fuerzas nadie le gana,
Gobierna de Trapobana
Un ejército temible.

172.

Preséntase el bruto Oton,
Envuelto el cuerpo abultado
En pieles que habia arrancado
A la onza, tigre y leon.

173.

Camina causando asombro
Orlando, que muy severo
De Líbano un tronco entero
Lleva puesto sobre el hombro.

174.

Galon, Galvino, Odonel,
Filando con Chicharron,
Cada cual un escuadron
Trae á su conducta fiel.

175.

Con tanto número junto
Casquete al contrario espera;
Chasquisquiva desespera,
Que juzga vencerlo al punto.

176.

Todo placer se destierra,
Ya todo perro se arma,
Suena el tambor, y ¡arma, arma!
Se oye, con el ¡guerra, guerra!

CANTO IV.

Argumento.

OCTAVA.

Padeciendo quebrantos horrorosos
La perra gente sigue su camino,
Ya trepando peñascos montuosos,
Ya por bosques obscuros sin destino;
Fieras, esfinges, mónstruos espantosos
A cada paso ven; mas pronto y fino
Príncipe mago les tributa gloria,
Y feliz Mamarruz canta victoria.

1.

Rotos, tristes, macilentos,
Sedientos y destrozados,
Caminaban fatigados
Los escuadrones hambrientos.

2.

Habian sitios transitado
Donde el escuerzo, el dragon,
El quelidro y el gorgon
Respiraba envenenado.

3.

Habian visto en mil obscuras
Lóbregas grutas, furiosos,
Iracundos, horrorosos
Mónstruos de extrañas figuras.

4.

A la sierpe anfisibena,
Enroscada en dura roca,
Con una y con otra boca
De fiera ponzoña llena;

5.

A la arpía, semejante
En el rostro á la mujer;
Al grifo, del propio ser
Del opímaco arrogante;

6.

A la esfinge engañadora,
Que eco finge racional;
Al cocodrilo, animal
Que traidoramente llora;

7.

Al áspid entre la flor,
Al basilisco cruel,
Y al cinocéfalo, fiel
De la luna imitador;

8.

A la víbora, que ingrata
Se manifiesta al nacer,
Pues con feroz proceder
A su misma madre mata;

9.

A la onza, que respira
Suave fragrante olor
Para ejercitar mejor
Los impulsos de su ira;

10.

Al bruto, que luz brillante
Reparte desde su frente,
Y al que á su vista patente
Registra lo mas distante.

11.

Cuanto en Libia inhabitable,
Cuanto en Scitia inapacible,
En Moncayo inaccesible
Y en Vesubio insuperable,

12.

O se ponderan ó inventan,
De hielos, frios, calores,
De quebrantos, de rigores,
Tanto sufren y exprimentan.

13.

Ni los miedos los detienen,
Ni los asombros los paran;
Nada temen ni reparan,
Todos á marchar atienden.

14.

Mientras mas fatigas, mas
Zozobras; ¡valor constante!
El paso dado adelante,
Nunca lo vuelven atrás.

15.

El mas lince y el mas topo,
En tanta pena insufrible,
Imita al siempre invencible
Fortísimo Politropo.

16.

Cada uno en emprender
Lo mas árduo se desvela,
Que alentadamente anhela
Nombre eterno á merecer.

17.

Penetrando la aspereza
De agrestes ramas boscaje,
Con intrépido coraje
Rompen la inculta maleza.

18.

Como el amigo afligido
Sin tino busca ligero
Por la selva al compañero
Que de repente ha perdido;

19.

O como la flutuante
Nao sin timon navega
Al viento y mar, que la anega,
Aquí y allí vacilante;

20.

De esta manera los perros,
Ya subiendo, ya bajando,
Sin destino van trepando
Por riscos, cumbres y cerros;

21.

Cuando viviente embarazo
Del aire, montaña andante
De hueso, vasto gigante,
Se les presenta un perrazo;

22.

Quien mas atento miraba
Su elevacion, no podia
Afirmarse si se unia
A las nubes, ó pasaba.

23.

Delante del Rey llegó,
Y postrándose á sus piés,
Discretamente cortés,
De aqueste modo le habló:

24.

«Es mi nombre Calamago,
Mi patria Siria, un monton
De peñas mi habitacion,
Y mi profesion ser mago;

25.

»Por ella penetré en breve,
Varios círculos haciendo,
A qué llevais ese estruendo
Belicoso, y lo que os mueve.

26.

»Sé que el amor ha podido
Mas que el ejército armado;
Que este siempre os ha aclamado
Vencedor, jamás vencido.

27.

»Vos, que manteneis con susto
Al menor desliz ú enojo,
Desde el flamenco mas rojo
Hasta el etiope adusto;

28.

»Vos, á quien arrulló Pálas,
Y los pueriles primores
Fueron las trompas, tambores,
Las flechas, lanzas y balas;

29.

»¿Vos de este modo, Señor?
¿Así á un monarca atropella
Una pasion, que descuella
A ponerlo en tanto horror?

30.

»¿Qué hambres no habeis sufrido?
Qué sedes no habeis pasado?
Qué tierras no habeis pisado?
Qué angustias no habeis tenido?

31.

»¿Qué lauro vais á vencer?
Qué grande victoria os llama?
Qué publicará la fama,
Y qué os daréis á temer?

32.

»¿Conducis esfuerzo tal
Contra el perro Viriato,
Contra Tamorlan ingrato,
Contra César ó Anibal?

33.

»Que esto ¡oh rey! ha de pensar
El que vea ese famoso,
Lucidísimo, copioso
Ejército singular.

34.

»Venceros es el mayor
Triunfo, gloriosa proeza,
Blason de vuestra nobleza
Y empresa de vuestro honor.

35.

»Si venceis, ¿qué conseguis,
Si de oprimir la altivez
De Marte, á la pequeñez
De un rapaz luego os rendis?

36.

»A ser entre torpes, feos
Desengaños lamentables,
Lo que aquesos miserables,
Que son del amor trofeos.»

37.

Ahora ¡rara admiracion!
Aquel sitio lo ilumina
Mas que pudiera la ruina
Del osado Faeton.

38.

Cumbre, risco, monte, loma,
De improviso se ve arder,
Y fuego de sí expeler
Cual el Etna, Flegra y Soma.

39.

A esfuerzos de su denuedo
Depriesa se levantó,
Y al Rey así le mostró,
Señalando con el dedo:

40.

«Las estatuas que á una parte
Y á otra las llamas lamen,
De antiguos son, que en certámen
Venció amor, venciendo á Marte.

41.

»Mira allí la gigantea
Diestra de Alcides sin gala,
Que en vez de clava, que tala,
Rueca empuña, vil presea.

42.

»Allí al valeroso Aquiles
Ve, conmutada la malla
De labrado acero halla
Por adornos femeniles.

43.

»Ajado el régio decoro,
Mira á Jove, ¡oh necio anhelo!
Hecho cisne, Mongibelo,
Serpiente, sátiro, toro.

44.

»Mira á Belisario, aquel
Héroe invicto, cuyos ojos
Satisfacieron enojos
De una emperatriz cruel.

45.

»A Apama mira, ocupando
El trono majestuoso
De Ciro, y cómo amoroso
Su belleza está adorando.

46.

»El elocuente artificio
De la escultura declara,
De que su hermosura rara
Ha perturbádole el juicio.

47.

»Vuelve allí la vista, atento
Al torreon, que orgulloso
Baña el cerúleo, espumoso,
Frio, salobre elemento.

48.

»A su pié mira difuntos
Dos amantes, cuya suerte
Infeliz hizo que en muerte
Sirvan de lástima juntos:

49.

»Leandro, que, surcando altivo
Las ondas, bajel viviente,
No quiso el hado inclemente
Llegase á su dueño vivo.

50.

»Hero es quien le acompaña
En su desastre fatal,
Muerta á golpes de un puñal,
Si él de Neptuno á la saña.

51.

»Espectáculo sangriento
Yace allí, de sí homicida,
La egipcia mas aplaudida,
Del orbe el mayor portento:

52.

»Cleopatra, que encarecerla
No podrá pluma ó pincel,
La que á su Antonio dió en el
Vino deshecha una perla;

53.

»Perla de tan peregrino
Valor y crecido aprecio,
Que aventajaba su precio
Al de la ciudad de Nino.

54.

»Allí de verdes en rojas,
Con palpitante coral,
Píramo y Tisbe al moral
Le tiñen las frescas hojas.

55.

»A Ifis representa el arte,
Que estrecha al cuello un cordel
Por no exprimentar mas del
Necio desden de Anaxarte.

56.

»Repara á Troya abrasada
Por Elena, advierte allí
A Enéas, Anquises y
A Creusa desdichada.

57.

»Aquella deidad, aquella
Que, desgreñado el cabello,
Pálido su rostro bello,
El voraz fuego atropella,

58.

»Es Casandra, y el mancebo
Que, asido á su blanca mano,
La libra del mal tirano,
Es su querido Corebo.

59.

»¡Qué confusion, qué pavor,
Ansia, disgusto, pesar,
Mirar á Troya abrasar,
Pues todo lo causó amor!

60.

»¿Qué imperio, qué monarquía
No ha rendido, avasallado,
Destruido, aniquilado,
Su infamia, su alevosía?

61.

»Sus embelesos, halagos,
Ternezas, gracias, caricias,
Fingimientos y delicias,
Paran, ya has visto, en estragos.

62.

»Ea, Mamarruz potente,
Pues eres perro atrevido,
En las lides conocido,
Por tu uña y por tu diente;

63.

»Tú, que has tenido por ruines
Al largo lebrel flamenco,
Al veloz galgo, al podenco
Y á los groseros mastines,

64.

»¿Será justo avasallarte
A un ciego, á un falaz agudo,
A un niño, á un rapaz desnudo,
En competencia de Marte?

65.

»Ni es posible ni lo creo;
Que no cabe en tu razon
Tan ridícula intencion,
Tan fantástico deseo.

66.

»Estos ejemplos patentes
Me han parecido adecuados;
Estorben daños pasados
A los que tienes presentes.

67.

»Animales te propongo,
Que gentiles y animales
Los regulo por iguales,
Y como á tales los pongo.

68.

»Ellos te han de refrenar,
Ellos te han de contener,
Ellos te han de detener,
Sábete pues gobernar.»

69.

Dijo; y la ficcion formada
Presto se despareció,
Y en el aire se esparció
Ceniza, humo, polvo, nada.

70.

Despues que de asombro llenos
Los perros soldados deja,
Con cuatro pasos se aleja
Una legua poco menos.

71.

Aquilon, Bóreas y Noto,
Vientos de esfuerzo tremendo,
No causaron mas estruendo
Que el perranesco alboroto.

72.

En su conciso lenguaje,
Aspero, tosco, importuno,
Le llamaban uno á uno,
Pero él marcha á su viaje.

73.

A este bestial Polifemo
Gruta tanta le acogia,
Que su altura competia
Al Olimpo, Atlante y Hemo.

74.

Del centro en los escabrosos
Peñascos, guarda pendientes
Las pieles de diferentes
Panteras, leopardos, osos.

75.

Fuése á su estancia sombría,
Antes quedando esparcido
El disonante ruido
Que la campaña aturdia.

76.

La bulla no se aplacara
Si Galluz, acompañado
De un perro pastor al lado,
Hácia el Rey no se llegara.

77.

Negro tizon en la boca,
Trémula antorcha funesta,
Para su direccion presta
Opaco esplendor, luz poca.

78.

Galgos, mastines, sabuesos,
Alanos, lebreles, chinos,
Podencos y perros finos
Corren á oir sus sucesos.

79.

A cuadrillas y á montones
Laneces y perdigueros,
Dogos, gozques y falderos
Van á escuchar sus razones.

80.

El ágil, el pronto, el terco,
El atento, el pertinaz,
El discreto, el incapaz
Le forman un ancho cerco.

81.

Dentro dél Galluz entró,
Y ante Mamarruz postrado,
Sério, suave, pausado,
Estas cláusulas formó:

82.

«Gran Señor, ya se ha alcanzado
Lo que tanto apetecemos:
Junto al contrario tenemos;
Su tren y gente he mirado.

83.

»Ignoro cómo explicar
Lo que he visto; mas ciñendo
Mucho en poco, id atendiendo;
Que gusto os ha de causar.

84.

»Medí aqueste cáos á tiento
Por entre troncos y breñas,
Por entre punzantes peñas,
Ya á espacio, ya violento.

85.

»A la una parte caia,
Hácia la otra tropezaba;
En una parte bajaba,
Y en otra parte subia.

86.

»Ni viento ni agua escuchaba,
Ni voraz fiera rugia,
Ningun ruido se atendia,
Solo el silencio reinaba.

87.

»Confusamente advertí
Una llama, y aunque léjos,
Llegué á sus claros reflejos,
Y aqueste tronco encendí.

88.

»Angosta concavidad
Tanto fuego despedia,
Que á su region ascendia
En forma piramidal.

89.

»Largo rato anduve, cuando
Me detuvo un risco erguido;
Mas, de mi aliento impelido,
Por sus quiebras fuí trepando.

90.

»Pisada su altiva punta,
Tropecé con un soldado,
Que al pié del risco sentado,
Su testa á las nubes junta.

91.

»En el otro lado estaba
En tanta profundidad,
Que visto con realidad,
Aun viéndolo lo dudaba.

92.

»Este bárbaro brutal
Hirió fiero y arrogante
Con un eslabon gigante
Un monte de pedernal.

93.

»Brotó un volcan; aun mas fué,
Volvióse un volcan el monte,
Se iluminó el horizonte,
Y es llama cuanto se ve.

94.

»Descendia de la altura
A un bosque que el miedo afea,
Y hallé á este perro, que idea
Refugiarse en la espesura.

95.

»Corrí tras él, no se esconda;
Y mi intento tanto medra,
Que sufrí una y otra piedra
Despedida de su honda.

96.

»Récios golpes descargando
Uno al otro con desvelo,
Fuerte Dares, fuerte Entelo
Pareciamos luchando.

97.

»Cayó sudando á mis piés,
Y até sus manos ligero,
Dándose por prisionero,
Mas forzado que cortés.

98.

»El vigor recuperado,
Me contó cómo una cueva
Derechamente nos lleva
Ante el escuadron armado.

99.

»Sabe en aqueste intrincado
Laberinto oculta entrada,
A él tan solo reservada,
Digna solo á su cuidado.

100.

»Tal es, que difícil fuera
A Teseo, gobernado
Por aquel hilo dorado
Que se colocó en la esfera.

101.

»Otras cosas revelar
Puede, pues me ha asegurado
Que muchos años ha estado
Habitando este lugar.

102.

»Y desde el hueco escondido,
Hasta el albergue mas bronco,
Rama á rama, tronco á tronco,
Paso á paso lo ha medido.

103.

»Aquesto es lo que he sabido
Del señor, y perdonad
Mi corta capacidad
En lo que se ha detenido.»

104.

Mamarruz lo recibió
Alegre en sus brazos reales,
Y con muy finas señales
De laurel lo coronó.

105.

Los nobles jefes llegando
(Porque el Rey así lo ordena),
Con faz festiva y serena
Le van todos abrazando.

106.

Hecha aquesta aclamacion,
Al pastor manda descubra
Lo que sabe, sin que encubra
Cosa que deba atencion.

107.

Hincó la rodilla, y luego
Al Rey la mano besó,
Y de este modo empezó,
Estando todo en sosiego:

108.

«Aunque en aquesta aspereza
Tan rústico traje visto,
En Transilvania me alisto
Entre la mayor nobleza.

109.

»Quedé del cetro heredero,
Y un hermano, mal hermano,
Me obligó, infame y villano,
A buscar reino extranjero.

110.

»El vulgo incapaz le abona,
Y cuando mas descuidado
Me hallaba, me vi asaltado
De las armas de Belona.

111.

»No tuve quien se opusiera
Y mi razon ayudara;
Que á ser así, él no triunfara,
Y á Jano el templo no abriera.

112.

»El príncipe Clarinombre
Soy; mas en tanta humildad,
Mas pena que vanidad
Me tributa el régio nombre.

113.

»A la mágia me incliné,
Despues de haber dedicado
Mi afan, mi celo y cuidado
A estas ciencias, que estudié.

114.

»Cuanto docto Victorino
Enseñó elocuente y vano,
Mereciendo en el trajano
Foro simulacro dino;

115.

Cuanto Porfirio elegante
Dialéctico discurrió,
Cuanto experto investigó
El Galeno penetrante;

116.

»Cuanto registra astrolabio
De los nítidos tachones,
De los fulgentes blandones,
Y Euclídes describió sábio;

117.

»Cuanto el mapa mundi presta
En terrestre taraceo;
Cuanto en geometral empleo
Geográfico Pafo empresta;

118.

»Cuanto representa Clio
En rasgos á la memoria,
En la universal historia
Que al bronce excede con brio;

119.

»Cuanto el sortilegio, cuanto
El prestigio, el horispicio,
El augurio, el maleficio,
El oráculo, el encanto.

120.

»Tengo á mi disposicion
A Gob, Giver, Hiruel,
Ladrebu, Humbrés, Hubuel,
Gavit, Yagi y Maimon.

121.

»Pasando pues á imponer
Del ejército enemigo,
Reparando al vuestro, digo
Que es mucho empeño vencer.

122.

»Mas fácil fuera contar
Las estrellas del zafir,
Y á número reducir
Los peces que oculta el mar.

123.

»Si la multitud hallara
El Océano cercano,
A beber dél, era llano
Que en un hora lo agotara.

124.

»Asístelos el profundo
Caraño, mago potente,
Que á su voz tiembla obediente
Un eje y otro del mundo.

125.

»Pero no es esto importante,
Concurriendo mi persona;
Vuestra será la corona,
Yo os veneraré triunfante.»

126.

Mamarruz dijo: «A fe mia
Que es digno de señalarse
Con piedra blanca, y nombrarse
Por memorable este dia.

127.

»Rey eres, y desde hoy
Como á tal ordenaré
Te obedezcan, y seré
Tu soldado, no quien soy.

128.

»Manda cuanto tú quisieres,
No te detengas en nada;
Tu órden ha de ser guardada
Sin que estorben pareceres.»

129.

Ya el rayo puro y propicio
Que en oriente despuntaba,
A todo animal llamaba
A renovar su ejercicio.

130.

Marchar luego mandó el Rey,
Y al punto puestas en órden
Las hileras, sin desórden
Cumplen la propuesta ley.

131.

De Clarinombre guiados,
Llegan á la gruta obscura,
Y venciendo la espesura,
Siguen sus pasos pausados.

132.

Amenazando un mordisco
Al Aries, y el cuerno agudo
Irritando al Tauro, rudo
Se empina atlántico risco.

133.

Aquí boca se desgarra,
Que figura roca y roca,
Y defiende zarza poca
La entrada con garra y garra.

134.

A este abismo introducidos,
Cuatro leguas anduvieron;
Pero por fin consiguieron
Ver los contrarios lucidos.

135.

Crece el son de los tambores,
Que las montañas atruenan,
Y por todas partes suenan
Los belicosos furores.

136.

Al ala izquierda y derecha
Cabalino fué ordenando
La caballería, dejando
Plaza á la infantería hecha.

137.

Esta en buenas proporciones
De un cuerno al otro llegaba,
De caballos, y guardaba
Las banderas y pendones.

138.

El General se presenta,
A las tropas exhortando,
Y con vigor levantando
El grito, así los alienta:

139.

«Ea, les dice Cagalon,
Aquí el vencer ó morir
Hemos todos de elegir;
Así se gana el blason.

140.

»¿Quién el cobarde ha de ser
Que su estimacion desprecie,
Y villanamente aprecie
El feo borron del temer?

141.

»Y mas mirando el brillante
Invencible claro acero
De aquese asombro guerrero,
De aquese rey arrogante.»

142.

Cesó, y sorda vocería
Por las filas se escuchó,
Y en unos y otros se vió
El ardor, la valentía.

143.

Un campo y otro afamado,
Como cosa prodigiosa,
Por la mágia poderosa
Se mira fortificado.

144.

Se hallan lugares abiertos,
Se hallan lugares cerrados,
Bien dispuestos, y arreglados
A militares conciertos.

145.

Los primeros con trincheras
Para centinelas fieles,
Con fosos y con cuarteles
Y prevenciones severas;

146.

Los segundos con los fuertes,
Torres, rocas, bastiones,
Fortalezas, torreones,
Parapetos, contrafuertes.

147.

Casasmatas de mil formas,
Corredores, caballeros
Murallas, respiraderos,
Rebellines, plataformas.

148.

La catapulta con flechas
Luce, y el herrado ariete,
Que cuando fuerte acomete
Deja murallas deshechas.

149.

Seiscientos mil pabellones
En ambos lados relucen,
Que con gallardetes lucen,
Y demás composiciones.

150.

Ya Pirois y Eton fogoso
Guiaban la refulgente
Carroza del sol ardiente
Al Océano espumoso.

151.

Fuegos hacen, que la fria
Noche se explica inclemente,
Y abrigo la perra gente
Para el frio apetecia.

152.

Destrozan con aceradas
Hachas el olmo, el laurel,
El álamo, el ciprés y el
Sáuce, y las palmas sagradas.

153.

Con majestad y decoro
De su confin salia hermosa
La alba, con frente de rosa
Y puros coturnos de oro;

154.

Cuando puestos en pelea,
Tropa y tropa combatia,
Rios de sangre vertia,
La tierra manchada y fea.

155.

Motivan lágrimas tiernas
A los pechos delicados,
Alli y aquí destrozados
Cuerpos sin brazos y piernas.

156.

Entre humo la artillería,
Tanta bala disparaba,
Que una con otra encontraba,
Y sin proseguir caia.

157.

Tanta saeta ofrecia
El aire, que la atencion
Brujuleó con suspension
Al cielo por celosia.

158.

Chasquisquiva con Mambrino
Se encuentra, con Cagalon
Casquete, con Cagilon
Botaron, fiero malino.

159.

Las lanzas se hacen astillas,
Brotan chispas las espadas,
Agarran porras pesadas
Y hacen crugir las costillas.

160.

Suenan los golpes espesos,
Y sin servir la rodela
Del bravo Mambrino, vuela
Su testa arrojando sesos.

161.

Cazcarrias desatinado
Contra Chasquisquiva viene,
Mas con la lanza que tiene
A él y al caballo ha pasado.

162.

Mordiscon, de heridas lleno,
No deja de batallar;
Su amago llega á matar,
Es luz, es rayo y es trueno.

163.

Entre las balas andando,
Clarinombre las detiene,
Y tira adonde conviene,
Conforme quiere matando.

164.

Nadan en purpúreos mares
De sangre, cajas, plumajes,
Banderas, clarines, trajes,
Y otras muestras militares.

165.

Exageracion pequeña
Es (con Oton comparada)
Sierra que, desencajada,
Estruendosa se despeña.

166.

Lluvia es de rayos sus brazos
(En tanto valor se enciende),
A todas partes ofende,
Hiriendo, haciendo pedazos.

167.

Tiñe el campo tosco y rudo
En espeso y ancho lago
De sangre; no mas estrago
Hiciera el duro testudo.

168.

«Para mi sed aun es poca,»
Dice, y á todos combate;
Nadie se opone al embate,
Porque es animada roca.

169.

No el gentílico Tideo,
Del orbe terror pasmoso,
No el torbellino dañoso,
Centimano Briareo,

170.

Pudo causar mas destrozos
Como Escalante feroz,
Pues solo su vista atroz
Hirió, mató y hizo trozos.

171.

Cual un risco derribado
De avenida ó terremoto,
Al villaje no remoto
Deja en polvo sepultado;

172.

Así con un golpe entierra
Mil, y mas que no se vieron,
Que entre sangre y polvo fueron
Sepultados de una sierra.

173.

Un brazo fué, que extendiendo,
Le dió la muerte á quinientos,
El amago á cuatrocientos,
Y á cien el temor horrendo.

174.

Pavorante, derribando
Dos empinadas montañas,
Aumentaba las hazañas,
Pesados cantos tirando.

175.

El menor aun fuera empleo
Para prueba en las faenas
De antagonistas de Aténas,
Mas que el globo giganteo.

176.

Con Pontiveros se junta;
Alli rechinan los cascos,
Y batallan cual peñascos,
Que el mar los aparta y junta.

177.

Le disparó temerario
Una saeta, y voló
Tan alta, que las guardó
Con las suyas Sagitario.

178.

Tanto el coraje se emplea,
Que al uno el otro enlazado
Los vió el planeta dorado
Mientras dos veces pasea.

179.

A arroyos corre el sudor,
Tal, que no pueden nadar,
No cesan de pelear,
Aun mantienen mas vigor.

180.

Pontiveros mas sutil
A sus plantas se enredó,
Y Pavorante cayó,
Destruyendo á cinco mil.

181.

Con el rey lucha Casquete,
Chasquido con Odonel,
Con Galvino Cascabel,
Con Fierabrás Claribete;

182.

Correpoco mata á Orlando,
Llevaespuertas á Galon,
Pocaropa á Chicharron,
Galluz al bruto Filando.

183.

Proserpina las cortinas
Obscuras tanto cerró,
Que á los ojos escondió
Aun las cosas mas vecinas.

184.

Sigue el combate tambien,
Y entre tristes alaridos,
Sobre montes de caidos,
Matan sin saber á quién.

185.

De las tinieblas valido
El astuto Regañon,
Pasa por la confusion
De cien perros, prevenido;

186.

Y cuando los escuadrones
Mas feroces peleaban,
Con los picos desplomaban
A las fortificaciones.

187.

Ladridos de agonizantes
Se oyen, perrunos chillidos,
Y estruendosos estallidos
De balas, bombas volantes.

188.

En fin, el fuego que crece,
Truenos, golpes, bateria,
Forman tan fiera armonía
Juntos, que el mundo ensordece.

189.

A la quinta de una escala
Fiado Cagalon trepó,
Allí el valor se esmeró,
Despedaza, arranca, tala.

190.

Despeña de diez en diez
Los perros por las almenas,
Y sin descansar apenas,
De veinte en veinte tal vez.

191.

No bien rayaba la luz
De Febo, cuando se escucha,
Con fiesta, algazara mucha,
«¡Victoria por Mamarruz!»

192.

De dos mil perros cercados
Vienen Caraño, Casquete,
Chasquisquiva, Matasiete,
Con cadenas amarrados.

193.

Unos huyen por las breñas,
Otros en grutas se acogen,
Entre ramas se recogen
Otros, y otros entre peñas.

194.

Al eco de clarineros
Y al son de roncos timbales,
Traen de perros principales
Setenta mil prisioneros.

195.

Ocho mil carros falcados,
Cien banderas, cien morteros,
Seis mil lanzas, mil pedreros,
Dos mil petos acerados

196.

Quedaron entre los rojos
Desperdicios, que esparcidos,
En dos leguas oprimidos,
Estaban tantos despojos.

197.

Muertos mil y cuatrocientos
Millones se numeraron,
Y á Mamarruz le faltaron
Treinta veces ochocientos.

198.

Sobre un bruto corpulento,
Fuerte, robusto, lozano,
Bello, dispuesto, galano,
Del Bétis hijo y del viento;

199.

De clin larga, cuello breve,
Ancho pecho y anca hendida,
Corta cabeza, extendida
Cola y la piel toda nieve;

200.

Arco la una y la otra mano,
Monte si el freno lo pára,
Y rayo si se dispara,
Trueno si relincha ufano;

201.

Presentóse en hermosura
A Pandora superior
Carabagua, con primor,
Con modestia y compostura.

202.

Con armas al verla y galas,
La adoraron con cordura,
Por Vénus por su hermosura,
Y por su valor por Pálas.

203.

Diestramente descendió
Con despejo varonil,
Y muy airosa y gentil,
Las plantas del Rey besó.

204.

Mamarruz con rostro airado
En sus brazos la recibe,
Y á sus grandes apercibe
La atiendan con gran cuidado.

205.

Y volviendo sin mirar
Las lágrimas que vertia,
Se fué con soberanía
A su tienda á descansar.

206.

Ya la aurora comenzaba
A bordar de mil labores
Las nubes, y sus colores
El campo ya restauraba,

207.

Cuando llegó Cagalon,
Conduciendo tantos perros,
Que los llanos y los cerros
Llenaba la confusion.

208.

A este tiempo de una encina
Se vió á Caraño colgado,
Que fiero y desesperado,
Buscó esta maldita ruina.

209.

Hácia un lado entregó al fuego
Chasquisquiva el gran turbante
Y aquel acero cortante
Prendas del mágico ciego.

210.

A marchar se disponia
La tropa, y al punto fué
Clarinombre, y dijo que
Él la marcha dispondria.

211.

Con que entretienen gustosos
El dia con diversiones,
Ya cantando mil canciones,
Ya haciendo juegos graciosos.

212.

Llegó la noche, y tendidos
Al pié de robustos robles,
De palmas, laureles nobles,
Al sueño quedan rendidos.

213.

Entonces invoca el mago
A los siervos de Pluton,
Que sin menor detencion
Poblaron el aire vago.

214.

«Vosotros, les dice, ahora
Habeis de valerme aquí;
Esta tropa ha de ir así
A la corte sin demora.»

215.

El mandato ejecutando,
De perros se llena el viento,
Y en aquel mismo momento
Se hallan su lecho ocupando.

216.

Aun no bien las avecillas
Trinaban dulces y graves,
No bien despedian suaves
Olores las florecillas,

217.

Cuando Mamarruz despierto
En su lecho se admiraba,
Y temeroso dudaba
Si era falso ó si era cierto.

218.

Voces oye á breve espacio
Como de quien se festeja;
Abre al instante una reja,
Y se encuentra en su palacio.

219.

Lo que ve todo es placer,
Ve abrazar el hijo al padre,
Al hijo abrazar la madre,
El marido á la mujer.

220.

Por calles y por plazuelas
Suena fiesta y algazara;
Es la batahola rara,
Las coplas y cantinelas.

221.

Cuenta el que fué temeroso
Cómo venció á su enemigo,
Y señala por testigo
A otro cobarde famoso.

222.

Allí una perra lamenta
La pérdida de su esposo,
Allí anda sin reposo
Otra que el daño exprimenta.

223.

Allí iguales y conformes
En gozo, van en cuadrillas
Mil perros con cadenillas
De oro, plumas, y uniformes.

224.

Mas allá en un circo está
Un perro con un baston,
Pintando ya el escuadron
Cuando el campo roto va.

225.

Y en el suelo señalando,
El foso pinta, la mina,
El fuerte, la contramina,
Y varios lo están mirando.

226.

Espantado estaba el Rey,
Y mas al entrar Pearrias,
Meaescobas y Cazcarrias,
Pontiveros, Canobrey;

227.

Panza de estopa, Chasquido,
Hueleculos, Chupacaldos,
Acosamulos, Facaldos,
Pocaropa, Entretenido,

228.

Cagamorteros, Ganduz,
Mordiscon y Correpoco,
Cascabel, Alon, Vandoco,
Regañon, Quijas, Galluz,

229.

Chasquisquiva, Correpagua,
Casquete, Chica, Morcon,
Llevaespuertas, Cagalon,
Fanfarron y Carabagua.

130.

Despues de estos, con prisiones
Los esclavos, que pasaban,
Sin los que afuera quedaban,
De setecientos millones;

231.

Todo ocupado el salon,
El Rey puesto en su dosel,
Recibió el plâceme fiel
De tan obstentosa union.

232.

Mandó para cultivar
Sus huertas á los esclavos,
Diciendo á distintos cabos
Cómo los han de tratar.

233.

Reparte con distincion
Los sueldos y los honores,
Medianos y superiores,
Segun mérito y razon.

234.

Por mayordomo mayor,
De sus guardias coronel,
Señaló al valiente y fiel
Galluz, digno de este honor.

235.

Sin que medie intercesion,
Fué Casquete degollado,
Y Chasquisquiva quemado,
Causando gran compasion.

236.

La Infanta puesta á caballo,
De sus perros asistida,
A vivir fué remitida
A su vistoso serrallo.

237.

Hácense fiestas, torneos,
Toros y máscaras varias,
Castillos y luminarias,
Músicas, bailes, recreos.

238.

Y cesa mi númen tierno,
Que tanto verso delira,
Colgando la sucia lira
En la extremidad de un cuerno.

FIN DE LA PERROMAQUIA.

APÉNDICES.

I.

MEDRANO.

Pedro Murillo, en su *Geografía histórica*, pone el soneto de Medrano *A las ruinas de Itálica* (pág. 350, columna 2.ª del tomo primero) con variantes notabilísimas, que lo mejoran. Véase el soneto:

Estos de rubia miés campos agora,
Ciudad fué un tiempo: Itálica. Este llano,
Templo fué, en que á Teodosio y a Trajano
Puso estatuas su gente vencedora.
En este cerro fueron Lamia y Flora
Llama y admiracion del mundo vano;
En este mismo el luchador ufano
Del aplauso esperó la voz señora.
¡Cómo se murió todo! Mas erguidas,
A pesar de fortuna y tiempo, vemos
Estas piedras, del hado combatidas.
Pues si vencen la edad y los extremos
Del mal piedras calladas y sufridas,
Como piedras suframos y callemos.

II.

GONGORA.

VARIANTES DE UN CODICE QUE POSEE EL SEÑOR DON JOSÉ MARIA DE ALAVA,

CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA.

LETRILLAS.

Pág. 484, col. 2.ª—*Ya de mi dulce instrumento.*
La segunda copla es inédita, y en el códice está falta de los dos primeros versos.

Y hay quien le dé la basquiña
Y la sarta de granates.
Tiénelo por disparates
Su madre, y búrlase de ello:
Mas él se los echa al cuello,
Porque el mismo fruto espera
Que han de hacer que en la higuera
La sarta del cabrahigo,
Y digan que yo lo digo.

Pág. 491, col. 2.ª— *Allá darás rayo.*
Segunda copla. — No existe en los ejemplares impresos.

De muy grave, la viudita
Llama padre al capellan
Con quien sus hijos están;
Y amor, que la solicita,
Hace que por padre admita
Al que recibió por ayo.
Allá darás rayo, etc.

Ultima. — Inédita tambien.

Opilóse vuestra hermana,
Y dióle el doctor su acero;
Tráela de otero en otero,
Menos honesta y mas sana;
Dióla por setiembre el mana,
Y no purgó hasta mayo.
Allá darás rayo, etc.

Pág. 491, col. 3.ª— *Dineros son calidad.*
Despues de la tercera copla hay esta, inédita:

En Valencia muy preñada,
Y muy doncella en Madrid,
Cebolla en Valladolid,
Y en Toledo mermelada,
Puerta de Elvira en Granada,
Y en Sevilla doña Elvira,
Mentira.

Que tiene cara de hereje
Sin fe la necesidad.
Que tiene cara de hereje,
Y *aun mas*, la necesidad.
Nos jura que es como un hueso.
Nos *dice* que es como un hueso,

Pág. 492, col. 1.ª— *Un buhonero ha empleado.*
Falta en este códice la última copla ·

A la viuda de Siqueo, etc.

ROMANCES.

Pág. 507, col. 1.ª— *Entre los sueltos caballos.*

Y á un moro cautivo lleve,
Que es uno que ha cautivado,
Capitan de cien cenetes.
Un moro que ha cautivado,
Capitan de cien *jinetes.*

Pág. 508, col. 2.ª— *Los rayos le cuenta al sol.*
En este códice es otro enteramente el romance. Véase.

Los rayos le cuenta al sol
Con un peine de marfil
La bella Jacinta, un dia
Que por mi dicha la vi
En la verde orilla del Guadalquivir.
Y porque tantos no tenga
Con que matar y herir,
Quita al peine algunos de ellos,
Y siémbralos por allí
En la verde orilla del Guadalquivir.
Resuena en las arboledas
El airecillo sutil;
Ya murmura entre las ramas,
Ya vuelve á entrar, ya á salir,
En la verde orilla del Guadalquivir.
Cantan las aves, alegres
De ver otro sol salir,
Muy mas claro y mas hermoso
Que el que las solia cubrir
En la verde orilla del Guadalquivir.
Venid ya, ninfas hermosas,
Las que mi pena sentis,
Y en las sienes de Jacinta
Una guirnalda ceñid
En la verde orilla del Guadalquivir.
De las mas floridas flores
Que el alba suele vestir
Entretejen entre rosas
Lo verde del toronjil
En la verde orilla del Guadalquivir.
Y cuando vais á ponerla,
Por mí lo podréis decir,
Que esperanzas me entretienen,
Porque jamás tendrán fin
En la verde orilla del Guadalquivir.

Pág. 509, col. 2.ª— *En un pastoral albergue.*

Lo dejó por escondido.
Lo *ignoró* por escondido.

Desnudo el pecho anda ella.
Desnudo el *cuello* anda ella.

Y no se vaya por piés
La hermosura del orbe.
Y no se *huya* por piés.

Cuevas do el silencio apenas
Deja que sombras las moren.
Deja que sombras *lo adoren.*

Pág. 513, col. 1.ª— *Castillo de San Cervántes.*

Pues que tienes mas parientes
Que el hijo de un racionero.
Pues que tienes mas *padrastros*
Que el hijo de un racionero.

Sin ser Espíritu Santo,
Hablaste en lenguas de fuego.
Sin ser *nave tronadora*,
Hablaste en lenguas de fuego.

Mira castillo de bien.
Como castillo de bien.

Pág. 513, col. 3.ª— *Los montes que el pié se lavan.*

Cuando las frentes se miran
En los zafiros del cielo.
En las *estrellas* del cielo.

Terror del campo y ruina
De venablos y de perros.
De *animales* y de perros.

Segunda envidia de Marte,
Primer Adónis de Vénus.
Primero Adónis del Tajo,
Segundo Adónis de Vénus.

La luz le ofreció una ninfa.
La luz *ofrece á* una ninfa.

Pág. 514, col. 2.ª— *Esperando están la rosa.*

El vulgo de esotras yerbas.
El vulgo de esotras *flores.*

De verdes lenguas sus hojas.
De verdes lenguas sus *ojos.*

Es la abeja, y si lo es.
Es abeja, si lo es.

Pág. 515, col. 1.ª— *Ilustre ciudad famosa.*

De mi patria me trujiste,
Y no á darme memoriales.
Y no á *dar* memoriales.

Y la natura del arte.
Y *lo natural* del arte.

Aunque con lenguas de fuego.
Aunque con lenguas de *cera.*

Plazas, audiencias y sillas.
Plazas *de audiencias* y sillas.

El gran Gonzalo Fernandez.
Al gran Gonzalo Fernandez.

Y de los bárbaros Traches.
Y de los bárbaros *Traces.*

Y del verde Dinadamar.
Y del verde *Inadamar.*

Con un deseo notable.
Con un deseo *insaciable.*

Pág. 516, col. 2.ª— *Tendiendo sus blancos paños.*
Despues del verso,

Cómo tuerces tú un roquete,

se lee:

Y juro á las aceitunas
Del santo monte Olivete,
Que yo...» Entonces dando ella
A un desengaño carrete,
«Mas quisiera, le responde, etc.

Pág. 517, col. 1.ª— *¡Qué necio que era yo antaño!*

Y á la que ya vió Pisuerga
La aljaba pendiente al hombro,
Dan al aire trenzas de oro.
Dando al aire *lazos* de oro.

Salgo alguna vez al campo.
Salgo *otras veces* al campo.

Con esto engaño las horas
De los dias perezosos.
De los dias *pesarosos.*

Pág. 521, col. 2.ª— *Desde Sansueña á Paris.*

Jinetes la solicitan,
Caballeros la pasean.
Bonetes la solicitan.

Pág. 522, col. 2.ª— *Trepan los gitanos.*

Si en un costal otros.
Si en costal otros.

Y dulce os requiebra.
Y dulce os *recuerda.*

Y mas si no quiebra.
Y mas *fino* quiebra.

Al fin hay estos versos inéditos:

Hay otros gitanos
De mejor conciencia,
Saludables de uñas,
Sin ser grandes bestias,
Maestros famosos
De hacer barrenas,
Que taladran almas
Por clavar haciendas,
Para cuyo fin
Humildes menean
De la pasion santa
La santa herramienta,
Clavos y tenazas,
Y para ascendencia
De años á esta parte
La santa escalera,
Otro nudo á la bolsa
Mientras que trepan.

Pág. 528, col. 3.ª— *Triste pisa y afligido.*

Y envueltas entre las ondas
Lleva sus lágrimas tiernas.
Llorando su triste ausencia.

Ojos claros, cejas rubias.
Ojos claros, *trenzas* rubias.

Pág. 529, col. 2.ª—*Hanme dicho, hermanas.*

Barcos en la tierra.
Barcos en la *sierra.*

Que de todo el mundo
Son bien recibidas.
Son bien *entendidas.*

Pág. 533, col. 2.ª— *De la semilla caida.*

Lo que de beldad, y ambas.
Lo que de beldad, y *de ambos.*

Incluyó naturaleza.
Influyó naturaleza.

Que exactamente hoy blanquea.
Que *ejemplarmente* hoy blanquea.

Tu sol, que alba tiránica.
Tu sol, que alba *tiraniza.*

Mis escapatorias sean.
Mis *escapatorios* sean.

Pág. 535, col. 3.ª—*Nace el Niño, y pelo á pelo.*

Nace el Niño, y *velo á velo,*
Deja en cabello á su madre (1).

Pág. 537, col. 1.ª— *Dejad los libros ahora.*

Cinco puntos calza estrechos;
Esto, Señor, basta al fin.
Esto, Señor, *baste. Al fin*

Pág. 548, col. 1.ª— *Una bella cazadora.*

«¡Cómo te pareces, dice.
«¡Cómo *le* pareces, dice.

Triste, ¡cuál quedara yo!
Triste, ¡cuál *quedaré* yo!

Tu pico para prenderlo.
Tu pico para *rendirlo.*

DÉCIMAS.

Pág. 482, col. 2.ª— *No os dirémos, como al Cid.*

Deste cielo la primera
Sea el puerto y la carrera
De las Indias del amor.
Sea del puerto la carrera
A las Indias del amor.

(1) Gracian cita así esta copla.

El mas hermoso, el mejor.
El mas *bueno y* el mejor.

Pisa el cristal de su pié.
Besa el cristal de su pié.

Y á quien sus flores la anida
El Tajo glorioso el vuelo,
Que en puntas corona el cielo,
De ave tan esclarecida.
Ya que en sus flores la anida
El Tajo glorioso *al* vuelo,
En puntas corona el cielo
Por el aire esclarecida.

Néctar sus palabras son.
Néctar *tus* palabras son.

De la beldad de las Navas.
De la beldad de las *pavas.*

Las dos, pues, reales pavas.
A las dos reales clavas.

De la Coruña y Bedmar.
De la Coruña *del mar.*

Hermosísimo de cara.
Hermosísimo de *Lara.*

Del lucidísimo Febo.
Que el lucientísimo Febo.

Si de oro al Tajo no arena.
Y si dará al Tajo arena.

Gloria, majestad y ser
De los Osorios de Astorga.
Que princesa puede ser
De los Osorios de Astorga.

Pág. 483, col. 1.ª—*De un monte en los senos donde.*

Que blancos lilios fué un hora
A las orlas de su fuente.
A las orlas de su *frente.*

Pág. 485, col. 1.ª— *Cuán venerables que son.*

Cuán digno de reverencia.
Cuán *dignos* de reverencia.

Pág. 485, col. 2.ª— *¿Qué cantarémos agora?*

Que hoy, musa, con pié ligero
Del monte Picardo os quiero,
Y no del monte Parnaso.
Del monte *picaros* quiero.

Pág. 486, col. 1.ª— *Ya que al de Béjar le agrada.*

Vuele en mi yegua su gusto.
Vuele en mi yegua *á* su gusto.

La carga mas remontada.
La garza mas levantada.

Pág. 486, col. 3.ª— *La perla que esplendor fué.*

Al fin sigue esta otra décima:

Ociosa toda virtud,
Muerto su ejercicio, llora
La perla que engasta ahora
El plomo deste ataud;
Reina que en muda quietud
Duerme, y en silencio tanto,
A dos mundos, y aunque es tanto,
Es mucho que no lo rompa,
O de su fama la trompa,
O de sus reinos el llanto.

Pág. 486, col. 3.ª—*No me pidais mas, hermanas.*

Habiendo batallas bellas.
Habiendo *batatas* bellas.

CANCIONES.

Pág. 448, col. 2.ª— *En roscas de cristal serpiente breve.*

Gime bronce, y Estérope no huelga.
Gime *Bronte* y *Stérope* no huelga.

El brazo aquel, la espada este desnuda.
El brazo aquel, la *espalda* este desnuda.

Sus bajas plumas crea el rico seno,
De cuanta Potosí tributa hoy plata,
Leño frágil de hoy mas al mas sereno.
Sus *vagas* plumas crea, rico el *heno*,
De cuanta *el* Potosí tributa hoy plata,
Hecho frágil, de hoy mas, al *mar* sereno.

En los mundos que abrevia tanta diestra.
En los *muros* que abrevia *vuestra* diestra.

Pág. 449, col. 2.ª— *Levanta, España, tu famosa diestra.*

Al claro resplandor de sus espadas.
Al claro resplandor de *tus* espadas.

Pág. 450, col. 1.ª— *Abra dorada llave.*

Que nunca una deidad tanto se engaña.
Que nunca una deidad *tanta fe* engaña.

Pág. 451, col. 2.ª— *¡Qué de envidiosos montes levantados.*

Allá vuelas, lisonja de mis penas.
Allá *vuelves*, lisonja de mis penas.

Vieras (muerta la voz, suelto el cabello).
Vieras, muerta la *luz*, suelto el cabello.

Mientras yo, desterrado destos robles.
Mientras yo, desterrado *de estos* robles.

Pág. 453, col. 2.ª— *Moriste en plumas, no en prudencia cano.*

Entre fieras naciones oyó el Istro.
Entre fieras naciones *sacó al* Istro.

Señas, aunque vocal de sentimiento.
Señas, aunque *bozal*, de sentimiento.

Lastimando su dulce voz postrera.
Lastimando *tu* dulce voz postrera.

¡Oh tú, que de Severo en las arenas.
¡Oh tú, que de *Sebeto* en las arenas.

En letras fuego, en generosa espada.
En letras *luego*, en generosa espada.

Corona de crepúsculos el dia.
Corona de crepúsculos *del* dia.

Despreciadas de Júpiter dormido,
Al ventilar al lado de Cupido.
Despreciabas de Júpiter dormido,
Al ventilar *alado* de Cupido.

Pág. 454, col. 1.ª— *Piadoso hoy celo culto.*

Que el albano cantó, segundo Marte.
Que el *Albano* cantó, segundo Marte.

SONETOS.

Pág. 428, col. 1.ª— *Llegué á este monte fuerte, coronado.*

Del reino escudo y silla de tu estado,
El tiempo vi á Minerva dedicado.
Del reino escudo y *gloria* de tu estado,
El *templo* vi á Minerva dedicado.

Pág. 429, col. 1.ª— *Este que en traje lo admirais togado.*

Esplendor del buen dia que lo ha dado.
Esplendor *de el Buendía* que lo ha dado.

Pág. 436, col. 1.ª— *Grandes mas que elefantes y que abadas.*

Damas de haz y envés, dueñas con tocas.
Confusa multitud de damas locas.

Con Bártulos y Baldos la milicia.
Con Bártulos y *Abades* la milicia.

Pág. 436, col. 2.ª— *Llegué á Valladolid; registré luego.*

Haciendo penitencia vi á la gula.
Haciendo penitencia *está* la gula.

Pág. 438, col. 2.ª— *Máquina funeral, que de esta vida.*

Nos dices la mudanza, estando queda.
Nos *decis* la mudanza, estando queda.

Pág. 439, col. 2.ª— *El Cuarto Enrico yace mal herido.*

Armas burló el fatal cuchillo.
Archas burló el fatal cuchillo.

Pág. 441, col. 1.ª— *Volvió al mar Alcion, volvió á las redes.*

Donde la ninfa es Febo y es Diana.
Donde la ninfa es Febo y *él* Diana.

Pág. 448, col. 1.ª— *Muerto me lloró el Tórmes en su orilla.*

Que ceniza le hará la vida mia.
Que ceniza *hará* la vida mia.

VARIANTES EN BOLH.

Pág. 450, col. 1.ª, cancion heróica III.

Lisonja es del deseo.
Lisonja *del* deseo.

Que nunca una deidad tanto se engaña.
Que nunca una deidad *tanta fe* engaña.

En el núm. 785 pone esta poesía:

La bella lira muda yace ahora
Debajo de este mármol, que sin duda
Le ha convocado muda,
Como solia canora.
Si el Tajo arenas dora,
Ilustre piedras, culto monumento,
A este de las musas instrumento.

Pág. 450, col. 2.ª, cancion heróica IV.

Y de la barca el pié escamas vestido.
Y de la *barba al* pié escamas vestido.

Voló el son para el último elemento.
Voló el son para el *húmido* elemento.

Cuernos del toro que traslada Europa.
Cuernos del toro que traslada *á* Europa.

Pág. 450, col. 2.ª, cancion heróica V.

Cuando pescador pobre
Mucho despide, red de poco robre.
Cuando *un* pescador pobre
Mucha despide red de poco robre.

¡Triste del que á una roca pide orejas!
¡Triste *de él*, que á una roca pide orejas!

Pág. 451, col. 1.ª, cancion amorosa I.

Mas, Clori, que he tejido.
Mas, Clori, *si* he tejido.

Y mas besos te pido.
Ya mas besos te pido.

Pág. 451, col. 1.ª, cancion heróica VI.

Del muro de diamante.
O muro de diamante.

Polvos de lo que dellas está escrito.
Polvo de lo que *de ellas se ha* escrito.

Pág. 452, col. 1.ª, cancion amorosa IV.

Válgame contra ausencia.
Válganme contra ausencia.

Pág. 453, col. 1.ª, cancion lírica I.

Cuyo líquido soto plata es pura
De arroyo tan oblícuo, que no deja.
Cuyo líquido *seto* plata es pura
De arroyo tan *dispierto*, que no deja.

Pág. 492, col. 3.ª, letrilla burlesca VII.

Con la víbora en el seno.
Y la víbora en el seno.

Pág. 494, col. 1.ª, letrilla XII.

Ande yo caliente.
Andeme yo caliente.

Pues Amor es tan cruel.
Y siendo Amor tan cruel.

Pág. 494, col. 1.ª, letrilla XIII.

Cuando pitos flautas,
Cuando flautas pitos.
Cuando pitos *flautos*,
Cuando *flautos* pitos.

Suele seguir.
Se suele seguir.

Pág. 499, col. 3.ª, letrilla XLII.

Al mundo se lo dió, y ella.
Al mundo *le* dió, y ella.

De ver en los brazos leves.
De ver en *sus* brazos leves.

Pág. 502, col. 3.ª, letrilla LV.

Efímeras del vergel.
Efímeras *de un* vergel.

Pág. 502, col. 3.ª, letrilla LVI.

Que volvió hecho novillo.
Y volvió despues novillo.

Te enraman toda la frente.
Pueden enramar tu frente.

Pág. 506, col. 1.ª, romance III.

(Clavija hecho instrumento).
La vasija hecha instrumento.

Convirtió el color morado.
Convirtió sus *azucenas*.

Las viste de carmesí.
La *tiñe* de carmesí.

Pues granjeó galan yerno.
Pues *ganóse* galan yerno.

Pág. 509, col. 1.ª, romance XII.

Que lo uno es justo.
Que lo uno es *injusto*.

Pág. 511, col. 3.ª, romance XXI.

Y al son del viento en las ramas.
Al son del viento en las ramas.

Hiriendo lisas pizarras.
Hiriendo *negras* pizarras.

Pág. 512, col. 1.ª, romance XXI.

Las rojas prendas del ángel.
Las *rosas* prendas del ángel.

Pág. 532, col. 2.ª, romance LXIX.

Que se nos va la pascua, mozas.
Que se *os* va la pascua.

Es la queda y os desarma.
Es la queda *que os* desarma.

Aunque agora no sois nada.
Mas ahora no eres nada.

Pág. 536, col. 3.ª, romance LXXXIII.

O me acabe yo.»
O me *acabo* yo.»

Me dejó el silencio.
Se dejó el silencio.

VARIANTES EN SOLIS.

En el sainete con que se dió fin á la comedia de *Pico y Canente*, pone Solís varios pasajes del romance de Góngora, *Esperando están la rosa*, con algunas variantes. Véanse, pág. 514, col. 2.ª

Bellas cuanto puede ser.
Bellas cuanto *pueden* ser.

Como reina de las flores,
Como *á* reina de las flores.

Si son archas las espigas
Que en torno della se ven,
Al aparecer la hicieron
Una inclinacion cortés.
Si *archeras son las espinas*
Que en torno *de ella* se ven,
Todas hacen á la rosa
Una inclinacion cortés.

POESIAS NO PUBLICADAS EN EL TOMO PRIMERO DE POETAS LIRICOS.

SONETO.

A la toma de Larache.

¿De dó, sobrino Juan, con pedorreras?
— Señora tia, de Cagalarache.
— Sobrino, ¿y cuántos fuisteis á Alfarache?
— Treinta soldados en tres mil galeras.
— ¿Tanta gente? — Tomámoslo de veras.
— ¿Desembarcasteis, Juan?—Tarde piache;
Que en dando un Santiago de azabache,
Dió la playa mas moros que veneras.
— Luego ¿es de moros? — Sí, señora tia;
Mucha algazara, pero poca ropa.
— ¿Hiciéron-os los perros algun daño?
— No, que en ladrando con su artilleria,
A todos nos dió cámaras de popa.
Salud serian para todo el año.

OCTAVAS.

Descripcion de una cacería.

A mil torcidos cuernos dando aliento,
Mil ecos cazadores, mil entonan,
Y con templados pájaros al viento,
Y á la tierra con perros no perdonan;
La raridad del aire, en puntas ciento,
Halcones solicitan y coronan,
La nariz baja, canes extranjeros,
Calando el monte van con piés ligeros.
La blanca garza, que al romper del dia
El rojo pié, escondido en la laguna,
Las plumas del gentil pecho pulia
Con el purpúreo pico de una en una;
Y el viejo ciervo, que á la par vivia
Del bosque, hoy teñirán sin falta alguna
La garza del neblí las garras gruesas,
El ciervo del lebrel las fieras presas.
Tal es el aparato que ha traido,
Y de tantos monteros se acompaña,
Que ave no abrigará su dulce nido,
Ni fiera pisará mas la montaña,
De espesas redes bien apercebido,
Para que ciña con manera extraña
Del basto monte el áspero costado,
Fuerte muro de cáñamo anudado.
En sola su confusa montería
Hay donde un buen oído se dilate;
El corvo cuerno trueca, el halcon pia,
El caballo relincha, el perro late,
El cascabel no olvida su armonía,
Si se sacude el pájaro ó se abate;
Así que, todo hace un dulce yerro,
Caballo, cascabel, cuerno, halcon, perro.

FRAGMENTO DE LA ÉGLOGA VENATORIA.

De un lantisco, cuyas hojas
Sombra daban, y sus ramos
Ganchos, de donde colgamos
Los arcos, las cuerdas flojas,
Al verde pié recostadas,
Que alivio y sombra nos dió,
Estábamos Clori y yo
Calurosas y cansadas,
Y adormecidas despues
Al son de un lento arroyuelo,
Que bañaba el verde suelo,
Y á las dos casi los piés;
Una solícita abeja,
Sin tener de mí mancilla,
Maltratada en la mejilla
Y dolorosa me deja.
Dióme, aunque breve el tormento,
Tan terrible la picada,
Que á mis quejas alterada,
Clori despertó al momento,
Y con gana de burlar
Me dijo: «No estés quejosa,
Que teniéndote por rosa,
Muy bien te pudo picar;
»Porque tal estás ahora,
Que la abeja te juzgó
Por rosa, que se cayó
Del rojo seno á la aurora.
»Y aun la mas fresca de aquellas
De que ella ciñe su frente,
Cuando vierte desde oriente
Bello aljófar, perlas bellas.
»Y así, perdónale el daño,
Pues las dos ganais un arte,
Ella dulzura en picarte,
Y tú alabanza en su engaño.
»Pero si te da tal pena
La picada, bien sé yo
Palabras que me enseñó
La gran mágica Filena;
»Que mordiendo la picada
Tres veces, y dichas quedo,
Hacerte con ellas puedo
Que el dolor sea poco ó nada.»

FIN DE LOS APÉNDICES Y DEL TOMO SEGUNDO DE POETAS LÍRICOS DE LOS SIGLOS XVI Y XVII.

INDICE.

	Pág.
Varias observaciones sobre algunas particularidades de la poesía española	v
Apuntes biográficos de algunos de los autores contenidos en este tomo	XLIII
Pedro de Espinosa. — Flores de poetas ilustres	1
Don Francisco de Trillo y Figueroa. — Poesías	45
Don Juan de Jáuregui. — Juicios críticos	103
Poesías	104
Felipe IV. — Poesías	151
El infante don Cárlos de Austria. — Poesías	153
El conde de Villamediana. — Poesías	155
Miguel Moreno. — Epigramas	165
Salvador Jacinto Polo de Medina. — Juicios críticos	175
Poesías	176
Don Agustin de Salazar y Torres. — Juicios críticos	215
Poesías	216
Alonso de Varros. — Proverbios morales	231
Cristóbal Perez de Herrera. — Proverbios morales	241
Baltasar del Alcázar. — Poesías (*segunda parte*)	249
El doctor Juan de Salinas. — Poesías (*segunda parte*)	253
Lupercio y Bartolomé Leonardo de Argensola. — Juicios críticos	257
Poesías de Lupercio Leonardo de Argensola	259
Poesías de Bartolomé Leonardo de Argensola	291
Antonio Enriquez Gomez. — Poesías	363
El Conde de Rebolledo. — Juicios críticos	393
La Constancia victoriosa, égloga sacra	394
Los Trenos, elegia sacra	407
Don Joaquin Setanti. — Avisos de amigo	411
Juan Rufo. — Poesías	417
Doctor don Antonio Mirademescua. — Poesías	421
Don Jerónimo de Cáncer y Velasco. — Poesías	429
Don Antonio de Solís y Rivadeneyra. — Poesías	439
Don Fernando de Valenzuela. — Poesías	447
Bartolomé Cairasco de Figueroa. — Definiciones poéticas, morales y cristianas	449
Floresta de varia poesía, primera parte	502
Segunda parte	549
Don Francisco Nieto y Molina. — La Perromaquia	577
Apéndices	595

CIRCULATE AS MONOGRAPH

PQ
6171
A2B5
t.42

Biblioteca de autores
españoles

PLEASE DO NOT REMOVE
SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY